

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Contemporánea



TESIS DOCTORAL

***El Madrid burgués*
El ensanche Este de la capital
(1860-1931)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Borja Carballo Barral

Directores

Gutmaro Gómez Bravo
Luis Enrique Otero Carvajal

Madrid, 2015

An aerial, black and white photograph of Madrid, Spain, showing a dense urban landscape with numerous buildings, streets, and green spaces. The image serves as the background for the entire page.

El Madrid burgués

El Ensanche Este de la capital

(1860-1931)

Memoria para optar al Grado de Doctor presentada por
Borja Carballo Barral

Bajo la dirección de los Doctores
Gutmaro Gómez Bravo
Luis Enrique Otero Carvajal

Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Historia Contemporánea
Facultad de Geografía e Historia

Julio 2014



El Madrid burgués

El Ensanche Este de la capital (1860-1931)

Memoria para optar al Grado de Doctor presentada por

Borja Carballo Barral

Bajo la dirección de los Doctores

Gutmaro Gómez Bravo

Luis Enrique Otero Carvajal

Universidad Complutense de Madrid

Departamento de Historia Contemporánea

Facultad de Geografía e Historia

Julio 2014

Agradecimientos

La realización de esta tesis doctoral ha sido posible gracias a la concesión de una beca y un contrato predoctoral perteneciente al Programa Nacional de Formación de Profesorado Universitario del Ministerio de Educación (AP2007-00575), a la contribución en los proyectos del Plan Nacional I+D HUM2007-64847/HIST del Ministerio de Educación y Ciencia, y HAR2011-26904 del Ministerio de Economía y Competitividad, y a la pertenencia al Grupo de Investigación de la UCM *Historia de Madrid en la Edad Contemporánea* (Número de Referencia 941149), dirigido por el Dr. Luis Enrique Otero Carvajal y compuesto por Gutmaro Gómez Bravo, José María López Sánchez, Rafael Simón Arce, Rubén Pallol Trigueros, Nicolás Montero García, Fernando Vicente Albarrán, Nuria Rodríguez Martín, Javier San Andrés Corral, Santiago De Miguel Salanova, Jorge Marco Carretero, Alejandro Pérez Olivares, Luis Díaz Simón y Sara Labrador Hayas.

Aunque todo tenga un principio y un final, a menudo éstos se hayan difusos, siendo aclarados sólo con la perspectiva del tiempo, ese *discurrir* sobre el que giran los dominios de Clío. En este caso, la última etapa de esta apasionante y a la par exigente travesía no es difícil de encontrar. De hecho, se encuentra ante ella. Sin embargo, menos evidente fue la cuestión que me hizo iniciar, hace ya varios años, esta andadura. Ya fuera el destino o el azar, lo mismo da, me hizo recaer en el último año de carrera en la clase de un activo profesor al que desconocía, que derrochaba conocimientos y energía por doquier, que disfrutaba con la docencia de la Historia y la cercanía del alumnado. Un maestro en el sentido clásico que guio mis primeros pasos en la hercúlea tarea del historiador durante la dirección de mi trabajo académico, y que no dudó al finalizar el curso en ofrecerme participar en este proyecto de investigación relativo al Ensanche de Madrid en el que ya figuraban, como sus primeros incautos, Rubén y Fernando. Por abrir esta puerta que decidí cruzar, le expreso mi mayor agradecimiento a Luis Enrique Otero Carvajal, arquitecto de este fascinante proyecto. Un reconocimiento que quiero hacer extensible a Gutmaro Gómez Bravo, mi director de tesis, quien accedió sin contemplaciones a tutelar un trabajo que se alejaba ligeramente de unos campos de investigación, la violencia, el control social y la represión, que maneja a la perfección.

Así, una vez despejado el comienzo y ante la inmediata perspectiva de valorar el resultado final, no quiero dejar pasar la oportunidad de expresar mi reconocimiento y gratitud a todas las personas que, en mayor o menor medida, de forma consciente o no, me han ayudado a cubrir este trayecto mediante sabrosas discusiones metodológicas o de contenido, prestándome apoyo logístico y su tiempo, o dando cobertura y mimando mis emociones.

En estos años han sido numerosos los profesores y compañeros del Departamento de Historia Contemporánea de la UCM que se han interesado por mi labor, con los que he intercambiado dudas e información documental, y compartido vivencias e inquietudes durante los dos años de docencia realizadas en la Facultad de Geografía e Historia. De este modo, entre los primeros podría destacar a Gloria Nielfa, Jorge Marco, José Antonio Montero, Antonio Moreno, Juan Carlos Pereira, Juan Pablo

Fusi, Raquel Sánchez, Ana Martínez Rus, Jesús Martínez o José María López, mientras que entre los segundos me gustaría mencionar a José Miguel Hernández, Vanessa Núñez o Francisco José Rodrigo.

Del mismo modo, me gustaría agradecer a la Dra. Natalia Mora Sitja, adscrita al *Downing College* de la University of Cambridge, la atención que me prestó durante mi estancia de cuatro meses en tan hermoso y erudito enclave a pesar de su estado de gestación. Gracias a ella, mientras el otoño arreciaba en su carrera por alcanzar el invierno, y pertrechado de mi bicicleta de alquiler y un polar, pude explorar los tesoros que albergan esos interminables y helados pasillos que conforman la *University Library*, disfrutar del té inglés en un salón dieciochesco acompañado de una fructífera charla historiográfica, y respirar la búsqueda del conocimiento por cada uno de sus *Colleges*. Una fructífera estancia de la que no sólo obtuve un *botín* académico al uso, ya que guardo con cariño el tiempo que pasé con personas como Irene, Miriam, Juan Carlos y Elena, Mika, Patrick, Francesco o Silvia, ese pequeña *mañica* que tanta energía y buen humor desprende.

Una joya en todos los sentidos como Cambridge, que saboreé junto a Fernando y Nuria, compañeros a los que conocí en el seno del grupo de investigación, aunque ya por aquél entonces el vínculo laboral que nos unía había derivado en una sincera amistad. Un factor central que explica en gran medida la pujanza investigadora de este grupo, cuya fortaleza no reposa únicamente en la profesionalidad de sus miembros sino en su amistad. Un conjunto de personas, acuñado cariñosamente por Ángel Bahamonde como la *factoría Otero* en virtud de quién lo dirige, en el que el respeto intelectual y el trabajo en equipo son regados con buenas dosis de aprecio personal. Por ello, quiero dar las gracias a todos y cada uno de ellos por los innumerables momentos vividos a su lado. En especial a Rubén, mi maestro y guía a la hora de enfrentarme por primera vez ante el maremágnum del padrón y tantas otras cosas mientras disfrutábamos del café de la mañana; a Fernando, mi inseparable *partenaire* en la oscura sala del Archivo y con quien tantas confidencias he compartido, cuyos silencios y miradas al fin he aprendido a descifrar; a Javi, inseparable siempre de su periódico, una persona que se vacía por los suyos y al que admiro por su tenacidad y capacidad de trabajo; a Nuria, que logró evadirse de los padrones y cuya irrupción en el grupo, además de añadir buenas dosis de vitalidad, amplió nuestras miras; y a Santi, trabajador, inteligente y despierto como pocos, a quien tuve el honor de ayudar en su primera toma de contacto con los padrones municipales, cerrando así el círculo. Amigos todos ellos con los que he viajado desde las Azores a Mahón y desde Vitoria a Cádiz para asistir a congresos y encuentros de trabajo para presentar los avances de nuestras investigaciones. Artículos y escritos de los que me siento orgulloso, especialmente por ver mi nombre junto al vuestro, personas de tanta valía científica.

No obstante, durante mi larga estancia en el Archivo de Villa, he coincidido con muchos otros compañeros que las vueltas de la vida hicieron recalar en él durante un breve período de tiempo, como Daniel, Silvia, Javier, Jesús, Roberto o Luis Díaz, que llegó para quedarse. Una institución en la que recibí el inestimable apoyo de los distintos trabajadores del Archivo de Villa, desde el afable José Luis (de sentida pérdida), Juan, Jerónimo, Gracia y María Jesús, a la nueva hornada como José, Carlos, Sergio, Nacho y Yolanda. Todos ellos siempre se mostraron solícitos a responder mis preguntas y peticiones, al igual que María del Carmen Cayetano y Rosario Sánchez, quienes desde el amplio conocimiento de los fondos que allí se atesoran, supieron

encauzar mis pesquisas con tino y paciencia. Desde aquí lanzo este alegato por su eficaz labor.

Fuera del ámbito investigador, he tenido la suerte de contar con excelentes amigos que siempre mostraron su preocupación por mis avances, animándome a continuar en los momentos más duros y alegrándose conmigo cuando obtenía pequeñas victorias. Personas que agitaron el aire cuando me ahogaba, que cargaron mi mochila cuando más pesaba, y que me llevaron al oasis más cercano cuanto más grande se me hacía el desierto. Es imposible dar los nombres de todos ellos, aunque sabrán reconocerse en estas líneas. Dejaré varias pistas: aquéllas con las que compartí la carrera de Historia, mis mejores amigos de Alcorcón desde la infancia, compañeros de equipo que eran mucho más, o la pequeña gran familia que forma la gente joven del *Sequete*.

Mis sentimientos más fuertes se agolpan en torno a mi familia. Una que no entiende de rangos de consanguinidad ni de distancias, sino que se mide en afecto y cariño, ayuda desinteresada y apoyo constata. Soy muy afortunado de disfrutar de la que poseo, agrandada desde hace muchos años ya por Consuelo, Ricardo, Torri y Marieta, quienes desde el principio sobrepasaron todo lo que se podía esperar de ellos. Me han brindado toda su dedicación para facilitar mi labor y lo han dado todo para verme llegar a la meta, a quienes admiro de verdad por su entereza y amor a la vida. La lejanía tampoco ha sido óbice para que recibiera todo el calor incondicional que desde La Coruña y Sevilla me han enviado mis abuelas, tíos y primos, a los que no he podido ver tanto como quisiera durante esta travesía. En este punto me acuerdo especialmente de mi tito Manolo, de corazón inmenso y gran bondad, que hubiera sido el primero en abrir las puertas de su casa para celebrar este logro, como siempre hizo, para degustar sus tortillas de ocho huevos acompañadas de un fresquito tinto de verano.

A mis padres les debo todo. Son una pareja cada día más enamorada y que ama a sus hijos. Les agradezco de corazón que me brindaran la oportunidad de tener una infancia feliz y de elegir mi propia senda por la que discurrir en la vida. Significan el ejemplo perfecto a seguir y dignifican el papel de padres. Si algún día llego a serlo, espero asemejarme a ellos. Con mi hermano he compartido muchas vivencias y recuerdos imborrables, escenas entrañables y sonoras carcajadas. Desde la habitación de enfrente, ha sido testigo de mis noches frente a la base de datos, y ha sufrido demasiadas veces el silencio como respuesta cuando venía a preguntarme cómo estaba mientras me hallaba absorto en mis análisis y lecturas. Os quiero.

Pero por encima de todo está *mi morena*. Esther es la piedra angular de mi existencia, la base de mi felicidad y la fuente de la que emana mi fuerza. Ella ha sufrido estoicamente el largo proceso de escritura de esta tesis doctoral, mis cambios de humor y mis agobios. Durante estos años ha sido mi rehén, soportando mi reclusión y sacrificando tantas cosas por el camino. A veces, rehúyo su comprensiva mirada ante la vergüenza de haberle sometido a tal proceso. Y sin embargo, siempre ha estado a mi lado, al pie del cañón, insuflándome coraje y demostrando su fe en mí, dejando claro que la resignación no era una opción. Nos conocimos con sólo cinco años, comparto mi vida con ella desde hace más de catorce, y tengo la certeza de saber que seguiremos así para siempre. Por todo ello, muchas gracias mi amor.

A ella va dedicada esta tesis doctoral.

Índice general

Índice de Figuras	V
Índice de Ilustraciones	XXV
Resumen	1
<i>Abstract</i>	7
Introducción	13
<i>Introduction</i>	37
<i>TOMO I. HUYENDO DE SU PASADO (1860-1905).</i>	59
Capítulo 1. La formación de una capital.	63
1.1. La quiebra de la ciudad preindustrial.	69
1.2. Los cimientos del <i>nuevo Madrid</i> .	81
1.3. La tensa espera.	94
1.4. La ciudad soñada. El Ensanche de Madrid.	114
1.4.1. Características generales del Anteproyecto de Castro.	117
1.4.2. El diseño del Ensanche Este.	122
1.5. <i>Y los sueños, sueños son.</i>	135
1.5.1. El recelo a la incertidumbre.	137
1.5.2. La sagrada propiedad vs. Utilidad pública. <i>David contra Goliath</i> .	140
Capítulo 2. Los rostros del <i>nuevo Madrid</i>.	153
2.1. Caminante no hay camino... Savia nueva para Madrid en la segunda mitad del siglo XIX.	157
2.2. Inmigración y mercado laboral. Viejas y nuevas formas de emigrar a Madrid.	182
2.2.1. La distancia recorrida y el origen de los inmigrantes: factores de cualificación laboral.	184
2.2.2. El florecimiento de una inmigración urbana y cualificada del océano rural y jornalero.	192
2.3. Redes de seguridad en la gran ciudad: la solidaridad de la familia, el	201

parentesco y el paisanaje.	
2.3.1. Lazos de sangre. Una integración en torno a la familia.	202
2.3.2. La fuerza del paisanaje: pueblos extendidos y mercado matrimonial.	216
2.3.3. La alternativa del necesitado: el realquiler.	228
2.4. Idas y venidas: la movilidad residencial en Madrid.	232
Capítulo 3. Tiempos difíciles, tiempos de cambio. La transformación del mercado laboral madrileño.	251
3.1. Crisis y reconversión en el trabajo manual madrileño.	267
3.1.1. La lucha por la vida de los trabajadores manuales no cualificados de Madrid.	268
3.1.2. El saber no ocupa lugar: el deterioro del artesanado.	279
3.2. El sector terciario de Madrid, entre persistencias y soplos de cambio.	294
3.2.1. Nada nuevo bajo el sol. El peso de los servicios tradicionales en Madrid.	296
3.2.2. Las puntas de lanza de la modernización de los servicios madrileños.	309
3.3. La cara oculta de la Luna. Mujeres y trabajo en el Madrid de la Restauración.	328
3.3.1. El subregistro documental del trabajo femenino.	328
3.3.2. La participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño formalizado.	349
Capítulo 4. A la conquista del este. La consolidación de la segregación del espacio urbano madrileño.	371
4.1. La promoción inmobiliaria en la evolución inicial del Ensanche Este.	376
4.2. Hacia la fragmentación residencial del Ensanche a comienzos de la Restauración.	403
4.3. Barrio rico, barrio pobre. El nuevo mosaico urbano del Ensanche Este.	427
4.4. La desigual apropiación social del <i>nuevo Madrid</i> a comienzos del siglo XX. Claroscuros en el Ensanche Este de la capital.	447
TOMO II. MADRID, METRÓPOLI EUROPEA (1905-1931).	465
Capítulo 5. La atracción del incipiente <i>Gran Madrid</i>.	485
5.1. Una población de siete dígitos.	486
5.1.1. El fin de la ciudad de la muerte.	495
5.1.2. La intensificación de los movimientos migratorios interiores hacia Madrid.	500
5.2. Cambios y pervivencias en el origen y la cualificación laboral de la población inmigrante.	514
5.3. ¿Perdidos en la gran ciudad? Parentesco, paisanaje y movilidad residencial en el Madrid de 1930.	537

5.3.1. La densificación de los vínculos familiares: inmigración, coresidencia y cualificación laboral.	537
5.3.2. Vecinos, compañeros de trabajo, cónyuges..., y a la vez paisanos.	550
5.3.3. El realquiler, una opción residencial en declive en un espacio urbano segregado.	555
5.4. Cuando mudarse dejó de ser rentable. La contracción de la movilidad residencial de la población madrileña en la época de entreguerras.	560
Capítulo 6. Una luz al final del túnel en el trabajo manual madrileño.	579
6.1. Una puerta que se abre. Las posibilidades de ascenso social del trabajo manual madrileño en tiempos de expansión económica.	592
6.2. Los jornaleros, materia prima de la construcción.	606
6.3. La implantación de la mecanización en Madrid, inicio y final de tantas cosas.	616
Capítulo 7. La eclosión de un sector servicios moderno en la capital.	641
7.1. El canto de cisne del comercio y los servicios tradicionales.	650
7.2. Animales de oficina. La complejización del trabajo profesional, de gestión y administración en las oficinas y despachos madrileños.	671
7.3. La evolución del perfil laboral de las mujeres madrileñas durante el primer tercio del siglo XX.	708
7.3.1. El moderno sector servicios como nueva forma de acceso de las mujeres al mercado de trabajo remunerado.	708
7.3.2. La pervivencia del subregistro documental del trabajo femenino en el Madrid de los años veinte.	722
7.3.3. Criadas y señoras. El sesgado perfil laboral de las mujeres residentes en el Ensanche Este madrileño.	735
Capítulo 8. <i>Vidas paralelas</i>. Las múltiples realidades socioeconómicas del Madrid de 1930 y la privilegiada posición de su Ensanche Este.	753
8.1. La profundización de la zonificación socio-espacial madrileña.	754
8.2. El avance urbanístico del Ensanche Este durante el primer tercio del siglo XX.	780
8.3. Las implicaciones socioeconómicas de la segregación residencial existente en el Ensanche Este de Madrid.	825
Conclusiones	845
Conclusion	867
Bibliografía	889

Índice de Figuras

TOMO I. Huyendo de su pasado (1860-1905).

Capítulo 1.

1.1.	Barrio de Plaza de toros situado a las afueras de la Puerta de Alcalá.	67
1.2.	Evolución de la población de Madrid en el paso del siglo XVIII al XIX.	73
1.3.	Crecimiento vegetativo de Madrid durante la primera mitad del siglo XIX.	75
1.4.	Número de licencias de construcción expedidas por el Ayuntamiento de Madrid entre 1800 y 1859.	89
1.5.	Mercado laboral madrileño del barrio de Corredera en 1860.	90
1.6.	Plano de Madrid de 1856 realizado por Benigno De La Vega.	102
1.7.	Incremento demográfico de las afueras de la Puerta de Alcalá entre 1839 y 1853.	103
1.8.	El futuro Ensanche Este de Madrid en 1856.	104
1.9.	Expediente de construcción de una casa en las afueras de la Puerta de Alcalá por parte de D. Rafael Mitjavila en 1851.	109
1.10.	Plano del trazado viario del barrio de Plaza de toros, situado a las afueras de la Puerta de Alcalá, en 1854.	110
1.11.	Fachada del edificio que solicitó construir Leandro Aguirre en el terreno de su propiedad medianero al Parador de San José.	111
1.12.	División funcional del Ensanche de Madrid según Castro.	120
1.13.	Alquileres medios mensuales de las distintas zonas que formarían parte del Ensanche según el padrón municipal de 1860.	120
1.14.	Dibujo del Ensanche Este de Madrid realizado sobre el plano del Anteproyecto de Ensanche de Castro de 1860.	125
1.15.	Principales datos socioeconómicos de la zona del Ensanche Este inserta en el casco urbano en 1860.	126
1.16.	Diseño del sector suroriental del Anteproyecto de Castro, indicando la división funcional del espacio, las modificaciones y los derribos propuestos.	128
1.17.	Diseño del sector nororiental del Anteproyecto de Castro, indicando la división funcional del espacio, las modificaciones y los derribos propuestos.	131
1.18.	Principales datos socioeconómicos de la zona del Enanche Este conocida como Afueras de la Puerta de Alcalá en 1860.	133
1.19.	Número de licencias de construcción expedidas por el Ayuntamiento de Madrid entre 1840 y 1889.	136
1.20.	Grado de la concentración de propiedad existente en el Ensanche Este en 1866.	142
1.21.	División económica en cinco zonas del Ensanche de Madrid decretada en 1870.	148

1.22. Resumen de los ingresos y gastos del Ensanche de Madrid en el período 1869-1876.	149
1.23. Resumen de los gastos e ingresos de 1882-1883 de las tres zonas administrativas en las que se dividió el Ensanche de Madrid a raíz de la Ley de 1876.	150

Capítulo 2.

2.1. Niveles nacionales de urbanización en Europa en el siglo XIX.	163
2.2. Evolución de la población de Madrid a lo largo del siglo XIX.	165
2.3. Evolución demográfica de las principales ciudades europeas a lo largo del siglo XIX.	166
2.4. Crecimiento demográfico de Madrid y sus zonas de Ensanche (1860-1905).	167
2.5. Distribución de la población inmigrante en el Ensanche Este de Madrid según su sexo y edad.	168
2.6. Representatividad de la inmigración según su tiempo de residencia en Madrid.	169
2.7. Pirámide de población del Ensanche Este de Madrid por estado civil de 1860 y 1878.	169
2.8. Pirámide de población de Madrid de 1860 y 1877.	170
2.9. Atracción migratoria de las capitales de provincia españolas hacia 1900.	171
2.10. Inmigración interprovincial residente en las capitales de provincia en 1900.	174
2.11. Evolución de la procedencia de la población del Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	176
2.12. Procedencia de la población inmigrante nacional residente en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	178
2.13. Grado de representatividad de las provincias españolas en relación a su proporción dentro de la población inmigrante del Ensanche de Madrid en 1905.	180
2.14. Formas de migración familiar por lugar de origen hacia el Ensanche Este de Madrid.	181
2.15. Procedencia de la población extranjera del Ensanche Este de Madrid.	184
2.16. Distancia recorrida por los inmigrantes peninsulares residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1878 según su sexo.	185
2.17. Cualificación laboral de los inmigrantes recién llegados según la distancia recorrida (1876-1878).	185
2.18. Nivel de alfabetización de los inmigrantes recién llegados a Madrid según la distancia recorrida (1876-1878).	188
2.19. Principales puntos de procedencia del servicio doméstico femenino del Ensanche (1905).	189
2.20. Edad de llegada de los inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid (1860 y 1878).	190
2.21. Integración en el mercado laboral de la ciudad de los inmigrantes varones mayores de 14 años nacidos en el hinterland madrileño y su comparación con la media del conjunto de los inmigrantes (1905).	191

2.22. Integración laboral de los inmigrantes varones mayores de 14 años en el mercado laboral madrileño nacidos en las provincias indicadas y su comparación con la media del conjunto de los inmigrantes (1905).	193
2.23. Alfabetización de la población inmigrante recién llegada a la capital en función de su sexo y origen (1876-1878).	194
2.24. Integración laboral de los hombres y mujeres inmigrantes recién llegados según su origen (1878-1905).	195
2.25. Procedencia de la inmigración rural y urbana residente en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	197
2.26. Evolución de la inmigración de origen urbano hacia Madrid (1860-1905).	199
2.27. Diferencias en el lugar de nacimiento de la inmigración urbana masculina según su profesión (1878).	203
2.28. Formas de inserción en el hogar de los inmigrantes recién llegados a Madrid (1860-1905).	204
2.29. Composición de los hogares del Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	206
2.30. Composición y tamaño del hogar en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	207
2.31. Distribución de las familias extensas residentes en el Ensanche Este de Madrid según la profesión del cabeza de familia y el origen de ambos cónyuges.	209
2.32. Edad de los parientes corresidentes en las familias extensas del Ensanche Este de Madrid (1905).	210
2.33. Relaciones de parentesco de los familiares corresidentes en las familias extensas del Ensanche Este de Madrid (1905).	212
2.34. Redes migratorias vehiculadas por el parentesco en el barrio de Salamanca (área roja) en 1878.	213
2.35. Detalle de las redes migratorias vehiculadas por el parentesco entre las familias residentes en el Ensanche Este en 1878.	214
2.36. Distancia existente entre los parientes de las familias extendidas residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1878.	214
2.37. Relación de familias extendidas del barrio de Salamanca según la profesión y el lugar de origen de los parientes (1878).	217
2.38. Concentración de la inmigración en el Ensanche de Madrid por provincias de origen.	218
2.39. Red de paisanaje en el Ensanche Este de Madrid en 1878.	219
2.40. Endogamia geográfica del hospedaje en función del tipo de relación con la familia de acogida (1878).	220
2.41. Procedencia de los cónyuges de las parejas residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905.	220
2.42. Reducción de la endogamia matrimonial en el Ensanche Este de Madrid (1878-1905).	222
2.43. Migración y endogamia matrimonial según por sexo y origen (1878-1905).	223
2.44. Integración laboral de los inmigrantes de la Vega del Pas en el Ensanche de Madrid (1905).	224
2.45. Lecherías, vaquerías y despachos de leche regentados por inmigrantes pasiegos en el Ensanche Este de Madrid (1905).	226
2.46. Edad de llegada a Madrid de los inmigrantes pasiegos residentes en el Ensanche de Madrid (1905).	227

2.47. Endogamia matrimonial de los inmigrantes sanroqueños del Ensanche Este de Madrid (1905).	227
2.48. Composición de los hogares encabezados por pasiegos en el Ensanche Este de Madrid (1905).	229
2.49. Principales características socioeconómicas de las familias que recurren al hospedaje (1905).	230
2.50. Principales características socioeconómicas de los realquilados residentes en el Ensanche Este (1905).	231
2.51. Distribución de los realquilados en el Ensanche Este de Madrid en función de la edad del cabeza de familia de acogida (1905).	234
2.52. Parroquias de bautismo de los madrileños residentes en el Ensanche de Madrid en 1860.	234
2.53. Lugar de bautismo de la población madrileña residente en el Ensanche de Madrid en 1860 según su zona de residencia.	235
2.54. Movilidad residencial interior de los matrimonios residentes en el Ensanche Este de Madrid según la parroquia de bautizo de sus hijos.	237
2.55. Movilidad residencial interior de los matrimonios residentes en el Ensanche Este de Madrid según la parroquia de bautizo, el número de hijos y la procedencia de los cónyuges.	239
2.56. Asentamiento residencial de la inmigración reciente en el Ensanche Este (1878).	240
2.57. Movilidad residencial anual de las familias inmigrantes residentes en Madrid según el tiempo de residencia en la capital.	241
2.58. Movilidad residencial anual de las familias residentes en el Ensanche Este de Madrid según su profesión, origen y tiempo de estancia en la ciudad (1878).	244
2.59. Asentamiento residencial de la inmigración reciente en el Ensanche Este (1905).	245
2.60. Movilidad residencial de las familias inmigrantes asentadas en el Ensanche Este (1905-1910).	245
2.61. Movilidad residencial de las familias madrileñas asentadas en el Ensanche Este (1905-1910).	246
2.62. Distancia entre los domicilios de los cónyuges según su procedencia (1904-1906).	247
2.63. Movilidad residencial de las familias jornaleras residentes en el Ensanche Este (1905-1910).	247
2.64. Movilidad residencial de las familias artesanas residentes en el Ensanche Este (1905-1910).	248
2.65. Movilidad residencial de las familias encabezadas por empleados residentes en el Ensanche Este (1905-1910).	248
2.66. Movilidad residencial de las familias encabezadas por profesionales liberales residentes en el Ensanche Este (1905-1910).	163

Capítulo 3.

3.1. Comparación entre las principales categorías profesionales del Ensanche de Madrid y su zona oriental según su sexo en 1860.	254
3.2. Principales categorías profesionales del Ensanche Este de Madrid	256

según su sexo y su origen en 1860.	
3.3. Integración laboral de los inmigrantes varones recién llegados al Ensanche Este y su comparación con la media inmigrante en 1860.	257
3.4. Evolución de las principales categorías profesionales de los hombres madrileños residentes en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	259
3.5. Evolución de las principales categorías profesionales de los hombres inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	259
3.6. Evolución de las principales categorías profesionales de las mujeres madrileñas del Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	261
3.7. Evolución de las principales categorías profesionales de las mujeres inmigrantes del Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	261
3.8. Evolución de la estructura profesional del Ensanche Este de Madrid por sexos según HISCO (1878).	263
3.9. Evolución de la estructura profesional del Ensanche Este de Madrid por sexos según HISCO (1905).	263
3.10. Principales variaciones en la estructura profesional del Ensanche Este de Madrid entre 1878 y 1905.	266
3.11. Proporción de trabajadores manuales no cualificados en función de su origen y estancia en Madrid (1860-1905).	268
3.12. Trabajadores manuales no cualificados de origen inmigrante según el tiempo de estancia en Madrid (1878-1905).	269
3.13. Proporción de trabajadores manuales no cualificados residentes en el Ensanche Este de Madrid por rango de edad (1878-1905).	270
3.14. Lugar de trabajo de los trabajadores manuales no cualificados residentes en el Ensanche Este de Madrid en función de su origen (1878).	271
3.15. Jornales recibidos por los trabajadores manuales no cualificados según su lugar de trabajo y origen (1878).	274
3.16. Movilidad profesional de los trabajadores manuales, cualificados o no, residentes en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	277
3.17. Endogamia matrimonial y movilidad social registrada entre los trabajadores manuales del Ensanche Este de Madrid (1904-1906).	278
3.18. Posibilidades de movilidad social de las familias jornaleras de padres a hijos (1878-1905).	279
3.19. Proporción de trabajadores manuales cualificados en función de su origen y estancia en Madrid (1860-1905).	280
3.20. Proporción de trabajadores manuales cualificados residentes en el Ensanche Este de Madrid por rangos de edad (1878-1905).	281
3.21. Movilidad social de las familias artesanas de padres a hijos (1878-1905).	282
3.22. Situación socioeconómica de las familias encabezadas por trabajadores manuales según su cualificación (1878-1905).	283
3.23. Distribución de los trabajadores manuales cualificados afincados en el Ensanche Este por sectores productivos.	284
3.24. Jornales diarios medios de los principales oficios artesanos de Madrid (1905).	285
3.25. Relación porcentual de los trabajadores manuales cualificados cuyos jornales eran superiores a la media por sectores productivos (1905).	287
3.26. Evolución cuantitativa y porcentual de los principales oficios existentes en Madrid (1878-1905).	287

3.27. Jornales y sueldos anuales más elevados del mundo de los oficios del Ensanche Este de Madrid (1905).	288
3.28. Distribución porcentual de los trabajadores manuales cualificados según el jornal y el sector productivo de su oficio (1905).	290
3.29. Categoría profesional de los trabajadores de los principales centros industriales del Ensanche Este en 1905.	293
3.30. Distribución profesional de los trabajadores del sector servicios según la codificación HISCO (1878).	295
3.31. Distribución profesional de los trabajadores del sector servicios según la codificación HISCO (1905).	295
3.32. Distribución de los trabajadores del Ensanche Este dedicados al comercio por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1878-1905).	297
3.33. Tipos de establecimientos comerciales existentes en el Ensanche Este (1905).	299
3.34. Características socioeconómicas de los dependientes y empleados de comercio del Ensanche Este de Madrid (1905).	302
3.35. Distribución de los trabajadores y empleados que realizaban servicios personales y que residían en el Ensanche Este por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1878-1905).	303
3.36. Escala salarial de los militares residentes en el Ensanche Este de Madrid (1878-1905).	304
3.37. Distribución de los profesionales liberales y técnicos relacionados residentes en el Ensanche Este según HISCO por sexo (1878-1905).	311
3.38. Distribución de los altos cargos de la administración pública y del sector privado residentes en el Ensanche Este según HISCO por sexo (1878-1905).	312
3.39. Integración laboral de los profesionales liberales, técnicos y gestores según la titularidad de la empresa, institución o negocio en la que realiza sus servicios.	313
3.40. Principales profesiones liberales y titulados residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905.	314
3.41. Sueldos medios anuales de las principales profesiones liberales residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905.	315
3.42. Distribución de los profesionales liberales, técnicos y titulados en función de su lugar de origen y estancia en Madrid (1878 y 1905).	316
3.43. Recopilación de los ingenieros mejor pagados residentes en el Ensanche Este de Madrid (1905).	318
3.44. Movilidad social de las familias encabezadas por profesionales liberales de padres a hijos (1878 y 1905).	319
3.45. Distribución de empleados y trabajadores de cuello blanco residentes en el Ensanche Este según su sexo por categorías profesionales de HISCO (1878-1905).	319
3.46. Distribución de los empleados públicos residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905 por lugar de trabajo.	320
3.47. Distribución de los empleados de ferrocarril y de tranvías residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905 por empresas.	322
3.48. Comparación de la estructura profesional masculina de Madrid y Bilbao a comienzos del siglo XX, siguiendo la codificación de HISCO.	324

3.49. Distribución de los empleados adscritos al sector financiero residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905 por lugar de trabajo.	325
3.50. Escala salarial anual de los distintos empleados de cuello blanco varones residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905.	326
3.51. Tasa de actividad laboral de España según el censo nacional.	328
3.52. Tipo de respuesta dada por las mujeres en edad laboral residentes en el Ensanche Este que no indicaron profesión en los padrones de 1878 y 1905.	334
3.53. Proporción de mujeres que declararon una ocupación en el padrón de Madrid según su estado civil (1860-1905).	335
3.54. Proporción de mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid en edad laboral que señalaron algún tipo de ocupación por edad y estado civil.	335
3.55. Tasa de actividad laboral media de las mujeres mayores de 14 años residentes en el Ensanche Este de Madrid entre 1860 y 1905 por edad y estado civil.	336
3.56. Participación laboral de las mujeres casadas en función de la categoría profesional de su marido (1860-1905).	337
3.57. Relación entre las mujeres casadas que se declararon amas de casa con la categoría profesional del marido y el disfrute de servicio doméstico interno (1878).	338
3.58. Coste del alquiler de las familias jornaleras del Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	340
3.59. Estimación del subregistro de la actividad u ocupación femenina en Madrid (1905).	344
3.60. Registro del trabajo infantil en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	345
3.61. Integración laboral de los hijos varones entre 10 y 15 años que declararon una ocupación (1860-1905).	346
3.62. Integración laboral de las hijas de entre 10 y 15 años que declararon una ocupación (1860-1905).	347
3.63. Estructura profesional de las mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid mayores de 12 años que indicaron algún tipo de actividad económica (1860-1905).	350
3.64. Distribución por edades y sexo del servicio doméstico del Ensanche Este de Madrid en 1905.	351
3.65. Proceso de feminización del servicio doméstico a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.	351
3.66. Tipología del servicio doméstico femenino del Ensanche Este de Madrid (1860-1905).	353
3.67. Principales características del servicio doméstico femenino externo (1860-1905).	355
3.68. Distribución por edades del servicio doméstico femenino interno y externo residente en el Ensanche Este de Madrid (1905).	356
3.69. Servicio doméstico femenino interno y externo del Ensanche Este por barrios (1905).	357
3.70. Relevancia del servicio doméstico femenino en 1905 en relación al total de las mujeres que registraron una profesión por un lado, y al total de las mujeres residentes en el Ensanche Este por otro.	357

3.71. Número de sirvientes por hogar en el Ensanche Este de Madrid por profesión.	358
3.72. Principales características salariales y demográficas del servicio doméstico femenino interno (1905).	359
3.73. Sueldos medios diarios, mensuales y anuales en pesetas del servicio doméstico interno del Ensanche Este de Madrid.	362
3.74. Índice de masculinidad del servicio doméstico interno contratado por las familias aristocráticas residentes en el Ensanche Este de Madrid (1878-1905).	362
3.75. Principales profesiones de las trabajadoras manuales cualificadas del Ensanche Este de Madrid ligadas al sector textil y de la confección y su proporción sobre el resto (1860-1905).	365
3.76. Comparación de la estructura profesional masculina de Madrid y su Ensanche Este en 1905.	369

Capítulo 4.

4.1. Grandes propietarios de suelo entre la calle de Alcalá y el eje Recoletos-Castellana en 1866.	377
4.2. Fachada frontal y lateral de la Manzana 208 del Ensanche, construida por el marqués de Salamanca a manos de la empresa del contratista de obras parisino Alfredo Opperman.	378
4.3. Interior del inmueble nº 20 de la calle Serrano, de la manzana 208 del Ensanche.	379
4.4. Fachada e interiores de los hoteles contruidos por el marqués de Salamanca en la calle Villanueva.	381
4.5. Casas edificadas por Joaquín Hoyos de la Fuente en el solar nº 10 de la manzana 321 del Ensanche en 1875, y por Luis Calvo Pérez en el solar nº 35 de la carretera de Aragón en 1877.	394
4.6. Fachada a la calle Juan de Urbietta de los dos inmuebles contiguos contruidos por José García Carrasco en 1865.	398
4.7. Indicadores de segregación socioeconómica del Ensanche de Madrid por zonas (1860-1905).	404
4.8. Alquiler medio mensual de las distintas zonas y barrios del Ensanche de Madrid en 1878.	405
4.9. Desarrollo demográfico y edificatorio de las tres zonas del Ensanche de Madrid entre 1860 y 1878.	407
4.10. Distribución de los inmuebles existentes en los distintos barrios del Ensanche Este en 1878 según su número de plantas.	408
4.11. Fachada y distribución interior de los inquilinos del inmueble nº 6 de la calle Olózaga construido en 1877 por Esteban Alcántara.	409
4.12. Fachadas del inmueble que alberga los números 8, 6 y 4 de la calle Villalar y del palacio proyectado entre el nº 2 de la calle anterior y el nº 9 de la calle Olózaga por Benito de Arenzana en 1877.	410
4.13. Principales indicadores socioeconómicos por viviendas relativos a la segregación vertical existente en el barrio de Salamanca a comienzos de la Restauración.	411
4.14. Distribución interior de los números 28 y 51 de la calle Serrano respectivamente. Los alquileres son mensuales.	412

4.15. Proyectos de construcción de dos inmuebles, uno de Silverio de la Torre para edificar en 1880 en el solar nº 1 del barrio de Retiro, con fachada a las calles de Alfonso XII y Valenzuela, y otro destinado a vivienda, entre el paseo del Prado y la calle Juan de Mena, en 1882.	414
4.16. Distribución interior del nº 3 de la calle Juan de Urbietta, en el barrio de Delicias, en 1878.	415
4.17. Distribución interior del nº 17 de la calle de Pacífico, en el barrio de Delicias, en 1878.	415
4.18. Fachada, distribución interior e inquilinos del inmueble reformado por Antonio Aguirre entre 1877 y 1878 en el nº7 de la Carretera de Aragón.	418
4.19. Distribución y valor de los solares comprados en el Ensanche Este entre 1900 y 1906.	424
4.20. Evolución de la distribución de la población residente en las distintas zonas que componían el Ensanche Este indicando sus alquileres medios mensuales en pesetas (1860-1905).	426
4.21. Alquiler medio mensual de las distintas zonas y barrios del Ensanche de Madrid en 1905.	428
4.22. Planos de la fachada e interiores del inmueble de la calle Lagasca nº 8 propiedad de José Puente y Sierra edificado en 1894.	429
4.23. Fachada y distribución interior del sótano, planta baja, principal y piso primero, segundo y tercero del edificio del nº 91 de la calle Alcalá (1901-1904).	432
4.24. Plano de la riqueza y pobreza de Madrid en 1905 según el alquiler mensual de cada número de calle.	433
4.25. Fachada del proyecto de vivienda situada en la esquina entre las calles Ruiz de Alarcón y Espalter en 1908, y fachada a la calle de Gutenberg y distribución interior de los pisos principal, 1º, 2º y 3º del inmueble de la calle Vandergoten con vuelta a la calle Gutenberg nº 5.	435
4.26. Fachada del inmueble construido en 1887 por Luis Guirao en la calle Pacífico nº 21, con vuelta al nº 2 de Abtao, y que todavía sigue en pie.	436
4.27. Planos de la fachada, sótano, bajo y principal del hotel de José Verdú, situado en el nº 84 de la calle Lagasca en 1904.	438
4.28. Plano de la fachada, planta baja, principal y segunda de la casa de alquiler, propiedad de José Verdú Gallo, erigida en 1904 en el nº 84 de la calle Lagasca.	439
4.29. Distribución de los inmuebles existentes en los distintos barrios del Ensanche Este en 1905 según su número de plantas.	440
4.30. Distribución del tipo de viviendas existentes en los barrios del Ensanche Este de Madrid en 1905.	441
4.31. Fachadas del hotel propiedad de Fidel Lloret, del hotel de Sol Rubio y de la casa-hotel del marqués de la Fuensanta (1903-1905).	442
4.32. Distribución interior del inmueble del nº 80 de la calle Juan Bravo, y compartimentación interior del edificio que ocupaba el nº 22 de la calle Lista, en 1905.	443
4.33. Relación porcentual de las residencias habitadas existentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905 por barrios según su alquiler mensual.	444
4.34. Distribución por barrios y zonas de las principales categorías socioprofesionales del Ensanche Este en 1878.	449

4.35. Distribución barrial de las familias residentes en el Ensanche Este en 1905 según la ocupación profesional, el lugar de origen y el tiempo de estancia en la ciudad del cabeza de familia.	452
4.36. Concentración residencial de los profesionales liberales en el Madrid de 1905.	454
4.37. Concentración residencial del servicio doméstico femenino en el Madrid de 1905.	454
4.38. Concentración residencial de los trabajadores manuales cualificados en el Madrid de 1905.	455
4.39. Concentración residencial de los jornaleros en el Madrid de 1905.	455
4.40. Concentración residencial de los empleados en el Madrid de 1905.	456
4.41. Plano de la nueva división administrativa de los distritos y barrios de Madrid aprobada en 1902.	456
4.42. Pirámide demográfica por estado civil del barrio de Biblioteca en 1905.	462
4.43. Pirámide demográfica por estado civil del barrio de Plaza de toros en 1905.	462
4.44. Distribución por edades de los hijos residentes en los hogares de los barrios de Biblioteca y Plaza de toros.	463

TOMO II. Madrid, metrópoli europea (1905-1931).

Capítulo 5.

5.1. Evolución demográfica de Madrid (1850-1930).	486
5.2. Análisis del incremento demográfico intercensal de Madrid (1860-1930).	486
5.3. Crecimiento demográfico de Madrid y sus zonas de Ensanche (1878-1930).	487
5.4. Licencias de construcción expedidas por el consistorio madrileño entre 1913 y 1930 por zonas.	488
5.5. Distribución porcentual de la población residente en la provincia de Madrid entre 1900 y 1930.	489
5.6. Plano de Madrid y pueblos colindantes a principios del siglo XX, señalando los tres sectores administrativos de Madrid y los distintos núcleos de población existentes allende el Ensanche.	490
5.7. Evolución demográfica y espacial de Madrid entre 1900 y 1930.	493
5.8. Evolución demográfica de las principales ciudades europeas a lo largo del primer tercio del siglo XX.	494
5.9. Evolución de las tasas de mortalidad y natalidad general de Madrid entre 1900 y 1930.	496
5.10. Evolución de la tasa de mortalidad general de Madrid por distritos y barrios (1902-1928).	497
5.11. Evolución de las tasas de mortalidad infantil madrileña y española entre 1900 y 1930.	498
5.12. Pirámides de población de Madrid de 1900 y 1930.	499
5.13. Representatividad de la inmigración según su tiempo de residencia en Madrid 1860-1930).	500

5.14. Pirámide de población del Ensanche Este de Madrid en 1930 por estado civil, y la distribución de su población inmigrante por sexo y edad.	501
5.15. Tasa de urbanización regional de España por provincias (1930).	504
5.16. Proporción que la inmigración interprovincial residente en las capitales de provincia españolas en 1930 suponía respecto al total.	506
5.17. Lugar de origen de la población inmigrante residente en la ciudad de Madrid en 1930.	507
5.18. Grado de representatividad de las provincias españolas en relación a su proporción dentro de la población inmigrante de Madrid en 1930.	508
5.19. Origen de la población residente en las urbes españolas de más de 100.000 habitantes.	510
5.20. Procedencia de la población residente en el Ensanche Este (1930).	511
5.21. Origen de la inmigración extranjera residente en el Ensanche Este en 1930.	512
5.22. Procedencia de la población inmigrante nacional residente en el Ensanche Este de Madrid.	515
5.23. Distancia recorrida por los inmigrantes peninsulares residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 según su sexo.	517
5.24. Cualificación laboral de los inmigrantes recién llegados según la distancia recorrida (1928-1930).	518
5.25. Nivel de alfabetización de los inmigrantes recién llegados a Madrid según la distancia recorrida (1928-1930).	518
5.26. Edad de llegada de los inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid (1930).	519
5.27. Pirámide demográfica de la inmigración recién llegada procedentes de zonas situadas a menos de 350 km. de Madrid y diferenciando si eran de origen rural o urbano.	521
5.28. Pirámide demográfica de la inmigración recién llegada procedentes de zonas situadas a más de 350 km. de Madrid y diferenciando si eran de origen rural o urbano.	521
5.29. Integración en el mercado laboral de la ciudad de las mujeres inmigrantes mayores de 14 años nacidas en el hinterland madrileño y su comparación con la media del conjunto de mujeres inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	522
5.30. Integración en el mercado laboral de la ciudad de las mujeres inmigrantes mayores de 14 años nacidas en determinadas provincias su comparación con la media del conjunto de mujeres inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	522
5.31. Integración en el mercado laboral de la ciudad de los varones inmigrantes mayores de 14 años nacidos en el hinterland madrileño y su comparación con la media del conjunto de hombres inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	523
5.32. Integración en el mercado laboral de la ciudad de los varones inmigrantes mayores de 14 años nacidos en determinadas provincias y su comparación con la media del conjunto de hombres inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	523
5.33. Nivel de alfabetización de la población residente en el Ensanche Este según su sexo y lugar de origen en 1930, y su comparación a nivel municipal y nacional.	527

5.34. Integración laboral de las mujeres inmigrantes recién llegadas según su origen (1930).	528
5.35. Integración laboral de los hombres inmigrantes recién llegados según su origen (1930).	528
5.36. Evolución de la inmigración de origen urbano y rural hacia Madrid.	529
5.37. Procedencia de la inmigración nacida en capitales de provincia residente en 1930 en el Ensanche Este de Madrid.	530
5.38. Procedencia de la inmigración de origen rural residente en 1930 en el Ensanche Este de Madrid.	530
5.39. Procedencia de la inmigración nacida en núcleos de población de más de 10.000 habitantes que no fueran capitales provinciales.	530
5.40. Proporción de la población inmigrante residente en el Ensanche Este nacida en núcleos de más de 10.000 habitantes respecto a la inmigración total por provincias.	531
5.41. Clasificación profesional de la población inmigrantes masculina recién llegada a Madrid según su procedencia y origen rural o urbano.	532
5.42. Diferencias socioeconómicas entre la población inmigrante recién llegada según fuera su origen rural o urbano.	532
5.43. Diferencias en el lugar de nacimiento de la inmigración urbana masculina según su profesión (1930).	533
5.44. Integración socioprofesional de los hombres extranjeros recién llegados a Madrid residentes en el Ensanche Este en 1930.	534
5.45. Integración socioprofesional de las mujeres extranjeras recién llegadas a Madrid residentes en el Ensanche Este en 1930.	534
5.46. Principales características socioeconómicas de la población extranjera recién llegada residente en el Ensanche Este.	535
5.47. Inserción en el hogar de la población inmigrante recién llegada (1860-1930).	537
5.48. Evolución de las formas de llegada hacia Madrid de las parejas inmigrantes según fuera su origen rural o urbano entre 1905 y 1930.	539
5.49. Composición y tamaño del hogar en el Ensanche Este de Madrid (1905-1930).	541
5.50. Edad de los parientes corresidentes en las familias extensas del Ensanche Este (1930).	541
5.51. Tipos de parentesco de los parientes corresidentes empadronados en las familias complejas del Ensanche Este de Madrid respecto al cabeza de familia y según su sexo.	542
5.52. Distribución de las familias complejas residentes en el Ensanche Este de Madrid según la profesión del cabeza de familia y el origen de ambos cónyuges.	543
5.53. Composición de los hogares del Ensanche Este de Madrid (1930).	544
5.54. Proporción de estudiantes entre los parientes corresidentes del Ensanche Este de Madrid en 1930 según la clasificación profesional del cabeza de familia.	545
5.55. Relación de familias extendidas del barrio de Goya según la profesión y el lugar de origen de los parientes.	547
5.56. Distancia existente entre los parientes de las familias extendidas residentes en el barrio de Goya en 1930.	548
5.57. Endogamia geográfica del hospedaje en función del tipo de relación con la familia de acogida.	551

5.58. Ejemplo de paisanaje extendido en el Ensanche Este de la capital en 1930. Oriundos de Béjar, Salamanca.	552
5.59. Endogamia matrimonial presente entre las parejas inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 por provincias.	553
5.60. Evolución de la distribución de las parejas residentes en el Ensanche Este de Madrid según su procedencia.	554
5.61. Endogamia matrimonial según el origen rural o urbano y el sexo.	555
5.62. Principales características socioeconómicas de las familias que recurrían al hospedaje (1930).	556
5.63. Principales características socioeconómicas de los realquilados (1930).	557
5.64. Distribución de las personas que convivían en régimen de realquiler en el Ensanche Este según su edad y sexo (1930).	558
5.65. Movilidad residencial anual de las familias inmigrantes residentes en Madrid según el tiempo de residencia en la capital.	561
5.66. Evolución del alquiler medio de las viviendas del Ensanche Este en 1930 según el año del contrato.	563
5.67. Transportes urbanos de Madrid en 1930.	564
5.68. Asentamiento residencial de la inmigración reciente (menos de 1 año) en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	568
5.69. Movilidad residencial de las familias asentadas en el Ensanche Este de Madrid de origen inmigrante.	569
5.70. Movilidad residencial de las familias asentadas en el Ensanche Este de Madrid de origen madrileño.	569
5.71. Movilidad residencial quinquenal de las familias residentes en el Ensanche Este de Madrid según su profesión, origen y tiempo de estancia en la ciudad.	570
5.72. Movilidad residencial de las familias encabezadas por jornaleros asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1930 y 1935.	571
5.73. Movilidad residencial de las familias encabezadas por artesanos asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1930 y 1935.	571
5.74. Movilidad residencial de las familias encabezadas por cabezas de familia empleados cuyo sueldo era inferior a 3.000 ptas. anuales asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1930 y 1935.	572
5.75. Movilidad residencial de las familias encabezadas por cabezas de familia empleados cuyo sueldo era superior a 3.000 ptas. anuales asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1930 y 1935.	572
5.76. Dirección de la movilidad residencial emprendida por las familias e individuos residentes en el Ensanche Este entre 1930 y 1935.	574
5.77. Movilidad residencial de las familias encabezadas por cabezas de familia de propietarios y rentistas asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1930 y 1935.	575
5.78. Movilidad residencial de las familias encabezadas por cabezas de familia empleados y profesionales liberales asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1930 y 1935.	575
5.79. Distancia entre los domicilios de los cónyuges casados en el Ensanche Este en 1930 según su procedencia.	578

Capítulo 6.

6.1. Evolución de las principales categorías profesionales de la población masculina residente en el Ensanche de Madrid (1880-1930).	585
6.2. Comparación de la estructura profesional masculina de las principales urbes españolas en 1930.	587
6.3. Evolución de las principales categorías profesionales masculinas del Ensanche Este de Madrid.	588
6.4. Evolución de las principales categorías profesionales femeninas del Ensanche Este de Madrid.	588
6.5. Comparación de la estructura profesional masculina de Madrid y su Ensanche Este en 1930.	589
6.6. Principales variaciones en la estructura profesional masculina del Ensanche Este de Madrid (1905-1930).	591
6.7. Principales variaciones en la estructura profesional femenina del Ensanche Este de Madrid (1905-1930).	591
6.8. Relación de trabajadores manuales no cualificados en función de su origen y tiempo de estancia en Madrid (1905-1930).	594
6.9. Trabajadores manuales no cualificados de origen inmigrante según el tiempo de estancia en Madrid (1905-1930).	595
6.10. Proporción de jornaleros residentes en el Ensanche Este de Madrid por rango de edad (1905-1930).	596
6.11. Relación de trabajadores manuales cualificados en función de su origen y tiempo de estancia en Madrid (1905-1930).	599
6.12. Movilidad laboral de jornaleros y trabajadores manuales (1905-1930).	600
6.13. Movilidad social de padres a hijos de las familias encabezadas por trabajadores manuales.	602
6.14. Endogamia matrimonial y movilidad social registrada entre los trabajadores manuales del Ensanche Este de Madrid.	604
6.15. Lugar de trabajo de los trabajadores manuales no cualificados residentes en el Ensanche Este de Madrid en función de su origen (1930).	610
6.16. Jornales diarios de los trabajadores manuales no cualificados según su lugar de trabajo y origen.	614
6.17. Evolución porcentual de los principales oficios existentes en Madrid a lo largo del primer tercio del siglo XX.	617
6.18. Distribución de los trabajadores manuales cualificados afincados en el Ensanche Este por sectores productivos (1905-1930).	618
6.19. Principales oficios cualificados de los sectores más relevantes del mercado de trabajo manual cualificado del Ensanche Este de Madrid en 1930.	619
6.20. Jornales y sueldos anuales más elevados del mundo de los oficios del Ensanche Este de Madrid (1930).	623
6.21. Jornales diarios medios de los principales oficios artesanos de Madrid en 1930.	624
6.22. Distribución de los trabajadores manuales cualificados según el jornal y el sector productivo de su oficio (1930).	626
6.23. Evolución de los lugares de trabajo de los trabajadores manuales cualificados del Ensanche Este de Madrid (1905-1930).	626
6.24. Lugar de trabajo de los trabajadores manuales cualificados del	627

Ensanche Este de Madrid por sectores (1905-1930).	
6.25. Categoría profesional de los trabajadores de los principales centros industriales del Ensanche Este en 1930.	628
6.26. Muestra de los trabajadores manuales (cualificados o no) contratados por las platerías Espuñes y Meneses por un lado, y por el gigante ferroviario MZA por otro, residentes en el Ensanche Este en 1930.	630
6.27. Diferencias salariales existentes en 1930 dentro del mercado de trabajo manual cualificado madrileño en función del lugar de trabajo y del sector productivo.	631
6.28. Evolución de los salarios obreros masculinos en la provincia de Madrid entre 1914 y 1930.	633
6.29. Evolución salarial de los trabajadores manuales residentes en el Ensanche Este de Madrid según su cualificación (1878-1930).	635
6.30. Evolución temporal de los hijos primogénitos varones de las familias encabezadas por trabajadores manuales que declararon ser estudiantes respecto al total que rellenó la casilla de profesión.	638
6.31. Divergencias de niveles de vida entre los jornaleros, los trabajadores manuales cualificados y los empleados de cuello blanco.	639

Capítulo 7.

7.1. Distribución laboral de los trabajadores masculinos del sector servicios según la codificación HISCO residentes en el Ensanche Este de Madrid (1878-1930).	645
7.2. Distribución laboral de los trabajadores femeninos del sector servicios según la codificación HISCO residentes en el Ensanche Este de Madrid (1878-1930).	645
7.3. Distribución laboral de la población en edad laboral ocupada en el sector servicios y residentes en Madrid en 1930 según su sexo.	646
7.4. Distribución de la población en edad laboral residente en el Ensanche Este de Madrid y que trabajaba en el sector servicios de la ciudad (1978-1930).	647
7.5. Distribución de los trabajadores dedicados al comercio por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1905-1930) residentes en el Ensanche Este.	652
7.6. Tipos de establecimientos comerciales existentes en el Ensanche Este (1930).	654
7.7. Características socioeconómicas de los dependientes y empleados de comercio del Ensanche Este de Madrid (1930).	659
7.8. Distribución salarial de los trabajadores del comercio asalariados residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	660
7.9. Distribución y evolución de los trabajadores empleados en servicios personales residentes en el Ensanche Este de Madrid por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1905-1930).	661
7.10. Comparación de la distribución laboral de la población masculina en edad laboral ocupada en el sector servicios en Madrid y su Ensanche Este en 1930.	676
7.11. Distribución de los profesionales liberales y técnicos relacionados residentes en el Ensanche Este por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1905-1930).	678

7.12. Integración laboral de los profesionales liberales, gestores y administradores residentes en el Ensanche Este según la titularidad de la empresa, institución o negocio en la que prestaban sus servicios.	679
7.13. Principales profesiones liberales y titulados residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	681
7.14. Evolución laboral de los profesionales liberales del Ensanche Este de Madrid (1860-1930).	683
7.15. Sueldos medios anuales de las principales profesiones liberales residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	687
7.16. Distribución de los altos cargos de la administración pública y del sector privado residentes en el Ensanche Este por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1905-1930).	689
7.17. Distribución de los profesionales liberales en función de su lugar de origen y tiempo de estancia en Madrid (1878-1930).	690
7.18. Recopilación de los ingenieros mejor pagados residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	691
7.19. Movilidad social de las familias encabezadas por profesionales liberales de padres a hijos.	692
7.20. Endogamia matrimonial y movilidad social registrada entre los hijos de las familias encabezadas por profesionales liberales residentes en el Ensanche Este de Madrid.	693
7.21. Distribución de los empleados de cuello blanco en función de su lugar de origen y tiempo de estancia en Madrid (1905-1930).	694
7.22. Distribución de empleados y trabajadores de cuello blanco residentes en el Ensanche Este por categorías profesionales de HISCO y según su sexo (1905-1930).	695
7.23. Lugar de trabajo de los empleados de cuello blanco públicos residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	696
7.24. Escala salarial anual de los distintos empleados de cuello blanco varones residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	698
7.25. Distribución salarial de los empleados de cuello blanco residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 en función de su lugar de trabajo.	699
7.26. Empleados de cuello blanco residentes en el Ensanche Este en 1930 según su lugar de trabajo.	700
7.27. Escalafón laboral y salarial de la administración burocratizada de la Compañía ferroviaria MZA, el Banco Hispano Americano y el Ministerio de Hacienda en función de los empleados de cuello blanco, profesionales y técnicos residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	701
7.28. Movilidad social de las familias encabezadas por empleados de padres a hijos.	706
7.29. Endogamia matrimonial y movilidad social registrada entre los hijos de las familias encabezadas por empleados residentes en el Ensanche Este de Madrid.	706
7.30. Movilidad profesional de los empleados de cuello blanco (1905-1930).	707
7.31. Estructura profesional femenina del Ensanche de Madrid (1905-1930).	709
7.32. Comparación salarial de los sueldos obtenidos por los hombres y mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid en distintos segmentos laborales del sector servicios madrileño.	720

7.33. Distribución salarial de las empleadas de cuello blanco residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 en función de su lugar de trabajo.	721
7.34. Evolución de la tasa de actividad laboral femenina de Madrid (1905-1930).	723
7.35. Evolución de la tasa de actividad laboral femenina de distintos espacios urbanos madrileños.	724
7.36. Tasa de actividad femenina de los barrios del Ensanche Este en 1930.	725
7.37. Tipo de respuestas dadas por las mujeres residentes en el Ensanche Este que no declararon profesión (1860-1930).	726
7.38. Tasa de actividad laboral media de las mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 por edad y estado civil.	727
7.39. Participación laboral de las esposas de familias nucleares en función de la profesión de su marido (1905-1930).	728
7.40. Tipo de declaración de las mujeres casadas que no declararon profesión alguna en función de la categoría profesional del marido y el disfrute de servicio doméstico interno.	728
7.41. Características sociales de las familias jornaleras residentes en el Ensanche Este de Madrid (1878-1930).	729
7.42. Estimación del subregistro de la actividad u ocupación femenina en el padrón municipal de Madrid de 1930.	730
7.43. Registro del trabajo infantil en el Ensanche Este de Madrid (1905-1930).	732
7.44. Integración laboral de los hijos mayores de 10 años y menores de 15 que declararon una ocupación en el padrón municipal de 1930.	733
7.45. Participación laboral de las mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid (1930).	735
7.46. Distribución por edades de los hombres y mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 ocupados en el servicio doméstico, tanto de forma porcentual como cuantitativa.	736
7.47. Índice de masculinidad del servicio doméstico interno contratado por las familias aristocráticas residentes en el Ensanche Este de Madrid en relación a la media.	737
7.48. Número de sirvientes internos por hogar en el Ensanche Este de Madrid según la profesión del cabeza de familia.	737
7.49. Principales características salariales y demográficas del servicio doméstico femenino interno (1930).	739
7.50. Tipología del servicio doméstico femenino del Ensanche Este.	742
7.51. Servicio doméstico femenino interno y externo del Ensanche Este por barrios (1930).	743
7.52. Principales características del servicio doméstico femenino externo (1930).	744
7.53. Distribución por edades del servicio doméstico femenino interno y externo del Ensanche Este de Madrid.	745
7.54. Diferencias salariales entre los trabajadores manuales madrileños según su sexo.	746
7.55. Principales profesiones de las trabajadoras manuales cualificadas del Ensanche Este de Madrid ligadas al sector textil y de la confección y su proporción sobre el resto (1930).	748

Capítulo 8.

8.1.	Relación entre la superficie de cada barrio de Madrid y su población (m ² por individuo) en 1915.	755
8.2.	Número medio de plantas de los edificios existentes en cada barrio madrileño en 1915.	755
8.3.	Representación cartográfica de los segmentos de alquiler más relevantes de Madrid en 1915 por barrios.	759
8.4.	Alquiler medio mensual de las distintas zonas y barrios del Ensanche de Madrid en 1930.	765
8.5.	Evolución de la distribución de las viviendas madrileñas según el precio de su alquiler (1910-1929).	766
8.6.	Evolución de los alquileres medios de los barrios madrileños entre 1905 y 1930 en pesetas constantes de 1913.	767
8.7.	Apreciación del alquiler medio de los barrios madrileños entre 1905 y 1930 (pesetas constantes de 1913).	768
8.8.	Concentración residencial de los profesionales liberales en el Madrid de 1930.	771
8.9.	Concentración residencial del servicio doméstico femenino en el Madrid de 1930.	771
8.10.	Concentración residencial de los trabajadores manuales cualificados en el Madrid de 1930.	772
8.11.	Concentración residencial de los jornaleros en el Madrid de 1930.	772
8.12.	Concentración residencial de los empleados en el Madrid de 1930.	773
8.13.	Concentración residencial de los propietarios y rentistas en el Madrid de 1930.	773
8.14.	Principales indicadores cuantitativos relativos a la segregación residencial y el grado de aislamiento de los principales grupos socioprofesionales de Madrid en 1930.	774
8.15.	Índice de disimilitud de la segregación residencial calculada para los principales grupos socioprofesionales de Madrid en 1930.	775
8.16.	Índice de exposición que indica el grado de interacción residencial (a escala barrial) existente entre los principales grupos socioprofesionales de Madrid en 1930.	776
8.17.	Evolución demográfica de los barrios que componen el Ensanche Este de Madrid (1905-1930).	781
8.18.	Licencias de obras menores expedidas por el consistorio entre 1925 y 1928 para el Ensanche Este de Madrid.	782
8.19.	Distribución geográfica de las licencias de obras, alineación y alquiler expedidas por el ayuntamiento entre 1921 y 1930.	782
8.20.	Distribución porcentual de las residencias habitadas existentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 por barrios según su alquiler mensual.	788
8.21.	Alquiler medio mensual de las calles del Ensanche Este en 1930.	789
8.22.	Principales características urbanísticas de los barrios del Ensanche Este de Madrid en 1930.	790
8.23.	Distribución de los inmuebles existentes en los distintos barrios del Ensanche Este en 1930 a tenor del número de plantas habitadas.	791

8.24. Distribución interior de las viviendas, alquiler y ocupación de los inquilinos del inmueble de nueva construcción en el nº 41 de la calle Claudio Coello.	793
8.25. Planos de la planta baja, pisos, azotea y fachada del inmueble del nº 41 (en la actualidad nº 43) de la calle Claudio Coello, edificado por Urbano Peña Chávarri entre 1925 y 1928.	794
8.26. Distribución interna, diseño de plantas y características socioeconómicas de los inquilinos del nº 18 de la calle Velázquez.	796
8.27. Distribución de las viviendas del Ensanche Este por barrios en función de su número de estancias en 1930.	797
8.28. Distribución de las viviendas existentes en los barrios del Ensanche Este de Madrid en 1930 según su altura.	798
8.29. Evolución urbanística de los distintos y desiguales espacios urbanos que componían el Ensanche Este de Madrid durante el primer tercio del siglo XX.	799
8.30. Fachada y planos del entresuelo y los pisos del nº 46 (en la actualidad el nº 48) de la calle Castelló.	801
8.31. Fachada y planos del principal, los restantes pisos y el ático del nº 52 (en la actualidad nº 62) de la calle Ayala.	802
8.32. Distribución residencial de la aristocracia residente en el Ensanche Este de Madrid en los años 1905 y 1930.	804
8.33. Fachada del hotel construido por Leandro Alvear en la calle del Pinar. 1924.	805
8.34. Fachada y plano de pisos del nº 31 de la calle María de Molina, esquina a Castelló.	805
8.35. Principales características socioeconómicas del Pasaje de Indalecio en 1930.	806
8.36. Fachada y planos de los pisos interiores del inmueble del nº 55 de la calle Diego de León, edificado por Agustín Pruna entre 1926 y 1928.	807
8.37. Distribución interior de las viviendas, alquiler y ocupación de los inquilinos del edificio nº 55 de la calle Diego de León en 1930.	808
8.38. Fachada y planos de las plantas baja, de los pisos y de la azotea del nº 22 de la calle Alcántara.	809
8.39. Fachada y planos de las plantas baja, principal y ático del nº 26 de la calle Alcántara.	812
8.40. Fachada y planos interiores del inmueble de Luis Olasagasti Medina en el nº 108 de la calle Alcalá (luego 106).	814
8.41. Plantas del inmueble nº 5 de la Plaza de Manuel Becerra (actual nº 4) presentados en 1919.	814
8.42. Plantas del inmueble nº 80 de la calle Don Ramón de la Cruz (actual 102) presentados en 1919.	815
8.43. Fachada y plantas del inmueble nº 15 de la Avenida Menéndez Pelayo presentados en 1926.	816
8.44. Distribución interior de las viviendas del nº 15 de la Avenida Menéndez Pelayo indicando el alquiler y ocupación de sus inquilinos.	816
8.45. Fachadas de los inmuebles del nº 29 de la Avenida Menéndez Pelayo y del nº 7 de la calle Duque de Sesto.	817
8.46. Fachada y planos de las plantas baja, pisos y áticos del edificio nº 45 de la Avenida Menéndez Pelayo, en el barrio de Gutenberg.	818

8.47. Plano transversal del nº 25 de la calle Caridad, y fachada de la casa construida en el nº 55 de la calle Granada.	819
8.48. Fachada y plano de pisos del nº 20 de la calle Abtao, esquina a la calle Valderribas.	820
8.49. Distribución por barrios de las principales categorías socioprofesionales del Ensanche Este en 1930.	825
8.50. Evolución de la desigual concentración residencial en el Ensanche Este por barrios y profesiones en 1905.	826
8.51. Evolución de la desigual concentración residencial en el Ensanche Este por barrios y profesiones en 1930.	826
8.52. Distribución barrial de las familias residentes en el Ensanche Este en 1930 según la ocupación profesional, el lugar de origen y el tiempo de estancia en la ciudad del cabeza de familia.	828
8.53. Diferencia porcentual en la distribución de los principales grupos socioprofesionales residentes en el Ensanche Este de Madrid por barrios entre 1905 y 1930.	829
8.54. Distribución de las familias residentes en los distintos barrios del Ensanche Este en 1930 en función de la profesión del cabeza de familia.	830
8.55. Pirámide de población del barrio de Gutenberg en 1930.	832
8.56. Pirámide de la población inmigrante llegada en los cinco últimos años del barrio de Gutenberg en 1930.	832
8.57. Pirámide de población del barrio de Plaza de toros en 1930.	832
8.58. Pirámide de la población inmigrante llegada en los cinco últimos años del barrio de Plaza de toros en 1930.	832
8.59. Pirámide de población del barrio de Conde de Aranda en 1930.	832
8.60. Pirámide de la población inmigrante llegada en los cinco últimos años del barrio de Conde de Aranda en 1930.	832
8.61. Distribución porcentual de los hijos residentes en los hogares del Ensanche Este en función de su edad y de la profesión del cabeza de familia.	833
8.62. Estructura familiar de los distintos barrios del Ensanche Este en 1930.	834
8.63. Estructura familiar según la profesión de los cabezas de familia residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930.	835
8.64. Lugar de origen de la población inmigrante residente en los barrios del Ensanche Este de Madrid en 1930.	836
8.65. Procedencia de la población residente en los barrios del Ensanche Este de Madrid en 1930.	837
8.66. Lugar de origen de los cónyuges de las familias que residían en cada uno de los barrios del Ensanche Este de Madrid.	838

Índice de Ilustraciones

TOMO I. Huyendo de su pasado (1860-1905).

Capítulo 1.

1.1.	El este de Madrid a vista de pájaro desde la plaza de toros. 1852. A. Guesdon.	65
1.2.	Calle y Puerta de Alcalá en 1852.	68
1.3.	Estampa nº 64 de la serie de Francisco de Goya <i>Los desastres de la guerra</i> , titulada “Carretadas al cementerio”	72
1.4.	Cuadro <i>El hambre en Madrid</i> , realizado por José Aparicio Inglada en 1818.	72
1.5.	Cuadro <i>Episodio de la Revolución de 1854 en la Puerta del Sol</i> realizado por Eugenio Lucas.	79
1.6.	Plano de Madrid publicado por Francisco Coello y Pascual Madoz en 1848 en su obra <i>Atlas de España y sus posesiones de Ultramar</i> .	82
1.7.	Vista de la Carrera de San Jerónimo en 1853.	86
1.8.	Panorámica de la Puerta del Sol durante su reforma desde la Casa de Correos en 1857, y vista de la reforma terminada en 1870.	87
1.9.	Vista general de la estación del Mediodía en 1865 y construcción del Puente de los Franceses en 1859.	92
1.10.	Obras de construcción del Canal de Isabel II. Acueducto de Amanuel en 1856.	93
1.11.	Caricatura <i>Una casa en Nochebuena</i> , de Joaquín Xaudaró en 1902.	97
1.12.	Estampa humorística del interior de un edificio de varias plantas en Estocolmo en 1875.	97
1.13.	La Puerta de Alcalá en 1857.	106
1.14.	Anuncios de mercancías en venta en los paradores de afuera de la Puerta de Alcalá.	107
1.15.	Arranque del Paseo de Recoletos con la fuente de Cibeles en primer término, los edificios del Pósito y el nuevo palacio del marqués de Salamanca realizado por Colomer en segundo plano, y al fondo los terrenos aún sin edificar del futuro Ensanche Este. Anónimo, h. 1857.	124

Capítulo 2.

2.1.	Fotografía de una ama de cría. Biblioteca Nacional de España.	187
2.2.	Grabado llamado “El último alfiler”, <i>La Ilustración Española y Americana</i> , nº VII, 1896.	187

Capítulo 3.

3.1.	Instituto municipal para artesanos, creado por el alcalde Alberto Bosch en 1885. <i>La Ilustración Española y Americana</i> , nº XL.	265
3.2.	Nuevas construcciones en la calle de Claudio Coello. <i>La Ilustración española y americana</i> , nº XV, 1872.	272
3.3.	Trabajadores a jornal en las obras del Paseo de Ronda (actual calle de Doctor Esquerdo), Museo de Historia, Inv. 9389, 1901-1910.	272
3.4.	Secadero de ladrillos de un tejat situado en la Ciudad Lineal, h. 1902.	273
3.5.	Estación de Arganda también conocida como la del Niño Jesús por su cercanía al hospital homónimo, h. 1901.	273
3.6.	Grabado sobre la Casa de la Moneda en <i>La Ilustración Española y Americana</i> , el 1 de abril de 1872.	275
3.7.	Maquinistas de la Casa de la Moneda trabajando. H. 1897. Archivo Ruiz Vernacci, IPHE.	289
3.8.	Nueva platería de los Hijos de Leoncio Meneses, ubicada en la calle Ramón de la Cruz e inaugurada en febrero de 1885.	289
3.9.	Frontón de pelota vasca Jai Alai, inaugurado en 1891 en la calle Alfonso XII. H. 1895.	306
3.10.	Escuelas de niños y niñas de Madrid. A. Esperón. Museo de Historia de Madrid, 1888.	333
3.11.	Niño trabajando en el curtido de pieles en las antiguas tenerías. Museo Municipal de Madrid, h. 1900	345
3.12.	Niña hilandera. Planella Rodríguez. 1882.	345
3.13.	Detalle de la vida de aleluya titulado “Vida de una criada de servir”, nº 63 de la <i>Colección Aleluyas</i> publicada por los Sucesores de Hernando, en 1860 en Madrid.	352
3.14.	Niñeras en el paseo del Prado, hacia 1895. Christian Franzen, Agencia EFE	364
3.15.	Ama de cría junto a su ama y sus hijos, 1907.	364
3.16.	Nodriza pasiega junto al niño al que amamanta, 1860, BNE.	364

Capítulo 4.

4.1.	Representación de Madrid realizada en 1873 desde el oeste. Plano de Guillermo Martorell.	380
4.2.	Grabado del barrio de Salamanca. En <i>La Ilustración Española y Americana</i> , 8 de agosto de 1873.	384
4.3.	Obras de las cocheras y estación del tranvía en 1870, en el cruce entre las calles Serrano y Maldonado.	384
4.4.	Detalle del plano presentado al ayuntamiento por el marqués de Salamanca presentado en abril de 1873 pidiendo que se reafirmasen varias calles del barrio homónimo.	385
4.5.	Anteproyecto de distribución de manzanas destinadas a la edificación en el Real Sitio del Buen Retiro: aprobado por el Ayuntamiento de Madrid y por la Administración General de la Real Casa y Patrimonio en febrero de 1865. Biblioteca Regional de Madrid.	386
4.6.	Proyecto de urbanización del Olivar de Atocha, perteneciente al Parque del Retiro, 1873.	386

4.7.	Parcelación en solares de las dependencias del Pósito para su venta 1865.	387
4.8.	Obras de derribo del Pósito. Museo de Historia de Madrid, 1869.	387
4.9.	Alineación de los terrenos de la antigua plaza de toros de Alcalá, 1874.	388
4.10.	Parcelación en solares de la antigua plaza de toros de Alcalá y su distribución. 1875.	388
4.11.	Terrenos del Pósito y adyacentes en 1866.	390
4.12.	Urbanización de los terrenos del Pósito y adyacentes en 1874.	390
4.13.	Vista panorámica del Ensanche NE de Madrid. <i>La ilustración militar</i> , 1881.	391
4.14.	Plano de situación del barrio obrero proyectado en los terrenos del Estado. 1869.	392
4.15.	Plaza de toros de la avenida de Felipe II y sus dependencias tras ser inaugurada. Museo Municipal de Madrid, J. Laurent. 1875.	395
4.16.	Detalle del Ensanche Este del plano de Madrid de 1886, realizado por el Instituto Geográfico y Estadístico. Escala 1:10.000.	396
4.17.	Grabado relativo a las obras del Hospital del Niño Jesús, en <i>La Ilustración Española y Americana</i> , 15 de diciembre de 1881.	396
4.18.	Detalle de la sección 21 del plano catastral de Colubí de 1866 referente a las construcciones existentes en el margen septentrional de la calle del Pacífico.	397
4.19.	Primera fábrica de cristal y vidrio de Madrid denominada Nuestra Señora de Atocha, situada a finales de la calle Juan de Urbietta, <i>La Ilustración Española y Americana</i> , nº 5, 1873.	398
4.20.	Distribución de las 68 edificaciones construidas por la Constructora Benéfica en la calle Caridad destinadas a familias trabajadoras.	400
4.21.	Grabado de la calle Caridad, con la carretera de Valencia y la línea ferroviaria al fondo. <i>La Ilustración Española y Americana</i> , nº XI, 1883.	401
4.22.	Fachada de una de las viviendas del primer tipo ubicada en la calle Caridad, de tres alturas. En <i>La Constructora Benéfica. Casas para obreros en Madrid</i> , en <i>Anales de la Construcción y de la Industrial</i> , Tomo II, lámina 15, 1877.	401
4.23.	Vista posterior del Museo del Prado y del monasterio de los Jerónimos desde el Retiro, con la explanación de la futura calle de Alfonso XII en primer plano. H. 1870. Archivo Ruiz Vernacci, IPHE.	413
4.24.	Palacete de Mariano Monasterio en la Castellana. J. Mon. H. 1870. Legado Ortiz Echagüe, Universidad de Navarra.	421
4.25.	Capilla realizada por la misma persona en el Paseo de la Castellana, h. 1870. BNE.	421
4.26.	Palacio de Anglada, diseñado por Rodríguez Ayuso, h. 1880.	437
4.27.	Palacio de Huerta, llamado comúnmente Huerta de Cánovas, h. 1890.	437
4.28.	Tejares de Sixto. En <i>La vivienda insalubre en Madrid</i> de César Chicote, Imprenta municipal, Madrid, 1914.	445
4.29.	Cuesta de la Elipa. En <i>La vivienda insalubre en Madrid</i> de César Chicote, Imprenta municipal, Madrid, 1914.	445
4.30.	Hospital de San Juan de Dios en 1897.	446
4.31.	Fachada del edificio del Real Colegio de Nuestra Señora de Loreto. H. 1890.	446

TOMO II. Madrid, metrópoli europea (1905-1931).

I	5ª Avenida, Nueva York en 1924, y Avenida del Conde de Peñalver de Madrid. <i>Memoria. Información sobre la ciudad. Año 1929</i> , Ayuntamiento de Madrid.	470
II	Detalles de los artículos “The new Madrid: a modern european capital”, publicado en <i>The Times</i> el 18 de enero de 1929, y “Past and future elbows in Madrid”, publicado en <i>The New York Times</i> el 20 de mayo de 1928.	471
III	Vista panorámica de la nueva silueta de la Gran Vía tomada desde la torre de la iglesia de Santa Cruz. <i>Información sobre la ciudad. Año 1929</i> , Ayuntamiento de Madrid.	472
IV	Sede en construcción del Banco del Río de la Plata, actual Instituto Cervantes. H. 1917, y nueva sede del Banco de Bilbao, 1929. Fotografía de Virgilio Muro.	473
V	Vista aérea de la fábrica de la Standard Eléctrica cercana a la estación de Delicias. 1927.	474
VI	Vista general de la Gran Vía con la nueva sede de Telefónica, 1921, y calle Alcalá en 1930, destacando la sede de la Unión y el Fénix. 1930. Fondo Alfonso, AGA.	475
VII	Puerta del Sol en 1930, y Glorieta y estación de Atocha en los años 20.	476
VIII	Palacio de la Prensa en 1927 y Almacenes Madrid-París en 1927 (AGA, Fondo Alfonso). Y edificio Carrión en los años treinta.	477
IX	Proyección de la película <i>La pequeña coronela</i> , de Shirley Temple, en el Palacio de la Música, 1935; Piscina <i>La Isla</i> , en el Manzanares, verano de 1931; Partido de fútbol en el campo de fútbol del Real Madrid en las cercanías de la plaza de toros de Felipe II, 1913. J. Zegri.	479
X	Ciudad Universitaria en 1935, y antiguo Palacio Nacional de las Artes e Industrias, construido entre 1881 y 1887.	480

Capítulo 5.

5.1.	Vista panorámica del Puente de Vallecas. <i>Memoria. Información sobre la ciudad. Año 1929</i> , Ayuntamiento de Madrid.	495
5.2.	Vista panorámica de Tetuán de las Victorias. <i>Memoria. Información sobre la ciudad. Año 1929</i> , Ayuntamiento de Madrid.	495
5.3.	Desembarco de viajeros en uno de los andenes de la estación de Atocha. Primera década del siglo XX.	516
5.4.	Detalle de uno de los grabados de F. Masereel incluidos en <i>La cité</i> , de 1929 relativa a París.	516
5.5.	Inauguración del tranvía hacia el barrio de Usera, en 1933. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA.	565
5.6.	Ascensor de la parada de metro de Gran Vía, en 1932. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA.	565
5.7.	Revista de taxis en la Castellana, h. 1922. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA.	566
5.8.	Apertura de dos líneas de autobuses en el barrio de Pacífico, en 1933. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA.	566

Capítulo 6.

6.1.	Vista de la iglesia de San Manuel y San Benito. Calle Alcalá nº 85. 1927, J. Lacoste.	598
6.2.	Grupo Escolar Reina Victoria, ubicado en la calle Príncipe de Vergara nº 61. 1905. Museo de Historia de Madrid, Inv. 22384.	598
6.3.	Obras de construcción del Metro en la Glorieta de Bilbao, 1917-1919.	607
6.4.	Vista de los primeros inmuebles de la Colonia del Retiro. Hacia 1930.	607
6.5.	Obras de la Gran Vía en 1922.	608
6.6.	Obras de la Gran Vía. Años 20.	608
6.7.	Obras en el Paseo de Ronda, límite del Ensanche, 1926. Museo de Historia de Madrid.	609
6.8.	Construcción de la Ciudad Universitaria, 1931. Fuente C.C.F.E.A.	609
6.9.	Anuncio publicado por la sociedad cementera Portland Valderrivas en <i>La construcción moderna</i> el 15 de enero de 1930.	612
6.10.	Anuncio de la empresa Jacobo Schneider publicado el 28 de febrero de 1921 en <i>La construcción moderna</i> .	612
6.11.	Muelles de carga de pequeña velocidad de la estación de Atocha. Hacia 1930.	613
6.12.	Oficios en vías de desaparición en el Madrid de 1930 (carrocero, farolero, aguador de cuba y mozo de cuerda).	617
6.13.	Horno de fundición de los metales que se emplean en la confección de monedas en la Fábrica de la Moneda y Timbre, en <i>Mundo Gráfico</i> , 9 de enero de 1929.	620
6.14.	Talleres de la Platería Luis Espuñes, situado en la calle Castelló nº 18, inaugurados en 1920.	620
6.15.	Anuncio de un taller mecánico de automóviles en el Ensanche Este. <i>La Velocidad. Órgano de la Sociedad de Chauffeurs y aspirantes</i> , 1 de diciembre de 1921.	621

Capítulo 7.

7.1.	Sucursal de la Panadería Repostería Viena Capellanes, en la calle Ruíz de Alarcón, 9 en 1920	655
7.2.	Interior de la sección de tejidos de los Almacenes Rodríguez, situados en la Gran Vía.	655
7.3.	Sucursal de los Almacenes Quirós en Madrid, con profusos iluminados para exhibir sus artículos.	655
7.4.	Camateros atendiendo a los clientes en un restaurante madrileño. <i>Crónica</i> , 30 de septiembre de 1934.	665
7.5.	Anuncio de salón de belleza Edouard, sito en la calle Velázquez nº 26, <i>La lectura dominical</i> , 21 de diciembre de 1929	665
7.6.	Clienta de una clínica esteticista. <i>Crónica</i> , 30 de septiembre de 1934.	665
7.7.	Fachada del teatro Infanta Beatriz, en el barrio de Salamanca. <i>ABC</i> , 8 de noviembre de 1925.	665
7.8.	Automóviles comprados para el servicio de correos de Madrid, 1910. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA	668

7.9. Automóvil municipal destinado a la limpieza de las calles, 1920. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA.	668
7.10. Anuncio del Instituto Técnico de Automovilismo para enseñar a ser chauffeur y conducir automóviles particulares. En <i>La Libertad</i> , 26 de diciembre de 1922.	670
7.11. Oficina de la redacción del periódico <i>La Luz</i> , en 1932.	674
7.12. Departamento de Ingenieros de <i>Telefónica</i> , sección de delineantes en la Central de Salamanca. H. 1924-1931.	674
7.13. Anuncio publicitario de la agencia de publicidad <i>Publicitas</i> , S.A. <i>Crónica</i> , 20 de septiembre de 1934.	686
7.14. Empleadas del segundo turno del Metropolitano a su salida. En <i>Crónica</i> , 25 de enero de 1931.	710
7.15. Dactilógrafas trabajando en las oficinas de la Compañía Telefónica Nacional. En <i>Nuevo Mundo</i> , 5 de junio de 1931.	710
7.16. Cuadro interurbano de la Central de Hortaleza de Madrid. Archivo Fotográfico de Telefónica. H. 1924-1931.	711
7.17. Taller de fabricación de estuches finos de Perfumerías Gal. <i>Nuevo Mundo</i> , 21 de Octubre de 1909.	712
7.18. Departamento Comercial de la <i>Standard Eléctrica</i> de Madrid, Archivo Fotográfico de Telefónica, H. 1924-1931.	712
7.19. Dependientas del Madrid-París al cierre de la Sociedad, <i>La Estampa</i> , 3 de febrero de 1934	714
7.20. Empleadas de Floralia dedicadas a la venta de pastillas de jabón, en <i>La Estampa</i> , 8 de mayo de 1928	714
7.21. Modelos contratadas por los Almacenes Simeón para promocionar en sus escaparates su género de ropa, <i>La Estampa</i> , 3 de abril de 1928.	714
7.22. Mecnógrafas empleadas en una <i>oficina moderna</i> a la hora de redactar el correo diario. En <i>Nuevo Mundo</i> , 22 de diciembre de 1933	716
7.23. “Los nuevos oficios femeninos”, en <i>Almanaque Bailly-Bailliere. Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica</i> , pág. 279, 1921.	717
7.24. Mujer realizando labores domésticas, 1932.	738
7.25. Trabajadoras en un lavadero de ropa de la calle Galileo. H. 1933. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA.	738
7.26. Fotografías de las plantillas de modistas contratadas en los talleres de costura de la Casa Tachín. <i>La Estampa</i> , 3 de diciembre de 1929.	748
7.27. Fotografías de las plantillas de modistas contratadas en los talleres de costura de Madame Raguet. <i>La Estampa</i> , 3 de diciembre de 1929.	748
7.28. Anuncio de Manufacturas Villanueva demandando trabajadoras textiles para ocuparse en su fábrica o en su domicilio. <i>La Voz</i> , 2 de febrero de 1929.	750

Capítulo 8.

8.1. Obreros trabajando en las obras del Paseo de Ronda, h. 1922-1926. Museo de Historia, N° Inv. 21635.	769
8.2. Terraplenado de la calle Joaquín Costa, 1926, Museo de Historia, N° Inv. 21639.	769
8.3. Fotografía aérea de la zona oriental de Madrid a principios de los años veinte.	783

8.4.	Vista aérea de la zona de la plaza de toros de Goya. Enero de 1929.	785
8.5.	Vista aérea del área meridional del barrio de Retiro. Fotos de Gaspar, 1928.	786
8.6.	Detalle del Fotoplano de Madrid incluido en el trabajo municipal <i>Información sobre la ciudad, año 1929</i> .	787
8.7.	Postal de la calle Serrano en 1930. Museo de Historia de Madrid. Inv. 1991/1/1179.	792
8.8.	Calle de Velázquez esquina con Goya, orientada hacia la calle Alcalá, en 1930.	792
8.9.	Hoteles y palacios de los duques de Seo de Urgel y marqueses de Santa María de Silvela y Donadío, en las calles de Diego de León, Velázquez y Lagasca. Entre 1915 y 1920. Museo de Historia de Madrid, Inv. 24795	800
8.10.	Calle de Príncipe de Vergara en 1929.	800
8.11.	Fachada principal del palacio de Amboage, edificado entre 1914 y 1917 en la manzana delimitada por las calles Lagasca, Padilla, Velázquez y Juan Bravo.	803
8.12.	Palacete de Miguel Blay, entre las calles del Pinar y María de Molina, construido entre 1912 y 1914.	803
8.13.	Vista de la plaza de Manuel Becerra y de la calle Alcalá, 1926.	805
8.14.	Vista del barrio de Plaza de toros desde el oeste, 1925.	805
8.15.	Pasaje de Indalecio, calle situada en el barrio de Plaza de toros. Fotografía publicada en <i>La Voz</i> , el 6 de enero de 1928.	806
8.16.	Paseo de Ronda o calle Francisco Silvela en los años 30.	810
8.17.	Avenida de Plaza de toros, entre 1922 y 1933	813
8.18.	Avenida de Menéndez Pelayo, con solares en construcción. <i>La Voz</i> , 16 de septiembre de 1927.	813
8.19.	Vista aérea de la Colonia Parque-Residencia, con el Hipódromo ya desmantelado, en 1933	822
8.20.	Detalle de los edificios de la Colonia Parque-Residencia. 1931.	822
8.21.	Vista general de la Colonia del Retiro en 1932.	823
8.22.	Perspectivas de las calles de la Colonia del Retiro en 1932.	823
8.23.	Fotografías tomadas por la policía a los detenidos por intento de robo en la frutería y tinte del nº 34 de la calle Lagasca el día 22 de abril de 1930, alias el <i>Filiche</i> y el <i>Ebanista</i> .	842

Resumen

Durante los cerca de tres cuartos de siglo que mediaron entre 1860 y 1931, Madrid mudó plenamente de piel. En estas décadas se transformaron radicalmente sus horizontes socioeconómicos, geográficos, urbanísticos, demográficos, políticos y culturales. Un proceso que dejó huella tanto en el rostro de la ciudad como en la forma de vida de sus habitantes. La mutación de sus estilos de vida se produjo a un ritmo e intensidad superior al de los ciudadanos residentes en el resto de urbes españolas. Por ello, es obligado el análisis pormenorizado de estas transformaciones y el modo en que afectaron a la vida diaria de las personas que las vivieron, imprescindibles para comprender el desarrollo de la sociedad contemporánea madrileña. Esta tesis titulada *El Madrid burgués. El Ensanche Este de la capital (1860-1931)*, es abordada desde una visión más social que urbanística, es decir, tejiendo una *historia social de la ciudad*. Su ámbito de estudio se ciñe a la evolución histórica del Ensanche Este de la capital, desde su creación administrativa con la ratificación del proyecto de Castro en 1860, hasta el advenimiento de la II República en 1931. Un período en el cual el Ensanche Este pasó de ser una zona escasamente poblada y dedicada al cultivo a erigirse en uno de los símbolos candentes de que los *tiempos modernos* habían llegado a Madrid.

El área oriental de la ciudad carecía de arrabales previos al plan de ampliación urbanística de Castro, lo que lo convierte en el único espacio creado totalmente *ex novo* del Ensanche, una probeta en la que constatar el funcionamiento de los distintos sucesos y procesos sociales propios del mundo urbano contemporáneo. La reconstrucción de la vida cotidiana, las costumbres y modos de vida de su población a través de los métodos y técnicas formuladas por la microhistoria, la historia de la familia, la demografía histórica, la historia sociocultural, la antropología histórica y la prosopografía, permiten historiar de *abajo* hacia *arriba* el funcionamiento de las redes migratorias, laborales, de sociabilidad o políticas existentes, logrando en la narración histórica una *descripción densa* de las complejas interacciones entre el individuo y la masa, la familia y el vecindario, lo local y lo global.

De este modo, la aplicación de estos principios metodológicos y técnicos ha permitido desarrollar tres grandes objetivos conceptuales y temáticos específicos. En primer lugar, reconstruir centenares de trayectorias personales, poniendo el acento en sus formas de inserción residencial, familiar y laboral en función de su sexo, procedencia o cualificación, y detectando la presencia y el grado de uso de las redes migratorias de parentesco y paisanaje en Madrid. En segundo lugar, ampliar el conocimiento histórico del proceso de modernización sufrido por el mercado laboral madrileño durante estas décadas. Para ello, se han fusionado el estudio sectorial de sus distintas actividades productivas y la reconstrucción de su estructura socioprofesional por un lado, con el análisis prosopográfico y la narración de casos específicos por otro. Y por último, desarrollar con mayor profundidad la estrecha relación existente entre el espacio urbano y las condiciones de vida de sus habitantes. No obstante, también se ha progresado en otras líneas de investigación menos conocidas de la historiografía madrileña, como la mediatización del paisanaje en la toma de decisiones individuales y familiares; la influencia que el cambio de escala urbana de la ciudad y la expansión de

sus transportes públicos ejerció sobre la movilidad residencial de sus habitantes; la evolución de las posibilidades de reproducción socioprofesional de una generación a otra o a lo largo del propio ciclo vital; o la conexión existente entre las transformaciones urbanísticas, la concentración residencial de los grupos socioprofesionales y la consecuente reducción de la interacción social entre ellos, y la cristalización de representaciones mentales, identidades y simbologías colectivas acuñadas a zonas concretas de Madrid. Para lograr tales objetivos, se ha optado por recurrir a numerosas fuentes de distinta naturaleza, siendo la fuente documental cardinal el vaciado sistemático de las hojas de empadronamiento de las viviendas del Ensanche Este. También se ha realizado un exhaustivo estudio de otras fuentes ubicadas en el Archivo de Villa de Madrid, la BNE, el AHPNM o el AGA. No sólo se ha considerado como requisito indispensable lograr un diálogo constante entre las escalas micro y macro, sino también entablar una estrecha comparación entre los procesos históricos acaecidos en este espacio urbano con los existentes en el resto de las zonas de Ensanche, el casco antiguo madrileño y el resto del mundo urbano español y europeo.

El cuestionamiento del modelo de ciudad preindustrial sobre el que se había asentado el Madrid de la época moderna, sólo llegó tras el triunfo del liberalismo y la edificación del moderno Estado liberal. En este pensamiento, Madrid ocupó un lugar predilecto, aumentando la ya de por sí excesiva demanda residencial a la que hacía frente. Ante esta situación, la población más necesitada, especialmente la de origen inmigrante, buscó una válvula de escape, causa de que surgieran los primeros arrabales extramuros. Un proceso de superación *de facto* de la ciudad enclaustrada, del que el futuro Ensanche Este apenas participó. Sin embargo, cuando la creciente inmigración, las protestas ciudadanas y la necesidad de dotar de espacio al ferrocarril y a las nuevas industrias convencieron al gobierno central para tomar cartas en el asunto e imponer su ampliación, las grandes fortunas afincadas en ella se apresuraron a posicionarse en los terrenos extramuros ante su hipotética expansión. Y qué mejor que invertir en aquellos terrenos huérfanos de edificaciones y de escaso relieve del Ensanche Este.

El auge de los movimientos migratorios interiores hacia Madrid durante la segunda mitad del siglo XIX palió el estructural crecimiento natural negativo de la ciudad y pobló su Ensanche. Gracias a este aporte migratorio, su población se aupó por encima del medio millón de habitantes en 1900, y alcanzó una cifra de siete dígitos en 1930. Los cambios socioeconómicos que la revolución liberal generó tanto en el mundo rural como en Madrid, transformaron los tradicionales movimientos migratorios que siempre habían afectado a la ciudad. Aquella inmigración estacional que a lo largo de la época moderna llegaba a la Corte fue ampliamente rebasada por una inmigración de nuevo cuño que se caracterizó por su clara vocación de permanencia. Una decisión trascendental, la de emigrar o no hacia Madrid, que nunca se tomó a la ligera. En ella se ponderaron factores tan relevantes como la distancia a recorrer, la propia cualificación laboral atesorada por cada individuo, su experiencia y poder de aclimatación al mundo urbano y a los mecanismos de su mercado de trabajo, el nivel de desarrollo económico de su lugar de procedencia, o la posibilidad de recibir en sus inicios apoyo y asistencia familiar, de parentesco o paisanaje en uno u otro destino.

Así, la inmigración de corta y media distancia estuvo protagonizada por inmigrantes de origen rural de escasa o nula cualificación laboral, quienes optaron por emigrar a la capital huyendo del estancamiento económico que afectaba al interior peninsular. Sin embargo, su bajo nivel de alfabetización y la escasa cualificación laboral que atesoraban, redujeron sus posibilidades de integración en el mercado de trabajo de

la ciudad a tareas manuales poco especializadas. Por otra parte, los contingentes migratorios que recorrían mayores distancias para llegar a la capital estaban protagonizados por inmigrantes más cualificados, alfabetizados y acostumbrados a la vida urbana que los anteriores. Arribar a la gran ciudad acompañado de algún familiar era mejor que hacerlo sólo, pero seguía siendo difícil encontrar un domicilio decente a un módico precio, no digamos integrarse laboralmente. Así, fue recurrente el uso de las redes de las redes migratorias y de contacto tejidas en torno a la solidaridad familiar, los lazos de sangre, la amistad y el paisanaje.

Por otro lado, Madrid se vio en la titánica encrucijada de expandir sus actividades económicas al ritmo necesario para absorber en su mercado de trabajo a la creciente masa de habitantes. La ciudad fio su desarrollo económico al auge del sector de la construcción, a la expansión de las administraciones e instituciones públicas, y al papel de centro distribuidor de recursos y servicios que le fue conferido en su condición de eje nodal de la red nacional de ferrocarril y telecomunicaciones. Sin embargo, estos segmentos fueron insuficientes para absorber la totalidad de la demanda laboral. Este difícil contexto socioeconómico dio lugar a la pauperización de gran parte de las masas populares residentes en la capital, abocadas a una vida llena de incertidumbre. De este modo, surgió en Madrid una nueva figura laboral que dominó su mercado de trabajo durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX: la del *jornalero urbano*, una persona en su mayoría inmigrante, de origen rural y llegado a Madrid en plena edad laboral, carente de cualificación y experiencia en el mercado laboral urbano, y que desconocía al levantarse cuál sería su jornal y cómo lo lograría. Un proceso de jornalización que fue sinónimo de la precarización en la que una buena parte de éste cayó en estas décadas de evidente desajuste entre la oferta y la demanda de trabajo.

Esta *lucha por la vida* de la población jornalera dejó de ser un drama circunstancial para convertirse en un modo de subsistencia. De hecho, sólo el 25% de los jornaleros residentes en el Ensanche Este logró salir de dicha espiral a lo largo de su vida. Un futuro nada halagüeño que, desgraciadamente, era heredado por sus hijos y familiares, de los cuales menos del 15% lograba dejar de ser jornalero. Este proceso fue el factor culminante que terminó por hundir el preindustrial mundo de los oficios madrileños, cuya mano de obra se redujo un 33% entre 1880 y 1905 como consecuencia de la conjugación de una serie de factores que dieron lugar a una *tormenta perfecta*, una crisis del oficio de múltiples aristas, con raíces en la extensión de la industrialización, el afianzamiento de un mercado nacional y la puesta en marcha de una división y organización del trabajo capitalista. De este modo, la delgada línea que separaba a jornaleros y artesanos se hizo cada vez más porosa en sentido descendente. Pero la complejidad económica madrileña también ofreció a sus residentes en la segunda mitad del siglo XIX otras posibilidades laborales asociadas al comercio y a los servicios. Sectores económicos donde persistían amplios segmentos con hondas raíces preindustriales, tales como el servicio doméstico, la carrera castrense, el comercio minorista de abastecimiento diario a la capital, u otros servicios personales. Las pervivencias de estas condiciones laborales de raíz preindustrial, tenían su más flagrante expresión en la limitada participación que las mujeres poseían en el mercado de trabajo formalizado de la ciudad. La división sexual del trabajo ejercida por la sociedad liberal, entendido únicamente éste como aquel que era remunerado y realizado fuera del hogar, y la expansión del discurso de la domesticidad y la teoría de las dos esferas, que limitaba el papel de la mujer al ámbito privado y el del hombre al público, domeñaron a las mujeres hasta reducir su participación laboral formal al servicio doméstico (en el Ensanche Este empleaba al 50% de las mujeres trabajadoras en 1905) y a ocupaciones

manuales cualificadas altamente feminizadas, que realizaban a destajo en el hogar o en los primeros talleres y fábricas de la capital a cambio de un jornal que era la mitad del que recibían sus homólogos varones.

No obstante, en este periodo también fueron percibidos aires de cambio de la modernización económica que los servicios madrileños desarrollarían en las primeras décadas del siglo XX y que dinamizarían su mercado laboral. El motor transformador fue sin lugar a dudas el Estado, que fortaleció el papel gestor de Madrid durante el proceso de gestación de la burocratización de la administración pública nacional. Este sistema de organización burocrática para gestionar y administrar ingentes recursos también empezó a ser asimilado durante el cambio de siglo por las primeras grandes empresas privadas presentes en la capital vinculadas al ferrocarril y la banca. Pero tan importante como la expansión de dicha oferta laboral fue el moderno perfil profesional del capital humano que fue requerido por estos servicios modernos. Tanto el Estado como las grandes corporaciones privadas exigieron trabajadores cada vez más cualificados y especializados, elegidos en función de unas capacidades intelectuales y conocimientos científico-técnicos que debían ser verificables de forma objetiva. Unos trabajadores asalariados con honorarios, gratificaciones o sueldos previamente establecidos y generalmente anuales, que se integraban en una estructura férreamente jerarquizada en la que con esfuerzo podían ascender.

Todo cambió en las décadas de entreguerras. La confluencia de la aplicación industrial de la electricidad y el motor de combustión entre otras innovaciones científicas y técnicas ligadas a la segunda revolución industrial, la división científica del trabajo y la mecanización y especialización de su producción, el desarrollo de modernas fórmulas empresariales de gestión y administración procedentes del capitalismo avanzado, la expansión del comercio internacional, la mejora de las condiciones de vida de sus habitantes, el auge de la sociedad de masas y el incremento del consumo interno, o la profundización en la burocratización de la gerencia pública y privada, complejizaron y dilataron hasta extremos insospechables las actividades económicas de una urbe que se estaba convirtiendo en una metrópoli europea. Estos modernos factores competitivos hicieron madurar en su seno una moderna *economía de aglomeración*, basada en la obtención de fuertes rendimientos crecientes en sus actividades productivas y de servicios a partir de la acumulación sucesiva de recursos en ella. Los avances técnicos de la sociedad industrial supusieron el apogeo para algunos oficios y el declive para otros. En estos años aparecieron nuevos oficios manuales vinculados a los modernos avances técnicos, pero también significó la desaparición de otros seculares.

No obstante, el cambio más relevante en el mercado de trabajo manual madrileño del primer tercio del siglo XX fue la reducción del peso de la jornalización. La diversificación y complejización de la actividad económica madrileña hizo que la ciudad dejara de ser una *máquina de generar jornaleros*, y además logró una ligera mejora de las condiciones laborales de éstos. La división y especialización del trabajo en el proceso productivo industrial permitió el uso de jornaleros en tareas mecanizadas que no requerían grandes conocimientos técnicos, en faenas subalternas o en coyunturales picos de producción. Este proceso tuvo su correlato en los escalafones más bajos de la organización burocrática de la administración estatal y municipal y en las filiales de las sociedades nacionales y extranjeras de servicios afincadas en la capital. Se había abierto una brecha al fin por la que algunos pudieron escapar de la precariedad que había dominado el mundo jornalero durante la segunda mitad del siglo XIX. Estas transformaciones sólo afectaron tangencialmente a las mujeres. Las dificultades

sociales, legislativas y culturales a las que éstas debían hacer frente para formarse y alcanzar una cierta cualificación en ámbitos ajenos a la esfera que la división sexual del trabajo les confería, redujeron sus posibilidades de integración en muchas de las nuevas ramas productivas que surgían en Madrid.

Sin embargo, fueron la modernización y la expansión de los servicios acontecida en los años de entreguerras lo que singularizó la actividad económica de la metrópoli. Madrid se convirtió en una moderna *ciudad de empleados*. Las nuevas necesidades en la gestión y administración, en el tráfico y transporte de información, personas, bienes y capitales, en el abastecimiento de bienes y servicios a una incipiente sociedad de consumo, reclamadas por el Estado, las sociedades de crédito, las grandes corporaciones industriales o las filiales de empresas comerciales multinacionales, auspiciaron la profesionalización de los servicios modernos madrileños y la especialización de sus trabajadores. Así, se incrementó la demanda de empleados y profesionales liberales profesionalizados que formaban parte de un sistema burocrático de gestión muy jerarquizado, donde el trabajo intelectual primaba sobre el físico. Debían poseer un elevado nivel de formación, experiencia, buena presencia, guardar un comportamiento reservado en su vida personal, adecuarse al ritmo productivo señalado, y acostumbrarse al trato impersonal de ser una mera pieza en un engranaje mucho mayor. En esta expansión y profesionalización de los servicios, las mujeres encontraron una mejor acogida laboral que en el ámbito industrial. Entre las nuevas oportunidades ocupacionales abiertas destacaron aquellas que, socioculturalmente, fueron entendidas como *aptas* para ser desempeñadas por ellas, como las de secretarías, mecanógrafas, taquígrafas, cajeras y empleadas de comercio. Este fenómeno era la adecuación a los *nuevos tiempos* de la división sexual del trabajo heredada del siglo anterior.

Todas estas transformaciones socioeconómicas se desarrollaron en un ecosistema vivo en permanente evolución como lo era Madrid, compuesto de distintos espacios urbanos que a lo largo de estas décadas redefinieron su naturaleza y función. El Ensanche Este fue uno de los que sufrió una mayor transformación, al pasar de la *nada*, representada en las huertas y descampados extramuros de 1860, a la *opulencia* encarnada por unos barrios que se codeaban entre los más acomodados de la metrópoli en 1930. Un Ensanche Este que fíe parte de su carácter y evolución posterior a las primeras edificaciones realizadas por el marqués de Salamanca en los años sesenta y setenta del siglo XIX destinadas a las clases medias y aristocráticas más acomodadas. Unos inmuebles espaciosos y lujosos que marcaron el tono socioeconómico de estos barrios, asociándolos en el imaginario colectivo de la ciudad con la imagen de riqueza y modernidad. Los primeros años de desarrollo urbanístico de las distintas zonas del Ensanche marcaron su evolución posterior. Cada vez fue más difícil que las capas acomodadas convivieran en el mismo barrio con familias de capas populares, y la tendencia claramente personalizada en el Ensanche Este de que los extremos sociales acabaran concentrándose en los mismos espacios urbanos fue cada vez mayor. Un fenómeno que siguió incrementándose durante los años de entreguerras hasta conformar una metrópoli socioespacialmente muy fragmentada en vísperas de la II República.

Madrid abrazó definitivamente los *tiempos modernos* a lo largo del primer tercio del siglo XX. Tras unas décadas convulsas y difíciles, en los años de entreguerras el grueso de la población madrileña vio cómo se consolidaban unos logros sociales hasta entonces impensables. Pero, paradójicamente, la desigualdad social generada por los grandes contrastes derivados de las profundas transformaciones de la *Modernidad*, también se hizo más lacerante.

El Madrid burgués. El Ensanche Este de la capital (1860-1931).

Abstract

During the almost three quarters of a century that passed between 1860 and 1930, Madrid changed visibly. Its socioeconomic, geographic, urban, demographic, political and cultural parameters underwent radical transformations across these decades; a process that left its mark both on the face of the city and on its inhabitants' way of life. The transformation of the inhabitant's lifestyle was produced at a superior rhythm and intensity to the majority of citizens living in other large cities. So a detailed analysis of such transformations is required to understand the development of the contemporary Madrilenian society. This thesis, its title is *El Madrid burgués. El Ensanche Este de la capital (1860-1931)*, has been conducted from a more social than urban point of view, creating a *social history of the city*. The study field is limited to the historical evolution of the East Expansion Area in the capital since the administrative creation with the ratification of Castro's project in 1860 to the establishment of the Second Spanish Republic. In such a period, the *Ensanche Este* went from a not so populated area and dedicated to farming to become one of the symbolic symbols that *modern times* had arrived to the capital.

The *Ensanche Este* had no suburbs previous to Castro's urban extension, so it is a unique area created totally *ex novo* of the expansion plan, an experiment for confirming the performance of the different events and social processes belonging to the contemporary urban world. The everyday life reconstruction, the habits and the lifestyle through methods and technics for the microhistory, the family history, the historical demography, the sociocultural history, the historical anthropology and the prosopography, allow history to change up and down based the performance of migratory, labour, social or political existing networks. A historical narration obtains a *dense description* of the complex interactions between individual vs. mass, family vs. neighbourhood, local vs. global.

The application of these methodological and technical principles helps develop three great conceptual and thematic specific objectives. First of all, hundreds of personal trajectories have been reconstructed, focusing on residential, familiar and labour insertion in accordance with sex, origin or qualification added; and presence and use of migratory networks due to familiarity or civil population in a big city as Madrid was. Secondly, the historical knowledge of the modernization process that happened in the labour Madrilenian market during those decades has been expanded upon. The sectoral study has been joint; different productivity activities and reconstruction of the socio-professional structure together with the prosopographic analysis and the narration of specific cases. And last, but not least, it has been developed the close relationship existing among the urban space and the life conditions of the inhabitants, by conceiving the city as a "*social product*" of such society instead a simple entity. Nevertheless, some other less known investigation lines of the Madrilenian historiography are progressing. For example, the mediatisation of the civil population for taking individual and familiar decisions; the influence that the change of urban scale of the city and the expansion of the public transports affected over the residential mobility of the inhabitants; the evolution of the possibilities for a socio-professional reproduction from a generation to

another or over own life cycle; or the existing connection between the urban transformations, the residential concentration of the socio-professional groups or the consequent reduction of the social interaction among them, and the crystallisation of mental representations, identities and collective symbologies of the Madrilenian urban space. Some sources of a different nature have been used for obtaining such goals, being the municipal register of inhabitants of Madrid the cardinal documental source of this doctoral thesis. It has been essential that a dialogue exist between the micro and macro scales, but also a comparison between historical processes occurring in this urban space with those existing in the other areas of the expansion plan and the Madrilenian old town, and the rest of the urban world in Spain and Europe.

The questioning of the preindustrial city model upon which modern age Madrid was founded only arrived following the triumph of liberalism and the construction of a modern liberal State. Madrid became a favoured destination for these families, increasing the already excessive demand for housing. Faced with this situation, the populations most in need, particularly those of immigrant origin, looked for an escape route. This was the root from which the first suburbs grew up outside the walls of Madrid sprouting spontaneously far away from the watchful eye of the city. A process of improvement of a city that had shut herself away, in which what was to become *Ensanche Este* barely took part. When growing immigration, civil unrest, the go-ahead to expand other European cities and the necessity to provide space for the railway, alongside new industries, convinced central government to take matters into its own hands and impose expansion, the great fortunes that had settled in the city hastened to position themselves outside of its walls prior to its hypothetical expansion. Where better to invest than in those fields bereft of buildings and of little importance located in the future *Ensanche Este*.

The influx of internal migration towards Madrid during the second half of the 19th century eased the negative natural structural growth of the city. Thanks to this migratory contribution, the population rose to more than half a million inhabitants in 1900, and reached a seven digit figure in 1930, unimaginable a few decades earlier. The socio-economic changes generated by liberal revolution, both in rural areas and in Madrid, transformed the traditional migration patterns that had always affected the city. The seasonal migration that arrived in the Court throughout the modern age, it was thoroughly overtaken by a new wave of immigrants characterised by their intention to stay. It was a significant decision, that of moving to Madrid or not, and one which was never taken lightly. Critical factors considered as part of the decision making process were those such as the distance to be travelled, the professional qualifications possessed by the individual, their work experience and their ability to acclimatise themselves to the urban world and to the workings of its labour market, or their ability to acclimatise themselves to the urban world and to the workings of its labour market.

Short and middle distance immigration coming from the Castilian provinces was carried out mainly by immigrants of rural origin with little or no professional qualifications, who opted for emigrating to the capital as a way of fleeing the economic standstill that affected the interior of the Iberian Peninsula. Their low literacy level and lack of professional qualification, however, reduced their chances of integration into the city's labour market to unspecialised and often intermittent manual tasks. Also, migrant groups who travelled greater distances to get to the capital were mostly more qualified, literate and accustomed to urban life than the aforementioned groups. Arriving at the big city accompanied by a family member or partner was better than doing it alone, but it

was still difficult to find decent housing at an affordable price, never mind integrate into the workforce. To reduce the time and costs associated with both difficulties, the immigrant population who arrived in Madrid sought the help of migrant networks and their own contacts united by a sense of solidarity, blood ties, friendship and compatriotism.

On the other hand, during these decades the job market was completely overflowing on account of the Herculean gap that appeared between Madrid's capacity to offer jobs and the exponential demand for jobs due to the aforementioned growing currents of rural migrants. The capital and its *Ensanche Este* entrusted its economic development to the building boom, expansion of public administration and institutions and its role as central distributor of resources and services. These elements were not, however, sufficient to absorb the entire demand for jobs that was overwhelming the city. This difficult socio-economic context paving the way for the impoverishment of a large part of the general public living in the capital that were consequently thrown into a life full of doubt. So it was that a new work profile emerged in Madrid that would come to dominate the city's job market throughout the second half of the 19th century and the beginning of the 20th century: that of the *urban day labourer*. The profile was of a person, typically a rural immigrant, who had arrived in Madrid at a prime working age, lacking in qualifications and city work experience, who had no way of knowing when he woke up in the morning what the daily wage would be, no idea where he would be working or what kind of tasks, he would have to perform. Madrid's job market began to see more and more day labourers, synonymous with the precarious situation into which many fell in these decades of clear imbalance between job offers and demand.

The daily fight for life of day labourers stopped being a possible personal tragedy and became a structural way of subsistence against which its victims must struggle from the cot to the grave. In fact, just 20% of the East Expansion Area's day labourers managed to climb out of this spiral during their lifetime. An unpromising future that, unfortunately, was inherited by their children and relatives, of whom less than 15% managed to stop being a day labourer. This process was the decisive factor that caused the ruin of Madrid's preindustrial trading world, whose workforce reduced by a third between 1880 and 1905, as a consequence of the conjunction of a series of factors that made way for a perfect storm, a crisis faced by many artists. The crisis had its roots in industrialisation, the reinforcement of the national market and the putting into action of a capitalist division and organisation of work. The thin line that separated them became ever more porous in its decline. But Madrid's economic complexity also offered its residents in the second half of the 19th century other job opportunities associated with trade and services. Economic sectors that had huge segments deeply rooted in preindustrial times, such as domestic service, the military, retail services responsible for supplying the city on a daily basis, or other personal services. The survival of preindustrial working conditions stood out particularly in the limited participation of women in the city's formal job market. Industrial gender divides were enforced by liberal society, which understood work to mean that which was remunerated and performed outside the home. That, alongside the expansion of the discourse on domesticity and the two sphere theory, which limited the role of the woman to the private sphere and that of the man to the public sphere, repressed women to the point where their formal industrial participation was in domestic service (in the East Expansion Plan provided work for 50% of working aged women in 1905). To a lesser extent, women also held some highly feminised qualified manual positions such as cigar maker or seamstress, which they carried out piecework in the home or in the

capital's workshops and factories for a daily wage that was half that received by their male counterparts.

Nevertheless, in this period it was also possible to perceive the age of change brought about by the economic modernization of Madrid's services that would take place during the first decades of the 20th century and would invigorate the job market. The vehicle of change was without a doubt the State, which strengthened Madrid's managerial role during the process of introducing new bureaucracy into the public administration. This system of bureaucratic organization for managing and administering innumerable resources also began to be assimilated during the change of the century by the first big private companies to arrive at the capital, linked to the railway and the bank. Both the State and large private corporations demanded more and more qualifications and specialisms from their employees, chosen according to intellectual capacity and scientific-technical knowledge that ought to be objectively verifiable. Some employees paid with professional fees, bonuses or previously agreed and generally annual salaries were integrated into a strict hierarchical structure up which one could progress through hard work.

Everything changed during the interwar period. The confluence of the industrial application of electricity and the combustion engine, amongst other scientific and technical innovations linked to the second industrial revolution, the scientific division of work and the mechanisation and specialisation of production, along with a change in the size of factories and the subsequent necessity to achieve ever higher turnovers, the development of modern business management and administrative procedures born out of advance capitalism, the expansion of international trade, an increase in living conditions for its inhabitants, the peak of mass society and the increase in national consumerism, or the deepening of bureaucracy of public and private offices. All these factors increased to unimaginable extremes the complexity and extent of the economic activities of a city in the process of becoming a European metropolis. These modern competitive factors allowed a modern metropolitan economy to blossom at the heart of Madrid, based on increasing the strong, growing performance of its manufacturing and service industries through the future accumulation of resources. The technical advances of industrial society signified the rise of some professions and the decline of others. New manual jobs sprung up during these years, linked to modern advances in technology, also meant the disappearance of other centuries-old jobs.

Nevertheless, the most important change in the job market of manual labour in Madrid in the first third of the 20th century was the reduction in the use of day labourers. The diversification and increasing complexity of the city's economic activity meant that it ceased to be a day labourer generating machine and even managed to improve the working conditions of those day labourers that did still exist. The division and specialisation of work within the industrial manufacturing process allowed the use of day labourers for mechanised tasks that did not require great technical knowledge, in entry-level jobs or small corners of manufacturing. This process had its corollary in the lowest levels of bureaucratic organisational hierarchy within State and municipal administration and in subsidiary companies of large national and foreign companies within the capital, where they were used as cheap labour for cleaning, security or distribution. Finally, a gap had been opened through which some might escape the insecurity that had dominated the world of day labourers throughout the second half of the 19th century. The changes that affected Madrid's manual labour market only tangentially affected the women who formed part of it. The social, legislative and

cultural difficulties that they had to face to get training and achieve a certain qualification in fields alien to the sphere in which the gender divide had placed them reduced their chances of being able to enter the new manufacturing roles that were arising in Madrid.

However, the modernisation and expansion of services happened in the years between the wars, which distinguished the city's economy from that of other cities. Madrid was characterised as a modern city of workers, whose weight far surpassed the previous predominance of day labourers. The new need for management and administration, for conveying and transporting information, people, goods and capital, for the supply of goods and services to a budding consumer society, reclaimed by the State, credit banks, large industrial corporations or subsidiaries of large multinational companies, supported the professionalization of Madrid's modern services and the consequent specialisation of its workers. Thus, the demand for white-collars and professionals formed part of a very hierarchical bureaucratic system was increasing yearly. Whatever the role, intellectual jobs were given preference over physical jobs. They must also adapt themselves to the agreed production time and get used to the impersonal treatment they would receive as a cog in a much larger machine. As part of this expansion and professionalization of services, women found themselves more welcome than they had done in the industrial sector. Amongst new job opportunities open to them, the socio-culturally suitable ones were those that most stood out as preferring women, like secretaries, typists, shorthand writers, cashiers and shop workers. This phenomenon marked the city's adaptation to the changing times in workplace gender division that had been inherited from the previous century.

As a result of these socio-economic changes, Madrid developed into a living ecosystem in constant evolution, comprised of different urban spaces that redefined their character and function throughout these decades. The East Expansion Plan was one of those that suffered a major change, going from nothing but orchard and waste ground outside the city in 1860 to the opulence embodied by neighbourhoods where Madrid's most well-to-do rubbed shoulders with one another in 1930. An East Expansion Plan that owed at least some of its character and later evolution to the first buildings erected by the Marquis of Salamanca in the 1860s and 70s for the rich middle classes and aristocracy. Spacious, luxury buildings that indicated the socio-economic tone of these neighbourhoods, giving them an air of richness and modernity in the city's collective imagination. The first years of urban development within the different zones that made up the Expansion Plan marked its subsequent evolution. It became increasingly unlikely that the well-off layers of society that included landlords, professional and those with high positions within administration would share a neighbourhood with families from the working classes. The clearly personalised tendency in the East Expansion Plan for social extremes to end up gathering in the same urban spaces was ever greater. This phenomenon only continued to heighten during the period between the wars, until what was left was a socio-spatially fragmented city in the advent of the Second Republic.

Madrid certainly embraced modern times in the first third of the 20th century. Following several difficult decades of upheaval, in the period between the wars the majority of Madrid's population saw the strengthening of social achievements unthinkable until that time. But paradoxically, during these years the social inequality created by the huge contrasts derived from the great social, economic, political, cultural and urban transformation of Modernity, also became more cutting.

El Madrid burgués. El Ensanche Este de la capital (1860-1931).

Introducción

Desde mediados del siglo XIX hasta la proclamación de la II República, el tiempo histórico aceleró su paso respecto al cronológico de un modo vertiginoso, transformando radicalmente la sociedad española. A lo largo de este período, las bases políticas, económicas, sociales, jurídicas y culturales sobre las que se asentaba el país a principios del siglo XIX, sufrieron una constante descomposición. Los ecos racionalistas e ilustrados derivados de la Revolución Francesa, las duras y violentas pugnas surgidas a lo largo y ancho del país a raíz de la edificación del liberalismo político sobre los rescoldos del absolutismo, el paso de una sociedad estamental a otra de clases, la expansión de los primeros ecos de la industrialización y el fin del mundo gremial, la consolidación y mejora de las redes de transporte y telecomunicaciones interiores o el auge de los movimientos migratorios del campo a la ciudad, fueron algunos de los principales factores que fueron derribando y agrietando aquella sociedad tradicional a lo largo de esta centuria¹.

¹ OTERO CARVAJAL, L.E.: “La irrupción de la Modernidad en la España urbana, Madrid metrópoli europea, 1900-1931”, en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2013, pp. 247-292; “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939”, en VV. AA.: *España entre Repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos*, ANABAD, Guadalajara, 2007, Vol. 1, pp. 27-80; “Tradición y Modernidad en la España urbana de la Restauración”, en GÓMEZ FERRER, G. y SÁNCHEZ, R. (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional, 1898-1914*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 79-118.

Sin embargo, el modo en el que la forma de vida de millones de personas se vio profundamente alterada, es baladí indicarlo, no fue uniforme en tiempo, espacio, forma e intensidad. La pulsión entre quietud y cambio, entre tradición y modernidad, surcó temporal y geográficamente el conjunto del país (y de Europa), tiñéndose de infinitos ribetes diferenciadores según el contexto preexistente en cada espacio analizado². Y es la diversidad encontrada en las diferentes luchas entre el desafío de la modernidad y el aferramiento a la sociedad heredada la que justifica la necesidad historiográfica de efectuar múltiples investigaciones de ámbito local, en ocasiones tachadas despectivamente como *localistas*³, para arrojar luz y forjar una visión global más clara sobre una época tan convulsa y compleja como el *largo siglo XIX* europeo, cuyos límites cronológicos podrían dilatarse en el ámbito español hasta el inicio de una Guerra Civil en la que el bando sublevado aglutinó a aquellas capas sociales desafectas a dichas transformaciones, y que tanta influencia tuvo en el desarrollo de la sociedad contemporánea española posterior.

En el devenir de este proceso histórico, las grandes ciudades ocuparon un papel trascendental, ya que fueron de ellas de donde surgieron y manaron la gran mayoría de esas transformaciones de calado, convirtiéndose en verdaderos focos de difusión y consolidación de dichos procesos sobre el resto del espectro socioespacial español. Los núcleos urbanos fortalecieron en esta época su papel de centros comerciales, de administración y justicia, de redistribución de recursos, de control político y de producción a escala comarcal, regional, nacional o internacional⁴. Además, la apresurada llegada a lo largo del primer tercio del siglo XX de decenas de miles de inmigrantes de origen rural, de excedentes de capital e inversiones, y de nuevas actividades fabriles derivadas de la segunda revolución industrial en las ciudades, facilitó la cristalización en ellas de la sociedad de masas, la burocratización tanto de las dependencias públicas como de las grandes empresas privadas, y la eclosión de nuevos actores y reivindicaciones políticas, económicas y sociales en su seno que respondían a dichas transformaciones. El cambio de escala de los principales núcleos urbanos españoles también auspició la formulación de nuevas propuestas urbanísticas como los *Ensanches de población*, herramientas propias del desarrollo del mundo urbano español que buscaban organizar y dirigir de un modo racional el crecimiento demográfico y espacial de las ciudades hacia sus áreas circundantes, hasta entonces no urbanizadas, pero con el *pecado original* de aspirar a lograr dichos resultados sin renunciar a un lastre insuperable: la defensa a ultranza de la propiedad privada frente al bien común⁵.

En esta encrucijada histórica que afectaba al ámbito urbano español, Madrid, junto a las industrializadas Barcelona y Bilbao, constituyó uno de los puntos nodales de este proceso, gracias a que su nueva condición de capital del Estado liberal la consolidó

² OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reducción de escala y la narratividad histórica”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario (2007), pp. 245-264.

³ SERNA, J. y PONS, A.: “En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis” en FRÍAS, C. y RUIZ CARNICER, M. A.: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2001.

⁴ GARCÍA DELGADO J.L. (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España, Siglo XXI de España, Madrid, 1992; OTERO CARVAJAL, L. E.: “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939”, en *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos, Op. Cit.*, Vol. 1, pp. 27-79.

⁵ BASSOLS COMA, M.: *Génesis y evolución del derecho urbanístico español (1812-1956)*, Montecorvo, Madrid, 1973; COUDROY DE LILLE, L.: “Los ensanches españoles vistos desde fuera: aspectos ideológicos de su urbanismo” en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004, pp. 239-255.

en la cúspide de los entramados nacionales político, financiero, cultural, social, comercial, de transportes y telecomunicaciones, favorecida a su vez por su equidistancia geográfica respecto al resto del país y su potencial irradiador. La mutación de los estilos de vida de sus habitantes se produjo a un ritmo e intensidad superior al de la mayoría de los ciudadanos residentes en el resto de urbes españolas. Por ello, es obligado el análisis pormenorizado de esta transformación, ya que el discernimiento de dichos cambios sociales, familiares, económicos, culturales y demográficos que acaecieron en estas décadas, y el modo en que afectaron a la vida diaria de las personas que las vivieron, se torna imprescindible para comprender el desarrollo de la sociedad contemporánea madrileña. Además, sus conclusiones pueden ser confrontadas con las obtenidas en otros núcleos del mundo urbano español y así mejorar nuestra visión de conjunto. Un estudio historiográfico del Madrid contemporáneo como el que se presenta en esta tesis doctoral, que no parte en absoluto de cero.

Durante la Dictadura franquista, la evolución de la historiografía contemporánea española quedó muy comprometida como consecuencia del exilio y la depuración intelectual (y vital) del profesorado universitario, de la ausencia de estudios históricos dedicados al parlamentarismo, la burguesía o el liberalismo por cuestiones ideológicas, y de la escasa relación institucional con el exterior⁶. Además, este nada halagüeño panorama historiográfico se veía agravado, en el caso madrileño, por el excesivo protagonismo dado a la literatura costumbrista de los cronistas de Villa, y a la visión reduccionista de Madrid como *capital*, orillando el estudio del día a día del grueso de sus habitantes, del *Madrid ciudad*⁷. Este lastre sólo empezó a superarse durante los años setenta y ochenta de la centuria anterior, cuando la muerte de Franco y la transición democrática fomentaron su renovación hacia los estándares de la investigación académica europea. Así, la historiografía contemporánea española fue asimilando de modo progresivo metodologías, enfoques analíticos, técnicas y temáticas afines al resto de Europa, y poco a poco volvió a volcar su atención sobre la época contemporánea anterior a la Guerra Civil. Un proceso de modernización en el que el estudio de la capital adquirió un papel destacado, concebida como un óptimo marco de estudio sobre el que volcar el nuevo saber científico que llegaba allende las fronteras. Los grandes procesos económicos, culturales, políticos y sociales que afectaron al conjunto del país durante estos años, tenían su representación en el espacio urbano madrileño.

En este sentido, pronto surgieron numerosas investigaciones que se convirtieron en obras de referencia sobre las que se sustentaron las bases del renovado conocimiento historiográfico de la capital y sus habitantes⁸. Los temas abordados fueron muy variados

⁶ OTERO CARVAJAL, L.E. (Dir.): *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Editorial Complutense, Madrid, 2006; LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M^a: *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos (1910-1936)*. Marcial Pons, Madrid, 2006; OTERO CARVAJAL, L.E. y LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M^a: *La lucha por la modernidad. Las ciencias naturales y la Junta para Ampliación de Estudios*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 2012; PALLOL TRIGUEROS, R.: “Las oposiciones a cátedras de Historia en la universidad nacionalcatólica”, en *Historia del presente*, Dossier “La Universidad nacionalcatólica”, Eneida, nº 20, 2102, pp. 37-50.

⁷ BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”, en FUSI AIZPURÚA, J. P.: *España. Autonomías*. Vol. 5, Espasa Calpe, Madrid, 1989, pp. 517-613; BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización” en *Papeles de Economía. Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid*, Papeles de Economía, nº 18, Madrid, 1999, pp.18-30.

⁸ PALLOL, R.; VICENTE, F. y CARBALLO, B.: “La historiografía del Madrid contemporáneo (1850-1936) en las últimas tres décadas”, en DELGADO, C.; SAZATORNIL, L. y RUEDA, G. (eds.):

y pertinentes, tales como el acercamiento a los procesos electorales acaecidos en Madrid⁹, el surgimiento de la burguesía liberal y su impacto sobre las relaciones socioeconómicas de la capital¹⁰, los distintos episodios revolucionarios en los que se vio envuelta la población de la ciudad¹¹, la evolución de su modelo demográfico¹², su red de abastecimiento, higiene y transportes urbanos¹³, las desamortizaciones liberales y su influencia en la formación de un mercado libre de suelo urbano¹⁴, las transformaciones de la actividad económica madrileña y sus consecuencias en su mercado laboral¹⁵, el papel nodal de la ciudad en el entramado financiero del país¹⁶, los cambios sufridos por sus ciudadanos en su vida cotidiana¹⁷, o los estudios relativos al incipiente asociacionismo sindical madrileño, al origen y funcionamiento de sus primeros partidos obreros y a las nuevas dinámicas de movilización colectiva¹⁸.

Historiografía sobre tipos y características históricas, artísticas y geográficas de las ciudades y pueblos de España, Ediciones TGD, Santander, 2009, pp. 235-244.

⁹ TUSELL GÓMEZ, J.: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1969; *La Segunda República en Madrid: elecciones y partidos políticos*, Tecnos, Madrid, 1970.

¹⁰ BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978; BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina: Madrid 1856-1866*, UCM, Madrid, 1981.

¹¹ PÉREZ GARZÓN, J.I. y ESPADAS BURGOS, M.: *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño: 1808-1874*, CSIC, Madrid, 1978; URQUIJO GOITIA, J. R.: *La revolución de 1854 en Madrid*, Instituto de Historia Jerónimo Zurita, Madrid, 1984.

¹² TORO MÉRIDA, J.: "El modelo demográfico madrileño" en *Historia 16*, nº 59, Madrid, 1981, pp. 43-51; CARBAJO ISLA, M^a F.: *La población de la villa de Madrid: desde finales de siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1987.

¹³ FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1971; *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985; LÓPEZ GÓMEZ, A.: *Los transportes urbanos de Madrid*, CSIC e Instituto "Juan Sebastián Elcano", Madrid, 1983.

¹⁴ SIMÓN SEGURA, F.: "La desamortización de Mendizábal en Madrid" en *Información Comercial Española*, febrero, 1967, Ministerio de Economía y Hacienda, Madrid, pp. 69-79; BAHAMONDE MAGRO, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, J.: "La desamortización y el mercado inmueble madrileño (1836-1868)" en AAVV: *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, UCM, vol. II, 1982, pp. 939-956; MARTÍNEZ MARTÍN, J. "La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid durante el trienio constitucional" en *Desamortización y Hacienda Pública*. Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1986, vol. 2 pp. 357-376.

¹⁵ BAHAMONDE MAGRO, A.: "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)" en *Estudios de Historia Social*, nº 15, Mterio. de Trabajo y de la Seguridad Social, Madrid, 1980, pp. 143-175; RINGROSE, D.: *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Alianza Universidad, Madrid, 1985; NIELFA CRISTÓBAL, G.: "La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX", en *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº 4, 1983, pp. 119-139; *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985; "El mundo asociativo de los dependientes de comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887-1931", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 22, 1986, pp. 373-400; BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ MARTÍN, J.A. y DEL REY REGUILLO, F.: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid. 1887-1987. Historia de una institución centenaria*, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1988; o la obra colectiva *Establecimientos tradicionales madrileños*.

¹⁶ SANZ GARCÍA, J. M^a: *Madrid, ¿Capital del capital español?: contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975.

¹⁷ FOLGUERA CRESPO, P.: *Vida cotidiana en Madrid. Primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*, CAM, Madrid, 1987.

¹⁸ ÁLVAREZ JUNCO, J. y PÉREZ LEDESMA, M.: "Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?", *Revista de Occidente*, nº 12, 1982, pp. 19-42; CASTILLO, S.: "Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores", en *Estudios de historia social*, nº 26-27, 1983, pp. 19-255; JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984; JULIÁ, S. (coord.): *El socialismo en España: desde la*

Los años setenta y ochenta fueron muy prolíficos en el caso de la historia del Madrid contemporáneo, aunque las valiosas aportaciones al conocimiento del pasado de la ciudad y sus ciudadanos no se circunscribieron a la historia. En estos años también había otras disciplinas académicas que estaban inmersas en sus propios procesos de renovación científica, como el urbanismo, la arquitectura, la geografía o las infraestructuras urbanas, que mostraron un renovado interés por abordar las transformaciones que se estaban desarrollando en el mundo urbano español, en especial en Madrid, utilizando en sus aproximaciones una perspectiva histórica de jugosos resultados¹⁹. De ellas surgieron numerosas investigaciones basadas en el acercamiento de estas disciplinas hacia el pasado para así comprender el origen y la evolución de procesos y elementos presentes a los que debían hacer frente. Los focos de interés recayeron, entre otros, en la interacción entre la morfología y la distribución socioespacial de las clases urbanas, en los distintos planeamientos urbanísticos y su relación con los cambios sociales generados por el fin de la *ciudad preindustrial* y la conformación de la *ciudad liberal* a partir de los *Ensanches*, en la adecuación de las tipologías arquitectónicas y urbanísticas en función del mercado de alquiler vigente en unos espacios urbanos u otros, o en el estudio de las consecuencias socioeconómicas resultantes de las grandes actuaciones urbanísticas²⁰.

Esta fervorosa etapa científica en la que Madrid como objeto de estudio mostró su capacidad para albergar ricas y prolíficas investigaciones relativas a las profundas transformaciones indicadas, desembocó en su confirmación como una disciplina viva y con futuro. A modo de balance, la mayoría de los protagonistas (y sus primeros discípulos) que habían liderado tal productividad historiográfica así como sus nuevas líneas de investigación, fueron magistralmente registrados en la publicación de las actas de los tres Coloquios de historia madrileña que fueron organizados en la segunda mitad de la década de los ochenta a tal efecto por Ángel Bahamonde, Luis Enrique Otero Carvajal y Santiago Castillo²¹. Estas reuniones científicas lograron dos objetivos. En primer lugar, aunar, confrontar, digerir y debatir todos los avances y propuestas realizadas en relación a la historia madrileña contemporánea. Este esfuerzo permitió la posterior aparición de las primeras obras de síntesis de la mano de algunos de sus

fundación del PSOE hasta 1975, Pablo Iglesias, Madrid, 1986, pp. 9-33; ELORZA, A. y RALLE, M.: *La formación del PSOE*, Crítica, Barcelona, 1989.

¹⁹ OYÓN, J.L.: 'Spain', en RODGER, R. (ed.) *European Urban History. Prospect and Retrospect*, Leicester University Press, London, 1993, pp. 36-59; TOMÉ FERNÁNDEZ, S.: "Los estudios de geografía urbana histórica en España. Balance y Estado de la cuestión", en *Historia Contemporánea*, nº 24, 2002, pp. 83-98; BONET CORREA, A. (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, Universidad Complutense, Madrid, 1982, 2 vols.

²⁰ RUIZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1976; GONZÁLEZ YANCI, M^a P.: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1977; BONET CORREA, A. (ed.): *Plan Castro*, Madrid, COAM, 1978; MAS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982; BRANDIS, D.: *El paisaje residencial de Madrid*, Madrid, MOPU, 1983; RUIZ PALOMEQUE, E.: *La urbanización de la Gran Vía*, Ayuntamiento de Madrid, 1985; DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

²¹ BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. I Coloquios de historia madrileña, CAM, Alfoz, Madrid, 1986; CASTILLO, S. y OTERO CARVAJAL, L.E. (eds.): *Prensa obrera en Madrid 1855-1936*, II Coloquios de historia madrileña, Revista ALFOZ, C.I.D.U.R, Madrid, 1987; BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, III Coloquios de historia madrileña CAM, Alfoz, Madrid, 1989.

protagonistas más reputados²². Y en segundo lugar, su éxito fomentó la continuación del fructífero desarrollo historiográfico de la capital, abriéndose nuevas vetas de investigación e incorporando nuevas técnicas, metodologías, temáticas y objetivos. Así, a partir de los años noventa y hasta la actualidad se han sucedido nuevas remesas de monografías de gran calidad, entre cuyos objetos de estudio han encontrado cabida, entre otros, los nuevos grupos socioeconómicos dominantes²³, análisis sectoriales de la actividad económica madrileña²⁴, la interrelación entre la inmigración y las posibilidades de integración laboral en la capital²⁵, la participación de las mujeres en su mercado de trabajo²⁶, la educación y alfabetización de su población²⁷, la modernización del ocio, el consumo y el deporte de la capital²⁸, su evolución urbanística y arquitectónica²⁹, las nuevas relaciones de sociabilidad, asociacionismo y movilización política³⁰, el análisis onomástico del viario urbano³¹, o el estudio específico de alguna de sus instituciones benéficas³².

Pero el auge de la historia del Madrid contemporáneo formó parte de un *todo* aún mayor: el proceso de madurez a la que llegó la disciplina de la incipiente historia

²² ALVAR EZQUERRA, A. (Coord.): *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid, 1991; FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.): *Historia de Madrid*, UCM, Madrid, 1994; JULIÁ, S.; RINGROSE, D. y SEGURA, C.: *Madrid, historia de una capital*, Alianza Editorial, Madrid, 1994; PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunwerg Editores, 2001, Madrid; DEL MORAL RUIZ, C.: *El Madrid de Baroja*, Sílex, Madrid, 2001.

²³ BAHAMONDE MAGRO, A. y CAYUELA, J.: *Hacer las Américas. Las elites coloniales españolas en el siglo XIX*, Alianza Editorial, Madrid, 1992; CRUZ, J.: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Alianza Editorial, Madrid, 2000; NIETO SÁNCHEZ, J.A.: *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Madrid, Fundamentos, 2006.

²⁴ CAYÓN GARCÍA, F.: *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresas Hidroeléctrica Española, Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1997; VELERT, S.; MENCHERO, C. y RUEDA LAFFOND, J.C.: "El centro urbano madrileño: indicadores de terciarización en el primer tercio del siglo XX" en VV.AA: *Fuentes y métodos de la historia local*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florian de Ocampo", Zamora, 1991, pp. 513- 528.

²⁵ SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Siglo XXI, Madrid, 1994.

²⁶ CANDELA SOTO, P.: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1887-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997; "El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX", en *Historia Social*, nº 45, 2003, pp. 139-159.

²⁷ MARTÍNEZ MARTÍN, J.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1991; y *Editores, libreros y público en Madrid durante la II República*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 2000; TIANA FERRER, A.: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, CIDE, 1992, Madrid.

²⁸ BAKER, E.: *Madrid Cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*, Marcial Pons, Madrid, 2009; BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. M^º: *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*, Alianza, Madrid, 2012; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2013.

²⁹ BARREIRO, P.: *Casas baratas: la vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992; DIÉGUEZ PATAO, S.: *La generación del 25. Primera arquitectura moderna en Madrid*, Cátedra, Madrid, 1997; *Guía de Arquitectura de Madrid*. 4 Vols., Fundación COAM, Madrid, 2003; SAMBRICIO, C.: *Madrid, vivienda y urbanismo: 1900-1960*, Akal, Madrid, 2004.

³⁰ SOUTO KOUSTRIN, S.: *Y Madrid ¿qué hace Madrid?: movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004; SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera*, Madrid 1901-1923. Madrid, Cinca, 2005; DEL MORAL VARGAS, M.: *Acción Colectiva Femenina en Madrid, 1909-1931*, Universidade de Santiago de Compostela, 2012.

³¹ APARISI LAPORTA, L. M.: *Toponimia madrileña. Proceso evolutivo*. 2 Vols., Gerencia Municipal de Urbanismo, Madrid, 2001.

³² REVUELTA EUGERCIOS, B.: *Los usos de la inclusa de Madrid, mortalidad y retorno a principios del siglo XX (1890-1935)*, UCM, Madrid, 2011.

urbana y su relevancia investigadora dentro de la historiografía española, tanto desde un punto de vista cualitativo como cuantitativo, centrando la atención de diversos congresos (por ejemplo, los dos primeros organizados por la Asociación de Historia Contemporánea) y publicaciones científicas (se fundó en 1992 en Valencia la revista *Historia urbana*, mientras que *Ayer* dedicó un número en 1996 a dicha disciplina), aunque en perspectiva, en su *debe* particular se podría apuntar que este auge productivo no se tradujo en una presencia específica en el mundo académico universitario³³. Ya nadie dudaba de que la ciudad se erigía como “*un marco preferencial de estudio*” para “*comprender la sociedad del siglo XIX español*” y su evolución hasta la Guerra Civil³⁴. Una certeza cuyo desarrollo historiográfico se nutrió de la renovación metodológica, técnica y conceptual asociada a la historia local³⁵ y el novedoso enfoque de la microhistoria y la reducción de escala³⁶ para mejorar la profundidad del análisis, revitalizadas por consecuente dotación de recursos proporcionados por los distintos poderes públicos del incipiente Estado de las Autonomías españolas³⁷.

Como resultado del contexto anterior, los estudios históricos de núcleos urbanos españoles cuyo objeto y sujeto de estudio era desbrozar los complejos procesos de cambio social, económico, cultural, político o de cualquier otro tipo generados por la industrialización y la urbanización durante la época contemporánea, tuvieron un notable desarrollo³⁸. Surgieron múltiples análisis monográficos abordados desde una visión más

³³ CARDESÍN DÍAZ, J.Mª y MIRÁS ARAUJO, J.: “A Spanish Perspective: 8 Thesis on a National Urban Historiography”, *IXth International Conference on Urban History*, Lyon, 2008; SAMBRICIO, C. (ed.): “La historia urbana”, *Revista Ayer*, nº 23, 1996.

³⁴ BAHAMONDE MAGRO, A.: “La Historia urbana” en *Ayer*, nº 10, Marcial Pons, Madrid, 1993; OTERO CARVAJAL, L.E.: “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939”, en VV. AA.: *España entre Repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos*, Op. Cit., Vol. 1, pp. 27-80.

³⁵ DÍEZ CANO, S.: “Los estudios sobre el poder local: los planteamientos y tendencias de la investigación reciente”, *Hispania*, 201 (1999), pp. 25-45; PEIRÓ MARTÍN, I. y RÚJULA LÓPEZ, P.V.: (coords.): *La historia local en la España contemporánea. Reflexiones desde Aragón*. Dpto. Hª Moderna y Contemporánea, Barcelona, 1999; FRÍAS, C. y RUIZ CARNICER, M.A.: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2001; HERNÁNDEZ SANDOICA, E.: *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Akal, Madrid, 2004, pp. 437-555; FORCADELL, C. y SABIO ALCUTÉN, A. (Coord.): *Las escalas del pasado. IV Congreso de Historia Local de Aragón*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2005.

³⁶ LEVI, G.: “Sobre microhistoria” en BURKE, P. (comp.): *Formas de hacer historia*, Alianza Universidad, Madrid, 1996, pp. 119-143; SERNA, J. y PONS, A.: “En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis”, en FRÍAS, C. y RUIZ CARNICER, M. A.: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Op. Cit., pp. 35-56; PIÑÓN, J. L.: “Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana” y ÁLVAREZ MORA, A.: “La necesaria componente espacial en la Historia urbana”, en *Ayer*, nº 23, Marcial Pons, Madrid, 1996, pp. 15-28 y pp. 29-59 respectivamente.

³⁷ WALTON, J.: “Current trends in nineteenth- and twentieth-century Spain urban history”, *Urban History*, 30 (2), 2003, pp. 251-265.

³⁸ ESTEBAN DE VEGA, M., GONZÁLEZ GÓMEZ, S. y REDERO SAN ROMÁN, M.: *Salamanca, 1900-1936. La transformación limitada de una ciudad*, Diputación de Salamanca, 1992; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. Y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta, Alcalá de Henares 1753-1868: el nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003; SERNA, J. y PONS, A.: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera y su dominación en la Valencia de mediados del siglo XIX*, Diputación de Valencia, Valencia, 1992; RIVERA BLANCO: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1992; MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002; PÉREZ SERRANO, J.: *Cádiz, la ciudad desnuda. Cambio económico y modelo demográfico en la formación de la Andalucía contemporánea*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1992; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta*.

social que urbanística, conjugando en tiempo y espacio los procesos de cambio de la población urbana, es decir, tejiendo una *historia social de la ciudad*. En ellos, sus autores aplicaron nuevas innovaciones metodológicas, conceptuales y temáticas así como fuentes documentales escasamente utilizadas hasta entonces, como los censos y los padrones municipales. A su vez, cruzaron el enfoque microhistórico, la reducción de escala y la *descripción densa* de la antropología cultural para analizar procesos como los movimientos migratorios³⁹, la evolución de los modelos demográficos y las estrategias familiares⁴⁰, la reproducción social y los lazos de poder⁴¹, el funcionamiento de los mercados laborales⁴², la vida cotidiana y la sociabilidad⁴³, o la construcción de nuevas y complejas identidades y sentimientos de solidaridad y pertenencia sobre los mimbres de la sociedad de masas y el espacio urbano⁴⁴. Trabajos significativos que reconstruyeron de *abajo a arriba* las múltiples transformaciones socioeconómicas, políticas y culturales de la época contemporánea en el mundo urbano, y que dada su metodología, se circunscribieron a ciudades y localidades de pequeño y mediano tamaño dada la teórica imposibilidad de aplicarse a ciudades con magnitudes demográficas más grandes, allí donde un estudio microhistórico ahogaría al investigador en la marea de datos a su disposición⁴⁵.

De vuelta a la historiografía madrileña, sus vastas dimensiones fueron el principal impedimento de que estas herramientas metodológicas indicadas tardasen en ser extrapoladas a ella. Sin embargo, se hacía imprescindible. Era necesario escarbar sobre la superficie de los grandes procesos socioeconómicos que afectaron a los habitantes de Madrid, cuyas líneas generales ya eran bien conocidas, para poder discernir con claridad las bases de su funcionamiento, el modo en que afectaron e influyeron en todos y cada uno de sus ciudadanos, en su día a día. No alcanzar ese grado

Alcalá de Henares (1753-1868). *El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003.

³⁹ GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K. (eds.): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. UPV, Bilbao, 1996; GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, UPV, Bilbao, 2005.

⁴⁰ PÉREZ-FUENTES, P.: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*, UPV-EHU, Bilbao, 1993; GONZÁLEZ PORTILLA, M.: *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*, Fundación BBV, Bilbao, 1995; REHER, D.S.: *La familia en España. Pasado y presente*, Alianza, Madrid, 1996; GARCÍA GONZÁLEZ, F. (coord.): *La historia de la familia en la Península Ibérica: balance regional y perspectivas: homenaje a Peter Laslett*, Universidad de Castilla La Mancha, Cuenca, 2008; LEVI, G. (ed.): *Familias, jerarquización y movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010.

⁴¹ CARASA SOTO, P. (Dir.): *Elites castellanas de la Restauración*, 2 vols., Consejería de Educación y Cultura de Castilla y León, Valladolid, 2004; *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 2004.

⁴² CAMPS I CURÁ, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995.

⁴³ CASTELLS ARTECHE, L. (ed.): *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, UPV, Bilbao, 1999; URÍA, J.: “La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas”, en SUÁREZ CORTINA (ed.): *La cultura de la Restauración*. Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1999, pp. 103-144.

⁴⁴ UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

⁴⁵ Una posición intermedia sería la propuesta por el grupo de investigación del País Vasco liderado por Manuel González Portilla, o para el caso de Barcelona por José Luis Oyón, los primeros en adoptar este esquema analítico al uso de catas estadísticas de fuentes cuantitativas como censos y padrones relativos a urbes de gran tamaño demográfico. OYÓN, J.L.; MALDONADO, J. y GRIFUL, E.: *Barcelona 1930: un atlas social*, Edicions UPC, Barcelona, 2001; GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001.

de conocimiento histórico hacía que la historiografía madrileña todavía mostrara parcelas difusas, dibujadas a trazos gruesos, en ámbitos como la falta de interrelación entre la *ciudad* y la *capital*, los vericuetos de la integración laboral, residencial y familiar de la población inmigrante, el origen y las fases de su creciente atomización socioespacial, o la divergente modernización de su tejido económico respecto al modelo industrializador canónico de Bilbao o Barcelona. Vacíos relevantes de por sí, pero que al situarse en la capital del Estado, en una de los dos metrópolis españolas difusoras de la modernidad junto a Barcelona, eran más flagrantes. Una carencia historiográfica que los investigadores que conforman el grupo de investigación *Historia de Madrid en la Edad Contemporánea* dirigido por Luis Enrique Otero Carvajal, y del que el autor de esta tesis doctoral forma parte, han empezado a cubrir con sus trabajos en la última década⁴⁶. Esfuerzos caracterizados por el uso de un enfoque *micro* a partir de la reducción de la escala del objeto de estudio mediante el análisis detallado de distintas zonas del espacio madrileño como las tres zonas de Ensanche o el casco antiguo, y tomando para ello los padrones municipales como fuente documental básica, fundamental para escrutar las *intimidades* de los procesos de transformación socioeconómicos que se cernían sobre la población madrileña⁴⁷.

En este sentido, los objetivos generales marcados en esta tesis doctoral son tanto colectivos como individuales. Su ámbito de estudio se ciñe a la evolución histórica del Ensanche Este de la capital, conformado por los actuales distritos de Salamanca y Retiro, desde su creación administrativa con la ratificación del proyecto de Castro en 1860, hasta el advenimiento de la II República en 1931, fecha crucial en la historia contemporánea española. Un período en el cual el Ensanche Este de una ciudad como Madrid, inmersa en un proceso de conversión de Villa y Corte a metrópoli europea, pasó de ser una zona escasamente poblada y dedicada al cultivo a erigirse en uno de los símbolos candentes de que los *tiempos modernos* habían llegado a la capital. Con esta elección, se cubría el objetivo común de analizar la evolución socioeconómica de las tres zonas del Ensanche de Madrid y su influencia socioeconómica y urbanística sobre el desarrollo posterior de la urbe. Por ello, a lo largo de la narración son continuadas las referencias y las comparaciones analíticas con los demás espacios madrileños estudiados en el seno del grupo de investigación. Una labor de contextualización que se ha pretendido extender al bagaje historiográfico español e internacional⁴⁸.

⁴⁶ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis de la UCM, Servicio de Publicaciones, Madrid, 2011; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis de la UCM, Servicio de Publicaciones, Madrid, 2012; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2013; SAN ANDRÉS CORRAL, J.: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007; DE LAFUENTE NÚÑEZ, R.: *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007; GONZÁLEZ LÓPEZ, J.: *Madrid y su extrarradio: el distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*, Trabajo Fin de Máster, UCM, 2010; DE MIGUEL SALANOVA, S.: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010; DÍAZ SIMÓN, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010.

⁴⁷ REHER, D.S. y VALERO LOBO, A.: *Fuentes de información demográfica en España*. CIS, Madrid, 2005; GARCÍA PÉREZ, Mª S.: “El padrón municipal de habitantes: origen, evolución y significado”, En *Hispania Nova. Revista de historia contemporánea*, nº 7, 2007, pp. 79-89.

⁴⁸ OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008; GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *La consolidación de la metrópoli de la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2009; PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea*

No obstante, la especificidad del Ensanche Este, sus características y posibilidades de investigación, justifican su elección también desde el ámbito individual. A diferencia de las zonas Norte y Sur, el área oriental de la ciudad carecía de arrabales previos al plan de ampliación urbanística de Castro, lo que lo convierte en el único espacio creado totalmente *ex novo* del Ensanche en el que analizar desde sus inicios las transformaciones socioeconómicas, demográficas, laborales y urbanísticas que afectaron a sus nuevos residentes, una probeta en la que constatar el funcionamiento de los distintos sucesos y procesos sociales propios del mundo urbano contemporáneo. Y para lograrlo, tan importante es el *dónde* y el *cuándo* como el *cómo*. Así, otro de los objetivos claves de esta tesis ha sido el especial énfasis puesto en conjugar los enfoques *general* y *particular* a lo largo del estudio, dando voz y poniendo rostro a todos los casos recogidos, sin priorizar la relevancia de los grandes nombres sobre “*aquellos hombres sin historia*”, en palabras de Silvio Rodríguez, que en realidad son los que la dan forma. La reconstrucción de la vida cotidiana, las costumbres y modos de vida de su población a través de los métodos y técnicas formuladas por la microhistoria, la historia de la familia, la demografía histórica, la historia sociocultural, la antropología histórica y la prosopografía, permiten historiar de *abajo* hacia *arriba* el funcionamiento de las redes migratorias, laborales, de sociabilidad o políticas existentes, logrando en la narración histórica una *descripción densa* de las complejas interacciones entre el individuo y la masa, la familia y el vecindario, lo local y lo global, la tradición y la modernidad, el anhelo o el rechazo al cambio⁴⁹.

De este modo, la aplicación de estos principios metodológicos y técnicos ha permitido desarrollar tres grandes objetivos conceptuales y temáticos específicos. En primer lugar, se ha seguido la senda marcada por anteriores investigaciones a la hora de estudiar los cauces migratorios presentes en la capital, reconstruyendo centenares de trayectorias personales, poniendo el acento en sus formas de inserción residencial, familiar y laboral en función de su sexo, procedencia o cualificación, y detectando la presencia y el grado de uso de las redes migratorias de parentesco y paisanaje en una gran ciudad como Madrid⁵⁰.

hasta la 2ª Guerra Mundial, PUV, Valencia, 2011; HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Taylor & Francis e-Library, London, 2005; LEES, A. y HOLLEN LEES, L.: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007; CLARK, P. (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, 3 Vols., Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

⁴⁹ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reducción de escala y la narratividad histórica”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario (2007), pp. 245-264; BURKE, P.: *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, y *¿Qué es la historia cultural?*, Paidós, Barcelona, 2006; ARIES, P. y DUBY, G. (Dirs.): *Historia de la vida privada*, Taurus, Madrid, 1989; REHER, D.S.: *La familia en España. Pasado y presente*, Alianza, Madrid, 1996; PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D.S.: *Demografía histórica en España*, El arquero, Madrid, 1988; CARASA SOTO, P. (coord.): *Elites. Prosopografía contemporánea*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1995.

⁵⁰ GONZÁLEZ PORTILLA, M., URRUTIKOECHEA, J. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Vivir en familia, organizar la sociedad. Familia y modelos familiares: las provincias vascas a las puertas de la modernización (1860)*, UPV-EHU, Bilbao, 2003; CHACÓN JIMÉNEZ, F.: *Historia social de la familia en España*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-Diputación de Alicante, Alicante, 1990; MUÑOZ LÓPEZ, Mª P.: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Marcial Pons-UAM, Madrid, 2001; REHER, D.: *Familia, Población y Sociedad en la Provincia de Cuenca. 1700-1970*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1988; GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, Bilbao, UPV-EHU, 2005; NASH, M. y TELLO, R. (eds.): *Inmigración, género y espacios urbanos: los retos de la diversidad*, Bellaterra, Barcelona, 2005.

En segundo lugar, se ha pretendido ampliar el conocimiento histórico del proceso de modernización sufrido por el mercado laboral madrileño durante estas décadas. El objetivo ha sido comprobar en las carnes de los trabajadores madrileños cómo, hacia qué dirección, y con qué intensidad se produjo la descomposición del *mundo de los oficios* de ese Madrid del siglo XIX, etiquetado como *más industrial que industrial*, y su progresiva sustitución por un mercado de trabajo propio de una *metrópoli europea* que conjugaba *servicios e industrias complementarias* modernas con la pervivencia de profesiones, artes y comercio tradicionales en franco retroceso. Un proceso que era más visible en el Ensanche Este de la capital, ya que fue elegido como lugar de residencia por una buena parte de los grupos socioprofesionales surgidos o beneficiados por esta nueva coyuntura, tales como profesionales liberales, empleados privados y funcionarios. Para ello, se han fusionado el estudio sectorial de sus distintas actividades productivas y la reconstrucción de su estructura socioprofesional por un lado, con el análisis prosopográfico y la narración de casos específicos por otro, una técnica analítica de doble dirección utilizada con excelentes resultados en otras investigaciones⁵¹.

Y por último, se ha desarrollado con mayor profundidad la estrecha relación existente entre el espacio urbano y las condiciones de vida de sus habitantes, al concebir la ciudad no como una mera entidad que soporta los hechos sociales a estudiar, sino como el “*producto social*” de esa sociedad en la que se ha gestado⁵². En este sentido, el componente espacial, los resortes de la especulación inmobiliaria y los mecanismos urbanísticos agentes en el Ensanche Este de Madrid, no sólo determinaron la concreción física de éste, sino que reflejan las características de la sociedad que la engendró⁵³. Así, se han analizado con detalle los distintos factores que alumbraron y desarrollaron la profunda segregación socioeconómica, residencial y funcional de la ciudad y de su propio Ensanche Este, poniendo énfasis en cómo éstos afectaron a ámbitos como las distintas tipologías urbanísticas resultantes, el tipo y tamaño de las viviendas ofertadas, los rangos de alquileres demandados, y cómo respondieron a este panorama los diversos grupos socioprofesionales de la ciudad a partir de la extrapolación de los detalles y las dinámicas observadas en este espacio urbano.

No obstante, además de los tres objetivos anteriores que estructuran esta tesis doctoral, a lo largo de la narración también se progresa en otras líneas de investigación menos conocidas de la historiografía madrileña, tales como la mediatización del paisanaje en la toma de decisiones individuales y familiares como la endogamia matrimonial, residencial o profesional; la influencia que el cambio de escala urbana de

⁵¹ CASTELLS ARTECHE, L.: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Siglo XXI, Madrid, 1993; PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, P.: *Ganadores de pan y amas de casa. Otra mirada sobre la industrialización vasca*, UPV, Bilbao, 2004; OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008; PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011.

⁵² PIÑÓN, J. L.: “Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana” y ÁLVAREZ MORA, A.: “La necesaria componente espacial en la Historia urbana”, artículos publicados en la revista *Ayer*, nº 23, dirigido por Carlos Sambricio, Marcial Pons, Madrid, 1996, pp. 15-28 y 29-59 respectivamente.

⁵³ Ente los trabajos anteriores en los que han primado esta perspectiva podemos destacar: BEASCOECHEA GANGOITI, J.M^a: *Propiedad, burguesía y territorio. La conformación urbana de Getxo en la Ría de Bilbao (1850-1900)*, UPV, Bilbao, 2007; GALLARDO ROMERO, J. J. y OYÓN BAÑALES, J.L.: *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Carena, Barcelona, 2005; GONZÁLEZ PORTILLA, M., GARCÍA ABAD, R. y ZARRAGA SANGRONIZ: “La zonificación social de la Ría de Bilbao (1876-1930)”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano...*, Op. Cit., pp. 15-44.

la ciudad y la expansión de sus transportes públicos ejerció sobre la movilidad residencial de sus habitantes; la evolución de las posibilidades de reproducción socioprofesional de una generación a otra o a lo largo del propio ciclo vital; o la conexión existente entre las transformaciones urbanísticas, la concentración residencial de los grupos socioprofesionales y la consecuente reducción de la interacción social entre ellos, y la cristalización de representaciones mentales, identidades y simbologías colectivas acuñadas a determinadas zonas del espacio urbano madrileño.

Para lograr tales objetivos mediante la aplicación de la metodología y técnicas historiográficas indicadas, se ha optado por recurrir a numerosas fuentes de distinta naturaleza, siendo la fuente documental cardinal de esta tesis doctoral el padrón municipal de Madrid. El vaciado sistemático de las hojas de empadronamiento de las viviendas del Ensanche Este, rellenas en la mayoría de los casos por sus propios inquilinos, proporcionan una gran cantidad de datos cualitativos y cuantitativos que nos han permitido conjugar los enfoques *micro* y *macro* en esta investigación. Así, se ha optado por realizar una radiografía socioeconómica generacional de la evolución del Ensanche Este madrileño, explotando un total de cuatro padrones municipales separados. El primero es el de 1860, año en el que se ratifica el proyecto de Castro y que sirve para conocer el punto de partida de este futuro espacio urbano madrileño; el siguiente es el de 1878, a comienzos de la Restauración, que recoge los primeros compases de la urbanización de sus calles; el tercero es el de 1905, en la nueva centuria, cuando los barrios más cercanos al casco antiguo ya se habían incorporado a la ciudad y el Ensanche Este poseía decenas de miles de habitantes; y por último, el de 1930, en vísperas de la II República y en un contexto en el Madrid se había erigido en una metrópoli europea y en el que los barrios del Ensanche Este habían perdido todo atisbo del carácter periférico inicial que emanaban.

La recopilación intensiva de los datos registrados en las hojas de empadronamiento municipales de Madrid de estas cuatro cesuras elegidas, ha permitido generar una ingente base de datos de 50.000 viviendas (salvo casos concretos en los que las hojas de padrón hacía referencia a solares en construcción, huertas, edificios institucionales o inmuebles sin alquilar) en las que fueron censadas un total de 185.343 personas (1.992 cuando fue ratificado el proyecto de Castro, 15.362 en los albores de la Restauración; 47.185 a principios del siglo XX; y 120.804 en vísperas de la II República). Un volumen documental tan ingente que posteriormente ha sido depurado y cotejado con otras fuentes cuantitativas y cualitativas, y finalmente manejado mediante programas informáticos como SPSS o Access. La obtención de un número tan abultado de casos de estudio se debe a la decisión metodológica tomada en el seno del grupo de investigación *Historia de Madrid en la Edad Contemporánea*, de no realizar ningún vaciado documental por catas o muestreos, buscando así englobar todo el horizonte de sucesos posible dentro de este espacio urbano, tanto viviendas como habitantes, y así lograr un análisis mucho más pormenorizado. Una metodología que, dado el descomunal trabajo que conlleva, sólo puede ser aplicada a núcleos urbanos de pequeño y medio tamaño como Guadalajara, Segovia o Alcalá de Henares, o a través de la división y el trabajo en grupo en el caso de grandes urbes como Madrid.

La información que ha sido extraída de esta fuente documental de origen administrativo, era rellena directamente por los propios inquilinos de las viviendas (generalmente por el cabeza de familia), o en su defecto, por el propio encuestador municipal. El corpus documental que cada una de las hojas de los padrones municipales de la ciudad albergaba es muy amplio: en primer lugar, la información de cada vivienda

(su ubicación en el plano madrileño, indicando el nombre del distrito, barrio y calle de la vivienda, su número, piso y letra, la cuantía del alquiler y el cabeza de familia); en segundo lugar, las casillas relativas a cada inquilino (nombre y apellidos materno y paterno, fecha, lugar y provincia de nacimiento, estado civil, parentesco o relación con el cabeza de familia, profesión, tiempo de residencia en la capital y una casilla reservada a observaciones de todo tipo que el cabeza de familia quisiera aportar); y por último, los datos obtenidos de modo indirecto a través del análisis pormenorizado de cada hoja por parte del investigador (la clasificación familiar a la que podrían adscribirse los habitantes de cada vivienda, así como el número de inquilinos, trabajadores, hijos, familiares, sirvientes, otras personas contratadas o realquilados en la vivienda).

Sin embargo, el modelo de la fuente varió desde 1860 hasta 1930. Desde su instauración en los años 40 del siglo XIX y hasta la llegada de la II República, además de cambiar la temporalidad con que el padrón se realizaba, anual hasta 1890 y quinquenal desde entonces, el formato del padrón madrileño (el más completo del país como consecuencia de su capitalidad) fue modificado, en general mediante la adición de nuevas casillas en función de los intereses y necesidades estadísticas del consistorio, si bien también hubo alguna supresión. El primero de los aquí analizados, el padrón de 1860, era el más escueto, característica propia de una herramienta estadística todavía balbuciente: no se preguntaba ni el sueldo, la cualificación o el lugar de trabajo de la población, no se pedía señalar el parentesco de los residentes bajo el mismo techo, (aspecto que debía ser deducido de forma indirecta a través de la edad, los apellidos o la profesión de cada individuo), aunque sí incluía una casilla para indicar la parroquia de bautizo de cada inquilino.

En los años siguientes, este modelo fue incorporando cambios cualitativos de gran calado, aunque también se eliminó definitivamente la casilla de parroquia de bautismo, prescindible a ojos de las autoridades municipales de una urbe en la que la población de origen inmigrante era tan abundante. Así, en las hojas del padrón de 1878 se integró ya una casilla específica para señalar el parentesco o relación laboral que los inquilinos de la vivienda guardaban respecto al cabeza de familia. También se pedía explícitamente que se indicara el sueldo percibido (ya fuera diario, mensual o anual), la cualificación y su lugar de trabajo, si sabían leer y escribir y la cuantía de la contribución industrial y territorial que pagaban en caso de hacerlo. Perfeccionado el modelo del padrón madrileño durante la segunda mitad del siglo XIX, a lo largo de los ejercicios quinquenales en que se realizaron a partir de 1890, los cambios fueron nimios. En el padrón de 1905 se incluyeron nuevos apartados a rellenar según se requiriera, como la denominación del edificio en el que se ubicaba la vivienda en caso de ser público, el tipo de actividad industrial o comercial que se ejercía en ella si era una tienda o un taller, o la señalización ulterior de cualquier cambio demográfico acaecido en la vivienda en los cinco años siguientes a la fecha del anterior padrón, lo que incluía defunciones, nacimientos y mudanzas, una obligación que distaba mucho de ser cumplida a comienzos del siglo XX por los habitantes de la capital. Por último, en el padrón de 1930 a los datos ya consignados en los anteriores modelos se requerían nuevos aportes como el número de estancias de cada vivienda y cuántas eran destinadas a actividades industriales o comerciales, así como la señalización del tipo y la fecha del contrato de alquiler, aunque en cambio, fueron eliminadas las casillas destinadas a informar del pago de la contribución territorial o industrial.

DISTRITO DE Castellana BARRIO DE Castellana Calle de _____
 Casa número Observatorio Cuarto Principal Inquilino D. Antonio Aguilar Alquiler mensual de la habitación. _____

NOMBRES Y APELLIDOS.	NATURALEZA.		FECHA DEL NACIMIENTO.			PARROQUIA donde fué bautizado.	VECINDAD.	TIEMPO de residencia en Madrid.	PUEBLO de donde proceden si son forasteros.	ESTADO.	PROFESION, OFICIO (1) u ocupacion.	OBSERVACIONES.
	Pueblo.	Provincia.	Día.	Mes.	Año.							
<u>Antonio Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>20</u>	<u>Nov</u>	<u>1860</u>	<u>San Andrés</u>	<u>Madrid</u>	<u>siempre</u>	<u>id</u>	<u>casado</u>	<u>Empleado del Estado</u>	
<u>Francisco Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>16</u>	<u>Agosto</u>	<u>1880</u>	<u>San Andrés</u>	<u>Madrid</u>	<u>siempre</u>	<u>id</u>	<u>casado</u>	<u>Empleado</u>	
<u>Antonio Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>16</u>	<u>Agosto</u>	<u>1884</u>	<u>San Andrés</u>	<u>Madrid</u>	<u>siempre</u>	<u>id</u>	<u>soltero</u>	<u>Empleado</u>	
<u>Antonio Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>10</u>	<u>Enero</u>	<u>1886</u>	<u>San Andrés</u>	<u>Madrid</u>	<u>siempre</u>	<u>id</u>	<u>soltero</u>	<u>id</u>	
<u>Antonio Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>16</u>	<u>Agosto</u>	<u>1889</u>	<u>San Andrés</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	
<u>Francisco Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>28</u>	<u>Mayo</u>	<u>1890</u>	<u>San Andrés</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	

(1) Se tendrá presente la siguiente ley 8.

DEL EMPADRONAMIENTO GENERAL
 de los habitantes de Madrid, verificada en 1.º de Diciembre de **1878.**

DISTRITO DE BUENAVISTA BARRIO DE Valaverde CALLE DE Serrano
 CASA NUM. 28 CUARTO 2.º INQUILINO D. Emilio Castelar ALQUILER MENSUAL DE LA HABITACION 25 pesetas

NOMBRES Y APELLIDOS PADRE Y MATERO.	Pertenencia relativa con el cédulo de familia.	FECHA DEL NACIMIENTO.			NATURALEZA.		ESTADO.	PROFESION.	Coste de contribución y pago de la familia, donde la sujeción. (1)		Tiempo de residencia en Madrid.	Si sabe leer y escribir.
		Día.	Mes.	Año.	PUEBLO.	PROVINCIA.			CUOTA. PAGO.	LOCALIDAD.		
Emilio Castelar Ripoll		4	Julio	1838	Cádiz	Cádiz	soltero	Empleado del Estado	10	Madrid	20 años	id
Emilia Castelar Ripoll		21	Agosto	1836	Alicante	Alicante	soltera	id	10	Madrid	20 años	id
Antonio del Val Ripoll		15	Enero	1837	Udela	Udela	soltero	Empleado del Estado	10	Madrid	20 años	id
Francisco del Val Ripoll		26	Enero	1838	Udela	Alicante	soltero	Empleado del Estado	10	Madrid	20 años	id
Pedro Ripoll Super		19	Mayo	1851	San Sebastián de los	Guipuz	soltero	Cuero	10	Madrid	20 años	id
Francisco Ripoll Mendez		10	Mayo	1856	San Sebastián	Guipuz	soltero	Cuero	10	Madrid	20 años	id
Francisco Ripoll Mendez		17	Mayo	1858	San Sebastián	Guipuz	soltero	Cuero	10	Madrid	20 años	id

AYUNTAMIENTO DE MADRID
 PADRON MUNICIPAL QUINQUENAL
 Diciembre de 1905. (Artículos 17, 18 y 20 de la ley Municipal).
 SE RECOMIENDA MUY ESPECIALMENTE LA LECTURA DE LA INSTRUCCION DE MADRID, 1904.

DISTRITO DE BUENAVISTA BARRIO DE LA MERCEDES
 Calle de Coya núm. 43 cuarto primero
 Denominación ó destino del edificio, si fuera público _____
 Industria ó comercio que se ejerce en la habitación _____
 Inquilino cabeza de familia D. Antonio Parrales y Marañón
 Alquiler mensual de la habitación 21 pesetas 50 céntimos.

HOJA DECLARATORIA N.º _____

NOMBRES	APELLIDO PADRE	APELLIDO MATERO	PARENTESCO ó relación con el cabeza de familia.	FECHA Y LUGAR DEL NACIMIENTO		ESTADO	PROFESION	OFICIAL, militar, eclesiástico, etc.	EMPLEADO en el Estado, en el Municipio, en el extranjero.	RECONOCIDA como jefe de familia.	GRUPO	TIEMPO de residencia en Madrid.	SABER leer y escribir.
				DÍA	MES								
<u>Antonio</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>id</u>	<u>21</u>	<u>Julio</u>	<u>1868</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>
<u>Julio</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>id</u>	<u>2</u>	<u>Enero</u>	<u>1869</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>
<u>Julio</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>id</u>	<u>15</u>	<u>Julio</u>	<u>1870</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>
<u>Maria</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>id</u>	<u>21</u>	<u>Agosto</u>	<u>1871</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>
<u>León</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>id</u>	<u>21</u>	<u>Agosto</u>	<u>1872</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>
<u>Francisco</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>id</u>	<u>10</u>	<u>Mayo</u>	<u>1873</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>
<u>Francisco</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>id</u>	<u>21</u>	<u>Agosto</u>	<u>1874</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>

En 26 de Julio 1905, en el barrio de Valaverde, a las 7 de la tarde, D.º Marqués Salazar, Jefe de la Sección de Estadística, ha visto y ha verificado la presente Hoja de inscripción.

Véanse las instrucciones al dorso

AYUNTAMIENTO DE MADRID CONGRESO Hoja número _____
 Distrito de _____ Barrio de _____

Sección _____ Número de inscripciones _____ Calle de Paseo de Atocha número 15 piso 4.º letra B Contrato de inquilinato: clase _____ número _____ fecha: _____
 Alquiler actual: 264 pesetas _____ centimos. Número de habitaciones: 4. Industria ó comercio que se ejerce en la habitación: _____ Número de habitaciones de _____

EMPADRONAMIENTO MUNICIPAL DE DICIEMBRE DE 1930

Hoja de inscripción que para formar el Padrón municipal presenta D.º Amalia Villanueva Sánchez como cabeza de familia, de todas las personas que lo forman, presentes o temporales.

Nombres	Apellidos	Fecha y lugar del nacimiento	Estado	Profesión	Oficial	Empleado	Reconocido como jefe de familia	Grupo	Tiempo de residencia en Madrid	Saber leer y escribir
<u>Amalia</u>	<u>Villanueva</u>	<u>Sánchez</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>
<u>Guillermo</u>	<u>Sánchez</u>	<u>Tajama</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>
<u>Francisco</u>	<u>Sánchez</u>	<u>Tajama</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>	<u>id</u>

En resumen, a lo largo del trabajo de archivo realizado para esta tesis doctoral, se han recopilado por cada una de las 50.000 hojas de padrón informatizadas una media de 25 datos relativos a la vivienda y la unidad familiar, más otras 15 por cada individuo que estuviera censado en ella. El resultado ha sido la obtención de una base de datos copiosa, densa y de gran valor, que aglutina relevantes datos cuantitativos y cualitativos válidos para líneas históricas de investigación tan variadas como la demografía histórica, la segregación socioespacial, la composición de las estructuras familiares y la evolución de su ciclo vital, los movimientos migratorios, la transformación de los mercados laborales urbanos o el grado de alfabetización de la población. Una vez que se realizó el arduo trabajo de la informatización de esta fuente, se procedió a indagar en ella mediante la formulación de preguntas e hipótesis complejas y solapadas, poniendo el acento en la interrelación entre elementos distintos pero complementarios, como la procedencia, el sexo o la edad con la profesión, la alfabetización, el tipo de estructura familiar, el volumen de ingresos o la ubicación y la caracterización de las viviendas de los vecinos de un espacio urbano vivo, creado *ex profeso* en 1860, e inmerso desde entonces en una continua metamorfosis. Evidentemente, el manejo de tal volumen de población y datos ha permitido elaborar análisis cuantitativos más exhaustivos y fiables que los derivados de los dudosos resúmenes estadísticos realizados por las autoridades municipales coetáneas, o a través de catas y muestreos más o menos representativos.

Pero la fortaleza de este método no se detiene aquí, ya que los resultados de esta investigación también poseen un fuerte valor cualitativo. El hecho de contar con la totalidad de los datos reseñados del conjunto de la población residente en el Ensanche Este de Madrid, hace que el aprovechamiento dado a esta fuente histórica sea mucho mayor, ya que ha permitido un análisis más pormenorizado, permitiendo adoptar la técnica de la *descripción densa* elaborada por la antropología cultural al jugar con ambos planos, el macro y el micro, para aprehender los distintos procesos estudiados, pudiendo interaccionar entre ambas escalas, detectando tanto lo común como lo insólito. Además, el propio proceso de creación de este corpus documental, aportado de puño y letra por los mismos habitantes objeto de estudio, hizo aumentar las posibilidades de que éstos dejaran constancia de contextos y realidades concretas (que de otro modo serían difusas o invisibles a ojos del historiador) en las casillas dedicadas a posibles observaciones, respuestas que eran desechadas en los resúmenes estadísticos coetáneos, y cuya detección historiográfica mediante muestreos se ven reducidos al azar. Por último, el tratamiento directo del investigador con el padrón municipal elimina los peligros de pérdida de información congénitos a la revisión y homogeneización estadística de las respuestas recogidas aplicados *a posteriori* a la hora de organizar, cuantificar y exponer sus principales resultados. De este modo, la experiencia adquirida tras miles de fichas informatizadas ha permitido acceder a los principales matices inherentes a la evolución de la percepción y auto-representación socioprofesional de la población madrileña a partir del uso de una u otra nomenclatura, de sus repeticiones y sus cambios de significado intrínsecos, así como a raíz de las omisiones detectadas en sus contestaciones⁵⁴.

No obstante, además de aprovechar las potencialidades del padrón municipal, a la hora de realizar esta tesis doctoral tampoco se han obviado las debilidades que esta fuente documental también atesora. Por ello, se ha efectuado una rigurosa crítica de ésta

⁵⁴ Un ejemplo de la recopilación y variación de la nomenclatura profesional urbana a lo largo de la época contemporánea en: FERNÁNDEZ CASANOVA, C.: *El trabajo en la ciudad. Diccionario de profesiones de las ciudades de Galicia, 1845-1924*. CSIC, Madrid, 2011.

para reducir los riesgos analíticos derivados de un estudio historiográfico basado en datos y conclusiones erróneas o incompletas. Entre los puntos problemáticos de esta fuente, cuya procedencia en la mayoría de los casos proviene de la misma característica que alberga sus potencialidades, el rellenado directo y sin intermediarios de cada hoja de padrón, habría que diferenciar entre los errores comunes, cuya incidencia final es escasa, y las verdaderas limitaciones de la fuente que deben ser subsanadas.

Respecto a los primeros, hablamos de fenómenos como la duplicación de casos, personas que cambiaron de domicilio a lo largo del mes en que se realizó el empadronamiento y que aparecen contabilizados en ambos domicilios; la ilegibilidad de la fuente, rellenada a mano casi en su totalidad (son anecdóticas las fichas contestadas a máquina) a causa de la mala caligrafía del informante, de su mala conservación, de las faltas de ortografía o de la superposición de las respuestas; los fallos cometidos por el investigador a la hora de transcribir los datos (en fechas, año de llegada o sexo); la indolencia con la que podía ser completada la hoja de empadronamiento por parte del cabeza de familia, ya fuera dejando casillas vacías o rellenándolas de forma mecánica incurriendo en diferentes incoherencias e irregularidades (como declarar casado a un hijo de cuatro años, jornalero a un bebé de dos, o no indicar que un periodista supiera leer y escribir); o la costumbre de redondear fechas, años o sueldos hacia cifras exactas cuando no se acordaban del tiempo, la edad o el salario concreto (por ejemplo, en las fechas de nacimiento o de llegada a la ciudad era común que repuntaran los años redondos, como 5, 10 o 30, en vez de 7, 28 o 19, un fenómeno que es generalizado en todas las fuentes demográficas directas)⁵⁵. Sin embargo, buena parte de estas anomalías y ambigüedades pueden ser enmendadas o minimizadas en el momento de recoger la información o ya en la base de datos, tanto por la propia experiencia adquirida tras miles de fichas analizadas, por las posibilidades que ofrece la revisión informática de casos, y como consecuencia del número de casos analizados (sin contar el apoyo documental del resto del grupo de investigación), que constituyen un agregado de datos tan vasto que reduce a la mínima expresión las posibles desviaciones generadas por estos elementos.

En cuanto a las limitaciones específicas de los padrones municipales, destacan los vacíos sistemáticos, las ocultaciones, las ambigüedades y evoluciones semánticas de determinadas acepciones que afectaban a la casilla de profesión en los distintos padrones analizados, en especial en cuanto a la falta de especificación del negocio efectuado por *industriales* y *comerciantes*, a la generalización de voces como las de *empleados*, *jornaleros* o *propietarios* y *rentistas* sin proporcionar datos más específicos, o a las ausencias de sueldos y contribuciones. Para reducir su impacto, se han utilizado otras fuentes complementarias que serán debidamente señaladas en el texto cuando proceda. Pero la mayor debilidad del que adolece el padrón municipal madrileño es otro, un mal que es generalizado entre las distintas fuentes cuantitativas del mundo laboral español y europeo de la época: el elevado subregistro del trabajo remunerado femenino, una cuestión ampliamente abordada por la historiografía contemporánea española en las últimas décadas. Por ello, esta problemática ha sido tratada de un modo más pormenorizado, explicando las causas socioeconómicas y culturales de dicho

⁵⁵ REHER, D.S. y VALERO LOBO, A.: *Fuentes de información demográfica en España*. CIS, Madrid, 2005; GONZÁLEZ GÓMEZ, S. y REDERO SAN ROMÁN, M.: “Análisis metodológico de dos fuentes de historia social: los padrones municipales y las matriculas industriales”, en CASTILLO, S., (coord.), *La historia social en España*. Madrid, Siglo XXI, 2001, pp. 507-520; GARCÍA RUIPÉREZ, M.: “El empadronamiento municipal en España: evolución legislativa y tipología documental”, en *Documentia & Instrumenta*, nº 10, UCM, 2012, pp.45-86.

fenómeno, y aportando nuevas fuentes y técnicas de análisis para clarificar una tasa de actividad laboral femenina más acorde con la realidad histórica existente⁵⁶.

Además, la naturaleza y periodicidad con que era elaborada esta fuente (anual hasta 1890 y quinquenal desde entonces), y el peligro de efectuar una cata o muestreo documental poco fiable (riesgo cada vez menor debido al establecimiento de métodos muy asentados de realización), ha hecho que surgieran voces especializadas que alertaran del peligro de una falta de representatividad inherente y la necesidad de superar el tratamiento estático de la realidad histórica que detalla esta fuente⁵⁷. Visto como una foto fija de un lugar y un tiempo muy concretos, los análisis historiográficos basados en los padrones municipales pueden ser muy útiles para un estudio sincrónico, pero manifestarse incapaces de abordar los procesos de cambio de un modo diacrónico si no se dotan de la metodología, las técnicas de investigación y las fuentes complementarias necesarias. Bajo estos parámetros se optó por efectuar el vaciado sistemático de los cuatro padrones municipales analizados, para que sirvieran como puntos de anclaje entre generación en generación, y sobre ellos, añadir nuevas fuentes que actuaran como complemento y que facilitaran un análisis más dinámico⁵⁸.

Así, el padrón actúa en esta investigación como una especie de esqueleto documental sobre el que se le han añadido posteriormente los órganos, los músculos, los tendones y la piel a través del estudio de otras fuentes cuantitativas y cualitativas y el cruce de sus resultados con él, ya que el enorme volumen de información personal extraído de aquel puede ser cotejado con éstas y así complementarse con excelentes resultados. De este modo, además de los padrones municipales de la ciudad, se ha realizado un exhaustivo estudio de otras fuentes existentes en las distintas secciones del Archivo de Villa de Madrid, consultando con detalle licencias de obra y construcción, registros de actas matrimoniales, listas de contribuyentes territoriales y de industriales, planos de índole fiscal, proyectos de reformas y mejora de las vías del Ensanche, licencias de apertura, reforma y renovación de establecimientos comerciales y puestos públicos, numerosos legajos relativos a la Contaduría del Ensanche, las secciones de Beneficencia e Higiene de la capital y la de Policía Urbana. A su vez, se han examinado innumerables cabeceras de periódicos, revistas, anuarios y otras publicaciones en la Hemeroteca Municipal de Madrid, en su Biblioteca Histórica Municipal, y en la Biblioteca Nacional, así como a través de las hemerotecas *on line*, existentes gracias a la digitalización de los fondos de la Hemeroteca Municipal de Madrid, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes y de diarios históricos como *ABC*.

⁵⁶ NASH, M.: *Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936)*, Anthropos, Madrid, 1984; PÉREZ FUENTES, P.: “El trabajo de las mujeres en la España de los siglos XIX y XX. Consideraciones metodológicas”, *Arenal, Revista de Historia de las mujeres*, Vol. 2, 2, 1995, pp. 219-245; ARBAIZA VILALLONGA, M.: “La “cuestión social” como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)”, *Historia Contemporánea*, 21, 2000, pp. 395-458; BORDERÍAS, C.: “Suponiendo que ese trabajo lo hace la mujer. Organización y valoración de los tiempos de trabajo en la Barcelona de mediados del XIX”, en CARRASCO, C. (Ed.): *Tiempos, trabajos y género*, 2001, UAB, Barcelona, pp. 103-131; ARBAIZA VILALLONGA, M.: “La transición de la actividad femenina en el País Vasco (1825-1935)”, en *Actas del VII Congreso de la Asociación de Historia Económica*, Zaragoza, 2001; PÉREZ FUENTES, P.: “El género, variable clave para la historia económica y social: balance de las investigaciones y retos para el futuro”, *Vasconia*, Vol. 35, 2006, pp. 527-538.

⁵⁷ REHER, D.S.: “La investigación en demografía histórica: pasado, presente y futuro”, en *Boletín de la ADEH*, nº 18, II, Madrid, 2000, pp. 15-78.

⁵⁸ Para ilustrar la evolución de determinados procesos y fenómenos cualitativos, se han realizado *seguimientos nominativos* personales, consultando padrones anteriores y posteriores a los de las cuatro fechas indicadas.

También ha sido prolija la consulta de obras literarias y científicas de la época, fruto de la mano y el intelecto de figuras como Pérez Galdós, Baroja, Mesonero Romanos, Corpus Barga, Chicote, Revenga o Hauser. Por su parte, se han consultado documentos relativos a la compraventa de solares y edificios ubicados en el Ensanche Este en el Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Madrid, mientras que en el Archivo General de la Administración se han recogido delitos de todo tipo realizados en sus calles. Por último, para trasladar la evolución urbanística de este espacio urbano al plano madrileño por un lado, e ilustrar la narración del discurso con fotografías de la época por otro, se ha consultado tanto la documentación cartográfica que atesora la Gerencia Municipal de Urbanismo del Ayuntamiento de Madrid, como los fondos del Archivo Fotográfico Ruiz Vernacci, situado en el Instituto del Patrimonio Cultural de España, el Archivo Fotográfico Alfonso, en el Archivo General de la Administración, así como las imágenes digitalizadas del Museo de Historia de la Ciudad y obtenidas de la Biblioteca digital del Patrimonio Histórico del Ayuntamiento de Madrid.

El principal objetivo metodológico del cruce sistemático de estas fuentes cuantitativas y cualitativas, de su interrelación con la documentación cartográfica y fotográfica, y del extenso apoyo bibliográfico de índole local, nacional e internacional realizado, ha sido el de efectuar un análisis histórico que generase resultados y conclusiones provechosas desde el prisma de la historia social de la ciudad. Para ello, no sólo se ha considerado como requisito indispensable lograr un diálogo constante entre las escalas micro y macro, sino también entablar una estrecha comparación entre los procesos históricos acaecidos en este espacio urbano con los existentes tanto en el resto de las zonas de Ensanche y del casco antiguo madrileño como en el resto del mundo urbano español y europeo, señalando tanto las similitudes como las diferencias más significativas. Para facilitar esta comparación transversal geográfica y temática, se ha realizado un intenso esfuerzo por adoptar técnicas de análisis y modelos de clasificación aplicados en otras investigaciones a nuestro objeto de estudio para añadirle un alto valor añadido a partir de su comparación. Así, por ejemplo, podemos hablar del uso de los *seguimientos nominativos* y otros tipos de análisis aplicados al estudio de los movimientos migratorios a través de los padrones municipales por parte de Rocío García Abad, Fernando Mendiola Gonzalo o Manuel González Portilla⁵⁹, la aplicación ligeramente modificada de la tipología clasificatoria elaborada por Peter Laslett para distinguir entre las distintas composiciones familiares presentes en los hogares madrileños⁶⁰, o la utilización de un modelo histórico para sistematizar y comprender los procesos de cambio del mercado laboral madrileño acaecidos a lo largo de estas décadas en un contexto comparado.

Este último intento de homologación metodológica es, sin duda, el más relevante, ambicioso y complejo de los adoptados en esta tesis doctoral, y ha sido acuñado siguiendo la estela más reciente llevada a cabo por los distintos grupos de

⁵⁹ GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001; GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K.: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. UPV, Bilbao, 1996. MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, UPV, Bilbao, 2002; GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*. Bilbao, UPV-EHU, 2005.

⁶⁰ LASLETT, P.: *Household and Family in Past Time*, Cambridge University Press, Cambridge, 1972, especialmente pp. 28-40; GARCÍA GONZÁLEZ, F. (coord.): *La historia de la familia en la península Ibérica. Balance regional y perspectivas: Homenaje a Peter Laslett*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2008.

investigación españoles dedicados a la historia urbana. Así, a lo largo de las siguientes páginas se ha compaginado el uso de dos sistemas de catalogación y estructuración socioprofesional: uno propio, elaborado en el seno del grupo de investigación *Historia de Madrid en la Edad Contemporánea*, y que cuenta con el apoyo de la experiencia investigadora de sus miembros y su mayor especificidad para el caso del mercado laboral madrileño, y cuya utilización dista ya varios años de excelentes resultados explicativos⁶¹; y otro, el *Historical International Standard Classification of Occupations* (HISCO), que ha facilitado la comparación entre la evolución del mercado laboral del Ensanche Este madrileño con el de otros núcleos urbanos nacionales e internacionales, un sistema histórico de clasificación internacional de ocupaciones profesionales formulada a partir de la clasificación ISCO, empezada a aplicar en los años cincuenta por la OIT para analizar la naturaleza poliédrica de los distintos mercados laborales a escala nacional, regional o local⁶². Gracias al sistema HISCO, se añadió una vertiente histórica a dichos esfuerzos de sistematización laboral. Su aplicación al caso del Ensanche Este de Madrid, y por extensión al conjunto de la ciudad, presenta múltiples ventajas para el estudio comparativo de la evolución histórica del mercado laboral madrileño con el de otros grandes núcleos urbanos españoles y europeos, ya que en los últimos años este sistema ha sido elegido por los grupos de investigación españoles de historia urbana más relevantes como el patrón estándar a utilizar para lograr una visión de conjunto de las profundas transformaciones laborales que acaecieron en el mundo urbano español a lo largo de este período⁶³. Un sistema de clasificación ocupacional que tampoco se halla eximido de cuestiones a resolver como la complejidad de su codificación (posee centenares de categorías desglosadas en forma de árbol), la incapacidad del padrón para cubrir toda la información necesaria para su uso a pleno rendimiento, o la pérdida de detalles y particularidades respecto al área estudiada, sacrificados a costa de una mejor faceta comparativa⁶⁴.

⁶¹ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis de la UCM, Servicio de Publicaciones, Madrid, 2011; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis de la UCM, Servicio de Publicaciones, Madrid, 2012.

⁶² VAN LEEUWEN, M.H.D., MAAS, I. y MILES, A.: *HISCO: Historical International Standard Classification of Occupations*, Leuven University Press, Leuven, 2002; VAN LEEUWEN, M.H.D.; MAAS, I. y MILES, A.: "Creating a Historical International Standard Classification of Occupations An Exercise in Multinational Interdisciplinary Cooperation", *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History*, Vol. 37, 4, (2004), pp. 186-197.

⁶³ Desde 2010, los principales grupos de investigación e investigadores españoles que trabajaban con los padrones municipales como fuente documental básica para el estudio de los mercados laborales urbanos durante los siglos XIX y XX, fueron estableciendo una serie de contactos y líneas conjuntas de trabajo sobre la base de instaurar un sistema de clasificación común a todos ellos que permitiera estrechar lazos y metodología, comparar resultados y establecer hipótesis generales. Entre los integrantes de estas iniciativas destacan los grupos de investigación de Madrid (dirigido por Luis Enrique Otero Carvajal), País Vasco (Manuel González Portilla, Pilar Pérez Fuentes, Arantxa Pareja y Karmele Zárraga), Cataluña (Cristina Borderías, Juanjo Romero y Conchi Villar), Cádiz (Julio Pérez Serrano), Granada y Jaén (David Martínez López y Gracia Moya García) o Galicia (Luisa Muñoz Abeledo e Isidro Dubert). Fruto de estos esfuerzos fueron las numerosas reuniones de trabajo, sesiones y comunicaciones realizadas en los últimos años, como el encuentro organizado en Madrid en 2011 titulado *El estudio de los mercados de trabajo en la España contemporánea*, o las sesiones organizadas a tal efecto en el *XI Congreso de la AHC* de Granada de 2012 o en el *X Congreso de la ADEH* de Albacete de 2013.

⁶⁴ OTERO CARVAJAL, L., PALLOL, R., VICENTE, F., CARBALLO, B., DE MIGUEL, S. y DÍAZ, L.: "HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado", *XI Congreso de la AHC*, Granada, 2012; SIMÓN DÍAZ, L.: "La utilización del sistema de clasificación

Tras señalar los objetivos, la metodología y las fuentes manejadas en la elaboración de esta tesis doctoral, además de poner en valor e incardinar dicha investigación dentro de los parámetros en los que se mueve la historiografía del Madrid contemporáneo, es necesario desentrañar cómo se ha estructurado su narración. El período aquí analizado fue testigo de la mayor transformación social, económica, política, cultural y urbanística que sufrió la capital española desde que fuera elegida como sede de la Corte por Felipe II en 1561. Para abordar y analizar dichos procesos se ha optado por ofrecer un relato jerarquizado en torno a dos líneas clave, una cronológica y otra temática. De este modo, esta tesis ha sido dividida en dos lapsos temporales bien diferenciados, extendiéndose la primera etapa desde el ecuador del siglo XIX hasta los albores de la centuria siguiente, décadas en las que confluyen y colisionan sólidas pervivencias y costumbres socioeconómicas derivadas del mundo preindustrial con el tímido triunfo de los primeros procesos sociales, económicos, políticos y culturales de cambio, mientras que la segunda abarcaría hasta las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 y la posterior proclamación de la II República, período en el que eclosionan definitivamente en la nueva metrópoli europea las transformaciones socioeconómicas, culturales y políticas que se habían ido gestando en la etapa anterior.

El estudio de cada una de las dos partes señaladas ha sido desarrollado a través de cuatro capítulos. En relación a la primera de ellas, el capítulo inicial aborda el fin del Madrid preindustrial y el paso de su función de Villa y Corte al de capital del Estado liberal, el colapso demográfico y urbanístico en el que estaba inmerso en el ecuador del siglo XIX, la necesidad de romper su secular perímetro, el pedregoso camino hacia la ratificación del proyecto de Ensanche, el análisis de sus principales características urbanísticas y de la división funcional del espacio defendida por su impulsor, los usos del suelo preexistentes y el escaso grado de poblamiento del Ensanche Este en los albores de la ratificación del Plan Castro, el sistema de financiación establecido posteriormente para dotar de servicios a su desarrollo y, por último, el baño de realidad al que éste fue sometido una vez que fue confrontado con la especulación urbanística, la defensa de la propiedad privada, la dejadez municipal y la escasez de recursos.

Por su parte, el segundo capítulo indaga en la evolución demográfica del nuevo Ensanche Este madrileño durante la segunda mitad del siglo XIX, mediatizada por unos movimientos migratorios que protagonizaban en solitario dicho crecimiento. En él se analizan las principales características definitorias de estas corrientes migratorias, tales como sus distintas procedencias y ritmos de crecimiento, su edad y género, el contexto en que fueron realizados dichos desplazamientos hacia la capital, sus formas de inserción familiar más frecuentes y las distintas estrategias puestas en liza durante sus primeros compases en la ciudad para reducir sus posibilidades de fracaso, tales como el recurso a las redes de parentesco, la coresidencia, el paisanaje, el realquiler o la endogamia matrimonial. Además, también se profundiza en la cualificación laboral atesorada por el recién llegado en función de su procedencia y cómo ésta influía en su aclimatación a los ritmos de trabajo de un mercado laboral madrileño prácticamente colapsado, o en la enorme movilidad residencial que presidía la vida de los habitantes de este espacio urbano, modelada en función de su procedencia, cualificación laboral y tiempo de residencia en la ciudad.

El rápido incremento demográfico y el engrosamiento progresivo de la población en edad laboral residente de la ciudad, chocó de bruces con la lenta reconversión de sus anquilosadas estructuras productivas y su manifiesta incapacidad para absorber a toda esa mano de obra. El tercer capítulo profundiza en este desfase existente en el mercado laboral madrileño de la segunda mitad del siglo XIX, en la franca incapacidad de la ciudad para ofrecer trabajo a sus miles de nuevos inquilinos, y en cómo éstos intentaron por todos los medios no sucumbir a esos *tiempos duros*. Dicho objetivo es abordado mediante el estudio de la evolución de sus estructuras socioprofesionales masculina y femenina y su integración en los distintos sectores de actividad económica de la ciudad, así como a través del análisis de sus lugares de trabajo, rangos salariales, cualificación y especialización laboral. Se analizan de forma pormenorizada, por un lado, las escasas posibilidades de ascenso o estabilidad social de los trabajadores manuales residentes en el Ensanche Este ante la difícil encrucijada vital y generacional existente, mientras que por otro se detectan pequeños *pools* laborales al alcance únicamente de manos y mentes ágiles y altamente cualificadas dentro de la administración y gestión pública y de las telecomunicaciones.

Para concluir esta primera parte dedicada a la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, el capítulo cuarto profundiza en el desigual desarrollo urbanístico de este espacio urbano y la rápida cristalización del proceso de segregación socioespacial que empezó a influir con fuerza sobre el conjunto de la ciudad. Para ello, se han utilizado distintos parámetros de análisis como la evolución de los precios del suelo, las licencias de construcción expedidas y las distintas tipologías residenciales llevadas a cabo en unos y otros barrios, la creciente disparidad de los alquileres demandados en función de su altura, distribución interior y su ubicación en el plano madrileño, y el estudio de la creciente apropiación social del espacio por parte de los grupos profesionales más acaudalados y la consecuente segregación residencial generada.

A esta primera parte relativa a la segunda mitad del siglo XIX, le sigue un breve preámbulo que hace de engarce con la segunda, en la que se enumeran algunos de los cambios sociales, culturales, económicos, de sociabilidad y escala urbanística más profundos que se produjeron en Madrid durante el primer tercio del siglo XX. Éstos actuaron como adalides de la llegada de la modernidad a la ciudad, en un proceso acelerado de transformaciones que desembocó en la conversión madrileña de capital a metrópoli ya en los años treinta, con evidentes implicaciones demográficas, laborales y urbanísticas. Posteriormente se da paso a la segunda parte de la tesis, que va desde el estallido de la 1ª Guerra Mundial hasta la proclamación de la II República española, y que se desarrolla a lo largo de otros cuatro capítulos en los que se mantiene el mismo hilo temático que en la parte anterior, delimitando las pervivencias y destacando sus novedades a lo largo de un diálogo constante e interactivo con los resultados y procesos descritos en la etapa anterior.

En este sentido, el capítulo cinco analiza la conformación demográfica y espacial del *Gran Madrid*, como consecuencia de la intensificación de los movimientos migratorios interiores hacia la capital y la transición del modelo demográfico antiguo al moderno, que elevaron a la ciudad por encima del millón de habitantes, desmoronando definitivamente cualquier intento anterior de preservar la unidad geográfica (que no administrativa). En este sentido, se aborda la gestación de una ciudad sin límites geográficos definidos, durante la cual el Ensanche Este de la ciudad modificó su naturaleza, pasando de ser una zona relativamente periférica a lo largo de sus primeras décadas de desarrollo a ser un área residencial consolidada de clase acomodada en los

años treinta. Esta tendencia influyó de forma clave en las características migratorias y en el tipo de inserción laboral, familiar y residencial de los nuevos habitantes que optaban por ubicar en él su residencia. Además, en este capítulo también se afronta cómo la implantación de los transportes de masas, el aumento de la escala urbana madrileña, la colmatación de los barrios del Ensanche Este, la aparición de la inflación y los cambios legislativos aprobados para amortiguar la rápida escalada de los alquileres residenciales desde el estallido de la Gran Guerra, aminoraron la frecuencia con la que los madrileños cambiaban de domicilio.

Por su parte, los capítulos seis y siete detallan pormenorizadamente la profunda modernización que la economía madrileña sufrió a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, poniendo énfasis en las hondas consecuencias que dicho proceso generó en el mercado laboral madrileño. La segunda revolución industrial, el avance de la burocratización, la aparición de la gran empresa a raíz de la expansión del capitalismo avanzado, y el surgimiento del consumo y el ocio de masas, hicieron aflorar modernas vetas laborales que lograron absorber junto a la construcción, ahora sí, a los miles de recién llegados a Madrid en busca de trabajo. Así, en el capítulo seis se aborda el trabajo manual, siendo la mecanización de las actividades productivas, el auge del sector de la construcción y la forzosa adecuación del taller artesanal a las economías de escala como consecuencia de la presión ejercida por la gran empresa industrial, los elementos que concentran el análisis. Por otra parte, en el capítulo siete la atención recae en la profesionalización, especialización y dilatación de los servicios de administración y gestión privada, telecomunicaciones, finanzas, comercio y ocio, y en cómo estas nuevas áreas de trabajo ofrecían un horizonte laboral más halagüeño que a comienzos de siglo. Oportunidades que, con limitaciones, también fueron aprovechadas por un segmento todavía reducido de mujeres, mediatizadas aún por la excesiva división sexual del trabajo. Además, los estudios realizados en ambos capítulos alcanzan una mayor profundidad analítica al ser afrontados bajo una doble perspectiva temporal y espacial, potenciando por un lado la visión global de la evolución del mercado laboral madrileño desde mediados de la centuria anterior, y por otro, apostando por la detección de la diversidad laboral registrada entre los distintos espacios urbanos que componían el Madrid de los años veinte y treinta.

Por último, el octavo capítulo aborda el proceso de colmatación urbanística del Ensanche Este y su incardinación dentro del más amplio fenómeno de zonificación socioespacial de Madrid. En este apartado, las cuestiones fundamentales giran en torno a los heterogéneos y discontinuos ritmos de expansión urbanística que se produjeron en las distintas áreas que componían el Ensanche Este madrileño, y a la constatación del avanzado fenómeno de la segregación residencial de este espacio urbano mediante la descripción de la variada oferta residencial que albergaba cada barrio y a la creciente separación residencial del resto existente entre los grupos sociales más acaudalados, que mostraban un mayor afán de concentración espacial. Para su discernimiento, se aborda la evolución temporal seguida por indicadores ya utilizados en el capítulo cuatro, como la dispersión de los precios medios de los alquileres por barrios, la desigual distribución espacial (tanto vertical como horizontal) de los principales grupos socioprofesionales en ellos, o las derivaciones demográficas y familiares de dicha segregación, conjugados con nuevos elementos de análisis como el tamaño y la distribución interna de las viviendas, la utilización de distintos indicadores cuantitativos de segregación residencial, o el análisis de determinados factores que ayudaron a gestar un atlas social imaginario de la ciudad que se erigía sobre representaciones y percepciones excesivamente reduccionistas y parciales de la realidad social madrileña.

En definitiva, gracias a la consecución de esta tesis doctoral, se ha ampliado el conocimiento histórico que se poseía sobre los principales elementos y factores que incidieron en la metamorfosis madrileña de Villa y Corte a metrópoli europea, tomando como objeto de estudio un espacio urbano como su Ensanche Este. A su vez, con este trabajo también se concluye el objetivo colectivo perseguido por el grupo de investigación del que formo parte desde hace una década, consistente en abordar el estudio de la evolución histórica del Ensanche de Madrid y lo que éste significó para la modernización del Madrid contemporáneo, a través del uso de fuentes documentales, herramientas metodológicas y técnicas historiográficas similares. Un esfuerzo común entre cuyos frutos, además de la presente investigación, destacarían las tesis doctorales presentadas por Rubén Pallol Trigueros en 2009, *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, y Fernando Vicente Albarrán en 2012, *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*.

El Madrid burgués. El Ensanche Este de la capital (1860-1931).

Introduction

Since the middle of the 19th century to the Second Spanish Republic, the historical time accelerated respective to the chronological one in a vertiginous way, which radically transformed the Spanish society. In such a period, the political, economic, social, legal, and cultural basis on which the country was based at the end of the 19th century suffered from a constant decomposition. The rationalist and illustrating influences arising from the French Revolution, the hard struggles all along the country due to the edification of the Political Liberalism over the embers of Absolutism, the change from a stratum to a class society, the expansion of the first echoes of industrialization and the end of the guild world, the consolidation and improvement of the transportation networks and internal communication system or the peak of the migration from the countryside to the city... They are just some of the main factors which cracked that traditional society during the century¹.

¹ OTERO CARVAJAL, L.E.: “La irrupción de la Modernidad en la España urbana, Madrid metrópoli europea, 1900-1931”, en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2013, pp. 247-292; “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939”, en VV. AA.: *España entre Repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos*, ANABAD, Guadalajara, 2007, Vol. 1, pp. 27-80; “Tradición y Modernidad en la España urbana de la Restauración”, en GÓMEZ FERRER, G. y SÁNCHEZ, R. (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional, 1898-1914*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 79-118.

Nevertheless, the way in which the life of millions of people was changed - it is trivial to say - was not uniform in time, space, shape, and intensity. The tension between motionlessness and change, between tradition and modernity, was present temporally and geographically throughout the country – as well as in Europe - differentiated according to the pre-existent context in each analysis². The diversity found in the various struggles between the challenge of modernity and the clinging onto the inherited society justifies the historiographical need to carry out multiple local investigations, sometimes expressed in a derogating way³, to forge a clearer overall vision about such a turbulent and complex period as the *long 19th century* era in Europe, whose chronological limits could be extended to the beginning of the Spanish Civil War. In that armed conflict, the Nationalists grouped the social classes not affected by such transformations, which had so much influence in the development of the subsequent Spanish contemporary society.

In the evolution of such historical process, the big cities played a transcendental role, as it was there where the majority of the main transformations happened. Those cities became diffusion and consolidation points of such processes all over the country. The urban nucleus reinforced their role as centres of commercial, administration and justice, resource redistribution, political control and production at a regional, national or international scale⁴. Additionally, in the first third of the 20th century, the hasty arrival of thousands of rural immigrants, the surplus of capital and inversions, and the new manufacturing activities arising from the second industrial revolution eased the crystallisation of the mass society, the bureaucratization of both public dependences and big private companies, and the dawn of new actors and political, economic and social recognitions responding to those transformations. The scale modification of the main nucleus principles as the *expansion plan*, looking for organizing and managing in a rational way the demographic and space growing of the cities to the surrounding areas - not urbanized yet - but with the *original sin* of aspiring to aim such results without renouncing to an unbeatable encumbrance: the staunch defence of the personal property against the common good⁵.

The modification of the main Spanish towns also sponsored the development of new planning proposals, the *expansion plan*, which made use of its own tools of development in the urban world seeking Spanish organizing and managing rationally the demographic and spatial growth of cities to its surrounding areas - not urbanized yet - but with the *original sin* of aspiring to aim such results without renouncing to an unbeatable encumbrance: the staunch defence of the personal property against the common good.

² OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: “La reducción de escala y la narratividad histórica”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario (2007), pp. 245-264.

³ SERNA, J. y PONS, A.: “En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis” en FRÍAS, C. y RUIZ CARNICER, M. A.: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2001.

⁴ GARCÍA DELGADO J.L. (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España, Siglo XXI de España, Madrid, 1992; OTERO CARVAJAL, L. E.: “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939”, en *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos, Op. Cit.*, Vol. 1, pp. 27-79.

⁵ BASSOLS COMA, M.: *Génesis y evolución del derecho urbanístico español (1812-1956)*, Montecorvo, Madrid, 1973; COUDROY DE LILLE, L.: “Los ensanches españoles vistos desde fuera: aspectos ideológicos de su urbanismo” en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004, pp. 239-255.

This historical context affecting both to the urban scope - Madrid - together with the industrialized Barcelona and Bilbao, was one of the notable points in this process. Due to the new condition of Liberal State capital, Madrid was consolidated to the peak of the national, political, financial, cultural, social, commercial, transportation and telecommunication affairs, and was also favoured by the geographical equidistance regarding to the rest of the country and its irradiator potential. The transformation of the inhabitant's lifestyle was produced at a superior rhythm and intensity to the majority of citizens living in other large cities. So a detailed analysis of such transformation is required, as the both discernment of such social, familiar, economic, cultural, and demographic changes occurring in those decades, and the way it affected the daily life of the living people, becomes essential to understand the development of the contemporary Madrilenian society. Furthermore, its conclusions can be compared to those obtained in other nucleus of the Spanish urban world for improving our overall global vision. A historiographical study of the contemporary Madrid, like that presented in this doctoral thesis, does not begin from the start at all.

During the Francoist dictatorship, the evolution of the contemporary Spanish historiography was at risk, as a consequence of the exile and the intellectual - and life - depuration of the university professors; of the absence of historical studies focused on Parliamentarism, the bourgeoisie or the liberalism for ideological affairs; and of the lack of institutional relationships with the exterior⁶. Furthermore, this bleak and aggravated outlook was compounded historiography in the Madrilenian case, due to the excessive prominence given to the costumbrist literature of the chroniclers of *la Villa*, but also the reductionist vision of Madrid as the capital skirting the daily study of the majority of its inhabitants⁷. Such encumbrance was only overtaken during the 70's and the 80's of the previous century, when Franco's death and the Spanish democratic transition encouraged the renovation to the standards of the academic European research. So, contemporary Spanish historiography was progressively assimilating methodologies, analytic approaches, technics and themes related to the rest of Europe, and little by little revealed again the contemporary period prior to the Spanish Civil War. A process of modernization in which the study of the capital had a main role, conceived as an optimal framework on which focus the new scientific knowledge coming from abroad. The great economical, cultural, political and social processes affecting the whole country during those years had their own representation in Madrid.

In this sense, several researches soon arose and were reference works on which supported the basis of the historiographical and renewed knowledge of the capital and its inhabitants⁸. The considered topics were very varied and pertinent, such as the

⁶ OTERO CARVAJAL, L.E. (Dir.): *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Editorial Complutense, Madrid, 2006; LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M^a: *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos (1910-1936)*. Marcial Pons, Madrid, 2006; OTERO CARVAJAL, L.E. y LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M^a: *La lucha por la modernidad. Las ciencias naturales y la Junta para Ampliación de Estudios*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 2012; PALLOL TRIGUEROS, R.: "Las oposiciones a cátedras de Historia en la universidad nacionalcatólica", en *Historia del presente*, Dossier "La Universidad nacionalcatólica", Eneida, n° 20, 2102, pp. 37-50.

⁷ BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana", en FUSI AIZPURÚA, J. P.: *España. Autonomías*. Vol. 5, Espasa Calpe, Madrid, 1989, pp. 517-613; BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: "Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización" en *Papeles de Economía. Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid*, Papeles de Economía, n° 18, Madrid, 1999, pp.18-30.

⁸ PALLOL, R.; VICENTE, F. y CARBALLO, B.: "La historiografía del Madrid contemporáneo (1850-1936) en las últimas tres décadas", en DELGADO, C.; SAZATORNIL, L. y RUEDA, G. (eds.):

approach to the electoral processes that happened in Madrid⁹, the liberal bourgeoisie emergence and its impact on the socioeconomic relationships of the capital¹⁰, the different revolutionary episodes in which the city population was involved¹¹, the demographic model evolution¹², its supply, hygiene and transport network¹³, the liberal disentailment and its influence on the formation of a urban land free market¹⁴, the transformation of the economic Madrilenian activity and its consequences in its labour market¹⁵, the nodal role of the city and the country financial framework¹⁶, the changes produced by the citizens in their daily life¹⁷, or the studies related to the incipient associations of Madrilenian trade unions, the origin and operation of the first working parties, and the new dynamics of collective mobilisation¹⁸.

Historiografía sobre tipos y características históricas, artísticas y geográficas de las ciudades y pueblos de España, Ediciones TGD, Santander, 2009, pp. 235-244.

⁹ TUSELL GÓMEZ, J.: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1969; *La Segunda República en Madrid: elecciones y partidos políticos*, Tecnos, Madrid, 1970.

¹⁰ BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978; BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina: Madrid 1856-1866*, UCM, Madrid, 1981.

¹¹ PÉREZ GARZÓN, J.I. y ESPADAS BURGOS, M.: *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño: 1808-1874*, CSIC, Madrid, 1978; URQUIJO GOITIA, J. R.: *La revolución de 1854 en Madrid*, Instituto de Historia Jerónimo Zurita, Madrid, 1984.

¹² TORO MÉRIDA, J.: "El modelo demográfico madrileño" en *Historia 16*, nº 59, Madrid, 1981, pp. 43-51; CARBAJO ISLA, M^a F.: *La población de la villa de Madrid: desde finales de siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1987.

¹³ FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1971; *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985; LÓPEZ GÓMEZ, A.: *Los transportes urbanos de Madrid*, CSIC e Instituto "Juan Sebastián Elcano", Madrid, 1983.

¹⁴ SIMÓN SEGURA, F.: "La desamortización de Mendizábal en Madrid" en *Información Comercial Española*, febrero, 1967, Ministerio de Economía y Hacienda, Madrid, pp. 69-79; BAHAMONDE MAGRO, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, J.: "La desamortización y el mercado inmueble madrileño (1836-1868)" en AAVV: *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, UCM, vol. II, 1982, pp. 939-956; MARTÍNEZ MARTÍN, J. "La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid durante el trienio constitucional" en *Desamortización y Hacienda Pública*. Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1986, vol. 2 pp. 357-376.

¹⁵ BAHAMONDE MAGRO, A.: "El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)" en *Estudios de Historia Social*, nº 15, Mterio. de Trabajo y de la Seguridad Social, Madrid, 1980, pp. 143-175; RINGROSE, D.: *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Alianza Universidad, Madrid, 1985; NIELFA CRISTÓBAL, G.: "La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX", en *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº 4, 1983, pp. 119-139; *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985; "El mundo asociativo de los dependientes de comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887-1931", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 22, 1986, pp. 373-400; BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ MARTÍN, J.A. y DEL REY REGUILLO, F.: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid. 1887-1987. Historia de una institución centenaria*, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1988; o la obra colectiva *Establecimientos tradicionales madrileños*.

¹⁶ SANZ GARCÍA, J. M^a: *Madrid, ¿Capital del capital español?: contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975.

¹⁷ FOLGUERA CRESPO, P.: *Vida cotidiana en Madrid. Primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*, CAM, Madrid, 1987.

¹⁸ ÁLVAREZ JUNCO, J. y PÉREZ LEDESMA, M.: "Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?", *Revista de Occidente*, nº 12, 1982, pp. 19-42; CASTILLO, S.: "Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores", en *Estudios de historia social*, nº 26-27, 1983, pp. 19-255; JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984; JULIÁ, S. (coord.): *El socialismo en España: desde la*

The 70's and the 80's were very prolific for the contemporary Madrid history, although the valuable contributions to the knowledge of the city and citizens past were not subscribed to the history. In those years, there were other academic disciplines who were immersed in their own processed of scientific renovation, as urbanism, architecture, geography or urban infrastructures; those showed a renewed interest for dealing with transformations developing in the Spanish urban sector, specially in Madrid, using an historical perspective with profitable results¹⁹. Several researches based on the approach of these disciplines to the past made for the understanding of the origin and evolution of the present elements and processes to deal with. Interest was focused, among others, on the interaction between morphology and socio-spatial distribution of urban classes, the urban approaches and its relationship with the social changes generated for the end of the *preindustrial city* and the conformation of the *liberal city* from the *expansion plan*, the adaptation of architectural and urban typologies as the rental market in force depending on the urban space, or the study of the socioeconomic consequences arising from the big urban actions²⁰.

This fervent scientific phase, having Madrid as the centre of the study, showed its capacity for having rich and prolific researches related to the deep changes indicated, and lead into the confirmation as a living discipline with a future. As a result, the majority of the protagonist (and their first disciples) having lead such historiographical productivity and its new research lines, were masterly registered in the act publication of the three Discussions of Madrilenian history organized in the second half of the 80's by Ángel Bahamonde, Luis Enrique Otero Carvajal and Santiago Castillo²¹. These scientific meeting aimed to achieve two goals. First of all, joining, confronting, assimilating, and considering all the advances and proposals carried out in relation with the history of the contemporary Madrid. Such an effort allowed the subsequent appearance of the first syntax works by some important protagonists²². But also, its

fundación del PSOE hasta 1975, Pablo Iglesias, Madrid, 1986, pp. 9-33; ELORZA, A. y RALLE, M.: *La formación del PSOE*, Crítica, Barcelona, 1989.

¹⁹ OYÓN, J.L.: 'Spain', en RODGER, R. (ed.) *European Urban History. Prospect and Retrospect*, Leicester University Press, London, 1993, pp. 36-59; TOMÉ FERNÁNDEZ, S.: "Los estudios de geografía urbana histórica en España. Balance y Estado de la cuestión", en *Historia Contemporánea*, nº 24, 2002, pp. 83-98; BONET CORREA, A. (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, Universidad Complutense, Madrid, 1982, 2 vols.

²⁰ RUIZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1976; GONZÁLEZ YANCI, M^a P.: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1977; BONET CORREA, A. (ed.): *Plan Castro*, Madrid, COAM, 1978; MAS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982; BRANDIS, D.: *El paisaje residencial de Madrid*, Madrid, MOPU, 1983; RUIZ PALOMEQUE, E.: *La urbanización de la Gran Vía*, Ayuntamiento de Madrid, 1985; Díez de Baldeón, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

²¹ BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. I Coloquios de historia madrileña, CAM, Alfoz, Madrid, 1986; CASTILLO, S. y OTERO CARVAJAL, L.E. (eds.): *Prensa obrera en Madrid 1855-1936*, II Coloquios de historia madrileña, Revista ALFOZ, C.I.D.U.R, Madrid, 1987; BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, III Coloquios de historia madrileña CAM, Alfoz, Madrid, 1989.

²² ALVAR EZQUERRA, A. (Coord.): *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid, 1991; FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.): *Historia de Madrid*, UCM, Madrid, 1994; JULIÁ, S.; RINGROSE, D. y SEGURA, C.: *Madrid, historia de una capital*, Alianza Editorial, Madrid, 1994; PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la*

success promoted to continue with the profitable historical development of the capital, having new research goals and incorporating new techniques, methodologies, topics and goals. So, from the 90's to the present, new high-quality monographics, whose subjects of study have given space to - among others - the new dominant socioeconomic groups²³, the sectorial analysis of the Madrilenian economic activity²⁴, the interrelationship between immigrants and the possibilities of labour integration in the capital²⁵, the participation of women in the labour market²⁶, the education and the alphabetization of the population²⁷, the leisure modernization, the consumption and the sport of the capital²⁸, the urban and architectural evolution²⁹, the new relationships of sociability, trading and political mobilisation³⁰, the onomastic analysis of urban roads³¹, or the specific studio of any of its beneficial institutions³².

But the history of contemporary Madrid's rise became part of an even bigger whole: the maturity process reached by the discipline of the incipient urban history and its researching relevance in the Spanish historiography - both from a quantitative and qualitative point of view - focusing on several congresses (e.g. the first two organised by the Asociación de Contemporary History), and scientific publications (in 1992, *Historia urbana* was founded in Valencia and *Ayer* dedicated an edition to such discipline in 1996). But, in perspective, such productive rise was not translated into a

ciudad, 1850-1939, Fundación Caja de Madrid, Lunwerg Editores, 2001, Madrid; DEL MORAL RUIZ, C.: *El Madrid de Baroja*, Sílex, Madrid, 2001.

²³ BAHAMONDE MAGRO, A. y CAYUELA, J.: *Hacer las Américas. Las elites coloniales españolas en el siglo XIX*, Alianza Editorial, Madrid, 1992; CRUZ, J.: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Alianza Editorial, Madrid, 2000; NIETO SÁNCHEZ, J.A.: *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid, 1450-1850*, Madrid, Fundamentos, 2006.

²⁴ CAYÓN GARCÍA, F.: *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresas Hidroeléctrica Española, Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1997; VELERT, S.; MENCHERO, C. y RUEDA LAFFOND, J.C.: "El centro urbano madrileño: indicadores de terciarización en el primer tercio del siglo XX" en VV.AA: *Fuentes y métodos de la historia local*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florian de Ocampo", Zamora, 1991, pp. 513- 528.

²⁵ SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Siglo XXI, Madrid, 1994.

²⁶ CANDELA SOTO, P.: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1887-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997; "El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX", en *Historia Social*, nº 45, 2003, pp. 139-159.

²⁷ MARTÍNEZ MARTÍN, J.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1991; y *Editores, libreros y público en Madrid durante la II República*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 2000; TIANA FERRER, A.: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, CIDE, 1992, Madrid.

²⁸ BAKER, E.: *Madrid Cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*, Marcial Pons, Madrid, 2009; BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. M.: *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*, Alianza, Madrid, 2012; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2013.

²⁹ BARREIRO, P.: *Casas baratas: la vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992; DIÉGUEZ PATAO, S.: *La generación del 25. Primera arquitectura moderna en Madrid*, Cátedra, Madrid, 1997; *Guía de Arquitectura de Madrid*. 4 Vols., Fundación COAM, Madrid, 2003; SAMBRICIO, C.: *Madrid, vivienda y urbanismo: 1900-1960*, Akal, Madrid, 2004.

³⁰ SOUTO KOUSTRIN, S.: *Y Madrid ¿qué hace Madrid?: movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004; SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera*, Madrid 1901-1923. Madrid, Cinca, 2005; DEL MORAL VARGAS, M.: *Acción Colectiva Femenina en Madrid, 1909-1931*, Universidade de Santiago de Compostela, 2012.

³¹ APARISI LAPORTA, L. M.: *Toponimia madrileña. Proceso evolutivo*. 2 Vols., Gerencia Municipal de Urbanismo, Madrid, 2001.

³² REVUELTA EUGERCIOS, B.: *Los usos de la inclusa de Madrid, mortalidad y retorno a principios del siglo XX (1890-1935)*, UCM, Madrid, 2011.

specific presence in the university academic world³³. There was no doubt about that the city was raised as "*a preferential framework for the study*" for "*understanding the society of the 19th century in Spain*" and its evolution until the Spanish Civil War³⁴. Its historiographical development benefited from the methodological, technical and conceptual renovation which was associated to the local history³⁵, but also the original approach of the microhistory and the scale reduction for improving the depth of the analysis³⁶, revitalised by a dotation of the resources given by different public competences of the incipient Autonomy Spanish State³⁷.

As a result of the previous context, the historical studies of urban Spanish towns whose object and subject of study was to clear the complex processes of social, economic, cultural, political or any other kind of change due to industrialization and urbanization during the contemporary age and having a notorious development³⁸. Several monographic analysis were conducted from a more social than urban point of view, combining both in time and space the processes of change in the urban population, i.e. creating a *social history of the city*. The authors applied new methodological, conceptual and thematic innovations, but also documental sources not used often until then, such as census and register of inhabitants. They also mixed the microhistorical approach, the scale reduction and the *dense description* of the cultural

³³ CARDESÍN DÍAZ, J.M^a y MIRÁS ARAUJO, J.: "A Spanish Perspective: 8 Thesis on a National Urban Historiography", *IXth International Conference on Urban History*, Lyon, 2008; SAMBRICIO, C. (ed.): "La historia urbana", *Revista Ayer*, nº 23, 1996.

³⁴ BAHAMONDE MAGRO, A.: "La Historia urbana" en *Ayer*, nº 10, Marcial Pons, Madrid, 1993; OTERO CARVAJAL, L.E.: "Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939", en VV. AA.: *España entre Repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos*, Op. Cit., Vol. 1, pp. 27-80.

³⁵ DÍEZ CANO, S.: "Los estudios sobre el poder local: los planteamientos y tendencias de la investigación reciente", *Hispania*, 201 (1999), pp. 25-45; PEIRÓ MARTÍN, I. y RÚJULA LÓPEZ, P.V.: (coords.): *La historia local en la España contemporánea. Reflexiones desde Aragón*. Dpto. Hª Moderna y Contemporánea, Barcelona, 1999; FRÍAS, C. y RUIZ CARNICER, M.A.: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2001; HERNÁNDEZ SANDOICA, E.: *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Akal, Madrid, 2004, pp. 437-555; FORCADELL, C. y SABIO ALCUTÉN, A. (Coord.): *Las escalas del pasado. IV Congreso de Historia Local de Aragón*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2005.

³⁶ LEVI, G.: "Sobre microhistoria" en BURKE, P. (comp.): *Formas de hacer historia*, Alianza Universidad, Madrid, 1996, pp. 119-143; SERNA, J. y PONS, A.: "En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis", en FRÍAS, C. y RUIZ CARNICER, M. A.: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Op. Cit., pp. 35-56; PIÑÓN, J. L.: "Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana" y ÁLVAREZ MORA, A.: "La necesaria componente espacial en la Historia urbana", en *Ayer*, nº 23, Marcial Pons, Madrid, 1996, pp. 15-28 y pp. 29-59 respectivamente.

³⁷ WALTON, J.: "Current trends in nineteenth- and twentieth-century Spain urban history", *Urban History*, 30 (2), 2003, pp. 251-265.

³⁸ ESTEBAN DE VEGA, M., GONZÁLEZ GÓMEZ, S. y REDERO SAN ROMÁN, M.: *Salamanca, 1900-1936. La transformación limitada de una ciudad*, Diputación de Salamanca, 1992; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. Y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta, Alcalá de Henares 1753-1868: el nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003; SERNA, J. y PONS, A.: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera y su dominación en la Valencia de mediados del siglo XIX*, Diputación de Valencia, Valencia, 1992; RIVERA BLANCO: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1992; MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002; PÉREZ SERRANO, J.: *Cádiz, la ciudad desnuda. Cambio económico y modelo demográfico en la formación de la Andalucía contemporánea*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1992; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares (1753-1868). El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003.

anthropology for analysing processes, such as the migratory movements³⁹, the evolution of demographical models and the family strategies⁴⁰, the social reproduction and the power alliances⁴¹, the operation of labour markets⁴², the daily life and the sociability⁴³, or the construction of new and complex identities and solidarity feelings, and the belonging over the basis of mass society and urban space⁴⁴. Significant works have rebuilt, from the bottom up, the socioeconomic, political and cultural transformations of the contemporary age in the urban world, and due to its methodology, they circumscribed to cities and towns of a small and medium size due to the theoretical impossibility of applying to demographically bigger cities - as a microhistorical study may overwhelm the researcher because of the numerous data⁴⁵.

Back to the Madrilenian historiography, its vast dimensions were the first handicap for these methodological tools; nevertheless, they were essential. It was required to plough over the big socioeconomically processes affecting the Madrid inhabitants, whose general points were already well-known, for clearly discerning the working basis, and the way they affected and influenced all the citizens in the day-to-day lives. The fact of not having such a high historical knowledge grade meant that the Madrilenian historiography showed a diffused smallholding, evident in the lack of interrelationship between the *city* and the *capital*, the short-cuts of the labour, residential and familiar integration of the immigration population, the origin and the phases of its growing and socio-spatial atomization, or the divergent modernization of its economy regarding the industrialization and canonical model of Bilbao and Barcelona. It was not relevant but still important thanks to being the State capital; Madrid, together with Barcelona, is one of the two flagrant Spanish cities diffusing modernity. This historical lack is described in the *Historia de Madrid en la Edad Contemporánea* [History of

³⁹ GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K. (eds.): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. UPV, Bilbao, 1996; GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, UPV, Bilbao, 2005.

⁴⁰ PÉREZ-FUENTES, P.: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*, UPV-EHU, Bilbao, 1993; GONZÁLEZ PORTILLA, M.: *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)*, Fundación BBV, Bilbao, 1995; REHER, D.S.: *La familia en España. Pasado y presente*, Alianza, Madrid, 1996; GARCÍA GONZÁLEZ, F. (coord.): *La historia de la familia en la Península Ibérica: balance regional y perspectivas: homenaje a Peter Laslett*, Universidad de Castilla La Mancha, Cuenca, 2008; LEVI, G. (ed.): *Familias, jerarquización y movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010.

⁴¹ CARASA SOTO, P. (Dir.): *Elites castellanas de la Restauración*, 2 vols., Consejería de Educación y Cultura de Castilla y León, Valladolid, 2004; *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 2004.

⁴² CAMPS I CURÁ, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995.

⁴³ CASTELLS ARTECHE, L. (ed.): *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, UPV, Bilbao, 1999; URÍA, J.: "La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas", en SUÁREZ CORTINA (ed.): *La cultura de la Restauración*. Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1999, pp. 103-144.

⁴⁴ UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

⁴⁵ Some examples of an intermediate position are those from the researching group in the Basque Country, lead by Manuel González Portilla, or in the case of Barcelona, by José Luis Oyón. They also were the first ones to adopt this analytic framework for using statistics as quantitative sources as census or register of inhabitants related to cities of vast sizes demographically. OYÓN, J.L.; MALDONADO, J. y GRIFUL, E.: *Barcelona 1930: un atlas social*, Edicions UPC, Barcelona, 2001; GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001.

Madrid in the Contemporary Age] researching group, managed by Luis Enrique Otero y Carvajal - the author of the present thesis is also part of the group - has worked together for the last decade⁴⁶. Such efforts are characterized with the use of a micro focus approach by reducing the scale of the object of a detailed study into different sections of Madrid, as the expansion plan or the old city, taking into account the register of inhabitants for analysing the minimal processes of socioeconomically transformation over the Madrilenian population⁴⁷.

In that sense, the general objectives fixed in this doctoral thesis are both collective and individual. The study field is limited to the historical evolution of the East expansion plan in the capital, conformed by the present districts of Salamanca and Retiro, since the administrative creation with the ratification of Castro's project in 1860 to the establishment of the Second Spanish Republic, a crucial date in the contemporary Spanish history. In such a period, the East expansion plan of a city as Madrid, passing from Villa and Court to European metropolis; went from a not so populated area and dedicated to farming to become one of the symbolic symbols that *modern times* had arrived to the capital. With such election, the common aim was reached - analyse the socioeconomically evolution of the three areas of the expansion plan in Madrid, and its urban and socioeconomically influence over the following urban development. Therefore, throughout the narrative of this thesis the references and analytic comparisons with the other Madrilenian spaces studied in this research group are present⁴⁸.

Nevertheless, the detail of the East expansion plan, its characteristics, and the research possibilities individually justify its election. Unlike the Northern and Southern areas, the East side of the city had no suburbs previous to Castro's urban extension, so it is a unique area created totally *ex novo* of the expansion plan. It is possible to analyse from the beginning the socioeconomic, demographical, labour and urban transformations affecting new residents; it was like an experiment for confirming the performance of the different events and social processes belonging to the contemporary

⁴⁶ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis de la UCM, Servicio de Publicaciones, Madrid, 2011; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis de la UCM, Servicio de Publicaciones, Madrid, 2012; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2013; SAN ANDRÉS CORRAL, J.: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007; DE LAFUENTE NÚÑEZ, R.: *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007; GONZÁLEZ LÓPEZ, J.: *Madrid y su extrarradio: el distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*, Trabajo Fin de Máster, UCM, 2010; DE MIGUEL SALANOVA, S.: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010; DÍAZ SIMÓN, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010.

⁴⁷ REHER, D.S. y VALERO LOBO, A.: *Fuentes de información demográfica en España*. CIS, Madrid, 2005; GARCÍA PÉREZ, M^a S.: "El padrón municipal de habitantes: origen, evolución y significado", En *Hispania Nova. Revista de historia contemporánea*, n° 7, 2007, pp. 79-89.

⁴⁸ OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008; GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *La consolidación de la metrópoli de la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2009; PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la 2ª Guerra Mundial*, PUV, Valencia, 2011; HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Taylor & Francis e-Library, London, 2005; LEES, A. y HOLLEN LEES, L.: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007; CLARK, P. (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, 3 Vols., Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

urban world. For achieving such a goal it is very important the *where*, *when* and *how*. Besides, another key objective of this thesis has been the special emphasis in the *general* and *particular* approaches - giving a voice and a face to all the analysed cases - without prioritize the relevance of big names over "*those men without history*" - according to Silvio Rodríguez - who are really the important ones. The day-to-day reconstruction, the habits and the lifestyle through methods and technics for the microhistory, the family history, the historical demography, the sociocultural history, the historical anthropology and the prosopography, allow history to change up and down based the performance of migratory, labour, social or political existing networks. A historical narration obtains a *dense description* of the complex interactions between individual vs. mass, family vs. neighbourhood, local vs. global, tradition vs. modernity, and desire vs. rejection to change⁴⁹.

The application of these methodological and technical principles helps develop three great conceptual and thematic specific objectives. First of all, the work done by previous researches in the migratory channels has been reused. Hundreds of personal trajectories have been reconstructed, focusing on residential, familiar and labour insertion in accordance with sex, origin or qualification added; and presence and use of migratory networks due to familiarity or civil population in a big city - as Madrid is - have been detected⁵⁰.

Secondly, the historical knowledge of the modernization process that happened in the labour Madrilenian market during those decades has been expanded upon. The objective was to check the real *what*, *how* and *how much* affect it had on the decomposition of the Madrid trade sector in the 19th century. This process was tagged as *more industrious than industrial* and as a progressive substitution by a European market model mixing modern and complementary services and industries with the professions, arts and traditional markets survival. Such a change was more viable in the East expansion plan of the capital, as a majority of socio-professionals groups were beneficiaries of this change -liberal professionals, private workers and civil servants- moved there. The sectoral study has been joint; different productivity activities and reconstruction of the socio-professional structure together with the prosopographic

⁴⁹ OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: "La reducción de escala y la narratividad histórica", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario (2007), pp. 245-264; BURKE, P.: *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, y *¿Qué es la historia cultural?*, Paidós, Barcelona, 2006; ARIES, P. y DUBY, G. (Dirs.): *Historia de la vida privada*, Taurus, Madrid, 1989; REHER, D.S.: *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza, Madrid, 1996; PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D.S.: *Demografía histórica en España*, El arquero, Madrid, 1988; CARASA SOTO, P. (coord.): *Elites. Prosopografía contemporánea*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1995.

⁵⁰ GONZÁLEZ PORTILLA, M., URRUTIKOECHEA, J. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Vivir en familia, organizar la sociedad. Familia y modelos familiares: las provincias vascas a las puertas de la modernización (1860)*, UPV-EHU, Bilbao, 2003; CHACÓN JIMÉNEZ, F.: *Historia social de la familia en España*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-Diputación de Alicante, Alicante, 1990. MUÑOZ LÓPEZ, Mª P.: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Marcial Pons-UAM, Madrid, 2001; REHER, D.: *Familia, Población y Sociedad en la Provincia de Cuenca. 1700-1970*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1988; GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*. Bilbao, UPV-EHU, 2005; NASH, M. y TELLO, R. (eds.): *Inmigración, género y espacios urbanos: los retos de la diversidad*, Bellaterra, Barcelona, 2005.

analysis and the narration of specific cases. This analytic technique has been used with excellent results in other researches⁵¹.

And last, but not least, it has been developed - with a high depth - the close relationship existing among the urban space and the life conditions of the inhabitants, by conceiving the city as a "*social product*" of such society instead a simple entity⁵². So, the social essence, the real state speculation and the urban mechanism agents in the East expansion plan of Madrid not only determinate the physic congregation, but also mirror the characteristics of its own society⁵³. That is why minimal details have been analysed regarding different factors dealing with the socioeconomical, residential, and functionality of the city and the East expansion plan. This investigation has focused on how such factors affected different urban typologies, the kind and size of the offered housing, the rental range, and how the diverse socio-professional groups responded back from the detailed extrapolation and the observed dynamics in such urban space.

Nevertheless, apart from the three previous goals structuring this doctoral thesis, some other less known investigation lines of the Madrilenian historiography are progressing. For example, the mediatization of the civil population for taking individual and familiar decision as matrimonial, residential or professional endogamy; the influence that the change of urban scale of the city and the expansion of the public transports affected over the residential mobility of the inhabitants; the evolution of the possibilities for a socio-professional reproduction from a generation to another or over own life cycle; or the existing connection between the urban transformations, the residential concentration of the socio-professional groups or the consequent reduction of the social interaction among them, and the crystallisation of mental representations, identities and collective symbologies of the Madrilenian urban space.

Some sources of a different nature have been used for obtaining such goals, and the cardinal documental source of this doctoral thesis has been the municipal register of inhabitants of Madrid. The list of registered inhabitants of the East expansion plan, filled by their own tenants in the most cases, offers a great amount of qualitative and quantitative data for *micro* and *macro* approaches in this research. So, it has been decided to do a generational and socioeconomic radiography of the East Madrid expansion plan, with four different municipal registers of inhabitants. The first one is from 1860, when Castro's project is ratified and is the starting point of this future urban space in Madrid; the second one is that of 1878, at the beginning of the Spanish Restoration, with the first steps of the street urbanization; the third one is from 1905, the new century, when the closest neighbourhoods to the old town had been incorporated to

⁵¹ CASTELLS ARTECHE, L.: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Siglo XXI, Madrid, 1993; PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, P.: *Ganadores de pan y amas de casa. Otra mirada sobre la industrialización vasca*, UPV, Bilbao, 2004; OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008; PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011.

⁵² PIÑÓN, J. L.: "Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana" y ÁLVAREZ MORA, A.: "La necesaria componente espacial en la Historia urbana", artículos publicados en la revista *Ayer*, nº 23, dirigido por Carlos Sambricio, Marcial Pons, Madrid, 1996, pp. 15-28 y 29-59 respectivamente.

⁵³ We comment on this point based on previous works prioritizing this perspective: BEASCOECHEA GANGOITI, J.M^a: *Propiedad, burguesía y territorio. La conformación urbana de Getxo en la Ría de Bilbao (1850-1900)*, UPV, Bilbao, 2007; GALLARDO ROMERO, J. J. y OYÓN BAÑALES, J.L.: *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Carena, Barcelona, 2005; GONZÁLEZ PORTILLA, M., GARCÍA ABAD, R. y ZARRAGA SANGRONIZ: "La zonificación social de la Ría de Bilbao (1876-1930)", en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano...*, *Op. Cit.*, pp. 15-44.

the city and the East expansion plan had tens of thousands of inhabitants; and the last one is from 1930, on the eve of the Second Spanish Republic and on a context where Madrid was consolidated as an European metropolis and the East expansion plan neighbourhoods had lost the initial peripheral character they used to have.

The intensive information compiled in the Madrid list of registered inhabitants - from those four census - has generated a huge database with 50.000 housings (except for specific concrete structures referring to plots in construction, vegetable gardens, institutional buildings or non leasing properties) in which a total of 185.343 people were registered (1.992 when Castro's project was ratified; 15.362 at the Restoration beginnings; 47.185 in the dawn of the 20th century; and 120.804 on Spanish Second Republic's eve). Such a huge volume of documentation has been verified by other quantitative and qualitative sources, and finally processed by computer software as SPSS or Access. The cases of study are so numerous due to methodological decision taken by the researching group *Historia de Madrid en la Edad Contemporánea* that all documentation comprises of every possible event related to the urban space - both housing and inhabitants - thus achieving a much more detailed analysis. Such methodology, due to the colossal work involved, can only be applied to urban towns of small and medium size as Guadalajara, Segovia, Alcalá de Henares or to big cities such as Madrid, when dividing and working in groups.

The information of this documental has been obtained from administrative sources, directly filled in by their own housing tenants (generally by the head of the family) or, otherwise, by the municipal pollsters. The documental corpus of each city register is immense: firstly, information about each housing (location in Madrid, district name, neighbourhood, street, number, floor, door, living costs and head of the family); secondly, field related to each tenant (name and surnames, date and place of birth, marital status, relationship with the head of the family, profession, residential time in the capital and other special field for the head of the family to remark any relevant information); and last, any indirect information obtained through the detailed analysis of each register by the researcher (the familiar classification that housing tenants may assign, the number of tenants, workers, children, family, servants, or any other contracted or sub-lessee people in the housing).

Nevertheless, the source model ranges from 1860 to 1930. From its inception in the 40's of the 19th century to the arrival of the Second Spanish Republic, apart from changing the frequency of the register - annually until 1890 and five years since then - the Madrilenian register was the most complete of the country as a result of being the capital and was changed by adding new fields depending on the interests and needs of the City Town, and by eliminating others. The first register hereby analysed was the simplest one, demonstrating it was already too vague: it did not asked about salary, qualification, place of work, relationship of the residents (such information was deducted by age, surnames or profession of each individual); but did include a box for the baptism parish of each tenant.

DISTRITO DE Castellano BARRIO DE Castellano Calle de _____
 Casa número Observatorio Cuarto Principal Inquilino D. Antonio Aguilar Alquiler mensual de la habitación. _____

NOMBRES Y APELLIDOS.	NATURALEZA.		FECHA DEL NACIMIENTO.			PARROQUIA donde fué bautizado.	VECINDAD.	TIEMPO de residencia en Madrid.	PUEBLO de donde proceden si son forasteros.	ESTADO.	PROFESION, OFICIO (1) O OCUPACION.	OBSERVACIONES.
	Pueblo.	Provincia.	Día.	Mes.	Año.							
<u>Antonio Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>20</u>	<u>Nov</u>	<u>1860</u>	<u>San Andrés</u>	<u>Madrid</u>	<u>siempre</u>	<u>Madrid</u>	<u>casado</u>	<u>Empleado de oficina</u>	
<u>Francisco Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>16</u>	<u>Ago</u>	<u>1880</u>	<u>San Andrés</u>	<u>Madrid</u>	<u>siempre</u>	<u>Madrid</u>	<u>casado</u>	<u>Empleado de oficina</u>	
<u>Antonio Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>16</u>	<u>Set</u>	<u>1884</u>	<u>San Andrés</u>	<u>Madrid</u>	<u>siempre</u>	<u>Madrid</u>	<u>casado</u>	<u>Empleado de oficina</u>	
<u>Antonio Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>10</u>	<u>Ene</u>	<u>1886</u>	<u>San Andrés</u>	<u>Madrid</u>	<u>siempre</u>	<u>Madrid</u>	<u>casado</u>	<u>Empleado de oficina</u>	
<u>Antonio Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>16</u>	<u>Ago</u>	<u>1889</u>	<u>San Andrés</u>	<u>Madrid</u>	<u>siempre</u>	<u>Madrid</u>	<u>casado</u>	<u>Empleado de oficina</u>	
<u>Antonio Aguilar</u>	<u>Madrid</u>	<u>id</u>	<u>28</u>	<u>Mayo</u>	<u>1890</u>	<u>San Andrés</u>	<u>Madrid</u>	<u>siempre</u>	<u>Madrid</u>	<u>casado</u>	<u>Empleado de oficina</u>	

(1) Se tendrá presente la siguiente ley 8.

DEL EMPADRONAMIENTO GENERAL
 de los habitantes de Madrid, verificada en 1.º de Diciembre de 1878.

DISTRITO DE BUENAVISTA. BARRIO DE Valencia CALLE DE Serrano
 CASA NUM. 28 CUARTO 2.º INQUILINO D. Emilio Castelar ALQUILER MENSUAL DE LA HABITACION 25 pesetas

NOMBRES Y APELLIDOS PADRE Y MATERO	FECHA DEL NACIMIENTO. Día. Mes. Año.	NATURALEZA.		ESTADO.	PROFESION.	Coste de contribución y pago de la casa.	Pueblo de nacimiento.	Tiempo de residencia en Madrid.	Si sabe leer y escribir.
		PUEBLO.	PROVINCIA.						
<u>Emilio Castelar Ripoll</u>	<u>4</u> <u>Set</u> <u>1858</u>	<u>Cádiz</u>	<u>Cádiz</u>	<u>soltero</u>	<u>Administrador de fincas</u>	<u>1000</u>	<u>Madrid</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Emilio Castelar Ripoll</u>	<u>21</u> <u>Nov</u> <u>1876</u>	<u>Alicante</u>	<u>Alicante</u>	<u>soltero</u>	<u>Administrador de fincas</u>	<u>1000</u>	<u>Madrid</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Antonio del Val Ripoll</u>	<u>15</u> <u>Ene</u> <u>1891</u>	<u>Ule</u>	<u>Alicante</u>	<u>soltero</u>	<u>Administrador de fincas</u>	<u>1000</u>	<u>Madrid</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Francisco del Val Ripoll</u>	<u>26</u> <u>Ene</u> <u>1898</u>	<u>Ule</u>	<u>Alicante</u>	<u>soltero</u>	<u>Administrador de fincas</u>	<u>1000</u>	<u>Madrid</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Pedro Reguera López</u>	<u>19</u> <u>Mayo</u> <u>1881</u>	<u>San Sebastián</u>	<u>Guipúzcoa</u>	<u>soltero</u>	<u>Administrador de fincas</u>	<u>1000</u>	<u>Madrid</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Francisco Reguera Mondes</u>	<u>6</u> <u>Mayo</u> <u>1886</u>	<u>San Sebastián</u>	<u>Guipúzcoa</u>	<u>soltero</u>	<u>Administrador de fincas</u>	<u>1000</u>	<u>Madrid</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Francisco Reguera Mondes</u>	<u>17</u> <u>Mayo</u> <u>1888</u>	<u>San Sebastián</u>	<u>Guipúzcoa</u>	<u>soltero</u>	<u>Administrador de fincas</u>	<u>1000</u>	<u>Madrid</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>

AYUNTAMIENTO DE MADRID
 PADRON MUNICIPAL QUINQUENAL
 Diciembre de 1905. (Artículos 17, 18 y 20 de la ley Municipal).
 SE RECOMIENDA MUY ESPECIALMENTE LA LECTURA DE LA INSTRUCCION QUE SE VALE SUJETA.

DISTRITO DE BUENAVISTA BARRIO DE LAS MERCEDES
 Calle de Coya núm. 43 cuarto primero
 Denominación ó destino del edificio, si fuera público _____
 Industria ó comercio que se ejerce en la habitación _____
 Inquilino cabeza de familia D. Antonio Parrales y Marañón
 Alquiler mensual de la habitación 21 pesetas 50 céntimos.

HOJA DECLARATORIA N.º _____

NOMBRES	APELLIDO PADRE	APELLIDO MATERO	PARENTESCO ó relación con el cabeza de familia.	FECHA Y LUGAR DEL NACIMIENTO		ESTADO	PROFESION	OFICIAL, militar, eclesiástico, etc.	ESTADO CIVIL	TIEMPO DE RESIDENCIA EN MADRID	SI SABE LEER Y ESCRIBIR
				DÍA	MES						
<u>Antonio</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>hijo</u>	<u>21</u>	<u>Mayo</u>	<u>1881</u>	<u>Madrid</u>	<u>Castilla</u>	<u>soltero</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Julio</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>hijo</u>	<u>2</u>	<u>Enero</u>	<u>1881</u>	<u>Madrid</u>	<u>Castilla</u>	<u>soltero</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Julio</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>hijo</u>	<u>15</u>	<u>Julio</u>	<u>1881</u>	<u>Madrid</u>	<u>Castilla</u>	<u>soltero</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Maria</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>hija</u>	<u>21</u>	<u>Set</u>	<u>1881</u>	<u>Madrid</u>	<u>Castilla</u>	<u>soltera</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Luis</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>hijo</u>	<u>21</u>	<u>Set</u>	<u>1881</u>	<u>Madrid</u>	<u>Castilla</u>	<u>soltero</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Francisco</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>hijo</u>	<u>21</u>	<u>Set</u>	<u>1881</u>	<u>Madrid</u>	<u>Castilla</u>	<u>soltero</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Francisco</u>	<u>Parrales</u>	<u>Marañón</u>	<u>hijo</u>	<u>21</u>	<u>Set</u>	<u>1881</u>	<u>Madrid</u>	<u>Castilla</u>	<u>soltero</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>

En 26 de Junio 1909 estubamos a punto 7 - D. Marqués Salazar de los Ríos
 (Firma)

Véanse las instrucciones al dorso

AYUNTAMIENTO DE MADRID CONGRESO Hoja número _____
 Distrito de _____ Barrio de _____

Número de inscritos: _____ Calle de Paseo de Atocha número 15 piso 4.º letra B. Contrato de inquilinato: clase _____, número _____, fecha: _____
 Alquiler actual: 264 pesetas. Número de habitaciones: 4. Industria ó comercio que se ejerce en la habitación: _____ Número de habitaciones deshabitadas: _____

EMPADRONAMIENTO MUNICIPAL DE DICIEMBRE DE 1930

Hoja de inscripción que para formar el Padrón municipal presenta D.º Amalia Villanueva Sánchez como cabeza de familia, de todas las personas que lo forman, presentes o temporales.

Nombres	Apellidos	Fecha y lugar del nacimiento	Estado	Profesión	Oficial	Estado civil	Tiempo de residencia en Madrid	Si sabe leer y escribir
<u>Amalia</u>	<u>Villanueva</u>	<u>29</u> <u>Mayo</u> <u>1874</u>	<u>soltera</u>	<u>Administradora</u>	<u>si</u>	<u>soltera</u>	<u>2 años</u>	<u>si</u>
<u>Guillermo</u>	<u>Sánchez</u>	<u>16</u> <u>Diciembre</u> <u>1891</u>	<u>casado</u>	<u>Empleado</u>	<u>si</u>	<u>casado</u>	<u>10 años</u>	<u>si</u>
<u>Francisco</u>	<u>Sánchez</u>	<u>10</u> <u>Octubre</u> <u>1895</u>	<u>casado</u>	<u>Empleado</u>	<u>si</u>	<u>casado</u>	<u>10 años</u>	<u>si</u>

Register files of the 1860, 1878, 1905 and 1930 municipal census of Madrid. AVM, Statistics.

In the following years, this model was incorporating important and qualitative changes. The baptism parish field was definitely eliminated, as the municipal authorities of the city where population had an important immigrant origin consider it was unnecessary. So, in the 1878 register of inhabitants it was integrated as a specific field for indicating the familiar or labour relationship of the tenant with the head of family. Additionally, it was specifically asked to indicate the salary - daily, monthly or annual - the qualification, and the place of work, if you could read and write, and the quantity of the industrial and territorial tax contribution, if applicable. They perfected the standard Madrilenian register during the second half of the 19th century, and again during every five-year period after 1890. In the 1905 list of registered inhabitants, there were additional new fields included, such as the name of the building where it was placed: if it was public; the kind of industrial or commercial activity; if it was a shop or a workshop; or the subsequent signposting of any demographic change done in the housing for the within the five years to the previous register including deaths, births and house removals. Such obligation was far from being accomplished by the capital inhabitants at the beginning of the 20th century. In the 1930 register, apart from the data already gained, additional information was need about the number of rooms in each home and how many were used for commercial or industrial activities. Also, data and information about the leasing contract were added, but the field of territorial and administration contribution were eliminated.

To sum up, in this doctoral thesis 50.000 computerized register sheets have been gathered and, for each one, an average of 25 data inputs related to the housing and the familiar unity, plus another 15 data inputs for each registered individual have been calculated. As a result, an abundant, dense and valuable database has been obtained, uniting quantitative and qualitative relevant information. Such information is valid for historical lines of research related to the historical demography, the socio-spatial segregation, the composition of family structure and evolution of the vital circle, the migratory movements, the transformation of the urban labour markets or the alphabetization grade of the population. After having done the hard work of computerizing this source, an investigation was begun to sought through the data and formulate questions and complex hypothesis. The emphasis was put on interrelation between different but complementary elements such as origin, gender, age, profession, alphabetization, kind of familiar structure, salary or location and the characterization of the neighbourhoods in a living urban space, *ex profeso* created in 1860 and subject to a continuous metamorphosis. Obviously, managing such a population and data volume has allowed people to elaborate on quantitative and more precise analysis than those arising from the doubtful statistics done by coetaneous and municipal authorities or by less representative samples.

But the strength of this method does not stop at this point, as the results of this research also have a high qualitative value. The fact of having all the reviewed data for the whole population living in the Madrid East expansion plan, make a bigger profit to this historical source. It allows for a more detailed analysis, adopting the technic of the *dense description* elaborated by the cultural anthropology - using both layouts, the macro and the micro for apprehending the different studied process and interacting between both scales - and detects both the common and the different. Additionally, the creation process of this documental corpus, contributed to by inhabitants of this study's own hand, have increase the possibilities of making a record of concrete contexts and realities - while eliminating any vague and non-existent data from historians - in the fields for remarking any relevant information. This data did not apply before and the

only way of detecting them was by chance. Finally, as the researchers make direct use of the list of registered inhabitants, there is less risk for losing information related to review and homogenization; such statistics were used *a posteriori* for organising, quantifying and explaining the main results. So, the acquired experience after computerising thousands of registers to extract the main hits inherent to the evolution of socio-professional perception and auto-representation of the Madrilenian population by its usage of nomenclature, its repetitions and its intrinsic meaning changes, as the detected omissions⁵⁴.

Nevertheless, apart from making the most of the municipal register, this doctoral thesis has also taken into account the weakness of the present documental source. A rigorous critique has been done for reducing the analytic risks arising from a historiographical study based on mistaken or incomplete data and conclusions. Among the most problematic points, whose origin usually comes from the same as its potentials - inhabitants filled the registers with no intermediary - it is differentiated between common errors, whose final incidence is limited, and the real limitations of the source must be ironed out.

Regarding the first ones, we are talking about the phenomenon such as duplication of cases, people who changed residence during the month in which the registration was performed, so they appear in both addresses; the illegibility of the source, almost totally handwritten - the machine one are anecdotic - due to the bad calligraphy, the bad conservation state, the spelling errors or the superposition of answers; the mistakes done by the researchers when transcribing the information: data, year of arrival, gender; the indolence it might be registered by the head of the family by not filling the blanks or mechanically filling them and incurring in incoherencies or irregularities (as declaring a four-years-old was married, a baby was a day labourer or a journalist was illiterate); or the habit of rounding dates, years or salaries when not remembering the exact time, age or wage (e.g. it was common that dates of birth or arrival to the cities were rounded up to figures ending in 5, 10 or 30, instead of 7, 28 or 18, and that phenomena is generalised in all the direct demographical sources)⁵⁵. Nevertheless, a big part of those anomalies and ambiguities could be amended or minimized at the time of collecting information thanks to the details after thousands of analysed registers, the possibilities of the computing checking, and the analysed cases number (without counting with the documental support of the rest of the researching group) offering a huge number of data that reduces the possible deviation generated by such elements.

Regarding to specific limitations of the municipal registers, the systematic ones, the hidings, the ambiguities and the semantic evolution of certain acceptances affecting the job field in different analysed registers are detailed; specially the lack of specification for industrials and commercials or the generalization for employees, day labourers, owners and landlords, or the lack of salaries and contributions. For reducing

⁵⁴ An example of recompilation and variation of professional urban nomenclature all along the contemporary age: FERNÁNDEZ CASANOVA, C.: *El trabajo en la ciudad. Diccionario de profesiones de las ciudades de Galicia, 1845-1924*. CSIC, Madrid, 2011.

⁵⁵ REHER, D.S. y VALERO LOBO, A.: *Fuentes de información demográfica en España*. CIS, Madrid, 2005; GONZÁLEZ GÓMEZ, S. y REDERO SAN ROMÁN, M.: "Análisis metodológico de dos fuentes de historia social: los padrones municipales y las matriculas industriales", en CASTILLO, S., (coord.), *La historia social en España*. Madrid, Siglo XXI, 2001, pp. 507-520; GARCÍA RUIPÉREZ, M.: "El empadronamiento municipal en España: evolución legislativa y tipología documental", en *Documentia & Instrumenta*, nº 10, UCM, 2012, pp.45-86.

their impact, other complementary sources have been used and they will be indicated when appropriate. But, the main weakness of the Madrilénian registered of inhabitants is a generalized one in different labour and quantitative sources in Spain and Europe: the high sub-register for female paid work, a matter dealt by contemporary Spanish in the last decades. So, such a problem has been more detailed by explaining the socio-economical and cultural causes of such phenomena and by adding new analysis sources and techniques for clarifying a female labour activity rate more coinciding better with the existing historical reality⁵⁶.

Additionally, the nature and regularity of this source - annual until 1890 and every five years since - and the risk of making an unreliable documental - become smaller each time due to establishment of better methods - alerted of the danger for a lack of inherent representative and the need for overtaking the static treatment for the historical reality detailed in this source⁵⁷. Historiographical analysis based on the municipal registers may be very useful for a synchronic study, but unable to deal with the changing processes in a diachronic way unless they are provided with methodology, researching techniques and necessary complementary sources. So, it was opted for using the four analysed municipal registers - anchor points between each generation - and adding them sources acting as a complement and easing a more dynamical analysis⁵⁸.

So, the registers of the present research acts as a kind of documentary skeleton to which organs, muscles, tendons and skin have been added to the study by other quantitative and qualitative sources which provide mix results. Such a huge volume of personal data can be compared and complemented with excelled results. So, apart from the municipal registers of the city, and exhaustive study of other existing sources has been done in the different sections of the Archive of Madrid Villa by consulting in detail the working and building licensees, marriage certificates, lists of territorial and industrial contributors, fiscal layouts, refurbishment projects and improvement of expansion plan streets, licenses of opening, refurbishment and renewal of commercial and public establishments, numerous bundles regarding the Accounting for the expansion plan, the department for Welfare and Hygiene of the capital and the urban police. In addition, several newspaper headings, magazines, annual directories and other publications of the Municipal Madrid Newspaper and Periodicals Library, the Municipal Historical Library, the National Library of Spain and online sources existing thanks to the digitalization of Municipal Madrid Newspaper and Periodicals Library, the National Library of Spain, the Miguel de Cervantes Virtual Library and historical newspaper as *ABC* were also examined.

⁵⁶ NASH, M.: *Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936)*, Anthropos, Madrid, 1984; PÉREZ FUENTES, P.: "El trabajo de las mujeres en la España de los siglos XIX y XX. Consideraciones metodológicas", *Arenal, Revista de Historia de las mujeres*, Vol. 2, 2, 1995, pp. 219-245; ARBAIZA VILALLONGA, M.: "La "cuestión social" como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)", *Historia Contemporánea*, 21, 2000, pp. 395-458; BORDERÍAS, C.: "Suponiendo que ese trabajo lo hace la mujer. Organización y valoración de los tiempos de trabajo en la Barcelona de mediados del XIX", en CARRASCO, C. (Ed.): *Tiempos, trabajos y género*, 2001, UAB, Barcelona, pp. 103-131; ARBAIZA VILALLONGA, M.: "La transición de la actividad femenina en el País Vasco (1825-1935)", en *Actas del VII Congreso de la Asociación de Historia Económica*, Zaragoza, 2001; PÉREZ FUENTES, P.: "El género, variable clave para la historia económica y social: balance de las investigaciones y retos para el futuro", *Vasconia*, Vol. 35, 2006, pp. 527-538.

⁵⁷ REHER, D.S.: "La investigación en demografía histórica: pasado, presente y futuro", en *Boletín de la ADEH*, nº 18, II, Madrid, 2000, pp. 15-78.

⁵⁸ For illustrating the evolution of certain qualitative processes and phenomena, personal and nominative monitoring have been done, by consulting previous and following registers of the four specified dates.

Literary and scientific works of such a period have also been consulted thanks to names as Pérez Galdós, Baroja, Mesonero Romanos, Corpus Barga, Chicote, Revenga or Hauser. Documents related to bullying and selling plots and buildings placed in the East expansion plan in the Historical Archive of Notarial Protocols in Madrid have been consulted; and all kind of incidences have been grouped in the General Archive of the Administration. Lastly, to move the urban evolution of such urban spaces into the Madrilenian layout and illustrating the narration of the speech with photographs of that period, many cartography documentation has been consulted that hold the Municipal Urban Management of Madrid Council and the Ruiz Vernacci's Photographic Archive, placed in the Institute of Spanish Cultural Heritage, the Alfonso's Photographic Archive, the General Archive of the Administration, and the digitalised images in the History Museum of the City obtained by the digital Library of the Historical Heritage of the City of Madrid.

The main goal for this systematic mix of the quantitative and qualitative sources, their interrelationship with the cartographic documentation and photographic, and the huge bibliographic support of local, national and international nature has been to do an historical analysis generating useful results and conclusions from the perspective of the social history of the city. It has been essential that a dialogue exist between the micro and macro scales, but also a comparison between historical processes occurring in this urban space with those existing in the other areas of the expansion plan and the Madrilenian old town, and the rest of the urban world in Spain and Europe, indicating the most significant similarities and differences. To facilitate this cross geographic and thematic comparison, there has been an intense effort to adopt technical analysis and classification models applied in other research to our object of study to add a high added value from their comparison. We can talk about *nominative tracking* and other kinds of analysis applied to the study of the migratory movements through municipal registers by Rocío García Abad, Fernando Mendiola Gonzalo or Manuel González Portilla⁵⁹, or the slightly modified application of the classificatory typology by Peter Laslett to distinguish between the different familiar composition present in the Madrilenian homes⁶⁰, or the use of an historical model for systematizing and understanding the change processes in the Madrilenian labour market done in these decades in a compared context.

The last attempt for methodological homologation is the most relevant, ambitious and complex of those adopted in the present doctoral thesis and has followed the footsteps of the different Spanish researching groups for urban history. So, in the following pages it has been combined the use of two systems, the socio-professional structuring and cataloguing system: your own one, elaborated in the core of the *Historia de Madrid en la Edad Contemporánea* researching group and having the support of the researching experience of its members and the more specificity in the Madrilenian

⁵⁹ GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001; GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K.: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. UPV, Bilbao, 1996. MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, UPV, Bilbao, 2002; GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*. Bilbao, UPV-EHU, 2005.

⁶⁰ LASLETT, P.: *Household and Family in Past Time*, Cambridge University Press, Cambridge, 1972, especialmente pp. 28-40; GARCÍA GONZALEZ, F. (coord.): *La historia de la familia en la península Ibérica. Balance regional y perspectivas: Homenaje a Peter Laslett*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2008.

labour market offering excellent and explicative results in the last years⁶¹. The other one is the *Historical International Standard Classification of Occupations* (HISCO), that eased the comparisons between the evolution of the labour market in the Madrilenian East expansion plan and other national and international urban nucleus, an historical system of international classification of professional occupations done by the ISCO classification - that the ILO started using in the 50's for analysing the polyhedral nature of the different labour markets at national, regional or local scale⁶². Thanks to HISCO system, a historical gradient to those efforts for labour systematization was added. It was application to the Madrilenian East expansion plan and by extension the whole of the city, presents several advantages for the comparative study of the historical evolution of the Madrilenian labour market together with other big urban towns in Spain and Europe. In recent years, this system has been selected by more relevant Spanish urban history researching groups as the standard register for achieving an overview of the profound labour changes that occurred in the Spanish urban world during this period⁶³. An occupation classification system which is not exempt from matters to solve - as the complexity of its codification (it has centuries of divided categories as a tree), the incapacity of the register to cover all the necessary information for its usage in full performance, or the lost of details and particularities regarding the studied area, sacrificed at the expense of better comparative aspect⁶⁴.

Noting the objectives, the methodology and the sources used in the elaboration of this doctoral thesis - apart from adjusting and including such research in the parameters the historiography of the contemporary Madrid is moving - is necessary to figure out how its narration has been structured. The analysed period witnessed the main social, economical, political, cultural and urban transformation suffered by the Spanish capital since it was selected as the seat for the Philip II Court in 1561. For analysing such processes it has been opted for offering a hierarchized story that relate round two key lines, a chronologic and a thematic one. So, this thesis has been divided into two well differentiated temporal periods. The first one extends from the half of the 19th century to the beginning of the following century, in which those decades coincide

⁶¹ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis de la UCM, Servicio de Publicaciones, Madrid, 2011; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis de la UCM, Servicio de Publicaciones, Madrid, 2012.

⁶² VAN LEEUWEN, M.H.D., MAAS, I. y MILES, A.: *HISCO: Historical International Standard Classification of Occupations*, Leuven University Press, Leuven, 2002; VAN LEEUWEN, M.H.D.; MAAS, I. y MILES, A.: "Creating a Historical International Standard Classification of Occupations An Exercise in Multinational Interdisciplinary Cooperation", *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History*, Vol. 37, 4, (2004), pp. 186-197.

⁶³ From 2010, the main Spanish researching groups and researchers - working with the municipal registered list as a basic documental source for the study of urban labour markets during the 19th and the 20th century - established a list of contacts and working lines on the idea of installing a classification system common to all for strengthening links and methodologies, comparing results and establishing general hypothesis. Among the members of those initiatives, we remark the researching groups of Madrid, Catalonia, Cadiz, Granada and Jaen or Galicia. As a result of all these efforts, there were job meetings, sessions and communications done in the last years, as the meeting organised in Madrid in 2011 named *The study of the labour markets in Spain*, or the organised sessions in the *11th Congress of the AHC* in Granada in 2012 or the *10th Congress of the ADEH* in Albacete in 2013.

⁶⁴ OTERO CARVAJAL, L., PALLOL, R., VICENTE, F., CARBALLO, B., DE MIGUEL, S. y DÍAZ, L.: "HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado", *XI Congreso de la AHC*, Granada, 2012; SIMÓN DÍAZ, L.: "La utilización del sistema de clasificación HISCO para el estudio de la estructura ocupacional de Madrid, 1880-1930: posibilidades y problemas", *X Congreso de la ADEH*, Albacete, 2013.

with solid socioeconomical survivals and habits arising from the preindustrial world and the shy triumph of the first social, economical, political and cultural transformation processes. And the second one extends from the 12nd April 1931 and the following proclamation of the Second Spanish Republic, a period when socioeconomical, cultural and political transformations, developed in the previous period, finally emerged in the new European metropolis.

The study of both parties has been developed through four episodes. In relation to the first of them, the initial episode deals with the end of the preindustrial Madrid and the change from Villa and Court to the capital of the liberal State, the demographical and urban collapse of the half of 19th century, the need to break the secular perimeter, the hard path to the ratification of the expansion layout project, the analysis of the main urban characteristics and the functional division of the space defended by its promoter, the uses of the pre-existing lands and the lacking of services to its development, and last but not least, the reality of the urban speculation, the defence of the private property, the municipal slackness and the lack of resources.

The second episode explores the demographical evolution of the new Madrilenian East expansion plan during the second half of the 19th century, interfered by some migratory movements that starred such growth. The main and defining characteristics of these analysed migratory movements are the different origin and growth rates, the age and gender, the more frequents ways of familiar insertion and the different strategies firstly done in the city for reducing the possibilities of failure; e.g. the familiar relationship means, the co-residence, the civil population, the sub-rental or the matrimonial endogamy. It is also delved into the labour qualification offered by the new arrival regarding its origin and its influence and acclimatization on the working rhythms of a Madrilenian labour market almost collapsed or to the huge residential mobility modelled according to their origin, labour qualification and residential time in the city.

The high demographical development and the progressive increase of the legal working population age living in the city opposite the slow reorganization of its out-of-date productive structures and its evident incapacity for absorbing such workforce. The third episode is about the existing discrepancy in the Madrilenian labour market of the second half of the 19th century, the incapacity of the city for offering a job to the new thousands inhabitants and how did they tried not to succumb to those hard times. This objective is addressed by studying the evolution of the masculine and feminine socio-professional structures and its integration through the analysis of working places, salary rates and labour qualification and specialization. On the one hand and analyzed in detail, the lack of promoting possibilities or the social stability of the manual workers living in the East expansion plan due to the hard, vital and generational existing intersection; on the other hand they detect the little labour *pools* reachable by highly qualified smart minds and skilled hands within the public management and administration and telecommunications.

To conclude this first part dedicated to the second half of the 19th and the beginnings of the 20th century, the fourth episode explores and analyse the unequal urban development of such urban space and the fast crystallisation of the process in the socio-spatial segregation which started influencing the whole city. So, different analyses parameters have been used like the evolution of land prices, the constructing licenses issued and the different residential typologies carried in each neighbourhood, the

growing disparity of the rentals depending on the height, interior layout and placement in the Madrilenian plan, and the study of the growing social appropriation of the space by the rich and professionals groups and the consequent segregation of the residence.

There is a preamble link following the second half of the 19th century where some social, cultural, economical, sociability and deeper urban scale changes happened in Madrid during the first third of the 20th century. Those transformations led to the arrival of modernity in the city; it was an accelerated process of changes arising in the Madrilenian conversion from capital to metropolis in the 30's, with evident demographical, labour and urban implications. Afterwards, the second part of the thesis starts, from the beginning of the First World War to the proclamation of the Second Spanish Republic. It develops in four episodes having the same theme as before, defining the survivals and highlighting news in a constant and interactive dialogue with the results and process previously described.

The fifth episode is an analysis of the demographical and spatial conformation of the *Great Madrid*, as a consequence of the intensification of interior migratory movements to the capital and the transition from the old demographical model to the modern one, which increased the city population to more than 1 million inhabitants. It collapsed all previous attempts to preserve the geographical - not administrative - unity. In this sense, the city is analysed without defined geographical borders, due to its modified nature caused by the East expansion plan. It changed from a relatively peripheral area in the first decades and became a consolidated residential area for higher classes in the 30's. This trend was a key influence for the migratory characteristics and the type of labour, familiar and residential choice of the new inhabitants locating to their new residence. Additionally, this episode also analyses the implantation of mass transports, the increase of the Madrilenian urban scale, the overflow of the East expansion neighbourhoods, the appearance of the inflation and the legislative changes approved for softening the residential rental increases from the First World War - they all slowed the frequency with which the locals changed address.

In the sixth and the seventh episodes an analysis was conducted into the detail of the depth modernization of the Madrilenian economy during the first decades of the 20th century, emphasizing the consequences this process resulted in the Madrilenian labour market. The second industrial revolution, the advance of the bureaucratization, the appearance of great companies due to capitalism and the emergence of consumption and mass leisure achieved new labour conditions absorbed by the building construction, and the thousands of new arrivals to Madrid in search of a job. So, in the sixth episode, manual work is analysed, with the mechanisation of productive activities, the impulse of the building sector and the force remodelling of the artisanal workshops to the economies due to the pressure by the great industrial companies; are the focus of this analysis. And, regarding the seventh episode, the focus is professionalization, specialization and dilatation of the administrative and private management services, telecommunications, finances, commerce and leisure, and how this new working areas offered a better labour horizon than the beginning of the century. Such opportunities - with limitations - were also exploited due to the reduced number of women, yet still mediated by excessive sexual division of labor market. Besides, the studies of the two episodes have a higher analytic depth by having a double perspective both in labour and spatial. It increased the global vision of the evolution in the Madrilenian labour market from the half of the previous century and defended the detection of the labour diversity registered in the different urban spaces of the 20's and 30's in Madrid.

And finally, the eighth episode deals with the urban overflow in the East expansion plan and how its inclusion in the spatial area affected the distribution of Madrid. In this section, the fundamental matters affect the heterogeneous and discontinuous rhythms of the urban expansion in different areas of the Madrilenian East expansion. But also the verification of the advanced phenomenon in the residential segregation by the varied residential offers in each neighbourhood and the growing residential separation of the others existing among the richer social groups, showing their interests for a spatial concentration. For the record, the temporal evolution followed by indicators already used in the fourth episode, as the dispersal of average rental prices by neighbourhoods, the unequal spatial distribution - both vertical and horizontal - of the main socio-professional groups, or the demographical and familiar derivation of such segregation, together with new elements of analysis such as size and internal distribution or the analysis for determining factors which helped manage an imaginary social atlas of the city promoted by representations and perceptions too reductionist and partial of the Madrilenian social reality.

Tomo I

Huyendo de su pasado



“Era el pueblo, que con su miseria, sus disputas, sus dichos picantes, hacía la historia que no se escribe”.

PÉREZ GALDÓS, B.: *Prim. Episodios nacionales*, 4ª Serie, Madrid, 1906.

Capítulo 1. La formación de una capital.

*Madrid se va a Salamanca
Por la puerta de Alcalá;
Que harto de ser siempre villa,
Quiere ascender a ciudad.
De un poderoso banquero
Obedeciendo al imán,
Huyendo va de sí mismo
Por su confín oriental...*

MESONERO ROMANOS, R.: *El nuevo Madrid*¹.

A su derecha, la nieve cubría las cotas de la sierra de Guadarrama y le devolvían tenuemente la mirada del astro rey, que comenzaba a despertarse y cuya vitalidad notaba ya en su cogote. Saturnina se encogió bajo la manta que la rodeaba y volvió a mirar a las montañas. De allí procedía el viento que le helaba los huesos, el mismo que había recibido a Napoleón años atrás y del que Wellington afirmara que “*sopla de tan manera, que ningún español carece de una chaleco de cuero*”². Avanzaban por el polvoriento y arenoso Camino Real de Aragón en busca de la Villa y Corte, sin dejar de divisar fanegas de tierra cultivada por doquier. Ya habían cruzado el arroyo Abroñigal y dejado atrás los tejares, establos, tabernas y casuchas de las Ventas del Espíritu Santo. Saturnina, que acababa de despertarse, pensó que pararían allí a desayunar y desentumecer los músculos, pero al mirar al arriero de su pueblo, no hubo ninguna mueca en su tiznado rostro.

¹ Extracto del romance jacarandino *El nuevo Madrid* compuesto por Mesonero Romanos y publicado el 22 de febrero de 1875 en *La Ilustración Española y Americana*.

² Extracto de una conversación mantenida por el duque de Wellington con el historiador Stanhope en 1836, y que éste recogió en su obra *De las conversaciones de Stanhope con el duque de Wellington*. Citado en THOMAS, H.: *Madrid. Una antología para el viajero*. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1988, pág. 71.

Nuestra protagonista, Saturnina Chichón, natural de Pedrezuela (un pequeño pueblo madrileño que en el año en que nos encontramos, 1857, contaba con 560 habitantes), no había alcanzado todavía las 17 primaveras. Pero ello no había sido óbice para que sus padres la impelieran a emigrar a Madrid, a la gran ciudad, para trabajar una temporada entre sus muros y ganar lo suficiente para reunir una buena dote y regresar al pueblo. Aunque no había sido fácil, el hecho de que seguramente no fuera la primera del pueblo en dar ese paso, redujo su reticencia. Era una práctica habitual entre las familias residentes en el hinterland madrileño. Mandar a uno o varios de sus miembros a la Villa temporalmente para obtener unos ingresos superiores a los que lograrían en el campo³.

Sí, Saturnina estaría fuera de casa y dejaría de ver por un tiempo a su familia y amigos pero, a cambio, vería con sus ojos la Corte del Reino y podría comprobar in situ si todos los *progresos* y adelantos que las noticias traían de la capital eran ciertos. Dos eran principalmente las opciones para desembarcar en la gran urbe: ora comprar un billete en alguna de las diligencias o carruajes que enfilaban asiduamente el camino hacia Madrid, ora aprovechar el desplazamiento de algún conocido, paisano o familiar. La segunda opción era, sin duda, la mejor. Primero, por ser mucho más barata que la primera. Y segundo, por disfrutar además de la experiencia de alguien acostumbrado a la vida madrileña del cual sacar partido a la hora de dar los primeros pasos en ella. En este caso, la joven Saturnina pudo contar con la ayuda de alguno de los arrieros del pueblo y conocido de su padre, alguien que viajara con asiduidad a Madrid para vender sus géneros, fruto de lo cual sabría dónde llevar a la jovencita para que encontrara una colocación más pronto que tarde.

Dicho arriero, al que bautizaremos con el nombre de José, se removió en su asiento y miró a su joven acompañante⁴. *Buenos días le espetó, tranquila que ya no queda nada. Ahora desayunaremos en el merendero de la Alegría donde, con un poco de suerte, haya un hueco para ti.* Saturnina dio un respingo. *¿Cómo?*, pensó. Pero si su idea era llegar a la ciudad, donde las oportunidades de empleo abundaban. *¿Para qué me querrán a mí en un merendero de las afueras?* Ensimismada en sus pensamientos, no se dio cuenta de la quinta que surgía a la derecha del Camino de Aragón y cuya explanada estaba llena de carruajes y movimiento. Entraron en la taberna, que poseía un amplio comedor para despachar comidas y en donde se aposentaban arrieros, comerciantes, trajineros, portadores y conductores de diligencias llenando el gazebo para iniciar una nueva jornada. Tras un profuso almuerzo a la vera de la correspondiente ventana desde donde poder vigilar la mercancía del carruaje, el viejo arriero saludó efusivamente al dueño del local, el madrileño Miguel Picazo. Tras las correspondientes presentaciones, Miguel y Valentina, su mujer, pusieron al día a José, explicándole que vivían tiempos de vacas gordas, con un constante ajetreo de mercancías y viajeros entre semana mientras que, gracias a *“que daban tan bien de comer, con tanta equidad y tanto aseo, los domingos y días festivos eran muy visitados por los madrileños”*⁵. Tal

³ SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Siglo XXI, Madrid, 1994, pp. 43-57.

⁴ El nombre, las edades, las profesiones y los lugares de residencia de todas las personas que aparecen en la reconstrucción histórica de la llegada de Saturnina a Madrid son reales. Han sido extraídos de las hojas de empadronamiento municipal de Madrid del año 1857. Archivo de Villa de Madrid (a partir de ahora AVM). Sección de Estadística. En determinados casos, se ha ampliado el seguimiento nominativo utilizando los padrones de 1850, 1857, 1858, 1859 y 1860. La única licencia histórica es la recreación de la forma en que Saturnina llegó a Madrid, tanto la figura del arriero José, como los encuentros y diálogos mantenidos con los demás habitantes de las afueras de la Puerta de Alcalá.

⁵ Cita extraída del artículo “Las Ventas del Espíritu Santo”, de la serie “Paseos por Madrid” que le dedicara a la capital el periódico *La Voz* el día 16 de septiembre de 1922.

volumen de negocio existía, que Miguel, Valentina, su hija Felipa (de la misma quinta que Saturnina) y su experimentado ayudante Mariano Zuazo, que llevaban más de una década bastándose por sí solos, no daban abasto. Ése era el momento que José esperaba para ofrecer a la joven Satur, pero había llegado demasiado tarde. El matrimonio de taberneros ya había acogido a Lucía Alcocer, de 16 años y procedente del pueblo arriácense de Villalba del Rey, que había llegado cuatro meses antes⁶. De vuelta al carromato, José refunfuñaba. “*Habría sido una buena colocación para ti, con alojamiento y comida caliente incluidos, propinas aparte*”. Pero no pudo ser. Saturnina asintió con la cabeza mientras rumiaba lo que acababa de oír. La pareja prosiguió, por tanto, su lento caminar hacia una Corte que ya estaba a la vuelta de la esquina.

Madrid inició la senda del crecimiento demográfico a mediados de la centuria decimonónica, auspiciada fundamentalmente por los cientos de inmigrantes de origen rural que, desde todos los rincones del país, fueron atraídos hacia una ciudad que se había puesto el mono de faena en busca de su consolidación como capital del balbuciente Estado liberal. El número de inmigrantes, ganado, alimentos, materias primas y mercancías que atravesaban diariamente cada una de las puertas y fieltos de la ciudad crecía como la espuma. La atracción económica y demográfica de la Villa y Corte sobre su hinterland más cercano era una constante desde que Felipe II la eligiera en 1561, pero su gradiente se había fortalecido desde que el liberalismo triunfara en España. No hacía falta más que tiempo para que, a lo largo de sus ya desvencijadas y cochambrosas cercas, descritas por Madoz como “*una serie sucesiva de tapias desiguales en su altura y en el material de que se [hallaban] formadas*”⁷, surgieran pequeñas casitas, tejares, yaserías, establos, paradores y merenderos, cual parásitos que se alimentan de su huésped, en una asociación que favorecía a ambas partes. Y aunque no fuera, ni de cerca, uno de los arrabales más populosos de los que surgieron alrededor de la ciudad, los terrenos situados *afuera de la Puerta de Alcalá*, destacaron por la proliferación de paradores, tejares y huertas donde cultivar o pastar el ganado⁸.



Ilustración 1.1. El este de Madrid a vista de pájaro desde la plaza de toros. 1852. A. Guesdon.

⁶ Información extraída de las hojas de empadronamiento de 1850 a 1857, con la excepción de 1852, debido a la ausencia de documentación, AVM, sección de Estadística.

⁷ MADOZ, P.: *Madrid: Audiencia, provincia, intendencia, vicaría, partido y villa*, Madrid, Editorial Giner, 1981, pp. 157.

⁸ Tal y como se indicará más adelante, durante el ecuador de la centuria crecieron con fuerza los habitantes que residían extramuros de la ciudad, en especial los arrabales de Chamberí y Peñuelas.

Al superar la última hondonada a Saturnina se le abrió la boca. Tras el enorme manto verde del Retiro, divisó por primera vez la nube rojiza que conformaban los tejados de Madrid. La entrada a la Corte debía realizarse a través de los goznes de la célebre Puerta de Alcalá, a cuyo flanco se hallaba la plaza de toros de la ciudad, aquella que había sido visitada por Prosper Mérimée unos años antes⁹. Embelesada por la visión que tenía ante sí, nuestra protagonista no reparó en la hilera de árboles que empezaban a adornar el camino, alfombra roja que la urbe extendía a los pies del inmigrante, obra del difunto director facultativo de los arbolados de Madrid, Francisco Sangüeso¹⁰. Tampoco había reparado en la multitud de carruajes, pastores con sus rebaños y jornaleros cargando fardos de aquí para allá que se apilaban en los bajos edificios situados a ambos lados del camino. A apenas unos centenares de metros de la ilustrada Puerta de Alcalá y el fielato que albergaba, se arremolinaban paradores donde degustar un buen vaso de vino, cerrar compraventas de lo que se terciara o entablar contactos entre los recién llegados que buscaran trabajo o cobijo y aquellos que podían proporcionárselo. Apellidos como Muñoz, Salas, San José, Mitjavila o Villar eran hartos conocidos por estos parajes, y las personas que los ostentaban eran los más buscados por los transeúntes. No pertenecían a la aristocracia ni eran grandes rentistas, no vivían del presupuesto ni jugaban con la Deuda Pública. Eran personas que, poseyendo pequeñas extensiones de tierra cerca de una de las principales puertas de entrada a la Villa y Corte, supieron sacar provecho de una coyuntura inmejorable.

Más de dos décadas llevaban abiertos y dando cobijo, sirviendo de intermediarios comerciales y despachando comidas por doquier los paradores de San José, Salas y Muñoz. Sus dueños, Leandro Aguirre, José Salas y Ana Serrano (viuda de Juan Muñoz) respectivamente, adecentaron y ampliaron sus inmuebles durante la década de los 50, para atender a una población inmigrante que iba en aumento año a año. Desde 1830, anuncios de venta y subastas de trigo, animales, carruajes, etc., eran vistos en los periódicos de la capital asiduamente. Dichos hosteleros se convirtieron en tratantes de comercio, poniendo en contacto a los comerciantes de la capital con los productores del hinterland madrileño. Con lo cual, no sólo los que *llegaban a*, sino también aquellos que ya *residían en* Madrid, fueron sus potenciales clientes. A su alrededor, otros propietarios de suelo rústico extramuros como Josefa Villar o Rafael Mitjavila edificaron pequeños tejares o habilitaron establos y caballerizas para ofrecer una habitación barata al recién llegado y competir así con la oferta de alojamiento existente en el interior.

Además, este *área de servicio al viajero* también contaba con la veterinaria del riojano Ciriaco de Baigorri, persona presumiblemente muy solicitada tanto por los responsables de la Plaza de toros adyacente el día de fiesta, como por toda la retahíla de arrieros, muleros, cabreros y vaqueros que entraban o salían de la gran urbe cada día¹¹. De hecho, el volumen de mercancías introducidas en la Villa y Corte el martes 14 de

⁹ En concreto en 1830. El autor de la célebre obra *Carmen* estuvo recorriendo España durante ese año y escribió sus impresiones en su obra *Mosaïque*, escrita en 1833.

¹⁰ Francisco Sangüeso falleció en diciembre de 1852 y, en su honor, el periódico *El observador* le dedicó un artículo en el que le atribuía, entre otros logros, el de haber embellecido el paseo desde la Puerta de Alcalá hasta el parador de Salas.

¹¹ Ciriaco Baigorri, de 33 años y natural de Logroño, vivía junto a su esposa Elaya García (de 37 años y nacida en Algete, Madrid), su hijo recién nacido Emilio, dos dependientes herradores llamados Ramón Achetia y Santiago Losada, y una joven sirvienta madrileña llamada Josefa, en el número 2 del Parador de Salas, propiedad de María Alonso Albaladejo, viuda del recientemente fallecido José Salas. AVM, sección de Estadística, padrón de 1857.

abril de 1857, fecha en que salió a la luz pública el Real Decreto de Moyano que iniciaba el estudio del proyecto de Ensanche, fue de 3.729 fanegas de trigo, 1.519 arrobas de harina de trigo, 1.450 libras de pan cocido, 2.006 arrobas de carbón, 84 vacas, 436 carneros y 134 corderos, todo ello sin contar lo introducido a través del contrabando¹².

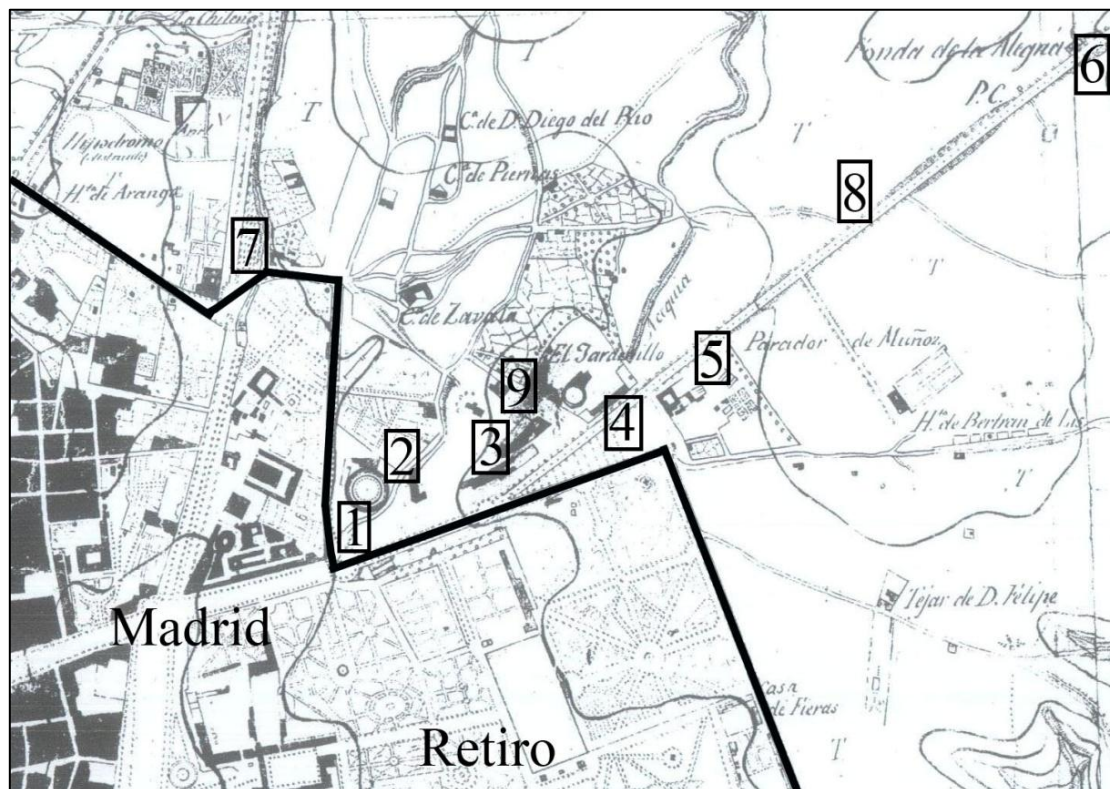


Figura 1.1. Barrio de Plaza de toros situado a las afueras de la Puerta de Alcalá. Plano de Benigno De La Vega, 1856. No indica escala. Leyenda: 1. Puerta de Alcalá; 2. Plaza de toros; 3. Parador de San José; 4. Parador de Salas; 5. Parador de Muñoz; 6. Quinta y merendero de la Alegría; 7. Portillo de Recoletos; 8. Camino Real de Aragón; 9. Casas de Doña Josefa Villar y Rafael Mitjavila. La línea negra señala la posición de las cercas de la ciudad.

Y allí fue, en este núcleo autónomo de la ciudad, donde nuestra Saturnina logró una ocupación que le permitiera ahorrar un dinero que constituyese su futura dote de vuelta a Pedrezuela. Tal vez diera unas cuantas vueltas de parador en parador, de taberna en taberna, hasta encontrar un lugar disponible. O que tuviese suerte y visitase en primer lugar el parador más grande de todos, el de Muñoz, situado a la izquierda de la Carretera de Aragón en dirección Madrid. Porque fue allí donde nos la encontramos en el padrón de 1859, haciendo las veces de niñera desde hacía dos años en la casa de Juan Muñoz, sobrino del primer propietario. Juan, de 28 años y madrileño, estaba casado con Concepción Rodríguez, donostiarra, con quien había tenido una hija en 1856, Mercedes. Llevar el parador, servir las comidas, atender a los huéspedes y realizar las subastas de las mercancías era una ardua labor que dejaba poco tiempo al matrimonio. Por ello, siempre tenían a su cargo una o dos sirvientas que les ayudaran con el negocio, como la lucense María González, la albaceteña Josefa Cortés, la

¹² *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 15 de abril de 1857, pág. 1. Para conocer el sistema de abastecimiento de la capital es imprescindible conocer: FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1971.

arriacense Agustina Rodríguez o la toledana Victoriana Francisca Heredia¹³. Pero, con el nacimiento de Mercedes, Juan y Concepción decidieron contratar a la joven Saturnina como niñera. Era un trabajo temporal, que incluía alojamiento y manutención, y que no exigía un trabajo físico agotador, un buen desenlace para la recién llegada.

No obstante, al poco de residir en este minúsculo arrabal, situado a las afueras de la Puerta de Alcalá y conocido con el nombre de la Plaza de toros, Saturnina se dio cuenta de que el ambiente estaba agitado. Los rumores iban y venían. Las noticias sobre el derrumbe de las tapias, la ampliación de Madrid, el estudio de nuevas alineaciones en las afueras de la capital y el posible derribo de lo ya construido estaban a la orden del día. No era nada nuevo, el runrún del necesario ensanche de la ciudad era una melodía conocida por los dueños de tejares, huertas y paradores de los arrabales de Madrid. El 14 de abril de 1857 apareció publicado en diversos periódicos de la capital como *La Época*, *La Esperanza*, *La Iberia* o *La España*, algunos extractos del Real Decreto del 8 de abril auspiciado por Claudio Moyano, a la sazón ministro de Fomento, que iniciaba el proyecto de Ensanche de la Villa y Corte, haciéndose eco los demás periódicos en los sucesivos días. Independientemente de si los propietarios mencionados se enteraron a través del repartidor de periódicos de la zona, el madrileño Ginés Candela¹⁴, o a través de otros medios, lo cierto es que la noticia no les pudo dejar indiferente. Seguramente sintieron una punzada de miedo salpimentada con unas ligeras gotas de expectación. Miedo, por la posibilidad de que las autoridades les obligasen a derruir lo que con tanto esfuerzo habían levantado; y expectación, por las mayores plusvalías que sus terrenos podrían sufrir al convertirse, de golpe y porrazo, en suelo urbanizable situado en el interior de la Villa.



Ilustración 1.2. Calle y Puerta de Alcalá, 1852. Tenison. Biblioteca Nacional de París.

¹³ Información extraída de las hojas de empadronamiento de 1857, 1858 y 1859, AVM, sección de Estadística.

¹⁴ Ginés Candela, madrileño de 46 años y bautizado en la parroquia de San Ginés, estaba casado con Micaela Pardo, oriunda de Millana, provincia de Guadalajara, y residían en la casa tejear de Eduardo La Serna por la que pagaban mensualmente 40 reales, es decir, 10 pesetas. Información extraída de las hojas de empadronamiento de 1857, AVM, sección de Estadística.

1.1. La quiebra de la ciudad preindustrial.

“Los vecinos de Madrid viven en su generalidad sin el menor recelo de que en esta población puedan desarrollarse enfermedades contagiosas, ni de esas que propagándose puedan causar estragos en el vecindario, poniendo en peligro la salud pública. Esta saludable y general confianza consiste en que son muy pocas las personas que en esta capital tiene conocimiento de las muchísimas casas donde se albergan multitud de seres humanos que hacinándose unos sobre otros como si estuvieran en madrigueras, forman esos focos inmundos, de los cuales puede salir muy fácilmente una epidemia, y proporcionan constantemente gran número de enfermos a los hospitales.”

El Diario Español, 1 de julio de 1853.

“La codicia, que no tiene otro nombre, ha levantado y sigue todavía fabricando casas de inmensa altura, porque los pies que se toman en el aire no se pagan como los pies que se ocupan en el suelo. Los propietarios además han estrechado hasta lo infinito las habitaciones; con lo cual han conseguido aumentar el número de los alquileres, a costa de los inquilinos y del pobre público, de cuyo bienestar se ha cuidado muy poco.”

La España, 18 de abril de 1857.

He aquí dos aristas de un mismo problema: la caducidad de una concepción de ciudad heredada de la época moderna, la quiebra de la ciudad preindustrial. Fenómeno global a escala europea que se llevó por delante la figura de Villa y Corte de Madrid, y de cuyas cenizas se recompondría bajo el título de capital del Estado liberal. Sobreexposición a las crisis epidémicas, hacinamiento en un recinto urbano finito y connivencia de las autoridades políticas con la especulación del suelo eran elementos de la realidad madrileña. A pesar de los distintos estímulos que el liberalismo le insufló, la ciudad tardó varias décadas en despertar del letargo social, económico y político en el que se hallaba tras décadas de absolutismo ilustrado. Y la causa hay que encontrarla en su propia razón de ser.

Sólo Madrid es Corte. Afirmación categórica realizada por el *Cronista de su Majestad* Alonso Núñez de Castro en su obra homónima de 1658¹⁵. Y así había sido desde que Felipe II eligiera Madrid como sede de la Corona de los Habsburgo en 1561, descontando los cinco años de traslado a Valladolid (entre 1601 y 1606). La elección regia significó la intrusión en los planos de *las Españas* y del resto de las potencias europeas de una urbe que, de otro modo, no hubiera salido de su anonimato. Alejada de las principales rutas comerciales nacionales e internacionales, sin acceso a ninguna vía marítima, carente de cualquier base de recursos financieros y huérfana de materias primas, Madrid se dejó llevar por el abrazo de la Corte, lugar de decisión política del Imperio y el principal demandante de crédito, bienes suntuarios, servicios, armamento y construcción de toda la edad moderna¹⁶.

¹⁵ Alonso Núñez de Castro publicó en 1658 la obra *Libro histórico político, sólo Madrid es Corte*, y *el cortesano en Madrid*, que constaba de cuatro volúmenes y que fue impresa en varias ocasiones.

¹⁶ Para analizar la importancia de la Corte en la España moderna es necesario consultar los resultados que el proyecto de investigación, liderado por la Universidad Autónoma de Madrid, tiene como título “Sólo Madrid es Corte. La construcción de la Monarquía Católica. Siglos XVII-XVIII”, han dado lugar hasta la fecha. A nivel europeo también debería consultarse: ROMANI, M. y AYMARD, M.: *La cour comme institution économique*, Ed. de la maison des sciences de l’homme, París, 1998; ADAMSON, J.: *The*

Rápidamente se produjo la llegada de habitantes procedentes de todos los rincones del país, unos en busca del favor regio como la alta aristocracia que seguía a la Corte, sin olvidarnos de todo el séquito de sirvientes, pajes, herreros, sastres, escribientes y empleados de todo pelaje que arrastraban consigo. Pero no sólo de aduladores, compinches y nobles se llenó la capital. Ávidos comerciantes en busca de los jugosos monopolios de distribución y avituallamiento de un Imperio transoceánico, banqueros dispuestos a resarcir la ingente necesidad de crédito que éste necesitaba para su sostenimiento, o funcionarios y profesionales necesarios para la burocratización del poder¹⁷. De aquí procedieron las fortunas de origen no nobiliarias asentadas en Madrid a finales del siglo XVIII y principios del XIX, ellos componían los *notables de Madrid*, muchos de los cuales sacaron tajada del cortocircuito económico, político y social que le esperaba al absolutismo español en vísperas de la Guerra de la Independencia¹⁸.

La economía madrileña estuvo marcada durante toda la época moderna por una clara dualidad entre Corte y ciudad, entre dos mundos antagónicos que compartían un mismo espacio físico, germen del dualismo económico entre *capital* y *ciudad* del siglo XIX¹⁹. Por un lado, nobles, terratenientes, funcionarios, banqueros, miembros de la alta jerarquía eclesiástica y comerciantes, ninguno madrileño de nacimiento pero todos de adopción. Su presencia en la ciudad se debía únicamente a su condición de ser sede de la monarquía, y aglutinaba a las personas más influyentes, ricas y poderosas del país. Pero, su fuerza cuantitativa entre los habitantes de Madrid era inversamente proporcional al nivel de sus riquezas, aún incluyendo a la legión de criados y sirvientes, mozos y cocheros, empleados y escribientes públicos que les servían o trabajaban para ellos. Frente a la *economía de la capital*, se encontraba la *economía de la ciudad*, conformada por el resto de la población de la urbe, artesanos, maestros y aprendices, pequeños comerciantes, tenderos y vendedores ambulantes, encargados del suministro y distribución de los bienes básicos de *comer, beber, arder y de vestir*, trabajadores de la construcción y jornaleros dedicados a tareas agrícolas en los huertos existentes dentro y fuera del casco urbano, además de los empleados de servicios. Esta dualidad económica, persistente desde 1561 entre *Corte y ciudad*, se transformará a partir de la primera mitad del siglo XIX en una dualidad económica entre *capital* y *ciudad*, campo de batalla donde los choques entre la *quietud* y el *cambio* ante los cambios promovidos por el liberalismo y la industrialización tendrán lugar²⁰.

princely courts of Europe: Ritual, politics and culture under the Ancien Regime. 1500-1750. Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1999.

¹⁷ RINGROSE, D.: "Madrid, capital imperial (1561-1833)", en JULIÁ, S.; RINGROSE, D. y SEGURA, C.: *Madrid, historia de una capital*, Alianza Editorial, Madrid, 2008, pp. 121-234.

¹⁸ Jesús Cruz ha argumentado la idea de que el concepto "burguesía" es usado tan manidamente que se ha convertido en una especie de cajón de sastre en el discurso social historiográfico que engloba dentro de una misma clase social a colectivos muy diferentes entre sí. Por ello, considera que sería más acertado incluir bajo el concepto de *notables* a ese grupo dominante español tanto política como socialmente cuyos factores descriptivos de conformación fueron la práctica del exclusivismo social y la autoridad, la ostentación pública de su riqueza, el control de la propiedad, el monopolio de la cultura y el uso de la cooptación, el patronazgo, el clientelismo y el parentesco como vínculo de reproducción y promoción social. CRUZ, J.: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Alianza Editorial, Madrid, 2000, pp. 274 - 285.

¹⁹ RINGROSE, D.: "Ciudad, país y revolución burguesa: Madrid, del siglo XVIII al siglo XIX", en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. Vol. I, CAM, Alfoz, Madrid, 1986, pp. 301-324.

²⁰ BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana", en FUSI AIZPURÚA, J. P.: *España. Autonomías*. Vol. 5, Espasa Calpe, Madrid, 1989, pp. 517-613; BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: "Madrid, de capital imperial a

Madrid, ligada irremediabilmente a los avatares de la monarquía hispánica, se despediría del siglo de las Luces con unos 200.000 habitantes, encabezando una red urbana interior formada por las ciudades castellanas²¹. Las reformas ilustradas de las que disfrutó, caracterizadas por el gusto barroco hacia los paseos arbolados, la monumentalidad de las edificaciones y los espacios abiertos, se vieron amenazadas por una inmigración en aumento que buscaba adentrarse en la ciudad. Tanto es así, que fue Jovellanos ya en 1787 el primero que puso sobre el tapete la necesidad de ampliar el centenario perímetro de la ciudad, centrando su atención en aquellas tierras septentrionales donde décadas más tarde se levantaría el más importante de los arrabales de Madrid, Chamberí. Jovellanos aconsejó la compra de estos terrenos para crear así una nueva zona urbana exenta de gremios, con libertad de comercios y mostrando especial ahínco en que “*el terreno que demarcase para la extensión de la población no se quede corto*”²². Este ambicioso proyecto, que aspiraba a resolver la carestía de la vivienda, la cual impedía “*prosperar en la corte industria ni tráfico alguno*”, se disolvió en el fluir de la historia hasta convertirse en polvo. La dificultad económica para comprar los terrenos necesarios, su vinculación a las manos muertas y la todavía nula percepción de hacinamiento de los madrileños fueron las causas que enterraron el plan.

La inoculación del virus liberal a principios del siglo XIX en España, tanto por la fuerza de sus ideas como por la obstinación del ejército napoleónico, quebró la forma de vida preindustrial. En el caso de Madrid, la ciudad quedó a merced de la destrucción del ejército ocupante, huérfana de la Corte durante unos años y, sobre todo, a merced de las huestes invisibles de las epidemias, la desgracia y el hambre más absoluta. Más de 20.000 vidas se perdieron entre las calles madrileñas en aquellos años desdichados, en especial durante la hambruna de 1812²³. Aunque sus residentes tardaran en interiorizarlo, el quinto de millón de habitantes que había alcanzado a finales del siglo XVIII, fue una cifra prácticamente insuperable para la ciudad preindustrial, para ese *Viejo Madrid* apesado entre las tapias y por el que tanto cariño sintieran años después Mesonero Romanos o Benito Pérez Galdós. Era el techo demográfico de carácter

región metropolitana. Cinco siglos de terciarización” en *Papeles de Economía. Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid*, Papeles de Economía, nº 18, Madrid, 1999, pp.18-30.

²¹ El concepto de sistema centralizado aquí usado procede de la definición realizada por DE VRIES, J. en: “La ciudad en su contexto”, *Manuscripts*, nº 15, (1997), pp. 207-220. El contraste entre el desarrollo de la Corte y la parálisis de la meseta castellana ha dado lugar a múltiples análisis historiográficos en los que se ha tildado exageradamente a Madrid de ser un “parásito económico” y “succionadora de recursos” de su entorno. En RINGROSE, D.: *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Alianza Universidad, Madrid, 1985. Sin embargo, el mismo autor redujo su importancia en: *España, 1700-1900: el mito del fracaso*. Alianza Editorial, Madrid, 1995. Frente a esta tesis se situó García Delgado, afirmando que “*la explicación hay que buscarla más bien en el resurgimiento de otros núcleos de producción competitivos, cuya concurrencia en un mercado siempre estrecho ocasionará el paulatino declive de las primitivas actividades productivas castellanas*”. En: GARCÍA DELGADO, J. L. y CARRERA TROYANO, M.: “Madrid, capital económica” en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.) *Hª Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 209-237.

²² La importancia de las aserciones premonitorias de Jovellanos fueron ratificadas al ser recogidas por el propio Castro en su proyecto al valorar que: “*Bien pudiéramos decir que Jovellanos vivía hoy entre nosotros y escribía este informe conociendo las necesidades actuales de la población. Tal es la verdad que encierra y la previsión con que aparece escrito; seguramente este grande hombre no pudiera haber dicho más en el día de lo que dijo entonces, en apoyo de tan importante mejora*”. En BONET CORREA, A. (Ed.): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978, pp. 61-64.

²³ ESPADAS BURGOS, M.: “El hambre de 1812 en Madrid” en *Hispania*, nº 110, Madrid, 1968, pp. 594-623. FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “El hambre en Madrid durante la ocupación francesa (1811-1812)” en MAZA ZORRILLA, E. y MARCOS DEL OLMO, Mª: *Estudios de historia: homenaje al profesor Jesús María Palomares*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2006, pp. 321-338.

malthusiano para la ciudad²⁴. El hacinamiento que suponía llegar a esa cifra para una población rehén de sus propias tapias se resolvió amargamente con la detonación de cíclicas epidemias cuyos ecos seguirían resonando, cada vez con menor virulencia y a pesar de haber iniciado el ensanche de la ciudad, hasta el siglo XX²⁵.



Ilustraciones 1.3 y 1.4. El grabado en aguafuerte y aguatinta de la izquierda es la estampa nº 64 de la serie realizada por Francisco de Goya *Los desastres de la guerra*, titulada “Carretadas al cementerio”, fechado entre 1812 y 1815. Por otra parte, el cuadro pintado al óleo de la derecha fue realizado por José Aparicio Inglada, fechado en 1818 y titulado *El hambre en Madrid*. Ambas imágenes hacen referencia a la hambruna que sufrió Madrid en 1812 como consecuencia de la carestía del trigo fruto de las malas cosechas y de los destrozos de la guerra contra *el francés*, señalando cómo los cuerpos inertes de los pobres eran recogidos de la calle con carretas, en el caso del grabado de Goya, y cómo el ejército francés mandado por José Bonaparte intentó paliar la situación repartiendo pan entre los más necesitados, sin comprender que ellos eran parte del problema, y no de la solución.

El destino de Madrid estaba ligado irremediabilmente a la Corte imperial que le había dado su preeminencia dentro del concierto urbano peninsular desde el siglo XVI. Por ello, durante el primer tercio del siglo XIX, la faz de Madrid era el fiel reflejo de la monarquía absoluta que en ella se sustentaba: un país en franca bancarrota, con luchas políticas intestinas entre absolutistas y liberales, un país devastado por la invasión napoleónica y que, para colmo, vio cómo una de sus fuentes de riqueza, el comercio americano, era cercenada bajo el grito de la independencia.

Pero, tras el *impasse* de la guerra napoleónica y del reinado de Fernando VII, la senda del crecimiento demográfico volvería a la ciudad con fuerzas renovadas, acumulando un incremento de población superior al 33% en tan sólo 25 años, entre 1836, fecha en la que la ciudad logra superar los estragos de la epidemia de cólera de 1834 y se inicia el camino hacia la conversión de Madrid de Corte a capital, y 1860, momento en el que se ratifica el Anteproyecto de Ensanche de Castro²⁶. Se superará de

²⁴ MALTHUS, T. R.: *An Essay on the Principle of Population*, Londres, 1798.

²⁵ FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985.

²⁶ La epidemia de cólera de 1834 ocasionó 4.523 muertos y un recuerdo doloroso e imborrable para madrileños como Mesonero Romanos, quien escribiría en sus *Memorias de un setentón* que “*en el corto trayecto de unos trescientos pasos que mediaban entre mi casa y la escuela de primeras letras, conté un día hasta siete personas entre cadáveres y moribundos, y que me volví llorando a mi casa a arrojar me en los brazos de mi angustiada madre, que no me permitió en algunos meses volver a la escuela*”. A pesar de la reaparición cíclica de las epidemias, cada vez se mostrarían menos mortíferas: la de 1855 produjo 3.986 víctimas y la de 1865, 2.869 fallecidos. FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985.

nuevo la población de finales del siglo XVIII, aquella que dio motivo a Jovellanos para intentar ampliar la ciudad por su zona norte, y dicho crecimiento generará también la reacción de otro genio ilustre, Mariano José de Larra, que en sus *Artículos de costumbres* deslizó esta *dulce* apreciación, que no pierde su plasticidad y relevancia por ser más veces citada.

“[Las casas nuevas...] esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones: esas por medio de las cuales se agrupa la población de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La población que se va colocando sobre los límites que encerraron a nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes.”

LARRA, M. J.: *Artículos de costumbres*, 1833.²⁷

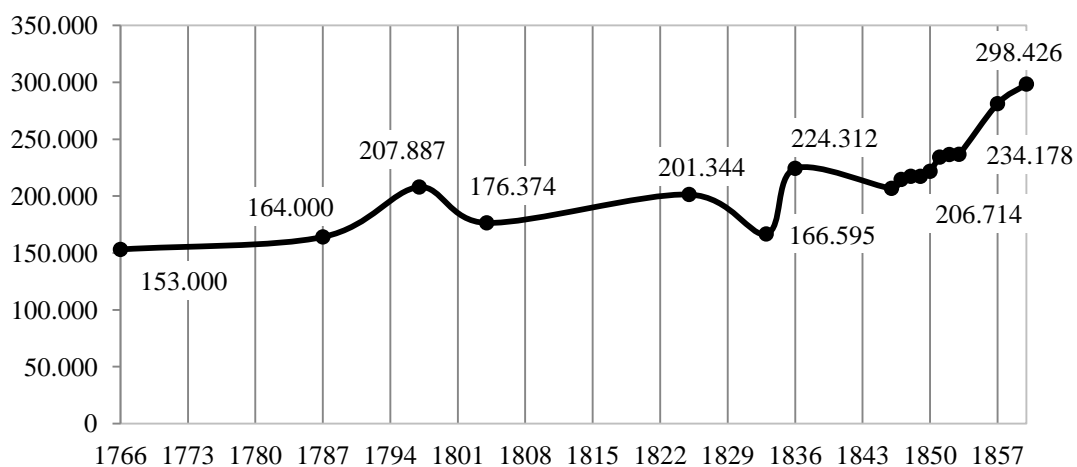


Figura 1.2. Evolución de la población de Madrid en el paso del siglo XVIII al XIX. Elaboración propia a partir de los datos tomados de María Fernanda Carbajo Isla para el siglo XVIII, y de Ángel Bahamonde Magro y Antonio Fernández García para el siglo XIX, con la excepción del período 1847-1853, recogidos directamente del Archivo de Villa de Madrid (AVM), Sección de Secretaría, signatura 6-62-3. CARBAJO ISLA, M^a F.: *La población de la villa de Madrid: desde finales de siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1987, pp. 224-230; BAHAMONDE MAGRO, A. y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La sociedad madrileña en el siglo XIX”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, Pág. 481.

Madrid empezaba a notar el inicio de la ola de urbanización que sacudió Europa a lo largo del siglo XIX. Y, como en la mayor parte de las ciudades españolas y europeas, el germen de su crecimiento radicó en la creciente fortaleza de los movimientos migratorios internos²⁸. De hecho, entre los propios contemporáneos las ciudades europeas eran consideradas *sepultureras de habitantes*, ataúdes de piedra para el recién llegado. Durante el primer tercio del siglo XIX, en las ciudades europeas todavía reinaba el modelo demográfico de tipo antiguo, cuyos elementos estructurales eran unas tasas de natalidad y mortalidad elevadas, con mortíferos episodios epidémicos y una escalofriante tasa de mortalidad infantil estructural²⁹. El resultado era obvio, un

²⁷ Recogido de FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. La Librería, Madrid, 2002 (facsimil de la edición de 1876), pág. 729.

²⁸ PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la 2ª Guerra Mundial*, PUV, Valencia, 2011.

²⁹ La historiografía demográfica internacional conoce este fenómeno como *urban penalty* o *graveyard effect*. Podemos citar, entre otros: KEARNS, G.: “The Urban Penalty and the Population History of

crecimiento natural ínfimo y débil, cuando no negativo, extremadamente sensible a los brotes epidémicos y a las crisis de subsistencias.

De ahí la importancia del fenómeno de la inmigración para justificar el incipiente crecimiento urbano europeo producido durante la primera mitad del siglo XIX, antesala de la explosión demográfica que acaecerá en la segunda mitad, consecuencia del inicio de la transición demográfica³⁰. El foco de infección que representaba la ciudad, el hacinamiento en el que sus habitantes vivían y la dependencia de la nueva sangre inmigrante llegada desde el campo, era una realidad imperante en toda Europa, de Londres a Atenas, de Lisboa a San Petersburgo. No era algo nuevo, sino una herencia del pasado que el siglo XIX no haría más que agravar hasta que se hizo insostenible. Ya lo había advertido Rousseau décadas atrás:

“La vocación de los hombres no es de vivir hacinados en hormigueros, sino desparramados sobre las tierras que han de cultivar. Cuanto más se reúnen, más se estragan. [...] Entre todos los animales, el hombre es el que menos puede vivir en manada [...]. El aliento del hombre es mortal para su semejante, expresión no menos exacta en sentido propio que en metafórico... La sima del género humano son las ciudades. Al cabo de algunas generaciones perecen o degeneran las castas; es preciso renovarlas, y el campo es el que sufre esta renovación.”

ROUSSEAU, J. J.: *Emilio o la educación*, 1762.³¹

En el ámbito urbano español, el arcedianos de Aliaga, provincia de Zaragoza, Antonio Arteta de Monteseuro, también quiso advertir sobre la tremebunda mortalidad del mundo urbano español. Así, denominó en una de sus obras, publicada en 1802, a “las ciudades grandes” como “sepulcros de la especie humana”, que “quedarían presto desiertas si las gentes que mueren en ellas no se substituyesen [sic] por las que concurren de los demás pueblos”, haciendo hincapié como Rousseau en el carácter del mundo rural como sostén demográfico de la ciudad³². Contexto común al resto de Europa, pero con la gravedad de que las urbes españolas, y en mayor medida Madrid, no sólo eran más mortíferas que el mundo rural que las rodeaba, sino también que la mayor parte de sus congéneres europeas³³. Además, las tasas de mortalidad general e infantil

England" en BRÄNDSTRÖM, A. y TEDEBRAND, L.-G. (Ed.), *Society, Health and Population During the Demographic Transition*, Umea universitets tryckeri, Umea, 1988; RAMIRO FARÍÑAS, D. y SANZ GIMENO, A.: “Structural Changes in Childhood Mortality in Spain, 1860-1990” en *International Journal of Population Geography*, nº 6, 2000; REHER, D.: “In Search of the Urban Penalty. “Exploring Urban and Rural Mortality Patterns in Spain during the Demographic Transition” en *International Journal of Population Geography*, nº 7, 2001.

³⁰ REINHARD, M. y ARMENGAUD, A.: *Historia de la población mundial*, Ariel, Barcelona, 1966.

³¹ PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la 2ª Guerra Mundial*, PUV, Valencia, 2011, pág. 83.

³² ARTETA, A.: *Disertación sobre la muchedumbre de niños que mueren en la infancia, y modo de remediarla*, Zaragoza, I, 1801, pág.129. Citado en: PÉREZ MOREDA, V.: “La población de la ciudad de Madrid, siglos XVIII al XX” en ALVAR EZQUERRA, A. (Coord.): *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid, 1991, pp. 185-213.

³³ La mortalidad de las urbes españolas era más elevada que en las zonas rurales, mientras que la nupcialidad y la fertilidad eran menores. El porcentaje de diferencia se situaba entre el 7 y el 20%. REHER, D. S.: “Urbanization and Demographic Behaviour in Spain, 1860-1930” en AD WOUDE, JAN DE VRIES y AKIRA HAYAMI: *Urbanization in History. A process of Dynamic Interactions*, Clarendon Press-Oxford, Nueva York, 1990, pág. 298. En los últimos años se incide desde la demografía histórica en la necesidad de matizar las elevadas tasas de mortalidad urbana. Su teoría se asienta en que no todos los fallecidos registrados en las urbes residían en ellas, sino que parte de estas defunciones debería acuciarse

españolas, tanto rurales como urbanas, no se redujeron drásticamente hasta bien entrado el siglo XX, yendo con retraso respecto a otros países europeos, como Gran Bretaña o Alemania, en el inicio de la transición demográfica desde el modelo antiguo al moderno³⁴. Madrid aún recibiría en una fecha tan tardía como 1901 el triste apodo de *ciudad de muerte* de manos de Ricardo Revenga³⁵, consecuencia del mantenimiento de unas altas tasas de mortalidad general e infantil hasta el siglo XX.

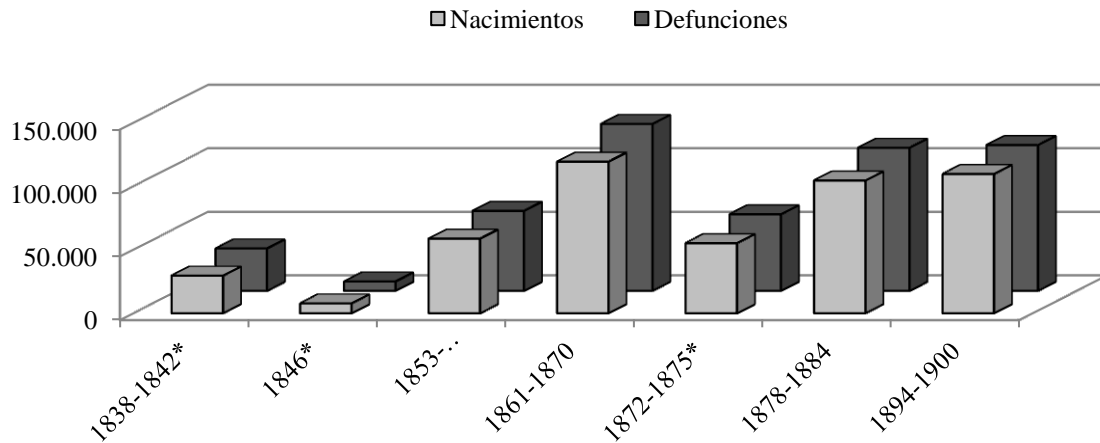


Figura 1.3. Crecimiento vegetativo de Madrid durante la primera mitad del siglo XIX. Elaboración propia a partir de HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico social*. Edición a cargo de C. Del MORAL, Vol. 1, Ed. Nacional, Madrid, 1979, pág. 51; TORO MÉRIDA, J. (datos con un asterisco): “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59, Madrid, 1981, pág. 45; RUÍZ PALOMEQUE, E. (con dos asteriscos): *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976, pág. 314.

Era noticia el año en que los nacimientos registrados en Madrid superaban a las defunciones. Y aún así, la ciudad consiguió superar de forma estable los 200.000 habitantes a finales de los años 30, una vez superada la espiral de trágicos sucesos iniciada con el brote de cólera de 1834 y el posterior acuchillamiento de frailes por parte de la muchedumbre, las distintas revueltas liberales acaecidas en la ciudad en 1835 y 1836 (fecha de la *sargentada* de La Granja) y la sombra del miedo proyectada por el bando carlista situado en 1837 a las puertas del Retiro³⁶.

El fenómeno de la inmigración hacia Madrid, constante desde su elección como sede de la Corte, no sólo se mantuvo sino que acrecentó su intensidad desde los años 30 del siglo XIX. Hasta entonces, la población madrileña se había conformado por un

al mundo rural, consecuencia de esa parte de la población circundante a las ciudades que, al enfermar gravemente, acudía a los centros benéficos y asistenciales urbanos en busca de cura, y fuera allí donde se produjera el óbito, engrosando las estadísticas de defunción urbanas. Para el caso madrileño consultar: RAMIRO FARIÑAS, D.: “Algunos aspectos sobre la medición de la sobremortalidad urbana y el “urban penalty”: el ejemplo de Madrid, 1888-1930”, *X Congreso Internacional de la Asociación Española de Historia Económica*, Sevilla, 2011.

³⁴ WEBER, A. F.: *The growth of cities in the nineteenth century, a study in statistics*, Cornell University Press, Nueva York, 1969.

³⁵ REVENGA, R.: *La muerte en Madrid*. Dirección General de Sanidad, Madrid, 1901.

³⁶ ESPADAS BURGOS, M.: “Evolución política de Madrid en el siglo XIX”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.): *Historia de Madrid*, UCM, Madrid, 1994, pp. 441-478; GARCÍA ROVIRA, A. M.: “Revolución liberal y fuerzas populares: el degüello de los frailes, Madrid, julio de 1834”, en *Ejército, pueblo y constitución. Homenaje al general R. del Riego*, Madrid, 1988.

núcleo nacido en la ciudad y que nunca llegó a representar la mitad de sus habitantes, y una corteza fluctuante de inmigrantes procedentes de todos los rincones de la península llegada a la capital de forma individual y con deseos de realizar una estancia temporal que le permitiera superar los baches económicos de una economía rural mediatizada por el clima y la precariedad técnica³⁷. En esencia, en estos años el tipo de procedencia de los recién llegados no cambió, diferenciado en dos grupos: “*uno procedente de las provincias marítimas y de las ciudades portuarias, y otro de las provincias cercanas*”³⁸. La estratificación bimodal era patente, destacando como emisoras de población con destino Madrid las dos Castillas (que sin contar con los llegados de la propia provincia madrileña alcanzaban el 21,48%) y la cornisa cantábrica (con un 11,37%, de los cuales el 7,76% procedían de Oviedo)³⁹. Los datos registrados sobre los inmigrantes residentes en Madrid a la altura de 1851 nos demuestran esta procedencia dual si nos atenemos a la distancia que recorrieron, distribución por otra parte lógica a tenor de la distribución geográfica de la población española⁴⁰.

Sin embargo, lo que sí cambió fue la asiduidad y la cuantía con la que los inmigrantes atravesaban las puertas de la ciudad. Se hacían largas colas en los fielatos de la Villa y Corte, donde se amontonaban los cientos de inmigrantes que llegaban a la urbe en busca de mayores expectativas de vida que las que poseían en sus lugares de origen. Unos inmigrantes que, además, ya no llegaban para realizar una estancia temporal y volver a sus lugares de origen pasado un tiempo. No, ahora lo hacían para quedarse. Se había iniciado el proceso de transformación de los movimientos migratorios preindustriales, caracterizados por ser de tipo estacional de corta y media distancia, cíclicos, asociados a los trabajos de índole agrícola o a las oportunidades laborales que el servicio doméstico de las grandes ciudades brindaba a la población de su *hinterland*⁴¹. Las transformaciones liberales en la titularidad y productividad de las grandes extensiones agrícolas, en especial con el envite desamortizador civil de Madoz, así como el enorme impacto que la incipiente actividad industrial de determinadas zonas de España tuvo en los mercados laborales, alteraron cualitativamente los movimientos migratorios⁴². Era un fenómeno que ya se había dejado notar desde principios de siglo, generando miedo en las ciudades, y convirtiendo sus murallas fiscales en parapeto de defensa ante la inminente avalancha rural.

“Todos los días entran en Madrid de 1.000 a 1.500 gallegos en busca de trabajo. Estos infelices que huyen de su país y del hambre vienen por el camino pidiendo limosna y llegan en un estado realmente lamentable”.

La Época, 14 de mayo de 1853.⁴³

³⁷ CARBAJO ISLA, M. F.: *La población de la villa de Madrid: desde finales de siglo XVI...*

³⁸ RINGROSE, D.: *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Alianza Universidad... pág. 84.

³⁹ TORO MÉRIDA, J.: “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59, Madrid, 1981, pág. 48.

⁴⁰ MORA SITJÁ, N.: “La inmigración en Madrid a mediados del siglo XIX: una primera aproximación”, comunicación presentada al *VI Congreso de la ADEH*, Granada, 2004.

⁴¹ Un interesante artículo que actúa de recopilatorio bibliográfico de las distintas aportaciones efectuadas desde distintas disciplinas al conocimiento de los movimientos migratorios interiores en: SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: “Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica”, en *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, Universidad de Zaragoza, nº 2, 2002, pp. 227-248.

⁴² GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K., *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996.

⁴³ Citado en: BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978, pág. 43.

Ya en 1826, los comerciantes, industriales y financieros madrileños pidieron a Fernando VII que prohibiera el paso a *“las infinitas familias que emigran desde todas las provincias del reino para acogerse al amparo de esta Villa”*⁴⁴. Fue una petición oída por unas autoridades municipales que adoptaron mano dura ante el inmigrante. No fueron ni uno, ni dos, ni tres, sino varios los bandos municipales que amenazaron con expulsar a los residentes en Madrid que no estuvieran censados y careciesen de trabajo. Según el bando municipal de 6 de noviembre de 1838, se cobraría una multa de 100 reales de vellón a aquellos vecinos que se hallasen en Madrid y que no estuvieran empadronados⁴⁵. El 22 de enero de 1841, el Ayuntamiento acordaba que en las obras municipales *“no se coloquen forasteros como jornaleros mientras haya naturales y vecinos de Madrid que lo soliciten”*, negándoles una de las pocas salidas laborales que ofrecía la ciudad⁴⁶. Sin embargo, el hecho de que tales llamamientos fueran repetidos constantemente nos indica que, o bien no se cumplían, o que nuevos inmigrantes aparecían dispuestos a ocupar el sitio de aquellos desafortunados que hubiesen sido expulsados, multados o excluidos de la contratación municipal. En 1851, el gobernador municipal ordenaba que *“visto el enorme número de mendigos que circulan por las calles y plazas de la capital y deseando evitar la molestia que causan al vecindario con sus peticiones inoportunas e infundadas cuando tienen un establecimiento benéfico donde albergarse... destinar rondas particulares para recoger a todos los pobres que se encuentren pidiendo limosna y trasladarlos inmediatamente al Asilo de San Bernardino”*⁴⁷. Tras el triunfo de la Gloriosa de 1868, el alcalde Nicolás María Rivero también acudió a tales medidas el 6 de diciembre de dicho año. En este bando, el alcalde constitucional argumentaba que, *“al emprender el Ayuntamiento las obras que actualmente sostiene, se propuso emplear en ellas el mayor número posible de los jornaleros de esta población, largo tiempo privados del trabajo por la crisis. [...] Pero esto, que debía haber causado una disminución notable en el número de parados, ha generado un aumento de los trabajadores empleados de las provincias inmediatas. [...] En vista de esto, no siendo justo que los trabajadores de otros municipios pesen sola y exclusivamente sobre el de Madrid”*, el alcalde Nicolás María Rivero dio orden de que *“los directores y encargados de las obras [cuidasen] de despedir a los trabajadores ocupados en ellas, que no [fuesen] vecinos de Madrid”*⁴⁸.

A la coerción municipal dirigida a reducir las posibilidades laborales de los inmigrantes y así la atracción de la ciudad sobre ellos, se le unió la actividad jurídica y legislativa liberal ejercida desde el Estado. Las leyes generales de Beneficencia de 1822 y 1849 ahondaron en el irreversible proceso hacia la nacionalización de la acción social sobre los necesitados, creando los socorros domiciliarios y abriendo la puerta a la constitución de las casas de socorro de distrito. Pero a mediados de siglo lejos se estaba todavía del cambio mental de que *“el socorro del infortunio no constituye un derecho por parte del desgraciado, si bien la mayor parte la consideran como un deber moral de la sociedad, que a su nombre ejerce la administración”*⁴⁹. Tan lejos, que la actitud punitiva todavía predominaba sobre la auxiliadora en los primeros compases del

⁴⁴ TORO MÉRIDA, J.: “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59, Madrid, 1981, pág. 47.

⁴⁵ CABALLERO, F.: *Noticias topográfico-estadísticas sobre la Admón. de Madrid*, El Albir, Barcelona, 1980, pág. 153.

⁴⁶ TORO MÉRIDA, J.: “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59, Madrid, 1981, pág. 47.

⁴⁷ AVM. Sección de Secretaría, negociado de Sanidad, signatura 11-387-37.

⁴⁸ AVM. Sección de Secretaría, signatura 4-406-22.

⁴⁹ DE BONA, F. J., *Anuario administrativo y estadístico de la provincia de Madrid para el año 1868*, Madrid, 1868. Citado en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunweg Editores, 2001, Madrid, pág. 438.

articulado liberal. En 1845, las Cortes promulgaban la Ley de Vagos, y en 1849 el Código Penal tipificaba en su articulado la vagancia como delito, ligándose en la práctica pobreza y delincuencia⁵⁰.

Pero ahí no acababan los problemas generados por la inmigración. Otros tres factores clave ayudaron a la quiebra definitiva de la ciudad preindustrial, a la obsolescencia del sistema económico madrileño y a la génesis de un cambio de mentalidad respecto a la reforma de la ciudad. En primer lugar, el constante aumento de la población de una ciudad que no crecía a lo ancho sino a lo alto, hizo aumentar tanto la densidad de ocupación del suelo y el hacinamiento de sus habitantes como el coste de los alquileres de las viviendas. Situación que se vería empeorada con la Ley de Inquilinatos de 1842, que dio luz verde a la liberalización de los alquileres por parte de los propietarios de inmuebles de todo el país, que en el caso madrileño comprendieron rápidamente el filón de beneficios que tal medida les reportaba en un mercado inelástico, en el que la demanda iba en constante aumento mientras la oferta permanecía inalterable⁵¹. Esta Ley, que derogó el auto otorgado de 1792 en el que se limitaba a los propietarios a modificar los alquileres de sus inquilinos cada diez años, generó unos claros vencedores y unos tristes derrotados. Bajo la defensa liberal del “*uso del legítimo derecho de propiedad*”, favoreció la acumulación de capital por parte de los propietarios en detrimento de las capas populares mediante el *laissez faire* en un momento clave, cuando repuntaba la inmigración hacia la ciudad y el horizonte dibujaba un porvenir de *vacas gordas* para los rentistas. Ácidamente, el editorial del periódico liberal progresista de *El Espectador*, agradecía al responsable de dicha Ley su labor:

“Los propietarios de casas de esta corte van subiendo considerablemente los alquileres a consecuencia de la nueva ley sobre inquilinatos. Con esto el vecindario está lleno de simpatías hacia el señor Mon. Las bendiciones de este heroico pueblo le seguirán hasta donde le lleve su destino, y la fama hará justicia a sus talentos financieros.”

El Espectador, 20 de febrero de 1845.

En segundo lugar, a medida que la cuantía de inmigrantes que atravesaban las puertas crecía, también lo hizo el consumo de abastos de la ciudad, todo ello en un mercado nacional dislocado, con graves dificultades internas de comunicación y una capacidad de producción agrícola limitada. Las consecuencias fueron crisis de subsistencias cíclicas, carestía y escasez de productos básicos como el pan, aumento de la mendicidad y la delincuencia, crispación social, debilidad de la población ante olas epidémicas, etc. Todo ello generaba un caldo de cultivo del que los instigadores políticos de turno sabían sacar tajada, instrumentalizando su descontento hacia sus

⁵⁰ BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social...*, pp. 42-59; CARASA SOTO, P.: “Pobreza y asistencia social en la España contemporánea. La Historia y los pobres: de las bienaventuranzas a la marginación” en *Historia social*, UNED, nº 13, 1992, Valencia, pp. 77-99; MAZA ZORRILLA, E.: *Pobreza y Beneficencia en la España Contemporánea (1808-1936)*, Ariel, Barcelona, 1999; VIDAL GALACHE, B. y VIDAL GALACHE, F.: “El impacto de la Ley de Beneficencia de 1822 en Madrid” en *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia Contemporánea*, nº 1, 1998, pp. 41-56.

⁵¹ DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 13-45. BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social...*, pp. 28-30.

objetivos. Ejemplos fehacientes de ello fueron el apoyo popular a las revueltas y revoluciones, triunfantes o aplastadas, de 1835, 1840, 1848, 1854 y 1868⁵².



Ilustración 1.5. Cuadro de óleo sobre lienzo titulado *Episodio de la Revolución de 1854 en la Puerta del Sol* realizado por Eugenio Lucas, copia de la realizada por Lucas Velázquez. Museo Historia de Madrid.

Por último, la masiva llegada de brazos jóvenes procedentes del campo en busca de empleo colapsó el mercado laboral de la ciudad. Los esfuerzos municipales por darles trabajo generó un *efecto llamada* mayor, creándose una bola de nieve en la que a más ayuda para el inmigrante parado, más crecía su cuantía. De hecho, el número de jornaleros contratados por el consistorio para las obras públicas no había hecho más que multiplicarse año a año. En 1826 fueron 200 jornaleros, en 1835 ascendieron a 500, en 1854 se contrataron a 5.400, y en 1868 se alcanzó la cifra de 16.000 jornaleros⁵³. *Jornalero*, denominación importada del campo y que marcó la faz socioeconómica de la ciudad desde mediados de siglo. El inicio de la proletarización, o según el lenguaje de la época, de la *jornalerización* del mercado laboral madrileño, fue consecuencia de la llegada masiva de inmigrantes rurales que, expertos en actividades agrícolas como la siega, la vendimia o la trilla, o en binar, edrar, escardar, sembrar o despampanar, de pronto se vieron reducidos a trabajadores no cualificados en un mercado laboral urbano del que eran marginados. En el caso de las mujeres inmigrantes, éstas pudieron refugiarse en un segmento laboral al que la sociedad liberal del siglo XIX las empezó a encasillar, el servicio doméstico⁵⁴. Pero en el caso de los varones, su horizonte vital no pasaba del mañana, en el que debía de buscar un nuevo trabajo, una nueva ubicación ya fuera cargando fardos o haciendo de repartidor de mercancías, cavando zanjas para el Ayuntamiento o recogiendo escombros. Estaba en ciernes *el reinado* del jornalero en el mercado laboral madrileño durante la segunda mitad del siglo XIX⁵⁵.

⁵² ESPADAS BURGOS, M.: “Evolución política de Madrid en el siglo XIX”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.) *Historia de Madrid*, UCM, Madrid, 1994, especialmente pp. 457-466.

⁵³ *Ibid.*, pp. 45.

⁵⁴ SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación... Op. Cit.*

⁵⁵ CARBALLO BARRAL, B.: “El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900” en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 69-93.

“El gran número de jornaleros de diversas artes y oficios que necesariamente acude a la capital de la monarquía como punto a propósito para encontrar trabajo, constituye de hecho en Madrid una gran parte de su población”.

*Diario de Madrid, 9 de julio de 1847.*⁵⁶

Fue la estrechez económica de las familias campesinas, consecuencia de la usurpación de sus derechos de uso sobre los terrenos comunales que habían perdurado siglos y de la conversión de dudosos derechos feudales y mayorazgos en propiedad plena sancionada por el liberalismo, lo que provocó su expulsión del campo y su huida hacia las ciudades⁵⁷. Su llegada a Madrid coincidió con la derogación del sistema gremial en 1834 y el incremento de la competencia nacional al artesanado madrileño, a esa ciudad *más industrial que industrial*. El artesanado madrileño, huérfano del respaldo gremial, poco competitivo en el mercado nacional e inadaptado ante los primeros embates de la organización capitalista de la producción, tuvo que hacer frente a la llegada con creciente fuerza de cientos de brazos desesperados y dispuestos a aceptar cualquier empleo sin importar el jornal a percibir⁵⁸. Empujados por la necesidad, los jornaleros recién llegados aceptaban jornales de 6 a 10 reales en una ciudad cuyos alquileres ascendían al mismo ritmo que se añadían alturas a los edificios construidos.

Madrid, que hasta principios de siglo pudo absorber a la población inmigrante en su tejido productivo, a mediados de éste todavía no había sufrido una transformación económica de calado que requiriese esa abundante mano de obra que atravesaba las puertas cada día. A diferencia de lo que ocurría en lugares como Cataluña⁵⁹, en donde las familias inmigrantes fueron incrementando sus posibilidades de acceder como mano de obra cualificada a las fábricas catalanas en cada generación, en el caso madrileño, el proceso fue el contrario: las familias nativas o residentes en la capital fueron perdiendo sus trabajos cualificados mientras se introducían en la espiral de la jornalerización sufrida por los inmigrantes rurales⁶⁰. La oferta de mano de obra no cualificada rebasó holgadamente su demanda.

“El aire de la Corte es semejante al tufo en una pieza cerrada, que sólo le perciben los que vienen de fuera.”

MESONERO ROMANOS, R.: *Obras jocosas y satíricas de El Curioso Parlante*, 1881.

⁵⁶ Citado en: TORO MÉRIDA, J.: “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59..., pág. 47.

⁵⁷ PUJOL, J.; GONZÁLEZ DE MOLINA, M.; FERNÁNDEZ PRIETO, L. y GARRABOU, R.: *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2001; SAAVEDRA, P. y VILLARES, R. (eds.): *Señores y campesinos en la península ibérica, siglos XVIII-XX*, Crítica, Barcelona, 1991, 2 Vols.; GARRABOU, R. (coord.): *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1992.

⁵⁸ SÁNCHEZ NIETO, J. A.: *Artesanos y mercaderes. Una historia social económica de Madrid (1450-1850)*, Editorial Fundamentos, Madrid, 2006, especialmente pp. 405-426.

⁵⁹ CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, Madrid, 1995.

⁶⁰ URQUIJO GOITIA, J. R.: “Trabajo y sociedad” en *Historia 16*, nº 59, Madrid, 1981, pp. 51-57.

1.2. Los cimientos del *Nuevo Madrid*.

“Agolpándose en Madrid gentes pobres y ricas de las provincias; éstas con intención de ampliar sus capitales en especulaciones lucrativas (...); apiñados estaban entonces los habitantes de Madrid; no había cuarto alguno desalquilado.”

MADOZ, P.: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Tomo X, Madrid, 1848.

Como bien indicaba Madoz en su *Diccionario* en 1848, no todos los que llegaron a la capital desde la década de los 40 habían sido expulsados del mundo agrario ni formaban parte de la *inmigración de la pobreza*. Contemporáneos a los anteriores, también hubo otro tipo de movimientos migratorios protagonizados por gentes acaudaladas de provincias, que venían voluntariamente a Madrid atraídos por el nuevo fulgor que desprendía la capital en construcción. Los motivos no eran nuevos, aunque sí había un cierto matiz: la condición que distinguía a Madrid de las demás urbes, su condición de principal centro político del país, se renovaba al pasar de ser Corte de una monarquía absolutista a Capital de una monarquía liberal. El cambio en el adjetivo no sólo se dejó notar en el origen de la soberanía, la división de poderes o la proclamación de una serie de derechos individuales. El cambio que más afectó a la ciudad procedía de la transformación administrativa y burocrática que trajo aparejada. La construcción del andamiaje liberal bajo la premisa, más o menos teórica, de la soberanía nacional, fue el resorte que hizo mutar la concepción de la ciudad⁶¹. De la noche a la mañana, Madrid, como ocurriera con las demás capitales europeas en estos años, fue concebida por los dirigentes liberales como la cabeza visible de la nación, la que debía brillar por encima de las demás urbes y dar ejemplo con su grandeza.

En 1831 abrió sus puertas la primera Bolsa española, la de Madrid; en 1836 la Universidad de Alcalá de Henares fue trasladada a la capital; en 1844 se constituía la Sociedad Mercantil Matritense y tres años después daba a luz el Banco Español de San Fernando; en 1850 se terminaban las obras del edificio que albergaría el Congreso de los Diputados; la Fábrica de la Moneda era un hecho en 1861, ocupando la actual Plaza de Colón; un año más tarde se aprobaba la construcción del edificio de la actual Biblioteca Nacional, el cual no estaría terminado hasta 1892. A la vez que se creaban o ampliaban ministerios y tribunales de Justicia, organismos que necesitaban centenares de empleados públicos para su puesta en marcha y mantenimiento, requerían un espacio físico en el que ubicar sus dependencias en un espacio urbano cada vez más denso⁶².

⁶¹ El proceso de conformación y consolidación del entramado liberal a la hora de *construir Estado*, y cómo ese proceso afectó al papel de Madrid dentro del país en: DEL MORAL RUIZ, J., PRO RUIZ, J. y SUÁREZ BILBAO, F.: *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007.

⁶² Aunque Madrid tenía cerca de 250.000 habitantes en 1850, cifra muy inferior a otras capitales como París o Londres, que ya poseían uno y dos millones y medio de habitantes respectivamente, sin embargo poseía una densidad de población superior a las de aquellas, correspondiendo a cada habitante una superficie de 26 m², por los 34 m² de París y los 100 m² de Londres.

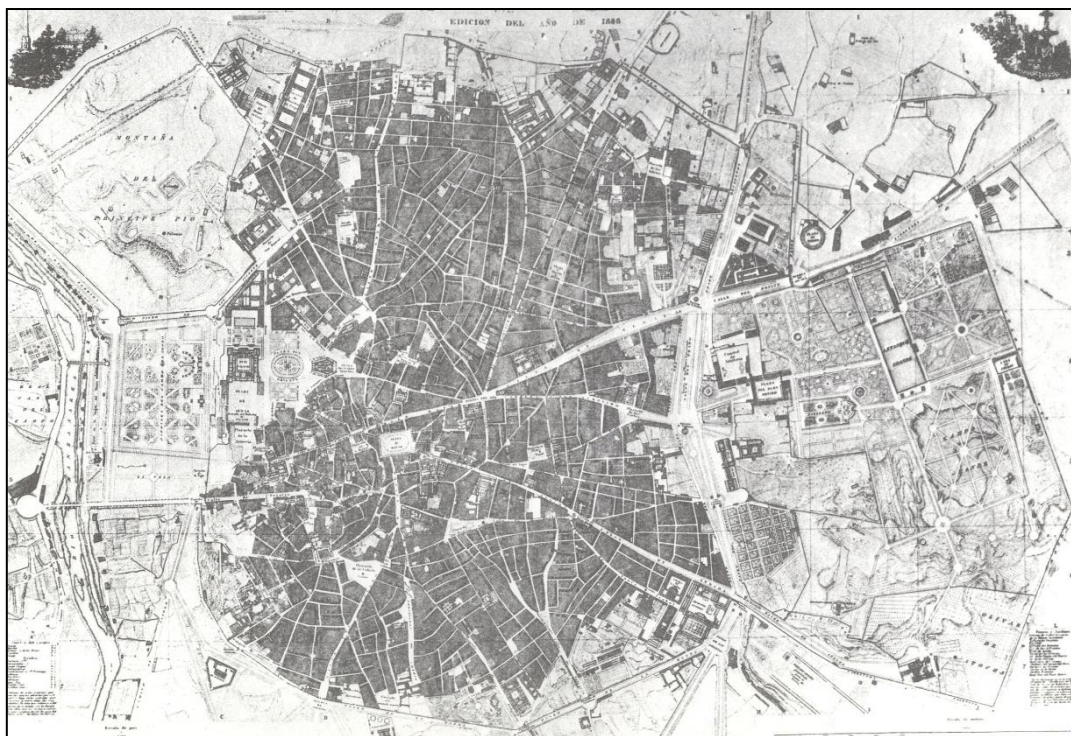


Ilustración 1.6. Plano de Madrid publicado por Francisco Coello y Pascual Madoz en 1848 en su obra *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*. Escala: 1:5.000. El plano es copia del que realizaron entre 1841 y 1846 los ingenieros de Caminos, Canales y Puertos Juan Merlo, Fernando Gutiérrez y Juan de Ribera.

Durante la primera mitad de siglo, las autoridades de Madrid, al igual que las de las principales capitales europeas, se vieron en la tesitura de abordar reformas urbanas que aliviasen el hacinamiento, redujeran la mortalidad, mejorasen la creciente circulación interior, generasen espacio para la integración de las nuevas infraestructuras y centros de producción industrial, y favoreciesen la edificación de nuevas instituciones que ampliasen la proyección económica, política y cultural de la capital hacia el resto del Estado⁶³. Las opciones para afrontar el problema fueron dos: realizar una reforma interior de la ciudad, o bien derribar sus barreras exteriores, de índole fiscal y militar, y ampliarla mediante la *urbanización* del espacio geográfico adyacente⁶⁴. Pero era una disyuntiva errónea ya que los dirigentes no llegaron a comprender manifiestamente que la solución a los múltiples problemas de convivencia, a las ingentes necesidades de alojamiento de la población, a la circulación interior y a los nuevos anhelos de la clase dirigente, no se solventarían sin una adecuada y decidida actuación en ambas esferas, interior y ensanche, entendidas como un todo homogéneo⁶⁵.

⁶³ HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Taylor & Francis e-Library, London, 2005.

⁶⁴ FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: "Los marcos de vida (1): el crecimiento de las ciudades", en *Los fundamentos de la España liberal (1834-1900)*, T. XXXIII de la *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 546-588.

⁶⁵ Es un craso error considerar históricamente antinómicas las propuestas de *reforma* o *ensanche*, puesto que la solución sólo se alcanzaría considerando a la ciudad como un todo y siguiendo la meta de transformar la urbe en su conjunto. COUDROY DE LILLE, L.: "Los ensanches españoles vistos desde fuera: aspectos ideológicos de su urbanismo" en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004, pp. 239-255. En España, únicamente Cerdá defendió de forma palmaria la interconexión estructural y temporal entre la reforma

La lucha entre ambas opciones, reforma interior *versus* ampliación de la ciudad, se dirimió principalmente durante el segundo tercio del siglo, siendo vencedora inicialmente la primera opción, la de la reforma de la ciudad preindustrial. La preferencia por esta iniciativa era lógica, ya que significaba *modificar* la fisonomía de una ciudad heredada que no había sufrido grandes transformaciones en siglos, y no *romper* con ella, dar un salto al vacío hacia la ampliación geográfica de la ciudad. Se apostaba por lo seguro, por lo ya conocido, a pesar de que en Europa ya se habían realizado ampliaciones urbanas racionalistas como la *New Town* de Edimburgo proyectada por James Craig en 1766, basada en un plano ortogonal como el que los europeos reproducían en sus colonias cuando fundaban nuevas ciudades. Sin embargo, la apuesta inicial de la reforma interior se reveló insuficiente tanto en Madrid como en el ámbito europeo en pocas décadas.

En el caso madrileño, la reforma interior perseguía el objetivo de liberar espacio urbano para la ampliación de sus calles y plazas, mejorar la densidad de población y levantar nuevos edificios públicos para hacer frente a las necesidades administrativas del Estado liberal. Esta búsqueda de suelo urbano libre durante la primera mitad del siglo se antojaba estéril ante una realidad apabullante: cuatro quintas partes del suelo urbano madrileño (el 80%) estaban en propiedad de *manos muertas*, tanto del clero (el 66%) como de la aristocracia (el 14%)⁶⁶. La empresa era difícil por no decir imposible a principios de siglo, dentro de una concepción aún precapitalista de la propiedad y de la indivisibilidad de las posesiones eclesiásticas. De hecho, de los 131 *edificios públicos y religiosos* señalados en el *Plano Geométrico de Madrid* de 1800 realizado por Fausto Martínez de la Torre, 116 eran iglesias, conventos y capillas, el 89% de los principales edificios de la ciudad a ojos del autor. De los primeros en intentar la reforma interior fue José Bonaparte, quien se esforzó por aliviar la congestión edilicia de Madrid mediante el derrumbe de varias iglesias, conventos y edificios nobiliarios para, mediante plazas y calles más anchas, reformar la aprisionada trama viaria madrileña. Esfuerzo que resultó en vano tras la llegada de Fernando VII al trono y su vuelta al absolutismo y a la defensa de la Iglesia⁶⁷. Sólo el proceso desamortizador liberal terminaría por dar solución a este problema.

La consolidación del liberalismo abrió la espita de “la transmutación de la “tierra” vinculante y vinculada en impersonal “suelo enajenable y fuente de lucro”, logrando así que el nudo gordiano se deshiciese⁶⁸. Tras los primeros y efímeros episodios desamortizadores acaecidos durante los años de gobierno de Godoy, José I y

interior y el ensanche de las ciudades. El resultado fue que, en vez de construir una urbe nueva y adaptar a ella el casco interior, se extrapoló al ensanche las características negativas de la vivienda (hacinamiento, falta de higiene y excesivos alquileres para las capas populares) existentes en el interior, debido principalmente, a la hegemonía de los intereses económicos privados respecto a la salud pública defendida por higienistas como Monlau, Seoane Sobral o Méndez Álvaro.

⁶⁶ BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978, pág. 27; MESONERO ROMANOS, R.: *El Antiguo Madrid. Paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa*, en SECO SERRANO, C. (ed.): *Obras de D. Ramón de Mesonero Romanos*, Tomo IV, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1967.

⁶⁷ El urbanismo madrileño del siglo XIX ha sido dividido en tres épocas ateniéndose al contexto político en el que se desarrollaron: un Madrid fernandino, un Madrid isabelino y un Madrid alfonsino en el que se incluye el Sexenio. En: NAVASCUÉS PALACIO, P. “Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)” en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Historia de Madrid*, Ed. Complutense..., pp. 400-439.

⁶⁸ MARTÍNEZ ANDALUZ, J. A.: “Préstamo privado y elites en el Madrid isabelino (1856-1868)” en *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1... pp. 491-504.

el Trienio Liberal⁶⁹, la desamortización auspiciada por Mendizábal en 1836 produjo la liberalización y el traspaso de cientos de propiedades (muchas más que en el conjunto anterior) pertenecientes a *manos muertas* en toda España. Si nos ceñimos al ámbito madrileño podemos observar la gran preponderancia del mercado de la capital en el conjunto español. La venta en Madrid de 540 fincas urbanas por un valor de 228,5 millones de reales supuso el 22,5% del volumen total de ventas registradas en todo el país. En la segunda gran desamortización, la de Madoz, iniciada en 1855, Madrid también fue el epicentro de las operaciones de compraventa, concentrando la quinta parte del valor vendido (200 millones de reales de un total de 1.000)⁷⁰. Entre ambas desamortizaciones se produjo “una *movilización extraordinaria de la propiedad urbana, que favorecerá la especulación del suelo*”⁷¹. En total, el 10% de la propiedad urbana madrileña cambió de manos, lo que se tradujo en una pérdida de inmuebles urbanos por parte del clero y la nobleza de cuna (obligada a vender para superar su crisis patrimonial) que fueron traspasados a sociedades inmobiliarias o a propietarios personales vinculados a la nueva burguesía de los negocios⁷².

Una transformación jurídica que recibió el apoyo de una de las partes afectadas, la nobleza de cuna, envuelta en un estrangulamiento económico estructural, rehén de unos elevadísimos gastos suntuarios que no podían ser cubiertos por las rentas agrarias que recibían de sus tierras vinculadas a los mayorazgos, tierras de las que poseían su usufructo pero no su capacidad para dividir las y/o venderlas⁷³. Con las desamortizaciones, la nobleza de cuna consiguió iniciar un proceso de disolución de sus deudas a través de la venta de sus propiedades rurales y urbanas y de la petición de numerosos préstamos privados a una pujante burguesía afincada en Madrid, que había hecho dinero gracias al comercio, el abastecimiento al Estado y las finanzas, y que se convirtió en la gran beneficiaria de las ventas de bienes desamortizados y del préstamo, ya que eran los únicos que disponían de liquidez suficiente para afrontar tales pagos⁷⁴. En estos años se cimentaron las fortunas de nombres como Caballero, Urquijo, Murga, Rivas, Chávarri, Norzagaray, Pérez Seoane, Fagoaga, Remisa, Finat, Manzanedo,

⁶⁹ Para un estudio en profundidad de las distintas desamortizaciones anteriores a la de Mendizábal y su repercusión en el entramado urbano madrileño consultar: BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Bilbao, 1983, pp. 72-96; RUÍZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976; MARTÍNEZ MARTÍN, J. “La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid durante el trienio constitucional” en *Desamortización y Hacienda Pública*. Madrid, 1986, vol. 2 pp. 357-376.

⁷⁰ MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La propiedad urbana en Madrid en la primera mitad del siglo XIX” en BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1, Alfoz-CAM-UCM, Madrid, 1986, pp. 23-87; BAHAMONDE MAGRO, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, J.: “La desamortización y el mercado inmueble madrileño (1836-1868)” en AAVV: *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, UCM, vol. II, 1982, pp. 939-956; SIMÓN SEGURA, F.: “La desamortización de Mendizábal en Madrid” en *Información Comercial Española*, febrero, 1967, Ministerio de Economía y Hacienda, Madrid, pp. 69-79.

⁷¹ BASSOLS COMA, M.: *Génesis y evolución del derecho urbanístico español (1812-1956)*, Montecorvo, Madrid, 1973, pág.66.

⁷² “Una burguesía la residente en Madrid que tiene sus focos originales de acumulación en la periferia, y su presencia en la capital se debe a que, además de ser la cúspide del poder, en ella existen los mecanismos financieros redistributivos de financiación”. BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social...*, pp. 18-19.

⁷³ BAHAMONDE MAGRO, A.: “Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)” en *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1986, pp. 325-375.

⁷⁴ Los protocolos notariales indican la gran preponderancia de prestamistas burgueses (el 75%) respecto al total mientras que la demanda de préstamos de origen nobiliario fue muy abultada y constante. MARTÍNEZ ANDALUZ, J. A.: “Préstamo privado y elites en el Madrid isabelino (1856-1868)” en *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1... pp. 491-504.

Bringas, Salamanca, Gaviria o Sevillano⁷⁵. Familias de comerciantes, banqueros y hacendados que, llegando de todas partes del país desde finales del siglo XVIII, fueron acumulando una gran masa de capital que redistribuían a sus lugares de origen⁷⁶.

Las desamortizaciones liberales convirtieron la ciudad de Madrid en un gran mercado inmobiliario en donde el monopolio del suelo generó grandes plusvalías y beneficios a sus nuevos propietarios. Fue la génesis de un nuevo mercado, el inmobiliario, todavía en ciernes, ya que hasta la década de los setenta y ochenta, una vez ratificado e iniciado el Ensanche, no se inició la tímida modernización de su sistema de promoción inmobiliaria⁷⁷. Pero los grandes compradores de suelo desamortizado, aquellos que adquirieron el 76% de las ventas, no buscaron erigir modernas promociones inmobiliarias. En la mayoría de los casos, la nueva oligarquía burguesa utilizó sus nuevas propiedades para erigirse elegantes palacetes y hoteles, prueba pública de su ascendencia socioeconómica, levantó edificios para así *vivir de las rentas*⁷⁸, y sobre todo, se dedicó a la especulación inmobiliaria. También hubo pequeños propietarios agrícolas, empleados y profesionales de la Corte que, empeñando sus ahorros, se jugaron todo a una carta: comprar un pequeño solar en el que erigir un modesto edificio para alquilar sus habitaciones y vivir de las ganancias desde entonces. Y en un contexto como el mencionado, con una demanda de habitación desbordante, lo cierto es que era jugar sobre seguro con una carta ya marcada. Muchos conventos y huertas desaparecieron, se abrieron plazas y se ensancharon calles, se reformaron viejos palacetes nobiliarios y otros muchos edificios cambiaron de uso. Se produjo el *esponjamiento* del casco urbano mediante la apertura de plazas como la del Progreso, la del Rey, Pontejos, Mostenses o la de Santo Domingo. De esta época datan también las alineaciones de las calles Arenal (1853) o Preciados (1854) y la definitiva reforma de la Plaza de Oriente, terminada en 1850⁷⁹.

⁷⁵ A modo de ejemplo puede servir el estudio realizado a uno de sus protagonistas, Francisco de las Rivas y Ubieta en: BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “*La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en la Restauración. El caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela. 1834-1882*”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)* Vol. 1..., pp. 523-594.

⁷⁶ BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”, en FUSI, J. P.: *España. Autonomías...* pág. 557. CRUZ, J.: *Los notables de Madrid, Op. Cit.* Para una mayor comprensión de las tácticas económicas llevadas a cabo por la burguesía madrileña en el siglo XIX consultar: BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina: Madrid 1856-1866*, UCM, Madrid, 1981.

⁷⁷ Un ejemplo claro fue la quiebra de la compañía inmobiliaria del marqués de Salamanca, *La Propietaria*. Según BAHAMONDE MAGRO, A. en *El horizonte económico...* pp. 184-193, su fundación fue “*el primer ensayo de acción coordinada de la burguesía especuladora para superar la iniciativa individual*”. RODRÍGUEZ CHUMILLAS, I.: “La modernización del sistema inmobiliario madrileño: vías de cambio y novedades en la promoción urbana del siglo XIX”, en BEASCOECHEA GANGOITI, J. M^a, GONZÁLEZ PORTILLA, M. y NOVO LÓPEZ, P. A. (Eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2006, pp. 507-528.

⁷⁸ RODRÍGUEZ CHUMILLAS, I.: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*. Los libros de la catarata, Madrid, 2002.

⁷⁹ Una visión cartográfica de los inmuebles desamortizados y su posterior uso en: PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunwerk Editores, Madrid, 2001, pp. 46-52.



Ilustración 1.7. Vista de la Carrera de San Jerónimo, erigiéndose a la izquierda el nuevo Congreso de los Diputados, situado en el solar desamortizado otrora ocupado por el convento del Espíritu Santo. Al fondo, a la derecha, se ve el Monasterio de los Jerónimos y un ala del Museo del Prado. Charles Clifford, 1853.

Hablar de las reformas del interior de Madrid realizadas durante la primera etapa isabelina es hablar de Mesonero Romanos, quien “desde 1835 [venía] personificando las reformas y las mejoras de Madrid”, ya fuera desde la buena acogida de sus célebres obras, como *Manual de Madrid* y *Escenas matritenses*⁸⁰, o desde su posición de concejal dedicado a las obras municipales⁸¹. En su *Proyecto de Mejoras Generales de Madrid*, aprobado en 1846, intentó airear la trama viaria de la ciudad (dividida ésta en cuatro grandes zonas), y aumentar el número de viviendas mediante la adicción de nuevas alturas a los edificios construidos, acercando la urbe al cielo. Mesonero no veía Madrid como lo hacía Larra, no vislumbraba su desparrame por unas cercas desportilladas, aún creía que la *copa* podía albergar más *helado*. Únicamente apoyó el *Curioso Parlante* la construcción extramuros en el caso de los cinco arrabales por él ideados (Chamberí, Venta del Espíritu Santo, las Yaserías, las cercanías del puente de Segovia y en el puente de Toledo), para que albergasen a aquellas clases “*activas e infelices que por conveniencia propia deben vivir separadas del centro, y poseer por una módica retribución el espacio, la ventilación, y demás circunstancia análogas a su sistema de vida*”⁸². Tal vez, en su elección jugaron intereses más mundanos, aquellos ligados a la condición de propietario y rentista de Mesonero Romanos, siendo así el caso de verse beneficiado por las subidas de unos alquileres y un precio del suelo que bien podrían haberse abaratado derribando las cercas⁸³.

⁸⁰ MESONERO ROMANOS, R.: *Manual de Madrid. Descripción de la Corte y de la Villa*, 1831; *Escenas y tipos matritenses*, 1851; *Nuevo manual histórico-topográfico-estadístico, y descripción de Madrid*, 1854.

⁸¹ En *La Ilustración. Periódico universal*. 5 de julio de 1851. Carta de respuesta de Nicolás Malo hacia la evaluación realizada por Mesonero Romanos de las propuestas presentadas en *El Diario Oficial de Avisos de Madrid* por el primero entre abril y junio de 1851.

⁸² MESONERO ROMANOS, R.: *Proyecto de mejoras generales de Madrid*, Espinosa y Cía, Madrid, 1846.

⁸³ Así lo sugiere BONET CORREA, A., en su estudio *El Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978, para explicar su enconada defensa de la cerca.

La joya de la corona de la reforma interior de Madrid fue, sin lugar a dudas, la Puerta del Sol, que coincidió con los últimos estertores de una concepción de la ciudad enarbolada por una burguesía rentista que salvaguardó a capa y espada sus intereses económicos oponiéndose a derribar la cerca y optando por “*no ensanchar a Madrid en tanto que hubiera medio de elevarle*”⁸⁴. Si la ciudad se engalanaba derribo tras derribo, plaza tras plaza, y edificación tras edificación, el principal escenario social y político no podía quedar marginado de aquel lavado de cara. En aquel lugar en que se ubicaba el inicio de todas las carreteras del país, y donde “*una pedrada [movía] ondas concéntricas en toda la laguna de España*” según la famosa greguería de Ramón Gómez de la Serna, iban a echar raíces los primeros brotes de la Modernidad⁸⁵.

Reforma de la Puerta del Sol (1853-1862)



Ilustración 1.8. Arriba, panorámica de la Puerta del Sol durante su reforma desde la Casa de Correos. Charles Clifford, 1857. En la imagen de abajo, vista de la reforma terminada. Jean Laurent, 1870.

⁸⁴ MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982, pág. 21. El autor recoge el dualismo proyectado por FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*. La Librería, Madrid, 2002 (facsímil de la edición de 1876), pág. 730. SAMBRICIO, C.: “Ideología, política y especulación urbanas en Madrid en la primera mitad del siglo XIX. El caso de la Castellana”, en *Quintana*, nº 3, Madrid, 2004, pp. 13-24.

⁸⁵ NAVASCUÉS PALACIO, P: “Proyectos del siglo XIX para la reforma urbana de la Puerta del Sol”, en *Villa de Madrid*, nº 25, 1962, pp. 64-81; ARNAIZ GORROÑO, M^a J.: “Un ejemplo de intervención en la ciudad decimonónica: la Puerta del Sol de Madrid”, en BONET CORREA, A (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, UCM, 1982, pp. 969-992.

El traslado del ministerio de la Gobernación a la Casa de Correos en 1847 y el reguero revolucionario que recorrió Europa el año siguiente aconsejaban la apertura de espacios en las angostas calles de la ciudad, siendo el empujón definitivo el triunfo de la revolución de 1854⁸⁶. La táctica de las barricadas urbanas transformaron el estrecho laberinto urbano en una *trampa mortal*, tal y como la *Revista militar* indicaba en 1848 en un dossier titulado significativamente “La guerra en las calles”, en donde se hacía un arduo repaso al uso de las barricadas en los principales conflictos urbanos europeos⁸⁷.

Era cierto que, a ojos de los madrileños, a pie de calle, la actuación urbanística de los adalides de la reforma interior de la ciudad era un éxito. “*Cualquiera que conociendo a Madrid desde treinta años poco más o menos compare su estado actual con el anterior, creará seguramente fabuloso el desarrollo que la propiedad ha experimentado a causa de las construcciones nuevas*”⁸⁸. La Modernidad comenzaba a irradiarse desde las obras de la Puerta del Sol, los nuevos edificios públicos, las calles más céntricas recién ampliadas y los nuevos palacetes erigidos por la burguesía. Además, esta obra, unida a los centenares de conventos derruidos, edificios levantados, calles empedradas y palacetes reformados convirtieron el sector de la construcción en uno de los más dinámicos de la ciudad, en el cual encontraron cobijo todos esos inmigrantes jornaleros que de manera creciente llegaban a la capital. El número de licencias de construcción ratificadas por el Ayuntamiento muestran a las claras su exponencial crecimiento. Sin embargo, todas estas intervenciones urbanísticas adolecieron de no poseer un plan homogeneizador, una visión de futuro hacia donde reconducir la ciudad, de ser “*medidas incompletas, reformas a medias, mejoras vacilantes*”⁸⁹. En palabras de Nicolás Malo, una de las muchas voces que presentaron planes de reforma de la capital durante estos años:

“... a pesar de las notables mejoras que se van adoptando, y que nosotros lejos de negar nos congratulamos en reconocer, a pesar de ello, a nuestro juicio, no se sigue un sistema fijo, sino que se obra eventualmente, no se procede con plan seguro, sino consultando las necesidades del momento; es decir, se piensa hoy para mañana, no para dentro de algunos años”.

Diario Oficial de Avisos de Madrid, 19 de abril de 1851.

La opción de la reforma interior de la ciudad se ahogaba entre escombros, piquetas y especulación. No siguió un plan marcado de antemano y coherente, como el que el barón Haussmann llevara a cabo en París o Bazalgette, Nash o Pennethorne en Londres⁹⁰. Prueba de ello fue el estrepitoso fracaso cosechado a la hora de *esponjar* la ciudad, ensanchar sus calles y reducir su hacinamiento más allá del centro neurálgico de la Villa. En 1853, año en que comenzó el desfile de proyectos que culminaría con la reforma de la Puerta del Sol, 200 de las 530 calles que componían Madrid, nada más y nada menos que el 38% del total, apenas alcanzaban los 6 metros de anchura, la mayoría

⁸⁶ URQUIJO GOITIA, J. R.: *La revolución de 1854 en Madrid*, Instituto de Historia Jerónimo Zurita, Madrid, 1984.

⁸⁷ Dossier “La guerra en las calles”, en *La revista militar. Periódico de arte, ciencia y literatura militar*, Tomo III, 2º semestre de 1848, pp. 550-556.

⁸⁸ En *La España*, 7 de abril de 1857.

⁸⁹ En *La Ilustración. Periódico universal*. 5 de julio de 1851.

⁹⁰ PICARD, L.: *Victorian London. The life of a city, 1840-1870*, Phoenix, London, 2006, pp. 27-40; HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Taylor & Francis e-Library, London, 2005, pp. 97-106; PINON, P.: *Atlas du Paris haussmannien. La ville en héritage du Second Empire á nos jours*. Parigramma, Paris, 2002.

no alcanzaban los 9 metros, y de la veintena que disfrutaban de una holgura de 18 metros, muchas se situaban en la periferia⁹¹. Triste realidad para una ciudad que aumentaba de población año a año, ascendía piso a piso, pero oficialmente no se ampliaba ni un metro cuadrado.

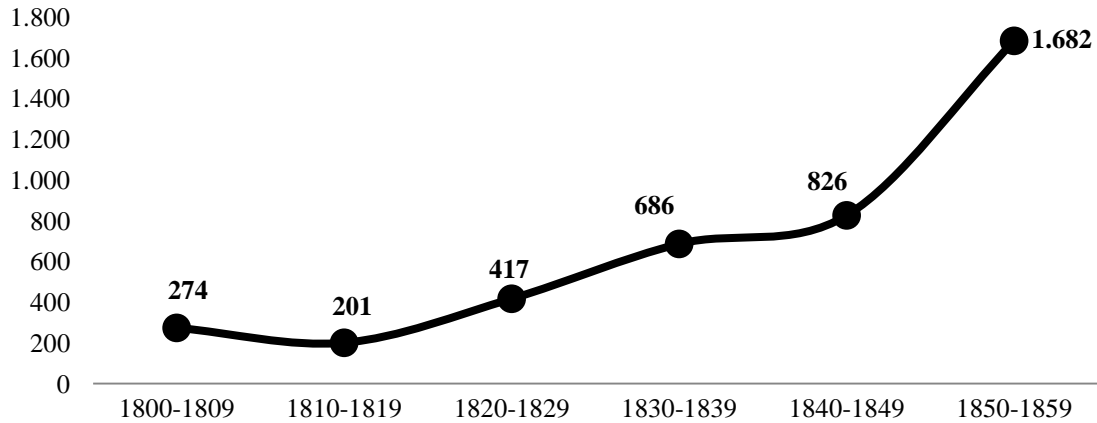


Figura 1.4. Número de licencias de construcción expedidas por el Ayuntamiento de Madrid entre 1800 y 1859. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por Ángel Bahamonde Magro y Julián Toro Mérida en *Burguesía, especulación...*, Op. Cit., Siglo XXI, Madrid, 1978, pág. 217.

Oficialmente no, pero sí de forma oficiosa mediante la adopción de dos medidas que precedieron al plan de Ensanche, una tomada voluntariamente por las autoridades, y otra aceptada a la fuerza, por la cual se amplió el espacio urbano de la capital más allá de la cerca. La primera de ellas fue la de generar más suelo urbano ante su ausencia en el casco histórico gracias a la realización de lo que podríamos denominar un *ensanche interior* a costa de la urbanización de las posesiones reales de Argüelles y el Retiro, situados en los extremos occidental y oriental de la Villa. Fue el último cartucho para la absorción de más población en el interior de la cerca. Y llegó tarde, ya que la colmatación de este nuevo suelo urbanizable acabó fundiéndose con la propia puesta en marcha del Ensanche de Castro⁹². La segunda, fruto de la asfixiante colmatación del interior y de los desorbitados precios de los alquileres, fue la permisividad municipal ante el rápido levantamiento de los arrabales de Chamberí y Peñuelas, responsables de una buena parte del incremento de las licencias municipales concedidas en la década de los 50.

El rostro de la ciudad había recibido un nuevo barniz, pero su corazón seguía siendo el mismo, anclado en una economía aún precapitalista, más industriosa que industrial, a pesar de las punzadas dinamizadoras del despliegue de la administración liberal y del auge del mercado inmobiliario y la construcción. Ambos segmentos eran pujantes en la ciudad porque movían grandes capitales y un buen cúmulo de trabajadores, proporcionando empleo a parte de los inmigrantes recién llegados. Pero no

⁹¹ COUDROY DE LILLE, L.: *L'Ensanche de población en Espagne: invention d'une pratique d'aménagement urbain (1840-1890)*, Tesis doctoral, París X-Nanterre, 1994. En PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea*, Op. Cit., pág. 49.

⁹² DÍEZ DE BALDEÓN GARCÍA, A.: "El nacimiento de un barrio burgués: Argüelles en el siglo XIX", *Norba Arte*, nº 13, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1993, pp. 231-268; CARBALLO BARRAL, B.: *Los orígenes del Moderno Madrid: El Ensanche Este (1860-1878)*, UCM, 2007, E-PrintsUCM: <http://eprints.ucm.es/6336/>.

eran suficientes por sí mismos para lograr la modernización del tejido productivo madrileño. La ciudad todavía se hallaba impregnada de la pugna entre la *quietud* y el *cambio*, entre la *pervivencia* y la *Modernidad*, por mucho que la Puerta del Sol y sus aledaños hubieran quedado más lustrosos, la burguesía de los negocios hubiera alcanzado un hueco en la cúspide social, y los empleados a cuenta del Estado aumentarían cada año⁹³. De hecho, a la altura de 1860, el mismo año en que sería ratificado el Anteproyecto de Ensanche de Castro, el mercado laboral madrileño sólo mostraba tímidos rasgos de cambio: permanecía la preponderancia del artesanado manual afincado en pequeños talleres en donde trabajaban todos los miembros de la familia, mientras que en un segundo nivel aparecían ya la figura del jornalero urbano (en franco avance), el empleado (muy ligado al Presupuesto) y un servicio doméstico ya feminizado.

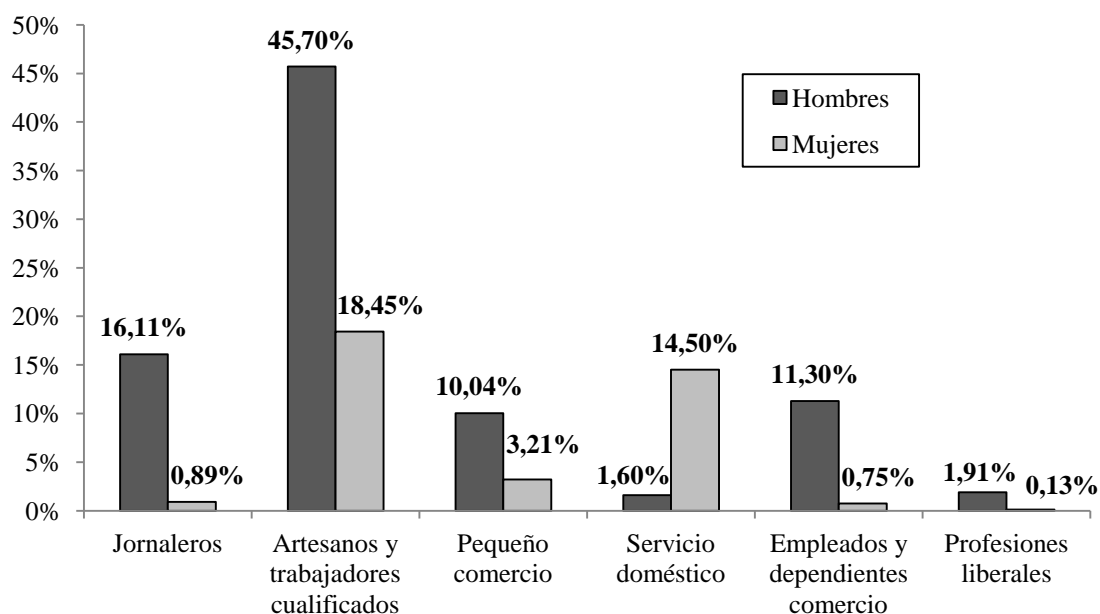


Figura 1.5. Mercado laboral madrileño del barrio de Corredera en 1860. Personas mayores de 12 años. Fuente: GONZÁLEZ PALACIOS, D.: *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*, UCM, Memoria de Máster dirigida por Luis Enrique Otero Carvajal, 2008.

A pesar de las profundas transformaciones que acaecían diariamente en Madrid ligadas a la capitalidad liberal o al rezumado goteo de inmigrantes, y de las cuales los madrileños eran protagonistas conscientes, la ciudad todavía no se había sumado con fuerza a la senda de la modernización económica. Los vientos de cambio se colaban entre las grietas de sus descascarilladas cercas de adobe, pero el actor principal en todo el horizonte europeo, la industrialización, y sus hijas, las fábricas, el humo y la concentración fabril, eran conocidas de oídas. Estos fenómenos aún se resistirían a llegar con fuerza durante todo el siglo XIX.

El principal *hándicap* que se le presentó a la capital, propia de su situación geográfica y con el que no tuvieron que lidiar capitales europeas como París, Londres, Viena o Berlín, fue su lejanía de las principales rutas comerciales y de comunicación⁹⁴.

⁹³ BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Quietud y Cambio en el Madrid de la Restauración” en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)* Alfoz-CAM-UCM, Vol. 1, Madrid, 1989, pp. 21-28.

⁹⁴ HERRANZ LONCÁN, A.: “La reducción de los costes de transporte en España (1800-1936), en *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, 2005, pp. 183-206.

Madrid se hallaba a centenares de kilómetros del mar, y no poseía ninguna vía navegable como el Sena en París, el Támesis en Londres, el Tago en Lisboa, el Danubio en Viena o el Spree en Berlín. Madrid sólo disponía de “*un aprendiz de río*” a ojos de Quevedo como el Manzanares, aquel cuyo eximio caudal generó tal lástima en Alejandro Dumas que se inclinó para darle una limosna en forma de vaso de agua. Un río que ni pudo ser usado como vía navegable ni proporcionar el suficiente caudal para sostener el incremento demográfico de la ciudad en el siglo XIX. Hasta que Madrid no venciera su relativo aislamiento económico y mejorase su abastecimiento de aguas, no rompería definitivamente las cadenas del pasado.

Este pensamiento reinaba en el ambiente, y fue expresado en voz alta por varias personalidades de la capital, interiorizándolo la sociedad. De este modo, Pascual Madoz aseveraba en 1848 en su *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España* que...“*Madrid no podía ser considerado como centro industrial y mercantil de la nación española: palabras que demuestran que la capital de España no tiene, proporcionalmente hablando, la importancia que por ambos conceptos cuentan París y Londres, Viena y Bruselas y otras muchas cortes europeas. Falto nuestro país de medios de comunicación, sin aguas y combustibles las cercanías de Madrid, ni es hoy, ni podrá ser en mucho tiempo, mientras dos líneas ferriles no aproximen esta villa a los dos mares, un punto considerable bajo su aspecto fabril*”. En su caso, Pedro Felipe Monlau, médico y escritor, añadía dos años después en su *Madrid en la mano o El Amigo del Forastero en Madrid y sus cercanías*, que “*la escasez de aguas y de combustibles y, sobre todo, la falta de vías de comunicación rápida, segura y múltiple [eran] las causas principales de esta diferencia*” respecto a las demás capitales europeas. Incluso alguien tan poco objetivo en relación a su Madrid como Mesonero Romanos, reconocía en su *Nuevo Manual histórico-topográfico-estadístico y descripción de Madrid* que “*la industria de Madrid, por muchas causas que sería prolijo enumerar, y más principalmente por la escasez de aguas y carestía de combustible y mano de obra, está limitada generalmente a surtir las necesidades del vecindario, sin haber apenas fabricación, que en concepto de tal haga comercio exterior con sus productos*”⁹⁵. Estas quejas no cayeron en saco roto ya que en el Real Decreto del 8 de abril de 1857 en el que se iniciaban los trabajos para la realización del Ensanche, se volvería a insistir en la misma idea.

Carencia de vías de comunicación rápidas, combustibles y aguas. Ése era el mal de Madrid según el *diagnóstico* de Madoz, Monlau o Mesonero Romanos. En la década de los 50 se erigieron los tres pilares sobre los que se sustentaron los cimientos del *Nuevo Madrid*: Ferrocarril, Agua y Ensanche⁹⁶. El 9 de febrero de 1851, los habitantes de Madrid oyeron por primera vez el penetrante silbido de la máquina de vapor de un tren saliendo del *Embarcadero de Atocha*, el que inauguraba la línea Madrid-Aranjuez, tres años después del Barcelona-Mataró, el primer trayecto del país. Los *humos* de la industrialización llegaban a la ciudad, aunque lejos quedaban de los asfixiantes niveles de Manchester, Liverpool, Birmingham, Leeds o la imaginaria *Coketown* de Charles Dickens. En poco tiempo, la primera columna de humo industrial de Madrid se fortaleció gracias a la ratificación de la Ley de Ferrocarriles de 1855. En 1858 se

⁹⁵ Extractos citados en: BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978, pp. 212-213.

⁹⁶ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008; y también de los mismos autores: “Madrid a las puertas de la modernidad”, en NICOLÁS MARTÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C.: *Ayeres en discusión (recurso electrónico)*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008.

produjo la conversión del reducido Embarcadero de Atocha en Estación para dar cobijo a la Compañía de los Ferrocarriles de Madrid-Zaragoza-Alicante (MZA) del marqués de Salamanca, incrementando exponencialmente su capacidad. Además, al año siguiente se iniciaban las obras de la estación de la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, que cubría el trayecto Madrid-Irún, a los pies de la montaña del Príncipe Pío. La estación de Atocha se añadía a la primera generación de estaciones ferroviarias europeas, como las *Gare du Nord*, *Gare de l'Est* o *Gare de l'Ouest* parisienses, la de *Waverley* en Edimburgo, las londinenses *King's Cross*, *Paddington*, *Euston*, *Victoria* o *Waterloo*, la *Lime Street station* de Liverpool, la de *Victoria* en Manchester, la *Hamburger Bahnhof* berlinesa, la *Delftsche Poort* de Rotterdam o las vienesas *Gloggnitzer* y *Raaber Bahnhof*.

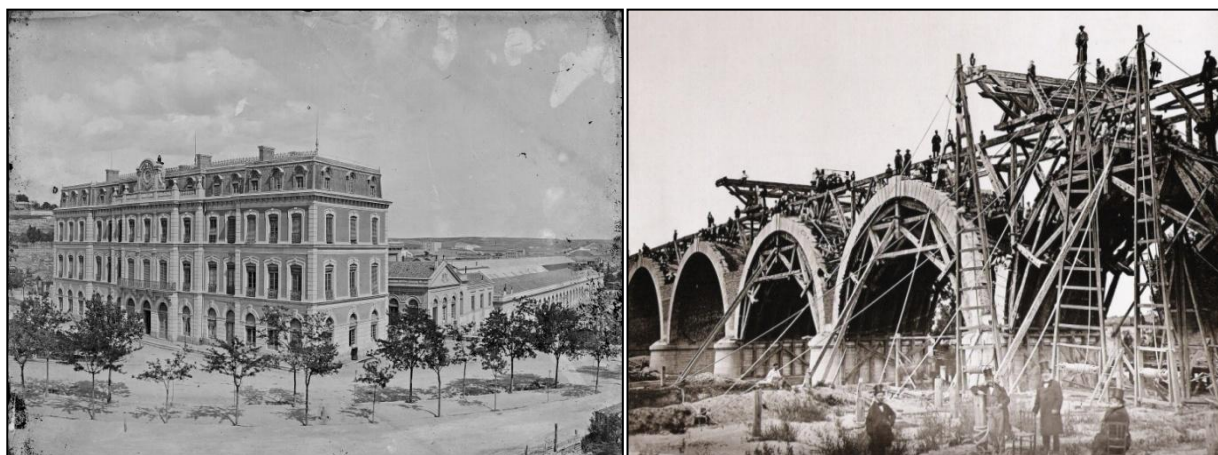


Ilustración 1.9. Izquierda. Vista general de la estación del Mediodía, Jean Laurent, h. 1865. Fuente: Archivo Ruiz Vernacci, IPHE. Derecha. Construcción del Puente de los Franceses, Charles Clifford, 1859. Fuente: Colección Martín Carrasco.

De esta forma, Madrid se acercaba a la costa y a los principales centros de producción españoles, a la vez que se reducían los costes del transporte de personas y mercancías (entre el 7 y 87% en tiempo y entre el 3 y 85% en costes según el trayecto⁹⁷), y se engranaba el mercado nacional. Además de transformar la morfología urbana de la ciudad para siempre⁹⁸, también dinamizó su estructura económica: se consolidó como el principal mercado consumidor del país, fomentó la competencia, facilitó la inmigración y fue el origen de su conversión en una plaza fuerte en la redistribución de mercancías a nivel nacional⁹⁹.

También se inició en 1851 la andadura del segundo de los tres pilares que propiciaron la llegada de la Modernidad a Madrid. En este año se iniciaron las obras que traerían el caudal del río Lozoya al corazón de la ciudad. La construcción del Canal de Isabel II movilizó cientos de trabajadores por toda la provincia, ocupados realizando

⁹⁷ GÓMEZ MENDOZA, A.: "El viaje en el Madrid de Pérez Galdós" en VV. AA. *Madrid en Galdós, Galdós en Madrid*, CAM, Madrid, 1988, pp. 183-262; BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Atlas histórico de las comunicaciones en España, 1700-1998*, Lunberg-E.P.E. Correos y Telégrafos, Barcelona, 1998.

⁹⁸ GONZÁLEZ YANCI, M^a Pilar: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1977.

⁹⁹ GÓMEZ MENDOZA, A.: "Ferrocarril, abastecimientos y mercado nacional: Madrid, 1875-1931", en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*..., Vol. 1, pp. 351-375.

zanjas, túneles, acueductos, presas y canalizaciones para llevar agua fresca y abundante a una población en aumento¹⁰⁰. Los siete viajes subterráneos de agua potable de los que se había abastecido históricamente la ciudad, filtrados por el subsuelo hasta las fuentes públicas y suministrada a las casas por los aguadores, habían sido suficientes para un núcleo urbano que nunca había sobrepasado los 200.000 habitantes¹⁰¹. Pero ese techo demográfico se había roto, haciéndose notoria su escasez y la necesidad de transformar su aprovisionamiento. El Canal no fue sólo una empresa dedicada al aumento del consumo de agua potable por habitante, de sólo 6,5 litros/día en 1855¹⁰². Inaugurado finalmente en 1858 tras siete años de arduos trabajos, el Canal trajo las aguas del Lozoya a la población y el caudal necesario para proveer el despegue de las primeras fábricas madrileñas.



Ilustración 1.10. Obras de construcción del Canal de Isabel II. Acueducto de Amaniell, aún en pie, Charles Clifford, ca. 1856. Fuente: Biblioteca Nacional de España (BNE).

Ferrocarril, agua y Ensanche. Esta tríada fue la que sustentaron los cimientos de la modernización de Madrid. Cada uno de estos elementos era indispensable por sí mismo, pero requerían a su vez de los otros dos para que su potencialidad se verificase. A la altura de 1855, los dos primeros eslabones ya estaban encauzados, no así el tercero, el Ensanche. La ampliación de la ciudad era fundamental para que hubiera suelo disponible donde albergar a los inmigrantes que ahora no sólo entraban por las puertas, sino que también lo hacían desde los andenes. La moderna actividad económica que la dinámica de la industrialización acarreó consigo (como el propio ferrocarril) necesitaba espacios mucho más amplios que los apretujados solares del interior ofrecían.

¹⁰⁰ ESPINOSA DE ROMERO, J. y GONZÁLEZ REGLERO, J. J. (coord.): *1851, La creación del Canal de Isabel II*, 2 Vols., Fundación del Canal Isabel II, Madrid, 2001.

¹⁰¹ GEA ORTIGAS, M^a I.: *Los viajes de agua de Madrid*, La Librería, Madrid, 1999.

¹⁰² PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunwerg Editores, 2001, Madrid, pág. 54.

La idea de ampliar la ciudad, de *ensancharla*, se fue abriendo paso progresivamente, resultando a los ojos de Benito Pérez Galdós que:

“Las costumbres de Madrid se transformaban rápidamente... esta orgullosa Corte iba a pasar en poco tiempo de la condición de aldeota indecente a la de capital civilizada. Porque Madrid no tenía de metrópoli más que el nombre y la vanidad ridícula. Era un payo con casaca de gentilhombre y la camisa desgarrada y sucia. Por fin, el paleto se disponía a ser señor de verdad.”

PÉREZ GALDÓS, B: *Fortunata y Jacinta*, 1887.

1.3. La tensa espera.

“El periódico La Península habla de no sabemos qué proyectos de alinear y ensanchar a Madrid. (¡Risum teneatis! Diría la farola de la Puerta del Sol al oír tales ínfulas)”

La Esperanza, viernes 20 de marzo de 1857.

Pocos días antes de que Claudio Moyano firmara el Real Decreto y que se iniciaran los trabajos que darían lugar al Ensanche de la ciudad, el periódico *La Península* recogía dichos proyectos, y *La Esperanza* se hacía eco con un evidente escepticismo. Las reformas urbanísticas de la ciudad eran numerosas, pero tardaban su tiempo, en la mayoría de los casos demasiado, de ahí la ácida mención a la Puerta del Sol, cuya remodelación había echado a andar en 1853 con las primeras propuestas y cuyo fin no vería la luz hasta 1862.

Uno de los principales artífices de la desamortización de 1836, Juan Álvarez Mendizábal, presentó años más tarde dos proyectos de ampliación de la capital que no llegaron nunca a cumplirse, uno en 1843 y otro en 1847. El primero, presentado al ayuntamiento madrileño, y en la línea liberal de reducir las trabas al comercio interior, cargaba con dureza contra el cercamiento de la ciudad y la excesiva presión impositiva que sufría cualquier artículo que se introducía en la capital. Afirmaba que los derechos de puertas eran la causa principal del hacinamiento interior, por lo que impelía al Consistorio a derruir dicha cerca y facilitar la construcción allende el centenario perímetro¹⁰³. Sin noticias de su resolución y exiliado temporalmente en Francia tras la caída de Espartero, Mendizábal presentó la iniciativa privada, vinculada a capital extranjero¹⁰⁴, basada en el canje de una serie de fincas urbanas del interior de la ciudad a cambio de la construcción de diversas dependencias e infraestructuras en el exterior de la cerca (paseos, puentes, hospitales, cuarteles, etc.) que sí prosperó.

Entre ambas solicitudes se produjo el antecedente directo del Ensanche de Castro cuya resolución marcó claramente el desarrollo posterior. El consistorio de Madrid recibió el 23 de diciembre de 1846 una R. O. firmada por el ministro de

¹⁰³ Proyecto citado en FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *El futuro Madrid*. (introducción de BONET CORREA, A.) Los Libros de la Frontera, Barcelona, 1975, pp. 75-76.

¹⁰⁴ SAMBRICIO, C.: “Ideología, política y especulación urbanas en Madrid, *Op. Cit.*, pág. 14.

Gobernación Pedro José Pidal el día 6 de este mes, con la que fue entregado un “*croquis del aumento de extensión que parece conveniente señalar a la capital*” por su parte norte elaborado por el ingeniero Juan Merlo. La R. O. argumentaba que:

“Hace tiempo que es objeto de una especial atención de S. M. el considerable aumento que de día en día adquiere la villa de Madrid... Este desarrollo tendrá que ser aún mayor cuando surtida la población de aguas abundantes, objeto de general y fundada expectación... y perfeccionadas las grandes líneas de comunicación que, partiendo de Madrid como centro común la enlacen todas las ciudades y puntos del reino, llegue, como es de esperar, a realizarse alguno de los caminos de hierro proyectados...”

*Las causas enunciadas reclaman... la consideración de que se trata de una gran población que es al mismo tiempo la capital de la monarquía. Desde luego ha creído S. M. que era llegada la ocasión de ensanchar los actuales límites de Madrid, harto reducidos ya para la población que por esta causa se ha aglomerado en casas de altura desmedida.”*¹⁰⁵

A modo de previsión, el Gobierno pretendía establecer un ensanche urbano de la capital, “*retirando sus tapias y ronda del Norte desde el encuentro de la cuesta de Areneros con el paseo de San Bernardino hasta el ángulo N. del Retiro*”. Los límites espaciales del proyecto de Merlo, cuyo coste calculó en tres millones de reales, fueron muy inferiores a los que presentaría el propio Castro un decenio después, lo cual no le libró de ser considerado por Mesonero Romanos (a la sazón vocal de la Comisión de Obras del Ayuntamiento y gran influyente en la política urbanística del mismo) como excesivo incluso para las futuras necesidades de “*los hijos de nuestros hijos*”¹⁰⁶. El proclamado cronista de Madrid, desde su ascendencia municipal rechazó de plano otorgar el apoyo del gobierno de la ciudad al proyecto de ampliación de Merlo alegando que “*ni la necesidad ni la concurrencia reclaman por ahora aquella gigantesca medida, ni desgraciadamente está de acuerdo con ella los medios de llevarla a cabo*”¹⁰⁷.

No era de extrañar esta contestación de manos de quien había presentado meses antes el *Proyecto de Mejoras Generales de Madrid* en el que defendía que “*lo que ahora conviene a Madrid, no es tanto la extensión de sus límites, como la regularización y aprovechamiento del espacio que hoy ocupa*”¹⁰⁸. Después de utilizar para su argumentación, como condicionantes negativos al Ensanche, el aprisionamiento que el Manzanares ejercía sobre la ciudad en su lado este y sur, el uso fiscal insustituible de la cerca y la escasez de aguas existente, aseveraba, sin ninguna capacidad previsora, que dicha ampliación no era necesaria ni urgente porque todavía no existían arrabales extramuros que así certificasen la insuficiencia del recinto urbano interior, aseverando que con los cinco arrabales que él ratificaba en este mismo proyecto, sería suficiente para albergar a la inmigración llegada a la capital durante años. El proyecto de Juan Merlo encontró su muerte administrativa a manos de Mesonero Romanos, quien consiguió el apoyo necesario para llevar a cabo su *Proyecto de Mejoras* en los años siguientes sin que se lograra derruir la cerca que seguía

¹⁰⁵ DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX...* pág. 29.

¹⁰⁶ Expresión acuñada a Mesonero Romanos por FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A. en su *Guía...* pág. 742.

¹⁰⁷ RUÍZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo...* pág. 317.

¹⁰⁸ El texto íntegro presentado por MESONERO ROMANOS, R. y aprobado por el Ayuntamiento en: *Obras de D. Ramón Mesonero Romanos*, (Ed. de SECO SERRANO, C.), Tomo IV, Atlas, Madrid, 1967, pp. 282-302.

asfixiando a Madrid. La realización final del Ensanche de Madrid, superando la alicorta concepción de la mera reforma interior, no fue más que una victoria a los puntos, aunque más que una victoria sería más fidedigno afirmar que fue una derrota del oponente por desgaste. El acoso y derribo de toda iniciativa a favor del Ensanche, unido a los síntomas evidentes del agotamiento e ineficacia de las reformas interiores para solventar la crisis urbana en la que se hallaba inserta Madrid, crearon un estado de opinión pública favorable al derrumbe de las tapias y a la ampliación de la ciudad. De esta forma, en 1852, cinco años antes del inicio del anteproyecto de Ensanche, y ocho antes de su ratificación, en el periódico *La Opinión* y recogido posteriormente por *El Clamor Público*, se lanzaba una cuestión candente al aire, a la espera de que alguien pudiera responderla racionalmente:

“Sabido es que una de las cosas peor sanas para la salud es la acumulación de seres vivientes en un estrecho recinto; sabido es también que las casas de Madrid van pareciendo torres y las habitaciones celdillas de abejas; sabido es asimismo que se enferma del pecho subiendo muchas escaleras, y se tiene mal color faltando la ventilación. Pues si todo eso se sabe ¿por qué en lugar de ensanchar a Madrid hacia arriba no se ensancha hacia los lados? ¿Tiene culebras el suelo que media desde las tapias de la ronda Chamberí? Ninguna casa debía tener más de dos pisos.”

El Clamor Público, 6 de junio de 1852.

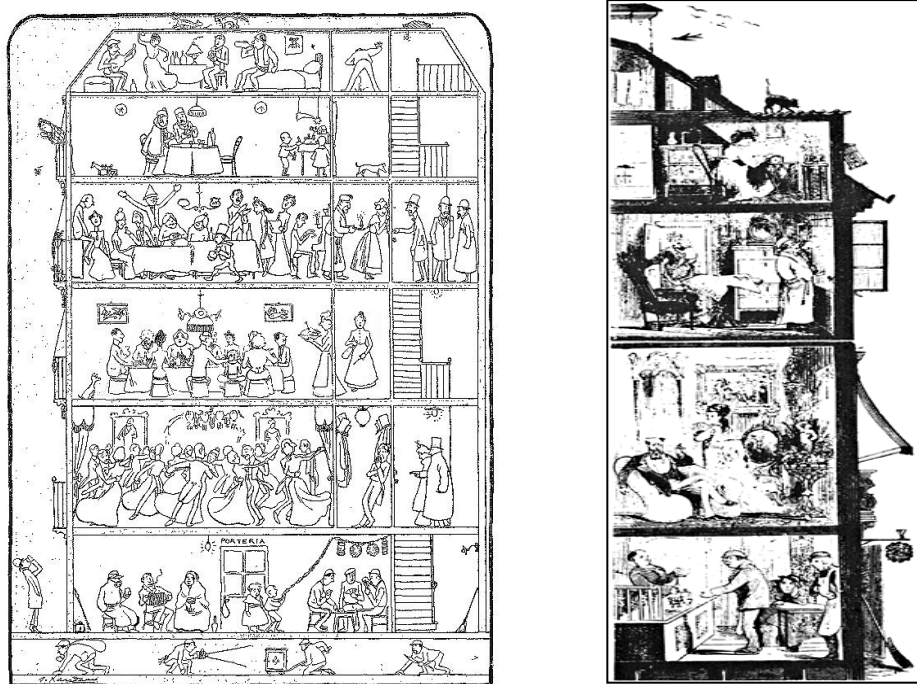
Y es que a la población no se le escapaba la realidad, la sufría. Sabía de sobra que los alquileres subían como “*esa chocolatera olvidada sobre las brasas*” de Larra año a año por culpa de la Ley de Inquilinatos de 1842, y más aún en una población cercada como la madrileña a la que llegaban inmigrantes día sí día también. En 1851 la ciudad superaba los 234.000 habitantes por primera vez en su historia, los cuales residían en un recinto delimitado dos siglos atrás, y sin embargo existían un total de 2.004 habitaciones de todo tipo desalquiladas en la capital por culpa de la fortísima especulación¹⁰⁹. Las grandes reformas urbanísticas interiores emprendidas por las autoridades liberales, del mismo espíritu que las que se estaban realizando en París, Viena, Londres o Berlín¹¹⁰, unido al incremento de la inmigración y a la liberalización del precio de los inquilinatos a partir de la ley de 1842, provocó un ciclo alcista no sólo de alquileres, sino también del valor del suelo urbano y de los inmuebles ya construidos, tasados sobre la estimación de las rentas que podían obtenerse del alquiler de la superficie ya edificada (o en situación de serlo en el caso de los solares), en un contexto de cierto oligopolio del suelo madrileño y de escasa elasticidad por culpa de las cercas que impedían expandir la ciudad. Este incremento de los precios, que explica la existencia de pisos vacíos en una ciudad anegada de habitantes, afectó a toda la urbe. Eran el tipo y tamaño de las fincas, su antigüedad, altura y compartimentación interior los elementos fundamentales que tasaban las rentas obtenidas por los alquileres¹¹¹.

¹⁰⁹ BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid...* pp. 79-81.

¹¹⁰ PICARD, L.: *Victorian London. The life of a city, 1840-1870*, Phoenix, London, 2006, pp. 27-40; HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Taylor & Francis e-Library, London, 2005, pp. 97-106; PINON, P.: *Atlas du Paris haussmannien. La ville en héritage du Second Empire à nos jours*. Parigrama, Paris, 2002; BERNET, C.: “The “Hobrecht Plan” (1862) and Berlin's urban structure”, *Urban History*, 31, 3, Cambridge, 2004, pp. 400-419; SCHORSKE, C. E.: *Viena fin-de-siècle: política y cultura*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981.

¹¹¹ BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina: Madrid 1856-1866*, UCM, Madrid, 1981, pp. 218-226.

En las décadas anteriores al Ensanche, el tipo de edificación adyacente o la existencia de un pequeño espacio segregado que influyera en la calidad y tamaño de los edificios circundantes a construir eran variables que, si bien influían, todavía no tenían la fuerza suficiente para moldear y zonificar de forma extrema el mercado inmobiliario de la ciudad. Afectaban más al precio medio de los inmuebles las características específicas del edificio y de la vivienda a alquilar o a vender. De hecho, sólo la distancia a la Puerta del Sol y la cercanía a las cercas de la ciudad, es decir, la dinámica centro-periferia, unida a la difícil topografía meridional de Madrid, eran factores de incidencia general. Así, a la altura de 1846 el valor en reales del pie cuadrado se reducía paulatinamente tanto en el norte como en el sur a medida que la distancia con la Puerta del Sol se agrandaba, siendo los precios de suelo más bajos cuanto más cerca se estuviera de las cercas¹¹², allí donde los grandes propietarios y rentistas de la ciudad disponían de menos propiedades al ser su rentabilidad menor¹¹³. Sin embargo, la diferencia entre el precio medio de unos y otros barrios no era tan elevada como lo sería en décadas venideras, ya que las distancias físicas no eran lo suficientemente elevadas como para que se creasen grandes espacios segregados socialmente (como ya ocurriera en Londres o París), aunque era evidente que los *barrios del sur*, los pertenecientes a los distritos de Inclusa y Latina especialmente, albergaban de una forma más homogénea a las capas populares de la ciudad¹¹⁴.



Ilustraciones 1.11 y 1.12. A la izquierda, *Una casa en Nochebuena*, caricatura de Joaquín Xaudaró. *Blanco y Negro*, 27 de diciembre de 1902, pág. 18. A la derecha, estampa de un edificio de similares características en Estocolmo. Publicada en la revista humorística sueca *Kasper*, en 1875. Citado en HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, *Op. Cit.*, pp. 335-336. Ejemplos de estratificación social en vertical. Nótese cómo la altura de los techos de cada piso, la existencia de servicio doméstico o la calidad del atuendo de sus moradores disminuye a medida que se asciende en altura.

¹¹² MÁS HERNÁNDEZ, R.: "La propiedad urbana en Madrid en la primera mitad del siglo XIX" en BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1, *Op. Cit.*, pp. 23-87.

¹¹³ RODRÍGUEZ CHUMILLAS, I.: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*, *Op. Cit.*, pp. 25-40.

¹¹⁴ BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía...*, *Op. Cit.*, pp. 218-273.

La ciudad de Madrid, aún siendo la capital del Estado, era menuda y fácilmente abarcable a pie, con menos de 2,5 kilómetros de distancia entre sus puntos más distantes, la puerta de Santa Bárbara al norte y el portillo de Embajadores al sur, o desde la puerta de Alcalá al este a la de San Vicente en el oeste. Aunque era perceptible el lento pero imparable desplazamiento de la aristocracia y la burguesía residente en la ciudad desde los alrededores del Palacio Real hacia la Puerta del Sol y la calle de Alcalá, fenómeno iniciado a finales del siglo XVIII, en general la sociedad madrileña todavía mantenía una cierta amalgama social¹¹⁵. No era raro que las clases más pudientes y las menos afortunadas compartieran el mismo barrio y calle, que no las mismas condiciones de habitabilidad, higiene e inquilinato por supuesto. Nobles como el marqués de Perales, duques como los de Liria, Uceda y Alba, condes como los de Altamira o Tepa, y, en menor medida, grandes comerciantes y acaudalados hombres de negocios ennoblecidos como José de Salamanca, ubicaron durante la primera mitad del siglo XIX sus residencias en colosos palacetes urbanos de piedra en donde vivía toda la familia, el séquito de sirvientes a su cargo y aún les sobraba espacio para organizar fastuosos bailes y disponer de biblioteca, capilla o distintas salas de juegos propios.

Más allá de la sobriedad clásica de sus fachadas, estos adustos palacios estaban rodeados de edificios de vecindad de tres o cuatro alturas, con tiendas y porterías en sus bajos, y con una marcada estratificación social en altura, desde los escasos pero amplios principales y entresuelos hasta los numerosos y asfixiantes sotabancos y buhardillas pasando por los pisos intermedios, todos ellos ubicados en torno a un pequeño patio central. En estos inmuebles, donde la compartimentación del espacio iba en aumento a medida que se ascendía en altura (pasando de dos viviendas en el principal a seis u ocho sotabancos en la última planta, sobre la misma superficie), compartían portal y escalera profesionales liberales, comerciantes y militares (que ocupaban los principales y entresuelos), empleados públicos, escribientes y pensionistas (en los pisos intermedios) y trabajadores manuales cualificados, jornaleros y mujeres enviudadas con sus hijos y sin pensión (en los sotabancos y buhardillas), aunque luego cada uno disfrutara o sufriera de una vivienda totalmente distinta acorde a sus emolumentos (Ilustraciones 1.11 y 1.12). Estas edificaciones eran muy comunes no sólo en Madrid sino en la mayoría de las capitales europeas¹¹⁶. En el caso madrileño, eran más numerosas en los barrios más céntricos, donde el coste del suelo era más elevado y obligaba a los caseros a incrementar en altura el espacio edificado para obtener mayores rentas, lo que aumentaba a su vez la densidad de población de dichos barrios¹¹⁷.

La visión más extrema de esta segregación vertical y compartimentación del espacio madrileño fueron las corralas, también llamadas casas de vecindad en las que, como Mesonero Romanos afirmara en sus *Escenas Matritenses*, “*cualquiera que entre por la escalera principal no advertirá en la respectiva colocación de las puertas de cada piso notable disparidad con lo que está acostumbrado a ver en las demás casas de Madrid, y costárale [sic] trabajo persuadirse de que en ésta puedan encontrar habitación independiente sesenta y dos familias, que, puesto que habitantes de un*

¹¹⁵ BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid*, Op. Cit., pp. 72-96; RODRÍGUEZ CHUMILLAS, I.: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*, Op. Cit.

¹¹⁶ Las alusiones a estos inmuebles fueron constantes en las novelas, noticias de prensa y memorias publicadas a lo largo del siglo XIX en Europa. PINKNEY, D. H.: *Napoleon III and the Rebuilding of Paris*, University Press, Princeton, 1958; SUTCLIFFE, A.: *The Autumn of Central Paris. The Defeat of Town Planning, 1850-1970*, Edward Arnold, London, 1970; HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Op. Cit.; PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea*, Op. Cit.

¹¹⁷ BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Bilbao, 1983, pp. 94-95.

mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones, gustos y necesidades tan distintos, como son discordantes entre sí los guarismos que forman el precio de su alquiler”¹¹⁸.

La población huía de casas como la número 15 de la calle del Soldado, descrita en *El diario Español* en 1853, una “mansión de 50 pies de longitud, 31 de latitud y de luz 8”, en la que se hacinaban un total de 208 personas. La casa tenía “cinco pisos por la parte interior, y sólo principal por la exterior. Dividida en 36 cuartos que en lo general se componen de una pieza como de 8 pies de ancho por 11 de largo, una alcoba del mismo tamaño y un fogón”. En total, una media de casi 6 personas por cada pequeña vivienda, aunque la realidad era más caprichosa. En los “seis cuartos bajos habitan 62 personas” (más de 10 personas por vivienda), en unas piezas donde “apenas penetra la luz; están sin ventilación y cerradas casi todo el tiempo”; en el primer corredor había “solamente cinco habitaciones del mismo tamaño” en las que residían 35 personas (7 inquilinos por estancia); en el “tercer corredor hay siete habitaciones, donde viven 36 personas” (5 individuos por habitación); en el “cuarto corredor”, el más desahogado, tenía “seis habitaciones” con sólo 13 individuos (2 personas por estancia); por último, en el “quinto piso hay cuatro cuartos, aunque sólo tres habitaciones”, en donde residían 17 personas (casi 6 almas por pieza)¹¹⁹. Aunque estas viviendas, conocidas como *domingueras* por ser cuando recibían inexorablemente la visita del casero para percibir sus alquileres¹²⁰, tenían una mayor presencia en los barrios del sur de la ciudad su estampa era reconocible en todos los distritos madrileños¹²¹. Aún con todo, la brecha económica existente entre las distintas clases sociales que residían en la urbe no era reconocible en el plano de Madrid de mediados del siglo XIX: la distancia física entre los palacetes, las casas de vecindad y las corralas eran todavía insignificantes, en gran medida a causa de la escasez de suelo urbano disponible en el interior de las cercas.

A la par que Mesonero Romanos ralentizaba contra natura cualquier posible expansión geográfica de Madrid al aprobar su *Proyecto de Mejoras Generales* en 1846, los resortes de la especulación inmobiliaria de la ciudad centraron su atención en los pocos terrenos aún no urbanizados del interior del casco urbano, situados en torno a las distintas puertas de acceso a la capital. Este caldo de cultivo propició la aparición de las primeras empresas madrileñas dedicadas al negocio inmobiliario, como *La Urbana* en 1846 y *La Propietaria* en 1847, que aspiraban a captar el ahorro de las clases medias

¹¹⁸ MESONERO ROMANOS, R.: Artículo “El día de toros”, recogido en *Escenas matritenses*, Imprenta del Mercurio, Madrid, 1846, pp. 269-278. El cronista madrileño no fue el primero en situar el centro de atención de una obra en una de estas corralas, sino que se inspiró en Don Ramón de la Cruz, quien utilizó supuestamente como escenario de su sainete *La Petra y la Juana o el buen casero* la denominada casa de vecindad de Tócame Roque, situada en la calle Barquillo y demolida en 1850.

¹¹⁹ *El Diario Español*, 1 de julio de 1853.

¹²⁰ “Todos los domingos se personaba en la casa de vecindad mi don Francisco para hacer la cobranza, los recibos en una mano, en otra el bastón con puño de asta de ciervo, y los pobres inquilinos que tenían la desgracia de no poder ser puntuales andaban desde el sábado por la tarde con el estómago descompuesto, porque la adusta cara, el carácter férreo del propietario, no concordaban con la idea que tenemos del día de fiesta, del día del Señor, todo descanso y alegría”. En PÉREZ GALDÓS, B.: *Las novelas de Torquemada*, Alianza Editorial, Madrid, pág. 8.

¹²¹ A finales del siglo XIX así lo atestigua Hauser, con la excepción del distrito de Congreso, el más caro de Madrid desde 1861, y que aglutinó en el triángulo formado por el Paseo del Prado, la calle Alcalá y la Carrera de San Jerónimo a relevantes instituciones públicas como el Congreso de los Diputados o el Banco de España y a una buena representación de la aristocracia madrileña. HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico social*. Vol. 1, Ed. Nacional, Madrid, 1979, pág. 323; BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina...*, Op. Cit., pp. 229-232.

madrileñas e invertirlo en suelo urbano para su especulación y/o edificación¹²². A pesar de la crisis societaria de 1847-1848, que tanto afectó al mercado financiero de capitales madrileño, el negocio inmobiliario permaneció siendo jugoso para aquellos con capacidad suficiente para invertir en él, ya que el precio del suelo y la cuantía de los alquileres seguían al alza. Entre 1848 y 1856 el valor del metro cuadrado se incrementó un 38% y se alcanzó en este período de tiempo un promedio anual de 180 licencias de construcción expedidas por el ayuntamiento, cuando entre 1800 y 1841 la media sólo había sido de 39¹²³. En 1856, con la ratificación de la Ley de Sociedades de Crédito, que facilitó la entrada de capital extranjero en el país, y el inicio de la reforma de la Puerta del Sol, en la que se intuyeron tan grandes revalorizaciones que se llegó a duplicar en algunas compras el precio de tasación, se avivó aún más la especulación y la inversión inmobiliaria. En ese mismo año, la Casa Real, a través de su administrador de bienes Martín de los Heros, decidió dar un primer impulso a la expansión y adecentamiento de la ciudad con la urbanización de la Montaña de Príncipe Pío, germen del futuro barrio burgués de Argüelles¹²⁴. Un negocio que generó abundantes plusvalías y movilizó atraído capitales nacionales y extranjeros, si bien el dinero obtenido era un dinero *manchado*, obtenido a costa del hacinamiento físico y el ahogamiento económico de las capas populares madrileñas, quienes con más fuerza podrían desear una ampliación de la ciudad que teóricamente resolvieran sus problemas.

Este mal, fruto del encarecimiento desenfrenado del alquiler y amparado por las leyes de los propietarios madrileños, tenía su correlato en otras latitudes. En 1855, *La Época* recogía cómo “*la guerra que han declarado en París los propietarios a los inquilinos (parecida por lo visto a la que tenemos en Madrid) continúa...*”, teniendo como consecuencia la aparición de “*papeles en todas partes que anuncian habitaciones desalquiladas*”, haciendo que no pocos propietarios que habían construido nuevos inmuebles, no consiguieran alquilarlos. A ojos del periódico, esta situación “*no hubiera llegado el caso de ver si los propietarios no fueran tan codiciosos*”, y termina con una reflexión lapidaria y contundente, “*Aviso a los de nuestra tierra*”¹²⁵. El eco de las propuestas de derribo de las murallas acaecidas en sendas plazas fuerte españolas y la favorable acogida de sus municipios hacían mella en la capital. Entre el *Abajo las murallas* de Pedro Felipe Monlau, publicado en 1841 y relativo a la demolición de los muros militares de Barcelona¹²⁶, y la postura de *La Crónica de Guipúzcoa* respecto a la ampliación del puerto de San Sebastián, afirmando que “*abajo las murallas; destrúyanse esos tambores, ciéguese esos fosos, y veamos bien pronto extenderse por las amenas afueras de San Martín una nueva ciudad bella y floreciente*”¹²⁷, la defensa militar de unas cercas tan cochambrosas como las de Madrid era un absurdo. Las lanzas que se rompían a favor del Ensanche cada vez eran más numerosas. El penúltimo en hacerlo fue Mariano de Albo, coronel de infantería retirado, antiguo ingeniero militar, y

¹²² NAVASCUÉS PALACIO, P. “Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)” en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Historia de Madrid*, Ed. Complutense..., pp. 400-439; BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina...*, Op. Cit., pp. 184-193.

¹²³ BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina*, Op. Cit., pp. 219-226; BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social*, Op. Cit., pág. 217.

¹²⁴ Díez de Baldeón García, A.: “El nacimiento de un barrio burgués: Argüelles en el siglo XIX”, *Norba Arte*, nº 13, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1993, pp. 231-268.

¹²⁵ *La Época*, 18 de agosto de 1855.

¹²⁶ FELIPE MONLAU, P.: *¡Abajo las murallas! Memoria acerca de las ventajas que reportaría a Barcelona, y especialmente a su industria, de la demolición de las murallas que circuyen la ciudad*, Imprenta del Constitucional, Barcelona, 1841.

¹²⁷ Recogido en *El Clamor Público*, el 26 de septiembre de 1850.

arquitecto de la Real Academia de San Fernando, quien aprovechó en 1857 (en vísperas de que se diera luz verde al Ensanche) su proyecto de reforma de la Puerta del Sol para notificar al ministro de Gobernación que la cerca de Madrid era el principal problema que evitaba “una razonable nivelación de capitales y riqueza” y que además provocaba el hacinamiento de su población¹²⁸.

La tensa espera hacia la adopción del Ensanche madrileño fue jalonada con noticias procedentes de España y Europa que favorecían esta opción. En 1852, la capital danesa, Copenhague, ampliaba su trama urbana mediante el permiso para construir nuevas viviendas desde su sistema fortificado en forma de estrella hasta la región de los lagos (el *Søerne*), ampliando considerablemente el perímetro de la ciudad y sirviendo de prefacio de la demolición definitiva de su recinto amurallado¹²⁹. Al año siguiente, fue nombrado prefecto del Sena Georges-Eugène Haussmann, quien pronto inició una revolución urbanística en París, basada en la ampliación de la ciudad por un lado, y en la apropiación del centro de ésta para el Estado y las capas burguesas en detrimento de las capas populares que allí residían por otro. Abrió amplios bulevares, introdujo un moderno sistema de alcantarillado y convirtió el corazón de París en un verdadero escenario en el que tanto la Monarquía, el Estado y las capas más adineradas del país ocuparon su asiento. Este plan de reforma urbana influyó considerablemente en aquellos arquitectos e ingenieros europeos que recibían similares encargos de sus países o capitales con desiguales resultados¹³⁰. De vuelta a España, en 1854 Pascual Madoz, diputado por Lérida y ministro de Hacienda del gobierno progresista revolucionario firmó la orden el 9 de agosto que autorizaba el derribo de las murallas de Barcelona, recibido con júbilo por sus habitantes y su ayuntamiento¹³¹. Por último, en 1855 nació la *Metropolitan Board of Works* de Londres, institución encargada de planificar y dirigir el crecimiento de la ciudad y la primera que tenía autoridad sobre el conjunto de la población, dejando a las claras que no se iba a hacer nada para evitar la expansión de la ciudad. Ante esta oleada de cambio, el consistorio madrileño sin embargo no movía un ápice su postura. Pero que no quisiera mover pieza, no quiere decir que fueran ciegos a la propagación de nuevos edificios, tejares y talleres que ya se erguían al otro lado de la tapia con cada vez más fuerza.

Entre 1847 y 1851, inmerso el país en un intento de regularizar las alineaciones de los planos urbanos¹³², en Madrid se llevó a cabo una exhaustiva indagación de las afueras de la ciudad para controlar su expansión y cartografiar los nuevos inmuebles, ya que eran “muchos los edificios construidos en las inmediaciones de esta población y su número aumenta progresivamente, produciendo como es consiguiente la dificultad de

¹²⁸ DE ALBO, M.: *Observaciones sobre mejoras e Madrid y proyecto de ensanche de la Puerta del Sol*, Imprenta de M. González, Madrid, 1857, pág. 6, AVM, sección de Secretaría: 4-181-6.

¹²⁹ HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Taylor & Francis e-Library, Londres, 2005, pp. 181-190.

¹³⁰ SÁNCHEZ DE JUAN, J. A.: “La “destrucción creadora”: el lenguaje de la reforma urbana en tres ciudades de la Europa mediterránea a finales del siglo XIX (Marsella, Nápoles y Barcelona)”, en *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, n° 63, 2000.

¹³¹ MANGIAGALLI, S.: “Barcelona 1854-1856: crónicas del Ensanche. Reflexiones de Antonio Brusi Ferrer”, *Architecture, City and Environment*, Vol. 1, n° 1, 2006, pp. 29-45; GARCÍA-BELLIDO y GARCÍA DE DIEGO, J.: “Pascual Madoz e Ildefonso Cerdá, dos pioneros en la epifanía de la urbanística”, *Architecture, City and Environment*, Vol. 1, n° 1, 2006, pp. 4-28.

¹³² ANGUITA CANTERO, R.: “Alinear, derribar y reedificar: los proyectos de alineación de calles y las reformas urbanas españolas del siglo XIX”, en BEASCOECHEA GANGOITI, J. M^a, GONZÁLEZ PORTILLA, M. y NOVO LÓPEZ, P. A. (Eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, UPV, Bilbao, 2006, pp. 331-350.

darle una numeración regularizada”¹³³. El consistorio reconoció la existencia de un total de ocho núcleos de población extramuros, a los que denominó *barrios*. Además de los cinco arrabales señalados por Mesonero Romanos en su *Proyecto de Mejoras Generales* de 1846, los de Chamberí, Plaza de Toros (otrota Venta del Espíritu Santo), Delicias, Puente de Segovia y Puente de Toledo, se añadían los de Florida, Guardias y Canal. Sin embargo, los ocho arrabales distaban mucho de ser similares en tamaño y población. En la mente de los dirigentes municipales que habían encargado este estudio la preocupación era la consolidación del arrabal de Chamberí, al norte de la ciudad, el cual alcanzaba la cifra de 333 edificios construidos y en donde residían 1.474 individuos en 1851 y, siguiendo su estela, se hallaba el arrabal de Peñuelas, al sur de la ciudad, donde sus habitantes también superaban el millar. En ambos casos el paisaje urbano era similar, formado por casas de planta baja realizadas con materiales de bajo coste e ínfima calidad, en muchos casos construidas por sus propios inquilinos, y con un callejero improvisado a partir de los espacios vacíos dejados entre las casas de labor, los tejares, las huertas y las casas bajas edificadas¹³⁴.

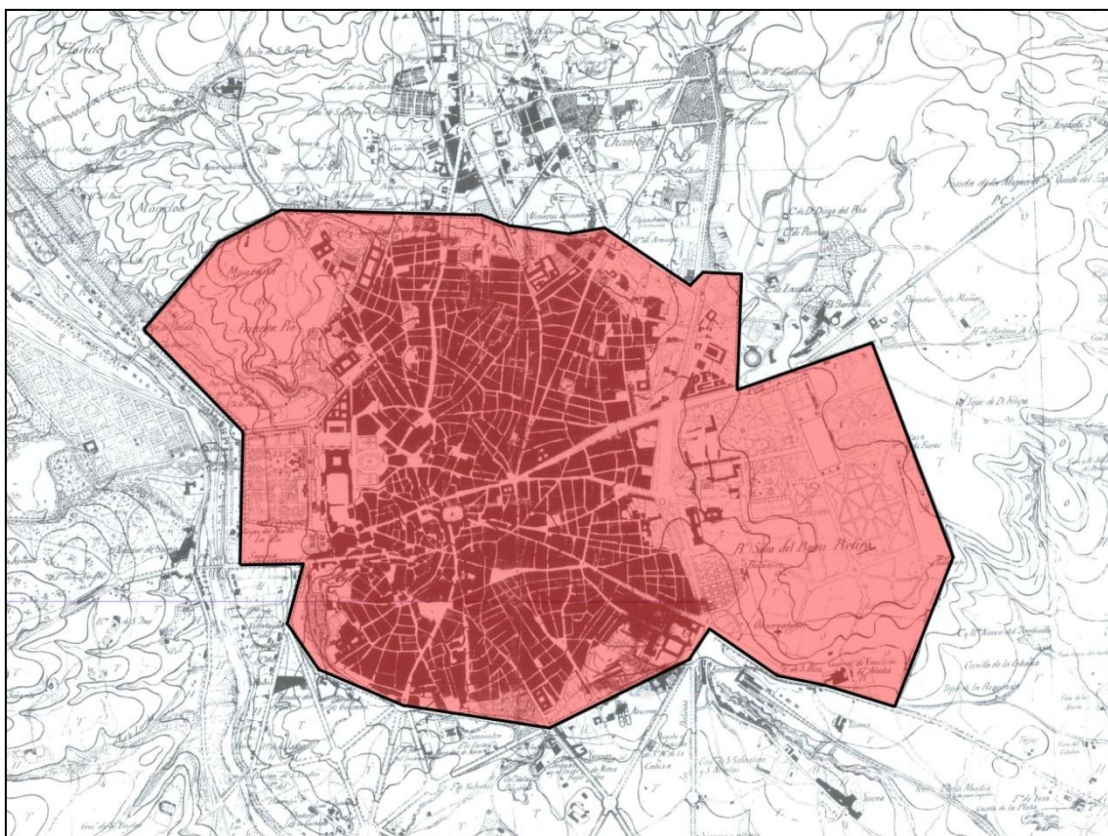


Figura 1.6. Plano de Madrid de 1856 realizado por Benigno De La Vega. No indica escala. Se ha señalado sobre fondo rojo el casco antiguo de la ciudad, incluyendo las zonas verdes del Retiro y de la Montaña de Príncipe Pío, ambos propiedad de la Corona. En los terrenos extramuros ya se vislumbran algunas construcciones.

Era lógico que los madrileños, tanto los de nacimiento, adopción o de reciente acogida, buscaran nuevos espacios más amplios y baratos donde vivir. A las puertas del

¹³³ AVM, Secretaría, Reformas en la Vía Pública, Registro Auxiliar: signatura 6-38-3.

¹³⁴ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

ensanchamiento urbano de Madrid, la densidad de su población era de 382,5 hab/ha, cifra sólo superada en España en esta fecha por la existente en Barcelona (741 hab/ha)¹³⁵. Sin embargo, en el caso de que descontásemos de la superficie urbana las 270,52 ha. correspondientes a los espacios verdes del Retiro, el Jardín Botánico, la huerta de Atocha, la montaña de Príncipe Pío y el Campo del Moro¹³⁶, nos quedaría una densidad de 534 hab/ha. Si adoptamos los cálculos higienistas en boga en esta época (que el propio Castro asume en su Plan), frente al ideal de una superficie por habitante mínima de unos 40m² la ciudad de Madrid alcanzaba los 28,68m² si tomamos como base su superficie total, o los irrisorios 18,70m² si usamos la citada densidad más acorde a la realidad¹³⁷. Las grandes y extensas hondonadas extramuros eran verdaderas válvulas de escape ante una situación insostenible. Eran la viva prueba de la crisis urbana que sufría la ciudad preindustrial, ahogada por las transformaciones liberales.

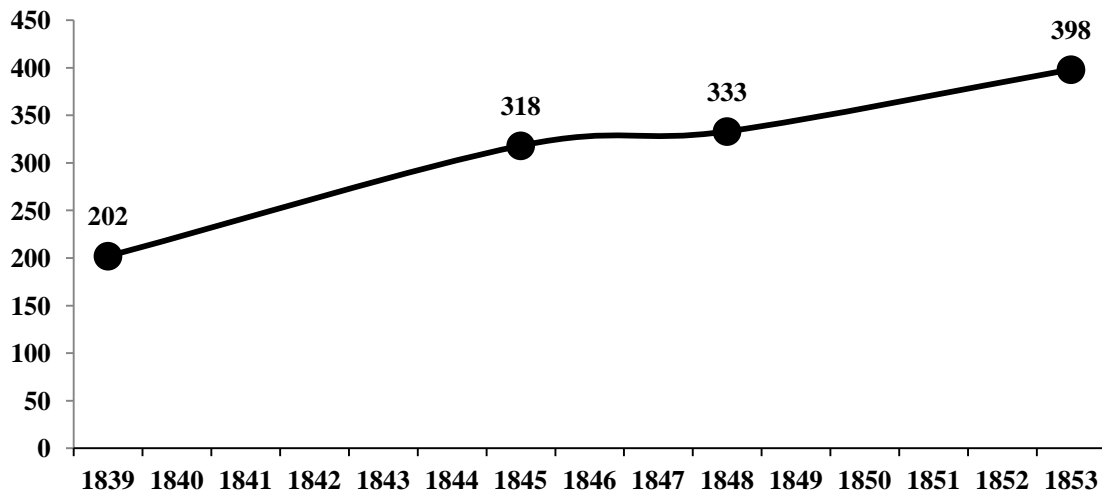


Figura 1.7. Incremento demográfico de las afueras de la Puerta de Alcalá entre 1839 y 1853, antes de la ratificación del Ensanche en 1860. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos procedentes de: CABALLERO, F.: *Noticias topográfico-estadísticas sobre la administración de...* pp. 11-12; BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid...* pág. 77; MADDOZ, P.: *Madrid: Audiencia, provincia, intendencia, vicaría, partido y villa...* pp. 412-416 y AVM, sección de Secretaría, signatura 6-62-3. Existen datos relativos a la población existente al sur de la Carretera de Aragón pero incluyen zonas situadas más allá de la Carretera de Valencia y su imposible discernimiento han desaconsejado su uso.

No obstante, tal y como se puede observar en la Figura 1.6, no toda la zona extramuros floreció al mismo ritmo ni siguió la misma tipología. En el plano se puede observar la colmatación de viviendas existente en torno a los cruces de las distintas vías que salían de Madrid por las puertas y portillos de Santa Bárbara, Bilbao o Fuencarral en su margen septentrional. Y, en menor medida, lo mismo acaecía en su parte meridional, en aquellos caminos reales que nacían en las puertas y portillos de Embajadores, Toledo o Valencia. Sin embargo, en el sector oriental apenas existían inmuebles más allá de la plaza de toros de la ciudad, construida en 1749 y que insuflaba vitalidad a esta zona, y los paradores que se habían ido erigiendo desde la década de los 30 a lomos de la Carretera de Aragón. El erial que en 1839 recibiera el nombre de

¹³⁵ CASTRILLO ROMÓN, M^a: *Reformismo, vivienda y ciudad. Orígenes y desarrollo del debate en España (1850-1920)*, Universidad de Valladolid, 2001, pág. 30.

¹³⁶ FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *El futuro Madrid*, (introducción de BONET CORREA, A.) Los Libros de la Frontera, Barcelona, 1975, pág. 198.

¹³⁷ RUÍZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño...* pág. 314. Estas cifras alejan a Madrid de los 48 m² de Santiago de Cuba, los 54,95 m² de Valladolid o los 112,57 m² de Londres. BONET CORREA, A. (Ed.): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978, pág. 68.

Afuera del Barquillo y que comprendía “todo el terreno que media desde el camino viejo de Vicálvaro hasta la huerta de España”, constaba de sólo 202 habitantes. Posteriormente, según la división administrativa de Madrid en diez nuevos distritos acuñada en 1845, el número de habitantes del nuevo barrio de *Plaza de toros*, había ascendido a unos escasos 318 habitantes, muy lejos ya de otros como Chamberí o Peñuelas, donde ya se alcanzaba una población de cuatro cifras. En 1851, este barrio se extendía “desde el Portillo de Hortaleza, sigue el camino de la Castellana y su paseo, se extiende por lo alto hasta el término de Chamartín, toma la ladera derecha del arroyo Abroñigal, a descender a la Venta y Quinta del Espíritu Santo, que con los edificios construidos, en la línea que sigue hasta la tapia del Retiro, frente al Camino Viejo de Vicálvaro, termina en la Puerta de Alcalá”¹³⁸. Que tan vasta extensión se englobase en un único barrio no era más que el signo inequívoco de una población muy escasa, que sólo alcanzaría los 400 habitantes en 1853.

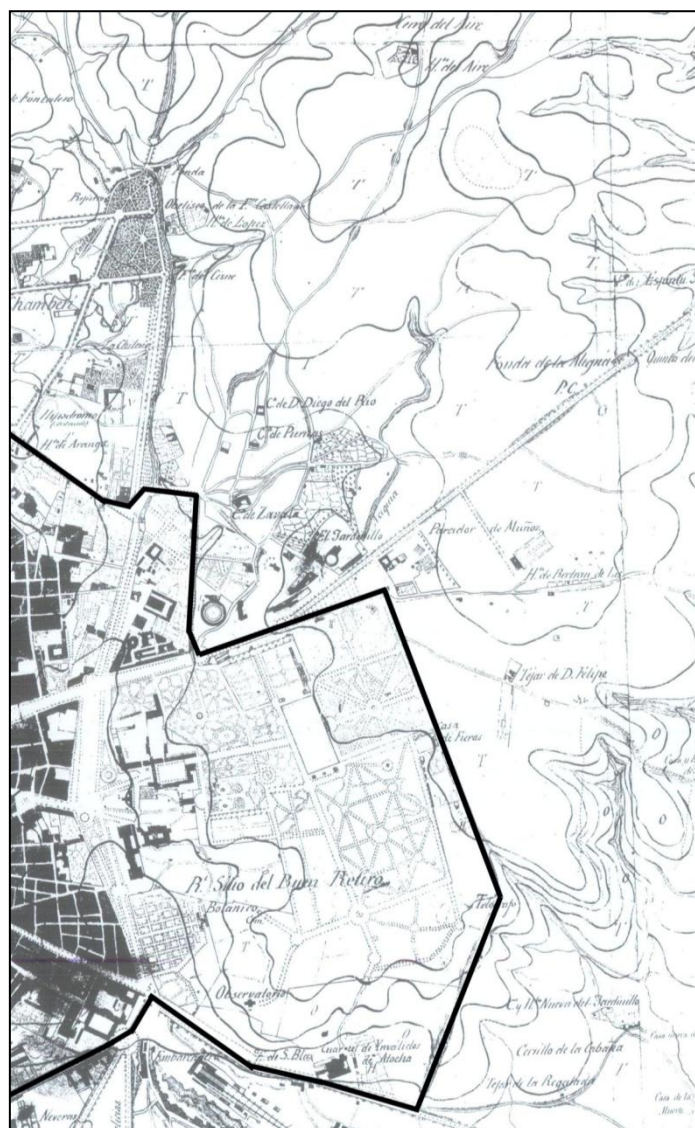


Figura 1.8. El futuro Ensanche Este de Madrid en 1856. Fuente: Plano de Benigno De La Vega, 1856. No indica escala.

¹³⁸ AVM, sección de Secretaría, Reformas en la Vía Pública, Registro Auxiliar: signatura 6-38-3.

Situado a las afueras de la Puerta de Alcalá, el barrio extramuros de Plaza de toros (que sería renombrado en 1853 con el de Afueras de la Puerta de Alcalá) nunca tuvo un núcleo central alrededor del cual se aglutinaran las nuevas y modestas edificaciones. No existían apenas calles ni plazas, y ni mucho menos constructores como Andrés Arango o Francisco Drake del Castillo, que tanto favorecieron la ampliación del caserío en el arrabal de Chamberí. A mediados de la década de los 50, a dos años vista del inicio del proyecto de Ensanche y en el mismo momento en que los futuros Ensanche Norte y Sur ya superaban los 2.000 habitantes, la ocupación del terreno oriental extramuros de la ciudad se caracterizaba por su diseminación y por un uso claramente agrícola del terreno, reinando las huertas de secano, las casas de labor, los jardines, las casas de campo y los tejares sobre cualquier otra edificación.

La zona septentrional del futuro trazado del Ensanche Este estaba surcada por cinco grandes caminos que morían en las poblaciones de alrededor (de norte a sur eran Chamartín, Hortaleza, Canillas, Guindalera y Camino Alto de Vicálvaro) y por pequeñas veredas y sendas que los comunicaban entre sí¹³⁹. Pero el verdadero eje vertebrador fue la Carretera de Aragón, que salía de la capital por la Puerta de Alcalá, siendo el primer testigo de su paso la plaza de toros y sus dependencias anexas, el matadero, la veterinaria y la carnicería. Además, su condición de ser una de las principales vías de entrada a la capital, había generado a su alrededor en los últimos años el surgimiento de establecimientos especializados en atender a los cientos de inmigrantes que llegaban cada año procedentes de los pueblos de los alrededores de la capital, de las provincias limítrofes o de regiones más distantes como Aragón, Cataluña o, incluso, Francia. Aquí se concentraron aquellos paradores, caballerizas, tabernas y tiendas destinadas a la manutención y alojamiento como los que recibieron a nuestra Saturnina, esa joven que buscaba una ocupación en Madrid a principios de este capítulo. En su margen izquierdo saliendo de Madrid se agolpaban paradores como los de San José o Salas, la llamada casa de la Alegría o la Venta del Espíritu Santo, donde servían vino y comidas y eran muy concurridos por los madrileños en los días festivos gracias a sus menores precios al estar exentos de pagar al fielato por situarse fuera de la cerca. En su margen derecho también existía otro parador, el de Muñoz, el cual contaba con una extensa huerta a sus espaldas que albergaba un tejear y dos pozos de nieve con los que suministrar hielo y alimentos frescos a la población¹⁴⁰.

Esta zona era muy transitada, tanto los días de corrida y los domingos, cuando los madrileños salían por la Puerta de Alcalá para disfrutar del toreo o para dar un paseo y merendar por el campo, como a diario, momento en que los comerciantes, arrieros e inmigrantes se amontonaban en largas colas en torno al fielato. Sin embargo, esto no le salvó de la indiferencia municipal y del tono despectivo con el que eran tratados los terrenos y habitantes situados extramuros de la capital¹⁴¹. *La España* se refería en 1851 a las afueras de la Puerta de Alcalá como un “sitio descuidado, y el cual da una pobre

¹³⁹ MÁZ HERNÁNDEZ, R.: “El plano parcelario del sector nordeste del Ensanche de Madrid” en *Ciudad y Territorio*, nº 2, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1978, pp. 25-48.

¹⁴⁰ MADOZ, P.: *Madrid: Audiencia, provincia, intendencia, vicaría, partido y villa...* pág. 412.

¹⁴¹ Los ataques y las negativas referencias que se hacían en la prensa hacia los terrenos extramuros eran una enmienda a la totalidad. Si un día se acusaba a Chamberí de servir como “*albergue de todos los salteadores de las inmediaciones*” por un caso aparecido en la prensa, otro era un periodista el que tildaba el arrabal de Peñuelas de “*mala vecindad*”. El primer ejemplo en CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit., pág. 110; el segundo en: VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit., pág. 66.

idea de la Corte”, en donde “entre otras infinitas mejoras que allí hacen perentoria falta, es la de limpiar el mucho barro que en tiempos de lluvia se forma junto a la puerta, y el mucho polvo por consiguiente que se levanta en tiempo seco” la más urgente. Además, se dejaba caer que en aquellas “posadas y ventorrillos de aquella parte” no había día en el que no se fuera testigo “de un gatuperio, de un contrabando, y de un robo”, quejándose amargamente de la incompetencia o la desfachatez de una policía que “si al verificar el registro se mirara con intención decidida de ver”, cambiaría la situación¹⁴². Era evidente que con una publicidad de semejante tipo, en la que de un mismo golpe se azuzaba el total abandono municipal de sus alrededores así como la presunta ralea que se movía por estos lares, no se estimulaba el asentamiento de nuevos vecinos precisamente.



Ilustración 1.13. La Puerta de Alcalá en 1857 a cuyo lado derecho se puede observar una parte de las cercas de la ciudad. Fuente: José María Sánchez. BNE.

Sin embargo, este supuesto nido de corrupción y contrabando seguramente se repitiera en cualquiera de las puertas de acceso a la ciudad, donde los impuestos satisfechos en el fielato escocían y la perspectiva de esquivarlo siempre estaba en la mente de quienes habitualmente lo cruzaban. Además, el desprestigio era generalizado de puertas afuera de Madrid, circunstancia que no impidió el incremento demográfico de otros arrabales. No, la causa de la escasa presencia demográfica en el futuro Ensanche Este radicaba, por un lado, en su relativa lejanía respecto a la ciudad, con la presencia de una *barricada* formada por los terrenos del Pósito, la Plaza de toros, el Retiro y la estación de Atocha, erigidos para *mirar de frente* al resto de la ciudad, dejando en la penumbra lo que quedaba tras de sí. Y por el otro, en la resistencia mental de los madrileños a cambiar los usos de suelo de una zona caracterizada por su actividad agrícola y, entre los más adinerados, vista como su quinta de recreo y ocio particular, entre las que se podrían mencionar la Fonda de la Castellana, la Posesión de Caño Gordo del marqués de Perales, la huerta de Bertrán de Lis, la casa de campo del señor Maroto o la finca que Luis Piernas, alcalde de Madrid de 1851 a 1852, poseía en el

¹⁴² *La España*, 26 de abril de 1851.

futuro Ensanche Este. De hecho, una de las iniciativas más precoces, iniciada a mediados de 1850, fue la de arrendar la posesión del Jardinillo de la Alegría, situada a unos 500 metros de la Puerta de Alcalá y antiguamente sede de bailes, tiros de gallos y fiestas varias, para la construcción de “una pequeña plaza de toros de becerros para los sportmen de esta índole” residentes en la capital¹⁴³. El proyecto, patrocinado por la Sociedad Taurómaca Madrileña, buscaba cubrir unas necesidades de ocio que, por sus características, debían realizarse extramuros dadas las necesidades de espacio y la carestía del metro cuadrado del interior. La propuesta no era intrascendente dada la importancia de las personas que componían la Junta directiva de la sociedad, entre los que figuraban el marqués de Perales, el duque de Veraguas, el conde de Villalobos o los señores Carriquiri, Landa o López González. Sería el antecedente directo de otra iniciativa que buscaría cubrir ese mismo hueco en tiempos ya del Ensanche: los Campos Elíseos.

Pero más allá de los patrocinadores del ocio madrileño, los propietarios que construyeron nuevos edificios en las afueras de la Puerta de Alcalá durante la década de los 50 se redujeron a aquellos que ya estaban allí instalados cuando ésta comenzaba, aquellos que fueron testigos en primera persona del fluir migratorio hacia la capital y del ascenso de los intercambios comerciales. Los anuncios de compraventa en los principales periódicos de Madrid se repetían incesantemente, ya fuera para vender trigo, hojas de boj, pipas, sacos de carbón, para la venta de hielo de los pozos de nieve o para tratar de ganado. Cualquier mercancía que llegase se aceptaba y se iniciaba la búsqueda de compradores. Los dueños de estos paradores no sólo no se mantuvieron desde 1850 al pie del cañón hasta la ratificación del Ensanche, en 1860, sino que sus ganancias les permitieron ampliar el negocio, dilatando sus propiedades y adecuándolas para albergar de forma estable a la población inmigrante que llegaba a la capital.

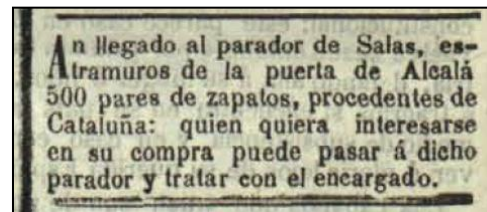
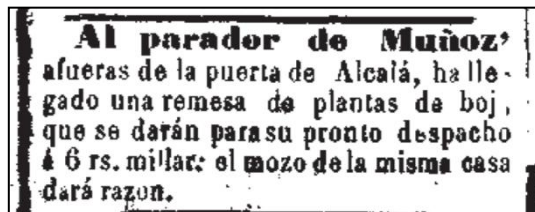


Ilustración 1.14. Anuncios de mercancías en venta en los paradores de afuera de la Puerta de Alcalá. Publicados, de derecha a izquierda, en *El observador* el 4 de noviembre de 1850 y en el *Diario Oficial de Avisos de Madrid* de 19 de marzo de 1851 respectivamente.

Uno de ellos fue Rafael, componente de la familia Mitjavila, comerciantes textiles procedentes de Llivia, enclave español del Pirineo francés, hijo de Pere Mitjavila, alcalde del municipio gerundense encargado de hacer su atlas parcelario en 1849¹⁴⁴. Comerciante textil de cierto éxito y especialista en el género de las inglesinas percalinas¹⁴⁵, Rafael Mitjavila tuvo que hacer frente junto a sus hermanos a numerosos pleitos y juicios ante otros fabricantes catalanes y el Estado para defenderse de las graves acusaciones de contrabando y evasión de impuestos dada la especificidad de su

¹⁴³ Recogido de *La España*, 21 de noviembre de 1850.

¹⁴⁴ NADAL PIQUÉ, F.: “El atlas parcelario de Llivia (Cataluña) de 1849”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. X, nº 218 (57), 2006.

¹⁴⁵ *La Ilustración*, 4 de enero de 1851.

pueblo de nacimiento, en donde había ubicado sus dos fábricas textiles¹⁴⁶. Municipio rodeado por tierras francesas, era lógico tratar a la industria de este enclave con suma cautela, ya que era una práctica bastante común la evasión de impuestos¹⁴⁷. Rafael de Mitjavila, nacido en 1810, acudió a Madrid por primera vez con 19 años para asegurarse la buena acogida de sus paños y tejidos en el principal mercado de consumo del país. En la ciudad fue adquiriendo distintas posesiones y huertas en las afueras de la Puerta de Alcalá en donde empezó a erigir modestas casas de labor y huertas, conformando una calle a la que apodó como aquel pueblo pirenaico al que sin duda echaba de menos: Llivia.

La idea era diversificar el negocio y ampliar las bases de su fortuna para evitar que cualquier imprevisto o decisión judicial fulminara, a él y a sus hermanos, el principal sustento familiar, las dos fábricas textiles que poseían en Llivia. El tiempo le daría justificadamente la razón ya que, a pesar de ganar distintos juicios y ser controlados exhaustivamente por la Hacienda y la Aduana españolas, su principal revés vino del devastador incendio que en 1851 devoró sus dos fábricas¹⁴⁸. Una de las posesiones que Rafael Mitjavila poseía en las cercanías de la plaza de toros y que arrendaba era una huerta en la que en 1850 residían Galo Martínez, labrador y encargado de la finca, casado y de 60 años de edad y sus hijos Valentín y Juan, de 18 y 16 años respectivamente, carretero y jornalero de profesión¹⁴⁹. Galo puntualizó en la hoja del padrón que su esposa, Petra Melero, y otros 5 hijos, Justa, Balbina, Isabel, Antonino y Norberto, seguían residiendo en su hogar de la calle de la Palma Alta nº 31 cuarto bajo mientras él se encargaba del cuidado de la finca. Rafael Mitjavila ya poseía unas cuantas casas en los alrededores de la Puerta de Alcalá, pero todavía tenía más en proyección¹⁵⁰. En ese mismo año que iniciaba la década de los 50, Rafael Mitjavila presentó una solicitud al Ayuntamiento para “*edificar una casa en un terreno fuera de la Puerta de Alcalá*”, situado “*por detrás del parador de Salas, y en la calle de Llivia, donde tiene varias casitas desde hace años*”¹⁵¹. Era un edificio rectangular muy alargado, con un pequeño frontal orientado hacia la Carretera de Aragón o *Camino Real* de unas 20 varas castellanas y una fachada más alargada y sobria que se extendía a través de la calle de Llivia, menos ornamental y por donde accederían la mayoría de los vecinos a sus respectivas viviendas (ver Figura 1.19).

¹⁴⁶ Las referencias a los pleitos en: *Eco del comercio* del 3 de junio de 1847 y *El Clamor Público* del 23 de junio de 1849.

¹⁴⁷ BRUNET, M.: “Frontera cerdana e identidades nacionales en el siglo XIX”, en *Manuscripts*, nº 26, 2008, pp. 121-131.

¹⁴⁸ *La Esperanza*, 13 de noviembre de 1851.

¹⁴⁹ Esta huerta es nombrada en la investigación municipal realizada para cartografiar las afueras de la ciudad ya citada. AVM, sección de Secretaría, Reformas en la Vía Pública, Registro Auxiliar: signatura 6-38-3. Los datos de los residentes en dicha huerta han sido extraídos de la hoja de empadronamiento de 1850. AVM, sección de Estadística.

¹⁵⁰ Hasta la década de los 50, las construcciones realizadas en los terrenos extramuros no fueron supervisados por el Ayuntamiento (otra muestra más de su desidia hacia este problema) por lo que se carece de memorias, proyectos de construcción y planos tanto del interior como del exterior de los inmuebles. De hecho, hasta las Reales Órdenes de 1853 y 1854 a partir de las cuales se aprobaron los planos de los barrios situados a las afueras, no fue obligatorio la presentación de planos interiores, aunque sí los de la fachada.

¹⁵¹ AVM, sección de Secretaría, Policía Urbana, signatura 4-101-16.

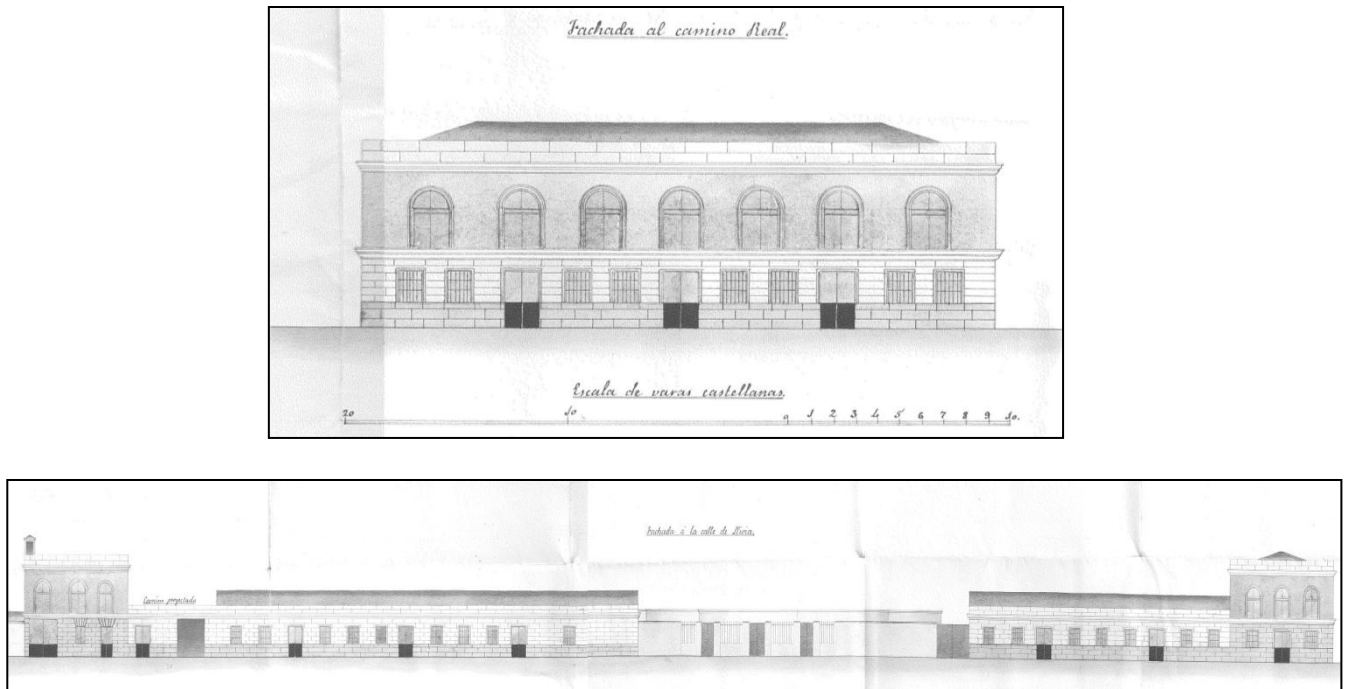


Figura 1.9. Expediente de construcción de una casa en las afueras de la Puerta de Alcalá por parte de D. Rafael Mitjavila. 1851. AVM, sección de Secretaría, Policía Urbana, signatura 4-101-16.

Los planos de construcción de la fachada (no disponemos de interiores al no ser obligatorios), firmados por el arquitecto municipal Juan Antonio Sánchez, datan de octubre de 1851, un año después de la solicitud inicial que el propio Rafael Mitjavila había elevado al consistorio. La causa de este desfase entre la solicitud y el plano adscrito a ésta se debe al cambio de actitud municipal acaecido en estas fechas, incrementando la supervisión de las nuevas construcciones y requiriendo planos de construcción a las nuevas solicitudes. Una revisión que se limitó a las fachadas, ya que su preocupación fue la de homogeneizar las alineaciones de éstas y favorecer así la creación de una retícula viaria estable extramuros. Este cambio ralentizó la mayoría de las nuevas construcciones y pilló desprevenidos a los propietarios. En el caso que nos ocupa, Rafael Mitjavila ya había empezado las obras antes incluso de que solicitase la licencia ya que “*creía que al estar extramuros no la necesitaba*”. Su vivienda finalmente se aprobaría en 1853 pero con una inquietante condición, sospecha de que algo iba a cambiar en un futuro no muy lejano, que la propiedad no fuera permanente y que estaría sujeta al nuevo plano del barrio que se estaba realizando según la orden municipal de enero de 1853 por parte del arquitecto municipal Isidoro Llanos. La inclusión de esta cláusula, extensible a otras zonas extramuros, sería la fuente principal de conflicto, y el clavo ardiente al que el ayuntamiento se aferraría con fuerza a la hora de hacer efectivo el proyecto de Ensanche y así reducir el pago de las expropiaciones, circunstancia que le acarrearía una feroz disputa, que perdería, con las asociaciones de vecinos y propietarios de Chamberí y Peñuelas, más numerosos y con muchas más propiedades y edificios que perder¹⁵².

Ante la misma tesitura se encontró el madrileño Leandro Aguirre, propietario y labrador del parador de San José, tal y como así se denominaba en su hoja de padrón de 1850. Vivía allí con su esposa, Ignacia Díaz, sus hijos María, Antonio y Juliana, de 17,

¹⁵² PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

16 y 12 años de edad respectivamente, su criado Jerónimo Falcó y dos jornaleros que tenía contratados, Francisco y Luis González, hermanos y paisanos asturianos, al igual que el hermano de Leandro, Antonio Aguirre, encargado de la taberna de este parador¹⁵³. Don Leandro, al igual que Rafael Mitjavila, también reconoció la oportunidad de consolidar el negocio familiar mediante la construcción de una casa baja con dos entradas en un terreno medianero con su parador, el de San José, uno de los más antiguos de la zona, ya que clientes para la trata de mercancías, satisfacer el buche, aclarar la seca garganta o en busca de hospedaje no le iban a faltar. Presentó ante las instancias municipales en 1850 la solicitud para edificar en un terreno con fachada a la carretera de Aragón (o Camino de la Venta) hacia un terreno contiguo del que también era dueño¹⁵⁴. El periplo administrativo con el que tuvo que lidiar Leandro Aguirre fue más tortuoso que el de nuestro anterior protagonista, ya que se alargó hasta 1854. Al igual que Mitjavila, Aguirre tuvo que presentar un plano de la fachada a realizar indicando su alineación con el Camino de la Venta. Pero además, fue necesaria la presentación de un plano general de las afueras de la Puerta de Alcalá realizado por el arquitecto municipal Isidoro Llanos, en el que se indicase el trazado viario de la zona para evitar que los propietarios lo modificasen a su antojo (Figuras 1.10 y 1.11).

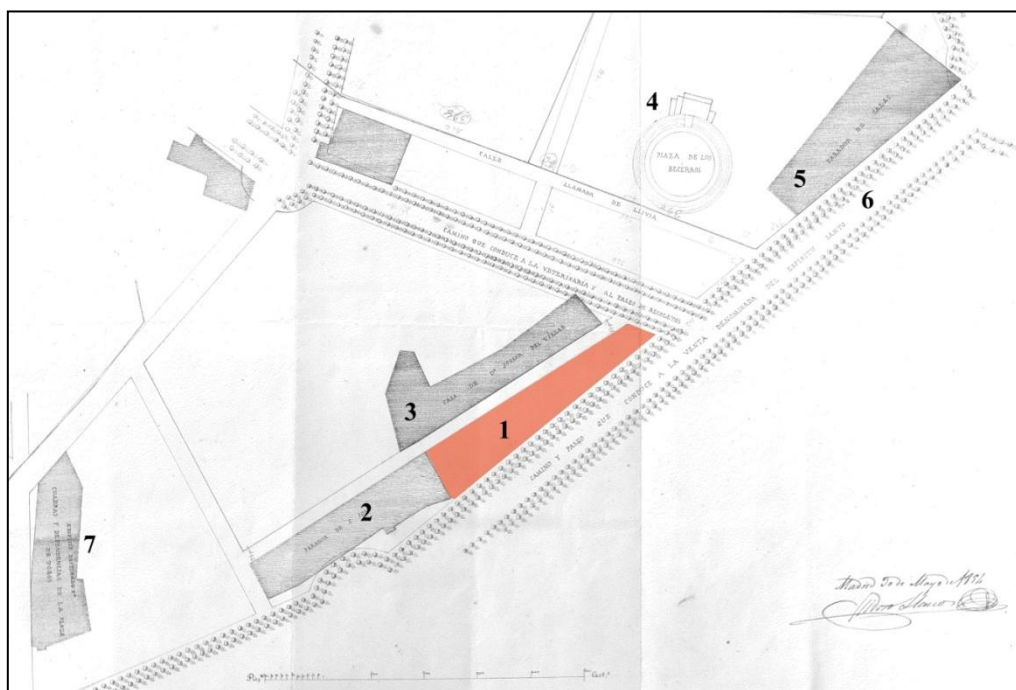


Figura 1.10. Plano del trazado viario del barrio de Plaza de toros, situado a las afueras de la Puerta de Alcalá, en 1854. Realizado por Isidoro Llanos. La escala está en pies castellanos. Fuente: AVM, sección de Secretaría, Policía Urbana, signatura 4-101-17. Leyenda: **1.** En rojo, terreno en el que Leandro Aguirre solicita construir su casa en 1850. **2.** Parador de San José, del propio Leandro Aguirre. **3.** Casas de Doña Josefa Villar. **4.** Plaza de toros para becerros, en la propiedad denominada *El Jardinillo*. **5.** Parador de Salas, propiedad de José Salas. **6.** Carretera de Aragón, también conocida como Camino Real o Camino de la Venta. **7.** Dependencias de la plaza de toros de Madrid, situada a la izquierda del plano.

Ante la presentación de este plano y la solicitud de Aguirre de aligerar su proyecto, la Junta Consultiva de Policía Urbana de Madrid cuestionó dicho plano, alegando que el arquitecto municipal, Isidoro Llanos, había sido demasiado diligente

¹⁵³ Datos extraídos de la hoja de empadronamiento de 1850. AVM, sección de Estadística.

¹⁵⁴ AVM, sección de Secretaría, Policía Urbana, signatura 4-101-17.

con los propietarios de las edificaciones y terrenos, ya que eran las calles las que se plegaban gentilmente a las fachadas de los inmuebles en todos los casos, insinuándose la posibilidad de la compra de favores a la que el arquitecto se habría plegado amablemente¹⁵⁵. La Junta usaba como ejemplo la “*artificial y estrecha calle*” surgida de la división entre las casas de Josefa Villar (que mostró sus quejas ante la desaparición de sus casas de la primera línea de la carretera de Aragón), y las de Leandro Aguirre, que en el futuro recibiría el nombre de Doña Berenguela. Además, la Junta Consultiva argumentó que “*Aguirre salía evidentemente fortalecido con sus obras porque generaba derechos adquiridos de plusvalía a sus terrenos, valiendo mucho más en el caso de tener que realizar alguna expropiación*” futura¹⁵⁶. El Ayuntamiento ya empezaba a ver las orejas al lobo, una de las fallas del futuro Ensanche: el pago de las expropiaciones. Sin embargo, la elección de Leandro Aguirre como uno de los miembros del nuevo Ayuntamiento progresista de Madrid nacido en julio de 1854, solventó de un plumazo el escollo tras el apoyo del procurador síndico Ramón Ruiz, y la definitiva aprobación municipal el 17 de diciembre de 1854¹⁵⁷.

Al fin pudo comenzar las obras de su casa baja con dos entradas, una casa que disfrutaba de una fachada de más de 400 pies castellanos (en torno a unos 120 metros de longitud) y que daba a una de las más importantes vías de entrada a Madrid. La casa se convirtió en la nueva residencia de la extensa familia Aguirre, en donde las familias de Leandro y Antonio Aguirre residían y desde donde controlaban los negocios del parador y la taberna de San José. Además, gracias al padrón realizado en enero de 1857, vemos cómo se había establecido una tahona regentada por el francés José Filiquier y otros compatriotas, los cuales afirmaban que residían en “*la casa nueva de D. Leandro Aguirre*”, y que “*en dicha casa hay otros dos cuartos aún desalquilados, un bajo y un principal*”¹⁵⁸.

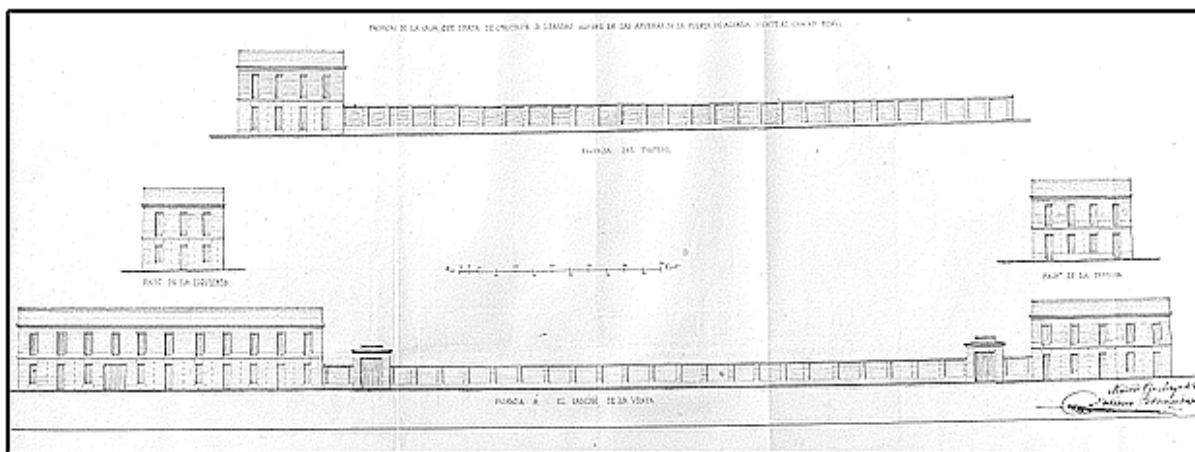


Figura 1.11. Fachada del edificio que solicitó construir Leandro Aguirre en el terreno de su propiedad medianero al Parador de San José. La escala está en pies castellanos. Fuente: AVM, sección de Secretaría, Policía Urbana, signatura 4-101-17.

¹⁵⁵ AVM, sección de Secretaría, Policía Urbana, signatura 4-101-17.

¹⁵⁶ El tiempo le dio la razón al ayuntamiento, ya que los herederos de Leandro Aguirre se negarán a la expropiación de este nuevo edificio, por cuyos terrenos se conectaría la calle Velázquez con la de Alcalá, durante décadas, hasta que tras varios pleitos sea derribado en 1895. Recogido en *La Época*, 21 de agosto de 1895.

¹⁵⁷ Es señalado como miembro del ayuntamiento constitucional en *La España*, 24 de septiembre de 1854.

¹⁵⁸ Datos extraídos de la hoja de empadronamiento de 1857. AVM, sección de Estadística.

No obstante, los ejemplos enunciados no eran más que gotas de agua en medio del inmenso mar de cultivos que se divisaba a ambos lados de la carretera a medida que uno se alejaba de Madrid. Los escasos tejares, casas de labor y huertas pinceladas en el horizonte recordaban más a las zonas rurales de la profunda Castilla que a la *moderna* capital del nuevo Estado liberal español situada a unos pocos centenares de metros¹⁵⁹.

“El campo que rodea a Madrid es árido y desolado por falta de agua. La naturaleza ha puesto aquí muy poco de su parte. Han cultivado los labriegos todo pedazo de tierra susceptible de serlo, pero ni hay árboles ni se ven tampoco quintas ni viviendas de importancia por estos alrededores (...)

*Salimos de Madrid por la puerta de Alcalá, siguiendo el ancho camino real, arenoso y polvoriento, aunque en bastante buen estado, que atraviesa unos campos bien poco interesantes, cuya monotonía rompen las montañas que a lo lejos se divisan. Todo, sin embargo, está cultivado: hasta las peladas rocas; pero ni árboles ni agua dan vida al triste paisaje”*¹⁶⁰.

Era cierto, las villas romanas, los *châteaux* franceses o los *suburbs* londinenses brillaban por su ausencia en la periferia de la capital a mediados de siglo. Y la situación se agravaba al sur de la Carretera de Aragón y una vez pasado el Camino alto de Vicálvaro, donde los guardias de las casetas de las tapias del Retiro oteaban cada mañana un paraje de huertas de secano, casas de labor y cultivos, donde destacaban las quintas de recreo de personajes destacados como Bertrán de Lis o el marqués de Perales¹⁶¹. Junto al uso eminentemente agrícola y de ocio campestre, también se habían asentado en esta zona pozos de nieve, muladares, yeserías y tejares donde recoger el hielo en el invierno, amontonar el estiércol, fabricar yeso y cocer ladrillos, industrias peligrosas e incómodas que habían sido expulsadas del recinto amurallado de la Corte en 1803 gracias a una resolución municipal¹⁶².

Marcelino Sánchez, residente en un tejear del Camino alto de Vicálvaro, situado al sur de la Carretera de Aragón, era uno de esos residentes extramuros. Con una existencia de más de seis años, ya que se le nombra en el expediente municipal de 1851 relativo a la numeración de las calles y casas extramuros de Madrid, Marcelino Sánchez, natural de San Martín de Valdeiglesias, regentaba a la altura de 1857 dos tejares en donde residía con su familia, formada por su esposa Antonia Carretero, seis hijos y ocho trabajadores a su cargo, un cura, una profesora, tres sirvientas y tres jornaleros. En total 16 personas. Marcelino Sánchez era propietario de estos tejares, como así indicó en la casilla de alquiler de la ficha de padrón que rellenó en enero de 1857. Pero aunque en su oficio también utilizase esta fórmula, Marcelino Sánchez era mucho más, era labrador, ganadero, fabricante de tejas y ladrillos, trapero y arriero. Y no le iba nada mal, ya que era uno de los mayores contribuyentes industriales de la

¹⁵⁹ Poco cambiaría la situación extramuros de la ciudad con la ratificación del Ensanche si el propio Ortega y Gasset afirmara ya en el siglo XX que “sólo alejándose seis kilómetros de Madrid ya se hallaba uno en el labriego castellano más absoluto”. En JULIÁ, S.; RINGROSE, D. y SEGURA, C.: Madrid, historia de una capital, Alianza Editorial, Madrid, 2008, pág. 257.

¹⁶⁰ Extracto de un libro anónimo realizado por un viajero alemán entre 1853 y 1854. Fue traducido al inglés con el título *The Attaché in Madrid* en 1856 y al español en 1904 gracias a Cristóbal de la Reina. En SANTOS, J. A.: *Madrid en la prosa de viaje. Siglo XIX...* pág. 244.

¹⁶¹ RULL SABATER, A.: “Los Bertrán de Lis en el Madrid post-fernandino”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo XXVII, nº 27, Madrid, 1989, pp. 217-232.

¹⁶² RUÍZ PALOMEQUE, E.: “Historia de la localización industrial” en *Establecimientos tradicionales madrileños. El Ensanche: Salamanca y Retiro*, Cuaderno VI, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1986, pp. 27-58.

provincia¹⁶³. Marcelino, junto a sus trabajadores e hijos, se encargaba de la fabricación y venta de “*un gran surtido de ladrillo tosco de las tres clases, mayor marca que la general y buena calidad*” que luego anunciaba en *El Diario Oficial de Avisos de Madrid* para proceder a su venta, aunque tampoco hacía ascos a criar cerdos, bueyes y pavos. Pero como buen comerciante, Marcelino no solo criaba, producía y vendía, sino que se aseguraba un suministro barato mediante la compra directa a los arrieros de Madrid de los materiales que necesitaba: o bien *avisaba* a los carboneros de su intención de comprar de tres a cuatro mil arrobas de carbón de encina para cocer ladrillo, como ofrecía a los carreteros un real por carro mayor y 24 maravedís por carro menor descargado en su tejat de escombros libres de tierra y compuestos de “*recortes de ladrillo y baldosa o granzas de yeso*”¹⁶⁴. ¿Dónde ubicar su negocio mejor que en las afueras de Madrid, a medio camino entre la gran urbe y aquellas huertas y pastos regados por el arroyo Abroñigal? Así minimizaba costes, ya que el espacio necesario para llevar a cabo todas estas actividades era imposible de conseguir en el casco urbano. Todo ello sin olvidarse del cuidado de la familia, a la que atendía en sus necesidades espirituales y educativas con la manutención de un cura y una profesora¹⁶⁵.

Finalmente, la zona meridional del futuro Ensanche Este tenía como estímulos de crecimiento la Carretera de Valencia y su entrada a través de la Puerta de Atocha. Sin embargo, a diferencia de la realidad ya descrita en el caso del acceso por la Puerta de Alcalá, el volumen de población y construcciones asociadas a dicha carretera fueron testimoniales, salvo por la presencia de pequeños tejares como el de la Regalada o el del Catalán, y la quinta de recreo del marqués de Perales. Sólo con la llegada del ferrocarril a partir de 1851 aparecieron las primeras tabernas, posadas y pequeños inmuebles que daban cobijo a jornaleros, trabajadores del nuevo ferrocarril, empleados de la aduana, carreteros o cordeleros. Esta zona era perjudicada por el aislamiento de la capital fruto de su encajonamiento entre las tapias del Retiro a la derecha, y las vías, el humo y el ruido del ferrocarril a la izquierda. Y es que la sombra del Retiro era alargada. ¿Quién iba a edificar allí, tan alejado de la ciudad si podía hacerlo junto a las Puertas de Bilbao, Fuencarral o Toledo? Casi nadie. La existencia de la Real Posesión del Retiro¹⁶⁶, creada por Felipe IV en el siglo XVII, y la posterior creación de un inigualable conjunto de Artes y Ciencias en la capital gracias al establecimiento del Jardín Botánico, el Museo de Ciencias Naturales (hoy Museo del Prado) y el Observatorio Astronómico por parte de Carlos III dentro de su afán de modernizar Madrid, si bien favoreció el auge del Paseo de Prado como lugar de esparcimiento social¹⁶⁷, también “*impidió al caserío rebasar la línea de aquel paseo y convertirle a la larga en una rambla o boulevard*

¹⁶³ En el *Diario Oficial de Avisos de Madrid* del 21 de septiembre de 1861 se publicó la lista oficial de los mayores contribuyentes de la provincia por distintos conceptos, y entre los contribuyentes por industria fabril aparece Marcelino Sánchez satisfaciendo 854 pesetas por ser *fabricante de teja y ladrillo*.

¹⁶⁴ Noticias extraídas del *Diario Oficial de Avisos de Madrid* del 13 de septiembre de 1855, 9 de febrero de 1856 y 23 de octubre de 1855 respectivamente.

¹⁶⁵ Datos extraídos de la hoja de empadronamiento de 1857. AVM, sección de Estadística.

¹⁶⁶ El estudio pormenorizado del Real Sitio del Retiro y del Prado no son el objetivo de nuestra investigación. A modo de orientación, es conveniente consultar: SUÁREZ PERALES, A.: “El Buen Retiro en el siglo XIX, proyectos arquitectónicos para su restauración” en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo XXVII, CSIC, Madrid, 1989, pp. 135-147; TOVAR MARTÍN, V.: “Real Sitio del Buen Retiro, recinto de las Artes y de la Industria” en *Establecimientos tradicionales madrileños. El Ensanche: Salamanca y Retiro*, Cuaderno VI, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1986, pp. 201-214.

¹⁶⁷ El viajero francés Théophile Gautier en su libro *Voyage en Espagne*, basado en su viaje de 1840, afirmaba que “*cuando se habla de Madrid, las dos primeras ideas que esa palabra despierta en la imaginación son el Prado y la Puerta del Sol*”. En. SANTOS, J. A.: *Madrid en la prosa de...* pág. 196.

*interior; y la cerca del Retiro (...) puede decirse que son las columnas de Hércules, el Non Plus Ultra para la villa de Madrid por aquel lado”*¹⁶⁸.

Qué razón tenía, en esta ocasión sí, Ramón de Mesonero Romanos al vislumbrar en el Paseo del Prado y el Retiro no sólo una de las más pujantes zonas de esparcimiento y recreo del pueblo madrileño, sino también el escollo que impedía a la ciudad expandirse a la busca del sol. El *corsé* madrileño apretaba su cintura por ambos lados, con el Palacio Real y la Casa de Campo a occidente, y el Retiro a oriente. La ciudad y sus dirigentes se volcaban hacia ese nuevo escenario de poder, sociabilidad, ocio y esparcimiento, allí donde se abrían jardines de recreo como los de Delicias o Tívoli a semejanza del resto de Europa, donde se concentraban edificios e instituciones del empaque del Museo de Pinturas, el cuartel de Caballería, el Monasterio de los Jerónimos, el Real Pósito o el Observatorio Astronómico, todo ello sin contar con los terrenos ajardinados del Retiro.

Lo cierto es que a mediados de siglo, poco hacía presagiar la formidable transformación que les vendría encima a los habitantes del tejado de Marcelino Sánchez o a propietarios como Rafael Mitjavila o Leandro Aguirre. No porque no le hiciera falta a la ciudad y a sus habitantes su ampliación, sino por la cortedad de miras con la que el consistorio se oponía a ella.

1.4. La ciudad soñada. El Ensanche de Madrid.

“Señores redactores: He leído con el mayor gusto las juiciosas reflexiones que han estampado Vds. en su apreciable periódico sobre el proyecto de ampliar la capital. El pensamiento no puede ser mejor: todo hombre sensato opinará con Vds. que el ensanche de la población es no solamente útil sino necesario y urgente. Es útil para la higiene pública... por ser en extremo insalubre la aglomeración de casas con reducidas habitaciones en un pequeño recinto; y es también utilísimo para los propietarios de estas la amplitud que se proyecta, a pesar de las objeciones contrarias. La razón es evidente: retirando la nueva cerca quedarán céntricos los que hoy son barrios bajos... Extiéndase las tapias, y entonces los propietarios de los barrios bajos mejorarán sus fincas, porque adquirirán más valor cuanto más céntricas se queden... Yo lo considero también necesario. Una nación como la española debe tener una capital que corresponda a su grandeza. La corte de una gran Reina ha de ser en todo grande: debe ostentar en sus plazas, calles y paseos esplendor y magnificencia. Más por desgracia nuestra capital carece de tan bellos caracteres.”

La España, 3 de mayo de 1857.

Útil, necesario y urgente. Así era considerado el proyecto de ampliar Madrid por un anónimo lector en su carta enviada a *La España*. Era la respuesta a la esperada publicación del Real Decreto de Claudio Moyano como ministro de Fomento, firmado el 8 de abril de 1857 pero hecho público en la *Gaceta* el día 14. Era *útil, necesario y urgente* para aliviar el hacinamiento existente en el recinto interior, mejorar las pésimas condiciones de higiene de una buena parte de las viviendas, reducir las posibilidades de

¹⁶⁸ MESONERO ROMANOS, R.: *El Antiguo Madrid. Paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa* en *Obras de D. Ramón de Mesonero Romanos...* pág. 241.

triunfo de revueltas populares en unas calles estrechas y con múltiples recovecos, para generar suelo urbano donde albergar las nuevas industrias e infraestructuras y para impulsar la construcción, fuente de la que se alimentaba buena parte del mercado laboral madrileño. Prueba de la situación insostenible en la que se encontraba la ciudad había sido la conjunción de factores que propiciaron la crisis revolucionaria de 1854, fruto de una nueva epidemia de cólera, la subida de los precios del pan, el malestar social ante una ciudad asfixiante y, sobre todo, el trazado sinuoso del centro de la capital, que favoreció el triunfo de las barricadas¹⁶⁹.

Ante tal cúmulo de cuestiones a resolver, la evidente parálisis municipal, cuyos miembros, todos propietarios en mayor o menor medida, se resistían a destruir el monopolio que poseían sobre los inmuebles, solares y alquileres de la ciudad, ahogaba cualquier salida. Fue el gobierno central el que apostó por la ampliación de Madrid. Que Moyano impusiera al consistorio la realización de un Ensanche para la ciudad fue un caso único en el urbanismo español de la segunda mitad del siglo XIX, época en la que se alumbró la práctica de “*los ensanches de población*”. De las numerosas ciudades españolas que llevaron a cabo un proyecto de ensanche, Madrid fue la única cuyo proyecto no nació de los poderes municipales (conformados por hombres de negocios, industriales, propietarios y nobles, en suma, grupos de presión que por lo general buscaban más su propio interés que el de la ciudad) sino de la mano del Estado¹⁷⁰. Y la causa no se redujo únicamente a la inactividad municipal sino también a la especificidad de Madrid como capital del Estado, que la hizo requerir a ojos de la autoridad gubernamental una serie de instituciones, infraestructuras y espacio diferente a las demás urbes españolas.

Las consecuencias de que fuera el gobierno el que llevara la batuta desde un principio fueron, por un lado, la reticencia que el consistorio mostró ante un proyecto que le era impuesto y, por otro, que el elegido para efectuar tal encargo debía seguir los criterios establecidos por Moyano en su decreto, en donde el perfil político-administrativo era prioritario ante otro más industrial y comercial como el que Cerdá imprimió a su proyecto de Ensanche de Barcelona. Era excepcional a nivel nacional, pero no a nivel europeo, donde todos los gobiernos agasajaban a sus capitales, fomentando la ejecución de sus planes de ampliación y dándoles un aire de grandeza y modernidad a la altura de su condición de capital del Estado. En París, la *destrucción creativa* de Haussmann ya llevaba varios años en progreso cuando Moyano presentó su Real Decreto en 1857. A finales de este mismo año el emperador Francisco José I también optó por transformar la capital imperial de Viena mediante su decreto *Es ist mein Wille*, por el cual se derribarían sus seculares murallas y se urbanizaría el glacis defensivo exterior, un kilómetro de llanura en torno a las murallas en donde estaba

¹⁶⁹ URQUIJO GOITIA, J. R.: *La revolución de 1854 en Madrid*, Instituto de Historia Jerónimo Zurita, Madrid, 1984.

¹⁷⁰ Las ciudades españolas que aprobaron un proyecto de ensanche fueron, además de Barcelona y Madrid: Bilbao (1863), San Sebastián (1864), Vitoria (1865), Sabadell (1865), Gijón (1867), Alicante (1874), Alcoy (1875), Vilanova i la Geltrú (1876), Santander (1877), Málaga (1878), Vigo (1878), Tarrasa (1878), Mataró (1878), Valencia (1884), Pamplona (1889), Zaragoza (1894), Avilés (1895), Cartagena (1895), Badalona (1895), León (1897), Tarragona (1899), Cádiz (1909), La Coruña (1910), Murcia (1920), Lérida (1921), Oviedo (1925), Sevilla (1930), Manresa (1933), Badajoz (1934) y Logroño (1935). Relación OTERO CARVAJAL, L. E.: “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939”, en *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Toledo, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, 2007, Vol. 1, pp. 27-79.

prohibido edificar para favorecer la defensa de la ciudad amurallada¹⁷¹. Además, en 1858 James Hobrecht, miembro de la policía real prusiana de urbanismo, recibía el encargo de elaborar un plan para la ampliación urbana de Berlín que se aprobaría en 1862¹⁷².

La capitalidad fue la verdadera matriz del Ensanche, más allá del hacinamiento o la falta de higiene. Moyano admite en la *Exposición de motivos a S. M.* de su Real Decreto, que Madrid “*es uno de los pueblos que, en proporción de su vecindario, menor superficie tiene destinada, en su recinto interior, a paseos, plazas y otros desahogos*”, y que “*en él se aglomeran los habitantes, contribuyendo así a que en lugar de extenderse la construcción en sentido horizontal hacia los barrios extremos... se mantenga estacionaria en un mismo punto, elevando de día en día el número de pisos de los edificios para hacerlos cada vez más estrechos, incómodos e insalubres*” como causas de peso para ratificar el ensanche de la ciudad. Pero desde su óptica, “*no son estas consideraciones las que con más fuerza aconsejan el ensanche de la capital*”, sino que Madrid era la “*residencia de V. M. y de todos los altos cuerpos del estado*” y debía adecuarse al “*restablecimiento de algunas mejoras de primer orden*” entre las que se hallaban la expansión del ferrocarril y la traída de las aguas del Canal de Isabel II, ya que, según Moyano, eran “*tan poco satisfactorias las circunstancias en que se encuentra la capital de la monarquía*” que “*no puede dilatarse más la realización del ensanche, como el más pronto y eficaz remedio para que desaparezcan los males presentes*”. También alude a la “*importancia de la corte*” para justificar que fuera el gobierno el que llevase el peso y la iniciativa de la propuesta, aunque eso sí, oyendo al “*ayuntamiento y a la diputación provincial de Madrid y, poniéndose de acuerdo con los demás ministerios*”. Lo que no quería de ninguna forma es que la situación se mantuviera como en los últimos años, donde la indolencia municipal y el interés particular habían permitido “*proyectos aislados en cada extremo de la población*”, con un “*resultado informe y poco provechoso*”, del que Chamberí era “*un triste ejemplo de nuestra falta de previsión y de nuestra incuria*”¹⁷³.

Pero lo más destacado y que sin duda marcará el devenir del proyecto de ensanchar la capital es el propio Real Decreto y las medidas que se establecen en él a lo largo de dos artículos, el primero de los cuales se dividía en ocho apartados. En ellos se implantaban las directrices para realizar el proyecto que se debían cumplir escrupulosamente. Algunas de las decisiones y medidas más polémicas atribuidas a Castro eran imposición regia y ministerial. Por un lado, se exhortaba a que el proyecto indicase un nuevo perímetro de la ciudad que estuviera delimitado “*ya de tapias, ya de otra clase cualquiera*” únicamente para que en ese límite “*se verifiquen el registro y la percepción de todos los derechos de puertas*”. El nuevo Madrid ganaría en espacio pero no en libertad, ya que seguiría igualmente delimitado como el *antiguo*. Esta iniciativa sería sagazmente criticada por Nemesio Fernández Cuesta en *La América*, al preguntarse “*¿qué haríamos si después de construida la población se nos escapara por no haberla encerrado a tiempo? ¡Terrible conflicto! Pero todo se evita con cerrarla*

¹⁷¹ HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century*, Op. Cit., pp. 191-212; PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad*, Op. Cit., pp. 155-157; SCHORSKE, C. E.: (1981): *Viena Fin-de-Siècle*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981.

¹⁷² HALL, T.: *Planning Europe's capital cities*, Op. Cit., pp. 213-227; BERNET, C.: “The “Hobrecht Plan” (1862) and Berlin's urban structure”, *Urban History*, 31, 3, Cambridge, 2004, pp. 400-419.

¹⁷³ BONET CORREA, A. (Ed.): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978. En esta obra se recoge íntegramente el Real Decreto de Claudio Moyano y el proyecto de Ensanche presentado por Castro en 1860, así como un análisis exhaustivo de ambos.

antes de construirla”¹⁷⁴. Y por el otro, también se planificaría el entramado viario de las calles principales y de segundo orden, las manzanas y barrios a construir así como la ubicación exacta de los edificios públicos, parques y avenidas que se considerasen necesarios. Por último, en el segundo artículo se instituía que la ratificación definitiva del proyecto de Ensanche quedaba sujeta a la sanción regia así como el futurible “*sistema económico y administrativo con arreglo al cual deben llevarse a cabo las obras*”, germen de la Ley de Ensanche de 1864 y su Reglamento de 1867.

1.4.1. Características generales del Anteproyecto de Castro.

El arquitecto e ingeniero sevillano Carlos María de Castro fue elegido por Moyano como director de tan magno proyecto. Era una persona conocida en el consistorio ya que había participado en las obras del ferrocarril de Madrid-Aranjuez, en las del Canal de Isabel II y en la reforma de la Puerta del Sol. Pero en todas ellas su presencia estuvo ligada al ministerio de Fomento, lo que le granjeó enemigos en el consistorio¹⁷⁵. Desde el 18 de mayo de 1857 y durante tres años, Castro y su equipo, formado por seis ayudantes del Cuerpo auxiliar de caminos, un ayudante temporero, y con la colaboración del ingeniero Manuel Riaño, ayudante de la Escuela especial, y sus alumnos del segundo año de la misma, peinaron las afueras de la ciudad realizando mediciones topográficas y cálculos de vientos, temperaturas, precipitaciones, horas de luz, etc., con el fin de disponer de la mayor información posible para llevar a buen puerto la iniciativa.

El encargo era monumental e hizo recaer sobre los hombros de Castro una gran presión y responsabilidad. Para llevarlo a cabo, el ingeniero sevillano apoyó su proyecto de Ensanche sobre tres grandes pilares que condicionaron el resultado final. En primer lugar, Castro no era un urbanista como su contemporáneo Cerdá, que ya había terminado el proyecto de Ensanche para Barcelona. Era un buen técnico, pragmático, sobrio, aplicado y solvente, pero no un teórico del urbanismo. Por ello, el primer pilar sobre el que se asentaría su proyecto fue el propio pliego de condiciones de Moyano, al que se ceñiría escrupulosamente como “*un rígido molde del que sólo escapará ocasionalmente*”¹⁷⁶. Castro debía decidir por dónde ampliar el perímetro de la ciudad, eligiendo tres de sus cuatro costados, dejando fuera su margen occidental donde la Casa de Campo, el Manzanares y el fuerte desnivel existente lo desaconsejaban. Se rompía así uno de los dos costados del *corsé* madrileño, el oriental, dejando entrever que la ciudad podía desbordar el Retiro, imposible sin la reforma del casco antiguo de esta zona. De esta forma, la ciudad triplicó su superficie, pasando de 800 a más de 2.200 hectáreas, con la pretensión de que Madrid pudiese albergar el ingente incremento demográfico que se esperaba sufriera en las décadas siguientes.

Esta enorme extensión de terreno que se incorporaba a la capital fue estructurada por Castro mediante una retícula viaria ortogonal, formada por calles orientadas de norte a sur y este a oeste según los vientos dominantes y en donde la manzana era la unidad urbanística básica. Como rezaba el Real Decreto de Moyano, en dicho plano hipodámico Castro distribuyó los edificios e infraestructuras públicas necesarias para la

¹⁷⁴ *La América. Crónica hispano-americana*, 8 de septiembre de 1857.

¹⁷⁵ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid, Op. Cit.*, pp. 59-70.

¹⁷⁶ MÁS HERNÁNDEZ, R., *El Barrio de Salamanca, Op. Cit.*, pág. 25.

población, tales como cuarteles, hospitales, mercados e iglesias, al igual que jardines, paseos arbolados y amplias avenidas. Además, realizó una división del nuevo trazado viario en calles jerarquizadas de primer, segundo y tercer orden según su anchura, de 30, 20 y 15 metros respectivamente, manteniendo a su vez la limitación en altura decretada por las autoridades municipales años antes para lo que a partir de ahora sería el casco antiguo¹⁷⁷. La idea era impedir que los males del casco interior (hacinamiento, insalubridad, falta de ventilación y luz) se reprodujeran en el *Nuevo Madrid* que le habían encomendado planificar.

Castro basó su segundo pilar en la documentación y el análisis de otros trabajos y proyectos similares llevados a cabo en ciudades europeas y americanas, así escribió que el “*ensanche de Barcelona, es tan completo y concienzudo, se halla tan bien redactado y lleno de preciosos detalles, que no hemos dudado un momento en elegirle como modelo y seguirle paso a paso en aquello que es aplicable a la localidad sobre que tenemos que operar*”¹⁷⁸. Del proyecto de la ciudad condal presentado por Cerdá, Castro reprodujo el mismo orden temático en su *Memoria descriptiva* que acompañaba al plano y citó varios de sus cálculos. Además, para la elección del tipo de manzana en el plano del Ensanche de Madrid, Castro no se contentó sólo con conocer de primera mano las propuestas de Cerdá, también analizó la tipología de manzanas existentes en ciudades como Nueva York, París o Londres, aunque finalmente siguiera al catalán con la adopción de los cruces achaflanados. Castro también sintió la preocupación, al igual que Cerdá, por la salubridad de la *nueva ciudad soñada*, adoptando como propias muchas de las tesis higienistas, denunciando en su *Memoria descriptiva* las “*mezquinas y mal ventiladas viviendas*” existentes en la capital¹⁷⁹. Más allá de la limitación ya mencionada de la anchura de las nuevas calles a construir, Castro impuso en su proyecto la restricción del número de viviendas en altura a bajo, principal y segundo, intentando eliminar cualquier veleidad futura hacia la vuelta al *encastillamiento* reinante en el interior y, en una de las puntuales medidas en que se salió del guión marcado, sustituyó las cercas del perímetro por un foso que dejara pasar el aire ventilando la ciudad y reduciendo así el riesgo de epidemias¹⁸⁰. Por último, Castro también mostró una especial inclinación hacia la creación de una nueva ciudad amplia y saludable, donde las espaciosas plazas y los frondosos jardines reinaran por doquier. La medida con la que aspiraba a convertir ese deseo en realidad era la reserva del 50% de la superficie de cada una de las manzanas del Ensanche para zonas verdes, dejando sólo la otra mitad restante para edificar. Huelga decir que el tiempo difuminaría tal pretensión, rota por la presión orquestada de propietarios, promotores inmobiliarios y especuladores.

Por último, el tercer pilar del proyecto de Castro fue su ferviente defensa del *laissez faire* y del derecho de la propiedad a la hora de exponer y desarrollar su idea del *nuevo Madrid* en ciernes. Tras sufrir numerosas amputaciones, desmentidos y

¹⁷⁷ En junio de 1854 el Ayuntamiento madrileño había dispuesto la altura de los edificios según estuvieran situados en calles de primer, segundo o tercer orden, correspondiéndoles una altura de 20, 18 y 15 metros respectivamente, con lo que Castro introdujo la relación del trazado viario con las diversas alturas permitidas de los edificios. BONET CORREA, A.: *El plan Castro, Op. Cit.*, pp. 141-142.

¹⁷⁸ BONET CORREA, A.: *El plan Castro, Op. Cit.*, pág. 93.

¹⁷⁹ BONET CORREA, A.: *El plan Castro, Op. Cit.*

¹⁸⁰ En una época en donde la errónea *teoría miasmática* de la enfermedad, que aseveraba que los *miasmas* (conjunto de emanaciones pútridas de los suelos y el agua subterránea) provocaban las enfermedades y epidemias, todavía no había sido derribada por la floreciente y aún joven *teoría microbiana*, que ponía el acento en la infección por microorganismos, la ventilación del aire era una preocupación primordial.

presiones¹⁸¹, Castro formuló un proyecto de Ensanche en el que realizó una exhaustiva descripción de cuál sería, a su juicio, la evolución urbanística y social de las distintas zonas de ampliación de la ciudad, distinguiendo entre barrios obreros y fabriles, zonas de recreo, barriadas para las clases medias y un exclusivo eje aristocrático en torno a la Castellana. Era consciente de los enormes intereses especulativos y urbanísticos existentes en la urbe, del deseo de las capas acomodadas de encontrar nuevos espacios donde edificar sus modernas residencias y de la especial atención que sus ojos tenían depositados en la prolongación del Paseo de Recoletos, expansión natural de Madrid en el futuro.

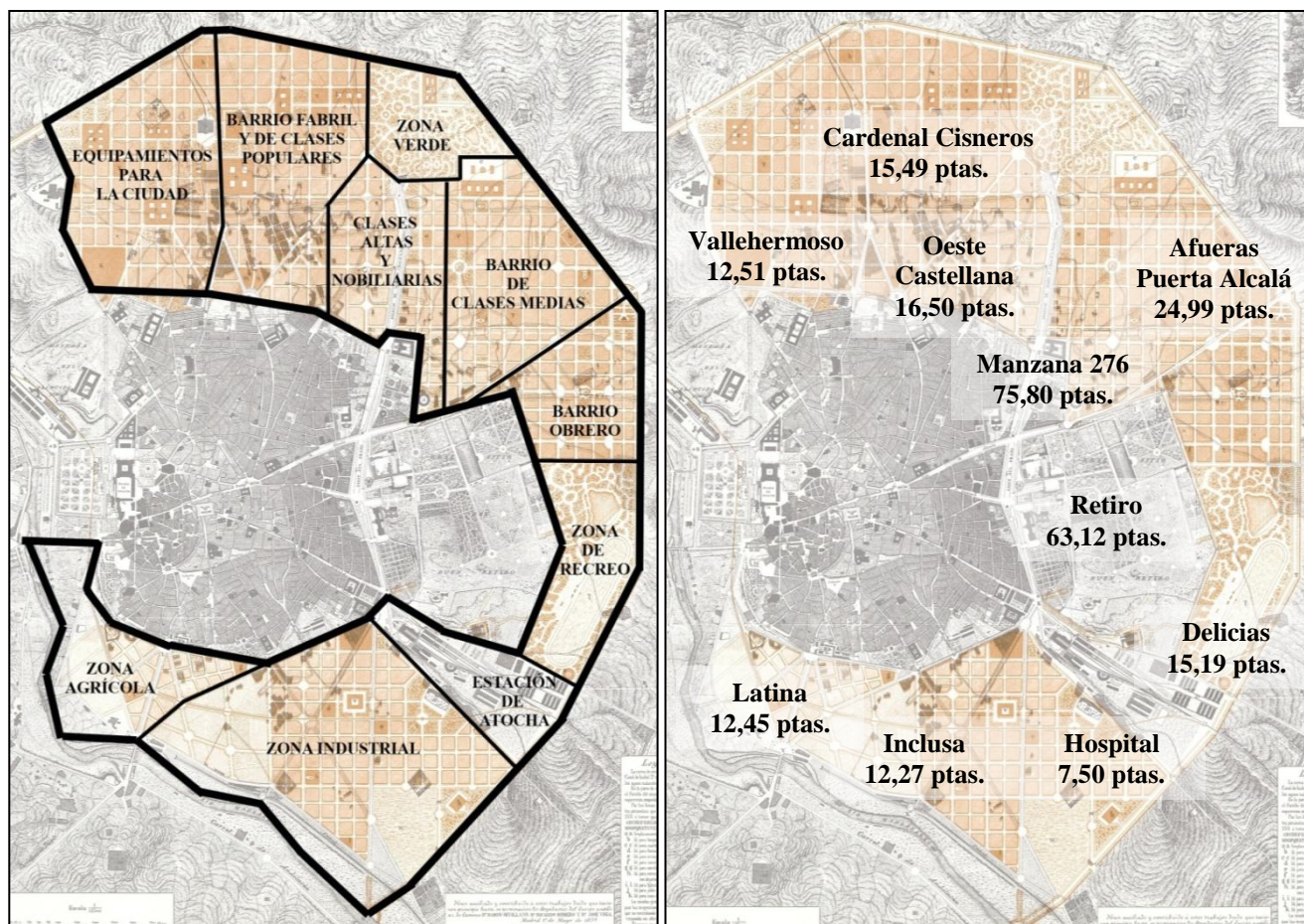
Castro sabía que las compraventas, la reserva y especulación del suelo que reinaban en el casco antiguo invadirían los terrenos del Ensanche inevitablemente. No hizo nada por favorecer tal proceso, aunque tampoco por corregirlo. Aplacar activamente la especulación inmobiliaria y sus rasgos segregativos nunca fue una opción a valorar ni para Castro, ni para el gobierno, ni mucho menos para el ayuntamiento, integrado por muchos de los que esperaban lucrarse con la empresa del Ensanche de la capital. El *laissez faire* y la defensa a ultranza de la propiedad privada defendida por los liberales lo impedían¹⁸². Por ello, el ingeniero sevillano se limitó a plasmar en su proyecto la dinámica socioeconómica preexistente, que tendía a la división del nuevo espacio urbano en barrios segregados y específicos para las distintas clases sociales que componían la ciudad, ateniéndose al distinto valor que el suelo alcanzaba en el mercado según su distancia al centro, su ubicación en relación a las principales vías de entrada a la capital y su nivel de edificabilidad¹⁸³. El plano de Castro se limitó a recoger un hecho en gran medida consumado y a la vez deseado, la existencia de distintos *ensanches* para Madrid, la tendencia a crear barrios segregados con características propias según la valoración del suelo existente ya en 1860, visible a través de los alquileres demandados en cada zona (Figuras 1.12 y 1.13). Por coincidir con el auge de la segregación horizontal del espacio y la división funcional de la ciudad, Castro y su Ensanche han sido furibundamente criticados como los verdaderos artífices del nacimiento de la ciudad segregada burguesa, cuando Castro no propició ni fomentó dicha segregación en horizontal, sino que simplemente comulgaba plenamente con ella, consecuencia de la mentalidad liberal imperante¹⁸⁴.

¹⁸¹ FRECHILLA, J.: “Seis episodios en la redacción del anteproyecto de Ensanche de Madrid” en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004, pp. 277-295.

¹⁸² CASTRILLO ROMÓN, M^a: *Reformismo, vivienda y ciudad. Orígenes y desarrollo del debate en España (1850-1920)*, Universidad de Valladolid, 2001, pp. 54-59.

¹⁸³ Para examinar con detalle el diseño del Ensanche de Castro y comparar los precios medios del suelo con los distintos usos que el ingeniero sevillano ideó para los nuevos barrios de la ampliación de la ciudad, consultar el apartado 1. 4.

¹⁸⁴ El grado de importancia que tuvo para la burguesía su intervención y ordenamiento de los proyectos de reforma de las ciudades españolas para afirmar su nuevo status se puede observar en otras ciudades españolas: SERNA, J. y PONS, A.: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera y su dominación en la Valencia de mediados del siglo XIX*, Diputación de Valencia, Valencia, 1992 RIVERA BLANCO: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1992; UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998, pág. 166 y siguientes; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares (1753-1868). El nacimiento de la ciudad burguesa*, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003.



Figuras 1.12 y 1.13. A la izquierda, la división funcional del espacio indicada por el propio Castro en la *Memoria descriptiva* que acompañaba al plano; a la derecha, alquileres medios mensuales de las distintas zonas que formarían parte del Ensanche según el padrón municipal de 1860. Los datos de los Ensanches Norte y Sur proceden de las investigaciones realizadas por Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán respectivamente. Los alquileres, en reales, han sido convertidos en pesetas en la proporción de 4 a 1. Plano del *Anteproyecto de Ensanche de Madrid* en julio de 1860. Escala 1:12.500.

Tal y como indicó Castro en su *Memoria*, “*al describir estos diferentes grupos de edificación en que [está] dividida la zona de ensanche, (...) lo hacemos conformándonos con las ideas que creímos ver predominar en las construcciones existentes, pero por esto no [aconsejamos imponer] como condición precisa a los propietarios de aquellos terrenos la construcción en ellos de edificios de tal o cuál forma y destinados a tales o cuales usos. Esto además de ser atentatorio a la propiedad sería punto menos que imposible conseguirlo*”¹⁸⁵. Cada una de estas zonas fue etiquetada por Castro como la posible residencia de las distintas clases sociales madrileñas ateniéndose a “*los diferentes grupos de edificios que de algunos años a esta parte se han levantado al acaso y sin prescripción alguna*” en cuya “*construcción de cada uno de ellos parece haber dominado una idea diversa (...) que tiende a fijar el porvenir de aquellas localidades*”. Es decir, que el proyecto de Castro pretendió “*armonizar (...) los principios que sentamos como base de toda edificación, con la conveniencia de las diferentes clases que forman la sociedad de Madrid y sobre quien necesariamente ha de influir más inmediatamente el ensanche de población*”¹⁸⁶.

¹⁸⁵ BONET CORREA, A.: *El plan Castro*, Op. Cit. pág. 112.

¹⁸⁶ BONET CORREA, A. (Ed.): *Plan Castro*, pág.103.

Dos criterios sostenían su argumentación, por un lado, el respeto a los usos previos del suelo extramuros y, por otro, su total rechazo a coartar la libre disposición de la propiedad. Castro no impuso esta división funcional de Madrid que aparece reflejada en el plano del proyecto, sino que se limitó a apuntar las líneas maestras de lo que creía sería su desarrollo. Y el tiempo le dio la razón. En primer lugar, no era un secreto que la ciudad se expandía hacia Chamberí, hacia el norte antes que hacia cualquier otro punto cardinal¹⁸⁷. En agosto de 1857, cuando Castro ni siquiera había comenzado el plano del Ensanche, el periódico *La Iberia* recogía la opinión de *El Parlamento* en la que aseveraba que:

“La convicción de que Madrid ha de extenderse por la parte del Norte, y especialmente en los puntos más próximos al depósito de las aguas, ha hecho que no exista ya un palmo de tierra por aquel lado que no esté tasado a un precio alto en comparación al que tenían cuando esos terrenos no contaban con otro porvenir que la siembra. Terrenos que se vendían por fanegas a razón de mil o dos mil reales cada una de ellas, se venden ahora por pies, habiendo llegado a venderse a cuatro, seis, ocho y hasta diez reales el pie.”

La Iberia, 25 de agosto de 1857.

Todo aquel con liquidez o patrimonio suficiente para recibir un crédito acudió a la pronta adquisición de unos terrenos otrora sin apenas valor y ahora apetecidos por todos. Los capitalistas y especuladores olieron el beneficio rápido y fácil con el mero cambio del uso del suelo, de rústico a urbano. Ello dio lugar a la enorme revalorización de una buena parte de los terrenos extramuros y, años después, a una abusiva concentración de la propiedad, una alta especulación y a la ralentización de la edificación¹⁸⁸. En segundo lugar, Castro tampoco obvió el proceso por el cual la prolongación del Paseo de Recoletos hacia la Fuente Castellana empezaba a convertirse ya en una alfombra aristocrática por la que ya desfilaban personajes ilustres como el marqués de Salamanca o Remisa entre otros. Prueba fehaciente de ello era que noticias como la que indicaba que Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, había adquirido “entre uno y dos millones de pies de terreno a la inmediación izquierda de la Fuente del Cisne” ya fuera para “edificar un palacio con jardín” o “una gran manzana de casas como las del interior de la población”, estaban a la orden del día en 1858¹⁸⁹. Por último, y pasando de puntillas por aquellos terrenos aislados situados más allá de las tapias del Retiro, Castro creyó que las afueras del sur seguirían siendo un apéndice de las clases populares residentes en los barrios bajos del casco antiguo, cayendo en uno de sus principales errores, la falta de previsión respecto al profundo impacto que el ferrocarril traería a esta zona, difícilmente comprensible dada la estrecha relación que Castro mantuvo en los años anteriores con la expansión de las líneas férreas¹⁹⁰. La justificación de Castro en relación a su división funcional de Madrid fue entendida por algunos de sus observadores coetáneos, uno de los cuales afirmó que Castro “ha observado esta separación y ha seguido el movimiento iniciado por la ciudad. Allí donde ha visto el principio de un barrio aristocrático, ha señalado en la nueva ciudad una gran extensión de terrenos destinados a los palacios y jardines de esta clase. Allí

¹⁸⁷ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)...*, Op. Cit.

¹⁸⁸ MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La promoción inmobiliaria en los ensanches del siglo XIX”, en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Op. Cit., pp. 55-73.

¹⁸⁹ *La España*, el 18 de diciembre de 1858.

¹⁹⁰ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur...*, Op. Cit.

*donde ha visto nacer un barrio manufacturero e industrial, ha intentado dar una vida más robusta y amplia a estos intereses”*¹⁹¹.

Castro era hijo de su tiempo, con una ideología y unas prácticas urbanísticas concretas¹⁹². El alto respeto por la propiedad privada que profesaba el ingeniero le impidió establecer normas específicas que la vulnerasen. De hecho, y para cubrirse las espaldas ante las posibles críticas de sus contemporáneos, insistió en que “*no es como se ve un capricho el que nos ha guiado al hacer la división indicada, es sí la marcha iniciada por los propietarios de aquellos terrenos, antes, mucho antes de que nos fuera encargado el estudio del ensanche*” y reiteró la no obligatoriedad de unas “*indicaciones que hemos hecho [que] nada imponen a los propietarios ni en nada varían nuestro proyecto*”, porque a su juicio, “*los terrenos seguirán valiendo más, como hoy sucede, en la Fuente Castellana que hacia la plaza de toros, y estos muchos más que los del portillo de Valencia, y los del portillo de Valencia más que los inmediatos a los Campos Santos del Norte, y el valor de los terrenos será el que determinará seguramente el valor y el destino de las edificaciones*”¹⁹³.

La segregación del espacio fue un fenómeno urbano característico no sólo de Madrid y de los ensanches de población españoles, sino de toda Europa. En todas las grandes urbes del continente ya se habían creado (y estaban apareciendo más) barrios homogéneos burgueses, aristocráticos y obreros¹⁹⁴. Pero en el caso español, la figura jurídica del *ensanche* fue la herramienta de la que se valieron las nuevas elites surgidas de las transformaciones liberales y capitalistas del siglo XIX para crear su modelo de ciudad, la ciudad burguesa, basada en la reforma de la apelmazada ciudad preindustrial y en su ampliación para generar nuevos espacios donde dar cobijo a la inmigración, a las nuevas infraestructuras y fábricas surgidas de la industrialización, y a unas nuevas clases dirigentes que ansiaban demostrar públicamente su ascenso social¹⁹⁵.

1.4.2. El diseño del Ensanche Este.

La causa principal por la que Carlos María de Castro ha sido presentado en algunas ocasiones por la historiografía como el artífice de la segregación socioespacial de la ciudad de Madrid fue por el excesivo celo con el que examinó las tierras, las huertas y las propiedades sobre las que tenía que operar, por su deseo de respetar en gran medida sus usos previos y por su mentalidad garantista de la propiedad. El acierto en muchas de sus predicciones sobre el futuro desarrollo de la urbe hizo parecer que

¹⁹¹ COUDROY DE LILLE, L.: *L'Ensanche de población en Espagne: invention d'une pratique d'aménagement urbain (1840-1890)*, Tesis doctoral, París X-Nanterre, 1994, pp. 42-43.

¹⁹² El belga Daguillon, que había trabajado con Haussmann en París, también presentó un proyecto de construcción de barrios destinados a las distintas clases sociales a Isabel II. DAGUILLON, J. G.: *Memoria presentada a su Majestad doña Isabel II, reina de las Españas, sobre diversos proyectos de creación de nuevos caminos, paseos, alamedas, calles, plazas y squares en Madrid y sus inmediaciones*. Bruselas, 1862. La propuesta en: DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales*, Op. Cit., pp. 427-434; SAMBRICIO, C.: “La construcción de la ciudad liberal: Madrid, 1859 y las propuestas de nuevos barrios”, en *Anales de Historia del Arte*, Volumen Extraordinario, Madrid, 2008, pp. 489-503.

¹⁹³ BONET CORREA, A.: *El plan Castro*, Op. Cit., pp. 113-114.

¹⁹⁴ LEES, A. y HOLLEN LEES, L.: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

¹⁹⁵ RUEDA HERNANZ, G.: “Modelos de transformaciones urbanas y cambios sociales en las ciudades como consecuencia de la desamortización” en LAVASTRE, P. y MÁS, R. (Coords.) *Propiedad urbana y crecimiento de la ciudad*, UAM y Casa de Velázquez, Madrid, 2005, pp. 65-112.

éstas fueran reglas fijas y no meras proyecciones fundadas en datos y tendencias reales. Tal y como se ha indicado en la introducción de este trabajo, el análisis exhaustivo de los terrenos que quedaron englobados en el proyecto de ampliación de la capital fue dividido en tres grandes zonas, los Ensanches Norte, Sur y Este, siendo analizados los dos primeros en sendas tesis doctorales por Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán¹⁹⁶. En cuanto al Ensanche Este, y antes de abordar cómo diseñó Castro su posible desarrollo, es menester destacar una peculiaridad en el objeto de estudio señalado, inexistente en las otras dos investigaciones.

La zona urbana a la que nos referimos con la denominación de *Ensanche Este* engloba una parte del casco histórico de Madrid, en concreto la Real Posesión del Retiro (antes de que fuera disgregada ninguna de sus partes para su urbanización) y la manzana 276 del casco antiguo. Esta elección no implicó ningún cambio de criterio en la investigación sino una adaptación y comprensión del objeto de estudio, al igual que hiciera Castro. Esta zona del casco antiguo, más allá de que perteneciese o no al plano de Ensanche de Madrid, sufrió una profunda transformación urbana, similar y simultánea a la que sufrieron los terrenos englobados en el propio Ensanche¹⁹⁷. Tanto la manzana 276 como la Real Posesión del Retiro, responsables del *corsé* que dificultaba la ampliación de la ciudad hacia el este, sufrieron entre 1865 y 1874 una profunda reestructuración que forjó la urbanización de unas franjas que, a pesar de estar ubicadas en el interior del casco urbano, no estaban edificadas¹⁹⁸. La manzana 276, que ya había sido objeto de una profunda reforma a mediados de la primera mitad de siglo con la desamortización del convento de Agustinos Recoletos, sufrió una segunda reestructuración en la década de los 60 que generó la apertura de calles como las del Cid, Recoletos, Santibáñez, Villanueva u Olózaga, y cuyo fin fue prolongar las planeadas en el proyecto de Ensanche¹⁹⁹. Para sustentar la decisión tomada en cuanto a su inclusión en nuestro objeto de estudio, un dato: la parcelación, alineación y venta de los terrenos del Pósito fueron encomendados en 1861 al mismo Castro en virtud de su cargo como director de las Obras de Ensanche, vislumbrando la íntima relación de esta manzana con el sector contiguo del Ensanche. Y eso a pesar de que uno de los propietarios de los nuevos terrenos, Ramírez, posiblemente temeroso de que Castro invocase unas medidas higienistas que redujeran los márgenes de ganancias, mostró su extrañeza ante el hecho de que “*siendo una reforma del interior de la población*” el consistorio nombrase al ingeniero sevillano, sancionando de facto la vinculación especial de dicha manzana con la consecución del Ensanche de Madrid²⁰⁰.

¹⁹⁶ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2009; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2011.

¹⁹⁷ CARBALLO BARRAL, B.: *Los orígenes del Moderno Madrid: El Ensanche Este (1860-1878)*, UCM, 2007, E-PrintsUCM: <http://eprints.ucm.es/6336/>; CARBALLO BARRAL, B.: “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1860-1878). El distrito de Salamanca”, en *Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, Toledo, 2007, Vol. 1, pp. 193-212.

¹⁹⁸ Estudios de carácter geográfico también han vinculado la ordenación urbana de dicha zona acaecida en la segunda mitad del siglo XIX con la contemporánea del Ensanche. CAPÓTE, C.: “El barrio del Museo en Madrid”, *Estudios geográficos*, nº 37:144, agosto de 1976, CSIC, Madrid, pp. 319-350.

¹⁹⁹ RUÍZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño*, Op. Cit., pp. 342-346.

²⁰⁰ La parcelación, alineación, tasación y subasta de los solares del antiguo Pósito fue un proceso que se dilató desde 1862 hasta 1871. El expediente sobre la demolición del Pósito está fechado en 1866 (AVM, Secretaria, signatura 5-76-6), la presentación a subasta de los solares en 1868 (AVM, Secretaria,



Ilustración 1.15. Arranque del Paseo de Recoletos con la fuente de Cibeles en primer término, los edificios del Pósito y el nuevo palacio del marqués de Salamanca realizado por Colomer en segundo plano, y al fondo los terrenos aún sin edificar del futuro Ensanche Este. Anónimo, h. 1857. Fuente: Banco Hipotecario.

Más al sur, el *limes* oriental de la ciudad lo formaba la Real Posesión del Retiro, una fortaleza en principio inexpugnable para el municipio por pertenecer a la Casa Real²⁰¹. Sin embargo, la Posesión, que incluía el Jardín Botánico o el Museo del Prado entre otras instituciones, pronto tuvo que ceder a las presiones municipales y especulativas a la que se vio sometida una vez que se aprobó el Ensanche madrileño y se hizo visible su conversión en punto nodal del *nuevo Madrid*. En este contexto, la reina Isabel II vendió en 1865 al Estado la franja de terreno más occidental, comprendida entre las calles de Alcalá al norte, el Salón del Prado al oeste, el Paseo de Atocha al sur y la actual calle de Alfonso XII (denominada en esa época calle de Granada) al este²⁰². Esta nueva zona se convirtió en una zona urbanizable de gran valor donde la especulación, fruto de la tardanza en su construcción, fue en aumento. Ya en 1873, en tiempos de la 1ª República, el Retiro volvería a sufrir otra amputación, en esta ocasión en su margen meridional, con la venta y urbanización del Olivar de Atocha. Por consiguiente, todas estas transformaciones, coetáneas entre sí y con la puesta en marcha

signatura: 5-76-8) y la medición y tasación en 1870 (AVM, Secretaría, signatura 5-76-10). Más adelante se abordará esta cuestión en relación a cómo afectó a la segregación socioespacial del Ensanche Este.

²⁰¹ Mesonero Romanos ya había insinuado en su *Proyecto de Mejoras* lo favorable que sería para la ciudad de Madrid que el Real Patrimonio considerase “la magnífica transformación que podría recibir aquel real sitio” con sólo “arrendar o entregar temporalmente a la industria parte de su recinto”. En: MESONERO ROMANOS: *Obras...* (Ed. de C. SECO SERRANO), Tomo IV, pp. 288-289.

²⁰² Esta venta fue fruto de la cesión de la Reina al Estado de los terrenos para su urbanización, reservándose ésta el 25% de los ingresos que se obtuvieran de su venta, en un *rasgo* loable hacia la nación, chispa de una queja pública de Castelar que acabaría con su destitución de la universidad y los sucesos sangrientos de la Noche de San Daniel. Como consecuencia, a pesar de aprobarse su urbanización en 1865, su construcción se vio obstruida más de diez años por la dura oposición de Fernández de los Ríos. SUÁREZ PERALES, A.: “El Buen Retiro en el siglo XIX, proyectos arquitectónicos para su restauración” en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños, Op. Cit.* En el caso de querer analizar su desarrollo urbanístico ulterior es necesario consultar: VIDAL DOMÍNGUEZ, Mª J.: “La consolidación de la propiedad urbana en el barrio del Retiro durante la Restauración (1875-1931)”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, (1876-1931)*, Vol. 1, Comunidad de Madrid, Madrid, 1989, pp. 215-230.

del Ensanche, buscaron la integración efectiva entre casco antiguo y Ensanche mediante la adopción de la manzana como unidad urbana básica y el mismo plano en damero, de ahí nuestra decisión de incluirlos en el *Ensanche Este de Madrid*.

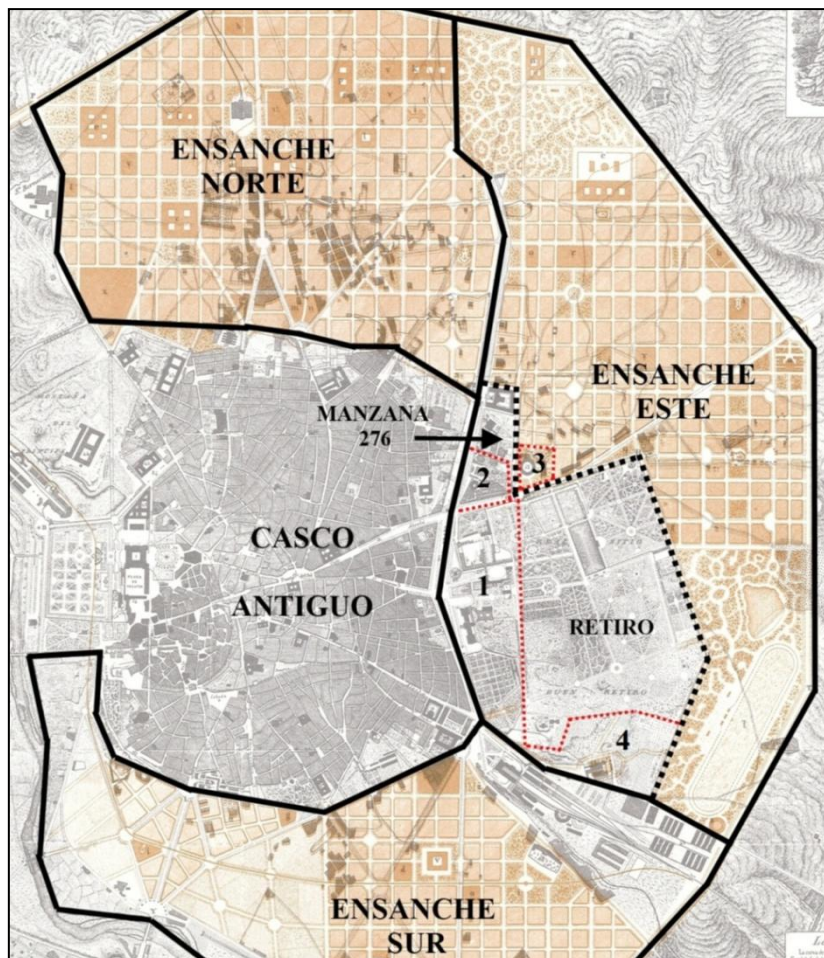


Figura 1.14. Dibujo del Ensanche Este de Madrid realizado sobre el plano del Anteproyecto de Ensanche de Castro de 1860. Escala 1:12.500. Las líneas continuas delimitan las tres zonas en que se ha dividido el proyecto de este Grupo de Investigación. Las líneas discontinuas negras señalan la parte del casco antiguo que ha sido incluido en el presente estudio como parte del Ensanche Este de Madrid. Las líneas discontinuas rojas indican las tres operaciones que se llevaron a cabo entre 1865 y 1874 para integrar el casco antiguo con el margen oriental del Ensanche mediante la urbanización de estas zonas. Leyenda: **1.** Terrenos de la Posesión del Retiro vendidos en 1865; **2.** Terrenos del antiguo Pósito que fueron parcelados y sacados a subasta; **3.** Plaza de toros derruida para su parcelación y venta en solares urbanizables. **4.** Olivar de Atocha, cercenado del Retiro en 1873 durante la 1ª República.

Volviendo a la fecha en que fue aprobado el Anteproyecto de Castro, en julio de 1860, la manzana 276 albergaba una serie de edificios que, en su mayoría, no estaban destinados a viviendas como eran la Escuela de Veterinaria, el taller de coches de Pedro Peylombet, las obras de la Casa de la Moneda que dirigían Mendíbil y Jareño, el complejo municipal del Pósito o el cuartel de la Guardia Civil, que actuaban de *cortafuegos* ante la expansión urbana. Sin embargo, habían surgido en los últimos años los primeros inmuebles residenciales, que fueron los que grabaron la impronta de su futuro: aquí erigieron sus palacios los acaudalados marqueses de Salamanca (1856), Remisa (1858) y Calderón (en obras en 1860 hasta su conclusión en 1864, y que

finalmente vendería al marqués de Campo en 1867²⁰³). La instalación en esta manzana del marqués de Salamanca, convirtiéndose en vecino de la fábrica de moneda, fue el detonante de la conversión de esta zona en lo que popularmente se denominaría en años posteriores *el barrio de los banqueros*, extendiendo esa aura hacia la nueva barriada que el propio Salamanca levantaría a sus espaldas²⁰⁴. En 1860, el marqués de Salamanca, José de Salamanca Mayol, vivía en su palacio de la calle Recoletos nº 8, con su esposa Petronila Livermore Salas, sus hijos Francisco y Josefa y un séquito de 14 sirvientes entre los que se encontraban un mayordomo y un jefe de cocina franceses, un ayudante de cámara, dos pinches de cocina, un portero, un jardinero, cuatro sirvientes, dos criadas y dos empleados de la familia. Por su parte, el marqués de Remisa y senador vitalicio, Jesús Muñoz y Sánchez, residía muy cerca, en el nº 2 de la misma calle Recoletos, junto a su esposa Dolores Remisa, sus hijos Cristina (de 10 años), Jesús (de 8), María (de 4), Juan (de 1) y Luis (recién nacido), una sobrina, y otra escuadra de 12 asistentes domésticos, formada por dos amas de cría oriundas de Azcoitia (Guipúzcoa), un matrimonio que se encargaba de la portería del palacio, cinco sirvientes y tres criadas²⁰⁵.

		Manzana 276	Posesión del Retiro
Nº Familias		95	179
Nº personas		480	771
Alquiler medio mensual		75,8 ptas.	63,12 ptas.
Cabezas de familia	Empleados	37,89 %	43,58 %
	Jornaleros	8,42 %	6,15 %
	Militares	18,95 %	17,88 %
Servicio doméstico		20,47 %	21,76 %
De los cuales	Hombres	49 %	40 %
	Mujeres	51 %	60 %

Figura 1.15. Principales datos socioeconómicos de la zona del Ensanche Este inserta en el casco urbano en 1860. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1860.

Era una zona donde, más allá de pioneros acaudalados, los dominios militares (cuarteles de la guardia civil, artillería e inválidos), estatales (escuela de veterinaria) municipales (el Pósito) y regios (el Retiro y todas sus dependencias) habían servido de coraza ante la urbanización, la especulación y el hacinamiento existente en el resto del casco urbano. Este fenómeno se observa en el escaso número de familias y habitantes que residían en ella, la mayoría de las cuales estaban relacionadas con el desarrollo de funciones militares (casi uno de cada cinco cabezas de familia) o trabajando en nómina de las diversas instituciones públicas (uno de cada tres). Además, era una franja urbana donde existía una demanda de servicio doméstico constante y muy por encima de la

²⁰³ Expediente notarial sobre la compra de la Casa Palacio situado en el Paseo de Recoletos por parte del marqués de Campo en 1877. Biblioteca Virtual del Senado.

²⁰⁴ NAVASCUÉS, P.: *Un palacio romántico. Madrid, 1846-1858*. El Viso, Madrid, 1983; GARCÍA-GUTIERREZ MOSTEIRO, J.: “Poder y arquitectura en el Madrid isabelino: Pascual y Colomer (1808-1870) y el origen de la ciudad de la burguesía”, en CABAÑAS BRAVO, M., LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, A. y RINCÓN GARCÍA, W.: *Arte, poder y sociedad en la España de los siglos XV a XX*, CSIC, Madrid, 2008, pp. 355-368.

²⁰⁵ Los datos de las familias de ambos marqueses han sido tomados de: AVM, sección de Estadística, padrón de 1860.

media de la ciudad, ya que la quinta parte de todas las personas mayores de 12 años que residían en ella, independientemente que fuera hombre o mujer, desempeñaba las labores de sirviente, ama de cría, portero, lacayo o miembro del servicio de la Corte.

Los terrenos del casco antiguo situados al este del eje Prado-Recoletos atoraban cualquier dilatación de la ciudad por esta parte, circunstancia que el propio Castro tuvo muy en cuenta a la hora de diseñar el Ensanche Este. Allende las tapias del Retiro, donde las lomas del campo componían el paisaje y los viejos caminos y veredas no tenían más compañía que solitarios tejares como el que hemos visto de Marcelino Sánchez (aquel propietario que se dedicaba a la cría de ganado y la fabricación de ladrillos), fue el paraje elegido por el ingeniero sevillano para crear *ex profeso* un barrio destinado exclusivamente a la “*clase obrera y menestral*”, dado el aislamiento en el que se encontraba y los presumibles bajos precios de sus tierras. La idea era edificar un núcleo urbano autárquico, “*una pequeña población especial, dotada de cuanto haya menester para su existencia propia*”, sin ningún tipo de comunicación con el resto de la villa y con todo tipo de servicios para evitar que sus habitantes tuvieran que salir de él, como “*una iglesia y un gran lavadero común y a su alrededor varias dependencias y edificios destinados a escuelas, carnicería, botica, tahona*”²⁰⁶. En el plano del Anteproyecto también aparecían aquí ubicadas instalaciones como dos mercados de caballerizas, un correccional para menores y presos políticos, una cárcel de presos comunes y un hospital.

Este barrio tendría “*una forma simétrica y elegante agrupando varias extensas casas de vecindad con otros edificios aislados para obreros... que procurasen a esta parte de la población el bienestar a que es acreedor el honrado jornalero y el laborioso menestral*”²⁰⁷. La lejanía respecto del núcleo de la ciudad, que se esperaba solucionar con la propuesta de abrir una calle a través del Retiro hacia el Paseo del Prado, era el precio a pagar por disfrutar de unas condiciones de habitabilidad dignas, en contraposición a los chiscones, buhardillas y sotabancos del interior. Sin embargo, no era tanto el obrero como el modesto empleado el que ocupaba los pensamientos del ingeniero, “*esa multitud de empleados con pequeños sueldos que encierran nuestras oficinas, clase laboriosa en lo general y bien poco recompensada a la verdad*”. Un barrio planificado *ex novo* para obreros, autárquico y donde no hubiera construcciones que derruir o propietarios a quienes indemnizar, para así poder ofrecer una edificación y alquileres sustancialmente baratos en unos terrenos relativamente llanos, escasamente poblados y en donde la especulación todavía no se conocía.

Las pocas familias que residían en esta zona eran propietarias de las casas bajas en las que vivían, y aquellas que lo hacían de alquiler (como en el parador de Muñoz, lindando con la carretera de Aragón) satisfacían sólo 20 pesetas mensuales, reducido pero aún así más del doble del alquiler medio del arrabal de las Peñuelas, en el Ensanche Sur, que era de 9,55 pesetas²⁰⁸. Sus habitantes vivían entre dos mundos, el urbano y el rural. Por ello, más de la mitad de los varones mayores de 12 años aquí residentes se dedicaban a trabajos agrícolas y periurbanos (el 51,22%), ya fuera como propietarios de tejares, hortelanos, mayoresales de labranza, ganaderos o, en la mayoría de los casos, de todo un poco a costa de un reducido jornal y un plato de comida caliente

²⁰⁶ BONET CORREA, A. (Ed.): *Plan Castro*, COAM, 1978. pág. 175.

²⁰⁷ *Ibíd.* pág. 107.

²⁰⁸ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2011.

cada día²⁰⁹. Al ingeniero no le tembló el pulso a la hora de concebir la demolición de unas propiedades y edificaciones cuyos propietarios eran de escasa entidad y que difícilmente podrían presentar grandes obstáculos y reticencias ante una decisión que revalorizaría sus terrenos²¹⁰. Sin embargo, el proyecto de barrio obrero, como tantas de las propuestas de Castro, no llegó nunca a materializarse, aunque los elementos por los que el ingeniero eligió esta ubicación marcaron su impronta popular posterior.



Figura 1.16. Elaboración propia a partir del diseño de Castro de los terrenos situados a espaldas del Retiro en el Anteproyecto de Ensanche de 1860. Escala 1:12.500. En tono anaranjado aparece el plano en damero y los edificios públicos propuestos por Castro. Por su parte, en gris se han recogido las construcciones preexistentes.

Legenda

En números negros, modificaciones propuestas por Castro:

1. Mercados de caballerías.
2. Correccional de menores.
3. Cárcel para presos comunes.
4. Iglesia del barrio obrero.
5. Hospital.
6. Hipódromo y zona de ejercicio militar.
7. Bosque de recreo.
8. Nueva plaza de toros.

En letras azules, demoliciones ideadas por Castro:

- A. Parador de Muñoz.
- B. Huerta y tejár de Vicente Bertrán de Lis.
- C. Tejares como el de Marcelino Sánchez.
- D. Tejar de La Regalada.

²⁰⁹ Datos obtenidos del padrón de habitantes de Madrid de 1860. AVM, sección de Estadística. No se muestran datos de las mujeres ya que el espectro es muy reducido y ninguna de las mujeres señalaron realizar ninguna profesión. Sin embargo, es una hipótesis plausible pensar que desempeñaran los mismos trabajos que sus familiares varones en huertas, tejares y pozos de nieve.

²¹⁰ A diferencia de lo ocurrido en los arrabales de Chamberí y Peñuelas, donde la cuantía de las edificaciones era considerable, y en donde los propietarios presentaron una dura batalla contra la maquinaria burocrática del Ensanche. En: PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit. y en VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

Para terminar con la marginada zona oriental del Ensanche, Castro ni siquiera se planteó diseñar un plan viario de partida al sur del camino alto de Vicálvaro por considerar “*imposible [la] edificación de formas regulares y la dificultad también de procurar a esta localidad comunicaciones aceptables con el resto de la población sirviendo a ello de obstáculo la Real posesión del Retiro*”. En un terreno marcado por unos desniveles de terreno considerables suponían un serio obstáculo para la urbanización de una zona tan aislada, Castro sólo dispondría la creación de un gran bosque de tipo inglés para el esparcimiento de la sociedad madrileña, la traslación de la plaza de toros a este punto y el establecimiento de un gran hipódromo que sirviera tanto para carreras de caballos como para zona de entrenamiento de los regimientos militares de la capital²¹¹. Aunque estos designios tampoco se cumplieron, la eclosión urbana de esta zona sufrió los factores negativos aludidos por Castro viéndose claramente ralentizada. Hasta finales del siglo XIX no florecieron los primeros inmuebles de este espacio urbano, actualmente conocidos como barrios del Niño Jesús e Ibiza, y tuvieron que llegar los años posteriores a la Guerra Civil para que este espacio acabase colmatándose.

El único factor dinamizador de la zona que llegaba desde una carretera de Valencia que moría en el minusvalorado Paseo de Atocha, se debía al ferrocarril²¹². La fundación del Embarcadero de Atocha revitalizó, aunque lentamente, el sureste de la capital madrileña. La cuantía de talleres, pequeñas fábricas en el domicilio y tabernas era aún anecdótica (el padrón de 1860 sólo recoge 29 hogares). Quien más y quien menos debía su empleo a la estación de Atocha. Industriales como Andrés Taboada, político municipal vinculado al progresista marqués de Perales y el octavo mayor contribuyente de Madrid por industria manufacturera gracias a la fabricación de cerveza²¹³, tenía ubicada su industria, en la que tenía contratado a seis trabajadores, en la carretera de Valencia nº 1, los propietarios de la fábrica de cordelería y almacén de cáñamo del nº 3, que residían en la calle Alcalá nº 16, en el casco, o la curtiduría Esteban Benio, en el nº 5, se nutrían de la venta al por menor de los transeúntes llegados en carruaje a través de la carretera o en los vagones del ferrocarril. Este movimiento de personas y mercancías también generaba que la aduana, ubicada en el nº 9 de la carretera, tuviera mayores responsabilidades y la necesidad de tener empleados a 19 personas, entre porteros, interventores, mozos de cuerda, carteros y empleados sin especificar²¹⁴. La conjunción entre el ferrocarril y la vía de entrada a la ciudad eran los únicos latidos de vida de este sector a la altura de 1860. Detrás de los pocos edificios adheridos a la carretera, se hallaba un descampado en el que reinaban las huertas de labor y las veredas que llevaban al caminante hasta los pueblos vecinos de Vicálvaro y Vallecas, había algún que otro tejatillo como el de la Regalada, capaz de producir cientos de miles de ladrillos para el sector de la construcción madrileña²¹⁵, y casas de campo

²¹¹ BONET CORREA, A. (Ed.): *Plan Castro*, Op. Cit., pp. 109-110.

²¹² CARBALLO BARRAL, B.: “El despertar de una gran ciudad: Madrid”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 32, Madrid, 2010, pp. 131-152.

²¹³ Andrés Taboada aparece en la información recogida por *El Clamor Público* como candidato progresista en las elecciones municipales de febrero de 1856, y como secretario de la candidatura del marqués de Perales, también progresista, en las elecciones de marzo de 1857. Además, en la lista oficial de los mayores contribuyentes de la provincia publicada por *El Diario Oficial de Avisos de Madrid* el 21 de septiembre de 1861 también aparece como fabricante de cerveza en octava posición dentro de la industria fabril y manufacturera con una contribución de 3.216 reales de vellón (804 pesetas).

²¹⁴ Datos extraídos del padrón de habitantes de Madrid de 1860. AVM, sección de Estadística.

²¹⁵ En un anuncio extraído del *Diario Oficial de Avisos de Madrid* del 12 de septiembre de 1862, su propietario, Cristóbal Parreño, ponía a la venta una cantidad de un millón de ladrillos, seiscientos mil

como la apodada *El jardinillo*, cuyo dueño tardó más de tres años en deshacerse de ella aún cuando este territorio quedaba dentro del trazado del Ensanche, lo cual nos indica que la demanda sobre estas propiedades era escasa²¹⁶.

La franja del futuro Ensanche situado a las espaldas del Retiro compartía, junto a los terrenos cercanos al río Manzanares del Ensanche Sur y los próximos a los campos sacramentales en el Ensanche Norte, el aislamiento y la repulsión de inversores, especuladores y promotores inmobiliarios, lo que se tradujo en un fuerte freno a su urbanización. No obstante, el foco de atención sobre el que Castro mostró su interés en relación al Ensanche Este no estaba, como ya ha quedado patente, en estos terrenos. Fue, sin lugar a dudas, su sector nororiental, aquel situado entre la prolongación natural del Paseo de Recoletos hacia la Fuente Castellana y la Carretera de Aragón, lo que en la época era conocido como *afueras de la Puerta de Alcalá*, donde el ingeniero intuyó, con la razón que le daría el tiempo, que el *nuevo Madrid* alcanzaría su mayor esplendor. Motivos no le faltaban. En primer lugar, estos terrenos eran ondulados y poseían una suave orografía, favorable para su futura parcelación, explanación y urbanización, a diferencia de los del sur, caracterizados por el desnivel hacia el río. Además eran lindantes a las prolongaciones de dos arterias principales de Madrid, el Paseo Recoletos y la calle Alcalá, a través de la Castellana y la carretera de Aragón. Los precursores marqueses que ubicaron sus nuevos palacetes, alejados del modelo casón-palacio del interior, en la ya mencionada manzana 276, contigua a estos terrenos, sellaron la dirección del *futuro Madrid*. Y por último, y puede que el factor más determinante, Castro y la ciudad no tendrían que enfrentarse al dilema de mantener o sustituir un amplio trazado viario preexistente y construido de forma espontánea por sus propietarios e inquilinos debido a los usos periurbanos dados a estos terrenos y la reducida entidad de aquellos edificios destinados a viviendas, radical diferencia respecto al contexto de las Peñuelas y Chamberí²¹⁷.

El segmento más agraciado era el de los márgenes del camino a la Fuente Castellana, conocido en la época como las Delicias de Isabel II, y a cuya vera se ubicaban zonas de esparcimiento y atracciones para las capas más adineradas de la ciudad, como un tiro de pistola, el Jardín del Pico, la Fonda y la Fuente Castellana, y quintas de recreo de familias adineradas como las de Maroto o Martín Erice. De hecho, cuando el Ensanche fue aprobado en 1860, esta zona era la que ya disfrutaba de los alquileres más altos de todo el Ensanche Este, con 62,50 pesetas mensuales de media, cerca de las 75 de la contigua manzana 276 integrada en el casco²¹⁸. Esta coyuntura también era conocida por Castro, que no ignoraba en absoluto este fenómeno de concentración de grandes fortunas, por lo que consideró ubicar aquí un “*barrio que pudiera llamarse aristocrático, porque resultando los terrenos a gran precio, no estarán al alcance de las pequeñas fortunas los edificios aislados que en ellos se construyeran*”, ya que era aquí donde había fielmente observado “*la tendencia a formar un barrio de edificios aislados entre sí, rodeados de parques y jardines*”²¹⁹.

recochos y cuatrocientos mil pardos, señalando como lugar de transacción la horchatería situada en el nº 22 de la Carrera de san Jerónimo.

²¹⁶ Datos extraídos de los anuncios de ventas de esta casa de campo repetidos trimestralmente desde 1856 hasta 1859 en los periódicos de *El Diario Oficial de Avisos de Madrid*, *La Iberia* y *La Discusión*.

²¹⁷ CARBALLO BARRAL, B.: “El despertar de una gran ciudad: Madrid”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 32, Madrid, 2010, pp. 131-152.

²¹⁸ Datos extraídos del padrón de habitantes de Madrid de 1860. AVM, sección de Estadística.

²¹⁹ BONET CORREA, A. (Ed.): *Plan Castro, Op. Cit.*, pp. 105-106.

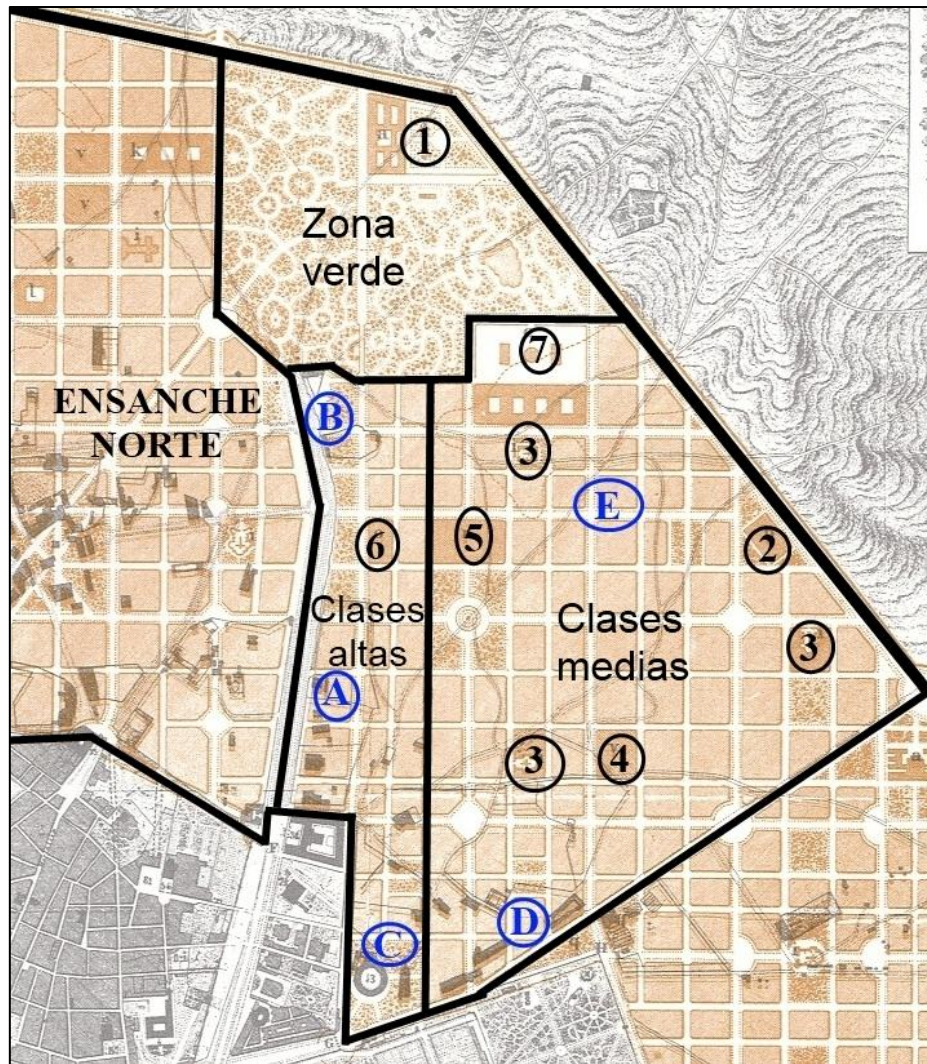


Figura 1.17. Elaboración propia a partir del diseño del sector nororiental del Anteproyecto de Castro, indicando la división funcional del espacio, las modificaciones y los derribos propuestos. En tono anaranjado aparece la retícula ortogonal propuesta por el ingeniero, mientras que los números en negrita señalan la ubicación de las modificaciones indicadas. Las letras en azul indican los derribos que se deberían llevar a cabo para realizar el plan Castro. **Leyenda.** *Modificaciones:* 1. Hospital; 2. Manicomio; 3. Iglesias; 4. Mercado al por mayor; 5. Gimnasio; 6. Teatro y salones de concierto y baile; 7. Cuartel. *Derribos:* A. Posesiones, huertas y quintas de recreo; B. Fonda y Fuente Castellana. C. Plaza de toros y demás dependencias; D. Paradores, edificios de propia construcción y calles como Llivia, Tostado y Doña Berenguela. E. Desaparición de todos los caminos, veredas y acequias.

Castro, lejos de ser contrario a esta dinámica, era claramente proclive a ella ya que, en su concepción burguesa de una capital segregada, segmentada según la división funcional del espacio, este barrio aristocrático “*sería indudablemente bello por su aspecto y llenaría el vacío que hoy se nota en Madrid de habitaciones independientes para nuestra grandeza y altos funcionarios, en las que, sin separarse a grandes distancias de los puntos adonde les llaman sus deberes oficiales y su alta posición, pudieran disfrutar en sus ratos de descanso de la quietud y del solaz de que hoy se ven privados por falta de esta clase de edificios*”²²⁰.

²²⁰ BONET CORREA, A. (Ed.): *Plan Castro, Op. Cit.*, pág. 106.

Con el fin de que las grandes riquezas de la ciudad y del país se convencieran de ubicar aquí sus residencias, Castro procuró que, además de que poseyeran más espacio que en el interior a menor precio y un fácil acceso a éste, tuvieran a su alrededor una buena oferta de ocio. Por ello aparecen en el Anteproyecto, como satélites del futuro barrio aristocrático de la Castellana, un gimnasio, un emplazamiento para teatro, salones de concierto y baile (compartido con el barrio destinado a la clase media madrileña), una zona ajardinada en el límite septentrional de la Fuente Castellana, grandes plazas que dieran sensación de amplitud a la nueva ciudad, y un hospital que lindaba ya con el foso (característica repetida en todo el proyecto de colocar los establecimientos insalubres o incómodos para la población en sus límites geográficos).

Una nueva ciudad para la clase dirigente de los nuevos tiempos, formada por la mezcla entre la nobleza de rancio abolengo y unas clases burguesas surgidas al calor de las finanzas, el comercio, la desamortización y los succulentos negocios con el Estado. Un Estado liberal que engordaba cada día, creando instituciones y organismos centrales, ampliando las competencias de los ministerios y abriendo nuevos espacios para el negocio y la actividad económica con leyes como la Ley del ferrocarril de 1855 o la Ley Bancaria de 1856. Todos estos estímulos aspiraban a mejorar el país y fomentar su convergencia con los países más industrializados de Europa. Y, entre otras consecuencias, se esperaba que surgiese en Madrid una clase media pudiente y liberal, formada por profesionales liberales y otros funcionarios públicos, además de aquellos que fuesen contratados por las nuevas sociedades que se abrieran en la capital²²¹. A esa clase social dedicó Castro el barrio que limitaría con el lustroso barrio aristocrático anterior, ya que consideraba su deber “*poder procurar también, a la clase media de la sociedad madrileña, alguna mayor holgura de la que en el día goza en las reducidas y apiñadas viviendas de la villa*”²²². La falta de edificaciones previas, la cercanía del casco y la benevolente orografía del terreno incrementarían el precio del suelo respecto a otros lugares, circunstancia que empujaría a los propietarios a edificar inmuebles de mayor calidad para atraer a unas clases sociales que pudieran satisfacer alquileres más elevados para poder recuperar lo invertido en menor tiempo. Para ello, el ingeniero planificó este “*gran espacio en manzanas separadas por anchas calles, colocando en plazas situadas entre varias de aquellas, jardines que, cerrados por verjas, serán sólo del disfrute particular de los vecinos fronterizos*”, concepto que ya se había llevado a la práctica en la década de los 20 y 30, entre otras ciudades en el entorno de *Moray Estate*, una promoción inmobiliaria de la *Northern New Town* de Edimburgo dirigida a notables y profesionales liberales, ideada por el arquitecto James Gillespie Graham, quien diseñó grandes plazas ovaladas y en forma de dodecaedro, como las Ainslie y Moray Places, donde frondosos jardines ubicados en su interior estaban reservados a los inquilinos de las viviendas circundantes²²³. Amplitud y espacios verdes, ésa era la fórmula de Castro para que este hipotético barrio de clases medias se hiciera realidad.

²²¹ La relevancia de la administración pública en Madrid se demuestra con el hecho de que en 1848 había 3.321 empleados públicos en la ciudad distribuidos sólo en los siete ministerios, sin contar las administraciones municipal y provincial. DEL MORAL RUIZ, J., PRO RUIZ, J. y SUÁREZ BILBAO, F.: *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007.

²²² *Ibid.*, pág. 106.

²²³ VARGA, S: *Edinburgh New Town*. Tempus Publishing, Chalford, 2007; MARTÍNEZ YUSTE, F.: *Edimburgo, de la Royal Mile a la ciudad dispersa*, Tesina dirigida por Salvador Tarragó Cid, Universidad Politécnica de Cataluña, 2008. Disponible su consulta en: <http://hdl.handle.net/2099.1/5905>.

Para lograr este objetivo, al ingeniero no le surgieron dudas, como sí lo hizo el grado de edificación de Chamberí²²⁴, las edificaciones precedentes que habían dado la bienvenida a nuestra joven Saturnina al comienzo del capítulo, tales como el parador de Salas o el de San José recientemente ampliado por Leandro Aguirre, o las modestas calles del Tostado, Doña Berenguela o Llivia, allí donde Rafael Mitjavila había erigido humildes edificios donde dar cobijo a los transeúntes. Su intención era hacer *tabula rasa* con todo lo precedente, obviando que afueras de la puerta de Alcalá, aunque en menor cuantía que en el Ensanche Norte o Sur, también residían empleados públicos encargados del fielato o las dependencias de la plaza de toros, duchos artesanos con taller que sobrevivían en sus inmediaciones, pequeños regentes de paradores, tabernas y caballerizas volcados en atender al viajero, algún que otro representante de las profesiones liberales (más la excepción que la regla) como el abogado y propietario Galo de Ansótegui, o aquellos jornaleros afanados en buscar la ocupación con la que ganar el jornal de cada día.

		Afuera de la Puerta de Alcalá (1860)
Nº Familias		102
Nº personas		449
Alquiler medio mensual		24,99 ptas.
Cabezas de familia	Empleados	11,96 %
	Jornaleros	33,15 %
	Artesanos	20,65 %
	Comerciantes	11,41 %

Figura 1.18. Principales datos socioeconómicos de la zona del Enanche Este conocida como *Afuera de la Puerta de Alcalá* en 1860. Fuente: Elaboración propia a partir del padrón de habitantes de 1860, AVM, sección de Estadística.

Hasta que no se realizaran las alineaciones y las tiras de cuerdas oportunas no se sabría a ciencia cierta hasta dónde se ampliaba la ciudad, pero este asunto sólo era objeto de preocupación para aquellos propietarios cuyas huertas y solares quedaran lejos de unas cercas cuya fecha de caducidad se acercaba. Para todos los demás, que poseían terrenos cerca de las tapias de Madrid, representaba una clara oportunidad de obtener pingües beneficios de la previsible revalorización del suelo. Y entre medias de unos y otros se hallaban los propietarios de edificios ya construidos, quienes quedaban a la espera del plano definitivo para saber si sus inmuebles se salvaban de la picota o, en caso contrario, conocer el método que se pusiera en práctica para las posibles expropiaciones e indemnizaciones. Algunos, como Baltasara del Río, dueña de un tejár situado en las afueras de la Puerta de Alcalá heredado de su difunto marido Eduardo La Serna, cerca de la calle Llivia, intentó en vano convertir el uso agrícola de su propiedad en un edificio de viviendas para que, en el caso de que tuvieran que indemnizarle por ella, obtuviera la mayor cuantía posible. Previsión o simple casualidad, Baltasara pidió permiso para abrir ventanas y puertas en la parte posterior del tejár “*para mejorar la ventilación y como salida del servicio*” ya en 1856. Sin embargo, desconociendo el

²²⁴ El primer plano del proyecto de ensanche de la ciudad que presentó Castro en 1858 sí que respetaba las edificaciones existentes. Sin embargo, desde el gobierno central se le obligó a que reelaborara dicho plano obviando las construcciones preexistentes. FRECHILLA, J.: “Seis episodios en la redacción del anteproyecto de Ensanche de Madrid” en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004, pp. 277-295.

porqué y a pesar de que le fue concedida la licencia de obra en dicho año, no la llevó a cabo, tal vez esperando la conclusión definitiva del plano de Ensanche para saber así a qué debía atenerse. Cuatro años después, en agosto de 1861, Baltasara volvió a pedir otra licencia pero con un relevante matiz: la dueña quería cambiar el uso del inmueble, de ser un tejár con caballerizas, quería sustituir las de la planta baja por “*viviendas vivideras*”. El expediente llegó a las manos del propio Castro como director de las obras del Ensanche, nombrado una vez fue ratificado su proyecto, el cual se negó en redondo ya que, a su juicio, la propietaria “*pretende hacer obras que se suponen hoy perentorias e indispensables cuando tantos años han dejado pasar sin pensar en ellas*”, con el evidente fin de acrecentar su valor. Por ello, categóricamente daba por terminado el expediente porque podría “*ser altamente perjudicial a los intereses del municipio conceder licencia alguna que tenga por objeto el mejorar las propiedades comprendidas en el proyecto de Ensanche*”, mentando así al mayor miedo de un consistorio endeudado²²⁵. A diferencia de sus argumentaciones vertidas a lo largo de toda la *Memoria*, para defender su idea del Ensanche sí que se mostró dispuesto a vulnerar el sacrosanto derecho del libre uso de la propiedad, y no sólo en el caso específico de Baltasara del Río, sino ante cualquier expediente de solicitud de reforma, construcción o ampliación en el Ensanche, independientemente de la zona en que se encontrase²²⁶.

Según el plano de Castro, no quedaría rastro alguno de las construcciones de las afueras de la Puerta de Alcalá, con la salvedad de la plaza de toros de la ciudad. Una de las actividades de esparcimiento más concurridas e interclasistas de Madrid no podía ser objeto de ataque por un mero ingeniero impuesto por el Ministerio de Fomento. Sutilmente, Castro se limitó a dejar espacios abiertos a su alrededor para facilitar la marabunta de gente que asistía asiduamente a las corridas de toros, sin mayores concreciones. La plaza de toros fue respetada, y no porque la ampliación de la ciudad no necesitase su derrumbe y traslado a otro lugar. En el mismo artículo aparecido en *La Iberia* en el que se hablaba de las subidas de precios de los solares extramuros de Chamberí, también se ponía el dedo en la llaga respecto a que “*otra de las causas que han de detener el desarrollo de la población por las afueras de la puerta de Alcalá es la Plaza de Toros... en tanto que exista donde hoy está situada, la población no crecerá mucho y será siempre un grave inconveniente para el ensanche de Madrid por aquel punto, que es uno de los mejores de la corte*”²²⁷. Su hora no llegó con el Anteproyecto de Castro, aunque su ratificación sí que armó de valor (y razones) al consistorio para mejorar la interconexión de la ciudad con su área de ampliación oriental, cuyos primeros objetivos fueron el Pósito y el Retiro, dando luz verde a la construcción de una nueva plaza de toros al sur de la carretera de Aragón (inaugurada en 1874) permitiendo la demolición de la situada a las afueras de la puerta de Alcalá, descongestionando de esta forma el sector nororiental del Ensanche de la capital.

La *ciudad soñada*, aquella que daría al traste con el cúmulo de fallas y flagrantes contrariedades de la ciudad preindustrial ya había sido proyectada por Carlos María de Castro. Teóricamente, los graves problemas de hacinamiento, falta de salubridad y exorbitados alquileres quedarían fuertemente amortiguados por el firme colchón del Ensanche. Además, el Ensanche representaba la más clara oportunidad de las nuevas

²²⁵ AVM, sección de Secretaría, Policía Urbana, signatura 4-260-2.

²²⁶ El 8 de junio de 1861 Luis Pané y Pinilla, propietario de una posesión entre las calles del Labrador y el Paseo de Embajadores en la que quería levantar una nueva fachada, recibió la misma contestación por parte de Castro. En VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros...*, Op. Cit., pág. 84.

²²⁷ La Iberia, 25 de agosto de 1857.

elites de poder liberales para representar en el plano urbano en general, y en concreto en la capital del Estado, su nueva posición hegemónica, tal y como ocurría en las principales ciudades europeas²²⁸. La ciudad soñada ya estaba bosquejada y visible en el plano de Castro, ahora comenzaba el tiempo de trasladarlo al terreno, de convertir *los sueños* en realidad.

1.5. Y los sueños, sueños son.

Ensanchar la ciudad era útil y necesario. Pero sólo era urgente para las clases populares que vivían aglomeradas en ruinosos edificios desmenuzados en múltiples habitaciones, buhardillas y sotabancos por los cuales se les obligaba a satisfacer unos alquileres desorbitados que subían como la espuma día a día. Para ellos, ensanchar la ciudad con el fin de ver reducidos los precios del alquiler y aumentada la oferta de vivienda sí era apremiante. Sin embargo, paradójicamente eran los únicos que no tenían ninguna baza que jugar para acelerar un proceso que se estancó desde el mismo momento en que fue ratificado el Anteproyecto de Castro en julio de 1860. Los distintos periódicos de la capital, que habían recibido con honda satisfacción la publicación del Anteproyecto en la *Gaceta*, pronto comenzaron a hacer aspavientos públicos en forma de editoriales en los que se arremetía por la tardanza en iniciarse las alineaciones de las calles, la demarcación del foso y el derribo de las cercas, incomprensible por significar el Ensanche la solución principal a que Madrid dejara de ser “*la capital más cara de Europa*”²²⁹. Protestas que caerían en saco roto toda vez que las cercas de la capital no serían derribadas hasta ocho años después de ratificado el Anteproyecto y con el requisito previo del triunfo de la *Gloriosa Revolución* de 1868.

Entre ambas fechas, desde la sanción del Anteproyecto hasta la demolición de las cercas, el ritmo de la construcción inmobiliaria en Madrid registró contra todo pronóstico un profundo estancamiento. Si en los años 50, el número de licencias de construcción expedidas por el ayuntamiento había duplicado el total de la década anterior a pesar del constreñimiento del casco interior, en la década de los 60, con la conversión en suelo urbano de unos terrenos extramuros que triplicaban la superficie

²²⁸ JOYCE, P.: *The Rule of Freedom. Liberalism and the modern city*. Verso, London-New York, 2003; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid...*, *Op. Cit.*; UGARTE TELLERÍA, J.: “Pamplona, toda ella un castillo, y más que ciudad, ciudadela. Construcción de la imagen de una ciudad, 1876-1941” en SANZ MARCOTEGUI, A. (ed.): *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*, Universidad Pública de Navarra, 2004; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003; RIVERA BLANCO, A.: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*. Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1992; CORBÍN FERRER, J. L.: *El Ensanche noble de Valencia. Entre Colón y Gran Vía Marqués del Turia*. Federico Domenech, Valencia, 1996. CASTELLS, L.: “La Bella Easo: 1864-1936”, en ARTOLA, M.: *Historia de Donostia, San Sebastián*, Nerea, San Sebastián, 2000, pp. 283-386; BEASCOECHEA, J. M.: *Propiedad, burguesía y territorio. La conformación urbana de Getxo en la Ría de Bilbao, 1850-1900*. UPV, Bilbao, 2007; JENKINS, L.: “Utopianism and urban change in Perreymond’s plans for the rebuilding of Paris”, en *Journal of Historical Geography*, 32, 2006, pp. 336-351; POOLEY, C. G.: “Patterns on the ground: urban forms, residential structure and the social construction of space”, en *The Cambridge Urban History of Britain*, Vol. 3. (1840-1950), University of Cambridge, 2000, pp. 427-465; SCHORSKE, C. E.: *Viena fin-de-siècle: política y cultura*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981.

²²⁹ *La Época*, 22 de diciembre de 1860.

centenaria de la ciudad, las licencias de construcción expedidas no sólo no registraron un aumento aún mayor sino que se contrajeron un 15% respecto a la década precedente.

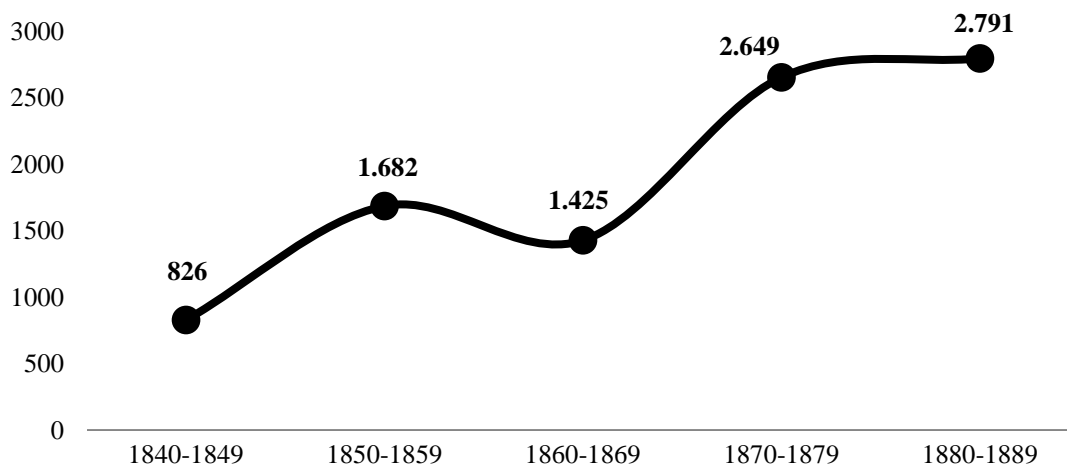


Figura 1.19. Número de licencias de construcción expedidas por el Ayuntamiento de Madrid entre 1840 y 1889. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos ofrecidos por Ángel Bahamonde Magro y Julián Toro Mérida en *Burguesía, especulación...*, Op. Cit., Siglo XXI, Madrid, 1978, pág. 217.

Mientras tanto, los nubarrones negros que se habían cernido sobre los hombros de las capas populares de la ciudad en forma de carestía del alquiler y reducción del tamaño medio de las viviendas no desaparecieron. Así se refería *El Clamor Público* en 1862 al publicar una prueba flagrante de la codicia de los propietarios: “*un cuarto bajo de la calle de Lavapies, compuesto de tres piezas, [y que] rentaba [hacía] quince días 90 reales mensuales, acaba[ba] de ser alquilado nada menos que en 160 reales a un pobre encuadernador*”, una subida del 77% en sólo dos semanas en el precio de su alquiler, el periódico terminaba afirmando que era “*asunto de humanidad la edificación y ensanche de la ciudad*”²³⁰. Era lógico que el incremento desmesurado de los alquileres, amparado legalmente por la Ley de Inquilinatos de 1842, aumentase la ira de sus víctimas, los grandes necesitados del Ensanche y los únicos que no tenían ni voz ni voto en su elaboración. De este modo, en septiembre de 1862, cuando un casero anunció tajantemente a sus inquilinos, como tantos otros estaban haciendo a lo largo y ancho de Madrid, “*que les iba a subir el precio de sus alquileres el próximo domingo*”, los vecinos, considerando injusto y desproporcionado para sus arcas familiares tal imposición, “*se reunieron en los corredores para oponerse a tal determinación*”, dirigidos por el zapatero del primer cuarto, decidieron crear una “*falange vecindaria*” que acogiese “*con un palo al exigente propietario*”, que le hizo “*tomar las de Villadiego sin dejarse ver hasta la presente*”. Aunque con cierto tono de burla, *La Iberia*, periódico que recogió la crónica, finalmente lamentaba el incidente y se sumaba al reclamo hecho “*en vano por la prensa sobre la urgente necesidad del ensanche de Madrid*”²³¹.

¿Cuál era la causa de tal paralización? ¿Cómo la ratificación del Ensanche no vino sucedida de una llegada masiva de capitales en busca de los succulentos beneficios que se le presuponía a la construcción del *Nuevo Madrid*, de la *ciudad soñada*? Lo cierto es que no hubo una causa concreta sino que el fenómeno fue la consecuencia de una trama poliédrica de factores combinados y que podrían ser agrupados en tres

²³⁰ *El Clamor Público*, 22 de febrero de 1862.

²³¹ *La Iberia. Diario liberal*. 11 de septiembre de 1862.

grandes factores. En primer lugar, eran demasiados los interrogantes sin respuesta relativos a la redacción del proyecto definitivo, al papel que Castro jugaría en todo el proceso, a las críticas públicas vertidas, a los choques administrativos que cualquiera adivinaba fácilmente se producirían entre ayuntamiento y gobierno y entre éstos y los vecinos propietarios, y a la indeterminación económica en la que nadaba el plan. De la aprensión a lo desconocido y el interrogante respecto a cómo se pagarían todos los servicios públicos que el nuevo perímetro necesitaría, se desprende el segundo factor, la constitución de un sistema de financiación económica que en la práctica ahondaría la segregación socioespacial en la que empezaba a verse inmerso el nuevo Ensanche de la capital, influyendo radicalmente en sus ritmos constructivos.

1.5.1. *El recelo a la incertidumbre.*

El plano realizado por Castro contaba con el marchamo de la firma real. Pero dicha firma recaía sobre un documento que había sido denominado prudentemente *Anteproyecto de Ensanche*, con lo que a ojos de inversores, propietarios y posibles promotores inmobiliarios como *La Peninsular* de Madoz o *El Banco de Madrid* de Montaut y Ahumada²³², distaba mucho de ser un plano definitivo. Este recelo hacia la incertidumbre respecto al futuro del Ensanche no se reducía sólo a la diferencia en el nombre. Iba mucho más allá, y estaba fundado en sólidos motivos. Nadie con pretensiones y posibilidad real de invertir en la compra de suelo urbano o en la edificación madrileña a mediados de siglo desconocía que a los planes urbanísticos municipales o gubernamentales se les debía dejar madurar, ya que la mayoría caían como hoja caduca antes incluso de haber sido analizados en profundidad. Además, sonora había sido la disparidad de criterios mostrada por consistorio y gobierno ante propuestas como las de Mesonero Romanos, Mendizábal o Merlo, propuestas que acabaron en papel mojado, desvirtuadas o infinitamente retrasadas. ¿Quién aseguraba que esta vez sería diferente? Hasta que el futuro del Ensanche no se viera meridianamente claro, el capital estaba más a gusto jugueteando con el famoso 3% de los estables y nada desdeñables títulos de Deuda Pública del Estado que arriesgando sobre un tablero donde todavía no se habían colocado todas las piezas²³³. Pocas eran las señales que podían acelerar el proceso y generar confianza: ratificar un plano definitivo del Ensanche, que se explicitara con qué dinero iba a sufragar el Ayuntamiento tan magno proyecto o que el derrumbe de las cercas de la ciudad se llevase a cabo de forma decidida. Las primeras medidas tardaron en llegar y en la mayoría de los casos se cerraron en falso alargando el farragoso proceso durante lustros.

¿Cómo iba a ser respetado el tablero sobre el que se deberían disponer las fichas en forma de inmuebles si el propio creador no lo era? El papel de Castro en el ayuntamiento madrileño nunca fue agradable. Visto como el peón impuesto desde el ministerio, nunca fue suficientemente valorado y se convirtió en el parapeto tanto del

²³² En *La Época* del 17 de septiembre de 1862, se advertía de la necesidad de que las autoridades “aceleraran el Ensanche” porque había capitales como los de las dos entidades nombradas a la espera.

²³³ Entre 1860 y 1863 se produjo un aumento espectacular de los valores nominales invertidos en la compra de títulos del 3%, tanto consolidado como diferido, por valor de dos millones de reales al año, destacando sobremanera el año 1861, donde se movilizaron más de tres millones. *Anuario Estadístico de España, 1862-1865*. Madrid, 1867, pág. 562. Citado en: BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Op. Cit., pág. 219.

gobierno como del municipio sobre el que chocasen las embestidas de periódicos, propietarios y vecinos²³⁴. De hecho, paradójicamente una de las figuras a las que Castro no escatimó ningún halago ni reconocimiento en su *Memoria*, Ildefonso Cerdá, diseñador del Ensanche de Barcelona, tampoco contribuyó a la mejora de imagen del ingeniero y arquitecto sevillano. Cerdá, al que le fue encargado por el Ayuntamiento de Madrid un estudio sobre la viabilidad y reforma del interior de la ciudad, en una clara maniobra del consistorio para desprestigiar a Castro y librarse de él, realizó veladas críticas al Ensanche de la capital mostrando cómo debiera haberse abordado desde su punto de vista. En este estudio sobre la ciudad, titulado *Teoría de la Viabilidad Urbana y Reforma de la de Madrid* y publicado en enero de 1861, Cerdá, que se hallaba inmerso en un proceso de evolución teórica desde que realizase el *Proyecto de Reforma y Ensanche de Barcelona* de 1859, se mostró partidario de disponer las manzanas de las ciudades siguiendo la incidencia de la luz solar, hacia el mediodía, a costa de los vientos dominantes, parámetro seguido un año antes por Castro en su Anteproyecto. Además, Cerdá también se opuso a que el *Nuevo Madrid* volviera a reproducir en forma de foso (elección que como vimos partió del ministerio y no del propio Castro) ese viejo perímetro de cercas que ni siquiera habían sido aún demolidas, criticó la dislocación viaria existente entre el casco antiguo y el Ensanche, el error de perspectiva respecto al impacto que el ferrocarril tendría en la urbe y, sobre todo, fue contundente a la hora de reprender ese tono segregacionista que Castro incluyó en su proyecto frente al carácter más equilibrado y aperturista del que enarbolará para Barcelona²³⁵. Otro de los enemigos de Castro fue Ángel Fernández de los Ríos, quien criticó desde su concepción urbanística remozada en París, el excesivo gusto hacia el uso de “*la regla y el tiralíneas*” del proyecto de Castro, siendo la persona que finalmente sustituyera a Castro en el cargo de Director de las Obras del Ensanche y el que lograra el derrumbe definitivo de las cercas en 1868.

Uno de los problemas más enquistados fue, sin lugar a dudas, la agria disputa entre los propietarios de los inmuebles del Ensanche y las autoridades públicas por ver qué planificación viaria acabaría adoptándose, la que se había ido imponiendo en los arrabales de Chamberí o Peñuelas, o la ideada por Castro. No es de extrañar que la pervivencia de esta cuestión hubiese podido jugar un papel trascendental en la interiorización del diseño de Castro, en la práctica, como un *documento de trabajo preliminar* sobre el que negociar posteriormente. Esta visión se vio fortalecida por el hecho de que el propio ministro Moyano optase pocos días después de la ratificación del Anteproyecto por facilitar el plano resultante a una Comisión de propietarios de los terrenos del Ensanche para que presentaran las alegaciones oportunas²³⁶. Así se abrió definitivamente la negociación entre los vecinos propietarios y las autoridades públicas dispuestas a realizar el Ensanche, cuya conclusión, con la ratificación definitiva del plano, no se produciría hasta el R. D. de 25 de enero de 1898, casi cuarenta años después del Anteproyecto original²³⁷.

Hasta entonces, el plano sufrió múltiples cambios, siendo dos los momentos clave. El primero, el que se desarrolló durante la década de los 60, cuando las disputas entre los vecinos de los arrabales, reunidos en asociaciones de propietarios, y las autoridades confluyeron en tensas negociaciones por las cuales el consistorio se vio

²³⁴ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid...*, Op. Cit., pág. 77.

²³⁵ CERDÁ, I.: *Teoría de la viabilidad urbana y reforma de la de Madrid*, 2 Vols. Madrid, 1861.

²³⁶ *La Época*, 7 de julio de 1860.

²³⁷ *Ensanche de las poblaciones. Disposiciones oficiales de carácter general relativas al Ensanche de Madrid*, Imprenta Municipal, Madrid, 1917.

obligado a reconocer en la mayoría de los casos las edificaciones y el trazado preexistente²³⁸. El segundo, se inició en abril de 1872 con la petición que la Junta de Ensanche de Madrid, organismo creado a partir de la Ley de Ensanche de 1864 y su posterior Reglamento de 1867, dirigió al Ayuntamiento exhortándole que “*elevase a proyecto definitivo el anteproyecto formado por el ingeniero Carlos María de Castro con las alteraciones introducidas en él hasta este día*”²³⁹. Era perentorio cerrar cuanto antes tal indefinición en la planificación ya que el conflicto se expandía con ramificaciones en las expropiaciones que el Ayuntamiento debía satisfacer a los propietarios al abrir nuevas calles y erigir edificios públicos. La Junta pidió al Ayuntamiento que abriera un único y concluyente plazo de un mes para que los propietarios presentasen las últimas alegaciones y sugerencias al Ensanche de Castro, con el fin de finiquitar esta disyuntiva y así poder negociar el conjunto de las expropiaciones a efectuar bajo un mismo criterio, para “*evitar la acción de especuladores que retrasen la urbanización de sus solares y el cobro de las indemnizaciones mientras que el precio del suelo aumentaría considerablemente*”, engordando así la cuantía de tales expropiaciones. El ayuntamiento popular de Madrid, hijo de la *Gloriosa* y presidido por Ángel Carvajal y Fernández de Córdoba, marqués de Sardoal, apadrinó la propuesta como suya y, tras el bando publicado en la *Gaceta* del 3 de mayo de 1862, recogió durante 30 días todas las quejas y propuestas que los propietarios del Ensanche presentaron. Casi un año después, a principios de febrero de 1873, la Comisión nombrada a tal efecto comunicaba al ayuntamiento aquellas alegaciones que había considerado “*oportunas y asumibles*”.

Éstas se dividían entre las que tenían un carácter general y afectaban al Ensanche en su conjunto, y aquéllas más específicas, que modificaban la trama viaria de un punto concreto. Las primeras denotan un excesivo celo y protección sobre la propiedad privada en claro detrimento de la utilidad pública: se reconocían las transformaciones ya realizadas en la década de los 60, quedaban derogadas las calles denominadas de segundo orden (las de 20 metros de anchura) “*por no ser necesarias para la viabilidad pública e imponer un fuerte e innecesario gravamen a los fondos del municipio*”, reduciéndose su ancho a 15 metros, se eliminaban los jardines proyectados sobre la propiedad particular así como el emplazamiento de los edificios públicos proyectados en el plano (emplazando a las distintas corporaciones públicas a efectuar meros “*convenios*” con los dueños de los terrenos en los casos necesarios y a precios de mercado) y, por último, se sustituía el foso y el paseo de circunvalación proyectados por un paseo de ronda de 40 metros de ancho²⁴⁰. En relación a las segundas, éstas fueron ordenadas por zonas del Ensanche, y eran relativas a supresiones de determinadas plazas y jardines, a la determinación de las alineaciones de los edificios y a la reducción de la anchura de calles concretas. La batería de modificaciones, aprobada el 7 de mayo de 1873 por un ayuntamiento ya republicano y puesta en marcha desde entonces, tampoco logró la ratificación legal del Anteproyecto de Ensanche de Madrid, una aprobación que volvía a ser reiterada por el consistorio al gobierno central el 30 de

²³⁸ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)...*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del...*, Op. Cit.

²³⁹ AVM, sección de Secretaría. Signatura: 5-195-63.

²⁴⁰ Respecto al Ensanche Este, se hacía desaparecer la gran plaza circular ajardinada que Castro había ubicado en la intersección de las calles de Velázquez y Lista (actual calle de Ortega y Gasset), se acondicionaba los alrededores de la que sería la nueva plaza de toros de la ciudad (donde actualmente se encuentra el Palacio de Deportes de Madrid), se procedía a la apertura de un paseo y una plaza por detrás de la Basílica de Atocha (actuales Paseo de la Reina Cristina y plaza de Mariano de Cavia) y se aprobaba la realización de “*una gran plaza delante de la Estación del Mediodía*”.

mayo de 1881. Desde 1884 estas propuestas contarían con el apoyo de la sección de Arquitectura de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, pero su sanción no llegaría hasta 14 años después, perpetuando durante todos estos años que “*la propiedad en el ensanche [se hallase] en situación anómala [y] sin la seguridad indispensable para proceder a edificar*”²⁴¹. La estabilidad y seguridad jurídica que un proyecto definitivo de Ensanche hubiera proporcionado a propietarios y promotores inmobiliarios nunca se produjo, aunque la propiedad en el Ensanche estuvo lejos de hallarse desvalida e indefensa.

1.5.2. La sagrada propiedad vs. Utilidad pública. David contra Goliat.

“Verdaderamente, si los propietarios de Madrid no están contentos con su municipio, son unos ingratos”.

La Época, 18 de febrero de 1862.

Ciertamente, una buena parte de ellos lo eran. Tanto los propietarios del interior como los del Ensanche. Los primeros, porque habían disfrutado del monopolio de los solares y las viviendas del casco durante varios años hasta que el gobierno central le impuso al consistorio el proyecto de Ensanche. Y los segundos, porque siendo los mayores beneficiarios directos del incremento en el valor de sus propiedades gracias a la conversión de éstas en suelo urbano, no escatimaron esfuerzos para derribar todas y cada una de las medidas higienistas que eran aprobadas por las autoridades. Estas propuestas fueron cayendo en cascada una detrás de otra a medida que la presión de los propietarios de las fincas del Ensanche fue *in crescendo*. Las ambiciosas pretensiones higienistas de Castro como la de permitir edificar sólo en la mitad de las manzanas, limitar la altura de los inmuebles a tres plantas o planificar grandes plazas y jardines, centralizaron las iras de los nuevos propietarios urbanos, independientemente de que el Ensanche les hubiese generado unas ingentes plusvalías sobre sus otrora huertas, descampados, cultivos y quintas solariegas²⁴². Aunque bien es cierto que hay que diferenciar entre aquellos pequeños propietarios que tenían más que perder que ganar con el proyecto (como los que poseían pequeños inmuebles sobre los que pesaba el peligro de ser derruidos o aquellos que habían visto cómo la mano de Castro había situado una calle o edificio público justo sobre su propiedad) de los grandes terratenientes de suelo urbano del Ensanche, con quienes el ayuntamiento tendría que lidiar para conseguir la cesión de suelo como vía pública al menor coste posible. Pero unos y otros estaban de acuerdo en algo, en la sagrada inviolabilidad del derecho de propiedad en detrimento de cualquier concesión a cualquier aspiración de utilidad pública.

²⁴¹ Extracto del informe que la Comisión de Ensanche presentó al ayuntamiento republicano el 18 de febrero de 1873 en el que se incluyen las modificaciones aprobadas. AVM, sección de Secretaría. Signatura: 5-195-63.

²⁴² La reconstrucción del enorme proceso especulativo surgido a raíz del Ensanche en: MÁZ HERNÁNDEZ, R.: “La promoción inmobiliaria en los ensanches del siglo XIX”, VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de...*, Op. Cit., pp. 58-59.

Los poderes públicos, tanto gobierno como ayuntamiento, se mostraron excesivamente garantistas ante el derecho de propiedad²⁴³. El *Proyecto de ley general para la reforma, saneamiento, ensanche y mejora de las poblaciones* presentado por el ministro de la Gobernación José Posada Herrera en 1861 fue la excepción que confirma la regla²⁴⁴. El primer intento legislativo de ordenar los ensanches de las ciudades españolas abogaba por compartir las cargas económicas que la dotación de servicios públicos y la apertura de las calles generaría entre las arcas municipales y los propietarios de los terrenos urbanizables. La idea no era descabellada: repartir los gastos de la utilidad pública con aquellos que se iban a beneficiar directamente de ella. Además, el proyecto de Posada Herrera intentó frenar la previsible especulación que surgiría mediante la imposición a los propietarios de un tiempo máximo para edificar en sus solares y de esta forma evitar retenciones de suelo a la espera de ver revalorizado su apreciación de tanto en tanto así como el desbrozamiento de cualquier veleidad higienista²⁴⁵. En ese mismo año, Cerdá también se alineó con la necesidad de que los futuros costes de los ensanches fueran pagados a medias por consistorios y propietarios, los más directos beneficiarios de tal descomunal promoción inmobiliaria, en su ya citada *Teoría de la viabilidad urbana y reforma de la de Madrid*²⁴⁶. Su idea era recuperar parte de las plusvalías que el propio consistorio generaba a raíz del inicio del Ensanche por medio de una contribución en especie (que el propietario cediese una parte de su terreno para calle o monetaria (pago de los propietarios de una parte de los gastos de urbanización)²⁴⁷. Sin embargo, ni uno ni otro pudo ver sus propuestas llevadas a la práctica, acusando la ciudad aquellos males que habían intentado evitar. La presión orquestada de los grandes propietarios, la aristocracia y la burguesía de la ciudad tumbaron aquellas medidas que más pudieran perjudicar sus fortunas y acabar con el filón especulativo del negocio inmobiliario. De hecho, todo lo que pretendía evitar Posada Herrera, una galopante especulación y la concentración de la propiedad en unas pocas manos, ocurrió.

²⁴³ Para la comprensión del derecho urbanístico español resulta indispensable consultar los trabajos, entre otros, de BASSOLS COMA, M.: *Génesis y evolución del derecho urbanístico español (1812-1956)*, Montecorvo, Madrid, 1973; “Los inicios del derecho urbanístico en el período del liberalismo moderado y en el sexenio revolucionario (1846-1876): el Ensanche de la ciudad como modelo urbanístico y sistema jurídico”, *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, XXVIII, (107-108), Mterio. de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, Madrid, 1996, pp. 19-51; “El derecho urbanístico de la Restauración a la II República (1876-1936): crisis de los Ensanches y las dificultades de alumbrar un nuevo modelo jurídico-urbanístico”, en *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, XXVIII, (107-108), Mterio. de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, Madrid, 1996, pp. 53-90.

²⁴⁴ CASTRILLO ROMÓN, M^a: *Reformismo, vivienda y ciudad. Orígenes y desarrollo del debate en España...* pág. 65; DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid...*, *Op. Cit.*, pp. 20-22.

²⁴⁵ ORDUÑA PRADA, M.: “Posada Herrera y el proyecto de ley de Ensanche de 1861”, en *Posada Herrera y los orígenes del derecho administrativo español*, I Seminario de Historia de la Administración, INAP, pp. 279-296; DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 20-22.

²⁴⁶ CERDÁ, I.: *Teoría de la viabilidad urbana y reforma de la de Madrid*, 2 Vols. Madrid, 1861.

²⁴⁷ BASSOLS COMA, M.: “Los inicios del derecho urbanístico en el período del liberalismo moderado y en el sexenio revolucionario...”, *Op. Cit.*, pág. 48.

Nº	Nombre del Propietario	Fanegas de tierra	%
1	Francisco Martín Erice	206,19	12,35
2	Francisco Maroto Martínez	137,97	8,26
3	Marqués de Perales	136,12	8,15
4	Herederos de Diego del Río	127,40	7,63
5	José de Salamanca	100,66	6,03
6	Eugenia Piernas	96,05	5,75
7	Herederos de Francisco Altimira	51,67	3,09
Suma de los anteriores		856,06	51,26
99 propietarios restantes		813,97	48,74
Valores medios por propietario		15,75	0,94

Figura 1.20. Grado de la concentración de propiedad existente en el Ensanche Este en 1866. Fuente: *Registro de propietarios y propiedades, por D. Carlos Colubí, arquitecto municipal*. Copia sacada para uso de la Delegación Especial de propiedades y derechos de la Villa, Madrid, septiembre de 1884. AVM. Signatura: 0,69-52-1.

Por un lado, entre 1857 y 1864 se produjo el mayor incremento de precios de toda la historia del Ensanche Este hasta la actualidad, multiplicándose entre 20, 30 y 40 veces su valor inicial²⁴⁸. Y por otro, grandes sumas de capitales madrileños y nacionales se dirigieron a las afueras de Madrid para adquirir la mayor cantidad de terrenos posibles y así participar en un suculento negocio. Como ejemplo volveremos a tomar el Ensanche Este donde, según el *Registro de propietarios y propiedades* realizado por el arquitecto municipal Carlos Colubí en 1866, más del 50% de su extensión total, que alcanzaba en torno a las 1.670 fanegas de tierra (algo más de 1.000 hectáreas de solares urbanizables) estaba en manos de sólo 7 propietarios. Ante esta tesitura, el verdadero caballo de batalla entre la utilidad pública y el derecho de la propiedad privada radicaba en cómo se valorarían las indemnizaciones a través de la expropiación. Por un lado, el raquitismo financiero de las arcas municipales, que tuvieron que pedir un préstamo extraordinario en 1861 por valor de 200 millones de reales y que no sirvió para acelerar el Ensanche, cargaba de motivos a aquellos que defendían el reparto de los costes de expropiar los terrenos para las vías públicas y el desarrollo de los servicios municipales²⁴⁹, o a los que como Pedro de Uhagón o Cerdá, defendían la asunción de los costes de la infraestructura pública por parte de las compañías y asociaciones propietarios que quisieran urbanizar sus terrenos para así agilizar el proceso y conseguir posteriormente las plusvalías generadas de una nueva zona lista para ser habitada²⁵⁰.

²⁴⁸ MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*. Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982, pp. 86-98. En este estudio, Rafael Más puso como ejemplo la compra de un terreno en enero de 1864 y que fue vendido 4 meses después por un precio 25 veces mayor.

²⁴⁹ *La Revista de Obras Públicas* analizó en 1862 el proyecto de ley de Posada Herrera, con el que se mostraba totalmente de acuerdo ya que hasta entonces, “siempre que se ha tratado de realizar una reforma, los propietarios a quienes ha afectado, y a cuyo favor principalmente en la mayor parte de los casos se ha verificado, han impuesto la ley al gobierno [dejando] a la administración a merced de las gestiones del interés privado contra las cuales poco o nada puede. [Por ello] toda medida legislativa que se proponga ha de tener objeto evitar ciertas prácticas perniciosas, y atender a que las reformas las pague quien más se aproveche de ellas”, ya que se afirmaba que la calle no es sólo competencia pública porque es el elemento que también otorga un valor añadido a una propiedad que de otra forma carecería de conexión con otros lugares ni podría ser urbanizada. Artículo citado en *La época*, 17 de abril de 1862.

²⁵⁰ CERDÁ, I.: *Cuatro palabras más sobre las dos palabras que D. Pedro Pascual de Uhagón ha dirigido a los propietarios de los terrenos comprendidos en la zona de ensanche de Madrid*, Imprenta de d. Benigno Carranza, Madrid, 1861, AVM, sección de Secretaría, signatura 4-261-6. Incluye también el

Opuestos radicalmente a ellos estaban los *propietarios de terrenos y edificios comprendidos en la zona de ensanche de Madrid*, quienes reunidos en Junta General el 20 de abril de 1862 indicaban su deseo de allanar el camino de las cesiones de terreno y el pago de indemnizaciones pero, eso sí, siempre siguiendo el precio del mercado²⁵¹.

La presión de estos últimos, fortalecida desde 1869 con la creación de la Asociación de Propietarios de fincas urbanas de Madrid y su zona de Ensanche (verdadero *lobby* inmobiliario de la época) y entre cuyos objetivos estaba “*mantener incólumes los sagrados derechos de la propiedad en sus relaciones con el Municipio, la Diputación provincial y el Estado*”²⁵², añadido a la cercanía ideológica de los políticos moderados a dichos postulados y el nocivo estancamiento de la edificación en la capital durante los primeros años del Ensanche supuso el triunfo de las indemnizaciones regidas por el libre mercado así como la derogación una detrás de otra de las medidas higienistas de Castro, todo con el fin de animar a propietarios, promotores y capitalistas a invertir en la edificación del *nuevo Madrid*²⁵³.

El primer intento fue frenado en seco, protagonizado por la propuesta presentada por el regidor síndico de Madrid, José Moreno Elorza. En febrero de 1862, Elorza presentó una iniciativa para que durante dos años se concediera una moratoria en la prohibición de construir buhardillas vivideras para que redujeran el hacinamiento de la capital y para que “*los pobres [viviesen] cerca de los ricos, para que [pudieran] recibir más inmediatamente sus beneficios*”. A pesar de que las buhardillas vivideras, pequeños espacios insalubres situados en los espacios intersticiales entre las segundas crujías de las casas madrileñas y sus correspondientes tejados, estaban prohibidas desde las ordenanzas municipales de junio de 1854, la Comisión de Obras de Madrid no tardó en dar el visto bueno. Sin embargo, la propuesta fue desestimada por el ministro Rodríguez Baamonde al año siguiente²⁵⁴. La actuación del gobierno central, impidiendo esta concesión, no fue más que un espejismo. La siguiente embestida vendría del propio gobierno y tuvo como objetivo derribar las propuestas que el ingeniero dispuso para mejorar la salubridad de las viviendas madrileñas. Llegó de la mano de un joven Cánovas del Castillo, a la sazón ministro de la Gobernación, quien promovió el R. D. del 6 de abril de 1864 por el cual se le añadía una planta más al número de pisos permitidos en el Ensanche, pasando de tres a cuatro (planta baja, principal, segundo,

escrito de Uhagon *Dos palabras a los propietarios de terrenos concedidos en la zona de ensanche de Madrid*. De esta forma desaparecerían “*las infinitas cuestiones parciales relativas a indemnización y regulación de solares (...) las dificultades económicas de derribo de las actuales tapias, nivelación y apertura de calles y plazas, construcción de alcantarillado a cargo del Ayuntamiento... La Compañía propietaria de los terrenos, a trueque de ponerlos pronto en estado de explotación, entra en arreglos con la autoridad municipal*”.

²⁵¹ *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 20 de abril de 1862.

²⁵² *Reglamento de la Asociación de Propietarios de fincas urbanas de Madrid y su zona de Ensanche*, Imprenta de El Imparcial, Madrid, 1869, Título Primero, pág. 2.

²⁵³ A pesar del pleno empleo del que disfrutó la ciudad entre 1857 y 1865 gracias al desarrollo de grandes obras públicas, las licencias de construcción de la ciudad sólo experimentaron un repunte entre 1862 y 1864 (con 617 licencias aglutinaron el 43% de toda la década) gracias a la primera ola constructiva del marqués de Salamanca en el Ensanche. BAHAMONDE MAGRO, A.: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, nº 15, Mterio. de Trabajo y de la Seguridad Social, 1980, Madrid, pp. 143-175; BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación...*, Op. Cit., pág. 217; MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La actividad inmobiliaria del Marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)”, *Ciudad y Territorio*, nº 3, Instituto Estadístico de Admón. Local, Madrid, 1978, pp. 47-70

²⁵⁴ El proyecto inicial y los pasos administrativos por los que pasó hasta su conclusión en: AVM, sección de Secretaría. Expediente: 4-430-62

tercero y la posibilidad de sustituir el último por un entresuelo o sotabanco). Pero eso no fue todo, ya que el porcentaje reservado a jardines y patios de cada manzana superior a 10.000 m² se reducía del 50 al 30%, y además se computaban dentro de esos porcentajes las calles particulares que los propietarios decidieran establecer. La justificación de estas medidas era clara:

“El alza que empezó a sentirse por aquella época en el precio de los terrenos, vino a dificultar las nuevas construcciones, y las reglas impuestas para que la elevación de las casas fuera sólo de tres pisos y se destinara a jardín la mitad de su superficie, contribuyeron (...) a que las edificaciones no tuvieran todo el desarrollo que era de esperar, atendidas las urgentes necesidades de la población.

A satisfacer estas y conciliar el interés público con los derechos de los propietarios, dando mayor flexibilidad a aquellas prescripciones, se dirige la presente reforma (...)

Algunos propietarios han creído ver en la designación de terrenos que en el anteproyecto de ensanche se hace para servicios públicos, una limitación de la propiedad, cuando tal designación no tiene otro objeto que atender a las necesidades de la Administración, sin imponer obligaciones especiales a los propietarios a quienes se conservan todos los derechos que son consecuencia legítima del dominio.”²⁵⁵

Esta estocada dada por el gobierno central no fue más que el anticipo de lo que estaba por llegar. Dos meses después, con la ratificación de la Ley de Ensanche de 29 de junio de 1864, se establecieron una serie de normas urbanísticas de aplicación general a todo proyecto de ensanche que viera la luz en España en que las preocupaciones higienistas volvieron a quedar de soslayo. A la adición de otro piso más a los inmuebles del Ensanche se le añadió la dilatación de la altura de los edificios comprimiendo así la amplitud de la trama viaria. Además, se abría la posibilidad de disponer sólo de un 20% del solar para jardines y patios, y se permitió la construcción de calles privadas interiores de una anchura de sólo 8 metros; también se liquidó toda localización de servicios públicos a cargo del Estado “*conservando sus poseedores el libre uso de la propiedad*” y, finalmente, quedaron derogadas todas las disposiciones anteriores opuestas a las existentes en dicha ley. Estas medidas, alejadas del proyecto de 1861 presentado por Posada Herrera²⁵⁶, allanaron el camino a propietarios y promotores del Ensanche al apostar por reducir los elementos que impedían su máximo beneficio a costa de la comodidad y salubridad de sus futuros inquilinos²⁵⁷. Además, la posterior ratificación del Reglamento de 1867 relativo a la Ley de Ensanche de 1864 también supuso, entre otras medidas, la tácita aprobación de que la altura de los inmuebles del Ensanche alcanzaran los cinco pisos más el ático al extender a estos territorios las ordenanzas que regían en el centro de la ciudad.

²⁵⁵ *Disposiciones oficiales acerca del Ensanche de las Poblaciones en general y del de Madrid en particular*, Oficina Tipográfica de los Asilos de San Bernardino, Madrid, 1869, pp. 9-10. AVM. Sección de Secretaría, 6-143-48.

²⁵⁶ CASTRILLO ROMÓN, M^a: *Reformismo, vivienda y ciudad. Orígenes y desarrollo del debate en España...* pág. 65.

²⁵⁷ *Disposiciones oficiales acerca del Ensanche de las Poblaciones en general y del de Madrid en particular*, Op. Cit., AVM, sección de Secretaría, 6-143-48.

El edificio legislativo de los planes de ensanche españoles, construido a partir de la pionera Ley de Ensanche de 1684 y su Reglamento de 1867, dejó patente la falta de compromiso liberal en la defensa del bien común y la utilidad pública cuando el sacrosanto derecho de la propiedad privada estuviese en la picota. Sin embargo, la mencionada Ley de Ensanche y su Reglamento, junto a sus sucesoras, tuvieron una responsabilidad aún mayor en la formación de un sistema de financiación económica de los ensanches españoles creador de una sangrante división social de la ciudad²⁵⁸.

1.5.3. Madrid a las puertas de la segregación espacial.

A pesar de los múltiples problemas a los que se tuvo que enfrentar la empresa del Ensanche de Madrid, la lógica incertidumbre ante cómo se iba a sufragar los ingentes gastos públicos que se preveían en el horizonte era el más acuciante. La Ley de Ensanche de 1864 no sólo fulminó algunas de las más decorosas disposiciones urbanísticas de Castro sino que también sentó las bases de la senda legislativa a seguir por cualquier municipio español que quisiera dotarse de un ensanche de población, incluyendo los ya en marcha de Madrid y Barcelona²⁵⁹. De esta forma, el gobierno central se convertía en el único organismo político sancionador de los proyectos de ensanche ante el cual el municipio aspirante debía presentar un programa urbanístico que contara con una Memoria, un plano general y un plan económico (aspecto que no cumplía el Ensanche de Castro) que estuvieran avalados por el arquitecto provincial, la Junta Provincial de Obras Públicas, el Consejo Provincial, el propio ayuntamiento y la Junta de Ensanche creada *ex profeso*²⁶⁰. En definitiva, un proceso administrativo que podía demorarse durante interminables años. El elemento primordial de esta Ley fue el establecimiento del sistema de financiación económica que regiría en el Ensanche, un sistema económico que significó una victoria en toda regla para los defensores de la propiedad privada ya que el peso de los gastos recayó íntegramente sobre las exhaustas arcas municipales, sin ponderar los beneficios que el cambio de uso del suelo generó a sus dueños.

Ante la evidente incapacidad económica de los municipios para suplir dichos gastos, el gobierno introdujo una concesión económica a aquellos núcleos urbanos que necesitaran ensanchar sus cascos: a las partidas presupuestarias ordinarias que los ayuntamientos dedicasen a sus Ensanche, se añadía la cesión “*del importe de la contribución territorial y recargos municipales ordinarios que durante 25 años satisfaga la propiedad comprendida en la zona de ensanche*” tal y como rezaba el Artículo 1º de la Ley. Además, el gobierno central también abría la posibilidad a cada ayuntamiento de gravar con un recargo extraordinario de hasta el 60% el cupo de la contribución territorial (Art. 2º). El objetivo del gobierno era renunciar a los posibles ingresos que el Ensanche generase vía impuestos para garantizar una serie de ingresos

²⁵⁸ CARBALLO, B.; VICENTE, F. y PALLOL, R.: “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid (1860-1905)”, en NICOLÁS MARÍN, Mª y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E. (coords.): *Ayer en discusión: Temas claves de Historia Contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008.

²⁵⁹ Un completo análisis de la legislación urbanística española, incluyendo los textos íntegros de las leyes así como sus respectivos debates parlamentarios en: LORA-TAMAYO VALLVÉ, M.: *Historia de la legislación urbanística*, Iustel, Portal Derecho, Madrid, 2007.

²⁶⁰ En *Disposiciones oficiales acerca del Ensanche de las Poblaciones en general*, Op. Cit., pp. 15-38.

fijos a los ayuntamientos con los que pudieran suplir las obligaciones municipales en cuanto a la dotación de servicios públicos en las nuevas zonas construidas. Se aspiraba a la creación de un sistema económico que generase los ingresos suficientes a medida que la urbanización se fuera haciendo efectiva²⁶¹.

En la búsqueda de un control más efectivo de ingresos y gastos, y la distinción entre las franjas más dinámicas y atractivas para la edificación de aquellas más lejanas o peor urbanizables, la Ley de Ensanche instauraba en sus artículos 5º y 6º la división administrativa de la “*zona de ensanche en dos o más zonas parciales*”, las cuales dispondrían de sus propias cuentas de ingresos y gastos. Cada una de estas zonas actuaría a modo de compartimentos estancos y autónomos económicamente. Es decir, la contribución generada por las edificaciones sólo engrosaría la caja de caudales de dicha zona, sin posibilidad legal de traspasar sus fondos a cualquier otra independientemente de lo imperioso que esto fuera. De la misma forma, esos ingresos sólo podrían ser destinados a la dotación de los servicios públicos de los inmuebles allí ubicados. La justificación de este sistema de financiación era que así se garantizaba la generación de suficientes recursos económicos acordes al progreso de la urbanización, ya que los ingresos dependían directamente del ritmo edificatorio y no de otro tipo de ingresos indirectos. A más edificios construidos, mayor sería la cuota de ingresos procedentes de la contribución territorial, los cuales serían invertidos en las nuevas infraestructuras públicas que necesitasen. Por el mismo motivo, en aquellas zonas donde no se erigieran nuevos inmuebles no recibirían nada de contribución territorial, pero es que tampoco lo necesitarían ya que no habría inmuebles a los que dotar de servicios públicos.

No obstante, esta fácil lógica de retroalimentación positiva razonablemente eficaz desde un punto de vista teórico, no hizo más que agua al llevarlo a la práctica por varias razones²⁶². En primer lugar, porque los ingresos recibidos vía contribución urbana (instaurada en la reforma tributaria estatal unificada de Mon de 1845) o mediante los correspondientes recargos municipales, incurrían sobre los inmuebles edificados, es decir, eran generados *a posteriori*, una vez que la construcción había concluido y empezaba a estar habitada. Por ello, para que servicios públicos como el alumbrado o el alcantarillado llegaran antes que los habitantes de dichos inmuebles se hubiesen instalado y los necesitasen, los arruinados consistorios, entre ellos el madrileño, se vieron en la obligación de acudir al empréstito municipal para sufragarlos, dejando como garantía de pago los futuros cobros de la contribución territorial pero recayendo sobre el conjunto de la ciudad en vez de sobre los propietarios e inquilinos de los nuevos inmuebles los intereses demandados por el capital privado. En las posteriores leyes de Ensanche de 1876 y 1892 se incluyeron medidas para aminorar este problema, como la imposición a los propietarios de la cesión de la quinta parte del terreno para calles y plazas o el pago de su precio bajo amenaza de expropiación, un problema que las propuestas precedentes de Cerdá y Posada Herrera habrían impedido.

En segundo lugar, el hecho de que el sostenimiento de la financiación pública del Ensanche recayese sobre una contribución que gravaba indirectamente la calidad y ubicación de los inmuebles a través del alquiler en vez del número de residentes,

²⁶¹ El análisis del sistema económico del ensanche madrileño aquí tratado es deudor de los estudios realizados por Rafael Más Hernández y Martín Bassols Coma en sus obras ya mencionadas. Un resumen de la financiación económica del Ensanche en: CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital...*, *Op. Cit.*, pp. 79-91.

²⁶² BASSOLS COMA, M.: “Los inicios del derecho urbanístico en el período del liberalismo moderado y en el sexenio revolucionario (1846-1876): el Ensanche de la ciudad...”, *Op. Cit.*, pp. 19-51.

estimuló aún más si cabe el camino hacia la segregación de Madrid. Además, tampoco iba a ayudar en nada la circunstancia de que los ingresos satisfechos por las contribuciones urbanas no pudiesen ser destinados a otras zonas del Ensanche que lo necesitasen. Ésta fue la falla más dramática del sistema ya que el factor que incrementaba o disminuía el nivel de ingresos de cada zona no recaía en que hubiese más o menos habitantes a los que conferir los servicios públicos, ni siquiera a través de un cálculo indirecto mediante el número de inmuebles edificadas. El impuesto de la contribución territorial urbana era tarificado en función de la calidad del inmueble, del tamaño y el tipo de materiales de construcción utilizados en su edificación²⁶³. De esta forma, un palacete nobiliario o burgués ubicado en una buena zona de la ciudad en el que residieran una veintena de personas entre la familia y la servidumbre, requeriría un pago por contribución territorial de bienes inmuebles urbanos muy superior a cualquier corrala popular que albergase a cientos de inquilinos. Y con esos ingresos recibidos por uno y otro inmueble se realizarían las obras necesarias para llevar el alcantarillado, el gas, el empedrado o el arbolado a los residentes de unos y otros. De esta forma, el presupuesto medio por habitante en el Ensanche se caracterizaría por ser abrumadoramente superior en un barrio de edificios burgueses y de clase media que en aquellos con una impronta popular dada la enorme diferencia de valor de sus inmuebles. Esta injusticia social, provocada por la propia concepción de la contribución territorial se vería aún más agravada gracias al peculiar sistema de financiación promulgado por la Ley de Ensanche de 1864 por la cual los presupuestos de cada zona en que se dividiesen los terrenos eran estancos, estaban blindados legalmente ante cualquier transacción económica que se quisiera realizar de una a otra zona²⁶⁴. La promulgación de este sistema de financiación económica de los ensanches provocó una profunda segregación socioeconómica en el espacio que el tiempo no hizo más que profundizar, dado su mantenimiento en las leyes de 1876 y 1892. No fue hasta el 25 de marzo de 1927 cuando, mediante un decreto-ley del Ministerio de la Gobernación, fue derogada la obligación de “*que los ensanches estén divididos en zonas, con cuentas separadas para cada una*”, dejando a la libre elección municipal “*la continuación de la división que tengan establecida o la unificación de las zonas*”²⁶⁵.

En el caso que aquí nos ocupa y de acuerdo a la Ley de Ensanche de 1864, la nueva Junta del Ensanche de Madrid solicitó al año siguiente la división de los terrenos en cinco grandes zonas, aunque ésta no se llegó a hacer efectiva hasta 1870, cuando fue aprobada por el Ayuntamiento²⁶⁶. Sin embargo, esta división pronto se vio reducida a tres gracias a la R. O. de 8 de mayo de 1877 como consecuencia de la limitación máxima a tres zonas establecida por la Ley de Ensanche de 1876. Por consiguiente, se produjo la agrupación de la 1ª y la 2ª zona existentes desde 1870 en la nueva Zona I; por efecto de esta yuxtaposición, la 3ª zona pasó a nombrarse Zona II del Ensanche y, por último, la 4ª y 5ª zonas anteriores pasaron a englobar la Zona III. Desde el punto de vista geográfico, la Zona I correspondería al Ensanche Norte (actual distrito de Chamberí), la Zona II correspondería sólo a la parte nororiental del Ensanche Este (el distrito de Salamanca) y la Zona III se extendería desde detrás del Retiro hacia el suroeste delimitándose por la ribera del Manzanares y la antigua cerca de Madrid (distritos de Arganzuela y parte del de Retiro). La integración de los terrenos situados a

²⁶³ PORTILLO NAVARRO, Mª J.: “Desde la contribución de inmuebles cultivo y ganadería hasta el impuesto sobre bienes inmuebles. Evolución histórica, situación actual y perspectivas de futuro”, *Instituto de Estudios Fiscales*, Documento nº 14/10, 2001.

²⁶⁴ MÁS HERNÁNDEZ, R., *El barrio de Salamanca...*, Op. Cit., pp. 60-70.

²⁶⁵ Decreto-Ley recogido en el nº 7 del año XXV de *La construcción moderna*, del 15 de abril de 1927.

²⁶⁶ *Disposiciones oficiales acerca del Ensanche de las Poblaciones en general...* pág. 42.

la espalda del Retiro en la Zona III fue la consecuencia lógica de la interpretación de éstos, dada su cercanía a la estación de Atocha, como un hinterland del ferrocarril.

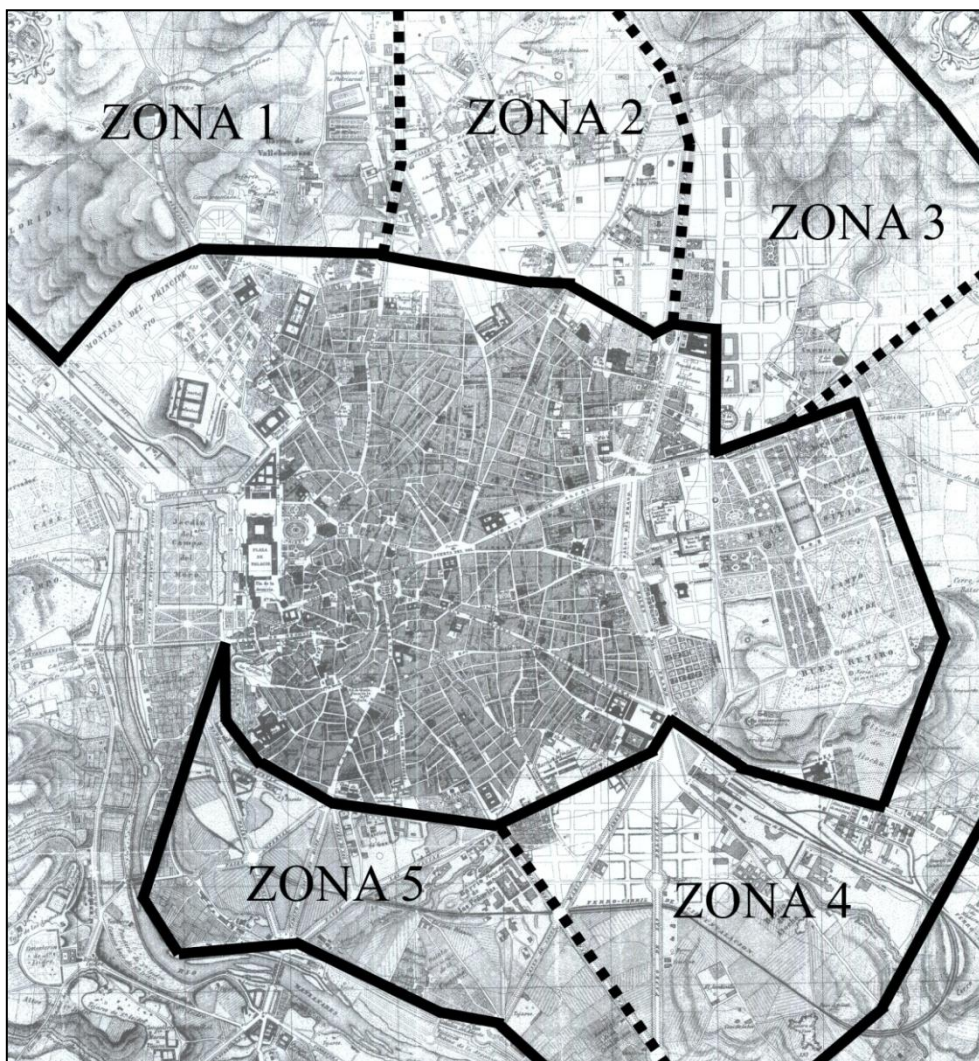


Figura 1.21. Elaboración propia tomando como base el plano de Madrid de Juan Merlo, F. Gutiérrez y Juan de Ribera de 1866. Escala 1:10.000. Se ha señalado la división económica del Ensanche de Madrid en cinco zonas decretada en 1870.

Si al dar el pistoletazo de salida al Ensanche en 1860, las diferencias en los precios medios del alquiler ya eran notables, la puesta en marcha del sistema de financiación incrementó esta tendencia. Mientras unas zonas del Ensanche fueron especializándose en proporcionar una oferta inmobiliaria dirigida hacia un estrato social elevado, otras zonas quedaron relegadas a su condición de arrabal. El análisis detallado de las cuentas de las zonas en las que se dividió el Ensanche madrileño nos muestra claramente esa diferenciación. Los ingresos percibidos por cada una de ellas, procedentes de las ya mencionadas contribuciones territoriales y los recargos municipales impuestos (que fueron reducidos del 60 al 4% del cupo de la contribución en la Ley de Ensanche de 1876²⁶⁷), eran los que marcaban los gastos a realizar. En la siguiente tabla, se puede observar las sustanciales diferencias presupuestarias existentes

²⁶⁷ Esa drástica reducción de ingresos fue un guiño más a los propietarios del Ensanche, algunos de los cuales todavía reclamaron la devolución de la diferencia existente entre ambos porcentajes cobrados en los primeros años. AVM, sección de Secretaría, signatura: 5-195-93.

entre cada una de las cinco zonas (tres a partir de 1876) que acabaron trasladándose a su correspondiente urbanización y dotación de recursos públicos y, por ende, a la procedencia social de los integrantes de cada una de ellas.

	1ª ZONA	2ª ZONA	3ª ZONA	4ª ZONA	5ª ZONA	TOTAL
INGRESOS*	202.350	837.301	1.230.924	137.408	138.264	2.546.247
%	7,95	32,88	48,34	5,40	5,43	100
GASTOS	717.596	857.686	2.189.593	131.615	70.394	3.966.884
%	18,09	21,62	55,20	3,32	1,77	100,00

Figura 1.22. Resumen de los ingresos y gastos del Ensanche de Madrid en el período 1869-1876. Elaboración propia a partir de los datos recogidos en AVM, sección Contaduría: 3-785-1. Corresponden al período entre el 18 de mayo de 1869 y el 30 de junio de 1876. Datos en pesetas. Se han contabilizado únicamente las partidas de ingresos y gastos que estaban divididos por zonas. * En este presupuesto falta una parte de los ingresos por contribución territorial que se adeudaba al Ayuntamiento pertenecientes al periodo de 1868-1874. A pesar de esta ausencia, se han incluido estos datos en la investigación ya que no es probable que esta cantidad variase significativamente los porcentajes dedicados a cada zona del Ensanche. CARBALLO BARRAL, B.: *Los orígenes del Moderno Madrid: El Ensanche Este (1860-1878)*, UCM, 2007, E-PrintsUCM: <http://eprints.ucm.es/6336/>.]

Innegable es que el sistema de financiación aquí descrito no pudo generar por sí solo un proceso de segregación socioespacial del Ensanche de Madrid como el que marcó el futuro de la ciudad durante las décadas siguientes. Como tampoco lo hizo el Anteproyecto de Ensanche de Castro, tal y como hemos visto. Pero sí sirvió de primer empujón para que la rueda de la división funcional y residencial de la ciudad se pusiera en marcha de forma incontestable, en cuyo devenir pronto encontraría nuevos aliados. A la incipiente segregación de la década de los 60, durante la cual los nuevos edificios surgidos en torno a la Castellana y en el barrio que estaba edificando el marqués de Salamanca quedaban a años luz de las humildes casas bajas de Chamberí o Peñuelas, el sistema de financiación del Ensanche añadió una plusvalía más a las zonas acaudaladas ya que generó los ingresos a invertir en servicios públicos fruto de la mayor contribución territorial pagada dada la calidad de sus edificios.

De este modo se gestó un modelo de retroalimentación de sobrepuestos que alimentó la creación de fronteras sociales en el Ensanche al nutrir las cuentas para sufragar servicios públicos y, como consecuencia, hacer todavía más apetecible esa zona para las clases más pudientes, elevando la oferta de alquiler. El pago de la contribución territorial se convertía así para los propietarios no en un impuesto sino en una inversión, ya que la cuantía satisfecha acabaría revirtiendo en sus propiedades en forma de servicios públicos. Una forma indirecta de comprobar las enormes diferencias existentes en el gasto por habitante entre cada una de las tres zonas del Ensanche es la división entre la suma total de los alquileres de las viviendas y el número de residentes en ellas (quedando sin contar los altos valores de los palacetes en propiedad, lo que haría la diferencia aún mayor): el alquiler medio por habitante en el Ensanche Este era de 15,6 pesetas en 1878, más del doble que el de un residente en el Ensanche Norte, que era de 7,07 pesetas, y a gran distancia de las exiguas 3,63 pesetas por habitante del Ensanche Sur²⁶⁸. Este escenario tuvo su correlación en los gastos por habitante que el Ayuntamiento pudo permitirse en cada una de estas zonas, invirtiendo cada año más en aquel residente adinerado de la calle Serrano o Velázquez, cuya calle ya se encontraba

²⁶⁸ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid...*, Op. Cit., pág. 85.

adoquinada, adornada con árboles y alcantarillada, frente al pobre jornalero de la calle del Sur, en las cercanías de Atocha, donde todavía debía aguantar los malos olores del detritus que bajaba al aire libre por el canalillo salido de las cloacas de la ciudad. Andando el tiempo y en previsión del Sr. Prats allá por 1910, cuando se debatía en el Senado la necesidad o no de suprimir las zonas de Ensanche, éste se resignaba a constatar cómo el “*barrio de Salamanca acabará por tener faroles de oro*” mientras que otros con menos suerte “*están en tal estado de abandono, que no hay posibilidad por parte del Ayuntamiento de Madrid de hacer nada en favor suyo*”²⁶⁹. La división tripartita de los recursos generados por el Ensanche ayudó a generar ciudadanos de primera, segunda y tercera categoría según la zona donde residieran.

	ZONA I	%	ZONA II	%	ZONA III	%	TOTAL
Ingresos (ptas.)	418.300	35,92	534.685	45,91	211.600	18,17	1.164.585
Gastos (ptas.)	475.690	37,81	534.684	42,59	246.006	19,6	1.256.380
Población	23.593	45,72	11.245	21,79	16.765	32,49	51.603
Edificios	971	55,36	302	17,22	481	27,42	1.754
Gastos / Habitante	20,16	82,80	47,55	195,30	14,67	60,27	24,35
Gastos / Edificio	489,9	68,39	1.770,48	247,17	511,45	71,40	716,29

Figura 1.23. Resumen de los gastos e ingresos de 1882-1883 de las tres zonas administrativas en las que se dividió el Ensanche de Madrid a raíz de la Ley de 1876 (la nueva Zona I correspondía a la 1ª y 2ª zona de la división aprobada en 1869 y recogida en la Figura 1.21, la Zona II a la 3ª zona, y la Zona III a la 4ª y 5ª). Los datos de ingresos y gastos han sido recogidos de MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca, Op. Cit.*, pág. 64. Por otro lado, el número de edificios y la población residente en cada zona, que permite realizar el cálculo del gasto medio por habitante e inmueble, proceden de los datos del padrón municipal de Madrid de 1878 informatizados en el curso de las investigaciones doctorales de Rubén Pallol Trigueros, Fernando Vicente Albarrán y Borja Carballo Barral.

Aquellos sueños de convertir el *nuevo Madrid* en una ciudad más saludable e higiénica para sus habitantes cayeron en saco roto y no se cumplieron. En palabras de Philip Hauser, en el Ensanche se podían observar “*por un lado las grandes riquezas, los suntuosos palacios, los jardines pintorescos y toda clase de manifestaciones del lujo, signo de opulencia, y por otro lado los barrios miserables y sombríos, donde se albergan multitud de familias pobres, hacinadas en cuartos estrechos y lóbregos, y que tienen que arrastrar una existencia llena de privaciones, encontrando no sólo dificultades para procurarse el pan diario, sino para respirar el aire puro tan necesario a la vida de todos los seres humanos*”²⁷⁰. Además de no cumplir con sus objetivos higienistas, los terrenos del Ensanche no cubrieron la creciente demanda habitacional de los inmigrantes recién llegados, expulsados al Extrarradio por la alta especulación a la que sus solares se vieron sometidos y a la política de fuerza de hechos consumados llevada a cabo por sus propietarios, dando como “*resultado lo que era de prever; un ensanche heterogéneo, desordenado, anárquico más bien, sin otra base que la fuerza de los hechos consumados*”²⁷¹.

²⁶⁹ MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca...*, Op. Cit., pág. 76.

²⁷⁰ HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico-social*. 2 Vols., Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1902 (edición facsímil de Editora Nacional, Madrid, 1979), pág. 322.

²⁷¹ FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Epidemias y sociedad en Madrid...*, Op. Cit., pp. 264-265. Es un editorial de *La Época*, del 20 de octubre de 1890 titulado “El saneamiento de Madrid”.

El siglo XIX fue testigo de la *aceleración* de los acontecimientos históricos, agolpándose en sus cien años de vida profundas transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales que cambiaron el rostro de Europa. Los ecos de la Revolución Francesa y la expansión de las ideas liberales por la fuerza de las armas o de la ideología a lo ancho del continente europeo favorecieron la creación de los Estados-nación y el desarrollo del constitucionalismo. A su vez, la asunción del liberalismo económico facilitó la expansión de la industrialización. En ambos fenómenos, en la construcción del Estado liberal y la consolidación del capitalismo y la integración de los procesos industriales, las ciudades adquirieron un papel primordial al recibir ampliados los resortes del poder político, administrativo, judicial y económico. Estas transformaciones significaron el derrumbe de la forma de vida de millones de personas y la mutación de una sociedad estamental en otra marcada por la división en clases sociales.

Sin embargo, estos procesos de cambio no triunfaron de una forma avasalladora, siendo las disputas entre la *resistencia* y el *cambio* una constante temporal y geográfica del siglo decimonónico español y europeo. En esta *guerra*, las ciudades se convirtieron en el principal foco irradiador del cambio, de la Modernidad, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX, momento en el que el grado de urbanización de la población tanto española como europea alcanzó cotas desconocidas hasta entonces. Dentro del mundo urbano español, Madrid fue una de las que con más fuerza recibió los primeros envites de la modernización política y económica en marcha. En este contexto, el Ensanche de Madrid fue entendido como el intento ordenado y normativizado de adecuar la ciudad a los *tiempos modernos*, de hacer llegar al interior de la larga meseta castellana ese “*tufillo de cultura europea*” que desprendían metrópolis de la talla de Londres o París. Aunque fueran a cuentagotas y diesen la sensación de ser “*adelantos más parecidos a saltos caprichosos que al andar progresivo y firme de los que saben adónde van*”²⁷², los hitos del cambio se sucedieron desde el ecuador de la centuria. Como el barrio de Salamanca, donde sus “*calles anchas, rectilíneas, regulares, ya casi todas abiertas y flanqueadas de grandes edificios y graciosos palacetes*” le hacían predestinado “*a convertirse con el tiempo en la zona más espléndida y elegante de la ciudad*”²⁷³, mientras que se escondía debajo de la alfombra aquello que no se deseaba mostrar, aquello de lo que uno no estaba orgulloso.

Ritmos de edificación, alineación de calles, expropiaciones, modificaciones legislativas y sistemas de financiación, todas ellas cuestiones pertenecientes al ámbito del urbanismo o la geografía urbana²⁷⁴, pero que conviven y condicionan las formas de vida de las personas que residieron en un espacio urbano de frontera, en la línea de fricción del campo y la ciudad, entre la realidad urbana heredada del Antiguo Régimen y el *nuevo Madrid* surgido de la revolución liberal, testigos de la *quietud* y el *cambio*.

²⁷² PÉREZ GALDÓS, B.: *Lo prohibido*. Publicada en 1884. Editorial Cátedra, Madrid, 2001, pág. 132.

²⁷³ DE FORESTA, A.: *La Spagna. Da Irun a Malaga*, Zanichelli, 1879, pág. 173, libro en el que autor alude al viaje que realizó por España en 1877 y en el que visitó Madrid. Citado en SANTOS, J. A.: *Madrid en la prosa de viaje. Siglo XIX*, Vol. 3, Comunidad de Madrid, Madrid, 1994, pp. 336-337.

²⁷⁴ COUDROY DE LILLE, L.: “Los ensanches españoles vistos desde fuera: aspectos ideológicos de su urbanismo” en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches...* pp. 241-243.

Capítulo 2. Los rostros del *nuevo Madrid*.

*“¿Qué quieren estos hombres que en el andén se agrupan,
unos con traje lila y otros con traje azul?
¿Por qué de doce en doce los ómnibus ocupan
con sacos, sombrerera, y alguno hasta baúl?
¿Por qué dejan sus pueblos? ¿Qué buscan en la corte?
¿Por qué en trenes baratos regresan a Madrid?
¿Por qué su acento dice si son del Sur o el Norte,
de Cai, Barselona, Luju o Vayadolid?*

MARÍA GRANÉS, S.: *Café con leche*, 1880¹.

Cerró el pesado tomo del inventario de un golpe. El sordo ruido no se hizo esperar. Juan Ruiz estaba asqueado. Llevaba todo el día revisando las cuentas de arriba abajo, en especial la de contribuciones urbanas. Y no había forma de impedir lo que en años anteriores otros tenedores de libros no habían logrado: el señor Mendoza Cortina no se libraría de volver a pagar una suma superior a los 20.000 reales de contribución en 1861 por la finca urbana que poseía en Madrid correspondiente al número 10 de la calle Pontejos, comprada en 1855 a Luis González Bravo desde su exilio londinense durante el bienio progresista por algo más de dos millones de reales². Para la mayoría de la población madrileña, era una cifra inimaginable. Pero el madrileño Juan Ruiz Castellanos, bautizado en la parroquia de San Millán, en las inmediaciones de la Plaza de la Cebada, tenedor de libros de profesión y recientemente contratado por el indiano de origen asturiano Francisco Mendoza Cortina, que había vuelto de México en 1859, estaba acostumbrado a imaginar cómo sería su vida con semejante dinero escrito en su propio libro de cuentas. *¡Que el señor Mendoza se diera con un canto en los dientes si él lograba que el monto total quedara por debajo de los 25.000 reales contantes y sonantes! Poco más podría hacer*³.

¹ Citado en: GÓMEZ PORRO, F.: *La conquista de Madrid: paletos, provincianos e inmigrantes*, Sílex, Madrid, 2000, pág. 79

² Datos extraídos de la Certificación del Tribunal de Comercio de Madrid (23-12-1863) expedida a Francisco Mendoza Cortina. Fondo Virtual del Archivo Histórico del Senado.

³ En 1859, Francisco Mendoza Cortina pagó 26.868 reales, y en 1860, 26.071. Sin embargo, en 1861 la contribución fue algo inferior: 24.734. Certificación de la Intervención de la Administración de Hacienda Pública de la provincia de Madrid (12-01-1864). Fondo Virtual del Archivo Histórico del Senado.

Juan Ruiz Castellanos, madrileño de 34 años de edad, vivía en 1860 junto a su esposa y sus cuatro hijos en el número 9 del denominado *Jardín del Pico*, situado a las afueras de la Puerta de Alcalá. Era el único tenedor de libros de la zona, y encima lo era de un acaudalado hacendado indiano que regresaba a la patria con deseos de prosperar política y socialmente. Francisco Mendoza Cortina sería reelegido como diputado de las Cortes y senador del Reino en varias ocasiones, y recibiría de Alfonso XII el título de conde de Mendoza Cortina en 1876. Juan Ruiz Castellanos, al igual que su esposa, Visitación Justelo, de 27 años de edad y bautizada en la parroquia de San Andrés, eran *rara avis* en el Ensanche Este de la capital a la altura de 1860. Y lo eran por el mero hecho de ser un matrimonio de madrileños. Ante la ratificación del proyecto de Castro, sólo la tercera parte de la población del Ensanche Este (el 34,4%), tanto la de la parte interior como la de extramuros, había nacido en la capital. Y la proporción se reducía a lo circunstancial si contabilizamos sólo a los matrimonios donde ambos cónyuges eran madrileños, ya que únicamente 24 de los 294 casamientos empadronados en dicho año estaban formados por dos madrileños como Juan y Visitación. Ambos se casaron siendo jóvenes, ya que tuvieron a Isabel, su hija mayor, con sólo 25 y 18 años respectivamente. Era común el cambio continuo de residencia dentro de la ciudad en busca de un alquiler más económico o para estar más cerca del nuevo puesto de trabajo. No obstante, la cercanía de las parroquias de bautismo de Juan y Visitación acrecienta la posibilidad de que se conocieran siendo niños gracias a la vida de barrio. Pero eso no hizo reducir su horizonte residencial ya que, siguiendo el rastro de su movilidad residencial interior a través de las parroquias de bautismo de cada uno de sus cuatro hijos, descubrimos una alta movilidad temporal y espacial, seguramente vinculada a la ocupación específica de Juan Ruiz Castellanos: Isabel fue bautizada en la parroquia de San Martín en 1851; Aurelio lo fue en la parroquia de San Ildefonso en 1854; y Juan y María lo fueron en la parroquia de San Ginés en 1859 y 1860 respectivamente. Todas parroquias del casco antiguo, algo alejadas entre sí pero ninguna contigua a las cercas orientales de la ciudad, punto también divergente con la mayoría de madrileños residentes en esta zona. Los Ruiz Castellanos acababan de dar el *salto al exterior* ese mismo año, siendo una de las pioneras familias madrileñas que apostaron por poblar un margen oriental que, durante la segunda mitad del siglo XIX, no dejó de albergar a nuevos vecinos⁴.

La mayoría de los nuevos inquilinos del Ensanche Este de Madrid eran inmigrantes, los cuales arribaban a la ciudad de mil y una formas, procedentes de cientos de destinos diferentes, unos atraídos por el aura de la capital, otros expulsados por la penuria económica de sus lugares de origen, pero todos con la esperanza de disfrutar en ella de unas condiciones de vida mejores que las que dejaban atrás. Entre ellos se encontraban dos matrimonios oriundos de un pequeño pueblo turolense llamado Calaceite, que llegaron a Madrid en 1859, instalándose en dos calles de las afueras de la Puerta de Alcalá muy cercanas entre sí, en el bajo número 3 de la calle del Tostado y en un sotabanco del número 6 de la calle Llivia, aquellos edificios que Rafael Mitjavila, el industrial gerundense, había edificado en esta década. Ambas familias arribaron el mismo año procedentes de dicho pueblo y se asentaron a escasos metros de distancia por los lazos de parentesco que les unían. Susana y Margarita Sales Bausili, cónyuges de Mariano García y Mariano Asensio respectivamente, eran hermanas. Cada uno de estos matrimonios trajo consigo a su prole: Susana y Mariano a Miguela (de 15 años) y a Ramón (de 6), y Margarita y Mariano a Mercedes (de 17), Viviana (de 15), Miguela

⁴ La información relativa a Juan Ruiz Castellanos, incluyendo su profesión, lugar de nacimiento y residencia, así como su edad y la composición de su familia han sido extraídos de las hojas de empadronamiento de Madrid de 1860. AVM, Estadística.

(de 9) y la pequeña Ana María (de 2). Además, también llegó con ellos la madre de ambas hermanas y abuela de todos los hijos anteriores, Susana Bausili, también nacida en Calaceite, con 80 años. Con menos de un año residiendo en el limes de la capital, su elección residencial parecía lógica al tener que pagar sólo 10 pesetas mensuales por sus respectivas habitaciones. Para lograr tal suma de dinero y que sobrara lo suficiente para alimentar a tantas bocas, todos los miembros de ambos hogares se movilizaron, acudiendo a sus estrechos lazos de parentesco para sobrevivir. Probablemente Margarita Sales, la única que no declaró profesión en el padrón de 1860, además de su anciana madre y de los niños pequeños, se encargase del mantenimiento del hogar, preparación de las comidas, lavado de ropas y cuidado de su madre, sus hijas Miguela y Ana María, y su sobrino pequeño Ramón. Con esta división del trabajo, Margarita permitía por un lado que su marido, que declaró ser jornalero, y sus dos hijas mayores (Mercedes y Viviana), costureras, y por otro su hermana, su cuñado y su sobrina, que hicieron constar que se dedicaban a la trapería, maximizasen la duración de su jornada laboral para lograr mayores ganancias, en un claro ejemplo de una estrategia económica familiar inmigrante que sobrepasaba los muros del hogar, para sobrevivir en la gran ciudad⁵.

Pero no todos los inmigrantes recién llegados a Madrid lo hicieron a través del colchón asistencial del parentesco, el paisanaje o la solidaridad laboral. De hecho, el fenómeno del realquiler fue una práctica bastante común en los primeros años de desarrollo del Ensanche de la capital, consecuencia de la carestía del hogar en el mundo urbano. A esta forma de integración tuvo que acudir Rosa Ruiz González, joven de 32 años de edad y recién llegada a la ciudad en 1877 procedente del cacereño pueblo de Villabuenas de Gata. En el padrón de 1878, con menos de un año de residencia en la gran urbe y sin el amparo de familia o paisanos conocidos, Rosa se había alojado en uno de los tejares del Camino de Vicálvaro, a las espaldas del Retiro, en el tejear de la Regalada, donde compartía una habitación por sólo 7,5 pesetas mensuales con otras dos mujeres inmigrantes, Máxima Lara Álvarez, de 42 años, oriunda de Hinojosa (Cuenca) y residente en Madrid desde 1868, y Ciriaca Jiménez Fernández nacida 32 años antes en Dicastillo (Navarra) y afincada en la capital desde 1875, ambas viudas⁶. Tres mujeres inmigrantes sin familia ni lazos de parentesco visibles en el padrón, que recurrieron a la zona más alejada de la ciudad dentro del Ensanche Este para acceder a un alquiler muy reducido, aunque aún así fuera sufragado mediante el realquiler y la convivencia. Tanto Rosa como Ciriaca (no así Máxima que indicó en la hoja de empadronamiento que no trabajaba “*en nada*”, declararon ser lavanderas, las únicas en un tejear donde la fabricación del ladrillo daba trabajo a una veintena de tejeros y jornaleros, y cuya vestimenta fácilmente podía ser lavada por éstas en el cercano arroyo Abroñigal⁷.

También había quienes llegaban a la capital gracias a su condición de principal centro administrativo y de servicios nacional. Su destreza no era manual sino intelectual, fruto de años de estudio, especialización y experiencia en plazas laborales intermedias, ya fuera en grandes núcleos como Barcelona o Bilbao, en modestas dependencias administrativas de alguna capital de provincia del interior o en alejadas

⁵ La información relativa a las familias de Susana Sales y Mariano García y Margarita Sales y Mariano Asensio ha sido extraída de las hojas de empadronamiento de Madrid de 1878. AVM, Estadística.

⁶ La información relativa a Rosa Ruiz González, Máxima Lara Álvarez y Ciriaca Jiménez Fernández, ha sido extraída de las hojas de empadronamiento de Madrid de 1878. AVM, Estadística.

⁷ Una descripción de las familias residentes en el tejear de la Regalada en 1878, indicando sus edades y profesiones en: CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008, pág. 217.

cabezas de partido judicial. Éste fue el caso del ingeniero industrial Pedro Miguel de Artíñano y Galdacano, de raíces familiares vascas pero nacido en Barcelona en 1879. El que posteriormente fuera autor de importantes trabajos de ingeniería industrial relativos al vidrio, el hierro, la red eléctrica nacional o el ferrocarril, llegó a Madrid en 1904 con 25 años tras haber cursado sus estudios en la Escuela de Ingenieros Industriales de la ciudad condal⁸. En Madrid, optó por aposentarse en una de las zonas más opulentas del ya transformado Ensanche Este de la capital, en un tercero del número 5 de la calle Villanueva, en el denominado barrio de Conde de Aranda, por el que pagaba 75 pesetas mensuales de alquiler⁹. Tras cursar sus estudios en su lugar de origen, Pedro Miguel se dirigió, como tantos otros, a la capital, donde podía escalar profesionalmente a la cima de su carrera. Así, en 1905 ya era profesor en la Escuela Central de Ingenieros, institución en donde fue nombrado catedrático de Motores Térmicos y Construcción de Máquinas por oposición sólo dos años después.

Pero sin duda alguna, con el desarrollo del Ensanche Este, esta zona pronto sirvió de residencia a un estrato social altamente acomodado, formado por aquellos grandes propietarios y rentistas, banqueros e industriales nacionales que llegaron a Madrid atraídos por su enorme oferta de ocio, espectáculos y artículos de lujo, para cultivar la sociabilidad con las demás familias aristocráticas y burguesas, o para estar cuanto más cerca mejor de las intrigas palaciegas y políticas que tanto podían afectar a sus patrimonios, acciones y negocios. Personas como Plácido Jove Heredia, vizconde de Campo Grande y oriundo de Villaviciosa, Asturias, José María Arróspide Ruiz del Burgo, logroñés y marqués de Boil, el banquero Luis Ussía Aldama, natural de Llodio, Vizcaya, o el propio marqués de Salamanca, gaditano, son ejemplos palpables de este fenómeno.

Madrileños e inmigrantes, jóvenes o mayores, llegados en compañía o en solitario, atraídos por la capital o empujados a ella desde sus lugares de origen, personas de raíces modestas y poseedores de títulos nobiliarios y mareantes riquezas, individuos acostumbrados a la vida urbana o espectadores absortos ante la primera impresión de la gran ciudad. El abanico de experiencias vitales fue tan amplio como el número de habitantes que dio vida al *nuevo Madrid*. De ahí que sea fundamental realizar un análisis exhaustivo para concretar cuáles fueron los factores clave en la evolución demográfica del Madrid de la segunda mitad del siglo XIX y determinar qué fenómenos impregnaron sus calles.

⁸ VALBUENA VÁZQUEZ, P.: *Historia de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de Madrid desde 1901 hasta 1972*, Proyecto Fin de Carrera, dirigido por Juan José Scala Estalella. E.T.S.I. Industriales (UPM), Madrid, 1996.

⁹ La información relativa a Pedro Miguel Artíñano y Galdacano ha sido extraída de las hojas de empadronamiento de Madrid de 1905. AVM, Estadística.

2.1. *Caminante no hay camino... Savia nueva para Madrid en la segunda mitad del siglo XIX.*

“Diariamente traen a Madrid los trenes de provincias multitud de hombres que abandonan la madre tierra, atraídos por el brillo deslumbrador de la capital. (...) Es una gran obra de misericordia el oponerse a esta emigración que despuebla los campos, donde están la vida, la riqueza y la paz.”

La lectura dominical, 12 de mayo de 1901.

La segunda mitad del siglo XIX siguió siendo testigo del sustento del pilar que respaldaba el modelo demográfico madrileño desde que fuera ungida como Corte imperial: el aporte de la inmigración como forma de sostén y/o crecimiento de su población¹⁰. Durante la Edad Moderna, Madrid fue creciendo en volumen demográfico gracias a la llegada continuada de inmigrantes atraídos por la Corte. Así alcanzó el *techo* de los 200.000 habitantes a finales del siglo XVIII, verdadera falla demográfica de la ciudad dado el hacinamiento interior y las epidemias a causa de su cercamiento, y el estrangulamiento comercial y de abastecimiento del interior de la meseta, consecuencia de las deficientes comunicaciones y los altos costes del transporte y arbitrios, que dificultaban la provisión de la ciudad haciendo subir el precio de alimentos básicos como el cereal, la carne o el pescado¹¹. La Meseta castellana perdía población a través de un doble flujo migratorio, de los pueblos a los núcleos urbanos castellanos y de éstos hacia Madrid¹², lo que generó un evidente rechazo hacia la capital, común al recelo hacia las grandes urbes existente en una buena parte de la sociedad europea. No hay que olvidar, como breve muestra de esta percepción, las palabras de Rousseau ni las fulminantes sentencias de Antonio Arteta de Monteseuro, arcediano del zaragozano pueblo de Aliaga del capítulo anterior¹³.

El párrafo que inicia este apartado, extracto de una noticia de prensa en la que se criticaba la flagrante incoherencia mostrada por una ciudad que carecía de trabajo para

¹⁰ CARBAJO ISLA, M. F.: *La población de la villa de Madrid: desde finales de siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1987, pp. 224-230; “La inmigración a Madrid (1600-1850), *Reis*, nº 32, Madrid, 1985; TORO MÉRIDA, J.: “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59, Madrid, 1981.

¹¹ RINGROSE, D.: *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Alianza Universidad, Madrid, 1985; JULIÁ, S., RINGROSE, D. y SEGURA, C.: *Madrid, historia de una capital*. Alianza Editorial, 1994, Madrid, pp. 153-314; FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “Las crisis de subsistencias en el Madrid del siglo XIX”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 2, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1986, Madrid, pp. 191-228.

¹² GARCÍA BALLESTEROS, A.: “Estado actual de los estudios de demografía en Madrid y la región castellano-manchega (1850-1983)”, PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D. S.: *La demografía histórica en España*, El Arquero, Madrid, 1988, pág. 244.

¹³ La literatura española y europea sobre la cuestión del rechazo hacia la vida urbana es prolija, señalando los años finales del siglo XIX como fecha en torno a la cual surgieron por contraposición ensayos que ensalzaban la vida urbana como rechazo frente a las apologías rurales que el romanticismo había fortalecido. PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la 2ª Guerra Mundial*, PUV, Valencia, 2011, pp. 126-128. A su vez, en cuanto a Madrid se refiere, al rechazo a lo urbano se le unió el rechazo a la Corte, sede de los vicios y males de la sociedad española, donde el juego, la pillería, el despilfarro, la vagancia, la corrupción o la ociosidad florecían por doquier. Una concepción del Madrid *culpable* que se alargaría hasta bien entrado el siglo XX. No obstante, abordar esta cuestión excede los objetivos de esta investigación. JULIÁ, S., RINGROSE, D. y SEGURA, C.: *Madrid, historia de una capital*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.

sus habitantes mientras que el goteo de nuevos inmigrantes era constante, fechado en 1901, nos repite de forma concisa la misma melodía. Por un lado, la persistente alusión a esa *multitud de hombres que abandonan su madre tierra*, atraídos por *el brillo deslumbrador* que irradiaba Madrid. Y por otro, el feroz ataque a este fenómeno migratorio, *que despuebla los campos, donde están la vida, la riqueza y la paz*. Y, sin embargo, dos son los matices incluidos en esta crónica que recogen el germen de la transformación que los movimientos migratorios interiores españoles sufrieron en la segunda mitad del siglo XIX. En primer lugar, una porción cada vez mayor de los emigrantes que *diariamente* vislumbraban por primera vez Madrid pasado el ecuador de la centuria, lo hicieron desde las ventanillas de aquellos *trenes de provincias* que desde finales de la década de los 50 articularon el transporte nacional de mercancías y personas abaratando considerablemente tanto el coste del desplazamiento como el tiempo empleado en él, facilitando los movimientos migratorios interiores¹⁴. En segundo lugar Madrid, como consecuencia de las profundas transformaciones liberales que afectaron a su fisonomía desde el segundo tercio de siglo, ya no era un polo de atracción de población por ser *sólo* Corte sino por ser *también* Capital *de brillo deslumbrador*, cambio sustancial que traía en su haber erigirse en punto nodal de las nuevas estructuras administrativas, políticas, académicas, judiciales, financieras y de telecomunicaciones del país. La ciudad de Madrid se convirtió en esta segunda mitad del siglo XIX, junto a Bilbao y Barcelona, en testigo de excepción de la incipiente transformación de los movimientos migratorios preindustriales españoles¹⁵.

El desarrollo y abaratamiento de los transportes gracias al vapor y el ferrocarril, el surgimiento de nuevos centros de producción industrial donde la demanda de mano de obra creció exponencialmente, y el conjunto de transformaciones jurídicas, económicas y sociales que el liberalismo exportó desde los grandes núcleos urbanos europeos hacia el mundo rural a lo largo del siglo XIX, transformaron irremediabilmente los movimientos migratorios de tipo preindustrial que habían dominado la sociedad europea durante los siglos anteriores. Durante la centuria decimonónica, especialmente en su segunda mitad, la población europea sufrió un profundo proceso de redistribución espacial desde el mundo rural a los núcleos

¹⁴ BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Las comunicaciones en la construcción del Estado Contemporáneo en España. Correos, telégrafos y teléfonos*, Secretaría General de Comunicaciones, 1993, Madrid. BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Atlas histórico de las comunicaciones en España, 1700-1998*, Lunweg-E.P.E. Correos y Telégrafos, Barcelona, 1998; OTERO CARVAJAL, L. E.: “Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1855-2000”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 29, UCM, Madrid, 2007, pp. 119-152; HERRANZ LONCÁN, A.: “La reducción de los costes de transporte en España (1800-1936)”, en *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, 2005, pp. 183-206.

¹⁵ GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K., *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996; SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: “Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica”, en *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, Universidad de Zaragoza, nº 2, 2002, pp. 227-248; “Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930”, *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, Madrid, 2005, pp. 157-182; “Temporary Internal Migrations in Spain, 1860-1930”, *Social Science History*, 2007, 31 (4), pp. 540-574; FLORENCIO, A. y LÓPEZ, A. L.: “Las migraciones estacionales agrarias en Andalucía anteriores al siglo XX”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 2000, XVIII (1), pp. 71-100; SARASÚA, C.: “Las emigraciones temporales en una economía de minifundio: Los montes de Pas, 1758-1888”, *Boletín de la ADEH*, 1994, XII (2/3), pp. 165-179.

urbanos¹⁶. Este proceso de urbanización de la sociedad europea, claramente ligado a la industrialización y a la construcción liberal de los Estados-Nación¹⁷, no pasó desapercibido para sus propios contemporáneos. Desde finales del siglo XIX, las ciencias sociales abordaron la transformación de la movilidad y los movimientos migratorios nacionales e internacionales, urbanos y rurales, desde la omnipresente óptica de la industrialización como base interpretativa. Las pioneras aportaciones de Ravenstein y Weber al análisis de las migraciones modernas centraron su interés en los factores económicos de atracción (*pull*) y expulsión (*push*), tomando como clave de bóveda explicativa la quiebra del equilibrio entre población y recursos en las zonas rurales, génesis de la expulsión de una parte de su población que sería absorbida por los pujantes núcleos urbanos gracias a la producción industrial y a su papel nodal en la redistribución comercial y de servicios¹⁸.

Niveles nacionales de urbanización en Europa (en %)	1800	1850	1910
Gran Bretaña	23	45	75
Bélgica	20	34	57
Holanda	37	39	53
Alemania	9	15	49
MEDIA EUROPA	12	19	41
Italia	18	23	40
Francia	12	19	38
ESPAÑA	18	18	38
Suiza	7	12	33
Suecia	7	7	23
Portugal	16	16	16

Figura 2.1. Niveles nacionales de urbanización en Europa en el siglo XIX. Datos porcentuales. Se han considerado núcleos urbanos aquellos que poseían 5.000 o más habitantes. Fuente: BAIROCH, P.: *Cities and economic development: from the dawn of history to the present*, Mansell, Londres, 1988, pág. 221.

La acuñación de este modelo explicativo, unido al dinamismo económico, tecnológico y cultural que tiñó las sociedades urbanas europeas desde mediados del siglo XIX hasta la 1ª Guerra Mundial, época en la que se produjo la aceleración tanto de los movimientos migratorios internacionales hacia América como el éxodo rural hacia los núcleos urbanos nacionales, generó la errónea percepción de que la movilidad espacial había surgido con la sociedad industrial, obviando la existencia de una alta movilidad en las sociedades preindustriales¹⁹. Esta apreciación, que consideraba una creación lo que realmente era una transformación y ascenso de los movimientos migratorios, fue un error ampliamente extendido e interiorizado por los propios

¹⁶ BAIROCH, P.: *Cities and economic development: from the dawn of history to the present*, Mansell, Londres, 1988; MITCHELL, B.: *International Historical Statistic. Europe, 1750-2005*, Palgrave MacMillan (6ª ed.), Londres, 2007.

¹⁷ LEES, A. y HOLLEN LEES, L.: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

¹⁸ RAVENSTEIN, E. G.: "The laws of migration", en *Journal of the Royal Statistical Society*, Vol. 48, junio, 1885, Londres, pp. 167 – 227, y en *Journal of the Royal Statistical Society*, Vol. 52, junio, 1889, Londres, pp. 241-301; ARANGO, J.: "Las «leyes de las migraciones» de E. G. Ravenstein cien años después", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 1985, 32, pp. 8-12; WEBER, A. F.: *The growth of cities in the nineteenth century: a study in statistics*, MacMillan for the Columbia University, New York, 1899.

¹⁹ REINHARD, M. y ARMENGAUD, A.: *Historia de la población mundial*, Ariel, Barcelona, 1966; HOCHSTADT, S. L.: *Mobility and Modernity: Migration in Germany, 1820-1989*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1999.

coetáneos a dicho proceso, obnubilados por el fluir de modernos adelantos técnicos y la concreción de nuevas infraestructuras y procesos productivos. Eran tiempos de cambio y todo parecía de nuevo cuño. Prueba de ello era el tono de epopeya con el que el escritor español Antonio Trueba hacía referencia a cómo habían cambiado los *viajes interiores* en España durante la primera mitad del siglo XIX gracias al ferrocarril, señalando que en 1800 viajar “*era, para algunos, una necesidad, para muchos, un vicio, y para todos, una desgracia*”, debido a las malas comunicaciones, el tiempo y dinero invertido en el desplazamiento, y a la peligrosidad de la travesía, creando la sensación al lector de que viajar o mudarse de un lugar a otro del país era una práctica muy poco extendida a principios del siglo XIX, afirmando que “*los antiguos no se movían fácilmente ni sin justa causa*”²⁰. Este fenómeno, considerar a la sociedad europea surgida de la industrialización, el capitalismo y el liberalismo como la antítesis de la sociedad del Antiguo Régimen, sin lazos de unión entre sí, fue un lugar común de la cultura europea urbana de la época. Y sin embargo, en relación a los movimientos migratorios, la idea de que la sociedad preindustrial se caracterizaba por ser una sociedad inmóvil, en la que apenas había migraciones es fruto de una falsa percepción desenmascarada en las últimas décadas por, entre otros, el historiador alemán Karl Schwarz, que negaba “*la aserción según la cual la gente de hoy en día es más móvil que en el pasado. Esta afirmación parece tan evidente que sus partidarios ni siquiera se toman la molestia de demostrarla. De hecho, la tendencia general va en dirección contraria*”²¹.

A lo largo del siglo XIX todavía era una práctica habitual entre la población rural española recurrir a la emigración para conciliar el ciclo vital de las familias (atendiendo a su tamaño, edad y sexo) con los recursos agrícolas que la estación permitía. Los movimientos migratorios preindustriales eran una constante en el vasto panorama rural español, aunque encerraban profundas diferencias entre unas regiones y otras dependiendo de múltiples factores como el clima, el tipo de cultivo y el ganado, la cercanía a rutas comerciales y de comunicación, la raigambre de la tradición de emigrar, los distintos modelos de familia y los sistemas hereditarios vigentes, el nivel educativo o la realidad económica en la que se hallaba inserta cada región²². Todos estos factores influían considerablemente en los lugares de destino, en la elección familiar y personal de quiénes emigraban, su sexo, edad y el horizonte temporal con el que lo hacían. No obstante, y a *grosso modo*, existían una serie de características comunes a la mayoría de los movimientos migratorios preindustriales. En primer lugar, fueron mucho más comunes de lo que Antonio Flores manifestaba en su obra, y además su realización solía estar motivada por una cuestión económica ligada fundamentalmente a la estacionalidad en los ritmos de producción agrícola, buscando la diversificación económica entre las tareas del campo y las posibilidades de trabajo en otros lugares, ya fuera en regiones rurales con cultivos, ganado o clima diferentes, en puertos pesqueros, zonas mineras o

²⁰ FLORES, A.: *Ayer, hoy y mañana, o la fe, el vapor y la electricidad. Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899*, Imprenta del Establecimiento de Mellado, Madrid, 1863, 3 Vols., especialmente el capítulo 21, del Volumen I, titulado “Un viaje en 1800”, pp. 273-285.

²¹ SCHWARZ, K.: *Analyse der räumlichen Bevölkerungsbewegung*, Jänecke, Hannover, 1969. Citado en HOCHSTADT, S. L.: *Mobility and Modernity: Migration in Germany, 1820-1989*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1999, pág. 217; CAMPS, E.: *La formación del Mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Mterio. de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995; GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K.: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. UPV, 1996.

²² GARCÍA GONZÁLEZ, F. (coord.): *La historia de la familia en la península Ibérica. Balance regional y perspectivas: Homenaje a Peter Laslett*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2008.

en las nuevas infraestructuras puestas en marcha por el Estado liberal, como la edificación de líneas ferroviarias, postas o canalizaciones de agua²³. Solían responder a una necesidad temporal y específica, que no les obligaba a romper sus lazos con sus lugares de origen, a los que solían volver en pocos meses²⁴. Por ello, para maximizar beneficios, solían ser movimientos de corta o media distancia en los que pudieran economizar los gastos del viaje, entre los que se incluían la comida y la pernoctación así como los ingresos no obtenidos durante los días invertidos en el desplazamiento.

La distancia entre los lugares de origen y de destino también definía en gran medida la duración de estas migraciones. Por un lado se hallaban los movimientos migratorios *estacionales*, aquellos ligados directamente a las tareas agrícolas de siembra, cultivo y recolección, que reducían su duración a un período de entre 2 y 4 meses al año, normalmente en el período estival, y en un radio de acción más pequeño, a escala comarcal o regional²⁵. Junto a estas migraciones estacionales cohabitaban los movimientos migratorios *temporales*, de más larga duración y distancia recorrida, ajenos al calendario agrícola, pero emprendidos con la decisión inicial de volver al cabo de unos años al lugar de origen. Los lugares de destino de estas migraciones eran las modestas cabezas de partido judiciales comarcales, las pequeñas capitales de provincia más cercanas, capitales regionales como Zaragoza, Valencia, Sevilla, A Coruña o Valladolid, y los grandes núcleos del país, como Madrid, Barcelona o Bilbao, árboles descollantes del poco tupido bosque urbano español, ya fuera por su condición de capital la primera, o por la dinámica actividad industrial y comercial de las dos segundas desde el ecuador de la centuria. En la ciudad, estos inmigrantes intentaban integrarse como mozos o dependientes de comercio, sirvientes o trabajadores de la construcción, intentando aprender algún oficio artesano o metiendo la cabeza en el nuevo entramado administrativo del Estado liberal²⁶.

La idea era encontrar cualquier ocupación que les permitiera ahorrar una respetable suma de reales (o pesetas a partir de 1868) con la que regresar al punto de partida para acceder a la propiedad de la tierra, ampliar la ya existente, invertir en

²³ EIRAS ROEL, A. y REY CASTELAO, O.: *Migraciones internas y médium-distance en la península ibérica, 1500-1900*, 1ª Conférence européenne de la Commission Internationale de démographie historique, 2 Vols., Santiago de Compostela, 1993; CAMPS i CURÁ, E.: “Las migraciones locales en España, siglos XVI-XIX”, en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XI, I, 1993, pp. 21-40.

²⁴ FLORENCIO PUNTAS, A. y LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L.: “El papel de los jóvenes en las migraciones rurales estacionales en la península ibérica, siglos XVII-XIX”, *VIII Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Menorca (Mahón), 2007.

²⁵ SILVESTRE, J.: “Temporary Internal Migrations in Spain, 1860-1930”, *Social Science History*, 2007, 31 (4), pp. 540-574; “Permanent and temporary internal migrations in Spain, 1877-1936: determinants and labour market impact”, UCD Centre for Economic Research Working Paper Series, WP02/21, University College Dublin, School of Economics, 2002; FLORENCIO, A. y LÓPEZ, A. L.: “Las migraciones estacionales agrarias en Andalucía anteriores al siglo XX”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XVIII (1), 2000, pp. 71-100.

²⁶ SAN ANDRÉS CORRAL, J.: “Las ciudades intermedias ante el reto de la modernidad: la sociedad de masas y el proceso de urbanización en la España del interior”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 101-126; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003; DE LA FUENTE NÚÑEZ, R.: *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*. Madrid, Trabajo Académico Dirigido (UCM), 2007, E-PrintsUCM: <http://eprints.ucm.es/7947/>; REHER, D. S.: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Siglo XXI, Madrid, 1988; GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001; MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización. Pamplona (1840-1930)*, UPV, Bilbao, 2002.

nuevas herramientas o para aportar el dinero como dote en un futuro matrimonio²⁷. Estos aportes migratorios a las ciudades, aunque de carácter temporal, eran los que sostenían el nivel demográfico de éstas, azotadas por la alta mortalidad infantil y general que sufrían. Evidentemente, una parte de esos hombres y mujeres que emigraban del campo a la ciudad dentro de una lógica migratoria estacional o temporal, acababan asentándose definitivamente en la ciudad, engrosando su población. Sin embargo, desde una perspectiva nacional, no representaron un contingente elevado ya que el nivel de urbanización de la población española se mantuvo en un 18% durante la primera mitad del siglo XIX, pasando de ser una cifra superior a la media europea en 1800, que era del 12%, a ser inferior en 1850, donde ésta había alcanzado el 19% gracias a los extraordinarios incrementos acaecidos en países más industrializados como Gran Bretaña, Bélgica u Holanda en este período (ver Figura 2.1). El número de habitantes de las principales ciudades españolas apenas varió durante la primera mitad del siglo XIX, salvo las excepciones de Madrid y Barcelona, sufriendo la primera un incremento demográfico superior al 33% entre 1836 y 1860, y la segunda un 52,17% entre 1800 y 1850²⁸. Por el contrario, el resto de urbes españolas incrementó su población a un ritmo mucho más bajo que el europeo y de una forma más tardía y dilatada en el tiempo, acelerándose entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX²⁹.

La segunda mitad del siglo XIX consolidó la bicefalia urbana española capitaneadas por Barcelona y Madrid, fieles testigos de las hondas transformaciones que tuvieron lugar en la tipología y magnitud de los movimientos migratorios preindustriales. Fueron las primeras que vieron quebrar el anterior modelo demográfico urbano, rompiendo sus techos poblacionales gracias a una doble mutación: la intensificación de los movimientos migratorios hacia estas urbes y la determinación cada vez mayor del recién llegado de establecerse indefinidamente en la ciudad³⁰. El dislocamiento de una realidad que había durado siglos sólo pudo producirse por la aparición de nuevos factores explicativos, ya fueran por el lado de la demanda urbana de nuevos trabajadores (gracias a la adopción de nuevas industrias, engrosamiento de la administración y fortalecimiento de su papel redistribuidor de recursos y servicios), como por el lado de la oferta (con una población rural en aumento pero impelida a emigrar por la reducción de recursos disponibles). Y aquí es donde la interpretación historiográfica excesivamente reduccionista de la teoría migratoria del *push and pull*, demuestra su incapacidad para generar una única explicación causal del proceso de urbanización europeo. El crecimiento demográfico de Madrid, a diferencia del de Barcelona, no puede ser explicado por la relevancia de la industrialización como motor

²⁷ GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*. Bilbao, UPV-EHU, 2005; SARASÚA, C.: “Las emigraciones temporales en una economía de minifundio: Los montes de Pas, 1758-1888”, *Boletín de la ADEH*, 1994, XII (2/3), pp. 165-179; REHER, D. S.: “Mobility and Migration in Pre-Industrial Urban Areas. The case of Nineteenth-Century Cuenca”, en WOUDE, A. HAYAMI, A. y VRIES, J. (eds.): *Urbanization in History: A Process of Dynamic Interactions*. Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 165-185. SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid, Siglo XXI, 1994.

²⁸ MITCHELL, B.: *International Historical Statistic. Europe, 1750-2005*, Palgrave MacMillan (6ª edición), Londres, 2007.

²⁹ GARCÍA DELGADO, J. L. (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Siglo XXI, Madrid, 1992.

³⁰ CARBAJO ISLA, M. F.: *La población de la villa de Madrid: desde finales de siglo XVI hasta mediados del siglo XIX...*, *Op. Cit.*, pp. 224-230; “La inmigración a Madrid (1600-1850), *Reis*, nº 32, Madrid, 1985.

de cambio, ya que en la capital española las grandes concentraciones fabriles catalanas brillaron por su ausencia durante todo el siglo XIX, siendo la excepción que confirma la regla aquellas fábricas y talleres, como las de Tabacos y Tapices, ligadas al Estado o a la Corona, pero apartadas en todo caso de los modernos circuitos económicos e industriales que llegaban a España allende los Pirineos.



Figura 2.2. Elaboración propia a partir de los datos tomados de Ángel Bahamonde Magro y Antonio Fernández García para el siglo XIX, con la excepción del período 1847-1853, recogidos directamente del Archivo de Villa de Madrid, Sección de Secretaría, signatura 6-62-3. Fuente: BAHAMONDE MAGRO, A. y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La sociedad madrileña en el siglo XIX”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993, Pág. 481.

Madrid registró un incremento demográfico sostenido e intenso durante la segunda mitad de siglo, pasando de 221.000 habitantes en 1850 a 539.835 en 1900, superior a la mayoría de las ciudades españolas, aunque ciertamente modesto en relación a las principales urbes europeas³¹. El origen de este auge demográfico bebió de la misma fuente que en épocas anteriores, de la inmigración, ya que la ciudad fue incapaz de reducir las elevadas tasas de mortalidad hasta las primeras décadas del siglo XX. En estos cincuenta años, los esfuerzos municipales por reducir la mortalidad general y, sobre todo, la infantil (que alcanzaba el 400‰ en los años 80 frente al 245‰ de la media española³²), fueron constantes. Se modernizó el sistema benéfico asistencial madrileño y se articularon las Casas de Socorro³³, además de adoptar medidas preventivas como las desinfecciones de casas y pozos negros o, desde finales de siglo,

³¹ París multiplicó su población por 5 mientras que Londres y San Petersburgo lo hicieron por 6, Viena por cerca de 7, Berlín por 11 y Múnich por 12,5. MITCHELL, B.: *International Historical Statistics. Europe, 1750-2005*, Palgrave MacMillan (6ª edición), Londres, 2007; HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Taylor & Francis e-Library, Londres, 2005.

³² REHER, D. S.: “Urbanization and Demographic Behaviour in Spain, 1860-1930” en AD WOUDE, JAN DE VRIES y AKIRA HAYAMI: *Urbanization in History. A process of Dynamic Interactions*, Clarendon Press-Oxford, Nueva York, 1990, pp. 282-299.

³³ F. J. DE BONA, *Anuario administrativo y estadístico de la provincia de Madrid para el año 1868*, Madrid, 1868; *Reglamento General de la Beneficencia Municipal de Madrid y particular de las Casas de Socorro* (aprobado por el Excmo. Ayto. el 7-VII-1875) 6ª tirada, Imprenta Municipal, Madrid, 1910; SÁNCHEZ RUBIO, E.: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios de mejorarla*, Ayuntamiento de Madrid, 1869; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.

la vacunación gratuita de más de 3.000 personas al año pertenecientes a las capas populares por parte del Doctor Jerónimo Balaguer, presidente del Instituto de Vacunación de Terner de Madrid³⁴. Pero estas medidas aún eran insuficientes, ya que a principios del siglo XX la reducción de la mortalidad fue un fenómeno delimitado geográficamente y socialmente, existiendo distritos como los de Congreso y Buenavista, con registros similares a las urbes europeas más salubres, frente a otros como los de Latina, Hospital e Inclusa, cuyas tasas de mortalidad triplicaban las de los primeros³⁵.

El motor de cambio radicó en la metamorfosis de los movimientos migratorios que tenían como destino Madrid, cada vez más intensos y entre cuyos protagonistas aumentaron aquellos que lo hacían con la intención de asentarse de manera definitiva en la ciudad³⁶. Es evidente que el campo empezó a sufrir un desequilibrio entre una población en aumento y unos recursos limitados, agravado por la reducción de costes y tiempo en el transporte de mercancías (que hacía aumentar la competencia internacional) y las profundas mutaciones jurídicas y económicas que el liberalismo adoptó, que no podía ser nivelado más que por la inmigración de una parte de sus habitantes. Pero esto no explica por sí solo este fenómeno, ya que podían haber ido a otros lugares de destino, y sin embargo decidieron dirigirse hacia Madrid, aunque no atraídos por los vientos de modernidad escenificados por humos fabriles, la cantinela del metal y del hierro o el silbido penetrante del vapor. Madrid no fue una ciudad industrial hasta bien entrado el siglo XX, por lo que no se puede explicar su crecimiento sólo a partir de esta dinámica. La ciudad se benefició fundamentalmente de su capitalidad, de la centralización financiera, cultural y de comunicaciones del Estado liberal, del auge de su administración pública y, tras las desamortizaciones, las reformas interiores y la puesta en marcha del Ensanche, de un vigoroso y pujante sector de la construcción. Realmente, aumentó antes el ritmo y la cuantía de inmigrantes que llegaban a Madrid con intención de quedarse que las modernas vetas laborales que debían darles cobijo, siendo el resultado de ese desfase temporal la inundación del mercado laboral madrileño por miles de jornaleros urbanos de origen rural y cuya cualificación laboral apenas era útil en la gran ciudad³⁷.

Pero Madrid no fue una excepción de este fenómeno ya que a escala europea, más allá de los principales centros industriales como Manchester, Liverpool, Leeds, Birmingham, Glasgow, Lyon, Turín o Milán, cuyo incremento demográfico se concentró en líneas generales durante la primera mitad del siglo XIX, fueron las capitales de los Estados europeos los que crecieron con fuerza a partir de 1850, y no por la influencia directa de la industrialización en su devenir económico sino como consecuencia de su relevancia como centros redistribuidores de recursos, generadores de servicios, ejes de transportes y piezas políticas nacionales clave, además de aglutinar

³⁴ AVM, sección de Secretaría, Negociado de Higiene, clase de Sanidad. Signatura: 11-388-4.

³⁵ de FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: "La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico" en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)* Vol. 1. Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, Madrid, 1989, pp. 29-76; HAUSER, P.: *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, Ed. de C. Del MORAL, 2 Vols., Madrid, 1979.

³⁶ VICENTE ALBARRÁN, F.: "Los motores del crecimiento demográfico de Madrid (1860-1930). Flujos migratorios y procesos de segregación en los nuevos espacios urbanos" en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 259-282.

³⁷ CARBALLO BARRAL, B.: "El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900" en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano, Op. Cit.*, pp. 69-93; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital. Op. Cit.*

las principales partidas del consumo nacional. Madrid, como otras tantas ciudades europeas, es otro de los ejemplos que sepultaron la clásica y superada explicación de que la industrialización fue el único factor que provocó el proceso de urbanización europea. Los múltiples y diversos casos de evolución histórica que componen este fenómeno desde el siglo XIX demuestran que tal proceso, tradicionalmente descrito bajo la égida de la industrialización, lejos de ofrecer rasgos comunes, se caracterizó fundamentalmente por su diversidad³⁸.

Ciudad	1800	1850	Índice crecimiento 1800-1850	Ciudad	1900	Índice crecimiento 1850-1900
Liverpool	80	376	370	Berlín	1.889	350,84
Glasgow	77	357	363,64	Helsinki	91	333,33
Bruselas	66	251	280,3	Viena	1.675	277,25
Manchester	90	303	236,67	Atenas	111	258,06
Atenas	12	31	158,33	Estocolmo	301	223,66
Berlín	172	419	143,6	Copenhague	401	210,85
Edimburgo	83	202	143,37	Barcelona	533	204,57
Londres	1.117	2.685	140,38	San Petersburgo	1.439	196,7
Helsinki	9	21	133,33	Roma	463	164,57
París	581	1.053	81,24	Marsella	501	158,37
Viena	247	444	79,76	París	2.714	157,74
Milán	135	242	79,26	Londres	6.586	145,29
Marsella	111	194	74,77	Madrid	540	143,24
San Petersburgo	300	485	61,67	Bruselas	599	138,65
Lyon	110	177	60,91	Lyon	418	136,42
Barcelona	115	175	52,17	Ámsterdam	511	128,13
Lisboa	180	240	33,33	Milán	527	117,65
Copenhague	101	129	27,72	Manchester	650	114,36
Estocolmo	76	93	22,37	Glasgow	720	101,68
Madrid	200	222	10,5	Liverpool	685	82,18
Roma	163	175	7,36	Edimburgo	365	80,59
Ámsterdam	217	224	3,23	Lisboa	396	64,88

Figura 2.3. Evolución demográfica de las principales ciudades europeas a lo largo del siglo XIX. Cifras de población dada en miles. Fuente: MITCHELL, B.: *International Historical Statistic. Europe, 1750-2005*, Palgrave MacMillan (6ª edición), Londres, 2007, INE y HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Taylor & Francis e-Library, Londres, 2005.

Madrid participó de ese proceso demográfico siendo un protagonista principal a escala nacional junto a Barcelona, aunque en un peldaño inferior a nivel europeo. La ciudad se nutrió de la savia nueva de la inmigración, único factor de crecimiento demográfico de una ciudad que a la altura de 1887 todavía presentaba un crecimiento vegetativo de -0,28% (la tasa bruta de natalidad era de 34,7% frente a una tasa de mortalidad de 37,5%), fatídico dato sólo amortiguado por un saldo migratorio favorable a Madrid del 1,35%, muy superior a la media provincial (0,38%) y por encima del obtenido por el mundo urbano español (0,86%)³⁹.

³⁸ PINOL, J. L.: *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II, de l'Ancien Régime à nos jours*. Seuil, Paris, 2003; RICHARD, D.: "Modern London" en CLARK, P. (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, Cambridge University Press, 2000, Vol. 2, pp. 95-131.

³⁹ Datos calculados a partir de los datos del censo nacional de 1887. Para este análisis se consideraron núcleos urbanos a todas las capitales de provincias (excepto Madrid) y a los núcleos de población de más de 20.000 habitantes. En PÉREZ MOREDA, V.: "La población de la ciudad de Madrid, siglos XVIII al

Los movimientos migratorios interiores con destino Madrid favorecieron la transformación espacial, social, demográfica y económica de la capital. Fue un proceso de interacción bidireccional, donde los procesos de cambio que se habían ido acumulando en los principales núcleos urbanos desde el triunfo liberal, irradiados hacia el resto del país, generaron como contrapartida una mutación y un incremento de las migraciones interiores españolas, cuyos efectos pronto se dejaron sentir en la estructura demográfica, económica y social de Madrid⁴⁰. Para abordar el análisis de tales transformaciones y cómo influyeron en la ciudad, su Ensanche se erige como un espacio urbano de fundamental trascendencia al haber sido creado *ex novo* para dar cabida a tales inmigrantes. De hecho, en la segunda mitad del siglo XIX el Ensanche absorbió la mitad del incremento demográfico total de la ciudad, acogiendo los nuevos terrenos urbanos a más de 125.000 nuevos habitantes de los 241.000 que registró la ciudad en este periodo⁴¹.

	1860	1878	Incremento 1860-1878	1905	Incremento 1878-1905
Este	1.992	15.362	671%	47.185	307%
Norte	5.007	23.593	371%	55.330	134%
Sur	3.701	15.701	324%	30.232	93%
Total Ensanche	10.700	54.656	411%	132.747	143%
Madrid	298.426	397.816	33%	539.835	36%

Figura 2.4. Crecimiento demográfico de Madrid y sus zonas de Ensanche (1860-1905). Fuente: Elaboración propia a partir de los datos extraídos de las hojas de empadronamiento municipal de Madrid. AVM, Estadística. Los datos referentes a los Ensanches Norte y Sur han sido tomados de las investigaciones llevadas a cabo por Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán⁴². En relación a los datos del conjunto de la ciudad de Madrid, éstos proceden de los censos nacionales de 1860, 1877 y 1900 obtenidos del INE.

Dentro del nuevo espacio urbano, el asentamiento de la población en el Ensanche Este fue el único que partió de la nada ante la ausencia de un arrabal preexistente que mediatizara su evolución posterior como ocurriera con los núcleos primigenios de Chamberí y las Peñuelas en los Ensanches Norte y Sur de la ciudad respectivamente. Por ello, fue en este espacio urbano donde el consistente incremento demográfico de la segunda mitad del siglo XIX de Madrid se dejó sentir con mayor fuerza durante sus primeros compases, registrando unos ritmos de crecimiento exponenciales y una incidencia de la inmigración superior a la del resto de la ciudad. En 1851, más de la mitad de los residentes en Madrid no habían nacido en ella, el 56,7%, cifra que permanecería estable durante el resto del siglo XIX, ya que en 1886 la cifra

XX” en ALVAR EZQUERRA, A. (Coord.): *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid, 1991, pp. 185-213.

⁴⁰ PALLOL, R., CARBALLO, B. y VICENTE, F.: “Inmigración y mercado de trabajo en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX”, *Revista de Demografía Histórica*, XXVIII, I, 2010, segunda época, pp. 131-167.

⁴¹ Entre 1860 y 1878, el Ensanche de la capital acogió a 44.300 nuevos habitantes de los 99.390 en que había crecido la ciudad, significando el 44,57% del total. Posteriormente, entre 1878 y 1905, la ciudad creció en 142.019 habitantes, de los cuales 80.000 se registraron en el Ensanche, representando el 56,33% del crecimiento total.

⁴² VICENTE, F., CARBALLO, B. y PALLOL, R.: “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid (1860-1905)”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.): *Ayer en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008, recurso electrónico.

apenas había variado, representando el 58,5%⁴³. Sin embargo, los terrenos del Ensanche se caracterizaron por ser el lugar de acogida de una proporción todavía mayor de inmigrantes, en especial el Ensanche Este, donde los no nacidos en la ciudad alcanzaban el 66% en 1860⁴⁴. La relevancia de la inmigración en la evolución de la población de este espacio urbano, lejos de reducirse no hizo más que incrementarse en las décadas siguientes.

	1860			1878			1905		
Hombres	I	M	Diferencia	I	M	Diferencia	I	M	Diferencia
0-19	37,09	62,91	-25,82	38,87	61,13	-22,26	24,92	75,08	-50,16
20-39	82,62	17,38	65,24	81,77	18,23	63,53	65,54	34,46	31,08
40-59	82,31	17,69	64,62	86,60	13,40	73,21	81,33	18,67	62,66
> 60	83,33	16,67	66,67	90,66	9,34	81,33	85,30	14,70	70,59
Total	66,92	33,08	33,84	67,80	32,20	35,60	57,58	42,42	15,16

Mujeres	I	M	Diferencia	I	M	Diferencia	I	M	Diferencia
0-19	35,78	64,22	-28,45	41,56	58,44	-16,89	27,90	72,10	-44,20
20-39	78,74	21,26	57,49	92,94	7,06	85,88	71,09	28,91	42,18
40-59	83,25	16,75	66,49	60,99	39,01	21,99	81,71	18,29	63,43
> 60	81,48	18,52	62,96	96,89	3,11	93,77	85,35	14,65	70,70
Total	64,15	35,85	28,30	70,98	29,02	41,96	64,74	35,26	29,48

Figura 2.5. Distribución de la población inmigrante en el Ensanche Este de Madrid según su sexo y edad. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1860, 1878 y 1905 relativos al Ensanche Este de la capital. AVM, Estadística. Son datos porcentuales. Sobre fondo más oscuro se ha señalado los tramos de edad en los cuales la población madrileña era más numerosa que la de origen inmigrante. En tono gris claro, se han indicado los casos contrarios, aquellas franjas de edad en las que la población foránea era superior a la nacida en la ciudad.

En 1878, casi dos décadas después de la ratificación del proyecto de Castro, siete de cada diez residentes en el Ensanche Este eran inmigrantes, circunstancia que influyó notablemente en la caracterización residencial, profesional y familiar del *nuevo Madrid*. En cambio, la población madrileña fue más reacia a abandonar el convertido de la noche a la mañana casco antiguo de la ciudad, eje cardinal de la vida política, económica y social de la capital. De hecho, del tercio de madrileños que residieron en el Ensanche Este durante la segunda mitad del siglo XIX por término medio, la gran mayoría no alcanzaban los 20 años de edad. Eran los hijos nacidos en la ciudad de esas parejas de inmigrantes en busca de una nueva vida y que llegaban en plena edad laboral, siendo testimonial la proporción de madrileños adultos que ubicaron su residencia en los antiguos arrabales de la ciudad. Únicamente en los decenios interseculares, cuando núcleos del extrarradio madrileño como los Carabancheles, Prosperidad, Guindalera o Cuatro Caminos empezaron a ser considerados por los recién llegados como una opción factible y barata de integrarse en la capital en detrimento del Ensanche por un lado, y las familias inmigrantes llegadas en las décadas anteriores ya habían ampliado o tenido descendencia en su nueva ciudad de acogida por otro, se contrajo la proporción de forasteros. Al madrileño que se había criado en una ciudad abigarrada y de pequeñas

⁴³ PÉREZ MOREDA, V.: “La población de la ciudad de Madrid, siglos XVIII al XX” en ALVAR EZQUERRA, A. (Coord.): *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid, 1991, pp. 185-213.

⁴⁴ De la población que residía en los terrenos extramuros del Ensanche Este en 1860 sólo había nacido en Madrid poco más del 31%. CARBALLO BARRAL, B.: *Los orígenes del Moderno Madrid: El Ensanche Este (1860-1878)*, UCM, 2007, E-PrintsUCM: <http://eprints.ucm.es/6336/>.

dimensiones le costó interiorizar que los otrora arrabales se hubiesen convertido en nuevos barrios de pleno derecho de la urbe. De esta forma, durante las primeras décadas de desarrollo del Ensanche de la ciudad fueron pocos los madrileños que, ya fuera por propia disposición o por pura necesidad, probaron fortuna en las nuevas calles y edificios que se abrían a salto de mata en el horizonte. Hasta que fue ratificado el proyecto de Ensanche y se iniciaron sus obras, la mayoría de los madrileños percibieron las edificaciones extramuros como el último colchón al que acudir en caso de una necesidad económica venida por la falta de trabajo, enfermedad, muerte del cabeza de familia o el alza desmesurada de los alquileres.

“Tan apegada era la buena señora al terruño de su arrabal nativo, que para ella no vivía en Madrid quien no oyera por las mañanas el ruido cóncavo de las cubas de los aguadores en la fuente de Pontejos; quien no sintiera por mañana y tarde la batahola que arman los coches correos; quien no recibiera a todas horas el hálito tenderil de la calle de Postas, y no escuchara por Navidad los zambombazos y panderetazos de la plazuela de Santa Cruz; quien no oyera las campanadas del reloj de la Casa de Correos tan claras como si estuvieran dentro de la casa; quien no viera pasar a los cobradores del Banco cargados de dinero y a los carteros salir en procesión. Barbarita se había acostumbrado a los ruidos de la vecindad, cual si fueran amigos, y no podía vivir sin ellos.”

PÉREZ GALDÓS, *Fortunata y Jacinta*, 1887.

A la altura de 1860, el Ensanche madrileño estaba inmerso en un proceso de transformación de sus principales características demográficas, y en especial su zona oriental, donde la mayoría de sus edificaciones eran de nuevo cuño y sus residentes neófitos en la ciudad. La silueta de su pirámide demográfica evidenciaba una carencia de rasgos definidos fruto de la evolución natural a costa de los derivados de unos movimientos migratorios protagonizados por hombres y mujeres llegados en plena edad laboral para mejorar sus condiciones de vida, unos con la intención de quedarse para siempre o por un tiempo, además de aquellos que sólo lo hacían de manera estacional, hasta que llegara la nueva cosecha, tal y como habían realizado tantas veces sus antepasados⁴⁵.

Representatividad de la inmigración según su tiempo de residencia en Madrid				
Años	1860	1878	1905	Diferencia (1860-1905)
Menos de 5 años	39,05	34,95	30,11	-8,94
Más de 10 años	38,40	41,20	45,20	6,80

Figura 2.6. Elaboración propia a partir de los datos extraídos de los padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905. AVM, Estadística.

Sin embargo, a medida que el siglo XIX avanzó hacia su fin, el número de inmigrantes que recalaron en la ciudad con la idea de asentarse en ella definitivamente

⁴⁵ “Los hijos iban a la siega y las hijas a servir a la ciudad. Era una forma habitual de suplementar los ingresos familiares. Parece que en esta época la decisión de emigrar de modo permanente a menudo se tomaba para responder a una situación que había surgido de hecho. Ejemplo de esto serían las muchachas que, sirviendo en la ciudad se habían terminado casando allí, o el hijo que había decidido quedarse en la ciudad después del servicio militar”. REHER, D. S.: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970...*, pp. 136-138

creció, reduciendo la proporción de los inmigrantes recién llegados. Ya fuera por la necesidad imperiosa de abandonar sus lugares de origen, la mayor facilidad para realizar el viaje con la reducción de tiempo y dinero proporcionado por el ferrocarril, o por las esperanzas de mejora vistas en la ciudad, lo cierto es que el Ensanche de la capital cambió su rol en sus primeras décadas de vida, convirtiéndose en el principal foco de atracción de la urbe y a albergar en 1880 el 14% del conjunto de la ciudad, una población superior a la que tenían la mayoría de las capitales de provincia en 1877⁴⁶.

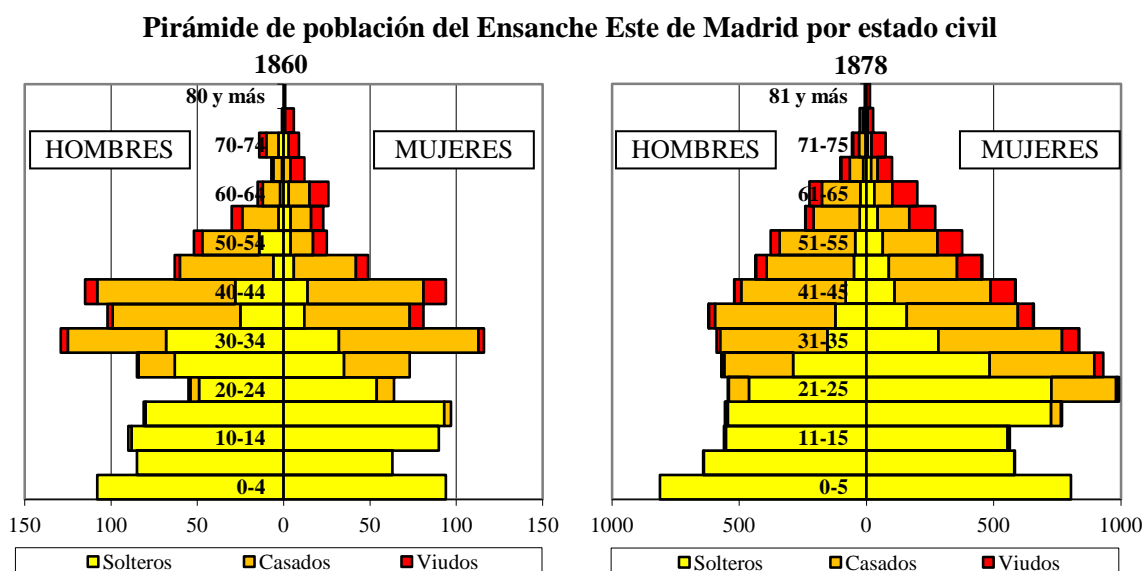


Figura 2.7. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1860 y 1878.

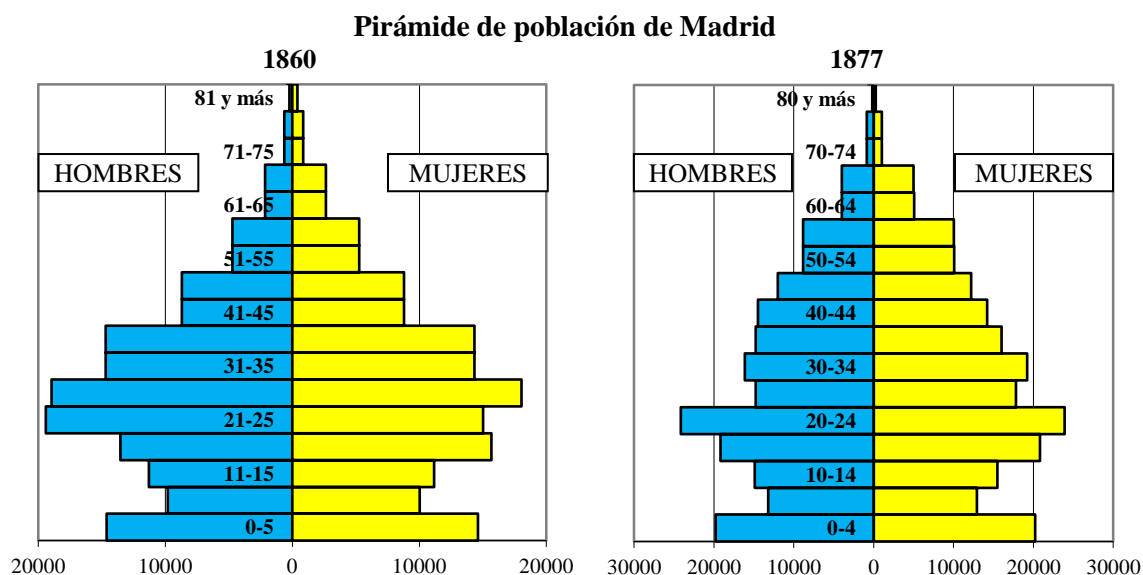


Figura 2.8. Pirámide de población de Madrid. Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de los censos nacionales de Madrid de 1860 y 1877, INE. En el caso del censo de 1860, los grupos de edad superiores a los 30 años se dividieron por decenios, por lo que se ha procedido a su segmentación para facilitar su comparación con las demás pirámides de población.

⁴⁶ En 1878, el Ensanche de Madrid daba cobijo a más de 55.000 habitantes. CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit.

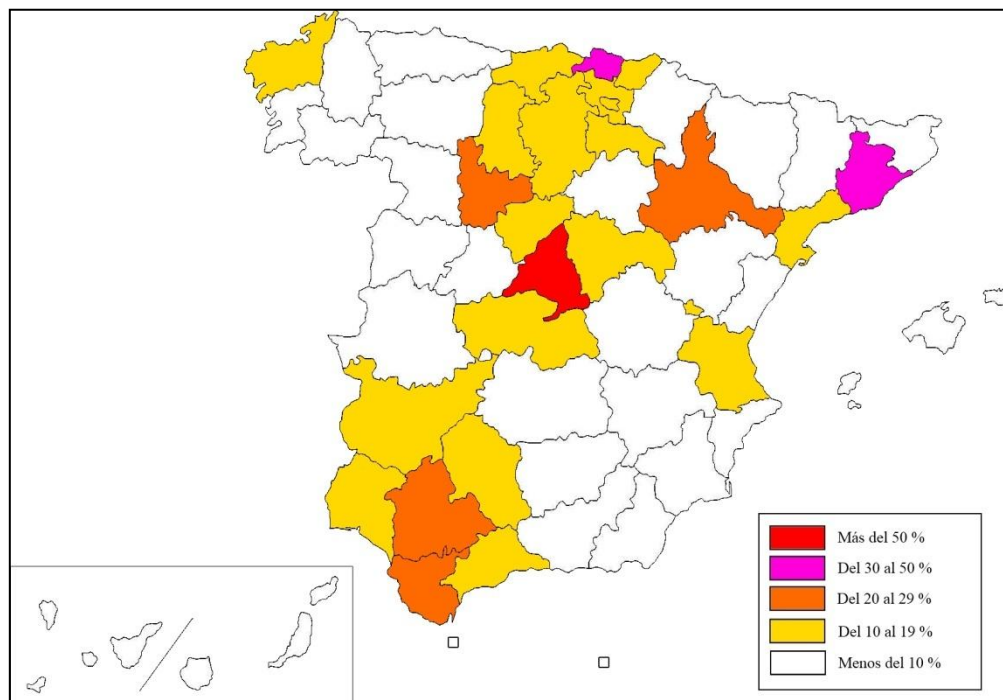
En pocos años, la fisonomía demográfica del Ensanche Este cambió por completo, cincelada por la acusada influencia de unos movimientos migratorios cambiantes como consecuencia de varios factores. El más importante fue la mutación de su naturaleza gracias a las nuevas infraestructuras que favorecieron su expansión y a la continua integración de los mercados laborales interiores, que incrementó y dilató la cuantía y la dispersión geográfica de unos recién llegados que percibían Madrid como una ciudad de las oportunidades, ya fuera para huir de la pobreza que dejaban tras de sí o como plaza donde ensanchar la fortuna familiar y ascender en el escalafón social. Desde el ecuador de la centuria, a principio de forma lenta pero uniforme, y después tomando velocidad a medida que el siglo XIX se esfumaba, Madrid consolidó su posición hegemónica como la urbe española con mayor radio de atracción migratoria a escala nacional. Moneda común entre los núcleos urbanos era que éstos se nutrieran principalmente de los habitantes nacidos en sus alrededores, en un área de atracción más gruesa e intensa cuanto mayor relevancia política, comercial y económica atesorase la ciudad que se erigía en su eje. Las capitales de provincia y las cabezas de partidos judiciales debieron su crecimiento en esta segunda mitad de siglo principalmente a las remesas de inmigrantes que llegaron del mundo rural que les rodeaba. En este sentido, Madrid no representaba ninguna excepción, ya que los inmigrantes procedentes de su propia provincia también representaban su mayor aporte, aunque la diferencia estribaba en su proporción respecto al total de la inmigración que recibía Madrid, un porcentaje que en el caso madrileño no superaba el 10% a comienzos de siglo mientras que en la mayoría de las restantes capitales provinciales suponían entre el 50 y el 70% del total de su población inmigrante.

Atracción migratoria de las capitales de provincia españolas (h. 1900)

Capital de provincia (Año de la fuente)	Inmigración de la provincia de Madrid	Inmigración provincias limítrofes	Resto de España
Granada (1900)	71,30	15,50	13,20
Cádiz (1910)	63,30	13,29	23,41
Segovia (1900)	60,00	18,54	21,46
Guadalajara (1904)	53,14	21,04	25,82
Ensanche de Madrid (1905)	11,42	33,42	55,16
Ensanche Este (1905)	8,94	20,74	62,98

Figura 2.9. Elaboración propia a partir del padrón municipal de Madrid de 1905 y otros trabajos de investigación españoles basados en los padrones de estas ciudades. SAN ANDRÉS CORRAL, J.: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007; <http://eprints.ucm.es/8002/1/Guadalajara.pdf>; DE LAFUENTE NÚÑEZ, R.: *Evolución histórica de Segovia, 100-1936*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007, <http://eprints.ucm.es/7947/1/Segovia.pdf>; MARTÍNEZ LÓPEZ, D. y MOYA GARCÍA, G.: “La inmigración y el cambio social (Granada, 1890-1930)”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 283-300; PÉREZ SERRANO, J., ROMÁN ANTEQUERA, A. y VILLATORO SÁNCHEZ, F.: “Los flujos migratorios hacia el “saco interior” de la Bahía de Cádiz (1885-1935)”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 219-258. La media del Ensanche de Madrid ha sido calculada gracias a los datos proporcionados por Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán en relación a los Ensanches Norte y Sur respectivamente.

Más allá de la lógica atracción de las capitales sobre la población de sus provincias, el dato de *Nacidos en Otra Provincia* (NOP) registrados en los censos nacionales desde finales del siglo XIX, aunque insuficientes para indagar en el origen específico de los inmigrantes, sí revelan el diámetro del área de influencia y atracción de cada una de ellas respecto a sus áreas geográficas circundantes⁴⁷.



Capital	%	Capital	%	Capital	%	Capital	%
Ensanche Este (1905)	56,16	Santander	17,01	Salamanca	8,95	Castellón	5,47
Madrid	53,16	Guadalajara	15,74	Alicante	8,81	Huesca	5,46
Bilbao	35,96	Tarragona	15,19	León	7,70	Gerona	5,15
Barcelona	34,49	Logroño	14,83	Pamplona	7,65	Teruel	5,08
Valladolid	28,29	Córdoba	14,65	Cáceres	7,47	Cuenca	5,06
Zaragoza	24,84	Palencia	14,35	Ávila	7,41	Soria	4,44
Sevilla	21,00	Badajoz	13,55	Ciudad Real	7,22	Oviedo	4,41
Cádiz	21,00	Toledo	12,96	Granada	7,20	Orense	4,36
Vitoria	19,95	Huelva	12,62	Albacete	7,03	Baleares	3,18
San Sebastián	18,17	La Coruña	11,42	Lérida	6,75	Murcia	3,02
Valencia	17,10	Málaga	11,12	Almería	6,44	Pontevedra	3,00
		Burgos	10,90	Jaén	5,85	Lugo	2,41
		Segovia	10,07	Zamora	5,67	Canarias	2,05

Figura 2.10. Inmigración interprovincial residente en las capitales de provincia en 1900. Elaboración propia a partir del dato de *Nacidos en Otra Provincia* registrado en el censo nacional de 1900. INE. La cifra relativa al Ensanche Este de Madrid ha sido calculada a partir del padrón de 1905. AVM, Estadística.

⁴⁷ Desde finales del siglo XIX en los censos nacionales la población residente en los núcleos urbanos eran distinguidos según su lugar de origen entre los nacidos en la provincia y los que no, sin distinguir en el primer caso entre los nacidos en el propio núcleo urbano y los que lo hicieron en el resto de la provincia, como sí se hará en el censo de 1930. De esta forma, aquellos residentes en Madrid que nacieron en Alcalá de Henares, Getafe o Cercedilla, núcleos de la provincia madrileña fueron contabilizados como nativos en la capital.

De esta forma, se advierten distintos grados de atracción urbana. Por encima del tupido bosque de capitales provinciales, en 1900 destacaban aquellas ciudades que poseían la función de ser centros políticos, administrativos y comerciales de regiones históricas del país, como lo eran Valladolid (donde los NOP representaban el 28% de su población), Zaragoza (25%), Sevilla y Cádiz (21%) o Valencia (17%), ya fuera por tradición, por la llegada del ferrocarril o por una primacía adquirida gracias a la reforma de Javier de Burgos. Ejes de cuencas migratorias regionales, entre su población cobraban más relevancia aquellos inmigrantes procedentes de más allá de sus respectivos límites provinciales, fruto de esa posición jerárquica en relación a las demás capitales de sus áreas geográficas⁴⁸. Además, Valladolid o Zaragoza se beneficiaron de hallarse integradas en el triángulo formado por Barcelona, Bilbao y Madrid, principales focos de atracción demográfica del país, actuando como estaciones de paso para aquellos movimientos migratorios escalonados procedentes de las rutas migratorias de la cornisa cantábrica y del agro castellano y aragonés. Uno de ellos fue el protagonizado por Sebastián Calvo. Carpintero de profesión, su derrotero vital le llevó desde Teruel, su lugar de nacimiento, a una ciudad más grande y pujante como la capital regional, Zaragoza, donde esperaba obtener mayores encargos y beneficios más amplios. Independientemente de que su objetivo fuera asentarse definitivamente o no a la orilla del Ebro, y a pesar de tener una hija nacida en 1864 en la ciudad, a quien llamó Florencia, Sebastián decidió partir hacia Madrid con ella sólo dos años después (lo ocurrido con la madre), tal vez a la espera de abrir un taller de carpintería en una ciudad inmersa en continuas obras, o en torno a la industria más próspera de la ciudad, el ferrocarril. De hecho, en 1878 Sebastián y su hija residían en un bajo de la calle del Pacífico o carretera de Valencia, nº 19, a escasas decenas de metros de los almacenes, talleres y carpinterías de la MZA, el lugar adecuado para que un carpintero obtuviese trabajo casi todos los días de la semana⁴⁹.

De igual modo ocurrió con aquellas capitales provinciales del interior colindantes con Madrid, como Toledo (13%) o Guadalajara (16%), donde la cercanía a la capital estatal agitó su crecimiento gracias a aquellos inmigrantes que usaron estas ciudades como lanzaderas desde donde proyectarse a Madrid, así como a la existencia de movimientos migratorios de retorno, protagonizados tanto por madrileños que dejaban la ciudad atraídos por mejores oportunidades laborales o en busca de un futuro ascenso en la administración estatal, como por aquellos inmigrantes que, no hallaron fortuna en su proceso de integración en la ciudad y optaron por el regreso en busca de mejores oportunidades que las ofrecidas por la gran ciudad⁵⁰. Uno de estos casos fue el protagonizado por Antonio Adeva de la Rubia y su familia quien, nacido en Colmenar de Oreja (Madrid), había llegado a la capital de España en la década de los 60 donde logró el título de maestro de obras por la Real Academia de San Fernando⁵¹. Tras

⁴⁸ Para una visión general del período 1860-1930 consultar: MIKELARENA, F.: “Estructura económica, evolución cuantitativa de la población y balances migratorios de las capitales de provincia españolas en el período 1860-1930. Un análisis comparativo”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996, pp. 87-114.

⁴⁹ La información relativa a Sebastián Calvo y su hija, Florencia, incluyendo la profesión, edad, lugar de nacimiento, así como su residencia y la composición de su familia han sido extraídos de las hojas de empadronamiento de Madrid de 1878. AVM, Estadística.

⁵⁰ CARBALLO, B., PALLOL, R., VICENTE, F., SAN ANDRÉS, J. y GONZÁLEZ, D.: “Al calor del moderno Madrid. La capital y su *hinterland*, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.) *Ayer en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008.

⁵¹ *Revista de la Sociedad Central de Arquitectos*, 1 de abril de 1892.

regresar a Colmenar de Oreja, se casó con su esposa Josefa Mingo García, natural del mismo pueblo, aunque pronto volvió a las calles madrileñas, en 1870, al ser contratado como encargado de obras en el Canal de Lozoya. Antonio y Josefa se instalaron en un cuarto interior del Camino de las Ventas nº 9 (así denominado el tramo de la actual calle Alcalá entre la puerta homónima y la Plaza de Martín Becerra), y allí tuvieron dos hijos, Francisco y Antonio, aunque en relación al primero, nacido en 1873, optaron por seguir una práctica bien documentada por toda la geografía española, basada en desplazarse a su cercano lugar de origen para disponer de la ayuda familiar tanto en el parto como en el cuidado del bebé y de la madre durante los primeros meses. Si Francisco nació en Colmenar de Oreja, con Antonio, que nació a finales del mismo año, no mantuvieron esa estrategia, siendo el primer madrileño de nacimiento del hogar. La familia se mantuvo en el mismo domicilio hasta 1879, momento en el que todos emigraron a la vecina ciudad de Guadalajara. Ya fuera por el fin de las obras en el Canal o por una decisión voluntaria tomada conscientemente por Antonio, el hecho fue que su traslado a la capital arriacense implicó un avance en su situación laboral al lograr el cargo de maestro de obras municipal, una posición que le proporcionó un importante volumen de encargos en un momento de expansión del sector de la construcción en la ciudad⁵². El traslado de una gran ciudad a otra más modesta significó para Antonio Adeva de la Rubia un ascenso sustancial en su status socioeconómico, plasmado en primer lugar en la diferencia residencial, al pasar de residir en un bajo interior de una calle algo alejada del centro histórico de Madrid a un principal de la céntrica Plaza de Jádenes en Guadalajara, y en segundo lugar, por el hecho de que Antonio y Josefa pudieran disponer de su propio servicio doméstico que cuidase de sus hijos y del cuidado del hogar⁵³.

Por un lado, Madrid exportaba capital humano, cualificado, de perfil técnico y vinculado a labores administrativas, burocráticas y profesionales a otras plazas nacionales que carecieran de éstas, ya fueran abogados, ingenieros, arquitectos o personal de la administración. Pero por otro, durante la segunda mitad del siglo XIX Madrid todavía no poseía la suficiente fortaleza económica como para absorber en su mercado laboral a todos los inmigrantes que recibía, circunstancia que obligó a parte de éstos a volver sobre sus pasos e integrarse en las núcleos urbanos de la provincia o en las capitales provinciales limítrofes, donde la presión de la inmigración sobre el mercado laboral autóctono aún no era elevado⁵⁴. Pedro García Enciso, nacido en Peroniel del Campo, Soria, fue uno de esos inmigrantes *expulsados* de Madrid. Llegó a

⁵² BALDELLOU, M. Á.: *Tradición y cambio en la arquitectura de Guadalajara (1850-1936)*. Guadalajara, Colegio Oficial de Arquitectos, 1989.

⁵³ La reconstrucción de las trayectorias de la familia de Antonio Adeva de la Rubia ha sido posible gracias al cruce de los datos del padrón de Madrid de 1878 (AVM Sección Estadística) y de Guadalajara de 1884 (AMGU, gr. 402628 y 402629). Quiero agradecer a Javier San Andrés Corral su disposición a facilitarme estos datos y a que puedan ser citados. SAN ANDRÉS, J.: “Las ciudades intermedias ante el reto de la modernidad: la sociedad de masas y el proceso de urbanización en la España del interior”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit., pp. 101-126.

⁵⁴ OTERO CARVAJAL, L. E.: “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939”, en AA. VV.: *España entre Repúblicas, 1868-1939. VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*. Guadalajara, Asociación de Amigos del AHPGU y Toledo, ANABAD, 2007, pp. 26-35; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003; GÓMEZ BRAVO, G.: “La movilidad sin industria. El crecimiento de Madrid y su provincia en la transición demográfica (1868-1939)” en GÓMEZ-FERRER, G. y SÁNCHEZ, R. (eds.): *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras. Congreso Internacional*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2007.

establecerse en la capital durante unos años, ya que sus hijos nacieron en la ciudad, pero el exceso de mano de obra no cualificada en la capital (tanto Pedro como sus hijos declararon ser jornaleros) le empujaron junto a su familia a emigrar para conseguir algo mejor. Por ello, decidieron probar suerte en una capital de provincia cercana, pequeña pero con posibilidades laborales y con unos costes de vida inferiores a los de la gran ciudad madrileña como Guadalajara⁵⁵. Seguirían siendo jornaleros y sus sueldos serían más bajos, pero habría más días de trabajo y su presupuesto familiar sería más holgado.

Evolución de la procedencia de la población del Ensanche Este de Madrid (1860-1905)									
Lugar de Procedencia	1860			1878			1905		
	H	M	T	H	M	T	H	M	T
Resto de provincias	43,54	33,19	38,65	45,99	44,42	45,13	37,74	39,66	38,84
Nacidos en la capital	33,08	35,85	34,39	32,20	29,02	30,46	42,42	35,26	38,33
Provincias limítrofes	11,79	17,02	14,26	11,02	14,22	12,77	10,95	14,17	12,79
Provincia de Madrid	7,13	10,85	8,89	6,05	7,48	6,84	4,76	6,07	5,51
Extranjero y Colonias	3,61	2,34	3,01	3,77	4,00	3,89	3,87	4,62	4,30
Desconocido	0,86	0,74	0,80	0,96	0,87	0,91	0,26	0,20	0,23

Evolución del origen de la inmigración residente en el Ensanche Este (1860-1905)									
Lugar de Procedencia	1860			1878			1905		
	H	M	T	H	M	T	H	M	T
Resto de provincias	65,06	51,74	58,91	67,84	62,57	64,90	65,55	61,27	62,98
Provincias limítrofes	17,61	26,53	21,73	16,25	20,04	18,37	19,01	21,89	20,74
Provincia de Madrid	10,65	16,92	13,54	8,93	10,54	9,83	8,26	9,38	8,94
Extranjero y Colonias	5,40	3,65	4,59	5,56	5,63	5,60	6,72	7,14	6,97
Desconocido	1,28	1,16	1,22	1,42	1,22	1,31	0,45	0,32	0,37

Figura 2.11. Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento de Madrid de los años 1860, 1878 y 1905. AVM, Estadística. Los datos son porcentuales y han sido divididos en hombres (H), mujeres (M) y el total (T). La población residente en el Ensanche Este es de 1.992 personas en 1860, 15.362 en 1878 y 47.185 en 1905.

En la cúspide de los movimientos migratorios interiores españoles se hallaba la capital del Estado, Madrid. La ciudad representaba la primera opción de destino para una buena parte de los inmigrantes nacionales, más allá de la lógica atracción que pudiera ejercer sobre la población residente en los pueblos y núcleos urbanos de su propia provincia, como Aranjuez o Chinchón, o sobre sus provincias limítrofes, Ávila, Segovia, Guadalajara, Cuenca y Toledo. Aunque Madrid favoreció el crecimiento de las capitales provinciales limítrofes, Madrid también se nutrió de la población rural de éstas, provocando el estancamiento demográfico e incluso su retroceso provincial. Así, la provincia de Guadalajara experimentó desde 1857 a 1900 un paupérrimo crecimiento

⁵⁵ CARBALLO, B., PALLOL, R., VICENTE, F., SAN ANDRÉS, J. y GONZÁLEZ, D.: “Al calor del moderno Madrid. La capital y su *hinterland*, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.) *Ayer en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008.

del 0,10% mientras que la provincia de Cuenca vio reducida su población a un nivel inferior incluso al que había llegado a tener en el siglo XVI⁵⁶.

Entre la población residente en la capital durante la segunda mitad del siglo XIX, más de la mitad procedieron de allende su hinterland, representando un porcentaje muy superior a las demás capitales provinciales, sólo igualada por Barcelona en el primer tercio del siglo XX⁵⁷. En los inicios de la Restauración, Madrid había consolidado su papel de eje vertebrador de la red urbana interior del país, en plena concordancia con la ley de Ravenstein en la que afirmaba que la atracción migratoria era inversamente proporcional a la distancia desde el lugar de origen, es decir, a menor distancia a recorrer desde el punto de inicio al de destino, los movimientos migratorios son mayores, reduciéndose a medida que la distancia entre ambos puntos se amplía. En líneas generales se cumplía esta apreciación, destacando en el caso madrileño tanto su propia provincia como sus limítrofes, que se hallaban entre las que más inmigrantes aportaron a Madrid, aunque al ampliar la visión al conjunto de los aportes migratorios provinciales, la tendencia era más difusa, con redes migratorias consolidadas en lejanas provincias como las de Asturias, Cantabria o Lugo. Esta cuenca migratoria, que descendía desde la cornisa cantábrica atravesando la meseta septentrional hasta llegar a las puertas de Madrid, existente ya en los siglos XVII y XVIII, lejos de aminorar su relevancia se mantuvo con fuerza. El norte peninsular era una histórica región de emigrantes como consecuencia de la compartimentación de la escasa tierra agrícola disponible debido a la orografía, a la carencia de actividades comerciales y artesanales de relevancia que demandaran mano de obra, y al predominio de unas familias complejas cuya estrategia económica de supervivencia era la de promover un derecho sucesorio que primaba al primer hijo y condenaba a los demás, a los denominados *segundones*, a buscar una nueva forma de ganarse la vida, en muchos casos mediante la emigración⁵⁸. El sostenimiento de esta sangría demográfica hacia Madrid (y América) principalmente, fue consecuencia de los potentes lazos que la tradición de estos movimientos migratorios trenzó a lo largo de varias décadas entre los naturales que emigraban a la capital y los que permanecieron en sus pueblos. El “efecto llamada” de los inmigrantes asentados en Madrid consolidó esta cuenca migratoria gracias a la pervivencia de extensas cadenas y redes migratorias, entendida la primera como el conjunto de vínculos sociales utilizados en el tránsito de los inmigrantes entre su lugar de origen y el de destino, y la segunda como la esfera social que hace posible el proceso de integración de éstos en la sociedad receptora⁵⁹.

⁵⁶ GARCÍA BALLESTEROS, A.: “Estado actual de los estudios de demografía en Madrid y la región castellano-manchega (1850-1983)”, en PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D. S.: *La demografía histórica en España*, El Arquero, Madrid, 1988, pág. 244.

⁵⁷ GÓMEZ DÍAZ, D. y CÉSPEDES LORENTE, J.: “Ausentes, transeúntes y nacidos en otra provincia, un sistema de flujos y stocks para evaluar la movilidad migratoria española, 1860-1930”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Los movimientos migratorios...*, *Op. Cit.*, pp. 31-86.

⁵⁸ MIKELARENA PEÑA, F., “Las estructuras familiares en la España tradicional: geografía y análisis a partir del censo de 1860” en *Boletín de la ADEH*, X, nº 3, 1992, pp. 15-61; MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor e interés: La familia en la España de la Restauración*, Marcial Pons-UAM, Madrid, 2001; GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, UPV, Bilbao, 2005.

⁵⁹ DI BIASIO, P.: “Redes sociales primarias e integración. El Lazio en Santa Fe: un grupo de inmigración tardía” en *IV Congreso de Historia de los Pueblos de la provincia de Santa Fe*, Esperanza, 2005.

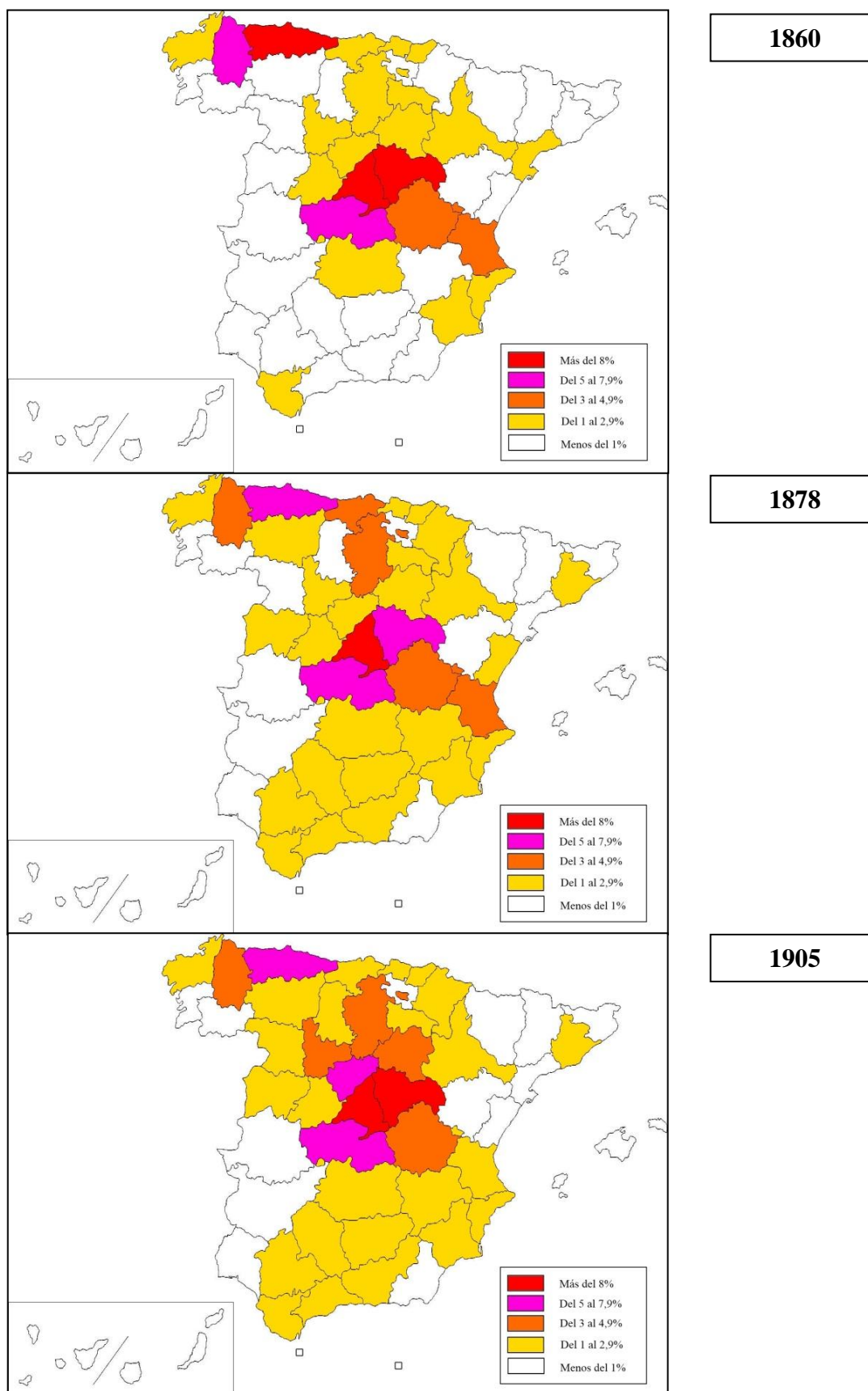


Figura 2.12. Procedencia de la población inmigrante nacional residente en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905). AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

El valor fundamental de la “función de auspicio” prestada por los inmigrantes a sus paisanos en los lugares de destino, entendida ésta como el apoyo y ayuda que éstos proporcionaban a los recién llegados en la búsqueda de cobijo, ocupación y la proporción de cualquier otro tipo de información, era un factor imprescindible ampliamente valorado por aquellas familias que veían cómo uno de sus miembros emigraba. De esta forma, en un fenómeno migratorio como el protagonizado por los inmigrantes procedentes del área castellana y la cuenca cantábrica, persistente desde el siglo anterior, la baza del paisano conocido en Madrid se convirtió en una razón de raigambre cultural que influyó en la elección de la capital como punto de destino migratorio predilecto ante otros posibles lugares⁶⁰.

Uno de las decenas de ejemplos del uso de estas cadenas migratorias fue el protagonizado por el joven Eduardo de Rato Maldonado, un chaval gijonés que con sólo 17 años, fue acogido por sus tíos Apolinar y Ana, padres de José María y Eduvigia, de once y tres años respectivamente. Corría el año 1877 cuando Eduardo llegó a Madrid, seguramente en verano tras acabar sus estudios de bachiller ya que en septiembre comenzó sus clases la Universidad Central. Muy lejos le quedaban a él esas conversaciones en las que su padre había soñado con que su hermano, Apolinar de Rato Hevia, un próspero propietario, auditor de guerra y entomólogo bien asentado en la capital, le abriera la posibilidad a Eduardo para que se asentara en la capital del Estado. Hacía ya dos años que Apolinar se había afincado en Madrid, pero muchos más harían falta para que renegara de su estancia veraniega en su pueblo natal, la asturiana Villaviciosa, junto a su magnífica ría y a un paso tanto del mar como de la montaña, tanto de Gijón como de Oviedo. Durante su estancia allí, a Apolinar le llamó la atención cómo había crecido su sobrino Eduardo y, sobre todo, cómo había sentado la cabeza y la forma en la que le rondaba el deseo de aspirar a algo más en la vida. Y allí estaba, en el coche de caballos que Apolinar había llamado para transportar el equipaje desde la estación hasta el segundo piso de la calle de Recoletos, en el selecto barrio de Almirante. Tras presentarse al servicio doméstico de su tío, compuesto por una cocinera, un ayuda de cámara y una criada, su integración en Madrid iba viento en popa, era un camino accesible para aquél que contase entre sus calles con alguna cara amiga, ya fuera pariente o paisano⁶¹.

En definitiva, durante la segunda mitad del siglo XIX Madrid aumentó su radio de atracción a escala nacional, coincidiendo con la puesta en marcha de la red nacional de ferrocarril y carreteras, predominantemente hacia las dos Castillas y el noroeste peninsular⁶².

⁶⁰ Los estudios de MASSEY, D. S. y ARANGO, J. inciden en la circunstancia de que cada nuevo inmigrante admitido como trabajador en su lugar de destino atrae en los próximos diez años a una media de 1,2 inmigrantes más. Citado en GARCÍA ABAD, R.: “El establecimiento de las redes migratorias: una propuesta metodológica para descubrirlas y medir su importancia en los procesos migratorios” *VI Congreso de la ADEH*, Castello Branco, 2001.

⁶¹ La reconstrucción de la llegada de Eduardo de Rato Maldonado a Madrid desde su pueblo asturiano natal, Villaviciosa, ha sido realizada a partir de los datos extraídos del padrón municipal de la ciudad de 1878, AVM, Estadística.

⁶² A la altura de 1860, Madrid sólo poseía enlace directo por ferrocarril con cinco capitales de provincia: Albacete, Alicante, Guadalajara, Toledo y Valencia. Entre 1860 y 1870, los caminos de hierro se expandieron con gran rapidez hasta poner en contacto con Madrid a 29 capitales de provincia más. Desde 1870 hasta fin de siglo, fueron 14 el número de nuevas capitales que dispusieron de enlace directo con Madrid. En cuanto a la red de carreteras, las posibilidades de comunicación del norte peninsular con Madrid fue mucho más eficiente que con la meseta sur, Extremadura y Andalucía, que carecieron de enlaces directos hasta los años 60. BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y

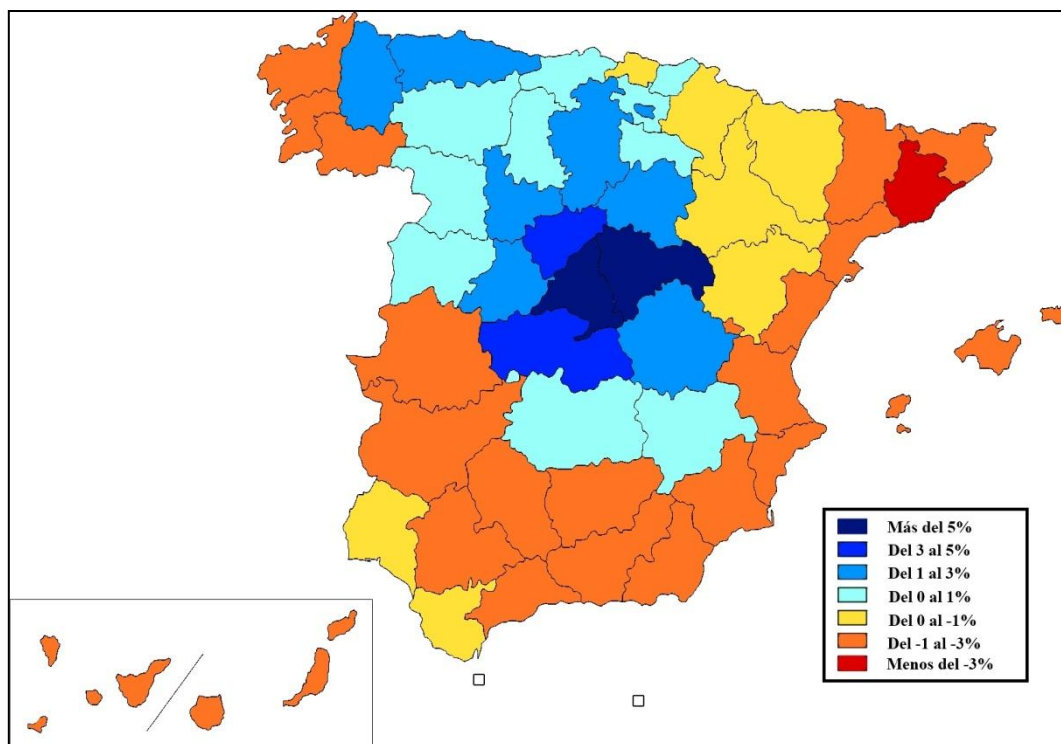


Figura 2.13. Grado de representatividad de las provincias españolas en relación a su proporción dentro de la población inmigrante del Ensanche de Madrid en 1905. Se ha procedido a estimar el porcentaje de inmigrantes de cada provincia residente en el Ensanche para realizar su cruce con la aportación de la población de esta provincia al conjunto nacional. De este modo se puede observar en qué medida las provincias se hallaban o no sobrerrepresentadas en la capital y así discernir la aportación real de éstas, más allá de la mera cifra cuantitativa. A modo de ejemplo, la población inmigrante procedente de la provincia de Barcelona residente en el Ensanche sólo suponía el 1,15% del total, cuando la provincia barcelonesa representaba el 5,83% de la población española, lo cual su infrarrepresentación era de -4,68 puntos porcentuales. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid 1905 relativos a los Ensanches Este, Norte y Sur, estos últimos proporcionados por Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán respectivamente.

Por el contrario, la captación de nuevos emigrantes ejercida por Madrid sobre determinadas regiones, tuvo su correlato negativo en la prácticamente nula aportación de emigrantes llegados a la ciudad desde otras regiones españolas como Cataluña, Extremadura o Andalucía. En la Figura 2.13 se observan aquellas provincias españolas que se hallaban infrarrepresentadas en el Ensanche de la capital, aquellas sobre las que las posibilidades laborales de la ciudad no ejercieron apenas influjo sobre aquellos habitantes que optaron por emigrar en estos años. En estos casos la distancia, aunque influyera, no es el factor explicativo determinante, sino la propia evolución económica y la mayor fuerza de atracción que otras ciudades generaron sobre estas áreas geográficas. En el caso catalán es evidente que la pulsión industrializadora llevada a cabo por Barcelona en esta segunda mitad del siglo XIX fortaleció su papel hegemónico de atracción migratoria no sólo sobre su provincia sino sobre toda Cataluña, una tendencia que se fue expandiendo hacia el Levante mediterráneo y Aragón en los albores del siglo XX como una mancha de aceite⁶³. La fuerte demanda de mano de obra por parte de la

OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*. Correos y Telégrafos, Madrid, 1998; PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid. Atlas histórico de la ciudad. 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunverg Editores, Madrid, 2001, pp. 34-39.

⁶³ DOMÍNGUEZ MARTÍN, R.: *La riqueza de las regiones. Las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, pp. 214-220; MALUQUER DE MOTES, J.:

industria textil barcelonesa atrajo a la población rural catalana, quien vio con mejor perspectiva un viaje de corta distancia a Barcelona o a cualquiera de sus núcleos urbanos circundantes, que emprender un recorrido más largo hacia lugares como Bilbao o Madrid, cuyos mercados laborales no les ofrecían algo mejor⁶⁴. Aunque tardío, el explosivo fenómeno industrializador de la Ría de Bilbao también generó un fuerte aumento de demanda de mano de obra poco cualificada cuyos ecos pronto se hicieron notar en todo el País Vasco, Burgos, Navarra y La Rioja⁶⁵. Entremedias de los núcleos industriales anteriores quedaron las provincias aragonesas, que perdieron población en detrimento de los polos urbanos anteriores debido a su aislamiento de las rutas comerciales marítimas y al insuficiente proceso de aglomeración industrial que experimentó la ciudad de Zaragoza en torno al cereal y la uva⁶⁶.

La escasa relevancia de Madrid sobre el área meridional de la península se debió a la mayor facilidad que su población tuvo para dar el salto a las Américas (a una escala muy inferior a lo ocurrido en las provincias gallegas) dada su cercanía a los puertos andaluces, y sobre todo, a la capacidad de retención laboral que sus grandes latifundios y sus variados cultivos ejercieron sobre la población rural. Este contexto entronca con el fenómeno que ocurría a nivel general en toda España⁶⁷. Las grandes extensiones latifundistas del suroeste del país no sufrieron el proceso de emigración que acaecía en latitudes más elevadas donde reinaban las extensiones de tierra atomizadas entre multitud de pequeños y medianos propietarios. Al contrario, las dehesas extremeñas y las llanuras andaluzas no fueron zonas que repelieran población sino todo lo contrario, lugares de atracción de mano de obra, como lo demuestra la escasa población ausente de sus provincias de origen en contraposición a su mayor tasa de población transeúnte⁶⁸. La siembra y recolección de los distintos cultivos de las áreas latifundistas generaron constantes migraciones estacionales y temporales de masas de jornaleros agrícolas de unas provincias a otras. Y aquellos que optaron por abandonar la producción agrícola y dieron el salto a la ciudad, prefirieron asegurar la caída y aterrizar en las ciudades más cercanas, en capitales de provincia como Cáceres, Badajoz, Huelva, Sevilla o Cádiz (ver Figura 2.13), donde sus opciones de integración eran mayores.

“Cataluña, avanzada de la industrialización”, en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 357-390.

⁶⁴ CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, Madrid, 1995; ARACIL, R., FERRER, LL., RECAÑO, J. y SEEGURA, A.: “La inmigración en la Cataluña rural (1860-1940): estructura demográfica y componentes espaciales”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Op. Cit., pp. 281-314;

⁶⁵ GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, Población y Ciudad)*, Fundación BBV, Bilbao, 1995; MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002.

⁶⁶ GERMAN, L.: “Del Cereal al Metal. La trayectoria de la economía aragonesa” en GERMAN, L., LLOPIS, E., MALUQUER DE MOTES, J. y ZAPATA, S. (eds.): *Historia Económica Regional de España...*, Op. Cit., pp. 331-356; MARTÍN SANZ, A.: “Movilidad y sociabilidad: asociacionismo migrante aragonés en Barcelona durante la Restauración, la II República y la Guerra Civil (1870-1940)”, *III Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea*, AHC, Zaragoza, 2011.

⁶⁷ BERNAL, A.: “La llamada crisis finisecular, 1872-1919”, en TUÑÓN DE LARA, M. (Dir.): *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, I Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea, Siglo XXI, Madrid, 1985.

⁶⁸ GÓMEZ DÍAZ, D. y CÉSPEDES LORENTE, J.: “Ausentes, transeúntes y nacidos en otra provincia, un sistema de flujos...”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Los movimientos migratorios...*, Op. Cit., pp. 31-86.

	1878			1905		
	Urbano	Rural	Diferencia	Urbano	Rural	Diferencia
Inmigración por etapas	34,41	28,57	5,84	26,50	18,57	7,93
Inmigración directa	65,59	71,43	-5,84	73,50	81,43	-7,93
Inmigración directa sin hijos	36,56	37,01	-0,45	37,85	53,83	-15,97
Inmigración directa con hijos	29,03	34,42	-5,38	35,65	27,60	8,04

Figura 2.14. Formas de migración familiar por lugar de origen hacia el Ensanche Este de Madrid. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1878 y 1905. AVM, Estadística. Datos porcentuales. Se ha considerado como origen urbano aquellos habitantes nacidos en las capitales de provincia y en núcleos de población de más de 10.000 habitantes, definición que se aplicará en las siguientes figuras. La fuente no incluye ninguna alusión al tipo de migración familiar, por lo que se ha procedido a abordar la cuestión a partir de datos indirectos. Se han acotado los casos de estudio a las familias inmigrantes nucleares (matrimonio e hijos) cuyos cónyuges llegaron el mismo año a Madrid (para eliminar aquellos casos de matrimonios que se formaran en la capital) y en el que la madre no superara los 45 años de edad, rango utilizado en otras investigaciones para primar el momento de máxima estancia de cohabitación de los hijos con la familia y evitar ausencias del hogar de los hijos más mayores bien por razones laborales o bien por emancipación⁶⁹. Posteriormente, se ha procedido a discernir qué familias y matrimonios efectuaron una inmigración directa o por etapas hacia Madrid a tenor del lugar de nacimiento de sus hijos. Por ello, este método sólo puede aportar unos resultados porcentuales mínimos, ya que aquellos casos en los que una residencia intermedia no hubiera ido acompañada del nacimiento de algún hijo (o que hubiera fallecido muy joven) pasan desapercibidos, aunque sí nos muestran una tendencia al respecto.

Las experiencias vitales migratorias y su orientación hacia Madrid no siempre fueron lineales ni consecuencia de una decisión voluntaria de dirigirse hacia la capital. Durante la segunda mitad del siglo XIX, al menos entre un tercio y una cuarta parte de los movimientos migratorios protagonizados por matrimonios y familias nucleares procedentes de todos los rincones del país no arribaron a la ciudad directamente, sino que su llegada a la capital fue la siguiente parada (generalmente la última) de una inmigración por etapas (ver Figura 2.14). Estas migraciones escalonadas, sensiblemente más comunes entre los matrimonios urbanos que los rurales, eran la herencia de la tipología migratoria preindustrial, en la que los desplazamientos más frecuentes eran los de corta distancia y temporales, con cambios persistentes de residencia. Pero a medida que las distancias, el coste y el tiempo empleado en recorrerlas se redujeron considerablemente con la llegada del ferrocarril, estas migraciones familiares por etapas cayeron poco a poco a costa de un repunte en la decisión de emigrar de forma directa hacia Madrid protagonizado por un lado por jóvenes matrimonios de origen rural que optaron por asentarse en la ciudad antes de dar a luz a su primer hijo, procedentes en mayor medida del hinterland madrileño (con un ascenso entre 1878 y 1905 del 16%) y, por otro, por aquellos matrimonios de origen urbano que ya habían tenido descendencia y que consideraron Madrid como una ciudad de porvenir más halagüeño que sus respectivas ciudades de origen (con un incremento del 6%).

⁶⁹ PAREJA ALONSO, A.: “Un viaje en familia”, en PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K., *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. UPV, Bilbao, 1996, pp. 115-134. El uso del lugar de nacimiento de los hijos de las familias para estudiar la incidencia de las migraciones escalonadas o por etapas ante las inmigraciones directas en: ANDERSON, M.: “Some insights into Two Competing Hypotheses”, *Annales de Démographie Historique*, pp. 13-26, Paris, 1971; CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

Pero la fuerza de atracción de la ciudad no se limitó al ámbito nacional y, como en las demás grandes capitales europeas, el estrechamiento de las distancias, los tiempos y los vínculos comerciales, económicos y políticos propició el incremento de la presencia de población extranjera en sus calles. El origen de esta población fue marcadamente dual: por un lado los fuertes lazos políticos, administrativos y económicos con los últimos territorios del imperio colonial español (Cuba, Puerto Rico y Filipinas) perdidos en 1898, y por el otro la cercanía física y el creciente intercambio comercial, financiero y cultural con los países más industrializados del entorno europeo como Francia, Gran Bretaña o Alemania. La población inmigrante extranjera asentada en el Ensanche Este de Madrid llegó a la ciudad con más de 20 años y principalmente lo hizo en familia. La mayor parte era una población acomodada, formada principalmente por hacendados y grandes industriales cubanos, comerciantes puertorriqueños y altos cargos militares filipinos en el caso de las colonias españolas, y de familias aristocráticas, diplomáticos, banqueros, comerciantes y profesionales liberales de alta cualificación en el caso de franceses, británicos y alemanes, quienes encabezaron el proceso de modernización económica española en sectores como la ingeniería, el ferrocarril o la minería⁷⁰. Estos contingentes migratorios trajeron consigo en la mayoría de los casos su propio servicio doméstico y personal laboral contratado desde sus países de origen, predominantemente mujeres. Las sirvientas, doncellas, criadas, institutrices y profesores de idiomas para los hijos, cocheros y cocineros de estas familias eran oriundos de sus lugares de partida, lo que explica la preeminente feminización de estos aportes migratorios, que llegaba al 65% del total⁷¹.

ORIGEN DE LA INMIGRACIÓN EXTRANJERA	1860	1878	1905
Alemania	0	1,97	5,91
Gran Bretaña	1,67	9,19	5,31
Francia	73,32*	27,42	23,47
Resto de Europa	6,67	9,36	8,42
TOTAL EUROPA	81,66	47,94	43,11
Puerto Rico	1,67	5,09	5,02
Cuba	5	30,05	28,79
Filipinas	5	9,20	9,45
TOTAL COLONIAS DEL 98	11,67	44,33	43,26
América del Sur	6,67	5,42	9,45
Otros destinos	0	2,30	4,18
TOTAL OTRA PROCEDENCIA	6,67	7,72	13,63

Figura 2.15. Elaboración propia a partir de los datos extraídos de los padrones de Madrid de 1860, 1878 y 1905. AVM, Estadística. Datos porcentuales.

En resumen, la tendencia migratoria general hacia Madrid estuvo marcada por una corona migratoria potente y que sobrepasaba su hinterland (su provincia y las limítrofes) extendiéndose hacia el noroeste español, rasgo tradicional de la capital desde

⁷⁰ CARBALLO, B.: “Aires de cambio en el mercado laboral madrileño. El Ensanche Este de Madrid a la altura de 1900”, en AA. VV.: *El trabajo y la memoria obrera. IX Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Asociación de Amigos del Archivo Histórico de Guadalajara, Madrid, 2011, formato digital.

⁷¹ En 1905, el 45% de los hombres extranjeros mayores de 14 años eran profesionales liberales, propietarios, rentistas y empleados de alta cualificación. Por su parte, entre las mujeres, cerca de la mitad de las que declararon alguna profesión dijeron ser sirvientas. AVM, Padrón de Madrid de 1905.

* Este porcentaje tan elevado de la población inmigrante francesa en el Ensanche Este en 1860 procede de la fuerte acumulación de panaderos franceses en los alrededores de las dependencias del Pósito.

el siglo XVIII, con un tenue incremento de la inmigración foránea. Sin embargo, el mero análisis cuantitativo de las cifras y lugares de procedencia de los movimientos migratorios ocultan fenómenos de mayor calado. Para desentrañarlos, es necesario abordar con mayor profundidad la relación directa existente entre la mayoritaria motivación económica y laboral de las migraciones dirigidas hacia Madrid y su integración efectiva en la ciudad⁷².

2.2. Inmigración y mercado laboral. Viejas y nuevas formas de emigrar a Madrid.

El estudio de los movimientos migratorios ostenta una elevada complejidad dada la multitud de variables y factores que entran en juego (o pueden hacerlo) en dichos procesos: desde las diferencias geográficas y temporales que éstos atesoran a los factores que motivan dicha decisión (económicos, sociales, políticos, familiares, hereditarios, culturales, etc.), quiénes y cómo son elegidos sus protagonistas (viajes en solitario o en familia decididos de forma individual o en el hogar), hacia dónde se emprenden los traslados y por qué, con qué temporalidad, el surgimiento y utilización de las redes y cadenas migratorias, la cualificación laboral de partida y el papel que juegan en la integración socioeconómica en sus áreas de destino, etc. Por todo ello, los movimientos migratorios representan un objeto de estudio en sí mismos y su análisis ha conformado un gran corpus conceptual, teórico y bibliográfico de gran magnitud, abordado desde ramas tan diversas como la historia, la economía, la sociología, la etnografía o la ciencia política⁷³. No obstante, la transformación de los movimientos migratorios durante la construcción de las sociedades modernas desde el siglo XIX, ha provocado a su vez que hayan sido abordados por investigaciones que no los tenían como su objeto de estudio primario, abordándolos parcial o tangencialmente pero iluminando aspectos específicos, ya fuera por el marco cronológico o geográfico aludido, la concepción teórica seguida o el tipo de fuentes utilizadas⁷⁴.

⁷² El “deseo de partir” de los inmigrantes puede estar motivado por factores políticos, patrimoniales, psicosociológicos, culturales y, los más numerosos, demográficos y económicos. NIELFA CRISTÓBAL, G.: “A propósito de las migraciones en la historia”, *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 9, UCM, Madrid, 1988, pp 217-227; BOYER, G.R. Y HATTON, T.J.: “Regional labour market integration in England and Wales, 1850–1913”, en GRANTHAM, G. y MACKINNON, M. (eds.): *Labour Market Evolution. The economic history of market integration, wage flexibility and the employment relation*, Routledge, London, 1994, pp. 84–106; y de los mismos autores: ‘Migration and labour market integration in late nineteenth century England and Wales’, *Economic History Review*, L, 4, 1997, pp. 697–734.

⁷³ SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: “Aproximaciones teóricas a los movimientos migratorios contemporáneos: un estado de la cuestión”, *Historia agraria*, 21, agosto 2000, pp. 157-192; GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K., *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. UPV, Bilbao, 1996; GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*. Op. Cit.; GRANTHAM, G. y MACKINNON, M. (eds.): *Labour Market Evolution. The economic history of market integration, wage flexibility and the employment relation*. Routledge, London, 1994.

⁷⁴ Existen numerosos estudios de este tipo en el caso español, en el que se abordan los movimientos migratorios desde el prisma del lugar de destino. Cabe destacar, entre otros, los siguientes trabajos: OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular*, Op. Cit.; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*; PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit.; GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, Op. Cit.; MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo*, Op. Cit.; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868*. Op. Cit.; GARCÍA GONZALEZ, F. (coord.): *La historia de la familia en la*

En el caso que aquí nos ocupa, la investigación de las transformaciones socioeconómicas sufridas por Madrid en general y su Ensanche Este en particular entre 1860 y 1930, los movimientos migratorios son analizados desde el punto de vista de sus características demográficas, su procedencia, su llegada e integración laboral en la ciudad. Debido al objeto de estudio y las fuentes documentales analizadas, no se abordan el proceso de toma de decisión de emigrar, la cualificación laboral atesorada en el lugar de origen o el modo en que se inició y desarrolló el viaje. Es decir, no se realiza (ni se busca) un estudio global y completo de dichos flujos migratorios, sino analizar cómo se produjo su integración en el lugar de destino y cómo afectó a su evolución.

Las experiencias vitales migratorias fueron tan variadas y dispares como el número de inmigrantes que en algún momento de su vida residieron en Madrid. Hombres y mujeres jóvenes que recorrieron cortas distancias para emplearse temporalmente en la capital del Estado, familias enteras que llegaron tras un largo viaje con hijos pequeños, parejas recién casadas que se aventuraron a una nueva vida en la gran ciudad, familias acomodadas procedentes de capitales provinciales, estudiantes universitarios, jornaleros rurales resignados a abandonar sus pueblos de origen, etc. Pero de entre la tupida maraña de historias de vida, asociadas a factores económicos ligados al mercado laboral madrileño, descollaron viejas y nuevas formas de emigrar a Madrid, en donde la fuerza de la costumbre y la tradición convivió con nuevos fenómenos migratorios estimulados por la modernización económica que se estaba produciendo tanto en el plano nacional como en el propiamente madrileño⁷⁵.

península Ibérica. Balance regional y perspectivas: Homenaje a Peter Laslett, Op. Cit.; DUBERT, I.: *Del campo a la ciudad. Migraciones, familia y espacio urbano en la historia de Galicia, 1708-1924*, Nigra, Vigo, 2001.

⁷⁵ Por la propia naturaleza de esta investigación y el volumen de datos recogidos, el análisis de los movimientos migratorios que desembocaron en Madrid se ha centrado pormenorizadamente en su proceso de integración en la ciudad y en sus principales características demográficas y socioeconómicas. No obstante, para conocer mejor los movimientos migratorios en su conjunto, incluyendo el proceso de la toma de decisión de emigrar y las especificidades propias que propician tal migración, sería necesario abordar el estudio de estos inmigrantes desde sus respectivos lugares de origen. Los trabajos realizados en el seno del grupo de investigación de Historia Urbana dirigido por Manuel González Portilla desde la Universidad del País Vasco son elocuentes al respecto. Los *seguimientos nominativos* efectuados por Rocío García Abad, basados en el rastreo persona a persona de un contingente inmigrante en la Ría de Bilbao tanto en su lugar de origen como en el de destino a través de los padrones municipales, engloba todo el proceso migratorio desde la toma de decisión hasta su integración efectiva en la ciudad. GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, UPV, Bilbao, 2005, pp. 92-110. En la presente investigación, además de que significaría desviarse del objeto de estudio, la opción metodológica elegida de recopilar de forma sistemática todos los habitantes del Ensanche Este (entre los padrones de 1860, 1878 y 1905 hablamos de casi 65.000 habitantes, de los cuales 41.000 eran inmigrantes), y el salto cuantitativo existente tanto en el número como en la diversidad de lugares de origen de los inmigrantes, hacen inviable la adopción sistemática de una metodología que, por otra parte, ha dado excelentes resultados. No obstante, sí se ha procedido a realizar seguimientos nominativos en relación a la ciudad de Guadalajara, estudiada por Javier San Andrés Corral bajo el mismo marco metodológico en: CARBALLO, B., PALLOL, R., VICENTE, F., SAN ANDRÉS, J. y GONZÁLEZ, D.: “Al calor del *moderno Madrid*. La capital y su *hinterland*, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.) *Ayer en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008.

2.2.1. La distancia recorrida y el origen de los inmigrantes: factores de cualificación laboral.

La distribución general de los inmigrantes según la distancia recorrida era bimodal, destacando tanto el área más cercana a la capital como las provincias costeras más alejadas, en parte reflejo de la propia distribución general de la población española por su geografía⁷⁶. No obstante, este fenómeno ha sido observado de igual forma en otras ciudades y ámbitos europeos como Barcelona o París⁷⁷. La explicación argüida para los casos barcelonés y parisino se caracteriza por señalar la cualificación laboral de los inmigrantes como factor justificativo de la distancia recorrida, aludiendo a la existencia de dos grandes segmentos laborales atraídos por el mundo urbano. En primer lugar, una inmigración procedente de la corona urbana, de corta distancia y protagonizada por trabajadores no cualificados, que invertían poco tiempo y dinero en dar el salto a la ciudad, y siempre tenían a sus espaldas la red de seguridad personificada en la cercanía de su lugar de origen en el caso en que la suerte no les acompañara. Por otro lado, la demanda de trabajadores cualificados por parte de los mercados laborales urbanos propició el segundo tipo de movimiento migratorio, caracterizado por la mayor distancia recorrida, el deseo de una permanencia más dilatada en la ciudad y asociada a la cualificación laboral del inmigrante, cuya experiencia, estudios o pericia manual acrecentaba sus posibilidades de integración laboral.

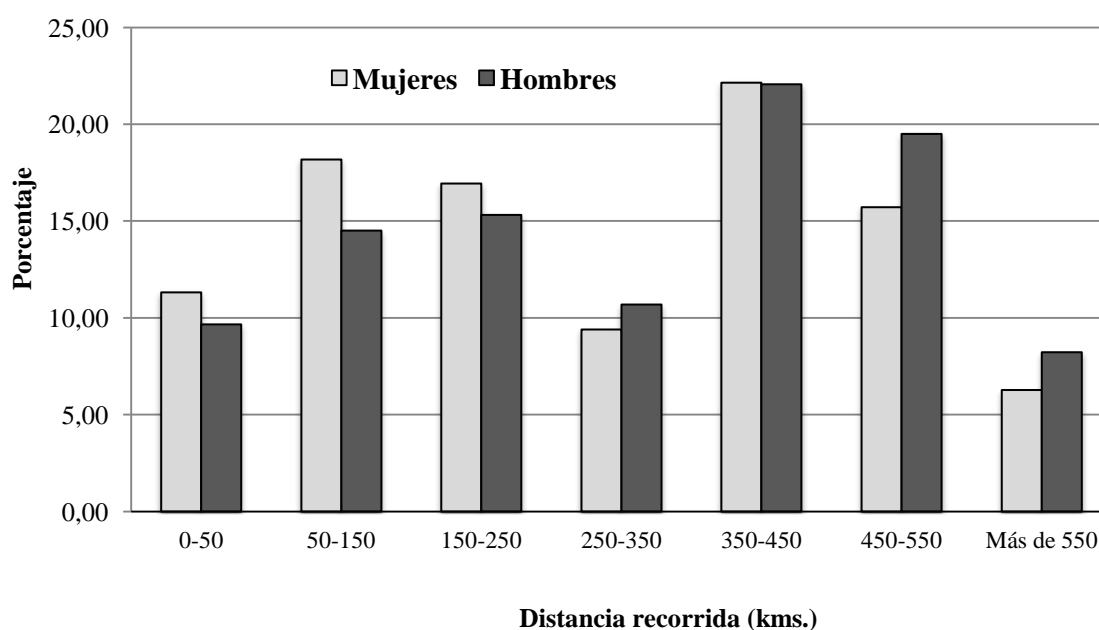


Figura 2.16. Distancia recorrida por los inmigrantes peninsulares residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1878 según su sexo. La distancia tomada ha sido la existente entre las capitales provinciales y Madrid. Elaboración propia a partir del padrón municipal de Madrid de 1878. AVM, Estadística.

⁷⁶ Los datos del Ensanche Este corroboran los resultados obtenidos para el conjunto de la ciudad a mediados del siglo XIX en MORA SITJÁ, N.: “La inmigración en Madrid a mediados del siglo XIX: una primera aproximación”, *VI Congreso de la ADEH*, Granada, 2004.

⁷⁷ BOURDIEU, J., POSTEL-VINAY, G., ROSENTAL, P.A., y SUWA-EISENMANN, A. : “Migrations et transmissions inter-générationnelles dans la France du XIXe et du début du XXe siècle”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 4, 2000, pp. 749–790; MORA SITJÁ, N.: “Labour and Wages in Pre-Industrial Catalonia”, *Discussion Papers in Economic and Social History*, nº 45, Oxford, 2000.

Cualificación laboral de los inmigrantes recién llegados según la distancia recorrida (1876-1878)

Categoría profesional	Hombres			Categoría profesional	Mujeres		
	Menos de 350 Km.	Más de 350 Km.	Diferencia		Menos de 350 Km.	Más de 350 Km.	Diferencia
Jornaleros	30,85	24,07	6,78	No se indica	50,33	49,37	0,96
Artesanado	7,12	3,73	3,39	Sirvientas	44,25	43,58	0,67
Empleados	10,51	7,80	2,71	Artesanado	1,52	1,51	0,01
Prof. liberales	4,07	5,42	-1,36	Industriales	1,08	1,01	0,08
Sirvientes	16,27	17,97	-1,69	Jornaleras	0,87	0,25	0,62
Militares	6,78	11,53	-4,75	Empleadas	0,65	0,50	0,15

Figura 2.17. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1878. Datos porcentuales. La distancia ha sido calculada de la misma forma que la Figura 2.16. Se han analizado sólo los inmigrantes que llevaban menos de dos años de residencia en Madrid mayores de 14 años para reproducir lo más fielmente posible su cualificación laboral al llegar a la ciudad⁷⁸.

Nivel de alfabetización de los inmigrantes recién llegados a Madrid según la distancia recorrida (1876-1878)

Distancia recorrida	Mujeres			Hombres		
	Analfabetas	Alfabetizadas	Diferencia	Analfabetos	Alfabetizados	Diferencia
Menos de 350 Km.	54,88	45,12	9,76	27,46	72,54	-45,08
Más de 350 Km.	53,90	46,10	7,80	28,14	71,86	-43,72

Figura 2.18. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1878 mediante el seguimiento del mismo conjunto migratorio que en la Figura 2.17. Datos porcentuales. La fiabilidad de las tasas de alfabetización recogidas de los padrones municipales no es óptima, pero en este caso el objetivo de la Figura no se ve interferido por ello ya que los errores afectarán por igual a ambos segmentos, por lo que la disparidad entre los porcentajes se deben a las variables indicadas.

Sin embargo, en el caso madrileño la correlación descrita entre la distancia recorrida y la cualificación laboral del inmigrante no fue tan evidente. De hecho, sólo es verificable en el segmento inmigrante femenino, cuyas integrantes recorrieron por regla general una distancia menor que sus análogos varones para llegar a los barrios madrileños, unos varones cuya presencia se acrecentaba a medida que los kilómetros que separaban sus lugares de origen de Madrid ascendían (Figuras 2.11 y 2.16)⁷⁹.

⁷⁸ La concentración del análisis migratorio en la época más cercana a la realidad estudiada nos ofrece unos resultados más certeros ya que, por su tiempo de estancia en la ciudad, existen mayores posibilidades de que se mantengan los rasgos definitorios de residencia y composición familiar que acuñaron en su peregrinaje. La elección de esa inmigración recién llegada ya ha sido utilizada en MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización...*, Op. Cit.

⁷⁹ Los trabajos ya mencionados de CARBAJO ISLA y de RINGROSE, D. sobre el análisis de la ciudad de Madrid desde la época moderna hasta mediados del siglo XIX han constatado esa diferenciación de género en las migraciones. CARBAJO ISLA, M. F.: *La población de la villa de Madrid: desde finales de siglo XVI hasta mediados del siglo XIX...*, Op. Cit., pp. 120-125; RINGROSE, D., *Madrid y la economía española, 1560-1850...*, Op. Cit. pp. 82-86; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008, pp. 306-313. Al contrario que

La superioridad numérica femenina entre los movimientos migratorios de menor distancia derivó de la migración rural que engrosó las filas de un pujante servicio doméstico feminizado, demandado desde todos los núcleos urbanos españoles⁸⁰, y más desde Madrid, donde la ratio de riquezas, cargos políticos, empleados de la administración, aristocracia y profesionales liberales era elocuentemente mayor⁸¹. El servicio doméstico era de los pocos ámbitos laborales urbanos en los que las mujeres pudieron encontrar ocupación fuera del hogar de manera formal, estable y remunerada⁸². Era la consecuencia lógica de la organización laboral que la sociedad industrial, liberal y capitalista estableció a lo largo del siglo XIX por toda Europa, caracterizada por la reducción del concepto de *trabajo* al meramente *productivo* y *asalariado* realizado fuera del hogar (minimizando el papel del *trabajo reproductivo* realizado tradicionalmente por las mujeres) y la prohibición jurídica del acceso a la educación superior y a la mayoría de puestos de trabajo a las mujeres⁸³. Y aunque entre las mujeres inmigrantes no hubiera distinción en el porcentaje de trabajadoras en el sector del servicio doméstico independientemente de la distancia recorrida para llegar a Madrid (cerca de la mitad de ambos grupos de mujeres inmigrantes mayores de 14 años accedieron al mercado laboral madrileño como sirvientas, criadas, amas de cría, cocineras o doncellas), era natural que la mayoría procediera del hinterland madrileño, y entendieran su labor como algo temporal, una oportunidad de ahorro y aprendizaje para un futuro matrimonio.

Con sólo 17 y 16 años llegaron María Bravo Donato y Francisca Quirós Reinoso a Madrid respectivamente procedentes del cercano pueblo madrileño de Torrejón de Velasco en 1877. Coincidencia o no, ambas adolescentes fueron contratadas por la familia del mallorquín Leopoldo Gorostiza Pavía y la almeriense María Álvarez Sotomayor, como servicio doméstico interno en un tercero de la calle Villanueva nº 12 cuyo alquiler ascendía a las 125 pesetas mensuales. Leopoldo y María tenían cinco hijos pequeños menores de 10 años. Por eso, y gracias al jugoso sueldo anual de 7.500 pesetas que obtenía Leopoldo como empleado de ferrocarril, escogieron a estas jóvenes para que hicieran las veces de cocinera y doncella de la casa.

en las zonas de rápida industrialización como la ría de Bilbao y sus barrios obreros, las zonas burguesas y oligárquicas bilbaínas presentaban una mayor población femenina que masculina debido a la importante congregación de servicio doméstico en dichas zonas. GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo...*, pp. 212-215. En el caso de Pamplona, los recién llegados exhibían un índice de feminidad entre el 60% y el 70% debido al servicio doméstico en ambas zonas. MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)...*, *Op. Cit.*, pp. 152-155.

⁸⁰ MIRÁS, J.: “Rasgos básicos y transformaciones en el servicio doméstico en una ciudad periférica. A Coruña, 1900-1960”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 27, 2005, pp. 197-221. Sólo en aquellos centros urbanos donde primó la actividad industrial, especialmente el textil, lograron las mujeres superar su encajonamiento profesional en el servicio doméstico. CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, Madrid, 1995; FERRER, L.: “Notas sobre la familia y el trabajo de la mujer en la Catalunya central (siglos XVIII-XX)”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, nº XII, 2/3, 1994, pp. 201-232.

⁸¹ SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758, 1868*. 1994, Siglo XXI, Madrid.

⁸² CARBALLO, B.: “La participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño del primer tercio del siglo XX”, *III Encuentro de Jóvenes Investigadores*, AHC, Vitoria, 2011.

⁸³ La incidencia de este discurso político, cultural y social en la participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño y su problemática de análisis es abordado en el próximo capítulo. SCOTT, J. W.: “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en DUBY, G. y PERROT, M. (Dirs.): *Historia de las Mujeres*, Vol. 4, Taurus, Madrid, 1993, pp. 405-435; NASH, M.: “Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX” DUBY, G. y PERROT, M. (Dirs.): *Historia de las Mujeres*, *Op. Cit.*, pp. 515-532.



Ilustración 2.1. Fotografía de una ama de cría. Biblioteca Nacional de España.

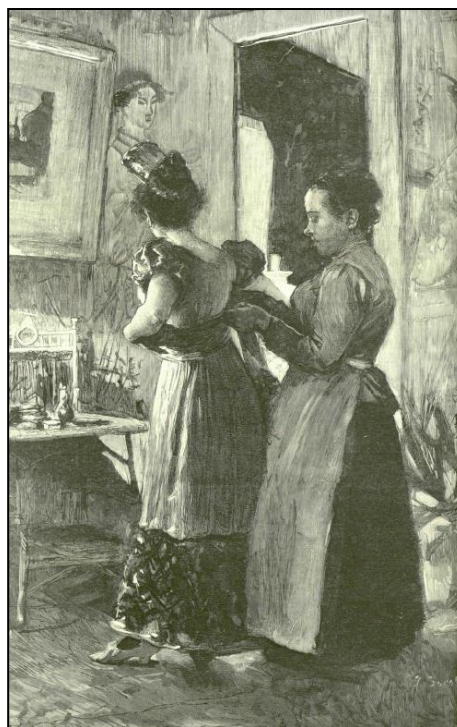


Ilustración 2.2. Grabado llamado “El último alfiler”, *La Ilustración Española y Americana*, nº VII, 1896.

Servir en una casa podía ser una buena válvula de escape familiar, ya que entrar como criada en un hogar permitía mandar pequeñas remesas de dinero al hogar paterno y reducir el gasto familiar. En una de estas situaciones se halló Catalina Sanz Ranz, una joven arriacense que se vio obligada a dejar su Guadalajara natal, donde vivía con su padre y sus hermanos. En 1869, Catalina se había hecho cargo, con sólo 15 años y tras la muerte de su madre, de “*los quehaceres de su casa*”, lo que implicaba cuidar de su hermana pequeña y administrar el escueto presupuesto familiar formado por los jornales que su padre y su hermano mayor traían. Las estrecheces estaban a la orden del día, y por ello habían dado cobijo a sus tíos paternos, quienes también aportaron al presupuesto familiar sus jornales. Fuera por una carencia de trabajo más o menos temporal, una tragedia familiar o una mera decisión personal, el hecho es que Catalina llegó en 1876 a Madrid en busca de trabajo. Y lo encontró en la familia del militar Daniel Alós Arregui, vizconde de Bellver, y Loreto Rivero, residentes en el número 17 de la calle Goya, al hacer las veces de niñera de sus tres hijos pequeños de cuatro, tres y un año de edad⁸⁴.

También hubo mujeres sirvientas nacidas en distantes lugares del norte peninsular, empleadas especialmente como amas de cría o años en los hogares de los profesionales liberales, la alta burguesía y la aristocracia residente en el Ensanche Este de la capital. El motivo era algo tan etéreo como la creencia vigente en la época de que los oriundos de la cornisa cantábrica poseían una mayor pureza racial y cristiana que el resto de los españoles, lo que hizo que disponer de estas jóvenes criadas entre el servicio doméstico del hogar fuese un acto de ostentación social, una prueba externa de la

⁸⁴ Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de Madrid de 1878 y de Guadalajara de 1869. Vuelvo a agradecer a Javier San Andrés Corral su disposición a facilitarme su documentación y su consentimiento a que puedan ser citados.

vetusta cristiandad de sus empleadores⁸⁵. De esta forma, sirvientas vascas, asturianas y cántabras se entremezclaron en los hogares madrileños con aquellas procedentes del hinterland madrileño, sin que la dispar distancia recorrida por cada grupo fraguase mayores diferencias.

Principales puntos de procedencia del servicio doméstico femenino del Ensanche (1905)			
Hinterland madrileño	% sobre el total	Cornisa Cantábrica	% sobre el total
Provincia de Madrid	10,8	Lugo	8,44
Guadalajara	8,38	Asturias	6,97
Segovia	4,96	País Vasco	7,74
Toledo	4,37	Cantabria	4,07
Ávila	4,25	Navarra	2,95

Figura 2.19. Se han seleccionado a las mujeres inmigrantes llegadas en los dos últimos años mayores de 14 años y que indicaron trabajar como sirvientas, tanto internas como externas. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

La preponderancia del servicio doméstico en Madrid era una consecuencia histórica de su condición de Corte y capital. Pero esta relevancia fue aún mayor en aquellas zonas del Ensanche Este donde la urbanización vino de la mano de una promoción inmobiliaria dirigida hacia las clases más acomodadas de la capital⁸⁶. Este hecho, unido a la consumación de su feminización generó la concentración de este tipo de migración femenina en sus calles. De las tres grandes tipologías en las que se han enmarcado los movimientos migratorios femeninos de carácter preindustrial, la movilidad del *hambre*, la movilidad del *pan* y la movilidad del *pastel*, alusivas respectivamente a la movilidad estacional motivada por la necesidad, la protagonizada por jóvenes solteras en busca de su dote y la movilidad producida por mujeres de clases acomodadas y ligadas en su mayoría al matrimonio, en el caso del Ensanche Este fue sensible la superioridad cuantitativa del segundo caso, aunque el tercero fuese en aumento⁸⁷. La concentración de la inmigración femenina en edades entre 15 y 29 años, (Figura 2.20), segmento de fácil inserción laboral en el servicio doméstico, y el ingente porcentaje de dicha ocupación entre las recién llegadas (Figura 2.17), son pistas más que suficientes que acreditan tal conclusión. A la altura de 1905, sólo en el Ensanche Este era empleado un creciente *ejército* de sirvientas, nodrizas y criadas (más de 6.000 declararon tal condición), la mayoría internas en las viviendas acomodadas más cercanas al eje Prado-Recoletos-Castellana.

El impacto de las migraciones femeninas asociadas a la demanda de servicio doméstico sobre la población del Ensanche Este de Madrid fue enorme y generó la transformación de un modelo demográfico en el que los varones que llegaban en plena edad laboral, entre 15 y 30 años, eran el segmento más numeroso en 1860, a otro en el que esta posición correspondía abrumadoramente a las jóvenes solteras inmigrantes dedicadas al servicio doméstico. Esta tipología migratoria, de rancio abolengo en la capital, mantuvo su ascendencia durante la segunda mitad del siglo XIX.

⁸⁵ SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del...*, Op. Cit.

⁸⁶ MÁS HERNÁNDEZ, R.: "La actividad inmobiliaria del Marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)", *Ciudad y Territorio*, nº 3, Instituto Estadístico de Admón. Local, Madrid, 1978, pp. 47-70; "Tipos de vivienda en el Ensanche Nordeste de Madrid", *Estudios Geográficos*, nº 39 (152), CSIC, agosto de 1978, pp. 307-347; *El barrio de Salamanca*, Instituto de Estudios de Admón. Local, Madrid, 1982.

⁸⁷ FAUVE-CHAMOUX, A.: "Servants in Preindustrial Europe: Gender Differences". *Historical Social Research*, nº 23 (1-2), 1998, pp. 112-129.

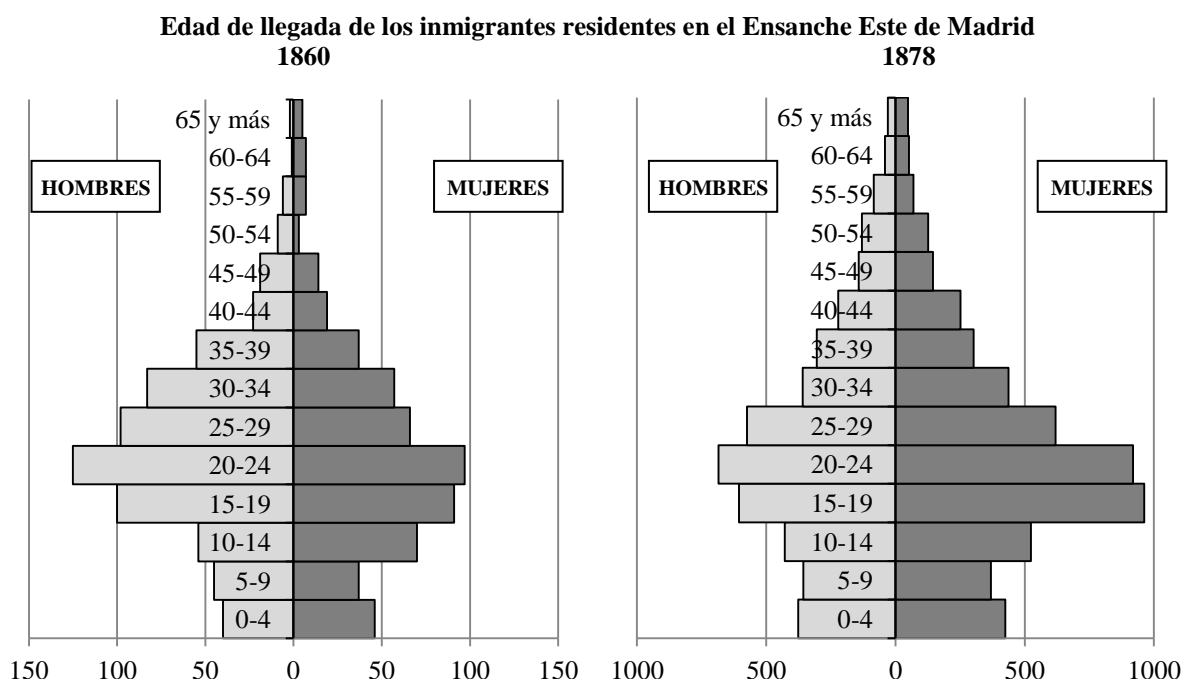


Figura 2.20. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1860 y 1878. El cálculo se ha realizado restando a la edad de cada individuo (conocida gracias a la fecha de nacimiento indicada) el tiempo de residencia en Madrid señalado en las hojas de empadronamiento.

El factor distancia no era concluyente a la hora de determinar la cualificación laboral de las mujeres inmigrantes que llegaban a la capital. Y tampoco lo fue en el caso de los hombres. Evidentemente, para aquellos jornaleros agrícolas que residían a menor distancia de Madrid, era más fácil acercarse a la gran ciudad cuando su bonanza económica generaba más puestos de trabajo y mejor remunerados que en sus lugares de origen que para los que tuvieran que recorrer cientos de kilómetros. De la misma forma, cuando las cosechas no habían sido boyantes o el calendario agrícola obligaba un impasse, Madrid era el punto de fuga más a mano. Y de ahí procede esa diferencia del 6% entre los jornaleros inmigrantes recién llegados procedentes de tierras más cercanas sobre el resto (Figura 2.17). Además, ese grado de jornalización urbana que sufrió Madrid a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX se cebó más si cabe con aquellos que llegaron a la ciudad sin estudios, con poca cualificación y carentes de experiencia laboral en el mundo urbano. Buena parte de estos casos fueron protagonizados por inmigrantes rurales llegados de las zonas circundantes a la capital, las que más la nutrían, y que *huían* de unas tierras y unas ciudades castellanas que, como Segovia, estaban “a principios del siglo XX, en la situación de los organismos superiores sometidos a la vida letárgica, aminoradas sus funciones, extinguidos sus movimientos, en la indiferencia y la quietud, y con apariencias de muerte...”⁸⁸.

Pero esta dicotomía no significó como contraposición una inmigración de larga distancia eminentemente cualificada. El análisis de la integración en el mercado laboral madrileño de los inmigrantes varones según su provincia de origen así lo atestigua⁸⁹.

⁸⁸ GILA y FIDALGO, F.: *Guía y plano de Segovia*, Diario de Avisos, Segovia, 1906, pp. 12.

⁸⁹ PALLOL, R., CARBALLO, B. y VICENTE, F.: “Inmigración y mercado de trabajo en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX”, *Revista de Demografía Histórica*, XXVIII, I, 2010, 2ª época, pp. 131-167; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2011.

Tuvo mayor peso en la toma de decisión de emigrar el contexto económico del lugar de origen, su histórica vinculación migratoria y la integración laboral de sus habitantes en Madrid, que la plausible explicación dada para otros núcleos urbanos respecto a la regla no escrita de a mayor distancia recorrida mayor nivel de cualificación laboral. Los kilómetros acumulados a las espaldas de los inmigrantes que recalaban en la ciudad no les insuflaban mayores dosis de experiencia o cualificación laboral sino la situación económica de partida, que hacía entender los movimientos migratorios hacia Madrid como una oportunidad o una necesidad por parte de sus protagonistas.

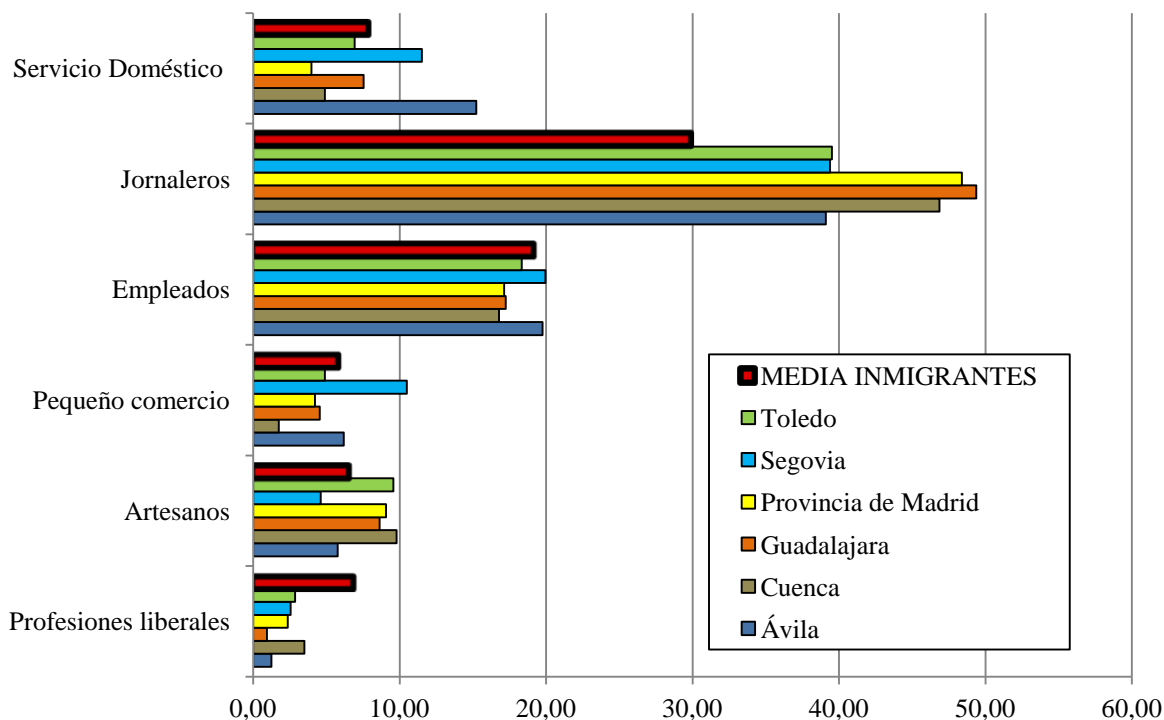


Figura 2.21. Integración en el mercado laboral de la ciudad de los inmigrantes varones mayores de 14 años nacidos en el hinterland madrileño y su comparación con la media del conjunto de los inmigrantes (1905). Los porcentajes entre las provincias limítrofes eran similares con la excepción de la concentración de trabajadores manuales no cualificados entre los inmigrantes procedentes de la provincia madrileña, Guadalajara y Cuenca, como consecuencia de que el Ensanche Este era el primer punto de contacto con la ciudad de aquellos que llegaban de estos lugares gracias a las carreteras de Valencia, Aragón o la línea férrea del MZA, y su mayor disposición a ubicarse en sus barrios. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

Inmigrantes procedentes de áreas regionales cercanas presentaban estrategias y segmentos laborales de integración claramente dispares entre sí. Por ejemplo, entre las provincias de la cornisa cantábrica, el porcentaje de trabajadores jornaleros en Madrid iba desde los exiguos 7,55% y 12,01% entre los oriundos de Vizcaya y Cantabria respectivamente frente al 28,44 o al 39,77% de Asturias o Lugo. De la misma forma ocurría en el ámbito de los profesionales liberales, en donde provincias situadas a distancias similares presentaban datos opuestos: mientras los inmigrantes nacidos en las provincias de Barcelona, Cádiz o Vizcaya superaban con creces la media inmigrante de profesionales liberales, otras como Lugo, Murcia, Asturias, Albacete o Salamanca presentaban porcentajes muy inferiores.

Las causas de estas enormes diferencias entre provincias, independientemente de su distancia a la capital madrileña, radicaron en la simbiosis formada por la propia evolución económica de cada una de ellas y su relación con las necesidades económicas

y las posibilidades laborales que el mercado laboral madrileño albergaba, aderezado por unas redes migratorias y de paisanaje bastante sólidas en determinados casos⁹⁰. Desde las áreas regionales donde la industrialización empezaba a marcar el paso económico, como Vizcaya o Cataluña, fue menor la aportación de trabajadores manuales no cualificados a Madrid, ya que esa población encontró ocupación en los núcleos urbanos de sus respectivas provincias, obviando la posibilidad de cubrir un trayecto de larga distancia hasta llegar a Madrid y engrosar las legiones de jornaleros empleados en la construcción o el ferrocarril⁹¹. Pero los habitantes de zonas como Murcia, Salamanca, Lugo o Albacete, no dispusieron de grandes centros económicos que demandasen tanta mano de obra, lo que facilitó la visión de la capital como el lugar idóneo para que su fortuna cambiase.

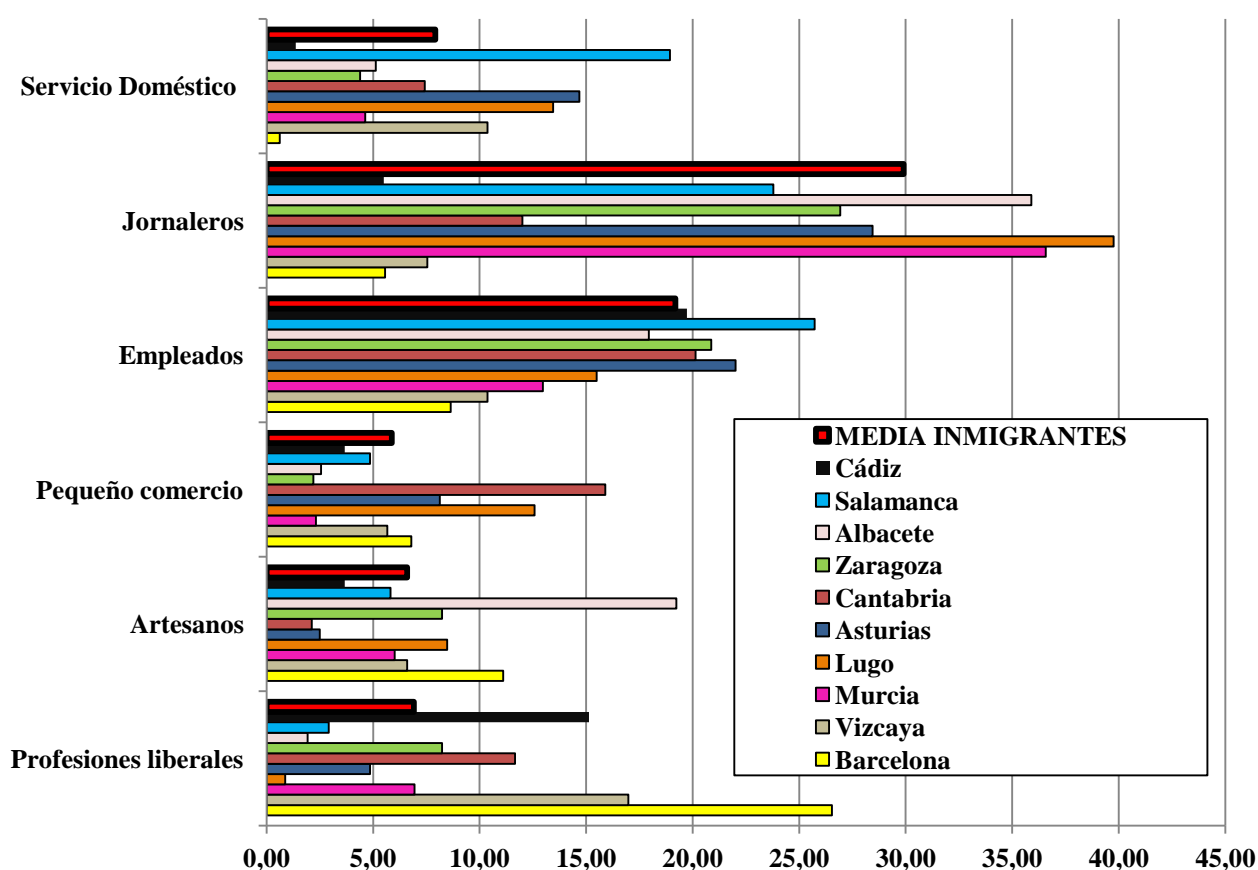


Figura 2.22. Integración laboral de los inmigrantes varones mayores de 14 años en el mercado laboral madrileño nacidos en las provincias indicadas y su comparación con la media del conjunto de los inmigrantes (1905). AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

Por el contrario, para los altos cargos de la administración pública y militar, y para los profesionales liberales, tanto por cuenta ajena o contratados por empresas, ligados a la ingeniería, minería o a la arquitectura entre otros, que habían obtenido la

⁹⁰ PALLOL, R, CARBALLO, B y VICENTE, F: "Inmigración y mercado de trabajo en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX", *Revista de Demografía Histórica*, XXVIII, I, 2010, 2ª época, pp. 131-167. No obstante, la plena comprensión de las diferencias existentes en la inserción laboral en Madrid de los inmigrantes según sus lugares de origen debe aunarse a su vez el exhaustivo estudio de las condiciones económicas, sociales y familiares de partida, un factor que queda fuera de nuestro objeto de estudio.

⁹¹ CAMPS, E.: *La formación del Mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995; GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001.

preparación teórica y una experiencia laboral cualificada en sus lugares de origen, Madrid representaba una oportunidad de ascenso socioeconómico, ya fuera escalando en el escalafón administrativo o de la empresa, o abriendo un negocio por cuenta ajena como un bufete de abogados, un estudio de arquitectura o un despacho de agentes de bolsa. Las fuentes de donde brotaba este segmento laboral altamente cualificado no eran otras que aquellas áreas donde la economía era más pujante gracias a su creciente industrialización y a su conexión con las rutas comerciales nacionales e internacionales: Barcelona, Vizcaya o Cádiz⁹². Por otro lado, las vinculaciones comerciales que los inmigrantes establecieron entre sus lugares de origen y Madrid lograron en ocasiones establecer unas redes migratorias marcadas por el paisanaje y la especialización laboral en la capital, como fueron el predominio de los lucenses entre los tahoneros y panaderos, los asturianos entre los aguadores o los oriundos del valle del Pas entre las vaquerías abiertas en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX⁹³. Sin embargo, la accesibilidad a la capital medida a través de la distancia recorrida por cada inmigrante (sinónimo del gasto en el transporte, el coste del tiempo invertido y las posibilidades de retroceso), la realidad económica existente en el punto de partida, y el uso de las redes de paisanaje y parentesco como medio de entrada al mercado laboral madrileño, no fueron los únicos factores que influyeron en la inserción laboral de los recién llegados en la capital.

2.2.2. El florecimiento de una inmigración urbana y cualificada del océano rural y jornalero.

Más importante que la distancia recorrida o las condiciones económicas existentes en los lugares de origen de los inmigrantes que recalaron en las calles madrileñas, fue el bagaje cultural que atesoraron sobre la sociedad urbana a lo largo de su experiencia vital, su aclimatación al mundo urbano. Aquellos inmigrantes que crecieron en una ciudad o vivieron en algún momento de sus vidas en alguna de ellas, adquirieron el conocimiento de sus ritmos de producción, los resortes de su sociabilidad, una mejor interacción con las autoridades municipales y estatales, a discernir dónde y en qué momento lograr una ocupación y negociar favorablemente el salario, a regatear el precio de la manutención y el alquiler de la vivienda, o a utilizar los recursos asistenciales públicos⁹⁴. En los núcleos urbanos, las posibilidades de aprendizaje de un oficio manual cualificado eran mayores ya que eran aquí donde se aglutinaban los talleres artesanales y se vendían las piezas realizadas. Además, y como diferencia sustancial, la sociedad urbana española del siglo XIX disfrutó de unas tasas de alfabetización, aún siendo muy inferiores a las europeas, muy superiores a las del

⁹² RUIZ DE AZÚA, E.: *Los vascos en Madrid a mediados del siglo XIX*, Delegación en Corte, Dpto. de Publicaciones, 1995, Madrid; PÉREZ SERRANO, J., ROMÁN ANTEQUERA, A. y MUÑOZ DE ARENILLAS VALDÉS, A.: “El cambio hacia la industria naval en el saco “interior” de la Bahía de Cádiz (1885-1935)”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 45-74.

⁹³ CARBALLO BARRAL, B., VICENTE ALBARRÁN, F. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “La ciudad de las oportunidades. Inmigración, vida y trabajo en el Madrid de la Restauración”, FUENTES NAVARRO, M^a C. (ed.) *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Universidad de Granada, 2010, recurso electrónico.

⁹⁴ SERRALLONGA i URQUIDI, J. y BONAMUSA GASPA, F. (coords.): *La sociedad urbana en la España contemporánea*, Asociación de Historia Contemporánea, Barcelona, 1994.

ámbito rural⁹⁵. Los jóvenes que nacieron o crecieron en otras urbes españolas llegaron a Madrid alfabetizados en mayor proporción que los de origen rural, mejorando exponencialmente sus posibilidades de integración laboral en la capital.

Lugar de procedencia	MUJERES			HOMBRES		
	Analfabetos	Alfabetizados	Diferencia	Analfabetos	Alfabetizados	Diferencia
Origen Urbano	38,46	61,54	23,08	16,46	83,54	67,07
Origen Rural	59,36	40,64	-18,72	31,79	68,21	36,43
Madrileños	30,08	69,92	39,84	20,21	79,79	59,57
MEDIA ESPAÑA	80,98	19,02	-61,97	62,68	37,32	-25,36

Figura 2.23. Alfabetización de la población inmigrante mayor de 14 años recién llegada a la capital (menos de dos años) teniendo en cuenta su sexo y origen (urbano o rural) y su relación con la alfabetización de la población madrileña (1876-1878). En el grupo de la población alfabetizada se han incluido también a aquellos que sólo sabían leer. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1878 y el censo nacional de 1877, INE.

En las ciudades, las fuerzas y agentes externos al individuo que pugnaban por lograr su alfabetización, tales como el Estado o la modernización de la actividad económica, fueron más intensas que en el campo, donde leer y escribir no era imprescindible para llevar a cabo las tareas agrícolas y ganaderas por lo que carecía de la valoración y el apoyo familiar. Además, en las áreas rurales la función alfabetizadora que debía desempeñar el Estado fue delegada a sus municipios, los cuales arruinados por las medidas desamortizadoras liberales fueron incapaces de llevar a cabo el más mínimo plan de alfabetización de sus habitantes⁹⁶. A pesar de las irregularidades evidentes en las respuestas dadas por la población en las hojas de empadronamiento municipal, la tendencia mostrada por los dispares niveles de alfabetización mostrados entre los inmigrantes en general, tanto en relación a su sexo como a su familiaridad con la sociedad urbana, refuerzan la tesis de que los individuos que protagonizaban los movimientos migratorios eran los más preparados, estaban más instruidos y cualificados (incluso más que el conjunto de la población madrileña) que los que echaban raíces en sus lugares de origen. Además, en una época de profundas transformaciones económicas, demográficas y sociales, entre los individuos que protagonizaron la modernización de los movimientos migratorios interiores españoles, aquellos que habían nacido en núcleos urbanos y que habían disfrutado de unas posibilidades de aprendizaje e instrucción educativa superiores a las del mundo rural adquirieron una ventaja cualitativa e intangible, pero valorada por un mercado laboral urbano como el madrileño⁹⁷.

⁹⁵ BORRÁS LLOP, J. M^a: “Zagales, pinches, gamenes... Aproximación al trabajo infantil” en *Historia de la infancia en la España Contemporánea (1834-1936)*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1996; “El trabajo infantil en el mundo rural español, 1849-1936”, en MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M. (coord.): *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX*, Universidad de Alicante, Alicante, 2002, pp. 497-548; SARASÚA GARCÍA, C.: “El acceso de niños y niñas a los recursos educativos en la España rural del siglo XIX”, en MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M. (coord.): *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX, Op. Cit.*, pp. 549-612; TIANA FERRER, A.: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, CIDE, 1992, Madrid.

⁹⁶ VIÑAO, A.: “La alfabetización en España: un proceso cambiante de un mundo multiforme”. MORENO MARTÍNEZ, P.L. y NAVARRO GARCÍA, C. (coords.) *Perspectivas históricas de la educación de personas adultas*. Vol. 3, N°1. Universidad de Salamanca, 2009, pp. 5-19.

⁹⁷ PALLOL, R., CARBALLO, B y VICENTE, F.: “Inmigración y mercado de trabajo en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX”, *Revista de Demografía Histórica*, XXVIII, I, 2010, 2ª época, pp. 131-167.

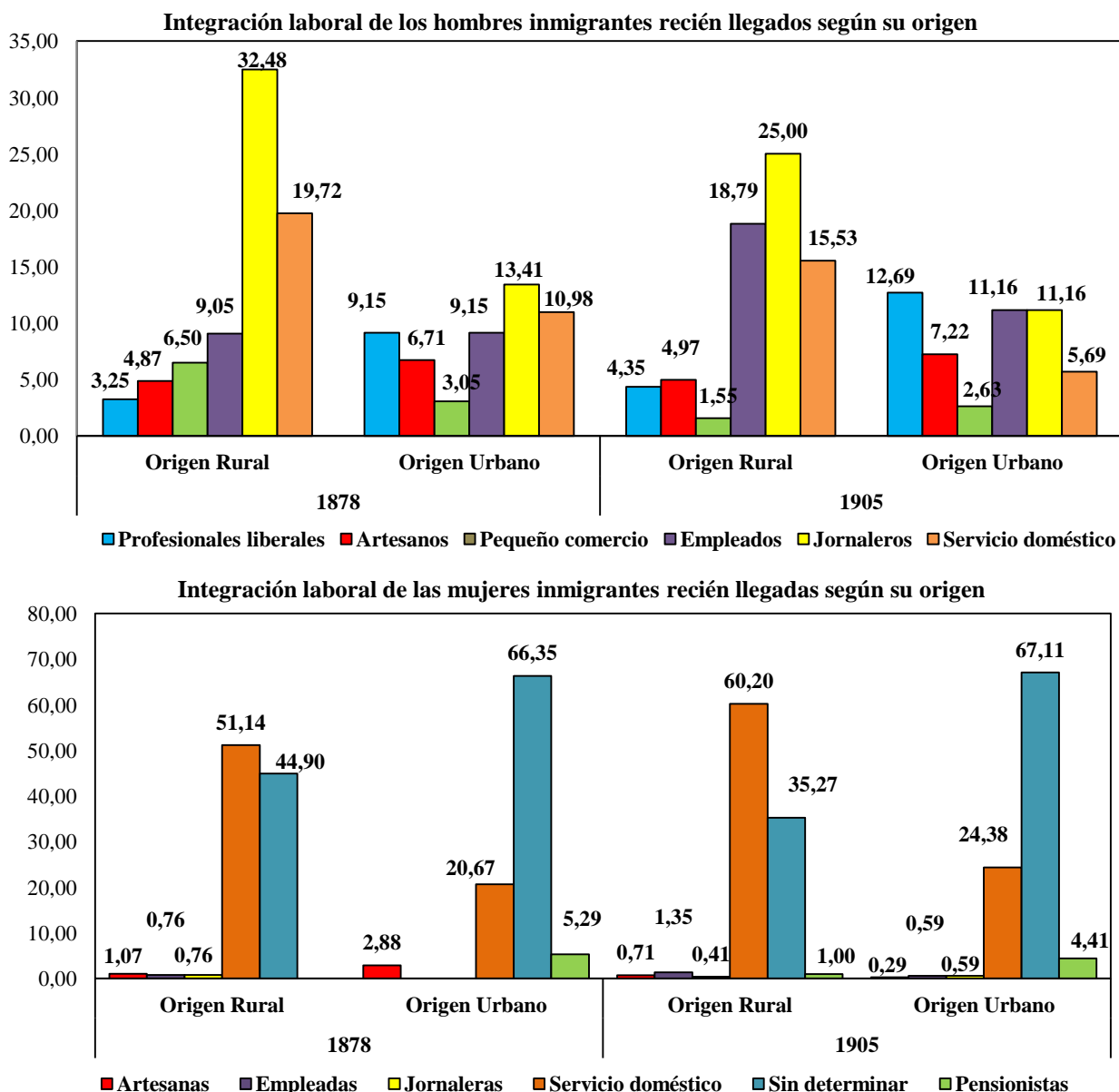
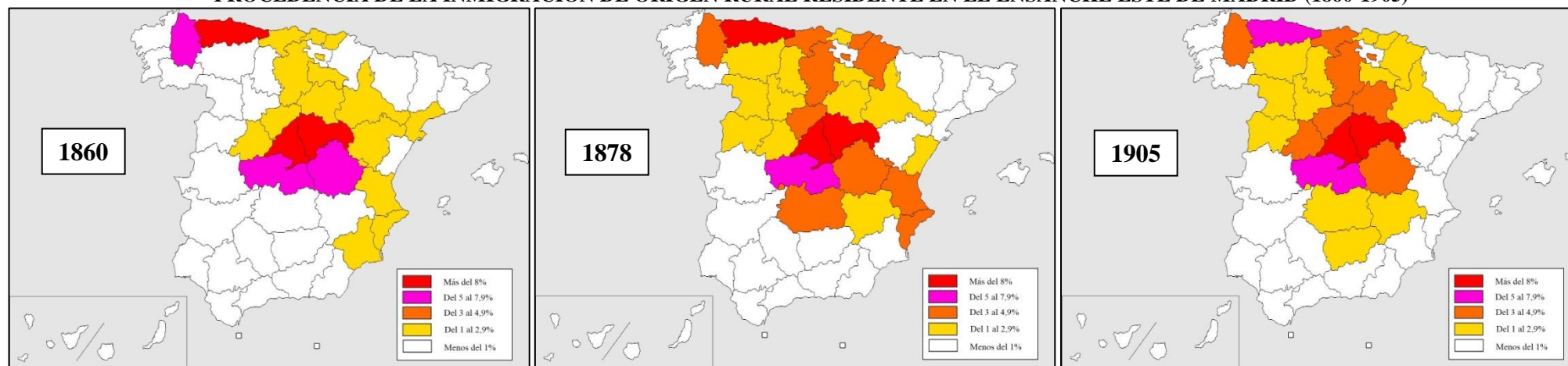


Figura 2.24. Elaboración propia a partir de los padrones municipales de Madrid de 1878 y 1905. AVM, Estadística. Inmigrantes varones y mujeres mayores de 14 años con menos de 2 años en la capital. Se ha considerado como población urbana a la nacida en núcleos de más de 10.000 habitantes.

La concentración de la actividad fabril y artesanal en las aglomeraciones urbanas, el mayor control y presión pública hacia la alfabetización infantil, y la creciente demanda ejercida por parte de la administración pública, las pequeñas sociedades privadas, los talleres y comercios familiares asentados en las ciudades de mozos de comercio, oficinistas y empleados que supieran llevar las cuentas, escribir la correspondencia o realizar inventarios, supuso la primera criba a sortear para aquellos inmigrantes rurales que vieron por primera vez *la ciudad*, un ente espacial y social que generaba sus propios códigos de conducta, procesos productivos, actividades de ocio, marcos de sociabilidad política, etc. La *urbanización del comportamiento* y de la cualificación laboral fue más ardua para aquellos que se enfrentaron a ella por primera vez que para los que habían crecido en ella⁹⁸.

⁹⁸ DE VRIES, J.: “La ciudad en su contexto”, *Manuscripts*, nº15, Barcelona, 1997, pp. 207-220.

PROCEDENCIA DE LA INMIGRACIÓN DE ORIGEN RURAL RESIDENTE EN EL ENSANCHE ESTE DE MADRID (1860-1905)



PROCEDENCIA DE LA INMIGRACIÓN DE ORIGEN URBANO RESIDENTE EN EL ENSANCHE ESTE DE MADRID (1860-1905)

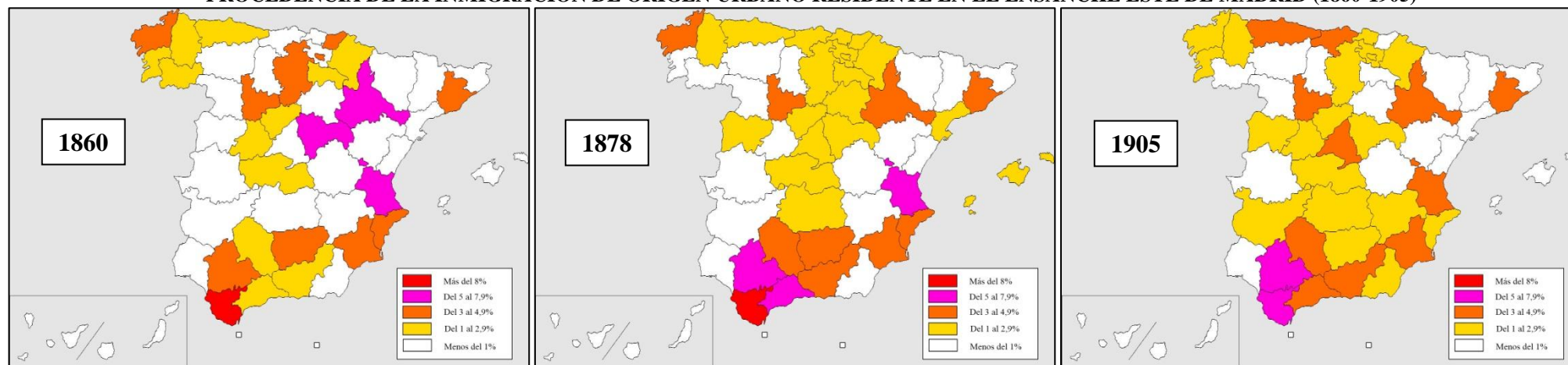


Figura 2.25. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1860, 1878 y 1905 y su correlación con los censos nacionales de 1860, 1877 y 1900, INE. Se ha considerado origen urbano aquellos habitantes nacidos en capitales de provincia y en núcleos de población superiores a los 10.000 habitantes.

Además, la formación de nuevos profesionales para cubrir la demanda de los nuevos organismos creados por la administración pública, el nacimiento de las cámaras de comercio, los principales centros de enseñanza profesional, las escuelas de ingeniería, arquitectura o ciencias naturales, y las distintas academias militares se hallaban diseminadas por las ciudades españolas, con una cierta concentración en su capital, Madrid⁹⁹. De cada hornada de nuevos licenciados, ingenieros, notarios, arquitectos, técnicos industriales, etc. que salían de las promociones de estos centros, una parte de ellos alzó el vuelo hacia Madrid, donde la demanda fue constante a lo largo del proceso de modernización e industrialización económica del país iniciado desde mediados de siglo, durante el cual careció del capital humano nacional necesario (producido a un ritmo más lento del que la economía requería) y se vio obligado a importarlo del extranjero¹⁰⁰.

Esta inmigración eminentemente cualificada, formada por profesionales liberales, militares de carrera y altos cargos de la administración pública, escenificó la diferencia cualitativa respecto a la inmigración procedente del mundo rural. Armados de una especialización intelectual y un título profesional bajo el brazo en una economía nacional adoleciente de ambas, adquirieron conciencia de sus posibilidades económicas en la capital del Estado y se encaminaron hacia ella en busca de una primera colocación, para ascender en el escalafón socioeconómico o por requerimiento de la burocracia estatal, a un ritmo cada vez mayor y procedentes no de las ciudades más cercanas a la capital, sino de núcleos urbanos de relevancia regional como Barcelona, Valencia, Valladolid, Bilbao, Sevilla, Zaragoza o las aglomeraciones urbanas comerciales y mineras gaditanas y asturianas. Abogados, ingenieros de todas las especialidades, arquitectos, notarios, periodistas, escritores, fiscales y catedráticos, entre otros, formados en ciudades de todo el país, nutrieron estos segmentos del mercado de trabajo madrileño. Esta tipología migratoria, integrada por individuos especializados en realizar actividades en las que imperaban el aporte intelectual en vez del manual, el conocimiento científico y la técnica, no despuntó en la segunda mitad del siglo XIX por su cuantía entre el océano de inmigrantes rurales con poca o nula cualificación que llegaron a la capital con la intención de instalarse definitivamente, pero sí por el valor cualitativo que añadió a una economía madrileña inmersa en un profundo proceso de

⁹⁹ A modo de ejemplo de la abundante bibliografía existente a tal efecto: ZUBERO, L. G., BISECAS, J. A., FORCADELL, C. y FERNÁNDEZ, E.: *Industrialización y enseñanza técnica en Aragón, 1895-1995: cien años de escuela y profesión*. Zaragoza: Colegio Oficial de Ingenieros Industriales de Aragón-Diputación Provincial de Zaragoza, 1996; SÁNCHEZ RON, J. M.: *Cinzel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*. Taurus, Madrid, 1999; MELCON BELTRÁN, J. *La formación del profesorado en España (1837-1914)*, Mterio. de Educación y Ciencia, Madrid, 1992; LUSA MONFORTE, G. "La creación de la Escuela Industrial Barcelonesa (1851)", en *Quaderns d'Història de l'Enginyeria*, Escola Superior d'Enginyers Industrials de Barcelona, 1996, vol. I, pp. 1-52; CANO PAVÓN, J. M.: "La enseñanza de la Ingeniería Industrial en España entre 1850 y 1868. La Escuela Industrial de Sevilla", en *Llull*, Zaragoza, vol. 19, 1996, pp. 27-49; "La Escuela Industrial de Comercio y de Náutica de Cádiz (1851-1863)", en *Llull*, Zaragoza, vol. 23, 2000, pp. 5-36; "La Escuela especial (1855-1860) y de industria y náutica (1855-1860) de Gijón", en *Llull*, Zaragoza, vol. 22, 1999, pp. 51-74; "La escuela Industrial de Valencia", en *Llull*, Zaragoza, vol. 20. 1997, pp. 117-142.

¹⁰⁰ MALUQUER DE MOTES, J.: "Crisis y recuperación económica en la Restauración (1882-1912)", COMÍN, Fco.; HERNÁNDEZ, Mauro y LLOPIS, Enrique (eds.): *Historia económica de España. Siglos X-XX*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 243-284; CARBALLO, B.: "Aires de cambio en el mercado laboral madrileño. El Ensanche Este de Madrid a la altura de 1900", en AA. VV.: *El trabajo y la memoria obrera. IX Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Asociación de Amigos del Archivo Histórico de Guadalajara, Madrid, 2011, formato digital; "El papel de los profesionales liberales en el mercado laboral de Madrid. (1900-1930)", *III Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, AHC, Vitoria, 2011 (en prensa).

modernización. Dicho aporte migratorio de origen preeminentemente urbano y altamente cualificado en el trabajo intelectual encarnó el sedimento sobre el que se fue asentando la transformación de la economía madrileña en una ciudad de servicios moderna, proceso que no cristalizó hasta bien entrado el siglo XX, hasta la favorable coyuntura que la neutralidad en la Gran Guerra supuso para el país.

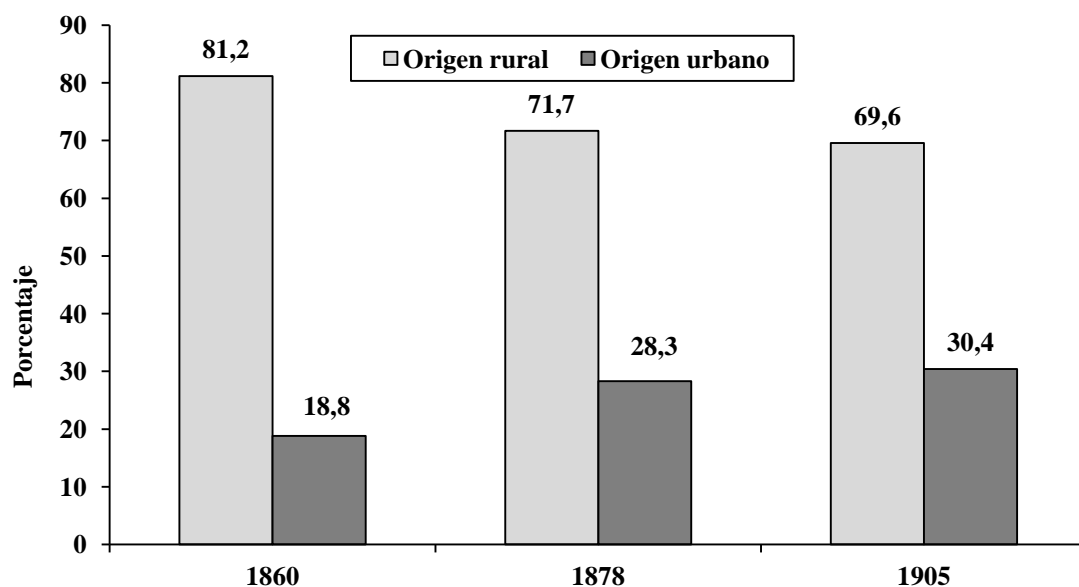


Figura 2.26. Evolución de la inmigración de origen urbano hacia Madrid. Elaboración propia a partir de los datos extraídos de los padrones municipales de 1860, 1878 y 1905. AVM, Estadística.

Uno de los ejemplos más ilustres de esta realidad fue el del cartagenero Marcos Jiménez de la Espada, *naturalista*, como él mismo se denominó en el padrón de Madrid de 1878. Marcos nació en la localidad gaditana en 1831 y fue hijo de un empleado público por el cual pasó media juventud viajando de un destino a otro, pasando por Valladolid, Barcelona y Sevilla. Una vez instalado su padre en Madrid, Marcos inició en 1850 sus estudios de Ciencias Naturales, labrándose desde entonces una dilatada carrera colmada de grandes logros científicos. Integrante de la Comisión Científica del Pacífico (1862-1865), de entre sus investigaciones descolló el descubrimiento de nuevas especies de animales americanas. De vuelta a España, estableció su residencia en la capital, donde realizó su labor científica en el Museo de Ciencias Naturales y cofundó la Sociedad Española de Historia Natural y la Sociedad Geográfica de Madrid. Más allá de la proyección internacional de sus obras, Marcos Jiménez de la España es un ejemplo palpable de la inmigración urbana cualificada que enriqueció Madrid¹⁰¹. Otro ejemplo fue el de Pedro Miguel Artiñano Galdacano, quien en 1904 y recién adquirido el título de ingeniero industrial en la Escuela de Ingenieros de su ciudad natal, Barcelona, emigró a Madrid donde obtuvo una plaza de 2.000 pesetas anuales en la Escuela Central de Ingenieros de la capital, un sueldo inicial que se incrementaría con el tiempo. Pedro llegó a la ciudad con 25 años, y al año siguiente trajo a su esposa y a su cuñada, también barcelonesas, María y Trinidad Mulleras Márquez. Su entrada en la ciudad fue halagüeña, con un puesto bien considerado socialmente, acorde a sus estudios y bien remunerado, ya que la familia residía en 1905 en un tercero del nº 5 de la elitista calle Villanueva, en el barrio del Conde de Aranda, por el que pagaban 75 pesetas mensuales, y todavía les sobraba para tener contratada a Francisca González Frías, una muchacha

¹⁰¹ LÓPEZ-OCÓN, L.; PÉREZ-MONTES, C. M^a (editores): *Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898). Tras la senda de un explorador*, CSIC, Madrid, 2000.

de 22 años y natural de Cabezuela, pueblo de la provincia de Segovia, como sirvienta interna. Pero el caso de Pedro Miguel no era el único. Vecino suyo era el joven abogado valenciano José Jorro Miranda, quien con 29 años abandonó en 1903 la ciudad del Turia para aventurarse en el gran Madrid junto a su esposa Josefa Beneyto, natural de Altea, Alicante, y sus dos hijos pequeños. Allí y tras un primer domicilio en el barrio de Goya, José logró abrir su propio *despacho de abogados* en el principal derecha de la calle Conde de Aranda nº 13, domicilio a su vez del matrimonio¹⁰². Marcos Jiménez de la Espada, Pedro Miguel Artiñano Galdacano o José Jorro Miranda son ejemplo de los cientos de personas que se dirigieron a la capital para recibir o desempeñar una profesión científica, técnica o artística, tales como el valenciano Vicente Blasco Ibáñez, el sevillano Carlos María de Castro, el canario Benito Pérez Galdós, el ilustrador y grafista zaragozano Luis Palao Ortuña o el pintor asturiano y catedrático de Arte decorativo de la Escuela de Artes y Oficios de Madrid desde 1901 Luis Menéndez Pidal.

La demanda de profesionales, burócratas, artistas y científicos que generó tanto el país como Madrid procedió de la compleja construcción del Estado liberal, la industrialización de las estructuras económicas heredadas del siglo anterior, el proyecto de modernización de las infraestructuras y comunicaciones del país y el lento avance hacia la sociedad de masas y el liberalismo político¹⁰³. Significó la aparición de un contingente migratorio de nuevo cuño acorde a la aparición de nuevas demandas, pero a unos cuantos escalones de distancia del escalafón socioeconómico de esos movimientos migratorios protagonizados por las familias encabezadas por propietarios y rentistas, banqueros, familias aristocráticas, grandes comerciantes e influyentes políticos, conocidos en Madrid desde el mismo momento en que fue nombrada sede de la Corte en 1561 y aún vigente a finales del siglo XIX¹⁰⁴. En el Ensanche Este de la capital residieron algunos de estos miembros de la aristocracia de la sangre y del dinero, como el gaditano José de Salamanca Mayol, el valenciano José Campo Pérez, el bilbaíno Rodrigo Uhagón Vedia, el soriano Jacinto Ruiz Ibarra o el vizcaíno Francisco de las Rivas Ubieta o el jienense Diego Coello Quesada, todos ellos banqueros, propietarios, comerciantes y partícipes de la política liberal desde sus asientos de diputados, senadores e incluso ministros, situados en lo más alto de la bóveda social madrileña y española, denominada por la prensa de la época el “Todo Madrid”, y descrita con sarcasmo por la pluma mordaz de Palacio Valdés en *La Espuma*¹⁰⁵.

Pero los núcleos urbanos españoles no fueron meras islas de trabajo cualificado que exportar a la capital. En primer lugar, no eran ellas las que exportaban ese capital

¹⁰² Los datos relativos a las familias Artiñano Mulleras y Jorro Beneyto han sido extraídos del padrón municipal de Madrid de 1905. AVM, Estadística.

¹⁰³ VILLACORTA, F.: *Profesionales y burócratas: estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Siglo XXI, Madrid, 1989; DEL MORAL RUIZ, J., PRO RUIZ, J. y SUÁREZ BILBAO, F.: *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007; BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Atlas histórico de las comunicaciones en España, 1700-1998*, Correos y Telégrafos, Madrid, 2002.

¹⁰⁴ RINGROSE, D.: “Ciudad, país y revolución burguesa: Madrid, del siglo XVIII al siglo XIX”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L.E. (Eds.) *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1, Madrid, Alfoz- Comunidad de Madrid-UCM, 1986, pp. 299-324. CRUZ, J.: *Los notables de Madrid: las bases sociales de la revolución liberal española*, Alianza, Madrid, 2000.

¹⁰⁵ BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*. Siglo XXI, 1978, Madrid, pp. 144-145; PALACIO VALDÉS, A. (edición de GÓMEZ FERRER, G.): *La espuma*, Castalia, Madrid, 1990.

humano sino Madrid la que lo fagocitaba y además, el trasvase no fue unidireccional, ya que a medida que la ciudad ganó terreno como centro nodal de comunicaciones, redistribuidor de recursos y materias primas, capitales y prebendas políticas al ser capital del Estado, también se consolidó como el mayor mercado difusor de capital humano¹⁰⁶. Y segundo, entre los inmigrantes urbanos también hubo trabajadores manuales con cualificación y sin ella (artesanos y jornaleros), pequeños comerciantes y sirvientes domésticos, procedentes en mayor medida de unos núcleos de población más pequeños y con menos atribuciones judiciales, administrativas y comerciales que las capitales de provincia.

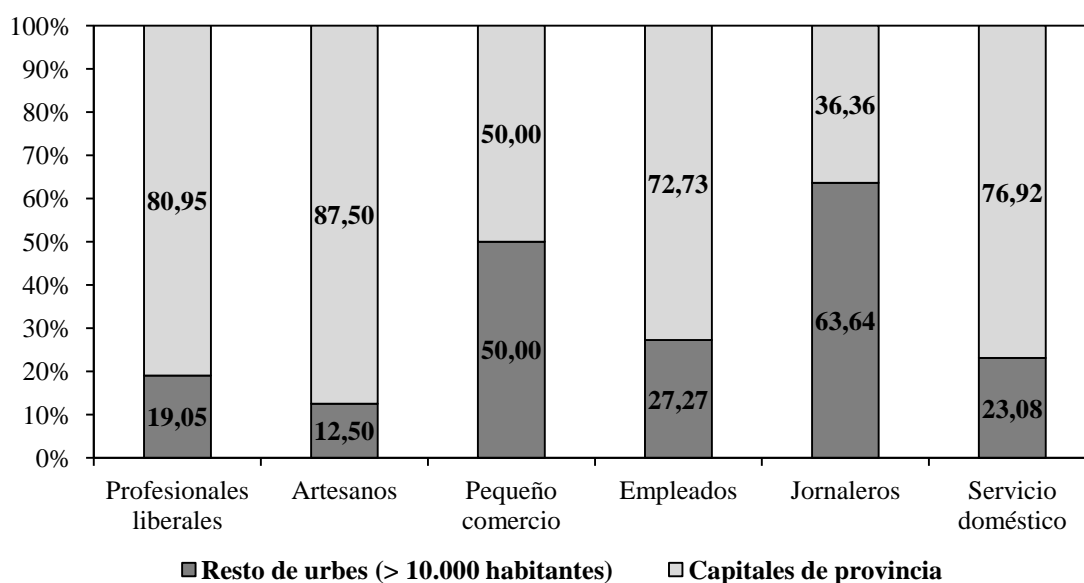


Figura 2.27. Diferencias en el lugar de nacimiento de la inmigración urbana masculina según su profesión (1878). Hombres mayores de 14 años con menos de 2 años de residencia en la capital. El epígrafe “Resto de urbes” recoge a los nacidos en núcleos de población españoles de más de 10.000 habitantes que no eran capitales de provincia. Datos porcentuales. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1878. AVM, Estadística.

Entre los primeros, la motivación por triunfar en un mercado más dilatado y ampliar sus márgenes de beneficios pudo estar detrás de aquellos que emprendieron tales movimientos migratorios. José Soldevilla Castillo fue uno de aquellos que lo lograron. Nacido en Lérida en 1829 y tras aprender el oficio de zapatero de joven, decidió probar fortuna en una plaza más ambiciosa como Barcelona, donde la competencia era mayor, pero el pastel a repartir más suculento. Allí completó su formación artesanal trabajando a jornal en distintos talleres de zapatería de la ciudad condal durante tres años, tiempo en el que germinó en su cabeza el proyecto de marchar a Madrid, a la plaza más grande de todas. A ella arribó con sólo 22 años un joven zapatero lleno de ideas pero carente de experiencia como dueño de un taller propio. Los inicios en la capital no fueron prometedores, ya que nada nuevo se le ofreció en sus

¹⁰⁶ CARBALLO, B., PALLOL, R., VICENTE, F., SAN ANDRÉS, J. y GONZÁLEZ, D.: “Al calor del *moderno Madrid*. La capital y su *hinterland*, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.) *Ayer y hoy en discusión*, Op. Cit.; CARBALLO, B., PALLOL, R., SAN ANDRÉS, J. y VICENTE, F.: “Madrid y su *hinterland*: redes sociales, capital humano y modernización urbana (1860-1905)”, en *Coloquio sobre la ciudad y la modernización en la España contemporánea*, Cádiz, 2009 (actas en prensa); PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011.

inicios salvo seguir siendo oficial zapatero a cargo de otros. Tras varios años de espera, Soldevilla pudo ahorrar el dinero y atesorar la suficiente experiencia como para embarcarse en la apertura de su propio taller de calzado, que situó en la céntrica calle de Jacometrezo, ya en 1867. El emprendedor José Soldevilla introdujo maquinaria moderna para lograr una fabricación del calzado tan eficiente y rápida que pronto tuvo que mudarse a un local más grande en el Ensanche Norte para albergar a sus más de 50 operarios, y hasta sus logros saltaron a las páginas de la prensa auspiciadas por la Sociedad Matritense de Amigos del País en 1874¹⁰⁷.

No obstante, independientemente de la apreciable aportación cualitativa de los movimientos migratorios urbanos de profesionales, técnicos, empleados y científicos cualificados hacia Madrid, fue la llegada de cientos de familias rurales con escasa cualificación manual los que fraguaron el devenir socioeconómico de la ciudad hasta principios del siglo XX¹⁰⁸. Esta nutrida inmigración hacia la capital, hija de la necesidad y no del deseo de promoción social, estuvo protagonizada principalmente por familias campesinas que habían caído en la proletarización como consecuencia de la reforma agraria liberal y los primeros pasos hacia la producción capitalista del campo¹⁰⁹, aunque tampoco faltaron aquellos procedentes de *agrociudades* andaluzas y murcianas como Lorca, Jumilla, Antequera, Andújar, Baeza o Mula¹¹⁰. Esta corriente migratoria fue la más profusa de las que recibió Madrid durante la segunda mitad del siglo XIX y dio origen a la jornalerización del mercado laboral madrileño, cajón de sastre de los trabajadores manuales no cualificados llegados a la ciudad, quienes encontraron ocupación en el ferrocarril, la construcción de infraestructuras y viviendas, en el transporte de mercancías y mudanzas, etc. Fue a este segmento laboral donde la falta de preparación y experiencia en los mercados urbanos abocó a los hombres nacidos en el mundo rural, en una proporción muy superior a los nacidos en núcleos urbanos (la diferencia era de un 19% en 1878 y algo más reducida, un 14%, en 1905), un proceso global que afectó a todas las ciudades españolas en mayor o menor proporción, tiñendo sus calles, sus mercados de trabajo y sus respectivas hojas de empadronamiento de la manida voz de *jornalero* urbano, tan elocuente para conocer la baja cualificación laboral del individuo, su escaso jornal y la volatilidad de su ocupación, para abordar qué actividad laboral específica realizaban¹¹¹.

La lenta pero constante modernización de la estructura económica de la capital no sólo atrajo a su alrededor a gentes del campo sino que comenzó a demandar una mayor y más variada mano de obra cualificada como consecuencia de la consolidación

¹⁰⁷ DÍAZ Y PÉREZ, N.: *Memoria acerca de la Fábrica de Calzado de D. José Soldevilla y Castillo*, Establecimiento tipográfico del Eco del Siglo, Madrid, 1874, pág. 7. PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2009.

¹⁰⁸ CARBALLO BARRAL, B.: “El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900” en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano, Op. Cit.*, pp. 69-93; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital. Op. Cit.*

¹⁰⁹ GONZÁLEZ DE MOLINA, M., MARTÍNEZ MARTÍN, M., ORTEGA SANTOS, A., MARTÍNEZ LÓPEZ, D. y GÓMEZ OLIVER, M.: “Propiedad y explotación en la historia agraria de Andalucía. Una visión de conjunto”, en GONZÁLEZ MOLILNA, M. (Ed.): *La Historia de Andalucía a debate*, Anthropos, Barcelona, 2002, pp. 61-87.

¹¹⁰ LÓPEZ ONTIVEROS, A.: “La agrociudad andaluza: caracterización, estructura y problemática”, en *Revista de Estudios regionales*, nº 39, Málaga, 1994, pp. 59-91.

¹¹¹ En junio de 2011 se organizó en la Facultad de Geografía e Historia de la UCM un encuentro de trabajo titulado *El estudio de los mercados de trabajo en la España Contemporánea. Fuentes estadísticas y análisis en perspectiva europea*, en el que distintos grupos de investigación con similar metodología constataron este evidente proceso de jornalerización de los mercados laborales urbanos del siglo XIX.

de su papel como ciudad de servicios, capital política y centro redistribuidor de recursos a escala nacional. En el caso de los terrenos del Ensanche, a estos factores generales de cambio se les unió un tercero, ligado a su específica naturaleza: su urbanización y progresiva incardinación en el proceso de segregación socioespacial que se inició en la ciudad desde mediados de siglo. La transformación de su fisonomía, pasando de ser una mera franja de paradores y huertas extramuros en la década de los 50 a albergar una buena parte de la nueva oferta residencial burguesa de la ciudad al finalizar el siglo XIX, también influyó considerablemente en la naturaleza de los nuevos residentes del Ensanche Este. La inercia de unos movimientos migratorios interiores peninsulares que desde ámbitos rurales se dirigieron hacia las ciudades con una vocación más permanente que temporal o estacional, los pasos dados por la ciudad hacia su modernización económica, y la integración efectiva de parte del Ensanche Este en la capital, quedó reflejada en la intensa modificación de su estructura poblacional acaecida a lo largo de la segunda mitad de siglo XIX y cincelada por viejas y nuevas formas de emigrar. Sin embargo, la edad, el sexo, el origen de procedencia y su experiencia y cualificación en el mundo urbano, si bien eran factores incidentes en la integración efectiva de estos inmigrantes, no fueron los únicos ni, en ocasiones, los más influyentes.

2.3. Redes de seguridad en la gran ciudad: la solidaridad de la familia, el parentesco y el paisanaje.

En Ersilia, para establecer las relaciones que rigen la vida de la ciudad, los habitantes tienden hilos entre los ángulos de las casas, blancos o negros o grises o blanquinegros según indiquen relaciones de parentesco, intercambio, autoridad, representación. Cuando los hilos son tantos que ya no se puede pasar entre medio, los habitantes se van: se desmontan las casas; quedan sólo los hilos y los soportes de los hilos. Desde la ladera de un monte, acampados con sus trastos, los prófugos de Ersilia miran la maraña de los hilos tendidos y los palos que se levantan en la llanura. Y aquello es todavía la ciudad de Ersilia, y ellos no son nada. Vuelven a edificar Ersilia en otra parte. Tejen con los hilos una figura similar que quisieran más complicada y al mismo tiempo más regular que la otra. Después la abandonan y se trasladan aún más lejos con sus casas. Viajando así por el territorio de Ersilia encuentras las ruinas de las ciudades abandonadas, sin los muros que no duran, sin los huesos de los muertos que el viento hace rodar: telarañas de relaciones intrincadas que buscan una forma.

CALVINO, I.: *Las ciudades invisibles*, 1972.

Madrid fue la urbe española que más población inmigrante acogió durante la segunda mitad del siglo XIX, una cifra en aumento desde el ecuador de la centuria. Miles de emigrantes procedentes de pequeños pueblos, modestas ciudades y capitales de provincia atravesaron diariamente sus contornos para establecerse en sus barrios. Detrás de cada movimiento migratorio, las circunstancias económicas y familiares, los anhelos, las esperanzas y los miedos, el origen rural o urbano y la instrucción recibida, el sexo, la distancia recorrida y la compañía, la edad o la experiencia laboral atesorada variaron ostensiblemente, moldeando las múltiples posibilidades de integración económica, social, familiar, residencial y cultural en la gran ciudad de cada inmigrante. Tener que dejar atrás a tus amigos y parientes, a tu familia, tu hogar y, en la mayoría de los casos, trocar una vida en el campo por el bullicio de la capital, era duro. Sin lugar a dudas, emigrar era una decisión difícil y sopesada (lo que no quiere decir que siempre se

tomara la mejor opción ni que todo movimiento migratorio fuera por definición racional), en la que se intentaba valorar en su justa medida tanto los pros como los contras, las posibilidades de éxito y de fracaso, cuándo era el mejor momento para dar el salto, para cuánto tiempo, qué miembros de la familia, hacia qué dirección, etc. Para implementar sus opciones de éxito, los inmigrantes echaron mano de los distintos canales de información y contacto disponibles para recibir esa función de auspicio traducida en búsqueda de alojamientos baratos y cómodos, contactos laborales y de ocio o el trasvase de información, productos y noticias de los respectivos lugares de origen, tan necesaria en una gran urbe como Madrid. Cada inmigrante intentó reconstruir en la ciudad esa tupida telaraña de relaciones sociales que cada individuo crea en sus lugares de residencia a lo largo de su vida, de igual modo que los habitantes de la imaginaria ciudad de *Ersilia* creada por Calvino tejían una y otra vez esa *maraña de hilos tendidos*, testigos de excepción de unos vínculos relacionales que les unían entre sí. Las madejas de donde surgían cada uno de esos hilos que conformaban esa especie de red de seguridad para el salto hacia el vacío que el inmigrante daba al dirigirse hacia Madrid, fueron principalmente dos: por un lado la familia y el parentesco y, por el otro, el paisanaje¹¹².

2.3.1. Lazos de sangre. Una integración en torno a la familia.

Afrontar el reto de integrarse en una ciudad desconocida, en un mundo urbano en el que la mayor parte de los inmigrantes, de origen rural, se sentía extraño y desorientado, era peliagudo. Y más si había que hacerlo solo, sin la ayuda de nadie. Por ello, fueron clara mayoría aquellos movimientos migratorios que se realizaron en compañía, ya fuera de algún miembro de la propia familia (hijos, cónyuges, hermanos, padres, etc.) o parientes más o menos cercanos (sobrinos, tíos, primos). Desde mediados de siglo, la proporción de inmigrantes que se integró en la capital en un hogar con un núcleo familiar asentado no hizo más que aumentar, consolidando una inmigración interior permanente en la que los lazos de sangre y el parentesco se erigieron como la estrategia primordial de integración residencial no sólo en Madrid, sino también en los principales núcleos urbanos españoles¹¹³. De hecho, la emigración a la ciudad tuvo “*muy poco de hecho individual, aislado. Fue excepcional el emigrante que inició su desplazamiento sin ningún contacto en el lugar de destino. De hecho, muchos de los emigrantes lo fueron por iniciativa de padres o familiares, que les acompañaron y dejaron colocados en la ciudad. Otros aprovecharon la mayor experiencia de vecinos o*

¹¹² CARBALLO BARRAL, B.: “Redes familiares en la inmigración hacia el Ensanche Este de Madrid (1860-1878)” en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 201-216.

¹¹³ PAREJA ALONSO, A.: “Un viaje en familia”, en PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K., *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Op. Cit., pp. 115-134; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares, 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 2003; MENDIOLA, F.: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)...*, Op. Cit.; SAN ANDRÉS, J.: “Estructuras domésticas y estrategias familiares en la Castilla urbana: en torno a la familia arriacense en el último tercio del siglo XIX”, en LEVI, G. (ed. lit.): *Familia y organización social en Europa...*, Op. Cit., pp. 217-230; GONZÁLEZ PORTILLA, M. y URRUTIKOETXEA LIZARRAGA, J.: *Vivir en familia, organizar la sociedad. Familia y modelos familiares: las provincias vascas a las puertas de la modernización (1860)*. Univ. del País Vasco, Bilbao, 2003.

parientes para trasladarse con ellos” a Madrid¹¹⁴. La inserción familiar de los que llegaron a la ciudad desde mediados del siglo XIX fue en aumento respecto a aquellos que lo hicieron en hogares ajenos a dicha lógica, significando cerca de las dos terceras partes del contingente inmigrante en 1905 si incluimos a aquellos que fueron acogidos por sus parientes. Y eso, aún a pesar de que algunos barrios del Ensanche Este ya se habían convertido a principios del siglo XX en barrios acomodados y burgueses, lo que hizo aumentar el número de inmigrantes sirvientes a la par que redujo la figura de los realquilados, aquellos que se vieron obligados a convivir con otros individuos o familias en la misma vivienda para compartir los gastos del alquiler¹¹⁵.

Formas de inserción en el hogar de los inmigrantes recién llegados a Madrid (1860-1905)				
Rol en el hogar	1858-1860	1876-1878	1903-1905	Diferencia 1860-1905
Cabezas de familia	11,05	14,41	11,32	0,27
Cónyuges	9,88	11,57	12,67	2,79
Hijos	17,73	20,94	26,14	8,41
Total nucleares	38,66	46,92	50,13	11,47
Parientes	7,85	12,52	12,27	4,42
Total Complejas	46,51	59,43	62,40	15,89
Servicio doméstico	25,87	28,10	30,61	4,74
Empleados	8,14	2,61	2,87	-5,27
Realquilados	17,15	8,37	2,94	-14,21
Otros	0,87	0,72	0,08	-0,79
Cabezas solos	1,45	0,77	1,10	-0,35
Total lógica no familiar	53,49	40,57	37,60	-15,89

Figura 2.28. Se ha tomado como unidad de análisis el conjunto de inmigrantes de cada padrón llegados en los dos últimos años para recoger con rigor el tipo de inserción residencial de los inmigrantes antes de que su rastro se difumine. Elaboración propia. Padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905. AVM, Estadística. Datos porcentuales.

La naturaleza vital de las familias y sus cambios compositivos a lo largo del tiempo trataban de asegurar la supervivencia de sus miembros, verdaderas unidades de solidaridad social en un contexto histórico en el que la asistencia estatal se reducía a las instituciones caritativas situadas en los núcleos urbanos españoles¹¹⁶. Por ello, las redes familiares de solidaridad se erigieron como el único eslabón garante de la supervivencia de sus componentes en momentos de crisis o transformaciones coyunturales, ya fueran de índole económica (ayuda monetaria o laboral) o vital (en la vejez, viudedad, enfermedades, etc.). Y empezar una nueva vida en un ámbito urbano de nuevo cuño como el Ensanche de Madrid sin duda lo era. Cientos de familias arribaron a la ciudad junto a sus hijos, sus hermanos y hasta sus ancianos padres para salvaguardar el

¹¹⁴ SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos, El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI, Madrid, 1994, pág. 49.

¹¹⁵ En el caso del Ensanche Sur, marcado por una ascendencia popular, el componente familiar fue aún más elevado, en torno al 70%, debido a que el porcentaje de recién llegados que se integraron como sirvientes no superó el 3%, y a pesar de que, en cambio, las filas de los realquilados engrosaron hasta el 24% en 1878. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2011.

¹¹⁶ REHER, D. S.: *La familia en España. Pasado y presente*. Madrid, Alianza, 1996. pp. 91-114.

bienestar familiar en la gran ciudad a través del esfuerzo, el trabajo y la cooperación mutua. Gracias, al fin y al cabo, a los lazos de sangre.

Tipo de familia	1860			1878			1905		
	M	I	Diferencia	M	I	Diferencia	M	I	Diferencia
Complejas	19,57	15,81	3,76	27,52	23,54	3,98	27,97	24,14	3,83
Con realquilados	6,52	17,09	-10,57	14,43	14,44	-0,01	6,95	7,57	-0,62
Familia nuclear	56,52	53,23	3,29	46,64	55,67	-9,03	58,69	60,79	-2,10
Hogares sin núcleo	17,39	13,87	3,52	11,41	6,35	5,06	6,39	7,50	-1,11

Figura 2.29. Composición de los hogares del Ensanche Este de Madrid (1860-1905)¹¹⁷. Elaboración propia. Padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905. AVM, Estadística. Leyenda: **M.** Hogares encabezados por cónyuges madrileños; **I.** Hogares encabezados por cónyuges inmigrantes.

La solidaridad familiar movilizaba a todos los miembros del hogar para salir del paso en momentos de estrechez. Así lo hicieron el matrimonio valenciano formado por Carlos Murgui Sancho y Ramona Gimeno Vergada, que contaban con 48 y 49 años de edad a su llegada a Madrid en 1874. Llegaron procedentes del pueblo de Casinos junto a sus tres hijas, Concepción, Josefa y Emilia, que contaban por aquel entonces con 18, 15 y 11 años de edad respectivamente, y a Ángel, un bebé de apenas unos meses de vida. La familia, consiguió alquilar un sotabanco del número 24 de la calle Claudio Coello por 15 pesetas mensuales. Todos los miembros del hogar tuvieron que ayudar a cuadrar un presupuesto familiar que distaba de ser holgado. El padre, Carlos, apenas traía al hogar dos pesetas el día que trabajaba en uno de los paradores del barrio de la Plaza de toros, por lo que su esposa Ramona se dedicó a hacer las veces de costurera, seguramente en el hogar, ya que el pequeño Ángel apenas tenía cuatro años en 1878, fecha en la que rellenaron la hoja del padrón. Sin embargo, el presupuesto familiar seguía siendo tan estrecho e inestable que las tres hijas de este matrimonio, Concepción, Josefa y Emilia también aprendieron y desempeñaron las labores de la costura al lado de su madre. Seguramente formaron parte de la producción textil a domicilio o *putting out*, realizando encargos para las pequeñas tiendas del barrio o del centro de la ciudad, todo ello sin olvidar aquellos pequeños remiendos y pedidos de nuevas prendas que realizaran para alguno de sus vecinos que disfrutasen de una posición económica más holgada. El coser era uno de los pocos trabajos remunerados en los que las mujeres podían ganar algún dinero y a la vez permanecer en el hogar para cuidar a sus hijos pequeños, en este caso al pequeño Ángel¹¹⁸.

¹¹⁷ La clasificación familiar utilizada ha tomado la base de la que Peter LASLETT presentó por primera vez en 1972 en *Household and Family in Past Time*, Cambridge University Press, Cambridge, especialmente pp. 28-40. La tipología familiar que elaboró se basó en una séxtuple división de sus estructuras: “solitarios”, “sin estructura familiar”, “nucleares”, “extensas”, “múltiples” y “sin estructura determinada”. Esta clasificación ha sido la base, con algunas modificaciones, de todas las investigaciones de la historia de la familia realizadas desde su divulgación. Los retoques efectuados en este modelo canónico se han centrado en la figura de los realquilados, personas que conviven en un hogar con cuyos miembros no poseen ningún vínculo de parentesco, que no fueron exhaustivamente analizados por Laslett pero que adquieren una gran relevancia en los contextos familiares urbanos del siglo XIX. Además, los miembros del servicio doméstico no han sido contabilizados en esta estadística familiar debido a su especificidad laboral y a su carácter temporal ya que distorsionaría enormemente la composición familiar, al reducir todas las categorías y engrosando artificialmente la de familias con realquilados.

¹¹⁸ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1878.

En ocasiones, la decisión de emigrar era tomada por distintos núcleos familiares emparentados entre sí, cuyos integrantes optaban por enfrentarse juntos al fenómeno de la migración para contrarrestar en la medida de lo posible elementos negativos como la dificultad de interacción social, la carencia de vínculos familiares o de amistad a los que acudir en caso de necesidad, o la incapacidad y desorientación para la inserción laboral que la llegada a la ciudad traía consigo. Era una estrategia defensiva comprensible y realizada para afrontar con mayores garantías cambios vitales bruscos, ya fuera trocar el campo por la ciudad, la llegada del primer hijo o la viudedad. Significaba llevar consigo algunos de esos hilos tendidos entre sus hogares de origen, un pequeño colchón de seguridad ante lo desconocido. Éste fue el caso del joven matrimonio procedente de Valseca, provincia de Segovia, formado por Alejo Benito Andrés y Eugenia Martín Herrero. Acababan de contraer matrimonio, y pronto Eugenia había quedado encinta de su primer hijo al que bautizarían con el nombre de Francisco. Probablemente, el hecho de ampliar la familia abrió en ellos la perspectiva de emigrar hacia la cercana Madrid con el deseo de labrar un futuro mejor para su pequeño. Y así, Alejo y Eugenia, con 29 y 25 años respectivamente, se encaminaron hacia Madrid en 1904 con un bebé en sus brazos. Pero este corto trayecto no lo cubrieron solos. Ignacia, hermana mayor de Eugenia y natural de Encinillas, a escasos 2 kilómetros de Valseca, de 36 años, que había enviudado y que tenía una hija de 6 años, Joaquina, optó por seguir los pasos de su hermana y su cuñado y emigrar con ellos a la gran ciudad. No era una mala estrategia familiar. En 1905 estaban instalados en un pequeño bajo del número 11 de la calle del Pacífico, en donde el alquiler no podía ser más bajo, 13 pesetas mensuales por una residencia desde donde divisar el gran mercado de trabajo que había generado el ferrocarril desde su llegada a la ciudad. Alejo declaró ser jornalero ambulante, aunque seguramente no pocos días los gastase cargando y descargando fardos de las vías del tren a los almacenes aledaños y viceversa. Por su parte, su esposa Eugenia bastante tenía con amamantar al pequeño Francisco y no quitarle ojo de encima a su despierta sobrina Joaquina, que tanto la ayudaba en la casa unas veces como la distraía en otras. La máxima eficiencia económica familiar se completaba con el duro trabajo realizado por la viuda Ignacia, quien *agradecía* el apoyo familiar de su hermana y su cuñado yendo y viniendo todos los días a lavar la ropa, hiciera frío o calor, ya fuera a orillas del Manzanares o a los lavaderos de la Ronda de Atocha, donde “*se lava en unas pilas de cemento que llenan de agua con grifo... parecía una fábrica con las pilas llenas de la colada, el humo flotando por encima y las mujeres apelotonadas*”¹¹⁹. El recurso a la coresidencia de núcleos familiares con parentesco entre sí no era algo extraño para sus protagonistas, sino más bien una adecuación de su forma de vida rural al contexto urbano, una proyección de esas casas familiares de pueblos castellanos compartimentadas en viviendas para cada núcleo familiar y con un patio común¹²⁰.

Pero los lazos de sangre no siempre motivaron movimientos migratorios en familia. De hecho, fueron más numerosos los desplazamientos realizados a posteriori, protagonizados por familias y parientes que se animaron a seguir la estela de unos allegados ya instalados en la ciudad y que harían las veces de Cicerón a su llegada, abriendo su hogar a los recién llegados, ayudándoles a encontrar una buena vivienda o una ocupación estable. Ya fuera por la capacidad de atracción sobre sus familiares, por parte de los ya residentes en la capital o por la pura necesidad de éstos de dejar su hogar

¹¹⁹ BAREA, A.: *La forja de un rebelde. La forja*. Biblioteca El Mundo, Madrid, 2001, pág. 13, y AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

¹²⁰ MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor e interés: La familia en la España de la Restauración*, Marcial Pons-UAM, Madrid, 2001.

y acomodarse en Madrid, lo cierto es que este tipo de relación fue muy frecuente. Los motivos que movieron a estos familiares a dirigirse a la capital fueron de diversa índole, ya que el abanico de esperanzas, deseos y necesidades de los inmigrantes era muy amplio: padres o madres que enviudaban y que necesitaban el sostén económico de alguno de sus hijos; hermanos más jóvenes que iban en busca de un trampolín profesional en la capital mediante los contactos mantenidos por un hermano mayor ya residente en ella; sobrinos o primos que buscaban la inserción en el servicio doméstico o en el comercio y que se ubicaban primeramente en el hogar de sus familias hasta lograrlo, etc.

Composición y tamaño del hogar en el Ensanche Este de Madrid			
Rol en el hogar	1860	1878	1905
Cabeza	1	1	1
Cónyuge	0,75	0,75	0,71
Hijos	1,44	1,56	1,73
Parientes	0,29	0,46	0,46
Domésticos	0,58	0,68	0,67
Sin parentesco	0,62	0,37	0,18
Huéspedes	0,01	0,01	0,01
Tamaño del hogar	4,68	4,83	4,76

Figura 2.30. Elaboración propia. Padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905. AVM, Estadística.

De este respaldo se beneficiaron Manuel Montenegro Díaz, natural de Medina de Rioseco, provincia de Valladolid, carpintero de 29 años, y su esposa Leonor Villa Cerrón, vallisoletana de nacimiento, con 26. El matrimonio arribó a la capital en 1877 esperando su primer hijo, ya en camino, que nacería en Madrid al año siguiente y que recibiría el nombre de Emilio. Manuel esperaba que su conocimiento de las artes de la carpintería y su experiencia le sirviesen para mantener a su recién formada familia, pero tampoco fue tan imprudente como para desaprovechar la excelente función de auspicio que su primo, Benigno Reglero Montenegro, y su mujer, María Bustillo Ruiz, les podían brindar en la *jungla* madrileña. En primer lugar, Manuel y Leonor difícilmente podrían haber imaginado una vivienda mejor a menor coste, ya que las dos familias ocuparon desde 1877 las dependencias de la portería de uno de los números de los modernos edificios levantados en la calle Serrano, en concreto el número 54. María Bustillo era la encargada de la portería y, aunque no indicara emolumento alguno por su función, si declaró que el alquiler era gratuito, eliminando de raíz una de las partidas más costosas de toda familia residente en Madrid. Además, Benigno, que era albañil, conocería hábilmente todas las posibilidades de empleo que para él y su primo Manuel, del gremio de carpinteros y por tanto emparentados profesionalmente, había en la multitud de obras y construcciones que por doquier se erigían al este y al norte de una calle de Serrano aún por terminar. Y, tampoco es baladí indicarlo, con los contactos e información que la portería generaba, los nombres de Manuel y Benigno fácilmente podían llegar a los oídos de todo vecino del portal y alrededores que quisiera realizar cualquier mejora o retoque en sus inmuebles, proporcionándoles posibles ganancias extra que redujeran su dependencia de los ritmos de promoción inmobiliaria¹²¹. Por su parte, en esta unidad familiar de tipo colateral, Leonor se encargaba de amamantar a su recién nacido y de

¹²¹ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1878.

cuidar a los dos hijos de Benigno y María, Emilio y Pilar, de 5 y 4 años respectivamente.

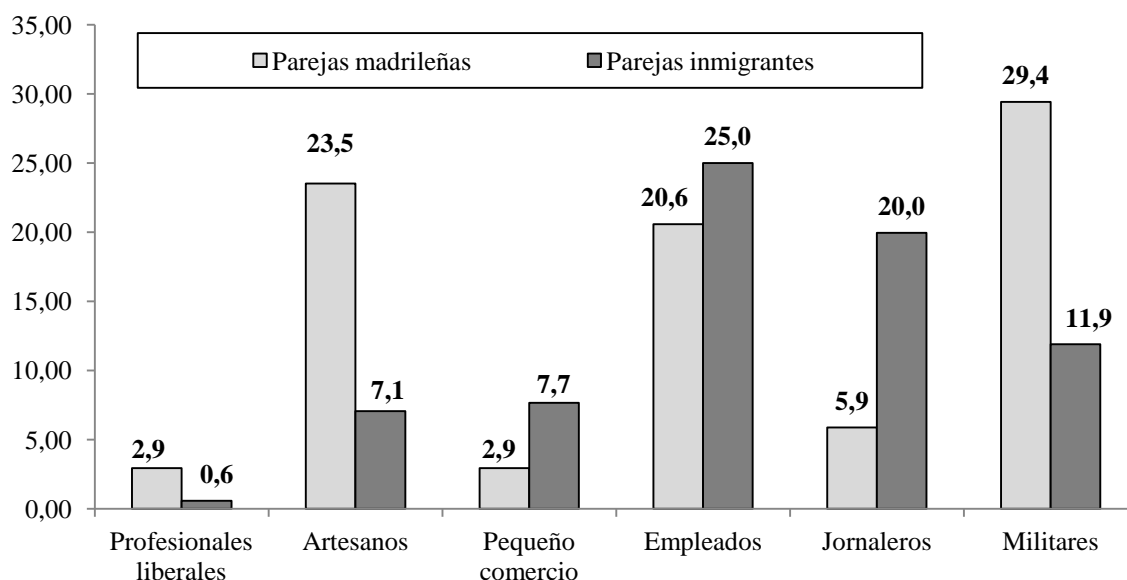


Figura 2.31. Distribución de las familias extensas residentes en el Ensanche Este de Madrid según la profesión del cabeza de familia y el origen de ambos cónyuges. Los datos son porcentuales. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón de Madrid de 1905.

La solidaridad familiar y los lazos de parentesco atrajeron a sobrinos y primos, hermanos, abuelos y padres por igual, de forma creciente desde mediados de siglo y vinculada al crecimiento continuado que experimentó la ciudad¹²². Una solidaridad que estaba presente en uno de cada cuatro hogares del Ensanche Este, tanto entre las familias compuestas por cónyuges madrileños como por las formadas por inmigrantes (ver Figura 2.29). De hecho, y aunque pudiera resultar paradójico, entre las primeras la proporción de parientes corresidentes en su seno fue superior al de las segundas, circunstancia que se repitió de igual forma en otras zonas del Ensanche¹²³. Este fenómeno fue consecuencia del rápido incremento de la urbanización del nuevo espacio madrileño y de la población inmigrante que llegaba cada año, lo que impulsó el precio de los alquileres a la vez que presionó la reducción de los jornales ante tal excesiva oferta de mano de obra barata existente en la ciudad. Esta coyuntura, que se extendería durante varias décadas, motivó que una buena parte de las familias madrileñas amortiguaran el golpe mediante el hacinamiento de sus miembros para la reducción del alquiler¹²⁴. Además, si ya de por sí eran pocas las familias compuestas por dos cónyuges madrileños, aquellas cuyos ascendentes familiares directos también lo eran suponían verdaderas *raras avis* en el Madrid de la época. Por ello, sus familiares no tuvieron duda alguna de a qué puerta tenían que llamar al llegar a la capital, provocando que más del 40% de los familiares corresidentes con estas parejas madrileñas fuesen de origen

¹²² La difusión de este fenómeno es tal que en la cultura italiana existe un dicho que hace referencia a la figura del “pariente pobre” que hace uso de dichos lazos de parentesco: “*Los parientes son como los zapatos; cuanto más estrechos, más daño hacen*”, en RAMELLA, F. en: “Por un uso fuerte del concepto de red en los estudios migratorios” en BJERG, Mª y OTERO, H.: *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Cempla-IEHS, Tandil, 1995, pág. 11.

¹²³ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2011.

¹²⁴ CASTILLO, S. (Ed.): *Comisión de Reformas Sociales. Información oral y escrita (1889-1893)*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.

inmigrante a la altura de 1905, especialmente entre aquellos que poseían un conocimiento de un oficio artesanal y aspiraban a enseñárselo a sobrinos, primos o hermanos pequeños recién llegados. Por su parte, entre los familiares inmigrantes acogidos por sus parientes también foráneos, la proporción fue lógicamente muy superior (cerca al 90%), sobre todo entre las familias jornaleras, que antes de realquilar una de sus habitaciones a un desconocido, preferían acoger en su seno a otro miembro de la familia que contribuyera al presupuesto familiar.

Los protagonistas y principales beneficiarios de esta tupida malla de asistencia familiar fueron esencialmente personas jóvenes, tanto hombres como mujeres, que fueron enviados por sus padres a la gran ciudad para que tíos, primos o abuelos les brindaran la posibilidad de labrarse un futuro más halagüeño en Madrid que en sus respectivos lugares de procedencia, ya fuera mediante el estudio, el aprendizaje de una profesión, la búsqueda de un hogar donde servir o de una tienda de barrio donde ganar su primer sueldo como mozo. Sin embargo, y aunque fueran una amplia mayoría, no todos los parientes recién llegados lo hicieron en la juventud y con ganas de integrarse en el mercado laboral madrileño. En la ciudad también recalaban personas de avanzada edad, preeminentemente madres, abuelas y tías de quienes les acogían, que en su ancianidad (acompañada en la mayoría de los casos de viudedad) buscaban el amparo y el abrazo protector del parentesco ante la inexistencia de un Estado que aún no se había sentido aludido para mitigar tal situación¹²⁵. Además, la situación de inferioridad y arrinconamiento que sufrieron las mujeres en los mercados laborales formales y asalariados urbanos tuvo como perverso efecto una profunda pérdida de autonomía económica de las mujeres, acentuada en los años de vejez y tras el fallecimiento del marido, lo que incrementó su necesidad de recurrir a dicha solidaridad familiar en esa etapa de su vida¹²⁶. Las mujeres fueron las que más necesitaron de los hilos invisibles del parentesco, pero también fueron ellas quienes interiorizaron y reforzaron ese proceso, siendo la corriente vehicular primordial en la integración residencial de estos parientes en la ciudad, una pauta de solidaridad familiar frecuente en el desarrollo de la familia nuclear rural que terminó siendo exportada, con mayor necesidad si cabe, a los núcleos urbanos¹²⁷.

¹²⁵ Los pilares jurídicos sobre los que se sustentaba la estructura española de asistencia social vigente durante la Restauración tuvieron su origen en una concepción de la Beneficencia entendida como el conjunto de las instituciones públicas y privadas dedicadas al socorro de los pobres, concepción que entroncaba con la noción católica de caridad, entendida ésta como el deber moral de la sociedad hacia los pobres, pero nunca como el derecho de éstos a que el Estado o la sociedad estuviesen obligados a redimir su situación. Sirva como ejemplo de lo anterior las palabras de Francisco Javier de Bona, que afirmaba que la “*Beneficencia es la virtud de hacer bien [y, en] el lenguaje administrativo, es el conjunto de los deberes del gobierno respecto a cierta parte de los administrado, [reconociendo] que el socorro del infortunio no constituye un derecho por parte del desgraciado, si bien la mayor parte la consideran como un deber moral de la sociedad, que a su nombre ejerce la administración*”. En DE BONA, F.J.: *Anuario administrativo y estadístico de la provincia de Madrid para el año 1868*, Madrid, 1868.

¹²⁶ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008.

¹²⁷ REHER, D. S.: *La familia en España. Pasado y presente...*, pp. 91-114.

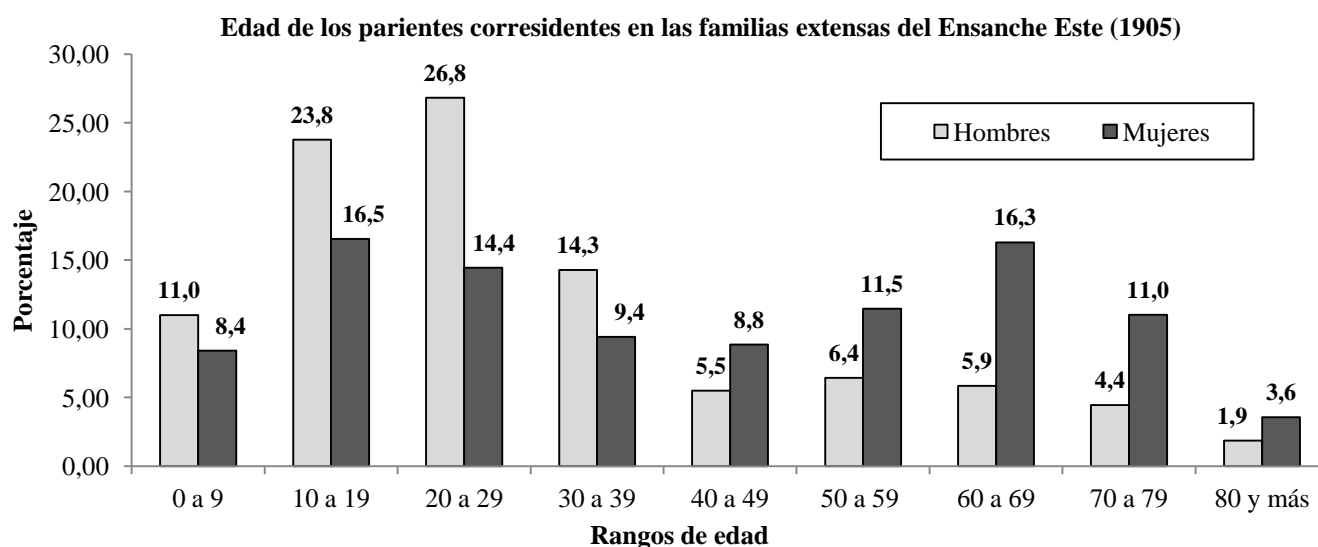


Figura 2.32. Edad de los parientes coresidentes en las familias extensas del Ensanche Este de Madrid (1905). Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

En casa de sus tíos encontró cobijo el joven de 13 años, oriundo del pequeño pueblo asturiano de Villandás, Prudencio López Menéndez, quien llegó a la capital en 1877. Su destino estaba claro: ir en busca de su tío, Fernando Alonso López, que llevaba más de 20 años en Madrid, donde se había asentado definitivamente, había contraído matrimonio con la cántabra Casimira Ocáriz Santaba, y era padre de dos hijas, Matilde y Araceli, sus primas. El parentesco le abrió la posibilidad de dirigirse a Madrid bien joven sin preocuparse de dónde alojarse, pero sus ventajas no acabaron ahí. A Fernando no le iba mal en la capital, ya que tenía abierta una confitería en el número 20 de la calle Serrano desde donde servía cafés, té y pasteles, además de vender al por menor sal y fiambres¹²⁸. Su volumen de negocio no era nada despreciable, situado su comercio en un lugar bastante transitado y en un barrio de creciente cariz acomodado. El esfuerzo de Fernando en el horno y de Casimira para despachar a los clientes pronto se había tornado en insuficiente gracias al aumento de clientela y al engrandecimiento de la familia con su segunda hija, Araceli, en 1876. Por ello, en este año el matrimonio adquirió los servicios de una paisana, Catalina, como sirvienta y ama de cría de la recién nacida, y al año siguiente a dos jóvenes confiteros, Alberto Cuesta Mar y Félix Chicharro Moras, de Talavera de la Reina y del soriano pueblo de Hoces de Arriba respectivamente, y al turolense Manuel Martín Gómez como dependiente de comercio. En esta coyuntura, la opción de acoger al sobrino Prudencio era una buena opción para ambos. Los padres del chico seguramente vieron con buenos ojos pagar el billete de tren hasta Madrid de su hijo, si con ello conseguían que aprendiera el oficio de confitero y, quien sabe, que lograra en un futuro abrir su propio establecimiento. Desde la óptica de su tío y su esposa, Fernando y Casimira, dar cabida a su sobrino en su hogar y en su negocio podía ser una buena forma de encontrar trabajadores de confianza que pudieran suplir su ausencia y que así pudieran hacerse cargo el día de mañana del negocio familiar¹²⁹.

¹²⁸ Fernando Alonso López aparecía en la lista de contribución industrial del bienio 1879-1880 realizando pagos de 650 pesetas por la confitería, 603 por la venta de fiambres y 232 por la sal, todas ellas bajo la dirección del número 20 de Serrano. AVM, sección de Secretaría 6-43-4. *Lista de contribuyentes de Madrid por territorial y demás tipos de subsidios (1879-1880)*.

¹²⁹ AVM, Estadística. Padrón de Madrid de 1878.

Relaciones de parentesco de los familiares corresidentes en las familias extensas del Ensanche Este de Madrid (1905)			
<i>Parientes de la esposa</i>	<i>Parientes del marido</i>	<i>Parientes comunes</i>	<i>Sin definir</i>
48,71	35,68	13,07	5,12

Figura 2.33. El análisis se ha realizado a través de las familias nucleares residentes en el Ensanche Este que habían acogido en su seno a al menos un pariente. La distinción entre el tipo de canalización de la solidaridad familiar entre los cónyuges y sus familiares corresidentes ha sido realizada a través del cotejo de los apellidos de unos y otros. Por ello, los parientes más alejados, como primos segundos, en donde el parentesco no aparecía en los dos primeros apellidos, no han podido ser definidos. Los datos son porcentuales. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón de Madrid de 1905. AVM, Estadística.

Los lazos familiares también constituyeron los hilos invisibles que hicieron posible la integración en Madrid de los recién llegados en otros sectores laborales. Así, a la altura de 1878, en el número 10 de la calle Serrano, hotel propiedad del que fuera ministro de Gracia y Justicia, Manuel Alonso Martínez, acogía bajo su techo a un total de 15 personas, su mujer, ocho hijos y seis sirvientes. Es en este último segmento donde la joven guipuzcoana Lorenza Altuña Soravilla, natural de Tolosa y de 18 años de edad, se colocó a su llegada a Madrid el año anterior. Podría pensarse en que la suerte, su valía o sus credenciales habrían tenido una influencia directa en su contratación. Sin embargo, la máxima razón de que recalara en tal lujoso hogar fue que su hermana mayor, Ana, de 27 años y llegada un año antes que su hermana a la capital, ya formaba parte del servicio doméstico del insigne propietario, actuando así de valedora de la joven Lorenza. Del mismo modo ocurrió en el principal derecha del número 82 de la calle Serrano. Las tres criadas de dicho hogar, Francisca, Vicente y Mauricia Lequerica Huarte, que habían llegado a Madrid con 24, 18 y 17 años de edad respectivamente, provenían del pueblo guipuzcoano de Oñate y eran hermanas. Sin embargo, no llegaron a Madrid a la vez sino que efectuaron una migración escalonada, pues la primera, Francisca, lo hizo en 1864, tras ella llegó en 1873 Mauricia Lequerica Huarte y, por último, Vicenta, la menor, siguió los pasos de sus hermanas mayores al año siguiente. Los lazos familiares habían surtido efecto y habían reunido de nuevo a las tres hermanas en Madrid y bajo el mismo techo. Buena impresión le tuvo que causar Francisca, la hermana mayor, para que la puertorriqueña Rosa Arístegui, viuda que vivía con su suegra Aniceta y sus hijos Pedro y Rafaela en dicho número, decidiera contratar a sus otras dos hermanas como criadas en los años siguientes. Una impresión que sólo sería proporcional a la gratitud que las tres hermanas dispensarían a esta familia por haberlas vuelto a reunir en el mismo hogar a cientos de kilómetros de distancia de su lugar de origen, el pueblo guipuzcoano de Oñate¹³⁰.

No obstante, el fenómeno de la coresidencia no se redujo al ámbito asistencial sino que las clases burguesas y nobiliarias también pusieron en práctica esta estrategia familiar (en especial en el caso de los sobrinos) con el fin de perpetuar propiedades, lazos afectivos, intereses y títulos, tal y como ocurriera con la figura de Francisco de las Rivas, marqués de Mudela¹³¹. Por su parte, las clases medias madrileñas también

¹³⁰ AVM, Estadística. Padrón de Madrid de 1878.

¹³¹ Gracias a la coresidencia familiar, Francisco de las Rivas se introdujo en los establecimientos comerciales de sus tíos en Madrid y en el comercio pañero con sus familiares en la granadina Compañía De Rivas, circunstancia que le otorgaron una suculenta acumulación originaria, base de su ulterior

intentaron implementar las aspiraciones sociales de su grupo de parentesco, especialmente el masculino, dando la oportunidad a hermanos, primos, ahijados y sobrinos de acceder a estudios superiores, al sufragar sus gastos y acogerles en su hogar, y abrir las puertas para su ascenso o consolidación en una posición social desahogada. Este tipo de estrategia socioeconómica, creciente entre las familias encabezadas por empleados de rango medio y alto de la administración y por profesionales liberales¹³², motivó la llegada del joven José Reig, de 17 años, procedente de Játiva, en septiembre de 1905. Sus tíos, Gonzalo Reig Soler e Irene Clemente Baeza, padres de una niña pequeña de sólo tres años de edad, María del Carmen, brindaron la posibilidad a su sobrino de continuar sus estudios en un colegio teresiano de la capital, donde las opciones de colocación laboral o la continuación de sus estudios universitarios serían mayores. Residentes en un entresuelo del número 66 de la calle Claudio Coello, por el que sufragaban un alquiler mensual de 90 pesetas, la familia no pasaba apuros económicos y había conseguido asentarse en una capa social acomodada. Empleado del Observatorio Astronómico situado en el Retiro, el sueldo de tres mil pesetas de Gonzalo llegaba para pagar una vivienda holgada y de calidad en el barrio de Salamanca, tener contratada una joven sirvienta de 19 años, Josefa Aznar García, con una paga de 12,50 pesetas mensuales, y poder abrir de par en par su hogar para la entrada de su sobrino José. Además del sentimental deseo de ayudar a un pariente directo, hijo de su hermano, la jugada no estaba carente de una clara intencionalidad de reproducción o ascenso social mediante la garantía de facilitar los mejores medios disponibles para invertir en la educación de sus vínculos familiares más estrechos¹³³.

No obstante, si bien compartir el hogar fue la manifestación más significativa y directa de la función de auspicio vehiculada a través del parentesco, ésta también se expandió más allá de los dinteles de sus puertas¹³⁴. Si la inmigración era la arteria que oxigenaba Madrid, de marcada tonalidad rural, era lógico que sus protagonistas intentasen reproducir en ella sus pautas de comportamiento, con la manera de hacer las cosas, los tiempos y el modo de relacionarse aprehendida en sus lugares de origen. En los pueblos todas las caras eran conocidas, algo imposible en ciudades de la dimensión de Madrid. Por ello, que los familiares vivieran cerca unos de otros cobraba una mayor dimensión en un momento difícil en la vida de los inmigrantes, cuando trocaban la aldea o el pequeño núcleo urbano de provincias por la gran capital, donde los sentimientos de incertidumbre ante lo desconocido afloraban de manera natural. La proyección hacia el espacio urbano madrileño de la pauta cultural de la neolocalidad, basada en la formación de nuevas familias a través del matrimonio y la emancipación del hogar materno, hizo proliferar las denominadas *familias extendidas*, familias emparentadas

fortuna. En BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en la Restauración. El caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela. 1834-1882”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Vol. 1, Madrid..., pp. 523-594.

¹³² “El papel de los profesionales liberales en el mercado laboral de Madrid. (1900-1930)”, *III Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, AHC, Vitoria, 2011 (en prensa).

¹³³ AVM, Estadística. Padrón de Madrid de 1905. En los casos anteriores, la propia concepción de esta investigación, centrada en la historia social de la ciudad, no nos ha permitido ahondar más en este fascinante fenómeno a partir de la investigación pormenorizada de los protagonistas y sus familias en sus lugares de origen, convirtiendo este trabajo en uno más de los que atestiguan la presencia de estas redes migratorias pero sin englobar todo el proceso, como ya se lamentara RAMELLA, F. en: “Por un uso fuerte del concepto de red en los estudios migratorios” en BJERG, Mª y OTERO, H.: *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Cemla-IEHS, Tandil, 1995, pp. 9-21.

¹³⁴ REHER, D. S.: *La familia en España. Pasado y presente...* pág. 69.

entre sí residentes en hogares distintos pero muy cercanos unos de otros, comportándose como unidades económicas autónomas e interaccionando como familias extensas¹³⁵.

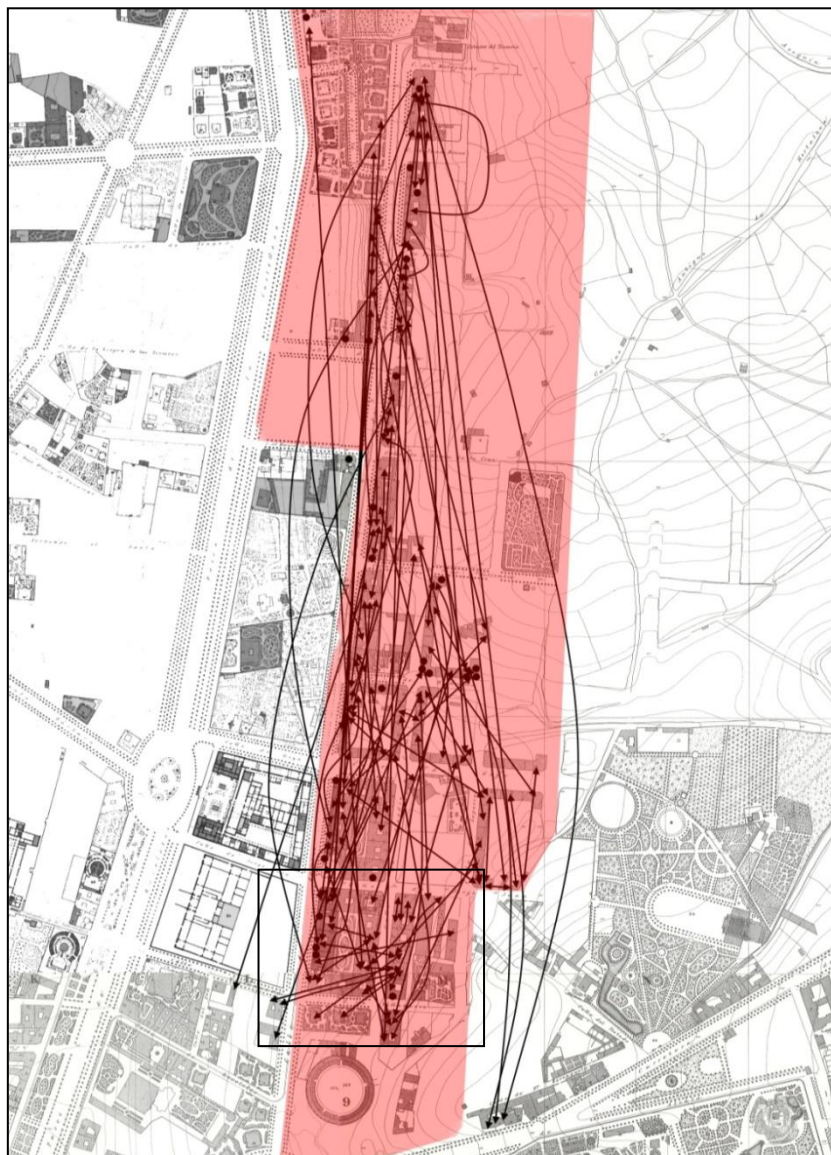


Figura 2.34. Redes migratorias vehiculadas por el parentesco en el barrio de Salamanca (área roja) en 1878. Cada una de las líneas une dos viviendas en las que al menos uno de sus miembros tenían lazos de sangre de primer grado. Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de Madrid de 1878. Fuente: Detalle del Plano parcelario de Madrid de Carlos Ibáñez e Ibáñez de Íbero, 1872-1874. Escala 1:2.000. Los puntos indican que los familiares residen en el mismo portal. El cuadro detalla el área recogida en la Figura 2.35. AVM, Estadística.

¹³⁵ El examen de este tipo de relaciones familiares, denominadas por Pilar Muñoz López como “*familias extendidas*”, basadas en la asistencia y la cooperación mutua han sido abordadas específicamente en estudios cuyo marco geográfico (pueblos y comarcas) era lo suficientemente reducido, ratificando en ellos la relevancia de estas pautas de apoyo de las familias extendidas. En el caso de Madrid ya se había vislumbrado su existencia e importancia, sobre todo entre las familias inmigrantes, si bien su relevancia cuantitativa no había sido descifrada. MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de..., Op. Cit.* pp. 399-401; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008.

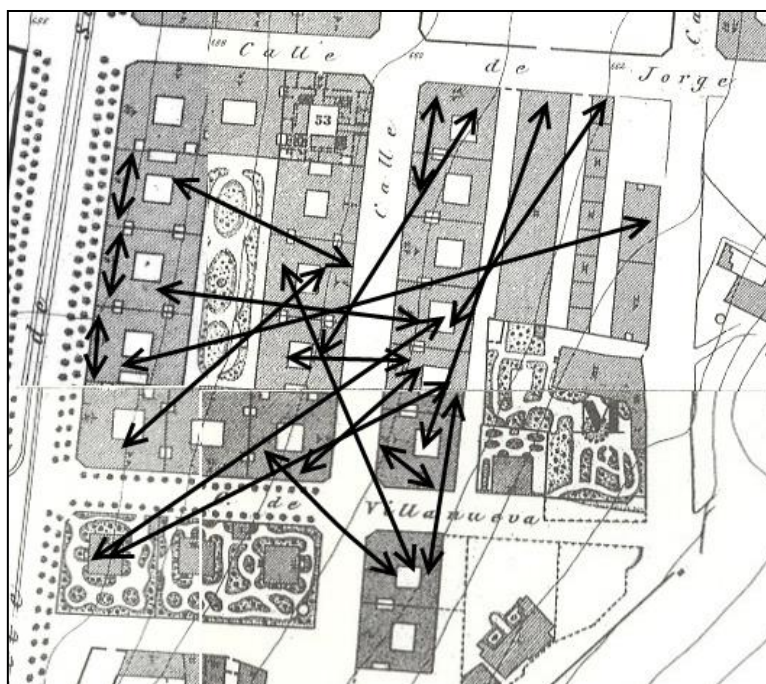


Figura 2.35. Redes migratorias vehiculadas por el parentesco entre las familias residentes en las manzanas 208 y 230 del Ensanche, en 1878. Cada una de las líneas une dos viviendas en las que al menos uno de sus miembros tenían lazos de sangre de primer grado. Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de Madrid de 1878. Fuente: Detalle del Plano parcelario de Madrid de Carlos Ibáñez e Ibáñez de Íbero, 1872-1874. Escala 1:2.000. AVM, Estadística.

La coincidencia de apellidos y lugares de procedencia con la cercanía de sus hogares (situados con frecuencia en pisos contiguos o en hogares situados en otros números de la misma calle) permite constatar su presencia en el Ensanche, si bien su relevancia cuantitativa no es totalmente descifrable, a no ser mediante la ampliación de la escala a un espacio urbano pequeño, a escala barrial, y a las relaciones de parentesco más cercanas (inferiores al sexto grado y en el que alguno de los dos primeros apellidos de cada individuo fueran comunes)¹³⁶. De esta forma, de los 1.262 hogares existentes en el denominado barrio de Salamanca a la altura de 1878 (que albergaban 8.213 habitantes), un 15% de sus familias tenían algún pariente residiendo en otros hogares del mismo barrio, generalmente a menos de 500 metros de distancia, porcentaje algo inferior al calculado para algunas secciones obreras de la Barcelona de 1930¹³⁷. Si a este porcentaje le añadimos el 25% de familias complejas (extensas, colaterales y troncales) existente en el Ensanche Este de la capital se podría afirmar que, al menos un 40% de las familias aquí residentes poseían intensas relaciones de parentesco en un espacio urbano muy reducido, ya fuera mediante la cohabitación o la compañía barrial¹³⁸.

¹³⁶ El cotejo de los apellidos de los residentes en un barrio de la capital a través de las hojas de empadronamiento es un trabajo arduo pero abarcable, aunque los porcentajes obtenidos sólo pueden ser considerados como un rango mínimo, seguramente superado por la realidad debido a la metodología utilizada para su cálculo, ya que pasan desapercibidos los casos en los que no se registraron los dos apellidos, en los que éstos fueran tan comunes como para asegurar el parentesco (García, González, Fernández, etc.) y en las relaciones de parentesco que superaban el sexto grado (como los primos segundos) en donde el hilo familiar se hallaba ausente de los dos primeros apellidos de ambos sujetos.

¹³⁷ OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008, pp. 295-297.

¹³⁸ Para Barcelona, el porcentaje es sensiblemente superior, entre el 50 y el 70%, aunque parte de la explicación de tal diferencia procede de la ascendencia obrera de las secciones elegidas para el caso de la

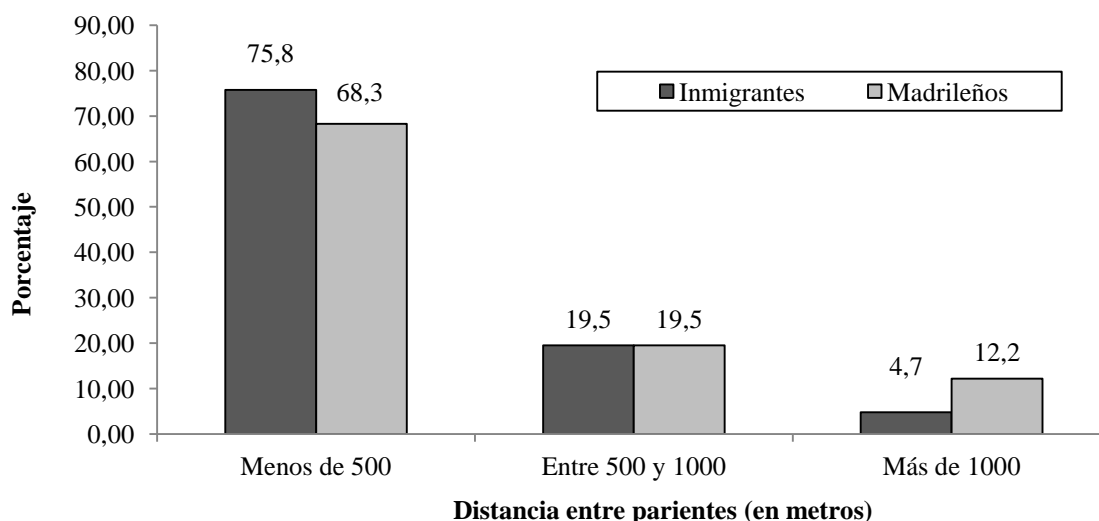


Figura 2.36. Distancia existente entre los parientes de las familias extendidas residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1878. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de la ciudad de 1878. AVM, Estadística.

La convivencia familiar en el barrio fue una estrategia esgrimida claramente por la inmigración, tanto para aminorar el impacto de enfrentarse a un ambiente urbano desconocido como para reproducir el estrecho trato entre parientes vigente en las áreas rurales para fomentar una solidaridad intrafamiliar, similar a la vinculación troncal laxa en un mundo de clara predominancia nuclear¹³⁹. Cuatro de cada cinco familias extendidas eran foráneas (el 82,25%), y cerca de la tercera parte no llevaba ni un quinquenio residiendo en la capital (el 31,46%). Además, el recurso a esta estrategia socioeconómica de integración fue similar entre los parientes, tanto hermanos como hermanas, primas, sobrinos, padres e hijos, independientemente de su sexo.

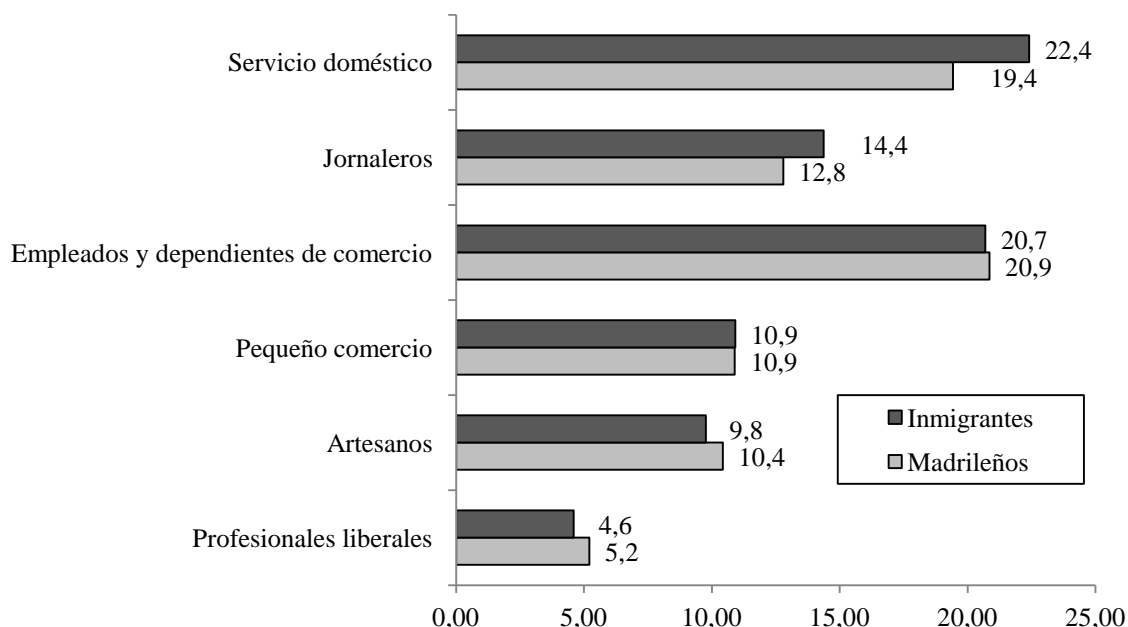


Figura 2.37. Relación de familias extendidas del barrio de Salamanca según la profesión y el lugar de origen de los parientes. Padrón de Madrid de 1878. AVM, Estadística.

ciudad condal, además de que el Ensanche Este todavía se hallaba en pleno proceso de urbanización y el barrio de Salamanca era de muy reciente creación.

¹³⁹ MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración...*, pág. 154.

El análisis de la ocupación laboral ejercida por los parientes que componían estos hilos invisibles que surcaban las calles madrileñas nos indica cómo la integración efectiva en el mercado de trabajo de la capital era un duro proceso en el que la familia jugaba un rol destacado, tal y como muestra la relevancia de empleos como el servicio doméstico y el de los empleados y dependientes de comercio, aún por encima del de los jornaleros, segmentos laborales donde el boca a boca y la amistad, sin contar los vínculos del paisanaje, cubrían la mayoría de los trabajos que se ofertaban. El número 30 de la calle Claudio Coello nos sirve de botón de muestra de este fenómeno. A la altura de 1878, uno de los hijos del matrimonio que residía en el 2º izquierda, formado por el militar José Guzmán Saguetti y Amparo Galtier González, Carlos, acababa de instalarse con su familia en el 3º derecha del mismo portal. Carlos se había enrolado en la marina siguiendo los pasos de su padre y recibió la instrucción en la base naval de Ferrol, donde conocería a quien sería su esposa, Emilia Puga Cabezas. Posteriormente, la pareja estuvo destinada en la isla del Corregidor, en Filipinas, y allí tuvo a su primer hijo, José, como su padre. Finalmente, el matrimonio pudo regresar a España y asentarse en la capital ese mismo año, donde tuvo a su segundo hijo, Carlos. Pero esta familia extendida, que lo era en base a un deseo sentimental y no por una necesidad económica, propició otra relación de parentesco ajena al hogar. Cuando Carlos y Emilia llegaron a la ciudad y esperando un hijo, rápido decidieron que necesitaban contratar a una nodriza que amamantara al pequeño que estaba por llegar y un sirviente que se encargara del resto del hogar. Carlos seguramente pidió consejo a su padre, quien disfrutaba de los servicios de Joaquina Andrés Arcóniz, natural de Fuente el Saz de Jarama, y que llevaba cinco años en Madrid. Y en este punto saltó el resorte de las redes de información y contacto, que hizo que la propia Joaquina se enterara de la necesidad del hijo de su empleador, y mediara ante él para que contratase a su hermana pequeña Anastasia, de 20 años. De esta forma, acabó Anastasia trabajando para Carlos y Emilia, en la capital del Estado pero con la seguridad de que su hermana mayor, Joaquina, residía en el piso de abajo y a quien vería casi todos los días¹⁴⁰.

La *familia extendida* no fue una estrategia particular de las capas medias y populares, ya que entre los representantes de los estratos sociales más altos también se producía esta concentración familiar de tipo neolocal, basada más en la cercanía e intimidad social que producía el parentesco que en la propia necesidad familiar, creando así una familia compleja a pesar de no coincidir en su residencia. Un caso representativo de esta realidad lo conformaba la familia catalana Manini Domingo, compuesta por tres hermanos inmigrantes. Cada uno de ellos, Urbano, Federico y Joaquín, había fundado su propia familia y había optado por dirigirse a la capital, si bien en fechas distintas. Urbano Domingo Manini fue el primero en instalarse en Madrid en 1841, cuando apenas contaba con 6 años de edad. Procedente de Reus, en 1878 vivía con su esposa francesa Eulalia Marichal y una criada salmantina en el principal del número 7 de la calle Recoletos por el que pagaba 333,25 pesetas mensuales. Urbano disfrutaba de una situación económica bastante desahogada al ser propietario de una casa editorial (por la que pagó en 1879 342 pesetas de contribución industrial¹⁴¹) y vivir en el principal de

¹⁴⁰ AVM, Estadística. Padrón de Madrid de 1878.

¹⁴¹ AVM, sección de Secretaría 6-43-4. *Lista de contribuyentes de Madrid por territorial y demás tipos de subsidios (1879-1880)*. Se especializó en la venta de novelas por entregas por un precio popular de 4 reales, si bien también realizó reediciones de obras clásicas como *El descubrimiento de las Américas* de Cristóbal Colón, y publicó novelas extranjeras, contando en 1877 con un fondo editorial nada despreciable de 2.500 tomos más los derechos de propiedad. En FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P.: "Los soldados de la República Literaria y la edición heterodoxa en el siglo XIX", en DESVOIS, J.M. (Ed.): *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo*, Pilar, 2005, pp. 126-136.

una calle, huelga decirlo, bastante revalorizada. Él fue el nexo de unión entre Reus y Madrid para que sus dos hermanos decidieran emigrar a Madrid. Por ello, encontramos a Joaquín y Federico, llegados en 1872 y 1878 respectivamente, en sendos hogares del portal anterior, el número 5. Joaquín, que vino acompañado de su esposa Rosario, con la que tuvo un hijo en 1874 y al que pusieron el mismo nombre de su padre, se había convertido en un artista de cierto renombre en representaciones de teatro de comedia, y residía en el 4º de dicho número por el que le cobraban 60 pesetas de alquiler al mes. Por su parte, Federico Manini Domingo, que pasó a ser comerciante y editor junto su hermano Urbano nada más llegar, se asentó en el bajo de dicho número por 90 pesetas mensuales, acompañado de su esposa Carmen, su hijo Federico de 7 años y de la madre de los tres hermanos, Francisca, que seguramente acababa de enviudar¹⁴².

A pesar de la fortaleza y la sensación de arropamiento que los parientes pudieran ejercer sobre los recién llegados, no todos los inmigrantes disfrutaron de tales contactos y además, en ocasiones, éstos no eran suficientes para la plena integración social en Madrid. La necesidad de recibir noticias de los lugares y personas de procedencia, reconocer acentos inconfundibles, olores de comidas típicas y celebrar fiestas comarcales fueron activos que fomentaron la existencia de redes de paisanaje en las calles de la capital.

2.3.2. La fuerza del paisanaje: pueblos extendidos y mercado matrimonial.

Los lazos de parentesco fueron fuertes, resistentes y elásticos en el poblamiento del Ensanche de la capital¹⁴³. Pero los inmigrantes recién llegados no redujeron sus posibilidades y estrategias de integración en la ciudad a la función de auspicio y el efecto llamada originado sólo por sus vínculos familiares. Las redes informacionales utilizadas no sólo traspasaron el hogar familiar, sino también el parentesco. Tener conocimiento o noticias de la residencia de algún paisano en la gran ciudad era tan válido como disfrutar de la solidaridad y la cooperación de algún pariente. La fuerza del paisanaje constituyó un apoyo inicial incalculable suministrando información de algún trabajo o vivienda en alquiler disponible al recién llegado, como proporcionándolo él mismo, especialmente en los primeros compases en la capital. Los hilos invisibles de la común procedencia influyeron decisivamente en el lugar de asentamiento en la ciudad de los inmigrantes recién llegados. Los forasteros tendieron a ubicar sus primeras residencias en Madrid en las calles más cercanas a sus respectivas zonas de llegada. Los toledanos, por ejemplo, alcanzaban la ciudad a lomos de los carruajes y las diligencias llegadas desde los distintos pueblos de la provincia, las cuales terminaban su trayecto pasado el puente de Toledo, donde *descargaban* a decenas de inmigrantes que eran

¹⁴² AVM, Estadística. Padrón de Madrid de 1878.

¹⁴³ VICENTE ALBARRÁN, F.: “De parientes a vecinos: evolución de las redes de parentesco y la solidaridad familiar en un espacio urbano en transformación: el Ensanche Sur de Madrid (1860-1905)” en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 246-259; PALLOL TRIGUEROS, R.: “Un hogar abierto: familias inmigrantes en el crecimiento de Madrid a través de un caso de estudio, Chamberí (1860-1905)” en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social...*, *Op. Cit.*, pp. 231-244; CARBALLO BARRAL, B.: “Redes familiares en la inmigración hacia el Ensanche Este de Madrid (1860-1878)” en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social...*, *Op. Cit.*, pp. 201-216.

recibidos por unos allegados que, o bien les acompañaban a sus hogares o bien les habían apalabrado una habitación en el barrio¹⁴⁴. Lo mismo ocurría en los alrededores de la carretera mala de Francia, en Chamberí, o de la estación del Mediodía, con aquellos que llegaban de la cornisa cantábrica o de la meseta septentrional o del Levante respectivamente. Pero este fenómeno no fue característico sólo de los inmigrantes que llegaban a Madrid, sino que fue un fenómeno que se repitió en otras urbes como Barcelona¹⁴⁵. El eje de muchas de estas redes informacionales superaron el perímetro de la familia, el parentesco y el hogar, y residieron en el paisanaje, conformando una suerte de *pueblos extendidos* en el interior de la ciudad, en donde la análoga procedencia fue la tarjeta de visita que unió familias y hogares sin parentesco en común.

Provincias	Ensanche Este	Mayores diferencias entre el Ensanche Este y las otras dos zonas		
		Media Ensanche	Ensanche Sur	Ensanche Norte
Toledo	6,02	-3,84	-12,96	
Segovia	2,68	-1,38		-3,57
Ciudad Real	2,32	-1,03	-3,41	
Albacete	1,11	-0,94	-3,34	
Soria	1,62	-0,86		-1,99
Valladolid	2,29	-0,77		-1,19
Guadalajara	6,43	-0,76		-1,36
Lugo	3,37	-0,54		-0,95
Burgos	3,14	-0,50		-1,60
Cuenca	3,32	-0,29	-1,65	
Alicante	2,77	-0,27	-2,12	
Palencia	0,93	-0,19		-0,34
Jaén	1,63	0,54	1,15	
Granada	1,78	0,56	1,08	
Barcelona	1,47	0,58	1,02	
Santander	3,06	0,64	1,59	
Sevilla	1,88	0,68	1,39	
Vizcaya	1,78	0,74	1,54	
Oviedo	6,47	0,80	2,17	
Navarra	2,16	0,81	1,58	
Guipúzcoa	2,20	0,98	1,90	
Málaga	2,08	1,00	1,67	
Valencia	3,85	1,04		1,63
Cádiz	2,77	1,41	2,42	
Madrid Provincia	10,57	-1,44		-3,04

Figura 2.38. Concentración de la inmigración en el Ensanche de Madrid por provincias de origen. Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de 1878. AVM, Estadística. Las medias del Ensanche y de las zonas Norte y Sur se han realizado a partir de los trabajos de Rubén Pallol y Fernando Vicente. Los recuadros en gris indican la diferencia porcentual a favor del Ensanche Este.

¹⁴⁴ En 1878, en la corrala del nº 4 de la Ronda de Toledo residían hasta 147 individuos toledanos, procedentes en su mayoría de pequeños pueblos pertenecientes a los partidos judiciales de Lillo y Madrilejos, situados en un área cuyo radio máximo era de 50 kilómetros. Algunas de estas familias tenían lazos de parentesco entre sí, pero el nexo de unión común de todas ellas fue su procedencia. En CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008, pp. 319-320.

¹⁴⁵ TATJER, M.: “La inmigración en Barcelona en 1930: los andaluces en la Barceloneta”, *Estudios Geográficos*, 159, 1980, pp. 119-143; MOYÁ, J.C.: *Cousins and strangers: Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, University of California Press, Los Ángeles-Berkeley-Londres, 1998.

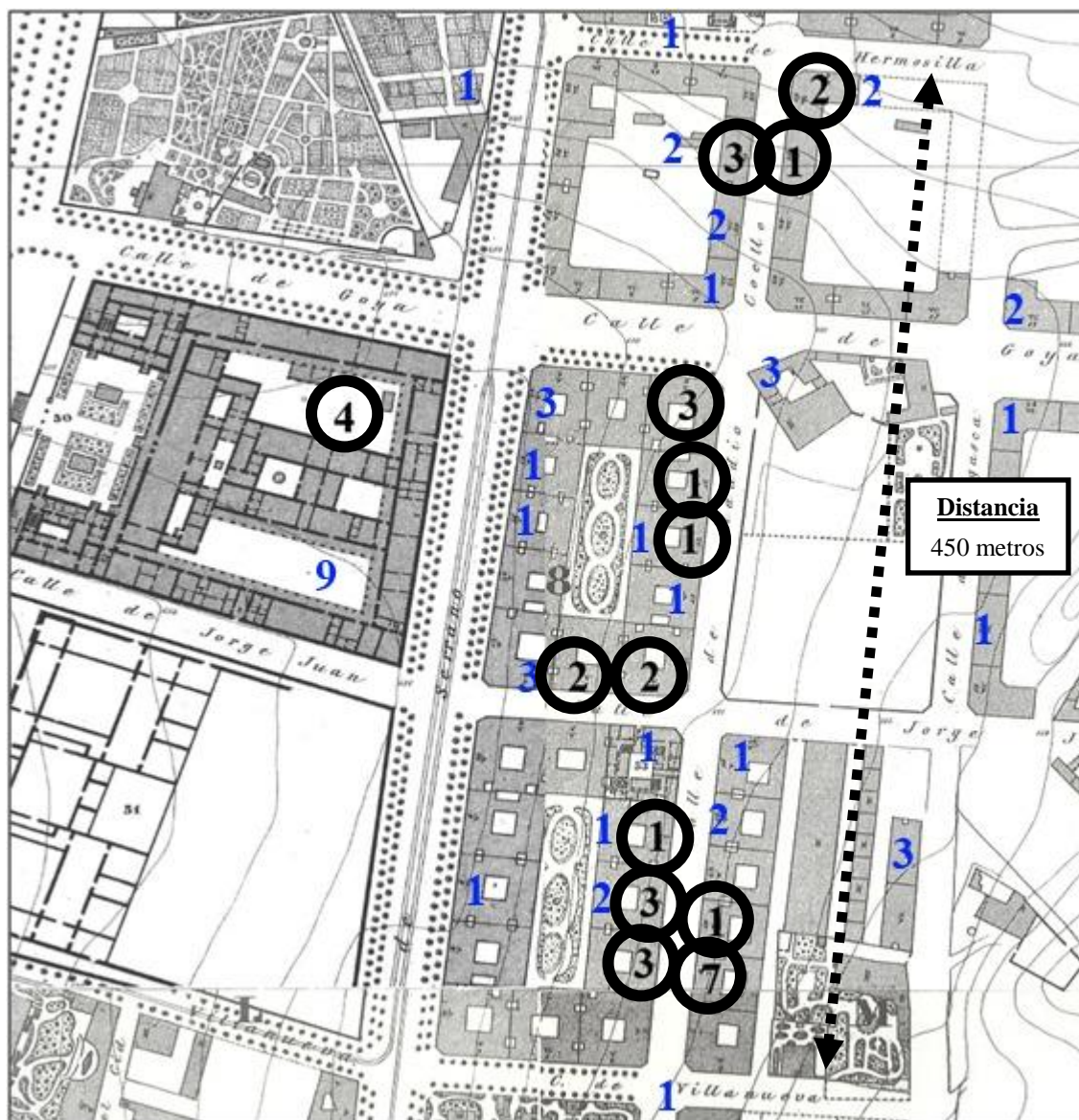


Figura 2.39. Red de paisanaje en el Ensanche Este de Madrid en 1878. Oriundos de Andújar, provincia de Jaén. Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de Madrid de 1878. Los números redondeados indican cuántos oriundos de Andújar residían en ese punto, y los demás números los nacidos en otros lugares de la provincia de Jaén. Fuente: Detalle del Plano parcelario de Madrid de Carlos Ibáñez e Ibáñez de Íbero, 1872-1874. Escala 1:2.000. AVM, Estadística.

En el caso del Ensanche Este, un ejemplo del fenómeno del *paisanaje extendido* lo protagonizaron los oriundos del pueblo jienense de Andújar, los cuales se concentraron en un espacio urbano reducido compuesto por la calle Claudio Coello y los cruces con sus paralelas Goya, Jorge Juan y Hermosilla, en un área de 450 metros de diámetro en donde 33 paisanos repartidos entre 17 hogares, algunos con lazos de parentesco entre sí, ubicaron su residencia en la capital¹⁴⁶. A diferencia de la estrategia migratoria llevada a cabo en otros casos, donde la inmigración de paisanaje estaba protagonizada por familias con hijos pequeños y jóvenes parejas aún sin descendencia, en el caso de los andujareños preponderó la migración escalonada e individual, acudiendo en primera instancia al realquiler como medio de acomodo en los sotabancos

¹⁴⁶ CARBALLO BARRAL, B.: “Redes familiares en la inmigración hacia el Ensanche Este de Madrid (1860-1878)” en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social, Op. Cit.*, pp. 201-216.

más baratos de los inmuebles de dichas calles, en sus sotabancos y buhardillas. Seguramente, los paisanos de Andújar que llevaban más años en Madrid sirvieron de enlace entre aquellas familias del barrio que necesitaban un apoyo financiero para pagar el alquiler mensual de la vivienda en la que residían con aquellos inmigrantes andujareños recién llegados y que carecían de un camastro donde dormir. Pero la trama formada por el paisanaje era más tupida y no se circunscribía al pueblo de Andújar. Existió una compleja red de solidaridad e intercambio informacional de paisanaje entre los inmigrantes llegados de la provincia de Jaén en general, resaltando también núcleos como Arjona, Baeza o Martos. Sin poder realizar un análisis más pormenorizado al no conocer la situación de partida y los medios utilizados en su traslado hacia la capital¹⁴⁷, las hipótesis de tal concentración se centran en dos: por un lado, la cercanía a la Casa de la Moneda y la alta presencia de trabajadores jienenses en ella (más de una decena), y por otro, la residencia en el barrio de Salamanca, que no apunta a casual, de Eufrasio Jiménez Cuadros, marqués de Santa Rosa y de la Merced tras su casamiento con Rosario Pérez de Vargas y Castrillo, natural de Arjonilla, Jaén, y prohombre del partido conservador en Andújar durante el último cuarto del siglo XIX y elegido senador por esta provincia en distintas ocasiones¹⁴⁸. Los contactos en uno u otro sentido posiblemente vehicularon buena parte de estos condensados movimientos migratorios.

Los lazos de paisanaje forjaron convivencias y amistades de nuevo cuño en la gran ciudad, toda vez que también mantuvo otras una vez salidos del pueblo. Poseer vivencias, acentos, recuerdos de juventud y amistades comunes suponía en ocasiones un elemento decisivo a la hora de encontrar trabajo o vivienda, ya fuera como sirvientes, mozos y dependientes de comercio que como realquilados en un hogar cuyos miembros tuvieran que dosificar el alquiler a costa de compartir su vivienda. Las redes informacionales fluían con rapidez y transparencia entre aquellos que provenían de un mismo lugar de origen, donde las noticias de que una u otra familia buscaba sirvienta, aprendiz o alguien al que hospedar en casa que fuese de confianza se expandía como un reguero de pólvora entre los paisanos de los posibles interesados, haciendo que uno de cada cinco de los realquilados, sirvientes o dependientes de comercio fueran paisanos de, al menos, uno de los cónyuges de acogida.

Endogamia geográfica del hospedaje en función del tipo de relación con la familia de acogida				
Procedencia	Realquilados	Servicio Doméstico	Dependientes y aprendices	Media
Misma	20,09	19,13	20,55	19,50
Distinta	79,91	80,87	79,45	80,50

Figura 2.40. Elaboración propia a partir del padrón de Madrid de 1878. AVM, Estadística. Datos porcentuales. Se han contabilizado positivamente aquellos miembros no familiares cuya provincia de nacimiento coincidiera con la del cabeza de familia o al menos con uno de los dos cónyuges en caso de ser matrimonio. El número de hogares con realquilados, sirvientes y mozos de comercio fue de 362, 941 y 73 respectivamente. No se han contabilizado aquellos casos en los que el lugar de nacimiento fue la propia ciudad de Madrid.

¹⁴⁷ MOUTOUKIAS, Z.: "Narración y análisis en la observación de vínculos y dinámicas sociales: el concepto de red personal en la historia social y económica" en BJERG, M^a y OTERO, H.: *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Cemla-IEHS, Tandil, 1995, pp. 221-241.

¹⁴⁸ Expediente personal de Eufrasio Jiménez Cuadros, marqués de la Merced, signatura HIS-0285-04. Archivo Histórico del Senado.

Además, el paisanaje no sólo significó un colchón asistencial y laboral. Los integrantes de estas redes migratorias poseían una misma base cultural y social, y en muchos casos se conocían desde antes de trasladarse a la capital, lo que facilitó la endogamia matrimonial en la ciudad. A pesar de que la elección de cónyuge era un proceso rodeado de un sinfín de variables dispuestas al azar, la coincidencia en el lugar de origen fue un elemento de arraigo fundamental para las primeras oleadas migratorias de carácter permanente que recibió Madrid desde mediados del siglo XIX, circunstancia ampliamente extendida en otros procesos migratorios y corroborada por diversas investigaciones¹⁴⁹.

Procedencia del cónyuge	Lugar de origen del cabeza			Lugar de origen de la esposa		
	Misma provincia	Madrid ciudad	Otro origen	Misma provincia	Madrid ciudad	Otro origen
Misma provincia	37,52	7,17	29,03	32,80	6,31	28,46
Madrid ciudad	20,68	41,35	20,83	20,01	38,32	17,47
Otro origen	41,81	51,48	50,15	47,19	55,37	54,08
Total (%)	100	100	100	100	100	100

Figura 2.41. Procedencia de los cónyuges de las parejas residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905. Se ha efectuado la correlación entre la procedencia del cabeza de familia y la de la esposa. La lectura del cuadro sería la siguiente: el 37,52% de los cabezas de familia (exceptuando los nacidos en la ciudad de Madrid) estaban casados de forma endogámica con una persona de su misma provincia de procedencia, el 20,68% de éstos lo estaba con una mujer madrileña, y el 41,81% de los cabezas de familia restantes lo estaban con personas de distinto origen al de los anteriores. En el caso de los nacidos en la ciudad de Madrid, el porcentaje de los nacidos en la misma provincia no incluye los nacidos en la capital. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1905. AVM, Estadística. Datos porcentuales.

Reducción de la endogamia matrimonial en el Ensanche Este de Madrid							
Origen de los cónyuges	1878	1905	DIF.	Origen de los cónyuges	1878	1905	DIF.
Segovia	32,7	38,2	5,4	Asturias	54,3	43,3	- 11,0
Cuenca	32,8	37,3	4,5	Alicante	47,1	42,5	- 4,6
Toledo	35,8	32,2	- 3,5	Ciudad Real	47,1	36,2	-10,8
Guadalajara	41,4	34,6	- 6,8	Murcia	46,7	40,4	- 6,2
Ávila	33,3	32,4	- 0,9	Valencia	43,4	34,4	- 9,0
Madrid (provincia)	49,8	28,0	- 21,7	Málaga	40,6	32,5	- 8,2
Media Hinterland	37,6	32,8	- 4,8	Media resto de provincias	32,1	28,7	- 3,4

Figura 2.42. . Se han incluido las provincias fuera del hinterland madrileño con mayor proporción endogámica. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1878 y 1905.

¹⁴⁹ REHER, D. S.: “Las dimensiones del mercado matrimonial en España durante la Restauración”, en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XII, 2/3, 1994, pp. 45-77; PAREJA ALONSO, A.: “La importancia de la diferencia en una sociedad urbana, Bilbao 1825-1935”, *I Encuentro de Demografía Histórica de la Europa meridional*, Mahón, 2003; VRIES, J.: *La urbanización de Europa, 1500-1800*, Crítica, Barcelona, 1987; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.; DOHERTY, J. C. *Short- distance migration in mid- victorian Lancashire: Blackburn and Bolton 1851-71*. PhD Thesis, University of Lancaster, 1985.

Una de cada tres parejas inmigrantes residentes en el Ensanche Este de la capital en el último tercio del siglo XIX estuvo formada por dos personas de la misma provincia, aunque el grado de endogamia varió según el lugar de procedencia, la distancia y la fortaleza de las cadenas migratorias y las redes de paisanaje existentes en la capital, pasando de un 54% de endogamia matrimonial del caso asturiano al exiguo 6,25% existente entre las parejas guipuzcoanas residentes en Madrid. La incidencia de la inmigración era tal que el número de hombres y mujeres madrileños que se casaban en la ciudad apenas suponían el 30% del total¹⁵⁰. Pero a medida que la población inmigrante se fue asentando, los hijos de las primeras familias de recién llegados que crecieron en la ciudad conocieron a personas procedentes de otros lugares de origen, en una especie de torre de Babel difícilmente visible en sus respectivos lugares de procedencia, lo que provocó una expansiva diversificación en sus relaciones sociales y laborales, influyendo en su horizonte de sucesos y posibilidades a la hora de iniciar una relación sentimental que acabara en matrimonio y reduciendo su propensión a forjar uniones matrimoniales con personas de su misma comarca, región o provincia. De hecho, tanto entre los inmigrantes procedentes del hinterland madrileño como de los llegados de distancias más lejanas, la endogamia matrimonial se redujo (ver Figura 2.42). También influyó considerablemente en este proceso la propia asimilación urbana que los otrora terrenos extramuros sufrieron. Este espacio urbano vio suplantado su carácter de zona de bajos alquileres y clases populares por el Ensanche Sur o por núcleos como Prosperidad, Guindalera, situados allende el perímetro de la ampliación de la ciudad. A la altura de 1905, la zona del Ensanche Este más cercana al antiguo casco urbano había perdido su condición de lugar de acogida de los inmigrantes recién llegados más necesitados, aquellos quienes más habían echado mano de las redes de asistencia familiar, de parentesco y paisanaje. La ciudad difuminaba con el paso del tiempo las estrategias endogámicas de integración de los recién llegados. Al centrar la atención sólo en los matrimonios que se formaban en la capital, obviando aquellos establecidos en sus lugares de origen antes de residir en Madrid, se observa cómo la endogamia matrimonial entre la población inmigrante perdía fuerza paulatinamente, reduciéndose del 15% de las uniones registradas en 1871 al 12% en 1906¹⁵¹.

La población inmigrante suponía las dos terceras partes de la población del Ensanche de la capital, y la disparidad en sus orígenes era muy elevada. Por ello, y gracias a la integración en la ciudad, sus protagonistas, a pesar de contar con sólidos lazos de parentesco y paisanaje en sus primeros pasos en la ciudad, abrieron sus relaciones sociales, laborales y de amistad al resto de la población, provocando la reducción de la endogamia matrimonial ligada al paisanaje. Pero eso no significó que también se redujera otro tipo de endogamia más sutil, centrada en el nivel cultural y profesional de los inmigrantes. Era evidente que la urbanización del comportamiento, de las pautas culturales y de la cualificación laboral generó mejores perspectivas de integración en el mercado de trabajo madrileño. Este capital humano atesorado por los inmigrantes de origen urbano también influyó en el establecimiento de nuevas

¹⁵⁰ Se ha realizado una cata de las actas matrimoniales registradas en el distrito de Buenavista de Madrid de los años 1871, 1904 y 1906, englobando un total de 700 uniones matrimoniales. En dicha actas se indican los nombres y apellidos de los contrayentes, sus domicilios, edades, estado civil, lugar y provincia de nacimiento y sus profesiones (en el caso de las mujeres sistemáticamente queda vacío). AVM, Estadística. Registro de Actas Matrimoniales de 1871, 1904 y 1906. De la informatización de estos datos se desprende que sólo el 19,8% de los hombres y el 27,3% de las mujeres que se casaron en el distrito de Buenavista en 1871 eran autóctonos, proporción que aumentó al 29,3% y al 29,8% respectivamente en el período 1904-1906.

¹⁵¹ AVM, Estadística. Registro de Actas Matrimoniales del distrito de Buenavista de 1871, 1904 y 1906.

relaciones sociales y sentimentales, estableciendo otro *techo de cristal* difícilmente eludible para los inmigrantes de origen rural, cuya posible movilidad social ascendente como consecuencia del matrimonio también se vio resentida. Dada la enorme relevancia de la población de origen rural respecto a la urbana, era lógico que algo más de la mitad de los cónyuges nacidos en núcleos urbanos contrajeran matrimonio con inmigrantes de origen rural. Sin embargo, es elocuente que esos inmigrantes rurales en unión con inmigrantes urbanos sólo significaran una décima parte de todos ellos, tanto hombres como mujeres, ya que la inmensa mayoría se casaron entre sí, cortando de raíz cualquier posibilidad de ascenso social motivada por la unión sentimental con alguien de mayor cualificación profesional¹⁵².

Migración y endogamia matrimonial	1878		1905	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Urbano-Rural	9,04	44,10	61,82	40,67
Urbano-Urbano	90,96	55,90	38,18	59,33
Rural-Urbano	49,42	10,96	9,19	19,29
Rural-Rural	50,58	89,04	90,81	80,71

Figura 2.43. En este cuadro se ha considerado como población urbana los nacidos en las capitales de provincia españolas. Elaboración propia a partir de los padrones municipales de Madrid de 1878 y 1905. AVM, Estadística. Datos porcentuales.

También hubo casos en los que la férrea simbiosis entre las redes de paisanaje, el tipo de actividad laboral, la integración familiar y la endogamia matrimonial se mantuvo constante. Caso paradigmático fue el protagonizado por un segmento migratorio procedente de un área geográfica muy concreta con rasgos económicos, culturales y sociales específicos: los oriundos del valle del Pas, en Cantabria, especialmente los procedentes de las *tres villas pasiegas* de San Roque de Riomiera, San Pedro del Romeral y Vega de Pas¹⁵³. Situada a 400 kilómetros de Madrid, y a pesar de la cercanía de otras ciudades como Santander, Bilbao, Burgos, Vitoria o León, esta comarca era una exportadora histórica de emigrantes hacia la capital y, en 1905 aglutinaba sólo en el Ensanche Este a 120 personas nacidas en la vega pasiega¹⁵⁴. La presencia de autóctonos pasiegos en numerosos núcleos urbanos españoles, en especial mujeres que se ganaban la vida ora como nodrizas ora como vendedoras ambulantes, fue una constante desde mediados del siglo XVIII. Era una emigración temporal efectuada tanto por hombres como por mujeres a los núcleos urbanos más cercanos e, incluso, a Madrid y Zaragoza, con la que la comarca consiguió una aportación monetaria sin parangón a su estructura

¹⁵² Estos porcentajes son muy superiores a los calculados para el conjunto de Francia, si bien estarían acordes con los existentes en otros núcleos urbanos. PÉLISSIER, J.P., RÉBAUDO, D., LEEUWEN, M. y MAAS, I.: "Migration and endogamy according to social class: France, 1803-1986", *IRSH*, nº 50, Supplement, 2005, pp. 219-246.

¹⁵³ SARASÚA, C.: "Las emigraciones temporales en una economía de minifundio: los montes de Pas, 1758-1888", en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XII, 2/3, 1994, pp. 163-179; TERÁN, M.: "Vaqueros y cabañas en los Montes de Pas", *Estudios geográficos*, nº 23, 1947.

¹⁵⁴ El pueblo de San Roque de Riomiera contaba en 1900 con 928 habitantes, mientras que una década más tarde la cifra se había reducido a 801. En el Ensanche de Madrid residían 86 personas que habían nacido en dicho municipio en 1905, un 10% de su población. Datos recogidos del INE. CARBALLO, B., VICENTE, F. y PALLOL, R.: "La ciudad de las oportunidades: Inmigración, vida y trabajo en el Madrid de la Restauración" en FUENTES NAVARRO, Mª C. (ed.) *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Universidad de Granada, 2010, recurso electrónico.

socioeconómica, basada en la explotación ganadera familiar surgida en un ámbito geográfico de alta montaña¹⁵⁵. Dichas aportaciones fortalecieron un sistema de producción, comercialización y venta de ganado vacuno, leche y derivados cuyas ramificaciones se extendieron hacia los principales núcleos urbanos de la mitad norte peninsular y, por supuesto, hacia Madrid y su Ensanche.

Integración laboral de los inmigrantes de la Vega del Pas en el Ensanche de Madrid (1905)			
Categorías socioprofesionales	Media Ensanche	Inmigrantes cántabros	San Roque
Profesiones liberales	4,31	5,92	0,00
Artesanado	11,17	6,08	6,45
Pequeño comercio	4,72	18,72	54,84
Empleados	13,93	19,20	9,68
Jornaleros	41,40	23,36	19,35
Servicio doméstico femenino	17,39	31,01	10,87

Figura 2.44. Se han utilizado los datos de los Ensanche Norte y Sur proporcionados por Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

El conjunto de inmigrantes procedentes de su núcleo más característico, San Roque de Riomiera, evidenció unas pautas de comportamiento e integración social y laboral específicas al enfrentarse a la capital. Los hombres y mujeres pasiegos residentes en Madrid en los decenios interseculares pusieron en juego una serie de estrategias matrimoniales, familiares y laborales endogámicas, lo cual les proporcionó una posición en la ciudad claramente beneficiosa respecto al grueso de la masa inmigrante que arribó a la capital, gracias a que no cortaron de raíz sus vínculos de paisanaje y se establecieron como la pieza última de un engranaje comercial muy especializado como el de la producción, distribución y venta de ganado vacuno, leche y sus derivados en una ciudad como Madrid, en franca expansión demográfica y cuya población empezaba a valorar favorablemente el consumo de leche¹⁵⁶.

Los inmigrantes sanroqueños presentaban a la altura de 1905 una integración laboral en el mercado de trabajo madrileño dispar, fruto de su especialización comercial en el sector de la producción, distribución y venta de leche y productos lácteos como la manteca o el queso gracias a sus contactos con las explotaciones ganaderas de estrategia familiar de donde procedían. Mientras que en el conjunto del Ensanche de la capital, el número de hombres dedicados al pequeño comercio no alcanzaba el 5%, en el caso de los sanroqueños la cifra se disparaba a más de la mitad, siendo el destino laboral más fructífero. Pero el éxito de esta estrategia económica tendente a la monopolización de dicho segmento no se puede explicar sólo a sus valiosos contactos en origen, a su especialización laboral ni a la favorable imagen que los pasiegos tenían en Madrid en cuanto a la calidad de su género. La fabulosa expansión de las vaquerías sanroqueñas en la capital, en especial en las zonas más pobladas del Ensanche Este, fue consecuencia de la interacción entre las ventajas comparativas ya comentadas (contactos comerciales con

¹⁵⁵ SARASÚA, C.: "Understanding intra-family inequalities: The Montes de Pas, Spain, 1700-1900", en *The History of the Family*, Vol. 3, Issue 2, Elsevier, 1998, pp. 173-197.

¹⁵⁶ En un artículo aparecido en *El progreso agrícola y pecuario* del 22 de noviembre de 1903, se estimaba que la leche de vaca de Madrid era suministrada por 400 establos, los cuales tenían matriculadas un total de 2.770 vacas.

las ganaderías pasiegas, una marcada especialización laboral heredada de su pasado en las montañas cántabras y la buena imagen de sus productos a ojos de los madrileños) y del perfeccionamiento de una inteligente estrategia de contactos y relaciones de paisanaje, parentesco y herencia familiar que les hizo actuar, salvando las distancias, como una franquicia comercial.



Figura 2.45. Lecherías, vaquerías y despachos de leche regentados por inmigrantes pasiegos en el Ensanche Este de Madrid (1905). Fuente: Detalle del Plano de Madrid de Núñez Granés (1910). Gerencia municipal de Urbanismo, Escala: 1:10.000.

Las lecherías, vaquerías y despachos de leche regentados por inmigrantes llegados de San Roque de Riomiera (o de pueblos cercanos como Selaya, Calseca, Merilla, San Pedro del Romeral o Vega de Pas) podían encontrarse en cualquiera de las principales calles y plazas del *nuevo Madrid* del Ensanche, en puntos estratégicamente situados formando una tupida malla especialmente visible en el barrio de Salamanca a lo largo de sus dos arterias principales, las calles Serrano y Claudio Coello. Además del paisanaje y el más que probable hecho de que se conocieran previamente los unos a los otros, varios de estos comerciantes vaqueros (o *industriales* en el lenguaje de la época) presentaban lazos de parentesco entre sí en primer o segundo grado. Apellidos como Samperio, Cobo, Barquín, Setién o Lavín podían encontrarse en distintas familias vaqueras. Éste era el caso de los hermanos Ramona y Manuel Fernández Cobo, oriundos de San Roque y llegados a Madrid en 1870 cuando contaban con 23 y 28 años

a sus espaldas, aunque no lo hicieron solos ya que Manuel vino con su esposa Josefa Samperio Lavín, también sanroqueña. Tras un periodo de asentamiento en la capital, podemos observar cómo Manuel y Josefa ostentaban a la altura de 1905 una vaquería en la calle Quesada nº 8, en la que vivían en compañía de cuatro hijos varones nacidos ya en la capital y que les ayudaban en su labor diaria de alimentar, ordeñar y elaborar productos lácteos, despachar a la clientela y repartir la leche a sus vecinos del barrio¹⁵⁷.

Por su parte, Ramona también probó suerte en el negocio de la leche y, de esta forma, la encontramos en 1878 regentando la vaquería de la calle Serrano nº 25 junto a otro sanroqueño llamado José Corral Fernández, con el que había contraído matrimonio. Sin embargo, la suerte no sonrió a éste último ya que poco tiempo después falleció. Así, Ramona, que tenía dos hijas de su primer matrimonio (Feliciana y Josefa) se casó en segundas nupcias con Venancio Barrio Toscón, oriundo de Vegacervera (León), con el que convivía a la altura de 1900 y con el que había tenido tres hijos más (Mercedes, Matilde y José). Su domicilio seguía situándose en una vaquería de la calle Serrano, pero esta vez en el número 53, vaquería que estaba regentada por Ramona y no por Venancio. Esta circunstancia, hartó difícil de ver en las hojas de empadronamiento (las mujeres sólo aparecían como cabezas de familia y regentes de un negocio cuando eran viudas o solteras), recalca cómo el paisanaje y el parentesco de Ramona, que le brindaban formidables vínculos comerciales y claras ventajas cualitativas ante el resto de vaqueros de la ciudad, le ponía en una posición superior a la de su marido, que también declaró ser vaquero. El llevar el negocio al día y el cuidado de sus cinco hijos les obligó a contratar a dos jóvenes mozos que les ayudaran a mantener a flote el negocio, cuya elección fue vehiculada por la confianza y la red informacional del paisanaje. De la familia del marido llegó Tomás Rodríguez Barrio, un muchacho de once años de edad y nacido también en Vegacervera; por su parte, Ramona acogió a un paisano suyo, José Lavín, que residía en Madrid desde hacía 30 años pero que seguramente llevara en la sangre el trabajo de vaquero¹⁵⁸. En definitiva, dos hermanos sanroqueños llegados a la par a Madrid, Ramona y Manuel, habían logrado instaurar y mantener en el tiempo sendas vaquerías. Este ejemplo no es una excepción ya que hubo casos similares a éste diseminados por todo el Ensanche.

Las historias de vida de Manuel y Ramona Fernández Cobo nos proporcionan diversas pistas sobre cómo lograron integrarse en la capital y consolidar sus establecimientos comerciales los inmigrantes pasiegos. El perfil tipo de dichos emigrantes fue el de hombres y mujeres jóvenes (en mayor proporción las segundas que los primeros), que no alcanzaban la treintena y que llegaban a la capital solteros, aunque también hubo casos de jóvenes parejas recién casadas que emprendieron el viaje a Madrid con la intención de ampliar la familia una vez que estuvieran felizmente asentados en la ciudad¹⁵⁹. Las jóvenes muchachas inmigrantes solían hospedarse en casa

¹⁵⁷ La reconstrucción de la vida de Manuel Fernández Cobo y de su familia se ha realizado a partir de las hojas de empadronamiento municipal de Madrid. Ensanche Norte. Año 1905. CARBALLO, B., VICENTE, F. y PALLOL, R.: "La ciudad de las oportunidades: Inmigración, vida y trabajo en el Madrid de la Restauración" en FUENTES NAVARRO, Mª C. (ed.) *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Op. Cit.

¹⁵⁸ La reconstrucción de la vida de Ramona Fernández Cobo y de su familia se ha realizado a partir de las hojas de empadronamiento municipal de Madrid. Ensanche Este. Años 1878, 1900 y 1905.

¹⁵⁹ El 90% de los hijos con los que residían los inmigrantes pasiegos a la altura de 1905 habían nacido ya en Madrid. Esta realidad se corrobora con otros dos datos: en primer lugar, las fechas de nacimiento de sus hijos suelen diferir muy poco del año de llegada de la pareja a la capital; y en segundo lugar, este fenómeno también se constata entre las familias inmigrantes recién llegadas a Madrid, las cuales apenas traen consigo un hijo. No obstante, tal abultada proporción de nacimientos en la capital por parte de estas

de algún familiar o paisano para ahorrar dinero en la manutención y el alquiler hasta que encontrasen algún modo de incorporarse al mercado laboral, usualmente en el servicio doméstico o como dependienta en una de las vaquerías que otros pasiegos poseían en el Ensanche de Madrid. También era práctica común entre estas jóvenes el recurso a la emigración hacia la ciudad una vez dado a luz, para así poder sacar rendimiento a su leche materna y trabajar como nodriza en alguna de las familias acomodadas del vecindario y así ganar en un año cantidades de dinero que en la montaña tardarían bastante más en reunir¹⁶⁰. Presumiblemente éste fue el caso de María Cobo Fernández, joven sanroqueña llegada a Madrid en 1904 con sólo 20 años pero ya casada, a la que le había sonreído la suerte: trabajaba como nodriza en un principal de la calle Claudio Coello nº 28, en concreto para los marqueses de Bayamo, quienes acababan de tener una niña llamada Mariana. Por el trabajo de cuidar y dar de mamar a su pequeña, los marqueses de Bayamo pagaban a María 25 pesetas mensuales, a lo que se unía el alojamiento, la manutención y la vestimenta. Sin duda era un buen camino para ahorrar una cantidad suficiente tanto para volverse al pueblo junto a su hijo y su marido y establecer una explotación ganadera allí como para iniciar la aventura de fundar una vaquería en Madrid junto a su familia y establecerse de forma permanente en la capital¹⁶¹.

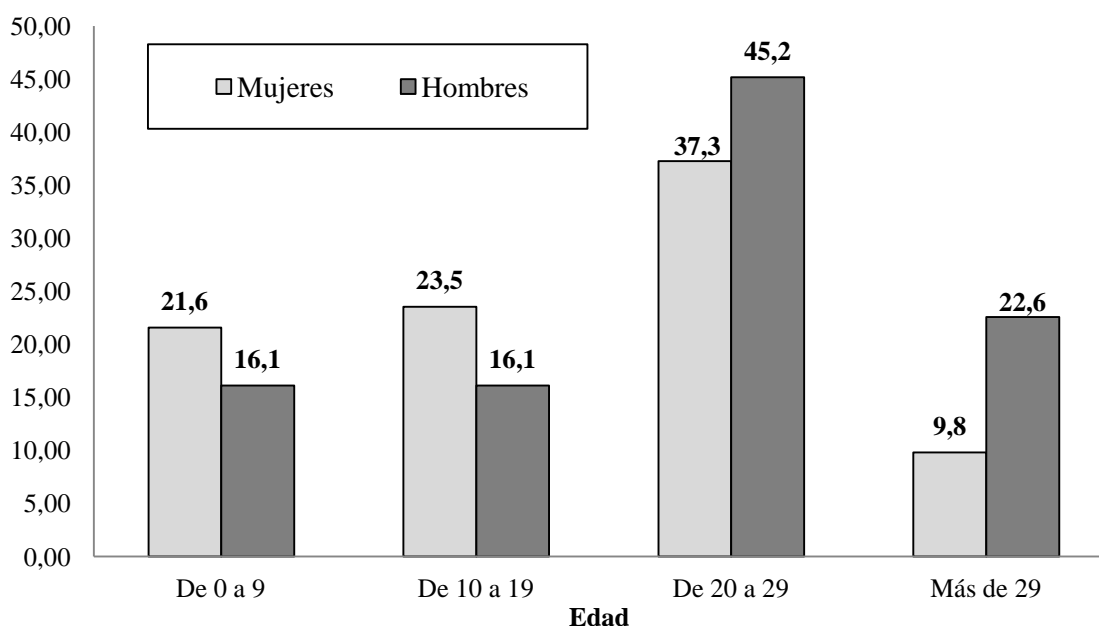


Figura 2.46. Edad de llegada a Madrid de los inmigrantes pasiegos residentes en el Ensanche de Madrid (1905). Se han utilizado los datos de los Ensanche Norte y Sur proporcionados por Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

familias pasiegas (una tendencia similar a la de otros contingentes migratorios aunque con un porcentaje mucho mayor) debe ser inferior ya que las hojas de empadronamiento sólo hacen referencia a los hijos aún residentes en el hogar de sus padres, con lo cual, no aparecen registrados los posibles hijos nacidos en Cantabria y que, dada su mayor edad, pudieran haber abandonado el hogar familiar para fundar el suyo propio. Datos elaborados a partir del padrón municipal de Madrid de 1905. AVM, Estadística.

¹⁶⁰ SARASÚA, C.: “Las emigraciones temporales en una economía de minifundio: los montes de Pas, 1758-1888”, en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica...*, *Op. Cit.*

¹⁶¹ La reconstrucción de la vida de María Cobo Fernández y de su familia se ha realizado a partir de las hojas de empadronamiento municipal de Madrid de 1905. AVM, Estadística.

Cuanto mayor era el grado de interacción con los parientes y paisanos residentes en Madrid, mejores perspectivas de futuro tenían los inmigrantes recién llegados. Y mejor aún que disponer de sólo una rama familiar a la que pedir ayuda, información o contactos comerciales, era poseer dos. Por ello, el grado de endogamia existente en el mercado matrimonial de los inmigrantes sanroqueños es uno de los más altos del Ensanche madrileño (un 54,55% en el caso de las mujeres y un 66,67% en el caso de los varones), muy por encima del existente entre los inmigrantes procedentes del conjunto de Cantabria. Aunque el mercado matrimonial inmigrante aún era tendente a la endogamia pero en cierto declive, las tasas presentadas por los pasiegos y, especialmente entre los sanroqueños, fueron muy superiores al conjunto nacional, situado en torno al 32% (ver Figura 2.42).

Endogamia matrimonial de los inmigrantes sanroqueños del Ensanche Este de Madrid (1905)				
Origen del cónyuge	Mujeres		Hombres	
	San Roque	Cantabria	San Roque	Cantabria
San Roque	54,55	25,85	66,67	27,94
Cantabria	18,18		22,22	
Resto de España	22,73	48,3	5,56	50,00
Madrid ciudad	4,55	25,85	5,56	22,06

Figura 2.47. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

Los contactos parentales y de paisanaje no sólo se hicieron notar a la hora de elegir cónyuge o en las transacciones comerciales relativas al negocio de la venta de leche. El contacto era en muchas ocasiones diario y traspasaba el umbral del hogar gracias a la solidaridad familiar para con sus parientes o al deseo de contratar a alguien de confianza y conocedor de las faenas del vaquero, tal y como hicieran los ya citados Ramona Fernández Cobo y su segundo marido, Venancio Barrio Toscón. El duro trabajo de la familia y la aportación puntual de parientes y paisanos podía significar la diferencia entre el éxito y el fracaso de un establecimiento comercial, al orientar a todos los miembros residentes en el hogar, ya experimentados, en la producción, distribución y venta de leche a unos costes inferiores que si los tuviesen que contratar en la ciudad, a la vez que suministraban cobijo y trabajo a paisanos y parientes recién llegados a Madrid.

Composición de los hogares encabezados por pasiegos en el Ensanche Este de Madrid (1905)	
Parentesco	Porcentaje
Cabeza	19,92
Cónyuge	13,28
Hijos	41,91
Sirvientes y dependientes	11,62
Familiares	11,20
Realquilados	2,07

Figura 2.48. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

Un ejemplo palpable de esta estrategia fue el matrimonio formado por Francisco Lavín Pérez y su esposa Balbina Cobo Setién. Esta pareja, que llegó a Madrid procedente de San Roque en 1886, regentaba en 1890 una vaquería en el número 54 de la calle Serrano, donde vivía junto a su hijo recién nacido Juan, un primo llamado Isidro Fernández Lavín, que declaraba ser dependiente en dicha vaquería, y una anciana paisana viuda que se dedicaba a la costura. Durante los quince años que transcurrieron entre 1890 y 1905, este matrimonio abrió las puertas de su casa a distintos familiares al tiempo que contrató a varios jóvenes como dependientes para que les ayudaran a sacar el trabajo de la vaquería. De esta forma, se incorporó a la familia en 1895 la madre de Balbina, Rosa Setién Cano, y un hermano de Francisco llamado Joaquín. Cinco años después, todo parece indicar que el volumen de negocio era más que aceptable ya que acogieron a otros tres hermanos más de Francisco (Esperanza, Alfredo y Dolores) y se permitieron el lujo de contratar a dos jóvenes para que trabajaran en la tienda. Por último, a la altura de 1905, hasta donde ha llegado nuestro análisis, Francisco y Balbina eran dueños de una cada vez más pujante vaquería situada en el centro del barrio de Salamanca y por la que pagaban 800 pesetas de contribución industrial al año. El número de dependientes en la tienda había aumentado de dos a cinco y Francisco y Balbina, si bien ya no convivían con ninguno de los familiares anteriormente citados salvo con su hijo, ahora contaban con la estimable ayuda de cuatro jóvenes sobrinos que empezaban a familiarizarse con el oficio. En total, once personas al cuidado de una de las vaquerías con mayor volumen de negocio de las abiertas por los inmigrantes sanroqueños en el Ensanche de Madrid a tenor de la contribución y el alquiler (175 pesetas anuales) que sus dueños satisfacían¹⁶².

A pesar de haber dejado constancia de la existencia y actuación de diversas redes de parentesco y paisanaje en el Ensanche Este de Madrid, no debemos caer en la tentación determinista de considerar que todos los movimientos migratorios estuvieron ligados a dichas redes informacionales ya que la realidad histórica remacha de raíz dicha eventualidad. También hubo individuos y familias enteras que no disfrutaron de ningún tipo de apoyo familiar, de paisanaje o amistad en su aterrizaje urbano, y tuvieron que echar mano de otros medios y emprender otras estrategias de integración.

2.3.3. La alternativa del necesitado: el realquiler.

En el ámbito urbano español, el aforismo de origen rural que valoraba que *la única persona verdaderamente pobre era aquella que carecía de familia* también permanecía vigente¹⁶³. La enorme presión demográfica que la inmigración ejerció sobre Madrid desde el ecuador de la centuria y la desaparición de todas las ataduras legales que impedían a los propietarios de viviendas subir los alquileres a su antojo tras la Ley de Inquilinatos de 1842, provocó la generalización del recurso de las familias al hospedaje y a la proliferación de la figura del realquilado en el Madrid de la Restauración. Las familias populares de la ciudad, especialmente aquellas que no tenían

¹⁶² La reconstrucción de la vida de Francisco Lavín Pérez, Balbina Cobo Setién y de su familia se ha realizado a partir de las hojas de empadronamiento municipal de Madrid. Años 1890, 1895, 1900 y 1905. AVM, Estadística.

¹⁶³ REHER, D. S.: "Lazos perdurables en la Europa Occidental: una lección de contrastes perdurables", en DURÁN, M.A. (ed.): *Estructura y cambio social. Homenaje a Salustiano del Campo*, CSIC, Madrid, 2001, pp. 313-346.

vínculos de parentesco cercanos, optaron por ceder una habitación, un cuarto o hasta un simple catre, a una persona de fuera del vínculo familiar “*para ayudar a pagar el cuarto*” y reducir la presión sobre su escueto presupuesto. Y eso a pesar de que el alquiler medio de las familias que compartían parte de su vivienda apenas superaba la mitad del alquiler medio registrado en el Ensanche Este de la ciudad.

El lugar de origen era una condición *sine qua non* que influía considerablemente en las posibilidades laborales de integración laboral y en la instrucción recibida. No era lo mismo ser madrileño que inmigrante ni proceder de un ámbito rural o urbano para lograr una ocupación mejor o peor remunerada y más o menos estable, lo cual tenía su consecuencia en la mayor o menor necesidad de recurrir al hospedaje¹⁶⁴. De hecho, las familias compuestas por cónyuges madrileños, quienes posiblemente tuvieran un amparo familiar mayor, eran prácticamente testimoniales en el mercado del realquiler, a diferencia de los matrimonios plenamente inmigrantes, que suponían cerca de las tres cuartas partes del total. Esta diferencia era tan evidente que sólo con que uno de los cónyuges hubiese nacido en la ciudad, lo que incrementaba sus opciones de disponer de un sostén familiar, conocer los vericuetos del mercado de alquiler de viviendas, disfrutar de un trabajo más o menos estable o poseer unos lazos vecinales y de amistad más fuertes, cuya consecuencia directa era la reducción de la necesidad del realquiler de su familia.

Principales características socioeconómicas de las familias que recurren al hospedaje (1905)							
Tipos de hogar	Procedencia matrimonios			Hombres	Mujeres	Cabezas jornaleros (%)	Alquiler mensual (Ptas.)
	M	I	MIXTO				
<i>Hogares con realquilados</i>	6,76	70,00	23,24	67,9	32,1	44,30	42,47
<i>Media Hogares Ensanche Este</i>	7,01	66,39	26,60	81,4	18,6	30,30	80,62
Diferencia (%)	+3,70	-5,16	+14,46	+19,88	-42,06	-31,60	+89,83

Figura 2.49. Leyenda: M, ambos cónyuges nacidos en la capital; I, ambos eran inmigrantes; MIXTO, uno de los dos nació en la ciudad. Elaboración propia a partir del padrón municipal de Madrid de 1905. AVM, Estadística. Datos porcentuales.

Los hogares encabezados por jornaleros y trabajadores manuales no cualificados, que conformaban uno de los eslabones sociales más deprimidos y con los ingresos más bajos e inestables de la ciudad, coparon en gran medida el mercado madrileño del hospedaje al aglutinar a cerca de la mitad de las familias residentes en el Ensanche Este en 1905 que habían acogido a algún realquilado en su seno¹⁶⁵. La parte restante de las familias que habían apelado al hospedaje estaban encabezadas por trabajadores manuales cualificados y artesanos a los que la onda expansiva de la

¹⁶⁴ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008.

¹⁶⁵ Las distintas respuestas dadas por los cabezas de familia jornaleros a la Comisión de Reformas Sociales denotan la inestabilidad económica permanente en la que residieron. CASTILLO, S. (Ed.): *Comisión de Reformas Sociales. Información oral y escrita (1889-1893)*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.

corrosión de los oficios, la lenta modernización económica de la ciudad y el retroceso real de las prácticas gremiales (abolidas legalmente desde 1834), les había impuesto un languidecimiento prolongado de su cualificada labor y una reducción de su jornal¹⁶⁶.

Antonio Calderón Lebrón, sevillano de 68 años y residente en la capital desde los 48, era viudo y vivía con su hija Francisca y su nieta Dolores, de tan sólo 4 años de edad, en un sotabanco del número 10 de la calle Serrano, por el cual pagaban 25 pesetas mensuales. Dada la avanzada edad de Antonio, y a pesar de declararse zapatero de profesión y cobrar 10 reales (2,5 pesetas) “*cuando trabaja*”, su viudez, y el hecho de que su hija de 33 años tuviera que cuidar a su pequeña Dolores, les obligó a ajustarse en cinturón lo máximo posible y a abrir las puertas de su reducido hogar a otras personas desconocidas con las que vivir “*en compañía para poder pagar el alquiler*”, tal y como señalaron en la hoja de padrón de 1878. Con ellos convivía una joven asturiana de tan sólo 14 años, natural de Taja, Prudencia Fernández Álvarez, que llevaba en la capital un año y que afirmó que “*buscaba casa para servir*” y una familia recién llegada a la capital del cercano pueblo de San Sebastián de los Reyes, formada por Lorenzo Martín Hernández, de 33 años y de profesión albañil, su esposa Luisa Navacerrada Frutos, del mismo lugar de origen, de 31 años y que declaró dedicarse a sus labores, y su hija Ciriaca, de 19 años y que era guarnecedora. Este hogar de familias realquiladas formaba una unión simbiótica clara: por un lado, Antonio, su hija y su nieta, que por la edad y el cuidado de la pequeña vivían con un presupuesto muy ajustado, compartieron la vivienda y la cuantía del alquiler con una joven chica inmigrante, Prudencia, que aspiraba a conseguir una casa donde entrar de criada, y un matrimonio recién llegado y a la espera de aclimatarse a la ciudad como el de Lorenzo, Luisa y su hija Ciriaca¹⁶⁷.

Principales características socioeconómicas de los realquilados residentes en el Ensanche Este (1905)							
Tipos de hogar	Madrileños	Inmigrantes	Hombres	Mujeres	Jornaleros varones	Origen inmigrantes	
						Urbano	Rural
<i>Realquilados</i>	25,5	74,5	47,3	52,7	54,3	19,9	75,3
<i>Media habitantes Ensanche Este</i>	38,3	61,7	42,9	57,1	27,1	30,4	69,6
Diferencia (%)	+50,2	-17,2	-9,3	+8,3	-50,1	+52,8	-7,6

Figura 2.50. Elaboración propia a partir del padrón municipal de Madrid de 1905. AVM, Estadística. Datos porcentuales.

Pero esta situación no era flor de un día, y las familias que se dedicaban al realquiler estaban acostumbradas a que sus inquilinos sólo estuvieran de paso, temporalmente, y debían de estar atentos para *reponer* lo antes posible a esos realquilados que se marcharan, ya que el montante del alquiler era ineludible. Y Antonio Calderón y su hija Francisca lo eran. Un año después, en 1879, el matrimonio procedente de San Sebastián de los Reyes se había marchado de la vivienda, y Antonio y Francisca volvieron a tener habitaciones vacantes en su vivienda. En este caso, las personas que se hospedaron eran madrileñas de nacimiento, pero sus circunstancias vitales las abocaron a la necesidad de vivir de realquiler. Joaquina San José Díaz era una

¹⁶⁶ SÁNCHEZ NIETO, J. A.: *Artisanos y mercaderes. Una historia social económica de Madrid (1450-1850)*, Editorial Fundamentos, Madrid, 2006, pp. 405-426.

¹⁶⁷ Padrón de Madrid de 1878, AVM, Estadística.

joven madre de 36 años, que no vivía con su marido (declaró estar casada) y que se hacía cargo de su hija de doce años Inés Arroba San José. Joaquina era modista, y en los ratos en que ella cosía, remendaba y terminaba los encargos en casa, le enseñó el oficio a su joven hija, quien también declaró serlo. La viudedad era un período vital muy sensible para las familias, y más si eran las mujeres las que lo sufrían y todavía debían hacerse cargo de sus hijos pequeños¹⁶⁸.

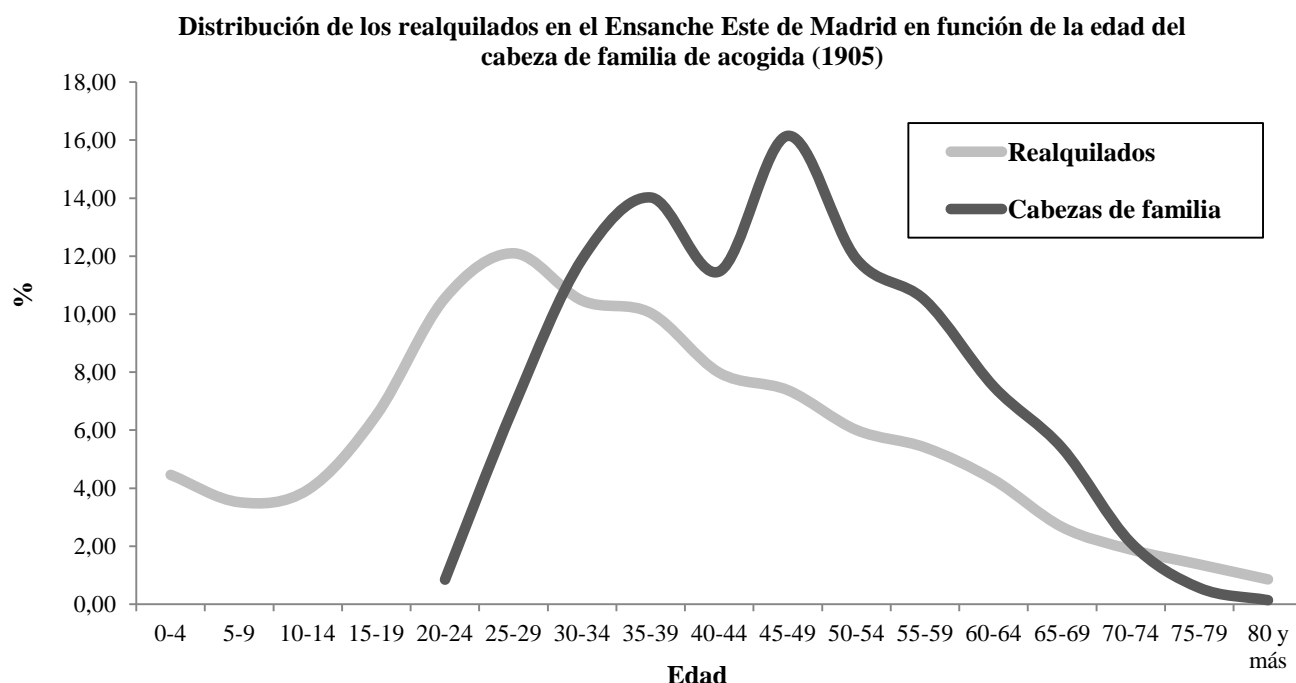


Figura 2.51. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

La mayoría de las familias que acogían a un huésped en su vivienda (en ocasiones a familias enteras) constituían la más viva y palpable secuela de la comunión urbana entre la jornalización y la inmigración. Hasta el 75% de las personas realquiladas eran inmigrantes, de los cuales más de la mitad llevaban en la capital menos de cinco años, trabajaban, en la mayoría de los casos, como jornaleros y trabajadores no cualificados, y vivían en los tejares, caminos y huertas de las afueras de la ciudad o en los bajos, sótanos y sotabancos de los modernos edificios del barrio de Salamanca. Las personas realquiladas solían ser inmigrantes jóvenes quienes, en compañía o de forma individual, reducían sus gastos durante los primeros meses en la capital acudiendo al hospedaje mientras buscaban una colocación laboral. Por su parte, las familias y personas de acogida accedieron a esta estrategia económica en las etapas del ciclo vital más delicadas, bien cuando las bocas a alimentar aumentaban y las manos para trabajar se reducían (cuando nacía la prole y los niños eran muy pequeños para dejarlos solos) o cuando el ocaso se acercaba, y la muerte se llevaba a alguno de los cónyuges dejando al otro anciano y sin posibilidad física de trabajar¹⁶⁹.

¹⁶⁸ Padrón de Madrid de 1879, AVM, Estadística.

¹⁶⁹ REHER, D. S.: *La familia en España. Pasado y presente*. Alianza Universidad, Madrid, 1996; *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1900*, CIS-Siglo XXI, Madrid, 1988; REHER, D. S. y CAMPS CURÁ, E: "Las economías familiares dentro de un contexto histórico comparado" en *REIS*, nº 55, pp. 65-91.

El Ensanche Este de Madrid fue un espacio urbano donde el fenómeno del realquiler y el hospedaje se fue reduciendo paulatinamente debido a su creciente auge social y al nacimiento de nuevos núcleos populares en el Extrarradio que robaron protagonismo a los otrora territorios extramuros. No obstante, la reducción más pronunciada en el tiempo desde 1860 a 1905 del fenómeno del realquiler en el Ensanche Este de Madrid en relación a las otras dos zonas, fue consecuencia de la profundización en la segregación socioespacial de la ciudad burguesa, que concentró, de la misma forma que las fábricas, los talleres y los jornaleros, el fenómeno del realquiler en los suburbios meridionales de la capital¹⁷⁰.

La ciudad acogió durante la segunda mitad del siglo XIX a miles de emigrantes rurales y urbanos, que llegaron desde distintos lugares de origen y tras recorrer distancias dispares. Hombres y mujeres, familias e inmigrantes individuales, que al llegar a la ciudad se encontraron con un reto aún mayor al que habían realizado, integrarse en la ciudad. El trayecto que les llevó hasta Madrid, ya fuera el único o uno más de un sucesivo vaivén de paradas escalonadas desde su lugar de origen, no fue el último. En las calles de la capital, tanto inmigrantes como madrileños protagonizaron un sinfín de nuevos desplazamientos y mudanzas como consecuencia de la elevada movilidad residencial urbana.

2.4. Idas y venidas: la movilidad residencial en Madrid.

En 1860, el Ensanche Este carecía de un eje residencial estable con sólidos vínculos vecinales como Chamberí, que ya contaba con su propia parroquia extramuros, la de Santa Teresa y Santa Isabel. Su poblamiento era reducido, reciente y disperso, lo cual coartó el florecimiento de un núcleo inmigrante relativamente asentado cuyos hijos ya madrileños fueran bautizados en las parroquias más cercanas del interior, como sí ocurría en el arrabal de las Peñuelas. La población madrileña residente en el Ensanche Este a la altura de 1860 mostraba en cambio un origen residencial más amplio que la de sus congéneres del Norte y el Sur, donde ya se percibía una cierta identificación y estabilidad vecinal a tenor de las declaraciones sobre las parroquias de bautizo de los madrileños incluidas en el padrón de habitantes de la ciudad de dicho año. En dichas hojas, cada madrileño debía consignar la parroquia de la ciudad en la que había sido bautizado, generalmente aquella más cercana al lugar de residencia de sus padres (sólo el 4,5% de los residentes madrileños del Ensanche Este dejó esta casilla vacía). Esta información es un indicador fiable para analizar en la antesala de la puesta en marcha

¹⁷⁰ CARBALLO BARRAL, B., PALLOL TRIGUEROS, R. y VICENTE ALBARRÁN, F.: “Hacia una ciudad segregada. Rasgos comunes y diferenciales del primer desarrollo del Ensanche madrileño en sus tres zonas (1860-1880)”, *VIII Congreso de la ADEH*, sesión 19ª, Mahón, junio de 2007 (se puede consultar en la página web oficial de la ADEH); “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid (1860-1905)” en NICOLÁS MARÍN, Mª E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.): *Ayeres en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008; “La ciudad de las oportunidades. Inmigración, vida y trabajo en el Madrid de la Restauración”, en FUENTES NAVARRO, Mª C. (ed.) *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Op. Cit.

del Ensanche, primero, la movilidad residencial de las parejas madrileñas a partir de sus propios lugares de bautizo así como el de sus hijos, y segundo, la relación existente entre los matrimonios inmigrantes y el espacio madrileño a tenor de dónde llevaron a bautizar a aquellos hijos que dieron a luz en la capital.

Al igual que en las otras dos zonas de Ensanche, la mayoría de los madrileños residentes en su área oriental en 1860 habían sido bautizados en las parroquias más cercanas, tanto en la del Buen Retiro (el 13,31%), inserta en el propio espacio de estudio, como en las de San José (24,85%), sita en la calle de Alcalá y cercana a la puerta homónima, y las de San Sebastián (13,31%) y San Lorenzo (9,47%), ubicadas en las calles de Atocha y Doctor Piga respectivamente. Sin embargo, la escasa raigambre y antigüedad de las calles y edificaciones existentes al otro lado de la Puerta de Alcalá se dejaba notar en la ausencia de un núcleo de población sólido con unos lazos vecinales consistentes. Corolario de ello fue la menor relevancia de la parroquia del Buen Retiro, la más cercana, frente al papel nodal que la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel ejercía en el arrabal de Chamberí, donde acaparaba el 28% de los bautizos de madrileños, fundamentalmente los de menor edad. El Ensanche Este se nutrió de fuentes más diversas y alejadas que las zonas Norte y Sur, cuya atracción era mayor en las parroquias del casco antiguo más cercanas a las cercas. Ejemplo concreto de este fenómeno fueron la clara preponderancia entre los expedientes de bautismo de los madrileños de las parroquias del interior contiguas tanto en el Ensanche Sur, con las de San Lorenzo, San Millán y San Andrés, que acaparaban por sí solas el 82% del total de bautismos, como en el Ensanche Norte, donde la ya mencionada parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel del arrabal de Chamberí, junto a las de San José, San Ildefonso y San Marcos (contiguas a las cercas septentrionales de la ciudad) acapararon el 75% de los bautismos de los madrileños allí residentes. En contraposición a los casos anteriores, de los madrileños residentes en el Ensanche Este de la capital a la altura de 1860, la proporción de bautizados en la parroquia del Buen Retiro o en las más próximas de San José, San Sebastián y San Lorenzo, con ser mayoría, sólo llegaba al 60%, resultado de una procedencia más heterogénea, de parroquias del interior de la ciudad como San Martín, San Luis o San Millán, ubicadas en las céntricas calles del Desengaño y Montera y en la Plaza de la Cebada respectivamente (Figuras 2.52 y 2.53).

Esta diversidad de procedencias de los madrileños afincados en el Ensanche Este meses después de la ratificación del proyecto de Castro muestra una elevada movilidad residencial interior de los madrileños a lo largo de su vida. Las mudanzas y los traslados de una vivienda a otra eran la norma en una sociedad urbana como la madrileña, donde la mayor parte de la población vivía en alquiler. Este fenómeno es perfectamente rastreable mediante el seguimiento de las parroquias de bautismo de los matrimonios madrileños y las de sus hijos, que en raras ocasiones eran coincidentes. De hecho, que la misma parroquia fuera testigo del bautizo de los dos miembros de un matrimonio madrileño era extraño, pero que también lo fuera de sus hijos era una peculiaridad inaudita en el Madrid de la época. La estela dejada por las experiencias vitales y los nacimientos de las parejas madrileñas revela la intensidad de esa movilidad residencial interior, a pesar que los resultados ofrecen una evidente subestimación, dado que los hitos de análisis se reducen a la descendencia viva, pasando desapercibidos los cambios de vivienda de corta duración en los cuales no se diera a luz a más prole, aquellos que se producían a nivel de barrio sin trasladarse de circunscripción parroquial (y por tanto indetectable por este procedimiento), y la elevada muerte prematura infantil reinante en estos años.

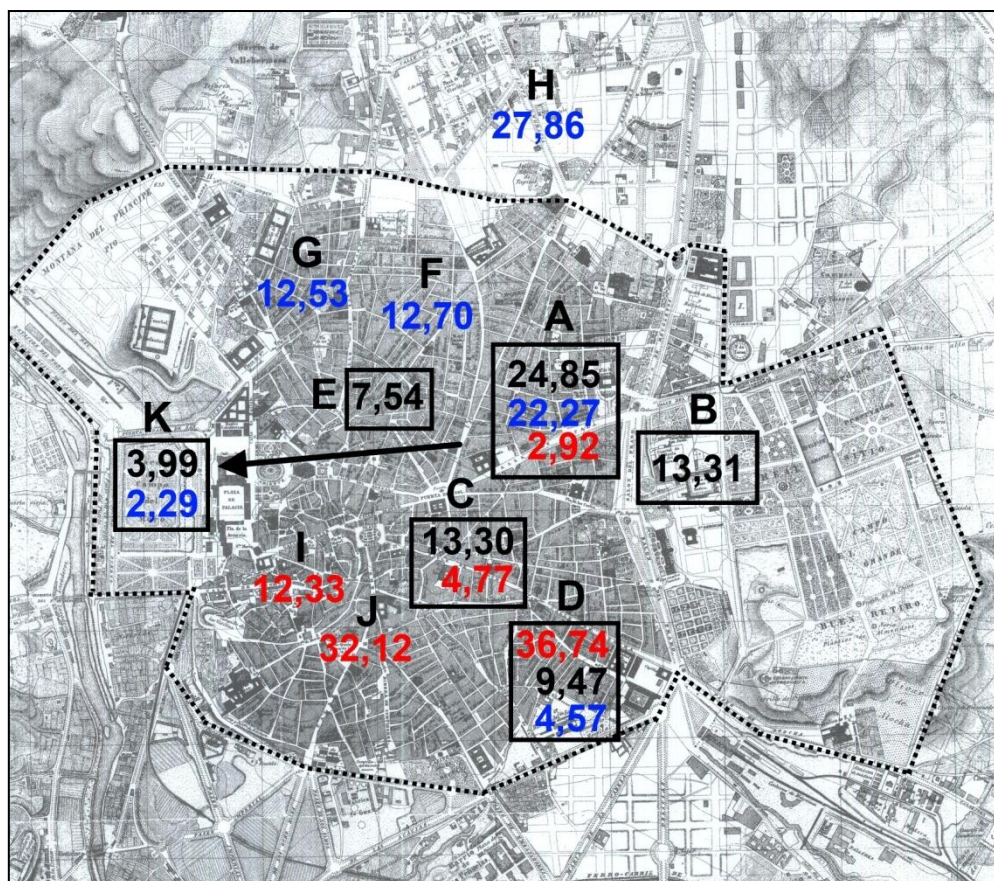


Figura 2.52. Parroquias de bautismo de los madrileños residentes en el Ensanche de Madrid en 1860. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1860. La línea de puntos delimita el casco antiguo de la ciudad. Los datos expresan el porcentaje de bautizos realizados en cada parroquia según el lugar de residencia. Los números en negro corresponden al Ensanche Este, en rojo al Ensanche Sur y en azul al Ensanche Norte. Las letras señalizan las parroquias y los datos recuadrados hacen referencia a las principales parroquias de bautismo de los madrileños residentes en el Ensanche Este. Una correcta interpretación de esta figura sería la siguiente: en la parroquia A (la de San José) fueron bautizados el 24,85% de los madrileños residentes en el Ensanche Este, el 22,27% de los residentes en el Ensanche Norte y sólo el 2,92% de los del Ensanche Sur.

LEYENDA	PARROQUIAS	ESTE	NORTE	SUR
A	San José	24,85	22,27	2,92
B	Buen Retiro	13,31	0,08	0,00
C	San Sebastián	13,31	2,03	4,77
D	San Lorenzo	9,47	4,57	36,74
E	San Martín	7,54	2,79	1,72
K	San Luis	3,99	2,29	0,00
J	San Millán	3,55	2,37	32,10
F	San Ildefonso	3,11	12,70	1,86
G	San Marcos	3,11	12,53	1,06
I	San Andrés	2,81	1,69	12,33
H	Santa Teresa y Santa Isabel	0,59	27,86	0,00
-	Otras	14,35	8,82	6,50

Figura 2.53. Lugar de bautismo de la población madrileña residente en el Ensanche de Madrid según su zona de residencia. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1860. Se han señalado en negrita sobre fondo gris las cinco parroquias de mayor procedencia de las otras dos zonas de Ensanche. Los datos de las zonas Norte y Sur han sido tomados de los siguientes trabajos: PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit. Plano de Madrid de J. Merlo, F. Gutiérrez y J. de Ribera de 1866. Escala 1:10.000.

Los matrimonios compuestos por madrileños conocían mejor las calles y los barrios de la ciudad, las zonas que demandaban más trabajo y las mejores oportunidades residenciales a un precio más reducido, lo cual favorecía su más amplia movilidad (tres de cada cuatro matrimonios madrileños había bautizado a sus hijos en parroquias diferentes). Además de Juan Ruiz Castellanos, el tenedor de libros contratado por el señor Mendoza Cortina con el que se inició este capítulo, y su esposa Visitación Justelo, ambos madrileños con cuatro hijos en común bautizados en distintas parroquias de la capital, había más ejemplos de esta estrategia residencial, como la protagonizada por la familia Navarro Erio. Gregorio, zapatero de profesión de 36 años, y su esposa, Isabel, de 34, madrileños bautizados en las parroquias de San Sebastián y San Lorenzo respectivamente, residían en una de las caballerizas que rodeaban la plaza de Toros de la puerta de Alcalá con dos hijas y la madre de Gregorio, María Socorro, de 64 años. Padres jóvenes con 24 y 22 años, Gregorio e Isabel efectuaron el registro bautismal de su primera hija, Felipa, en la parroquia de San Ildefonso en 1848, a media hora de caminata de las parroquias que habían sido testigos de cómo sus padres les conferían el sacramento del bautismo. Dos años más tarde, la familia se incrementó de nuevo con otra niña, Josefa, a quien la familia optó por bautizar en la parroquia de San José, en la calle de Alcalá, cerca del Paseo de Recoletos. Cuatro personas de una misma familia, mismo número de parroquias, huellas de una vida plagada de idas y venidas, de mudanzas forzadas o voluntarias¹⁷¹.

Lugar de bautizo de los hijos según el origen del matrimonio	Madrileños	Mixto	Inmigrantes
Misma Parroquia	27,27	34,78	46,32
Parroquias diferentes	72,73	65,22	53,68

Figura 2.54. Movilidad residencial interior de los matrimonios residentes en el Ensanche Este de Madrid según la parroquia de bautizo de sus hijos. Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento de la ciudad de 1860. AVM, Estadística.

Cargar con los pocos muebles y enseres personales que se tuvieran de un lado para otro de la ciudad, gracias a la multitud de carretas de mudanza y jornaleros dispuestos a ganarse el sustento del día, era una práctica muy extendida, normalmente vinculada a las posibilidades laborales del cabeza de familia o a los avatares del ciclo vital familiar, ya estuviera marcado éste por el nacimiento de nuevos hijos y la necesidad de más espacio, por el acogimiento de un familiar o paisano, o por la muerte de algún miembro del hogar que redujera drásticamente el presupuesto y abocase a sus miembros a tomar medidas de ahorro como la reducción del alquiler¹⁷². La literatura de la época fue prolija en describir los numerosos domicilios por los que las personas pasaban a lo largo de su estancia en Madrid por corta o larga que ésta fuera: personajes como Manuel en *La lucha por la vida* de Pío Baroja, la autobiografía de Arturo Barea en *La forja de un rebelde*, o las decenas de protagonistas y secundarios que inundaban

¹⁷¹ La información relativa a la familia Navarro Erio, incluyendo las profesiones, edad, lugar de nacimiento y bautizo, así como su residencia y la composición de su familia han sido extraídos de las hojas de empadronamiento de Madrid de 1860. AVM, Estadística.

¹⁷² Los datos de los registros bautismales obtenidos de las hojas de empadronamiento del Ensanche Sur confirman esa mayor movilidad residencial interior de los madrileños frente a los inmigrantes. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2011, pp. 117-120.

las obras de Benito Pérez Galdós, desde los Bringas a Fortunata, pasando por los señores Miquis o Doña Francisca Suárez, cambiaron de domicilio constantemente, como fiel reflejo de la realidad imperante en Madrid.

“A principios de noviembre, obligado Bringas, por las crecientes necesidades de la familia, a un aumento de local, se mudó de la casa de la calle de Silva, en que había vivido durante diez y seis años, a otra en lo más angosto de la Costanilla de los Ángeles. La mudanza de una casa en que había tan diversos objetos algunos de mérito, dos o tres cuadros buenos, bronces, espejos, guarda-brisas, y cortinajes riquísimos que eran despojos de la ornamentación de Palacio, no se hizo sin dificultades ni quebranto. Con mucha razón repetía Bringas la exacta frase de Franklin: «tres mudanzas equivalen a un incendio». Y se ponía nervioso y airado viendo tanta cosa rota, tanta rozadura, deterioros tan graves y en tanto número. La suerte era que allí estaba él para componerlo todo. Los carros estuvieron trasportando objetos desde las seis de la mañana hasta muy avanzada la noche. Los zafios y torpísimos ganapanes que hacen este servicio trataban los muebles sin piedad, y todo era gritos, esfuerzos, brutalidades de palabra y de obra. [...] Esta tarea cansada y desesperante no se realiza nunca por completo en dos días ni en tres, pues aun después de que parece terminada, quedan restos insignificantes, que son tormento del aposentador en las jornadas sucesivas, y al fin de la fiesta siempre queda algo que no se coloca en la vida.”

PÉREZ GALDÓS, B.: *Tormento*, 1884.

La alta movilidad residencial interior de las parejas madrileñas era atenuada en el caso de las familias mixtas, encabezadas por un oriundo de la ciudad y un forastero, y las inmigrantes. A pesar de que sus protagonistas habían experimentado un movimiento migratorio más o menos largo hasta la capital del país, una vez llegados a la ciudad su movilidad residencial inicial se resentía, fruto de la lógica inadaptación inicial del inmigrante a una ciudad cuya escala espacial y demográfica sólo era comparable a la de Barcelona. Mientras que las familias madrileñas y las mixtas presentaban una diversidad de los registros bautismales de su prole del 73 y el 65% respectivamente, en el caso de las familias inmigrantes esta movilidad se reducía al 54%, 19 y 11 puntos por debajo que las anteriores. Sólo cuando las familias y parejas inmigrantes se asentaban en la ciudad, se habituaban a sus posibilidades laborales y aprendían los entresijos del mercado inmobiliario de alquiler de la capital, su relativa quietud residencial se disipaba, tal y como muestra su evolución a medida que dichas parejas inmigrantes aumentaban su descendencia. Fue el caso de Doroteo Viñuelas y Eustaquia Martínez, carreteros de mulas y pareja natural del cercano pueblo madrileño de Algete, que llegaron en 1848 con un pequeño de 2 años, Juan, y a la espera de otro, Marcelino, que nacería al año siguiente. A este último le bautizaron en la parroquia de San José, en la calle de Alcalá, probablemente porque su primera residencia en la ciudad estuviese situada en sus alrededores. Lo mismo hicieron Doroteo y Eustaquia con sus dos hijos siguientes, Manuel, nacido en 1851, y José, en 1854. Sin embargo, cuando el matrimonio ya llevaba cerca de una década residiendo en la capital, acrecentaron la familia con un nuevo hijo varón, Dionisio, nacido en 1857, al que bautizaron en la parroquia de San Sebastián, en la calle de Atocha, rastro inequívoco del traslado de residencia de la familia entre estas fechas. Este matrimonio, que tres años más tarde residía en un bajo de la calle del Tostado nº 3 por el que pagaban un alquiler de 10 pesetas mensuales, a las afueras de la Puerta de Alcalá, son un ejemplo de esas tres cuartas partes de familias inmigrantes residentes en el Ensanche Este que poseían una

extensa prole, los cuales estaban bautizados en circunscripciones parroquiales distintas, resultado del incremento de la movilidad residencial interior inmigrante a medida que la integración eficaz en la ciudad era un hecho, una tendencia convergente con la alta movilidad residencial de los madrileños¹⁷³.

Lugar de bautizo de los hijos	1 hijo		2 hijos			3 hijos			4 o más hijos		
	M	Mixto	M	Mixto	INM	M	Mixto	INM	M	Mixto	INM
Misma Parroquia	25,0	15,0	42,9	50,0	51,1	0,00	40,0	51,8	26,7	25,0	22,2
Parroquias distintas	75,0	85,0	57,1	50,0	48,9	100,0	60,0	48,1	73,3	75,0	77,8

Figura 2.55. Movilidad residencial interior de los matrimonios residentes en el Ensanche Este de Madrid según la parroquia de bautizo, el número de hijos y la procedencia de los cónyuges. Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento de la ciudad de 1860. En el caso de los matrimonios con un hijo, se ha procedido al cotejo de las parroquias de bautizo de todos los padres madrileños del Ensanche Este con los de sus hijos para verificar permanencias y cambios. AVM, Estadística. Leyenda: M, matrimonios compuestos por madrileños; Mixto, uno de los cónyuges nació en la ciudad y el otro no; INM, parejas formadas por dos inmigrantes.

La mudanza constante de un cuarto a otro no venía marcada sólo por el lugar de origen de los cónyuges, sino también por su cualificación laboral y capacidad económica. Evidentemente, aquellos residentes en el Ensanche Este de la ciudad que habían logrado abrir o mantener un taller, una tienda o una taberna en los duros tiempos que corrían para el artesanado madrileño, mostraban una estabilidad residencial muy superior a aquellos jóvenes matrimonios recién llegados del agro castellano cuya experiencia laboral anterior apenas servía sobre el adoquinado de la ciudad, abocados a mendigar diariamente una ocupación por un escueto jornal, afanándose a su vez por lograr chiscones oscuros y malolientes cada vez más baratos¹⁷⁴. Plácido Lucas y Valeriana Billaos reflejan la primera realidad. Dueños de la tienda de vinos del nº 5 del Pósito, este matrimonio arriacense tuvo al menos cuatro hijos entre 1846 y 1851, y todos ellos fueron bautizados en la parroquia de San José, la más cercana a la tienda de vinos que regentaban desde hacía años. Para ellos, cambiar de domicilio en busca de un alquiler mejor suponía además un evidente riesgo para su negocio, que se nutría de una clientela fija más o menos asidua, y de los cientos de personas que pasaban cada día delante de su puerta yendo de aquí para allá, toda cuenta de la estratégica situación de su taberna ubicada en el cruce de entradas a la ciudad desde el Portillo de Recoletos y la Puerta de Alcalá. Era lógico su mayor arraigo y pervivencia a un local que era simultáneamente su domicilio y negocio¹⁷⁵. En el polo opuesto se hallaba el getafense Francisco Rodríguez y su esposa María Brito, asentados en la capital de forma estable desde 1851. Jornalero de profesión según el padrón de 1860, seguramente fue la construcción el sector en el que Francisco pudo conseguir trabajo más o menos estable, ya fuera en las abundantes obras públicas que el Gobierno o el Ayuntamiento llevaron a

¹⁷³ La información relativa a la familia de Doroteo Viñuelas y Eustaquia Martínez, incluyendo las profesiones, edad, lugar de nacimiento y bautizo, así como su residencia y la composición de su familia han sido extraídos de las hojas de empadronamiento de Madrid de 1860. AVM, Estadística.

¹⁷⁴ La influencia de la categoría profesional del *pater familias* en la movilidad residencial ha sido demostrada en el Ensanche Sur, donde se ha observado cómo los trabajadores manuales cualificados cambiaban de residencia entre un 20 y un 10% más que los trabajadores manuales no cualificados, según fueran madrileños o inmigrantes. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2011, pág. 121.

¹⁷⁵ La información relativa a la familia de Plácido Lucas y Valeriana Billaos, incluyendo las profesiones, edad, lugar de nacimiento y bautizo, así como su residencia y la composición de su familia han sido extraídos de las hojas de empadronamiento de Madrid de 1860. AVM, Estadística.

cabo en la década de los 50 en la capital, o en las nuevas edificaciones que los propietarios iniciaron tanto en el interior como en los arrabales extramuros. De hecho, Francisco y María bautizaron a su primer hijo, Antonio, en la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel de Chamberí en 1854, un arrabal en franca expansión, con multitud de obras en construcción y con alquileres populares. Pero cuatro años más tarde, en 1857, cuando nació su segundo hijo, José, éste fue bautizado en la parroquia de San José, cercana a la Puerta de Alcalá. Las familias jornaleras, especialmente las inmigrantes, eran itinerantes en la gran ciudad, perseguían nuevas ocupaciones debajo de las piedras y siempre estaban abiertas a un nuevo cambio de residencia que les proporcionara un alquiler más económico. Y a veces, las menos, conseguían unir ambas necesidades, como Francisco, María y sus dos pequeños en 1860. Según la hoja del padrón de dicho año, Francisco consiguió formar parte de la cuadrilla de jornaleros que iniciaron las obras del palacio de Carlos Calderón, situado en el Paseo de Recoletos nº 14, y que no estaría terminado hasta 1867. Pero lo mejor para la familia Rodríguez Brito no fue la ocupación en sí, sino que Francisco y su familia tomaron dicho solar como residencia sin contraprestación a cambio de cuidar los utensilios y materiales de la obra durante la noche para evitar posibles robos. Posiblemente vivieran en un pequeño cobertizo de obra, aunque seguramente más amplio que la mayoría de los sotabancos de la ciudad, pero el jornal de Francisco iba destinado íntegramente a la manutención de todos los miembros del hogar, lo que significaba cuadrar un presupuesto familiar raramente holgado¹⁷⁶.

La movilidad residencial de los habitantes de Madrid era elevada a la altura de 1860 a tenor del seguimiento del rastro bautismal de la descendencia de las familias residentes en el recientemente aprobado Ensanche de la capital. Pero las características específicas de esta población residente extramuros nos impiden extrapolar con certeza estos resultados al conjunto de la capital. Sin embargo, a medida que la promoción y la construcción inmobiliaria se desplegaron sobre el Ensanche, el contingente demográfico que por fin fue integrado de manera efectiva en la ciudad fue en constante aumento, adquiriendo unos modos de vida plenamente urbanos, alejando la sensación de *frontera* que sobrevolaba las antiguas cercas de la ciudad durante la década anterior al Ensanche de Castro. El cotejo de las principales calles de asentamiento de los inmigrantes recién llegados a la ciudad dos décadas más tarde, en 1878, confirman dos radios de integración distintos (ver Figura 2.56). Por un lado estaba un contingente migratorio eminentemente urbano, formado por clases medias y acomodadas de todo el país, que ubicó su residencia en las modernas construcciones que el marqués de Salamanca (y sus acreedores) había levantado en la franja paralela al casco antiguo y a la proyectada prolongación de la Castellana¹⁷⁷. Además, las familias más acaudaladas del país, de tintes aristocráticos, rentistas, financieros o comerciales, alquilaban o compraron los nuevos hoteles erigidos en los terrenos del Pósito o en la calle denominada popularmente de la S (Martínez de la Rosa). Ellos, a su vez, arrastraron a estas calles de nuevo cuño a decenas de nuevos inmigrantes que buscaban ser elegidos como miembros de su servicio doméstico.

¹⁷⁶ La información relativa a la familia de Francisco Rodríguez y María Brito, incluyendo las profesiones, edad, lugar de nacimiento y bautizo, así como su residencia y la composición de su familia han sido extraídos de las hojas de empadronamiento de Madrid de 1860. AVM, Estadística.

¹⁷⁷ MÁS HERNÁNDEZ, R.: "La actividad inmobiliaria del Marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)", *Ciudad y Territorio*, nº 3, Instituto Estadístico de Admón. Local, Madrid, 1978, pp. 47-70; *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982.

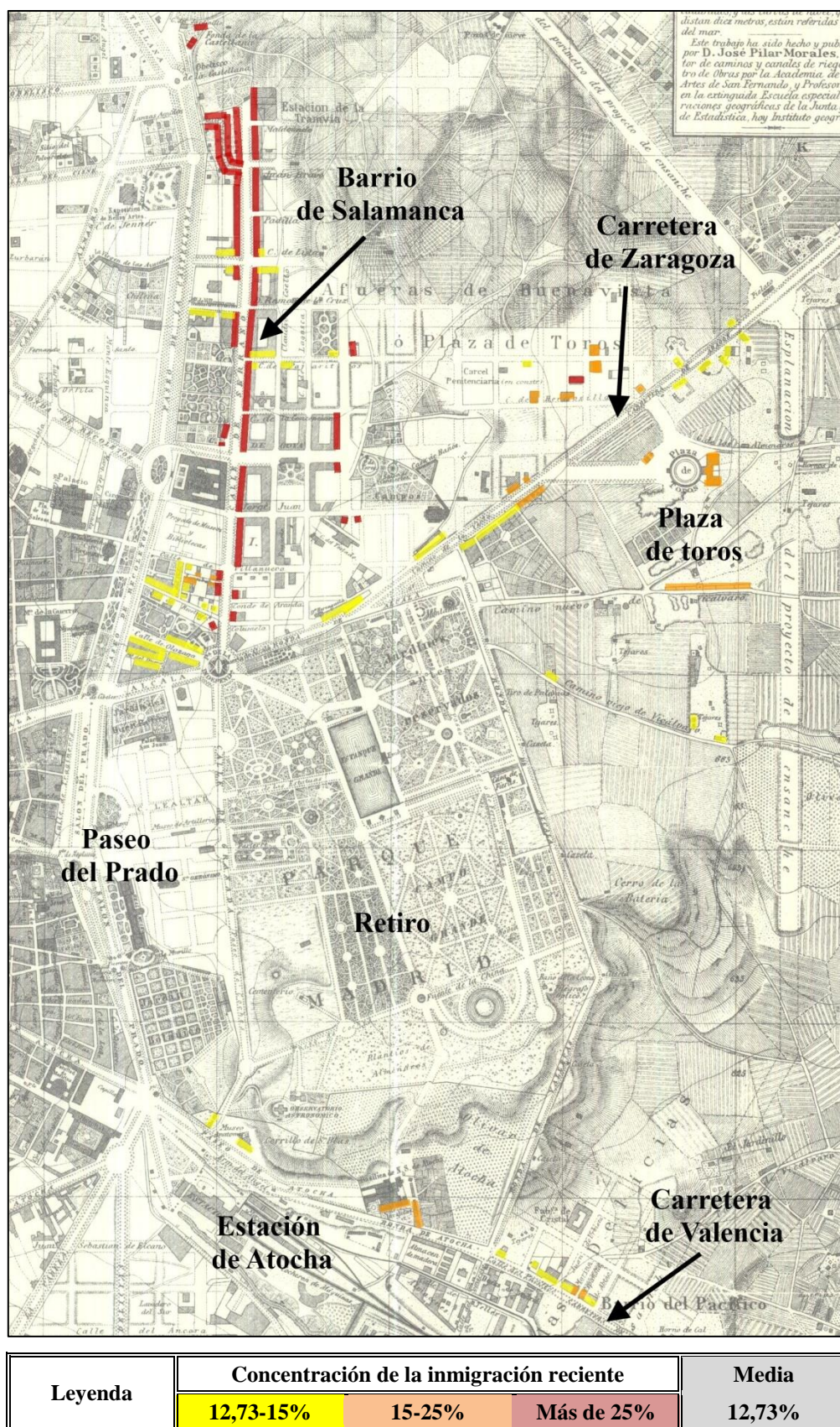


Figura 2.56. Asentamiento residencial de la inmigración reciente (menos de 1 año) en el Ensanche Este de Madrid en 1878. Padrón de Madrid de 1878, AVM, Estadística. En el plano aparece la relación porcentual entre la inmigración recién llegada y el total de inmigrantes de cada calle. Plano de Madrid de 1877 de José Pilar Morales. Gerencia de Urbanismo de Madrid. Escala 1:10.000.

Ante este contingente migratorio, que estaba bien informado de adónde llegaban y en qué barrios querían aposentarse, se encontraba la inmigración de origen rural y popular, que se encontró más cómoda asentando su primera residencia en los límites periurbanos de la capital, allí donde tenía a tiro de piedra su posible integración laboral en las huertas, tejares, hostales, tiendas y puestos de venta en la calle situados a ambos lados de las dos principales vías de comunicación de la ciudad: al norte, la carretera de Zaragoza y la cercana Plaza de toros, y al sur la carretera de Valencia y el eje ferroviario de la estación de Atocha. Por el contrario, las zonas menos pobladas y alejadas de la ciudad, las situadas a espaldas del Retiro, apenas alojaron a nuevos inmigrantes, que a duras penas se encaminarían hacia una zona recóndita y de donde no se desprendía olor de trabajo alguno. En la misma posición se encontraba la cara oriental del Paseo del Prado en los inicios de la Restauración, aunque por motivos totalmente contrarios: su ubicación en una de las *millas de oro* de la sociedad y el ocio madrileño y el excesivo carácter institucional de los edificios ya existentes, ralentizó su urbanización al mismo compás que sus terrenos se revalorizaban. A la altura de 1878, las calles proyectadas aún estaban siendo trazadas, desmontadas, explanadas y pavimentadas, y no sería hasta finales de siglo cuando el barrio de Retiro empezara a adquirir una impronta residencial¹⁷⁸.

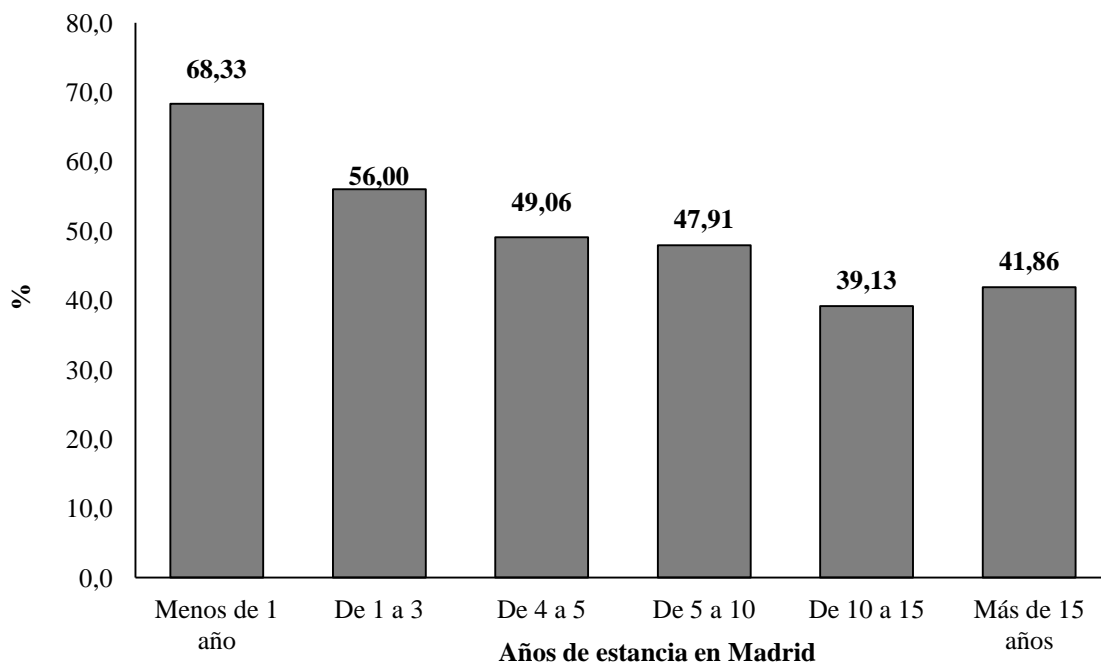


Figura 2.57. Movilidad residencial anual de las familias inmigrantes residentes en Madrid según el tiempo de residencia en la capital. Tras la recopilación informática de los datos de las hojas de empadronamiento del Ensanche Este de 1878 (15.362 individuos y 3.180 hogares) se procedió a cotejar todas las direcciones y sus familias residentes con el empadronamiento municipal de 1879 para poder anotar quienes permanecieron en la vivienda y quiénes eran giróvagos. Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de Madrid de 1878 y 1879. AVM, Estadística. Datos porcentuales.

Pero las residencias elegidas por las familias e individuos inmigrantes a su llegada a la ciudad no lo fueron para toda la vida. Ni tan siquiera para un año en la mayoría de los casos. Más de las dos terceras partes de las familias foráneas que

¹⁷⁸ VIDAL DOMÍNGUEZ, M^a J.: “La consolidación de la propiedad urbana en el barrio del Retiro durante la Restauración (1875-1931)”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, (1876-1931)*, Vol. 1, CAM, Madrid, 1989, pp. 215-230.

arribaron a la capital en 1878 cambiaron de residencia en menos de un año, según se desprende del contraste directo de las direcciones e inquilinos de las hojas de empadronamiento de ambos años. Los primeros pasos en la gran ciudad casi siempre fueron difusos y complicados para el inmigrante, más pendientes en lograr una vivienda a buen precio y detectar posibles bolsas de empleo que en encontrar la mejor cama posible. Durante el primer año de estancia, lo más importante era encontrar lo antes posible una vivienda donde residir para poder dedicarse posteriormente a la búsqueda de un empleo. Además, las redes migratorias de parentesco y paisanaje funcionaban a pleno rendimiento en estos primeros meses, siendo muchos los casos en los que la primera residencia en la urbe de los recién llegados era apañada por esta malla asistencial hasta que éstos lograban asentarse por su cuenta. Ser de origen urbano o rural también influyó en la opción residencial de los inmigrantes en sus primeros envites en Madrid, mostrando los nacidos en núcleos urbanos (un 59,1%) una opción residencial más estable que los que lo hicieron en el campo (74,2%). Con el tiempo, el conjunto de la población inmigrante, tanto urbanos como rurales, tendió a reducir su movilidad residencial, reduciéndose paulatinamente durante su primer quinquenio en la capital hasta acercarse a la movilidad media de las familias inmigrantes, un 46% anual. A medida que el tiempo de estancia de los inmigrantes asentados en la ciudad aumentó, su elevada tendencia a la movilidad residencial convergió con la de las familias madrileñas, situada en el 40,6%.

Características del cabeza de familia	Media Ensanche	Familias madrileñas	Familias inmigrantes	Diferencia	Inmigrantes recientes (-1 año)	Inmigrantes asentados (+ 5 años)	Diferencia
Profesionales liberales	42,0	43,9	41,4	-2,5	80,0	39,6	-40,4
Empleados	39,6	39,2	39,7	0,5	64,3	39,6	-24,7
Artesanos	45,0	37,8	47,6	9,8	100,0	48,6	-51,4
Jornaleros	55,7	40,0	57,1	17,1	71,4	56,4	-15,0
Pequeño comercio	39,1	42,9	38,9	-4,0	50,0	39,3	-10,7
Familias encabezadas por mujeres	50,8	46,8	51,7	4,9	87,5	51,1	-36,4
Familias encabezadas por mujeres viudas	47,3	42,9	48,1	5,2	75,0	47,0	-28,0
MEDIA	45,5	40,6	46,4	5,8	68,3	45,8	-22,5

Figura 2.58. Movilidad residencial anual de las familias residentes en el Ensanche Este de Madrid según su profesión, origen y tiempo de estancia en la ciudad. Elaboración propia a partir de los datos del padrón municipal de Madrid de 1878 y 1879. AVM, Estadística. Datos porcentuales.

Por término medio, los propietarios de establecimientos comerciales como zapaterías, ultramarinos, vaquerías o carbonerías, ya fueran inmigrantes o madrileños, fueron los que mostraron una mayor estabilidad residencial, consecuencia lógica de la importancia de conocer y ser conocido por la vecindad. Por el contrario, los trabajadores manuales inmigrantes, tanto los que poseían una cierta cualificación artesanal como los que trabajaban a jornal de un lado para otro por carecer de ella, presentaron una movilidad residencial mayor, más acorde con la indefinición de su lugar de trabajo y sus basculantes ingresos, que les impedían echar raíces en una vivienda. Actuaban como caracoles en busca de un empleo, con la casa auestas. Allí donde encontraban una nueva ocupación por un tiempo más o menos prolongado, el hogar les acompañaba, llevando su residencia a un área cercana. Pero más desamparadas y acuciadas por el

vaivén residencial y la falta de oportunidades en el mercado laboral urbano asalariado estuvieron las familias encabezadas por mujeres, tanto las solteras, como las viudas y, en las raras excepciones en las que encabezaban el hogar, las casadas. En todos los supuestos, entre las familias madrileñas e inmigrantes, y dentro de las segundas, tanto en las recién llegadas como en las más asentadas, los hogares encabezados por mujeres fueron mucho más móviles residencialmente hablando que los encabezados por hombres, símbolo de su mayor acuciante necesidad económica en un mundo laboral asalariado exageradamente masculinizado. Por último, las familias que menor tasa de movilidad residencial registraron fueron las encabezadas por propietarios y rentistas, profesionales liberales y empleados. Éstos conformaban las clases sociales más acomodadas, y tenían un cierto margen de maniobra para conciliar residencia, lugar de trabajo y distancia entre ambos. Además de los propietarios y rentistas, que en la mayoría de los casos residían en uno de sus propios inmuebles, los profesionales liberales y empleados disponían de un empleo remunerado de forma anual y estable, que les permitía reducir sus cambios de residencia asociados al lugar de trabajo, al contrario que los jornaleros¹⁷⁹.

Los datos demuestran cómo la movilidad residencial de los cabezas de familia residentes en Madrid durante la Restauración era enorme, en torno al 45,5% anual. En tres años sólo el 16% de los hogares madrileños mantenían a los mismos inquilinos, y eso que la proporción seguramente fuera mayor en los barrios más populares del Ensanche Sur y el casco antiguo. Estos registros de movilidad residencial eran más elevados que los observados para el mismo período en otras urbes europeas y hasta la brecha de la 1ª Guerra Mundial¹⁸⁰. En Gran Bretaña, el 85% de los cabezas de familia afincados en Leeds, Inglaterra, se mudaron entre 1851 y 1861, un 8,5% anual, y en Cardiff, Gales, durante el decenio de 1884-1894 fueron un 87% los que abandonaron su domicilio (aunque el 30% no traspasase las fronteras del barrio)¹⁸¹. Por su parte, y aunque la comparación no es perfecta, en París, durante la década de 1890, entre un 13 y un 18% de los parisinos inscritos en los censos electorales cambiaron de barrio anualmente¹⁸², y en el caso de Lyon los giróvagos representaban un 18% entre 1901 y 1906¹⁸³. En las ciudades alemanas por su parte, durante la primera década del siglo XX el porcentaje de familias que cambiaban de domicilio anualmente era superior al 30% en Berlín y Colonia, y superior al 40% en Breslau y Essen¹⁸⁴. Por último, aunque ya más alejado en el tiempo, en Barcelona las tasas anuales de movilidad entre 1913 y 1917 estuvieron englobadas entre el 9 y 15%¹⁸⁵.

¹⁷⁹ El mayor hándicap que nos plantea el método utilizado para obtener la movilidad residencial de Madrid para 1878-1879 es que sólo nos facilita la comprensión sesgada de la cuestión al no conocer hacia qué barrios de la ciudad encaminaron sus pasos aquellos que cambiaron de residencia.

¹⁸⁰ POOLEY, C. y TURNBULL, J.: *Migration and Mobility in Britain since the Eighteenth Century*, UCL Press, London, 1998; FELDMAN, D.: "Migration", en *The Cambridge Urban History of Britain*, Vol. 3., Cambridge University Press, 2008, pp. 185-206.

¹⁸¹ PRITCHARD, R. M.: *Housing and the spatial structure of the city*, Cambridge University Press, 1976.

¹⁸² PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la 2ª Guerra Mundial*, PUV, Valencia, 2011, pp. 106-108.

¹⁸³ PINOL, J. L.: *Les Mobilités de la grande ville, Lyon (fin XIXe-debut XXe siècle)*, Presses Fondation Nationale des sciences politiques, París, 1991.

¹⁸⁴ NIETHAMMER, L. y BRUGGEMEIER, F.: "Wie wohnten Arbeiter im Kaiserreich?", en *Archiv für Sozialgeschichte*, nº 16, 1976, pp. 61-134. Citado en OYÓN, J. L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008.

¹⁸⁵ OYÓN, J. L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Op. Cit., pp. 284.

No obstante, en el caso madrileño no se ha podido establecer la tasa de movilidad anual para 1905-1906 siguiendo la misma metodología debido a los cambios sufridos en la elaboración del padrón municipal de la ciudad. Desde 1890, y a diferencia de los padrones municipales madrileños anteriores, que eran efectuados anualmente, el período de tiempo entre padrón y padrón se situó en cinco años. Para compensar tal situación, en las instrucciones para rellenar las hojas declaratorias del padrón incluidas en su reverso, se incluyó la siguiente disposición aprobada por acuerdo municipal del 12 de agosto de 1889: “*Todo individuo que cambie de domicilio de un punto a otro del término municipal, está obligado a dar conocimiento de ello al Alcalde del respectivo barrio dentro de las 24 horas siguientes a su traslación*” al igual que aquellos “*que levanten su domicilio de esta población*”¹⁸⁶. Desde entonces, en las propias hojas del padrón se anotaba en su parte inferior si la familia se había cambiado de domicilio en los cinco años siguientes hasta la realización del siguiente padrón, indicando la calle y el barrio.

Las tasas de movilidad residencial madrileña extraídas de tal análisis para el quinquenio 1905-1910, un 17,8% quinquenal o, lo que es lo mismo, un exiguo 3,5% anual, son muy inferiores a las recogidas para 1878-1879¹⁸⁷. La causa es la enorme diferencia entre un modo y otro de cálculo: si en el primer caso es fiable porque es fruto del trabajo directo del empleado municipal que se encargó de que se rellenaran las hojas de empadronamiento por vivienda, en el segundo, la anotación final del cambio residencial estuvo expuesta a varios avatares, como la propia decisión del cabeza de informar o no a las autoridades de dicho cambio, al mero desconocimiento de dicha obligación, a su olvido, o al posible analfabetismo de quien debiera hacerlo. Por ello, estas tasas de movilidad deben ser consideradas *mínimas*. Sin embargo, aquellos casos en los que la movilidad residencial fue anotada proporcionan una excelente información cualitativa en relación al origen y destino de aquellas familias que realizaron uno o varios cambios de residencia entre 1905 y 1910.

A principios del siglo XX, la franja urbanizada del Ensanche Este se había expandido (ver Figura 2.59), conformándose en uno de los principales ejes de llegada de la población inmigrante. Además, los terrenos que habían sido desgajados del Retiro y la prolongación del Prado y Recoletos hacia el norte por la Castellana se habían convertido en focos de atracción para las clases más acomodadas de Madrid y el conjunto del país¹⁸⁸. En el barrio de Gutenberg, al igual que ocurría en el Ensanche Sur¹⁸⁹, la estación de Atocha y el sinfín de almacenes, industrias y talleres que se arremolinaban a su alrededor, fue un polo de atracción permanente de familias inmigrantes. Más allá del Retiro, la situación no había cambiado ni un ápice, mientras que los barrios de Las Mercedes y Plaza de toros, separados por la carretera de Zaragoza, empezaban a recibir nuevos inmigrantes que apreciaban su reducido alquiler y su relativa buena comunicación con el casco antiguo.

¹⁸⁶ Disposiciones explicativas para rellenar las hojas de empadronamiento incluidas en cada una de ellas. AVM, Estadística.

¹⁸⁷ En el caso del Ensanche Sur, la tasa de movilidad residencial quinquenal también era reducida: el 17,4%. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación...*, Op. Cit.

¹⁸⁸ El eje aristocrático Prado-Recoletos-Castellana influyó considerablemente en el tipo de urbanización que germinó en los barrios de Fernando el Católico, Biblioteca y Monasterio, perteneciente el primero al Ensanches Norte y los otros dos al Ensanche Este. PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.

¹⁸⁹ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

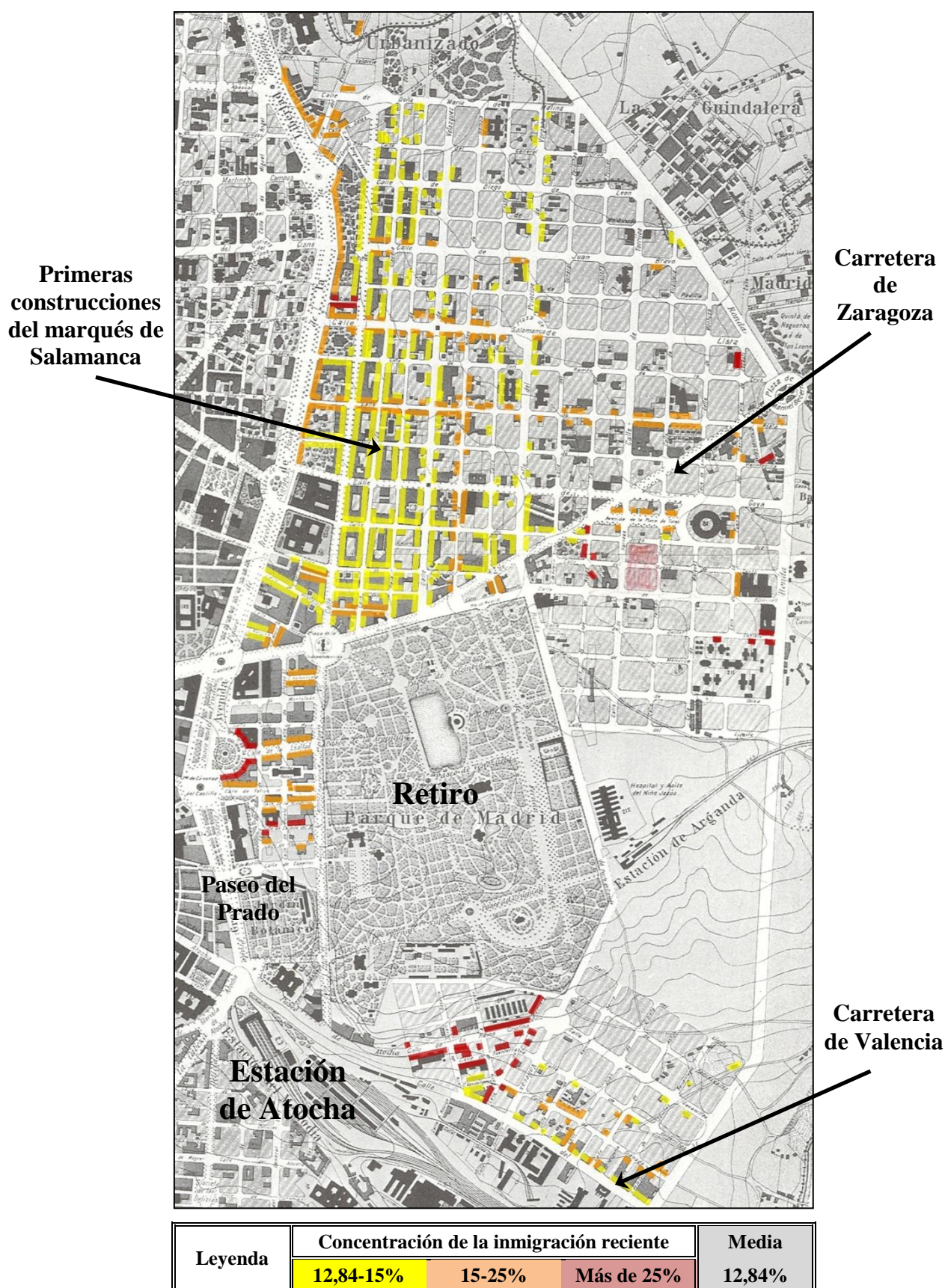
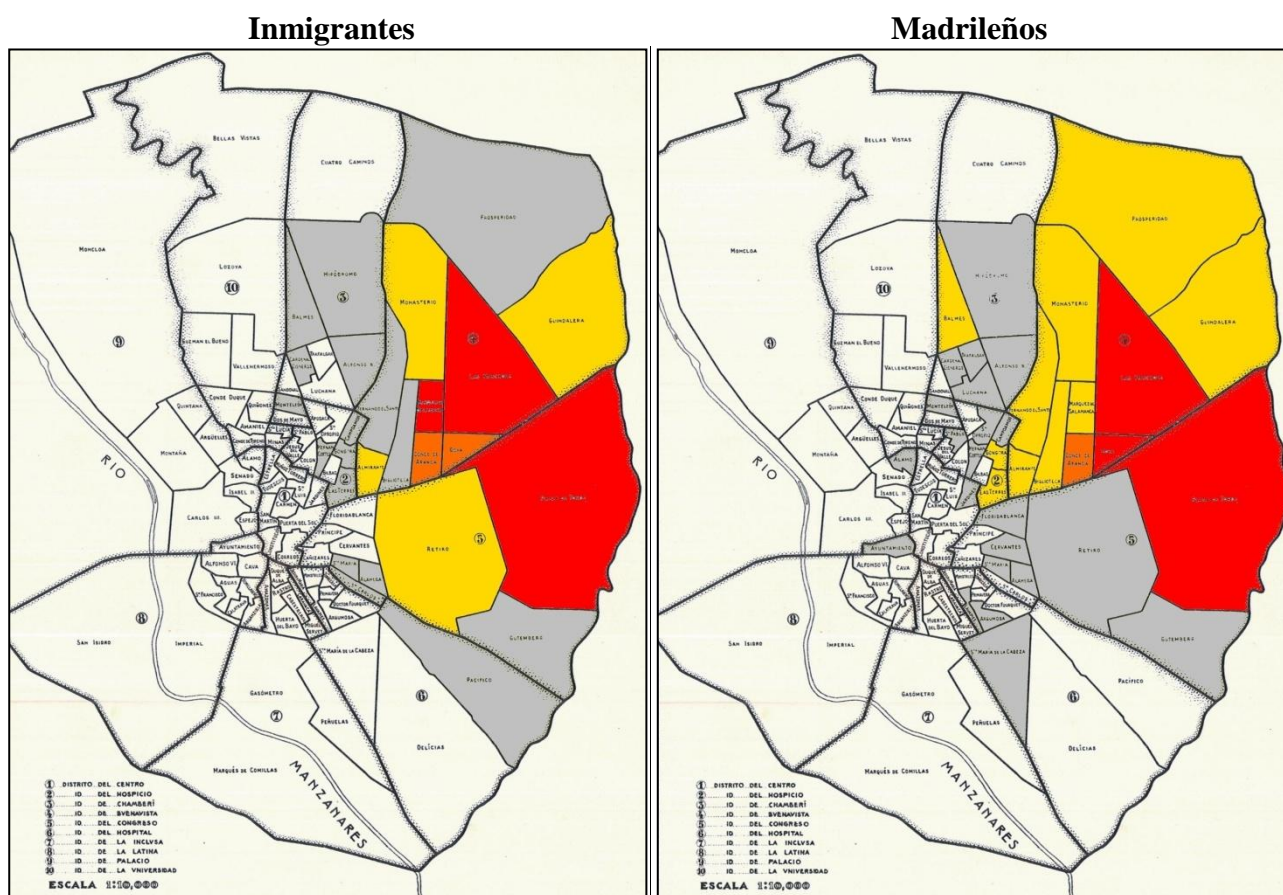


Figura 2.59. Asentamiento residencial de la inmigración reciente (menos de 1 año) en el Ensanche Este de Madrid en 1905. Padrón de Madrid de 1905, AVM, Estadística. En el plano aparece la relación porcentual entre la inmigración recién llegada y el total de inmigrantes de cada calle. Detalle del Plano de Madrid de Núñez Granés (1910). Gerencia Municipal de Urbanismo, Escala: 1:10.000.

Fue esta zona la que atrajo a la mayor parte de las familias residentes en el Ensanche Este que declararon cambiar de domicilio entre 1905 y 1910, independientemente de que estas fueran inmigrantes o madrileñas¹⁹⁰. La frontera efectiva de la urbanización de la ciudad, incluyendo la extensión de servicios municipales, se expandía con fuerza en los albores del siglo XX hacia los límites del Ensanche por su lado nororiental mientras que permanecía encallada en su parte suroriental.



Barrio de asentamiento de las familias del Ensanche Este que se mudaron entre 1905 y 1910

- 1%	1 - 1,99 %	2 – 3,99 %	4 – 5,99 %	6 – 8,99 %	+ 9%
------	------------	------------	------------	------------	------

Figuras 2.60 y 2.61. Movilidad residencial de las familias asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1905 y 1910 según su origen. Elaboración propia a partir del padrón de Madrid de 1905. AVM, Estadística. Plano con la nueva división de barrios y distritos de 1898. Escala 1:10.000.

Más allá de estos barrios y el núcleo central de las primeras construcciones del marqués de Salamanca, entre las calles de Serrano y Príncipe de Vergara, las familias residentes en el Ensanche Este no fueron muy proclives a cruzar al lado oeste del eje Prado-Recoletos-Castellana, ya que el 42,5% de las familias inmigrantes y el 38,7% de las madrileñas no traspasaron sus límites en su movilidad residencial. Y entre aquellos que lo hicieron, tendieron a buscar su nueva residencia, por un lado, entre los alrededores del casco antiguo o en las calles del Ensanche Norte, en torno al antiguo arrabal de Chamberí (pero no en las zonas más populares de los distritos meridionales de la ciudad

¹⁹⁰ El total de familias de hogares en los que se registró una movilidad residencial posterior indicando el barrio de destino fue de 1.779, el 17,8% de las 8.189 familias empadronadas en el Ensanche Este de Madrid en 1905, en base a las cuales se han calculado los porcentajes de los lugares de destino.

ni del Ensanche Sur¹⁹¹), y por otro, en los pujantes barrios populares del Extrarradio, a la sombra de los límites administrativos del Ensanche, como Prosperidad y Guindalera¹⁹². Pero no fue tanto una cuestión de apego estrictamente barrial, delimitado a unas cuantas calles circundantes, ya que la proporción de mudanzas realizadas dentro de los límites del mismo barrio no era elevada, siendo la media de sólo un 15% de los desplazamientos familiares. Los lazos afectivos, de parentesco, paisanaje, laborales y de amistad eran algo más amplios, superando la escala formada por el propio barrio de residencia hasta incluir también a sus limítrofes, ya que por término medio el 36% de los movimientos residenciales se realizaron dentro de esta área, llegando al 48% en el caso del barrio de Plaza de toros, de carácter popular e inmigrante. Efectivamente, dichas mudanzas solían significar una distancia mayor en el caso de las familias madrileñas que en las inmigrantes aunque fueran menos asiduas, tal vez porque se sintieran más seguras en la ciudad y conocieran mejor el terreno en el que se movían. Este hecho tenía su correlato en la distancia existente entre los domicilios de los cónyuges de los matrimonios celebrados en la capital. Mientras que la población inmigrante que se casó en la capital eligió a su pareja dentro de un área inferior a un kilómetro, en el caso de los madrileños el radio de elección fue más amplio, llegando a los dos.

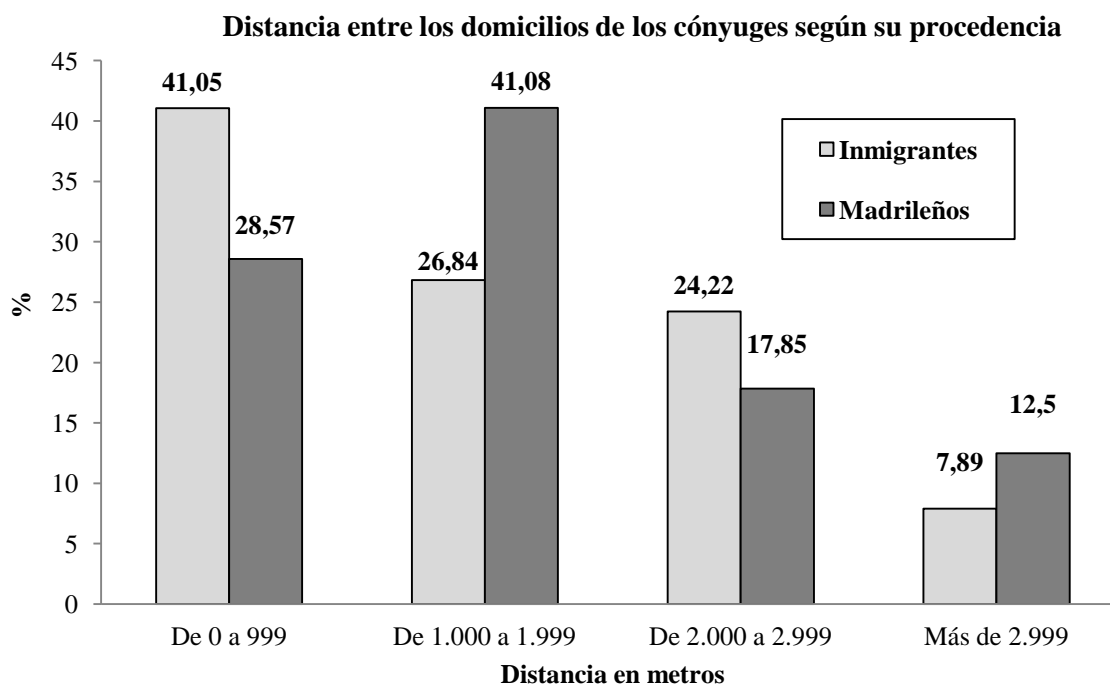
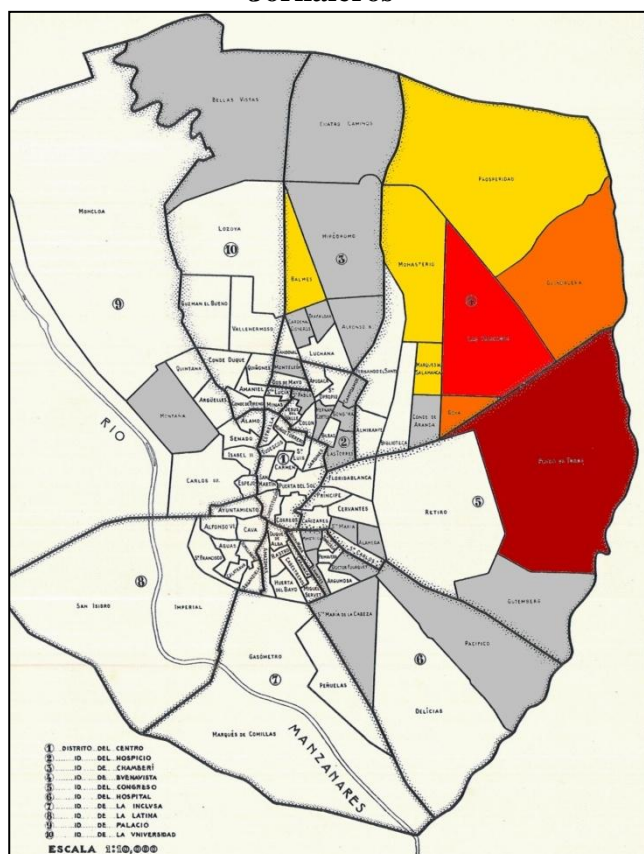
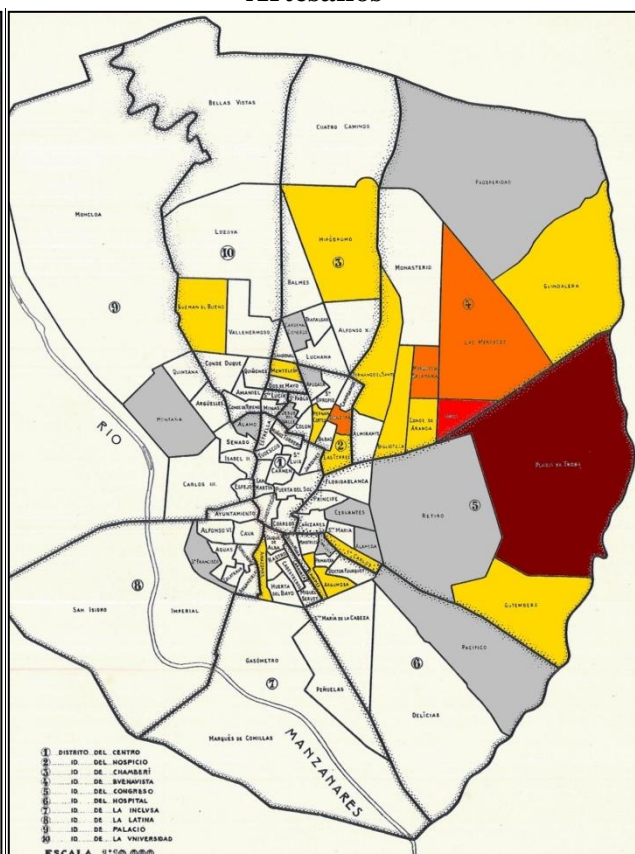


Figura 2.62. Elaboración propia a partir de la recogida de una muestra de 580 registros matrimoniales realizados en el distrito de Buenavista en 1904 y 1906. AVM, Estadística. Se ha calculado la distancia en metros entre los domicilios declarados por los cónyuges.

¹⁹¹ Los barrios del Ensanche Norte generaron una fuerte atracción sobre las familias populares residentes en Madrid, tal y como se desprende de la movilidad residencial de las familias del Ensanche Sur para este mismo periodo. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación...*, *Op. Cit.*, pp. 153-174.

¹⁹² VORMS, C.: "La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de la Prosperidad (1860-1930)", en *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. 7, nº 146, 2003; "La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900)", en BEASCOECHEA GANGOITI, J.M., NOVO LÓPEZ, P. y GONZÁLEZ PORTILLA, M.: *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, UPV, Bilbao, 2006, pp. 529-546.

Jornaleros**Artesanos****Barrio de asentamiento de las familias del Ensanche Este que se mudaron entre 1905 y 1910**

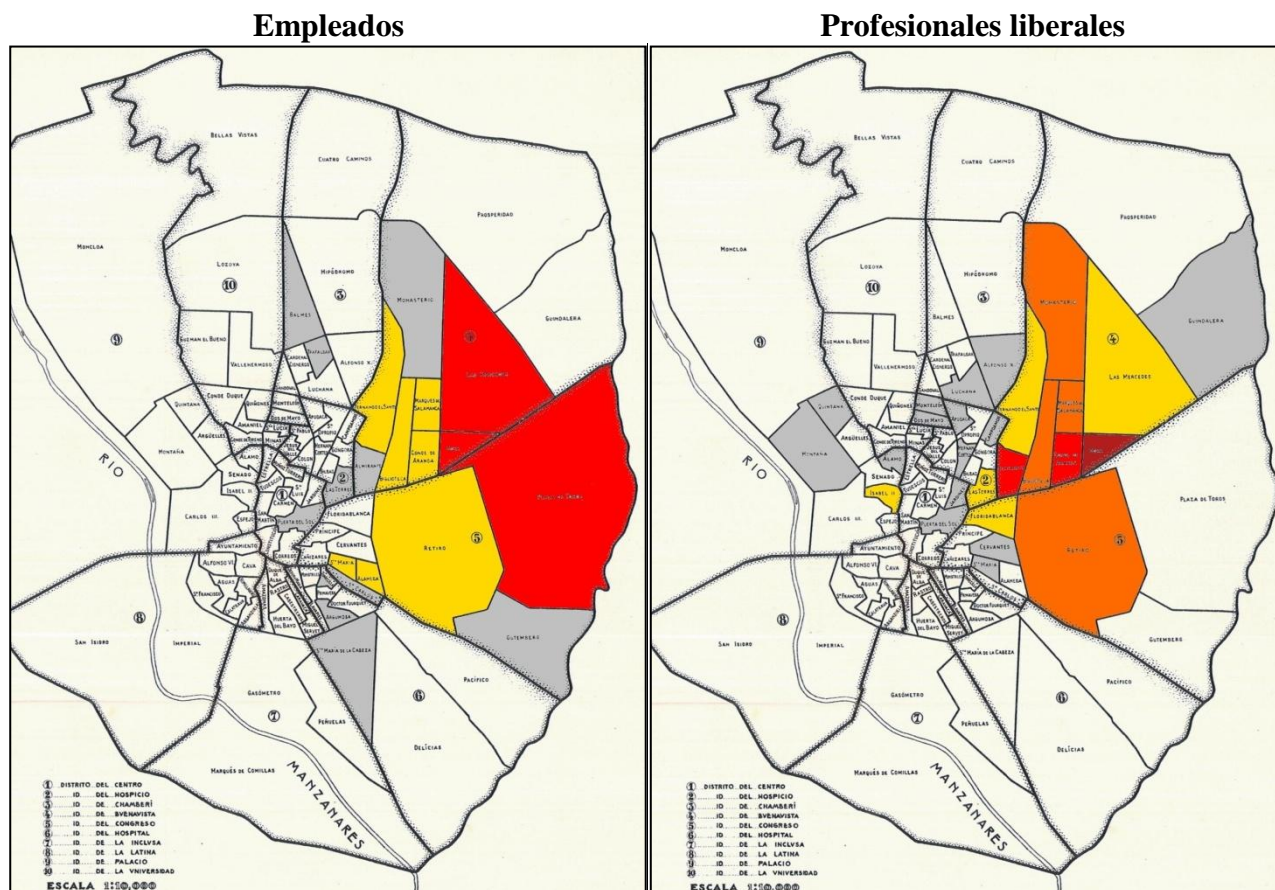
- 1%	1 - 1,99 %	2 - 3,99 %	4 - 5,99 %	6 - 8,99 %	+ 9%
------	------------	------------	------------	------------	------

Figuras 2.63 y 2.64. Movilidad residencial de las familias encabezadas por trabajadores manuales asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1905 y 1910. Elaboración propia a partir del padrón de Madrid de 1905. AVM, Estadística. Plano con la nueva división de barrios y distritos de 1898. Escala 1:10.000.

Aunque la movilidad residencial entre las familias inmigrantes y madrileñas presentaran ciertos matices, fue la cualificación laboral la que incardinó el ritmo y las opciones de destino de las mudanzas. En primer lugar, las familias que estaban encabezadas por trabajadores manuales, tanto los artesanos o cualificados como los jornaleros o no cualificados, presentaron una cierta homogeneidad de destino, formado por el arco oriental de los barrios de Goya, Las Mercedes y Plaza de toros. Además de este eje, también se aventuraron, aunque en menor medida, hacia los barrios de Prosperidad y Guindalera, las calles populares ya asentadas del Ensanche Norte, los barrios meridionales del casco antiguo y, anecdóticamente, hacia los *barrios negros* del Ensanche Sur, donde parecía que los rumores negativos espantaban a los posibles nuevos residentes, a pesar de la enorme fuente de trabajo que generaba el ferrocarril¹⁹³. De marcado tono popular, el barrio de Plaza de toros no sólo creció con fuerza gracias a la atracción que generó sobre decenas de trabajadores manuales y sus familias que residían en otras barriadas de la capital, sino también por la consolidación de los lazos vecinales de aquellas personas que ya residían en sus calles. Entre 1905 y 1910, cerca

¹⁹³ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

de la tercera parte de las familias de este barrio que mudaron de domicilio no cambiaron de barrio, el porcentaje más alto de todo el Ensanche Este, el doble de la media de desplazamientos residenciales realizados dentro del mismo barrio. El carácter trabajador e inmigrante de su población y su relativa estanqueidad mostrada por sus habitantes a la hora de cambiar de aires eran el caldo de cultivo de una conciencia obrera vecinal¹⁹⁴.



Barrio de asentamiento de las familias del Ensanche Este que se mudaron entre 1905 y 1910

- 1%	1 - 1,99 %	2 - 3,99 %	4 - 5,99 %	6 - 8,99 %	+ 9%
------	------------	------------	------------	------------	------

Figuras 2.65 y 2.66. Movilidad residencial de las familias encabezadas por cabezas de familia empleados y profesionales liberales asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1905 y 1910. Elaboración propia a partir del padrón de Madrid de 1905. AVM, Estadística. Plano con la nueva división de barrios y distritos de 1898. Escala 1:10.000.

Por su parte, las familias encabezadas por empleados, tanto públicos como privados, y los dependientes de comercio también apostaron por los barrios de Goya, Las Mercedes y Plaza de toros, situados más allá del primer eje vertebrador del Ensanche Este de la capital, el formado por las primeras construcciones del marqués de Salamanca, los barrios del Marqués de Salamanca y Conde de Aranda. No obstante, la enorme heterogeneidad existente dentro de un segmento laboral donde estaban

¹⁹⁴ A esta conclusión han llegado otros investigadores al enfrentarse a espacios urbanos homogéneos, de carácter obrero e inmigrante y con una marcada estabilidad residencial de sus miembros. GRIBAUDI, M.: *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XXe siècle*, Editions de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences, París, 1987; DYOS, H. J.: "The slums of Victorian London", *Victorian Studies*, nº 11, 1967, pp. 129-153; EALHAM, C.: *Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

englobados los porteros, jardineros, cocheros y empleados públicos y privados de baja cualificación con cargos medios de la administración, empleados de banca, del ferrocarril o de telecomunicaciones, explica su mayor dispersión a lo largo de los barrios del Ensanche Este. Por último, los profesionales liberales y sus familias llevaron a cabo una elección de residencia claramente contraria a la de los trabajadores manuales, concentrándose en torno al eje Prado-Recoletos-Castellana y los barrios de clases medias situados entre las calles de Serrano y Príncipe de Vergara, los de Biblioteca, Monasterio, Salamanca, Retiro y Conde de Aranda, en el Ensanche Este, el de Fernando el Santo, perteneciente al Ensanche Norte, y los de Almirante, Las Torres y Floridablanca, en el casco antiguo¹⁹⁵. Por el contrario, en el rango de nueva elección barrial ni de unos ni de otros apenas tuvieron hueco los barrios populares del Ensanche Sur. La segregación y zonificación social del Madrid del Ensanche ya era un hecho consumado a principios del siglo XX, aunque su dinámica se profundizaría en el tiempo¹⁹⁶.

El crecimiento demográfico de Madrid durante la segunda mitad del siglo XIX fue producto íntegro de la inmigración. En la toma de decisión de emigrar, la elección en el seno de la familia de quien o quienes protagonizaron ese movimiento migratorio y cómo se integraron en la urbe madrileña, contó y mucho, la cualificación laboral de las personas, su experiencia urbana, el apoyo familiar, parental y de paisanaje que tuvieran en la ciudad y su percepción de las posibilidades reales de integración en el mercado de trabajo madrileño. Además, los primeros pasos laborales en la ciudad de los inmigrantes influyeron en su mayor o menor movilidad residencial y en los barrios de destino. Sin embargo, la cualificación y experiencia laboral que atesoraba cada recién llegado, su sexo y edad, las redes de contacto que poseían o su origen urbano o rural sólo fueron factores de una ecuación mayor mediatizada por los tiempos de cambio que vivió el mercado de trabajo madrileño en estos años.

¹⁹⁵ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: “Madrid en 1900, rostros en divergencia: segregación socioespacial y laboral a principios del siglo XX”, en FUENTES NAVARRO, M^a C. (ed.): *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Universidad de Granada, 2010.

¹⁹⁶ El análisis detallado de la zonificación socioeconómica del Ensanche Este durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX se ha abordado en el capítulo 3.

Capítulo 3. Tiempos difíciles, tiempos de cambio.

La transformación del mercado laboral madrileño.

“Madrid es como una gran sartén llena de tajadas a la cual se acercan los provincianos con la boca abierta y el tenedor en la mano.”

El Globo, 11 de septiembre de 1878.

“Llegan los emigrantes a Madrid, llenos de dulces ilusiones, que van poco a poco cayendo, como las hojas del árbol que son juguete del viento, según la expresión del poeta; y pronto, los que soñaban con ser grandes hombres, quedan convertidos en mendigos de levita, cuando no guiñapos de taberna y de café, materia apta para la desesperación y el crimen.”

La lectura dominical, 12 de mayo de 1901.

Desde que fuera designada sede de la Corte en el siglo XVI, Madrid se consolidó como un foco de atracción para selectas familias españolas de comerciantes, aristócratas, terratenientes y banqueros, quienes engrosaron en ella sus rentas, influencias y propiedades al calor de la Hacienda Real. Junto a ellos, también arribaron a la Villa y Corte cientos de empleados con sus familias que entretejieron la maquinaria política de la monarquía absolutista, a la vez que un extenso séquito de lacayos, buhoneros y sirvientes de distinto pelaje y condición al servicio de los anteriores. Con matices, este universo social se reprodujo en Madrid hasta que la consolidación de la revolución liberal a mediados del siglo XIX, inició la lenta transformación de la faz política, económica y social del país y de su eje político. La ciudad añadió entonces a su condición de *Corte* el apelativo de *Capital*, y se transformó, a ojos de una buena parte de las elites urbanas y del necesitado campesinado español, en tierra de promisión.

El membrete de la capitalidad política del Estado liberal revitalizó las estructuras socioeconómicas de Madrid, ancladas en la balbuciente burocratización desarrollada por la monarquía ilustrada durante la segunda mitad del siglo XVIII. Ser el centro político tanto de la Corte como del Gobierno había aglutinado durante dos siglos en la ciudad a las elites económicas, sociales y políticas del reino y a su comitiva servil, conformando en torno a ella una economía cortesana propia y específica, para quien el recinto urbano no era más que un recipiente, el ineludible espacio físico donde sus integrantes debían residir para lograr favores, encargos, monopolios, nombramientos, información, poder o préstamos¹. Frente a ella se alzaba la economía de la ciudad, fruto de la propia aglomeración de población en las calles madrileñas y de la necesidad de cubrir sus demandas diarias de manutención, producción y servicios. Aunque en planos distintos, los sectores económicos derivados de la capitalidad y aquellos que emanaban de la concentración demográfica en ella no eran independientes entre sí, y se vieron afectados de igual modo por los distintos impulsos que la administración liberal generó sobre la ciudad desde el ecuador de la centuria decimonónica².

El titubeante, dilatado, y en ocasiones más teórico que efectivo, traspaso de poderes y soberanía de la Corona al Estado constitucional requirió la construcción de una nueva y creciente Administración Pública que llegase a todos los rincones del país y cuya sede central se focalizó en Madrid. Sedes ministeriales, tribunales de justicia, instituciones y empresas públicas, oficinas de administración, direcciones generales y negociados de todo tipo, reformando organismos anteriores o creándolos de nuevo cuño, proliferaron a lo largo y ancho de la ciudad desde mediados de siglo, aumentando anualmente el número de empleados públicos que trabajaban en ellos³. Ante la ausencia de industrialización, Madrid iniciaba su papel como centro proveedor de servicios políticos, económicos, culturales y financieros a escala nacional gracias al hecho de su capitalidad. A mediados del siglo XIX, Madrid, huérfana de materias primas esenciales como el carbón o la hulla, al contrario de Liverpool, Manchester, Leipzig, Lille o Lyon, alejada de los grandes circuitos comerciales internacionales y nacionales fruto de su aislamiento marítimo, fluvial y caminero, no como Londres, Lisboa, París, Ámsterdam, Hamburgo o Marsella, vio mediatizada la metamorfosis de su economía en el contexto de las transformaciones liberales⁴. Como consecuencia, y de forma paralela al crecimiento de los empleados públicos y del servicio doméstico al calor de la economía de la capital, la economía de la ciudad todavía se sostenía a la altura de 1850 sobre los pilares de la construcción, la distribución y venta de ropa, alimentación, bebida y carbón, y un extenso pero atomizado mundo artesanal, en declive desde finales del siglo XVIII, pero aún conservaba algo de oxígeno gracias a la creciente demanda de muebles, textil o cuero derivada del crecimiento demográfico de la urbe⁵.

¹ CRUZ, J.: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Op. Cit.

² BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización” en *Papeles de Economía. Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid*, Papeles de Economía, nº 18, Madrid, 1999, pp.18-30; BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”, en FUSI AIZPURÚA, J. P.: *España. Autonomías*. Vol. 5, Espasa Calpe, Madrid, 1989, pp. 517-613.

³ DEL MORAL RUIZ, J., PRO RUIZ, J. y SUÁREZ BILBAO, F.: *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007.

⁴ Madrid es “quizá la mayor ciudad sin acceso directo al transporte marítimo o fluvial de la historia europea”. RINGROSE, D.: *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Op. Cit., pág. 369.

⁵ NIETO SÁNCHEZ, J. A.: *Artesanos y mercaderes. Una historia social económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006, pp. 405-426; BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978.

Sólo su condición de ciudad cortesana y capital política confirió a Madrid la fortaleza y los recursos necesarios para llevar a cabo en la década de los 50 tres proyectos de elevada trascendencia para su modernización económica: la traída de aguas del Canal de Isabel II, la construcción de la red centralizada de ferrocarril y la puesta en marcha del Ensanche. Aunque estas medidas no sirvieron directamente para industrializar la ciudad, sí que supusieron el espaldarazo definitivo para su consolidación como centro de comunicaciones e intercambio de mercancías, materias primas, alimentos, productos manufacturados y personas. Mientras que el agua y el ferrocarril alimentaban las posibilidades de expansión económica de la ciudad, el Ensanche era entendido como el lugar donde ubicar los nuevos adelantos y albergar a las riadas de inmigrantes a ellos asociados. El ferrocarril por fin aprovechó la centralidad geográfica de Madrid, convirtiéndola en una especie de *puerto de puertos*, el único donde se podía encontrar a la vez materias primas, productos manufacturados y bienes alimenticios procedentes de los cuatro puntos cardinales nacionales, ya fuera pescado gallego o gaditano, trigo castellano, textil catalán o carbón vasco⁶. Al tren se le añadió, por un lado, el agua fresca procedente del Lozoya para abastecer tanto a la creciente población como a las posibles industrias que floreciesen en torno a las vías de hierro, y por otro, enormes extensiones de tierra para edificar las barriadas de los nuevos tiempos.

A la altura de 1860 las profundas ramificaciones socioeconómicas que trajeron consigo estos proyectos todavía estaban en una fase embrionaria, mientras que la onda expansiva que generaron en el mercado laboral madrileño no se había iniciado aún. En este año, el mercado laboral de la ciudad aún se caracterizaba por la relevancia del artesanado preindustrial (el 45,70% de los varones mayores de 12 años), copado fundamentalmente por familias madrileñas (de los nacidos en la ciudad lo eran las dos terceras partes del total⁷) que pervivían en sus pequeños talleres y obradores, dando trabajo y cobijo a cientos de oficiales, desde donde abastecían las necesidades primarias de sus vecinos, los encargos de lujo de los protagonistas de la economía de la corte y la capital, y los picos de trabajo más específico del sector de la construcción. A cierta distancia se hallaban los empleados públicos, los pequeños comerciantes y las familias jornaleras, de origen inmigrante (el 11, 10 y 14,5% respectivamente)⁸. El principal destino de estas últimas fueron los arrabales extramuros, suficientemente cerca para no ser ningún impedimento para lograr un trabajo en el interior, y lo adecuadamente lejos como para ver reducido su alquiler unos cuantos reales. De ahí la especificidad de la

⁶ HERRANZ LONCÁN, A.: “La reducción de los costes de transporte en España (1800-1936), en *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, 2005, pp. 183-206; GÓMEZ MENDOZA, A.: “Ferrocarril, abastecimientos y mercado nacional: Madrid, 1875-1931”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, Op. Cit.*, Vol. 1, pp. 351-375.

⁷ Los datos relativos a la estructura profesional del interior de la ciudad han sido recogidos de los trabajos de GONZÁLEZ PALACIOS, D.: *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*, UCM, Memoria de Máster dirigida por Luis Enrique Otero Carvajal, 2008; “La estructura socioeconómica del casco urbano de Madrid a finales del siglo XIX. El caso del barrio de Corredera”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.): *Ayeres en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008, recurso electrónico. Estos datos han sido corroborados con otras investigaciones realizadas sobre otros barrios de la capital en las mismas fechas y siguiendo la misma metodología y la misma fuente documental. RODRÍGUEZ MORENO, J.: *El barrio de Lavapiés. La larga transición del modelo social y urbano madrileño*; UCM, Memoria de Máster dirigida por Luis Enrique Otero Carvajal, 2008; GALLARDO PÉREZ, R.: *La evolución histórica del distrito de Latina, 1860-1939*, UCM, Memoria de Máster dirigida por Luis Enrique Otero Carvajal, 2010.

⁸ Ver capítulo 1, Figura 1.5.

estructura profesional de la población residente en los terrenos que se convertirían en el Ensanche de la ciudad en relación a los del interior.

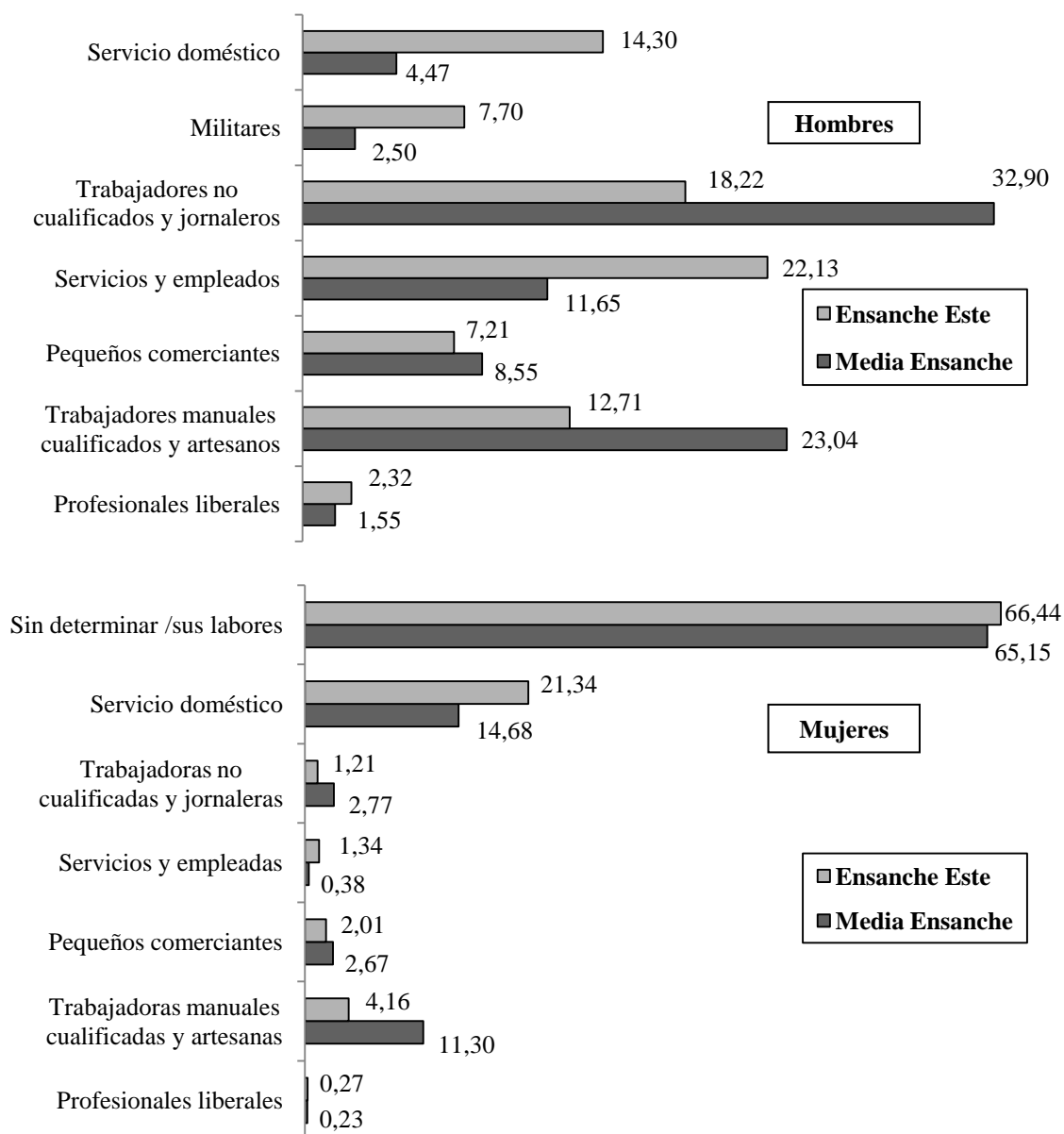


Figura 3.1. Comparación entre las principales categorías profesionales del Ensanche de Madrid y su zona oriental según su sexo en 1860. Mayores de 12 años. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1860. La media del Ensanche se ha realizado a partir de los datos registrados por Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán.

Las personas que eligieron (o se vieron en la necesidad de) residir en los arrabales de Chamberí y las Peñuelas o en los dispersos paradores y tejares adyacentes a las vías de acceso a la capital durante los años que precedieron al Ensanche, fueron sobre todo trabajadores manuales no cualificados, jornaleros inmigrantes que ubicaron allí su nuevo hogar en busca de alquileres baratos y una ocupación estable. A la altura de 1860, en los terrenos del futuro Ensanche la proporción del trabajo manual existente era inversa a la del interior de la ciudad, siendo el porcentaje de artesanos, maestros, oficiales y aprendices residentes extramuros un 23,04%, prácticamente la mitad que en el casco urbano. Dicha disminución, también extensible al ámbito de las trabajadoras

manuales cualificadas, que pasaron del 18 al 11%, era achacable al claro engrosamiento de la población jornalera, que representaba un tercio del total de la mano de obra masculina residente allende las cercas, más del doble que en el interior. Era una distribución espacial lógica y comprensible, fruto de una estrategia económica consciente. De entre los inmigrantes que empezaron a llegar con más fuerza a la capital, aquellos que no dispusieron de contactos familiares o de paisanaje ni de la suficiente experiencia laboral urbana como para encontrar trabajo estable en el interior, optaron por residir a la sombra de la ciudad, allí donde los gastos fijos de alquiler y manutención eran más bajos, libres del hacinamiento interior y de los arbitrios municipales. No siempre lo hicieron nada más llegar, sino tras permanecer un tiempo en el casco antiguo, el suficiente como para percatarse de lo difícil de su integración en una época dominada por el constreñimiento edificatorio y la carestía de los alquileres⁹.

A pesar de pertenecer a este panorama socioeconómico, la realidad laboral del futuro Ensanche Este en el momento de la ratificación del proyecto de Castro fue parcialmente divergente a la de las afueras tanto del norte como del sur de la ciudad (ver capítulo 1). Era la consecuencia de su específica situación geográfica, a caballo de dos mundos, entre el casco antiguo y el perímetro exterior, lo cual generó una realidad profesional marcada por la mezcla de segmentos laborales dispares de distinto cuño. En primer lugar, en este espacio urbano era notoria la impronta de la Corona y el Estado gracias al alto número de empleados que albergaban las caballerizas y casas de fieras del Retiro, los museos de artillería y pinturas, el observatorio astronómico o el Pósito, todo ello sin reseñar los guardas, vigilantes y empleados de consumos y puertas residentes en las dos vertientes de las cercas¹⁰. Este segmento laboral, el de los empleados, era el más numeroso en la zona oriental del futuro Ensanche de la ciudad, tanto entre los madrileños como entre los inmigrantes, si bien la escasa cualificación laboral de sus actividades les situaban más cerca del servicio doméstico que del perfil de los nuevos empleados públicos demandados por el Estado para construir el edificio liberal. Dada la escasa complejidad y cualificación de sus ocupaciones, tanto el sueldo como la consideración social de este tipo de empleados no fue relativamente elevado, lo que desincentivó el *control* de esta veta laboral por parte de la población madrileña, fenómeno que sí ocurrió en el caso del artesanado, eco de lo que acaecía en el resto de la ciudad y su Ensanche (Figura 3.2)¹¹.

⁹ PALLOL, R.: “Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del ensanche norte madrileño, 1860-1880”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 26, UCM, 2004, pp. 77-98. Esta dinámica también se produjo en el barrio parisino de Belleville. JACQUEMET, G.: *Belleville au XIXe Siècle: du faubourg à la ville*. L'École des Hautes Études en Sciences Sociales et Jean-Touzot Libraire-Éditeur, Paris, 1984.

¹⁰ CARBALLO BARRAL, B.: “El despertar de una gran ciudad: Madrid”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 32, UCM, Madrid, 2010, pp. 131-152; *Los orígenes del Moderno Madrid: El Ensanche Este (1860-1878)*, UCM, 2007, E-PrintsUCM: <http://eprints.ucm.es/6336/>, pp. 129-148; “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1860-1878). El distrito de Salamanca”, *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Junta de Comunidades de Castilla La Mancha, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, Vol. 1, Toledo, 2007, pp. 193-212.

¹¹ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Editorial Complutense, Madrid, 2008.

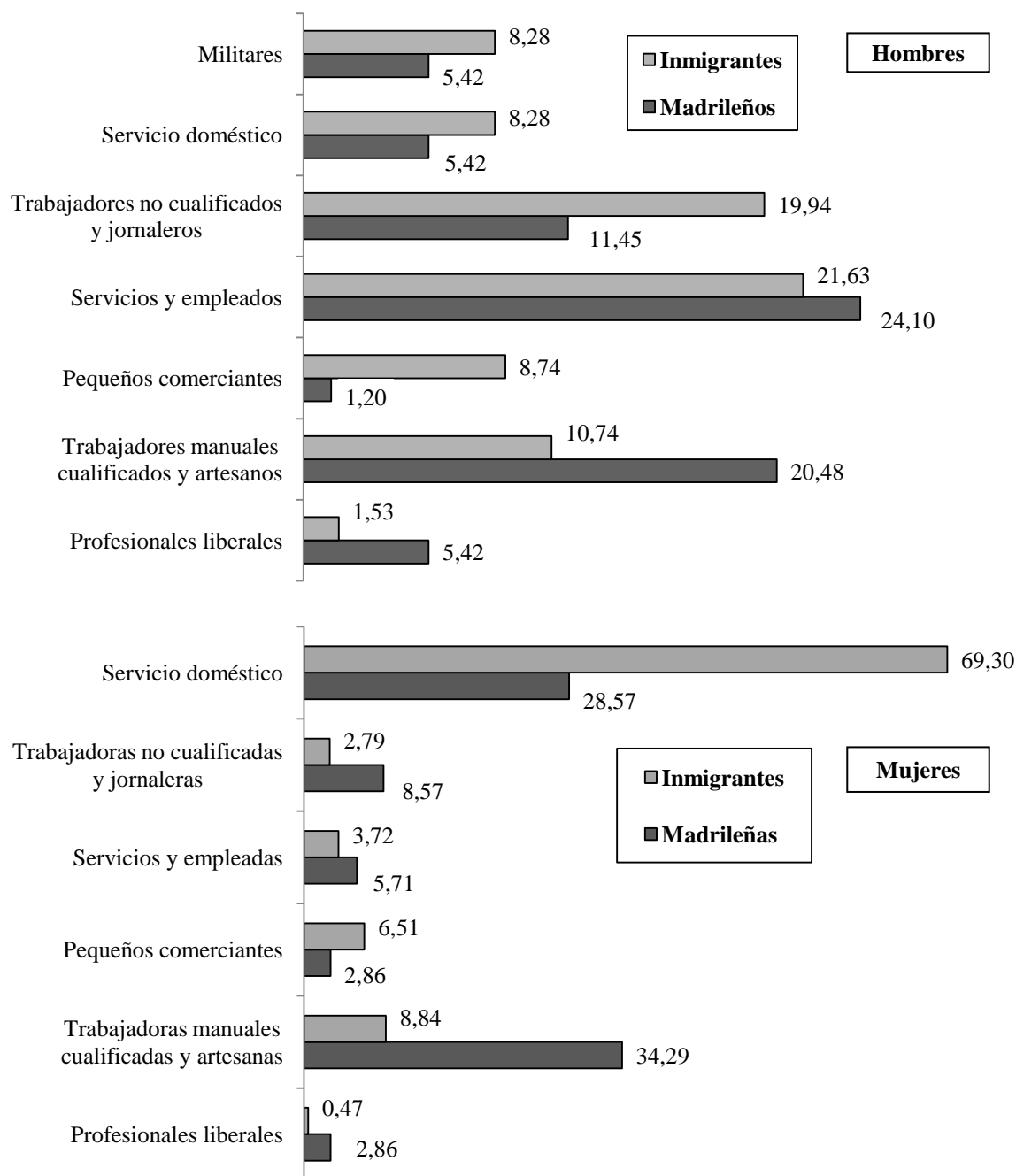


Figura 3.2. Principales categorías profesionales del Ensanche Este de Madrid según su sexo y su origen en 1860. Mayores de 12 años. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid 1860. En el caso de las mujeres, los porcentajes se han calculado sobre el total que rellenaron la casilla de profesión del padrón. Los datos pormenorizados de todas las categorías profesionales se han recogido en los apéndices.

Aquellos madrileños que habían logrado, no sin dedicación, constancia y esfuerzos diarios, adquirir los conocimientos y habilidades de un oficio artesano, luchaban afanosamente a mediados de siglo por tapiar las grietas que habían surgido en las últimas décadas en la otrora sólida *casa* del trabajador manual cualificado¹². A pesar de suponer una mayoría cuantitativa en el mercado laboral madrileño, era una mayoría

¹² NIETO SÁNCHEZ, J. A.: *Artisanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid*, Op. Cit.

en retroceso que sentía una inseguridad cada vez mayor hacia el futuro de su oficio. Los artesanos madrileños defendieron con uñas y dientes su ventaja cualitativa en este ámbito frente al artesano forastero, tanto dentro como fuera de un recinto más fiscal que defensivo. Estar al tanto de las alzas y bajas temporales en la demanda urbana de ciertos artículos y de las oscilaciones en sus precios, poder conocer y ser reconocido por los vecinos, y su facilidad para ser recibido como aprendiz en el taller de algún familiar o pariente eran ventajas que no tenían precio. Por ello, la proporción de familias madrileñas encabezadas por artesanos era mayor que entre las familias inmigrantes residentes allende las cercas. El volumen de negocio a las afueras era sensiblemente menor, dedicado más al avituallamiento de los que entraban y salían de la ciudad y de los que residían de forma estable en su limes exterior. La segregación laboral por origen reinante en el futuro Ensanche Este a finales de 1860, también fue efectiva entre los jornaleros, aunque en este caso a la inversa: los trabajadores manuales no cualificados nacidos en Madrid eran muy inferiores en número al sinfín de acentos de los jornaleros inmigrantes que sí declararon tal condición laboral.

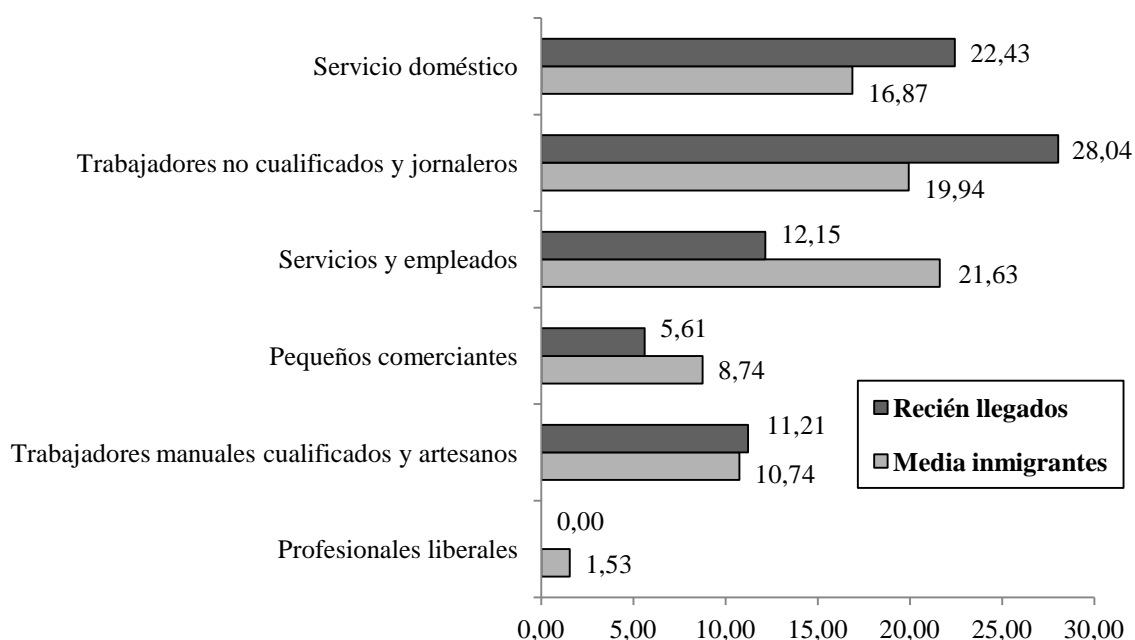


Figura 3.3. Integración laboral de los inmigrantes varones mayores de 12 años recién llegados al Ensanche Este (menos de un año de estancia) y su comparación con la media inmigrante en 1860. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1860.

A lo largo de la década de 1850, Madrid creció demográficamente como consecuencia del aumento de los contingentes migratorios y del incremento del tiempo de estancia de éstos en la ciudad. Este fenómeno provocó la expulsión de población, tanto madrileña como inmigrante, hacia el lado exterior de las cercas de Felipe IV y el florecimiento de los arrabales. La capital comenzó a verse rodeada, en principio tímidamente, por familias inmigrantes de reciente llegada, de origen preeminentemente rural y con una nula o escasa cualificación laboral, que se integraron en los resortes laborales de la ciudad más dinámicos: por un lado el incipiente desarrollo del tendido ferroviario y, por el otro, el enorme volumen de negocio absorbido por la construcción, generado por las nuevas infraestructuras, la reforma interior de la Puerta del Sol, la desamortización de Madoz y la puesta en marcha del proyecto de ampliación urbana de Castro. De esta forma, entre 1859 y 1864 la ciudad se vio inmersa en una coyuntura económica expansionista que generó una enorme demanda de trabajo no necesariamente

cualificado, más físico que intelectual, que requería más fuerza que maña. Los brazos de los jornaleros inmigrantes no eran suficientes para desescombrar todos los edificios derruidos, hacer el encintado de cuerdas de los terrenos del recientemente aprobado Ensanche, erigir el almacén de los nuevos inmuebles o trasladar las toneladas de hierro, madera y carbón invertidas en el entramado ferroviario. Estos años fueron testigos de un hecho excepcional en el siglo XIX madrileño: la carencia de mano de obra para rellenar este pico de oferta laboral y el subsiguiente alza de los salarios, tanto de operarios cualificados como de jornaleros, que alcanzaron los 20 y 10 reales diarios respectivamente¹³. Los ecos de este fenómeno azuzaron las esperanzas de nuevos inmigrantes en un momento en el que se iniciaba el proceso de modernización de los movimientos migratorios interiores, protagonizados por familias rurales que buscaron su integración permanente en los principales núcleos urbanos españoles. Los recién llegados eran asimilados rápidamente por una dinámica laboral que les requería, en ocupaciones de larga jornada y nula cualificación, pero en un contexto en el que el trabajo no faltaba y en el que los sueldos eran sustancialmente superiores a los reinantes en el campo de donde procedían¹⁴.

La inicial jornalización del Ensanche de la ciudad fue el síntoma del devenir del mercado laboral madrileño. Aquí se halló la raíz de su dislocación posterior: la discordancia entre una demanda de mano de obra muy coyuntural y la llegada masiva de nuevos trabajadores rurales no cualificados que llegaron para quedarse. Aquel lustro de pleno empleo con el que la ciudad se vio sorprendida a principios de los años 60 terminó tan rápido como se había iniciado, representando la calma antes de la tempestad. Porque eso fue lo que le vino encima a ese predominante segmento artesanal del mercado laboral madrileño durante el resto del siglo XIX: una *tormenta perfecta*, una crisis del oficio de múltiples aristas, con raíces en la extensión de la industrialización y las prácticas capitalistas cuya gestación procedía del siglo anterior y que se intensificó pasado el ecuador de esta centuria¹⁵.

Factores endógenos y exógenos, económicos, políticos y demográficos actuaron de consuno en el proceso de corrosión de los oficios artesanales y la pérdida de valor de la cualificación de sus integrantes¹⁶. Una descualificación basada no en el quebranto de la correa de transmisión de saberes y conocimientos de una generación a otra (a pesar de la supresión de los gremios en 1834), sino en su paulatina pérdida de relevancia como consecuencia de la progresiva descomposición de la producción artesanal preindustrial, caracterizada por la autonomía e independencia, por el control individual de todo el proceso productivo por parte del maestro artesano, del zapatero o el herrero que elaboraba desde el principio hasta el final el zapato, la alpargata o la herramienta del

¹³ BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978; BAHAMONDE MAGRO, A.: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, nº 15, Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, Madrid, 1980, pp. 143-175.

¹⁴ ROSÉS, J.: “La integración de los mercados de trabajo en España, 1850-1930”, *Cuadernos Económicos de ICE*, nº 70, 2005, pp. 128-155.

¹⁵ NIETO SÁNCHEZ, J. A.: *Artisanos y mercaderes. Una historia social económica de Madrid*, Op. Cit.; BAHAMONDE MAGRO, A. y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La transformación de la economía”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Historia de Madrid*, Op. Cit., pp. 543-547.

¹⁶ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.; CARBALLO BARRAL, B.: “El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900” en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit., pp. 69-93.

albañil. En el siglo XIX se desarrolló en el mundo urbano occidental, en algunas ciudades más rápido que en otras, la segmentación del proceso de producción y la participación de varios oficios en la elaboración de la misma manufactura, en un proceso de especialización imparable. Además, el incipiente uso de la maquinaria gracias al vapor mecanizó el proceso productivo, reduciendo los saberes, conocimientos y técnicas artesanales adquiridas por aquellos maestros y oficiales que los habían heredado de las generaciones precedentes a algo insustancial. Sus habilidades y experiencia fueron perdiendo relevancia al no ser ya requeridas en la producción, por lo que su oficio se fue depreciando al mismo tiempo que el valor de su tiempo y trabajo¹⁷.

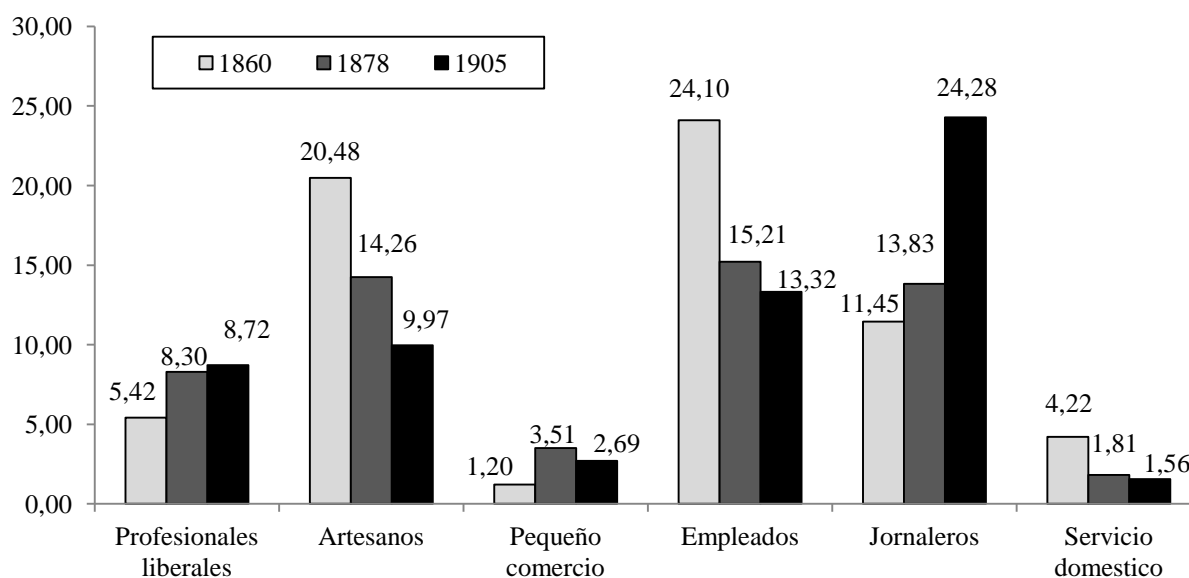


Figura 3.4. Evolución de las principales categorías profesionales de los hombres madrileños residentes en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905). Mayores de 12 años en 1860 y 1878, y de 14 en 1905. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

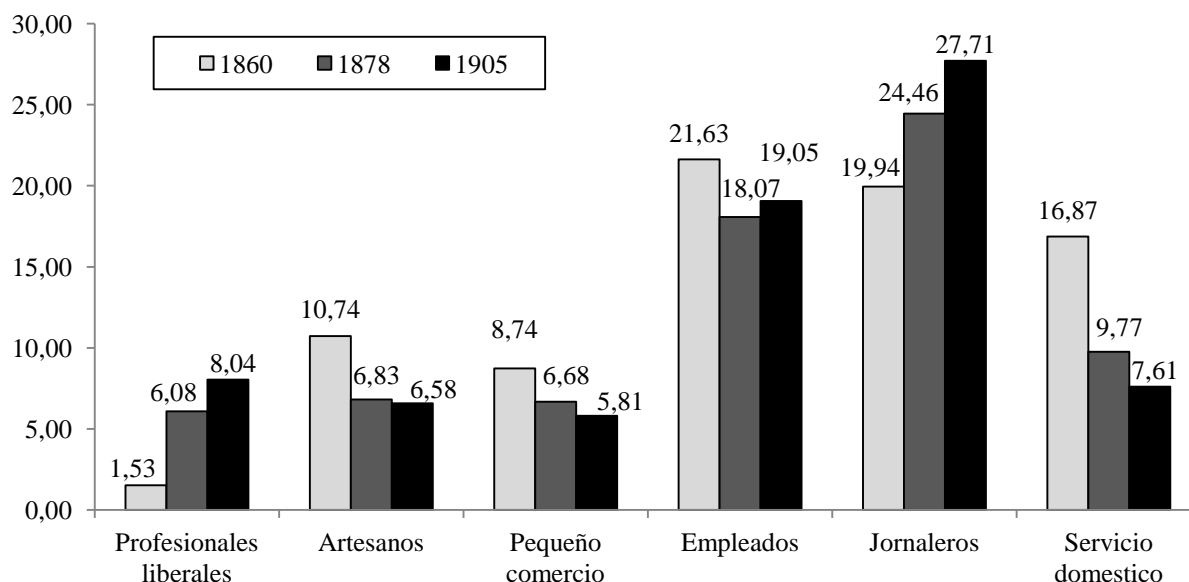


Figura 3.5. Evolución de las principales categorías profesionales de los hombres inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905). Mayores de 12 años en 1860 y 1878, y de 14 en 1905. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

¹⁷ SANZ ROZALÉN, V. y PIQUERAS ARENAS, J. A. (Eds.): *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005.

A este proceso, se le unieron en el caso madrileño otros factores clave: la modernización del transporte de mercancías, la intensificación de los movimientos migratorios y la tardanza en la llegada de la industrialización. La extensión de la red de ferrocarriles y telégrafos facilitó la integración de los mercados laborales españoles mediante la reducción en coste y tiempo del tránsito de mercancías, personas y capitales, siendo Madrid la principal plaza beneficiada de la red concéntrica auspiciada por el Estado¹⁸. Esto motivó, por un lado, que los artesanos afincados en la ciudad tuvieran que competir contra productos manufacturados importados de mayor calidad y menor precio, y por otro, que la ciudad recibiera unos contingentes migratorios cada vez más numerosos. Ambos fenómenos pinzaron el mercado laboral artesanal de la ciudad, ya que los talleres y obradores madrileños perdieron su principal baza, tener al alcance de la mano el mayor centro de consumo del país, y además, siguieron sin disponer de las materias primas ni las fuentes de energía necesarias para aumentar su producción a menor coste. El ferrocarril no hizo más que reducir las distancias y el precio del transporte de las mercancías y productos manufacturados llegados de otros puntos nacionales e internacionales¹⁹. Así, aunque redujo las crisis de subsistencias madrileñas y enriqueció la dieta alimentaria de sus habitantes²⁰, perjudicó considerablemente a un artesanado que apenas había realizado esfuerzos por modernizarse, refugiado, al igual que el comercio, en disponer hasta la fecha de un mercado cautivo formado por unas capas populares de escasos recursos pero en ascenso numérico debido a la inmigración, y que podía ser abastecido por pequeños colmados y talleres de explotación familiar²¹. Además, los capitales asentados en la ciudad, que pudieran haber sido usados para su mecanización, fueron invertidos lejos de Madrid, salvo en promociones inmobiliarias individuales y centradas en la perpetuación de jugosas rentas de alquiler, en la especulación con la Deuda pública y en el mero gasto suntuario²².

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, el segmento artesanal, el más numeroso de la ciudad, no es que no fuera capaz de generar la suficiente oferta de empleo para absorber toda esa mano de obra inmigrante que llegaba año a año, de origen rural y poco o nada cualificada, que no lo fue, sino que además se vio sepultada por ella ante su falta de competitividad en un mercado cada vez más interconectado. La presión a la baja de los salarios ejercida tanto por este exceso de mano de obra como por el intrusismo profesional de los inmigrantes necesitados, provocó la corrosión del trabajo manual cualificado tanto madrileño como inmigrante. De esta forma, el trabajo artesanal masculino se contrajo entre 1860 y 1878 más de la mitad en el casco antiguo (del 46 al 21%)²³, mientras que en el Ensanche Este, esta caída fue algo más pausada

¹⁸ GÓMEZ MENDOZA, A.: “Ferrocarril, abastecimientos y mercado nacional: Madrid, 1875-1931”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Op. Cit., Vol. 1, pp. 351-375.

¹⁹ GÓMEZ MENDOZA, A. y SAN ROMÁN, E.: “Transportes y comunicaciones”, capítulo 7 de CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coords.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. II, Fundación BBVA, 2006, Bilbao; BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*. Correos y Telégrafos, Madrid, 1998.

²⁰ VILLA MÍNGUEZ, P.: “Precios alimentarios y nivel de vida en Madrid. 1851-1890”, BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *Madrid en la sociedad*, Op. Cit., Vol. 2, pp. 267-288.

²¹ GONZÁLEZ CALVILLO, J.L.: “De la ciudad cortesana a la ciudad burguesa”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Op. Cit., pp. 210-223.

²² CHUMILLAS, ISABEL, R.: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*. Los libros de la Catarata, Madrid, 2002; BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina: Madrid 1856-1866*, UCM, Madrid, 1981.

²³ GONZÁLEZ PALACIOS, D.: *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*, UCM, Memoria de Máster dirigida por Luis Enrique Otero Carvajal, 2008; “La estructura socioeconómica del

(del 14 al 7%), alargándose hasta 1905. Aunque la economía madrileña se estaba beneficiando de los resquicios abiertos en la dotación y administración de servicios derivados de la capitalidad del Estado liberal (de ahí el aumento de los profesionales liberales en estos años), la alta cualificación intelectual requerida en muchos casos cercenó tajantemente cualquier aprovechamiento de esta veta laboral por parte de los cientos de inmigrantes rurales que llegaban a las calles de Madrid.

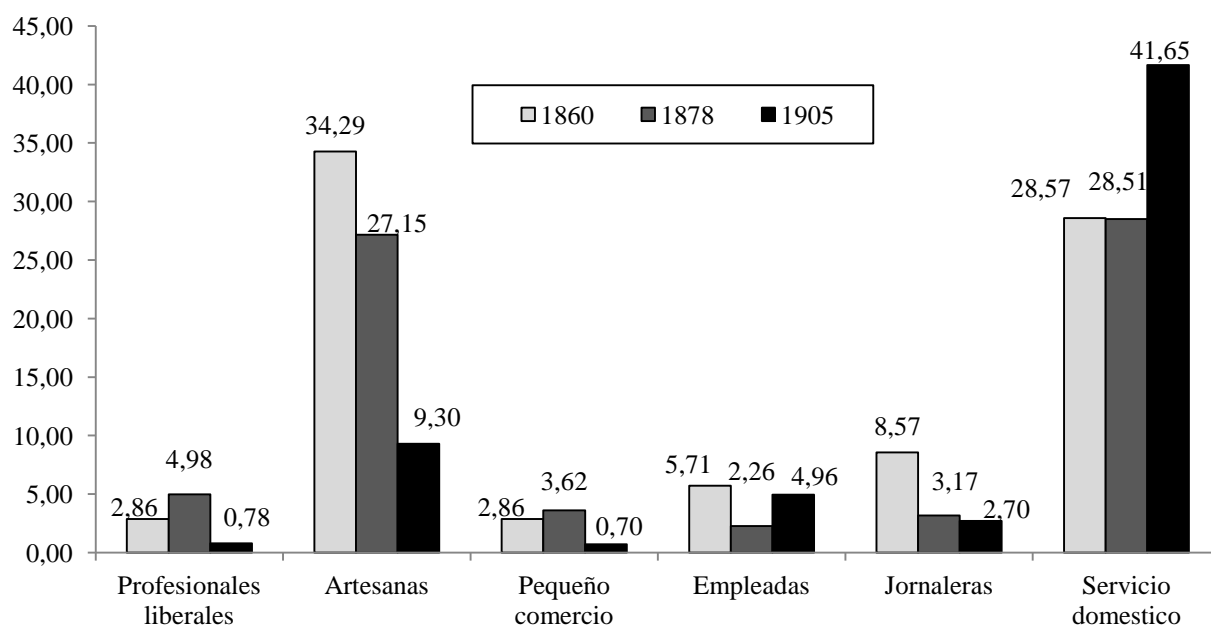


Figura 3.6. Evolución de las principales categorías profesionales de las mujeres madrileñas del Ensanche Este de Madrid (1860-1905). Mayores de 12 años en 1860 y 1878, y de 14 en 1905. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

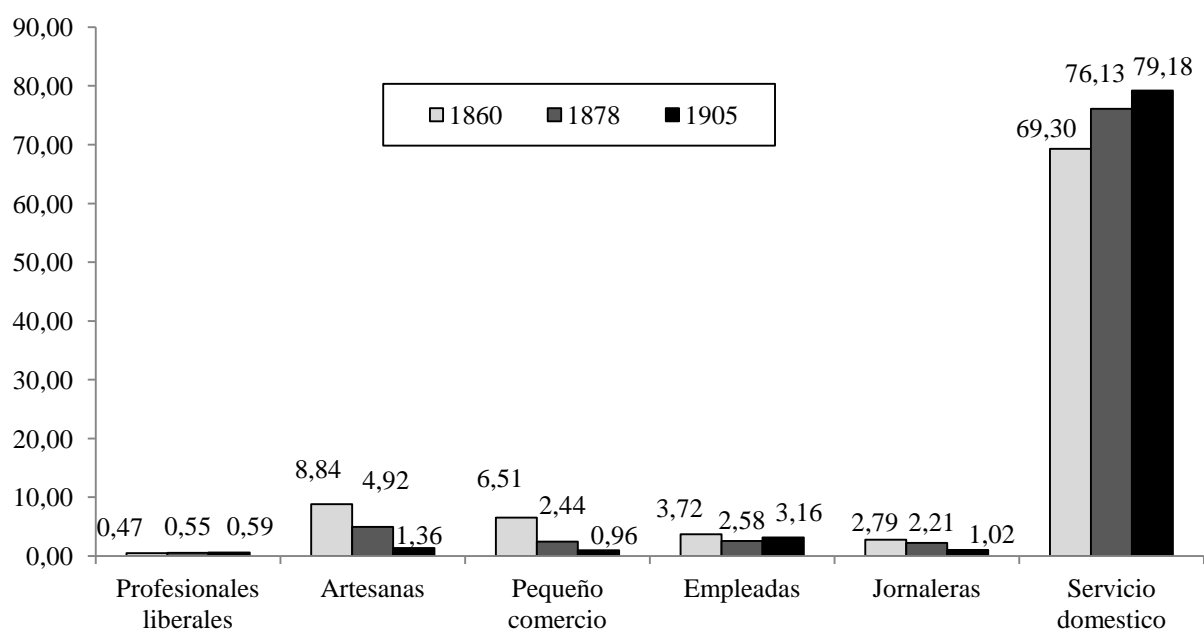


Figura 3.7. Evolución de las principales categorías profesionales de las mujeres inmigrantes del Ensanche Este de Madrid (1860-1905). Mayores de 12 años en 1860 y 1878, y de 14 en 1905. AVM, Estadística, padrones municipales de de 1860, 1878 y 1905.

casco urbano de Madrid a finales del siglo XIX. El caso del barrio de Corredera”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.): *Ayer en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008, recurso electrónico.

De esta forma se constituyó el caldo de cultivo que produjo la aparición de la figura del jornalero urbano, en su mayoría inmigrante, de origen rural y llegado a Madrid en plena edad laboral, carente de cualificación y experiencia en el mercado laboral urbano, y que se vio abocado a trabajar cada día en un sitio distinto realizando trabajos físicos a cambio de un mísero jornal²⁴. Un día cargaba fardos en la estación de Atocha, otro levantaba andamios en las obras del Ensanche, y al siguiente hacía de repartidor en alguna panadería de la ciudad. Todo por un mísero jornal de 2 pesetas diarias cuyo incremento quedaba vedado de raíz ante la abundante mano de obra excedente. Quien no estuviera dispuesto a deslomarse por tan bajo sueldo era relegado en un santiamén por otro más necesitado que sí lo estuviese. Tras el fiasco del Sexenio²⁵, fue durante las primeras décadas de la Restauración cuando se produjo el mayor desfase entre la desorbitada oferta de mano de obra poco cualificada y un mercado laboral saturado e incapaz de generar la suficiente actividad económica para su integración efectiva²⁶. El resultado fue la conformación de una realidad social marcada por la jornalización de las capas populares madrileñas, abocadas a una vida llena de incertidumbre, en el que una buena parte desconocía al levantarse cuál sería su jornal (si lo conseguía), dónde y con qué ocupación tendría que ganárselo.

Para las mujeres, dejando al margen el enorme subregistro de su trabajo asalariado (que será abordado posteriormente), el servicio doméstico se consolidó como el segmento laboral en el que lograr una fácil inserción, la puerta de entrada para aquellas que, sin cualificación, necesitaban ganar cuanto antes un jornal para sobrevivir en la gran ciudad. En el Ensanche Este, su presencia era abrumadora al aglutinar las cuatro quintas partes del mercado laboral femenino (cerca del 90% según la clasificación HISCO), proporción muy superior a la de las otras dos zonas de Ensanche, circunstancia favorecida por el proceso de segregación socioespacial en el que se hallaba inmersa la ciudad y que convirtió a buena parte de este espacio urbano en una zona acomodada²⁷. Al mismo tiempo, las trabajadoras manuales cualificadas también perdieron peso en el mercado laboral de la ciudad y del Ensanche Este durante el último tercio del siglo XIX y la primera década del XX a un ritmo incluso superior al masculino, pasando del 34 al 9% entre las mujeres madrileñas, y del 9 al 1% entre las de origen inmigrante (ver Figuras 3.6 y 3.7).

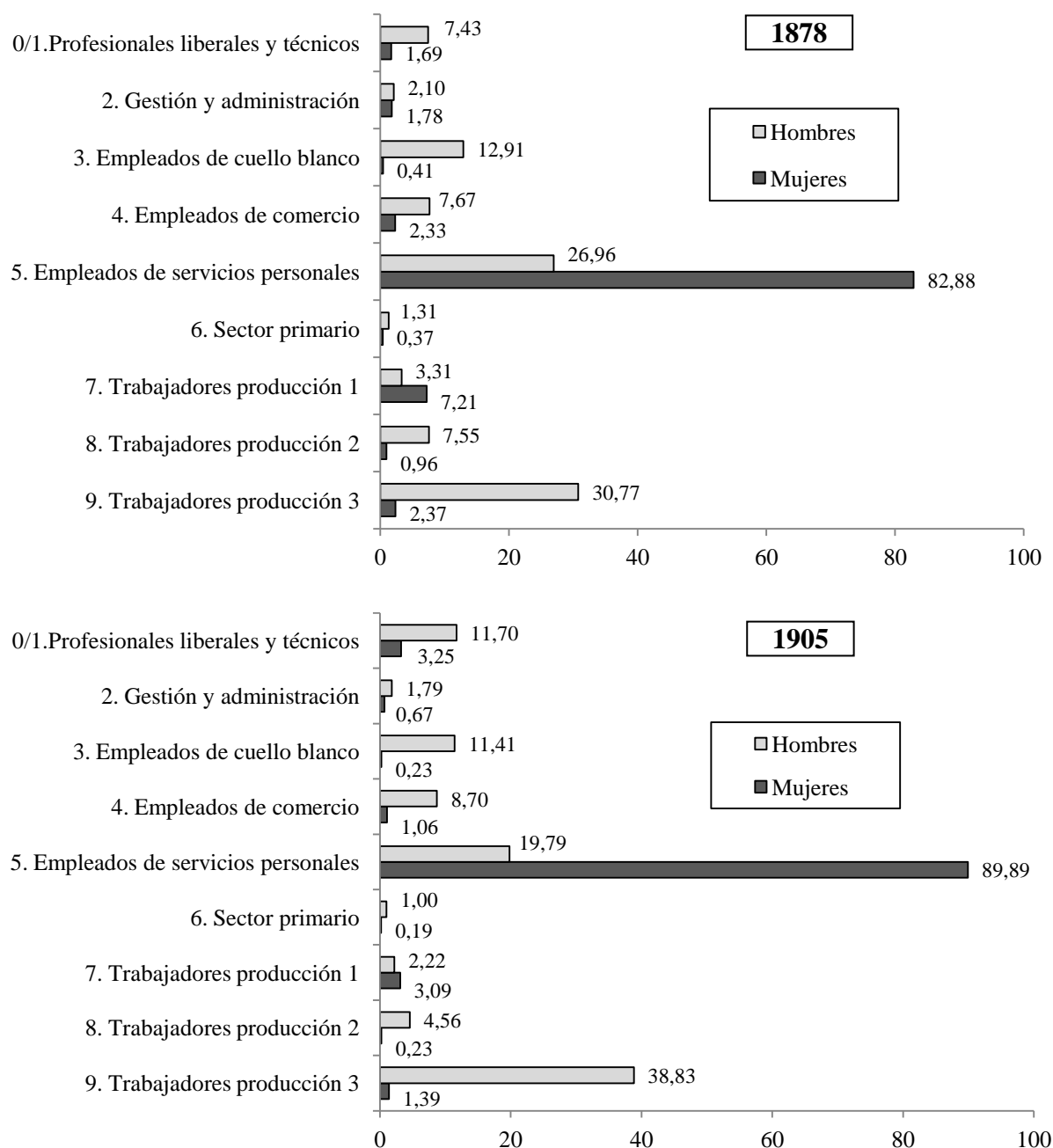
El epílogo del siglo XIX y los albores del XX en Madrid se caracterizaron por el apogeo de una economía poco productiva, escasamente mecanizada y especializada, que se mantuvo pujante gracias al bajo coste salarial de explotar a esta enorme masa de trabajadores residentes en la ciudad poco o nada cualificados, sin ocupación permanente y que se hallaba en la necesidad de aceptar cualquier jornal que encontrase. El mercado laboral madrileño, al no estar preparado para absorber tal volumen de mano de obra, y las autoridades municipales, que a pesar de sus esfuerzos no lograron instruir y formar a los recién llegados, abocaron a la jornalización en primer lugar a aquellos que carecían de experiencia o cualificación para, poco a poco, fagocitar al resto de los trabajadores manuales con oficio, madrileños e inmigrantes, que vieron cómo sus condiciones laborales se degradaban hasta el nivel de los jornaleros no cualificados.

²⁴ PALLOL, R., CARBALLO, B. y VICENTE, F.: “Inmigración y mercado de trabajo en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX”, en *Revista de Demografía Histórica*, vol. 28, nº 1 (2010), pp. 131-166.

²⁵ BAHAMONDE MAGRO, A. y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La transformación de la economía”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.) *Historia de Madrid, Op. Cit.*, pp. 515-547.

²⁶ PALLOL, R., CARBALLO, B. y VICENTE, F.: “Inmigración y mercado de trabajo en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX”, en *Revista de Demografía Histórica*, vol. 28, nº 1 (2010), pp. 131-166.

²⁷ Ver capítulo siguiente.



Figuras 3.8 y 3.9. Evolución de la estructura profesional del Ensanche Este de Madrid por sexos entre 1878 y 1905, siguiendo la codificación de HISCO²⁸, diseñada por el *International Institute of Social History* y disponible en <http://historyofwork.iisg.nl/index.php>. Mayores de 14 años para 1905. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1878 y 1905.

²⁸ Tal y como se ha explicado en la introducción, HISCO es un sistema histórico de clasificación internacional de ocupaciones profesionales, derivado de ISCO (*International Standard Classification of Occupations*) creado por la OIT en 1968, para codificar bajo una misma metodología decenas de miles de actividades productivas sin importar el idioma, el lugar o la época en la que se produjeron. De esta forma, facilita las comparaciones directas entre estructuras productivas de distintos lugares y en distintas épocas. A la hora de codificar las denominaciones laborales, tiene en cuenta esencialmente el tipo de actividad realizada, los conocimientos necesarios para llevarla a cabo y el grado de responsabilidad asumida. Por ello, sólo se contabiliza el extracto de población que especifica en la fuente documental utilizada una actividad laboral, quedando fuera aquellas denominaciones que indicaban un estado, una renuncia expresa al trabajo o la mera ausencia de respuesta (enfermos, estudiantes, pensionistas, jubilados, sin indicación alguna, parados, rentistas o propietarios). VAN LEEUWEN, M. H.D., MAAS, I. y MILES, A.: *HISCO: Historical International Standard Classification of Occupations*, Leuven University Press, Leuven, 2002.

La evolución socioeconómica madrileña del último tercio del siglo XIX tuvo su correlato en otras grandes urbes europeas y americanas, en donde la figura del jornalero urbano podía asimilarse a las figuras del “*permanent floating proletariat*” bostoniano o a los “*casual workers*” ingleses²⁹. La historiografía anglosajona ha calificado al proceso económico que generó tal fenómeno como *immiserisation* o *pauperización* de las capas populares, caracterizado por un amplio mercado urbano dominado por talleres artesanales y una amplia producción manual en el hogar, con baja productividad y sin mecanización, que sobrevivían gracias al constante aumento del consumo (por el mero aumento demográfico de la ciudad) y al empleo de una mano de obra muy barata fruto de la excesiva inmigración y su trágica necesidad de manutención³⁰. La causa principal de este contexto fue que el ritmo de crecimiento demográfico de las grandes aglomeraciones urbanas occidentales como consecuencia de las migraciones rurales, fue mayor que la capacidad de sus mercados laborales para dar empleo a los recién llegados, especialmente en aquellos núcleos urbanos donde la llegada de la industrialización se demoró, tal y como ocurrió en Madrid³¹.

Las capitales de los Estados liberales, que concentraron durante estos años el poder político, administrativo, comercial, financiero y de las telecomunicaciones nacionales, a pesar de generar nuevos empleos para profesionales liberales, empleados y altos cargos públicos y privados de servicios más cualificados, no evitaron la conformación de esta economía de supervivencia, crónica, y protagonizada por esas masas pauperizadas jornaleras. En el caso madrileño, este fenómeno facilitó el crecimiento económico, vehiculado a través de una producción extensiva mediante el uso ingente de mano de obra barata y poco cualificada, a expensas de una inversión en maquinaria que no llegaba. De esta forma, un problema de tan grandes dimensiones como la inmigración hacia Madrid, se convirtió en un estímulo económico para la ciudad. Sin embargo, el resultado fue que la región madrileña, influida claramente por la sobredimensión de la ciudad, a pesar de generar el PIB per cápita más elevado del país, andaba en el furgón de cola en relación al Índice Físico de Calidad de Vida, aglutinador

²⁹ THERNSTORM, S.: *The other Bostonians: Poverty and progress in the American metropolis, 1880-1970*, Harvard University Press, Cambridge, 1973; GILBERT, D. y SOUTHALL, H.: “The urban labour market”, *The Cambridge Urban History of Britain*, Vol. 3, Cambridge Histories Online, 2008, pp. 593-628.

³⁰ STEJMAN JONES, G.: *Outcast London. A study in the relationship between classes in Victorian society*, Oxford University Press, Oxford, 1991; GREEN, D. R.: *From Artisans to Paupers: economic change and poverty in London, 1790-1870*, Scholar Press, Aldershot, 1995; CROSSICK, G. y HAUPT, H.G. (eds.): *Shopkeepers and Master-Artisans in Nineteenth-Century Europe*, Methuen, London, 1984. La visión de la pauperización del mercado laboral londinense ha sido revisada en los últimos años a tenor de la renovada importancia concedida al tráfico mercantil del puerto de Londres, que distribuía recursos, productos manufacturados y capital humano tanto por el interior del país como por su Imperio colonial gracias al desarrollo de los transportes nacionales ya a mediados del siglo XIX, y al desarrollo de nuevas pautas comerciales y de ocio en el principal centro de consumo del *taller del mundo* durante este período. En BALL, M., y SUNDERLAND, D.: *An economic history of London, 1800-1914*, Routledge, London and New York, 2001. Sin embargo, el contexto económico del Madrid de finales del siglo XIX distaba mucho de ser ese centro dinámico internacional, y la potenciación de su sector servicios y de su industria, la modernización del comercio y de su sistema financiero no se concretó hasta la 1ª Guerra Mundial.

³¹ GARCÍA DELGADO, J. L.: “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española” en NADAL, J. y CARRERAS, A. (Dir.) *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Ariel, Barcelona, 1990, pp. 219-256; “Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna” en GARCÍA DELGADO, J. L. (Coord.) *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. VIII Coloquios de Hª Contemporánea de España, Siglo XXI, Madrid, 1992, pp. 405-414; GARCÍA DELGADO, J. L., y CARRERA TROYANO, M.: “Madrid, capital económica” en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Hª Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 209-237.

de la esperanza de vida, la mortalidad infantil y el nivel educativo de su población, claro indicador de la desastrosa realidad en la que sobrevivía el océano jornalero que reinaba en la capital³².

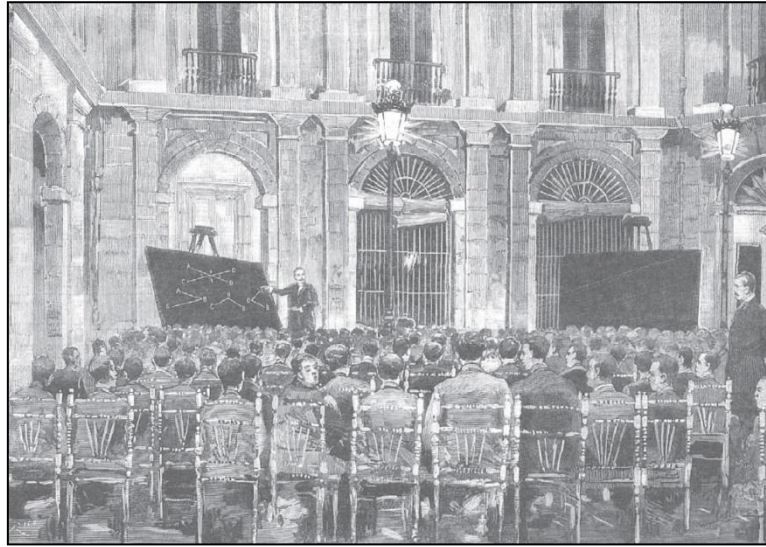


Ilustración 3.1. Instituto municipal para artesanos, creado por el alcalde Alberto Bosch en 1885. Detalle del grabado publicado en *La Ilustración Española y Americana*, nº XL, pág. 261. Eran clases gratuitas de geometría y matemáticas dadas por el propio alcalde entre diario por las noches en uno de los salones del Ayuntamiento. Sin embargo, iniciativas populistas como éstas no evitaron la nula cualificación general de la población trabajadora residente en Madrid.

Mientras el grueso de las capas populares de la ciudad caía en la jornalización (en el Ensanche Este los jornaleros crecieron un 10%) y se producía la corrosión de los oficios en el último tercio del siglo XIX (con caídas del 4% en el caso de vidrieros y ceramistas), el número de profesionales liberales y técnicos especializados, tales como abogados, arquitectos, notarios, ingenieros o catedráticos, no hizo más que engrosar. Las transformaciones liberales y la capitalidad de la urbe hicieron germinar los primeros brotes de una moderna red de servicios urbanos hacia finales de siglo, que inició la demanda de técnicos, profesionales y trabajadores más cualificados, que se integrarían en sectores como la administración municipal de la red de alcantarillado, el sistema de beneficencia, la guardia urbana o el servicio de tranvías³³. A ellos habría que sumar la creciente demanda de empleados y profesionales asociados a la administración pública estatal, a los tribunales de justicia, a las distintas instituciones y organismos públicos o a la gestión de las telecomunicaciones y correos, sin olvidar a los profesionales liberales por cuenta propia y a los empleados privados, ya fueran de particulares, banca, comercio o de las grandes sociedades de ferrocarril o seguros³⁴. Estos grupos

³² DOMÍNGUEZ MARTÍN, R.: *La riqueza de las regiones: las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*, Alianza, Madrid, 2002; LARRINAGA, C.: “Variaciones regionales de la economía española del siglo XIX”, en GONZÁLEZ ENCISO, A. y MATÉS BARCO, J. M. (Coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 435-462.

³³ DE MIGUEL SALANOVA, S., DÍAZ SIMÓN, L. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “Los servicios: un sector clave en la transformación del mercado laboral de la ciudad de Madrid a comienzos del siglo XX”, en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2013, pp. 181-200.

³⁴ CARBALLO BARRAL, B.: “Aires de cambio en el mercado laboral madrileño. El Ensanche Este de Madrid a la altura de 1900”, en VV. AA.: *El trabajo y la memoria obrera. IX Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Asociación de Amigos del Archivo Provincial de Guadalajara, Madrid, 2011, recurso electrónico.

profesionales, aunque poco numerosos en comparación a los grandes agregados mencionados anteriormente, empezaron a despuntar en el cambio de siglo, siendo la punta del iceberg de lo que estaba por llegar: la modernización del sector servicios de la capital tras la Primera Guerra Mundial, en sintonía con la conversión de la urbe en una metrópoli europea en los años 30³⁵.

Principales variaciones en la estructura profesional del Ensanche Este de Madrid entre 1878 y 1905

<i>Minorgroups</i> HISCO	Denominación profesional de HISCO	1878 (%)	1905 (%)	Evolución %
99	Trabajadores manuales no cualificados	21,15	31,86	+ 10,71
12	Juristas (abogados, jueces, magistrados)	2,21	4,35	+ 2,13
2	Arquitectos, ingenieros y otros técnicos	1,38	2,4	+ 1,01
83	Herreros y operadores de máquinas	0,21	0,86	+ 0,65
58	Militares, bomberos y policías	12,19	7,31	- 4,88
89	Vidrieros, ceramistas y asimilados	4,6	0,65	- 3,95
54	Servicio doméstico masculino	9,48	7,32	- 2,16
30	Empleados de oficina sin especialización	3,24	1,68	- 1,56

Figura 3.10. Elaboración propia. Varones mayores de 12 años para 1878 y de 14 años para 1905. AVM, Estadística, padrones municipales de 1878 y 1905.

Las décadas interseculares trajeron tiempos difíciles, de grandes cambios y transformaciones laborales a Madrid. El Ensanche Este no fue ajeno a este proceso. En sus calles también eran mayoría los jornaleros, los mozos de carga, las sirvientas, los repartidores o los traperos, todos ellos trabajadores de escasa cualificación laboral, que ayudaron a descomponer un mundo de los oficios ya en declive³⁶. Pero en sus barrios también empezaron a ubicar sus residencias las nuevas caras de la lenta modernización económica de la capital, difícilmente visibles más allá de los barrios céntricos como el de Puerta del Sol o de los situados a ambos lados del eje Prado-Recoletos-Castellana³⁷. Era la constatación de la pervivencia de esa dualidad entre *la economía de la ciudad* y *la economía de la capital* enraizada en Madrid, entre una economía moderna y centrada en la dotación de servicios de todo tipo derivada de su capitalidad, y una economía de la ciudad que se alimentaba de su propia sobrepoblación y su falta de cualificación.

³⁵ JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984; BAKER, E.: *Madrid cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*, Marcial Pons, 2009; DE MIGUEL, S.: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito centro (1905-1930)*, UCM, Madrid, 2010; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral inédita, UCM, Madrid, 2012; BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. M^a: *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*, Alianza, Madrid, 2012.

³⁶ La degradación del mundo artesanal urbano fue una constante a nivel europeo a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la 2ª Guerra Mundial*, Op. Cit., pp. 57-82.

³⁷ VICENTE, F., CARBALLO, B. y PALLOL, R.: “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid (1860-1905)”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (Coords.): *Ayer en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Servicio de Publicaciones de la UAM, Murcia, 2008; GONZÁLEZ LÓPEZ, J.: *Madrid y su extrarradio: el distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*, Trabajo Fin de Máster, UCM, 2010; DE MIGUEL SALANOVA, S.: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010; DÍAZ SIMÓN, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010.

3.1. Crisis y reconversión en el trabajo manual madrileño.

“Dificultada la vida del campo por los excesos del caciquismo imperante, la juventud trabajadora emigra a las grandes ciudades buscando empleo a su actividad; pero como esta juventud carece de la preparación técnica necesaria para trabajar en las industrias, en las artes o en los negocios que son creadores de riqueza, viene a formar en el numeroso ejército de los pretendientes sin aptitud determinada, los cuales, si son de las clases humildes, aspiran a ser jornaleros o domésticos, y si son de la clase media sueñan con los destinos de la burocracia. Y como no hay empleo para todos, quedan muchísimos sin colocar y a la expectativa de la primera oferta que se les haga.”

La Lectura dominical, 22 de noviembre de 1913.

La efímera coyuntura en la que la demanda de mano de obra de la ciudad superó a la oferta durante los primeros compases del Ensanche fue un espejismo. La constante y cada vez más nutrida inmigración hacia Madrid supuso un verdadero desafío para sus circuitos económicos, que sufrieron una honda transformación como resultado de la llegada de miles de inmigrantes rurales con escasa cualificación laboral de índole urbana. Este proceso, que condenaba a la precariedad laboral a buena parte de los recién llegados, era una realidad conocida por las autoridades municipales que relacionaban, dados los precedentes inmediatos, la precarización del mercado de mano de obra madrileño con el incremento de la inestabilidad política³⁸. La inmigración rural estaba más pendiente de dejar atrás la quiebra económica que asolaba el campo que de preocuparse de su integración laboral en la capital, en cuya percepción influía el brillo de las modernas obras que se habían iniciado en ella o las triunfantes biografías de hombres de origen modesto que se habían hecho a sí mismos y alcanzado el éxito socioeconómico en sus calles, historias de éxito debidamente publicitadas por un liberalismo que buscaba ganar réditos políticos por haber permitido tal posibilidad³⁹.

A medida que los años del último tercio del siglo XIX se consumían, el número de inmigrantes de escasa o nula cualificación laboral que llegaban a la capital no hizo más que aumentar. Esta situación provocó el afianzamiento en la urbe de una enorme masa de mano de obra no cualificada, sin trabajo estable, errática y necesitada de cualquier ocupación con la que ganar un jornal, lo que contribuyó a la degradación de las condiciones laborales de todo el conjunto del trabajo manual de la ciudad, especialmente el no cualificado⁴⁰. La pauperización del mercado de mano de obra manual madrileño, incapaz de asimilar o instruir laboralmente a esta inmigración rural, se generalizó afectando tanto a nativos como a inmigrantes.

³⁸ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Op. Cit., pp. 112-124.

³⁹ Los logros de hombres como Mariano Monasterio, Francisco de las Rivas o Pedro González Velasco, que llegaron a la ciudad con lo que llevaban en los bolsillos y que amasaron eminentes fortunas en su vida en la capital, ocuparon páginas enteras en las publicaciones de la época. A la muerte de Pedro González Velasco, fundador del Museo Antropológico, se resaltó que siendo “un joven, cuyo capital en metálico eran once reales”, que lo hizo “solo, huérfano, sin recursos, sin relaciones”, procedente de “Valseca de Boones, pequeña aldea de la provincia de Segovia”. En *Semanario de las familias. Revista Ilustrada*, publicado en tres partes los días 6, 13 y 20 de noviembre de 1882, panegírico a su fallecimiento. Otro ejemplo de esta realidad fue el de Francisco de las Rivas, marqués de Mudela, que de ayudante en el comercio pañero de sus tíos se labró poco a poco una gran fortuna.

⁴⁰ CARBALLO BARRAL, B.: “El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900” en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit., pp. 69-93; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

3.1.1. La lucha por la vida de los trabajadores manuales no cualificados de Madrid.

“Entraron en la taberna tres muchachos, sin duda recién salidos del tren, con sendos morrales al hombro, vara en cinto, vestidos a usanza campesina, iguales en el calzado, que era de alpargata, y distintos en el sombrero, pues el uno lo traía de aparejo redondo, el otro boina y el tercero pañuelo de seda liado a la cabeza. ¡Qué chicos tan gallardos! Dijo Villaamil, contemplándoles embebido, mientras ellos, bulliciosos y maleantes, pedían al tabernero algo con qué matar la feroz gazuza que traían. ¿Serán jóvenes labradores que han dejado la oscura pobreza de sus aldeas por venir a esta Babel a pretender un destino que les dé barniz de señorío y aire de personas decentes?... ¡Infelices! ¡Y qué gran favor les haría yo en desengañarles!”

PÉREZ GALDÓS, B.: *Miau*, Madrid, 1888.

Al iniciarse el Ensanche de Madrid, la población jornalera estaba formada sobre todo por inmigrantes rurales recién llegados a la capital, especialmente de su hinterland (ver Figura 2.21). No obstante, a medida que el ritmo de los movimientos migratorios interiores que se dirigían a la capital aumentó, el mercado laboral de la ciudad ahondó en su degradación. La precarización laboral fue generalizada y supuso una expansión del trabajo manual no cualificado entre 1860 y 1905 en todo el conjunto urbano⁴¹, siendo el Ensanche un espacio urbano donde la población jornalera llegó a suponer el 40% de la población activa masculina en 1905, con horquillas que variaron entre el 65% del popular Ensanche Sur, el 39% del artesanal Ensanche Norte y el 27% del más acomodado Ensanche Este.

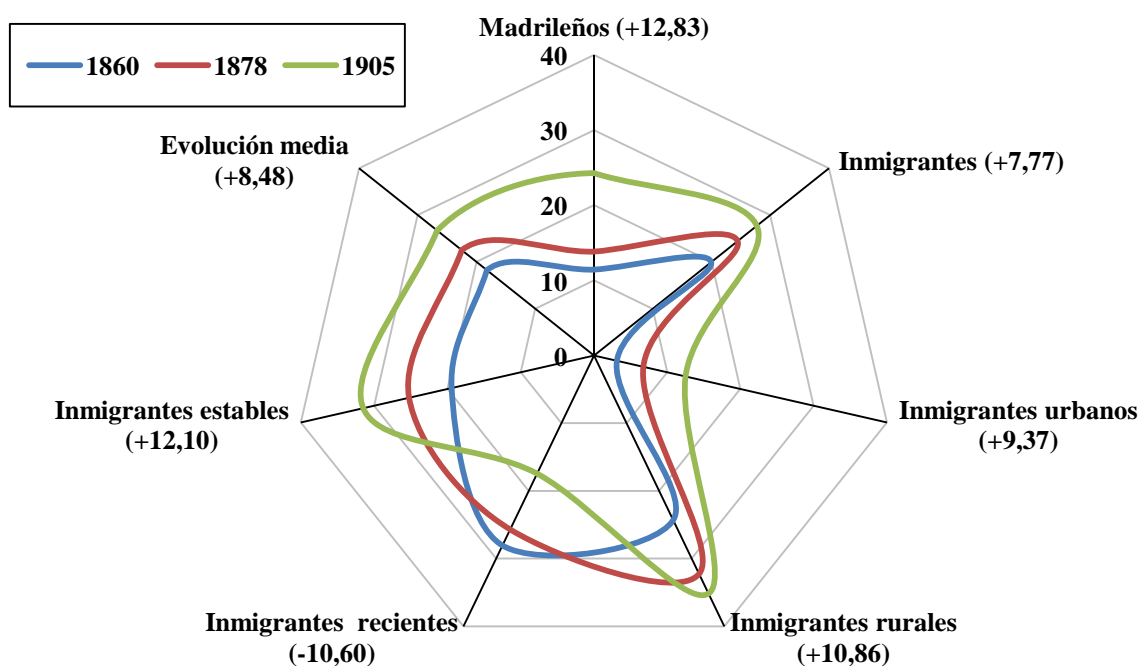


Figura 3.11. Proporción de trabajadores manuales no cualificados en función de su origen y estancia en Madrid. Hombres mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrones de 1860, 1878 y 1905. Los inmigrantes estables eran aquellos cuya estancia en la ciudad era superior a 10 años, mientras que en el caso de los inmigrantes recientes se han contabilizado aquellos que llevaban menos de 5 años de estancia en Madrid. En paréntesis, se indica la evolución general de cada segmento entre 1860 y 1905.

⁴¹ En 1898 había casi seis mil jornaleros en Madrid, el 10% de su población. HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico social*. (Ed. C. Del MORAL), Vol. 1, Ed. Nacional, Madrid, 1979, pág. 326.

La proletarianización no entendió de características demográficas y migratorias, afectando tanto a madrileños como a inmigrantes, cuya representación aumentó en 13 y 8 puntos porcentuales respectivamente entre ambas fechas (Figuras 3.5 y 3.6), ya fueran éstos de origen rural o urbano (donde el avance fue de 9 y 11 puntos) o llevaran asentados en la ciudad más de una década (con 12 puntos). Sin embargo, si en las primeras décadas de desarrollo de la ampliación urbana de Madrid la población inmigrante recién llegada era el combustible que en mayor medida alimentaba la llama del trabajo no cualificado (ver Figuras 2.24 y 3.4), a comienzos del siglo XX la situación se había invertido. Los nuevos inmigrantes que llegaban a la capital lograban encontrar trabajos más variados y cualificados en la ciudad que la población inmigrante residente en ella desde hacía décadas y que había sido víctima de la precarización laboral reinante en la ciudad. Pero su lucha por escapar de la jornalización no había hecho más que empezar, ya que el peligro no disminuía con el tiempo sino todo lo contrario. A comienzos de la Restauración, para un inmigrante su estancia prolongada en la ciudad apenas le reportaba nuevas oportunidades laborales para salir de la inseguridad jornalera, como pudieran ser el aprendizaje de un oficio, ser contratado en alguna tienda como mozo de comercio o la obtención de un puesto de escasa cualificación pero estable como empleado municipal (jardinero, vigilante, etc.). A comienzos del siglo XX, la situación no sólo no había mejorado sino que la degradación laboral había avanzado entre los inmigrantes asentados de antiguo en la ciudad, sin distinguir entre barrios acomodados o populares. Era una prueba más de la incapacidad de la ciudad y su tejido económico para absorber la desbordante mano de obra que se acumulaba en ella, contribuyendo con ello a hundir tanto el precio de la jornada laboral basada en el mero trabajo físico, como el valor de aquellos oficios inmersos en una aguda reconversión, caracterizada por la concentración de la producción y la mecanización y en donde la cualificación manual perdía relevancia frente a los nuevos medios de fabricación⁴².

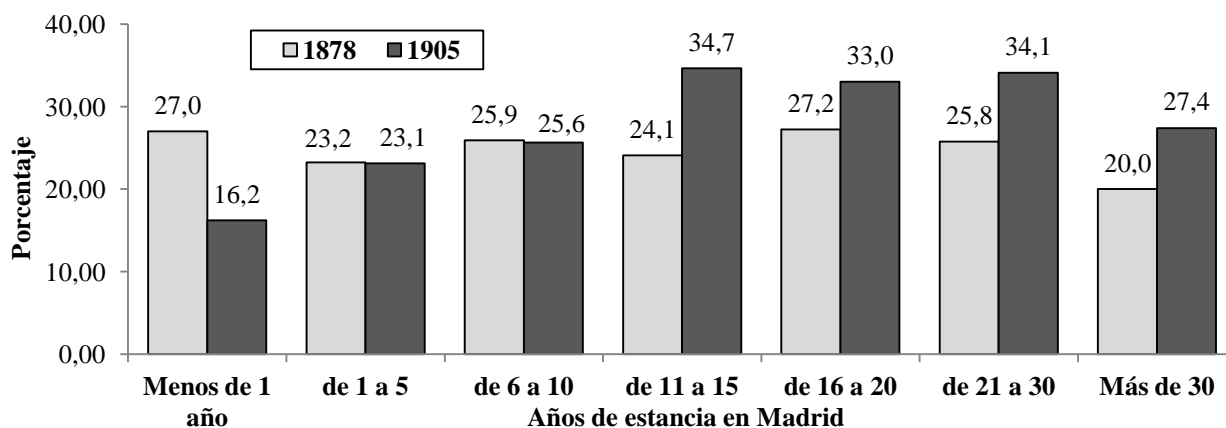


Figura 3.12. Trabajadores manuales no cualificados de origen inmigrante según el tiempo de estancia en Madrid (1878-1905). AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1878 y 1905. Hombres mayores de 12 años para 1878 y de 14 para 1905.

De hecho, aunque la inmigración de origen rural influyera considerablemente en este proceso de degradación laboral y fuera el factor desencadenante, fue la ciudad, con su incapacidad para generar empleo, expandir su industria, atraer capital y mejorar la

⁴² FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La transformación de la economía”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Historia de Madrid, Op. Cit.*, pp. 543-547; NIETO SÁNCHEZ, J. A.: *Artisanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006.

cualificación a través de la instrucción, la principal responsable de esta realidad económica. Si en otras ciudades españolas y europeas este tipo de inmigrantes nutrieron de trabajadores sus fábricas y facilitó un ascenso de la producción a un coste menor dada la reducción o congelación de los salarios fruto del exceso de oferta de mano de obra, que permitió un crecimiento extensivo en aquellas zonas donde la inversión de capital en maquinaria era menor⁴³, en el caso de Madrid sus posibilidades de integración laboral pivotaron sobre el ferrocarril, la construcción, los pequeños talleres artesanales, las Reales Fábricas o las pioneras fábricas madrileñas erigidas en los terrenos del Ensanche como la del Gas. Madrid recibía potenciales jornaleros en forma de inmigrantes rurales no cualificados para la economía urbana, pero era en ella donde *se hacían* como consecuencia de las escasas posibilidades de diversificación laboral que generaba la ciudad. A lo largo del último tercio del siglo XIX y principios del XX, el rostro de la jornalización pasó de estar representado por jóvenes parejas sin hijos, inmigrantes solitarios que vivían en realquiler, y familias de reciente creación llegadas con una pequeña prole de corta edad cuyos y miembros trabajaban como jornaleros en los primeros compases de su nueva vida en la ciudad, a ser una forma de vida permanente, caracterizada por una *lucha por la vida* constante, no asociada a ninguna edad ni etapa vital determinada, una búsqueda de ocupación en la que todos los miembros del hogar estaban inmersos, desde los hijos más pequeños hasta los familiares residentes más mayores, *desde la cuna hasta la tumba*.

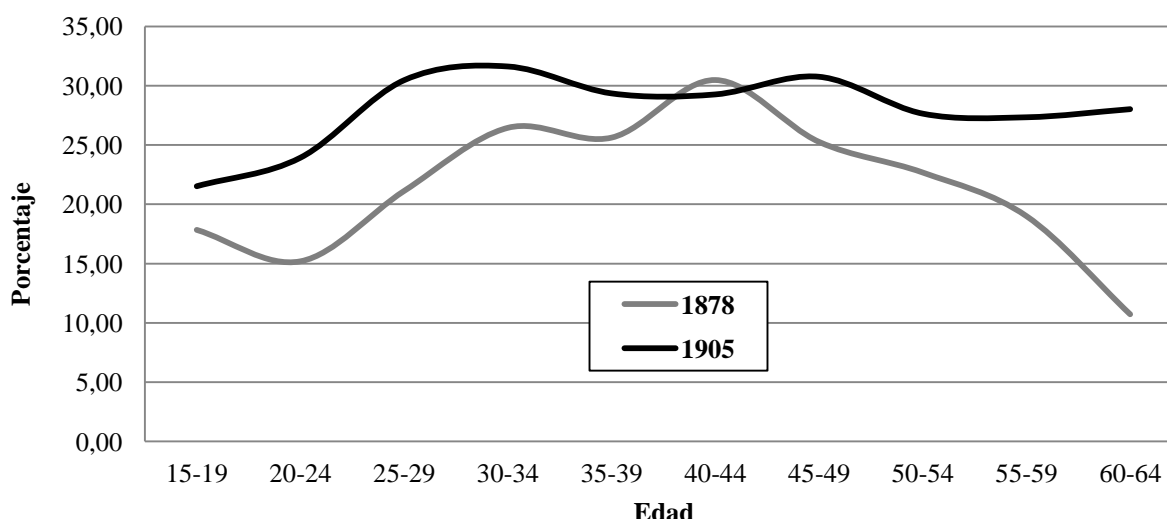


Figura 3.13. Proporción de trabajadores manuales no cualificados residentes en el Ensanche Este de Madrid por rango de edad (1878-1905). AVN, Estadística, padrones municipales de 1878 y 1905.

Este enjambre jornalero encontró trabajo en Madrid fundamentalmente en el sector económico que con más fuerza creció a lo largo del siglo XIX y que sería cardinal para su evolución posterior: la construcción. La puesta en marcha de grandes proyectos e infraestructuras públicas en la ciudad como el agua o el ferrocarril, las reformas interiores del casco antiguo emprendidas, la conversión del suelo urbano en un bien escaso, caro y de alto valor especulativo a raíz de las desamortizaciones liberales y, por último, la creciente presión migratoria sobre un parque inmobiliario obsoleto e insuficiente, motivaron no sólo la ampliación física de la ciudad a través del Ensanche sino la atracción de capital público y privado hacia la edificación del moderno Madrid. Además, el negocio inmobiliario y el sector de la construcción se vieron beneficiados

⁴³ BALL, M., y SUNDERLAND, D.: *An economic history of London, 1800-1914*, Routledge, London and New York, 2001; INWOOD, S.: *City of cities. The birth of Modern London*, MacMillan, London, 2005.

por el ritmo y la tipología de esta nueva fuerza de trabajo inmigrante. En primer lugar, cuantos más forasteros recalaban en la ciudad, mayor era el número de personas que demandaban alojamiento, lo que presionó al alza los alquileres e hizo más jugosos los beneficios potenciales de invertir en la edificación de un inmueble para su posterior alquiler. Era una estrategia conservadora pero eficiente ya que las rentas del alquiler, aunque inferiores a los beneficios que podían reportar los títulos de la Deuda o las acciones en la Bolsa, eran inmensamente más fiables, convirtiendo a la construcción en “*un negocio seguro, sin riesgos y capaz de aumentar capitales ya constituidos o bien asegurar rentas perpetuas por un desembolso inicial aceptable*”⁴⁴.

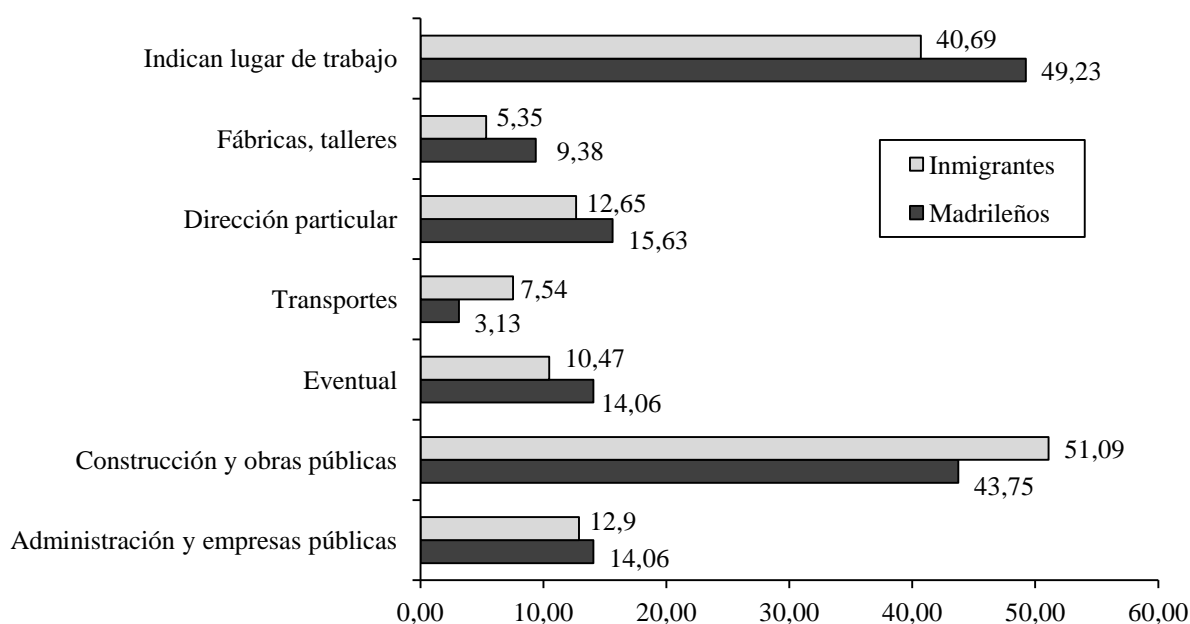


Figura 3.14. Lugar de trabajo de los trabajadores manuales no cualificados residentes en el Ensanche Este de Madrid en función de su origen (1878). AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1878. Datos porcentuales. Hombres mayores de 12 años y que indicaron su lugar de trabajo.

Por otro lado, la preparación de los terrenos del Ensanche para su urbanización y el desarrollo de su entramado viario, que incluían labores de desmonte, afirmado, encintado, acerado, empedrado y adoquinado de unos territorios dos veces más extensos que el casco antiguo, unido a las centenares de licencias de construcción municipales expedidas anualmente para la edificación de nuevos inmuebles⁴⁵, ocuparon a miles de trabajadores manuales pagados a jornal en una labor eminentemente física y fácilmente reemplazable. En 1868, sólo en la construcción del depósito de aguas, el empedrado del Camino de Aragón o carretera de la Junquera, y el dragado del canal del Manzanares el consistorio municipal tenía en nómina a 6.153 jornaleros⁴⁶. Todo ello sin contar que en ese año, con el triunfo de la *Gloriosa*, se derribaron las tapias de la ciudad dando un impulso real a un proyecto de Ensanche que parecía papel mojado, lo que reforzó una división exterior de obras públicas de la capital que pronto se convertiría en el principal demandante de trabajo jornalero a medida que las obras floreciesen⁴⁷. Una división exterior que pasaría de dar ocupación a unas 900 personas en 1867 a varios miles en

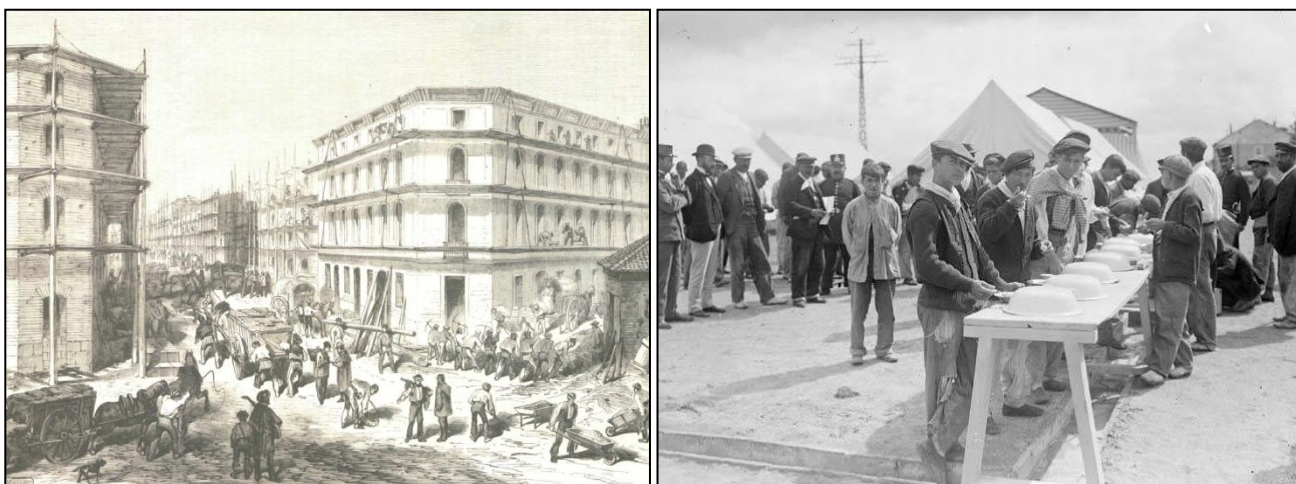
⁴⁴ DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Op. Cit., pág. 47.

⁴⁵ Entre 1870 y 1890 el número de licencias de construcción municipales expedidas fueron, de media, 267 al año. En BAHAMONDE MAGRO, Ángel, y TORO MÉRIDA, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1978, pág. 217.

⁴⁶ AVM, sección de Secretaría, signatura: 5-462-6.

⁴⁷ En 1866 trabajaban en las edificaciones del marqués de Salamanca en el Ensanche Este unos 5.000 obreros. En BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía...*, Op. Cit., pág. 402.

pocos años⁴⁸. De hecho, los presupuestos municipales relativos a los jornaleros contratados en la realización de obras públicas sólo en el Ensanche de la ciudad entre 1876 y 1877 (en las secciones de fontanería, aceras, empedrados, caminos y carretas) englobaba una fuerza laboral que oscilaba entre los 783 y los 1.143 trabajadores (según el mes y la estación), cuyo salario atribuido oscilaba entre las 1,67 y las 2 ptas. para los jornaleros, peones y auxiliares (que representaban entre el 80 y el 90% del total) y superiores a las 3 ptas. en el caso de los capataces, sobrestantes, canteros y vigilantes⁴⁹. La excesiva plétora de aspirantes a obtener una ocupación en alguna de las obras de la capital dada la precariedad en la que sobrevivían, favoreció la permanencia de unos sueldos irrisorios que a duras penas superaron las 2 pesetas diarias durante el último cuarto del siglo XIX por una jornada laboral extenuante de entre 14 y 16 horas⁵⁰.



Ilustraciones 3.2 y 3.3. A la izquierda, nuevas construcciones en la calle de Claudio Coello. *La Ilustración española y americana*, nº XV, 1872; a la derecha, trabajadores a jornal en las obras del Paseo de Ronda (actual calle de Doctor Esquerdo), Museo de Historia, Inv. 9389, 1901-1910.

Pero la necesidad de manos vigorosas en el sector de la construcción no se circunscribió a las inversiones municipales dedicadas a la urbanización del Ensanche por muy altas que éstas llegaran a ser (entre 1877 y 1881 el consistorio sufragó obras de acondicionamiento público únicamente en el espacio comprendido entre las calles de Alcalá y el Paseo de la Castellana por un valor cercano a las 400.000 pesetas⁵¹). Las calles se abrían, se explanaban y se adoquinaban, posteriormente llegaba el

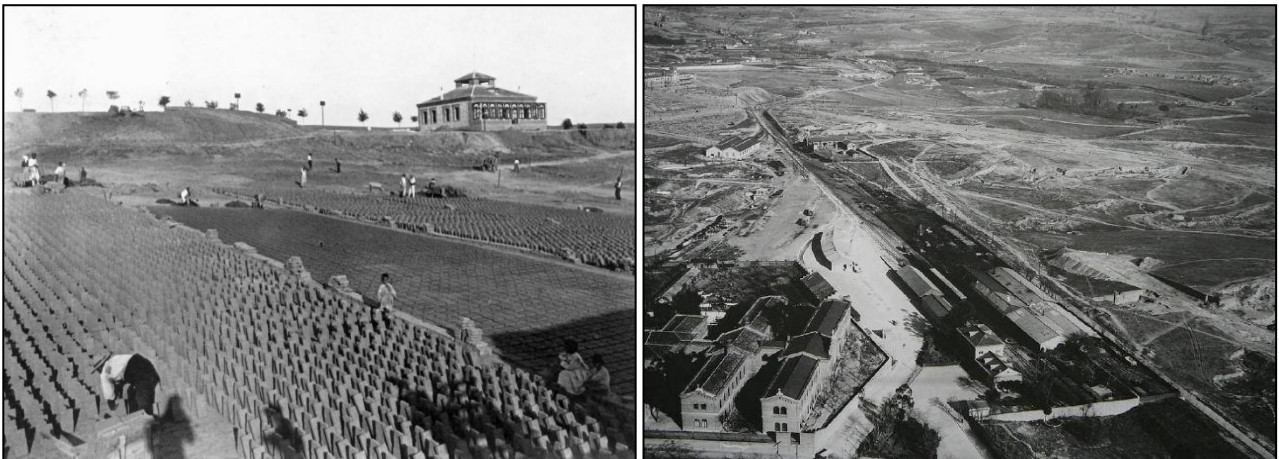
⁴⁸ En 1867 existían cuatro cuadrillas de jornaleros de obras públicas destinadas a la división exterior de la capital. Cada una de ellas estaba formada por uno o dos sobrestantes que cobraban 1,4 escudos de plata (3,63 ptas.), tres capataces que ganaban 0,9 escudos (2,33 ptas.), un escribiente, un arreglador y cuatro camineros, que cobraban 0,8 escudos (2,07 ptas.), un auxiliar, un guardia, un ordenanza, todos con un jornal de 0,7 escudos (1,81 ptas.), y 110 peones con jornales que oscilaban entre los 0,7 y 0,5 escudos el día trabajado (entre 1,81 y 1,30 ptas.). Además, había una sección de aceras formada por un sobrestante, un capataz y 20 peones con los mismos emolumentos que las cuadrillas anteriores, y 3 canteros, que recibían entre 1,3 y 1,2 escudos, unas 3,24 ptas. AVM, sección de Contaduría, signatura 2-917-2. El tipo de cambio del escudo en relación a la peseta se especificó en la R. O. de 23 de marzo de 1869. Citado en MARTORELL LINARES, M.: *Historia de la peseta. La España contemporánea a través de su moneda*, Ed. Planeta, Barcelona, pág. 35.

⁴⁹ AVM, sección de Contaduría: Expediente 2-544-1. La documentación relativa al número y salario de los jornaleros contratados en las obras del Ensanche entre 1904 y 1905 se halla desaparecida.

⁵⁰ En 1878, el 75,66% de los trabajadores manuales no cualificados residentes en el Ensanche Este que señalaron su jornal en el padrón municipal ganaban, como mucho, dos pesetas por día trabajado. En CARBALLO BARRAL, B.: *Los orígenes del Moderno Madrid: El Ensanche Este*, Op. Cit., pág. 321.

⁵¹ AVM, sección de Contaduría, Expediente 3-792-1.

alcantarillado y el agua corriente, las farolas de gas, las líneas del tranvía, etc. Sin embargo, lo trascendental era edificar nuevos barrios con capital privado, decenas de manzanas que dotaran de vida estos terrenos, ya estuvieran formadas por modernos inmuebles como los realizados por el marqués de Salamanca, modestas viviendas de baja altura como las efectuadas por la Constructora Benéfica en el barrio de Pacífico o suntuosos palacios como el del marqués de Linares. Independientemente del tipo de urbanización que los atomizados propietarios y promotores llevaron a cabo, todos requirieron tanto de mano de obra abundante y barata como de materiales de construcción de calidad asequibles. Además, a las propias edificaciones residenciales se les unió la puesta en marcha de modernas infraestructuras como las estaciones de ferrocarril de Atocha, Norte, Peñuelas, Imperial o Arganda, el viaducto de Segovia, edificios como la nueva Fábrica de la Moneda o el Hospital del Niño Jesús, nuevas (aunque modestas) fábricas como la platería de Leoncio Meneses ubicada en la calle Ramón de la Cruz, la fundición de hierro y plomo de Francisco López del Paseo de Santa María de la Cabeza o la de bebidas gaseosas *La deliciosa* en la calle de Santa Engracia, y una multitud de talleres y almacenes que empezaban a concentrarse en los barrios de Pacífico y Delicias, *“tanto por estar al límite del ensanche de la población, como por su proximidad a la estación de la vía férrea de más importancia de la Corte, que da alimento a ésta y otras industrias análogas”*⁵².



Ilustraciones 3.4 y 3.5. A la izquierda, secadero de ladrillos de un tejar situado en la Ciudad Lineal, h. 1902. En los terrenos del Ensanche Este también había varios tejares; a la derecha, estación de Arganda también conocida como la del Niño Jesús por su cercanía al hospital homónimo, h. 1901.

No obstante, los trabajadores manuales no cualificados vinculados al sector inmobiliario y de la construcción no siempre se hallaban en los andamios de las obras o cavando en sus calles. Tan imprescindibles eran allí como en los lugares donde se fabricaban, trataban o distribuían los materiales que se necesitaban. De hecho, entre aquellos que declararon un lugar de trabajo estable en los padrones municipales del Ensanche Este eran mayoría los que indicaban estar ocupados en alguno de los numerosos tejares que jalonaban el horizonte oriental de la ciudad, allí donde se moldeaban y cocían miles de ladrillos que eran dejados secar al sol en las explanadas aún no habitadas del Ensanche Este y el Extrarradio. Si desde mediados de siglo ya existían algunos en esta zona (recuérdese el tejar de Marcelino Sánchez citado en el

⁵² Argumentación realizada por un industrial madrileño para elegir la calle del Pacífico como sede de una nueva fábrica de bujías y jabón denominada “La Madrileña” en la manzana L del Ensanche en 1878, un establecimiento catalogado como peligroso en Madrid. AVM, sección de Secretaría, expediente 5- 390-1.

capítulo 1), con el auge de la construcción derivado del Ensanche era lógico que se expandieran por doquier. Desde tejares como el de Recarte, Batano, el Catalán, el de la Regalada o desde el olivar perteneciente al marqués de Perales, eran suministrados ladrillos por distintos contratistas a las obras que estaban en marcha en la ciudad⁵³. Sin embargo, no todos los materiales de construcción se podían extraer desde tan corta distancia, circunstancia que se solventó con la estación ferroviaria de Arganda, aprobada en 1881 y de uso plenamente industrial, que nació con el fin de abastecer a la capital de yeso de Vaciamadrid, cal y guijo de Arganda y pedernal de Vicálvaro⁵⁴.

Jornales recibidos por los trabajadores manuales no cualificados según su lugar de trabajo y origen				
Lugar de trabajo	Media (Ptas.)	Madrileños (Ptas.)	Inmigrantes (Ptas.)	Diferencia entre ambos
Transportes	2,35	2,25	2,37	+5,33 %
Administración e instituciones públicas	2,15	3,00	2,07	-31,00 %
Fábricas, talleres	2,15	2,50	2,11	-15,60 %
Construcción y obras públicas	1,94	2,25	1,85	-17,78 %
Eventual	1,92	2,00	1,81	-9,50 %
Dirección particular	1,67	Sin datos	1,67	---
MEDIA	2,09	2,28	1,99	- 13%

Figura 3.15. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1878. Las medias han sido realizadas contabilizando sólo los casos en los que se indicaron los jornales diarios.

En este sector también se empleaban seguramente una buena parte de aquellos jornaleros y demás trabajadores manuales carentes de cualificación que no indicaron lugar de trabajo alguno en el padrón (más del 50% del total), o que señalaron un ambiguo “*donde sale*” o “*donde encuentra*”. Posiblemente su participación en la construcción fuera estacional, delimitada a los meses de primavera y verano, cuando el buen tiempo permitía tal ocupación y la actividad se tornaba frenética. No obstante, como las hojas de empadronamiento se repartían y se rellenaban de forma sistemática en diciembre de cada año, el volumen de esta masa de trabajadores flotantes es difícil de estimar, aunque debía ser relevante dados los enormes quebraderos de cabeza que su *cesantía* generaba en las autoridades municipales de la Restauración que, para paliar el ejército de hambrientos jornaleros que deambulaban por las calles madrileñas en los meses de invierno, utilizaron la política del palo y la zanahoria: por un lado incentivaron las batidas municipales en busca de jornaleros inmigrantes a los que expulsar hacia sus lugares de origen y, por otro, sufragaron mayores partidas presupuestarias para dar trabajo en otras faenas al mayor número de trabajadores posibles a la par que reforzar la beneficencia municipal, todo ello para evitar el colapso político⁵⁵.

Como capital política del Estado, Madrid también albergaba una serie de fábricas e instituciones de titularidad pública como las Reales Fábricas de Tabaco y la de Tapices, la Casa de la Moneda o la Real Fábrica del Sello. Las dos últimas

⁵³ AVM, Contaduría, signatura 2-599-1. Gastos de aplicación general en las obras del Ensanche en 1877.

⁵⁴ ÁLVAREZ MORA, A.: “El caso de dos estaciones desaparecidas: Arganda y Goya”, en AA. VV.: *Las Estaciones Ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*. COAM, Madrid, 1980, pp. 227-250.

⁵⁵ Díez de Baldeón, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Op. Cit., pág. 112. Pero no eran suficientes inversiones para dar trabajo a todos los jornaleros, de ahí que las alocuciones públicas pidiendo nuevas infraestructuras, inversiones y leyes que incentivasen la construcción y reformas de los inmuebles fueran constantes, como la conferencia dada por el arquitecto Mariano Belmás en el Centro Instructivo del Obrero el 10 de marzo de 1893. *La crisis del trabajo y los obreros de Madrid*, Imprenta de José Perales y Martínez, Madrid, 1893. AVM, sección Secretaría, signatura 9-245-6.

acapararon una especial relevancia en el espacio aquí analizado al compartir dependencias (que no administraciones) en el edificio cuya construcción se inició en 1861 en la plaza de Colón. Dada la relevancia nacional de los servicios públicos prestados por ambas instituciones, tanto la Casa de la Moneda como la Real Fábrica del Sello tenían en su nómina un elevado número de trabajadores, de los cuales muchos eran obreros a jornal dedicados a tareas poco especializadas, físicas o de mera supervisión de la maquinaria, a los que no se les requería más cualificación o estudios que los necesarios para aprender a trabajar rápidamente en las funciones que les fueran encomendadas. Aunque fueran instituciones estatales, su establecimiento en la ciudad facilitó la entrada de trabajadores madrileños por delante de los inmigrantes en los cuadros menos especializados del escalafón, copando los jornales más altos presumiblemente por su mayor experiencia y antigüedad en tales lides.

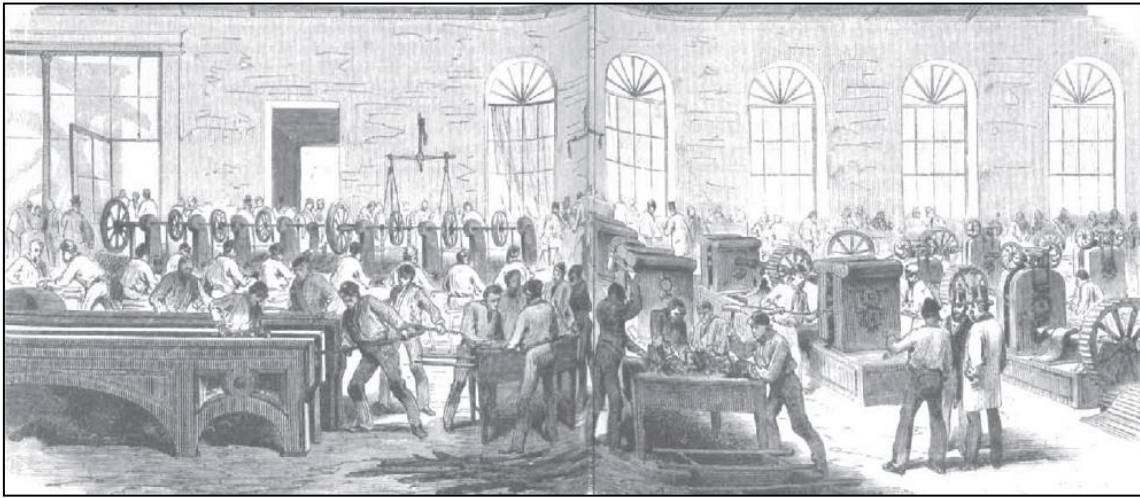


Ilustración 3.6. Detalle de un grabado sobre la Casa de la Moneda apaisado a doble página aparecido en *La Ilustración Española y Americana*, el 1 de abril de 1872, Año, XVI, nº XIII, pp. 201-202.

Este fenómeno, el de que los trabajadores manuales no cualificados madrileños disfrutaran de jornales más altos que los de origen inmigrante, fue una constante en casi todos los sectores productivos en donde encontraron cabida (ver Figura 3.15). Además, esta dinámica vino acompañada de una proporcionalidad mayor de trabajadores nativos que inmigrantes en todos los lugares de trabajo más allá de la construcción y los transportes (ver Figura 3.14). El motivo era que los madrileños conocían mejor que los inmigrantes los tiempos, los lugares y las formas de contratación de talleres, fábricas privadas y establecimientos particulares, y además disfrutaban de una ventaja cualitativa considerable al disponer generalmente de unas redes informacionales y de parentesco más tupidas que los recién llegados. Conocer y ser conocido era un factor esencial, aunque difícil para unas familias jornaleras cuya movilidad residencial era elevada, especialmente las inmigrantes, por su sensibilidad presupuestaria a las oscilaciones de los alquileres (ver Figura 2.58). Los propietarios de talleres de coches, de fundiciones de plomo o plata, y los de fábricas de bujías, sombreros o harinas contrataban a jornaleros en momentos clave de la producción para que trabajaran de forma intensiva, desvinculándose de ellos cuando el pico de producción hubiera cesado, reduciendo así sus costes fijos. Este tipo de trabajadores sin cualificación ni empleo estable también eran los primeros en presentarse en comercios particulares en busca de ocupación, ya fuera en las carbonerías a la hora de descargar el carbón de encina, cok o cisco, en las imprentas para repartir los periódicos, en las vaquerías para distribuir la producción

diaria a los distintos despachos de leche de la ciudad o en las tabernas más concurridas a la hora de las comidas para ayudar en lo que fuera menester. Una parte de estos establecimientos comerciales, además de tener empleados a toda la familia y, en ocasiones, a mozos y dependientes de comercio, eran proclives en períodos puntuales de concentración de trabajo, ya fuera en épocas estacionales concretas o en determinados instantes del día, a recurrir a la ayuda de trabajadores a jornal o por horas, a los cuales se les pagaba, en ocasiones, una parte en especie facilitándole el sustento, de ahí su menor ganancia diaria en relación al resto.

Por último, a diferencia del Ensanche Sur, en donde la mayoría de los trabajadores manuales no cualificados trabajaban en el sector ferroviario, tanto en los alrededores de la estación de Atocha como en los trabajos directos derivados de la utilización y mantenimiento de la vía de circunvalación que la unía a las estaciones de Imperial, Delicias y Norte⁵⁶, en el Ensanche Este éstos eran una minoría concentrada en el barrio de Pacífico. Convertidos en estibadores de un puerto ferroviario, formaban el segmento mejor pagado y el único en el que los inmigrantes eran ligeramente mejor tratados salarialmente que los madrileños (ver Figura 3.15). Las causas radicaban en la naturaleza de sus principales empleadores: los colosos ferroviarios de MZA y NORTE. En 1905, estas compañías lideraban, junto a otras del mismo sector pero de menor envergadura económica, la lista de las mayores sociedades privadas afincadas en la capital, lo que demuestra su capacidad económica para ofrecer sueldos ligeramente más altos y así atraer a trabajadores más eficientes⁵⁷. Además, eran de las pocas empresas cuya actividad económica tenía una presencia efectiva y real a escala nacional, facilitando la movilidad de trabajadores e incentivando su especialización, lo que minó cualquier nepotismo hacia la población madrileña. Aunque cobrasen por día trabajado, los jornaleros integrados en este sector disfrutaron de un empleo estable en unas compañías ferroviarias consolidadas, con sus picos y valles de trabajo, pero cuya política corporativa hacia ellos era favorable. Estas empresas, además de contar con su personal fijo de oficinas, consideraban como empleados propios a su *personal a jornal y auxiliar*, aquellos que desempeñaban trabajos corporales en sus almacenes, talleres o a pie de vía. Aunque sus prestaciones y beneficios obtenidos de la empresa fueran muy inferiores a los empleados de oficinas, disfrutaban de unas condiciones ni siquiera soñadas por la mayoría de los trabajadores manuales no cualificados de la ciudad, tales como cartilla propia en el economato interno de la empresa o la posibilidad de solicitar un pequeño anticipo de la paga⁵⁸.

La máxima preocupación que atenazaba a los trabajadores manuales no cualificados residentes en Madrid y a sus familias a lo largo del último tercio del siglo

⁵⁶ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit., pp. 187-190; AA. VV.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*, COAM, Madrid, 1980.

⁵⁷ De las 50 mayores empresas afincadas en Madrid, 14 pertenecían al sector de transportes ferroviarios y tranvías, destacando sobremanera MZA y NORTE, que englobaban el 60% del capital de todas ellas. En *Estadística de la Contribución sobre las Utilidades de la Riqueza Mobiliaria*, año de 1905.

⁵⁸ BALLESTEROS DONCEL, E. y MARTÍNEZ VARA, T.: “Evolución del empleo en el sector ferroviario español, 1893-1935”, en *Revista de Historia Económica*, XIX, 3, 2001, pp. 637-678; JUEZ GONZALO, E. P.: “La jornada de trabajo en Ferrocarriles”, en *II Jornadas de Historia Económica de las relaciones laborales*, Universidad de Sevilla, 1999, pp. 137-142; BALLESTEROS DONCEL, E.: “La concesión de anticipos sin interés a los empleados de la compañía MZA, (1857-1875): una forma de crédito singular”, en *Anuario jurídico y económico escorialense*, nº 32, 1999, pp. 1029-1046; JUEZ GONZALO, E.P.: *El mundo social de los ferrocarriles españoles de 1857 a 1917*, Tesis doctor inédita, UCM, Madrid, 1992.

XIX era su precariedad laboral, la búsqueda diaria de un jornal que traer a casa, independientemente de lo duro y extenuante que fuera la ocupación a desempeñar para lograrlo. Y, dado el flagrante proceso de degradación del mercado laboral, ya era mucho pedir. Por ello, a lo largo de todo este período fueron constantes las peticiones de trabajo realizadas por jornaleros al consistorio, al Estado, a las instituciones benéficas, a los particulares e incluso a la Casa Real⁵⁹, en busca de un tajo donde coger un pico y una pala, un andamio donde cargar con tablones de madera o la concesión de una licencia para abrir un puesto público de venta. Uno de los pocos afortunados en recibir una contestación positiva fue el cabeza de familia Simón del Río Vera, quien, tras declarar en su solicitud de 1879 que *“casado y jornalero, habitando en la carretera de Aragón nº 13 y con el fin de proclamar la subsistencia con el decoro debido a su esposa, madre y otros tres hijos que tiene... había pensado establecer un cajón para dar comidas y comodidad en el nuevo Hospital del Niño Jesús”*, lo cual le fue concedido el 9 de diciembre de 1879 pasando así de ser un pobre jornalero a tener la oportunidad de abrir un modesto negocio de comidas que le abriera las puertas de la esperanza⁶⁰.

Profesión inicial	Evolución profesional de los trabajadores manuales (1860-1905)			
	No cualificados	Cualificados	Empleados	Otros
No cualificados	74,19	6,45	12,90	6,45
Cualificados	26,09	52,17	13,04	8,70

Figura 3.16. Movilidad profesional de los trabajadores manuales, cualificados o no, residentes en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905). Se han efectuado rigurosos seguimientos nominativos a todos los hombres mayores de 14 años que indicaron una actividad profesional manual, ya fueran jornaleros o artesanos. Posteriormente se ha procedido a realizar una búsqueda informática exhaustiva de cada uno de ellos en los padrones municipales posteriores para conocer su evolución profesional, es decir, se han identificado los casos positivos en 1860 y se ha realizado su cotejo con el padrón de 1878, para posteriormente realizar el mismo procedimiento con los trabajadores de 1878 y su cotejo con el empadronamiento de 1905. Sólo se han contabilizado como las mismas personas aquellas que coincidían en los apellidos, nombres, edad y lugar de origen. Por su complejidad, se han descartado todos aquellos casos ambiguos dado lo común de sus apellidos, nombre y lugar de nacimiento, o por la ausencia de alguno de ellos. AVM, Estadística, padrones de 1860, 1878 y 1905. Datos porcentuales. Nº de casos: 127.

Sus aspiraciones vitales apuntaban hacia cotas como la obtención de un puesto de trabajo estable como portero o jardinero municipal, el aprendizaje de un oficio que le permitiera aumentar su jornal para ahorrar lo suficiente y montar su propio negocio o para invertir en capital humano, en una instrucción para proporcionar un futuro mejor a sus hijos. Pero estas esperanzas fueron alcanzadas en el último tercio del siglo XIX y principios del XX por muy pocas de las familias jornaleras residentes en Madrid. Casos como el de Simón del Río Vera eran más la excepción que la regla. La movilidad social ascendente de este grupo profesional fue testimonial, y la tendencia avanzó en dirección contraria, reduciéndose con el tiempo la proporción de trabajadores manuales no cualificados que lograban prosperar económicamente, ya fuera a través de la adquisición de experiencia y un oficio, mediante el ascenso social producido a raíz de un matrimonio o con el logro de colocar a un hijo en un eslabón profesional más alto. La precarización del mercado laboral madrileño era estructural y tan consistente que las posibilidades reales de subvertir tal situación a través del aprendizaje, la experiencia, las

⁵⁹ DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid...*, Op. Cit., pp. 120-124.

⁶⁰ AVM, Contaduría: 1-857-1. Peticiones para abrir puestos públicos en el distrito de Congreso en 1880.

redes informacionales o la mera suerte eran ínfimas: sólo uno de cada cuatro lo lograba (ver Figura 3.16). Pero las perspectivas eran aún menos halagüeñas, ya que uno de sus principales anhelos, especializarse en un oficio artesanal, era una empresa cada vez más difícil dada la evidente corrosión en la que se hallaba envuelta, una devaluación que hacía perder su status laboral y verse reducido a la jornalización al 25% de estos trabajadores manuales cualificados (ver Figura 3.16). Muy pocos eran los que lograban superar esa barrera invisible que dividía el mercado laboral entre los trabajadores manuales y el resto, salvo aquellos que se introducían en los empleos peor remunerados dada su escasa cualificación exigida pero que eran estables, tales como portero de un inmueble, guarda del fielato, jardinero del Retiro o vigilante de una finca privada.

Profesión del cabeza	Profesión del padre de la esposa		
	Cualificados	No cualificado	Otros
Cualificado	38,46	61,54	0,00
No cualificado	4,88	85,37	9,76

Figura 3.17. Endogamia matrimonial y movilidad social registrada entre los trabajadores manuales del Ensanche Este de Madrid. Se ha procedido a cruzar la información suministrada sobre la profesión que desempeñaban los novios a la hora del matrimonio con las ocupaciones consignadas por sus cónyuges (o en su defecto sus padres), gracias al cotejo de los nombres y direcciones de los contrayentes en el padrón municipal de 1905. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905 y Registro de Actas Matrimoniales del distrito de Buenavista de 1904 y 1906 (cata de 700 matrimonios).

La losa de la precarización era difícil de levantar para todos aquellos que se adentraban en el mercado laboral de la ciudad sin cualificación ni instrucción alguna. El alcance de la madurez o la adquisición de experiencia no ayudaron en demasía a abandonar el estrato ocupacional más bajo e inestable de todo el mercado laboral madrileño (Figuras 3.13 y 3.16). Y tampoco lo hizo una de las herramientas de ascenso social más comunes y extendidas, las uniones matrimoniales⁶¹. Durante la Restauración, la gran mayoría de los cónyuges que contrajeron matrimonio en Madrid pertenecían al mismo estrato socioeconómico, lo cual redujo las posibilidades de movilidad social ascendente a la mínima expresión, especialmente entre los miembros del trabajo manual (Figura 3.17). Aquellos jornaleros que contraían matrimonio en la capital lo hacían con jóvenes sirvientas o con la hija de algún otro trabajador manual no cualificado, pero raramente con una mujer perteneciente a una familia más acomodada, cuyo cabeza de familia fuera, por ejemplo, artesano, empleado o comerciante. Consentir que una hija se casase con un jornalero era dar patente de corso para que la estrechez económica anidara en su futura vida conyugal, por lo que aquellas familias que disfrutaban de una posición económica más holgada intentaban evitar que ese paso fuese dado por una de sus hijas. No obstante, en la política matrimonial desempeñada por las familias artesanas no quedó más remedio que rendirse a la evidencia: la corrosión de los oficios mermó ostensiblemente su capacidad económica y comprimió su número, redujo la distancia social entre jornaleros y artesanos en toda la ciudad y favoreció el elevado número de matrimonios entre los primeros y las hijas de los segundos⁶².

⁶¹ VAN LEEUWEN, M. y MAAS, I.: "Endogamy and Social Class in History: An Overview", *International Review of Social History*, nº 50, Supplement, 2005, pp. 1-23.

⁶² Esta política matrimonial también ha sido constatada en el Ensanche Sur de la ciudad. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit., pp. 217-220.

La población jornalera de la ciudad fue incapaz de prosperar laboralmente más allá de sus alicortos horizontes de trabajo físico en la construcción, en el sector ferroviario o en los distintos talleres y fábricas a lo largo de su vida. Tampoco lo logró a través del matrimonio. Y si con su sudor y su esfuerzo no ganaban lo suficiente para mantener a flote el presupuesto familiar (situación que será abordada posteriormente), menos aún pudieron abstraer de su penuria a su prole. Las familias jornaleras eran las que más hijos tenían por término medio pero, a la vez, era en aquellas donde menos tiempo convivían en el hogar porque en cuanto crecían lo suficiente era moneda común que las niñas fueran mandadas a servir a alguna casa acomodada y los niños entraran como aprendices o mozos en algún comercio o taller del barrio⁶³.

Profesión de los hijos varones de los trabajadores manuales no cualificados	1878	1905	Diferencia
No cualificados	65,35	82,30	+6,95
Trabajadores manuales cualificados	17,82	10,84	-6,98
Otras profesiones	16,83	6,86	-9,97
% Estudiantes sobre el total	4,63	6,68	+2,05

Figura 3.18. Posibilidades de movilidad social de las familias jornaleras de padres a hijos. Hijos varones mayores de 14 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1878 y 1905.

La situación económica de estas familias se hallaba constantemente en la cuerda floja, lo cual hacía inconcebible cualquier pretensión de invertir en la educación de los hijos, cuyas manos eran más valiosas en el presente que cualquier elucubración sobre una posible actividad intelectual en el futuro. Por todo ello, a la vez que la degradación del mercado de trabajo manual de la ciudad fue acentuándose al ritmo de la inmigración, también lo hizo las posibilidades laborales de los hijos más mayores de estas familias jornaleras. Si en los inicios de la Restauración, uno de cada tres conseguía abrirse un camino laboral mejor que el de su padre jornalero en sus primeros pasos, una generación después, en los albores del siglo XX, esta proporción había menguado a sólo uno de cada cinco (ver Figura 3.18). La enorme mano de obra no cualificada que se aglutinó en la capital hizo todo lo posible para superar su pauperizada existencia, esfuerzos que fueron abrumadoramente en vano. Su principal motivación era ascender socialmente a través de la experiencia y la dedicación con el objeto de convertirse en trabajadores cualificados orgullosos y celosos de su oficio. Las últimas décadas de la centuria decimonónica fueron testigos de una reducción paulatina, aunque aún notoria, de la distancia existente entre unos y otros.

3.1.2. *El saber no ocupa lugar: el deterioro del artesanado.*

Los integrantes del mundo de los oficios madrileño sufrieron en la segunda mitad del siglo XIX una pérdida definitiva de independencia, autonomía y control sobre los ritmos de producción y la regulación del acceso a la cualificación laboral de la que habían gozado desde la edad media. Fueron testigos de los últimos estertores de un

⁶³ CARBALLO BARRAL, B.: *Los orígenes del Moderno Madrid: El Ensanche Este (1860-1878)*, UCM, 2007, E-PrintsUCM: <http://eprints.ucm.es/6336/>. Para conocer la actividad laboral declarada de los niños y niñas residentes en el Ensanche Este de Madrid menores de 14 años consultar Figuras 3.61 y 3.62.

mundo laboral preindustrial que era barrido por las nuevas prácticas productivas capitalistas⁶⁴. Durante la primera mitad del siglo XIX, a la disolución de las asociaciones gremiales, ya de por sí herida mortal inculcada al artesanado, se le unieron la llegada de las primeras transformaciones organizativas del capitalismo (como la centralización de las relaciones laborales en torno a los salarios en vez de a la cualificación) y la mecanización y especialización inherentes a la industrialización. Quedaba cercenada así la seguridad de la antigua *carrera* artesanal, en la que con esfuerzo, tiempo y constancia un joven lograba a lo largo de su vida entrar como aprendiz en un oficio, ascender a oficial y, finalmente, ser maestro de taller, gracias al control gremial de la competencia mediante el reglaje de los tiempos de ascenso en la escala profesional y de la apertura de nuevos obrajes. A lo largo del siglo XIX, esta estratificación laboral cotizó a la baja siendo sustituida por la *asalarización* de las relaciones laborales de los trabajadores manuales⁶⁵. Sin embargo, mal que bien, la mayor parte de los que estaban afincados en la capital durante la primera mitad del siglo XIX resistieron los embates de la modernización económica, conservando aún una marcada impronta en el mercado laboral madrileño pasado el ecuador de la centuria gracias a su condición de principales abastecedores diarios del mayor centro consumidor del país (ver Figura 1.5)⁶⁶.

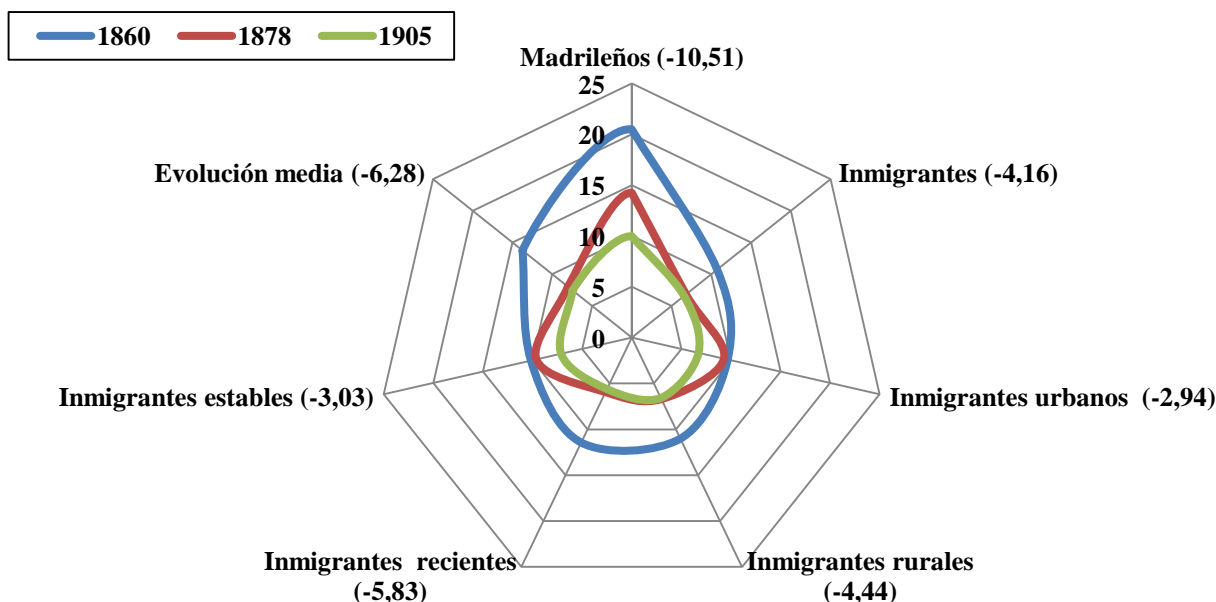


Figura 3.19. Porcentaje de trabajadores manuales cualificados en función de su origen y estancia en Madrid. Hombres mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1860, 1878 y 1905. La metodología de análisis es la misma que en la figura 3.11. Las cifras en paréntesis indican los puntos porcentuales de cambio entre 1860 y 1905.

⁶⁴ NIETO SÁNCHEZ, J. A.: *Artisanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006, pp. 419-426.

⁶⁵ Entre 1860 y 1905, el porcentaje de trabajadores manuales cualificados (aquellos que tenían más que perder con esta transformación), que señalaron su rango en el oficio se redujo del 40,17 al 12,09%, mientras que los que indicaron su jornal diario aumentaron del 21,4 al 32,9% entre 1878 y 1905.

⁶⁶ GONZÁLEZ PALACIOS, D.: *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*, UCM, Memoria de Máster, 2008; y "La estructura socioeconómica del casco urbano de Madrid a finales del siglo XIX. El caso del barrio de Corredera", en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.): *Ayer en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, 2008, recurso electrónico; RODRÍGUEZ MORENO, J.: *El barrio de Lavapiés. La larga transición del modelo social y urbano madrileño*, UCM, Memoria de Máster, 2008; GALLARDO PÉREZ, R.: *La evolución histórica del distrito de Latina, 1860-1939*, UCM, Memoria de Máster, 2010.

Pero el constante incremento migratorio que recibió la capital desde mediados de siglo dislocó por completo el ya titubeante mundo de los oficios de la ciudad. Fue una muesa más en la fricción existente entre la *economía de la capital*, que era la que atraía con su relumbrón a miles de inmigrantes hacia el epicentro peninsular, y la *economía de la ciudad*, donde finalmente desembocaba el grueso de esos recién llegados de origen rural, incapaz de absorberlos. La ingente mano de obra inmigrante que empezó a acumularse en la ciudad, poco o nada cualificada dado su origen eminentemente rural pero dispuesta a trabajar de lo que fuera por jornales inferiores a los pagados en la capital dada su necesidad económica, ejercieron una competencia descomunal sobre los trabajadores manuales cualificados y experimentados, que exigían unos sueldos más elevados. El fiel de la balanza entre esa mano de obra experimentada y cualificada, pero cuyo coste era más elevado, y la nueva masa jornalera, inexperta pero deseosa de trabajar al precio que fuera, se inclinó del lado de los segundos⁶⁷. Mientras que los jornaleros se expandieron como una mancha de aceite durante el segundo tercio del siglo XIX por todos los segmentos del mercado laboral madrileño, la proporción de artesanos y trabajadores manuales cualificados no hizo más que menguar en el mismo período (ver figuras 3.5, 3.6, 3.11 y 3.19). El valor de dominar determinadas técnicas artesanales comenzaba a disminuir ya que empezaban a ser sustituidas por maquinaria, y además, la división y especialización del trabajo, fruto de la acumulación de capitales, agilizaba la producción frente a la organización del trabajo que aún defendían los maestros artesanos, caracterizada por unos ritmos propios del mundo preindustrial. En este contexto, la política laboral llevada a cabo por talleres, empresas e instituciones públicas, fábricas y pequeños obrajes fue la de contratar esa mano de obra jornalera, más barata y dócil, y no sólo para labores sin cualificación sino también para puestos intermedios en donde la especialización y la mecanización redujeron considerablemente el grado de nivel técnico requerido para efectuarlo, sepultando cientos de trabajos realizados hasta la fecha por oficiales y maestros sin taller.

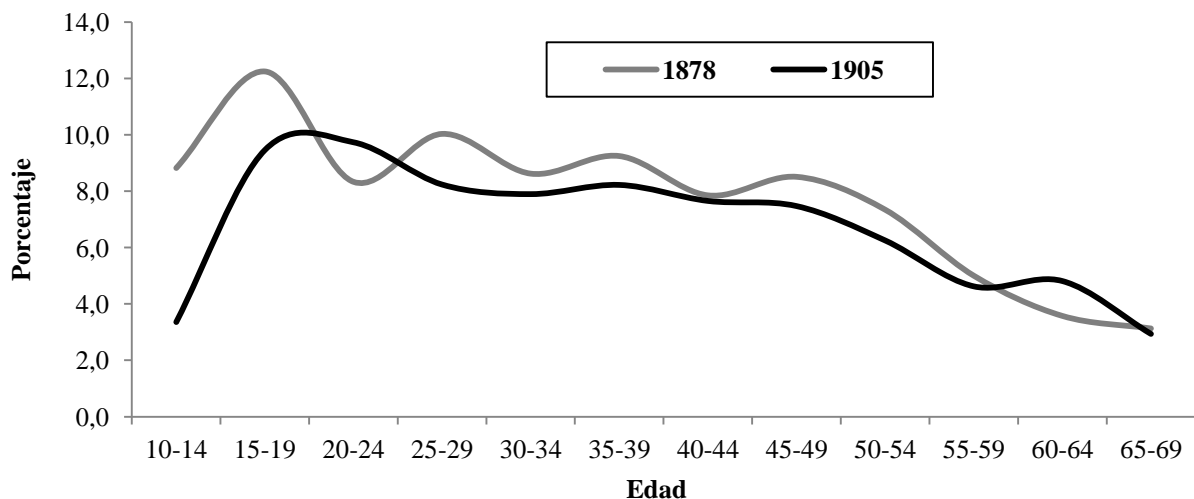


Figura 3.20. Proporción de trabajadores manuales cualificados residentes en el Ensanche Este de Madrid por rangos de edad (1878-1905). AVM, Estadística, padrones municipales de 1878 y 1905. Datos porcentuales. Varones mayores de 12 años para 1878 y de 14 para 1905.

⁶⁷ CARBALLO, PALLOL y VICENTE: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. 2008, *Op. Cit.*; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, *Op. Cit.*; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, *Op. Cit.*; CARBALLO BARRAL, B.: "El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900" en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, *Op. Cit.*, pp. 69-93.

Esta transformación económica significó el drástico declive del mundo de los oficios en pocas décadas, la consumación de la muerte anunciada desde finales del siglo XVIII de la organización del trabajo artesanal. Entre 1860 y 1905, la proporción de trabajadores manuales cualificados existente en el mercado laboral madrileño disminuyó en más de seis puntos porcentuales, del 13,72 al 7,44%, una reducción del 45% entre ambas fechas. Esta mengua fue generalizada (ver Figura 3.19). La población inmigrante vio reducidas aún más sus opciones de entrada en el mundo de los oficios madrileño, ya que sufrió una reducción del 38,73% entre ambas fechas, especialmente entre los recién llegados a la ciudad (un 51,01% menos) y los inmigrantes rurales (un 40,33% de descenso). La corrosión de los oficios golpeó todavía con más virulencia a los inmigrantes de origen urbano (que atesoraban una mayor cualificación laboral que los de origen rural) y a aquellos que ya estaban asentados de forma estable en la ciudad (con reducciones del 30,41 y 29,85% respectivamente). No obstante, los principales perjudicados de este declive al que se vieron sometidos por los tiempos de cambio fueron los artesanos madrileños, aquellos que suponían la quinta parte de los trabajadores madrileños residentes en el Ensanche Este en 1860 (el 20,48%) y que, en los albores del siglo XX, habían caído hasta el 9,97%, a menos de la mitad. Madrileños e inmigrantes urbanos con residencia estable en la capital fueron los que con más ahínco defendieron su posición laboral, y lo lograron hasta los primeros años de la Restauración, fecha a partir de la cual, doblegaron la rodilla⁶⁸. El tiempo jugaba en su contra, ya que haber aprendido un oficio y atesorar una dilatada experiencia ya no era sinónimo de estabilidad laboral sino una cualidad en franca depreciación, efecto del incremento de la población jornalera en todas las edades (ver Figura 3.13) y de la mecanización de la producción.

Profesión de los hijos varones de los trabajadores manuales cualificados	1878	1905	Diferencia
Cualificados	84,85	65,42	-19,43
Trabajadores manuales no cualificados	12,12	26,17	+14,05
Otras profesiones	3,03	8,41	+5,38
% Estudiantes sobre el total	11,69	12,98	+1,29

Figura 3.21. Movilidad social de las familias artesanas de padres a hijos. Hijos varones mayores de 14 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1878 y 1905.

La presión de la mano de obra jornalera se dejó sentir en todos los niveles del artesanado, coadyuvando a su degradación laboral. En primer lugar, afectó a las trayectorias laborales de aquellos artesanos que residieron en el Ensanche Este de la ciudad entre 1878 y 1905. En este plazo, poco más de la mitad mantuvo la misma cualificación laboral, mientras que un cuarto del total había sido víctima de la creciente proletarización del mercado de trabajo (Figura 3.16). Por otro lado, aquellos maestros artesanos que resistieron los envites y pudieron seguir encabezando con autonomía su propio obraje o taller, lo lograron a costa de cambiar su papel en la producción, viéndose relegados a un papel más cercano a la mera distribución, acabado o remiendo del género. Este arrinconamiento productivo, aunque útil para la supervivencia inmediata del artesanado particular, dificultó la reproducción profesional de padres a hijos, que se redujo en una cuarta parte en sólo una generación (ver Figura 3.21). Este declive tuvo su correlato en la política matrimonial llevada a cabo por los trabajadores

⁶⁸ Ver en la Figura 3.19 los salientes de la línea roja relativa a los datos de 1878 y cómo a la altura de 1905 éstos habían sido limados.

manuales cualificados en estos tiempos de crisis, cuando las uniones entre cónyuges procedentes del mismo estrato económico sólo representaban la tercera parte del total en 1905, y las uniones con familias de estrato social superior, con familias de empleados o comerciantes eran anecdóticas (ver Figura 3.17). Sin embargo, el número de uniones matrimoniales entre familias artesanas y familias jornaleras, que de *facto* significaban un posible descenso profesional, llegaron a representar el 60% del total.

Características de los hogares encabezados por trabajadores manuales	1878		1905	
	No cualificados	Cualificados	No cualificados	Cualificados
Jornal diario	2,09 ptas.	2,95 ptas.	2,32 ptas.	2,81 ptas.
Alquiler medio (mensual)	16,68 ptas.	43,26 ptas.	17,24 ptas.	27,88 ptas.
Tamaño de la familia	4,29	4,05	4,22	4,44
Trabajadores por hogar	1,84	1,73	1,48	1,64
Hijos por hogar	1,55	1,36	1,79	1,86
Familias con realquilados	10,88 %	9,7 %	8,5 %	8,1 %

Figura 3.22. Situación socioeconómica de las familias encabezadas por trabajadores manuales según su cualificación. El jornal diario ha sido calculado sobre el total de trabajadores manuales mayores de 14 años que indicaron un sueldo diario. De la misma forma se ha procedido para calcular el alquiler medio, desestimando aquellos que no señalaron ninguna cuantía. AVM, Estadística, padrones de 1878 y 1905.

El intrusismo de jornaleros y mujeres, mano de obra más barata, auspiciado por los propios maestros fabricantes en distintos sectores productivos como el textil o la alimentación, provocó la *descualificación* de oficiales y aprendices, la pérdida de valor económico de los conocimientos que atesoraban. Su experiencia e instrucción en el oficio se devaluaron y pasaron a convirtiéndose en meros trabajadores a destajo o temporeros⁶⁹. De esta forma, la degradación del mundo de los oficios redujo las distancias socioeconómicas entre ambos grupos de trabajadores manuales, entre aquellos que conocían las labores del oficio por un lado, y los jornaleros que carecían de cualificación y experiencia alguna por otro. En primer lugar, la diferencia existente entre el jornal medio ganado por ambos grupos, reflejo del rendimiento y el valor del trabajo realizado, se redujo del 29,15 al 17,44% entre el inicio de la Restauración y los primeros años del siglo XX, etapa durante la cual, la intrusión a gran escala de los jornaleros en los procesos productivos artesanales no sólo congeló los salarios de los trabajadores cualificados sino que, en términos generales, éstos se redujeron en torno a un 5%, de las 2,95 a las 2,81 ptas. al día (ver Figura 3.22). Además, el contraste entre los alquileres satisfechos por unos y otros también experimentó un profundo estrechamiento, motivado especialmente por la honda bajada del alquiler medio de los trabajadores cualificados, consecuencia directa de la reducción del 24 al 10% del total en el número de artesanos que disfrutaban de un taller propio, un obraje en el que trabajar y vender sus productos al por menor, una tendencia constante en todo el Ensanche. Por último, la precariedad e inseguridad laboral hacían mella en los presupuestos familiares de ambos grupos profesionales en similar medida, obligando al recurso del realquiler de alguna habitación de la vivienda en semejantes proporciones.

⁶⁹ En una publicación de la época el autor se quejaba amargamente de los vicios en que habían caído los maestros fabricantes y comerciantes en general, y los del ramo de la construcción en particular, quienes habían empobrecido la figura del aprendiz al del mero jornalero que realizaba labores físicas a destajo, sin necesidad de enseñarle el oficio para realizar tal labor, sumiéndole “*en una especie de esclavitud*”, en el “*criado del maestro y de los oficiales*”. PERIER y GALLEGU, P. (edición facsímil de 1853): *Tesoro de albañiles o guía teórico-práctica-legislativa de albañilería*, Huarte-Grupo Hasa, 1990, pág. 13.

La distribución por sectores productivos de los trabajadores manuales dedicados a la manufactura en la capital a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX remarca la fuerte paradoja existente entre inmigración y artesanado. Si por un lado, la población de origen rural presionó a la baja sus condiciones laborales, al mismo tiempo esta concentración demográfica en Madrid significó la pervivencia de sectores productivos como el textil, el cuero, la construcción o la elaboración de mobiliario. A más población, mayor demanda de este tipo de productos, un segmento cuyo abastecimiento se realizaba en gran parte dentro de los márgenes locales, lo que dilató su resistencia a la desaparición o al cambio.

Sectores productivos	1860	1878	1905
Construcción y mobiliario	38,68	51,67	39,40
Metalurgia y electricidad	8,49	12,92	24,58
Textil y cuero	16,98	22,05	18,10
Artes gráficas	2,83	8,46	6,83
Producción miscelánea	7,55	2,00	5,59
Abastecimiento	23,58	2,00	3,28
Mercaderes y comerciantes	1,89	0,89	2,22

Figura 3.23. Distribución de los trabajadores manuales cualificados afincados en el Ensanche Este por sectores productivos. Hombres mayores de 12 años en 1860 y 1878 y de 14 años en 1905. AVM, Estadística, padrones de 1860, 1878 y 1905. Se ha seguido el modelo de clasificación sectorial explicada en la obra *Artesanos y mercaderes* de José A. Nieto Sánchez, ligeramente modificado por Fernando Vicente Albarrán en *Los barrios negros*. La excesiva proporción del abastecimiento en 1860 se debió a la escasa población residente en este espacio urbano y a la concentración de panaderos en el Pósito.

En relación al sector de la construcción, éste experimentó un potente repunte durante el Sexenio y los primeros años de la Restauración, momento en el que la ciudad se embarcó de manera decidida a urbanizar el Ensanche. Más importante que disponer de cuadrillas de jornaleros y peones a bajo precio, compuestas por brazos inmigrantes para realizar un proyecto de tal envergadura, era poseer una mano de obra cualificada que las dirigiese, supervisase y realizara las tareas que requirieran mayor experiencia y conocimientos. Carpinteros, albañiles, pintores, portlandistas, yeseros, marmolistas o maestros de obras eran requeridos cada día para el correcto devenir tanto de las obras públicas municipales como de las múltiples edificaciones costeadas por manos privadas. En este sentido, era lógico que el Ensanche albergase un mayor número de trabajadores cualificados de este ramo dado que era en él donde se aglutinaba la mayor parte de los trabajos de construcción y edificación de la ciudad. Así, a principios de la Restauración, una vez derribadas las cercas y calmadas las agitadas aguas políticas del Sexenio, entre los trabajadores manuales cualificados residentes en el Ensanche madrileño destacaban los oficios ligados a la construcción (carpinteros y albañiles) a la par que zapateros y sastres, cuando en el casco antiguo la importancia de los primeros era sensiblemente inferior a los segundos⁷⁰. Además, a la urbanización de los nuevos terrenos y a la edificación de manzanas enteras, en el Ensanche Este también se añadió una potente demanda de mobiliario para *vestir* el interior de estas nuevas viviendas por parte de las familias acomodadas que empezaron a habitarlas, generando la aparición de ebanistas, adornistas, charolistas, silleros, etc. Sin embargo, aunque los trabajadores cualificados contratados en el sector de la construcción eran numerosos, sus salarios, más allá de los

⁷⁰ CARBALLO, PALLOL y VICENTE: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. 2008, *Op. Cit.*, pág. 405; JIMENO AGIUS, J.: *Madrid. Su población, natalidad y mortalidad*. El Correo, Madrid, 1886; BAHAMONDE MAGRO, A. y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La transformación de la economía”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1994, pp. 515-548.

jefes de cuadrilla, los capataces y los maestros de obras, no eran sustanciosos, ya que a la altura de 1905 se hallaban por debajo de la media artesanal (2,81 ptas. diarias) en el caso de albañiles (2,57), marmolistas (2,71) y ebanistas (2,80), o ligeramente por encima en el caso de carpinteros (2,86) y pintores (3,04), menos de una peseta de diferencia en relación al sueldo diario de los jornaleros (2,32 ptas.). No obstante, en 1905 las mayores obras públicas ya se habían realizado en el Ensanche Este, lo que limó la relevancia porcentual del sector de la construcción en esta zona.

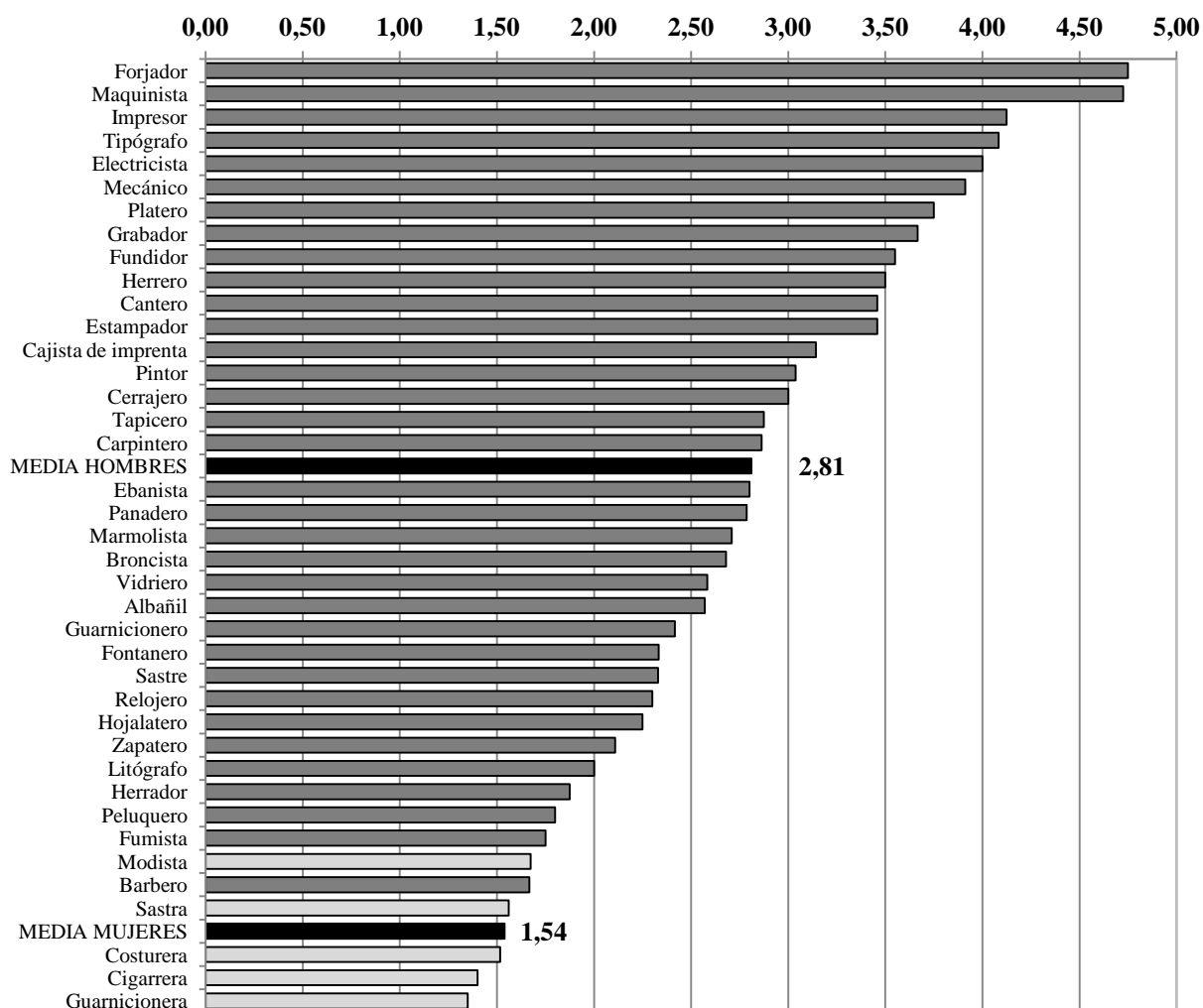


Figura 3.24. Jornales diarios medios de los principales oficios artesanos de Madrid (1905). Hombres y mujeres mayores de 14 años. Sólo se han consignado aquellas profesiones en las que el número de trabajadores que indicaron su jornal fuera significativo. En color gris claro se han indicado los oficios realizados por mujeres. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

Ver cómo tantos años de esfuerzo, instrucción y experiencia dedicados a un oficio como carpintero o albañil se devaluaba en el mercado de trabajo generaba una sensación de impotencia, rabia y declive, sentimientos que motivaron el creciente asociacionismo sindical. Entre otros muchos oficios, el de sastre⁷¹ y zapatero⁷², ligados al sector textil y del cuero, eran el vivo ejemplo de esta cruda realidad. Tanto unos como otros fueron víctimas, por un lado, de una constante intrusión en su oficio en forma de modistas, sastras y costureras contratadas a domicilio mediante el *verlagssystem* y el

⁷¹ Entre otras medidas de defensa del oficio, la asociación de maestros de sastre de Madrid *La Confianza*, fundó la revista mensual *El genio y el arte* en 1883, durando hasta 1888, y cuyo principal cometido era, tal y como rezaba su subtítulo, ser *defensor y consultor de la sastrería española* en tiempos tan aciagos.

⁷² HOBBSAWN, E. J.: “Zapateros políticos”, *Gente poco corriente*, Crítica, Barcelona, 1999, pp. 29-56.

putting out o con la contratación de jornaleros inmigrantes de escaso jornal, y por otro, de la concentración de capital y conquista de mercados por parte de fabricantes más dinámicos que iniciaron la mecanización de su labor con la introducción de máquinas para componer calzado *Goodyear*⁷³, o para coser como las *Singer* o *Wheeler*. Carentes de la autonomía y libertad de diseño de la que los zapateros habían hecho gala no mucho tiempo antes, a finales de siglo una buena parte de los residentes en Madrid habían sido relegados a ser zapateros de viejo, a remendar tacones, suelas, bigoterías o tapas usadas, o llevados al último eslabón de la cadena productiva, ya fuera realizando labores de acabado, efectuando la distribución del producto o como simple destripador de zapatos viejos para, cual traperero, revender sus partes a fabricantes al por mayor⁷⁴.

“Otras cuentas muy superiores han venido a mi poder en otra época. Pero los tiempos no son iguales, el verdadero mérito está postergado. Desde que todo se hace a máquina; desde que el calzado se clavetea en vez del delicado cosido de otros tiempos; desde que entre las tapas y las suelas se ponen cartón, en vez de un material conveniente; desde que las pieles de caballo se confunden; en una palabra, desde que el betún mate ha venido a reemplazar al antiguo barniz, créalo Vd., caballero, el arte ha dejado de ser arte. Cualquiera puede ponerse al frente de una zapatería; cualquiera puede colocarse en el mostrador de uno de esos establecimientos que con tanto lujo se ven por esas calles.”

El genio y el arte. Enero de 1885, nº 42.

En este extracto de un artículo titulado “*El artista oscurecido*”, un supuesto zapatero remendón se quejaba amargamente de cómo había cambiado su suerte, sepultada por los nuevos tiempos encarnados en la mecanización, los adelantos tecnológicos y el cambio en la organización del trabajo, tendente hacia la división y especialización de los trabajadores por un lado y la concentración de la producción por otro, lo que obligó al artesanado a su reconversión laboral para sobrevivir. En teoría, los oficios ligados en mayor o menor medida al abastecimiento de la población de productos de primera necesidad, como la vestimenta o el calzado, bienes inelásticos cuya demanda era relativamente constante, deberían haberse beneficiado del incremento demográfico de la ciudad ya que su volumen de ventas crecería en la misma proporción. Sin embargo, la práctica no siguió este camino. El fin de las agrupaciones gremiales hizo que aquellos fabricantes con más cualificación, experiencia e inventiva (como José Soldevilla en el sector del cuero) aumentasen su cuota de mercado ante los más inmovilistas, lo que les proporcionó una acumulación de capital que, invertido en la mecanización de los talleres y en la ampliación física de éstos y del número de trabajadores, fortaleció aún más su posición de mercado, arrinconando al resto a los márgenes, a la ya mencionada distribución, acabado o remiendo de los mismos bienes que años antes habían elaborado con sus propias manos⁷⁵.

⁷³ NADAL, J.: “La transición del zapato manual al zapato ‘mecánico’ en España”, en NADAL, J. y CATALÁN, J. (eds.): *La cara oculta de la industrialización española. La modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Alianza Universidad, Madrid, 1994, pp. 321-340.

⁷⁴ Ejemplo literario de este extremo lo encontramos en *La busca* de Pío Baroja, en un pasaje en el que Manuel entra como aprendiz en la zapatería del señor Ignacio quien, “maestro de obra prima, había tenido necesidad, por falta de trabajo, de abandonar la lezna y el tirapié para dedicarse a las tenazas y a la cuchilla; de crear, a destruir; de hacer botas nuevas, a destripar botas viejas”.

⁷⁵ Este mismo proceso ha sido descrito para otras ciudades como Londres o Sheffield. BALL, M., y SUNDERLAND, D.: *An economic history of London, 1800-1914*, Op. Cit.; GRAYSON, R.: “Who was master?”, en KIDD, A. y NICHOLLS, D.: *The making of the British middle class? Studies of regional and cultural diversity since the Eighteenth Century*, Sutton Publishing, Gloucestershire, 1998, pp. 42-57.

Trabajadores cualificados cuyo jornal era superior al salario medio (1905)		1878			1905		
		Profesión	Nº	%	Profesión	Nº	%
<i>Sector productivo</i>	<i>Porcentaje</i>	Carpintero	94	22,17	Albañil	134	12,04
		Zapatero	41	9,67	Carpintero	124	11,14
Artes gráficas	61,90	Albañil	40	9,43	Zapatero	120	10,78
Metalurgia y electricidad	56,86	Cerrajero	22	5,19	Pintor	69	6,20
Abastecimiento	45,45	Ebanista	21	4,95	Cerrajero	57	5,12
Media	45,28	Pintor	18	3,99	Vidriero	42	3,77
Construcción y mobiliario	43,83	Marmolista	14	3,30	Mecánico	39	3,50
Mercaderes y comerciantes	33,33	Sastre	13	3,07	Ebanista	38	3,41
Textil y cuero	29,79	Cajista	13	3,07	Tapicero	31	2,79
Producción miscelánea	21,05	Tapicero	12	2,83	Sastre	28	2,52
		Cantero	11	2,59	Tipógrafo	24	2,16
		Sombrero	11	2,44	Barbero	22	1,98
		Guarnicionero	10	2,22	Panadero	21	1,89
		Tipógrafo	9	2,00	Broncista	20	1,80
		Tallista	7	1,55	Electricista	20	1,80

Figuras 3.25 y 3.26. A la izquierda, relación porcentual de los trabajadores manuales cualificados cuyos jornales eran superiores a la media de la categoría profesional (que era de 2,81 ptas. diarias) según su sector productivo. A la derecha, evolución cuantitativa y porcentual de los principales oficios existentes en Madrid en las últimas décadas del siglo XIX. AVM, Estadística, padrones de 1878 y 1905.

Esta degradación laboral tuvo su efecto indudablemente en los emolumentos percibidos⁷⁶. La media salarial establecida por sectores es elocuente. Por un lado se hallaban aquellos artesanos pertenecientes a sectores auxiliares de producción y distribución local como barberos, fumistas, relojeros, cereros, carreteros o paragüeros. A ellos se unían los de la industria textil, el cuero y, en menor medida, los artesanos que vivían de la elaboración de muebles, de efectuar reformas interiores en viviendas, de erigir nuevos edificios o de llevar a cabo obras públicas. Todos conformaban el *estado llano* de los oficios, salvo afortunados como los tapiceros de la Real Fábrica de Tapices, donde la organización del trabajo apenas había cambiado. No obstante, ello no fue óbice para que unas pocas figuras descollaran de este bosque, figuras como Mariano Monasterio o Camilo Laorga. El primero fue un hombre hecho a sí mismo, que desde su condición de carpintero ascendió a aparejador de obras para después, tras ahorrar el capital necesario, construir el barrio que llevó su nombre y convertirse en promotor y rentista. Finalmente, su reputación, valía y contactos políticos le llevaron a ser concejal del Ayuntamiento y jefe de Administración civil⁷⁷. Desde un origen laboral similar, el obraje del carpintero, Camilo Laorga también logró descollar de la masa de carpinteros dedicados a la construcción, y convertirse en uno de los más importantes fabricantes de mesas de billar de Madrid, lujoso segmento que le hizo entablar relaciones con la Casa Real y altos cargos de la administración. De esta forma, amasó la suficiente fortuna para edificar en su barrio de residencia, las Peñuelas, una serie de casas de modesta hechura de acuerdo a la escasez de monedas de los allí residentes, y convertirse en rentista⁷⁸.

⁷⁶ Las ganancias medias seguramente serían más elevadas que las mostradas en la Figura 3.25 ya que muchos artesanos con taller u obraje abierto no indicaron un sueldo diario por no estar asalariado y depender sus ingresos del volumen y calidad de los bienes vendidos o reparados.

⁷⁷ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 71-72; *Madrid Moderno*, enero de 1880, cuaderno II, pp. 8-13; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital*, Op. Cit.;

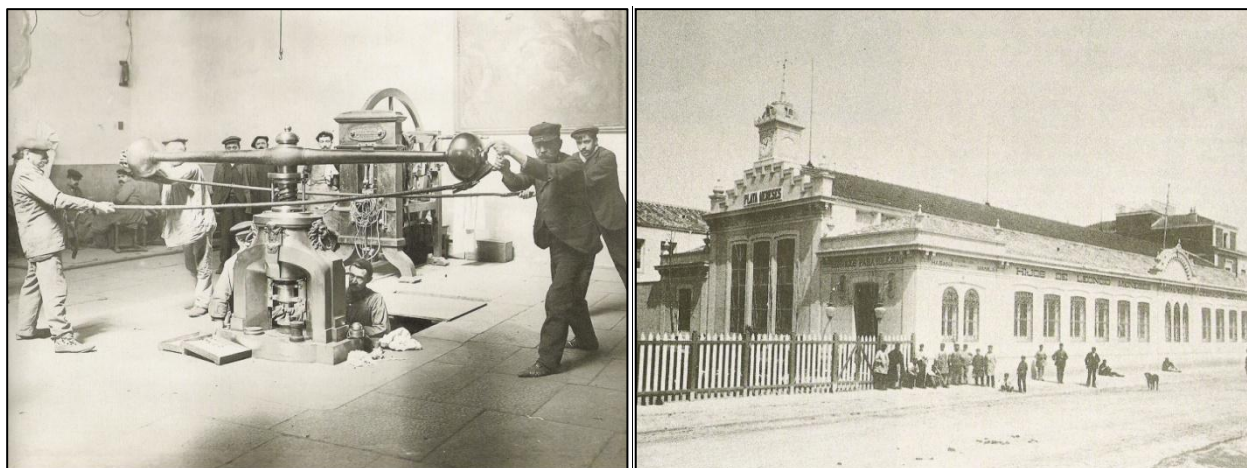
⁷⁸ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)...*, Op. Cit.

Pero la modernización económica del país y, por ende, de su capital, no trajo sólo malas noticias para el mundo de los oficios. Hubo dos sectores industriales que se beneficiaron de los nuevos adelantos científicos y tecnológicos de la denominada segunda revolución industrial y del incipiente nacimiento de la sociedad de masas: la metalurgia y la electricidad por un lado, y la industria informativa y su impresión por otro. Estas áreas industriales, especialmente la metalúrgica y el incipiente progreso de la electricidad, eran vitales para el desarrollo económico nacional, por lo que requerían trabajadores con altos conocimientos técnicos y experiencia previa en el sector, condiciones no siempre fáciles de cumplir dada su relativa novedad en el tejido económico nacional. La demanda de trabajadores cualificados para estos puestos de trabajo era elevada pero exigente en sus requisitos, con lo cual la presión de los jornaleros sin cualificación apenas incidió sobre sus sueldos. Una demanda de difícil y lenta cobertura ya que el conjunto del país adolecía de un entramado educativo moderno, al día en las nuevas aportaciones tecnológicas e industriales. Esto explica que los oficios con los jornales medios más elevados a la altura de 1905 estuvieran copados por los pertenecientes a estos dos sectores (ver Figura 3.24). Por un lado se hallaban impresores (4,13 ptas.), tipógrafos (4,08 ptas.), estampadores (3,46 ptas.) y cajistas de imprenta (3,14 ptas.), mientras que por otro encontramos a forjadores (que con 4,75 ptas. diarias poseían el jornal más elevado de los oficios presentes en el Ensanche Este en 1905), electricistas (con 4 ptas.), plateros (3,75 ptas.), grabadores (3,67 ptas.) y fundidores (con 3,55 ptas.). Entre ambos mundos se situaban los oficios derivados de la modernización de la producción del trabajo y de los transportes, con la aparición de maquinistas y mecánicos (con 4,73 y 3,91 ptas. de sueldos diarios medios respectivamente). Fue en estos sectores industriales donde la especialización y la complejidad técnica requeridas facilitaron la contratación de estos trabajadores de forma permanente, siendo difíciles de reemplazar y asignándoles un sueldo anual cuantioso, por encima de la media que las administraciones y las compañías otorgaban a sus empleados públicos y privados.

Jornales y sueldos anuales más elevados del mundo de los oficios del Ensanche Este de Madrid (1905)

<i>Nombre</i>	<i>Lugar de trabajo</i>	<i>Puesto</i>	<i>Jornal</i>	<i>Nombre</i>	<i>Lugar de trabajo</i>	<i>Puesto</i>	<i>Sueldo anual</i>
Vicente Calahorra	Platería Meneses	Fundidor	7	Inocente Membrillero	MZA	Mecánico	4.000
Joaquín García	No indica	Mecánico	7	Luis Romea	Blanco y Negro	Dibujante	3.500
José Menéndez	Imprenta de Julián Palacios	Impresor	6	Enrique Vaquero	Casa de la moneda	Grabador	25.00
Manuel Gutiérrez	Factorías militares	Forjador	6	Enrique Argües	Cuartel de los Docks	Grabador	2.400
Luis Fernández	Imprenta de Julián Palacios	Tipógrafo	6	Pablo García	No indica	Mecánico	2.400
Eugenio Baig	Serrano nº 59, R. Huerta	Cerrajero	6	José Ruiz	Platería Meneses	Broncista	2.100
Miguel Osorio	El Liberal	Mecánico	6	Tomás del Valle	Imprenta Juan Bravo nº 5	Tipógrafo	1.825
Matías Ramos	Ayuntamiento	Maquinista	5,5	Enrique Picazo	Familia Oriol	Mecánico	1.725
Felipe Giraldo	Casa de la Moneda	Estampador	5	Miguel López	Banco de España	Cajista	1.500
Manuel Fernández	Platería Espuñes	Platero	5	Enrique García	Central de Telégrafos	Mecánico	1.500

Figura 3.27. Sueldos en pesetas. AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.



Ilustraciones 3.7 y 3.8. A la izquierda, maquinistas de la Casa de la Moneda, situada en la Plaza de Colón, trabajando. H. 1897. Archivo Ruiz Vernacci, IPHE; a la derecha, nueva platería de los *Hijos de Leoncio Meneses*, edificio ubicado en la calle Ramón de la Cruz e inaugurado en febrero de 1885.

Este fenómeno se repitió constantemente en otras ciudades europeas y españolas ya que el sector metalúrgico y la llegada de la electricidad, que hizo claudicar el uso del gas como suministradora de energía en la capital⁷⁹, eran sacudidos con constantes adelantos técnicos y tecnológicos, patentes y el uso de nuevos materiales. Esto hizo que el capital humano fuera a la zaga de las demandas industriales, incapaz de formar el personal cualificado suficiente, lo que propició que tanto las grandes compañías como el Estado valoraran en mayor medida los trabajadores manuales especializados con los que ya contaban, contratando en el extranjero los cuadros profesionales más elevados (ingenieros industriales y civiles, físicos, directores de negocio, etc.)⁸⁰. De esta forma, aunque en el conjunto del mercado laboral manual las desigualdades económicas se redujeron entre 1878 y 1905 como consecuencia de la degradación de los trabajadores cualificados y su acercamiento a los jornaleros, los oficios ligados al sector metalúrgico esquिवaron esa quema. Según la distribución de los ingresos diarios del mundo del trabajo manual⁸¹, entre los obreros metalúrgicos se daba la mayor desigualdad salarial,

⁷⁹ ARROYO HUGHET, M.: “Estrategias empresariales y redes territoriales en dos ciudades españolas, Barcelona y Madrid (1832-1923)”, *Historia Contemporánea*, 24, UPV, 2002, pp. 137-160; ARROYO ILERA, F.: “El sistema hidroeléctrico del Júcar y la electrificación madrileña”, en *Simposio Internacional Globalización, innovación y construcción de redes técnicas urbanas en América y Europa, 1890-1930*, Univ. de Barcelona, enero de 2012; AUBANELL JUBANY, A.: “La competencia en la distribución de electricidad en Madrid, 1890-1913”, *Revista de Historia Industrial*, nº 2, 1992, pp. 143-171.

⁸⁰ CASTELLS ARTECHE, L.: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Siglo XXI, Madrid, 1993; MALUQUER DE MOTES, J.: “Crisis y recuperación económica en la Restauración (1882-1912)”, COMÍN, F.; HERNÁNDEZ, M. y LLOPIS, E. (eds.): *Historia económica de España. Siglos X-XX*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 243-284.

⁸¹ El coeficiente de Gini, llamado así en honor al estadístico italiano Corradi Gini que lo ideó, mide la distribución desigual de los ingresos para un conjunto de población dado, aunque puede utilizarse para cualquier otro análisis sobre desigualdades. En este caso, se ha calculado el coeficiente Gini de los trabajadores manuales del Ensanche Este de la capital entre 1878 y 1905, según estuvieran o no cualificados, para comprobar el grado de desigualdad salarial existente. El coeficiente genera una cifra de 0 a 1, donde 0 indica una teórica ausencia de desigualdad y 1 lo contrario. De este modo, el coeficiente de Gini para el conjunto de los trabajadores manuales era de 0,12 en 1878 y de 0,11 en 1905, con pocas desigualdades y escaso cambio en este tiempo. Pero si distinguimos entre cualificados y los no cualificados, se observa cómo el cambio se produjo entre los primeros, donde su distribución salarial se hizo más igualitaria, pasando de un 0,21 a 0,16, a costa de la presión salarial a la baja motivada por la masa jornalera, cuyo índice de Gini, situado en un reducido 0,09 (en torno a la mitad de los trabajadores cualificados) no varió. MORA-SITJÁ, N.: “Exploring changes in earnings inequality: Barcelona, 1856-1905”, *6th European Historical Economics Conference*, Istanbul, 2005.

una dispersión fruto, paradójicamente, de la pervivencia del aprendizaje gremial en el seno de uno de los segmentos más modernos de la economía mientras estaba en crisis en el resto de la industria. Durante las décadas que sirvieron de gozne entre los siglos XIX y XX, la incapacidad del mercado laboral madrileño para cubrir la demanda de nuevos puestos de trabajo tales como mecánicos, fundidores, maquinistas, electricistas o plateros, solicitados por los escasos centros industriales modernos de la ciudad hizo que las compañías preservaran esta organización.

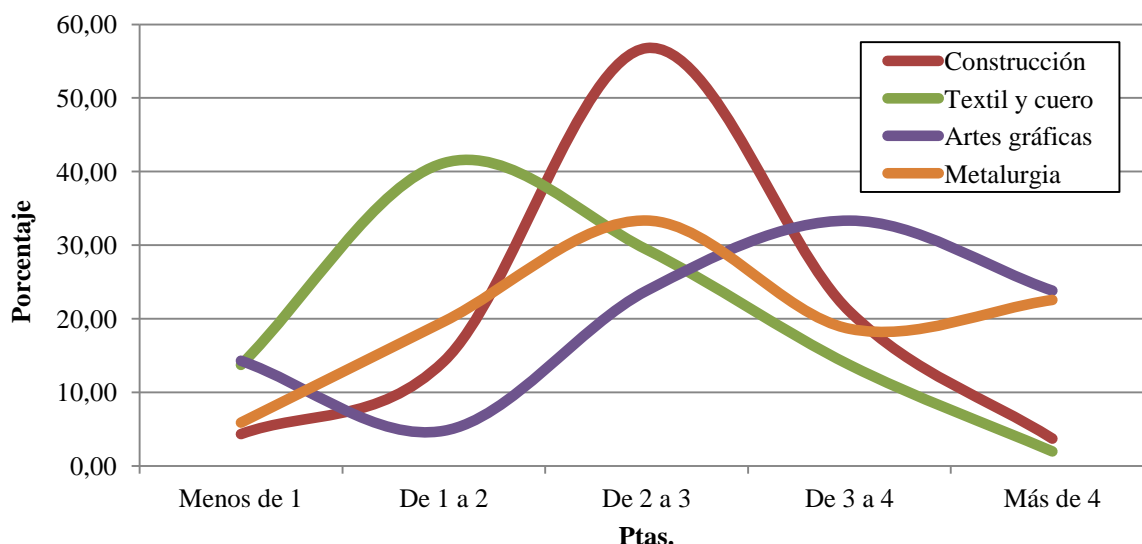


Figura 3.28. Distribución porcentual de los trabajadores manuales cualificados según el jornal y el sector productivo de su oficio (1905). Varones mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrón de 1905.

De este modo, los escasos y cotizados trabajadores especializados familiarizados con los nuevos adelantos técnicos y organizativos enseñaban a los nuevos, garantizándose estas sociedades la reproducción de una mano de obra altamente cualificada en un contexto en el que, aunque era uno de los empleos que más crecía en el mercado laboral (ver Figura 3.10), aún lo hacía a un ritmo insuficiente. Los grandes talleres y centrales de la industria del ferrocarril (los de la MZA se situaban en el extremo sureste del Ensanche Este) o los establecimientos públicos de relevancia nacional como la Casa de la Moneda, ceca principal a nivel nacional y única institución emisora de papel moneda, (ubicada en él) se nutrían de este tipo de trabajadores altamente cualificados y muy apreciados, que aglutinaban experiencia, técnica y conocimiento de las modernas técnicas de producción que aparecían en el mercado. Además, otras sociedades privadas más modestas que los colosos ferroviarios también se adaptaron a la nueva organización del trabajo industrial, trasladando sus ya anquilosadas dependencias industriales desde el casco antiguo a los más espaciosos solares del Ensanche. Las nuevas fábricas abiertas en el Ensanche Este, las platerías de Meneses y Espuñes, escenifican esta tendencia. Situadas en las calles Ramón de la Cruz nº 11 y Castelló nº 20 respectivamente, ambas casas erigieron sendos amplios y modernos talleres dotados de modernas troqueladoras, tornos de bruñido y planchado del metal y hornos de fundición de última generación, en donde 300 operarios en el caso de la primera y más de un centenar en el de la segunda, elaboraban las piezas de orfebrería de mayor calidad del país. Luis Espuñes, hijo de Ramón, su fundador, procedió además a diversificar su actividad al construir al lado de su platería una fábrica de electricidad que, a la altura de 1905, suplía las demandas de todo el barrio de

Salamanca⁸². Pero la garantía del éxito no sólo venía dada por la fuerte inversión en maquinaria realizada sino por el cuidado de su cualificada mano de obra, la verdadera correa de distribución del negocio. De esta forma, estos trabajadores disfrutaban de unas condiciones laborales a años luz de la mayoría de sus congéneres, ya que se veían beneficiados por una política salarial generosa, por la existencia de “*una sociedad de socorro para casos de enfermedad*” para los obreros y por su agasajamiento en los talleres con la inclusión de zonas como el “*saloncito de estudio y dibujo, con su biblioteca*” existente en la fábrica de Meneses⁸³. Por todo ello, las posibilidades de medrar económicamente en estos oficios eran elevadas a medida que se ascendía en la escala laboral, abriendo un horizonte salarial entre el aprendiz y el maestro forjador de hierros más halagüeño que el escaso recorrido de mejora de la que disponía un sastre, un zapatero, un carpintero o un albañil, oficios que (casualmente o no) solían estar más representados en las protestas y manifestaciones revolucionarias no sólo españolas sino también europeas del siglo XIX⁸⁴.

Ser capital política del Estado fue un rol que no sólo benefició al sector metalúrgico de la ciudad y del Ensanche Este con la centralización de la acuñación de moneda o la conversión de Madrid como el mayor nudo ferroviario, sino también a otros sectores como el de las artes gráficas y la edición, al consolidar en la urbe una amplia y constante demanda que debía ser suplida. Al ser la sede de los organismos de decisión política y financiera nacionales, aglutinó la mayor parte de las principales empresas informativas españolas, atraídas por los jugosos y estables pedidos oficiales y las demandas de las cada vez más numerosas compañías que fijaban su sede social en ella⁸⁵. Además, como mayor centro demográfico y de consumo del país, lo fue también del ocio, uno de cuyos elementos principales fue la lectura, lo que incentivó la aparición de decenas de establecimientos tipográficos, imprentas, litografías y fábricas de papel en la capital⁸⁶. Esta centralidad se vio acrecentada por nuevas infraestructuras como el ferrocarril, la red telegráfica, la telefónica y la de correos, las cuales, con su epicentro situado en la ciudad, favoreció el envío y recepción de miles de despachos, publicaciones, periódicos, cartas y timbres del Estado manufacturados en ella⁸⁷.

La demanda de publicaciones, colecciones, periódicos y revistas fue en aumento, sobre todo tras la experiencia del Sexenio y sus acaloradas discusiones políticas públicas⁸⁸, lo que facilitó la aparición de establecimientos de impresión como el de

⁸² Los datos sobre la inauguración, maquinaria, tamaño y número de trabajadores de la fábrica Meneses se puede consultar en: *El Imparcial*, 27 de febrero de 1888. De la misma forma, la información sobre la platería y fábrica de electricidad de Espuñes se ha extraído de: *El liberal*, 20 de noviembre de 1911.

⁸³ *El Heraldo de Madrid*, 9 de abril de 1893.

⁸⁴ HOBBSBAWN, E. J.: “Zapateros políticos”, en *Gente poco corriente*, Op. Cit., pp. 29-56.

⁸⁵ RUEDA LAFFOND, J. C.: “Industrialización y empresas informativas en el Madrid del siglo XIX”, *Historia y Comunicación Social*, 1999, nº 4, UCM, pp. 341-359; GARCÍA DELGADO, J. L.: “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española” en NADAL, J. y CARRERAS, A. (coord.), *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX-XX)*, Ariel, Barcelona, 1990, pp. 219-258.

⁸⁶ MARTÍNEZ MARTÍN, J.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, CSIC, Madrid, 1991; BOTREL, J. F.: *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, 1993; SÁNCHEZ GARCÍA, R. y MARTÍNEZ RUS, A.: *La lectura en la España Contemporánea*, Arco, Madrid, 2010.

⁸⁷ BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Atlas histórico de las comunicaciones en España, 1700-1998*, Op. Cit.; *Las comunicaciones en la construcción del Estado Contemporáneo en España. Correos, telégrafos y teléfonos*, Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, Secretaría General de Comunicaciones, 1993, Madrid.

⁸⁸ CHECA GODOY, A.: *El ejercicio de la libertad: la prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006; SEOANE, M^a C. y SÁIZ, M^a D.: *Historia del periodismo*

Julián Palacios Salinero. Natural de Robledo, Segovia, llegó a Madrid en 1865 junto a su familia con tan sólo 9 años, aprendiendo en la capital el oficio de litógrafo e impresor. Tras trabajar con ahínco y tesón y ser dependiente litógrafo en imprentas ajenas, en 1881 se ubicó por cuenta propia en la imprenta de la calle Arenal nº 27, donde imprimía “documentos para el comercio, oficinas, empresas y particulares, tarjetas de visita, esquelas de defunción y partes de boda”⁸⁹, y desde donde inició la publicación del periódico taurino *La lidia*⁹⁰. Julián Palacios logró con el tiempo diversificar sus pedidos y obras publicadas, ampliar la tirada del periódico y ser reconocido por la calidad de sus trabajos litográficos y de cromotipia. De esta forma, se mudó al Ensanche Este a principios del siglo XX donde alquiló un edificio por 5.000 ptas. anuales en la calle de Lista nº 10 para poder establecer unos talleres litográficos más grandes y modernos que los de la calle Arenal en el que “meter un capital de máquinas de todas clases, cuyo ruido ensordece y el voltear de sus engranes marea, y contratar un mundo de operarios”⁹¹. Estos operarios, experimentados en el uso de la nueva maquinaria y de las más innovadoras técnicas del momento, ya fuera el fotograbado o la tricromía, eran la savia del negocio y un bien escaso, aspecto del que era consciente Julián Palacios, que no escatimaba en pagarles jornales en torno a las 6 ptas. (ver Figura 3.27). Gracias a la cualificación, ambición y reinversión de sus beneficios, Julián Palacios prosperó a lo largo de su vida, pasando de ser un dependiente litógrafo a uno de los socios más importantes del Círculo Industrial de Madrid, y fidelizar como clientes a algunas de las sociedades más importantes de la capital como Azucarera Española, Crédit Lyonnais, editoriales como Calleja, casas comerciales como Singer y compañías de seguros como La Estrella o La Urbana⁹².

En un contexto de proletarización de las condiciones económicas del mercado de trabajo manual, en el que el número de jornaleros ascendía provocando con ello la pérdida de valor del trabajo del artesanado y su reducción, también surgieron nuevos ámbitos laborales donde los trabajadores cualificados eran requeridos y valorados. Fundidores, maquinistas, tipógrafos, ajustadores, factores de ferrocarril, mecánicos o electricistas no estaban tan expuestos a la pauperización que amenazaba a la mayoría de los zapateros, albañiles, carpinteros o barberos, cuyos jornales medios eran muy reducidos, aunque muy pocos eran los que superaban el umbral de las 5 ptas. de jornal, límite que demarcaba quién podía ser considerado legalmente *pobre legal* y exento de pagar las costas procesales de un juicio⁹³. Sin embargo, a pesar de que los centros productivos de mayor relevancia de la ciudad albergaban al artesanado más cualificado

en España. *El siglo XX: 1898-1936*, Alianza, Madrid, 1996; CASTILLO, S. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Prensa obrera en Madrid, 1855-1936*, CAM-Alfoz, Madrid, 1987; ÁLVAREZ, J. T.: *Restauración y prensa de masas: los engranajes de un sistema (1875-1883)*, Univ. de Navarra, 1981.

⁸⁹ Anuncio del establecimiento litográfico e imprenta de Julián Palacios. *El globo*, 8 de mayo de 1881.

⁹⁰ Este periódico fue creado en 1882 y se convirtió en el más longevo y de mayor tirada nacional relativo a la tauromaquia. Además, era famoso por sus portadas y trabajos litográficos.

⁹¹ Extracto de un artículo publicado en *El liberal*, el 13 de mayo de 1904.

⁹² *Ibíd.*

⁹³ Según el artículo 123 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, sólo podían ser declarados pobres legales y quedar eximidos de asumir los costes de un juicio aún cuando fueran declarados culpables aquellos que no pagaran contribución de ningún tipo, no estuvieran inscritos en las listas electorales ni cuyo salario diario excediera del doble jornal de un bracero de la localidad en la que residiera. Para el caso de la ciudad de Madrid, en el juicio celebrado en 1902 por el atropellamiento de un tranvía de la Compañía de Tranvías de Madrid a Enrique Echeverría Muñiz, se consideró que el jornal de un bracero madrileño era de 2,5 ptas., con lo que todo aquel cuyo sueldo fuera inferior a las 5 ptas. diarias (el 90% de los artesanos del Ensanche Este a la altura de 1905) era, a ojos de la justicia, un *pobre legal*. Archivo General de la Administración (AGA), Signatura: (7) 41.03 SIG.1557TOP.43/66.101-66.

y mejor remunerado, fue en ellos donde la nueva organización del trabajo, marcada por la concentración, especialización y división de las funciones entre trabajadores de distinta categoría profesional caló más rápido. Las grandes compañías privadas y las instituciones de titularidad pública presentes en el Ensanche Este de la ciudad, las únicas que podían invertir elevadas cantidades de capital, siguieron la senda de la burocratización seguida por el Estado y se sumaron a las modernas y complejas relaciones de producción que se expandían por Europa y Estados Unidos mediante la construcción de grandes talleres, naves industriales y fábricas.

Categoría profesional de los trabajadores de distintos centros industriales de Madrid (1905)	Ferrocarril	Casa de la Moneda	Fábrica de Tapices	Platería Meneses
Trabajadores manuales no cualificados	29,30	41,67	47,06	33,33
Trabajadores manuales cualificados	7,80	27,78	41,18	53,33
Empleados	53,49	27,78	5,88	8,89
Otros	9,41	2,78	5,88	4,44
Nº trabajadores residentes en el Ensanche Este	372	72	16	43

Figura 3.29. Categoría profesional de los trabajadores de los principales centros industriales del Ensanche Este en 1905. Los datos ofrecidos en este cuadro son una estimación ya que sólo se han registrado los hombres mayores de 14 años que residían en el Ensanche Este y que señalaron su lugar de trabajo, desconociendo los que residían en otras zonas de la ciudad. En relación al ferrocarril, se han contabilizado aquellos que indicaron trabajar en las compañías ferroviarias del país o en sus estaciones, resultando el porcentaje de empleados tan elevado por culpa de la segregación espacial de la ciudad, por la cual en los acomodados barrios del Ensanche Este residían más empleados y profesionales liberales ligados a la industria ferroviaria que artesanos y jornaleros, que lo hacían en el Ensanche Sur, a escasa distancia de los múltiples talleres del sector. Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrón de 1905.

En ellas se potenció la economía de escala y la innovación tecnológica, además de aumentar la productividad de los trabajadores mediante la división del trabajo y la supervisión de los ritmos de producción de sus trabajadores. Estas grandes fábricas y talleres no sólo concentraban trabajadores cualificados especialistas en tareas concretas sino también jornaleros para las labores menos específicas, empleados que supervisaban la actividad y el funcionamiento de la planta y, en menor medida, un reducido grupo de profesionales liberales encargados de su dirección, administración, gestión e innovación tecnológica. De esta forma, en Madrid, que era capital del Estado pero estaba alejada de los sectores punteros de la primera revolución industrial, los nuevos tiempos no se caracterizaron por la fortaleza de su producción sino por la naciente modernización de determinados ámbitos de un sector servicios, tanto público como privado, que empezaba a despuntar a escala nacional.

3.2. El sector terciario de Madrid, entre persistencias y soplos de cambio.

“Era por añadidura la época en que la clase media entraba de lleno en el ejercicio de sus funciones, apandando todos los empleos creados por el nuevo sistema político y administrativo, comprando a plazos todas las fincas que habían sido de la Iglesia, constituyéndose en propietaria del suelo y en usufructuaria del presupuesto, absorbiendo, en fin, los despojos del absolutismo y del clero, y fundando el imperio de la levita.”

PÉREZ GALDÓS, B.: *Fortunata y Jacinta*, 1887.

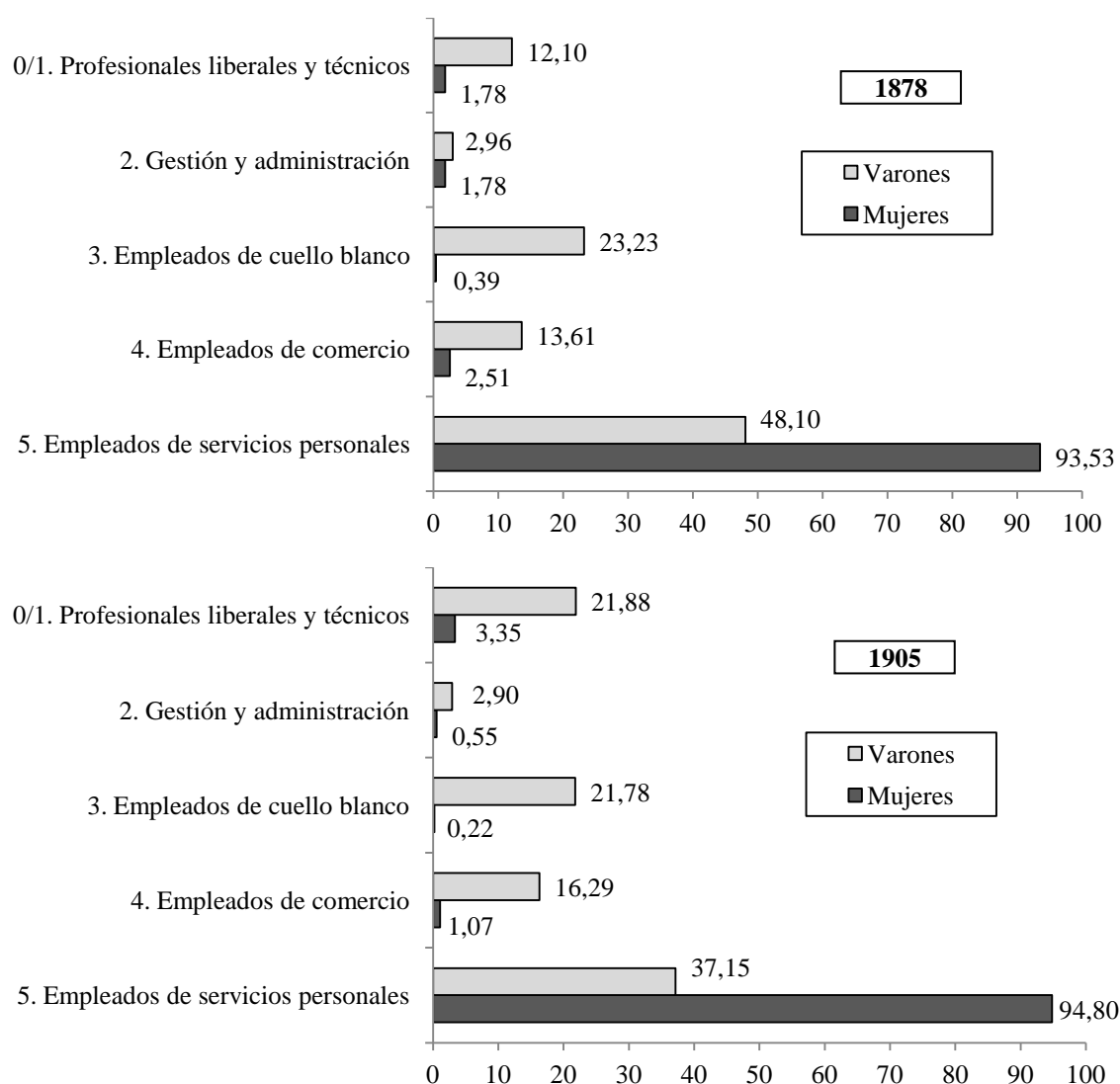
Madrid ya era una ciudad eminentemente de servicios a comienzos del siglo XIX. Siempre lo había sido desde su *coronación* en 1561, y así lo atestiguaba el enorme peso que tenían en su economía mercaderes, tratantes de comercio y horteras que se dedicaban a la distribución y la compraventa en ella, el séquito de sirvientes de todo tipo que la imaginación y la capacidad económica de la notabilidad madrileña había engendrado, la concentración de los estamentos militar y religioso en sus cuarteles e iglesias, y el heterogéneo conjunto de burócratas y empleados de la monarquía y de la nobleza sobre cuyos hombros se había depositado el funcionamiento del raquíptico entramado político del absolutismo. Dos siglos y medio de Corte habían consolidado en la urbe una estructura económica de servicios similar a otras urbes cortesanas europeas, asentada sobre tres pilares: la edificación del aparato burocrático y político de la monarquía, la provisión de servicios a la *espuma* cortesana atraída por ella, y el suministro de alimentación, combustible y bienes de consumo, suntuarios, de equipo e inmuebles a una urbe de un cuarto de millón de habitantes⁹⁴.

El triunfo del liberalismo y el consiguiente inicio de la construcción del Estado liberal durante el reinado de Isabel II, ese *“nuevo sistema político y administrativo”* en palabras de Galdós, no trajo aparejada una elevada profundización laboral de la economía madrileña hacia las actividades terciarias en sus primeras décadas de desarrollo. A comienzos de la Restauración, en 1878, cerca de la tercera parte de los hombres residentes en el Ensanche de Madrid (un 28%) estaban ocupados en los servicios, ya fuera como regentes de establecimientos comerciales (el 5,5%), dependientes de comercio, empleados públicos o privados (el 11,26%), como profesionales liberales (el 2,79%), porque pertenecieran al Ejército o a la Iglesia (el 4,11%), o sirvieran en alguna de las múltiples viviendas existentes en la capital en el que había servicio doméstico interno (el 3,49%), un segmento que daba trabajo a una buena parte de las mujeres residentes en la ciudad (el 14,93%)⁹⁵. Pero si sólo tuviéramos en cuenta a la población que en las hojas de empadronamiento indicó

⁹⁴ JULIÁ, S.; RINGROSE, D. y SEGURA, C.: *Madrid, historia de una capital*, Op. Cit.; BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”, en FUSI AIZPURÚA, J. P.: *España. Autonomías*. Vol. 5, Op. Cit., pp. 517-613; NIETO SÁNCHEZ, J. A.: *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Op. Cit.; CRUZ, J.: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Op. Cit.; SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Op. Cit.; BAHAMONDE MAGRO, A. y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La transformación de la economía”, en Fernández García, A.: *Historia de Madrid*, Op. Cit., pp. 515-548; BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización” en *Papeles de Economía*, nº 18, Op. Cit., pp. 18-30; BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*. Madrid, UCM, 1981.

⁹⁵ CARBALLO BARRAL, B.: “El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900” en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit., pp. 69-93.

realizar alguna actividad económica⁹⁶, la proporción de hombres ocupados en servicios en el Ensanche Este superaba el 57%, mientras que entre las mujeres la concentración era abismal, por encima del 80%, una cifra artificialmente alta dado el subregistro laboral que afectaba a todos los segmentos del mercado laboral femenino a excepción del servicio doméstico interno. Sin embargo, en 1905 la proporción de hombres dedicados a los distintos segmentos del sector servicios de la capital apenas había aumentado en dos puntos porcentuales (de un 27,97 al 29,78%⁹⁷), mientras que en el ámbito concreto del Ensanche Este, tomando como referencia de nuevo sólo la población que señaló una ocupación en el padrón de aquel año, la proporción de trabajadores ocupados en actividades terciarias según la codificación HISCO incluso se redujo del 57 al 53% (ver Figuras 3.8 y 3.9).



Figuras 3.30 y 3.31. Distribución profesional de los trabajadores del sector servicios según la codificación HISCO (1878-1905). Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años. Datos porcentuales. Para consultar los porcentajes de cada sección respecto al total consultar Figuras 3.8 y 3.9. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1878 y 1905.

⁹⁶ Ver figuras 3.8 y 3.9. En la codificación profesional de HISCO, los *majorgroups* situados entre los códigos 0 y 5 hacen referencia a trabajos adscritos al sector servicios.

⁹⁷ CARBALLO BARRAL, B.: “El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900” en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit., pp. 69-93.

No obstante, una visión simplista como la anterior ocultaría las incipientes transformaciones de calado que se produjeron en la segunda mitad del siglo XIX dentro del sector servicios de la capital. La edificación del Estado liberal inoculó nuevos tintes modernos al papel de Madrid como ciudad administrativa y de servicios de escala nacional, creando las bases de su futura metamorfosis en una metrópoli europea bien entrado el siglo XX⁹⁸. Cambios futuros cuyas bases se asentaron en este período, momento en el que el régimen liberal abordó la expansión y profesionalización del aparato burocrático y administrativo del Estado. Aunque este proceso fuera “*más reglamentista que centralista*”⁹⁹ en el ámbito nacional al dilatarse en el tiempo el cumplimiento de la nueva legislación por la anemia de las arcas públicas, en él Madrid, como punto neurálgico desde donde la *sangre liberal* era bombeada al resto del cuerpo peninsular, fue la primera en sentir con fuerza los latidos de una modernización administrativa que cambiaría lenta pero inexorablemente su faz por completo. Pero el poder de modernización económica liberal fue gradual y no eclosionó en Madrid hasta la 1ª Guerra Mundial. Por ello, durante el último cuarto del siglo XIX el sector servicios de la capital se halló inmerso en una profunda dualidad, reflejo del binomio ciudad-capital que afectaba a su economía. Por un lado se hallaba un sector servicios que pervivía de la economía preindustrial, personificado en un vasto servicio doméstico, en servicios personales como el de los porteros, en una fuerte presencia militar y en un sector comercial minifundista, atomizado y alejado de las nuevas prácticas comerciales que empezaban a desarrollarse en Nueva York, Londres o París¹⁰⁰ y que, aunque en retroceso, aún dominaban cuantitativamente las actividades terciarias de la ciudad (ver Figuras 3.30 y 3.31). Frente a él, se situaba un núcleo creciente de funcionarios de la administración pública, empleados de sociedades privadas y profesionales y técnicos liberales que creció con fuerza al calor del Estado y la nueva organización del trabajo propugnada por el capitalismo, que aunque todavía era minoritario en la ciudad, tenía más visibilidad en su Ensanche Este, uno de sus principales espacios residenciales en la ciudad. Ambos grupos catalizaron las pervivencias y los aires modernizadores presentes en el sector servicios de Madrid respectivamente, en otro ejemplo palpable de la dicotomía entre la *quietud* y *cambio* en la que navegaba la economía madrileña¹⁰¹.

3.2.1. Nada nuevo bajo el sol. El peso de los servicios tradicionales en Madrid.

La llegada a Madrid de miles de inmigrantes al año desde el ecuador del siglo XIX con intención de quedarse, incrementó las necesidades de abastecimiento de la ciudad¹⁰². La concentración de tanta población dentro de los ampliados límites de la urbe convirtieron a la ciudad en el mercado de consumo más extenso del país con

⁹⁸ CARRERAS, A., y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España Contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2007; GARCÍA DELGADO, J. L. y CARRERA TROYANO, M.: “Madrid, capital económica” en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 209-237.

⁹⁹ OTERO CARVAJAL, L. E. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “El Madrid moderno, capital de una España urbana en transformación, 1860-1931”, *Historia Contemporánea*, nº 39, UPV, 2009, pp. 541-588.

¹⁰⁰ RAPPAPORT, E. D.: *Shopping for pleasure. Women in the making of London's West End*, Oxford Princeton University Press, 2000.

¹⁰¹ OTERO CARVAJAL, L. E. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “El Madrid moderno, capital de una España urbana en transformación, 1860-1931”, *Historia Contemporánea*, nº 39, UPV, pp. 541-588.

¹⁰² FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II*, CSIC, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1971.

diferencia junto a Barcelona, un mercado al que se le tenía que satisfacer diariamente de todo tipo de bienes y productos, especialmente los más básicos, los de comer, beber, arder y vestir. Entre 1850 y 1900, la población de Madrid se duplicó, y como consecuencia, el número de tiendas de ultramarinos, carnicerías, pescaderías, tabernas, vaquerías y despachos de leche, posadas, tahonas y demás establecimientos dedicados a la distribución de productos de primera necesidad ubicados en la capital se incrementó al compás de los recién llegados.

Sin embargo, una coyuntura económica en el que la demanda iba en constante aumento como consecuencia de la expansión del número de consumidores, no se tradujo en una mejora de los márgenes de beneficio para la mayoría de los comerciantes afincados en la capital. Este contexto podría haber sido aprovechado por los comerciantes que disfrutaran de una clientela fidelizada, por los mejor situados en la ciudad o por aquellos que dispusieran de mejor género, para obtener mayores ganancias y reinvertirlas en ampliar su cuota de mercado a través de un aumento y diversificación de las ventas mediante la ampliación del local, la apertura de una sucursal o la modernización de las técnicas de venta. Sin embargo, fue dilapidado. El tradicional minifundismo y atomización del comercio madrileño, ahogado por el exceso de competencia, encontró su balón de oxígeno, del mismo modo que ocurriera con una buena parte del artesanado dueño de su taller u obraje, en un incremento del número de consumidores que palió el ajuste de precios y la reducción de beneficios fruto de la descomunal compartimentación del mercado.

SECTORES DE OCUPACIÓN (HISCO)		HOMBRES			MUJERES		
4	Comerciantes y trabajadores del comercio	1878	1905	Difer.	1878	1905	Difer.
41	Comerciantes (al por mayor y por menor)	45,36	44,82	- 0,54	40,00	63,24	+ 23,24
42	Tratantes	2,86	0,63	- 2,23	0	0	0
43	Técnicos de ventas, viajeros de comercio, representantes y comisionistas	5,36	4,61	- 0,75	0	0	0
44	Agentes de seguros, inmobiliaria, de cambio, bolsa y subastas	2,86	6,49	+ 3,64	0	0	0
45	Vendedores, dependientes de comercio y relacionados	43,57	43,25	- 0,33	53,33	36,76	- 16,57
49	Vendedores y relacionados no clasificados bajo otros epígrafes	0	0,21	+ 0,21	6,67	0	- 6,67
TOTAL		280	955	675	45	68	23

Figura 3.32. Distribución de los trabajadores del Ensanche Este dedicados al comercio por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1878-1905). Datos porcentuales. Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1878 y 1905.

En una economía urbana como la madrileña, carente de grandes centros de producción industrial y manifiestamente incapaz de generar suficientes puestos de trabajo para los recién llegados, la estrategia dominante entre los pequeños comerciantes fue la de no correr riesgos ni realizar políticas expansivas de negocio. Su principal objetivo y preocupación en un mercado laboral en plena proletarización no fue vislumbrar nuevas oportunidades de medrar económicamente sino la supervivencia, intentando mantener unas cuentas lo suficientemente holgadas como para pagar el alquiler de la tienda, la contribución industrial asignada, las licencias de apertura y renovación del negocio, el género puesto en venta, la manutención y el jornal del

dependiente interno contratado (en caso de que lo hubiera) y que, después de todo, todavía quedara suficiente para mantener al resto de la familia. Porque en un hogar encabezado por un comerciante dedicado a la compraventa y distribución de artículos de subsistencias fundamentalmente, todos los miembros de la familia contribuían con su esfuerzo y tiempo a sacar adelante el establecimiento, ya fuera despachando clientes, ordenando y limpiando el mostrador, repartiendo el género a domicilio o adquiriéndolo en los puntos de venta mayoristas.

La mayoría de los establecimientos comerciales madrileños eran de pequeña escala, orientados a la venta de productos de subsistencias, retales y artículos al detalle a nivel de barrio. Además, los dueños de estos establecimientos, mayoritariamente varones (las mujeres solían serlo sólo al quedar viudas), tenían arraigada la concepción de la organización tradicional del negocio, emanada de la interiorización de las normas y usos gremiales del mundo preindustrial. En ellas, el cabeza se situaba al frente de la tienda donde vivía con su familia, sin diferenciar entre hogar y lugar de trabajo, entre tiempo de ocio y tiempo laboral¹⁰³. Con la ayuda de los demás miembros de la familia, a lo sumo contrataba a uno o dos dependientes para despachar a los clientes y avituallar de género la tienda mientras él repasaba los libros de cuentas¹⁰⁴. Esto explica la franca similitud en el número de dependientes de comercio en relación al de sus patronos (ver Figura 3.32), en una relación de paridad total en el que la media de horteras contratados a tiempo completo por establecimiento sólo llegaba a uno, consecuencia de la inexistente concentración de la actividad comercial y de un volumen de ventas alicorto, factor no sólo observado en el Ensanche Este de la capital sino en todo su recinto, incluyendo los barrios más comerciales del distrito Centro¹⁰⁵. En el mundo comercial del Madrid del último tercio del siglo XIX, el tiempo parecía haberse detenido a causa de su atomización y la renuencia generalizada a adoptar técnicas comerciales como el establecimiento de precios fijos y atractivos escaparates, la diversificación de los productos, la creación de un calendario de ofertas o el uso de la publicidad, medidas adoptadas sólo por una pequeña parte de comerciantes a comienzos del siglo XX¹⁰⁶. Los nuevos bazares, las cadenas comerciales y los grandes almacenes que abrieron sus puertas en las principales ciudades europeas, como *Le Bon Marché*, *Le Louvre*, *Le Printemps*, *La Samaritaine* o *Aux Galeries Lafayette* en París, los *Karstadt* berlineses como los *A. Wertheim*, *Hermann Tietz* o *A. Jandorf*, la *Galleria Vittorio Emanuele* en Milán, o los londinenses *department*, *multiple* y *cooperative stores* como *Harrods*, *W. H. Smith* o *Whiteley* fueron una utopía en Madrid hasta el siglo XX, a pesar que en Barcelona ya se abrieron los *Almacenes El siglo*, en 1878¹⁰⁷. Es cierto que existieron

¹⁰³ THOMPSON, E. P.: “Tiempo, disciplina de Trabajo y Capitalismo Industrial”, en *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1984, pp. 239-293.

¹⁰⁴ Ejemplos de la implicación familiar en los establecimientos comerciales son fácilmente localizables en las novelas de la época como en *Fortunata y Jacinta* de Galdós o en *La busca* de Pío Baroja.

¹⁰⁵ NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985; DE MIGUEL SALANOVA, S., DÍAZ SIMÓN, L. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “Los servicios: un sector clave en la transformación del mercado laboral de la ciudad de Madrid a comienzos del siglo XX”, en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Op. Cit., pp. 181-200.

¹⁰⁶ DE MIGUEL SALANOVA, S. y RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: “Modernización comercial y nuevas formas de ocio y consumo en el Madrid del primer tercio del siglo XX”, VV. AA.: *III Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea*, AHC, Vitoria, 2012 (Libro CD).

¹⁰⁷ CROSSICK, G. y JAUMAIN, S.: *Cathedrals of Consumption. The European Department Store (1850-1939)*, Aldershot, Ashgate, 1999; DALE, T.: *Harrod's: The Store and the Legend*, London, Pan Books,

avances, como la integración de cristalerías y grandes escaparates en determinadas calles del centro, la realización de campañas de publicidad en los periódicos o la aparición de pasajes públicos y almacenes donde se vendían una gran variedad de productos a precios fijos, pero eran una clara excepción¹⁰⁸. El enorme peso demográfico que los jornaleros y los trabajadores manuales no cualificados alcanzaron en el mercado laboral madrileño, con sus reducidos jornales y su escaso presupuesto, tampoco ayudó a crear una demanda consolidada que favoreciese el despegue de segmentos comerciales desvinculados del sector de las subsistencias y el abastecimiento, cuyo origen se vio retardado hasta el siglo XX. Sólo en el distrito Centro, donde se hallaban las calles más transitadas y comerciales de la ciudad como la Puerta del Sol, la Plaza Mayor o la calle de Alcalá, los soplos de modernidad arreciaban con timidez, reduciendo paulatinamente el peso de los establecimientos mercantiles de comer, beber y arder, siendo el único en el cambio de siglo cuya proporción era inferior a la mitad (ver Figura 3.33)¹⁰⁹.

Tipo de establecimientos del Ensanche Este (1905)	Tiendas	Porcentaje	% Centro
Alimentación y similares	242	37,93%	22,02%
Bebidas y hostelería	124	19,44%	12,13%
Otros productos	62	9,72%	13,93%
Combustibles y droguerías	52	8,15%	7,64%
Tejidos, vestir, calzado y similares	45	7,06%	21,35%
No indica la actividad	31	4,85%	1,57%
Muebles, maderas y similares	29	4,55%	9,66%
Joyas, quincalla, cristalería, cuadros, cacharrería, etc.	27	4,23%	4,94%
Maquinaria, hierros y similares	26	4,08%	6,74%

Figura 3.33. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905. Las categorías elegidas y los porcentajes relativos al centro de Madrid han sido extraídas de: NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.

Aunque el Ensanche Este nació con la vitola de atraer a las clases medias madrileñas (visible desde la memoria de Castro hasta los deseos que movieron las inversiones inmobiliarias del marqués de Salamanca en esta zona), lo cual quedó patente en la modernidad, calidad y decoración de las fachadas de sus edificios, la amplitud de sus calles y la pronta dotación de servicios públicos, ello no derivó en un

1981. DUMUIS, S. (Ed.): *Le Printemps, cent ans de jeunesse*, Paris, 1965. HESSEL, F.: *Promenades dans Berlin*, Grenoble, PUG, 1989. LANCASTER, W.: *The Department Store: A Social History*, Leicester University Press, London, 1995. RAPPAPORT, E. D.: *Shopping for Pleasure. Women in the Making of London's West End*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000; “‘The Halls of Temptation’: Gender, Politics, and the Construction of the Department Store in Late Victorian London”, *Journal of British Studies* vol. 35, nº 1 (January 1996), pp. 58-83; PROCTOR, R.: “Constructing the retail monument: the Parisian department store and its property, 1855-1914”, *Urban History*, 33, 3, Cambridge University Press, 2006, pp. 393-410; FACIABÉN LACORTE, P.: “Los grandes almacenes en Barcelona”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, nº 140 (2003); PARKER, K. W.: “Sign Consumption in the 19th-Century Department Store. An examination of Visual Merchandising in the Grand Emporiums (1846-1900)”, *Journal of Sociology*, Vol. 39, December, 2003, pp. 353-371.

¹⁰⁸ NIELFA CRISTÓBAL, G.: “El comercio madrileño entre *La Fontana de Oro* y *Madrid-París*”, en VV. AA.: *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*, CAM, Madrid, 1988, pp. 123-138.

¹⁰⁹ NIELFA CRISTÓBAL, G.: “La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX”, en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4, UCM, Madrid, 1983, pp. 119-139.

surgimiento de establecimientos comerciales y de ocio distintos a los de subsistencias. Y es que sus residentes más acomodados, aunque de puertas adentro continuaran con profusión la suntuosa decoración de sus amplios pisos y hoteles, no irradiaron hacia sus barrios de residencia la demanda de ocio, moda y bienes suntuarios que les acompañaba, ya que su vida social se hallaba en el centro de la ciudad¹¹⁰. Gracias a su capacidad económica, las capas acomodadas que optaron por residir en el Ensanche Este conjugaron el alquiler de una vivienda más amplia con las comodidades más modernas, con el sustento de una cochera y el mantenimiento de un landó o simón propio o alquilado con el que ir y venir diariamente desde su lugar de residencia al centro de la ciudad, auténtico eje de la sociedad, del ocio y del comercio madrileño. Por ello, en sus calles, incluso en las más importantes como las de Serrano, Claudio Coello o Velázquez, se abrieron sobre todo tiendas para el abastecimiento diario de sus habitantes, tales como carbonerías, vaquerías, tahonas, carnicerías y ultramarinos, establecimientos asociados a zonas de uso residencial, independientemente del nivel adquisitivo de sus vecinos (ver Figura 3.33). Eran establecimientos donde las sirvientas de las familias más adineradas por un lado, y las capas populares que residían en los sotabancos, buhardillas, sótanos o en los números de las calles más alejadas del casco antiguo por otro, efectuaban sus compras diarias. Unas tiendas que solían estar encabezadas por familias inmigrantes y situadas en los bajos de los inmuebles que conformaban las manzanas rectangulares ideadas por Castro y respetadas por el marqués de Salamanca en sus primeras promociones inmobiliarias.

“A las tres de la tarde el sol enfilaba todavía sus rayos por la calle de Serrano bañándola casi toda de viva y rojiza luz... A paso lento y menudo, con el manguito de rica piel de nutria puesto delante de los ojos a guisa de pantalla, bajaba a tal hora y por tal calle una señora elegantemente vestida. Tras de sí dejaba una estela perfumada que los tenderos plantados a la puerta de sus comercios aspiraban extasiados, siguiendo con la vista el foco de donde partían tan gratos efluvios. Porque la calle de Serrano, con ser la más grande y hermosa de Madrid, tiene un carácter marcadamente provincial: poco tráfico; tiendas sin lujo y destinadas en su mayoría a la venta de los artículos de primera necesidad; los niños jugando delante de las casas; las porteras sentadas formando corrillos, departiendo en voz alta con los mancebos de las carnicerías, pescaderías y ultramarinos. Así que no era fácil que la gentilísima dama pasara inadvertida como en las calles del centro”.

PALACIO VALDÉS, A.: *La espuma*, 1890.

Pero las pervivencias del comercio tradicional no sólo se dejaban sentir en el tipo de productos en venta en dichos establecimientos sino también en la forma en que eran explotados por sus dueños y en el tipo de ocupación que generaban. La figura predominante más allá de los pequeños comerciantes e industriales era la del dependiente de comercio, llamado popularmente *hortera*, el cual solía ser un chico joven, inmigrante de origen rural, que había conseguido entrar como mozo en alguna tienda del barrio en el que residía. Su jornada de trabajo era interminable, empezaba antes del amanecer y terminaba en muchas ocasiones poco antes de irse a acostar,

¹¹⁰ VILLACORTA BAÑOS, F.: “Madrid, 1900. Sociabilidad, ocio y relaciones sociales”, en *Arbor*, CLXIX, 666, junio de 2001, pp. 461-493.; ALAMINOS, E. y SALAS, E.: “Ocio y diversiones madrileños. Del reinado de Isabel II a la Segunda República”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Op. Cit., pp. 342-369; DEL MORAL RUIZ, C.: “Pasatiempos, diversiones y espectáculos en el Madrid de Galdós”, en VV. AA.: *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*, Consejería de Cultura de la CAM, Madrid, 1988, pp. 109-122.

teniendo como único día de descanso los domingos, y en algunos casos éste sólo por la tarde. Y todo ello por un sueldo mensual muy reducido (la media mensual del Ensanche Este era en 1905 de 253,45 ptas.) además de las propinas, la manutención y el catre donde dormir. Era tal su situación de explotación y servidumbre que a esta práctica se la aludía en un periódico como “*trata de blancos*”:

“- La vida del comercio – continuó diciendo el hortera- es muy aperreada: no puede Vd. Imaginarse qué cosa más ruin. Por la mañana, antes de las siete hay que estar en pie, y en el verano bastante antes, hasta las diez de la noche que se cierra: todavía después queda un buen rato de faena, y en ocho años yo no he podido acostarme nunca antes de las once, aunque muchas veces he trabajado hasta la madrugada.

- ¿Y eso sucede todos los días de hacienda? – preguntó la mujer.

- Y los días de fiesta también, señor; por lo menos hasta las tres de la tarde, si no es que le toca salir a uno.

- ¿Y en todos los otros comercios pasa lo mismo?

- A mi me han dicho que algunos cierran los domingos; pero yo no he pescado esas bravas. Lo que puedo decir es que hay muchas casas de Madrid donde los dependientes no salen más que tres veces al año, un rato por la tarde.”

El siglo futuro. Diario católico, 29 de diciembre de 1896.

Sus ocupaciones eran muchas y variadas, desde recoger el almacén hasta limpiar el mostrador, adecentar el escaparate, atender a la clientela o hacer los recados y pedidos del dueño¹¹¹. Prácticamente todo salvo llevar la contaduría de la tienda, función reservada para el cabeza del establecimiento. Además, este régimen de internado y explotación, común en el resto del comercio europeo tradicional, incluía un período de aprendizaje de entre dos y tres años, en el que el comerciante no tenía que pagar nada a su pupilo a cambio de enseñarle el oficio. Sin embargo, casi todas las actividades finalmente llevadas a cabo durante este tiempo eran físicas y mecánicas, salvo la adquisición de destreza en vender los productos a la clientela, lo cual unido al régimen de servidumbre larvada y bajos sueldos hizo que fuera una salida laboral apetecible sólo para los inmigrantes rurales recién llegados, que aunque no supieran leer o escribir, aprendieran rápido (ver Figura 3.34). En ocasiones, eran los lazos de parentesco o los de paisanaje los que ayudaban a los que arribaban a la capital a encontrar rápidamente un establecimiento donde entrar como dependiente de comercio (Figura 2.40). De este modo se nutrió de dependientes la tienda de leñas y carbones de la calle Serrano nº 17, perteneciente al asturiano Francisco Martínez Fernández. En este establecimiento y en una sucursal que poseía en la calle Los Madrazo nº 13, Francisco tenía contratados a cinco dependientes de comercio a los que pagaba entre 250 y 300 ptas. anuales, de los cuales tres eran jóvenes veinteañeros oriundos de la misma comarca asturiana que Francisco, y apenas llevaban en la capital entre 2 y 4 años. Seguramente su entrada como mozos de comercio ya estaba apalabrada antes de que llegaran a la capital por familiares o amistades en común. No se ganaba mucho dinero, pero la alternativa era la jornalización. Ante esta tesitura, los jóvenes que empezaban a trabajar como

¹¹¹ NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio...*, Op. Cit.; SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*. Madrid, Cinca, 2005, pp. 346-349.

dependientes de comercio al menos tenían comida y cama caliente además de un lugar de trabajo estable.

Profesión	Proporción	Sueldo anual (ptas.)	Origen inmigrante	Características migratorias		
				Origen rural	Origen urbano	< 5 años residencia
Dependiente	78,87 %	253	93,15 %	93,65 %	6,35 %	55,34 %
Empleado	21,13 %	1.111	87,95 %	71,23 %	28,77 %	13,89 %
Diferencia	57,74	77,19 %	5,19	22,42		41,45

Figura 3.34. Características socioeconómicas de los dependientes y empleados de comercio del Ensanche Este de Madrid (1905). Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de 1905.

Más allá del omnipresente dependiente de comercio preindustrial, la falta de modernización del comercio madrileño hizo que, en contraposición, la figura del empleado de comercio fuera aún irrelevante en el Madrid de finales del siglo XIX, especialmente en su Ensanche. Los empleados de comercio surgieron a medida que la especialización en la venta y el trato al público se incrementaron. Eran hombres más mayores y preparados, con una experiencia más dilatada que los jóvenes horteras y, por lo tanto, tenían un sueldo anual estable cuya media en el Ensanche Este se situaba en las 1.100 ptas. en 1905, más de tres veces más elevado que el que poseían los dependientes (253,45 ptas. al año). Este sueldo les permitió independizarse y desligar lugar de trabajo y lugar de residencia, pudiéndose permitir el alquiler de una vivienda propia para él y su familia, acercando más su forma de vida a la de los empleados de oficina.

Sin embargo, fueron los agentes de seguros, corredores de comercio y agentes de cambio y bolsa el segmento comercial que más ascendió en el Madrid finisecular (Figura 3.32). Eran el reflejo de la modernización económica de un sector puntero en la ciudad, el financiero, gracias a su condición de eje nacional, punto donde el gobierno ideaba su política económica y crediticia, ciudad en la que se ubicaban la Bolsa más importante del país y el Banco de España, y donde situaban sus sedes los grandes grupos financieros extranjeros presentes en el país. No obstante, su incremento no fue porcentualmente tan notorio a escala madrileña como en el Ensanche Este, donde se ubicaba el edificio de la Bolsa y espacio urbano en el que residían muchos de los integrantes de este grupo. En una ciudad donde se afincaban las fortunas más grandes del país, los agentes de bolsa surgieron como *captadores* y gestores de capital y liquidez en un mercado como el financiero, que requería de ambos. Eran profesionales independientes y autónomos en su gran mayoría y que estaban situados en la cúspide de las actividades de compraventa, ya que su ocupación requería un grado de conocimiento y acceso a la información muy complejo y difícilmente asequible, y cuyos emolumentos procedían de las comisiones cobradas por las operaciones realizadas, operaciones de gran envergadura ya que cada agente de comercio y bolsa pagaba de media una contribución industrial en 1905 de 1.160 ptas. anuales sólo por ejercer su profesión, una cantidad muy elevada, pero que debía estar acorde a sus jugosos ingresos. Eran de los pocos exponentes del sector comercial de la ciudad en el que la modernización económica había entrado ya con fuerza en el último tercio del siglo XIX.

Del mismo modo que en el comercio, las pervivencias fueron más poderosas que los cambios entre los trabajadores y empleados que prestaban servicios personales en la ciudad, el segmento más numeroso a finales del siglo de los que realizaban actividades

terciarias en Madrid (Figuras 3.30 y 3.31). Las categorías más numerosas correspondían a los máximos exponentes de una economía urbana preindustrial que empezaba su retroceso. Por un lado se hallaban los servicios personales vinculados a una relación de dependencia, ligados al servicio doméstico fundamentalmente (algo más de un tercio del total), y por otro, aquellos que prestaban servicios de seguridad pública, como agentes de orden público, bomberos, guardias de arbolado y, sobre todo, militares y guardias civiles (entre el 46 y el 37%).

SECTORES DE OCUPACIÓN (HISCO)		HOMBRES			MUJERES		
5	Empleados y trabajadores en servicios personales	1878	1905	Dif.	1878	1905	Dif.
51	Dueños de establecimientos de restauración, alojamiento y servicios de ocio	3,91	5,84	+ 1,93	0,56	0,24	- 0,32
53	Cocineros, camareros y relacionados	3,18	4,10	+ 0,91	9,59	8,80	-0,79
54	Servicio doméstico	31,85	35,37	+3,52	83,69	86,85	+ 3,16
55	Porteros, personal de limpieza y relacionados	10,65	14,48	+ 3,83	2,88	2,92	+ 0,05
56	Lavandería, limpieza en seco y plancha	0,09	0,13	+ 0,04	3,05	0,95	- 2,09
57	Peluquería, barbería, esteticista y relacionados	3,82	2,88	- 0,94	0,11	0,16	+ 0,05
58	Servicios de seguridad: policía, militares, bomberos y guardias urbanos	46,50	37,20	- 9,30	0,11	0,06	- 0,05

Figura 3.35. Distribución de los trabajadores y empleados que realizaban servicios personales y que residían en el Ensanche Este por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1878-1905). Datos porcentuales. Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años. AVM, Estadística. Padrones de 1878 y 1905.

El uso del servicio doméstico era una práctica arraigada y muy extendida en las urbes europeas, especialmente en aquellas que eran Corte y capital como Madrid, donde residían las familias nobiliarias y burguesas más adineradas de la nación, parte de las cuales tenían auténticos séquitos de sirvientes para cubrir sus necesidades y servicios más variados. Ayudas de cámara, sirvientes, criados, mayordomos, cocheros, cocineros o mozos de cuadra se repartían por doquier entre los palacetes y hotelitos del Madrid del último tercio del siglo XIX, algunos de los cuales estaban en el Ensanche Este. Era una parcela que generaba muchos puestos de trabajo en el que, salvo en funciones específicas o en familias de cierto status, no eran requeridos conocimientos ni instrucción alguna, siendo un lugar de acceso laboral común para los inmigrantes de menor cualificación. Sin embargo, desde el ecuador de la centuria su peso empezaba a reducirse dentro del mercado laboral masculino debido a su abandono por trabajos mejor remunerados. La consecuencia fue su reemplazo por mujeres, que recibían unos jornales más reducidos y eran socialmente mejor vistas en el desempeño de este tipo de actividad, vinculada a las actividades del hogar, que en cualquier otra¹¹².

Por delante del servicio doméstico masculino, fueron los trabajadores adscritos a las tareas de seguridad y orden público los que coparon el grueso de los empleados en servicios personales. Era un rasgo distintivo derivado de la función política de Madrid. Las continuas algaradas, revueltas y golpes nacionales acaecidos a lo largo del siglo, cuyo éxito o fracaso se dirimía en las calles madrileñas, intensificó la política

¹¹² El papel de las mujeres en el mercado laboral madrileño y las principales características del servicio doméstico femenino serán abordados posteriormente.

gubernamental de mantener una fuerte presencia punitiva en ella. De ahí que tres cuartas partes de este grupo estuvieran formadas por militares y guardias civiles de distinta graduación, sin mencionar las quintas que venían anualmente a Madrid a realizar el servicio militar en los distintos acuartelamientos que rodeaban la ciudad¹¹³. Además, no sólo residía en la ciudad el personal militar necesario para garantizar el orden y la estabilidad política, sino también aquellos que tenían puestos de administración nacional en los ministerios de Guerra y de Marina, además de los más altos cargos del escalafón castrense. Tenientes coroneles, vicealmirantes, comandantes y generales de división, todos ellos con sueldos anuales que superaban las 5.000 ptas., fijaron su residencia en los principales y entresuelos de calles como Serrano, Velázquez o Claudio Coello. Algunos de ellos habían recalado en Madrid tras dar el salto a la vida política nacional beneficiándose de un prestigio obtenido a lo largo de una dilatada carrera militar (como el caso de Enrique Orozco de la Puente, general de división en el ministerio de Marina y elegido diputado por el partido conservador en 1876), aunque la mayoría participaba en instituciones, organismos públicos o juntas consultivas como el Consejo de Guerra y Marina, la Escuela Superior de Guerra o el Instituto Geográfico y Estadístico. Estos altos cargos del Ejército fueron de los primeros en mudarse al Ensanche Este, a las modernas manzanas que se construyeron en las décadas de los sesenta y setenta¹¹⁴. Su reducción porcentual de 1878 a 1905 fue más el reflejo estadístico del aumento del peso de jornaleros, artesanos y empleados de baja cualificación entre los vecinos del Ensanche Este debido a la edificación de inmuebles de menor calidad y de alquileres más bajos en las últimas décadas del siglo XIX, que consecuencia de una disminución real.

Escala salarial de los militares residentes en el Ensanche Este de Madrid (1878-1905)		
Salario anual (Ptas.)	1878	1905
Más de 10.000	7,23	5,81
9.000 - 9.999	2,41	0,86
8.000 - 8.999	3,01	3,66
7.000 - 7.999	3,61	5,59
6.000 - 6.999	6,63	9,46
5.000 - 5.999	7,83	11,18
4.000 - 4.999	8,43	4,52
3.000 - 3.999	15,66	23,87
2.000 - 2.999	10,84	18,06
1.000 - 1.999	11,45	10,32
Menos de 1.000	22,89	6,67
Sueldo medio	3.996,65 ptas.	4.288,20 ptas.

Figura 3.36. Datos porcentuales. Varones de entre 15 y 65 años. Los cálculos se han obtenido de los militares residentes en el Ensanche Este que declararon su sueldo anual. AVM, Estadística, padrones municipales de 1878 y 1905.

Más allá del apabullante dominio del servicio doméstico y del Ejército, pilares del ecosistema madrileño preindustrial, en el último tercio del siglo aumentó tímidamente el número de trabajadores empleados en servicios personales adscritos a la

¹¹³ En la informatización de los padrones municipales de la ciudad, el grupo de investigación al que pertenezco decidió no incluir las quintas que anualmente llenaban los acuartelamientos madrileños por ser población flotante ajena a la economía madrileña.

¹¹⁴ CARBALLO BARRAL, B.: “El despertar de una gran ciudad: Madrid”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 32, UCM, Madrid, 2010, pp. 131-152.

manutención, alojamiento, cuidado, limpieza y ocio de los residentes en la ciudad (ver Figura 3.35). El aumento de la población madrileña en la segunda mitad del siglo XIX influyó en la aparición de una demanda cada vez mayor de casas de hospedaje para los recién llegados y los transeúntes en la capital, opción barata de alojamiento que solían ofrecer mujeres viudas o solteras, que realquilaban algunas de las habitaciones de la vivienda en las que residían además de ofrecer comidas a sus huéspedes, para afrontar el alquiler de su hogar. Una de ellas era Concepción García Serna, que junto a su madre regentaba una humilde casa de huéspedes en la calle Serrano nº 56 duplicado por la que pagaba una contribución industrial anual 55 ptas., y en la que hospedaba a la altura de diciembre de 1905 a un joven estudiante universitario y a un militar, capitán del 14º tercio de guardias¹¹⁵. Pero las necesidades de alojamiento no sólo afectaban a aquellos que llegaban a la capital en busca de empleo o instrucción, sino también a los miembros de la alta sociedad europea que visitaban la ciudad por placer, cuyo número iba en aumento, y que exigían unos servicios de alojamiento, manutención y bienestar radicalmente diferentes. Sin embargo, la introducción de un servicio hotelero moderno que cubriera estas demandas burguesas y aristocráticas no llegó a la capital hasta principios del siglo XX con la construcción del hotel Ritz¹¹⁶.

En el Ensanche Este también se abrieron, como en el resto de la ciudad, más establecimientos de restauración para cubrir una demanda en constante crecimiento. Proliferaron restaurantes como el de *Buenavista* o cafés como los de *Lista* o *Jorge Juan* (futuros ejes culturales y literarios del Madrid de principios del siglo XX), en donde sus clientes podían degustar un “*café exquisito, los mejores vinos y licores*” además de contar con un formidable “*salón de billar*”¹¹⁷, generando empleos de camareros, mozos de comedor, cocineros y dependientes de cafetería. Sin embargo, estos negocios todavía no podían competir en prestigio y calidad con los ubicados en los barrios del centro, donde estaba floreciendo el proceso de institucionalización y renovación del ocio madrileño¹¹⁸. Pero en este espacio urbano sí aparecieron establecimientos de ocio modernos dedicados al espectáculo, el ocio o el deporte, que recalaron allí buscando terrenos amplios y baratos, inexistentes en el interior del casco antiguo, pero que a la vez estuvieran cercanos a éste y situados en entornos en auge como eran los Paseos del Prado y Recoletos. En el lado oriental de la ciudad, zona tradicional de esparcimiento y recreo de sus habitantes, se ubicaron en estas décadas nuevas actividades y espacios de ocio como los Jardines del Buen Retiro (en el solar donde posteriormente se levantaría el Palacio de Comunicaciones) o los del Tívoli, los denominados Campos Elíseos, que contaban con fuente, sala de bailes, teatro, plaza de toros y estanque¹¹⁹, la nueva plaza de toros inaugurada en 1874 por el arquitecto Rodríguez Ayuso, el frontón Jai Alai, el primero de pelota vasca de Madrid e inaugurado en 1891 en el antiguo Olivar de Atocha, el frontón del Retiro o el Tiro de Pichón, cerca del Hospital de Niño Jesús.

¹¹⁵ AVM, Estadística. Padrón de 1905.

¹¹⁶ PERLA, A.: “El Hotel Ritz de Madrid. Apuntes históricos y antecedentes: el Tívoli y el Real Establecimiento Tipográfico”, en *Espacio, tiempo y forma*, Serie VII, Historia del Arte, T. 22-23; 2009-2010, p. 236-273.

¹¹⁷ *El liberal*, 3 de noviembre de 1911.

¹¹⁸ ALAMINOS, E. y SALAS, E.: “Ocio y diversiones madrileños. Del reinado de Isabel II a la Segunda República”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Op. Cit., pp. 342-369.

¹¹⁹ Los Campos Elíseos, ideados por José Casadesús siguiendo la estela de los jardines del mismo nombre de París y Barcelona, abrieron sus puertas en 1864 con carácter temporal. Su existencia, en el lado izquierdo de la carretera de Aragón y a espaldas de la plaza de toros de Alcalá, estuvo vinculada al desarrollo urbanístico del Ensanche. ARIZA MUÑOZ, C.: “Jardines de recreo en Madrid: los llamados Campos Elíseos”, *Goya, Revista de Arte*, nº 204, Fundación Lázaro Galiano, Madrid, 1988, pp. 343-351.



Ilustración 3.9. Frontón de pelota vasca Jai Alai, inaugurado en 1891 en la calle Alfonso XII. Detrás del frontón se divisa el edificio del Hospital General, y a la derecha, el jardín botánico y la Cuesta de Moyano. Hacia 1895.

Pero el tímido aumento de los trabajadores empleados en el sector servicios ligados al ocio, a la restauración o al deporte en el Ensanche Este sólo representaba las primeras gotas de color en un lienzo que aún estaba en blanco y negro. De hecho, el segmento de los servicios personales que con más fuerza creció en el último tercio del siglo XIX en esta franja oriental de la ciudad, los porteros (ver Figura 3.35), no representaron ningún cambio de calado en los servicios madrileños, aunque su crecimiento vino derivado de la puesta en marcha de una promoción inmobiliaria moderna como la realizada por el marqués de Salamanca en la década de los 60¹²⁰. Su actividad constructiva en los amplios terrenos que adquirió al este del Paseo de la Castellana, donde erigió una gran cantidad de edificios concebidos de forma unitaria, de gran calidad, estratificados en altura y dirigidos hacia las clases medias y altas madrileñas, marcó irremediamente el carácter social de los futuros residentes de este espacio urbano así como la tipología de las promociones inmobiliarias que a título individual le sucedieron. De esta forma, el modelo de edificación puesto en marcha, con inmuebles de tres y cuatro alturas y, en su zócalo, una portería y dos tiendas, fue mimetizado por futuros rentistas, lo que hizo que el número de porterías en el Ensanche Este creciera desde las 196 existentes en 1878 a las 681 en 1905, en torno al 7% del total de viviendas habitadas en este espacio urbano (Figura 4.13)¹²¹.

Los porteros, que conformaban un grupo laboral numeroso y visible en esta parte de la ciudad, eran los encargados de cuidar, guardar, cerrar y abrir las puertas del portal en el que trabajaban, además de mantener aseadas las dependencias comunes, recibir la correspondencia, tomar los recados de sus inquilinos y recoger los pagos de los alquileres en nombre del propietario o el administrador de la finca. Su sueldo era anual y, aunque era reducido (en 1905 ganaban al año una media 619,48 ptas.), en sus emolumentos se incluía una vivienda de residencia con los gastos pagados, complemento fundamental de cualquier presupuesto familiar. Además, las ocupaciones del cargo podían ser despachadas a menudo por las esposas o los hijos del cabeza de familia mientras que éste se empleaba en otro trabajo para traer un dinero extra al hogar. Era un empleo de baja remuneración pero en el que se exigía poca cualificación y que eximía a sus acreedores de las mayores preocupaciones de todo jornalero: la búsqueda

¹²⁰ RODRÍGUEZ CHUMILLAS, I.: “La modernización del sistema inmobiliario madrileño: vías de cambio y novedades en la promoción urbana del siglo XIX”, en BEASCOECHEA GANGOITI, J. M^a, GONZÁLEZ PORTILLA, M. y NOVO LÓPEZ, P. A. (Eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2006, pp. 507-528.

¹²¹ AVM, Estadística, padrones de 1878 y 1905.

diaria de trabajo y el pago del alquiler de la vivienda a fin de mes. Estos factores convirtieron la portería en un empleo muy bien valorado a ojos de los inmigrantes de origen rural, los cuales llegaron a copar el 80% de las porterías del Ensanche Este en 1905¹²². Uno de estos *afortunados* fue Gregorio Flores García, de 40 años, quien en compañía de su esposa Martina Antón Canfranc, de 36, y procedentes de pequeñas aldeas del partido judicial de Molina de Aragón, en la provincia de Guadalajara, arribaron a la capital en febrero de 1905. En diciembre de ese mismo año, esta pareja ya residía en la portería del número 14 de la calle Lista, en el barrio de Salamanca, trabajo por el que Gregorio percibía 2,5 pesetas diarias, un sueldo similar al de un jornalero, pero con el importante matiz que de esta cifra no tenía que descontar partida alguna para el pago del alquiler de la vivienda, además de contar con la posibilidad de compaginar este empleo con otros trabajos esporádicos.

El crecimiento demográfico y físico de la ciudad también incentivó el aumento del servicio de transporte urbano tradicional, compuesto por coches de caballos (de tiro corto o largo), carruajes de número o plaza, diligencias, ómnibus, galeras, simones coches de tiro, carros de lujo de alquiler, etc. En la segunda mitad del siglo XIX, Madrid triplicó sus límites y duplicó su población, pasando a engrosar la larga lista de ciudades europeas que en el siglo XIX dejaron de ser ciudades abarcables a pie por sus habitantes (*walking cities* es el término original en inglés) y se vieron obligadas a instaurar modernos medios de transportes urbanos que comunicaran los barrios más alejados entre sí y con el centro de la urbe. Desde que José de Salamanca inaugurase el primer tranvía de la ciudad con la Compañía del Tranvía de Madrid en 1871, de tracción animal, y tras un parón inicial, las concesiones de nuevas licencias se dispararon, surgiendo nuevas compañías como la de los Tranvías del Norte de Madrid o la Compañía General Española de Tranvías, sociedades modestas que cuando tuvieron que acometer su electrificación en 1898, tuvieron que recurrir a capital extranjero para su explotación. Pero, a pesar de que las líneas del tranvía tuvieron 56 millones de viajeros en 1905¹²³, los medios de transporte tradicionales, de tracción animal, aún resistían con fuerza. A finales de siglo, el servicio público de carruajes de plaza y transporte todavía daba ocupación a centenares de cocheros, habiendo “*en circulación setecientos y pico coches de plaza, de Círculos y de Casinos, a los que había que agregar los particulares*”¹²⁴, cuyas principales paradas se hallaban dentro del área comprendida por la Puerta del Sol y las plazas de San Miguel, Santo Domingo y Callao. Fuera del casco antiguo, sólo el Ensanche Este albergaba paradas de entidad, situadas en las plazas de la Cibeles e Independencia y a lo largo de la calle Serrano¹²⁵.

Por término general, saber manejar un carruaje por las estrechas y concurridas calles madrileñas requería de una cierta maña y aptitud, lo cual les diferenciaba de la enorme masa jornalera. Aunque el inmigrante rural pudiera estar acostumbrado a llevar las bridas del ganado, dirigir un carruaje de cuatro o seis caballos desde el pescante en una gran ciudad donde el volumen de viandantes y tráfico rodado era mayúsculo era otro cantar. De hecho, eran constantes las alusiones en los periódicos a los atropellos y choques que acaecían diariamente, así como las chanzas sobre el acento de los cocheros

¹²² De los cerca de 700 porteros ocupados en el Ensanche Este de la ciudad, el 90% era de origen inmigrante, de los cuales el 93% era de origen rural. AVM, Estadística, padrón de 1905.

¹²³ LÓPEZ BUSTOS, C.: *Los tranvías de Madrid*, Aldaba, Madrid, 1993; GUTIÉRREZ, D.: *Tranvías de Madrid*, La Librería, Madrid, 2001.

¹²⁴ *El Globo. Diario liberal ilustrado*, jueves 23 de marzo de 1899.

¹²⁵ GILI RUIZ, R.: “El transporte y la articulación del espacio urbano”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939, Op. Cit.*, pp. 248-265.

y su desconocimiento de la urbe¹²⁶. En esta zona también tenían especial presencia alquiladores de coches de lujo como Manuel Plaza Mateos, Vicente Marcos Muñoz o Telesforo Casarrubios Torrejón, que tenían sus respectivas cocheras en Lagasca nº 38, Serrano nº 37 y Recoletos nº 4 respectivamente, ubicadas allí donde su demanda era mayor, al igual que los cocheros que prestaban un servicio personal y exclusivo a las familias aristocráticas y burguesas más adineradas de este espacio urbano¹²⁷.

Ser cochero de plaza, de lujo o contratado a tiempo completo para prestar servicio en una familia concreta demandaba aptitudes distintas y conllevaba diferencias de salario evidentes¹²⁸. Los mejores conductores eran contratados para los coches de alquiler de lujo o de forma personal por alguna familia nobiliaria, a los que se les requerían plena disposición, un comportamiento ejemplar, que conocieran la ciudad perfectamente y que tuvieran buena presencia y lenguaje. Como los requisitos eran más selectivos que en el caso de los coches de plaza, tanto los cocheros de establecimientos de alquiler de carruajes de lujo como los de una familia notable, disfrutaban de una ocupación estable y un sueldo anual que, en 1905, giraba en torno a las 1.057 ptas. de media. Por el contrario, los cocheros de carruajes de servicio público estaban menos especializados y no se les pedían requisitos ajenos a la pericia en la conducción del carruaje, además de no poseer puestos fijos, por lo que cobraban un sueldo diario, de entre 3 y 4 pesetas más propinas (unos 25 céntimos por jornadas maratónicas de más de quince horas¹²⁹). Unos y otros se diferenciaban en las horas de trabajo, el sueldo, el tipo de carruaje que dirigían y la indumentaria, circunstancia que les distanciaban en momentos de huelga al hacer reclamaciones distintas¹³⁰. Pero ambos, tanto los cocheros de punto, los de alquiler como los de carruajes de lujo, eran hijos de los medios de transporte urbano preindustriales, de tracción animal, los cuales veían con resignación y

¹²⁶ En *El Globo* del 21 de marzo de 1899 se hacía referencia a cómo un caballero que se había subido en el coche de plaza nº 382, propiedad del industrial señor Agulló, se topó con un cochero que “no sabía dónde estaba la Biblioteca y a qué lado caía el Paseo de Recoletos”. Del mismo modo, era normal relatar los distintos choques y desperfectos causados por los carruajes de punto, los *ripert* o los tranvías.

¹²⁷ Según el padrón de habitantes de Madrid de 1905, en el Ensanche Este de la ciudad había 130 cocheras y una decena de establecimientos dedicados al “alquiler de coches de lujo”.

¹²⁸ En la clasificación HISCO, los cocheros y conductores de vehículos de transporte de mercancías o personas privados y de tracción animal son clasificados con el código 98620. Sin embargo, consideramos que en una ciudad como Madrid, los cocheros prestaban un servicio de transporte a sus ciudadanos, por lo que los hemos considerado trabajadores empleados en el sector servicios.

¹²⁹ *La Gran Vía. Revista Semanal ilustrada*, 25 de marzo de 1894.

¹³⁰ A finales de marzo de 1899 hubo en Madrid una huelga de cocheros, tanto de los de plaza, de los de casinos y círculos, como de los de lujo, en la que reclamaron mejores jornales y menos horas de trabajo. El conflicto entre la sociedad de *La Unión de los cocheros de Madrid*, con más de 400 socios y que llegó a reunir a cerca de un millar de cocheros en el Liceo Rius el 10 de febrero de dicho año, y las distintas sociedades de alquiladores de coches de lujo, de casinos y de plaza de la ciudad duró nueve días, aunque el enfrentamiento era larvado desde el mes anterior. Durante la huelga, Madrid careció de servicio de carruajes, a pesar de que algunos industriales recurrieron a esquiroles y nuevos cocheros llegados de provincias para la ocasión. En ella, el alcalde Aguilar de Campoo y el ministro de Hacienda Raimundo Fernández Villaverde intervinieron como mediadores. Los cocheros de lujo reclamaban un sueldo de 5 ptas., 3,50 para sus lacayos y 3 para los mozos de de caballos; por su parte los cocheros de casinos y círculos reclamaron un sueldo de 3,50 ptas. diarias y una jornada laboral de 14 horas, mientras que los cocheros más numerosos, los de plaza, reclamaron un jornal de 3 ptas. diarias y una jornada de trabajo de 15 horas. Finalmente, los cocheros de lujo, los últimos en lograr un acuerdo ante la intransigencia de alquiladores e industriales, firmaron percibir 3,75 ptas. de jornal más la librea completa, el abrigo impermeable y los enseres de limpieza, mientras que los lacayos y los mozos de caballo ganarían 2,50 ptas. Por su parte, los cocheros de plaza y casinos vieron cómo su jornal se situó en las 2,75 ptas. y su horario laboral se circunscribió a 15 horas de trabajo, siendo abonadas 0,25 céntimos cada hora que superase este tiempo. El seguimiento de la huelga, las negociaciones y los acuerdos en *El Globo*, febrero y marzo de 1899.

miedo el ascenso del tranvía eléctrico desde finales de siglo, a lo que reaccionaron despreciando y ninguneando a sus conductores.

En definitiva, los servicios tradicionales todavía poseían una enorme relevancia en la ciudad y acaparaban una parte sustancial de su fuerza laboral en el último tercio del siglo XIX. Era impensable que un forastero que llegara a Madrid no viera por doquier a cualquiera de sus integrantes, desde las pequeñas tiendas familiares que abarrotaban calles como las de Toledo, Alcalá o Montera, detrás de cuyos mostradores despachaban jóvenes mozuelos, hasta los militares que paseaban con aire autoritario por la Puerta del Sol, las sirvientas que hacían la compra de la señora en alguno de los mercados de la ciudad, el cochero particular de tal o cual noble con su carruaje, los porteros que abrían la cancela del portal a uno de sus inquilinos en la calle de Serrano, el cura que salía de oficiar misa en la iglesia de San José o el guardia de seguridad que acababa de cerrar las verjas del Retiro. Destacaban por su número, por su indumentaria, por la calidad de sus productos o por el tipo de servicios personales que satisfacían, pero no por el grado de complejidad, conocimientos y técnicas necesarias para desempeñar sus funciones, por sus sueldos elevados (salvo en el caso de los altos rangos militares) o por lo novedoso de las actividades desempeñadas. Todos ellos prestaban unos servicios de carácter preindustrial y, aunque a comienzos del siglo XX todavía poseían un cierto empaque en la economía madrileña, sus horas estaban agotándose, empujadas por los primeros pasos que la ciudad dio en la segunda mitad del siglo XIX hacia su modernización económica, fruto de la creciente burocratización de la administración pública y de la profesionalización de la dirección, gestión y producción de las nuevas y potentes sociedades privadas de ámbito nacional.

3.2.2. *Las puntas de lanza de la modernización de los servicios madrileños.*

El triunfo de la revolución liberal y su difícil consolidación a lo largo del reinado de Isabel II inició la tortuosa senda de la industrialización española, la modernización de su red de transportes con la decidida apuesta por el ferrocarril, la articulación de un mercado interior y la construcción de un Estado centralizado (o al menos pretendía serlo) que sancionó el protagonismo político de Madrid a nivel nacional. En las décadas que sucedieron a la muerte de Fernando VII, los liberales emprendieron numerosas medidas organizativas, políticas, económicas y de infraestructuras que transformaron la faz madrileña. En estos años se consolidaron los cimientos de ese *nuevo Madrid* que surgiría en la segunda mitad de siglo. Se llevó a cabo la traída de aguas del Lozoya, la llegada del ferrocarril a Atocha, la ratificación del proyecto de Ensanche, se inauguraron, entre otras instituciones, la Bolsa de Comercio y el Congreso de los Diputados, las desamortizaciones crearon un mercado inmobiliario urbano de grandes plusvalías y, sobre todo, se edificó la nueva administración pública del país, más extensa, burocratizada y especializada, ubicándose en Madrid los órganos nacionales de decisión política, financiera, cultural y educativa más relevantes del país como el Gobierno y los distintos ministerios, los tribunales de justicia, nuevos y reformados organismos e instituciones públicas, la universidad central o las primeras aglomeraciones societarias que el capitalismo había engendrado en España.

Aunque los rasgos definitorios del mercado laboral madrileño en el último tercio del siglo XIX fueran la proletarización galopante de unas capas populares inmigrantes

de origen rural, la relevancia del negocio de la construcción, la corrosión de los oficios y la pervivencia de los servicios preindustriales, en él también se asentaron las bases de la modernización que el sector servicios de la ciudad experimentó en el primer tercio del siglo XX. Un impulso que vino de la mano de la edificación de una administración y una burocracia pública moderna, que consolidó a Madrid como centro de servicios políticos, jurídicos, económicos y culturales del país. A su vez, las nuevas sociedades y empresas de índole nacional constituidas en esta época, ubicaron sus sedes sociales en la capital, y trasladaron esa burocratización pública a las nuevas formas de gestión y administración que la complejización y expansión de la economía privada demandaba. De esta forma, la capitalidad liberal modernizó los servicios públicos y atrajo otros que, de consuno, tuvieron un efecto modernizador a modo de bola de nieve sobre el sector terciario, cuya eclosión se dejaría notar bien entrado el siglo XX.

La incipiente modernización de los servicios madrileños, aunque lenta, estuvo vinculada al triunfo del corporativismo, la colegiación y el control del conocimiento de las distintas profesiones liberales (con la aparición de los colegios de abogados, notarios, arquitectos o médicos), a la profesionalización, especialización y jerarquización de un nuevo corpus burocrático estatal a través de la institucionalización de formas de acceso legalmente reguladas y en principio objetivas (oposiciones y requerimiento de títulos profesionales controlados y expedidos por ley), así como su imitación por las nuevas organizaciones complejas capitalistas de nuevo cuño, como las grandes sociedades de ferrocarril o la banca privada, primeras empresas de ámbito nacional que ubicaron su sede social en la ciudad¹³¹. Comenzaba así lo que Max Weber denominó la *dominación legal con administración pública* del liberalismo, caracterizado por crear un corpus legislativo (derecho político y administrativo) por el cual se legalizó la formación de un cuerpo burocrático estatal encabezado por gestores técnicos profesionalmente cualificados, a los que se les encomendó labores específicas de dirección, gestión y administración dentro del Estado, que estaban sometidos a una jerarquía y vigilancia interna, con honorarios, gratificaciones o sueldos previamente establecidos y que prestaban tal servicio de manera objetiva, libre y a título personal¹³². De este modo, aumentaron su presencia en la capital los profesionales liberales, los altos cargos de la administración y demás empleados públicos surgidos del proceso español de expansión, reglamentación y consolidación del Estado liberal contemporáneo.

El nuevo organigrama del poder público liberal, asentado sobre las ciudades ungidas como capitales provinciales con la reforma de Javier de Burgos, significó la inoculación en sus mercados laborales de los primeros servicios modernos al ser elegidas como entes administrativos provinciales y regionales (según la relevancia anterior de cada urbe), suministradores de servicios políticos, judiciales y económicos a un espacio geográfico concreto. Sin embargo, esta gradual transformación de los servicios públicos (y de su imitación por los primeros colosos empresariales industriales) fue más profunda y rápida en Madrid. Su cambio de naturaleza de Madrid

¹³¹ DEL MORAL RUIZ, J., PRO RUIZ, J. y SUÁREZ BILBAO, F.: *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007; GARCÍA RUIZ, J. L.: “La empresa en Madrid: una realidad condicionada por la capitalidad”, en GARCÍA RUIZ, J. L. y MANERA ERBINA, C. (Dirs.): *Historia empresarial de España. Enfoque en profundidad*, LID, Madrid, 2006; F. GUILLÉN, M.: “Profesionales y burocracia. Desprofesionalización, proletarización y poder profesional en las organizaciones complejas”, en *REIS*, nº 51, 1990, pp. 35-52.

¹³² WEBER, M. (ed. ABELLÁN, J.): *Sociología del poder: los tipos de dominación*, Alianza, Madrid, 2012; VILLACORTA, F.: *Profesionales y burócratas: estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Siglo XXI, Madrid, 1989, pp. 28-31.

de *Corte* a *Capital* desarrollado con la revolución liberal amplificó la proporción de puestos de trabajo que la denominada economía de la capital, eminentemente terciaria, demandaba.

SECTORES DE OCUPACIÓN (HISCO)		HOMBRES			MUJERES		
0/1	Profesionales liberales y técnicos	1878	1905	Difer.	1878	1905	Difer.
0.1	Físicos y técnicos relacionados	0,40		-0,40			
0.2	Ingenieros y arquitectos	20,08	20,27	0,18	0,94	0,94	
0.3	Técnicos relacionados con la ingeniería y la arquitectura	1,20	1,95	0,74			
0.4	Pilotos de avión y capitanes de barco	0,40	1,25	0,85			
0.5	Biólogos y técnicos relacionados	0,40		-0,40			
0.6	Médicos, dentistas y veterinarios	12,85	13,17	0,32	3,13		-3,13
0.7	Técnicos relacionados (medicina, dentistería y veterinaria)	1,20	1,33	0,12	10,85	10,85	
0.8	Estadísticos, matemáticos, informáticos y técnicos relacionados	0,40	0,47	0,07			
0.9	Economistas						
11	Audidores	0,40	1,33	0,92			
12	Juristas	28,11	37,41	9,30			
13	Enseñanza	16,06	7,79	-8,27	87,50	65,09	-22,41
14	Religiosos	3,61	4,60	0,98	19,81	19,81	
15	Escritores, periodistas y relacionados	7,63	4,83	-2,80	3,13	0,47	-2,65
16	Escultores, pintores, fotógrafos y artistas creativos	2,01	2,34	0,33	0,47	0,47	
17	Compositores e intérpretes	4,82	2,81	-2,01	6,25	2,36	-3,89
18	Atletas, deportistas y relacionados		0,08	0,08			
19	Trabajadores profesionales, técnicos y no clasificados bajo otros epígrafes	0,40	0,39	-0,01			

Figura 3.37. Distribución de los profesionales liberales y técnicos relacionados residentes en el Ensanche Este por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1878-1905). Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrones de 1878 y 1905.

Los representantes y protagonistas de estos cambios empezaron a hacerse visibles primero en los barrios del centro y del Ensanche más acomodados y cercanos al eje Recoletos-Castellana (vía hacia donde basculó a finales de siglo el centro de poder político y económico de la ciudad), donde se aglutinaron los ministerios y las nuevas direcciones generales y negociados públicos, las sedes centrales de las sociedades españolas y extranjeras más relevantes y los despachos desde donde profesionales liberales como abogados, ingenieros, catedráticos, arquitectos o notarios, trabajaban como asalariados o habían abierto sus negocios particulares¹³³. Además, los nuevos

¹³³ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros*.

empleados públicos que cumplieran con el moderno perfil demandado por el Estado, basado en un nivel de formación y conocimientos técnicos verificables, y que disfrutaban de unos sueldos anuales acordes a la especialización requerida, engrosaron esa clase media madrileña que siguió el mismo esquema, bien ubicando su residencia en las calles más cercanas al centro neurálgico de la capital, la Puerta del Sol, o trasladándose a los modernos y acomodados barrios del Ensanche de la ciudad¹³⁴. De hecho, a lo largo del último tercio del siglo XIX, el número de profesionales liberales, técnicos, funcionarios de alto rango y gestores de empresas privadas presentes en Madrid aumentó considerablemente, con una presencia acusada en el Ensanche Este, donde su ascenso fue de 10 puntos porcentuales, del 15 al 25% (Figuras 3.30 y 3.31).

SECTORES DE OCUPACIÓN (HISCO)		HOMBRES			MUJERES		
2	Gestión y Administración	1878	1905	Difer.	1878	1905	Difer.
20	Altos cargos legislativos y administradores del Gobierno	54,10	52,35	-1,75			
21	Altos directivos de instituciones y organismos (públicos o privados)	39,34	37,65	-1,70		11,43	11,43
22	Supervisores, capataces e inspectores	6,56	10,00	3,44	100,00	88,57	-11,43

Figura 3.38. Distribución de los altos cargos de la administración pública y del sector privado residentes en el Ensanche Este por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1878-1905). Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrones de 1878 y 1905.

De esta forma, mientras que en el revés de la hoja de la modernización económica de la ciudad había que contabilizar esa población inmigrante de origen rural que sobrevivía a base de trabajos esporádicos y mal pagados y a unos trabajadores cualificados en regresión, en el lado opuesto, en el envés de esta hoja, surgió con fuerza un grupo profesional altamente cualificado, no en la manufactura artesanal preindustrial ni en la moderna producción industrial de bienes (factor que no llegaría hasta el final del primer tercio del siglo XX), sino en la dotación y prestación de servicios políticos,

El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931), Op. Cit.; CARBALLO BARRAL, B.: “Aires de cambio en el mercado laboral madrileño. El Ensanche Este de Madrid a la altura de 1900”, VV. AA.: *El trabajo y la memoria obrera. IX Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Asoc. de Amigos del Archivo Provincial de Guadalajara, Madrid, 2011, recurso electrónico; DE MIGUEL SALANOVA, S., DÍAZ SIMÓN, L. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “Los servicios: un sector clave en la transformación del mercado laboral de la ciudad de Madrid a comienzos del siglo XX”, en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México, Op. Cit.*, pp. 181-200.

¹³⁴ MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1982; CARBALLO BARRAL, B.: “El despertar de una gran ciudad: Madrid”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 32, UCM, Madrid, 2010, pp. 131-152; *Los orígenes del Moderno Madrid: El Ensanche Este (1860-1878)*, UCM, 2007, <http://eprints.ucm.es/6336/>, pp. 129-148; “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1860-1878). El distrito de Salamanca”, *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Junta de Comunidades de Castilla La Mancha, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, Vol. 1, Toledo, 2007, pp. 193-212; VICENTE, F., CARBALLO, B. y PALLOL, R.: “Entre palacetes y corrales. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid (1860-1905)”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (Coord.): *Ayeres en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Servicio de Publicaciones de la UAM, Murcia, 2008; VICENTE, F., PALLOL, R. y CARBALLO, B.: “Madrid en 1905, una ciudad segregada socialmente”, en FUENTES NAVARRO, M^a C. (ed.) *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Universidad de Granada, 2010.

financieros, judiciales y educativos, en la gestión de recursos públicos o privados y en la innovación de nuevas técnicas de producción y distribución ligadas a la segunda revolución industrial.

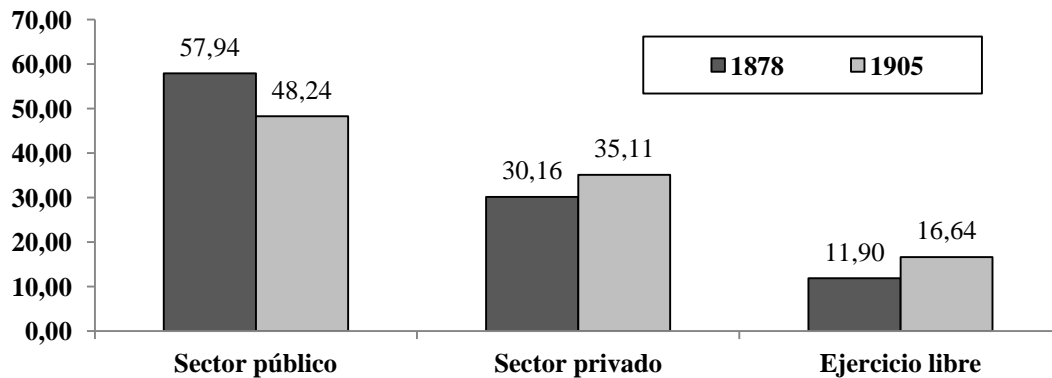


Figura 3.39. Integración laboral de los profesionales liberales, técnicos y gestores (categorías 0, 1 y 2 de HISCO) según la titularidad de la empresa, institución o negocio en la que realiza sus servicios. Datos porcentuales. Hombres de entre 15 y 65 años. Los cálculos se han realizado sobre aquellos que indicaron su lugar de trabajo o los que afirmaron pagar una contribución industrial por el libre ejercicio de su profesión. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1878 y 1905.

El motor dinamizador fue sin lugar a dudas el Estado, que apostó claramente por fortalecer el papel económico y gestor de su capital política. La burocratización de la administración pública hasta cotas insospechadas pocos años antes, la gestión de infraestructuras como el ferrocarril o las telecomunicaciones, la puesta en marcha de un moderno servicio estadístico, la centralización de la investigación universitaria nacional en Madrid, la captación de capitales para sufragar la Deuda pública o la monopolización del Banco de España de la impresión del papel moneda fueron factores que, entre otros, izaron al sector público de la ciudad en principal foco demandante de empleados y profesionales altamente especializados en la prestación de servicios. Sin embargo, a medida que la economía nacional se modernizaba, el sector privado se diversificó y complejizó, ganando presencia en la capital al situar en ella sus sedes sociales, que demandaban un capital humano especializado que asumiera funciones directivas y de gestión modernas¹³⁵. Del mismo modo, también aumentó proporcionalmente el número de profesionales liberales que implantaron su negocio en la ciudad, satisfaciendo las demandas de servicios jurídicos y asesoría legal, diseño de edificios e infraestructuras derivados de la administración pública o del sector privado, la prestación de atención médica, farmacéutica o educativa a la creciente vecindad de la ciudad, etc.

Estos profesionales, cuyo trabajo no se basaba en la destreza manual sino en el conocimiento científico-técnico y la actividad intelectual, se dividían en dos grandes grupos: por un lado, las denominadas *profesiones cultas*, preexistentes a la revolución industrial y que disfrutaban de un status socioeconómico privilegiado, como los médicos, los notarios o los abogados, habituados a ejercer su profesión de forma libre e independiente a cambio de unos honorarios que requerían a sus clientes, y por otro, los *profesionales del mercado*, surgidos de la industrialización, los adelantos tecnológicos y las nuevas infraestructuras, como los ingenieros industriales, civiles y los relacionados con el gas o la electricidad, cuyo auge estuvo ligado a la necesidad imperiosa del Estado

¹³⁵ CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: “La gran empresa en la España contemporánea: entre el mercado y el estado”, en COMÍN, F. y MARTÍN, P. (ed.): *La empresa en la historia de España*, Editorial Civitas, Madrid, 1996, pp. 73-92.

contemporáneo, su principal cliente, de modernizar sus infraestructuras de transporte, telecomunicaciones, distribución y generación de energía¹³⁶. Ambos grupos se beneficiaron de los cambios socioeconómicos que la revolución industrial generó a lo largo del siglo XIX, gracias a la ampliación y complejidad de las transacciones económicas, la conversión del suelo urbano en un mercado lucrativo y la construcción de nuevas infraestructuras como el ferrocarril, el gas o la electricidad.



Figura 3.40. Principales profesiones liberales y titulados residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.

Los profesionales liberales pertenecientes a ramas laborales ya existentes antes de la revolución industrial, como los médicos, abogados, notarios, arquitectos o boticarios, emprendieron procesos de colegiación en la segunda mitad del siglo XIX (semejantes sospechosamente a los otrora poderosos gremios y corporaciones artesanales), para defender y gestionar una posición socioeconómica de privilegio e independencia laboral de la que habían disfrutado hasta entonces. Se mostraron reacios al proceso de asalarización llevado a cabo por la administración pública y las grandes empresas capitalistas sobre las nuevas profesiones liberales surgidas a raíz de la industrialización, como los ingenieros, a los que se les contrataba de forma estable por un sueldo anual a costa de perder un cierto grado de autonomía y control sobre el tiempo y los servicios realizados¹³⁷. La mayoría de los profesionales liberales que ejercieron de forma libre y autónoma su labor pertenecían a este grupo, siendo usual la existencia de abogados, arquitectos o médicos con despachos u oficinas abiertas.

No obstante, en ocasiones algunos de sus integrantes lograban conjugar ambas realidades, estando empleados en alguno de los negociados ministeriales diseminados por la ciudad, por lo que recibían un sueldo anual, y a la vez prestando servicios de forma privada desde un estudio personal a cambio de unos honorarios estipulados. Uno de ellos fue Eduardo Reynals Toledo, arquitecto con estudio abierto en la calle Conde

¹³⁶ GARRARD, J. y PARROT, V.: “Craft, professional and middle-class identity: solicitors and gas engineers, c. 1850-1914”, en KIDD, A. y NICHOLLS, D.: *The making of the British middle class? Studies of regional and cultural diversity since the Eighteenth Century*, Sutton Publishing, Gloucestershire, 1998, pp. 148-168; GUILLÉN, M.: “Profesionales y burocracia. Desprofesionalización, proletarización y poder profesional en las organizaciones complejas”, en *REIS*, nº 51, pp. 35-52.

¹³⁷ VILLACORTA, F.: *Profesionales y burócratas: estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Siglo XXI, Madrid, 1989.

de Aranda nº 10, por el que pagó en 1905 una contribución industrial de 330 ptas. dicho año y donde recibió encargos como el cine y pista de patinaje modernista *Ideal Polistillo* de la calle de Villanueva, quien a la vez era empleado del ministerio de Hacienda, cargo por el que recibía un sueldo de 5.000 ptas. anuales¹³⁸. Algo más al norte, en la calle Goya nº 39, tenía su despacho de abogacía el recién casado Julio López Quiroga, que le costaba 125 ptas. de contribución industrial al año. Además de prestar servicios jurídicos y de representación a sus clientes, Julio ocupaba a la vez el puesto de secretario del Registro de la Propiedad Intelectual relativo al cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, adscrito al ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, por el que cobraba 2.000 ptas. anuales¹³⁹. Del mismo modo, el médico cubano Abdón Sánchez Fernández regentaba un consultorio médico en la calle Serrano nº 74, ocupación que compaginaba con el servicio a tiempo parcial que ofrecía en la casa de socorro sucursal de Buenavista por el que percibía un sueldo de 1.750 ptas. anuales¹⁴⁰.

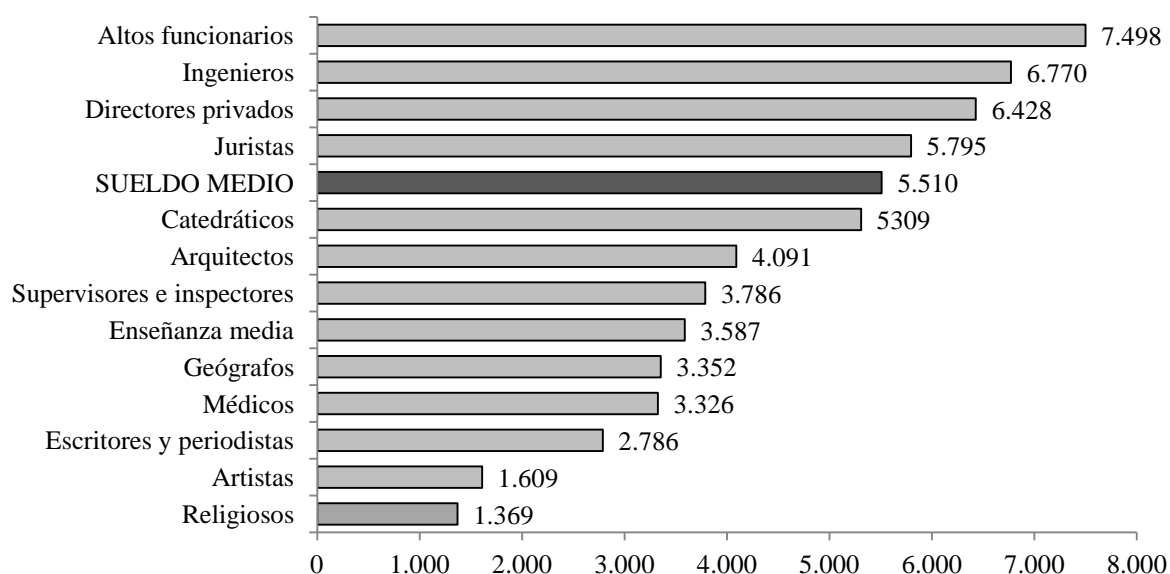


Figura 3.41. Sueldos medios anuales de las principales profesiones liberales residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905. Elaboración propia. Datos en pesetas. AVM, Estadística, padrón de 1905.

En otros casos, como el del gaditano Félix de Llanos Torriglia, que vivía junto a su esposa Antonia y su hijo recién nacido Luis en un principal del número 4 de la calle Goya en 1905, estos profesionales liberales renunciaron al ejercicio libre de sus funciones a cambio de concatenar varias ocupaciones. Como abogado, Félix logró dos empleos: uno en el ministerio de Hacienda por el que ganaba 4.000 pesetas, y otro en el Banco Hipotecario, por el que recibía 3.000, en total un sueldo de 7.000 pesetas que le permitía residir en una de las mejoras zonas del *nuevo Madrid* y tener a su cargo a una doncella, una cocinera y una nodriza. Para otros, los menos, la titulación sólo era una medalla más que lucir en un esmoquin de gala confeccionado por las relaciones familiares. Ejemplo de ello fue Javier Gil Becerril, propietario segoviano que supo jugar bien sus cartas y convertirse en apoderado del marqués de Comillas, Antonio López y López, en Madrid gracias a su enlace matrimonial con Isabel Biedma, nieta de Atanasio de Oñate, consejero desde 1882 de la naviera Compañía Transatlántica Española que

¹³⁸ AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.

¹³⁹ AVM, Estadística, padrón municipal de 1905 y *Guía Oficial de España*, Imprenta de “La Gaceta de Madrid”, Madrid, 1905.

¹⁴⁰ AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.

había fundado¹⁴¹. De esta forma, Javier fue contratado como abogado por dicha sociedad, cargo por el cual poseía el sueldo más alto de todo el Ensanche en 1905, 36.000 ptas. anuales, una remuneración más justificada por ser una persona de confianza que por los servicios jurídicos que pudiera realizar a la compañía¹⁴².

En cambio, la naturaleza de las funciones de profesiones más técnicas, como los ingenieros industriales, civiles o de minas, enfrascados en proyectos de distribución de agua y gas, en la generación de energía eléctrica o en la edificación de infraestructuras ferroviarias, telegráficas o telefónicas, eran más dilatadas en el tiempo, requerían de altos niveles de inversión de capital inicial e incluían labores de inspección y rectificación constantes. Por ello, desde muy temprano, tanto la administración estatal como las grandes sociedades ferroviarias y mineras, las primeras en adaptar los principios de la burocracia pública a su funcionamiento¹⁴³, preconizaron la asalarización anual de estos profesionales altamente cualificados para garantizarse su dedicación y atención exclusiva a sus proyectos. Sin embargo, la perentoria rapidez con la que el Estado liberal propugnó la modernización de las telecomunicaciones y los transportes nacionales, unido al auge de las grandes sociedades de capital tras las leyes de Banca y de Sociedades de Crédito de 1856, provocó un desfase manifiesto entre la creciente demanda del mercado laboral madrileño de profesionales altamente cualificados, y la reducida oferta de dicho capital humano que las instituciones educativas y científicas de la ciudad podían aportar.

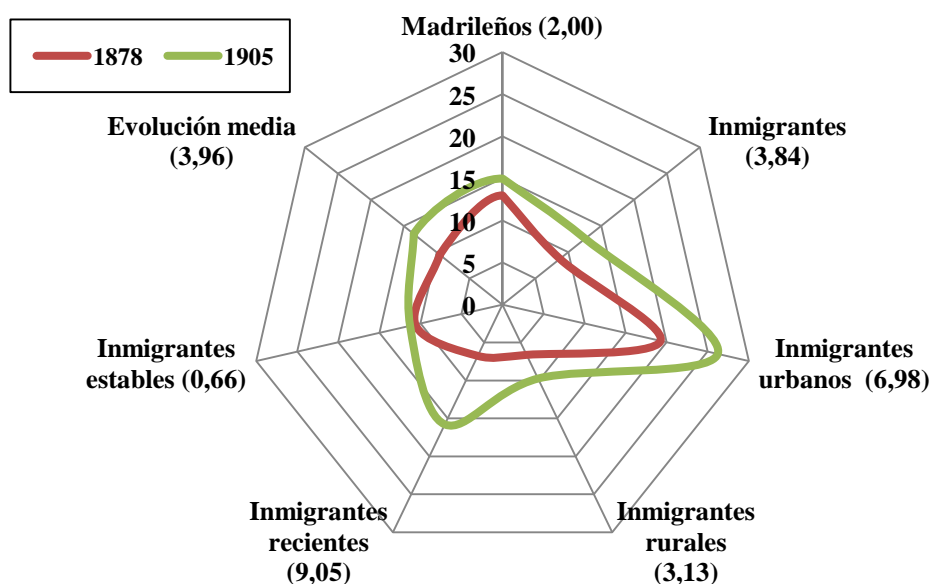


Figura 3.42. Distribución de los profesionales liberales, técnicos y titulados en función de su lugar de origen y estancia en Madrid. Hombres mayores de 14 años que declararon una profesión. Las cifras en paréntesis indican los puntos porcentuales de variación entre 1878 y 1905. AVM, Estadística, padrones de 1878 y 1905.

¹⁴¹ RODRIGO ALHARILLA, M.: "Vínculos personales, relaciones horizontales y decisiones verticales en el Grupo Empresarial Comillas", *Actas del VIII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica*, Santiago de Compostela, 2005.

¹⁴² AVM, sección de Estadística, padrón municipal de 1905.

¹⁴³ BALLESTEROS DONCEL, E. y MARTÍNEZ VARA, T.: "El empleo ferroviario como una construcción masculina. El caso de la compañía MZA, 1857-1936" en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Universidad de Alicante, 2003, pp. 335-355; VIDAL OLIVARES, J.: "Las compañías ferroviarias y la difusión de las modernas formas de gestión empresarial en España, 1850-1914", en COMÍN, F. y MARTÍN, P. (ed.): *La empresa en la historia de España*, Editorial Civitas, Madrid, 1996, pp. 285-302.

Por este motivo, como respuesta a esta potente demanda, profesionales liberales formados principalmente en otros centros urbanos del país, procedentes de ciudades industriales como Barcelona, en cuencas mineras como Vizcaya, Guipúzcoa o Asturias, o de capitales regionales como Sevilla, Zaragoza, Valencia o Valladolid, fueron reclutados por el sector público y privado afincado en la capital a lo largo del último tercio del siglo XIX¹⁴⁴. Fue este segmento, el de los inmigrantes recientes de origen urbano, el que más creció entre los profesionales liberales que desempeñaban su actividad económica en la ciudad como reacción a un mercado laboral constreñido por la escasa oferta de capital humano altamente cualificado.

Pero el problema que presentaba el mercado laboral madrileño y, por extensión, el español, no sólo se debía al número de profesionales cualificados disponibles sino también a su falta de experiencia y conocimiento en los procesos tecnológicos más modernos. Los nuevos requerimientos productivos iban más rápidos que la generación de profesionales capacitados para su desarrollo dado el relativo atraso económico, educativo y técnico del país en relación a otros punteros como Alemania, Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos¹⁴⁵. La participación de profesionales liberales extranjeros se circunscribió especialmente al ámbito de la modernización de las comunicaciones, los transportes y el suministro de energía, donde desplegaron una cierta tutela directiva y técnica sobre los autóctonos. De ahí que entre los ingenieros del Ensanche Este que mayor sueldo poseían en 1905, todos vinculados al sector privado, hubiera una buena representación de profesionales extranjeros, circunstancia omnipresente en las primeras décadas de integración española a la segunda revolución industrial¹⁴⁶.

Uno de ellos fue el ingeniero suizo Jacobo Schneider Wernly, quien siendo yerno de Jorge Guillermo Girod y Hentzi al estar casado con su hija Emma, el primero de una familia fabricante de relojes suizos en llegar a España, fundó en la ciudad la compañía *Jacobo Schneider Ingeniero* en 1888. Esta compañía, que dirigía personalmente y por la que pagaba 1.326 ptas. anuales de contribución industrial según el padrón de 1905, se especializó en la representación comercial e instalación de aparatos y sistemas de modernas casas industriales europeas dedicadas al saneamiento y bombeo de agua de los inmuebles, a la instalación de ascensores eléctricos, hidroeléctricos e hidráulicos del sistema *Stigler*, y al establecimiento de instalaciones de calefacción central por vapor, de secadores para la industria, mecanismos de instalación y todo tipo de maquinaria. Desde sus oficinas, almacén y taller de maquinaria, situadas en la calle de Alfonso XII nº 56, el número de instalaciones de estos aparatos ascensores y sistemas de calefacción y saneamiento realizadas creció notablemente desde finales del siglo XIX. Sus conocimientos técnicos avanzados y sus relaciones internacionales con otras casas comerciales pronto consolidaron a Schneider como uno de los instaladores de ascensores y elevadores más importantes no sólo de Madrid, donde desbancaría a la primera empresa española del sector, la madrileña *Munar y Guitart*,

¹⁴⁴ CARBALLO BARRAL, B.: “El papel de los profesionales liberales en el mercado laboral de Madrid (1900-1930) III *Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea*, AHC, Vitoria, 2012 (Libro CD).

¹⁴⁵ MALUQUER, J.: “Crisis y recuperación económica en la Restauración (1882-1912)”, COMÍN, F.; HERNÁNDEZ, M. y LLOPIS, E. (eds.): *Historia económica de España. Siglos X-XX*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 243-284; TORTELLA CASARES, G.: “La iniciativa empresarial, factor escaso en la España contemporánea”, en COMÍN, F. y MARTÍN, P. (ed.): *La empresa en la historia de España...*, pp. 49-60.

¹⁴⁶ CARBALLO BARRAL, B.: “Aires de cambio en el mercado laboral madrileño. El Ensanche Este de Madrid a la altura de 1900”, en VV. AA.: *El trabajo y la memoria obrera. IX Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Asociación de Amigos del Archivo Provincial de Guadalajara, Madrid, 2011, recurso electrónico.

sino de todo el país. Además, su fulgurante entrada en el sector se basó en una potente campaña de publicidad incluida en los principales periódicos a principios del siglo XX en la que se destacaba el empaque socioeconómico de las instituciones y empresas que habitualmente requerían sus servicios, como el Banco Hispano Americano, el Congreso de los Diputados o el edificio de la revista *Blanco y Negro* de ABC¹⁴⁷.

Nombre	Edad	Lugar de nacimiento	Sueldo anual	Empresa
Antonio González Echarte	41	Madrid	30.000	Hidráulica Santillana
John Frederick Allan	46	Gran Bretaña	25.000	Productos Químicos de Huelva S.A.
Luis De la Peña Braña	37	Madrid	25.000	Servicio de gasificación
Carlos Eimes Hoepfener	42	Moscú (Rusia)	25.000	Sociedad General Azucarera de España
Ramón Peironcelly Elósegui	43	Madrid	22.000	Compañía de ferrocarril del MZA
Leopold Fernand	38	Nantes (Francia)	20.000	Compañía madrileña de electricidad
Camilo Joinard Collin	41	Los Vosgos (Francia)	15.000	Ferrocarriles NORTE
Gerard Ernst Oudeken	48	Bélgica	15.000	Sociedad General Industria y Comercio
Luis James Stradera	47	San Mamet (Francia)	14.000	Compañía de ferrocarril del MZA
Marcelo Servet Comín	66	Valencia	12.500	Compañía nacional de tabacos

Figura 3.43. Recopilación de los ingenieros mejor pagados residentes en el Ensanche Este de Madrid. AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.

Ante tal contexto económico, era evidente que desempeñar una profesión liberal o disponer de una titulación técnica era una de las mejores oportunidades para subir peldaños en el escalafón social, al proporcionar un prestigio público y social notorio y poseer unos abultados ingresos anuales, ya que el sueldo medio ascendía a las 5.510 ptas. anuales a comienzos del siglo XX (ver Figura 3.41). Éstos eran sustanciosos y claramente diferenciados de los que percibían el resto de los empleados en el sector servicios. Además, todo aquel que lograba un título profesional ya no perdía tal condición el resto de su vida, prestara o no sus servicios. A lo largo de su vida laboral y en un mercado de trabajo en el que estaban muy cotizados, la degradación profesional no existía, y en el horizonte las dudas sólo surgían entre ejercer sus servicios libremente o de forma asalariada, ya fuera bajo el paraguas de la administración pública o en las filas de las nuevas empresas industriales¹⁴⁸.

Por ello, la mayor parte de sus integrantes llevaron a cabo una estrategia de reproducción social consistente en que su descendencia cultivara el factor que era determinante en su posición, su elevada y específica cualificación profesional. Estas familias apostaron claramente por sufragar una educación universitaria o técnica para sus hijos varones, siendo más de la mitad de los mayores de 14 años los que declararon cursar uno de estos estudios en 1905. Este proceso empezó a hacer mella también entre las familias propietarias afincadas de Madrid, donde la proporción de hijos varones que alargaban su educación era del 47%, incluso en aquellos casos donde la riqueza de la familia era tal que la prole no necesitaba tener más ocupación que la mera

¹⁴⁷ A principios del siglo XX, los anuncios de Schneider en periódicos diarios como *La correspondencia de España* o *La época* y en publicaciones especializadas como los *Anuarios de electricidad*, *Vida marítima* o *La construcción moderna* fueron constantes. Biblioteca Nacional de España.

¹⁴⁸ Los seguimientos nominativos realizados a los profesionales liberales varones residentes en el Ensanche Este a lo largo de los padrones municipales de 1860, 1878 y 1905 confirman que la degradación laboral no se produjo en ningún caso. AVM, Estadística.

administración de las propiedades que heredaban¹⁴⁹. Así, el continuismo profesional acaecido entre padres e hijos varones siguió una clara tendencia alcista en el último tercio del siglo XIX, pasando del 16 al 51% entre 1878 y 1905.

Profesión de los hijos varones de los profesionales liberales mayores de 14 años	1878	1905	Diferencia
Profesionales liberales	16,22	51,52	+30,09
Empleados	24,32	22,22	-2,10
Otras profesiones	59,46	26,26	-33,20
% Estudiantes sobre el total	35,59	54,09	+18,50

Figura 3.44. Movilidad social de las familias encabezadas por profesionales liberales de padres a hijos. Hijos varones mayores de 14 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones de 1878 y 1905.

Aunque la espita de la modernización del sector servicios madrileño iniciada en la segunda mitad del siglo XIX adquirió notoriedad gracias a los profesionales liberales, técnicos y gestores demandados por la nueva maquinaria burocrática de la administración pública y privada, ésta no se circunscribió únicamente a los cuadros directivos del mercado laboral. De hecho, la verdadera fuerza de este proceso de modernización recayó en el impulso transformador que ejerció sobre el creciente funcionariado y los cargos medios que vehiculaban la actividad diaria de las nuevas organizaciones empresariales.

SECTORES DE OCUPACIÓN (HISCO)		HOMBRES			MUJERES		
3	Empleados y trabajadores de cuello blanco	1878	1905	Difer.	1878	1905	Difer.
30	Empleados y relacionados sin especialización ni sector conocido	8,97	6,46	-2,51	28,57	20,00	-18,57
31	Funcionarios públicos	58,97	45,30	-13,67	57,14	46,70	-10,44
32	Taquígrafos, mecanógrafos, escribientes y relacionados	1,72	2,93	1,21			
33	Empleados de banca, tenedores de libros y relacionados	5,34	11,04	5,70		13,30	13,30
36	Empleados de transporte público (conductores, revisores, etc.)	1,53	1,88	0,35			
37	Correos	4,20	3,15	-1,05			
38	Teléfonos y telégrafos	2,29	3,08	0,79		13,30	13,30
39	Empleados privados no clasificados bajo otros epígrafes	16,98	26,14	9,16	14,29	6,70	-7,69

Figura 3.45. Distribución de empleados y trabajadores de cuello blanco residentes en el Ensanche Este según su sexo por categorías profesionales de HISCO (1878-1905). Datos porcentuales. Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años. AVM, Estadística. Padrones municipales de 1878 y 1905.

La atribución de nuevas competencias y la profundización de las que ya poseía por parte del Estado liberal supusieron la consolidación en la ciudad de la primera organización burocrática nacional, una organización que no sólo requería agentes,

¹⁴⁹ CARBALLO BARRAL, B.: “El papel de los profesionales liberales en el mercado laboral de Madrid (1900-1930) III Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea, AHC, Vitoria, 2012 (Libro CD).

gestores y cargos profesionales altamente cualificados que la dirigieran. La administración pública también necesitó dotarse de savia nueva, de una mano de obra con unos conocimientos e instrucción medios superiores a los preexistentes y que fueran verificables de forma objetiva, que ofrecieran un servicio profesionalizado a cambio de un sueldo anual estable y que se les ofreciera la posibilidad de ascender en el escalafón interno según la antigüedad¹⁵⁰. De este modo, la consolidación de la *meritocracia* como sistema de elección del funcionariado transformó la noción de empleados de cuello blanco adscritos a la administración pública, aumentando su especialización y eliminando gradualmente la figura decimonónica del cesante (retratada por Benito Pérez Galdós en *Miau*), empleado de la administración que debía su cargo a su pertenencia o simpatía a un determinado partido político y que se veía obligado a abandonarlo al dejar éste el poder, en espera de que el turno se lo devolviera en el futuro.

Ministerios	246	43,01	Direcciones, delegaciones y otras dependencias estatales	83	14,51
			Dependencias municipales	47	8,22
<i>Hacienda</i>	72	29,27	Centros educativos	42	7,34
<i>Fomento</i>	58	23,58	Sin especificar	40	6,99
<i>Gobernación</i>	39	15,85	Deuda y Tesoro público	30	5,24
<i>Instrucción pública</i>	30	12,20	Casa de la Moneda	22	3,85
<i>Guerra</i>	13	5,28	Tribunales de justicia	20	3,50
<i>Gracia y Justicia</i>	13	5,28	Compañía Arrendataria de Tabacos	18	3,15
<i>Estado</i>	11	4,47	Congreso de los Diputados	15	2,62
<i>Marina</i>	10	4,07	Instituto Geográfico y Estadístico	9	1,57

Figura 3.46. Distribución de los empleados públicos residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905 por lugar de trabajo. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

La expansión de los servicios públicos estatales generó en la capital la aparición de más dependencias ministeriales y el engrosamiento de las existentes con nuevos negociados, direcciones generales y oficinas, y la aparición o reforma de instituciones y organismos que, como la Casa de la Moneda (1864), el Instituto Geográfico (1870) o el Banco de España (que recibió en 1874 el monopolio de la emisión de papel moneda nacional), cubrieran las nuevas necesidades administrativas en materia hacendística, judicial, educativa, financiera, estadística, militar o científica entre otras. De esta forma, se potenció la inmigración hacia la capital de las hornadas anuales de jóvenes de todo el país salidos de las escuelas especiales y las escuelas profesionales en busca de un empleo público que les convirtiera en *usufructuarios del presupuesto*, les diera estabilidad y la posibilidad de fraguarse una dilatada carrera de ascensos al calor del Estado¹⁵¹. Los excedentes de capital humano del campo y de otros núcleos urbanos emprendieron rumbo hacia Madrid desde la segunda mitad del siglo XIX, en un proceso de dilatación de la administración pública que monopolizó la oferta de empleados y trabajadores de cuello blanco de la que disponía la ciudad a comienzos de la

¹⁵⁰ VILLACORTA BAÑOS, F.: *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Siglo XXI, Madrid, 1989, especialmente pp. 28-75; PERROW, C.: "Una sociedad de organizaciones", *REIS*, nº 59, 1992, pp. 19,55.

¹⁵¹ DEL MORAL RUIZ, J., PRO RUIZ, J. y SUÁREZ BILBAO, F.: *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007, pp. 148-358.

Restauración (ver Figura 3.45). Madrid representaba la cúspide de todo el organigrama del poder público estatal, allí donde se concentraban la información y el poder y donde las posibilidades de ascender profesionalmente eran mayores.

Además, las autoridades municipales y provinciales madrileñas, a pesar de la sombra alargada del poder estatal en la ciudad, también habían iniciado su dilatación, motivada por el crecimiento demográfico y espacial que experimentó Madrid en esta segunda mitad del siglo XIX y las derivadas demandas de servicios municipales. El Consistorio estaba encargado de la gestión diaria de una gran variedad de servicios y funciones fundamentales para la vida de sus residentes. Tuvieron que abordar la costosa pero ineludible construcción de las redes de alcantarillado, agua, gas y red eléctrica por una ciudad que se expandía como una balsa de aceite, a lo que se le añadía posteriormente su administración, gestión y mantenimiento. Por otro lado, la corriente europea de municipalización de servicios básicos como el abastecimiento, la regulación del comercio y los puestos públicos, el transporte, la higiene y sanidad, la seguridad ciudadana, la beneficencia o el ornato de las calles, también llegó a los principales núcleos urbanos españoles aunque con cierto retraso respecto a las británicas, francesas o alemanas. De esta forma, a finales de siglo se inició la ampliación de cuadrillas de jardineros, barrenderos, guardias de arbolado, obras públicas, servicio contra incendios e inspectores de seguridad para los nuevos barrios y calles que se iban colmatando, empleados de sanidad y beneficencia para las Casas de Socorro, operarios y técnicos para el control de higiene de aguas, mataderos, alimentos, mercados públicos, cementerios y pozos de nieve privados (focos de infección permanente), o maestros, secretarios y porteros para el funcionamiento del centenar de escuelas públicas gratuitas de primera enseñanza que sufragaba el consistorio a finales de siglo¹⁵². Una creciente gestión y ampliación de nuevos servicios públicos que provocó que las necesidades recaudatorias de las arcas municipales aumentaran en consecuencia, motivando indirectamente una mayor inversión en empleados de arbitrios y consumos, vigilantes de puertas, inspectores de hacienda y supervisores de policía urbana¹⁵³. La burocratización de la administración pública estaba en marcha desde mediados del siglo XIX, y sólo fue cuestión de tiempo que este tipo de organización diera el salto al ámbito privado de la mano de las grandes sociedades ferroviarias y financieras surgidas de la concentración de capitales a que dio lugar la Segunda revolución industrial.

El ferrocarril fue la piedra angular y el verdadero motor de la industrialización del país, articulando la economía nacional y erigiendo a la capital como su punto de anclaje¹⁵⁴. La expansión de la red de transportes a raíz de la Ley General del Ferrocarril

¹⁵² Según el propio ayuntamiento, a 1 de enero 1878 sufragaba un total de 88 escuelas públicas de primaria de niños y niñas en el que asistían 12.244 alumnos, los cuales “no pagan retribuciones escolares y reciben además los libros que usan dentro de las escuelas, el papel de escribir, las plumas y la tinta”. Para el año económico 1877-1878, el presupuesto municipal de las Escuelas públicas de Primera Enseñanza de Madrid ascendió a 629.608,76 ptas., partida que aumentaría hasta las 703.427,50 ptas. en el año económico de 1891-1892. *Escuelas de instrucción primaria que costea el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, su situación y presupuesto, y noticias estadísticas varias*, Ayuntamiento de Madrid, Imprenta y Litografía de los Asilos de San Bernardo, 1878 y *Presupuestos de Gastos e ingresos para el año económico de 1891-1892, aprobados por la Junta Municipal*, Ayuntamiento de Madrid, Imprenta y litografía municipal, 1891. AVM, sección Contaduría, signatura 9-245-1.

¹⁵³ CARBALLO, PALLOL y VICENTE: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital...*, Op. Cit.; GILI RUIZ, R. y VELASCO MEDINA, F.: “Ayuntamiento y administración municipal”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Op. Cit., pp. 300-308.

¹⁵⁴ ARTOLA, M (Dir.): *Los ferrocarriles en España, 1844-1943*, 2 vols., Servicio de estudios del Banco de España, Madrid, 1978.

de 1855 facilitó la creación de los dos colosos empresariales del sector, la MZA en 1856 (Madrid-Zaragoza-Alicante), financiada con capital procedente de los Rothschild, la sociedad de crédito francesa Gran Central y el marqués de Salamanca, y la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España en 1858 (NORTE), con aportación de capital de los banqueros Pereire y la sociedad anónima crediticia franco-española Crédito Mobiliario Español¹⁵⁵. Ambas sociedades fueron las más relevantes y las de mayor capital desembolsado de todas las que se fundaron a lo largo de la Restauración, siendo las primeras en perseguir una presencia física efectiva en todos los puntos de su territorio. Siguiendo su estela, una nueva oleada de compañías ferroviarias fueron fundadas tras el fin de la crisis financiera de 1865-1866, motivadas por la estabilidad política de la Restauración y la Ley de Ferrocarriles de 1877. Su negocio se hallaba en densificar la red ferroviaria nacional por medio de la vía estrecha, por lo que su cariz era más regional que nacional. Sin embargo, compañías como Ferrocarriles Andaluces, Madrid-Cáceres-Portugal (MCP) o Ferrocarril del Sur de España, y empresas más modestas como las concesionarias de las líneas de Tajuña, de Medina a Salamanca o de Zafra a Huelva, también querían estar situadas cerca del gobierno y de sus divisiones de ferrocarril, allí donde se negociaban los contratos y adquisiciones, por lo que ubicaron de igual forma que NORTE y MZA sus sedes sociales en la capital¹⁵⁶.

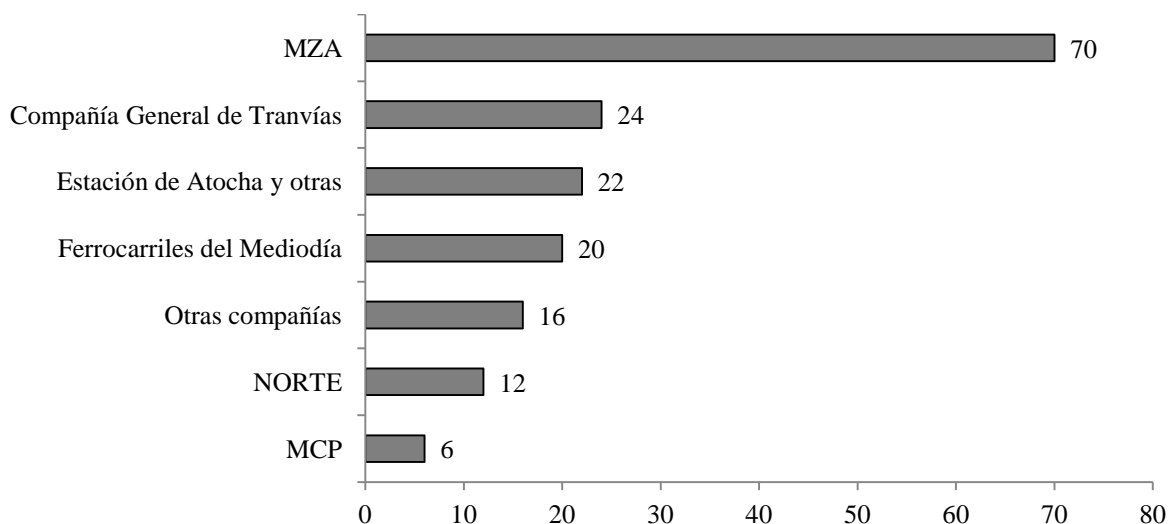


Figura 3.47. Distribución de los empleados de ferrocarril y de tranvías residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905 por empresas. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

La rápida expansión económica del ferrocarril a lo largo de la segunda mitad del XIX en España (y Europa), convirtió a este sector empresarial en pionero en aplicar en su estructura la nueva organización del trabajo industrial caracterizada por la creciente división, especialización y burocratización de la producción, gestión y administración de su actividad económica. Al igual que el Estado liberal, estas compañías, además de absorber a decenas de trabajadores manuales cualificados y una pléyade de obreros a jornal y temporeros en sus talleres, almacenes, estaciones y vías, consolidaron unas oficinas centrales en Madrid, donde un número cada vez mayor de empleados cualificados intelectual y técnicamente se encargaba de las labores de gestión,

¹⁵⁵ TORTELLA, T.: *A guide to sources of information on foreign investment in Spain, 1780-1914*, International Institute of Social History, Amsterdam, 2000.

¹⁵⁶ GARCÍA RUIZ, J. L.: “La empresa en Madrid: una realidad condicionada por la capitalidad”, en GARCÍA RUIZ, J. L. y MANERA ERBINA, C. (Dir.): *Historia empresarial de España. Enfoque en profundidad*, LID, Madrid, 2006, pp. 361-390.

supervisión y administración de la empresa a nivel nacional (ver Figura 3.29). Mozos de estación, conductores de tren, cobradores del tranvía, oficinistas, carpinteros, ingenieros, interventores estatales y mecánicos. Todos ellos tenían cabida en uno de los motores económicos más sólidos de la ciudad. Las dependencias, talleres y oficinas de las distintas empresas ferroviarias del país demandaron un amplio abanico de trabajadores de distinto rango y cualificación, dando lugar a modernas organizaciones económicas complejas.

En 1905, el joven Francisco Galán Soria, hijo de 21 años de un anciano portero viudo y que declaraba ser mozo de estación; el herrero Juan Antonio Romero Fernández, natural de Chinchilla (Albacete) y ganador de un jornal de 5 pesetas; Diego Tinant López, nacido en Almodóvar (Cuenca), oficinista en los alrededores de Atocha a cambio de un sueldo anual nada desdeñable de 2.375 pesetas; y el ingeniero de caminos madrileño Ramón Peyroncelly Elósegui, cuyo salario anual alcanzaba la astronómica cifra de 22.000 pesetas, tenían algo en común: el dinero con el que pagaban su comida, su alojamiento, su ropa, etc., procedía de la misma mano, la compañía de ferrocarril MZA, de la que Ramón acababa de ser nombrado subdirector en dicho año¹⁵⁷, y que tenía una presencia apabullante en torno a la estación de Atocha. Seguramente no se conocieran, pero formaban parte de un mismo entramado económico, de una misma empresa, de una misma organización¹⁵⁸. La cercanía a la estación ferroviaria de Atocha, reformada por Antonio Palacios en 1895 y convertida en una de las mayores estaciones de Europa¹⁵⁹, y la pionera puesta en marcha de los tranvías en la ciudad por parte del marqués de Salamanca¹⁶⁰, consolidaron los transportes como uno de los servicios más pujantes de la capital. Aunque el impacto del ferrocarril en el mercado laboral del Ensanche Este no llegó en ningún caso al volumen y extensión con el que lo hizo en el sector meridional¹⁶¹, lo cierto es que a la altura de 1905 su influencia en este espacio urbano era más que notoria, dando trabajo directo (sin contabilizar los empleados públicos adscritos a las distintas divisiones de ferrocarriles) a cerca de 200 empleados y oficinistas, otros tantos trabajadores manuales cualificados y jornaleros y a un número indeterminado de profesionales liberales y técnicos.

Las oficinas centrales ferroviarias de Madrid se arrogaron el papel de directores de orquesta del comercio y la distribución nacional, especializándose en prestar servicios financieros y de gestión. Aunque la producción industrial madrileña era todavía testimonial, su capacidad de ofrecer servicios de gestión, administración y coordinación creció gracias a la ayuda de los despachos telegráficos, correos y, ya en el siglo XX, las líneas telefónicas. Las compañías ferroviarias no sólo aseguraron y regularon el tráfico comercial del mayor centro consumidor nacional, sino también redistribuyeron desde las dársenas de las estaciones madrileñas las miles de toneladas

¹⁵⁷ CODERCH SERRA, R. y TERÁN GALINDO, F.: “Ramón Peyroncelly”, en *Revista de obras públicas*, Tomo I, 1927, Madrid.

¹⁵⁸ AVM, sección de Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

¹⁵⁹ AGUILAR, I; NAVASCUÉS PALACIO, P., y HUMANES BUSTAMANTE, A.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*. Colegio Oficial de Arquitectos, Madrid, 1980.

¹⁶⁰ El marqués de Salamanca creó en 1871 con ayuda de capital británico, el primer tranvía de Madrid, que unía el Barrio de Salamanca con el de Pozas a través de la Puerta del Sol.

¹⁶¹ VICENTE ALBARRÁN, F.: “Los barrios de hierro en la gran capital: trabajadores del ferrocarril y espacio urbano en los padrones municipales de Madrid (1860-1905), IX Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos, *El trabajo y la memoria obrera*, Guadalajara, 2009; *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)...*, Op. Cit.

que diariamente pasaban por ella¹⁶². La prestación de estos modernos servicios no fueron específicos de Madrid, capital política y financiera nacional pero irrelevante industrialmente, sino que fueron unas atribuciones adquiridas de forma similar por las restantes capitales europeas, que se erigieron en las bases logísticas de las economías de escala regionales y nacionales de tipo *marshalliano* surgidas a lo largo del proceso de creación capitalista. La City londinense fue el acompañante imprescindible de las fábricas de Manchester; París, de las cuencas mineras del noreste francés; Berlín, de las regiones industriales del Sarre y del Ruhr; tal y como Madrid lo fue de las industriales Barcelona y Bilbao, toda vez que la primera, incapaz de producir sus propios bienes, era un mercado succulento donde colocar la producción de las segundas.

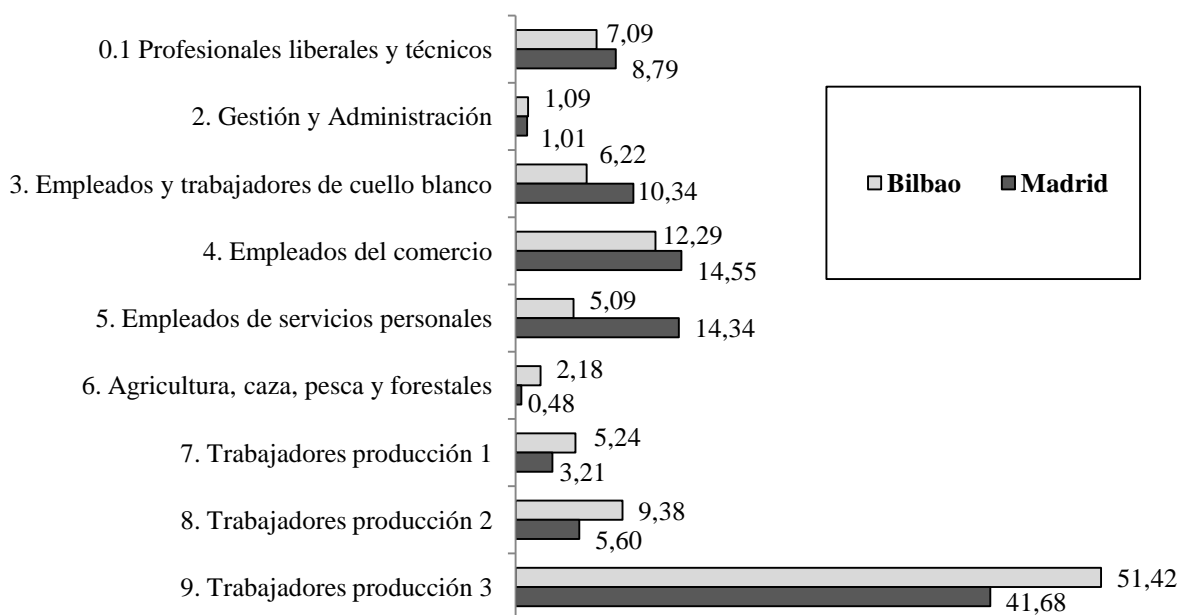


Figura 3.48. Comparación de la estructura profesional masculina de Madrid y Bilbao a comienzos del siglo XX, siguiendo la codificación de HISCO. Hombres entre 15 y 65 años que declararon alguna profesión en los padrones municipales. En el caso madrileño, los datos corresponden a 1905, y han sido extraídos de los Ensanches Este y Norte, gracias a Rubén Pallol Trigueros, y numerosos barrios del casco antiguo, obtenidos por Santiago De Miguel Salanova y Luis Díaz Simón, a los que agradezco que me hayan prestado su información. De esta forma, el número de casos utilizados para Madrid asciende a 51.190 hombres que declararon una profesión en el padrón de 1905. Por otro lado, los datos relativos a Bilbao pertenecen al padrón municipal de la ciudad de 1900 y me han sido facilitados personalmente por el Grupo de Demografía Histórica e Historia Urbana de la Universidad del País Vasco, a cuyos integrantes agradezco el permiso concedido para publicarlos aquí. Datos porcentuales. AVM, Estadística.

De forma coetánea a la expansión del ferrocarril y a la concentración de sus oficinas centrales en la capital, el sector financiero nacional hizo lo propio. Las leyes de Banca y de Sociedades de Crédito aprobadas en 1856 diseñaron las bases de la liberalización del sistema bancario español, fomentando la aparición de numerosos bancos regionales de inversión y emisión y de distintas sociedades de crédito de mayores dimensiones. Sin embargo, la liberalización del sector no significó la pérdida de la capitalidad financiera de Madrid sino su consolidación¹⁶³. Albergar a las más altas

¹⁶² GÓMEZ MENDOZA, A.: "Ferrocarril, abastecimientos y mercado nacional: Madrid, 1875-1931", en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*..., Vol. 1, pp. 351-375.

¹⁶³ SANZ GARCÍA, J. M^a: *Madrid, ¿Capital del capital español?: contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975.

instancias políticas y financieras ya existentes, como el Congreso de los Diputados, la monarquía, el ministerio de Hacienda, la Bolsa de Comercio o los Bancos de San Fernando y San Carlos, fue un polo de atracción para muchas de las nuevas sociedades que, como el Crédito Mobiliario Español (fundado en 1856), el Banco de Castilla (en 1871) o el Banco Hipotecario (en 1872), situaron sus respectivas sedes sociales en la Villa. Ya en 1864, Madrid albergaba el 20% de los bancos nacionales y el 65% de su capital¹⁶⁴, un papel hegemónico en el ámbito financiero nacional que le hizo salir mejor parada de la grave crisis económica internacional de 1866 (aunque la Compañía General de Crédito suspendió pagos, la Sociedad Española Mercantil e Industrial se disolvió y el Crédito Mobiliario Español redujo fuertemente sus partidas) y que se llevó por delante al 31% de los bancos nacionales y al 60% de las sociedades de créditos que se habían fundado en las demás regiones españolas¹⁶⁵.

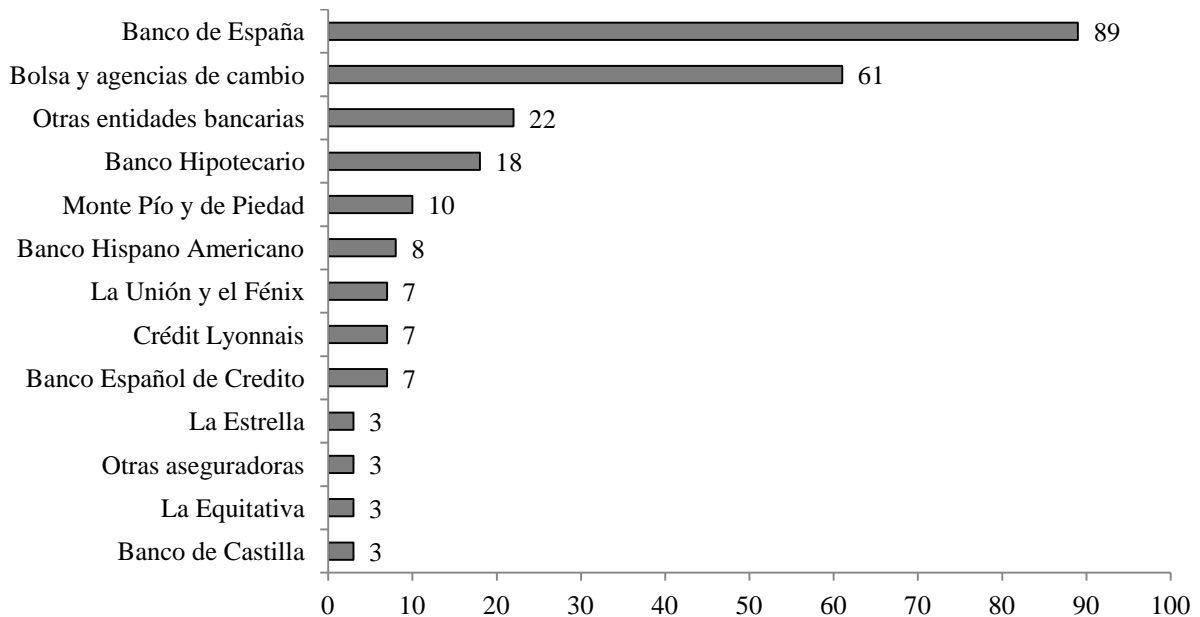


Figura 3.49. Distribución de los empleados adscritos al sector financiero residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905 por lugar de trabajo. AVM, Estadística. Padrón municipal de 1905.

Una posición de privilegio que quedaría apuntalada de nuevo con una decisión política más que económica: la concesión del monopolio de la emisión de papel moneda al Banco de España en 1874, sancionada por ley en 1876¹⁶⁶. Era lógico. La ciudad era el lugar donde se ubicaban las principales ramas del poder estatal, el centro de atracción de los excedentes de capital nacionales para su inversión en los negocios financieros más jugosos de la época, el préstamo al Estado, la compraventa de acciones en la Bolsa y la inversión en suelo urbano. De esta forma, el número de oficinas de instituciones, sociedades y casas de banca como las de Aldama, Bauer, Benard, G. Rolland o García

¹⁶⁴ TORTELLA, G.: *Los orígenes del capitalismo en España: banca, industria y ferrocarriles en el siglo XIX*, Tecnos, Madrid, 1995.

¹⁶⁵ GÁRATE OJANGUREN, M. M.: "El desarrollo del sistema bancario", en GONZÁLEZ ENCISO, A. y MATÉS BARCO, J. M. (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 349-378.

¹⁶⁶ TEDDE DE LORCA, P.: "Los primeros cincuenta años del Banco de España (1782-1931)", en MARTÍN ACEÑA, P. y TITOS MARTÍNEZ, M.: *El sistema financiero en España: una síntesis histórica*, Universidad de Granada, 1999, pp. 53-82; TEDDE DE LORCA, P.: "La banca" en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*, dirigida por José M^a JOVER ZAMORA, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 353-390.

Calamarte, que se afincaron en Madrid y que proporcionaban servicios financieros a escala nacional creció de forma continuada, dando cobijo a un nutrido grupo de empleados de cuello blanco cualificados y a una clase profesional en ascenso. No obstante, los servicios financieros de la ciudad todavía se hallaban en una fase embrionaria, excesivamente dependiente de la banca oficial. El cambio de siglo, con la repatriación de capitales de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, la creación de un nuevo coloso financiero como el Banco Hispano Americano y la aparición de las primeras compañías de seguros tras la ratificación en 1900 de la Ley de accidentes de trabajo, trajo consigo nuevos mojones en el camino de la modernización de este sector¹⁶⁷.

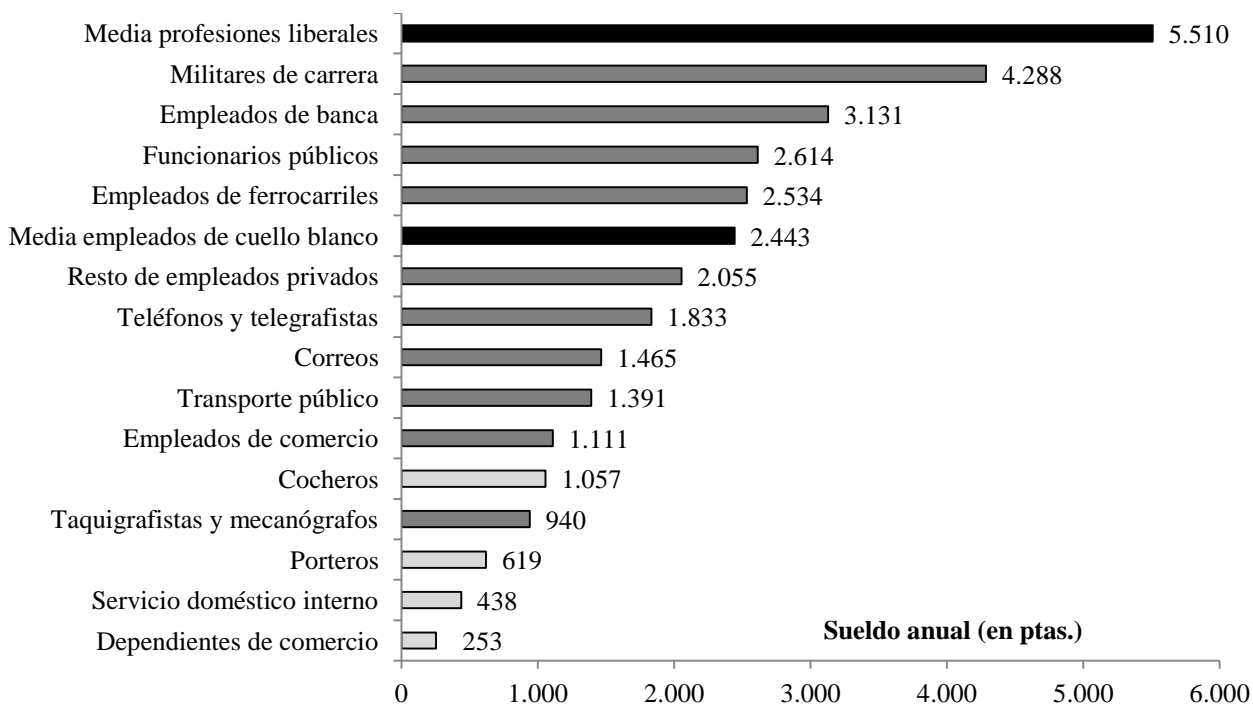


Figura 3.50. Escala salarial anual de los distintos empleados de cuello blanco varones residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905. También se ha incluido su sueldo medio anual y el de los profesionales liberales (en negro) así como los de las categorías laborales más representativas de los servicios preindustriales (en gris claro). AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

Unos y otros, los empleados públicos, los de banca, los de telecomunicaciones y los integrados en las grandes sociedades ferroviarias, representaban a comienzos del siglo XX los gérmenes de la futura transformación de Madrid en una economía de servicios modernos. La misma naturaleza del trabajo que realizaban, cualificado y en contacto con las innovaciones tecnológicas más recientes, enmarcados en empresas de un volumen de actividad nunca conocido hasta entonces, y con una relación contractual basada en la asalarización anual, son elementos que constatan que el sector servicios madrileño daba muestras de una esperanzadora vitalidad en los albores del siglo XX. Es cierto que, a grandes trazos, los empleados madrileños seguían ocupados en una alta

¹⁶⁷ GARCÍA RUIZ, J. L.: “Noventa años de gran banca comercial: el Banco Hispano Americano, 1900-1991”, *Revista de la historia de la economía y de la empresa*, nº 1, 2007, pp. 117-139; GARCÍA RUIZ, J. L. y TORTELLA CASARES, G.: “Trayectorias divergentes, paralelas y convergentes: la historia del Banco Hispano Americano y del Banco Central, 1901-1965” en GARCÍA RUIZ, J. L. y HERNÁNDEZ ANDREU, J. (coords.): *Lecturas de historia empresarial*, Madrid, Civitas, 1994, pp. 401-427; PONS PONS, J.: “El seguro de accidentes de trabajo en España: de la obligación al negocio (1900-1940)”, en *Investigaciones de Historia Económica*, nº 4, 2006, pp. 77-100; BAHAMONDE, A. y CAYUELA, J.: *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*. Alianza Editorial, Madrid, 1992.

proporción en sectores tradicionales escasamente modernizados en sus pautas y formas de relación laboral, como era el caso de los dependientes de comercio, el servicio doméstico, las porterías o los cocheros, pero la existencia de funcionarios de carrera, telegrafistas, empleados de ferrocarril y de banca, cuya cualificación y conocimientos eran valorados sintomáticamente por el mercado laboral con los sueldos anuales más elevados, indicaban que no todo era estancamiento en la economía madrileña.

Bajo la aparente impresión de una cierta inercia, se estaban produciendo pequeñas transformaciones que, al menos en lo cualitativo, ya marcaban profundas rupturas con el pasado. A medida que la ciudad creció en número de habitantes, su economía se diversificó y complejizó, al igual que ocurrió en las grandes urbes europeas¹⁶⁸, enriqueciéndose tanto de los procesos endógenos que se estaban produciendo en su interior con la llegada de la electricidad y la aparición de nuevas empresas de entidad como la Compañía General Madrileña de Electricidad, las cerveceras Mahou y El Águila o la Sociedad Española de Construcciones Metálicas, como con las transformaciones a nivel internacional que en ámbitos como las telecomunicaciones, los transportes, los movimientos de capital y las relaciones comerciales se estaban produciendo y que consolidaron las ventajas económicas de las *economías de aglomeración* que representaban las ciudades¹⁶⁹. Vientos modernos resoplaban en lontananza. Aquel *poblachón* manchego de la primera mitad del siglo XIX, que había entrado en la pubertad gracias a la unción recibida como capital del Estado liberal, empezaba a intuir la sociedad de consumo a principios del siglo XX. La consolidación de una base laboral formada por profesionales liberales, técnicos, empleados públicos y oficinistas cualificados pertenecientes a sectores como el ferrocarril o la banca, cuyos ingresos eran holgados y estables, hizo posible el aumento de la demanda de bienes de consumo, servicios y nuevas formas de ocio urbano, germen de la aparición de una oferta de ocio cada vez más diversa y potente. Un proceso imparable de cambio que se hizo visible en primer lugar en aquellas zonas del espacio urbano en el que sus protagonistas ubicaron sus residencias, tales como los barrios más acomodados del Ensanche Este¹⁷⁰.

Sin embargo, las profundas transformaciones socioeconómicas que experimentaron las ciudades europeas en la segunda mitad del siglo XIX gracias al desarrollo del liberalismo y a la eclosión de la segunda revolución industrial no afectaron por igual a su población. De hecho, las mujeres, que suponían más de la mitad de sus habitantes, quedaron excluidas de los beneficios de la legislación liberal y de las nuevas posibilidades laborales que el capitalismo introdujo en sus mercados de trabajo, arrinconadas a ámbitos laborales tradicionales y preindustriales, imposibilitadas para desempeñar y estudiar determinadas profesiones y víctimas de una nueva concepción del trabajo capitalista que minusvaloró e hizo invisibles sus actividades económicas.

¹⁶⁸ La vinculación entre el tamaño demográfico de las ciudades y las funciones y capacidades económicas de éstas deriva del estudio de las urbes alemanas que Adna Weber realizó a partir del censo profesional de Alemania de 1882. En PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la 2ª Guerra Mundial*, Op. Cit., pp. 76-82.

¹⁶⁹ BALL, M., y SUNDERLAND, D.: *An economic history of London, 1800-1914*, Routledge, London and New York, 2001; BRIGGS, A. y BURKE, P.: *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, Taurus, Madrid, 2002, pp. 125-212.

¹⁷⁰ Ver capítulo 4.

3.3. La cara oculta de la Luna. Mujeres y trabajo en el Madrid de la Restauración.

3.3.1. El subregistro documental del trabajo femenino.

El principal escollo en el análisis de la participación laboral femenina en los mercados laborales formales de Europa occidental durante la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX se halla en una tozuda realidad documental: el subregistro, la invisibilidad y, en determinados casos, la ocultación flagrante de sus actividades económicas¹⁷¹. Este fenómeno provocó que las tasas de actividad femenina calculadas a partir de las herramientas estadísticas ideadas por los regímenes liberales europeos desde principios del siglo XIX, como censos nacionales, padrones municipales, registros del trabajo o matrículas industriales y comerciales de los distintos puntos geográficos del continente registrasen, con matices, un pronunciado y artificial descenso de la participación de las mujeres en los mercados laborales formales.

TASA DE ACTIVIDAD LABORAL DE ESPAÑA SEGÚN EL CENSO NACIONAL						
	1877	1887	1900	1910	1920	1930
Hombres	68,7	65,4	70,3	67,4	66,7	65,6
Mujeres	17,1	15,8	15,2	10,1	9,5	9,2

Figura 3.51. Fuente: SOTO, A.: “Cuantificación de la mano de obra femenina (1860-1930), en *La mujer en la Historia de España (siglos XVI-XX)*, Actas de las 2^{as} Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. 1984, Seminario de Estudios de la Mujer en la UAM, Madrid, pp. 279-298.

De esta tendencia bajista también formó parte España en su conjunto¹⁷², especialmente sus núcleos urbanos, tal y como demuestran las investigaciones realizadas en Bilbao, Pamplona, Barcelona, Sabadell o Madrid¹⁷³. Su origen se encuentra en la expansión de la industrialización capitalista y su nueva concepción del trabajo y el mercado, en la forma en que cambiaron los roles sociales adjudicados a hombres y mujeres en la nueva sociedad y en cómo este discurso social impregnó a quienes idearon y llevaron a cabo las distintas medidas legislativas, educativas y jurídicas y sus correspondientes herramientas estadísticas.

¹⁷¹ PÉREZ FUENTES, P.: “El trabajo de las mujeres en la España de los siglos XIX y XX. Consideraciones metodológicas”, *Arenal, Revista de Historia de las mujeres*, Vol. 2, 2, 1995, pp. 219-245; ARBAIZA VILALLONGA, M.: “La “cuestión social” como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930), *Historia Contemporánea*, 21, 2000, pp. 395-458; BORDERÍAS, C.: “Suponiendo que ese trabajo lo hace la mujer. Organización y valoración de los tiempos de trabajo en la Barcelona de mediados del XIX”, en CARRASCO, C. (Ed.): *Tiempos, trabajos y género*, 2001, UAB, Barcelona, pp. 103-131; GÁLVEZ, L.: “Breadwinning Patterns and Family Exogenous Factors: Workers at the Tobacco Factory of Seville during the Industrialization Process, 1887-1945”, *International Review for Social History*, 42, Supplement 5, 1997, pp. 87-129.

¹⁷² SOTO, A.: “Cuantificación de la mano de obra femenina (1860-1930), en *La mujer en la Historia de España (siglos XVI-XX)*, Actas de las 2^{as} Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. 1984, Seminario de Estudios de la Mujer en la UAM, Madrid, pp. 279-298.

¹⁷³ GONZÁLEZ, M. (Dir.): *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, Población y Ciudad)*, Fundación BBV, Bilbao, 1995; MENDIOLA, F.: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2002; OYÓN, J.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008; CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, Madrid, 1995. CARBALLO, PALLOL y VICENTE: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008.

“La preocupación por la educación de la mujer muere casi antes de nacer. La mujer nunca llega a la educación por sí misma, sino a través del hombre y para hacer felices a quienes le rodean”.

ROUSSEAU, J. J., *Emilio o la educación*, 1762.

Desde mediados del siglo XIX, se profundizó en la ya preexistente división sexual del trabajo¹⁷⁴, distinguiendo entre el *trabajo productivo* (relativo a la producción de bienes y servicios destinados al mercado a cambio de una retribución monetaria en la mayoría de los casos, de un salario), que pasó a ser realizado fundamentalmente por hombres, y el *trabajo reproductivo* (destinado a realizar actividades que asegurasen el reemplazo generacional, incluyendo el cuidado de los hijos, el sostenimiento del hogar, la manutención, vestir a la familia, etc.), que sería el nombre eufemístico bajo el cual se incluiría la mayor parte del trabajo doméstico y del que se encargarían las mujeres¹⁷⁵. Era el modelo teórico del *male breadwinner*, que instauraba los roles sociales del *ganador de pan* y la *ama de casa*, que se nutría del tradicional patriarcado y que dominó el discurso social del largo siglo XIX europeo¹⁷⁶. De esta forma, las *tareas reproductivas del hogar* y sus *trabajadoras* sufrieron una honda degradación económica y social al no estar remuneradas con un salario ni dirigidas hacia el mercado de consumo¹⁷⁷, un mercado del que también fueron discriminadas como consumidoras¹⁷⁸.

“Cuando la eficiencia es la misma, pero el salario desigual, la única explicación posible es la costumbre: basada en prejuicios o en la constitución actual de la sociedad, la cual (al hacer que la mujer casi siempre sea, socialmente hablando, un apéndice de algún hombre) permite que los hombres tomen sistemáticamente la parte del león de todo lo que pertenece a ambos. Cuando un empleo (como sucede en muchos oficios) se divide en varias partes, algunas de las cuales se considera que sólo pueden ejecutarlas hombres, mientras que en las otras se emplean mujeres o niños, es natural que aquellos de los que no se puede prescindir, obtengan mejores condiciones para sí que los otros”.

STUART MILL, J.: *Principios de economía política con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*, 1848.

De ahí derivó la marginación de las mujeres de los mercados laborales formales, división que benefició tanto a los sindicatos y a los trabajadores varones, porque evitó la

¹⁷⁴ SARASÚA, C.: “The role of the State in shaping women’s and men’s entrance to the labour market. Spain, 18th and 19th centuries”, *Continuity and Change*, Vol. 12, nº 3, Cambridge University Press, 1997.

¹⁷⁵ SCOTT, J. W.: “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en DUBY, G. y PERROT, M. (Dir.): *Historia de las Mujeres*, Vol. 4, Taurus, Madrid, 1993, pp. 405-435; SCOTT, J. W. y TILLY, L. A.: “El trabajo de la mujer y la familia en Europa durante el siglo XIX”, en NASH, M. (Ed.): *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1984, pp. 54-59; DEL AMO DEL AMO, Mª C.: *Mujer, familia y trabajo, Madrid 1850-1900*. Universidad de Málaga, 2009.

¹⁷⁶ HORRELL, S. y HUMPHRIES, J.: “The Origins and Expansion of the Male Breadwinner System. The case of Nineteenth-Century Britain”, *International Review for Social History*, 42, Supplement 5, 1997, pp. 25-64; PÉREZ FUENTES, P.: ““Ganadores de pan” y “amas de casa”: otra mirada sobre la industrialización vasca”, UPV, Bilbao, 2003.

¹⁷⁷ NASH, M.: “Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX” DUBY, G. y PERROT, M. (Dirs.): *Historia de las Mujeres*, Vol. 4, 1993, Taurus, Madrid, pp. 515-532; MARÍN MUÑOZ, Mª R.: “Trabajo femenino, política familiar y teorías económicas”, *Boletín económico de ICE*, nº 2774, 2003, pp. 5-11.

¹⁷⁸ BORDERÍAS, C., PÉREZ-FUENTES, P. y SARASÚA, C.: “Gender inequalities in Family Consumption: Spain, 1850-1930”, en VV. AA.: *Gender inequalities, households and the production of well-being in Modern Europe*, Ashgate, 2010, pp. 179-196.

sobreabundancia de mano de obra y la reducción de sueldos, como a los capitalistas, que vieron cómo la labor social reproductiva era efectuada gratuitamente por las mujeres, reduciendo así la presión de los trabajadores hacia el aumento del jornal¹⁷⁹. Se pasó de unas estrategias familiares sustentadas en la obtención de un *salario de familia*, compuesto por la suma de los emolumentos (monetarios o en especie) de cada uno de los miembros del hogar, a la búsqueda de un *salario familiar*, siempre más teórico que real, entendido como aquél que, ganado por el cabeza de familia (varón), pudiera mantener a toda la prole.

Este cambio en los roles sociales generó dos fenómenos socioeconómicos y culturales ligados entre sí. Por un lado, la ya mencionada *separación* laboral entre hombres y mujeres, caracterizada no sólo por la reclusión de las mujeres al trabajo reproductivo, que dejó de ser considerado como *trabajo* a los ojos de la economía, el derecho y la legislación liberal, sino también por la creencia de la existencia de trabajos de mujeres y trabajos de hombres¹⁸⁰. Esta segregación laboral por sexo concibió el segundo fenómeno: una *jerarquización* salarial y cultural en la que los trabajos realizados por los hombres contaron con un reconocimiento y valor social que le fue negado al trabajo reproductivo realizado por las mujeres, gracias al cual fue posible una eficiente reducción de gastos en el hogar (en la compra de alimentos, búsqueda de agua, mantenimiento de la vivienda, remiendos de ropa, cuidado de los hijos, etc.) y la postergación estatal de la puesta en marcha de políticas sociales para paliar necesidades colectivas como la vejez, la enfermedad o la viudedad, que eran cubiertas fundamentalmente por las mujeres en el seno del hogar y la familia¹⁸¹. Separación y jerarquía entre sexos. Ambos factores influyeron irremediabilmente en la disparidad de oportunidades laborales de hombres y mujeres a lo largo del siglo XIX y en la profundización en la discriminación salarial entre ambos¹⁸². Para las mujeres, los mercados de trabajo formales distaron mucho de ser mercados de competencia perfecta ya que fueron numerosos los sectores en los que la ley les prohibió expresamente su acceso. Además, las medidas legislativas aprobadas en España en el último cuarto del siglo XIX, de tintes claramente paternalistas y que regulaban la edad, el tipo y las horas de trabajo de hombres, mujeres y niños, tuvieron un efecto disuasorio en la contratación de mano de obra femenina al imponer una legislación laboral segregada.

Se impuso así la brecha salarial entre trabajadores de ambos sexos, ungida por la justificación de que el trabajo femenino, al ser sólo complementario al del salario principal obtenido por el cabeza de familia, no tenía el mismo valor¹⁸³. Pero la discriminación salarial entre hombres y mujeres no fue consecuencia de los parámetros económicos clásicos, basados en los costes de oportunidad, la productividad o la

¹⁷⁹ BORDERÍAS, C.: “Suponiendo que ese trabajo lo hace la mujer. Organización y valoración de los tiempos de trabajo en la Barcelona de mediados del XIX”, en CARRASCO, C. (Ed.): *Tiempos... Op. Cit.*

¹⁸⁰ MARTÍNEZ, U.: *Mujer, trabajo y domicilio. Los orígenes de la discriminación*, 1995, Icaria, Barcelona, pp. 11-94; NIELFA CRISTÓBAL, G.: “Las relaciones de género: imágenes y realidad social”, *Arbor*, nº 666, Tomo CLXIX, junio 2001, pp. 431-460.

¹⁸¹ ARBAIZA VILALLONGA, M.: “Orígenes culturales de la división sexual del trabajo en España (1800-1935)”, en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Universidad de Alicante, 2003, pp. 189-216.

¹⁸² MORA-SITJÁ, N.: “Exploring changes in earnings inequality: Barcelona, 1856-1905”, *6th European Historical Economics Conference*, Istanbul, 2005; SARASÚA, C.: “La desigualdad económica entre hombres y mujeres en perspectiva histórica”, MARTÍN ECED, T. y POZO ANDRÉS, M^a (eds.): *Las mujeres en la construcción del mundo contemporáneo*, Diputación de Cuenca, 2002, pp. 89-95.

¹⁸³ Existen matizaciones en núcleos urbanos industrializados, donde la mano de obra femenina fue tan o más valorada que la masculina. CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial...*, *Op. Cit.*

utilidad económica, sino de la construcción cultural de las identidades femeninas y masculinas que la industrialización y el capitalismo estableció “*en el marco de una reconocida oposición entre el hogar y el trabajo, entre la maternidad y el trabajo asalariado*”¹⁸⁴, impregnando las iniciativas políticas, legislativas y económicas. La sociedad española (como la europea) asumió como natural la división sexual del trabajo, el paternalismo y la jerarquización de los roles masculinos y femeninos en todos los ámbitos sociales. De este modo fueron ratificadas leyes laborales y educativas que restringieron las posibilidades de las mujeres de participar de igual a igual en el mercado laboral, mediante su equiparación jurídica a los niños como *figura débil*, desincentivando su inversión en capital humano al coartar su acceso a la formación y posterior profesionalización, o segregando sus saberes¹⁸⁵.

“- Si Dios te hubiera hecho la singular merced de darte un talento superior, debía agradecerlo y cultivarlo (...); pero puesto que no te ha hecho una celebridad ni mucho menos, y en cambio te ha dado la suficiente inteligencia para gobernar una casa, para confeccionar las labores propias de tu sexo, y puedes hacer hoy nuestra felicidad, siendo quizás mañana la base de la dicha de otra familia; cifra toda tu esperanza en la práctica de las virtudes, en hacer todo el bien que en tu modesta esfera te sea dable, y en contribuir al bienestar común, procurando el de aquellos individuos que estén en contacto contigo. Si cada mujer proporciona la dicha a una familia, entre todas labrarán la de la sociedad.

- He comprendido, pues, mi destino sobre la tierra: imitaré a mi abuela y a mi mamá, y no aspiraré a que el mundo me aplauda...”¹⁸⁶.

PASCUAL de SAN JUÁN, P.: *Flora o la educación de una niña*, 1880.

El *discurso de la domesticidad* determinaba la educación de hombres y mujeres desde su infancia, ya que el tipo de estudio a recibir dependía de dos factores principales: el nivel socioeconómico de la familia (lo que establecía realmente las posibilidades de invertir en la educación de la prole) y el sexo del hijo. Los hijos varones fueron vistos como los sucesores del trabajo artesanal del padre o como aquellos a los que merecía la pena pagar una educación para escalar socialmente, relegando a las hijas al trabajo doméstico¹⁸⁷. El nivel socioeconómico del cabeza de

¹⁸⁴ SCOTT, J. W.: “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en DUBY, G. y PERROT, M. (Dirs.): *Historia de las Mujeres*, Vol. 4, 1993, Taurus, Madrid, pág. 406.

¹⁸⁵ FLECHA GARCÍA, C.: “Los obstáculos a la entrada de las mujeres en el empleo cualificado: formación y profesionalización”, en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Universidad de Alicante, 2003, pp. 57-75; BALLARÍN DOMINGO, P.: *La educación de las mujeres en la España Contemporánea (siglos XIX-XX)*, Síntesis Educación, Madrid, 2001; “La escuela de niñas en el siglo XIX: la legitimación de la sociedad de esferas separadas”, *Historia de la educación: revista interuniversitaria*, Universidad de Granada, nº 26, 2007, 143-168; RICO GÓMEZ, M^a L.: “La enseñanza profesional femenina en España desde 1870 a 1930”, FUENTES NAVARRO, M^a C. (ed.) *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores...*, Op. Cit.

¹⁸⁶ PASCUAL de SAN JUÁN, P.: *Flora o la educación de una niña*, Barcelona, 1880, Pp. 357-358.

¹⁸⁷ Las familias madrileñas que rellenaron los padrones municipales no señalaron de forma sistemática si sus hijos iban a la escuela o no, pero es sintomático cómo el porcentaje variaba en función del género de los hijos. En el padrón de 1878 fueron registrados 148 niños que iban a la escuela frente a 30 niñas, mientras que 92 de éstas vinieron acompañadas de la etiqueta de “sus labores” en esa casilla. En 1905, de entre los hijos cuya edad se encontraba entre los 12 y los 15 años, los padres declararon que 319 niños iban a la escuela o eran estudiantes frente a 156 niñas. Estos datos no reflejan en absoluto el número total de hijos de las familias del Ensanche Este que iban a la escuela, pero la gran diferencia existente entre los niños y niñas que sí lo señalaron muestra la distinta percepción social hacia la instrucción de unos y otros.

familia era el que establecía la diferencia entre el destino de las hijas de la familia. Así, si las hijas pertenecían a una familia de propietarios, rentistas, banqueros o profesionales liberales, éstas solían recibir una instrucción *adecuada* a su futuro destino social: administrar el hogar y entretener al marido. Un ejemplo palpable es el protagonizado por la familia que ocupaba el segundo derecha del número 48 de la calle de Serrano en 1878. El cabeza de familia, Baltasar González del Campo, que se hallaba cesante, estaba casado con Fausta López, con la que vivía junto a tres hijos y su cuñada. En las respuestas dadas en el padrón, el matrimonio traslució la manifiesta separación educativa de sus hijos a raíz de su sexo: su hijo Rodolfo, de 15 años, declaró ser estudiante mientras que su hermana menor Vitoria, de 12, indicó en su casilla de profesión “*tocar el piano, aprender francés, etc.*”, en una muestra más de que, glosando a Galdós, “*la música y los idiomas son indispensables en la buena sociedad*”¹⁸⁸.

Asimismo, los Códigos Civiles de 1851 y 1889, el de Comercio de 1885 y los Penales de 1848 y 1870 consolidaron la sumisión y dependencia económica, jurídica y social de la mujer respecto al hombre en el matrimonio, en el trabajo, en la educación o en la participación política¹⁸⁹.

“¿Qué se entiende por familia? La reunión de varios individuos que viven bajo un mismo techo a las órdenes de uno que hace de cabeza ¿Quién es, por regla general, el jefe de la familia? El amo, encargado de sostenerla y dirigirla. ¿Quién tiene el deber de ayudarle en sus obligaciones? El ama de casa. ¿Cuál es la principal obligación de ésta? Dirigir el gobierno interior de la familia. ¿Qué condiciones son necesarias para el buen gobierno de la casa? Religiosidad, moralidad, orden, economía, aseo y comodidad.”

YEVES, C.: *Economía doméstica y labores*, Madrid, 1889.

La división sexual del trabajo fue acompañada de una fractura similar entre las esferas relativas a lo privado y lo público, dos ámbitos de nueva creación cultural asociada la primera a la vida privada de la familia, a la organización del hogar y su vida cotidiana, y la segunda al mundo relativo al trabajo remunerado fuera del hogar y a sus marcos de sociabilidad¹⁹⁰. Potenciada por la nueva clase burguesa urbana originada por la industrialización y el triunfo del liberalismo político y económico, consolidó una construcción cultural diferenciada de las identidades masculina y femenina y su vinculación con cada una de las dos esferas mencionadas. Con ella, la vida de las mujeres y los hombres se conformaron de una forma diametralmente distinta coadyuvando a la pérdida de la libertad femenina y a su encorsetamiento social en un

¹⁸⁸ En palabras de Rosalía Pipaón respecto a la educación de sus hijos: “*Paquito será un funcionario inteligente, y después sabe Dios qué. Ahora, lo que más me preocupa es la educación de Isabelita, que dentro de algunos años será una mujer. Es preciso ponerle maestro de piano..., de francés. La música y los idiomas son indispensables en la buena sociedad*”. PÉREZ GALDÓS, B.: *Tormento*, 1884.

¹⁸⁹ NIELFA CRISTÓBAL, G.: “Trabajo, legislación y género en la España contemporánea: los orígenes de la legislación laboral”, en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Universidad de Alicante, 2003, pp. 39-56; MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor e interés: La familia en la España de la Restauración*, Marcial Pons-UAM, Madrid, 2001.

¹⁹⁰ GÓMEZ-FERRER MORANT, G.: “La vida privada” en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (coord.): *Los fundamentos de la España Liberal (1834-1900). La sociedad, la economía y las formas de vida. Historia de España de Menéndez Pidal*. Tomo XXXIII, Espasa Calpe, Madrid, 1997, pp. 637-657; GÓMEZ-FERRER MORANT, G. (coord.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Siglos XIX y XX*. Tomo III “Del siglo XIX a los umbrales del siglo XX”, Cátedra, Madrid, 2005; PERROT, M. (coord.): *De la Revolución francesa a la 1ª Guerra Mundial*, en ARIÈS, P. y DUBY, G.: *Historia de la vida privada*. Tomo IV, Taurus, Madrid, 2001, pág. 119 y siguientes.

rol determinado en el que la familia era su más importante espacio de interacción social y la individualidad de su figura era sepultada en función de los demás.



Ilustración 3.10. Escuelas de niños y niñas de Madrid. A. Esperón. Museo de Historia de Madrid, 1888. La educación no sólo era separada físicamente, sino también era distinta en los contenidos y en el género del profesorado que los impartían.

En perfecta comunión con una identidad femenina esencialista y considerada atemporal (auspiciada por los discursos económico y político-jurídico burgués, el científico, educativo y religioso¹⁹¹), la denominada *teoría de las dos esferas* se caracterizó por repartir el espacio social de los individuos entre los dos sexos: el espacio público era la esfera de influencia del hombre y el espacio privado el de la mujer. Esta mentalidad fue tan repetida y fortalecida desde tan diversos ámbitos que terminó por ser interiorizada por los varones de todos los grupos sociales como el ideal a seguir, aunque las circunstancias socioeconómicas impidieran su realización entre las capas populares.

“Al hombre tocan el sostén y defensa de los interés generales de la familia toda, de la patria, de la sociedad; a la mujer los cuidados individuales, en el estrecho círculo de la familia, donde su acción es viva, influyente y eficaz... En el gobierno de la familia, al hombre tocan naturalmente los negocios exteriores y a la mujer los que se ventilan en el hogar doméstico, tan importantes, sin duda unos como otros, pero tan distintos como la naturaleza y el carácter de los que deben ejercerlos. Si el hombre sobresale en algunas cualidades, nosotras tenemos la preferencia en otras.”

F. de A.P. y CARDERERA, M.: *La ciencia de la mujer al alcance de las niñas*, 1865.

El único papel o rol esperado por parte de los distintos segmentos sociales respecto a la mujer era el de esposa, madre o hija de alguien y administradora del hogar¹⁹². Este asfixiante orden moral provocó que durante la segunda mitad del siglo

¹⁹¹ Algunos de los estudios más relevantes en este ámbito son: NIELFA CRISTÓBAL, G.: “La revolución liberal desde la perspectiva de género”, en GÓMEZ-FERRER, G. (Ed.): *Las relaciones de género*, Ayer, nº 17, Marcial Pons, Madrid, 1995, pp. 103-120; GÓMEZ-FERRER, G.: “Las limitaciones del liberalismo en España: *El Ángel del hogar*”...; M. NASH: “Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX” DUBY, G. y PERROT, M. (Drs.): *Historia de las Mujeres*, Vol. 4, Taurus, Madrid, 1993, pp. 515-532.

¹⁹² BENHABID, S. y CORNELLA, D.: “Introducción. Más allá de la política de género” en su obra *Teoría Feminista y Teoría Crítica*, Alfons el Magnanim, Valencia, 1990, pág. 24. Citado en: OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta*. Alcalá de

XIX la gran mayoría de la población femenina mayor de 14 años del Ensanche Este madrileño (las dos terceras partes) no indicaran ninguna actividad laboral o forma de ganarse la vida, dejando la casilla del padrón relativa a la profesión mayoritariamente en blanco o mediante la expresión que indicaba la clara asociación sexual del trabajo, “*las labores de su sexo*”, aún a pesar que en las propias instrucciones del padrón se advertía que no debía usarse tal usual expresión “*sino en el caso de estar exclusivamente dedicadas a los quehaceres domésticos*”¹⁹³. De esta forma, el resultado de un discurso económico, liberal, jurídico, ideológico, religioso, científico y educativo confluyente fue la interiorización y posterior reproducción social de la consideración de la mujer como un ser inferior cuya razón de ser se encontraba en la esfera doméstica y familiar. Fueron generados dos tipos de honor relativos a la línea masculina y la femenina: el primero centrado en la posición socioeconómica de la familia y que éste transmitía y, el segundo, de orden moral, salvaguardado por la mujer¹⁹⁴.

Respuestas de las mujeres que no indicaron profesión	1860	1878	Evolución	1905	Evolución 1878-1905	Evolución 1860-1905
No declararon nada	96,61	62,35	- 34,26	25,00	- 37,35	- 71,61
Amas de casa	0,90	32,75	31,85	68,88	36,13	67,98
Estudiantes	0,45	0,12	- 0,33	0,52	0,40	0,07
Pensionistas y jubiladas	2,03	4,33	2,30	5,27	0,94	3,24
Sin profesión	0,01	0,45	0,44	0,33	- 0,12	0,32
Total	67,02	65,52	- 1,50	65,03	- 0,49	- 1,99

Figura 3.52. Mujeres de entre 15 y 70 años de edad que no indicaron ocupación alguna en las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche Este de Madrid entre 1860 y 1905, especificando el tipo de respuesta dada. En este cuadro, se han incluido bajo el epígrafe “Amas de casa” a todas las mujeres que indicaron en la casilla de profesión una de las siguientes fórmulas: “sus labores”, “su sexo”, “la casa”, etc.; las que declararon un estado físico o mental (inválida, enferma, ciega, etc.) que las impedía realizar una actividad laboral asalariada han sido incluidos en “Sin profesión”. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones municipales de de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

A medida que dicho modelo teórico se fue imponiendo, tanto hombres como mujeres lo interiorizaron, provocando la reducción de la actividad laboral femenina registrada (que no real) y el aumento de la fórmula “*sus labores*”. Pero en este modelo social que las clases burguesas intentaron inculcar al resto de la sociedad, el trabajo remunerado realizado por las mujeres no siempre era mal visto, siempre que cumpliera uno de estos requisitos: que desempeñaran una ocupación que fuera asociada a los

Henares (1753-1868)... pág. 197. La literatura normativa de la época le acuñó el sobrenombre de “*ángel del hogar*” a la esposa encargada de la familia. SINUÉS, Mª P.: *El ángel del hogar: estudios morales acerca de la mujer*, Madrid, 1862, obra que sirvió de prelude de una revista semanal *El ángel del hogar, páginas de familia*, desde la que se pretendía moralizar, instruir y entretener a las señoritas; GÓMEZ-FERRER MORANT, G.: “Las limitaciones del liberalismo en España: El ángel del hogar”, en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. y ORTEGA LÓPEZ, M. (Eds.) *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a M. Artola, Tomo III, Política y Cultura*, 1995, Alianza Editorial-UAM, Madrid, pp. 515-532.

¹⁹³ Instrucciones para llenar la hoja declaratoria de padrón de 1905. Seguramente, la falta de seguimiento de esta norma fuera el resultado de la anterior minusvaloración del trabajo asalariado femenino que la propia burocracia liberal había instaurado a lo largo del siglo XIX. Como ejemplo, en las actas matrimoniales de Madrid desde 1840 a 1895 sólo el varón tenía una casilla para señalar su profesión, eliminando de raíz cualquier declaración laboral de su cónyuge. AVM, sección de Estadística.

¹⁹⁴ PITT-RIVERS, J.: *Antropología del honor o política de los sexos: La influencia del honor y el sexo en la vida de los pueblos mediterráneos*, Crítica, Barcelona, 1979.

valores y cualidades femeninas (vinculados al cuidado del hogar o la educación de los hijos, como profesoras, nodrizas o enfermeras), que no trabajaran fuera del hogar (el trabajo a destajo en la costura por ejemplo) o que su condición de mujer trabajadora remunerada fuese coyuntural a su edad y estado civil (mientras que estuvieran solteras).

Proporción de mujeres que declararon una ocupación en el padrón de Madrid según su estado civil			
Estado civil	1860	1878	1905
Solteras	56,78	57,38	56,71
Casadas	13,91	11,36	8,92
Viudas	45,31	49,93	49,34
Media	32,98	34,48	34,97

Figura 3.53. Mujeres mayores de 14 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

De hecho, la mayoría de las mujeres solteras realizaban alguna actividad económica remunerada a tiempo completo, ya fuera para completar el presupuesto de la familia, para su propia existencia o como medio de ahorro para reunir una buena dote para un futuro matrimonio. Por ello, mostraron menos reparos a la hora de dejar constancia de su ocupación laboral que el resto, si bien aquellas que se veían sacudidas por la viudedad tampoco fueron reacias a señalar una actividad laboral en una hoja de empadronamiento municipal que respondían con su propia mano. La participación laboral de las mujeres solteras no estaba en cuestión, ya que según los testimonios de la época, los varones *“compren[den] que la mujer soltera trabaje; pero la mujer casada debe estar perenne en su casa para atender a las necesidades de su familia”*¹⁹⁵.

EDAD	1860				1878				1905			
	SA	CA	VA	MEDIA	SA	CA	VA	MEDIA	SA	CA	VA	MEDIA
15-19	25	-	-	25	46	-	-	46	15	-	-	15
20-24	40	25	-	39	48	15	-	46	42	9	50	42
25-29	78	40	-	71	66	10	29	51	62	11	38	55
30-34	60	11	-	35	64	15	77	43	63	8	55	43
35-39	78	11	33	30	62	11	62	31	63	8	56	33
40-44	50	13	50	22	52	11	39	23	60	10	47	29
45-49	64	10	46	24	56	9	39	25	59	9	46	27
50-54	17	17	43	20	33	15	31	22	56	8	40	25
55-59	75	23	50	40	38	11	19	19	47	8	28	21
60-64	75	-	29	22	17	17	17	17	44	7	26	20
65-69	33	25	27	27	33	7	-	4	44	10	25	22

Figura 3.54. Proporción de mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid mayores de 14 años que señalaron algún tipo de ocupación laboral según su edad y estado civil. Datos porcentuales. Se ha señalado el tramo de edad en el que la declaración de una ocupación era más alta. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

Eran las mujeres casadas y el trabajo fuera del hogar el verdadero punto de fricción. Según las propias respuestas proporcionadas por los vecinos de Madrid, la participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño se reducía drásticamente a

¹⁹⁵ CASTILLO, S. (Ed.): *Comisión de Reformas sociales. Información oral y escrita publicada de 1889 a 1893*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985, Tomo II, pág. 107.

menos del 15% a medida que se casaban y formaban una familia¹⁹⁶. Esto provocaba que el tramo de edad en el que las mujeres dejaban mayor constancia de una ocupación u oficio remunerado fuera el inferior a los 30 años, momento a partir del cual su incorporación al mercado matrimonial era generalizada¹⁹⁷. Más allá de esa edad, la actividad laboral femenina registrada por las mujeres casadas apenas superaba el 20%, una cifra que sólo sufría un repunte en los tramos de mayor edad, cuando la viudedad les generaba la necesidad de incorporarse al mercado laboral para su subsistencia.

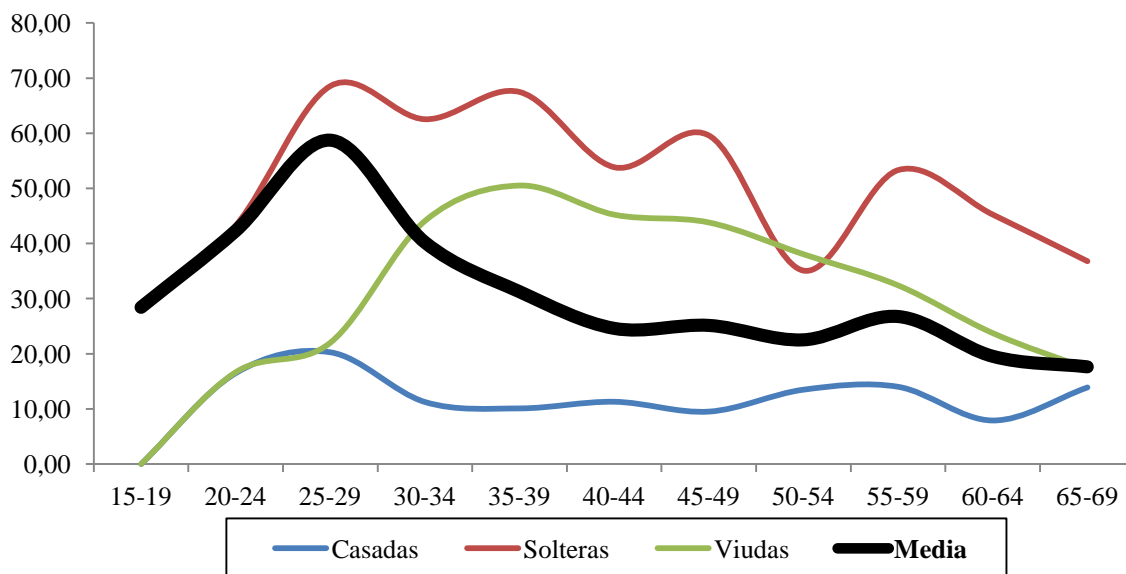


Figura 3.55. Tasa de actividad laboral media de las mujeres mayores de 14 años residentes en el Ensanche Este de Madrid entre 1860 y 1905 por edad y estado civil. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

La cumplimentación de las hojas de empadronamiento de la ciudad por parte de las propias familias aminoró el subregistro laboral derivado del empleado municipal y del concepto de trabajo y su categorización de la administración liberal (lo que sí ocurría en el caso de los censos nacionales¹⁹⁸). De esta forma desaparece el temor a cualquier reformulación a posteriori que la administración pudiera ejercer (por ejemplo no computando en el resumen estadístico ciertas actividades laborales por no considerarlas *trabajo*). Sin embargo, los casos de ocultación del trabajo femenino, salvo casos obvios (prostitución, delincuencia o mendicidad, al igual que ocurriera entre los hombres) o aquellos que pudiesen contravenir las leyes (sobre trabajo infantil y

¹⁹⁶ El análisis de la invisibilidad del trabajo femenino fue iniciado por: DURÁN, M^a A. (Ed.): *Mujer y sociedad en España, 1700-1975*, Instituto de la Mujer, 1986, Madrid; “El trabajo invisible en las cuentas de la nación” en VILLOTA, P. (Dir.) *Las mujeres y la ciudadanía en el umbral del siglo XXI*, Ed. UCM, 1998, pp. 99-131.

¹⁹⁷ Según la cata de 700 actas matrimoniales llevada a cabo sobre los matrimonios registrados en el distrito de Buenavista en 1871, 1904 y 1906, la edad media de acceso al primer matrimonio de las mujeres (se han excluido aquellas que siendo viudas contrajeron nuevas nupcias) era de 26 años, si bien el 80% no había llegado a la treintena cuando pasó por la vicaría. AVM, sección de Estadística. Registro de Actas Matrimoniales de 1871, 1904 y 1906.

¹⁹⁸ SOTO CARMONA, A.: *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*, Anthropos, Barcelona, 1989; PÉREZ FUENTES, P.: “El trabajo de las mujeres en la España de los siglos XIX y XX”, *Arenal*, vol. 2, n^o 2, julio-diciembre, 1995; ARBAIZA VILALLONGA, M.: “La construcción social del empleo femenino en la sociedad industrial vasca (1850-1935)”, *VII Congreso de la Asociación de Historia Económica*, Zaragoza, 2001.

femenino), no justifican el volumen total del subregistro laboral¹⁹⁹. La invisibilidad de la actividad económica femenina en muchos casos no fue una decisión consciente sino la consecuencia de la interiorización de un discurso socioeconómico en el que sólo la producción y distribución de bienes y servicios era considerado *trabajo* por parte de los hombres y mujeres que rellenaron las hojas de empadronamiento municipal. Además, en aquellos hogares donde la actividad económica era compartida por todos los miembros de la familia, como en talleres artesanales, tiendas, despachos de venta o porterías, en donde hombres y mujeres, maridos y esposas, hijos e hijas despachaban, cobraban, limpiaban el establecimiento o realizaban cualquier otro tipo de actividad por igual, la burocratización liberal extendió el concepto de *industrial*, asignado sólo a quien figuraba frente al negocio y que pagaba la contribución oportuna, generalmente el cabeza de familia, varón²⁰⁰. Con el tiempo, se impuso la identificación del cabeza de familia con el concepto de industrial en el caso de las tiendas o como el maestro artesano en el caso de los talleres, mientras que se dejaba vacía la casilla de profesión del resto de los miembros de hogar, obviando en la mayoría de los casos su aportación laboral en el negocio familiar, situación que distaba enormemente de la realidad²⁰¹.

Participación laboral de las mujeres casadas en función de la categoría profesional de su marido							
Categoría profesional del marido	1860		1878		1905		Descenso en el registro
	Declaran trabajo	Misma ocupación	Declaran trabajo	Misma ocupación	Declaran trabajo	Misma ocupación	
Profesional liberal	10,00	100,00	6,17	20,00	7,51	11,11	-2,49
Artesano	20,00	16,67	5,65	50,00	4,33	26,09	-15,67
Pequeño comercio	22,73	60,00	14,47	45,45	3,29	47,06	-19,43
Empleado	5,17	0,00	7,28	85,37	5,29	72,00	0,12
Jornalero	12,50	33,33	8,02	46,81	3,75	31,71	-8,75
Media	8,62	28,00	8,19	60,24	5,43	45,19	-3,19

Figura 3.56. Datos porcentuales. La primera columna de cada año indica el porcentaje de mujeres casadas que indicaron una actividad laboral, y la segunda hace referencia a la proporción de éstas que compartían la misma categoría profesional que su marido. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

Por el contrario, el *trabajo reproductivo* realizado por las mujeres casadas, enunciado en los padrones con los términos de “*sus labores*”, “*tareas domésticas*” o, el más lacerante e indicativo de la clara asociación sexual del trabajo, “*las labores de su sexo*”²⁰², dejó de tener valor social o económico, a pesar de que su asunción por parte de

¹⁹⁹ OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares (1753-1868). El nacimiento de la ciudad burguesa*, 2003, Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, pp. 197-220.

²⁰⁰ La dominación masculina en la burocratización de la apertura y gestión de los establecimientos comerciales estables (descontando los ambulantes, los puestos públicos y los estacionales) era general. En el ejercicio económico de 1879-1880, de los 416 contribuyentes industriales integrados en las secciones de la 12 a la 25 afincados en el Ensanche Este de Madrid, sólo 33, el 7,93%, eran mujeres. AVM, Secretaría, 6-43-4. Un cuarto de siglo después, la situación no había cambiado, ya que de las 1.301 licencias que el Ayuntamiento renovó entre 1903 y 1905, sólo 109 estaban a nombre de mujeres, el 8,4% del total. AVM, sección de Estadística, Inventario General, Tomo 48.

²⁰¹ SOLÁ, A.: “Copartícipes, usufructuarias y propietarias de negocios. Las mujeres como productoras de bienes y servicios en los negocios familiares. El caso de Barcelona”, *XV Coloquio Internacional de la AEIHM “Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina”*, Bilbao, 2010.

²⁰² Sólo en el Ensanche Este de Madrid hubo 1.452 mujeres en 1878 (el 17,3% de todas las mujeres allí residentes) y 9.963 en 1905 (el 37%) que rellenaron la casilla de profesión correspondiente con la fórmula “*sus labores*”, “*su sexo*”, “*labores del hogar*” o alguna expresión similar. La tendencia hacia el subregistro, la imposición del modelo del salario familiar y la división sexual del trabajo era evidente.

esposas e hijas significara un ahorro presupuestario considerable a la familia. La inmensa mayoría de las mujeres casadas se encargaban de unas tareas del hogar duras, largas y extenuantes salvo aquellas que disponían de servicio doméstico interno²⁰³. Carentes de agua corriente y con la necesidad de abastecerse constantemente de carbón para cocinar, calentar la casa o alumbrar las estancias, las mujeres también debían coser y apañar las ropas usadas, salir y entrar constantemente de casa para comprar tejidos e hilo para hacer remiendos, cargar con las tinajas a hombros para abastecer de agua el hogar o acudir a los distintos lavaderos de la ciudad, como los de Santa Lucía o Jorge Juan, en el Ensanche Este, o al mayor de todos, el Manzanares, para lavar la ropa a mano hiciera frío o calor. Además, esta obligatoria *especialización* en dichas tareas desembocó en un mayor conocimiento del mercado, yendo a tiendas y puestos donde gracias al regateo conseguían alimentos de mejor calidad a menor precio, todo ello sin contar el tiempo dedicado al cuidado y atención de la prole. Todas estas actividades domésticas ahorraban al presupuesto familiar cerca de una peseta al día (0,81) al no tener que pagar a precio de mercado a ninguna criada que las hiciera²⁰⁴.

Categoría profesional del cabeza de familia	Declaración laboral del cónyuge		Servicio doméstico	
	No indica nada	Sus labores	No	Sí
Profesional liberal	30,18	62,31	31,29	68,71
Propietario	24,15	58,50	21,62	78,38
Artesano	19,21	76,27	91,01	8,99
Jornalero	14,63	81,62	96,59	3,41
Pequeño comercio	17,83	78,68	76,47	23,53
Empleado	16,80	77,63	76,28	23,72

Figura 3.57. Relación entre las mujeres casadas que se declararon amas de casa con la categoría profesional del marido y el disfrute de servicio doméstico interno. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1878.

El trabajo doméstico era muy duro y exhaustivo, con largas jornadas, pocos días de descanso, un escaso *reconocimiento* social y una nula contrapartida económica. Para muchas mujeres, hacerse cargo del hogar y del cuidado de los hijos en una época donde toda actividad era manual en sí misma era una tarea hercúlea. Pero la documentación demuestra que una buena parte de las mujeres casadas que no declararon profesión alguna en el padrón, sí que participaron asiduamente en el mercado laboral además de compaginar el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos. El discurso del salario familiar no era más que eso, un discurso en el que no podían creer el grueso de los hogares madrileños (tampoco los del Ensanche Este), encabezados por trabajadores manuales, empleados de escasa cualificación (como jardineros, porteros o guardas) y jornaleros con cuyos sueldos no alcanzaban para mantener a la familia. Los hogares

²⁰³ En el Ensanche Este de Madrid la proporción de familias que disfrutaban de servicio doméstico interno era el 30% en 1905, una proporción muy superior a la de otros barrios más populares, como el Ensanche Sur, donde el porcentaje era inferior al 2% en ese mismo año. AVM, sección de Estadística, padrón de 1905, y VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)...*, Op. Cit., pág. 234.

²⁰⁴ Siguiendo el método seguido por Cristina Borderías sobre la ciudad de Barcelona, basado en el cálculo del valor económico de las actividades domésticas realizadas por las mujeres casadas según su coste de reemplazamiento a precio del mercado con la contratación de una sirvienta, las mujeres casadas madrileñas que se encargaban de las tareas del hogar aportaban al presupuesto familiar una media de 0,81 pesetas diarias en 1905, ya que el sueldo medio anual de las sirvientas *para todo* era de 258,17 pesetas. AVM, sección Estadística, padrón de 1905. BORDERÍAS, C.: "Suponiendo que ese trabajo lo hace la mujer. Organización y valoración de los tiempos de trabajo en la Barcelona de mediados del XIX", en CARRASCO, C. (Ed.): *Tiempos, trabajos y género*, 2001, UAB, Barcelona, pp. 103-131.

jornaleros, formados en su mayoría por matrimonios inmigrantes analfabetos²⁰⁵ y con una media de dos hijos corresidentes en el hogar, eran los que más ajustados sobrevivían por culpa de sus ínfimos jornales. De hecho, el cabeza de familia sólo podía sufragar con su jornal a lo largo del siglo XIX poco más que la ración diaria de dos personas adultas (2,28 en 1860, 1,96 en 1878 y 2,39 en 1905) de tan sólo 3.687 calorías²⁰⁶. A ello habría que añadir el gasto en vestimenta, carbón para la calefacción y el cocinado de alimentos, el alumbrado, jabón, tabaco, etc. A comienzos del siglo XX varios estudios coetáneos repetían la misma conclusión: era imposible que el jornal de los cabezas de familia de las capas populares pudieran ser *familiares*, que cubriesen todo los gastos del hogar²⁰⁷.

Para alimentar un hogar de cuatro miembros a la altura de 1903, el coste más bajo de obtener una dieta diaria compuesta de 340 gramos de proteínas, 135 de grasas y 1.501 de hidratos de carbono, era de 1,92 pesetas diarias, cerca del 80% de su jornal²⁰⁸. Además, gastaban entre un cuarto y un tercio de éste en el pago del alquiler de sus viviendas, muy por encima del 10% de media señalado para el conjunto del país²⁰⁹, lo cual confirma cómo buena parte de las familias jornaleras madrileñas conseguían otros ingresos para sobrevivir, fundamentalmente del trabajo asalariado que la esposa y los hijos realizaban, un trabajo invisible a ojos de la administración, ya que a medida que los alquileres exigían una parte del jornal cada vez mayor, el número de miembros de estas familias que declaraban una profesión en el padrón se reducía (ver Figura 3.58). Los propios contemporáneos eran conscientes de esta realidad, como afirmaba el propio Juan José Morato Caldeiro, autor de uno de estos estudios sobre el presupuesto de la familia obrera y “*propagador incansable de las doctrinas socialistas*”²¹⁰, al señalar que “*en los censos las mujeres, aún trabajando, se inscriben como dedicadas a sus labores*”²¹¹.

²⁰⁵ Ver capítulo 2.

²⁰⁶ Se ha utilizado la dieta confeccionada por Ángel Bahamonde y Julián Toro Mérida (“El fraude alimentario en el Madrid del siglo XIX”, *Estudios de Historia Social*, nº 15, 1980, pág. 290) y la evolución de los precios realizada por Pedro Villa Mínguez en: “Precios alimentarios y nivel de vida en Madrid. 1851-1890”, BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *Madrid en la sociedad, Op. Cit.*, Vol. 2, pp. 267-288. Para el año de 1905, se ha seguido la misma dieta obteniendo el precio de los alimentos de ÚBEDA y CORREAL, J.: *El presupuesto de una familia obrera*, Dir. Gral. de Sanidad, Madrid, 1902; MORATO, J. J.: “La vida obrera en Madrid”, en *Nuestro tiempo. Revista mensual ilustrada*, nº 28, Año III, Madrid, 1903, pp. 540-549. El presupuesto diario de una familia obrera de tres personas en 1885 señalado en 3,97 pesetas era más una quimera que una realidad para las familias jornaleras residentes en Madrid. En *Comisión de Reformas Sociales*, Tomo I, “Información oral practicada en virtud de la Real Orden de 5 de diciembre de 1883”, Madrid, 1889, pág. 224.

²⁰⁷ ÚBEDA y CORREAL, J.: *El presupuesto de una familia obrera...*, *Op. Cit.*; MORATO, J. J.: “La vida obrera en Madrid”, en *Nuestro tiempo. Revista mensual ilustrada...* *Op. Cit.*, pp. 540-549.

²⁰⁸ En la obra del Dr. José Úbeda y Correal se incluyeron nueve tipos de dieta distintas para una familia jornalera de cuatro miembros, indicando su composición y precios, tomándose aquí la media de las nueve opciones. ÚBEDA y CORREAL, J.: *El presupuesto de una familia obrera...*, *Op. Cit.*

²⁰⁹ MALUQUER DE MOTES, J.: “Consumo y precios” en CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coords.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. III, Fundación BBVA, 2006, Bilbao, pp. 1248-1296; MALUQUER DE MOTES, J.: “La paradisíaca estabilidad de la anteguerra. Elaboración de un índice de precios de consumo en España, 1830-1936”, *Revista de Historia Económica*, nº 2, otoño 2006, Año XXIV, pp. 333-382.

²¹⁰ OSSORIO y BERNARD, M.: *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, ed. facsímil de la publicada en 1904, Ayuntamiento de Madrid, Hemeroteca municipal, 2004, pp. 289-290.

²¹¹ MORATO, J. J.: “La vida obrera en Madrid”, en *Nuestro tiempo...*, *Op. Cit.*, pág. 541. CASTILLO, S.: *Trabajadores, ciudadanía y reforma social en España : Juan José Morato (1864-1938)*, Siglo XXI, Madrid, 2005.

Coste del alquiler de las familias jornaleras del Ensanche Este de Madrid (1860-1905)	1860	1878	1905
Nº de familias	58	719	2.482
Tamaño del hogar	4,60	4,27	4,23
Jornal medio (ptas.)	2	2,09	2,32
Alquiler mensual (ptas.)	12,43	16,68	17,24
Porcentaje del jornal del cabeza destinado al alquiler	24 – 27 %	30 – 34 %	29 – 32 %
Familias con más de un salario	55,2 %	42,7 %	33,1 %

Figura 3.58. Para el jornal de 1860, ante la ausencia de esta información en el padrón de 1860, se ha obtenido de DE BONA, F. J.: *Anuario administrativo y estadístico de la provincia de Madrid para el año 1868*, Madrid, 1868. Se ha considerado un total de 23-26 días trabajados al mes para realizar el porcentaje del sueldo jornalero destinado al alquiler, cifras utilizadas en OYÓN, J.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo...*, Op. Cit., pág. 168. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

El escaso margen existente entre los exigüos jornales obtenidos por los cabezas de familia y los gastos en manutención y alquiler de la vivienda impele a afirmar con poco margen de error que la práctica totalidad de sus cónyuges realizaban alguna actividad laboral, además de las tareas domésticas, para apuntalar el frágil equilibrio presupuestario del hogar²¹². Ante esta cruda realidad, el hecho de que estas mujeres fueran de las que menor ocupación declarasen en los padrones municipales madrileños (Figura 3.56), no vino motivado sólo por la conversión conceptual de *trabajo* en la actividad remunerada realizada fuera del domicilio y a tiempo completo, sino también por la propia autopercepción que ellas tenían de su actividad. El carácter coyuntural con el que las mujeres casadas pasaban de una ocupación a otra según sus propias necesidades, el tiempo disponible y la oferta laboral existente, impidió que desarrollaran una identificación laboral propia, un sentimiento de pertenencia a un oficio determinado salvo en casos muy concretos como el de las cigarreras²¹³. A diferencia de los hombres que habían aprendido un oficio y que se identificaban con él aunque no lo estuvieran ejerciendo (oficiales zapateros, ebanistas o herreros)²¹⁴, o de los jornaleros que a pesar de carecer de él dedicaban sus fuerzas en obtener un trabajo día tras día, las esposas jornaleras sentían como su labor principal las arduas tareas domésticas, aquellas que les ocupaban más horas al día. Aunque realizaran actividades remuneradas temporales (como costureras a destajo en tiempos de amplia demanda) o coyunturales (en épocas de penuria económica familiar) que compaginaran con sus labores domésticas, no se identificaban con ellas. Que un día trabajaran como lavanderas, al otro como cuidadoras de niños, y al otro como limpiadoras, o que lo hicieran a destajo o por encargo a domicilio como costureras, no era suficiente para que interiorizaran otra actividad laboral distinta a la que le ocupaba mayor tiempo: la administración del hogar, las tareas *de su sexo*. Esta autopercepción, unida a la de sus maridos, hijos o familiares, hizo que dichas actividades laborales se esfumasen de cualquier estadística oficial.

²¹² Otros estudios corroboran esta conclusión. BALLESTEROS DONCEL, E.: “El coste de la vida en España (1800-1890). Diferencia entre el salario monetario y el presupuesto familiar”, en *IV Congreso de la ADEH: Pensamiento demográfico, coyuntura y microanálisis*, Vol. II, 1995, UPV, pp. 573-590.

²¹³ CANDELA SOTO, P.: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997.

²¹⁴ SANZ ROZALÉN, V. y PIQUERAS ARENAS, J. A. (Eds.): *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*, Op. Cit.; HOBBSBAWN, E. J.: “Zapateros políticos”, en *Gente poco corriente*, Op. Cit., pp. 29-56.

¿Y mi mujer?- le preguntó el zapatero.

Ha ido a lavar.

¿Y la Salomé? ¿No viene?

Tampoco; le ha salido trabajo en una casa para toda la semana.

BAROJA, P.: *La busca*, 1904.

El subregistro del trabajo femenino (más allá de las labores domésticas) realizado de forma coyuntural o durante determinadas horas del día no se circunscribió a ocupaciones como las de lavandera, nodriza, aya o costurera, sino que fue extensible al mundo del comercio. Durante el último cuarto del siglo XIX sólo el 8% de los contribuyentes industriales dueños de un establecimiento comercial estable en el Ensanche Este de la ciudad eran mujeres²¹⁵. Sin embargo, en el caso de las licencias de apertura de puestos públicos, de venta de limonada, frutas y melones de temporada, o café, agua y leche “*durante las primeras horas del día*”, la proporción era superior al 50%. Exactamente, entre 1876 y 1879, de las 212 licencias de apertura de puestos públicos situados en el Ensanche Este ratificadas por el Ayuntamiento, prácticamente la mitad (105, el 49,53%) habían sido solicitadas por mujeres²¹⁶. Un año después, en 1880, las licencias de apertura de nuevos puestos públicos de este mismo espacio de la ciudad seguían reflejando la misma paridad entre hombres y mujeres (55 frente a 45%), muy lejos de lo que la estadística municipal referente a los propietarios o administradores de los establecimientos comerciales estables reflejaba²¹⁷.

“[Isabel Cordero] lo mismo funcionaba en la cocina que en el escritorio, y acabadita de poner la enorme sartén de migas para la cena o el calderón de patatas, pasaba a la tienda a que su marido la enterase de las facturas que acababa de recibir o de los avisos de letras”.

PÉREZ GALDÓS, B.: *Fortunata y Jacinta*, 1887.

Sin embargo, a pesar de la riqueza documental de estos listados por distrito, que incluyen si la solicitud fue aprobada o no por el consistorio, el tipo de producto puesto a la venta y la ubicación donde se pedía situar dicho puesto, tienen el contrapunto de que no aportan más datos sobre sus dueños además del nombre y sus dos apellidos (en la mayoría de los casos solamente uno), lo que cercena en gran parte sus posibilidades de cruzamiento con el padrón. No obstante, sí se ha podido establecer dicho análisis en casos concretos en los cuales aparecían ambos apellidos y su residencia se hallaba muy cercana al lugar del puesto público regentado. De esta forma, llegamos al caso de la madrileña Encarnación Bru Corell, quien vivía según el padrón de 1878 en el principal del Camino de las Ventas nº 19 por el que pagaban 20 pesetas mensuales, en la concurrida entrada a la ciudad, junto a su hija, María, su segundo marido, Victorino Pérez Vigil y sus respectivos hijos, Antonia y Luis. Mientras que Victorino se declaró jornalero, Encarnación rellenó la casilla con la abreviatura “*s/*”, sus labores. Gracias a la lista municipal de puestos públicos es desenmascarada su contribución al presupuesto

²¹⁵ Ver cita 64.

²¹⁶ Relación de puestos públicos existentes entre 1876 y 1879 en los distritos de Buenavista (AVM, sección de Contaduría: 1-929-10), Congreso (1-929-5) y Hospital (1-857-1).

²¹⁷ AVM, sección de Contaduría, Relación de peticiones para abrir puestos públicos en el distrito de Buenavista en 1880. Signatura: 1-914-1.

familiar como vendedora de melones y frutas de temporada en el puesto público situado a escasos metros de su residencia, en la carretera de Aragón esquina a la calle del Tostado, un puesto que abría “*por temporada*” y por las mañanas, ya que además debía cuidar de su hija de 10 años y a sus dos hijastros de tan sólo 4 y 2. En esta vía de entrada a la ciudad residían Ramona Martín Monje y su marido, Juan Gil, un jornalero ambulante que apenas ganaba 1 peseta el día que conseguía trabajo. Con tan minúsculos ingresos, era imposible que salieran adelante a pesar de haber reducido al mínimo su alquiler mensual (7,5 pesetas) residiendo en un pequeño cuarto. Ramona seguramente buscara afanosamente actividades con la que arañar algún real cada día, ya fuera preparando comidas para los vecinos, cuidando de sus hijos, lavando sus ropas o realizando remiendos. Finalmente, en 1880 pidió al ayuntamiento que se le expidiera una licencia para abrir un puesto de venta de agua “*en los alrededores de la plaza de toros, frente al puesto de Mauricio el naranjero*”, petición que le fue concedida el 20 de agosto de dicho año. Vender agua al sediento o al acalorado transeúnte no generaba grandes ganancias, pero significaba unas pesetas seguras al final de la semana. Sin embargo, al igual que en el caso de Encarnación, Ramona siguió sin indicar su condición de vendedora en el padrón municipal de 1880²¹⁸.

Pero Encarnación y Ramona no son el único ejemplo. Acudir a la caridad municipal y conseguir una autorización para abrir un modesto puesto público, fue moneda común para aquellas mujeres que se quedaron viudas con hijos pequeños a su cargo que le impedían buscar acomodo en el servicio doméstico o en cualquier otra ocupación que fuera a tiempo completo. Una de ellas fue la asturiana Josefa Pérez Fernández, a quien le fue concedida en marzo de 1878 una licencia para vender agua y refrescos en la calle de Granada (actual Avenida de Alfonso XII) junto al acceso al Retiro situado frente a la Puerta de Alcalá, zona muy transitada. En la petición de la licencia, justificó su necesidad afirmando que era “*una viuda de 39 años con un hijo de 14*”, que “*era pobre y que necesitaba la licencia para sobrevivir*”. Aunque le fue concedida, no declaró ningún trabajo cuando rellenó la hoja de padrón de 1878, época en la que ella y su hijo vivían de realquiler junto al pequeño comerciante lucense Antonio Gambia López y dos dependientes. Por último, otro caso comprobado de subregistro laboral femenino fue el de María Bautista Sánchez. Caso llamativo porque María era una madre canaria que se había quedado viuda y vivía con su hija Bárbara de 23 años en un sotabanco del número 6 de la calle Goya por el que pagaban un modesto alquiler de 12,5 ptas. mensuales. Sin embargo, ninguna de ellas declaró tener profesión alguna, algo que no podía sostenerse ya que no podían vivir del aire. El factor que resuelve tal incógnita procedió de nuevo de la lista de puestos públicos municipales. En la mencionada relación aparecía María como peticionaria para abrir un puesto de venta de leche (que le fue concedido en febrero de 1878) en la calle de Claudio Coello, frente a la recientemente inaugurada iglesia de San Andrés de los Flamencos²¹⁹. Posiblemente madre e hija se intercambiaran para regentar el puesto de venta de leche, realizar las tareas de la casa y buscar otros trabajos esporádicos que les dieran beneficios extra.

Estos ejemplos aquí presentados sólo sirven para ratificar un fenómeno ya asumido por la historiografía: el subregistro de la estructura profesional femenina remunerada en los distintos informes estadísticos realizados por cualquiera de los tres

²¹⁸ AVM, sección de Contaduría, Relación de peticiones para abrir puestos públicos en el distrito de Buenavista en 1880. Signatura: 1-914-1; AVM, Estadística, padrón municipal de 1878 y 1880.

²¹⁹ La reconstrucción del trabajo oculto femenino a partir de las licencias de puestos públicos y los datos relativos a su domicilio proceden de: AVM, sección de Contaduría: 1-929-10; Secretaría: 5-255-1, y padrón municipal de Madrid de 1878.

niveles administrativos existentes en España. Una vez demostrada la evidente necesidad que las familias jornaleras madrileñas tuvieron de conseguir más ingresos de los proporcionados por su cabeza de familia varón, podemos efectuar una estimación aproximada al volumen de trabajo asalariado realizado por mujeres que quedaba oculto tras la máscara de *sus labores*, intentando desenmascarar a las *falsas amas de casa*, como así las denominó Enriqueta Camps en su estudio sobre las economías familiares en un núcleo urbano industrial como Sabadell²²⁰.

Asimilando al mundo urbano la práctica de contabilizar como trabajadoras a las esposas de los campesinos cabezas de familia en el ámbito rural²²¹, se ha procedido a realizar el mismo reconocimiento a las esposas de los pequeños comerciantes, trabajadores manuales cualificados con taller abierto, porteros y jornaleros, cuya penuria económica ha sido comprobada, en un intento de concretar la reconstrucción de la actividad económica femenina madrileña²²². Por otro lado, también se han contabilizado aquellas mujeres incluidas en las listas de contribución industrial así como las que regentaban algún puesto público y que no indicaron ocupación alguna en el padrón municipal. Por último, para cubrir un fenómeno característico del Ensanche Este de la capital, que albergaba barrios de clases acomodadas y en donde ubicaban sus residencias propietarias, rentistas y pensionistas por viudedad de altos cargos militares o de la administración pública, y que en ocasiones no indicaban de dónde procedían sus ingresos, se ha realizado la confrontación de los datos extraídos del padrón de 1905 con los recogidos en la publicación anual del mismo año *Guía-directorio de Madrid y su provincia* publicado por la editorial Bailly-Baillière²²³. En ella, se hace una relación de los vecinos de Madrid calle por calle y número por número, indicando los nombres y apellidos de cada uno de ellos y su ocupación. Sin embargo, para aparecer en la publicación, dichos vecinos tenían que pagar un pequeño importe, por lo que ésta no es una herramienta útil para el rastreo de la actividad económica de las mujeres de las capas populares pero sí para aquellas que fueran comerciantes, que pagaban la cuota a cambio de una cierta publicidad, o profesionales liberales, propietarias, rentistas o

²²⁰ CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*. 1995, Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, Madrid; “De ocupación, sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX (Sabadell, 1919-1920)”, en *IV Congreso de la ADEH: Pensamiento demográfico, coyuntura y microanálisis*, Vol. II, 1995, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 549-562.

²²¹ Wall, R.: “Work, welfare and the family: an illustration of the adaptive family economy”, en BONFIELD, LI., SMITH, R.M. y WRIGHTSON, K. (eds.): *The world we have gained. Histories of Population and Social Structure*, Oxford, New York, Basil Blackwell, 1986, pp. 261-294.

²²² Otros trabajos que reconstruyen la actividad laboral femenina en distintos núcleos urbanos son: ARBAIZA, M.: “La construcción del empleo femenino en España (1800-1935)”, *Arenal*, vol. 9, nº 1, 2002, pp. 215-239; MOYA GARCÍA, G. y MARTÍNEZ LÓPEZ, D.: “Trabajo y actividad femenina en la ciudad de Granada entre 1890 y 1930”, *XV Coloquio Internacional de la AEIHM “Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina”*, Bilbao, 2010; MARTÍNEZ MARTÍN, M. y MOYA GARCÍA, G.: “Trabajo y actividad en la configuración de la ciudad andaluza: Granada en 1890 y 1930”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano...*, *Op. Cit.*, pp. 127-144; BORDERÍAS, C.: “La reconstrucción de la tasa de actividad en la Cataluña industrial: nuevas evidencias sobre los determinantes del empleo femenino”, *XV Coloquio Internacional de la AEIHM “Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina”*, Bilbao, 2010; REHER, D. S. y CAMPS i CURA, E.: “Las economías familiares dentro de un contexto histórico comparado” en *REIS*, nº 55, Madrid, 1991, pp. 65-91; PÉREZ FUENTES, P.: “El trabajo de las mujeres en los siglos XIX y XX. Consideraciones metodológicas”, *Arenal*, vol. 2, nº 2, 1995, pp. 219-245.

²²³ *Guía-directorio de Madrid y su provincia: comercio, industria, agricultura, ganadería, minería, profesiones y elemento oficial*, Editorial Bailly-Baillière y Riera Reunidos, Madrid, 1905, BNE, SG/2737. Otro ejemplo del uso de fuentes fiscales para complementar los datos del padrón en: PAREJA, A.: “La actividad laboral y productiva de las mujeres bilbaínas en 1900. Una propuesta metodológica para su recuperación”, *Vasconia*, nº 35, 2006, pp. 201-219.

pensionistas viudas de antiguos altos cargos administrativos o militares, que perseguían un reconocimiento social.

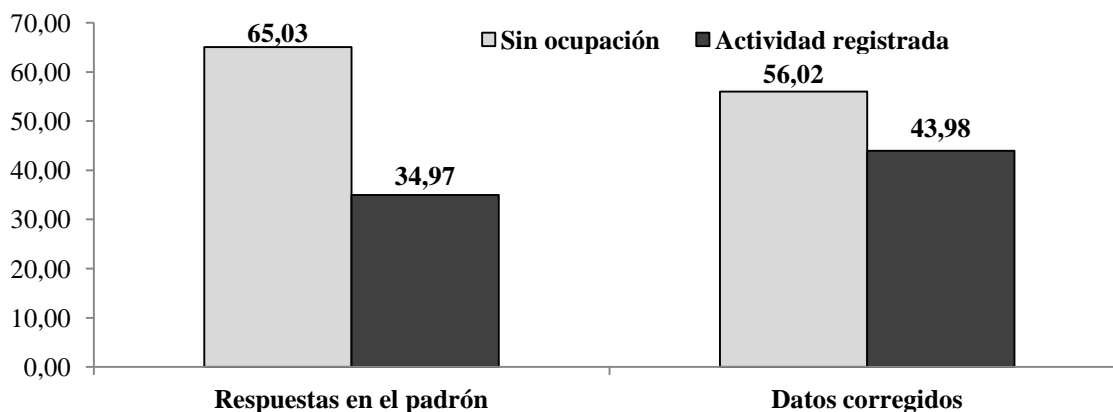


Figura 3.59. Estimación del subregistro de la actividad u ocupación femenina en Madrid (1905). Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

Esta mínima corrección estimada de los datos obtenidos del padrón municipal de Madrid en relación a la actividad económica femenina la aumenta en nueve puntos porcentuales, dejándola en el 44%. Sin embargo, la realidad era seguramente mucho más elevada, ya que al trabajo del cabeza de familia y de su cónyuge se le añadiría en algunos segmentos seguramente el de los jóvenes de la casa: los hijos, tanto ellos como ellas. La existencia del trabajo infantil ha sido una constante a lo largo de toda la Historia y lo seguía siendo en esta época en las regiones rurales españolas y en las ciudades a pesar de la existencia de las primeras leyes que lo restringían²²⁴. La Ley de Instrucción Pública de Claudio Moyano de 1857 estableció la enseñanza básica obligatoria hasta los 12 años de edad, si bien esta medida nunca llegó a cumplirse por regla general, ya que están sobradamente documentados los casos de niños pequeños que realizaban trabajos remunerados para ayudar en la medida de sus posibilidades a unas economías familiares frágiles²²⁵. En tiempos de la I República se promulgó una ley que estableció la prohibición de usar mano de obra infantil menor de 10 años en las fábricas, talleres, fundiciones o minas. Además, los niños menores de 13 años (14 para las niñas) no podían trabajar más de cinco horas diarias y ocho hasta que no cumplieran 15 (17 para las chicas), estando también prohibido su trabajo nocturno²²⁶.

²²⁴ SARASÚA, C.: “¿Activos desde cuándo? La edad de acceso al trabajo de niñas y niños en la España de los siglos XVIII y XIX” ponencia presentada en las *XII Jornadas de Historia del Trabajo*, dedicadas al *Trabajo infantil y género*, Universidad de Barcelona, 3-4 de mayo de 2012.

²²⁵ Una completa visión del trabajo infantil en todo el país durante el siglo XIX y hasta la Guerra Civil en: BORRÁS LLOP, J. M^a: “Zagales, pinches, gamenes... Aproximación al trabajo infantil” en BORRÁS LLOP, J. M^a (Coord.): *Historia de la infancia en la España Contemporánea (1834-1936)*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1996; “El trabajo infantil en el mundo rural español, 1849-1936. Género, edades y ocupaciones”, en MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M.: *El nivel de vida en la España Rural*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2002, pp. 497-548. “Una aproximación cuantitativa al trabajo infantil en la industria catalana (1900-1930)”, *XV Coloquio Internacional de la AEIHM “Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina”*, Bilbao, 2010; CAMPS CURÁ, E.: “Trabajo infantil y estrategias familiares durante los primeros estadios de la industrialización catalana (1850-1925): Esbozos a partir del estudio de un caso”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 24, 2002, pp. 263-280.

²²⁶ BORRÁS LLOP, J. M^a: “Las edades autorizadas del trabajo infantil: obreros, patronos y Estado (1855-1930)” ponencia presentada a las *XII Jornadas de Historia del Trabajo*, dedicadas al *Trabajo infantil y género*, Universidad de Barcelona, 3-4 de mayo de 2012.



Ilustraciones 3.11 y 3.12. A la izquierda, *Niño trabajando en el curtido de pieles en las antiguas tenerías*. Museo Municipal de Madrid, h. 1900; a la derecha, *Niña hilandera*. Planella Rodríguez. 1882.

Respuesta dada en el padrón	1860			1878			1905		
	Chicos	Chicas	Dif.	Chicos	Chicas	Dif.	Chicos	Chicas	Dif.
Declaran profesión	32,35	12,52	13,68	10,32	4,61	5,71	6,84	4,90	1,94
Van a la escuela	14,71	1,37	15,77	26,83	6,80	20,03	29,05	8,28	20,77
No indican nada	52,94	86,11	-29,45	62,84	88,60	-25,76	64,11	86,82	-22,71

Figura 3.60. Registro del trabajo infantil en el Ensanche Este de Madrid (1860-1905). Se han tomado los casos de los niños mayores de 10 años y menores de 15. Datos porcentuales. La diferencia porcentual hace referencia a los datos de los chicos en relación a la de las muchachas. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

Sin embargo, al igual que ocurría con otros textos legislativos, su ratificación no significó nunca una voluntad política de erradicar dicho fenómeno. Además, esta práctica estaba muy arraigada en la mentalidad de la población, no sólo por la necesidad económica de su realización, sino por razones culturales. Las familias de extracción popular contemplaban a sus hijos como un recurso esencial para fortalecer los ingresos familiares una vez que tuvieran edad suficiente para ocupar cualquier empleo y como una garantía para su vejez, y a la vez valoraban su incorporación al mercado laboral lo antes posible para que aprendieran las destrezas, el uso del utillaje y las herramientas del oficio, aún a costa de su escolarización²²⁷.

²²⁷ Durante el siglo XIX la mitad de la población española no había cursado ni siquiera estudios primarios (menos aún en el caso de las mujeres) circunstancia que no cambiaría hasta la primera década del siglo siguiente. EUGENIA, C. N.: "Educación", CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coords.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. II, Op. Cit., pp. 77-154.

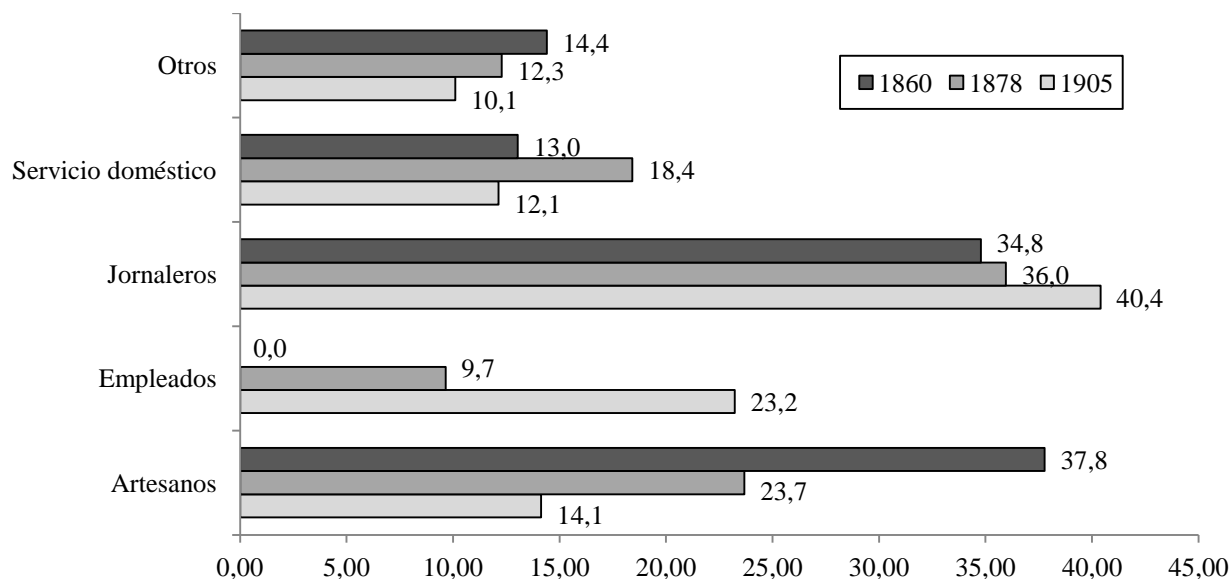


Figura 3.61. Integración laboral de los hijos varones de entre 10 y 15 años que declararon una ocupación (1860-1905). Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

La mayor parte del mercado laboral madrileño del último tercio del siglo XIX no demandaba trabajadores de cuello blanco que hubieran recibido una instrucción formal, y aquellos segmentos que sí lo hacían (la administración pública y las sociedades y compañías ferroviarias, financieras o de seguros), quedaban muy lejos de las aspiraciones de las familias jornaleras o artesanas. Por ello, muchos de estos jóvenes se introducían en el mundo laboral madrileño yendo al tajo con su padre en las numerosas obras que salpicaban Madrid, convirtiéndose en repartidores o chicos de los recados en las tiendas del barrio, o aprendiendo el oficio artesanal que su padre, algún pariente o conocido ejerciera, tal y como le ocurrió a Francisco Largo Caballero:

“Mi madre trabajaba de sirvienta. Yo vivía con un hermano suyo llamado Antonio, de oficio zapatero; era casado y tenía tres hijos, domiciliado en la Plaza de Chamberí en la casa medianera a la que yo nací. Mis primos, mayores que yo, me trataban como a un intruso que les comía su pan (...) Para ganar el pan que comía y cuando tenía siete años de edad, mi madre y mis tíos decidieron ponerme a trabajar. Después no he vuelto a pisar una escuela para recibir instrucción.

Entre la casa donde vivía con mis tíos y el convento de las Siervas de María existía una fábrica de cajas de cartón; allí comencé a trabajar ganando un real (25 céntimos) todos los días que trabajaba. Mi obligación consistía en dar engrudo al papel para forrar las cajas, y llevarlas a los comercios de Madrid, esto es, a los clientes. Este trabajo no era muy agradable porque se me cubrían las manos de sabañones ulcerados. Servir las cajas a la clientela me resultaba penoso, pues tenía que hacerlo lloviese o nevase, con frío o con calor, calzando alpargatas, casi siempre rotas aunque mi tío era zapatero”.

LARGO CABALLERO, F.: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, México 1954.

Si ya era difícil que las familias jornaleras se afanasen en escolarizar a sus hijos varones debido a la precariedad diaria en la que vivían, más difícil aún era que lo hicieran con sus hijas, porque los horizontes de futuro laboral de estas muchachas, acudieran o no a la escuela, apenas se veían ampliados. Aunque en las hojas de empadronamiento no se indicara fielmente la escolarización madrileña, que la diferencia

a la hora de registrarlo en ellas fuera del 20% entre hijos e hijas a favor de los primeros en detrimento de las segundas era sintomático de la existencia de una estrategia familiar consciente (ver Figura 3.60). Era más plausible que se quedaran en el hogar ayudando en las tareas domésticas a su madre, cuidando de sus hermanos pequeños si ésta trabajaba fuera del hogar, o en la mayoría de los casos, que encontraran trabajo como sirvienta en algunas de las familias acomodadas del barrio y aportar así algunos reales al siempre alicorto presupuesto familiar.

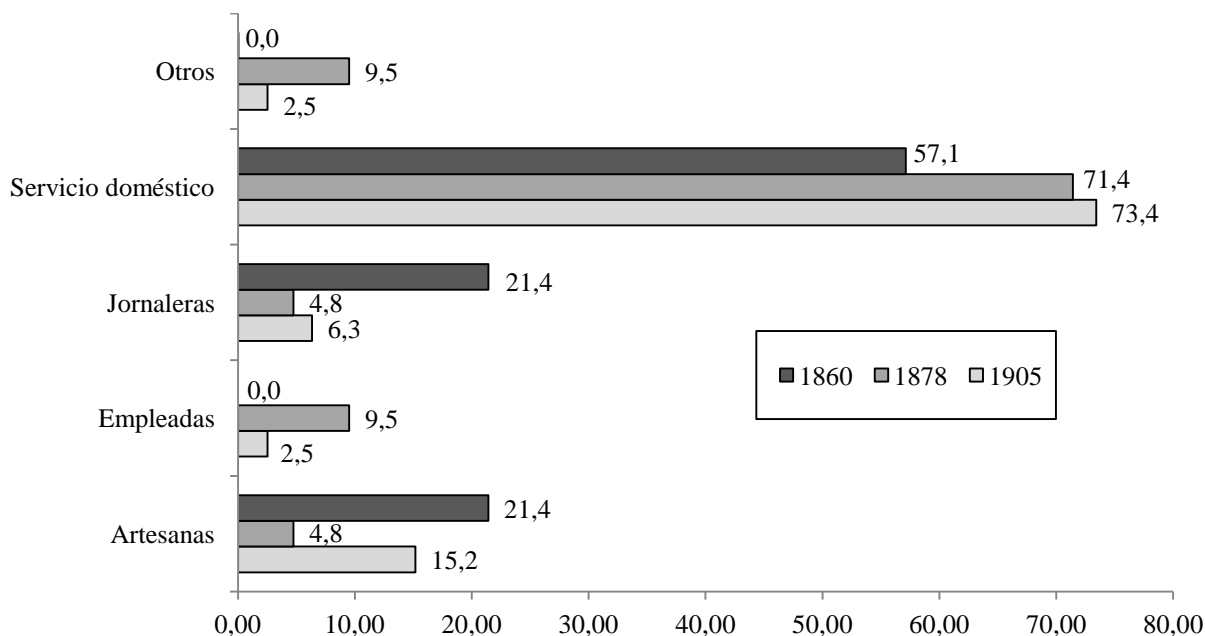


Figura 3.62. Integración laboral de las hijas de entre 10 y 15 años que declararon una ocupación (1860-1905). Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

Josefa Bastante González, una joven de 13 años oriunda del pueblo ciudadrealeno de Daimiel, fue una de ellas. Con 6 años llegó a la capital junto a sus padres, su hermano mayor, Valentín y su hermana pequeña Petra. En la capital, la muerte de su padre colocó a la familia en graves apuros económicos y obligó a la madre, Vicenta González Valdepeñas, a sacar adelante a sus tres hijos movilizand o todas las manos del hogar. A la altura de 1878 se ubicaban en un pequeño sotabanco del número 11 de la calle de Hermosilla por el que pagaban 15 pesetas al mes, precio todavía elevado para su posición, por lo que lo compartían con Faustino Rao Pinilla, jornalero. Mientras Vicenta hacía las veces de lavandera ayudada por la pequeña Petra, encargándose de la ropa de los vecinos más acomodados de su portal y, Valentín, de 21 años, declaraba ser zapatero. Por su parte, Josefa se integró en el segmento laboral de la ciudad en el que con mayor facilidad podía introducirse: el servicio doméstico. A tan sólo dos manzanas de distancia, en el tercero izquierda del número 20 de la calle de Serrano, Josefa entró a servir siendo muy joven, y no en una casa cualquiera, sino en la de un catedrático de Economía Política de la Universidad Central, Melchor Salvá y Hormaechea quien, junto a su mujer y sus cinco hijos, todos menores de 10 años, podían permitirse no sólo su contratación, sino también la de otra sirvienta, Jerónima, de 20 años de edad²²⁸. Aunque su sueldo fuera escaso y el trabajo constante, Josefa estaría bien alimentada, iría mejor vestida y dormiría más cómoda que en el sotabanco de su madre.

²²⁸ AVM, sección de Estadística, padrón municipal de Madrid de 1878.

“Estaba Maximiliano con la hucha en la mano mirándola por arriba y por abajo, como si la fuera a retratar, cuando se abrió la puerta y entró una chiquilla como de doce años, delgada y espigadita, los brazos arremangados, muy atusada de flequillo y sortijillas, con un delantal que le llegaba a los pies... Era la criada de la casa. Doña Lupe odiaba las mujeronas, y siempre tomaba a su servicio niñas para educarlas y amoldarlas a su gusto y costumbres. Llamábanla Papitos, no sé por qué.”

PÉREZ GALDÓS, B.: *Fortunata y Jacinta*, 1887.

A medida que se avanzaba hacia el siglo XX, el registro de las actividades económicas desempeñadas por los hijos menores de 15 años de las familias del Ensanche Este de Madrid tendió a reducirse, aunque de una forma más acusada entre la prole de las familias madrileñas que entre las inmigrantes²²⁹. El descenso en la indicación laboral de los hijos de ambos sexos en una quinta parte de media (del 26,02% en 1860 al 3,59% en 1905) se debió a diversas circunstancias, unas específicas de este espacio urbano, y otras de carácter general. Entre las primeras se hallaba el proceso de segregación socioeconómica que estaba afectando a la ciudad, por la cual los barrios más cercanos al eje Prado-Recoletos-Castellana estaban atrayendo a una población acomodada, cuyos hijos no sólo carecían de la necesidad de trabajar, sino que disponían de los recursos necesarios para educarse más allá de la mera instrucción obligatoria²³⁰. Además, el recuento de dicha actividad topaba en el caso de las familias comerciantes y artesanas con taller abierto con los mismos problemas de subregistro que atañían a sus esposas, ya que aunque contaban con la ayuda de los hijos en su labor diaria, el cabeza de familia no lo señalaba en su casilla correspondiente. Por último, pero sin duda el factor quizá más relevante, el ascenso hasta los 14 años en la educación de los niños y el progresivo acotamiento en el uso de mano de obra infantil supuso la necesidad de ocultar el trabajo asalariado de aquellos que fueran menores.

La fuente del padrón municipal no basta por sí sola para averiguar el volumen real del trabajo infantil y femenino existente en Madrid²³¹. No obstante, a pesar de dicho subregistro, su nivel de señalización del trabajo realizado por las mujeres era algo mayor que la encontrada en otras fuentes de índole religiosa, sindical, fiscal o industrial contemporáneos²³², ya que eran ellas mismas las que rellenaban la hoja declaratoria (o sus padres, maridos, hermanos o empleadores), y aunque sólo lo indicasen una tercera parte de las mayores de 14 años, ilustran en qué segmentos del mercado laboral madrileño encontraban mejor cabida.

²²⁹ De los chicos y chicas que tenían entre 10 y 15 años de edad entre 1860 y 1905 y que declararon alguna ocupación laboral, las dos terceras partes eran inmigrantes, siendo sólo el 22% de las chicas y el 26% de los chicos naturales de Madrid. AVM, sección de Estadística, padrones municipales de Madrid.

²³⁰ El porcentaje de población infantil que declaró algún tipo de actividad económica en los padrones municipales fue muy superior en el Ensanche Sur, de marcado carácter jornalero, que en el Ensanche Este. CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid...*, Op. Cit., pág. 378.

²³¹ PUELLES BENÍTEZ, M.: *Modernidad, republicanismo y democracia: una historia de la educación en España (1898-2008)*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2009.

²³² A modo de ejemplo, Fernando Mendiola Gonzalo y Pilar Pérez Fuentes estimaron que los padrones eran fuentes más fiables que las listas de trabajadores industriales recogidas en la Comisión de Reformas Sociales, las listas de Contribución de Culto y Clero y que los censos nacionales. MENDIOLA, F.: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*, Bilbao, UPV, 2002, pp. 261-262; PÉREZ FUENTES, P.: “El trabajo de las mujeres en la España de los siglos XIX y XX. Consideraciones metodológicas”, *Arenal, Revista de Historia de las mujeres*, Vol. 2, 2, pp. 219-245.

3.3.2. La participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño formalizado.

El registro de la actividad laboral de las mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid fue superior a la media nacional (ver Figura 3.51) y a la de otras urbes españolas como Granada (donde la actividad declarada por las mujeres no llegaba al 5%), Bilbao (el 32%), Segovia (poco más del 20%) o Guadalajara (cercana al 30%)²³³. En las hojas declaratorias de los padrones municipales de Madrid del último tercio del siglo XIX y principios del XX, más de la tercera parte de las mujeres mayores de 14 años allí residentes afirmaron desempeñar una profesión o actividad productiva (ver Figura 3.53). Únicamente en aquellos núcleos urbanos volcados en la actividad industrial (textil, conservas, tabaco, etc.), donde el empleo de mano de obra femenina estaba muy extendido, su tasa de actividad registrada por las administraciones fue superior²³⁴. Este espacio urbano de nuevo cuño no sólo reconoció una actividad laboral femenina más elevada que la de otras urbes españolas, que las demás zonas del Ensanche²³⁵ y que los barrios populares del casco antiguo (por debajo del 30%)²³⁶, sino que a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX mostró una tendencia divergente. Mientras que el subregistro laboral femenino se agudizaba en líneas generales a medida que languidecía la centuria decimonónica, en el caso del Ensanche Este ocurrió lo contrario, manifestó un repunte de dos puntos porcentuales, del 33 al 35%.

No hubo ninguna transformación económica de calado en la ciudad durante la segunda mitad del siglo XIX que justificase tal circunstancia. Tampoco se produjo el asentamiento en el Ensanche Este o en sus cercanías de nuevos talleres o industrias que usaran mano de obra femenina de forma intensa. La Real Fábrica de Tabacos (monopolio del Estado y articulada por trabajadoras experimentadas y organizadas que controlaban de facto la contratación de nueva mano de obra mediante estrategias gremiales) o talleres artesanales como los del zapatero industrial Soldevilla, (focos de oferta laboral femenina en la ciudad ante la ausencia de grandes entramados industriales dedicados al textil como en Cataluña), no ejercieron influencia más allá de las calles y barrios donde se albergaban²³⁷. La razón principal de esta diferencia radicó en la concentración en el Ensanche Este de familias de empleados, profesionales liberales, rentistas, propietarios, banqueros e industriales que generaron una fuerte demanda de trabajo en un segmento laboral ampliamente feminizado: el servicio doméstico²³⁸.

²³³ PAREJA, A.: “La actividad laboral y productiva de las mujeres bilbaínas en 1900. Una propuesta metodológica para su recuperación”, *Vasconia*, nº 35, 2006, pp. 201-219; MOYA GARCÍA, G. y MARTÍNEZ LÓPEZ, D.: “Trabajo y actividad femenina en la ciudad de Granada entre 1890 y 1930”, *XV Coloquio Internacional de la AEIHM “Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina”*, Bilbao, 2010, pp. 127-144; DE LAFUENTE NÚÑEZ, R.: *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007, <http://eprints.ucm.es/7947/1/Segovia.pdf>; SAN ANDRÉS CORRAL, J.: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007; <http://eprints.ucm.es/8002/1/Guadalajara.pdf>.

²³⁴ FERRER, L.: “Notas sobre la familia y el trabajo de la mujer en la Catalunya central (siglos XVIII-XX)”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, nº XII, 2/3, 1994, pp. 201-232; CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX...*, *Op. Cit.*

²³⁵ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, *Op. Cit.*; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, *Op. Cit.*

²³⁶ DÍAZ SIMÓN, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX...*, *Op. Cit.*

²³⁷ De las 464 cigarreras residentes en el Ensanche de Madrid en 1878 según declararon en el padrón de dicho año, 442, más del 95% tenía su hogar en el Ensanche Sur, a escasos metros de la Real Fábrica. CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid...*, *Op. Cit.*

²³⁸ SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del...*, *Op. Cit.*

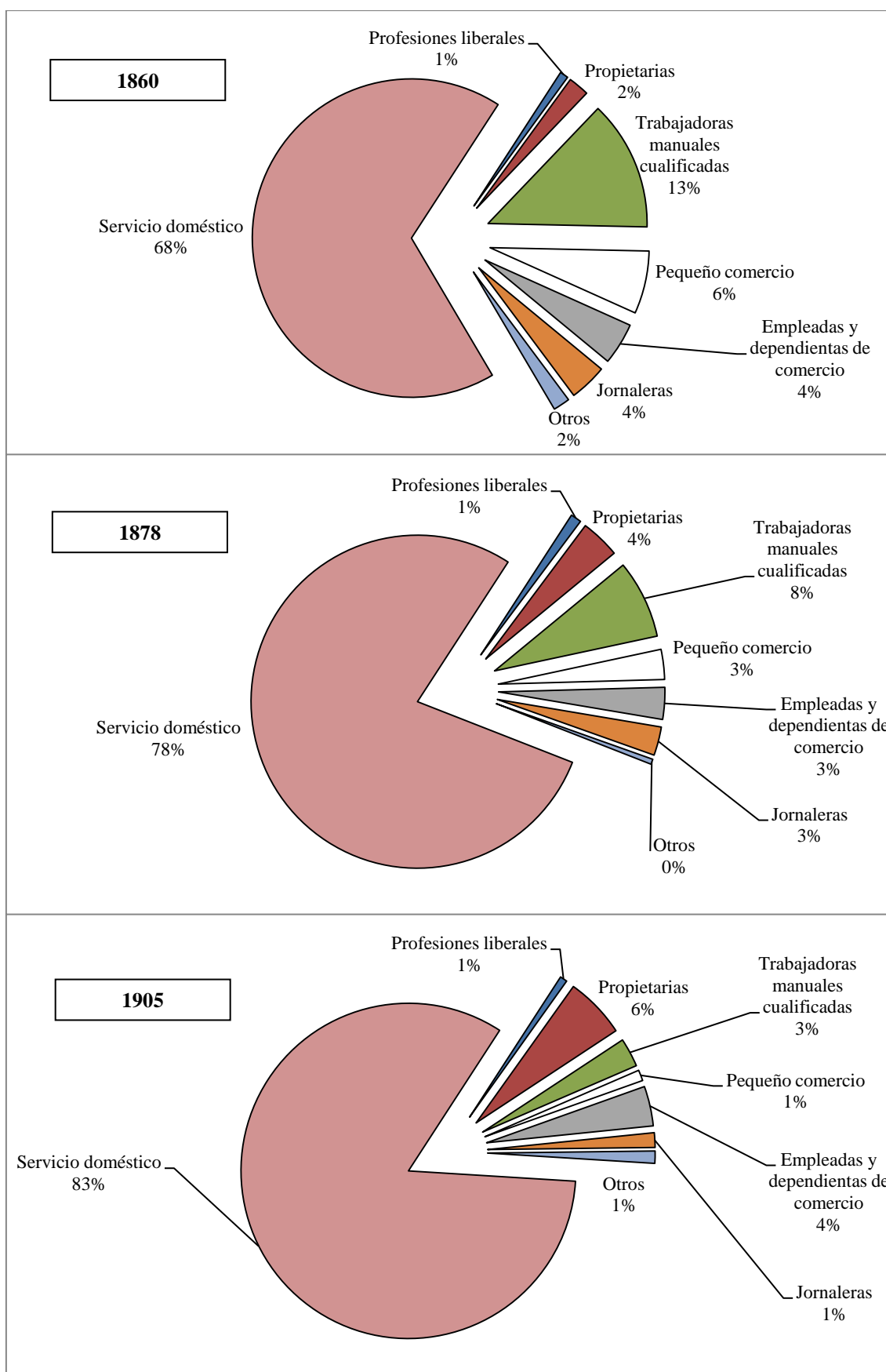
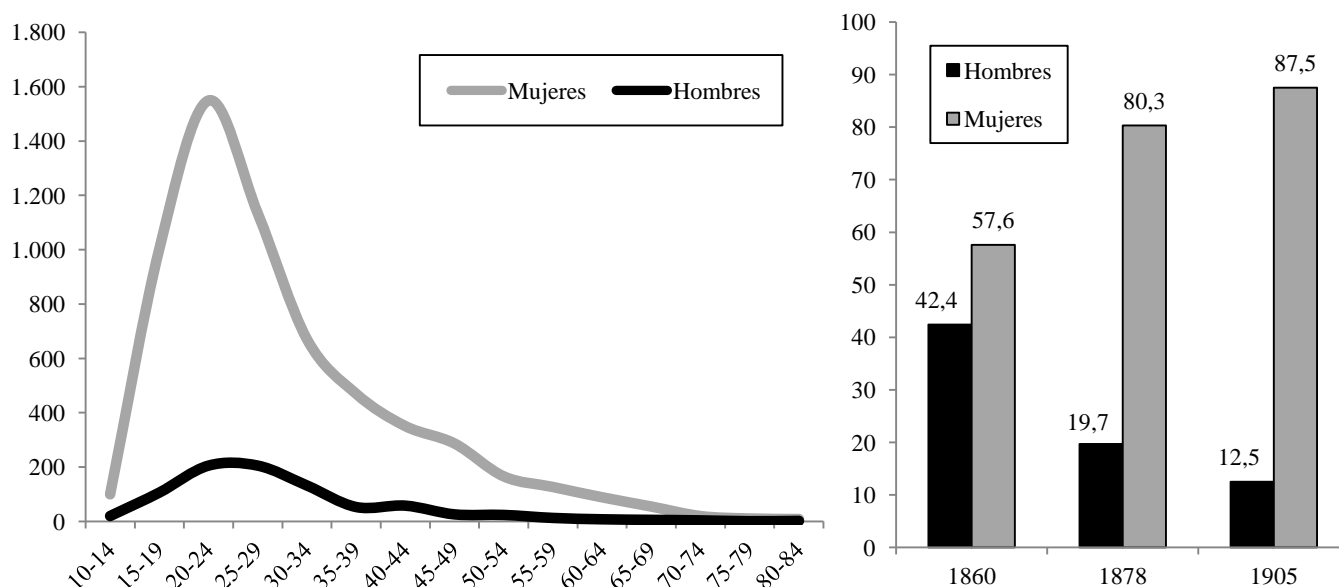


Figura 3.63. Estructura profesional de las mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid mayores de 12 años que indicaron algún tipo de actividad económica (1860-1905). AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

El servicio doméstico fue la única veta laboral en la que las mujeres no sufrieron un subregistro u ocultación apreciable en su actividad, ya que encajaba como un guante en el *discurso de la domesticidad*, la teoría de las dos esferas y el intento de confinar a las mujeres en el trabajo reproductivo. Era realizado abrumadoramente por mujeres solteras y jóvenes, lo cual era visto socialmente como una forma de ahorrar para la dote y medio para hacer acopio de la experiencia necesaria para su futuro como esposa y ama de casa dedicada a *sus labores*. Por todo ello, a lo largo del siglo XIX el servicio doméstico de las grandes urbes sufrió un claro proceso de feminización, no siendo Madrid una excepción²³⁹. Entre 1860 y 1905, el servicio doméstico registrado en el Ensanche Este de la capital ahondó en esa feminización hasta llegar a una diferencia de 75 puntos entre ambos géneros (Figura 3.65), un proceso que ya se había iniciado a finales del siglo anterior en sociedades europeas como la inglesa y en zonas rurales españolas como la gallega²⁴⁰. Las trabas sociales impuestas al acceso de las mujeres al trabajo asalariado las conminó al servicio doméstico, donde sus salarios, más bajos que los de los hombres, motivaron el abandono del sector por parte de éstos y la consecuente feminización de dicha actividad²⁴¹. Las jóvenes muchachas tanto del campo circundante como de distancias más lejanas (Figura 2.19) se integraron como criadas *para todo*, nodrizas, ayas, cocineras o doncellas, influyendo en la cuantía, el género y la edad de una buena parte de los protagonistas de los movimientos migratorios que se dirigieron a la capital (Figuras 2.20 y 2.24).



Figuras 3.64 y 3.65. A la izquierda, distribución por edades y sexo del servicio doméstico del Ensanche Este de Madrid en 1905. A la derecha, proceso de feminización del servicio doméstico a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones de 1860, 1878 y 1905.

²³⁹ En 1900, las mujeres copaban el 88% del servicio doméstico de la ciudad condal. BORRELL CAIROL, M.: "El servicio domestico en Barcelona (1900-1940)", XV *Coloquio Internacional de la AEIHM "Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina"*, Bilbao, 2010.

²⁴⁰ BERG, M.: "Women's work and the Industrial Revolution", *Refresh*, 12, 1991, pp. 1-4; DUBERT, I.: "Agricultural work, social structure and labour markets of the rural domestic service in Galicia in the mid-eighteenth century", en FAUVE-CHAMOUX, A. (ed.): *Domestic Service and the Formation of European Identity. Understanding the Globalization of Domestic Work, 16th-21st Centuries*, Bern, Peter Lang, 2004, pp. 113-126.

²⁴¹ ACTIS, W., DE PRADA, M. A. y PEREDA, C.: *Mujer, inmigración y trabajo*, Madrid, Instituto de Migraciones y Servicios Sociales, 2001.

Este fenómeno fue escrupulosamente registrado por los padrones municipales ya que, en la mayoría de los casos, el servicio doméstico del Ensanche Este era interno (ver Figura 3.66), residiendo en el hogar del empleador, lo que significaba que a la hora de rellenar la hoja declaratoria del padrón municipal era el cabeza de familia que la tenía contratada el que daba razón de su relación contractual. De esta forma, raro era el caso de la familia que, conscientemente, decidiera no indicar la presencia de servicio doméstico en su casa, lo cual era motivo de reconocimiento y reflejo de cierto status social. Por norma general, las sirvientas internas eran mayoritariamente chicas muy jóvenes, solteras e inmigrantes, llegadas a la gran ciudad para entrar a servir en alguna casa de la capital, aprender a realizar las tareas domésticas y lograr una buena dote²⁴². No obstante, también había familias populares, madrileñas e inmigrantes cuya maltrecha situación económica les arrastraba a buscar una casa para que sus hijas o parientes pudieran entrar a servir y ganarse el sustento que ellos no les podían ofrecer. Además, cuando la desgracia y el infortunio llegaban al hogar dejando viuda a la esposa, antes de abandonar a los hijos y entregarlos a la Inclusa²⁴³, lo cual era la última opción, las madres optaban por buscar a algún conocido, ya fuera un pariente lejano, un vecino o un paisano, que aceptara a su hija en su hogar como criada (ver Figuras 2.37 y 2.40). El recurso al servicio doméstico como forma de integración laboral tanto para las muchachas que accedían a su primera profesión como para aquellas que se hallaban en apuros económicos era moneda común en el Madrid del siglo XIX.

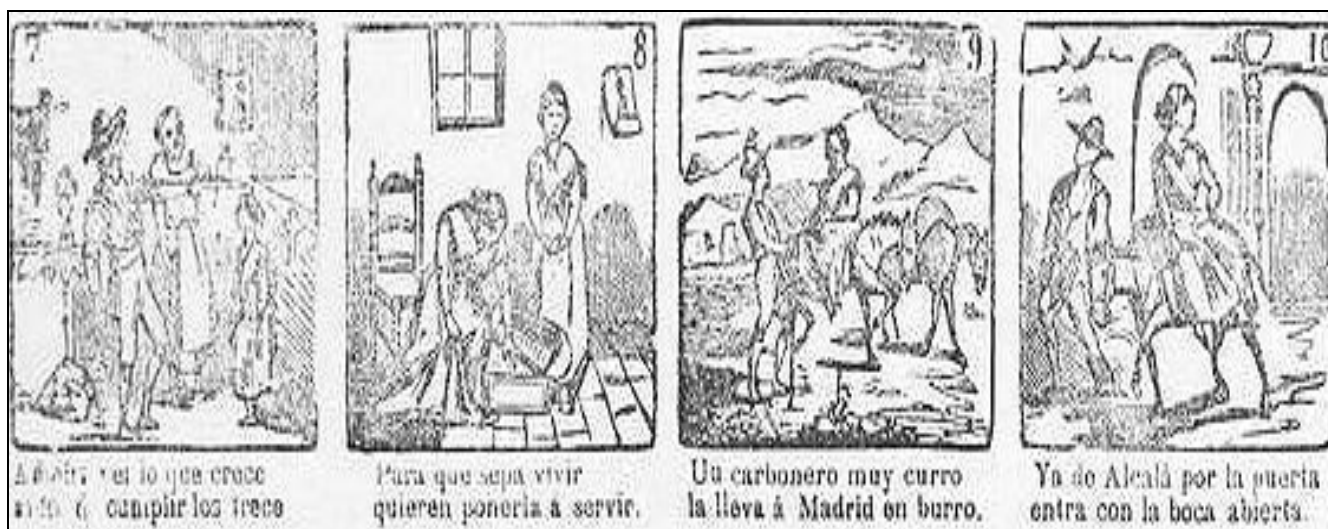


Ilustración 3.13. Detalle de la vida de aleluya titulado “Vida de una criada de servir”, nº 63 de la Colección *Aleluyas* publicada por los Sucesores de Hernando, en 1860 en Madrid, y compuesta por 48 viñetas en el que se reconstruía con tintes cómicos la vida de una criada en Madrid. La protagonista es una niña nacida en un pueblo de la Alcarria quien, “*al cumplir los trece*” y no siendo muy diestra en las labores agrícolas, su familia estima que “*quieren ponerla a servir para que sepa vivir*”, mandándola junto a un carbonero a Madrid, ciudad a la que entra por la Puerta de Alcalá “*con la boca abierta*”. Posteriormente, se describen las distintas labores que realiza mientras sirve en distintas casas, pasando por un cesante, un empleado, un boticario, una condesa y un cura.

²⁴² SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Siglo XXI, 1994, Madrid.

²⁴³ Cuando los niños eran muy pequeños, era la madre viuda la que los entregaba a la Inclusa hasta que se hicieran más mayores. De esta forma, la madre podía buscar un trabajo a tiempo completo como el de criada y ahorrar lo suficiente para recogerlos años después. REVUELTA EUGERCIOS, B.: *Los usos de la inclusa de Madrid, mortalidad y retorno a principios del siglo XX (1890-1935)*. Tesis Doctoral, UCM, 2011; ESPINA PÉREZ, P: *Historia de la Inclusa de Madrid vista a través de los artículos y trabajos históricos (1400-2000)*, Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid, Madrid, 2007.

Tipología del servicio doméstico femenino del Ensanche Este de Madrid	1860	1878	1905
Interno	79,25	89,06	94,05
Externo	20,75	10,94	5,95

Figura 3.66. Sólo se han contabilizado las mujeres mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

Si existía un cierto subregistro, éste se concentró en el servicio doméstico externo, entre aquellas muchachas y mujeres que de forma esporádica y coyuntural participaron en uno de los escasos segmentos laborales donde las mujeres no eran mal vistas. Trabajar por temporada, por horas o a domicilio en el servicio doméstico madrileño era un buen modo para ganar ingresos extras, aunque por la propia definición del concepto de trabajo imperante y su clara asimilación con el trabajo reproductivo no siempre fue debidamente registrado. Las mujeres que no entraban a servir en las casas como internas no desempeñaban una función específica, sino que solían ser contratadas por horas o a domicilio como *chicas para todo*, sirvientas que realizaban todas las tareas domésticas que se les encargaran. Estas criadas *todoterreno* eran jóvenes y solteras, hijas, primas y sobrinas en sus hogares de residencia, y las que cobraban menos por sus servicios, dado la poca especialización de su cometido (ver Figura 3.67). Solían ser sus primeros pasos en el mercado laboral, empujadas por la cortedad de la caja de caudales de una familia encabezada en su gran mayoría por jornaleros, trabajadores cualificados y empleados de baja cualificación, cuyos reducidos jornales requerían de cualquier ingreso extra que los demás miembros del hogar pudiesen aportar. Peor lo tenían aquellas familias compuestas por una madre viuda y sus hijas, quienes en la mayoría de los casos trabajaban como sirvientas en largas y extenuantes jornadas por míseros sueldos, para las cuales, según Galdós, era un “*voto de heroísmo vivir de su trabajo*” y con la única recompensa de ser “*patente de ayuno perpetuo*”²⁴⁴. De ahí que más de la tercera parte de las sirvientas externas sin especialización residieran junto a sus madres viudas (el 35,2%) o con sus padres jornaleros (el 29,3%), porteros y cocheros (el 13,8%), cesantes (el 8,6%) y trabajadores manuales cualificados (el 6,9%)²⁴⁵.

Por su parte, las mujeres casadas y viudas más mayores, aquellas cuyas manos y espaldas daban fe de una vida ya experimentada en la realización de tareas domésticas propias y ajenas, atesoraban unas credenciales a la hora de buscar trabajo que las convertían en trabajadoras cualificadas y ducharas como lavanderas, planchadoras o cocineras, yendo por las casas para recoger la ropa, llevarla a lavar en el río o en los distintos lavaderos de la ciudad, plancharla y arreglarla antes de devolverla (ver Figura 3.67)²⁴⁶. En todas las zonas del Ensanche se observa la misma dinámica. Las lavanderas y planchadoras eran en la mayoría de los casos mujeres experimentadas mayores de treinta años, casadas o viudas que encabezaban su propia familia, siendo muy escasa la

²⁴⁴ PÉREZ GALDÓS, B.: *Tormento*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, pág. 32.

²⁴⁵ En el Ensanche Sur, donde la corrosión de los oficios y la jornalización del trabajo manual era más evidente, más del 80% de las sirvientas externas eran esposas o hijas de este tipo de trabajadores manuales, tanto de artesanos a jornal como de trabajadores sin cualificación. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit., pp. 236-238.

²⁴⁶ No obstante, la participación de las mujeres en las labores de lavado, secado y planchado de la ropa también sufría una cierta subestimación, ya que una buena parte de las tareas eran realizadas por mujeres que lo hacían de forma coyuntural y que no declararían tener el oficio de lavanderas o planchadoras.

participación de hijas adolescentes, una participación que se evitaba hasta que no había más remedio. En el Ensanche Sur, durante la segunda mitad del siglo XIX entre el 71,93 y el 53,93% de las mujeres casadas o viudas empleadas en el servicio doméstico externo declararon ser lavanderas, planchadoras o cocineras, frente a una proporción entre el 18,18 y el 6,12% de las hijas. En cuanto al Ensanche Norte, más del 50% de las lavanderas eran esposas o madres viudas a la altura de 1880, mientras que sólo el 3,45% residían en casa de sus padres²⁴⁷. Por último, los datos del Ensanche Este corroboran esta tendencia, ya que en 1905 el 53% de las lavanderas eran esposas, parejas o viudas por sólo un 5,9% de jóvenes hijas que vivían aún en la casa familiar.

A pesar de la puesta en marcha del Canal de Isabel II, la mayoría de las casas madrileñas aún no disponían de agua corriente. Además, ni las estancias ni las edificaciones habían sido ideadas para ubicar un espacio interior apropiado para el lavado de la ropa, por lo que disponer de ella limpia era una labor fatigosa y dura, la primera que cualquier familia pudiente pagaba para que una sirvienta, interna o externa, la llevase a cabo²⁴⁸. En ocasiones, cuando la necesidad económica impulsaba a las madres viudas a desempeñar las veces de lavanderas o planchadoras, y carecían de algún conocido en el barrio al que dejar sus hijos pequeños, se veían obligadas a llevarlos a los lavaderos donde, con cierta edad, ya les ayudaban en su tarea, tal y como recordase Arturo Barea en *La forja de un rebelde*:

“Cuando murió mi padre, éramos cuatro hermanos y yo tenía dos meses. Le aconsejaban a mi madre que nos echara a la Inclusa, porque con los cuatro no iba a poder vivir. Mi madre se marchó al río a lavar ropa. Los tíos nos recogieron a mí y a ella; los días que no lava en el río hace de criada en casa de los tíos y guisa, friega y lava para ellos...”

*Los chicos de las lavanderas nos reunimos con la señora Encarna [la dueña] en el piso más alto de la casa del lavadero. A su lado está el montón de pantalones, de sábanas, de calzoncillos y de camisas. Al final están las fundas de las almohadas. Cada prenda tiene un número, y la señora Encarna los va cantando y tirándolas al chico que tiene aquella docena a su cargo. Cada uno de nosotros tenemos a nuestro lado dos o tres montones, donde están los «veintes», los «treintas» o los «sesentas». Cada prenda la dejamos caer en su montón correspondiente.”*²⁴⁹

Era la necesidad económica la que empujaba a estas mujeres hacia el servicio doméstico externo, una necesidad asociada a los cambios en el ciclo vital familiar, a los nacimientos y defunciones de alguno de sus miembros y a la emancipación o integración de parientes en el núcleo doméstico. Por ello, este fenómeno homogeneizó la distribución por edades del servicio doméstico femenino externo, alejándose del modelo de la criada interna joven, soltera, inmigrante y menor de 30 años, ya que salvo en el rango de edad de los 20 a 29 años, la proporción de sirvientas externas fue mayor.

²⁴⁷ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

²⁴⁸ SARASÚA, C.: “El oficio más molesto, más duro: el trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX”, *Historia Social*, nº 45, 2005, pp. 53-78; TATJER, M.: “El trabajo de la mujer en Barcelona en la primera mitad del siglo XX: lavanderas y planchadoras”, *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, VI, 119 (23), agosto 2002. Madrid contaba en vísperas de la Gloriosa con casi 100 lavaderos, todos ubicados en ambos márgenes del río Manzanares. BONA, F. J.: *Anuario Estadístico de la provincia de Madrid para 1868*, Imprenta del Hospicio, Madrid, 1868-1869.

²⁴⁹ BAREA, A.: *La forja de un rebelde. La forja*. Biblioteca El Mundo, Madrid, 2001, pp. 9-10.

Principales características del servicio doméstico femenino externo (1860-1905)							
Año	Profesión	Cabeza	Familiar	Esposa o pareja	Hija	Realquilada	Total
1860	Asistente, ama de gobierno, doncella	0	0	0	20,00	40,00	17,24
	Lavandera, planchadora, cocinera	100,00	37,50	50,00	0	30,00	37,93
	Nodriz, niñera, ama de cría	0	25,00	0	0	10,00	10,34
	Criada, sirvienta	0	37,50	50,00	80,00	20,00	34,48
	Total	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00
1878	Asistente, ama de gobierno, doncella	34,78	5,71	17,07	18,35	21,43	14,03
	Lavandera, planchadora, cocinera	52,17	11,43	39,02	33,54	37,50	27,60
	Nodriz, niñera, ama de cría	0	0	0	4,21	1,79	3,17
	Criada, sirvienta	13,04	82,86	43,90	43,89	39,29	55,20
	Total	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00
1905	Asistente, ama de gobierno, doncella	19,28	7,23	10,81	5,97	9,43	12,19
	Lavandera, planchadora, cocinera	36,28	10,84	40,54	10,45	15,09	15,24
	Nodriz, niñera, ama de cría	5,56	1,20	0	2,21	1,93	2,50
	Criada, sirvienta	38,89	80,72	48,65	81,37	73,54	70,08
	Total	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

Figura 3.67. Sólo se han contabilizado las mujeres mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

Por otro lado, las familias que recurrían al servicio doméstico externo eran generalmente aquellas cuyos ingresos no eran lo suficientemente holgados como para permitirse integrar en el hogar a un nuevo miembro al que habría que alimentar, vestir y darle una habitación además de pagarle por el servicio, pero sí alcanzaban para contratar a alguien que descargara de trabajo a la esposa y realizase las tareas del hogar más arduas, de mayor esfuerzo y que más tiempo consumían, como llevar la ropa a lavar al río, plancharla y encargarse de los remiendos, ir a llenar las tinajas para tener agua en casa, comprar los alimentos, prepararlos y cocinarlos, traer carbón, etc. También se recurría al servicio doméstico externo cuando los niños eran tan pequeños que no se les podían dejar solos, haciendo que la criada cuidase de ellos durante determinadas horas del día o que se encargase de realizar las tareas que requiriesen salir fuera del hogar, permitiendo a la madre cuidarlos ella misma. La criada externa solía ser una chica joven, conocida del barrio, paisana de la familia o incluso pariente, que llegaba a esta ocupación mediante los hilos invisibles de las redes informales, ya fuera mediante una simple conversación directa entre los empleadores y la madre de la futura criada externa, o con la mediación de terceras personas, a través de la portera del edificio, algún amigo, pariente o paisano en común.

En el número 17 de la calle Hermosilla, en 1905, encontramos un ejemplo de este fenómeno. En el primero interior de este portal residía un matrimonio formado por el militar Federico Lucas Gallego, que ganaba un sueldo anual de 2.214 pesetas con el que sufragaba el alquiler de 37,5 pesetas mensuales, su esposa Úrsula Guerras, ambos vallisoletanos, y sus tres hijos de 5, 3 y menos de 1 año de edad. Dada su corta edad, en especial del recién nacido, Úrsula no podía hacer frente a todas las labores domésticas, cuidar a los tres pequeños y salir de casa para comprar comida, lavar la ropa, etc. Por ello, la familia pronto pensó que era necesario contratar a una criada externa que la ayudase, y qué mejor que hacerlo entre las chicas del vecindario, a quienes veían en los

descansillos de las escaleras y en quienes podían confiar. De esta forma, a la altura de diciembre de 1905 Federico y Úrsula habían contratado como sirvienta externa a la joven de 18 años Felisa de Paz Sánchez, que vivía en el nº 2 interior del tercer piso del mismo portal (de 18 pesetas mensuales de alquiler), junto a su madre viuda, un hermano mayor de oficio albañil y otro pequeño que aún iba a la escuela. Era un buen apaño para ambas partes. Por un lado, Úrsula recibía la ayuda diaria de una joven conocida en las tareas domésticas durante unas horas, mientras que Felisa ganaba unos reales cerca de casa, lo que le permitía estar a disposición de su madre si la necesitara²⁵⁰.

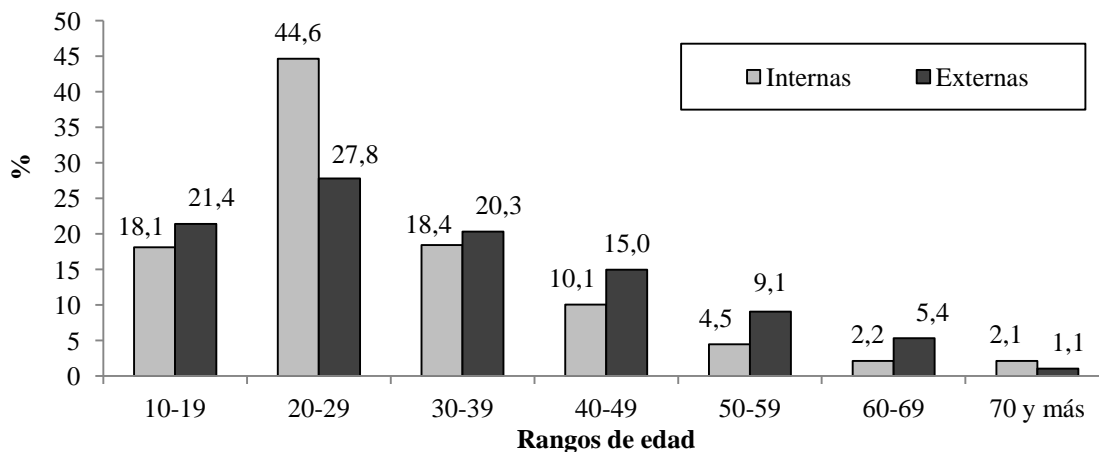


Figura 3.68. Distribución por edades del servicio doméstico femenino interno y externo residente en el Ensanche Este de Madrid. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

Aunque la proporción de criadas externas residentes en el Ensanche Este se redujo considerablemente respecto a las internas ente 1860 y 1905 (Figura 3.66), no fue consecuencia de la reducción de su demanda sino todo contrario. A medida que los barrios de Salamanca, Biblioteca, Retiro, Goya o Conde de Aranda atrajeron a cada vez más familias acomodadas y de clases medias, se consolidó en este espacio urbano un polo constante de demanda de servicio doméstico externo e interno. Sin embargo, esta tendencia también provocó el aumento del precio medio del alquiler, lo que empujó a aquellas familias más necesitadas, cuyas viudas, esposas, familiares e hijas nutrían el servicio doméstico externo, a ubicar sus residencias en zonas más alejadas y baratas, ahondando en la separación entre sus domicilios y las casas donde eran empleadas. Cada día decenas de doncellas de labor, lavanderas, planchadoras y criadas de servir salían de sus hogares, ubicados en los barrios del Ensanche Este más baratos y alejados del centro, los de Gutenberg, Las Mercedes y Plaza de toros, donde el servicio doméstico femenino externo superaba el 20% del total, para llegar puntuales a los hogares donde estaban empleadas y emprender las tareas domésticas diarias (Figura 3.69). Un fenómeno que se reproducía en toda la ciudad, donde los barrios periféricos del Ensanche de Madrid, como Lozoya y Balmes al Norte, o los de Peñuelas e Imperial al Sur, también nutrían de criadas externas las demandas de los barrios más acomodados del casco antiguo de la ciudad y de los circundantes al eje Recoletos-Castellana²⁵¹.

²⁵⁰ Datos tomados del padrón de Madrid de 1905. AVM, sección de Estadística.

²⁵¹ Del servicio doméstico femenino residente durante la segunda mitad del siglo XIX en el Ensanche Sur, la zona con los alquileres más bajos de la ciudad, más de las dos terceras partes era externas, una proporción que sería aún mayor si nos alejásemos de las rondas, la calle de Embajadores y los largos paseos ilustrados de las Acacias y Santa María de la Cabeza. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit., pág. 235.

Servicio doméstico femenino interno y externo del Ensanche Este por barrios (1905)									
	Retiro	Biblioteca	Conde Aranda	Salamanca	Monasterio	Goya	Plaza de toros	Las Mercedes	Gutenberg
Interno	97,92	97,48	97,08	95,24	94,97	92,10	78,86	77,38	70,27
Externo	2,08	2,52	2,92	4,76	5,03	7,90	21,14	22,62	29,73

Figura 3.69. Mujeres mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrón municipal de 1905.

Los barrios del Ensanche Este de la capital más cercanos al casco antiguo fueron, junto a los barrios de Puerta del Sol, Príncipe, Floridablanca y Fernando el Santo, los que concentraron la mayor parte de la demanda de servicio doméstico de la ciudad como consecuencia de la creciente segregación de las clases medias y acomodadas y su ubicación en estas calles²⁵². Tal demanda de servicio doméstico influyó en la naturaleza de los movimientos migratorios, lo cual, unido al exhaustivo registro de dicha profesión en las hojas declaratorias del padrón, hizo que la proporción de criadas, sirvientas y demás servicio doméstico pasara del 68% en 1860 al 83% en 1905, eclipsando al resto de las mujeres trabajadoras que revelaron su profesión.

□ Servicio doméstico sobre el total de mujeres □ Servicio doméstico sobre la población activa femenina

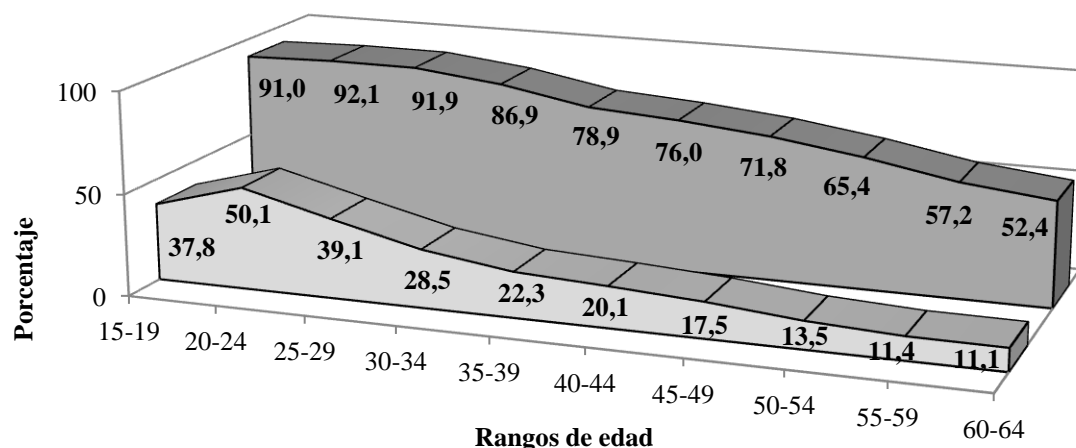


Figura 3.70. Relevancia del servicio doméstico femenino en 1905 en relación al total de las mujeres que registraron una profesión por un lado, y al total de las mujeres residentes en el Ensanche Este por otro. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

En los albores del siglo XX, en el Ensanche Este residía una legión de 6.937 sirvientas entre internas y externas, situando el punto más álgido de su representatividad entre los 15 y los 30 años de edad, rango en el que el 90% de las muchachas que indicaron una profesión eran criadas, y aglutinando a más de la mitad del total de mujeres de entre 20 y 24 años residentes en este espacio urbano. Posteriormente, a medida que las mujeres se casaban, regresaban a sus lugares de origen o conseguían

²⁵² VICENTE, F., CARBALLO, B. y PALLOL, R.: “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid (1860-1905)”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (Coords.): *Ayer en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Servicio de Publicaciones de la UAM, Murcia, 2008; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.; DE MIGUEL SALANOVA, S.: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010.

otro empleo, la relevancia del servicio doméstico decrecía, especialmente el interno, aunque nunca hasta suponer menos de la mitad de la población femenina que había declarado alguna forma de ganarse la vida en los padrones municipales.

Profesión del Cabeza de familia	Hogares con servicio doméstico interno	Número de sirvientes por hogar				
		1	2	3	4	Más
Propietario	87,52	21,26	29,76	19,84	11,54	17,61
Profesional liberal	80,50	27,92	35,69	21,53	8,61	6,25
Gran industrial	74,51	32,46	33,33	21,93	7,89	4,39
Militar	59,46	37,78	35,23	17,05	7,67	2,27
Empleado	25,65	55,84	32,04	8,24	1,37	2,52
Pequeño comercio	24,10	64,07	20,36	10,78	3,59	1,20
Artesano	6,05	76,19	16,67	7,14		
Jornalero	1,15	90,62	9,38			
Media total	31,30	37,62	31,81	16,79	7,08	6,70

Figura 3.71. Número de sirvientes por hogar en el Ensanche Este de Madrid por profesión. Datos porcentuales. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

Pero, a pesar del subregistro del servicio doméstico femenino externo, sin lugar a dudas fue el interno, aquel que residía en casa de sus amos, el que marcó la impronta de este segmento laboral. Cerca de la tercera parte de los hogares del Ensanche Este (el 27,23% en 1860, el 29,56% en 1878 y el 31,30% en 1905) tenían a su cargo al menos una criada residente (a lo que habría que sumar aquellas familias que no podían permitirse una criada interna pero contrataban una externa), una cifra muy superior a la de otras franjas madrileñas, como los Ensanches Norte y Sur, donde sólo el 12,77 y el 2,78% de sus hogares disponían de servicio doméstico propio a la altura de 1880²⁵³. Sin embargo, mediaba un abismo entre aquellas familias de empleados que disponían de una única criada, y las eminentes familias aristocráticas y financieras que tenían a su disposición todo un séquito de doncellas, costureras, amas de cría, institutrices, cocineras y señoritas de compañía. Tanto unas como otras estaban al servicio personal del amo que la tenía contratada, no durante una larga jornada laboral de determinadas horas como las trabajadoras fabriles o las sirvientas externas, sino que su persona, al residir junto a su amo se hallaba siempre disponible para satisfacer su voluntad. Pero más allá de esta realidad común, la cualificación, experiencia y profesionalidad requerida a cada una de ellas distaba mucho de ser igual según fuera la posición socioeconómica de sus amos, diferencia que influía considerablemente en los sueldos percibidos, la edad, el reconocimiento social o la autopercepción de su profesión.

Las criadas y sirvientas para todo, aquellas que conformaban todo el servicio doméstico del hogar en el que estaban contratadas, eran por norma general muchachas solteras jóvenes e inmigrantes, de reciente llegada a Madrid, y con poca o nula experiencia en este sector. Además, entendían su profesión como una etapa coyuntural de sus vidas, necesaria para amasar una futura dote y aunar la experiencia necesaria para desempeñar las labores domésticas de su propia casa cuando contrajeran matrimonio.

²⁵³ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit., pág. 287; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit., pág. 234.

Principales características salariales y demográficas del servicio doméstico femenino interno residente en el Ensanche Este de Madrid (1905)									
Tipo de servicio doméstico	Nº	%	Sueldo mensual (ptas.)	Diferencia %	Inmigrantes %	Origen urbano %	Edad llegada	Años de estancia	Edad media
Institutriz	50	0,94	67,65	+ 243,23	94,20	40	28	5	35
Ama de gobierno	30	0,57	34,86	+ 76,86	100,00	25	30	17	48
Ama de llaves	14	0,26	32,98	+ 67,33	82,40	33	38	16	55
Ama de cría	50	0,94	29,11	+ 47,69	97,90	9	25	5	30
Doncella	489	9,23	28,25	+ 43,33	90,80	24	19	7	27
Nodriz	51	0,96	27,75	+ 40,79	100,00	12	25	2	28
Cocinera	516	9,74	25,46	+ 29,17	97,80	16	23	10	34
Niñera	76	1,43	22,74	+ 15,37	89,40	34	19	3	23
Sirvienta, criada	3.997	81,13	19,71	100	95,80	22	21	6	29

Figura 3.72. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

Por todo ello, su sueldo era muy reducido, de tan sólo 19,71 pesetas mensuales, ya que era una mano de obra fácilmente reemplazable dada la elevada oferta existente. De ellas echaban mano las familias de empleados públicos, cesantes y pequeños comerciantes, unas familias cuyos ingresos, aunque más holgados y estables que los de los trabajadores manuales, seguían siendo escuetos. De ahí que sólo una quinta parte de ellas tuvieran servicio doméstico interno, contentándose en la mayoría de los casos con una sola criada (ver Figura 3.71). Por otro lado, la realidad de aquellos pocos afortunados artesanos y jornaleros que declararon tener servicio doméstico ocultaba fenómenos distintos. En la mayoría de los casos, más que contratar a una sirvienta y darle alojamiento, el proceso era a la inversa, haciendo uso de los contactos familiares. Primero eran las familias ya asentadas en Madrid las que accedían a dar cobijo en sus domicilios a una prima o sobrina o a la hija de algún paisano, la cual, como contraprestación a su acogida hacía las veces de criada en el hogar sin cobrar más sueldo que su derecho a comer y dormir.

“A cien leguas se conocía en ésta a una mujer de pueblo [Benina], criada de servir... [De] traje pobrísimo, lleno de remiendos y zurcidos, con sus alpargatas rotas... Había nacido ella en un pueblo de Guadalajara, de padres labradores, viniendo a servir a Madrid cuando sólo contaba veinte años. Leía con dificultad, y de escritura estaba tan mal, que apenas ponía su nombre”.

PÉREZ GALDÓS, B.: *Misericordia*, 1897.

La jornada laboral de las únicas criadas del hogar era maratoniana, sin parar desde el alba hasta la medianoche, envuelta en un constante tráfigo de idas y venidas, de limpieza de estancias, lavado de ropas, atender los recados de los amos, llenar la cesta de la compra cada día ante la ausencia de medios para conservar los alimentos frescos, poner la mesa, sazonar los alimentos, cortarlos, prepararlos cocinarlos y servirlos, etc. Todo ello por poco más de media peseta al día, unas 20 al mes, lo cual no era mucho, aunque había que añadir el salario recibido en especie, es decir, la alimentación, el vestido, el calzado y el alquiler. Aún con todo, el trabajo realizado durante jornadas de más de 12 horas era arduo y estaba mal pagado, pero suponía una

de las pocas formas en que las jóvenes inmigrantes podían ganar algo de dinero y ahorrarlo, ya que apenas tenían tiempo para gastarlo.

“Veamos lo poquísimo que tiene que hacer una criada:

Levantarse antes de amanecer, arreglar su cuarto y asear su persona. Bajar a la calle la espuerta de la basura. Ir a la lechería y al puesto de pan y traer lo de costumbre. Encender el fogón y preparar los desayunos. Servir sendos chocolates á las siete personas de la familia. Limpiar otros tantos pares de botas. Acompañar á los chiquillos al colegio. Disponer de ollas, cacerolas y sartenes para el almuerzo. Traer de la plaza las viandas é ingredientes necesarios para el mismo y para la cena. Hacer limpieza general en el comedor, cocina, despacho, sala, gabinete y pasillos, amén de otras dependencias íntimas. Preparar la ducha de la señora y el baño para los pimpollos. Arreglar las habitaciones, con otras tantas camas y lavabos. Poner la mesa, distribuyendo sillas, platos, copas, cubiertos y servilletas. Subir un botijo de agua de la gorda. Servir la comida y aguantar las impertinencias que originan los gustos de cada cual. Engullir aprisa y de pie los sobrantes, ni muchos, ni escogidos. Fregotear veintiocho platos, catorce copas, ocho jícaras, tres fuentes, una sopera, diez cuchillos, y un bazar de cubiertos, ollas y demás cachivaches. Lavar en la artesa una carga de ropa blanca y tenderla en la terraza. Y repetir, en cuanto á la cena, la desesperante función del mediodía...”

Nuevo Mundo, 27 de abril de 1911²⁵⁴.

Hacían todo tipo de tareas y encargos, pero no disfrutaban de la especialización laboral suficiente como para aumentar sus emolumentos. En las casas más acaudaladas del Ensanche Este también se contrataban sirvientas y criadas jóvenes para la limpieza y cuidado de sus residencias, palacetes o viviendas de múltiples habitaciones. De esta forma, se liberaba de estas obligaciones a otro tipo de servicio doméstico al que se le adjudicaban tareas que requerían una mayor cualificación como la de cocinera, doncella, ayudanta, señorita de compañía o ama de llaves, todas ellas administradas y gestionadas por las amas de gobierno, mujeres más mayores y experimentadas, auténtica aristocracia del servicio doméstico femenino. Estas mujeres eran las mejor pagadas y las más mayores, cuyos años de estancia en la capital eran testigo de una vida dedicada a esta profesión. Su estabilidad laboral era notoria, no siendo extraño que alguna de estas mujeres hubiese entrado a servir como meras criadas siendo adolescentes en la misma casa donde treinta años después siguiera trabajando para la misma familia pero administrando el servicio. Mujeres que habían visto nacer y crecer a los hijos y permanecido *en las duras y en las maduras* de la familia de los amos. Hacia ellas, la relación de las familias aristocráticas y burguesas era claramente paternalista y posesiva, considerándolas como parte intrínseca de la Casa. Si eso significaba, por un lado, la plena disposición del amo de la criada según su antojo, en ocasiones reportaba gratas recompensas económicas a las criadas más mayores y antiguas (los años de servicio en la casa se identificaban con el grado de fidelidad demostrado a sus amos), gracias a las mandas testamentarias. En ellas, los difuntos dejaban huella de su preocupación paternalista hacia su servicio doméstico mediante la concesión de ropa,

²⁵⁴ Citado en DÍAZ SIMÓN, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010, pág. 106.

muebles, pequeñas cantidades de dinero, pensiones vitalicias y, en casos extremos, hasta una pequeña propiedad o casa de la familia²⁵⁵.

El ilustre carpintero, aparejador de obras, promotor inmobiliario y concejal Mariano Monasterio, tuvo la desgracia de ver fallecer a su esposa Juana y a su hijo Julio y, cuando le llegó la hora, en la medianoche del 9 de mayo de 1903, en sus mandas testamentarias se acordó de su servicio doméstico. En primer lugar, dejó señalado que su antigua cocinera, Antonia Fernández, recibiera un jornal vitalicio de 2 pesetas diarias, mientras que a Juana López, la criada que tenía cuando murió, “1.000 pesetas por los buenos servicios prestados”, una cantidad que suponía unos cuatro años de trabajo. Por último, Mariano Monasterio legó el grueso de su fortuna a María Miner, su ama de gobierno durante tantos años “*en atención a los extraordinarios servicios prestados a su Señora [Juana López] hasta su fallecimiento y respetos guardados a su memoria; por la abnegación con que asistió en la enfermedad infecciosa a mi hijo que Dios tenga en su gloria y últimamente por el interés que ha adquirido por la casa y mis cuidados personales a mi avanzada edad*”²⁵⁶. Gracias a ello, María Miner recibió una herencia por valor de 150.000 pesetas, se convirtió en propietaria y pasó de ser criada a ama, ya que dos años después, en 1905, María, natural de Hernani, residía en uno de los edificios que había heredado, en el número 5 de la calle Salas junto a su hermana Modesta y dos criadas²⁵⁷. Otro ejemplo fue Pedro González Velasco, afamado doctor de la facultad de Medicina y Cirugía de Madrid y fundador del Museo Antropológico de Madrid quien, tras haber realizado un testamento el 27 de junio de 1879, le añadió un codicilo posterior el 9 de septiembre de 1882 para legar expresamente a su doncella de confianza que tanto años había servido a la familia, Dolores Ostolaza Aguinaga, una casa valorada en 40.000 pesetas en Zarauz, su pueblo natal, y a Antonia Parra, criada de reciente antigüedad (en 1878 no aparecía en el padrón familiar), un jornal vitalicio de 3,75 pesetas diarias hereditario a su hija Francisca López Parra²⁵⁸.

No obstante, los casos anteriores fueron la excepción a la regla, una quimera para la práctica totalidad del servicio doméstico femenino, ya fuera una criada de un cesante, doncella de un abogado o ama de llaves de la más acaudalada familia. De hecho, la mayor parte de aquellas mujeres que dedicaron toda su vida laboral al servicio doméstico, lo único que solían heredar de su actividad eran problemas de salud en forma de reumatismo, trastornos de espalda, artritis, deformación de las manos, etc.²⁵⁹. Además, en un segmento laboral copado principalmente por mujeres y en donde la sociedad aprobaba su participación, la discriminación en relación a los hombres siguió siendo una constante, especialmente en los salarios y en la ocupación de los puestos de mayor responsabilidad. Por un lado, los honorarios percibidos por los hombres y mujeres que conformaban el servicio doméstico del Ensanche Este de Madrid, ya fueran diarios, mensuales o anuales, divergían considerablemente.

²⁵⁵ DEL AMO DEL AMO, M^a C.: *La familia y el trabajo femenino en España durante la segunda mitad del siglo XIX*, Tesis doctoral dirigida por Rosa María Capel Martínez, UCM, 2008.

²⁵⁶ Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Madrid (AHPNM). Protocolo 42.652. Folios 921-966.

²⁵⁷ Padrón de Madrid de 1905. AVM, Estadística.

²⁵⁸ AHPNM. Protocolo 35.004. Folios 2066-2121.

²⁵⁹ En un artículo titulado “Formas clínicas del reumatismo” realizado por Antonio Muñoz y publicado en la *Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas*, Tomo VI, Madrid, 1901, pp. 295-336, se hacían constar casos severos de reumatismo y deformaciones de las manos como consecuencia de las actividades del servicio doméstico. Citado en DÍAZ SIMÓN, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010, pp. 107-108.

Servicio doméstico interno	Sueldo diario	Sueldo mensual	Sueldo anual
Mujeres	0,86	22,38	271,88
Hombres	1,50	33,78	437,97
Diferencia porcentual	42,93 %	33,74 %	37,92 %

Figura 3.73. Sueldos medios diarios, mensuales y anuales en pesetas del servicio doméstico interno del Ensanche Este de Madrid. En cada columna se han contabilizado sólo aquellos que señalaron el sueldo en esa forma de pago. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

Poseer servicio doméstico masculino propio confirió un cierto aire de reconocimiento social a sus amos durante las últimas décadas del siglo XIX dado sus elevados salarios, claramente arbitrarios. Por ello, su papel en la jerarquía doméstica solía ser superior al de cualquier mujer (incluso cuando sus rangos fueran similares) y sus funciones acotadas al control del servicio, como mayordomos o jefes de comedor, o a labores socialmente asignadas al género masculino como el de mozo de cuadra, chofer o ayudante de cámara²⁶⁰. No obstante, el disfrute de un servicio doméstico amplio, formado por hombres y mujeres, y en donde se producía una especialización y división del trabajo doméstico por parte de los amos, sólo era posible en las familias cuyas arcas estaban repletas, ideal que sólo ocurría en las encabezadas por eminentes profesionales liberales y altos cargos de la administración estatal, grandes industriales, banqueros y, sobre todo, por la aristocracia de rancio abolengo. Estas familias de notables, miembros de *la espuma* madrileña de Palacio Valdés, acumulaban a su servicio todo un séquito formado por criadas, doncellas, amas de gobierno, porteros, cocheros y cocineras, superando en la mayoría de los casos la decena de sirvientes. Y no sólo tenían en común la cantidad de servicio doméstico que ponían en liza cada día en sus palacetes de la Castellana, Serrano o Alcalá, sino la pervivencia del uso de criados varones para los cargos más importantes del servicio doméstico interno, rasgo característico que se había perdido a lo largo del siglo XIX y que este *Todo Madrid* se resistía a asimilar.

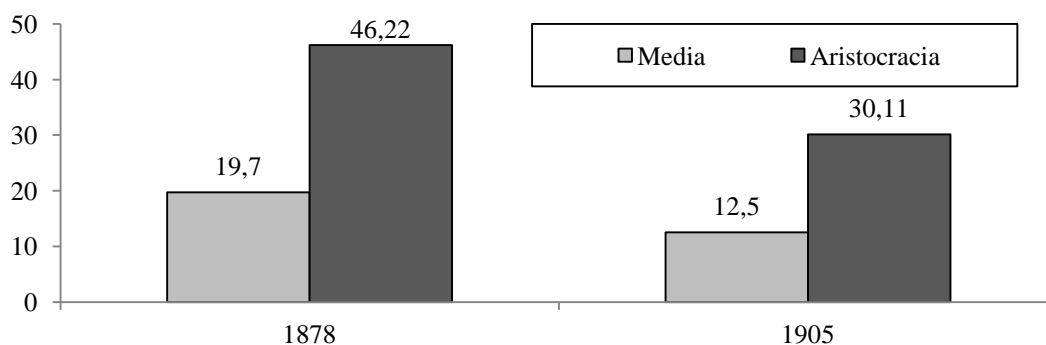


Figura 3.74. Índice de masculinidad del servicio doméstico interno contratado por las familias aristocráticas residentes en el Ensanche Este de Madrid en relación a la media. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1878 y 1905.

Uno de sus miembros fue José Campo Pérez Arpa y Vela quien, nacido en Valencia en 1814, se convirtió en el político y banquero valenciano de mayor relevancia del reinado de Isabel II y la Restauración hasta su muerte en 1889²⁶¹. Político con capital, amasó una gran fortuna mediante la provechosa relación contractual que

²⁶⁰ SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del...*, Op. Cit.

²⁶¹ José Campo era el mayor contribuyente del Ensanche, según los padrones municipales de 1878 y 1880.

mantuvo con el Estado a través de diversas contratas en sectores estratégicos como el ferrocarril, las navieras, las contribuciones y el tabaco. Tras adueñarse de varios periódicos en Valencia, acumuló distintos cargos públicos (alcaldía de la ciudad del Turia con sólo 29 años, diputado provincial en 1856 y a Cortes al año siguiente) hasta alcanzar el puesto de senador vitalicio por designación de Isabel II en 1865. Como recompensa por sus servicios al Estado y su apoyo a la restauración borbónica, el rey Alfonso XII le otorgó en 1875 el primer título nobiliario de nuevo cuño (marqués de Campo) de todos los que repartiría en años posteriores²⁶². Para hacer gala de ese nuevo status aristocrático, compró poco después el palacio del número 14 del Paseo de Recoletos a los herederos de Manuel Calderón Molina, tras pública subasta por la mareante cifra de 9.878.564 reales²⁶³. Esta mansión, “*aislada con jardín que la circunda y otras dependencias habitables*” como la portería, la cochera y la cuadra, albergaba a 27 personas, el marqués y su esposa francesa Rosalía Rey, dos jóvenes sobrinos que tenían el nombre de sus tíos²⁶⁴ y la friolera cifra de 24 criados, un ejército servil formado por un cocinero francés y dos pinches de cocina, tres cocheros y cinco mozos de caballos, un portero, dos doncellas, tres sirvientas, cuatro criados, un ayuda de cámara y, por último, un jefe de comedor²⁶⁵. Más hombres que mujeres formaban su servicio doméstico, en un reflejo más de su éxito socioeconómico. Y todo ello a pesar que dicho matrimonio no tuvo descendencia, lo cual habría añadido sin lugar a dudas nuevas caras a la comitiva.

La existencia de hijos pequeños en el hogar y el incremento de la prole familiar suponían para las clases medias y acomodadas un factor que potenciaba la existencia y cuantía del servicio doméstico. El deseo y la necesidad de amamantar al bebé para, a medida que crecieran, cuidarlo e instruirlo, abría la entrada a nodrizas, amas de cría y añas durante los primeros meses, niñeras e institutrices durante los años de niñez y, cuando los hijos alcanzaban la pubertad, a profesoras particulares de música, canto o idiomas. Era lugar común en la sociedad europea la contratación de jóvenes nodrizas robustas que amamantasen a los hijos de la realeza y la nobleza, práctica que se extendió en el siglo XIX a la burguesía bajo la creencia de que era beneficioso tanto para el niño como para la madre, además de inferir indirectamente como símbolo de status y riqueza²⁶⁶. La percepción de que el recién nacido podía absorber parte de los atributos físicos de sus amas de leche hizo que el control en su contratación fuera más puntilloso, floreciendo las agencias de colocación de sirvientas y la publicación de distintas obras para instruir en la mejor elección de las nodrizas, y el incremento de la preocupación municipal por un asunto de *higiene pública*²⁶⁷. Por ello, dada la naturaleza

²⁶² Un acercamiento más minucioso y completo a la figura de José Campo en: SERNA, J. y PONS, A.: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera y su dominación en la Valencia de mediados del siglo XIX...* y, de los mismos autores: “La escritura y la vida. El notariado y el estudio de las redes personales burguesas en la época isabelina” BURDIEL, I.: (ed.): *La política en el reinado de Isabel II*, Ayer, nº 29 monográfico, Marcial Pons, 1998, Madrid, pp. 109-138.

²⁶³ Certificación del Registrador de la Propiedad de Madrid sobre la posesión de una Casa palacio en el Paseo de Recoletos (1877-05-23). Archivo virtual del Senado. HIS-0085-06.

²⁶⁴ En muchos lugares de España era tradición que los padrinos de los recién nacidos fueran parientes cercanos con recursos que pudieran encargarse en un futuro de su educación por lo que, en su honor, sus padres les ponían su nombre. En este caso, la falta de más pruebas concluyentes sólo nos hace mencionar dicha posibilidad, aunque el hecho de que José Campo no tuviera hijos refuerza esta idea.

²⁶⁵ AVM, sección de Estadística. Padrón de Madrid de 1878.

²⁶⁶ DEL AMO DEL AMO, M^a C.: *La familia y el trabajo femenino en España durante la segunda mitad del siglo XIX*, Tesis doctoral dirigida por Rosa María Capel Martínez, UCM, 2008, pp. 562-586.

²⁶⁷ En una de estas publicaciones se incluyó una serie de 18 puntos que debían tener en cuenta los amos a la hora de contratar a una nodriza para su bebé, entre los que destacaban fijarse en la calidad de los

y temporalidad de su trabajo, las nodrizas eran las que más anuncios publicaban en *El diario oficial de avisos de Madrid*, haciendo alusiones a su procedencia norteña, a su “leche fresca” y, aquellas que las poseían, indicando la existencia de cartas de recomendación de familias anteriores en las que habían servido²⁶⁸.



Ilustraciones 3.14, 3.15 y 3.16. A la izquierda, niñeras en el paseo del Prado, hacia 1895. Christian Franzen, Agencia EFE; en el centro, ama de cría junto a su ama y sus hijos, 1907; a la derecha, nodriza pasiega junto al niño al que amamanta, 1860, Biblioteca Nacional de España.

En el amplio mercado de nodrizas y amas de cría de Madrid, aquellas que procedían del norte peninsular, especialmente del cantábrico valle del Pas, eran las más demandadas por la creencia social de que eran vetustas cristianas y por su fortaleza física dada su ocupación agrícola y ganadera realizada en sus tierras de origen²⁶⁹. Estas nodrizas, que recibían buen trato y un sueldo mayor que las criadas *para todo*, solían ser inmigrantes de origen rural, de cuyos lugares de origen venían expresamente a la capital para aprovechar su producto, su leche materna (ver Figura 3.72). Estas mujeres no realizaban estancias largas en la ciudad ya que como el refrán decía, “*ama sois, ama, mientras el niño mama; desde que no mama, ni ama ni nada*”. Una vez que la leche se secaba, la mayoría emprendía el camino de vuelta a su lugar de origen, salvo aquellas que lograban (y querían) permanecer con la misma familia como niñera del mamón al que habían alimentado. Las niñeras, aunque cobrasen menos que las nodrizas, tenían cabida en la familia por un mayor tiempo (mientras que creciera la prole a su cuidado), además de beneficiarse de una mejor vestimenta y alimentación que el resto del servicio de la casa al ser un eslabón más del reconocimiento social de la familia.

El proceso de segregación socioespacial surgido de la puesta en marcha del Ensanche provocó la concentración de clases acomodadas en los barrios contiguos al eje Prado-Recoletos-Castellana y la proliferación del servicio doméstico femenino en ellos. Pero este proceso también atrajo a aquellas mujeres que, por su patrimonio (declararon

pezones, las horas que debía dormir, qué tenían que comer o el ejercicio físico que tendrían que realizar. En FERNÁNDEZ CUESTA, N.: *Instantáneas de higiene. Dedicadas a las madres que educan a sus hijos*, Toledo, 1899.

²⁶⁸ DEL AMO DEL AMO, M^a C.: *La familia y el trabajo femenino en España durante la segunda mitad del siglo XIX...*, Op. Cit.; SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868...*, Op. Cit.

²⁶⁹ Fernando VII cambió la tendencia de elegir a burgalesas como nodrizas reales por cántabras, lo que generó una moda seguida por la aristocracia y la burguesía madrileña durante el siglo XIX. SOLER, E.: “Parentesco de leche y movilidad social. La nodriza pasiega”, *Familias, jerarquización movilidad social*, Universidad de Murcia, 2010, pp. 171-180.

ser propietarias) o por la estabilidad de su manutención (pensionistas tras la muerte de un marido militar o empleado del Estado), pudieron asentarse en ese *nuevo Madrid* del que todo el mundo hablaba. Mientras que las propietarias y rentistas pasaron del 2 al 6% de las mujeres que señalaron alguna actividad económica entre 1860 y 1905, el número de pensionistas creció en la misma proporción entre las que no registraron trabajo alguno. El flujo de familias acomodadas hacia el Ensanche Este potenció la construcción de más inmuebles modernos en cuyos bajos se ubicaron porterías y comercios de todo tipo, donde muchas mujeres encontraron una ocupación estable como porterías, dependientas de comercio o trabajando codo con codo junto a sus maridos comerciantes o artesanos²⁷⁰. Al mismo tiempo, la segregación hizo aumentar los precios del suelo de estos barrios, frenando el asentamiento de nuevos talleres y fábricas en estas latitudes, que se ubicaron en los más baratos Ensanches Norte y Sur, cuando no en las vastas extensiones del Extrarradio. Por ello, alejadas de los pocos centros de producción de la ciudad en donde la mano de obra femenina era utilizada usualmente²⁷¹, las mujeres residentes en el Ensanche Este que declararon ejercer un oficio manual cualificado estuvieron ligadas abrumadoramente al sector textil y de la confección en sus distintas formas y variantes, ya fuera como costureras o sastras, modistas o encajeras, bordadoras o corseteras, etc.

Principales profesiones de las trabajadoras manuales cualificadas del Ensanche Este de Madrid ligadas al sector textil y de la confección y su proporción sobre el resto (1860-1905)

1860			1878			1905		
Profesión	Nº	%	Profesión	Nº	%	Profesión	Nº	%
Costurera	17	54,84	Costurera	107	63,69	Costurera	56	27,59
Modista	1	3,23	Modista	19	11,31	Modista	81	39,90
Sastra	6	19,35	Sastra	9	5,36	Sastra	22	10,84
Otros	1	3,23	Otros	10	5,98	Otros	13	6,40
Total	25	80,65	Total	145	86,34	Total	172	84,74

Figura 3.75. Mujeres mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

Cuatro de cada cinco mujeres que atesoraban una cierta cualificación y pericia en el trabajo manual estaban ocupadas en el textil, ya fuera en la confección de vestidos, cortando y cosiendo telas, haciendo remiendos en zapatos, sombreros o pantalones, ideando nuevos complementos o trabajando a destajo a domicilio mediante el sistema del *putting out* para entregar el mayor número de prendas por semana al taller o la tienda donde serían vendidas. Madrid era una de las plazas españolas donde la demanda textil era más boyante, tanto por ser la mayor urbe del país junto a Barcelona como por su condición de capital, que la convertía en residencia de las más acaudaladas familias aristocráticas, burguesas, financieras e industriales del país, además de contar con la fuerte demanda de la familia real. Desde la edad moderna, la industria de la seda, el hilo, la aguja y el dedal había prosperado y ocupaba uno de los atriles más destacados

²⁷⁰ De las mujeres que indicaron un trabajo vinculado a los servicios y el comercio en el padrón municipal de Madrid, el 70% eran porterías (48 en 1878 y 179 en 1905 así lo indicaron) y el 15% dependientas y empleadas de comercio (10 en 1878 y 37 en 1905).

²⁷¹ En 1876, en los distintos obradores y talleres de la Real Fábrica de Tabacos de Madrid había casi 2.000 mujeres trabajando de forma estable. VALLEJO FERNÁNDEZ, S.: "Las cigarreras de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid" en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX, op.cit.*, vol. 2, pp. 136-161.

del comercio y la artesanía de la Villa y Corte²⁷². Modistas, sastres y costureras se afanaban periódicamente en contentar los gustos de la aristocracia madrileña, cuyos miembros ansiaban destacar e ir a la última en cada baile de palacio, en cada recepción ofrecida por las distintas embajadas que se iban asentando en la ciudad, o en las fiestas organizadas en los palacetes nobiliarios diseminados por la urbe.

Sin embargo, esta situación en principio ventajosa para los comerciantes y talleres productores de telas de la ciudad no se tradujo en un sector textil madrileño dinámico y creciente, sino todo lo contrario, en una industria decadente a lo largo del siglo XIX²⁷³. En Madrid se hallaba el mercado pero no la producción ni la innovación, situada la primera en los modernos y mecanizados centros fabriles catalanes, y la segunda en las grandes casas de moda francesas e inglesas afincadas en París y Londres.

“Hoy estas calles [las del Carmen y de la Montera y sus traviesas hasta la de Jacometrezo inclusive], importantísimos puntos mercantiles y favoritos del capricho y de la moda, son para Madrid lo que las calles Vivienne y de Richelieu para París, con la notable y sensible diferencia de que allí los preciosos objetos y mercancías que las decoran y embellecen son fruto de su industria indígena, mientras las de Madrid ya citadas no ostentan, por lo general, otra cosa que las ricas manufacturas extranjeras.”

MESONERO ROMANOS, R.: *El antiguo Madrid*, Tomo II, Madrid, 1861.

La artesanía textil de la ciudad fue aminorando su importancia paulatinamente a lo largo del siglo XIX, perdiendo en gran medida su autonomía productiva y viéndose reducida a la mera distribución, imitación de estilos y cortes foráneos, al acabado de vestidos, faldas y camisolines, a la adecuación a las nuevas temporadas de moda de prendas antiguas, o al remiendo de aquellas que presentaban rotos y desperfectos del uso. No se afrontó la modernización y mecanización de sus telares con suficiente brío ya que, dada su ventaja competitiva de hallarse *in situ* en el corazón de la demanda, el volumen de negocio no se contrajo radicalmente por el incremento de la competencia nacional, sino que fue mutando gradualmente, pasando de la creación e innovación de vestidos nuevos a la imitación, distribución, venta, complementación y remiendo de los ya fabricados en Cataluña siguiendo la moda de París. La industria artesanal textil madrileña se contrajo durante la segunda mitad del siglo XIX, al igual que ocurrió con el conjunto del trabajo manual cualificado. Y el femenino no fue una excepción. Sin embargo, si la proporción de mujeres residentes en el Ensanche Este de la capital que indicó poseer un oficio cualificado se redujo del 13 al 3% entre 1860 y 1905 (ver Figura 3.63), proceso análogo al ocurrido en las demás zonas del Ensanche²⁷⁴, el porcentaje que de entre ellas dependían del textil y la confección, no se redujo (ver Figura 3.75). Esta aparente contradicción fue consecuencia de la clara feminización de este segmento laboral (al igual que ocurría en el servicio doméstico), por considerarse una labor

²⁷² NIETO SÁNCHEZ, J. A.: *Artesanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006, pp. 348-352.

²⁷³ BAHAMONDE MAGRO, A. y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La transformación de la economía”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1994, pp. 515-547.

²⁷⁴ Entre 1860 y 1880, las mujeres que indicaron una profesión manual cualificada pasaron del 32 al 14% del total que señalaron una ocupación en el Ensanche Norte, mientras que en el Ensanche Sur, entre 1860 y 1905 el descenso fue del 48 al 25%. PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

específica de las mujeres, una mera extensión de las labores domésticas en donde la aguja y el dedal no eran utensilios desconocidos salvo para aquella “clase de señoras” que, por su elevada condición social, podía permitirse no ocuparse “en la mecánica ocupación de cortar y coser sus vestidos” dado el “mal tono y el poquísimos gusto” con que valoraban tal acción²⁷⁵.

“En la habitación estaba Florentina, no ensartando perlas ni bordando rasos con menudos hilos de oro, sino cortando un vestido con patrones hechos de Imparciales y otros periódicos. Hallábase en el suelo, en postura semejante a la que toman los chicos revoltosos cuando están jugando, y ora sentada sobre sus pies, ora de rodillas, no daba paz a las tijeras. A su lado había un montón de pedazos de lana, percal, madapolán y otras telas que aquella mañana había hecho traer a toda prisa de Villamajada, y corta por aquí, recorta por allá, Florentina hacía mangas, faldas y cuerpos. No eran un modelo de corte, ni había que fiar mucho en la regularidad de los patrones, obra también de Florentina; pero ella, reconociendo los defectos de las piezas, pensaba que en aquel arte la buena intención salva el resultado. Su excelente padre le había dicho aquella mañana al comenzar la obra:

- Por Dios, Florentinilla, parece que ya no hay modistas en el mundo. No sé qué me da de ver a una señorita de buena sociedad arrastrándose por esos suelos de Dios con tijeras en la mano... Eso no está bien. No me agrada que trabajes para vestirte a ti misma, ¿y me ha de agradar que trabajes para las demás?... ¿para qué sirven las modistas?... ¿para qué sirven las modistas, eh?

PÉREZ GALDÓS, B.: *Marianela*, 1878.

Labrarse un futuro en el arte de la costura y la confección era harto difícil para cualquiera, pero las mujeres lo tenían aún más crudo, dada su situación temporal en dicho oficio, unida a la soltería. Por norma general, las costureras, modistas, sastres, encajeras o bordadoras no superaban los treinta años de edad (más del 60% en 1905), estaban solteras (el 75%), vivían en el hogar paterno (el 53% se integraban como hijas en su hogar de residencia) y, aunque abundaran las emigrantes, la mayoría eran de origen madrileño (el 52%), rasgo distintivo en un Ensanche Este donde las dos terceras partes de la población era forastera. Su entrada en este mercado laboral se producía cuando eran poco más que niñas, cuando “la muchacha de once o doce años cuando más, asiste el primer día al obrador... donde examinada minuciosamente y parcialmente, o bien se la pone a aprender o a trabajar algo, ganando en el primer caso cero y en el segundo poco más”²⁷⁶. Este pequeño ejército profesional que día tras día se dirigía al taller donde trabajaban unas doce horas diarias con un pequeño descanso para el almuerzo, eran denominadas por el resto de la población con el nombre de *modistillas*²⁷⁷, expresión que denotaba un cierto desprecio social. Término que, sin bien definía a la mujer “que se ocupa en coser trajes exteriores de señora”, fue acuñado sin distinción por la sociedad, haciendo *tabula rasa* de cualquier especialización y cualificación, a “las que pegan blondas a telas de raso, cerdas a tablas, cintas a gorras o sombreros, etc., que las que ribetean con galón de a dos cuartos, ruseles, cabras y

²⁷⁵ Extracto del artículo “Modistillas y modisteros” publicado en *El Museo Universal* en dos partes hechas públicas el 24 y el 31 de diciembre de 1865.

²⁷⁶ *El Museo Universal*, 24 de diciembre de 1865, pp. 415-416.

²⁷⁷ NÚÑEZ ORGAZ, A.: “Las modistillas de Madrid, tradición y realidad (1884-1920)”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, Op. Cit.*, Vol. 2, pp. 436-450.

*charoles, o guarnecen cordobanes, becerros, pieles de vaca y hasta de caballo”, ya que unas y otras “compartían usos y costumbres”, y tenían “igual consideración social”*²⁷⁸.

Aunque trabajaran en sus casas a destajo, o durante largas jornadas en el interior de los talleres y obradores de las calles Bordadores o Barquillo en el casco antiguo o de los nuevos establecimientos situados en las calles Serrano, Castelló, Claudio Coello u Olózaga, sus jornales eran muy reducidos. A pesar de la cualificación que atesoraban, el 75% de las que declararon un jornal a la altura de 1905 no superaban las dos pesetas que, de media, ganaban los jornaleros varones. Además, la veteranía y la acumulación de experiencia tampoco era una opción factible de progreso ya que, por un lado, pocas mujeres permanecían en sus puestos de trabajo una vez que contraían matrimonio, y por otro, la mecanización llegada de la mano de las máquinas de coser *Singer* o las *selfactinas*, disminuía el valor de la cualificación manual acumulada durante años. Por último, había un tercer modo de ejercer como modista, costurera o sastra, un modo cuya demanda era particularmente alta en el Ensanche Este de la capital, donde encontraban acomodo numerosas familias acomodadas de la urbe. En los barrios de Salamanca, Retiro, Biblioteca, Goya o Conde de Aranda, las familias de la alta sociedad, aquellas que participaban anualmente en la benéfica cuestación de Semana Santa donando unas cuantas decenas de pesetas y cuyo nombre²⁷⁹, dada su relevancia socioeconómica, era publicado en revistas y publicaciones como la *Guía Oficial de España* o *La sociedad de Madrid*, no tenían por costumbre visitar las casas de tejidos y sedas a pesar de estrenar vestuario en cada baile, salón o fiesta al que acudieran. Ahí hacían acto de presencia las modistas y sastras de mayor rango, aquellas que “*iban a las casas*” a recibir el encargo, presentar las telas y colores escogidos, enseñar el boceto y confeccionar la prenda. Aunque no siempre los encargos a domicilio procedían de tan alta alcurnia, siendo también numerosos los casos de familias de empleados y militares de medio escalafón que contrataban a una costurera para que la ayudasen a realizar una prenda determinada o a idear el mejor complemento para una ya existente.

“Los hábitos de economía adquiridos en su niñez estaban tan arraigados, que, aunque nunca le faltó dinero, [Juanita] traía a casa una costurera para hacer trabajillos de ropa y arreglos de trajes que otras señoras menos ricas suelen encargar fuera.”

PÉREZ GALDÓS, B.: *Fortunata y Jacinta*, 1887.

En conclusión, la participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño estuvo marcada por un contexto social en el que se les restringieron sus posibilidades educativas y de inversión en capital humano, en el que fueron relegadas a la realización de las tareas domésticas, expulsadas de las principales actividades económicas y situadas en un nivel jurídico, salarial y político inferior a los hombres. Los únicos segmentos laborales donde su presencia fue relevante fueron aquellos que la sociedad feminizó, aquellos que fueron vistos como la continuación de las labores domésticas, donde eran necesarias una serie de aptitudes que la sociedad adjudicaba exclusivamente a las mujeres. Sirvientas, niñeras, costureras, modistas, porteras, maestras de niñas, enfermeras o regentes de tabernas, tiendas de ultramarinos o casas de hospedaje fueron

²⁷⁸ *El Museo Universal*, 24 de diciembre de 1865, pág. 415.

²⁷⁹ En la Semana Santa de 1905, hubo 93 señoras de la nobleza invitadas para presidir las mesas de pepitoria en las iglesias del distrito de Buenavista y que excusaron su asistencia, donando a cambio la suma de 947,5 pesetas. Entre ellas estaban las duquesas de Zabalburu, Romanones o Sotomayor. AVM, sección Secretaría, 15-477-1.

las principales. Además, esta evidente coartación de la libertad laboral sufrida por las mujeres vino acompañada de una traba más, la asimilación sociocultural del trabajo asalariado a plena jornada con su soltería. Cuando las mujeres contraían matrimonio, éstas abandonaban en la mayoría de los casos el trabajo asalariado realizado fuera del hogar a tiempo completo. La necesidad familiar hizo que, además de desempeñar el denominado trabajo reproductivo, las mujeres casadas tuviesen que dedicar más horas a obtener ganancias extra, ya fuera realizando trabajo a destajo en el domicilio o fuera de él por horas. Pero tal esfuerzo no se veía recompensado con un mayor poder de decisión sobre su consumo alimenticio, en ropa o en ocio dentro de la familia similar a su aportación, una comparación sin parangón si se realizaba entre el cabeza de familia y la esposa. De hecho, era un fenómeno presente y tan interiorizado socialmente que los propios presupuestos familiares que médicos, higienistas o sindicalistas confeccionaron para sus estudios ratificaron partidas en la dieta o la ropa inferiores para las esposas en relación a sus maridos cabezas de familia, o inexistentes en el caso del gasto de ocio en tabaco, prensa o bebida en la taberna²⁸⁰. Una discriminación social, económica, política, jurídica y cultural que apenas se vio fracturada por la modernización económica que se estaba produciendo en determinados segmentos del sector servicios de la ciudad.

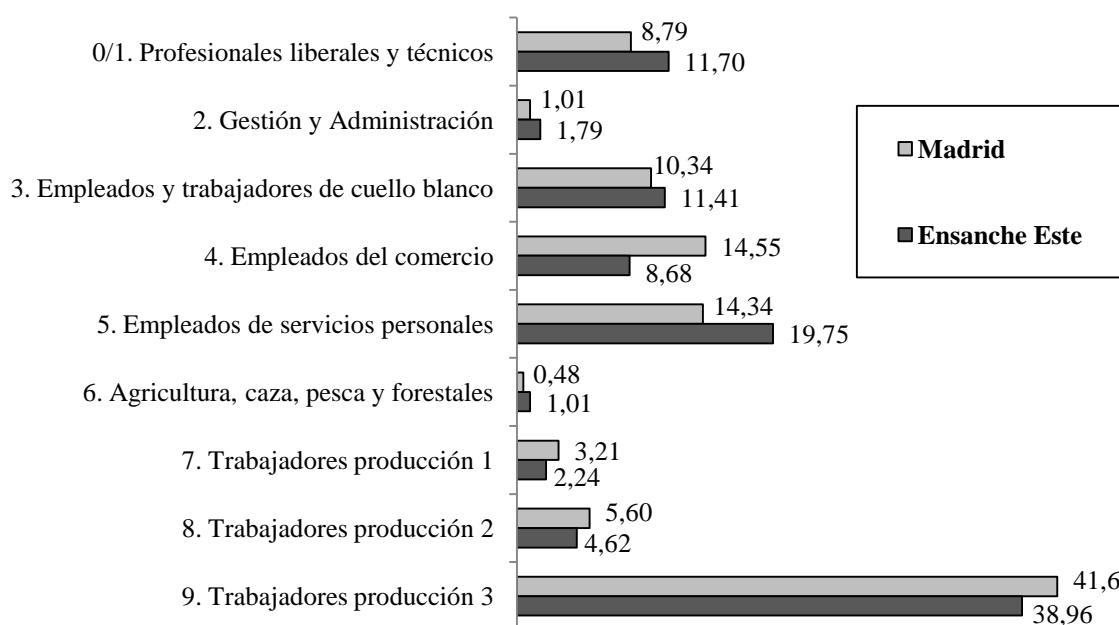


Figura 3.76. Comparación de la estructura profesional masculina de Madrid y su Ensanche Este en 1905. Los datos de Madrid han sido extraídos de la suma de los trabajos de Rubén Pallol Trigueros, Santiago De Miguel Salanova y Luis Díaz Simón, que hacen referencia al Ensanche Norte y varios barrios del casco antiguo, y los del Ensanche Este. Hombres de entre 15 y 65 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

A principios del siglo XX, el mercado laboral madrileño sufría la fase más aguda del proceso de proletarización iniciado en la segunda mitad del siglo anterior. Los miles de inmigrantes rurales sin cualificación alguna que llegaban a ella se cobijaron en el pujante negocio de la construcción, el ferrocarril o en todo tipo de trabajos coyunturales. A su vez, la corrosión del artesanado y del trabajo manual cualificado siguió su curso, destruyendo cientos de empleos, ya fuera por su propia obsolescencia, por el incremento

²⁸⁰ BORDERÍAS, C., PÉREZ-FUENTES, P. y SARASÚA, C.: “Gender inequalities in Family Consumption: Spain, 1850-1930”, en VV. AA.: *Gender inequalities, households and the production of well-being in Modern Europe*, Ashgate, 2010, pp. 179-196.

de la competencia nacional, fagocitados por las nuevas concentraciones industriales o por el intrusismo jornalero. Sin embargo, en el interior del sector servicios de la ciudad también se produjeron paralelamente una serie de transformaciones en la administración pública liberal, el desarrollo de los transportes, el ferrocarril y la consolidación de Madrid como centro de servicios financieros nacional, que llevaban el germen de la modernización de la economía de la ciudad en su seno.

La dicotomía entre la quietud y el cambio, entre la tradición y la modernidad que atenazaba al mercado laboral madrileño, provocó unas desigualdades salariales especialmente flagrantes entre los trabajadores manuales (cualificados o no), los dependientes de comercio y el servicio doméstico por un lado, y los profesionales liberales y técnicos, los altos cargos directivos de administración y gestión y los modernos empleados públicos, del ferrocarril y de la banca, por otro²⁸¹. Durante los primeros estadios de la modernización económica de Madrid, la profundización de la dispersión salarial fue un hecho contrastado, similar a la existente en Barcelona y coincidente con la curva de bienestar de Kuznets, que señaló la existencia de una primera fase de expansión de las desigualdades salariales antes de su reducción paulatina posterior a lo largo del crecimiento económico industrial²⁸². Paralelamente al proceso anterior, la concepción burguesa de la ciudad trasladó al espacio físico tal divergencia, dando lugar a una segregación socioeconómica urbana análoga. De esta forma, nuestro objeto de estudio, el Ensanche Este, visto desde sus inicios como un lugar idóneo para la residencia de las clases más acomodadas de la ciudad por su cercanía al casco antiguo, por la calidad de sus terrenos y por la práctica ausencia de construcciones previas, se convirtió en testigo de excepción, junto a determinados barrios del casco antiguo y del Ensanche Norte, de la evolución laboral hacia donde se encaminaba Madrid en el primer tercio del siglo XX al albergar en mayor proporción que el resto de la ciudad a los protagonistas de los *tiempos modernos*.

²⁸¹ El coeficiente de Gini calculado para el conjunto de los trabajadores varones residentes que indicaron un sueldo, ya fuera anual, mensual o diario, en el Ensanche Este en 1878 y 1905 fue de 0,52 y 0,47 respectivamente, cifra que demuestra la elevada desigualdad salarial existente, y que previsiblemente fuera mayor si el cálculo englobara el conjunto de la ciudad, reduciendo la distorsión que la propia segregación socioeconómica de la urbe pudiese generar. Según distintos análisis realizados por sociólogos y politólogos, un coeficiente Gini superior al 0,40 tiende a generar un elevado malestar social, que en el caso de Madrid no llegó a cuajar en una conflictividad social organizada hasta bien entrado el siglo XX. Una de sus causas, todavía sin confirmar, pudo deberse a la fuerte competencia interna existente entre los propios jornaleros, que en los años interseculares, lejos de compartir un lugar de trabajo en el que la solidaridad entre sus miembros fermentara, cambiaban continuamente de ocupación y ante la penuria económica en la que deambulaban, se veían como competidores unos a otros. Sólo cuando la segregación socioeconómica llegó a su máximo apogeo por un lado, y la llegada de la electricidad a la industria facilitó la proliferación de grandes fábricas en las que se concentraba la mano de obra por otro, tras la Gran Guerra, se conformó un caldo de cultivo óptimo para la movilización política y sindical de la clase obrera, una vez que ésta concentró su residencia en determinados barrios del Ensanche y el Extrarradio madrileño y convivía en las mismas fábricas, sustituyendo la lucha individual de la omnipresente figura del jornalero por encontrar una ocupación vigente a finales de siglo, por la acción colectiva y organizada basada en la solidaridad de clase que siguió a la Gran Guerra.

²⁸² MORA-SITJÁ, N.: "Exploring changes in earnings inequality: Barcelona, 1856-1905", *6th European Historical Economics Conference*, Istanbul, 2005; ROSES, J. y SÁNCHEZ-ALONSO, B.: "La integración de los mercados de trabajo en España, 1850-1930", *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, 2005, pp. 127-155; KUZNETS, S.: "Economic growth and income inequality", en *The American Economic Review*, Vol. 45, nº 1, marzo de 1955, pp. 1-28.

Capítulo 4. A la conquista del este.

La consolidación de la segregación del espacio urbano madrileño.

“Hállase completamente terminada la prolongación de la principal arteria de la Corte hasta la Puerta de Alcalá: la plaza de la Independencia, aunque irregularmente formada, se encuentra también concluida: en un lado los hoteles de la duquesa de Prim y de la señora de Bushental; en el otro dos edificios gigantescos, propiedad del marqués de la Torrecilla y del conde de San Bernardo: enfrente el de los señores de Arcos, y más lejos los innobles ventorrillos, que el viento de la civilización barrerá pronto del lugar que ocupan.”

La época, 10 de abril de 1880.

Las últimas hojas del mes de febrero caían del calendario de 1905. Un carruaje circulaba por la calle de Serrano en sentido sur divisando la célebre Puerta de Alcalá, flanqueado por árboles desplumados y teniendo a su vera la compañía del tranvía eléctrico, que se dirigía al centro de la capital. En él viajaba un anciano de 77 años ensimismado en sus pensamientos. Había salido del nº 19 de la calle Jorge Juan, un hotel valorado en 295.000 pesetas perteneciente a Lucas de Urquijo, sobrino del primer marqués homónimo. Éste lo acababa de incluir en las dotes parafernales de su hija Catalina de Urquijo Vitorica, casada el año anterior con José Luis de Oriol Urigüen, germen de la futura familia Oriol Urquijo¹. La visita del anciano a una familia tan acaudalada para cerrar los flecos de los parafernales justificaba la salida de su notaría, ubicada en un principal de la calle de Olózaga nº 4 cuyo alquiler ascendía a 375 ptas. mensuales². Sin embargo, este encuentro no era lo que le ocupaba la mente en ese momento. Mirando desde la ventanilla había empezado a recordar cómo había cambiado esta zona de la ciudad, y cómo él había sido testigo de excepción de los movimientos especulativos, inversiones, compraventas, préstamos, operaciones a tres bandas y contactos personales que las principales fortunas madrileñas habían protagonizado en la urbanización de unos terrenos que aún estaban extramuros cuando inició su actividad profesional. En 1860, el mismo año en que se produjo la ratificación del proyecto de Ensanche de Castro, comenzó su dilatada carrera como notario público el abulense José García Lastra, una profesión en la que pronto destacó siendo el encargado de compulsar la creación de distintas compañías, muchas de ellas ferroviarias, así como la compraventa de numerosos solares, propiedades y edificios en Madrid³.

¹ AHPNM, Protocolo 28930, inscripción de 28 de febrero de 1905.

² AVM, sección Estadística, padrón de 1905.

³ José García Lastra fue notario público desde 1860 a 1908, cuando se retiró. Llegó a ser uno de los señores académicos profesores de número de la Academia Matritense del Notariado, y ejerció distintos cargos en la Junta Directiva Notarial. Contó entre sus clientes más asiduos al marqués de Salamanca, al de Urquijo y sus hijos, a la MZA y a otras compañías ferroviarias regionales. Además, formalizó compañías como Gal, Banco Español de Crédito e instituciones como el Instituto Homeopático y de San José, sin contar las operaciones de expropiación, tasación, venta y obras públicas a cargo del ayuntamiento de terrenos situados en el Ensanche Este de la capital.

A medida que se acercaba a su vivienda, el notario hacía memoria en silencio de las múltiples operaciones inmobiliarias que habían sido registradas en sus despachos, primero en la calle de la Magdalena, desde 1870 en la de la Cruz, y ya a finales de siglo en Olózaga: las ventas de los solares del Pósito⁴, los tejemanajes del marqués de Salamanca y los préstamos de Urquijo al anterior⁵, las compraventas de terreno de Francisco Maroto o Mariano Monasterio entre otros⁶, las expropiaciones que el consistorio llevó a cabo en la 2ª Zona de Ensanche⁷, etc. José García Lastra esbozó una sonrisa rememorando esa fiebre especulativa de la década de los 60 y 70 que tantos dividendos le reportó⁸. Semana sí y semana también tenía en su despacho al menos una operación inmobiliaria, relativa al Ensanche Este especialmente, una dinámica que en los primeros años generó más especulación que edificación en esta franja de terreno. Un avance de la frontera urbana madrileña que no se hizo con la premura esperada, testigo de lo cual fue que en 1880, dos décadas después de que fuera ratificado el proyecto de Castro y doce desde que se derribaran las cercas de la ciudad, periódicos como *La época* aún esperasen que esos *innobles ventorrillos* situados al otro lado de la puerta de Alcalá cayeran bajo el peso de la piqueta.

A ojos de los contemporáneos, los *vientos de la civilización* de los que hablaba *La época* eran irradiados desde el mundo urbano, en plena expansión a nivel europeo desde mediados del siglo XIX tanto en número como en tamaño, teniendo en el contexto español una relación intrínseca con la aparición de los proyectos de ensanche. Las ciudades europeas occidentales recogían la esencia de la modernización liberal: eran los pilares sobre los que se sustentaba la economía nacional, albergaban la producción industrial, principales ejes de intercambio de bienes y servicios, poseían los resortes del poder político y alojaban a las principales instituciones científicas y culturales. Sus habitantes fueron los primeros en disfrutar del alcantarillado, el alumbrado, la calefacción por gas, el agua corriente, de los nuevos inmuebles edificadas con materiales de construcción y técnicas más modernas, de una limitada participación política y una amplia y cambiante oferta de ocio. Por ello, el inicio de la asimilación urbana de las tierras de labor y huertas que circundaban las principales ciudades europeas, además de ser ineludible por el hacinamiento al que se había llegado en su interior como consecuencia de la creciente inmigración rural, fue entendido por la nueva sociedad liberal como el modo de expandir la (su) *civilización* hacia el exterior, *barriendo y conquistando* a su paso lo que desde su perspectiva era el arcaico mundo rural y preindustrial que las rodeaban. Sin embargo, a la par que la explanación, encintando y adoquinado de nuevas calles, la expansión de las redes de alcantarillado, agua y telégrafos, la creación y ampliación de servicios públicos o el levantamiento de imponentes edificios e infraestructuras, la burguesía liberal europea también se sirvió de la dilatación del perímetro urbano para configurar un nuevo modelo de ciudad acorde a sus ideales, marcados por un fuerte deseo de autosegregación, de apropiarse del nuevo

⁴ La venta de los solares del Pósito, que se dilataron entre 1868 y 1873 en AVM, Secretaría, expediente 7-345-51, y en AHPNM, protocolo 33489, entre otros.

⁵ AHPNM, protocolos 33477 y 33481, entre otros.

⁶ AHPNM, protocolos 33489, 35137, 33493 y 42652, entre otros.

⁷ AVM, sección Secretaría, varios expedientes de Reformas en la Vía Pública en los que propietarios privados venden solares y casas al ayuntamiento para su uso como suelo público: 4-433-1 (en 1868, venta de una casa y varias propiedades del marqués de Salamanca), 4-233-6 (en 1862, venta de terreno del marqués de Alcañices), 4-251-10 (en 1864, venta de terreno de Pedro Peylombet), 4-304-2 (en 1866, venta de una casa por Francisco Ustariz); Contaduría, 3-559-8 (de 1878, duplicado de cuentas de la 2ª zona del Ensanche), etc.

⁸ BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina: Madrid 1856-1866*, UCM, Madrid, 1981, pp. 221-222.

espacio urbano mediante la adquisición del suelo urbanizable mejor valorado⁹. De este modo, las capas populares fueron *vetadas* de estos barrios burgueses debido a su incapacidad económica para hacer frente a sus precios. Mientras unos buscaban segregarse y diferenciarse, la mayor parte de la población se resignaba a residir donde los precios del suelo y de los alquileres se lo permitiesen, originando la creación de barrios burgueses y obreros segregados en lo que era la moderna *ciudad liberal*, opuesta a la relativa mezcolanza social del espacio de la *ciudad preindustrial*¹⁰.

El Ensanche, además de apuntalar la rentabilidad del negocio de la construcción y la especulación inmobiliaria, ofreció a la nueva burguesía madrileña la posibilidad de erigir un espacio urbano a su imagen y semejanza. Los terrenos de la ampliación conformaban un lienzo en blanco en el que apenas había construcciones. Un lienzo en el que acabarían pintando tantas manos como grandes y pequeños propietarios, rentistas, especuladores, promotores y sociedades inmobiliarias intervinieron en ellos, usando una paleta de colores que se había fraguado tras el triunfo del liberalismo y el pleno reconocimiento de la concepción capitalista de la propiedad, que convirtió el suelo urbano en un bien escaso, altamente demandado y, por ello, oneroso. De la noche a la mañana a inversores, capitalistas, promotores y especuladores se les tendió ante sus pies una enorme alfombra roja compuesta por hectáreas y hectáreas de terrenos que hasta entonces habían sido rurales, y que de golpe y porrazo iban a convertirse en jugosos solares urbanizables. Coetáneamente, y no de forma casual, la acaudalada burguesía financiera y de los negocios recientemente ennoblecida empezaba a revolverse en sus residencias, a encontrarse incómoda y contrariada en una ciudad apelmazada en el que las capas populares, impredecibles y violentas como en 1854, les rodeaban. Además, los palacetes de piedra del interior de la ciudad tenían un carácter externo marcadamente austero, alejado del gusto francés en boga en estos tiempos, y su interior no estaba acondicionado para integrar las modernas comodidades que llegaban del extranjero como el agua corriente o la calefacción por gas. Ante esta situación, el horizonte de Madrid podía ser suyo, aunque cada día que pasaba lo hacía más y más caro. Los primeros avezados, como los marqueses de Salamanca, Remisa y Calderón, ubicaron entre 1857 y 1860, antes de que se hicieran públicos los planos del Ensanche, sus nuevos palacios en la manzana 276, a la derecha del Paseo de Recoletos, en una zona en plena revalorización por su ubicación en el vértice entre el casco antiguo y lo que se intuía sería el *nuevo Madrid*. De hecho, en 1857 se publicaba en *La Iberia* que “*la zona determinada entre la puerta de Bilbao y la de Alcalá... dentro de la que está comprendida la Fuente Castellana con sus extensas alamedas, bosques y jardines, es adonde Madrid está llamado a dilatarse*”, por ser la única zona extramuros de Madrid que carecía de cementerios, que poseía una suave orografía y que disfrutaba de una excelente vía de comunicación con el casco antiguo a través de la calle Alcalá¹¹.

Las tapias del Ensanche no se derribaron hasta 1868, y la mayoría de las nuevas edificaciones que ocupaban estos terrenos a comienzos de la Restauración no se pusieron en marcha hasta después de aquella fecha. Pero el origen de la segregación fue anterior, ya que fue una dinámica consustancial e intrínseca a la propia idea de ampliar la ciudad, tal y como se indicó en el primer capítulo. Al hecho de generar mayor espacio urbanizado le siguió irremediabilmente un incremento en las distancias a recorrer por

⁹ RUEDA HERNANZ, G.: “Modelos de transformaciones urbanas y cambios sociales en las ciudades como consecuencia de la desamortización” en LAVASTRE, P. y MÁS, R. (Coords.) *Propiedad urbana y crecimiento de la ciudad*, UAM y Casa de Velázquez, Madrid, 2005, pp. 65-112.

¹⁰ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital...*

¹¹ *La Iberia*, 25 de agosto de 1857.

sus habitantes, dejando de ser Madrid una *walking city*, una urbe cuyas distancias eran fácilmente abarcables a pie. Este factor, lejos de difuminar la centralidad urbana de la Puerta del Sol la potenció, lo cual generó una periferia cada vez más lejana, creando una gradación en los precios del suelo y de los alquileres mucho más dilatada y heterogénea, abriendo la puerta a un nivel de contraste entre distintos espacios de la ciudad impensable antes del Ensanche. A finales de la década de los 40, la diferencia porcentual entre el precio del suelo del distrito más caro al más barato giraba en torno al 267% (el precio medio del distrito de Centro en 1848 era de 68 reales/pie mientras que en el de Latina sólo llegaba a 18,50); en 1863, fecha de mayor especulación urbana de la época, la diferencia era ya del 400% (el precio medio del distrito de Centro era de 352 reales/pie por los 70 de Inclusa); quince años después, en 1878, la disparidad entre los alquileres medios de los distintos barrios del Ensanche de Madrid superaba el 900% (de las 15 ptas. mensuales del Ensanche Sur a las 159 del margen derecho del eje Recoletos-Castellana, el futuro barrio de Biblioteca en la división municipal de 1898), ascendiendo hasta el estratosférico 2000% de divergencia en 1905 (de las 278,60 ptas. mensuales del barrio de Puerta del Sol a las 12,58 de Peñuelas)¹².

Cierto es que el sistema de financiación económica del Ensanche formulado por el gobierno con las leyes de 1864 y 1876, basado en la división por zonas estancas de los ingresos obtenidos de la contribución territorial generada por los edificios de cada una de ellas (vinculada a las rentas de los alquileres), favoreció esta creciente disparidad entre las distintas zonas del Ensanche ya que implícitamente significaba disponer de una inversión más o menos voluminosa en servicios e infraestructuras que influían en su propia revalorización¹³. Pero si la ampliación urbana en sí ya fue un motor de segregación al incluir la variable distancia a la hora de catalogar entre centro y periferia los nuevos terrenos urbanos, el desembarco de los intereses especulativos y su vinculación con la promoción inmobiliaria, también influyeron considerablemente en la consolidación de este proceso de segregación desde antes incluso que el Ensanche se ratificara y que sus cercas fueran derribadas. Los precios de los terrenos circundantes a las centenarias cercas madrileñas se incrementaron vertiginosamente durante los años cincuenta, dando lugar a una burbuja especulativa piramidal que fue *in crescendo* hasta su sonoro pinchazo en 1866, fecha en la que el precio medio del suelo se había duplicado respecto a 1855 y triplicado desde 1848¹⁴. A lo largo de la primera mitad de la década de los 60, los terrenos del Ensanche más cercanos al casco antiguo subieron como la espuma. Sus compradores, lejos de invertir en ellos para edificar para su uso propio o para su posterior venta o alquiler, lo hicieron para especular con ellos, reteniendo los solares un pequeño período de tiempo sin intervenir en ellos, esperando su revalorización para posteriormente lanzarlos al mercado y venderlos al mejor postor.

Eran ganancias fáciles y rápidas, especialmente en la franja del Ensanche Este lindante a la Castellana y el Paseo de Recoletos, lo que atrajo capitales de todo tipo a

¹² Los datos relativos a 1848 y 1863 han sido extraídos de BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina*, Op. Cit.; los cálculos de 1878 y 1905 relativos al Ensanche y el centro de la capital han sido tomados, además de mi investigación, de los trabajos realizados en el seno del Grupo de Investigación de Historia de Madrid en la Edad Contemporánea: PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.; DE MIGUEL SALANOVA, S.: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930*, Op. Cit.; DÍAZ SIMÓN, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*, Op. Cit.

¹³ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital...*

¹⁴ BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina*, Op. Cit., pág. 220.

través de las sociedades de seguros mutuos y cajas de imposiciones, como la Tutelar, el Montepío Universal, La Peninsular, El Crédito Comercial o El Crédito Mobiliario Español, que hicieron agresivas campañas publicitarias y de propaganda para captar el ahorro de las clases medias madrileñas e invertir parte de éste en la compraventa de terrenos en el Ensanche¹⁵. Sin embargo, tan exorbitada y vertiginosa revalorización redujo las posibilidades de compra a unas pocas manos acaudaladas, las cuales adquirieron en su mayoría pequeñas porciones de tierra. El reparto de propiedades existente en 1866 en el Ensanche Este, visible a través del plano catastral de Colubí de dicho año¹⁶, demuestra cómo la mitad de su superficie estaba en manos del 93% de los propietarios, estando acaparado el otro 50% del territorio por sólo el 7% restante. Y de hecho, de esos grandes terratenientes casi todos lo eran por haber adquirido o heredado dichos solares y fincas mucho antes de que el proyecto de Castro echara siquiera a andar. Especuladores de Deuda pública como José Finat, comerciantes adinerados como Francisco Martín Erice, propietarios de suelo rústico como Pedro Del Río y sus herederos, y profesionales liberales altamente especializados y vinculados a la Corona como Juan Pablo Maroto y su hijo Francisco, cirujanos reales, tenían en su haber grandes extensiones de terreno que habían pasado de rústicas a urbanas en su poder, con lo que los beneficios de las plusvalías fueron íntegramente suyos¹⁷. Sólo uno de los grandes propietarios del Ensanche Este a la altura de 1866 (fecha en la que la burbuja inmobiliaria se desinfló) había realizado sus adquisiciones de forma masiva en los años posteriores a la ratificación del Ensanche de Castro, convirtiéndose debido a su imprudente comportamiento inversor en causante y víctima de la ola especuladora al mismo tiempo.

¹⁵ TORTELLA, T.: *A guide to sources of information on foreign investment in Spain, 1780-1914*, International Institute of Social History, Amsterdam, 2000; BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina*, Op. Cit., pp. 138-171 y 344-385; “Pascual Madoz y la modernización de la ciudad de Madrid: La Peninsular, empresa inmobiliaria, 1861-1883”, en GARCÍA DELGADO, J. L. (Coord.) *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. VIII Coloquios de Hª Contemporánea de España, Siglo XXI, Madrid, 1992, pp. 379-403; RUEDA LAFOND, J. C. y BARBERO OLLERO, S.: “Empresas financieras y publicidad comercial en el Madrid isabelino, 1861-1866”, en *Sémata, Ciencias Sociales y Humanidades*, Vol. 12, Universidad de Santiago de Compostela, 2000, pp. 109-123; RUEDA LAFOND, J. C.: *La comunicación financiera en Madrid, 1856-1914. Ahorro, oferta informativa y comportamientos económicos en el Madrid del siglo XIX*, UCM, Madrid, 2003.

¹⁶ Ver Figura 1.20 para conocer los mayores propietarios del Ensanche Este en 1866. *Registro de propietarios y propiedades*, por D. Carlos Colubí, arquitecto municipal. Copia sacada para uso de la Delegación Especial de propiedades y derechos de la Villa, Madrid, septiembre de 1884. AVM. Signatura: 0,69-52-1.

¹⁷ MÁS HERNÁNDEZ, R.: “Los orígenes de la propiedad inmobiliaria en el extrarradio norte de Madrid”, en *Ciudad y territorio: revista de ciencia urbana*, nº 1, 1979, pp. 77-86; El barrio de Salamanca, Op. Cit., pp. 100-105; RODRÍGUEZ CHUMILLAS, I.: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*, Op. Cit., pp. 124-126; BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina*, Op. Cit., pp. 275-285.

4.1. La promoción inmobiliaria en la evolución inicial del Ensanche Este.

La entrada de José de Salamanca y Mayol, el marqués de Salamanca, en el negocio de la especulación y la promoción inmobiliaria madrileña gracias a la compra masiva de grandes extensiones de suelo urbanizable desde 1862 en el Ensanche Este de la capital, fue comparable a la de un elefante en una cacharrería¹⁸. En sólo cuatro años el gaditano llegó a acaparar más de cien fanegas de terreno urbanizable en el Ensanche Este (unos tres millones de metros cuadrados), el 6% de su superficie total, la mayor parte a las afueras de la Puerta de Alcalá, una de las áreas a las que la especulación afectó en mayor grado (Figura 4.1). El volumen y la forma en que adquirió estos terrenos fueron su ruina por varios motivos. En primer lugar, el marqués de Salamanca tardó muchísimo en aterrizar en el negocio de la especulación inmobiliaria madrileña, haciéndolo ya en la década de los 60, demasiado tarde, ya que compró terrenos a un precio excesivamente revalorizado y con un nulo margen para obtener nuevas plusvalías. Además, los adquirió de forma rápida, sin apenas negociación y mostrando un interés inusitado por hacerse con la mayor cantidad de superficie cercana al eje Recoletos-Castellana, la más cara, inflando aún más los precios de partida demandados por los vendedores, entre los cuales se hallaban algunos de los grandes propietarios ya citados como Francisco Maroto, Erice o los herederos de Del Río, que no tenían necesidad de vender sus propiedades salvo a precios que les generasen suculentos beneficios, cantidades que estuvo dispuesto a pagar el marqués.

El deseo que le movió a comprarlos por un desembolso de más de 14 millones de pesetas fue, según sus memorias, el de trasladar a Madrid otros modelos de promoción inmobiliaria exitosos en ciudades en expansión como Chicago, Nueva York, Londres o París, que le sirviera para obtener unos beneficios considerables con la puesta en marcha del Ensanche¹⁹. Ciertamente es que su idea original no fue llevar a cabo esta empresa inmobiliaria de forma individual, sino que se vio abocado a ello al fracasar en Londres la creación de una sociedad que capitalizara dicha actividad. Sin embargo, una vez adquirido tanto terreno urbano a tan elevado precio, y ante la obligación de actuar a título individual para movilizar tanto pasivo acumulado, Salamanca tomó la decisión de construir “*un nuevo Madrid*” que revalorizara unos terrenos muy bien ubicados pero que no poseían infraestructura urbana alguna²⁰.

¹⁸ Su actividad inmobiliaria en el Ensanche es bastante conocida por la historiografía gracias a los trabajos de Ángel Bahamonde Magro y Rafael Más Hernández especialmente: MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La actividad inmobiliaria del Marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)”, *Ciudad y Territorio*, nº 3, Instituto Estadístico de Admón. Local, Madrid, 1978, pp. 47-70; El barrio de Salamanca, *Op. Cit.*; “El plano parcelario del sector nordeste del Ensanche de Madrid” en *Ciudad y Territorio*, nº 2, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1978, pp. 25-48; BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina*, *Op. Cit.*, pp. 274-285 y 386-428.

¹⁹ FIGUEROA TORRES Y ROMAMONES, A. (Conde de Romanones): *Salamanca. Conquistador de riqueza, gran señor*, Espasa-Calpe, Madrid, 1962, pp. 105-107.

²⁰ TORRENTE FORTUÑO, J. A.: *Salamanca, bolsista romántico*, Taurus, Madrid, 1969, pp. 206-207.

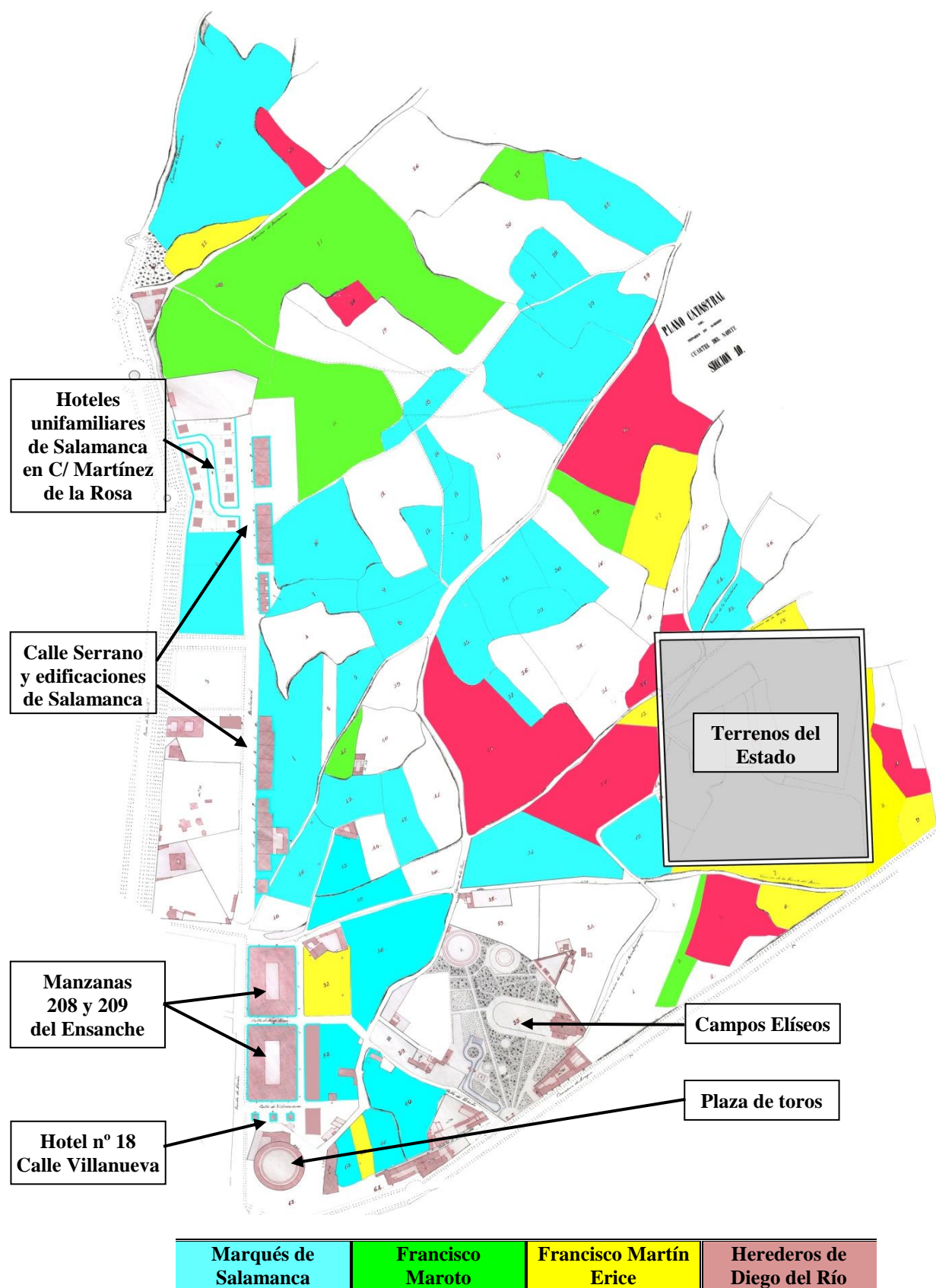


Figura 4.1. Grandes propietarios de suelo entre la calle de Alcalá y el eje Recoletos-Castellana en 1866. Plano e información extraídos del *Registro de propietarios y propiedades*, por D. Carlos Colubí, *arquitecto municipal*. Delegación Especial de propiedades y derechos de la Villa, Madrid, septiembre de 1884. AVM. Signatura: 0,69-52-1. Secciones 10 y 12. Escala 1: 2000.

Con su iniciativa, el marqués de Salamanca se convirtió en el primer promotor inmobiliario moderno de la capital, ya que fue pionero en la compra de una gran cantidad de terreno urbanizable y cohesionado para edificar en él siguiendo un modelo constructivo homogéneo pensado para las clases medias de la capital. Y aquí radica la relevancia de su figura y su influencia en el proceso de segregación social del espacio oriental del Ensanche de Madrid. Al comprar masivamente terrenos en esta franja, además de influir en el crecimiento de la burbuja inmobiliaria de la primera mitad de la década de los 60 y de arruinarse posteriormente por este motivo, confirió a esta zona un carácter urbanístico homogéneo gracias al tipo de edificaciones que efectuó, con edificios espaciosos realizados con materiales de alta calidad, dotados de jardines, patios interiores, bañera y chimenea francesa en sus principales, etc., modelos que fueron posteriormente imitados por los siguientes propietarios que edificaron en los solares contiguos, consolidando la impronta burguesa del barrio²¹.



Figura 4.2. Fachada frontal y lateral de la Manzana 208 del Ensanche, construida por el marqués de Salamanca a manos de la empresa del contratista de obras parisino Alfredo Opperman. AVM, Secretaría 4-441-28. Escala 0,01:1.

En sus primeras construcciones iniciadas en 1864, las manzanas 208 y 209 del Ensanche, situadas en la Ronda de Alcalá (origen de la futura calle Serrano), el marqués de Salamanca siguió las directrices del Plan Castro antes de que sus higiénicas disposiciones urbanísticas fueran cercenadas posteriormente, constituyéndose ambas manzanas en pruebas vivientes de lo que pudo haber sido el Ensanche y no fue. Situadas detrás de la Casa de la Moneda recién construida, cada manzana albergaba “*diez casas con un gran patio central*”, cuya disposición era de “*sótanos en las crujías exteriores, bajo, principal, segundo, tercero y buhardilla*”²². El factor en el que más difería respecto a los inmuebles del casco antiguo era la enorme extensión de terreno reservado para jardín privado, cumpliendo con la ordenación del Ensanche, que obligaba a que en cada manzana los espacios verdes abiertos ocuparan tanto terreno como los edificios. Disfrutar de amplios jardines interiores era una de las grandes atracciones de ese *nuevo Madrid* que estaba creando el marqués. Sin embargo, en el interior de cada inmueble subsistía la misma estratificación social en altura que regía en el casco antiguo, con dos viviendas en los principales y los segundos que contaban con 400 m² útiles cada una,

²¹ MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Op. Cit.

²² *Registro de propietarios y propiedades*, por D. Carlos Colubí, Op. Cit., AVM. Signatura: 0,69-52-1.

cuatro viviendas de 200 m² en los terceros, y 12 pequeñas viviendas para obreros tanto en los sótanos como en las buhardillas de entre 30 y 40 m². Mientras que los principales y segundos disponían de 17 estancias, 9 de ellas dormitorios (dos para criados) y el resto se destinaban para despensa, dos WC, antesala, despacho, sala, comedor, cuarto de costura y plancha y baño (un lujo en el Madrid de la época), los terceros poseían 13 habitaciones, compuestas de ocho dormitorios (uno para criados), más despensa, despacho, sala, comedor y cocina. Por último, y para abastecer a sus inquilinos, la parte del edificio situado a ras de la calle estaba acondicionado para albergar dos tiendas de todo tipo, como vaquerías, tiendas de vino y carbonerías, cuyo interior se dividía entre lo que era la tienda y el espacio de atención al público en la fachada exterior, mientras que hacia el interior aparecían varios compartimentos destinados a trastienda y almacenaje del género, y al fondo, dando al patio interior y al jardín común la vivienda en sí, que constaba de sala, comedor, despensa, cocina, WC y cuatro dormitorios²³.



Figura 4.3. Compartimentación interior del inmueble n.º 20 de la calle Serrano, de la manzana 208 del Ensanche. De izquierda a derecha: bajos o tiendas, sótanos, principales y segundos, y terceros.

²³ DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Op. Cit., pág. 210.

Ahora bien, las construcciones plurifamiliares posteriores que puso en marcha el marqués de Salamanca en las calles de Serrano, Jorge Juan, Claudio Coello y Lagasca, disminuyeron de calidad, ya que los materiales de construcción eran algo inferiores, estaban dotadas de una menor amplitud y su interior estaba mucho más compartimentado para implementar las rentas obtenidas de los alquileres por edificio. La raíz de tal cambio se halló en el rápido empeoramiento de su posición económica debido a la conjunción de varios factores en torno a la crisis económica de 1866, que trajo consigo el repentino derrumbe del valor del suelo del Ensanche tras años de continuada revalorización, la quiebra de multitud de sociedades, la desaparición de miles de puestos de trabajo y la consecuente reducción de la demanda habitacional. A ello se le unió el encarecimiento prolongado del crédito (tanto público como privado) del que se nutría Salamanca para obtener liquidez y seguir con la edificación de sus solares, y la anemia estructural de las cuentas del consistorio, que impidió el rápido acometimiento municipal de las obras de infraestructura y servicios necesarios para hacer habitable y atractivo el nuevo barrio que estaba creando. Por todo lo anterior, Salamanca se encontró con un pasivo inmovilizado enorme, una falta de liquidez para construir abismal y unos préstamos insalvables a corto plazo concedidos a un alto interés, lo que le hizo quebrar en 1869, año en el que el ayuntamiento otorgaba paradójicamente su nombre al barrio que había edificado de la nada²⁴.

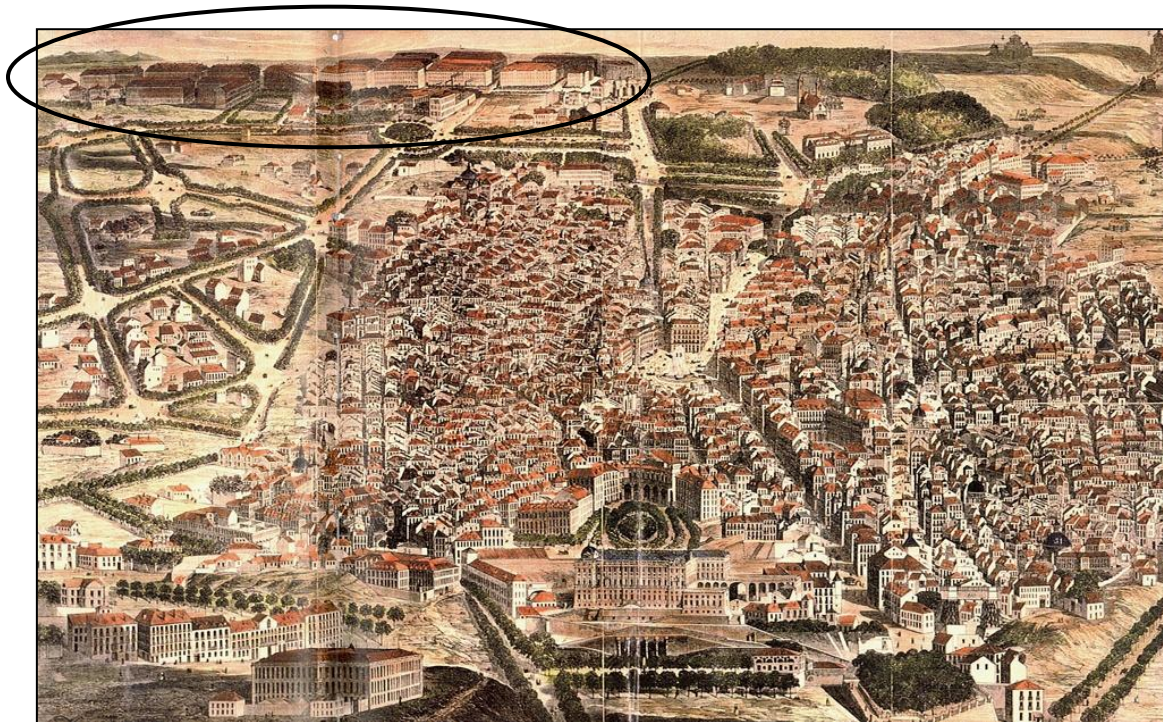


Ilustración 4.1. Representación de Madrid realizada en 1873 desde el oeste. Plano de Guillermo Martorell. Al fondo (dentro de la elipse) se observa el primer frente de inmuebles construidos por el marqués de Salamanca en la calle de Serrano, en una escala artificialmente más grande que el conjunto de la ciudad, lo que denota el deseo expreso de que destacaran del conjunto abigarrado del casco urbano.

Obligado a malvender todos sus inmuebles a medida que los construía, o a entregarlos como fianza de los sucesivos préstamos que incumplía, el marqués de Salamanca optó por rentabilizar al máximo sus inversiones para reducir su deuda

²⁴ Un análisis específico de la quiebra financiera del marqués de Salamanca y cómo influyó en sus construcciones en MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La actividad inmobiliaria del Marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)”, *Ciudad y Territorio*, nº 3, *Op. Cit.*, pp. 47-70

mediante la división de las siguientes manzanas edificadas en un mayor número de inmuebles y con una mayor compartimentación interior. Sin embargo, aun habiendo sido reducida la calidad de los inmuebles plurifamiliares de finales de los sesenta y la primera mitad de los setenta en relación a las iniciales manzanas 208 y 209 (Figuras 4.2 y 4.3), éstos seguían siendo mejores que la gran mayoría de los existentes en el resto de la ciudad, con la salvedad del barrio de Argüelles, situado en su margen occidental. De esta forma, en pocos años se erigió el primer frente oriental de manzanas edificadas en los pares de la calle Serrano, germen de un barrio que menos de una década después sería comparado “*con los más hermosos de otras grandes ciudades europeas*”²⁵.



Figura 4.4. De izquierda a derecha. Fachada del único hotel aún en pie de los construidos por el marqués de Salamanca en el Ensanche Este de Madrid. Calle Villanueva nº 18, declarado inmueble protegido por la Comunidad de Madrid en 2011 (ver su ubicación en Figura 4.1). Interior de los sótanos, bajos y principales de estos hoteles según sus planos de construcción. Extraído de los recursos digitalizados de la Biblioteca Digital de la Comunidad de Madrid.

Pero el marqués de Salamanca no sólo emprendió la edificación de inmuebles plurifamiliares en sus solares del Ensanche Este. También construyó pequeños hoteles unifamiliares destinados a una pujante burguesía que aspiraba a vivir, en la medida de sus posibilidades, en palacetes similares a los que la aristocracia poseía en el casco antiguo como símbolo público de reciente su triunfo socioeconómico (Figura 4.4). Estos

²⁵ DE FORESTA, A.: *La Spagna. Da Irun a Malaga*, Zanichelli, 1879. Citado en SANTOS, J. A.: *Madrid en la prosa de viaje. Siglo XIX*, Vol. 3, Comunidad de Madrid, Madrid, 1994, pp. 336-337.

hoteles constaban de planta baja, principal y segundo y disfrutaban de un pequeño jardín privado a sus espaldas que albergaba la portería, las cuadras y la cochera. La promoción más destacada fue la denominada *Ladera de la Castellana*, iniciada en 1865²⁶, que ideó el marqués en torno a la calle Martínez de la Rosa (Figura 4.1), conocida popularmente como la de la “S” por su forma, y que estaba compuesta de 12 hoteles cuya fachada daba a la calle mencionada, al Paseo de la Castellana o a la calle Serrano. Estos hoteles, que tenían tres tipologías distintas, se caracterizaban por poseer un sótano en el que se hallaban los cuartos donde trabajaba el servicio, es decir, cocina, despensa, cuarto de planchado, lavadero, carbonera y bodega; un bajo donde había comedor, salón, despacho, gabinete, vestíbulo y sala de billar; el principal y el segundo, donde se concentraban los dormitorios de la familia, con tocadores, gabinete, baño y ropero; y un sotabanco, donde dormían los sirvientes de la casa²⁷. Una similar distribución tuvieron los diez hoteles que el marqués ubicó en los alrededores de la Puerta de Alcalá, situados en los pares de la calle de Villanueva y en los solares de la calle Recoletos situados en la franja desgajada de su palacio una vez que se vio inmerso en la vorágine de malvender sus edificios para liquidar sus hipotecas²⁸.

Amplios y cómodos edificios plurifamiliares y hotelitos individuales con jardín para la burguesía, inimaginables en el interior de las cercas madrileñas, y en un número que superaba el centenar, fueron ofrecidos por el marqués de Salamanca a su población. No obstante, éstos no fueron rápidamente vendidos ni alquilados ya que en los primeros compases del nuevo barrio, además de a la difícil coyuntura económica y política nacional (crisis de 1866 y Sexenio), tuvo que enfrentarse al hecho de que una buena parte de la sociedad madrileña acomodada le achacaba que se hallaba fuera de la ciudad, apartado, sin buena comunicación con el casco antiguo (epicentro de la sociabilidad capitalina) y carente de los servicios urbanos más indispensables. El escritor canario Benito Pérez Galdós recogió estas suspicacias en varias de sus novelas poniéndolas en boca de personajes madrileños de nacimiento como Barbarita o Rosalía Pipaón. Barbarita, que residía en un principal propio de la calle de Pontejos, señalaba en *Fortunata y Jacinta* que no cambiaría su vivienda “por ninguno de los modernos hoteles, donde todo se vuelve escaleras y además están abiertos a los cuatro vientos”, como tampoco trocaría “su barrio, aquel riñón de Madrid en el que había nacido, por ninguno de los caseríos flamantes que gozan fama de más ventilados y alegres. Por más que dijeran, el barrio de Salamanca es campo...”²⁹. De modo similar se expresaba Rosalía Pipaón en *Tormento*, quien demandaba “vecindad por todos lados. Me gusta sentir de noche al inquilino que sube; me agrada sentir aliento de personas arriba y abajo. La soledad me causa espanto, y cuando oigo hablar de las familias que se han ido a vivir a ese barrio, a esa Sacramental que está haciendo Salamanca más allá de la plaza de toros, me da escalofríos”³⁰.

²⁶ AVM, sección de Secretaría, Negociado de Ensanche, expediente 5-68-2.

²⁷ Para conocer al detalle todos los modelos constructivos que se llevaron a cabo para edificar estos hoteles consultar *Ensanche de Madrid, construcciones del Excmo. Sr. Marqués de Salamanca*. [Material cartográfico], Madrid, 1880, Biblioteca Digital de la Comunidad de Madrid.

²⁸ El marqués de Salamanca se endeudó con Crédito Mobiliario, el marqués de Urquijo, el de Mudela, el de Vallejo y el de Valderas, Banca de París y de los Países Bajos, Société Generale, Banco Hipotecario de España, Sociedad de Crédito Comercial y prestamistas madrileños como Manuel María Álvarez Álvarez y José de Cárcer y Salamanca.

²⁹ PÉREZ GALDÓS, B.: *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas*, Alianza, Madrid, 2005, pág. 131.

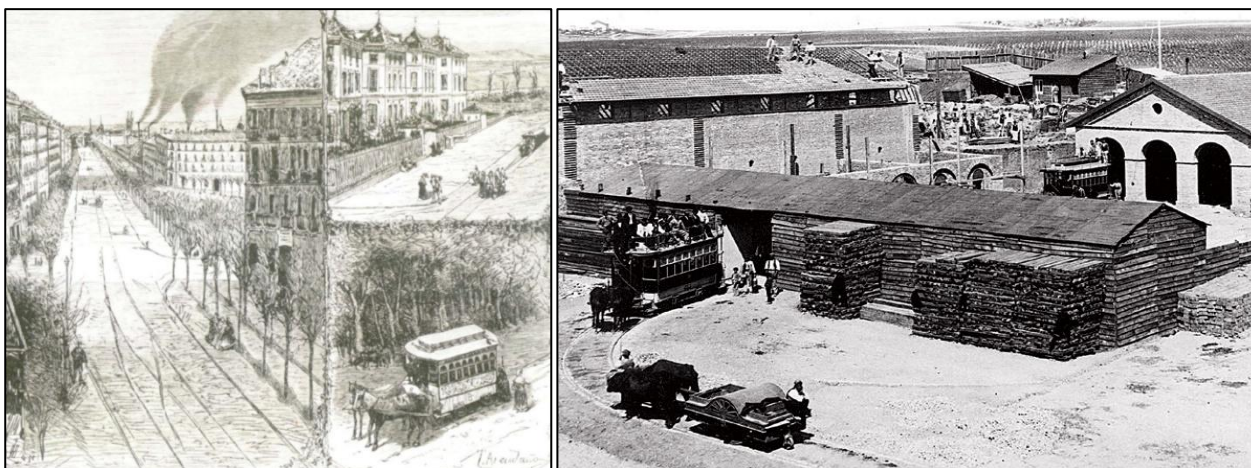
³⁰ PÉREZ GALDÓS, B.: *Tormento*, Alianza Editorial, 2004, Madrid, pág. 29.

Durante estos años el barrio de Salamanca se mantuvo en una especie de limbo, conformando una maqueta a escala real a la que le faltaba vida. Aunque contiguo a la ciudad, se hallaba separado de ésta por el oeste por los edificios del Pósito, la nueva fábrica de la Moneda, las obras de la Biblioteca Nacional, la plaza de toros de Alcalá y sus dependencias, y al sur por el Retiro o Parque de Madrid. Carecía de un cierto *continuum* edilicio con el casco antiguo, fenómeno aminorado en el Ensanche Norte por el primigenio arrabal de Chamberí³¹. En su vertiente oriental, era evidente que los inmuebles erigidos en torno a la calle Serrano (inicialmente llamada Boulevard Narváez) y adyacentes marcaban los límites de la ciudad respecto a las tierras de labor y huertas que llenaban el horizonte. Este contexto favoreció las reticencias iniciales que mostraron las capas más acomodadas de Madrid para mudarse allí, dudas que serían solventadas rápidamente con la reforma y adecuación de los márgenes orientales del casco antiguo al proyecto de Ensanche. Además, sus lujosos edificios no lograron deshacerse hasta tres décadas después de construcciones cuya tipología y uso reforzaba su carácter periférico. Paradores como los de Muñoz, Salas o San José, aquel que Leandro Aguirre había ampliado en 1854 (Figuras 1.10 y 1.11), y calles como la de Doña Berenguela, Llivia o Tostado, formadas por modestas casas de planta baja como las de Josefa Villar o Rafael Mitjavila, que las había erigido en 1851 (Figuras 1.9 y 1.10), aún se veían desde los balcones de los nuevos inmuebles de Salamanca, al igual que *Los Campos Elíseos*, parque de recreo y atracciones que José Casadesús fundó en 1861 a las afueras de la Puerta de Alcalá con la aprobación municipal, y que no sería clausurado hasta dos décadas después.

El marqués de Salamanca actuó en dos frentes con medidas directas para atajar esta imagen del barrio. En primer lugar, buscó reducir la sensación subjetiva de lejanía entre el centro y sus edificaciones mediante la constitución de la primera línea de tranvía de la ciudad. Gracias al capital británico obtenido de la casa de tranvías Asher Morris Company, esta línea de tracción animal, propiedad de la Compañía del Tranvía de Madrid, se inauguró el 31 de mayo de 1871 teniendo como cabeceras la calle de Serrano al este y el barrio de Pozas, en Argüelles, al oeste, la cual cruzaba la Puerta del Sol a través de las calles Alcalá y Mayor. El objetivo que perseguía el marqués de Salamanca con la puesta en marcha del tranvía fue el de evitar la caída de los alquileres de sus construcciones y elevar su ratio de ocupación, objetivos que acabaría alcanzando, aunque demasiado tarde para sanear sus finanzas. De hecho, el tranvía dinamizó el asentamiento de nuevos vecinos en esta zona a lo largo de la década de los 70 y 80, hecho que no pasó desapercibido. Desde entonces, la expansión del tranvía como adalid de la llegada del transporte urbano a la capital española quedó ligado estrechamente a la promoción urbana de las zonas periféricas a la ciudad. Si el tranvía de tracción animal fue utilizado como un modo de promocionar la urbanización de los primeros núcleos de población del Ensanche, los de tracción a vapor y, ya en el siglo XX, los eléctricos, hicieron lo propio con suburbios populares como Prosperidad y Guindalera y núcleos del extrarradio como Ventas, Tetuán o Cuatro Caminos³².

³¹ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.

³² VALENZUELA RUBIO, M.: “Los orígenes de los transportes urbanos y de cercanías en Madrid”, en *Estudios Geográficos*, Vol. 34, nº 130, 1973, pp. 95-132; LÓPEZ BUSTOS, C.: *Los tranvías de Madrid*, Aldaba, Madrid, 1993; GUTIÉRREZ, D.: *Tranvías de Madrid*, La Librería, Madrid, 2001.



Ilustraciones 4.2 y 4.3. A la izquierda, grabado del barrio de Salamanca en el que el autor destaca como aspectos característicos de este espacio urbano los inmuebles de la calle Serrano, los hoteles unifamiliares y, cómo no, el *tramvía*. En *La Ilustración Española y Americana*, 8 de agosto de 1873. A la derecha, obras de las cocheras y estación del tranvía en 1870, situadas en el cruce de las calles Serrano y Maldonado, en el *limes* septentrional del espacio edificado por Salamanca.

La segunda línea de actuación del marqués de Salamanca para reflotar sus inversiones inmobiliarias fue la de ejercer una fuerte presión sobre el consistorio para conseguir tratos de favor. El nuevo barrio fue construido tan rápidamente que el ayuntamiento no dispuso de tiempo, dinero ni voluntad política suficiente para cubrir las infraestructuras y servicios urbanos necesarios al mismo ritmo en el que dichas demandas se generaron. El consistorio estaba obligado a realizar tales acondicionamientos urbanos según rezaba la Ley de Ensanche de 1864, pero ésta presentaba un problema estructural que no sería modificado con la de 1876: los ingresos cedidos a los ayuntamientos eran generados a través de la contribución territorial pagada por los propietarios de edificios ya construidos y habitados, mientras que los gastos se destinaban a partidas como alcantarillado, pavimentado y adoquinado de las calles, actuaciones que debían preceder a la propia urbanización y habitabilidad de los inmuebles. En años sucesivos el problema no sería tan grave, ya que los gastos corrientes serían pagados con los ingresos de los edificios construidos anteriormente. Pero sí lo fue a la hora de su puesta en marcha, cuando el ayuntamiento madrileño no poseía, al igual que ningún otro consistorio español, de la liquidez necesaria para adelantar el dinero. Por ello el marqués de Salamanca, sabiendo este escollo insalvable, optó por presionar con ayuda de sus contactos políticos a las autoridades municipales para lograr ventajosos acuerdos, como sufragar de su bolsillo los acondicionamientos urbanos a cambio de una cesión de terrenos públicos³³, que le pagaran expropiaciones públicas de terreno a precios superiores que a otros propietarios³⁴, e incluso modificar

³³ Esta política municipal de concesiones se extendió durante la década de los 60 para contrarrestar la falta de liquidez municipal. Además del marqués de Salamanca, otros propietarios que incurrieron en esta práctica fueron Pedro Peylombet, constructor de carruajes, y Francisco Maroto, otro de los grandes propietarios de suelo del Ensanche Este, quienes costearon en 1864 sus respectivos tramos de alcantarillado a cambio de una franja de suelo público que ayudaba a alinear sus propiedades al Paseo de la Castellana. AVM, Secretaría, signatura 4-251-10.

³⁴ Estas expropiaciones incurrieron en ocasiones en tratos de favor flagrantes, que provocaron quejas como la de Francisco Maroto, quien sufrió un agravio comparativo en 1870. La cuestión radicó en que un año antes el marqués de Salamanca cobró la expropiación de unos terrenos por donde debían pasar las vías públicas de la calle Serrano y Villamagna a 8,75 reales el pie, mientras que Maroto vio cómo en 1870 unos terrenos contiguos a los anteriores fueron expropiados por el mismo motivo a un precio claramente inferior, de sólo 3,5 reales el pie. AVM, Secretaría, signatura 5-198-74.

parte del plano y de las medidas de Castro por la fuerza de los hechos consumados en su beneficio³⁵.

Ahora bien, a medida que sus influencias y su dinero se consumieron, se vio obligado a limitarse a presentar insistentes quejas administrativas al consistorio por no dotar de servicios urbanos a sus inmuebles mientras los edificaba, lo que consideraba una dejación de sus funciones. Así, en medio de la convulsa primera experiencia republicana española, en abril de 1873, Fernando de Salamanca, como apoderado de su padre, presentó una queja solicitando que fueran reafirmadas las calles de Claudio Coello, Goya, Lagasca y Hermosilla, ya que su progenitor había *“construido un considerable número de casas para cuyo servicio es necesario establecer el afirmado, pues de otro modo aquellas fincas no tienen acceso y sería imposible alquilarlas”*. Acompañaba al expediente un plano de situación en el que se señalaban los tramos que requerían ser reafirmados, incidiendo en que si el ayuntamiento no emprendía tales obras, sería *“inútil el trabajo empleado en estas edificaciones”*, y dejaría *“improductivo el considerable capital que en ellas se ha invertido”*. Terminaba el expediente con una reflexión en torno a la labor que había realizado el marqués de Salamanca en esta franja de la ciudad, quien *“a costa de inmensos sacrificios ha logrado realizar la mejora más notable que desde hace muchos años se ha llevado a cabo en esta capital”*, y cuestionando cómo afectaría el proceder municipal en esta cuestión a su desarrollo constructivo posterior, señalando que *“si no secunda por su parte lo que es de ley, conseguirá que ni la población se aproveche de las ventajas de las nuevas construcciones, y desalentará a otros capitales que indudablemente se ocuparían en empresas semejantes que tanto beneficio reportan al municipio”*³⁶.

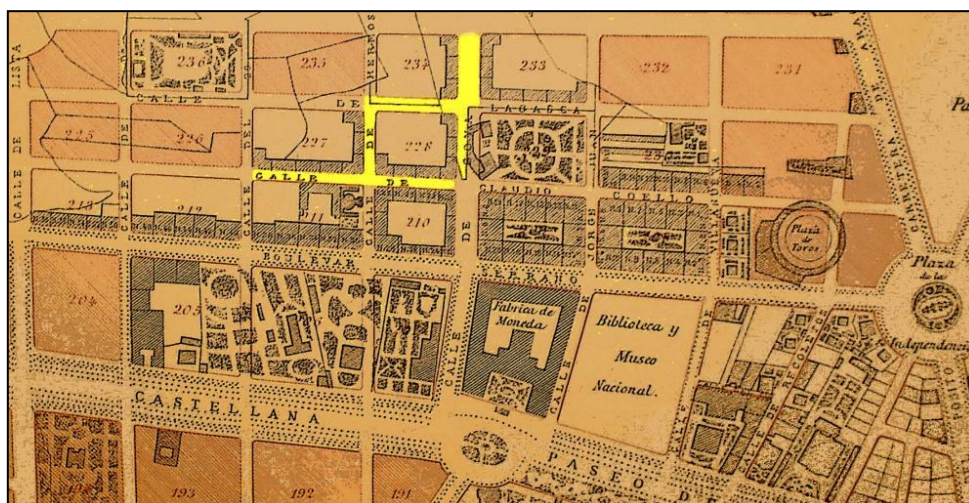
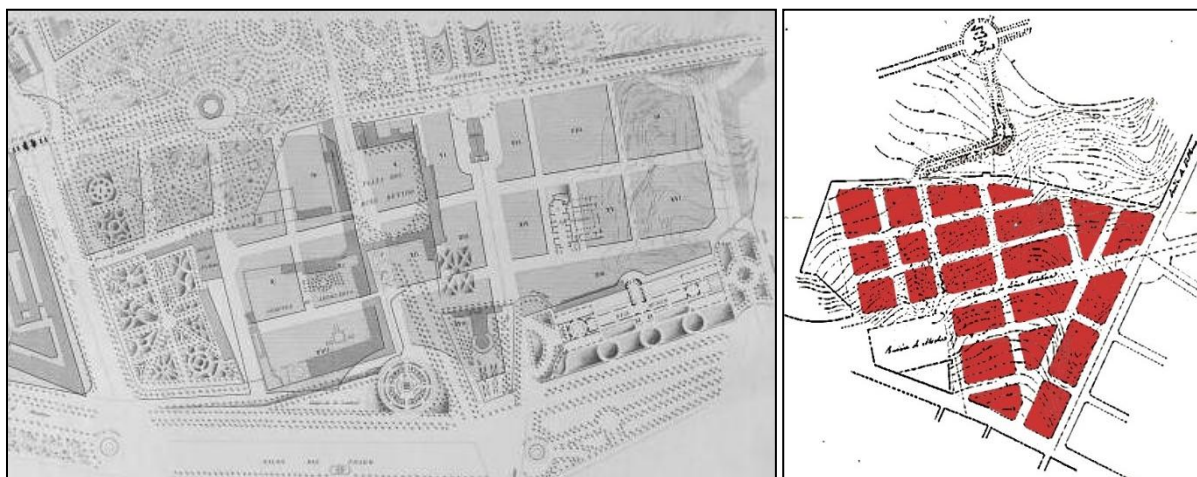


Ilustración 4.4. Detalle del plano presentado al ayuntamiento por Fernando Salamanca como apoderado de su padre, el marqués de Salamanca, incluido en el expediente presentado en abril de 1873 relativo a quejas presentadas para que se reafirmasen las calles señaladas con tinta amarilla lo antes posible. AVM, Secretaría, signatura 5-66-83.

³⁵ Los propios hoteles individuales de la calle de Martínez de la Rosa son un ejemplo de ello, ya que no estaban proyectados en el plano original de Castro, aunque fue él mismo quien concedió tal modificación. Pero las mayores modificaciones llegaron en 1870, cuando con su actividad constructiva el marqués de Salamanca eliminó la gran plaza que debía cohesionar esta zona, situada en la intersección entre Goya y Velázquez, dejando este espacio huérfano de grandes espacios abiertos hasta que en 1903 el arquitecto Jerónimo Suñol diese forma a la plaza que, irónicamente, llevaría su nombre. AVM, Secretaría, signatura 5-115-41. En MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La actividad inmobiliaria del Marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)”, *Ciudad y Territorio*, nº 3, *Op. Cit.*, pp. 47-70.

³⁶ AVM, Secretaría, signatura 5-66-83.

Tras más de seis meses cambiando de manos, la reclamación fue considerada favorablemente por el ingeniero director de vías públicas del ayuntamiento, pero el coste no era asumible por dichas comisarías, por lo que el expediente fue remitido a la Comisión de Ensanche para que ratificara o cancelara dichos gastos. Finalmente, en noviembre de 1873 se aprobó iniciar estas obras en el Ensanche Este, aunque señalando de antemano que el ritmo de avance lo marcaría el dinero disponible. Aunque tardía y lentamente, los primeros gastos sufragados por la Comisión comenzaron a fluir en la década de los 70 hacia la Zona II creada por la Ley de Ensanche de 1876, lo cual era una verdadera quimera para aquellos propietarios afincados en los barrios menos acomodados de la ampliación madrileña, donde años y años de solicitudes, quejas y reclamaciones solían terminar en un silencio administrativo en el mejor de los casos³⁷.



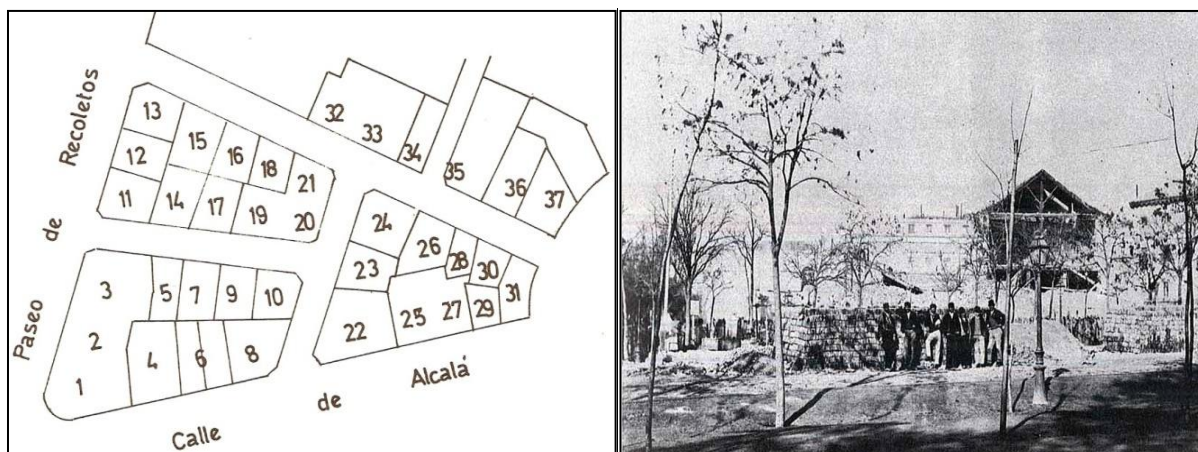
Ilustraciones 4.5 y 4.6. A la izquierda, Ante-proyecto de distribución de manzanas destinadas a la edificación en el Real Sitio del Buen Retiro: aprobado por el Ayuntamiento de Madrid y por la Administración General de la Real Casa y Patrimonio en febrero de 1865. Biblioteca Regional de Madrid. Signatura: Mp.VII/39. Escala 1:16.600. A la derecha, Proyecto de urbanización del Olivar de Atocha, perteneciente al Parque del Retiro, 1873. Se han resaltado las manzanas resultantes de su parcelación. Museo de Historia de Madrid, IN 34119.

No obstante, la expansión inmobiliaria y demográfica que experimentó el barrio de Salamanca desde mediados de los setenta en adelante, derivó de la integración efectiva de esta zona del Ensanche en el casco antiguo gracias a la urbanización del espacio existente entre el eje Prado-Recoletos-Castellana y los inmuebles construidos por el marqués de Salamanca en torno a la calle de Serrano y la posesión del Retiro³⁸. En primer lugar, en 1865 la reina Isabel II procedió a desgajar de ésta última la franja occidental que iba desde la puerta de Alcalá hasta la estación Atocha para su parcelación, posterior venta y urbanización, creando las calles de Felipe IV, Valenzuela, Lealtad, Juan de Mena y Alarcón (Ilustración 4.5). El objetivo perseguido era reducir el grosor de esas *columnas de Hércules*, ese *Non Plus Ultra* en palabras de Mesonero Romanos que la posesión regia del Retiro significaba para la expansión oriental de la ciudad. Durante el Sexenio se agilizó esta empresa al pasar su dominio de la Corona al pueblo, iniciando la venta de solares con una nueva ley en 1869 y la ratificación del

³⁷ Aunque el marqués de Salamanca también se viera perjudicado por la falta de dinero municipal para dotar de servicios públicos sus construcciones, al menos no tuvo que esperar años, en incluso décadas, para que sus peticiones fueran atendidas, tal y como ocurría en el Ensanche Sur. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

³⁸ CARBALLO BARRAL, B.: *Los orígenes del Moderno Madrid: El Ensanche Este (1860-1878)*, UCM, 2007, E-PrintsUCM: <http://eprints.ucm.es/6336/>.

nombre y trazado de nuevas calles y plazas como la de la Independencia, Alfonso XII y Alarcón³⁹. En 1873, el ayuntamiento republicano continuó con el desmembramiento del Retiro para facilitar la expansión de la ciudad por su límite oriental, urbanizando el Olivar de Atocha con el objeto de crear un nuevo barrio (Ilustración 4.6). Situado entre dos polos de atracción como la Puerta del Sol y el Prado⁴⁰, teniendo como vecinos los barrios del distrito de Congreso más caros de Madrid, y rodeado de fastuosos edificios e instituciones económicas, políticas, científicas, religiosas y culturales⁴¹, el futuro barrio del Retiro se gestó siguiendo un carácter moderno, un plano similar al del Ensanche y unas edificaciones amplias e higiénicas que fueran atractivas para las capas más acomodadas de la ciudad⁴².



Ilustraciones 4.7 y 4.8. A la izquierda, parcelación en solares de las dependencias del Pósito para su venta 1865. Extraído de RUÍZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*. Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1976. A la derecha, obras de derribo del Pósito. Museo de Historia de Madrid, Inventario 1622, J. Suarez, 1869.

Coetánea a la parcelación de la franja occidental del Retiro por Isabel II en 1865, el ayuntamiento decretó también la venta de las existencias del Real Pósito de la Villa, antigua institución reguladora del mercado de trigo madrileño y que en esa época albergaba una fábrica de galletas, servía como almacén de reserva y también como acuartelamiento de la guardia civil y cuartel de ingenieros⁴³. Al año siguiente procedió a su derribo, incluyendo la imponente Alhóndiga ovalada que sobresalía del horizonte madrileño. Su ubicación, entre dos calles de primer nivel, hacía presagiar que “*sobre aquel solar podrá elevarse un considerable número de casas, que, atendiendo a la*

³⁹ CAPOTE, C.: “El barrio del Museo en Madrid”, *Estudios geográficos*, nº 37:144, agosto de 1976, CSIC, Madrid, pp. 319-350.

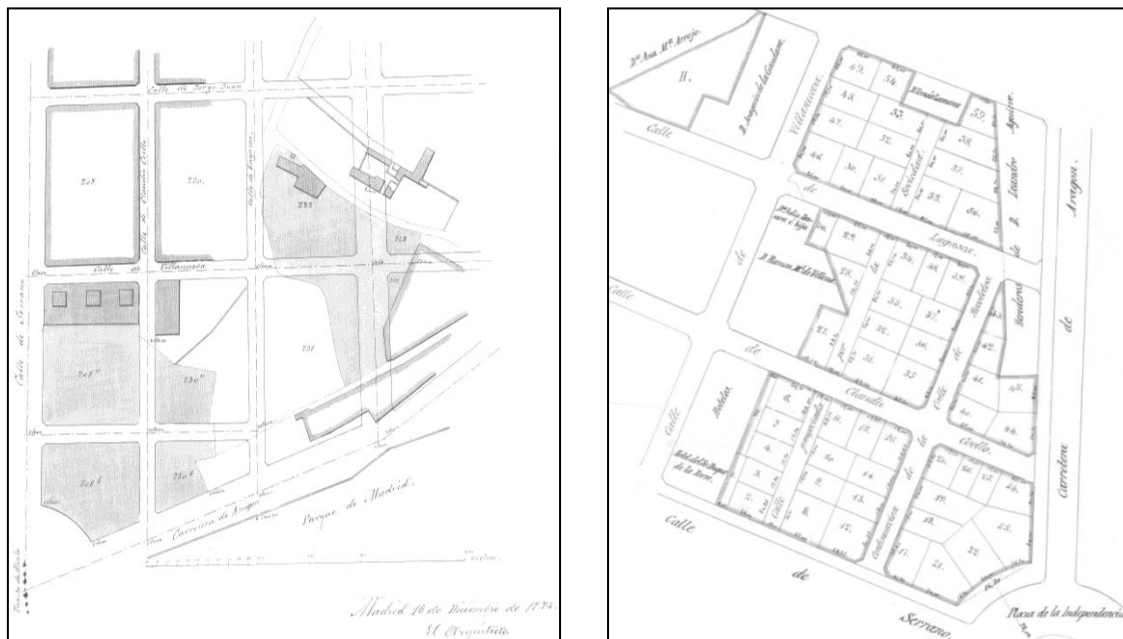
⁴⁰ El viajero francés Théophile Gautier en su libro *Voyage en Espagne*, basado en su viaje de 1840, afirmaba que “*cuando se habla de Madrid, las dos primeras ideas que esa palabra despierta en la imaginación son el Prado y la Puerta del Sol*”. En: SANTOS, J. A.: *Madrid en la prosa de viaje. Siglo XIX*, Vol. 3, Comunidad de Madrid, 1994, pág. 196.

⁴¹ En este espacio urbano destacaban por la relevancia de sus funciones y por la calidad y diseño de los inmuebles que los albergaban, entre otros, la iglesia de Los Jerónimos, el Museo del Prado, la Bolsa, el Jardín Botánico, el Observatorio Astronómico o el Museo Antropológico de Pedro González Velasco.

⁴² VIDAL DOMÍNGUEZ, M^a J.: “La consolidación de la propiedad urbana en el barrio del Retiro durante la Restauración (1875-1931)”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, (1876-1931)*, Vol. 1, *Op. Cit.*, pp. 215-230.

⁴³ Para un estudio pormenorizado de esta institución y su recinto consultar: TOVAR MARTÍN, V.: “El Pósito Real de la Villa” en *Establecimientos tradicionales madrileños. El Ensanche: Salamanca y Retiro*, Cuaderno VI, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1986, pp. 59-69.

*bellísima situación que ocuparán, necesariamente han de hermostear aquel extremo de la capital*⁴⁴. Sin embargo, la crisis económica de 1866 retrasó esta operación y hubo que esperar dos años más, hasta 1868, con la llegada del Sexenio y bajo el liderazgo de Fernández de los Ríos, para que el ayuntamiento constitucional derribase las cercas y procediera a la definitiva venta en solares de estos terrenos, en un intento de armonizar este espacio con los palacios adyacentes de Calderón, Remisa o Salamanca, con las nuevas construcciones que éste último había erigido a sus espaldas y con el contemporáneo proyecto de parcelación del Retiro. Las subastas públicas realizadas entre 1868 y 1873, en plena incertidumbre política y *empacho* especulativo, no cubrieron las demandas iniciales municipales, estimadas en 1865, en tiempos de *vacas gordas*. De hecho, los 39 solares en que fue dividido el Pósito de Madrid fueron vendidos una tercera parte más baratos de media que su valor de tasación, siendo el precio medio de partida de 289 ptas./m² y el alcanzado en las subastas de 182 ptas./m², y eso que se permitía el pago a plazos (aunque se le añadía un 15% de interés) y se prohibía toda proposición inferior a las dos terceras partes de la tasación. A pesar de todo, su valoración siguió siendo inalcanzable para profesionales liberales, empleados públicos, artesanos o pequeños comerciantes, lo que entregó en bandeja de plata este atractivo espacio urbano a aristócratas, grandes propietarios y burgueses acaudalados⁴⁵.



Ilustraciones 4.9 y 4.10. A la izquierda, plano de alineación de los terrenos de la antigua plaza de toros de la Puerta de Alcalá, requerida al ayuntamiento por el Crédito Mobiliario Español. 1874. AVM, Secretaría, signatura 5-146-42. A la derecha, el plano de parcelación en solares y su distribución. 1875. AVM, Secretaría, signatura 9-480-36.

⁴⁴ *La Época*, 7 de enero de 1867.

⁴⁵ Los compradores de los terrenos del Pósito fueron, ordenados según el número de solares que adquirieron: Enrique de Ziburu Herrera-Dávila (que compró cinco), Eusebio Mata García (cuatro, uno junto a su hermano Isidoro), Fermín Collado Echagüe, marqués de la Laguna (tres), José de Murga Reolid, marqués de Linares (tres), Manuel María Santana Rodríguez (tres), Agustín Galíndez Olazarre (dos), José, Mariano y Francisco Zaballburu Basabe (dos), Esteban Alcántara Cardona (dos), Valentín Morales Pérez (dos), Luis Cortés Pascual (dos), José de Salamanca (uno), José María Codina Maten (uno), Manuel Cortina Arenzana (uno), Manuel Martín Oliva (uno), Mariano y Francisco Zabál Ceires (uno), Rafael de Imaz y Arias Saavedra (uno), Ramón Plá Monge, marqués de Amboage (uno), Ricardo de la Cámara (uno), Sebastián Martínez Gómez (uno) y Benito Díez del Río (uno). AVM, sección Secretaría, signatura: 7-345-51.

De la confluencia de ambos proyectos cobró forma la denominada plaza de la Independencia, ideada en torno a la Puerta de Alcalá, para dar la bienvenida a los viajeros llegados a la capital desde la carretera de Aragón, que sirviera de unión las nuevas calles de primer orden de Serrano y Alfonso XII, con la extensión natural de la arteria principal de la ciudad, de nombre homónimo. El perímetro de la plaza quedó conformado definitivamente con el derribo en 1874 de la centenaria plaza de toros de la puerta de Alcalá, erigida en 1749, y sus dependencias adosadas como el matadero, la fonda, la carnicería, la taberna y las cuadras. Era la crónica de una muerte anunciada, ya que estaba acordada su sustitución por la nueva plaza que el arquitecto Rodríguez Ayuso estaba realizando al sur de la carretera de Aragón (posteriormente calle Alcalá), en el solar del actual Palacio de Deportes de Madrid. Sus terrenos fueron divididos en 59 solares administrados por el Crédito Mobiliario Español. Para optimizar su accesibilidad y el valor del conjunto de los solares, el ayuntamiento acordó alargar la calle Recoletos hasta la de Lagasca creando la calle Columela, mientras que la Sociedad Civil de la Plaza de Toros decidió abrir la calle Conde de Aranda, cuyos costes sufragaría ella misma, para crear unos solares menos profundos y más habitables (ilustraciones 4.9 y 4.10).

Estas operaciones inmobiliarias simultáneas en las que intervinieron la Corona, el ayuntamiento y la propiedad privada, transformaron el margen oriental de la ciudad, facilitaron la integración efectiva de las edificaciones del marqués de Salamanca en ella y atrajeron con fuerza a personalidades que disponían de grandes capitales para ubicar allí sus residencias o para invertir en estos terrenos, lo que apuntaló el carácter burgués de esta zona del Ensanche Este de la ciudad⁴⁶. La mayor superficie edificable de sus solares, así como su envidiable ubicación entre la Cibeles y la nueva plaza de la Independencia, a un paso del eje Prado-Recoletos y del Retiro y a dos de la calle Alcalá, constituían activos que no fueron pasados por alto. Muchos fueron los que empezaron a edificar sus palacios y hoteles residenciales en estas calles, como el conde de la Fuente Nueva de Arenzana en la calle de Olózaga (el edificio que alberga la actual Embajada de Francia), el marqués de Linares (en la Plaza de Cibeles), el de Laguna (en Villalar), Torrecilla (en la plaza de la Independencia) o Portugalete (en la calle Alcalá), el banquero vasco Francisco Zabalburu (en la calle Marqués del Duero), la nieta del emperador de Brasil, María Pereira de Buschental, o los duques de San Bernando y Santiago (flanqueando la plaza de la Independencia).

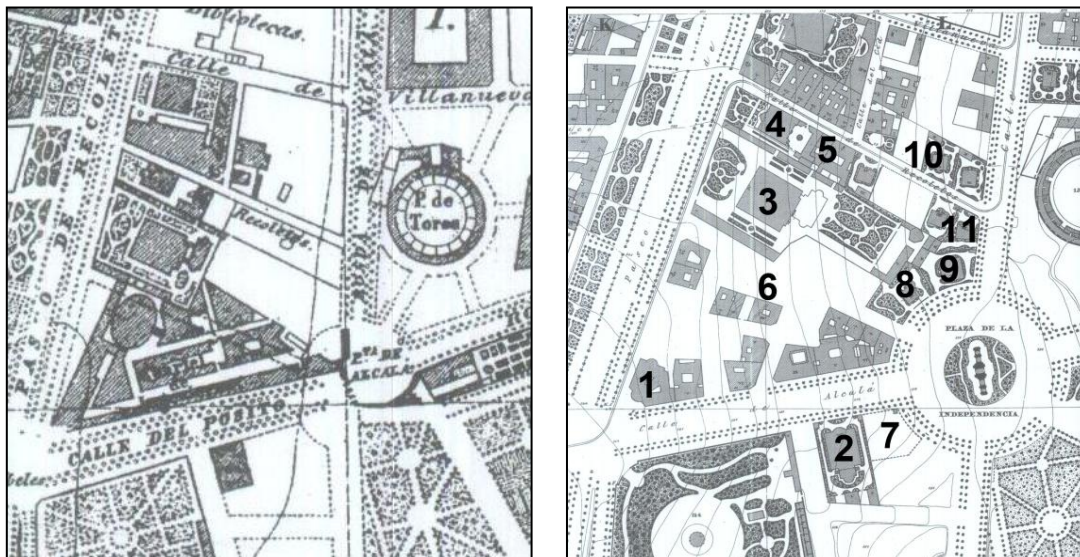
Aunque estos palacios quedaban a la sombra de los que empezaban a enseñorear las riberas del paseo de la Castellana⁴⁷, como los de Indo o Denia (luego de Medinaceli), sus residentes disfrutaban a cambio de una homogeneidad socioeconómica espacial difícilmente visible en otras zonas de la capital. Además, no tardó en iniciarse la construcción de los primeros edificios de viviendas plurifamiliares destinados a clases acomodadas, caracterizados por mantener una similar tónica constructiva, compartimentación del espacio y distribución en altura que las proyectadas por el marqués de Salamanca⁴⁸. Aunque el precio del suelo fuera menor que en los barrios centrales de la ciudad, seguía siendo demasiado elevado como para que un propietario esperase rentabilizar su inversión bajo la premisa de efectuar una alta compartimentación del suelo para atraer a un buen número de familias obreras. Esta

⁴⁶ CARBALLO BARRAL, B.: "El despertar de una gran ciudad: Madrid", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 32, 2010, Madrid, pp. 131-152.

⁴⁷ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.

⁴⁸ DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX...*, Op. Cit., pp. 188-205.

opción sólo era posible en los barrios del sur o en las zonas más alejadas del Ensanche, donde el valor del suelo era muy inferior y la humildad de las construcciones adyacentes espantaban cualquier idea de promover construcciones destinadas a profesionales liberales, grandes comerciantes y familias acaudaladas. Aún con todo, en varios de los modernos edificios de viviendas plurifamiliares se dio cobijo a clases populares, especialmente en aquellos resquicios donde la legislación permitía situar sotabancos, sótanos y buhardillas, amplificando al máximo la rentabilidad de los propietarios.



Ilustraciones 4.11 y 4.12. Evolución de la urbanización de los terrenos del Pósito y adyacentes entre 1866 y 1874. Leyenda: 1. Palacio de Linares; 2. Palacio del marqués de Portugalete; 3. Palacio del marqués de Salamanca; 4. Palacio de Remisa; 5. Viviendas del marqués de Remisa 6. Palacio de Zabalburu; 7. Solar en el que se estaba levantando el palacio del Conde de Torrecilla; 8. ; 9. Hotel de la Duquesa de Prim; 10. Hotel del Conde de Peñaranda de Bracamonte; 11. Hotel de Juan Travesedo Canet.

En términos generales, el capital desembolsado en la compra del terreno y su edificación era tan elevado que los alquileres debían ser a la fuerza cuantiosos para amortizar la inversión inicial en un tiempo prudencial, además de generar posteriormente beneficios netos superiores, lejos de las posibilidades económicas de artesanos, jornaleros y empleados poco cualificados. Por ello, aquellos que invirtieron en este espacio urbano optaron por elevar la calidad de los materiales de construcción, del acabado y acondicionamiento de los inmuebles, así como apostar por una baja compartimentación de los solares y de las viviendas para poder atraer a inquilinos dispuestos a pagar altos alquileres por residencias de lujo. No obstante, a pesar del ansiado derribo de las cercas de la ciudad en 1868, los años setenta fueron tiempos convulsos en los que el Sexenio y el inicio de la Restauración desincentivaron las inversiones inmobiliarias. La mayor parte de los que compraron solares en esta zona del Ensanche Este y dieron el paso de edificar en él para su posterior venta o alquiler fueron cautos, pidiendo permiso para construir uno o dos inmuebles a lo sumo con el fin de tantear el mercado y comprobar las posibles ganancias⁴⁹. Aún así, esta dinámica fue suficiente para la consolidación del carácter acomodado y burgués de los nuevos barrios surgidos al calor de la plaza de la Independencia, del paseo de la Castellana, de los alrededores de la calle de Serrano y de las demás que la rodeaban.

⁴⁹ Entre 1870 y 1879, 37 de los 40 solicitantes de licencias de construcción municipal lo hicieron para edificar un único inmueble. MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Op. Cit., pp. 149-155.



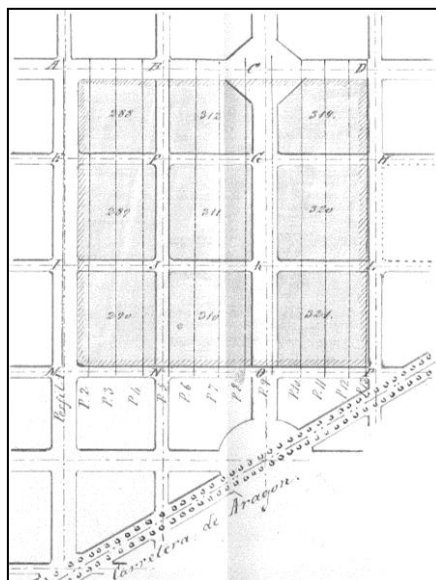
Ilustración 4.13. Vista panorámica del Ensanche NE de Madrid. *La ilustración militar*, 1881. Partiendo la imagen en dos aparece el Paseo de Recoletos y su prolongación, La Castellana, quedando a la izquierda parte del casco antiguo y al fondo el Ensanche Norte de la ciudad, y a la derecha en primer plano los nuevos edificios donde se hallaba situado el Pósito, y posteriormente la calle Serrano, por donde circulaba la primera línea de tranvía de la capital, inaugurada en 1871, y las imponentes fachadas uniformes de las modernas edificaciones del marqués de Salamanca.

La inicial onda expansiva urbanizadora provocada por la ratificación de la ampliación de la ciudad y el derribo de las cercas en 1868, pasó inadvertida al este de las pioneras construcciones del marqués de Salamanca. De hecho, apenas varió el paisaje residencial preexistente desde este punto hasta el perímetro del Ensanche, formado por aquellos paradores, tejares, fondas y huertos que saludaban a derecha e izquierda a todo aquel que se acercaba a Madrid por la carretera de Aragón desde antes que Castro iniciara su proyecto. Más allá de las pequeñas y polvorientas calles de Llivia, Tostado y Doña Berenguela, formadas por el apilamiento de pequeñas casas, cuadras y almacenes contruidos a mano por sus residentes en las décadas anteriores, sólo la carretera de Aragón seguía rompiendo la monotonía de un horizonte de huertas y cultivos. Fue allí, en esa vasta extensión de terreno, barato en contraposición al casco antiguo o a las zonas del Ensanche lindantes a él, donde ayuntamiento, Estado y capital privado decidieron ubicar aquellas infraestructuras, instituciones y edificaciones que por su carestía, falta de espacio o peligrosidad no podían situarse en el interior de la ciudad. A medida que la puerta de Alcalá quedaba atrás y lo único visible del Retiro eran sus tapias, se disipaban las dudas del cariz periférico que esta zona ocupaba en el conjunto del Ensanche Este, alejado de la urbe por la distancia y la falta de continuidad edilicia debido a los obstáculos del Retiro, los Campos Elíseos y los paradores de Muñoz y Salas. No era algo nuevo, ya que el propio Castro fue meridianamente claro respecto a la escasa utilidad y valor de dichas propiedades, por lo que optó por situar en ellas un barrio obrero que a la vez que ofreciera alquileres baratos, estuviera *apartado* de la vista de las capas más acomodadas⁵⁰.

El Estado fue el primero en mostrar interés por esta zona y desembarcar en ella, y lo hizo para comprar en 1863 una enorme extensión de parcelas al norte de la carretera de Aragón en la que se pensaba organizar una ambiciosa Exposición Hispano-Americana al año siguiente. Fuera como fuese, este evento nunca llegó a llevarse a cabo, por lo que el gobierno se encontró ante la tesitura de buscar otras salidas a una

⁵⁰ Ver apartado 1.4.1.

posesión urbanizable de 17 hectáreas (Figura 4.1). En ese mismo año de 1864, podía haberse hallado una solución destinando estos terrenos para la edificación de barriadas de casas baratas para obreros de dos o tres alturas a un alquiler modesto, para paliar en la medida de lo posible la enorme carestía de la vivienda en el casco antiguo y el hecho de que muchos madrileños vivieran al raso o en pequeñas cuevas en los descampados que rodeaban la ciudad⁵¹. O al menos ésta fue una de las propuestas puestas encima de la mesa por algunos de los miembros de la comisión municipal creada en dicho año para analizar las posibilidades de realizar un “*proyecto sobre construcción de casas en Madrid para las clases poco acomodadas*”. El consistorio madrileño finalmente no llevó a cabo el proyecto debido a la falta de fondos propios para acometerlo (tenía concedido un empréstito de 80 millones de reales para cubrir su déficit estructural), a la prohibición legal de que los municipios compraran solares (el Estado tampoco favoreció la iniciativa cediendo el terreno) y a la propia ideología liberal imperante, que defendía que la responsabilidad de las administraciones públicas es hacer de “*fiel de la balanza que procura el desarrollo de los intereses particulares dentro de la órbita de la su acción y sin invasión de las funciones que está llamada a llenar*”⁵².



Obras, hizo recuperar al año siguiente el proyecto de construir cuatro barrios obreros, uno de los cuales se situaría en esta zona del Ensanche Este⁵³. En esta ocasión, los trabajos encargados por el arquitecto municipal Alejo Gómez pasaron de la discusión inicial al terreno de la acción, encargándose tanto la memoria facultativa de los cuatro tipos de vivienda proyectadas como de los planos de situación (Ilustración 4.14), los modelos de construcción y sus respectivos presupuestos⁵⁴. Independientemente de que este segundo proyecto tampoco viera la luz por culpa de la inestabilidad política y económica del Sexenio, lo relevante es la elección de este espacio por las autoridades municipales como el lugar idóneo para establecer barriadas obreras que paliaran la carencia residencial de la ciudad dada su lejanía y el escaso valor del suelo. De este modo, en 1873, el gobierno decidió dividir el terreno en nueve manzanas para proceder a su venta en pública subasta, incumpliendo los parámetros de salubridad y comodidad que el propio proyecto de Castro había señalado para la distribución de las manzanas, generando inmuebles estrechos, de 57 metros de profundidad y sin espacio alguno reservado como no urbanizable, cuyo única distribución posible era la de viviendas interiores de corredor⁵⁵. El Estado desperdició así una irrepetible oportunidad para potenciar el recién estatuido proyecto de Ensanche y promover con el ejemplo su espaciosa e higiénica división del suelo, posiblemente movido por la falta de confianza en que una parcelación más holgada en una zona tan alejada del casco antiguo pudiera ser atractiva para las capas acomodadas, viendo los enormes problemas de captación de inquilinos que tenía el marqués de Salamanca en sus inmuebles, más cercanos a la urbe.

Del mismo modo actuaron los modestos propietarios de pequeñas parcelas y solares que dieron el paso de construir un inmueble y convertirse en rentistas en una zona de frontera entre el campo y la ciudad, tan alejada del casco urbano. La mayoría esperaba expectante que la orilla urbanizadora besara sus pies, revalorizando a su paso el metro cuadrado de terreno. Pero su avance era tedioso, con lo que comprometía la posición de los pequeños propietarios que no podían esperar eternamente. Por eso, algunos de los que poseían pequeños solares no urbanizados alejados de la ciudad acabaron optando por sacar rédito de este capital inmovilizado mediante la edificación de inmuebles en el que se ofrecieran viviendas orientadas a estratos populares, los únicos que estarían dispuestos a residir tan lejos del casco urbano. No aspiraban a construir edificios de grandes dimensiones y excelente calidad, sino más bien a levantar inmuebles sencillos y modestos, suficientes para albergar a la familia del propietario y, en ocasiones, a unas pocas familias más de cuyas rentas mantenerse. Ejemplo de ello fueron las viviendas que Joaquín Hoyos de la Fuente y Luis Calvo Pérez mandaron construir al norte de la carretera de Aragón (Figura 4.5). El primero pidió licencia en 1875 para edificar en uno de los solares de la manzana 321 del Ensanche, en los terrenos que el Estado había comprado para la no realizada Exposición Hispano-Americana⁵⁶. Por su parte, el segundo presentó en septiembre de 1877 un proyecto firmado por el maestro de obras José Purkiss Zubiría para construir otra casa en el solar nº 35 de la carretera de Aragón⁵⁷. Los dos proyectos eran muy similares, basados en un precepto común: adecuar las capacidades y tipología de los inmuebles proyectados a

⁵³ Un exhaustivo análisis de los distintos proyectos de construcción municipal de casas baratas para obreros emprendidos durante el Sexenio en: DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Op. Cit., pp. 464-473.

⁵⁴ AVM, sección Secretaría, negociado de Obras, signature 5-498-21.

⁵⁵ MÁS HERNÁNDEZ, R.: "El plano parcelario del sector nordeste del Ensanche de Madrid" en *Ciudad y Territorio*, nº 2, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1978, pp. 25-48.

⁵⁶ AVM, sección de Secretaría, signature 5-115-15.

⁵⁷ AVM, sección de Secretaría, signature 5-194-62.

unos potenciales demandantes de origen modesto debido a la lejanía del centro y a la carencia de infraestructuras urbanas de la zona. De esta forma, las primeras viviendas de nueva construcción que se erigieron en el barrio de Plaza de toros solían ser pequeñas, de no más de dos alturas (bajo y principal), no destacaban por tener un elevado número de piezas, y en su edificación se utilizaban materiales de construcción más baratos como, entre otros, los extraídos de los “*vaciados generales de zanjas para los cimientos*”.

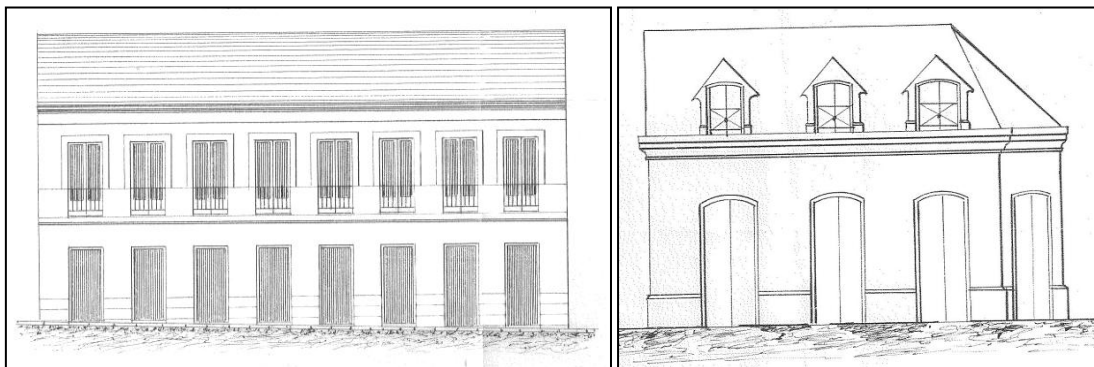


Figura 4.5. A la izquierda, alzado de la casa que Joaquín Hoyos de la Fuente edificó en el solar nº 10 de la manzana 321 del Ensanche. Licencia solicitada en 1875. AVM, Secretaría, signatura 5-115-15. A la derecha, fachada de la casa de planta baja realizada por encargo de Luis Calvo Pérez en el solar nº 35 de la carretera de Aragón. Licencia solicitada en 1877. AVM, Secretaría, signatura 5-194-62.

Las sociedades privadas y los pequeños propietarios siguieron el mismo criterio que el Estado y el consistorio al abordar la inversión de sus capitales en esta zona del Ensanche. La Sociedad Civil de la Plaza de Toros, empresa encargada de derribar el coso de la puerta de Alcalá, urbanizar los terrenos resultantes y construir una que sustituyera a la anterior, también optó por ubicar la nueva en las cercanías de la carretera de Aragón, unos centenares de metros más lejos de la ciudad que la anterior. En su decisión pesó tanto su tradicional ubicación al este de la Villa y la buena comunicación existente con el centro de la ciudad a través de la calle de Alcalá como el fuerte ahorro de gastos aparejado a la baratura del terreno y la ausencia de edificaciones previas que demoler. Un lugar de ocio de semejante naturaleza requería un amplio espacio tanto para la propia plaza de toros como para sus múltiples dependencias, además de para recibir la enorme afluencia de público que llegaba los días de corrida. En palabras de Galdós, la nueva plaza pronto *se alzó grandiosa, provocativamente bella y monumental, toda roja y feroz*, convirtiéndose en el *juguete nuevo de aquellos días*⁵⁸. Su inauguración en 1874, emplazada en una nueva y amplia avenida que nacía de la carretera de Aragón, generó una cierta dinamización económica de sus alrededores y la proliferación de todo tipo de puestos públicos, merenderos y bodegas en las tardes taurinas. En un intento de alejarse de las calles de la ciudad, de los distintos mercados de abastos o de los concurridos paseos del Prado y Recoletos, atestadas ya de puestos públicos, muchos madrileños optaron por ubicar los suyos de limonada, agua o vino cerca del nuevo coso taurino donde se aseguraban una buena afluencia de público los días de corrida. Así obró la viuda Bernarda Méndez quien, aunque residía con su hija en una buhardilla de la calle de las Salesas, decidió solicitar una licencia de apertura para poner un puesto de agua “*en las inmediaciones de la plaza de toros nueva*”, permiso

⁵⁸ PÉREZ GALDÓS, Benito: *La desheredada*, 1881, parte I, capítulo VI, apartado IV.

que les fue concedido el 20 de agosto de 1880⁵⁹. No obstante, los comerciantes domiciliados en esta zona y con un establecimiento estable, necesitados de un volumen de ventas constante y no subordinado al calendario taurino, estaban más orientados a prestar servicio a los transeúntes y forasteros que llegaban y salían de la capital. Por ello, sus bodegones, tiendas de vino y aguardiente, paradores, herrerías y veterinarias se hallaban, sin apenas excepciones, en la carretera de Aragón⁶⁰.

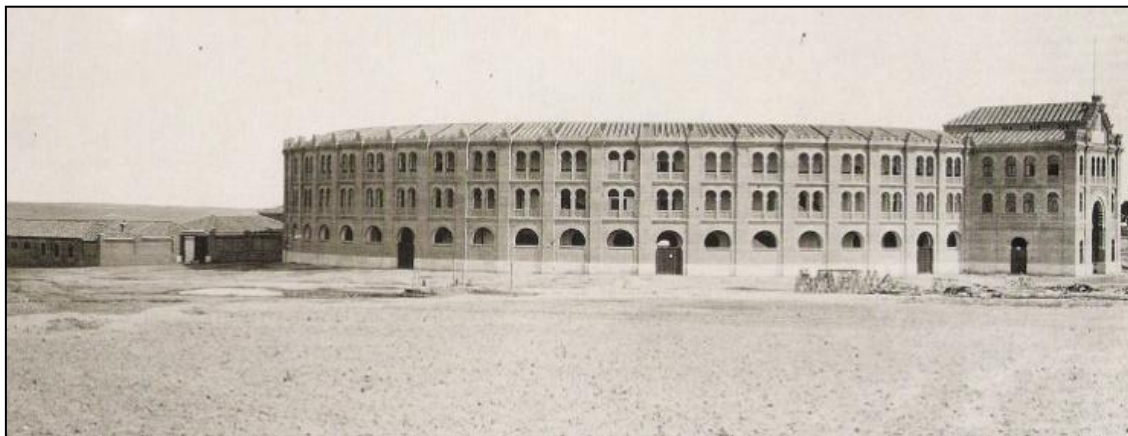


Ilustración 4.15. Plaza de toros de la avenida de Felipe II y sus dependencias tras ser inaugurada. Museo Municipal de Madrid, J. Laurent. 1875.

Al sur de la nueva plaza de toros el aislamiento era aún mayor. A pesar que se ratificara el proyecto de Castro en 1860 y se derribaran las cercas de la ciudad en 1868, el paisaje comprendido entre la carretera de Aragón al norte, la de Valencia al sur, y las tapias del Retiro al oeste apenas sufrió modificación alguna en la década de los 70. El panorama estaba compuesto por dilatados terrenos huérfanos de inmuebles, salvo por los tejares, las casas de labor, muladares y casas de campo que se hallaban diseminadas a ambos lados de los distintos caminos de tierra y veredas que comunicaban la capital con el pueblo de Vicálvaro⁶¹. Aunque estos terrenos ya eran urbanizables, el contexto general y su ubicación periférica no habían cambiado, y nada hacía presagiar que la ciudad fuera a engullir estas tierras de cultivo a corto plazo. Además, los profundos desniveles topográficos existentes fruto del conocido como Cerro de la Bateria influyeron también en la marginación de este espacio. De hecho, las primeras noticias de la cercanía de la capital más allá de las tapias del Retiro y de los tejares que abastecían de ladrillos a su sector de la construcción fueron, al igual que ocurriera en los márgenes de la carretera de Aragón, la llegada de nuevas infraestructuras e instituciones que no tenían cabida o no eran bien vistas en el interior de la urbe. La primera de ellas fue el Hospital del Niño Jesús (Ilustración 4.17), cuya construcción se inició el 14 de enero de 1877 y que fue financiada por la Asociación Benéfica de la duquesa de Santoña para atender a niños pobres enfermos, dentro de un sistema liberal benéfico-asistencial basado en la caridad cristiana, aún alejado del tímido nacimiento, ya en el siglo XX, de un Estado Social en España⁶². Edificado a espaldas del Retiro en la Ronda

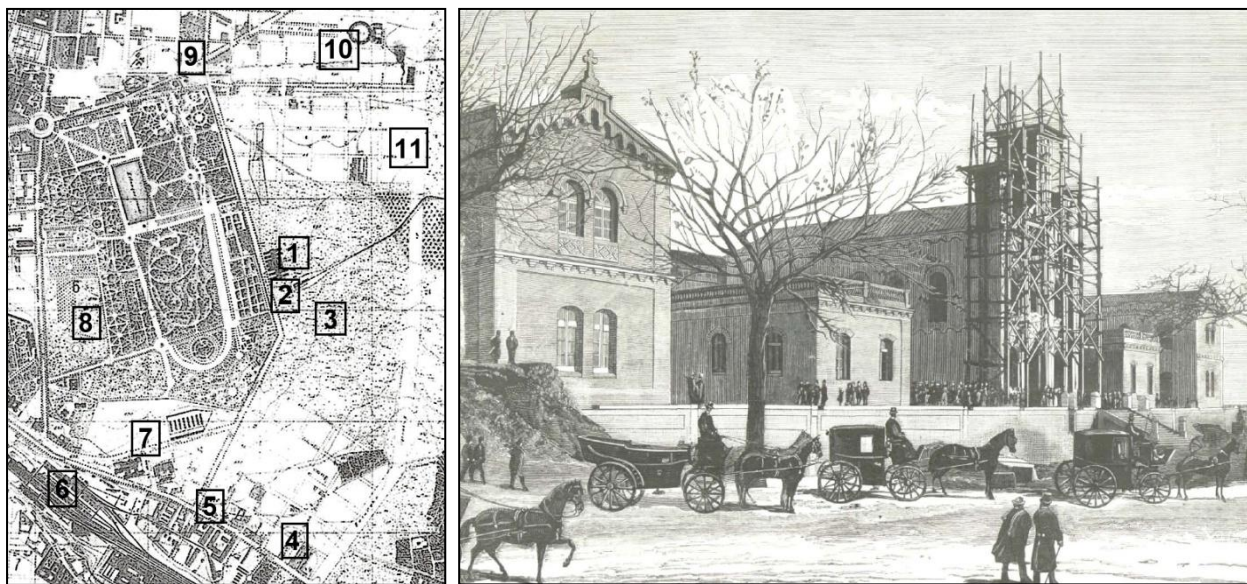
⁵⁹ AVM, sección de Contaduría, signatura 1-914-1.

⁶⁰ AVM, sección de Secretaría, signatura 6-43-4 y el padrón municipal de Madrid de 1878.

⁶¹ CARBALLO BARRAL, B.: "El despertar de una gran ciudad: Madrid", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 32, 2010, Madrid, pp. 131-152; *Los orígenes del Moderno Madrid: El Ensanche Este (1860-1878)*, UCM, 2007, E-PrintsUCM: <http://eprints.ucm.es/6336/>.

⁶² ESTEBAN DE VEGA, M.: "La asistencia liberal española: beneficencia pública y previsión particular" en *Historia Social*, Centro de la UNED, Instituto de Hª Social, nº 13, 1992, Valencia, pp. 123-138.

de Alcalá (actual avenida de Menéndez Pelayo), ésta era una ubicación ideal para evitar problemas de salubridad en el interior de la ciudad así como para abaratar su construcción lo máximo posible gracias al reducido precio del terreno sobre el que se edificó. Poco tiempo después, en 1881, al Hospital del Niño Jesús, único edificio de la zona, se le unió la estación de ferrocarril de Arganda, situada en su margen meridional. Su razón de ser estaba ligada eminentemente al sector de la construcción madrileña ya que, como se mencionó en el capítulo anterior, nació con el fin de abastecer a la capital de yeso, cal, guijo y pedernal extraídos de distintas poblaciones del este de Madrid, trayéndolo a las lindes de la ciudad, desde donde poder distribuirlo a las distintas obras públicas y edificaciones privadas existentes en ella.



Ilustraciones 4.16 y 4.17. A la izquierda, detalle del Ensanche Este del plano de Madrid de 1886, realizado por el Instituto Geográfico y Estadístico. Escala 1:10.000. En él se han situado: 1. Hospital del Niño Jesús; 2. Estación de Arganda; 3. Cerro de la Batería; 4. Calle de la Caridad, de la Constructora Benéfica; 5. Carretera de Valencia; 6. Estación de Atocha; 7. Olivar de Atocha, zona urbanizable desgajada del Retiro; 8. Retiro; 9. Carretera de Aragón; 10. Nueva plaza de toros; 11. Perímetro del Ensanche. A la derecha, grabado relativo a las obras del Hospital del Niño Jesús, en *La Ilustración Española y Americana*, 15 de diciembre de 1881.

Por otra parte, al sur de los marcados desniveles del Cerro de la Batería, allí donde Castro había propuesto situar un hipódromo y una explanada para entrenamiento militar, los cultivos y tejares seguían predominando en el horizonte. Sólo la existencia de otro de los tentáculos de entrada a la capital, la carretera de Valencia (que recibiría posteriormente el nombre de Pacífico), y la cercanía de la estación de Atocha, dieron cobertura a los pocos inmuebles que se edificaron de nueva mano en la década de los 60 en este vértice sudoriental del Ensanche. Su posición respecto al casco urbano era claramente periférica, y ni siquiera la operación republicana de separar del Parque del Retiro el Olivar de Atocha para su urbanización (Ilustración 4.6), ayudó a fomentar un rápido crecimiento del conocido barrio del Pacífico⁶³ (llamado popularmente así por coincidir sus primeras edificaciones con las victorias de Abtao y Callao de la Armada española en América, lo que dio lugar a que tres calles llevaran estos topónimos en su

⁶³ Esta zona dependió administrativamente del barrio de Delicias, del distrito de Hospital, hasta la división municipal de 1898 en la que se creó el barrio de Gutenberg con independencia propia, pasando a depender del distrito de Congreso. Sólo tras la Guerra Civil, el barrio fue nombrado oficialmente Pacífico.

honor). Esta zona desgajada del Retiro, hermana pobre del eje Atocha-Prado-Recoletos y en la que se hallaban edificios como la Basílica de Nuestra Señora de Atocha y el Cuartel General de Inválidos, se halló inmersa en la atonía constructiva salvo por los impulsos económicos emanados del ferrocarril. La cercanía de la estación de Atocha y de la calle Pacífico provocó que en 1861 la iniciativa de los señores Molinedo y Compañía de establecer un gran centro de almacenamiento en la capital se situara en este punto, dando lugar a la denominada Empresa de los Docks y Aduana de Madrid⁶⁴.

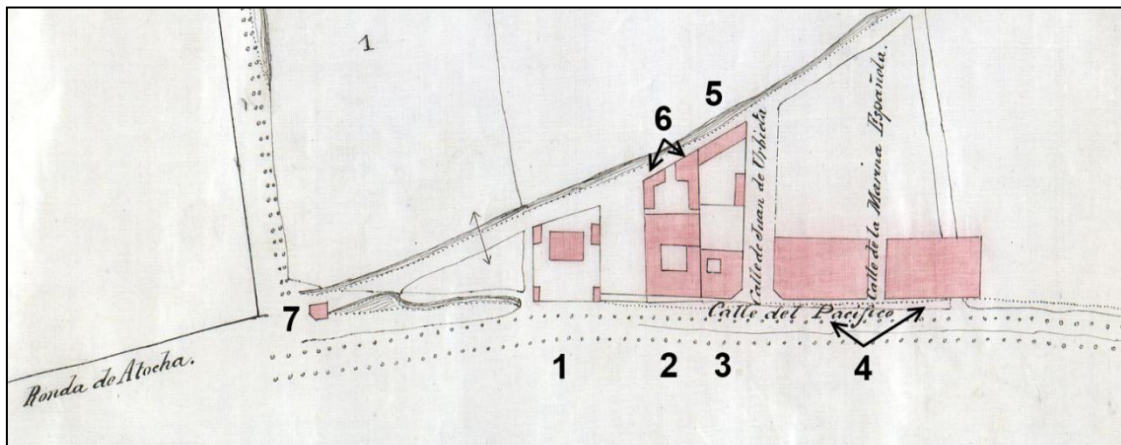


Ilustración 4.18. Detalle de la sección 21 del plano catastral de Colubí de 1866 referente a las construcciones existentes en el margen septentrional de la calle del Pacífico. Leyenda: 1. Casa familiar del conde de Rascón; 2. Edificio del general Zayas compuesto de una casa de planta baja y principal y de una tahona con patios; 3. Dos inmuebles de nueva construcción de José García Carrasco; 4. Cuatro edificios pertenecientes a Francisco de Paula Retortillo e Imbrechts y Compañía, compuestos de planta baja, principal, segundo, tercero y cuarto; 5. Casa de planta baja y patio con cobertizo de José Canalejas; 6. Casa de planta baja y cobertizo de Eduardo Carlier, ingeniero de la MZA; 7. Casa de planta baja y sotabanco ocupada por el guarda del solar del marqués de Santa Marca. Escala 1:2000. AVM, plano de Colubí de 1866 y *Registro de propietarios y propiedades*, por D. Carlos Colubí, arquitecto municipal. Delegación Especial de propiedades y derechos de la Villa, Madrid, 1884. Signatura: 0,69-52-1.

El empuje inicial del ferrocarril se limitó en los primeros años a las cercanías de la calle del Pacífico, la cual albergaba en su margen meridional los Docks así como otras naves industriales adheridas a las líneas ferroviarias que morían y nacían en Atocha, y en su margen septentrional antiguas tahonas, casas bajas, cobertizos y escasos inmuebles de nueva planta (Ilustración 4.18). Los propietarios que optaron por edificar en este punto de la ciudad buscaron un cierto aval a la hora de obtener unas rentas de alquiler estables, mayor cuanto más cerca de la vía principal tuvieran sus terrenos, aunque también hubo quien erigió aquí una residencia más holgada a menor precio que en el interior. Entre los primeros destacaron José Luis Retortillo, diputado a Cortes y promotor de un ambicioso plan de urbanización que quedó reducido a la edificación de cuatro viviendas de cinco alturas, y José García Carrasco, quien entre 1864 y 1865 emprendió la construcción de dos casas unidas compuestas de sótano, planta baja, principal y segundo, de doble fachada, la principal a la calle del Pacífico y la lateral a la de Juan de Urbietta (Figura 4.6)⁶⁵. Sus dos edificios eran sobrios y modestos, pero con ciertos matices ornamentales en los vanos de las puertas y en las ventanas inferiores que

⁶⁴ MÁS HERNÁNDEZ, R.: "Pacífico", en *Madrid*, nº 24, Espasa Calpe, Madrid, 1979.

⁶⁵ AVM, sección Secretaría, signatura 4-317-27. Estas dos viviendas tenían una superficie total de 5.236 y 5.700 pies cuadrados respectivamente. *Registro de propietarios y propiedades*, por D. Carlos Colubí, arquitecto municipal. Copia del original de 1866, Delegación Especial de propiedades y derechos de la Villa, Madrid, septiembre de 1884. AVM. Signatura: 0,69-52-1.

denotaban la intención del propietario de atraer una demanda de clase media. Entre los segundos destacaba Juan Antonio Rascón Navarro Señá Redondo, diplomático, embajador y político liberal, nombrado conde en 1872, quien eligió este barrio para construirse su propia residencia en donde vivir cuando no ocupase una embajada en el extranjero. Más apegado a las ideas progresistas, fue retirado de la actividad diplomática en 1864 por el gobierno moderado, momento en el que aprovechó para edificar la posesión del nº 7 de la calle del Pacífico, compuesta por una casa de planta baja y principal, además de dos pabellones, dos cobertizos y un amplio terreno cercado. Tras regresar al servicio exterior durante el Sexenio en Alemania, el posterior triunfo de la Restauración le reportó un nuevo parón de seis años hasta 1881 (fecha en la que fue designado senador vitalicio), periodo durante el cual residió en su casa holgadamente junto a su esposa, sus cinco hijos y un servicio doméstico interno formado por una cocinera, un lacayo, un ayuda de cámara, dos doncellas, un cochero y dos porteros con sus respectivas familias⁶⁶.

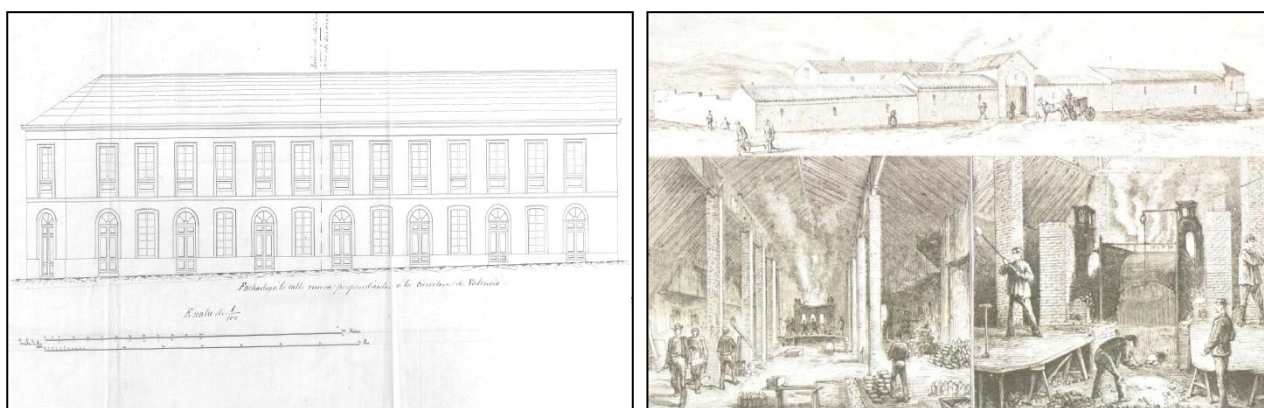


Figura 4.6 e Ilustración 4.19. A la izquierda, fachada a la calle Juan de Urbieto de los dos inmuebles contiguos construidos por José García Carrasco en 1865. AVM, sección Secretaría, signatura 4-317-27. A la derecha, primera fábrica de cristal y vidrio de Madrid denominada Nuestra Señora de Atocha, situada a finales de la calle Juan de Urbieto, *La Ilustración Española y Americana*, nº 5, 1873.

No obstante, a comienzos de la Restauración las fachadas de los inmuebles que empezaban a compactar la primera línea de visión de la calle Pacífico formaban una especie de decorado, ya que ocultaban a sus espaldas amplios solares y calles recientemente alineadas pero desnudas de toda construcción. Al primer empujón constructivo protagonizado por García Carrasco o Retortillo Imbrechts a la altura de 1866, le siguió una fuerte sequía inversora motivada por la inestabilidad política y económica del país así como por la constatación del papel secundario que esta zona adquirió como lugar de residencia de los inmigrantes recientes llegados a la ciudad, los cuales no suponían más del 15% del total de sus residentes a la altura de 1878, un porcentaje muy bajo en relación a otras zonas como el barrio de Salamanca (Figura 2.56). Los terrenos ubicados por detrás del Retiro y situados al norte de la línea de fachada de la calle Pacífico quedaron en compás de espera, con precios de suelo muy

⁶⁶ *Registro de propietarios y propiedades, por D. Carlos Colubí, arquitecto municipal*. Copia del original de 1866, Delegación Especial de propiedades y derechos de la Villa, Madrid, septiembre de 1884. AVM. Signatura: 0,69-52-1.). AVM, sección Estadística, padrón municipal de 1878. En el ejercicio fiscal de 1879-1880, Juan Antonio Rascón pagó 1.685 ptas. de contribución territorial, la cifra más alta de la zona. Para conocer en profundidad su actividad política y diplomática consultar: ÁLVAREZ GUTIÉRREZ, L: “El conde de Rascón, un embajador del siglo XIX. De la milicia nacional a la diplomacia », en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 29, UCM, 2007, pp. 13-24; SÁNCHEZ SANZ, O.: *Diplomacia y política exterior. España, 1890-1914*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2004.

bajos pero carentes de atracción para compradores y promotores inmobiliarios, que rehuían invertir en una zona con escasas posibilidades de amortización a corto plazo.

Sólo el capital industrial abandonó esporádicamente el margen meridional de las vías ferroviarias de Atocha para atravesar la otrora carretera de Valencia. De esta forma aterrizó en los alrededores de la calle Juan de Urbietta la primera fábrica de vidrio y cristal de la capital en 1873, fábrica que sería conocida con el nombre de Nuestra Señora de Atocha dada su cercanía a la basílica homónima (Ilustración 4.19). Esta industria requirió una gran superficie de 46.000 pies cuadrados para su funcionamiento, en cuya elección del emplazamiento idóneo variables como el coste y la edificabilidad del terreno, la comunicación con el centro de la ciudad y su cercanía al ferrocarril tuvieron un peso fundamental⁶⁷.

También seguiría sus pasos la afamada compañía *La Madrileña*, fabricante de bujías esteáticas, cirios y jabones, y ganadora de numerosos premios nacionales y extranjeros. En 1878 su grupo directivo procedió a solicitar el permiso de construcción de una nueva fábrica en el solar que posteriormente llevaría el nº 23 de la calle Pacífico, alejado del populoso y caro casco antiguo, en un punto en el que se aglutinaban los beneficios de la baratura y oferta de suelo urbanizable con la cercanía a las infraestructuras ferroviarias para su exportación y a una mano de obra cercana y abundante. Su establecimiento en esta zona de escaso desarrollo y de incipiente carácter industrial y obrero, no fue mal visto por las autoridades municipales, sino todo lo contrario, ya que la Comisión encargada de estudiar su solicitud lo consideró *“el más a propósito para estas otras industrias análogas, tanto por estar al límite del ensanche de la población, como por su proximidad a la estación de la vía férrea de más importancia de la corte, que da alimento a ésta y otras industrias análogas, y con el tiempo llegará a ser un centro donde se establezcan otras nuevas y trasladen muchas de las que hay establecidas en puntos céntricos de la población, de donde será muy conveniente que desaparezcan y que así sucederá si ven que no hallan grandes obstáculos para su instalación por considerar el barrio del pacífico como un centro industrial, necesidad que cada día se siente más en una población que en menos de medio siglo ha duplicado el número de almas, sintiendo la necesidad de excogitar medios para dar trabajo a tanto jornalero que no tiene en qué ocuparse, pues siendo escasa su agricultura, sólo en la industria y las artes hallarán los medios de subsistencia”*. Extralimitándose de la especificidad de la propuesta que tenían sobre la mesa, los miembros de la Comisión plasmaron una visión de conjunto en la que dejaban constancia de su preocupación por generar puestos de trabajo suficientes para absorber a la población jornalera, argumentando a su vez que las autoridades públicas y privadas tenían la *“necesidad de edificar casas de jornaleros que en su mayoría sea de dependientes y trabajadores de las expresadas fábricas; a lo cual ya se ha dado principio por propietarios filántropos que tienen concluidas algunas con este objeto, y que los mismos industriales seguirán a no dudarle este ejemplo, que tanta cuenta les tiene, para que sus operarios vivan lo más próximos al sitio de su ocupación como sucede en otros países más adelantados en la industria, ahorrándoles las largas distancias que tienen que andar desde sus moradas del centro o extremo de la población al punto donde tienen sus ocupaciones, tan contrarios a una buena higiene, sobre todo en las estaciones extremas”*⁶⁸.

⁶⁷ *La Ilustración Española y Americana*, nº 5, 1873.

⁶⁸ Lista de peticiones de apertura de 1878 para la creación de nuevos establecimientos peligrosos en Madrid. AVM, sección de Secretaría, signatura: 5- 390-1.

Entre esos *propietarios filantrópicos* a los que la comisión evaluadora de la solicitud de *La Madrileña* aludían, estaban aquellos que habían donado sumas de dinero para hacer posible la llegada a esta zona de la Constructora Benéfica, la primera asociación humanitaria de caridad creada para construir casas baratas para familias obreras “en los parajes o sitios donde pueda hallar solares a propósito por su salubridad y baratura, bien con la suficiente extensión para un barrio, bien para casas aisladas, o grupos de dos o más de éstas”, siguiendo las directrices tomadas en otras poblaciones fabriles de Mulhouse o Grebwiller entre otras⁶⁹. Apadrinada por Concepción Arenal y la condesa de Espoz y Mina entre otros personajes ilustres, la Constructora Benéfica fue constituida en 1875 tres años después de que se iniciaran las donaciones privadas para esta causa, llegando a reunir 200.000 reales en este tiempo. La Asociación, de marcados tintes de adoctrinamiento católico (de lo que se quejará posteriormente el PSOE), decidió ubicar su primer proyecto de casas obreras en este barrio, en las cercanías de las instalaciones ferroviarias de Atocha⁷⁰.

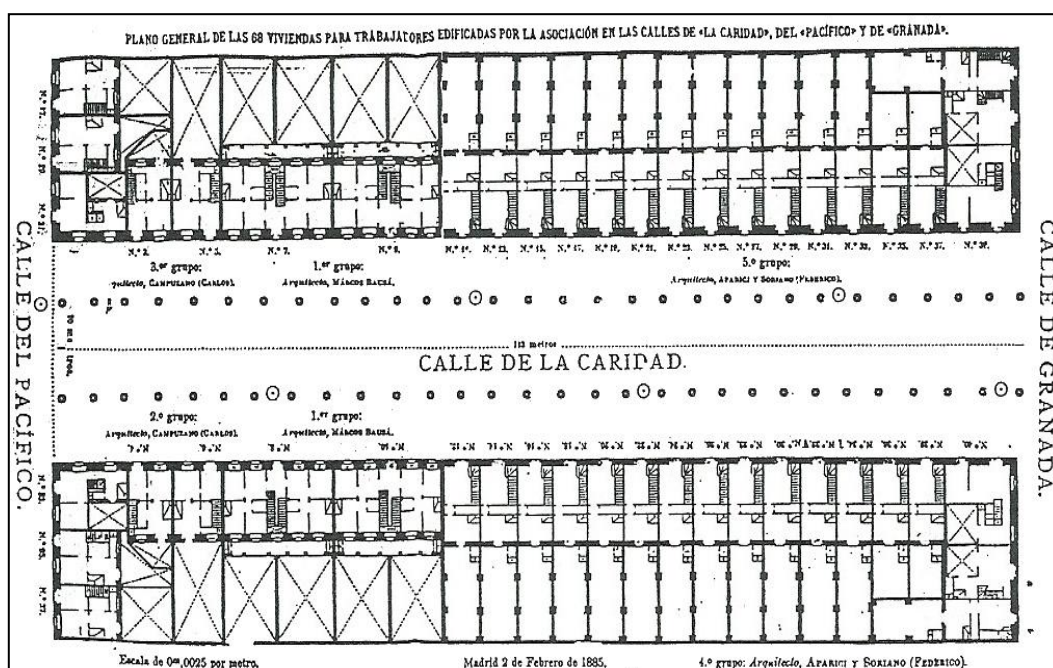


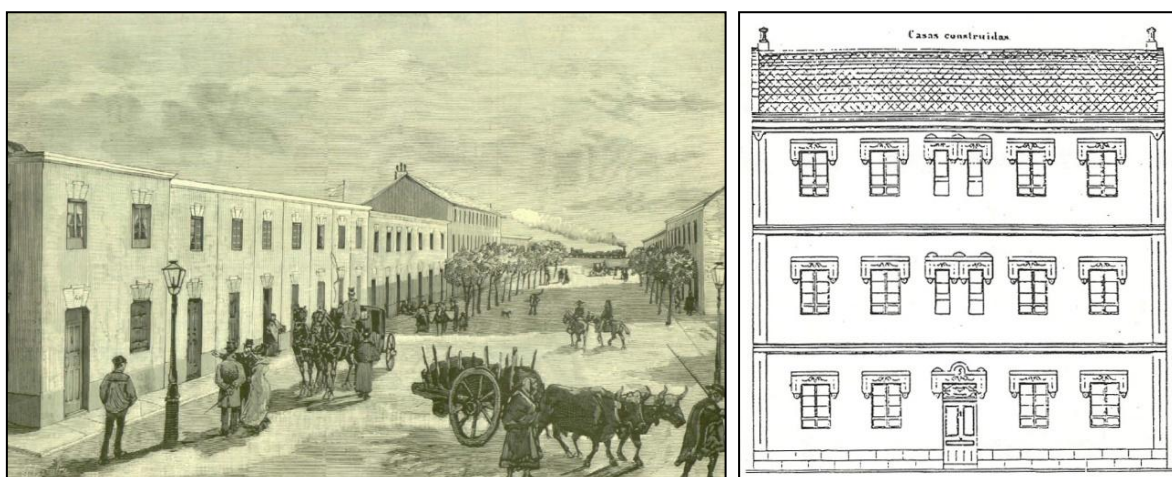
Ilustración 4.20. Distribución de las 68 edificaciones construidas por la Constructora Benéfica en la calle Caridad destinadas a familias trabajadoras. En CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, S.: “La Constructora Benéfica (1875-1904)”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1, *Op. Cit.*, pág. 146.

Allí, el precio del suelo era ínfimo en comparación a los terrenos existentes en el casco antiguo o en otras zonas del Ensanche, y el trabajo no faltaba al estar tan cerca del ferrocarril. De esta forma, los terrenos sobre los que se edificaron un total de 68 viviendas en la manzana L del Ensanche (su ubicación en Ilustración 4.18), fueron

⁶⁹ La Constructora Benéfica surgió de la donación *post mortem* de la condesa de Krasinski en París al embajador español Salustiano Olózaga de 25.000 francos destinados a la caridad de los pobres españoles, lo cual motivó más donaciones por parte de la notabilidad y de la Casa Real española. CARLES CLEMENTE, J. y POLO, J. F.: *La prensa humanitaria en la España contemporánea (1870-1989)*, Fundamentos, Madrid, 2003, pp. 47-52.

⁷⁰ BARREIRO, P.: *Casas baratas: la vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992, pp. 35-36; CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, S.: “La Constructora Benéfica (1875-1904)”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1, *Op. Cit.*, pp. 135-158.

cedidos por los hermanos Retortillo, quienes redujeron el precio del suelo de sus solares desde los 4 reales el pie cuadrado según el mercado, a un real el pie cuadrado salvo la parte que daba a la carretera de Valencia que lo vendieron a 2,5 reales⁷¹. La construcción de estos inmuebles, que contaba con el beneplácito de los distintos poderes públicos y con la exención de impuestos, comenzó en octubre de 1876, estando los primeros terminados y listos para solicitar la autorización para su alquiler en junio de 1877⁷². El terreno adquirido fue dividido en dos estrechas franjas de 18 metros de anchura y 75 de longitud, que iban desde la carretera de Valencia hasta la proyectada calle de Granada (Ilustraciones 4.20 a 4.23). Entre las dos franjas urbanizables, la Asociación ubicó una calle particular que sería llamada de la Caridad desde donde los inquilinos accederían a sus viviendas. Éstas eran de cinco tipos distintos, siendo el primero el único que estaba compuesto de tres plantas de idéntica distribución, con acomodo para dos familias por piso, y del que se realizaron cuatro inmuebles. Posteriormente, los otros cuatro grupos constructivos se caracterizaron por ser viviendas unifamiliares de dos plantas, con bajo, principal y tres dormitorios para uso unifamiliar, variando únicamente en su composición y tamaño. En el aspecto exterior, siendo edificaciones a bajo coste destinadas a familias con recursos limitados, sus fachadas estaban realizadas de ladrillo recocho y zócalos de cantería, carentes de todo adorno decorativo salvo por los abultados de yeso existentes sobre los dinteles.



Ilustraciones 4.21 y 4.22. A la izquierda, grabado de la calle Caridad, con la carretera de Valencia y la línea ferroviaria al fondo, en el que se observa las distintas alturas de los inmuebles y la existencia de arbolado y farolas de gas. *La Ilustración Española y Americana*, nº XI, 1883. A la derecha, fachada de una de las viviendas del primer tipo ubicada en la calle Caridad, de tres alturas. Escala 1:200. En *La Constructora Benéfica. Casas para obreros en Madrid*, en *Anales de la Construcción y de la Industrial*, Tomo II, lámina 15, 1877.

El modelo económico puesto en vigor por la Constructora Benéfica para el arrendamiento y adquisición de estos inmuebles ofrecía distintos plazos que iban desde los ocho a los veinte años, oscilando el alquiler mensual de los cinco tipos de viviendas construidas (en el que se incluía el pago de la cuota para adquirir la vivienda en propiedad) entre las 12,50 y las 40 ptas., dependiendo del modelo y tamaño de la casa,

⁷¹ DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, *Op. Cit.*, pp. 474-488.

⁷² AVM, Secretaría, negociado de Ensanche, expediente promovido por la Constructora Benéfica solicitando permiso para alquilar los números 7, 8, 9 y 10 de la calle Caridad. Signatura 5-195-94.

su ubicación en la calle y su distribución interior⁷³. Eran precios asequibles para artesanos, trabajadores manuales cualificados y empleados de baja cualificación, aunque no tanto para los jornaleros sin especialización, los más necesitados del panorama social de la ciudad, cuyas dos pesetas de sueldo diario les incapacitaba para optar a cualquier tipo de propiedad por subvencionada que estuviera en el Madrid de la Restauración. De hecho, ninguna de las primeras familias elegidas para arrendar una vivienda en la calle Caridad estaban encabezadas por jornaleros. Según la Asociación, los cabezas de familia que lograron una de estas viviendas eran cuatro caldereros, dos carpinteros, tres albañiles, dos tapiceros, un zapatero, tres torneros mecánicos, dos cerrajeros, un dependiente de la empresa del tranvía, un operario de la Casa de la Moneda, otro de los talleres de MZA, un dependiente de la Secretaría del Consejo de Administración de dicha compañía y un mozo de la estación ferroviaria de Atocha⁷⁴. Artesanos, trabajadores cualificados y empleados de bajo rango constituían el vecindario de esta calle Caridad según declararon en el padrón municipal de 1878, los cuales estaban ocupados en una abrumadora mayoría en el sector ferroviario, ya fuera en la MZA, en los Docks o como mano de obra auxiliar para sacar adelante los picos de producción de los distintos almacenes, talleres y fábricas circundantes⁷⁵. Pero ninguno era jornalero, ya que sus condiciones de vida les impedían perder el tiempo aspirando a sueños imposibles, persiguiendo la quimera de convertirse en propietarios. Su horizonte residencial en este barrio pasaba sólo por tugurios estrechos y oscuros como los sótanos y sotabancos de los nuevos inmuebles que se erigían en la calle del Pacífico, en las modestas viviendas de las calles que nacían de la anterior y, sobre todo, en los tejares, huertas, jardinillos y casas de labor asentadas en los costados de los caminos agrícolas que conectaban Madrid con los pueblos circundantes de Vicálvaro o Vallecas.

En resumen, los primeros envites de la urbanización del sector oriental del Ensanche se caracterizaron por un inicio fulgurante del parque inmobiliario en torno al vértice formado por el paseo de Recoletos-Castellana y la carretera de Aragón, como consecuencia directa de la acción promotora del marqués de Salamanca. Más allá de esta zona, la actividad urbanizadora brilló por su ausencia, con excepciones como las protagonizadas por el consistorio en el Retiro o el Pósito, por aquellos propietarios que se animaron a construir viviendas para su uso particular, alquiler o venta, y por las pioneras sociedades e industrias que buscaron zonas despobladas donde ubicar nuevos talleres o recintos de ocio. Pero el elemento determinante del crecimiento inicial del Ensanche madrileño fue la enfatización y afianzamiento de las iniciales diferencias socioeconómicas percibidas en los terrenos extramuros ya en 1860 (Ilustración 1.13). El *nuevo Madrid*, la moderna urbe burguesa surgida de los últimos estertores de la ciudad preindustrial era polifacética. Por un lado, la expansión del perímetro urbano favoreció la apertura de nuevas industrias y talleres más amplios en los alrededores de la estación de Atocha, redujo el hacinamiento del casco antiguo al absorber los nuevos inmuebles a parte de los recién llegados (Figuras 2.4 y 2.5), y permitió la creación de avenidas y calles más amplias que las del casco antiguo en las que imponentes inmuebles plurifamiliares y palacetes pretendían emular el París haussmaniano, la Ringstrasse vienesa o el West End londinense. Ésta era la cara positiva y moderna del Ensanche madrileño, pero no fue la única ni la más extendida.

⁷³ Para conocer exhaustivamente el modelo económico aprobado por la Asociación para el cómputo de los alquileres y las cuotas de amortización consultar: CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, S.: “La Constructora Benéfica (1875-1904)”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1, *Op. Cit.*, pp. 149-153.

⁷⁴ *La Constructora Benéfica, Memoria correspondiente al año 1877*, pág. 8.

⁷⁵ AVM, sección Estadística, padrón municipal de Madrid de 1878.

A la sombra de la realidad anterior, los inicios de la ampliación de la urbe también potenció la autosegregación de las clases pudientes hacia las mejores zonas del Ensanche, aquellas que poseían una suave orografía de fácil urbanización y estaban cercanas a los accesos de la capital, como los terrenos situados a ambos lados de la Castellana y al norte de la Puerta de Alcalá. Por oposición, las capas populares que se acomodaron en el Ensanche fueron confinadas a residir en sus barrios más alejados o peor acondicionados, únicos puntos donde podían permitirse pagar unos alquileres escuetos, acordes a un valor del suelo mucho más bajo, como a las espaldas del Retiro o en las cercanías de la estación de Atocha. El inicio de la segregación socioeconómica del Ensanche partió de la conjunción de una serie de factores como la existencia de un mercado inmobiliario altamente especulativo, unas distancias físicas que empezaban a dilatarse y a transformar el plano, y unas capas acomodadas que se sentían oprimidas en el casco antiguo de la ciudad. A ello se le añadió la afinidad ideológica con que Castro y las autoridades públicas asumieron la heterogeneidad reinante en la valoración de los terrenos extramuros, y el alevoso sistema de financiación económica aprobado para sufragar los gastos de infraestructuras de las distintas zonas del Ensanche. En este contexto se produjo la conformación de unas fallas socioespaciales sangrantemente visibles menos de una década después de que fueran derribadas las cercas, unas fallas que se ahondaron cada vez más a medida que el siglo XIX expiraba y la ciudad se expandía.

4.2. Hacia la fragmentación residencial del Ensanche a comienzos de la Restauración.

“En la sociedad no sólo se vive junto, sino que al mismo tiempo se vive separado, y las relaciones humanas pueden ser descritas, con más o menos precisión, en términos de distancia”.

Park, R. E.: *The Urban Community as a spatial pattern and moral order*, 1926⁷⁶.

A comienzos de la Restauración, las nuevas edificaciones del Ensanche se habían circunscrito a las vías de acceso a la ciudad, a los arrabales preexistentes y a los terrenos limítrofes a las desaparecidas cercas que contenían el casco antiguo⁷⁷. En 1878, los nuevos vecinos del Ensanche Norte se aglutinaban en torno a tres focos bien diferenciados. Al oeste existía un pequeño caserío de casas pobres limítrofes a los camposantos de Vallehermoso y situados a la izquierda de la calle Bravo Murillo; en la parte central, el otrora arrabal de Chamberí, cuyo eje seguía siendo la plaza del mercado de Olavide, se densificó hasta formar un variopinto núcleo de casas modestas de diversas alturas en las que jornaleros, artesanos, pequeños comerciantes y empleados de rango medio encontraban un cobijo acorde a sus necesidades; y al este, lindando con el paseo de la Castellana, en la franja mejor valorada de todas, surgió de la nada el barrio de Fernando el Santo, conformado por un conjunto de lujosos hoteles (como el que se

⁷⁶ PARK, R. E.: “The Urban Community as a spatial pattern and moral order”, original de 1926, reeditado en PEACH, C. (ed.): *Urban Social Segregation*, Longman, London, 1975.

⁷⁷ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit., pp. 99-282.

edificara el vizcaíno Miguel Sainz de Indo en 1866) y modernos edificios plurifamiliares⁷⁸. Por su parte, en el Ensanche Sur los talleres e industrias surgidos al calor de la estación de Atocha y la línea de circunvalación que unía ésta con la de Norte ganaron la partida a las edificaciones residenciales, las cuales, de carácter modesto, se concentraron en las rondas de Atocha y Toledo, en el arrabal de las Peñuelas y en los paseos de Delicias y Santa María de la Cabeza⁷⁹. Por último, los primeros avances en el proceso de urbanización del Ensanche Este se concentraron principalmente al norte de la puerta de Alcalá, en las modernas construcciones realizadas por el marqués de Salamanca al este del paseo de la Castellana, y en las tímidas edificaciones que se erigieron en los márgenes de las carreteras de Aragón y de Valencia, toda vez que el barrio del Retiro aún se hallaba en los albores de su urbanización.

En cambio, fuera de los focos de expansión mencionados, en el Ensanche Norte, el más poblado y edificado de los tres, los descampados y solares vacíos aún brillaban por doquier en las franjas más alejadas de la ciudad, especialmente en los alrededores de los cementerios de San Martín, Patriarcal y General. Al sur, los terraplenes meridionales que morían en la ribera del Manzanares, llenos de tejares, chabolas, huertas y lavaderos, tampoco habían sufrido modificación alguna a causa de la aprobación del Ensanche. Por su parte, en el margen oriental las construcciones emprendidas sobre las amplias y onduladas colinas situadas más allá de la línea imaginaria que unía la Fonda Castellana, los Campos Elíseos, las tapias del Retiro y los escasos edificios del futuro barrio de Pacífico eran anecdóticas⁸⁰. En aquel horizonte que rodeaba la ciudad por tres de sus cuatro costados, compuesto de tejares, casas bajas, cobertizos, paradores, modestos talleres, tiendas y bodegas, edificios en su mayoría de una única planta y en donde residían dos o tres familias a lo sumo, más allá de los alrededores de la ciudad o de las vías de entrada a ella, el tiempo se había detenido, ajeno aún a la decisión administrativa que cambiaría su faz en las décadas siguientes. Esta situación de *impasse* que afectaba a los terrenos más alejados del casco antiguo era lógica, ya que los propietarios e inversores se mostraban reticentes a edificar allí donde la amortización inmobiliaria era más que discutible, y la creencia en la llegada de dinero municipal para la dotación de servicios e infraestructuras suponía una cuestión de fe.

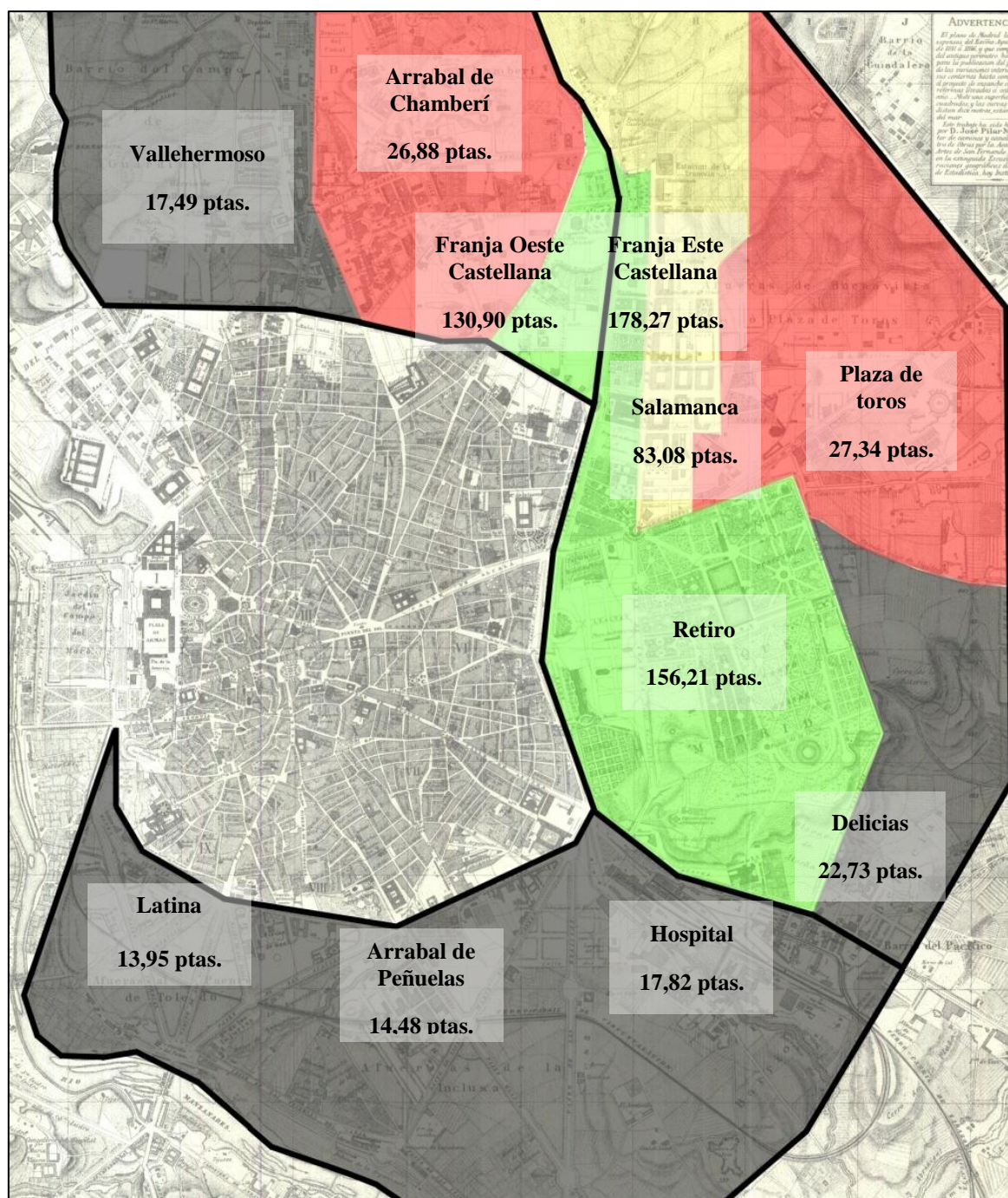
Zonas del Ensanche	Alquiler 1860	Diferencia	Alquiler 1880	Incremento	Diferencia zonal	Alquiler 1905	Incremento	Diferencia zonal
Este	46,97	+ 280,90%	78,34	66,80%	+ 421,60%	84,40	7,73%	+ 546,63%
Norte	14,73	+ 19,50%	30,42	106,50%	+ 102,50%	37,00	21,60%	+ 139,60%
Sur	12,33	0	15,02	21,80%	0	15,44	2,80%	0

Figura 4.7. Indicadores de segregación socioeconómica del Ensanche de Madrid por zonas (1860-1905). AVM, sección Estadística, padrones de 1860, 1878 y 1905. El alquiler reflejado es el medio mensual y está representado en pesetas. Los datos relativos a los Ensanches Norte y Sur pertenecen a las investigaciones realizadas por Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán.

⁷⁸ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.

⁷⁹ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

⁸⁰ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit., pp. 99-282



Niveles de alquiler mensual por barrios		
Leyenda	Ptas. corrientes (1878)	Ptas. constantes (1913)
Muy bajo	0 - 23,13	0 - 25
Bajo	23,13 - 46,27	25 - 50
Medio bajo	46,27 - 69,40	50 - 75
Medio	69,40 - 115,66	75 - 125
Medio alto	115,66 - 185,06	125 - 200
Alto	185,06 - 277,59	200 - 300
Muy alto	más de 277,59	más de 300

Figura 4.8. Alquiler medio mensual de las distintas zonas y barrios del Ensanche de Madrid en 1878. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1878. Los datos de los Ensanches Norte y Sur han sido cedidos por Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán. El cálculo de las pesetas corrientes de 1878 a partir de las constantes de 1913 ha sido posible gracias a la estimación del IPC anual español realizado por: CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coord.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. II, Fundación BBVA, 2006, Bilbao.

En 1880, los barrios del Ensanche de Madrid de alquiler más caro se encontraban en el arco nororiental del casco antiguo, entre la puerta de Santa Bárbara (ubicada en la actual plaza de Alonso Martínez) y la puerta de Alcalá, punto franco de expansión de la nueva *pasarela de la alta sociedad* madrileña, el futuro eje Prado-Recoletos-Castellana⁸¹. El precio del suelo del Ensanche se vio influido directamente por esta dinámica, estando muy cotizado en las zonas limítrofes a dicho eje mientras que sufría una drástica depreciación a medida que nos alejábamos de él. A este factor de incidencia general en el valor de los solares se le añadían otros, a saber, la cercanía al casco antiguo y su accesibilidad a través de las distintas vías de entrada a la capital, la existencia de establecimientos peligrosos o insalubres en sus alrededores, la orografía, la tipología de las edificaciones previas y el carácter popular de los barrios limítrofes del casco antiguo. De este modo, tal y como puede observarse en la evolución de los alquileres entre 1860 y 1878, todas las zonas revalorizaron sus viviendas, especialmente las ubicadas en el Ensanche Este (Figura 4.7). Sin embargo, las diferencias porcentuales internas fueron abismales, denotando qué zonas habían sido ya zarandeadas por la ampliación y cuáles no (comparar Figuras 1.13 y 4.8). Por un lado, había barrios y zonas del Ensanche cuyo valor de mercado se revalorizó ínfimamente, como los de Vallehermoso al norte (17,49 ptas. de alquiler medio mensual en 1878), en el que se hallaba el Asilo de San Bernardino y donde eran enterrados los difuntos de la capital, el de Delicias al sureste (22,73 ptas.), aislado del casco antiguo por las tapias del Retiro, y todo el frontal meridional (con alquileres que oscilaban entre las 13,95 ptas. de la Latina a las 17,82 de Hospital), marcado por profundos desniveles salpicados de viejos chamizos, casas bajas y nuevas edificaciones industriales vinculadas al ferrocarril. En un escalón levemente superior se situaban el antiguo arrabal de Chamberí (26,88 ptas.) y el barrio de Plaza de toros (27,39 ptas.), con un alquiler medio ligeramente superior a los anteriores gracias a la variedad de sus inmuebles, al fácil acceso al casco antiguo del que disponían a través de la conocida como carretera mala de Francia (la calle Bravo Murillo) y la carretera de Aragón respectivamente, y a su posición colindante con las zonas más revalorizadas del Ensanche. Por último, los barrios del Ensanche cuyo valor ascendió más fueron los que estaban mejor emplazados ante la integración efectiva entre el *viejo* y el *nuevo Madrid* en torno al nuevo eje Recoletos-Castellana. Las dos franjas del Ensanche que lo escoltaban (con 130,90 ptas. el margen occidental y 178,27 ptas. el oriental), el barrio de Retiro (156,21 ptas.) y, en un nivel intermedio, la ambiciosa promoción inmobiliaria del marqués de Salamanca (83,08 ptas.), fueron los segmentos que canalizaron las mayores subidas en el precio del alquiler al ser las más demandadas por las capas más acaudaladas no sólo de la capital sino también por buena parte de los rentistas y propietarios absentistas del país.

El tamaño, forma y orografía de los solares a urbanizar así como el orden de las calles en las que se hallaran, eran elementos que influían en su valor de mercado, lo cual repercutía en los alquileres demandados por sus propietarios. Sin embargo, el ritmo edificatorio, la tipología de los inmuebles y el precio final de venta y alquiler del suelo en la década de los 80 del siglo XIX emanaban casi exclusivamente de su ubicación respecto al casco antiguo y de su interactividad con los barrios adyacentes. Los precios empezaron a diferir claramente entre unas y otras zonas del Ensanche a medida que la ampliación urbana fue tomando cuerpo, confiriendo una impronta social propia a unas y

⁸¹ GONZÁLEZ-VARAS, I.: *Los palacios de la Castellana. Historia, arquitectura y sociedad*, Turner, Madrid, 2010; RUEDA LAFFOND, J.C.: “El eje Prado-Recoletos-Castellana. Espacio social de prestigio de las elites urbanas y manifestación pública en el Madrid de inicios de siglo”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo XXX, Madrid, 1991, pp. 553-576.

otras basada en la fisonomía previa de la ciudad. Y es que la única garantía de obtener dividendos del alquiler o venta de una nueva vivienda situada en el Ensanche era una ubicación lo más cercana posible al casco antiguo (o en su defecto a una de las vías de acceso a él), *el centro de todas las cosas*, allí donde se podía encontrar trabajo, abastecerse de todo tipo de bienes y servicios, hacer uso de unas tupidas redes de parentesco y paisanaje o acceder al sistema benéfico municipal en caso de necesidad. La triplicación de la superficie urbanizable de la capital con el Ensanche no logró difuminar la centralidad económica, laboral, cultural, social y política del casco antiguo en relación al Ensanche, sino que la enfatizó aún más. Aún con todo, la población del Ensanche madrileño pasó de ser cercana a los once mil vecinos residentes en los otrora terrenos extramuros en 1860 a poco menos que cincuenta mil en 1878. Este incremento demográfico vino acompañado de un auge constructivo que elevó los 758 inmuebles preexistentes cuando el proyecto de Ensanche echó a andar, hasta los 1.872, más del doble, a la altura de 1880. La población del Ensanche se multiplicó por 5 durante sus dos primeras décadas de vida mientras que el número de edificios construidos sólo lo hizo por 2,5, la mitad, lo que duplicó la proporción de habitantes por inmueble, de 14 a 29 vecinos por edificio como consecuencia directa del incremento del número de hogares por inmueble, el cual creció en el Ensanche Este de las 2,84 viviendas de media de 1860 a las 7,05 en 1878⁸².

	EDIFICIOS		AUMENTO	HABITANTES		AUMENTO	HABS. /EDIFICIO	
	1860	1878	%	1860	1878	%	1860	1878
NORTE	357	971	171,99	5.007	23.593	371,20	14,03	24,30
ESTE	150	451	200,67	1.992	15.362	671,18	13,28	34,06
SUR	251	450	79,28	3.701	15.701	324,24	14,75	34,89
TOTAL	758	1.872	146,97	10.700	54.656	410,80	14,12	29,20

Figura 4.9. Desarrollo demográfico y edificatorio de las tres zonas del Ensanche de Madrid entre 1860 y 1878. AVM, Estadística, padrones de 1860 y 1878. Los datos relativos a las zonas Norte y Sur proceden de las investigaciones de Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán respectivamente.

En el Ensanche Este, el aumento generalizado que sufrió el precio del suelo más cercano al casco antiguo en sus primeros años de desarrollo, motivó que propietarios y promotores inmobiliarios buscaran maximizar sus inversiones mediante la ampliación del número de viviendas ofertadas por inmueble⁸³. Para lograrlo, emprendieron dos medidas complementarias. Por un lado, exprimieron al máximo la altura de los edificios permitida por la legislación del Ensanche según estuvieran ubicados en una calle de primer, segundo o tercer orden. Y por otro, efectuaron una compartimentación interior de los inmuebles más intensa cuanto más elevada era la altura para multiplicar las rentas a percibir, reproduciendo el modelo de segregación vertical del casco antiguo, un modelo que permanecería vigente hasta finales del siglo, cuando la introducción del ascensor empezara a resquebrajarlo⁸⁴.

⁸² AVM, sección Estadística, padrones municipales de 1860 y 1878. En la primera fecha, existían en el Ensanche Este un total de 426 viviendas habitadas, número que se elevó hasta las 3.180 en 1878. Se han contabilizado exclusivamente el número de hogares habitados, lo cual difiere del número de familias residentes, ya que en una misma vivienda vivían en numerosas ocasiones varios núcleos familiares, emparentados entre sí o conviviendo en régimen de alquiler.

⁸³ CARBALLO BARRAL, B., PALLOL TRIGUEROS, R. y VICENTE ALBARRÁN, F.: “Madrid en 1900, rostros en divergencia: segregación socioespacial y laboral a principios del siglo XX”, en FUENTES NAVARRO, M^a C. *et alii* (eds.): *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Universidad de Granada, 2010, (Libro CD).

⁸⁴ En 1877 fue instalado el primer ascensor de España en la calle Mayor nº 122, de tipo hidráulico, pero hasta finales de siglo no se incorporaron de forma estable a las nuevas edificaciones de la capital.

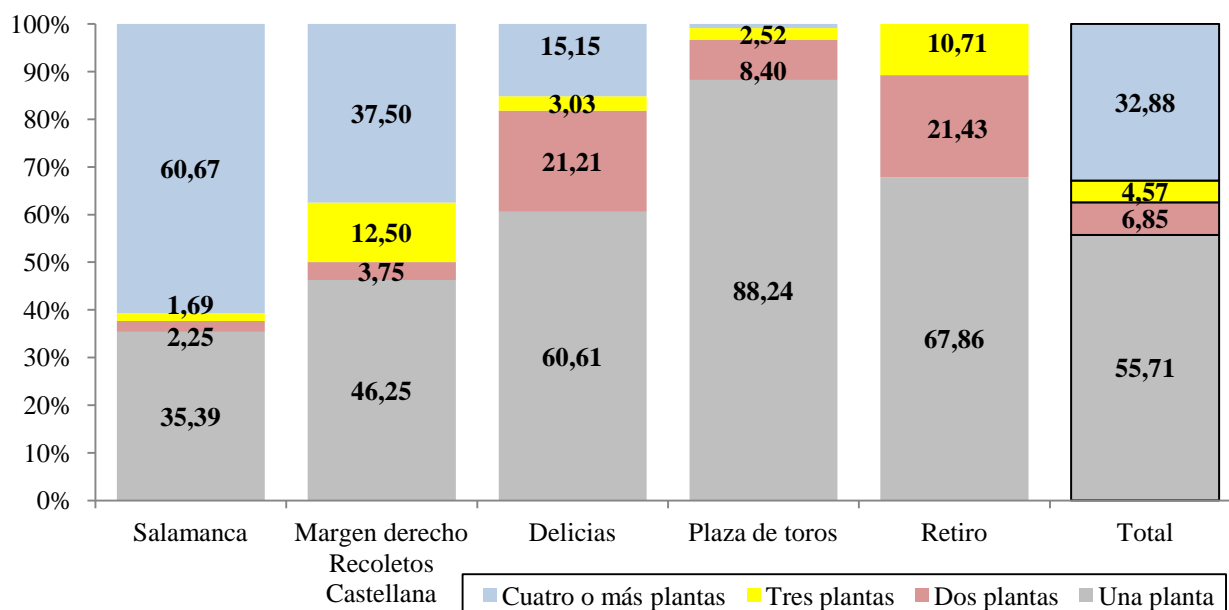


Figura 4.10. Distribución de los inmuebles existentes en los distintos barrios del Ensanche Este en 1878 según su número de plantas. AVM, Estadística, padrón de 1878.

Los terrenos que en su día albergaron las antiguas dependencias del Pósito y de la plaza de toros de Alcalá, así como los aledaños de los inmuebles erigidos por el marqués de Salamanca, conformaron los lugares donde la carestía del suelo fue mayor, lo que empujó a sus propietarios a incrementar la altura de sus inmuebles hasta los límites que la legislación urbanística municipal permitía en razón del rango de cada calle⁸⁵. De este modo, cerca de la mitad de los edificios existentes en el margen derecho de los paseos de Recoletos y Castellana y en el barrio de Salamanca en 1878, casi todos de reciente construcción, poseían cuatro o cinco plantas, compuestos de tiendas, portería y bajos a ras de suelo, seguidos de principales, segundos, terceros, cuartos y sotabancos o buhardillas según la tipología del inmueble. El objetivo de los propietarios era obtener unas rentas por alquiler lo más altas posibles, ya fuera ofreciendo un mayor número de viviendas de similar tamaño con la única diferencia de tener que subir más o menos escaleras, o mediante la compartimentación de éstas a medida que se ganaba altura, ofreciendo más habitaciones pequeñas y baratas a empleados de rango medio y trabajadores manuales cualificados, que veían en ellas su única forma de residir en los barrios más acomodados de la ciudad. Los propietarios de solares en la manzana 276 del casco antiguo, conscientes de su privilegiada ubicación en una posición envidiable dentro del Madrid del Ensanche, entre el Paseo de Recoletos, la calle Alcalá y la calle Serrano, supieron sacar partido de esta realidad y no variaron la disposición interior de sus residencias según su altura, conscientes de que los alquileres demandados apenas se verían afectados por esta variable. Uno de ellos, Esteban Alcántara Cardona, que adquirió cerca de 900 m² en este selecto recinto en la subasta de los solares del Pósito⁸⁶, optó por edificar en uno de ellos un inmueble de cinco alturas, las máximas permitidas, que compartimentó de forma homogénea. Además de ubicar una portería en el sótano del edificio, dos bajos y un entresuelo que ocupaba toda su base y que estaba alquilado

⁸⁵ Como se indicó en el capítulo 1, las medidas urbanísticas de Castro para el Ensanche quedaron derogadas por el R. D. de 1864 aprobado por Cánovas del Castillo, aplicándose entonces las del casco antiguo, que permitían hasta cinco pisos de altura en las calles de primer orden.

⁸⁶ Esteban Alcántara Cardona compró el solar nº 16 del antiguo Pósito, de 443,32 m² en 1872 por 57.291 ptas. Posteriormente, en 1876, compró el solar contiguo, el nº 7. AVM, Secretaría, signatura 7-345-51.

por Antonio Laredo Peyralón, director general de Beneficencia y Sanidad municipal, cargo por el que cobraba 12.000 ptas. anuales, Esteban Alcántara dividió en dos partes cada una de las cuatro alturas restantes, con lo que logró establecer un alquiler similar para cada vivienda independientemente del piso en el que se hallara. Con esta estrategia, el propietario ofrecía varias viviendas de calidad en una excelente situación a un precio elevado en sus cinco pisos, asegurándose cobrar más de 13.000 ptas. anuales de renta cuando todas sus viviendas estaban arrendadas (Figura 4.11).

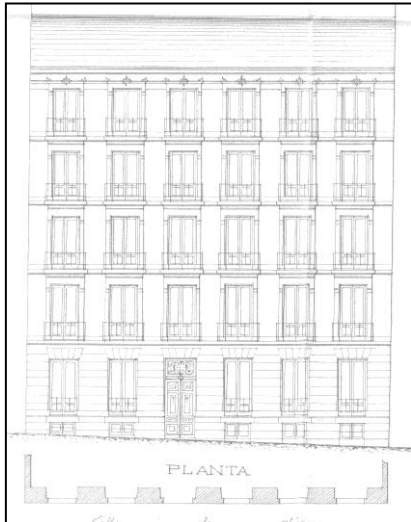
	4ª izquierda Desalquilado.	4ª derecha 83,5 ptas. Pintor
	3ª izquierda 115 ptas. Empleado de Fomento	3ª derecha 83,33 ptas. Empleado ferrocarril
	2ª izquierda, 125 ptas. Militar	2ª derecha. 125 ptas. Abogado
	Ppal. Izquierda 155 ptas. Empleado de MZA	Principal derecha Desalquilado.
	Entresuelo 162 ptas. Director general de Beneficencia y Sanidad. 12.500 ptas. de sueldo anual.	
	Bajo izquierda 142,5 ptas. Empleado de banca	Bajo derecha 83,33 ptas. Propietaria
Portería Empleado del Congreso de los Diputados. 1.250 ptas. de sueldo. La esposa es la portera del inmueble		

Figura 4.11. A la izquierda, fachada del inmueble nº 6 de la calle Olózaga construido en 1877, propiedad de Esteban Alcántara. AVM, Secretaría, signatura 5-406-24. A la derecha, distribución interior de las viviendas, indicando el alquiler mensual y la profesión del cabeza de familia que residía en cada una de ellas. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1878. Los colores del fondo representan la escala de alquileres existente en la Figura 4.8. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1878.

A estos modernos inmuebles, situados a escasos metros de la plaza de Cibeles, que *mediaba* entre los paseos del Prado y Recoletos, siguieron mudándose numerosos componentes de la *espuma* madrileña⁸⁷. Poseedores de títulos aristocráticos, grandes comerciantes, banqueros, altos cargos del gobierno, la administración o el ejército, embajadores y directivos de las sociedades privadas más importantes del país componían parte del vecindario de esta zona. Éstos ubicaron allí sus nuevas residencias como parte de un proceso más amplio y dilatado en el tiempo por el cual, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, se produjo la basculación residencial del poder político y económico de la urbe desde su extremo occidental, entre el Palacio Real y la Puerta del Sol, hacia su vértice oriental, entre dicha Puerta y el eje Prado-Recoletos⁸⁸.

⁸⁷ Entre los residentes de esta franja urbana destacan a la altura de 1878, entre otros, los marqueses de Casa-Recaño (que vivía en el bajo derecha del nº 57 de la calle Alcalá), el de la Laguna (que lo hacía en un segundo del nº 63 de la misma calle), el marqués de Alto Gracia (en un principal del nº 5 de la calle Marqués del Duero), el conde de Coello (en un principal del nº 14 de la calle Recoletos), el conde de Peñaranda (en un principal del nº 21 de la misma calle que el anterior), el banquero y futuro fundador de la fábrica cementera de Puerto Real Juan de la Cruz Lavalle (en el principal derecha de Alcalá nº 57), el senador Antonio Palau de Mesa (en el 1º izquierda del nº 3 de la calle Olózaga) o los ex ministros Florencio Rodríguez Bahamonde (en un principal de Recoletos nº 4), Eduardo Gasset Artimé (en un segundo del nº 1 de Villalar) y Antonio Benavides (en un entresuelo del nº 12 de la calle Villanueva). AVM, Estadística, padrón de 1878. CARBALLO BARRAL, B.: *Los orígenes del Moderno Madrid...*

⁸⁸ PRO RUIZ, J.: "El estado y la administración pública en la ciudad (1833-1936)", en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Op. Cit., pp. 270-299.

Invertir en la construcción de inmuebles plurifamiliares de calidad y altos alquileres en este espacio urbano no era una práctica de riesgo, sino todo lo contrario, una garantía de beneficios dada la alta demanda existente. Pero era una opción real sólo al alcance de unas pocas fortunas, entre las cuales también hubo quienes prefirieron darle a sus propiedades un uso personal y simbólico antes que económico. Los inmuebles situados en los segmentos de los barrios de Almirante, Belén y Alcalá encuadrados a la derecha del eje Recoletos-Castellana atraieron capitales y títulos nobiliarios, forjando una fuerte representatividad social a su alrededor. Por ello, aquellos que anhelaban asentar o demostrar su preeminencia socioeconómica en la capital del país decidieron utilizar sus solares a modo de gasto suntuario. Si los primeros propietarios de palacios de esta zona, como Salamanca o Remisa, eligieron esta ubicación en la década de los 50 por ofrecer solares amplios, baratos y cercanos al casco antiguo, los que lo hicieron a partir de la década de los 70 pensaron más en el prestigio social y el poder de ostentación que les reportaría disfrutar de un palacete en una de las zonas más caras del moderno Madrid (Figura 4.12). Uno de ellos, Benito de Arenzana Echarri, quinto conde de Fuentenueva de Arenzana y cofundador de la Banca Urquijo y Arenzana en 1870 junto a Juan Manuel de Urquijo Urrutia y Federico de Belauesteguigoitia⁸⁹, aunó las dos vertientes al edificar, por un lado, un inmueble de viviendas plurifamiliares de lujo en la nueva calle de Villalar, proyectada en estos años entre Olózaga y Recoletos, y destinado a obtener elevadas rentas de él, y por el otro, un palacio de estilo ecléctico, en el que mezcló rasgos clásicos derivados de los palacios italianos con arquitrabes y pilastras neobarrocos y neomanieristas, con el que buscaba irradiar un elevado prestigio social. Construido con los mejores materiales posibles, Benito de Arenzana finalmente no residió durante mucho tiempo en este palacio ya que lo vendió al Estado francés como embajada en 1882, uso que todavía posee en la actualidad.



Figura 4.12. Fachadas del inmueble que alberga los números 8, 6 y 4 de la calle Villalar y del palacio proyectado entre el nº 2 de la calle anterior y el nº 9 de la calle Olózaga por Benito de Arenzana, incluidos en el proyecto presentado al ayuntamiento en julio de 1877. AVM, Secretaría, Negociado de Obras del Ensanche, signatura 5-405-22.

La estrategia inversora dirigida a los inmuebles plurifamiliares de alta calidad, además de estar al alcance de pocos, sólo podía llevarse a cabo allí donde su demanda fuera lo suficientemente elevada como para que no se resintiese en demasía por la incomodidad de subir tantas escaleras, aspecto que buscaba ser atenuado con el diseño de amplios y decorados accesos al portal y a los respectivos pisos. Una demanda en altura que era especialmente sensible a la distancia del inmueble respecto al centro. Por ello, en el contiguo barrio de Salamanca, dado el aumento de la distancia que le separaba del centro de la ciudad, sus propietarios de inmuebles y solares optaron en

⁸⁹ LÓPEZ MORELL, M. A^a: *La Casa Rothschild en España: (1812-1941)*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2005, pág. 245.

mayor grado por adoptar el modelo del edificio plurifamiliar compartimentado en altura llevado a cabo por el marqués en sus terrenos. De este modo, en este espacio urbano de nuevo cuño la segregación socioeconómica vertical alcanzó unas cotas tan elevadas y marcadas como las que reinaban en el interior de la ciudad. Más allá de los hoteles unifamiliares que el marqués de Salamanca edificara en las calles de Villanueva o Martínez de la Rosa, fueron sus inmuebles plurifamiliares los que dieron el tono social predominante a la derecha de la calle Serrano (Figura 4.8). Éstos poseían portería, cocheras y tiendas en los bajos, amplios y lujosos principales con más de 20 estancias, viviendas algo más pequeñas pero aún orientadas a las clases medias en los pisos intermedios y, ya en los últimos pisos, normalmente el cuarto, el espacio que albergaba se achicaba al máximo dando cobijo a residencias de entre 5 y 7 habitaciones⁹⁰. Este modelo estándar presentó variaciones derivadas de los distintos gustos e intereses de los propietarios de los inmuebles, de la fecha en la que se llevó a cabo la construcción, del tamaño del solar del que disponían y de las modificaciones ya mencionadas en la legislación urbanística municipal⁹¹. De este modo, surgieron inmuebles que poseían sótanos y entresuelos, viviendas interiores, un quinto piso extra según la anchura de la calle en la que se hallara, o sotabancos y buhardillas aprovechando las crujías vivideras.

Planta	Habitantes	%	Familias	%	Habitantes por hogar	Criados por hogar	Alquiler medio mensual (ptas.)
Hotel	233	2,84	24	1,49	9,71	4,58	581,05
Principal	996	12,13	148	9,22	6,73	1,99	183,13
Segundo	1.182	14,39	185	11,52	6,39	1,76	131,81
Tienda	664	8,08	142	8,84	4,68	0,24	99,27
Tercero	1.250	15,22	229	14,26	5,46	1,19	87,13
Bajo	860	10,47	188	11,71	4,57	0,46	64,70
Cochera	91	1,11	25	1,56	3,64	0,16	63,93
Cuarto	1.183	14,40	250	15,57	4,73	0,37	37,71
Quinto	155	1,89	34	2,12	4,56	0,09	26,38
Sotabanco	1.028	12,52	230	14,32	4,47	0,20	21,92
Sótano	71	0,86	21	1,31	3,38	0,05	13,44
Portería	441	5,37	116	7,22	3,80	0,11	-
Total	8.213	100,00	1.606	100,00	5,11	1.286	83,08

Figura 4.13. Principales indicadores socioeconómicos por viviendas relativos a la segregación vertical existente en el barrio de Salamanca a comienzos de la Restauración. AVM, Estadística, padrón de 1878.

Pero esta realidad no cambió la percepción que del barrio de Salamanca empezaron a formarse sus contemporáneos una vez superadas las dudas iniciales, quienes lo consideraron como el referente del *nuevo Madrid*, compuesto de casas que ofrecían “*mejores condiciones de luz, ventilación y holgura*” que las antiguas, ubicadas en unas calles de entre 15 y 30 metros de anchura que, “*con suaves pendientes, son*

⁹⁰ Según el artículo realizado por Martínez Ginesta en relación al barrio de Salamanca en 1876, las dos primeras manzanas poseían principales, segundos, terceros y cuartos. La diferencia existente en el número de piezas era abismal, desde las 32 de los principales ubicados en las esquinas hasta las 4 de los cuartos interiores que daban al patio. Esta diferencia en el tamaño también se dejaba notar en los alquileres, que iban desde las 5.000 ptas. anuales de los principales a las 30 ptas. de los cuartos. En *El Globo. Diario ilustrado*, 16 de julio de 1876.

⁹¹ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 206-260; MÁS HERNÁNDEZ, R.: “Tipos de vivienda en el Ensanche nordeste de Madrid”, en *Estudios geográficos*, 39:152 (1978: agosto), pp. 307-346.

*espaciosas, y cuando tengan frondoso arbolado, serán inmejorables*⁹². Al igual que en el margen derecho inmediato al paseo de Recoletos, el barrio de Salamanca también se convirtió en lugar de residencia de escritores como Juan Valera, magistrados y cargos públicos como Fernando Álvarez Martínez, presidente del Tribunal de Cuentas, altos mandos del ejército como José Allendesalazar Mazarredo o Eduardo Carondelet Donado, políticos como Emilio Castelar o Alonso Martínez, profesionales liberales de renombre como el propio ingeniero Carlos M^a de Castro, el arquitecto Álvaro Rosell Torres o el médico Pedro Aróstegui Larrahondo, y aristócratas como el marqués de Benamejí, el conde de Peracampo o el duque de Medina Sidonia⁹³. Todo ello le proporcionó al barrio una cultivada aureola de modernidad y prestigio, lo que ayudó a su personificación con unas clases medias madrileñas en expansión.

4º dcha. 32,5 ptas. Viuda pensionista	4º dcha. 50 ptas. Empleado de telégrafos	4º izqda. 15 ptas. Empleado de ferrocarril				
3º dcha. 125 ptas. Profesor de música		3º dcha. 68,75 ptas. Autor dramático		3º dcha. 68,75 Autor dramático		
4º izqda. 55 ptas. Empleado del Estado						
2º dcha. 93,75 ptas. Propietario				2º izqda. 93,75 ptas. Arquitecto		
Principal, 312 ptas. (estimación del dueño) Propietario del inmueble: Roberto Roberts Parry						
Principal, 114 ptas. Empleado del ayuntamiento						
Portería Portero del inmueble	Tienda sin datos Industrial	Bajo 50 ptas. Guarda seguridad	Tienda 85 ptas. Viuda industrial	Portería Empleado y la esposa es la portera	Bajo dcha. 88,50 ptas. Empleado de comercio	

Figura 4.14. Distribución interior de los números 28 y 51 de la calle Serrano respectivamente. Los alquileres son mensuales. Los colores representan la escala de alquileres existente en la Figura 4.8. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1878.

Sin embargo, este fenómeno redujo a su vez la visibilidad de una tendencia tan real como la anterior: la existencia de un buen número de jornaleros, artesanos, pensionistas y modestos empleados no especializados que compartían inmueble con los anteriores en una clara mimetización de la segregación vertical interior. A través de los intersticios de la variada oferta residencial del barrio, como los oscuros y poco ventilados sótanos, los modestos pisos interiores o las lejanas buhardillas, encontraron cabida familias de extracción popular que compartieron inmueble con los anteriores aunque no escalera, puerta de entrada, vistas a la calle y las comodidades interiores⁹⁴. De este modo, el barrio de Salamanca proporcionaba cobijo tanto a familias de clase media pudientes, capaces de hacer frente a alquileres mensuales elevados, como a un afortunado grupo de capas populares que se colaban por los resquicios de sus edificios, como la arena que colmata los espacios vacíos dejados por los cantos de piedra, lo que hizo que el alquiler medio mensual del barrio (83,08 ptas.) no reflejara el nivel adquisitivo de una buena parte de sus vecinos (Figura 4.13).

⁹² Reportaje realizado por Miguel Martínez Ginesta titulado “El barrio de Salamanca”, en *El Globo. Diario ilustrado*, 16 de julio de 1876.

⁹³ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1878.

⁹⁴ Los arquitectos encargados de los proyectos de inmuebles en el barrio de Salamanca cuidaron con detalle su distribución interior, creando puertas de acceso y escaleras distintas para los pisos principales y los superiores, reservando las mejores vistas y luminosidad para los primeros y dejando las estancias interiores y sin ventilación para las viviendas destinadas a ser alquiladas por familias de menor nivel adquisitivo. BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid*, MOPU, Bilbao, 1983, pp. 97-127; DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Op. Cit., pp. 206-260.

Al sur, en el barrio del Retiro, sobre las ligeras colinas que separaban al parque del paseo del Prado, los terrenos que habían sido desgajados de éste en 1868 para su urbanización no habían visto apenas construcciones nuevas diez años después debido a la inseguridad del Sexenio. Su oferta residencial era muy reducida, vinculada a los edificios institucionales allí ubicados como las casetas de guardia y jardinería del Retiro, la casa de fieras, el Museo de Pinturas, el Jardín Botánico o el monasterio de los Jerónimos. Sin embargo, durante estos años la piqueta sí que empezó a funcionar, derruyendo instalaciones y dependencias del cuartel de artillería y comenzando las explanaciones, la tira de cuerdas y la señalización de los solares y las calles aprobadas en la venta de la Corona al ayuntamiento de la capital del *Reservado* del Retiro.



Ilustración 4.23. Vista posterior del Museo del Prado y del monasterio de los Jerónimos desde el Retiro, con la explanación de la futura calle de Alfonso XII (en aquel momento llamada Granada) en primer plano. Hacia 1870. Archivo Ruiz Vernacci, IPHE.

La urbanización de un espacio tan acotado y bien situado sólo se produjo con el triunfo de la Restauración y el fin de la inestabilidad económica, fiera enemiga de la inversión inmobiliaria. Una vez que se aprobó la división en solares de esta franja urbana su compra por parte de acaudalados particulares, quienes invirtieron sus capitales en una de las mejores zonas de la capital, fue rauda. El espacio que comenzó su urbanización más rápido fue el mejor valorado, la zona septentrional, que quedaba comunicada con la plaza de la Cibeles, la calle Alcalá y la puerta del mismo nombre al norte, la nueva avenida de Granada al este (actual Alfonso XII), la futura calle Felipe IV al sur y, por último, el paseo del Prado al oeste. En este cuadrilátero imperfecto comenzaron las primeras edificaciones a finales de la década de los 70 y principios de los 80, erigidas en las calles de Felipe IV, Ruiz de Alarcón, Alfonso XI y Valenzuela⁹⁵. Las nuevas casas siguieron el mismo patrón constructivo que las construidas en el antiguo Pósito: dada la carestía de estos solares y la elevada demanda de viviendas burguesas, los propietarios optaron por utilizar materiales de calidad en sus inmuebles, los cuales poseían entre cuatro y cinco alturas, compuestas de una o dos viviendas por piso con numerosas estancias y sin apenas distinción espacial entre las ubicadas en los principales y las situadas en los demás pisos, con amplios balcones y miradores a la calle, con un espacioso patio central y una entrada principal adornada sobria pero elegantemente que contrastaba con la modesta puerta, patio y escaleras dedicados al servicio doméstico. Estas viviendas estaban sin lugar a dudas dirigidas para la compra o el alquiler de la flor y nata de la sociedad madrileña. De igual modo, los arquitectos más

⁹⁵ CAPOTE, C.: “El barrio del Museo en Madrid”, *Estudios geográficos*, nº 37:144, agosto de 1976, CSIC, Madrid, pp. 319-350.

afamados y de mayor notoriedad de la ciudad, como Cubas, Sainz de la Lastra o Rodríguez Ayuso, fueron escogidos por los propietarios para que proyectaran unos inmuebles que estéticamente debían, sino rivalizar, al menos ser acordes a la talla de instituciones vecinas como el Casón del Retiro, el museo de Artillería o el de Pinturas y el monasterio de los Jerónimos, mediante la colocación de jambas e impostas de piedra entre cada piso y alrededor de los numerosos vanos que formaban las fachadas⁹⁶.

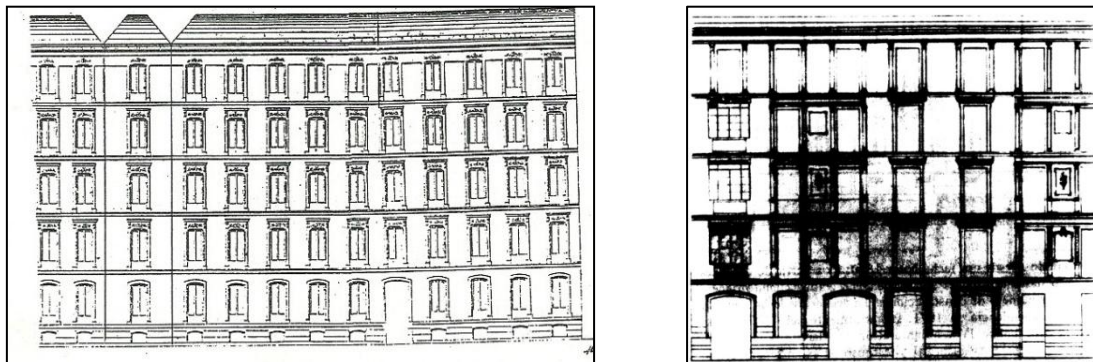


Figura 4.15. A la izquierda, proyecto de Silverio de la Torre para edificar en 1880 en el solar nº 1 del barrio de Retiro, con fachada a las calles de Alfonso XII y Valenzuela. AVM, 5-477.27. A la derecha, proyecto de vivienda ubicada entre el paseo del Prado y la calle Juan de Mena, en 1882. AVM, Secretaría.

Esta fastuosidad y alegría constructiva brilló por su ausencia en el extremo sur del barrio del Retiro, en el otrora Olivar de Atocha y que desde 1873 se había convertido en un nuevo espacio a urbanizar delimitado por el Jardín Botánico, los paseos del Prado y Atocha, y la prolongación meridional de la tapia oriental del Retiro, la llamada Ronda de Vallecas. Su ubicación excéntrica del eje Prado-Recoletos, además de la dificultad añadida del desnivel orográfico existente entre el paseo de Atocha y el cerro donde se situaba el observatorio astronómico, restó valor a los nuevos solares creados en esta zona, los cuales tardaron años en tomar un ritmo edificatorio continuo. Era el precio a pagar por ser vecina de una emergente barriada popular que crecía siguiendo la estela de la calle Pacífico, y por tener ante sí el trajín y la humareda que la estación de Atocha desprendía cada día. La evolución urbanística de esta zona durante las dos últimas décadas del siglo XIX la desligaría socialmente de la anterior, quedando encuadrada a medio camino entre las clases más acomodadas de la ciudad y que habitaban al norte de ésta, y las modestas familias de artesanos, empleados y jornaleros ligadas al sector del ferrocarril, ubicadas a su derecha, hacia el sureste, en torno a la calle Pacífico.

A medida que la ciudad se dilató, la segregación horizontal del Ensanche Este fue cada vez mayor. Ni siquiera el futuro barrio de Gutenberg (parte septentrional del de Delicias según la división administrativa vigente desde 1863 hasta 1898), que inició un tímido desarrollo socialmente homogéneo en los años 70, carecía de desajustes espaciales internos. Aunque a la altura de 1880 el 40% de las familias allí residentes eran de extracción jornalera, su distribución espacial distaba mucho de ser homogénea. Estas familias, predominantemente de origen inmigrante, eran más numerosas en los tejares, casas de labor y huertas situadas a espaldas del Retiro (donde suponían las dos terceras partes del total) que en la única calle de primer orden de esta zona, la de Pacífico (donde no llegaban a la cuarta parte), en la que sólo podían hacer frente al alquiler de los pisos más altos y estrechos de los nuevos inmuebles, en sus sotabancos y

⁹⁶ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Op. Cit., pp. 278-287.

sótanos. Convenientemente alejados de la urbe, donde los alquileres eran más reducidos (en torno a las 13 ptas. mensuales), encontraban cabida estos jornaleros urbanos, expertos en un sector primario depreciado en la gran ciudad. Por ello, muchos se resignaban a emplear sus brazos en la cocción y moldeado de ladrillos o en el cultivo de trigo de los tejares y huertas de los caminos rurales de Vicálvaro y Vallecas, en los que además de tener un trabajo estable se les proporcionaba un pequeño chamizo donde ubicar a sus familias. Una opción intermedia entre las buhardillas de los edificios de la calle del Pacífico y las chozas de los tejares de las afueras fue alquilar una vivienda modesta pero más desahogada, aireada y luminosa en alguna de las calles transversales que nacían de aquélla como las de Juan de Urbietta, Abtao o Marina Española, cuyos alquileres medios mensuales eran de 17 ptas. frente a las 26 de Pacífico. Más espaciosas y cómodas, estas viviendas eran del mismo coste que los sotabancos de Pacífico (unas 15 ptas. mensuales), mientras que la distancia que separaba unas de otras era paupérrima, fácilmente abarcale a pie.

2º, nº 1 12,50 ptas. Carbonero	2º, nº 2 Sin datos Jornalero	2º, nº 3 20 ptas. Jornalero	2º, nº 4 12,50 ptas. Jornalero	2º, nº 5 10 ptas. G. Civil	2º, nº 6 14 ptas. Ferroviario	2º, nº 7 17,50 ptas. Jornalero	2º, nº 8 12,50 ptas. Calderero	2º, nº 9 Sin datos Jornalero	2º, nº 10 12,50 ptas. Jornalero
Ppal. 1 20 ptas. Jornalero	Ppal. 2 Vacío	Ppal. 3 Vacío	Ppal. 4 22,50 ptas. Pensionista	Ppal. 5 ---	Ppal. 6 12,50 ptas. Ferroviario	Ppal. 7 12,50 ptas. Jornalero	Ppal. 8 17,50 ptas. Jornalero	Ppal. 9 12,50 ptas. Jornalero	Ppal. 10 12,50 ptas. Jornalero
Bajo, 25 ptas. Vendedor ambulante				Tienda, 32 ptas. Tabernero			Patio interior, 12,50 ptas. Carpintero en la estación Atocha		

Figura 4.16. Distribución interior del nº 3 de la calle Juan de Urbietta, en el barrio de Delicias, en 1878. Los alquileres son mensuales. Los colores representan la escala de alquileres existente en la Figura 4.8. La fachada del edificio se puede consultar en la Figura 4.6. AVM, Estadística, padrón de 1878.

5º, 10 ptas. Jornalero		5º Int., 7,50 ptas. Jornalero ferrocarril		5º, 10 ptas. Jornalero		5º, Int. 10 ptas. Jornalero en las obras		5º, 10 ptas. Jornalero			
4º, 20 ptas. Empleado ferrocarril		4º Ctro., 33,50 ptas. Pensionista		4º, 22,50 ptas. Ferroviario		4º, 15 ptas. Jornalero		4º, 22,50 ptas. Militar			
3º, sin datos Empleado ferrocarril		3º, 31 ptas. Empleado ferrocarril		3º, 40 ptas. Empleado Caja de depósitos		3º Int., 25 ptas. Guardafrenero estación Atocha		3º izquierda exterior, 58 ptas. Médico cirujano jubilado			
2º, 41 ptas. Médico		2º, 17,50 ptas. Jornalero		2º, 18,75 ptas. Jornalero		2º Ctro., sin datos Empleado ferrocarril		2º izqda., 25 ptas. Carpintero ferrocarril		2º, 41 ptas. Empleado ferrocarril	
Principal, 25 ptas. Empleado ferrocarril				Principal, 52,50 ptas. Director de colegio				Principal, 30 ptas. Pensionista			
Bajo, 20,50 ptas. Dorador tranvía			Tienda, 20 ptas. Vidriero industrial			Tienda, 45 ptas. Industrial			Portería Portera del inmueble		

Figura 4.17. Distribución interior del nº 17 de la calle de Pacífico, en el barrio de Delicias, en 1878. Los alquileres son mensuales. Los colores representan la escala de alquileres existente en la Figura 4.8. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1878.

La otra cara de la moneda de este barrio la protagonizaban los trabajadores manuales cualificados, artesanos y empleados de rango medio que disfrutaban de un buen jornal, un negocio modesto o un sueldo anual estable, lo que les permitía ubicarse en los pisos principales y entresuelos de los inmuebles que conformaron la primera línea de fachada de la calle del Pacífico, a cambio de un alquiler mensual medio de 27 ptas. Esta estrategia residencial, por la cual acaparaban las mejores viviendas del barrio

(cerca de la mitad de las familias residentes en los números impares de la calle Pacífico en 1878 estaban encabezadas por artesanos o empleados), les fue posible porque en el inquilinato de estas piezas, ostensiblemente más baratas, pequeñas y de menor calidad que las lujosas viviendas del barrio de Salamanca, no chocaron contra el interés de otros grupos sociales de mayor poder adquisitivo. Los empleados públicos y privados más especializados, los profesionales liberales y los grandes comerciantes de la ciudad sólo optaron por residir en las nuevas viviendas plurifamiliares del Ensanche cuando éstas superaron en calidad y amplitud a las del casco antiguo, fenómeno que a la altura de 1880 sólo se daba en los modernos barrios de Argüelles, Salamanca, Fernando el Santo y el margen derecho del eje Recoletos-Castellana (Figura 4.8).

La ciudad crecía geográfica y demográficamente, pero eran sus propietarios los que decidían a qué ritmo, cómo y por dónde. Éstos mediatizaron ostensiblemente las primeras etapas del crecimiento del Ensanche de Madrid, generando con sus especulaciones y reservas de suelo un crecimiento asimétrico y diversificado⁹⁷. La capital se expandía dibujando las primeras fronteras entre sus nuevos barrios, cuyos límites eran señalados por la confluencia entre los que ubicaban su residencia en una zona concreta por *elección* y aquellos que, por el contrario, recalaban en otra por *obligación*. El factor que dividía a unos y otros en el Ensanche Este se hallaba en una lógica uniforme: los barrios más adinerados, los *elegidos* por sus inquilinos para vivir, eran los que se hallaban más cerca del casco antiguo, mientras que los terrenos más alejados, compuestos por una línea difusa de modestos edificios de nueva planta, solares explanados, calles sin encintar, huertas y casas bajas de antigua construcción, eran el destino *obligado* para una buena parte de las familias recién llegadas a la ciudad (Figura 2.56). A diferencia de los primeros, donde a finales de la década de los 70 ya habían hecho acto de presencia los modernos inmuebles plurifamiliares de cuatro alturas, cerca del 90% de los edificios ubicados en el denominado barrio de Plaza de toros, la franja de terreno más alejada del casco antiguo, disponía sólo de una única planta baja (Figura 4.10).

“¡Con qué inocente confianza y abandono iban los dos, en familiar pareja, por los senderos torcidos que conducen desde el camino de Aragón a Pajaritos! Bajaban a las hondonadas de tierra sembrada de mies raquílica; subían a los vertederos, donde lentamente, con la tierra que vacían los carros del municipio, se van bosquejando las calles futuras; pasaban junto a las cabañas de traperos, hechas de tablas, puertas rotas o esteras, y blindadas con planchas que fueron de latas de petróleo; luego se paraban a ver muchachos y gallinas escarbando en la paja; daban vueltas a los tejares...”

PÉREZ GALDÓS, B.: *La desheredada*, 1880.

Con una vecindad formada por paradores, casas de campo, quintas de recreo, ventas, tabernas y tejares, todos ellos testigos de la ratificación del Ensanche en 1860, los pocos propietarios que se animaron a edificar en unos terrenos urbanizables tan alejados del casco antiguo, no estuvieron dispuestos a crear una oferta residencial distinta a la existente sin tener garantía alguna de que la demanda pudiera cubrir los costes de construcción y generara una mínima renta constante. Así, abundaban las

⁹⁷ DE TERÁN, M.: “El desarrollo espacial de Madrid a partir de 1868”, en *Estudios geográficos*, nº XXI, agosto-noviembre, 1961, pp. 599-615; VICENTE ALBARRÁN, F.: “Los motores del crecimiento demográfico de Madrid (1860-1930). Flujos migratorios y procesos de segregación en los nuevos espacios urbanos”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit., pp. 259-282.

viviendas ubicadas en las casas bajas de las destartaladas calles de Doña Berenguela, Llivia y Tostado, y tejares como los de Gascó, Batano o el Cacharrero, formados por numerosos “*cajones*” que se apiñaban alrededor de un patio común y cuyos alquileres rara vez superaban las 10 ptas. mensuales, satisfechos en su mayoría por familias jornaleras inmigrantes. Únicamente a ambos lados de la carretera de Aragón (extensión de la calle Alcalá) los dueños y arrendadores de los paradores, tabernas, tahonas y talleres que allí se arremolinaban satisfacían un alquiler mensual superior a las 50 ptas. Con tal patrimonio, hombres como Agustín Gascó, José Sirvent, Marcelino Sánchez, José Sevilla o Antonio Aguirre, sus dueños, no significaban nada en el juego de poderes de la capital, en el que ni siquiera llegaban a ser *colas de león* de este espacio urbano, aunque sí eran conocidos y respetados por sus semejantes como las *cabezas de ratón* del vecindario, aquellos que podían proporcionar ocupación en tiempos de vacas flacas, o una sencilla estancia en la que dormir a escaso precio y no hacerlo al raso⁹⁸.

Estos hombres, algunos de los cuales estaban al frente de negocios heredados de generaciones anteriores, habían sabido sacar el máximo partido de las posibilidades de negocio que generaba la capital a partir de unas propiedades marcadamente periféricas. Pero una vez ratificado y puesto en marcha el Ensanche, estos puntos de producción de bienes o de dotación de servicios empezaron a correr el riesgo de desaparecer bajo la piqueta de la construcción, que se acercaba lenta pero inexorablemente a sus puertas. El tablero urbano madrileño fluctuaba año a año a medida que las nuevas construcciones iban ganando terreno, expandiendo la frontera real de la ciudad hacia sus límites administrativos, desbrozando lo ya existente. Ante este futuro inminente sólo cabían tres posibilidades: resistir, vender o transformarse. La elección de una u otra estaba mediatizada, además de por las preferencias personales, por la ubicación de sus propiedades, el ascenso de la cotización del suelo en el que se hallasen, y la cercanía y tipología de las nuevas edificaciones. De este modo, cuanto más cerca del casco antiguo estuvieran, menos opciones tenían de resistir ante su integración en los circuitos económicos de suelo urbano, que atraía nuevos capitales y revalorizaba con fuerza el valor de los terrenos, pero crecían sus posibilidades de vender a buen precio sus propiedades o de transformar su uso para beneficiarse, como tantos otros, de la expansión urbana de la capital.

Uno de los primeros que tuvo que hacer frente a esta disyuntiva fue Antonio Aguirre Díaz, hijo de Leandro Aguirre, el que fuera dueño del parador de San José, ubicado en el Camino de las Ventas (carretera de Aragón) a la altura de su bifurcación de las cercas del Retiro, el cual amplió en 1850 con una taberna y otro modesto edificio de dos plantas donde además de residir la familia del propietario, alquilaba otras estancias (Figura 1.11). Durante más de un cuarto de siglo, estos inmuebles (el parador, la taberna y el edificio de dos plantas) pertenecientes primero a Leandro Aguirre y desde 1865 a su hijo Antonio, habían dado la bienvenida a toda persona que llegaba o salía de la ciudad por la puerta de Alcalá, reportándoles constantes beneficios, ya fuera por la suma de las habitaciones alquiladas, por las consumiciones percibidas en la taberna o por las comidas y pernoctaciones realizadas en el parador. No obstante, a medida que el crecimiento de la ciudad *derribó* la antigua plaza de toros de Alcalá y los edificios del Pósito, y finiquitó la concesión de apertura temporal de los Campos

⁹⁸ En cada uno de los tejares que circundaban el hinterland oriental de Madrid a la altura de 1880, sus dueños daban cobijo en sus instalaciones a una decena de familias cuyos hombres hacían las veces de tejeros mientras que las mujeres se encargaban de la comida, el lavado de los ladrillos y la limpieza de las instalaciones. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1878.

Elíseos, las propiedades de Antonio Aguirre quedaron en la primera línea de fuego, protagonizando esa división espacial entre las nuevas y las viejas construcciones, aún borrosa e inestable en puntos de fricción como la conexión entre la calle Alcalá y la carretera de Aragón. Allí, los rendimientos obtenidos por los inmuebles edificadas a mediados de siglo empezaban a ser timoratos a comienzos de la Restauración en comparación con los que podrían obtener de otro modo, ya que eran de modesta presencia y de sólo dos alturas, ubicados en una de las entradas más cotizadas de la ciudad y que fácilmente podían tener una utilización más provechosa. Por ello, Antonio Aguirre optó por reformar en 1877 el edificio de dos plantas contiguo al parador de San José que su padre construyera en 1850 y que ocupaba el nº 7 de la carretera de Aragón, adecuándolo a una demanda residencial más sofisticada. De este modo, Antonio presentó en febrero de 1877 un proyecto “*de reedificación de nueva planta de su fachada y toda la primera crujía por lo que se refiere a su exterior, y aumento de pisos en todo el resto de la casa, desde el principal que tiene hoy hasta el cuarto inclusive*”, firmado por el arquitecto Federico Inzenga Castellanos⁹⁹.



Sotabanco 18 ptas. Cesante	Sotabanco 15 ptas. Jornalero	Sotabanco 15 ptas. Jornalero	Sotabanco 12 ptas. Jornalero	Sotabanco Vacío
3º dcha. 67,5 ptas. Empleado	3º izqda. 60 ptas. Jornalero	3º Int. 30 ptas. Cesante	3º Int. 30 ptas. Guarda	
2º dcha. 65 ptas. Empleado municipal	2º izqda. 65 ptas. Carretero	2º dcha. Int. 30 ptas. Molinero	2º izqda. Int. 30 ptas. Sus labores	
Ppal. dcha., 65 ptas. Propietario	Ppal. izqda. 60 ptas. Pintor	Ppal. Int., 30 ptas. Albañil	Ppal. Int., 30 ptas. chapista	
Bajo derecha 75 ptas. Jornalero	Bajo izqda. 60 ptas. Jornalero	Bajo interior 30 ptas. Alarife	Bajo interior 30 ptas. Albañil	
Tienda, 180 ptas. Vidriero		Tienda 120 ptas. Comerciante		Tienda 100 ptas. Polvorista

Figura 4.18. A la izquierda, fachada del proyecto presentado por Antonio Aguirre en 1877 para reformar el inmueble nº7 de la Carretera de Aragón. AVM, Secretaría, 5-194-44. A la derecha, distribución interior de las viviendas, alquiler y ocupación de sus inquilinos en el edificio ya reformado en 1878. AVM, Estadística, padrón de Madrid. Los alquileres son mensuales. Los colores indican la escala de alquileres de la Figura 4.8.

El objetivo era hacerle un exhaustivo lavado de cara al modesto inmueble de 1850, ideado cuando esta zona era extramuros y sólo ofrecía residencia a los transeúntes, y adecentarlo para ofrecer viviendas de calidad a mayor precio, ya que como el propio arquitecto reconocía, “*todas las obras interiores que se proyectan no tienden más que a aumentar sus productos con relación a la importancia que ha tomado aquel sitio*”. Con esta remodelación interior de las plantas existentes y la adición de tres más, Antonio Aguirre logró ofertar “*mejores estancias por piso*”, empleando “*materiales de la mejor calidad en sus respectivas clases... tal y como se usa en las casas de Madrid, y en sitios que como éste, han tomado ya la importancia que se sabe*”. El resultado obtenido fue un inmueble de fachada cuidada y sobria con balcones en todos los pisos, los cuales ofrecían cuatro viviendas de similar espacio por

⁹⁹ AVM, Secretaría, 5-194-44.

altura, dos exteriores y dos interiores, salvo en los sotabancos, donde eran cinco las viviendas. Los alquileres demandados eran de cuantía media, más bajos en los interiores y, sobre todo, en los sotabancos, y mayores en los principales y en los establecimientos comerciales, situados en una de las principales vías de entrada a la ciudad y calle de primer orden. Al año siguiente de su construcción, Antonio Aguirre ya tenía todas sus estancias alquiladas, de las que obtenía unas 15.000 ptas. de renta anual (Figura 4.18).

La disposición socioespacial del *nuevo Madrid* vigente a finales de la década de los 70 se vio fortalecida por el incesante crecimiento demográfico y residencial que afectó al Ensanche en el último cuarto del siglo XIX. La estabilidad política propiciada por el asentamiento de la Restauración generó la confianza necesaria para la llegada de nuevos capitales nacionales y extranjeros a Madrid, parte de los cuales eran invertidos en su negocio inmobiliario¹⁰⁰. Además, la definitiva ratificación de un sistema de financiación para los Ensanches de población españoles con las leyes de 1876 y 1892, redujo muchas de las brumas financieras que la urbanización de los terrenos ampliados traía aparejadas¹⁰¹. Por otro lado, la continua llegada de inmigrantes a Madrid, tanto de origen rural como urbano y con escasas o grandes fortunas a sus espaldas, proporcionó una gran suma de clientes potenciales para aquellos propietarios que sopesaron la posibilidad de edificar nuevos inmuebles para su venta o alquiler. De este modo, la población del Ensanche de Madrid aumentó un 143% en las décadas interseculares, pasando de albergar cerca de 55.000 habitantes en 1878 a 132.000 en 1905 (Figura 2.4). Dicho incremento demográfico, muy superior al registrado por el conjunto de la ciudad (del 36% en el mismo período), amplió la oferta residencial de dicho espacio urbano. Las décadas de los ochenta y noventa fueron testigos del incremento continuado del número de licencias de construcción expedidas por el consistorio para la edificación de nuevos inmuebles en el Ensanche de la ciudad¹⁰². De hecho, según la variación registrada en el número de edificios existentes entre los padrones municipales de 1878 y 1905, el incremento de la oferta inmobiliaria fue del 140%, similar a la del número de nuevos residentes, lo cual demuestra que se mantuvo, a grandes rasgos, la relación vigente en 1878 de 30 habitantes por edificio como término medio (Figura 4.9)¹⁰³.

Sin embargo, aunque el avance edificatorio del Ensanche fue constante en las últimas décadas del siglo XIX, no lo fue al nivel necesario para lograr la colmatación de sus barrios, hecho que contrastaba con el potente incremento demográfico que sufría la urbe. De hecho, sólo las zonas más cercanas al casco antiguo redujeron drásticamente sus solares no edificados, quedando amplias franjas de terreno todavía sin urbanizar a comienzos de siglo. Así, en 1905 más de cuatro décadas después de su ratificación, todavía quedaban 311 hectáreas no urbanizadas repartidas del siguiente modo: 129 Has.,

¹⁰⁰ TORTELLA, T.: *A guide to sources of information on foreign investment in Spain, 1780-1914*, International Institute of Social History, Amsterdam, 2000.

¹⁰¹ BASSOLS COMA, M.: *Génesis y evolución del derecho urbanístico español (1812-1956)*, Montecorvo, Madrid, 1973; “El derecho urbanístico de la Restauración a la II República (1876-1936): crisis de los Ensanches y las dificultades de alumbrar un nuevo modelo jurídico-urbanístico”, en *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, XXVIII, (107-108), Mterio. de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, Madrid, 1996, pp. 19-51

¹⁰² MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Op. Cit., pág. 188; BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina*, Op. Cit.

¹⁰³ En 1905, el Ensanche Norte albergaba cerca de dos millares de inmuebles, siendo el incremento de la oferta residencial en torno al 95%; en el caso del Ensanche Este superaba el millar y medio, con un aumento del 265%; y, por último, el Ensanche Sur apenas superaba el millar, con una dilatación del 120%. AVM, sección Estadística, padrón municipal de Madrid de 1878 y 1905. Los datos relativos a los Ensanches Norte y Sur proceden de las investigaciones efectuadas por Rubén Pallol y Fernando Vicente.

el 42%, en el Ensanche Este; 88 Has., el 28%, en el Ensanche Norte; y 94 Has., el 30% en el Ensanche Sur¹⁰⁴. La causa principal de este fenómeno fue que el entramado legislativo sobre el que se sustentaron los distintos proyectos de Ensanche del país, hechos a la medida del de Madrid, entregó en bandeja de plata a los grandes propietarios de suelo la llave de su desarrollo al vincular el ritmo edificatorio y la calidad de sus inmuebles con el volumen de ingresos para dotar de infraestructuras y servicios a cada barrio. De este modo, las zonas más cotizadas del Ensanche, en manos de unas pocas manos desde sus inicios, quedaron fuera del mercado inmobiliario hasta que sus dueños lo consideraron oportuno, acaparando grandes reservas de suelo mientras esperaban a que los precios de venta de sus solares o los de su posible edificación y alquiler fueran lo suficientemente atractivos como para sacar partido de ellos.

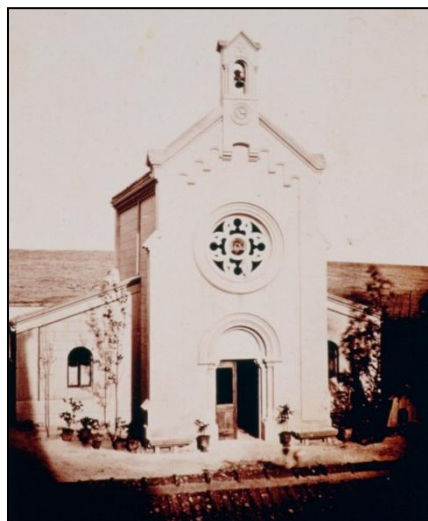
Ejemplo de ello fue el ya mencionado rentista Francisco Maroto Martínez, importante propietario del Ensanche Este por herencia de sus padres Juan Pablo Maroto y Candelaria Polo, y que supo adaptarse a los vaivenes y las oportunidades que le deparaba el mercado inmobiliario. Al ser hijo único, heredó en 1848 una fortuna formada por varias casas en el casco antiguo y cientos de hectáreas en el futuro Ensanche Este. Durante la década de los 60 y tras la puesta en marcha de la ampliación de la ciudad, en pleno período de exaltada especulación inmobiliaria, vendió cientos de hectáreas antes rurales y ahora urbanizables a precios estratosféricos al marqués de Salamanca, Fermín Muguiro o Manuel Salvador López entre otros, por cerca de cuatro millones de pesetas, capital que invirtió rápidamente en la compra de varias casas en el casco antiguo. Una vez pasado el tiempo de las ganancias fáciles y rápidas, Maroto se dedicó a vivir de las rentas que los inmuebles del interior que había heredado o adquirido le reportaban, mientras que decidió reservar el suelo del que disponía en la 2ª zona del Ensanche esperando una lenta pero garantizada revalorización. Sólo cuando ésta alcanzaba una jugosa cifra en alguno de sus solares, Maroto se dispuso a edificar en ellos, tal y como hizo en los números 25 y 27 de la calle Serrano (cuyos inmuebles estaban valorados a su muerte en 285.000 ptas.), en los números 3 y 5 de la calle Diego de León (valorados en 200.000 ptas.), o en las casas de nueva planta que ocupaban los números 4 y 6 de la calle Marqués de Villamagna (cuyo precio de mercado conjunto era de 455.000 ptas. en 1882, fecha de su muerte). Así, en la partición de bienes efectuada el 8 de abril de 1893 en la notaría de José García Lastra, Francisco Maroto legó a su esposa Lorenza Polo un patrimonio mayor del que recibió, formado fundamentalmente por más de una decena de inmuebles repartidos por el casco antiguo y el Ensanche, además de 83 hectáreas en su mayoría urbanizables ubicadas en esta última zona, garantía de riqueza para el futuro de la familia¹⁰⁵.

Como Francisco Maroto, otras grandes fortunas acapararon suelo urbano en el Ensanche durante décadas, como los Aranda, Valderas, Erice, Finat o Gosálvez, aunque también hubo casos en los que figuras de orígenes más modestos lograron entrar con éxito en el circuito inmobiliario y lograr una posición holgada. Uno de ellos fue Mariano Monasterio Arenal quien, como ya se indicó, logró edificar un pequeño conjunto de viviendas al noreste del paseo de la Castellana y asentarse como rentista en la década de los 80 tras empezar como un humilde carpintero, convertirse posteriormente en dueño de su propio taller, y prosperar como aparejador de obras a las

¹⁰⁴ GONZÁLEZ E IRIBAS, A.: *Guía práctica de Madrid*, Ayuntamiento de Madrid, 1906. Biblioteca Regional de Madrid, signatura Mp.IV/37.

¹⁰⁵ AHPNM, Protocolo 35137. Notaría de José García Lastra, Partición de bienes de Don Francisco Maroto a su muerte. 8 de abril de 1893. Hojas 1223-1782.

órdenes del arquitecto Lecumberri en las primeras edificaciones del barrio de Salamanca. En este último puesto, Mariano Monasterio logró amasar una respetable suma de dinero además de adquirir la experiencia necesaria para publicar en 1867 su *Anuario de la Construcción*¹⁰⁶, obra en la que recopiló los conocimientos que atesoraba sobre la edificación en Madrid.



Ilustraciones 4.24 y 4.25. A la izquierda, palacete de Mariano Monasterio en la Castellana. J. Mon. H. 1870. Legado Ortiz Echagüe, Universidad de Navarra. A la derecha, capilla realizada por la misma persona en el Paseo de la Castellana, h. 1870. BNE.

Su siguiente paso fue invertir sus ganancias en lotes de tierra alejados del casco antiguo como el denominado *Laderón de la Castellana*, comprados a buen precio a la Sociedad de Crédito Mobiliario, encargada de deshacerse de los inmuebles que el marqués de Salamanca dejó como garantía en su fracasada compañía para la venta y explotación de los solares e inmuebles que edificó¹⁰⁷. Estos solares, situados donde la Fuente Castellana, albergaron *esas bonitas casas aisladas de ameno jardín* que Monasterio edificó en la década de los 70, conformando un nuevo barrio que llevaría su nombre y al que dotó de una pequeña capilla¹⁰⁸. A su muerte, Mariano Monasterio dejó en herencia a su sirvienta María Miner al haber fallecido anteriormente su esposa y carecer de hijos un hotel con jardín ubicado en el paseo de la Castellana nº 60, las casas 3, 5 y 8 de la calle Salas y un edificio destinado a escuelas en el barrio de Prosperidad¹⁰⁹. No obstante, el caso de Mariano Monasterio no puede ser tomado como el reflejo de una probabilidad factible de que representantes mesocráticos como profesionales liberales y empleados públicos o privados pudiesen dar un salto cualitativo convirtiéndose en propietarios fácilmente sino todo lo contrario. La relevancia de su figura radica en las pocas biografías que lo lograron. De hecho, la condición de su éxito radicó además de en su formación, experiencia y trabajo, en que

¹⁰⁶ En esta obra, que le valió el reconocimiento público de Miguel Martínez Ginesta, Mariano Monasterio Arenal recopiló “*los precios de los distintos materiales de construcción, sus condiciones y ensayos, serie de precios compuestos, de mano de obra y de todo coste de albañilería y carpintería*”.

¹⁰⁷ Algunas de las compraventas de dichos solares en: AHPNM, protocolos 33.489 y 33.493.

¹⁰⁸ Así fue descrito por Ginesta el conjunto de modestos hoteles edificados por Mariano Monasterio. En *El globo*, 9 de julio de 1876. DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*. Siglo XXI, Madrid, 1986, pp. 71-72; *Madrid Moderno*, enero de 1880, cuaderno II, pp. 8-13.

¹⁰⁹ La finca del paseo de la Castellana fue tasada en 197.600 ptas., la casa de la calle Salas nº 3 lo fue en 21.600 ptas., la número 5 en 71.200 ptas., la número 8 en 22.600 ptas., y por último el edificio destinado a escuelas fue valorado en 60.000 ptas. Aprobación y protocolización de las operaciones de testamentaría de Mariano Monasterio y Arenal, notaría de José García Lastra. AHPNM, Protocolo 42.652.

estuvo ligado al sector económico más pujante del Madrid de la década de los 60 del siglo XIX, la construcción, lo que le permitió amasar miles de pesetas en su haber así como acceder con garantías al volátil mercado crediticio de la capital. Sólo así se explica que pudiera hacer frente a la compra, por ejemplo, de los terrenos del *Laderón de la Castellana* por 107.709 ptas. a pagar en diez plazos anuales de 10.000 ptas. cifras astronómicas para la práctica totalidad de asalariados y profesionales liberales afincados en la ciudad, como así muestran los sueldos anuales medios de los empleados de cuello blanco públicos y privados, los altos cargos del ejército y la administración, los catedráticos, los ingenieros o los jueces, etc., entre los cuales sólo unos pocos disponían de salarios anuales que superasen dicha cifra (Figuras 3.36, 3.41, 3.43 y 3.50).

Este proceso de expansión de la ciudad, controlado y manipulado por los intereses individuales de sus principales propietarios, derivó en una reserva generalizada del suelo mejor cotizado del Ensanche, situado entre la calle de Almagro y la puerta de Alcalá, un suelo que acabaría conformando poco a poco la consolidación de barrios eminentemente burgueses. Además, la exacerbada especulación inicial que afectó al Ensanche Este hinchó de tal modo el precio de sus solares, inmuebles y alquileres que erradicó cualquier posibilidad de adquirir en él un modesto solar en el que edificar una pequeña casa al alcance de las carteras de las familias encabezadas por jornaleros y trabajadores manuales cualificados. Es más, ni siquiera amplió la oferta residencial de viviendas de alquiler cercanas al casco antiguo y que fueran acordes a sus presupuestos, con mejores condiciones higiénicas y que fueran más baratas que las del interior. Sólo pudieron conformarse con los mismos sotabancos y buhardillas ubicadas en los pisos superiores de los nuevos inmuebles, reproduciendo la segregación en altura preexistente en el interior, o en los estrechos solares resultantes de la excesiva división realizada por el Estado de los terrenos que había comprado para organizar una Exposición Hispano-Americana que nunca llegó producirse (Figura 4.2). Así, uno de los objetivos primordiales del Ensanche de Madrid, dar residencia a los miles de inmigrantes que llegaban anualmente a la capital, estuvo comprometido desde sus inicios. Sólo los más acomodados o los que disfrutaban de unas redes familiares, de parentesco o paisanaje más tupidas tuvieron opciones de entrar con buen pie en las zonas más cotizadas. El resto se hacía hueco donde y como podía, no siendo raro que levantaran pequeñas chabolas o, en casos extremos, que se ubicaran en cuevas a escasos metros de las últimas fachadas de la ciudad, ora en las Peñuelas ora en las laderas de la montaña de Príncipe Pío o, por ejemplo, “*detrás de las tapias de cerramiento de la posesión de José Finat, en la continuación de la calle de La Gasca*”. Allí las detectó en septiembre de 1880 el inspector de policía urbana de Buenavista, donde tenían su “*albergue personas de mal vivir que cometían escenas inmorales y escandalosas*”. Era tal el trasiego y tan preocupante el panorama social allí existente a ojos del consistorio que en menos de dos semanas fue ejecutada la orden de que fueran “*derribadas las chabolas y cegadas las cuevas por los mangueros de la Villa*” de dicho punto del Ensanche Este¹¹⁰.

Una opción intermedia a los sotabancos de la calle Serrano y a las cuevas lindantes al barrio de Salamanca, el alquiler de una de las múltiples viviendas compartimentadas en las casas de corredor de nueva construcción de finales de la calle Hermosilla, no siempre resultó mejor. Eran inmuebles cuyo alquiler era asequible para empleados poco especializados, trabajadores manuales cualificados y jornaleros con trabajo estable, ya que la división interior era máxima, no estaban cerca del casco antiguo y, sobre todo, carecían de infraestructuras como calles pavimentadas,

¹¹⁰ AVM, sección Secretaría, signatura 10-81-5.

alumbrado por gas o una moderna red de alcantarillado. Las consecuencias de circunstancias tan adversas no se hacían esperar. Así, en julio de 1893, se encendieron las alarmas de la Casa de Socorro del distrito de Buenavista al detectar el médico facultativo de su cuarta sección, Martín Díez Guerra, los casos de tres niñas de distinta familia que padecían viruela en el nº 27 de la calle Hermosilla. “*Dicha casa (afirmaba el médico en su informe), tiene pésimas condiciones higiénicas, es sucia y viven los vecinos hacinados en ella* (en el padrón de 1905 se contabilizaron 53 viviendas en las que residían 213 personas). *Además, al lado mismo de la puerta de la calle está la boca de un pozo negro que exhala emanaciones fétidas irresistibles*”¹¹¹. El destino de las tres niñas enfermas nos es desconocido, ya que la instancia municipal concluyó el 1 de agosto tras realizarse la desinfección de la vivienda por el laboratorio municipal y la limpieza del pozo negro del edificio por el ingeniero director de fontanería y alcantarillas. Este incidente ni mucho menos aislado sirve de muestra de la dificultad de las capas populares madrileñas para asentarse en el Ensanche de Madrid, las cuales fueron impelidas de una forma cada vez más acuciante a ubicarse en aquel limbo administrativo apellidado Extrarradio, donde empezaron a crecer con fuerza núcleos de población como Cuatro Caminos y Tetuán, Prosperidad, Guindalera, Las Ventas, Vallecas o los Carabancheles¹¹². La ciudad atraía población, pero también la expulsaba, tal y como el anciano trapero Zaratuza afirmaba en *La Horda*:

“Noventa y cuatro años, señor... Soy el más antiguo del gremio... Yo he visto mucho; he visto al señor de Bravo Murillo traer las aguas a Madrid y saltar el Lozoya por primera vez en la antigua taza de la Puerta del Sol; he visto cómo la villa ha ido poco a poco ensanchándose y dándonos con el pie a los pobres para que nos fuéramos más lejos... Dicen que esto es el Progreso, y yo respeto mucho al tal señor. Muy bien por el Progreso... pero que sea igual para todos. Porque yo, señor mío, veo que de los pobres sólo se acuerda para echarnos lejos, como si apestásemos.”

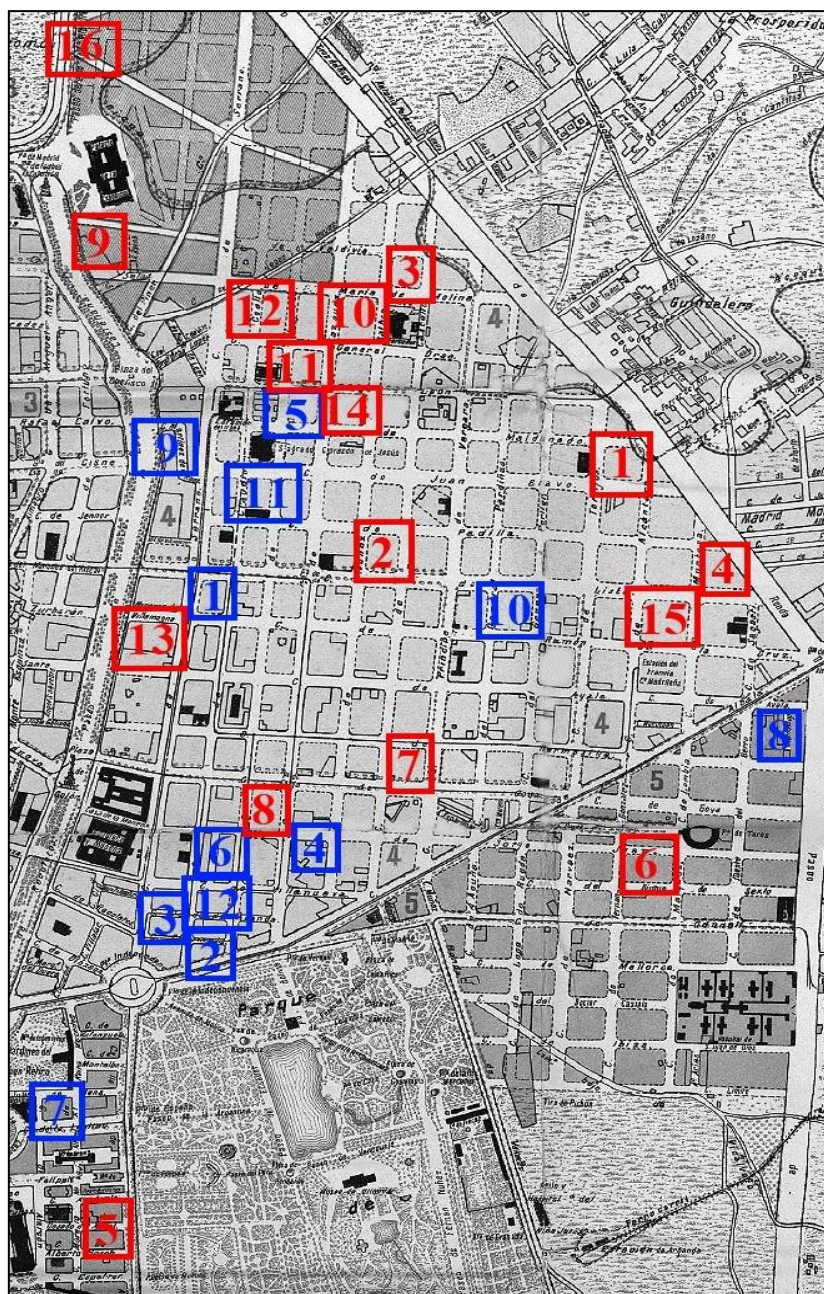
BLASCO IBÁÑEZ, V.: *La horda*, 1905.

El acceso al mercado inmobiliario y el deseo de convertirse en pequeños propietarios rentistas tampoco fue fácil para el heterogéneo grupo de profesionales liberales, modestos comerciantes y empleados especializados que sí lograron, al menos, residir de alquiler en los barrios más cómodos y modernos del Ensanche Este de la capital. Durante las dos primeras décadas, la enorme especulación existente y las fluctuaciones en los precios limitaron su capacidad de compra, reduciendo su actividad sólo a operaciones concretas en las que el Estado u otras sociedades de crédito realizaron ventas intensivas y atropelladas de terrenos que habían acaparado de modo ocasional a precios muy inferiores al valor de mercado general¹¹³.

¹¹¹ AVM, sección de Secretaría, Clase de Sanidad, negociado de Beneficencia, signatura 11-388-16.

¹¹² VORMS, C.: *Bâtisseurs de banlieue. Madrid: le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, Grâne, Créaphis Éditions, 2012; “La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900), en BEASCOECHEA GANGOITI, J.M., NOVO LÓPEZ, P. y GONZÁLEZ PORTILLA, M.: *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Op. Cit., pp. 529-546; GONZÁLEZ LÓPEZ, J.: *Madrid y su extrarradio: el distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*, Trabajo Fin de Máster, UCM, 2010.

¹¹³ Entre estas operaciones inmobiliarias destacaron la que el Estado protagonizó al dividir en pequeños lotes los terrenos destinados a la Exposición Hispano-Americana, o las que sociedades como el Banco de Previsión y Seguridad, la Sociedad Española de Crédito Comercial o el Crédito Mobiliario realizaron para vender rápidamente los terrenos recibidos por la hipoteca contraída por el director de los Campos Elíseos, por la bancarrota del marqués de Salamanca o por la demolición de la antigua Plaza de Toros, respectivamente. MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Op. Cit., pp. 149-155.



Solar	Ptas./pie	Tamaño	Valor	Solar	Ptas./pie	Tamaño	Valor	Solar	Ptas./pie	Tamaño	Valor
<i>Solares edificados</i>				10	21,91	1.597	34.990	7	8,07	6.189	49.945
1	27,77	5.400	149.958	11	38,22	3.338	127.578	8	10,1	15.780	159.378
2	38,39	6.511	249.957	12	63,95	12.509	799.951	9	4,53	98.550	446.432
3	56,03	5.800	324.974	<i>Solares sin edificar</i>				10	7,68	11.707	89.910
4	50,45	4.161	209.922	1	0,75	-	-	11	2,12	2.354	4.990
5	33,18	6.027	199.976	2	2,25	34.000	76.500	12	1,70	19.796	33.653
6	64,65	5.800	374.970	3	0,75	20.000	15.000	13	1,97	10.146	19.988
7	56,22	5.247	294.986	4	2,25	69.358	156.056	14	3,75	27.840	104.400
8	9,48	2.636	24.989	5	28,00	7.182	201.096	15	4,52	39.781	179.810
9	17,19	11.631	199.937	6	1,84	24.496	45.073	16	4,93	15.204	74.956

Figura 4.19. Distribución y valor de los solares comprados en el Ensanche Este entre 1900 y 1906. Elaboración propia sobre el plano *Guía práctica de Madrid* de González e Iribas, 1906. Escala 1:10.000. Biblioteca Regional de Madrid, signatura Mp. IV/37. Los datos han sido extraídos de distintos ejemplares de *El Día*, *El Diario Oficial de Avisos*, *La Construcción Moderna* y *La Época* de los años señalados.

Pasada la enorme especulación inicial del precio del suelo en el Ensanche y su brusco descenso que le siguió en los años 60, durante las décadas interseculares el incremento del valor de las compraventas de solares se estabilizó en unos precios prohibitivos para la mayor parte de las clases medias, ya que “*cuesta hoy cualquier terreno del Ensanche el doble y a veces más de lo que valía hace unos años*”¹¹⁴. Tal y como se desprende de los datos recogidos en la Figura 4.19, obtenidos de distintas adquisiciones de solares (edificados o no) registradas en el Ensanche Este entre 1900 y 1906 y publicadas en distintos periódicos de la capital, el valor medio del pie edificado alcanzaba las 39,78 ptas., mientras que el no edificado era de 5,32 ptas., siendo el precio medio de los inmuebles vendidos unas 250.000 ptas. y el de los solares 110.000 ptas., todos precios inalcanzables para el grueso de profesionales liberales y altos cargos de la administración pública, la justicia, la universidad o el ejército que residían en Madrid.

El ritmo constructivo del Ensanche Este fue lánguido porque las pocas manos que controlaban centenares de sus hectáreas evitaron urbanizarlas de golpe para hundir la oferta y así hacer subir su valor¹¹⁵. Además, el inversor que quería edificar en uno de sus solares después de haberlo comprado a un precio tan elevado, buscaba captar los alquileres más altos posibles, edificando en calidades y tamaños superiores para atraer a unas clases sociales acomodadas que, cuantitativamente, no eran muy numerosas en el Madrid de la época, lo que constreñía la demanda de este tipo de residencia¹¹⁶. En este cuello de botella quedó atascada esa clase media que albergaba aspiraciones y que tenía opciones de ascender socioeconómicamente a través de la adquisición de una sencilla propiedad que arrendar. Sólo una vez entrado en el siglo XX, a medida que las grandes familias detentadoras de suelo urbano del Ensanche Este comenzaron tímidamente a dividir sus manzanas en solares y éstos en casas para su venta, hicieron factibles sus sueños de poseer un edificio de pocas plantas al que luego añadir más una vez que quedara comprobada su demanda.

No obstante, los precios del Ensanche Este siguieron sin ser homogéneos a principios del siglo XX, ya que en ellos no sólo primaba la forma y el tamaño de cada inmueble o solar, y el número de viviendas en que estuviera compartimentado, sino también la apreciación de las rentas futuras, consecuencia directa de su posición en el plano, de su cercanía a las vías principales y al casco antiguo. Indefectiblemente, las compraventas de inmuebles en las que el precio del pie cuadrado alcanzaba las cotas más elevadas se situaban en los márgenes del eje Prado-Recoletos-Castellana, con inmuebles en calles como Lealtad y Martínez de la Rosa (ver solares edificados 7 y 9 de la Figura 4.19) y en los alrededores de la puerta de Alcalá (inmuebles 3, 6 y 12), donde el pie cuadrado superaba las 50 y 60 ptas. De ahí en adelante, a medida que se avanzaba hacia el Extrarradio, los inmuebles y los solares iban reduciendo paulatinamente su valor hasta llegar a los solares y edificios más baratos, ubicados ya en las cercanías del Paseo de Ronda, donde el pie edificado tenía un valor inferior a las 10 ptas., mientras que el pie no urbanizado raramente superaba las 2 ptas. (ver edificio 8 y solares 1, 3, 4 y 6). Este ahondamiento en la disparidad de precios del suelo existente en el Ensanche de la ciudad a comienzos del siglo XX, tuvo continuidad en el tipo de inmuebles que se construyeron en cada una de sus zonas, aumentando todavía más la segregación horizontal mostrada a comienzos de la Restauración (comparar Figuras 4.8 y 4.21).

¹¹⁴ S. DE LOS TERREROS, L.: “Las casas de alquiler”, *La Construcción Moderna*, 15 de junio de 1907.

¹¹⁵ MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La promoción inmobiliaria en los ensanches del siglo XX”, en *Ciudad y territorio. Estudios territoriales*, nº 119-120, 1999, pp. 55-74.

¹¹⁶ RODRÍGUEZ CHUMILLAS, I.: *Vivir de las rentas...*, *Op. Cit.*; CAPEL SÁEZ, H.: *Capitalismo y morfología urbana en España*, Los libros de la frontera, Barcelona, 1975.

1860			1878			1905		
Zonas	Alquiler	Habs.	Zonas	Alquiler	Habs.	Barrios	Alquiler	Habs.
Manzana 276	75,80	480	Franja Este Castellana	178,27	2.367	Biblioteca	155,02	4.577
Afueras Puerta de Alcalá	24,99	616	Salamanca	83,08	8.213	Monasterio	103,19	4.007
						Salamanca	90,87	5.942
						Conde Aranda	132,08	6.819
						Goya	53,24	5.213
			Plaza de toros	27,34	3.032	Las Mercedes	34,22	7.465
						Plaza de toros	27,19	3.911
Retiro	63,12	771	Retiro	156,21	686	Retiro	146,87	5.441
Delicias	15,19	125	Delicias	22,73	1.064	Gutenberg	23,81	3.821
TOTAL	46,97	1.992	TOTAL	78,34	15.362	TOTAL	84,40	47.185

Figura 4.20. Evolución de la distribución de la población residente en las distintas zonas que componían el Ensanche Este indicando sus alquileres medios mensuales en pesetas (1860-1905). AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1860, 1878 y 1905.

El incremento demográfico y la intensidad constructiva con que Madrid despidió el siglo XIX fueron las cuñas que quebraron definitivamente su ecosistema social. El desarrollo efectivo del Ensanche trajo consigo, además de la dilatación del plano madrileño, su irreversible zonificación social, fenómeno común a las demás grandes urbes occidentales contemporáneas¹¹⁷. En 1905, la capital ya había superado el medio millón de habitantes (en 1900 su población era de 539.835 habitantes¹¹⁸), de los cuales la cuarta parte (132.747 personas) residía en la ampliación ratificada en 1860. Las zonas colindantes al casco antiguo ya se habían colmatado, fraguando una fisonomía urbanística y social propia que no pasó desapercibida para los gestores municipales, conscientes de que el Madrid que iniciaba el siglo XX era muy distinto al que había atravesado el ecuador de la centuria anterior. En 1898, el consistorio inició el estudio de un nuevo proyecto para reformar la división administrativa de 1863, que la evolución demográfica de la urbe ya había dejado obsoleta. La reestructuración de la ciudad no varió el número de distritos ni el de barrios, que siguieron siendo diez y cien respectivamente. La diferencia estribó en las demarcaciones señaladas, que variaron ostensiblemente respondiendo al viraje del peso de la ciudad desde la antigua contraposición entre el eje este-oeste al de centro-periferia¹¹⁹. A excepción del distrito de Centro, que englobaba el núcleo de la ciudad, los nuevos distritos se extendían desde el casco antiguo hasta el Extrarradio pasando por el Ensanche, eliminando las tortuosas líneas divisorias de la reforma de 1863, basada en unos vínculos vecinales y parroquiales en plena desaparición a comienzos del siglo XX. En la elección de los nuevos límites administrativos de cada distrito que serían aprobados finalmente en 1902, se buscó la creación de unidades demográficas similares (cada uno albergaría una media de 50.000 personas), pero en la conformación de los nuevos barrios y la

¹¹⁷ INWOOD, S.: *City of cities. The birth of Modern London*, MacMillan, London, 2005; NEAD, L.: *Victorian Babylon: People, Streets and Images in Nineteenth-century London*, Yale University Press, Yale, 2000; GUARDIA BASSOLS, M., OYÓN, J.L. y MONCLUS, F. J. (Dir): *Atlas histórico de ciudades europeas. Península Ibérica*, CCCB/ Salvat Editores, Barcelona, 1994; SOUTHALL, A.: *The City in Time and Space*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000; MARCHAND, B.: *Paris, histoire d'une ville: XIXe-XXe siècle*, Seuil, Paris, 1993; HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Op. Cit.; PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea*, Op. Cit.

¹¹⁸ INE, censo nacional de 1900.

¹¹⁹ PRIETO ROMERO, C.: "Los distritos de Madrid: proyecto de gestión desconcentrada", en *Cuadernos de derecho local*, nº 13, 2007, p.p.47-67.

reorganización interior de los antiguos, las autoridades municipales optaron por señalar sus perímetros en función de la segregación espacial existente, dando patente de corso a la fragmentación social de la ciudad que el Ensanche había potenciado¹²⁰.

4.3. Barrio rico, barrio pobre. El nuevo mosaico urbano del Ensanche Este.

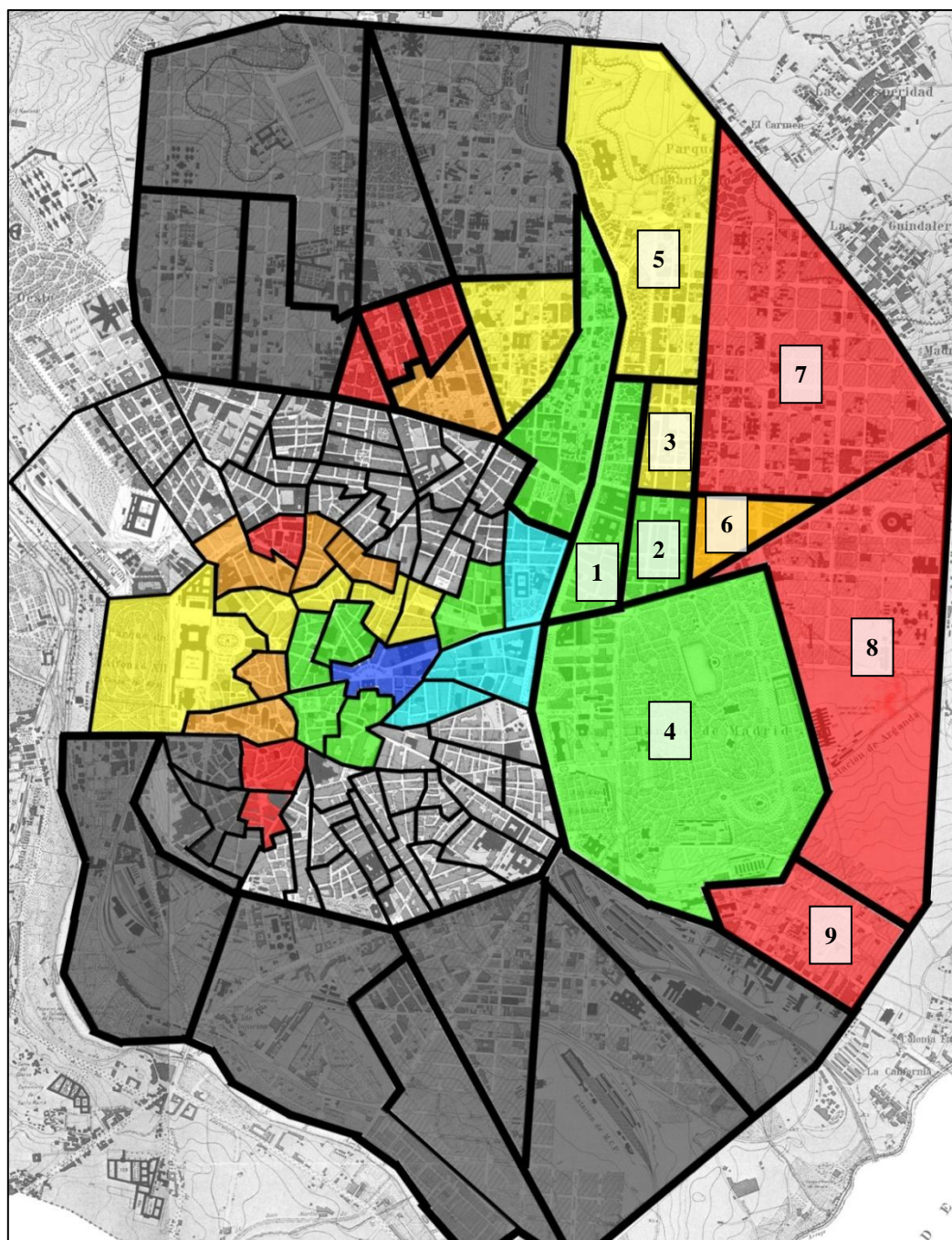
“No city should be so large that a man cannot walk out of it in a morning”

CONNOLLY, C.: *British critic. The Unquiet Grave*, 1944.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, las principales ciudades europeas sufrieron el quebranto de su histórica concentración espacial, perdiendo su apelativo de urbes *caminables* o *walking cities* (cuyas distancias, incluso las más lejanas, eran abarcables fácilmente a pie en poco tiempo) como consecuencia de la llegada masiva a sus calles de una creciente población emigrante de origen rural. La expansión geográfica a la que se vieron abocadas las grandes urbes europeas para dar cabida a tales movimientos migratorios produjo una flagrante profundización de las diferencias socioeconómicas existentes entre los distintos grupos sociales que las habitaban, que quedaría irreversiblemente plasmada en una contrastada segregación espacial. El aumento de las distancias físicas fue seguido de un acrecentamiento similar en la brecha socioeconómica existente entre las distintas clases sociales que convivían en el mundo urbano europeo y estadounidense de finales del siglo XIX. El caso madrileño siguió la misma evolución, quedando remarcados los nuevos espacios segregados y socialmente homogéneos del Ensanche de la ciudad, ya fuera por *elección* u *obligación* de sus vecinos, mediante el nuevo trazado barrial de 1902. Utilizando el alquiler medio de cada barrio como uno de los indicadores básicos para analizar el nuevo mosaico social madrileño, se observa claramente cómo a comienzos del siglo XX se estaba consolidando la formación en la urbe de un núcleo central de alto valor económico en torno a la Puerta del Sol, símbolo de la modernización económica que estaba transformando la capital, y que iba decantándose lentamente hacia el margen oriental del antiguo casco urbano, *desparramándose* por los paseos del Prado y de Recoletos-Castellana (Figura 4.21). Más allá de este eje central, la evolución residencial del Madrid intersecular en lo que respecta al Ensanche Este siguió la senda marcada desde comienzos de la Restauración. Los barrios situados en la confluencia de las calles de Alcalá y los paseos de Recoletos y Prado, los más cercanos al casco urbano, caros y elegantes (Biblioteca, Retiro, Salamanca y Conde de Aranda) finalizaron su proceso de integración efectiva en la ciudad gracias a un fuerte crecimiento demográfico y a la práctica erradicación de los solares no urbanizados comprendidos en esta zona¹²¹. Sus calles dejaron de ser consideradas la frontera oriental de la capital, lo que fomentó su revalorización y la generación de unas plusvalías prominentes, que pronto fueron aprovechadas.

¹²⁰ GILI RUIZ, R. y VELASCO MEDINA, F.: “Ayuntamiento y administración municipal”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Op. Cit., pp. 300-307.

¹²¹ Los barrios de Biblioteca, Salamanca, Retiro y Conde de Aranda coparon buena parte de las licencias de solicitadas en 1880 para alquilar las nuevas viviendas edificadas. AVM, Secretaría, signatura 6-424-4.



Niveles de alquiler mensual por barrios		
Leyenda	Ptas. corrientes (1905)	Ptas. constantes (1913)
Muy bajo	0 – 25,37	0 - 25
Bajo	25,37 – 50,73	25 - 50
Medio bajo	50,73 – 76,10	50 - 75
Medio	76,10 – 126,83	75 - 125
Medio alto	126,83 – 202,92	125 - 200
Alto	202,92 – 304,38	200 - 300
Muy alto	más de 304,38	más de 300

Figura 4.21. Alquiler medio mensual de las distintas zonas y barrios del Ensanche de Madrid en 1905. AVM, Estadística, padrón de 1905. Los datos de los Ensanches Norte y Sur y del casco antiguo han sido cedidos por Rubén Pallol, Fernando Vicente, Santiago De Miguel y Luis Díaz. El cálculo de las pesetas corrientes de 1905 de las constantes de 1913 procede de la tasación del IPC anual español realizado por: CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coord.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. II, *Op. Cit.* Leyenda: 1. Biblioteca; 2. Conde de Aranda; 3. Salamanca; 4. Retiro; 5. Monasterio; 6. Goya; 7. Las Mercedes; 8. Plaza de toros; 9. Gutenberg. Plano de Madrid de Núñez Granés (1910). Gerencia Municipal de Urbanismo, Escala: 1:10.000.

El espacio no edificado de los barrios del Ensanche Este limítrofes al casco antiguo se agotó en las décadas interseculares, colmatándose sus calles principales y aledañas, lo que hizo que la parcelación de los últimos solares fuera cada vez más intensa. La distribución más común de estas parcelas urbanizables fue la de disponer de una fachada a la calle bastante estrecha en contraposición a una elevada profundidad, resultado de la especulación y el aprovechamiento desmesurado que las permisivas ordenanzas municipales consintieron sobre unas manzanas de gran tamaño, cuyo perímetro había sido ideado en función de las medidas higienistas de Castro. Por ello, incluso en barrios tan cotizados como los de Conde de Aranda o Salamanca, surgieron nuevas edificaciones que adolecieron de los mismos problemas que los antiguos inmuebles del casco antiguo: eran elevados y estrechos, poseían una línea de fachada reducida y pocas estancias con ventilación exterior. No obstante, ello no fue óbice para que sus inquilinos, aunque evidentemente no formaran parte de la elite madrileña, fueran representantes de las clases medias de la capital, ávidos de residir en uno de los barrios más modernos y decentados, con las mejores infraestructuras, acondicionamientos y facilidades de transporte de toda la ciudad.

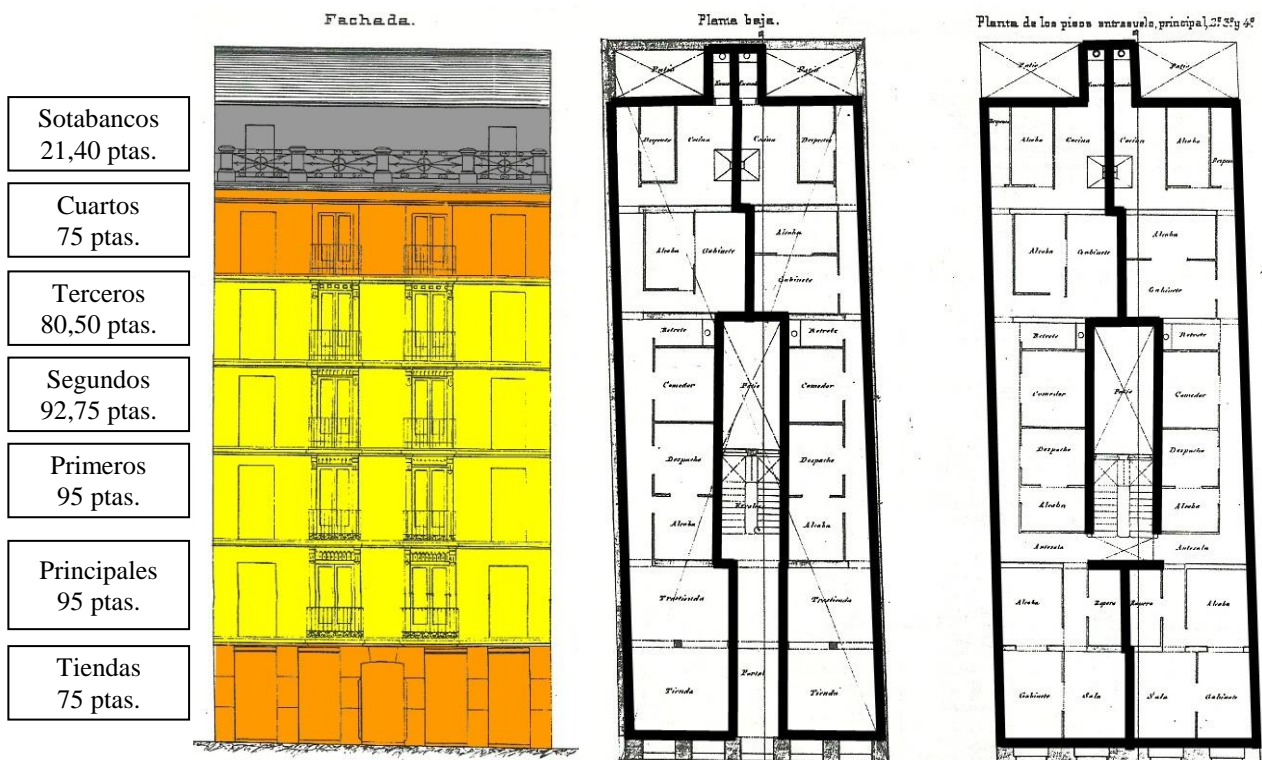


Figura 4.22. Planos de la fachada e interiores del inmueble de la calle Lagasca nº 8 propiedad de José Puente y Sierra edificado en 1894. AVM, Secretaría, signatura 9-481-5. Los datos de los alquileres proceden del padrón de Madrid de 1905 de dicho número. Los alquileres son mensuales. Los colores indican la escala de alquileres de la Figura 4.8.

Un ejemplo claro de la compresión del espacio que estos barrios burgueses sufrieron en la última década del siglo XIX lo encontramos en el inmueble de la calle Lagasca nº 8, edificado por José Puente Sierra en 1894 (Figura 4.22). Como el solar con el que contaba apenas llegaba a los 15 metros de fachada por más del doble de profundidad, las dos viviendas existentes en cada una de las siete plantas de las que constó el edificio estaban vertebradas a lo largo de pasillos alargados que comunicaban todas las estancias de la vivienda entre sí. El aire y la luz eran bienes preciados en una buena parte de las alcobas de la casa al ser éstas interiores, por lo que eran precedidas de

salas y gabinetes de donde recibían una mínima ventilación y luminosidad¹²². Sin embargo, los alquileres de estos inmuebles eran bastante elevados y se mostraban poco sensibles a la segregación vertical, salvo en el caso de los sotabancos que estaban situados sobre las primeras crujías del edificio, como consecuencia de la elevada demanda residencial de calidad existente en estos elegantes barrios. Evidentemente, sus inquilinos no eran de la misma condición social que aquellos que residían en los hoteles que rodeaban la Plaza de la Independencia o en las dos lujosas y espaciosas manzanas que el marqués de Salamanca edificara primero en el margen de los pares de la calle Serrano entre 1862 y 1864 (Figuras 4.4 y 4.6). Aquí, como en otros inmuebles del mismo tipo que de forma coetánea fueron construidos en los barrios de Salamanca, Conde de Aranda y Goya, no había banqueros, grandes prohombres de la industria y las finanzas o apellidos de rancio abolengo. Pero sí profesionales liberales, comerciantes y empleados públicos y privados de cierta especialización, además de pensionistas y militares retirados que disfrutaban de una buena paga. Sólo en la portería y en los últimos pisos como las buhardillas y sotabancos, encontraron cobijo trabajadores manuales cualificados y jornaleros, segmento laboral de clara relevancia cuantitativa en el conjunto del mercado de trabajo madrileño¹²³. La gran calidad de los inmuebles de esta zona, su excelente ubicación entre el *viejo* y el *nuevo* Madrid, la relevancia de los servicios e infraestructuras de los que disfrutaban sus inquilinos y la reserva del suelo realizada por sus primeros propietarios expulsando de sus calles a los sectores más desfavorecidos de la urbe, supusieron activos que fueron tenidos en cuenta por las élites industriales, financieras y aristocráticas de la capital para su elección residencial. Éstos fueron seguidos a cierta distancia por unas crecientes clases medias formadas por profesionales liberales y empleados de cierta especialización intelectual, que colmataron en el cambio de siglo la oferta residencial de los barrios de Biblioteca, Retiro, Salamanca, Conde de Aranda y, en menor medida, Goya, gracias a los edificios más estrechos y de menor valor que se erigieron en los años interseculares.

La mayor parcelación de los solares que aún no habían sido urbanizados por parte de sus propietarios demuestra cómo el negocio del inquilinato seguía generando pingües y seguros beneficios a los rentistas que poseían propiedades en este espacio urbano. Por ello, dadas las plusvalías en juego y una vez compactado el espacio en horizontal, pronto se produjo un fenómeno desconocido hasta la fecha en esta zona: la reforma y mejora emprendida de los primeros inmuebles construidos en el Ensanche Este durante la década de los 60, en busca del incremento de las rentas a través de la modernización de sus viviendas y su ampliación vertical. No se trataba de poner al día y acomodar edificios construidos antes de la ratificación del Ensanche, como en el caso de la familia Aguirre y sus inmuebles de la carretera de Aragón (Figuras 1.10, 1.11 y 4.18), sino de renovar e implementar edificios construidos sólo dos décadas antes. Uno de estos casos fue el protagonizado por Gerardo González, aparejador de obras residente en el 3º derecha del nº 7 de la Plaza de Santa Cruz y dueño del inmueble nº 6 de la calle Goya, edificio de tres plantas que había sido construido en 1865 por el marqués de Salamanca. Situado en una calle considerada por la normativa municipal como de primer orden, y dentro de los límites del nuevo barrio acomodado de Conde de Aranda, Gerardo González decidió revalorizar su inmueble, que sólo constaba de tres alturas y

¹²² AVM, Secretaría, signatura 9-481-5.

¹²³ La ocupación declarada en las hojas de empadronamiento de la capital de 1905 por los cabezas de familia residentes en la calle Lagasca nº 8 fue la siguiente: dos industriales (que regentaban una vaquería y una vidriería), un abogado, un médico, un maestro de obras, un cesante, tres pensionistas, un vidriero, dos empleados públicos (en el ministerio de gobernación y en la dirección general de aduanas), un jornalero y el portero de la finca. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

que ocupaba un espacio envidiable y que se hallaba desaprovechado. Así, en 1902 Gerardo solicitó una licencia de obras para reformar dicho inmueble con el objetivo de implementar el interior y su fachada mediante la adopción de medidas tendentes a “*la mejora de sus servicios de agua y saneamiento*”. También aprovechó este trámite para solicitar la adicción de una nueva planta compuesta por dos amplias viviendas que contarían con gabinete, despacho, sala y comedor, elevando el edificio desde los 17 hasta los 20 metros de altura, su límite administrativo. Gerardo González logró que su proyecto fuera aprobado y las obras, que seguramente molestaron a un joven José Ortega y Gasset que residía por aquel entonces en este número con sus padres, hermanos y un tío, se efectuaron a lo largo de 1904, logrando en febrero de 1905 el permiso municipal para habitar y alquilar las dos habitaciones del nuevo piso¹²⁴. Pero el anterior propietario no fue el primero ni el último rentista que reformó alguno de sus inmuebles para adecuar su oferta residencial a la elevada demanda de vivienda de calidad que se concentraba en este punto de la capital. José Fernández de Lascoiti Sancha, conde de Lascoiti, dueño y residente en la calle Villanueva nº 5, también optó en 1905 por ampliar las posibilidades de negocio de su propiedad mediante la conversión de las tiendas que a pie de calle disponía el inmueble por bajos habitables¹²⁵. Para ello, subió los techos de éstas para crear residencias más aireadas y sustituyó almacenes, mostradores y salas de trabajo por “*una cocina, un fregadero, un cuarto de plancha y habitaciones y baño para la servidumbre*”, con el fin de atraer a familias acomodadas dispuestas a pagar alquileres superiores a las cien pesetas mensuales. De este modo, el conde de Lascoiti aumentaba por un lado sus rentas anuales, y por otro, eliminaba las posibles molestias que los establecimientos comerciales pudieran infringir a sus demás inquilinos, revalorizando de modo indirecto el resto de sus viviendas¹²⁶.

Sin embargo, la reforma que mayor impacto urbanístico alcanzó de las realizadas en estos años fue la que afectó a la cabecera de la calle Velázquez, entre los barrios de Conde de Aranda y Goya. Esta calle no había podido entroncar desde su origen con la calle Alcalá por la obstaculización del ya mencionado parador de San José, propiedad de Antonio Aguirre, hasta que fue derribado en agosto de 1895 tras 17 años de vericuetos administrativos, políticos y judiciales. Tras la demolición del “*vetusto pero destartado caserón*”, se fraguaba una nueva intersección en uno de “*los sitios más hermosos y frecuentados de Madrid, sirviendo de telón a una de las mejores vías de la corte, en la que se alzan suntuosos edificios*”¹²⁷, dejando codiciados solares vacíos a ambos lados de la calle Velázquez. No tardó en hacerse con el que ocupaba la esquina izquierda el asturiano Federico Ortiz López, residente en el principal del nº 8 de la plaza de Santa Isabel y uno de los mayores contribuyentes industriales del país gracias a su moderno establecimiento comercial denominado *Bazar X*, la *primera casa de juguetes en Europa* según rezaba su anagrama, situada en la calle Espoz y Mina. Poseedor de un enorme patrimonio, Federico Ortiz edificó un inmueble en el nº 91 de la

¹²⁴ AVM, Secretaría, Signatura 14-441-26 y AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

¹²⁵ AVM, Secretaría, Signatura 14-442-17 y AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

¹²⁶ Además de los ejemplos expuestos, la inversión inmobiliaria del propietario en reformar su inmueble para asegurarse mayores rentas en los años venideros se repitió en numerosas ocasiones. Otro caso de reforma de un inmueble construido en la década de los 60 fue el realizado por Luis Harguindey en su inmueble del nº 47 de la calle Serrano esquina con la calle del Marqués de Villamejor, el cual modernizó y amplió en 1903 de la mano del arquitecto Antonio Palacios. El edificio fue dotado de planta baja, principal, primera y segunda, con dos viviendas por planta salvo el principal, las cuales poseían gran amplitud y estaban dotadas de una gran cantidad de estancias. AVM, Secretaría, signatura 15-118-36. Para conocer con detalle los planos de la nueva distribución interior del inmueble, consultar DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX...*, Op. Cit., pp. 237-242.

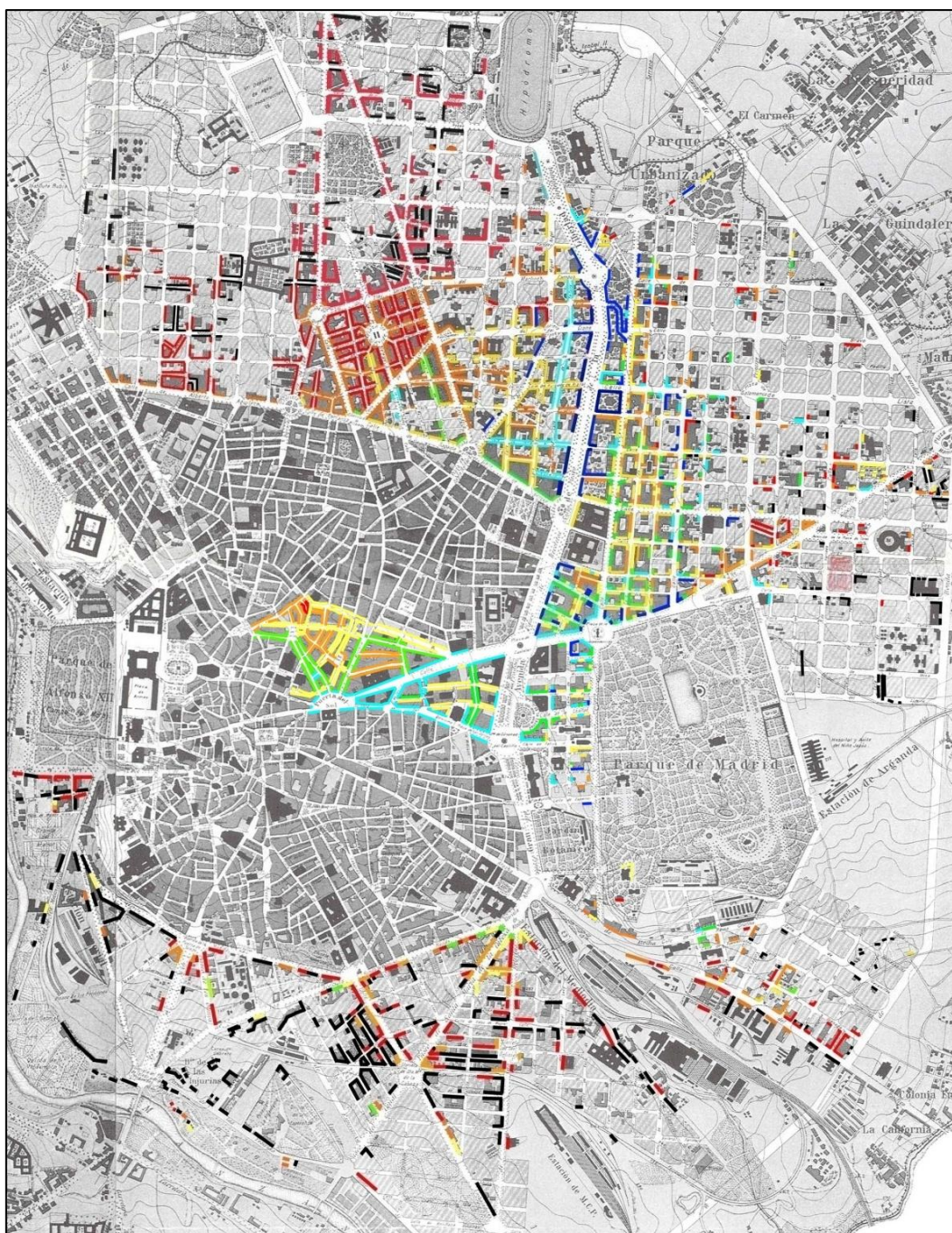
¹²⁷ *La Época*, 17 de agosto de 1895

calle Alcalá, con doble fachada a Velázquez (que todavía existe en la actualidad) a la altura de su excelente ubicación¹²⁸.



Figura 4.23. Fachada y distribución interior del sótano, planta baja, principal y piso primero, segundo y tercero del edificio del nº 91 de la calle Alcalá (1901-1904). AVM, Secretaría, signatura 14-441-20.

¹²⁸ Federico Ortiz López emigró a América desde Asturias cuando era joven, pero tuvo que volver por problemas de salud. Tras probar fortuna como tenedor de libros y modesto corredor de quincalla, probó fortuna en París, de donde volvió como afamado comerciante dispuesto a emprender un nuevo y moderno establecimiento comercial, siguiendo la fórmula de exposiciones comerciales, tan conocida en Europa como inexistente en España. En *El heraldo de Madrid*, 12 de octubre de 1898.



Niveles de alquiler mensual por barrios	
Leyenda	Ptas. corrientes (1905)
Muy bajo	0 - 25
Bajo	25 - 50
Medio bajo	50 - 75
Medio	75 - 125
Medio alto	125 - 200
Alto	200 - 300
Muy alto	más de 300

Figura 4.24. Plano de la riqueza y pobreza de Madrid en 1905 según el alquiler mensual de cada número de calle. AVM, Estadística, padrón de 1905. Los datos de los Ensanches Norte, Ensanche Sur y del casco antiguo han sido cedidos por Rubén Pallol, Fernando Vicente, Santiago De Miguel y Luis Díaz. Plano de Madrid de Núñez Granés (1910). Gerencia Municipal de Urbanismo, Escala: 1:10.000. La confección de este plano parte de la idea realizada por Charles Booth a finales del siglo XIX de cartografía la ciudad de Londres señalando la tipología social de sus habitantes, plasmada en el conocido *Poverty map of London*, en el que usa datos cuantitativos (salarios) y cualitativos (etnográficos) para establecer los espacios de la pobreza del Londres victoriano. Se puede consultar su obra en: <http://booth.lse.ac.uk/>.

El edificio resultante, construido entre 1901 y 1905, con 1.030 m² habitables, tenía cinco alturas distribuidas en sótanos, planta baja (con dos viviendas), principal (vivienda única reservada para la familia de Federico Ortiz), primero, segundo y tercero (con dos viviendas por planta), con dos escaleras principales y una de servicio y cinco patios interiores que garantizaban la total luminosidad y ventilación de todas las estancias. Además, los materiales eran de primera calidad, y se incluyó “*servicio de ascensor en la principal; retretes con aparatos higiénicos y depósitos de agua; chimeneas de mármol e instalación de la calefacción por vapor de agua; fogones de hierro; pavimentos de parquets entarimados, baldosín hidráulico y ordinario; balcones y miradores de hierro, bajadas de aguas, limas, canalones, guarnecidos, estucados, pintura al óleo y tantos detalles accesorios y complementarios de la construcción precisos para la solidez, higiene y decoración de la finca*”¹²⁹. La zona no era una cualquiera y el propietario tenía una posición y un nombre público respetable, de ahí que la edificación resultante debiera estar a la altura de ambos, lo que consolidó a la calle Velázquez como “*la mejor de aquel barrio y una de las principales de Madrid*”¹³⁰. De este modo, residir en un apartamento de lujo en una de las mejores zonas de la capital debía pagarse, y las ocho familias que en 1905 residían en ellos (además de la del portero y la de Modesta Gómez Morote, viuda del propio Federico, recientemente fallecido) lo hacían con creces con un alquiler mensual superior a las 500 ptas., generando una renta anual superior a las 50.000 ptas. anuales¹³¹. Sus distinguidos inquilinos eran el banquero Guillermo Vogel Schmitz, el médico Juan Manuel Sánchez Fernández, el comerciante Eduardo Audibert Cumón, el agente de bolsa José Morales Rodríguez, el rentista Luis Frigonal Romero y los propietarios José Ozcariz y Encarnación Ybrey, representantes de las capas más acaudaladas de la capital.

La necesidad de reformar o derribar construcciones previas para levantar otras, fue un problema con el que no tuvieron que lidiar los propietarios del cercano barrio de Retiro a pesar de situarse en una ubicación tan envidiable o más que los anteriores. El motivo fue que su urbanización fue más tardía, posterior a la ratificación del Ensanche, con el que fue vinculado (Ilustraciones 4.5 y 4.6). De esta forma, a comienzos de la Restauración el barrio de Retiro estaba escasamente poblado (Figura 4.20), era visto como una zona demasiado institucional por los organismos que albergaba, y vivido más como punto de encuentro y esparcimiento al situarse entre el Prado y el Retiro que como un barrio residencial. Sólo a partir de la década de los 80 comenzaron a fluir con fuerza capitales del mercado inmobiliario hacia esta zona, adquiriendo los solares que se habían parcelado y edificándolos a medida que las calles proyectadas se hacían realidad. Allí, la tipología de la edificación no estaba todavía mediatizada por la insuficiencia de suelo sino por su carestía y las tentadoras posibilidades de especulación abiertas. Unos terrenos ligeramente ondulados y aptos para la edificación, dotados de las mejores infraestructuras de las que disponía la urbe, a un paso de su pasarela social más distinguida y teniendo por compañía edificios monumentales, fueron factores que potenciaron una demanda residencial de elevada calidad y exigencia procedente de las capas sociales más acaudaladas de la capital. Esto provocó en su mitad septentrional, la más apreciada, consecuencias similares a las vistas en los barrios de Biblioteca, Salamanca y Conde de Aranda: la apuesta decidida de los propietarios por erigir inmuebles que aprovecharan la altura máxima prescrita por las ordenanzas municipales, hechos con materiales de calidad, con viviendas amplias y exteriores, dotadas con

¹²⁹ AVM, Secretaría, signatura 14-441-20.

¹³⁰ GASCÓN, D.: “Nuevas construcciones en Madrid”, *La Construcción Moderna*, 15 de julio de 1904.

¹³¹ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

amplios miradores, balcones y ventanales, y cuyas fachadas estaban adornadas en un sobrio pero refinado estilo clásico. También ubicaron aquí sus sedes instituciones y compañías como la Sociedad Azucarera Española, en la intersección entre Alarcón y Juan de Mena, o la Real Academia de la Lengua, en la calle Felipe IV. Por otra parte, los solares meridionales de este barrio, ubicados entre el parque del Retiro y la calle Pacífico, fueron afectados por su pérdida de centralidad en relación al conjunto de la ciudad, lo que hizo que las características de su mercado inmobiliario fuera similar al limítrofe barrio de Gutenberg, orientado hacia unas clases medias más modestas. Además, la construcción del museo antropológico por Pedro González Velasco entre 1873 y 1875 primero, y el Ministerio de Fomento en la década de los 90 después, remarcó el *limes* imaginario entre ambas zonas (para ver ejemplos de la distinta tipología edificatoria de una y otra zona consultar Figura 4.25). Por ello, cortada de raíz cualquier posible unidad constructiva con el Paseo de Atocha, los inmuebles que se erigieron al sureste del parque del Retiro fueron más compartimentados que los situados al norte del jardín botánico, con unas viviendas más estrechas y de menos estancias, hacían un mayor uso de las crujías para disponer de sotabancos y las fachadas, además de carecer de miradores, eran menos ornamentales¹³². El resultado era de esperar, unos alquileres más reducidos (aunque todavía muy lejos de lo que podían satisfacer la mayor parte de las capas populares) y la preeminencia residencial de familias modestas de clase media, vinculadas a la administración pública o al sector ferroviario estructurado alrededor de la remodelada estación de Atocha.

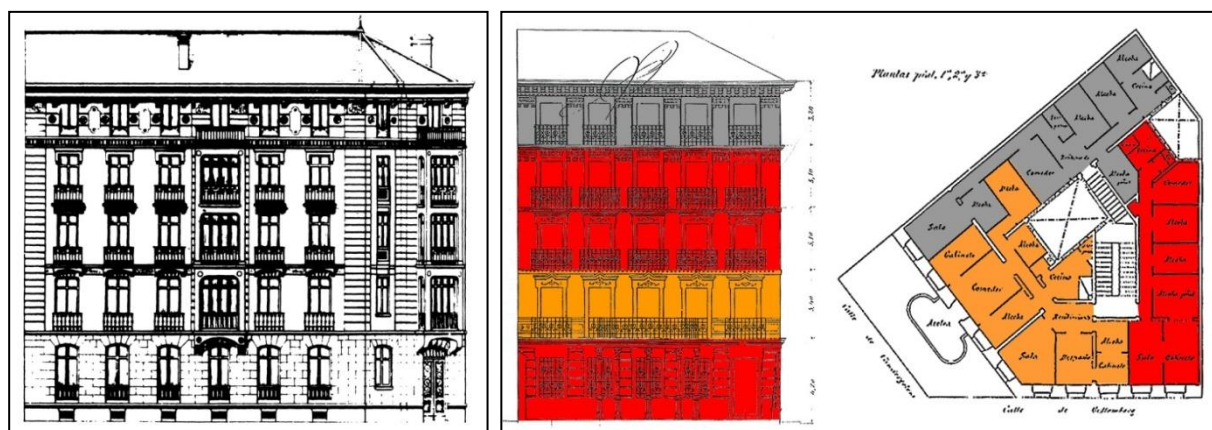


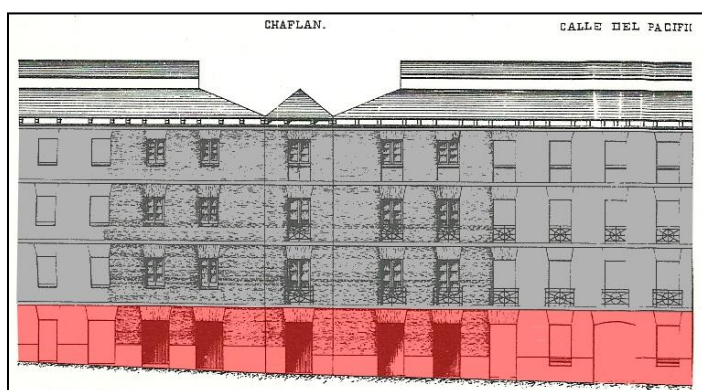
Figura 4.25. A la izquierda, fachada del proyecto de vivienda situada en la esquina entre las calles Ruiz de Alarcón y Espalter en 1908, al norte del jardín botánico. CAPOTE, C.: “El barrio del Museo en Madrid”, *Estudios geográficos*, nº 37:144, agosto de 1976, CSIC, Madrid, pág. 330. A la derecha, fachada a la calle de Gutenberg y distribución interior de los pisos principal, 1º, 2º y 3º del inmueble de la calle Vandergoten con vuelta a la calle Gutenberg nº 5, a escasa distancia del barrio de Gutenberg. AVM, Secretaría, 10-106-60 y AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905. Los alquileres medios son mensuales y los colores corresponden a la escala de alquileres de la Figura 4.8.

La homogeneidad constructiva de la esquina suroriental del barrio del Retiro conformó la antesala y sirvió de transición espacial entre un mundo urbano burgués y altamente segregado y un área férreamente ligada al sector del ferrocarril y la industria. El barrio de Gutenberg presentaba unas características urbanísticas similares a los barrios del Ensanche Sur limítrofes a la estación de Atocha y sus dársenas¹³³. La

¹³² DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX...*, Op. Cit., pp. 278-288; CAPOTE, C.: “El barrio del Museo en Madrid”, *Estudios geográficos*, nº 37:144, Op. Cit.

¹³³ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

demanda residencial de esta zona era generada por decenas de familias vinculadas al trabajo manual, cualificado o no, en los almacenes y talleres que se aglutinaban en torno a la estación de Atocha, o al trabajo administrativo en las distintas oficinas de empresas como MZA, NORTE o MCP¹³⁴. No obstante, la mala comunicación de esta zona en relación al casco antiguo y la vinculación de su urbanización a una demanda residencial derivada de una producción industrial aún en ciernes en la capital a comienzos de siglo redujeron su crecimiento constructivo casi exclusivamente a los últimos números de la calle Pacífico. Allí ubicó una casa de vecindad Luis de Guirao en 1887, con vuelta al nº 2 de la calle Abtao. El inmueble, de planta irregular de 1.265 m² y compuesto de planta baja, primera, segunda, tercera, sotabancos interiores y sótanos vinculados a las cuatro tiendas dispuestas al nivel de la calle, distribuía sus ochenta viviendas, de modesto tamaño pero provistos de cocina y retrete propio, a través de un patio central al que se accedía por el portal. Además, Isidro Delgado, arquitecto del proyecto, distinguió entre la fachada que daba a la calle Pacífico, en la que introdujo balcones en los dos primeros pisos, y la de Abtao, que carecía de ellos. En suma, era una corrala modernizada, erigida para cubrir la demanda específica de las familias de jornaleros, artesanos y modestos empleados que trabajaban en el ferrocarril y que buscaban residir lo más cerca posible de su lugar de trabajo a un módico precio¹³⁵.



Alquiler medio	17,61 ptas.
Nº Viviendas	80
Habitantes	315
Familias <i>jornaleras</i>	54,5%
<i>artesanas</i>	11,8%
<i>empleadas</i>	10,2%
<i>militares</i>	9,1%

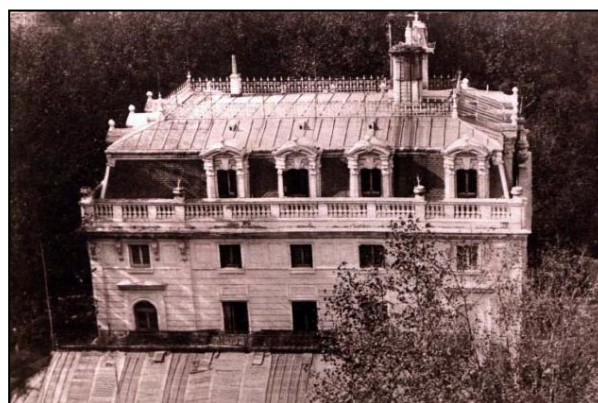
Figura 4.26. Fachada del inmueble construido en 1887 por Luis Guirao en la calle Pacífico nº 21, con vuelta al nº 2 de Abtao, y que todavía sigue en pie. AVM, Secretaría, signatura 7-75-69. Escala de alquileres en Figura 4.8.

Por otra parte, la urbanización del margen septentrional del paseo de la Castellana fue protagonizada por las capas sociales más altas de la ciudad, quienes colmataron sus márgenes con nuevos palacios y hoteles ajardinados, intentando aunar en la ubicación de sus nuevas residencias una buena comunicación con el casco antiguo y la disponibilidad de amplios solares en los que edificar palacetes más amplios y acordes con los nuevos tiempos que los del interior. Continuando con los palacios que ya adornaban el paseo de Recoletos, acompañando a los hotelitos que Salamanca erigiera en torno a la calle de Martínez de la Rosa y a las aportaciones públicas del

¹³⁴ Este fenómeno económico de aglomeración de actividades económicas similares en una zona concreta, en este caso vinculadas a la industria ferroviaria, creando lo que Alfred Marshall denominó como *industrial districts*, fue una constante repetida en las grandes ciudades europeas en esta época, donde generaron espacios urbanos especializados que influyeron de forma determinante en la estructura residencial de las urbes al generar a su vera barrios de clases trabajadoras, expulsando de sus cercanías las residencias de las clases medias. BALL, M., y SUNDERLAND, D.: *An economic history of London, 1800-1914*, Routledge, Londres y Nueva York, 2001.

¹³⁵ AVM, Secretaría, signatura 7-75-69. DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Op. Cit., pág. 540.

Hipódromo en 1878 y el Palacio de las Artes y la Industria entre 1881 y 1887, la frondosa y ancha avenida atrajo en las últimas décadas del siglo XIX a nuevos y acaudalados vecinos (Figura 4.25). Entre los residentes que mayor huella dejaron en el paseo destacaron el duque de Anglada y Antonio Cánovas del Castillo, quienes residieron en unos majestuosos palacios ajardinados que ayudaron a zonificar definitivamente dicho paseo y que tanto influyeron en su evolución posterior. El primero erigió el palacio que llevaría su nombre (comprado por los marqueses de Larios años después al arruinarse éste) en la manzana delimitada por el propio paseo, y las calles Serrano, Lista (actual Ortega y Gasset) y Marqués de Villamagna. Por su parte, Antonio Cánovas del Castillo residió en el conocido como Palacio de la Huerta al recibirlo su esposa, Joaquina, como regalo de bodas de su padre, el hacendado peruano Joaquín de Osma.



Ilustraciones 4.26 y 4.27. A la izquierda, palacio de Anglada, diseñado por Rodríguez Ayuso, h. 1880. A la derecha, el Palacio de Huerta, llamado comúnmente *Huerta de Cánovas*, h. 1890.

Ambos propietarios de los inmuebles decidieron edificar una suerte de *palacio-jardín*, que tuviera los beneficios de vivir en la urbe y, a la vez, en el campo. Por ello, ambos disfrutaban de un gran jardín, con parterres e invernaderos en su interior, además de distribuir el interior del edificio, compuesto de varias plantas, de forma marcadamente compartimentada. Por un lado se hallaban entre las zonas comunes abiertas a visitas, bailes y comidas, la planta principal, reservada para los inquilinos y para los huéspedes más cercanos y, por último de las dependencias necesarias para albergar al servicio doméstico así como los cuartos como el de planchado o la cocina, en el que debían trabajar, ubicados en los sótanos o en las últimas plantas. Llevaron a cabo en su interior una ejemplar distribución de las distintas estancias de la casa siguiendo el modelo de *habitación moderna* de inspiración parisina¹³⁶. Era un hecho contrastado que el eje Recoletos-Castellana se había erigido a principios del siglo XX como el punto preferido por las capas más adineradas de la *espuma* madrileña para fijar su residencia, elegido por, entre otros, el conde de Romanones (Álvaro Vázquez de Figueroa), el duque de Híjar (Alfonso Silva Campbell), la marquesa de Guadalcazar (M^a Luisa Wall Alfonso de Sousa), el conde de Benalúa y duque de San Pedro (Julio Quesada

¹³⁶ ELEB, M. y DEBARRE, A.: *L'invention de la habitation moderne. Paris 1880-1914*, Hazan y Archives d'Architecture Moderne, Paris, 1995; Díez de Baldeón, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Op. Cit., pp. 330-333; MARCUS, S.: *Apartment stories. City and home in nineteenth-century Paris and London*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1999; ARTOLA BLANCO, M.: "Los espacios residenciales de las élites. Madrid, 1900-1950", Seminario de Investigación de Doctorado del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2012.

Cañaveral Piédrola), el marqués de Argüelles (Federico Bernaldo de Quirós), Luis Canthal Cleve, la marquesa de Mirasol (Vicenta Palavicino Lara) o los embajadores de China, Rusia y Alemania¹³⁷.

Pero tras la opulenta línea de fachadas ajardinadas que recubrían la acera de los pares del paseo de la Castellana, estaba tomando forma un contexto residencial diferente. Los solares de los últimos números de calles como Serrano, Lagasca o Claudio Coello, que surcaban de sur a norte el Ensanche Este de Madrid partiendo desde la prolongación de la calle Alcalá, fueron elegidos por fortunas más modestas que las anteriores para invertir sus capitales con el fin de *“hacer una finca que les sirva de casa-habitación y tenga otros pisos alquilables que le ayuden a sufragar los gastos y le produzcan algún interés aunque no sea muy grande”*¹³⁸. Estos solares periféricos, alejados de la intersección entre el paseo de Recoletos y la calle Alcalá, foco centripeto de la especulación inmobiliaria de esta parte de la ciudad, eran más baratos que los de la Castellana o los barrios de Salamanca, Biblioteca o Conde de Aranda dada su posición excéntrica en el nuevo tablero urbano de la capital. De este modo, no faltaron quienes a principios del siglo XX decidieron invertir en estas calles, de menor valor en la época, pero que albergaban cierta garantía de revalorización futura.

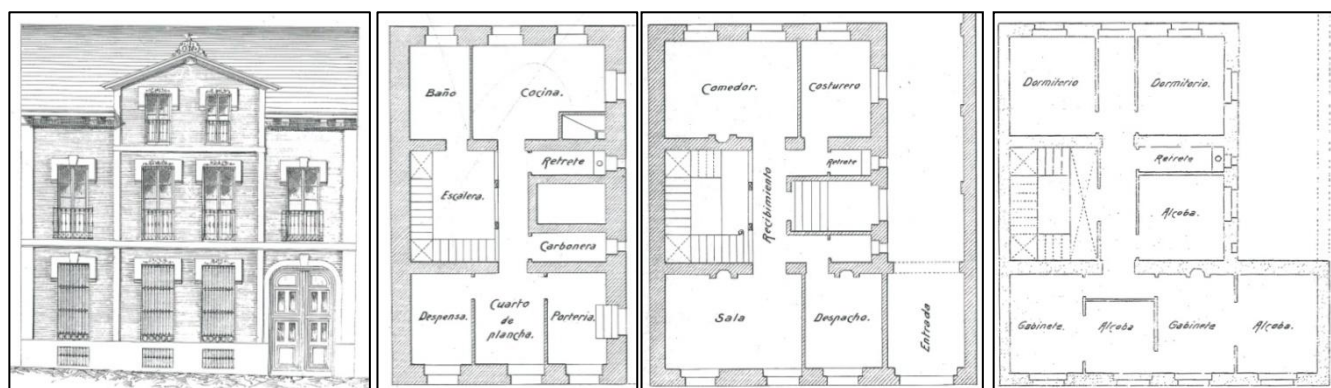


Figura 4.27. Planos de la fachada, sótano, bajo y principal del hotel de José Verdú, situado en el nº 84 de la calle Lagasca en 1904. AVM, Secretaría, signatura 14-441-29.

Uno de ellos fue José Verdú Gallo, residente en el 1º izquierda del nº 18 de la calle Carranza hasta que entre 1901 y 1905 se edificó un hotel particular a finales de la calle Lagasca, entre las calles de Maldonado y Diego de León, donde se mudó junto a su esposa Cecilia Romero Torres y sus dos criadas en 1905¹³⁹. El hotelito, rodeado de un amplio jardín, constaba de una planta de sótanos con baño, cocina, retrete, carbonera, portería, cuarto de plancha y despensa; un bajo por donde se hallaba la entrada de la calle, amplia para que tuvieran acceso los carruajes, además de poseer recibidor, retrete, despacho, sala, comedor y costurero; un principal dotado de dos dormitorios, retrete,

¹³⁷ Los precios que aquí se alcanzaban eran inalcanzables para la gran mayoría de la población madrileña. El alquiler mensual de los hoteles del margen derecho del paseo de la Castellana era superior a las 500 ptas., aunque la mayoría eran propietarios del inmueble. Como ejemplo de los elevados precios existentes en esta zona, en el padrón de 1905 el encuestador municipal señaló que el hotel del nº 30 del paseo de la Castellana estaba a la venta por un montante total de 250.000 ptas. AVM, Estadística, padrón de 1905.

¹³⁸ S. DE LOS TERREROS, L.: “Las casas de alquiler”, *La Construcción Moderna*, 15 de junio de 1907.

¹³⁹ AVM, Secretaría, signatura 14-441-29. El número concreto que ocupaba el hotel es difuso, ya que tanto en la licencia de construcción como en el padrón de dicho año aparece como el nº 86 de la calle Lagasca, pero en la *Guía comercial de Madrid* se cita el nº 66. Éste fue un problema común, ya que la falta de concatenación en las edificaciones para su correcta numeración no se producía, por lo que se utilizaban numeraciones provisionales a la espera de que las manzanas intermedias se colmataran.

tres alcobas y dos gabinetes; y, por último, la buhardilla, en la que había tres grandes estancias a las que no se le daba uso específico, pero en la que presumiblemente pernoctaría el servicio doméstico. Su distribución interior concordaba con una visión mucho más modesta del concepto de la habitación moderna, con una clara separación de usos y espacios. Sin embargo, José Verdú y Cecilia Romero no sólo optaron por cambiar de aires y sustituir su apartamento en el casco antiguo por un hotelito de las afueras, sino que también decidieron invertir en esta zona y aumentar sus rentas. Por ello, en 1904, una vez que las obras del hotel estaban concluyendo, en el solar contiguo comenzaron a edificar una sencilla casa de alquiler de sólo tres plantas, por la que rentaban anualmente unas modestas ganancias que ascendían a 3.600 ptas. anuales¹⁴⁰, muy lejos de las elevadas sumas obtenidas por los propietarios de inmuebles situados en los primeros números de esta misma calle. Las familias inquilinas eran evidentemente de origen más modesto que aquéllas, encabezadas por la portera del inmueble, una pensionista y su hijo abogado, un comandante retirado, el compositor de música Prudencio Muñoz López, un cocinero cesante y una madre soltera con dos hijos, aunque la mayoría disfrutaban de un sueldo anual estable, una utopía para los miles de jornaleros que se agolpaban en la urbe.

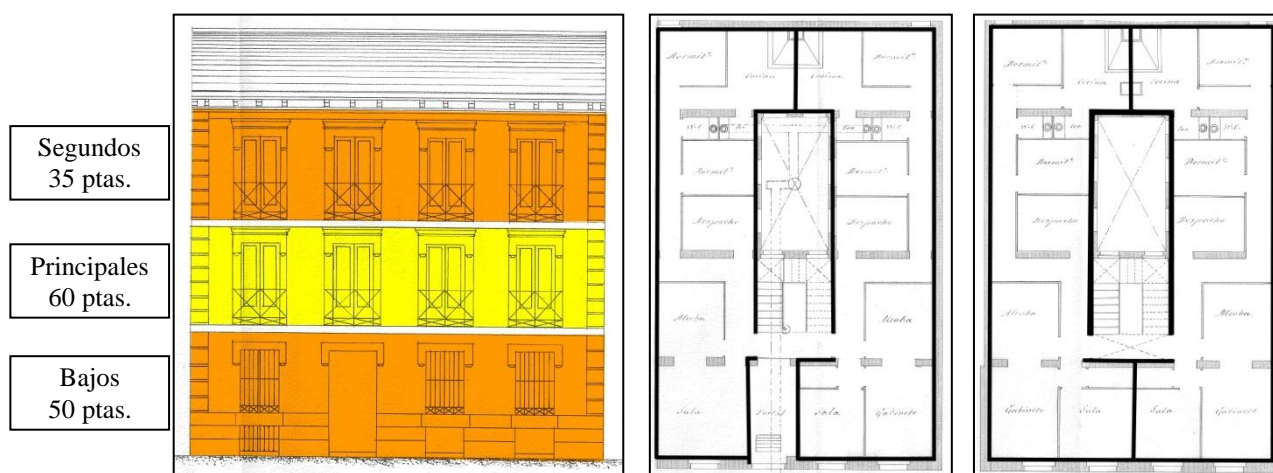


Figura 4.28. Plano de la fachada, planta baja, principal y segunda de la casa de alquiler, propiedad de José Verdú Gallo, erigida en 1904 en el nº 84 de la calle Lagasca. AVM, Secretaría, signatura 14-441-9.

Pero la ciudad apenas superaba los límites en los que estas calles se difuminaban en el horizonte. En la franja más septentrional del barrio de Monasterio, la incertidumbre que reinaba sobre el trazado viario de un espacio que Castro proyectó como zona ajardinada dado el desnivel de los terrenos (Figura 1.14), no favoreció su rápida urbanización¹⁴¹. Y es que en palabras del escritor Vicente Blasco Ibáñez, su residencia, el nº 4 de la calle Salas, un hotelito situado “*al final de la Castellana*” por el que pagaba cien ptas. de alquiler al mes, se hallaba “*casi en el campo* [rodeado de]

¹⁴⁰ AVM, Estadística, padrón de 1905.

¹⁴¹ A pesar de su inicial disposición como zona verde, en la década de los 80 y 90 el consistorio decidió ampliar el trazado reticular del resto del Ensanche Este sobre esta zona. Y así aparece sobrepuesto en los planos de 1905 de la Editorial Bailly-Bailliere y los de 1906 de José Méndez y González e Iribas (Figura 4.19). Sin embargo, anteriormente, en 1898, el gobierno había elevado una recomendación superior al ayuntamiento para trazar en esta zona un parque urbanizado, para crear un grupo residencial de viviendas unifamiliares con jardines en terrenos calificados hasta entonces como parques. Esto provocó constantes litigios entre el consistorio y los propietarios para dilucidar cuál sería el trazado viario definitivo y cómo afectaría a sus propiedades, que no se resolverían hasta los años 20 del siglo XX. MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca, Op. Cit.*, pp. 47-51.

yermos alrededores, con sus altozanos amarillos cubiertos de rastros y sus edificios diseminados”¹⁴². Este aire de aislamiento del que disfrutaban estos terrenos respecto a la gran urbe que se extendía a escasos centenares de metros terció en la tipología de sus edificaciones. Allí, en torno a calles como López de Hoyos, Salas, Naciones o Pinar, fueron construidos sencillos hotelitos por algunos representantes de las capas acomodadas del interior de la ciudad con los que conjugar la cercanía de la ciudad y la amplitud del campo. En algunos casos, éstos fueron concebidos más como casas de campo y de recreo que como residencias estables, y serían utilizados como segunda residencia especialmente en tiempo estival. Así lo dejaron indicado en sus hojas de empadronamiento propietarios como Margarita Martínez, rentista y residente en el principal del nº 18 de la calle Orellana¹⁴³, o Manuel Marure, uno de los mayores contribuyentes del Ensanche, residente en el primero del nº 22 de la calle Hermosilla¹⁴⁴.

En definitiva, a comienzos del siglo XX la asimilación de los barrios del Ensanche más cercanos al casco antiguo era una realidad en su vertiente oriental. Su colmatación había tardado varias décadas, algo impensable en 1860, pero había dado lugar a un espacio residencial homogéneo y altamente segregado, que hacía frente a una elevada demanda de las capas acomodadas de la urbe, y que proporcionaba unas jugosas plusvalías anuales a sus propietarios.

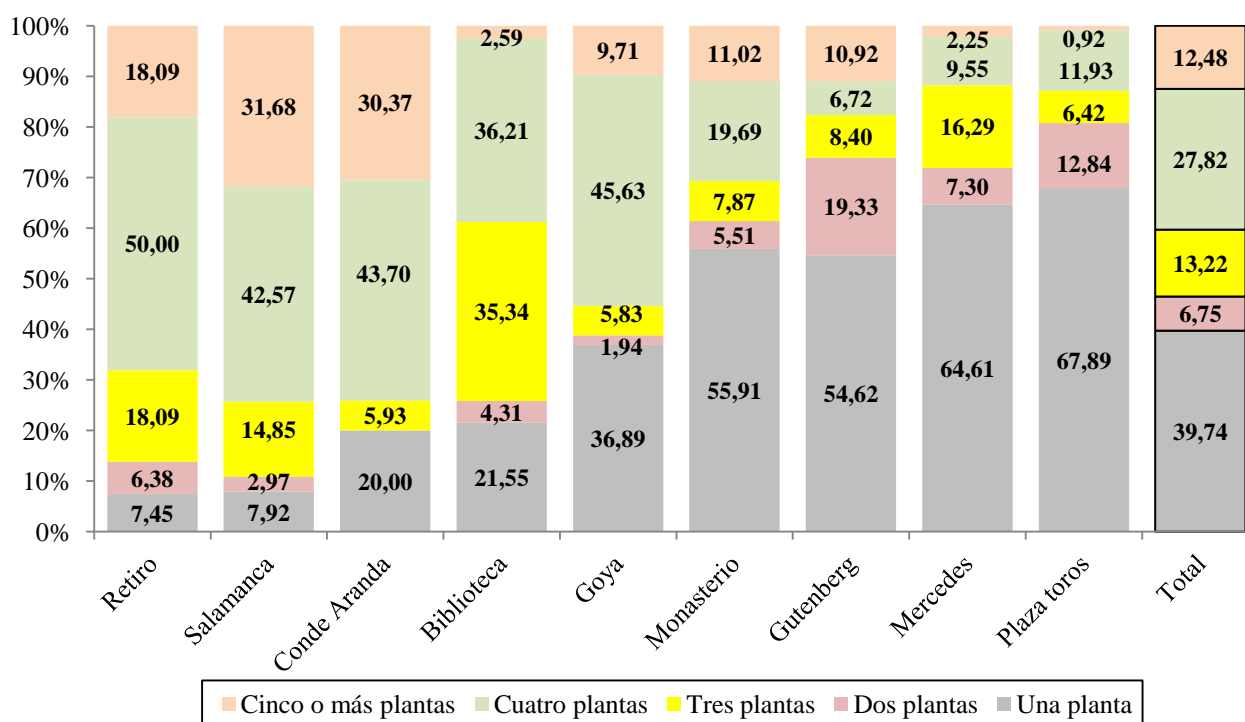


Figura 4.29. Distribución de los inmuebles existentes en los distintos barrios del Ensanche Este en 1905 según su número de plantas. Los edificios y viviendas unifamiliares, como los hoteles, palacetes, casas bajas y tejares, se han contabilizado como residencias de una sola planta aunque tuvieran varias alturas. Para discernir con mayor claridad las características de los inmuebles de cada barrio con mayor detalle consultar Figuras 4.30 y 4.33. AVM, Estadística, padrón de 1905.

¹⁴² BLASCO IBÁÑEZ, V.: *La horda*, Madrid, 1905, nota al lector.

¹⁴³ *Guía comercial de Madrid y su provincia publicada con datos del Anuario del comercio de 1905*, Ed. Bailly-Bailliere, Madrid, pág. 248.

¹⁴⁴ AVM, Estadística, padrón de 1905. Manuel Marure Ochoa aparecía en el listado de los cien mayores contribuyentes territoriales del Ensanche de Madrid en 1897, con una cantidad de 11.269,56 ptas., cifra que aumentaría hasta las 15.777 ptas., según declaró él mismo en la hoja de empadronamiento de dicho año. *Boletín Oficial de la provincia de Madrid*, 24 de marzo de 1897.

Así se desprende de los datos recogidos del padrón municipal de 1905, de cuyo análisis pormenorizado se extrae que en torno al 80% de los inmuebles residenciales de los barrios de Retiro, Salamanca, Conde de Aranda y Biblioteca tenían tres o más plantas de altura, reflejo de la alta rentabilidad que atesoraban las viviendas plurifamiliares (Figuras 4.29 y 4.30), cuyas viviendas eran de calidad tal y como se deriva de sus alquileres (Figura 4.33). Además, las pocas residencias de planta baja que albergaban las calles de estos barrios estaban relacionadas con el carácter acomodado de sus inquilinos, siendo la mayoría hoteles y palacetes habitados por las elites burguesas y aristocráticas, de varios pisos y múltiples estancias destinadas para la familia, criados o recepción de invitados (como los de la calle Villanueva, analizados en la Figura 4.5). Esto explica el elevado porcentaje de alquileres muy altos (superiores a las 300 ptas. mensuales) existente en barrios como Retiro y Biblioteca, donde se concentraron los primeros palacetes de esta zona. El resto de viviendas de planta baja correspondían a porterías, casas de guarda de jardines privados y a cocheras particulares, algunas de las cuales ocupaban inmuebles enteros, como el ubicado entre las calles de Puigcerdá y el denominado callejón de Jorge Juan, cuyo uso fue otorgado por el marqués de Salamanca como complemento para sus inquilinos, y que hoy en día, manteniendo su altura inicial, es un edificio que sobrevive reconvertido como una zona comercial dirigida a clientes de alto nivel adquisitivo.

PISO	Biblioteca	Conde Aranda	Goya	Gutenberg	Las Mercedes	Monasterio	Plaza toros	Retiro	Salamanca	MEDIA
<i>Sotabanco</i>	9,1	19,3	7,4	10,5	6,8	13,9	2,2	7,8	22,5	11,4
<i>Tercero</i>	15,0	13,5	16,0	13,7	7,5	12,2	7,5	16,4	14,7	12,8
<i>Segundo</i>	16,7	14,4	17,9	15,9	18,1	14,8	13,1	17,9	13,8	16,0
<i>Primero</i>	10,0	8,6	14,2	2,4	6,4	7,8	4,1	10,0	8,2	8,1
<i>Principal</i>	13,6	11,5	16,7	18,5	21,0	14,2	15,8	17,8	12,3	15,9
<i>Entresuelo</i>	3,7	2,4	5,1	1,3	1,2	2,4	2,2	4,2	1,7	2,6
<i>Bajo</i>	7,7	8,1	8,0	25,5	23,6	9,7	41,8	9,8	6,4	15,3
<i>Hotel</i>	1,2	0,8	0,5	1,5	3,8	4,8	1,6	0,5	0,6	1,7
<i>Tienda</i>	9,4	9,6	9,0	7,4	6,4	7,5	8,7	5,9	11,0	8,3
<i>Portería</i>	10,6	8,9	4,5	2,9	3,6	10,4	2,8	8,3	7,7	6,5
<i>Cochera</i>	2,1	0,8	0,4	0,0	0,6	2,1	0,1	0,4	0,4	0,7
<i>Sótano</i>	0,8	2,0	0,3	0,3	1,1	0,3	0,1	1,0	0,7	0,8

Figura 4.30. Distribución del tipo de viviendas existentes en los barrios del Ensanche Este de Madrid en 1905. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

La llegada del nuevo siglo fue testigo del lento desplazamiento de los barrios de Goya y Mercedes desde la retaguardia a la primera línea del negocio de la construcción en el Ensanche¹⁴⁵. Una vez asimilada la franja más cercana del Ensanche, los límites reales de la ciudad se dilataron por su franja oriental a través de la prolongación de calles como Alcalá, Goya, Lista o Ayala, fortalecidas por calles transversales como Velázquez, Núñez de Balboa, Castelló o Príncipe de Vergara. Juntas, conformaban un nuevo entramado urbano de contexto similar al que giró en torno a la calle Serrano en la década de los años 60 del siglo XIX: una zona fácilmente urbanizable, colindante a barrios ya asentados de reconocido prestigio y con una buena comunicación con el

¹⁴⁵ Las licencias de construcción, reforma y alquiler expedidas entre enero de 1890 y abril de 1891 relativas a esta zona demuestran cómo los barrios del Ensanche Este de la ciudad que mayor actividad inmobiliaria registran ya no son los más cercanos al casco antiguo de la capital sino los de Goya y Mercedes y, en un segundo plano, Plaza de toros y Gutenberg. AVM, Secretaría, signatura 10-79-145.

casco urbano gracias a los tranvías que recorrían las calles de Diego de León, Alcalá, Velázquez y Goya. Pero con una notable excepción, que modificó sensiblemente la evolución de la franja occidental del barrio de Las Mercedes respecto a los barrios de Salamanca y Conde Aranda: no albergaba duda alguna sobre su urbanización, atrayendo capitales y recursos que se tradujeron en edificaciones de elevada calidad, ostentación y poder simbólico. El Ensanche Este de la capital tenía un punto concreto por donde avanzaba con paso firme y vigoroso, dejando atrás el tiempo en el que, según un artículo firmado por el diputado Domingo Gascón en *La Construcción Moderna*, “había estado sin orientación bien definida”, construyendo “por todas partes, pero en proporciones bien escasas”. Así, se esgrimía que “hoy [por 1904] está ya bien marcada la dirección que llevan las nuevas edificaciones de alguna importancia”, siendo las calles más favorecidas las de Lista, Velázquez y Príncipe de Vergara principalmente¹⁴⁶.



Figura 4. 31. Arriba, fachada del hotel propiedad de Fidel Lloret. Debajo a la izquierda, frontal del hotel de Sol Rubio. A su derecha, fachada principal de la casa-hotel del marqués de la Fuensanta. AVM, Secretaría. Signaturas 14-440-40; 14-442-2 y 14-441-22. Años 1903-1905.

En el lindero occidental del barrio de Las Mercedes fueron edificados en los años interseculares hotelitos, palacetes y elegantes casas de vecindad de distinto estilo arquitectónico pertenecientes a figuras prominentes del panorama económico, social y político de la capital, aunque de menores pretensiones que los de la Castellana¹⁴⁷. Personas influyentes como el conservador Francisco Silvela, el integrista católico Ramón Nocedal, el diputado liberal José Luis Gallo o el indiano Romualdo Chávarri López habían invertido en la promoción inmobiliaria de dicha zona. Y no fueron los

¹⁴⁶ GASCÓN, D.: “Nuevas construcciones en Madrid”, *La Construcción Moderna*, 15 de julio de 1904.

¹⁴⁷ Un análisis pormenorizado de los distintos modelos estilísticos de los edificios erigidos en el Madrid de la época en: DA ROCHA ARANDA, O.: *El modernismo en la arquitectura madrileña. Génesis y desarrollo de una opción ecléctica*, CSIC, Madrid, 2009.

únicos, ya que entre 1901 y 1905 se presentaron más licencias de construcción que afectaban a dicha zona, a saber: los hermanos Fidel y José Lloret construyeron sendos hoteles en la confluencia entre las calles de Ayala y Príncipe de Vergara bajo la dirección del arquitecto Borrás; Sol Rubio, hija del doctor Federico, hizo lo propio en el nº 45 provisional de la calle Castelló; la marquesa de Casa-Madrid, mediante la intercesión de Manuel Martín, inició la construcción de otro hotel en el nº 28 de la calle Lista, el cual venía provisto de calefacción por vapor, baños ingleses y retretes inodoros entre otras comodidades; y el marqués de Fuensanta, que edifica una casa-hotel de tres pisos y dos alturas en el nº 15 de Ramón de la Cruz, al que dota de un edificio anexo en el que ubica cochera, cuadra, almacén para paja, gallinero, patio, baño, lavadero, terraza y una habitación para el servicio¹⁴⁸.

Sin embargo, a medida que las calles se alejaban del casco hacia el norte o el este, la tipología de los nuevos inmuebles se iba degradando rápidamente, adecuándose a la demanda residencial de grupos sociales más modestos. Los edificios unifamiliares desaparecían para dar paso a viviendas plurifamiliares de tres o cuatro alturas, orientadas al alquiler de familias más humildes, en cuyos sotabancos y últimos pisos encontraban cobijo trabajadores manuales cualificados y jornaleros. En este marco de degradación de las edificaciones según se avanzaba hacia el este, hubo inmuebles que actuaron a modo de bisagra entre ambos mundos, destinados a una demanda residencial protagonizada por las clases medias. Uno de ellos fue el mandado construir en la calle Lista nº 22 en 1895 por Luis Sainz y cuyo proyecto fue realizado por Luis María Castiñeira¹⁴⁹. Estaba formado por cuatro alturas de cuatro viviendas cada una salvo la baja, que era de tres. La fachada carecía de toda ornamentación salvo por unos funcionales balcones, mientras que el interior de las viviendas estaba compartimentado de forma diferente según fueran viviendas interiores o exteriores, organizadas en torno a largos pasillos. Algo más alejado que el rentista anterior, el albañil y aparejador de obras Martín Estefanía fue otro de los primeros propietarios que emprendieron nuevas construcciones siguiendo las premisas anteriores, al edificar a finales del siglo XIX un modesto inmueble en el nº 80 de la calle Juan Bravo en el que residía en 1905, año en el que obtenía una escueta renta anual de 1.200 ptas. por sus inquilinos¹⁵⁰.

4º, 12,50 ptas. Jornalero			2º, vacío	2º, 45 ptas. Pensionista	2º, 65 ptas. Pintor	2º, 35 ptas. Grabador
2º, 14 ptas. Empleado	2º, 12 ptas. Jornalero	2º, 40 ptas. Pensionista	1º, 60 ptas. Pensionista	1º, 45 ptas. Empleado	1º, 85 ptas. Artista	1º, 45 ptas. Militar
Entresuelo, nada Martín Estefanía, propietario del inmueble			Ppal., 60 ptas. Pensionista	Ppal., 65 ptas. Empleado	Ppal., 95 ptas. Militar	
Portería Portero		Bajo, 22 ptas. Sus labores	Portería	Bajo, 165 ptas. Pintor historia	Bajo, 105 ptas. Pintor historia	Bajo, 75 ptas. Sus labores

Figura 4.32. A la izquierda, distribución interior del inmueble del nº 80 de la calle Juan Bravo. A la derecha, compartimentación interior del edificio que ocupaba el nº 22 de la calle Lista. AVM, Estadística, padrón de Madrid. Los alquileres son mensuales. Escala de alquileres en Figura 4.8.

Superadas estas edificaciones, se hallaba una vasta extensión de terreno situada a medio camino entre la capital, que iba modernizando sus estructuras, y los núcleos del Extrarradio, que crecían con más fuerza que el propio Ensanche ante la falta de control

¹⁴⁸ Por orden de la relación: AVM, Secretaría, signatura 14-440-40; 14-442-2; 14-441-15 y 14-441-22. Años 1903-1905.

¹⁴⁹ AVM, Secretaría, signatura, 9-481-58.

¹⁵⁰ AVM, Secretaría, signatura, 14-441-17.

municipal. Su ubicación motivó que sus características constructivas fueran heterogéneas y difusas, con elementos urbanos contrapuestos a reminiscencias de su aún reciente pasado como hinterland de una urbe preindustrial. Así, era frecuente ver cómo calles de nuevo cuño como López de Hoyos, Alcántara, Doctor Castelo o Valderribas se urbanizaban muy lentamente, un avance parsimonioso derivado de la demora con la que el consistorio proveía de infraestructuras y servicios a dichas calles, dando lugar a innumerables quejas vecinales como la que presentó en 1904 Carlos Arrioles, “*por sí y en nombre de los demás propietarios y vecinos de hoteles en la calle de Alcántara*”, en la que exponían que “*careciendo dicho trozo de calle, de aceras, se hace sumamente molesta la salida de los hoteles expresados por el mucho lodo que se forma en días de lluvia y a fin de remediar este inconveniente y tener más fácil acceso a los tranvías y acera de la calle de Alcalá*” reclamaban el adoquinado de su calle y las aledañas¹⁵¹. El resultado de dicha situación fue la pervivencia de una atmósfera urbana discontinua en la zona del Ensanche Este más alejada del casco antiguo, que influyó sobremanera en su oferta residencial, tanto en la tipología de sus inmuebles como en el número de plantas, en la distribución interior de sus viviendas y en la cuantía de los alquileres demandados.

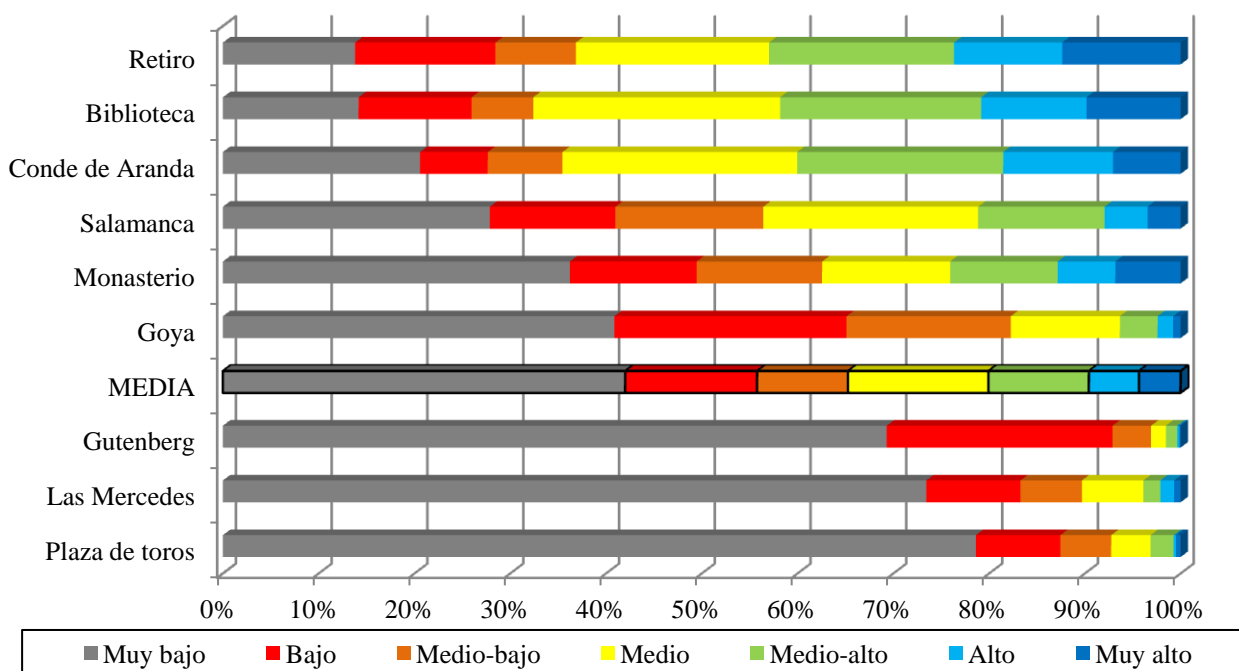
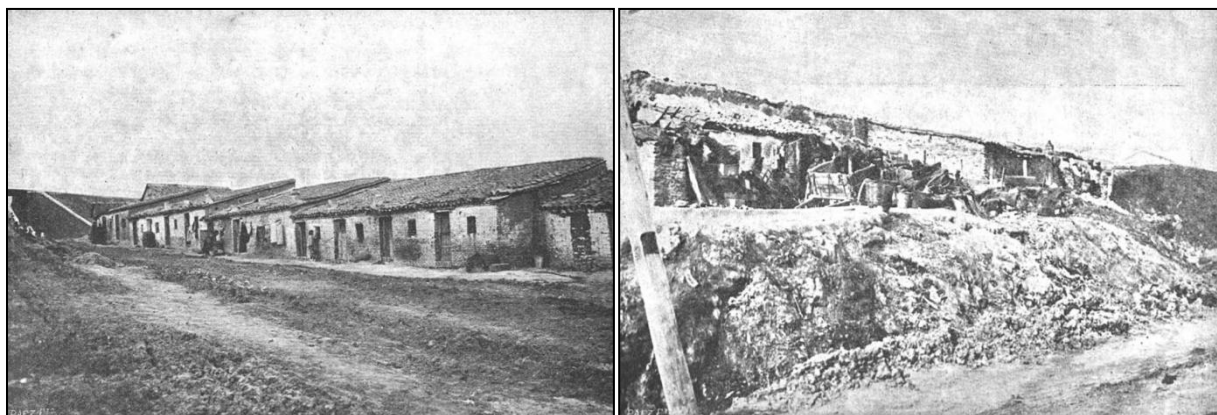


Figura 4.33. Distribución porcentual de las residencias habitadas existentes en el Ensanche Este de Madrid en 1905 por barrios según su alquiler mensual. Cada color tiene su correlación con la tabla de alquileres en pesetas corrientes de dicho año, calculadas en función de las pesetas constantes de 1913, tal y como se indica en la Figura 4.21. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

Esta realidad era flagrante en los puntos más alejados del casco antiguo, en las inmediaciones del foso de Ensanche de los barrios de Plaza de toros y Gutenberg especialmente, donde el valor de la edificación y del suelo era más bajo dada la reducida demanda existente. Allí, a la altura de 1900, sólo tenían interés en edificar las modestas clases medias que aspiraban a ser propietarias de un pequeño lote de tierra en el que edificarse su propia residencia, las cuales preferían cruzar el límite administrativo del Ensanche para comprarlo en Prosperidad o Guindalera, en el Extrarradio, donde podían moldear su casa y darle el uso que quisieran sin rendir cuentas ante ninguna normativa

¹⁵¹ AVM, Secretaría, signatura 14-448-29. Entre 1903 y 1905, fueron admitidas a trámite 27 quejas vecinales similares a la de Carlos Arrioles sólo en el Ensanche Este de la ciudad. AVM, Secretaría.

urbanística¹⁵². De este modo, los inmuebles que formaban la oferta residencial de estos *barrios de frontera* apenas habían diferido de los presentes a comienzos de la Restauración. Seguían siendo casas bajas, paradores, huertas y chabolas, muchas de ellas autoconstruidas, y que a lo sumo llegaban hasta los tres pisos de altura, albergando en su mayoría sólo bajos, principales y, en las casas más cercanas a las carreteras de Aragón o Valencia, segundos (Figura 4.29). Lógicamente, las rentas a obtener de tan alejadas y poco halagüeñas estancias eran insignificantes, oscilando su alquiler entre las 5 y las 10 ptas. mensuales, equiparables a los inmundos, oscuros y poco higiénicos cuartuchos (pero más cercanos a la ciudad) de las Peñuelas, Injurias o Vallehermoso (Ilustraciones 4.28 y 4.29).



Ilustraciones 4.28 y 4.29. A la izquierda, tejares de Sixto. A la derecha, imagen de la denominada Cuesta de la Elipa. Fotografías publicadas en CHICOTE RIEGO, C.: *La vivienda insalubre en Madrid*, Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza, alcalde presidente, por el director jefe del laboratorio municipal Dr. César Chicote, Imprenta municipal, Madrid, 1914.

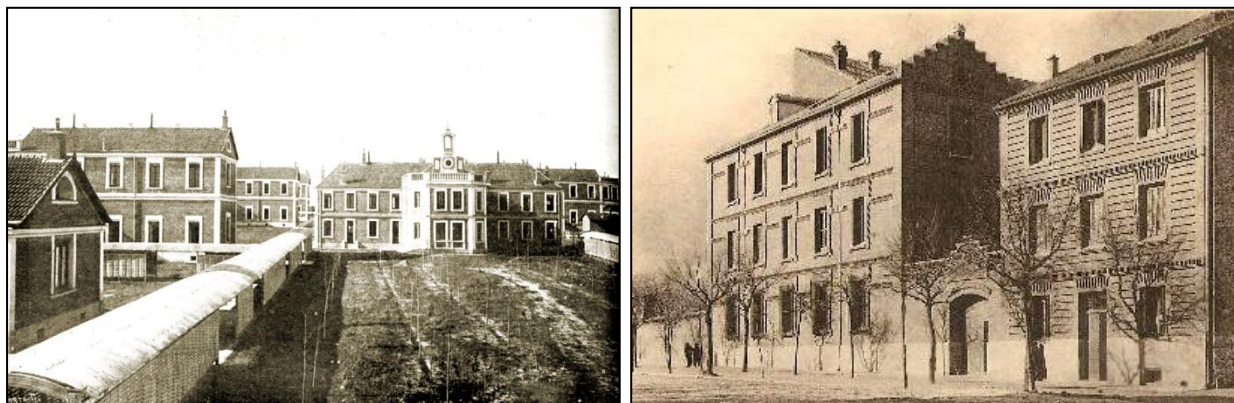
Además, tal y como había ocurrido desde que el triunfo liberal y las distintas desamortizaciones favoreciesen el crecimiento demográfico madrileño y su ulterior auge constructivo, la franja oriental de la ciudad seguía alojando numerosos tejares, lavaderos, depósitos de abonos y traperías que la abastecían¹⁵³. Hasta que los límites reales de Madrid no lindaron con estas propiedades, nadie realizó queja alguna sobre su ubicación. Eran actividades molestas y poco salubres, que repelían cualquier inversión inmobiliaria y deprimían el valor del suelo que los rodeaban, desde los tejares de Sixto y de la Regalada, al sur del Cerro de la Batería, hasta el tejear de Valentín Recarte, detrás de la plaza de toros de Goya. Pero a nadie relevante molestaban allí, en el arco que se extendía desde la carretera de Aragón a la de Valencia, y llegando hasta la cuesta de la Elipa. A nadie hasta que en los últimos años del siglo XIX, se emplazaron en las cercanías del Paseo de Ronda y la calle O'Donnell las residencias de instituciones centenarias como el Hospital de San Juan de Dios (emplazado en el actual hospital Gregorio Marañón) y el Real Colegio de Nuestra Señora de Loreto (que todavía existe

¹⁵² VORMS, C.: *Bâtisseurs de banlieue. Madrid: le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, Grâne, Créaphis Éditions, 2012; "Propriété populaire et urbanisation spontanée : l'extrarradio madrilène (dernier tiers du XIXe siècle", en LAVASTRE, P. y MÁS, R. (Coords.) *Propiedad urbana y crecimiento de la ciudad*, UAM y Casa de Velázquez, Madrid, 2005, pp. 181-201.

¹⁵³ En 1892, había en esta franja de terreno 22 establecimientos considerados peligrosos e insalubres por los técnicos municipales: 16 depósitos de abonos, 2 de carnes, otro de huevos frescos, dos lavaderos de gran escala y una fábrica de sebo de huesos. AVM, Secretaría, signatura 11-387-88.

en la actualidad, entre las calles de O'Donnell y Duque de Sesto), atraídas por la devaluación de suelo provocada por los usos periurbanos que allí reinaban¹⁵⁴.

Con su integración en esta zona, el foco de atención del Patrimonio Real, vinculado al Real Colegio de Loreto, pronto se posó sobre los “*numerosos tejares y depósitos de basura que no sólo ofenden al ornato público y cultura de esta capital, sino que son, también, una amenaza constante para la salud*”, que habían provocado en 1897 “*bastantes calenturas entre los vecinos del barrio, dolencia que desgraciadamente también se llegó a padecer en el Real Colegio*”¹⁵⁵. Esta queja, presentada por la Intendencia General de la Real Casa y Patrimonio al alcalde de Madrid en septiembre de 1898, fue precedida por otra de similar índole de febrero del mismo año procedente del gobernador civil de la provincia, en la que transcribía una carta del subdelegado de Medicina del distrito de Buenavista afirmando que había “*quedado muy mal impresionado al ver el abandono en que el municipio continúa teniendo aquellos barrios a pesar de mis repetidas advertencias sobre lo horriblemente feo, lo inconveniente, lo sucio, lo antihigiénico, lo insalubre e inmoral que resulta en aquellos sitios a orillas de la Corte y dentro de su radio, los referidos tejares con sus inmundas barracas y sus pestíferos e insanos estercoleros*”¹⁵⁶. Si a la primera misiva el consistorio dio la callada por respuesta, a la segunda se vio obligada a ordenar “*la limpieza de los tejares y depósitos de basuras aludidos*”, medida bien sonante pero difícilmente aplicable en la práctica. En los años siguientes, la presión para que el municipio tomara cartas en el asunto no haría más que arreciar, ya que la ubicación periférica y la baratura de estos terrenos atrajeron más organismos benéficos y sanitarios a esta zona, como la Casa de Salud y Escuela de Matronas de Santa Cristina y los asilos para ancianos de San Luis Gonzaga o San José, conformando un foco asistencial de relevancia municipal cuyos ecos aún resuenan en nuestros días.



Ilustraciones 4.30 y 4.31. A la izquierda, hospital de San Juan de Dios en 1897. A la derecha fachada del edificio del Real Colegio de Nuestra Señora de Loreto. Hacia 1890.

¹⁵⁴ El nuevo hospital de San Juan de Dios, inaugurado por Antón Martín en 1552 en la calle Atocha, finalizó sus nuevas dependencias en 1895, siendo abierto al público de forma permanente en 1897. En cuanto al Real Colegio de Nuestra Señora de Loreto, que fue fundado por Felipe II en el siglo XVI, trasladó sus dependencias, ubicadas también en la calle Atocha, al barrio de Plaza de toros en 1893, año en que finalizaron las obras iniciadas en 1888, y lugar en el que se halla todavía en la actualidad.

¹⁵⁵ AVM, Secretaría, clase de Sanidad, signatura 11-388-77. Expediente relativo a la desaparición de tejares y basureros de las inmediaciones de la calle O'Donnell de septiembre de 1898.

¹⁵⁶ AVM, Secretaría, clase de Sanidad, signatura 11-388-75. Expediente relativo al saneamiento de los alrededores de la Plaza de Toros de febrero de 1898.

En definitiva, a la altura de 1905 la oferta residencial que atesoraba el Ensanche Este era la más variada y segregada de las tres zonas en que se componía el *nuevo Madrid*. En su interior se encontraban los más fastuosos palacios de la capital sobre el eje Prado-Recoletos- Castellana, y sus hermanos menores, los hotelitos y palacetes de calles como Serrano, Velázquez o Villanueva. Además, los barrios de Conde de Aranda, Biblioteca, Retiro, Goya o Salamanca componían el mayor conjunto homogéneo de edificios plurifamiliares burgueses de la ciudad, superando en superficie a otros barrios como Argüelles, Quintana, Trafalgar o Luchana. La otra cara de la moneda se hallaba en sus márgenes, en el barrio de Plaza de toros principalmente, donde existían a comienzos del siglo XX traperías, tejares y chabolas en el que sobrevivían a duras penas centenares de habitantes, aunque no en una proporción tan extrema como en el Ensanche Sur. Por último, a medio camino entre ambos mundos, se hallaba el barrio de Gutenberg, zona de extracción obrera vinculada fuertemente al ferrocarril y a los distintos almacenes y fábricas que allí se concentraban, pequeño ejemplo de los barrios artesanos que se concentraban en el Ensanche Norte. Hasta aquí se ha hecho especial hincapié en el estudio del Ensanche Este como *continente* a través de la influencia que los propietarios ejercieron sobre la formación de una heterogénea y segregada oferta residencial. Ahora es el turno de observar su *contenido*, los grupos sociales que tuvieron cabida en él y la forma en que se distribuyeron sobre el espacio, moldeándolo.

4.4. La desigual apropiación social del *nuevo Madrid* a comienzos del siglo XX. Claroscuros en el Ensanche Este de la capital.

“Al llegar al barrio de Salamanca guardaron más compostura y desenlazararon sus brazos. Descendían por la calle de la Eze [Martínez de la Rosa], cuando Isidora se detuvo asombrada de un rumor continuo que de abajo venía.

- ¿Hay aquí algún torrente? -preguntó a Miquis.

- Sí, torrente hay... de vanidad.

- ¡Ah! ¡Coches!...

- Sí, coches... Mucho lujo, mucho tren... Esto es una gloria arrastrada.

Isidora no volvía de su asombro. Era el momento en que la aglomeración de carruajes llegaba a su mayor grado, y se retardaba la fila. La obstrucción del paseo impacientaba a los cocheros, dando algún descanso a los caballos. Miquis veía lo que todo el mundo ve: muchos trenes, algunos muy buenos, otros publicando claramente el quier y no puedo en la flaqueza de los caballos, vejez de los arneses y en esta tristeza especial que se advierte en el semblante de los cocheros de gente tronada; veía las elegantes damas, los perezosos señores, acomodados en las blanduras de la berlina, alegres mancebos guiando faetones, y mucha sonrisa, vistosa confusión de colores y líneas”.

PÉREZ GALDÓS, B.: *La desheredada*, Madrid, 1881.

Una década antes de la ratificación del proyecto de Ensanche, en la guía de viaje *Madrid en la mano o el amigo del forastero en Madrid y sus cercanías* se hacía especial mención al Prado (incluyendo el paseo de Recoletos) como “*el principal desahogo de Madrid, el primero de todos los paseos y el más célebre en los tiempos antiguos por las intrigas amorosas, los lances caballerescos y las tramas políticas a que daba lugar su*

*inmediación a la corte casi permanente del Retiro*¹⁵⁷. A comienzos de la Restauración, la pluma galdosiana revertía la misma visión, un Prado extendido hacia la Fonda Castellana, que era disfrutado, vivido y paseado por el *torrente de vanidad* formado por las capas más acomodadas de la capital y el país. No obstante, a esta percepción se le debe añadir el matiz que la puesta en marcha del Ensanche generó: el eje Prado-Recoletos-Castellana también era habitado. La ampliación del perímetro urbano de la ciudad por tres de sus cuatro costados implementó aún más si cabe el papel que dicho eje jugaba en la ciudad al permitir su urbanización por ambos lados y ampliarlo hacia el norte. Ahí radicó el origen del nuevo mosaico social del Madrid intersecular, al conferir un nuevo eje a la ciudad y generar las bases para la consolidación de un moderno centro de negocios y servicios entre éste y el anterior centro neurálgico de la ciudad moderna, la Puerta del Sol¹⁵⁸. El futuro papel simbólico, económico y social del eje Prado-Recoletos-Castellana no pasó desapercibido para los distintos actores del negocio inmobiliario de la urbe, quienes invirtieron sus capitales en la compra de dicho suelo en una primera fase de fuerte especulación. Una vez terminadas las exorbitadas plusvalías generadas por el cambio de uso del suelo, y apoyados por un sistema de financiación económica proclive a sus intereses, los propietarios de solares en el Ensanche Este tomaron el control efectivo de la urbanización de la mejor zona del *nuevo Madrid*, administrando (y lucrándose por ello) la apropiación de dicho espacio urbano al mejor postor, en suma, a las capas sociales más acaudaladas de la ciudad.

La tipología arquitectónica de los inmuebles que allí se erigieron, la calidad de los materiales de construcción utilizados, el tamaño y la compartimentación interior de sus viviendas, así como las comodidades que éstas albergaban (retrete, calefacción, chimenea, ascensor) eran indicadores fiables de los alquileres devengados que esperaban obtener los rentistas de los nuevos inmuebles del Ensanche Este. Evidentemente, el deseo de los primeros propietarios de rentabilizar lo antes posible el alto capital desembolsado motivó que construyeran inmuebles destinados a cubrir una demanda residencial de nivel elevado. Éste fue el factor determinante de la incontestable segregación social del espacio que los alquileres medios de los nuevos barrios del Ensanche revelan desde finales del siglo XIX (Figuras 4.8 y 4.21), unidades administrativas que no deben ocultar cómo ese proceso de diferenciación residencial fue más fino, distinguiendo entre calles de primer y segundo orden, valorando la distancia al casco antiguo, primando aquellos inmuebles con fachadas a dos calles sobre los erigidos en solares estrechos, etc. (Figura 4.24). Pero si el motor que inició la segregación del espacio procedió del negocio del suelo, la pertenencia socioeconómica de sus primeros inquilinos convirtió este fenómeno en un círculo vicioso de difícil quebranto.

La composición social y la distribución espacial de las familias que coparon la oferta residencial de los primeros años de urbanización del Ensanche Este se plegaron a la gradación mostrada por el mercado inmobiliario de alquiler (ver Figura 4.8). En 1878, la profundización de las diferencias subyacentes entre la estructura socioprofesional de cada una de las zonas del Ensanche era evidente, pero también la existente entre los distintos barrios que componían cada una de ellas. Así, más de la mitad de las familias

¹⁵⁷ FELIPE MONLAU, P.: *Madrid en la mano o el amigo del forastero en Madrid y sus cercanías*, Imprentan de Gaspar y Roig, Madrid, 1850, pág. 331.

¹⁵⁸ Esa almendra central es conocida conceptualmente por la geografía social urbana como el CBD (*Central Business District*), el distrito central de negocios de la urbe industrial, en el que se aglutinaban las elites de la ciudad, la mayor parte de la actividad económica y de servicios de ésta, su oferta de ocio y las principales instituciones del poder político y administrativo presente en el municipio. En el caso madrileño, éste no llegó a consolidarse a escala nacional hasta después de la 1ª Guerra Mundial.

propietarias del Ensanche (el 54%), las que poseían mayor capacidad decisoria a la hora de elegir su residencia en la ciudad gracias a sus mayores ganancias, vivía en el sector oriental del *nuevo Madrid*¹⁵⁹. Pero dentro de éste tampoco se distribuían de forma homogénea, sino concentradas en la lujosa franja del margen derecho del Paseo de Recoletos y en el barrio de Salamanca, donde tenían su vivienda cuatro de cada cinco de estas familias. Una diferenciación residencial que no se reducía a una faceta cuantitativa (el número de familias propietarias por zona) sino que también era cualitativa, ya que en el Ensanche Este se afincaban las familias propietarias de mayor nivel económico de todo el Ensanche, aquellas que satisfacían las mayores cuotas de contribución territorial anual, importe derivado del valor de las rentas obtenidas de sus propiedades¹⁶⁰.

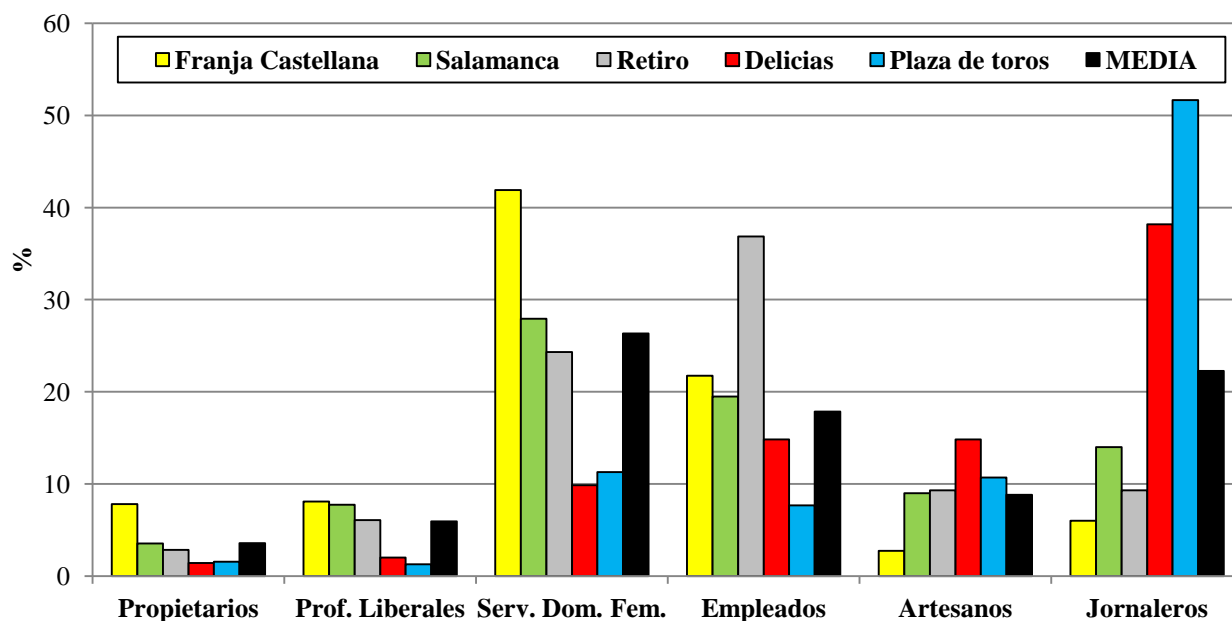


Figura 4.34. Distribución por barrios y zonas de las principales categorías socioprofesionales del Ensanche Este en 1878. Hombres mayores de 14 años, salvo en el caso del servicio doméstico femenino. AVM, Estadística, padrón de 1878.

La apropiación social del espacio urbano más cotizado del Ensanche por parte de las familias propietarias más ricas fue imitada posteriormente por las clases medias de mayor nivel adquisitivo, como los profesionales liberales y empleados de elevada especialización laboral, trabajaran de forma autónoma, para instituciones públicas o sociedades privadas. Tanto unos como otros concentraron sus residencias en los barrios más caros y cercanos al casco antiguo, la franja oriental del eje Prado-Recoletos y el barrio de Salamanca, segregando al grueso de las capas populares, esclavos de sus reducidos jornales y excesivamente expuestos a las oscilaciones de los alquileres, en los barrios más baratos, peor acondicionados y alejados de la urbe, los de Delicias y Plaza de toros. El proceso de segregación espacial de la nueva ciudad había comenzado, capitaneado por los estratos sociales de mayor nivel adquisitivo, aquellos que podían

¹⁵⁹ De los 341 propietarios empadronados en el Ensanche de Madrid en 1878, 185 residían en el Ensanche Este. CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit., pág. 382.

¹⁶⁰ Según el padrón municipal de 1878, el 60% de los mayores contribuyentes territoriales residentes en el Ensanche de la ciudad vivía en su margen oriental. Una proporción que permaneció vigente al menos hasta finales de siglo, tal y como se desprende del lugar de residencia de la lista de los cien mayores propietarios de solares del Ensanche de la capital de 1897, según la cual el 69% de los que residían en el Ensanche lo hacían en su zona oriental. *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 24 de marzo de 1897.

elegir dónde vivir, en contraposición al grueso de las capas populares que ubicaban su residencia allí donde *podían*. De este modo, menos de dos décadas después de la ratificación del proyecto de Castro y transcurridos sólo diez años desde el derribo de las cercas de la ciudad, las diferencias porcentuales entre la proporción de propietarios o profesionales liberales residentes en unos y otros barrios ya era abismal, alcanzando el 500%, cifra sólo superada en relación a la población jornalera, cuya presencia fue reducida a testimonial en los barrios más ricos del Ensanche Este, propiciando su concentración en los barrios más periféricos donde su presencia era 700 veces superior (Figura 4.34).

En un contexto en el que los promotores inmobiliarios del Ensanche Este tenían éxito en su estrategia de dirigir su oferta residencial hacia la calidad y elegancia (una vez superada la reticencia social hacia esta zona, culpable en gran medida de la dilapidación de la fortuna del marqués de Salamanca), ya que la demanda era elevada y les reportaba rentas constantes, era harto difícil que los propietarios que emprendiesen nuevas edificaciones en los solares contiguos no siguieran una estela que daba buenos resultados. Cualquier precavido que quisiera edificar en el Ensanche de la capital para vender o alquilar, hacía una especie de *estudio de mercado* basado en el análisis de los edificios contiguos para valorar cómo enfocar sus capitales y captar las características de la demanda residencial que afectaría a su construcción para comprender el tono social que debía impregnar su proyecto. Y el resultado en los barrios más cercanos al casco antiguo del Ensanche Este era categórico: la demanda residencial de calidad era elevada en estos barrios y la oferta creada a tal efecto para suplirla era absorbida. Por ello, la mayor parte decidió realizar una inversión inicial mayor destinada a construir inmuebles de más alturas, menor compartimentación interior y que contaran con todo tipo de comodidades y servicios, a fin de obtener durante años rentas mucho más jugosas y estables que en el caso de apostar por inmuebles más modestos, con una compartimentación interior elevada pero alquileres mucho más bajos. Esta disyuntiva era la misma en la que se encontraban los propietarios de las otras dos zonas del Ensanche. El proceso de decisión se basaba en los mismos parámetros, en la tipología de la oferta residencial circundante, que influía ostensiblemente en la posible demanda que un nuevo inmueble podría atraer. De este modo, en el Ensanche Sur era un suicidio económico construir inmuebles de lujo, ya que el paisaje de casas bajas, talleres y corralas repelía a las capas más acomodadas, predisponiendo al propietario a seguir la misma tendencia urbanística ya existente¹⁶¹. En el Ensanche Norte, en sus barrios más cercanos al casco antiguo lo más recurrente fue erigir inmuebles modestos pero provistos de ciertas comodidades, pensados para atraer a empleados y profesionales liberales, y ofertados a unos alquileres más atractivos que los existentes en el interior o en el Ensanche Este¹⁶². De vuelta a éste, el único posible riesgo a evitar al edificar en él era sobrecalentar el mercado inmobiliario de alquiler de alta gama para no provocar una reducción generalizada de precios, riesgo que no se llegó a producir dado el férreo control del que dispusieron los grandes propietarios sobre los ritmos de construcción.

La apropiación del nuevo espacio urbano siguió acentuándose de manera gradual año tras año, alimentándose de la simbiosis formada por los intereses de los propietarios y la atracción que los primeros residentes de las capas sociales más acaudaladas de la ciudad ejercieron sobre el resto. Una atracción corroborada por la documentación. La movilidad residencial interior realizada a comienzos del siglo XX por las familias

¹⁶¹ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación...*, Op. Cit.

¹⁶² PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)...*, Op. Cit.

encabezadas por profesionales liberales demuestra cómo sus principales barrios de destino fueron los situados a ambos lados del eje Prado-Recoletos-Castellana y en torno a la prolongación de la calle Alcalá, especialmente los de Biblioteca, Conde de Aranda, Salamanca, Almirante y Goya (Figura 2.66). De similar modo actuaron las familias propietarias del Ensanche Este, quienes, cuando optaron por cambiar de residencia se dirigieron en un 60% de los casos hacia esa misma zona urbana¹⁶³. El reverso de la moneda lo protagonizaron las familias encabezadas por trabajadores manuales, cualificados o no, que fueron poco a poco confinadas a los barrios más alejados y baratos, los de Gutenberg, Las Mercedes y Plaza de Toros, optando en numerosas ocasiones por dirigirse al Extrarradio (ver Figuras 2.63 y 2.64). A medio camino entre unos y otros se situaron las familias del heterogéneo grupo de los empleados, quienes mostraron una ligera tendencia a dirigirse hacia los barrios más populares, como los de Mercedes o Plaza de toros, aunque no fue sintomática de una pauta específica de su movilidad residencial, ya que en su elección deambularon tanto entre los barrios más baratos y accesibles a sus posibilidades económicas, como aprovechando las opciones a su alcance de integrarse en los barrios más elegantes y modernos del Ensanche Este (Figura 2.65).

Pero la diferenciación residencial mostrada por las distintas familias que convivían en Madrid según su pertenencia socioprofesional no se manifestaba sólo en su elección residencial a la hora de cambiar de domicilio, sino que comenzaba con su propia llegada a la ciudad¹⁶⁴. Si sólo tomamos en consideración a las familias inmigrantes recién llegadas a Madrid en 1905 (aquellas que llevaban residiendo en la capital menos de un año) y analizamos su opción residencial en función de su integración laboral, los resultados señalan la gran fractura socioespacial abierta en la ciudad. Por un lado, los barrios de Gutenberg, Las Mercedes, y en menor medida Goya, éste último ubicado en una zona de frontera entre los barrios de mayor y menor nivel adquisitivo, eran los que más familias jornaleras y artesanas recién llegadas recibían de todo el Ensanche Este, mientras que por el otro, los barrios de Conde de Aranda, Retiro, Salamanca y Biblioteca fueron elegidos preferentemente por familias recién llegadas encabezadas por profesionales liberales y propietarios. Paradójicamente, el barrio de Plaza de toros, el de menor alquiler medio de todo el Ensanche Este y a la vez el peor comunicado con el casco urbano, no era uno de los focos residenciales elegidos por las familias recién llegadas, ni siquiera por las pobres y necesitadas, las jornaleras (Figura 4.35). La razón era evidente: para el recién llegado lo importante era introducirse cuanto antes en los mercados laborales de la urbe, y sus posibilidades de lograrlo eran mayores cuanto más cerca del casco antiguo estuvieran, “*el centro de todas las cosas*” en palabras de John Dos Passos¹⁶⁵. Una dinámica que en Madrid era constatada en los barrios circundantes a la Puerta del Sol, a los que arribaban anualmente decenas de inmigrantes recién llegados a la ciudad para integrarse como empleados en puestos de baja cualificación (dependientes de comercio, porteros o recaderos) o como jornaleros.

¹⁶³ La movilidad residencial ejercida por las familias propietarias entre 1905 y 1910 tuvo como destino los barrios de Biblioteca y Conde de Aranda en un 11% cada uno, en un 9,52% el de Salamanca, en un 7,94% los de Goya y Monasterio, un 6,35% el de Almirante, y un 4,76% el de Fernando el Santo. En total, el 58,73%. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905.

¹⁶⁴ La decisión de delimitar el estudio a nivel familiar, obviando el plano individual (realizado en la Figura 2.59), se explica por la necesidad de eliminar la elevada distorsión generada por la inmigración de carácter individual protagonizada por el servicio doméstico femenino y los horteras o dependientes de comercio que se integraban en los hogares de las capas sociales más adineradas e industriales que respectivamente les contratasen.

¹⁶⁵ DOS PASSOS, J.: *Manhattan Transfer*, Nueva York, 1904.

De este modo, la estructura profesional de los inmigrantes que apenas contaban en años sus meses de estancia en la capital mostraba una proporción veinte puntos por encima en las categorías de jornaleros y dependientes de comercio que la media de dichos barrios¹⁶⁶.

FAMILIAS INMIGRANTES (< 1 AÑO DE ESTANCIA EN MADRID)

BARRIOS	Profesionales liberales	Propietarios	Artesanos	Pequeño comercio	Empleados	Jornaleros
Biblioteca	13,21	24,44	0	13,33	15,15	0
Conde de Aranda	26,42	26,67	0	13,33	18,18	2,44
Goya	5,66	4,44	12,50	0	12,12	19,51
Gutenberg	3,77	0	6,25	0	15,15	24,39
Las Mercedes	1,89	4,44	56,25	20,00	6,06	24,39
Monasterio	5,66	11,11	18,75	6,67	12,12	4,88
Plaza de toros	3,77	2,22	0	6,67	3,03	12,20
Retiro	22,64	13,33	0	26,67	6,06	2,44
Salamanca	16,98	13,33	6,25	13,33	12,12	9,76
DIFERENCIA	24,53	26,67	56,25	26,67	15,15	24,39

FAMILIAS INMIGRANTES (< 5 AÑOS DE ESTANCIA EN MADRID)

BARRIOS	Profesionales liberales	Propietarios	Artesanos	Pequeño comercio	Empleados	Jornaleros
Biblioteca	19,16	21,33	1,49	7,89	10,44	1,20
Conde de Aranda	20,36	29,33	4,48	7,89	10,99	2,40
Goya	5,99	6,67	5,97	13,16	10,44	7,60
Gutenberg	2,40	0	22,39	2,63	12,09	27,60
Las Mercedes	8,98	2,67	34,33	15,79	14,84	22,40
Monasterio	7,78	10,67	10,45	5,26	10,44	4,00
Plaza de toros	1,80	2,67	11,94	13,16	5,49	22,40
Retiro	21,56	13,33	2,99	21,05	13,74	7,60
Salamanca	11,98	13,33	5,97	13,16	11,54	4,80
DIFERENCIA	19,76	29,33	32,84	18,42	9,34	26,40

FAMILIAS MADRILEÑAS

BARRIOS	Profesionales liberales	Propietarios	Artesanos	Pequeño comercio	Empleados	Jornaleros
Biblioteca	17,28	17,78	8,43	12,22	9,32	1,79
Conde de Aranda	23,05	21,11	5,62	11,11	11,80	4,86
Goya	11,11	8,89	14,04	14,44	16,46	13,30
Gutenberg	1,23	0,56	12,36	10,00	6,52	14,32
Las Mercedes	6,58	7,78	28,09	12,22	12,42	23,53
Monasterio	9,05	11,67	8,43	6,67	9,01	8,70
Plaza de toros	3,29	3,33	8,99	10,00	4,04	18,67
Retiro	14,40	16,67	3,37	5,56	17,70	4,35
Salamanca	13,99	12,22	10,67	17,78	12,73	10,49
DIFERENCIA	21,81	20,56	24,72	12,22	13,66	21,74

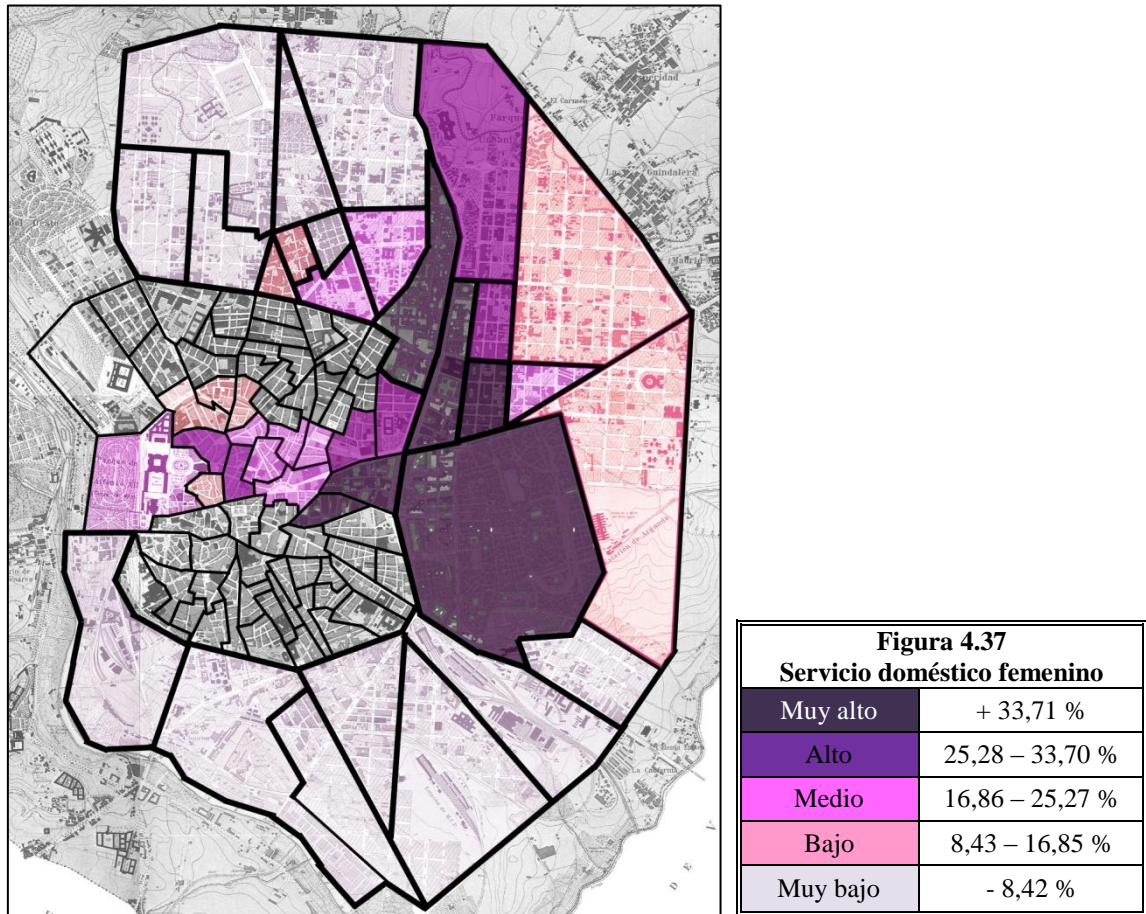
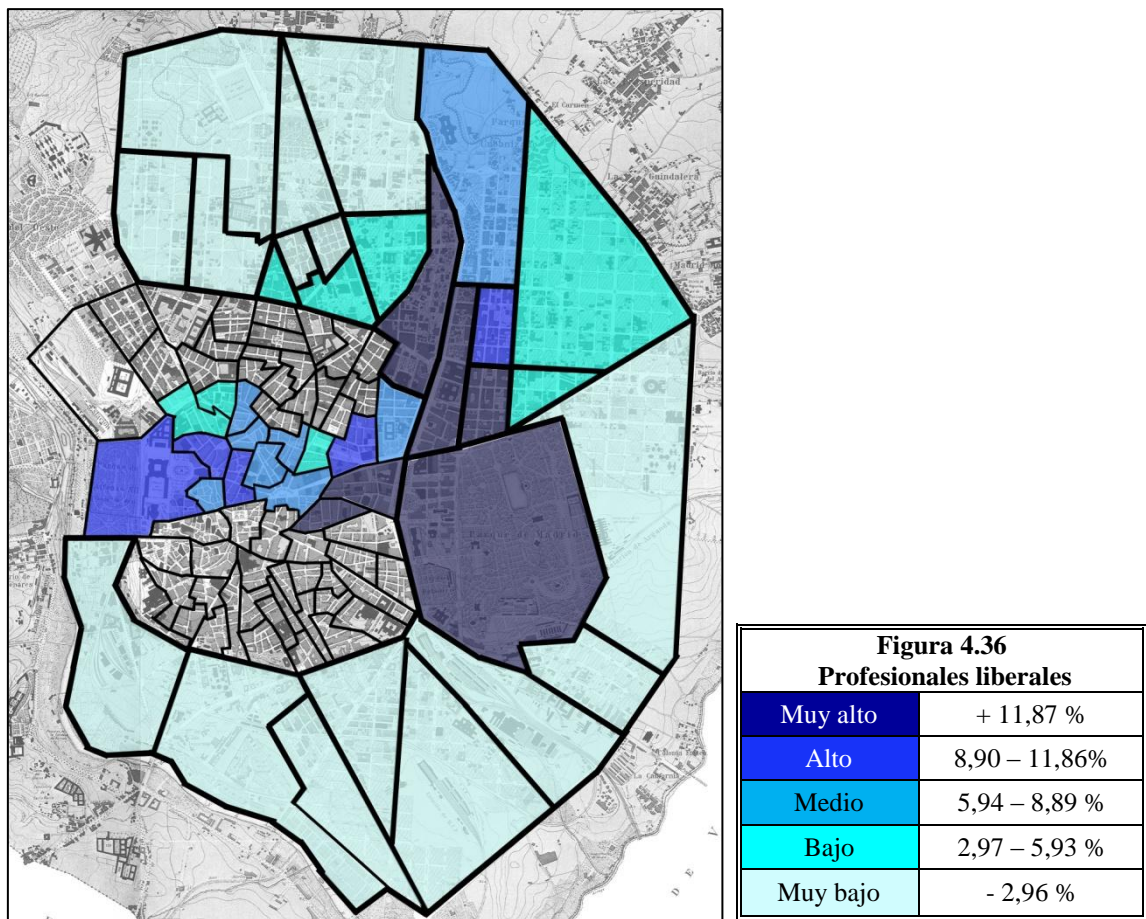
Figura 4.35. Distribución barrial de las familias residentes en el Ensanche Este en 1905 según la ocupación profesional, el lugar de origen y el tiempo de estancia en la ciudad del cabeza de familia. Datos porcentuales. Se han señalado sobre fondo gris la mayor concentración residencial de cada categoría socioprofesional y sobre fondo rojo la más baja. AVM, Estadística, padrón de 1905.

¹⁶⁶ DE MIGUEL SALANOVA, S.: “Un Madrid que muere. Perfil socioeconómico de la Gran Vía antes de su construcción”, en IBARRA AGUIRREGABIRÍA, A. (Coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Op. Cit.

En las afueras, sólo encontraban cabida de primera mano aquellos que llegaban de forma individual y que se reunían con familiares y/o paisanos llegados antes que ellos en algunos de los tejares, talleres y paradores allí diseminados (Figura 2.59). No obstante, a medida que la aclimatación a la urbe de las familias inmigrantes del casco antiguo era un hecho, la movilidad residencial protagonizada por jornaleros y trabajadores manuales cualificados en busca de alquileres más económicos como los existentes en Plaza de toros era palpable, convirtiendo dicho barrio en el mayor foco de atracción de aquellas familias asentadas en el Ensanche Este que decidían cambiar su domicilio (Figuras 2.63 y 2.64). Cada unidad familiar (y cada individuo) tendía a ubicarse en unos u otros barrios en función de su capacidad adquisitiva y de su procedencia, además de por las sinergias económicas derivadas del precio del alquiler, de la tipología residencial existente en cada zona y de su distancia al casco antiguo. Poco a poco, este proceso continuado de decantación socioespacial convirtió a los nuevos barrios en compartimentos estancos en los que la convivencia entre las familias de distinta extracción laboral era cada vez menor. Una fragmentación social del espacio a la que se resistían ligeramente las familias madrileñas, conocedoras de los distintos resortes laborales de la ciudad y poseedoras de vínculos familiares y redes informacionales de los que echaban mano para mejorar, en la medida de lo posible, su situación profesional y residencial en la urbe¹⁶⁷.

A comienzos del siglo XX Madrid era una ciudad inmersa en un creciente proceso de polarización socioespacial, fraguado a fuego lento durante las cuatro décadas que sobrevivieron a la ratificación del Ensanche. Un proyecto que no generó dicha segregación pero, qué duda cabe, que la incentivó al ofrecer un territorio tres veces más extenso que el casco antiguo para tales designios. El propósito de Castro de erigir un nuevo espacio urbano en el que las distintas clases sociales residieran separadas según sus “*necesidades específicas*” se había cumplido, no porque su proyecto hubiera sido llevado a la realidad, sino por la afinidad ideológica mostrada por las distintas autoridades públicas con dicha concepción urbana. De este modo, fueron ratificadas leyes y sistemas de financiación que, teniendo como doctrina básica la defensa a ultranza del derecho del libre uso de la propiedad, otorgaron pleno poder a los propietarios urbanos para ampliar la urbe poco menos que a su antojo. Así, no se interpuso medida alguna que impidiera la especulación y reserva del suelo por parte de las capas más pudientes de la sociedad madrileña, creando opulentos, caros y segregados barrios de nueva planta en las zonas mejor valoradas, y a las que se les concedieron los mayores recursos para dotarse de infraestructuras mientras que los barrios más pobres eran sumidos en la penuria presupuestaria. Esta realidad obligó al grueso de las capas populares a seguir viviendo hacinada en el interior del casco antiguo, a resignarse a ocupar los sotabancos y buhardillas de los nuevos inmuebles edificadas en las zonas más caras del Ensanche y en las modestas, insalubres y pequeñas viviendas erigidas en los barrios más baratos o, por último, en las autoconstruidas casas bajas de los terrenos peor dotados y alejados del Extrarradio.

¹⁶⁷ DE MIGUEL SALANOVA, S.: “Un Madrid que muere. Perfil socioeconómico de la Gran Vía antes de su construcción”, en IBARRA AGUIRREGABIRÍA, A. (Coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Op. Cit.



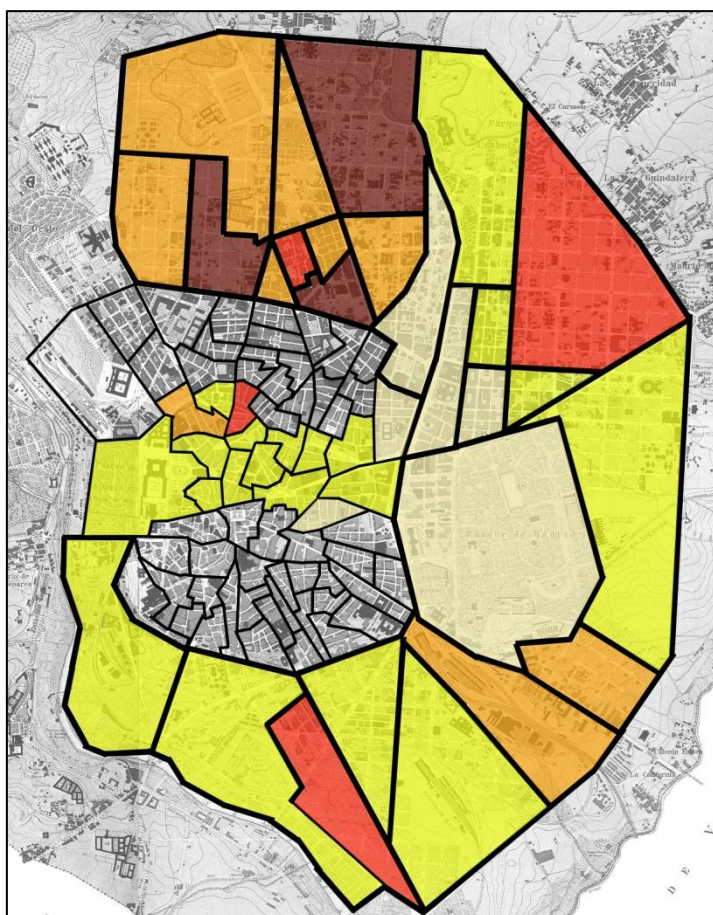


Figura 4.38 Trabajadores cualificados	
Muy alto	+ 19,24%
Alto	14,43 – 19,23%
Medio	9,63 – 14,42%
Bajo	4,82 – 9,62%
Muy bajo	- 4,81%

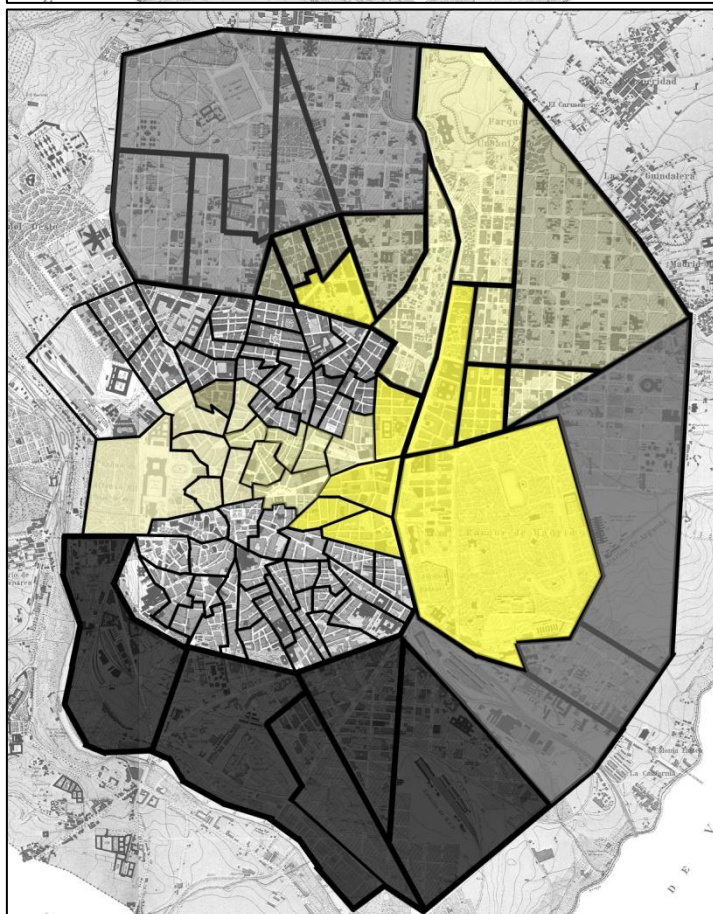


Figura 4.39 Jornaleros	
Muy alto	+ 57,99 %
Alto	43,49 – 57,98 %
Medio	29,00 – 43,48 %
Bajo	14,50 – 28,99 %
Muy bajo	- 14,49 %

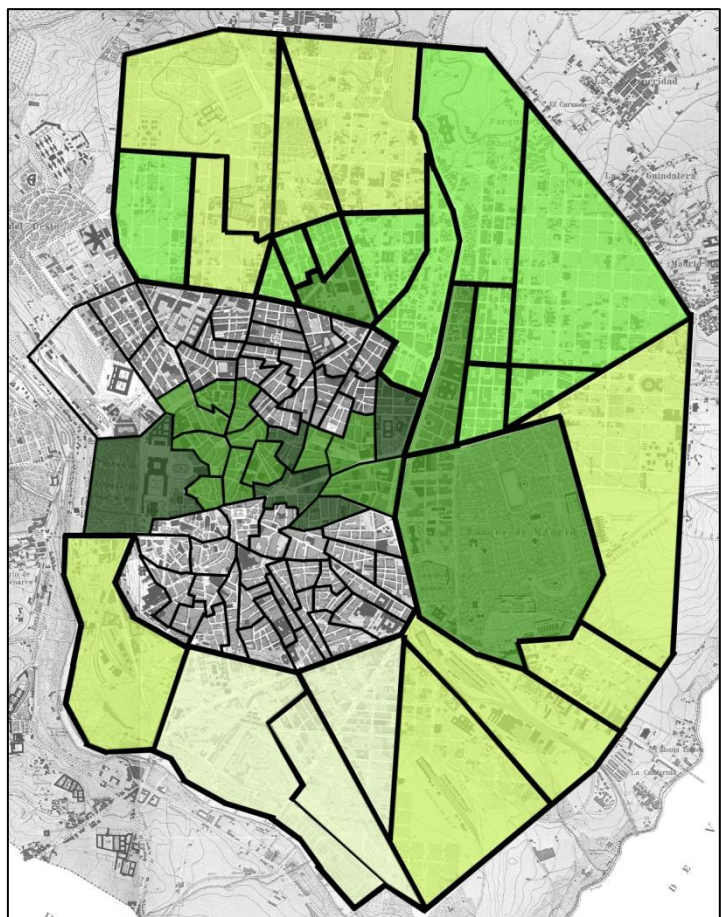


Figura 4.40 Empleados	
Muy alto	+ 24,67 %
Alto	18,50 – 24,66 %
Medio	12,34 – 18,49 %
Bajo	6,17 – 12,33 %
Muy bajo	- 6,16 %

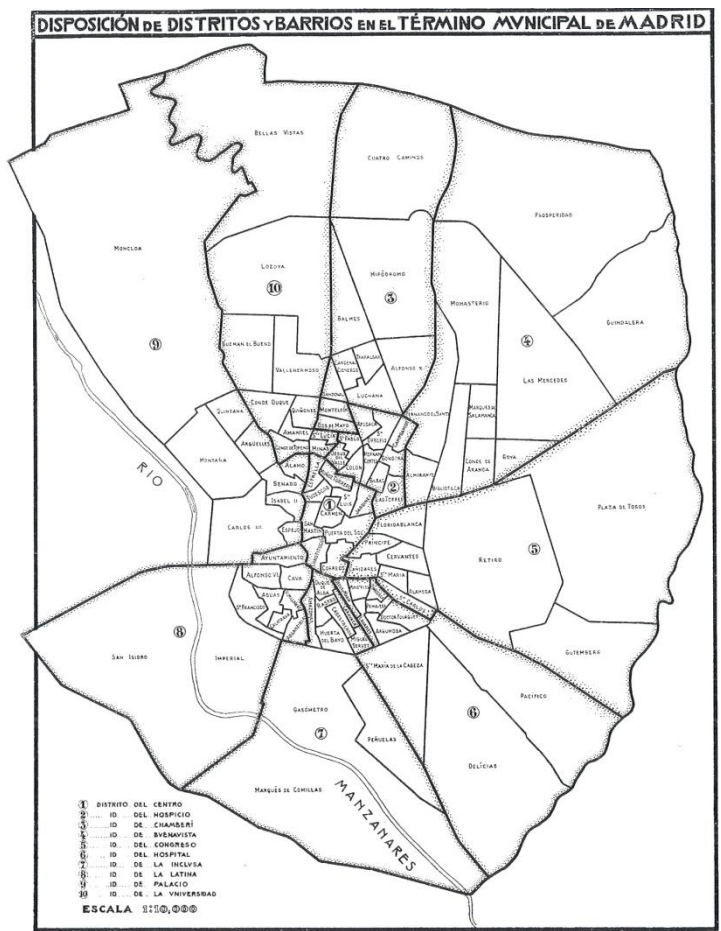


Figura 4.41. Plano de la nueva división administrativa de los distritos y barrios de Madrid aprobada en 1902. Extraído de *Memoria. Información sobre la ciudad. 1929*. Ayuntamiento de Madrid.

La consecuencia de tal desigual distribución residencial de las principales categorías profesionales, influida notablemente por el precio del suelo y corroborada por su indicador indirecto, el mapa de alquileres, revela a comienzos del siglo XX las líneas maestras de un mosaico urbano que se desplegaba de forma sectorial¹⁶⁸. En primer lugar, el centro histórico, vinculado fuertemente a la profunda reforma de la Puerta del Sol, seguía siendo la zona mejor comunicada y demandada de la ciudad, la que albergaba la mayor parte de su oferta comercial, ocio y servicios de la ciudad y, por ende, era la zona más cara para residir en ella. Pero que fuera la más cara no la convertía en la más atractiva para aquellas elites del país que habían decidido ubicar su residencia en la capital, ya que era a su vez la más densamente poblada y la más profusamente fragmentada. Era cierto que esta zona urbana seguía albergando a la mayor parte de la espuma social madrileña y a un nutrido grupo de profesionales liberales, propietarios, altos cargos de la administración pública y a empleados cualificados. Pero también que se había iniciado una aún débil traslación social de fondo, por el cual las elites de la ciudad se desplazaban poco a poco no sólo hacia los barrios de Almirante, Floridablanca, Príncipe y Cervantes, sino que de forma cada vez más numerosa *saltaban* al Ensanche, a los barrios de Fernando el Católico, Biblioteca, Conde de Aranda o Retiro. En estos barrios, muchos de ellos pertenecientes al Ensanche Este, la proporción de propietarios, profesionales liberales y el, a ellos asociado, servicio doméstico, era mayor que en el corazón de la ciudad mientras que, de forma sintomática, era menor la proporción de jornaleros y trabajadores manuales cualificados residentes en ellos (Figuras 4.34 a 4.39)¹⁶⁹. Además, la atracción que el Ensanche Este generaba sobre la aristocracia madrileña también iba en aumento, siendo cada vez más las familias que se mudaban a las manzanas existentes entre el eje Prado-Recoletos-Castellana y la calle Velázquez¹⁷⁰. La apropiación social del espacio urbano más cotizado del Ensanche era un hecho consumado a comienzos del siglo XX, lo que evitó que las elites madrileñas abandonaran la ciudad para concentrarse en nuevas periferias residenciales, ya que teniendo cerca inmuebles y solares tan bien situados y al alcance

¹⁶⁸ La evolución de la estructura urbana madrileña, al igual que la de otras urbes europeas como Barcelona, Viena o Roma, no es explicable a través de la interpretación realizada por la ecología urbana clásica, de la cual se desprende la teoría de los círculos concéntricos de Burgess, publicada en 1920 y relativa a la ciudad de Chicago, en la que argumentaba que el suelo urbano se distribuía de mayor a menor valor en círculos concéntricos a partir de un área central o casco histórico, que aglutinaba los principales establecimientos financieros, comerciales y de servicios de la ciudad (el ya mencionado CBD). El caso de Madrid se acerca más al modelo explicativo sectorial de Hoyt (lo que no quiere decir que sea explicado totalmente por él), y que incidía en el hecho de que los distintos usos del suelo existentes en el centro histórico eran *exportados* a lo largo de la expansión urbana, siguiendo las principales vías de comunicación y creando sectores urbanos de distinto uso y valor. PARK, R. E. y BURGESS, E.: *Introduction to Science of the Sociology*, Chicago, 1921; HOYT, H.: *The Structure and Growth of Residential Neighbourhoods in American Cities*, Washington D.C., 1939.

¹⁶⁹ La elaboración de los mapas relativos a la distribución de las principales categorías profesionales en Madrid es propia, pero con la inestimable aportación de los datos relativos al Ensanche Norte, Sur y el casco antiguo proporcionados por Rubén Pallol Trigueros, Fernando Vicente Albarrán y Santiago De Miguel Salanova respectivamente. Los datos son porcentuales y hacen referencia al porcentaje que cada categoría laboral representaba en la estructura profesional de cada barrio. Se ha procedido a dividir los porcentajes barriales de cada categoría profesional en quinquenios (tomando como base el barrio con mayor porcentaje) para generar una topografía precisa que sirviera para dilucidar las ausencias y concentraciones espaciales existentes en cada categoría profesional y así poseer un conocimiento general de la segregación socioespacial del Madrid de 1905 y el papel que el Ensanche Este jugaba en ella.

¹⁷⁰ Al ubicar en el plano de Madrid las más de mil familias aristocráticas reseñadas en la obra *La sociedad de Madrid. Libro de los salones para 1905. Único diario mundano de España*, encontramos que la tercera parte de la aristocracia afincada en la capital (381 de 1.182 familias señaladas) tenía como residencia el Ensanche Este, especialmente en los barrios de Conde de Aranda (donde se concentraba el 30% de esta zona), Salamanca (el 20%), Biblioteca (el 19%) y Retiro (el 13%).

sólo de sus chequeras no sintieron esa necesidad, a diferencia de lo que ocurría en otras urbes europeas como Londres, Birmingham o Hamburgo¹⁷¹. De esta forma, la concentración sectorial de las capas más adineradas de la urbe en los barrios del Ensanche vinculados al eje Prado-Recoletos-Castellana tuvo las mismas consecuencias que el plano de Cerdá en Barcelona, donde fue el Paseo de Gracia el eje que vertebraba la nueva ciudad segregada¹⁷². El centro histórico madrileño por su parte se especializaba como un área comercial y de servicios, centro de ocio y sociabilidad, en el que los inmuebles residenciales perdían espacio ante los nuevos establecimientos comerciales, oficinas y salas de teatro, proceso que se vería potenciado irremediablemente con el inicio efectivo del proyecto de la Gran Vía¹⁷³.

Los jornaleros, cuyos reducidos e inseguros emolumentos les hacían extremadamente sensibles al alquiler de la vivienda o al tiempo gastado en el transporte, eran los que más cambiaban de residencia en función de su lugar de trabajo (Figura 2.58), intentando afincarse lo más cerca y barato posible de los principales focos de demanda de empleo de la ciudad. Y uno de los más importantes era el negocio ferroviario, concentrado en el Ensanche Sur, desde la estación de Atocha hasta la de NORTE siguiendo la vía de circunvalación, donde se beneficiaba de las características económicas de la aglomeración de la producción¹⁷⁴. Éste era un sector en el que el trabajo a destajo imperaba y que se nutría de la contratación informal de centenares de jóvenes inmigrantes jornaleros en períodos de ascenso de la producción. Por ello, las pésimas características urbanísticas de los barrios del Ensanche Sur, con una nula dotación de infraestructuras y una oferta residencial deplorable, ofrecían los dos factores anhelados por las familias jornaleras: un foco de demanda de empleo constante y una vivienda lo más barata posible. Por el contrario, los trabajadores manuales cualificados disfrutaban de un jornal y una estabilidad algo más elevada, con la que podían permitirse residir cerca de su lugar de trabajo pero en una residencia más holgada. Además, dada su vinculación a la atomizada red de talleres y obradores de la ciudad, en proceso de expulsión del casco antiguo debido a su progresiva terciarización y revalorización del suelo de los barrios centrales, éstos fueron concentrándose cada vez con más fuerza en los barrios populares del Ensanche de la ciudad¹⁷⁵. En el Ensanche Este, éstos fueron los de Mercedes y Gutenberg, donde intentaban conjugar la cercanía de su lugar de trabajo con una oferta residencial asequible pero de mayor calidad que los chiscones, tejares y chabolas de Plaza de Toros, Gasómetro o Imperial.

¹⁷¹ ALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Op. Cit.; PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea*, Op. Cit.; LEES, A. y HOLLEN LEES, L.: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007; DENNIS, R.: "Modern London", *The Cambridge Urban History of Britain*, Vol. 3, Cambridge Histories Online, 2008, pp. 95-131.

¹⁷² OYÓN, J. L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración...*, Op. Cit.

¹⁷³ LÓPEZ SALLABERRY, J. y ANDRÉS OCTAVIO, F.: *Memoria del proyecto de saneamiento parcial denominado Reforma de la prolongación de la calle de Preciados y enlace de la plaza del Callao con la calle de Alcalá*, Madrid, Imprenta Municipal, 1907.

¹⁷⁴ Entre otros, los beneficios económicos de la aglomeración eran el fomento de actividades e industrias complementarias en las inmediaciones, y la mejora de acceso a los distintos canales de información, competencia e innovación, sin contar con la potenciación de un mercado de trabajo localizado en el que la mano de obra era cada vez más amplia, de confianza, con experiencia y de mayor cualificación respecto a la actividad principal desarrollada por las distintas sociedades, fábricas o talleres que componían dicha aglomeración, los *industrial districts*, como fueron denominados por el economista Alfred Marshall.

¹⁷⁵ GUTIÉRREZ GARCÍA, M^a A. y MARTÍNEZ DE MADARIAGA, R.: "La especialización geográfica del centro de Madrid como área de servicios", en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración...*, Op. Cit., Vol. 1, pp. 459-477.

La segregación socioespacial también afectó al amplio y heterogéneo grupo de los empleados, aunque fue la categoría profesional menos segregada del Madrid de principios del siglo XX, el adhesivo que mantenía en contacto las distintas *partes* de la ciudad. Sin embargo, lo cierto es que su composición interna también difería notablemente entre unas zonas y otras. En las áreas centrales del casco antiguo abundaban los oficinistas privados, empleados de comercio ocupados en los primeros establecimientos comerciales modernos (además de los dependientes que aún residían en las tiendas en las que trabajaban), empleados de ministerios de rango medio y representantes de la alta dirección y gestión, que ocupaban los principales y los primeros pisos de las calles del epicentro social de la ciudad, donde se codeaban con profesionales liberales como abogados, arquitectos o catedráticos¹⁷⁶. En cambio, en el Ensanche Sur la mayoría eran empleados de reducida cualificación laboral u oficinistas de rango medio vinculados al ferrocarril y al sector privado o a las distintas administraciones públicas, como oficinistas y factores ferroviarios, empleados de Correos y tranvías, maestros de escuela y guardias o porteros de los distintos talleres y fábricas aquí existentes¹⁷⁷. Por su parte, en el Ensanche Este el tono social de la población empleada estaba protagonizado por altos cargos de la administración y de la esfera privada, oficinistas ministeriales de rango medio y superior, y empleados privados de cuello blanco. A éstos, que seguían la estela de las profesiones liberales, se les sumaba un elevado número de empleados que proporcionaban servicios personales a las capas más acomodadas de la sociedad como porteros, cocheros o jardineros (Figuras 3.30 y 3.31). Por último, en el Ensanche Norte existía una determinada representación de todos los grupos de empleados mencionados, desde profesores y maestros, escribientes privados, empleados de correos, telégrafos y demás dependencias de la administración pública en su eje central, pasando por altos cargos de gestión pública y privada en los barrios de Fernando el Santo y Alfonso X, hasta llegar a los empleados de menor cualificación e ingresos anuales, como maestros, tranviarios, conserjes y vigilantes, que residían en los barrios más septentrionales¹⁷⁸.

La capital española, de modo similar a lo que estaba aconteciendo en las demás grandes urbes europeas y españolas, se estaba fragmentando, creando pequeñas ciudades independientes de ricos y pobres que conformaban una sola¹⁷⁹. Las elites de la capital, además de permitirse residir en viviendas e inmuebles de mayor calidad y holgura que el resto de la población, se ubicaron en el espacio urbano más atractivo y mejor dotado de infraestructuras y servicios municipales, apropiándose de él y beneficiándose de la red de alcantarillado más tupida de la ciudad, del mejor agua potable y de calles más anchas y limpias, alejándose de establecimientos e instituciones insalubres y peligrosas como los desagües del Canal de Isabel II, el matadero municipal, el hospital provincial o las fábricas, estaciones y talleres del sur de la ciudad. Por el contrario, las familias con los niveles de renta más bajos, especialmente las encabezadas

¹⁷⁶ DE MIGUEL SALANOVA, S.: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930...*, Op. Cit.; DÍAZ SIMÓN, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX...*, Op. Cit.

¹⁷⁷ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación...*, Op. Cit.

¹⁷⁸ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)...*, Op. Cit.

¹⁷⁹ ALDERMAN, G. y HOLMES, C.: *Outsiders & Outcasts. Essays in honour of William J. Fishman*, Duckworth, Londres, 1993; RICHARD, D.: *Cities in modernity: representations and productions of metropolitan space 1840-1930*, Cambridge University Press, 2008; JAQUEMET, G.: *Belleville au XIXe siècle: du faubourg à la ville*, éditions l'EHESS, París, 1984; McMANUS R. y ETHINGTON, P. J.: "Suburbs in transition: new approaches to suburban history" en *Urban History*, 34, 2, Cambridge University Press, 2007, pp. 317-337; GUARDIA BASSOLS, M., OYÓN, J.L. y MONCLUS, F. J. (Dir.): *Atlas histórico de ciudades europeas. Península Ibérica*, CCCB/ Salvat Editores, Barcelona, 1994.

por trabajadores manuales no cualificados, se enfrentaban a unas condiciones de vida pésimas, fruto de sus escasos recursos pero agravadas a su vez por el proceso de segregación espacial interno, al ser discriminados por las autoridades públicas a la hora de distribuir el presupuesto con el que sufragar servicios municipales, especialmente en la zona de Ensanche, donde la compartimentación de la financiación hacía estragos.

La diferenciación en la calidad de vida entre los distintos grupos sociales según su riqueza era una constante histórica, pero que en ella el factor espacial alcanzara cada vez mayor relevancia era un matiz nuevo que preocupaba a los propios contemporáneos. Uno de ellos fue el médico eslovaco Philip Hauser Kobler, quien en los años interseculares realizó un completo estudio sobre las desigualdades sociales existentes en materia de salud en la capital española¹⁸⁰. En él, Hauser documentó cómo había distritos en los que la mortalidad duplicaba la de otros¹⁸¹, espacios urbanos como los de Inclusa y Hospital (con tasas de 40,2 y 37‰ respectivamente) por un lado, y Congreso y Buenavista por otro (con 22,4 y 23,8‰), que concordaban con las zonas cuyos alquileres medios eran, respectivamente, los más bajos y más elevados de la ciudad, y en los que la segregación entre las elites, propietarios y profesionales liberales frente a los trabajadores manuales cualificados y jornaleros era más extrema. La tasa de natalidad, la mortalidad infantil y el grado de afección de las enfermedades epidémicas también variaban ostensiblemente de unos a otros barrios, fenómeno perverso pero común a las grandes urbes europeas. Respecto a la primera, un estudio municipal sobre la evolución demográfica de la ciudad en 1910 afirmaba que *la “fecundidad de los barrios está en relación inversa de la riqueza de los que los pueblan”*, destacando cómo los distritos más fecundos eran los más pobres, los de Hospital, Inclusa y Latina, que también sufrían las tasas de mortalidad infantil más elevadas de la ciudad y albergaban los principales focos de muerte en momentos de crisis epidémicas¹⁸². Pero si los problemas de salud que afectaban en gran medida a las clases trabajadoras menos pudientes de barrios como Peñuelas, Gasómetro, Gutenberg, Plaza de toros, Lozoya o Hipódromo eran mucho más sangrantes que los del resto de la ciudad, el primer paso para abordarlos era que las autoridades municipales los reconocieran, circunstancia que tardó en producirse tal y como demuestran las razones esgrimidas en 1894 por la Junta Municipal de Sanidad de Madrid, respecto a las causas que producían las enfermedades respiratorias e infecciosas de Madrid. En dicha Memoria, se argumentaba que las causas generales respecto a las primeras eran la altitud, el clima, la posición geográfica de la ciudad en la península, el suelo y la calidad del agua, mientras que para las segundas

¹⁸⁰ HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico social*. Edición a cargo de Carmen del Moral, 2 Vols., Ed. Nacional, Madrid, 1979; FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración*, Vol. 1, *Op. Cit.*, pp. 33-52; “Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)”, en *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales*, Actas de los IV Coloquios de Historia. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1987, pp. 163-180.

¹⁸¹ No obstante, hay que tener en consideración que los datos usados por Hauser hacían referencia al lugar en el que se registraban las muertes, no dónde residían los fallecidos. Por ello, los datos relativos a distritos como Inclusa y Hospital están hinchados con las muertes certificadas en las instituciones que les dan nombre, a donde iban los enfermos más graves para ser tratados en una época en la que ya eran registrados en dichas instituciones el 30% de las muertes. RAMIRO FARIÑAS, D.: “Algunos aspectos sobre la medición de la sobremortalidad urbana y el “urban penalty”: el ejemplo de Madrid, 1888-1930”, *X Congreso Internacional de la Asociación Española de Historia Económica*, Sevilla, 2011.

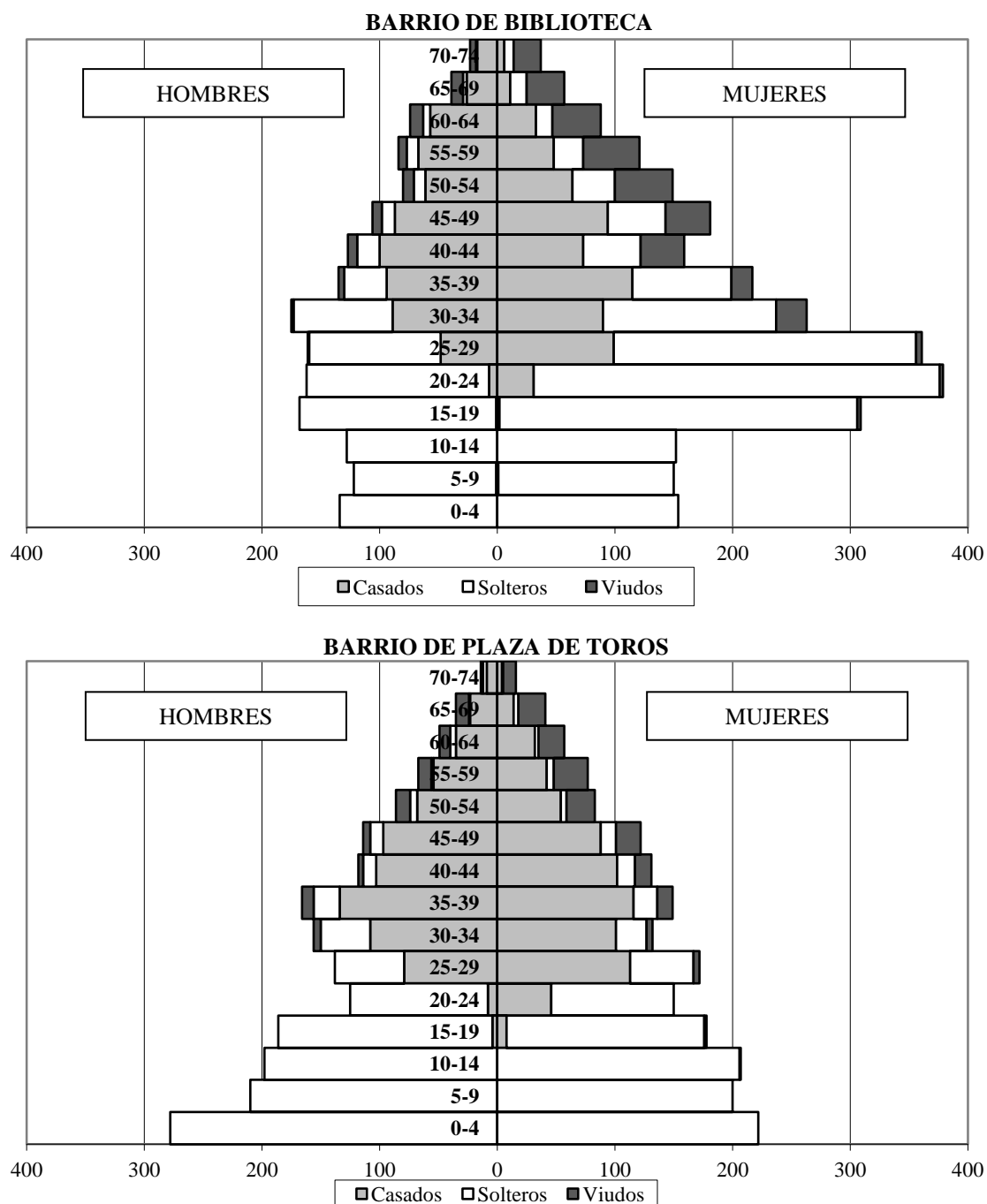
¹⁸² TIANA FERRER, A.: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña (1898-1917)*, CIDE, Madrid, 1992, pp. 21-30; REVENGA, R.: *La muerte en Madrid*. Dir. Gral. de Sanidad, Madrid, 1901; FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Epidemias y sociedad en Madrid*, *Op. Cit.*

eran el mal estado de retretes y fregaderos, la falta de ventilación de patios y calles, el estancamiento del agua tanto en las vías públicas como en el alcantarillado por la inexistencia de pendientes necesarias para evacuar las aguas sucias, la carencia de plazas o la existencia de pozos negros en el interior de la población y de basureros y muladares en sus alrededores. La Junta también incidió en que había causas de carácter particular, que *“nacen y se derivan de las costumbres antihigiénicas de los habitantes de Madrid”*, como las de *“establecer los dormitorios en las piezas más reducidas y oscuras de la casa”*, sin comunicación directa con el exterior y *“sumergida en una atmósfera confinada”*, y que los habitantes de la ciudad solían *“frecuentar por largo tiempo sitios en que reina una atmósfera viciada, como sucede en los cafés, tabernas, etc.”*¹⁸³. Pero nada se dijo de la complaciente visión municipal hacia la segregación del espacio urbano, ni del aislamiento y desamparo en los que sumía a las familias jornaleras de los barrios más pobres del Ensanche, a los que se les negaban recursos para cegar pozos negros, adoquinar sus calles, traer el alcantarillado o impedir la especulación y posterior compartimentación del interior de las viviendas de nueva construcción. Era una realidad conocida por la sociedad madrileña pero obviada por sus poderes municipales, incapaces de reconocer que su propio modelo ideal de ciudad era el principal responsable.

La total quiebra de la homogeneidad socioespacial de la ciudad y la creciente divergencia en el nivel adquisitivo y patrimonial de sus residentes también incidió en el ciclo vital de las familias y, al residir éstas en zonas homogéneas socialmente ya fuera por propia elección u obligación, por ende en la composición demográfica de cada barrio. En primer lugar, la población residente en los más caros y autosegregados de la capital, como los de Conde de Aranda, Retiro o Biblioteca, elegidos por las elites urbanas y las clases medias de mayor nivel adquisitivo para su establecimiento en el *nuevo Madrid*, se caracterizó por poseer una marcada preponderancia femenina en los segmentos intermedios de edad, entre los 15 y 30 años, protagonizada mayoritariamente por muchachas solteras. En unos barrios en los que, como el de Biblioteca, las familias encabezadas por grandes industriales, propietarios, rentistas o profesionales liberales significaban más de la tercera parte del total (el 36%), y en el que el número de empleados cualificados era alto, la demanda laboral generada para la contratación de servicio doméstico, ya feminizado en esta época, era apabullante (el 40% de las mujeres mayores de 14 años residentes en los barrios de Biblioteca, Retiro y Conde de Aranda eran criadas). De hecho, más de la mitad de las viviendas existentes en este barrio (el 57%) disponía de al menos una criada interna en su haber, una proporción 26 puntos porcentuales por encima de la media del Ensanche Este (situado en el 31%), nivel que sería más elevado de disponer del total del servicio doméstico contratado en cada hogar, tanto el interno (fielmente registrado en los padrones municipales) como el externo (que no lo era). Así, la prominente *barriga* formada en el lado femenino de la pirámide demográfica del barrio de Biblioteca (Figura 4.42) era un elemento característico de los espacios más adinerados y segmentados de la ciudad, tales como Fernando el Católico, Conde de Aranda, Salamanca o Retiro, donde las sirvientas, criadas, cocineras, amas de cría, nodriza y señoritas de compañía eran legión. Una superioridad femenina que brillaba por su ausencia en los barrios más baratos del Ensanche, el negativo de los anteriores, aquellos que como los de Peñuelas, Vallehermoso o Plaza de toros (Figura 4.43), estaban alejados y mal comunicados con el casco antiguo y eran desdeñados por las capas más pudientes de la sociedad madrileña como lugar de residencia. En el último caso, el servicio doméstico era testimonial (sólo el 7,1% de los hogares se lo podía

¹⁸³ AVM, Secretaría, clase de Sanidad, signatura 11-388-32.

permitir), reducido a un pequeño número de familias de clase media que sólo podían permitirse una muchacha (a lo sumo dos) contratada como *criada para todo* en su hogar, y a aquellas que, residiendo en sus calles, caminaban todos los días hacia los barrios del oropel madrileño para trabajar en sus hogares como sirvientas externas, haciendo la compra, limpiando, cocinando o lavando la ropa.



En barrios como el de Plaza de toros, las familias de relumbrón eran escasas (sólo el 6% estaban encabezadas por grandes industriales, propietarios, rentistas y profesionales liberales), marcando el tono social del barrio las familias encabezadas por jornaleros (el 59% del total). Este barrio, como el de Gutenberg y en menor medida el

de Las Mercedes, servían de residencia a las familias jornaleras ya que sus modestos y aislados inmuebles ofrecían alquileres muy baratos para albergar a una prole numerosa, pero cuya presencia en el hogar se reducía más rápidamente que la de las familias de los barrios más caros, ya fuera porque no sobrevivieran a sus primeros años de vida (de ahí el marcado escalón registrado entre los segmentos de edad más jóvenes, fruto de la elevada mortalidad infantil de la que adolecía la capital) o porque se vieran impelidos a buscar una ocupación fuera del hogar como criadas en el caso de las chicas, o como dependientes de comercio, aprendices o mozos de almacén en el de los chicos (Figura 4.44). De este modo, a partir de los 15 años, la población joven de Plaza de toros encontraba empleo preferentemente en otros barrios, ya fuera como sirvientas en Biblioteca, Salamanca y Retiro, como dependientes de comercio en el casco antiguo, o aprendices en los talleres artesanos del antiguo arrabal de Chamberí y en los alrededores de Atocha.

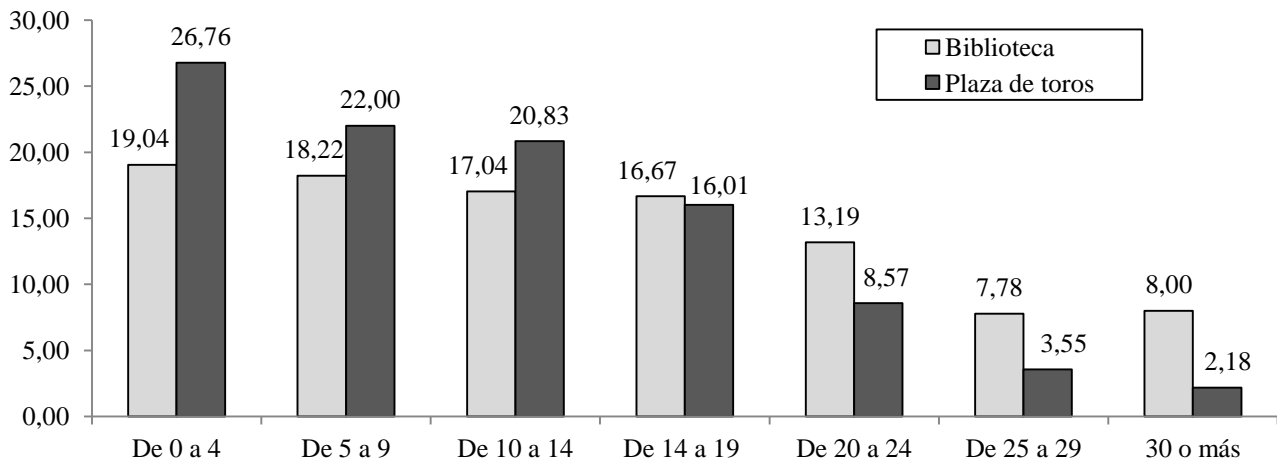


Figura 4.44. Distribución por edades de los hijos residentes en los hogares de los barrios de Biblioteca y Plaza de toros. AVM, Estadística, padrón de 1905.

Esta necesidad no existía en el seno de las familias de propietarios y profesionales liberales asentadas en los barrios de Biblioteca, Salamanca, Conde de Aranda y Retiro, quienes podían permitirse disfrutar de la compañía de sus hijos durante más tiempo y proporcionarles una educación superior, de tinte profesional en el caso de los varones y de índole doméstica y de entretenimiento en el de las mujeres (costura, canto, baile, etc.), quienes se emancipaban al acceder al mercado laboral una vez alcanzada una alta cualificación técnica¹⁸⁴. La mayor disponibilidad económica de estas familias también implicaba poseer mayores medios para dar cobijo en sus amplias viviendas a parientes y conocidos, recursos que las modestas familias artesanas y jornaleras residentes en el barrio de Plaza de toros no poseían, los cuales eran suplidos a través de su propia experiencia y poniendo a disposición del recién llegado su red de contactos para conseguirle un hogar cercano o una ocupación¹⁸⁵. Por ello, la composición familiar de uno y otro barrio difería considerablemente, al mostrar una tendencia más robusta hacia la cohabitación del núcleo familiar con uno o varios parientes en el caso de Biblioteca (el 29 frente al 19%) mientras que en el de Plaza de toros la falta de recursos obligaba a una preeminencia mayor de la lógica nuclear (el 72 frente al 56%). Además, era más factible y común que los propietarios y profesionales

¹⁸⁴ Para consultar la enorme diferencia existente entre la educación no obligatoria proporcionada a los hijos de los trabajadores manuales por un lado y a la de los profesionales liberales por otro consultar Figuras 3.18, 3.21 y 3.44.

¹⁸⁵ Consultar apartado 2.3.1.

liberales de barrios como el de Biblioteca pudieran, bien en su juventud o en la viudedad, vivir solos y hacer frente al pago del alquiler por sí mismos, que los jornaleros, sirvientas externas o artesanos de barrios como el de Plaza de toros, quienes apenas podían permitírselo (la proporción de hogares individuales iba desde el 10,2 del primero al 2,7% del segundo) teniendo que recurrir al realquiler, a las segundas nupcias o a la coresidencia familiar.

En definitiva, las experiencias vitales de las familias e individuos residentes en el Ensanche Este de Madrid durante el transcurso del siglo XIX al XX se vieron profundamente mediatizadas por el modo en el que la sociedad liberal articuló su *conquista*, su urbanización. El Ensanche no provocó por sí mismo la segregación socioespacial de la ciudad, que se produjo de manera generalizada en las grandes urbes occidentales, pero sí la aceleró, convirtiendo al nuevo espacio urbano en sospechoso de tal evolución. A medida que la ciudad creció en población y extensión durante la segunda mitad del siglo XIX, se dilató aún más la brecha socioeconómica que separaba a los ricos y pobres allí residentes. Una brecha que tenía su correlato en la distancia física existente entre las familias acaudaladas que monopolizaron los barrios más modernos y codiciados del *nuevo Madrid* (los de Biblioteca, Conde de Aranda, Salamanca y Retiro en el caso del Ensanche Este), y las familias jornaleras y artesanas principalmente, que se vieron confinadas en aquellos que atesoraban las peores condiciones de habitabilidad, higiene y comunicación de la ciudad. Una separación que cada vez era más visible, pública y notoria, simbolizada por los espacios urbanos de ensueño fabricados por los primeros frente a la periférica concentración con la que debían contentarse los segundos. Era cuestión de tiempo que esa separación económica, residencial y vital fuera trasladada al ámbito ideológico y político como en otras urbes españolas¹⁸⁶, una segregación que crecería con más fuerza durante el primer tercio del siglo XX con la irrupción en Madrid de la sociedad de masas¹⁸⁷.

¹⁸⁶ OYÓN, J. L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración...*, *Op. Cit.*; OYÓN, J. L. y SERRA PERMANYER, M.: "Historia urbana: el espacio no es inocente", en *Historia Contemporánea*, nº 39, Servicio de Publicaciones de la UPV/EHU, pp. 387-402.

¹⁸⁷ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, *Op. Cit.*; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, *Op. Cit.*; OTERO CARVAJAL, L. E. y PALLOL TRIGUEROS, R.: "El Madrid Moderno, capital de una España urbana en transformación, 1860-1931", en *Historia Contemporánea*, nº 39, Servicio de Publicaciones de la UPV/EHU, pp. 541-588; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral inédita, UCM, Madrid, 2012.

Tomo II

Madrid, metrópoli europea



“While to the stranger's eye one street was no different from another, we all knew where our "neighborhood" somehow ended. Beyond that, a person was somehow a stranger”.

MILLER, A.: “A Boy Grew in Brooklyn”, *Holiday*, marzo de 1955.

“La tradicional burla acuñada a Madrid en relación a que no es más que un pueblo grande ya no está justificada. La capital es ahora una ciudad que honra a Europa, y la familiar silueta inmortalizada por Goya en su cuadro La Pradera de San Isidro empieza a estar salpicada de rascacielos.”

“The new Madrid. A modern European capital”, *The Times*, 18 de enero de 1929.

Esta frase que ponía en duda el mantra repetido durante casi un siglo, desde Mesonero Romanos hasta Manuel Azaña pasando por Antonio Flores o Benito Pérez Galdós, relativo a los infructuosos intentos liberales de acercar Madrid a las principales urbes europeas, iniciaba la crónica relativa a la modernización de Madrid del corresponsal del *Times* en 1929. Parecía responder a uno de los artículos que Azaña publicó en 1920 en *La Pluma*, en el que afirmaba que la ciudad “*es un poblachón mal construido, en que se esboza una gran capital*”¹. Como la mayoría de las afirmaciones categóricas, ambas son exageradas y matizables, pero la intención del periodista era clara: centrar la atención en las profundas y aceleradas transformaciones socioeconómicas, culturales, políticas, urbanísticas y demográficas que estaban acaeciendo en Madrid.

¹ Artículo “Castillo famoso” de junio de 1920 publicado en *La pluma*. Citado en AZAÑA, M. (ed. de Santos Juliá): *Obras completas*, Vol. 2, junio 1920/abril 1931, CEPC y Taurus, Madrid, 2008, pp. 14-16.

La irrupción de la Modernidad, que ya había hecho acto de presencia en las principales urbes europeas y norteamericanas en las décadas que sirvieron de gozne entre los siglos XIX y XX, impregnó el día a día madrileño tras el estallido de la 1ª Guerra Mundial². Madrid conformaba el espacio urbano español en el que, junto a Barcelona, mejor se reflejaban las distintas aristas de una realidad aún borrosa, mezcla de lo antiguo y lo nuevo, de la lucha por la supervivencia y la tradición frente al afán de traer los tiempos modernos, de resistencias, esperanzas e incertidumbre³. Durante la segunda mitad del siglo XIX, Madrid intentaba huir de su pasado aunque sin despegarse de él lo suficiente. Las pervivencias aún eran mayores que los cambios a pesar de que éstos incluyeran un constante incremento de su población debido al auge de los movimientos migratorios permanentes, la quiebra definitiva del mercado laboral preindustrial, la corrosión de los oficios y la aparición de los jornaleros urbanos, y la expansión y consiguiente apropiación segregada del nuevo espacio urbano. No obstante, el asentamiento de la Modernidad a lo largo de los años de entreguerras tampoco fue unánime ni constante, aunque sí afectó en mayor o menor medida a todas las facetas de la vida de los residentes en la ciudad, cuya experiencia vital fue cada vez más similar a la de los ciudadanos de otras grandes urbes occidentales como Londres, París, Berlín, Chicago o Nueva York, con quienes cada vez tenían más puntos en común que con la población rural de los campos castellanos que la rodeaban.

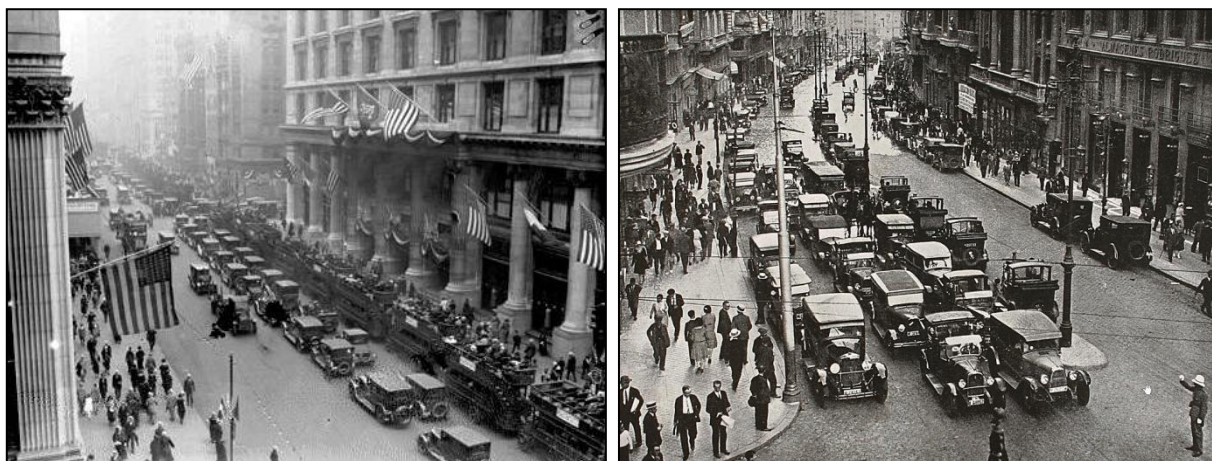


Ilustración I. A la izquierda, 5ª Avenida, Nueva York, 1924. A la derecha, avenida del Conde de Peñalver, Madrid. *Memoria. Información sobre la ciudad. Año 1929*, Ayuntamiento de Madrid. Salvando distancias cuantitativas y cualitativas, Madrid se incorporó a la modernidad en el primer tercio del siglo XX, y compartió procesos similares a los existentes en las grandes ciudades europeas y norteamericanas.

² DENNIS, R.: *Cities in Modernity. Representations and Productions of Metropolitan Space, 1840-1930*. Cambridge University Press, 2008; LEES, A. y LEES, L. E.: *Cities and the Making of Modern Europe, 1750-1914*. Cambridge University Press, 2007; WHITEHEAD, J.W.R. y CARR, C.M.H.: *Twentieth-century suburbs. A morphological approach*, Routledge, London, 2001; LINGER, F.: *European cities in the modern era, 1850-1914*, Brill, 2012.

³ OTERO CARVAJAL, L. E., “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939”, en VV.AA., *España entre repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos*, Guadalajara, Asociación de Amigos del AHP, 2007, vol. 1, pp. 27-80; “La ciudad vanguardia de la Modernidad, España 1860-1931”, en DELGADO VIÑAS, C., SAZATORNIL RUIZ, L. y RUEDA HERNANZ, G. (Editores literarios): *Historiografía sobre tipos y características históricas, artísticas y geográficas de las ciudades y pueblos de España*, Ediciones TGD, Santander, 2009, pp. 225-234; OTERO CARVAJAL, L.E. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “El Madrid moderno. Capital de una España urbana en transformación, 1860-1931”, en *Historia Contemporánea*, nº 39, UPV/EHU, pp. 541-588; MARTÍNEZ MARTÍN, J.A.: “Madrid, de Villa a Metrópoli. Las transformaciones del siglo XX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 22, UCM, Madrid, 2000, pp. 225-249; ALONSO PEREIRA, J.R.: *Madrid 1898-1931: de Corte a Metrópoli*. CAM, Madrid, 1985.

Durante el primer tercio del siglo XX los distintos procesos de cambio avanzaron de forma difusa, imponiéndose en unos ámbitos y siendo abiertamente contestados en otros. Pero algunos de sus exponentes fueron detectados por propios y extraños, tanto por el forastero recién llegado como por el madrileño de cuna. El más impactante a la vista era la nueva fisonomía arquitectónica que estaba arraigando en la ciudad, que hizo que su horizonte mutara como no lo había hecho en los siglos anteriores. A mediados del siglo XIX el inmigrante que se acercaba a Madrid percibía en su retina una primera imagen distinta de ésta según el punto cardinal desde el que llegara, ya fuera el Palacio Real desde el oeste, la cúpula de San Francisco el Grande y los desniveles del Manzanares por el sur o, como aquella joven muchacha de Pedrezuela con la que arrancábamos el primer capítulo, Saturnina, las tapias del Retiro, el tejado ovalado del Pósito y la Puerta de Alcalá por el este. Sin embargo, en 1930 todo aquel que llegara a las inmediaciones de Madrid fijaba la mirada en el mismo punto, en la impresionante mole granítica que recubría una estructura de acero laminado de 85 metros de altura, la sede la de la Compañía Telefónica de España, filial de la empresa estadounidense *International Telephone & Telegraph* (ITT), y durante unos meses, el rascacielos (para la época) más alto de Europa⁴. Este edificio, junto al construido simultáneamente Palacio de la Prensa, representaban los “símbolos de la modernidad de la capital” española a ojos del corresponsal del periódico londinense *The Times* en su artículo *The new Madrid. A modern european capital* de enero de 1929, reconocimiento que ya había sido expresado el año anterior por Mildred Adams desde las páginas del *The New York Times* en un reportaje titulado *Past and future rub elbows in Madrid*, pasado y futuro entremezclándose en la capital. Ambos inmuebles suponían una evidente ruptura con el urbanismo anterior, cuyo origen se halló en la realización entre 1910 y 1929 de los tres tramos que componían el mayor escaparate de los tiempos modernos de la ciudad, la Gran Vía⁵.



Ilustración II. A la izquierda, detalle del artículo “The new Madrid: a modern european capital”, publicado en *The Times* el 18 de enero de 1929. A la derecha, portada del reportaje “Past and future elbows in Madrid”, publicado en *The New York Times* el 20 de mayo de 1928. Desde aquí mi agradecimiento a Nuria Rodríguez Martín por facilitarme dicha documentación.

⁴ NAVASCUÉS PALACIO, P.: *El Edificio de la Telefónica*, Espasa Calpe, Madrid, 1984.

⁵ BAKER, E.: *Madrid Cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*. Marcial Pons, Madrid, 2009; MERINO, I.: *Biografía de la Gran Vía*, Barcelona, Ediciones B, 2010; AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Gran Vía de Madrid 1901-2010*. Madrid, 2009.

La nueva avenida atravesaba el casco antiguo de la ciudad de este a oeste, uniendo dos barrios burgueses del Ensanche, los de Salamanca y Argüelles, inoculando con una cánula el virus de la modernización en el interior de la ciudad. Este proyecto fue la principal herramienta de la que se sirvieron políticos, empresarios, higienistas, comerciantes, arquitectos e ingenieros para remozar la economía, la representación del poder, la movilidad, el transporte y la zonificación social de una ciudad que tardaba en abandonar el hábito de Villa y Corte para erguirse en capital del Estado. Para su construcción fueron derribadas cerca de 400 fincas y arrasadas o reformadas medio centenar de calles en pleno corazón madrileño, alumbrando en su lugar más de ochenta nuevos inmuebles en la que fue la primera gran intervención urbanística de índole *haussmaniana* realizada en Madrid⁶. Medio siglo antes se había reformado la Puerta del Sol, pero el área afectada fue muy inferior y los objetivos perseguidos eran más higienistas y simbólicos que de ingeniería socioeconómica. Porque el principal resultado de una remodelación tan agresiva del casco antiguo como la que propició la Gran Vía fue la consolidación de dicho eje como el centro financiero, comercial y de servicios no sólo de la capital sino de buena parte del país, en su mutación a ojos de Zuazo en “*una City*”, situada en el centro de “*todas las metrópolis modernas, en la que están situados los ministerios y los edificios de administración, bancos, oficinas y grandes almacenes, consecuencia del deseo natural de reunir la vida comercial*”⁷.



Ilustración III. Vista panorámica de la nueva silueta de la Gran Vía tomada desde la torre de la iglesia de Santa Cruz. *Información sobre la ciudad. Año 1929, Madrid.*

El rastro de esta transformación se hallaba en la composición y tipología arquitectónica de los nuevos edificios que se erigieron entre la Gran Vía, Alcalá y su desembocadura en la plaza de Cibeles durante el primer tercio del siglo XX, tendencia que se aceleró en los años de entreguerras. Inmuebles que rompían con el estilo y la funcionalidad anterior, que perseguían representar el poder de sus promotores, y que fueron el reflejo material de los profundos cambios socioeconómicos que la modernidad trajo a Madrid. Fastuosos hoteles señoriales como el Palace (1912) y el Ritz (1910), o modernos y burgueses como los Atlántico (1923), Gran Vía (1925) o Avenida (1929); edificios surgidos al calor de nuevas infraestructuras y tecnologías como el Palacio de

⁶ LÓPEZ SALLABERRY, J. y ANDRÉS OCTAVIO, F.: *Memoria del proyecto de saneamiento parcial denominado Reforma de la prolongación de la calle de Preciados y enlace de la plaza del Callao con la calle de Alcalá*, Madrid, Imprenta Municipal, 1907; SUTCLIFFE, A.: *The autumn of central Paris: the defeat of town planning, 1850-1870*, Edward Arnold, London, 1970; GAILLARD, J.: *Paris, la ville (1852-1870)*, Éditions l'Harmattan, Paris, 1997; HARVEY, D.: *Paris, capital of Modernity*, Routledge, New York, 2003.

⁷ ZUAZO, S. y JANSEN, H.: *Anteproyecto del trazado viario y urbanización de Madrid: Zuazo-Jansen, 1929-1930*, COAM, Madrid, 1986.

Comunicaciones (1919) o el de Telefónica (1929); *catedrales del consumo* como los almacenes Rodríguez (1921), Madrid-París (1922) o la Casa Matesanz (1923), primos lejanos de los londinenses Harrods o Selfridge's, del parisino Galeries Lafayette, el berlinés Wertheim o los neoyorquinos Macy's y Bloomingdale's; nuevas sedes sociales concebidas como verdaderos arcos del triunfo erigidos en honor de unos bancos, sociedades mercantiles y compañías financieras de nueva dimensión, como las del Banco del Río de la Plata (1918), la de Bilbao (1923) o las de la Unión y el Fénix Español (el edificio Metrópolis terminado en 1911 y la que todavía es su sede, de 1930)⁸; asociaciones como el Círculo Mercantil e Industrial o la de Bellas Artes, e innovadores y modernos edificios multifuncionales de inspiración norteamericana en el que la estrella era el cine, como el Palacio de la Música (1926), Callao (1927), Avenida (1928), Palacio de la Prensa (1928) o, ya en 1933, el edificio Carrión (hoy Capitol).



Ilustración IV. A la izquierda, sede en construcción del Banco del Río de la Plata, actual Instituto Cervantes. Hacia 1917. A la derecha, nueva sede del Banco de Bilbao, 1929. Fotografía de Virgilio Muro.

La naturaleza y proliferación de modernas sedes sociales y oficinas en la capital española en los años de entreguerras reflejaban la profunda diversificación y densificación de las actividades económicas afincadas en la ciudad. En primer lugar, el nuevo siglo trajo el desarrollo de la segunda revolución industrial a Madrid, protagonizada por el desarrollo de la energía eléctrica, el motor de combustión interna y la industria química, logrando superar la carencia en su entorno próximo de las materias primas fundamentales de la primera fase de la revolución industrial, agua y carbón para la máquina de vapor. La producción y distribución de energía eléctrica de un modo más eficiente y barato extendió y democratizó su uso entre empresas y particulares (con mayor retraso en el alumbrado público), fomentando la aparición de las primeras industrias modernas madrileñas en torno al foco ferroviario del sur, como la Standard Eléctrica⁹. Además, la electricidad y el motor de combustión interna permitieron dar un salto tanto cualitativo como cuantitativo al transporte urbano madrileño, adecuándolo a los nuevos tiempos y equiparándolo al existente en otras urbes. Durante las dos primeras décadas del siglo XX, el tranvía vivió su efímera edad de oro al ser electrificado y sus líneas ampliadas hasta llegar al Extrarradio y a los núcleos

⁸ GIMÉNEZ SERRANO, C.: *La Banca y sus edificios en el Madrid de Alfonso XIII*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1997.

⁹ AUBANEL, A. M^a: "La competencia en la distribución de la electricidad en Madrid, 1890-1913", *Revista de Historia Industrial* nº 2, 1992, pp.143-171; CAYÓN, F.: *Orígenes y evolución de la energía eléctrica en Madrid (1878-1936)*, Tesis doctoral, UAM, Madrid, 1996; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

suburbanos más poblados, los 150 millones de viajeros anuales en 1920 y superando los 200 una década después¹⁰. Un ritmo de crecimiento que, si bien fue elevado, se vio reducido por la introducción del ferrocarril metropolitano, el metro, en el transporte urbano madrileño en 1919, que sólo diez años después de su inauguración ya transportaba a cerca de 100 millones de viajeros al año. Del mismo modo, la electricidad influyó en la expansión del telégrafo y de la telefonía automática, que cubrió de cables tanto el cielo como el subsuelo de la ciudad, cubriendo la demanda de la administración pública y del consumo privado, que ya contaba con cerca de 30.000 abonados en 1930.



Ilustración V. Vista aérea de la fábrica de la Standard Eléctrica cercana a la estación de Delicias. 1927.

Los procesos de electrificación, industrialización y estructuración de las telecomunicaciones urbanas, requeridores de inversiones cada vez mayores, fueron posibles gracias a la potente acumulación de capitales y servicios financieros en Madrid, la capital política del Estado y centro de poder e información reservada. Todo aquel, nacional o extranjero, que quisiera hacer negocios de alto nivel en España, debía estar en Madrid. A ella llegaron capitales nacionales procedentes de su repatriación americana al perder las colonias y, sobre todo, de los beneficios comerciales e industriales obtenidos durante la neutralidad española en la 1ª Guerra Mundial, contexto en el que el país se convirtió en suministrador de materias primas a los países en conflicto además de verse obligado a sustituir parte de sus importaciones por producción propia¹¹. Madrid reforzó en estos años su papel de *capital del capital español*, el lugar donde todos los bancos nacionales abrieron nuevas y modernas sedes sociales con las que arrogarse el prestigio necesario para atraer a más accionistas e inversores. Por otro lado, los capitales extranjeros llegaron tanto de Europa (una vez concluida la Gran Guerra) como de Estados Unidos a través de préstamos a bajo interés, la adquisición de posiciones en empresas nacionales pujantes, y el desembarco de sociedades como la propia ITT, Siemens, Philips, General Motors o AEG, que elegían primordialmente la capital política para ubicar su primera residencia en el país¹².

¹⁰ RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral, UCM, 2013.

¹¹ CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2004.

¹² MALUQUER DE MOTES, J.: “Crisis y recuperación económica en la Restauración (1882-1912)”, COMÍN, F.; HERNÁNDEZ, M. y LLOPIS, E. (eds.): *Historia económica de España. Siglos X-XX*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 243-284; SANZ GARCÍA, J. Mª: *Madrid, ¿Capital del capital español?*:



Ilustración VI. A la izquierda, vista general de la Gran Vía con la nueva sede de Telefónica, 1921. A la derecha, calle Alcalá en 1930, destacando la sede de la Unión y el Fénix. 1930. Fondo Alfonso, AGA.

La actividad económica realizada en la ciudad era cada vez más diversificada y densa, lo cual influyó considerablemente en la evolución de su mercado laboral. De manera balbuciente a principios de siglo, y de una forma más dinámica y constante tras la neutralidad española durante la Gran Guerra, el mercado laboral madrileño tendió hacia una terciarización mayor en la que el sector privado tomó la iniciativa. En relación a los servicios públicos, preeminente en un Madrid que era capital administrativa, educativa, judicial y política del Estado desde mediados del siglo XIX, éstos se complejizaron y dilataron al mismo ritmo que lo hizo el conjunto de la economía española, engrosando de forma consistente la nómina de empleados públicos que trabajaban en las dependencias centrales¹³. Pero la modernización y expansión del sector servicios madrileño derivó del ámbito privado, de las necesidades de gestión, administración y contabilidad de las grandes empresas ya existentes, como MZA o NORTE, y de las nuevas dedicadas a sectores como las finanzas y seguros, el transporte, el ocio, el comercio o la industria. Independientemente de la actividad económica realizada por cada empresa, ya fuera extrayendo, creando, transformando o distribuyendo bienes, materias primas y alimentos, o prestando servicios a otras empresas o al público en general, la mayor parte de ellas aumentaron de escala y engrosaron la demanda de empleados de cuello blanco, todo ello sin contar la formalización de los contratos de trabajo y la generalización del empleo estable.

Otro factor de cambio sustancial en la vida madrileña fue la modernización de los medios de transporte de tracción mecánica gracias a las distintas aplicaciones del motor de combustión interna. Al finalizar el primer tercio del siglo XX, los habitantes madrileños ya empezaban “a conocer la velocidad” de automóviles, taxis y camiones, en contraposición a ese tiempo, cercano temporalmente pero que ya conceptualmente

contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975; GARCÍA DELGADO, J. L. y CARRERA TROYANO, M.: “Madrid, capital económica” en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 209-237.

¹³ La Ley de Bases de la Administración Central del Estado de 1918 estableció la creación de una serie de cuerpos especiales autónomos de los cuerpos generales de la Administración y permitió avanzar hacia el establecimiento de un funcionario inamovible, profesional y supuestamente independiente de los poderes políticos. GARCÍA MADARIA, J.M^a: *Estructura de la administración central (1808-1931)*, Instituto Nacional de la Administración Pública, Madrid, 1982; DEL MORAL RUIZ, J., PRO RUIZ, J. y SUÁREZ BILBAO, F.: *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007.

empezaba a ser lejano, de los coches de tracción animal, reducidos al lujo¹⁴. En los alrededores de la Puerta del Sol, la Gran Vía, Alcalá, el eje Prado-Recoletos, el Hipódromo y la Plaza de toros se concentraron los primeros colapsos circulatorios de la ciudad¹⁵, aquellos que obligaron al consistorio a crear la Dirección General del Tráfico en 1926, y a emprender distintos estudios internacionales para reducir el caos circulatorio de la ciudad¹⁶. Palabras como *atascos*, *velocímetros* y *señales luminosas* empezaron a ser usadas de forma cotidiana en los años 20, surgiendo en la ciudad las primeras quejas y reclamaciones contra unas multas por exceso de velocidad imputadas “a ojo por los guardias urbanos de a pie, que carecen de velocímetros” y que además “percibían el 3% de las multas impuestas anualmente”, fomentando así su gravamen¹⁷.

“The tempo of traffic has risen here as elsewhere, and a walk towards noon or in the evening along the Gran Vía, which runs up over a high point in Madrid, is a revelation. The movement, the large shops, immense cinemas, towering masses of steel, plaster and cement, on all sides denote an unmistakable vigour and surge in national life.”

“New Madrid. The Capital of a Dream”, en The Times, 1 de marzo de 1933.



Ilustración VII. A la izquierda, Puerta del Sol, 1930. A la derecha, glorieta y estación de Atocha, años 20. En estas fotografías se observan la coincidencia temporal y espacial de los carromatos y coches de plaza, los tranvías eléctricos, los automóviles, autobuses públicos y el metro.

En 1931 ya circulaban por las calles pavimentadas de la capital 22.000 automóviles, 3.500 taxis y turismos públicos, 600 tranvías eléctricos y cerca de 6.000 camiones y motos, cifras que crecían vertiginosamente desde 1926¹⁸. Las estampas de calles abarrotadas con decenas de vehículos clavados sin poder moverse, acompañados

¹⁴ Según Emilio Abarca, Director de la Oficina de Tráfico del Ayuntamiento, en 1926 había en Madrid 17.500 vehículos de tracción mecánica matriculados. ABARCA MILLÁN, E.: *Exposición que acompaña al proyecto de Reglamento del tráfico*. Imprenta Municipal, 1926; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Op. Cit.

¹⁵ AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria: información sobre la ciudad, año 1929*. Ayuntamiento de Madrid, 1929. Edición digital a cargo de Carmen Priego, Museo Municipal de Madrid, 2006.

¹⁶ RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: “Madrid en el primer tercio del siglo XX: una metrópoli europea en el corazón de España”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 301-324; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Op. Cit..

¹⁷ Expediente de reclamación del Sr. Conde de Casa Rojas contra la denuncia nº 12.380. Caso nº 62, año 1927. AVM, Secretaría, Negociado de Policía Urbana, signatura 25-440-1.

¹⁸ LÓPEZ GÓMEZ, A.: *Los transportes urbanos de Madrid*, CSIC e Instituto “Juan Sebastián Elcano”, Madrid, 1983.

de autobuses de dos plantas, tranvías eléctricos y algún que otro cochero de punto eran comunes. La mayoría de las veces se concentraban en la Gran Vía, ejemplo del ocio y el consumo de masas que estaba floreciendo en la moderna metrópoli europea en la que empezaba a convertirse la ciudad¹⁹. Ésta estaba inmersa en una vorágine de obras y remodelaciones, en palabras del novelista Juan Antonio Cabezas, “*olía a brea cocida... Día y noche tronaban los perforadores automáticos. Rompían el asfalto de las modernas avenidas y removían los firmes empedrados de los barrios castizos. Se habían acabado el silencio y la paz en las madrileñas calles galdosianas*”²⁰. Como rezaba una campaña publicitaria protagonizada por varias empresas y sociedades de un mismo sector, el del espectáculo y ocio de masas (práctica conocida en marketing como *tie in service*), la capital “*en ritmo cada vez más veloz, se encuentra ya incorporada plenamente al censo de las más bellas y atractivas ciudades europeas... ha ido sabiamente dotándose de espectáculos variados: teatros, cines, cabarets, stadiums, plazas de toros, zonas de frívolo y elegante recreo en las afueras; en fin cuanto sea necesario para la conquista de los espíritus más refinados, más complicados, más rendidos de surmenage de la vida actual*”²¹. Tiendas donde se compraban discos de vinilo como la *Rekord*, locales como el *Pidoux American Bar* en el que se bailaba el *shimmy* o el *charleston* al estilo de Chicago o Nueva York, estadios de fútbol como el Metropolitano o frontones como el Beti Jai o el Jai Alai, y, sobre todo, cines como el Callao o el Real Cinema, donde los madrileños disfrutaban de los últimos trabajos de actores como Greta Garbo o Charles Chaplin, estaban en plena efervescencia social.



Ilustración VIII. A la izquierda, Palacio de la Prensa, 1927. En el centro, almacenes Madrid-París, 1927, AGA, Fondo Alfonso. A la derecha, edificio Carrión, años treinta. Edificios ubicados en la Gran Vía.

La sociedad de consumo, en el que el ocio tenía un lugar destacado, iba lentamente abriéndose paso en Madrid, asociada a la mercantilización del comercio y la venta en masa de productos y servicios, con la adopción de conceptos y prácticas como los grandes almacenes, el uso de precios fijos, escaparates luminosos, el establecimiento de un calendario comercial definido, la interiorización generalizada del *quien no se anuncia no vende* y el desarrollo de modernas técnicas publicitarias venidas del extranjero²². El espacio público urbano se convirtió en el mejor soporte para llevar a

¹⁹ OTERO CARVAJAL, L. E.: “La irrupción de la Modernidad en la España urbana, Madrid metrópoli europea, 1900-1931”, en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Op. Cit., pp. 247-292.

²⁰ CABEZAS, J. A.: *Señorita 0-3*, Ediciones Oriente, Madrid, 1932, pág. 11.

²¹ ABC, 16 de junio de 1931, pp. 8-9.

²² LANCASTER, W.: *The Department Store: A Social History*. London, Leicester University Press, 1995; CROSSICK, G. y JAUMAIN, S. (editors): *Cathedrals of Consumption. The European Department Store, 1850-1939*. Aldershot, Ashgate, 1999; RAPPAPORT, E.D.: *Shopping for Pleasure: Women in the*

cabo las nuevas campañas publicitarias, saltando del papel de los periódicos a las marquesinas del metro, las farolas públicas, los tranvías o los kioscos. Todo era propuesto por las nuevas agencias de publicidad para promocionar productos, espectáculos y servicios, desde arrojar “papeletas anunciadoras desde un aeroplano” para “llegar a más clientes de una forma más rápida y barata”²³, explotar la propia realidad madrileña en su beneficio mediante “la impresión de varias escenas para cinematografía en la vía pública que recojan los progresos materiales de la Villa y Corte, así como también los monumentos artísticos que comprende” y ser expuestas a modo de “producción cinematográfica a públicos extranjeros como una manifestación del glorioso despertar moral y material de España”²⁴, o mediante el deseo de organizar “una cabalgata anunciadora de la película Ben-Hur compuesta por ocho hombres a pie y seis a caballo vestidos de romanos” protagonizada por Ramón Novarro, actor de relumbrón en la época²⁵.

“El cinematógrafo resulta en Madrid el enemigo del “café”. No tiene nada de particular, el “cine” es también un excitante. Pero es que además el cinematógrafo madrileño tiene a su vez su estilo, sus maneras, tiene su “bar” y sus entreactos; conserva la costumbre de éstos del teatro por horas, pero los ha modificado con la introducción del “bar” y la emancipación de la mujer. Ya no son para hombres solos ni tienen por objeto único salir a fumar un cigarrillo. Los “cines” madrileños se han vuelto cosmopolitas... varias salas cinematográficas han iniciado los espectáculos mixtos, como se hace en los Estados Unidos y en Francia. “Sketches” y conciertos anteceden a la proyección del “film”, base del programa. Es una innovación plausible, que el público ha acogido con agrado...”

BARGA, C.: *Paseos por Madrid*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, pp. 129-130.

Pero el incremento y desarrollo de las actividades económicas de la capital ligadas al ocio y al consumo de masas no pudieron fructificar sólo con el auge del sector servicios y el aumento del número de empleados públicos y privados y de profesionales liberales residentes en la capital ya que no generaban una demanda tan consistente como para generar semejante mercado cultural y de ocio. Fue necesario un profundo, arduo y costoso cambio en el ámbito político y legislativo en el primer tercio del siglo XX, cuyas raíces se hallaron en la creciente fortaleza y presión pública de partidos y organizaciones proletarias como el PSOE y sindicatos como UGT, beneficiados por la

Making of London's West End. Princeton University Press, 2000; FLANDERS, J.: *Consuming Passions. Leisure and Pleasure in Victorian Britain*. London, Harper Perennial, 2007; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Op. Cit.

²³ Expediente por instancia de D. Mariano Moreno, representante de la compañía Unión Aérea Española, SA., solicitando autorización para arrojar sobre Madrid anuncios desde un aeroplano. Caso nº 25, Año 1927. Solicitud denegada por estar prohibido el reparto de publicidad en la vía pública y por carecer de norma alguna en las ordenanzas municipales de la ciudad en relación a lanzar publicidad desde el aire. AVM, Secretaría, Negociado de Policía Urbana, signatura 25-439-2.

²⁴ Expediente por instancia de D. James Fuller Todd, en representación de la Sociedad General Motors Peninsular, solicitando autorización para impresionar varias escenas para cinematografía en la vía pública. Año 1927, caso 271. Solicitud autorizada. AVM, Secretaría, Negociado de Policía Urbana, signatura 25-439-1.

²⁵ Expediente por instancia de D. José Mateu, gerente de la Metro Goldwyn, solicitando autorización para exhibir una cabalgata anunciadora de la película Ben-Hur. Año 1927, caso 266. Solicitud desestimada. AVM, Secretaría, Negociado de Policía Urbana, signatura 25-439-1. Se trata de la primera versión cinematográfica producida en 1925 basada en la novela de Lew Wallace publicada en 1880, y que posteriormente sería versionada en 1959 en la célebre película protagonizada por Charlton Heston y galardonada con once Oscars.

aprobación del sufragio universal masculino en 1890²⁶, para que un ingente contingente de las capas populares madrileñas superaran su estadio de supervivencia y pudieran dedicar parte de su tiempo y dinero en el consumo de ocio. Las protestas obreras, manifestaciones como la del 1ª de Mayo, las huelgas y la lenta pero constante atracción del voto obrero hacia el PSOE, que logró sus tres primeros concejales en las elecciones municipales madrileñas de 1905²⁷, condujo a la ratificación del descanso dominical en 1904, al reconocimiento de la jornada laboral de ocho horas en 1917 y al incremento de salarios durante el ciclo de protesta madrileña y nacional que se extendió desde dicho año hasta 1923²⁸. Paralela a la tenue edificación de la previsión social y de una legislación laboral intervencionista, el aumento de los salarios y la reducción de la jornada laboral convirtió un fenómeno que era excepcional, como el tiempo libre y un presupuesto familiar más holgado, en una realidad al alcance de la mano de una proporción mayor de población, que desde 50 céntimos por persona podía ir al cine, al fútbol, al ciclismo o apostar a la pelota vasca, moverse por las calles de la ciudad en sus tranvías, autobuses y el metro, o a darse un chapuzón en sus piscinas en verano mientras los pudientes abandonaban Madrid²⁹.

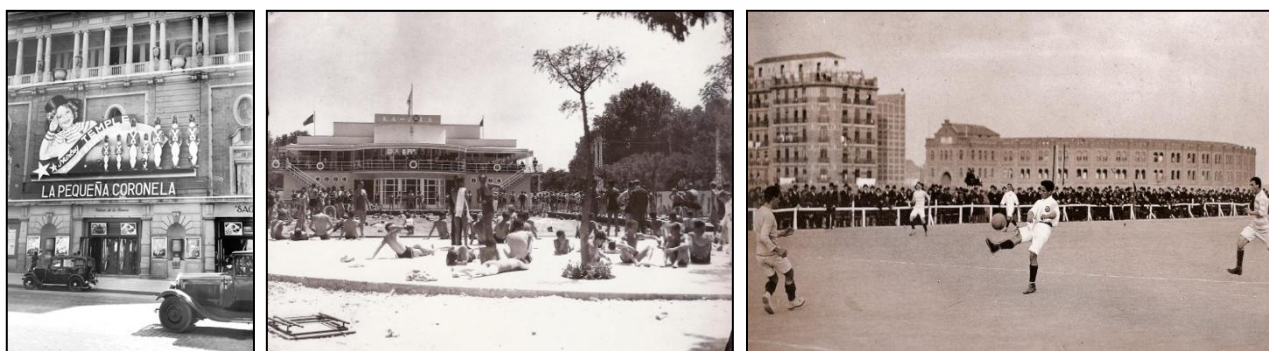


Ilustración IX. A la izquierda, proyección de la película *La pequeña coronela*, de Shirley Temple, en el Palacio de la Música, 1935. En el centro, piscina *La Isla*, en el Manzanares, verano de 1931. A la derecha, partido de fútbol en el primitivo campo de fútbol del Real Madrid, en las cercanías de la plaza de toros de Felipe II, 1913. J. Zegri.

Los aires cosmopolitas y modernizadores que llegaban a Madrid de la mano de la industria del ocio, del consumo de masas y de la proliferación de capitales y empresas multinacionales, avivaron los deseos públicos de recortar la brecha cultural y científica del país, comparable a través de las instituciones culturales y científicas de su capital respecto a otras como Berlín, Londres, París o Viena. Por ello, a lo largo del primer tercio del siglo XX vieron la luz o se ampliaron en Madrid instituciones y organismos

²⁶ ELORZA, A. y RALLE, M.: *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989. CASTILLO, S.: “Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores”, *Estudios de historia social*, nº. 26-27, 1983.

²⁷ PALLOL TRIGUEROS, R.: “Socialistas en el Madrid jornalero. La conquista electoral socialista en el Chamberí de 1905”, en ORTIZ DE ORRUÑO LEGARDA, J.Mª; UGARTE TELLERÍA, J. y RIVERA BLANCO, A. (coord.): *Movimientos sociales en la España contemporánea*, Actas del VIII Congreso de la AHC, Abada, Vitoria, 2008.

²⁸ SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Fundación Largo Caballero y Cinca, Madrid, 2005; PÉREZ LEDESMA, M.: “El Estado y la movilización social en el siglo XIX español”, en CASTILLO, S., y ORTIZ DE ORRUÑO, J.Mª: (coords.): *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, UPV, 1998, pp. 215-233.

²⁹ A modo de ejemplo, los precios del cine, según su ubicación en la sala, iban desde los 0,50 ptas. a las 7,50 ptas.; el de las piscinas oscilaban entre las 1,50 y las 3 ptas. (la entrada infantil era de una ptas.); el billete del tranvía era de 0,15 cts. y el del metro oscilaba entre los 0,10 y los 0,30 cts.

como la Residencia de Estudiantes y la Junta para la Ampliación de Estudios³⁰, que bebían de la Institución Libre de Enseñanza, la Escuela Técnica de Ingenieros Industriales, el Instituto Cajal para Investigaciones Biológicas o el moderno proyecto de la Ciudad Universitaria. Madrid se erigía así como la *capital oficial* de la cultura y la ciencia del país, la única urbe que disponía de una universidad en la que se podía estudiar cualquier carrera y realizar el Doctorado. Pero además, más allá de la política gubernamental, Madrid también se convirtió en la *capital real de la cultura*, en lugar de atracción de las mentes más preclaras del país, en el espacio físico en el que coincidieron los principales exponentes de las generaciones del 98, del 14 y del 27, y los representantes de las nuevas *vanguardias artísticas*, etc. Ramón y Cajal, los Machado, Galdós, Emilia Pardo Bazán, Unamuno, Azorín, Baroja, Juan Ramón Jiménez, Valle-Inclán, Ganimet, Alberti, Federico García Lorca, Manuel de Falla o Salvador Dalí, entre muchos otros, recalaron en algún momento de sus vidas en la ciudad, atraídos por su efervescencia intelectual. Madrid albergó lo más granado de la Edad de Plata de la ciencia española, consecuencia directa de su capitalidad oficial, de emanar de ella el poder público, científico y cultural, y por propiciar y favorecer las conferencias, discusiones, encuentros y tertulias en sedes como el *Ateneo de Madrid*, el *Círculo de Bellas Artes* y cafés como el *Pombo*, el *Gijón* o el *Suizo*, entre otros³¹. Además, heredado del siglo anterior, Madrid también era la capital del mercado cultural y de las artes gráficas, albergando la tercera parte de los periódicos publicados y el 70% de la producción intelectual del país, siendo la pieza indispensable que visitar para los intelectuales que querían hacerse un hueco en la arena pública y participar de los debates más relevantes³².

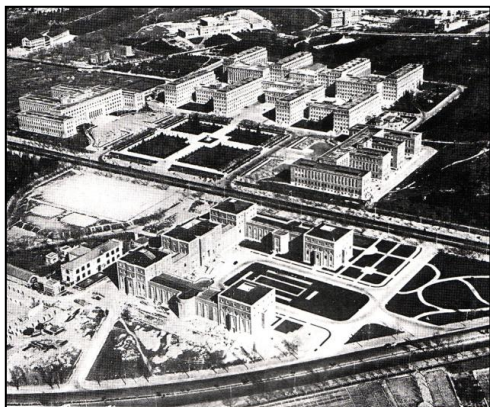


Ilustración X. A la izquierda, Ciudad Universitaria en 1935. A la derecha, antiguo Palacio Nacional de las Artes e Industrias, construido entre 1881 y 1887, y que en el primer tercio del siglo XX acogió el Museo de Ciencias Naturales y la reabierta Escuela Técnica de Ingenieros Industriales. Por detrás se vislumbra la Residencia de Estudiantes, inaugurada en 1910. 1929.

³⁰ OTERO CARVAJAL, L. E. y LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M^a: *La lucha por la modernidad. Las Ciencias Naturales y la Junta para la Ampliación de Estudios*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2012.

³¹ RODRÍGUEZ RUIZ, D. (et al): *El Círculo de Bellas Artes de Madrid: ciento veinticinco años de historia (1880-2005)*, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2005; CASTILLO CÁCERES, F.: *Madrid y el arte nuevo: vanguardia y arquitectura (1925-1936)*, La Librería, Madrid, 2011; LABRA, R.M.: *El Ateneo de Madrid: sus orígenes, desenvolvimientos, representación y porvenir. 1935-1905*, Ateneo de Madrid, 2010.

³² OTERO CARVAJAL, L. E.: “Ciencia y cultura en Madrid. Siglo XX. Edad de Plata, tiempo de silencio y mercado cultural”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Historia de Madrid*, UCM, 1993, pp. 697-737; MARTÍNEZ MARTÍN, J. A. (Dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Marcial Pons, Madrid, 2001, y *Editores, libreros y público en Madrid durante la II República*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 2000.

Por último, entre las distintas y profundas transformaciones que experimentó la ciudad en estos años, la más crucial, la que permitió el desencadenamiento y afianzamiento de las demás fue su acelerado despegue demográfico. Madrid había duplicado su población durante la segunda mitad del siglo anterior, de rondar el cuarto de millón de habitantes en el ecuador de la centuria hasta alcanzar los 540.000 en 1900. Hasta la fecha, había sido su incremento demográfico más elevado y constante de su historia tras su nombramiento como sede de la Corte, pero durante las primeras décadas del siglo XX, éste fue superado, volviendo a duplicar su población en un espacio de tiempo menor, alcanzando en 1931 el millón de almas y consolidándose como la urbe más poblada del país junto a Barcelona. La mayor parte de este crecimiento seguía produciéndose por la fortaleza y expansión de los movimientos migratorios interiores del país, cuyo destino principal era la capital. Pero, a diferencia del incremento demográfico acaecido en la segunda mitad del siglo anterior, parte de este aumento de población provino del crecimiento natural de la ciudad, cuyo saldo fue netamente positivo, consecuencia del paso del modelo demográfico de tipo antiguo al moderno³³. Madrid, conocida con el seudónimo de *ciudad de la muerte* por su elevada mortalidad (superior al 30‰ en 1900), experimentó durante las primeras décadas del siglo XX una paulatina reducción de su tasa de mortalidad, aunque más lenta que las demás capitales europeas³⁴. Entre 1900 y 1920, ésta empezó a declinar (en 1920 era del 24,44‰) sin que por ello se evitaran brotes epidémicos virulentos y catastróficos provocados por la difteria, la tuberculosis o la gripe, ni se redujera la tristemente elevada mortalidad infantil. Fue en la década siguiente cuando el crecimiento natural de la ciudad fue sostenido año tras año, con tasas de natalidad aún elevadas mientras que la mortalidad se reducía al 15,71‰, casi diez puntos en tan sólo una década, afectando positivamente a la mortalidad infantil y epidémica.

La conversión de Madrid en una urbe demográficamente moderna no redujo las enormes diferencias de mortalidad entre unas zonas y otras de la capital, fruto de las flagrantes diferencias socioeconómicas existentes entre las distintas clases sociales, acentuadas por la progresiva segregación del espacio urbano³⁵. De hecho, cuanto mayor era la concentración de población en la ciudad, más se expandía ésta geográficamente, dejando pequeño el Ensanche, conquistando el Extrarradio, afectando a los núcleos suburbanos y, en definitiva, sumiendo a la ciudad en una crisis de crecimiento por carecer de un modelo establecido. Este problema se intentó paliar distintos proyectos

³³ FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.), *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Alfoz-CAM, 1989, Vol. 1, pp. 29-76; SANZ GIMENO, A. y RAMIRO FARIÑA, D.: “La caída de la mortalidad en la infancia en la España interior, 1860-1960: un análisis de las causas de muerte”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 24, 2002, pp. 151-188; RUEDA LAFFOND, J. C.: *Madrid, 1900. Proyectos de reforma y debate sobre la ciudad, 1898, 1914*, Tesis doctoral inédita, UCM, Madrid, 1993.

³⁴ REVENGA, R.: “La muerte en Madrid”, Madrid, Dirección general de Sanidad, 1901; LASBENNES, L.: “Mortalidad de Madrid comparada con la de las demás capitales europeas. Imprenta Municipal, Madrid, 1912; CHICOTE RIEGO, C.: *El urbanismo en Madrid: algunos problemas sanitarios más importantes*. Discurso leído en la solemne sesión inaugural del curso de 1928 en la Real Academia Nacional de Medicina, Imprenta Cosano, Madrid, 1927; REVUELTA EUGERCIO, B.: *Los usos de la inclusa de Madrid, mortalidad y retorno a principios del siglo XX (1890-1935)*, Op. Cit.

³⁵ CHICOTE RIEGO, C.: *La vivienda insalubre en Madrid*, Memoria presentada al Excmo. Sr. Vizconde de Eza, alcalde presidente, por el director jefe del laboratorio municipal Dr. César Chicote, Imprenta municipal, Madrid, 1914; HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico social*. Edición a cargo de Carmen del Moral, 2 Vols., Ed. Nacional, Madrid, 1979; FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración*, Vol. 1, Op. Cit., pp. 33-52.

que regularan la expansión madrileña, como el presentado por Núñez Granés en 1910, el Plan de Extensión de 1926 o la convocatoria municipal en 1929 de un Concurso Internacional para elaborar un plan general de extensión para la ciudad, todos ellos fallidos por distintas razones³⁶. Así, el incremento demográfico madrileño incentivó por un lado el continuo avance de su fragmentación socioespacial, y por otro, la necesidad de implantar las nuevas infraestructuras y medios de transporte mencionados para cubrir las necesidades de movilidad de una población creciente. Desde un punto de vista económico, el crecimiento demográfico de la capital mantuvo a la ciudad como uno de los mayores centros consumidores del país, al tener que abastecer diariamente de alimentos, energía, servicios y demás productos a un millón de personas. Además, la complejización y densificación del entramado económico de la urbe encontró en su crecimiento demográfico su principal apoyo, ya que consolidó la formación de un amplio mercado laboral en el que era factible por un lado, cubrir una buena parte de las necesidades de capital humano profesional y especializado requerido por la administración y las nuevas empresas nacionales e internacionales que se asentaban en la capital, y por otro satisfacer la creciente demanda de mano de obra barata derivada de sectores como la industria, la construcción o las obras públicas.

“Madrid, con rascacielos y aeródromos, sigue siendo un lugar de la Mancha.”

DÍAZ FERNÁNDEZ, J.: *La Venus mecánica*, Madrid, 1929.

“Madrid es tomar por humo de fábrica el humo de las hojas que se queman en montones.”

GÓMEZ DE LA SERNA, R.: *Elucidario de Madrid*, Madrid, 1931.

“Nuestra capital se expande, sus alrededores se ensanchan, sus edificios se multiplican. Y así va surgiendo un Madrid nuevo, un Madrid joven, limpio, amplio y claro, con edificios modernos y grandes avenidas y comodidades de gran ciudad.”

Nuevo Mundo, 25 de abril de 1924.

A medida que los *tiempos modernos* impregnaron las calles, edificios, comercios y transportes de Madrid, transformó la cotidianeidad de sus habitantes, sus formas de sociabilidad, de entender el ocio y el consumo, sus costumbres, su esperanza de vida, sus formas de protesta y de participación política, etc. Estos cambios se produjeron en diversos frentes y a ritmos intermitentes, generando por doquier a partes iguales tanta alegría como confusión, esperanzas como miedos, desafíos y oportunidades, adhesión y repulsión. El Madrid de la década de los 20, en vísperas de la II República, era una ciudad en transición, de mezcolanza entre lo moderno y la tradición, entre las permanencias preindustriales y los bríos de la modernización, situada entre el casticismo y el cosmopolitismo³⁷. Una ciudad que empezaba a presentar por un lado un perfil de

³⁶ NÚÑEZ GRANÉS, P.: *Proyecto para la urbanización del extrarradio de dicha villa*, Madrid, 1910, y *Plan general de Extensión*, Madrid, 1926; ZUAZO, S. y JANSEN, H.: *Anteproyecto del trazado viario y urbanización de Madrid: Zuazo-Jansen, 1929-1930*, COAM, Madrid, 1986.

³⁷ OTERO CARVAJAL, L. E.: “Tradición y modernidad en la España urbana de la Restauración”, en GÓMEZ FERRER, G. y SÁNCHEZ, R. (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional, 1898-1914*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 79-118; “La reducción de escala y la

metrópolis europea mientras que por otro todavía mantenía los rasgos definitorios de un *poblachón manchego* pergeñado por una población eminentemente inmigrante de origen rural. Esta ambivalencia hacia la transformación de la ciudad era visible en el espacio público, existiendo aquellos que apoyaban dichos cambios, los que lo veían insuficientes al compararlos con *tótems* de la modernidad como Londres, Nueva York o París, y los que los rechazaban de plano³⁸. El espacio urbano del Ensanche Este de la ciudad y las personas que residían en él no fueron ajenos a dicha dicotomía.

narratividad histórica”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, UCM, nº extra, 2007, pp. 245-264; OTERO CARVAJAL, L. E.: “La irrupción de la Modernidad en la España urbana, Madrid metrópoli europea, 1900-1931”, en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, *Op. Cit.*, pp. 247-292.

³⁸ RAMOS, C.: “Entre el organillo y el jazz-band: Madrid y la narrativa de vanguardia”, en *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, nº 3, 1999, pp. 129-150.

Capítulo 5. La atracción del incipiente *Gran Madrid*.

“Antes, llegar a Madrid en auto entrada la noche era algo mágico. Se pasaba de la sombra a la luz, del campo a la ciudad, casi instantáneamente, como si hubiera bastado oprimir el botón de la luz eléctrica.

Ahora la aparición de Madrid no es tan original. Madrid ha dejado de ser “castillo famoso”, las fachadas de las últimas altas casas no son murallas ante el campo raso. El caserío tiene sus avanzadas, sus casitas emboscadas, todavía ciudadanas y ya campestres. A Madrid no le falta ya nada, ni el aldeaño florido ni el siniestro arrabal.”

BARGA, C.: *Paseos por Madrid*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, pág. 79.

En 1930, Madrid ya no tenía cercas, fosos o límites geográficos precisos. Sí poseía un término municipal delimitado y dividido en tres entes administrativos, Interior, Ensanche y Extrarradio, vigente desde 1902. Pero ya no tenía una continuidad espacial colmatada, ésa que le había dado el sobrenombre de *castillo* o *copa de helado* en tiempos pretéritos. Los límites reales de la capital se difuminaban a media que ésta crecía demográficamente, transformando el proyectado foso de Ensanche por un Paseo de Ronda. Los *tentáculos* sobre los que los nuevos inmuebles y habitantes habían encontrado cabida desde mediados del siglo XIX, las principales vías de entrada a la ciudad, habían quedado obsoletas para seguir absorbiendo a los recién llegados. Antes de la ratificación del Ensanche, había sido moneda corriente la aparición en la prensa de asertos sobre la necesidad de administrar el crecimiento de los arrabales extramuros. Medio siglo después, una vez puesta en marcha la ampliación de la ciudad y confirmada la desigual apropiación social del nuevo suelo urbano, Baroja condenaba que la urbe estuviera *“rodeada de suburbios, en donde viven peor que en el fondo de África un mundo de mendigos, de miserables, de gente abandonada”*¹. En los años interseculares, empezaba a intuirse la esfumación del *continuum* espacial de la urbe con proyectos novedosos como la Ciudad Lineal o la proliferación de nuevos núcleos en el Extrarradio como Prosperidad, Guindalera, Cuatro Caminos o Tetuán de las Victorias, aunque no tenían aún la entidad suficiente para difuminar el limes madrileño ni en las conciencias de sus habitantes ni en la de sus gestores municipales². En este contexto, la reflexión de Corpus Barga recogida en uno de sus artículos periodísticos, incidiendo en la desaparición de la otrora contrastada separación entre la capital y su hinterland, no parece tan novedosa. Pero sí lo era, no tanto en la naturaleza del fenómeno sino en su cambio de escala. En vísperas de la II República la capital quemaba etapas hacia su conversión en el *Gran Madrid*, proceso que sería postergado por la Guerra Civil, y cuyo origen fue dar cobijo a una población que alcanzaría el millón de habitantes.

¹ BAROJA, P.: “Crónica: Hampa”, en *El Pueblo Vasco*, 18 de septiembre de 1903.

² En los planos de la época se cartografiaba el casco antiguo, el Ensanche y, no siempre con el mismo detalle, el Extrarradio, la superficie del término municipal que quedaba fuera de las dos primeras áreas. La urbanización marginal, inconexa, espontánea y carente de regulación del Extrarradio fue motivo de reflexión e interés a partir de la primera década del siglo XX, con los trabajos de Núñez Granés, aunque no se tuvo la amplitud de miras necesaria para abordar la cuestión, en el que la evolución de Interior, Ensanche, Extrarradio y municipios colindantes debía abordarse como un todo.

5.1. Una población de siete dígitos.

Durante el primer tercio del siglo XX, la población de Madrid se superó a sí misma. La capital creció demográficamente a un ritmo sin precedentes, por encima de como lo había hecho en la segunda mitad del siglo precedente, situándose en 1930 a las puertas del millón de habitantes, una cifra sólo alcanzada por Barcelona en el contexto español. Así, mientras que durante las dos primeras décadas de desarrollo del Ensanche, la población madrileña creció un 33%, pasando de 298.426 habitantes en 1860 a 397.816 en 1877 (con un incremento anual del 1,96%), y un 36% entre esta fecha y 1900, cuando la capital albergaba a 539.835 individuos (con un incremento demográfico anual del 1,62%), en el primer tercio del siglo XX la evolución demográfica de la ciudad se aceleró aún más, llegando a los 952.832 habitantes en 1930. La llegada del nuevo siglo pareció sentarle bien a la capital española, que sufrió un crecimiento demográfico global del 77%, el mayor de su historia hasta la fecha, lo que significó un incremento de población del 2,55% anual, un promedio de 13.767 habitantes censados más al año (Figuras 5.1 y 5.2)³.

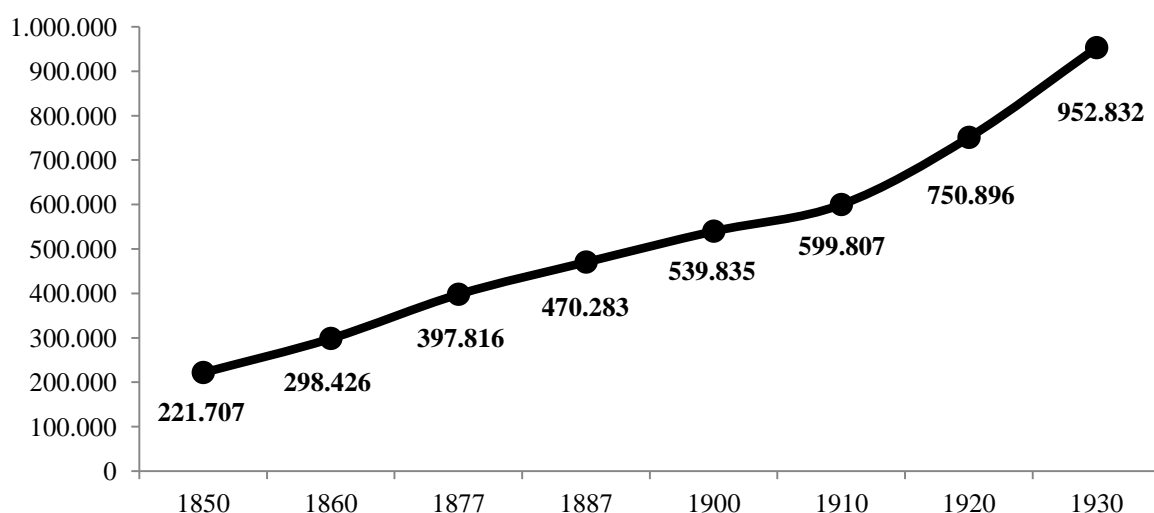


Figura 5.1. Evolución demográfica de Madrid (1850-1930). Datos tomados del INE salvo el de 1850, recogido de la documentación municipal de dicho año. AVM, Secretaría, signatura 6-62-3.

	1860	1877	1887	1900	1910	1920	1930
Población	298.426	397.816	470.283	539.835	599.807	750.896	952.832
Crecimiento medio anual de habitantes	-	5.846	7.247	5.350	5.997	15.109	20.194
Incremento interanual (%)	-	1,96	1,82	1,14	1,11	2,52	2,69
Incremento intercensal (%)	-	33,30	18,22	14,79	11,11	25,19	26,89

Figura 5.2. Análisis del incremento demográfico intercensal de Madrid (1860-1930). INE.

Tras dos décadas de aceleración demográfica de Madrid tras la ratificación del Ensanche, fruto de la fuerte atracción migratoria ejercida con la llegada del ferrocarril y el agua, el nuevo papel económico de la capital del Estado y las consecuencias agrícolas

³ INE, censos nacionales de 1860, 1877, 1900 y 1930.

de las desamortizaciones liberales, las décadas interseculares fueron testigos de una cierta moderación de dicho crecimiento (del 2% de incremento anual entre 1860 y 1878 se redujo al 1% entre 1890 y 1910). No obstante, la evolución demográfica general de Madrid durante el conjunto de la segunda mitad del siglo XIX la situó en la cúspide de la población urbana española seguida de cerca por Barcelona. En estos años, las principales urbes del país, en especial Madrid, lograron superar un techo demográfico de carácter malthusiano no por medios propios, como el aumento de la natalidad o la reducción efectiva de la mortalidad general, infantil y catastrófica, sino por un factor exógeno: el incremento de los movimientos migratorios interiores hacia las grandes ciudades y la lenta transformación de su naturaleza temporal o estacional en permanente. Sin embargo, la neutralidad española en la I Guerra Mundial sirvió de gozne, como en tantos otros apartados, para transformar el modelo demográfico español en general, y el de Madrid en particular. La capital empezó a aumentar su población a un ritmo endiablado entre 1910 y 1920, estando cerca de triplicar el número de nuevos habitantes censados en ella entre ambas fechas, un ritmo que lejos de aflojarse se incrementó durante la década siguiente, situando a Madrid al alcance del millón de vecinos en el año en que se festejaba el triunfo de la renuncia de Alfonso XIII y la proclamación de la II República (Figura 5.2). La dinámica demográfica de la ciudad parecía imparable, o casi del todo, ya que el estallido de la Guerra Civil y el papel que adquirió la capital a lo largo de la contienda, aunque no bastaron para mermar su población (albergaba a 1.088.647 habitantes en 1940 según el censo de dicho año), sí redujeron su tasa de crecimiento anual a niveles de comienzos de siglo, una tasa que no llegaría a recobrar el vigor de los años veinte y la primera mitad de los 30 hasta el desarrollismo y el éxodo rural que afectó al país en la década de los 60⁴.

	1878	1905	Incremento 1878-1905	1930	Incremento 1905-1930
Este	15.362	47.185	207%	120.804	156%
Sur	15.701	30.232	93%	77.511	156%
Norte	23.593	55.330	134%	129.287	135%
Total Ensanche	54.656	132.747	143%	327.602	147%
Madrid	397.816	539.835	36%	952.832	77%

Figura 5.3. Crecimiento demográfico de Madrid y sus zonas de Ensanche (1878-1930). Elaboración propia a partir de los datos extraídos de padrones municipales de 1878, 1905 y 1930. AVM, Estadística. Los datos referentes a los Ensanches Norte y Sur han sido tomados de las investigaciones llevadas a cabo por Rubén Pallol Trigueros y Fernando Vicente Albarrán. En relación a los datos del conjunto de la ciudad de Madrid, éstos proceden respectivamente de los censos nacionales de 1877, 1900 y 1930. INE.

La profundización del crecimiento demográfico madrileño en los años veinte no afectó por igual a una ciudad profusamente deslavazada. Las reformas interiores llevadas a cabo durante los años centrales del siglo anterior, la ampliación urbana de Castro o la puesta en marcha del proyecto de la Gran Vía, remozaron la fachada de la

⁴ Según los censos de 1940 y 1950, la población madrileña creció en torno a un 50% entre dichas fechas, aunque dicho dato es el resultado de una falacia estadística, ya que dicho crecimiento provino de la integración administrativa en la capital de los municipios colindantes de Aravaca, Barajas de Madrid, Canillas, Canillejas, Carabanchel Alto, Carabanchel Bajo, Chamartín de la Rosa, Fuencarral, Hortaleza, El Pardo, Vallecas y Vicálvaro. BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid, Op. Cit.*; DE MIGUEL, A.: *La población de Madrid a lo largo del último siglo*, Asamblea de Madrid, Madrid, 1991; TERÁN, F.: *Madrid*. Colecciones Mapfre, Madrid, 1992.

ciudad pero no su estructura interna. De este modo, mientras la ciudad casi duplicaba su pirámide demográfica entre 1900 y 1930, su núcleo, comprendido entre los distritos de Hospicio y Centro, no sólo no sufrió un incremento de habitantes similar sino que vio reducida su población⁵. Los propietarios de la almendra central de la ciudad habían llegado al límite de la compartimentación de sus viviendas y no podían elevar más sus inmuebles para albergar a más vecinos, porque las leyes urbanísticas de la ciudad lo impedían, lo que unido a la reducción del número de viviendas existentes por los centenares de edificios derribados por las obras de la Gran Vía, provocaron la pérdida de habitantes⁶. Por otro lado, los ocho distritos restantes en los que fue dividida la ciudad, que se extendían desde el centro de la urbe hasta el fin de su término municipal, con superficie tanto en el Interior como en el Ensanche y el Extrarradio (Figura 4.41), sí vieron incrementada su población en estos años, aunque en proporciones muy dispares, ligadas a la proporción de suelo periférico que ostentaba cada uno⁷. La ciudad se dilató asentándose principalmente sobre el Ensanche y el Extrarradio, no así sobre un sector Interior saturado que en 1915 presentaba una densidad de población media de entre 1.000 y 1.500 habitantes por hectárea⁸. De hecho, de las poco más de 400.000 personas que engrosaron la población de la capital durante las tres primeras décadas del siglo XX, cerca de la mitad encontró alojamiento en el Ensanche, propiciando que este espacio urbano pasara de albergar la cuarta parte de la población madrileña en 1905 (el 24,61%) a una tercera en 1930 (el 34,38%)⁹.

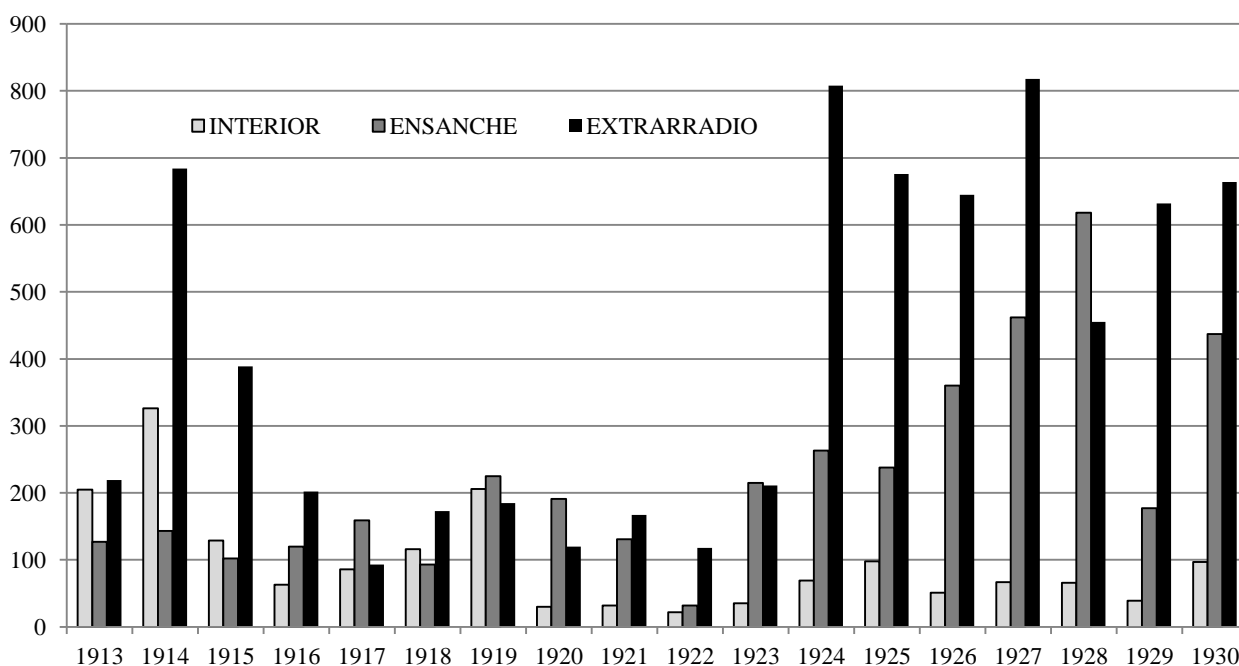


Figura 5.4. Licencias de construcción expedidas por el consistorio madrileño entre 1913 y 1930 por zonas. *Boletín del Ayuntamiento de Madrid* del 29 de mayo de 1935, recogido en JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984, pp. 453-454.

⁵ Estadísticas demográficas publicadas por el Ayuntamiento en 1905 y 1928.

⁶ LÓPEZ SALLABERRY, J. y ANDRÉS OCTAVIO, F.: *Memoria del proyecto de saneamiento parcial denominado Reforma de la prolongación de la calle de Preciados y enlace de la plaza del Callao con la calle de Alcalá*, Op Cit.; TERÁN, Fernando de: *Madrid*, Madrid, Colecciones Mapfre, 1992.

⁷ BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid*, Op. Cit.

⁸ *Vías públicas*, Imprenta municipal, Madrid, 1916.

⁹ Entre 1900 y 1930, la población madrileña se incrementó en 412.997 habitantes, mientras que el número de vecinos empadronados en el Ensanche entre 1905 y 1930 pasó de 132.000 a cerca de 330.000 habitantes. INE y datos de Rubén Pallol y Fernando Vicente relativos a los Ensanches Norte y Sur.

El ritmo de crecimiento demográfico del Ensanche fue muy superior al del conjunto de la ciudad como consecuencia de su todavía parcial urbanización existente a comienzos del siglo XX en buena parte de sus barrios. Mientras que el Ensanche Norte era un espacio prácticamente colmatado en 1930 dado que su ritmo edificatorio fue elevado como consecuencia de su cercanía al casco antiguo, su fácil orografía y el núcleo arrabalero preexistente, los Ensanches Este y Sur incrementaron su población a un ritmo más elevado durante el primer tercio de siglo ya que todavía tenían un amplio margen de crecimiento inmobiliario como consecuencia de la férrea reserva de suelo urbano que sus propietarios impusieron en su zona oriental por un lado, y por el efecto disuasorio residencial que proyectaba el ferrocarril y las industrias a él adheridas en el sector meridional por otro¹⁰.

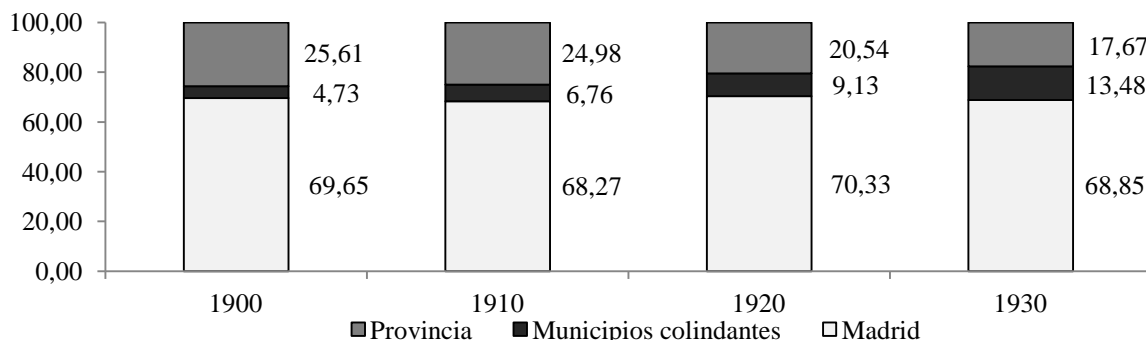


Figura 5.5. Distribución porcentual de la población residente en la provincia de Madrid entre 1900 y 1930. Los municipios colindantes consignados son Aravaca, Barajas de Madrid, Canillas, Canillejas, Carabanchel Alto, Carabanchel Bajo, Chamartín de la Rosa, El Pardo, Fuencarral, Hortaleza, Vallecas, Vicálvaro y Villaverde.

Pero el Ensanche no pudo acoger la exponencial demanda habitacional que la creciente población madrileña requería al mismo ritmo en que se generaba. La mediatización del valor del suelo impuesta por sus mayores propietarios, quienes “dejaban pasar los años y hacían oídos de mercader a cuantas proposiciones de venta se les formularan”, hizo aumentar el precio medio de éste un 450% entre 1902 y 1920¹¹, e impidió que sus barrios, que ostentaban una densidad de población generalmente inferior a los 100 Habs./Ha, se colmataran en dichos años¹². De este modo, como el agua que busca un camino para fluir, los nuevos inquilinos de la capital, incapaces de asentarse en su almendra central y ante la tesitura de pagar alquileres muy elevados en los barrios del Ensanche, optaron por desparramarse por el Extrarradio, esa especie de limbo que carecía de regulación urbanística, infraestructuras y servicios municipales, pero que, en cambio, disponía de lo que más necesitaban los nuevos madrileños, espacio para erigir o alquilar una vivienda a un módico precio. Fue esta zona de Madrid la que alojó el mayor número de edificios de nueva construcción a lo largo del primer tercio del siglo XX (Figura 5.4), el 53,18% del total, muy por encima del 30,51% del Ensanche y el testimonial 16,31% del Interior¹³. Se abrieron nuevas calles y barriadas

¹⁰ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

¹¹ *La Construcción moderna*, 30 de noviembre de 1920, pp. 168-169

¹² BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid*, Op. Cit., pp. 131-138.

¹³ Los datos relativos al período 1905-1915 se han extraído de TUÑÓN DE LARA, M.: *El movimiento obrero en la historia de España*, Taurus, Madrid, 1972, pág. 479; por otro lado, las cifras d entre 1915 y 1934 proceden de JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984, pp. 453-454. Por otro lado, los datos aportados por MÁS HERNÁNDEZ, R. en *El Barrio de Salamanca...*, Op. Cit., pp. 184-190 convergen con los anteriores.

autoconstruidas más allá del Paseo de Ronda, consolidándose pequeños núcleos de población ya existentes como los de Cuatro Caminos, Bellas Vistas, Prosperidad, Guindalera, Madrid Moderno, Doña Carlota o San Isidro a la altura de 1900.

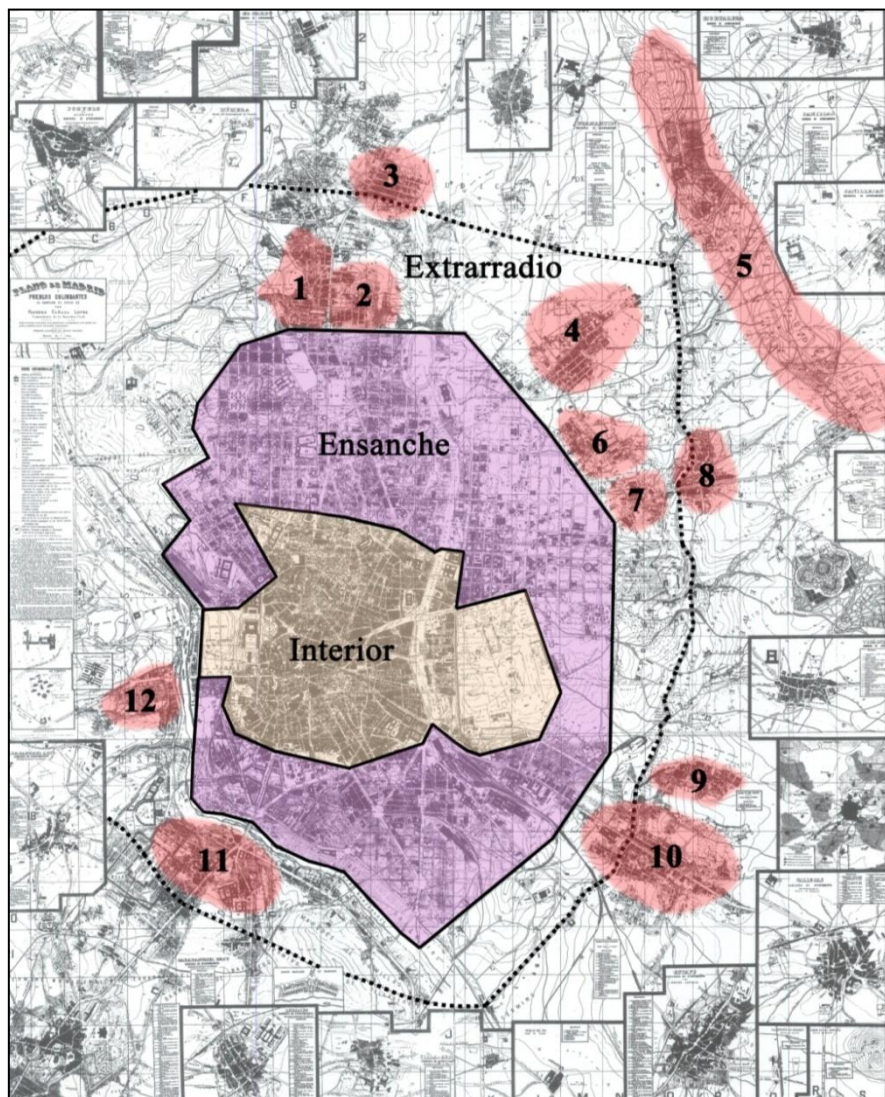


Figura 5.6. Plano de Madrid y pueblos colindantes a principios del siglo XX, señalando los tres sectores administrativos de Madrid y los distintos núcleos de población existentes allende el Ensanche. Leyenda: 1. Bellas Vistas; 2. Cuatro Caminos; 3. Tetuán de las Victorias; 4. Prosperidad; 5. Ciudad Lineal; 6. La Guindalera; 7. Madrid Moderno; 8. Las Ventas del Espíritu Santo; 9. La Carlota; 10. Puente de Vallecas; 11. San Isidro; 12. Colmenares. Plano de Facundo Cañada López, 1902. En los recuadros de los márgenes aparecen señalados los municipios más importantes colindantes a la capital, como Villaverde, Getafe, Leganés, Chamartín, Aravaca, Pozuelo, los Carabancheles o Fuencarral. Escala 1:7500.

La problemática derivada del avance de la ciudad mediante círculos concéntricos dispersos e inconexos entre sí fue abordada en 1910 por el ingeniero militar y director del Servicio de Vías Públicas, Fontanería, Alcantarillado y Servicios Eléctricos del Ayuntamiento de Madrid desde 1901 a 1928 Pedro Núñez Granés. Éste realizó un proyecto que sería aprobado por el consistorio en 1916 para “*ensanchar el Ensanche de Madrid*”, situado a caballo entre los mecanismos urbanísticos decimonónicos de la ciudad y la nueva problemática de la expansión urbana del siglo XX, exportando el modelo ortogonal de los ensanches sobre el espacio circundante pero insertando novedosas directrices en su gestión, un proyecto que, como tantos otros, encontró un escollo insalvable en la falta de recursos económicos y voluntad política para cambiar la

legislación vigente¹⁴. Tras la etapa de elevada conflictividad laboral entre 1917 y 1923, que coincidió con la crisis de la construcción en Madrid procedente del aumento de los costes de los materiales y de la mano de obra (visible en la reducción de licencias de construcción en la Figura 5.5) y el golpe de estado de Primo de Rivera, la edificación volvió a incrementar su ritmo en la década de los 20, especialmente en el Extrarradio. Aunque el propio incremento demográfico de la capital debía haber sido suficiente acicate para el acoplamiento entre la demanda residencial y el número de viviendas iniciadas, lo cierto es que las autoridades municipales y gubernamentales tuvieron que impeler este negocio mediante la presentación y ratificación de diversas propuestas e iniciativas legislativas urbanísticas de diversa índole a escala nacional y municipal¹⁵.

En 1921 y 1924 el gobierno promulgó dos leyes de Casas Baratas que sustituían a la de 1911, y en 1925 la Ley de Casas Económicas, redefiniendo mejor su significado y articulando nuevas subvenciones y cesiones de terreno para fomentar su construcción. Dos años más tarde, una vez soslayado el Plan de Ordenación del Extrarradio de Núñez Granés publicado en 1910 y aprobado en 1916, la Junta Consultiva Municipal de Obras propuso un Plan General de Extensión de Madrid contrario al anterior, en el que se apostaba por abordar el crecimiento demográfico y espacial de Madrid como un todo, “*superando las líneas administrativas creadas cuando no se sospechaba la expansión material y social de la capital*”¹⁶, una posición que sería tomada por el propio Granés, quien sustituyó el concepto de Extrarradio por el de núcleo suburbano. No obstante, el triunfo del golpe de estado del general Primo de Rivera truncó estas expectativas e hizo virar la política urbanística hacia la aprobación del Estatuto Municipal de 1924 y la Ley de 1925 mientras que el nuevo consistorio daba luz verde a la constitución del Banco Municipal de la Construcción. Sin embargo, todas estas medidas, si bien ayudaron a fomentar la aparición de sociedades de edificación en cooperativa y la proliferación de colonias urbanas tanto en el Extrarradio como fuera de él, no lograron algo esencial: generar un modelo de ciudad que englobara no sólo el término municipal madrileño sino también su contorno más inmediato¹⁷.

La fortaleza del auge poblacional de la capital se dejaba sentir más allá de su término municipal con una fuerza y una profundidad desconocida antes de la I Guerra Mundial, fagocitando demográfica y urbanísticamente su entorno. Así, durante el primer tercio del siglo XX, aunque Madrid aumentaba su número de vecinos año tras año a una

¹⁴ LÓPEZ DE LUCIO, R.: “Núñez Granés y la urbanización del Extrarradio en el primer tercio del siglo XX”, VV. AA.: *Gestión urbanística europea 1920-1940*, Ayuntamiento de Madrid, 1986, pp. 73-87; BARREIRO PEREIRA, P.: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid, 1900-1939*, COAM, Madrid, 1992; BASSOLS COMA, M.: “El derecho urbanístico de la Restauración a la II República (1876-1936): crisis de los Ensanches y las dificultades de alumbrar un nuevo modelo jurídico-urbanístico”, en *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, XXVIII, nº 107-108, 1996, pp. 19-51.

¹⁵ SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J.: “Estructura y desarrollo de las ciudades españolas”, en JOVER ZAMORA, J. M^a (ed.): *Historia de España*, Tomo XXXVII, “Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931)”, Espasa Calpe, Madrid, 1984, pp. 397-433.

¹⁶ SALLABERRY, J. L.; ARANDA, P.; LORITE, J. y GARCIA CASCALES, J.: *Plan general de extensión de Madrid y su distribución en zonas. Ampliación y modificaciones a establecer en el proyecto para urbanización del Extrarradio*. Revista *Arquitectura*, Madrid, febrero, 1924.

¹⁷ Un análisis más detallado de las discusiones y cambios en la legislación urbanística en: TERÁN, F.: “Notas para la historia del planeamiento de Madrid: de los orígenes a la Ley Especial de 1946”, *Ciudad y territorio: revista de ciencia urbana*, nº 2-3, pp. 9-26; SAMBRICIO, C.: “La política urbana de Primo de Rivera. Del Plan Regional a la política de Casas Baratas”, *Ciudad y Territorio*, nº 54, 1982, pp. 33-54; RUEDA LAFFOND, J. C. “El desarrollo de la ciudad y la política urbanística”, en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Historia de Madrid*, Ed. Complutense, Madrid, 1994, pp. 579-601; BARREIRO PEREIRA, P.: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid, 1900-1939*, COAM, Madrid, 1992.

velocidad de vértigo dentro del panorama español (sólo superada por Barcelona), su preponderancia sobre el resto de la provincia, ya de por sí elevada, apenas sufrió modificación alguna durante estas décadas ya que ésta incrementó su población a un ritmo acorde al de la capital¹⁸. El verdadero desajuste de crecimiento no se halló en la capital sino en la expansión real del área urbana madrileña más allá del Extrarradio y su término municipal. Fueron los municipios suburbanos limítrofes los que se beneficiaron en mayor medida del crecimiento demográfico generado por la ciudad, cuadruplicando su población en sólo tres décadas, pasando de representar sólo el 4,73% de la población provincial madrileña en 1900 al 13,48% en 1930, transformando de un modo irreversible su naturaleza y dimensión (Figura 5.5 y 5.7). Municipios como Vallecas, Chamartín de la Rosa o Carabanchel Bajo, cuya existencia a la sombra de la capital no les había deparado grandes cambios en dos centurias, habiendo “*existido largo tiempo con vida propia, especialmente agrícola, siendo en algunos casos lugares de recreo o descanso de los habitantes de Madrid*”¹⁹, fueron transformados por los aires de cambio de las primeras décadas del siglo XX originados en la capital, aquellos vientos que llevaron hasta sus puertas un aluvión de nuevos vecinos, autobuses y tranvías, que los convirtieron en núcleos de mayor población que capitales de provincia como Vitoria, Orense, Jaén o la mayor parte de las urbes diseminadas por las dos Castillas.

El concepto de *Gran Madrid*, que recogía el deseo de organizar el crecimiento demográfico y espacial de la capital mediante la anexión de sus municipios colindantes, empezó a aparecer recurrentemente en artículos periodísticos y publicaciones especializadas durante los años veinte, siendo cada vez más usual que arquitectos, ingenieros y periodistas reclamaran ese plan urbanístico general que pusiera orden en semejante descontrol, sustentándose en la anexión madrileña de sus suburbios²⁰. Ejemplo de ellos fueron los artículos publicados bajo el inequívoco rótulo de *Arquitectura de ciudades: el Gran Madrid* por Hilarión González del Castillo en *La Ciudad lineal* entre finales de 1922 y principios de 1923. En él, el autor hacía hincapié en que “*sin la transformación completa de sus alrededores, será imposible hacer el Gran Madrid a que debemos aspirar*”, la ciudad necesitaba “*extenderse por la periferia*”²¹. No era una proposición descabellada ya que, sin ir más lejos, Barcelona había anexionado desde finales del siglo XIX (parte relevante de su crecimiento en dicho período) a varios de sus municipios colindantes, como Corts, Gracia, Horta o Sarriá, para racionalizar su expansión. Y también era una práctica a la que se había recurrido en otras ciudades europeas como Fráncfort (cuatro veces entre 1870 y 1914),

¹⁸ INE, censos nacionales de 1900, 1910, 1920 y 1930.

¹⁹ *Memoria. Información sobre la ciudad. Año 1929*, Ayuntamiento de Madrid, pág. 32.

²⁰ El uso del apelativo *Gran* provenía del concepto *Greater London* utilizado como alusión a la capital británica en su conjunto, incluyendo sus suburbios, una alusión espacial que no tenía una correspondencia administrativa real. Ni el perímetro comprendido por la Metropolitan Board of Works o su sustituto, la London County Council, incluían la ciudad de Londres y todos sus suburbios como un todo. Desde entonces, fue moneda corriente utilizar dicha expresión para señalar la misma realidad en otras urbes europeas, como Berlín, Viena, Estocolmo, Praga o, en el caso que nos ocupa, Madrid. En el caso de la capital española, la Guerra Civil retrasó la formación del Gran Madrid hasta finales de la década de los 40 y 50. INWOOD, S.: *City of cities. The birth of Modern London*, MacMillan, London, 2005; MELLER, H.: *European cities, 1890-1930's. History, culture and the built environment*, John Wiley & Sons, Chichester, 2001, pp. 77-116; RICHARD, L. (Dir.): *Berlín 1919-1933: gigantismo, crisis social y vanguardia, la máxima encarnación de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.

²¹ *La Ciudad lineal*, 10 de septiembre y 10 de noviembre de 1922 y 10 de enero de 1923. Evidentemente, el autor presentaba el modelo de Ciudad Lineal de Arturo Soria emprendido por la Compañía Madrileña de Urbanización, de la que formaba parte el periódico en el que trabajaba, como el modo más racional y ventajoso para organizar dicha ampliación urbana.

Hamburgo (en 1885 y 1918), Berlín (1885 y 1920), Viena (1850, 1890 y 1904), Zúrich (1893 y 1934), Copenhague (1901 y 1902), Praga (1907 y 1911), Budapest (1897) o Bucarest (1920 y 1930), aunque también hubiera ciudades que se expandían sobre su hinterland sin llegar a anexionar sus suburbios, como París o Londres²².

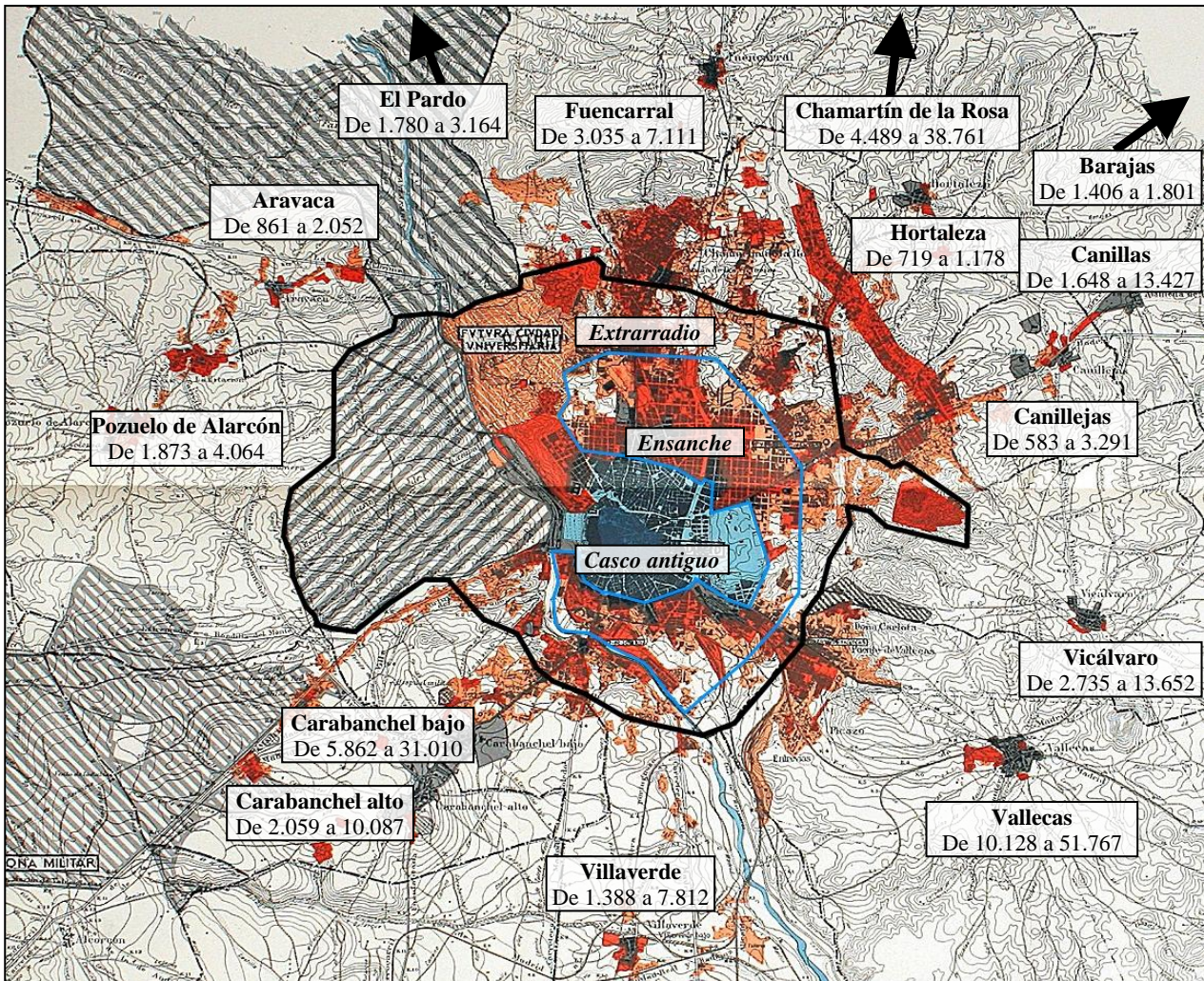


Figura 5.7. Evolución demográfica y espacial de Madrid entre 1900 y 1930. Sobre el plano de la evolución de la ciudad inserto en el trabajo municipal *Información sobre la ciudad. Año 1929*, en el que se señala en color azul el casco antiguo, en color rojo la superficie construida antes de 1916, y en naranja lo edificado entre la fecha anterior y 1925. También se ha señalado el crecimiento demográfico de los municipios circundantes a Madrid, con el crecimiento de su población entre 1900 y 1930 según los respectivos censos nacionales. También se han señalado sobre el plano las tres zonas administrativas en que se dividía el término municipal de Madrid. Escala 1:50.000.

Finalmente, la aceleración del crecimiento demográfico de la ciudad y de sus municipios limítrofes, fenómenos claramente ligados entre sí, convenció a la mayor parte de los componentes y técnicos del consistorio para convocar un concurso internacional en 1929, similar a los que se estaban fomentando en otras urbes europeas, para idear un plan general de reforma y extensión para Madrid²³. Para facilitar la labor

²² PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la II Guerra Mundial*, Op. Cit., pp. 28-31; LEES, A. y HOLLEN LEES, L.: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Op. Cit.; WHITEHAND, J.W.R. y CARR, C.M.H.: *Twentieth-century suburbs. A morphological approach*, Routledge, London, 2001.

²³ *Extrarradio y extensión de Madrid*, Ayuntamiento de Madrid, 1929, 20 pp.

de los proponentes, el ayuntamiento realizó un exhaustivo trabajo de investigación sobre la capital que fue publicado bajo el título de *Información sobre la ciudad*, en el que se incluían planos, gráficos, imágenes aéreas y estadísticas de todo tipo sobre el tráfico, el comercio, el clima o la edificación de la ciudad²⁴. El resultado de dicho certamen fue la declaración del premio desierto por el jurado municipal, pero se dio cumplida cuenta de la calidad y profundidad del trabajo presentado por el tándem Salustiano Zuazo y Hermann Jansen, un prestigioso arquitecto nacional y el ganador del concurso análogo propuesto para ordenar el *Gran Berlín* en 1910. Entre otras propuestas, su proyecto se caracterizó por modificar el antiguo eje este-oeste (desde el Palacio Real al Retiro) que había vehiculado la vida y el crecimiento de la ciudad hasta entonces en detrimento de un nuevo eje norte-sur (con base en la Castellana), aunando ciudad y suburbios en una visión integradora y dividiendo el espacio en zonas socioeconómicas funcionales y plenamente intercomunicadas, trasladando la práctica urbanística imperante en centroeuropa y Estados Unidos del *zoning*²⁵.

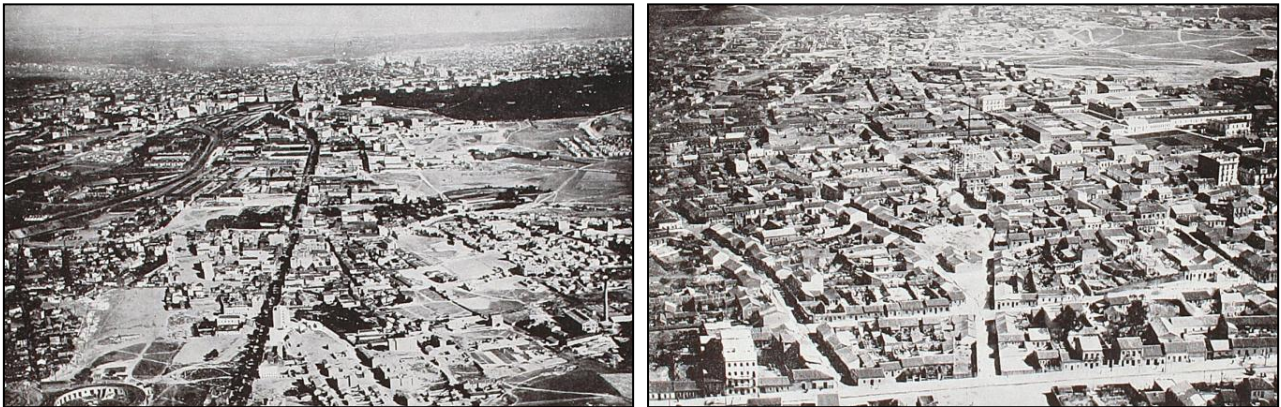
Ciudad	Población (en miles)			Índice de crecimiento (%)			
	1900	1920	1930	1900-1930	1900-1910	1910-1920	1920-1930
Atenas	167	301	453	308,11	50,45	80,24	50,50
Helsinki	147	189	241	164,84	61,54	28,57	27,51
Berlín	2.071	3801	4.243	124,62	9,63	83,53	11,63
Roma	542	692	1.008	117,71	17,06	27,68	45,66
Copenhague	559	561	771	92,27	39,40	0,36	37,43
Barcelona	587	710	1.005	88,56	10,13	20,95	41,55
Milán	579	836	992	88,24	9,87	44,39	18,66
Madrid	599	750	952	76,30	10,93	25,21	26,93
Estocolmo	342	419	502	66,78	13,62	22,51	19,81
Glasgow	1.000	1052	1.093	51,81	38,89	5,20	3,90
Lisboa	435	486	594	50,00	9,85	11,72	22,22
Ámsterdam	574	642	752	47,16	12,33	11,85	17,13
Bruselas	720	685	840	40,23	20,20	-4,86	22,63
Liverpool	753	805	856	24,96	9,93	6,91	6,34
Londres	7.256	7488	8.216	24,75	10,17	3,20	9,72
Marsella	551	586	610	21,76	9,98	6,35	4,10
Edimburgo	401	420	439	20,27	9,86	4,74	4,52
Manchester	714	736	766	17,85	9,85	3,08	4,08
San Petersburgo	1.962	722	1.690	17,44	36,34	-63,20	134,07
Viena	2.031	1866	1.874	11,88	21,25	-8,12	0,43
Lyon	460	460	460	10,05	10,05	0,00	0,00
París	2.888	2907	2.891	6,52	6,41	0,66	-0,55

Figura 5.8. Evolución demográfica de las principales ciudades europeas a lo largo del primer tercio del siglo XX. Cifras de población dada en miles. Fuente: MITCHELL, B.: *International Historical Statistic. Europe, 1750-2005*, Palgrave MacMillan (6ª edición), Londres, 2007.

²⁴ Memoria. *Información sobre la ciudad*. Año 1929, Ayuntamiento de Madrid.

²⁵ ZUAZO, S. y JANSSEN, H. (ed. por Lilia Maure Rubio): *Anteproyecto del trazado viario y urbanización de Madrid*, COAM, Madrid, 1986; MANCUSO, F.: *Las experiencias del zoning*, Ediciones Gustavo Gili, Barcelona, 1980; ROMERO ALOY, Mª J.: “La recepción del zoning por el ordenamiento urbanístico español”, *Revista de Obras Públicas*, 159 (3528), 2012, pp. 23-34.

En la elaboración de la espléndida publicación municipal *Información sobre la Ciudad* no sólo se movilizaron amplios recursos estadísticos y cartográficos, sino que también se llevó a la práctica de manera exhaustiva uno de los acuerdos ratificados una década antes en la Conferencia Interaliada de Urbanismo, en la que representantes de países vencedores en la I Guerra Mundial y neutrales intentaban encontrar enfoques y soluciones al problema común del crecimiento desmesurado de las grandes ciudades europeas y la falta de viviendas (Figura 5.8): el uso de la fotografía aérea como método de trabajo urbanístico (Ilustraciones 5.1 y 5.2)²⁶. El servicio aéreo del Instituto Cartográfico, por su parte, se limitó a retratar mediante instantáneas aéreas esa realidad que Corpus Barga describía a través de las palabras con la que comenzó este capítulo: la discontinua y caótica expansión física de la ciudad más allá de su Ensanche y su Extrarradio, traspasando su término municipal y difuminando la otrora meridianamente clara frontera de la ciudad.



Ilustraciones 5.1 y 5.2. De izquierda a derecha, Vistas panorámicas de los núcleos de población denominados Puente de Vallecas y Tetuán de las Victorias. 1929. Aviación militar. Extraídas de *Memoria. Información sobre la ciudad. Año 1929*. Ayuntamiento de Madrid.

Madrid se fraguaba su apelativo de metrópoli europea a base de, entre otros factores, del incremento de habitantes, viviendas y espacio urbanizado. Pero ¿cuáles fueron las causas que generaron tal incremento demográfico durante el primer tercio del siglo XX, especialmente en los años veinte? Principalmente dos. Una, de nuevo cuño, cuya relevancia fue más cualitativa que cuantitativa, y otra, de continua y gran presencia histórica en la evolución de la ciudad, cuya influencia aumentó considerablemente en estos años.

5.1.1. *El fin de la ciudad de la muerte.*

A lo largo del primer tercio del siglo XX Madrid se introdujo en la transición de su modelo demográfico de ciclo antiguo al moderno, perdiendo por el camino el fatídico adjetivo de *ciudad de muerte*, acuñado por sobrados motivos (una mortalidad general que casi duplicaba la media del país²⁷) a la capital durante el siglo XIX y principios del

²⁶ BARREIRO PEREIRA, P.: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid*, Op. Cit., pp. 113-114.

²⁷ En los años 80 era del 400‰ frente al 245‰ de la media española. REHER, D. S.: “Urbanization and Demographic Behaviour in Spain, 1860-1930” en AD WOUDE, JAN DE VRIES y AKIRA HAYAMI: *Urbanization in History. A process of Dynamic Interactions*, Op Cit., pp. 282-299.

XX²⁸. Por primera vez en siglos, la ciudad registró sucesivos años de crecimiento demográfico natural positivo en los años 10, hasta consolidar dicha tendencia ya en la década posterior, en la que ya no sufrió ningún año de crecimiento vegetativo negativo. Fue un proceso discontinuo iniciado en el cambio de siglo y acentuado a partir del estallido de la I Guerra Mundial.

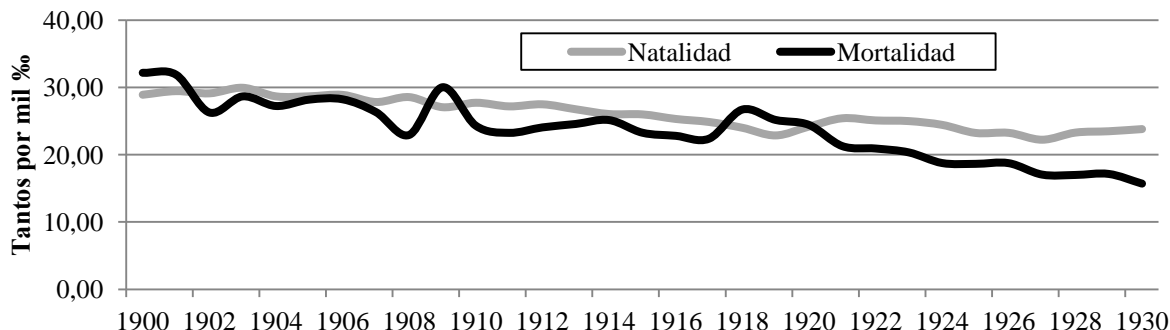


Figura 5.9. Evolución de las tasas de mortalidad y natalidad general de Madrid entre 1900 y 1930. *Estadística demográfica*, publicada por el Ayuntamiento de Madrid.

A la entrada en el siglo XX, la evolución demográfica natural de la ciudad se hallaba anclada todavía en los parámetros del modelo antiguo, presentando unas tasas de mortalidad y natalidad muy elevadas, aunque las primeras eran casi siempre superiores a las segundas, imposibilitando cualquier incremento natural de población de la urbe. La mortalidad general de la ciudad se situaba en el 37,5‰ en 1890, una cifra que dejaba mal parada a Madrid en su cotejo tanto con la media del país (que era del 31,4‰) como con la de la mayor parte de las urbes españolas (Barcelona, de similar población, poseía una tasa de mortalidad seis puntos porcentuales inferior)²⁹. Pero más escandalosa y vergonzante era la disparidad existente entre los lastimosos datos de la capital con los recogidos en las principales capitales y ciudades europeas, como París (con una tasa de mortalidad del 22,3‰), Bruselas (20,6‰) o Roma, Londres y Berlín, (cuyas tasas se situaron entre el 17 y 19,5‰)³⁰. Tanto España a nivel nacional como Madrid a nivel urbano, se hallaban a la cola del mapa higiénico-sanitario europeo, junto a países como Portugal, Italia o Grecia y ciudades como Nápoles, Roma, Valencia, Marsella, Budapest, Viena o Atenas a comienzos del siglo XX³¹. De igual modo, Madrid seguía evidenciando una falla demográfica abismal en relación a la mortalidad infantil, la cual era del 200‰ en el primer año de edad en 1900, sin tener en cuenta a los muertos al nacer o a los que perecían antes de las 24 horas desde su nacimiento, y del 40‰ entre los menores de cinco años³².

²⁸ REVENGA, R.: *La muerte en Madrid*, 1901; AGIUS, J.: *Madrid. Su población, natalidad y mortalidad*, 1886; HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico social*, 1902; MELGOSA, M.: *Las subsistencias en Madrid*, 1912.

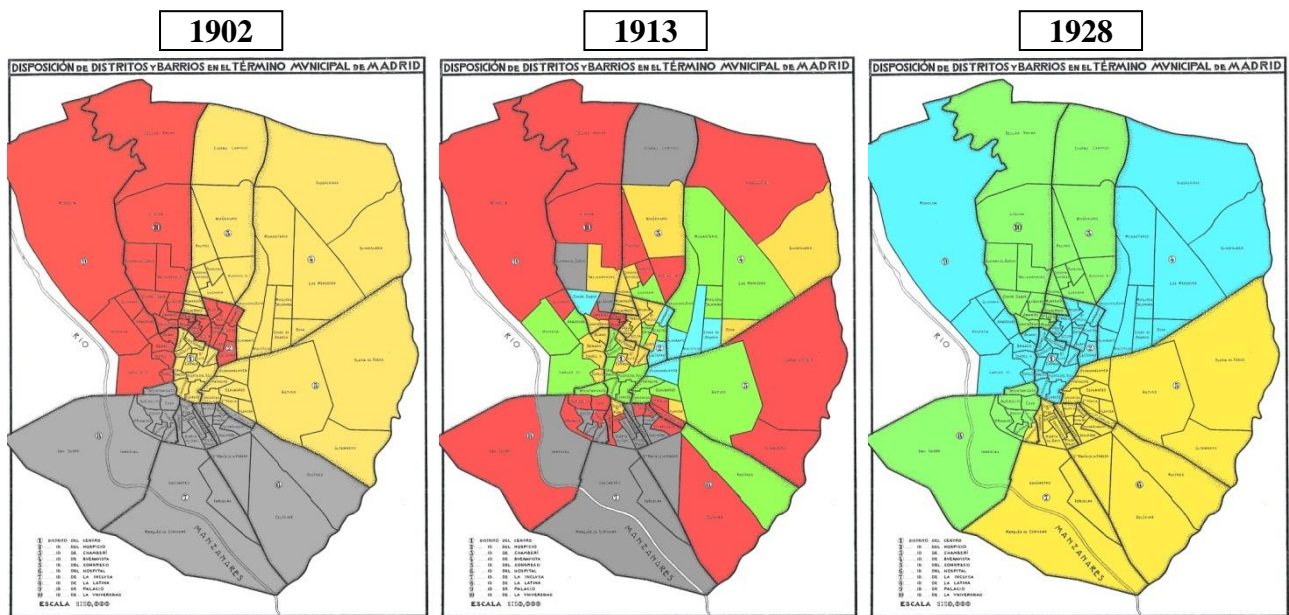
²⁹ Sólo las ciudades de Granada, Bilbao, Cartagena, Valladolid y Cádiz poseían una tasa de mortalidad general superior a la de Madrid. PÉREZ MOREDA, V.: "La población de la ciudad de Madrid, siglos XVIII al XX", en AA. VV.: *Visión histórica de Madrid (Siglos XVI al XX)*, Madrid, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, 1991, pp. 185-213; DOPICO, F. y REHER, D.S.: *El declive de la mortalidad en España, 1860-1930*, Asociación de Demografía Histórica, Huesca, 1998.

³⁰ SILIÓ CORTÉS, C.: *Problemas del día*, V. Suárez, Madrid, 1900, pp. 190-207; LASBENNES, L.: *Mortalidad de Madrid comparada con la de las demás capitales europeas*, Madrid, 1912.

³¹ PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la II Guerra Mundial*, Op. Cit., pp. 93-105.

³² ULECIA CARDONA, R.: *Informe acerca de la mortalidad infantil de Madrid: sus principales causas y medios de combatirla*, Impr. Municipal, Madrid, 1903, pág. 15.

La dilatación del casco urbano con la ratificación y puesta en marcha del Ensanche durante la segunda mitad del siglo XIX, que significó una oportunidad para empezar de cero y delimitar espaciosas avenidas, edificar casas mejor ventiladas y amplias y así reducir el hacinamiento y la densidad de población de los nuevos barrios, fue desperdiciada. No sirvió para reducir en la medida de lo posible las causas de una mortalidad general, infantil y epidémica tan elevada, ya que las capas sociales más acaudaladas se apropiaron del mejor espacio urbano surgido de la expansión de la ciudad debido a la carestía de los precios del suelo y de los alquileres demandados. El Ensanche potenció un cariz de segregación socioespacial ya existente en el casco antiguo y que afectó directamente a la esperanza de vida de los habitantes de cada una de las zonas de Madrid, creando distintas ciudades dentro de ésta, cuyas consecuencias se dejarían sentir durante las décadas siguientes (Figura 5.10).



Evolución de la tasa de mortalidad general de Madrid por distritos y barrios (1902-1928)

<i>Muy insalubres</i>	<i>Insalubres</i>	<i>Poco salubres</i>	<i>Salubres</i>	<i>Muy salubres</i>
Más de 35 ‰	35-28 ‰	28-22 ‰	22-17 ‰	Menos de 17 ‰

Figura 5.10. Elaboración propia a partir de los datos recogidos por Philip Hauser en 1902, César Chicote en 1913 y el negociado de Estadística municipal en 1928. La escala utilizada es la que Chicote esgrimió en su obra, en la que ofrece datos por barrios, mientras que en los otros dos casos los datos mostrados son por distritos. HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico social*. Edición a cargo de Carmen del Moral, 2 Vols., Ed. Nacional, Madrid, 1979; CHICOTE RIEGO, C.: *La vivienda insalubre en Madrid*, Madrid, 1914; ABC, 1 de enero de 1929.

Aún con todo, los primeros y tímidos pasos hacia la modernización demográfica de la ciudad ya se estaban gestando, aunque con un retraso de una generación respecto a los países septentrionales de Europa, registrándose una lenta reducción de la mortalidad infantil y de la fecundidad a finales del siglo XIX³³. Un cuadro de conjunto de la

³³ GÓMEZ REDONDO, R.: "El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970", *Reis*, nº32, Octubre-Diciembre, CIS, 1985, pp. 101-139; SANZ GIMENO, A.: *La mortalidad de la infancia en Madrid*, Dirección General de Salud Pública, CAM, Madrid, 1999, pág.64; SANZ GIMENO, A y RAMIRO FARIÑAS, D.: "La caída de la mortalidad en la infancia en la España interior, 1860-1960. Un análisis de las causas de muerte" en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 24, 2002, pp. 151-188; REVUELTA EUGERCIO, B.: *Los usos de la inclusa de Madrid, mortalidad y retorno a principios del siglo XX (1890-1935)*, UCM, Madrid, 2011.

calamitosa higiene madrileña que empezó a mejorar significativamente en el nuevo siglo, momento en el que se desarrolla su transición demográfica e higiénica hacia un modelo demográfico moderno, en el que el crecimiento natural se asentó sobre unas cifras que fueron generalmente positivas³⁴. Entre 1901 y hasta el último embate epidémico de relevancia que sacudiría a la urbe, la gripe de 1918-1920, el comportamiento demográfico de la ciudad comenzó a virar lenta pero inexorablemente, aunque no de forma sostenida.

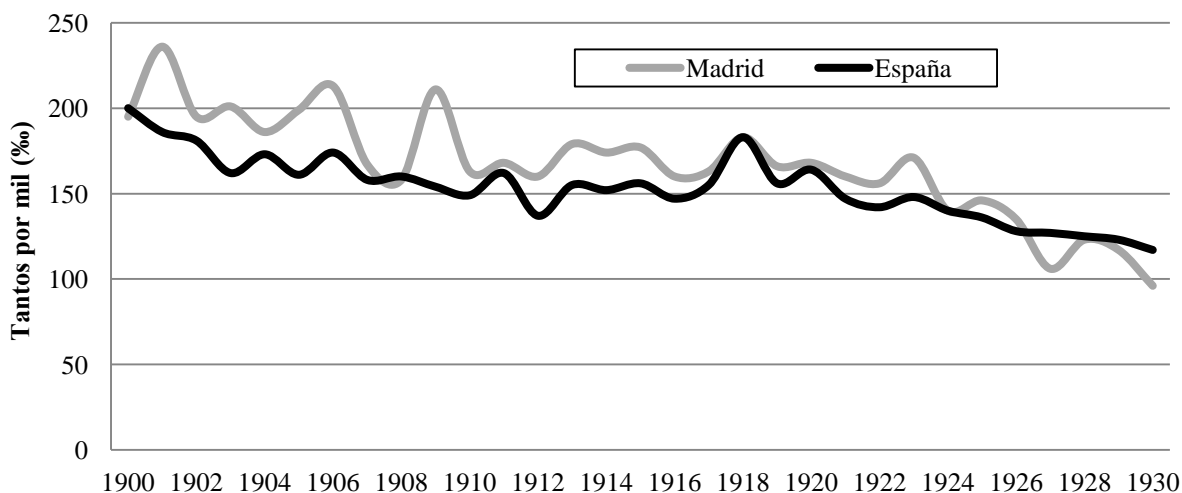


Figura 5.11. Evolución de las tasas de mortalidad infantil (no incluye los muertos al nacer ni los que perecen antes de las 24 horas de vida) madrileña y española entre 1900 y 1930. Fuente: GÓMEZ REDONDO, R.: “El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970”, *Reis*, nº32, Octubre-Diciembre, CIS, 1985, pp. 104-105.

Todavía hubo varios años en este período en los que la mortalidad general fue superior a la natalidad, y en los que la mortalidad infantil todavía superó la barrera de los 200‰ (Figuras 5.9 y 5.11). El paso de un modelo a otro fue irregular y flemático, fruto de numerosas causas. Por un lado, la introducción a cuentagotas de nuevas infraestructuras, servicios e instituciones municipales de higiene, nuevas leyes y normas como el moderno sistemas de desagüe y alcantarillado que sustituyó a los fétidos pozos negros y fosas sépticas del casco antiguo, la obligatoriedad de la vacunación antivariólica en 1902 o la instauración municipal de la Gota de Leche en 1904, la modernización del Laboratorio Municipal o la tardía implantación en 1921 de un servicio de recogida de basuras que terminara con la trapería, ayudaron a reducir la mortalidad catastrófica e infantil, mejorando considerablemente la esperanza de vida de la población madrileña³⁵. Por otro lado, el crecimiento socioeconómico que siguió a la neutralidad española durante la Gran Guerra favoreció la dilatación y estabilización de los presupuestos familiares de las capas populares, favoreciendo sus condiciones de

³⁴ FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.), *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Alfoz-CAM, 1989, Vol. 1, pp. 29-76; y del mismo autor: “Modelo demográfico y problemas sanitarios”, *Revista Arbor*, Vol. 169, nº 666, junio 2001, pp. 323-342; PORRAS GALLO, M^a I.: “Un acercamiento a la situación higiénico-sanitaria de los distritos de Madrid en el tránsito del siglo XIX al XX”, *Asclepio*, Vol. LIV, nº 1, 2002, pp. 219-250.

³⁵ En este punto, se ha preferido acuñar la expresión *transición sanitaria* antes que *transición epidemiológica* para explicar la reducción de la morbilidad fruto de las enfermedades infecciosas, causantes de la mayor parte de la mortalidad infantil y catastrófica de la época, ya que explica dicho proceso desde una óptica multifactorial, añadiendo elementos sociales, culturales y económicos a los específicamente higiénico-sanitarios.

vida, entre ellos su capacidad de gasto en manutención y vivienda. Además, la población empezó a ser cada vez más receptiva a los discursos públicos que reclamaban adoptar nuevos hábitos y prácticas higienistas³⁶.

La consolidación de la reducción efectiva de las tasas de mortalidad madrileñas sólo se produjo tras el último y mortífero embate epidémico protagonizado por la gripe de 1918, cuyos efectos se dejaron sentir en la ciudad hasta 1920 inclusive³⁷. Como si de un recordatorio de las medidas higiénicas y sanitarias que aún debían implementarse, tras la *gripe española* el modelo madrileño se adentró en la fase principal de su transición demográfica. En estos años, redujo a la mitad su mortalidad general respecto a principios de siglo, y alcanzó por primera vez en décadas una mortalidad infantil menor a la del conjunto del país. Se aminoraron los mortíferos efectos que sobre los niños de corta edad provocaban enfermedades infecciosas como la gripe, viruela, difteria o la tuberculosis pulmonar, los cuales también solían sufrir diarrea y enteritis por la mala alimentación y la falta de infraestructuras y controles sanitarios municipales de calidad³⁸. La ciudad entró así en la década de los 20 en la senda del crecimiento biológico estable, a pesar de que la natalidad y la fecundidad también comenzaron a resentirse aunque a menor ritmo que la mortalidad. Este proceso hizo que a la altura de 1930, el pronunciado escalón de población existente en las décadas anteriores en la base de las pirámides demográficas de la ciudad, en la cohorte de menos de cinco años de edad, fruto de la elevada mortalidad infantil que sufría, fuera menos pronunciado, más natural (Figuras 2.8 y 5.12).

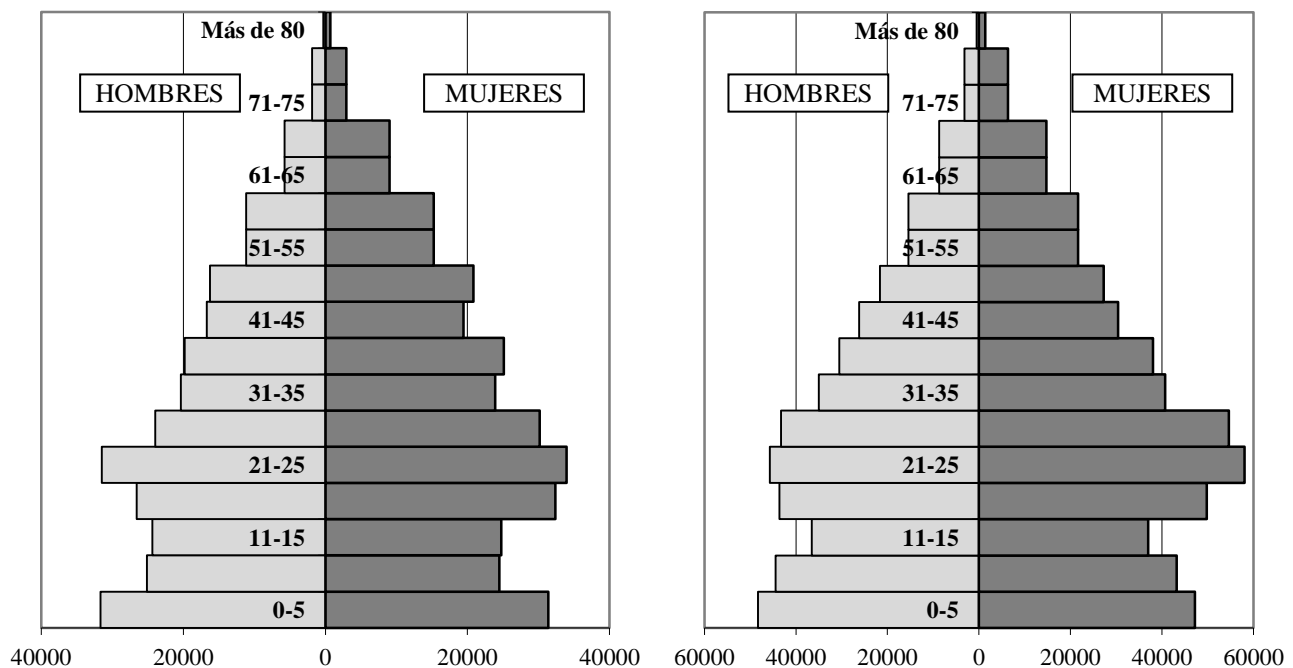


Figura 5.12. Pirámides de población de Madrid de 1900 y 1930. Elaboración propia a partir de los censos nacionales de dichos años, INE.

³⁶ CHICOTE, C.: *El progreso sanitario de Madrid*, Madrid, Impr. Municipal, 1930; HUERTAS, R. "Vivir y morir en Madrid. La vivienda como factor determinante del estado de salud de la población madrileña, 1874-1923", *Asclepio*, Vol. 54, nº 2, 2002.

³⁷ PORRAS GALLO, M^a I.: *Una ciudad en crisis: la epidemia de gripe de 1918-1919 en Madrid*. Tesis doctoral, UCM, Madrid, 1994.

³⁸ PORRAS GALLO, M^a I.: "Un acercamiento a la situación higiénico-sanitaria de los distritos de Madrid en el tránsito del siglo XIX al XX", *Asclepio*, Vol. LIV, nº 1, 2002, pp. 219-250.

La modernización demográfica significó un cambio cualitativo fundamental para Madrid. Por primera vez, la ciudad crecía por sí misma, ya no fagocitaba inmigrantes para su supervivencia, como había realizado durante la centuria anterior. Sin embargo, este crecimiento natural durante el primer tercio del siglo XX no trajo consigo ni el rejuvenecimiento de su estructura demográfica ni la acelerada dilatación de su población. Porque, crecer de forma natural, normalizando el hecho de que año tras año el número de nacimientos en Madrid superara al de fallecidos, era un bien preciado que había tardado décadas en conseguirse, pero aún no era copioso ni de vital relevancia para la evolución demográfica madrileña. De hecho, la proporción de población joven afincada en la ciudad, aquella que poseía menos de 20 años, no varió ni un ápice entre 1900 y 1930, representando en torno al 37% del total³⁹. Y es que el crecimiento vegetativo de la ciudad sólo se incrementó en un 5,93% en este período⁴⁰, mientras que la ciudad en su conjunto lo hizo en un 77%, especialmente en sus segmentos de edad centrales, en la horquilla comprendida entre los 20 y los 40 años, en plena madurez laboral y familiar, allí donde aparecía una pronunciada y artificial *panza* en su pirámide demográfica (Figura 5.12). Testigo fiable de la estructural incidencia de la inmigración.

5.1.2. *La intensificación de los movimientos migratorios interiores hacia Madrid.*

La fuente de energía clave del acelerado crecimiento demográfico madrileño fue, tal y como había sucedido desde que tres siglos antes la villa fuera elegida por Felipe II como sede de la Corte, la inmigración. Un factor históricamente crucial en su evolución durante la vigencia del modelo demográfico antiguo en la edad moderna y el siglo XIX, cuando la urbe, como la mayoría de las ciudades europeas, era poblacionalmente deficitaria. Un elemento que siguió siendo cardinal en el devenir madrileño durante el primer tercio del siglo XX, período en el que las transformaciones de los movimientos migratorios interiores que se habían empezado a vislumbrar en la segunda mitad del siglo XIX, se generalizaron. En las primeras décadas de la nueva centuria, las migraciones permanentes con destino Madrid sufrieron un incremento exponencial superior al 40%, el más elevado de su historia hasta la fecha⁴¹. Este fenómeno supuso un salto cuantitativo sin precedentes para la ciudad, que alcanzó el millón de habitantes en vísperas de la II República a golpe de remesas y remesas de nuevos inmigrantes, a un ritmo de 20.000 anuales en la década de los 20 (Figura 5.2).

Representatividad de la inmigración según su tiempo de residencia en Madrid						
Años	1860	1878	1905	Diferencia (1860-1905)	1930	Diferencia (1905-1930)
Menos de 5 años	39,05	34,95	30,11	-8,94	37,93	7,82
Más de 10 años	38,40	41,20	45,20	6,80	36,57	-8,63

Figura 5.13. Elaboración propia a partir de los datos extraídos de los padrones municipales de Madrid de 1860, 1878, 1905 y 1930. AVM, sección de Estadística.

³⁹ Censos nacionales de 1900 y 1930, INE.

⁴⁰ FORNS GARCÍA, J.J.: “Madrid, centro inmigratorio”, en VV.AA. *Madrid, 1964: evolución demográfica, desarrollo urbanístico, economía y servicios*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1964, pp. 169-182.

⁴¹ BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid, Op. Cit.*, pág. 132.

En 1930, más de un tercio de los inmigrantes residentes en el Ensanche Este eran de nuevo cuño, se estaban aclimatando a una ciudad en la que no llevaban más de una década residiendo (Figura 5.13). Estos años fueron testigos del aluvión migratorio de parejas recién creadas, familias ya consolidadas y de jóvenes individuos que emigraron a Madrid, preponderantemente a una edad madura para trabajar. De hecho, en el Ensanche Este de la capital, las dos terceras partes de la población madrileña no habían cumplido los 25 años de edad. La progresiva preponderancia de la inmigración en la conformación de la sociedad madrileña fue tal que, según el padrón de 1930, sólo el 10% de las familias nucleares afincadas en este espacio urbano estaban formadas por un matrimonio íntegramente madrileño, familias cuyos hijos únicamente suponían un liviano 11% del total. Esta circunstancia contrastaba con la abrumadora presencia de parejas formadas por ambos cónyuges forasteros, que conformaban las dos terceras partes de las familias afincadas en dicho espacio urbano. De este modo, sólo la base de la pirámide demográfica madrileña albergaba, como ocurría en la segunda mitad del siglo XIX, los únicos rangos de edad donde la población inmigrante era inferior a la madrileña, fenómeno que se invertía en los contingentes en edad laboral, donde por el contrario los nacidos en la ciudad sólo representaban la quinta parte (Figura 5.14).

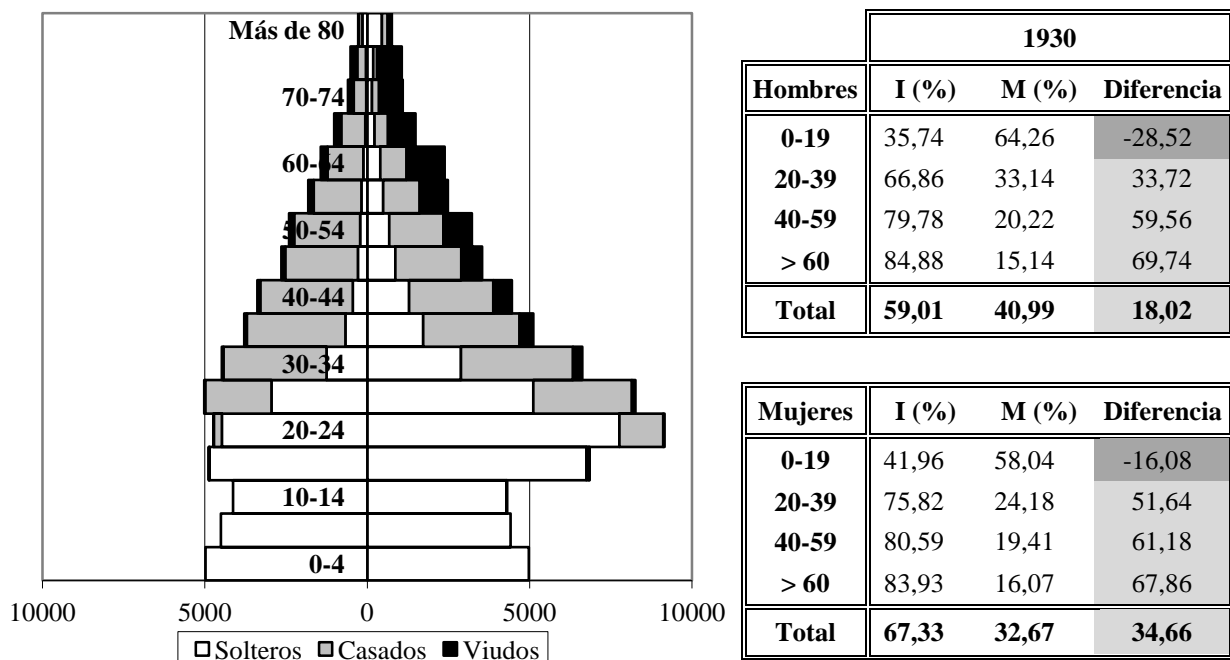


Figura 5.14. A la izquierda, pirámide de población del Ensanche Este de Madrid en 1930 por estado civil. A la derecha, distribución de la población inmigrante según su sexo y edad en dicho año. Elaboración propia a partir del padrón municipal de Madrid de 1930. AVM, Estadística. Son datos porcentuales.

Una población inmigrante que se desparramaba de un modo más o menos uniforme por los distintos barrios del Interior y el Ensanche de la capital, a diferencia de lo que aconteció durante el último tercio del siglo XIX, en el que los inmigrantes se ubicaron en mayor medida en un espacio urbano virgen como el Ensanche (Figuras 2.5 y 2.9). La continua presión migratoria hizo que en 1930 los barrios surgidos de la expansión de Castro más cercanos al casco antiguo se colatasen definitivamente. Sin embargo, los más alejados todavía no lo estaban tres cuartos de siglo después de su creación, al estar vedados para la mayoría de los modestos inmigrantes que llegaban a la capital a consecuencia de su carestía. Durante el primer tercio del siglo XX, la composición y naturaleza del Ensanche Este mutó considerablemente, integrándose en

la gran ciudad y convirtiéndose en un espacio urbano relativamente colmatado en el que los alquileres ya no eran atractivos para el recién llegado. De este modo, cuando Alfonso XIII partió al exilio tras las elecciones municipales de abril de 1931, eran los barrios del Extrarradio los que ofrecían las viviendas más baratas de la ciudad, dada su alejada ubicación respecto al casco antiguo y de la carencia de infraestructuras, siendo por lo tanto el principal lugar de destino de los nuevos flujos migratorios⁴².

Las causas de este agudo y concentrado incremento migratorio de Madrid fueron tanto de naturaleza endógena como exógena a la propia ciudad, las cuales obedecieron tanto a dinámicas nacionales como a procesos eminentemente internos. Por un lado, se incrementó el número de individuos que desearon (o se vieron obligados a) emigrar desde sus múltiples lugares de origen, mientras que por otro la modernización socioeconómica de la capital y su regenerada demanda de trabajo fortaleció el ya omnímodo poder de atracción que Madrid mostraba sobre la mayor parte del país desde el siglo anterior. La población española de origen rural vio cómo sus condiciones de vida se endurecían en las décadas interseculares por la creciente competencia internacional sobre la producción agrícola interna (a pesar del proteccionismo económico adoptado⁴³), el exceso de mano de obra y la consecuente reducción de los días y jornales trabajados, todo ello acompañado de malas cosechas provocadas por enfermedades como la filoxera, que afectó a finales del siglo XIX a uno de los principales cultivos del país, la vid. Sin embargo, a diferencia del embate migratorio hacia el mundo urbano producido a mediados del siglo XIX, en las décadas interseculares la válvula de escape utilizada por la población rural afectada por tan dramática situación fueron las emigraciones estacionales y temporales, no tanto las permanentes, las cuales apenas variaron a escala nacional entre 1877 y 1914⁴⁴. Las únicas excepciones a este cuadro general fueron los crecientes movimientos migratorios que desde la costa cantábrica (salvo el País Vasco), la mitad norte peninsular, las islas Baleares y Aragón, se dirigieron tanto hacia el extranjero (tipología migratoria que superó por primera vez a la suma de los movimientos interiores⁴⁵) como hacia los

⁴² El poblamiento de los distintos núcleos del Extrarradio madrileño por parte de la inmigración fue una constante desde principios del siglo XX. A modo de ejemplo, en 1905 más del 80% de los cabezas de familia residentes en Tetuán procedían de allende la propia provincia de Madrid, ratios similares a los existentes en Prosperidad o Guindalera. GONZÁLEZ LÓPEZ, J.: *Madrid y su extrarradio: el distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*, Trabajo Fin de Máster, UCM, 2010; VORMS, C.: *Bâtisseurs de banlieue. Madrid: le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, Créaphis Éditions, Grâne, 2012.

⁴³ ROLDÁN, S.; GARCÍA DELGADO, J. L. y MUÑOZ, J.: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorro, 1973, 2 vols.

⁴⁴ MIKELARENA, F.: “Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias”, *Cuadernos aragoneses de Economía*, Vol. 3, nº 2, 1993, pp. 213-240; y “Estructura económica, evolución cuantitativa de la población y balances migratorios de las capitales de provincia españolas en el período 1860-1930. Un análisis comparativo”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Op. Cit., pp. 87-114; REHER, D. S.: “Urbanization and Demographic Behaviour in Spain, 1860-1930” en AD WOUDE, JAN DE VRIES y AKIRA HAYAMI: *Urbanization in History. A process of Dynamic Interactions*, Nueva York, Clarendon Press-Oxford, 1990; SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: “Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica”, en *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, Universidad de Zaragoza, nº 2, 2002, pp. 227-248; “Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930”, *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, Madrid, 2005, pp. 157-182.

⁴⁵ SÁNCHEZ ALONSO, B.: “Those who left and those who stayed behind: explaining emigration from regions of Spain, 1880-1914”, *Journal of Economic History Review*, nº 60 (3), 2000, pp. 730-755; EIRAS ROEL, A.: *La emigración española a Ultramar, 1492-1914*, Tabapress, Asociación de Historia Moderna,

principales núcleos urbanos del país. Por el contrario, el proceso urbanizador fruto de la movilidad interna se ralentizó en estos años salvo en los núcleos urbanos más dinámicos del país, Madrid, Barcelona y Bilbao, hacia donde se dirigió la mayor parte de la inmigración interna española con la intención de afincarse en ellas de modo permanente.

Pero a partir de la I Guerra Mundial y de modo similar a lo acontecido en los países del sur de Europa como Italia o Portugal, de industrialización tardía como España, el contexto general de la movilidad interna cambió, transformando la composición y distribución de la población española⁴⁶. Es cierto que en dicho período las migraciones laborales de carácter estacional y temporal de origen preindustrial, tanto las que desde el campo se dirigían a la ciudad como las que se producían de unas regiones a otras, se mantuvieron estables. Pero si sus flujos no mostraron grandes variaciones, sí lo hizo la direccionalidad de éstos, pasando de estar diversificados por todo el país a concentrarse en unos pocos puntos de fuerte atracción, los mismos que habían aglutinado las migraciones interiores en el último cuarto del siglo XIX⁴⁷. Pero las transformaciones más profundas afectaron a la movilidad laboral permanente, la cual se intensificó en los años veinte, pasando del 2,8 al 4,3%, verdadera matriz de la metamorfosis sufrida en la composición y distribución demográfica española. Las principales características de este proceso de cambio general (en el que Madrid era una pieza fundamental del nuevo puzzle) fueron el fortalecimiento de la migración rural hacia los núcleos urbanos, el incremento de las distancias medias recorridas por los emigrantes, y la simultánea tendencia hacia la dispersión de los lugares de origen de la emigración y su respectiva concentración en puntos de destino concretos.

En relación a la primera de las características del trinomio mencionado, concerniente al fortalecimiento del proceso urbanizador español, éste se produjo a lo largo de las dos décadas que median entre 1910 y 1930, testigos del rápido incremento de la tasa de urbanización nacional del 38 al 59%⁴⁸, en un proceso generalizado de trasvase demográfico desde el mundo rural al urbano acaecido en mayor o menor medida a lo largo y ancho del país. La población rural, cada vez más angustiada por la precarización de sus condiciones de vida debido a la reducción de sus jornales fruto de una producción extensiva de los campos⁴⁹, y a la vez atraída por la modernidad que desprendían las capitales administrativas provinciales, los centros regionales de comercio, las urbes industriales y, por encima de todas ellas, la capital del Estado, se dirigió en tropel hacia éstas. Las nuevas técnicas y herramientas adoptadas en la producción agrícola así como la enorme competencia de precios existente en el mercado internacional como consecuencia de las mejoras en el transporte, hizo que el campo

Madrid, 1991; SÁNCHEZ ALBORNOZ, N. (comp.): *Espanoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, Alianza, Madrid, 1988.

⁴⁶ HATTON, T. y WILLIAMSON, J.: *The Age of Mass Migration. Causes and Economic Impact*, Oxford University Press, Oxford & New York, 1998.

⁴⁷ SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: "Viajes de corta distancia: una visión espacial de las migraciones interiores en España, 1877-1930", *Revista de Historia Económica*, Año XIX, nº 2, 2001, pp. 247-283.

⁴⁸ La cifra de 1910 procede de BAIROCH, P.: *Cities and economic development: from the dawn of history to the present*, Mansell, Londres, 1988, pág. 221. El dato de 1930 es de elaboración propia, realizada a partir de la población residente en núcleos de más de 5.000 habitantes. Censo de 1930, INE.

⁴⁹ PUJOL, J.; GONZÁLEZ DE MOLINA, M.; FERNÁNDEZ PRIETO, L. y GARRABOU, R.: *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2001; SAAVEDRA, P. y VILLARES, R. (eds.): *Señores y campesinos en la península ibérica, siglos XVIII-XX*, Crítica, Barcelona, 1991, 2 Vols.; GARRABOU, R. (coord.): *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1992.

sufriera un elevado excedente de mano de obra. Estos cupos emigratorios se encaminaron hacia aquellos lugares donde no sólo se ofertaba más trabajo sino que también era mejor pagado: las medianas y grandes ciudades. En ellas, el comercio, la administración y las manufacturas se complejizaban y adquirían un rango mayor, diversificando la actividad económica y dilatando las necesidades de su mercado laboral. Además, fue en los principales núcleos urbanos donde se concentraron el capital nacional y extranjero, inversiones, servicios y bienes de todo tipo, así como las sedes sociales de las nuevas sociedades y compañías internacionales surgidas al calor del crecimiento económico occidental posterior a la Gran Guerra⁵⁰.

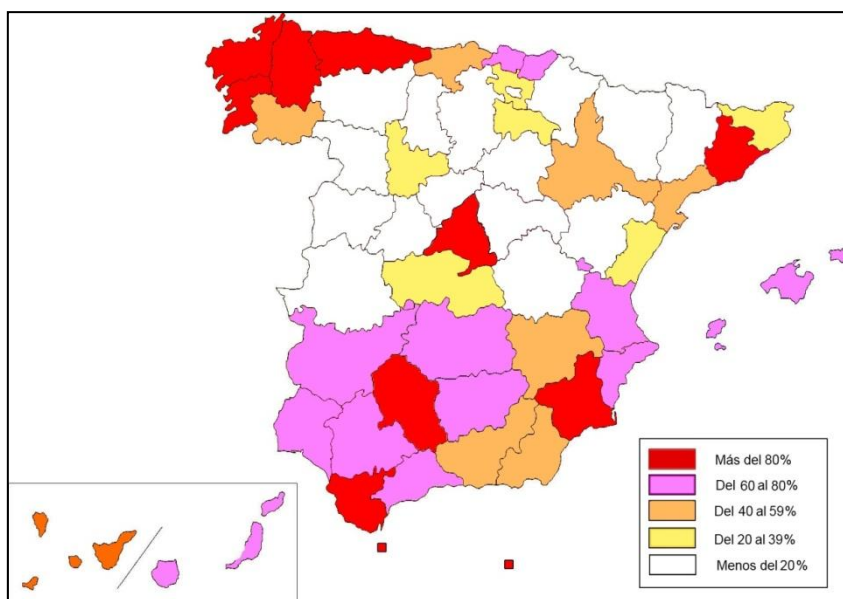


Figura 5.15. Tasa de urbanización regional de España por provincias (1930). Elaboración propia, realizada a partir de la población residente en núcleos de más de 5.000 habitantes. Censo de 1930, INE. A partir del siglo XX, la historiografía ha considerado el nivel de 10.000 habitantes como el más indicado para considerar una población como ciudad. Sin embargo, se ha realizado el cálculo con la anterior cifra para poder realizar la comparación con los datos recogidos para el siglo XIX procedentes de: BAIROCH, P.: *Cities and economic development: from the dawn of history to the present*, Op. Cit., pág. 221. Los coeficientes de urbanización de las provincias españolas calculados a partir de 10.000 habitantes en: PÉREZ MOREDA, V.: "La población" en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900)*, Tomo XXXIII, Op. Cit., Pág. 87. Estos datos deben ser matizados en relación a las provincias gallegas y asturianas preeminentemente, ya que había municipios formados por distintas entidades que se hallaban físicamente diseminadas.

Se repetía así en España las pautas del proceso urbanizador acaecido en los países más industrializados del centro y norte de Europa dos generaciones antes, donde la urbanización creció con fuerza desde principios del siglo XIX hasta pausar su ritmo en el último cuarto (Figura 2.1)⁵¹. Pero el incremento de la urbanización española fue geográficamente dispar, marcado por factores como la calidad y rapidez de las

⁵⁰ ROSÉS, J. y SÁNCHEZ-ALONSO, B.: “La integración de los mercados de trabajo en España, 1850-1930”, *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, 2005, pp. 127-155;

⁵¹ MITCHEL, B. R.: *European Historical Statistics, 1750-1950*, McMillan, London, 1978; HOCHSTADT, S. L.: *Mobility and Modernity: Migration in Germany, 1820-1889*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1999; BOYER, G. y HATTON, T.: "Regional labour market integration in England and Wales, 1850-1913", en GRANTHAM, G. y MACKINNON, M. (eds.): *Labour market evolution*, Routledge, Londres y Nueva York, 1994, pp. 84-106; WILLIAMSON, J.: "The evolution of global labour markets since 1830: background evidence and hypotheses", *Explorations in Economic History*, Vol. 32, nº 2, 1992, pp. 141-196;

comunicaciones, la capacidad de absorción de cada uno de los mercados laborales urbanos o su emplazamiento en las cuencas migratorias nacionales, asentadas sobre los mismos focos de atracción que ya descollaban a finales del siglo anterior⁵². A grandes rasgos, las regiones españolas más urbanizadas⁵³ a la altura de 1930 se hallaban en el litoral español, destacando el País Vasco, Galicia y Asturias al norte (de poblamiento muy disperso), la red de agrocidades de Andalucía y la zona meridional de Extremadura y Castilla La-Mancha al sureste, y por último, las provincias de Murcia, Castellón, Valencia y Barcelona en el levante (Figura 5.15). Una urbanización basada en la proliferación de pequeños y medianos núcleos de población, donde las propias capitales provinciales no aglutinaban por lo general más del 40% de la población urbana de éstas. De características muy dispares fue la urbanización en el interior de la meseta, donde la concentración urbana fue mayor en las capitales provinciales, que copaban más del 70% de su población urbana, siendo escasa la existencia de otros núcleos de población de entidad⁵⁴. Allí despuntaba claramente la provincia madrileña, el espacio más urbanizado del país consecuencia de la preponderancia de su capital en el conjunto de su provincia, que era del 79%, algo superior a la otra gran urbe española, Barcelona, que acaparaba por su parte el 70% de la población urbana de su provincia. Varios peldaños más abajo se hallaban aquellas provincias cuyas capitales poseían una cierta ascendencia regional, como Valladolid y Zaragoza, situadas en una posición intermedia entre las costas y el polo central, referentes de vastas extensiones de tierra interior convertidas en zona de paso por los emigrantes nacionales (Figura 5.16).

Respecto al aumento de las distancias recorridas por los emigrantes, es necesario destacar que las migraciones permanentes no se circunscribieron únicamente a los núcleos urbanos más cercanos ni a los de su propia provincia. De hecho, muchas de aquellas provincias que experimentaron una mayor urbanización de su población fruto de la inmigración interior del campo a la ciudad, paradójicamente también fueron las que más emigrantes expulsaron de sus límites. Por ello, las distancias recorridas por éstos entre sus lugares de origen y los de destino aumentaron considerablemente a lo largo del primer tercio del siglo XX, tal y como queda constatado al analizar la evolución de las migraciones interprovinciales nacionales de 1900 y 1930. Los datos recogidos en los censos nacionales de dichos años demuestran cómo la proporción de Nacidos en Otra Provincia se incrementó en un 120% de media, muestra de una mayor movilidad interior de la población española, especialmente en las provincias de la meseta norte, el hinterland madrileño, la provincia sevillana y las catalanas (Figura 5.16)⁵⁵. La rapidez e ímpetu de estas transformaciones emanaron de los crecientes

⁵² GARCÍA DELGADO, J. L. (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Siglo XXI, Madrid, 1992; OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008, pp. 295-297; VV.AA.: *La consolidación de la metrópoli de la ría de Bilbao. Segunda industrialización, inmigración y capital humano*, Vol. 1, BBVA, 2009.

⁵³ Se ha considerado el límite de los 5.000 habitantes para permitir su comparación con los datos existentes para el siglo XIX y así observar mejor su evolución, si bien la mayoría de estos núcleos distan mucho de presentar unas características urbanas específicas.

⁵⁴ Ejemplo de las primeras podemos destacar, entre otras, las provincias de Jaén, cuya capital significaba menos del 8% de la población urbana provincial, Orense (con 10,65), Badajoz (con el 9,57%) o Alicante (con el 20,31%). En el caso del interior castellano, y con excepciones como Toledo (el 18,07%), las provincias de Soria, Guadalajara, Ávila o Álava carecían de núcleos de población superiores a los 5.000 habitantes exceptuando sus propias capitales. Elaboración propia a partir del Censo de 1930. INE.

⁵⁵ Censos nacionales de 1900 y 1930. Datos de Nacidos en Otra Provincia. INE. Todas las provincias españolas incrementaron esta relación entre ambas fechas salvo las de Zaragoza, Cádiz y Badajoz, consecuencia de su posición intermedia entre los círculos concéntricos de atracción de Madrid y

desequilibrios que la modernización económica y la industrialización generaron en todo el país, tanto entre las distintas regiones como entre los mundos urbano y rural, apoyado en una mayor baratura de los medios de transporte para emprender tal viaje así como en la renovada fuerza socioeconómica de las grandes ciudades sobre el resto del país.

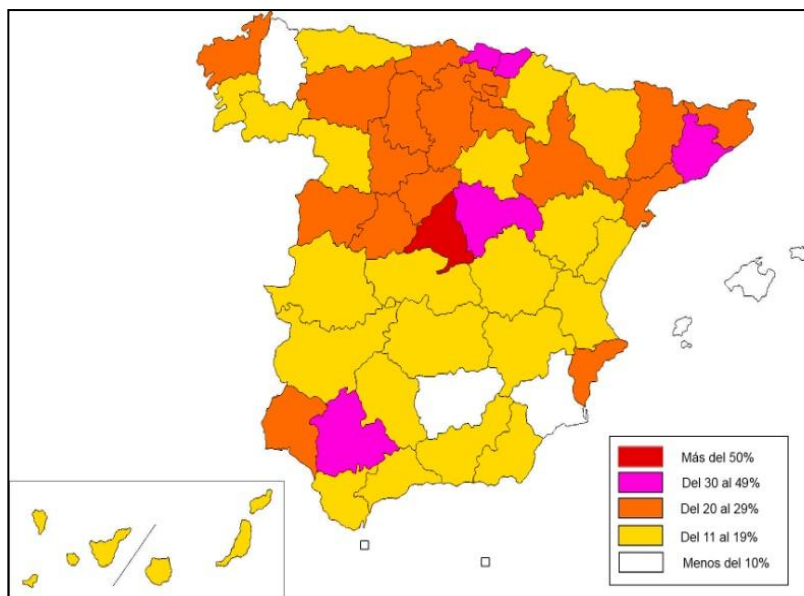


Figura 5.16. Proporción que la inmigración interprovincial residente en las capitales de provincia españolas en 1930 suponía respecto al total. Elaboración propia. Censo nacional de 1930, INE.

A medida que la intensidad de las migraciones permanentes aumentó, la diversidad de sus lugares de destino se contrajo. Por encima de todas destacaron Madrid y Barcelona, las únicas en reunir méritos para considerarse tímidamente metrópolis europeas. La ciudad condal era uno de los primeros y principales centros industriales y comerciales del país, un papel que se fortaleció durante el primer tercio del siglo XX, que la situó como la primera urbe española en superar el millón de habitantes y su mayor foco industrial. Por su parte, Madrid tenía en su haber ser la capital política del Estado liberal, sistema político que apostó por crear nuevas infraestructuras, telecomunicaciones y centros de finanzas en los que Madrid ocupaba su punto nodal. Entre ambas ciudades absorbieron más del 40% de las migraciones permanentes acaecidas en España a lo largo de 1930. Reflejo indirecto de esta situación es que la ciudad de Madrid era el principal lugar de acogida para el mayor contingente de emigrantes de 24 provincias españolas (sin contar la madrileña), casi el doble de Barcelona, que lo era para otras 13⁵⁶. Madrid y Barcelona se mostraban claramente como urbes complementarias repartiéndose sus respectivas áreas de influencia y atracción, separadas por una línea imaginaria que dejaría del lado barcelonés las provincias del levante español hasta Almería, además de las aragonesas⁵⁷. Mientras tanto, la atracción de Madrid se dejaba sentir sobre el resto del país al oeste de la citada separación, donde los mayores contingentes migratorios tenían como destino la capital

Barcelona en el caso de la primera, y fruto de la incidencia de Sevilla y de la elevada migración interior en el caso de las otras dos.

⁵⁶ SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: “Viajes de corta distancia: una visión espacial de las migraciones interiores en España, 1877-1930”, *Revista de Historia Económica*, Año XIX, nº 2, 2001, pp. 247-283.

⁵⁷ Censo de 1930, INE. Se puede encontrar una representación gráfica de los datos aportados por el anterior en: VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2011.

salvo en casos concretos a nivel regional, en el que provincias como Sevilla, Vizcaya, Cádiz, Málaga o Guipúzcoa eran el principal lugar de destino para los emigrantes de alguna o varias de sus provincias adyacentes. Así, las provincias de Sevilla o Vizcaya ejercían primordialmente su atracción sobre sus aledaños, con cuatro provincias cada una (Córdoba, Cádiz, Huelva y Badajoz para la primera y Álava, Burgos, Guipúzcoa y La Rioja para la segunda), Cádiz dominaba sobre dos, Sevilla y Málaga y, por último, Guipúzcoa y La Coruña, tenían un área de atracción que se reducía a una de sus provincias limítrofes, en este caso, Navarra y Pontevedra respectivamente.

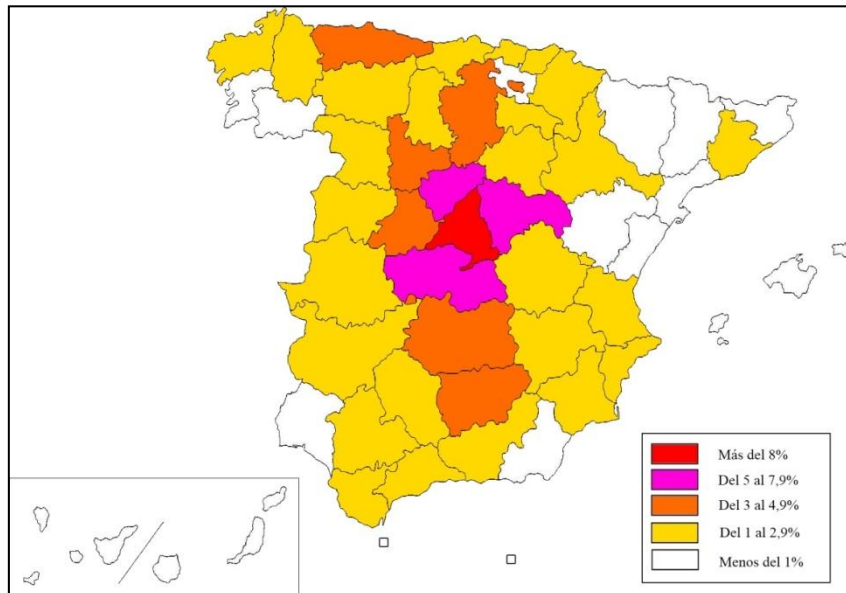


Figura 5.17. Lugar de origen de la población inmigrante residente en la ciudad de Madrid en 1930. Elaboración propia. Censo nacional de 1930, INE.

Las provincias madrileña y barcelonesa dominaban claramente los movimientos migratorios peninsulares, manteniendo en grandes líneas las tendencias geográficas de la segunda mitad del siglo anterior. Pero, más allá de la aportación cuantitativa de cada provincia, el análisis de los contingentes migratorios de éstas en función del total de su población es un indicador más fiable a la hora de discernir aquellas regiones en las que la emigración a Madrid fue porcentualmente más relevante, eliminando la distorsión resultante de la mera observación de los datos cuantitativos. De este modo, la radiografía de la procedencia migratoria de la población afincada en la capital en 1930 nos muestra una evidente pervivencia del contexto presente a principios de siglo (Figuras 2.13 y 5.18). La capital seguía nutriéndose proporcionalmente más de las provincias castellanas que conformaban su hinterland más cercano. La facilidad con la que los inmigrantes llegaban a la capital gracias a su cercanía y a la red de transportes que centralizaba Madrid, la falta de competencia de otros núcleos urbanos cercanos del tamaño y diversidad económica de la capital, y la mediatización que los históricos lazos migratorios infundían sobre los nuevos emigrantes hacen lógica tal pervivencia.

En cambio, fueron varios los polos de la península que, en términos comparativos, aportaron una inmigración menor al crecimiento de Madrid, los mismos espacios geográficos que ya ocuparan tal posición durante la segunda mitad del siglo anterior. En primer lugar, al noroeste se situaban las provincias gallegas (salvo Lugo), infrarrepresentadas en la composición demográfica de la capital. Paradójicamente, sus mayores contingentes de emigrantes sí tuvieron Madrid como lugar de destino, con la

excepción ya mencionada de La Coruña, donde esta posición era ocupada por Pontevedra. Pero, durante el primer tercio del siglo XX Galicia se adentró en la modernización de la producción agraria, ganadera y conservera-pesquera, y desarrolló las bases de una industria aún en ciernes, impulsado por la llegada del ferrocarril a la región en 1885 y la apertura de los mercados urbanos del interior⁵⁸. Todo ello favoreció una mayor retención de su población nativa, aunque aún así la emigración siguió siendo elevada, más propensa a dirigirse rumbo a América que hacia el interior del país⁵⁹.

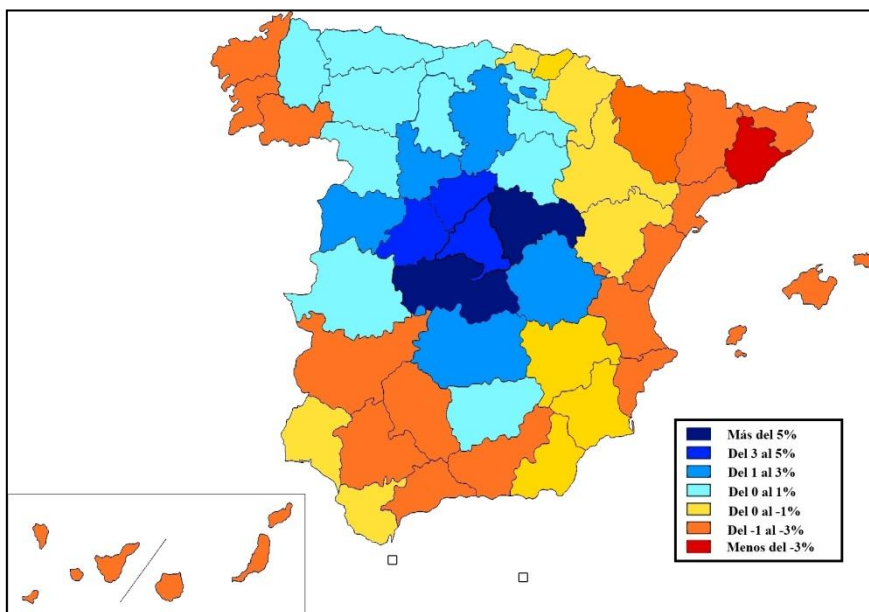


Figura 5.18. Grado de representatividad de las provincias españolas en relación a su proporción dentro de la población inmigrante de Madrid en 1930. Para la realización de esta Figura se ha seguido el mismo proceder que en la Figura 2.13. Elaboración propia a partir del Censo nacional de 1930, INE.

En segundo lugar, el suroeste peninsular, compuesto por las dehesas y grandes latifundios agrícolas de Extremadura y Andalucía, siguió sin ocupar un lugar privilegiado en la inmigración hacia Madrid. No era algo excepcional, ya que en términos generales, fue la zona española que menos movilidad migratoria experimentó durante la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del XX⁶⁰. Las causas se mantenían en el tiempo: su sistema de reparto y propiedad de la tierra dominante, compuesto por grandes latifundios y cuya explotación era eminentemente extensiva gracias a la amplia oferta de mano de obra y de tierras roturadas. Estos condicionantes, unido a la orientación excesivamente localista de su actividad económica, desincentivó la emigración rural a otras regiones ya que la crisis agropecuaria finisecular no desarboló la demanda de mano de obra de estas zonas. La multiplicidad de cultivos existentes, el aprovechamiento de la agricultura forestal, la elaboración de productos como el corcho, el aceite y el vino, así como la producción agropecuaria, fueron los

⁵⁸ CARMONA BADÍA, J.: “Galicia: minifundio persistente e industrialización limitada”, en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 13-45.

⁵⁹ SÁNCHEZ ALONSO, B.: *Las causas de la emigración española, 1880-1930*, Alianza Universidad, Madrid, 1995.

⁶⁰ SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: “Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica”, en *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, Universidad de Zaragoza, nº 2, 2002, pp. 227-248; “Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930”, *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, Madrid, 2005, pp. 157-182.

sectores que más trabajadores jornaleros a bajo precio absorbieron⁶¹. Estas regiones basaron su crecimiento económico en una agricultura que empezaba a modernizarse a costa de una producción extensiva en trabajo pero reducida en capital. El resultado demográfico fue claro: una baja tasa de emigración interprovincial en detrimento de una mayor tasa de inmigración temporal y estacional de pequeña distancia, oriunda de las distintas provincias limítrofes⁶², para hacer frente a la fuerte demanda de mano de obra. No obstante, los hilos de la madeja madrileña empezaban a tocar a alguno de estos territorios en 1930, como las provincias cacereña, ciudadrealeña o jienense, que pasaron de tener una representación negativa a otra positiva desde 1900.

Por último, el levante peninsular, Aragón, Navarra y las provincias vascas costeras erigieron una barrera de contención a la atracción migratoria madrileña. En estas regiones, la luz madrileña brilló con menos fuerza en las mentes y corazones de los nuevos emigrantes a la hora de elegir su destino. Eran varios los factores que se acumulaban al otro lado del fiel de la balanza. En primer lugar, la elevada distancia y el mayor coste de desplazamiento era un desincentivo para todo aquél que se planteara emigrar desde estos lugares de origen, especialmente si eran de origen humilde. Pero éste no era un factor fundamental, ya que desde similares o mayores distancias había lugares donde la emigración a Madrid sí era elevada, como Asturias o Cantabria. Había que añadir que tampoco existía una arraigada tradición cultural de emigración hacia la capital española en estos puntos de partida (con la excepción del caso del País Vasco), lo que implicaba unas escasas posibilidades de acceso a cadenas y redes migratorias ancladas en el parentesco o el paisanaje, que pudieran proporcionar esa función de auspicio fundamental en los primeros estadios de la integración del inmigrante. Por último, la existencia en estos espacios geográficos de núcleos urbanos como Bilbao y Barcelona, fue la clave de la delimitación del área de atracción migratoria de Madrid en su arco oriental. Estas urbes poseían un considerable tamaño, albergaban una actividad industrial sin parangón en el resto del país y poseían una actividad económica lo suficientemente amplia, compleja y diversa como para demandar tan elevada y heterogénea mano de obra como la que Madrid precisaba. Barcelona era un polo socioeconómico primordial ya en el siglo XIX, pero su relevancia fue agrandándose desde finales de dicha centuria hasta situarla en la cúspide demográfica, industrial y comercial española. Ésta amplió su radio de atracción migratoria a partir de la superposición de círculos concéntricos, atrayendo a población de sus distintos anillos, empezando por las provincias catalanas, siguiendo por las aragonesas y valencianas, hasta llegar finalmente a Murcia y la Andalucía oriental⁶³. Por su parte, Bilbao se adentró en una rápida modernización económica en el último cuarto del siglo XIX a partir de la industria minera y siderúrgica, erigiéndose en centro de atracción regional en el que se incluían su propia provincia y las de Guipúzcoa, Álava, La Rioja y Burgos, entrando en directa colisión y disputa con la histórica inmigración hacia Madrid⁶⁴.

⁶¹ ZAPATA BLANCO, S.: *La producción agraria de Extremadura y Andalucía occidental, 1875-1935*, UCM, Madrid, 1986; MIGUEL BERNAL, A. y PAREJO, A.: “La economía andaluza: atraso y frágil vertebración”, en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 299-330.

⁶² GÓMEZ DÍAZ, D. y CÉSPEDES LORENTE, J.: “Ausentes, transeúntes y nacidos en otra provincia, un sistema de flujos...”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Los movimientos migratorios...*, Op. Cit., pp. 31-86.

⁶³ OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008, pp. 113-162.

⁶⁴ GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001; RUIZ DE AZÚA, E.: “Madrid... atrae cohortes de hombres

CIUDAD	Población nativa (%)	Inmigración provincial (%)	Resto de España %
Ensanche Este	36,16	4,96	58,88
Madrid	36,83	5,74	57,43
Barcelona	43,63	7,17	49,20
Bilbao	42,24	18,82	38,94
Sevilla	50,85	17,75	31,40
Zaragoza	59,48	17,83	22,69
Valencia	61,97	18,75	19,28
Córdoba	53,35	27,80	18,85
Málaga	61,16	22,86	15,98
Granada	65,26	23,39	11,34
Murcia	91,97	4,14	3,89

Figura 5.19. Origen de la población residente en las urbes españolas de más de 100.000 habitantes. Elaboración propia a partir de los datos del censo nacional de 1930, INE.

La heterogénea composición demográfica de las urbes españolas constata la profundidad del proceso urbanizador, el crecimiento de sus respectivos radios de atracción migratoria y la concentración de éstos en Madrid y Barcelona. En el caso madrileño, el papel de la inmigración peninsular fue primordial, por encima de cualquier otra ciudad española. En 1930, la proporción de forasteros residentes en Madrid se situaba cinco puntos por encima de la existente a lo largo de la segunda mitad del siglo anterior hasta llegar al 63%, una cifra alejada de las que cosechaban otras ciudades españolas como Bilbao, que poseía el 58%, Barcelona con el 56%, Sevilla con el 49% o Zaragoza con el 41% (Figuras 5.15 y 5.19)⁶⁵. Pero la capital no sólo incrementó el cupo de nuevos inmigrantes a los que daba cobijo, sino que también fue testigo de cómo su radio de atracción se ampliaba lentamente. Entre 1900 y 1930, Madrid se convirtió en el principal destino de los emigrantes de dos tercios de las provincias españolas, siendo su lugar de origen cada vez más variado y lejano, consolidando a la capital como el mayor núcleo urbano de atracción migratoria del país. Aunque la inmigración procedente de la cornisa cantábrica, la propia provincia madrileña y de sus limítrofes todavía conservaban su ascendencia en la ciudad (nutrientes históricos de la ciudad), perdieron peso relativo en la composición demográfica urbe. En estos años, y según los datos extraídos del Ensanche Este de Madrid, la relevancia de la inmigración provincial madrileña se redujo casi a la mitad, del 11 al 6% del total, mientras que la inmigración procedente de sus provincias limítrofes, Cuenca, Guadalajara, Toledo, Ávila y Segovia, lo hizo del 33 al 28%⁶⁶. Así, el conjunto del hinterland urbano, aquel en el que sus individuos teóricamente tenían más facilidad para dar el salto a la gran ciudad gracias a su cercanía, vio reducida su presencia once puntos porcentuales ante el avance de una inmigración más distante, lejana y ramificada, reflejo del creciente papel preferencial que una buena parte de la población española dispuesta a emigrar otorgaba a Madrid en los años veinte.

(Sobre los vascos en la capital en 1850)” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, UCM, (Número extraordinario), Madrid, 2007, pp. 273-280.

⁶⁵ Sólo algunas de las capitales de provincia más pequeñas, aquellas que poseían una población inferior a los 25.000 habitantes, poseían un porcentaje de población no nacida en la ciudad similar al madrileño, como Gerona (el 63% eran inmigrantes en 1930), Logroño (el 61%), Soria (el 58%) o Guadalajara (el 57%) procedentes en su mayoría de su propia provincia. Censo nacional de 1930, INE.

⁶⁶ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

Lugar de Procedencia	Procedencia de la población residente en el E. Este (1930)		
	Hombres	Mujeres	Total
Resto de provincias	40,08	43,42	42,02
Nacidos en la capital	40,99	32,67	36,16
Provincias limítrofes	10,25	13,99	12,42
Provincia de Madrid	4,34	5,41	4,96
Extranjero y Colonias	4,17	4,24	4,21
Desconocido	0,17	0,28	0,24

Lugar de Procedencia	Origen de la población inmigrante residente en el E. Este (1930)		
	Hombres	Mujeres	Total
Resto de provincias	67,92	64,49	65,82
Provincias limítrofes	17,37	20,77	19,45
Provincia de Madrid	7,35	8,03	7,77
Extranjero y Colonias	7,07	6,30	6,60
Desconocido	0,29	0,42	0,37

Figura 5.20. Elaboración propia a partir del padrón de Madrid de 1930. AVM, Estadística. Los datos son porcentuales. La población residente en el Ensanche Este en dicho año ascendía a 120.804 habitantes.

En las calles y plazas madrileñas era normal oír el acento de gallegos, castellanos, valencianos, vascos, catalanes o andaluces hablando, porfiando, discutiendo, riendo o trabajando a cualquier hora del día. La ciudad siempre se había nutrido de la inmigración, pero nunca antes había sido tan difícil encontrar a un madrileño de nacimiento antes que a cualquiera de adopción. Además, a este enjambre de recién llegados nacionales, Madrid también albergaba una importante colonia de extranjeros cuyos miembros suponían en 1930 en torno al 3% de su población⁶⁷. Aunque su proporción pudiera no resultar elevada dado que once capitales provinciales albergaban un contingente mayor⁶⁸, lo cierto es que alejada de cualquier frontera o costa por centenares de kilómetros, aglutinaba cerca de la cuarta parte de los extranjeros residentes en las capitales provinciales españolas, sólo superada por Barcelona, que contaba con un transitado puerto comercial y tenía la frontera francesa a menor distancia, elementos que facilitaban la llegada de emigrantes extranjeros. En Madrid residían a comienzos de los años 30 unos 18.000 extranjeros, de los cuales cerca de una tercera parte lo hacía en su Ensanche Este (unos 5.000). Su procedencia apenas había variado en las últimas décadas (Figura 2.15 y 5.20). Las raíces culturales, lingüísticas y políticas pesaban en el caso de los inmigrantes llegados desde las primeras colonias americanas independizadas (especialmente México y Argentina) así como de las perdidas en 1898, Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Sin embargo, los años veinte y treinta vieron cómo la emigración europea sufrió un incremento mayor, derivado de su cercanía, su tupida red de transportes que facilitaba los movimientos migratorios y de la reorientación que la economía española efectuó hacia el continente una vez finiquitado su imperio colonial⁶⁹. Además, el desarrollo del capitalismo occidental y el incremento

⁶⁷ Censo nacional de 1930, INE.

⁶⁸ Éstas eran, en orden descendente, Las Palmas, Tenerife, Orense, las Islas Baleares, Guipúzcoa, Pontevedra, Barcelona, La Coruña, Lugo, Cantabria y Huelva. Dada la disimetría económica existente entre ellas, el factor común a todas ellas es que eran ciudades costeras y/o sus provincias eran fronterizas, elementos que facilitan los contactos y emigraciones transnacionales. Censo de 1930, INE.

⁶⁹ MALUQUER, J.: "Crisis y recuperación económica en la Restauración (1882-1912)", COMÍN, F.; HERNÁNDEZ, M. y LLOPIS, E. (eds.): *Historia económica de España. Siglos X-XX*, Crítica, Barcelona,

del tránsito internacional de capitales, empresas, productos manufacturados y servicios generaron unas relaciones económicas todavía más estrechas entre España y los países europeos más cercanos, especialmente Francia, Gran Bretaña y Alemania⁷⁰.

El factor justificativo de esta emigración foránea fue sin duda alguna la capitalidad del Estado liberal que ostentaba Madrid, llave maestra que había llevado en volandas a la ciudad hasta la modernidad, fomentando nuevas y atractivas áreas de negocio que se sumaban a las ya existentes. El proceso de decisión de emigrar tomado por los extranjeros era más concienzudo y meditado, ya que los riesgos de abandonar el país de origen bien lo merecían. El coste en tiempo y dinero de desplazarse desde Alemania, Gran Bretaña, Francia o desde el otro lado del Atlántico era abrumadoramente mayor que dirigirse hacia Madrid desde un pueblo cercano como Carabaña, una capital provincial como Albacete, o desde las distantes aldeas y villas gallegas, aragonesas o extremeñas, lo cual dificultaba tener las espaldas cubiertas en caso de fracasar en la experiencia. Por ello, aquellos que emprendieron tal viaje solían poseer un consolidado patrimonio económico, albergaban fundadas expectativas de éxito en sus negocios gracias a ventajas comparativas como una mayor cualificación y experiencia en un segmento laboral aún incipiente en nuestro país (telefonía, publicidad, automóvil, etc.), trasladados por empresas como AEG, Siemens, General Motors o ITT a puestos relevantes de dirección, gestión o negociación en la capital. De este modo, entre la población foránea residente en el Ensanche Este abundaban los profesionales liberales (el 19,9% de los varones extranjeros mayores de 14 años declararon serlo), los propietarios, rentistas, banqueros y grandes industriales (el 6,1%), y los empleados de alta cualificación (el 31,8%), ya lo fueran en ministerios, organismos y monopolios públicos como CAMPSA, en sus respectivos cuerpos diplomáticos o en empresas privadas. Acompañándoles, tal y como ocurría en el siglo anterior, un nutrido grupo de empleados y sirvientes domésticos, fundamentalmente mujeres, que se encargaban del hogar y del cuidado y la instrucción de sus hijos.

ORIGEN DE LA INMIGRACIÓN EXTRANJERA RESIDENTE EN EL ENSANCHE ESTE	1905	1930	DIFERENCIA
Alemania	5,91	13,21	7,30
Gran Bretaña	5,31	5,64	0,33
Francia	23,47	17,32	-6,16
Resto de Europa	8,42	12,52	4,10
TOTAL EUROPA	43,11	48,69	5,58
Puerto Rico	5,09	3,69	-1,32
Cuba	28,79	15,55	-13,24
Filipinas	9,45	5,97	-3,47
TOTAL COLONIAS DEL 98	43,26	25,22	-18,04
Sudamérica	9,45	20,07	10,62
Otros destinos	4,18	6,03	1,85
TOTAL OTRA PROCEDENCIA	13,63	26,10	12,47

Figura 5.21. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón de Madrid de 1930. AVM, sección de Estadística. Datos porcentuales.

2005, pp. 243-284; CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2004.

⁷⁰ TORTELLA, T.: *A guide to sources of information on foreign investment in Spain, 1780-1914*, International Institute of Social History, Amsterdam, 2000.

En conclusión, la ciudad madrileña rompió definitivamente su corsé geográfico en la década de los 20, cuyos años fueron testigo de cómo se desparramaban sin control habitantes y viviendas no sólo por su Extrarradio, donde esta dinámica estaba vigente desde el cambio de siglo, sino también más allá de sus límites administrativos, afectando a los pueblos limítrofes. El *Gran Madrid* emergía en el horizonte próximo más cerca que nunca, nutrido por un constante e histórico (aunque aún tenue) crecimiento vegetativo, y sobre todo, por el aluvión migratorio que llegó a la ciudad. Ninguna otra urbe española alcanzó tal preponderancia a nivel nacional, sólo seguida de cerca por las industriales Barcelona y Bilbao, cuyas provincias poseían las mayores tasas de densificación demográfica del país⁷¹.

A los factores de atracción que la ciudad ya poseía en el último tercio del siglo XIX, tales como su posición geográfica en el centro de la península y su condición de sede de la monarquía, su capitalidad política y su papel de centro redistribuidor de recursos, su condición rectora de la red de transportes y de telecomunicaciones, así como sus fuertes vínculos migratorios preexistentes, tras la I Guerra Mundial se le añadieron otros nuevos. Desde entonces, la capital alcanzó su eclosión como una sociedad de masas europea, albergó sus primeras industrias modernas gracias a la irrupción de la electricidad, germinó en ella una potente oferta cultural y de ocio, y se consolidó como una ciudad donde se satisfacían todo tipo de servicios públicos y privados, en la que se aglutinaban empresas nacionales e internacionales. A ella llegaron desde casi todos los rincones del país, como a Barcelona, mentes capaces, manos habilidosas, comerciantes astutos, familias acaudaladas y ambiciosos con pretensiones. Pero también fue un polo de atracción para todos aquellos que se vieron impelidos a abandonar sus lugares de origen para escapar de la atonía económica agrícola, esperanzados de medrar en una ciudad en franca modernización, aunque lastrados en sus posibilidades por un origen rural que solía traducirse en una menor experiencia en el mercado laboral urbano. La atracción de la ciudad, el brillo de la modernidad y la visibilidad de los cambios, un mercado laboral que, ahora sí, parecía estar capacitado para absorber a los recién llegados por un lado, y la expulsión de población de amplias zonas económicamente deprimidas del país, cuyos integrantes percibían unas *ganancias esperadas*⁷² elevadas en la capital por otro, conformaron las bases del Gran Madrid.

La ciudad se hallaba en pos del apelativo de metrópoli europea a comienzos de la tercera década del siglo XX, una urbe en la que la modernidad había hecho acto de presencia, modificando en cierta medida la naturaleza y el comportamiento de los movimientos migratorios que se dirigían hacia ella más allá de su cuantía, procedencia y ritmo de llegada. Éstos elementos nos son conocidos gracias a los datos aportados por los resúmenes generales del padrón municipal de la ciudad y de los censos nacionales⁷³,

⁷¹ COLLANTES, F. y PINILLA, V.: “La dinámica territorial de la población española: una exploración preliminar”, *Documentos de trabajo n° 3*, CEDDAR, 2002.

⁷² Concepto formulado por Todaro, que alude a la percepción obtenida por los emigrantes en relación a las posibilidades y el tiempo necesario para encontrar un trabajo mejor remunerado en el lugar de destino respecto al de su origen. De este modo, se justificaba la persistencia de flujos migratorios de extracción rural hacia unas ciudades incapaces de dar trabajo a los recién llegados, contexto en el que se hallaba Madrid en el último tercio del siglo XIX y principios del XX, práctica que en la teoría neoclásica sería tachada de irracional. TODARO, M.P.: *Internal migration in developing countries*, International Labour of Office, Genova, 1976, citado en: SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: “Aproximaciones teóricas a los movimientos migratorios contemporáneos: un estado de la cuestión”, *Historia agraria*, 21, agosto 2000, pp. 157-192.

⁷³ FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: “La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico” en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.), *La sociedad*

pero sólo los estudios micro, como los realizados a partir del análisis sistemático de los padrones madrileños, pueden desentrañar algunos de los aspectos clave de la modernización migratoria que afectó a los emigrantes que llegaban a Madrid, indagando en características y factores como su género, la distancia recorrida, su cualificación, edad, origen o integración laboral.

5.2. Cambios y pervivencias en el origen y la cualificación laboral de la población inmigrante.

El estudio de los movimientos migratorios ostenta una elevada complejidad dada la multitud de variables y factores que entran en juego (o pueden hacerlo) en dichos procesos: desde las diferencias geográficas y temporales que éstos atesoran a los factores que motivan dicha decisión (económicos, sociales, políticos, familiares, hereditarios, culturales, etc.), quiénes y cómo son elegidos sus protagonistas (viajes en solitario o en familia decididos de forma individual o en el hogar), hacia dónde se emprenden los traslados y por qué, con qué temporalidad, el surgimiento y utilización de las redes y cadenas migratorias, la cualificación laboral de partida y el papel que juegan en la integración socioeconómica en sus áreas de destino, etc. Por todo ello, los movimientos migratorios representan un objeto de estudio en sí mismos y su análisis ha conformado un gran corpus conceptual, teórico y bibliográfico de gran magnitud, abordado desde ramas tan diversas como la historia, la economía, la sociología, la etnografía o la ciencia política⁷⁴. No obstante, la transformación de los movimientos migratorios durante la construcción de las sociedades modernas desde el siglo XIX, ha provocado a su vez que hayan sido abordados por investigaciones que no los tenían como su objeto de estudio primario, abordándolos parcial o tangencialmente pero iluminando aspectos específicos, ya fuera por el marco cronológico o geográfico aludido, la concepción teórica seguida o el tipo de fuentes utilizadas⁷⁵.

En el caso que aquí nos ocupa, la investigación de las transformaciones socioeconómicas sufridas por Madrid en general y su Ensanche Este en particular entre

madrileña durante la Restauración (1876-1931), Op. Cit., Vol. 1, pp. 29-76; JULIÁ, S.: Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases, Op. Cit.; DE MIGUEL, A.: La población de Madrid a lo largo del último siglo, Op. Cit.

⁷⁴ SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: "Aproximaciones teóricas a los movimientos migratorios contemporáneos: un estado de la cuestión", *Historia agraria*, 21, agosto 2000, pp. 157-192; GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K., *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. UPV, Bilbao, 1996; GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*. Op. Cit.; GRANTHAM, G. y MACKINNON, M. (eds.): *Labour Market Evolution. The economic history of market integration, wage flexibility and the employment relation*. Routledge, London, 1994.

⁷⁵ Existen numerosos estudios de este tipo en el caso español, en el que se abordan los movimientos migratorios desde el prisma del lugar de destino. Cabe destacar, entre otros, los siguientes trabajos: OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular*, Op. Cit.; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*; PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit.; GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, Op. Cit.; MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo*, Op. Cit.; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868*. Op. Cit.; GARCÍA GONZÁLEZ, F. (coord.): *La historia de la familia en la península Ibérica. Balance regional y perspectivas: Homenaje a Peter Laslett*, Op. Cit.; DUBERT, I.: *Del campo a la ciudad. Migraciones, familia y espacio urbano en la historia de Galicia, 1708-1924*, Nigra, Vigo, 2001.

1860 y 1930, los movimientos migratorios son analizados desde el punto de vista de sus características demográficas, su procedencia, su llegada e integración laboral en la ciudad. Debido al objeto de estudio y las fuentes documentales analizadas, no se abordan el proceso de toma de decisión de emigrar, la cualificación laboral atesorada en el lugar de origen o el modo en que se inició y desarrolló el viaje. Es decir, no se realiza (ni se busca) un estudio global y completo de dichos flujos migratorios, sino analizar cómo se produjo su integración en el lugar de destino y cómo afectó a su evolución.

El Ensanche Este madrileño había evolucionado durante las primeras décadas del siglo XX hasta convertirse en un espacio urbano en el que la mayor parte de sus barrios se hallaban plenamente integrados en la ciudad, dotados de todo tipo de infraestructuras, transporte, equipamiento y servicios públicos. Atrás habían quedado los años en los que su horizonte se poblaba de huertas, tejares y cultivos, usos periurbanos que habían desaparecido tras la piqueta de los nuevos inmuebles y el desembarco de elevados capitales atraídos por la especulación. Tiempos en los que sus barrios eran los primeros de la ciudad que los inmigrantes recién llegados veían y donde tendían a alojarse, tal y como demostraban las diferencias porcentuales existentes en la procedencia de los vecinos inmigrantes de las tres zonas del Ensanche, tendentes a una cierta concentración geográfica en función de la vía de entrada a la ciudad y su lugar de origen (figura 2.38).

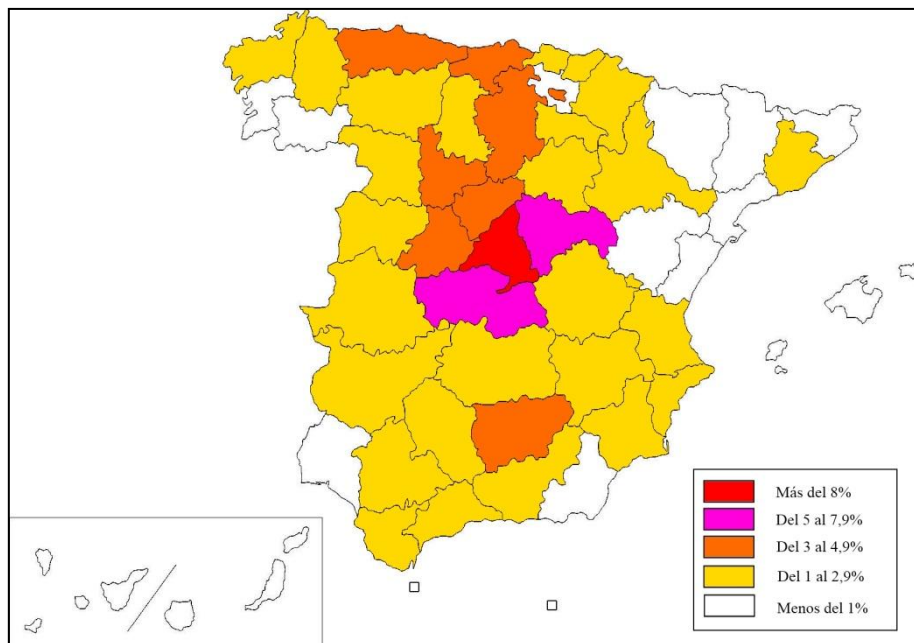
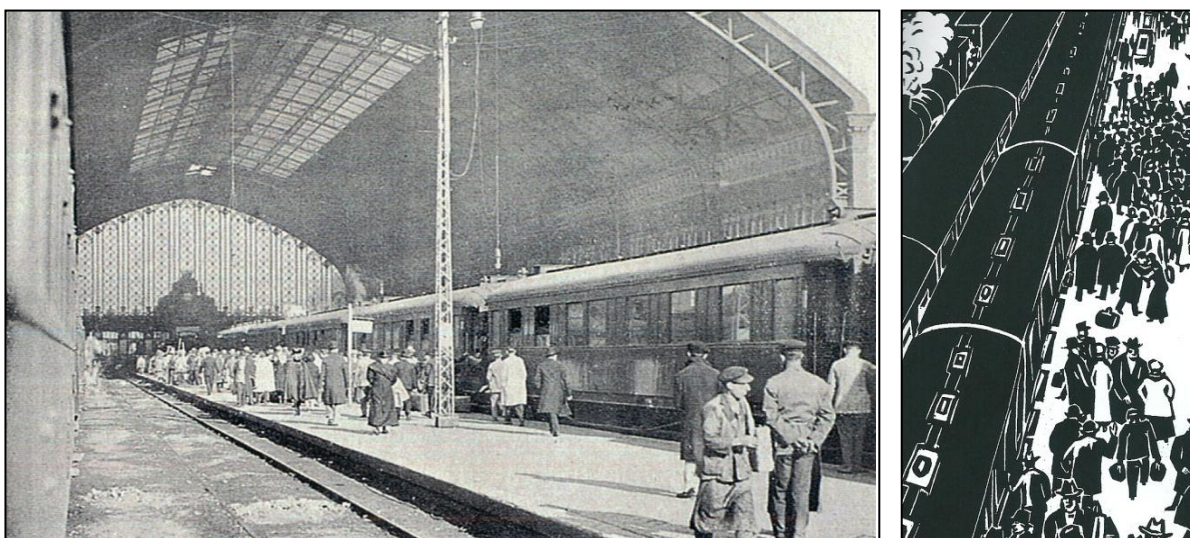


Figura 5.22. Procedencia de la población inmigrante nacional residente en el Ensanche Este de Madrid. Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento de Madrid de 1930. AVM, Estadística.

En 1930, la procedencia de la inmigración residente en cada una de las tres zonas del Ensanche ya no revelaba diferencias ni entre las distintas zonas del Ensanche⁷⁶ ni en relación a la media de la ciudad (Figuras 5.17 y 5.22). En vísperas de la II República, los barrios del Ensanche habían cedido su posición a los del Extrarradio

⁷⁶ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

(papel que empezaron a desempeñar desde los albores del siglo XX⁷⁷) y los pueblos limítrofes a la capital. Éstos eran ahora los que absorbían en mayor medida a los recién llegados en sus primeros compases en la gran ciudad, donde establecían unos vínculos de paisanaje en función de su procedencia y acceso a ésta. Aquellos inmigrantes que llegaban por carretera a Madrid (no aquellos que lo hacían por ferrocarril, cuya puerta de entrada eran los andenes de las estaciones de la ciudad) eran más proclives a ubicar su residencia en torno a la vía de entrada por la que habían accedido a la urbe, fenómeno que era reproducido por inmigrantes de humilde extracción social en otras ciudades españolas como en Barcelona, donde esta práctica enarbolada eminentemente por familias de origen rural encabezadas por personas con una nula o baja cualificación laboral urbana, se solapó con el aislamiento y la discriminación generada por la diferencia lingüística⁷⁸.



Ilustraciones 5.3 y 5.4. A la izquierda, desembarco de viajeros en uno de los andenes de la estación de Atocha. Primera década del siglo XX. A la derecha, detalle de uno de los grabados insertos en MASEREEL, F.: *La cité*, 1929, en el que se recoge una imagen similar relativa a París.

No obstante, aunque el Ensanche Este perdiera durante el primer tercio del siglo XX su condición de espacio urbano de acogida para los recién llegados, como también le ocurriera a las zonas Norte y Sur, ello no supuso una *madrileñización* de su población (Figura 5.14). A comienzos de la década de los 30, el Ensanche Este no había visto reducido un ápice la presencia inmigrante en sus calles, como sí lo hizo en las otras dos zonas, donde la población autóctona aumentó porcentualmente respecto a la foránea⁷⁹.

⁷⁷ En el caso de Tetuán, en 1905 la práctica totalidad de su población inmigrante procedía de la meseta norte peninsular y de la cornisa cantábrica. GONZÁLEZ LÓPEZ, J.: *Madrid y su extrarradio: el distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*, Trabajo Fin de Máster, UCM, 2010.

⁷⁸ En el caso barcelonés fue evidente la concentración residencial de la inmigración más reciente, especialmente la de valencianos, andaluces y murcianos: OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Op. Cit., pp. 115-121; MIRRI LARRUBIA, T.: “Migrantes en las jóvenes sociedades industriales: integración y diferenciación social”, en *Historia Social*, 26, 1996, pp. 79-96; TATJER, M.: “La inmigración en Barcelona en 1930: los andaluces en la Barceloneta”, *Estudios geográficos*, 159, 1980, pp. 119-143; MARTÍN SANZ, A.: “Movilidad y sociabilidad: asociacionismo migrante aragonés en Barcelona durante la Restauración, la II República y la Guerra Civil (1870-1940)”, *III Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea*, AHC, Zaragoza, 2011.

⁷⁹ En el caso del Ensanche Norte, la población nativa suponía en 1930 el 45%, mientras que en el Ensanche Sur esta proporción ascendía hasta el 43%, cifras superiores al 36% existente en el Ensanche

Entre las distintas razones que explican la pervivencia de los flujos migratorios en estos barrios se halla, en primer lugar, la ausencia de arrabales como los de Peñuelas y Chamberí en el Ensanche Este, núcleos originarios de población inmigrante cuyos descendientes, ya madrileños de nacimiento, fueron reacios a mudarse más allá de los límites de unos barrios que habían visto crecer y consolidarse. A ello habría que añadir el papel jugado por los barrios de Retiro y Biblioteca, los más cercanos al eje Prado-Recoletos y al casco antiguo, que se convirtieron rápidamente en espacios urbanos altamente segregados socialmente hacia donde se dirigieron una buena parte de los exponentes de las capas más acaudaladas del país. Con ellos llegó todo un séquito de criados, muchos de ellos contratados en sus lugares de origen y que también engrosaron las filas de la inmigración. Por último, y en franca contraposición con los barrios anteriores, se hallaban Las Mercedes, Plaza de Toros y Monasterio, los barrios más alejados del casco antiguo de los pertenecientes al Ensanche Este, cuyas características socioeconómicas todavía destilaban un cierto aroma extramuros debido a su falta de colmatación, hecho que no se produciría hasta la década de los cincuenta⁸⁰. Por ello, sus inmuebles y calles a medio hacer, salpimentadas de solares vacíos y vías sin adoquinar, aún atraían un importante contingente de familias inmigrantes recién llegadas y de extracción humilde gracias a unos alquileres modestos comparados con los existentes en el resto de la ampliación oriental de la ciudad (Figura 8.4)⁸¹.

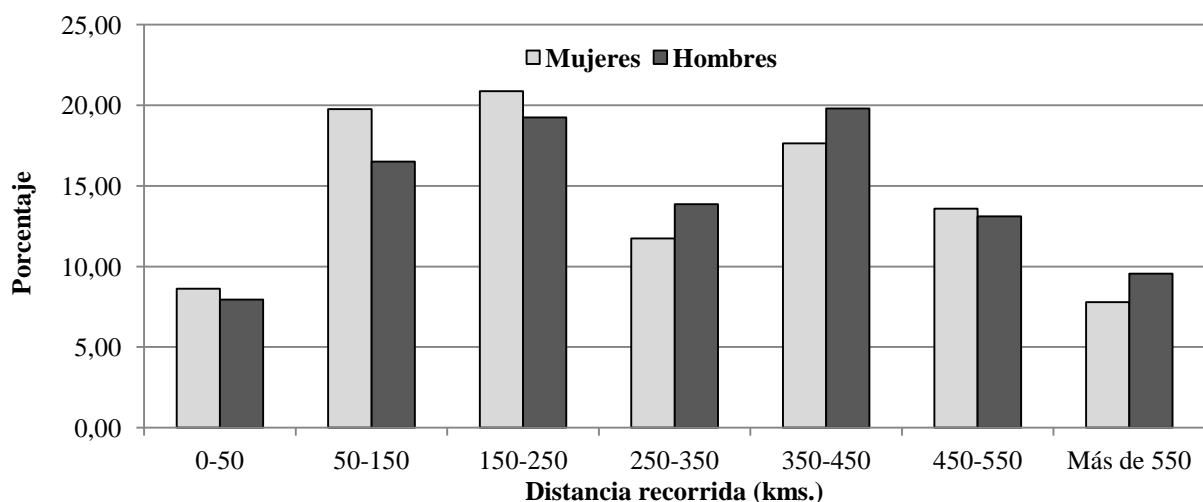


Figura 5.23. Distancia recorrida por los inmigrantes peninsulares residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 según su sexo. La distancia tomada ha sido la existente entre las capitales provinciales y Madrid. Elaboración propia. Padrón municipal de Madrid de 1930. AVM, Estadística.

La distancia media recorrida por los inmigrantes residentes en el Ensanche Este desde sus respectivos lugares de origen no sufrió cambios de consideración a lo largo del primer tercio del siglo XX (Figuras 2.16 y 5.23). La tendencia siguió siendo bimodal, con una densa aureola migratoria procedente de la propia provincia madrileña y de sus limítrofes, en donde las jóvenes muchachas que iban a la capital en busca de una casa donde servir y obtener una dote eran mayoría (especialmente en los barrios

Este. PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit., pág. 427; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit., pág. 410.

⁸⁰ MÁS HERNÁNDEZ, R.: "El barrio de Salamanca, Op. Cit.

⁸¹ En 1930, los barrios del Ensanche Este donde la concentración de población inmigrante fue mayor fueron los de Retiro, Monasterio, Biblioteca, Las Mercedes y Plaza de toros. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

más segregados del Ensanche Este), y la heterogénea pero constante llegada de inmigrantes de provincias más lejanas, algunas de tradición histórica y constantes flujos hacia la capital como las de la cornisa cantábrica, y otras de propensión reciente como las andaluzas, extremeñas o valencianas (Figura 5.22). Entre ambos máximos se hallaba el desnivel generado por la pérdida de peso demográfico que las mesetas castellanas estaban sufriendo en el conjunto del país en detrimento de las zonas costeras y de Madrid, único oasis del interior, tendencia heredada desde el siglo XVIII⁸².

Cualificación laboral de los inmigrantes recién llegados según la distancia recorrida (1928-1930)							
Categoría profesional	Hombres			Categoría profesional	Mujeres		
	Menos de 350 Km.	Más de 350 Km.	Diferencia		Menos de 350 Km.	Más de 350 Km.	Diferencia
Jornaleros	22,25	10,39	11,87	Sirvientas	50,10	32,59	17,51
Artesanado	7,15	3,69	3,46	Pensionistas	1,09	1,96	0,87
Sirvientes	2,72	2,44	0,29	Jornaleras	0,72	0,43	0,29
Empleados	25,95	25,88	0,08	Artesanado	0,58	0,58	0,00
Militares	7,01	10,69	-3,68	Empleadas	1,35	1,60	-0,24
Prof. liberales	4,88	10,08	-5,20	No se indica	43,74	58,98	-15,24

Figura 5.24. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1930. Datos porcentuales. En la realización del cuadro se ha procedido del mismo modo que en la Figura 2.17⁸³.

Nivel de alfabetización de los inmigrantes recién llegados a Madrid según la distancia recorrida (1928-1930)				
Distancia recorrida	Mujeres		Hombres	
	Analfabetas	Alfabetizadas	Analfabetos	Alfabetizados
Menos de 350 Km.	15,97	84,03	5,69	94,31
Más de 350 Km.	12,22	87,78	4,00	96,00

Figura 5.25. Elaboración propia a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1930 mediante el seguimiento del mismo conjunto migratorio que en la Figura 2.17. Datos porcentuales. La fiabilidad de las tasas de alfabetización recogidas de los padrones municipales no es óptima, pero en este caso el objetivo de la Figura no se ve interferido por ello ya que los errores afectarán por igual a ambos segmentos, por lo que la disparidad entre los porcentajes se deben a las variables indicadas.

Del mismo modo, la relación existente entre la distancia recorrida por los inmigrantes de un lado, y la calificación laboral y el nivel de instrucción básica que éstos atesoraban al llegar a ella de otro, factores vitales para su integración socioeconómica en la ciudad, mantuvieron pautas similares a las ya descritas para el último tercio del siglo XIX y principios del XX, aunque con matices derivados de las transformaciones externas e internas de la ciudad acaecidas en este período de tiempo (Figuras 2.17, 2.18, 5.24 y 5.25).

⁸² NADAL, J.: *La población española (siglos XVI al XX)*, Ariel, Barcelona, 1984.

⁸³ La elección de esa inmigración recién llegada ya ha sido utilizada en MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, familia y empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización...*, Op. Cit., y de forma recurrente por las distintas publicaciones alumbradas en el seno del Grupo de Investigación de la UCM *Historia de Madrid en la edad contemporánea*, dirigido por Luis Enrique Otero Carvajal.

Entre las mujeres, esta correlación seguía siendo visible en un sector como el servicio doméstico, tan abrumadoramente amplio en los barrios más acaudalados del Ensanche Este, que modificaba profundamente su estructura demográfica gracias a la miríada de jóvenes sirvientas, ayas, nodrizas y señoritas de compañía que alcanzaban la urbe cada día (Figuras 5.26). En las migraciones de corta distancia, en las que los movimientos temporales y estacionales se confundían con las permanentes, la proporción de mujeres que se adentraba en el mercado laboral madrileño como sirvientas era palmario, significando prácticamente la mitad de las inmigrantes mayores de 14 años llegadas a Madrid en los dos últimos años y que residían en su Ensanche Este a la altura de diciembre de 1930, fecha en la que se confeccionó dicho padrón (Figura 5.27). Era un fenómeno estructural que permanecía vigente desde dos siglos atrás y que respondía a una estrategia racional de las mujeres naturales de la corona madrileña: dirigirse al cercano eje político y económico del país, en el que se aglutinaban sus excedentes de capital y en el que residían sus mayores fortunas, óptimo campo de cultivo en el que hallar fácilmente una casa donde servir en un segmento laboral feminizado, con el objetivo de ganar un dinero extra para sobrevivir a una dura cosecha, para amasar una dote o para diversificar la economía familiar.

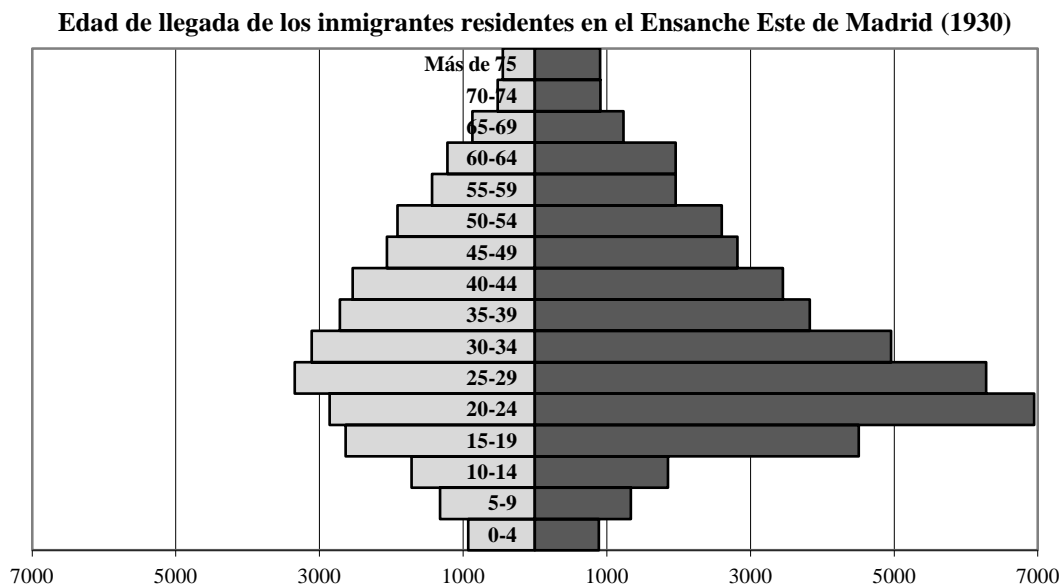


Figura 5.26. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón de 1930. El cálculo se ha realizado del mismo modo que la Figura 2.20.

Evidentemente, era más sencillo que descollaran las chicas que con este objetivo fueran naturales de las áreas situadas a pequeña o media distancia de Madrid dado el menor coste en tiempo y transporte invertido, que entre las que debían cruzar medio país hasta llegar a ella. Así lo atestigua el hecho de que una tercera parte del servicio doméstico recién llegado procediera únicamente de la propia provincia madrileña y de sus adyacentes⁸⁴, generalmente chicas que no superaban la veintena (no lo hacía más del 50%), solteras (el 95%) y de origen rural (el 92%), protagonistas de la denominada movilidad del *pan*, fenómeno de carácter preindustrial omnipresente en toda Europa, por el cual jóvenes muchachas campesinas entraban a servir en la ciudad para adquirir experiencia en el cuidado de una familia a la vez que ahorraban una dote para un futuro

⁸⁴ Elaboración propia a partir de las mujeres inmigrantes con menos de dos años de residencia en Madrid a la altura de 1930 y que fuesen mayores de 14 años de edad.

matrimonio en su cercano lugar de origen⁸⁵. Además, aunque las sirvientas oriundas de la cornisa cantábrica, tradicional zona surtidora de ayas, nodrizas y amas de cría hacia Madrid, todavía mantenían una fuerte presencia en los hogares más adinerados del Ensanche Este (un 23% de las recién llegadas procedían de allí, siete puntos menos que en 1905⁸⁶), lo cierto es que la integración laboral en este segmento laboral se contrajo considerablemente durante el primer tercio del siglo XX entre las inmigrantes llegadas de distancias lejanas (Figura 5.24). Su causa fue, posiblemente, el simultáneo proceso de urbanización que estaba afectando a todo el país, que incentivó, además de la concentración de población, capitales e inversiones en los núcleos urbanos en general, la demanda urbana de un servicio doméstico masivamente feminizado⁸⁷. Este contexto fomentó las emigraciones de corta distancia desde el campo circundante hacia las urbes próximas en detrimento de los viajes más largos y costosos hacia los grandes núcleos urbanos españoles. Ya no era necesario viajar hasta Madrid, Bilbao o Barcelona para tener garantías de entrar a servir en un hogar, habiendo en el horizonte ciudades como Santiago, Granada, La Coruña o Zaragoza que habían incrementado su demanda⁸⁸.

Además de en el servicio doméstico, la mayor divergencia acaecida en la integración laboral de las mujeres inmigrantes recién llegadas al Ensanche Este de Madrid según su distancia recorrida, fue el modo en que rellenaron la casilla de profesión de las hojas de empadronamiento (Figura 5.24). La reducción de la integración laboral como servicio doméstico entre las mujeres inmigrantes procedentes de distancias alejadas, no explica por sí sola que hubiera más de quince puntos de diferencia entre aquellas que dejaron vacía la casilla de profesión o señalaron *sus labores* respecto a las procedentes del hinterland madrileño. Este desequilibrio también fue un reflejo de la imparable segregación espacial de la capital y la consolidación de barrios socialmente homogéneos en los que la mezcla de clases sólo era un recuerdo. Este proceso favoreció la concentración migratoria en las calles del Ensanche Este de gran parte de la movilidad femenina de *pastel* que la capital generaba. Una tipología migratoria caracterizada por estar protagonizada por mujeres que disfrutaban de una situación económica más o menos holgada que, en familia o de forma individual, se encaminaron hacia los grandes núcleos urbanos atraídos por el resplandor de su

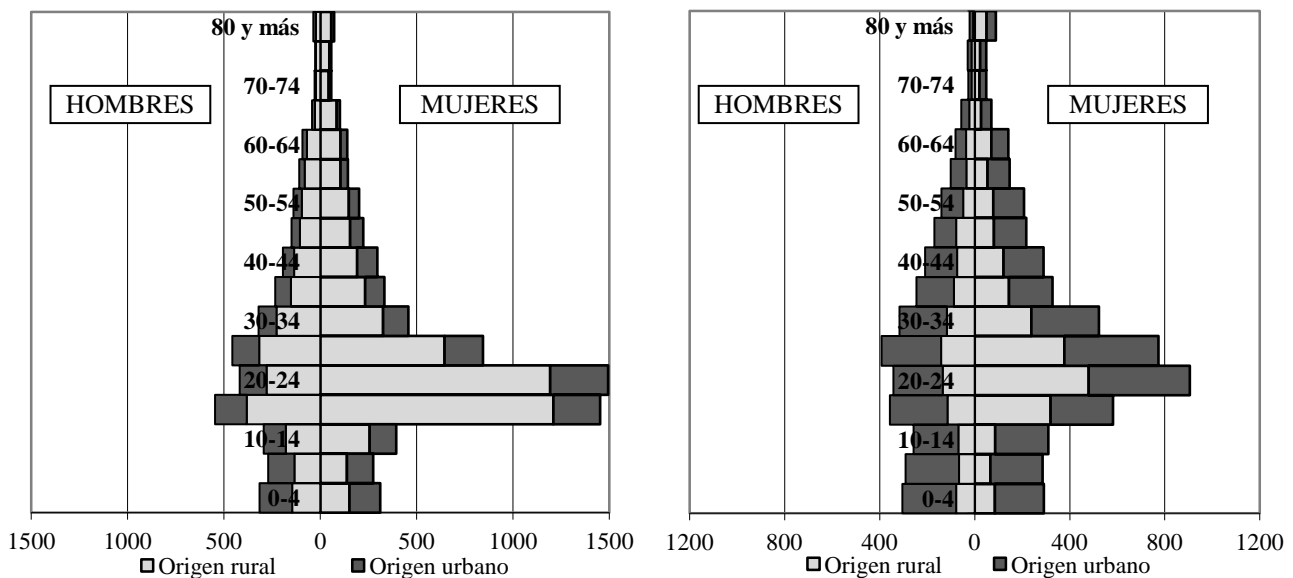
⁸⁵ FAUVE-CHAMOUX, A.: "Servants in Preindustrial Europe: Gender Differences". *Historical Social Research*, nº 23 (1-2), 1998, pp. 112-129. En el caso de la movilidad del pan (obtención de una dote), ésta ha sido ratificada en el caso madrileño por distintos estudios a lo largo del siglo XVIII y XIX: SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos*, *Op. Cit.*; OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868*, *Op. Cit.*; REHER, D. S.: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1900...*, *Op. Cit.*

⁸⁶ En 1905, la suma de las sirvientas recién llegadas y residentes en el Ensanche Este de Madrid procedentes de Lugo, Asturias, Cantabria, Navarra y las provincias vascas suponían el 30,17% del total (Figura 2.19). Esta reducción fue reflejo del incremento de la movilidad del *hambre* originada en otras provincias donde la necesidad económica afectó profundamente a las modestas economías campesinas, especialmente las castellanas. De este modo se produjo un incremento en el número de criadas naturales de provincias como Burgos (que aportaba el 4,7% del servicio doméstico femenino recién llegado en 1930), Salamanca (el 4,2%), Valladolid (3,8%), Soria (3,2%), Cáceres (2,3%) o Ciudad Real (2,1%).

⁸⁷ En MIRÁS ARAUJO, J.: "Rasgos básicos y transformaciones en el servicio doméstico en una ciudad periférica. A Coruña, 1900-1960", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 27, 2005, pp. 197-221, se indica la participación del servicio doméstico en la actividad laboral femenina de las capitales de provincia españolas según los censos nacionales de 1900, 1920 y 1940.

⁸⁸ MOYA GARCÍA, G.: "El servicio doméstico en la ciudad de Granada entre 1890 y 1930", *XI Congreso de la AHC*, Granada, 2012; DUBERT, I.: "Domestic service and social modernization in urban Galicia, 1752-1920", *Continuity and Change*, (1999), pp. 207-226; GERMÁN, L.: "La transformación de la ciudad de Zaragoza en el siglo XX (1900-1936)", en AA. VV.: *Historia de Aragón. Economía y sociedad*. Vol. II, Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 459-468.

agitada vida cultural, sus posibilidades de ocio y consumo, la relajación del control social o por las nuevas posibilidades educativas y laborales que éstas destilaban⁸⁹. Ya vivieran solas o como madres, esposas, parientes o hijas en familias encabezadas por empleados de alto rango, rentistas, militares, prósperos industriales o profesionales liberales, recorrieron por término medio mayores distancias desde sus respectivos lugares de origen hasta llegar a Madrid al disponer de un respaldo económico estable. Este segmento migratorio, capaz de hacer frente a elevados alquileres y de poseer servicio doméstico propio, equivalía a la quinta parte del total de las mujeres forasteras recién llegadas de allende la corona madrileña (el 60% de las que dejaron en blanco la casilla de profesión o utilizaron la expresión *sus labores*), cuando entre las inmigrantes que recorrían distancias menores apenas llegaban al 10%.



Figuras 5.27 y 5.28. A la izquierda, pirámide demográfica de los inmigrantes recién llegados (menos de dos años en la capital) cuyos lugares de procedencia se hallan a menos de 350 km. de Madrid y diferenciando si eran de origen rural o urbano (núcleos de más de 10.000 habitantes), mientras que a la derecha se halla la pirámide de los inmigrantes nacionales procedentes de distancias más lejanas. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Como ya ocurriera a comienzos de siglo, la segregación socioeconómica de la ciudad y cómo afectaba a la composición del Ensanche Este por un lado, unido a la opacidad, subregistro y las dificultades socioculturales que teñían el acceso al mercado de trabajo asalariado de las mujeres por otro, hizo que la integración laboral de las mujeres inmigrantes en estos barrios estuviera encabezada por el servicio doméstico, uno de los pocos segmentos laborales en el que el trabajo femenino era aceptado socialmente. La relación entre la distancia recorrida y su cualificación laboral sigue siendo una explicación plausible para la emigración de corto y medio recorrido hacia Madrid en los años veinte, con resultados parejos en la integración laboral de las mujeres procedentes de las provincias adyacentes a la capital (Figura 5.29). Éstas eran mayoritariamente de origen rural, poco o nada cualificadas y con una alfabetización menor a la media urbana, para quienes era más accesible acercarse a la capital para obtener un trabajo remunerado que alargar su periplo hacia otro núcleo urbano más lejano en el que obtener un trabajo similar.

⁸⁹ BORDERÍAS, C.: “Emigración y trayectorias sociales femeninas”, *Historia Social*, nº 17, UNED, Valencia, 1993, pp. 75-94.

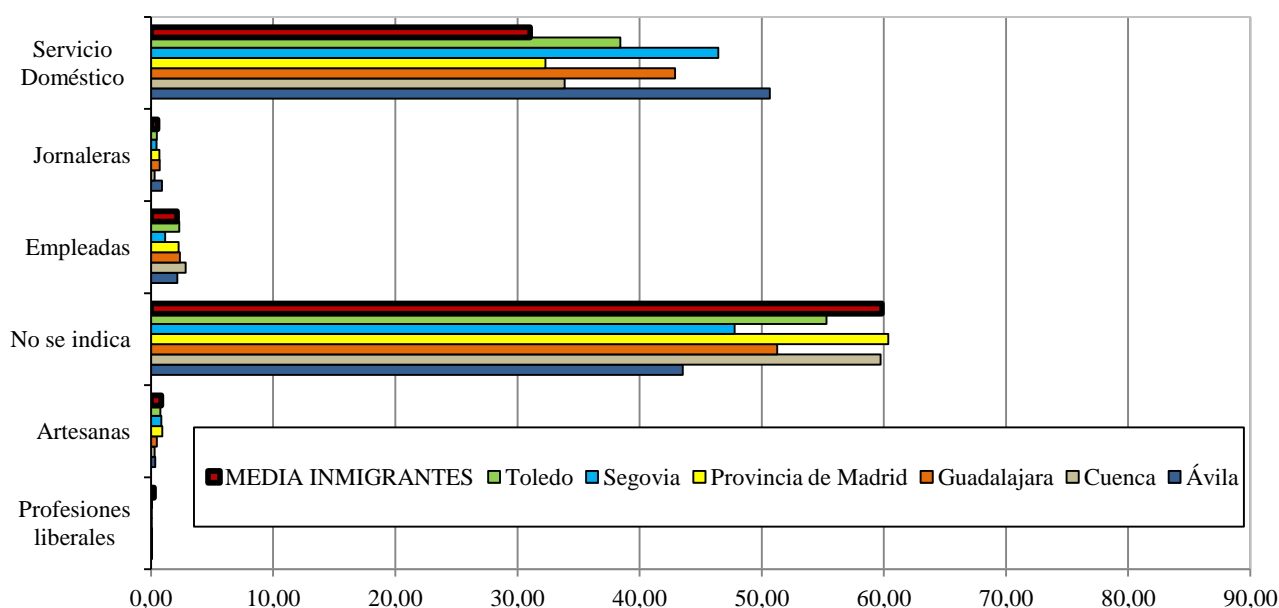


Figura 5.29. Integración en el mercado laboral de la ciudad de las mujeres inmigrantes mayores de 14 años nacidas en el hinterland madrileño y su comparación con la media del conjunto de mujeres inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930. AVM, sección Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

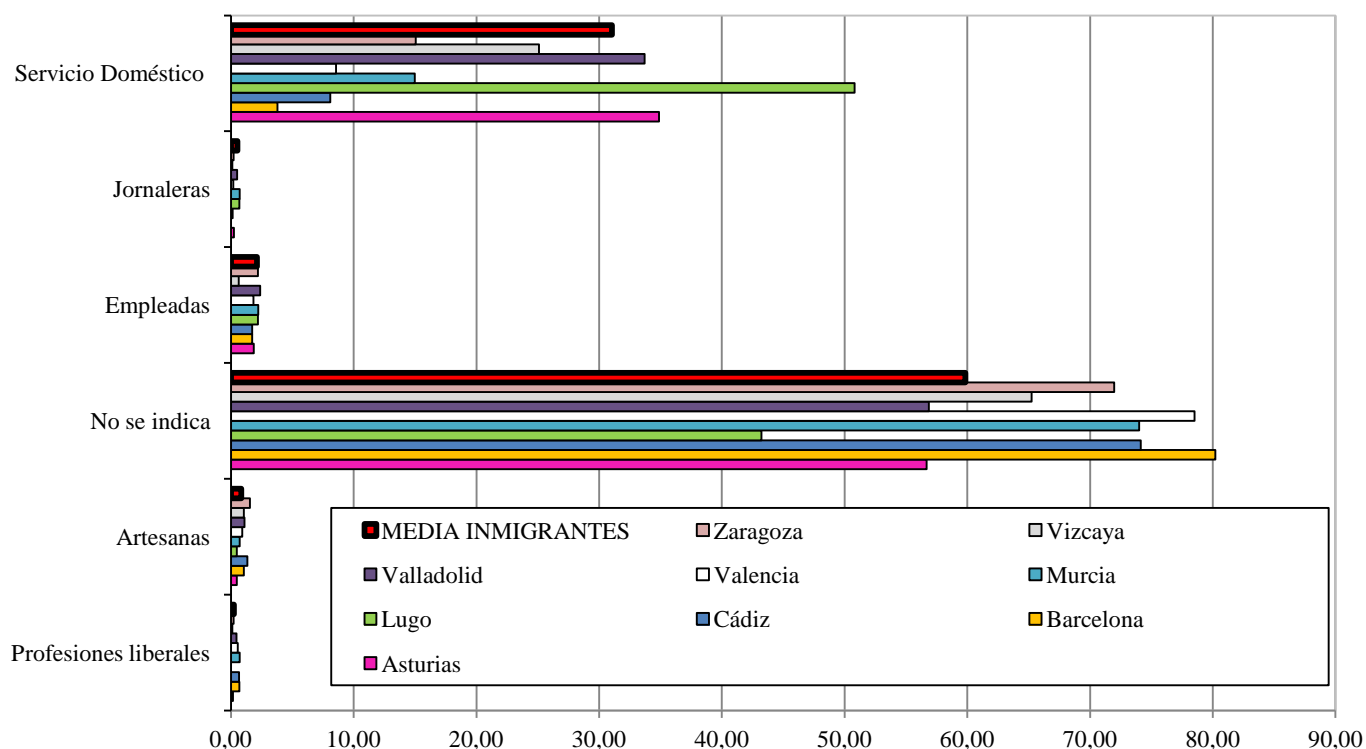


Figura 5.30. Integración en el mercado laboral de la ciudad de las mujeres inmigrantes mayores de 14 años nacidas en las provincias indicadas y su comparación con la media del conjunto de mujeres inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930. AVM, sección Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

En el caso de la inmigración masculina, ésta no se concentraba en una veta laboral tan amplia y distorsionadora como lo era el servicio doméstico entre las mujeres, lo que hacía que sus movimientos migratorios tuvieran un carácter más permanente, que su edad de llegada estuviera más repartida y su procedencia de origen urbano fuera más elevada (Figuras 5.27 y 5.28).

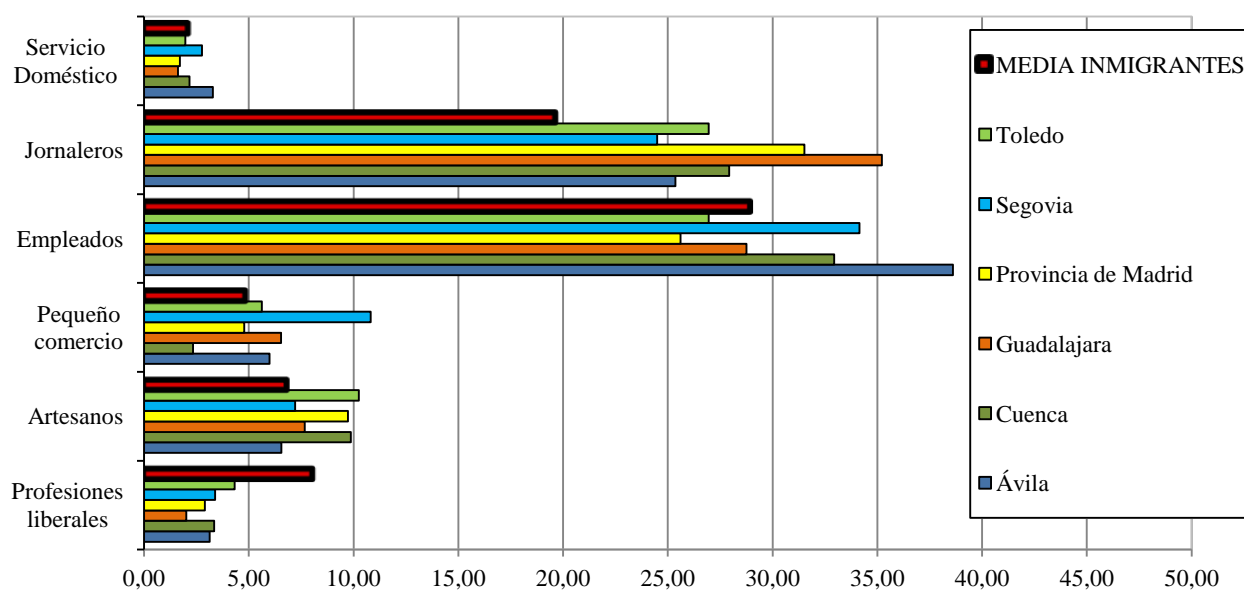


Figura 5.31. Integración en el mercado laboral de la ciudad de los varones inmigrantes mayores de 14 años nacidos en el hinterland madrileño y su comparación con la media del conjunto de hombres inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930. AVM, Estadística, padrón de 1930.

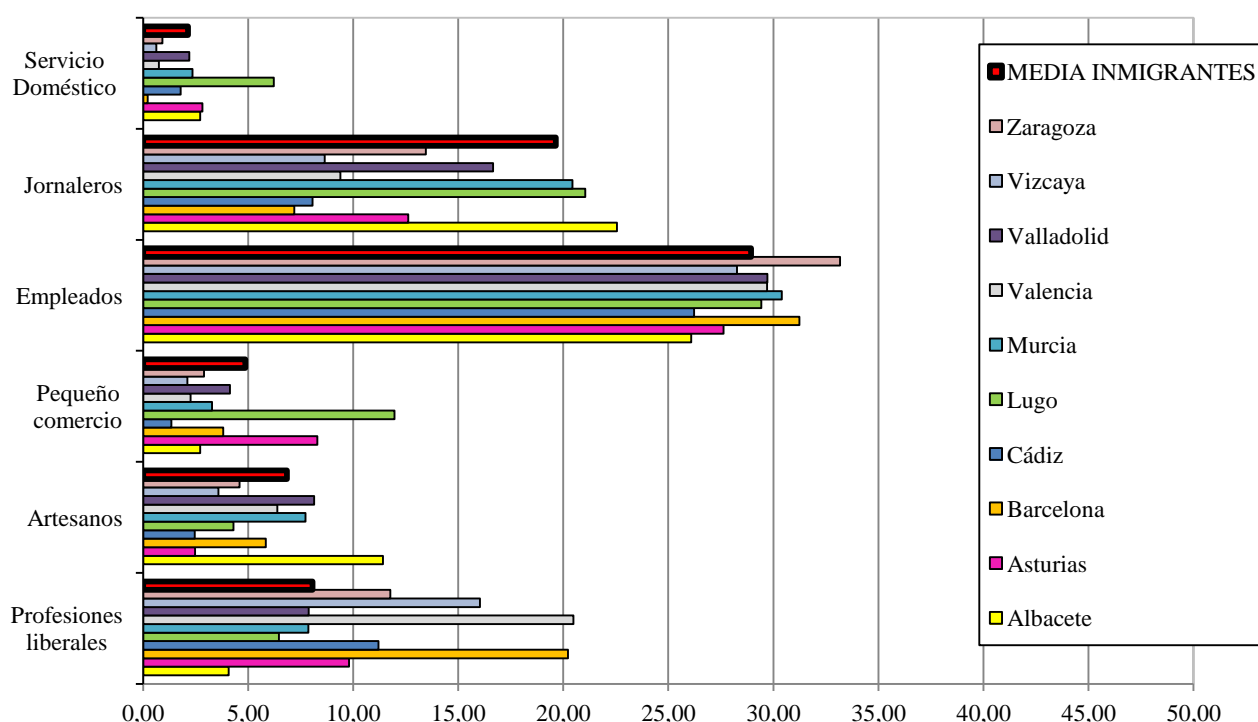


Figura 5.32. Integración en el mercado laboral de la ciudad de las varones inmigrantes mayores de 14 años nacidos en las provincias indicadas y su comparación con la media del conjunto de hombres inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930. AVM, Estadística, padrón de 1930.

Además, dado el registro más fidedigno de su grado de ocupación, el mercado laboral masculino inmigrante también reflejó con mayor detalle los cambios derivados de la modernización económica de la que fue testigo Madrid a partir de la segunda década del siglo XX, con la creación de nuevos puestos de trabajo tanto en el sector secundario y, sobre todo, en los modernos servicios vinculados al ocio y al consumo, que transformaron cualitativa y cuantitativamente las características laborales que

habían sido predominantes en la capital desde el último cuarto del siglo XIX. A medida que se complejizó la actividad económica madrileña y se amplió su población, su mercado laboral se dilató y diversificó, demandando una gran cantidad de profesionales de todo tipo, empleados públicos, oficinistas, gestores, maestros artesanos e industriales, albañiles, ferroviarios, camareros, cajeros, administrativos, conductores, barrenderos, peones de obra, etc. La capital requería, como ocurría en otras modernas metrópolis europeas, tanto personas de elevada preparación técnica y titulación profesional como empleados y oficinistas con experiencia, artesanos y obreros especializados así como una multitud de brazos fuertes y robustos para trabajos manuales e intensivos. Igualmente, la reducción de la economía informal de determinadas actividades productivas y el incremento de la asalarización de la mano de obra madrileña provocaron que la jornalерización, que había presidido el mercado de trabajo madrileño desde comienzos de la Restauración, menguara en toda la ciudad⁹⁰. La otrora superioridad numérica del trabajador manual no cualificado pagado a jornal y carente de ocupación estable en el mercado laboral de la capital, era a comienzos de la década de los 30 contestada por el lento pero constante ascenso del sector terciario. Así, ambos polos profesionales fueron los pilares sobre los que basculaba el panorama laboral de la ciudad, uno en ascenso y otro en retroceso, fenómeno que se trasladaba a la inmigración masculina recién llegada, aunque con matices según la distancia recorrida y su nivel educativo (Figuras 5.24, 5.25, 5.31 y 5.32).

La modernización económica significó la apertura de posibilidades laborales más estables para los recién llegados, unos atraídos por las expectativas vitales que generaba la capital y otros huyendo de las pocas que dejaban atrás. Este proceso de integración vino determinado por la segmentación del mercado laboral masculino de origen inmigrante en función de su lugar de procedencia y la cualificación manual, técnica e intelectual que atesoraban. De este modo, la mayor parte de los inmigrantes procedentes de la corona madrileña, como ocurriera en el ámbito femenino con el servicio doméstico, seguían mostrando una elevada propensión hacia su integración laboral como trabajadores manuales escasamente cualificados. Aunque la supremacía del jornalero urbano dentro del mercado laboral madrileño se redujo considerablemente a lo largo del primer tercio del siglo XX, lo cierto es que no lo hizo de un modo uniforme entre la población inmigrante masculina. La diferencia porcentual entre los hombres inmigrantes procedentes del hinterland madrileño que se integraban en los circuitos laborales de la ciudad como jornaleros, se duplicó entre 1905 y 1930 respecto a los que lo hacían tras recorrer distancias mayores (Figuras 2.17 y 5.24). El grado de jornalерización entre los primeros superaba en todos los casos la cuarta parte del total, mientras que entre los segundos dicha cifra no era alcanzada por ningún contingente provincial (Figuras 5.31 y 5.32). Era un fenómeno usual en todas las grandes urbes españolas, las cuales presentaban una fuerte concentración de población inmigrante con una escasa o nula cualificación laboral procedente de sus respectivas áreas circundantes⁹¹. Era una estrategia lógica, similar a la empleada por las muchachas que iban a servir a Madrid: jóvenes muchachos de origen rural que aprovechaban su

⁹⁰ CARBALLO BARRAL, B.: “El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900” en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit., pp. 69-93; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit., Madrid, 2009; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

⁹¹ GARCÍA DELGADO, J. L. (ed.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Siglo XXI, Madrid, 1992; PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011.

cercanía a un dinámico centro urbano en busca de mejores perspectivas laborales, si bien su falta de cualificación les encorsetaba en el trabajo manual poco especializado o como empleados de bajo rango en el creciente sector servicios.

Por otro lado, los inmigrantes varones que recorrieron mayores distancias hasta llegar a la capital en torno a 1930, tuvieron por regla general mejor suerte a la hora de adentrarse en su mercado de trabajo (Figura 5.24). Aunque más que el azar, los distantes caminos seguidos por unos y otros en segmentos laborales como el ejército, las profesiones liberales o los empleados del sector servicios, aunque imperceptible a primera vista, tenían una justificación más tangible y terrenal. En vísperas de la II República y en un momento de máxima movilidad interior de la población española, el capital humano mejor preparado técnicamente, más experimentado o poseedor de una titulación especializada, fue más proclive a emigrar distancias mayores hacia los núcleos económicos donde su demanda era más elevada, como los grandes centros industriales de Barcelona o Bilbao, nudos regionales de comunicaciones, transportes y comercio como Zaragoza, Sevilla, La Coruña o Valencia, y cómo no, Madrid, la capital del Estado, que proveía una gran cantidad de servicios administrativos, financieros, judiciales y políticos a todo el ámbito nacional, además de los derivados de abastecer a tal aglomeración demográfica. Un contexto que otorgó a grandes industriales, profesionales liberales, empleados de elevada formación y militares de alto rango la confianza necesaria para afrontar con garantías una emigración permanente y de larga distancia hacia Madrid (Figuras 5.31 y 5.33), ubicando en muchos casos su residencia en los barrios más granados del Ensanche Este. Como ya ocurriera en el último tercio del siglo anterior, de los nuevos titulados, licenciados y diplomados que las distintas instituciones, centros educativos y escuelas de comercio e ingeniería del país formaban anualmente, una buena parte se dirigió hacia Madrid para extraer el mayor beneficio posible a sus capacidades y conocimientos adquiridos. A ellos se les añadía el nutrido contingente de estudiantes que recalaban en Madrid para iniciar o terminar allí sus estudios superiores, aquellos que recalaban en las clases de la Residencia de Estudiantes, la Institución Libre de Enseñanza o la nueva Ciudad Universitaria⁹².

La fractura existente en la cualificación laboral atesorada por los inmigrantes varones según la distancia recorrida desde sus respectivos lugares de procedencia, también incidía en su ocupación dentro del heterogéneo sector servicios así como en la cuantía que percibían por él. Los trabajos que como empleados accedían la población llegada de los alrededores de la capital, menos cualificada, solían ser físicos, carentes de especialización y/o meramente presentistas, como el de portero, guardia, chofer, repartidor, dependiente de comercio o empleado de bajo rango en alguna de las distintas dependencias públicas existentes en Madrid. Mientras tanto, entre los inmigrantes llegados de distancias más lejanas sobresalían aquellos que copaban trabajos que requerían un mayor conocimiento técnico e intelectual, como los de contable, empleado de comercio, telegrafista, maestro, empleado de banca, oficinista, viajante comercial, agente de seguros o empleado público altamente especializado, aquellos que lideraban la modernización económica madrileña⁹³. Esta divergencia en la cualificación laboral de

⁹² De los 553 inmigrantes recién llegados a Madrid que residían en el Ensanche Este, que eran mayores de 14 años y que cursaban estudios superiores en 1930, cerca del 86% procedía de allende el hinterland madrileño. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

⁹³ PALLOL, R., CARBALLO, B. y VICENTE, F.: "Inmigración y mercado de trabajo en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX", *Revista de Demografía Histórica*, XXVIII, I, 2010, segunda época, pp. 131-167; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, símbolo del

ambos colectivos también afectaba a los salarios que recibían unos y otros por su trabajo, siendo el sueldo medio de los empleados inmigrantes procedentes del hinterland madrileño de 3.200 ptas. anuales, mientras que el de los inmigrantes que habían recorrido mayores distancias ascendía a 5.500 ptas., un 70% más⁹⁴.

No obstante, la relación causal expuesta entre la distancia recorrida y la cualificación y pericia laboral atesorada por la población inmigrante al llegar a la capital, aunque queda corroborada en determinados contextos, también posee claroscuros y puntos débiles. Unas sombras que se reducen al integrar en la comprensión de este fenómeno, el análisis de las disímiles coyunturas económicas regionales derivadas de la creciente modernización española de los años veinte⁹⁵. Las provincias más deprimidas y castigadas del país por la llegada de la industrialización y la integración de los mercados internacionales, incapaces a corto plazo de superar las profundas transformaciones socioeconómicas que estaban teniendo lugar en España, como, por ejemplo, las castellanas o extremeñas, Lugo, Murcia, Teruel o Jaén, fueron las que aportaron los mayores contingentes de población con una escasa o nula cualificación laboral. Para sus habitantes, emigrar hacia Madrid no era una decisión fruto de la ambición de medrar sino de la necesidad de lograrlo, una trayectoria vital impuesta para muchos de aquellos que emprendieron tal viaje desde esos puntos de origen. Obligados por la necesidad y carentes de experiencia laboral en los nuevos campos productivos dado el retraso en la modernización económica en la que se hallaban sus lugares de origen, su cualificación laboral no solía ser la más óptima para adentrarse en el mercado laboral madrileño, más allá de las ocupaciones manuales de baja especialización.

Como prueba de tal explicación, en el caso de la inmigración femenina recién llegada a Madrid a la altura de 1930, aquellas que eran originarias de provincias de menor dinamismo económico, como Valladolid, Lugo o Asturias, que no albergaban núcleos comerciales o industriales de relevancia, estaban abocadas a integrarse laboralmente como sirvientas y trabajadoras no cualificadas en la ciudad. Por el contrario, entre las inmigrantes oriundas de las zonas con el mayor dinamismo económico del país, como Barcelona, Vizcaya o Cádiz, no sólo no se integraban como sirvientas en una proporción semejante sino que, además, conformaban el mayor contingente de mujeres que no declaraban ocupación alguna en el padrón, parte por el evidente subregistro de su actividad y parte por haber una elevada proporción de mujeres con capacidad económica suficiente como para no necesitarlo (Figura 5.30). Por otro lado, la inmigración masculina también se vio imbuida por el mismo fenómeno. Entre los hombres procedentes de regiones lejanas pero atrasadas económicamente, eran mayoría los que se insertaban como jornaleros en el mercado

nacimiento de una nueva capital, 1860-1931, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931), Op. Cit.*

⁹⁴ AVM, sección Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930. El cálculo se ha realizado a partir de los hombres mayores de 14 años inmigrantes que declararon ser empleados y que indicaron un sueldo anual (el 48% del total lo hicieron).

⁹⁵ Sin ánimo de ser exhaustivo, algunos ejemplos de la realidad económica regional española en estos años en: GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España. Siglos XIX y XX, Op. Cit.*; DOMÍNGUEZ MARTÍN, R.: *La riqueza de las regiones. Las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*, Alianza Editorial, Madrid, 2002; ROSÉS, J. y SÁNCHEZ-ALONSO, B.: “La integración de los mercados de trabajo en España, 1850-1930”, *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, *Op. Cit.*, pp. 127-155; ROSÉS, J.R.; MARTÍNEZ-GALARRAGA, J. y TIRADO, D.: “The upswing of regional income inequality in Spain (1860-1930), *Explorations in Economic History*, nº 47, vol. 2, pp. 244-257.

laboral madrileño o, con un poco de suerte, en algún empleo estable de baja cualificación como portero, empleado de comercio, camarero, recadero, cartero o jardinero. Hablamos de inmigrantes procedentes de provincias como Cáceres, Soria, Ciudad Real o Pontevedra, cuya integración laboral apenas poseía horizontes más allá de la jornalización, el comercio minorista o los segmentos preindustriales o de baja cualificación existentes en el sector servicios de la ciudad. Fuera de ese ámbito, una pequeña parte de los inmigrantes procedentes de regiones como Galicia, Cantabria o Asturias, lograban utilizar las consolidadas e históricas cadenas migratorias presentes desde finales del siglo XVIII en Madrid para integrarse laboralmente en ella. El uso del paisanaje como salvoconducto para lograr un empleo estable en la ciudad confería a los inmigrantes ya asentados un elevado poder de mediatización sobre los recién llegados, pero era una sólida estrategia de reproducción socioeconómica asentada desde hacía décadas que beneficiaba a ambas partes. Unos superaban el amargo trago de buscarse una ocupación y un cobijo al llegar a Madrid, y otros obtenían una mano de obra barata, constante y de confianza. De este modo se mantuvieron abiertas durante décadas industrias y comercios ligados a la distribución, elaboración y venta de productos alimenticios típicos de sus lugares de origen, como las mencionadas panaderías lucenses o vaquerías pasiegas de los años interseculares, o ya en el siglo XX con la aparición de modernos negocios especializados como Pescaderías Coruñesas o Mantequerías Leonesas, fundadas en 1911 y 1916 respectivamente⁹⁶.

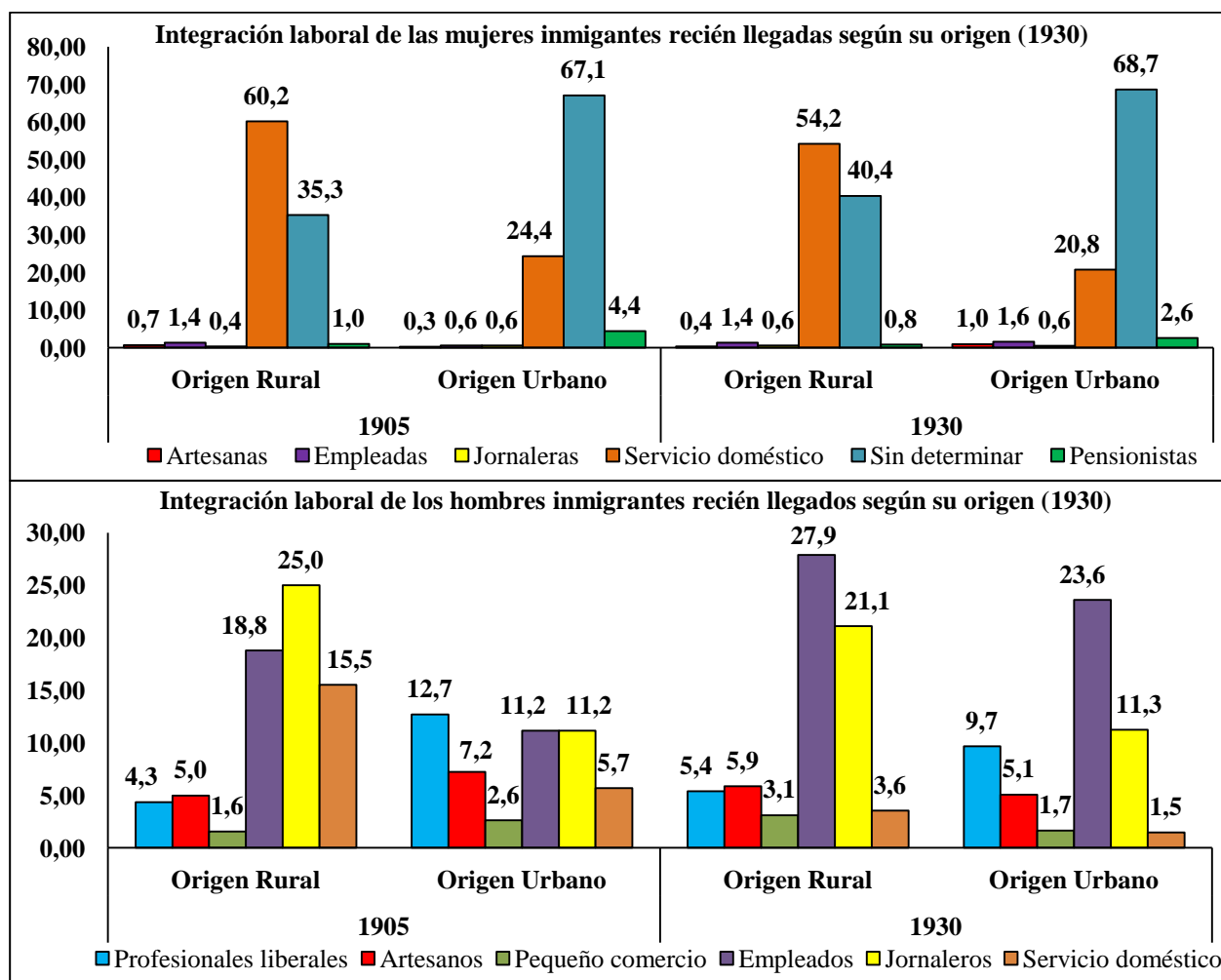
	Mujeres		Hombres		Media	
	Analfabetas	Alfabetizadas	Analfabetos	Alfabetizados	Analfabetos	Alfabetizados
Origen Urbano	11,25	88,75	3,53	96,47	8,05	91,95
Origen Rural	19,96	80,04	5,44	94,56	14,88	85,12
Madrileños	7,89	92,11	4,28	95,72	6,24	93,76
Media Ensanche Este	14,15	85,85	4,44	95,56	10,29	89,71
Media Madrid	23,16	76,84	17,54	82,46	20,60	79,40
Media Capitales Prov.	33,82	66,18	25,52	74,48	29,91	70,09
Media España	50,12	49,88	38,60	61,40	44,37	55,63

Figura 5.33. Nivel de alfabetización de la población residente en el Ensanche Este según su sexo y lugar de origen en 1930, y su comparación a nivel municipal y nacional. Datos porcentuales. Población mayor de 14 años. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930 y censo nacional del mismo año, INE.

A pesar de lo dicho hasta ahora, la inmersión laboral de la población inmigrante llegada a Madrid, que suponía la mayor parte de la mano de obra de la ciudad, no se componía de una paleta monocromática, determinada exclusivamente por factores como la distancia recorrida o el grado de desarrollo económico de la provincia de procedencia. La realidad era más tozuda y heterogénea, no era blanca o negra, sino que estaba plagada de múltiples tonalidades de grises en función de la influencia de otros elementos como el mero azar, la constancia, preparación y experiencia personal, el sexo, la edad o las facilidades y contactos obtenidos a través de la función de auspicio dada por paisanos, parientes o familiares. Estos elementos complejizaban las características generales de un mercado laboral que conformaba un enorme lienzo en el que cada inmigrante dejaba su huella en función de un horizonte de sucesos multifactorial. Una huella en la cual la aclimatación al mundo urbano de sus protagonistas jugaba un papel fundamental.

⁹⁶ NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, pp. 72-74; DEL REGUERO, V.: *Juan y Ventura Alvarado. La época que doró la manteca*, Piélagos del Moro, Villablino, 2009.

Haber nacido y crecido en un núcleo urbano o haber residido en alguno el tiempo suficiente para interiorizar sus tiempos, modos y formas de trabajar, producir y relacionarse, tan distintos a los del mundo rural, todavía era un factor que mejoraba ostensiblemente la integración laboral de los inmigrantes en sus primeros compases en la capital (Figuras 5.35 y 5.36). No se trataba sólo de las mayores posibilidades de alfabetización que los niños nacidos en ciudad poseían respecto a los que la hacían en un mundo rural en el que, ni llegaba el dinero estatal para pagar al maestro ni la escolarización era debidamente valorada al no ser imprescindible para sacar adelante las tareas agrícolas en las que los chavales arrimaban al hombro desde muy jóvenes, realidad visible indirectamente entre la población inmigrante residente en el Ensanche Este (Figura 5.33), y que servía de criba inicial a la hora de buscar una ocupación⁹⁷.



Figuras 5.34 y 5.35. Inmigrantes mujeres y hombres mayores de 14 años con menos de 2 años en la capital. Población urbana nacida en núcleos de más de 10.000 habitantes. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1903 y censo nacional del mismo año, INE.

⁹⁷ A pesar de los denodados esfuerzos presupuestarios llevados a cabo durante el primer tercio del siglo XX hasta la Guerra Civil, que buscaban reducir la denigrante situación de la instrucción pública española descrita por Macías Picavea en 1899, que redujo la tasa de analfabetismo entre 1900 y 1930 del 60 al 30%, todavía era una de las más altas de Europa en esta última fecha. GARCÍA DELGADO, J. L.: "Modernización ante Europa: un apunte sobre el primer tercio del Novecientos español", en ÁLVAREZ JUNCO, J. y CABRERA CALVO-SOTELO, M. (coord.): *La mirada del historiador: un viaje por la obra de Santos Juliá*, Taurus, Madrid, 2011, pp. 17-30; una recopilación de textos contemporáneos sobre este tema en: PUELLES BENÍTEZ, M. (coord.): *Historia de la educación en España: de la Restauración a la II República*, Tomo III, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1982.

La urbanización del comportamiento otorgaba a quienes lo poseían, ya fuera por nacimiento y educación o por haberlo adquirido al emigrar del campo a la ciudad con anterioridad a su llegada a la capital, una ventaja cualitativa sobre el resto en aspectos claves para integrarse laboralmente en Madrid. Los residentes en núcleos urbanos asimilaban conocimientos y aptitudes propios de la *ciudad*, entendida ésta como un ente con códigos de conducta, valores, experiencia y elementos socioeconómicos propios y diferenciados del ámbito rural, como la posible cualificación laboral adquirida en actividades comerciales y talleres artesanos presentes sólo en las ciudades, en la asimilación de los horarios, tiempos y modos de producción industrial, en el trato con las diversas oficinas administrativas públicas y privadas, o en la experiencia atesorada para saber dónde y cómo encontrar empleo u obtener una vivienda en mejores condiciones a menor precio. Aunque invisible, el conocimiento y la experiencia de los mercados laborales urbanos, otorgaban una sólida pátina a las posibilidades laborales de quienes las poseían en detrimento de aquellos que arribaban a la ciudad sin más experiencia laboral que la adquirida durante años de rudo trabajo agrícola y ganadero. Un capital formativo del que los propios inmigrantes de origen urbano eran conscientes, tal y como demuestra su mayor predisposición a recorrer una distancia mayor en sus movimientos migratorios hacia Madrid que los de origen rural (Figuras 5.37 a 5.40).

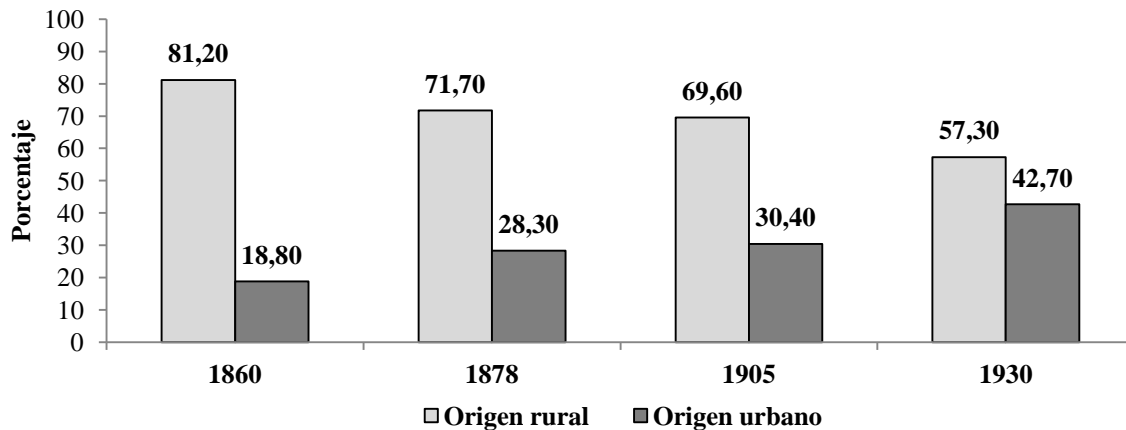
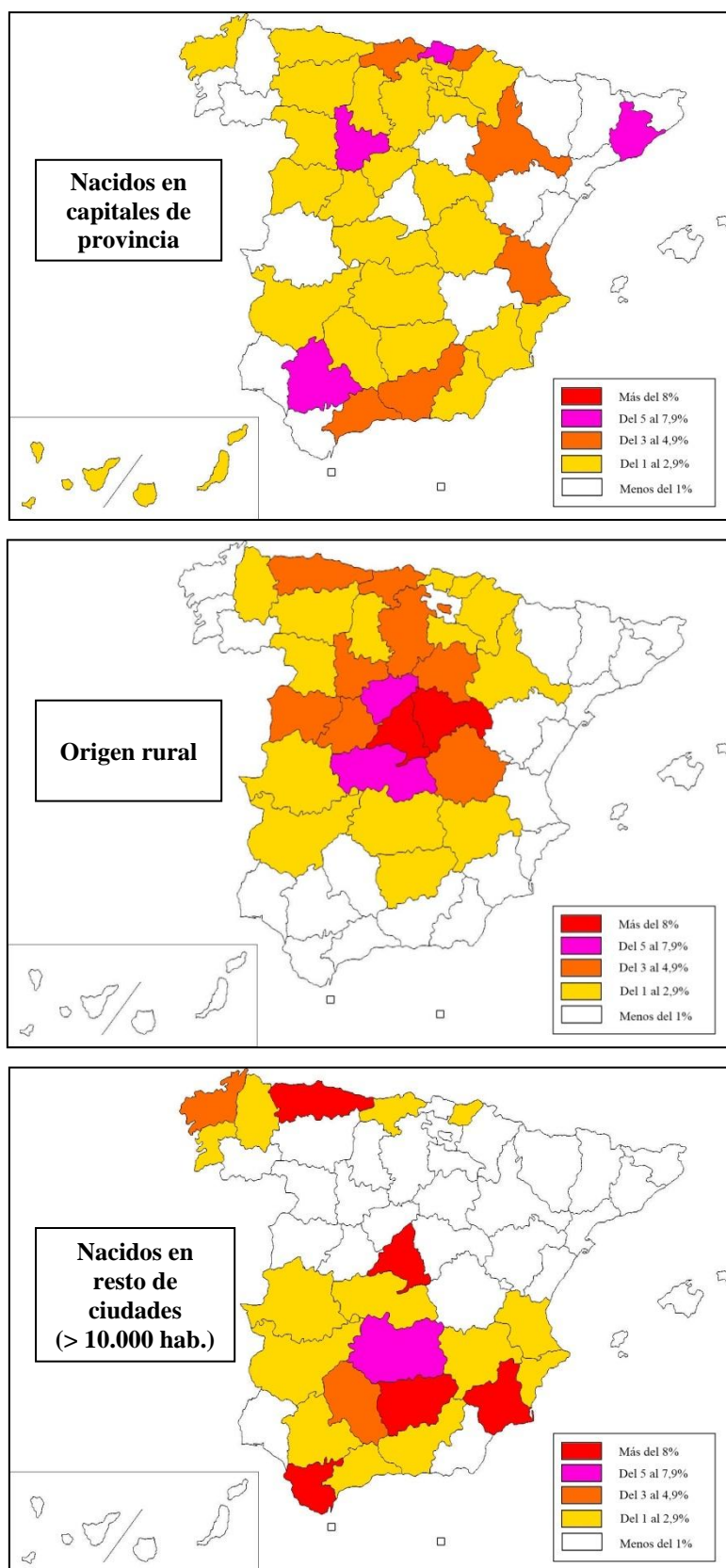


Figura 5.36. Evolución de la inmigración de origen urbano y rural hacia Madrid. Se ha considerado población urbana a la nacida en núcleos de más de 10.000 habitantes. Elaboración propia. Datos porcentuales. AVM, sección de Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

Esta inmigración urbana hacia Madrid había ido ganando terreno a la de origen rural inexorablemente desde mediados del siglo XIX, siendo el primer tercio del siglo XX cuando este flujo sufrió una aceleración mayor al compás del proceso urbanizador que afectó al conjunto del país (Figura 5.15)⁹⁸. El análisis pormenorizado de la dispar procedencia de los movimientos migratorios peninsulares rurales y urbanos (Figuras 5.37 a 5.39), nos ayuda a comprender de un modo más profundo los mecanismos regulatorios del mercado de trabajo madrileño, al aunar los tres niveles explicativos ya mencionados: la incidencia existente entre la distancia recorrida, el grado de desarrollo económico de la región de procedencia y el origen rural o urbano de cada inmigrante llegado a Madrid, con la ocupación laboral obtenida por éste en sus primeros inicios en la gran ciudad.

⁹⁸ El incremento de la inmigración procedente de los núcleos urbanos también ha sido documentada en el resto del Ensanche. PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.



Figuras 5.37, 5.38 y 5.39. De arriba hacia abajo: **1.** Procedencia de la inmigración nacida en capitales de provincia residente en 1930 en el Ensanche Este de Madrid. **2.** Procedencia de la inmigración de origen rural residente en 1930 en el Ensanche Este de Madrid. **3.** Procedencia de la inmigración nacida en núcleos de población de más de 10.000 habitantes que no fueran capitales provinciales. AVM, Estadística, padrón de 1930 y censo nacional de 1930, INE.

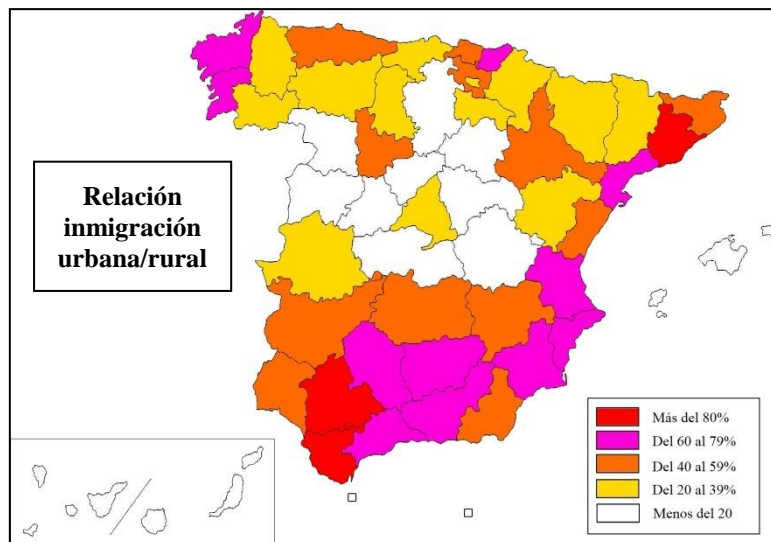


Figura 5.40. Proporción de la población inmigrante residente en el Ensanche Este nacida en núcleos de más de 10.000 habitantes respecto a la inmigración total por provincias. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

La corriente migratoria de origen rural que había engrosado la población de Madrid, Barcelona y Bilbao especialmente desde la segunda mitad del siglo XIX⁹⁹, se amplió en las primeras décadas del siglo XX a todo el arco urbano español, afectando también a las cabeceras de partidos judiciales, a los núcleos comerciales y de transportes de rango medio, y a las capitales provinciales (Figura 5.15). En el caso madrileño, el lugar de origen de esta inmigración rural se fue concentrando con más fuerza en las provincias del interior del país (donde no había grandes urbes que compitieran con la capital) y en aquellas en las que había arraigada una tradición migratoria hacia ella, como la cornisa cantábrica (Figura 5.36). Ya en el siglo XX, la modernización económica del país iniciada durante los años veinte y el proceso de urbanización que le acompañó, fortaleció esas migraciones de origen rural hacia los núcleos urbanos más cercanos, especialmente hacia sus respectivas capitales provinciales o regionales¹⁰⁰.

Las características socioeconómicas y laborales de esta inmigración rural de corta distancia encorsetaron, como ya lo habían hecho en el siglo XIX, la integración laboral de sus miembros más allá del ocasional trabajo manual pagado a jornal. Estos hombres, que no atesoraban cualificación laboral urbana ni conocimientos técnicos concretos, engrosaron las filas del ejército jornalero que deambuló por las calles madrileñas durante las décadas interseculares. Y aunque tras la I Guerra Mundial, la reducción de la economía informal y la creciente formalización de los contratos de trabajo, la implantación industrial de la producción en cadena, la electricidad y el motor de combustión, el auge del ocio y el consumo, los servicios financieros y la

⁹⁹ OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Op. Cit., pp. 295-297; VV.AA.: *La consolidación de la metrópoli de la ría de Bilbao. Segunda industrialización, inmigración y capital humano*, Op. Cit.; GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*. Op. Cit.

¹⁰⁰ En 37 de las 50 capitales de provincia, la población inmigrante procedente del resto de sus respectivas provincias suponían más de la mitad de la población foránea que albergaban. Únicamente las ciudades de relevancia regional como Valencia, Zaragoza, Sevilla o Valladolid, las tres capitales vascas, Madrid y Barcelona, Guadalajara y Tarragona (capitales de paso en la inmigración hacia las dos anteriores) y La Coruña y Santander (puertos de emigración internacional) poseían una inmigración más dispersa.

proliferación de grandes empresas estructuradas a modo de economías de escala, acrecentaron la demanda de nuevos puestos de trabajo en la ciudad tanto para la realización de tareas manuales altamente especializadas en el manejo de maquinaria como para la administración y la gestión de servicios y transportes modernos, éstas fueron vetas laborales a las que aquéllos generalmente accedieron en menor medida.

Provincia de procedencia	Origen urbano				Origen rural			
	Prof. Lib.	Empleados	Artesanos	Jornaleros	Prof. Lib.	Empleados	Artesanos	Jornaleros
<i>Barcelona</i>	17,86	26,19	2,38	13,10	6,25	50,00	6,25	6,25
<i>Asturias</i>	10,70	24,65	2,33	8,37	5,88	26,89	1,68	5,88
<i>Toledo</i>	6,25	16,67	14,58	12,50	4,81	22,12	9,13	27,40
<i>Vizcaya</i>	14,14	32,32	3,03	3,03	5,45	40,00	0,00	3,64
<i>Valencia</i>	20,62	28,87	28,87	7,22	18,75	34,38	9,38	12,50
<i>Sevilla</i>	7,50	21,25	6,25	7,50	0,00	15,79	5,26	15,79
<i>Valladolid</i>	6,76	17,57	17,57	9,46	4,55	29,55	4,55	21,59
<i>Guadalajara</i>	4,76	19,05	9,52	0,00	1,21	29,70	6,06	36,36
<i>Zaragoza</i>	9,21	32,89	32,89	6,58	11,94	23,88	4,48	16,42

Figura 5.41. Clasificación profesional de la población inmigrantes masculina recién llegada a Madrid según su procedencia y origen rural o urbano. Varones mayores de 14 años llegados a Madrid desde 1928 y residentes en 1930 en su Ensanche Este. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

El diferenciador carácter urbano era visible en todos los ámbitos laborales, independientemente del factor del desarrollo económico existente en sus respectivos lugares de origen (Figura 5.41). Pero la disparidad entre estos contingentes no significaba necesariamente un peor trato hacia los trabajadores de origen rural del mercado laboral madrileño, más allá de la objetiva diferencia en la cualificación y experiencia urbana que atesoraban unos y otros. Muestra de ello es la escasa diferenciación existente entre los emolumentos ganados por unos y otros en las distintas categorías profesionales (Figura 5.42). La única disconformidad se hallaba en el ámbito de los empleados del sector servicios, en el que los trabajadores de origen rural ganaban un salario un tercio más bajo que los de origen urbano, fruto de la propia heterogeneidad del trabajo asalariado estable, que englobaba ocupaciones cada vez más dispares y de distinta cualificación, como ya se indicó anteriormente.

	Alquiler medio anual (ptas.)	Hogares con servicio doméstico	Sueldo anual (ptas.)		Sueldo diario (ptas.)	
			Prof. Liberales	Empleados	Jornaleros	Artesanos
Origen urbano	1.963	39 %	9.678	4.883	5,7	7,5
Origen rural	1.607	26 %	9.277	3.702	5,9	7,3
Diferencia (%)	22,15	50,00	4,32	31,90	-3,39	2,74

Figura 5.42. Diferencias socioeconómicas entre la población inmigrante recién llegada según fuera su origen rural o urbano. Se ha procedido a analizar a los hogares cuyo cabeza de familia fuera inmigrante y hubiera llegado a la ciudad en los últimos dos años y que hubieran indicado alquiler, independientemente de su sexo. Para calcular los sueldos anuales y diarios se han contabilizado a los varones inmigrantes mayores de 14 años con menos de dos años de residencia en la ciudad. Para todos los casos se ha considerado población urbana la nacida en núcleos de población superiores a los 10.000 habitantes. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930, y censo de 1930, INE.

A esta inmigración del campo castellano hacia la capital se superpuso una emigración urbana que emanaba de dos ámbitos diferenciados. Por un lado, a lo largo del primer tercio de siglo Madrid acrecentó su atracción sobre las pequeñas y medianas ciudades españolas que no habían recibido la unción de la capitalidad provincial en la reforma administrativa de Javier De Burgos de 1833, cuya aportación al conjunto de la inmigración urbana pasó del 30 al 41% entre 1905 y 1930, especialmente en aquellas áreas económicamente estancadas, como ocurría en los casos andaluz, extremeño, castellanomanchego, gallego o asturiano (Figura 5.39)¹⁰¹. Por otro, Madrid también era el lugar de llegada de una inmigración más cualificada que la anterior (Figura 5.43), procedente de las capitales provinciales españolas, especialmente de los centros económicos de escala regional más dinámicos, como Valladolid, Zaragoza, Sevilla, Valencia, Bilbao o La Coruña (Figura 5.37). Núcleos que actuaban como correas de transmisión para que el sistema nacional de transportes, comunicaciones, servicios y tráfico comercial, asentados sobre los ejes de Madrid y Barcelona, rodara convenientemente y estuviera bien engrasado.

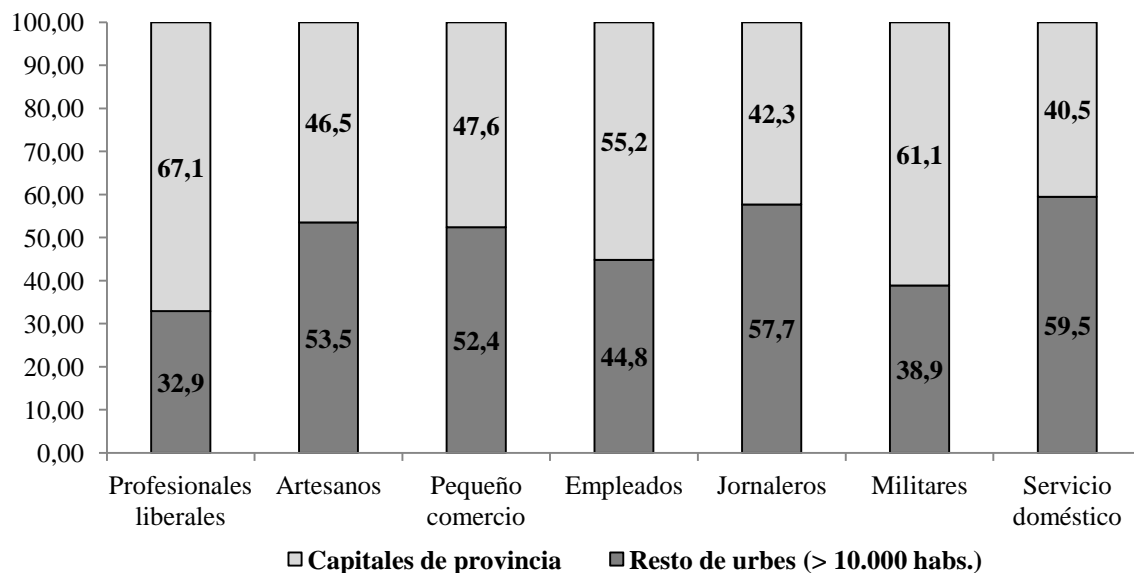


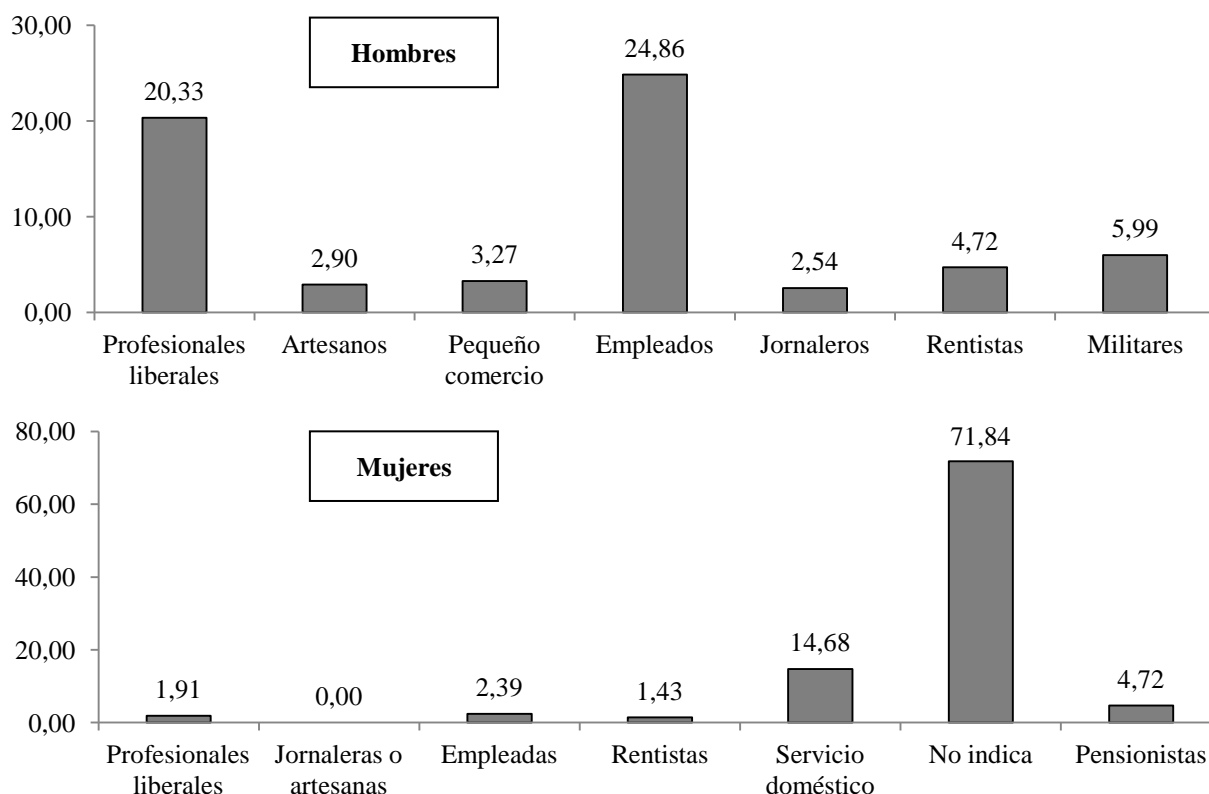
Figura 5.43. Diferencias en el lugar de nacimiento de la inmigración urbana masculina según su profesión (1930). Hombres mayores de 14 años con menos de 2 años de residencia en la capital. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Protagonizada por individuos y familias encabezadas por personas altamente formadas, cualificadas intelectual y técnicamente, y que atesoraban experiencia en la compleja economía urbana surgida de la segunda revolución industrial y del desarrollo del capitalismo, la inmigración de origen urbano se dirigió hacia Madrid con el objetivo de sacar el máximo rendimiento posible a sus capacidades y triunfar en ella socioeconómicamente. Y para ello, el Ensanche Este se erigió como uno de los espacios urbanos predilectos para ubicar su residencia, donde suponían el 40% del total de la población inmigrante, proporción que entre los recién llegados ascendía hasta el 50% (Figura 5.34)¹⁰². Todo lo contrario ocurría en barrios de extracción popular como los que englobaba el Ensanche Sur, su *álder ego* socioeconómico en la ciudad, donde su

¹⁰¹ AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid y censos nacionales de 1900 y 1930, INE.

¹⁰² En el caso del Ensanche Este, se ha considerado población de origen urbano a aquellos que nacieron en cualquiera de las capitales de provincia españolas o en núcleos que albergaban a más de 10.000 habitantes a la altura de 1930. INE, censo nacional de dicho año.

presencia, aunque también en auge, era bastante más reducida¹⁰³. Unas diferencias que eran fruto, una vez más, de la segregación espacial de la ciudad y de la consolidación de férreas fronteras socioeconómicas que la fragmentaban en compartimentos estancos, haciendo atractivos determinados barrios a los ojos de las familias e individuos inmigrantes más acaudalados, quienes por norma general procedían del mundo urbano peninsular, como confirma su cualificación laboral, la disponibilidad de servicio doméstico interno o la cuantía de los alquileres sufragados (Figura 5.42).



Figuras 5.44 y 5.45. Integración socioprofesional de la población extranjera recién llegada a Madrid según su sexo y residente en el Ensanche Este en 1930. Datos porcentuales. Personas mayores de 14 años y con menos de dos años de residencia en la capital. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

No obstante, si había algún conjunto migratorio de los que llegaban anualmente a Madrid claramente homogéneo socioeconómicamente, éste era sin duda el de los inmigrantes extranjeros. Pocos de aquellos forasteros que emigraron a Madrid eran campesinos, jornaleros o trabajadores manuales poco o nada cualificados en sus países de origen. Era una cuestión lógica, ya que a Madrid no se llegaba *de paso*, es decir, no era un puerto marítimo acostumbrado al trajín de comerciantes, marineros, estibadores o aprendices, ni lanzadera de ninguna de las rutas migratorias internacionales que desde Europa nutrían América en estos años, factores que henchían de emigrantes nacionales y extranjeros que huían del estancamiento económico de sus regiones de origen ciudades portuarias como Hamburgo, Bremen, Liverpool, Amberes, Nápoles, Rotterdam, Génova, Cádiz, Lisboa, Oporto, La Rochelle o Llames principalmente¹⁰⁴.

¹⁰³ En el Ensanche Sur, la población inmigrante de origen urbano, contabilizada sólo la nacida en las capitales provinciales, representaba el 17,3% del contingente forastero que allí residía, mientras que en el Ensanche Este esta proporción ascendía al 23,1%.

¹⁰⁴ RYSKAMP, G. R.: "Les archives de l'émigration européenne, 1802-1925", *World Library and Information Congress, 70th IFLA General Conference and Council*, Buenos Aires, agosto 2004.

En su amplia mayoría, la comunidad extranjera que llegaba a Madrid estaba formada por individuos altamente cualificados y emprendedores, que tomaron esta elección de forma consciente persiguiendo un jugoso porvenir de sólidos cimientos. Históricamente, la población extranjera afincada en la capital, más allá de ilustres banqueros, aristócratas y artistas, se había caracterizado por emplearse en el comercio de lujo y la alta manufactura a la sombra de la Corte, en la labor diplomática de las distintas cancillerías europeas, o como avezados pioneros en traer y explotar en la capital nuevos inventos y formas de producción surgidos allende nuestras fronteras, como el ejemplo de los Stuyck y la tapicería artesanal madrileña¹⁰⁵. Esta figura no desapareció con el cambio del siglo XIX al XX, ya que son conocidos casos como los de la Casa Labourdette¹⁰⁶, pero la edificación del Estado liberal y la densificación de la administración pública, abrió la espita para la necesidad de contratar capital humano extranjero profesionalizado, necesario para emprender tan colosal empresa y vencer las carencias formativas del país. De este modo, en la segunda mitad del siglo XIX llegaron a Madrid, centro rector de tales procesos, decenas de extranjeros que rápidamente obtuvieron plaza en puestos de relevancia tanto en las remodeladas como en las nuevas dependencias e instituciones del Estado. Además, la liberalización económica también favoreció la atracción internacional de profesionales liberales como abogados, médicos, arquitectos o ingenieros, quienes copaban los mejores cargos y sueldos del sector privado (Figura 3.43). Ya en el siglo XX, la profunda modernización económica que transformó la ciudad a partir de la I Guerra Mundial, con la emergencia de la sociedad de masas y de consumo, convirtió a Madrid en el principal lugar de destino, seguida de Barcelona, para todas aquellas empresas y sociedades internacionales que quisieron adentrarse en el férreo mercado español¹⁰⁷. De este modo llegaron a la ciudad representantes e intermediarios comerciales, inversores y empresarios, empleados de banca especializados y directivos extranjeros ligados principalmente al tejido industrial y al sector servicios¹⁰⁸. Éstos a su vez fueron apoyados en sus negocios privados o públicos por sus respectivos países, cuyos cuerpos diplomáticos se hallaban en plena expansión gracias a las figuras de los agregados y secretarios comerciales, cuyo papel se había vigorizado en un contexto internacional de búsqueda y asimilación de mercados, dificultado por el proteccionismo europeo¹⁰⁹.

	Alquiler medio anual (ptas.)	Hogares con servicio doméstico	Sueldo anual (ptas.)		Sueldo diario (ptas.)	
			<i>Prof. Liberales</i>	<i>Empleados</i>	<i>Jornaleros</i>	<i>Artesanos</i>
Extranjeros	2.751	48%	12.153	6.820	6,6	7,8

Figura 5.46. Principales características socioeconómicas de la población extranjera recién llegada residente en el Ensanche Este. Se ha seguido el mismo análisis que el utilizado para la confección de la Figura 5.42. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

¹⁰⁵ VIDAL GALACHE, F. y VIDAL GALACHE, B.: *La Real Fábrica de Tapices en los documentos de su Archivo*, Madrid, Real Fábrica de tapices, 2000; *La Real Fábrica de Tapices. Pasado y presente*, UNED, 2007; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit., pp. 269-272.

¹⁰⁶ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit., pp. 495-502.

¹⁰⁷ TORTELLA CASARES, G.: “La iniciativa empresarial, factor escaso en la España contemporánea”, en COMÍN, F. y MARTÍN, P. (ed.): *La empresa en la historia de España...*, pp. 49-60.

¹⁰⁸ CARBALLO BARRAL, B.: “El papel de los profesionales liberales en el mercado laboral de Madrid (1900-1930) III Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea, Op. Cit.;

¹⁰⁹ CALDUCH, R.: *Dinámica de la Sociedad Internacional*, CEURA, Madrid, 1993; TAFUNELL, X. y CARRERAS, A.: “El crecimiento económico en la Unión Europea, 1830-2000”, *Cuadernos económicos del ICE*, nº 70, 2005, pp. 25-50.

El resultado de tal proceso consolidó una colonia extranjera en la capital altamente acaudalada, especialmente la que se concentraba en uno de sus espacios más granados: su Ensanche Este. Diplomáticos de carrera, profesionales liberales altamente especializados, directivos de empresas internacionales enviados expresamente a Madrid para supervisar a su filial española, representantes comerciales, y empleados altamente cualificados en sectores punteros como la telefonía, la electricidad, la publicidad o la automoción, componían este granado segmento migratorio (Figura 5.44). Casos como el de Nicholas Anderson Patton, natural de Glasgow y destinado a Madrid por la Westinghouse Electric a mediados de 1930 como ingeniero eléctrico con una remuneración de 30.000 pesetas anuales, y que residía junto a su esposa, dos hijos y dos criadas en un quinto piso del nº 10 del Paseo de la Castellana de 6.500 pesetas de alquiler anual; el neoyorquino John Rodney Parker, que llegó en septiembre del mismo año como representante comercial de la General Electric Company, ocupación por la que recibía 24.000 pesetas anuales que le permitía residir junto a su esposa y una sirvienta en un principal de la calle Torrijos nº 74 de 2.100 pesetas de alquiler anual; o el americano Stanley Williams, que ocupaba un cargo de empleado altamente cualificado desde 1929 en la International Banking Corp. con unos emolumentos anuales de 15.000 pesetas, que le permitía residir junto a su esposa, un hijo y dos criadas en un lujoso ático del nº 3 de la calle General Oraá de 9.000 pesetas al año. Como se desprende de los ejemplos anteriores, la mayoría de las familias extranjeras residentes en el Ensanche Este de Madrid disfrutaban de unas ganancias salariales muy superiores a la media, invertidas en unas amplias, confortables y mejor situadas viviendas (y más onerosas), y de un servicio doméstico interno que aligeraba de ocupaciones domésticas a casi la mitad de sus familias (Figura 5.45).

En conclusión, la necesidad de emigrar por la penuria económica que atenazó a los habitantes de las zonas rurales más deprimidas del país en el caso de unos, y el deseo de emprender el viaje para alcanzar mayores cotas profesionales desde los núcleos urbanos españoles o el extranjero en el caso de otros, fueron dinámicas que se unieron a la ya de por sí potente fuerza gravitatoria que infundía Madrid sobre el resto del país como consecuencia de su capitalidad política, económica, financiera, de transportes y comunicaciones, de ocio, ciencia, consumo y servicios. Como consecuencia, la ciudad se vio inmersa en un profundo y renovado proceso de modernización económica que la hizo descollar del bosque urbano peninsular (como Barcelona o Bilbao), generando una imagen de *tierra de promisión* hacia todo aquel que la vislumbrara desde el horizonte. Una perspectiva cuyo reflejo, como hemos visto, devolvía destellos muy dispares a los ojos del recién llegado a Madrid. Factores como el grado de desarrollo existente en los lugares de procedencia, la cualificación laboral esgrimida y la experiencia atesorada por cada uno de ellos en el ámbito urbano fueron elementos que, sin ser deterministas, influyeron considerablemente en las posibilidades de la población inmigrante de lograr una integración socioeconómica en Madrid relativamente exitosa. Eran factores cardinales sin lugar a dudas, pero la integración social de la inmigración no se redujo únicamente a su faceta laboral, sino que también deben ser tenidos en cuenta los vínculos familiares, el recurso al paisanaje y el parentesco de los inmigrantes llegados durante el primer tercio del siglo XX.

5.3. ¿Perdidos en la gran ciudad? Parentesco, paisanaje y movilidad residencial en el Madrid de 1930.

5.3.1. La densificación de los vínculos familiares: inmigración, coresidencia y cualificación laboral.

La dinamización de los movimientos migratorios peninsulares durante el primer tercio del siglo XX significó para Madrid el desbordamiento de la barrera del millón de habitantes. A partir de la década de los veinte, hacer alusión a los centenares o millares de nuevos emigrados que se instalaban anualmente en la capital quedó desfasado, no porque no los hubiera, sino porque entonces la unidad más acorde eran las decenas de millar (Figura 5.2). Los movimientos migratorios preindustriales habían sido, a la vez, emigraciones coyunturales para aquellos que los protagonizaban, y estructurales al modelo socioeconómico vigente en las economías rurales españolas durante los últimos siglos. Pero la irrupción de la industrialización y el capitalismo, con la profundización de los desequilibrios económicos tanto entre regiones como entre los ámbitos rural y urbano, comprometieron la vigencia de tal modelo y alteraron su composición. Tras una segunda mitad del siglo XIX y unos titubeantes inicios del XX en los que el crecimiento demográfico anual de la ciudad fue estable, los años que sucedieron a la Gran Guerra fueron testigos de un torrente migratorio hacia los núcleos urbanos españoles en general, y hacia los polos de Madrid y Barcelona en particular, sin parangón en su historia anterior.

Rol en el hogar	1860	Evolución 1860-1878	Evolución 1878-1905	Evolución 1905-1930	1930	Diferencia 1860-1930
Cabezas de familia	11,05	+3,36	-3,09	+4,58	15,90	+4,85
Cónyuges	9,88	+1,69	+1,10	+1,02	13,69	+3,81
Hijos	17,73	+3,21	+5,20	+4,28	30,42	+12,69
Total nucleares	38,66	+8,26	+3,21	+9,89	60,02	+21,36
Parientes	7,85	+4,67	-0,25	+0,80	13,07	+5,22
Total familiar	46,51	+12,92	+2,97	+10,69	73,09	+26,58
Servicio doméstico	25,87	+2,23	+2,51	-8,66	21,95	-3,92
Empleados	8,14	-5,53	+0,26	-1,21	1,66	-6,48
Realquilados	17,15	-8,78	-5,43	-1,31	1,63	-15,52
Otros	0,87	-0,15	-0,64	+0,05	0,13	-0,74
Cabezas solos	1,45	-0,68	+0,33	+0,44	1,54	+0,09
Total lógica no familiar	53,49	-12,92	-2,97	-10,69	26,91	-26,58

Figura 5.47. Inserción en el hogar de la población inmigrante recién llegada. Padrones municipales de Madrid de 1860, 1878, 1905 y 1930. AVM, Estadística. Datos porcentuales. Se ha tomado como unidad de análisis el conjunto de inmigrantes de cada padrón llegados en los dos últimos años para recoger con rigor el tipo de inserción residencial de los inmigrantes antes de que su situación residencial cambiase.

Esta masiva y aparentemente descontrolada afluencia emigrante hacia las grandes ciudades, cuya *embestida* destruyó definitivamente la concepción urbanística liberal de los ensanches burgueses, no fue consecuencia de un desorganizado *sálvese quien pueda* de origen rural hacia las prósperas islas urbanas. Si la emigración preindustrial estuvo protagonizada mayoritariamente por jóvenes procedentes del campo que, en solitario o en pequeñas cuadrillas, de forma temporal o estacional, partían desde

sus respectivos puntos de origen en épocas de baja producción agrícola hacia los núcleos urbanos cercanos o hacia lejanas regiones agrícolas para implementar sus ingresos familiares como jornaleros, labriegos o criadas¹¹⁰, la modernización de los movimientos migratorios acaecida desde finales del siglo XIX se caracterizó, en cambio, por el firme ascenso de unas emigraciones familiares de tinte permanente¹¹¹.

Una cosa era separarse por una breve temporada ante la necesidad de diversificar el presupuesto familiar de los padres, hermanos, parientes, amigos y, cuando los hubiera, de la pareja y los hijos (práctica ampliamente extendida entre la población europea de origen rural¹¹²), y otra bien distinta era verse impelidos a abandonar sus hogares de manera indefinida ante la falta de futuro. Por ello, a la par que la modernización económica se adentraba en el país de un modo desigual, dinamizando unas zonas y condenando a otras, entre 1860 y 1930 la población que emigró hacia la capital acompañada de familiares directos (cónyuge e hijos) o bien para reunirse con ellos en la ciudad, se incrementó enérgicamente¹¹³. Entre ambas fechas, la población inmigrante que se asentó residencialmente en ella formando parte de una unidad familiar nuclear aumentó del 39 al 60%, englobando a cerca de las dos terceras partes del total (Figura 5.47). Familias que emprendieron el viaje conjuntamente, como el matrimonio formado por Víctor Sánchez Lucas y Baltasara López Astudillo, naturales del pueblo vallisoletano de Nava del Rey como sus cinco hijos de 12, 10, 8, 5 y 4 años de edad, con los que llegaron en 1929 a la capital¹¹⁴; padres que se adelantaron a su familia e hicieron las veces de puesto de avanzada en Madrid para tentar el suelo, como el ferroviario de la MZA Felipe Ramos López, quien arribó a la capital procedente del pueblo ciudadrealeño de Santa Cruz de Mudela, donde se situaba la importante estación de dicha compañía que enlazaba Madrid con el sur peninsular, en abril de 1930, un par de meses antes de la llegada de su esposa Adela Muela González y sus dos hijos de corta edad¹¹⁵; e hijos que hicieron lo propio y apostaron por labrarse un futuro al cobijo de la capital y que, con el tiempo, atrajeron hacia ella a otros miembros de su familia, como Luis Cendrero García, joven procedente de Siruela, Badajoz, que llegó en 1926 a

¹¹⁰ EIRAS ROEL, A. y REY CASTELAO, O.: *Migraciones internas y médium-distance en la península ibérica, 1500-1900*, Santiago de Compostela, I Conférence européenne de la Commission Internationale de démographie historique, 2 Vols., 1993; CAMPS i CURÁ, E.: “Las migraciones locales en España, siglos XVI-XIX”, en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XI, I, 1993, pp. 21-40.

¹¹¹ SILVESTRE RODRÍGUEZ, Javier, “Las migraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica”, *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, nº 2, 2002, pp. 227-248; GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, Karnele (eds.): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Bilbao, UPV, 1996.

¹¹² LE PLAY *Les ouvriers des deux mondes*, Tours, Mame, 1858; *Campesinos y pescadores del norte de España*, Clásicos Agrarios, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Edición, introducción y notas de J. Sierra Álvarez, Madrid, 1990; HAJNAL, J.: “Age at marriage and proportions marrying”, *Population Studies*, 7, 2, pp. 111-136; CHAYANOV: *La organización de la unidad económica campesina*, Nueva visión, Buenos Aires, 1985; ARIÈS, P.: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Taurus, Madrid, 1988; LASLETT, P.: *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987; BURGUIÈRE, A.: *Historia de la familia*, 2 Vols., Alianza Editorial, Madrid, 1988 y TODD, E.: *La invención de Europa*, Tusquets, Barcelona, 1995.

¹¹³ Las investigaciones realizadas en los Ensanches Norte y Sur corroboran dicha tendencia: PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

¹¹⁴ En 1930, esta familia estaba empadronada en un bajo del nº 7 de la calle Maldonado por la que pagaban 540 pesetas anuales, cuantía que era pagada con lo que Víctor ganaba como jornalero. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

¹¹⁵ Este matrimonio estaba empadronado en diciembre de 1930 en un primero de la calle Sánchez Barcáiztegui por el que pagaban un alquiler de 900 ptas. anuales. AVM, Estadística, padrón de 1930.

Madrid y que, tras varios años trabajando como jornalero en las distintas obras de la capital, persuadió a sus padres, Luciano y Petra, para que fueran a la ciudad, adonde llegaron en junio de 1930¹¹⁶.

La fortaleza de la función de auspicio ofrecida por los familiares directos asentados en Madrid, la creciente desconfianza en las posibilidades socioeconómicas de desarrollo que albergaban los habitantes de amplias zonas del país, y la convicción de que la capital ofrecía mayores perspectivas de mejora laboral para los mejor formados, incentivaron esta inmigración de vocación permanente y de marcado carácter familiar dentro del conjunto de los movimientos migratorios interiores. Madrid era uno de los destinos peninsulares prioritarios para la emigración rural y urbana, una capital que adquiriría un poder de atracción cada vez más rutilante, y que cada año era más accesible gracias a la ya tupida red ferroviaria nacional, a la expansión del entramado carreteril secundario, a la motorización del transporte y a la tímida aparición de las primeras carreteras asfaltadas españolas¹¹⁷, con líneas de autobuses que unían la capital con sus provincias adyacentes recogidas con exactitud en la *Memoria de la Ciudad* de 1929¹¹⁸.

Tipo de origen	Media 1905		Media 1930	
	Rural	Urbano	Rural	Urbano
<i>Inmigración por etapas</i>	18,57	26,50	20,15	18,81
<i>Inmigración Directa</i>	81,43	73,50	79,85	81,19
<i>Sin hijos</i>	53,83	37,85	29,74	25,97
<i>Con hijos</i>	27,60	35,65	50,11	55,22

Figura 5.48. Evolución de las formas de llegada hacia Madrid de las parejas inmigrantes según fuera su origen rural o urbano entre 1905 y 1930. Datos porcentuales. La metodología utilizada para la realización de esta figura es la misma que la explicada en la Figura 2.14. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1905 y 1930.

Factores que influyeron considerablemente en la evolución de las distintas estrategias migratorias seguidas a lo largo del primer tercio del siglo XX por las parejas inmigrantes del mismo origen que llegaron a la capital¹¹⁹. Por un lado, provocó su ascenso como primer lugar de destino para una buena parte de la emigración interior, un destino que cada vez era más buscado directamente, sin paradas intermedias. La inmigración por etapas, derivada entre otras razones de una azarosa peripecia vital, una decisión personal consciente, los vínculos de parentesco o los tradicionales lazos

¹¹⁶ Esta familia residía en la vivienda B del segundo piso central del nº 11 de la calle Alcalde Sainz de Baranda, cuyo alquiler ascendía a las 600 ptas. anuales. AVM, Estadística, padrón de 1930.

¹¹⁷ BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Atlas histórico de las comunicaciones en España, 1700-1998*, Op. Cit.; HERRANZ LONCÁN, A.: *La dotación de infraestructuras en España, 1845-1935*, Banco de España, Madrid, Estudios de Historia Económica nº 45, 2004, pp. 44-57; URIOL SALCEDO, J. I.: *Historia de los caminos de España*, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid, 1992; RODRÍGUEZ LÁZARO, F. J.: *Las primeras autopistas españolas (1925/1936)*, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid, 2004.

¹¹⁸ *Memoria: información sobre la ciudad, año 1929*. Ayto. de Madrid, 1929. Edición digital a cargo de Carmen Priego, Museo Municipal de Madrid, 2006, pág. 158.

¹¹⁹ Como ya se mencionó en el capítulo 2, este método sólo ha utilizado como casos de estudio aquellas parejas nacidas en el mismo núcleo de población y llegadas a la capital a la vez para eliminar los matrimonios inmigrantes formados en la capital, que eran ampliamente mayoritarios. Por ello, los resultados aquí indicados no son extrapolables directamente al conjunto de la población madrileña, si bien arrojan luz sobre los comportamientos migratorios emprendidos por las parejas inmigrantes ya formadas antes de su llegada a la capital.

culturales existentes, se fue reduciendo paulatinamente tanto entre las parejas inmigrantes de origen urbano como entre las de origen rural. Era la confirmación de una tendencia ya vislumbrada en la segunda mitad del siglo anterior, por la cual la proporción de parejas inmigrantes llegadas al Ensanche Este de la ciudad como resultado de una migración por etapas se había reducido hasta la quinta parte (Figuras 2.14 y 5.48). Esta movilidad escalonada, se apoyaba en las cuencas migratorias secundarias del país, que por lo general nacían en el campo y los pequeños núcleos urbanos peninsulares, transitaban por centros económicos regionales como Zaragoza, Valladolid, Valencia, Sevilla o La Coruña, y desembocaban en una emigración exterior o en la integración en las mayores urbes del país, verdaderos ejes comerciales, industriales y de servicios de escala nacional, preferentemente Madrid y Barcelona y, en segunda línea, Bilbao¹²⁰. Como demostrase Enriqueta Camps para el Sabadell del siglo XIX, el 60% de las familias inmigrantes residentes en este núcleo industrial intermedio emigró antes de cumplir un quinquenio residiendo en él, demostrando una estrategia de residencia coyuntural, de paso hacia el objetivo final, Barcelona¹²¹. Si la inmigración escalonada se redujo, fue a consecuencia del ascenso de la percepción de los grandes núcleos urbanos como los destinos primarios para las parejas y familias inmigrantes tanto de origen urbano y rural¹²². Una inmigración escalonada que se veía, lógicamente, influida por la distancia existente entre los respectivos lugares de procedencia de las familias inmigrantes y Madrid, siendo más del doble entre aquellos llegados allende del arco provincial más próximo a la capital, que disponían de un abanico de posibilidades más amplio en el que competían radios de atracción de escala muy variada, emanados tanto de pequeñas cabezas de partido judicial como de las capitales provinciales y de los centros económicos regionales. Por otro lado, el análisis de la migración conjunta de las parejas inmigrantes tampoco deja dudas en relación a un aspecto ya apuntado: el incremento paulatino de la inmigración familiar, de padres e hijos al unísono, que suponían más de las cuatro quintas partes de las parejas urbanas, y hasta el 90% de las rurales entre las parejas inmigrantes asentadas en el Ensanche Este de Madrid en 1930¹²³. Este contingente fue el que mayor variación sufrió respecto al total de las parejas inmigrantes analizadas entre 1905 y 1930, especialmente entre aquellas que emprendieron una movilidad directa hacia la capital, ya que su cuota se incrementó en quince puntos porcentuales entre las de origen rural, y en cerca de treinta entre las urbanas.

¹²⁰ MIKELARENA, F.: “Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias”, *Cuadernos aragoneses de Economía*, Vol. 3, nº 2, 1993, pp. 213-240; y “Estructura económica, evolución cuantitativa de la población y balances migratorios de las capitales de provincia españolas en el período 1860-1930. Un análisis comparativo”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Op. Cit., pp. 87-114;

¹²¹ CAMPS CURÁ, E: *La formación del Mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995.

¹²² Para el caso del campo catalán y su clara concentración migratoria hacia Barcelona desde el último tercio del siglo XIX consultar: CAMPS CURÁ, E: “Urbanización y migraciones internas durante la transición al sistema fabril: el caso catalán”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, VII, 2, 1990, pp. 73-95; REHER, D. S. y CAMPS CURÁ, E: “Las economías familiares dentro de un contexto histórico comparado” en *REIS*, nº 55, pp. 65-91.

¹²³ No obstante, los datos recogidos indirectamente del padrón madrileño no muestran una lógica totalmente coherente en este sentido, ya que el modo de llegada a la ciudad también se hallaba íntimamente relacionado con factores como la cualificación laboral del cabeza de familia, factor que se veía claramente influido por la desigual realidad socioeconómica entre las distintas zonas de Madrid y que provoca que, en un espacio negativamente segregado como el Ensanche Sur, la realidad fuera contraria a la aquí apuntada. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit., pp. 409-422.

Composición y tamaño del hogar en el Ensanche Este de Madrid (1905-1930)			
Rol que ocupa en el hogar	1930	%	Evolución % (1905-1930)
Cabeza	1,00	22,22	+ 1,22
Cónyuge	0,68	15,11	+ 0,19
Hijos	1,68	37,33	+ 1,09
Parientes	0,53	11,78	+ 2,12
Domésticos	0,54	12,00	- 2,11
Sin parentesco	0,06	1,33	- 2,45
Huéspedes	0,01	0,22	+ 0,01
TAMAÑO DEL HOGAR	4,50	100,00	100,00

Figura 5.49. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1905 y 1930.

La fuerza y solidaridad de los vínculos de parentesco no se circunscribió sólo al ámbito de la familia nuclear, sino que los lazos de sangre siguieron siendo una argamasa consistente y de manida recurrencia en el Madrid de los años treinta más allá de la relación directa entre padres e hijos. Siguiendo la tendencia ya observada desde mediados del siglo XIX, la utilización del parentesco como cadena de transmisión y apoyo mutuo entre la población forastera gozaba de buena salud en el Madrid de 1930, en una urbe de un millón de habitantes. Si bien la proporción de familias complejas había disminuido respecto al total, el número de parientes corresidentes había aumentado a lo largo del primer tercio del siglo XX en el Ensanche Este (Figuras 5.47, 5.49 y 5.53). El respaldo de la familia y el parentesco se dejaban notar en este espacio urbano a través de múltiples ramificaciones: emprendiendo el viaje hacia la ciudad de forma conjunta o a través de un proceso escalonado de decantación, alojando en el hogar a un solo individuo o mediante la convivencia de varios núcleos familiares emparentados entre sí de forma colateral o troncal, ofreciendo una mera estancia temporal o dando un apoyo activo en la búsqueda de vivienda y ocupación ante la idea de asentarse definitivamente en la capital, etc. En un volumen de población tan amplio, los casos eran muy variados, yendo desde padres que optaban por acompañar a sus hijos y sus familias en la encrucijada de adaptarse en la capital para lograr un futuro mejor, hermanos con sus respectivas familias que se adentraban en Madrid de la mano, sobrinos que iniciaban sus estudios en la Universidad Central y que eran alojados en casa de sus tíos, jóvenes que lograban empleo y alojamiento como criadas en el mismo hogar que sus primas, o hasta familiares de edad avanzada que, habiendo sufrido la desgracia de quedarse viudos, buscaban el consuelo y la compañía de sus parientes en la ciudad.

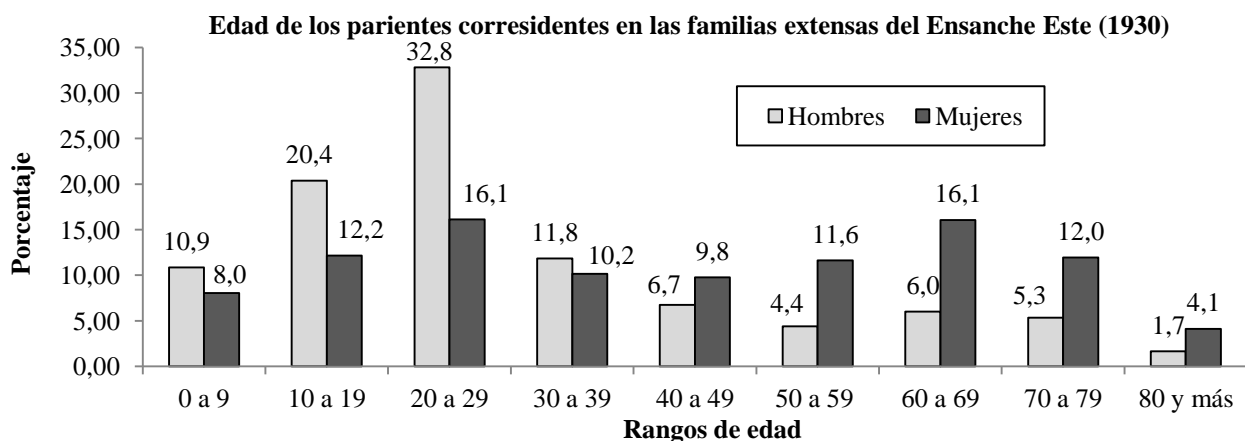


Figura 5.50. Elaboración propia. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Entre tal maraña de peripecias y decisiones vitales, destacaba la emigración realizada de forma individual, más allá de las migraciones conjuntas protagonizadas por familias extensas, troncales o colaterales. La mayor parte de los parientes corresidentes llegaban a la ciudad solos, aunque teniendo en mente una dirección a la que dirigirse, con la seguridad y confianza de que en ella un pariente más o menos cercano le abriría la puerta. Esta red de seguridad y auspicio familiar mostraba en el caso del Ensanche Este dos grandes tipologías migratorias según el género del inmigrante que afectaba a su edad y al tipo de parentesco que le unía a la familia de acogida. En el caso de las mujeres que se integraron residencialmente en el Ensanche Este de la ciudad como parientes corresidentes, abundaban las familiares ascendentes, como madres, suegras, tías y hermanas mayores, de una edad más avanzada que en el caso de los hombres. Mientras tanto, en el caso de los parientes varones que hacían uso del parentesco, abundaban más los familiares de tipo descendiente, como sobrinos, hermanos, cuñados y nietos de edades más jóvenes (Figuras 5.50 y 5.51).

Tipo de parentesco	Mujeres		Hombres		Total	
	Nº	%	Nº	%	Nº	%
Hermanos	2.176	25,86	1.120	23,36	3.296	24,95
Sobrinos	1.126	13,38	980	20,44	2.106	15,94
Cuñados	1.027	12,20	651	13,58	1.678	12,70
Nietos	758	9,01	716	14,94	1.474	11,16
Padres	1.186	14,09	272	5,67	1.458	11,04
Suegros	864	10,27	207	4,32	1.071	8,11
Nueras/Yernos	335	3,98	386	8,05	721	5,46
Parientes	327	3,89	206	4,30	533	4,04
Primos	261	3,10	180	3,75	441	3,34
Tíos	326	3,87	70	1,46	396	3,00
Abuelos	29	0,34	6	0,13	35	0,26
Total	8.415	100,00	4.794	100,00	13.209	100,00

Figura 5.51. Tipos de parentesco de los parientes corresidentes empadronados en las familias complejas del Ensanche Este de Madrid respecto al cabeza de familia y según su sexo. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

Esta realidad denota una clara diferenciación en los objetivos buscados por unas y otros a la hora de recurrir a esta estrategia de integración residencial en la ciudad, derivada de la todavía enorme discriminación existente entre los roles que hombres y mujeres poseían en la sociedad española en general y madrileña en particular en vísperas de la IIª República¹²⁴. En el caso de las mujeres, las que con más ahínco recurrían al hospedaje del parentesco (el 64% lo eran), buscaban el papel asistencial que la coresidencia familiar ofrecía en las especialmente críticas etapas de la vejez y

¹²⁴ La discriminación laboral, política, jurídica, educativa y moral de las mujeres en esta época está altamente contrastada, haciendo referencia aquí a un reducido número de obras bibliográficas sobre dicha cuestión. CAPEL MARTÍNEZ, R.: *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Mterio. de Cultura, Madrid, 1982; ARAQUE HONTANGAS, N.: *La educación secundaria femenina, 1900-1930*, Editorial Complutense, Madrid, 2010; BENSO CALVO, C: “Exclusión, discriminación y resistencias. El acceso de la mujer al sistema educativo (1883-1930)”, en JATO IGLESIAS, E. e IGLESIAS DA CUNHA, L.: *Xénero e educación social*, Edicións Laiovento, Santiago de Compostela, 2003, pp. 57-78; MARÍN ECED, T. y DEL POZO ANDRÉS, Mª M.: *Las mujeres en la construcción del mundo contemporáneo*, Diputación Provincial de Cuenca, 2003.

viudedad, época del ciclo vital en la que su dependencia económica era mayor ante la falta del sostén del cabeza de familia varón, y área dónde la presencia del Estado todavía era embrionaria. De este modo, más de la mitad de las mujeres que se beneficiaban de este tipo de solidaridad familiar en el Ensanche Este eran personas que sobrepasaban los cuarenta años de edad, eran de origen abrumadoramente inmigrante (más del 80%) y que habían quedado viudas (el 55%) o se habían mantenido célibes a lo largo de su vida (el 36%)¹²⁵. Por otro lado, los varones inmigrantes que eran amparados residencialmente por sus familiares eran abrumadoramente jóvenes (las dos terceras partes no habían cumplido la treintena), ya que solían ser jóvenes sobrinos, primos o hermanos pequeños que buscaban recibir un apoyo eventual en sus primeros pasos en la capital hasta integrarse socioeconómicamente en ella, o bien disponer de un alojamiento de confianza mientras cursaban sus estudios secundarios o universitarios en Madrid. Una diferenciación por sexos que se hallaba directamente influida por la posición socioeconómica de la familia de acogida y su capacidad para cobijar a parientes.

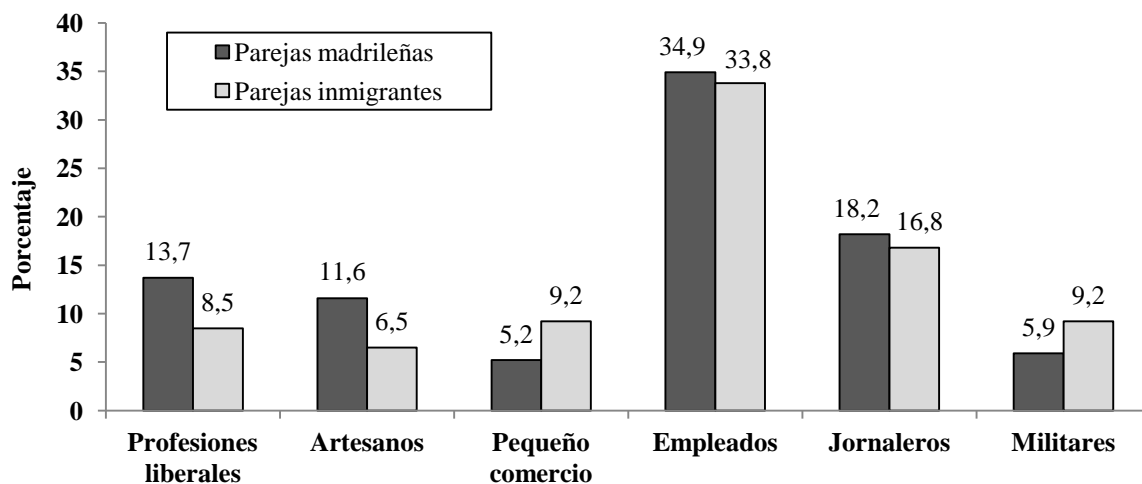


Figura 5.52. Distribución de las familias complejas residentes en el Ensanche Este de Madrid según la profesión del cabeza de familia y el origen de ambos cónyuges. Datos porcentuales. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

Las familias encabezadas por modestos comerciantes e industriales se caracterizaron por abrir las puertas del hogar a jóvenes familiares de ambos sexos que les ayudaban en sus negocios atendiendo y despachando a los clientes, cuidando el hogar y la prole o limpiando el local. De este modo actuó, entre otros casos, el matrimonio formado por Felipe Rogela y Francisca Serna, quienes regentaban en 1930 una modesta tienda de comestibles en el nº 8 de la calle Gutenberg, y que dada su avanzada edad (ambos superaban los 65 años de edad), además de contar con la ayuda de dos hijas veinteañeras y un dependiente interno, decidieron alojar en el seno de su familia a un joven sobrino que llegó a la capital con 13 años, dos años atrás para que les echara una mano. El mismo fenómeno ocurría entre las familias artesanas que disponían de un taller o un obraje propio, especialmente las de origen madrileño, firmemente asentadas en la ciudad. La vejez, la viudedad de uno de los cónyuges o el período de lactancia y cuidado de los hijos pequeños, eran momentos clave en los que el deseo de los familiares de adentrarse en el mercado laboral madrileño y la necesidad de la unidad familiar para mantener a flote el taller confluían. Eran constantes los casos como el de la pareja formada por Marcelino de la Peña y Teodora García, que poseedores de un taller de fontanería en el nº 105 de la calle Velázquez, y padres de un niño y una niña de

¹²⁵ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

cuatro y dos años respectivamente, habían recurrido al parentesco para seguir manteniendo el taller: en cuanto nació su primer hijo alojaron en su hogar a un sobrino de 15 años como aprendiz, y varios meses después de que naciera la segunda, hicieron lo propio con un hermano de Teodora de la misma edad. Así Marcelino, con la ayuda de sus dos jóvenes ayudantes, podía sacar adelante los pedidos y arreglos de la tienda mientras su esposa podía dedicarse íntegramente al cuidado del hogar y a la crianza de sus pequeños¹²⁶. Aunque la situación económica de comerciantes y artesanos no solía ser tan boyante como para facilitar la cohabitación de varios parientes a la vez, el beneficio de acoger a un pariente, además del propio movimiento de solidaridad que movía dicha acción, era evidente y compartido por ambas partes: mientras la familia de acogida disponía de una mano de obra más barata y de confianza que cualquiera que pudiera contratar, el pariente aceptado en su seno aprendía los entresijos del negocio para su ulterior puesta en práctica.

Tipo de familia	1930		
	M	I	Diferencia
Complejas	27,45	26,34	1,11
Con realquilados	3,51	4,24	-0,73
Familia nuclear	62,54	61,99	0,55
Hogares sin núcleo	6,50	7,43	-0,93

Figura 5.53. Composición de los hogares del Ensanche Este de Madrid (1930). La clasificación familiar utilizada es la misma que en la Figura 2.29. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930. Leyenda: **M.** Hogares encabezados por cónyuges madrileños; **I.** Hogares encabezados por cónyuges inmigrantes.

Por su parte, las familias jornaleras residentes en el Ensanche Este de la ciudad a la altura de 1930, la mayoría de las cuales vivían del sector de la construcción, también actuaron como plataformas de acceso al mercado laboral madrileño para parientes jóvenes. Las mujeres se beneficiaban de las redes informales de colocación que sus parientes poseían en el barrio para encontrar una casa donde servir, una práctica que seguía estando muy en boga, especialmente entre aquellas familias que procedían de los alrededores de la ciudad. Estas familias ofrecían a jóvenes sobrinas, primas, hermanas o cuñadas, cuando todavía eran incluso niñas menores de 14 años, un punto intermedio entre sus pueblos de origen (generalmente situados en las provincias colindantes a la capital) y los hogares donde definitivamente entraban a servir a cambio de sustento, alcoba y, en los casos más afortunados, unas cuantas pesetas mensuales¹²⁷. Mientras tanto, los parientes varones que eran acogidos por las familias jornaleras pasaban a trabajar codo con codo junto a sus parientes, eran introducidos en sus cuadrillas de trabajo y presentados a los listeros de obra, intermediarios de lujo en el mundo de la construcción en cuyas manos residía el poder de elegir a qué obrero dar o negar el trabajo en una u otra obra¹²⁸, para que les tuvieran en cuenta para futuros encargos.

¹²⁶ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

¹²⁷ Borrás Llop demostró esta práctica mediante la realización de varias entrevistas orales a cinco hombres y cinco mujeres cuya infancia, entre 1908 y 1926, pasaron en Villamanta. BORRÁS LLOP, J. M^a: “Antes de nacer sabíamos trabajar. Absentismo escolar y trabajo infantil en el Madrid rural del primer tercio del siglo XX”, *Historia Agraria: revista de agricultura e historia rural*, nº 20, 2000, pp. 169-194.

¹²⁸ Los periódicos de la época recogen noticias relativas a denuncias efectuadas por las empresas y sociedades constructoras o por los obreros a los que el listero elegía para cada trabajo, bien por quedarse dinero relativo a los jornales bien por chantajear a los trabajadores para que fueran inscritos en las listas. Además, en raras excepciones, también se recogieron distintos altercados y peleas por la misma cuestión.

Sin embargo, el tipo de coresidencia familiar más característico del Ensanche Este durante el primer tercio del siglo XX fue, sin lugar a dudas, el realizado por las clases medias y burguesas que se asentaron en este espacio urbano. Las familias adscritas al primer grupo, encabezadas por profesionales liberales, cargos medios de la administración pública, miembros del Ejército y empleados de elevada preparación formativa vinculados al sector privado, fueron más proclives a establecer unidades residenciales complejas que las clases populares. La causa principal de dicho fenómeno fue la diametralmente distinta motivación que movía a unas y a otras: mientras éstas recurrían a ella por necesidad, aquéllas lo hacían en mayor medida para asegurar la estabilidad de su posición facilitando la inversión en capital humano del parentesco. De este modo, las familias de empleados, profesionales liberales y militares que componían esas clases medias que poseían una elevada representación en el Ensanche Este de la capital, abrieron las puertas de su hogar a sobrinos, primos, hermanos, cuñados y ahijados menores cuyo objetivo era cursar sus estudios secundarios, universitarios o de carácter profesional en las mejores instituciones del país, las ubicadas en su capital.

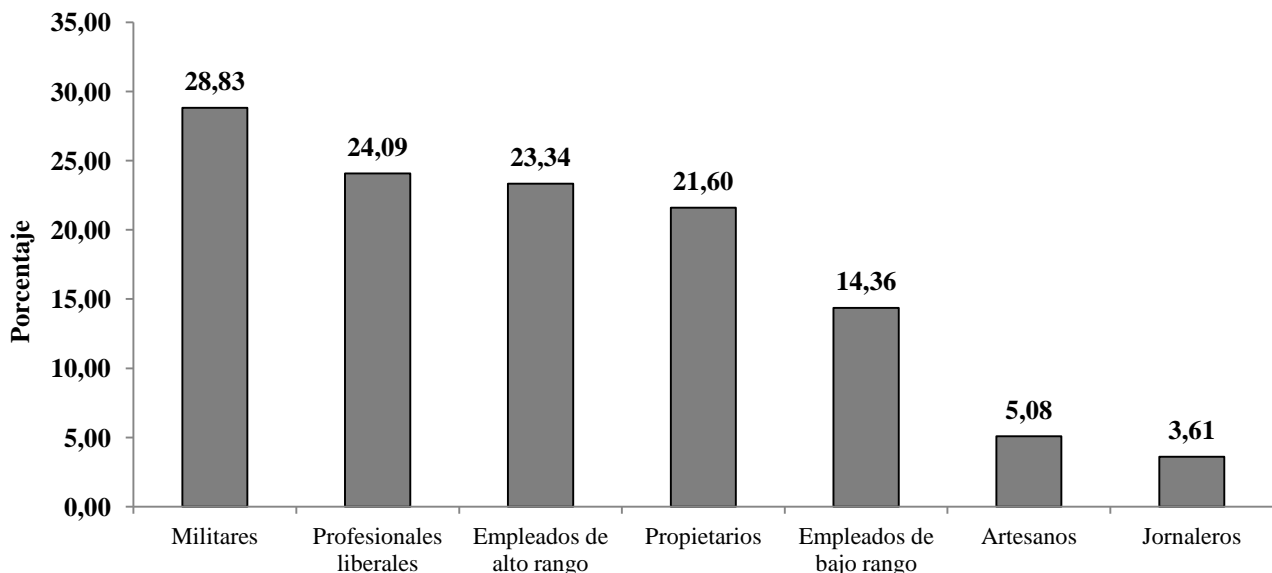


Figura 5.54. Proporción de estudiantes entre los parientes coresidentes del Ensanche Este de Madrid en 1930 según la clasificación profesional del cabeza de familia. Para diferenciar entre los empleados de mayor y menor rango y cualificación se ha establecido como criterio separador un salario anual de 3.000 ptas. Elaboración propia. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

El hecho de disponer de una situación socioeconómica holgada y un colchón presupuestario derivado de unos sueldos anuales más elevados y estables que los grupos sociales anteriores, facilitó el proceso de tutelaje de estas familias sobre unos jóvenes parientes que no iban a sufragar con su trabajo su manutención, a diferencia de los parientes acogidos por las familias jornaleras, artesanas o comerciantes. Evidentemente, cada familia actuó de un modo acorde a su capacidad económica, siendo más modesto el apoyo prestado por una familia encabezada por un empleado de correos, un maestro de primaria o un portero, que el otorgado por la de un abogado, un ingeniero o un militar de alta graduación. Si entre los primeros abundaban por igual los parientes que llegaban a la ciudad para terminar sus estudios secundarios como aquellos que buscaban una ocupación en ella, en el caso de los segundos la tendencia general estaba protagonizada por parientes que ingresaban como estudiantes en la Universidad Central o en cualquier otra institución científica o profesional. Un ejemplo de la primera realidad mencionada fue el representado por el matrimonio madrileño formado por

Fernando Centeno Losada y Carmen Santiago Potenciano. Vivían en uno de los torreones del Palacio de Telecomunicaciones gracias a que Fernando era portero en la Dirección General de Correos ubicada en este edificio. La pareja no tenía ningún hijo viviendo con ellos, por lo que aprovecharon su envidiable posición laboral (un puesto estable en el que se incluía el ahorro del alquiler) para acoger en su hogar hasta cuatro sobrinos en edad adolescente a la altura de diciembre de 1930. Gracias a estos lazos de sangre, uno de ellos había entrado de botones en el propio Palacio de Comunicaciones mientras otro trabajaba a jornal en la Papelera Española, señalando a los dos más pequeños, un chico y una chica, como estudiantes de primaria¹²⁹. Ante ellos, había casos más sofisticados de reproducción social, como el que simbolizaban la pareja gijonesa Ángel Domínguez Gil y Clotilde Menéndez Valdés. Llegados a la capital varias décadas antes, Ángel se ganaba la vida como representante de comercio, lo que les generaba lustrosas ganancias, ya que residían en el 1º derecha del nº 63 de la calle Serrano, piso de nueve habitaciones por el que pagaban 6.000 ptas. anuales. Además, su acaudalada posición posibilitó, no sólo que sus dos hijos fuesen admitidos en el Colegio de Nuestra Señora del Pilar (que había estrenado el neogótico edificio que todavía lo cobija en 1921), sino también acoger en su hogar a un sobrino materno que estudiaba en la cercana Escuela de Ingenieros Industriales¹³⁰. Fuera como fuese la posición socioeconómica de cada familia, lo cierto es que todas aspiraban a obtener un beneficio futuro de tal estrategia de reproducción social (más allá del propio deseo de ayudar al pariente). Los frutos a recoger de dicha siembra podían ser muy jugosos en el futuro gracias a la acumulación de capital obtenida por las distintas ramas de parentesco y a la estrecha red de contactos, información e influencia que un pariente futuriblemente bien colocado podía ofrecer.

Fuera como fuese, el objetivo buscado por los hombres y mujeres inmigrantes que recurrieron a los lazos de parentesco para encontrar una residencia a su llegada a la ciudad, independientemente del modo y la forma en que los utilizaran, era similar: reducir costes, amortiguar la sensación de inseguridad y desorientación que pudiera surgir en el ánimo del recién llegado en una ciudad de un millón de habitantes, e implementar sus opciones de éxito de integrarse social, laboral y residencialmente en ella gracias al uso de las redes informales de contacto e información. No obstante, la relevancia de dichas estrategias de coresidencia familiar no disminuyó el recurso al fenómeno de las *familias extendidas* o *ampliadas*¹³¹. Éstas constituían el traslado de una pauta cultural de origen rural hacia los grandes núcleos urbanos, fenómeno que se produjo a nivel europeo desde mediados del siglo XIX por la inmigración rural, contexto en el que Madrid no fue una excepción¹³². De este modo, la existencia de las *familias extendidas* fue una realidad demostrada en el Ensanche de la capital a

¹²⁹ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

¹³⁰ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

¹³¹ El primer concepto fue acuñado por Pilar Muñoz López, mientras que el segundo ha sido utilizado por José Luis Oyón, ambos relativos a los estrechos vínculos de parentesco que unían a dos o más núcleos familiares que, viviendo en hogares independientes, estaban muy cercanos entre sí comportándose en la práctica como familias complejas, como una unidad económica. MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Op. Cit., pp. 399-401; OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular*, Op. Cit., pp. 295-297.

¹³² YOUNG, M. y WILLMOTT, P.: *Family and kinship in East London*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1957; BENSON, J.: *The working class in Britain, 1850-1939*, I.B. Tauris, Londres, 2006; OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2008, pp. 295-297; GONZÁLEZ PORTILLA, M. (coord.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la Ría de Bilbao*, Fundación BBVA, Bilbao, 2001, Vol. 1., pp. 165-284.

comienzos de la Restauración, cuando el desarrollo de este espacio urbano todavía era balbuciente y era uno de los principales destinos de residencia de la inmigración¹³³. En el caso específico del Ensanche Este, ésta fue una estrategia relativamente común entre sus vecinos, ya que el 15% de los hogares tenía al menos un pariente residiendo en otra vivienda cercana del barrio (Figuras 2.34 a 2.36)¹³⁴, acuñada abrumadoramente por las familias inmigrantes (más del 80% lo eran) como mecanismo de solidaridad y autoafirmación en sus primeros compases en la ciudad, tesis reforzada por el hecho de que la tercera parte de éstas eran de reciente llegada a la capital (menos de cinco años).

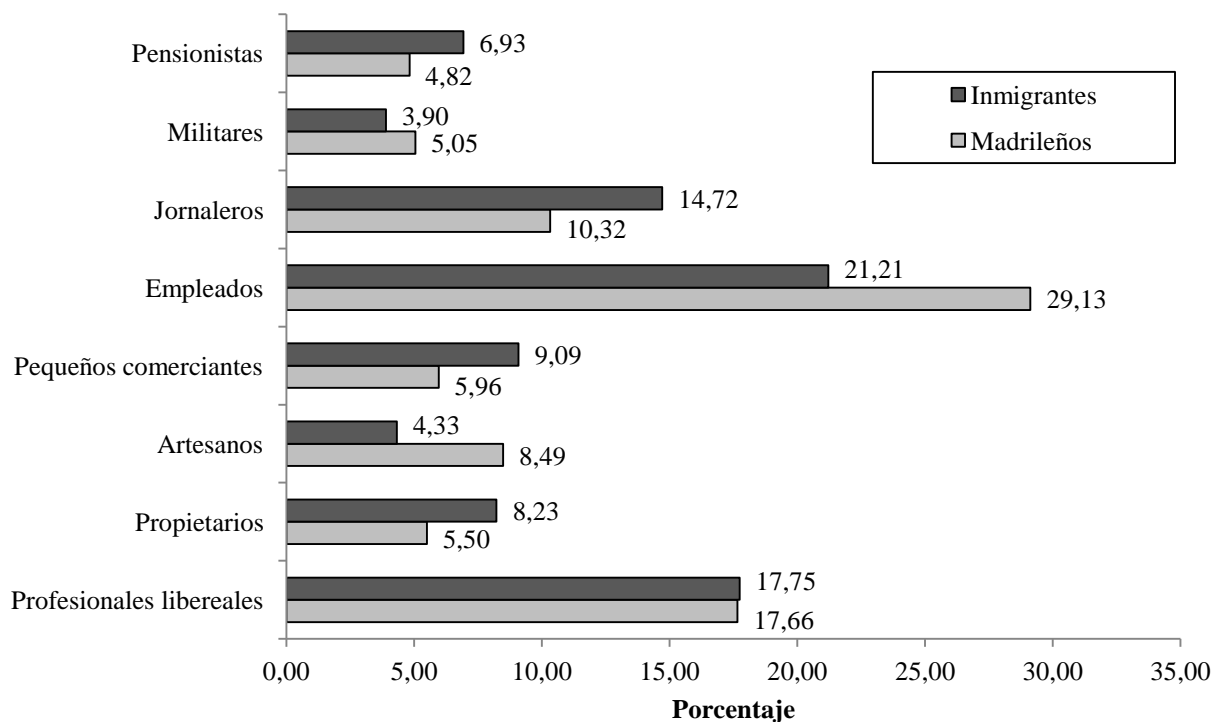


Figura 5.55. Relación de familias extendidas del barrio de Goya según la profesión y el lugar de origen de los parientes. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Medio siglo después, en 1930, la mayor colmatación urbanística del Ensanche Este y el segregado rol socioeconómico que éste había adquirido en la capital, unido a las transformaciones demográficas y migratorias que afectaron al conjunto de su población, modificaron la tipología de las familias que recurrieron a esta estrategia residencial. En primer lugar, esta práctica de solidaridad y asistencia mutua aumentó en

¹³³ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit., pp. 317-326; VICENTE ALBARRÁN, F.: “De parientes a vecinos: evolución de las redes de parentesco y la solidaridad familiar en un espacio urbano en transformación: el Ensanche Sur de Madrid (1860-1905)” en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 246-259; PALLOL TRIGUEROS, R.: “Un hogar abierto: familias inmigrantes en el crecimiento de Madrid a través de un caso de estudio, Chamberí (1860-1905)” en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social...*, Op. Cit., pp. 231-244; CARBALLO BARRAL, B.: “Redes familiares en la inmigración hacia el Ensanche Este de Madrid (1860-1878)” en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social...*, Op. Cit., pp. 201-216.

¹³⁴ Como ya se indicó en el apartado 2.3.1, estos datos fueron extraídos indirectamente del padrón municipal de Madrid de 1878 mediante el cotejo uno a uno de los apellidos y lugar de nacimiento de los 8.000 habitantes residentes en el barrio de Salamanca en dicho año. La estimación es considerada un rango mínimo, basada en el parentesco directo reconocible por los dos primeros apellidos y en la coincidencia del lugar de nacimiento, desechando el resto y no tomando en consideración los apellidos excesivamente comunes (García, González, Díaz, Fernández, etc.).

este período de tiempo. Tomando el barrio de Goya como zona de estudio (en 1930 albergaba a 9.674 habitantes repartidos en 2.153 hogares), y teniendo en cuenta sólo los vínculos entre parientes de primer grado (padres, hijos y hermanos), más del 15% de sus familias tenían algún allegado residiendo en un área relativamente cercana, la suma de todas las relaciones de parentesco detectadas en 1878. Un dato que en realidad era varios puntos más elevado, si se añadieran otros tipos de lazos familiares, como el de sobrinos, primos o tíos (cuya coincidencia en un solo apellido dificulta tremendamente su interrelación), la información relativa a los habitantes alojados en realquiler, a los dependientes de comercio y aprendices, o al nutrido servicio doméstico interno presente en los hogares de los barrios más acaudalados del Ensanche Este¹³⁵.

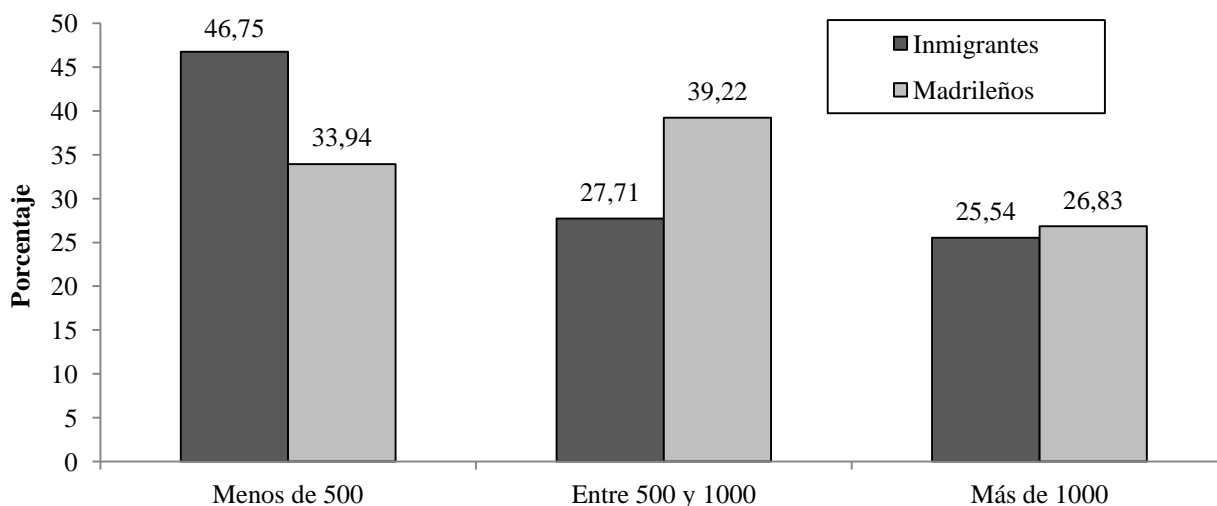


Figura 5.56. Distancia existente entre los parientes de las familias extendidas residentes en el barrio de Goya en 1930. Elaboración propia. AVM, Estadística. Padrón de Madrid de 1930.

Pero más relevante fueron los cambios inducidos, del mismo modo que entre las familias complejas, por el papel altamente segregado del que disfrutaban los barrios del Ensanche Este más cercanos al eje Prado-Recoletos-Castellana. A diferencia de 1878, estas zonas ya estaban a la altura de 1930 plenamente integradas en la realidad socioeconómica del conjunto de la capital, poseían un parque inmobiliario más o menos consolidado, y ya no suponían el primer lugar de destino para una inmigración reciente de baja cualificación laboral. Por ello, como consecuencia de la irrupción del Extrarradio y la revalorización de este espacio urbano, el recurso a la familia extendida en el Ensanche Este se transformó, dejando de ser dominio exclusivo de las familias

¹³⁵ A diferencia de los padrones de 1860, 1878 y 1905, en la recopilación informática de los datos relativos a los 26.743 hogares habitados, en los que vivían 120.804 individuos según el padrón de 1930, se optó en el seno del Grupo de Investigación de la UCM *Historia de Madrid en la Edad Contemporánea* recoger todos los datos de cada persona empadronada a excepción de los apellidos de los habitantes de cada vivienda que no fueran ni el cabeza de familia ni su cónyuge, aunque sí especificando el grado de parentesco. Posteriormente, y de un modo indirecto, se ha podido esclarecer los apellidos de una buena parte de sus habitantes utilizando los apellidos del cabeza y del cónyuge para en el caso de hermanos, cuñados e hijos, pero no lográndolo en el caso del servicio doméstico, parientes no directos, dependientes de comercio o personas realquiladas sin relación directa con el cabeza de familia. Aunque con esta decisión se ha perdido capacidad de análisis en detalle de determinadas cuestiones, se procedió de este modo para reducir el tiempo de recogida de datos al recortar más de 140.000 apellidos potenciales (el número de individuos empadronados cuyos apellidos no fueron registrados fue de 76.251, de los cuales se ha podido extraer posteriormente sus dos apellidos a un total de 50.000 personas por su condición de hijos, hermanos y cuñados de los cabezas de familia de los hogares en los que residían). AVM, Estadística, padrón de 1930.

inmigrantes en situación de una mayor necesidad económica para consolidar su uso también entre los hogares encabezados por empleados de alto rango, rentistas, propietarios y profesionales liberales, cuyos invisibles lazos de sangre, además de la intimidad y el afecto familiar, buscaban más apuntalar la reproducción social que el beneficio de una asistencia mutua en momentos de necesidad (Figuras 2.37 y 5.55). Igualmente, el perfil de estas familias extendidas perdió su preponderante condición inmigrante, siendo una práctica residencial cada vez más utilizada por los hogares madrileños de primera y segunda generación como consecuencia del fenómeno de la neolocalidad.

Uno de estos casos, excepcional por su duración y estabilidad, fue el protagonizado por la familia extendida Aparicio Rodríguez, cuyos integrantes residieron durante más de 25 años en la calle Espartinas y sus alrededores, reproduciendo un modelo familiar de troncalidad laxa mucho más común en el mundo rural que en el urbano. Así, a la altura de 1905 ocupaban la portería y un segundo piso del nº 2 de esta calle Miguel Aparicio y Julia Rodríguez, ambos de 36 años, junto a tres hijos, Rosa, Dolores y Miguel, de 23, 19 y 3 años respectivamente. Además, a menos de 500 metros vivía otra de sus hijas, Manuela, junto a su marido y dos hijos. Esta familia extendida, formada en torno al trabajo seguro y estable de Miguel en la portería, se consolidó a lo largo del tiempo¹³⁶. De este modo, un cuarto de siglo después, ausentes Miguel y Julia, el trabajo de la portería seguía en posesión de la familia, esta vez del pequeño Miguel, que había crecido viendo a su padre realizando día a día la misma faena que ahora desempeñaba él. Vivía en uno de los principales junto a su esposa y tres hijos, y conocía a la perfección a sus vecinos, a los más antiguos y a los que acababan de alquilar una vivienda. La calle Espartinas, rodeada como estaba de grandes y espaciosas vías como las de Príncipe de Vergara, Goya o Alcalá, era para él un entorno seguro y entrañable, en el que además de haber pasado allí su infancia, convivía junto a sus hermanas Rosa y Manuela, sus cuñados y sobrinos. Rosa y su familia vivían en un segundo del portal de al lado de Miguel, mientras que Manuela y la suya residían a la vuelta de la esquina, en un cuarto piso del nº 4 de la calle Príncipe de Vergara¹³⁷. Éste fue un caso atípico ya que, aunque la movilidad residencial se fue reduciendo paulatinamente durante las primeras décadas de siglo, anclarse a un espacio urbano concreto durante tantos años fue un fenómeno cuya incidencia porcentual fue ínfima. Además, entre 1905 y 1930, aunque el recurso a este tipo de familias ampliadas siguió estando en boga, las distancias que separaban a cada una de las partes se fueron dilatando al mismo ritmo que lo hacía la ciudad. Ello no significó forzosamente una pérdida en la estrechez de dichos vínculos familiares, ya que en la práctica, gracias al desarrollo y el uso masivo de transportes públicos como el tranvía eléctrico, el autobús, el metropolitano o el taxi, y a la expansión del turismo particular, que redujeron los costes y el tiempo empleado en cada viaje, eliminando la necesidad de vivir en el mismo barrio para tener un contacto fluido (Figuras 2.37, 5.56 y 5.67)¹³⁸.

¹³⁶ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1905.

¹³⁷ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

¹³⁸ GUTIÉRREZ, D.: *Tranvías de Madrid*. La Librería, Madrid, 2001; LÓPEZ BUSTOS, C.: *Tranvías de Madrid*. Aldaba, Madrid, 1993; GILI RUIZ, R.: “El transporte y la articulación del espacio urbano”, en PINTO CRESPO, V. (Dir.): *Madrid. Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Op. Cit., pp. 248-265; LÓPEZ GÓMEZ, A.: *Los transportes urbanos de Madrid*, CSIC e Instituto Juan Sebastián Elcano, Madrid, 1983; MÉNDEZ PÉREZ, E.: *La Compañía metropolitano Alfonso XIII: una historia económica (1917-1977)*. UNED, Madrid, 2000; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral inédita, UCM, 2013, pp. 127-176.

Como muestran los datos hasta aquí analizados, la fortaleza de los vínculos familiares existentes entre la población residente en el Ensanche Este de la capital, lejos de reducirse a medida que la zona se fue colmatando a lo largo del primer tercio del siglo XX, ampliaron sus márgenes. De hecho, si aunamos las relaciones de parentesco reconstruidas a través del estudio de las familias extendidas por un lado, y los hogares que presentaban una estructura residencial en los que cohabitaban parientes corresidentes por otro, podemos extraer la conclusión de que, por término medio, entre el 35 y el 45% de los hogares de este espacio urbano disfrutaban de sólidos cimientos parentales a escala barrial, registrando pequeñas oscilaciones según la cualificación laboral y la condición inmigrante o madrileña de sus miembros¹³⁹. Una cifra importante para un espacio urbano relativamente colmatado y caracterizado por una fuerte presencia de clases medias y burguesas, pero inferior a la que se estaría gestando de forma coetánea en las barriadas populares del Extrarradio sacudidas por el reciente aluvión inmigratorio de la década de los 20, con alquileres baratos y relativamente aislados de la gran ciudad, y que constituían un excelente caldo de cultivo para la corresidencia de familias complejas y la formación de familias ampliadas¹⁴⁰. Sin embargo, de vuelta al Ensanche Este, ese dato señala al mismo tiempo que cerca de dos tercios de sus hogares carecían de lazos de sangre en primer grado a escala barrial, viviendas en las que el paisanaje todavía jugaba un papel determinante entre la población inmigrante.

5.3.2. Vecinos, compañeros de trabajo, cónyuges..., y a la vez paisanos.

En 1930, este espacio urbano ya no era la primera opción residencial de la población inmigrante recién llegada a la ciudad, del mismo modo que ocurría con las otras dos zonas que componían la ampliación de Castro (aunque éstos representaran, como en toda la ciudad, su mayor contingente), de ahí que ya no mostraran esa especificidad geográfica presente durante el último cuarto de siglo (Figura 2.38). Sin embargo, esta circunstancia no fue óbice para que todavía concurrieran en él fenómenos de solidaridad, auspicio y asistencia mutua basados en el paisanaje. Las calles del Ensanche Este, testigos de la formación por parte de su población inmigrante de *pueblos extendidos* en las décadas anteriores (Figuras 2.39 y de 2.44 a 2.48), aún siguieron siéndolo en vísperas de la II República¹⁴¹. Que los oriundos de una determinada comarca o pueblo se concentraran en un espacio urbano acotado era una estrategia de

¹³⁹ Las familias jornaleras, artesanas y militares la proporción se acercaba al 45%, en los hogares encabezados por propietarios apenas superaban el 30% y en las familias de profesionales liberales y empleados las cifras oscilaban entre el 35 y el 37%. Estos datos hacen referencia únicamente al barrio de Goya. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

¹⁴⁰ Esta realidad ha sido constatada en el caso barcelonés en colonias obreras como la Castells. En OYÓN, J.L.: "Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950", *Historia Contemporánea*, nº 24, UPV, 2002, pp. 11-58.

¹⁴¹ Este concepto, adecuado del de *familias extendidas* acuñado por Pilar Muñoz López tal y como se indicó en el Capítulo 2, delimita una práctica residencial llevada a cabo por parte de la población inmigrante por la cual se concentraban en un espacio reducido un número considerable de personas procedentes de un mismo pueblo o comarca, denotando la presencia y el funcionamiento de evidentes vínculos de asistencia mutua, intercambio de información y solidaridad entre ellos. MUÑOZ LÓPEZ, P.: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Op. Cit., pp. 399-401; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit., pp. 317-326; CARBALLO BARRAL, B.: "Redes familiares en la inmigración hacia el Ensanche Este de Madrid (1860-1878)" en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social...*, Op. Cit., pp. 201-216.

integración residencial y laboral que se asentaba sobre la fluidez de las redes informacionales provistas por el paisanaje y que, en la mayoría de los casos, solía optimizarse a través de las relaciones de parentesco de sus miembros. Por norma general y sin menospreciar las características propias de cada caso, los inmigrantes que llevaban a cabo este proceso de integración residencial podían diferenciarse en dos tipos según el rol jugado en el despliegue de dicha estrategia. Por un lado se hallaban los individuos, parejas o familias más decididas, aquellas que emprendieron en primer lugar el viaje hacia Madrid para medrar. Pasado un tiempo prudencial, si éstos lograban integrarse en su mercado laboral y obtener unas condiciones de vida estables se convertían, lo buscaran de forma consciente o no, en ejemplo motivacional para que otros parientes y paisanos decidieran seguir su estela y dar el salto hacia la capital. Las redes informales de contacto e información convirtieron a los primeros en puntos de apoyo vitales para los segundos, en sus lazarillos en un mundo nuevo. Pero las diferencias entre unos y otros no sólo se encontraban en el orden de llegada, sino que aquellos que tomaron la delantera en este proceso migratorio no sólo eran más resolutivos sino que además también solían poseer una cualificación y experiencia laboral mayor. Por ello, la integración de los segundos en el mercado de trabajo madrileño se efectuaba habitualmente dentro del trabajo manual (cualificado o no), ya fuera como porteros, aprendices de taller, dependientes de comercio o sirvientes, segmentos laborales en los que a la ocupación se le podía añadir el alojamiento. En su integración en la ciudad, el funcionamiento de los lazos de paisanaje fue un hecho empíricamente contrastado, aunque a comienzos de la década de los treinta estaba en ligero retroceso como consecuencia de la ingente diversidad de procedencia de los miles de nuevos inmigrantes que llegaban a Madrid cada año (Figuras 2.40 y 5.57).

Endogamia geográfica del hospedaje en función del tipo de relación con la familia de acogida				
Procedencia	Realquilados	Servicio Doméstico	Dependientes y aprendices	Media
Misma	14,51	11,21	18,06	11,74
Distinta	85,49	88,79	81,94	88,26

Figura 5.57. Elaboración propia. Datos porcentuales. Se ha seguido el mismo procedimiento que el utilizado en la Figura 2.40. El número de hogares en los que el cabeza de familia alojaba a realquilados, sirvientes o dependientes de comercio y aprendices fue de 1.077, 7.506 y 308 respectivamente. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

También hubo experiencias migratorias en las que una determinada actividad económica o el poder de influencia de una persona o familia constituyeron las bases sobre las que se asentaron nuevas redes de paisanaje. Casos como el de las vaquerías y despachos de leche regentados por los oriundos de la Vega del Pas a comienzos del siglo XX, o la concentración de paisanos en torno a la residencia madrileña de un prohombre del partido conservador natural de Andújar a comienzos de la Restauración¹⁴². En 1930 todavía se producían con relativa frecuencia fenómenos de este tipo. Uno de ellos fue el que vertebró la inmigración natural del pueblo salmantino de Béjar, que se concentró especialmente en los barrios de Goya y Conde de Aranda (Figura 5.58). De este modo, en el rectángulo imaginario de 600 metros de ancho por 450 de alto que conformaban, residían en dicho año cerca de medio centenar de inmigrantes bejaranos. El principal vínculo con su lugar de origen fue la residencia en esta zona de varios vecinos ilustres de la localidad, como Franco Guitart Sivilla, ingeniero industrial vinculado a la Dirección General de Circulación de Madrid, y, sobre

¹⁴² Consultar apartado 2.3.2.

todo, la rentista María Rodríguez-Arias, perteneciente a esta influyente familia burguesa bejarana que, además de controlar buena parte de su pujante industria pañera, en el último cuarto del siglo XIX había aupado a cuatro de sus miembros como senadores del Reino¹⁴³. Fuera coincidencia o no, lo cierto es que el *paisanaje extendido* fraguado en torno a estas dos figuras tuvo un cariz muy concreto: estuvo protagonizado principalmente por mujeres que trabajaban como criadas en unos barrios cuyos residentes, a la hora de contratar a un nuevo miembro de su servicio doméstico no sólo echaron mano de los numerosos anuncios que aparecían a diario en los periódicos de la capital, sino que también se guiaban por el paisanaje, las recomendaciones personales hechas por amigos y familiares, o por los contactos que sus propios criados y sirvientes pudieran ofrecerles. En este caso los datos reafirman la confluencia de las tres últimas opciones: en primer lugar, tanto Franco Guitart como María Rodríguez-Arias tenían contratadas en sus respectivos hogares a criadas bejaranas; además, ésta última plausiblemente pudo aconsejar a sus vecinos en el mismo sentido, ya que otras tres sirvientas bejaranas servían en el mismo número o el adyacente en el que ella residía, el nº 12 de la calle Velázquez; y por último, las pocas criadas bejaranas de mayor edad que residían en estos barrios y que llevaban a sus espaldas una larga estancia en la capital, presumiblemente actuaron como *representantes* de sus paisanas ante sus señores cuando éstos demandaran nuevas contrataciones en su servicio doméstico.

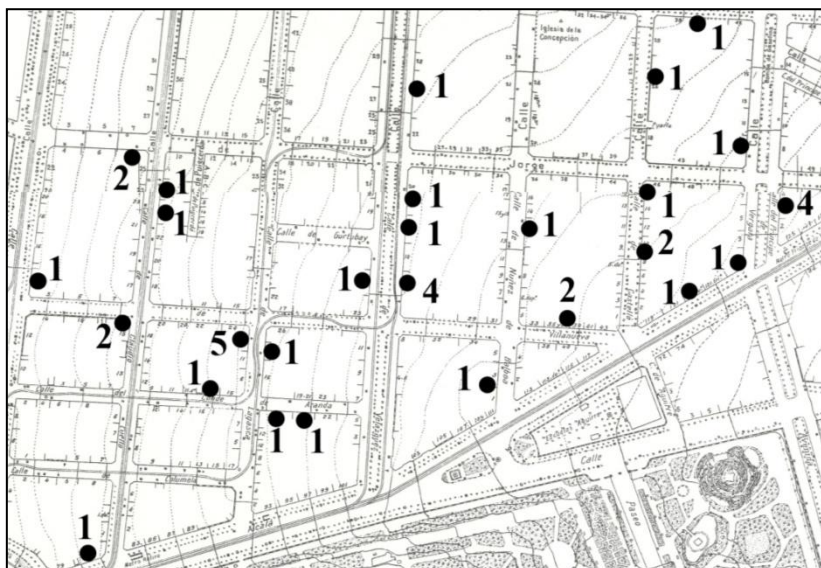


Figura 5.58. Ejemplo de *paisanaje extendido* en el Ensanche Este de la capital en 1930. Oriundos de Béjar, Salamanca, concentrados residencialmente en los barrios de Goya y Conde de Aranda. Fuente: Detalle del Plano Parcelario de Madrid incluido en la *Información sobre la ciudad* de 1929. Hojas 67 y 77 fusionadas. Escala 1:2.000.

Sin embargo, más allá del soporte asistencial ya señalado apoyado en la protección, el afecto y el rápido acceso a la información brindados por el paisanaje, el ámbito en el que estos vínculos demostraron ser más consistentes fue en la elección de cónyuge para formar una familia. Si durante la segunda mitad del siglo XIX la endogamia matrimonial (parejas nacidas en la misma provincia) estaba presente en una de cada tres parejas inmigrantes residentes en el Ensanche Este, en los años treinta del siglo XX esta proporción ascendió hasta el 40%. Esta evolución vino determinada por

¹⁴³ Fueron senadores del Reino Nicolás Rodríguez Vidal, Jerónimo y José Rodríguez Yagüe y Cipriano Rodríguez-Arias. Archivo Virtual del Senado.

las transformaciones de los movimientos migratorios acaecidas en las primeras décadas del nuevo siglo, caracterizadas por la reducción de las migraciones individuales en detrimento de las efectuadas por parejas y jóvenes familias por un lado, y por el auge de las migraciones directas frente a las escalonadas por otro. De este modo, a medida que la población forastera redujo el número de escalas intermedias realizadas en sus desplazamientos entre sus lugares de origen hasta Madrid y emprendieron dicho viaje acompañados de su pareja, las posibilidades de que ambos cónyuges fueran del mismo origen aumentaron considerablemente. Un extremo que era corroborado al analizar la procedencia de las parejas inmigrantes recién llegadas a la ciudad, de las cuales una de cada dos era endogámica, cifra similar a la constatada en el Ensanche Sur, donde era ligeramente superior, del 56%¹⁴⁴.

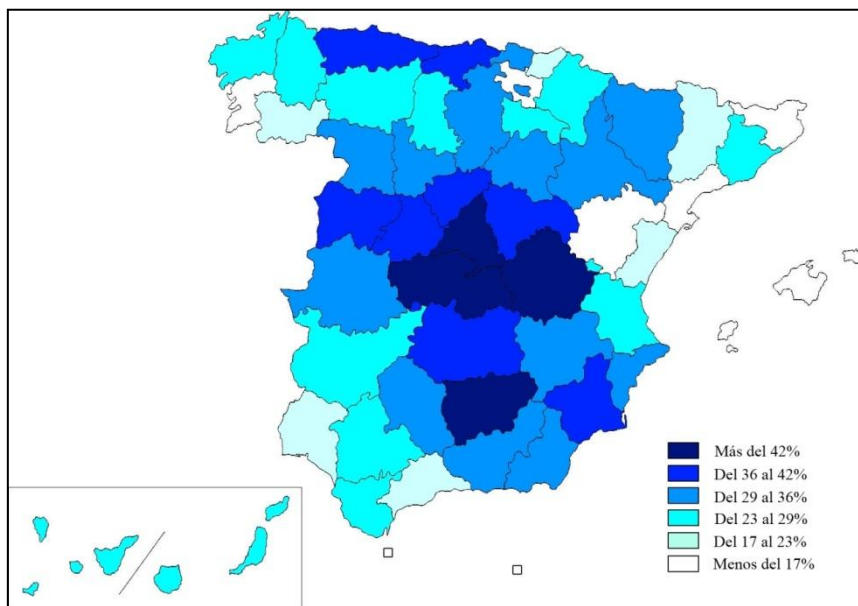


Figura 5.59. Endogamia matrimonial presente entre las parejas inmigrantes residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 por provincias. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid.

Esta práctica social seguía sin estar extendida de un modo uniforme entre la población inmigrante, mediatizada por factores como el origen rural o urbano, su cercanía a Madrid, su zona de procedencia y el contexto económico en el que ésta se hallaba sumida, que influían en la mayor o menor necesidad migratoria de su población, en su tipología, en la facilidad de acceso a la capital o en las posibilidades de elección de destinos diferentes (Figura 5.59). Así, la endogamia matrimonial existente en las calles madrileñas tuvo una presencia más elevada entre las parejas inmigrantes de origen rural que entre las de origen urbano (un 55% frente a un 37%), entre las naturales del hinterland madrileño y la cornisa cantábrica (que tenían más factible emprender una emigración en familia hacia la capital y además disponían de una tradicional vinculación migratoria) que entre el resto de la población foránea, y entre las que estaban encabezadas por personas que se integraron en el mercado manual madrileño que entre las formadas por profesionales liberales y empleados de cierta especialización intelectual (una endogamia matrimonial del 60% frente al 45%)¹⁴⁵.

¹⁴⁴ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit., pp. 423-428.

¹⁴⁵ Los datos proceden del análisis de las parejas inmigrantes recién llegadas a Madrid (menos de dos años de residencia) residentes en su Ensanche Este. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Origen de los cónyuges	1871	1878	1905	1905	1930	1930
Inmigrantes distinta provincia	52,89	48,92	42,17	43,13	39,32	37,76
Inmigrantes misma provincia	8,19	26,45	12,39	23,38	16,24	25,78
Mixtos	30,58	18,59	31,84	25,18	33,12	26,08
Madrileños	8,33	6,04	13,60	8,31	11,32	10,38

Figura 5.60. Evolución de la distribución de las parejas residentes en el Ensanche Este de Madrid según su procedencia. Las columnas con fondo gris han sido calculadas a partir de las actas matrimoniales de Buenavista (en 1871 y 1905) y Congreso (1930), mientras que las columnas en blanco proceden de los padrones municipales de la ciudad de cada año. AVM, Estadística.

La persistencia de esta endogamia matrimonial no procedía sólo de la pujanza de los movimientos migratorios realizados en familia y de forma directa desde sus lugares de origen. El análisis de la evolución del registro de las actas matrimoniales de la ciudad de los últimos cincuenta años, donde sólo aparecían las uniones formalizadas en la capital dejando sin contabilizar las parejas inmigrantes que llegaban ya casadas a Madrid, confirma cómo esa práctica social no sólo se mantuvo en el tiempo sino que se duplicó, pasando de representar algo más del 8% en 1871 a más del 16% en 1930¹⁴⁶. Una tendencia que seguía siendo desigual en función del lugar de origen de los cónyuges, con una proporción endogámica muy superior entre los inmigrantes naturales de las provincias limítrofes a Madrid o de las tradicionalmente emigrantes hacia la capital (un 47% entre los asturianos, un 45% entre los abulenses o un 43% entre los toledanos) frente a los llegados de distancias más lejanas y de regiones carentes de una sólida vinculación migratoria (un 29% entre los valencianos, un 26% entre los barceloneses o un 20% entre los pontevedreses). Este incremento estuvo protagonizado tanto por cónyuges que se conocieron en la capital gracias a la existencia de lazos de paisanaje comunes, como por jóvenes parejas que, conociéndose desde sus lugares de origen, emigraron hacia Madrid en épocas semejantes y sellaron una relación de noviazgo preexistente en alguna de las parroquias madrileñas.

Por el contrario, y de forma paradójica en una ciudad que recibía una fuerte y variada emigración, la proporción de nuevos matrimonios formados por cónyuges procedentes de distintas provincias sufrió una fuerte reducción en estas décadas, pasando de englobar cerca del 53% de los matrimonios realizados en 1871 a ser sólo el 39% en 1930. No obstante, a pesar de este retroceso, estas parejas siguieron siendo una mayoría, ya que las relaciones vecinales, de amistad o laborales entabladas por los habitantes de la ciudad eran tan amplias, complejas y tupidas como sus vínculos de paisanaje, facilitando una interrelación más enriquecedora y fluida entre personas de distinto origen que las que pudieran existir en el mundo rural o en el resto de núcleos urbanos españoles. Sólo en Madrid, en la moderna metrópoli que empezaba a surgir en el interior de la meseta castellana (junto a Barcelona), la mezcolanza entre personas de tan variado origen era factible. En sus calles, como consecuencia de la complejidad de su sociedad urbana, tanto inmigrantes como madrileños coincidían en un mismo espacio, interaccionaban cada día, trabajaban juntos, discutían, convivían si hacía falta, se casaban y tenían descendencia. Gracias a esta coexistencia también empezó a resquebrajarse a lo largo del primer tercio del siglo XX la fuerte reticencia mostrada por la población a la unión conyugal entre personas de origen rural y urbano. Si a principios

¹⁴⁶ Se ha procedido a la informatización de un total de 1.170 registros matrimoniales realizados en 1871 1904 y 1906 (702), efectuados en el distrito de Buenavista, y en 1930 (468), realizados en el de Congreso. AVM, Estadística. Registros de Actas Matrimoniales de 1871, 1904, 1906 y 1930.

del siglo XX sólo una de cada diez parejas encabezadas por una persona de origen rural, independientemente de que fuera hombre o mujer, tenía un cónyuge de origen urbano, en 1930 esta proporción se había duplicado (Figuras 2.43 y 5.60). El proceso urbanizador de la sociedad española, el incremento de las migraciones interiores peninsulares, y la ajetreada vida madrileña fueron reduciendo paulatinamente las evidentes diferencias existentes entre las sociedades urbanas y rurales, y aunque todavía pervivía esa imaginaria línea divisoria entre unos y otros, cada vez poseía un trazo menor. Madrid era una ciudad en permanente construcción, que históricamente había crecido a costa de una población inmigrante preeminentemente rural, y por ello poseía el mejor caldo de cultivo para que este proceso de imbricación entre la población de origen rural y urbano se iniciara. Un proceso que fue liderado por la propia población nacida en la ciudad, en su mayoría madrileños de primera generación hijos de inmigrantes, a los que el origen rural o urbano de las personas no les influyó para elegir a sus cónyuges, ya que se casaron en una proporción similar con unos y otros.

Endogamia matrimonial según origen	Padrón municipal		Actas matrimoniales	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
<i>Urbano-Rural</i>	37,38	35,95	65,79	51,85
<i>Urbano-Urbano</i>	62,62	64,05	34,21	48,15
<i>Rural-Urbano</i>	21,71	22,77	15,22	24,27
<i>Rural-Rural</i>	78,29	77,23	84,78	75,73

Figura 5.61. Elaboración propia a partir del padrón municipal de Madrid de 1930 y una cata de 468 uniones matrimoniales realizadas en el distrito de Congreso en ese mismo año. Se ha considerado población urbana la nacida en los núcleos urbanos de más de 10.000 habitantes, incluyendo la población nacida en Madrid. AVM, Estadística.

5.3.3. *El realquiler, una opción residencial en declive en un espacio urbano segregado.*

A diferencia de la hegemonía de los vínculos de parentesco y la pervivencia de los lazos formados por el paisanaje, el Ensanche Este, al igual que las otras dos zonas de las que se componía la ampliación urbana de la ciudad aprobada en 1860, fue testigo de la constatación de la reducción paulatina de la relevancia de un fenómeno, por otra parte, eminentemente urbano: el realquiler de la vivienda¹⁴⁷. Desde la ratificación del proyecto de expansión de Madrid propuesto por Castro, el papel jugado tanto por las familias e individuos que recurrieron al realquiler de su vivienda como aquellos que se acogieron a dicha fórmula en el Ensanche Este menguó drásticamente hasta ocupar un papel testimonial (Figuras 5.47 y 5.49). Esta opción (o necesidad) residencial sólo afectaba al 4% de los hogares habitados del Ensanche Este en 1930, cuando a comienzos de siglo esta proporción era del 8% y a comienzos de la Restauración, en 1878, la cifra superaba el 15%¹⁴⁸.

¹⁴⁷ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit., pp. 354-359; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

¹⁴⁸ AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1878, 1905 y 1930.

Las causas de esta paulatina reducción fueron principalmente cuatro, dos de carácter general que afectaron al mundo urbano español, otra específica de Madrid y, por último, una relativa exclusivamente a su Ensanche Este. Respecto a las dos primeras, destacaría ante todo la interrelación existente entre la transformación de los movimientos migratorios interiores peninsulares y el mercado de realquiler madrileño. El ascenso de las migraciones permanentes a partir de la I Guerra Mundial como consecuencia de la profundización de las disparidades económicas regionales surgidas a raíz de la segunda industrialización, redujo la movilidad individual de carácter estacional o temporal, cuyos actores habían sido los principales protagonistas del fenómeno del realquiler en la ciudad, en detrimento de una inmigración conjunta, en familia o en pareja, más proclive a ocupar una vivienda propia. Además, en un contexto de aluvión migratorio como el que sufrieron Madrid o Barcelona en la década de 1920, los vínculos de parentesco y paisanaje se erigieron como una opción residencial preferible antes que pagar el alquiler y cohabitar con una familia o individuo desconocido, lo cual no excluye que dicho fenómeno todavía existiera con fuerza en determinados espacios urbanos. En un segundo plano se hallaría, con una incidencia real escasamente contrastada hasta la fecha, la nueva legislación nacional sobre arrendamientos urbanos aprobada en junio de 1920 por el ministro Bugallal¹⁴⁹. En este Real Decreto, además de incluir por primera vez la prórroga de los contratos de alquiler y establecer un cierto control público sobre éstos, también se concretó que el inquilino de una vivienda sólo podría subarrendar una de sus partes a una tercera persona con el consentimiento previo del casero. De no hacerlo así éste podía desahuciar al primero, lo cual seguramente influyera en la reducción del realquiler, estrategia realizada hasta la fecha de manera informal y de espaldas al propietario del inmueble.

Principales características socioeconómicas de las familias que recurrían al hospedaje (1930)							
Tipos de hogar	Procedencia matrimonios			Cabezas Hombres	Cabezas Mujeres	Cabezas jornaleros (%)	Alquiler anual (Ptas.)
	M	I	MIXTO				
Hogares con realquilados	8,44	66,50	25,06	55,71	44,29	23,50	1.265
Media Hogares Ensanche Este	10,38	63,54	26,07	77,86	22,14	17,83	1.468
Diferencia (%)	-22,99	+4,45	-4,03	-39,76	+50,01	+24,12	-16,05

Figura 5.62. La diferencia se ha calculado en relación a los hogares con realquilados. Ejemplo: hay un 23% menos de familias madrileñas con realquilados que la media de familias madrileñas residentes en el Ensanche Este. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Centrándonos ya en las dos causas específicas de la ciudad de Madrid, la primera derivó de la superación definitiva de la concepción de Madrid como un espacio acotado geográficamente, provocando la supresión de barreras administrativas y la ampliación del suelo edificable y la oferta inmobiliaria hasta el Extrarradio y los municipios colindantes. Este proceso hizo aflorar un nuevo mercado residencial más barato y popular que el existente en el casco antiguo o en la mayor parte del Ensanche. Además, la coetánea expansión de los transportes urbanos de masas de la ciudad hizo

¹⁴⁹ R. D. de 21 de junio de 1920. Un análisis pormenorizado del recorrido legislativo en torno a esta cuestión en: BOTO ÁLVAREZ, A.: *La pervivencia de la potestad gubernativa de derribo*, Ediciones de la Universidad de Oviedo, Oviedo, 2006, pp. 20-25; ARTOLA BLANCO, M.: “La transformación del mercado de alquiler de fincas urbanas en España (1920-1960)”, *Biblio 3W, Revista bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Vol. XVII, nº 988, Universidad de Barcelona, agosto de 2012.

que estas nuevas barriadas absorbieran a buena parte de la población inmigrante recién llegada que, décadas atrás, habrían acudido a la oferta residencial del interior. Por último, pero no por ello menos importante, hay que destacar el efecto negativo que sobre el mercado de realquiler tuvo la profundización de la especificidad socioeconómica adquirida por el Ensanche Este durante el período de tiempo analizado. A medida que las capas sociales más acomodadas de la capital ubicaron su residencia en barrios del Ensanche Este como los de Salamanca, Retiro, Biblioteca o Conde de Aranda, sus alquileres medios crecieron invariablemente reduciendo a la mínima expresión el número de viviendas cuyos inquilinos podían realquilar a precios competitivos frente a los bajos alquileres demandados en el Extrarradio o en los barrios populares de las zonas Norte y Sur. Sólo en las calles y solares contiguos al proyectado inicialmente como foso de circunvalación y transformado posteriormente en paseo de Ronda, emplazados entre dos mundos contiguos pero a la vez distantes como el Ensanche y el Extrarradio madrileño, el fenómeno del realquiler todavía poseía un cierto ascendente social¹⁵⁰.

Pero si el fenómeno del realquiler se redujo considerablemente, las características socioeconómicas, migratorias y demográficas tanto de los individuos como de las familias que recurrieron al, o fueron acogidos por el hospedaje, apenas sufrieron cambios a lo largo de este primer tercio del siglo XX. Ser de origen madrileño y haberse criado en sus calles siguió siendo un salvoconducto fiable para eludir la necesidad de realquilar una parte de la propia vivienda a personas o familias desconocidas, ya que apenas superaban el 8% del total (Figura 5.62). Era una realidad que derivaba de un presumible mayor conocimiento del mercado laboral de la ciudad y de haber adquirido en ella una cualificación laboral y una instrucción más sólida que en el mundo rural, pero también del hecho de que disfrutaban de unas redes de parentesco más tupidas a las que acudir en épocas de escasez, lo que también reducía su presencia entre las personas acogidas en realquiler a un escueto 16% (Figura 5.63). De aquí se desprende que las parejas e individuos de origen inmigrante eran los que en gran medida esculpían y daban forma a esta estrategia residencial en los años veinte y treinta, protagonizando los dos márgenes del fenómeno: tanto entre las familias que acogían a extraños en su seno (los matrimonios de origen inmigrante suponían las dos terceras partes del total) como entre los que pagaban un alquiler reducido por alojarse en una pequeña estancia en sus primeros meses en la gran ciudad (el 36% del total no había cumplido ni un año de estancia en ella).

Principales características socioeconómicas de los realquilados (1930)							
Tipos de hogar	Madrileños	Inmigrantes	Hombres	Mujeres	Jornaleros varones	Origen inmigrantes	
						Urbano	Rural
<i>Realquilados</i>	15,70	84,30	47,34	52,66	30,27	39,20	60,80
<i>Media E. Este</i>	36,20	63,80	41,96	58,04	18,20	40,62	59,38
Diferencia (%)	-130,57	+24,32	+14,72	-14,25	+39,87	-3,62	+2,34

Figura 5.63. La diferencia se ha calculado en relación a los realquilados. Ejemplo: hay un 24% más de familias con realquilados de origen inmigrante que la media del Ensanche Este. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

¹⁵⁰ El 65% de las viviendas del Ensanche Este en las que residía al menos una persona realquilada a la altura de diciembre de 1930, fecha de realización del padrón, se situaban en los inmuebles más alejados del casco antiguo de los barrios de Gutenberg, Plaza de Toros y Las Mercedes. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Respecto a los cabezas de familia que acordaron abrir sus puertas al realquiler de una o varias de sus estancias, las transformaciones de mayor calado se concentraron en la interrelación existente entre la diversificación de su cualificación laboral y su sexo. Evidentemente, la sobrerrepresentación de las familias jornaleras que apelaban al realquiler respecto a las que no lo hacían seguía estando presente, siendo superior al 24%, aunque su cadencia se hubiera reducido respecto a 1905, cuando el contraste era del 32% (Figuras 2.49 y 5.62). Esta divergencia procedía, en primer lugar, de la mayor heterogeneidad laboral mostrada por las familias del Ensanche Este que cohabitaban con inquilinos realquilados entre los años veinte y treinta, destacando el ascenso porcentual de las familias encabezadas por artesanos y, sobre todo, por empleados de bajo rango y escasa preparación intelectual. Sin embargo, el factor de cambio más determinante fue el ascenso de los hogares encabezados por mujeres (tanto de forma individual como con sus hijos), que pasaron de suponer el 32% en 1905 al 44% en 1930. Unas cabezas de familia que declararon ser mayoritariamente amas de casa (el 67% dejó la casilla correspondiente a la profesión en blanco o escribió el genérico *sus labores*) o pensionistas (el 14% del total), y que se ampararon en la fórmula del realquiler en tiempos de escasez, utilizando sus viviendas en muchos casos como casas de huéspedes informales. Estos comportamientos divergentes frente al realquiler según el género del cabeza de familia, procedían de la diversidad de sus funciones en el ciclo vital familiar. En el caso de los hombres, éstos acogieron a personas realquiladas principalmente cuando tenían entre 30 y 50 años, período en el que se yuxtaponían tanto aquellos que estaban solteros y vivían solos como los que encabezaban una unidad familiar inmersa generalmente en su etapa de mayor amplitud, cuando convivían todos los hijos de la pareja en el domicilio. En cambio, entre las mujeres que encabezaban el hogar las franjas del ciclo vital en las que mayor incidencia tuvo el realquiler estuvieron íntimamente relacionadas con el desamparo socioeconómico en la viudedad (el 60% lo era) y la vejez que sufrían en dichas edades (más de la mitad superaba los 50 años), ya que los casos de jóvenes mujeres solteras que vivían solas eran muy escasos (únicamente el 2,3% de las mujeres menores de 30 años cabezas de familia lo hacían).

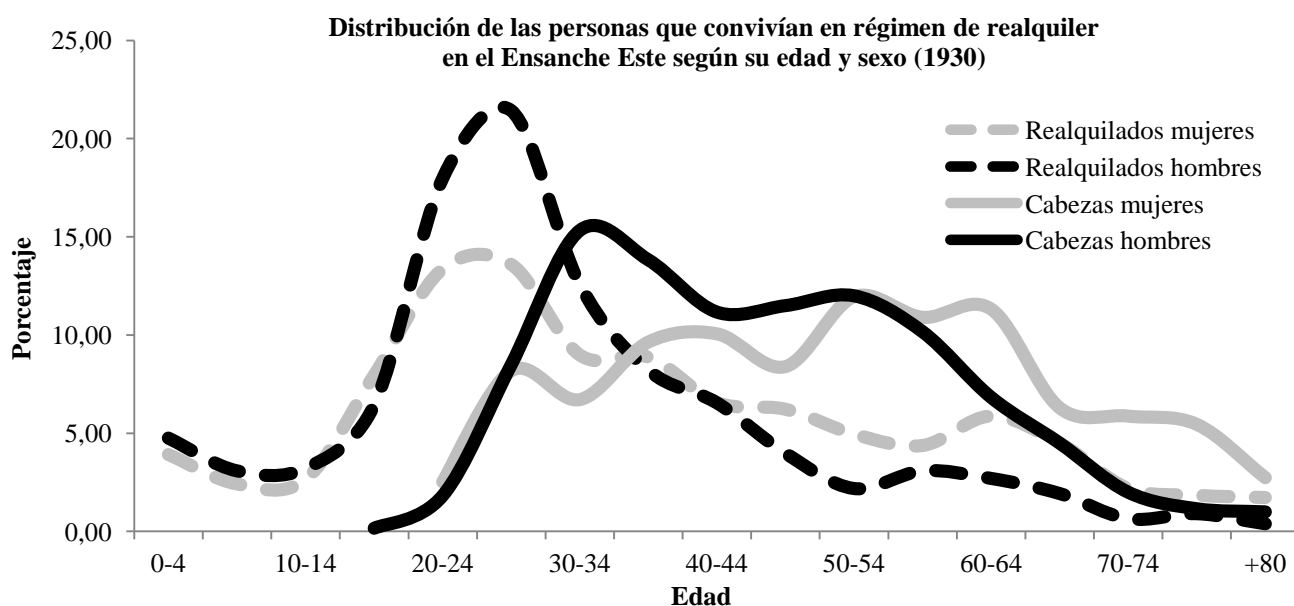


Figura 5.64. Elaboración propia. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Este contexto diferenciado tenía su correlato en la otra vertiente del fenómeno del realquiler: el de los acogidos (Figura 5.63). Visto desde una óptica general, la mayor parte de la población que arrendaba una o varias habitaciones en un piso compartido para su residencia (y la de su familia en caso de tenerla) se hallaba comprendida entre los 20 y los 30 años, momento crítico en el que tanto hombres como mujeres solían emanciparse del hogar materno, tal y como demuestra el hecho de que sólo el 25% de los hijos empadronados en casa de sus padres superaban los 20 años¹⁵¹. Sin embargo, aunque la tendencia fuera similar, la distribución por edades fue distinta según el género de sus integrantes. Las mujeres realquiladas tuvieron una presencia menor en las edades más jóvenes respecto a la de los hombres, en detrimento de una proporción mayor en los segmentos más avanzados (Figura 5.64). Las causas eran evidentes y emanaban del contexto socioeconómico y cultural reinante en el Madrid de la década de 1930. En primer lugar, no estaba bien visto socialmente que muchachas jóvenes y solteras vivieran solas, y menos que la compartieran con desconocidos. Una opción que sí estuvo disponible para los muchachos de baja cualificación laboral de la ciudad, entre los cuales hubo quienes se aventuraron a la cohabitación en un piso compartido con chicos de similar posición, buscando aligerar costes en el alquiler mientras lograban una cierta estabilidad laboral para formar un hogar propio en la capital. En este contexto, el *alter ego* residencial al que se vieron abocadas a acudir las muchachas solteras de baja extracción social fue una opción de tradición secular, el servicio doméstico, causa del profundo escalón existente entre el número de mujeres y hombres realquilados en dicho segmento de edad. Por último, la mayor presencia de las mujeres realquiladas en las edades más avanzadas provino de las mismas causas por las que también los superaban en los mismos tramos de edad entre los cabezas de familia que los acogían: las reducidas posibilidades que la sociedad y el mercado laboral madrileño les ofrecían a lo largo de su vida para valerse por sí mismas a través de su trabajo.

A la altura de 1930, Madrid era una ciudad echa a jirones, deslavazada como un adolescente que todavía no se ha aclimatado al estirón dado por su cuerpo. La ciudad se hallaba inmersa en una encrucijada en la que convivían el pasado y el futuro, a veces sin hacer demasiado ruido, y otras generando fuertes fricciones. La capital reunía todas las características de una metrópoli europea, pero también era vista por algunos de sus coetáneos como un *poblachón manchego*. Era tanto una dinámica ciudad de modernos servicios, transportes públicos y expansión industrial, como una urbe habitada masivamente por personas procedentes del campo. En ella, los lazos familiares, de parentesco y paisanaje todavía eran visibles y consistentes, reflejo de un mundo rural que sólo parecía abandonarse en lo geográfico y material pero no en lo relativo a las pautas sociales y conductas cotidianas. Esta realidad no fue exclusiva de Madrid, sino que fue un fenómeno compartido con las grandes urbes occidentales de uno y otro lado del Atlántico, más o menos simultáneo, aunque encabezado por las que eran las mayores urbes del planeta, Londres y Nueva York. La irrupción de la Modernidad, madrugadora en las mayores ciudades europeas y americanas, sólo había llegado a ser intuita en el Madrid de antes de la I Guerra Mundial. Una vez que la contienda, iniciada

¹⁵¹ Las diferencias en cuanto a hombres y mujeres en este aspecto son nimias, dado que la cifra en el caso de los primeros alcanzaba el 24,61%, y en el de las segundas el 27,09%. AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Se ha realizado una cata de 468 uniones matrimoniales realizadas en dicho año en el distrito de Congreso, pero no se ha podido establecer la edad media de acceso al matrimonio ya que no se recogieron en las actas matrimoniales la edad de los cónyuges. AVM, Estadística. Registro de Actas Matrimoniales de 1930, distrito de Congreso.

con los cañones de agosto de 1914 tocó a su fin, fue la hora del recuento y asimilación, no sólo de los millones de vidas que se perdieron, sino del conjunto de transformaciones sociales, económicas, artísticas, culturales, políticas y demográficas que se iniciaron, produjeron o aceleraron en su seno. La mayor parte de estos cambios sociales tuvieron a la ciudad como continente y a sus habitantes como contenido, siendo uno de éstos la profunda mutación acaecida en el comportamiento residencial de las familias residentes en los más importantes núcleos urbanos europeos y españolas.

5.4. Cuando mudarse dejó de ser rentable. La contracción de la movilidad residencial de la población madrileña en la época de entreguerras.

Durante el primer tercio del siglo XX, la *rapidez* de las comunicaciones, el *ritmo* de los distintos procesos productivos, la *velocidad* a la que se lograban desplazar los *automóviles*¹⁵², la *dilatación* de las distancias recorridas por los *movimientos* migratorios nacionales e internacionales, o el *aumento* tanto en extensión como en población de los grandes núcleos urbanos, fueron objeto de la permanente por parte de la opinión pública occidental y de los exégetas de la Modernidad y el progreso lineal (fiebre carente de autocritica a la que Werner Sombart acuñó en 1913 el sobrenombre de la *era del récord* en sustitución de la denominada por Studeny *cultura del paso anterior*)¹⁵³. Paradójicamente, en esta época en la que todo se *movía* raudamente, cuando las distancias recorridas eran cada vez mayores y el tiempo empleado en transitarlas sin embargo menor, la población urbana occidental redujo drásticamente su hasta la fecha vertiginosa movilidad residencial, pareciendo que se acomodara para observar desde el alféizar de sus ventanas el incipiente espectáculo de la circulación.

Los años que sucedieron a la Gran Guerra fueron testigos de la extrema contracción de la movilidad residencial de la población residente en las principales urbes inglesas, francesas y alemanas especialmente. En la mayoría de los casos estudiados, la asiduidad en los cambios domiciliarios se redujo a la mitad, siendo la movilidad registrada en Lyon entre 1931 y 1936 de un 7,5% anual, mientras que en el período de entreguerras ésta se situó en el 5% en el caso de Leicester, y en el 10% entre las capas populares parisinas, niveles impensables durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, cuando las mudanzas anuales oscilaban entre el 15 y el 40% de los hogares urbanos¹⁵⁴. En España, los trabajos de José Luis Oyón sobre la Barcelona de entreguerras indican una tendencia contraria, ya que la proporción de familias que

¹⁵² Esta palabra aparece en la RAE por primera vez en 1899, mientras que *automovilismo*, que hacía referencia al “*deporte de los aficionados a viajar en automóvil*” no lo hizo hasta 1914, una vez asentadas internacionalmente las primeras carreras de autos entre dos destinos o en circuitos cerrados tanto en Francia como en Italia, Gran Bretaña o Estados Unidos.

¹⁵³ SOMBART, W.: *El burgués*, Alianza, Madrid, 1993; GONZÁLEZ-CARVAJAL, L.: *Ideas y creencias del hombre actual*, Sal Terrae, Bilbao, 1991, pp. 142-145; STUDENY, C.: *L’Invention de la vitesse. XVIIIe XXe siècle*, Gallimard, París, 1995, pp. 216-217; FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, P.: *La sociedad mental*, Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 160-166; DUFFY, L.: *Le Grand Transit Moderne: Mobility, Modernity and French Naturalist Fiction*, Rodopi, Amsterdam-New York, 2005.

¹⁵⁴ PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV, Op. Cit.*, pp. 106-108; OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular, Op. Cit.*; JACKSON, J.: *Migration and urbanization in the Ruhr Valley, 1821-1914*, Atlantic Highlands, New Jersey Humanities Press, 1997; PRITCHARD, R. M.: *Housing and the spatial structure of the city*, Cambridge University Press, 1976; CRIBIER, F.: “Le logement d’une génération de parisiens à l’époque du Front Populaire”, en MAGRI, S. y TOPALOV, C.: *Villes ouvrières, 1900-1950*, L’Harmattan, París, 1989.

anualmente cambiaron de residencia, entre un 15% de media, no se redujo entre 1914 y 1930. La pervivencia de esta pauta en la ciudad condal hizo que, al no variar su movilidad residencial, ésta pasara de ser inferior a la de las principales urbes europeas en vísperas de la I Guerra Mundial a ser superior una vez finalizada la dictadura de Primo de Rivera¹⁵⁵. Sin embargo, los datos recopilados a través del padrón municipal de Madrid de 1930 determinan que la capital española (o al menos su Ensanche) sí que siguió la senda detectada en el resto del mundo urbano europeo occidental¹⁵⁶.

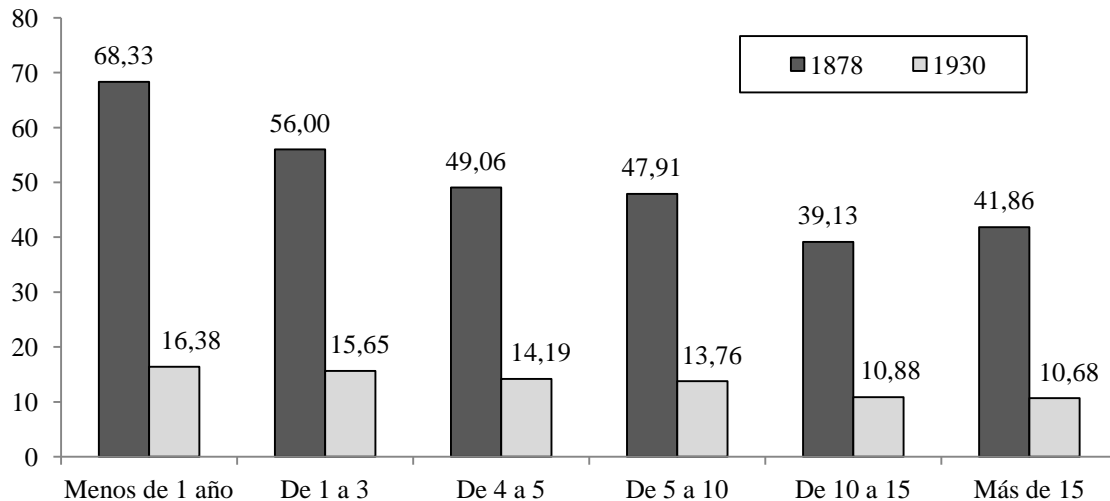


Figura 5.65. Movilidad residencial anual de las familias inmigrantes residentes en Madrid según el tiempo de residencia en la capital. Datos porcentuales. Para el cálculo de la movilidad residencial anual existente en 1878 se realizó el cotejo entre las familias empadronadas en 1878 y las existentes en 1879, englobando a un total de 15.362 individuos y 3.180 hogares. Para 1930, el siguiente padrón consecutivo era el de 1935, por lo se realizó el mismo cotejo centrándose únicamente en el barrio de Goya, en el que estaban empadronadas 9.674 personas en 2.161 viviendas. Los datos obtenidos indican la movilidad residencial quinquenal, aunque se ha procedido a calcular la anual para facilitar su comparación con la de 1878. Elaboración propia. AVM, Estadística. Padrones municipales de 1878, 1879, 1930 y 1935.

Desde comienzos de la Restauración borbónica, la movilidad residencial anual protagonizada por la población del Ensanche Este de la ciudad se fue reduciendo paulatinamente, acelerándose a partir del gozne representado por la I Guerra Mundial. En estas décadas, la relación de familias que cambiaba de domicilio de un año para otro se contrajo fuertemente, ya que la movilidad registrada entre 1878 y 1879, que era del 68%, era superior a la detectada en el quinquenio 1930-1935, que era del 61%. Es decir, si en 1878 dos de cada tres familias del Ensanche Este cambiaba de domicilio de un año para otro, cincuenta años después esta proporción sólo se lograba en un intervalo de cinco años¹⁵⁷. La contracción fue drástica, siguiendo la tónica reinante en las demás urbes europeas, aunque la movilidad residencial anual de aquí extrapolable, un 12%, era ligeramente superior a la existente en ciudades como París, Lyon o Leicester. Las causas que llevaron a la población residente en el Ensanche Este de la capital a reducir considerablemente las veces que cambiaba de domicilio a lo largo de su vida eran múltiples y complejas.

¹⁵⁵ OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular*, Op. Cit., pp. 283-295.

¹⁵⁶ Los estudios llevados a cabo por Fernando Vicente Albarrán relativos al Ensanche Sur confirman esta drástica reducción de la movilidad residencial efectuada por sus habitantes durante el primer tercio del siglo XX. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros*. Op. Cit., pp. 428-449.

¹⁵⁷ No obstante, es necesaria hacer la salvedad de que la cifra de movilidad residencial aquí reseñada no debe ser tomada en consideración como una media del conjunto de la ciudad, ya que la muestra no es representativa al estar muy delimitada espacialmente.

Algunas de éstas fueron de alcance general, siendo visibles en el conjunto del mundo urbano europeo, y otras estuvieron ligadas a la propia evolución española, de Madrid y de su Ensanche. La más importante procedió de la confluencia temporal del auge en la demanda residencial propiciada por el incremento de la población urbana a través de la inmigración, con la inelasticidad de un sector de la construcción carente de recursos y capital para invertir en nuevas obras como consecuencia de la I Guerra Mundial¹⁵⁸. Este contexto, que afectó a todos los países europeos fueran beligerantes o no, motivó una consecuencia lógica en un sector en el que primaba el libre mercado desde la Ley de Inquilinatos de 1842, el alza indiscriminada de los alquileres urbanos, lo que unido a la tendencia inflacionista posbélica, añadió al problema de las malas condiciones de la vivienda urbana su elevado coste. Los distintos Gobiernos europeos se vieron impelidos ante esta tesitura a solventar cuanto antes un problema que afectaba directamente a las grandes masas populares que se hacinaban en las ciudades, que veían cómo sus escuetos presupuestos familiares no llegaban para pagar las continuas subidas de alquiler de sus caseros. La gravedad de la situación social conminaba a “*importunar a los propietarios que un siglo XIX burgués y liberal hasta entonces había tendido a proteger*”¹⁵⁹. Así, durante la década de 1920 se aprobaron una batería de medidas legislativas y presupuestarias dirigidas a controlar los precios de los alquileres, a establecer medidas de protección de los inquilinos y a favorecer el aumento de la oferta residencial mediante la construcción de colonias de casas baratas o la obligación de incluir un determinado número de viviendas sociales en las nuevas construcciones¹⁶⁰. En este cambio de percepción europeo, la sombra de la revolución comunista rusa era alargada, poniendo en práctica el principio del Gatopardo de Lampedusa, “*todo debía cambiar para que todo fuera igual*”, realidad manifestada públicamente por el ministro británico Lloyd George en 1919 en su alocución para aprobar un amplio programa de edificación, al afirmar que “*aunque cueste 100 millones de libras, ¿qué son en comparación con la estabilidad del Estado y con la amenaza del bolchevismo?*”¹⁶¹.

En España, también se produjo la fuerte contracción del negocio de la construcción a causa del ascenso desmesurado de los precios de materiales como el ladrillo, la falta de inversión privada¹⁶², y el auge incontenible de la inflación tras el fin de la contienda, que afectó no sólo a los precios de alquiler de la vivienda sino también al conjunto de los bienes y servicios básicos¹⁶³. La respuesta gubernamental adquirió características análogas a las del resto de Europa, aunque también algunas divergencias.

¹⁵⁸ BALCHIN, P. (ed.): *Housing policy in Europe*. London: Routledge, 1996; POOLEY, C.G.: *Housing strategies in Europe 1880-1930*. Leicester University Press: Leicester, 1992; MANCUSO, F.: “Origen del urbanismo y experiencia municipal europea, entre continuidad e innovación (1920-1940)”, VV. AA.: *Gestión urbanística europea 1920-1940*, Ayuntamiento de Madrid, 1986, pp. 73-87

¹⁵⁹ LACAVE, M.: “Stratégies d’expropriation et haussmannisation: l’exemple de Montpellier”, *Annales ESC*, Vol. 35, nº 5, septiembre-octubre de 1980, citado en PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la II Guerra Mundial*, Op. Cit., pág. 224.

¹⁶⁰ MELLER, H.: *European cities, 1890-1930’s. History, culture and the built environment*, John Wiley & Sons, Chichester, 2001, pp. 77-116; LEES, A. y HOLLEN LEES, L.: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge University Press, 2007.

¹⁶¹ POOLEY, C.G.: *Housing strategies in Europe 1880-1930*. Op Cit., pág. 125.

¹⁶² GÓMEZ MENDOZA, A. La industria de la construcción residencial. Madrid 1820/1935. *Moneda y Crédito*, 1986, nº 177, p. 53-81; BRANDIS, D. *El paisaje residencial en Madrid*. Op. Cit.; MAS HERNÁNDEZ, R.: “La promoción inmoble en España (1846-1995)”, *Ciudad y territorio. Estudios territoriales*, 1996, nº107-108, p. 241-269.

¹⁶³ GARCÍA RUIZ, J.L.: “La inflación en la España del siglo XX: teorías y hechos”, *Boletín Económico de ICE*, nº 2667, 16-22 de octubre de 2000, pp. 23-32; MALUQUER DE MOTES, J.: “Consumo y precios”, en CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (coords.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Fundación BBVA, Bilbao, 2005, especialmente pp. 1266-1271.

En 1920, en plena turbulencia social, con la ratificación del ya mencionado R. D. del ministro Bugallal se inició una nueva senda legislativa en relación a los arrendamientos urbanos basada en la defensa de los inquilinos ante los caseros y el control público de los alquileres de las viviendas. El objetivo era evitar que la inflación, la alta demanda residencial y el interés especulativo de los propietarios engrosaran hasta límites insoportables el alquiler de la vivienda en un contexto de elevada confrontación social. Las medidas aprobadas (en principio coyunturales aunque una vez puestas en práctica ningún gobierno posterior quiso asumir su derogación), prorrogaron obligatoriamente los contratos de alquiler de 1914 y congelaron su crecimiento. Posteriormente, durante la dictadura de Primo de Rivera, se procedió a avivar la inversión privada en el sector de la construcción mediante la promulgación de distintos decretos que ratificaban la liberalización de los alquileres en las viviendas no ocupadas antes de 1924 (es decir, las nuevas), el fomento legislativo y presupuestario de casas baratas y el permiso de subir un 10% los alquileres de los contratos existentes por cada cinco años de antigüedad¹⁶⁴. En la práctica, esta batería de medidas fomentó en el mundo urbano europeo y español, el incremento de la estabilidad residencial de su población, ya que desde entonces cambiar de domicilio implicaba para el inquilino la renuncia a la congelación del alquiler por la ley según la antigüedad del contrato (Figura 5.66).

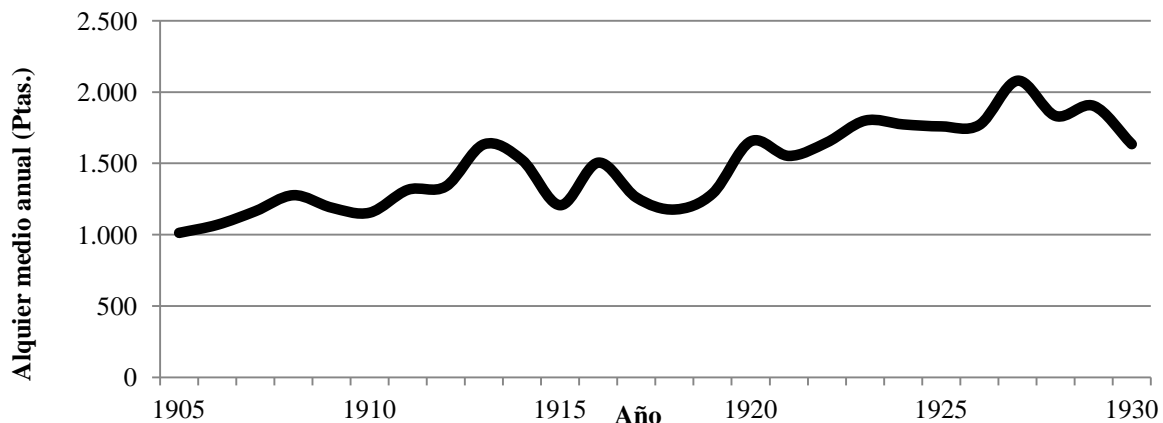


Figura 5.66. Evolución del alquiler medio de las viviendas del Ensanche Este en 1930 según el año del contrato. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

A este factor se le añadió otro de suma relevancia: la expansión efectiva de los transportes urbanos de masas y la incipiente democratización de su uso gracias a su sucesivo abaratamiento. La evolución de este proceso fue similar en toda Europa, con una primera etapa marcada por el uso del ferrocarril, el ómnibus y el tranvía a sangre a lo largo del siglo XIX, cuyo coste todavía era muy elevado para la mayor parte de la población urbana, y una segunda etapa, iniciada con el siglo XX con los transportes mecanizados derivados de la introducción de la electrificación y el motor de explosión, que fraguaron la senda hacia la reducción de sus costes y la expansión de su uso. Aunque, eso sí, su línea temporal varió ostensiblemente entre unos países y otros¹⁶⁵.

¹⁶⁴ ARTOLA BLANCO, M.: "La transformación del mercado de alquiler de fincas urbanas en España (1920-1960)", *Biblio 3W, Revista bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Op. Cit.; SAMBRICIO, C.: "La política urbana de Primo de Rivera. Del Plan Regional a la política de Casas Baratas", *Ciudad y Territorio*, n° 54, 1982, pp. 33-54; TATJER MIR, M.: "La vivienda obrera en España de los siglos XIX y XX: De la promoción privada a la promoción pública (1853-1975)", *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. IX, núm. 194 (23), 2005.

¹⁶⁵ OYÓN, J. L.: "Transporte público y estructura urbana. (De mediados S.XIX a mediados S.XX): Gran Bretaña, España, Francia y Países germánicos", *Revista de Ecología Política*, n° 17, 1999, pp. 17-35.

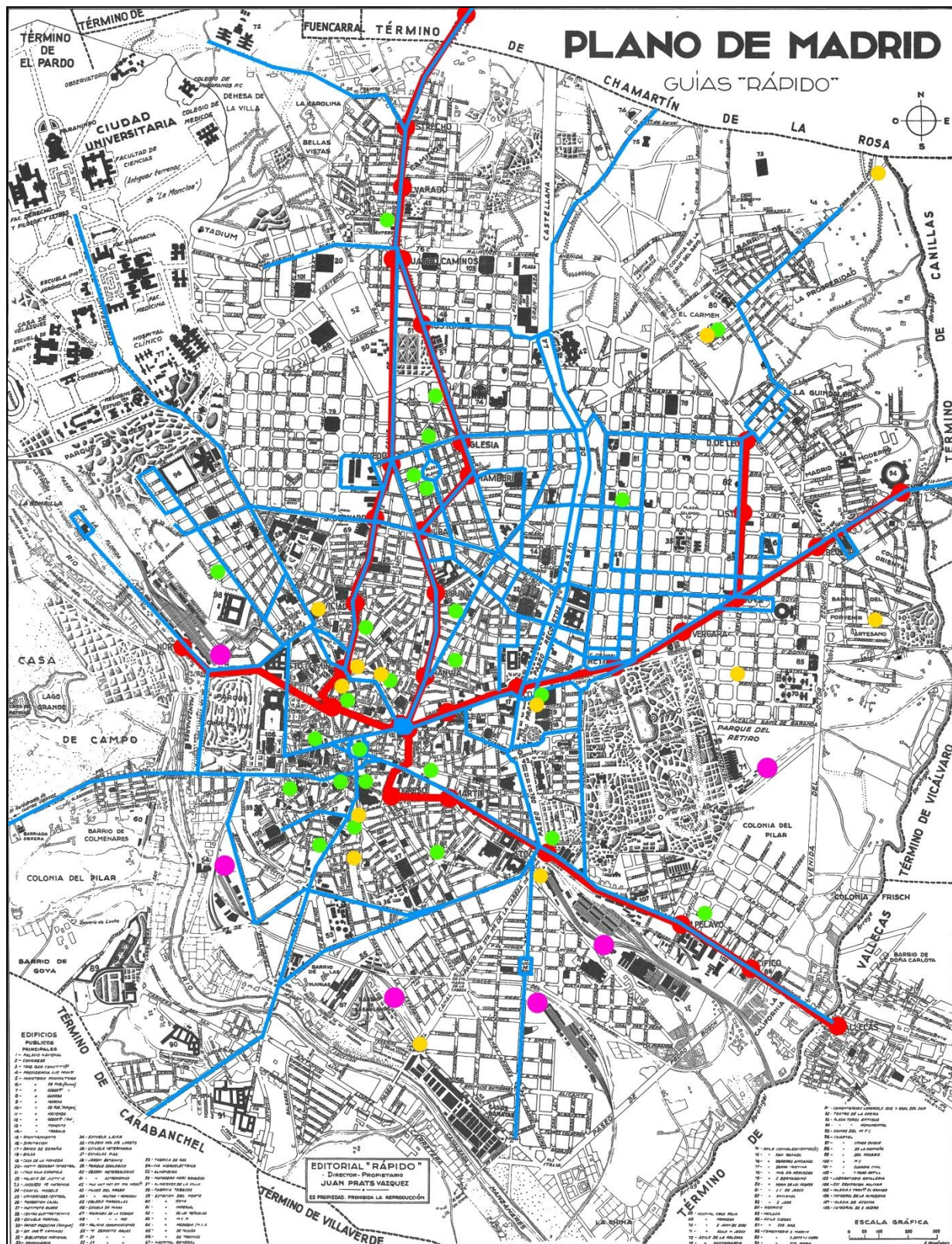


Figura 5.67. Transportes urbanos de Madrid en 1930. Elaboración propia. Leyenda: en rojo, recorrido y estaciones de la red de Metro en 1936 (inclusión de la ampliación de las paradas de Lista y Diego de León); en azul, todas las líneas de tranvía pertenecientes a la Sociedad Madrileña de Tranvías y la Compañía Madrileña de Urbanización; los puntos amarillos señalan las paradas de los autobuses urbanos mientras que los puntos verdes hacen referencia a las de los autobuses interurbanos; por último, los puntos rosas señalan en el plano las principales estaciones de ferrocarril de la ciudad. Detalle del Plano de Madrid editado por *Guías Rápido*, 1935. Escala: 1:10.000. Gerencia Municipal de Urbanismo de Madrid.

En relación al caso español, y sin ánimo de ser exhaustivo, es necesario señalar que sufrió un retraso relativo respecto a los potencias europeas más industrializadas a la hora de vertebrar los nuevos adelantos técnicos relativos a los transportes urbanos, como la electrificación de su red tranviaria, la introducción del motor de explosión o la puesta en marcha del ferrocarril metropolitano. Las causas de tal demora iban desde las diferencias legislativas nacionales (con la resistencia a la municipalización a la cabeza) hasta la falta de capital público y privado para emprender las infraestructuras necesarias o la menor escala demográfica y espacial de las urbes españolas más pobladas respecto a gigantes europeos como Londres, París o Berlín¹⁶⁶.



Ilustraciones 5.5 y 5.6. A la izquierda, inauguración del tranvía hacia el barrio de Usera, en 1933. A la derecha, ascensor de la parada de metro de Gran Vía, en 1932. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA.

En cuanto a Madrid, esta brecha empezó a reducirse tras la conflagración europea, punto y aparte para tantas cuestiones. Desde principios de siglo se produjo la electrificación del tranvía madrileño, medio de transporte más acorde al tamaño de la capital española que el metropolitano o las líneas ferroviarias utilizadas en las grandes capitales europeas, si bien los menos de 140 viajes per cápita anuales de media de 1911 estaban alejados de los 220 registrados en las ciudades británicas de tamaño similar o los 180 de las urbes alemanas¹⁶⁷. Tras la guerra, el incremento demográfico de la ciudad fruto de las migraciones interiores, su consiguiente expansión geográfica y el fortalecimiento del capital español en detrimento del europeo (repatriado y dirigido hacia el esfuerzo bélico), propiciaron la creciente democratización del uso del tranvía en una época de elevada conflictividad social¹⁶⁸. Los años veinte fueron testigos de su efímera edad de oro en la ciudad madrileña, ya que al mismo tiempo en que su uso se expandía gracias a la reducción generalizada de los precios de los billetes, se inauguraba en 1919 el Metropolitano Alfonso XIII. En esta década, como la mayor parte de las urbes europeas, la capital experimentó su mayor desarrollo de infraestructuras de

¹⁶⁶ GILI RUIZ, R.: “El transporte y la articulación del espacio urbano”, en PINTO CRESPO, V. (Dir.): *Madrid. Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Op. Cit., pp. 248-265; LÓPEZ GÓMEZ, A.: *Los transportes urbanos de Madrid*, Op. Cit.; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral inédita, UCM, 2013, pp. 127-176.

¹⁶⁷ OYÓN, J. L.: “Transporte público y estructura urbana. (De mediados S.XIX a mediados S.XX): Gran Bretaña, España, Francia y Países germánicos”, *Revista de Ecología Política*, Op. Cit., pp. 17-35; OYÓN, J. L. y MONCLÚS FRAGA, F. J.: “Transporte y crecimiento urbano en España, mediados s. XIX-finales s. XX”, *Ciudad y Territorio: estudios territoriales*, nº 107-108, 1996, pp. 217-240.

¹⁶⁸ CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. *Historia económica de la España contemporánea*. Barcelona: Crítica. 2003; SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006.

transportes hasta la fecha, comunicando entre sí a prácticamente todos los barrios del casco antiguo, el Ensanche y el Extrarradio (Figura 5.67). En 1929, según la *Información sobre la ciudad*, la capital ya contaba con 44 líneas de tranvía y dos de metro, que tenían una media de 800.000 usuarios diarios frente a los 153.000 del tranvía en 1905¹⁶⁹. Pero tan crucial para la sustitución de la movilidad residencial por una mayor movilidad diaria del trabajo a casa fue que se consolidaran modernos y eficaces transportes, como que tuvieran un precio asequible para que pudieran ser utilizados por sus potenciales clientes. A duras penas, tras continuas luchas entre el consistorio y las empresas tranviarias concesionarias (que incurrió en su definitiva municipalización a finales de la década y principios de la siguiente), presentaciones de quejas vecinales, una fuerte inversión en maquinaria eficiente que abarataba los costes y, sobre todo, con la competencia mutua entre tranvía y metro, el precio de los distintos billetes quedaron fijados entre las 0,10 y las 0,30 ptas.¹⁷⁰. Así, entre 1914 y 1930 dichos precios se mantuvieron constantes o incluso se redujeron en algunos casos, tendencia contraria tanto a la inflación generalizada que sufría el país (tomando como base 100 el índice de precios de 1913, en 1930 era de 170) como al alza de los salarios obreros acaecidos en dicho período¹⁷¹. En vísperas de la IIª República, la proporción del jornal diario que suponía el billete era cada vez menor, situándose tanto entre los jornaleros, aprendices y peones como entre los obreros cualificados por debajo del 5%, cifra similar a la existente en Barcelona¹⁷², rango que ya había sido alcanzado en las ciudades británicas y alemanas antes de la guerra.



Ilustraciones 5.7 y 5.8. A la izquierda, revista de taxis en la Castellana, h. 1922. A la derecha, apertura de dos líneas de autobuses en el barrio de Pacífico, en 1933. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA.

Pero esta realidad no sólo era cuestión de datos, sino que queda reflejada en distintos contextos, desde la muchedumbre que aparecía esperando en las paradas de tranvía hasta la gente que salía del ascensor de cualquier estación de metro

¹⁶⁹ LÓPEZ GÓMEZ, A.: *Los transportes urbanos de Madrid*, Op. Cit.

¹⁷⁰ RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936*, Op. Cit., pp. 127-176.

¹⁷¹ CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. *Historia económica de la España contemporánea*. Barcelona: Crítica. 2003, Vol. 3, pp. 1290-1291; MINISTERIO DE TRABAJO Y PREVISIÓN: *Estadística de salarios y jornadas de trabajo, referida al período 1914-1930*, Dir. Gral. de Trabajo, Madrid, 1931.

¹⁷² Según los jornales registrados en el padrón de Madrid de 1930 relativos al Ensanche Este, el sueldo diario medio de los peones, jornaleros y aprendices era de 5,97 ptas., y el de los trabajadores manuales cualificados de 7,87 ptas. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930. MIRALLES, C. y OYÓN, J.L.: “De casa a la fábrica. Movilidad obrera y transporte en la Barcelona de entreguerras, 1914-1939”, en OYÓN, J.L. (Coord.): *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras, 1918-1936*, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 1998, pp. 159-201.

(Ilustraciones 5.5 y 5.6). Las fuentes orales también confirman esta creciente democratización del transporte público, con casos de *commuting* o viaje diario de casa al trabajo y viceversa por este medio entre estratos populares como Consuelo Plaza Parrondo, quien recuerda cómo en los años treinta, siendo “*aprendiza de bordadora*” (cuyo salario-hora medio era de 0,31 ptas.), “*gracias al tranvía yo podía ir al trabajo sin tenerme que levantar a las cinco y media como hacía al principio*”¹⁷³. Las capas populares más favorecidas empezaron a conquistar el transporte público y a masificarlo. Prueba de ello era que voces públicas como Alberto Insúa, literato y periodista de origen cubano, se quejara en su sección “Perspectivas” de *La Voz* en 1922, con motivo de la expansión del uso del tranvía, el metro y de los “*flamantes y elegantes autobuses*”, que en el mismo coche o vagón “*el abogado, el militar, el periodista, el actor (que deben ir pulcramente trajeados), se codee con la pescadera, el carnicero, el albañil que vuelve de la obra, etc.*”, solicitando como “*en el ferrocarril o en el teatro, billetes y vagones de dos clases, primera y segunda... siendo lo democrático, lo higiénico, lo limpio... la distribución de los viajeros como está ordenada la sociedad, en varias clases, y no la mezcolanza existente*”¹⁷⁴. Más allá de analizar su petición, lo importante de ésta es que demuestra cómo las capas populares madrileñas empezaron a utilizar masivamente el tranvía y el metro en la década de 1920.

En estos años también comenzó la introducción en masa del motor de combustión en las distintas líneas de autobuses, camionetas y taxis de la ciudad, siendo a su vez constante el incremento en el número de automóviles y motocicletas que eran matriculados cada año (Ilustraciones 5.7 y 5.8)¹⁷⁵. Su precio descendió desde las 15.000 ptas. de media en 1915 a oscilar entre las 7.000 y las 13.000 ptas. en 1930, gracias a la fabricación en serie y las agresivas campañas de marketing de las grandes empresas automovilísticas americanas, francesas o italianas que, como Ford, General Motors, Renault, Citroën o FIAT, abrieron concesionarios en la capital ofreciendo grandes descuentos y ventas a crédito¹⁷⁶. Así, en 1930 se matricularon en la capital 4.038 automóviles según los datos publicados en *Madrid Automóvil*¹⁷⁷, de los cuales cerca de la cuarta parte fueron comprados por personas, instituciones públicas y empresas privadas domiciliadas en el Ensanche Este de la capital. De este modo, el automóvil pasó de ser un objeto de lujo delimitado a las capas sociales más adineradas (rentistas, aristócratas y grandes industriales y banqueros adquirieron el 38%) para empezar poco a poco a ser asequibles para los estratos más pudientes y cualificados de los profesionales liberales (el 29%), los altos empleados (el 11%) y los pequeños comerciantes (el 9%)¹⁷⁸.

¹⁷³ FOLGUERA CRESPO, P.: *Vida cotidiana en Madrid. Primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*, CAM, Madrid, 1987, pp. 68-69.

¹⁷⁴ *La Voz. Diario independiente de la noche*, 2 de diciembre de 1922.

¹⁷⁵ En 1930 circulaban por Madrid 20.000 turismos particulares, 3.000 taxis, 1.500 motos, 4.200 camionetas y 300 turismos de servicio público GILI RUIZ, R.: “El transporte y la articulación del espacio urbano”, en PINTO CRESPO, V. (Dir.): *Madrid. Atlas histórico de la ciudad*, Op. Cit., pág. 258.

¹⁷⁶ GIMENO VALLEDOR, P.: *El automóvil en España. Su historia y sus marcas*, RACE, Madrid, 1993; HERNÁNDEZ MARCO, J. L.: “Los precios de los automóviles importados en la España de los años 20”, *Revista de Historia Industrial*, nº 22, 2002, pp. 157-173; “La oferta automovilística en España antes del SEAT-600: 1906-1957”, *Economía industrial*, nº 307, 1996, pp. 131-148; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936*, Op. Cit., pp. 441-445.

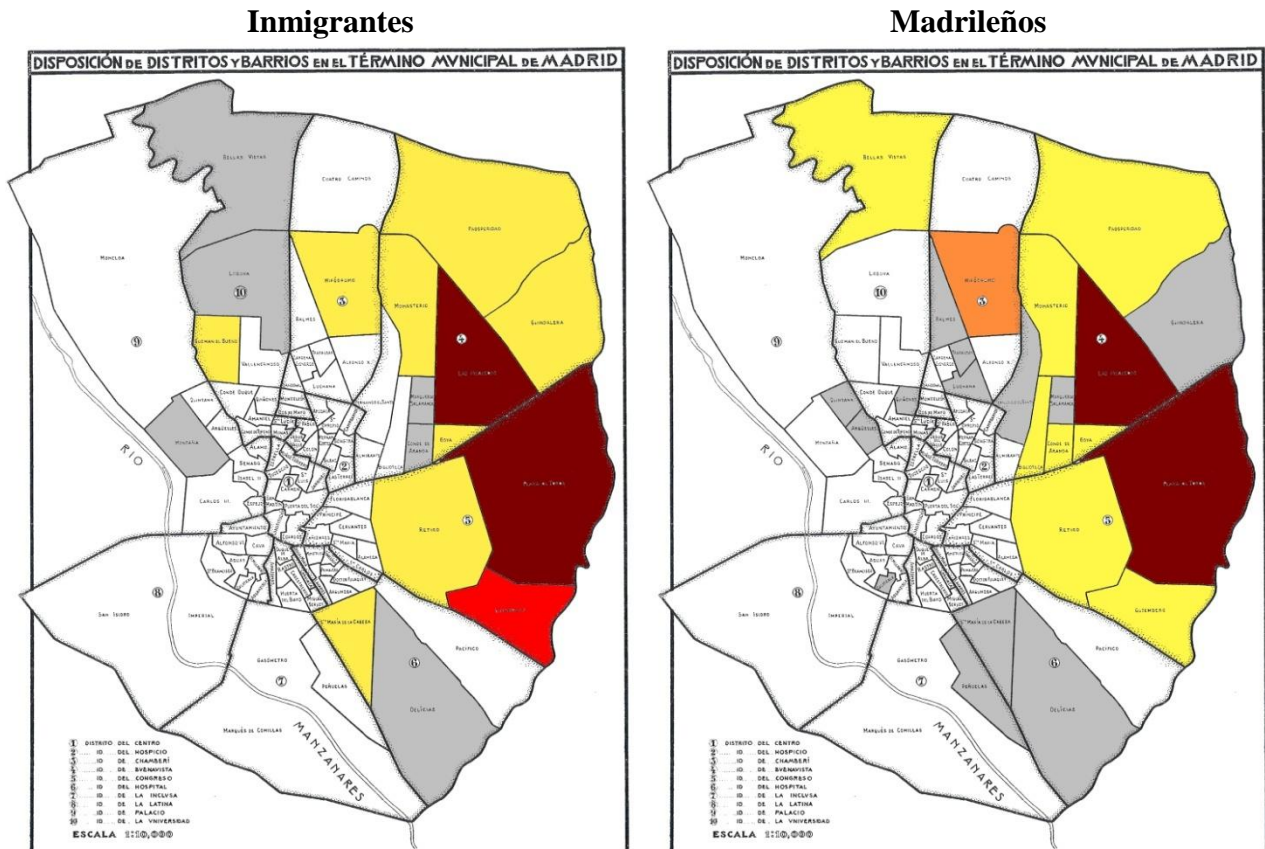
¹⁷⁷ Revista mensual especializada en el comercio de la industria del automóvil, publicada entre 1925 y 1935 y dirigida por M. Mozas del Campo. En ella se ofrecía información sobre el mercado español del automóvil, disposiciones oficiales sobre su importación, y reportajes de salones, campeonatos y albergues de carretera. Pero lo más relevante es que incluía las matriculaciones de vehículos realizadas en Madrid acompañado del nombre y domicilio de sus compradores. Hemeroteca Digital, BNE.

¹⁷⁸ *Madrid Automóvil*, febrero de 1930 a enero de 1931 y AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.



Figura 5.68. Asentamiento residencial de la inmigración reciente (menos de 1 año) en el Ensanche Este de Madrid en 1930. AVM, Estadística, padrón de Madrid. En el plano aparece la relación porcentual entre la inmigración recién llegada y el total de inmigrantes de cada calle. Detalle del Plano de Madrid publicado por *Guías Rápido*, 1935. Escala: 1:10.000. Gerencia Municipal de Urbanismo de Madrid.

En definitiva, la instauración de un marco legislativo nacional que favorecía la estabilidad residencial de los inquilinos urbanos (en un contexto en el que la propiedad de la vivienda era insignificante), y la coetánea expansión y abaratamiento del transporte público madrileño, facilitaron la caída de la movilidad residencial y su lenta conversión en una movilidad diaria que cada vez se dilataba más, tanto en el número de personas que la realizaban como en la distancia que cubrían. Pero el análisis de este descenso en la movilidad residencial no estaría completo sin indagar en los factores específicos inherentes a las características socioeconómicas de este espacio de estudio, especialmente la evolución de su papel en la ciudad y la consolidación del carácter acomodado de los residentes en una buena parte de sus barrios.



Barrio de asentamiento de las familias del Ensanche Este que se mudaron entre 1930 y 1935

- 1%	1 - 1,99 %	2 - 3,99 %	4 - 5,99 %	6 - 8,99 %	+ 9%
------	------------	------------	------------	------------	------

Figuras 5.69 y 5.70. Movilidad residencial de las familias asentadas en el Ensanche Este de Madrid según su origen. AVM, Estadística. Padrón de Madrid de 1930. Plano con la división de barrios y distritos de 1898. Escala 1:10.000.

Así, en 1930 gran parte del Ensanche Este se hallaba plenamente integrado en la ciudad, sus vecinos disfrutaban de los mismos servicios y transportes que los del casco antiguo y en el imaginario popular las calles de Serrano, Goya o Velázquez *ya no eran ese campo* que Galdós todavía percibiera a finales del siglo XIX. La nueva frontera urbana se había dilatado hasta superar el Paseo de Ronda y los confines del Extrarradio, y con ella se redujeron los bajos alquileres destinados a alojar a los humildes recién llegados en su inicial experiencia en la ciudad, una población jornalera que se había reducido considerablemente desde principios de siglo. Dicha evolución no implicó que el Ensanche Este dejara de ser un lugar de destino asiduo para la población inmigrante,

pero sí determinó la adscripción socioeconómica de sus nuevos inquilinos. Por un lado, una buena parte de los rentistas, propietarios, banqueros y grandes industriales que cada año arribaban a la capital eligieron los modernos inmuebles de las calles más granadas y ostentosas del barrio de Retiro, los palacetes del Paseo de la Castellana o las primeras viviendas unifamiliares edificadas en torno al Parque Urbanizado aprobado en 1920 delimitado por la calle María de Molina y los paseos de Ronda y Castellana como su primera residencia¹⁷⁹. Además, gracias al desarrollo económico acaecido en la ciudad durante la década de 1920 fruto de la modernización de los servicios y transportes públicos, la expansión de la empresa privada, la banca y el comercio, la inmigración hacia Madrid se tiñó de un creciente caudal de clases medias formado por profesionales liberales y empleados altamente cualificados. Un heterogéneo grupo socioeconómico que, entre otras opciones, también optó en gran medida por ubicarse en las nuevas zonas residenciales de los barrios de Las Mercedes y Plaza de Toros, que contaban en su haber con viviendas de nueva planta, buena comunicación con el casco antiguo y una amplia dotación de servicios a precios asequibles (Figura 5.68). Una tendencia que no partía de la población recién llegada, sino que era una arista más de un fenómeno más amplio y profundo que hundía sus raíces en los años interseculares y que estaba protagonizado tanto por la propia población madrileña como por la inmigrante ya asentada (Figuras 2.59, 5.69 y 5.70). Como resultado de este proceso de segregación socioespacial, se produjo una mayor presencia en estos barrios de capas sociales acomodadas, de ingresos elevados y estables, menos sensibles a las oscilaciones del precio de alquiler, y por tanto más reacios a la mudanza domiciliaria que las capas populares que habitaban los barrios del Ensanche Sur y el Extrarradio, zonas donde presumiblemente los cambios de domicilio eran todavía más numerosos¹⁸⁰.

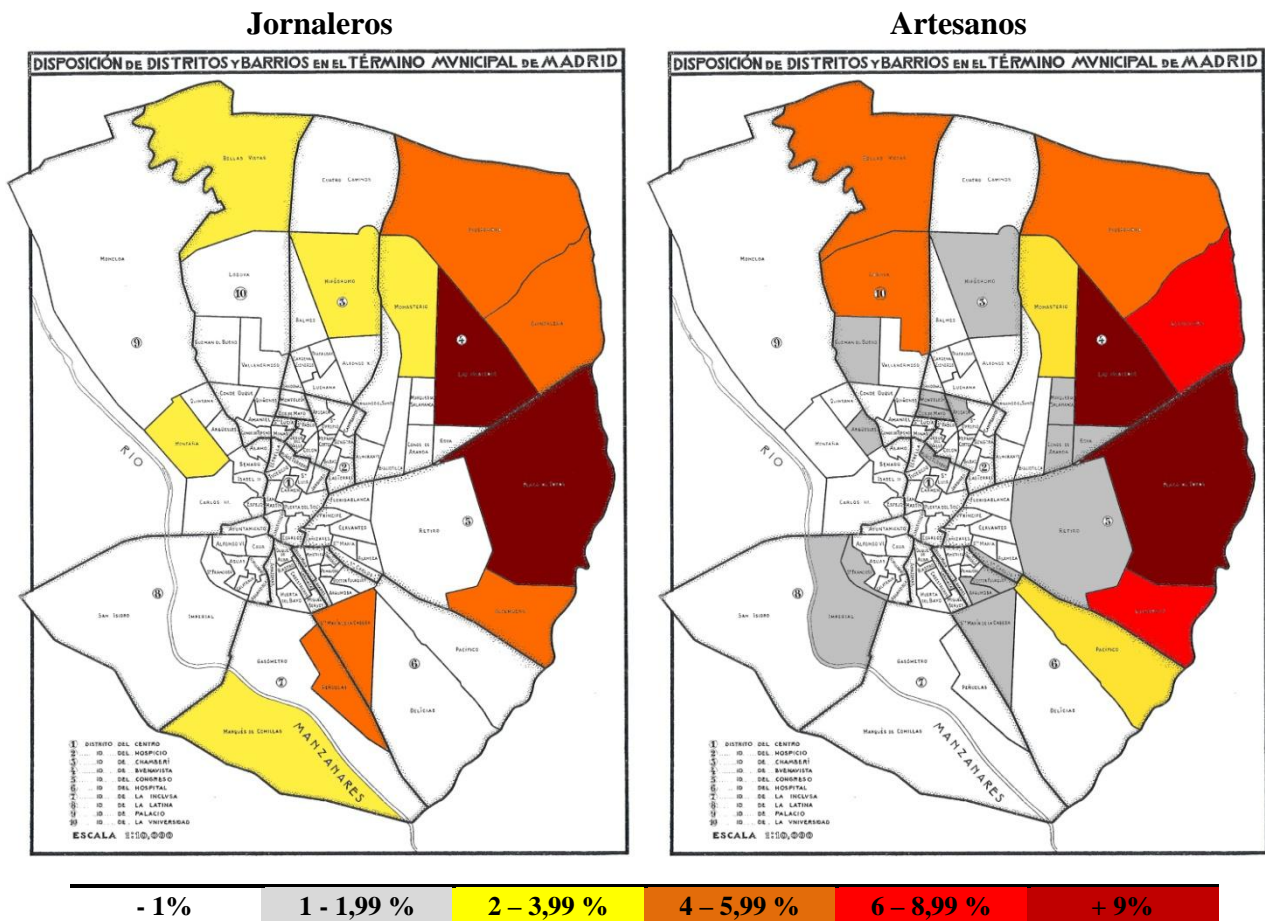
Características del cabeza de familia	Media (5 años)	Familias madrileñas	Familias inmigrantes	Dif.	Inmigrantes recientes (-1 año)	Inmigrantes asentados (+ 5 años)	Dif.
Prof. liberales	60,75	50,00	64,75	14,75	81,25	56,05	-25,20
Empleados bajos	61,76	60,00	62,50	2,50	60,86	57,50	-3,36
Empleados altos	59,51	55,38	62,24	6,86	80,00	62,50	-17,50
Artesanos	59,05	57,90	60,00	2,10	100,00	57,90	-42,10
Jornaleros	68,15	60,00	71,00	11,00	66,65	67,45	0,80
Pequeño comercio	53,40	59,40	51,70	-7,70	100,00	45,85	-54,15
Familias encabezadas por mujeres	61,90	58,15	62,85	4,70	94,75	58,00	-36,75
MEDIA	61,25	58,10	62,40	4,30	82,20	57,40	-24,80

Figura 5.71. Movilidad residencial quinquenal de las familias residentes en el Ensanche Este de Madrid según su profesión, origen y tiempo de estancia en la ciudad. Se ha considerado el sueldo anual de 3.000 ptas. anuales como bisagra para diferenciar entre los empleados altos y los bajos. AVM, Estadística. Padrón municipal de Madrid de 1930 y 1935, barrio de Goya. Datos porcentuales.

¹⁷⁹ AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Proyecto de urbanización de la zona de Ensanche de esta Villa y Corte*, 1917; MÁS HERNÁNDEZ, R.: "El barrio de Salamanca, *Op. Cit.*", pp. 44-51.

¹⁸⁰ Aunque sin poder proporcionar una cifra fiable y no infrarrepresentada dada la metodología utilizada, las anotaciones manuales realizadas por los propios vecinos en las hojas de empadronamiento consignando las mudanzas realizadas en los cinco años siguientes, sí denotan una tendencia clara: la población del Ensanche Sur, de carácter popular, parecía ser más móvil que la del Ensanche Este, de cariz más acomodado (un 8,3% frente al 3,4%). VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros*, *Op. Cit.*, pág. 427. En Barcelona, el estudio de la Colònia Castells surgida en 1923 en los resquicios del barrio de Les Corts confirman esta hipótesis: OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular...*, *Op. Cit.*, pp. 289-295.

Por todo lo comentado anteriormente, en tiempos de la II República la estabilidad residencial aparecía como un valor en alza entre la mayor parte de la población residente en el Ensanche Este de la ciudad. Era una tendencia homogénea presente tanto entre las familias e individuos nacidos en Madrid como entre la población forastera, pero que todavía afectaba a más de la mitad de la población en un quinquenio (un 58,10% frente al 62,40% respectivamente). Obviamente, seguían existiendo marcadas diferencias entre unos grupos sociales y otros en función de sus características profesionales, su sexo, edad, origen o tiempo de residencia en la ciudad, pero no eran tan incisivas como las observadas medio siglo antes (Figura 2.58 y 5.69).



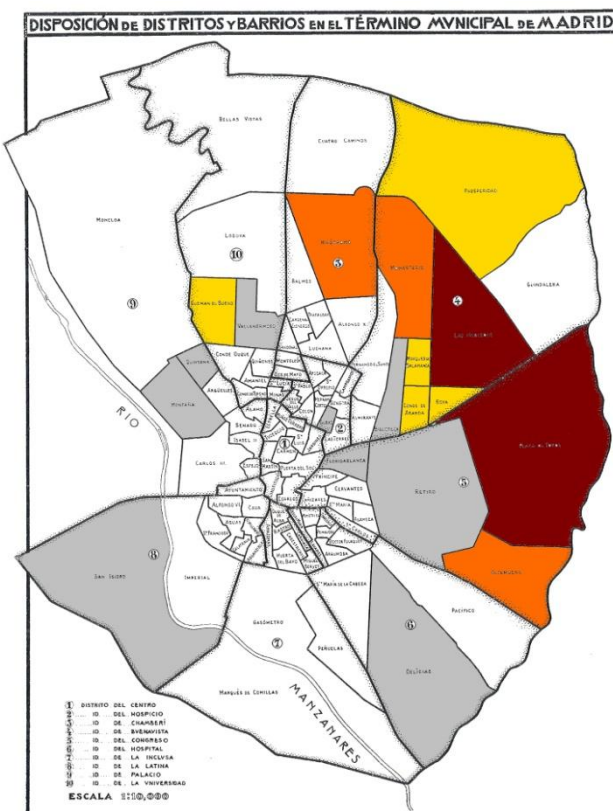
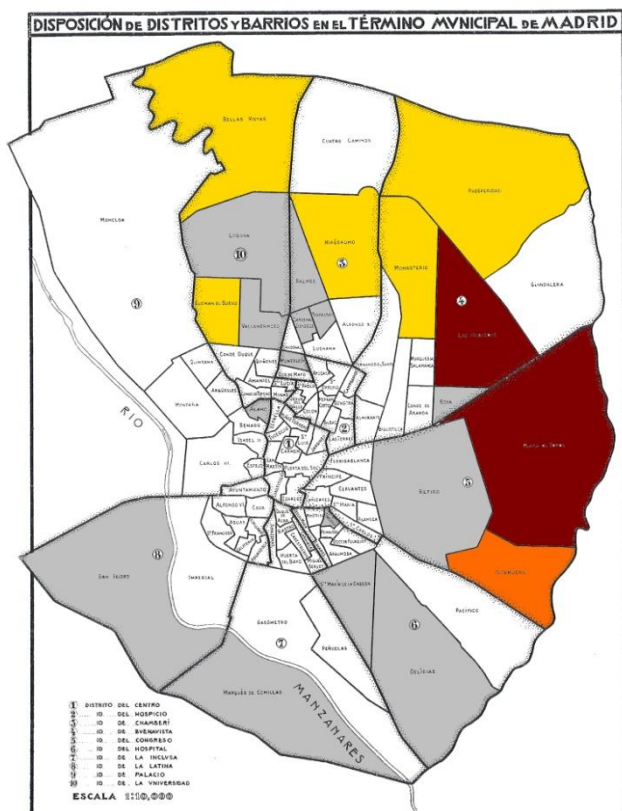
Figuras 5.72 y 5.73. Movilidad residencial de las familias encabezadas por trabajadores manuales asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1930 y 1935. AVM, Estadística. Padrón de Madrid de 1930. Plano con la división de barrios y distritos de 1898. Escala 1:10.000.

Al igual que en 1878, la población inmigrante tendía a cambiar más a menudo de vivienda que la madrileña, especialmente en sus primeros años de estancia en la capital, cuando el 82% de los inmigrantes cambiaban de residencia durante el primer quinquenio viviendo en la capital. Sin embargo, a diferencia de lo registrado a finales del siglo XIX, no eran los jornaleros procedentes del mundo rural los más móviles sino los trabajadores manuales cualificados y los pequeños comerciantes, contingentes que paradójicamente en el largo plazo pasaban a convertirse en los más estables de las barriadas del Ensanche Este. Su peripecia vital se caracterizaba por sufrir una inicial y ardua integración en el mercado laboral madrileño, que implicaba continuos cambios de trabajo, local y domicilio, seguido de un proceso de adaptación en el que la experiencia y la cualificación adquiridas les permitían acceder a puestos cualificados y estables en

talleres, obrajes y naves industriales, o a instaurar al fin un establecimiento propio en una ubicación idónea. Llegados a este punto, la movilidad residencial de estos grupos socioprofesionales se resentía de un modo tajante. Entre los trabajadores manuales cualificados, la estabilidad laboral adquirida y la fijación espacial de su lugar de trabajo fueron factores que minimizaron su necesidad de mudarse por motivos como el pago del alquiler o el traslado de la fábrica, favoreciendo la formación de barrios obreros consolidados¹⁸¹. En el caso de los pequeños comerciantes ya asentados, la misma vivienda era tanto su local comercial como su residencia, y por lo tanto, para ellos cambiar de domicilio conllevaba mayores riesgos. Parte del éxito o fracaso de una tienda de comestibles, de bicicletas, una panadería o un despacho de leche, en una época en la que empezaba a surgir en la capital una sociedad de incipiente consumo y la mercantilización de la actividad comercial, se hallaba en el conocimiento y confianza de sus potenciales clientes, los vecinos residentes en un radio de reducido diámetro, aspecto que sólo se lograba mediante un sólido arraigo en el espacio urbano.

Empleados de sueldos bajos

Empleados de sueldos altos



Figuras 5.74 y 5.75. Movilidad residencial de las familias encabezadas por cabezas de familia empleados según su sueldo (el gozne se ha situado en las 3.000 ptas. anuales) asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1930 y 1935. AVM, Estadística. Padrón de Madrid de 1930. Plano con la división de barrios y distritos de 1898. Escala 1:10.000.

¹⁸¹ La tendencia obrera hacia su estabilización residencial urbana fue un fenómeno de escala europea, y varios investigadores han utilizado este proceso como argumento para explicar la formación de los sólidos vínculos de identificación vecinal en los núcleos suburbanos y las segundas periferias de ciudades como París, Viena, Londres o Barcelona. MAGRI, S. y TOPALOV, C.: *Villes ouvrières, 1900-1950*, L'Harmattan, Paris, 1989; SAVAGE, M.: "Urban history and social class: two paradigms", *Urban History*, Vol. 20, parte 1, abril-1993, pp. 61-77.

Por el contrario, la necesidad atenazaba la vida de las familias jornaleras inmigrantes de un modo constante, abocados a una elevada movilidad residencial como consecuencia de su incapacidad para adentrarse en el mercado laboral madrileño más estable. En este grupo socioprofesional la imbricación entre trabajo y hogar seguía siendo axiomática, sin importar el tiempo que llevaran residiendo en Madrid ya que la asiduidad de sus mudanzas apenas variaba en el tiempo. Su origen rural y la carencia o escasez de cualificación laboral eran el principal catalizador de sus asiduos cambios de hogar, pasando por distintas viviendas pequeñas de precio asequible en función de su perenne *persecución de una ocupación*. Su escasez económica generaba que a cada cambio de empleo le seguía la consiguiente mudanza hasta una vivienda cercana, ya que carecían de los recursos suficientes para sufragar el billete diario del tranvía, el autobús o el metro, todo ello sin contar la sensibilidad de su presupuesto familiar ante las variaciones de su ciclo vital, ya fueran por nuevos nacimientos o defunciones. Esta experiencia vital transeúnte de las familias jornaleras derivaba en ocasiones en una clara correlación con determinados espacios urbanos, con calles e inmuebles interiores como las de Espartinas o Francisco Moreno, cuyos caseros se habían especializado en cubrir esta demanda residencial específica, de paso, con viviendas modestas de entre dos a cuatro estancias de media a cambio de un alquiler medio anual de unas 1.000 ptas., y donde sólo el 10% de sus inquilinos permaneció en la misma vivienda en un plazo de cinco años¹⁸². Una parquedad económica que también atenazaba por regla general a buena parte de los hogares madrileños encabezados por mujeres (la mayoría de las cuales eran viudas) y que condenaban a sus miembros a cambiar una y otra vez de residencia. Sin embargo, como la franja más cercana al eje Prado-Recoletos no eran barrios para familias pobres, la mayoría de las mujeres que encabezaban el hogar en el que residían eran propietarias o pensionistas, en definitiva personas que poseían una renta mensual estable con la que hacer salir adelante sin grandes preocupaciones y sin necesidad de cambiar de domicilio más de lo normal (Figura 5.69).

En el reverso de la moneda se hallaban los profesionales liberales y los empleados altamente cualificados encargados de desempeñar actividades intelectuales de administración y gestión en las esferas pública y privada. Estos colectivos disfrutaban de sueldos anuales bastante elevados como para albergar preocupación alguna por la oscilación de los precios del alquiler y su repercusión en el presupuesto familiar. Por ello, sus cambios de domicilio estaban motivados más por el deseo de medrar que por la necesidad, marcados por la ampliación o desgracia acaecida en el núcleo familiar o por la posibilidad de mejorar las condiciones de su vivienda. De este modo, aunque cambiaban asiduamente de residencia en sus primeros compases en la ciudad, una vez asentados, las familias encabezadas por profesionales liberales o empleados muy cualificados iban recortando su movilidad residencial y asemejándose a las familias madrileñas, ubicándose en pisos de alta calidad, como los principales y segundos de los números más cercanos al casco antiguo de las calles de primer orden del Ensanche, como las de Alcalá, Castelló o Jorge Juan, donde más del 60% de las familias residentes permanecieron en la misma vivienda entre 1930 y 1935¹⁸³.

El espacio urbano madrileño era, como todas las grandes ciudades europeas de la época, un cuerpo vivo sumido en una transformación permanente fruto de la mayor oleada migratoria de su historia. La expansión urbana, el crecimiento demográfico y la modernización económica transformaron en gran medida la ciudad y su aspecto,

¹⁸² AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1930 y 1935. Barrio de Goya.

¹⁸³ AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1930 y 1935. Barrio de Goya.

fenómeno al que no fueron ajenos sus habitantes, quienes buscaron acomodo entre los nuevos pliegues de su piel. El análisis de la nueva elección residencial tomada por las familias e individuos residentes en el Ensanche Este que cambiaban de domicilio en función de su condición profesional así lo demuestran¹⁸⁴.

Entre 1905 y 1930 los barrios del Ensanche y el Extrarradio fueron aumentando su atractivo residencial en detrimento de las barriadas del casco antiguo. Si a principios del siglo XX más del 40% de las familias del Ensanche Este que se mudaban ubicaban su nueva vivienda en el interior de los límites del casco antiguo (más que los que la mantenían en él), en 1930 la situación se había invertido. En vísperas de la II República, este espacio urbano lograba retener en su perímetro a más de la mitad de las familias que se mudaban de domicilio. Se dirigían especialmente hacia sus barrios más extensos y alejados de la almendra central, los de Mercedes y Plaza de Toros, allí donde los nuevos inmuebles erigidos se codeaban con viejas edificaciones de baja altura y solares descampados por culpa de la especulación de sus propietarios. Y no sólo sus barrios incrementaron su influjo sobre los vecinos madrileños, ya que los pertenecientes a las otras dos zonas de Ensanche también lograron retener en mayor medida a sus propios residentes como a seducir a nuevos inquilinos¹⁸⁵. La efectiva urbanización y dotación de servicios de áreas cada vez mayores de los barrios del Ensanche, unido a la expansión de los transportes urbanos facilitaron este proceso. Pero la mancha de aceite urbana no se detuvo en el Paseo de Ronda que sustituyó al proyectado foso, sino que afectó de lleno a las populares barriadas del Extrarradio, como las de Prosperidad, Guindalera, Madrid Moderno o Las Ventas en el lado nororiental de la ciudad, las cuales también fueron testigos del goteo incesante de nuevas vecinos (Figura 5.74)¹⁸⁶.

	<i>Ensanche Este</i>	<i>Casco antiguo</i>	<i>Resto Ensanche</i>	<i>Extrarradio</i>	<i>Fuera de Madrid</i>
1905	38,64	41,30	11,73	6,74	1,59
1930	50,92	17,21	17,47	10,89	3,51
Diferencia	12,28	-24,09	5,74	4,15	1,92

Figura 5.76. Dirección de la movilidad residencial emprendida por las familias e individuos residentes en el Ensanche Este entre 1930 y 1935. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Era un proceso de reestructuración urbana generalizada, aunque esta continuación de la *huida hacia el este* emprendida desde el casco antiguo hacia los barrios del Ensanche en el último cuarto del siglo XIX, fue en términos generales progresiva. La población nacida o residente en el interior de la urbe fue más proclive a mudarse dentro de sus límites o, en su caso, a moverse hacia el Ensanche. Y del mismo modo, en este espacio urbano la movilidad residencial protagonizada por sus habitantes se caracterizó por mantener una cierta continuación residencial, anclada en una relativa identificación vecinal laxa, formada por el propio barrio de residencia y sus adyacentes, límites en los cuales habían aumentando las mudanzas del 36% al 47% entre 1905 y 1930¹⁸⁷. Además, buena parte de los núcleos familiares que abandonaban el Ensanche

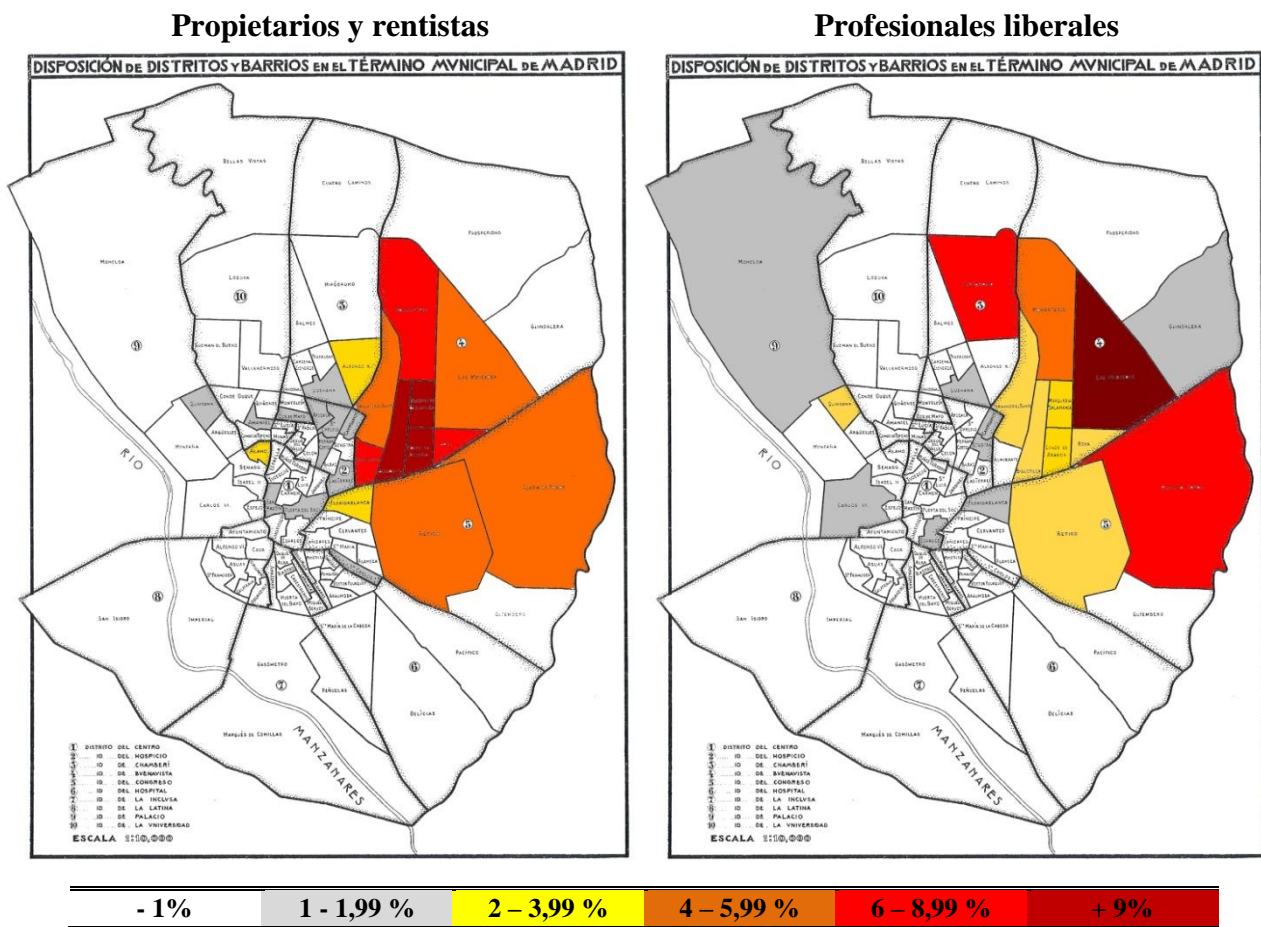
¹⁸⁴ El número de hogares que registraron en las hojas de empadronamiento que habían efectuado un cambio de domicilio y que indicaron su nueva dirección ascendió a 1.279, casos que han sido utilizados como muestra estudio para analizar la movilidad residencial de las familias del Ensanche Este en función de la adscripción socioprofesional del cabeza de familia. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

¹⁸⁵ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros*, Op. Cit.

¹⁸⁶ VORMS, C.: *Bâtisseurs de banlieue. Madrid: le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, Op. Cit.

¹⁸⁷ AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1905 y 1930.

Este para mudarse a los barrios del Extrarradio de Prosperidad y Guindalera formaban parte de esta dinámica, ya que procedían mayoritariamente de los barrios colindantes de Las Mercedes y Plaza de Toros, ya que en muchos casos la mudanza sólo les suponía cambiar de acera o desplazarse dos o tres manzanas, lo cual no siempre significaba una desventaja ya que se acercaban a las paradas del tranvía o el autobús que les llevaban al corazón de la ciudad (Figura 5.69). Sin embargo, este relativo enraizamiento vecinal mostrado por la mitad de la población analizada en su cambio de residencia, consecuencia de la reducción de la movilidad residencial y del avanzado proceso de segregación socioeconómica del espacio urbano, no debe ocultar las divergencias existentes entre la dirección de los cambios de domicilio emprendidos por los distintos grupos socioprofesionales.



Figuras 5.77 y 5.78. Movilidad residencial de las familias encabezadas por cabezas de familia profesionales liberales asentadas en el Ensanche Este de Madrid entre 1930 y 1935. AVM, Estadística. Padrón de Madrid de 1930. Plano con la división de barrios y distritos de 1898. Escala 1:10.000.

En primer lugar, la amplia y heterogénea oferta residencial generada en los barrios de Las Mercedes y Plaza de Toros, los aupó entre los principales destinos residenciales de las familias del Ensanche Este que emprendieron un cambio de domicilio entre 1930 y 1935, independientemente de su origen madrileño o forastero y de su condición socioprofesional (Figuras 5.71, 5.72, 5.74 a 5.77 y 5.80). La única excepción a esta dinámica fue la mostrada por los propietarios, rentistas y grandes industriales afincados en este espacio urbano quienes, sin restricciones económicas que coartaran su decisión, mostraron lógicamente más predilección por los barrios más acomodados que flanqueaban el opulento paseo de la Castellana, como los de

Biblioteca, Salamanca y Conde de Aranda pertenecientes al Ensanche Este, el de Fernando el Santo en la zona Norte, y Almirante, en el casco antiguo (Figura 5.79). A diferencia de lo que acaecía en las grandes ciudades norteamericanas, en Londres, París o Hamburgo¹⁸⁸, donde las elites habían abandonado la ciudad para aposentarse en la periferia (creando un mercado de alquiler medio cuyos precios crecían a medida que la distancia hacia el centro se ampliaba), en el caso madrileño éstas se aferraron hasta después de la II Guerra Mundial a la agitada vida social del centro urbano (fue el grupo social que más inclinación mostró en sus mudanzas hacia este espacio) y a los modernos inmuebles extramuros edificados durante la expansión burguesa de la segunda mitad del siglo XIX, al igual que en otras urbes europeas como Viena, Roma o Lyon¹⁸⁹, o españolas como Barcelona, Valencia o Bilbao¹⁹⁰.

Este apego mostrado por las capas adineradas hacia el eje Prado-Recoletos-Castellana y el interior de la ciudad, fue relativamente imitado por las clases medias más acomodadas de la capital. Éstas optaron por convivir con los anteriores en la medida de sus posibilidades económicas, o por mudarse hacia una capa inmediatamente posterior formada por los barrios adyacentes que *envolvían* a los anteriores. De este modo, la movilidad residencial llevada a cabo por los empleados de mayor cualificación intelectual y por los profesionales liberales tuvo como lugar de destino el arco urbano que se extendía desde el barrio de Hipódromo, al norte, hasta el de Plaza de Toros, al este (Figuras 5.77 y 5.80). Éstos aunaban en su seno una oferta residencial en la que abundaban los inmuebles modernos de varias plantas de altura con amplias viviendas exteriores, unos alquileres medios menos sangrantes que los reclamados en los barrios situados en primera línea de la Castellana, una moderna dotación de servicios y buena comunicación con el casco antiguo por medio del tranvía y el metro, y calles amplias y asfaltadas óptimas para el tráfico rodado. Como alternativa, algunos de estos contingentes profesionales decidieron mudarse a otros barrios residenciales de misma condición social como los de Quintana o Guzmán el Bueno, surgidos de la misma simiente, de la expansión liberal de la ciudad de la segunda mitad del siglo XIX, pero casi nunca hacia sectores más alejados, hacia el Extrarradio.

Como contraposición, las clases populares madrileñas, compuestas por empleados poco especializados como porteros, jardineros o dependientes de comercio, los trabajadores manuales cualificados y los jornaleros, tuvieron pocas opciones de alojarse en el interior de la capital (Figuras 5.74 a 5.76). Ni siquiera lo lograban en su zona meridional, la más barata, donde el adjetivo de *barrios bajos* amparaba unas

¹⁸⁸ HIEBERT, D.: "The social geography of Toronto in 1931: a study of residential differentiation and social structure", *Journal of Historical Geography*, 21, 1995, pp. 55-74; PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la II Guerra Mundial*, Op. Cit., pp. 253-258; WHITEHAND, J.W.R. y CARR, C.M.H.: "Morphological periods, planning and reality: the case of England's inter-war suburbs" *Urban History*, 26, 2, 1999, pp. 230-248; "The creators of England's inter-war suburbs", *Urban History*, 28, 2, 2001, pp. 218-234; EVANS, R.: *Death in Hamburg. Society and Politics in the Cholera Years, 1830-1910*, Clarendon Press, Oxford, 1987; FOURCAUT, A.: *La banlieue en morceaux. La crise des lotissements défectueux en France pendant l'entre-deux-guerres*, Créaphis, Grâne, 2000.

¹⁸⁹ LICHTENBERGER, E.: *Vienna, Bridge between cultures*, Belhaven Press, Londres, 1993; PINOL, J.L.: *Les Mobilités de la grande ville. Lyon (fin XIX^e-début XX^e siècle)*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques; París, 1991; SERONDE-BABONAUX, A.: *Rome: croissance d'une capitale, de l'urbs à la ville*, Edisud, Aix en Provence, 1980.

¹⁹⁰ OYÓN BAÑALES, J. L.; GRIFUL, E. y MALDONADO, J.: *Barcelona 1930. Un atlas social*, UPC, Barcelona, 2001; GONZÁLEZ PORTILLA, M.: *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 vols., Op. Cit.; SERNA, J. y PONS, A.: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en al Valencia de mediados del XIX*, Valencia, Diputación de Valencia, 1992.

connotaciones que iban más allá de una mera descripción topográfica. Por el contrario, el grueso de estas familias populares y de modesta clase media echó raíces en las calles e inmuebles más asequibles del Ensanche Este (los ubicados en los barrios de Plaza de Toros, Las Mercedes y Gutenberg), Norte y Sur y, sobre todo, del Extrarradio. Allí, en las afueras nordeste de la capital, en los barrios de Prosperidad y Guindalera, la promoción inmobiliaria giró sobre dos ejes que llevaban articulando su crecimiento desde finales del siglo anterior: uno, la venta de pequeños lotes de tierra destinados para ser adquiridos por parte de modestos empleados y artesanos que desearan invertir sus ahorros en la autoconstrucción de una pequeña casa; y dos, la edificación por parte de pequeños propietarios y profesionales liberales de pequeñas casas de corredor para ser alquiladas a bajo precio por las capas populares de la ciudad¹⁹¹. Fueron en estos espacios populares en los que residían de forma estable artesanos, modestos empleados y jornaleros, que habían florecido lejos de la inspección (y de la preocupación) del consistorio durante las últimas décadas, donde germinaron una sólida concienciación vecinal en la que fue calando las reivindicaciones del socialismo madrileño, aunque no con tanta fortaleza como en la *banlieue rouge* parisina o las *höfe* desarrolladas por el consistorio socialista vienés de entreguerras¹⁹².

Aunque se daban pequeños matices en la elección residencial de unos grupos populares y otros, especialmente entre los obreros cualificados, que seguían mudándose en mayor proporción a los barrios del Ensanche Norte y sus colindantes del Extrarradio, como Lozoya o Bellas Vistas (mejor dotados de infraestructuras, servicios y transportes) y los jornaleros, que encontraban menos trabas económicas a asentarse en las calles de Peñuelas y Santa María de la Cabeza, en el Ensanche Sur, la fragmentación del mundo obrero no se desarrolló en el grado tan marcado como el percibido en determinadas áreas periféricas de Barcelona y en diversas ciudades británicas y alemanas¹⁹³. En cambio, la dinámica segregadora de la que sí formó parte el Ensanche Este de la capital fue la cada vez más hiriente separación espacial entre los grupos sociales extremos, es decir, entre los grandes industriales, propietarios y burgueses por un lado, y las capas populares desposeídas de propiedad alguna, trabajo estable o cualificación laboral, como los jornaleros, por otro (Figuras 5.74 y 5.79). La cabeza y la base de la pirámide social madrileña tendieron a aumentar la distancia que les separaba aún más, una distancia que se medía tanto en pesetas como en metros. Las posibilidades de residir en alguno de los barrios del Ensanche Este eran ínfimas para las capas populares, ya que menos del 5% de las familias encabezadas por jornaleros, modestos empleados y artesanos que declararon cambiar de domicilio entre 1930 y 1935 lo logró en alguno de los barrios de Biblioteca, Conde de Aranda, Salamanca, Retiro o Goya.

¹⁹¹ VORMS, C.: *Bâtisseurs de banlieue. Madrid: le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, Créaphis Éditions, Grâne, 2012; “La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de la Prosperidad (1860-1930)”, *Scripta Nova*, Vol. VII, nº 146 (013), agosto de 2003; CANOSA ZAMORA, E.: *La promoción inmobiliaria en la periferia noreste de Madrid*. Ministerio de Economía y Hacienda, UAM, Madrid, 1995.

¹⁹² MARTÍNEZ DE PISÓN, E. La formación de los suburbios de Madrid en el paso del siglo XIX al XX. *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político*, nº 31, Salamanca, julio de 1964, p 251-257; JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, *Op. Cit.*; FOURCAUT, A. (Dir.): *Banlieue rouge, 1920-1960. Années Thorez, années Gabin : archétype du populaire, banc d'essai des modernités*, Autrement, Mémoires, octubre 1992; MELLER, H: *European cities, 1890-1930's. History, culture and the built environment*, John Wiley & Sons, Chichester, 2001, pp. 77-116.

¹⁹³ OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular*. *Op. Cit.*, pp. 150-153. Esta fragmentación del mundo obrero tampoco se produjo en los Ensanches Norte o Sur, pero sí fue característica de los municipios limítrofes periféricos, donde se alojaban los inmigrantes recién llegados de origen rural menos pudientes. JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, *Op. Cit.*

Sin embargo, si sólo analizamos el mundo del trabajo, la segregación de las capas manuales y no manuales entre sí, aunque visible en las ausencias y concentraciones de su elección residencial, no fue tan marcada, lo que confirma la ambigüedad existente respecto a esta cuestión en el mundo urbano europeo de entreguerras¹⁹⁴. De hecho, sólo el grupo de los profesionales liberales rehuyó de los trabajadores manuales menos cualificados y de los jornaleros, con los que apenas compartía vecindario.

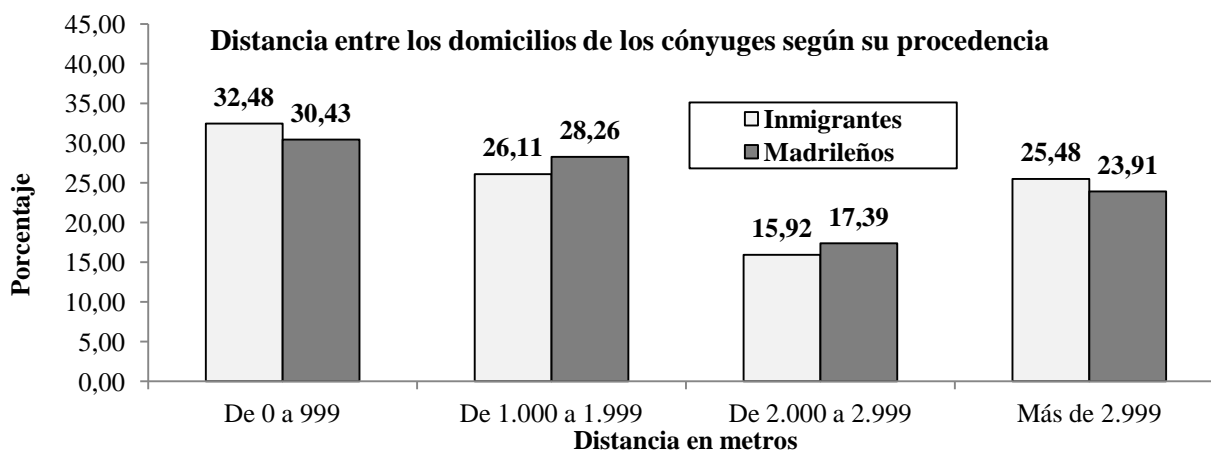


Figura 5.79. Elaboración propia a partir de la recogida de una muestra de 468 registros matrimoniales realizados en el distrito de Retiro en 1930. AVM, sección de Estadística. Se ha calculado la distancia en metros entre los domicilios declarados por los cónyuges.

La vida en la ciudad estaba cambiando de un modo vertiginoso, transformando todas las certezas y convicciones existentes. La población madrileña crecía gracias al alud inmigratorio en proporciones inimaginables sólo una década antes, y su frontera urbana se difuminaba en el horizonte favoreciendo la profundización de la segregación socioespacial de la ciudad. Y aunque en los preludios de los años treinta todavía perviviesen las redes de solidaridad familiar, de parentesco y paisanaje tejidas a escala barrial, y sus familias se volvieran residencialmente más estables, la vida cotidiana de la población madrileña fue cada vez más móvil, compleja y diversa. La experiencia vital de los madrileños se expandía por un espacio urbano cada vez mayor, fruto de la creciente división entre el lugar de trabajo, de ocio y consumo, ubicados preferentemente en el casco antiguo, y el hogar por otro, separación física y mental avivada por el relativo abaratamiento y expansión de los transportes urbanos. Cada vez más gente recorría mayores distancias en transporte público desde el Ensanche, el Extrarradio o los municipios colindantes a la capital para trabajar, divertirse o consumir en ella¹⁹⁵, haciendo que sus habitantes conocieran y se relacionasen con un mayor y variado número de personas, siendo reflejo de ello que cada vez más individuos eligiesen a su cónyuge fuera de su ámbito vecinal (Figura 5.79). Este meteórico proceso de modernización madrileña del que sus habitantes eran conscientes se apoyó en una profunda transformación de la economía de la ciudad que afectó a sus principales actividades productivas, convirtiendo a Madrid en una moderna ciudad de servicios.

¹⁹⁴ PINOL, J.L.: *Les Mobilités de la grande ville. Lyon (fin XIX^e-début XX^e siècle)*, Op. Cit.; WARD, D.: "Victorian cities: how modern?", *Journal of Historical Geography*, I, 2, 1975; DOBSON, S.: *Authority and upheaval in Leipzig, 1910-1920*, Columbia University Press, Nueva York, 2000.

¹⁹⁵ BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. M^º: *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*, Alianza, Madrid, 2012.

Capítulo 6. Una luz al final del túnel en el trabajo manual madrileño.

“El Lugarón de la Mancha es ya una gran ciudad moderna... La capital no ha dejado de ser un pueblo grande en todo el curso de su historia hasta hace sólo unos pocos años. Claro está que, precisamente, este progreso urbano súbito, surgido al cabo de tanto tiempo y desarrollado con una gran rapidez casi inverosímil, es lo trascendental que nos maravilla a todos”.

El Heraldo de Madrid, 23 de agosto de 1927¹.

En los albores de los años treinta Madrid se despojó definitivamente de su vitola de poblachón manchego y empezó a presumir de metrópoli. Evidentemente, la ciudad no se había transformado de la noche a la mañana. Desde mediados del siglo anterior, los cambios habían llegado a la ciudad de un modo gradual pero continuado: el arribo del ferrocarril y el agua del Lozoya, la construcción del Estado liberal y la instalación de sus distintas instituciones y dependencias públicas, la ampliación del perímetro de la urbe gracias al Ensanche, la duplicación de su población en cincuenta años gracias a la inmigración, la puesta en marcha del tranvía, la introducción del alumbrado público por gas y electricidad, etc. No fueron pocos los contemporáneos que percibieron tales cambios, adulándolos o maldiciéndolos. Y sin embargo, éstos fueron rápidamente ensombrecidos por la vorágine de profundas transformaciones socioeconómicas, urbanísticas y demográficas que convulsionaron la capital española durante el primer tercio del siglo XX.

¹ Reportaje de Alfredo Serrano titulado “Lo que ha llegado a ser Madrid y probablemente será”, pp. 8-9.

A lo largo del reinado de Alfonso XIII y especialmente tras el sangriento *impasse* de la I Guerra Mundial, el mundo urbano español (con Madrid a su cabeza) se vio fuertemente sacudido por la condensación temporal de una serie de fenómenos globales, nacionales y locales concatenados de gran calado. Entre los más influyentes se hallaron las nuevas aplicaciones industriales surgidas de la espiral de cualitativas innovaciones tecnológicas y científicas desarrolladas en el mundo occidental desde finales del siglo XIX, digeridas finalmente durante estas décadas por la actividad económica del mundo urbano español y europeo. Era la segunda revolución industrial, que llegó a España en tiempo y forma similares al resto de Europa y Norteamérica². Por encima de todas ellas destacó la expansión del uso de la electricidad como fuente de energía primaria, más barata que el vapor y aplicable a un sinfín de usos industriales, servicios públicos, transportes y maquinaria de todo tipo. Su principal aporte no fue su polivalente aprovechamiento, sino que permitió romper la hasta entonces obligada concentración espacial de la industria en torno a materias primeras como el agua, el carbón, el hierro o la hulla, protagonistas de la primera fase industrial. Si esta condición *sine qua non*, derivada de la carestía de transportar las materias primas desde sus respectivos lugares de extracción, estuvo detrás del enorme auge decimonónico de urbes otrora secundarias como Liverpool, Manchester, Leeds o Birmingham en Inglaterra, Leipzig en Alemania, Lille y Lyon en Francia, o Bilbao en España, la rápida inclusión de la electricidad en la producción a gran escala favoreció en esta segunda fase la expansión industrial hacia nuevas áreas urbanas³. En este contexto, Madrid aprovechó la oportunidad de abrazar los tiempos modernos, y gracias a la asunción de la electricidad en su entramado productivo, logró quebrar su decimonónica atonía industrial.

Los primeros pasos del sector eléctrico en la ciudad, dados en el último cuarto del siglo XIX, fueron tímidos y poco alentadores, reclusos al alumbrado particular y, en menor medida al público, toda vez que la Compañía de Gas siguió ostentando el monopolio de éste último hasta finales de siglo⁴. Entonces, la llegada de capital extranjero dispuesto a invertir en este sector (estimulado por el éxito obtenido en otras grandes urbes occidentales), impulsó la aparición de nuevas compañías como la Inglesa de Electricidad de Madrid o la General Madrileña de Electricidad (de capital alemán), que fagocitaron a la pionera Sociedad Matritense de Electricidad, creada en 1883. Así, en los años interseculares el negocio de la fabricación y distribución de electricidad en la urbe sufrió un acelerado pero coyuntural proceso de atomización, solapándose en la ciudad hasta 14 compañías, como las de Salamanca, Espuñes y Buenavista en el Ensanche Este, cada una de las cuales suministraban energía a barrios o distritos concretos de la urbe, pero no al conjunto de la ciudad. Un panorama que cambió radicalmente con el salto de las centrales termoeléctricas a las hidroeléctricas a principios del siglo XX, que producían más energía a un coste menor, aunque requerían mayores inversiones iniciales para construir las infraestructuras necesarias. De este modo, el mercado energético madrileño, cada vez más goloso gracias a la demanda de la electrificación del tranvía y el metro, del más de medio millón de habitantes que residía en su seno, y de las nuevas industrias y empresas que ubicaron sus centros productivos y sedes sociales en ella, acabó concentrándose en los años diez en tres grandes grupos financieros que controlaban la producción y distribución eléctrica de toda la capital: la

² BETRÁN PÉREZ, C.: *Industria y crecimiento económico en el primer tercio del siglo XX. España, 1913-1929*, Tesis doctoral inédita, Valencia, 1995.

³ HOOVER, E. M.: *The location of Economic Activity*, Mc Graw-Hill, New York, 1948.

⁴ ARROYO, M.: “Estrategias empresariales y redes territoriales en dos ciudades españolas, Barcelona y Madrid (1832-1923)”, *Historia Contemporánea*, 24, UPV, 2002, pp. 137-160.

Unión Eléctrica Madrileña, la Cooperativa Electra Madrid y la S. A. Hidráulica Santillana⁵. Además, la miniaturización del motor eléctrico también permitió la adaptación y el uso casi ilimitado de la electricidad, que se expandió desde la iluminación pública y privada hacia la tracción (el transporte colectivo) y la fuerza (aplicación a todo tipo de producción industrial).

Pero si la electricidad rompió las cadenas que atenazaban la industrialización madrileña, las demás innovaciones tecnológicas engendradas a lo largo de esta segunda fase permitieron la diversificación de su producción hacia ramas industriales más modernas⁶. Nuevos materiales como el hormigón armado, el aluminio, el linóleo o el acero inoxidable, modernos y complejos inventos y aplicaciones productivas como el motor de combustión interna y su adaptación a la maquinaria industrial, el cinematógrafo, la radio o el teléfono, manifestaron toda su fuerza en la capital española durante estas décadas. Así, surgieron o se vieron fortalecidos sectores económicos como la industria química (con nuevas empresas como Perfumería Gal o Floralia), los transformados metálicos y la elaboración de material eléctrico (Sociedad Española de Construcciones Metálicas, Electrodo, Standard Eléctrica o Sociedad Ibérica de Construcciones Eléctricas), la construcción residencial y de infraestructuras (Cementos Portland, Agromán o Construcciones Colomina), la automoción (en 1930 las grandes marcas internacionales de automóviles tenían sucursales abiertas en la ciudad y había fabricantes nacionales como Landaluce o Labourdette) o el ocio de masas (el cine y el fútbol rivalizaban ya en vísperas de la II República con el teatro o los toros⁷).

De este modo, Madrid pasó de ser una urbe *más industrial que industrial* a principios de siglo, a situarse en 1927 según Antonio Jiménez Vallejo, a la sazón presidente de la Cámara Oficial de Industria de la provincia madrileña, “*en tercer lugar entre las poblaciones industriales de España*” tras Barcelona y Bilbao⁸. Pero a diferencia de las anteriores, Madrid no tenía un único sector industrial del que dependiera buena parte de su actividad productiva, como si ocurría con el textil en Barcelona (el 46%), la metalurgia en Vizcaya (el 29%), el azúcar en Zaragoza (el 45%) o los transformados metálicos en Guipúzcoa (el 30%), que aglutinaban entre un tercio y la mitad de la producción industrial de sus provincias en 1929⁹. Por el contrario, la capital incrementó su producción industrial tras la Gran Guerra gracias a la creciente diversificación de sus industrias de bienes de consumo, intermedios, auxiliares y de abastecimiento, como la construcción residencial, la madera y el mueble, la elaboración de material telefónico y eléctrico, la fabricación, envasado y tratamiento de alimentos y

⁵ AUBANELL JUBANY, A.: “La competencia en la distribución de electricidad en Madrid (1890-1913)”, en *Revista de Historia Industrial*, nº 2, 1992, pp. 143-172; CAYÓN GARCIA, F.: *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresas Hidroeléctrica Española, Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1997; TEDDE, P. y AUBANELL, A.M.: “Hidroeléctrica Española, 1907-1936”, en ANES, G.: *Un siglo de luz. Historia empresarial de Iberdrola*, Iberdrola Ediciones El Viso, Madrid, 2006, pp. 193-277; SIMÓ RUESCAS, J.: “La Cooperativa Electra Madrid y los inicios del monopolio compartido en la industria eléctrica madrileña (1905-1912)”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L.E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración...*, *Op. Cit.*, Vol. 1, pp. 419-427.

⁶ NADAL, J., SUDRIÁ, C., GÓMEZ MENDOZA, A. y SAN ROMÁN, E.: “Las industrias de la Segunda Revolución Industrial”, en NADAL, J. (Dir.): *Atlas de la industrialización de España, 1750-2000*, Crítica, Barcelona, 2003, pp.177-201.

⁷ BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. M^a: *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid...*, *Op. Cit.*

⁸ *El Heraldo de Madrid*, 23 de agosto de 1927.

⁹ BETRÁN PÉREZ, M^a C.: “Difusión y localización industrial en España durante el primer tercio del siglo XX”, *Revista de Historia Económica*, nº 17, 1999, pp. 663-696.

bebidas, la perfumería, los transformados metálicos o las artes gráficas. Madrid se fortaleció industrialmente, pero no lo hizo a expensas de sustentarse sólo en uno o dos sectores productivos sino a través de su ramificación y complejización.

La capital española fue adquiriendo así un papel más relevante en el creciente sector secundario español durante el primer tercio del siglo XX, resultando beneficiada de la concentración geográfica de la actividad industrial española en zonas cada vez más concretas, lo que dilató aún más las diferencias regionales internas del país¹⁰. Sin embargo, la génesis del nuevo tono industrial madrileño, claramente visible en su Ensanche Sur (espacio análogo a los denominados *industrial districts* existentes en otras urbes europeas), donde se arremolinaron fábricas y almacenes de grandes empresas y corporaciones recién llegadas a la ciudad como Standard Eléctrica, Mahou, Águila o AEG, para hacer compañía a las instalaciones ya existentes de la MZA o Gas Madrid, no provino exclusivamente del uso de nuevas fuentes de energía como el petróleo y la electricidad, o de la aplicación industrial de las constantes innovaciones tecnológicas que se sucedían a lo largo de estas décadas en el mundo occidental. La industrialización y diversificación de los principales sectores económicos de Madrid fueron consecuencia de un proceso más complejo, resultante de la imbricación de factores de nuevo cuño y otros preexistentes, tanto exógenos como endógenos, que formaron un caldo de cultivo óptimo para este crecimiento económico.

En términos globales, las innovaciones científicas y técnicas mencionadas tuvieron una estrecha relación con las transformaciones productivas, económicas y sociales que hicieron posible la consolidación del capitalismo a nivel mundial. La organización científica del trabajo propugnada por Taylor y reformulada por Henry Ford al elaborar su ya célebre modelo de coche T, multiplicó exponencialmente la producción industrial, aumentando la necesidad de conquistar nuevos mercados y ampliar los ya existentes. Para ello, se llevaron a cabo ambiciosos esfuerzos destinados a la integración de los mercados nacionales e internacionales, a la reducción de los costes de producción para aminorar los precios finales y ampliar el consumo interior, a facilitar la concentración y circulación de los flujos de capital, y a expandir las innovaciones técnicas y productivas, las nuevas formas de ocio y el capital humano necesario desde las potencias punteras (como Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña o Francia) hacia sus colonias y demás países occidentales. Además, el afianzamiento del *capitalismo avanzado* en estos países incentivó la transformación de su tejido empresarial y financiero, marcado por un aumento de escala, una mayor concentración

¹⁰ El caso español no fue en este sentido atípico ya que son numerosos los estudios empíricos que han demostrado cómo la primera fase de desarrollo de la segunda revolución industrial influyó en la evolución económica regional de estos países, generando una fuerte especialización y concentración geográfica industrial en áreas muy concretas, ahondando así en las diferencias económicas existentes entre unas y otras. Un proceso que se fue reduciendo posteriormente a medida que los mercados regionales, nacionales e internacionales estuvieron cada vez más integrados, lo que redujo los costes de localización, transporte y barreras arancelarias, favoreciendo una posterior desconcentración y diversificación industrial. TIRADO, D. A., PALUZIE, E. y PONS, J.: "Economic integration and industrial location. The Case of Spain before WWI", *Journal of Economic Geography*, nº 2, 2002, pp. 343-363, y "The geographical concentration of industry across Spanish regions, 1856-1995", *Review of Regional Research*, Vol. 24, nº 2, pp. 143-160; KIM, S.: "Expansion of markets and the geographic distribution of economic activities: the trends in U.S regional manufacturing structure, 1860-1987", *Quarterly Journal of Economics*, 110, 1995, pp. 881-908; HOUP, S. y ROJO CAGIGAL, J.C.: "El desarrollo de la gran industria", en GONZÁLEZ ENCISO, A. y BATÉS BARCO, J.M. (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 521-545; BETRÁN PÉREZ, Mª C.: "Difusión y localización industrial en España durante el primer tercio del siglo XX", *Op. Cit.*, pp. 663-696.

del capital y la conformación de nuevas fórmulas empresariales de gestión y administración como la *sociedad anónima*, el *trust*, el *cártel*, el *holding* o la *marca corporativa*, procesos económicos que fueron apoyados sin paliativos por los respectivos gobiernos nacionales occidentales¹¹.

España en general, y su capital en particular, no quedaron al margen de este contexto, siendo la época de entreguerras el marco temporal en el que los nuevos elementos se hicieron fundamentalmente visibles. A nivel nacional se incrementó la tasa general de inversión productiva, se expandieron tanto el sector industrial como el financiero, y proliferó la creación y concentración de las sociedades mercantiles¹². Simultáneamente, Madrid se convirtió en la principal urbe receptora de inversiones nacionales y extranjeras del país, asentando su condición de *capital del capital español*. Así, las calles madrileñas albergaban en 1922 un total de 17 grandes bancos como el Hispano Americano, el Río de la Plata o el Español de Crédito, que absorbían el 40% de los recursos financieros nacionales y otorgaban crédito a las grandes industrias y sociedades anónimas afincadas en la ciudad, la mitad de las registradas en el conjunto del país¹³. A su vez, en estas décadas fluyeron hacia la capital española nuevas oficinas y sedes sociales de colosos internacionales como General Motors, ITT, Siemens, Ford o AEG entre otros, y sólidos grupos empresariales domésticos como Sociedad Azucarera Española, Unión Española de Explosivos o Fomento de Obras y Construcciones. Todo ello sin contar las grandes corporaciones estatales de nuevo cuño como CAMPSA o Telefónica, surgidas de la *modernización autoritaria* implantada por la dictadura del general Primo de Rivera¹⁴. Ciertamente, no fue casual que coincidieran en el mismo espacio urbano las grandes empresas surgidas de la nueva división del trabajo y la concentración industrial por un lado, y los principales grupos financieros forjados a partir del capitalismo avanzado por otro. Los intereses recíprocos, vehiculados a través de los consistentes flujos de capital existentes entre ambos segmentos, frunció sólidas interrelaciones dando lugar en muchos casos a tupidas redes personales entre los respectivos consejos de administración de las compañías de uno y otro ámbito¹⁵. Unas redes y vínculos que, para su óptima funcionalidad, debían coincidir en la misma urbe.

¹¹ MOHEDANO, J.: "Las fusiones de empresas en España (1890-1913). Una primera aproximación", *Revista de Historia Industrial*, nº 14, 1998, pp. 189-220; CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: "La gran empresa en España (1917-1974). Una primera aproximación", *Revista de Historia Industrial*, nº 3, 1993, pp. 127-176.

¹² GARCÍA DELGADO, J.L.: *La modernización económica en la España de Alfonso XIII*, Espasa Calpe, Madrid, 2002; CARRERAS, A., y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España Contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2007, pp. 223-261; ARROYO MARTÍN, J.V.: *La Banca en España en el período de entreguerras, 1920-1935 (un modelo de modernización y crecimiento)*, BBVA, Bilbao, 2003.

¹³ SANZ GARCÍA, J. M^a: *Madrid, ¿Capital del capital español?... Op. Cit.*, pp. 330-331; GARCÍA DELGADO, J. L. y CARRERA TROYANO, M.: "Madrid, capital económica" en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España...*, *Op. Cit.*, pp. 209-237; MARTÍNEZ MARTÍN, J.A.: "Madrid, de Villa a Metrópoli. Las transformaciones del siglo XX", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 22, UCM, 2000, pp. 225-249.

¹⁴ GONZÁLEZ CALLEJA, E. *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*. Alianza, Madrid, 2005; VELARDE FUENTES, J.: "La economía española de 1914 a 1931", en ANES, G. (Ed.): *Historia económica de España. Siglos XIX y XX*, Galaxia, Barcelona, 1999, pp. 469-525.

¹⁵ PUEYO, J.: "Interlocking directorates in Spanish banking in the twentieth century", *Economics Working Papers*, nº 931, Universitat Pompeu Fabra, 2006; RUBIO MONDÉJAR, J.A. y GARRUÉS IRURZUN, J.: "Estructura corporativa e interlocking directorates en las mayores empresas españolas, 1917-1970," *FEG Working Paper*, Series 01/12, Universidad de Granada, 2012.

Evidentemente, si la creciente escala empresarial e industrial propugnada por los nuevos tiempos requería captar inversiones cada vez más elevadas, ¿dónde mejor que ubicar sus complejos administrativos e industriales en el corazón financiero del país, en Madrid, a la sombra de la Bolsa, el Banco de España, las majestuosas sedes sociales de los bancos más influyentes y del Ministerio de Economía, allí donde el gobierno dirimía concesiones, cambios legislativos o regulaciones, y fraguaba la política inversora, financiera e industrial del país? Además, el retraso industrial madrileño, hándicap con el que convivió la ciudad a lo largo de la segunda mitad del siglo anterior, se convirtió paradójicamente a principios del siglo XX en una ventaja comparativa para insertar rápidamente los modernos adelantos tecnológicos a su entramado productivo. La causa fue similar a la que afectó en términos relativos a Alemania o Estados Unidos respecto a Gran Bretaña: una mayor disposición hacia la potente inversión en tecnología, maquinaria y capital humano altamente especializado en nuevos mercados de consumo donde no era necesario proceder a un proceso de reconversión industrial. Es decir, era más fácil sufragar nuevos complejos industriales en solares yermos (como Madrid) que en otros en los que se hubieran edificado fábricas pocas décadas antes ya obsoletas, donde a la inversión inicial habría que añadir tanto los costos de oportunidad como los de desmantelamiento, provocando fuertes reticencias entre las autoridades públicas, los industriales y el sector financiero.

Pero la mayor disponibilidad de recursos y servicios financieros para sufragar las constantes innovaciones técnicas y tecnológicas, sólo fue una de las distintas ventajas competitivas que poseía la ciudad madrileña en los albores de la II República. A ésta habría que sumarle otros factores ligados a la distribución, transporte y venta de los ingentes bienes salidos de la producción, ya que tan crucial era lograr un buen acceso al crédito como garantizar potenciales bolsas de consumidores susceptibles de comprar los bienes producidos. En este punto, las grandes ciudades europeas, salvado el escollo de la carestía de generar energía en su seno gracias a la electricidad, se convirtieron en apetitosos mercados de consumo para un comercio internacional cada vez más denso e interconectado. En el caso español, Madrid (junto a Barcelona) copaba claramente la población urbana del país, lo cual certificaba su vitola de sólido mercado nacional. Pero la urbe castellana tenía a su favor respecto a la ciudad condal no sólo su obvia condición de capital política y administrativa, que atraía a su seno a unas clases sociales generalmente más pudientes y de mayor poder adquisitivo, sino también una posición geográfica central en la península y una enorme capacidad de transporte y distribución de mercancías, información, servicios y personas a nivel nacional. Erigida por la Corona en cúspide de la red caminera y postal del Reino, convertida por el Estado liberal en el principal nudo ferroviario, telegráfico y telefónico de la nación, su papel nodal en las telecomunicaciones españolas quedó remachado con el inicio de la construcción radial nacional de carreteras asfálticas para el tráfico automovilístico (Circuito Nacional de Firms Especiales) y el aeropuerto de Barajas durante la dictadura de Primo de Rivera¹⁶.

¹⁶ BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Las comunicaciones en la construcción del Estado Contemporáneo en España. Correos, telégrafos y teléfonos*, Op. Cit.; BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Atlas histórico de las comunicaciones en España, 1700-1998*, Op. Cit.; OTERO CARVAJAL, L. E.: "Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1855-2000", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 29, UCM, Madrid, 2007, pp. 119-152; RODRÍGUEZ LÁZARO, F.J.: *Las primeras autopistas españolas (1925/1936)*, Colegio De Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid, 2004; UTRILLA, L. (coord.): *Historia de los aeropuertos de Madrid*, AENA, 2 Vols., Madrid, 2006.

Este conjunto de factores competitivos que aunó Madrid en los años de entreguerras, tanto los preexistentes y remozados como los de nueva cepa, hicieron madurar en su seno la matriz de una moderna *economía de aglomeración*, basada en la obtención de fuertes rendimientos crecientes en su producción como consecuencia de la acumulación sucesiva de recursos en ella¹⁷. Una concentración de la actividad económica localizada en uno de los *polos de desarrollo* del país (junto a Barcelona y Bilbao), que favoreció la sucesiva llegada de nuevas empresas de servicios, industrias y comercios atraídos por las ventajas iniciales que la capital les reportaba a modo de infraestructuras y transportes, mayores opciones de trasvase tecnológico y difusión de información entre sus actores¹⁸, sólidos *encadenamientos* de la demanda industrial *hacia delante y hacia atrás*¹⁹, un accesible mercado de consumo y un abundante capital humano diversificado y cualificado.

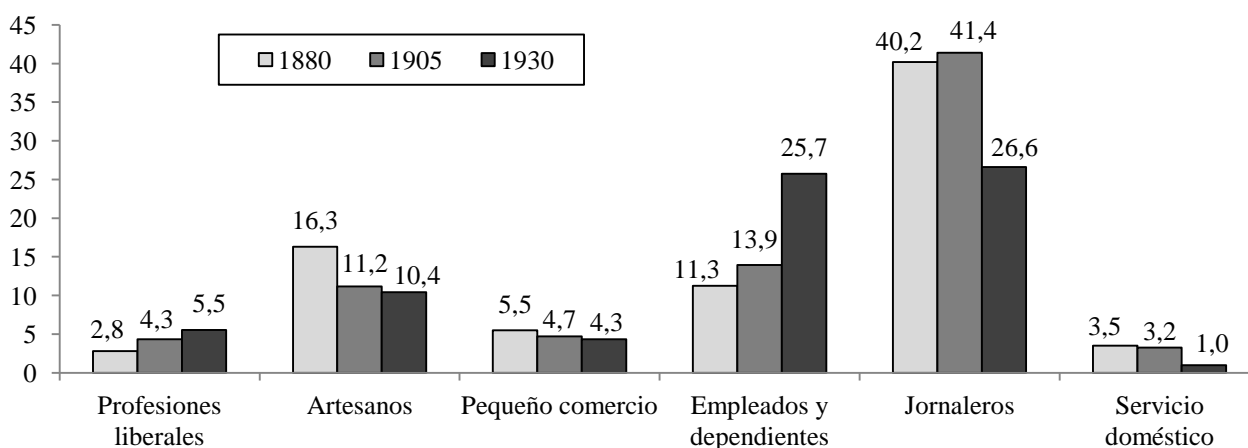


Figura 6.1. Evolución de las principales categorías profesionales de la población masculina residente en el Ensanche de Madrid (1880-1930). Mayores de 14 años. Elaboración propia a partir del padrón de Madrid de 1878, 1905 y 1930. AVM, Estadística. Los datos de las zonas Norte y Sur proceden de las investigaciones de Rubén Pallol y Fernando Vicente respectivamente.

Como ya se señaló, el desarrollo económico madrileño de la segunda mitad del siglo XIX versó, por un lado, sobre la fuerte demanda que su propia relevancia

¹⁷ La relevancia de dichas economías de aglomeración en el desarrollo productivo de la época contemporánea está fuera de toda duda, si bien son numerosas las escuelas de teoría económica que intentan explicar su nacimiento y funcionamiento, tales como la nueva geografía económica, la economía regional o la economía urbana. Sin ánimo de ser exhaustivo, los principales trabajos que formulan o condensan las distintas explicaciones teóricas realizadas hasta la fecha son: KRUGMAN, P.: "Increasing Returns and Economic Geography", *Journal of Political Economy*, Vol. 99, nº 31, 1991, pp. 183-499; DOPESO FERNÁNDEZ, R.: *Las economías de aglomeración marshallianas y el desarrollo emprendedor en España*, Trabajo de Investigación de Doctorad, UAB, Barcelona, 2009; AA. VV.: *Handbook of Regional and Urban Economics*, Handbooks in Economics, Elsevier, 4 Vols., 1987-2004; FUJITA, M., KRUGMAN, P. y VENABLES, A. J.: *The Spatial Economy: Cities, Regions and International Trade*. The MIT Press, Cambridge, 1999.

¹⁸ PORTER, M. E.: *The Competitive Advantage of Nations*. Macmillan, London, 1990.

¹⁹ Hace referencia al fenómeno por el cual, dada una creciente concentración industrial en una localización concreta (como puede ser una ciudad), su actividad económica crece con fuerza gracias a las demandas (*encadenamiento hacia atrás*) y ofertas complementarias (*hacia delante*) emanadas de los distintos actores productivos que la componen. Un ejemplo de este fenómeno en Madrid sería el sector ferroviario, en el que colosos empresariales como MZA generaban por un lado una fuerte demanda de hierro, carbón, agua y electricidad, y por otro ofrecían sus servicios de transporte y distribución a todo tipo de industrias afincadas en la capital que quisieran exportar sus productos por el mercado nacional. Fue un concepto teorizado por primera vez por HIRSCHMAN, A.O.: *The strategy of Economic Development*, Yale University Press, New Haven, 1958.

demográfica ejercía sobre todo tipo de industrias y servicios ligados al abastecimiento, alimentación, vestimenta, mobiliario, transporte y esparcimiento (ejemplo de una *economía de urbanización*²⁰). Pero además, coincidiendo con la Restauración borbónica y el impulso centralizador liberal, la actividad productiva madrileña empezó a complejizarse, favorecida por la reducción de los costes de transporte y la acumulación de inversiones nacionales y extranjeras a través de la especialización y la concentración industrial en sectores claves como el de las artes gráficas, el ferroviario, el financiero o el de la administración pública (*economía de escala o de localización*²¹). Estos sectores económicos formaron verdaderas bolsas de trabajadores cualificados (ingenieros de caminos, factores e interventores; contables, empleados de banca y agentes de bolsa; tipógrafos y linotipistas; taquígrafos, jueces y maestros, etc.) en un mercado de trabajo, el de los años interseculares, que era deficitario de capital humano especializado, aunque en menor medida que el resto del país. Con el nuevo siglo, la capital vio cómo se formaban en su seno unas economías de escala que fomentaron a su vez la aparición de nuevos servicios e industrias intermedias vinculadas a éstas (como las agencias de inversión bursátil, los bufetes de abogados, los grandes almacenes o las industrias de transformados metálicos y de maquinaria), que expandieron a la vez que diversificaron la actividad económica de la urbe. Todo lo anterior, unido a las nuevas oportunidades de desarrollo derivadas de la segunda revolución industrial y la expansión del capitalismo avanzado mencionadas, hizo que Madrid se hallara en los años veinte a las puertas de convertirse en una *economía de aglomeración* semejante, aunque en un nivel inferior, a otras metrópolis europeas.

Un somero análisis de los resultados obtenidos en relación a la evolución de los principales segmentos del mercado laboral madrileño durante el primer tercio del siglo XX, revela la existencia de una profunda metamorfosis respecto a la dinámica precedente (Figura 6.1). Si en los años interseculares el mercado laboral de la ciudad se hallaba totalmente desbordado y dislocado, incapaz de absorber las remesas de inmigrantes rurales que se aglomeraban en la capital y horadado por una atroz corrosión de los oficios iniciada más de un siglo antes²², el panorama existente en los albores de la II República era notoriamente distinto. En estas décadas, la ciudad siguió creciendo demográficamente a ritmos todavía más vertiginosos que los de la segunda mitad del siglo XIX, fruto de una inmigración que seguía siendo mayoritariamente rural (Figura 5.34). Pero la pervivencia de este factor no supuso una degradación laboral mayor, sino todo lo contrario. El impacto de la jornalerización en el mercado laboral madrileño se redujo considerablemente en este período, pasando de representar el 41% de la fuerza laboral masculina mayor de edad en 1905 a verse reducido al 26% en 1930. La capital ya no *generaba* jornaleros urbanos por doquier, aunque éstos todavía constituían el segmento laboral más numeroso de la urbe. En este período, sus motores económicos se habían modernizado o estaban en aras de hacerlo, lo cual generó multitud de variadas oportunidades laborales que absorbieron tanto a los trabajadores cualificados como a los que no lo estaban, a los que utilizaban fundamentalmente sus manos para trabajar o a los que ejercitaban su capacidad intelectual, a madrileños e inmigrantes. Y entre toda esta

²⁰ JACOBS, J.: *La Economía de las ciudades*, Península, Barcelona, 1971.

²¹ MARSHALL, A.: *Principles of Economics*, Macmillan, London, 1920; ARROW, K.: "The Economic Implications of Learning by Doing", *Review of Economic Studies*, 29, 1962, pp. 155-173; ROMER, J.: "Increasing Returns and Long-Run Growth", *Journal of Political Economy*, 94, 1986, pp. 1002-1037.

²² SÁNCHEZ NIETO, J. A.: *Artesanos y mercaderes. Una historia social económica de Madrid (1450-1850)*, Op. Cit., 405-426; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit.; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros*, Op. Cit.

maraña, hubo un segmento que creció y se diversificó muy por encima del resto, el heterogéneo y complejo sector servicios, que en sólo tres décadas duplicó el número de trabajadores hasta pugnar con los trabajadores manuales no cualificados por ser el segmento laboral más numeroso de la ciudad, hecho impensable a principios de siglo. Un proceso de terciarización de la actividad económica madrileña apuntalado por el auge de los profesionales liberales, gestores y administradores, por los empleados de cuello blanco y por los empleados mercantiles. Este proceso derivó del fortalecimiento de la demanda de servicios generada por la sociedad madrileña tras la Gran Guerra, síntoma de la incipiente mejora de las condiciones de vida de sus habitantes²³.

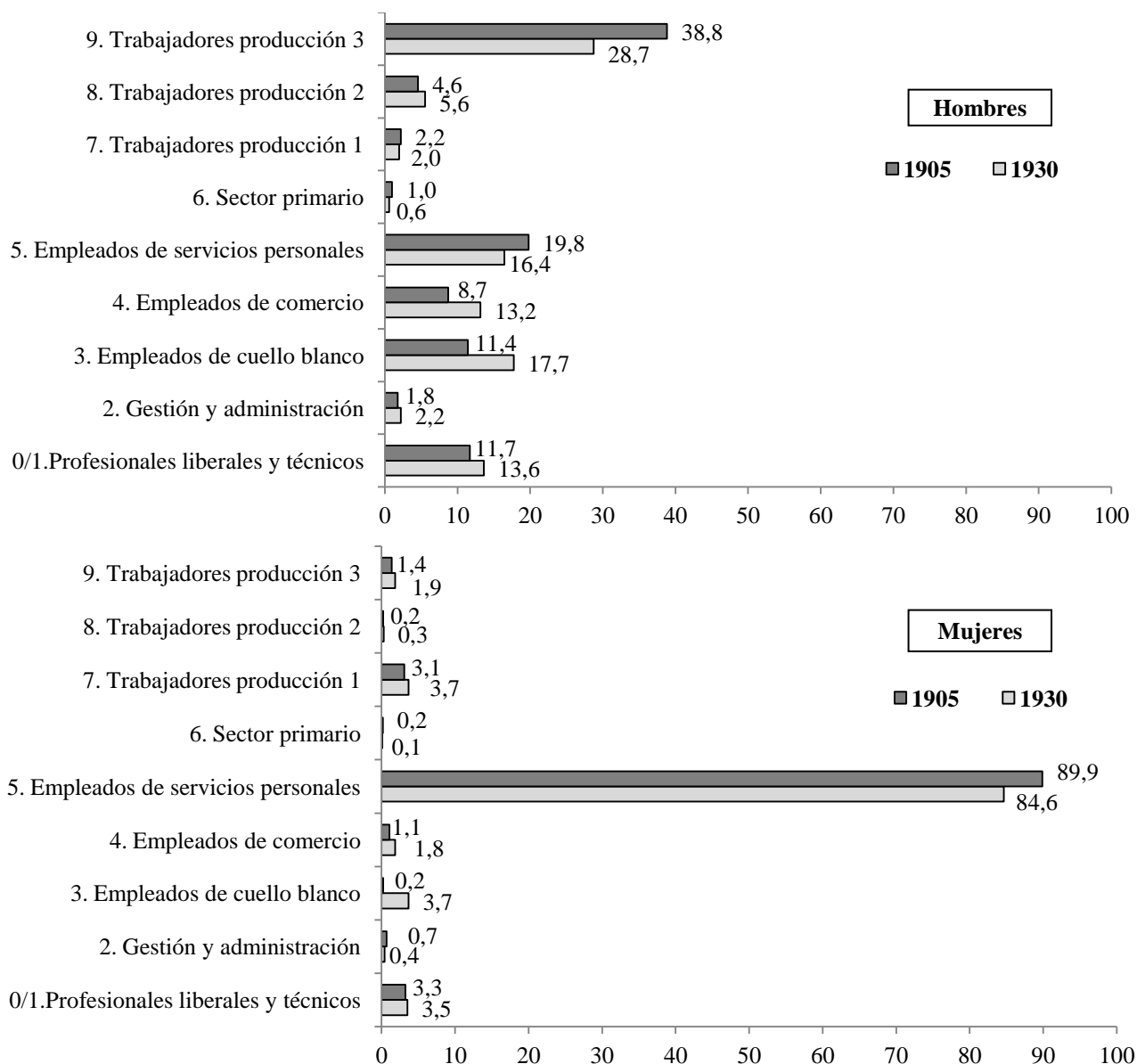
MAJOR GROUPS HISCO (HOMBRES)	Madrid	Bilbao	S. Sebastián	Vitoria	Cádiz	Cataluña
0/1. Profesionales liberales y técnicos	10,57	7,93	4,47	7,92	4,8	2,67
2. Gestión y Administración	1,56	1,30	1,40	1,86	0,64	1,20
3. Empleados y trabajadores de cuello blanco	15,29	14,23	7,27	8,57	10,41	3,78
4. Empleados del comercio	14,13	10,40	6,62	7,18	13,13	7,49
5. Empleados de servicios personales	14,61	6,89	5,36	5,03	9,85	4,30
SECTOR SERVICIOS	56,16	40,74	25,11	30,57	38,83	19,44
6. Agricultura, caza, pesca y forestales	0,66	1,88	4,29	15,42	4,48	29,91
7. Trabajadores producción 1	3,29	4,74	1,96	7,78		
8. Trabajadores producción 2	5,53	10,33	3,91	12,86	56,69	50,65
9. Trabajadores producción 3	34,36	42,30	32,01	33,36		

Figura 6.2. Comparación de la estructura profesional masculina de las principales urbes españolas en 1930. Los datos de Madrid han sido extraídos de la suma de los trabajos de Rubén Pallol, Borja Carballo, Santiago De Miguel y Luis Díaz, que hacen referencia al Ensanche Norte y Este los dos primeros, y a buena parte del casco antiguo los segundos. Hombres de entre 15 y 65 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística. Los datos de las demás urbes han sido extraídos de los artículos presentados al *XI Congreso de AHC* de Granada de 2012: GARCÍA ABAD, R., PAREJA ALONSO, A. y ZÁRRAGA SANGRONIZ, K.: “Modelos diferenciales de mercado laboral en las tres capitales vascas en 1930”; PÉREZ SERRANO, J., ROMÁN ANTEQUERA, A. y VILLATORO SÁNCHEZ, F.: “Transformaciones en el mercado laboral de una capital de provincia en el primer tercio del siglo XX: el caso de Cádiz”; BORDERÍAS, C., VILLAR, C. y FERRER, L.: “La formación del mercado de trabajo textil: inmigración, oficios y género”.

Así, la marea de innovaciones científicas y aplicaciones tecnológicas nacidas de la segunda fase industrial y la expansión del capitalismo avanzado llegadas a Madrid durante el primer tercio del siglo XX, no afectaron sólo al mercado de trabajo manual de la urbe al reducir considerablemente la proporción de población jornalera e iniciar la conversión del artesanado preindustrial en un proletariado cualificado y mecanizado. En el caso madrileño, más relevante que lo anterior, de importancia cardinal en las transformaciones acaecidas en las urbes europeas más industrializadas, cobró más fuerza el apuntalamiento de la urbe como una ciudad de servicios modernos a escala nacional. Servicios que ya no estaban ligados únicamente al aparato administrativo, de telecomunicaciones, judicial, político o cultural del Estado, sino que procedían de inversiones privadas en ámbitos como el ocio, el comercio, las finanzas, el transporte y la distribución. A ello se le añadió la creciente necesidad de gestores, administradores y

²³ Los estudios económicos iniciados con Clark en 1940 y corroborados desde entonces respecto a esta cuestión, indican que el incremento laboral en el sector servicios deriva de la mayor demanda de éstos sobre los demás bienes, circunstancia que sólo se produce cuando se han cubierto las necesidades básicas. Por ello, la terciarización de una economía se suele mostrar como síntoma de un incremento en el nivel de vida. CLARK, C.: *Las condiciones del progreso económico*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.

supervisores de rango intermedio que las nuevas empresas, industrias y grandes corporaciones requerían para implantar la nueva organización del trabajo, caracterizada por la división y especialización de la producción, dando cada vez más relevancia a la burocratización de la gestión y la administración diaria de su actividad económica.



Figuras 6.3 y 6.4. Evolución de las principales categorías profesionales del Ensanche Este de Madrid según su sexo. Personas de entre 15 y 65 años. Elaboración propia utilizando el sistema clasificatorio de los *Majorgroups* de HISCO. AVM, Estadística. Padrones municipales de 1905 y 1930.

Los estudios realizados en paralelo por otros grupos de investigación españoles relativos a los mercados laborales de urbes como Bilbao, Cádiz o Granada han permitido desarrollar una visión de conjunto de las transformaciones acaecidas en el conjunto del mundo urbano español en el primer tercio del siglo XX, corroborando unánimemente que Madrid era la que mayor proporción de trabajadores pertenecientes al sector servicios poseía (Figura 6.2)²⁴. Un esfuerzo compartido que está alumbrando

²⁴ Los trabajos coordinados se materializaron en las reuniones de trabajo realizadas por estos grupos de investigación desde 2010 en Azores (2010), Madrid (2011) y Granada (2011 y 2102). Algunos de sus

resultados fiables como consecuencia de la similitud temporal (entre 1900 y 1930), documental (los respectivos padrones municipales de población) y metodológica buscada por todos sus miembros (el sistema de clasificación socioprofesional internacional HISCO²⁵, derivado del modelo ISCO formulado por la OIT en la década de 1950). De la comparación de los datos recogidos se desprende en lo que respecta a Madrid, que ésta seguía sin ser una ciudad que sobresaliera en el ámbito nacional por poseer una fuerte concentración de mano de obra industrial a pesar de su reciente auge como consecuencia de la energía eléctrica, como sí ocurría en Bilbao, Barcelona²⁶ o las demás urbes catalanas especializadas en la industria textil. Por el contrario, la capital sí ahondó en la especialización económica vinculada al sector terciario, característica que en el futuro sería un elemento predominante (si no lo era ya) en las grandes aglomeraciones urbanas europeas y estadounidenses.

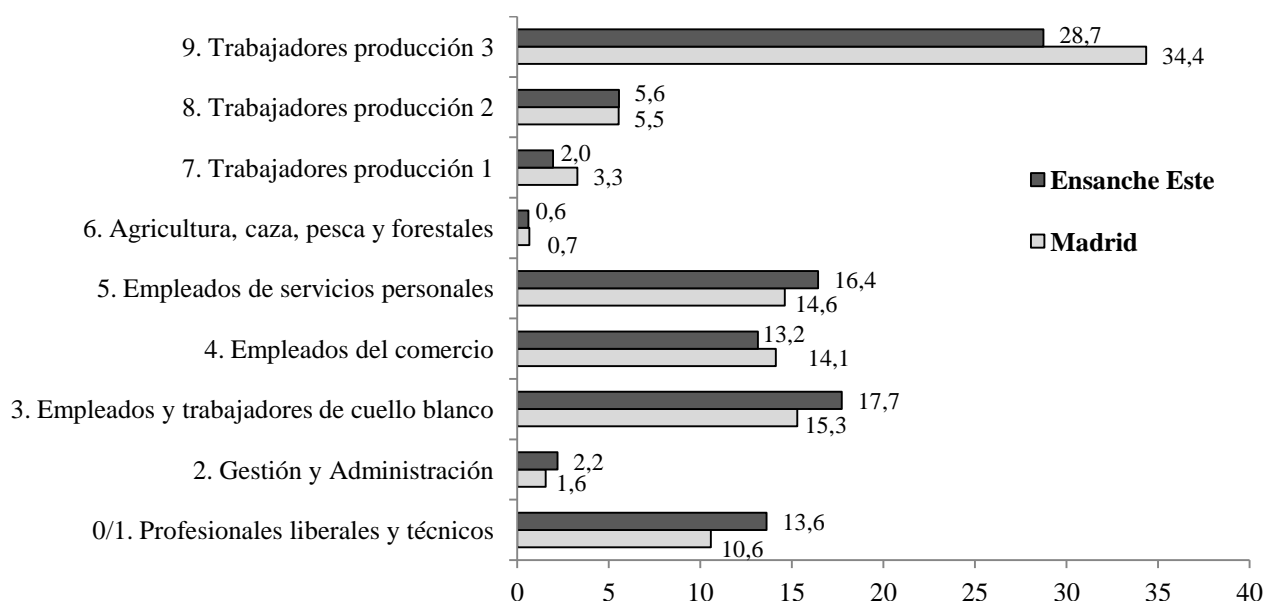


Figura 6.5. Comparación de la estructura profesional masculina de Madrid y su Ensanche Este en 1930. Los datos de Madrid han sido extraídos de la suma de los trabajos de Rubén Pallol, Santiago De Miguel y Luis Díaz, que hacen referencia al Ensanche Norte y varios barrios del casco antiguo, además de los del Ensanche Este. Hombres de entre 15 y 65 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística.

frutos han sido los artículos incluidos ORTEGA LÓPEZ, T. M^a y DEL ARCO BLANCO, M. A. (ed.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación*, Granada, 2013.; GARCÍA ABAD, R., PAREJA ALONSO, A. y ZÁRRAGA SANGRONIZ, K.: “Modelos diferenciales de mercado laboral en las tres capitales vascas en 1930”; PÉREZ SERRANO, J., ROMÁN ANTEQUERA, A. y VILLATORO SÁNCHEZ, F.: “Transformaciones en el mercado laboral de una capital de provincia en el primer tercio del siglo XX: el caso de Cádiz”; BORDERÍAS, C., VILLAR, C. y FERRER, L.: “La formación del mercado de trabajo textil: inmigración, oficios y género”; MARTÍNEZ LÓPEZ, D. y MARTÍNEZ MARTÍN, M.: “Mercado laboral, inmigración y movilidad social: Granada, 1921”.

²⁵ VAN LEEUWEN, M. H. D.; MAAS, I. y MILES, A.: “Creating a Historical International Standard Classification of Occupations. An Exercise in Multinational Interdisciplinary Cooperation”, *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History*, Vol. 37, 4, (2004), pp. 186- 197.

²⁶ En la actualidad no han sido todavía publicados datos laborales de la ciudad de Barcelona codificados en HISCO, si bien sus trabajos con los padrones municipales de la Barcelona de 1930 son muy conocidos. Ver: OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular. Op. Cit.*; OYÓN, J.L., MALDONADO, J., y GRIFUL, E.: *Barcelona 1930: un atlas social*. Ediciones UPC, Barcelona, 2001. Además, recientemente ha aparecido otro trabajo en el que se han mostrado resultados en HISCLASS, que deriva de HISCO y que ha permitido corroborar la tendencia ya indicada de un Madrid especializado en servicios y una Barcelona dominada por el trabajo manual industrial. SILVESTRE, J., AYUDA, M^a I. y PINILLA, V.: “The Labor Market Integration of Migrants: Barcelona, 1930”, *EHES Working Papers in Economic History*, nº 3, January 2011.

Por su parte, los habitantes del Ensanche Este no fueron ajenos a este complejo panorama de transformación socioeconómica que estaba afectando a Madrid en su arduo proceso de conversión de capital a metrópoli europea (Figuras 6.3 y 6.4). Este espacio urbano, beneficiado por el proceso de segregación socioeconómica que disgregaba internamente la ciudad desde mediados del siglo XIX, había dado cobijo a los exponentes laborales más agraciados de los difíciles tiempos de cambio que habían dominado las décadas interseculares (Figuras 3.4 a 3.10)²⁷. Por ello, su composición laboral mostró características propias antes que el del resto de la ciudad en relación al nuevo mercado de trabajo madrileño que se estaba fraguando: el incremento tanto cuantitativo como cualitativo de los profesionales liberales, técnicos, gestores, administradores, trabajadores de cuello alto y modernos empleados de comercio (Figura 3.76). Una dinámica creciente que al finalizar el primer tercio de siglo se había extendido al resto de la urbe, dejando de estar circunscrito sólo al mercado de trabajo del Ensanche Este, si bien éste todavía alojaba en mayor medida a los protagonistas de la terciarización madrileña (Figura 6.5).

Un rápido vistazo a los segmentos profesionales del Ensanche Este que mayor variación sufrieron entre 1905 y 1930, constata cómo este espacio urbano participó de los mismos procesos íntimamente relacionados que afectaban al resto de la ciudad: la terciarización de la actividad económica y de la fuerza laboral madrileña por un lado, y su profunda remodelación interna por otro²⁸. En este sentido, el Ensanche Este también fue testigo de la drástica reducción de la jornalización (del 32 al 21%, una tercera parte), fenómeno que había campado a sus anchas desde los años interseculares en toda la urbe (del mismo modo que en otras grandes ciudades españolas²⁹), y que por fin empezaba a plegarse año tras año como consecuencia del aumento de la oferta laboral ligada al sector servicios (Figuras 6.3 y 6.6³⁰). Un sector que, además de expandirse, también vivía su propia reconversión interna, con nuevas bolsas de empleo que se fortalecían a costa de orillar otras. Una apreciación general que surge de valorar la correlación existente entre la tipología de las ocupaciones laborales que más se contrajeron y las que, por el contrario, se incrementaron con más fuerza entre ambas fechas (Figura 6.5 y 6.6). Entre las primeras, tras el ya citado reajuste que se estaba produciendo entre los trabajadores manuales poco o nada cualificados, sobresalió el fuerte descenso del servicio doméstico, categoría laboral heredada de una economía preindustrial urbana que empezaba a entrever su descenso en el Madrid prebélico³¹.

²⁷ Ver Capítulo 4.

²⁸ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.; OTERO CARVAJAL, L., PALLOL, R., VICENTE, F., CARBALLO, B., DE MIGUEL, S. y DÍAZ, L.: “HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado”, *XI Congreso de la AHC*, Granada, 2012.

²⁹ PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit.

³⁰ La denominación laboral de *jornalero* es codificada en HISCO con el *Minorgroup* nº 99, que es el que más variación sufrió entre 1905 y 1930 dentro del mercado laboral masculino del Ensanche Este (Figura 6.5), lo cual explica el consiguiente *hundimiento* porcentual del *Majorgroup* nº 9 (Figura 6.3).

³¹ Sin embargo, la posguerra española volvió a significar una “*edad de oro del servicio doméstico*” (en palabras de Albert Carreras) tanto en España como en Madrid, como consecuencia del desorbitado éxodo rural hacia las grandes ciudades y las medidas legislativas y el duro discurso cultural desarrollado por la dictadura, que volvieron a reducir de nuevo las salidas laborales de las mujeres españolas. CARRERAS, A.: «Depresión económica y cambio estructural durante el decenio bélico (1936- 1945)», en GARCÍA DELGADO, José Luis (Ed.): *El primer franquismo. España durante la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Ariel, 1989, p. 31; CASAS, J. I. y SALLÉ, Mª A.: “Perspectivas laborales de la mujer en España”, en *Papers. Revista de Sociología*, nº 30, 1988, pp. 109-118; NIELFA, G.: “Mujer y trabajo”, en

Principales variaciones en la estructura profesional masculina del Ensanche Este de Madrid				
Minorgroups HISCO	Denominación profesional de HISCO	1905 (%)	1930 (%)	Evolución %
39	Empleados privados no clasificados en otros epígrafes	2,59	6,46	+3,87
45	Vendedores, dependientes de comercio y relacionados	3,61	7,21	+3,60
55	Porteros, personal de limpieza y relacionados	2,87	4,38	+1,51
84	Mecánicos, maquinistas, ajustadores y torneros	0,6	2,08	+1,48
33	Empleados de banca, tenedores de libros...	1,22	2,47	+1,25
51	Dueños de establecimientos de restauración, alojamiento, etc.	1,16	0,41	-0,75
31	Funcionarios públicos	4,89	4,00	-0,89
12	Juristas (abogados, jueces, magistrados)	4,35	3,13	-1,22
54	Servicio doméstico	7,32	1,37	-5,95
99	Trabajadores manuales no cualificados	31,86	20,61	-11,25

Principales variaciones en la estructura profesional femenina del Ensanche Este de Madrid				
Minorgroups HISCO	Denominación profesional de HISCO	1905 (%)	1930 (%)	Evolución %
53	Cocineras, camareras y relacionadas	7,25	14,20	+6,95
31	Funcionarias públicas	0,01	0,99	+0,98
39	Empleadas privados no clasificados en otros epígrafes	0,11	0,92	+0,81
79	Sastras, modistas y demás trabajadoras del textil	2,78	3,45	+0,67
45	Vendedoras, dependientas de comercio y relacionados	0,36	1,03	+0,66
22	Supervisoras, capataces e inspectoras	0,63	0,37	-0,26
14	Religiosas	0,65	0,38	-0,28
21	Gerentes	0,38	0,07	-0,31
56	Lavanderas y planchadoras	0,86	0,35	-0,50
54	Servicio doméstico	82,66	66,95	-15,71

Figuras 6.6 y 6.7. Elaboración propia. Hombres y mujeres mayores de 14 años y que declararon una ocupación. AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930.

Un descenso porcentual de este tipo de servicios personales que fue mayor en el caso de las mujeres, donde la caída fue aún más marcada que la de los jornaleros entre la mano de obra masculina (del 83 al 67%), fenómeno sintomático en un espacio urbano que albergaba algunas de las zonas más selectas de la ciudad. Una actividad laboral, la del servicio doméstico, que iba siendo sustituida por el auge de trabajos terciarios más especializados, algunos de tan escasa innovación como los de camareras, modistas o cocineras por un lado, y otros de aroma moderno como el de empleadas públicas, secretarías o mecanógrafas por otro (Figura 6.7). Del mismo modo ocurría entre los trabajadores varones residentes en el Ensanche Este, donde la reducción del servicio doméstico y de empleos cualificados ligados al servicio público como el de funcionarios, abogados, juristas o fiscales, tuvo como contrapartida el crecimiento de los empleados privados de cuello blanco, de banca y de comercio, de vendedores,

Cuadernos del Mundo Actual, 35 (1993); MIRÁS ARAUJO, J.: "Rasgos básicos y transformaciones en el servicio doméstico en una ciudad periférica. A Coruña, 1900-1960", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, UCM, Vol. 27, 2005, pp. 197-221.

tenedores de libros, personal de limpieza y, como consecuencia de la segunda revolución industrial, de trabajadores manuales altamente cualificados como mecánicos, ajustadores, maquinistas o torneros.

Sin embargo, una vez llegados hasta aquí, conviene recordar que analizar el mercado laboral madrileño y el de su Ensanche Este a partir de la evolución temporal de sus grandes agregados socioprofesionales, si bien ayuda a identificar los cambios generales más robustos, por el contrario dificulta extraordinariamente la empresa de alcanzar una comprensión más minuciosa de la compleja transformación socioeconómica en la que se hallaba inmersa la ciudad. Siguiendo esta senda, se corre el peligro de obviar aspectos cualitativamente novedosos pero que afectaron sólo a la composición interna y las condiciones de trabajo de determinados segmentos laborales y no tanto al número de trabajadores que los componían. Entre ambos procesos se halló el trabajo manual madrileño, que por un lado empezó a reducir paulatinamente la desorbitada presencia de los trabajadores manuales no cualificados, y por otro experimentó hondas transformaciones internas que afectaron al artesanado de la ciudad, fruto de la modernización de la producción industrial madrileña, la aparición de nuevas industrias y la generalización de la mecanización.

6.1. Una puerta que se abre. Las posibilidades de ascenso social del trabajo manual madrileño en tiempos de expansión económica.

A comienzos del siglo XX, el mercado laboral madrileño se hallaba muy pauperizado, compuesto en su gran mayoría por miles de trabajadores manuales sumidos (o en riesgo de caer) en una precarización económica de difícil reversión³². Era el resultado del imparable proceso de jornalización que había afectado a la ciudad durante la segunda mitad del siglo anterior, consecuencia del desfase producido entre la creciente llegada de inmigrantes de origen rural carentes de cualificación laboral urbana por un lado, y la lenta e insuficiente modernización y diversificación de los circuitos económicos de la ciudad, limitada a sectores específicos como el ferrocarril o la administración pública, por otro. La ciudad se llenó de inmigrantes ávidos de trabajar pero sin apenas cualificación manual o intelectual, lo que unido a la incapacidad del tejido económico de la ciudad para absorber toda esa nueva mano de obra, cristalizó en la precarización laboral con la que la urbe dio paso a la siguiente centuria.

La población jornalera, aquella que trabajaba durante interminables y extenuantes horas en ocupaciones que requerían un gran despliegue físico pero ninguna especialización laboral, que carecía de un lugar de trabajo estable y deambulaba de un lado para otro a *la busca* diaria de un nuevo empleo, y que trabajaba de sol a sol en las distintas obras y construcciones que se emprendían en la ciudad por un minúsculo jornal que apenas cubría las necesidades básicas de su familia, llegó a suponer más del 40% de la población adulta masculina residente en la ciudad en 1905 (Figura 6.1). Nadie pudo escapar a esta bola de nieve, ni madrileños ni inmigrantes, ni recién llegados ni residentes en la ciudad desde décadas atrás (Figura 3.11). Nadie salvo aquellos que poseían pericia en algún oficio (y no todos), aquellos que habían logrado adentrarse en

³² Ver capítulo 3.

la administración pública o los que se habían formado como profesionales liberales. Unas opciones que quedaban bastante alejadas de las posibilidades reales de la mayoría de la población, incapaces de adentrarse en una carrera artesanal que hacía aguas por los cuatro costados y carentes de la instrucción necesaria para obtener un puesto como empleado público, siendo ya una quimera poder acceder a estudios medios o superiores en la universidad o en otras instituciones.

El único segmento en el que pareció auspiciarse un cambio de tendencia en los albores del nuevo siglo, el relativo a los inmigrantes recién llegados afincados en el Ensanche Este, que experimentó una caída de la jornalización de ocho puntos porcentuales entre 1878 y 1905 mientras que el cómputo global ascendía en el mismo período en 15, no fue más que un espejismo derivado de la progresiva segregación socioeconómica que afectaba a la capital y que influía en la oferta residencial, en la carestía de los alquileres y, por ende, en la composición laboral de los vecinos de los distintos espacios urbanos de la ciudad (Figuras 3.11, 4.21 y 4.39). La desoladora situación en la que se encontraban los trabajadores manuales del Madrid intersecular, se completaba con la culminación del proceso de corrosión de los oficios que desde finales del siglo XVIII había horadado al artesanado madrileño³³.

El resultado fue que vieron reducida paulatinamente su relevancia dentro del mercado laboral de la capital (Figura 3.19), y además sufrieron resignados cómo su saber cualificado se desvalorizaba día a día a medida que perdían el control de la producción y la independencia a la hora de fijar sus tempos, pasando de realizar labores de creación, diseño y fabricación de manufacturas a verse reducidos a meros distribuidores, ensambladores, reparadores y recicladores de productos acabados realizados por terceros. A su vez, tuvieron que hacer frente tanto a los productos de mayor calidad y menor precio que llegaban de un mercado nacional cada vez más integrado gracias al ferrocarril, como al duro intrusismo profesional protagonizado por la población jornalera en sectores como la construcción o el textil, hundiendo sus perspectivas salariales. Sin embargo, este sombrío panorama que atenazaba al mercado de trabajo manual de la ciudad sufrió profundas transformaciones tras el estallido de la conflagración europea de 1914. La neutralidad española adoptada provocó la repatriación de capitales e industrias por parte de los contendientes de la economía nacional, lo cual unido a la llegada de la segunda revolución industrial, a la expansión del capitalismo avanzado y a la adopción de la organización científica del trabajo, espolearon el desarrollo económico del país en su conjunto y el de sus principales urbes en particular³⁴. De este modo, al finalizar el primer tercio del siglo XX la actividad económica madrileña era más pujante que en sus comienzos, ofreciendo perspectivas de desarrollo más halagüeñas al mundo del trabajo manual.

³³ SÁNCHEZ NIETO, J. A.: *Artesanos y mercaderes*, *Op. Cit.*, pp. 405-426; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, *Op. Cit.*; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, *Op. Cit.*; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros*, *Op. Cit.*

³⁴ ROLDÁN, S.; GARCÍA DELGADO, J.L. y MUÑOZ, J.: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, 2 Vols., Confederación Española de Cajas d Ahorro, Madrid, 1973; CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España Contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2007; COMÍN, F.: "El período de entreguerras", en COMÍN, F., HERNÁNDEZ, M. y LLOPIS, E. (eds.): *Historia económica de España, siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 285-330.

Los años que siguieron al estallido de la Gran Guerra alumbraron una profunda transformación de la ciudad madrileña como consecuencia de la creciente complejización económica de sus distintos sectores productivos a raíz de la segunda revolución industrial y la expansión del capitalismo. Esta mutación tuvo su correlato en el mercado de trabajo de la urbe, especialmente en su contingente laboral más numeroso y más sensible: la población jornalera³⁵. Entre 1905 y 1930, la evolución del mercado laboral madrileño sufrió un giro copernicano, al pasar de estar completamente dominado por el fenómeno de la jornalización a ver cómo ésta dejaba de marcar a fuego la impronta laboral de la mayoría de sus residentes. Entre ambas fechas, la población jornalera se redujo en más de una tercera parte, pasando de agrupar el 41,4 al 26,6% de los hombres mayores de 14 años residentes en el Ensanche de la capital (Figura 6.1), declive registrado principalmente en las zonas Norte y Sur, donde fue de 12 y 23 puntos porcentuales respectivamente (del 39 al 27,6% y del 65 al 42%), descensos más acusados que el detectado en el Ensanche Este, donde partiendo de niveles de jornalización inferiores, se situó en 8,5 puntos porcentuales (del 26,7 al 18,2%)³⁶.

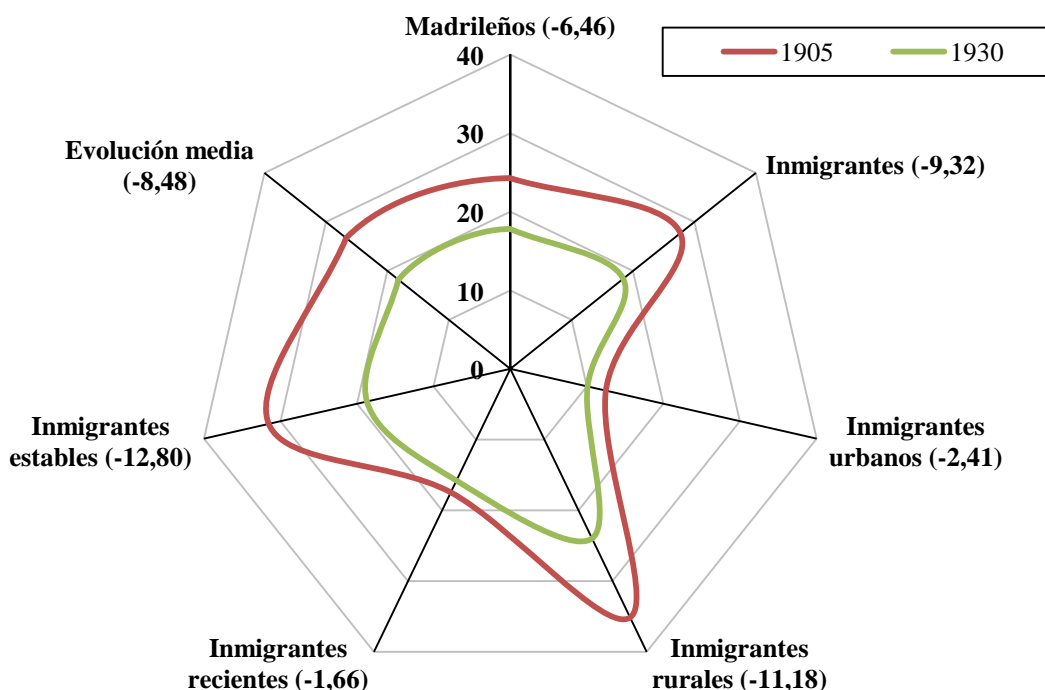


Figura 6.8. Relación de trabajadores manuales no cualificados en función de su origen y tiempo de estancia en Madrid. Hombres mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrones de 1905 y 1930. Los inmigrantes estables eran aquellos cuya estancia en la ciudad era superior a 10 años, mientras que en el caso de los inmigrantes recientes se han contabilizado aquellos que llevaban menos de 5 años. En paréntesis, se indica la evolución general de cada segmento entre 1905 y 1930.

³⁵ La jornalización de los mercados laborales urbanos españoles en los años interseculares fue un hecho contrastado, consecuencia del creciente hacinamiento de inmigrantes rurales en unos núcleos incapaces de absorber a tanta población con los anquilosados resortes económicos que habían heredado de la época preindustrial. PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit.

³⁶ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, símbolo del nacimiento de una nueva capital, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

El retroceso de la degradación laboral del mercado de trabajo madrileño fue generalizado y uniforme. En 1930, la población residente en el Ensanche Este que lograba esquivar el peligro de la jornalización era mucho más numerosa que a comienzos de siglo. Un proceso que se repitió tanto entre los madrileños de cuna como entre los inmigrantes, entre los que acababan de asentarse en la capital o los que llevaban residiendo en ella durante más de una década (Figura 6.8). En este sentido, se produjo un proceso antitético, de reversión del proceso acaecido a finales del siglo anterior, ya que los estratos sociales que más se vieron afectados por la jornalización a lo largo del último cuarto del siglo XIX fueron los que con mayor ahínco lo redujeron en el primer tercio de la nueva centuria (comparar Figuras 3.11 y 6.8). Evidentemente, era la población inmigrante de origen rural la que seguía siendo mucho más sensible que el resto al peligro de convertirse en potenciales jornaleros, factor lógico al ser el eslabón más débil y dependiente en contextos de duras fluctuaciones económicas³⁷.

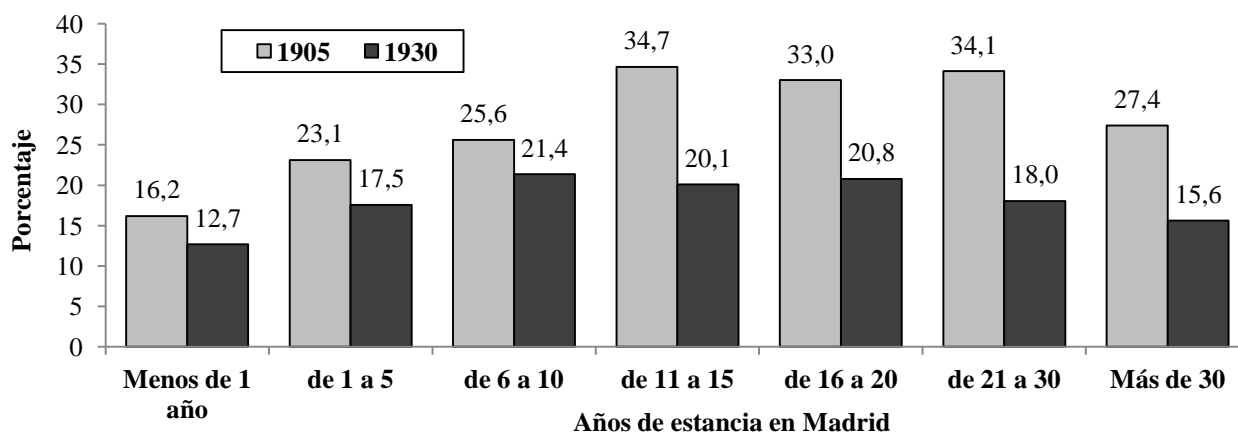


Figura 6.9. Trabajadores manuales no cualificados de origen inmigrante según el tiempo de estancia en Madrid (1905-1930). Hombres mayores de 14. Padrones municipales de 1905 y 1930. AVM, Estadística.

Si a comienzos de siglo la capital era una *máquina productora* de jornaleros dada su total insolvencia para generar una amplia demanda laboral que absorbiera el exceso de mano de obra poco cualificada que aglutinaba en su seno, la situación no podía ser más distinta en 1930 (al menos en el Interior y el Ensanche de la capital). Y no lo era sólo porque la población inmigrante recién llegada encontrara nuevas vetas laborales para medrar en el Gran Madrid que se estaba gestando. Había otras pruebas que verificaban que dicho cambio era más profundo y amplio, que era de carácter estructural y afectaba al conjunto del mercado laboral. En primer lugar se hallaba el hecho de que las posibilidades de caer en la precarización laboral de la población inmigrante ya no aumentaba en función del tiempo de permanencia en la ciudad, tal y como lo hacía a comienzos del reinado de Alfonso XIII (Figuras 3.13 y 6.9). Además, el trabajo eminentemente físico, mal remunerado, esporádico, itinerante y carente de cualificación, dejó de ser una amenaza que atenazara de principio a fin las vidas de buena parte de los residentes en la ciudad, para convertirse en la opción laboral más plausible a la que los inmigrantes menos cualificados y más jóvenes se aferraban en sus

³⁷ En tiempos de crisis económica como la que afectó a Madrid en las décadas interseculares, la destrucción y precarización del mercado de trabajo no afecta por igual a todos los actores que lo componen, siendo un fenómeno generalizado que entre los peor parados se encuentran los inmigrantes, especialmente los de origen rural, más sensibles a estas oscilaciones por carecer por norma general de especialización laboral alguna. MARTÍNEZ VEGA, U.: *Trabajadores invisibles: precariedad, rotación y pobreza de la inmigración en España*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004.

primeros compases de adaptación a la capital (Figura 6.10). Una práctica laboral que en los años treinta, a diferencia de las décadas interseculares, era abandonada paulatinamente a medida que éstos se familiarizaban con ella, adquirían más experiencia, sacaban partido a sus redes de parentesco o paisanaje, se especializaban en una ocupación concreta o aprovechaban las nuevas vetas laborales emanadas de la modernización económica que estaba afectando a la urbe. La frontera tan invisible como real que había separado durante la Restauración borbónica al último escalafón del mercado laboral madrileño, el formado por los trabajadores manuales no cualificados, del resto, pareció resquebrajarse lentamente durante el primer tercio del siglo XX, a ser más permeable. Pero, ¿por qué?

A medida que la movilidad interior hacia Madrid se intensificó, haciendo que su población se acercara al millón de habitantes durante los años veinte a un ritmo endiablado, ésta se consolidó como la mayor economía de aglomeración urbana del país junto a Barcelona, situándola a las puertas de convertirse en una moderna metrópoli europea³⁸. Una cifra demográfica de seis dígitos que indicaba la vasta fuerza laboral de la que disponía la capital (sin contar sus municipios limítrofes), el doble de la existente a principios de la centuria (Figuras 5.5 y 5.7). Un capital humano que no sólo había cambiado cuantitativamente respecto al de principios de siglo, sino que en términos generales poseía una mayor especialización profesional.

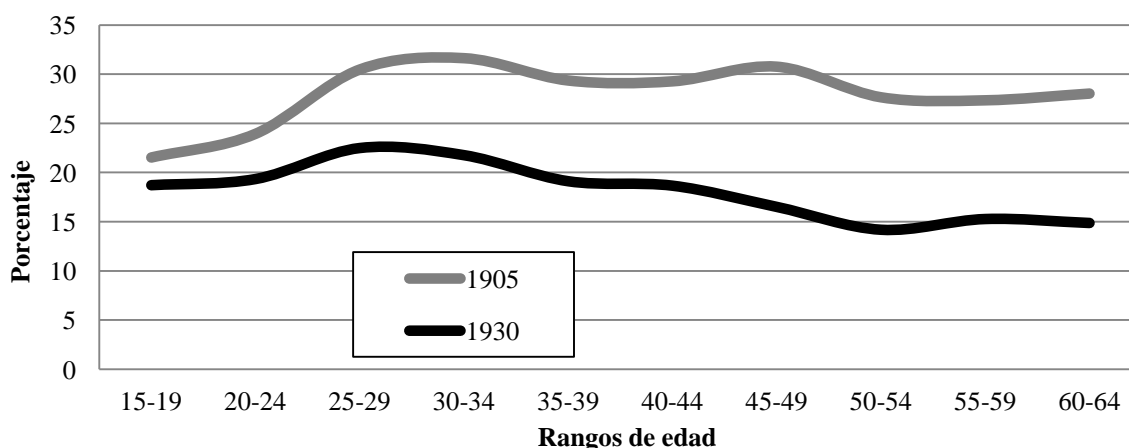


Figura 6.10. Proporción de jornaleros residentes en el Ensanche Este de Madrid por rango de edad (1905-1930). AVM, Estadística. Padrones municipales de 1905 y 1930.

En primer lugar, porque la inmigración de origen urbano adquirió en estas décadas una relevancia cada vez mayor en detrimento de la rural dentro del conjunto de los movimientos migratorios interiores (Figura 5.36). Un fenómeno que influyó favorablemente en la capacidad de adaptación al mercado laboral madrileño de sus protagonistas, ya que tenían más probabilidades de haber adquirido alguna cualificación o especialización artesanal en sus distintos lugares de origen. Además, los denodados esfuerzos estatales, provinciales y municipales invertidos en la mejora de la instrucción pública e implantación de un sistema educativo moderno empezaron a dar sus primeros frutos, aunque éstos todavía fueran insuficientes. El analfabetismo fue un fenómeno a la

³⁸ RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral inédita, UCM, 2013; OTERO CARVAJAL, L. E.: “La irrupción de la Modernidad en la España urbana, Madrid metrópoli europea, 1900-1931”, en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2013, pp. 247-292.

baja a nivel nacional a lo largo del primer tercio del siglo XX, combatido con mayor acierto en las grandes urbes que en el ámbito rural, allí donde la demanda de gente letrada era más elevada ya que sus beneficios económicos eran más tangibles en los mercados laborales urbanos que en los rurales³⁹. Y aunque los resultados generales aún eran nimios en comparación a los países europeos más industrializados⁴⁰, en el caso madrileño permitió que la tasa de alfabetización de sus residentes y recién llegados fuera siempre superior a la media nacional, y que sus niveles mejorasen gradualmente respecto al último cuarto del siglo XIX y principios de la centuria siguiente (Figuras 2.23 y 5.33)⁴¹.

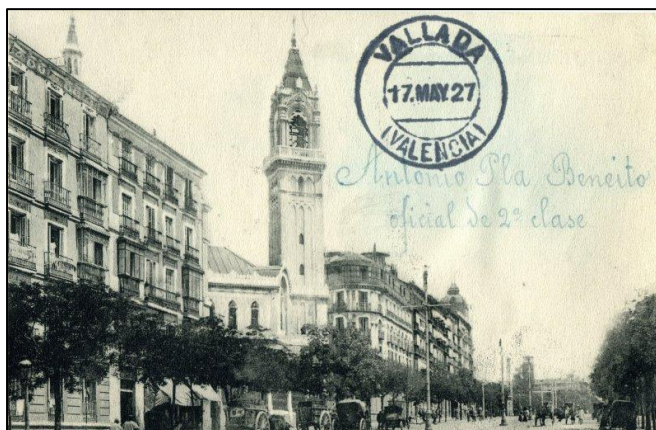
Saber leer y escribir en la gran ciudad abría puertas laborales más estables aunque modestas a aquellos que carecían de una cualificación manual o cierta especialización intelectual, ya fuera como mayordomos, recepcionistas, repartidores, mozos de oficina o carteros, que a los que eran iletrados. Una posibilidad que no poseía la gran mayoría de la población jornalera madrileña de los años interseculares, de origen rural y analfabeta, pero que fue más asequible en el Madrid de los albores de la II República, especialmente entre su población infantil. Entre 1902 y 1931, las autoridades estatales y municipales destinaron crecientes recursos económicos a expandir y mejorar la educación primaria en la ciudad, y como consecuencia, abrieron nuevos grupos escolares, alquilaron más edificios y viviendas para la enseñanza y emprendieron la sustitución del anticuado modelo de las escuelas *unitarias* por las *graduadas* (la cual implicaba la construcción de edificios funcionales para impartir docencia con multitud de clases en las que se agrupaba al alumnado en función de su edad y nivel de conocimiento). En estos años, la oferta de educación primaria pública de la ciudad se dilató gracias a la apertura de cinco escuelas denominadas Conmemorativas de Alfonso XIII entre 1903 y 1907 (Alfonso XIII, La Florida, Reina Victoria, Bailén y Vallehermoso), dos grupos escolares financiados por el Patronato de la Reina Victoria abiertos en 1913 y 1918 (Príncipe de Asturias y Cervantes), otros dos promovidos dentro del Proyecto Dicenta entre 1915 y 1917 por la Junta Municipal de Primera Enseñanza de Madrid (Conde de Peñalver y Escuelas Bosque), y los seis grupos escolares aprobados en el Plan de 1922 y terminados entre 1928 y 1930 (Pardo Bazán, Menéndez Pelayo, Jaime Vera, Concepción Arenal, Pérez Galdós y Joaquín Costa). Unos esfuerzos de gran magnitud que serían sobradamente superados durante el primer bienio republicano, período en el que en la capital se inauguraron más de una veintena de nuevos grupos escolares. De este modo, a la altura de 1931 la enseñanza primaria madrileña prestaba servicio a cerca de 80.000 niños y niñas repartidos por las 467 aulas escolares públicas y las 302 privadas diseminadas por las calles de la capital española⁴².

³⁹ TIANA FERRER, A., OSSENBACH SAUTER, G. y SANZ FERNÁNDEZ, F. (coord.): *Historia de la educación (Edad contemporánea)*, UNED, Madrid, 2002, pp. 233-257; CAPEL, R. A.: *El trabajo y la educación de la mujer en España. 1900-1930*. Ministerio de Cultura, Madrid, 1982; NÚÑEZ, C.E.: *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España Contemporánea*. Alianza Universidad, Madrid, 1992; VILANOVA RIBAS, M. y MORENO JULIÁ, X.: *Atlas de la evolución del analfabetismo en España de 1887 a 1981*, CIDE, Madrid, 1992.

⁴⁰ MÜLLER, D.K., RINGER, F. y SIMON, B. (edit.): *The rise of the modern educational system: structural change and social reproduction 1870-1920*. Cambridge University Press, 1989.

⁴¹ FOLGUERA CRESPO, P.: *Vida cotidiana en Madrid. Primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*, Op. Cit., pp. 93-125; Datos recopilados del *Anuario Estadístico de España* relativo a Madrid, años 1921-1930, INE.

⁴² A lo largo del primer tercio del siglo XX se logró duplicar el número de aulas por cada diez mil habitantes existentes en la capital, pasando de 3,1 en 1901 a 6,9 en 1931, cifra que aumentaría de forma exponencial en el período republicano, llegando hasta las 10,9 en 1934. AYUNTAMIENTO DE



Ilustraciones 6.1 y 6.2. A la izquierda, vista de la iglesia de San Manuel y San Benito, en cuya planta baja se hallaban las escuelas para obreros de la Fundación Caviggioli Maurici. Calle Alcalá nº 85. 1927, J. Lacoste. A la derecha, interior del Grupo Escolar Reina Victoria, ubicado en la calle Príncipe de Vergara nº 61. 1905. Museo de Historia de Madrid, Inv. 22384.

A la altura de 1929, en el Ensanche Este había un total de dieciocho escuelas públicas unitarias en funcionamiento, como las de la calle Recoletos nº 6 o Hermosilla nº 11, y siete graduadas como las Escuelas Aguirre, situada en la calle Alcalá nº 70 y con una capacidad para 900 alumnos entre párvulos, niños y niñas, o la de Reina Victoria, en la calle Príncipe de Vergara nº 61 (Ilustración 6.2), para medio millar de escolares de ambos sexos. Aún con todo, este espacio urbano no resultó altamente beneficiado por la mejora del servicio de la educación pública primaria acaecido en este período ya que la mayoría de los nuevos centros se ubicaron en el casco antiguo, en el Ensanche Norte y, especialmente, en el Ensanche Sur. Esta política distributiva era lógica, ya que iba en función de las necesidades económicas de la población que residía en cada una de estas zonas, más acuciantes en los atestados barrios del interior, en el populoso Chamberí o en los *barrios negros* de la capital antes que en las opulentas barriadas de Salamanca, Biblioteca o Retiro, donde muchas familias podían sufragar a sus hijos una instrucción educativa de mayor calidad en el ámbito privado. De este modo, y como herencia de un proceso de segregación socioespacial que emergió con fuerza en las décadas interseculares (ver Capítulo 4), cuando el Ensanche Este madrileño fue testigo de la inauguración de colegios religiosos como los de León XIII, Nuestra Señora del Pilar, Loreto o Santo Domingo el Real (todos religiosos), en los años diez y veinte este espacio urbano siguió engrosando su amplia oferta de instrucción primaria y secundaria privada con la aparición de nuevos centros escolares como el de los Ángeles Custodios en Ayala nº 54 (inaugurado en 1917), o las “*escuelas para obreros*” financiadas con la herencia dejada por el matrimonio catalán de origen italiano Manuel Caviggioli y Benita Maurici, ubicadas en los bajos del nuevo edificio de la nueva iglesia dedicada a los Padres Agustinos (posteriormente denominada de San Manuel y San Benito en su honor) situada en la manzana irregular compuesta por el trazado de las calles de Alcalá, Lagasca y Columela (Ilustración 6.1).

Los dos elementos anteriores, el incremento de la inmigración urbana y el reforzamiento de la instrucción pública madrileña, coadyuvaban a la reducción de la

MADRID: *Memoria: información sobre la ciudad, año 1929. Op. Cit.*, pp. 81-108; DEL POZO ANDRÉS, M^a M.: “Desde las escuelas para pobres hasta la ciudad educadora: la enseñanza primaria pública en Madrid (1850-1939) en PINTO CRESPO, V. (Dir.): *Madrid. Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939, Op. Cit.*, pp. 248-265.

jornalerización sufrida por el mercado laboral de la ciudad durante los años interseculares. Un descenso tan acusado que, no obstante, tenía una parte más artificial que real que respondía al efecto estadístico derivado del desplazamiento residencial de buena parte de los trabajadores manuales no cualificados del Interior y el Ensanche de la urbe hacia su Extrarradio y municipios colindantes, donde el precio del suelo y el alquiler eran irrisorios en comparación al nuevo espacio central de la capital, constituido por el casco antiguo y el Ensanche, aunque en la práctica éstos siguieran ganándose la vida como jornaleros en las calles de la capital del país.

Sin embargo, aunque la influencia de los factores mencionados en el descenso de la precariedad laboral madrileña fue palpable, el estímulo más importante no provino de la mejora del capital humano residente en la urbe sino de las transformaciones acaecidas en la tipología y el volumen de la fuerza de trabajo demandada por la ciudad. La sedimentación de la Modernidad convulsionó su actividad económica, haciendo desaparecer el grave desajuste creado durante la segunda mitad del siglo XIX y que había generado una ciudad desacompasada. Una ciudad que había crecido demográficamente mucho más rápido de lo que lo había hecho su tejido económico, incentivado por las reformas liberales, su propia dimensión poblacional y la llegada del ferrocarril, pero no por el impacto directo de la industrialización, lo que dio como fruto una urbe que no podía ofrecer suficientes puestos de trabajo a sus nuevos moradores. Un nudo gordiano que fue deshaciéndose durante el primer tercio del siglo XX como consecuencia de la creciente expansión y diversificación económica mostrada por los renovados sectores productivos de la ciudad. El estallido de la guerra civil europea sirvió de gozne para el inicio del proceso de concentración de inversiones, capital humano, industrias y empresas de gran tamaño nacionales y extranjeras en la capital española.

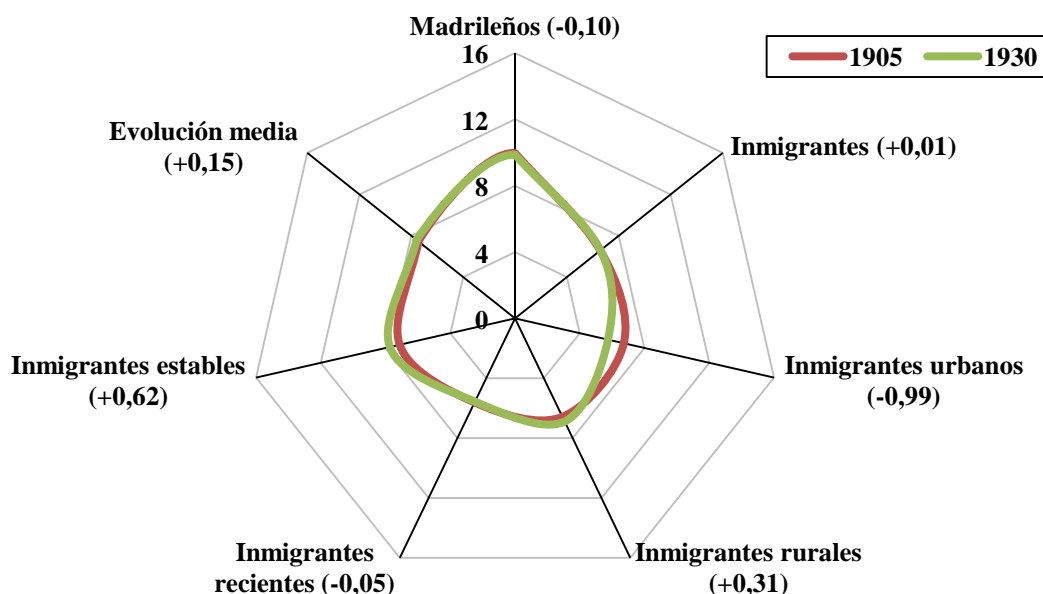


Figura 6.11. Porcentaje de trabajadores manuales cualificados en función de su origen y estancia en Madrid. Hombres mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrones de 1905 y 1930. La metodología de análisis es la misma que en la figura 3.11. Las cifras en paréntesis indican los puntos porcentuales de cambio entre 1905 y 1930.

La instalación de modernas actividades industriales en la ciudad se multiplicó gracias a la revolución de la electricidad, a la densificación de las redes de transportes y

comunicaciones nacionales en torno al eje madrileño y a la acumulación de inversiones en la capital que perseguían con su asentamiento los beneficios económicos de la aglomeración que ésta les reportaba. En 1930 ya no eran *raras avis* las sociedades, complejos industriales y empresas afincadas en la capital que superasen el millar de trabajadores, como tampoco causaban sorpresa las decenas de almacenes, pequeñas fábricas, talleres y naves industriales que se arremolinaban en los barrios del Ensanche Sur, adhiriéndose a la vía de circunvalación que comunicaba las principales estaciones de la capital⁴³. Se contaban por millares los trabajadores manuales cualificados que cada día se dirigían hacia alguna de estas fábricas, la mayoría recorriendo breves distancias a pie, aunque no faltaban los que debían utilizar el tranvía eléctrico, el autobús o la extensión de la línea 1 del metropolitano hasta Atocha y Vallecas, medios de transporte en los que a su vez había contratados maquinistas, mecánicos, ferroviarios, metalúrgicos, electricistas, etc., para su puesta a punto, mantenimiento y actividad.

Profesión inicial	Movilidad profesional de los trabajadores manuales (1860-1905)			
	No cualificados	Cualificados	Empleados	Otros
No cualificados	74,19	6,45	12,90	6,45
Cualificados	26,09	52,17	13,04	8,70

Profesión inicial	Movilidad profesional de los trabajadores manuales (1905-1930)			
	No cualificados	Cualificados	Empleados	Otros
No cualificados	49,12	13,43	28,98	8,47
Cualificados	23,66	44,09	12,90	19,35

Figura 6.12. Se ha seguido el mismo procedimiento metodológico utilizado en la elaboración de la Figura 3.16. AVM, Estadística, padrones de 1860, 1878, 1905 y 1930. Dada la complejidad del proceso de identificación de las personas a lo largo de los distintos padrones municipales utilizados, se ha procedido con la mayor cautela al señalar los casos de estudio, por lo que con total seguridad la cuantía de casos reales fue muy superior a los estimados. Datos porcentuales. N° de casos vitales utilizados en la elaboración de esta figura: 127 para el período 1860-1905 y 483 para el de 1905-1930.

El número de artesanos y trabajadores manuales cualificados residentes en la ciudad se incrementó vertiginosamente a lo largo del primer tercio del siglo XX. Sin embargo, esta renovación del trabajo manual cualificado, aunque sirvió para cercenar la corrosión de los oficios mostrada por el mercado laboral madrileño durante los decenios interseculares (Figura 3.19), no trajo consigo un ascenso porcentual de éste dentro del mercado laboral madrileño, ya que su proporción apenas sufrió modificación en sus contingentes demográficos (Figura 6.11). Este hecho inhabilita una de las plausibles explicaciones que pudieran ser esgrimidas para razonar la profunda reducción porcentual de la población jornalera del mercado laboral madrileño acaecida entre 1905 y 1930: un teórico proceso de movilidad social ascendente desde el escalafón

⁴³ Según el Censo Electoral de 1932 recogido en el *Boletín del Ministerio de Trabajo y Previsión Social*, nº III, suplemento de diciembre de 1933, había ocho sociedades civiles o compañías mercantiles que superaban el millar de trabajadores estables (nos que eran contratados de forma temporal, estacional o por picos concretos de producción no aparecerían en dicha estadística), y otras doce que superaban los 500 trabajadores, todo ello sin contar algunas lagunas flagrantes existentes en dicha fuente, como las compañías ferroviarias, especialmente las de MZA o Norte, cuyas plantillas superaban holgadamente los dos millares de trabajadores sólo en el Ensanche Sur de la ciudad. JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Op. Cit., pp. 441-444; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros*, Op. Cit., pág. 485.

socioeconómico más bajo hacia el que pudiera parecer su destino más probable, el mundo artesanal e industrial.

Cierto es que no fueron excepcionales los casos de personas que se adentraron en el mercado laboral de la ciudad como meros jornaleros sin cualificación manual de ningún tipo y que, tras un tiempo indeterminado de dura lucha diaria, esfuerzo y algo de suerte (desde días a años, según el azar, las redes de contacto y la valía de cada individuo), encontraron un lugar de trabajo medianamente estable en el que aprender un oficio gracias a la experiencia diaria, dando así un salto cualitativo en su vida laboral. Era una realidad que ocurría en ámbitos como el textil o la construcción, en el que siempre había jornaleros y peones que, a fuerza de repetir jornadas extenuantes en los tajos y de observar a sus capataces y maestros albañiles, carpinteros o pintores, acababan siendo tan duchos como ellos. Si estos casos fueron posibles en el último cuarto del siglo XIX y principios del XX, cuando la jornalización del mercado laboral urbano alcanzó su auge, no es de extrañar que se dieran en mayor proporción en los bulliciosos años diez y veinte, en plena transformación económica del tejido productivo madrileño.

Uno de tantos que siguió esta senda fue Joaquín Belmar del Rincón. Nacido en Madrid en 1874 e hijo de Manuel y Alfonsa, el primero de Carabanchel y la segunda de Campillo, Burgos, Joaquín accedió al mercado laboral como jornalero ambulante junto a su padre, ocupación con la que ganaban lo suficiente en 1905 para pagar las 26,25 ptas. mensuales de alquiler de un bajo de la calle Espartinas. Con el tiempo y la experiencia, Joaquín fue asimilando la técnica y el manejo del oficio de cincelador, tal y como indicó en la casilla de profesión de la hoja de empadronamiento de 1930. Un trabajo manual cualificado en el que el sueldo medio alcanzaba las 6,75 ptas., ligeramente por encima del sueldo diario de los jornaleros afincados en el Ensanche Este, que era de 5,97 ptas., pero alejado del jornal medio obtenido por el conjunto de los artesanos y trabajadores manuales cualificados, situado en 7,88 ptas., a medio camino entre la media de uno y otro segmento socioprofesional (Figura 6.21)⁴⁴.

Una movilidad social ascendente dentro del mercado de trabajo manual que no estaba supeditada únicamente a la población natural de Madrid, ya que también hubo jóvenes inmigrantes que, iniciando su inserción laboral en la capital como jornaleros, lograron medrar con esfuerzo, tiempo, suerte y contactos. Ángel Ballesteros Notario, natural de Sacedón (Guadalajara), quien llegó a la capital en 1905 con 22 años y sin ningún tipo de cualificación manual ni estudios, fue uno de ellos. Procedente del mundo rural y llegado a la gran ciudad joven, Ángel se vio abocado a trabajar de jornalero en sus primeros pasos en ella mientras convivía como realquilado en un tercero del nº 9 de la calle Juan de Urbietta, en el barrio de Gutenberg, junto a una familia necesitada de todo tipo de ayuda económica, compuesta por Atanasia Martínez Utrera, joven viuda de treinta años, y sus dos hijas de nueve y cuatro años, Josefa y Anselma, a las que ayudaba a sufragar las doce pesetas mensuales del alquiler. Con voluntad y tesón, y tras dos décadas trabajando duramente en las innumerables obras que inundaban una urbe en permanente construcción, Ángel acabó logrando en la década de los veinte ser nombrado maestro albañil, con un jornal más elevado (la media en 1930 era de 8,25 ptas. diarias), circunstancia que le permitió formar una familia de cuatro hijos pequeños y vivir junto a ellos y su esposa en una modesta casa baja de seis estancias situada en el

⁴⁴ AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1905 y 1930.

Pasaje de Cabanilles, en el mismo barrio en el que residió en sus inicios en la ciudad, sin necesidad de acudir al realquiler⁴⁵.

Sin embargo, que la proporción de jornaleros que lograba dar el salto al trabajo manual cualificado a lo largo de su vida se duplicase desde el último cuarto del siglo XIX al primer tercio del XX (del 6,45% en 1905 al 13,43% en 1930), si bien es otro indicador más de la mejora existente de sus posibilidades laborales (Figura 6.12), no es el fenómeno que más atención capta en relación a la movilidad socioprofesional registrada dentro del mercado de trabajo manual madrileño. Tampoco lo es la estabilidad registrada entre los trabajadores cualificados y artesanos, quienes apenas percibieron evolución alguna, en clara sintonía con la ausencia de cambios porcentuales en el peso del artesanado dentro del mercado laboral del conjunto de la ciudad en este primer tercio de siglo (Figura 6.1). El factor cualitativamente más relevante de los cambios detectados en la movilidad social de los trabajadores manuales madrileños fue el auge de jóvenes jornaleros que lograron medrar en estas décadas hasta formar parte del mundo de los empleados adscritos al sector servicios de la capital. A partir de la Gran Guerra, el mercado de trabajo madrileño, inmerso en un sólido proceso de complejización y diversificación, logró la conversión del excedente de mano de obra barata y poco o nada cualificada que había acumulado en los decenios interseculares en empleados estables, unos trabajadores que la economía madrileña empezó a demandar con fuerza tal y como demostraba la inserción laboral de los recién llegados (Figuras 5.31, 5.32 y 5.35).

MOVILIDAD SOCIAL DE LOS HIJOS DE LOS TRABAJADORES MANUALES			
Profesión de los hijos de los jornaleros	1905	1930	Diferencia
Jornaleros (trabajadores manuales no cualificados)	82,30	67,26	-15,04
Artesanos (trabajadores manuales cualificados)	10,84	8,33	-2,51
Empleados	3,10	9,75	6,65
Otras profesiones	3,76	5,23	1,47
% Hijos en edad laboral que eran estudiantes	6,68	9,52	2,84
Profesión de los hijos de los artesanos	1905	1930	Diferencia
Artesanos (trabajadores manuales cualificados)	65,42	48,50	-16,92
Jornaleros (trabajadores manuales no cualificados)	26,17	32,93	6,76
Empleados	6,03	14,37	8,34
Otras profesiones	2,38	4,19	1,81
% Hijos en edad laboral que eran estudiantes	12,98	14,10	1,12

Figura 6.13. Movilidad social de padres a hijos de las familias encabezadas por trabajadores manuales. Hijos varones mayores de 14 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones de 1905 y 1930.

Las décadas interseculares, en las que la modernización del sector servicios madrileño dio sus primeros pasos gracias a la burocratización y ampliación del aparato administrativo del Estado liberal, a la formación y concentración en Madrid de los primeros colosos empresariales de ámbito nacional en sectores como el ferroviario o el bancario, y a la incipiente profesionalización de la gestión y administración de las nuevas sociedades privadas modernas (pioneras en asumir la nueva organización y especialización del trabajo capitalista), fueron la antesala de la eclosión que este sector sufrió en el primer tercio del siglo XX. Pero si su influencia fue determinante para el

⁴⁵ AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1905 y 1930.

desarrollo económico de la ciudad, ésta no encontró una clara reciprocidad cuantitativa en su mercado laboral de comienzos de siglo, donde los cambios fueron más sutiles y específicos dada la elevada cualificación del capital humano requerido en los nuevos puestos de gestión, dirección y administración. No fue hasta las primeras décadas del siglo XX cuando la complejización de la actividad económica madrileña potenciada por la segunda oleada industrializadora, amplificada por su propia aglomeración demográfica y su sólida condición de urbe proveedora de servicios a escala nacional, modificó la base estructural del mercado laboral madrileño, abriendo grietas por las que la movilidad social ascendente era posible, ya fuera de forma individual, de padres a hijos o a través de una mayor interacción social entre los empleados de baja cualificación y los trabajadores manuales, visible indirectamente en su mayor mezcolanza social, venciendo la aún comprensiblemente elevada endogamia matrimonial (Figura 3.17 y 6.14).

En una urbe cercana al millón de habitantes, la creciente presión pública hacia la municipalización y mejora de servicios básicos como la seguridad, el transporte, la instrucción pública, los abastos o la higiene incentivó la contratación estable de cientos de trabajadores en ocupaciones de baja o media preparación como guardas y conserjes de instituciones y dependencias públicas, jardineros, carteros, guardias de tráfico, celadores, barrenderos, peones de obra reclutados para adecuar la pavimentación de las calles de la ciudad al tráfico de los automóviles, ampliar el alcantarillado o construir el metropolitano, etc. Es decir, un cúmulo de gastos que se añadían al ya de por sí raquítico presupuesto municipal⁴⁶. Del mismo modo, se fueron concretando nuevas oportunidades de negocio privado asociadas al crecimiento demográfico de la urbe, tales como los grandes almacenes comerciales, que empezaron a añadir a sus plantillas laborales a decenas de empleados de comercio, oficinistas, cajeros y personal de seguridad, o las compañías de transporte de masas dedicadas al tranvía, el autobús, el taxi o el metropolitano, que empezaron a contratar el servicio estable de cocheros, chóferes, revisores y conductores, etc. Además, la aglomeración de sociedades y empresas nacionales y extranjeras de gran tamaño en la capital, aquellas que habían adoptado en su fisonomía interna la organización científica y especializada del trabajo, también ayudó a incrementar la oferta laboral de trabajadores de cuello duro y corbata de la ciudad, los cuales eran empleados en tareas sencillas de oficina y administración por las que, en ocasiones, no cobraban mucho más que los trabajadores manuales pero contaban con una elevada estabilidad laboral y un sueldo fijo mensual. Por primera vez en décadas, la demanda de mano de obra del sector servicios crecía más rápidamente que la oferta, lo que se tradujo en una creciente absorción del exceso de trabajadores manuales poco o nada cualificados hacia puestos fijos en las plantillas de las nuevas sociedades y compañías afincadas en la capital (Figura 6.12).

⁴⁶ Las publicaciones de la época hicieron continuamente campaña a favor de dotar de servicios modernos a sus habitantes, a sanearla y a dotarla de las infraestructuras acordes a su condición de capital europea, argumentando que una gran capital “*no se hace con discursos ni con artículos de periódicos y revistas. Se hace con obras y con servicios*” según *El Imparcial* del 27 de junio de 1926. Ante las crónicas dificultades presupuestas del consistorio, fueron numerosos los proyectos de empréstitos que fueron aprobados para dotar a Madrid de unos mínimos servicios de higiene, recogida de basuras, instrucción pública o casas baratas, como los negociados por los condes de Limpias y de Vallellano durante sus alcaldías. Un problema presupuestario que heredó la II República, la cual intentó subsanarlo concediendo a la capital una subvención de 80 millones de pesetas en concepto de *capitalidad de la Nación*.

Profesión del cabeza	Profesión del padre de la esposa				
	Cualificados	No cualificado	Empleado	Profesional liberal	Otros
Cualificado	31,82	27,27	36,36	4,55	0,00
No cualificado	17,50	47,50	22,50	2,50	10,00

Figura 6.14. Endogamia matrimonial y movilidad social registrada entre los trabajadores manuales del Ensanche Este de Madrid. Se ha procedido a cruzar la información suministrada sobre la profesión que desempeñaban los novios a la hora del matrimonio con las ocupaciones consignadas por sus cónyuges (o en su defecto sus padres), gracias al cotejo de los nombres y direcciones de los contrayentes en el padrón municipal de 1905. Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrón de 1930 y Registro de Actas Matrimoniales del distrito de Congreso de 1930 (Casos: 468 matrimonios).

Mariano del Peso, nacido en San Juan del Molinillo (Ávila), fue uno de tantos de los que lograron escapar de la jornalerización para convertirse en un empleado asalariado. Llegó a la capital en 1896 con sólo 24 años y allí conoció a su futura esposa, una mallorquina diez años mayor que él llamada Teresa. En 1905, la pareja, que residía en la calle Alcalá nº 150, ya tenía tres hijos pequeños. Mariano y Luisa sacaban adelante el hogar gracias al trabajo a jornal en los tranvías madrileños del primero y a lo que la segunda pudiera sacar en ocupaciones esporádicas en el amplio mercado informal de la urbe. El presupuesto familiar no era muy holgado, por lo que en los años siguientes optaron por emigrar a las calles más modestas del Extrarradio pertenecientes al barrio de Plaza de Toros. En los años siguientes, la suerte les sonrió en el aspecto laboral, ya que Mariano consiguió ser contratado como guarda empleado en el mismo segmento tranviario, en la Compañía Madrileña de Tranvías, y además ser escogido junto a Luisa como porteros del nº 66 de la calle Lagasca, donde residían con sus hijos en 1930⁴⁷. Otros, que se habían incorporado muy jóvenes como jornaleros al mercado laboral para colaborar en el sustento de un hogar necesitado, lograron escalar posiciones con el tiempo gracias a la creciente pujanza del sector servicios de la ciudad. Enrique Mendoza Lumeras, quien con sólo 17 años fue el encargado de sacar adelante a su madre viuda y sus dos hermanos pequeños a la altura de 1905, que vivían en un cuarto de la calle Castelló por el que pagaban 25 ptas. mensuales, es un ejemplo de ello⁴⁸. Enrique declaró trabajar como jornalero eventual en uno de los comercios del nº 17 de la calle Espoz y Mina por un sueldo diario de 2 ptas. En las décadas anteriores, las posibilidades de quedarse atrapado en el inestable mundo de la jornalerización durante el resto de su vida para un chico como Enrique, que se había visto abocado a trabajar en lo que pudiera por la viudedad de su madre, habían sido dramáticamente elevadas (Figura 3.16 y 6.12). Pero el primer tercio del siglo XX, gracias al desarrollo económico de los servicios madrileños, gestó nuevas oportunidades para un chaval joven y despierto como él, que sabía escribir y leer con soltura. Fuera como fuese, ese joven al que la viudedad de su madre le había abocado a aceptar todo tipo de ocupaciones para traer dinero a casa, logró ascender, en análogas circunstancias a las descritas por Arturo Barea en *La forja de un rebelde*, en las décadas siguientes hasta ser un “empleado de oficina” en 1930 cuyos emolumentos anuales ascendían a las 6.000 ptas. anuales, suficiente para formar

⁴⁷ AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1905 y 1930.

⁴⁸ Al rellenar la hoja de padrón de 1905, Enrique Mendoza señaló la dirección en la que trabajaba como jornalero pero no la tienda. Según la publicación *Guía-directorio de Madrid y su provincia: comercio, industria, agricultura, ganadería, minería, profesiones y elemento oficial* de dicho año, en este número había una camisería de género de punto, varias tiendas sin especificar, una perfumería, una zapatería y una tienda de venta de máquinas de escribir.

una familia de cinco hijos con su esposa Juana, y cobijar a su ya anciana madre en un tercero de ocho habitaciones del número 84 de la calle Alcalá. Además, Enrique, que podía permitírselo en su nueva posición, quiso que sus hijos estudiaran más allá de la edad obligatoria para que tuvieran más opciones en su futura inserción en el competitivo mercado de trabajo madrileño, consciente del factor multiplicador que la educación poseía a la hora de generar posibilidades de empleo⁴⁹.

El avance del capitalismo y el proceso de formalización y asalarización de sus mercados laborales favorecieron esta dinámica, haciendo porosa y adelgazando la otrora densa línea que separaba el trabajo manual del resto. En ocasiones, este trasvase ni siquiera significó un cambio sustancial en la ocupación de los individuos, siendo consecuencia de una formalización efectiva de la relación laboral⁵⁰. Éste fue el caso del madrileño Ricardo Martínez Alejos, quien en 1905 declaró trabajar como jornalero eventual en las dependencias de la Casa de la Moneda situada en la Plaza de Colón junto a su suegro Celestino. Éste fue seguramente el que hizo de enlace para que llamaran para trabajar a su yerno cuando entraban nuevos encargos. Ambos, Ricardo y Celestino, declararon ser jornaleros porque cobraban de forma diaria según los días trabajados, circunstancia que en las décadas siguientes varió. En 1930, Ricardo seguía vinculado laboralmente a la Casa de la Moneda, pero ahora ya no como un mero jornalero sino contratado de forma anual. Había logrado convertirse en un empleado asalariado a cargo del presupuesto estatal aunque realizara un trabajo similar al que hacía cuando entró, una diferencia considerable. Esta dinámica era más evidente (aunque seguía siendo todavía muy minoritaria en el Madrid de los años treinta) entre los artesanos y los trabajadores manuales cualificados, especialmente entre los que trabajaban las ramas clave de la segunda revolución industrial, como la metalurgia, la maquinaria, la electricidad o la industria química. Muchos de ellos trabajaban en los talleres y fábricas de empresas como Telefónica, Standard Eléctrica, MZA, Platería Meneses, ABC o Gráficas Reunidas, donde pasaron de cobrar elevados jornales diarios a convertirse en empleados a jornada completa y sueldo anual, ya que el ritmo de la producción industrial implantada por la nueva organización científica del trabajo se acoplaba mejor a este tipo de remuneración que el peonaje diario, propio de una economía preindustrial⁵¹.

Hasta aquí se ha prestado especial atención a la contracción sufrida por el mercado de trabajo manual no cualificado de la ciudad durante el primer tercio del siglo XX. Además, también se ha incidido en cómo esta reducción no tuvo su correlato en un incremento del número de trabajadores manuales semi-cualificados y artesanos, que podía parecer lo más lógico, sino que fue consecuencia de un profundo trasvase laboral hacia el sector servicios, fortaleciendo la base de la pirámide formada por estos trabajadores del sector terciario de la capital. No obstante, antes de adentrarnos en la evolución interna de dicho ámbito económico es necesario abordar en detalle el mercado laboral madrileño relativo al trabajo manual, que albergaba una relevancia

⁴⁹ AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1905 y 1930.

⁵⁰ Esta circunstancia empezó a hacerse visible en algunas instituciones de la capital como el Casino de Madrid, donde las condiciones laborales de los trabajadores temporeros a jornal y los que estaban contratados de forma estable se fueron difuminando con el tiempo. ZOZAYA MONTES, M^a: “Mozos de oficio, empleados y dependientes del Casino de Madrid (1875-1910)”, en CASTILLO, S. y FERNÁNDEZ, R. (coords.): *Campesinos, artesanos, trabajadores: actas del IV Congreso de Historia Social de España*, Milenio, Lleida, 2001, pp. 553-566.

⁵¹ Entre 1905 y 1930, la proporción de trabajadores cualificados que señaló cobrar un salario anual ascendió del 3,2 al 8,5%. AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930.

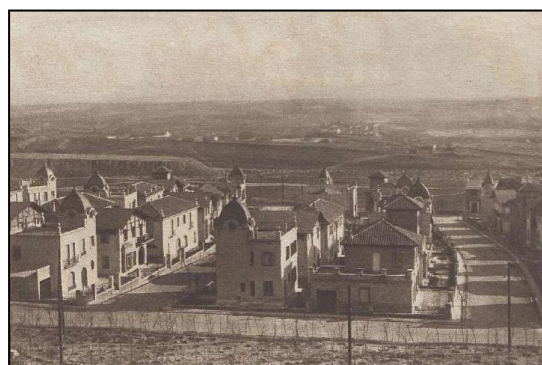
fundamental en los años treinta. Por un lado, su fuerza laboral se concentraba en sectores de importancia tradicional como el negocio de la construcción (que estaba experimentando un sólido proceso de concentración empresarial), en la tupida red de pequeños talleres y obradores que todavía persistían en la capital dedicados al abastecimiento diario de vestimenta, calzado o mobiliario de la población, en la industria editorial o en el transporte. Pero también comenzó a hacerlo en otros de nuevo cuño, fruto de la modernización productiva de Madrid a manos de la gran empresa industrial, como los transformados metálicos, los aparatos eléctricos, la automoción o la industria química. Artesanos y jornaleros, trabajadores manuales cualificados o no, todos encontraron cabida en estos segmentos productivos, si bien su número, distribución y condiciones laborales variaron considerablemente entre unos y otros.

6.2. Los jornaleros, materia prima de la construcción.

El negocio inmobiliario se erigió con fuerza en un sector vital de la economía madrileña durante la primera mitad del siglo XIX gracias a la victoria del liberalismo en España y la consiguiente conversión del suelo en un bien de mercado. Este proceso fue consolidándose a medida que las sucesivas desamortizaciones, los ambiciosos proyectos de la reforma de la Puerta del Sol, la traída de aguas a la capital, la llegada del ferrocarril y la ratificación del Ensanche se concatenaran en el tiempo con el auge migratorio nacional hacia Madrid, generando un vasto volumen de negocio compuesto de obras, tajos, derribos, reformas, edificaciones de nuevas barriadas, construcción de infraestructuras, etc. Si el sector de la construcción tuvo asegurado el beneficio gracias a la enorme demanda que generaba la ciudad, éste fue cada vez mayor como consecuencia, por un lado, de la fuerte especulación reinante en cada de las grandes operaciones inmobiliarias privadas que se pusieron en marcha, y por otro, por la abundante y barata mano de obra que los contratistas, industriales y propietarios tenían a su disposición. Una masa laboral formada por jóvenes inmigrantes de origen rural que, una vez llegados a la capital y tras sufrir en sus carnes el hacinamiento demográfico, la carestía residencial y la anemia de puestos de trabajo, se abalanzaba sobre cualquier ocupación por dura y mal pagada que fuera. Y aquí fue donde la construcción se erigió como el destino ideal, ya que requería una gran cantidad de trabajadores en ocupaciones sencillas en las que no se necesitaba experiencia previa. De este modo, ante la cortedad de la producción industrial afincada en la urbe durante la primera fase de la revolución industrial, el sector de la construcción se convirtió en una alternativa de desarrollo sólida, cada vez más pujante gracias al aprovechamiento extensivo de la masa de trabajadores no cualificados carentes de ocupación que se apelotonaban en la capital en estas décadas.

Esta dinámica, aunque sufrió ligeras modificaciones, se mantuvo vigente durante el primer tercio del siglo XX. A lo largo de estas décadas, la demanda constructiva generada en la capital española no sólo se mantuvo en niveles tan altos como los existentes durante la segunda mitad de la centuria decimonónica, sino que se incrementó aún más, gracias tanto a la inversión pública como a la privada. Madrid creció geográfica y demográficamente como nunca antes lo había hecho durante los años diez y veinte, difuminando sus límites a medida que el Ensanche y el Extrarradio se iban colmatando, formando un *continuum* urbano que se adentraba de forma tentacular en los municipios colindantes a través de las principales carreteras de acceso a la capital

(Figura 5.6). Para albergar a un millón de almas, la ciudad tuvo que incrementar su oferta residencial considerablemente. Miles de viviendas de nueva construcción fueron levantadas en estas décadas tanto en el Interior como en el Ensanche y el Extrarradio según los registros del propio consistorio (Figura 5.4), todo ello sin contar los centenares de inmuebles que eran reformados o derribados cada año por sus propietarios para restaurarlos, modernizarlos, añadirles nuevas alturas o compartimentarlos con el objetivo de optimizar aún más sus beneficios⁵². Este jugoso mercado se vio beneficiado durante la dictadura de Primo de Rivera por el Estatuto Municipal de 1923, que otorgó nuevos ingresos a los consistorios para realizar obras públicas, las sucesivas leyes de casas baratas y la Ley de Casas Económicas de 1925, que atrajeron al capital privado a la realización de un sinnúmero de pequeñas colonias como las del Pico del Pañuelo, Prosperidad, Iturbe o los distintos Parques Urbanizados⁵³.



Ilustraciones 6.3 y 6.4. Obras de construcción del Metro en la Glorieta de Bilbao, 1917-1919; A la derecha, vista de los primeros inmuebles de la Colonia del Retiro (también conocida como la de La Regalada, por el tejado del mismo nombre). Hacia 1930.

Sin embargo, el ascenso y consolidación de la construcción como un sector vital de la economía madrileña no fue un aspecto específico de la urbe ya que éste se repitió en las demás ciudades españolas como consecuencia del proceso de aglomeración demográfica que en ellas estaba llevando a cabo el incremento de la movilidad migratoria interior. Tanto es así que en fechas tan tardías como los años veinte y treinta todavía fueron presentados los últimos proyectos de Ensanche españoles⁵⁴. Una relevancia del negocio inmobiliario que tampoco fue exclusiva de nuestro país. Era un fenómeno que ya se había anticipado en otros países del mundo urbano occidental, ya que la sociedad industrial moderna fomentó las migraciones en masa desde el campo hacia los núcleos de población nacionales más importantes. De este modo, la explosión demográfica y constructiva de los alrededores de Madrid, con la proliferación de nuevas barriadas en el Extrarradio y sus municipios colindantes como Cuatro Caminos, Prosperidad, Las Ventas, Vallecas o los Carabancheles, tuvieron su correlato en otras grandes urbes europeas y españolas como Barcelona y sus municipios del Llano, Londres y sus expansiones de West Ham, Battersea y Tottenham, París y su *banlieue*

⁵² Según los datos aportados por *La construcción moderna* durante los años veinte y treinta, el número de licencias municipales concedidas para la reforma, derribo u obras menores de inmuebles superó en numerosas ocasiones las 250.

⁵³ MONTOLIÚ CAMPS, P.: *Madrid, Villa y Corte. Historia de una ciudad*. Sílex, Madrid, 1996.

⁵⁴ En el siglo XX fueron aprobados en España los proyectos de Ensanche de Cádiz (1909), La Coruña (1910), Murcia (1920), Lérida (1921), Oviedo (1925), Sevilla (1930), Manresa (1933), Badajoz (1934) y Logroño (1935). OTERO CARVAJAL, L. E.: "Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939", VV.AA., *España entre repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en Archivos*, Guadalajara, Asociación de Amigos del AHP, 2007, vol. 1, pp. 27-80.

rouge, Berlín y su anillo obrero e industrial, el cinturón rojo vienés, las barriadas de Sesto San Giovanni o Borgo San Paolo en Milán o Turín respectivamente, el rápido crecimiento de la periferia de Atenas, etc. El crecimiento demográfico generó evidentemente un fuerte auge de los respectivos ritmos constructivos, aunque no siempre fue necesario para que se diera tal expansión de la edificación ya que, tal y como ocurrió en Inglaterra, la superficie de su área urbana se duplicó en los años de entreguerras a pesar de que su población se mantuvo estancada en este período⁵⁵.

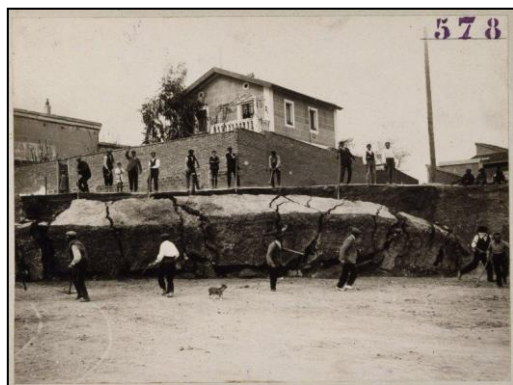


Ilustraciones 6.5 y 6.6. Obras de la Gran Vía. A la derecha en 1922 y a la izquierda en 1929.

De vuelta a Madrid, el capital privado no sólo se lucró con las edificaciones residenciales que alimentaron a constructoras como Agromán, la Compañía Madrileña Urbanizadora, Fomento de Obras y Construcciones, Gamboa y Domingo o Colominas y Serrano. Tanto o más relevantes fueron para sus cuentas de beneficios y su popularidad los crecientes encargos recibidos para planear y erigir las sedes sociales de las más importantes sociedades anónimas y bancos españoles y extranjeros que se empezaron a instalar en la ciudad como las ya mencionadas de Telefónica, el Banco del Río de la Plata o el de Bilbao. Además, a medida que la irrupción de la Modernidad se fue asentando en la urbe durante el primer tercio del siglo XX, se multiplicaron los proyectos destinados a edificar modernos centros comerciales como los Madrid-París, Almacenes Rodríguez o Matesanz, y multitud de centros y recintos de ocio o turismo, como teatros, cines y hoteles, o recintos deportivos, tomando como ejemplo el Círculo de Bellas Artes, la Plaza de Toros de Las Ventas, el Palacio de la Prensa, los hoteles Atlántico o Avenida, la segunda oleada de frontones madrileños o los primeros estadios

⁵⁵ WHITEHAND, J.W.R. y C.M.H., CARR: "Morphological periods, planning and reality: the case of England's inter-war suburbs", *Urban History*, 26, 2, 1999, pp. 230-248; "The creators of England's inter-war suburbs", *Urban History*, 28, 2, 2001; *Twentieth-century suburbs. A morphological approach*, Routledge, Londres, 2001; POOLEY, C. (Ed.): *Housing Strategies in Europe, 1880-1930*, Leicester University Press, 1992; McMANUS, R. y ETHINGTON, P.J.: "Suburbs in transition: new approaches to suburban history", en *Urban History*, nº 34, 2007, pp. 317-337; FOURCAUT, A.: *La banlieue en morceaux. La crise des lotissements défectueux en France dans l'entre-deux-guerres*, Créaphis, Paris, 2000; LEONTIDOU, L.: "Land allocation and social transformation in inter-war Athens: a study of peripheral urbanization", *Urban History Yearbook*, 1985, pp. 54-73; *The Mediterranean City in transition*, University Press, Cambridge, 1990; OYÓN, J.L.: "Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950", *Historia Contemporánea*, 24, 2002, pp. 9-56; BARREIRO PEREIRA, P.: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid (1900-1939)*, COAM, Madrid, 1992; VORMS, C.: *Bâtisseurs de banlieue. Madrid: le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, Op. Cit. ; RICHARD, L. (Dir.): *Berlín 1919-1933: gigantismo, crisis social y vanguardia, la máxima encarnación de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1993; SCHORSKE, C. E.: *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2011.

de fútbol de la capital⁵⁶. El pistoletazo de salida de esta fiebre constructiva, fruto de la concentración de capitales y habitantes en la ciudad, no fue otro que la puesta en marcha definitiva en 1910 del proyecto más ambicioso de todo el siglo XX pero que era hijo del siglo anterior, la Gran Vía. A lo largo de su construcción, que duró más de tres décadas (con la Guerra Civil mediante), fueron miles los obreros que participaron en los trabajos de derribo, desescombro y acondicionamiento de tan vasta extensión urbana.



Ilustraciones 6.7 y 6.8. A la izquierda, obras en el Paseo de Ronda, límite del Ensanche, 1926. Museo de Historia de Madrid. A la derecha, construcción de la Ciudad Universitaria, 1931. Fuente C.C.F.E.A.

Pero si el sector privado estaba cambiando denodadamente el rostro de la ciudad, las autoridades públicas también invirtieron en estos años en magnos proyectos de construcción de infraestructuras, servicios, transportes y nuevas sedes oficiales en un intento por convertir definitivamente el *poblachón manchego* en una moderna metrópoli europea. Sin ánimo de ser exhaustivos, en estos años se pusieron en marcha entre otros servicios básicos la sustitución del pavimento de todo el viario madrileño para adecuarlo al creciente tráfico automovilístico; la apertura y acondicionamiento de nuevas calles en el Ensanche y el Extrarradio a medida que su urbanización avanzaba; la mejora y expansión de la red de alcantarillado madrileño; la construcción de tres grandes colectores visitables en las cuencas del Manzanares, Abroñigal y Carcabón y la instalación de dos arterias nuevas, la del Barrio de Salamanca y la de la zona Baja para optimizar la distribución del agua por parte del Canal de Isabel II; se soterraron todas las líneas telefónicas, telegráficas y las eléctricas de alta tensión; se encauzó y canalizó el curso del río Manzanares a lo largo de los siete kilómetros y medio que iban desde el Puente de los Franceses hasta el arroyo Abroñigal; se realizó el complejo del Matadero Municipal; se abrieron nuevos mercados de abastos, parques destinados a proporcionar servicios modernos de desinfección, recogida de basuras, bomberos, grupos escolares, etc. A este cúmulo de ambiciosas (aunque absolutamente necesarias) actuaciones derivadas de la modernización de la ciudad y de su exponencial crecimiento demográfico, se unieron otras iniciativas públicas procedentes de su capitalidad política, como la edificación de nuevas sedes para instituciones públicas existentes o de nueva fundación como los Ministerios de Marina o Instrucción Pública, los Institutos Geográfico, Geológico y Cajal, o el inicio de la Ciudad Universitaria. Además de la retahíla de obras, tajos, andamios, excavaciones y encintados englobados en la poca prolija enumeración anterior, habría que añadir la demanda constructiva generada por la

⁵⁶ RAMOS ALTAMIRA, I.: *Frontones madrileños: auge y caída de la pelota vasca en Madrid*, Editorial La Librería, Madrid, 2013; BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. M^a: *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*, Alianza, Madrid, 2012; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Op. Cit.; DIÉGUEZ PATAO, S.: *La generación del 25. Primera arquitectura moderna en Madrid*, Cátedra, Madrid, 1997.

puesta en marcha de una de las infraestructuras que más impacto alcanzó en el desarrollo de la ciudad: el Metropolitano.

La edificación era, en definitiva, uno de los sectores económicos que más trabajo directo y auxiliar generaba en la capital y sus alrededores. Y por ello, su retraimiento o inmovilización, ya fuera coyuntural o estructural, fruto de la saturación de viviendas, de la carestía de materiales y sueldos o por la falta de crédito, provocó durante los años de entreguerras una elevada conflictividad social orquestada por la Federación Local de la Construcción, que generó preocupación en la patronal del sector, miedo en los banqueros e inversores que debían prestar a los anteriores, una fuerte crispación política y un paro galopante. Y es que esta miríada de construcciones simultáneas que salpimentaban los cuatro puntos cardinales de la ciudad se nutría diariamente de miles de trabajadores manuales, tanto jornaleros como obreros cualificados pertenecientes a ramas como la carpintería, pintura, metalurgia, albañilería o electricidad⁵⁷. Un ejército formado, en la mayoría de los casos, por una mano de obra itinerante y eventual, que no poseía adscripción fija a ninguna empresa o sociedad y que cambiaba de zanja, andamio o calle continuamente. Como prueba de ello, las grandes sociedades anónimas que dominaban el sector a finales de 1932 sumaban un total de 4.000 trabajadores empleados de forma estable según el censo electoral social de la ciudad de dicho año (de los cuales muchos serían empleados, contratistas, ingenieros, arquitectos, etc.), cifra que contrastaba con los más de 25.000 obreros registrados como socios en las sociedades patronales del sector en el mismo año⁵⁸.

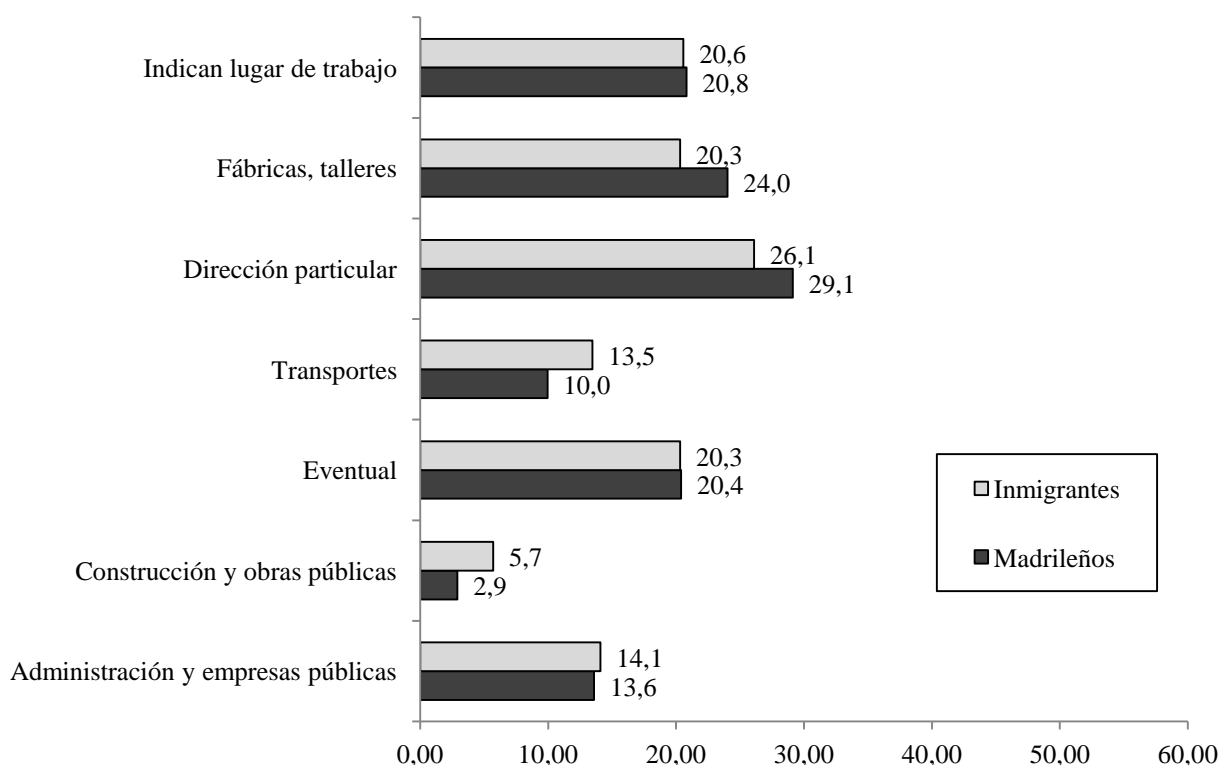


Figura 6.15. Lugar de trabajo de los trabajadores manuales no cualificados residentes en el Ensanche Este de Madrid en función de su origen (1930). AVM, padrón de 1930, Estadística. Datos porcentuales. Hombres mayores de 14 años y que indicaron su lugar de trabajo.

⁵⁷ El 15 de abril de 1930, *El Eco patronal* afirmaba que el sector de la construcción estaba formado por “veintidós oficios que representan la casi totalidad de los obreros de Madrid y la parte más importante de sus industrias”.

⁵⁸ JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Op. Cit., pp. 441-463.

Esta indefinición laboral existente en el ámbito del sector de la construcción, en el que el lugar de trabajo era inestable y la relación contractual con una u otra sociedad se limitaba a cobrar el jornal diario de mano de sus listeros o contratistas, no varió a lo largo de estas décadas. Los obreros de la construcción empalmaban una obra con otra, siendo su preocupación principal saber el jornal a percibir y la duración de ésta, quedando en un segundo plano la sociedad o empresa encargada del proyecto. Por ello, siguió siendo de uso común que la población jornalera utilizara expresiones como “*en las obras*”, “*en la construcción*” y “*de forma eventual*”, o bien dejaran constancia de la calle o dirección específica en la que estaban trabajando en ese momento al rellenar la correspondiente casilla del padrón municipal en vez de indicar qué contratista, sociedad o institución pública les había contratado. Sin embargo, mucho más frecuente fue, como ya ocurriera en el último cuarto del siglo pasado, que esta mano de obra manual poco cualificada dejase la casilla vacía. Un fenómeno que en el caso del Ensanche Este se incrementó notablemente durante el primer tercio del siglo XX, ya que aquellos que proporcionaron esta información pasaron de representar en torno al 50% en 1905 a reducirse a la quinta parte en 1930 (Figura 6.15).

La causa principal de este fenómeno fue el proceso de especialización socioeconómica que afectó a este espacio madrileño. A diferencia de la zona sur de la ciudad, donde la creciente concentración industrial en sus calles hizo aumentar la demanda del trabajo manual poco cualificado más allá del emanado de la construcción, el Ensanche Este se consolidó rápidamente como un área eminentemente residencial, carente de grandes naves industriales o almacenes que absorbieran esa mano de obra no cualificada⁵⁹. Sus terrenos eran cada vez más caros dada la preferencia residencial mostrada por las clases medias y adineradas por esta zona, y además, se hallaban lejos de los beneficios de la aglomeración industrial existente en la zona meridional, factores que no sólo repelieron la llegada de nuevas industrias a estos barrios sino que incrementaron la presión para expulsar de allí a las existentes. Entre aquellas industrias que fueron expulsadas hacia otras zonas de la capital, especialmente hacia el Extrarradio, destacaron aquellos tejares en los que a finales del siglo XIX se producían, moldeaban y secaban miles de ladrillos que eran empleados en la actividad edificatoria de la ciudad. Hasta entonces, dichos tejares se habían beneficiado de la ventaja cualitativa de disponer a bajo precio dado el escaso avance urbanizador del Ensanche detrás de las tapias del Retiro y en una localización cercana a la capital, de grandes extensiones de suelo donde producir y almacenar grandes cantidades de materiales de construcción como ladrillos y tejas. Pero la ingente revalorización de los precios del suelo y del alquiler de viviendas tras la Gran Guerra como consecuencia de la creciente presión migratoria (Figura 8.7), incrementó la presión especulativa sobre estas modestas industrias, expulsándolas a distancias cada vez más alejadas. Este fenómeno erradicó los pocos centros de trabajo estables vinculados a la edificación que estaban afincados en este espacio urbano, ubicándose las nuevas fábricas como las de María Paz y Norah, Pinilla o Estela en los municipios colindantes⁶⁰, elemento explicativo de la fuerte reducción mostrada por los obreros de la construcción entre aquellos que indicaron un lugar de trabajo en 1905 y 1930 (Figuras 3.14 y 6.15). Y si ello no fue suficiente, la introducción de la moderna maquinaria eléctrica hizo el resto.

⁵⁹ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros*, Op. Cit., pp. 464-471.

⁶⁰ CANDELA SOTO, P.: “La mecanización toma el mando: la fabricación de materiales cerámicos para la construcción, Madrid 1890-1960”, en *Sociología del Trabajo*, nº 55, 2005, pp. 49-92.

“Los tejares van desapareciendo. Los que subsisten están silenciosos y apagados. La organización industrial nueva, la vorágine de la transformación industrial ha herido de muerte a los modos primitivos de la confección de ladrillos y tejas. Las máquinas —las amasadoras mecánicas, los marcadores mecánicos, los hornos que cuecen a presiones formidables de calor— han acabado con la vieja técnica venerable de la elaboración a brazo y de la cocción a la llama crepitante de los lentiscos y jaras...”

Cerca de cien tejares al viejo uso había hace unos diez años en Madrid nos dice un capitán de esta industria— en su modalidad primitiva, en los famosos tejares de Sixto, en el barrio de la Elipa. Funcionan ahora tres o cuatro... Antes, desde junio a mediados de septiembre, trabajaban en los tejares dos o tres millares de obreros. Venían de todas partes... Se trabajaba a destajo. Treinta pesetas por tarea. Una tarea eran tres mil ladrillos.

El ladrillo se vendía barato. Ha subido su precio en diez años cerca de un 100 por 100. La máquina y la reglamentación del trabajo, la jornada de ocho horas y los jornales bajos lo han echado todo abajo.”

El Sol, 15 de septiembre de 1935.

Pero la relevancia económica del sector de la construcción dentro del mercado de trabajo jornalero desbordaba los límites de las obras públicas y de la edificación privada dado su papel multiplicador de demanda en numerosas industrias auxiliares e intermedias. Éstas se encargaban de proporcionar a las grandes constructoras ingentes cantidades de materias primas y maquinaria, además de cubrir sus necesidades de transporte, distribución y almacenaje. Por ello, la salud del sector de la edificación era un ascendente que se dejaba notar en toda la ciudad con fuerza, especialmente en aquellos talleres, naves industriales y pequeñas sociedades dedicadas a la carpintería, maquinaria, producción y mantenimiento de aparatos eléctricos, a los transformados metálicos o al transporte y distribución ferroviaria y caminera. Y así, estos segmentos laborales, sensibles a las fluctuaciones coyunturales de la demanda derivada del negocio inmobiliario, aplicaron en su producción el mismo uso intensivo de jornaleros utilizado en las obras a las que daban servicio y dotaban de material, un sistema elástico para hacer frente a los picos y valles de la demanda.

CEMENTO Portland artificial

“VALDERRIVAS”

(MARCA REGISTRADA)

FABRICA EN VICALVARO

(a diez kilómetros de la Puerta del Sol)

Producción anual: 90.000 toneladas

FRAGUADO LENTO - ENDURECIMIENTO RAPIDO - ALTAS RESISTENCIAS - BELLO COLOR GRIS CLARO CONSTANTE

ESTAS CUALIDADES ASEGURAN EL EXITO EN TODAS LAS APLICACIONES

Hormigón armado y sin armar: Grandes resistencias y desecoltrado a los siete días.

Viguetas, Tabos, Bloques, Piedra Artificial. Perfecta calidad, fácil fabricación y pronto desmoldo.

Baldosa hidráulica: Bello aspecto, gran dureza, pronta entrega.

Mortero: Admite crecidas dosis de arena, conservando gran resistencia.

Entregas para Madrid y alrededores, inmediata en autocamiones. Para los demás destinos, en vagones, por sus dos apartaderos de ferrocarril en las líneas de M. Z. A. y Madrid a Aragón.

Depósito: ESTACION DEL NIÑO JESUS :: Teléfono 54702

PORTLAND VALDERRIVAS

Olózaga, núm. 2 :: Teléfono 52724 :: MADRID

Jacobo Schneider

Ingeniero.

Oficinas: Alfonso XII, 56, Madrid.

Talleres y almacenes: Paseo de Atocha, 17.

Especialidad en instalaciones de CALEFACCIÓN CENTRAL por vapor, agua caliente y aire caliente, COCINAS por vapor, LAVADEROS mecánicos, aparatos de DESINFECCIÓN para hospitales, etc., INSTALACIONES DE SANEAMIENTO, ELEVACIONES DE AGUA, etc.

Concesionario de los CELEBRES ASCENSORES eléctricos e hidráulicos «STIGLER».

Esta casa ha hecho más de 2.000 instalaciones en edificios de primer orden, como Palacio Real de Madrid, Gran Casino de San Sebastián, Teatro Real, Madrid, Congreso de los Diputados, Madrid, etc., etc.

Proyectos y presupuestos gratis.

Ilustraciones 6.9 y 6.10. A la izquierda, anuncio publicado por la sociedad cementera Portland Valderrivas en *La construcción moderna* el 15 de enero de 1930. A la derecha anuncio de la empresa Jacobo Schneider publicado el 28 de febrero de 1921 en la misma revista.

Ejemplos de negocios instalados en el Ensanche Este vinculados indirectamente a la construcción y reforma de inmuebles en los que trabajaban un número indeterminado de jornaleros fueron, entre otros, los talleres destinados a la instalación y producción de sistemas de calefacción y saneamiento de edificios y de ascensores eléctricos del ya mencionado ingeniero suizo Jacobo Schneider, situados en el Paseo de Atocha nº 17 (las oficinas y sala de exposiciones se hallaban en la Avenida de Alfonso XII) y de gran éxito desde principios de siglo, o la estación de mercancías del Niño Jesús, adyacente al hospital de nombre análogo (Ilustración 3.5)⁶¹. Esta estación “*de pueblo sin importancia... indigna de estar en Madrid*”, mero apeadero cuyo volumen de viajeros ni siquiera “*llegaba al centenar diario*”, se convirtió en uno de los principales puntos de entrada a la ciudad de yeso, cal y grava procedente de las canteras del valle del Tajuña, sustituyendo a los antiguos tejares en dicha tarea⁶². De este modo, la estación se ganó un puesto como uno de los focos de demanda de mano de obra jornalera de la zona oriental de la capital. Y es que raro era el día que no llegaran vagones cargados de material que los obreros debían descargar, montar en los “*autocamiones*” y carretas para que fueran repartidos por los distintos tajos que los hubieran encargado, o almacenar en las cuatro naves industriales de la estación a la espera de su próxima venta. Uno de sus principales explotadores ya en los años veinte fue la cementera Portland Valderrivas, la cual, con una producción de 90.000 toneladas anuales de cemento en su fábrica de Vicálvaro en 1930 (Ilustración 6.9) y con 575 trabajadores en nómina según el Censo electoral social de Madrid de 1932, situó sus depósitos madrileños en esta estación perteneciente a la sociedad Ferrocarril Madrid-Aragón.



Ilustración 6.11. Muelles de carga de pequeña velocidad de la estación de Atocha. Hacia 1930.

⁶¹ Esta estación sería cabecera de una línea de vía estrecha destinada al transporte de mercancías dada la escasa demanda de pasajeros de esta zona, la cual debía haber desembocado en Caminreal (Teruel) con el Ferrocarril Central de Aragón, pasando por Alocén, Trillo y Molina de Aragón entre otros pueblos. Ideada en 1880, fue sucesivamente ampliada hasta Alocén, Guadalajara, y su uso principal fue traer yeso y piedra a la capital para su utilización en ella o para su posterior traslado a otros puntos del país, siendo la cementera Portland Valderrivas una de sus principales explotadores. DE LA TORRE BRICEÑO, J. A.: *Breve historia del tren de Arganda*, Centro Cultural “Casa del Rey”, Arganda del Rey, 1986.

⁶² *Heraldo de Madrid*, 3 de marzo de 1931. Reportaje titulado “Una información. Los trenes y los viajeros que llegan diariamente a la Corte”, realizado por Clemente Cruzado.

No obstante, para el trabajador jornalero residente en el Ensanche Este a la altura de 1930, había vida más allá del polvo desprendido de los ladrillos, el yeso o la grava, del vértigo del andamio o del fango de la zanja. En primer lugar, este espacio urbano seguía albergando importantes centros productivos ligados a la administración central, como la Casa de la Moneda o las Reales Fábricas del Sello y la de Tapices, que aún mantenían una demanda estable de trabajadores a jornal en su actividad productiva. Sin embargo, la relevancia de estas instituciones estatales se aminoró en estas décadas gracias, por un lado, a la introducción de compleja maquinaria que redujo drásticamente la necesidad empresarial de contratar a operarios poco cualificados, y por otro, a la pujanza de la municipalización y dilatación de los servicios públicos, que atrajo a un mayor número de jornaleros hacia otros ámbitos laborales. El consistorio, incapacitado económicamente para dotar del suficiente número de empleados a los nuevos servicios públicos demandados por sus residentes en una metrópoli como Madrid, utilizó la contratación coyuntural y esporádica de jornaleros (en parte para reducir la conflictividad laboral de una ciudad que en 1930 estaba acogotada por el parón en la construcción) para que realizaran labores de jardinería, limpieza, mantenimiento o vigilancia. Además, la cercanía del Ensanche Este al mayor punto importador y exportador de mercancías de la capital, la estación de Atocha, y por ende al *distrito industrial* de la ciudad, quedó reflejada en la influencia que sobre la población jornalera residente en el barrio de Gutenberg (anteriormente llamado Pacífico) poseía desde finales del siglo anterior. En 1930, los alrededores de la estación y de los talleres de la MZA entre otros, seguían siendo testigos aún de las decenas de jóvenes muchachos que bajaban diariamente las suaves rasantes de calles como Gutenberg, Narciso Serra o la propia Avenida de Menéndez Pelayo en busca de trenes que vaciar y mercancías que trasladar a otros almacenes o que cargar en la multitud de camionetas que allí hacían fila para su posterior distribución por la ciudad y municipios colindantes (Ilustración 6.11). Estos trabajadores, tanto los que estaban ocupados en la administración pública como los que cobraban de las grandes compañías ferroviarias, podían sentirse parte de sus plantillas dada la relativa estabilidad con la que eran escogidos para realidad dichas ocupaciones, atesorando una experiencia que les situaba entre los mejor pagados de la población jornalera.

Jornales diarios de los trabajadores manuales no cualificados según su lugar de trabajo y origen				
Lugar de trabajo	Media (Ptas.)	Madrileños (Ptas.)	Inmigrantes (Ptas.)	Diferencia entre ambos
Construcción y obras públicas	6,82	6,84	6,81	-0,44 %
Administración e instituciones públicas	6,67	6,21	6,89	+10,95 %
Transportes	6,61	6,58	6,61	+0,46 %
Eventual	6,49	6,83	6,37	-6,73 %
Fábricas, talleres	5,49	4,85	5,84	+20,41 %
Dirección particular	5,31	4,53	5,66	+24,94 %
MEDIA	5,97	5,45	6,17	+13,21 %

Figura 6.16. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón municipal de 1930. Hombres mayores de 14 años que indicaron el jornal diario percibido por día trabajado.

Pero ni la construcción, el sector ferroviario o las administraciones públicas y sus respectivas industrias auxiliares, aún siendo vitales en la conformación del mercado de trabajo manual de la ciudad, fomentaron en estas décadas grandes cambios productivos en su seno en estos años. Este papel fue efectuado, en cambio, por las

grandes fábricas y empresas que abrieron sus puertas en la capital durante este período, y por la lenta transformación de las relaciones laborales sufrida a pequeña escala, en los talleres, establecimientos comerciales y obrajes regentados por particulares, fruto de la complejización y diversificación de la actividad económica madrileña y española tras la Gran Guerra. Ambos segmentos incrementaron significativamente la proporción de jornaleros contratados a lo largo del primer tercio del siglo XX entre los que señalaron un lugar de trabajo estable, pasando de representar una quinta parte en 1905 a la mitad en 1930 (Figuras 3.14 y 6.15). Una tendencia alcista que era especialmente relevante entre los trabajadores jornaleros más jóvenes, (el 70% de los que indicaron un lugar de trabajo en el padrón de 1930 y que eran menores de 25 años señaló un negocio particular, una fábrica o un taller), la mayoría de los cuales no encabezaban un hogar y residían con sus padres o familiares (el 85%). Que éstos fueran los que recibieran el peor jornal de todos los trabajadores manuales carentes de cualificación (Figura 6.16), fue consecuencia de factores muy distintos.

En el caso de las grandes y medianas empresas y sociedades como ABC y Gráficas Reunidas, perfumerías Gal, las platerías Meneses y Espuñes, cerveceras como Mahou y Águila, AEG o Telefónica, estos jóvenes eran aprendices a los que se les instaba a adquirir conocimientos específicos sobre una función productiva manual determinada gracias a la fuerza de la práctica y la experiencia⁶³. Era una relación de interés recíproco, como la que se había iniciado en los años interseculares en las grandes corporaciones ferroviarias y estatales (Figura 3.29), por la cual la empresa invertía en la formación de un valioso capital humano futuro mientras que los jóvenes muchachos lograban un trabajo estable aunque mal pagado pero en el que aspiraban escalar laboralmente con tiempo y esfuerzo. Era una estrategia productiva cuya razón de ser radicaba en la implantación de la moderna organización científica del trabajo capitalista y en la necesidad de instruir y especializar a la mano de obra aunque, no obstante, este paso no era alcanzado por todos ellos. Por su parte, los regentes y encargados particulares de los humildes talleres y establecimientos comerciales barriales de la ciudad, influidos por el contexto de formalización del mercado laboral y la creciente división física entre el lugar de trabajo y la residencia, se vieron obligados a prescindir de la figura del dependiente de comercio interno. Sin embargo, como sus ingresos no eran tan holgados como para permitirse tener contratados a empleados de comercio externos, cuyos sueldos eran bastante más elevados (Figura 7.7), sustentaron su actividad mediante la sustitución de los antiguos aprendices, mozos, horteras y pupilos, protagonistas del ya inerte aprendizaje gremial por el trabajador jornalero, una mano de obra más barata y flexible, acorde a su frágil posición ante la dura competencia representada por las nuevas fábricas y centros comerciales.

En definitiva, la evolución del mercado de trabajo manual no cualificado del Ensanche Este madrileño durante el primer tercio del siglo XX estuvo marcada, como la

⁶³ En las grandes sociedades, empresas, fábricas y corporaciones contemporáneas en las que se había adoptado la organización y especialización científica del trabajo capitalista, esbozada en las grandes sociedades ferroviarias y en el aparato burocrático estatal occidental de finales del siglo XIX, el objetivo fue que sus trabajadores no cualificados adquiriesen conocimientos y técnicas concretas, que cubrieran puestos específicos de la producción. Una realidad muy diferente a la *educación integral* propugnada por los seguidores de Fourier o Proudhon, quienes lejos de aceptar una instrucción dirigida hacia “*la estrechez de sus funciones parcelarias*”, defendían la fórmula del *taller escuela*, el establecimiento de gran producción entendido como el lugar donde llevar a cabo un “aprendizaje politécnico” a través del trabajo productivo y la enseñanza teórica. HERNÁNDEZ DÍAZ, J. M^a (coord.): *Influencias francesas en la educación española e iberoamericana (1808-2008)*, Actas de las III conversaciones pedagógicas de Salamanca, Globalia Ediciones Anthemis y José Luis Hernández Huerta, Villares de la Reina, 2008.

del conjunto de la ciudad, por la pervivencia del sector de la construcción como un pilar cardinal, acompañado de la demanda emanada de los poderes e instituciones públicas y del transporte ferroviario. Pero el bosque no debe ocultar el auge de los otrora modestos brotes focalizados en el fortalecimiento del tejido económico industrial privado. Una tendencia que fue visible con más fuerza entre los trabajadores manuales cualificados.

6.3. La implantación de la mecanización en Madrid, inicio y final de tantas cosas.

“Los progresos de la vida moderna producen, fatalmente, trastornos y mudanzas en la sociedad y en las costumbres. Es una ley natural que impone la evolución, siquiera sea paulatina, en el desenvolvimiento de las clases sociales. Y ante esa necesidad imperiosa de renovar todo lo existente, mueren los viejos organismos, las instituciones, las colectividades, los oficios y profesiones...”

El Imparcial, 3 de marzo de 1928.

Durante el siglo XIX, la mayoría de los artesanos y trabajadores manuales cualificados que compusieron el mercado laboral madrileño sufrieron un auténtico *viacrucis* socioeconómico. A lo largo de ese siglo soportaron un calvario laboral que hundía sus raíces en el proceso de descomposición gradual del mundo gremial ya iniciado a finales del siglo anterior, un modelo de organización productiva que fue herido definitivamente de muerte con el triunfo del liberalismo. Desde mediados de la centuria decimonónica, cuando a lo largo del reinado de Isabel II Madrid se erigió con fuerza como capital del nuevo Estado liberal⁶⁴, la relevancia del artesanado dentro del trabajo manual de la ciudad se fue comprimiendo de un modo incontestable (Figura 3.19), fruto de una galopante corrosión de los oficios influida por la creciente llegada de jóvenes inmigrantes de origen rural a una ciudad que carecía de los resortes económicos necesarios para absorber tal excedente laboral⁶⁵. El resultado de tal dinámica fue catastrófico para las clases artesanas madrileñas, excesivamente ancladas en el modo de producción preindustrial, atosigadas por el intrusismo profesional derivado de la apabullante jornalerización existente en la economía madrileña durante las décadas interseculares, e incapaces de hacer frente a los precios más competitivos de los productos y bienes de procedencia nacional o extranjera fruto de un contexto de integración de mercados (Figura 3.11).

⁶⁴ SÁNCHEZ NIETO, J. A.: *Artesanos y mercaderes*, *Op. Cit.*, pp. 405-426; CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. *Op. Cit.*; BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, *Op. Cit.*

⁶⁵ La paulatina reducción porcentual de la mano de obra artesanal en Madrid, especialmente durante la segunda mitad del siglo XIX, ha sido ampliamente documentada por distintos estudios realizados a través de los padrones municipales: GONZÁLEZ PALACIOS, D.: *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*, Memoria de Máster, UCM, 2008; RODRÍGUEZ MORENO, J.: *El barrio de Lavapiés. La larga transición del modelo social y urbano madrileño*; Memoria de Máster, UCM; GALLARDO PÉREZ, R.: *La evolución histórica del distrito de Latina, 1860-1939*, Memoria de Máster, UCM, 2010; CARBALLO BARRAL, B.: “El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900” en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, *Op. Cit.*, pp. 69-93; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, *Op. Cit.*; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, *Op. Cit.*



Ilustración 6.12. Oficios en vías de desaparición en el Madrid de 1930, de izquierda a derecha, carrocerero, farolero, aguador de cuba y mozo de cuerda. Las tres primeras fotos han sido extraídas de *Luz* (19-9-1933) y la última de *El Imparcial* (3-3-1928).

Sin embargo, a diferencia de la tesitura del medio siglo anterior, epílogo de un proceso iniciado mucho antes, el primer tercio del siglo XX fue testigo de un profundo cambio en la evolución del artesanado madrileño. En primer lugar, en estos años se logró cortar la sangría que había diezmado a este segmento laboral durante las décadas anteriores, situando de forma estable su proporción respecto al total de hombres en edad de trabajar residentes en la ciudad entre el 10 y el 15%, muy lejos de la cifra que había llegado a ostentar durante el ecuador del siglo anterior, que era del 50%. Pero lo más reseñable no fue tanto esta estabilización sino las hondas mutaciones que su composición interna experimentó como consecuencia de “*los progresos de la vida moderna*”. Las innovaciones científicas, los cambios tecnológicos, la sustitución de unas actividades económicas por otras y el surgimiento de nuevas necesidades y opciones de consumo han sido una constante a lo largo de la historia. Pero la revolución industrial y el liberalismo económico, con el fomento de la concentración de capitales, aceleraron la sucesión temporal de dichas transformaciones desde mediados del siglo XIX, haciendo que los cambios socioeconómicos aparejados acontecieran cada vez más rápido y que sus consecuencias adquirieran una envergadura más pronunciada.

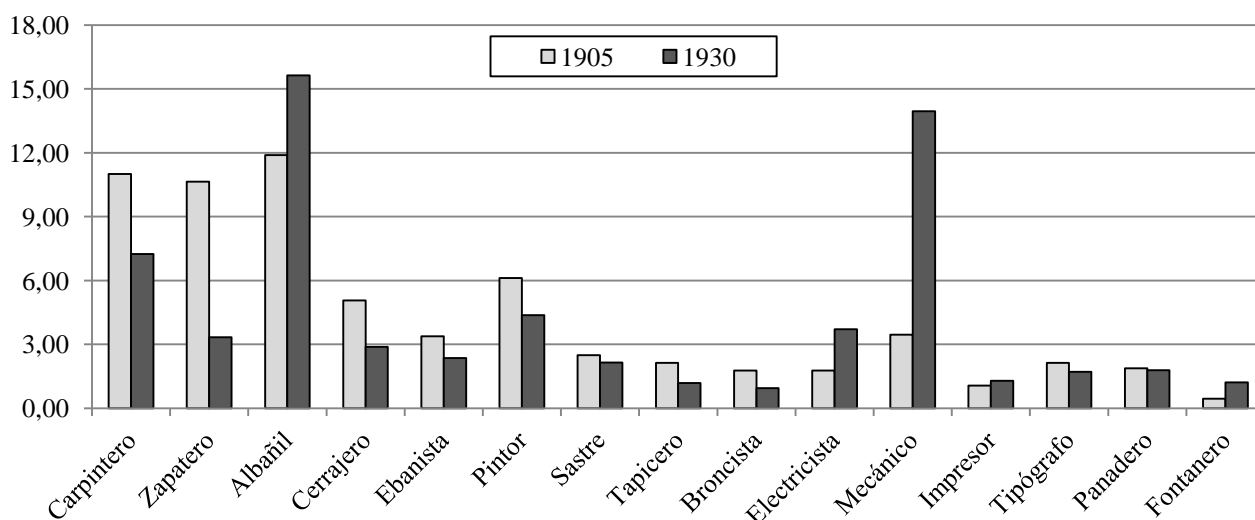


Figura 6.17. Evolución porcentual de los principales oficios existentes en Madrid a lo largo del primer tercio del siglo XX. AVM, Estadística, padrones de 1905 y 1930. Hombres mayores de 14 años.

Además, los adelantos técnicos e innovaciones acaecidos durante la segunda revolución industrial, el auge de la automoción, la expansión de la electricidad y la creciente mecanización de la producción conformaron, entre otros factores, un fértil caldo de cultivo del que emanaron a un ritmo endiablado patentes, inventos, aplicaciones y herramientas industriales, materiales como el aluminio o el cemento, medios de transporte, actividades de ocio, técnicas comerciales y de publicidad, servicios públicos, etc. En el plano estrictamente laboral, este contexto significó, por un lado, la aparición de oficios y especialidades de nuevo cuño, y por otro, la defunción definitiva de ocupaciones relacionadas con formas, tempos de producción y servicios ya obsoletos. Una realidad que era meridianamente nítida para los propios contemporáneos afectados, que vieron cómo desaparecían actividades y ocupaciones de antigüedad secular de una generación a otra, un proceso que fue concisamente tratado en la prensa madrileña de la época. Encabezados con titulares contundentes del estilo “*oficios que desaparecen en la vorágine de la transformación industrial*”⁶⁶, los reportajes de prensa señalaban con fotografías y grabados aquellos oficios que “*en la actualidad el mecanismo de la vida moderna está haciendo desaparecer*”⁶⁷, nombrando, entre otros, los de mozo de cuerda, cochero, tejero, aguador de cuba, farolero, planchadora o constructor de carros⁶⁸.

Sectores productivos	1905	1930	Diferencia 1905-1930
Construcción y mobiliario	39,40	35,93	-3,47
Metalurgia y electricidad	24,58	32,18	7,60
Textil y cuero	18,10	8,74	-9,36
Artes gráficas	6,83	8,49	1,66
Producción miscelánea	5,59	7,98	2,39
Abastecimiento	3,28	4,51	1,23
Mercaderes y comerciantes	2,22	2,17	-0,05

Figura 6.18. Distribución de los trabajadores manuales cualificados afincados en el Ensanche Este por sectores productivos. Hombres mayores de 14 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones de 1905 y 1930.

Los oficios que más relevancia perdieron en el mercado laboral madrileño en estas décadas, fueron aquellos que se vieron afectados de forma palmaria tanto por la sustitución de la manufactura manual por la mecánica, como por la reducción de la demanda de determinados servicios y productos ya obsoletos. Los trabajadores del textil y el cuero, muchos de los cuales desempeñaban su actividad en pequeños talleres propios donde confeccionaban y arreglaban prendas para ponerlas a la venta en sus tiendas, o cortaban, cosían y adecuaban las telas para realizar los encargos de sus clientes, menguaron durante estos años como consecuencia de la plena mecanización de su actividad tras la aparición de las máquinas *Singer*, de la creciente competencia nacional y de la consecución de una feminización del sector iniciada en el siglo anterior

⁶⁶ *El Sol*, 15 de septiembre de 1935.

⁶⁷ *Luz*, 19 de septiembre de 1933.

⁶⁸ Uno de los más importantes carroceros o constructores de carros de Madrid, la Casa Labourdette, tuvo un éxito efímero durante la segunda década del siglo XX, cuando ligaron a su experiencia como productores de elegantes carrocerías el montaje de motores franceses, muy demandados por la aristocracia madrileña. Sin embargo, la irrupción de la producción en serie del automóvil por Ford y su agresiva política de bajada de precios, arrinconó a los Labourdette a un papel cada vez más modesto, haciéndolos volver a su inicial actividad de montar y producir sólo las carrocerías, aunque ni siquiera este cambio de escala les valió para sobrevivir a los tiempos modernos, a la mecanización. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros*, Op. Cit., pp. 495-502.

a causa de la reducción de costes que implicaba el jornal a destajo de las mujeres que cosían en su propio domicilio (Figuras 3.24, 3.75 y 6.20). La histórica atomización productiva de este sector de la economía madrileña apenas cambió durante el primer tercio del siglo XX, haciéndolo aún más débil a la competencia nacional llegada de Cataluña o el Levante, donde la concentración industrial facilitó la mecanización de su proceso productivo y la implantación del uso intensivo de mano de obra femenina⁶⁹. Además, la creciente tendencia a vender las prendas ya confeccionadas y listas para su uso final, redujo la demanda de mano de obra ducha en el acabado y retoque final del textil, haciendo insuficiente la reconversión hacia la distribución, venta, remiendo y confección de complementos y telas por parte del artesanado madrileño adscrito a la industria textil y del cuero, que sufrieron una honda caída porcentual en estos años (Figuras 6.17 y 6.18). Sólo una franca minoría logró mantener una posición independiente y bien pagada en este sector, diferenciándose del grueso de zapateros, sastres, alfombristas o sombrereros cuyos jornales habían caído por debajo de la media del conjunto de trabajadores manuales cualificados. Esta franja más acomodada estaba compuesta por los modistos y sastres más cualificados, con un jornal muy superior a sus homólogas mujeres, especializados en confeccionar vestimentas y complementos de diseño único con los tejidos de alta gama que les proporcionaban sus clientes particulares más acomodados, tejiéndolos a su medida (Figuras 6.20 y 6.21).

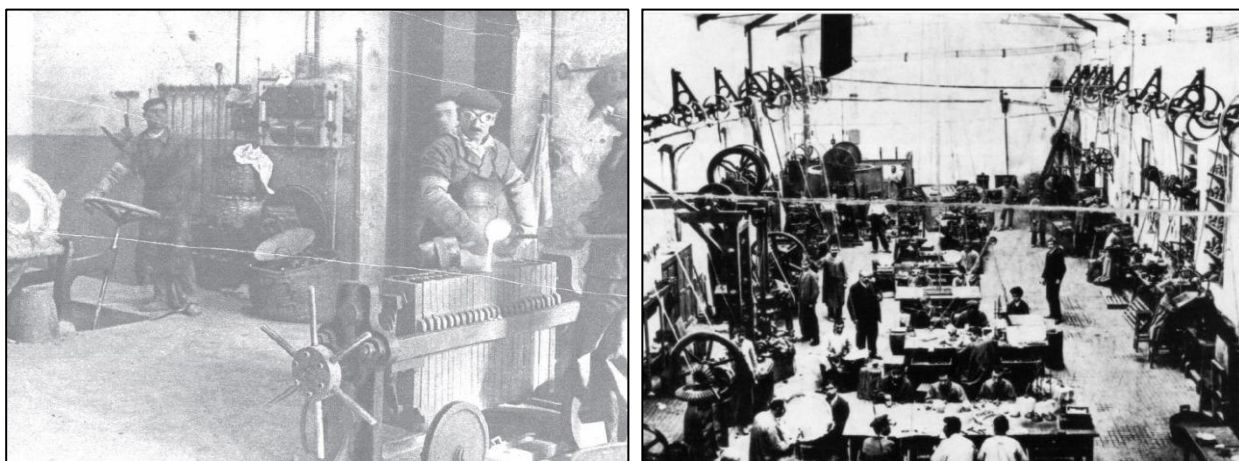
METALURGIA Y ENERGÍA		TEXTIL Y CUERO		CONSTRUCCIÓN	
Mecánico	42,82	Zapatero	39,26	Albañil	45,57
Electricista	13,19	Sastre	25,62	Carpintero	21,03
Cerrajero	9,68	Tapicero	14,05	Pintor	11,87
Platero	4,20	Guarnecedor	4,55	Ebanista	6,64
Broncista	3,15	Alfombrista	2,07	Fontanero	3,82
Tornero	2,80	Peletero	2,07	Marmolista	2,01
Grabador	2,57	Costurero	1,65	Decorador	1,61
Ajustador	2,10	Sombrero	1,65	Cantero	1,41
Maquinista	1,98	Tintorero	1,65	Escultor	1,21
Cincelador	1,63	Modisto	1,24	Tallista	1,01
Otros	15,87	Otros	6,20	Otros	3,82

Figura 6.19. Principales oficios cualificados de los sectores más relevantes del mercado de trabajo manual cualificado del Ensanche Este de Madrid en 1930. Varones mayores de 14 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de dicho año.

Por su parte, el sector de la construcción y sus industrias auxiliares más próximas, como la de la madera, sufrieron en el Ensanche Este la misma pérdida de peso específico que en el conjunto de la ciudad, aunque todavía seguía siendo el que más trabajo cualificado manual generaba (albañiles, carpinteros, ebanistas, yeseros, asphaltadores, empedradores, portlandistas, etc.), todo ello sin mencionar la pléyade de jornaleros que nutrían cada día sus tajos y andamios. La edificación de inmuebles e infraestructuras de todo tipo, aunque había recibido el impulso de nuevos materiales como el cemento o el hormigón, rápidos medios de transporte de gran potencia como el camión, y maquinaria moderna como las grúas mecánicas, todavía era un sector en el que el uso extensivo de la fuerza física humana estaba muy arraigado. En 1930, todavía

⁶⁹ LLONCH CASANOVAS, M.: *Tejiendo en red: la industria del género de punto en Cataluña (1891-1936)*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2007; MIRANDA ENCARNACIÓN, J.A.: *La industria del calzado en España, 1860-1959. La formación de una industria moderna y los efectos del intervencionismo estatal*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Alicante.

existía en Madrid “una dificultad grande para el empleo de máquinas en la construcción [debido a que] es un trabajo móvil, que requiere instalaciones provisionales, el transporte de maquinaria es caro y su montaje en lugares improvisados es difícil”⁷⁰. A estos problemas técnicos, propios de una industria aún en proceso de adaptación, se le unió el hecho de que el escaso precio de la ingente mano de obra desincentivó y retrasó una mecanización más intensa de la construcción, que sólo podía alcanzarse con elevadas inversiones, y que perpetuó “el trabajo de pequeñas masas, discrecional, hecho a mano, casi sin intervención del instrumento ahorrador de energía”, la máquina⁷¹. Dado este contexto, esta organización preindustrial del trabajo, basada excesivamente en la cuadrilla, siguió mostrando unas horquillas salariales de los distintos obreros y peones de la construcción altamente homogéneas (Figuras 3.28 y 6.21). Primero, porque el trabajo era valorado de forma conjunta y no individualmente, siendo muy difícil que un individuo pudiera cobrar por encima de la media aunque fuera más versado en el oficio que el resto. Y segundo, porque la figura del aprendiz joven pero aún inexperto, que cobraba menos a cambio de aprender la labor y perpetuar el oficio, fue sustituida por la del jornalero, ese obrero-masa semicualificado que cobraba un sueldo inferior y que empezaba a sustituir al obrero cualificado de oficio⁷².



Ilustraciones 6.13 y 6.14. A la izquierda, horno de fundición de los metales que se emplean en la confección de monedas en la Fábrica de la Moneda y Timbre, en *Mundo Gráfico*, 9 de enero de 1929; a la derecha, talleres de la Platería Luis Espuñes, situado en la calle Castelló nº 18, inaugurados en 1920.

Pero mientras que los sectores mencionados (el textil, el cuero y la construcción) se hallaban inmersos en una difícil y lenta adaptación a los tiempos modernos, Madrid presenció, por el contrario, la eclosión definitiva de otros segmentos que a principios de siglo todavía eran balbucientes: su industria de transformados metálicos, la extensión de la mecanización en la vida urbana y su actividad productiva, y la definitiva adopción de la electricidad como forma de energía imperante. De esta forma, los trabajadores manuales ocupados en estos modernos y pujantes sectores productivos, que requerían una gran especialización y pericia técnica, incrementaron su número de forma

⁷⁰ *La construcción moderna*, 30 de marzo de 1929. En este mismo número, la revista inició un reportaje titulado “La organización científica del trabajo en la construcción”, en el que a través de varias entregas se defendía la mecanización del sector, la implantación de una organización científica de los recursos humanos necesarios y el fomento de la concentración industrial para potenciar la producción en cadena de los nuevos materiales de construcción en formas que faciliten su colocación.

⁷¹ *La construcción moderna*, 15 de junio de 1929.

⁷² OYÓN, J.L.: “Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950”, *Historia Contemporánea*, 24, 2002, pp. 9-56.

exponencial entre 1905 y 1930, destacando el ascenso de los mecánicos, los instaladores electricistas y los obreros cualificados pertenecientes a las ramas más novedosas de la metalurgia, todos ellos hijos de la modernización (Figuras 6.17 a 6.19). Este contexto concordaba con el existente en el conjunto de la ciudad más allá de los matices existentes entre unas zonas y otras⁷³, y también era similar a la realidad económica presente en las demás metrópolis europeas y americanas, ya que el auge de la metalurgia, la mecanización y la electricidad fueron factores inherentes a la expansión de la segunda revolución industrial.

En 1930 era lógico que los mecánicos y maquinistas figuraran entre los trabajadores manuales cualificados más numerosos de una urbe en la que daba la sensación (no sin cierta exageración) de que *todo era mecánico*, parafraseando al anciano carpintero Paco en *La Ruta* de Arturo Barea. Es cierto que el término de *mecánico* era utilizado en las hojas de empadronamiento de un modo difuso, amparando ocupaciones en ámbitos de muy distinta naturaleza, tal y como corrobora en ocasiones la prensa y la literatura de la época⁷⁴. Pero todas ellas siempre poseían un denominador común: la estrecha vinculación del trabajador con una máquina, independientemente de que su labor estuviera centrada en su montaje y reparación, en su utilización o mantenimiento. Estos trabajadores mecánicos, que representaban cerca de la mitad de los obreros cualificados del segmento metalúrgico y eléctrico del Ensanche Este, podían encontrarse tanto en las grandes corporaciones industriales como en los modestos talleres de barrio, en las compañías ferroviarias y de telecomunicaciones, en grandes establecimientos comerciales, en empresas de distribución y abastecimiento de electricidad y agua o en el transporte público de la ciudad. Es decir, allí donde la maquinaria se había introducido con éxito en las cadenas de producción y montaje, en los transportes y carga, o en la dotación y cobertura de distintos servicios.

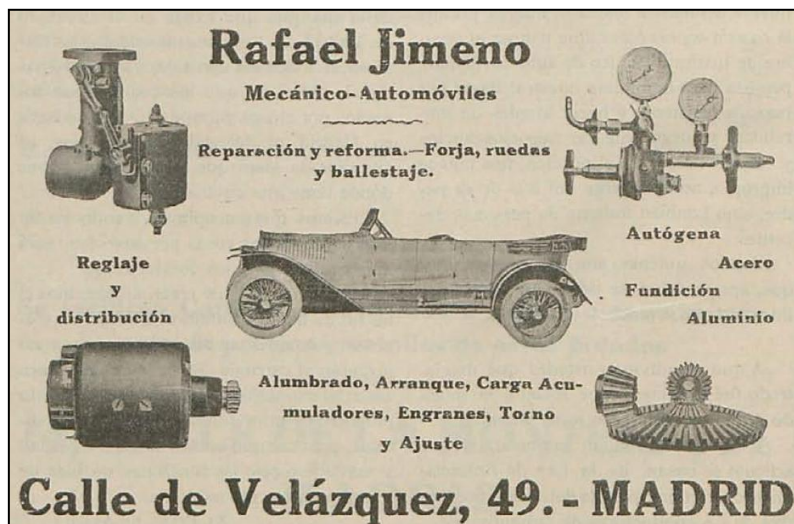


Ilustración 6.15. Anuncio de un taller mecánico de automóviles en el Ensanche Este. *La Velocidad*. Órgano de la Sociedad de Chauffeurs y aspirantes, 1 de diciembre de 1921.

⁷³ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

⁷⁴ En *La Venus mecánica*, su autor, el periodista y escritor José Díaz Fernández, utilizó indistintamente en el comienzo de la novela los términos de *chauffeur* y *mecánico* para referirse al conductor de un taxi. En DÍAZ FERNÁNDEZ, J.: *La Venus mecánica*, (ed. César de Vicente Hernando) Stockcero, 2009, pág. 1.

Uno de los sectores en el que la presencia de los mecánicos fue más vigorosa fue el del automóvil y sus industrias auxiliares, una de las máquinas que, sin duda, mejor personificaban los nuevos tiempos mecánicos que corrían. Su auge no se debía a la elevada producción de automóviles de la ciudad, ya que “*en Madrid la industria de automóviles propiamente dicha no existía*”⁷⁵. En estos años, las principales plantas de ensamblaje españolas se hallaban en Barcelona, la urbe elegida por Ford para albergar en 1920 su filial Motors Ibérica, y que también albergaba la sede de la Hispano-Suiza, la principal empresa española del sector que también disponía de una filial en Guadalajara⁷⁶. Además, los pocos modelos que se habían empezado a producir en la capital tras la Gran Guerra, como los Landa (de Landaluce), Hisparco (de Carlos Pérez del Arco), Doby (de un modesto taller particular del barrio de Salamanca), Victoria (Talleres Franco Españoles) o Ceyc (de la Compañía Euskalduna), tuvieron una vida efímera⁷⁷, incapaces de competir con la producción en cadena de las tres grandes compañías de Detroit (Ford, General Motors y Chrysler), o sus alumnas europeas más aventajadas, como Peugeot, Fiat, Citroën o Mercedes⁷⁸. Por lo tanto, la producción no fue el punto fuerte de la industria automovilística madrileña, sino las economías de escala derivadas de ella, especialmente los “*numerosos talleres que se dedicaban a su reparación*” y “*el enorme progreso de la industria de alquiladores de automóviles*”⁷⁹.

El negocio de la producción y venta de coches era el más suculento de este sector, pero estaba totalmente dominado por las marcas extranjeras. Sin embargo, la importación de vehículos (o la venta de los ensamblados en España) desde los distintos concesionarios madrileños no era más que el punto de inicio de un negocio complementario y diversificado. Además de revisar el motor, el chasis y la carrocería, el sector del automóvil también demandaba gomas para las ruedas, puntos de venta de gasolina, vidrio para los cristales de las puertas, piezas metálicas para su sustitución, garajes donde guarecerlos, etc. Pero el aspecto más relevante para lograr asentar un mercado de consumo boyante basado en las ventas de un bien bastante caro, difícil de mantener, y tendente a sufrir averías o golpes que necesitaran una reparación inmediata, fue la expansión de los mecánicos y talleres especializados en la reparación, venta de accesorios y mantenimiento de automóviles. Las grandes compañías automovilísticas se encargaron de gestionar un servicio postventa de calidad en el que los mecánicos más cualificados revisaban y arreglaban cualquier desperfecto, golpe o avería de los vehículos vendidos. Estos servicios empezaron a concentrarse en las zonas más cercanas posible a sus clientes, y por ello, la mayoría de estos establecimientos de reparación,

⁷⁵ CONSEJO DE INDUSTRIA: *Apuntes para el momento de la industria española en 1930*, 2 tomos, Madrid, 1932, pág. 504.

⁷⁶ GARCÍA RUIZ, J.L.: *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industrial de automóvil en España*, Síntesis, Madrid, 2003; HERNÁNDEZ MARCO, J.L.: “La oferta automovilística en España antes del SEAT-600: 1906-1957”, en *Economía Industrial*, nº 307, 1996, pp. 131-148.

⁷⁷ GARCÍA RUIZ, J.L.: “La industria de la automoción en Madrid: ¿hubo oportunidades perdidas?”, en *VIII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica*, Santiago de Compostela, 2005.

⁷⁸ Entre 1920 y 1930 hubo en España cerca de 250.000 matriculaciones, elevando la ratio de habitantes por vehículo de 1,82 en 1922 a 8,23 en 1930. Sin embargo, durante este intenso proceso de crecimiento de la industria automovilística, la producción y montaje nacional sólo cubrió el 20% de su demanda, siendo el 80% satisfecho mediante la importación desde Estados Unidos (que copaba el 51% de las importaciones de vehículos), Francia (34%), Italia (9%), Alemania (2%), Gran Bretaña (1,6%) y otros países (2,4%). HERNÁNDEZ MARCO, J.L.: “Los precios de los automóviles importados en la España de los años veinte”, *Revista de Historia Industrial*, nº 22, 2002, pp. 157-172.

⁷⁹ CONSEJO DE INDUSTRIA: *Apuntes para el momento de la industria española en 1930*, Op. Cit.; JUNTA LOCAL DE REFORMAS SOCIALES: *Estadística del Trabajo. Anuario de 1923*, Imprenta municipal, Madrid, 1925.

mantenimiento, aparcamiento y servicio posventa se concentraron allí donde residían sus propietarios, en los barrios más acaudalados de la capital, como los de Salamanca, Retiro o Biblioteca del Ensanche Este, cuyos vecinos acaparaban uno de cada cuatro automóviles matriculados en la provincia madrileña durante estos años⁸⁰. A la altura de 1930 este espacio urbano albergaba, según los registros del padrón municipal cerca de 400 garajes y cocheras, 28 oficinas y concesionarios de venta de automóviles, 17 establecimientos relativos a la venta de diversos accesorios, 14 talleres destinados a su reparación y 6 empresas vinculadas indirectamente al negocio del automóvil⁸¹. Y es que si eran relativamente pocos los madrileños que podían permitirse comprar y conducir un automóvil, menos aún eran los que sabían mantenerlo en un estado óptimo o arreglarlo cuando hiciera falta. Por ello, proliferaron rápidamente los talleres para coches regentados por mecánicos cualificados y los garajes que además de ofrecer una plaza de aparcamiento privada para los vehículos disponían de mecánicos propios encargados de mantenerlos. Además, los residentes más acaudalados también comenzaron a contratar como servicio doméstico privado a uno o varios mecánicos para que, a la vez que hacían las veces de conductores para los miembros de la familia, cuidasen debidamente de su vehículo particular. Eran la versión moderna de las figuras de cochero de punto o *chauffeur*, y reflejo de los nuevos tiempos en el que se produjo un declive generalizado de los coches de punto y de plaza en detrimento del automóvil, ya que su número apenas varió entre 1906 y 1932, período en el que la población de la ciudad se duplicó⁸².

Jornales y sueldos anuales más elevados del mundo de los oficios del Ensanche Este de Madrid (1930)							
Nombre	Lugar de trabajo	Puesto	Jornal (ptas.)	Nombre	Lugar de trabajo	Puesto	Sueldo anual (ptas.)
Marcos Pérez	Tienda Sastrería	Sastre	20	Federico Rebollo	Congreso de los Diputados	Taquígrafo	17.500
Alfonso Fernández	Banco Navarro	Mecánico	19	Camilo Delhon	Gráficas Reunidas	Grabador	16.000
José Casado	Taller particular	Carpintero	17	Cristóbal Colón	Consejo Superior de Ferrocarriles	Taquígrafo	12000
Ángel Cueto	No indica	Mecánico	17	Enrique Vaquero	Casa de la Moneda	Grabador y pintor	12.000
Miguel Alborno	No indica	Fontanero	16	Antonio Robles	MZA	Fogonero	11.000
José Gil	Hotel Ritz	Electricista	16	Felipe Orden	Renault	Mecánico	9.000
Juan Bernaldo de Quirós	Ford	Mecánico	15	Fernando Kessenich	Servicio Español de Material Ferroviario	Montador mecánico	8.954
Mariano Martínez	Prensa gráfica	Impresor	15	Vicente Lisboa	Platería Espuñes	Platero	7.800
Geranto San Miguel	ABC	Linotipista	15	Antonio Gómez	MZA	Mecánico	7.665
Mariano Castellón	Hermanos Sacristán	Albañil	15	José Rodríguez	Platería Espuñes	Cincelador	7.260

Figura 6.20. Elaboración propia a partir del padrón municipal de 1930. AVM, Estadística.

⁸⁰ *Madrid Automóvil*, febrero de 1930 a enero de 1931 y AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

⁸¹ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930. La relevancia del sector del automóvil en los Ensanches Norte y Sur también ha sido corroborada en: PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno...*, *Op. Cit.*; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros...*, *Op. Cit.*

⁸² AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria: información sobre la ciudad, año 1929. Op. Cit.*, pág. 158; DE LA HOZ MUÑOZ, J.: *Memoria de Circulación*. Ayuntamiento de Madrid. 1932, citado en RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936...*, *Op. Cit.*, pág. 206.

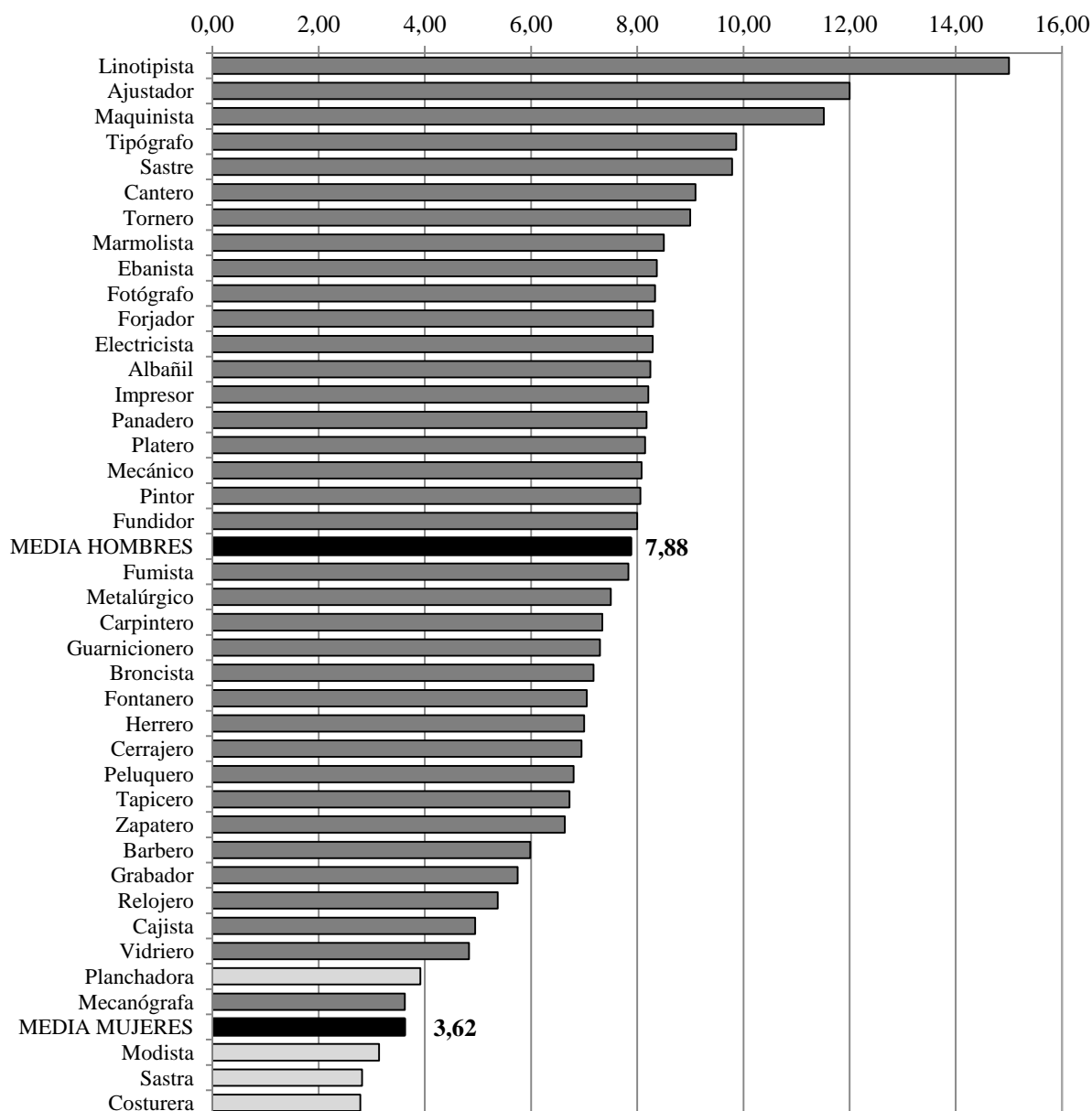


Figura 6.21. Jornales diarios medios de los principales oficios artesanos de Madrid en 1930. Hombres y mujeres mayores de 14 años. Sólo se han consignado las profesiones en las que el número de casos era significativo. En color gris claro se han indicado los oficios realizados por mujeres. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

De forma similar a los mecánicos, entre 1905 y 1930 también medraron los electricistas, trabajadores manuales expertos en instalar todo tipo de aparatos eléctricos y en transformar, distribuir y generar electricidad para la iluminación y el funcionamiento de todo tipo de maquinaria industrial y los medios de transporte público como el tranvía o el metro. Sus actividades y características laborales eran muy heterogéneas dada la infinidad de aplicaciones productivas de la electricidad, pero el valor de su trabajo, adscrito a uno de los sectores punteros de la segunda oleada de la revolución industrial, estaba muy bien valorado en el mercado de trabajo madrileño. Junto a ellos, también se incrementó el número de obreros del metal que ocupaban los puestos más especializados de los procesos productivos, ya fueran plateros, metalúrgicos, torneros, cinceladores o forjadores como los de las platerías Meneses o Espuñes, todavía afincadas en este espacio urbano (Ilustración 6.14). Tanto unos como

otros dedicaron mucho tiempo y esfuerzo en aprender a manipular y utilizar la moderna y cara maquinaria industrial, y por ello eran valorados por las compañías y talleres que los tenían contratados, especialmente por las empresas y corporaciones nacionales y extranjeras, públicas o privadas, más pujantes. Éstas habían sido pioneras en invertir elevados recursos y tiempo en la compra, adaptación y montaje de la maquinaria más avanzada a la actividad industrial madrileña. Y para preservar tal inversión, llevaron a cabo una política de sueldos elevados que les garantizase el disfrute del capital humano más experimentado y cualificado del mercado laboral para aprovechar todo el potencial que la mecanización poseía (Figuras 6.20 y 6.21).

Una situación análoga se dio en el ámbito de las artes gráficas, segmento laboral compuesto por trabajadores manuales muy especializados, con una dilatada experiencia laboral en el sector y unos jornales muy estratificados aunque ligeramente superiores a la media (8,23 frente a 7,88 ptas.). Madrid era el principal centro editorial del país, con una actividad editorial frenética a golpe de fascines, periódicos, revistas especializadas, boletines oficiales, publicaciones ministeriales, información sindical y patronal, etc. Lo era en los años veinte y treinta del siglo XX tal y como lo había sido desde mediados del siglo anterior⁸³. A este factor se le unió el incremento de la demanda lectora de la ciudad gracias al crecimiento de su población alfabetizada, a la proliferación de nuevas editoriales y periódicos de tirada nacional como *ABC* o *El Sol*, y, sobre todo, la bulliciosa vida intelectual que se concentró en la capital durante la *edad de plata* de la cultura española⁸⁴, que hizo germinar multitud de periódicos, revistas, publicaciones científicas, novelas, ensayos, etc. La industria editorial madrileña gozaba así de buena salud en vísperas de la Guerra Civil, y sus trabajadores todavía se beneficiaban de ello, ya que la adopción de nueva maquinaria en este segmento laboral no significó la supresión de figuras como los impresores, linotipistas, fotógrafos o tipógrafos, que resistieron en la zona noble de la escala salarial del mercado laboral manual cualificado (Figuras 6.20 a 6.22)⁸⁵, siendo además los que cobraban el mayor sueldo por hora de trabajo (Figura 6.28).

Éstos siguieron siendo trabajadores válidos e imprescindibles para el manejo de la moderna maquinaria, un conocimiento que no se adquiría de la noche a la mañana sino que era consecuencia de la confluencia entre la destreza en el oficio y un largo y concienzudo aprendizaje de adaptación a la maquinaria en cuestión. Debían dominar nuevos procesos mecanizados como “*el torno geométrico destinado á los dibujos infalsificables para estampación de billetes y títulos*” de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, “*máquina colosal ésta, sexta que se ha fabricado en el mundo y que, además de costar veintitantos mil dólares, sólo pueden manejarla dos obreros expertísimos, y que llevan ya cuatro años de aprendizaje hasta que consigan dominarla plenamente*”⁸⁶ (Ilustración 6.13). Tanta era la inversión en tiempo y dinero que aquellos obreros

⁸³ MARTÍNEZ MARTÍN, J.A. (Dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Marcial Pons, Madrid, 2001; AUBERT, P. y DESVOIS, J-M.: “Libros y comunicación de masas”, en SERRANO, C. y SALAÜN, S. (Dir.): *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 55-90.

⁸⁴ LAÍN ENTRALGO, P. (coord.): *La edad de plata de la cultura española, 1898-1936*, Espasa Calpe, Madrid, 1993; LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M^a: *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos (1910-1936)*. Marcial Pons, Madrid, 2006; OTERO CARVAJAL, L.E. y LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M^a: *La lucha por la modernidad. Las ciencias naturales y la Junta para Ampliación de Estudios*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 2012.

⁸⁵ SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera: Madrid, 1901-1923*, Op. Cit., especialmente pp. 300-325.

⁸⁶ *Mundo Gráfico*, 9 de enero de 1929.

expertos que “constituían una legión especializada tanto en su aptitud como en su ilustración”, representaban un capital humano tan valioso como la moderna maquinaria comprada⁸⁷.

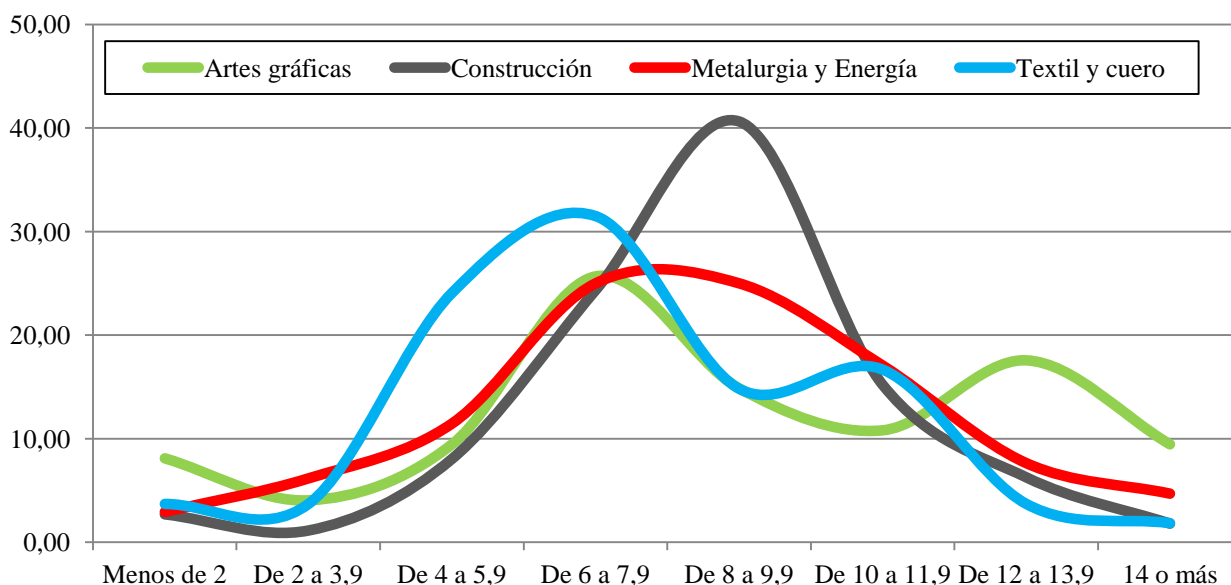


Figura 6.22. Distribución de los trabajadores manuales cualificados según el jornal y el sector productivo de su oficio (1930). Datos porcentuales. Varones mayores de 14 años, AVM, Estadística

Por último, la diversificación de la actividad económica madrileña a lo largo de los años veinte como consecuencia de la expansión de la sociedad de consumo y el auge y ascenso paulatino de los salarios, permitió un ligero repunte de la mano de obra cualificada dedicada al abastecimiento de la población madrileña (como los panaderos), a la dotación de servicios básicos (como los barberos) y a la supervivencia de la producción y venta artesanal de bienes de consumo de todo tipo como relojes, paraguas, ceniceros o muebles (Figura 6.19). Un ámbito económico muy heterogéneo que en el Ensanche Este de la ciudad, dedicado mayoritariamente al uso residencial, absorbía cerca de la décima parte de su fuerza laboral manual en vísperas de la II República (Figura 6.18).

Lugar de trabajo	1905	1930	Diferencia
Taller o dirección particular	41,11	35,84	-5,27
Fábricas y empresas privadas	14,67	19,33	+4,66
Transportes	6,44	12,70	+6,26
Eventual o variable	2,22	10,25	+8,03
Empresas públicas	10,22	8,62	-1,60
Casa propia	23,33	7,35	-15,98
Obras	2,00	5,90	+3,90
Indican lugar de trabajo	39,96	38,44	-1,52

Figura 6.23. Evolución de los lugares de trabajo de los trabajadores manuales cualificados del Ensanche Este de Madrid (1905-1930). Hombres mayores de 14 años que indicaron dónde o para quienes trabajaban. AVM, Estadística, padrones de Madrid de dichos años. Datos porcentuales.

⁸⁷ AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria: información sobre la ciudad, año 1929*. Edición digital a cargo de Carmen Priego, Museo Municipal de Madrid, 2006, pág. 147.

Pero las mencionadas transformaciones internas acaecidas en el mercado de trabajo manual madrileño no se ciñeron únicamente al mero vaivén porcentual entre los distintos segmentos productivos que lo formaban, a la mutación del *qué* se producía y *cómo* era distribuida la mano de obra manual por los distintos segmentos productivos (Figuras 6.17 y 6.18). La metamorfosis también afectó intensamente al *dónde* y *para quién* trabajaba esta mano de obra cualificada madrileña, siendo estos cambios fruto de la pérdida de la autonomía y el control de los ritmos de la producción por parte de los artesanos particulares en detrimento de una creciente concentración de la actividad económica en manos de corporaciones, fábricas y sociedades de mayor escala (Figura 6.23). En 1930, Madrid todavía distaba de ser una ciudad eminentemente industrial cuyas señas de identidad fueran la integración de la organización científica del trabajo y la mecanización de la producción en cadena. Pero sí acogía en su seno relevantes exponentes de las modernas economías de escala forjadas a lo largo del primer tercio del siglo XX en el país. Madrid fue testigo de cómo se fue fraguando en estas décadas una economía de aglomeración urbana en la que el tamaño de las estructuras industriales, su composición y organización, y su necesidad de capitales y trabajadores cualificados fue cada vez mayor, lo cual tuvo profundas implicaciones en el mercado laboral de la capital⁸⁸.

Lugar de trabajo	Metal-energía			Construcción			Textil y cuero		
	1905	1930	Dif.	1905	1930	Dif.	1905	1930	Dif.
Eventual o variable	1,2	6,6	+5,4	4,5	22,0	+17,5	0	3,2	+3,2
Transportes	11,2	17,5	+6,3	8,1	5,8	-2,3	0	3,2	+3,2
Fábricas y empresas privadas	23,5	25,7	+2,2	8,1	9,1	+1,0	8,3	6,4	-1,9
Obras	0	0,5	+0,5	8,1	22,0	+13,9	0	0	0
Empresas públicas	15,9	10,7	-5,2	2,7	8,7	+6,0	13,9	10,6	-3,2
Taller o dirección particular	31,8	33,5	+1,7	51,4	24,1	-27,3	33,3	60,6	27,3
Casa propia	16,5	5,6	-10,9	17,1	8,3	-8,8	44,4	16,0	-28,5

Figura 6.24. Evolución de los lugares de trabajo de los trabajadores manuales cualificados del Ensanche Este de Madrid por sectores (1905-1930). Hombres mayores de 14 años que indicaron dónde o para quienes trabajaban. AVM, Estadística, padrones de Madrid de dichos años. Datos porcentuales.

El sistema productivo preindustrial, basado en la manufactura independiente y autónoma del artesanado particular afincado en la ciudad, emitió en estas décadas sus últimos estertores, quedando confinado a ámbitos muy reducidos y concretos situados en los márgenes de la nueva economía urbana. La presión ejercida por el capitalismo avanzado y la creciente mecanización y división del trabajo, potenciaron la concentración de capitales, trabajadores y la producción en empresas, fábricas y sociedades anónimas de tamaño cada vez mayor. Esta dinámica hizo sucumbir a la mayor parte del artesanado madrileño particular, aquel que era dueño de su propio taller u obrador, incapaz de ser competitivo en un mercado de consumo integrado. Si hasta finales del siglo XIX una parte de éstos pudo resistirse mal que bien a perder el control íntegro de la producción de bienes en sus establecimientos, en los años treinta del siglo

⁸⁸ Los resultados obtenidos a través de los padrones municipales respecto a estos elementos de transformación interna del mercado de trabajo manual cualificado alberga resultados similares más allá de las pequeñas diferencias específicas de cada zona de estudio, lo cual corrobora esta visión de conjunto. PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

XX su claudicación era un hecho irreversible. La mayoría se vio obligada a convertirse en meros trabajadores asalariados en las nuevas unidades de producción o a reconvertir sus negocios particulares en puntos de distribución, venta o reparación de bienes que ya no producían, en definitiva, en pequeñas pero necesarias piezas de engranaje de las economías de escala más relevantes de la capital.

De este modo, a lo largo del primer tercio del siglo XX la proporción de trabajadores manuales cualificados residentes en Madrid que eran dueños del modesto taller en el que trabajaban o que estaban ocupados en uno de ellos se redujo considerablemente (Figura 6.23). Muchos cerraron o se vieron absorbidos por las modernas empresas y fábricas surgidas en estos años. Y los que resistieron, lo hicieron a costa de adaptarse a una evidente reducción del volumen de negocio, lo que se tradujo en una disminución del tamaño de sus modestas plantillas de trabajo. Allí donde antes el maestro zapatero, el sastre o el herrero tenían contratados a varios oficiales ahora sólo había uno o dos como mucho, mientras que en los talleres y obrajes de menor escala, sus dueños cubrieron su escasa demanda laboral casi en su totalidad con sus propios familiares (Figura 6.24).

Categoría profesional de los trabajadores de distintos centros industriales de Madrid (1930)	Ferrocarril	Casa de la Moneda	Fábrica de Tapices	Platerías Meneses y Espuñes	Telefónica	Fábrica de Tabaco
Trabajadores manuales no cualificados	16,95	29,31	43,48	39,62	6,06	5,00
Trabajadores manuales cualificados	12,64	8,62	52,17	37,74	4,55	1,25
Empleados	53,74	51,72	4,35	16,98	72,73	68,75
Otros	16,67	10,35	0,00	5,66	16,66	25,00
Número de trabajadores residentes en el Ensanche Este	696	58	23	53	132	80

Figura 6.25. Categoría profesional de los trabajadores de los principales centros industriales del Ensanche Este en 1930. Para su elaboración, se ha seguido el mismo procedimiento que en la Figura 3.29. Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrón de 1930.

Esta destrucción del empleo manual cualificado acaecida en los modestos talleres, establecimientos y obrajes de la capital, abocó por una parte a un mayor número de fontaneros, mecánicos, zapateros, costureros, albañiles y carpinteros entre otros, al trabajo eventual ligado a la fluctuante demanda productiva, especialmente en el sector de la construcción. Pero por otro lado, y éste fue el factor más novedoso, parte de este excedente laboral, generalmente el más cualificado, fue fagocitado por las pujantes fábricas y empresas privadas asentadas en la ciudad, por las grandes compañías de transporte público, ferrocarril y telecomunicaciones, por aquellas industrias de rango medio instaladas en la metrópoli madrileña que adoptaron en su seno la moderna organización y división del trabajo o por las instituciones y corporaciones públicas de mayor tamaño. La elevada repatriación de capitales generada por la pérdida de las colonias antillanas, la oportunidad que significó la neutralidad española en la Gran Guerra en campos como la exportación y la nacionalización de sectores clave como el financiero, el industrial o el eléctrico (entendida como la compra del capital por sociedades y empresarios españoles, no por el Estado), y la política proteccionista estatal seguida por los distintos gobiernos hasta la II República (potenciada más si cabe durante la dictadura de Primo de Rivera), generaron un caldo de cultivo óptimo para el

definitivo despegue de la gran empresa en España y la aparición de las primeras corporaciones nacionales⁸⁹.

Los grandes monopolios y corporaciones públicas como Telefónica, el Banco de España o CAMPSA, los gigantes ferroviarios como MZA, Norte o en menor medida Ferrocarriles Andaluces (todas ellas en graves apuros económicos desde los años veinte que culminarían en su posterior nacionalización bajo las siglas de RENFE tras la Guerra Civil), las pujantes compañías e industrias modernas de capital nacional e internacional surgidas al calor de la segunda oleada industrial, como AEG, Standard Eléctrica, Hidroeléctrica Española, Papelera Española o la Sociedad Azucarera de Madrid, aglutinaron en sus modernas instalaciones un amplio número de trabajadores manuales y empleados siguiendo una organización productiva basada en la especialización y división del trabajo. De este modo, la gran empresa, adalid del crecimiento económico auspiciado en las potencias occidentales más avanzadas durante la expansión del capitalismo avanzado, se convirtió en uno de los nuevos focos de demanda laboral del mercado artesanal madrileño, tendencia que era coincidente con las presentes en las demás metrópolis occidentales⁹⁰. Una relevancia creciente que se dejó sentir en las estadísticas municipales, que ponían de manifiesto cómo crecía con fuerza tanto el número de sociedades y empresas que declaraban tener en sus nóminas a centenares de obreros contratados en la gran empresa⁹¹, así como el incremento por encima de la media del ratio obrero/patrono en las industrias ligadas a los sectores productivos referentes de la modernización económica madrileña, a saber, los transportes, la construcción, la metalurgia y las industrias eléctrica y química⁹².

A medida que la segunda fase de la industrialización y el capitalismo avanzado se asentaron en las grandes urbes, sus mercados laborales sufrieron profundas mutaciones. Las nuevas ocupaciones manuales consistieron por norma general en realizar funciones cada vez más específicas dentro de una dinámica creciente de división social y mecanización del trabajo a cambio de un salario estable. Así, el organigrama de las grandes empresas, primeros actores resultantes de dichos procesos, se fragmentó en infinidad de departamentos a tenor de la cualificación y complejización de sus tareas productivas, demandando en su actividad industrial una cantidad creciente de mano de obra manual procedente de todo el espectro de la cualificación y experiencia, tanto jóvenes inexpertos como trabajadores maduros muy experimentados. De este modo, las plantillas de las grandes y medianas empresas madrileñas, del mismo modo que las afincadas en Barcelona, París, Berlín, Londres o Nueva York, estaban compuestas por una mano de obra manual muy amplia, en las que convivían trabajadores cualificados altamente especializados por un lado, claves en el engranaje

⁸⁹ GONZÁLEZ CALLEJA, E. *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930. Op. Cit.*; MOHEDANO, J.: “Las fusiones de empresas en España (1890-1913). Una primera aproximación”, *Revista de Historia Industrial*, nº 14, 1998, pp. 189-220; CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: “La gran empresa en España (1917-1974). Una primera aproximación”, *Revista de Historia Industrial*, nº 3, 1993; GARCÍA RUIZ, J. L.: “La empresa en Madrid: una realidad condicionada por la capitalidad”, en GARCÍA RUIZ, J. L. y MANERA ERBINA, C. (Dir.): *Historia empresarial de España. Enfoque en profundidad*, LID, Madrid, 2006; COMÍN, F. y MARTÍN ACEÑA, P.: *Los rasgos históricos de las empresas en España: un panorama* Fundación Empresa Pública, Madrid, 1996; GARCÍA DELGADO, J.L. (coord.): *Historia de la empresa mundial y de España*”, Síntesis, Madrid, 1998.

⁹⁰ CHANDLER, A.D.: *Scale and scope. The dynamics of industrial capitalism*, The Belknap press of Harvard University Press, Cambridge, 1990.

⁹¹ JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, *Op. Cit.*, pp. 441-444.

⁹² DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA: *Censo de la población de España... el 31 de diciembre de 1920*, Vol. 5, Ministerio de Trabajo y Previsión, Madrid, 1928.

industrial y difícilmente reemplazables a corto plazo, con trabajadores auxiliares, jornaleros y temporeros por otro, distribuidos a lo largo del proceso productivo en las tareas más sencillas, mecanizadas y que eran fácilmente sustituibles a pesar de que dicha labor productiva fuera igualmente imprescindible para el desempeño de la actividad empresarial con normalidad.

Empresa	Nombre	Edad	Profesión	Sueldo	Empresa	Nombre	Edad	Profesión	Sueldo
Espuñes	V. Lisbona	44	platero (m)	7.800	MZA	A. Robles	43	fogonero	11.000
Espuñes	J. Rodríguez	48	cincelador (m)	7.260	MZA	A. Gómez	49	cortador	7.665
Espuñes	no indica	29	limador	2.500	MZA	J. Martínez	56	tornero	6.100
Espuñes	F. Alia	41	platero	12,50	MZA	M. Romero	43	carpintero	4.745
Meneses	R. Muñoz	50	platero	10,00	MZA	L. Aybar	35	cerrajero	3.320
Espuñes	M. Palacios	35	platero	9,00	MZA	M. López	46	forjador	3.000
Espuñes	J. García	31	platero	8,00	MZA	P. Rodríguez	49	maquinista	15,00
Meneses	V. Herrera	39	jornalero	8,00	MZA	M. Sánchez	52	ajustador	13,00
Meneses	A. Cardín	86	broncista	7,50	MZA	L. Rebyrol	68	tornero	12,80
Meneses	A. Molina	70	jornalero	7,50	MZA	P. Herrero	56	fundidor	10,00
Espuñes	M. Montes	45	mozo	7,00	MZA	S. Díez	67	semaforista	9,82
Espuñes	E. Zorzo	51	trabajador	6,00	MZA	M. Pérez	30	fogonero	9,00
Espuñes	S. Brigidano	34	trabajador	5,00	MZA	J. González	32	forjador	8,60
Espuñes	J. Díaz	50	jornalero	5,00	MZA	R. Frados	25	electricista	7,50
Espuñes	S. García	45	jornalero	4,50	MZA	J. García	29	mozo andén	6,47
Espuñes	no indica	16	cincelador (a)	2,00	MZA	P. González	25	temporero	6,00
Meneses	no indica	16	aprendiz	1,00	MZA	R. Gamaño	50	jornalero	3,00

Figura 6.26. Muestra de los trabajadores manuales (cualificados o no) contratados por las platerías Espuñes y Meneses por un lado, y por el gigante ferroviario MZA por otro, residentes en el Ensanche Este en 1930. La línea horizontal divide los que percibían un sueldo anual de los que declararon un jornal diario. Sueldos en pesetas. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

La MZA era un de esas grandes sociedades que necesitaba disponer en su plantilla de trabajadores manuales tanto a maquinistas, ajustadores, fogoneros y mecánicos experimentados como Pedro Rodríguez o Manuel Sánchez, que cobraban un jornal de 15 y 13 ptas. respectivamente, o a Antonio Robles y José Martínez, cuyos sueldos anuales superaban las seis mil pesetas, como a jornaleros, suplementarios, temporeros y trabajadores de contrata, de escasa especialización y cuyo jornal rondaba entre las 3 y las 6 pesetas, como era el caso de Ramón Gamaño o Pedro González (Figura 6.26). A una escala menor, fábricas, compañías y empresas de nivel medio presentes en la capital, como Perfumerías Gal, las platerías Meneses y Espuñes, las modernas fábricas cerveceras de Mahou y Águila, la fundición tipográfica de Richard Gans o las imprentas Rivadeneyra y Prensa Española, además de las ya existentes Reales Fábricas de Tapices o Tabacos, también instituyeron claros ejemplos de economías de escala con organigramas productivos ramificados, segmentados y especializados por secciones, departamentos y áreas laborales fruto de la nueva división y organización del trabajo capitalista⁹³. De este modo, los obreros manuales adscritos a

⁹³ JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984; BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ MARTÍN, J.A. y DEL REY REGUILLO, F.: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid. 1887-1987. Historia de una institución centenaria*, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1988; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital*, Op. Cit.; “Una ciudad de empleados: el

los sectores productivos más modernos componían un capital humano de alto valor económico dada su especificidad, experiencia y la escasa posibilidad de reemplazo existente en el mercado laboral madrileño a corto plazo, por lo que fueron generalmente un sector muy valorado por los gerentes de las empresas y fábricas en las que trabajaban. De ahí que éstas desarrollasen políticas activas para fidelizar a sus trabajadores mediante el cobro de jornales superiores a la media y el ofrecimiento de múltiples ventajas y servicios en ámbitos como la formación cultural, el fomento del deporte, la disponibilidad de crédito o ciertas facilidades a la hora de alquilar una vivienda⁹⁴.

Lugar de trabajo	Diferencias salariales según el sector productivo (en ptas. por día)					Media
	Mecánicos	Metalúrgicos	Textil y cuero	Artes gráficas	Construcción	
Fábricas y empresas privadas	10,19	9,02	9,33	9,84	9,26	9,15
Empresas públicas	7,81	7,56	7,25	7,25	7,40	7,36
Talleres particulares	7,57	6,98	6,38	6,37	7,61	7,18
Proporción sueldos anuales	10,1%	9,3%	7,9%	12,4%	2,5%	8,5%

Figura 6.27. Diferencias salariales existentes en el jornal medio diario (en pesetas) dentro del mercado de trabajo manual cualificado madrileño en función del lugar de trabajo y del sector productivo en 1930. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

Sin embargo, la diferencia entre trabajar para una gran empresa o para un modesto taller no radicaba sólo en el orgullo profesional que destilaba, en el tamaño del edificio o en la complejidad de la plantilla, sino que también tenía profundas consecuencias salariales (Figura 6.27). La brecha era incuestionable entre los emolumentos percibidos por los obreros cualificados adscritos a los sectores económicos más pujantes de la ciudad y que trabajaban para empresas y fábricas de tamaño medio o alto, y los que lo hacían en pequeños talleres relativos a sectores poco modernizados como el textil o el cuero⁹⁵. Así, si el jornal medio del trabajador cualificado en el Ensanche Este era de 7,88 ptas. en 1930, el jornal medio de los trabajadores del metal contratados por grandes empresas privadas era de 9,02 frente a las 6,98 ptas. de los que lo hacían en talleres y obrajes particulares; el sueldo diario de los adscritos a las artes gráficas ocupados en grandes imprentas como las de ABC, Sol o

nuevo perfil profesional de la población madrileña de 1930”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit., pp. 193-218; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

⁹⁴ En esos años, fueron numerosas las grandes y medianas empresas como MZA, Norte o la Cooperativa Eléctrica, que ofertaron a sus empleados y trabajadores manuales contratados, bajo un halo paternalista, servicios como asociaciones deportivas, escuelas, bibliotecas, economatos específicos con grandes descuentos, anticipos de interés, viviendas en alquiler propiedad de la empresa a bajo precio, etc. BALLESTEROS DONCEL, E. y MARTÍNEZ VARA, T.: “Evolución del empleo en el sector ferroviario español, 1893-1935”, en *Revista de Historia Económica*, XIX, 3, 2001, pp. 637-678; BALLESTEROS DONCEL, E.: “La concesión de anticipos sin interés a los empleados de la compañía MZA, (1857-1875): una forma de crédito singular”, en *Anuario jurídico y económico escorialense*, nº 32, 1999, pp. 1029-1046; AUBANELL JUBANY, A.: “La élite de la clase trabajadora. Las condiciones laborales de los trabajadores de las eléctricas madrileñas en el período de entreguerras”, en *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, nº 119, (17), 2002; MARTÍNEZ VARA, T.: “Los costes laborales en una empresa líder: la Compañía de los Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y a Alicante, 1913-1935”, *II Congreso de Historia Ferroviaria*, Aranjuez, 2001.

⁹⁵ Estos datos son confirmados con los resultados obtenidos de forma coetánea en el Ensanche Sur de la ciudad. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros.*, Op. Cit., pp. 483-495.

Vicente Rico ascendía a las 9,84 ptas. frente a las 6,37 de los trabajadores de entidades tipográficas más modestas como la de Muniesa; los mecánicos contratados en grandes empresas cobraban en torno a las 10,19 ptas. diarias frente a las 7,57 ptas. de media de los que trabajaban en talleres particulares y compañías más modestas⁹⁶. Pero las desigualdades no quedaron ahí, ya que las grandes empresas y fábricas madrileñas, que tenían garantizada una sólida demanda del mercado y que por ello debían ofrecer un flujo productivo constante, fueron las primeras del sector privado que empezaron a apostar con fuerza por la contratación estable de sus trabajadores (la proporción de trabajadores manuales cualificados que declararon tener un sueldo anual pasó del 3,2 en 1905 al 8,5% en 1930, cifra que se acercaba a la quinta parte del total en el caso de los contratados por las grandes empresas privadas y las corporaciones estatales⁹⁷).

Estas transformaciones de calado que afectaron a la actividad económica madrileña y a sus mercados laborales a partir de la neutralidad española en la Gran Guerra, generaron una fuerte oposición social en la ciudad. Hasta entonces, la conflictividad laboral en la capital había sido de escasa magnitud en comparación a la volcánica inestabilidad de Barcelona, Vizcaya o Asturias. Ésta sólo era visible en cíclicos motines de subsistencias y saqueos de tinte preindustrial generados por la falta de trabajo o la carestía del abasto. Sin embargo, durante el sexenio 1917-1923 se produjo en Madrid la modernización de la conflictividad laboral como respuesta a los nuevos desafíos puestos sobre la mesa por la nueva organización del trabajo capitalista. De este modo, se expandió entre los trabajadores de la capital el uso de nuevas herramientas de protesta colectiva como los boicots, las huelgas y los *lock-outs* (en los que primaban las ramas industriales sobre los oficios), se formaron las primeras federaciones y sindicatos de industria corporativistas como reacción a la concentración empresarial y se empezaron a presentar propuestas económicas y legislativas específicas en los conflictos laborales. Unas formas que orillaron anteriores prácticas como los motines de Corte, las crisis de subsistencias, la defensa del *justiprecio*, las turbas o las asociaciones de oficio⁹⁸. Madrid en particular, y las principales urbes industriales españolas en general, se integraron así en la oleada de protestas revolucionarias que sacudieron Europa entre 1917 y 1920 especialmente, cuando los ecos de la Revolución de Octubre y los movimientos *terceristas* y *espartaquistas* que recorrieron países como Alemania, Francia o Italia, insuflaron cierta fuerza moral a la lucha social iniciada ante las profundas transformaciones socioeconómicas que se estaban produciendo en el conjunto de la sociedad urbana europea⁹⁹. Con todo, la instauración de la dictadura de Primo de Rivera y su deseo de alcanzar la paz social eludiendo la confrontación dentro de un modelo de sociedad corporativista, objetivo en el que encontró a un férreo aliado en la UGT y la Casa del Pueblo, posicionada en los años veinte en posiciones más

⁹⁶ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

⁹⁷ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

⁹⁸ SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera*, Op. Cit.; “Madrid, capital de la protesta: de agosto de 1917 a julio de 1936”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. Extra., UCM, 2007, pp. 301-312; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital*, Op. Cit., pp. 707-775.

⁹⁹ CRONIN, J. E.: “Labor Insurgency and Class Formation: Comparative Perspectives on the Crisis of 1917-1920 in Europe”, en CRONIN, J.E. y SIRIANI, C. (ed.): *Work, Community and Power. The Experience of Labor in Europe and America, 1900-1925*, Temple University Press, Filadelfia, 1983; MAGRI, S. y TOPALOV, C.: *Villes ouvrières, 1900-1950*, L'Harmattan, París, 1989; TILLY, C. y SHORTER, E.: *Las huelgas en Francia, 1830-1968*, Ministerio de Trabajo, Madrid, 1985; MORALES MOYA, A.: “La reforma social en su perspectiva europea” en PALACIO MORENA, J. I. (coord.): *La Reforma Social en España. En el centenario de Reformas Sociales*, CES, Madrid, 2004, pp. 7-24.

sosegadas y abiertas a la negociación, generó un paréntesis en esta lucha de clases en ciernes que explotaría con virulencia tras el advenimiento de la II República¹⁰⁰.

Sector productivo	Obreros cualificados							Obreros no cualificados						
	Salario/hora (ptas.)				Evolución (1914=100)			Salario/hora (ptas.)				Evolución (1914=100)		
	1914	1920	1925	1930	1920	1925	1930	1914	1920	1925	1930	1920	1925	1930
Servicios	0,44	0,67	0,92	1,15	152	209	261	0,34	0,54	0,73	0,73	159	215	215
Metalurgia	0,63	1,40	1,54	1,46	222	244	232	0,33	0,64	0,81	0,93	194	245	282
Hierro	0,60	1,13	1,30	1,44	188	217	240	0,36	0,73	0,89	0,90	203	247	250
Químicas	0,45	0,81	1,04	1,05	180	231	233	0,33	0,67	0,84	0,82	203	255	248
Tabaco	0,56	1,04	1,08	1,59	186	193	284	0,32	0,79	0,79	0,94	247	247	294
Construcción	0,56	1,08	1,35	1,32	193	241	236	0,39	0,78	1,06	1,04	200	272	267
Eléctricas	0,51	0,91	1,20	1,30	178	235	255	0,27	0,65	0,89	1,17	241	330	433
Alimentación	0,51	1,17	1,17	1,11	229	229	218	0,36	0,96	1,05	0,88	267	292	244
Libros	0,72	1,08	1,57	1,59	150	218	221	0,51	0,80	1,02	0,98	157	200	192
Papel, cartón	0,40	0,75	1,07	0,97	188	268	243	0,32	0,65	0,78	0,84	203	244	263
Vestido	0,56	0,92	1,10	0,94	164	196	168	0,39	0,69	0,89	0,70	177	228	179
Cuero, pieles	0,50	0,85	1,11	0,94	170	222	188	0,30	0,52	0,75	0,81	173	250	270
Madera	0,73	1,40	1,43	1,34	192	196	184	0,48	1,04	1,05	0,84	217	219	175
Transporte	0,39	0,93	1,03	1,47	238	264	377	0,47	0,96	1,04	0,91	204	221	194
Mobiliario	0,62	1,08	1,38	1,33	174	223	215	0,41	0,57	1,00	0,95	139	244	232
Ornamentación	0,62	1,17	1,49	1,39	189	240	224	0,50	0,83	1,10	0,94	166	220	188
Cerámica	0,46	0,77	0,91	1,05	167	198	228	0,37	0,62	0,75	0,74	168	203	200
Vidrio, cristal	0,58	1,06	1,45	1,53	183	250	264	0,33	0,62	0,94	0,98	188	285	297

Figura 6.28. Evolución de los salarios obreros masculinos en la provincia de Madrid entre 1914 y 1930. Datos extraídos de: MINISTERIO DE TRABAJO Y PREVISIÓN: *Estadística de salarios y jornadas de trabajo referida al período 1914-1930*, Dirección General de Trabajo, Madrid, 1931, pp. 42-45. Sobre fondo gris se señalan los sectores productivos donde el ascenso salarial fue mayor entre los obreros cualificados. En el resto de casos fueron los no cualificados los que vieron aumentar más sus salarios.

Las causas económicas de esta evolución de la conflictividad social fueron múltiples y variadas. Sin afán de ser exhaustivo, se debe incidir en cómo durante el primer tercio del siglo XX la tendencia hacia la diversificación y complejización de la producción y organización industrial en el mundo urbano español por un lado, y la expansión del capitalismo avanzado por otro, incrementaron la especialización laboral, la concentración de capitales en grandes empresas y la mecanización del tejido productivo. Estos elementos modificaron drásticamente el mercado de trabajo manual madrileño al arrancar de las manos de la inmensa mayoría de los miles de artesanos residentes en la urbe la independencia y el control de la producción, ya que en el nuevo contexto económico capitalista no podían ser competitivos en unos mercados cada vez más integrados nacional e internacionalmente. Muchos oficios desaparecieron bajo el rodillo de la modernización mientras que otros tuvieron que transformarse por completo

¹⁰⁰ BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ MARTÍN, J.A. y DEL REY REGUILLO, F.: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid. 1887-1987. Historia de una institución centenaria*, Op. Cit.; BAHAMONDE, A. (coord.): *Historia de España del siglo XX, 1875-1939*. Cátedra, Madrid, 2000.

para evitar su disolución. Entonces más que nunca la máxima de *renovarse o morir*, diatriba que había pululado sobre las cabezas del artesanado madrileño a lo largo de todo el siglo XIX, adquirió todo su significado al ser una decisión que no podía postergarse más.

Además, aunque entre 1905 y 1930 los jornales de los trabajadores manuales aumentaron en términos nominales considerablemente, no lo hicieron en términos constantes por culpa de la fuerte escalada de la inflación surgida durante la I Guerra Mundial. Entre 1914 y 1920, los precios en España se incrementaron a un ritmo del 7% anual mientras que los salarios, aunque también crecieron, lo hicieron en una cadencia palmariamente inferior¹⁰¹. El resultado en cuanto a la población madrileña fue una reducción general del 18% de su poder adquisitivo en estos años¹⁰². Una contracción que, si bien afectó de forma más crítica a las familias encabezadas por obreros y jornaleros poco o nada especializados dado su menor margen de maniobra, desde un punto general y tomando como referencia la evolución de los sueldos reales de los trabajadores manuales de la ciudad, esta depreciación fue de mayor calado entre los obreros cualificados, ya que sus emolumentos medios entre 1914 y 1930 crecieron a un ritmo sensiblemente inferior al de los peones y aprendices (mientras que los primeros vieron incrementado su sueldo en un 100%, los segundos lo hicieron en un 125 y un 118% respectivamente)¹⁰³. Una tendencia que, no obstante, fue muy sensible a factores socioeconómicos como el carácter industrial y moderno del sector productivo en el que los trabajadores se hallaban adscritos, su cualificación laboral, el grado de mecanización de su actividad, su pertenencia a pujantes economías de escala o la fuerza sindical mostrada por cada colectivo a la hora de mejorar o mantener su status laboral, generando de este modo radicales diferencias internas en la evolución salarial del mercado laboral manual madrileño. Así, mientras que tipógrafos, linotipistas, litógrafos, alfareros, impresores, ferroviarios, factores, maquinistas y los trabajadores ligados a instituciones y servicios públicos entre otros, no sólo lograron mantener su privilegiada posición laboral sino también acrecentar la brecha salarial que les separaba de los peones y aprendices de dichos oficios, otros vieron cómo la expansión del obrero masa poco cualificado vinculado a la mecanización de la actividad productiva redujo considerablemente dicho margen salarial, especialmente entre los zapateros, sastres, metalúrgicos, albañiles, pintores y los trabajadores relacionados con la electricidad (Figura 6.28).

Como consecuencia de ello, la brecha socioeconómica existente entre los dos grandes agregados que componían el mercado laboral manual de la ciudad se fue reduciendo paulatinamente en estos años, tensionando las relaciones entre ambos y dinamitando en gran medida, al menos hasta la II República, la creación de posibles lazos de lealtad y solidaridad de clase que unieran bajo las mismas aspiraciones a unos y otros, ya que en muchos ámbitos eran más rivales que compañeros¹⁰⁴. Un fenómeno

¹⁰¹ MALUQUER DE MOTES, J.: “Consumo y precios”, en CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coords.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. II, *Op. Ci.*, pp. 1247-1296;

¹⁰² BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ MARTÍN, J.A. y DEL REY REGUILLO, F.: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid. 1887-1987...*, *Op. Cit.*, pág. 209.

¹⁰³ MINISTERIO DE TRABAJO Y PREVISIÓN: *Estadística de salarios y jornadas de trabajo referida al período 1914-1930*, Dirección General de Trabajo, Madrid, 1931, pp. XXXIII-XXXVIII.

¹⁰⁴ La rivalidad entre los obreros *instruidos* y los *sin oficio* fue más que evidente en el período 1917-1923, en ámbitos como los albañiles y peones de la construcción, o los panaderos candealistas y el resto de trabajadores de las artes blancas. SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera*, *Op. Cit.*

generalizado en el conjunto de la capital, pero que era matizable en la especificidad de su Ensanche Este¹⁰⁵. En este espacio urbano, la desigualdad salarial soportada en el interior del mercado laboral manual cualificado se mantuvo incólume en relación a principios de siglo, si bien aumentó ligeramente entre los obreros sin oficio y los jornaleros¹⁰⁶. Además, la relativa concentración residencial en sus calles de trabajadores cualificados empleados de forma estable en el pujante sector papelerero, en instituciones públicas como la Casa de la Moneda y la Real Fábrica de Tapices, en los talleres de la MZA, de la Compañía Madrileña de Tranvías y del Metropolitano, o en empresas de aparatos mecánicos como Schneider o Electrodo, representantes de los estratos laborales mejor remunerados de la ciudad, situó el jornal medio de la mano de obra artesana allí residente por encima de las cifras consignadas en los Ensanches Norte y Sur, aumentando de este modo la diferencia porcentual salarial consignada en este período del 21% de 1905 al 32% de 1930 (Figura 6.29). Pero, si bien el sueldo diario de los jornaleros residentes en el Ensanche Este no mostró signos de convergencia respecto al de los artesanos, en cambio sí lo hicieron los alquileres mensuales medios satisfechos por unos y otros, donde la diferencia se redujo desde un desorbitado 153% en los albores de la Restauración borbónica, a una cifra más tenue, del 32% en las vísperas de la II República, muestra de la homologación de las condiciones socioeconómicas de ambos grupos (Figura 6.29). La raíz de esta divergente evolución de los salarios y alquileres de unos y otros, que tuvo como resultado la concreción de la diferenciación salarial y residencial en torno a la tercera parte, derivó de la mejora sustancial del número de días al año que los jornaleros fueron contratados. La estabilización productiva que la gran y mediana industria moderna que se instaló en la capital durante el primer tercio de siglo implantó a través de la adopción de la nueva organización científica del trabajo y los ritmos constantes de producción, redujo considerablemente la eventualidad de los ingresos de la población jornalera, hasta entonces cautivos de una demanda industrial excesivamente inconstante, con grandes picos y valles productivos derivados de unos ritmos de trabajo anclados en el pasado, en variaciones temporales y estacionales.

Año	Jornal diario (ptas.)			Alquiler mensual (ptas.)		
	Cualificado	No cualificado	Dif. (%)	Cualificado	No cualificado	Dif. (%)
1878	2,95	2,09	41,15	42,26	16,68	153,36
1905	2,81	2,32	21,12	27,88	17,24	61,72
1930	7,88	5,97	31,99	64,09	48,51	32,12

Figura 6.29. Evolución salarial de los trabajadores manuales residentes en el Ensanche Este de Madrid según su cualificación. El jornal diario ha sido calculado sobre el total de trabajadores manuales mayores de 14 años que indicaron un sueldo diario, del mismo modo que para proceder a calcular el alquiler medio. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1878, 1905 y 1930.

Una realidad socioeconómica que chocó de plano con los gruesos beneficios empresariales obtenidos durante la neutralidad española en la guerra del 14 y la férrea

¹⁰⁵ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros*, Op. Cit., pág. 477; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital*, Op. Cit.

¹⁰⁶ Los datos obtenidos del coeficiente de Gini realizado para los trabajadores manuales del Ensanche Este de Madrid a partir de sus jornales diarios confirman un pequeño repunte de la desigualdad salarial entre los jornaleros (de 0,09 en 1905 a 1,16 en 1930) pero no tanto entre los artesanos (estable en torno al 0,15). Sin embargo, si se tuvieran en cuenta los sueldos anuales que disfrutaban cerca del 10% de éstos, el aumento de la desigualdad en este ámbito quedaría patente.

negativa mostrada por sus gerentes y accionistas a equiparar la subida de los sueldos de los trabajadores manuales madrileños al mismo ritmo en el que crecía la inflación¹⁰⁷. Una masa obrera que estaba perdiendo poder adquisitivo y que temía la proletarización de su oficio ante el uso extensivo del trabajador poco cualificado para la mera supervisión de la maquinaria a lo largo del proceso productivo (génesis del *obrero-masa* que dominaría la industria occidental de la segunda posguerra mundial¹⁰⁸). Esto coadyuvó a que comenzaran a movilizarse y se rebelaran contra la pérdida del monopolio del control del mercado de trabajo local y de los ritmos de la producción. Un proceso que fue atemperado por las distintas resoluciones legislativas gubernamentales ratificadas a lo largo del primer tercio del siglo XX en pro de los derechos de los trabajadores, como las leyes de accidentes de trabajo (1900) y descanso dominical (1904), la creación del Instituto de Reformas Sociales (1903), la fundación del Instituto Nacional de Previsión (1908), la regulación de la jornada mercantil (1918), el decreto de las ocho horas laborables por día y 48 por semana (1919), la regulación de los precios por aranceles y tasas, la creación del Ministerio de Trabajo (1920), el Código de Trabajo o el Real Decreto-Ley por el cual se establecía una organización corporativa dirigida a regular las relaciones laborales por medio de comités mixtos, paritarios de obreros y patronos (1926)¹⁰⁹. Estas iniciativas, surgidas a raíz de duras luchas sociales, favorecieron una creciente toma de conciencia política y el fortalecimiento del sindicalismo organizado, espolearon nuevas exigencias laborales, y potenciaron los movimientos huelguísticos, la participación política y el discurso de la lucha de clases, que empezó a permear la sociedad madrileña en particular, y la de las principales urbes industriales españolas en general, tras la Gran Guerra¹¹⁰.

Los años que siguieron al asesinato del archiduque Francisco Fernando fueron años de compleja e intensa transformación económica de la capital, como también lo fueron para el conjunto del país. La expansión del capitalismo avanzado y los avances de la segunda revolución industrial, engendraron unos convulsos *tiempos modernos* que devinieron en la germinación de una sociedad de masas y de consumo capitalista asentada sobre los sólidos cimientos de la producción mecanizada, la división del trabajo, la concentración industrial y la lucha de clases. Estos fenómenos trastocaron la mayoría de las convenciones y prácticas socioeconómicas imperantes hasta principios del siglo XX, que fueron tachadas de viejas y desfasadas rápidamente, atropelladas por ese difuso fenómeno de la Modernidad. En este contexto, las sociedades urbanas europeas fueron el verdadero campo de batalla en el que durante las décadas interseculares se dirimieron las maniqueas y sangrientas disputas entre las distintas

¹⁰⁷ CARRERAS, A., y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España Contemporánea*, Op. Cit., pp. 223-261; GONZÁLEZ CALLEJA, E. *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*. Op. Cit.; VELARDE FUENTES, J.: “La economía española de 1914 a 1931”, en ANES, G. (Ed.): *Historia económica de España. Siglos XIX y XX*, Op. Cit., pp. 469-525; REY REGUILLO, F.: *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992.

¹⁰⁸ NEGRI, A.: *Del obrero-masa al obrero-social*, Anagrama, Barcelona, 1980.

¹⁰⁹ CASTILLO, S. y MONTERO, F.: “El INP, 1908-1918. Entre el seguro voluntario y el obligatorio: la libertad subsidiada”, y CUESTA BUSTILLO, J.: “Estado y Seguros Sociales en España. El Instituto Nacional de Previsión, 1919-1939”, ambos en: CASTILLO, S. (Dir.): *Solidaridad, seguridad, bienestar: cien años de protección social en España*, Ministerio de Trabajo e Inmigración, Madrid, 2008, pp. 13-48 y 49-88 respectivamente; DE VEGA, M. E. (Ed.): “Pobreza, beneficencia y política social”, *Ayer*, Marcial Pons, nº 25, Madrid, 1997.

¹¹⁰ SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera*, Op. Cit.; PÉREZ LEDESMA, M. (coord.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.

concepciones socioeconómicas, ideológicas y políticas puestas sobre el tapete, entre quienes defendían el statu quo anterior y los que se oponían radicalmente a él, entre los que veían sus derechos mermados y los que defendían sus privilegios adquiridos. La realidad estaba formada por la mezcla y interrelación de múltiples aristas, algunas similares, otras obligadas a entenderse entre sí y, las más radicales, totalmente opuestas y defendidas por sus correligionarios de forma atterradoramente maniquea. Sólo en este clima de permanente transformación y tensión se puede comprender la confluencia temporal de fenómenos socioeconómicos que, en teoría, podían parecer antitéticos como los que se sucedieron en el mercado laboral manual madrileño de entreguerras.

En el *haber* del hipotético balance relativo a las transformaciones socioeconómicas acaecidas en el mercado de trabajo manual madrileño durante los años veinte, habría que resaltar cómo las nuevas vetas productivas derivadas de la diversificación y complejización de la actividad económica madrileña favorecieron su formalización y asalarización de la fuerza de trabajo. Este proceso, en el que influyó considerablemente la creciente y estable demanda laboral emanada de los nuevos ritmos capitalistas impuestos por las modernas industrias de la urbe pertenecientes a sectores como la electricidad o la metalurgia, mejoró el nivel de vida de una buena parte de las familias jornaleras y artesanas, que apenas habían superado el de la mera subsistencia durante las décadas interseculares. Como resultado, se produjeron dos fenómenos ligados entre sí. En primer lugar, el incremento de los sueldos diarios medios cobrados por los trabajadores manuales cualificados y la población jornalera, y el aumento de su estabilidad laboral respecto a principios de siglo (cuando la demanda de trabajo era infinitamente superior a su oferta y lograr ocupación cada día algo poco asiduo), hizo menos acuciante la necesidad de los hogares encabezados por estos trabajadores manuales de suplir el presupuesto familiar. Esta circunstancia favoreció la reducción de personas ocupadas por hogar declarados por las familias de artesanos y jornaleros entre 1905 y 1930 hasta homologarse con la proporción de trabajo registrado en las familias encabezadas por empleados, que generalmente disfrutaban de un presupuesto más holgado¹¹¹. En segundo lugar y como consecuencia directa del factor anterior, también se produjo en estos años la reducción de la tasa de actividad laboral de la ciudad, según los padrones municipales rellenos por sus residentes. Una contracción que fue más pronunciada en las barriadas de mayor extracción popular, donde tenían un mayor peso específico las capas manuales, que en las más acaudaladas, donde la concentración residencial de personas no activas como propietarios, pensionistas, jubilados y universitarios de provincias llegados de familias acomodadas, ya era un fenómeno bastante asentado¹¹².

¹¹¹ A tenor de los datos recopilados de los padrones municipales de la ciudad, el proceso de convergencia entre los trabajadores por hogar declarados por las familias encabezadas por jornaleros, artesanos y empleados fue visible desde 1878 en todo el Ensanche. Así, tomando el valor de 1 como igual número de trabajadores que de personas residentes en un hogar, la cifra registrada entre las familias artesanas y jornaleras del Ensanche Este pasó del 0,40 al 0,36 (en el Ensanche Sur osciló del 0,51 al 0,33 entre las familias artesanas y del 0,43 al 0,32 entre las jornaleras) mientras que entre las familias de empleados este valor apenas se modificó, del 0,36 al 0,35 (del 0,38 al 0,32 en el Ensanche Sur). AVM, Estadística, padrones municipales de 1878, 1905 y 1930 y VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit., pág. 562.

¹¹² Entre 1878 y 1930, la tasa de actividad laboral de la población residente en el Ensanche Este (calculada sobre el total de hombres y mujeres mayores de 14 años) se redujo en 13 puntos porcentuales, del 56 al 43%, mientras que en el Ensanche Sur dicho descenso fue algo más pronunciado, de 17 puntos (del 66 al 49%). No obstante, esta apreciación debe tomarse con cierta cautela debido al alto ocultamiento del trabajo femenino y a la circunstancia de que nuevas investigaciones referidas a otras zonas de la

Profesión	1905	1930	Diferencia
Jornaleros	11,79	17,93	+52,08
Artesanos	16,67	23,16	+38,93
Empleados	43,87	49,46	+12,74

Figura 6.30. Hijos primogénitos varones de las familias encabezadas por trabajadores manuales que declararon ser estudiantes respecto al total que rellenó la casilla de profesión. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930.

Todo ello, unido a las políticas expansivas en materia de instrucción pública mencionadas anteriormente, hizo más factible que estos grupos sociales invirtieran más recursos en proporcionar una educación a sus hijos, en darles una formación que les convirtiera en un futuro en un capital humano más valioso. Este cambio cualitativo se dejó notar en varios ámbitos. En primer lugar, entre los hijos primogénitos de estas familias jornaleras y artesanas, los cuales tradicionalmente ayudaban en mayor medida que el resto de sus hermanos a cuadrar el presupuesto familiar en cuanto podían, se incrementó ostensiblemente la proporción de respuestas en el padrón municipal en las que éstos declararon ser *estudiantes* frente a los que señalaron tener algún oficio (Figura 6.30). Pero esta evolución educativa fruto de la mejora de las condiciones de vida de las clases menos acomodadas de la urbe no se circunscribió únicamente a la instrucción primaria realizada en edad escolar (que según el Estatuto del Magisterio de 18 de mayo de 1923 se extendía desde los tres hasta los catorce años), sino que también se dejó notar en el aún tímido incremento porcentual de los hijos varones en edad de trabajar que todavía continuaron estudiando, reflejo de una mejor valoración social de la educación como inversión y de una posición económica familiar más desahogada, que permitía tal elección más allá de la obligatoriedad defendida por la propia legislación (Figura 6.12).

De este modo, los años de entreguerras significaron para el mercado de trabajo manual de la capital una intensa diversificación y complejización económica, asentada sobre la mecanización de modernos sectores industriales que crecían con vigor. Además, sus integrantes experimentaron una cierta mejora de sus salarios y niveles de vida, una mayor estabilidad laboral y unas perspectivas de ascenso socioeconómico más halagüeñas. Por un lado, cada vez fueron más los jornaleros y artesanos que lograron medrar a lo largo de su vida y alcanzar, en numerosos casos, la condición de empleados asalariados, con el plus de estabilidad y tranquilidad que proporcionaba a la familia respecto a la incertidumbre que siempre había acechado a los trabajadores manuales en las décadas precedentes. Además, esta movilidad social ascendente acaecida especialmente entre el mundo del trabajo manual y el de los empleados también fue intergeneracional, de padres a hijos. El aprovechamiento de la favorable coyuntura económica de los años veinte permitió un mayor acceso de los hijos de los trabajadores manuales a la instrucción primaria, una relativa permeabilidad del sector servicios de la ciudad a la inclusión de éstos en sus segmentos económicos más humildes, y una simbiosis matrimonial entre ambos cada vez más frecuente. Unos factores cuya evolución en el primer tercio del siglo XX contrastaron radicalmente con el contexto que había imperado a lo largo del último cuarto del siglo anterior. Sin embargo, las aspiraciones de sus integrantes, lejos de hallarse más atemperadas ante la mejora

ciudad, especialmente el Extrarradio, acoten la extensión de este proceso al casco antiguo y la zona de Ensanche o, por el contrario, lo corroboren para el conjunto de la capital.

experimentada en estas décadas, se radicalizaron, lo que hizo que emprendieran una dura confrontación social para defender o alcanzar unas condiciones de trabajo mínimas en un contexto en el que las posiciones de clase se habían cimentado.

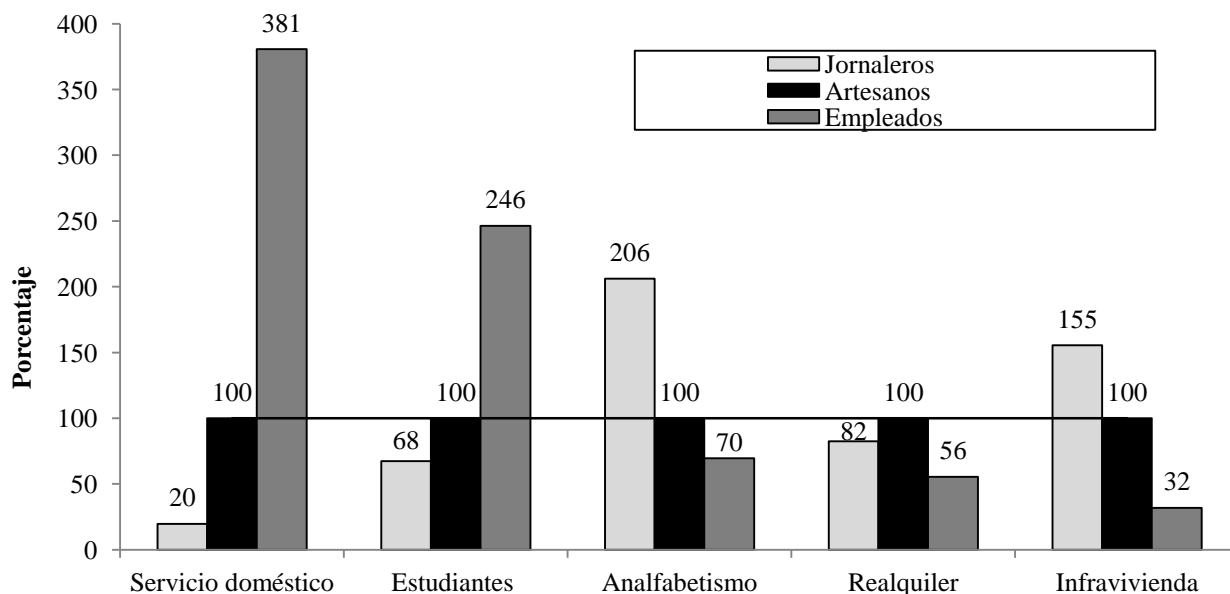


Figura 6.31. Divergencias de niveles de vida entre los jornaleros, los trabajadores manuales cualificados y los empleados de cuello blanco. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930. Datos porcentuales. El formato de esta Figura se ha extraído de: OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular*. Op. Cit., pág. 89.

Y es que la modernización económica de la capital en lo que respecta al mercado laboral manual de la capital, distó mucho de ser un proceso aséptico, carente de vencedores y vencidos. El ascenso de los sueldos nominales de los trabajadores manuales acaecido en el Madrid de la coyuntural *edad de plata* de la economía española, no procedió de la concesión directa y voluntaria de las ingentes ganancias y beneficios empresariales por parte de sus gerentes, accionistas y directores hacia sus obreros y empleados, sino que costó duras huelgas, boicots y lock-outs con distinto resultado entre 1917 y 1923 en los distintos sectores productivos de la capital. Durante los años en los que el poder adquisitivo de los trabajadores manuales menguó, y en los que se hizo patente la nula empatía existente hacia ellos por parte de los dirigentes, administradores y propietarios de estas grandes empresas, sólo la confrontación logró tales objetivos para la clase obrera. Una lección que permanecería latente pero bien aprendida en la memoria popular y obrera durante la dictadura primorriverista hasta la llegada de la II República.

Además, la expansión del capitalismo avanzado y la concentración industrial, el fortalecimiento de la mecanización y las crecientes anexiones que recibió la organización científica del trabajo¹¹³, acabaron con la independencia y autonomía de la

¹¹³ En 1928 se aprobaron los estatutos del Comité Nacional de Organización Científica de España, presidida por José Marvá y Cesar de Madariaga y con José Mallart como secretario, año en el que también se crea la Revista Organización Científica. LOZANO LOMAS, A.V. y LLORENTE MENCHÉN, M.B.: “Los pioneros de la Organización Científica del Trabajo en España: José Mallart (1897-1989)”, en CASTILLO, S. y FERNÁNDEZ, R. (coords.): *Campesinos, artesanos, trabajadores: actas del IV Congreso de Historia Social de España*, Milenio, Lleida, 2001, pp. 605-618; FERNÁNDEZ GÓMEZ, J.: “Prehistoria del taylorismo en España. La difusión de la Organización Científica del Trabajo

producción de buena parte de los maestros artesanos con taller propio abierto en la ciudad, destruyó por obsolescencia miles de ocupaciones manuales centenarias heredadas de la economía preindustrial y que habían resistido a duras penas las embestidas liberalizadoras del siglo XIX, y redujo a la *semi-cualificación* y a la mera supervivencia muchos oficios antaño altamente especializados y que pasaron a estar altamente mecanizados. Por último, si bien las divergencias existentes en los niveles de vida *disfrutados* por los integrantes del mercado de trabajo manual madrileño se mitigaron significativamente en ámbitos como la necesidad de vivir en realquiler, de residir en pequeñas viviendas de ínfima higiene o respecto a las posibilidades educativas ofrecidas a sus hijos, no es menos cierto que esta homologación apenas afectó al grueso de empleados de cuello blanco adscritos al sector servicios de la capital, situados a años luz de los anteriores en materias como la disposición de servicio doméstico interno y las posibilidades de estudio de sus hijos. Sólo los segmentos de tinte preindustrial pertenecientes al comercio o destinados a proporcionar todo tipo de servicios personales, como los dependientes y mozos de comercio, los cocheros, el servicio doméstico, los camareros, los jardineros o los porteros, es decir, sólo aquellos que componían la base piramidal de este grupo social (Figura 6.31). En definitiva, demasiadas partidas acumuladas en la hoja del *debe* para que la balanza de la modernización económica de la capital se mostrara equilibrada o favorable a los ojos de la mayoría de las clases obreras, cuestión que no sería baladí en la evolución histórica de los años siguientes.

No obstante, aunque la modernización económica que tan profundamente cambió la faz de la ciudad en los años de entreguerras significó un antes y un después en el devenir de su mercado laboral manual, fue en los circuitos económicos derivados de su compleja actividad terciaria, y gracias a la extensa nómina de empleados, comerciantes, profesiones liberales, personal de administración y servicios personales donde ésta adquirió realmente su mayor repercusión, fraguando el modelo económico que, con matices, perduraría en la ciudad durante las décadas siguientes.

Capítulo 7. La eclosión de un sector servicios moderno en la capital.

“Madrid progresa, se engrandece. A un beneficio sigue otro mayor: los jardines, el automóvil, el Metro, el alumbrado, la radio, el teléfono automático, el aeroplano, las nuevas barriadas, los parques, los hoteles, los cafés, los cines, los deportes, los rascacielos...”

VELASCO ZAZO, A.: *El progreso de Madrid. Estudio*. Madrid, 1930.

A la altura de 1930 se erguían imponentes ante los vecinos de la capital española los nuevos *rascacielos* ubicados en torno a la compleja y dilatada en el tiempo operación de cirugía urbanística de la *Gran Vía*. Las personas vivían más lejos del centro que nunca pero accedían a él en menos tiempo, trasladadas por arte de magia de un lugar a otro de la ciudad a través de *vagones subterráneos*, tranvías eléctricos o *autobuses*. Sus oídos se aclimataban al estridente claxon y al rugido del motor del *automóvil*, a los pitidos de los guardias de *tráfico*, al noticiario y la música americana como el *jazz* emitidos a través de la *radio*, a entablar una conversación o cerrar un negocio con otra persona a través de una *centralita telefónica* de forma instantánea. Sus ojos se abrían como platos ante el *cine*, los anuncios y carteles de *neón* que inundaban las áreas centrales de la ciudad, o ante la vasta oferta de productos que se acumulaban en los sugerentes y estratégicamente colocados mostradores de los modernos grandes almacenes como los *Madrid-París*, *Rodríguez* o *Simeón*, mientras que de reojo vigilaban las luces de las novedosas *señales luminosas* aprobadas por el consistorio en 1926 (los actuales semáforos¹), para no ser una víctima accidental más por culpa de un *automóvil* o una *motocicleta* de la modernidad.

¹ La voz *semáforo* se incluyó en la RAE en 1899, aunque sólo hacía referencia al telégrafo óptico utilizado en las costas para comunicarse con los buques mediante señales luminosas. Para conocer cómo se produjo la implantación de este sistema eléctrico en España y Madrid para regular la circulación urbana consultar AA. VV.: *Luz ámbar. Historia gráfica de 75 años al servicio de la ciudad*. Ediciones La Librería, Madrid, 1996; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936...*, Op. Cit., pp. 177-236.

La ciudad bullía con tal confluencia temporal de cambios, y tanto la clase política como la opinión pública, influida por la prensa y la radio, que vivían su edad dorada, centraban su atención en los elementos más novedosos. Tomando como ejemplo una de las múltiples revistas y periódicos de la época que ensalzaban tales transformaciones, en concreto el artículo titulado *Lo que ha llegado a ser Madrid y probablemente será*, fruto de la pluma de Alfredo Serrano y publicado en *El Heraldo de Madrid*², los elementos más manidos por los coetáneos a la hora de analizar la conversión de la ciudad en una metrópoli europea eran el desarrollo industrial y la llegada de la electricidad, su crecimiento urbanístico y demográfico, el auge del comercio moderno, la Gran Vía y la explosión del tráfico rodado. Era lógico que tanto los residentes como los recién llegados a Madrid se sintieran obnubilados por las moles de cemento, las variadas aplicaciones de la electricidad, los novedosos medios de transporte, las nuevas fábricas instaladas en torno al Manzanares, la diversidad de productos ofrecidos en los escaparates de los grandes almacenes, las pasiones desatadas por el fútbol o el cine, y el sinfín de adelantos tecnológicos que empezaban a inundar su vida cotidiana. Sin embargo, esta febril sucesión de cambios físicos y materiales acaecidos en el *continente* de la ciudad, distrajo a los presentes de la profundidad de su *contenido*, haciendo que pasara desapercibida la lluvia fina que desde finales del siglo XIX había ido calando su mercado laboral, especialmente su sector servicios, modernizándolo hasta convertirlo en uno de los puntales sobre los que se asentaba gran parte de su actividad económica³.

Para los contemporáneos, aludir al sector terciario madrileño era mencionar la hipertrofia de un servicio doméstico contratado por las fortunas más boyantes de la nación, los horteras que despachaban tras el mostrador, antesala de su lecho nocturno, o los miles de jóvenes de clase media que desde sus provincias de origen se encaminaban hacia la capital para terminar sus estudios y encontrar acomodo en el presupuesto estatal como empleados públicos. Eran la viva imagen del papel de ciudad parasitaria que le había sido históricamente atribuido a Madrid, un centro de poder político y económico artificial cuyos residentes *habían chupado* la sangre del resto del país vía impuestos mientras fue Villa y Corte, y que con su consolidación como Capital del Estado liberal, concentró toda una muchedumbre de “*funcionarios que un buen día no podrán cobrar sus soldadas o tendrán que renunciar a sus derechos pasivos, porque no habrá contribuyentes que basten a pagarlos*”⁴. Esta perspectiva crítica con el contexto socioeconómico madrileño, que albergaba una parte relevante de verdad y que tuvo como caja de resonancia el inconformismo mostrado de forma coetánea por hombres tan ilustres como Unamuno, Ortega, Azaña o Marañón con la velocidad a la que se aplicaba en el país en general y su capital en particular la *agenda de la modernización*⁵, impidió que la propia sociedad madrileña enalteciera los visos de cambio que desde las últimas décadas del siglo XIX se habían ido gestando en una actividad terciaria de la ciudad cada vez más diversificada, cualificada y autónoma del sector público⁶.

Un fenómeno que la historiografía española también tardó demasiado tiempo en percibir, lastrando la comprensión del complejo desarrollo económico que sufrió la

² *El Heraldo de Madrid*, 23 de agosto de 1927, pp. 8-9.

³ Los conceptos de *contenido* y *continente* fueron utilizados para abordar el análisis de la evolución socioeconómica y urbanística de la ciudad en estos años en un artículo sin firma titulado “Un vicio a corregir. Mirando al futuro Madrid”, publicado en *El Imparcial* el viernes 15 de febrero de 1929, pág. 2.

⁴ *Nuevo Mundo*, 4 de marzo de 1921.

⁵ GARCÍA DELGADO, J.L.: *La modernización económica en la España de Alfonso XIII*, Op. Cit.

⁶ Ver apartado 3.2.

ciudad durante el primer tercio del siglo XX. Del mismo modo que ocurrió en relación a otras capitales europeas como Londres o París⁷, la historiografía madrileña gravitó hasta relativamente pocas décadas en torno a la artificialidad de su capitalidad, denigrando su sector servicios como una rémora de la época preindustrial e incidiendo en el perfil de una ciudad predadora de su entorno, soslayando la realidad de una economía cada vez más diversificada y retrasando los mimbres de su modernización hasta los albores de la II República⁸. *Grosso modo*, la historiografía relativa al Madrid del primer tercio del siglo XX detectó como pilares económicos de la capital su administración pública, las actividades dedicadas al comercio de abastecimiento, los servicios personales, el sector de la construcción y un atomizado mundo artesanal escasamente industrializado. Sin embargo, a partir de los años ochenta proliferaron nuevas investigaciones que empezaron a matizar el esquema anterior, prestando atención a fenómenos como la potenciación del sector privado, el protagonismo creciente de la industria madrileña, el papel nodal de la urbe en el panorama financiero del país, la aparición de novedosas prácticas comerciales características de una incipiente sociedad de consumo o la modernización del sector terciario del mercado laboral madrileño, ayudando en definitiva a cambiar la percepción de la evolución socioeconómica que se tenía de la ciudad hasta entonces⁹.

Un proceso historiográfico que, en relación al análisis del mercado laboral de la ciudad, ha desembocado en los últimos años en los pormenorizados estudios llevados a cabo por los miembros del Grupo de Investigación de la UCM *Historia de Madrid en la edad contemporánea*, dirigido por Luis Enrique Otero Carvajal¹⁰. Utilizando los

⁷ BALL, M., y SUNDERLAND, D.: *An economic history of London, 1800-1914*, Routledge, London and New York, 2001; MARCHAND, B.: *Les ennemis de Paris. La haine de la grande ville des Lumières a nos jours*, PUR, Rennes, 2009.

⁸ RINGROSE, D.: *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Op. Cit., pág. 369; JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984. Una crítica moderna al papel de Madrid como capital del Estado y a su centralismo en: PAZOS, O.: *Madrid es una isla. El Estado contra la ciudadanía*, Los libros del linco, Madrid, 2013.

⁹ De manera sucinta, algunos de los trabajos que cambiaron dicho panorama historiográfico fueron: ROLDÁN, S.; GARCÍA DELGADO, J.L. y MUÑOZ, J.: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, 2 Vols., Confederación Española de Cajas d Ahorro, Madrid, 1973; SANZ GARCÍA, J. M^a: *Madrid, ¿Capital del capital español?...*, Op. Cit.; BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana”, en FUSI AIZPURÚA, J. P.: *España. Autonomías*. Vol. 5, Espasa Calpe, Madrid, 1989, pp. 517-613; BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización” en *Papeles de Economía. Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid*, Papeles de Economía, n^o 18, Madrid, 1999, pp.18-30; NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Op. Cit.; GARCÍA DELGADO, J. L.: “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española” en NADAL, J. y CARRERAS, A. (Dir.) *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Op. Cit., pp. 219-256; “Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna” en GARCÍA DELGADO, J. L. (Coord.) *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Op. Cit., pp. 405-414; FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.): *Historia de Madrid*, Op. Cit.

¹⁰ Algunos de sus trabajos más relevantes en este sentido han sido: CARBALLO, PALLOL y VICENTE: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit.; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.; OTERO CARVAJAL, L., PALLOL, R., VICENTE, F., CARBALLO, B., DE MIGUEL, S. y DÍAZ, L.: “HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado”, *XI Congreso de AHC*, Granada, 2012; GONZÁLEZ LÓPEZ, J.: *Madrid y su extrarradio: el distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*, Trabajo Fin de Máster, UCM, 2010; DE MIGUEL SALANOVA, S.: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010; DÍAZ SIMÓN, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010; OTERO

padrones municipales como fuente documental básica, estas investigaciones han permitido ampliar el conocimiento de la evolución socioeconómica de la capital a lo largo del primer tercio del siglo XX mediante el análisis en profundidad de su mercado de trabajo, verdadera *caja negra* capaz de registrar fehacientemente cómo influyeron en la actividad laboral de sus habitantes la segunda fase de la industrialización, la expansión del capitalismo avanzado y de la sociedad de consumo, la potenciación de la capitalidad financiera, política, administrativa y de transportes de Madrid, su centralidad geográfica o su aglomeración demográfica.

A lo largo del primer tercio del siglo XX, la naturaleza, composición y caracterización del sector servicios de la capital sufrió una profunda transformación desde su raíz, la cual se dejó notar en el mercado laboral de la ciudad en dos ámbitos interrelacionados entre sí. El primero, ya mencionado, fue el extraordinario aumento que la actividad económica terciaria afincada en la ciudad (y por consiguiente el número de trabajadores adscritos a ella) sufrió durante las tres primeras décadas de la centuria, especialmente durante los años 20. Durante el reinado de Alfonso XIII, la proporción del mercado laboral madrileño masculino empleado en las distintas actividades que conformaban el sector servicios de la ciudad, eclosionó con fuerza hasta emplear en él al 41% del total de hombres en edad laboral residente en la ciudad en 1930, entre empleados de cuello blanco y dependientes de comercio (25,7%), profesionales liberales (5,5%), pequeños industriales (4,3%) y militares y eclesiásticos (4,7%)¹¹. El incremento acumulado desde principios de siglo alcanzó así los once puntos porcentuales desde el 30% que representaba en 1905, lo que supuso una de las mayores etapas expansivas de la actividad terciaria de la ciudad en tan breve espacio de tiempo. Una cifra que adquiere más valor si se compara con el nimio avance acaecido en el mismo sector durante el último cuarto del siglo anterior, cuándo sólo llegó a los dos puntos desde el 28% registrado en 1878 (Figura 6.1).

En este proceso, la adscripción laboral de los residentes en el Ensanche Este apenas aportó nota discordante alguna salvo por el hecho de aglutinar en sus calles durante todo el período estudiado una mayor proporción de trabajadores vinculados al sector servicios (Figura 3.76). De este modo, si las dos quintas partes de la población masculina madrileña en edad laboral realizaban actividades terciarias (el 41% ya indicado), esta cifra ascendía hasta cerca de la mitad (el 48%) en el Ensanche Este (Figura 6.3). Pero la relevancia y el contraste real existente entre los integrantes del mercado laboral de la ciudad y los de este espacio urbano, era aún mayor si sólo se toma en consideración a la población masculina que señaló alguna ocupación en el padrón de habitantes de dicho año (excluyendo a estudiantes, jubilados, enfermos, propietarios o los que no indicaron nada). En este caso, los trabajadores vinculados al sector servicios suponían el 63% del total de los que declararon una ocupación de los residentes en el Ensanche Este respecto al 56% del conjunto de la ciudad (Figura 6.5). Así, casi dos de cada tres miembros del mercado laboral del Ensanche Este realizaban tareas terciarias,

CARVAJAL, L. E.: "La irrupción de la Modernidad en la España urbana, Madrid metrópoli europea, 1900-1931", en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Op. Cit., pp. 247-292; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Op. Cit.

¹¹ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.; CARBALLO BARRAL, B.: "El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900" en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano*, Op. Cit., pp. 69-93.

un guarismo muy elevado que, con todo, era superado ampliamente en el ámbito femenino, donde significaban el 94% del trabajo declarado en el padrón municipal, cifra totalmente irreal dado el enorme subregistro laboral femenino existente, ya que sólo aglutinaban al 30% de las mujeres residentes en este espacio urbano en edad laboral (Figura 6.4).

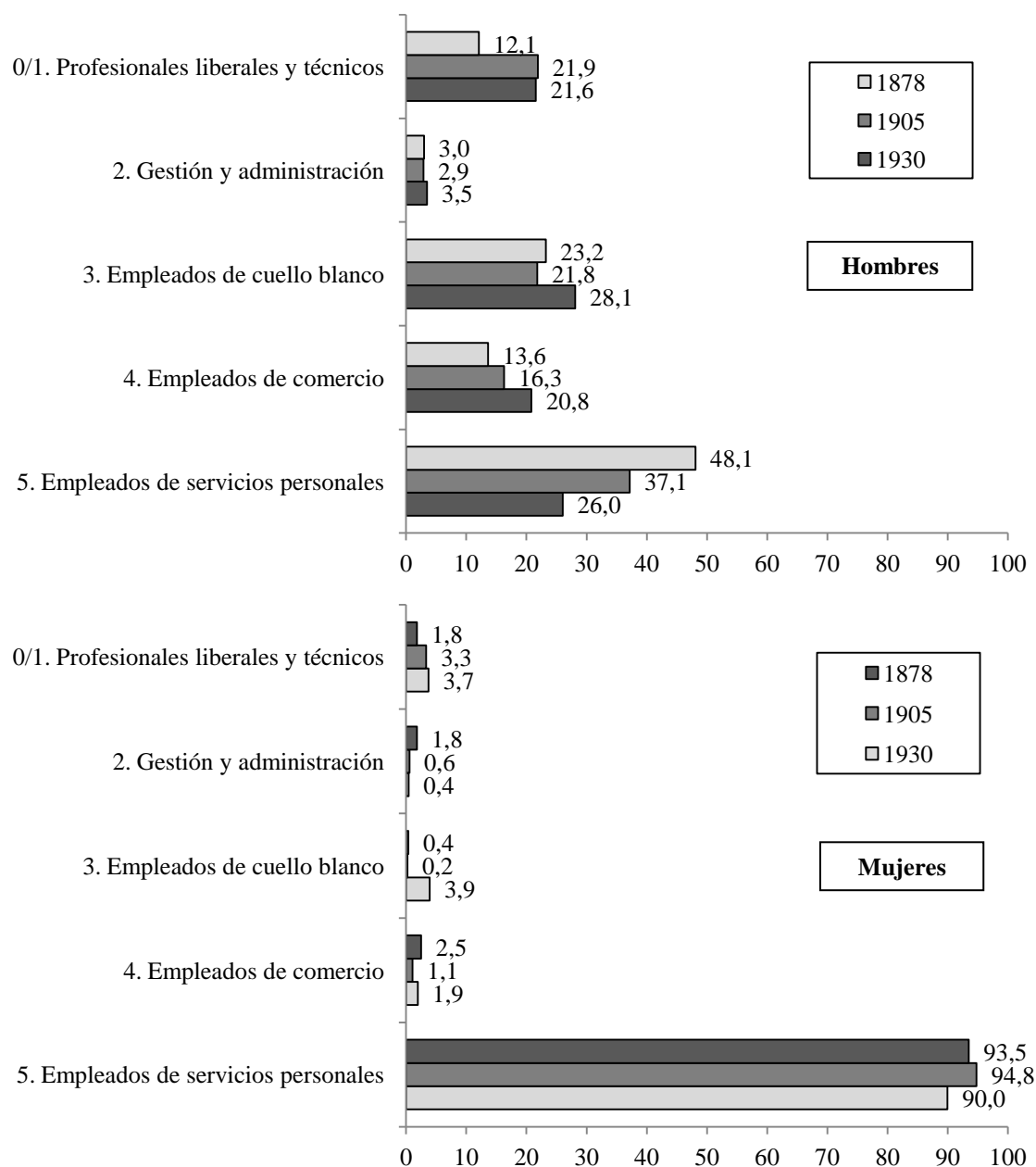


Figura 7.1 y 7.2. Distribución laboral de los trabajadores del sector servicios según la codificación HISCO residentes en el Ensanche Este de Madrid (1878-1930). Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años. Datos porcentuales. Para consultar los porcentajes respecto al total del mercado laboral consultar Figuras 6.3 y 6.4. AVM, Estadística, padrones municipales de 1878, 1905 y 1930.

Este creciente proceso de terciarización de la actividad económica madrileña, bastante más pronunciado que los que se estaban produciendo en las demás grandes urbes españolas (Figuras 6.1 y 6.2), no se asentó sobre las mismas bases que habían dominado este segmento productivo durante el último cuarto del siglo anterior. Las distintas ramas que componían los servicios de la urbe sufrieron de forma coetánea a la

expansión del sector una honda reestructuración interna. Una modificación sustancial del mercado laboral del sector servicios que ya se había dejado entrever en determinadas áreas de la ciudad a principios de siglo (Figura 3.30 y 3.31). De este modo, si el primer ámbito de influencia del proceso de modernización del sector servicios de la capital se centró en el auge del peso de su actividad respecto al lienzo económico general, el segundo se caracterizó por una marcada mutación interna, basada en el descenso de los empleados dedicados a los servicios personales tradicionales como sirvientes, criadas, porteros, o militares, que descendieron dentro del sector servicios de la ciudad del 31% en 1905 al 26% en 1930, en detrimento de los modernos empleados de cuello blanco, cuya proporción se incrementó del 20 al 27% en el mismo período (Figura 7.3 y 3.76)¹².

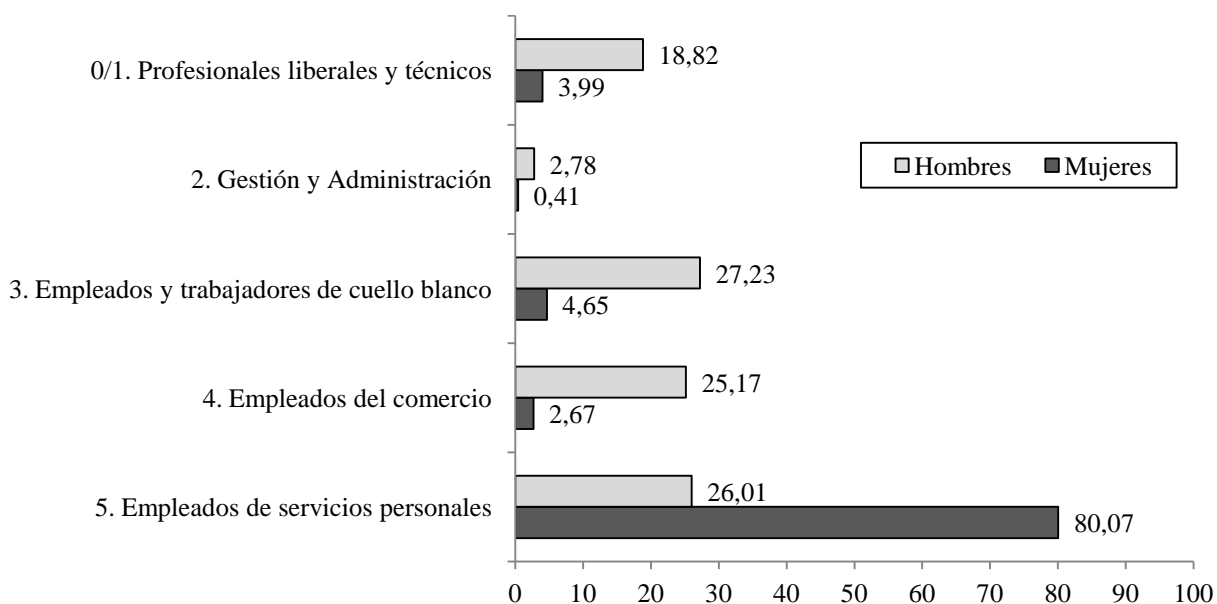


Figura 7.3. Distribución laboral de la población en edad laboral ocupada en el sector servicios y residentes en Madrid en 1930 según su sexo. Los datos de Madrid han sido extraídos de los trabajos de Rubén Pallol Trigueros, Santiago De Miguel Salanova y Luis Díaz Simón. Hombres de entre 15 y 65 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

Esta tendencia se reprodujo con similares características en el Ensanche Este de la ciudad con sólo pequeños matices relativos a la rapidez con que se produjo dicha terciarización, así como en el modo en que se distribuyó la ocupación laboral entre sus distintos segmentos laborales. De este modo, a lo largo del primer tercio del siglo XX, mientras que por un lado se mantuvo la contracción de los servicios personales tradicionales (Figuras 3.30 y 3.31), proceso iniciado ya a finales de la centuria anterior, por otro crecieron con fuerza tanto los trabajadores de cuello blanco (de banca, oficinas, correos, telégrafos o teléfonos) como la fuerza laboral contratada para nuevas y específicas tareas comerciales como los empleados de comercio, viajeros, vendedores o agentes comerciales (Figuras 7.1 y 7.2). Además, en este espacio urbano siguieron poseyendo una sólida presencia los profesionales liberales, técnicos, gerentes, inspectores, supervisores y administradores de servicios, quienes representaban cerca de la cuarta parte de su mercado laboral masculino durante el primer cuarto de siglo.

¹² Porcentajes relativos al conjunto de trabajadores relativos a actividades terciarias residentes en el centro de la ciudad y en los Ensanches Norte y Este. Hombres de entre 15 y 65 años. AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930. Los datos de las demás zonas de Madrid han sido proporcionados por Rubén Pallol Trigueros, Luis Díaz Simón y Santiago De Miguel Salanova.

Así, a grandes rasgos la fuerza laboral residente en el Ensanche Este de la capital vinculada a la actividad terciaria se sustentaba a la altura de 1930 en torno a cuatro grandes pilares de similar envergadura: la actividad mercantil, los servicios personales ligados a la seguridad, defensa y servicio doméstico, el heterogéneo grupo de los *white-collar* y los altamente especializados profesionales liberales, gestores y altos cargos de la administración pública y privada de la capital. Una similitud estadística la lograda en el segmento laboral masculino que era consecuencia de la fuerte mediatización ejercida por la consolidada segregación socioespacial de la urbe. Como los barrios más acomodados del Ensanche Este disfrutaban de una posición privilegiada en el lienzo socioeconómico de la capital, fueron aglutinando en su seno a buena parte de los modernos trabajadores de servicios ligados al desarrollo del capitalismo avanzado, la gran empresa y las altas esferas directivas del Estado. Es decir, los más especializados y mejor remunerados del sector. Así, los profesionales y técnicos liberales, los empleados de cuello blanco vinculados a los poderes públicos o a la creciente actividad económica privada, los gestores, directores, supervisores y altos directivos de la burocracia estatal y del nuevo corporativismo productivo, se hallaban aquí sobrerrepresentados respecto al resto de la urbe, al igual que todos aquellos que les prestaban directamente un servicio personal ligado a la servidumbre, la protección o la limpieza (Figuras 7.1 a 7.3).

Pero si efectuamos un análisis más preciso incorporando la participación laboral de las mujeres, ese equilibrio desaparece en detrimento del mantenimiento de la fuerte presencia de los servicios personales tradicionales, ya que la inmensa mayoría del servicio doméstico del Ensanche Este (y de la capital) se hallaba plenamente feminizado (el 96%). No obstante, estas diferencias porcentuales de magnitud surgidas de la inclusión de las mujeres en el análisis, no modifican las lecturas e interpretaciones ya realizadas respecto a la tendencia general del sector servicios. La visión general sigue dejando constancia de la continuada reducción del peso de los servicios personales tradicionales en contraposición a la expansión de los empleados de cuello blanco, del comercio y, de forma más modesta, de los profesionales liberales, gestores y administradores de la creciente burocracia pública y privada (Figura 7.4).

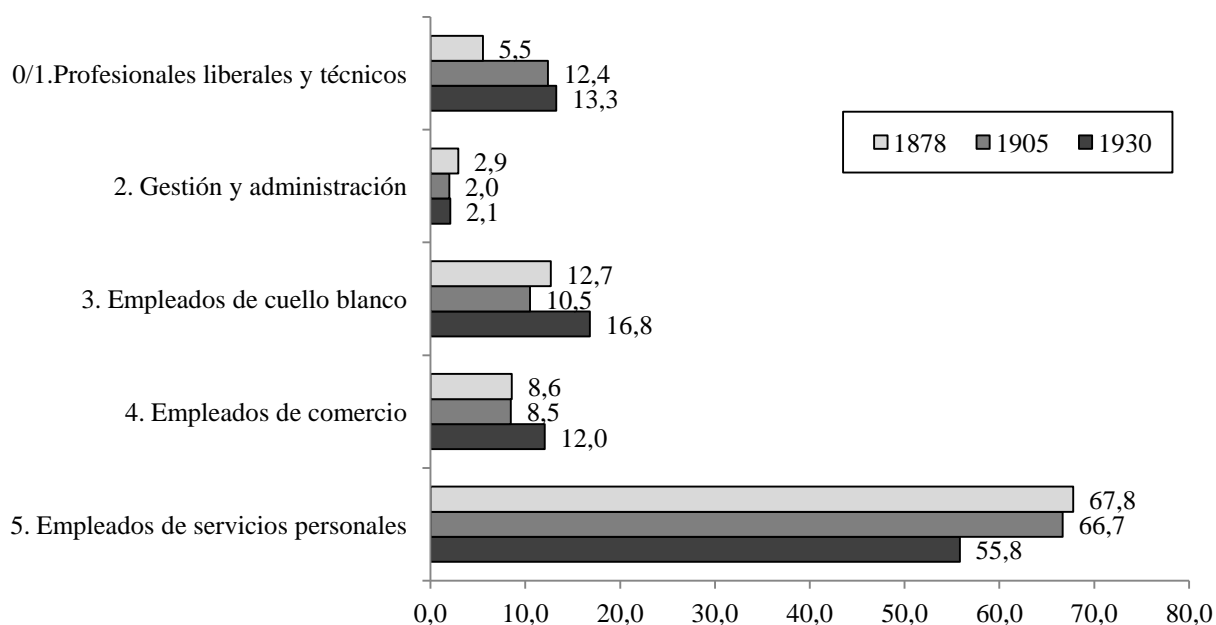


Figura 7.4. Distribución de la población en edad laboral residente en el Ensanche Este de Madrid y que trabajaba en el sector servicios de la ciudad (1878-1930). Codificación HISCO. Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones de 1878, 1905 y 1930.

Evidentemente, tanto la dilatación y diversificación de las actividades terciarias de la urbe como su reestructuración interna fueron elementos interrelacionados que formaban parte de un mismo fenómeno. Fueron consecuencia directa de la complejización y expansión económica que afectó a España en su conjunto, y a sus grandes urbes en particular durante las décadas de entreguerras. Estos años supusieron en el caso de Madrid la quiebra definitiva de los usos y costumbres económicos que habían imperado en ella desde el ecuador del siglo XIX. El fuerte desarrollo capitalista protagonizado entre 1890 y 1914 por las mayores potencias occidentales como Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania o Francia, llegó a España con dos décadas de retraso, fruto de la acumulación de factores negativos como las pérdidas de los mercados coloniales, la bochornosa situación de la Hacienda Pública, el excesivo proteccionismo económico, las artificiales políticas económicas realizadas para intentar devolver al país al patrón oro, o la debilidad estructural del nivel educativo de la población¹³. Sea como fuere, la modernización y complejización económica madrileña se produjo en los años veinte gracias a la confluencia de factores generales como la plena asimilación de la segunda revolución industrial, la mecanización, la organización científica del trabajo o las nuevas prácticas financieras y societarias del capitalismo avanzado, y de factores específicos como la inmigración y el abultado crecimiento demográfico de la ciudad, la concentración de capitales nacionales, información y poder en ella dada su condición de capital del Estado, y la rápida asunción de la electricidad como fuente de energía básica. Tal conjunción de elementos hizo posible la eclosión en Madrid a lo largo de las décadas de los veinte y treinta de una *economía de aglomeración urbana* similar a las que ya habían cristalizado desde principios de siglo en otras metrópolis europeas y estadounidenses como Londres, Nueva York, Berlín o París.

“The object of any amalgamation of capital and production units... must always be the largest possible reduction in the costs of production, administration and sale, with a view to achieving the highest possible profits by eliminating ruinous competition.”

DUISBERG, Carl, fundador de I.G. Farben, en 1903-1904¹⁴.

El antiguo poblachón manchego y reciente capital liberal estrenó durante estos años los primeros elementos de su nueva condición de metrópoli europea. Unos *tiempos modernos* que no sólo trajeron aires de cambio en el trabajo manual como consecuencia de la segunda fase de la industrialización, sino también la ingente necesidad de suplir con nuevos servicios las demandas emanadas del desarrollo del capitalismo avanzado, la creación de la gran empresa, la organización corporativista de la economía y la extensión de la burocracia. La potenciación de la producción industrial mediante la concentración del capital y la formación de grandes sociedades anónimas y entidades financieras vinculadas entre sí, incrementaron la demanda de empleados de banca, contables, técnicos financieros, corredores de bolsa, agentes de seguros, supervisores o

¹³ ROLDÁN, S.; GARCÍA DELGADO, J.L. y MUÑOZ, J.: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, 2 Vols., Confederación Española de Cajas d Ahorro, Madrid, 1973; CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España Contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2007, pp. 185-222; VELARDE FUENTES, J.: “La economía española de 1914 a 1931”, en ANES, G. (Ed.): *Historia económica de España. Siglos XIX y XX, Op. Cit.*, pp. 469-525; GARCÍA DELGADO, J. L. (Coord.) *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. VIII Coloquios de Hª Contemporánea de España, Siglo XXI, Madrid, 1992.

¹⁴ MASCHKE, E.: “German Cartels from 1873-1914”, AA. VV.: *Essays in European Economic History, 1789-1914*, Hodder & Stoughton Educational, Londres, 1969, citado en HOBBSAWM, E.J.: *The Age of Empire, 1875-1914*, Guild, London, 1987.

directores. La gestación de poderosas economías de escala y de corporaciones tecnificadas, burocratizadas y estructuradas en departamentos estancos con funciones altamente especializadas hizo lo propio con los empleados administrativos, oficinistas, contables, inspectores, gestores, interventores, economistas, etc. Además, la creciente integración de los mercados nacionales e internacionales, la densificación de los intercambios comerciales y el auge de las telecomunicaciones fueron el preludio del auge de los agentes de comercio, vendedores, corredores, comerciales, telefonistas, telegrafistas, empleados de ferrocarril, transportistas o camioneros. Por otro lado, la presión ciudadana en busca de la mejora y ampliación de los servicios públicos y la consiguiente consolidación de un expansivo aparato administrativo estatal, provincial y municipal para lograrlo, dilató el número de empleados públicos, como profesores, fiscales, policías, inspectores, mecanógrafas, burócratas municipales, médicos o ingenieros de obras públicas. Asimismo, el ligero aumento de los niveles de vida de las capas populares urbanas, que empezaban a disfrutar de una ocupación más estable que años atrás, la reducción de los costes de producción y el florecimiento de nuevas tácticas de venta, publicidad y crédito, espolearon el crecimiento de la sociedad de consumo y de ocio en los grandes centros urbanos. En ellos prosperaron los grandes almacenes comerciales, los nuevos recintos deportivos de masas y originales formas de espectáculo como el cine o los *bars*, establecimientos demandantes de mano de obra como los modernos empleados de comercio, cajeros y cobradores, publicistas, escaparatistas, decoradores, viajantes, técnicos en estadística, agentes de venta a plazos, camareros, acomodadores, actrices, deportistas, etc.

Todos estos fenómenos fueron inherentes al proceso de modernización económica que se gestó en la sociedad occidental desde finales del siglo XIX hasta la II Guerra Mundial, y que forjó a su paso una ingente demanda de ocupaciones dedicadas al sector servicios¹⁵. Una oleada que en Madrid adquirió su mayor fuerza durante los años que mediaron entre el estallido de la Gran Guerra y la caída de Alfonso XIII, un proceso que se acentuó a lo largo de la II República pero que fue cauterizado de raíz con la cruenta Guerra Civil, su alargada posguerra y la autárquica política económica impuesta por los vencedores. El ritmo y la profundidad de estas transformaciones socioeconómicas afectaron ostensiblemente a los distintos segmentos laborales del sector terciario madrileño en función de su interrelación respecto a las nuevas prácticas capitalistas, de la naturaleza y cualificación de sus funciones y sus respectivos niveles de vida. Una ola modernizadora que, a diferencia de lo acaecido en los años interseculares, cuando ésta todavía llegaba a cuentagotas y sólo se dejaba sentir en sectores específicos de la moderna burocracia estatal y de las grandes corporaciones ferroviarias, arribó con fuerza en los años 10 y 20 al conjunto de la actividad industrial, comercial y de servicios de la ciudad. Por ello, es necesario analizar con detalle cómo se vieron alteradas las características socioeconómicas de sus integrantes, elemento primordial para lograr una mayor comprensión de las motivaciones que impulsaron su comportamiento en la conflictiva coyuntura política, ideológica, social, económica y cultural que se cernía sobre el conjunto de la sociedad española y madrileña. Unos

¹⁵ En Estados Unidos, este proceso se inició tras la guerra de Secesión y se dilató en el tiempo hasta la II Guerra Mundial, siendo mucho más amplio y profundo que en Europa. Un análisis sociológico en: MILLS, C.W.: *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, Aguilar, Madrid, 1973; KOCKA, J.: *White collar workers in America, 1890-1940: a social-political history in international perspective*, Beverly Hills / Sage Publications, London, 1980; CRONIN, J. E.: *The Politics of State Expansion. War, State and Society in Twentieth-Century Britain*, Routledge, London & New York, 1991; GILBERT, D. y SOUTHALL, H.: "The Urban Labour Market", en DAUNTON, M. (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, Vol. III, Cambridge University Press, 2008, pp. 593-628.

efectos que se dejaron sentir incluso en áreas económicas tradicionales donde la pervivencia de los usos preindustriales había sido más fuerte, como el comercio de subsistencias y las actividades relacionadas con la dotación de servicios personales.

7.1. El canto de cisne del comercio y los servicios tradicionales.

“La evolución que en pocos años ha realizado el comercio madrileño ha causado verdadera admiración a propios y extraños. Cada día que pasa, un nuevo establecimiento abre sus puertas al público, o los ya antiguos y acreditados se trasladan o realizan importantes reformas”.

La Esfera, 1 de mayo de 1920.

El exponencial incremento demográfico que sufrió Madrid durante el primer tercio del siglo XX se sumó al que le había precedido a lo largo de la media centuria precedente (Figura 5.1). Así, la capital se hallaba a las puertas del millón de habitantes en 1930, formando un vasto mercado de consumo que debía ser abastecido día tras día de bienes, servicios, materias primas y energía. En este contexto, la actividad comercial de la ciudad mantuvo un papel preponderante, caracterizada especialmente por la relevancia de los productos y servicios vinculados a las subsistencias de la población, al *comer, beber, arder y vestir*. De igual modo a como había ocurrido con el artesanado madrileño desde principios del siglo XIX, su auge demográfico facilitó la pervivencia de la atomización y minifundismo reinante en el comercio de la ciudad desde décadas atrás. A medida que los contingentes migratorios con destino Madrid se densificaron, también aumentó la cuantía de establecimientos comerciales, puestos públicos y vendedores ambulantes dedicados al abastecimiento de su creciente vecindario, estando registrados en la capital en 1927 cerca de siete mil establecimientos comerciales de subsistencias y cuatro mil puestos públicos¹⁶, cifra inferior a la real ya que los puestos, vendedores ambulantes y tiendas clandestinas escapaban de las estadísticas oficiales.

Esta tesitura, si bien retrasó la modernización del comercio madrileño y permitió la supervivencia de centenares de tiendas y despachos ínfimamente competitivos debido a su ubicación dentro del mercado de consumo más importante del país, no impidió el inicio de su transformación definitiva. El excesivo número de tiendas del mismo tipo que se superponían entre sí y la consecuente exigüidad de sus potenciales clientes, la escasez de inversiones dados los escasos beneficios generados o la asfixiante competencia del comercio nacional e internacional, eran factores que abocaban al ostracismo o la quiebra a una parte considerable del tejido comercial madrileño de modesta escala. Fueron la segunda y tercera década del siglo XX las testigos del inicio del cambio. La fuerza de los establecimientos de subsistencias se atemperó en estos años, ya que su incremento cuantitativo acaecido en la ciudad en estos años fue proporcionalmente inferior al aumento demográfico sufrido por ésta, síntoma de su colapso venidero¹⁷.

¹⁶ *Memoria. Información sobre la ciudad. Año 1929*, Ayuntamiento de Madrid, pp. 154-155.

¹⁷ Entre 1908 y 1926, las tiendas de primera necesidad de Madrid aumentaron en un 14,7% frente al 34,8% con el que lo hizo la población madrileña. NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX...*, Op. Cit., pp. 68-69. En el Ensanche Este, la tendencia fue

Varios factores influyeron en esta evolución. En primer lugar, la propia competencia existente entre unos y otros establecimientos, entre aquellos que ocupaban tiendas permanentes, los que poseían un puesto público en los mercados de abastos de la capital, como el de la Paz (en las calles de Claudio Coello, Ayala y Lagasca), o los que invadían las calzadas de calles como Jorge Juan o General Pardiñas, generó un denso cruce de acusaciones y quejas destinadas al negociado municipal de Policía Urbana¹⁸. Entre ellas destacaron los escritos firmados, por un lado, por asociaciones de comerciantes permanentes como *La Huerta* o la *Asociación de fruteros y verduleros de Madrid*, que clamaban contra el hecho de que las calles madrileñas estuvieran “*invadidas por esa verdadera legión de puestos fijos y de vendedores ambulantes que no hacen otra cosa que interceptar la circulación y marcar sus huellas donde quieran que están o por donde quieran que pasan... que no consiguen otra cosa que hacer imposible la vida de los modestos industriales... a pesar de no satisfacer contribución alguna en la mayoría de los casos y estar exentos de toda inspección*”¹⁹. Por ello, reclamaban urgentemente “*la desaparición de la venta en vía pública... ya que mientras que ésta exista, en la forma en que se viene practicando, será un mito la sanidad, moralidad comercial, limpieza de las calles, circulación y embellecimiento de la población*”²⁰. Y por otro, las asociaciones y agrupaciones de vendedores ambulantes y dueños de puestos públicos, como la *Sociedad de Vendedores en General* o la *Sociedad de Vendedores Ambulantes*, que defendían sus intereses de comerciar en las calles más transitadas pagando menos impuestos debido a la necesidad económica de las familias a las que representaban²¹.

Esta presión ejercida por los distintos grupos de interés, repetida a todas las escalas en el ámbito nacional durante la Gran Guerra y los años sucesivos, se mezcló con el problema de la carestía de las subsistencias, la desbocada inflación y las dudosas plusvalías obtenidas por comerciantes y empresarios durante esta disyuntiva. Las disposiciones municipales y estatales derivadas tuvieron efectos contradictorios en determinados aspectos, si bien en el caso madrileño determinó un creciente control sobre la tipología de los establecimientos y puestos públicos abiertos (con la limitación de apertura de hospederías en el interior, la prohibición de puestos públicos de libros, etc.), se delimitaron nuevas áreas como mercados de abastos (en el Ensanche Este se abriría en 1930 el de Pardiñas en el solar de las calles Narváez y Jorge Juan,) y se favoreció la mejora de la higiene de la urbe (se expulsaron establecimientos peligrosos o

similar aunque más consistente. Su población aumentó entre 1905 y 1930 en un 256% mientras que la proporción con la que creció el número de establecimientos comerciales afincados en él se situó en un 159%, cien puntos por debajo.

¹⁸ NIELFA, G.: “Conflictos de intereses entre los comerciantes establecidos y la venta ambulante en Madrid (1900-1930)”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº 21, 1984, pp. 469-482.

¹⁹ Expediente a solicitud del Presidente de la Sociedad “La Huerta” para que desaparezca la venta ambulante en la vía pública. Caso nº 258, 1927. AVM, Secretaría, Policía Urbana, signatura 25-439-1.

²⁰ Expediente por instancia del Presidente y Secretario de la “Asociación de fruteros y verduleros de Madrid”, quejándose de la venta en ambulancia. Caso nº 260, 1927. AVM, Secretaría, Policía Urbana, signatura 25-439-1.

²¹ Expediente a instancia de la “Sociedad de Vendedores en General” pidiendo condonación de multas impuestas a varios vendedores por mayor ocupación de la vía pública. 1930. AVM, Secretaría, Policía Urbana, sig. 26-190-12; Expediente a instancia de la Sociedad de Vendedores Ambulantes solicitando se autorice la venta como anteriormente en la Vía Pública, exceptuando algunas calles que menciona. Caso nº 297, 1927. AVM, Secretaría, Policía Urbana, sig. 25-439-1; Expediente por instancia de la Sociedad de Vendedores en General, solicitando se les permita la venta en ambulancia por las calles de Jorge Juan y General Pardiñas. Caso 278, 1927. AVM, Secretaría, Policía Urbana, signatura 25-439-1.

poco higiénicos hacia el Extrarradio, como las vaquerías estabuladas), contribuyendo a reducir su número de establecimientos comerciales.

SECTORES DE OCUPACIÓN (HISCO)		HOMBRES			MUJERES		
4	Comerciantes y trabajadores del comercio	1905	1930	Dif.	1905	1930	Dif.
41	Comerciantes (al por mayor y por menor)	44,82	29,77	- 15,04	63,24	42,77	- 20,47
42	Tratantes	0,63	0,62	- 0,01	0	0	0
43	Técnicos de ventas, viajantes de comercio, representantes y comisionistas	4,61	11,40	+ 6,80	0	2,20	+ 2,20
44	Agentes de seguros, inmobiliaria, de cambio, bolsa y subastas	6,49	2,37	- 4,13	0	0	0
45	Vendedores, dependientes de comercio y relacionados	43,25	55,41	+ 12,16	36,76	53,77	+ 17,01
49	Vendedores y relacionados no clasificados bajo otros epígrafes	0,21	0,43	+ 0,22	0	1,26	+ 1,26

Figura 7.5. Distribución de los trabajadores dedicados al comercio por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1905-1930) residentes en el Ensanche Este. Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrones municipales de Madrid de 1905 y 1930. Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años.

Este fenómeno de supresión o expulsión de tiendas y puestos públicos del interior de la ciudad se produjo a una escala mayor en las calles y barrios del interior madrileño que se vieron afectados por la realización de las obras de la Gran Vía. Durante este proceso, fueron eliminadas manzanas y calles enteras de marcada extracción popular en las que había innumerables tiendas y talleres artesanos, los cuales desaparecieron en la mayoría de los casos para siempre. En este revalorizado espacio urbano en el que se erigió una amplia avenida circundada por modernos inmuebles destinados a hoteles, edificios de oficinas, pubs, teatros, cines y rascacielos, no tuvo cabida el comercio modesto y tradicional destinado a las subsistencias y a los servicios básicos. Aquellas vaquerías, fruterías, hueverías, ultramarinos, carnicerías y tiendas de fiambres, mantequerías, pescaderías, tahonas, panaderías, sastrerías y tiendas de tejidos que habían dominado cuantitativamente el comercio del centro de la ciudad fueron erradicadas en pocos años ante los nuevos precios de los alquileres y la ley de expropiación forzosa utilizada para la construcción de la Gran Vía²². Los *tiempos modernos* trajeron consigo nuevas prácticas urbanísticas, arquitectónicas y socioeconómicas que pronto convirtieron los núcleos centrales de las grandes ciudades europeas en espacios de condensación de capitales, de las funciones administrativas y financieras, del comercio de lujo, del ocio de masas, etc. Como indicaba José Díaz Fernández respecto a París en su *Venus mecánica*, “el centro de la ciudad [era] donde estaban las tiendas mejores, los cafés lujosos, los cines vocingleros”²³.

Además, en estos años también se produjo la introducción y formación de las primeras empresas, sociedades y cooperativas de carácter capitalista relativas a la actividad comercial afincadas en la capital. De este modo, desde principios de siglo aparecieron en Madrid modernas empresas alimentarias como la Compañía Madrileña

²² AA. VV.: *Establecimientos comerciales madrileños. Cuaderno IV. A ambos lados de la Gran Vía*, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1984, pp. 33-38 y 43-64; NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX...*, Op. Cit., pp. 102-103; DE MIGUEL SALANOVA, S.: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930*, Op. Cit.; DÍAZ SIMÓN, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*, Op. Cit.

²³ DÍAZ FERNÁNDEZ, J.: *Prosas*, Fundación Santander Central Hispano, Móstoles, 2006, pág. 138.

de Panificación, Pescaderías Coruñesas o Mantequerías Leonesas, cooperativas como la Socialista, la Municipal o la de Tabacos, y los grandes almacenes como Madrid-París, los Almacenes Rodríguez o Simeón²⁴. Los nombres de estas compañías jalonaron el amplio proceso de modernización comercial acaecido en la capital española a lo largo del primer tercio del siglo XX, siendo adalides de un proceso que fue más amplio y que afectó en mayor o menor medida a todo los establecimientos madrileños. Si el capitalismo dependía de la expansión del consumo, además de mejorar el nivel adquisitivo de la población y abaratar costes para reducir los precios, también fue necesario atraer e incentivar hacia el consumismo a las masas. Ahí es donde la publicidad adquirió una relevancia inusitada hasta entonces. Llegadas desde París, Londres y Nueva York²⁵, el desarrollo de nuevas técnicas publicitarias en prensa, radio y carteles urbanos fomentaron la aparición de agencias, sociedades y despachos de técnicos publicistas y cartelistas, germen de un segmento económico que iría especializándose década tras década, y que aportó su granito de arena para consolidar el capitalismo en la sociedad europea y española en general, y en la madrileña en particular²⁶. La publicidad y la modernización de las técnicas de venta, desembocaron en la transformación visual de las tiendas y grandes almacenes madrileños gracias a la instalación de rótulos de *neón* y *bengalas*, a la exposición al público de la mercancía a través de fastuosos escaparates, a la concreción de un calendario comercial anual lleno de descuentos y rebajas y a la construcción de modernos edificios que, al mismo tiempo que albergaran sus distintos departamentos atrajeran al posible cliente a su interior, mezclando consumo, ocio y tiempo libre. Ya no se iba sólo a comprar, sino *de tiendas*²⁷.

“El Madrid nuevo y grandioso es el de los nuevos cafés, las nuevas pañerías, las nuevas zapaterías y las nuevas farmacias. [...] El Madrid nuevo es el de los grandes Almacenes que tienen su día barato, su día de retales, su día de regalo de porcelanas y toalla. [...] El Madrid nuevo en ese sentido va ya contagiando al Madrid viejo y lejos el uno del otro, también el viejo procura poner bombillas de más bujías en sus tiendas y tener también su día de generosidad.”

GÓMEZ DE LA SERNA, R.: "Del Madrid viejo al Madrid nuevo", en *Madrid turístico y monumental*, febrero de 1935, pp. 2-3.

²⁴ NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Op. Cit., pp. 72-79.

²⁵ POPE, D.: *The making of modern advertising*, Basic Books, New York, 1983; CROSSICK, G. y JAUMAIN, S.: *Cathedrals of Consumption. The European Department Store (1850-1939)*, Op. Cit.; LANCASTER, W.: *The Department Store: A Social History*, Op. Cit.; RAPPAPORT, E. D.: *Shopping for Pleasure. Women in the Making of London's West End*, Op. Cit.; PROCTOR, R.: "Constructing the retail monument: the Parisian department store and its property, 1855-1914", *Urban History*, 33, 3, Op. Cit., pp. 393-410; LAERMANS, R.: "Learning to Consume: Early Department Stores and the Shaping of the Modern Consumer Culture (1860-1914)", *Theory, Culture & Society*, 10, 1993, pp. 79-102; PARKER, K. W.: "Sign Consumption in the 19th-Century Department Store. An examination of Visual Merchandising in the Grand Emporiums (1846-1900)", *Journal of Sociology*, Vol. 39, 2003, pp. 353-371.

²⁶ ARRIBAS MACHO, J. M^a: "Antecedentes de la sociedad de consumo en España: de la Dictadura de Primo de Rivera a la II República", en *Política y Sociedad*, nº 16, 1994, pp. 149-168; ROLDÁN, S.; GARCÍA DELGADO, J.L. y MUÑOZ, J.: *La consolidación del capitalismo en España...*, Op. Cit.

²⁷ RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Op. Cit.

Tipos de establecimientos del Ensanche Este (1930)	Tiendas	Porcentaje	Dif. 1905-1930
Alimentación y similares	607	33,59	- 4,34
Tejidos, vestir, calzado y similares	250	13,84	+ 6,78
Otros productos	234	12,95	+ 3,23
Bebidas y hostelería	216	11,95	- 7,48
Combustibles y droguerías	156	8,63	+ 0,48
Joyas, quincalla, cristalería, cuadros, cacharrería, etc.	106	5,87	+ 1,64
No indica la actividad	86	4,76	- 0,09
Muebles, maderas y similares	79	4,37	- 0,17
Maquinaria, hierros y similares	73	4,04	- 0,04

Figura 7.6. Elaboración propia a partir del padrón municipal de Madrid de 1930 y 1905. AVM, Estadística. Las categorías elegidas proceden de la misma fuente con la que se realizó la Figura 3.33.

Además, los grandes comerciantes también modificaron tanto las formas de relacionarse con sus clientes como las facilidades de pago ofrecidas mediante la fijación de antemano de los precios de los artículos en vez del regateo, la sustitución de la fianza por la venta a crédito y a plazos, y desligando la costumbre de entrar en el comercio sólo cuando se tenía la intención de comprar algo a cambio de una política de puertas abiertas a todo aquel que quisiera ojear la mercancía. Estos cambios se plasmaron en mayor medida en los nuevos establecimientos del centro de la capital, en aquellos que no vendían artículos de primera necesidad sino de mayor calidad, que eran de una entidad y tamaño mayor y cuya área de atracción no era barrial sino que englobaba el conjunto de la ciudad, sus alrededores y, en determinados ámbitos, el resto del país. De este modo, el viejo y tradicional comercio madrileño se vio sacudido por el *nuevo Madrid* que estaba echando raíces en su área central, desparramándose lentamente por el resto de la ciudad a través de las calles de Carretas, Sal y Carrera de San Jerónimo, según Ramón Gómez de la Serna. En definitiva, la potenciación visual de la mercadotecnia y la alegorización y personificación de los productos con nuevos comportamientos sociales, hábitos o valores, eran procesos que ya estaban en marcha en el Madrid de los años treinta, de forma similar al resto de las grandes urbes europeas²⁸.

“La palabra shopping (ir de compras) adquiere una gran importancia en estos días... Los enormes rótulos rojos que exhiben las casas de comercio para anunciar sus saldos ejercen una gran atracción sobre el público que corretea de tienda en tienda, comprando a veces objetos que no necesita, sólo porque sus precios están marcados con números rojos... Pero la sugestión de los rótulos y de las páginas llenas de anuncios de los diarios es muy fuerte”.

“Inglaterra. Los saldos del mes de enero”, *La Voz*, 10 de enero de 1927.

En estos años, la actividad comercial de la ciudad se complejizó del mismo modo que el resto de sus sectores productivos. Poco a poco, la demanda madrileña de nuevos servicios, bienes y productos elaborados más allá de los de primera necesidad se incrementó. Igualmente, en este proceso de diversificación comercial derivada del

²⁸ RODRÍGUEZ MARTÍN, N: *La capital de un sueño Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, UCM, 2012, *Op. Cit.*, especialmente los capítulos 6, 7 y 8; DE MIGUEL SALANOVA, S. y RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: “Modernización comercial y nuevas formas de ocio y consumo en el Madrid del primer tercio del siglo XX”, IBARRA AGUIRREGABIRÍA, A. (Coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, *Op. Cit.*

incremento del nivel de vida de la ciudad, la cadena comercial tradicional de producción, compra, distribución y venta al público se disgregó, siendo cubierta por innumerables sociedades y tiendas especializadas en la realización de una o varias de dichas tareas. De este modo, las tiendas de abastecimiento de subsistencias empezaron a ceder protagonismo en detrimento de los nuevos establecimientos especializados en la venta y distribución de productos y en la dotación servicios que no eran de primera necesidad, como restaurantes, *pubs*, cines, teatros, concesionarios de automóviles, tiendas de productos alimenticios, ropas o calzado de calidad, hoteles, tiendas de maquinaria y aparatos eléctricos, libros, muebles de lujo o joyerías²⁹. Una coyuntura que fue generalizada y que se dejó sentir en toda la capital, si bien afectó de forma distinta a los espacios urbanos madrileños según su ubicación respecto al centro urbano y sus características socioeconómicas. Era un fenómeno palpable desde el último cuarto del siglo anterior (Figura 3.33)³⁰.



Ilustraciones 7.1, 7.2 y 7.3. Arriba a la izquierda: Sucursal de la Panadería Repostería Viena Capellanes, en la calle Ruíz de Alarcón, 9 en 1920 (Foto: Archivo de Viena Capellanes). Arriba a la derecha: interior de la sección de tejidos de los Almacenes Rodríguez, situados en la Gran Vía. *Nuevo Mundo*, 24 de junio de 1932. Debajo: una de las sucursales de los Almacenes Quirós en Madrid, con profusos iluminados para exhibir sus artículos. *Cultura Integral y Femenina*, 15 de febrero de 1934.

²⁹ BAKER, E.: *Madrid cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*, Op. Cit.; BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. M^a: *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*, Op. Cit.

³⁰ NIELFA CRISTÓBAL, G.: "El comercio madrileño entre *La Fontana de Oro* y *Madrid-París*", en VV. AA.: *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*, Op. Cit., pp. 123-138; FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II*, CSIC, Inst. de Estudios Madrileños, Madrid, 1971.

A medida que la ciudad expandió sus límites geográficos y demográficos, los barrios del Ensanche se fueron integrando de manera efectiva en los principales circuitos socioeconómicos de la capital, participando de un modo homogéneo de las mismas tendencias. Así, en el caso de la actividad comercial existente en el Ensanche Este, ésta también tendió hacia la complejización y diversificación durante el primer tercio del siglo XX (Figura 7.6). De este modo, la actividad comercial relativa a la maquinaria, la metalurgia y la madera destinada a la construcción y la elaboración de muebles no mostró alteración alguna en su peso proporcional ya que, si bien estos segmentos sí que crecieron en el conjunto de la ciudad, fue el Ensanche Sur, donde se ubicaba el *distrito industrial* de la capital, el que absorbió en gran medida los nuevos establecimientos abiertos³¹. Pero el punto a destacar fue que, las tiendas de subsistencias del Ensanche Este vinculadas a la distribución, expendedoría y consumo de productos alimenticios y de bebidas, sufrieron una fuerte reducción porcentual en estas tres décadas en detrimento de establecimientos más diversificados y que vendían productos elaborados de mayor calidad, alejados de la primera necesidad y acordes con la posición socioeconómica holgada de la mayoría de los vecinos de estos barrios. De este modo, en este espacio urbano empezaron a ubicarse a lo largo del primer tercio del siglo XX concesionarios de automóviles como los de General Motors, Packard o la Compañía Española de Automóviles, gasolineras, hoteles como el Ritz, el Infante Don Juan o el Majestic, cafés como el Oro o Roma, restaurantes como el Buenavista, cines como los Goya, Pardiñas o Tívoli, frontones, tiendas especializadas en la venta de joyas, cuadros, bicicletas, sedas, zapatos, vestidos y todo tipo de tejidos de elevada calidad. Poco a poco, las clases aristocráticas y burguesas residentes en los barrios del Ensanche Este atrajeron a nuevas sucursales y establecimientos de cierta entidad más allá del eje comercial de la Gran Vía.

“- ¿Dónde compraba la clase alta?

- La aristocracia empieza a comprar en el barrio de Salamanca.

- ¿Ya empieza a comprar allí?

- Sí, ya empieza a comprar en esa época.”³²

La reducción porcentual del número de establecimientos dedicados al comercio de artículos de primera necesidad (alimentación, bebidas y combustibles), que pasaron de significar dos terceras partes de las tiendas existentes en el Ensanche Este en 1905 a poco más de la mitad en 1930, también incidió en el fin de la paridad mostrada entre el número de industriales y de dependientes de comercio a comienzos de siglo (Figura 3.32). La complejización de la actividad comercial de la ciudad, coetánea a su conversión en metrópoli gracias a los efectos de la economía de la aglomeración y de la llegada de la segunda revolución industrial y del capitalismo avanzado, influyó en el tímido incremento de la concentración empresarial, de los capitales invertidos y del tamaño medio de sus establecimientos comerciales, especialmente con la aparición de los grandes almacenes, las cooperativas y las tiendas especializadas en modernos artículos de calidad. Como consecuencia derivada de tal proceso, se produjo el aumento y la especialización de los trabajadores de comercio contratados por cada establecimiento. Así, en el conjunto de la ciudad y siguiendo los censos oficiales (que

³¹ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros...*, *Op. Cit.*;

³² Entrevista realizada al célebre fotógrafo de Madrid Alfonso Sánchez Portela en FOLGUERA CRESPO, P.: *Vida cotidiana en Madrid. Primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*, *Op. Cit.*, pp. 63-64.

no contabilizaban a los familiares que ayudaban en el negocio diariamente), la proporción ascendió hasta tres trabajadores por patrono en 1920³³, mientras que en el caso específico del Ensanche Este no llegaba a los dos trabajadores por establecimiento según el padrón de 1930. Unas cifras que eran todavía muy modestas, fruto de la fuerte presencia de las pequeñas tiendas de barrio regentadas sólo por la unidad familiar frente a los todavía poco numerosos grandes almacenes, concentrados en su inmensa mayoría en el área central de la capital.

No obstante, las profundas transformaciones que afloraron en el segmento mercantil madrileño durante estas décadas no se focalizaron sólo en la distribución de sus establecimientos comerciales en función de los productos o servicios que vendían o suministraban. La modernización del sector comercial de la ciudad también afectó tanto a la morfología como a las características socioeconómicas de la mano de obra emanada de él. En primer lugar, la diversificación y separación de los distintos ámbitos de las actividades comerciales potenció la aparición de trabajadores especializados en agilizar y densificar los intercambios económicos entre las grandes y pequeñas empresas, entre sociedades de similar proporción o, de forma general, entre los comerciantes y sus clientes. Así, a lo largo de estas décadas se duplicó la proporción de vendedores, tratantes, comisionistas, técnicos de ventas, publicistas, distribuidores y contratistas de todo tipo existentes tanto en el conjunto de la ciudad³⁴ como en su Ensanche Este (Figura 7.5). Éstos densificaron los contactos entre el comercio minorista y el mayorista, y entre éstos y el gran público consumidor, haciendo labores generalmente de distribución y venta. Representaban el trascendental cambio productivo y laboral acaecido gracias al aumento de escala de la actividad económica capitalista: el paso de un sistema tradicional en el que la demanda era mayor que la oferta, a otro en la que la necesidad del productor y su intermediario (el comerciante) por vender toda su mercancía, era mayor que la capacidad y el deseo de consumo de la población³⁵. De este modo, el ritmo con el que los excedentes llegaban a pie de calle empezó a ser constante, incentivando la difusión de la publicidad, distribución y puntos de venta a una escala nunca vista antes.

El auge de dichas ocupaciones ligadas a la compraventa de productos y a su distribución fue un proceso que vino precedido por la expansión de la venta de productos financieros en Madrid acaecida durante el último cuarto del siglo anterior (Figura 3.32). Así, figuras como los agentes de negocios e inmobiliarios, los corredores de bolsa o los vendedores y captadores de seguros de vida, asistenciales, de incendios o laborales, constituyeron la mejor herramienta para acumular capitales de gran entidad, utilizados posteriormente para dotar de crédito para la inversión a las principales compañías comerciales e industriales del país afincadas en la ciudad³⁶. Un segmento que se halló claramente sobrerrepresentado en el espacio oriental del Ensanche a finales del siglo XIX gracias a su concentración residencial en las cercanías de la Bolsa, el Ministerio de Economía y el Banco de España. Un desfase porcentual que tendió a

³³ NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Op. Cit., pp. 110-113.

³⁴ DE MIGUEL SALANOVA, S., DÍAZ SIMÓN, L. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “Los servicios: un sector clave en la transformación del mercado laboral de la ciudad de Madrid a comienzos del siglo XX”, en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2013, pp. 181-200.

³⁵ MILLS, C.W.: *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, Op. Cit., pp. 213-245.

³⁶ PONS PONS, J.: “El seguro de accidentes de trabajo en España: de la obligación al negocio (1900-1940)”, en *Investigaciones de Historia Económica*, nº 4, 2006, pp. 77-100.

corregirse a lo largo del primer tercio del siglo XX, cuando tanto los técnicos, viajeros y representantes de ventas por un lado, y los empleados y dependientes de comercio por otro, comenzaron a despuntar dentro del tejido terciario de la ciudad.

Pero la transformación laboral más intensa y significativa de los nuevos tiempos que corrían para el comercio madrileño fue la que afectó a los empleados y dependientes mercantiles que trabajaban en los cientos de establecimientos comerciales que salpimentaban las calles de la capital. Durante estas tres décadas, y tomando como verdadera bisagra el estallido de la Gran Guerra y las profundas alteraciones socioeconómicas que generó, se produjo la lenta conversión de la figura del *dependiente* en *empleado* de comercio.

“¿Cree usted que el dependiente de comercio actual es el mismo que hace años “llegaba del pueblo” con desconocimiento absoluto de la sociedad?”

El Heraldo de Madrid, 6 de septiembre de 1929.

Los primeros eran la versión precapitalista del aprendiz artesano en el negocio de la compraventa, trabajadores internos en las tiendas de barrio donde bregaban una media de entre 12 y 16 horas de media por un escueto jornal (cuando lo tenían), manutención y cobijo³⁷. Pero además de la intensidad del trabajo y del poco sustento que ganaban con él³⁸, hubo un factor añadido que chirriaba aún más con los nuevos tiempos: la pervivencia del *internado*, el dominio patriarcal que el patrono/amo disponía sobre el *Trabajo* y la *Vida* del dependiente/sirviente de éste³⁹. La expansión del capitalismo avanzado y la segunda oleada de la revolución industrial quebraron definitivamente el sistema productivo familiar tradicional, en el que hogar y lugar de trabajo estaban fusionados⁴⁰. Y en este sentido, en los años diez y veinte del siglo XX, los miles de dependientes internos existentes en el comercio madrileño eran conscientes de que sufrían unas condiciones socioeconómicas que se hallaban en retroceso más allá del dintel de sus tiendas. Sin embargo, la soledad con la que debían oponerse a tal medio de vida, en una lucha diaria y personal en la tienda contra su patrón, les condenaba a fracasar en su intento por emanciparse de este yugo consuetudinario⁴¹.

Sólo el asociacionismo, la presión política, el apoyo a los cambios legislativos sociales y su encarnizada defensa posterior lograron tales objetivos. La ley y el reglamento del Descanso Dominical de 1904-1905 fue sólo una victoria pírrica dada la cantidad de excepciones permitidas, que fue seguida de otra de mayor calado simbólico que real, la conocida como la de *la Silla* (1912), que reconocía el derecho de las

³⁷ INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES: *Información acerca de la jornada de trabajo de la dependencia mercantil*, Madrid, 1912. Citado en NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Op. Cit.*, pág. 177.

³⁸ Según los datos del padrón municipal de Madrid de 1930, los dependientes de comercio libraban un día a la semana, por lo que trabajaban algo más de 300 días al año, siendo su sueldo anual medio el de 851 ptas. dicho año, su jornal se situaba en unas irrisorias 2,84 ptas., aunque, eso sí, sin los gastos de alquiler y manutención.

³⁹ *El Dependiente Español*, 1 de enero de 1913.

⁴⁰ ZARETSKY, E.: *Familia y vida personal en la sociedad capitalista*. Anagrama, Barcelona, 1978; COONTZ, S.: *The social origins of private life: a history of American families, 1600-1900*, Verso, New York, 1988.

⁴¹ SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Op. Cit.*, pp. 356-363.

dependientas de comercio a poseer un asiento donde sentarse mientras trabajase⁴². Pero fue durante la Gran Guerra y sus años posteriores cuando los problemas de abastecimiento y transporte, el mayor incremento de la actividad comercial de la ciudad respecto a la expansión demográfica por otro, que encarecieron hasta niveles alarmantes las subsistencias en Madrid, cuando se cimentó el inicio del fin de los “*esclavos del mostrador*”⁴³. Una muerte que llegó apoyada sobre unos cambios legislativos que, incapaces de prohibir esta institución, al menos lograron su declive a costa de dejar que fuera rentable. La Ley reguladora de la Jornada de la Dependencia Mercantil y su posterior Reglamento de 1918, ratificada tras años de constante presión ejercida por la Federación Nacional de Dependientes de Comercio y su rama madrileña, la Asociación General de Dependientes de Comercio, supuso el clavo del ataúd del internado ya que, además de reducir la jornada laboral de éstos a diez horas mediante el cierre total de los establecimientos⁴⁴, introdujo la inspección de las condiciones de la dependencia mercantil. Desde 1919 todo comerciante que quisiera tener un dependiente de comercio interno debía pedir permiso con antelación, informar del estado de sus instalaciones y cumplir con unos requisitos sanitarios mínimos ratificados por la Junta local de Reformas Sociales. Además, quien incumpliera tales medidas debía hacer frente a fuertes multas⁴⁵.

Profesión	Proporción	Sueldo anual (ptas.)	Origen inmigrante	Características migratorias		
				Origen rural	Origen urbano	< 5 años residencia
Dependiente	43,15 %	851	94,40 %	91,19 %	8,81 %	53,03 %
Empleado	56,85 %	4.495	81,80 %	61,02 %	38,98 %	29,79 %
Diferencia	13,70	81,07 %	13,60	30,17		23,24

Figura 7.7. Características socioeconómicas de los dependientes y empleados de comercio del Ensanche Este de Madrid (1930). AVM, Estadística, padrón de 1930. Datos porcentuales.

De este modo, los beneficios económicos derivados de mantener a un dependiente durante todo el día en el lugar de trabajo a cambio de un sueldo irrisorio, una manutención básica y un alojamiento generalmente indecoroso se esfumaron durante los años veinte. Así, la práctica del dependiente de comercio interno se contrajo considerablemente en esta década en detrimento del empleado mercantil externo (Figuras 3.34 y 7.7), tal y como se observa tanto en el Ensanche Este como en los demás espacios urbanos analizados⁴⁶. Aquellos dependientes, mozos y ayudantes de comercio que a la altura de 1930 todavía residían en las tiendas donde estaban

⁴² NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX*. Op. Cit., pp. 158-185.

⁴³ *El Dependiente Español*, 1 de abril de 1914.

⁴⁴ Al año siguiente se ratificaría para el conjunto de trabajadores la jornada laboral de ocho horas, lo que entraba en contradicción con las diez señaladas para los trabajadores mercantiles. La solución fue permitir la ampliación de ocho a diez en casos concretos, de forma pactada por ambas partes, y pagadas como horas extraordinarias.

⁴⁵ La oposición patronal ante esta ofensiva legislativa en: REY REGUILLO, F.: *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Op. Cit., pp. 360-375; BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ MARTÍN, J.A. y DEL REY REGUILLO, F.: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid. 1887-1987...*, Op. Cit., pp. 183-214.

⁴⁶ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros...*, Op. Cit.; OTERO CARVAJAL, L., PALLOL, R., VICENTE, F., CARBALLO, B., DE MIGUEL, S. y DÍAZ, L.: “HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado”, *XI Congreso de AHC*, Granada, 2012.

contratados, eran generalmente jóvenes (su media de edad era de 29 años) inmigrantes de origen rural y con una instrucción básica. Su horizonte ocupacional no era muy halagüeño, prueba de ello era que sus posibilidades laborales apenas eran modificadas a medida que se integraban en la ciudad y ampliaban su tiempo de residencia en ella, como sí ocurría en otros segmentos de trabajo. Éstos copaban abrumadoramente la base salarial del conjunto de trabajadores del sector mercantil de la ciudad (su sueldo medio anual apenas superaba las 800 ptas., aunque a ello habría que sumar el ahorro en alimentación, combustible y alquiler, y las propinas). Un fenómeno que se hacía palmariamente visible en los datos obtenidos del padrón municipal de 1930 (Figura 7.8), aún a pesar de que la mitad de los dependientes residentes en el Ensanche Este no señalara sueldo alguno en sus hojas declaratorias. Sólo escapaban de este perfil algunos pocos regentes o encargados de tiendas modestas contratados por sus dueños para administrar sus negocios, y que optaban por residir en él. Por el contrario, la mayoría de los empleados asalariados externos vinculados al negocio mercantil encabezaban su propio hogar (el 70%), vivían con su cónyuge y sus hijos (el 64% de los anteriores) y eran mayoritariamente inmigrantes (el 40% de origen urbano) asentados en la ciudad (más de dos tercios llevaba al menos cinco años residiendo en ella). Además, ganaban sueldos mucho más elevados que los meros dependientes internos (4.500 ptas. anuales de media) ya que, por lo general, eran trabajadores más especializados, abundando los jefes de sección, encargados de establecimientos, contables, cajeros y cobradores, publicistas, representantes, técnicos y agentes comerciales contratados por grandes empresas mercantiles, etc. (Figura 7.8). A este ámbito laboral, como se indicará con mayor detalle posteriormente, accedieron con éxito (como ya lo hicieran en Estados Unidos desde finales del siglo anterior⁴⁷) un significativo conjunto de jóvenes mujeres que desempeñaron labores de venta, cobro y atención al público, como cajeras, recepcionistas, empleadas de comercio o modelos entre otros.

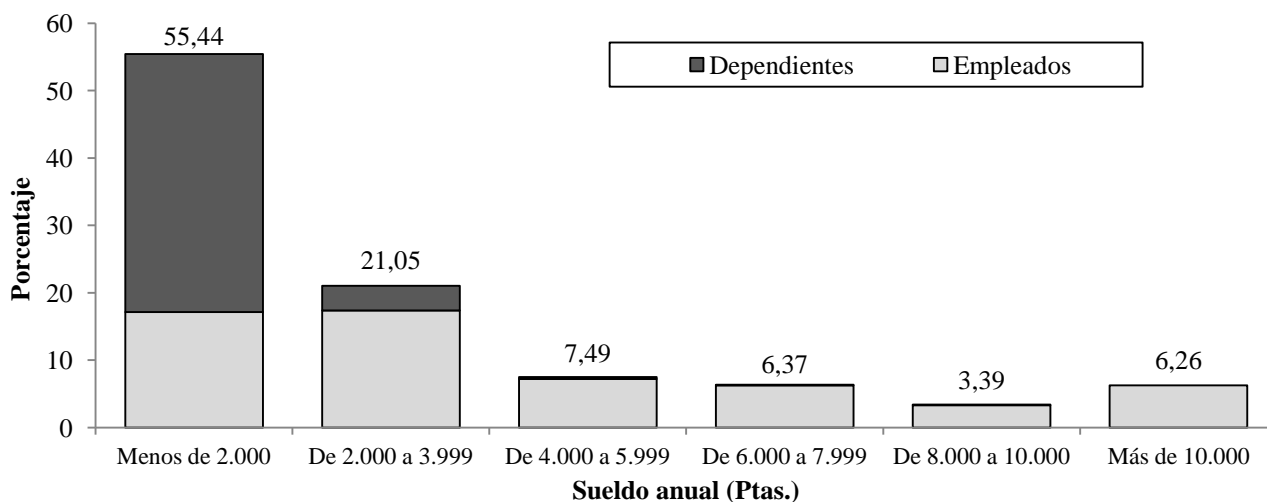


Figura 7.8. Distribución salarial de los trabajadores del comercio asalariados residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid. Hombres de entre 15 y 65 años.

En definitiva, la modernización y complejización del sector comercial madrileño acaecida en los años veinte favoreció el engrosamiento de los empleados mercantiles asalariados. Éstos, una vez que lograron desligar lugar de trabajo y de residencia gracias

⁴⁷ MILLS, C.W.: *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, Aguilar, Madrid, 1973, pp. 226-234; ANDERSON, G. (Ed.): *The white-blouse revolution. Female office workers since 1870*, Manchester University Press, Manchester, 1988.

a los cambios legislativos y a su mayor especialización laboral, empezaron a disfrutar de un sueldo bastante holgado, expandiéndose más allá de los barrios céntricos de la capital, allí donde se concentraban los grandes almacenes y centros comerciales, y ubicando sus residencias en los barrios más acomodados y mejor comunicados del Ensanche.

La enérgica transformación de los principales sectores productivos que componían la actividad económica madrileña generó una oleada de cambios que también afectó, dentro del segmento terciario, a los empleados y trabajadores que proporcionaban servicios personales, la rama económica que mejor personificaba la economía urbana preindustrial, que se batía en franca retirada. Un retroceso que en el Ensanche Este de la ciudad se constató desde el último cuarto de la centuria anterior, acumulando un descenso porcentual de diez puntos entre 1878 y 1930 dentro del mercado laboral terciario del Ensanche Este (Figura 7.4). Esta contracción detectada en dicho espacio urbano siguió en el caso de los hombres la misma tónica que en el resto de la urbe hasta suponer uno de cada cuatro trabajadores del sector servicios madrileño en vísperas de la II República (Figuras 7.1 y 7.3). Sin embargo, dentro del mercado laboral femenino la confluencia no fue tal, ya que las mujeres ocupadas en servicios personales residentes en el Ensanche Este siguieron copando la práctica mayoría de los trabajos registrados en el sector terciario, superando en diez puntos la media de la ciudad, fruto de la fuerte concentración residencial de familias burguesas y aristocráticas acaudaladas en este espacio urbano, acostumbradas a disponer de un servicio doméstico interno ampliamente feminizado (Figuras 7.2 y 7.3).

SECTORES DE OCUPACIÓN (HISCO)		HOMBRES			MUJERES		
5	Empleados y trabajadores en servicios personales	1905	1930	Dif.	1905	1930	Dif.
51	Dueños de establecimientos de restauración, alojamiento y servicios de ocio	5,84	2,47	- 3,37	0,24	0,16	- 0,08
53	Cocineros, camareros y relacionados	4,10	5,32	+ 1,22	8,80	16,80	+ 7,99
54	Servicio doméstico	35,37	8,17	- 27,20	86,85	79,17	- 7,69
55	Porteros, personal de limpieza y relacionados	14,48	26,18	+ 11,70	2,92	2,94	+ 0,02
56	Lavandería, limpieza en seco y plancha	0,13	0,15	+ 0,02	0,95	0,42	- 0,53
57	Peluquería, barbería, esteticista y relacionados	2,88	3,88	+ 1,00	0,16	0,22	+ 0,06
58	Servicios de seguridad: policía, militares, bomberos y guardias urbanos	37,20	49,77	+ 12,57	0,06	0,16	+ 0,10
59	Trabajadores de servicios sin clasificar	0	4,06	+ 4,06	0	0,13	+ 0,13

Figura 7.9. Distribución y evolución de los trabajadores empleados en servicios personales residentes en el Ensanche Este de Madrid por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1905-1930). Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrones de 1905 y 1930. Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años.

A diferencia de la mano de obra vinculada al segmento mercantil, que se vio obligada a adaptarse no sin esfuerzo a los tiempos modernos, los aires de cambio procedentes del capitalismo avanzado, la sociedad de consumo y la producción en masa llevaron implícita la extinción de buena parte de los servicios personales que habían sido demandados durante la época preindustrial, y la insoslayable alteración de las características ocupacionales de otros muchos. El contingente laboral que más sufrió tal proceso fue el vinculado al servicio doméstico (Figura 7.9). Al igual que ocurriera en el

resto de Europa durante los años de entreguerras, éste se contrajo en términos relativos desde los años veinte tanto en España como en el conjunto de Madrid, e incluso en una zona tan acomodada de ésta como su Ensanche Este, donde su proporción se redujo de media en un 15% desde 1905. Un descenso que fue mucho más agudizado en el caso de los hombres, donde alcanzó un 75% dado el avanzado proceso de feminización que aquejaba al servicio doméstico madrileño iniciado en el siglo anterior (sólo el 4% de los sirvientes residentes en el Ensanche Este en 1930 eran varones), que en el de las mujeres, donde la disminución fue mucho más tímida, del 9%. El principal factor explicativo de que el servicio doméstico masculino se resintiera tan duramente tanto en términos relativos como absolutos a lo largo del primer tercio del siglo XX, fue su conversión en un gasto suntuario y simbólico que proporcionaba cierto ascendencia social a quienes disfrutaban de él, quedando reservado su uso a las familias aristocráticas y burguesas más pudientes (sólo el 2,7% de los hogares del Ensanche Este que disfrutaban de servicio doméstico interno tenían a su cargo al menos a un criado varón), capaces de pagar unos sueldos anuales que casi duplicaban el de sus homónimas femeninas (824 frente a 482 ptas. mensuales)⁴⁸. Por otro lado, los elementos de cambio que afectaron al grueso del servicio doméstico desempeñado por mujeres, aún incipientes a la altura de 1930, fueron más numerosos y complejos. Entre otros, destacó la eliminación (o reducción en tiempo y esfuerzo) de labores otrora farragosas como hacer acopio de agua en las fuentes públicas, de carbón para la calentar la casa o gas para iluminarla, lavar la ropa, planchar, comprar diariamente alimentos, etc., gracias a la socialización del agua corriente y del fluido eléctrico en los hogares madrileños⁴⁹, su sustitución por el trabajo asalariado externo en sociedades y establecimientos especializados (como los grandes lavaderos), el incipiente descenso de la demanda de nodrizas, amas de cría y niñeras como consecuencia del favorable cambio cultural hacia la lactancia y el cuidado materno en detrimento del mercenario⁵⁰, o la menor necesidad de remendar la ropa por parte de unas clases medias que ganaban poder adquisitivo gracias a la proliferación de prendas ya confeccionadas a un precio asequible en los modernos grandes almacenes de la ciudad⁵¹.

Sin embargo, el enorme hueco dejado por un retroceso del servicio doméstico que fue palpable en el conjunto del mercado laboral del Ensanche Este, fue cubierto desde las mismas filas de los empleados y trabajadores dedicados a la dotación de servicios personales (Figuras 6.6 y 6.7). Frente al descenso del servicio particular doméstico poco cualificado por excelencia de la era preindustrial, se fortaleció en este espacio urbano durante los años de entreguerras y a distintos niveles la mano de obra adscrita a servicios personales de consumo como el transporte individual de personas, el aseo e imagen personal, el hospedaje y la hostelería, servicios comunes como el cuidado y limpieza de edificios residenciales, y los servicios de protección social de índole pública y privada. Detrás de esta evolución, que compartía a grandes rasgos la tendencia

⁴⁸ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

⁴⁹ En estos años llegan a los grandes núcleos urbanos españoles los primeros electrodomésticos como la plancha eléctrica o el frigorífico refrigerador. RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936...*, *Op. Cit.*, pp. 246-258.

⁵⁰ COLMENAR ORZAES, M^a C.: “Nodrizas y lactancia mercenaria en España durante el primer tercio del siglo XX”, *Arenal*, Vol. 14, nº 2, 2007, pp. 335-359; MORATA MARCO, E: “La imagen de la maternidad en la España de finales del siglo XIX y principios del XX”, *Arenal*, Vol. 10, nº 2, 2003, pp. 163-190; GARCÍA GALÁN, S.: “De las prácticas tradicionales a la supervisión médica en el ejercicio de la maternidad. Asturias, 1900-1931”, *Dynamis*, Vol. 31, nº 1, 2011, pp. 131-157.

⁵¹ Posteriormente se abordará en profundidad las principales características del mercado de trabajo femenino y su evolución durante el primer tercio del siglo XX, incluyendo en él el servicio doméstico.

general de la urbe⁵², no era tan perceptible como en el ámbito mercantil el empuje de la modernización que tan profundamente estaba transformando las distintas esferas de la actividad económica madrileña. En este sentido, fueron elementos como la cristalización de la naturaleza acomodada de este espacio urbano y la atracción residencial que ejercía sobre las clases medias asalariadas de la urbe, su creciente integración en los resortes comerciales y de ocio de la ciudad gracias a su ubicación intermedia entre el apelmazado casco antiguo y el lejano extrarradio, y su avanzada urbanización consecuencia de su formidable auge demográfico (Figura 5.3), los que influyeron de forma consistente en el auge de los servicios personales citados.

Era lógico que en los segmentos laborales de los servicios personales dedicados al consumo individual, familiar o masivo, compuestos tanto por el peluquero, el taxista, el portero de un edificio plurifamiliar, el camarero de un restaurante, el limpiador de un teatro o el acomodador del cine, cuyo objetivo es satisfacer las necesidades de los individuos mediante la modificación de su situación o de la de un bien de su propiedad con su consentimiento⁵³, el foco de la demanda atrajera a sus inmediaciones a la oferta. Bajo esta batuta se produjo en el Ensanche Este el modesto avance de los trabajadores vinculados a la prestación de servicios personales de consumo masivo relativos a centros de elevado capital invertido como los restaurantes, cafés, cines y teatros. El espacio urbano que aquí nos atañe distaba mucho de tener la oferta comercial y de servicios de consumo y ocio que albergaba el centro de la capital (consolidada y ampliada tras el inicio de las obras de la Gran Vía). Sin embargo, su cercanía respecto al eje Prado-Recoletos-Castellana, la posición acomodada de buena parte de sus vecinos, la atracción generada por el cuidado de sus calles, y la práctica colmatación urbanística y demográfica de la mayoría de sus barrios, hizo cada vez más apetecible fundar establecimiento de este tipo, allí donde residía la potencial demanda y los precios de los locales no estaban tan desaforados. En estos años se fundaron en el Ensanche Este varios establecimientos especializados en prestar servicios personales de consumo masivo de ocio que requerían una fuerte inversión de capital, tales como los hoteles de alta alcurnia como el Ritz (Plaza de la Lealtad nº 2) o el Gaylord's (que tan bien recordaba Hemingway⁵⁴ y que se convertiría en "*el cuartel general amigo*"⁵⁵ soviético durante la Guerra Civil), y sus acólitos más modestos como el Majestic (Velázquez nº 49 y Ayala nº 34), el Infante Don Juan (Recoletos nº 10) o el Hotel Salamanca (Goya nº 31), el teatro aristocrático Infanta Beatriz (Goya nº 26), frontones como el de Recoletos (que se inauguraría en 1935 en la calle Villanueva) y cines como los Tívoli (Antonio Acuña nº 6), Pardiñas (Jorge Juan nº 66) o Goya (en la calle homónima nº 28), que se unían a los ya existentes, como el Teatro del Retiro. No obstante, en este sector era imposible hacer sombra a la especialización cultural de las inmediaciones de la Gran

⁵² OTERO, L., PALLOL, R., VICENTE, F., CARBALLO, B., DE MIGUEL, S. y DÍAZ, L.: "HISCO en Madrid...", *XI Congreso de AHC*, Granada, 2012.

⁵³ Un conciso análisis de las principales características de los servicios en la economía y las primeras conceptualizaciones de su tipología y funciones en, entre otros: HILL, T.P.: "On goods on services", *The Review of Income and Wealth*, nº 4, 1977; KENT, R.: "Tecnologías de servicio y desarrollo económico", *Perspectivas económicas*, nº 52, 1985; GONZÁLEZ MORENO, M.; DEL RÍO GÓMEZ, C. y DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ, J. M.: "Los servicios: concepto, clasificación y problemas de medición", *Ekonomiaz. Revista vasca de economía*, nº 13-14, 1989, pp. 10-19; GUTIÉRREZ JUNQUERA, P.: *El crecimiento de los servicios. Causas repercusiones y políticas*, Alianza Economía, Madrid, 1993.

⁵⁴ El escritor lo describía así: "*La primera vez que llegó a Madrid no le gustó el Gaylord, el hotel de Madrid en que se habían instalado los rusos, porque el lugar le pareció demasiado lujoso, la comida demasiado buena para una ciudad sitiada y la charla demasiado cínica para una guerra*". HEMINGWAY, E.: *Por quién doblan las campanas*, Debolsillo, Buenos Aires, 2009, pág. 311.

⁵⁵ GARCÍA-ALIX, C.: *Madrid-Moscú. El cuento de nunca acabar*, T Ediciones, Madrid, 2003.

Vía, principal icono de la modernidad madrileña, tal y como un cronista incidía durante la inauguración de la nueva obra “Santa Rusia” en el Teatro Infanta Beatriz:

“Esta parte del barrio de Salamanca, llena de calles con nombres de poetas del siglo XIX que nadie ha leído, con nombres de gramáticos, de pintores y do tal cual espadón suelto, andaba anoche muy ajetreada de guardias de tráfico, toda llena de silbatos y de ademanes heroicos de los agentes de la circulación. Esto ocurre en una calle del centro, y nadie lo nota. Pero ocurre en este barrio....”

El Sol, 7 de octubre de 1932.

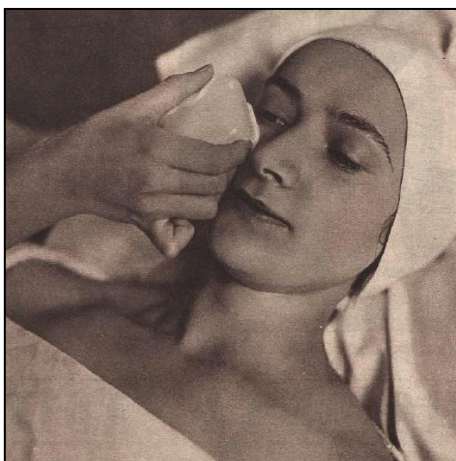
Mayor acogida de clientes tuvieron los nuevos establecimientos más modestos destinados a proporcionar servicios personales individuales más específicos y sencillos, en los que primaban más la cercanía que el peso del simbolismo social. La modernización que, gracias a la internacionalización de la moda, el impacto del cine y la difusión del deporte, resaltadas debidamente por las modernas agencias publicitarias y el negocio editorial de la época, potenció ámbitos como el cuidado y la higiene personal, con la proliferación de manicuristas, peluquerías de señoras, salones de belleza, esteticistas o perfumerías “*con los últimos adelantos de París*”, donde sus clientes demandaban ir *a lo garçon*, tener el mismo cutis que Joan Blondell o Rosita Díaz, afamadas actrices del celuloide de la época, o utilizar el mismo perfume que sus deportistas favoritos. Evidentemente, para lograr recibir tales servicios, la suma a pagar no estaba al alcance de toda la población, por lo que su demanda se centraba entre las crecientes clases medias asalariadas y la capa aristocrática y burguesa más adinerada.

De ahí que, además del centro de la ciudad, donde residían o hacían vida social la mayor parte de sus potenciales clientes, tanto los establecimientos estables como las personas que en su domicilio podían proporcionar tales servicios, tendiesen a ubicarse en los barrios más acaudalados del Ensanche Norte y Este. Así, en éste último se inició durante el primer tercio del siglo XX una todavía sutil tendencia hacia el aumento de manicuristas, peluquerías de señoras y esteticistas entre otros servicios, atraídos por el nivel adquisitivo de sus residentes (Ilustraciones 7.5 y 7.6)⁵⁶. Un proceso similar ocurrió en relación a los cafés, los cuales también comenzaron a expandirse desde las áreas centrales de la urbe, si bien su tiempo comenzaba a declinar a pesar de que vivieran una segunda juventud durante la II República gracias a las nutridas tertulias de intelectuales que se realizaban en su seno⁵⁷. Éstos sobrepasaron en los años veinte el eje Prado-Recoletos-Castellana al fin, una frontera invisible que recordaba las viejas tapias derribadas en 1868. De este modo, a los añejos como los de la Bolsa, Jorge Juan o Pardiñas, se añadieron otros muchos en los barrios de este espacio urbano entre los que destacaron los concurridos Roma, Londres, Lyon o Moka, además de otros establecimientos hosteleros entre los que se encontraban cervecerías como la Miyares (Alcalá nº 95), *restaurants* ya existentes como el Buenavista (Alcalá nº 141) y *bars* modernos como La Guía (Diego de León nº 80) o El Paraíso (Hermosilla nº 79)⁵⁸.

⁵⁶ A modo de ejemplo, el 24% de los manicuristas anunciados en 1930 en la *Guía-directorio de Madrid y su provincia: comercio, industria, agricultura, ganadería, minería, profesiones y elemento oficial*, Editorial Bailly-Baillière y Riera Reunidos, Madrid, 1930, residían en el Ensanche Este de la ciudad.

⁵⁷ ESPINA, A.: *Las tertulias de Madrid*. Alianza Editorial, Madrid, 1995; BONET CORREA, A.: *Los cafés históricos*, Cátedra, Madrid, 2012.

⁵⁸ Al realizar un vistazo a la lista de cafés, bares, restaurantes, casas de comidas y restaurantes publicadas en 1905 y 1930 en las respectivas *Guía-directorio de Madrid y su provincia: comercio, industria,*



Ilustraciones 7.4. a 7.7. De izquierda a derecha: 7.1. Camareros atendiendo a los clientes en un restaurante madrileño. *Crónica*, 30 de septiembre de 1934. 7.2. Anuncio de salón de belleza *Edouard*, sito en la calle Velázquez nº 26, *La lectura dominical*, 21 de diciembre de 1929; 7.3. Clienta de una clínica esteticista. *Crónica*, 30 de septiembre de 1934. 7.4. Fachada del teatro Infanta Beatriz, en el barrio de Salamanca. *ABC*, 8 de noviembre de 1925.

El resultado de todo lo anterior fue el tímido aumento registrado entre los trabajadores que prestaban todo tipo de servicios personales (de forma individual o contratados por terceros) que integraban el mercado laboral del Ensanche Este de figuras como camareros, cocineros y pinches, limpiadores, peluqueros, dependientes de salones de belleza, manicuristas, botones de hotel, taquilleras de teatro o acomodadores de cine, tanto entre hombres como mujeres (Figura 7.9). Personas como Dámaso García Cuenca, que trabajaba como camarero en la cervecería-café Miyares (cuyo dueño se jactaba de haber sido el primero en disponer de cafeteras exprés en la ciudad⁵⁹) a cambio de una peseta diaria de jornal más las propinas que pudiera obtener en su servicio, o Emiliano Gutiérrez, que siendo oficial peluquero de señoras y estando ocupado en el establecimiento de la calle Lista nº 78, cobraba 6,33 ptas. diarias⁶⁰. Sin embargo, a pesar de proporcionar una serie de servicios personales derivados de la modernidad, la discontinuidad de su trabajo y, en ocasiones, la escasa especialización necesaria, hizo que la mayoría de esta mano de obra fuera joven y cobrara un jornal diario relativamente bajo que se compensaba con las posibles propinas a obtener en función de la *productividad* de su trabajo (número de clientes atendidos, simpatía y trato

agricultura, ganadería, minería, profesiones y elemento oficial, de la Editorial Bailly-Baillière y Riera Reunidos, queda patente la expansión de este tipo de establecimientos hosteleros más allá del casco antiguo, especialmente hacia el Ensanche Este.

⁵⁹ *La Acción*, 5 de marzo de 1923.

⁶⁰ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

demostrados, eficiencia, presencia, modales, etc.)⁶¹. Por ello, si bien el alza de este contingente laboral quedó de manifiesto en un área urbana de elevados alquileres como el Ensanche Este, en parte se debía a que muchos residían en los pisos y calles más modestas o en el mismo establecimiento en el que se hallaban contratados, como ocurría con parte del personal del Hotel Ritz, siendo lo más habitual que muchos de los puestos de trabajo de este espacio urbano estuvieran cubiertos por personas residentes bien en el Extrarradio o en los barrios más baratos de los Ensanche Sur y Norte, donde el segmento vinculado a los servicios personales estaba más nutrido⁶².

No obstante, ninguno de los grupos anteriores representaba a las categorías laborales que marcaron el tono de este segmento del mercado laboral del Ensanche Este. Este lugar quedó reservado, como ya se apuntaba a principios del siglo (apartado 3.2.1.) y tras el indicado declive del servicio doméstico, a los trabajadores dedicados a servicios de protección públicos (desempeñados por militares, agentes de seguridad y guardias de tráfico), al personal al cuidado de edificios particulares e instituciones públicas (como porteros y conserjes) y a aquellos que se especializaron en prestar servicios personales a particulares derivados de la modernización acaecida en los medios de transporte individual a raíz de la automoción (*chauffeurs*, taxistas, lavacoches, encargados de cocheras y garajes, etc.). Esta configuración laboral se asentó sobre un único pilar: la capacidad adquisitiva de las familias residentes en los barrios del Ensanche Este más cercanos al casco antiguo, que se contaban desde finales del siglo anterior entre los más lujosos y acomodados de la capital (Figuras 4.8, 4.21, 4.24, 4.36 a 4.40) gracias a una oferta inmobiliaria moderna llena de comodidades y a una dotación de servicios muy amplia, fruto de una segregación socioespacial que se consolidó aún más durante el primer tercio del siglo XX (Figuras 8.8 a 8.13).

Uno de los servicios más notorios e identificativos de este espacio urbano era el proporcionado por la figura del portero o conserje particular. Desde las primeras construcciones erigidas por el marqués de Salamanca en la década de los sesenta del siglo anterior, el Ensanche Este se caracterizó por disponer de una verdadera pléyade de inmuebles que constaban de portería propia⁶³, en la que por un sueldo anual estable (en 1930 la media era de 1.869 ptas.) y una modesta vivienda (ya fuera mediante una vivienda interior en los bajos del edificio accesoria a la pequeña garita situada en la entrada del portal, o un sotabanco o buhardilla desde donde bajar por la escalera de servicio hasta las dependencias dispuestas para tal fin), una familia se hacía cargo del mantenimiento, seguridad y limpieza de las zonas comunes del inmueble, habiendo casos, especialmente en los inmuebles habitados por residentes de la más elevada escala social, en los que su condición era muy similar a la de un sirviente doméstico externo. Es cierto que también había conserjes destinados en edificios gubernamentales, instituciones públicas y dependencias de sociedades privadas asentadas en estos barrios de la ciudad, aunque su proporción respecto a los particulares era muy inferior. De este modo, en ciernes de la II República, ser portero seguía siendo un recurso laboral

⁶¹ El sueldo medio diario de los camareros residentes en el Ensanche Este a la altura de 1930 era de 2,97 ptas., siendo el de los botones de 2,03 ptas., el de los cocineros 6,20 ptas. y el de los peluqueros 6,80 ptas.

⁶² OTERO, L. E., PALLOL, R., VICENTE, F., CARBALLO, B., DE MIGUEL, S. y DÍAZ, L.: "HISCO: en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado", *XI Congreso de AHC*, Granada, 2012; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit., pág. 514; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital*, Op. Cit., pág. 665.

⁶³ De los 2.390 inmuebles registrados en el padrón de habitantes de 1930 existentes en el Ensanche Este, 1.636 las poseían, es decir, dos de cada tres. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

codiciado por las capas populares menos cualificadas, especialmente las de origen inmigrante rural, ya que les proporcionaba estabilidad y un cierto caché social ante sus congéneres por su trato diario con sus residentes, miembros de las clases medias profesionales asalariadas y altos cargos de la administración pública y del Ejército, quienes solían tener un trato condescendiente y paternalista con ellos y su familia⁶⁴.

Unos miembros del estamento militar que seguían aglutinándose en los cómodos y amplios principales, entresuelos y pisos intermedios de los modernos inmuebles del Ensanche Este gracias a que disfrutaban de unos emolumentos anuales (7.423 ptas. anuales de media en 1930) superiores a los de la inmensa mayoría de empleados que formaban el heterogéneo sector servicios madrileño (Figura 7.24), con el que podían sufragar sus gravosos alquileres (2.222 ptas. anuales). Así, en los barrios más acomodados de la capital éstos suponían, junto a los representantes de las clases medias asalariadas dedicadas al orden público de la capital (guardias civiles, policías, agentes de seguridad o de tráfico), el principal grupo laboral de los que prestaban servicios personales residentes en este espacio urbano (Figura 7.9). La mayoría realizaba tareas administrativas, de gestión y formación en las principales instituciones, organismos y dependencias relativas a la defensa del país centralizadas en Madrid, como los ministerios de Marina y de Guerra, la Escuela Superior de Estudios Militares o el Consejo Supremo del Ejército y de Marina, las Comandancias de la Guardia Civil y la de Ingenieros, la Escolta Real o el Instituto Geográfico entre otros⁶⁵.

Porteros y militares eran, *grosso modo*, los puntales que componían los servicios personales del mercado laboral del Ensanche Este de la ciudad. Las pervivencias de la economía preindustrial en este ámbito parecían claras a excepción de un matiz que revolucionó la faz urbana: la transformación de los transportes públicos y privados de la ciudad como consecuencia de la dilatación de su perímetro urbano y la llegada del automóvil⁶⁶. De este modo, durante el primer tercio del siglo XX la capital española se consolidó como una *traffic city* pareja a las demás metrópolis europeas. Con un millón de habitantes como inquilinos, quedaron para siempre atrás los tiempos en los que éstos podían recorrerla tranquilamente de punta a punta caminando. La urbanización de la mayoría de los barrios del Ensanche, la expansión geográfica de la ciudad a través de sus principales vías de entrada hasta entroncar con los principales núcleos del Extrarradio, y las nuevas colonias que se estaban erigiendo en torno a sus municipios colindantes, generaron una intensa demanda de transporte público y privado, particular o público, que dejaron obsoletos la mayoría de los servicios heredados del siglo anterior. Los vehículos de tracción animal como los coches de plaza, los simones, los landós o los carruajes de lujo fueron extinguiéndose rápidamente, así como las carrozas utilizadas en la distribución y transporte de mercancías. Sólo las familias del *Todo Madrid* que podían y querían permitírselo, aquéllas que se mostraban más apegadas con el gusto y la simbología del carruaje que con el estridente ruido del moderno automóvil, mantenían su lujoso coche de caballos. Era la resistencia del pasado, como señalara

⁶⁴ No obstante, a finales de los años veinte este colectivo también empezó a alzar la voz para quejarse de sus reducidos sueldos así como de las calamitosas condiciones de sus “*lúgubres, inmundas e inhabitables buhardillas*” en las que vivían. En *Heraldo de Madrid*, 16 de mayo de 1928.

⁶⁵ Se recuerda que la población militar flotante formada por las quintas que recibían instrucción militar anualmente en los acuartelamientos madrileños no ha sido informatizada, por lo que la inmensa mayoría de los militares consignados son personal administrativo destinado específicamente en la capital.

⁶⁶ Como se indicara en el capítulo 3, el sistema clasificatorio de HISCO sitúa a los trabajadores que prestaban servicios relacionados con el transporte individual o colectivo fuera de los servicios personales, hecho con el que no estamos conformes y por eso han sido abordados en este epígrafe.

ácidamente Corpus Barga: “*El siglo XIX continúa paseándose todas las tardes por el Retiro en coche abierto*”⁶⁷. Unos vehículos de sangre que no podían competir en eficiencia, rapidez y potencia con los nuevos transportes públicos de masas derivados de la electrificación, como las distintas líneas del tranvía eléctrico gestionadas por la Compañía Madrileña de Tranvías (CMT) y el Metropolitano de Alfonso XIII, los cuales consignaban cerca de 300 millones de viajeros en 1930⁶⁸, y tenían en nómina a más de un centenar de trabajadores como conductores de metro, cobradores, cajeros o tranviarios, los cuales ganaban de media un jornal de 7 ptas.



Ilustraciones 7.8 y 7.9. A la izquierda, automóviles comprados para el servicio de correos de Madrid, 1910. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA; a la derecha, automóvil municipal destinado a la limpieza de las calles, 1920. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA.

Pero las transformaciones que mayor impacto supusieron sobre el ecosistema socioeconómico urbano occidental como consecuencia de la tracción mecánica fueron las ligadas a las múltiples y variadas aplicaciones prácticas del motor de combustión interna, cuyo desarrollo alcanzaron unas poderosas originales implicaciones socioeconómicas. De la automoción derivó la aparición de nuevos vehículos utilizados como medios de transporte público colectivo (los autobuses de línea) o individual (los taxímetros), para el reparto y distribución de mercancías (como los camiones) y, especialmente, como medio de transporte particular (el automóvil). Respecto a los primeros, tras su plena aplicación para el transporte interurbano de media y larga distancia durante las primeras décadas del siglo XX, período en el que entró en competencia directa con las desfasadas diligencias y la incompleta red ferroviaria española, en 1922 y tras una solicitud previa de los concejales socialistas en el Ayuntamiento y un intento empresarial anterior, se inició la primera concesión de líneas de autobuses urbanos en la capital a cargo de la recién constituida *Compañía General de Autobuses*. Sin embargo, su plena integración en la red de transporte madrileño no se produjo hasta 1932, cuando la CMT logró su objetivo de monopolizar el nuevo servicio de transporte público en ciernes⁶⁹. La versatilidad, menor coste, seguridad y rapidez del nuevo servicio hicieron proliferar las nuevas líneas de autobuses en los años treinta. Así, miles de personas residentes en las nuevas colonias residenciales, en los núcleos urbanos del Extrarradio o en los municipios colindantes a la capital, comenzaron a demandar fervientemente nuevas líneas del moderno servicio público, argumentando en sus peticiones a la Alcaldía que “*sin medios de comunicación, nuestra vida sería*

⁶⁷ BARGA, C.: *Paseos por Madrid*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, pág. 68.

⁶⁸ RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936...*, *Op. Cit.*, pág. 138 y 151.

⁶⁹ RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936...*, *Op. Cit.*, pp. 152-163.

imposible”⁷⁰. Desde el punto de vista industrial y comercial, la aparición de los camiones también facilitó y abarató los costes de distribución y reparto de la mercancía en el interior de la capital.

Sin embargo, el automóvil fue la perla del moderno y bullicioso sector de la automoción, tanto por la rapidez con la que sus principales empresas productoras lograron reducir su precio y ampliar sus prestaciones técnicas como por el modo en que socializaron y expandieron su uso, adecuando el paisaje urbano a sus necesidades y virtudes y entroncándolos con nuevos hobbies y pasatiempos como el turismo o las carreras⁷¹. Ya se indicó anteriormente cómo el número de matriculaciones ascendió exponencialmente en Madrid durante los años veinte hasta superar los veinte mil vehículos matriculados en 1931, reflejo del potente esfuerzo realizado por la industria internacional del automóvil por hacer llegar sus productos al grueso de unas capas medias asalariadas especialmente visibles en el Ensanche Este de la capital. A pesar de que aún distaba tiempo para que este ambicioso objetivo se cumpliera, lo cierto es que para ser propietario de un vehículo de tracción mecánica en vísperas de la II República ya no era necesario ser un adinerado burgués o un rentista perteneciente a una consolidada familia aristocrática. Además, también se potenció la utilización del automóvil como una opción moderna de transporte público individual mediante la aparición de los taxímetros, de *“porvenir espléndido, puesto que el taxi se populariza más cada día, y ya no es vehículo de las clases pudientes, sino coche propio para el vecindario más modesto, el cual ahorra en tiempo lo que gasta en dinero”*⁷².

Desde el punto de vista del mercado laboral madrileño, el impacto del desarrollo de la industria automovilística y de las distintas redes de transporte de servicio público ocasionó, además del ya indicado crecimiento del trabajo manual cualificado derivado de la producción, mantenimiento, reparación y ensamblaje de carrocerías, vagones, motores, etc., una profunda reestructuración interna de los servicios personales vinculados al transporte. Los cocheros, cuidadores y maestros de los caballos utilizados como fuerza de tiro en los ómnibus, coches de plaza o carruajes de lujo, pasaron a ser profesiones obsoletas tras la sustitución de la tracción *de sangre* por la mecánica (cobraban unas 50 ptas. mensuales de media). Otros lograron fácilmente reconvertir su actividad económica y adaptarse a los tiempos motorizados dadas la naturaleza y escasa cualificación que requerían los servicios que proporcionaban, como los guardas, limpiadores y lavacoches callejeros (que cobraban diez céntimos por vehículo lavado) públicos o privados, así como aquellos que gestionaban cocheras y garajes particulares, individuales o colectivos, y que solían ofrecer servicios de protección, aparcamiento y limpieza a los dueños de dichas plazas. Pero la llegada del automóvil también precisó y demandó nuevos servicios personales cualificados como los *chauffeurs* particulares (modernos lacayos que sustituyeron en las familias más adineradas de la ciudad a los cocheros domésticos) y los conductores de camiones, taxímetros y autobuses⁷³. Ser

⁷⁰ Expediente a instancias de los Previsores de la Construcción para establecer un servicio de autobuses. Clase de Circulación, 1933. AVM, Secretaría, Signatura 29-59-38.

⁷¹ En los años treinta ya era usual encontrar de forma continuada en las diversas publicaciones madrileñas alusiones a los viajes en coche o en autobús realizados a una sierra madrileña *“casi domada”* según Corpus Barga para pasar el día, o reseñas relativas a las continuas competiciones, exhibiciones y reuniones de automóviles realizadas en Estados Unidos o Europa. KAUFMANN, V.: “On transport history and contemporary and social theory”, *The Journal of Transport History*, nº 2, 2007, pp. 302-306.

⁷² *La Voz*, 9 de marzo de 1929.

⁷³ Las difíciles y tensas relaciones laborales existentes entre los distintos trabajadores de los transportes madrileños a lo largo de los años de entreguerras en SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo...*, *Op. Cit.*, pp. 325-337.

conductor de un vehículo a motor era una nueva profesión que requería más destreza y conocimiento que los antiguos cocheros de caballos, pero cuya gran demanda venía determinada por los mayores rendimientos salariales a obtener, ya estuvieran contratados de manera particular (donde cobraban en torno a las 200 ptas. mensuales), por alguna de las grandes compañías de taxis surgidas en la capital, o cobraran a jornal por día trabajado (la media de los conductores de taxi era de 8 ptas. diarias). Una ocupación que adquirió un mayor peso específico en el Ensanche Este de la capital, donde se aglutinaba la cuarta parte de los cocheros de la ciudad como consecuencia de la concentración en sus calles de coches particulares, garajes y taxis debido al elevado nivel adquisitivo medio de sus residentes⁷⁴. Especializarse como conductor en alguna de las academias y escuelas que constaban en la ciudad, en las cuales había hasta un “*magnífico internado para los de provincias con todo confort*” (Ilustración 7.10), no era una mala salida para aquel recién llegado a la ciudad que tuviera ciertos ahorros (el coste rondaba las 150 ptas.), ya que el sueldo potencial era bastante jugoso (los chóferes de abonos y coches de gran turismo obtendrían en 1931 unas bases de trabajo para los obreros de transporte mecánico en el que se les reconocieron 350 ptas. mensuales de sueldo⁷⁵).



Ilustración 7.10. Anuncio del Instituto Técnico de Automovilismo para enseñar a ser *chauffeur* y conducir automóviles particulares. En *La Libertad*, 26 de diciembre de 1922.

En vísperas de la Guerra Civil, los inmigrantes de origen rural recién llegados a Madrid todavía podían aspirar a adentrarse en su mercado laboral como dependientes de comercio, porteros, sirvientes o cocheros de coches de punto. Su peso específico todavía estaba fuera de toda duda en estos años y de hecho muchos se adentraron de este modo en el mercado de trabajo madrileño. Sin embargo, también se percibía que sus características laborales tocaban a su fin, que procedían de un mundo que empezaba definitivamente a extinguirse. Y es que los años de entreguerras fueron el marco temporal en el que el ímpetu y la pujanza del comercio y los servicios modernos acabaron desbrozando definitivamente las reticencias de las actividades mercantiles, de abastecimiento, producción y servicios preindustriales todavía vigentes en la capital española. Ya en 1930 habían penetrado en mayor o menor medida los nuevos resortes de la modernización en casi todas las ramas económicas, conviviendo unos y otros hasta la superación del modelo económico antiguo, que sólo fue superado en los años sesenta como consecuencia del parón (y en determinados ámbitos claro retroceso) derivado de la Guerra Civil y de la posterior autarquía económica impuesta por la dictadura franquista. En este sentido, el comercio y los servicios personales madrileños se hallaban en los años treinta en un punto intermedio, entre la todavía persistente presencia del servicio doméstico, los porteros, el personal de seguridad y militar residente en la capital del país o el comercio interno, y el brioso avance de los grandes centros comerciales y las agencias de publicidad, el transporte de masas o la

⁷⁴ JUNTA LOCAL DE REFORMAS SOCIALES: *Estadística del trabajo. Anuario del año 1924*, Imprenta Municipal, Madrid, 1926.

⁷⁵ BRAVO MORATA, F.: *Historia de Madrid. Vol. IV. De la Dictadura al Madrid de la República (1ª Parte)*, Ediciones Trigo, San Fernando de Henares, 2001, pág. 55.

automoción. Una fase similar a la que se habían encontrado los profesionales liberales y técnicos, los empleados de cuello blanco o los trabajadores especializados en la gestión y administración de las tareas públicas y de las empresas privadas durante las décadas interseculares. Una etapa de transición que estaba en ciernes de ser superada a principios de los años treinta, cuando la segunda revolución industrial, la expansión del capitalismo avanzado y el afianzamiento de la gran empresa (nacional o extranjera) y las organizaciones corporativistas estatales eran un hecho.

7.2. *Animales de oficina. La complejización del trabajo profesional, de gestión y administración en las oficinas y despachos madrileños.*

“Esta mañana he gozado una agradable sensación de placer: junto a las ventanas de mi oficina, enclavada en lo más urbanizado y artificioso de la ciudad (bocinazos de autos en la calle, y dentro timbres telefónicos, tecleo de máquinas de escribir, ficheros estadísticos, papel carbón), ha sonado la trompeta hermanizadora, fecunda y bucólica: un hermano asno, un simpático borrico ha rebuznado a placer, hasta hartarse.

La risa placentera e inocente ha llenado como una brisa de primavera, la oficina: todos los oficinistas (absurdos muñecos autómatas de un mundo artificioso) hemos aspirado una ráfaga de naturaleza: se han impregnado nuestras almas esclavas del sensual perfume de la tierra húmeda, del aire puro de los campos...

Un oficinista más autómata, más artificioso que los demás, ha impuesto silencio, hemos vuelto a nuestras máquinas. Hemos desoído el sabio pregón de vida, que nos llamaba a la Naturaleza. Los hombres enfermos de civilización no tenemos cura.”

“Vuelta a la Naturaleza”, Alrededor del mundo, 29 de marzo de 1930.

En términos generales, el entramado económico madrileño se vio profundamente alterado en los años de entreguerras como consecuencia de las profundas transformaciones socioeconómicas derivadas de la segunda revolución industrial y la eclosión del capitalismo avanzado, siguiendo una cadencia similar a la de las demás grandes urbes europeas. La aún tenue modernización del sector servicios madrileño acaecida durante las décadas interseculares, circunscrita a la maduración de las principales estructuras del Estado liberal y la proliferación de las primeras grandes corporaciones privadas en torno al ferrocarril y la banca, siguió el mismo guión que en Estados Unidos o Gran Bretaña (la *dominación legal con administración pública* descrita por Weber⁷⁶, y la gran empresa privada gestada por el capitalismo industrial como señalara Alfred Chandler⁷⁷), y fue el preludio de lo que acontecería a lo largo del

⁷⁶ WEBER, M. (ed. ABELLÁN, J.): *Sociología del poder: los tipos de dominación*, Alianza, Madrid, 2012; VILLACORTA, F.: *Profesionales y burócratas: estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Siglo XXI, Madrid, 1989; DEL MORAL RUIZ, J., PRO RUIZ, J. y SUÁREZ BILBAO, F.: *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional*. Op. Cit.

⁷⁷ CHANDLER, A. D. Jr.: *The Visible Hand. The Managerial Revolution in American Business*, C.U.P., Cambridge, 1977; *Scale and scope. The dynamics of industrial capitalism*, The Belknap press of Harvard

primer tercio del siglo XX en el mundo urbano de las principales potencias europeas y norteamericanas⁷⁸. Los cualitativos adelantos técnicos desarrollados en cascada desde mediados del siglo XIX, la introducción de la mecanización y la concentración industrial en complejos de gran magnitud donde se incrementaron producción y productividad, generaron por un lado una recurrente demanda de ingentes capitales para sufragar tales inversiones iniciales (germen de las corporaciones, sociedades y grandes empresas de escala nacional e internacional), y por otro la extrema necesidad de idear una nueva forma de organizar y gestionar este nuevo sistema productivo. De este modo, si la división y organización científica del trabajo propugnada por Taylor y Ford⁷⁹, que buscaban sincronizar al máximo las tareas productivas industriales con las capacidades específicas de cada trabajador, controlar sistemáticamente su tiempo y mejorar su productividad, este proceso de racionalización también se aplicó a la imperiosa necesidad de gestionar, administrar y supervisar lo más eficazmente posible las modernas aglomeraciones empresariales de mastodóntico tamaño fruto del capitalismo avanzado. Una circunstancia que fue paliada mediante la ampliación y expansión de la *burocratización*, entendida como la elaboración de “*un entramado jerarquizado de oficinas o despachos, cada uno de los cuales tiene una determinada esfera de competencia y emplea un personal con capacidades especializadas*” en palabras de Mills⁸⁰. En definitiva, una simbiosis entre los principios de la especialización laboral de Ford y los beneficios de las pequeñas economías de escala señaladas por Marshall para desarrollar un sistema que fuera lo más eficaz posible a la hora de gestionar al mismo tiempo grandes cantidades de información, recursos, personal, bienes, etc.

De este modo, los cambios acaecidos en la tecnificación, complejización y diversificación de la actividad industrial de las grandes potencias occidentales entre 1880 y 1936 tuvieron su correlato en la evolución del modo en que ésta sería gestionada. En estos años, las oficinas, departamentos y despachos de las grandes empresas y del Estado empezaron a multiplicarse en torno a las grandes plantas industriales, siendo tanto o más importantes para su desarrollo que las modernas máquinas y procedimientos técnicos adquiridos o desarrollados por aquéllas. Esta tendencia hacia la aglomeración y concentración industrial del sector privado obligó a las administraciones públicas a hacer lo propio para lograr su efectiva fiscalización mediante la especialización de la regulación formal, la creación de organismos e instituciones más complejas y la subdivisión racional de los distintos niveles de los poderes públicos. Dos caras, una privada y otra pública, que formaban parte del mismo rostro: el modelo burocrático derivado de la concentración de la propiedad, el capital y los medios de trabajo en manos de las grandes corporaciones y empresas surgidas del capitalismo avanzado. Un proceso ante el cual el Estado no sólo reaccionó sino que, en ocasiones, tuvo un papel director clave, estimulando la concentración industrial, alentando las conexiones entre las grandes empresas y las sociedades financieras de inversión, o atrayendo remesas de capital extranjero. Este fenómeno fue el que se produjo en el caso español, donde la endeblez industrial autóctona, la escasez de capitales y la debilidad del mercado de consumo maniataron a gran parte del sector

University Press, Cambridge, 1990; “Organizational Capabilities and the Economic History of the Industrial Enterprise”, en *Journal of Economic Perspectives*, Vol. 6, nº 3, Summer, 1992, p. 79-100.

⁷⁸ El proceso de conformación y expansión de esta realidad socioeconómica fue muy similar, variando principalmente en aspectos temporales (iniciado en torno a 1880 en Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania, y en los años de entreguerras en el caso de los demás países europeos) o de escala en función del tamaño de las urbes, su funcionalidad económica y el grado de desarrollo del país en cuestión.

⁷⁹ TAYLOR, F.: *The Principles of Scientific Management*. Harper&Brothers, New York & London, 1911.

⁸⁰ MILLS, C.W.: *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, Aguilar, Madrid, 1973, pág. 111.

privado, obligando a los poderes públicos a emprender periódicamente estímulos económicos y legislativos que superaran tal impedimento y fomentaran tanto las fusiones empresariales nacionales como la entrada de las internacionales (leyes de Banca y Sociedades de Crédito, las de Ferrocarriles, de Bases o las arancelarias, la creación del Banco de España o el Ministerio de Economía, la fundación de corporaciones como CAMPSA o Telefónica, etc.)⁸¹.

Las consecuencias para los mercados laborales urbanos de Estados Unidos y Europa generadas por tan profunda transformación de la actividad productiva y su gestión no se hicieron esperar. Desde el último cuarto del siglo XIX, estas economías, ligadas entre sí por vínculos e intereses cada vez más fuertes, experimentaron un incremento exponencial en la demanda de trabajadores cualificados para prestar servicios y funciones no manuales muy específicas. La proliferación y aumento de tamaño de las grandes empresas y corporaciones privadas, la aparición de nuevos ámbitos de negocio derivados de las distintas economías de escala, así como la expansión de la administración pública de los Estados liberales, generaron miles de nuevas ocupaciones, cada cual más especializada que la anterior, destinadas a la prestación de todo tipo de servicios de administración, gestión, supervisión, control, distribución, coordinación, asesoramiento y mejora de las actividades económicas demandadas por las anteriores⁸². No obstante, a pesar de su enorme heterogeneidad, las ocupaciones destinadas a la prestación de servicios para la propia empresa, el Estado, a terceras sociedades e industrias intermediarias o directamente al consumidor, tenían unas características comunes. La más importante era que en ellas primaba el trabajo intelectual sobre el material. No manipulaban o elaboraban bienes, sino que administraban, gestionaban, coordinaban o distribuían estos productos, ingentes volúmenes de información, símbolos, datos o personas, funciones de cierta especialización que requerían una educación básica amplia (en ocasiones un título académico específico) para, como mínimo, saber utilizar la máquina de escribir, manejar el teléfono, recibir los cables telegráficos, administrar archivos y libros de registro o gestionar tablas contables. En este doble contexto en el que por un lado, menos hombres producían más bienes en menor tiempo gracias a la producción en masa, la mecanización y la división del trabajo, mientras que por otro se hacía imprescindible gestionar, coordinar y dar salida eficientemente a este incremento continuado de la producción, se ocasionó la pérdida generalizada de prestigio del trabajo manual realizado por los obreros artesanos (salvo en determinadas actividades donde todavía no se había ideado maquinaria sustitutiva alguna por su complejidad o su novedad) en detrimento del trabajo intelectual realizado por los profesionales

⁸¹ DEL MORAL RUIZ, J., PRO RUIZ, J. y SUÁREZ BILBAO, F.: *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional*. Op. Cit.; BETRÁN PÉREZ, C.: *Industria y crecimiento económico en el primer tercio del siglo XX. España, 1913-1929*, Op. Cit.; HOUP, S. y ROJO CAGIGAL, J.C.: “El desarrollo de la gran industria”, en GONZÁLEZ ENCISO, A. y BATÉS BARCO, J.M. (coords.): *Historia económica de España*, Op. Cit., pp. 521-545; MOHEDANO, J.: “Las fusiones de empresas en España (1890-1913). Una primera aproximación”, *Revista de Historia Industrial*, nº 14, 1998, pp. 189-220; CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: “La gran empresa en España (1917-1974). Una primera aproximación”, *Revista de Historia Industrial*, nº 3, 1993; GONZÁLEZ CALLEJA, E. *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*. Op. Cit.; ROLDÁN, S.; GARCÍA DELGADO, J.L. y MUÑOZ, J.: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Op. Cit.

⁸² Entre 1870 y 1940, en Estados Unidos la composición interna de las “fuerzas trabajadoras” varió ostensiblemente, señalando un incremento del 6 al 25% de los *white collar* adscritos al nuevo modelo burocrático de gestión. MILLS, C.W.: *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, Op. Cit., pp. 93-96; KOCKA, J.: *White collar workers in America, 1890-1940: a social-political history in international perspective*, Op. Cit.; CRONIN, J. E.: *The Politics of State Expansion...*, Op. Cit.

asalariados y los que ejercían sus servicios libremente, los técnicos especializados, los empleados y los oficinistas de distinta especialización⁸³. Además, la mayoría de estos trabajadores no eran más que una pequeña pieza de un entramado burocrático de mayor envergadura, segmentado e impersonal en el que tenían constancia de la existencia de otros despachos y unidades administrativas similares, de mayor o menor rango, pero con los que difícilmente entablaban una vinculación física y personal. En las grandes empresas, estos profesionales y oficinistas eran generalmente trabajadores asalariados pagados de forma anual, que en ocasiones eran la cara visible de la compañía, lo que les obligaba a ofrecer una presencia óptima, a vestir de un modo concreto y a poseer un buen trato de gentes, aunque en la mayoría de los casos eran la adaptación humana al ámbito de la prestación de servicios burocráticos de la moderna maquinaria instalada en las fábricas y talleres de la compañía, centralizados y apiñados en grandes oficinas acristaladas, “*absurdos muñecos autómatas de un mundo artificioso*”⁸⁴.



Ilustraciones 7.11 y 7.12. A la izquierda, oficina de la redacción del periódico *La Luz*, en 1932. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA; a la derecha, departamento de Ingenieros de Telefónica, sección de delineantes en la Central de Salamanca. H. 1924-1931. Archivo Fotográfico de Telefónica.

La heterogénea composición de este nuevo y amplio segmento laboral que la historiografía del trabajo anglosajona denominó *white collar*⁸⁵ (*empleados de cuello blanco* o genéricamente *empleados* en la historiografía hispanohablante), hizo que éste fuera un segmento perceptible a lo largo y ancho de todo el moderno mercado de trabajo urbano. Sus integrantes podían encontrarse tanto en la cúspide de la pirámide social como en su gruesa base según el grado de especialización de sus funciones, el prestigio y reconocimiento social derivado de su actividad, y la cuantía salarial percibida por ella. La existencia de managers, directores y gerentes de oficinas, de sueldos muy elevados y un palpable prestigio social, emanaban del mismo origen económico que los empleados de banca, los de transporte público y telecomunicaciones o los funcionarios públicos de rango medio, así como los oficinistas y empleados de escasa especialización que trabajaban para las grandes empresas o para el creciente Estado. La profesionalización, burocratización y dilatación de estas actividades de gestión, administración y dirección

⁸³ CROSSICK, G. y HAUPT, H.G. (eds.): *Shopkeepers and Master-Artisans in Nineteenth-Century Europe*, Methuen, London, 1984.

⁸⁴ “Vuelta a la Naturaleza”, *Alrededor del mundo*, 29 de marzo de 1930.

⁸⁵ MILLS, C.W.: *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, Op. Cit.; KOCKA, J.: *White collar workers in America, 1890-1940: a social-political history in international perspective*, Sage Publications, London, Beverly Hills, 1980; " BERGER, S. (ed.): *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981.

públicas y privadas, provocó el auge cuantitativo de las denominadas *nuevas clases medias*, que se caracterizaban respecto de las *viejas* por disfrutar de una posición socioeconómica estable fruto de la especialización y asalarización de las funciones laborales realizadas y no de las rentas obtenidas de su patrimonio⁸⁶. Además, la cualificación de su trabajo intelectual y los símbolos externos que la acompañaban (vestimenta, lenguaje, formas de expresión y trato, etc.) fueron factores que favorecieron la existencia entre sus integrantes de una percepción cuasi estamental de que poseían un *status* superior al del común de los trabajadores manuales, y la pretensión de que les fueran reconocidos ciertos privilegios sociales respecto a la clase obrera por el Estado (jornada laboral, sueldo, seguros de desempleo o enfermedad, etc.), circunstancia que lograron sus segmentos más especializados en la mayoría de los países occidentales⁸⁷. Un universo laboral diverso de nuevo cuño cuya expansión también trajo consigo profundas transformaciones sociales, políticas y culturales más allá del ámbito económico dada su doble y contradictoria posición como trabajadores asalariados por un lado, y eslabones de la cadena de gestión, control y administración utilizada por los propietarios del capital por otro, fenómeno explicativo de su marcada indefinición política en un contexto local, nacional y global de cruda lucha de clases⁸⁸.

Este novedoso paradigma productivo se expandió desde Estados Unidos hacia las principales potencias industriales europeas, haciéndose especialmente visible en las plazas que descollaban de su mundo urbano, allí donde las *economías de aglomeración* adquirieron una mayor relevancia. De este modo, las grandes metrópolis continentales como Londres, París o Berlín, y urbes situadas en un escalón inferior como Viena, Praga, Liverpool, Ámsterdam o Milán, se adentraron en la modernidad desde finales del siglo XIX y el primer tercio del XX⁸⁹. En el ámbito español, a pesar del relativo retraso acumulado en dicho proceso durante las décadas interseculares respecto a su contorno europeo (el país aún se hallaba en 1913 en el primer estadio de desarrollo industrial de los enumerados por Walter Hoffmann⁹⁰, uno o dos niveles menos que las potencias

⁸⁶ La primera era de origen preindustrial y se caracterizaba por estar basada en la pequeña propiedad, en el conocimiento técnico e intelectual y en la actividad libre, frente a la *funcional*, desarrollada por el capitalismo y ligada a la gestión administrativa y burocrática de actividades contables, financieras o comerciales mediante su contratación como empleados asalariados por parte de grandes sociedades y empresas. ORTÍ, A.: “Estratificación social y estructura del poder: viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa”, en AA. VV.: *Política y sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Vol. II, CIS/CESCO, Madrid, 1987, pp. 711-736; “Para una teoría de la sociedad de las clases medias funcionales de los 80”, *Documentación Social*, nº 88, 1992, pp. 209-234.

⁸⁷ VISACOVSKY, S.E. y GARGUIN, E. (comp.): *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*, Antropofagia, Buenos Aires, 2009.

⁸⁸ Las implicaciones económicas, sociales, sociológicas, políticas y culturales que, entre otras, derivaron de la conjunción de la organización burocrática, el desarrollo del capitalismo avanzado y la segunda revolución industrial tanto en términos generales como en el marco específico de las nuevas clases medias urbanas fueron sustanciales, siendo su explicación pormenorizada un objetivo que excede la finalidad de este trabajo. Algunas de las obras más significativas que abordan estas cuestiones son: NIETO GARCÍA, A.: *El pensamiento burocrático*, Editorial Comares, Granada, 2002; WRIGHT, E. O.: *Clases*, Siglo XXI, Madrid, 1994; BOURDIEU, P.: *La distinción. Criterios y bases culturales del gusto*, Taurus, Barcelona, 1988; SAVAGE, M. (coord.): *Property, Bureaucracy and Culture: Middle Class Formation in Contemporary Britain*, Routledge, London, 1995. KOCKA, J.: *Historia social y conciencia histórica*, Marcial Pons, Madrid, 2002, especialmente pp. 107-192.

⁸⁹ PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la 2ª Guerra Mundial*, Op. Cit., pp. 76-82; MELLER, Helen: *European cities, 1890-1930's. History, culture and the built environment*, Op. Cit., pp. 77-11.

⁹⁰ HOFFMANN, W.G.: *The Growth of Industrial Economies*, Manchester University Press, Manchester, 1958; “Acerca de la dinámica del proceso de industrialización en la economía mundial”, en *Económica*, nº 3-4, Vol. 1, enero-junio 1955, pp. 323-344.

centroeuropeas y Gran Bretaña), este proceso acabó eclosionando de un modo irreversible en las dos metrópolis nacionales, Madrid y Barcelona, durante la década de 1920⁹¹. Ambas eran los mayores mercados nacionales de consumo del país en torno a 1930 al superar el millón de habitantes, siendo un acicate para la diversificación y complejización de sus actividades económicas. Además, en el caso madrileño, la rapidez y baratura con la que se nutrió de energía eléctrica, las sólidas infraestructuras y redes de transporte erigidas en torno a la capital política del país, la concentración de la mayoría de las sociedades de banca e inversión industrial y de las sedes de las grandes empresas nacionales e internacionales en su seno, el fácil acceso a los canales privados de información e influencia económica y política vinculados a los bastidores del poder, y la constitución de nuevos organismos y corporaciones públicas cuyos centros de administración se situaron en Madrid, consolidaron este modelo de gestión en ella.

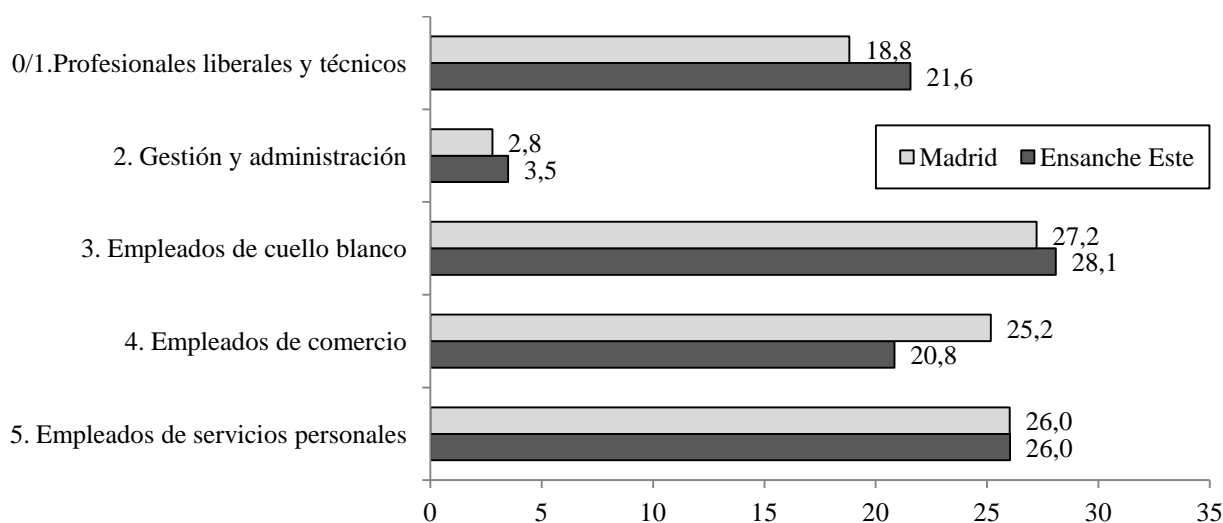


Figura 7.10. Comparación de la distribución laboral de la población masculina en edad laboral ocupada en el sector servicios en Madrid y su Ensanche Este en 1930. Los datos de Madrid han sido extraídos de los trabajos de Rubén Pallol Trigueros, Santiago De Miguel Salanova y Luis Díaz Simón. Hombres de entre 15 y 65 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

Las derivaciones de esta metamorfosis económica, que se empezó a intuir en el caso madrileño en los albores del nuevo siglo, se hicieron especialmente patentes en los años que van desde la neutralidad española en la Iª Guerra Mundial hasta el advenimiento de la IIª República (Figuras 6.1, 6.2 y 6.5). Durante los *felices años veinte* se produjo en la ciudad un salto cualitativo en la modernización y dilatación de los distintos segmentos laborales que componían el sector terciario de la ciudad especializados en las funciones de gestión, mediación, administración, supervisión y asesoramiento técnico en todos sus niveles, desde los puestos más altos de gestión, pasando por ocupaciones profesionalizadas y técnicas como ingenieros, estadistas, gerentes y directores, por trabajadores de cuello blanco muy especializados como los funcionarios civiles y los empleados de banca, transportes, de comercio o telecomunicaciones, hasta llegar a las tareas de oficina más básicas y rutinarias realizadas por meritorios, auxiliares, recaderos y becarios, desempeñadas por jóvenes de escasa cualificación pero que aspiraban a obtenerla a través de la experiencia laboral.

⁹¹ CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España Contemporánea*, Op. Cit., pp. 185-222; VELARDE FUENTES, J.: "La economía española de 1914 a 1931", en ANES, G. (Ed.): *Historia económica de España. Siglos XIX y XX*, Op. Cit., pp. 469-525; GARCÍA DELGADO, J. L. (Coord.) *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. Op. Cit.

Exceptuando la marcada reducción de la jornalización y, en menor medida, de los servicios personales dentro de la composición del mercado laboral madrileño, el ascenso de los profesionales liberales y de los empleados de cuello blanco significó la mutación cualitativa más relevante de las que afectaron a la mano de obra de la capital (Figuras 6.3 y 6.4). La base sobre la que se asentó la modernización de estos servicios madrileños de rango local, regional y nacional ya se había consolidado a lo largo del último cuarto del siglo anterior.

La suma de los trabajadores residentes en la ciudad que realizaban alguna de estas funciones de carácter intelectual englobaba, al finalizar el primer tercio del siglo XX, a cerca de la mitad de la mano de obra madrileña dedicada al sector servicios, pasando de representar el 42% en 1905 al 48% en 1930 (Figura 7.3). Un crecimiento que no se apoyó en el auge de las altas clases medias profesionalizadas (cuya masa laboral se mantuvo estable en torno al 18% de los trabajadores del sector servicios madrileño entre ambas fechas), compuestas tanto por técnicos, peritos y profesionales liberales altamente cualificados (Figura 7.11), como por gestores, jefes y directores de la administración pública y de la gran empresa privada (Figura 7.16), quienes habían liderado la modernización de la actividad terciaria de la ciudad desde el último cuarto de siglo anterior gracias a la capitalidad del Estado. Este proceso fue protagonizado por la dilatación de los escalafones medios y bajos de la organización burocrática pública y privada en construcción (cuya masa laboral se incrementó del 20 al 27% entre 1905 y 1930), compuestos por los empleados de cuello blanco adscritos, entre otros ámbitos, a las dependencias ministeriales, a los servicios públicos de telecomunicaciones como correos, telégrafos o teléfonos, sucursales bancarias de colosos nacionales y extranjeros como el Hispanoamericano, el Banco Español de Crédito o el International Banking Corporation, compañías de seguros como La Unión y el Fénix, oficinas de grandes empresas como Standard, Siemens, Oxram, General Motors o la Sociedad General Azucarera, compañías de transportes como la Sociedad Madrileña de Tranvías o el Metropolitano y empresas ferroviarias como MZA o NORTE, etc., afincadas en Madrid (Figura 7.26). Un heterogéneo segmento laboral que alzó a Madrid como una moderna metrópoli especializada en proporcionar servicios de gestión, administración y supervisión dentro del territorio nacional (Figuras 6.1 a 6.4 y 7.3).

La tendencia alcista de la importancia de dichos servicios en el mercado laboral madrileño fue ligeramente más acusada en el Ensanche Este de la ciudad (Figura 7.10). En este espacio urbano, sus integrantes pasaron de representar el 46% de los trabajadores del sector terciario en 1905 a superar el 53% en 1930 entre los hombres (Figura 7.1), y a duplicarse en el caso de las mujeres, desde un escueto 4% en 1905 al 8% en 1930 (Figura 7.2). Esta diferencia en relación al conjunto de la urbe radicaba en la profunda segregación socioespacial que reinaba en ella desde el último cuarto del siglo anterior, que influyó en la opción residencial esgrimida por esas altas clases medias. Si en 1905 era evidente la marcada concentración residencial de los estratos más cualificados y profesionalizados de la ciudad en los barrios más elegantes y mejor dotados del Ensanche Este (Figura 4.35 y 4.36), en 1930 la propensión había progresado: su proporción respecto al conjunto de hombres en edad laboral del Ensanche Este duplicaba la del Ensanche Norte (9,21 frente a 4,89%), y casi octuplicaba la del Sur (1,21%)⁹². Como los profesionales liberales, peritos, técnicos, altos cargos directivos o gestores de corporaciones privadas y, varios peldaños por debajo, los

⁹² PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí...*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros...*, Op. Cit. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

empleados de cuello blanco más cualificados, disfrutaban de unos emolumentos medios muy superiores a los obtenidos por los trabajadores manuales cualificados y los jornaleros (Figuras 6.16, 6.21 y 7.15), sus integrantes pudieron permitirse arrendar alguna de las modernas viviendas edificadas en el Ensanche Este de la capital, generalmente mejor acondicionadas que las del interior (Figuras 8.8, 8.12 y 8.13). Unas opciones residenciales, las de alquilar un principal o entresuelo en los lujosos edificios erigidos por el marqués de Salamanca, arrendar cualquiera de los pisos en altura de los nuevos inmuebles dotados de ascensor o, en casos selectos, adquirir una de las modernas casas unifamiliares de reciente construcción en los dos parques urbanizados de este espacio urbano, situado uno en los altos del Hipódromo y otro a las espaldas del Retiro, que sólo estaban al alcance de las clases medias más adineradas⁹³.

SECTORES DE OCUPACIÓN (HISCO)		HOMBRES			MUJERES		
0/1	Profesionales liberales y técnicos	1905	1930	Difer.	1905	1930	Difer.
0.1	Físicos y técnicos relacionados		0,86	0,86		2,18	2,18
0.2	Ingenieros y arquitectos	20,27	23,70	3,44	0,94	1,51	0,56
0.3	Técnicos relacionados con la ingeniería y la arquitectura	1,95	5,16	3,21		0,84	0,84
0.4	Pilotos de avión y capitanes de barco	1,25	0,78	-0,46			
0.5	Biólogos y técnicos relacionados		0,88	0,88			
0.6	Médicos, dentistas y veterinarios	13,17	17,99	4,82		4,69	4,69
0.7	Técnicos relacionados (medicina, dentistería y veterinaria)	1,33	1,97	0,65	10,85	7,54	-3,31
0.8	Estadísticos, matemáticos, informáticos y técnicos relacionados	0,47		-0,47			0,00
0.9	Economistas		0,03	0,03			
11	Auditores	1,33	1,49	0,17		0,50	0,50
12	Juristas	37,41	22,59	-14,85		1,68	1,68
13	Enseñanza	7,79	6,80	-1,00	65,09	56,28	-8,81
14	Religiosos	4,60	4,57	-0,02	19,81	10,55	-9,26
15	Escritores, periodistas y relacionados	4,83	5,61	0,78	0,47	2,51	2,04
16	Escultores, pintores, fotógrafos y artistas creativos	2,34	2,27	-0,06	0,47	0,17	-0,30
17	Compositores e intérpretes	2,81	3,66	0,86	2,36	10,05	7,69
18	Atletas, deportistas y relacionados	0,08	0,43	0,35		0,17	0,17
19	Trabajadores profesionales, técnicos y no clasificados bajo otros epígrafes	0,39	1,21	0,82		1,34	1,34

Figura 7.11. Distribución de los profesionales liberales y técnicos relacionados residentes en el Ensanche Este por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1905-1930). Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrones de Madrid de 1905 y 1930. Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años.

⁹³ Los datos aportados por el consistorio de forma coetánea a los alquileres registrados en las hojas del empadronamiento municipal revelan la enorme diversidad existente entre las rentas obtenidas por las distintas zonas de Ensanche, sobresaliendo de forma destacada su área oriental. AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria resumen de los trabajos realizados por la Comisión de Ensanche del Excmo. Ayuntamiento de Madrid desde el 1 de abril de 1924 a 31 de diciembre de 1926*, Imprenta Municipal, Madrid, 1927, pp. 9-12.

En la conformación de estas altas clases medias profesionalizadas madrileñas, el Estado jugó un papel fundamental. A diferencia de otras grandes urbes europeas y estadounidenses, donde la industrialización adentró con fuerza en su entramado productivo desde mediados del siglo XIX influyendo en la gestación de una elevada demanda de técnicos, peritos y profesionales especializados en los nuevos adelantos tecnológicos, energéticos e industriales de la época y en su aplicación productiva, la capital española no se adentró en esta moderna senda hasta las décadas interseculares, cuando la segunda industrialización y la asunción de la electricidad amplió sus oportunidades y ventajas económicas. Por ello, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX Madrid se especializó, forzada por las circunstancias y motivada por su capitalidad, en un núcleo gestor de servicios administrativos, políticos, jurídicos, científicos, culturales, de transportes y telecomunicaciones, entre otros, a escala nacional. La mayor parte de estos servicios derivaron de la burocratización y complejización de la administración pública, que absorbió en gran medida bajo sus partidas presupuestarias a buena parte de los profesionales liberales, técnicos y gestores que residían en la ciudad (Figura 3.39). En estas décadas, los profesionales contratados por los ministerios estatales y demás instituciones y organismos públicos, como los geógrafos, maestros de obras públicas, estadistas, ingenieros de caminos, agrónomos o minas, jueces y fiscales, delineantes, aparejadores, catedráticos y científicos, etc., se unieron a las profesiones cultas previas a la industrialización como médicos, juristas, notarios o arquitectos, presentes de forma numerosa en la ciudad, histórica Villa y Corte y reciente Capital.

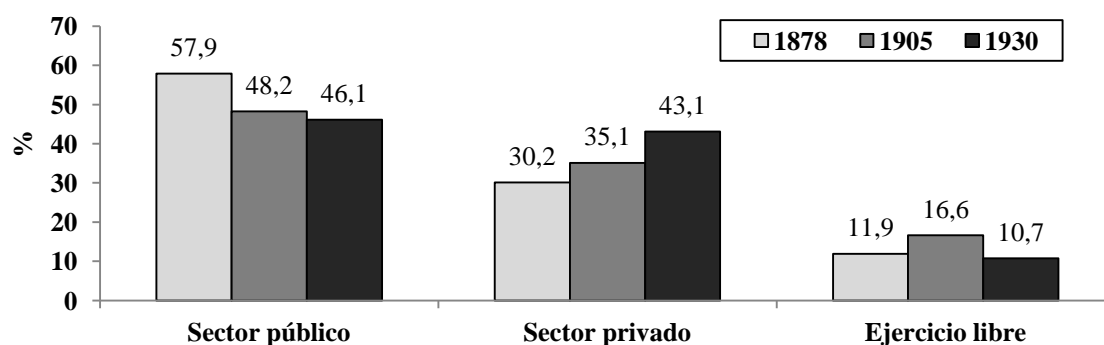


Figura 7.12. Integración laboral de los profesionales liberales, gestores y administradores residentes en el Ensanche Este según la titularidad de la empresa, institución o negocio en la que prestaban sus servicios. Datos porcentuales. Hombres de entre 15 y 65 años. Los cálculos se han realizado sobre aquellos que indicaron su lugar de trabajo o los que afirmaron pagar una contribución industrial por el libre ejercicio de su profesión. AVM, Estadística, padrones de 1878, 1905 y 1930.

Sin embargo, la aceleración económica sufrida por la ciudad (y el conjunto del país) a partir de la Gran Guerra hizo bascular este modelo. En 1930, los profesionales liberales, gestores y administradores de la ciudad cuyas tareas y funciones se adscribían dentro del sector público mantuvo su tendencia reduccionista, vigente desde los inicios de la Restauración, hasta situarse en un empate técnico con aquéllos que se vinculaban al sector privado (Figura 7.12). Una pérdida relativa (que no cuantitativa) de peso cuya causa no radicó en una reducción de la inversión pública en este ámbito, ya que ésta siguió incrementándose respecto a las décadas anteriores. De hecho, el primer tercio del siglo XX fue testigo de la mayor ampliación de funcionarios civiles del Estado hasta entonces, destacando la creación de sus cuerpos *facultativos especiales* y *auxiliares*, que aglutinaban a los profesionales públicos asalariados, y cuyas direcciones generales, especializadas en gestionar la modernización nacional de materias como el sistema tributario, la instrucción pública, las comunicaciones, servicios sanitarios, estadísticos o

técnicos, la inspección de la aplicación de la legislación o la protección pública, se hallaban en Madrid⁹⁴. La pérdida progresiva de esta relevancia de la administración pública en este segmento laboral fue consecuencia de la eclosión definitiva de la urbe como una economía de aglomeración, asentada sobre la diversificación y complejización de su entramado productivo a partir del auge de un sector privado en expansión liderado por la gran y mediana empresa nacional e internacional que era atraída por la capitalidad madrileña⁹⁵.

Las grandes corporaciones ferroviarias, como NORTE o MZA⁹⁶, y la concentración de las sedes centrales de *los cinco grandes* bancos del país (Hispano-Americano, Español de Crédito, Central, Bilbao y Vizcaya⁹⁷) en Madrid, sociedades pioneras en la adopción del modelo de gestión burocrática en el ámbito privado, unido a la fuerte presencia de la administración pública en la capital, influyeron en la masiva constitución o llegada de nuevas grandes empresas nacionales y extranjeras a lo largo del primer tercio del siglo XX que buscaban beneficiarse de las ventajas económicas de la aglomeración, las economías de escala y la capitalidad⁹⁸. Este proceso no sólo incrementó la producción industrial de la ciudad sino también su demanda laboral de profesionales de mercado que vehicularan la actividad científico-técnica de estas empresas, de empleados de cuello blanco especializados para desplegar su organización burocrática, y de gerentes y altos cargos directivos para lograr su eficiente gestión y administración. Ingenieros industriales, electricistas, mecánicos o metalúrgicos, economistas, actuarios, abogados, físicos, químicos, profesores mercantiles y otros profesionales empezaron a trabajar para el sector privado a un ritmo mucho mayor que el acaecido durante la segunda mitad del siglo anterior, cuando era el Estado quien comandaba su contratación. Las grandes corporaciones así como las empresas de tamaño medio incorporaron a sus modelos de producción burocráticos el conocimiento y la experiencia científico-técnica atesorada por estos profesionales altamente especializados. Todas las grandes empresas necesitaban contar con departamentos especializados de abogados que defendieran los intereses de la empresa ante el Estado y terceros y señalaran sus deberes legislativos; de economistas, estadistas y actuarios para

⁹⁴ DEL MORAL RUIZ, J., PRO RUIZ, J. y SUÁREZ BILBAO, F.: *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional. Op. Cit.*, pp. 117-155; VILLACORTA, F.: *Profesionales y burócratas: estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923, Op. Cit.*

⁹⁵ La tendencia de la capital hacia una menor dependencia de la administración pública en sus actividades económicas ha sido constatada en numerosos estudios. PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), Op. Cit.*; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid, Op. Cit.*; GARCÍA DELGADO, J. L.: “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española” en NADAL, J. y CARRERAS, A. (Dir.) *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Ariel, Barcelona, 1990, pp. 219-256; “Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna” en GARCÍA DELGADO, J. L. (Coord.) *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares. VIII Coloquios de Hª Contemporánea de España, Siglo XXI*, Madrid, 1992, pp. 405-414; GARCÍA DELGADO, J. L., y CARRERA TROYANO, M.: “Madrid, capital económica” en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Hª Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 209-237.

⁹⁶ VIDAL OLIVARES, J.: “Las compañías ferroviarias y la difusión de las modernas formas de gestión empresarial en España, 1850-1914”, en COMÍN, F. y MARTÍN, P. (ed.): *La empresa en la historia de España, Op. Cit.*, pp. 285-302.

⁹⁷ GARCÍA LÓPEZ, J.R.: “La empresa bancaria en España”, en LLORDÉN MIÑAMBRES, M. (coord.): *De empresas y empresarios en la España contemporánea, Op. Cit.*, pp. 77-100.

⁹⁸ GARCÍA RUIZ, J. L.: “La empresa en Madrid: una realidad condicionada por la capitalidad”, en GARCÍA RUIZ, J. L. y MANERA ERBINA, C. (Dir.): *Historia empresarial de España. Enfoque en profundidad*, LID, Madrid, 2006, pp. 361-390.

manejar sus cuentas y señalar las provisiones impositivas a hacer frente; un laboratorio compuesto de científicos de distinta especialización ocupados en investigar nuevas ramas productivas y materiales; o estudios de ingeniería donde desarrollar planos y prototipos de maquinaria o procesos productivos; o una clínica donde médicos, farmacéuticos y enfermeros elaboraban nuevas medicinas para su venta o donde trataban de posibles accidentes a los empleados de la compañía. Profesionales como Fernando Varela de Seijas Ramírez, que estaba contratado como médico por la MZA a razón de 8.500 ptas. al año; Mariano Cagigal Macho, que prestaba sus servicios como abogado a la Asociación de la Banca por unos emolumentos que ascendían a 15.000 ptas. anuales; Cayetano de la Jara Ramón, arquitecto de la importante sociedad constructora Hermanos Sacristán; Luis Beneyto Serrano, ingeniero agrónomo que figuraba en nómina de la Sociedad Azucarera Española con un sueldo anual que ascendía hasta las 18.000 ptas.; Cayetano Ortega González, ingeniero de caminos contratado por la alemana Schindlig Co., de la que cobraba 11.500 ptas. anuales a cambio de la plena disposición de sus servicios; o Manuel Peláez Pérez de Gamoneda, quien ejercía en AEG como ingeniero electricista por un sueldo de 12.000 ptas.



Figura 7.13. Principales profesiones liberales y titulados residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón municipal de 1930.

Buena parte de estas ocupaciones eran de nuevo cuño, inexistentes sólo unas décadas atrás, creadas al son de la modernización económica de la sociedad contemporánea en general y de su mundo urbano, como Madrid, en particular. Estos profesionales de reciente creación, surgidos a rebufa de la segunda revolución industrial, la burocratización y la continua innovación tecnológica, carecían desde el principio de autonomía o control sobre a quién, a qué precio y a qué ritmo prestaban sus servicios. Las características propias de estos modernos profesionales asalariados se expandieron poco a poco al resto de integrantes de este segmento laboral, generando un

proceso de profunda transformación, especialmente entre las profesiones cultas, como los abogados, notarios, médicos, jueces, arquitectos o catedráticos de universidad, preexistentes a la revolución industrial. Su naturaleza y modos de trabajo se vieron profundamente transfigurados, adaptados a los *tiempos modernos*. Compartiendo una ligera similitud con lo sucedido a los artesanos dentro del mundo del trabajo manual, el nuevo rol a asumir por esta clase media *patrimonial*, a diferencia de la nueva clase media *funcional*, fue que perdieron gran parte de la anterior autonomía que habían atesorado hasta entonces⁹⁹. La mayoría de sus integrantes, modestos empresarios en suma de sus propios negocios, se vieron abocados a cerrar oficinas, despachos y clínicas particulares donde ejercían o proporcionaban libremente una actividad (Figura 7.12), ante la creciente presión ejercida por las grandes sociedades anónimas, la concentración de capital y la continuada asunción de sus funciones y servicios por parte de la administración pública estatal y municipal (la atención sanitaria o la educación)¹⁰⁰. Pasaron de ser unidades productivas soberanas que gestionaban directamente cuáles eran sus clientes y el tipo de encargos que realizaban a cambio de unos *honorarios* estipulados previamente, a convertirse durante el primer tercio del siglo XX en meras piezas de las vastas plantillas de trabajadores profesionales asalariados de las grandes sociedades anónimas, prestando sus servicios y conocimientos técnicos en serie a cambio de un *salario* anual impuesto (o de escaso margen de negociación), e incapacitados para fiscalizar las condiciones del ejercicio y retribución de su práctica profesional¹⁰¹.

Estaban a las puertas de un proceso de simbiosis sociológica trascendental que se colmataría en la segunda mitad del siglo XX: de *ser* un profesional a *ocupar* un cargo profesional, es decir, de considerarse a sí mismos abogados, médicos o profesores aunque no ejercieran a sólo sentirse como tal cuando además de haber adquirido el conocimiento técnico necesario lo ejercían, mayoritariamente como trabajadores asalariados en una gran empresa o dentro del Estado¹⁰². El prestigio, el conocimiento técnico atesorado y las denominaciones de algunas profesiones empezaban a difuminarse bajo la voz estandarizada y uniforme de *empleado* o *funcionario*. Esta realidad la encontramos en casos como el de Rafael Villanueva Angulo, joven segoviano de 32 años que en 1905 declaró ser un orgulloso abogado, aunque trabajaba como escribiente segundo de la Secretaría general de la Universidad Central a cargo de 1.000 ptas. anuales, puesto que había ganado por oposición el año anterior¹⁰³. Un cuarto de siglo después, Rafael había ido escalando posiciones en el escalafón universitario

⁹⁹ La primera era de origen preindustrial y se caracterizaba por estar basada en la pequeña propiedad, en el conocimiento técnico e intelectual y en la actividad libre, frente a la *funcional*, desarrollada por el capitalismo y ligada a la gestión administrativa y burocrática de actividades contables, financieras o comerciales mediante su contratación como empleados asalariados por parte de grandes sociedades y empresas. ORTÍ, A.: “Estratificación social y estructura del poder: viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa”, en AA. VV.: *Política y sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Vol. II, CIS/CESCO, Madrid, 1987, pp. 711-736.

¹⁰⁰ En Europa, este fenómeno también se inició con fuerza en las décadas interseculares en Gran Bretaña. GARRARD, J. y PARROT, V.: “Craft, professional and middle-class identity: solicitors and gas engineers, c. 1850-1914”, en KIDD, A. y NICHOLLS, D.: *The making of the British middle class? Studies of regional and cultural diversity since the Eighteenth Century*, Sutton Publishing, Gloucestershire, 1998, pp. 148-168; JAMES, L.: *The Middle Class. A history*. Abacus, London, 2006.

¹⁰¹ En 1930, el 48% de los profesionales y técnicos residentes en el Ensanche Este de Madrid declararon un sueldo anual en la hoja de empadronamiento municipal, aunque en la práctica significaban una proporción significativamente mayor. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

¹⁰² THOMPSON, V.A.: *Comportement bureaucratique et organisation moderne*, Hommes et Techniques, París, 1966, pp. 59 y ss.; NIETO GARCÍA, A.: *El pensamiento burocrático*, Op. Cit., pp. 483-490.

¹⁰³ *Gaceta de Instrucción pública*, 18 de marzo de 1904.

hasta ganar 8.500 ptas. en 1930 a costa de hacer desaparecer su condición de profesional, su saber *funcional*, e identificarse con su cargo *ocupacional*, al declarar como profesión ser un funcionario sin especialidad de la Universidad Central¹⁰⁴. Similar percepción de su itinerario laboral tuvo el vitoriano Segundo Fernández de Gamboa Belón, quien en 1905 y con 28 años, llevaba cuatro años en Madrid trabajando como delineante para la Sociedad Española de Construcciones Navales (SECN), de la que percibía un sueldo anual de 2.500 ptas. Y así siguió durante el cuarto de siglo siguiente, ya que en 1930, además de seguir residiendo en la misma vivienda de la calle Villalar nº 5, declaró estar contratado por la misma sociedad, donde había medrado hasta casi cuadruplicar su sueldo, situado en 12.000 ptas., aunque ya no declaró ser delineante sino simplemente un empleado de la SECN. Este fenómeno, si bien no impedía que tres cuartas partes de estos profesionales siguieran percibiéndose de la misma manera años después, afectaba a un cualitativamente elevado 16% durante el primer tercio del siglo (Figura 7.14). Este proceso, adscrito a la expansión de la organización burocrática, que eclosionaría en la segunda mitad del siglo XX y que ha sido denominado como *proletarización de las profesiones* generó un profundo debate historiográfico y sociológico en los años sesenta y setenta del siglo pasado respecto a la posible desaparición de las profesiones a costa de la burocratización¹⁰⁵.

Evolución laboral de los profesionales liberales del Ensanche Este de Madrid (1860-1930)			
<i>Evolución Padrones</i>	<i>Empleados</i>	<i>Prof. Liberales</i>	<i>Otros</i>
1860-1905	14,29	76,19	9,52
1905-1930	16,15	73,08	10,77

Figura 7.14. Se ha seguido el mismo procedimiento metodológico utilizado en la elaboración de la Figura 3.16, anotando sólo aquellos casos vitales que declararon una profesión en los distintos padrones en los que fueron encontrados, obviando aquellos que dejaron sin responder la casilla, los que eran estudiantes, jubilados, enfermos o pensionistas. AVM, Estadística, padrones de 1860, 1878, 1905 y 1930. Dada la complejidad del proceso de identificación de las personas a lo largo de los distintos padrones municipales utilizados, se ha procedido con la mayor cautela al señalar los casos de estudio, por lo que la cuantía de los casos reales fue muy superior. Datos porcentuales. Nº de casos: 271.

No obstante, ante este proceso iniciado ya a finales del siglo XIX en Estados Unidos y parte de Europa, hubo una parte significativa que resistió o atemperó este fenómeno de la asalarización apoyándose en la colegiación profesional, intentando gestionar las instituciones educativas que facultaban para ejercer dichas actividades, reformando el sentido último de su actividad hacia el asesoramiento o el trabajo técnico específico de apoyo a la administración pública, a las grandes y medianas empresas o a otros profesionales liberales, defendiendo su cuota de negocio para prestar servicios directamente a los particulares, o insertándose en el organigrama burocrático gerencial público o privado (aún en construcción) gracias a sus conocimientos científico-técnicos

¹⁰⁴ AVM, Estadística, padrones municipales de 1905 y 1930.

¹⁰⁵ Este proceso, adscrito a la expansión de la organización burocrática, que eclosionaría en la segunda mitad del siglo XX y que ha sido denominado como *proletarización de las profesiones* generó un profundo debate historiográfico y sociológico en los años sesenta y setenta del siglo pasado respecto a la posible desaparición de las profesiones a costa de la burocratización. Un estado de la cuestión en: GUILLÉN, M.: "Profesionales y burocracia. Desprofesionalización, proletarización y poder profesional en las organizaciones complejas", en *REIS*, nº 51, pp. 35-52; RODRÍGUEZ, J.A. y GUILLÉN, M. F.: "Organizaciones y profesiones en la sociedad contemporánea", en *REIS*, nº 59, pp. 9-18.

y experiencia¹⁰⁶. Por otro lado, aunque una buena parte de los integrantes de las profesiones cultas, que disfrutaban de un fuerte reconocimiento social y una fuerza política prominente ya que habían sido las primeras en colegiarse, se vieron obligados a perder su autonomía, no todos lo hicieron¹⁰⁷. A lo largo de su historia se habían especializado en prestar sus servicios a las capas medias burguesas y a la aristocracia, a las que todavía mantenían como clientes principales durante el primer tercio del siglo XX, ampliando su rango de negocio a los demás profesionales liberales y a los empleados de cuello blanco mejor remunerados. Esta *resistencia* a la burocratización de las grandes organizaciones y a la concentración empresarial, perceptible en otras grandes urbes estadounidenses y europeas¹⁰⁸, se hizo especialmente fuerte en aquellos barrios más segregados y acomodados, allí donde su clientela residía. Por ello, el Ensanche Este madrileño, junto a los barrios del interior beneficiados por la modernización económica generada por la Gran Vía y determinadas avenidas de los Ensanches Norte y Sur, fue un espacio urbano en el que su presencia todavía era relativamente elevada (Figura 7.13). En calles como las de Serrano, Velázquez, Goya, Alcalá, Claudio Coello o Alfonso XII, de acomodados vecinos, todavía se hallaban diseminadas numerosas consultas odontológicas como la de Carlos Codina Perucho (situada en el Paseo de Recoletos nº 12), farmacias como la de Santiago Temprano Ballesteros (Goya nº 18), clínicas médicas como la de Arcadio Sánchez López (Príncipe de Vergara nº 7), estudios de arquitectura como el de Luis Blanco Soler (Hermosilla nº 44), notarías como la de Antonio Turón Bosca (O'Donnell, nº 5) y despachos de abogacía como el de Máximo Cajal Sarasa (Valenzuela nº 10)¹⁰⁹.

Por otro lado, como ejemplo de la inserción laboral de los profesionales liberales en el entramado gerencial a lo largo de vida laboral, que aunque minoritaria era una posibilidad, podríamos destacar a José de Palacios Olmedo, madrileño de nacimiento, quien optó por realizar la carrera de Medicina, en la que destacó rápidamente ya que recibió diversos premios por sus calificaciones académicas¹¹⁰. Posteriormente, una vez terminada su vida universitaria, José logró formar parte del profesorado del moderno y prestigioso Instituto Rubio, donde participó en la elaboración de la Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas tras su donación a dicho centro en 1905 por parte de la hija de su fundador, el cirujano Federico Rubio Galí, año en el que José Palacios residía en un tercero de la calle Juan de Mena nº 11. Durante el cuarto de siglo siguiente, este madrileño adquirió la experiencia y el reconocimiento de los demás miembros de la profesión, suficiente como para que en 1924, cuando el Directorio militar constituyó el Real Patronato Antituberculoso presidido por la reina Victoria Eugenia, le nombrara vocal de su sección técnica¹¹¹. Poco después, el doctor José Palacios Olmedo, además

¹⁰⁶ WEBER, M. (ed. ABELLÁN, J.): *Sociología del poder: los tipos de dominación*, Alianza, Madrid, 2012; VILLACORTA, F.: *Profesionales y burócratas: estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Op. Cit., pp. 19-31; GARRARD, J. y PARROT, V.: "Craft, professional and middle-class identity: solicitors and gas engineers, c. 1850-1914", en KIDD, A. y NICHOLLS, D.: *The making of the British middle class? Studies of regional and cultural diversity since the Eighteenth Century*, Sutton Publishing, Gloucestershire, 1998, pp. 148-168; GUILLÉN, M.: "Profesionales y burocracia. Desprofesionalización, proletarización y poder profesional en las organizaciones complejas", en *REIS*, nº 51, pp. 35-52.

¹⁰⁷ VILLACORTA, F.: *Profesionales y burócratas: estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Op. Cit., pp. 260-331.

¹⁰⁸ MILLS, C.W.: *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, Op. Cit., pp. 152-190.

¹⁰⁹ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

¹¹⁰ En el curso 1894-1895 José Palacios Olmedo recibió tres premios por sus calificaciones, otorgados en el Paraninfo de la Universidad Central. *La Correspondencia de España*, 2 de octubre de 1895.

¹¹¹ *La Correspondencia de España*, 5 de junio de 1924.

de ser un gran conferenciante especializado en la tuberculosis, fue elegido director del Real Dispensario Antituberculoso Victoria Eugenia y vicedirector del Sanatorio de Valdelatas, cargos por los que ganaba 7.000 ptas. anuales en 1930. Profesionales como el médico Adolfo Cervera Moltó, quien estaba contratado por 10.000 ptas. anuales en el Instituto de Biología y Sueroterapia (IBYS), cuyo objeto era “*desarrollar en gran escala y con los más exquisitos perfeccionamientos técnicos, gracias a la cooperación de hombres de ciencia sólidamente preparados, la industria de los sueros curativos e inmunizantes, de las vacunas bacterianas para el tratamiento y la profilaxia de las enfermedades infecciosas y de los productos opoterápicos y farmacobiológicos en general*”, sociedad en la que además era miembro de su Consejo de Administración desde su fundación en 1919¹¹².

Varios niveles por debajo de la relevancia porcentual de los segmentos profesionales mencionados anteriormente, pero de enorme interés cualitativo y simbólico de la conversión de Madrid en una metrópoli europea era la creciente presencia en sus calles de profesionales ligados a ámbitos como la publicidad, el ocio y el deporte (Figura 7.13). El floreciente mercado de consumo madrileño, el dinamismo de su sector privado, y la sucesiva expansión de la producción y la productividad, fueron factores que llenaron de nuevos productos y servicios la capital. Ante tanta competencia todas las empresas, tiendas y negocios de la ciudad, grandes y pequeñas e independientemente del sector económico al que se dedicaran, se vieron en la necesidad de adoptar nuevos mecanismos y técnicas de venta, crédito, distribución, y, sobre todo, de publicidad para, o bien sobrevivir o bien ampliar su cuota de mercado. Así, durante el primer tercio del siglo XX prosperaron en Madrid las primeras agencias de publicidad, tanto nacionales como extranjeras, que imitaron el modelo de la publicidad comercial moderna que estaba siendo desarrollada en Estados Unidos, cuyo objetivo no sólo era convencer al cliente de que el producto anunciado *era el mejor*, sino explicar el *porqué de que lo fuera* y, sobre todo, transformar los hábitos y costumbres de consumo, ocio y comportamiento de la población para que se mostraran proclives a comprar modernos productos manufacturados tan variados como el automóvil, la pasta de dientes, la goma de mascar o los electrodomésticos. Es decir, crearles *la necesidad* y el *deseo* de consumirlos, aspectos que influyeron notoriamente en la evolución de la sociedad contemporánea occidental¹¹³.

A la altura de 1930, Madrid ocupaba el segundo lugar del país en número de agencias técnicas de publicidad, por detrás de Barcelona (29 a 19), si bien las que se hallaban afincadas en la ciudad castellana eran de mayor tamaño que las de la ciudad condal, con un capital desembolsado cercano a los quince millones de pesetas frente a

¹¹² *El Sol*, 22 de junio de 1919.

¹¹³ EGUIZÁBAL MAZA, R.: *Historia de la publicidad*. Fragua, Madrid, 2011; MARCHAND, R.: *Advertising the American Dream. Making Way for Modernity, 1920-1940*. University of California Press, Berkeley, 1985; POPE, D.: *The Making of Modern Advertising*. Basic Books, New York, 1983; FOX, S.: *The Mirror Makers: A History of American Advertising and Its Creators*. William Morrow, New York, 1984; GOODRUM, C. y DALRYMPLE, H.: *Advertising in America. The First 200 Years*. Harry N. Abrams, New York, 1990; OLNEY, M. L.: *Buy now Pay Later: Advertising, Credit and Consumer Durables in the 1920s*. University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1991; JAMES, D.: *Advertising and the transformation of American Society, 1865-1920*. Greenwood Press, New York, 1990; SIVULKA, J.: *Stronger than Dirt. A Cultural History of Advertising Personal Hygiene in America, 1875-1940*. Humanity Books, New York, 2001; WALKER LAIRD, P.: *Advertising Progress. American Business and the Rise of Consumer Marketing*. The John Hopkins University Press, Baltimore, 1998; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936...*, *Op. Cit.*.

los nueve de Barcelona¹¹⁴. Agencias, representaciones, sociedades auxiliares y concesionarias, y modernas empresas nacionales y extranjeras estaban presentes en el Madrid de los años veinte, una tendencia que se fortalecería en la década siguiente a pesar del Crac de 1929 hasta el estallido de la Guerra Civil. Compañías y empresas como Helios (1918), Artes Gráficas (1919), la suiza Publicitas (llegada a Madrid en 1922), la norteamericana J. W. Thompson (1927), Veritas (1928), Publicidad Gisbert (1928) o Roldós-Tirolese (fusionadas en 1929 pero creadas a finales del siglo anterior, la primera en Barcelona y la segunda en Madrid), tenían una fuerte presencia en la ciudad, testigos de la relevancia adquirida por la publicidad en nuestro país, y fenómeno instigador de otras sociedades auxiliares o complementarias vinculadas a la representación, dibujo técnico, escaparates y luces de neón, como Electrodo S.A., Neonray, S.A.P.I.C. (Alas Empresa Anunciadora) o Trust Lux¹¹⁵.



Ilustración 7.13. Anuncio publicitario de la agencia de publicidad Publicitas, S.A. *Crónica*, 20 de septiembre de 1934.

De este modo, los profesionales ligados al moderno mundo de la propaganda incrementaron su relevancia en la ciudad. Publicistas, decoradores, escaparatistas,

¹¹⁴ FERNÁNDEZ POYATOS, M^a D.: "Las primeras agencias españolas de publicidad: 1912-1934", en *Questiones publicitarias: revista internacional de comunicación y publicidad*, nº 15, 2010, pp. 52-71.

¹¹⁵ ANDRÉS DEL CAMPO, S.: "Asignatura, contenido editorial y empresa. La publicidad en los preludios de la Guerra Civil", en *Publifilia*, nº 6, 2002, pp. 19-36; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936...*, *Op. Cit.*, pp. 351-485.

periodistas publicitarios, dibujantes, cartelistas y agentes de representación, trabajadores por cuenta propia o ajena, formaron un nuevo segmento profesional especializado en Madrid, con cierta presencia en su Ensanche Este. Allí tenían sus despachos y agencias Eugenio Gisbert De la Cruz, dueño de Publicidad Gisbert, en la calle Alcalá nº 112; Miguel Íñigo Olea, agente de publicidad residente en la calle Castelló nº 17 y que tenía como cliente, entre otros, a Chevrolet; o Guido Schillin Calos, representante publicitario de la Casa Maga, sita en Hermosilla, nº 89. Pero también residían en sus calles otros profesionales asalariados vinculados a este sector, como José Briones Guerrero, dibujante de 27 años contratado por Helios (en un principal de la calle Ayala nº 62); Francisco Escrivá de Romaní Roca de Togores, director de publicidad de Telefónica, cargo por el que cobraba 12.900 ptas. anuales (Alfonso XI nº 44, tercero); Pelayo Vizquete Picón, publicista y editor de obras contratado por la Unión Internacional de Bibliografía y Tecnología Científicas por 12.000 ptas. anuales para desarrollar el primer Diccionario Tecnológico Hispano-Americano¹¹⁶ (Avenida de Menéndez Pelayo, nº 19, segundo); o Arthur Hartzell, director de la filial de la agencia de publicidad neoyorquina J. Walter Thompson¹¹⁷, la más importante a nivel mundial, encargado de expandir el negocio del coloso automovilístico General Motors en el país, función por la que cobraba unos emolumentos de 50.000 ptas. anuales, el sueldo más elevado del sector a nivel nacional (Espalter nº 7, segundo). No obstante, la mayor parte de los profesionales adscritos a la publicidad no ganaban tales sueldos, por regla general rondaban entre las cuatro y seis mil ptas. en función de su edad, conocimientos y volumen de negocio¹¹⁸.

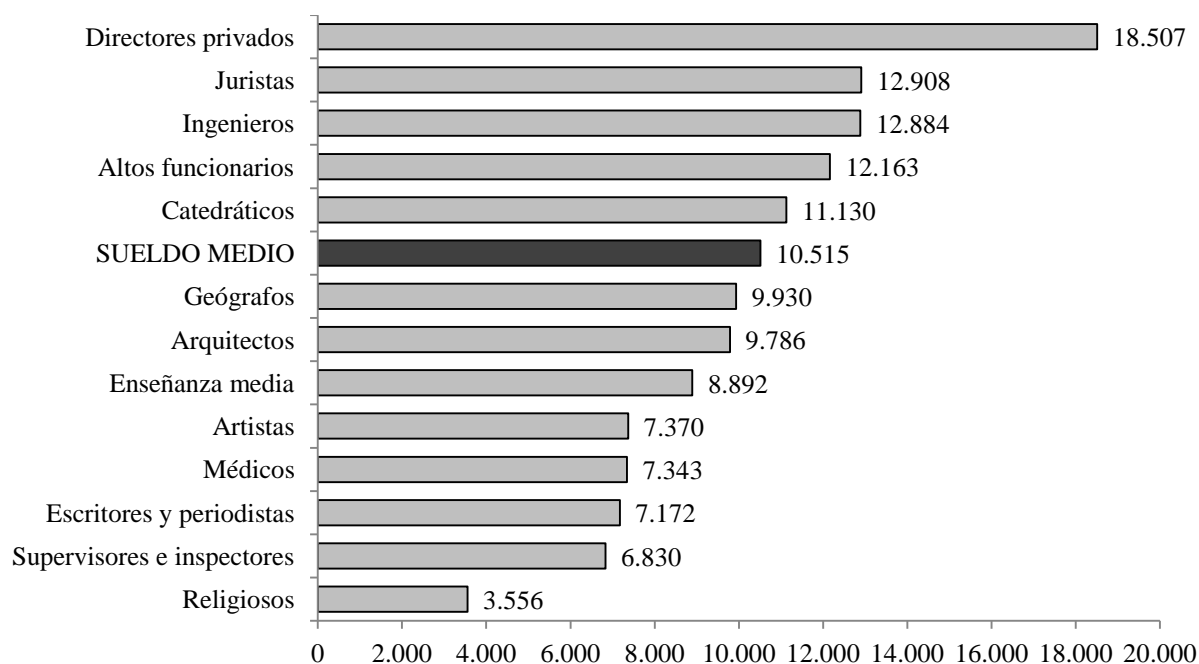


Figura 7.15. Sueldos medios anuales de las principales profesiones liberales residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930. Elaboración propia. Datos en pesetas. AVM, Estadística, padrón de 1930.

La expansión del consumo madrileño a lo largo del primer tercio del siglo XX no sólo fue consecuencia de la puesta en marcha de modernas técnicas publicitarias.

¹¹⁶ OLAGÜE DE ROS, G.: "La colaboración hispano-latinoamericana en los orígenes y desarrollo del movimiento documental europea contemporáneo (1900-1920)", en *Encontros Bibli*, Vol. 2, Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil, 2006, pp. 82-95.

¹¹⁷ BRAVO, J.: *J. Walter Thompson: España de 1927 a 1936*. J. Walter Thompson, Madrid, 1978.

¹¹⁸ Los datos relativos a los nombres, profesiones, lugar de trabajo y de residencia y su sueldo señalados proceden del padrón municipal de habitantes de Madrid de 1930. AVM, Estadística.

También se benefició de factores como la reducción de la jornada laboral a ocho horas, el descanso dominical, el aumento de los salarios de los trabajadores gracias a las luchas sindicales del período 1919-1923, la complejización de la actividad económica de la ciudad, y la creciente formalización y estabilización del mercado laboral, factores que permitieron que miles de personas salieran del umbral de la pauperización, que tuvieran un presupuesto familiar más holgado (condición indispensable para fomentar el consumo) y mayor tiempo libre disponible para gastarlo. Como se señaló en el capítulo anterior, el primer tercio del siglo XX fue testigo de la profunda contracción de la jornalización del mercado laboral madrileño (Figuras 6.1, 6.3 y 6.4). La figura del jornalero fue reduciendo paulatinamente su relevancia porcentual en detrimento del empleado, aún cuando en muchas ocasiones la naturaleza del trabajo realizado apenas hubiese variado salvo por la estabilidad laboral y la forma de pago, que pasó de ser coyuntural y a jornal a ser continuado y pagado semanal o mensualmente (Figuras 6.6, 6.7, 6.12 y 6.13)¹¹⁹. Entre otras consecuencias de profundo calado y en relación a lo que a aquí nos atañe, este proceso significó el cultivo de una industria de ocio, pasatiempos y deporte cada vez más extensa y relevante en la ciudad. Las décadas de entreguerras escenificaron el auge del fútbol, la pelota vasca, el teatro, el automovilismo, el cine y los pubs, la proliferación de decenas de revistas ilustradas y publicaciones especializadas relativas a la moda, el turismo, el toreo, el ciclismo o las artes escénicas. De este modo, se incrementó el papel de los periodistas gráficos, fotógrafos, músicos, concertistas y compositores, actores y actrices de cine y teatro, artistas de cabarets, surgieron los primeros futbolistas y ciclistas profesionales, que se unieron a otros *artistas del deporte* como los toreros y los pelotaris, etc. A modo de ejemplo, uno de estos profesionales residentes en el Ensanche Este de la ciudad era José Lasanta Pérez, tenor de teatro y asiduo de los escenarios madrileños desde principios de siglo, que vivía en un principal de la calle María de Molina nº 50; por su parte, Francisco Moraleda Suárez, modesto futbolista profesional que había jugado en el Real Madrid entre 1925 y 1928 y que acababa de fichar en 1930 por el Atlético Aviación ganando un sueldo de 12 ptas. diarias (muy alejadas de las que ya ganaba en la época Ricardo Zamora, icono publicitario), residía en un segundo de la calle Torrijos nº 5; Miguel Ponzano, vecino residente en un principal del nº 20 de la calle Doctor Castelo, era un joven actor de teatro que era contratado por distintas compañías para interpretar sus obras a cambio de un salario de 5.000 ptas. anuales¹²⁰.

El ascenso de la gran empresa, la expansión del Estado, y la consecuente complejización burocrática de ambos no sólo incrementó la demanda de empleados de cuello blanco y de profesionales liberales, sino también creó la necesidad de disponer, especialmente en un sector privado en plena expansión, de un nuevo tipo de empleado cualificado y especializado en la alta gerencia: los directores, gerentes, gobernadores, administradores y gestores. Estas ocupaciones pronto se convirtieron en los escalafones más elevados de la pirámide laboral del sector servicios, y sustituyeron al antiguo *empleado propietario* de su propio negocio o compañía familiar, una figura que se redujo drásticamente en detrimento de los *empresarios empleados*, compuestos por los gerentes puestos al frente de las grandes corporaciones de grandes inversiones y que operaban como economías de escala, en las que se introdujo una sucesiva separación

¹¹⁹ Este proceso se dejó notar con mayor fuerza en el Ensanche Sur de la capital, allí donde la jornalización había alcanzado su mayor expresión en 1905, ya que ésta se redujo del 67 al 42% en 1930, mientras que los empleados y dependientes de comercio incrementaron su presencia en este espacio urbano del 7 al 24%. VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros...*, *Op. Cit.*, pp. 648-649.

¹²⁰ Los datos relativos a los nombres, profesiones, lugar de trabajo y de residencia y su sueldo señalados proceden del padrón municipal de habitantes de Madrid de 1930. AVM, Estadística.

entre el capital (los accionistas) y su control (los consejos de administración, directores y demás cargos de gerencia nombrados para dirigirlas y gestionarlas)¹²¹. Eran cargos que traían consigo una enorme responsabilidad y presión. Puestos en los que se tomaban decisiones trascendentales sobre la mano de obra, el ritmo de producción o las áreas de inversión de enormes cantidades de dinero, pero en los que también era consustancial una mayor capacidad de decisión e influencia, los sueldos más elevados con diferencia de todo el mercado de trabajo asalariado (Figura 7.15), y un gran prestigio social. Una ocupación cuya elección se basaba tanto en el conocimiento y el saber técnico como en las cualidades personales de gestión y la confianza que el individuo era capaz de generar sobre su persona. Por ello, y por ser unos cargos muy sensibles para la eficiencia de la organización burocrática de las corporaciones privadas y de las instituciones estatales, difícilmente reemplazables a corto plazo, los integrantes de esta aristocracia del trabajo intelectual asalariado y profesionalizado acabó, en la práctica, defendiendo su privilegiado *status* y aventajada situación económica buscando consolidarse como un segmento laboral propio, específico y acotado.

SECTORES DE OCUPACIÓN (HISCO)		HOMBRES			MUJERES		
2	Gestión y Administración	1905	1930	Difer.	1905	1930	Difer.
20	Altos cargos legislativos y administradores del Gobierno	52,35	30,55	-21,81	8,75		8,75
21	Altos directivos de instituciones y organismos (públicos o privados)	37,65	46,05	8,40	11,43	15,00	3,57
22	Supervisores, capataces e inspectores	10,00	23,40	13,40	88,57	76,25	-12,32

Figura 7.16. Distribución de los altos cargos de la administración pública y del sector privado residentes en el Ensanche Este por categorías profesionales de HISCO según su sexo (1905-1930). Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrones de 1905 y 1930. Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años.

Entre sus acomodados integrantes, más visibles en el Ensanche Este de la ciudad que en otros barrios más populares, se encontraban el director del Banco Alemán Transatlántico de Madrid, Leonardo Dangers Wiegmann, quien residía en 1930 en un principal del nº 42 de la calle Lagasca y que declaraba cobrar un sueldo de 90.000 ptas.; Benito Loygorri Pimentel, ingeniero industrial de profesión y en 1910 piloto aviador nº 1 de España, en 1930 ejercía como director gerente de General Motors Peninsular (España y Portugal), cargo por el que ganaba 75.000 ptas. anuales, y vivía en un primero de la calle Alcalá nº 76; Joaquín González Fernández, que vivía en un bajo de la calle Columela y era el director del Archivo Histórico Nacional, cargo por el que recibía unos emolumentos de 21.500 ptas.; Juan Barriobero Armas, director general de comunicaciones del Estado, residente en un segundo de la calle Serrano nº 25 duplicado; Rafael Bonachera Lozano, director del Colegio León XIII y residente en sus dependencias; Victor Veneuschiva Antz, administrador de origen suizo de Prensa Gráfica S.A., que vivía en un principal de la calle Goya 88; Luis Lorente Arnesto, gobernador del Banco Hipotecario de España, función por la que cobraba 40.000 ptas. anuales, cifra más que suficiente para pagar el alquiler de la vivienda del nº 12 del Paseo de Recoletos; o etc. Gestores, administradores y directivos de grandes corporaciones privadas y de instituciones públicas, cargos influyentes que les proporcionaban jugosos sueldos, un *status* social considerable, una gran facilidad para

¹²¹ KOCKA, J.: *Historia social y conciencia histórica*, Op. Cit., pp. 173-192; MILLS, C.W.: *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, Op. Cit.

practicar el nepotismo en niveles intermedios de la organización, y la capacidad para atesorar información sensible y una buena red de contactos entre los entresijos de las complejas organizaciones públicas y privadas presentes en Madrid. Para evitar lo anterior y asegurarse el control efectivo de estas corporaciones, algunos de estos puestos quedaron reservados directamente a sus fundadores, a los mayores accionistas o a sus más importantes consejeros, tal y como ocurrió en casos como el de Gerardo López Quesada, residente en la calle Príncipe de Vergara, quien fuera fundador de la Casa de Banca homónima y dirigiera su conversión a Banca López Quesada en 1918, que mantuvo el control efectivo de ésta al ostentar su dirección ejecutiva por la que cobraba 50.000 ptas.; o los de Juan Manuel o Estanislao Urquijo Ussía, residentes en sendos hoteles en el Ensanche Este en 1930, quienes junto a su hermano Luis fundaron el Banco Urquijo y otras compañías, en las que ostentaron distintos cargos en los consejos de administración y como directores generales, cobrando un sueldo por ello. Ejemplos que evidencian el paso intermedio entre el modelo de las casas de banca personalistas del siglo XIX a los bancos modernos donde propiedad y control se separarían¹²².

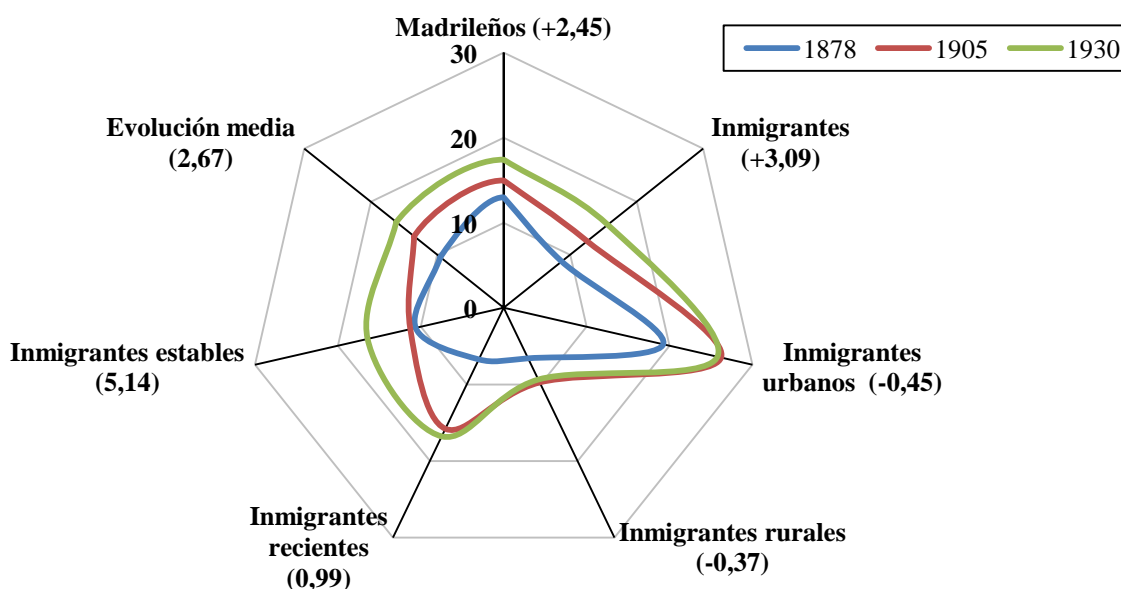


Figura 7.17. Distribución de los profesionales liberales en función de su lugar de origen y tiempo de estancia en Madrid (1878-1930). Hombres mayores de 14 años. Las cifras en paréntesis indican la variación entre 1905 y 1930. AVM, Estadística, padrones de 1878, 1905 y 1930.

En definitiva, a lo largo del primer tercio del siglo XX la representación de los profesionales liberales y gerentes dentro del mercado laboral madrileño no hizo más que aumentar, especialmente entre los inmigrantes estables, asentados en la urbe desde al menos diez años, y los oriundos de la capital (Figura 7.17). Los tiempos en los que la inmigración reciente nutría este segmento laboral, como consecuencia de la alicorta oferta de capital humano profesionalizado generado en la ciudad en relación a su

¹²² GARCÍA LÓPEZ, J.R.: “La empresa bancaria en España”, en LLORDÉN MIÑAMBRES, M. (coord.): *De empresas y empresarios en la España contemporánea*, Servicio de Publicaciones, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1995, pp. 77-100; DÍAZ FERNÁNDEZ, O.: “Los primeros años del Banco Urquijo (1918-1931)”, comunicación presentada al VIII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica, Santiago de Compostela, 2005; ARROYO MARTÍN, J.V.: *La Banca en España en el período de entreguerras, 1920-1935: (un modelo de modernización y crecimiento)*, Op. Cit.; CASTRO BALAGUER, R.: “La banca francesa en la España del siglo XX”, *Estudios de Historia Económica*, nº 61, Banco de España, Madrid, 2012. Los datos de residencia, profesión y sueldo han sido extraídos del padrón municipal de Madrid, AVM, Estadística.

expansiva demanda, habían pasado (Figura 3.42). Entre 1905 y 1930 se recortaron las diferencias porcentuales entre las características migratorias de los distintos contingentes que conformaban este segmento laboral: apenas hubo variación entre el peso laboral adquirido por los profesionales liberales entre la población madrileña y la de origen inmigrante residente en el Ensanche Este de la capital, como tampoco fue apreciable entre los recién llegados y los que llevaban años residiendo en la capital. Sólo se mantuvo, lógicamente, la brecha existente entre los inmigrantes de origen urbano y los de origen rural (si bien ésta dejó de dilatarse), cuyas posibilidades socioeconómicas y de instrucción eran generalmente muy diferentes. De las capitales regionales e industriales del país como Valladolid, Valencia, Barcelona, Bilbao y San Sebastián, Oviedo y Gijón, Santander, Zaragoza, Sevilla o Granada, procedían más del 40% de los profesionales residentes en el Ensanche Este de Madrid¹²³, ya que allí estaban ubicadas las principales instituciones educativas que facultaban a sus alumnos con el anhelado título académico que les acreditaba para ejercer la profesión.

Por otro lado, los esfuerzos estatales por modernizar los niveles educativos y formativos del país también empezaron a dar tenuemente sus frutos, viéndose reducida la otrora necesidad de importar capital humano profesional del extranjero, aunque las grandes corporaciones internacionales tendían a situar en la dirección o en puestos técnicos estratégicos a profesionales de confianza naturales de sus lugares origen de para iniciar o ampliar el negocio en el mercado español, como ocurriera con los ya citados Arthur Hartzell, estadounidense, director de la agencia de publicidad J. W. Thompson en España, o Benito Loygorri Pimentel, nacido en Biarritz, y nombrado director gerente de General Motors Peninsular. Una dinámica que se fortaleció además por la implementación de un modelo de ascenso profesional en el interior de las grandes empresas que nutría su franja más cualificada de profesionales que habían desarrollado su actividad en ella, favoreciendo así las posiciones del capital humano nacional (Figura 7.18).

Nombre	Edad	Procedencia	Sueldo	Empresa
Carlos Eizaguirre Eizaguirre	52	Cádiz	80.000	No indica
Benito F. Loygorri Pimentel	45	Francia	75.000	Director gerente General Motors Peninsular
Luis Saiz Fernández	42	Madrid	72.000	Director de la productora de cine <i>Exclusivas Diana</i>
Alejandro Calonge Moña	49	Madrid	70.000	Soc. Esp. Construcción Naval y Soc. de Plasencia
Federico Inzenga Griñán	59	Madrid	65.000	Director gerente Sociedad Valderrivas
Antonio Valenciano Mazeras	61	Murcia	50.000	Compañía de ferrocarril del MZA
Lino Arisqueta De Quintana	37	México	50.000	Soc. Española Construcciones Electromecánicas
Joaquín Trillo Figueroa	49	Madrid	45.600	Compañía Ingersoll Rand
George Wainerwigh	28	Gran Bretaña	45.000	General Motors Peninsular
Serafín de Orueta Calderón	58	Málaga	45.000	Hidráulica Española

Figura 7.18. Recopilación de los ingenieros mejor pagados residentes en el Ensanche Este de Madrid. AVM, Estadística, padrón municipal de 1930.

Formar parte del contingente del sector servicios mejor remunerado de la ciudad significaba estabilidad laboral, reconocimiento social y profusión económica. Para integrarse en él era una condición imprescindible acceder, cursar y obtener una de las titulaciones profesionales disponibles en el país, las cuales acreditaban a sus poseedores haber adquirido los conocimientos científico-técnicos necesarios para prestar dichos

¹²³ CARBALLO BARRAL, B.: “El papel de los profesionales liberales en el mercado laboral de Madrid (1900-1930) III Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea, Op. Cit.

servicios en el ámbito público o privado. Una acreditación que les era válida por el resto de su vida, ejerciera o no, condición que les convertía en un capital humano cualificado muy valorado y que les distinguía de los empleados de cuello blanco más acaudalados. Sus integrantes, como ya ocurriera en la segunda mitad del siglo anterior, eran plenamente conscientes de que era el acceso a dicha titulación lo que les hacía competir en la meritocracia profesional impulsada desde el Estado y las empresas privadas mediante la realización de oposiciones y exámenes de acceso, entrevistas y valoraciones de expedientes. Por ello, las familias encabezadas por profesionales liberales y gerentes de la capital siguieron invirtiendo parte del capital económico obtenido con sus servicios en garantizar su reproducción social.

Profesión de los hijos varones de los profesionales liberales	1878	1905	Diferencia	1930	Diferencia
Profesionales liberales	16,22	51,52	35,30	62,15	10,63
Empleados	24,32	22,22	-2,10	22,15	-0,07
Otras profesiones	59,46	26,26	-33,20	15,70	-10,56
% Estudiantes sobre el total	35,59	54,09	18,50	55,01	0,92

Figura 7.19. Movilidad social de las familias encabezadas por profesionales liberales de padres a hijos. Varones mayores de 14 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones de 1878, 1905 y 1930.

De este modo, asegurar el futuro profesional de su descendencia era el principal objetivo de la familia, una estrategia que en el caso del Ensanche Este era claramente visible, ya que más de la mitad de los hijos varones mayores de edad de estas familias (el 55%) declararon en 1930 estar alargando su vida educativa¹²⁴, mientras que dos de cada tres de los que declararon trabajar poseían una titulación profesional (Figura 7.19). Este celo por mantener una posición socioeconómica holgada basada en la funcionalidad y no en la propiedad, se expandía a otras áreas de comportamiento. Como las relaciones matrimoniales, en donde las familias profesionales también buscaron priorizar una unión conyugal entre miembros de similar posición, o en su defecto, con familias encabezadas por propietarios, altos cargos militares o empleados de cuello blanco acaudalados (Figura 7.20). Pero si ejercer una profesión especializada garantizaba unos emolumentos generalmente sustanciales, no era menos relevante el prestigio social que reportaba. Por ello, del mismo modo que a principios de siglo, cuando las familias propietarias madrileñas empezaron a emular las prácticas de los profesionales liberales al garantizar una educación superior no obligatoria a sus hijos independientemente de la riqueza que poseyeran y de la necesidad de trabajar que tuvieran, en los años treinta era una práctica muy extendida. Como señaló el duque de Maura, entre las “clases dirigentes”, que “*un hijo de familia acomodada cumpliera la mayoría de edad (referida aún a los 23 años) sin título profesional ninguno, presupuso tacha notoria de incapacidad personal*”. Por ello, “*muchos jóvenes, poseedores de calidades nobiliarias, alcanzaron grados universitarios*”, especialmente en profesiones cultas alejadas del conocimiento técnico, la especulación o la medicina¹²⁵. Así, la mitad

¹²⁴ Los porcentajes relativos a los hijos que alargaban sus estudios más allá de la edad obligatoria son aproximados, ya que dependen de que se indicara en el padrón en la casilla de profesión.

¹²⁵ Duque de MAURA: “Prologo”, en ARTEAGA, C.: *La vida dinámica y plural del marqués de Santillana, duque del Infantado*, Sevilla, Editorial Católica Española, 1949, p. XI, citado en ARTOLA BLANCO, M.: “Las ocupaciones de clase alta. Madrid, 1930-1950”, comunicación presentada al X Congreso de la ADEH, Albacete, 2013. Las opciones universitarias de estas elites en MONTRONI, G.: “Aristocracy and professions”, en MALATESTA, M.: *Society and the professions in Italy, 1860-1914*,

de sus hijos varones mayores de edad señalaron seguir estudiando (seguramente fueran muchos más), si bien esta estrategia apenas benefició a las hijas (un 4,5%), otra muesca más del papel secundario al que las mujeres eran relegadas en cuestiones como el trabajo, el estudio o la educación¹²⁶.

Profesión del cabeza	Profesión del padre de la esposa				
	<i>Cualificados</i>	<i>No cualificado</i>	<i>Empleado</i>	<i>Profesional liberal</i>	<i>Otros</i>
<i>Profesional liberal</i>	7,14	0,00	32,14	39,29	21,44

Figura 7.20. Endogamia matrimonial y movilidad social registrada entre los hijos de las familias encabezadas por profesionales liberales residentes en el Ensanche Este de Madrid. Se ha procedido del mismo modo que en la realización de la Figura 6.14. Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrón de 1930 y Registro de Actas Matrimoniales del distrito de Congreso de 1930 (Casos: 468 matrimonios).

Ahora bien, aunque los profesionales liberales, técnicos y gerentes altamente cualificados y especializados aumentaron significativamente su número a lo largo de las décadas de entreguerras, ayudando al definitivo despegue de un moderno sector servicios en la ciudad (Figuras 3.76 y 6.1 y 6.5), no fueron los que cuantitativamente protagonizaron y lideraron tal proceso. Ese papel correspondió al heterogéneo segmento laboral formado por los empleados y oficinistas de cuello blanco, que conformaron el grueso de la base y la cintura de la pirámide socioeconómica de las clases medias madrileñas durante los años veinte y treinta, hasta convertirse, dentro del ámbito masculino, en el segmento del sector terciario de la ciudad más numeroso, superando incluso a los que prestaban servicios personales (Figuras 7.1 a 7.3). En el caso del Ensanche Este, su evolución estuvo marcada por la dilatación general de su peso específico independientemente de las características demográficas de su población (Figura 7.21). El auge de su demanda laboral no entendió de lugares de origen, de la experiencia en los resortes de los mercados urbanos, o del nivel de conocimiento de la actividad económica de la capital. Entre sus integrantes se hallaban casos tan dispares como los contables encargados de las finanzas de los Almacenes Madrid-París y los auxiliares y meritorios de grandes empresas como MZA, los telefonistas, carteros y telegrafistas de la Dirección General de Comunicaciones o de la Compañía Telefónica Nacional de España, los revisores y guardias del Metropolitano Alfonso XIII o de la Compañía Madrileña de Tranvías, los escribientes de sociedades extranjeras de renombre como Siemens o Philips, los funcionarios que prestaban un servicio público en los distintos ministerios y dependencias municipales de la capital, los empleados de banca que realizaban decenas de operaciones financieras nacionales e internacionales, la secretaria encargada de administrar el tiempo y cumplir las tareas encomendadas por su jefe, o los trabajadores de compañías de seguros como La Unión y el Fénix especialistas en realizar complejos cálculos estadísticos para fijar los mejores precios para sus pólizas (Figura 7.22).

Los primeros compases de la modernización del sector servicios madrileño, iniciada en torno al ecuador del siglo XIX, se asentaron especialmente sobre la construcción del Estado liberal y la creación de nuevos ministerios, organismos e

Cambridge University Press, Cambridge, 1995, pp. 255-275; HERNÁNDEZ BARRAL, J. M.: *Grandes de España: distinción y cambio social, 1914-1931*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2012.

¹²⁶ Aunque los porcentajes facilitados sólo sean aproximados, son sintomáticos: ante el 48% de hijos varones de familias propietarias indicaron seguir estudiando más allá de la edad obligatoria, en el caso de las hijas sólo se indicó en el 4,5% de los casos. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

instituciones públicas, la fundación y expansión de los colosos ferroviarios que empezaron a articular el mercado nacional, y la consolidación de nuevas sociedades financieras de gran escala en Madrid, surgidas como reacción al aumento de la demanda industrial y comercial de grandes capitales. Sin embargo, en los años interseculares se vislumbró un cambio de tendencia que se asentaría con fuerza en la ciudad tras la I Guerra Mundial. Ésta consistió en que, una vez superado el impulso inicial dado por las administraciones públicas para modernizar los servicios prestados desde la capital al resto del país (políticos, jurídicos, hacendísticos, transportes y comunicaciones, etc.), lo que había aupado al funcionariado a una posición cardinal dentro de su sector servicios (Figura 3.45), el constante enriquecimiento de la actividad económica privada radicada en Madrid durante el primer tercio del siglo XX hizo disminuir el peso relativo del funcionariado dentro del mercado laboral de la ciudad. En su lugar, fueron los empleados de cuello blanco contratados por un remozado sector privado burocratizado los que empezaron a liderar la prestación de servicios a escala municipal, regional y nacional como el transporte de masas, el ocio, los seguros y las finanzas, la distribución y venta de bienes, las comunicaciones o la administración y gestión empresarial, entre otros, siguiendo una tendencia similar a la ya indicada entre los profesionales liberales, técnicos y gerentes (Figura 7.12).

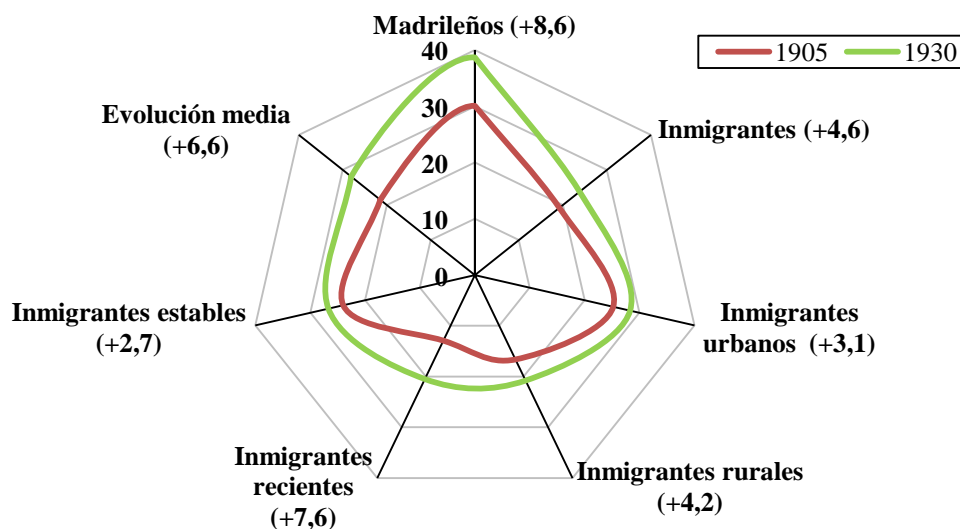


Figura 7.21. Distribución de los empleados de cuello blanco en función de su lugar de origen y tiempo de estancia en Madrid (1905-1930). Hombres mayores de 14 años. Las cifras en paréntesis indican la variación entre ambas fechas. AVM, Estadística, padrones de 1905 y 1930.

Madrid dejó de ser por fin una urbe vinculada al presupuesto estatal, y por ello, el peso de los empleados públicos dentro de los empleados de cuello blanco se contrajo en 1930 a la mitad del que poseía en 1905 (Figura 7.22). Un fenómeno que venía derivado de un auge exponencial tan marcado de los empleados privados, que ocultó estadísticamente el aumento cuantitativo de funcionarios y empleados públicos que se produjo en la capital como consecuencia del aumento de competencias y atribuciones realizadas por los poderes públicos. Un incremento que por otra parte sí se dejó sentir en segmentos tan específicos y cruciales para el desarrollo del mercado interior como los de correos, telégrafos y teléfonos¹²⁷. Y es que el primer tercio del siglo XX fue testigo

¹²⁷ BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Atlas histórico de las comunicaciones en España, 1700-1998*, Op. Cit.; *Las comunicaciones en la construcción del Estado Contemporáneo en España. Correos, telégrafos y teléfonos*, Op. Cit.; Dossier “Las

de la continuada absorción estatal de nuevas funciones y servicios públicos relacionados con el control de la conflictividad social ciudadana, el intervencionismo económico, la consolidación de una red de transportes y telecomunicaciones nacional o los estudios agronómicos, mineros, hidráulicos, estadísticos o forestales del país, ramas que fueron dirigidas desde organismos e instituciones de nuevo cuño ubicadas en Madrid. Además, el consistorio municipal, si bien con menor margen de actuación que el de otras grandes urbes españolas debido a la omnipresente presencia estatal, también hubo de reaccionar municipalizando servicios hasta la fecha en manos privadas, abandonados a la beneficencia y caridad, o simplemente inexistentes, ante las nuevas necesidades demandadas por una población creciente que estaba transformando a la urbe en una metrópoli europea.

SECTORES DE OCUPACIÓN (HISCO)		HOMBRES			MUJERES		
3	Empleados y trabajadores de cuello blanco	1905	1930	Difer.	1905	1930	Difer.
30	Empleados y relacionados sin especialización ni sector conocido	6,46	9,30	2,84	20,00	9,35	-10,65
31	Funcionarios públicos	45,30	22,73	-22,57	46,70	27,55	-19,15
32	Taquígrafos, mecanógrafos, escribientes y relacionados	2,93	3,36	0,43		14,19	14,19
33	Empleados de banca, tenedores de libros y relacionados	11,04	14,08	3,04	13,30	7,34	-5,96
36	Empleados de transporte público (conductores, revisores, etc.)	1,88	0,58	-1,30		0,34	0,34
37	Correos	3,15	6,63	3,48		5,51	5,51
38	Teléfonos y telégrafos	3,08	6,53	3,45	13,30	10,17	-3,13
39	Empleados privados no clasificados bajo otros epígrafes	26,14	36,77	10,63	6,70	25,71	19,01

Figura 7.22. Distribución de empleados y trabajadores de cuello blanco residentes en el Ensanche Este por categorías profesionales de HISCO y según su sexo (1905-1930). Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrones municipales de 1905 y 1930. Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años.

De este modo, a lo largo de estos años fueron incrementadas (o se confeccionaron por primera vez) las plantillas municipales relativas al servicio de limpieza, recogida y tratamiento de basuras o a la regulación del tráfico municipal¹²⁸, a la creación de las distintas casas de socorro y sus respectivas sucursales esparcidas por los distritos madrileños, los nuevos asilos y centros asistenciales erigidos, el laboratorio municipal y las casas de baños que garantizaban la higiene y salubridad de alimentos, alcantarillado y el vecindario, los destacamentos de arbolados, empedrados y adoquinado de calles, la Comisión de Ensanche, la gestión de la expansión de la iluminación eléctrica, o los centenares de empleados e inspectores cuya función era inspeccionar y hacer cumplir las normativas municipales respecto a la venta ambulante, las obras particulares, la publicidad, los horarios de apertura y cierre de los establecimientos o la renovación de sus licencias¹²⁹. Pero si el Ayuntamiento se vio en

telecomunicaciones en la España contemporánea, 1800-2000”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 29, 2007, pp. 13-154.

¹²⁸ RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936...*, Op. Cit., especialmente las páginas 70-79 y 177-236.

¹²⁹ ANTOLÍN, F.: “Las empresas de servicios municipales”, en MARTÍN ACEÑA, P. y COMÍN, F.: (eds.), *Historia de la empresa pública en España*, Madrid, pp. 228-330; GILI RUIZ, R. y VELASCO

la tesitura de arrogarse nuevas funciones, influyendo en la ampliación de su plantilla de empleados (fenómeno consustancial a la Europa urbana de entreguerras¹³⁰), la presencia del Estado en la capital no se quedó atrás. A modo de ejemplo (poco prolijo) de los numerosos mojonos que compusieron dicha evolución, podríamos citar la fundación en 1908 del Instituto Nacional de Previsión, germen de la asistencia sanitaria española, con sede en Madrid; la construcción del flamante y moderno Palacio de Comunicaciones de Cibeles entre 1907 y 1919, que dio cabida a centenares de telefonistas, carteros, telegrafistas y todo tipo de auxiliares, funcionarios y empleados administrativos encargados de dar cobertura nacional a estos servicios; como ya se indicó, también se abrieron numerosos grupos escolares que necesitaron de maestros, secretarios, empleados de limpieza y mantenimiento, entre otros. Además, el deseo de convertir a Madrid en “capital de la cultura oficial” y de la investigación, facilitó la fundación de instituciones como los museos Municipal (1908), Cerralbo (1924) o el Romántico (1924), las *bibliotecas populares* de distrito, el Laboratorio de Investigaciones Biológicas, posteriormente Instituto Cajal (1900), la Junta de Ampliación de Estudios (1907) o la potenciación de la colina de los Chopos como eje científico nacional gracias a la concentración en ella de la Residencia de Estudiantes, el Palacio de Bellas Artes e Industria, los prestigiosos laboratorios de la Residencia de Estudiantes o, ya en 1932, el Instituto Nacional de Física y Química, el conocido *Rockefeller*. Además, durante la dictadura de Primo de Rivera y desde una visión corporativista de la sociedad y la economía, se crearon dos grandes monopolios nacionales, uno en 1924, encargado de expandir y ofrecer el servicio telefónico a particulares y empresas (CTNE), y el otro, en 1927, dedicado a gestionar la importación, distribución y venta de petróleo en el país (CAMPSA), cuyas respectivas sedes también se ubicaron en ella.

Ministerios	509		28,69	Telégrafos	177	9,98
<i>Hacienda</i>	169	33,20	9,56	Dependencias municipales	153	8,62
<i>Fomento</i>	82	16,11	4,64	Teléfonos y Telefónica	83	4,68
<i>Economía</i>	52	10,22	2,94	Otras dependencias	79	4,45
<i>Trabajo</i>	46	9,04	2,60	Sin especificar	69	3,89
<i>Gobernación</i>	41	8,06	2,32	Instituto Geográfico y Estadístico	63	3,55
<i>Instrucción pública</i>	35	6,88	1,98	Centros educativos	36	2,03
<i>Estado</i>	28	5,50	1,58	Tribunales de justicia	30	1,69
<i>Marina</i>	19	3,73	1,08	Compañía Arrendataria de Tabacos	29	1,63
<i>Gracia y Justicia</i>	18	3,54	1,02	CAMPSA	26	1,47
<i>Guerra</i>	10	1,96	0,57	Diputación provincial	23	1,30
<i>Industria</i>	9	1,77	0,51	Casa de la Moneda	18	1,01
Correos	272		15,39	Congreso de los Diputados	15	0,85
Direcciones, delegaciones, consejos y juntas estatales	177		10,02	Tranvías	15	0,85

Figura 7.23. Lugar de trabajo de los empleados de cuello blanco públicos residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón de 1930.

MEDINA, F.: “Ayuntamiento y administración municipal”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939, Op. Cit.*, pp. 300-307; NUÑEZ ROMERO-BALMAS, G.: “Servicios urbanos colectivos en España durante la segunda industrialización: entre la empresa privada y la gestión pública”, en COMÍN, E. y PÉREZ CASTROVIEJO, P. M.: *La empresa en la historia de España*, Civitas, 1996, pp. 399-422.

¹³⁰ PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la 2ª Guerra Mundial, Op. Cit.*, pp. 181-215.

No obstante, los mayores focos de empleo fueron los principales organismos gubernamentales, los distintos ministerios, consejos, direcciones generales y delegaciones que salpimentaban la ciudad, que expandieron sus funciones y personal contratado en estas décadas para adecuarse a la moderna organización burocrática estatal que aspiraba a racionalizar sus recursos de la forma más eficiente (Figura 7.23). Así, las sedes centrales de los ministerios españoles pasaron de disponer de sólo unas pocas decenas de funcionarios públicos a finales del siglo XIX a hacerlo de centenares de ellos en 1930, distribuidos en diferentes delegaciones, juntas administrativas, negociados y oficinas centrales. Si en 1899 el ministerio de Estado sólo disponía de una plantilla oficial de 73 empleados incluido el propio ministro, en 1924 uno de los ministerios que menos se había expandido, como el de Instrucción Pública y Bellas Artes, creado en 1900, ya disponía de 218, cifra muy inferior a la que presentaban ministerios de mayor jerarquía como el de Hacienda, que superaba el millar¹³¹. Además, en lo que respecta al conjunto de empleados públicos, Madrid daba trabajo en 1913 a más de 10.000 empleados administrativos¹³², mientras que el censo de población de 1930 cifraba en más de 30.000 los empleados públicos de la capital pertenecientes a las fuerzas de orden o a la administración pública¹³³. Una tendencia hacia el engrosamiento del funcionariado que siguió la tónica del último cuarto de la centuria anterior, cuando el número de funcionarios pasó de 40 en 1868 a 352 a comienzos de la Restauración en 1876, y a 1.140 en 1899, en los albores del siglo XX, aunque con una progresión mayor¹³⁴.

Esta visión de conjunto madrileña podía extrapolarse a su Ensanche Este, donde los empleados de cuello blanco que declararon trabajar en las sedes de alguno de los ministerios de la ciudad superaban la cuarta parte del mercado laboral que lo componía. También destacaron el número de empleados públicos adscritos a las direcciones generales y delegaciones más sensibles para el desarrollo estatal, como eran las de Comunicaciones (que englobaba Telégrafos y Teléfonos), Correos, Seguridad, Aduanas o Deuda. En un segundo nivel se situaban los oficinistas y empleados administrativos contratados por el consistorio para desempeñar diversas funciones en sus dispersas dependencias, dejando en un tercer plano a los trabajadores ocupados en instituciones y corporaciones públicas, como el Congreso de los Diputados, las escuelas públicas de primera enseñanza, los tribunales y juzgados municipales, Telefónica, o las compañías arrendatarias de Tabacos o Petróleos (recordemos que los maestros están incluidos entre los profesionales liberales, así como los jueces, políticos, ingenieros, abogados, etc. que también prestaban sus servicios en estos organismos). No obstante, en este punto habría que hacer una mención especial a aquellos empleados públicos que trabajaban en unas instituciones públicas que se hallaban sobrerrepresentadas en el caso del Ensanche Este debido a su ubicación en él o en sus cercanías, en concreto a los centenares de trabajadores residentes en este espacio urbano que declararon trabajar en el cercano y moderno Palacio de Comunicaciones, erigido sobre los jardines del Retiro ubicados en la plaza de Cibeles, en las oficinas de la Casa de la Moneda, en los despachos del Instituto Geográfico y Estadístico situados en la calle Jorge Juan, o en el Ministerio de Fomento, ubicado en los nº 1 y 3 del Paseo de Atocha (Figura 7.23).

¹³¹ GARCÍA MADARIA, J. M.: *Estructura central del Estado, 1808-1931*, Instituto Nacional de Administración, Madrid, 1982.

¹³² *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional. Op. Cit.*, pp. 121-139.

¹³³ JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases...*, *Op. Cit.*, pág. 424.

¹³⁴ PRO RUIZ, J.: "El Estado y la administración pública en la ciudad (1833-1936)", en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939, Op. Cit.*, pp. 270-299.

Una legión de trabajadores dedicados a la función pública que fue remozada y modernizada en sus entrañas profundamente durante estas décadas, con nuevas reglamentaciones y estatutos que remozaron las decimonónicas fórmulas de acceso, cobro, promoción interna y estabilidad laboral. Un proceso en el que, entre otras normativas, la Ley de Bases de la Administración Central del Estado y su Reglamento de 1918, llamada Estatuto de Maura por ser quien más luchó por aprobarlo durante su Gobierno, adquirió un papel crucial. Gracias a él, se desterró legislativamente la práctica de la cesantía en detrimento del *mérito*, ordenando la contratación de los empleados públicos a través de la *oposición*. Como sustitución del cesante, cuya razón de ser radicaba en su nombramiento por una autoridad política concreta a causa de la confianza atesorada en él y no por los méritos o conocimientos atesorados (lo que hacía que, al producirse un cambio en el poder político éste optara por sustituir a dicho cargo), se incluyó a su vez la *inamovilidad* del funcionario de su cargo, radicada en la *neutralidad* de su quehacer, guardando fidelidad a la ley y no al titular político de turno, ciñendo sus actuaciones a sus conocimientos técnicos. Además, unificó los Cuerpos Generales de la Administración Pública y determinó la *carrera administrativa*, diferenciando entre técnicos y auxiliares, y en su interior, entre escala, categoría y clase en función de los conocimientos poseídos, de la experiencia atesorada y de su antigüedad en su puesto¹³⁵.

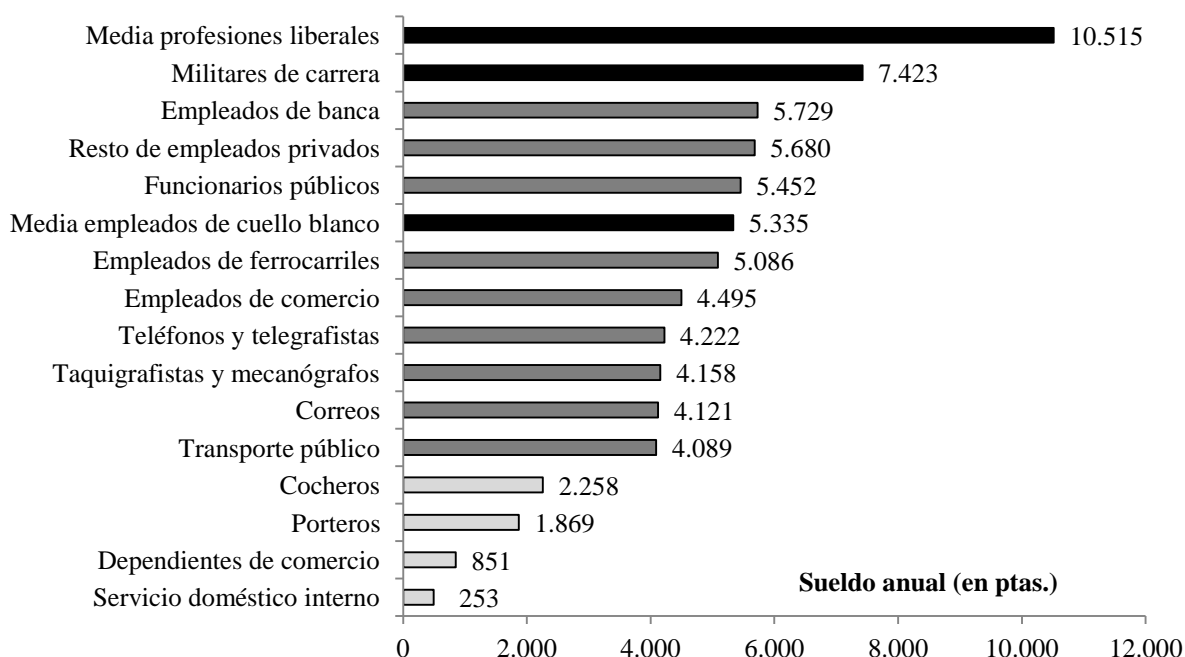


Figura 7.24. Escala salarial anual de los distintos empleados de cuello blanco varones residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930. También se indican su sueldo medio anual, el de los profesionales liberales y militares de carrera (en negro) así como los de las categorías laborales más representativas de los servicios preindustriales (en gris claro). AVM, Estadística, padrón de 1930.

De este modo, se pretendía plasmar de una forma clara y visible la jerarquía de la burocracia estatal, generando un modelo piramidal basado en la unificación de criterios como el escalafón, la escala y categoría de las tareas realizadas en cada cargo, y los conocimientos atesorados por los empleados públicos, que sirvieran de base para

¹³⁵ MORELL OCAÑA, L.: “Las reformas administrativas de Maura”, en AA. VV.: *Reformistas y reformas en la administración española*, Ministerio de Administraciones Públicas, Madrid, 2005, pp. 125-142.

el cálculo de sus haberes y derechos pasivos. En este sistema, el grueso de funcionarios y técnicos ocupaba cargos medios de administración y gestión recibiendo un sueldo ligeramente superior al de la media de los empleados de cuello blanco (Figura 7.24), mientras que en los dos polos se situaban, por debajo, los empleados públicos de menor especialización profesional y experiencia, y por encima los profesionales más cualificados, de mayor antigüedad y que ocupaban cargos de mayor responsabilidad en el organigrama gerencial estatal. No obstante, la figura salarial de los empleados públicos era muy variopinta en función de la naturaleza y especialización de las funciones a realizar en cada ministerio, institución, negociado u organismo público, tal y como ocurría con los trabajadores adscritos a los servicios estatales de telecomunicaciones, donde la mayoría eran auxiliares, empleados subalternos y oficinistas con sueldos que rondaban las 4.000 ptas. anuales, inferiores a la media del funcionariado ministerial (5.335 ptas.), cifras que sólo eran superadas por jefes de oficina y encargados de negociados, más numerosos en las plantillas ministeriales que en los demás organismos gubernamentales (Figura 7.25).

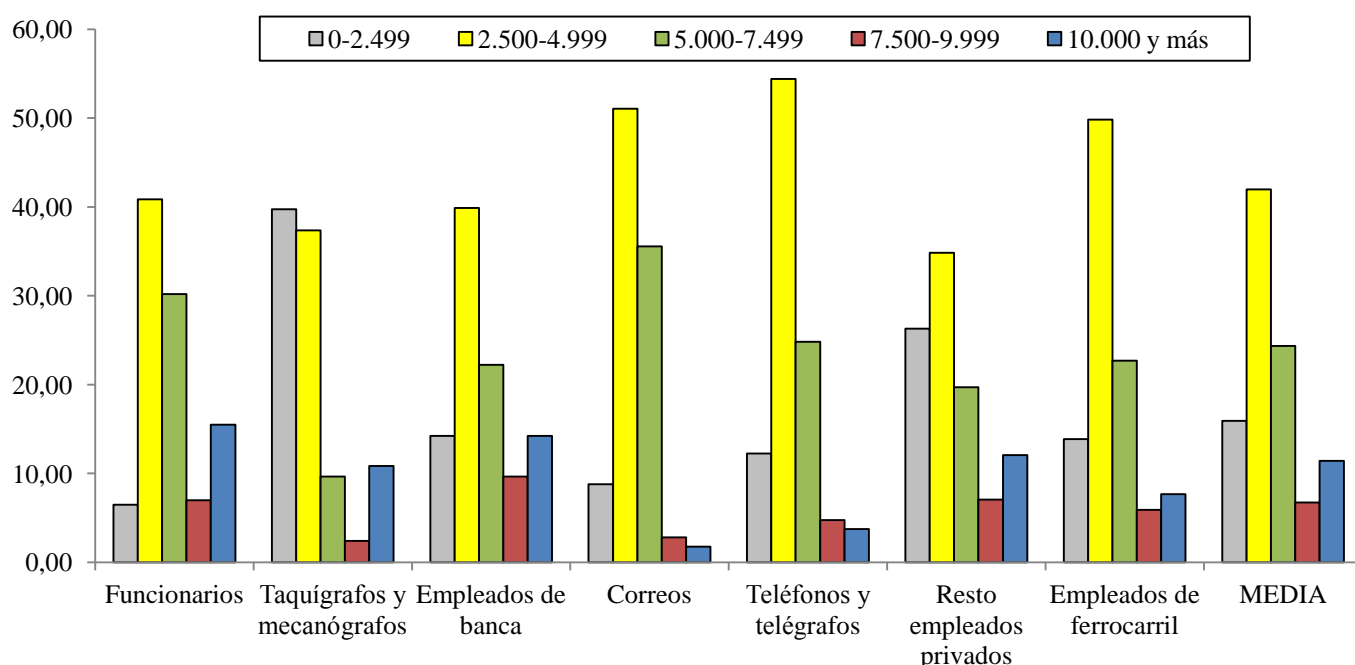


Figura 7.25. Distribución salarial de los empleados de cuello blanco residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 en función de su lugar de trabajo. Hombres de entre 15 y 65 años. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

La organización burocrática se impuso definitivamente en la administración y gestión de la función pública española a lo largo del primer tercio del siglo XX. Y eso que medidas como los Estatutos Municipal de 1924 y Provincial de 1925, promulgados por Primo de Rivera bajo un prisma corporativista, no terminaron de cuajar. Esta potenciación tanto en volumen y expansión territorial como en profundidad y complejización de funciones, se dejó notar en Madrid, el centro neurálgico de todo el edificio administrativo público, en mayor medida que en ningún otro sitio. Sin embargo, el auge de la demanda laboral de los servicios públicos de la ciudad quedó ensombrecido por la eclosión de la sociedad de consumo en sus calles, la integración de nuevas empresas y sociedades que recalaban en el país y elegían Madrid para ubicar sus filiales, el aumento de escala de las grandes empresas y corporaciones nacionales de reciente creación, y la recíproca atracción existente entre las distintas sociedades industriales repartidas por la geografía española y las principales instituciones

financieras del país, las cuales se apresuraron a situar su sede social o al menos una representación permanente en Madrid, en torno a los vericuetos del poder político, fuente de información privilegiada¹³⁶.

**EMPLEADOS DE CUELLO BLANCO RESIDENTES EN
EL ENSANCHE ESTE EN 1930 SEGÚN SU LUGAR DE TRABAJO**

Otras compañías	776	NORTE	53	Compañías de automóviles	21
MZA	271	Otras compañías de ferrocarril	49	Sociedad Azucarera Española	17
Oficinas particulares	184	Otras compañías eléctricas	41	Banco Intern. Industria y Comercio	16
Banco de España	162	Banco Central	38	AEG Ibérica de Electricidad	16
Otras entidades bancarias	141	Banco Hipotecario	37	Unión Española de Explosivos	16
Otras compañías de seguros	133	Banco Bilbao	32	Banco Anglosudamericano	16
Telefónica	76	Banco Urquijo	24	International Banking Corp.	15
Banco Hispanoamericano	69	Banco Alemán Transatlántico	24	Banco Vizcaya	15
Tabacalera	67	La Unión y el Fénix	23	Unión Eléctrica Española	14
Campsa	61	Ferrocarril del oeste	22	Crédit Lyonnais	13
Banco Español de Crédito	56	General Motors	22	Banco Español del Río de la Plata	12
Bolsa y agencias de cambio	56	Monte de piedad y de Ahorros	21	Siemens	10

Figura 7.26. Hombres de entre 15 y 65 años que declararon un lugar de trabajo. AVM. Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Fue esta conjunción de factores la que motivó la fuerte expansión de la demanda privada de empleados de cuello blanco y oficinistas en la capital. A modo de efecto mariposa, la concentración de capitales en grandes empresas y sociedades anónimas y la ampliación de su producción gracias a la división racional del trabajo industrial, incrementaron tanto las posibilidades de expansión y venta de éstas como su necesidad de gestionar más eficientemente sus recursos. Estas grandes compañías ocuparon sus respectivos mercados nacionales y, las más poderosas, se lanzaron a conquistar el extranjero. Tanto unas como otras ubicaron sus sedes en plazas donde se conjugaran ventajas como la cercanía a un amplio mercado de consumo, la posesión de buenas infraestructuras de transportes y telecomunicaciones, fuentes de energía (problema solucionado con la electricidad), un capital humano especializado y el acceso a las redes informales de información y poder político¹³⁷. De ahí que la mayoría de las modernas compañías de la época se ubicasen en las capitales estatales y en los grandes polos industriales europeos, fenómeno que engrosó aún más su fuerza de atracción migratoria

¹³⁶ TORTELLA, G. y PALAFOX, J.: “Banca e industria en España, 1918-1936”, *Investigaciones Económicas*, nº 20, pp. 33-66; GARCÍA DELGADO, J. L.: “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española” en NADAL, J. y CARRERAS, A. (Dir.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Op. Cit., pp. 219-256; “Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna” en GARCÍA DELGADO, J. L. (Coord.) *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Op. Cit., pp. 405-414; ARROYO MARTÍN, J.V.: *La Banca en España en el período de entreguerras, 1920-1935: (un modelo de modernización y crecimiento)*, BBVA, Bilbao, 2003; SANZ GARCÍA, J. Mª: *Madrid, ¿Capital del capital español?...*, Op. Cit., pp. 330-331; GARCÍA DELGADO, J. L. y CARRERA TROYANO, M.: “Madrid, capital económica” en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España...*, Op. Cit., pp. 209-237; CARRERAS, A., y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España Contemporánea*, Op. Cit., pp. 223-261; GONZÁLEZ CALLEJA, E. *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*. Op. Cit.; VELARDE FUENTES, J.: “La economía española de 1914 a 1931”, en ANES, G. (Ed.): *Historia económica de España. Siglos XIX y XX*, Op. Cit., pp. 469-525

¹³⁷ CHANDLER, A.D.; AMATORI, F.; HIKINO, T.: *Big business and the wealth of nations*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.

interna. Miles de inmigrantes de origen rural y urbano siguieron aglomerándose en torno a las grandes metrópolis europeas, consolidando aún más sus mercados de consumo de masas, que se expandían hacia nuevas áreas como el ocio, el deporte o el transporte público. Así, empresas nacionales y extranjeras de medio y gran tamaño, además del Estado, izaron un modelo de gestión burocrática para sus mastodónticas administraciones tal y como requerían los nuevos tiempos.

COMPAÑÍA FERROVIARIA DE MZA			
Nombre	Edad	Profesión	Sueldo
Antonio Valenciano Mazeres	61	Miembro del Consejo de Administración	50.000
Martin de Abad García	36	Ingeniero de caminos y licenciado en obras públicas	16.000
Demetrio Pérez Brotons	31	Ingeniero industrial	9.750
Regino Pérez Mora	55	Empleado del Servicio de Material y Tracción	7.813
Joaquín Torres Collado	46	Jefe de negociado	7.100
Fernando Gutiérrez Fernández	59	Oficial del Servicio de Reclamaciones	6.125
Antonio Vicente Sánchez	38	Empleado en Servicio de Reclamaciones	4.440
Félix Calvo Ruiz	46	Sub jefe de la estación de Atocha	4.100
Emilio Borges Villain	23	Empleado en Oficinas Centrales	2.418
Pedro Abad Del Val	36	Ordenanza	2.339
Santos Díez Fernández	67	Ferrovionario semaforista	9,82 al día
José García Elegido	29	Mozo de andén	6,47 al día
Ignacio Serrano Collada	29	Jornalero en la estación de Atocha	5,50 al día
BANCO HISPANO AMERICANO			
Nombre	Edad	Profesión	Sueldo
Ramón Álvarez Valdés	64	Secretario del Consejo de Administración	65.000
Antonio Bastos Ansart	37	Director de sucursal	18.000
José Laborda Navarro	36	Inspector	9.500
Jesús Benito Gurruchaga	28	Oficial	7.500
Alfredo Anadón Abriat	39	Empleado	6.000
Ángel Valls Ayuso	27	Empleado	5.000
Fernando De la Garvia torre	37	Oficinista	3.000
Guillermo Revilla Perdueles	41	Empleado vigilante	2.850
Alberto Rodríguez Muñiz	35	Ordenanza	2.000
Amelio Campos Del Cerro	29	Botones de oficina	600
MINISTERIO DE HACIENDA			
Nombre	Edad	Profesión	Sueldo
Ramón Vázquez de Parga	68	Jefe superior de administración	15.000
Gabriel Briones Esquivel	60	Jefe de hacienda	10.000
José Valdés Vivas	53	Jefe de negociado	8.000
Manuel González García Gutiérrez	40	Funcionario público	7.500
Sebastián Catalán Buepe	41	Jefe de hacienda	6.000
José Sandiú Sánchez	33	Oficial 1º de Hacienda	5.000
Gregorio Redondo Mosquera	60	Oficial 2º de Hacienda	4.000
Leocadio Lozano Arroyo	38	Empleado	3.000
Cesáreo Losada Arias	45	Auxiliar de hacienda	2.500
Rafael Rojas Aravaca	45	Empleado	1.000

Figura 7.27. Escalafón laboral y salarial de la administración burocratizada de la Compañía ferroviaria MZA, el Banco Hispano Americano y el Ministerio de Hacienda en función de los empleados de cuello blanco, profesionales y técnicos residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930. Hombres de entre 15 y 65 años. Sueldo anual en pesetas. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Un proceso que en Madrid seguía estando abanderado a finales del primer tercio del siglo XX, en parte, por las grandes corporaciones y empresas privadas que lo habían liderado desde finales del siglo anterior junto a la administración pública: las empresas ferroviarias, con MZA y NORTE a la cabeza como representantes de una decena de sociedades regionales más modestas, y las entidades de crédito de viejo y nuevo cuño como el Banco Hipotecario, el de Bilbao, el Español de Crédito o el Hispano Americano, o de capital extranjero como el Crédit Lyonnais, el Alemán Transatlántico, el International Banking Corporation o el Anglosudamericano. Estas entidades habían sido las primeras en operar a escala nacional y en requerir un mercado bien integrado y comunicado, en el que disponer de una fuerte presencia regional tanto para articular el transporte de personas y mercancías como para captar y atraer el capital ahorrado en las distintas zonas del país para orientarlo hacia las demandas de crédito de la incipiente gran industria. Y de ahí que las compañías ferroviarias, las entidades bancarias y las sociedades de seguros (que experimentaron un auténtico *boom* desde comienzos de siglo gracias a la apertura de dicho negocio mediante distintos cambios legislativos¹³⁸) absorbieran una porción significativa del empleo de cuello blanco relativo al sector servicios del mercado de trabajo madrileño (Figura 7.26).

Pero, a lo largo de las primeras décadas de la nueva centuria aparecieron nuevos actores empresariales que refrendaron tal modelo organizativo. La repatriación de grandes capitales durante la crisis finisecular, la enorme depreciación de la peseta que la siguió, y la favorable coyuntura económica que para España significó la Gran Guerra, facilitaron la nacionalización, fusión, llegada, expansión o creación de modernas empresas y corporaciones de gran escala españolas y extranjeras al país en su conjunto, y a su capital en particular, las cuales determinaron el fluir de la economía nacional aún cuando su número y capitalización todavía tardaría décadas en superar la relevancia de los negocios particulares y las medianas empresas¹³⁹. En estos años hicieron acto de presencia en la capital grandes sociedades como los Altos Hornos de Vizcaya, la Sociedad General Azucarera Española, Mahou y Águila, Papelera Española, General Motors, Philips, Standard Eléctrica, AEG, Campsa, Telefónica, Siemens, la Unión Española de Explosivos o el Banco Español del Río de la Plata (Figura 7.26). Todas ellas en su conjunto, independientemente de que su actividad económica fuera industrial, financiera, comercial, de ocio, servicios o alimentación, fueron las que motivaron el incremento tan prominente de la demanda laboral de empleados de cuello blanco de la ciudad, ya que por su volumen de negocio requerían modernas oficinas en las que emplear a trabajadores especializados en realizar las funciones burocráticas necesarias para gestionar con eficiencia su jerarquizada organización administrativa interna (Figura 7.26).

¹³⁸ PONS PONS, J.: “El seguro de accidentes de trabajo en España: de la obligación al negocio (1900-1940)”, en *Investigaciones de Historia Económica*, nº 4, 2006, pp. 77-100; “Diversificación y Cartelización en el seguro español (1914-1935)”, *Revista de Historia Económica*, XXI, 3, pp. 567-592. También consultar las comunicaciones presentadas a la sesión “Seguros Privados versus Seguros Públicos en España (1900-2010)” del X Congreso Internacional de la Asociación Española de Historia Económica celebrado en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla en septiembre de 2011.

¹³⁹ TAFUNELL, X.: “Empresa y Bolsa”, en CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coord.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. II, Op. Cit., pp. 707-833; ROLDÁN, S.; GARCÍA DELGADO, J.L. y MUÑOZ, J.: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, Op. Cit.; CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España Contemporánea*, Op. Cit., pp. 185-222; VELARDE FUENTES, J.: “La economía española de 1914 a 1931”, en ANES, G. (Ed.): *Historia económica de España. Siglos XIX y XX*, Op. Cit., pp. 469-525; GARCÍA DELGADO, J. L., y CARRERA TROYANO, M.: “Madrid, capital económica” en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Hª Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Op. Cit., pp. 209-237.

Debido a la creciente complejización de los mercados nacionales e internacionales, estas sociedades importaron los modernos hábitos de gestión empresarial puestos en boga por las grandes corporaciones estadounidenses durante los años interseculares¹⁴⁰. De este modo, inocularon la división racional del trabajo industrial a su administración burocrática, especializándose en seleccionar y mantener formado al capital humano más apto para cubrir sus necesidades mediante el desarrollo de la meritocracia y el control de la cualificación profesional a través de pruebas de acceso iniciales, la promoción interna a través del escalafón, la subordinación del personal a un sistema jerarquizado cerrado, o la valoración de la experiencia y antigüedad mediante la modificación de la retribución salarial (Figura 7.27). Así, los sueldos percibidos eran el resultado de un compendio de criterios ligados a la obtención de una mayor productividad de la empresa, a saber: la cualificación profesional (poseer una titulación), la experiencia (la edad), el grado de conocimiento del cargo ostentado (antigüedad en la compañía) y la autoridad limitada recibida (puesto ostentado en el escalafón). De ahí que, por ejemplo, dentro del Ministerio de Hacienda dos jefes de negociado como Gabriel Briones y Sebastián Catalán percibieran sueldos tan dispares aunque estuvieran situados en el mismo escalafón, presumiblemente por la diferencia de antigüedad entre uno y otro, ya que el primero tenía 60 años (con un sueldo de 10.000 ptas. anuales) y estaba pensando en su jubilación, y el otro se hallaba en el ecuador de su carrera laboral con 41 años, y ganaba un sueldo anual de 6.000 ptas. (Figura 7.27).

Además, estas grandes empresas también impusieron unos procedimientos internos de trabajo muy específicos que restringían cualquier control sobre el trabajo gracias a la *realización de servicios de forma mecánica*, y reglas de conducta draconianas para asegurar tanto la homogeneidad de las tareas realizadas por sus empleados como la buena imagen exterior de la compañía en la sociedad. De este modo, obligaban a sus trabajadores a cumplir con una forma de vida familiar, disfrutar de un ocio acorde al decoro, llevar un atuendo cuidado y poseer unos hábitos de buena presencia durante todos los días de la semana, ya que desde las compañías se creía en que la propia imagen de su trabajador se mimetizaba con la de ellas mismas. Los pasajes descritos por Arturo Barea en su periplo bancario por el *Crédit Étranger*, “una de las primeras casas de banca del mundo”, en *La forja de un rebelde*, en el que alude a cómo “cuentan los pitillos que se fuma uno, si tienen alguna amiga, si va a misa o no, si llega tarde, si se equivoca en el trabajo, si va a la taberna del Portugués”, si se tiene querida o se frecuenta la taberna.

-¿Usted es el empleado don Arturo Barea, del negociado de cupones?

-Sí, señor -respondo.

-Bien. Pues mire usted -pausa-, la dirección ha acordado -pausa-, claro es, en vista de sus buenos antecedentes que constan en el dossier -pausa-, no e-char-le a us-ted a la calle- deletrea las sílabas dando golpecitos con el lápiz en la palma de la mano.

-¿Por qué? -pregunto.

¹⁴⁰ FITZGERALD, R.: *British labour Management and Industrial Welfare, 1846-1939*, Groom Helm, London, 1988; DRUMMOND, D. K.: *Crew: Railway Town, Company, and People, 1840-1914*, Scholar Press, Aldershot, 1995; RIBEILL, G.: *Le Personnel des Compagnies de Chemins de fer: matériaux pour une contribution a la sociologie historique de professions*, Développement et Aménagement, París, 1980; SAVAGE, M.: “Discipline, Surveillance and the ‘Career’: Employment on Great Western Railway 1833-1914”, en MCKINLAY, A., y STARKEY, K. (eds.): *Foucault, Management and Organization Theory: from Panopticon to Technologies of Self*, Sage, London, 2000, pp. 65-92.

-¡Tiene usted -estalla iracundo- una letra infame! ¡Esto es intolerable! ¿Usted cree que se puede estar en un banco, ser empleado de un banco, escribiendo patas de araña como usted hace? ¡Debería darle vergüenza! ¡La dirección no puede tolerar esto un día más! Ya lo sabe usted: tiene usted un mes de plazo, únicamente un mes, para reformar su letra. De lo contrario, está usted despedido. Bien entendido que como le aviso a usted con un mes de anticipación, el banco se considera desligado desde ahora mismo de la obligación de pagarle el mes de indemnización que establece el Código en caso de despido. ¡Puede usted retirarse!

BAREA, A.: *La forja de un rebelde*. 1941.

Unos trabajadores especializados altamente controlados por la dirección que, una vez aclimatados a sus puestos de trabajo, eran un capital humano de gran valor, de ahí que estas empresas prosiguieran con los programas paternalistas de bienestar social que las pioneras en España MZA y NORTE importaron del extranjero desde finales del siglo XIX para fidelizar a la plantilla fija de sus organizaciones¹⁴¹. Se abrieron economatos internos, se dieron opciones favorables para la compra de viviendas, créditos baratos, pensiones y seguros de enfermedad, viudedad y vejez, se apoyó el nepotismo a la hora de contratar nuevos empleados, se hicieron equipos deportivos que competían con otras empresas o se organizaban pases a espectáculos privados, se dieron gratificaciones de Navidad, vacaciones pagadas, etc. Entre otras medidas de protección social se incluían el economato, el pago de haberes en caso de enfermedad o accidente, las casas gratuitas o la contratación de profesorado para las familias con bajo sueldo entre otras ventajas, en los casos de MZA o NORTE; las vacaciones pagadas y altas retribuciones dadas por la compañía AEG Ibérica de Electricidad a sus empleados; los torneos de fútbol realizados entre los trabajadores de Telefónica y la Standard Eléctrica; los baños y duchas ofrecidas en sus instalaciones a los empleados que no dispusieran de ellas en sus hogares, así como de clínica, servicio médico y guardería en el caso de Perfumerías Gal, etc.¹⁴². También fue común la intermediación familiar para el ingreso en la plantilla de las compañías de hijos, hermanos, cuñados o sobrinos de empleados, tal y como ocurrió con Gregorio Gutiérrez Gamella o Eulogio Rojas Fernández, quienes, trabajando el primero como ordenanza en la compañía de seguros La Unión y el Fénix y el segundo en el Banco Hispano Americano, intercedieron para que sus hijos de quince y dieciséis años respectivamente fueran contratados como meritorios junto a ellos¹⁴³. Una estrategia laboral que era tomada pública y conscientemente por estas empresas, tal y como NORTE recalcaba en sus oposiciones a empleados de oficina, a

¹⁴¹ VIDAL OLIVARES, J.: “Las compañías ferroviarias y la difusión de las modernas formas de gestión empresarial en España, 1850-1914”, en COMÍN, F. y MARTÍN, P. (ed.): *La empresa en la historia de España*, Op. Cit., pp. 285-302.

¹⁴² CANDELA SOTO, P.: “El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX”, *Historia Social*, nº 45, 2003, pp. 139-159; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit., pp. 645-658; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit., pp. 483-495; AUBANELL JUBANY, A. M.: “La elite de la clase trabajadora. Las condiciones laborales de los trabajadores de las eléctricas madrileñas en el periodo de entreguerras”, *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VI, nº 119 (17), 2002; FERNÁNDEZ VARA, T.: “Salarios y Programas de Bienestar Industrial en la empresa ferroviaria MZA (1915-1935)”, *Investigaciones de Historia Económica*, nº4, 2006, pp. 108-138.

¹⁴³ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

las que sólo podían “*concurrir agentes de la misma, o hijos, nietos, hermanos y sobrinos carnales de agentes y ex agentes*”¹⁴⁴.

Este heterogéneo mundo de los empleados de oficina, aunque albergaba una gran disparidad de funciones según los segmentos laborales en los que estaban contratados, compartía una serie de características. En primer lugar, todos en mayor o menor medida formaban parte de un sistema de trabajo impersonal y racionalizado, basado en la consolidación de la maquinaria burocrática adoptada por el Estado liberal a partir del reinado de Isabel II y la absorción de la moderna gestión empresarial por las grandes compañías ferroviarias durante la Restauración, organizada por escalafones, secciones y negociados en función de la especialidad laboral, la experiencia y la antigüedad atesorada por cada uno, siendo la savia que hacía funcionar el sistema día tras día, siguiendo las estrategias y recomendaciones técnicas señaladas por los profesionales y los directivos que copaban los pisos nobles del escalafón socioeconómico de la compañía. Estos empleados de cuello blanco, salvo los que ocupaban los puestos más bajos, menos cualificados y más fácilmente reemplazables, como los auxiliares administrativos o los meritorios, solían disponer de una cierta estabilidad laboral a cambio de un sueldo más o menos holgado que iba ensanchándose a medida que se ascendía en el escalafón interno. Personificaban el cambio económico, la modernización de las estructuras productivas de la capital, dirigiéndose con cierto orgullo cada día hacia los imponentes y nuevos edificios de oficinas que jalonaron la Gran Vía y sus alrededores, donde se afanaban por cumplir unos objetivos marcados y siguiendo una normativa establecida por las *altas esferas* de la empresa, a las que no les podían poner cara ni nombre. Eran hijos de los tiempos modernos, y por ello, no podían echar en falta una independencia y autonomía productiva y de los servicios prestados, como los artesanos y los profesionales liberales respectivamente, que nunca habían poseído. Respondían directamente ante su superior inmediato, sus tareas debían seguir las pautas señaladas por el organigrama gestor y debían hacerse dentro del plazo establecido.

“Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire.”

CORTÁZAR, J.: *Preámbulo a las Instrucciones para dar cuerda a un reloj*. 1962.

Para ejercer con garantías estos empleos requerían, al menos, un buen manejo de los saberes instrumentales primarios de acceso al conocimiento, es decir, leer, escribir y contar con soltura (requisitos que no eran cumplidos por una parte elevada del vecindario madrileño), además de poseer nociones básicas de contabilidad, teneduría de libros, mecanografía o comercio. Así al menos lo expresaba un Informe realizado sobre la Educación en Estados Unidos y publicado en 1930 en España como el modelo que debía seguirse:

“La escuela [primaria] debe proveer estos conocimientos rudimentarios para ser un empleado público o de comercio: escritura a máquina, taquigrafía, teneduría de libros y prácticas de oficina.

Es decir, proveer los instrumentos necesarios para ser un buen empleado desde que se inicia [la escuela secundaria]”

La escuela moderna. Revista pedagógica y administrativa de primera enseñanza. Abril de 1930.

¹⁴⁴ *La Época*, 28 de agosto de 1929.

Por ello, aquellas familias encabezadas por estos empleados de cuello blanco destinaron parte de sus ingresos a garantizar que su prole, en la medida de sus posibilidades, cursara la educación primaria y secundaria, y además en porcentajes cada vez mayores, que continuaran su instrucción más allá de la edad obligatoria (Figura 7.28)¹⁴⁵. La estabilidad de su posición laboral y la seguridad de disfrutar de un sueldo anual holgado abría una brecha socioeconómica difícil de salvar para las familias encabezadas por trabajadores manuales, cuya descendencia, si bien accedía en los años veinte y treinta al mercado laboral vinculado al sector servicios (Figura 6.13) en unas proporciones inimaginables sólo unas décadas antes, lo hacía en la parte más baja del escalafón, donde las posibilidades de movilidad social ascendente eran exiguas, tales como jardineros, auxiliares de oficina, temporeros, mensajeros o transportistas.

Profesión de los hijos varones de empleados mayores de 14 años	1905	1930	Diferencia
Profesionales liberales	5,68	6,60	0,92
Empleados	34,50	46,60	12,10
Artesanos	16,59	12,71	-3,88
Jornaleros	36,24	26,80	-9,44
Otras profesiones	6,99	7,29	0,30
% Estudiantes sobre el total	32,83	34,88	2,05

Figura 7.28. Movilidad social de las familias encabezadas por empleados de padres a hijos. Varones mayores de 14 años. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones de 1905 y 1930.

No obstante, aunque pareciera que su situación no fuera muy diferente de los trabajadores manuales (especialmente de los especializados en tareas específicas de reciente aparición, que ganaban jornales muy jugosos), ese factor de superioridad cultural representaba a sus ojos cierto motivo de orgullo y distinción respecto de la masa obrera. Elemento que se unió a otros factores como la mayor homogeneidad residencial de las capas populares, las diferencias existentes en el atuendo, los lugares de ocio y las formas de expresión inherentes a cada grupo social (en muchos casos forzados por el asfixiante control de la gran empresa sobre sus empleados), y la reducción de los enlaces matrimoniales entre cónyuges de uno y otro segmento laboral (Figura 7.29). Posiciones y hábitos socioculturales que generaban fuertes prejuicios y fricciones entre los trabajadores manuales y los empleados asalariados, minando sus opciones de presentar un frente sindical y político común hasta bien entrada la IIª República.

Profesión del cabeza	Profesión del padre de la esposa				
	Artesano	Jornalero	Prof. Liberal	Empleado	Otros
Empleado	13,43	28,36	8,96	41,79	7,46

Figura 7.29. Endogamia matrimonial y movilidad social registrada entre los hijos de las familias encabezadas por empleados residentes en el Ensanche Este de Madrid. Se ha procedido del mismo modo que en la realización de las Figura 6.14 y 7.19. Datos porcentuales. AVM, Estadística. Padrón de 1930 y Registro de Actas Matrimoniales del distrito de Congreso de 1930. Nº de casos: 483 matrimonios.

Y todo ello a pesar de ese estatus social alcanzado no estaba consolidado, sino que se asentaba sobre pies de barro, ya que en definitiva derivaba únicamente de un

¹⁴⁵ De los hijos varones mayores de edad de las familias encabezadas por jornaleros y artesanos, el 9,5% y el 14,1% respectivamente declararon seguir estudiando en 1930. AVM, Estadística, padrón de 1930.

puesto laboral del que un empleado podía ser fácilmente reemplazado y en el que, además, soportaba condiciones de trabajo similares a las de la mano de obra manual proletarizada. Sobre estos trabajadores de cuello blanco pendía sobre su cabeza la espada de Damocles en forma de despido, elemento que provocaba que hasta un 11% de éstos retrocedieran sobre sus pasos y cayeran en algún momento de su ciclo laboral en una jornalerización aún presente en Madrid (Figura 7.30).

Profesión inicial	Movilidad profesional de los empleados de cuello blanco (1905-1930)				
	No cualificados	Cualificados	Empleados	Prof. Liberales	Otros
Empleados	10,88	0,52	68,91	5,70	13,99

Figura 7.30. Se ha seguido el mismo procedimiento metodológico utilizado en la elaboración de las Figuras 3.16 y 6.12. AVM, Estadística, padrones de 1905 y 1930. Datos porcentuales. Nº de casos: 239.

Por todo lo anterior, estos empleados de cuello blanco se hallaban ubicados en un universo social difuso, en el que se afanaban por diferenciarse de la clase obrera por un lado, mientras que por otro albergaban sentimientos encontrados respecto a sus dirigentes, con los que tenían que cumplir laboralmente y emular socialmente por un lado, mientras que a su vez eran la cara visible de la abstracta cadena de mando burocrática a la que debían enfrentarse para mejorar su situación. Como resultado de esta encrucijada, sus miembros carecieron durante todo este período de una cohesión política, sindical y social sólida, lo que les hizo quedar al margen, protestar sin apoyos o dar bandazos en sus posiciones durante las duras pugnas de clase que se empezaron a dirimir desde 1919 en la capital española, eliminando cualquier síntoma de pertenencia sociológica que pudieran albergar respecto a las clases obreras o las profesionales más cualificadas¹⁴⁶.

“-... Yo sería socialista de buena gana, pero la cuestión es saber si soy un buen obrero o no. Esto parece muy sencillo, pero no lo es. Indudablemente, si cobro por trabajar, soy un obrero, pero no soy obrero más que en esto. Claro que tampoco podríamos nosotros ir por la calle con los obreros, ellos con su blusa y sus alpargatas y nosotros con nuestro traje a medida, las botas brillantes y el sombrero...”

BAREA, A.: *La forja de un rebelde*, 1941.

A lo largo del primer tercio del siglo XX el reloj de la Historia aceleró el ritmo, dando carpetazo definitivamente a la *larga* centuria anterior. En estas décadas, se expandieron con fuerza por el mundo urbano europeo y español los adelantos técnicos, las innovaciones tecnológicas y las transformaciones productivas, gerenciales y administrativas que derivaron de la eclosión del capitalismo avanzado, la segunda revolución industrial, el desarrollo de las telecomunicaciones y la expansión del comercio internacional. Entre las nuevas características que tan profundamente

¹⁴⁶ ALONSO, L.E. y CASTILLO, S.: *Proletarios de cuello blanco: la Federación Española de Trabajadores del Crédito y las Finanzas (1930-1936)*, Madrid, UGT, 1994, pp. 143-165; SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Op. Cit., pp. 356-363; REY REGUILLO, F.: *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Op. Cit., pp. 360-375; BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ MARTÍN, J.A. y DEL REY REGUILLO, F.: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid. 1887-1987...*, Op. Cit., pp. 183-214.

afectaron a los mercados laborales urbanos de las potencias industriales occidentales, como fue el caso de Madrid, además del aumento de escala de la producción, la creciente tendencia hacia la acumulación y concentración de capitales o la complejización y diversificación de las actividades económicas, destacaron las nuevas necesidades laborales derivadas de la producción industrial en cadena y de la implantación del modelo burocrático de gestión. En una metrópoli europea de nivel medio como Madrid, se dejó sentir con fuerza dicha demanda de capital humano, aunque más volcada hacia la administración y gestión que hacia los complejos industriales, tendencia especialmente visible en su Ensanche Este, espacio urbano elegido como residencia por buena parte de los exponentes de dicha evolución económica. Las actividades económicas radicadas en la capital al fin pudieron empezar a absorber con cierto ritmo el exceso de mano de obra que se había apiñado en sus aledaños desde mediados de la centuria anterior. Un fenómeno que facilitó el aumento del nivel de vida de aquellos miles de individuos que lograron integrarse en las modernas posibilidades laborales, remunerados generalmente de forma estable. Pero, ¿en qué medida este nuevo abanico de opciones laborales estuvo abierto para esa ingente mano de obra femenina hasta entonces silenciosa y oculta de Madrid?

7.3. La evolución del perfil laboral de las mujeres madrileñas durante el primer tercio del siglo XX.

7.3.1. El moderno sector servicios como nueva forma de acceso de las mujeres al mercado de trabajo remunerado.

“La mujer parece cada día más resuelta a librarse de la tiranía del hombre, y para ello, sabiamente, comienza por libertarse de la esclavitud económica, procurando ganarse la vida por todos los medios posibles. Son ya innumerables las profesiones que las mujeres han abordado con buen éxito y comienza a ser lógico que los hombres se preocupen de esa invasión, sobre todo en determinadas profesiones, de las que acabarán por ser totalmente eliminados...”

Hace veinte años sólo se las consideraba admisibles como empleadas de mostrador en ciertos ramos del comercio. Después vino la época que pudiéramos denominar burocrática, que va llevándonos rápidamente al predominio de las taquimecas en oficinas públicas y secretarías particulares, y casi al mismo tiempo invadieron, con excelente éxito muchas veces, las bellas artes que antes las estaban casi vedadas.”

“Las mujeres quieren ganarse la vida”, en *La Esfera*, 22 de marzo de 1930.

Los modernos bríos que envolvieron las actividades económicas de los países occidentales industrializados desde finales del siglo XIX transformaron sus mercados laborales urbanos. Un proceso que afectó en profundidad a los modos, escala, ritmos de trabajo y a quiénes lo realizaban. Una revolución laboral basada en la organización científica del trabajo y en la instauración de la administración burocrática, que también afectó a la división sexual del trabajo imperante, especialmente durante la Gran Guerra, cuando en los países combatientes la necesidad se hizo virtud, y se incorporó con gran

éxito productivo a las mujeres a la actividad económica industrial como sustitución de la mano de obra hasta entonces empleada, los hombres que entonces combatían en las trincheras europeas. Un fenómeno que, como pronto se comprobó, distó mucho de ser de ida y vuelta, sino que vino para quedarse, auspiciado tanto por la lucha feminista por poseer los mismos derechos laborales que los hombres (iniciada en Estados Unidos y Gran Bretaña), como por el ahorro en los costes salariales que las grandes empresas intuyeron al disponer unas retribuciones salariales a las mujeres muy por debajo de la de los hombres. Un proceso que no fue ajeno a la autopercepción social, y que se situó en primera línea de la opinión y el debate públicos, tal y como certifica el artículo firmado bajo el pseudónimo *Dorotea* con el que se inicia este apartado. En él, como en tantos otros, se incidía en cómo las mujeres habían logrado en los últimos años adentrarse en los mercados laborales urbanos de los países industrializados en actividades que hasta entonces les habían sido vedadas por la fuerza de la costumbre y el prejuicio. Se citaban diariamente ejemplos de mujeres que trabajaban en *garages* berlineses o pintoras de éxito francesas, así como el auge de las *business girls* británicas (en Londres copaban el 20% del empleo del sector servicios ya en 1911¹⁴⁷), las telefonistas y dependientas de comercio en las principales urbes japonesas, o las miles de mujeres que trabajaban como empleadas de oficina en Estados Unidos¹⁴⁸.

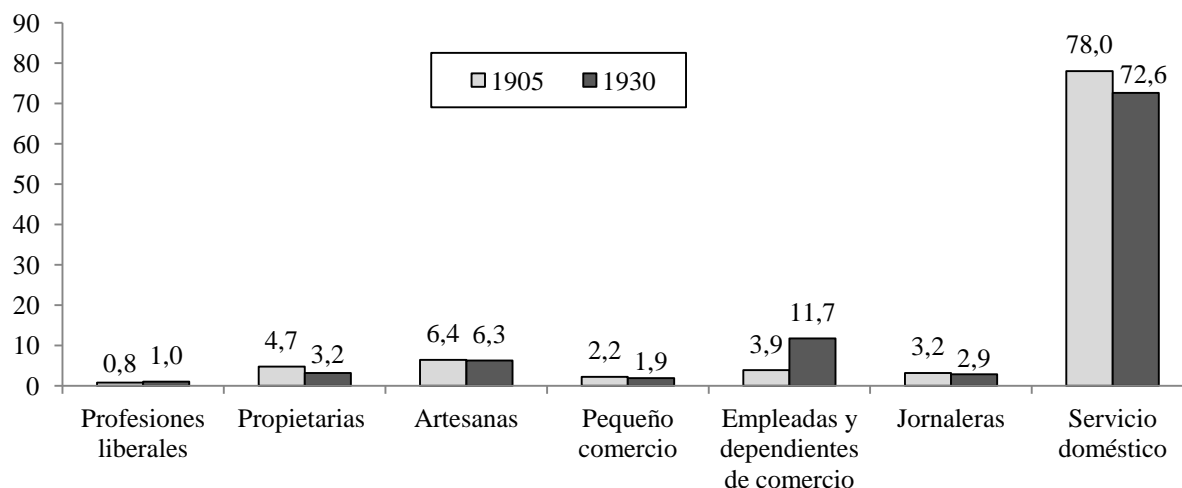


Figura 7.31. Estructura profesional femenina del Ensanche de Madrid (1905-1930). Mujeres mayores de 14 años. *Major groups* de HISCO. AVM, Estadística. Datos de Borja Carballo, Rubén Pallol y Fernando Vicente. Padrones de Madrid de 1905 y 1930. N° casos: 12.156 y 32.720 mujeres respectivamente.

Este proceso de visualización periodística de la creciente participación femenina en los nuevos y modernos segmentos laborales, fue la exteriorización pública de las transformaciones socioeconómicas que estaban afectando a los mercados de trabajo urbanos del país. Un fenómeno que se había iniciado con anterioridad en la maquinaria industrial y artesanal vinculada al textil, el hospedaje y el comercio de urbes como Barcelona o Bilbao, donde la integración laboral de las mujeres como mano de obra barata precedió a su inclusión tanto en la administración pública y privada burocrática como en la prestación de servicios ligados al ocio y el consumo de masas durante el primer tercio del siglo XX. En el caso de Madrid, urbe huérfana de grandes complejos

¹⁴⁷ BALL, M., y SUNDERLAND, D.: *An economic history of London, 1800-1914*, 2001, *Op. Cit.*

¹⁴⁸ Las referencias a las trabajadoras berlinesas y francesas en *La Esfera*, 22 de marzo de 1930; a las británicas en *La Voz*, 21 de diciembre de 1926; y a las japonesas en *El Imparcial*, 12 de febrero de 1928, respectivamente. Respecto a Estados Unidos en: ANDERSON, G. (ed.): *The white-blouse revolution. Female office workers since 1870*. Manchester University Press, Manchester and New York, 1988.

industriales hasta la adopción de la electricidad como fuente de energía primaria a comienzos del siglo XX, la integración de las mujeres en el mercado laboral pivotó durante la segunda mitad del siglo XIX en torno al trabajo realizado a domicilio como costureras, cuidadoras de niños o modistas, a un servicio doméstico claramente feminizado, a la Real Fábrica de Tabacos, que daba cobijo a centenares de cigarreras (verdadera aristocracia del trabajo femenino), a los múltiples lavaderos diseminados por la ribera del Manzanares, al adcentamiento de las casas de hospedaje y modestos hostales del casco antiguo y a la manutención de sus inquilinos, a los talleres y telares dedicados al cosido, corte y confección de todo tipo de prendas y complementos, y a la corregencia o ayuda como mano de obra auxiliar en los establecimientos comerciales y de abastecimiento familiares¹⁴⁹.



Ilustraciones 7.14 y 7.15. A la izquierda, empleadas del segundo turno del Metropolitano a su salida. En *Crónica*, 25 de enero de 1931. A la derecha, dactilógrafas trabajando en las oficinas de la Compañía Telefónica Nacional. En *Nuevo Mundo*, 5 de junio de 1931.

Sin embargo, esta realidad empezó a cambiar lentamente a finales de dicha centuria, acelerándose dichos cambios ya en el siglo XX. La época de entreguerras fue testigo de la ampliación cuantitativa y cualitativa de las posibilidades ocupacionales de las mujeres madrileñas¹⁵⁰. Un proceso del que también participaron las mujeres residentes en el Ensanche Este de la capital, que lograron incrementar su presencia como camareras y cocineras en establecimientos de ocio, restauración y alojamiento, como funcionarias públicas o como oficinistas privadas a nivel general (Figuras 6.4 y 6.7) y, dentro del pujante sector servicios, como vendedoras y empleadas de comercio, profesionales liberales y trabajadoras de cuello blanco (Figuras 7.2, 7.5 y 7.22). Un fenómeno paralelo al que, con mayor fuerza estaba afectando a la demanda profesional de mano de obra masculina (Figuras 6.1 a 6.3). Esta transformación laboral de gran calado, basada en la lenta pero estable incorporación de las mujeres a los mercados de trabajo urbanos asalariados, seguía la estela ya iniciada en décadas anteriores en los países más industrializados como Estados Unidos o Gran Bretaña¹⁵¹.

¹⁴⁹ CARBALLO, PALLOL y VICENTE: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit.; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Op. Cit.

¹⁵⁰ Los datos aportados por Santiago De Miguel y Luis Díaz relativos al casco antiguo de la ciudad confirman el incremento de la participación laboral femenina durante el primer tercio del siglo XX como empleadas de cuello blanco, de comercio y profesionales liberales.

¹⁵¹ MILLS, C.W.: *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, Op. Cit., pp. 226-234; ANDERSON, G. (Ed.): *The white-blouse revolution: female office workers since 1870*, Op. Cit.

“Antes, las mujeres sólo se empleaban en la costura, en el lavado y planchado de ropa blanca, en bordados y otros menesteres análogos, en su mayor parte mal remunerados. A consecuencia de la guerra se las ha visto trabajar como mozos de trenes, con pantalones como muchos obreros de fábrica, cargando y descargando bultos; como dependientes de almacén, con lindos uniformes; como conductoras ó cobradoras de tranvías; como receptoras y repartidoras de cartas y telegramas, y otros empleos más”.

Almanaque Bailly-Bailliere. Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica, 1921.

De este modo, las mujeres madrileñas se fueron adentrando en nuevos segmentos laborales con inusitado arrojo, rompiendo las invisibles aunque manifiestas cadenas socioculturales, económicas y jurídicas que las habían confinado a un conjunto específico de ocupaciones tradicionales, como maestras de niños, criadas, nodrizas, lavanderas, cocineras, camareras, comadronas, niñeras, modistas, cigarreras o dependientas en los establecimientos comerciales y talleres artesanales regentados por sus maridos, hijos u otros familiares. Al fin, las mujeres empezaron a obtener una presencia propia en el mercado laboral remunerado de la capital más allá de las ocupaciones tradicionales, accediendo a modernos empleos como los de secretaria, telefonista, telegrafista, empleada pública, taquimecanógrafa, oficinista, cajera de metro, taquillera de cine, guardabarrera o dependientas de grandes almacenes. Puestos en los que generalmente prestaban servicios integrados en el nuevo organigrama de administración y gestión burocrática, realizaban labores de cobro y venta al público detrás de los lujosos y espaciosos mostradores de los grandes almacenes, donde tecleaban a velocidad de vértigo las máquinas registradoras, o cubrían una serie de funciones para las que la sociedad creía que estaban más capacitadas que los hombres, como la enseñanza primaria, los cuidados sanitarios o la atención al público.



Ilustración 7.16. Cuadro interurbano de la Central de Hortaleza de Madrid. Archivo Fotográfico de Telefónica. H. 1924-1931.

Este fenómeno se inició con timidez en el ámbito de la administración pública a finales del siglo XIX, aunque acotado a sus rangos y escalafones más bajos, cuando en 1882 éstas fueron admitidas por primera vez en la plantilla de Correos y Telégrafos con un sueldo de 625 ptas. anuales, muy por debajo de las 1.000 ptas. que cobraban los hombres en el puesto de menor escalafón¹⁵². Posteriormente, en 1894 se creó la *Escala*

¹⁵² MARTÍNEZ, G. y SÁNCHEZ, E.: “Mujeres. En 1882 ingresaban en Telégrafos las primeras trabajadoras”, en *El Correo*, nº 49, 1993, pp. 32-33 y BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ

de *Auxiliares Temporeros*, en la que se aceptaba sólo la entrada de mujeres solteras y viudas (primando “a las huérfanas, viudas, hijas y hermanas de los funcionarios del Cuerpo de Correos”). Pero hubo que esperar hasta que la Ley de Bases del 14 de junio de 1909 instaurase un *Cuerpo de Auxiliares Femeninos* específico, al que las mujeres podían acceder aprobando un “concurso y examen”. La demanda de este tipo de empleos por parte de las mujeres españolas fue tal que las plazas ofertadas fueron rápidamente rebasadas por un aluvión de solicitantes, lo que generó graves problemas de integración en el escalafón a las más del millar de jóvenes que fueron consideradas aptas entre 1909 y 1914¹⁵³. Por su parte, 1907 fue el punto de partida del acceso de las mujeres, también previa superación de una prueba de acceso, a un puesto que rápidamente se convertiría en uno de los modernos *trabajos femeninos* atribuidos por excelencia, el de telefonista¹⁵⁴, aunque siempre bajo la tutela y la supervisión de cargos y sueldos dominados íntegramente por hombres. Posteriormente, el Estatuto de Funcionarios de 1918, ratificado en un duro contexto de confrontación social, allanó el camino para la inclusión de las mujeres en los servicios técnicos y en las escalas de Auxiliar de Tercera, especialmente en los órganos centrales de la creciente Administración Pública ubicados en gran medida en la capital¹⁵⁵. Así, en 1930 encontramos innumerables ejemplos de funcionarias y empleadas públicas insertas en las plantillas de ministerios, instituciones y demás dependencias públicas, como eran los casos de Mercedes Melero Burillo, funcionaria en la Dirección General del Timbre de Hacienda, por un sueldo de 8.000 ptas. anuales; Pilar Fernández Vega, archivera de 32 años del Museo Arqueológico y unos emolumentos anuales de 6.000 ptas.; Mercedes Altas Pascual, que ejercía de taquígrafa para la Presidencia del Consejo de Ministros por 5.000 ptas. anuales; Vicenta Santos Alcalá, telegrafista de 37 años, o Felisa Montón Palacios, telefonista de 40, trabajadoras en el Palacio de Comunicaciones por 4.000 y 1.800 ptas. anuales respectivamente¹⁵⁶.



Ilustraciones 7.17 y 7.18. A la izquierda, taller de fabricación de estuches finos de Perfumerías Gal. *Nuevo Mundo*, 21 de Octubre de 1909. A la derecha, departamento Comercial de la Standard Eléctrica de Madrid, Archivo Fotográfico de Telefónica, H. 1924-1931.

LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, E.: *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España: 1700-1936*. *El Correo, el Telégrafo y el Teléfono*, Op. Cit.

¹⁵³ DEL MORAL VARGAS, M.: “La reivindicación sigilosa: las telegrafistas sin plaza (1909-1914)”, en HEREDIA, I. y ALDUNATE, O. (coord.): *I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la Asociación de Historia Contemporánea*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2008 (Edición en CD).

¹⁵⁴ Una visión detallada de las telefonistas en: BORDERÍAS, C.: *Entre líneas. Trabajo e identidad femenina en la España contemporánea. La Compañía Telefónica. 1924-1980*, Icaria, Barcelona, 1993.

¹⁵⁵ FRANCO RUBIO, G.: *La incorporación de la mujer a la administración del estado, municipios y diputaciones. 1916-1936*. Mº de Cultura, Madrid, 1981.

¹⁵⁶ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

En el ámbito del negocio privado, el cambio de escala del capitalismo avanzado, la diversificación de la actividad industrial y la dilatación de su escala, fueron elementos que provocaron el requerimiento de una ingente mano de obra que nutriera los modernos y complejos aparatos administrativos y de gestión necesarios para dirigir las complejas actividades rutinarias de las grandes y medianas empresas creadas. Y qué mejor elección por parte de los empresarios capitalistas y directores de personal de estas corporaciones que contratar para ocupar la base de esa pirámide burocrática a una extensa mano de obra femenina. De ésta se tenía la percepción de que era más dócil que la masculina por hallarse generalmente menos sindicalizada, y que se hallaba muy motivada por suplir esta demanda de trabajo a tiempo completo en empleos más cualificados que el servicio doméstico, teniendo la posibilidad de recibir un sueldo estable por un trabajo digno a los ojos de la sociedad aunque fuese realizado fuera del hogar, lo que les proporcionaba un porvenir más halagüeño y les otorgaba una cierta independencia socioeconómica¹⁵⁷. De este modo, las mujeres empezaron a trabajar en ocupaciones como las de secretaria, recepcionista, tenedora de libros, archivera, encargada de reparto y correspondencia, dactilógrafa, mecanógrafa o empleada de banca, convirtiendo poco a poco en un fenómeno común encontrarse a mujeres trabajando en las oficinas modernas de las vastas corporaciones nacionales, las grandes empresas y los negocios más modestos. Sus empleadores y jefes de sección valoraban en gran medida la eficacia de su desempeño en cualquier puesto burocrático que se les encomendara, su elevado sentido de cumplimiento del deber profesional, su constancia y habilidad y su apego al puesto de trabajo, entre otras cualidades.

“Mire usted—nos afirma—, es tal mi fe en la mujer oficinista, que toda la marcha de mi negocio, el más importante en España dentro de su género, la tengo confiada en las manos y el cerebro de mis cincuenta empleadas...”

Para mí, [desempeñan cualquier función burocrática] mejor que el hombre. Yo tengo cajeras, mecanógrafas, encargadas de despachar la correspondencia, archiveras, tenedores de libros y, en fin, cuanto se precisa en cualquier negocio...

La mujer tiene un más acabado y exacto concepto del cumplimiento de sus deberes que el hombre, y, además, es de una cortesía y docilidad encantadora. Jamás tiene ideas propias cuando se le encomienda un trabajo, y se limita a ejecutar la orden que se le da sin discutirla ni querer mejorarla.

Además, tienen otra condición principal: el aprecio que hace de lo que tiene. La mujer, bien por las dificultades que suele encontrar para el normal desenvolvimiento de vida, o bien por instinto natural, se encariña de tal manera con su cargo o empleo, que por nada lo abandonaría... A la mujer le falta valor para andar de aquí para allá en busca de un mejoramiento, la mayoría de las veces hipotético. Con ganar lo suficiente para vivir le basta, y por conservar el puesto que tiene en un sitio que ella considera seguro desdeñaría las mejores proposiciones que se le hicieran.”

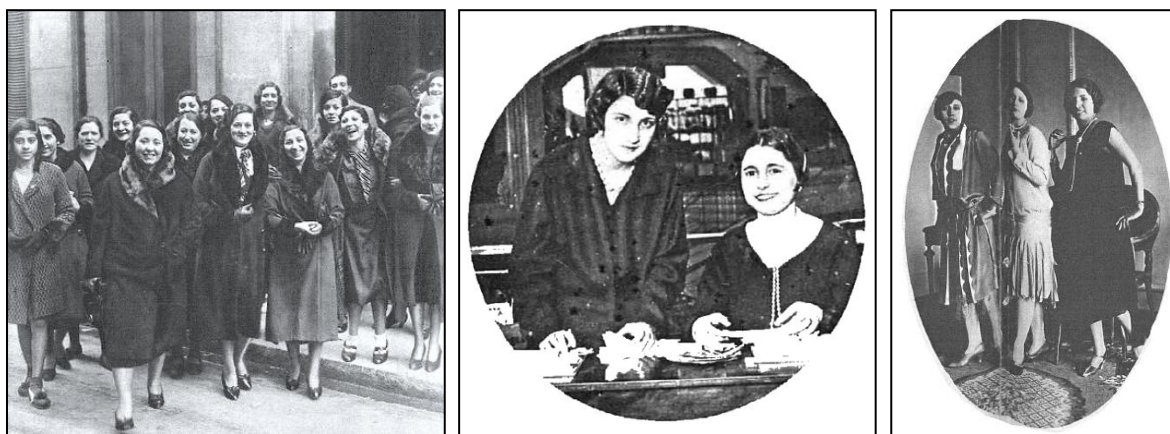
DE LA PASCUA, V.: “Del Trabajo en Madrid”, en *La Voz*, 14 de abril de 1930.

Eran casos como los de María Gahiguer Heras, gerundense de 31 años, que estaba contratada como empleada por la General Motors en su concesionario de la calle

¹⁵⁷ En el Ensanche Este de Madrid, la proporción de hogares encabezados por mujeres, prueba indirecta de su autonomía económica, se incrementó del 18 al 22% entre 1905 y 1930. AVM, Estadística.

Granada nº 33 con un sueldo de 10.967 ptas. anuales; Mercedes Menéndez Fernández, empleada de banca de 30 años contratada por el Banco Popular con un sueldo de 10.832 ptas. al año; Eugenia Florit Arizcun, de 52 años, que trabajaba como empleada en la Unión Española de Explosivos por 4.320 ptas. anuales; Julia Lorenzo Sánchez, soltera de 38 años y empleada en AEG Ibérica de Electricidad por 3.416 ptas. anuales; o María Lecanda Ulloa, mujer casada de 39 años contratada como empleada en la librería especializada en ingeniería del editor francés Esteban Dossat por 3.600 ptas. anuales¹⁵⁸.

A todo lo anterior habría que añadir que el florecimiento del consumo de masas y la modernización de la actividad mercantil gracias a los incrementos salariales obtenidos tras duras luchas sindicales por parte de obreros, artesanos y jornaleros, a la expansión de una clase media urbana formada por los empleados, que disfrutaban de un trabajo estable y remunerado de forma anual, a la reducción de los precios fruto de la producción en cadena, y a la expansión de nuevas técnicas publicitarias y del pago a crédito. Todo ello contribuyó a la expansión del volumen de negocio y consumo adherido al ocio, con la proliferación de cines, teatros, pubs, salones de belleza, *boutiques* de moda, grandes almacenes, adornados con luces de neón, restaurantes, hoteles, tiendas de ropa etc., lo cual generó una creciente demanda de dependientas, costureras, modistas y cajeras de comercio, camareras, cocineras, modelos, actrices, cantantes, bailarinas, limpiadoras y planchadoras¹⁵⁹. Entre otros ejemplos, se podría mencionar a Victoria Mazo Sautza, que era empleada de comercio en una de las modernas tiendas de la Gran Vía a cambio de 2.000 ptas. de sueldo anual; Aurora Quijano Sanz, de 45 años, que trabajaba como asistente limpiadora en el hotel Savoy; la actriz de teatro Aldajar Hortensia Rodríguez Muñiz; la empleada de comercio Asunción Gil Fernández, contratada en los Almacenes Simeón por 1.500 ptas.; Metodia Serrano Cabezón, retocadora de cine; Josefa Barrera Jiménez, camarera del bar Royal, situado en el nº 33 de la calle Jardines; o la joven hija de 20 años del matrimonio formado por José López, electricista, y Emilia Gómez Rodao, quien declaró trabajar como modelo de ropa en un taller de costura por 4 ptas. diarias¹⁶⁰.



Ilustraciones 7.19, 7.20 y 7.21. De izquierda a derecha: dependientas del Madrid-París al cierre de la Sociedad, *La Estampa*, 3 de febrero de 1934; empleadas de Floralia dedicadas a la venta de pastillas de jabón, en *La Estampa*, 8 de mayo de 1928; modelos contratadas por los Almacenes Simeón para promocionar en sus escaparates su género de ropa, *La Estampa*, 3 de abril de 1928.

¹⁵⁸ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

¹⁵⁹ Sólo en los *Almacenes Madrid-París* se estimaba que había contratadas más de un centenar de muchachas, las cuales perdieron su empleo ante el cierre de la Sociedad a principios de 1934. En *La Estampa*, el 3 de febrero de 1934.

¹⁶⁰ AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1930.

En todos estos empleos, las mujeres que los desempeñaban poseían, por norma general, conocimientos básicos de contabilidad y comercio, manejaban la ortografía y la alfabetización avanzada, sabían realizar complejos cálculos matemáticos o habían aprendido las reglas de conducta y trato al público. Todas ellas, habilidades que empezaban a ser ostentadas por una capa demográfica cada vez más amplia gracias a los avances educativos logrados en las últimas décadas, especialmente entre las mujeres, que empezaban a mostrar con mayor vigor sus credenciales en la educación secundaria y universitaria, tras romper tabúes, tradiciones y normas legislativas¹⁶¹.

Sin embargo, no fue sólo la necesidad de mano de obra generada por la transformación de la actividad económica madrileña la que propició dicha evolución. Esta lucha de David contra Goliath, del anhelo (y la necesidad) de centenares de mujeres de poder competir en el mercado de trabajo madrileño por cualquier tipo de empleo, de disfrutar de las mismas oportunidades educativas y laborales que los hombres, en suma, de liberarse de las injustas ataduras que el propio sistema socioeconómico liberal les imponía, se vio profundamente marcada por el denodado esfuerzo, tesón, lucha, movilización y valía profesional mostrada por un grupo heterogéneo de mujeres tanto a nivel nacional como madrileño que, desde finales del siglo XIX y durante el primer tercio de la centuria siguiente, lideraron el reconocimiento de dichos derechos e hicieron pública tal discriminación desde su individualidad o a través de la asociación, como por ejemplo la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME), fundada en 1918 en Madrid. Entre otras, destacaron figuras como Emilia Pardo Bazán, Margarita Nelken, Clara Campoamor, Victoria Kent, María Goyri, Matilde Huici, Teresa Claramunt, María de Echarri, Benita Asas Manterola, Carmen de Burgos, María de Maeztu, María Espinosa, Concha Espina o Concepción Gimeno de Flaquer, quienes, independientemente de que sus ideas fuesen socialistas, sufragistas, católicas, republicanas, librepensadoras, laicistas, o burguesas, coincidieron en la necesidad de paliar el yugo socioeconómico que las oprimía¹⁶².

“A pesar de algún precedente, la incorporación de la mujer a las profesiones liberales es hecho nuevo, y no de los que menos realce dan a la sociedad contemporánea. Es pueril y absurda la repulsa con que muchos presencian la entrada de Eva en tribunales, clínicas y oficinas. [...] Ni la Biología, ni la Moral, ni la Estética pueden deponer en contra del feminismo, según lo entienden las personas sensatas. A saber: sólo la vocación y la aptitud pueden determinar el ejercicio de esta o aquella actividad profesional”

FERNÁNDEZ, M.: “Información teatral”, *La Voz*, 19 de septiembre de 1927.

¹⁶¹ CAPEL MARTÍNEZ, R. M^a: *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, M^o de Cultura, Madrid, 1986; VÁZQUEZ RAMIL, R.: *Mujeres y educación en la España contemporánea. La Institución Libre de Enseñanza y la Residencia de Señoritas de Madrid*, Akal, Madrid, 2012; MAGALLÓN PÓRTOLES, C.: *Pioneras españolas en las Ciencias. Las mujeres del Instituto Nacional de Física y Química*, CSIC, Madrid, 1998; FLECHA, C.: *Las primeras universitarias en España (1872-1912)*, Narcea, Madrid, 1996; BORDERÍAS MONDEJAR, C. (ed. lit.): *Género y políticas del trabajo en la España contemporánea (1836-1936)*, Icaria, Barcelona, 2007; NUÑO GÓMEZ, L.: *La incorporación de las mujeres al espacio público y la ruptura parcial de la división sexual del trabajo: el tratamiento de la conciliación de la vida familiar y laboral y sus consecuencias en la igualdad de género*. Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2008, pp. 51-100.

¹⁶² DEL MORAL VARGAS, M.: *Acción Colectiva Femenina en Madrid, 1909-1931*, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 2012.

Un mérito que fue compartido por mujeres anónimas (o menos conocidas que las anteriores) que lograron adentrarse y ascender laboralmente dentro de unas profesiones liberales o un aparato administrativo burocratizado donde su presencia era extraña, pero que con dedicación y tenacidad fueron abriendo camino al resto, sirviendo de ejemplo de superación y reconocimiento. Personas como María Quintana Ferragut, natural de Mequinenza, provincia de Zaragoza, que ostentaba el cargo de inspectora de primera enseñanza del ministerio de Instrucción Pública, puesto por el que cobraba 9.000 ptas. anuales; Carolina Marcial Dorado, que recibió una excelente educación en el Instituto Internacional y que, como Doctora de Filosofía y Letras se convirtió en una de las principales referentes de la educación de las mujeres españolas y defensora de dicha cultura en Estados Unidos, donde ejercía como profesora de Literatura Española en el prestigioso Barnard College de la Universidad de Columbia en Nueva York, puesto por el que cobraba 15.000 ptas. anuales en 1930, año en el que residía en Madrid, y labores por las que recibió la Gran Cruz de Alfonso XII y la Cruz de Plata del Mérito Civil; Isabel Norton, británica nacida en Manchester, que trabajaba como secretaria traductora en la Compañía de Río Tinto a cambio de un sustancioso sueldo anual de 12.000 ptas.; Dolores García Tapia, viuda de 60 años de edad, que ejercía como maestra nacional en la escuela Reina Victoria por 8.000 ptas. anuales; o Antonia Martínez Casado, médica de 31 años que ejercía además como profesora en la Facultad de Medicina de la Universidad Central¹⁶³.



Ilustración 7.22. Mecnógrafas empleadas en una *oficina moderna* a la hora de redactar el correo diario. En *Nuevo Mundo*, 22 de diciembre de 1933.

En definitiva, la creciente incorporación de las mujeres al mercado laboral madrileño remunerado era un proceso cada vez más visible en la capital, que estaba en boca de todos los miembros de la sociedad madrileña, y que era recogido día sí día también por los distintos periódicos, publicaciones y revistas de los años veinte y treinta. Eran comunes los artículos y noticias de más de una columna que hacían referencia a esta cuestión, así como los editoriales, reportajes de varias páginas, viñetas, chascarrillos e ilustraciones que tenían como objeto de referencia esta incorporación de las mujeres al mercado de trabajo formalizado de la ciudad, ya fueran sólo para describirlo y constatar una realidad creciente, para elogiarlo y defender dicho proceso, destacar las principales consecuencias sociales derivadas de ésta, o para mostrar su frontal rechazo ante un fenómeno, el trabajo femenino fuera del hogar, que fue visto por una parte como “*un mal crónico que trae a la sociedad enorme perjuicio*”¹⁶⁴.

¹⁶³ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

¹⁶⁴ Fragmento de la conferencia dada por Froilán León, director de *La Lectura Dominical*, el 9 de abril de 1926 en la Semana Social de Oviedo, sobre el tema «Influencia de la legislación social en la familia», publicada al día siguiente en dicho periódico.

No obstante, además de que cada vez más mujeres pudiesen cumplir con los requisitos solicitados y poseer la cualificación necesaria, parte de la creciente inclusión de mano de obra femenina en determinados ámbitos laborales obedeció a criterios no asentados en la valía y cualificación personal, sino en factores que reproducían el modelo vigente del patriarcado, desnaturalizando en gran medida las opciones reales de autonomía e independencia que la transformación socioeconómica de los grandes núcleos urbanos como Madrid podían generar. Además, las características socioeconómicas y laborales en las que las mujeres desempeñaban sus ocupaciones revelan las evidentes limitaciones que todavía permanecían vigentes.



Ilustración 7.23. “Los nuevos oficios femeninos”, en *Almanaque Bailly-Bailliere. Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica*, pág. 279, 1921.

En primer lugar, la pervivencia sociocultural de la división sexual del trabajo vigente aún era un factor dominante, adecuándose a los tiempos modernos y expandiendo esa pátina de feminidad que ya envolvía segmentos laborales como el servicio doméstico o la enseñanza primaria a los nuevos empleos que la modernización económica trajo consigo. De este modo, los puestos de secretarías, mecanógrafas, telefonistas, telegrafistas, cajeras y dependientes de tejidos y moda entre otros empleos, empezaron a ser identificados por la opinión pública madrileña como *los nuevos femeninos* (Ilustración 7.23), siendo la razón de la creciente concentración laboral femenina en ellos (ejemplos gráficos de este fenómeno en las Ilustraciones 7.16, 7.18 y 7.22), en detrimento de su descarte de muchos otros que la tradición imperante y la división sexual del trabajo consolidaron como ocupaciones plenamente masculinas. Un fenómeno que venía acompañado de la suspicacia, el prejuicio y el miedo ante la mezcolanza de hombres y mujeres en el mismo ámbito laboral, lo que impulsó que la implantación femenina en las plantillas de las grandes empresas y sociedades fuera acotada a puestos específicos de bajo rango, ubicados en la mayoría de las ocasiones en departamentos y negociados segregados físicamente de los hombres, como en el caso de compañías como Telefónica, Standard Eléctrica o Perfumerías Gal¹⁶⁵, una estrategia de organización empresarial que había sido imitada de la propia Administración Pública, que la puso en práctica en plantillas como las de Correos, Telégrafos y Teléfonos¹⁶⁶. Esta especialización laboral que la sociedad reservó a las mujeres, sirvió de coartada para impedir o dificultar, bajo los mismos argumentos, su plena integración laboral en igualdad de condiciones que los hombres en multitud de ámbitos ocupacionales e instituciones como el Ejército, la Judicatura, la Notaría, la docencia universitaria o las profesiones más científico-técnicas¹⁶⁷.

“La necesidad de abastecer las oficinas ha dado lugar a una especie de reparto de funciones en ellas. Las mujeres han acaparado una gran parte de los trabajos y los han hecho su propiedad. El cargo de mecanógrafo ya no se le ocurre solicitarlo a ningún hombre, ni a ningún director concedérselo a un solicitante masculino, sobre todo porque le sale mucho más económico emplear [en él] a una mujer”.

La Voz, 21 de diciembre de 1926.

De este modo, en vísperas de finalizar el primer tercio del siglo XX y a las puertas de la segunda experiencia republicana de la historia española, las mujeres seguían recibiendo un rol laboral distintivo y en muchas ocasiones excluyente al de los hombres, independientemente de que el capitalismo avanzado se hubiera extendido como una balsa de aceite por las economías urbanas del país, haciendo gala de una retórica basada en que la valía y la meritocracia eran los valores sobre los que se asentaba la contratación laboral. Pero ésta no fue la única cortapisa que profanó las posibilidades socioeconómicas de las trabajadoras madrileñas, desde las menos cualificadas hasta las más especializadas. Hubo otras que influyeron tanto o más, y derivaron de la necesidad empresarial de cubrir la demanda de trabajo entrante. Para

¹⁶⁵ PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit., pp. 645-; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit., pp. 483-495.

¹⁶⁶ BAHAMONDE MAGRO, Ángel, MARTÍNEZ LORENTE, Gaspar y OTERO CARVAJAL, Luis Enrique: *Atlas histórico de las comunicaciones en España: 1700-1998*, Op. Cit.

¹⁶⁷ CAPEL, R. M^a: “Del taller a la fábrica. La mujer obrera en España (1876-1936)”, en AA. VV.: *El Trabajo y la Memoria Obrera*, IX Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos, Guadalajara, 2009, pp. 169-189.

lograrlo sin disparar los costes salariales adheridos, los empresarios y grandes capitalistas madrileños adoptaron la solución ya acuñada en otros países industrializados: la mencionada integración laboral femenina. Una mano de obra abundante a la que podrían pagar unos sueldos claramente inferiores a los de los hombres por efectuar la misma labor, escudándose en la pervivencia del discurso sociocultural que defendía la idoneidad de establecer un *salario familiar* al cabeza del hogar por su trabajo, sueldo con el que teóricamente podría vivir el conjunto de la unidad familiar, convirtiendo a los ojos de la sociedad patriarcal dominante en frívolo y prescindible el derecho de las mujeres a trabajar de forma remunerada y estable fuera del hogar.

“En casi todos los oficios ocurre lo mismo. El trabajo de la mujer se considera trabajo barato y trabajo sin pretensiones. Se explota la leyenda de que la mujer sólo trabaja para permitirse pequeños lujos, y con este motivo los propietarios pagan a las mujeres la mitad de lo que su trabajo vale.

En el caso de las obreras, esta leyenda es todavía más injusta. La mujer obrera, la mujer pobre, nunca ha trabajado para lujos. La mujer obrera de ahora y de siempre trabaja desde su tierna infancia hasta que se muere. Antes la obrera no trabajaba en fábricas porque no había fábricas. Pero trabajaba en las minas, trabajaba en los talleres, trabajaba en el campo, en servicios domésticos, en las cuadras y en todas partes. El trabajo más sucio y más constante siempre lo ha desempeñado la mujer. Se llama despectivamente trabajo propio de mujeres.

Ahora, cuando las obreras trabajan hombro a hombro con los hombres, los capitalistas han inventado un nuevo cuento para pagarles menos que a los obreros. Dicen que el hombre siempre tiene que mantener a una familia, mientras que la mujer siempre cuenta en la familia con un hombre que la mantenga, y no necesita por esto ganar tanto. Este cuento es tan falso como la otra leyenda.”

DE FALCÓN, I.: “Salarios y Trabajo”, en *La Voz*, 1 de septiembre de 1930.

Como resultado del contexto socioeconómico mencionado, las mujeres que se integraron en las nuevas vetas laborales surgidas durante el primer tercio del siglo XX en la capital, siguieron sufriendo la misma discriminación salarial respecto a los hombres que ya evidenciaron durante la segunda mitad del siglo anterior en ámbitos como el artesanado o el trabajo manual no cualificado (Figura 6.21). Así, si dentro del mercado de trabajo manual sus jornales medios solían ser entre un 40 y 60% más bajos que el de los hombres tanto entre los artesanos como entre los jornaleros (el sueldo diario de los hombres cualificados era de 7,88 ptas. frente a las 3,62 de las mujeres, mientras que el de los jornaleros alcanzaban las 5,97 frente a las 3,19 ptas. de ellas¹⁶⁸). De este modo, las mujeres que ejercían como maestras y profesoras de enseñanza media ganaban 2.972 ptas. al año de media, muy por debajo de las 6.211 ptas. calculadas para los hombres. De igual modo, las muchachas telefonistas y telegrafistas eran conscientes de que su remuneración sólo alcanzaba las dos terceras partes del sueldo medio obtenido por sus compañeros de profesión masculinos. Esta situación de segregación generalizada era más reducida en los trabajos vinculados al sector servicios menos cualificados, como los del servicio doméstico, el cuidado y atención de las porterías de los inmuebles, o la dependencia comercial interna (Figura 7.32). Unas áreas laborales

¹⁶⁸ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

que requerían poca especialización y donde el exceso de mano de obra poco cualificada existente en la ciudad hundía los sueldos de uno y otro sexo, dando como resultado la huida de la mano de obra masculina hacia otros ámbitos ocupacionales mejor pagados y su creciente feminización.

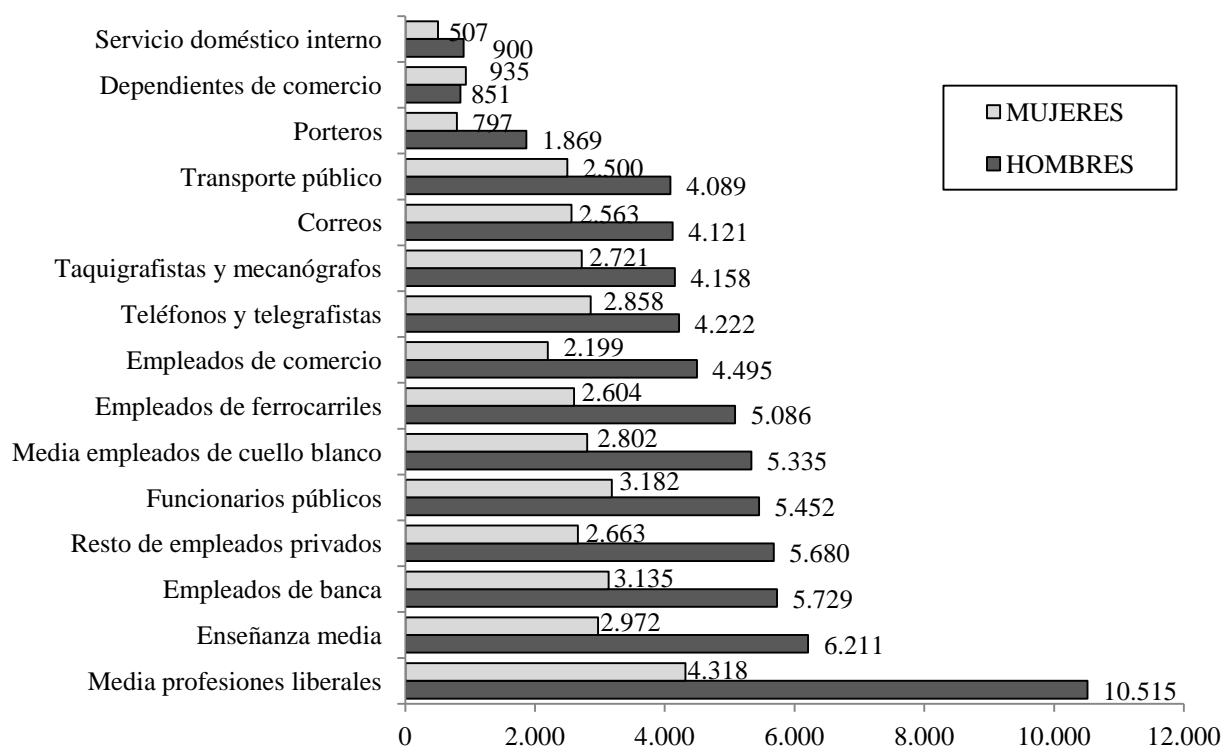


Figura 7.32. Comparación salarial de los sueldos obtenidos por los hombres y mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid en distintos segmentos laborales del sector servicios madrileño. Hombres y mujeres de entre 15 y 65 años. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

En parte, este contraste salarial venía motivado por la histórica discriminación educativa, social y legislativa que las mujeres arrastraban desde décadas atrás, y que lastraba sus posibilidades de acceso al conocimiento y la instrucción técnica, factores estructurales que sólo entonces empezaban a modificar. Pero también debía colocarse en este lado de la balanza la pervivencia del rechazo social preexistente al trabajo remunerado realizado fuera del hogar por parte de las mujeres casadas o que fueran madres, lo que impedía (o al menos tornaba en invisible) su relevante participación laboral en el mercado laboral madrileño, tergiversando así hasta el extremo la tasa de actividad femenina (Figuras 7.34 a 7.37). Este contexto hizo que las opciones de ascenso socioprofesional de estas mujeres a lo largo de su ciclo vital, siguieran siendo remotas en la mayoría de los casos a causa de la solidificación de una doble barrera tan intangible como infranqueable. Ésta se hallaba formada por la edad y la sesgada distribución de la responsabilidad y gestión laboral, elementos que las mujeres se veían impotentes a cruzar aunque sus situaciones personales y familiares se lo permitieran, y su cualificación profesional las hiciera competentes para merecerlo. Es decir, como norma general cuando las mujeres madrileñas rebasaban la edad media de acceso al matrimonio (que en Madrid rondaba los 27 años en el caso de las mujeres¹⁶⁹), empezaban a reducir su presencia en el mercado de trabajo madrileño, conformando aquéllas que declaraban tener un trabajo remunerado la quinta parte del total que

¹⁶⁹ AVM, Registro de Actas Matrimoniales del distrito de Congreso de 1930. Nº casos: 468 matrimonios.

superaban dicha edad (Figura 7.38). Un fenómeno que tenía su correlación en la nimia presencia de mujeres en los niveles medio y alto del reparto de responsabilidad, competencias y capacidad de gestión en todos los segmentos laborales vinculados al sector servicios de la ciudad, ya fuera entre los funcionarios, los empleados de banca, los trabajadores de telecomunicaciones o entre el personal contratado por el conjunto de las grandes empresas privadas (comparar Figuras 7.25 y 7.33). Una incapacidad manifiesta de ascender profesionalmente que quedaba reflejada de modo indirecto en la desigual distribución salarial que presentaban hombres y mujeres en las plantillas de las grandes y medianas empresas privadas así como en las instituciones públicas.

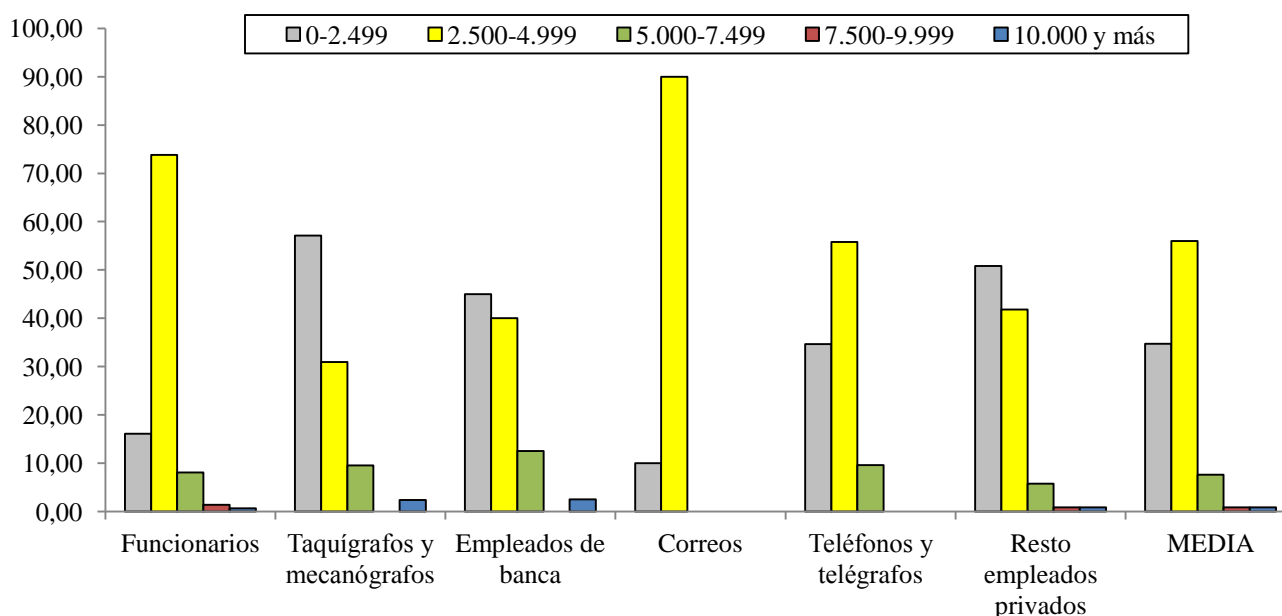


Figura 7.33. Distribución salarial de las empleadas de cuello blanco residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 en función de su lugar de trabajo. Mujeres de entre 15 y 65 años. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

Por todo lo anterior, el eco obtenido por el avance de los *nuevos oficios femeninos* en la prensa de la época no nos debe llevar a formar una visión equívoca de la realidad que afectaba al mercado laboral madrileño, especialmente en el caso de las mujeres. Los destellos de la moderna integración laboral femenina mencionados hasta aquí, si bien supusieron avances cualitativos extraordinarios en poco tiempo en comparación al punto del que se partía, no lograron ser todavía una práctica generalizada ni asumida por el conjunto del país en general, ni por la sociedad madrileña en particular. De hecho, más allá de estas puntas de lanza modernizadoras que empezaban a descollar, los parámetros que seguían definiendo el mercado laboral remunerado madrileño en el que participaban las mujeres de la capital durante los años que precedieron a la IIª República, aún se hallaban sólidamente asentados sobre las prácticas socioeconómicas y culturales heredadas del siglo XIX, incapaces de superar cuestiones como la división sexual del trabajo, el discurso de la domesticidad, la teoría de las dos esferas o la diferencial jerarquía política, social, jurídica, educativa y de derechos y obligaciones entre hombres y mujeres. Parámetros que definían las principales características que todavía vertebraban la inclusión laboral femenina en Madrid en los años veinte, visible de forma palmaria en su Ensanche Este: el subregistro estadístico y su todavía mayoritaria concentración en segmentos laborales como el servicio doméstico o la manufactura textil.

7.3.2. La pervivencia del subregistro documental del trabajo femenino en el Madrid de los años veinte.

En 1930, el conjunto de actitudes, discursos y comportamientos socioculturales que habían conformado el triunfo del discurso de la domesticidad y la teoría de las dos esferas, la división sexual del trabajo productivo y reproductivo, y la discriminatoria jerarquización salarial de hombres y mujeres durante la centuria decimonónica, todavía impregnaban con fuerza gran parte del utillaje ideológico, social, cultural, político, jurídico, educativo y científico español y madrileño, lo que confluía en una profunda incidencia en sus respectivas posibilidades económicas. Tanta, que el subregistro no intencionado, la invisibilidad sistemática y la ocultación deliberada de la participación laboral remunerada de las mujeres, siguieron campando a sus anchas durante el primer tercio del siglo XX, fraguando una tendencia descendente en la tasa de actividad femenina registrada en el conjunto del país, hasta situarse en poco más del 9% en 1930 (Figura 3.51). Una evolución negativa de la tasa de actividad laboral femenina que también se produjo en los principales núcleos urbanos españoles durante el primer tercio del siglo XX¹⁷⁰, a pesar de que en ellos fue donde se concentraron esas modernas vetas de trabajo de las que tanto eco se hacía la prensa, las cuales estaban vinculadas a la modernización económica derivada de la expansión de la segunda revolución industrial, del auge de la escala de las grandes empresas y de la complejización y diversificación de los nuevos sistemas burocráticos de administración y gestión.

El registro de la actividad laboral de las mujeres residentes en Madrid tampoco fue una excepción, situándose en el 22,8% en 1930 según los padrones municipales de la capital, dos puntos y medio por debajo de la señalada a principios de siglo (el 25,2%). Es decir, sólo declaró poseer una ocupación asalariada menos de la cuarta parte de las mujeres mayores de edad afincadas en Madrid, una proporción aquejada por la flagrante ocultación general que el trabajo femenino sufría en las estadísticas municipales y estatales de la época, tanto en las comarcas rurales, donde generalmente era más elevada, como en los núcleos urbanos¹⁷¹. El caso madrileño mostraba en 1930 una cifra idéntica a la obtenida a través de la misma fuente documental en Bilbao en 1935 (un 22,8%), superior a las de Segovia (18,5%), Granada (15,2%) o Cádiz (13,6%) en 1930, ligeramente inferior a las de Vitoria y San Sebastián en 1935 (24,9% y 26,7% respectivamente), y sensiblemente por debajo de las tasas de actividad emanadas de los

¹⁷⁰ NASH, M.: *Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936)*, Anthropos, Madrid, 1984; BORDERÍAS MONDÉJAR, C.: “La reconstrucción de la actividad femenina en Cataluña circa 1920”, en *Historia Contemporánea*, nº 44, UPV, 2012, pp. 17-47; ARBAIZA VILALLONGA, M.: “La transición de la actividad femenina en el País Vasco (1825-1935)”, en *Actas del VII Congreso de la Asociación de Historia Económica*, Sesión “Mujeres y hombres en los mercados de trabajo”, Zaragoza, 2001; PÉREZ FUENTES, P.: “El género, variable clave para la historia económica y social: balance de las investigaciones y retos para el futuro”, *Vasconia*, Vol. 35, 2006, pp. 527-538; PÉREZ FUENTES, P. y PAREJA, A.: “La evolución de las tasas de actividad femenina en Vizcaya (1825-1935) a través de los padrones de población”, comunicación presentada en la sesión “Reconstrucción de la tasa de actividad femenina española, siglos XVIII al XX”, del *X Congreso Internacional de la AEHE*, Sevilla, 2011; CAPEL, R. Mª: *Mujer y trabajo en el siglo XX*, *Op. Cit.*

¹⁷¹ SARASÚA, C.: “El análisis histórico del trabajo agrario: cuestiones recientes”, *Historia Agraria*, 22, pp. 79-96.; “Trabajo y trabajadores en la España del siglo XIX”, en MATÉS BARCO, J. M. y GONZÁLEZ ENCISO, A. (coord.): *Historia Económica de España*, *Op. Cit.*, pp. 413-434. En clave internacional: Anderson, M.: “Mis-specification of servant occupation in the 1851 census: a problem revisited”, *Local Population Studies*, 60, 1998, pp. 182-208; “What can the mid-Victorian Censuses tell us about variations in married women’s employment?” *Local Population Studies*, 62, 1999, pp. 9-31.

padrones municipales de núcleos industriales textiles catalanes como Manresa o Sabadell en 1920 (en torno al 30%)¹⁷².

TASA DE ACTIVIDAD LABORAL FEMENINA DE MADRID (1905-1930)			
Espacio urbano	1905	1930	Evolución
Madrid	25,22	22,88	-2,34

Figura 7.34. Evolución de la tasa de actividad laboral femenina de Madrid. Los datos proceden de las investigaciones de Rubén Pallol, Fernando Vicente, Borja Carballo, Santiago De Miguel y Luis Díaz. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1905 y 1930. Mujeres mayores de 14 años. Datos porcentuales. Nº de casos: 101.330 mujeres en 1905 y 195.482 en 1930.

La marcada variedad existente en el registro de la actividad laboral remunerada femenina procedía de una conjunción variopinta de factores cuya relevancia específica variaba en función del núcleo urbano analizado. Entre los más destacados se hallaban la diversidad y complejidad de las actividades económicas ejercidas en su seno, influidas directamente por su tamaño, y que incidían en la demanda laboral generada; el sesgo industrial, comercial o de servicios preponderante en la ciudad y la tipología de ocupaciones derivadas, que condicionaban la estacionalidad, remuneración y duración de la jornada de los trabajos; el celo y los recursos destinados por las respectivas autoridades municipales para explicar y hacer cumplir a las familias encuestadas las instrucciones estadísticas, y que en el caso madrileño se incluían en la propia hoja de empadronamiento, la cual alertaba expresamente en 1930 que el término “*sus labores*” sólo debía usarse para rellenar la casilla de profesión de las mujeres cuando estuvieran “*exclusivamente dedicadas a los quehaceres domésticos*”; el grado de alfabetización existente, que influía en que las hojas de empadronamiento fuesen rellenas de puño y letra por los vecinos o por los agentes censales a través de la información proporcionada de forma oral, los cuales en ocasiones proseguían con la tradición cultural, detectada también en otros países europeos, de rellenar explícitamente la profesión del cabeza de familia y obviar el resto; la fuerza con la que el discurso de la domesticidad, la división sexual del trabajo y los roles sociales del hombre *ganador de pan* y la *ama de casa* hubiesen sido asimilados por la población en las distintas áreas de estudio, modelo social que influía en la autopercepción del trabajo remunerado realizado por las mujeres, las cuales no lo consideraban como *su profesión* si lo compaginaban a media jornada, en el hogar o de forma estacional, con las tareas domésticas y el cuidado de la prole; la presión del sindicalismo masculino local para defender sus atribuciones laborales frente a la irrupción de la mano de obra femenina tanto en las modernas plantas industriales como en los talleres artesanos; la mayor o menor presencia de

¹⁷² DE LAFUENTE NÚÑEZ, R.: *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007, <http://eprints.ucm.es/7947/1/Segovia.pdf>; MARTÍNEZ LÓPEZ, D. y MOYA GARCÍA, G.: “Trabajo y actividad en la configuración de la ciudad andaluza: Granada entre 1890 y 1930”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano, Op. Cit.*, pp. 127-144; PÉREZ SERRANO, J.; ROMÁN ANTEQUERA, A. y MUÑOZ DE ARENILLAS VALDÉS, A.: “El cambio hacia la industria naval en el «saco interior» de la Bahía de Cádiz (1885-1935)”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano, Op. Cit.*, pp. 45-73; GARCÍA ABAD, R.; PAREJA ALONSO, A.; ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: “Modelos diferenciales de mercado laboral en las tres capitales vascas en 1930”, en *XI Congreso de Historia Contemporánea de la AHC*, Granada, septiembre de 2012; BORDERÍAS MONDÉJAR, C.: “La reconstrucción de la actividad femenina en Cataluña circa 1920”, en *Historia Contemporánea, Op. Cit.*, pp. 17-47; BORDERÍAS MONDÉJAR, C.; GONZÁLEZ-BAGARIA, R.; VILLAR GARRUTA, C.: “El trabajo femenino en la Cataluña industrial (1919-1930): una propuesta de reconstrucción”, *Revista de Demografía Histórica*, Volume XXIX, Exemplar 1, 2011, p.55-88.

ocupaciones culturalmente atribuidas a las mujeres como el servicio doméstico, la enseñanza o las vinculadas al sector textil, etc.¹⁷³

TASA DE ACTIVIDAD LABORAL FEMENINA DE MADRID POR ZONAS (1905-1930)			
Espacio urbano	1905	1930	Evolución
<i>Ensanche Este</i>	34,22	30,30	-3,92
Casco antiguo	28,48	22,98	-5,50
Ensanche Norte	17,91	21,24	3,33
Ensanche Sur	8,25	10,92	2,67

Figura 7.35. Evolución de la tasa de actividad laboral femenina de distintos espacios urbanos madrileños. Los datos proceden de las investigaciones de Rubén Pallol (E. Norte), Fernando Vicente (E. Sur), Borja Carballo (E. Este, Santiago De Miguel y Luis Díaz (casco antiguo). AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1905 y 1930. Mujeres mayores de 14 años. Datos porcentuales. Nº de casos: 101.330 mujeres en 1905 y 195.482 en 1930.

La ardua e imperfecta ponderación del rol específico jugado por cada uno de estos factores a la hora de explicar tanto la ocultación laboral *per se*, como la elevada disparidad reflejada en las tasas de actividad femenina de núcleos de población de características socioeconómicas semejantes, imposibilitan cualquier atisbo de formular un porcentaje de la ocultación o subregistro medio aplicable al conjunto de los padrones municipales y los censos de población nacionales de esta época. Por ello, sólo los análisis exhaustivos de carácter local, comarcal o sectorial permiten solventar tan acuciante problema metodológico y reconstruir con gran precisión la actividad femenina remunerada presente en los respectivos objetos de estudio¹⁷⁴. En el caso de una metrópoli como Madrid, dicha especificidad también se reproducía en su interior a causa de la elevada segregación socioespacial que las teñía. Un fenómeno que, además de influir en la concentración o desaparición espacial de determinadas ocupaciones en uno u otro espacio urbano de la ciudad, tales como el servicio doméstico interno, las porteras, las cigarreras, las obreras industriales o las modistas, también afectaba

¹⁷³ PÉREZ-FUENTES, P.: “*Ganadores de Pan*” y “*Amas de Casa*”. *Otra mirada sobre la industrialización vasca*, Bilbao, UPV-EHU, 2004; SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (ed.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Op. Cit.; BORDERÍAS, C. (ed.): *La historia de las mujeres: perspectivas actuales*, Icaria editorial, Barcelona, 2009; SMITH, A.: “La guerra de las continuas: cambio tecnológico y estrategias sindicales en la industria algodonera catalana (1889-1914)”, *Sociología del Trabajo*, nº. 24, 1995, pp. 121-151; PAREJA ALONSO, A.: “Las mujeres y sus negocios en la gran ciudad contemporánea. Bilbao a principios del siglo XX”, *Historia Contemporánea*, nº 44, 145-181; SOLÁ PARERA, A.: “Las mujeres y sus negocios en el medio urbano”, en MORANT, I.: (Dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*. Vol. III, Cátedra, Madrid, 2006, pp. 381-503.

¹⁷⁴ Actualmente se desarrollan varios proyectos de investigación cuyo cometido es reconstruir dichas tasas de actividad femenina en áreas geográficas concretas, ya sean comarcas, regiones o núcleos urbanos. En España destacan, entre otros, los proyectos centrados en la reconstrucción de la actividad económica catalana dirigido por Cristina Borderías; del País Vasco dirigido por Pilar Pérez-Fuentes; otro cuyo objeto de estudio son otras regiones españolas dirigido por Carmen Sarasúa; o el de Galicia a cargo de Luisa Muñoz Abeledo. Algunos de sus resultados más influyentes han sido los datos aportados en seminarios internacionales como el *Methodologies for reconstructing the female activity rate in historical Europe*, celebrado en Barcelona en 2008, *Metodologías para la reconstrucción de la actividad femenina en España*, en Bilbao en el mismo año; *Reconstructing the female activity rate in historical Europe*, y *Reconstructing the Female Labor Force Participation Rates in Western Europe, 18th and 19th centuries*, celebrados en Barcelona en 2009; los trabajos expuestos en la *European Social Science History Conference*, de Gante en 2010; la sesión dirigida por Carmen Sarasúa “Reconstrucción de la tasa de actividad femenina española, siglos XVIII al XX”, en el *X Congreso Internacional de la AEHE*, en Sevilla en 2011; los coloquios y seminarios de esta temática organizados por la AEIHM o las comunicaciones presentadas a la sesión nº 22 del *X Congreso de la ADEH* celebrado en Albacete en 2013.

considerablemente a la minuciosidad con la que era registrada la actividad laboral femenina remunerada¹⁷⁵.

TASA DE ACTIVIDAD FEMENINA DE LOS BARRIOS DEL ENSANCHE ESTE EN 1930								
Conde Aranda	Biblioteca	Retiro	Monasterio	Goya	Salamanca	Las Mercedes	Plaza de toros	Gutenberg
47,39	43,91	40,92	36,96	35,54	35,30	26,05	21,83	10,91

Figura 7.36. Mujeres mayores de 14 años. Datos porcentuales. Nº de casos: 57.307. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Ya fuera por omisión voluntaria de las familias encuestadas (porque el cabeza de familia o las propias mujeres trabajadoras no quisieran especificar su ocupación por miedo a una futura inspección, por vergüenza, porque incumplieran la legislación específica dirigida hacia mujeres¹⁷⁶, o porque les diera pereza rellenar la hoja), por la diferente autopercepción que éstas pudieran albergar de su profesión (que interpusieran sus labores domésticas por delante de unas ocupaciones asalariadas que podían ser realizadas a destajo, en el domicilio, de forma estacional o coyuntural), por la impronta socioeconómica de unos barrios respecto a otros (en el seno familiar era costumbre indicar sólo al cabeza de familia como comerciante, industrial o maestro artesano, obviando el trabajo que era realizado por los demás miembros del hogar y que no solía ser consignado, mientras que el servicio doméstico interno, muy presente en los barrios acomodados, sí lo era), o por la mayor o menor intermediación de los agentes censales en el relleno de las hojas de empadronamiento (éstos las rellenaban de propia mano en el caso de las familias analfabetas, incurriendo involuntariamente en muchas ocasiones en el subregistro al estimar relevante sólo la profesión del cabeza de familia), lo cierto es que la misma fuente documental registró unas tasas de actividad muy diferentes dentro de la misma urbe, las cuales oscilaban desde el 30% del Ensanche Este al 11% del Ensanche Sur (Figura 7.35).

Este proceso también se repetía dentro de nuestro propio objeto de estudio, donde la actividad laboral registrada por las mujeres residentes en los opulentos barrios de Conde de Aranda, Biblioteca o Retiro triplicaba la de otros de extracción social más modesta, que no masivamente obrera, como Las Mercedes, Plaza de toros o Gutenberg (Figura 7.36). Unos datos que eran a todas luces incongruentes, ya que la participación laboral remunerada femenina se reducía a la mínima expresión en los barrios obreros más pobres, allí donde el presupuesto familiar era más anémico y donde para sobrevivir, todos los miembros del hogar eran movilizados en función de sus posibilidades: hombres y mujeres, adultos y niños, personas casadas, solteras o viudas sin distinción. Por el contrario, los barrios más acomodados, allí donde se aglutinaban las familias nobiliarias y burguesas, los grandes industriales, los latifundistas absentistas y los profesionales asalariados más cualificados, aquellos cuyos emolumentos eran tan amplios que los miembros de sus familias, tanto hijos como cónyuges y otros parientes,

¹⁷⁵ CARBALLO BARRAL, B.: “La participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño del primer tercio del siglo XX (1905-1930)”, IBARRA AGUIRREGABIRÍA, A. (Coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Op. Cit.; DÍAZ SIMÓN, L.: “La participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño, 1900-1930”, *XI Congreso de la AHC*. Granada, 2012.

¹⁷⁶ VALDÉS DAL-RÉ, F.: “La legislación obrera industrial sobre las mujeres (1800-1931): entre la protección y la restricción”, en CAPEL MARTÍNEZ, R.Mª (coord.): *Cien años trabajando por la igualdad*, Fundación Largo Caballero, Madrid, 2008, pp. 87-116.

no necesitaban trabajar, sin embargo evidenciaban una tasa de actividad mucho más elevada, fruto del pleno registro en el padrón de una ocupación tan extendida y feminizada como el servicio doméstico interno.

Respuestas de las mujeres que no indicaron profesión	1905	1930	Evolución 1905-1930	Evolución 1860-1930
No declararon nada	25,00	22,96	-2,04	-73,65
Amas de casa	68,88	70,65	1,77	69,75
Estudiantes	0,52	2,11	1,59	1,66
Pensionistas y jubiladas	5,27	3,79	-1,48	1,76
Sin profesión	0,33	0,49	0,16	0,48
Total	65,03	69,17	4,14	2,15

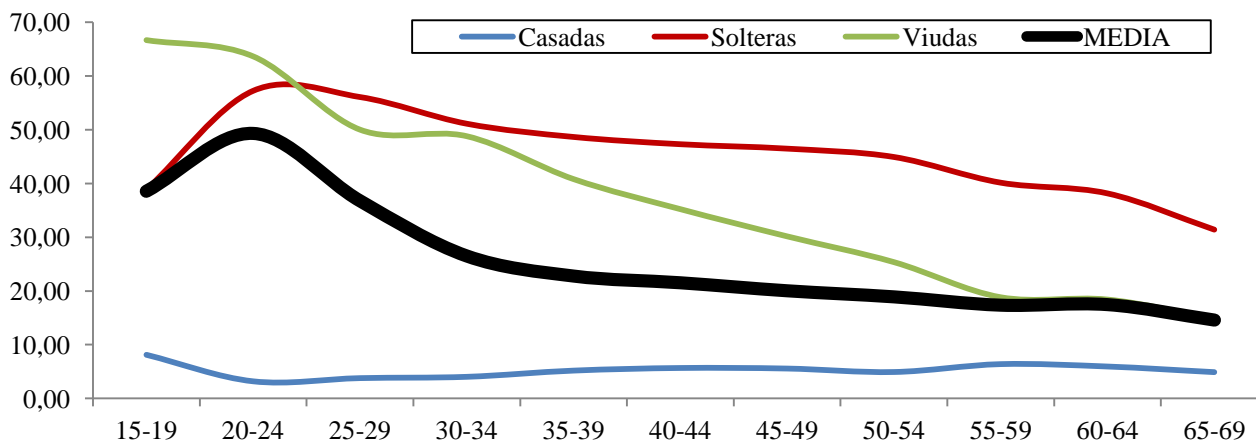
Figura 7.37. Mujeres de entre 15 y 70 años de edad que no indicaron ocupación alguna en las hojas de empadronamiento municipal del Ensanche Este de Madrid entre 1905 y 1930, especificando el tipo de respuesta dada. Los criterios seguidos para su realización son los explicados en la Figura 3.52. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1905 y 1930.

El subregistro del trabajo remunerado femenino del Ensanche Este durante el primer tercio del siglo XX parece devenir de la asimilación sociocultural de la división sexual del trabajo por parte de la sociedad madrileña. Reflexión extraída de la firme expansión del uso del concepto “*sus labores*” observada a la hora de rellenar las hojas de empadronamiento desde 1860, año en que se ratificó el Ensanche, hasta 1930, año del fin de la dictadura de Primo de Rivera (Figura 7.37). A lo largo de estas décadas se produjo una clara sustitución estadística en este ámbito, ya que dentro de las mujeres que no declararon una ocupación laboral, pasaron de ser mayoría las que obviaban mayoritariamente dicha casilla dejándola vacía (o quien rellenara la hoja, generalmente el cabeza de familia o el agente censal), a serlo las que lo hacían mediante la genérica fórmula “*labores de su sexo*”. Un primer vistazo podría hacer indicar que la causa fuese el calado de esa nueva pauta sociocultural impuesta por el discurso de la domesticidad, la teoría de las dos esferas y la asunción de la figura del *ángel del hogar* entre la población madrileña, independientemente de su nivel de vida¹⁷⁷. No obstante, que el trasvase desde las respuestas vacías hacia las que indicaron ser *amas de casa* concuerde como un guante, puede ser un síntoma que evidencie que este cambio de tendencia se debió más a un cambio en las instrucciones teóricas emitidas por las autoridades municipales a sus agentes censales para que, a la hora de que los encuestados rellenaran sus respectivas hojas de empadronamiento redujeran el número de casillas vacías relativas a la profesión¹⁷⁸. Seguramente esta praxis pudo favorecer la rápida generalización del uso del término de “*sus labores*” en los sucesivos padrones municipales por parte de aquellas familias en las que las mujeres que habitaban el hogar tuviesen como principal responsabilidad el cuidado de éste, aún cuando trabajasen de

¹⁷⁷ GÓMEZ-FERRER MORANT, G.: “Las limitaciones del liberalismo en España: El ángel del hogar”, en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. y ORTEGA LÓPEZ, M. (Eds.) *Antiguo Régimen y Liberalismo. Homenaje a M. Artola, Tomo III...*, Op. Cit., pp. 513-532; MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, S.: “Economistas liberales y cuestión femenina. El singular discurso de la domesticidad de la Escuela Economista Española (1861-1909), Documentos de Trabajo de la AEHE, n°7, 2009; ARBAIZA VILALLONGA, M.: “Orígenes culturales de la división sexual del trabajo en España (1800-1935)”, en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Op. Cit., pp. 189-216.

¹⁷⁸ En otra fuente documental, las actas matrimoniales, también se produjo un fenómeno similar, ya que a partir de 1895 se introdujo el campo de profesión para las esposas, igualando los campos existentes para ambos cónyuges. Sin embargo, la información recopilada de esta incorporación es inexistente, ya que en ninguno de los 468 matrimonios utilizados como muestra relativos al distrito de Congreso en 1930 se indicó profesión alguna más allá de “s”, abreviatura de “*sus labores*”. AVM, Registro de Actas Matrimoniales del distrito de Congreso de 1930. Como ejemplo, consultar las fichas del Apéndice.

forma remunerada a tiempo parcial, en el domicilio, de modo coyuntural o estacional. Un fenómeno, el subregistro laboral femenino que, ya fuese fruto de la inconsciencia o la involuntariedad, siguió afectando especialmente a las mujeres casadas, aquéllas sobre las que recaía el honor familiar, la responsabilidad del hogar y el cuidado y la educación de la prole según las pautas socioculturales europeas de la época¹⁷⁹.



Estado civil	Solteras	Casadas	Viudas
Tasa de Actividad femenina	49,28	4,82	25,98

Figura 7.38. Tasa de actividad laboral media de las mujeres mayores de 14 años residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 por edad y estado civil. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

En este contexto, el Ensanche Este de la capital no fue ninguna excepción. Tal y como se desprende de la Figura 7.38, de las mujeres casadas que residían en él, menos del 5% declaró realizar una ocupación remunerada en 1930, una cifra varias veces inferior a las extraídas de las respuestas proporcionadas por aquéllas cuyo estado civil era el de solteras (el 49%) o viudas (el 26%). La presión social y la autocensura enmascaraban una realidad que, a pesar de obviarla oficial y estadísticamente, no dejaba de existir¹⁸⁰. Las esposas tenían como fin último ser madres y guardianas del hogar, y por lo tanto, que trabajaran “*en fábricas, talleres, establecimientos mercantiles y demás centros que requieren largas jornadas [era] un disolvente de la vida familiar*”, ya que su “*función maternal no puede tener toda su eficacia cuando el trabajo exterior [la obliga] a abandonar a sus hijos durante algún tiempo*”¹⁸¹. Por si no era suficiente esta

¹⁷⁹ DIMAND, R. y NYLAND, C.: *The Status of Women in Classical Economic Thought*, Edward Elgar, Cheltenham, 2003; LE BOUTEILLEC, N. y CHARLES, L.: “Les économistes et “La cité des femmes”: le débat théorique sur l'accès des femmes au marché du travail (1850-1914)” en *Economic Working Papers* 2007-6, University of Paris West-Nanterre la Defense, París, 2007; LYNDON SHANLEY, M.: *Feminism, Marriage and the Law in Victorian England, 1850-1995*, Princeton University Press, New Jersey, 1993.

¹⁸⁰ Evidentemente, esta flagrante reducción de la actividad laboral remunerada de las mujeres casadas respecto a las solteras no era tan marcada como los registros estadísticos extraídos del padrón señalan. Lo que sí reflejan es el profundo cambio que sufrían sus condiciones laborales al contraer matrimonio o al ser madre, basado en que las ocupaciones realizadas a tiempo completo y de un modo estable fuera del hogar eran abandonadas para compaginar las labores de madre, esposa y dueña del hogar con las de ayudar pecuniariamente al presupuesto familiar mediante pequeños trabajos, encargos y servicios prestados a domicilio o en el propio hogar, a destajo, de forma coyuntural o estacional. Trabajos que, de costumbre, no eran declarados en las hojas de empadronamiento municipal, pasando a ser una contribución invisible a ojos de la administración.

¹⁸¹ *La Lectura Dominical*, el 9 de abril de 1926.

asfixiante coacción social, la contratación de mujeres casadas o el mantenimiento en sus plantillas cuando cambiaban su estado civil llegó a estar prohibido en algunas empresas y sociedades¹⁸², tal y como era denunciado en la prensa de la época, que exclamaba cómo los encargados y gestores de personal de las grandes empresas afincadas en Madrid, “*donde son legión las mujeres trabajadoras, no [querían] que sus empleadas se [casasen]. Y si se [casaban] contra su criterio, [perdían] la colocación*”¹⁸³.

Participación laboral de las esposas de familias nucleares en función de la profesión de su marido					
Categoría profesional del marido	1905		1930		Descenso en el registro
	Declaran trabajo	Misma ocupación	Declaran trabajo	Misma ocupación	
Profesional liberal	7,51	11,11	2,49	28,00	-5,02
Artesano	4,33	26,09	2,66	13,51	-1,67
Pequeño comercio	3,29	47,06	1,53	27,78	-1,76
Empleado	5,29	72,00	3,30	71,14	-1,99
Jornalero	3,75	31,72	3,10	15,69	-0,65
Media	5,43	45,19	2,50	42,07	-2,93

Figura 7.39. Elaboración propia a partir de las hojas del padrón municipal de Madrid de 1905 y 1930. AVM, sección de Estadística. Datos porcentuales. La primera columna de cada año indica el porcentaje de mujeres casadas que indicaron una actividad laboral mientras la segunda señala la proporción de éstas que compartían la misma categoría profesional que su marido.

Evidentemente, más allá de la exageración de estos extractos periodísticos siempre había muchos matices, pero lo cierto es que esta atmósfera, iniciada desde mediados del siglo anterior y en apogeo en el Madrid del primer tercio del siglo XX, seguía inhibiendo a estas mujeres a declarar cualquier trabajo remunerado fuera del hogar que efectuaran (Figura 7.39). La confluencia de las indicaciones municipales y el procedimiento de los agentes censales, el paradigma social mayoritario ante dicho trabajo femenino remunerado, unido a sentimientos y actitudes personales (o familiares) como el desinterés hacia el padrón, la autocensura y el retraimiento a hacer pública la propia ocupación, la claudicación a la presión social y la vergüenza de reconocer efectuar una ocupación remunerada, o la pervivencia del lenguaje estadístico liberal clásico, que cuantificaba como único dueño y trabajador en el negocio, taller o tienda al cabeza de familia (señalado como *industrial*, *maestro artesano* o *comerciante*) mientras obviaba las tareas realizadas por los demás miembros del hogar en ellos, siguieron jugando un papel determinante en este proceso (Figuras 7.39 y 7.40).

Categoría profesional del cabeza de familia	Declaración laboral del cónyuge		Servicio doméstico	
	No indica nada	Sus labores	No	Sí
Profesional liberal	25,01	72,30	28,74	71,26
Propietario	27,38	61,49	18,89	81,11
Artesano	14,73	82,54	94,11	5,89
Jornalero	15,15	81,60	98,97	1,03
Pequeño comercio	20,58	77,89	75,94	24,06
Empleado	17,61	79,02	77,21	22,79

Figura 7.40. Tipo de declaración de las mujeres casadas que no declararon profesión alguna en función de la categoría profesional del marido y el disfrute de servicio doméstico interno. Elaboración propia a partir de las hojas de empadronamiento de Madrid de 1930. AVM, Estadística.

¹⁸² CAPEL, R. M^a: “Del taller a la fábrica. La mujer obrera en España (1876-1936), en AA. VV.: *El Trabajo y la Memoria Obrera, Op. Cit.*, pp. 169-189.

¹⁸³ *Nuevo Mundo*, 5 de junio de 1931.

Un fenómeno que, si bien afectaba a todos los grupos sociales, no lo hacía por igual. La máscara de “*sus labores*” era una etiqueta de la que no rehuían aquellas mujeres casadas con propietarios, rentistas, profesionales liberales y empleados de elevada cualificación en sus declaraciones de empadronamiento (Figura 7.40). Sin embargo, la empleaban en menor abundancia que las esposas de los trabajadores manuales, optando en mayor proporción por dejar vacía sus respectivas casillas de profesión, ya que dicho término no concernía para ellas la realización del duro trabajo físico diario para abastecer de agua, luz, carbón, ropa y alimentos el hogar así como educar y cuidar de su prole, tareas sufragadas en el propio mercado laboral de la ciudad mediante la contratación de servicio doméstico interno. Una opción que no existía entre las clases bajas y medias más modestas, donde la “*máscara de sus labores*” no era circunstancial, sino una piel adherida firmemente a su rostro. Estas mujeres sí realizaban diaria e inexorablemente unas tareas con las que contribuían al presupuesto familiar de forma directa gracias a su esfuerzo y dedicación¹⁸⁴, todo ello sin contar el ahorro indirecto derivado de su especialización, como la retribución en especie, la elección de establecimientos y productos más baratos, o la prestación de favores entre vecinas. Faenas que debían ser compaginadas con todo tipo de trabajos remunerados realizados a destajo o a domicilio, de día o de noche, de forma coyuntural, estacional o estable, con los que ganar lo suficiente para apuntalar las ganancias de su marido. Unas mujeres casadas que trabajaban de forma remunerada de sol a sol y que, como las *meigas*, aunque fueran invisibles a la estadística oficial, *haberlas las había*, y en una gran proporción, ya que los presupuestos de las familias jornaleras, por ejemplo, si bien habían mostrado una tímida mejoría desde principios de siglo, no habían modificado en lo sustancial su parquedad (Figura 7.41).

Características de las familias jornaleras del Ensanche Este de Madrid (1878-1930)	1878	1905	1930
Nº de familias	719	2.482	3.750
Tamaño del hogar	4,27	4,23	4,28
Jornal medio cabezas de familia jornaleros (ptas.)	2,09	2,32	6,77
Alquiler mensual (ptas.)	16,68	17,24	48,89
Porcentaje del jornal del cabeza destinado al alquiler	30 – 34 %	29 – 32 %	28 – 31 %
Familias con más de un salario	42,7 %	33,1 %	31,6%

Figura 7.41. Se han considerado de 23 a 26 días trabajados al mes para calcular el sueldo jornalero destinado al alquiler, según OYÓN, J.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo...*, Op. Cit., pág. 168. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1878, 1905 y 1930.

Por todo lo anterior, y tal y como se realizó con los datos recogidos del padrón de 1905 (Figura 3.59), para relativizar el papel de paria al que los poderes públicos, la sociedad y la economía oficial redujeron a las mujeres en general, y a las residentes en el Ensanche Este madrileño en particular, es obligado analizar exhaustivamente las respuestas ocupacionales de éstas y cruzarlas con otras variables socioeconómicas presentes en los mismos padrones municipales (cuantía del alquiler, sueldos y jornales percibidos, tamaño de la familia y profesiones señaladas por los demás miembros de ésta), así como su cotejo con otras fuentes contemporáneas (la *Guía-directorio de Madrid y su provincia* o los expedientes municipales relativos a las licencias de apertura

¹⁸⁴ El coste de reemplazamiento dictado por el mercado de trabajo (el sueldo medio anual de las sirvientas, criadas y doncellas para todo internas en el Ensanche Este) era de 466 ptas. a la altura de 1930, es decir, unas 38 ptas. mensuales y 1,30 diarias. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

y renovación de establecimientos comerciales y puestos públicos¹⁸⁵). Ello ha permitido extraer de la invisibilidad una parte relevante del aporte al mercado de trabajo madrileño realizado por centenares de mujeres, tal y como otros estudios especializados han demostrado en otras urbes españolas, donde han logrado desenmascarar porcentajes muy estimables de estas “falsas amas de casa” en distintos ámbitos ocupacionales¹⁸⁶. Como resultado, la actividad laboral femenina estimada del Ensanche Este madrileña se ha incrementado desde el 30,3% al 40,2% (Figura 7.42), cifra similar a la extraída de la información dada por las socias de la Agrupación femenina socialista madrileña en 1910, de las cuales declararon trabajar un 44%¹⁸⁷.

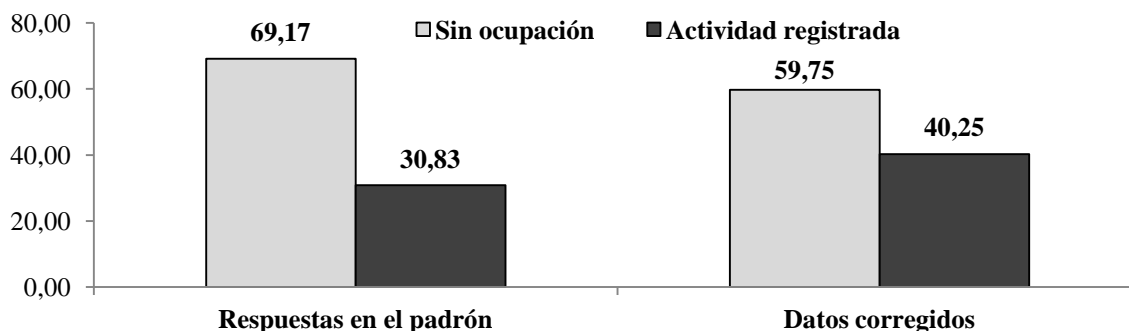


Figura 7.42. Estimación del subregistro de la actividad u ocupación femenina en el padrón municipal de Madrid de 1930. Datos porcentuales. Elaboración propia. AVM, sección Estadística.

No obstante, esta rectificación de la participación laboral femenina asentada sobre el cotejo del padrón municipal con otras fuentes documentales, y la

¹⁸⁵ *Guía-directorio de Madrid y su provincia: comercio, industria, agricultura, ganadería, minería, profesiones y elemento oficial*, Editorial Bailly-Baillière y Riera Reunidos, Madrid, 1930, BNE, SG/2737; AVM, Secretaría, signaturas 26-445-1 a 26-449-170. Expedientes de apertura de vaquerías y de tiendas dedicadas a la distribución, producción y venta de artículos de comer, beber, arder y vestir.

¹⁸⁶ En el Bilbao de 1900, la correlación entre el padrón y la matrícula industrial de 1895 destapó que el 39% de las mujeres existentes en la segunda fuente no había declarado una ocupación en la primera (PAREJA ALONSO, A.: “Las mujeres y sus negocios en la gran ciudad contemporánea. Bilbao a principios del siglo XX”, *Historia Contemporánea*, nº 44, pp. 145-181); el subregistro en el caso de la población obrera de diversos núcleos catalanes fue de un 22% (BORDERÍAS MONDÉJAR, C.: “La reconstrucción de la actividad femenina en Cataluña circa 1920”, en *Historia Contemporánea*, nº 44, *Op. Cit.*, pp. 17-47); en Sabadell alcanzó el 40% (CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX. Op. Cit.*); en Baracaldo a finales del XIX era del 20% (ARBAIZA VILALLONGA, M.: “Orígenes culturales de la división sexual del trabajo en España (1800-1935)”, en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo, Op. Cit.*, pp. 189-216) y en Éibar el 50% en 1900 (URIARTE, M.: “Esfera pública, esfera privada: la mujer en Éibar en el siglo XX”, *XIII Coloquio Internacional de la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres*, Universidad de Barcelona, 2006 (edición CD); en Barcelona, el 35% de las telefonistas y el 60% de las obreras de La España Industrial (BORDERÍAS, C.: “La transición de la actividad femenina en el mercado de trabajo barcelonés (1856-1930). Teoría social y realidad histórica en el sistema estadístico moderno”, en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo, Op. Cit.*, pp. 241-276) lo ocultaron en el padrón de 1930, mientras que la proporción entre la población jornalera de sus barrios obreros se situó en torno al 50% (BORDERÍAS, C.; VILLAR, C. GONZÁLEZ-BAGARÍA, R.: “El trabajo femenino en la Cataluña industrial (1919-1930): una propuesta de reconstrucción”, *Boletín de la ADEH*, nº 1 (en prensa)).

¹⁸⁷ La comparación realizada entre dichas contestaciones y las hojas de empadronamiento de dicho año certifican un subregistro laboral del 31% entre las solteras, del 18% entre las casadas y un 8% entre las viudas. En: DEL MORAL VARGAS, M.: “Análisis sociodemográfico de las militantes de la Agrupación Femenina Socialista de Madrid: una aproximación a través del Padrón Municipal (1906-1914)”, en GÓMEZ FERRER, G. y Sánchez, R.: (eds.): *Modernizar España, 1898-1914, Op. Cit.*

contabilización como trabajadoras activas de las esposas de cabezas de familia jornaleros, pequeños artesanos con taller abierto en el domicilio, porteros y modestos comerciantes de barrio, de aquellas mujeres que regentaban un hogar en el que ningún otro miembro (véase hijos, hermanos u otros familiares) declarase un oficio, y de aquellas que pertenecían a cualquier unidad familiar en el que el alquiler de la vivienda supusiera más de la tercera parte de la suma de los haberes consignados por los miembros de la unidad familiar, no deja de ser una estimación mínima. La realidad, intuida pero difícilmente cuantificable, seguramente fuera superior. Las hijas y demás familiares residentes en la mayor parte de las familias comerciantes y artesanas del Ensanche Este posiblemente ayudaran en la medida de sus posibilidades al cabeza de familia y su esposa en el negocio, ya fuera como repartidoras, despachando a la clientela, limpiando el local o haciendo inventario. Del mismo modo ocurría en los hogares jornaleros, donde el cuidado de la prole de la vecindad, la entrada de encargos de costura coyunturales, la ayuda estacional prestada en tiendas y obrajes de los alrededores, la contratación por horas en lavanderías, o la entrada como criadas externas en las casas de empleados de cierto rango (pero no el suficiente como para hacer frente al gasto de un servicio doméstico interno), eran válvulas de escape siempre presentes. Una realidad a la que no hacían ascos aquellas mujeres de clase media venidas a menos por una desgracia familiar, una mala inversión o un percance laboral. Con una educación generalmente superior a las anteriores, y envueltas en la necesidad de recurrir a ingresos extra aunque en la tesitura de no ser reconocidas como *mujeres trabajadoras* por su ambiente social, solían ocuparse en trabajos mejor pagados, como secretarias y taquimecanógrafas particulares, en su propio domicilio o por horas, pudiendo ganar 50 pesetas al mes por dos horas diarias de trabajo en “*oficinas modestas de abogados con pocos pleitos, de secretarios judiciales abrumados de trabajo en la oficina o de administradores de fincas urbanas*” necesitados de una periódica ordenación de sus libros de cuentas y registros.

“Conozco una mecanógrafa rubia y bonita que hace copias en su casa. Es eso que se llama una hija de buena familia venida a menos. Cuando murió su padre, un magistrado chapado a la antigua, se llevó las llaves de la despensa. La hija sabía todas esas cosas inútiles -copiar un paisajito con ovejas y una casa al fondo, decir buenos días en francés, tocar el piano sin demasiada desafinación -que enseñaban antes en los colegios de señoritas. Como todavía no se han sacudido los prejuicios, son pocos los que saben que es mecanógrafa, Sólo un grupo de amigos estamos en el secreto. Un grupo de amigos que somos al mismo tiempo sus clientes. Se ha especializado en los trabajos literarios: comedias, novilla, ensayos, versos...”

Nuevo Mundo, 22 de diciembre de 1933.

De entre la infinidad de ejemplos vitales inmersos en alguna de las circunstancias socioeconómicas mencionadas, podríamos reseñar el caso de Nicolasa Martín Guerra, mujer de 42 años natural de Paracuellos del Jarama y que estaba casada con Ambrosio Bermejo Parra, diez años mayor que ella, con el que residía en 1930 en un modesto bajo del llamado tejear de Fermín, sito en el nº 25 del Camino bajo de Vicálvaro, junto a sus dos hijos, uno de 15 años y otra de 13. Ambrosio ejercía de jornalero moldeando, cociendo y secando ladrillos, materia prima del pujante sector de la construcción madrileña, trabajo ímprobo por el que cobraba un jornal de cuatro pesetas, mientras que Nicolasa y sus dos hijos dejaron vacías sus respectivas casillas de profesión. Evidentemente, tan escueto jornal difícilmente podía ser estirado para cubrir

las mínimas necesidades de toda la familia, aún cuando seguramente su vivienda fuese un pago en especie por su labor. Y además, que la tipología laboral característica en los tejares que circundaban la capital fuera la de emplear a familias en completo nos inclinan a pensar que no sólo Nicolasa trabajase en el tejar codo con codo con su marido sino que también pudieran hacerlo sus dos hijos, quienes debieran, según su edad, estar escolarizados¹⁸⁸.

No obstante, como pudiera desprenderse del ejemplo anterior, la ocultación e invisibilidad laboral de las fuentes estadísticas no se circunscribió únicamente al ámbito de las mujeres adultas (y hombres, aunque en nivel testimonial), sino que fue un fenómeno que también afectaba al registro del, común en la sociedad, trabajo infantil. La prole seguía siendo uno de los principales activos económicos de las familias españolas a principios del siglo XX. Su recurso desde edades muy tempranas era una estrategia económica crucial y muy arraigada entre las familias urbanas de modestos comerciantes, vendedores ambulantes, artesanos y obreros, similar al fundamental papel que desempeñaban en las familias agricultoras y jornaleras del mundo rural¹⁸⁹. Sin embargo, éste se hallaba en retroceso gracias a que el liberalismo europeo empezó a reaccionar desde la centuria anterior ante los excesos laborales que la industrialización y el modelo capitalista estaban cometiendo sobre la población infantil. Dichas medidas legislativas se centraron en la acción conjunta de obligar a la escolarización infantil obligatoria y a la reglamentación de sus durísimas condiciones de trabajo mediante la reducción de jornada, la imposición de edades mínimas y la prohibición de trabajar en sectores determinados¹⁹⁰.

Respuesta dada en el padrón	1905			1930		
	Chicos	Chicas	Dif.	Chicos	Chicas	Dif.
Declaran profesión	6,84	4,90	1,94	9,43	7,32	2,11
Van a la escuela	29,05	8,28	20,77	43,99	25,44	18,55
No indican nada o sus labores	64,11	86,82	-22,71	46,58	67,24	-20,66

Figura 7.43. Registro del trabajo infantil en el Ensanche Este de Madrid (1905-1930). Se han tomado los casos de los niños mayores de 10 años y menores de 15. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1905 y 1930. Datos porcentuales.

En el caso español, la legislación laboral y educativa puesta en marcha en este sentido, iniciadas durante la segunda mitad del siglo XIX con la Ley Moyano de 1857, que imponía la educación obligatoria hasta los 12 años, y la de 1873, durante la Iª República, relativa a la “*regularización del trabajo en los talleres y la instrucción en las escuelas de los niños obreros de ambos sexos*”, tardó en hacerse efectiva, no sólo por el rechazo de patronos y empresarios a dejar de disponer de una mano de obra más barata, sino también por la renuencia con la que fue recibida por las propias familias trabajadoras. Hasta bien entrado el primer tercio del siglo XX, el aprendizaje manual e informal de un oficio desde temprana edad era una estrategia que generaba un provecho económico más claro y directo a las familias que los saberes enseñados en una todavía

¹⁸⁸ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

¹⁸⁹ BORRÁS LLOP, J.Mª: “El trabajo infantil en el mundo rural español, 1849-1936. Género, edades y ocupaciones”, en MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M.: *El nivel de vida en la España Rural*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, 2002.

¹⁹⁰ RAMM, T.: “El laissez-faire y la protección de los trabajadores por parte del Estado», en HEPPLÉ, B. (comp.): *La formación del Derecho del Trabajo en Europa*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1994; MONTOYA MELGAR, A.: *Derecho del Trabajo*. Tecnos, Madrid, 2002, pp. 62-68.

rudimentaria escuela. Por ello, la práctica de introducir a los hijos en el mercado laboral lo más pronto posible tenía un gran calado entre las capas populares, en la creencia que así favorecerían su experiencia y aprendizaje para ser más competitivos en su vida adulta. Además, esta elección, la de cumplir la ley y llevar al colegio a sus hijos, no era factible en muchas ocasiones porque para cuadrar el presupuesto familiar a final de mes se requerían todas las manos disponibles. Barreras que zancadilleaban el intento de salvar la brecha que en materia de escolarización separaba a España de otros países europeos como Francia, Alemania o Gran Bretaña.

Las respuestas dadas en el padrón municipal de 1930 por los vecinos del Ensanche Este madrileño, las cuales sólo pueden ser tomadas de manera orientativa debido a que muchas familias obviaron indicar que sus hijos iban a la escuela en sus respectivas casillas de profesión, evidenciaban la presencia de ambos fenómenos. Por un lado, constataron el formidable avance del registro de la escolarización infantil madrileña durante las primeras décadas del siglo XX, obligatoria hasta los catorce años, y en el que la tendencia de las niñas empezó a mejorar (como en el resto del país¹⁹¹) pasando de representar sólo la quinta parte de la población infantil escolarizada de entre diez y quince años (según el padrón) de 1905 a una tercera en 1930, gracias a un incremento del 200% entre ambas fechas (Figura 7.43). Y por otro, demostró lo común y (parcialmente) visible que era la participación de la población infantil en el mercado laboral madrileño a pesar de su expresa prohibición y de la obligatoriedad de su escolarización, factores que posiblemente coadyuvaran a un menor registro del trabajo efectuado. Las principales características laborales y familiares de estos niños y niñas trabajadoras estaban muy influidas por el tejido social del espacio urbano en el que residían (Figura 7.44).

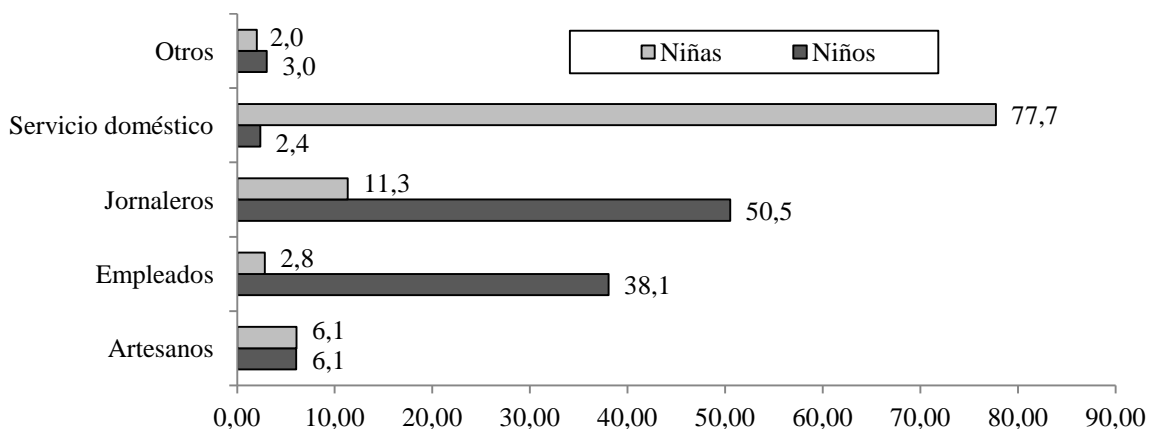


Figura 7.44. Integración laboral de los hijos mayores de 10 años y menores de 15 que declararon una ocupación en el padrón municipal de 1930. Datos porcentuales. AVM, Estadística.

En el caso de las niñas, las capas más acomodadas de la capital residentes en el Ensanche Este monopolizaban sus posibilidades de inserción laboral con su enorme demanda de servicio doméstico interno que no entendía de edades (suponían el 77% de las niñas trabajadoras), la cual era cubierta en su gran mayoría por muchachas inmigrantes recién llegadas, ya fueran con sus familias o contratadas directamente desde

¹⁹¹ CAPEL, R.M^a: *Mujer y trabajo en el siglo XX*, Op. Cit.; *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930)*, Op. Cit.; BALLARÍN DOMINGO, P.: *La educación de las mujeres en la España Contemporánea (siglos XIX-XX)*, Síntesis, Madrid, 2001; PUELLES BENÍTEZ, M.: *Modernidad, republicanismo y democracia: una historia de la educación en España (1898-2008)*, Óp. Cit.

sus lugares de origen gracias a algún intermediario¹⁹². Pero más allá del omnipresente servicio doméstico, las niñas que declararon una ocupación remunerada en 1930 solían aprender y realizar en el hogar familiar la misma labor que sus madres, hermanas o demás parientes. Es decir, hacían las veces de aprendizas de modistas o costureras, trabajando codo con codo en su casa a destajo, o fuera de ellas en lavanderías, peluquerías o algún otro taller industrial.

En cambio, en el caso de los niños, su aportación real al mercado laboral en el conjunto de la ciudad era seguramente mayor que la reflejada en este espacio urbano (Figura 7.43), debido a la menor presencia residencial en éste de las familias jornaleras, artesanas y de empleados de baja cualificación de donde procedían la mayor parte de niños que trabajaban a tan temprana edad¹⁹³. Éstos se ocupaban preferentemente en tareas poco o nada cualificadas, haciendo las veces de jornaleros junto a su padre o algún conocido, como aprendices de algún oficio artesanal, mozos de comercio en alguna modesta tienda de la vecindad, o como meros recaderos. Sin embargo, la modernización de la actividad económica madrileña acaecida en los años veinte, amplió las vetas laborales ofrecidas en el creciente sector servicios para esta joven y necesitada mano de obra. Una oportunidad al alcance únicamente de muchachos alfabetizados y vivaces, los cuales podían adentrarse como *polizones* en el escalafón de las vastas plantillas de las grandes empresas y múltiples despachos privados como meritorios, mozos y becarios oficinistas. Unos puestos a los que, por otra parte, se accedía generalmente a través del nepotismo y los contactos informales, vínculos apenas disponibles para buena parte de las familias encabezadas por trabajadores manuales, los más necesitados de la ayuda económica proporcionada por sus hijos. Una opción que era algo más asequible para los hijos de los modestos empleados que conformaban la baja clase media de la ciudad, los cuales buscaron la reproducción social familiar no sólo a través de la escolarización de su prole, sino también mediante la integración precoz de sus hijos en los mismos círculos laborales donde sus progenitores habían logrado asentarse, siendo una realidad común que padre e hijo adolescente coincidieran dentro de la misma oficina, departamento o negociado.

Pero, a pesar del subregistro, las imprecisiones y las ausencias estructurales relativas a la participación laboral femenina e infantil de las que adolecen las hojas de empadronamiento madrileñas, su riqueza cuantitativa y cualitativa la convalida, con los matices reseñados, como una herramienta de análisis idónea para captar los cambios y las pervivencias del nuevo papel profesional que le fue asignado a las mujeres en el proceso de transformación socioeconómica que afectó a la capital durante los años de entreguerras, y en qué medida se vieron reflejados en (e influidos por) los distintos espacios urbanos altamente segregados en los que se había fraguado el Madrid de la Restauración. Cambios en la integración laboral femenina en el mercado de trabajo remunerado como los ya indicados derivados de la modernización del sector servicios. Y claras pervivencias, como la preeminencia del servicio doméstico como el sector que más mano de obra femenina absorbía de la ciudad, especialmente en uno de sus espacios urbanos más acomodados, el Ensanche Este.

¹⁹² El 78% de las niñas menores de entre 10 y 15 años que declararon trabajar en 1930 eran de origen inmigrante, y de ellas el 66% llevaba menos de 5 años residiendo en la capital. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

¹⁹³ El 64% de los niños varones menores de entre 10 y 15 años que señalaron ejercer un trabajo remunerado en 1930 eran hijos de familias jornaleras, artesanas y de empleados de bajo rango residentes en el Ensanche Este de la capital. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

7.3.3. Criadas y señoras. El sesgado perfil laboral de las mujeres residentes en el Ensanche Este madrileño.

“El servicio doméstico es uno de los residuos de la servidumbre, servidumbre sin duda voluntaria y mitigada por variedad de desquites, que van desde la sisa a la insolencia. Pero es servidumbre al fin, y toda servidumbre es amarga. En el lenguaje quedan las huellas de su origen. Serva dicen en italiano a la criada; sirviente decimos nosotros, suavizando el vocablo, y servidumbre se llama al conjunto de criado. Por ser servidumbre está en vías de desaparecer, pues el mundo, a pesar de las ilusiones y los anhelos de nuestros fósiles vivientes, camina hacia la emancipación.”

La Voz, 1 de septiembre de 1927.

Las bases económicas sobre las que se asentaba el desarrollo de la sociedad madrileña se diversificaron y complejizaron durante el primer tercio del siglo XX. En estas décadas, Madrid se convirtió en una metrópoli europea de un millón de habitantes que basculó hacia una mayor especialización de los servicios que prestaba a sus habitantes, empresas e instituciones públicas allí radicadas en ámbitos como la política, la justicia, la administración pública, la articulación del comercio nacional, la educación y la ciencia, los transportes, las telecomunicaciones o las inversiones financieras. La conjunción de estos factores modificó sustancialmente las características generales de su mercado de trabajo, logrando encauzar a la enorme masa de trabajadores poco o nada cualificados que inundaba sus barrios hacia nuevos empleos con sueldos estables gracias a la expansión del sector servicios, especialmente en segmentos como el comercio, la burocracia pública, la gestión empresarial o las profesiones liberales.

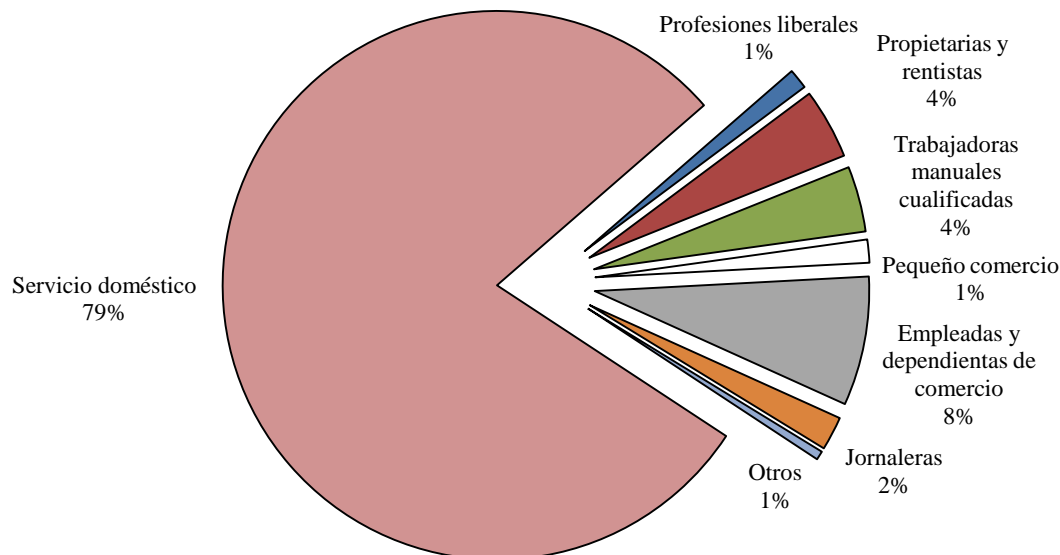
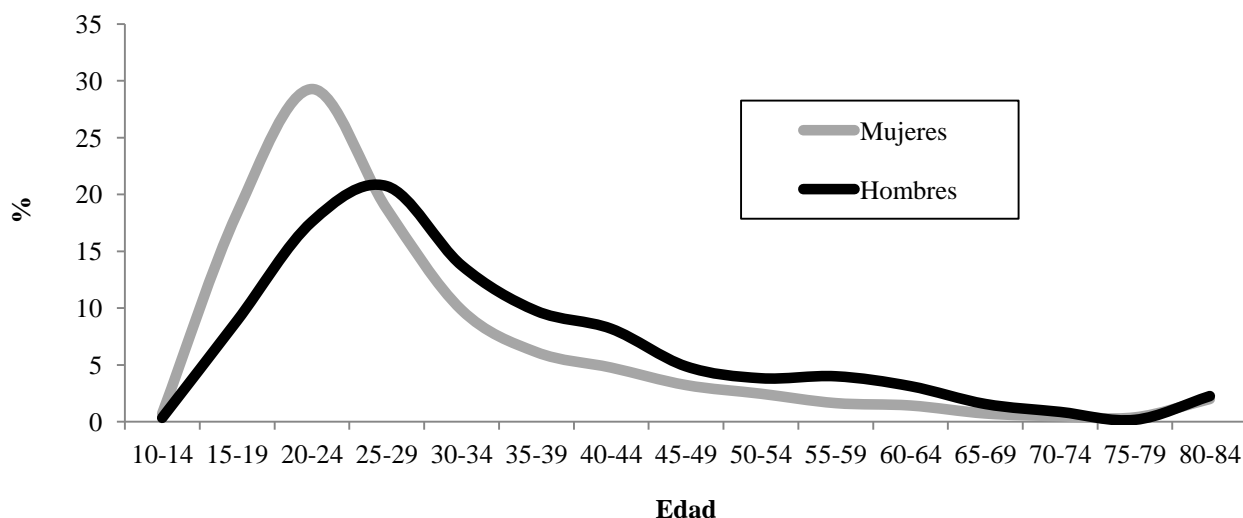


Figura 7.45. Participación laboral de las mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid (1930). Mujeres de entre 15 y 65 años. AVM, Estadística. Padrón de Madrid de 1930. N° casos: 16.070 mujeres.

En este contexto, cada vez eran más las mujeres que lograban acceder y desempeñar ocupaciones especializadas dentro del pujante sector servicios de la ciudad,

en ámbitos como los modernos almacenes comerciales, las oficinas públicas y privadas, las telecomunicaciones o la atención al público, lo cual significaba un adelanto cualitativo sin precedentes respecto a la realidad vigente en el último tercio del siglo anterior. Sin embargo, aunque la proporción de mujeres que declararon realizar este tipo de empleos estuviera cerca de triplicarse durante las primeras décadas del siglo XX en el conjunto de la ciudad (pasaron de representar al 3,9% de las mujeres mayores de 14 años en 1905 al 11,7% en 1930), desde un punto de vista eminentemente cuantitativo esta evolución todavía era muy modesta, eclipsada por la legión de sirvientas, criadas, cocineras, doncellas y niñeras que todavía copaba la participación laboral femenina en el mercado de trabajo madrileño, una característica también visible en el Ensanche Este de la ciudad (Figuras 7.31 y 7.45).



Figuras 7.46. Distribución por edades de los hombres y mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 ocupados en el servicio doméstico, tanto de forma porcentual (arriba) como cuantitativa (abajo). AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

La prestación de servicios personales y domésticos seguía siendo el principal medio de acceder al mercado laboral madrileño que se les presentaba a las mujeres al finalizar el primer tercio del siglo XX, especialmente para las jóvenes inmigrantes de origen rural recién llegadas a la capital, aquellas que carecían de cualificación y experiencia para optar a una ocupación mejor remunerada (Figura 5.34). Tanto las que habían recorrido largas distancias desde sus lugares de origen para buscar fortuna en Madrid (Figura 5.30), como las que partían de pueblos cercanos a la capital para entrar a servir en una casa madrileña para reunir en pocos años una dote con la que regresar y formar un nuevo hogar (Figuras 5.29). Y es que el perfil de las criadas que nutrían en gran medida este segmento laboral correspondían a estos perfiles, ya que se caracterizaban por su condición inmigrante (el 95% de las mujeres que lo componían en el Ensanche Este no habían nacido en Madrid), destacando aquéllas que procedían del mundo rural (el 80% había nacido en núcleos de población de menos de 10.000 habitantes), que eran solteras (el 91% declaró serlo en 1930), jóvenes (el 67% no había cumplido los treinta años), y de reciente llegada a la urbe (el 54% no llevaba ni un quinquenio residiendo en ella)¹⁹⁴.

¹⁹⁴ AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930.

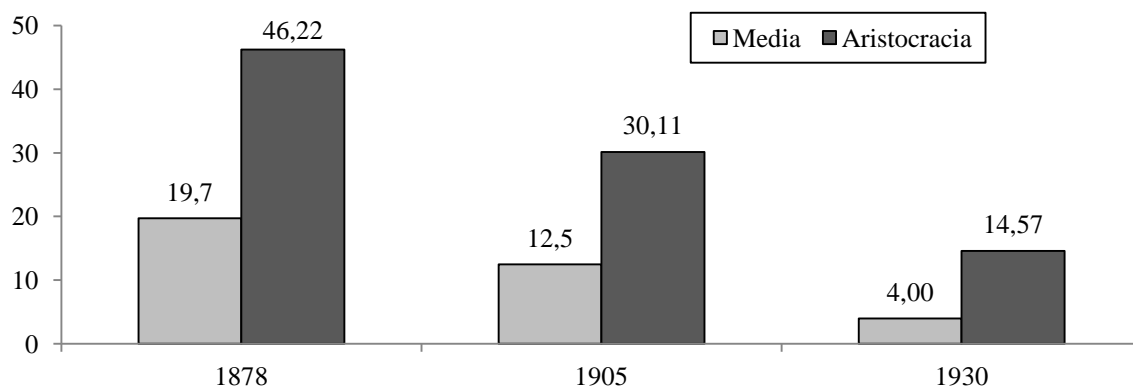


Figura 7.47. Índice de masculinidad del servicio doméstico interno contratado por las familias aristocráticas residentes en el Ensanche Este de Madrid en relación a la media. Elaboración propia a partir de los padrones municipales de Madrid de 1878 y 1905. AVM, sección de Estadística.

La naturaleza laboral del servicio doméstico se avenía como un guante a las posibilidades socioeconómicas de estos centenares de jóvenes muchachas de mil y un acentos que llegaban a la capital. Era una ocupación que se ejercía de puertas adentro del domicilio salvo cuando se iba a la compra o a los recados, que estaba íntegramente relacionada con las labores domésticas aún atribuidas en exclusiva socialmente a las mujeres, que no requería de cualificación previa y en la que una persona aprendía a desenvolverse en poco tiempo, un segmento laboral cuya demanda por parte de la sociedad madrileña era persistente y donde la oferta de mano de obra era inelástica a causa del alud migratorio en el que perennemente vivía Madrid, lo que congelaba los sueldos a pagar por disfrutar de dicho servicio. Además, el histórico arraigo que esta práctica poseía entre las familias rurales castellanas y de la cornisa cantábrica especialmente, y las tradicionales dificultades de integración laboral fuera del ámbito doméstico que las mujeres sufrían, fueron factores que mantuvieron incólume la apabullante presencia del servicio doméstico en los hogares madrileños que pudieran permitírselo (Figura 7.45).

Profesión del Cabeza de familia	Hogares con servicio doméstico			Número de sirvientes por hogar				
	1905	1930	Dif.	1	2	3	4	Más
Propietario	87,52	77,87	-9,65	27,64	32,81	18,55	10,06	10,94
Gran industrial	74,51	69,38	-5,13	38,74	33,33	14,41	6,31	7,21
Profesional liberal	80,50	68,55	-11,95	37,54	35,92	16,18	6,33	4,03
Militar	59,46	54,21	-5,25	50,76	36,74	8,96	2,15	1,39
Empleado	25,65	23,21	-2,44	69,80	22,38	5,51	1,86	0,46
Pequeño comercio	24,10	22,96	-1,14	62,04	25,92	10,47	0,79	0,79
Artesano	6,05	6,50	0,45	84,68	10,81	1,80	1,80	0,90
Jornalero	1,15	1,21	0,06	82,22	11,11	6,66		
Media total	31,30	28,17	-3,13	51,95	29,70	10,99	4,20	3,17

Figura 7.48. Número de sirvientes internos por hogar en el Ensanche Este de Madrid según la profesión del cabeza de familia. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón municipal de 1930.

Por todo ello, el proceso de feminización iniciado en el siglo XIX de las distintas ocupaciones que englobaban dicho segmento laboral, llegó a su máxima expresión durante los años de entreguerras, cuando las mujeres llegaron a suponer el 96% del

servicio doméstico del Ensanche Este. De este modo, la participación masculina quedó orillada a puestos muy específicos como porteros y cocheros de hoteles particulares, chóferes de la familia y mayordomos encargados de administrar las tareas de los demás miembros que componían el servicio doméstico del hogar. Ocupaciones en las que disfrutaban de unas condiciones de trabajo muy ventajosas respecto a los cargos desempeñados por mujeres, con unos sueldos y un estatus más elevado, cuya demanda se circunscribía a los hogares de la aristocracia más adinerada como símbolo de opulencia y tradición, donde su presencia significaba el 15% de su servicio doméstico interno, una proporción casi cuatro veces superior a la media (Figura 7.47).

El servicio doméstico seguía siendo crucial en las posibilidades de acceso al mercado laboral de las mujeres residentes en la capital. Y eso que la llegada de la electricidad y el agua corriente a cada vez más hogares de la ciudad, la mecanización de determinadas tareas domésticas gracias a la venta al público de los primeros electrodomésticos, o la diversificación laboral ofrecida a las muchachas mejor preparadas, incidió en su pérdida relativa de peso (que no cuantitativa) en el conjunto del mercado laboral madrileño (Figura 7.31), tendencia que empezó a hacerse visible incluso en el Ensanche Este, uno de los espacios urbanos más acomodados de la capital (Figura 7.48)¹⁹⁵. Una constante contracción que se palpaba en la lenta reducción del número de hogares que demandaban dicho servicio, así como en el número de criadas que eran contratadas en aquéllos que sí lo hacían, fruto por un lado, de la asunción por parte de muchas esposas de tareas otrora realizadas por el servicio doméstico, y por otro, de la mayor productividad de las criadas gracias a la simplificación de faenas como la traída de agua potable al hogar para la limpieza, aseo personal y la preparación de alimentos, o de carbón para la iluminación y la calefacción de las estancias.



Ilustraciones 7.24 y 7.25. A la izquierda, mujer realizando labores domésticas, 1932. A la derecha, trabajadoras en un lavadero de ropa de la calle Galileo. H. 1933. Archivo Fotográfico Alfonso, AGA.

Pero aún con todo, las tareas domésticas seguían siendo muy farragosas y cansadas, requerían una gran dedicación y consumían grandes esfuerzos y tiempo en realizarlas (Ilustración 7.24). Por ello, en cuanto el presupuesto familiar lo permitía, contratar una criada *para todo* se convertía en uno de las primeras partidas de gasto que se acometían entre las familias del Ensanche Este. Éstas solían ser muchachas jóvenes

¹⁹⁵ La evolución en el mundo urbano español fue similar, tal y como se demuestra en: MIRÁS ARAUJO, J.: "Rasgos básicos y transformaciones en el servicio doméstico en una ciudad periférica. A Coruña, 1900-1960", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 27. 2005, pp. 197-221.

con poca experiencia y bajo sueldo, recién llegadas a la capital y que entraban a servir en hogares modestos encabezados generalmente por funcionarios, empleados privados y militares de rango medio. Uno de estos hogares era el encabezado por el matrimonio Dionisio Prieto y María Gómez, ambos vallisoletanos y maestros de la Escuela Nacional, cargos por los que cobraban 8.000 y 3.500 ptas. respectivamente. Vivían en un principal del nº 6 de la calle Marqués de Villamagna, y tenían a su cargo dos hijos pequeños, una de siete años y otro de dos, y para su cuidado, además de para la realización de las tareas domésticas, contrataron a una joven criada de 21 años, también vallisoletana, que cobraba 40 ptas. mensuales por su trabajo y que desahogaba en gran medida al matrimonio de las arduas labores del hogar¹⁹⁶.

Principales características salariales y demográficas del servicio doméstico femenino interno (1930)

Tipo de servicio doméstico	Nº	%	Sueldo anual (ptas.)	Diferencia %	Inmigrantes %	Origen urbano %	Edad llegada	Años de estancia	Edad media
Profesora	18	0,1	1.352	+ 209	100	50	30	4	34
Institutriz	111	0,8	1.158	+ 164	95	31	32	5	37
Señorita compañía	29	0,2	749	+ 71	95	40	31	15	46
Nodriz	91	0,7	727	+ 66	99	17	30	6	36
Ama de llaves	72	0,5	628	+ 44	88	27	33	16	49
Cocinera	2.311	17,5	514	+ 17	96	16	23	8	31
Doncella	3.021	22,9	497	+ 14	95	16	19	6	25
Sirvienta, criada	7.246	54,9	461	+ 5	95	17	20	6	27
Niñera	305	2,3	438	100	96	18	20	4	24

Figura 7.49. Elaboración propia a partir del padrón municipal de Madrid de 1905. AVM, Estadística.

También había casos excepcionales protagonizados por familias de artesanos y jornaleros que declararon tener como internas a una de estas sirvientas. Era una circunstancia que se producía de forma muy coyuntural, bien en momentos expansivos del ciclo vital familiar, cuando la existencia de hijos muy pequeños impedía a las esposas realizar dichas tareas y obtener ganancias extras, o bien a través de la ayuda mutua obtenida gracias a la simbiosis entre las redes de paisanaje y los lazos de sangre. De este modo, llegaban primas, sobrinas, familiares y paisanas a la capital que eran acogidas por estas familias jornaleras y artesanas, que les brindaban alojamiento y manutención a cambio de que se hicieran cargo de sus labores domésticas y del cuidado de su prole, para permitir así una mayor participación de las esposas en el mercado laboral remunerado. Casos en los que las relaciones entre sí eran grises, difuminadas entre el vínculo de parentesco o de paisanaje por un lado, y la relación de amos y criadas por otro.

Estas sirvientas y criadas sin especialización, conocidas popularmente en el Madrid de la época como *menegildas* (vocablo que no sería reconocido por la RAE hasta 1947) eran el segmento más numeroso y peor pagado de las distintas figuras que componían el conjunto del servicio doméstico, independientemente de que fueran sirvientas internas o externas (Figuras 7.49 a 7.51). Trabajaban de sol a sol, más de doce horas diarias, y se encargaban de la compra, preparación y cocinado de alimentos, de la limpieza de las estancias de la vivienda, del aprovisionamiento de agua y carbón, del

¹⁹⁶ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

planchado, lavado y remiendos de la ropa, de los recados, del cuidado de los hijos, etc. Apenas poseían tiempo de descanso semanal salvo la tarde del domingo, que la tenían libre para visitar a la familia, reunirse con sus amistades o ir al cine gracias a la *propina* semanal lograda de la sisa obtenida los días de compra en el mercado.

Y es que a la altura de 1930, la delgada línea roja que separaba la servidumbre de un servicio doméstico en el que las mujeres que lo integraban estaban a disposición de sus empleadores a todas horas del día, sufriendo unas condiciones laborales situadas a años luz de algunos de los derechos ya reconocidos a los obreros de la capital, seguía siendo francamente difusa. Una situación ante la que unos pocos centenares de criadas comenzaron a rebelarse a finales de los años veinte, logrando la creación a principios de 1931, bajo el paraguas de la Casa del Pueblo, de la Asociación de Obreras del Hogar, organización encargada de presionar públicamente para la mejora de las condiciones laborales de sus afiliadas a cambio de una cuota mensual de dos pesetas¹⁹⁷. Entre sus principales reclamos y quejas se hallaban los bajos emolumentos que ganaban a cambio de unas extenuantes jornadas de trabajo, la falta de libertad individual, el férreo control de sus costumbres, el escueto descanso semanal que se les concedía, las pésimas condiciones en las que dormían, en unas estancias muy pequeñas, sin luz ni ventilación, o las malas contestaciones, el peyorativo trato y el férreo control de sus costumbres que recibían por parte de sus patronos, a los que, sintomáticamente, seguían denominando *amos*¹⁹⁸.

“El domingo quedó constituida en la Casa del Pueblo la Asociación de Obreras del Hogar, que se propone syndicar a las criadas de servir...”

-¿Y qué proyectos tienen ustedes ahora?

- ... Nosotros pretendemos lograr la jornada de diez horas... Por ahora las obreras del hogar trabajan desde antes de salir el sol hasta después de que se pone en muchas casas. Y queremos también conseguir el descanso semanal. La muchacha que pasa la vida trabajando tiene un perfecto derecho a descansar un día, cuando menos, a la semana... Queremos, en fin, que las obreras del hogar sean ante la ley como los demás proletarios que desenvuelven sus actividades en las distintas ramas del trabajo.”

El Socialista, 13 de enero de 1931.

Sin embargo, el recelo y la desconfianza no eran unidireccionales en este perenne conflicto, ya que las amas de casa empleadoras de dicha mano de obra también disintieron públicamente del servicio doméstico presente en la ciudad. Éstas argumentaban que los sueldos sí que eran proporcionados con las labores que realizaban, ya que se debía incluir también como pago los costes adheridos a la indumentaria, alimentación y alojamiento que les otorgaban a sus criadas internas. Además, también se quejaban de la cotidianeidad con que la sisa estaba presente entre el servicio, escatimando varias pesetas al presupuesto cada día que iban al mercado a aprovisionar la despensa de la casa. Pero, con mucho, el mayor reproche que se las hacía devenía de la inseguridad que las nuevas contrataciones generaban a las amas de casa. Es decir, cuando una familia debía contratar a una nueva criada para su nuevo hogar, para sustituir a la anterior o para incrementar su servicio, debía permitir su total

¹⁹⁷ *La Voz*, 14 de enero de 1931.

¹⁹⁸ Algunas de las quejas indicadas se mencionan en los siguientes números: *La Voz*, 11 de octubre de 1928, 19 de septiembre y 10 de diciembre de 1930, y *Mundo Gráfico*, 2 de octubre de 1929.

acceso a la casa, dejando al alcance de su vista y bolsillo tanto dinero como pertenencias personales, debiendo fiarse de su honradez. Esta endeblez del sistema de contratación era utilizado por ladronas que se hacían pasar por falsas criadas para poder acceder a dichos hogares y realizar pequeños hurtos en ellos o bien desaparecer con el dinero entregado por las amas de casa para hacer la compra. La prensa de la época se hacía eco de los distintos robos que se producían de cuando en cuando en las casas de los barrios más acomodados por este método, sacando a colación el requerimiento que las amas de casa hacían a las respectivas autoridades para que se instituyera un “*carné de identidad para las criadas*” en el que se regularan sus credenciales¹⁹⁹. Esta problemática, que fue magnificada por la prensa amarilla de la época, es corroborada con las distintas querellas y denuncias que eran presentadas en los juzgados de los distintos distritos madrileños.

“La sisa es una costumbre, llamémosla así, imposible de desterrar, hasta el punto de que es corrientísimo el que, al tomar una criada, la pregunten a una descaradamente: “¿Hay compra?” Y si les responde usted que no, le dicen entonces que no les conviene la casa.”

La Voz, 11 de octubre de 1928.

Como ejemplo mencionaremos el caso de Magdalena Benedit Osta, una mujer que se había especializado en presentarse como criada en aquellas casas que reclamaran su servicio para posteriormente, una vez contratada, sustraer cuanto encontrase de valor y darse a la fuga. Ésta fue demandada por Juan Mateo Cañero, que se había mudado al ático izquierda del nº 36 de reciente construcción de la calle General Porlier, y quien la contrató como sirvienta para todo el 9 de noviembre de 1931. Esa misma tarde, Magdalena “*se apoderó con ánimo de lucro de varias alhajas y propiedades*” de Juan y de su cuñada Victoria Morube, con quien convivía, por valor de 950 ptas. Magdalena ya tenía pendiente una acusación previa interpuesta por Crescencia Sánchez Castro, criada de Antonio Alcalde, residente en la calle Velázquez nº 28, donde había actuado del mismo modo. Una vez que la malhechora fue detenida se comprobó que tenía unos pésimos antecedentes, ya que había sido condenada hasta siete veces por delitos de hurto y tres por robo, la mayoría haciéndose pasar por criada, y además tenía pendientes varias causas por atentar contra la propiedad²⁰⁰. Un suceso que, según las amas de casa, podía evitarse con un mayor control por parte de las autoridades.

Dejando a un lado los tradicionales enfrentamientos existentes entre señoras y criadas y los escarceos que algunas integrantes del *sindicato del crimen* de la ciudad generaban, lo cierto es que en el servicio doméstico femenino había vida más allá de la muchacha para todo, especialmente en un espacio urbano como el Ensanche Este, donde la proporción de familias adineradas que podían permitirse una servidumbre más amplia y especializada era superior a la de gran parte del resto de la capital. En él habían ubicado sus residencias un nutrido grupo de los sectores socioeconómicos más acaudalados de la capital, focos de gran demanda de servicio doméstico interno. Éste estaba liderado por familias encabezadas por aristócratas, propietarios, rentistas, grandes industriales, hombres de negocios, profesionales liberales de reconocido prestigio y

¹⁹⁹ Las quejas realizadas por las amas de casa, así como los ejemplos de hurtos realizados por falsas criadas, y la posterior defensa de la idea del carnet de identidad del servicio doméstico en *La Voz*, 25 de octubre de 1928; *El Imparcial*, 5 de octubre de 1929, o *El Heraldo de Madrid*, 20 de agosto de 1930.

²⁰⁰ Archivo General de la Administración (AGA), Juzgado de 1ª Instancia e Instrucción del Distrito de Buenavista, sección penal, signatura (7)1.01 41/12, diciembre de 1931.

militares de alta graduación. En sus residencias todavía era moneda común la presencia de un servicio doméstico interno compuesto por varias criadas especializadas y de gran experiencia, si bien también era perceptible que la tendencia a la baja en el número de componentes también les afectaba (Figura 7.48). De este modo, en estos hogares, además de las doncellas y criadas de servicio dedicadas a la limpieza y cuidado del hogar y al lavado y planchado de la ropa, era frecuente que hubiera contratadas una o varias de las siguientes figuras: cocineras y pinches que se encargaban exclusivamente de la compra, preparación y elaboración de las comidas; nodrizas y ayas encargadas de dar el pecho y cuidar de los hijos más pequeños de la casa; niñeras que llevaban a los que eran más mayores tanto al parque como al colegio y cuidaban de ellos; institutrices y profesoras particulares de canto, idiomas o piano; señoritas de compañía que acompañaban a las señoras o a sus hijas adolescentes en su vida pública; y amas de gobierno dedicadas a la organización y gestión de toda la fuerza de trabajo que componía dicho servicio (Figura 7. 49). Pero incluso a este nivel había clases, aunque también cierta tradición cultural. Mientras que los altos cargos y profesionales públicos y privados solían disponer de un servicio de entre tres y cinco personas, la alta aristocracia en cambio disfrutaba de un séquito que solía superar la decena²⁰¹.

Tipología del servicio doméstico femenino del Ensanche Este	1860	1878	1905	1930
Interno	79,25	89,06	94,05	95,84
Externo	20,75	10,94	5,95	4,16

Figura 7.50. AVM, Estadística, padrones de Madrid. Mujeres mayores de 14 años.

El que se llevaba la palma en el Ensanche Este era el segundo marqués de Amboage, Fernando Plá Peñalver, gran propietario y político que residía junto a cinco hijos y su yerno en su hotel de tres plantas del nº 86 de la calle Lagasca cuya finca ocupaba toda la manzana (actual embajada de Italia.). Para el adecuado cuidado y adecentamiento de tan barroca vivienda y de sus distinguidos inquilinos, Fernando Plá tenía contratado un servicio doméstico compuesto por 31 personas, un matrimonio dedicado a la portería de la manzana, otro destinado al cuidado de la cochera, un conductor, un jardinero que cuidaba las flores del jardín, siete sirvientes varones que recibían un salario mensual de 75 ptas. mensuales, y un séquito de 19 criadas que cobraba 50 ptas. cada una. Otro ejemplo era el protagonizado por los marqueses de Santo Domingo, Juan Maroto Polo y Lorenza Pérez del Pulgar, quienes vivían en un hotel del nº 4 de la calle Ayala. Este matrimonio, que vivía con dos hijos que superaban la treintena, tenía contratados en 1930 a un portero, un lacayo, un mozo de comedor, una pincha de cocina, tres doncellas y una criada. Pero no hacía falta pertenecer a la aristocracia o a los más altos círculos políticos y financieros para disfrutar de un pequeño servicio doméstico especializado. Éste era el caso del ingeniero de minas de una compañía de Ponferrada, José Luis Aguirre Martos, profesional liberal que con un jugoso sueldo de 24.000 ptas. anuales vivía junto a su esposa, Esperanza Borrell García Lastra y cuatro hijos pequeños de doce, siete, cinco y tres años en el 3º izquierda del nº 9 de la calle Jorge Juan, un piso que poseía diez estancias y para cuyo cuidado contaba con una institutriz que educara a su prole, una cocinera para la familia y dos doncellas encargadas de la limpieza y adecentamiento del hogar²⁰².

²⁰¹ ARTOLA BLANCO, M.: “El servicio doméstico de la sociedad aristocrática: Madrid 1900-1950”, comunicación presentada a la mesa nº 12 del XI Congreso de la AHC, septiembre de 2012.

²⁰² AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Además de al servicio doméstico interno, único segmento laboral en el que participaban masivamente las mujeres que no adolecía de subregistro alguno, y que era el mayoritario en este espacio urbano, muchas de las familias residentes en él acudían, bien como complemento del servicio interno contratado, como sustitución de éste o para desempeñar únicamente las tareas del hogar más costosas como el lavado y planchado de la ropa en los lavaderos diseminados por la capital (Ilustración 7.25) o en las orillas del Manzanares, al servicio doméstico externo contratado por horas o determinados días a la semana. A diferencia de las criadas que residían con sus *patronos*, la detección del servicio doméstico externo era más escurridiza ya que no eran registradas en el padrón de las casas donde servían (lógico al no residir en ellas), por lo que su rastro dependía, como en el conjunto de las mujeres asalariadas, a que éstas señalaran debidamente su condición laboral en las hojas de empadronamiento de sus respectivas viviendas. Por este motivo, no se puede determinar cuántos hogares del Ensanche Este echaban mano de estas criadas por horas, si bien todo hace indicar que este espacio urbano también fue un foco de atracción laboral de relevancia en el conjunto de la ciudad, aunque sólo supusiera algo más del 4% del servicio doméstico femenino registrado en este espacio urbano (Figura 7.50), una cifra que contrastaba con el 48% que se registraba en el Ensanche Sur²⁰³.

Servicio doméstico femenino interno y externo del Ensanche Este por barrios (1930)									
	Conde de Aranda	Biblioteca	Retiro	Goya	Salamanca	Monasterio	Las Mercedes	Plaza de toros	Gutenberg
Interno	98,04	97,35	96,99	96,37	95,79	95,02	93,97	92,76	64,81
Externo	1,96	2,65	3,01	3,63	4,21	4,98	6,03	7,24	35,19

Figura 7.51. AVM, Estadística, padrón municipal de Madrid de 1930. Mujeres mayores de 14 años.

Y es que, por su especificidad, el servicio doméstico externo se caracterizaba por registrar una fuerte separación geográfica entre el lugar de residencia de estas criadas necesitadas de obtener un dinero extra para sobrevivir, ubicado en zonas de alquileres más bajos, y las casas donde eran contratadas, de cierto nivel económico. Una realidad demostrada primero por las tendencias opuestas seguidas por la evolución del alquiler medio de estos barrios (que en términos constantes se incrementó en un 20% entre 1878 y 1930), y la proporción de criadas externas que residían en ellos (su peso se redujo a la mitad durante el mismo período), y segundo, gracias a las direcciones señaladas por algunas sirvientas externas residentes en las distintas zonas del Ensanche. Una de tantas era Ángela Martínez Vargas, viuda de 49 años y natural de Cercedilla, quien residía junto a sus diez hijos en un sotabanco del nº 72 de la calle Narváez, en el barrio de Plaza de toros, por el que pagaba un alquiler anual de 900 ptas. Ante tantas bocas que alimentar, Ángela se apoyaba en los sueldos que ganaban sus hijos mayores, dos hijas que declararon ser modistas y una sastra, un hijo que era albañil y uno más pequeño que empezaba como aprendiz de pintor. Sin embargo, con ello no bastaba, por lo que Ángela trabajaba diariamente como asistente externa en el nº 81 del barrio de Conde de Aranda, ocupación que le proporcionaba un dinero extra y que le permitía regresar a casa para cuidar de sus hijos más pequeños²⁰⁴. Así, mientras que en el interior del propio Ensanche Este la distribución residencial de las criadas externas variaba en

²⁰³ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid, Op. Cit.*, pp. 561.

²⁰⁴ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

función de la carestía de los alquileres, concentrándose en barrios más económicos como los de Gutenberg, Plaza de toros y Las Mercedes (Figura 7.51), fuera de él eran abundantes los casos de mujeres que vivían en barriadas más baratas, como las de los *barrios negros* del Ensanche sur de Madrid, desde donde partían diariamente a las zonas más acaudaladas de la capital para servir en distintas casas y ganar lo suficiente para sacar adelante a su familia, franqueando diariamente las fronteras socioeconómicas que la expansión de la ciudad burguesa había impuesto. Una de las decenas de mujeres que cruzaba asiduamente esa *frontera invisible* era Tomasa García Reyes, viuda de 46 años natural de Perales, provincia de Cáceres, que residía junto a sus cuatro hijos en un tercero del nº 135 del Paseo de las Delicias, en el barrio de Peñuelas, vivienda modesta por la que pagaba un alquiler anual de 540 pesetas. Ella era una sirvienta externa que acudía varias veces a la semana al barrio de Goya, concretamente al nº 11 de la calle Núñez de Balboa, donde realizaba las labores domésticas que le encomendasen sus empleadores. Un recorrido que no hacía sola, ya que su hija mayor de 24 años la ayudaba con dichas tareas en el mismo domicilio, mientras que la hija que la seguía en edad, de 21, estaba ocupada como criada externa en la calle Antonio Maura. Similar recorrido hacía la hija de 18 años del matrimonio procedente del pueblo toledano de Ocaña formado por Antonio Chaves y Paz Arquero. Éstos residían en un bajo del nº 24 de la calle Méndez Álvaro, en el barrio de Delicias, por el que pagaban al año 264 ptas., una cifra que, aunque baja, era difícil de pagar ya que Antonio, que se declaró albañil en paro, era una víctima más de la crisis de la construcción que atenazaba dicho sector. Para paliar esta situación familiar se buscó la incorporación de las hijas mayores del matrimonio al mercado laboral de la ciudad, logrando que la mayor fuera tomada como sirvienta externa en una de las viviendas del nº 122 de la calle Velázquez, mientras que la menor, una muchacha de 14 años, lo hiciese cerca de casa, en el nº 16 de su misma calle²⁰⁵.

Principales características del servicio doméstico femenino externo (1930)						
Profesión	Cabeza	Familiar	Esposa o pareja	Hija	Realquilada	Total
Asistenta, ama de gobierno, doncella	55,83	25,66	26,47	15,57	25,58	30,10
Lavandera, planchadora, cocinera	9,20	9,87	20,59	5,39	9,30	11,16
Nodriz, niñera, ama de cría	3,07	0,00	0,00	1,20	2,33	1,76
Criada, sirvienta	31,90	64,47	52,94	77,84	62,79	56,98
Total	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

Figura 7.52. Elaboración propia a partir de los padrones municipales de Madrid de 1860, 1878 y 1905. AVM, sección de Estadística. Sólo se han contabilizado las mujeres mayores de 14 años.

Tal y como le ocurría a Ángela, el servicio doméstico externo seguía siendo el refugio laboral al que acudía un perfil de mujer distinto al que predominaba entre la servidumbre interna. Solían ser mujeres de mayor edad (Figura 7.53), cuyo estado civil solía ser el de viuda o casada, y que encabezaban un hogar propio o pertenecían a uno que estaba pasando una difícil coyuntura económica, ya fuera por la muerte del marido, su inestabilidad laboral o el aumento de la prole. Por unas circunstancias o por otras, estas mujeres se veían en la necesidad de adentrarse en el mercado laboral asalariado madrileño de forma estable, aunque carecían de una cualificación profesional

²⁰⁵ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930. Desde expreso mi agradecimiento a Fernando Vicente Albarrán por prestarme estos datos extraídos del padrón de habitantes de Madrid de 1930 y por permitirme publicarlos.

especializada que les ofreciera un horizonte laboral distinto al del servicio doméstico interno. Una salida ocupacional en la que sí tenían experiencia propia por encargarse de las labores domésticas de su casa (de hecho, no era extraño que muchas asistentes y lavanderas hubieran sido en sus años de soltería criadas de servir), pero que no podían permitirse porque tenían una prole que cuidar. De ahí que se especializaran en prestar dichas tareas de forma externa, ya fuera fregando o limpiando las estancias de la casa diariamente, o recogiendo la ropa de varias viviendas para lavarla y plancharla en los distintos lavaderos de la ciudad semanalmente. La opción de trabajar a destajo o por horas en las tareas domésticas, también fue un recurso habitual tanto para madres jóvenes que, a la vez que amamantaban a sus hijos, trabajaban como nodrizas y ayas externas, como para las hijas adolescentes de las familias jornaleras y artesanas residentes en la capital, quienes contribuían en la medida de lo posible al presupuesto familiar trabajando como criadas y doncellas externas por horas, pero sin tener que abandonar la vivienda familiar (Figura 7.52). Según el reportaje publicado en *La Voz* en 1930 dedicado a las asistentes externas, estas trabajadoras domésticas tenían una jornada laboral de entre ocho y diez horas y solían cobrar unas tres pesetas diarias incluyendo el almuerzo. Era una ocupación poco estable en la que “*trabajaban más que nada como ayuda*” al presupuesto familiar, en la que difícilmente se lograba trabajar más de tres o cuatro días por semana, siendo las casas en las que eran contratadas las “*de clase media, de clase muy media, en las que ni siquiera pueden sostener una criada*” interna²⁰⁶.

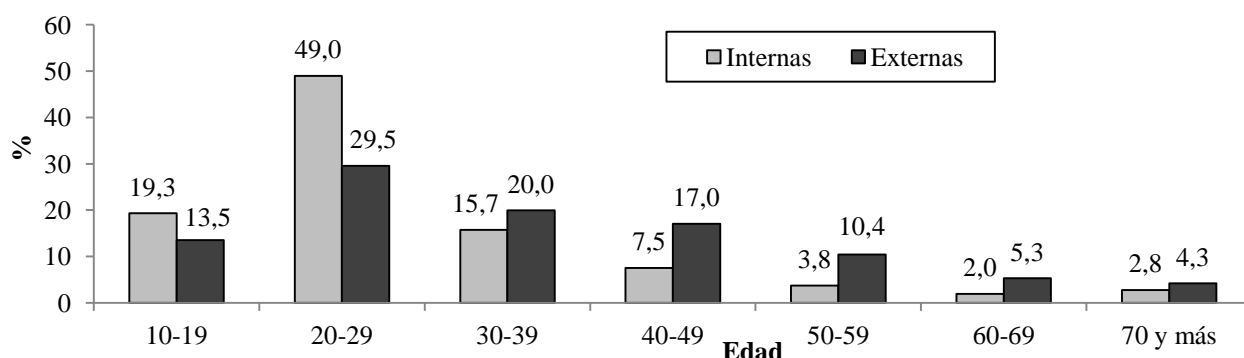


Figura 7.53. Distribución por edades del servicio doméstico femenino interno y externo del Ensanche Este de Madrid. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Madrid era la capital del Estado, y en ella se acumulaban los resortes del poder político, judicial, científico, cultural y financiero del país, era el eje de su sistema de transportes y telecomunicaciones, y se erguía como una de las plazas más pujantes y diversificadas del mercado de ocio y consumo nacional. Por todo ello, la presencia de familias aristocráticas, grandes industriales y banqueros, profesiones liberales y altos cargos de la administración pública, de la gestión privada y del Ejército, fue un rasgo distintivo y recurrente de la vida socioeconómica de la ciudad desde su elección como Corte y, posteriormente, como Capital. Desde que el Ensanche fuera ratificado en 1860, este heterogéneo grupo acomodado empezó a concentrarse en el *nuevo Madrid* que se estaba gestando al este del eje Prado-Recoletos, de ahí que la intensiva demanda laboral de servicio doméstico a ellos asociada, principal resorte de integración en el mercado de trabajo remunerado de la ciudad para las miles de mujeres que lo requerían, se concentrara en este espacio urbano. Pero este segmento laboral no fue el único especialmente sensible a los distintos ecosistemas urbanos que se formaron en la ciudad

²⁰⁶ *La Voz*, 19 de setiembre de 1930.

a medida que ésta se fue convirtiendo en una metrópoli europea durante el primer tercio del siglo XX.

Los primeros visos del desembarco industrializador en la capital a raíz de la asunción de la electricidad desde principios del siglo XX, tomaron forma especialmente en un Ensanche Sur que la línea de circunvalación ferroviaria y los usos del suelo anteriores habían convertido en el *distrito industrial* de la ciudad. Modernas fábricas, talleres y grandes almacenes se aglutinaron en sus calles, y con ellos, los centenares de hombres y mujeres que nutrían sus largas plantillas, tanto los que atesoraban una cierta cualificación manual como los que eran meros jornaleros sin especialización. Y es que desde los años veinte, la incorporación de las mujeres madrileñas al moderno tejido industrial de la ciudad empezó a crecer, dejando de ser las cigarreras o tapiceras ocupadas en las Reales Fábricas de la urbe, las únicas exponentes femeninas de este sector económico²⁰⁷. Así, gracias a la mecanización de la producción y al uso intensivo de mano de obra, la demanda de obreras industriales aumentó en Madrid, lo que hizo que éstas empezasen a hacer acto de presencia en las nuevas modernas fábricas y talleres de grandes compañías como Telefónica, Standard Eléctrica, Floralia, Osram o MZA, situadas en el área meridional de la capital, o en las instalaciones de Perfumerías Gal, ubicada en el barrio de Moncloa²⁰⁸.

	Salarios-hora (ptas.) Estadística de salarios y jornadas de trabajo				Sueldo diario (ptas.) Padrón de 1930	
	Maestros, encargados	Oficiales	Ayudantes y peones	Aprendices	Artesanos	Jornaleros
Hombres	1,67	1,20	0,88	0,37	7,88	5,97
Mujeres	0,87	0,54	0,37	0,22	3,62	3,19
Proporción (%)	52,10	45,00	45,68	59,46	45,94	53,43

Figura 7.54. Diferencias salariales entre los trabajadores manuales madrileños según su sexo. Datos en ptas. y datos porcentuales. La información relativa a los salarios-hora proceden de la publicación del Ministerio de Trabajo y Previsión *Estadística de salarios y jornadas de trabajo referida al período 1914-1930*, Dirección General de Trabajo, Madrid, 1931, pp. 42-45. Por su parte, la información extraída del padrón municipal de Madrid de 1930 hace referencia a los hombres y mujeres mayores de 14 años que declararon su jornal y que residían en el Ensanche Este de la ciudad.

Una integración laboral que no fue óptima ya que, al igual que ocurría en el ámbito administrativo y burocrático del sector servicios, se caracterizó por realizarse de forma segregada físicamente en dependencias y talleres separados por género, además de estar focalizada en tareas en las que apenas había margen para el ascenso profesional. Por otro lado, la disparidad salarial seguía manteniéndose, ya que las mujeres obreras

²⁰⁷ DE LA CALLE VIAN, L.: *Cien años de tapiz español. La Real Fábrica de Tapices 1900-2000*. Fundación Universitaria Española, Madrid, 2009; CANDELA SOTO, P.: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*. Tecnos, Madrid, 1997.

²⁰⁸ CANDELA SOTO, P.: “El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX”, *Historia Social*, nº 45 (2003), pp. 139-159; CARBALLO BARRAL, B.: “La participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño del primer tercio del siglo XX (1905-1930)”, IBARRA AGUIRREGABIRÍA, A. (Coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Op. Cit.; DÍAZ SIMÓN, L.: “La participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño, 1900-1930”, *XI Congreso de la AHC*. Granada, 2012; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit., pp. 645-658; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit., pp. 483-495.

manuales ganaban un jornal medio que apenas suponía entre el 40 y el 50% de los emolumentos obtenidos por los hombres, independientemente de que tuvieran una cierta cualificación manual o no, proporción corroborada tanto por los datos extraídos del padrón municipal como por la estadística de salarios (Figura 7.54). Un fenómeno que no sólo hundía sus raíces en la carencia de oportunidades educativas y de aprendizaje que poseían las mujeres respecto a los hombres, sino que también era consecuencia de que la gran mayoría de las trabajadoras, muchachas jóvenes que no solían sobrepasar la treintena, apenas alargaban su vida laboral remunerada fuera del hogar una vez contrajeran matrimonio o tuvieran descendencia.

Eran casos como los de Milagros Martín De Prado, de 25 años y residente en un bajo de la calle Luis Villa en el barrio de Plaza de toros, donde vivía con sus tres hermanas pequeñas, y que declaró trabajar como obrera en la fábrica de hielos de La Industrial, situada en la calle San Andrés, junto a una de sus hermanas, de 15 años, que era aprendiz; el de Raimunda Escribano Ortiz, esposa de José Ferreira Mendía y madre de un hijo de cinco años, con quien residía junto a su suegro, una tía política y su hermano en un modesto entresuelo del nº 82 de la calle Goya, y que trabajaba como peona en las instalaciones de Kodak por 6,5 ptas. diarias junto a su hermano, quien cobraba 2 ptas. más siendo también peón; las hijas de 40 y 29 años del matrimonio formado por el zapatero Enrique Palencia y Ángela Mendaña, residentes en un pequeño sotabanco de tres estancias del nº 39 de la calle Pacífico junto a un hermano guarnicionero, y que declararon trabajar como obreras en la planta industrial de la perfumería Floralia del nº 30 del Paseo de Santa María de la Cabeza a razón de 4 ptas. de jornal diario; o la hija mayor de 23 años de la viuda Luisa Salas Moreno, que residía junto a su madre y dos hermanas pequeñas en un entresuelo del nº 20 duplicado de la calle General Pardiñas, quien declaró estar ocupada como obrera en la cercana fábrica de la Platería Meneses, uno de los pocos establecimientos industriales que habían sido erigidos en el Ensanche Este de la capital²⁰⁹.

Sin embargo, esta desigual asimilación de las mujeres en el mercado laboral industrial madrileño, más lenta y de menor arraigo que en Bilbao, Barcelona u otras urbes catalanas²¹⁰, donde la presencia de las grandes fábricas y talleres conserveros, siderúrgicos y textiles que las empleaban tenían varias décadas de antigüedad, distó de disfrutar de una presencia sólida en el Ensanche Este de la capital. Los mismos factores que sirvieron de reclamo para la concentración residencial de los grupos sociales de la ciudad más acomodados en sus barrios, repelieron en gran medida la ubicación de los modernos centros industriales de producción, que buscaban grandes terrenos a precios baratos, bien comunicados por ferrocarril y carretera y relativamente alejados del casco urbano para no tener que cumplir con los requisitos impuestos por la policía urbana, de estos barrios. Una dinámica funcional del suelo pensada ya desde los orígenes del proyecto de Ensanche (Figura 1.12), y que promovió la atracción de los trabajadores manuales hacia las cercanías de dichos focos de trabajo (Figura 8.10). Por todo ello, las trabajadoras industriales apenas tenían representación dentro del trabajo manual registrado en el Ensanche Este de la ciudad, el cual seguía copado por los tradicionales oficios vinculados a la aguja y el dedal (Figura 7.55). Así, a la altura de 1930 seguían abundando las trabajadoras cualificadas especializadas en la confección, como las

²⁰⁹ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

²¹⁰ GONZÁLEZ, M. (Dir.): *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, Población y Ciudad)*, Op. Cit.; OYÓN, J.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Op. Cit.; CAMPS, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Op. Cit.

modistas, sombrereras, sastras, bordadoras, encajeras, costureras o corseteras, las cuales suponían en torno a las tres cuartas partes del total (en el Ensanche Norte eran el 79%).

1930		
Profesión	Nº	%
Modista	265	39,55
Costurera	120	17,91
Sastra	46	6,87
Bordadora	19	2,84
Otros	41	6,12
Total	491	73,29

Figura 7.55. Principales profesiones de las trabajadoras manuales cualificadas del Ensanche Este de Madrid ligadas al sector textil y de la confección y su proporción sobre el resto (1930). Mujeres mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Un grupo socioprofesional de larga tradición en Madrid, que estaba nutrido por muchachas jóvenes y solteras que trabajaban a destajo, por prendas terminadas, en grandes talleres donde se concentraban varias decenas, en el propio domicilio, o acudiendo a las viviendas de sus clientes para tomarles medidas y mostrarles distintos tejidos con el que confeccionarles la vestimenta, retoque o remiendo deseado. Muchachas que habían conocido el oficio de sus madres o hermanas mayores, y que a la altura de 1930, o bien trabajaban a mano realizando pocas piezas delicadas y de gran calidad por un precio más elevado, o bien trabajaban con máquinas como las Singer con las que realizaban de forma mecanizada más prendas al día a precios más bajos. Madrid seguía sin destacar en la producción textil a nivel nacional, puesto que monopolizaba la Cataluña industrial, pero sí contaba con el mayor mercado de consumo nacional, tanto de prendas de gran calidad, hechas a mano, de diseño y telas importadas derivado de los grupos sociales acomodados que residían en ella gracias a su condición de Corte y Capital, de ropas más asequibles para los bolsillos de la creciente clase media formada por funcionarios y empleados privados, y como la demanda de todo tipo de remiendos, acabados, bordados y complementos²¹¹.



Ilustraciones 7.26 y 7.27. Fotografías de las plantillas de modistas contratadas en los talleres de costura de la Casa Tachín, (izquierda) y Madame Raguette, (derecha). *La Estampa*, 3 de diciembre de 1929.

²¹¹ DÍAZ SÁNCHEZ, P.: "Del taller de costura a la fábrica. El trabajo de las mujeres en la confección-textil madrileña", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 23, 1999, pp. 279-293; NÚÑEZ ORGAZ, A.: "Las modistillas de Madrid, tradición y realidad (1884-1920)", en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, Op. Cit.*, Vol. 2, pp. 436-450.

La eclosión del ocio y el consumo, la revolución de las técnicas publicitarias, los menores costes de producción de las prendas y la internacionalización de la moda influyeron en la complejización y diversificación de la industria textil. En Madrid empezaron a proliferar durante el primer tercio de siglo grandes talleres dedicados a la manufactura, remiendo y diseño de todo tipo de prendas, de ropa blanca, sombreros, ropa de niños, de bodas, de cama, para el hogar, ropa interior, etc., como los de *Granda*, *Aguirre*, *Casa Luisa* o *Casa Tachín*, ubicada en el nº 8 de la calle Barquillo y cuyo dueño, Genaro Zárate Corro, que también poseía otra modistería con géneros en la calle Marqués de Duero nº 3, vivía en el nº 29 de la Avenida Menéndez Pelayo²¹². En ellos se daba trabajo a decenas de jóvenes muchachas llegadas desde todos los rincones de la ciudad, que accedían al oficio desde muy jóvenes como aprendizas, siendo su jornada de trabajo de entre ocho y diez horas diarias cobrando a destajo (Ilustraciones 7.26 y 7.27).

“Hay varias horas del día en que los demás barrios de Madrid envían al barrio de Salamanca un ramalazo de su alegría. Son aquellas horas en que las modistas, alegría de Lavapiés, aristocracia de Chamberí, entran y salen en los talleres. En el barrio de Salamanca (en Jorge Juan, en Lagasca, en Olózaga, en casi todas las calles) tienen su taller las modistas más acreditadas. A la una, a las tres y media, a las ocho sobre todo, las calles se llenan de una algarabía jovial que es ansia de vivir la plena libertad de la calle. Madrid se anima con la cháchara loca de las modistas jubilosas. Por la calle de Serrano, por el paso de Recoletos, por la calle de Velázquez, de Alcalá, afluyen al centro las modistas”.

La Voz, 29 de agosto de 1922.

En uno de estos grandes talleres de costura encontraron ocupación las dos hijas mayores del matrimonio informal compuesto por Manuel Gutiérrez Ortiz y Carmen Montaña Martín, de 17 y 16 años y que declararon trabajar como modistas a razón de dos ptas. diarias en el taller de alta costura *Maison Madame Raguette*, inaugurado por sendas hermanas francesas en la calle Bárbara de Braganza a principios de siglo, jóvenes muchachas que presumiblemente fuesen retratadas un año antes en la prensa junto al resto de sus compañeras (Ilustración 7.27). Otro establecimiento ligado a la actividad textil fue *Manufacturas Villanueva*, fábrica situada en el nº 128 de la calle Alcalá dedicada a la producción y distribución de ropa blanca para mujer, niño, de cama, hogar, de novia, bautizo, tejidos y bordados, etc., vendidos a través de sucursales y despachos directos como las lencerías Musa²¹³. En ella encontraban labor costureras, modistas, bordadoras y vainiqueras que trabajaban a mano o a máquina, como María Rodríguez Iglesias, de 42 años, que vivía junto a su madre viuda y sus dos hermanos en un cuarto piso del nº 93 de la calle Lista, y que ganaba 6,6 ptas. diarias por ser “*oficiala de ropa blanca*”; o las hijas pequeñas de 20 y 16 años de la viuda Antonia Pérez Fernández, residente en un bajo de la calle Fuente del Berro nº 15, que cobraban 4 y 2 ptas. respectivamente por su labor de costureras en dicha fábrica²¹⁴.

²¹² AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

²¹³ Lencerías Musa, que contaba con dos establecimientos en la capital, uno en la calle Mayor nº 6 y otro en la calle Barquillo nº 22, publicó de forma reiterada entre 1926 y 1928 ser “*sucursal de la fábrica Manufacturas Villanueva, S.A., reconocida como una de las principales firmas del mundo en la confección de ropa blanca*”. A modo de ejemplo, consultar *La Voz*, los días 9 de enero de 1926, 15 de marzo de 1927 y 9 de enero de 1928.

²¹⁴ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

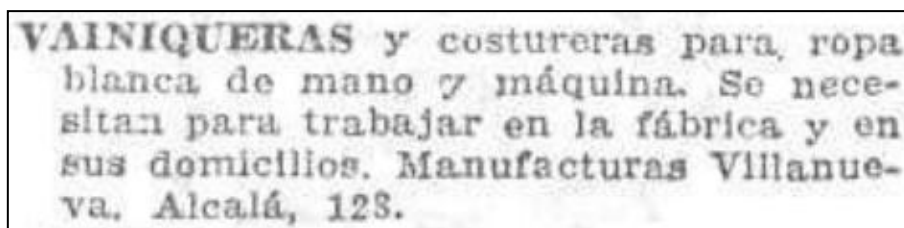


Ilustración 7.28. Anuncio de Manufacturas Villanueva demandando trabajadoras textiles para ocuparse en su fábrica o en su domicilio. *La Voz*, 2 de febrero de 1929.

No obstante, la mayor parte de esta legión de costureras, modistas y bordadoras no estaba ocupada en estos grandes talleres, más comunes en la ciudad condal que en la ciudad del oso y el madroño, sino en pequeños establecimientos y obrajes en los que trabajaban de dos o tres costureras, o en el propio domicilio, ya fuera de modo particular o mediante la subcontratación a través del *putting out* (Ilustración 7.28). Sólo en el Ensanche Este, el padrón municipal de 1930 reveló la existencia de un total de 145 tiendas, modestos obrajes y pequeños talleres particulares como mercerías de novedades, corseterías, sastrerías, tiendas de corte y confección, peleterías, modisterías o sederías. Las características de la mano de obra femenina empleada en este segmento laboral apenas cambiaron desde principios de siglo²¹⁵. El oficio de la confección seguía estando dominado en 1930 por el mismo tipo de trabajadoras cualificadas: muchachas jóvenes (más de la mitad de las adscritas a este segmento profesional no habían cumplido 24 años), solteras (el 85%) y que vivían junto a sus padres (el 63%)²¹⁶.

“Sólo las grandes manufacturas de ropa blanca cuentan con talleres propios de bordado. Las bordadoras, salvo estas excepciones, trabajan por su cuenta y tienen por patronos a los comerciantes de lencería al por menor. Uno de éstos, D. Lorenzo Roldan, accede gustoso a nuestro requerimiento y nos facilita la información desde el punto de vista patronal. —A nosotros — nos dice— no nos conviene el sostener talleres. El bordado, tanto a mano como a máquina, se hace hoy a tan bajo precio que no representa utilidad alguna para el comerciante, y aunque servimos do intermediarios entre la bordadora y el público, le aseguro, y usted mismo podrá comprobarlo por las obreras, que no obtenemos beneficio alguno con ello.... El beneficio lo obtenemos en la venta de la prenda que ha de ser bordada—.

Respecto a las bordadoras que trabajan a mano o a máquina, Virgilio de la Pascua, el periodista, pregunta: *“¿Trabajan ustedes todas por su cuenta? Casi todas. La que más tiene es un taller con dos o tres oficiales y una aprendiz. Y esas oficiales ¿trabajan entonces a jornal? No, señor. Nuestro trabajo es todo a destajo.”*

La Voz, 25 de octubre de 1928.

La confección seguía siendo un ámbito laboral muy útil para las muchachas que necesitaban obtener ingresos complementarios para el presupuesto familiar, pero no

²¹⁵ Sólo una vez superada la Guerra Civil y las décadas siguientes de penuria económica se produjo la modernización y resurgir del trabajo textil en Madrid. En: DÍAZ SÁNCHEZ, P.: *El trabajo de las mujeres en el textil madrileño. Racionalización industrial y experiencias de género (1959-1986)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga, 2001.

²¹⁶ Datos extraídos de las respuestas entregadas por las mujeres residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 mayores de 14 años ocupadas en la confección. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

para que pudieran emanciparse, toda vez que cobraban unos sueldos medios muy inferiores a los de sus congéneres masculinos (Figura 6.21). Jóvenes como la hija de 18 años de Emilia Guijarro García, portera viuda del nº 11 de la calle Espartinas, quien trabajaba por 2 ptas. diarias como aprendiz de modista en la corsetería del nº 5 de la calle Hermosilla, establecimiento donde también estaba empleada una de las hijas de Manuel Martínez Saldisa, anciano de 75 años que dejaba “*pasar la vida*” en un segundo del nº 77 de la calle Lista, como corsetera a cambio de 6 ptas. de jornal diario²¹⁷. Pero la confección también servía como válvula de escape para mujeres más mayores que, casadas o enviudadas (el 14%), acudían a la costura como el único medio de subsistencia en el que podían compaginar cierta cualificación laboral y un trabajo a domicilio que les permitiera cuidar de sus hijos. Ésta era la situación en la que se encontró Dora San Pablo Redonet, madrileña de 27 años que acababa de enviudar y que vivía junto a una niña de un año y un bebé de unos pocos meses en un primero del nº 15 de la calle Ibiza. Incapaz de trabajar largas jornadas fuera del hogar por tener que cuidar de sus pequeños retoños, Dora prosiguió con su ocupación de modista, donde ya tenía el grado de oficiala, aunque obviando entrar a trabajar en talleres sino a domicilio en casas particulares donde podía llevar consigo a sus hijos para cuidarlos y amamantarlos²¹⁸. Por último, también hubo casos (los menos) de mujeres que, contando con cierto capital, cualificación e iniciativa, dieron el paso de convertirse en pequeñas patronas de sastrerías y modisterías de barrio, incorporando nuevos tejidos y diseños extranjeros a su repertorio y montando un pequeño taller con un reducido número de operarias para sacar adelante los encargos que surgían. Matilde Gracia González fue una de esas emprendedoras. Esposa de 35 años de Feliciano Martínez Gordo, quien era encargado de la cochera que el conde de Guevara poseía en la calle Goya nº 8 a cambio de un sueldo anual de 3.720 ptas., y que regentaba la corsetería de la calle Hermosilla nº 5 en la que trabajaban las hijas de Emilia Guijarro y Manuela Martínez mencionadas anteriormente, y donde vivían junto a sus dos hijos y una hermana de Feliciano²¹⁹.

En definitiva, Madrid se convirtió durante los años de entreguerras en una metrópoli europea con fuertes contradicciones sociales, influida por una ebullición política y sindical creciente, y una marcada dualidad entre unos sectores económicos modernos y pujantes vinculados al sector servicios y a la incipiente industria, y otros que se resistían a desaparecer o a verse transformados radicalmente, como el servicio doméstico, el comercio o el artesanado minorista. Cercana a alcanzar el millón de habitantes, la ciudad albergaba en 1930 una economía compleja y diversificada, más capitalista y consumista que a principios de siglo, en la que el moderno tejido industrial se situaba en torno al Manzanares, el comercio tradicional se remozaba lentamente empujado por la apertura de grandes almacenes y franquicias que adoptaban nuevas técnicas de venta, publicidad y crédito, y en la que habían florecido complejos servicios públicos y privados. En este terreno abonado, surgieron nuevas vetas laborales vinculadas a la electricidad, las telecomunicaciones, el motor de combustión interna, la burocratización pública y privada o el ocio. Una expansión y complejización de un mercado laboral inserto en una dinámica de cambio que empezaba a vencer a las pervivencias, que afectó en menor medida a las mujeres, perjudicadas todavía en exceso por el clima sociocultural que las reducía a un papel subsidiario respecto a los hombres.

²¹⁷ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

²¹⁸ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

²¹⁹ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

De forma coetánea, a medida que la capital española se modernizó, en que culminó su conversión de *poblachón manchego* a capital liberal en la segunda mitad del siglo XIX, y su evolución hacia una moderna metrópoli europea en los años veinte y treinta de la centuria siguiente, ésta también se expandió físicamente a través de su hinterland. En vísperas de la Guerra Civil, la ciudad madrileña se disponía finalmente a colmatar su Ensanche decimonónico, toda vez que el Extrarradio había crecido en mayor proporción. En esta quiebra definitiva de la ciudad delimitada, se reprodujo el mismo fenómeno que en las demás metrópolis europeas: la especialización de sus usos del suelo y la formación de un crisol de espacios urbanos altamente segregados y relativamente homogéneos cuya composición socioeconómica tendió hacia la polarización social, fenómeno que añadiría más leña a los rescoldos de la lucha obrera y la radicalización de la política de clases.

Capítulo 8. *Vidas paralelas.*

Las múltiples realidades socioeconómicas del Madrid de 1930 y la privilegiada posición de su Ensanche Este.

“Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto.”

DICKENS, C.: *Tales of Two Cities*, Chapman & Hall, London, 1859.

El párrafo inicial con el que el autor de *Cuentos de Navidad* da comienzo a su célebre obra *Historia de dos ciudades*, ideado para contraponer las distintas atmósferas sociales, culturales y políticas que se respiraban en las dos principales capitales europeas (París y Londres) durante los albores de la Revolución Francesa, también sirve para describir a la perfección la creciente inestabilidad que envolvía a la sociedad europea de los años veinte y treinta del siglo XX. Un desequilibrio estructural que derivaba de las fuertes contradicciones socioeconómicas, políticas, culturales, religiosas, raciales e ideológicas que atravesaban el continente de este a oeste y de norte a sur. Tensiones complejas que no emanaban de un punto geográfico determinado, de un París revolucionario, sino que la combinación de factores que las motivaban se repetían por doquier por toda Europa. Especialmente en su mundo urbano más desarrollado, allí donde confluían la sociedad, el consumo y la política de masas, el sindicalismo y la lucha de clases con los desfasados valores burgueses. Allí donde el abismo que separaba a ricos de pobres, a propietarios de trabajadores, a capitalistas de obreros, era físicamente más sangrante como consecuencia de la profundización del fenómeno de la segregación residencial visible en todas las metrópolis occidentales. Ésta se hizo cada vez más acuciante a medida que las urbes europeas siguieron siendo el destino último de las ingentes migraciones rurales, fagocitando sus alrededores para dar cabida a sus nuevos inquilinos. Un factor más de desestabilización social que se unió al grueso *debe* acumulado en la época de entreguerras. Un período en el que ya no era necesario cotejar dos metrópolis para comprobar la poliédrica realidad de la sociedad europea como hiciera Dickens, porque cada una de ellas estaba fragmentada en distintos espacios urbanos cuyos residentes vivían contextos socioeconómicos muy diferentes. Experiencias vitales coetáneas de grupos sociales que transcurrían paralelas, opuestas en muchas ocasiones unas de otras, sin tocarse, tan cerca pero a la vez tan lejos.

8.1. La profundización de la zonificación socio-espacial madrileña.

El Novecientos no trajo consigo la segregación socioeconómica espacial al mundo urbano occidental en general, ni a Madrid en particular. Este fenómeno había nacido en la centuria anterior, iniciando un proceso de estratificación y segregación horizontal, de separación física de los más acomodados del resto, que substituyó lentamente a la separación en altura imperante hasta la fecha¹. Así, se fue configurando el modelo de ciudad burguesa, basada en una creciente zonificación de su espacio urbano a medida que crecía demográfica y geográficamente, aspecto que pronto atrajo la atención de personajes como Friedrich Engels o Charles Booth². Un fenómeno que siguió agravándose a lo largo del primer tercio del siglo XX, cuando la diferenciación social se apoyó no sólo en elementos económicos y de estatus simbólico como también en otros de índole cultural, racial, religioso o lingüístico, a medida que las grandes urbes occidentales fueron adquiriendo el rango de metrópolis, albergando a millones de habitantes de heterogénea condición. Un período en el que, sintomáticamente, afloraron de modo constante los estudios empíricos de dicho fenómeno en urbes de Europa y Estados Unidos por parte de sociólogos como Park, Mackenzie, Wirth, Hoyt, Burgess, Bohac, Halbwachs o Bleicher, quienes sentaron las bases sobre las que se desarrollaron las posteriores investigaciones destinadas a la comprensión de la segregación residencial urbana³.

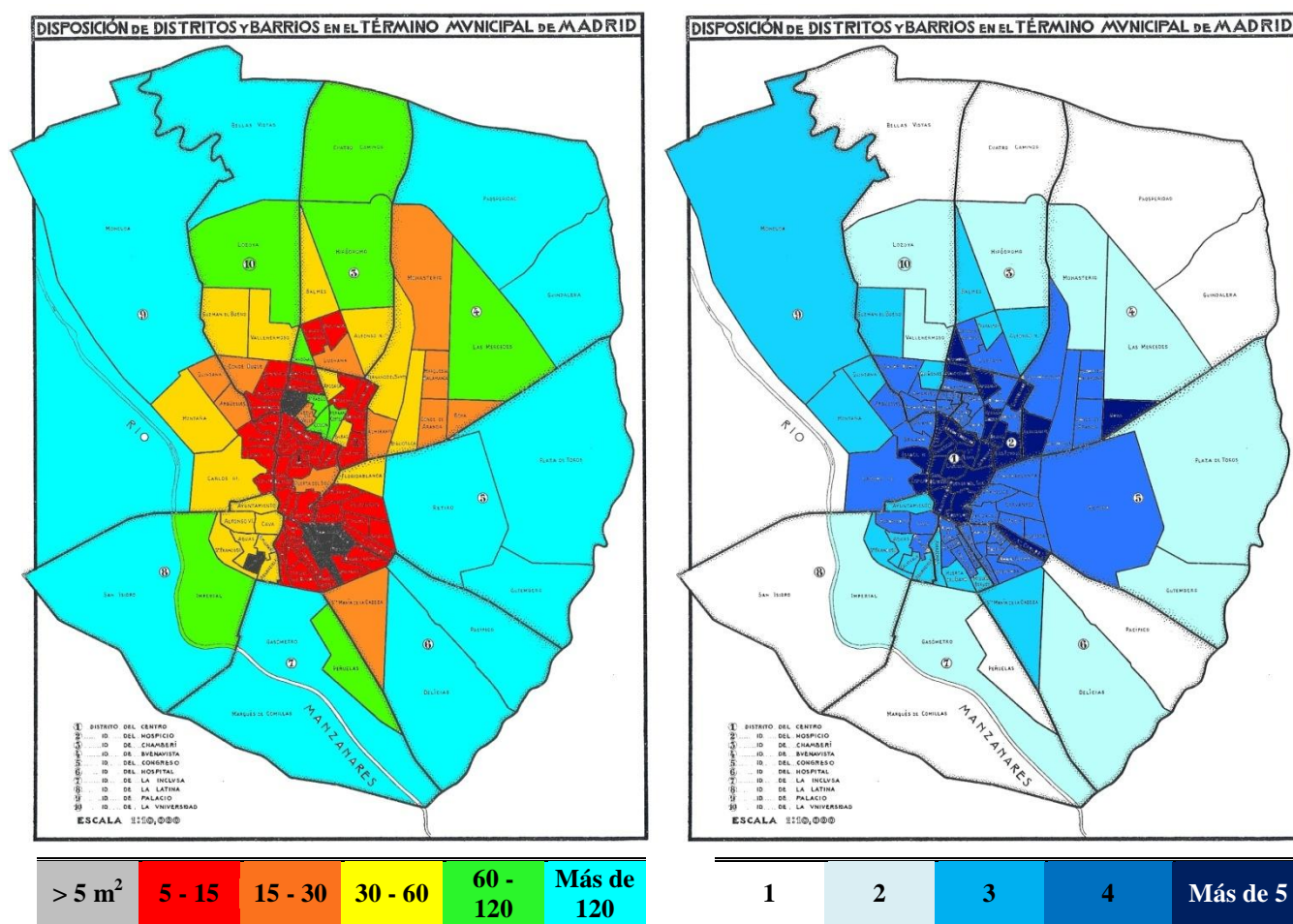
En lo que respecta a la capital española, sus habitantes iniciaron la senda de la estratificación residencial en el ecuador del siglo XIX, momento en el que su crecimiento demográfico vía inmigración sirvió de justificación a ojos de sus dirigentes liberales para reformar su área central y expandir sus límites administrativos (los proyectos de Reforma de la Puerta del Sol de 1852 y el de Ensanche de 1860).

La capital había duplicado la población que poseía en 1860 (de los 300.000 habitantes de 1857 había pasado a los 615.000), y sin embargo la vasta extensión de terreno declarada urbanizable más de medio siglo antes todavía distaba de estar colmatada. Un vistazo fugaz podría hacernos suponer que este fenómeno de estancamiento se debiera a la falta de demanda habitacional, ya que todavía existían 2.475 solares vacíos sin edificar y 3.429 cuartos desalquilados en el conjunto de la ciudad. Un contexto paradójicamente similar al que había dominado el mercado de la vivienda de Madrid en los años 40 y 50 del siglo anterior, tras la liberalización de los inquilinatos. Pero una mirada más incisiva desmonta rápidamente esta suposición.

¹ Un ejemplo de la segregación residencial en altura común en el casco antiguo en DE MIGUEL SALANOVA, S.: "Bajo los tejados de Madrid. Segregación residencial en el primer tercio del siglo XX", *I Congresso Histórico Internacional As cidades na história: População*, Vol. IV, Câmara Municipal de Guimarães, 2013, pp. 239-263.

² El primero resaltó las nuevas divisiones socioespaciales existentes en el Manchester industrial de mediados del siglo XIX, mientras que el segundo realizó uno de los primeros estudios sociales empíricos destinados a ubicar en el espacio urbano londinense los distintos grupos sociales que convivían en ella.

³ Desde finales del siglo XIX se multiplicaron los esfuerzos administrativos y científicos en Estados Unidos y Europa por comprender los resortes de la organización social de las grandes urbes y la división zonal de sus funciones socioeconómicas, dando lugar al nacimiento de la Ecología urbana, auspiciada por la Escuela de Chicago en los años diez y veinte del siglo XX y que obtuvo un rápido eco en Europa.



Figuras 8.1 y 8.2. A la izquierda, relación entre la superficie de cada barrio de Madrid y su población (m² por individuo) en 1915. A la derecha, número de plantas de los edificios existentes en cada barrio madrileño en la misma fecha. AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes de 1915*, Negociado de Estadística, Madrid, 1917.

En primer lugar, porque la mayor parte del casco antiguo de la ciudad presentaba unas cifras de densidad altísimas, ya que cerca de la mitad de su población (el 47%) residía en barrios donde a cada vecino le correspondía menos de 15 m² (cifra inferior a la existente en el Madrid de 1860, que era de 28 m² y que había servido de acicate para su ampliación). Un dato que no podía obtener justificación en la profundización del *encastillamiento* de los inmuebles hacia las alturas, ya que la mayoría de los edificios residenciales de la capital no superaba las cinco plantas (el 82% en 1915)⁴. El Ensanche había absorbido el crecimiento demográfico de la ciudad muy por debajo de sus posibilidades reales, tal y como reflejaban tanto la parca densidad de sus barrios (Figura 8.1), como la escasa traslación de la demanda habitacional existente en la ciudad a su mercado inmobiliario (Figura 8.2). A comienzos de la Gran Guerra, la mayor parte de los barrios del casco antiguo madrileño seguían estando caracterizados por el hacinamiento de su vecindario y la pervivencia de viejos edificios y corralas de cuatro y cinco plantas excesivamente compartimentadas en viviendas de dos o tres estancias, de marcada estrechez, mala ventilación y escasa higiene (Figura 5.10). Por el contrario, en los barrios del Ensanche la cuantía de las edificaciones sólo alcanzaba cierta entidad en torno a los viejos arrabales extramuros (Cardenal Cisneros, Trafalgar o Luchana al

⁴ AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes*, Negociado de Estadística, Madrid, 1917.

norte, y Santa María de la Cabeza y Peñuelas al sur), o en los alrededores de las dos zonas de más acusada expansión de la ciudad, el eje Recoletos-Castellana y la calle Alcalá, donde se erigían a un ritmo cansino modernos inmuebles de más de cinco alturas (Fernando el Santo, Biblioteca, Conde de Aranda, Marqués de Salamanca y Goya).

“¿Cómo se explica que el extrarradio amenace con superar en plazo breve al ensanche? Ello se debe a infinidad de razones y concausas. Por ejemplo. La plusvalía de la tierra, que en el interior ha aumentado en valor en un 80% en 15 años, mientras que en el ensanche el crecimiento ha sido de un 450%, y la resistencia de los grandes terratenientes madrileños a vender sus solares en espera de que siga la subida de valoración.

En Madrid existen 6 o 7 familias de grandes fortunas que poseen en casi su totalidad los terrenos urbanizados de la zona del ensanche, y estos grandes propietarios, que no sienten el agobio del dinero, dejan pasar los años y hacen los oídos de mercader a cuantas proposiciones de venta se les formulan, seguros de que sin ningún esfuerzo, tan sólo con un poco de calma, han de realizar fabulosas ganancias....

Esas 6 o 7 familias no venden una pulgada de tierra... Y así ocurre que en las más importantes vías del ensanche hay solares enormes, dedicados al cultivo unos, a pistas otros, sin que la ambición de sus dueños se considere bastante pagada con las proposiciones que reciben, que suponen 5, 6 y aún 7 veces el valor de lo que ellos heredaron.

Por ello se edifica más en el extrarradio, y llegará un momento en que nos encontraremos con dos ciudades (interior y extrarradio), separadas por unos solares de la zona del ensanche.”

La construcción moderna, 30 de noviembre de 1920.

Y en segundo lugar, porque la prueba más palpable se hallaba nada más cruzar el límite administrativo del Ensanche madrileño, en el Extrarradio, donde el número de inmuebles y calles crecía con mayor fuerza que en las otras dos zonas, lejos del control municipal ejercido por el Negociado y la Comisión de Ensanche, órganos administrativos donde los propietarios tenían voz y voto en un cínico ejercicio burocrático de cómo *poner al zorro a cuidar de las gallinas*⁵. Un espacio urbano que sirvió de válvula de escape para las capas populares de la ciudad, especialmente las de origen inmigrante, que eran expulsadas de un casco histórico masificado y que apenas encontraban alquileres asequibles para sus bolsillos en los inmuebles del Ensanche. Situar como juez y parte de la urbanización de la ampliación de la ciudad a los propietarios perpetuó la reserva de suelo y su especulación, factores que se convirtieron en moneda corriente en las zonas más preciadas del Ensanche, convirtiendo las posibilidades residenciales de centenares de miles de madrileños de origen modesto en rehenes de unas pocas familias propietarias, la mayoría de las cuales habían adquirido sus franjas de terreno antes de la ratificación del proyecto (Figura 4.1). Un proceso que fue denunciado públicamente en numerosas ocasiones y que provocó, en el caso específico del Ensanche Este, la reiteración continuada de apellidos como Maroto,

⁵ BASSOLS COMA, M.: “Los inicios del derecho urbanístico en el período del liberalismo moderado y en el sexenio revolucionario (1846-1876): el Ensanche de la ciudad como modelo urbanístico y sistema jurídico” y “El derecho urbanístico de la Restauración a la II República (1876-1936): crisis de los Ensanches y las dificultades de alumbrar un nuevo modelo jurídico-urbanístico”, ambos artículos en *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, XXVIII, (107-108), *Op. Cit.*, pp. 19-51 y 53-90; CARBALLO, B.; PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, *Op. Cit.*, pp. 35-96.

Erice, Gosálvez o Urquijo en las listas de los dominadores del mercado inmobiliario y de alquiler de esta zona desde la ratificación del proyecto de Castro en 1860 y su efectiva puesta en marcha con el derribo de las cercas en 1868⁶.

Más de media centuria después de que fuera ratificado el Ensanche de Castro, la encrucijada urbanística en la que se hallaba la ciudad albergaba paradójicamente ciertas similitudes con el contexto que en su día motivó la ratificación de dicho proyecto. Durante las dos primeras décadas del siglo XX, Madrid siguió creciendo demográficamente a un ritmo muy superior al derivado del crecimiento natural como consecuencia de las migraciones internas tanto rurales como urbanas (Figuras 5.1 a 5.3), fenómeno que incidió directamente en el incremento de la demanda habitacional y en la pervivencia del hacinamiento de su población, en la creciente presión urbanística ejercida para incrementar la altura permitida de sus inmuebles, y en la proliferación descontrolada de nuevas barriadas de escasa calidad y generalmente autoconstruidas tanto en el Extrarradio (como Cuatro Caminos, Tetuán, Prosperidad, Puente de Vallecas o San Isidro, los nuevos arrabales madrileños del siglo XX que sustituían a los de Chamberí o Peñuelas de mediados del siglo anterior) como en los municipios colindantes a la capital (Figuras 5.4 a 5.7). Una cuestión, la urbanística, de la que derivaban múltiples problemáticas socioeconómicas que no pudieron ser debidamente remediadas al naufragar, ser inoperantes por la falta de apoyo político y económico, o ser insuficientes la pléyade de proyectos, debates parlamentarios, concursos internacionales e iniciativas legislativas municipales y estatales que se sucedieron en estos años para ello. Una diatriba similar ocurrió también en el ecuador del siglo anterior, cuando fueron varios los proyectos e iniciativas legislativas como las de Mendizábal (1837), Mesonero Romanos (1845), Juan Merlo o Posada Herrera (1861) las que fueron soslayadas hasta desembocar en el proyecto de Castro.

Hablamos de jalones como la ratificación de la primera Ley de Casas Baratas de 1911, y de las sucesivas de 1921 y 1926, que buscaban financiar y subvencionar la construcción de casas económicas por parte de la iniciativa privada o la fundación de cooperativas de funcionarios, militares, periodistas o ferroviarios, y que en el caso madrileño incentivó la proliferación de las primeras colonias urbanas, barriadas residenciales para pobres periféricas a la gran ciudad influidas por los modelos de ciudad jardín de Howard y Arturo Soria⁷; el *Proyecto y Memoria para la Urbanización del Extrarradio de Madrid* (1909-1910) de Núñez Granés, que intentaba imponer cierto orden en la urbanización de la periferia madrileña mediante la creación de un nuevo cinturón de circunvalación que sirviera de nexo entre las principales vías de entrada y salida de la capital con los núcleos del Extrarradio y los municipios colindantes, o el posterior *Proyecto para la prolongación del Paseo de la Castellana*, en el que el ingeniero ya intuía que uno de los puntales del futuro urbanístico madrileño seguiría la senda del eje Recoletos-Castellana⁸; o el ambicioso programa de reforma interior emprendido por el consistorio y que tenía como elemento central la tan esperada apertura de la Gran Vía, avenida moderna de aires neoyorquinos y gran

⁶ MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Op. Cit., pp. 106-119; *Registro de propietarios y propiedades*, por D. Carlos Colubí, Op. Cit., AVM. Signatura: 0,69-52-1.

⁷ BARREIRO, P.: *Casas baratas: la vivienda social en Madrid (1900-1939)*, Op. Cit.; El recorrido de esta legislación a nivel español en: CASTRILLO ROMÓN, M^a: *Reformismo, vivienda y ciudad. Orígenes y desarrollo del debate en España (1850-1920)*, Universidad de Valladolid, 2001, pp. 85-119.

⁸ AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Proyecto para la urbanización del Extrarradio de dicha Villa. Ingeniero autor del proyecto: Don Pedro Núñez Granés*. Madrid, Imprenta Municipal de Madrid, 1910; y *Proyecto para la prolongación del Paseo de la Castellana*. Imprenta Municipal de Madrid, 1917.

monumentalidad, que venía acompañada de planes de creación de plazas como la de España, del derribo de manzanas preexistentes y rectificaciones de alineaciones como la de la calle Bailén⁹.

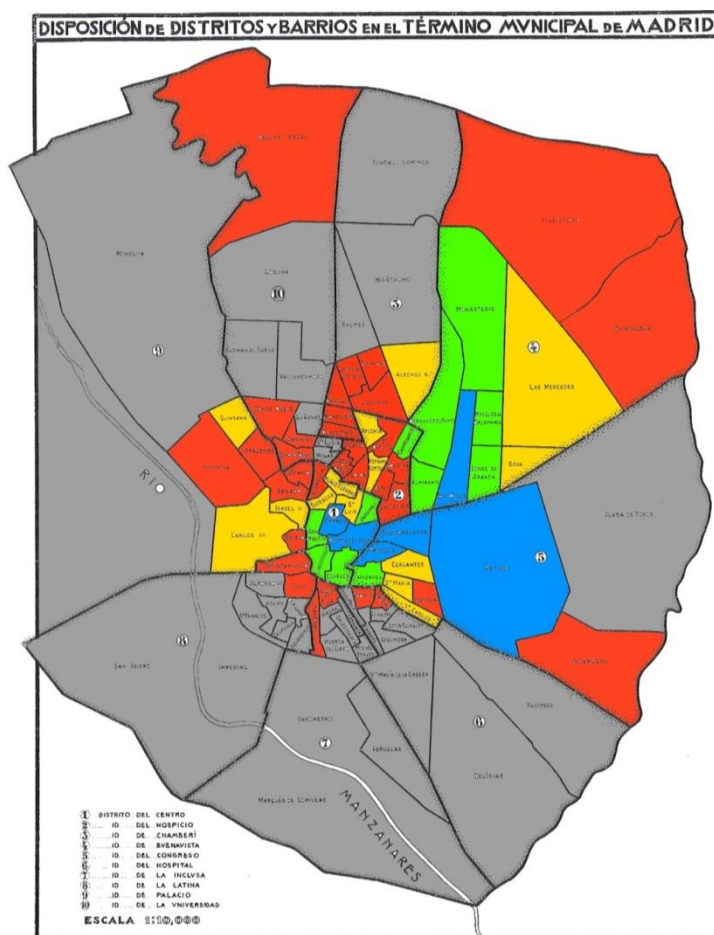
Este conglomerado de actuaciones urbanísticas se efectuaron sobre una ciudad inmersa a la altura de 1915, ya iniciada la conflagración europea, en una profunda reestructuración socioeconómica de su espacio urbano (Figura 8.3)¹⁰. Siguiendo la tendencia iniciada con el proyecto de Ensanche, la segregación socioeconómica horizontal se hizo cada vez más marcada. En primer lugar destacaba el secular eje central de la ciudad, situado en torno al eje formado por la Plaza Mayor, la Puerta del Sol y la Plaza de las Cortes y sus alrededores, donde confluyen los tramos más reputados de calles de renombre como Mayor, Toledo, Alcalá, Carrera de San Jerónimo, Preciados o Caballero de Gracia. Éste era el punto nodal donde se concentraba el comercio, las finanzas, la actividad económica y el ocio de la capital. Sus renovados inmuebles, edificados o reformados durante el ecuador de la centuria anterior, potenciaron su simbolismo social y revalorizaron su valía económica¹¹. Por todo ello, el núcleo central de la ciudad copaba los mayores precios medios de su mercado de alquiler, superando las 300 ptas. mensuales. Por otro lado, aunque los albores de la Gran Guerra todavía era una fecha temprana para percibir con claridad el impacto real de la construcción del primer tramo de la Gran Vía, todavía en fase inicial, no lo era en cambio para comprobar cómo la basculación de los resortes del poder socioeconómico de la capital de oeste a este, iniciada en tiempos de Isabel II, proseguía su cauce hacia el eje Prado-Recoletos-Castellana, espacio público de prestigio social fortalecido con la conformación en su orilla de la *city* madrileña¹². Así, barrios eminentemente residenciales como Biblioteca, Retiro, Almirante, Fernando el Santo o Monasterio, se revalorizaron ostensiblemente durante las décadas interseculares hasta situar sus alquileres medios por encima de las 150 ptas. mensuales en 1915. En estos dos núcleos el suelo urbano era más caro, si bien las funciones socioeconómicas que desempeñaban cada uno de ellos eran cada vez más distantes. Mientras que los barrios céntricos iban especializándose en acoger a sedes de relevantes marcas comerciales, sociedades financieras y grandes empresas encareciendo ostensiblemente toda opción residencial, los barrios del Ensanche mencionados siguieron cumpliendo a la perfección con su función residencial de alta calidad.

⁹ LÓPEZ SALLABERRY, J. y ANDRÉS OCTAVIO, F.: *Memoria del proyecto de saneamiento parcial denominado Reforma de la prolongación de la calle de Preciados y enlace de la plaza del Callao con la calle de Alcalá*, Op. Cit.; BAKER, E.: *Madrid Cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*. Marcial Pons, Madrid, 2009; MERINO, I.: *Biografía de la Gran Vía*, Op. Cit.; AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Gran Vía de Madrid 1901-2010*. Op. Cit.; RUEDA LAFFOND, J. C.: *Madrid 1900. Proyectos de reforma y debate sobre la ciudad*, Madrid, UCM, 2001; RUIZ PALOMEQUE, M. E.: *Ordenaciones y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX-XX*, Op. Cit.

¹⁰ CARBALLO, B.; PALLOL, R. y VICENTE, F.: “Oferta de vivienda de alquiler en el Madrid del primer tercio del siglo XX”, en DEL ARCO, M.A.; ORTEGA, A. y MARTÍNEZ, M. (Eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, EUG, Granada, 2013, pp. 161-180; DE MIGUEL SALANOVA, S.: “Bajo los tejados de Madrid. Segregación residencial en el primer tercio del siglo XX”, *I Congreso Histórico Internacional As ciudades na história: População*, Vol. IV, Op. Cit., pp. 239-263.

¹¹ QUIRÓS, F.: “La construcción del centro urbano. Política y especulación en la reforma de la Puerta del Sol (1853-1862)”, en *Eria*, nº 4, pp. 81-91; ARNÁIZ GORROÑO, Mª J.: “Un ejemplo de intervención en la ciudad decimonónica: la Puerta del Sol de Madrid”, en BONET CORREA, A (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, UCM, 1982, pp. 969-992.

¹² RUEDA LAFFOND, J. C.: “El eje Prado-Recoletos-Castellana. Espacio social de prestigio de las elites y espacio de manifestación pública a inicios de siglo”, en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, tomo XXX, 1991, pp. 553-576; SANZ GARCÍA, J. M.: *Madrid ¿capital del capital español?*, Op. Cit.



Menos de 25 ptas.	De 25 a 75 ptas.	De 75 a 125 ptas.	De 125 a 300 ptas.	Más de 300 ptas.
-------------------	------------------	-------------------	--------------------	------------------

Figura 8.3. Representación cartográfica de los segmentos de alquiler más relevantes de Madrid en 1915 por barrios. El plano no indica el alquiler medio por carecer de los datos desagregados, sino que se ha destacado el segmento más representativo de cada espacio urbano. En los barrios en gris las viviendas con un alquiler mensual inferior a 25 ptas. mensuales suponían más del 50% del total; en rojo y verde se han señalado los barrios donde esos alquileres suponía más del 35%; en azul, donde las viviendas más caras suponían más del 10%; y en amarillo, aquellos barrios que disponían de una oferta residencial de alquileres medios bajos y altos equilibrada. Alquileres mensuales. AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes de 1915*, Negociado de Estadística, 1917.

Pero la profundización de la zonificación residencial madrileña perceptible en la evolución del mercado del alquiler de la ciudad de 1915 respecto a las obtenidas a comienzos de la Restauración y a inicios del siglo XX (Figuras 4.8 y 4.21) dejó numerosas *víctimas* por el camino. Entre éstas se podrían distinguir dos grandes grupos. El primero estaba formado por los residentes de aquellos barrios del interior del casco antiguo que, por su antigüedad y posición periférica respecto a la Puerta del Sol, apenas recibieron la atención de las autoridades municipales durante la segunda mitad del siglo XIX, factor que influyó en su constante deterioro. Los rentistas y caseros de las vetustas y deterioradas viviendas sitas en las tortuosas y estrechas calles de barrios como los de Quiñones, Minas o Santa Lucía al norte, o en los de San Francisco, Argumosa, Arganzuela, Primavera o Calatrava al sur (los *barrios bajos*), tampoco invirtieron en mejorar las prestaciones higiénicas y de habitabilidad de sus propiedades ya que no les era necesario: la elevada demanda residencial de habitaciones baratas emanada de las capas populares garantizaba sus rentas. Por ello, las asfixiantes corralas, casas de vecindad y de corredor denunciadas por Hauser, Revenga o Mathet a comienzos de

siglo¹³, se mantenían una década después, masivamente habitadas y en deplorables condiciones de salubridad, tal y como Chicote o Lasbennes aseveraban¹⁴, haciendo de estos barrios del casco antiguo zonas de altos niveles de hacinamiento y compartimentación, de una elevada mortalidad y, como consecuencia, en espacios urbanos pauperizados donde se concentraban los alquileres medios más bajos del casco antiguo¹⁵.

Por su parte, el segundo gran grupo de espacios urbanos de bajos alquileres se situó en los terrenos del Ensanche. Todos ellos compartían como factores explicativos de dicho contexto la distancia que separaba a sus inquilinos del eje nodal de las actividades comerciales y económicas de la capital, así como la manifiesta escasez de los servicios e infraestructuras públicas de los que podían disfrutar. Porque el mercado inmobiliario y de alquiler no valoraba de la misma manera, evidentemente, las posibilidades de beneficio que atesoraba un barrio como Luchana, limítrofe con el casco antiguo, como el de Cuatro Caminos, sito a más de 2 Km. al norte. A ello habría que añadir elementos más específicos, como el desequilibrado sistema de financiación del Ensanche, que perjudicó ostensiblemente a los barrios de la zona Sur respecto a los del Norte y Este, y que tanto influyó desde sus inicios en la cuantía y tipología de las inversiones urbanísticas que el capital privado realizó en ellas. Y es que la demanda de viviendas de calidad en un barrio como Salamanca, que contaba con todas sus calles adoquinadas y arboladas, con alcantarillado, red de tranvía y agua corriente, sufragados con los ingresos de la segunda zona de Ensanche, no tenía parangón con la existente en Lozoya o Santa María de la Cabeza, donde la extensión y calidad de los servicios e infraestructuras públicas eran mucho menores. Además, la ubicación de cada barrio respecto a las principales vías de comunicación de la capital, a establecimientos e instituciones peligrosas o desagradables como naves y fábricas industriales, estaciones y líneas de ferrocarril, cementerios u organismos higiénico-sanitarios, o a núcleos de población preexistentes, también fueron elementos de depreciación de los alquileres medios que afectaron en mayor o menor proporción al Ensanche y el Extrarradio. A modo de ejemplo, el precio medio del alquiler de los barrios de Lozoya y Guzmán el Bueno se resentía gravemente por albergar o hallarse cerca de los cementerios, los depósitos del canal de Isabel II, el Asilo de Bernardino o la Cárcel Modelo. Del mismo modo ocurría en todos los barrios del Ensanche Sur (y tímidamente en el de Gutenberg), donde la línea de circunvalación y las distintas naves de mercancías, los talleres y las fábricas industriales o el complejo ferroviario de Atocha allí afincados, hacía menos apetecible la edificación de viviendas que no fueran destinadas a los modestos trabajadores manuales y a los empleados de escasa cualificación. Por su parte, en el Ensanche Este el barrio de Plaza de toros todavía mantenía en 1915 su cariz de barrio exógeno de bajos alquileres a causa del fenómeno de *pantalla* que el Retiro generaba sobre este espacio urbano en relación al casco antiguo, una etiqueta de la que parecía difícil desprenderse dada la presencia de la estación de Arganda y el Hospital del Niño

¹³ REVENGA, R.: *La muerte en Madrid*, Madrid, 1901; HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico social*, Madrid, 1902; MATHET, M.: *Urbanización de Madrid. Mejoras en el Interior*, Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, Madrid, 1903.

¹⁴ LASBENNES, L.: *Mortalidad de Madrid comparada con la de las demás capitales europeas*, Madrid, 1912; CHICOTE, C.: *La vivienda insalubre en Madrid*, Imprenta Municipal, Madrid, 1914.

¹⁵ HUERTAS, R.: “Vivir y morir en Madrid. La vivienda como factor determinante del estado de salud de la población madrileña (1874-1923)”, *Asclepio*, LIV, nº 2, 2002, pp. 253-276; PORRAS GALLO, M^a I.: “Un acercamiento a la situación higiénico-sanitaria de los distritos de Madrid en el tránsito del siglo XIX al XX”, *Asclepio*, Vol. LIV, nº 1, 2002, pp. 219-250; DÍAZ, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*, UCM, Madrid, 2010; BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid*, Op. Cit.

Jesús a orillas del Retiro, o el de San Juan de Dios y demás dependencias benéficas sitas en el tramo del Paseo de Ronda que recibiría el nombre de Doctor Esquerdo¹⁶.

Caso aparte fue la evolución seguida por las distintas barriadas que empezaron a salpimentar el Extrarradio desde principios de siglo. En gran medida, los nuevos núcleos de población surgieron como válvula de escape para aliviar el exceso de demanda residencial popular que soportaba el casco antiguo y que buena parte de los barrios nacidos del proyecto de Castro estaban lejos de ofertar dada su carestía. A la altura de 1915 estos espacios urbanos estaban inmersos en un fuerte desarrollo urbanístico, manteniendo en gran medida una tónica de precios de alquiler similar a la de sus barrios limítrofes del Ensanche, aunque teniendo en cuenta su mayor alejamiento respecto al casco antiguo (Figura 8.3). De este modo, en los barrios de San Isidro y Marqués de Comillas al sur, en las franjas de los de Gutenberg y Plaza de toros pertenecientes al Extrarradio en el este, o en el de Cuatro Caminos al norte, las viviendas de menos de 25 ptas. mensuales copaban la mayor parte de su oferta residencial, tal y como lo hacían en sus barrios colindantes del Ensanche. Dentro de esa misma dialéctica, aunque en un escalón superior, se encontraban los barrios de Prosperidad y Guindalera, que colindaban con un barrio de Las Mercedes cuyos residentes pertenecían mayoritariamente a segmentos de clase media como empleados, profesionales liberales, militares, pequeños comerciantes y trabajadores manuales cualificados. Gracias a esta cercanía, estos barrios gestaron una oferta inmobiliaria y residencial más holgada y variada que el resto del Extrarradio, ya que las viviendas con alquileres de entre 25 y 125 ptas. mensuales suponían más de la mitad de su oferta residencial, algo inusual a tanta distancia del casco antiguo (con la salvedad de la Ciudad Lineal, proyecto excepcional en tantos sentidos)¹⁷. Pero la necesidad de miles de familias inmigrantes de extracción popular que no encontraban cobijo en el interior de la urbe hizo que fueran a buscarlo a sus faldas, gestando rápidos poblamientos espontáneos, autoconstruidos y carentes de regulación en torno a las principales vías de entrada de la capital. Los más destacados fueron los de Bellas Vistas y Cuatro Caminos, que en 1915 ya demostraban poseer una vitalidad propia ajena a la lógica de la centralidad del casco antiguo madrileño, ya que los precios medios de sus viviendas superaban a los de barrios del Ensanche como Lozoya, Hipódromo, Guzmán el Bueno o Vallehermoso, más cercanos a éste, siendo uno de los primeros ejemplos del futuro crecimiento sectorial y atomizado de la capital española ya en la posguerra¹⁸.

No obstante, la mayor transformación del mercado residencial de la capital acaecida durante el primer tercio del siglo XX todavía estaba por llegar. Las hondas consecuencias socioeconómicas derivadas de la primera conflagración mundial transformaron las bases del mundo urbano europeo imperante hasta la fecha y, cómo no,

¹⁶ CARBALLO, B.; PALLOL, R. y VICENTE, F.: “Oferta de vivienda de alquiler en el Madrid del primer tercio del siglo XX”, en DEL ARCO, M.A.; ORTEGA, A. y MARTÍNEZ, M. (Eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Op. Cit., pp. 161-180; DE MIGUEL SALANOVA, S.: “Bajo los tejados de Madrid. Segregación residencial en el primer tercio del siglo XX”, *I Congreso Histórico Internacional As ciudades na história...*, Op. Cit., pp. 239-263; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

¹⁷ AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes de 1915*, Negociado de Estadística, Madrid, 1917; VORMS, C.: *Bâtisseurs de banlieue. Madrid: le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, Op. Cit.

¹⁸ GONZÁLEZ LÓPEZ, J.: *Madrid y su extrarradio: el distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*, Op. Cit.; DEL CORRAL, J.: “Tetuán de las Victorias. Nacimiento y desarrollo de una barriada madrileña”, en *Villa de Madrid*, nº 54, Madrid, 1977.

también el español en el que destacó Madrid, cuando experimentó su conversión en una metrópoli similar a otras europeas¹⁹. Durante los años de entreguerras quedó de manifiesto la ruptura conceptual del modelo urbanístico decimonónico madrileño basado en la ampliación ordenada y limitada de la urbe, como consecuencia del exponencial crecimiento más allá de su propio término municipal de ésta²⁰. Los factores que se solaparon en los años veinte y que modificaron el mercado de alquiler de Madrid entre 1915 y 1930 fueron varios y complejos (Figura 8.4).

En primer lugar, el fuerte incremento de la demanda de productos y materias primas de los países europeos inmersos en la contienda como consecuencia de su esfuerzo bélico, incentivó la producción industrial española incrementando la emigración rural hacia los grandes polos económicos del país (entre los que se encontraba Madrid), que requerían de abundante mano de obra para cubrir dicha demanda (Figura 5.16). Además, en el caso madrileño a este saldo migratorio se unió la consolidación de un crecimiento natural prolongado gracias al inicio de la transición demográfica en la ciudad a raíz de la reducción de las tasas de mortalidad infantil y general (Figuras 5.9 a 5.11). Como consecuencia, la capital española experimentó las mayores tasas de crecimiento demográfico de su historia hasta entonces, elevando su población hasta el millón de habitantes en vísperas de la II República (Figuras 5.1 y 5.2). Un fenómeno demográfico que agudizó aún más la incapacidad urbanística de la capital para hacer frente a su elevada demanda habitacional, problema agravado por el alza de los materiales de la construcción tras la guerra²¹. Una cuestión que se aupó a la palestra política nacional en los años 20 por ser un fenómeno que se repetía en grandes urbes españolas como Barcelona o Bilbao²², como en las principales capitales provinciales. De este modo, tal y como ocurría en otras urbes europeas²³, las autoridades estatales decidieron intervenir en los mercados inmobiliarios y de alquiler urbanos del país para contemporizar este creciente descontento social mediante la promoción de la edificación de nuevas viviendas y el control de los precios del alquiler. Así, por un lado se mantuvo la apuesta por la construcción de casas baratas con la ratificación de nuevas leyes en 1921 y 1924 (ésta última en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera), que ampararon la aparición de decenas de colonias de obreros, funcionarios y militares en el Extrarradio madrileño, aumentando claramente el número de licencias de construcción expedidas en esta zona (Figura 5.4). Y por otro, el cambio más importante y de mayor

¹⁹ INWOOD, S.: *City of cities. The birth of Modern London*, Op. Cit.; MELLER, H.: *European cities, 1890-1930's. History, culture and the built environment*, Op. Cit., pp. 77-116; RICHARD, L. (Dir.): *Berlín 1919-1933: gigantismo, crisis social y vanguardia, la máxima encarnación de la modernidad*, Op. Cit.; PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la II Guerra Mundial*, Op. Cit.; LEES, A. y HOLLEN LEES, L.: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Op. Cit.; WHITEHAND, J.W.R. y CARR, C.M.H.: *Twentieth-century suburbs. A morphological approach*, Op. Cit.; GAILLARD, J: *Paris, la ville (1852-1870)*, L'Harmattan, Paris, 1997. THOMPSON, F.: (ed.): *The Rise of suburbia*, Leicester University Press, Leicester, 1982; FOURCAUT, A.: *La Banlieue en morceaux. La crise des lotissements défectueux en France pendant l'entre-deux-guerres*, Créaphis, Grâne, 1996.

²⁰ SAMBRICIO, C.: *Madrid, vivienda y urbanismo. 1900-1960*, Akal, Madrid, 2004; BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid*, Op. Cit., pp. 131-177.

²¹ GÓMEZ MENDOZA, A. "La industria de la construcción residencial. Madrid 1820-1935", en *Moneda y Crédito*, nº 177, 1986, pp. 53-81.

²² OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Op. Cit., pp. 21-61; VV.AA.: *La consolidación de la metrópoli de la ría de Bilbao. Segunda industrialización, inmigración y capital humano*, Vol. 1, pp.31-49 y 87-113.

²³ POOLEY, C.G. *Housing strategies in Europe, 1880-1930*. Op. Cit.; MELLER, H.: *European cities, 1890-1930's. History, culture and the built environment*, Op. Cit., pp. 77-116; WHITEHAND, J.W.R. y CARR, C.M.H.: *Twentieth-century suburbs. A morphological approach*, Op. Cit.

recorrido histórico, fue la ratificación de medidas legislativas encaminadas a incentivar la edificación privada, a limitar la repercusión directa de la inflación en los alquileres, y a prorrogar obligatoriamente los contratos de alquiler²⁴. Este proceso se inició con el decreto del ministro de Hacienda Bugallal en 1920, cuya duración estimada era hasta 1922, y en el que se ratificó la prórroga obligatoria de los contratos de alquiler y la limitación de la subida de éstos con respecto a los niveles existentes en 1914. Pero el Directorio Militar de Primo de Rivera, además de ratificar los Estatutos Municipal y Provincial, que amplió las competencias municipales sobre urbanismo, perpetuó dicha legislación, aunque introdujo una serie de matices que favorecían a los propietarios: la revalorización de los contratos de alquiler que cumplieran cinco años de duración en un 10%, y además, quedaban exentos de esta legislación (en un intento de promover la edificación privada) las nuevas construcciones que se emprendieran posteriormente²⁵.

Pero la reestructuración del mercado de alquiler madrileño acaecida en los años veinte no se produjo sólo por la llegada de grandes remesas de inmigrantes a la capital española. La época de entreguerras también alumbró la definitiva consolidación del capitalismo avanzado en España²⁶, y Madrid, como mascarón de proa del país al ser su capital, percibió en primera fila el desembarco en su seno de grandes empresas industriales, sociedades financieras y firmas comerciales nacionales e internacionales que buscaban sacar tajada del mercado de consumo español²⁷. Para ello, debían posicionarse favorablemente en el tablero de juego, y de qué mejor forma que edificando sus modernas y majestuosas sedes sociales en torno al nuevo escaparate simbólico de la capital, aquel que acogía las principales instituciones políticas, jurídicas y financieras del país: el eje formado por la Gran Vía, la calle Alcalá y la Puerta del Sol.

“Madrid está constelado de Bancos. Sus calles más céntricas y más modernas están todas ellas cuajadas de Casas de banca, en las que, bajo una cosmopolita diversidad de lemas y de rótulos, el oro hace sus refulgentes remansos y el cheque habla su idioma internacional...”

Es reciente, de dos años acá, la construcción y el establecimiento de todo género de Bancos en Madrid. Y si la cotización cotidiana no nos deparase pruebas de la especulación que el dinero extranjero está realizando en nuestro país, bastaría subir la calle de Alcalá y la Gran Vía para adquirir una noción de cómo el millón exótico se está instalando en nuestro país y en nuestra ciudad, mientras el millón natural, el millón indígena, yace oscuro y olvidado en el cuarto piso en que mora el rentista modesto que no acaparó, quiero decir, que no robó...

²⁴Estas medidas fueron las esgrimidas en la capital por su nueva Asociación de Vecinos, creada en 1919.

²⁵ ARTOLA BLANCO, M.: “La transformación del mercado de alquiler de fincas urbanas en España (1920-1960), en *Biblio 3W. Revista bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. XVII, nº 988, 2012; BASSOLS COMA, M.: “El derecho urbanístico de la Restauración a la II República (1876-1936): crisis de los Ensanches y las dificultades de alumbrar un nuevo modelo jurídico-urbanístico”, *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, XXVIII, (107-108), *Op. Cit.*, pp. 53-90.

²⁶ ROLDÁN, S.; GARCÍA DELGADO, J.L. y MUÑOZ, J.: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, 2 Vols., *Op. Cit.*; GARCÍA DELGADO, J.L.: *La modernización económica en la España de Alfonso XIII*, *Op. Cit.*; GONZÁLEZ CALLEJA, E. *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930. Op. Cit.*.

²⁷ SANZ GARCÍA, J. M^a: *Madrid, ¿Capital del capital español?...*, *Op. Cit.*; GARCÍA DELGADO, J. L. y CARRERA TROYANO, M.: “Madrid, capital económica” en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España...*, *Op. Cit.*, pp. 209-237; OTERO CARVAJAL, L. E. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “El Madrid Moderno, capital de una España urbana en transformación, 1860-1931”, *Historia Contemporánea*, nº 39, 2009, pp. 541-588; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936...*, *Op. Cit.*

En el Madrid viejo yacen, solitarios y abandonados, los nobles palacios solariegos del blasón. Hiedras seculares circundan la señorial mansión de los nietos de héroes y de santos... En el nuevo Madrid se levantan, retadores e insolentes, los palacios del millón. De un millón que ni siquiera es español."

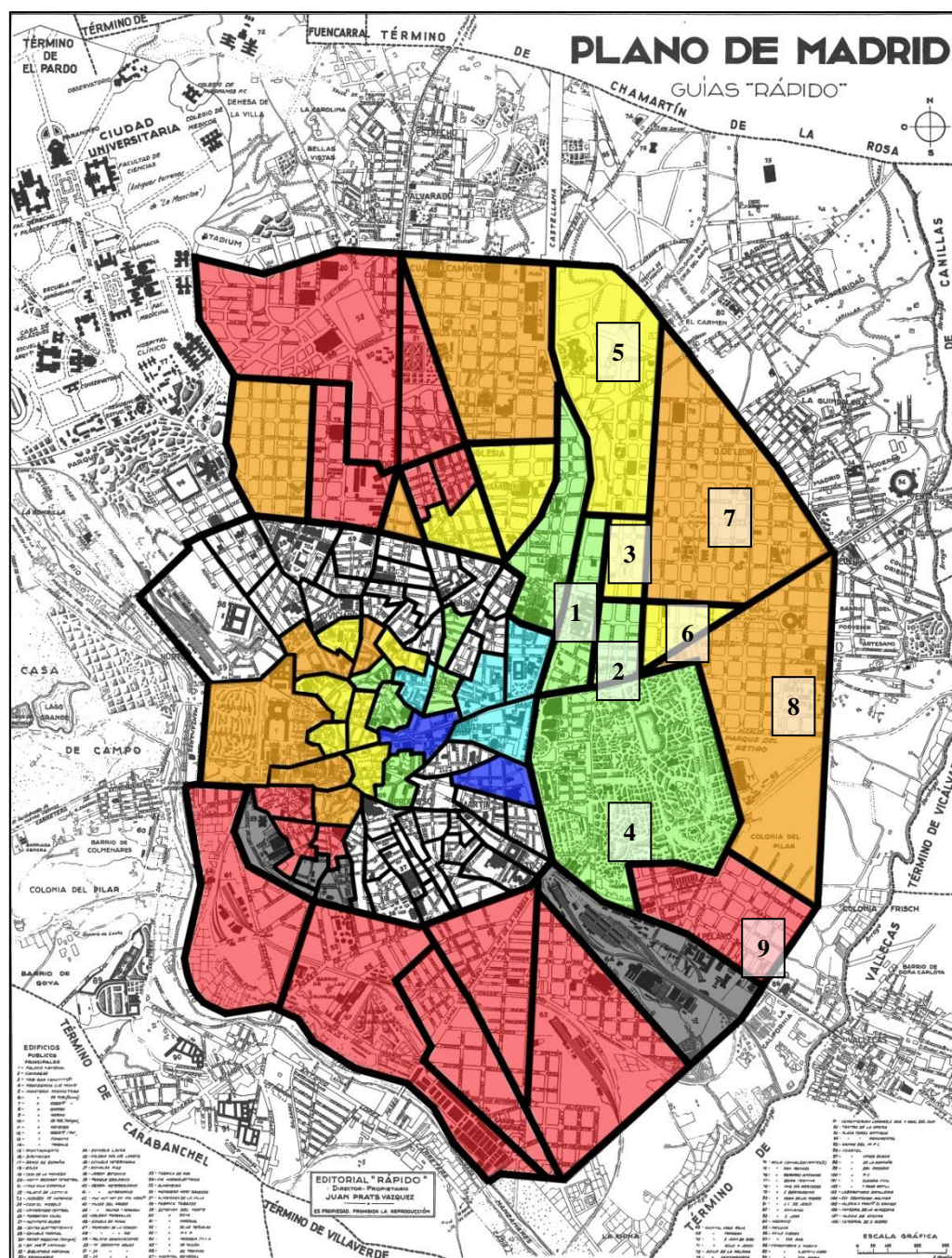
GALINSOGA, L.: "Los remansos de oro", en *Nuevo Mundo*, 3 de septiembre de 1920.

Un proceso del que fueron plenamente conscientes sus contemporáneos, tanto propios como extraños, como demuestran entre otros, los artículos de Luis de Galinsoga o Corpus Barga (independientemente de las opiniones personales que albergaran ante tal fenómeno) y las portadas del *Times* o el *New York Times* respectivamente (Ilustración III). En la prensa de la época se volvía a acuñar el concepto de *Nuevo Madrid* para describir los ambiciosos proyectos que a lo largo de estos años se llevaron a cabo para modernizar la capital española, como la consecución de la Gran Vía, la edificación de portentosas sedes sociales y *rascacielos* de empresas como Telefónica, los Almacenes Madrid-París o los Bancos de Bilbao y Río de la Plata, la puesta en marcha de la Ciudad Universitaria, la planificación de los parques urbanizados, los diversos intentos de racionalizar el Extrarradio y sistematizar el tráfico rodado, o la puesta en marcha de una moderna red de transporte público liderada por el Ferrocarril Metropolitano²⁸.

"Azorín dice que en la corte, ya no se pasea, se camina. Madrid tiene, pues, el signo de toda ciudad metropolitana. Instintivamente, un hombre, al salir del "Metro", anda deprisa, Pero, si ya no es corriente el paseo a lo largo de las calles, se puede pasear ahora en Madrid por lo alto de las casas. El arquitecto de la Calpense, sin tener en cuenta mis protestas contra la arquitectura del Nuevo Madrid, me ha permitido subir a su busca-cielos de la Gran Vía. A mitad de camino ya se está en una gran ciudad donde la gente que va por la calle es muy pequeña. Más arriba ya se ve a todo Madrid como a un chico en la edad de dar el estirón. Madrid se está arreglando por todas partes, es decir, que está descompuesto. Surge el Nuevo Madrid entre el Madrid Viejo. Hay el Madrid alto de las terrazas, y el Bajo Madrid de los tejados; el Madrid quijotesco, de las altas Empresas, y el Madrid sanchopanza y aldeano con sus campanarios, su tierra parda y amarillenta, y su cielo calmoso."

BARGA, C.: "Paseos por Madrid", en *El Sol*, 30 de diciembre de 1922.

²⁸ SÁNCHEZ PÉREZ, F.: "Madrid, 1914-1923: los problemas de una capital en los inicios del siglo XX", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Vol. 30, nº 3, 1994, pp. 37-69; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936...*, *Op. Cit.*



Niveles de alquiler mensual por barrios		
Leyenda	Ptas. corrientes (1930)	Ptas. constantes (1913)
Muy bajo	0 – 42,59	0 - 25
Bajo	42,59 – 85,18	25 - 50
Medio bajo	85,18 – 127,77	50 - 75
Medio	127,77 – 212,95	75 - 125
Medio alto	212,95 – 340,72	125 - 200
Alto	340,72 – 511,08	200 - 300
Muy alto	Más de 511,08	más de 300

Figura 8.4. Alquiler medio mensual de las distintas zonas y barrios del Ensanche de Madrid en 1930. AV.M, Estadística, padrón de 1930. Los datos de los Ensanches Norte y Sur y del casco antiguo han sido cedidos por Rubén Pallol, Fernando Vicente, Santiago De Miguel, Luis Díaz y Silvia Acedo. El cálculo de las pesetas corrientes de 1930 en constantes de 1913 procede de la tasación del IPC anual español realizado por: CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coord.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. II, *Op. Cit.* Leyenda: 1. Biblioteca; 2. Conde de Aranda; 3. Salamanca; 4. Retiro; 5. Monasterio; 6. Goya; 7. Las Mercedes; 8. Plaza de toros; 9. Gutenberg. *Guías Rápido*, 1935. Escala: 1:10.000. Gerencia Municipal de Urbanismo de Madrid.

De este modo, una de las principales características de la evolución de la estructura urbana de la capital fue que, a diferencia de los inicios de la Restauración, cuando se acuñaba la expresión de *nuevo Madrid* para referirse a los modernos barrios que surgían en el Ensanche, en concreto, en su margen oriental; en los años veinte este concepto englobaba tanto el proceso de modernización generalizada en el que se vio inmersa la capital como el espacio urbano que mejor lo representaba: un eje central rector de las finanzas, el comercio, la política, el consumo, el ocio y la actividad industrial de la ciudad y, en muchos aspectos, del país. Un espacio urbano que se consolidó aún más como el distrito central de los negocios de la metrópoli madrileña en ciernes (*Central Business District*), y que desde la Puerta del Sol se irradió hacia el este durante los años veinte, asimilando en su seno los dos primeros tramos ya edificadas de la Gran Vía y el espacio acotado por el paseo de Recoletos y las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo (Figura 8.4). Esta zona fue la elegida por *el millón extranjero* para *levantar* esas majestuosas sedes sociales *retadoras e insolentes* que componían el *Nuevo Madrid* de *altas terrazas, ese Madrid quijotesco* que daba paso a sus primeros *busca cielos* contruidos gracias a la aplicación de nuevos adelantos técnicos y modernos materiales de construcción²⁹. Un espacio urbano que, a medida que perdió su función residencial en detrimento de las comerciales, de servicios y finanzas (sus barrios fueron los únicos de todo Madrid que redujeron su población en estos años), experimentó una continuada revalorización de su precio del suelo hasta consolidar (o aupar) a los barrios de Puerta del Sol, Príncipe, Cervantes, Las Torres, San Luis y Almirante como los más caros de la ciudad (Figuras 4.21 y 8.4).

Evolución de la distribución de las viviendas madrileñas según el precio de su alquiler (1910-1929)									
Alquiler mensual	1910	%	1915	%	1925	%	1929	%	Dif.
Más de 500 ptas.	732	0,59	1.546	1,00	3.446	2,01	4.009	1,93	+ 1,34
250-500 ptas.	2.087	1,69	3.592	2,32	6.639	3,88	7.145	3,45	+ 1,76
125-250 ptas.	7.038	5,71	11.421	7,38	22.653	13,25	34.227	16,50	+ 10,79
50-125 ptas.	22.813	18,51	36.982	23,90	72.883	42,62	94.628	45,63	+ 27,12
15-50 ptas.	46.084	37,39	66.002	42,65	56.429	33,00	58.036	27,99	- 9,40
0- 15 ptas.	44.511	36,11	35.222	22,76	8.968	5,24	9.333	4,50	- 31,61

Figura 8.5. Alquileres mensuales en pesetas. AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes de 1915. Op. Cit.* y “Los tipos de los alquileres en Madrid”, en *El Heraldo de Madrid*, 25 de marzo de 1930. Citado en: DE MIGUEL SALANOVA, S.: “Bajo los tejados de Madrid. Segregación residencial en el primer tercio del siglo XX”, *I Congreso Histórico Internacional As ciudades na história: População*, Vol. IV, *Op. Cit.*, pp. 239-263.

Pero los espacios urbanos más afectados por la continuada reestructuración urbana de la capital entre 1915 y 1930 no fueron los anteriores, los cuales ya se situaban en la cúspide del mercado de alquiler madrileño a principios de siglo. Para conocer fehacientemente qué barrios fueron los más afectados por dicha transformación, es necesario escudriñar la evolución de los precios medios de sus alquileres. La fortísima revalorización del precio del suelo de la ciudad acaecida en esta época como consecuencia del pionero fenómeno de la inflación³⁰, repercutió directamente sobre los alquileres de las viviendas de la ciudad, aún a pesar de las restricciones impuestas por las iniciativas legislativas mencionadas anteriormente. Un rápido vistazo a la evolución

²⁹ ARROYO MARTÍN, J. V.: *La banca en España durante el período de entreguerras, 1920-1935: (un modelo de modernización y crecimiento)*, BBVA, Bilbao, 2003.

³⁰ CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España Contemporánea*, *Op. Cit.*

de dichos precios constata que, en pesetas corrientes, las viviendas más baratas y miserables de la capital (inferiores a 50 ptas. de alquiler mensual) pasaron de representar las tres cuartas partes en 1910 a *sólo* un tercio del total (Figura 8.5). Una tendencia engañosa que no concuerda con la realidad, y que sólo demuestra el enorme impacto que la inflación tuvo en el incremento de la carestía de la vivienda en estos años. A falta de datos desagregados de los alquileres de toda la urbe, la opción más plausible para conocer la evolución de su morfología interna es calcular los alquileres medios de sus barrios y compararlos con los de principios de siglo en pesetas constantes³¹.

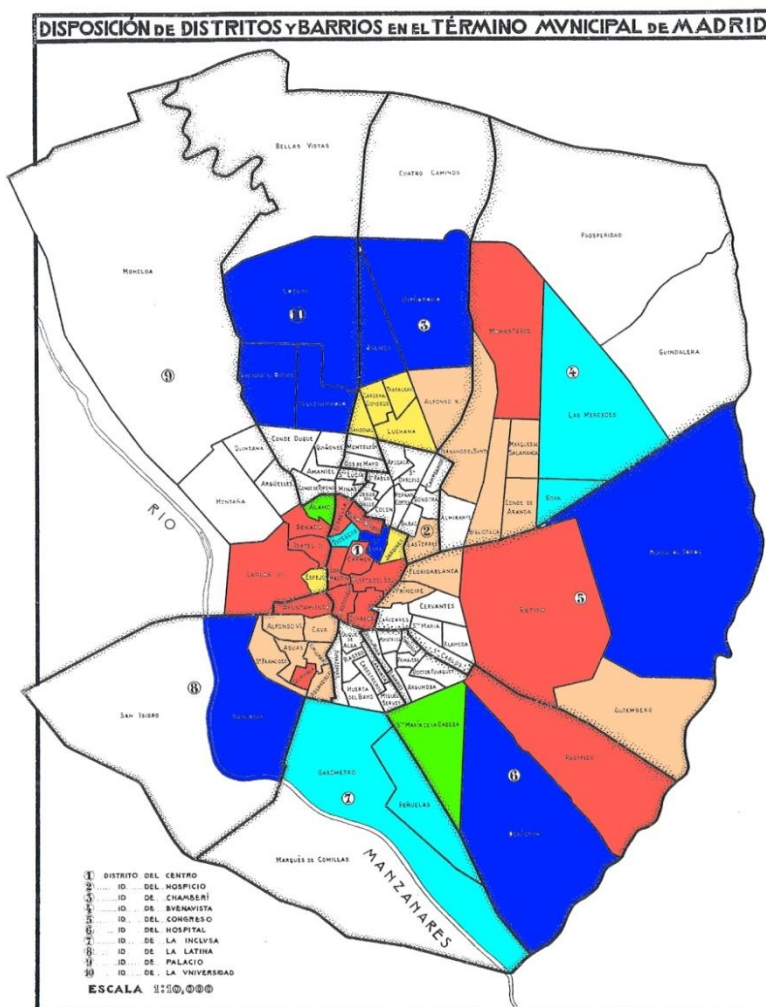
Evolución del alquiler	Nº barrios	%	Ensanche	%	Interior	%
<i>Se revalorizan</i>	24	47,06	15	57,69	9	36,00
<i>Mantiene su precio</i>	24	47,06	11	42,31	13	52,00
<i>Se deprecian</i>	3	5,88	0	0,00	3	12,00
Total	51	100,00	26	100,00	25	100,00

Figura 8.6. Evolución de los alquileres medios de los barrios madrileños entre 1905 y 1930 en pesetas constantes de 1913. Elaboración propia a partir de los datos del padrón de Madrid de 1930 recogidos por Borja Carballo, Rubén Pallol, Fernando Vicente, Santiago De Miguel y Luis Díaz. Sólo se han contabilizado los barrios de los que se poseen alquileres medios en ambas fechas. Se ha considerado que un barrio se apreciaba, depreciaba o mantenía su valor en función de su diferente adscripción a la escala de alquileres de las figuras 4.21 y 8.4. Las pesetas constantes se han calculado a partir de la tabla de inflación adjunta en: CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coord.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. II, *Op. Cit.*

Los resultados obtenidos mediante la utilización de pesetas constantes (Figuras 4.21 y 8.4) aminoran la relevancia de la apreciación de los alquileres madrileños registrada en pesetas corrientes (Figura 8.5), ya que revelan cómo la mitad de los barrios madrileños de los que se poseen alquileres medios de 1905 y 1930 no sufrió variaciones de consideración al quedar encuadrados dentro de la misma escala de alquileres en ambas fechas, especialmente en la zona del Interior (Figura 8.6), donde su zonificación socioespacial ya estaba madura en vísperas de la 1ª Guerra Mundial. Un espacio urbano que, no obstante, se vio inmersa en los años veinte en una doble dinámica urbanística: por un lado, la continuación del proceso de basculación del poder político, socioeconómico y simbólico residente en la ciudad hacia el este, impulsado por el desarrollo de los primeros tramos de la Gran Vía, con incrementos cualitativos de los alquileres medios de barrios como Jardines, Muñoz Torrero o Tudescos, al este, en detrimento de los de Carlos III, San Martín o Constitución, al oeste, que se depreciaron; y por otro, la tímida revalorización de los barrios bajos del sur más cercanos a la almendra central, como los de Alfonso VI, Cava o Aguas, influidos por la lenta irradiación hacia las áreas limítrofes de la marcada apreciación de ésta acaecida desde principios del siglo XX, así como por las reformas urbanísticas desarrolladas en esta zona, entre las que destacó la ampliación de la calle Bailén (Figuras 8.5 a 8.7)³².

³¹ Este tipo de análisis, calculando los alquileres medios de los barrios y teniendo en cuenta la inflación para calcular en pesetas constantes su evolución, es posible gracias a la informatización sistemática de todas las fichas del padrón municipal madrileño de 1905 y 1930 realizada por Borja Carballo, Fernando Vicente, Rubén Pallol, Santiago De Miguel y Luis Díaz. No obstante, los resultados sólo pueden esgrimirse para los barrios analizados, con la gran ausencia del Extrarradio.

³² RUEDA LAFFOND, J. C.: *Madrid 1900. Proyectos de reforma y debate sobre la ciudad*, *Op. Cit.*; RUIZ PALOMEQUE, M. E.: *Ordenaciones y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX-XX*, *Op. Cit.*



Sin datos	Menos del 0%	0 a 40 %	40 a 60 %	60 a 80%	80 a 120%	Más de 120%
-----------	--------------	----------	-----------	----------	-----------	-------------

Figura 8.7. Apreciación del alquiler medio de los barrios madrileños entre 1905 y 1930 (pesetas constantes de 1913). AVM, Estadística, padrones municipales de Madrid de 1905 y 1930.

Por el contrario, los barrios del Ensanche sufrieron mayores subidas en el precio medio del uso del suelo y de sus alquileres durante el proceso de reestructuración urbanística madrileña de los años de entreguerras (Figura 8.7). La causa radicó en que durante los años veinte, tras el crecimiento urbanístico *a saltos* sufrido por la ciudad desde finales del siglo XIX, caracterizado por el rápido, anárquico y disperso poblamiento del Extrarradio y los pueblos colindantes como consecuencia de la reserva y alta especulación del suelo llevada a cabo por los grandes propietarios del Ensanche, al fin se estimuló la construcción residencial en las áreas más alejadas del casco antiguo de éste. El aumento de la presión demográfica soportada por la capital en estos años, las medidas legislativas ratificadas para estimular la edificación y el alquiler ya descritas, y la creciente revalorización de dichos terrenos gracias a la expansión del transporte de masas y las infraestructuras públicas fueron los principales acicates de que las licencias de edificación del Ensanche aumentasen entre 1924 y 1928 en un 260% (de 238 a 618), superando en todo este período las expedidas en el Extrarradio (Figura 5.4)³³.

³³ JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Op. Cit., pág. 454; RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936...*, Op. Cit.

“No se construye actualmente más que en los ensanches, y más bien en los sectores próximos al paseo de Ronda, del cual por cierto se ha urbanizado el trozo comprendido entre la calle de Velázquez y la carretera de Chamartín....”

Los solares edificables, que ya habían sido gravados por el Estatuto municipal, han sufrido un nuevo recargo del 100 por 100 en dicho gravamen por el Estatuto provincial, lo cual estimula, sin duda, a varios de sus propietarios a construir en ellos; a esto se debe que en calles que pueden ya considerarse como céntricas, aunque están enclavadas en las zonas de ensanche, se hayan comenzado en 1925 algunos edificios, como ocurre en Conde de Aranda, Núñez de Balboa, Jorge Juan, Hermosilla, Castelló, Miguel Ángel, Fortuny, Zurbarán, Sagasta, Alberto Aguilera, Velázquez y muchas más.”

La Construcción Moderna, 15 de enero de 1926, pág. 2.

“En los límites de las tres zonas de ensanche se construye bastante, aunque muy poco en relación con las necesidades actuales, y aun en vías más céntricas, como son, por ejemplo, en el distrito de Buenavista, las de Velázquez, Jorge Juan, Núñez de Balboa, Castelló, final de Goya, Hermosilla, etc. van llenándose los huecos, debido, en gran parte, a los impuestos, cada día mayores, con que van gravándose los solares sin edificar”.

La Construcción Moderna, 15 de enero de 1928, pág. 6.

Por fin, la vasta franja sin urbanizar que concretaba los límites administrativos del Ensanche frente al Extrarradio empezó a colmatarse lentamente, siendo una prueba palpable de ello que el consistorio acometiera definitivamente la explanación y terraplenado del Paseo de Ronda (Ilustraciones 8.1 y 8.2) ante la creciente demanda de servicios básicos derivada de propietarios, promotores y vecinos de unos “sectores donde la edificación va más deprisa que la urbanización, pues hay calles que no tienen siquiera pavimento y en las que está ya edificándose”³⁴.



Ilustraciones 8.1 y 8.2. A la izquierda, obreros trabajando en las obras del Paseo de Ronda, h. 1922-1926. Museo de Historia, N° Inv. 21635. A la derecha, terraplenado de la calle Joaquín Costa, 1926, Museo de Historia, N° Inv. 21639.

El anillo exterior del Ensanche madrileño albergó las mayores revalorizaciones acaecidas en la época de entreguerras (con permiso del Extrarradio, del que no se

³⁴ *La Construcción Moderna*, 15 de enero de 1926, pág. 2.

poseen datos), destacando en su zona Norte los barrios de Lozoya, Hipódromo, Balmes, Vallehermoso y Guzmán el Bueno, cuyas habitaciones se situaron por encima de las 70 ptas. mensuales de media y en donde se inició, entre otros proyectos, la construcción en su franja noroccidental de un parque urbanizado destinado a “*proporcionar viviendas preferentemente para la clase media madrileña... que vive hoy en casas antiguas enclavadas en calles estrechas y lóbregas*” del Interior por parte de la Compañía Madrileña Urbanizadora³⁵. En su margen oriental, los mayores márgenes de apreciación de los alquileres medios recayeron en los barrios de Las Mercedes y Plaza de toros, seguidos de cerca de Goya, que aglutinaron la mayor parte de las obras de nuevo cuño que se iniciaron durante esta década. Por último, los alquileres residenciales alcanzaron una revalorización neta superior al 100% en casi todo el Ensanche Sur, lo que hizo que esos *barrios negros* que dominaban el sector meridional del Madrid de 1905 (Figura 4.21) aumentaran un nivel en la escala de alquileres de la ciudad, gracias a la batería de nuevas infraestructuras y servicios que esta zona olvidada empezó a disfrutar desde 1915, y a la lenta expulsión hacia el Extrarradio de las insalubres barriadas que desde principios de la Restauración se asentaban en este espacio urbano³⁶.

En definitiva, la evolución urbanística de capital a metrópoli de Madrid acaecida en estos años se caracterizó por la ampliación del área del casco antiguo vinculada a las finanzas, el comercio, el ocio y a la gobernanza y administración del país, donde la función residencial perdía fuelle (como ya había ocurrido en Londres o París³⁷), y que se hallaba rodeada de los demás barrios del Interior, que absorbieron en un primer momento a los miles de vecinos expulsados de los edificios derruidos por la apertura de la Gran Vía³⁸. Rodeando la secular periferia de la capital se extendía un altamente segregado Ensanche en el que destacaban aquellos barrios que cumplían con creces su función de residencia para las clases medias y adineradas de la urbe, en detrimento de una vasta extensión de terreno ocupada por el Extrarradio y sus municipios colindantes en donde la creciente inmigración rural, de pobres recursos, de baja cualificación laboral y escasamente alfabetizada, empezó a encontrar su acomodo (Figuras 5.5 a 5.7). Un proceso que desembocaría, tras el sangrante parón de la Guerra Civil y los primeros años de la posguerra, en la adhesión administrativa a la capital de pueblos limítrofes como Vallecas, Villaverde, los Carabancheles, Chamartín, Aravaca o Barajas, entre otros, en los años cincuenta³⁹.

³⁵ La Memoria del proyecto editada por la Compañía fue reproducida en el número de *La Construcción Moderna* del 15 de noviembre de 1920. PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.

³⁶ VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

³⁷ SCHNEER, J.: *London, 1900. The imperial metropolis*. Yale University Press, Londres, 2001; STUCLIFFE, A.: *The autumn of central Paris. The defeat of town planning, 1850-1970*, Arnold, Londres, 1971.

³⁸ BAKER, E.: *Madrid Cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*. Op. Cit.; DE MIGUEL SALANOVA, S.: “Un Madrid que muere. Perfil socioeconómico de la Gran Vía antes de su construcción”, *III Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea*, AHC, Vitoria, 2012 (Libro CD); VELERT, S.; MENCHERO, C. y RUEDA, J.C.: “El cetro urbano madrileño: indicadores de terciarización en el primer tercio del siglo XX”, en *Fuentes y métodos de la Historia Local: actas*, Instituto de Estudios Zamoranos Florián Ocampo, Zamora, 1991, pp. 513-528.

³⁹ RUEDA LAFFOND, J. C.: “El desarrollo de la ciudad y la política urbanística” en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.): *Historia de Madrid*, Op. Cit., pp. 579-602; OTERO CARVAJAL, L. E.: “La irrupción de la Modernidad en la España urbana, Madrid metrópoli europea, 1900-1931”, en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Op. Cit., pp. 247-292.

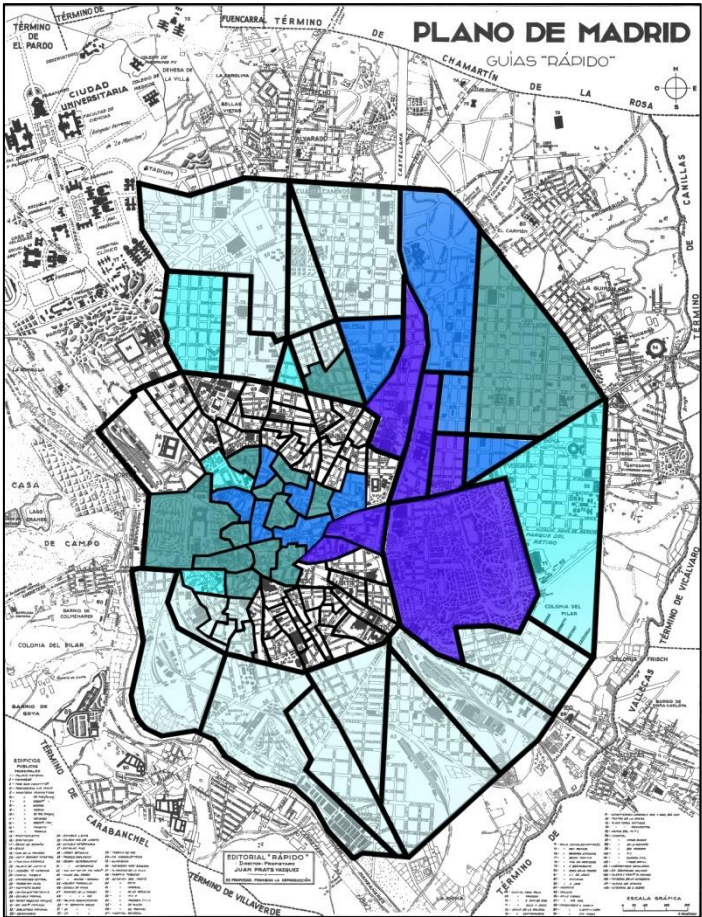


Figura 8.8 Profesionales liberales	
Muy alto	Más de 15,20 %
Alto	11,40 – 15,20%
Medio	7,60 – 11,40 %
Bajo	3,80 – 7,60 %
Muy bajo	Menos de 3,80 %

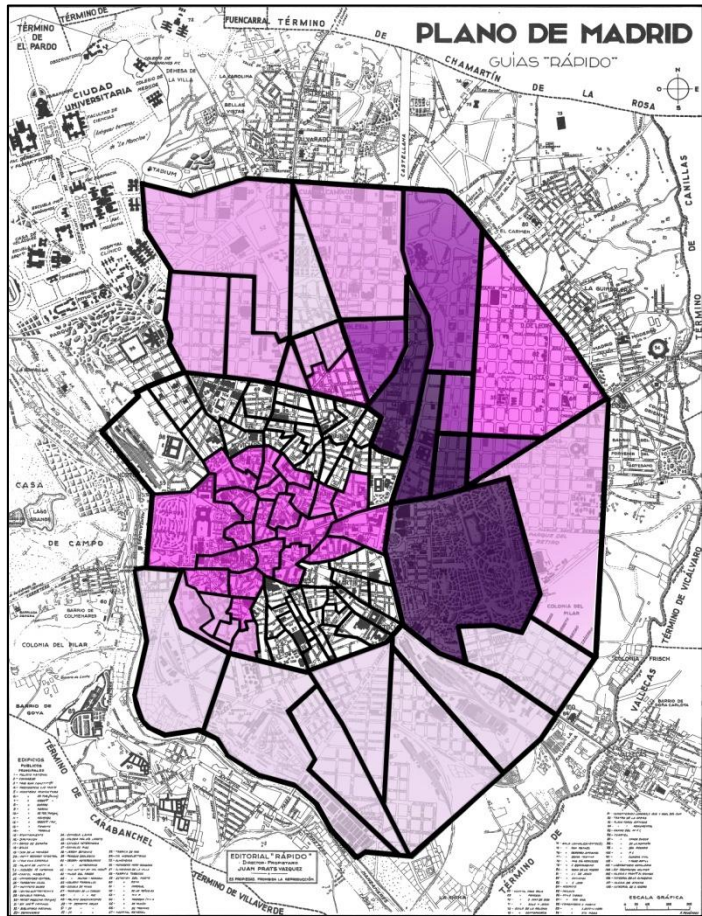


Figura 8.9 Servicio doméstico femenino	
Muy alto	Más de 36,72 %
Alto	27,54 – 36,72 %
Medio	18,36 – 27,54 %
Bajo	9,18 – 18,36 %
Muy bajo	Menos de 9,18 %

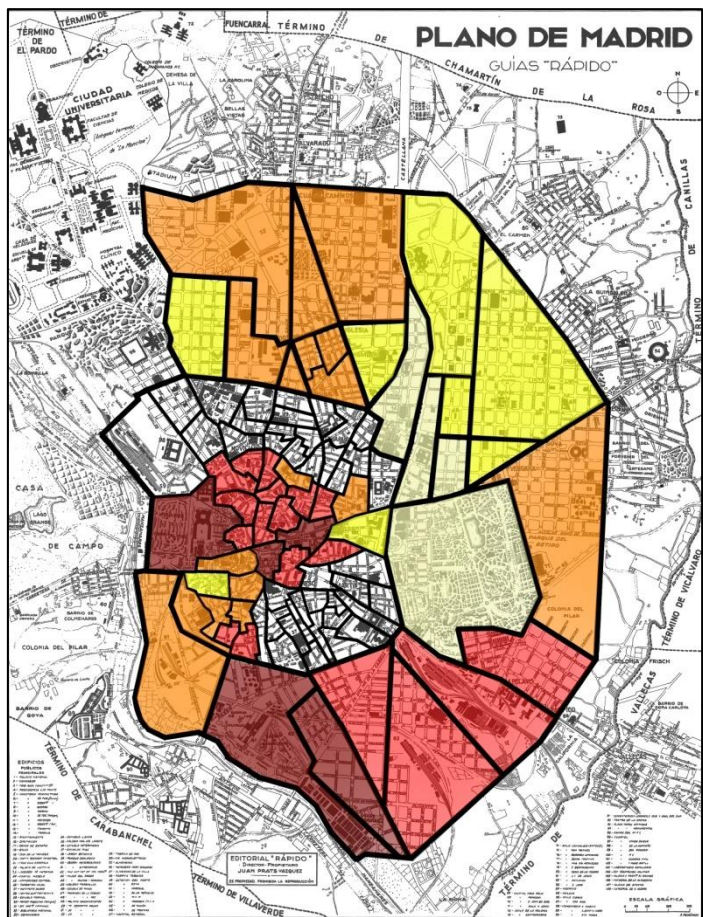


Figura 8.10
Trabajadores cualificados

Muy alto	Más de 17,48 %
Alto	13,11 – 17,48 %
Medio	8,74 – 13,11 %
Bajo	4,37 – 8,74 %
Muy bajo	Menos de 4,37 %

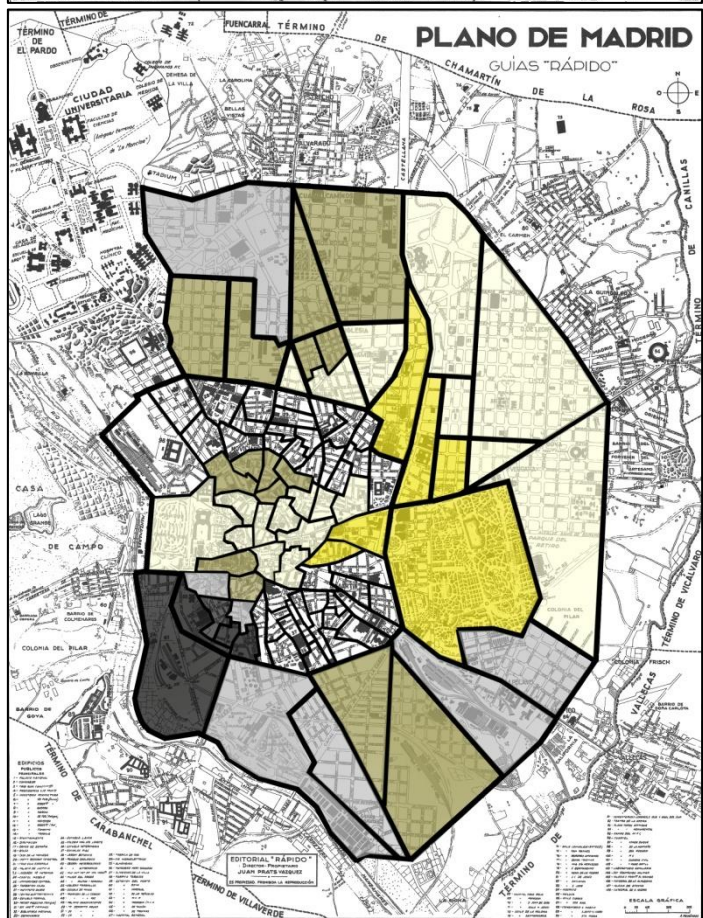


Figura 8.11
Jornaleros

Muy alto	Más de 44,48 %
Alto	33,36 – 44,48 %
Medio	22,24 – 33,36 %
Bajo	11,12 – 22,24 %
Muy bajo	Menos de 11,12 %

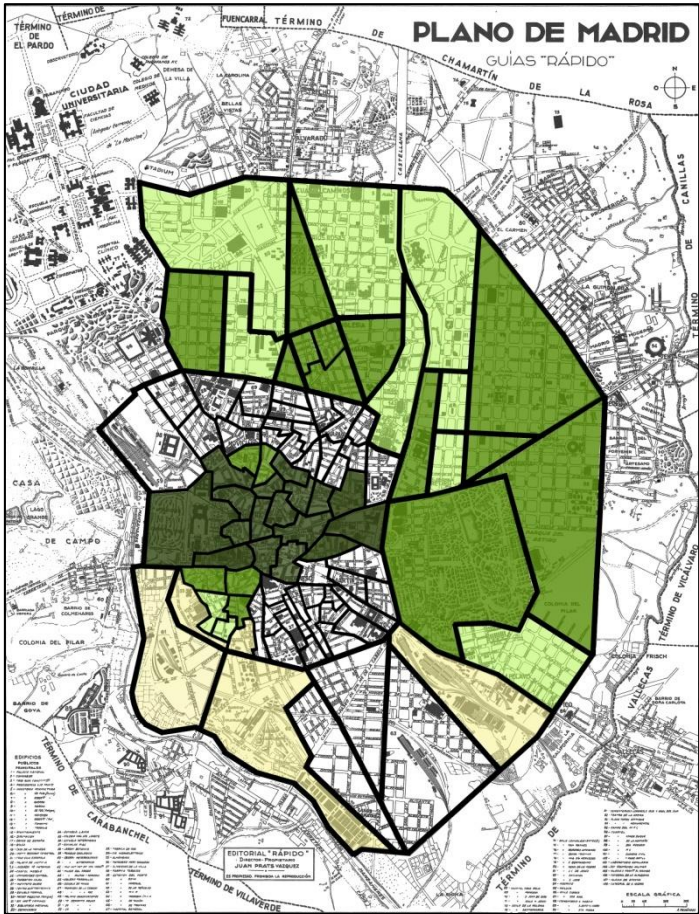


Figura 8.12 Empleados	
Muy alto	Más de 35,16 %
Alto	26,37 – 35,16 %
Medio	17,58 – 26,37 %
Bajo	8,79 – 17,58 %
Muy bajo	Menos de 8,79 %

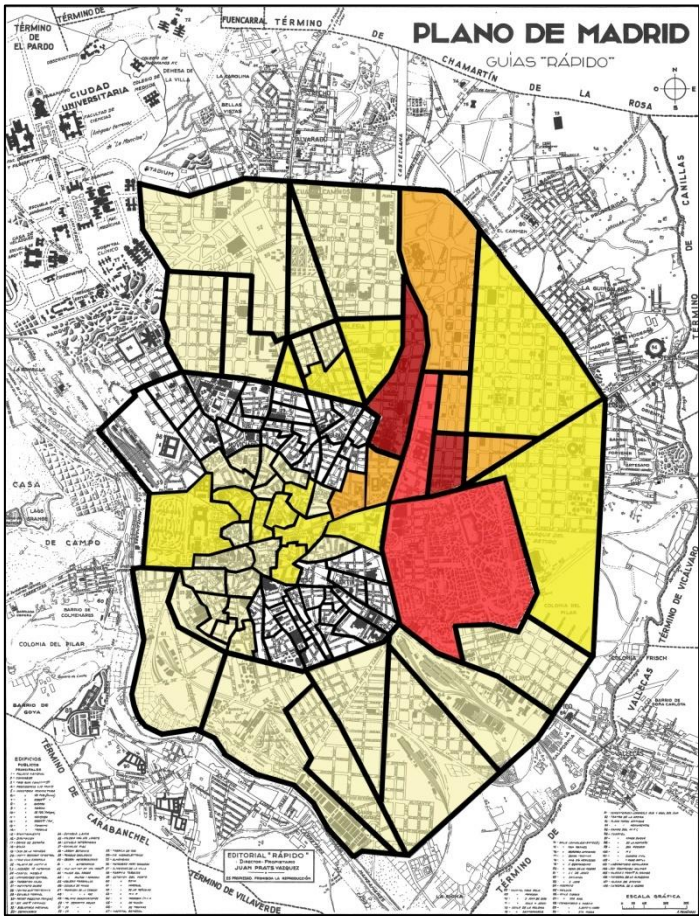


Figura 8.13 Propietarios y rentistas	
Muy alto	Más de 5,32 %
Alto	3,99 – 5,32 %
Medio	2,66 – 3,99 %
Bajo	1,33 – 2,66 %
Muy bajo	Menos de 1,33 %

La disposición del precio medio del suelo madrileño a la altura de 1930, tomada de forma indirecta a través de la suma de los alquileres de sus viviendas, muestra la consolidación de la evolución sectorial del reparto de funciones acuñadas a los distintos espacios urbanos de la ciudad a lo largo de su rápido crecimiento físico y demográfico. Esta atomización funcional intensificó el proceso de división social de la capital española iniciado tras la ratificación del Ensanche de Castro en la década de los sesenta del siglo XIX, reconocible en el gradual avance de la segregación residencial (Figuras 8.8 a 8.13). Un fenómeno que, tal y como ocurrió en otras grandes urbes europeas, se complejizó desde mediados del siglo XIX, pasando de caracterizarse por una evidente segregación *sociológica*, entendida como “*la notoria ausencia de interacción entre diferentes grupos de población en el espacio urbano*”, a añadirse un nuevo factor, la segregación *geográfica*, definida como “*la desigual distribución de los grupos sociales en un espacio físico determinado*”, en nuestro caso los distintos barrios madrileños⁴⁰. Los años de entreguerras supusieron el fin de una reestructuración social, cultural y urbanística cuyo punto de partida era la segregación socioeconómica basada en una diferenciación residencial preeminentemente vertical, vigente en el caso madrileño durante el ecuador de la centuria decimonónica, y que desembocó a lo largo del primer tercio del siglo XX en una marcada segregación residencial horizontal.

Grupos socioprofesionales	Artisanos	Jornaleros	Empleados	Prof. liberales	Propietarios	Serv. Dom. Fem.
Índice de Segregación (IS)	0,18	0,24	0,13	0,37	0,38	0,33
Índice de Aislamiento (xPx)	0,13	0,32	0,29	0,10	0,03	0,25

Figura 8.14. Resultados obtenidos de los indicadores cuantitativos relativos a la segregación residencial y el grado de aislamiento de los principales grupos socioprofesionales de Madrid en 1930. Los índices se miden de 0 a 1, aunque también pueden ser leídos en porcentaje (Ej. 0,29 o 29%). Dichos índices se han calculado a partir de los datos extraídos del padrón municipal de Madrid de 1930 (AVM, Estadística), relativos a los barrios coloreados en las Figuras 8.8 a 8.13. Hombres mayores de 14 años.

El contacto vecinal entre los integrantes de los grupos socioeconómicos situados en los vértices de la pirámide social madrileña se fue reduciendo paulatinamente a la mínima expresión en estas décadas, tal y como revela la distribución residencial de los principales grupos socioprofesionales presentes en la ciudad. Una distribución que sería más marcada y segregada de poseer los datos de todos los barrios de la ciudad, especialmente los de su Extrarradio, el espacio urbano presumiblemente más segregado. Un contexto de creciente fragmentación social interiorizado por sus propios contemporáneos (ya eran comunes las alusiones públicas a los *barrios burgueses* y *barrios obreros* dentro de la ciudad) e intuito a simple vista a través del comportamiento de los alquileres medios de unos u otros barrios así como por la específica evolución de la distribución residencial de los principales grupos socioprofesionales en el tablero madrileño. Una sensación de segregación que es refrendada por los resultados obtenidos al aplicar los principales indicadores cuantitativos de segregación residencial existentes en función de los datos recogidos (Figuras 8.14 y 8.16)⁴¹.

⁴⁰ WHITE, M.: “The measurement of spatial segregation”. *American Journal of Sociology*, Vol. 88, nº 5, 1983, pp. 1008-1018; RODRÍGUEZ VIGNOLI, J.: *Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es?, ¿cómo se mide?, ¿qué está pasando?, ¿importa?*, CELADE-FNUAP y CEPAL, Santiago de Chile, 2001.

⁴¹ Una somera explicación de los índices cuantitativos relativos al cálculo de la segregación residencial en: MARTORI, J.C. y HOBERG, K.: “Indicadores cuantitativos de segregación residencial. El caso de la población inmigrante en Barcelona”, *Scripta Nova*, Vol. VIII, nº 169.

Para ello, se ha utilizado en primer lugar el *Índice de segregación residencial*, que señala el grado de igualdad existente en la distribución habitacional de cada grupo socioprofesional en los distintos barrios analizados, es decir, si ese grupo está repartido de forma desigual en el espacio urbano y en qué porcentaje debería variar su distribución para que tuviera la misma representación en todos los barrios. A modo de ejemplo, el 37% de los profesionales liberales residentes en Madrid en 1930 debería cambiar de residencia para obtener una distribución similar en cada uno de los barrios que componen esta muestra, lo que indica que son el grupo socioprofesional que se distribuye de un modo más desigual por el espacio (Figura 8.14)⁴². Similar al anterior es el *Índice de disimilitud*, orientado en este caso a conocer la desigualdad residencial existente entre dos grupos socioprofesionales específicos en los barrios analizados, indicando qué proporción del conjunto social analizado debe cambiar de residencia para alcanzar una distribución residencial idéntica a la del otro grupo con el que se efectúa la comparación⁴³. Una muestra de su correcta lectura sería que sólo el 15% de los jornaleros debería cambiar de residencia para alcanzar una distribución similar a la de los artesanos, una cifra muy baja en comparación a la resultante de comparar a los primeros con los propietarios, donde el porcentaje sería del 59% (Figura 8.15). En los dos índices señalados, el valor obtenido se sitúa entre 0 y 1, e implica mayor segregación cuanto más elevado sea éste.

ÍNDICE DE DISIMILITUD (D)	Artesanos	Jornaleros	Empleados	Prof. liberales	Propietarios
Artesanos	-	0,15	0,18	0,42	0,56
Jornaleros	0,15	-	0,24	0,50	0,59
Empleados	0,18	0,24	-	0,28	0,52
Prof. liberales	0,42	0,50	0,28	-	0,50
Propietarios	0,56	0,59	0,52	0,50	-

Figura 8.15. Índice de disimilitud de la segregación residencial calculada para los principales grupos socioprofesionales de Madrid en 1930. Valores de 0 a 1, aunque se pueden expresar en porcentaje. Cuanto más alto, mayor segregación. Su lectura es idéntica se haga de arriba abajo que de izquierda a derecha. Se han calculado a partir de los hombres mayores de 14 años.

También se ha calculado el *Índice de aislamiento*, que mide la probabilidad de que un individuo comparta el mismo barrio de residencia con otro miembro de su mismo grupo socioprofesional⁴⁴. Así, un valor más elevado indica una interacción vecinal más densa entre miembros de un mismo grupo social como consecuencia de una mayor concentración residencial. Su interpretación sería la de comprobar, por ejemplo, cómo los jornaleros, un grupo social todavía numeroso en el Madrid de 1930 aunque no tanto como a comienzos de siglo, presentaba una mayor probabilidad de residir junto a más jornaleros en el mismo barrio, en concreto el 32% (Figura 8.14). Y por último, se ha efectuado el cálculo del *Índice de exposición*⁴⁵, centrado en determinar la

⁴² DUNCAN, O.D. y DUNCAN, B.: "A methodological analysis of segregation indexes". *American Sociological Review*, vol. 41, 1955, pp. 210-217.

⁴³ DUNCAN, O.D. y DUNCAN, B.: "Residential distribution and occupational stratification". *American Journal of Sociology*, vol. 41, 1955, pp. 493-503.

⁴⁴ BELL, W.: "A probability model for the measurement of ecological segregation". *American Sociological Review*, vol. 32, 1954, pp. 357-364; WHITE, M. J.: "Segregation and diversity measures in population distribution". *Population Index*, vol. 52, 1986, p. 198-221.

⁴⁵ BELL, W.: "A probability model for the measurement of ecological segregation". *American Sociological Review*, Op. Cit., pp. 357-364; STEARNS, L.B. y LOGAN, J.R.: "Measuring trends in segregation: three dimensions, three measures", en *Urban affairs quarterly*, 1986, vol. 22, pp. 124-150.

probabilidad de que un individuo perteneciente a un grupo socioprofesional compartiese barrio de residencia con un individuo de otro contingente social en concreto. Es decir, y de nuevo como muestra, este índice señala que, en cada barrio madrileño donde residía un hombre jornalero mayor de 14 años en 1930, también residían de media un 4% de profesionales liberales, un 1% de propietarios, un 12% de artesanos y un 26% de empleados (Figura 8.16). Así, la cifra resultante, también situada entre 0 y 1, y que puede ser medida en términos porcentuales, determina una menor interacción residencial cuanto más baja sea.

ÍNDICE DE EXPOSICIÓN	Artesanos	Jornaleros	Empleados	Prof. liberales	Propietarios
Artesanos	-	0,29	0,27	0,05	0,01
Jornaleros	0,12	-	0,26	0,04	0,01
Empleados	0,11	0,26	-	0,07	0,01
Prof. liberales	0,09	0,19	0,30	-	0,01
Propietarios	0,12	0,25	0,30	0,09	-

Figura 8.16. Índice de exposición que indica el grado de interacción residencial (a escala barrial) existente entre los principales grupos socioprofesionales de Madrid en 1930. Valores de 0 a 1, aunque se pueden expresar en porcentaje. Se lee de izquierda a derecha. Cuanto más bajo, mayor segregación. Se han calculado a partir de los hombres mayores de 14 años.

De los anteriores índices se concluye que en el Madrid de 1930 el poder de *segregarse* era más potente que el de *ser segregado*, al menos en lo que respecta a su almendra central y el Ensanche. Así, a medida que la ciudad creció en extensión y población a un ritmo frenético durante el primer tercio del siglo XX, las familias encabezadas por cualificados profesionales liberales, empleados de alta especialización y militares de distinguida graduación, aquéllas que componían el capital humano mejor formado de la ciudad y que gracias a la elevada remuneración derivada de ello disponían de una horquilla más amplia y variada para elegir su residencia, agudizaron su proceso de segregación positiva en torno al espacio urbano comprendido entre la Puerta del Sol, punto nodal de la capital del Estado liberal, y los barrios del eje Prado-Recoletos-Castellana, símbolo y porvenir de la nueva metrópoli europea en ciernes (Figura 8.8). Sus integrantes fueron quienes lideraron en primera persona el vuelco definitivo de la ciudad hacia el noreste, aumentando su presencia en barrios como Goya, Alfonso X o Monasterio en detrimento de los más *monárquicos* Carlos III, Senado o Espejo, situados en las inmediaciones del Palacio Real. Los amplios y modernos apartamentos erigidos en la franja de terreno del Ensanche acotada *grosso modo* por las calles de Almagro y Miguel Ángel al oeste, y la de Príncipe de Vergara al este, todos ellos provistos (desde su construcción o mediante reforma posterior) de calefacción central, red telefónica, luz eléctrica, portería, garaje, amplios balcones e innumerables estancias por vivienda conformaban una oferta residencial inmejorable fuera del bullicio diario del centro de la ciudad.

Esta fortísima atracción residencial, también ejerció su influencia sobre una parte considerable de las elites económicas de la capital, compuestas por familias rentistas, propietarias, financieras e industriales, las cuales eran atraídas a estas latitudes gracias a la mayor disponibilidad espacial para edificar o comprar sus propios hotelitos y palacetes de tintes neoclásicos siguiendo la moda francesa. Un proceso que quedaba demostrado a partir de la creciente presencia residencial de los mayores contribuyentes territoriales de la ciudad durante la época de entreguerras en calles como Velázquez,

Ayala, Serrano o Lagasca⁴⁶. De hecho, la mitad de éstos estaban empadronados en los barrios del distrito de Buenavista, buena parte de los cuales se hallaban al este del eje Recoletos-Castellana⁴⁷. Cada vez eran menos las familias propietarias que, habiendo protagonizado desde los inicios de la Restauración la promoción inmobiliaria del arco nororiental del Ensanche más cercano a Cibeles mediante la edificación de casas de alquiler destinadas a capas sociales acomodadas, todavía mantenían cierto apego al casco antiguo madrileño por el papel crucial que aún desempeñaba en la simbología espacial del poder madrileño. Éstas todavía se resistían a abandonar dichos barrios en favor de los más granados de los pertenecientes al Ensanche de Castro (Figura 8.13). A la mayor comodidad, dotación de modernos servicios existentes en las viviendas del Ensanche así como la espaciosidad de sus calles, los propietarios madrileños todavía anteponían en mayor medida el prestigio de la Puerta del Sol y la moderna carga simbólica que destilaba la estrenada Gran Vía, la cercanía a la magna oferta de ocio proporcionada por teatros, cines, cafés o establecimientos comerciales de lujo, y el rápido acceso a las instituciones políticas y sedes de las grandes sociedades financieras, industriales y comerciales asentadas en la almendra central de la capital, ámbitos dónde desplegaban sus negocios económicos.

Estas altas esferas del cuerpo social madrileño abogaron por mantener y afianzar su segregación en el espacio urbano de la capital, buscando acomodarse en las mejores residencias de los más modernos barrios de la ciudad, ya fueran amplios apartamentos, modestos hotelitos burgueses o señoriales palacios de nueva construcción. Vivieran en unos o en otros, tenían sitio suficiente para albergar a un servicio doméstico plenamente feminizado y que, en función de las posibilidades económicas familiares, podía estar compuesto por un par de criadas para todo, como en el caso de los profesionales liberales, empleados y militares de clase media, hasta por un séquito que superaba la decena, tal y como ocurría en el palacio de Fernando Plá y Peñalver, marqués de Amboage, sito en Lagasca nº 86, o en el hotel de José Luis Oriol Urigüen, ubicado en el nº 14 de la calle Alfonso XII, donde tenían empadronadas a 25 y 18 criados respectivamente⁴⁸. Fuera como fuese, el servicio doméstico interno no dejaba de ser más que la sombra que remarcaba el espacio residencial que las clases medias acomodadas y las elites socioeconómicas ocupaban. Un espacio vecinal en la medida de lo posible exclusivo, en el que la tipología de los inmuebles y el precio de éstos reducían la presencia de artesanos y jornaleros a la mínima expresión, a los sotabancos, buhardillas y sótanos de aquellos inmuebles edificadas a lo largo de la Restauración que carecían de ascensor, herramienta que revalorizaba los pisos más elevados de las nuevas construcciones, erradicando toda posibilidad de presencia de aquéllos en estos inmuebles.

Por el contrario, la mayoría de los trabajadores manuales cualificados residentes en la ciudad se vio obligada a hacinarse en los pequeños, oscuros y antiguos cuartos de los barrios menos reformados del casco antiguo, o en los barrios del Ensanche Sur donde se concentraba la nueva industria madrileña (Figura 8.10). Es decir, lo más cerca posible de sus principales focos de trabajo, en torno a los tradicionales talleres

⁴⁶ Entre 1916 y 1930, la proporción de los 200 mayores contribuyentes que residía al este del Paseo de Recoletos pasó del 15 al 25%. MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca, Op. Cit.*, pág. 205.

⁴⁷ ARTOLA BLANCO, M.: “Los espacios residenciales de las elites. Madrid, 1900-1950”, en *Seminario de Investigación del Dpto. de Historia Contemporánea de la UCM*, Madrid, 2012; HERNÁNDEZ BARRAL, J.M.: “Duques, marqueses y condes: un grupo social de otro tiempo a principios del siglo XX”, en VV. AA.: *Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC, Op. Cit.*

⁴⁸ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

artesanales minoristas del interior, las modernas fábricas y naves industriales ligadas al ferrocarril y situadas en la franja meridional de la urbe o, en menor medida, en los demás barrios periféricos del Ensanche, donde los alquileres no eran excesivamente caros y la oferta laboral tampoco era escasa. A pesar de su manifiesta debilidad e inseguridad económica, los trabajadores artesanos todavía tenían cierto margen de maniobra para enfrentarse al avanzado proceso de segregación residencial que afectaba a la ciudad. No lo tenía, en cambio, la población jornalera, que ocupaba la base de la pirámide social madrileña. Estos trabajadores manuales poco o nada especializados, la mayoría inmigrantes de origen rural sin cualificación laboral y con un escaso nivel de instrucción, conformaban el grueso del espectro socioeconómico madrileño que con más ahínco *fue segregado* durante los años de entreguerras. Su escaso margen presupuestario, vinculado a la inseguridad del puesto de trabajo y a la anemia del jornal cobrado cuando era realizado, supuso un enorme lastre para sus posibilidades residenciales en la gran ciudad, factores que les hicieron quedar relegados en las zonas más pauperizadas de los *barrios bajos y negros* del sur madrileño, y en el cinturón exterior del Ensanche, donde preludiaban la enorme concentración residencial jornalera que se estaba formando en los suburbios del Extrarradio y los municipios que colindaban con el *Gran Madrid* en ciernes (Figura 8.11). Unos trabajadores manuales, cualificados o no que, como consecuencia de la creciente segregación residencial presente en el conjunto de las metrópolis europeas, apenas interactuaban en el espacio urbano madrileño con propietarios, grandes industriales, profesionales liberales o altos cargos de la administración (Figuras 8.14 a 8.16). Esta ausencia de interacción social ayudó a que el recelo y el odio hacia *el otro* impregnaran en la conciencia colectiva de dichos trabajadores manuales, haciendo avanzar entre ellos la interpretación de los conflictos sociales bajo el prisma de la encarnizada lucha de clases.

Entre estos dos segmentos, situados en las antípodas de la pirámide socioeconómica madrileña, se situaba el heterogéneo segmento laboral de los empleados y trabajadores de servicios, que como vimos, engrosó su relevancia durante los años de entreguerras gracias a la eclosión de la segunda revolución industrial, el advenimiento de la sociedad de masas, la dilatación y municipalización de los servicios públicos de la ciudad y la profesionalización y burocratización de la gestión y administración empresarial⁴⁹. Estos trabajadores, que prestaban todo tipo de servicios, protagonizaban la nueva mayoría social de la capital. Componían una creciente clase media urbana que se asentaban sobre la estabilidad de un sueldo anual, un determinado nivel de instrucción educativa y el atesoramiento de cierta especialización laboral. Sin embargo, dada su híbrida composición interna, compuesta por empleados vinculados a actividades económicas tradicionales o de escasa cualificación (dependientes de comercio, jardineros, meritorios, porteros, etc.), a servicios públicos de nuevo cuño (policías, bomberos, empleados de telégrafos, etc.), o a modernas facetas de la sociedad de consumo y la gestión burocrática (oficinistas, empleados de banca, publicistas, telefonistas, etc.), la diversidad de sus presupuestos familiares era amplísima, lo que justifica que sus integrantes evidenciaran una reducida segregación residencial a la altura de 1930, la más baja de todo el panorama madrileño (Figura 8.14).

Su distribución espacial por el interior y el ensanche de la capital era relativamente homogénea, siendo la presencia de estos empleados en todos los barrios superior al 9% de los hombres en edad de trabajar que residían en ellos, concentrándose especialmente en la almendra central de la ciudad, donde se aglutinaba el comercio, las

⁴⁹ Ver Capítulo 7.

dependencias administrativas estatales y municipales así como las modernas oficinas de las grandes empresas privadas (Figura 8.12). Además, como sus posibilidades económicas les hacían copar los escalafones salariales intermedios existentes entre los trabajadores manuales cualificados y los profesionales liberales más modestos, este grupo socioeconómico era el que mejor interactuaba residencialmente con los demás, siendo sus estratos más acomodados los que compartían vecindario con propietarios, directivos, gerentes y especializados profesionales liberales por un lado, mientras que los trabajadores de servicios tradicionales o poco cualificados y los empleados de oficina de rango medio hacían lo propio con artesanos y jornaleros (Figuras 8.15 y 8.16). Unos y otros, constituyeron la argamasa que amortiguó durante un tiempo el peligro inminente de quiebra social que planeaba sobre Madrid, una fractura que era más visible en la otra metrópoli española, Barcelona, dado que su fuerte presencia industrial y la ausencia del factor de la capitalidad significaban, por un lado, una mayor relevancia porcentual de los trabajadores manuales, y por otro una menor presencia de empleados públicos y privados en su mercado laboral⁵⁰.

Una argamasa de la que buena parte de los trabajadores manuales madrileños aspiraba a formar parte, huyendo de la precariedad laboral, el extenuante trabajo físico y las largas jornadas de trabajo, un extremo que en los años veinte lograban cada vez más a menudo (Figura 6.6 y 6.12). Al mismo tiempo, muchos hijos de empleados de rango medio pertenecientes a dicho magma socioeconómico lograron medrar mediante la inversión en su formación académica y engrosar las filas de la burocratización y las nuevas profesiones liberales (Figuras 7.28 a 7.30). No obstante, estos trabajadores dedicados al sector servicios, si bien colmataban la enorme oferta residencial madrileña intermedia que separaba a profesionales liberales, industriales y propietarios de jornaleros y artesanos, no poseían una homogeneidad sociocultural propia que les confiriese un cierto estatus de clase, situados como estaban en un contexto en el que al mismo tiempo buscaban distanciarse de los trabajadores manuales para aparentar un nivel socioeconómico superior, y a la vez coincidían en las aspiraciones de ver reconocidos ciertos derechos laborales que les eran comunes. Este enorme grupo social era un gigante demográfico pero un enano político con pies de barro dada su profunda ambigüedad interna, y por ello, su aparente unidad se fue quebrando a medida que las distintas posiciones y discursos de clase se fueron radicalizando en los años treinta a raíz de la inestabilidad económica y política derivada del Crack 1929 y la proclamación de la II República⁵¹. Un contexto que se vio favorecido e incentivado por la creciente segregación residencial que afectaba a Madrid (fenómeno análogo al que estaba aquejando al mundo urbano español y europeo), y que rompió los posibles puentes existentes entre sus distintos componentes entre sí y respecto a terceros, incrementando la desasosegante sensación de inmediato quebranto social. Un fenómeno, el de la atomización sectorial del espacio urbano, que siguió influyendo de un modo determinante en el desarrollo del Ensanche Este durante el período de entreguerras.

⁵⁰ OYÓN, J.L.: *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Op. Cit.; OYÓN, J.L.; MALDONADO, J. y GRIFUL, E.: *Barcelona 1930: un atlas social*, Edicions UPC, Barcelona, 2001.

⁵¹ VILLACORTA, F.: *Profesionales y burócratas: estado y poder corporativo en la España del siglo XX...*, Op. Cit.; ALONSO, L.E. y CASTILLO, S.: *Proletarios de cuello blanco: la Federación Española de Trabajadores del Crédito y las Finanzas (1930-1936)*, Op. Cit.; SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid 1901-1923*, Op. Cit.; REY REGUILLO, F.: *Proprietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Op. Cit.; MILLÁN, J. y FRADERA, J.Mª: *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*, Biblioteca Nueva y Universitat de Valencia, Madrid y Valencia, 2000.

8.2. El avance urbanístico del Ensanche Este durante el primer tercio del siglo XX.

“Habiéndose iniciado la construcción de este [barrio] por el marqués de Salamanca con tipos de casas para viviendas que respondían a un criterio de mayor comodidad, higiene y ornato que las dominantes en Madrid en el último tercio del pasado siglo, las gentes que, sin ser acaudaladas, tenían medios económicos desahogados dieron preferencia a esta zona, la cual, a medida que se construía, era mejorada por las condiciones de sus edificios y objeto de preferencias en la atención urbana en general. Disponiendo el núcleo en su eje de la vía arbolada de mayor importancia de Madrid, con excelentes comunicaciones hacia el centro por la calle de Alcalá, en contacto con la parte del antiguo casco más atendida, principalmente con su hermoso parque, ha adquirido tal importancia, que sin duda puede considerarse como el preferente de Madrid. Abundan en él las viviendas de clases acaudaladas y profesionales, que son solicitadas para edificios de Embajadas; tiene escasa industria, y reúne excelentes condiciones higiénicas.”

AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Información sobre la ciudad*. Año 1929, pág. 26.

“Las turbas procedentes de los suburbios habían invadido las calles de los barrios centrales, entre ellos el de Salamanca, en donde vivíamos, y llevando banderas rojas y tricolores cometían desmanes.”

URQUIJO, A.: *Cuando empuñamos las armas. La pequeña historia de una familia numerosa entre 1936 y 1942*, Moneda y Crédito, Madrid, 1973⁵².

Los años de entreguerras fueron testigos del paso, urbanísticamente hablando, de la pubertad a la mayoría de edad del Ensanche Este de la capital. La nueva franja oriental de la ciudad añadida en 1860 dejó de ser conocida como el *Nuevo Madrid* en este período, una manida expresión que ahora hacía referencia a fenómenos urbanísticos y socioeconómicos que acaecían en otras latitudes de la urbe (Ilustración II). Pero que dejara de ser nombrado con esta acepción, y que los focos periodísticos lo rebajaran a un segundo plano en las portadas de la época, no fue consecuencia del estancamiento de su desarrollo urbanístico y demográfico, sino todo lo contrario. Si lo noticiable era lo novedoso, este espacio urbano ya había perdido cierto ápice de encanto en 1930 ya que no era *nuevo*, al acarrear a sus espaldas con más de medio siglo de historia. Pero a cambio, la pérdida de dicho epíteto fue sustituida por una función más amplia: la asimilación de su *centralidad* por parte del vecindario madrileño. Lejanos quedaban los días en que estas barriadas situadas al noreste de la Puerta de Alcalá eran tildadas una y otra vez por distintos personajes galdosianos como un “*campo*” cuya soledad “*daba escalofríos*”. Así, durante los años veinte y treinta, las *calles de los barrios centrales* de la capital, *entre ellos el de Salamanca*, según recordaba Alfonso Urquijo en sus memorias, como las de Velázquez, Serrano, Hermosilla o Castelló, *podían ya considerarse céntricas* según los responsables de *La Construcción Moderna*⁵³. De este modo, la dilatación demográfica y urbanística del conjunto de la ciudad fue seguida de la lógica expansión de su núcleo nodal, cada vez menos volcado en su función residencial, una función que empezó a absorber en buena medida el Ensanche Este, la opción *preferente de Madrid* a ojos de los técnicos municipales encargados de la *Información sobre la ciudad* de 1929.

⁵² Citado en ARTOLA BLANCO, M.: “Los espacios residenciales de las elites. Madrid, 1900-1950”, en *Seminario de Investigación del Dpto. de Historia Contemporánea de la UCM*, Madrid, 2012.

⁵³ *La Construcción Moderna*, 15 de enero de 1926.

A la concreción simbólica de los barrios de Biblioteca, Conde de Aranda, Salamanca y la franja occidental del de Las Mercedes (el de Retiro ya lo era en 1860) como *centrales*, se llegó a partir del avanzado grado de crecimiento demográfico y colmatación urbanística que éstos adquirieron en estas décadas. Entre 1905 y 1930, la población residente en el Ensanche Este de la capital pasó de 47.000 a 121.000 habitantes, un incremento del 156%, más del doble que el experimentado por el conjunto de la ciudad (Figura 5.3). Una progresión que se caracterizó por ir de menor a mayor intensidad a medida que la distancia respecto al casco antiguo se acrecentaba, como una bola de nieve demográfica que, partiendo desde el casco antiguo, iba agrandándose inexorablemente. En un primer nivel, las barriadas colindantes al eje Prado-Recoletos-Castellana, las más cercanas al casco antiguo, mostraron los primeros síntomas saturación demográfica (su población en 1930 ya era similar a la actual⁵⁴) al reducir drásticamente sus tasas de crecimiento demográfico, que oscilaron entre el 15 y el 86% respecto a las registradas a comienzos de la Restauración, cuando éstas no fueron en ningún caso inferiores al 150% (Figura 4.20). Y por el contrario, los barrios periféricos del Ensanche Este, aquellos que lindaban con el Paseo de Ronda y el Extrarradio, como eran los de Monasterio, Gutenberg, Plaza de toros y Las Mercedes, superaron ampliamente los diez, veinte y treinta mil habitantes respectivamente durante los años veinte, absorbiendo la mayor parte del crecimiento vecinal de este espacio urbano en este tiempo, con tasas de crecimiento superiores al 150% (Figura 8.17).

Evolución demográfica de los barrios que componen el Ensanche Este de Madrid (1905-1930)									
	Biblioteca	Salamanca	Conde de Aranda	Retiro	Goya	Monasterio	Gutenberg	Las Mercedes	Plaza de toros
1905	4.577	5.942	6.819	5.441	5.213	4.007	3.821	7.465	3.911
1930	5.260	7.025	8.279	8.961	9.674	10.030	13.357	36.799	21.419
Incr. %	15%	18%	21%	65%	86%	150%	250%	393%	448%

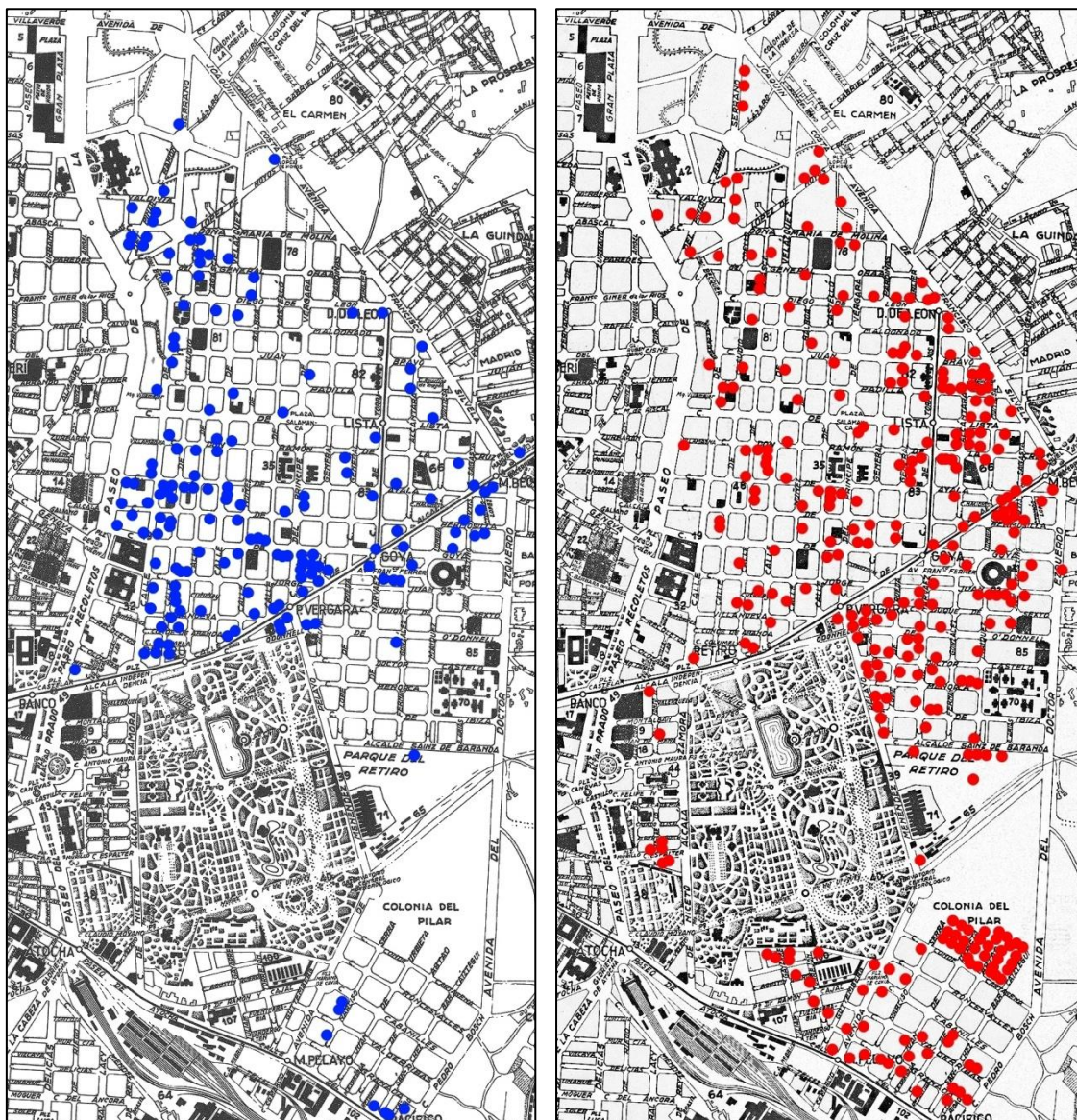
Figura 8.17. Evolución de la población residente en el Ensanche Este por barrios (1905-1930). AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1905 y 1930.

A comienzos de siglo ya quedaban pocos solares sin edificar en el trapecio imaginario conformado por las calles de Alcalá al sur, el eje Recoletos-Castellana al oeste, Lista al norte y Príncipe de Vergara al este, siendo las dos últimas las que delimitaban *de hecho* la frontera del Ensanche de Castro por este margen de la ciudad en 1905. Ante la madurez presentada por el negocio inmobiliario en esta zona al haber pocos solares en los que edificar obra nueva, las inversiones se centraron en la compraventa de edificios ya construidos (Figura 4.19). Mientras tanto, la especulación inmobiliaria siguió siendo la gran protagonista y dominadora absoluta en la franja de terreno medianera con la citada calle Príncipe de Vergara y el Paseo de Ronda, donde se obtuvieron grandes réditos con la mera parcelación y compraventa de los solares allí ubicados por parte de las grandes familias propietarias⁵⁵. Sin embargo, la situación cambió a lo largo del primer tercio del siglo XX, cuando la conjugación de la presión demográfica y las medidas legislativas aprobadas para incentivar la edificación, generaron una renovada demanda residencial dirigida a colmatar este espacio urbano y *conquistar* finalmente aquellos terrenos que aún se mantenían sin urbanizar hasta llegar al Paseo de Ronda. Así, entre 1905 y 1930 la edificación de nueva planta creció, especialmente durante los años veinte, en un 141% en el Ensanche Este, el doble que en

⁵⁴ Consultar <http://www-2.munimadrid.es/TSE6/control/seleccionDatosBarrio>.

⁵⁵ MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca, Op. Cit.*, pp. 106-122.

la zona Sur (un 71%) y muy lejos de la registrada en su zona Norte (un 88%), si bien en valores absolutos ésta última seguía albergando el mayor número de inmuebles, un total de 2.009 en 1926 frente a los 1.392 de la zona Este y los 771 de la zona Sur⁵⁶.



Figuras 8.18 y 8.19. A la izquierda, licencias de obras menores expedidas por el consistorio entre 1925 y 1928 para el Ensanche Este de Madrid. AVM, Secretaría, signaturas 25-266-1, 25-266-2 y 25-266-3. A la derecha, distribución geográfica de las licencias de obras, alineación y alquiler expedidas por el ayuntamiento entre 1921 y 1930. AVM, Secretaría, signaturas 25-260-1 a 23, 21-261-1 a 25, 25-262-1 a 23 y 25-263-1 a 30 para la información de 1921 a 1928, y los datos aportados mensuales aportados por *La Construcción Moderna* para 1929 y 1930. Escala: 1:10.000.

Dicho incremento de la promoción inmobiliaria acaecido en el Ensanche Este no fue homogéneo ni afectó por igual al conjunto del espacio urbano. Las licencias de obras menores, aquellas que incluían la reparación, reforma interior y la adición de nuevos pisos y ascensores en los inmuebles más antiguos, construidos durante el último

⁵⁶ Datos extraídos de la publicación del AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria resumen de los trabajos realizados por la Comisión de Ensanche del Excmo. Ayuntamiento de Madrid desde el 1 de abril de 1924 a 31 de diciembre de 1926*, Imprenta Municipal, Madrid, 1927, pp. 26-31.

cuarto del siglo anterior, se concentraron en las barriadas que colindaban con el eje Recoletos-Castellana, aquellas ya colmatadas en 1905 (Figuras 8.18 y 8.19). Por su parte, las inversiones inmobiliarias dedicadas a la edificación de nueva planta regaron los *sedientos* solares de los barrios de Monasterio, Las Mercedes, Plaza de toros y Gutenberg, donde entre otros proyectos empezaron a tomar cuerpo los parques urbanizados. Así, en esta zona se fraguaron dos (Ilustración 8.6): la Colonia Parque Residencia, al noreste de la Castellana e iniciada en 1931 por la cooperativa de casas económicas Residencia en los Altos del Hipódromo, propiedad de Gregorio Iturbe, y la Colonia del Retiro, situada en el antiguo tejado de la Regalada, realizada por el arquitecto Fernando de Escondrillas y López de Alburquerque por encargo de la sociedad Los Previsores de la Construcción y cuyos “203 hoteles todavía no estaban habitados” a la altura de diciembre de 1930, tal y como registró el técnico municipal encargado de la elaboración del padrón en dicha zona (Ilustración 6.4). Además de los parques urbanizados, que urbanizaron aquellas zonas del Ensanche destinadas a jardines y parques, también se constituyeron en el Ensanche Este otros proyectos como la Colonia Martí, construida por Eduardo Ferrés Puig en 1927 para la Real Institución Cooperativa de Funcionarios del Estado, Provincia y Municipio en las manzanas comprendidas por las calles Montesa, Padilla, Martí, Alcántara y Francisco Silvela.

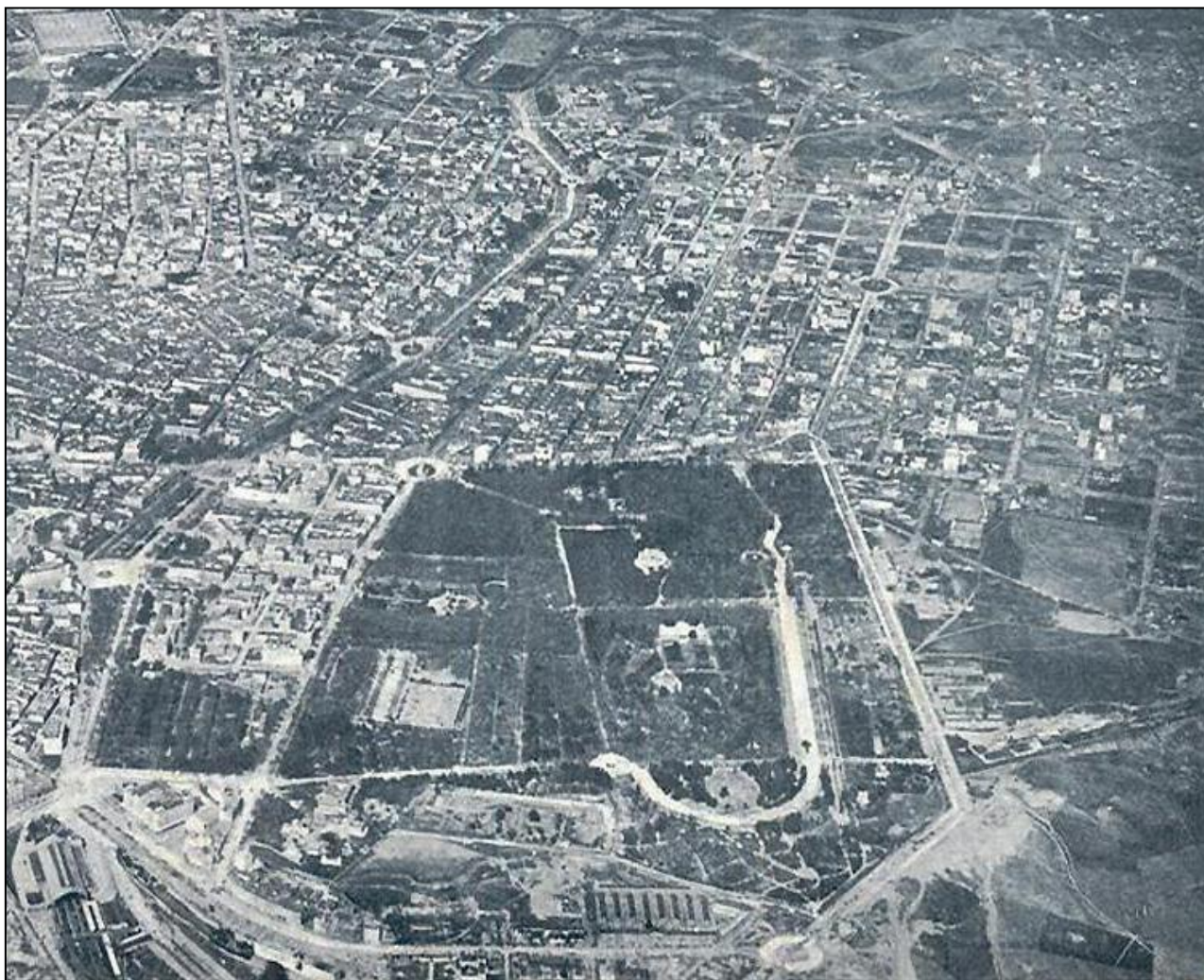


Ilustración 8.3. Fotografía aérea de la zona oriental de Madrid a principios de los años 20. En el margen inferior derecho se aprecian las grandes franjas de terreno no urbanizado existentes entre la plaza de toros de Goya y el barrio de Gutenberg. Por su parte, en el margen superior, se observan los despoblados altos del Hipódromo, lugar donde se ubicará la colonia Parque- Residencia a principios de los años 30.

Aunque llamativos, la raíz de esta expansión urbanística no se halló en la magnitud de dichos proyectos y colonias surgidas al calor de la legislación de Casas Baratas o de los parques urbanizados, entendidos éstos como “*la creación de un barrio urbano dentro de un terreno destinado en su mayor extensión a parque, aunque éste no sea del dominio público, sino un conjunto de parques particulares o privados, cuyos beneficios alcanzan al público vecindado o transeúnte en el barrio mencionado; lo que en lenguaje más vulgar y nuevos procedimientos de urbanización se llama un barrio jardín, conjunto de fincas aisladas rodeadas de jardines*”⁵⁷. Y no lo hizo porque estas iniciativas, relevantes también en las otras dos zonas del Ensanche (baste recordar el parque urbanizado puesto en marcha por la Compañía Madrileña Urbanizadora o la colonia del Pico del Pañuelo, en los Ensanches Norte y Sur respectivamente), fueron superadas por el auge de la promoción inmobiliaria llevada a cabo por propietarios minoristas que empezaron a edificar a pequeña escala, uno, a lo sumo dos inmuebles, para su posterior alquiler o venta. Un cambio de tendencia propiciado por la recurrente parcelación y venta de solares emprendida por las grandes familias propietarias de esta zona (muchas de las cuales ya poseían varias viviendas en renta aquí), entre las que destacaban los sucesores de Erice, Maroto o Valderas, el duque de Aliaga o las familias Gosálvez y Villota⁵⁸. Todos ellos se avinieron a dicho proceder, en mayor o menor medida, *ayudados* por el aumento de la carga impositiva y la congelación de los alquileres decretados en los años veinte, pero realmente *motivadas* por el alza del precio del suelo alcanzado en el mercado inmobiliario del Ensanche, que alcanzó un nivel óptimo de beneficios gracias a la inflación y a la creciente presión demográfica que soportó la capital a raíz del estallido de la 1ª Guerra Mundial. Por todo ello, emprendieron la fragmentación y venta controlada de parte de sus solares, matizando así el acaparamiento especulativo de décadas de duración que tanto ralentizó la urbanización del Ensanche Este, el cual todavía poseía 772 solares sin edificar en 1926, el 34% de los 2.251 que todavía seguían sin urbanizar en el conjunto del Ensanche, la mayoría ubicados en las barriadas lindantes al Extrarradio, como el norte de Monasterio y la franja oriental de los barrios de Las Mercedes, Plaza de toros y Gutenberg (Ilustraciones 8.3 a 8.6)⁵⁹.

No obstante, la avanzada integración urbanística, demográfica y económica de este espacio urbano en la capital a lo largo del primer tercio del siglo XX, apenas matizó un proceso de segregación socioeconómica cuya hoja de ruta no varió con el cambio de siglo (Figuras 4.21 y de 4.37 a 4.40). A nivel general, la fragmentación del mercado de alquiler y la progresiva secesión residencial mostrada por sus principales grupos socioeconómicos siguió su curso, ahondando aún más sus diferencias de forma inexorable en estas décadas (Figuras 8.4 y de 8.8 a 8.13). A medida que la ciudad se desparramó por sus alrededores, la distancia entre unos grupos sociales y otros se acrecentó en la misma proporción, como si el destierro de la idea de establecer unos

⁵⁷ Esta definición fue propuesta por el arquitecto Emilio de Alba en el *Proyecto de urbanización de la zona de Ensanche de esta Villa y Corte limitado por las calles de María de Molina, Paseo de ronda, Paseo de Circunvalación del Hipódromo (lado derecho) y Paseo de la Castellana*, Imprenta Municipal, Madrid, 1917, pp. 7-8.

⁵⁸ Según las investigaciones realizadas por Rafael Más Hernández a raíz del plano parcelario de Ensanche de 1918, realizado por la sección municipal “Investigación y Registro Fiscal del Ensanche” (no localizado en la actualidad en el Archivo de Villa de Madrid), la fragmentación de la propiedad (un propietario=un edificio) afectaba en dicho año al 67% de los edificios, al 70% del espacio edificado y al 85% de los propietarios de viviendas. MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Op. Cit., pp. 107-119.

⁵⁹ AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria resumen de los trabajos realizados por la Comisión de Ensanche del Excmo. Ayuntamiento de Madrid desde el 1 de abril de 1924 a 31 de diciembre de 1926*, Imprenta Municipal, Madrid, 1927, pp. 15-24.

límites específicos a la ciudad fuese el preludio de un *big bang* urbanístico y social sin parangón en la historia anterior. Un fenómeno que, por otra parte, no se ceñía sólo a la capital española, sino que era una característica intrínseca de la ciudad contemporánea occidental. Durante este proceso, se produjo la *exportación* de las características socioeconómicas y urbanísticas de los barrios del interior más cercanos a las antiguas cercas de la ciudad hacia las manzanas adyacentes del Ensanche, tal y como ocurrió con las capas acomodadas de los barrios de Retiro, Almirante o Floridablanca respecto a los de Biblioteca, Fernando el Santo o Salamanca al noreste, con las familias jornaleras y artesanas de San Francisco, Arganzuela o Argumosa en relación a su expansión por Las Peñuelas, Gasómetro o Gutenberg al sur, o las familias de empleados de baja cualificación y modestos comerciantes de Quiñones, Monteleón o Apodaca y los barrios de Sandoval, Cardenal Cisneros o Luchana en el norte (Figura 4.8)⁶⁰.



Ilustración 8.4. Vista aérea de la zona de la plaza de toros de Goya. Enero de 1929. En esta fotografía se observan todavía los solares desperdigados aún no urbanizados así como la función deportiva de alguno de ellos, no en vano aquí se ubicó el primer campo de fútbol del Real Madrid.

De este modo, el binomio formado por la distancia al centro y la creciente sectorización residencial de las distintas clases sociales en el espacio fueron los resortes fundamentales, que no los únicos (basten recordar el sistema de financiación económica del Ensanche, la tipología de las edificaciones ya existentes, la orografía de los terrenos o la jerarquización viaria del trazado planeado por Castro entre otros), sobre los que el

⁶⁰ CARBALLO, B.; PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Op. Cit., pp. 99-279; CARBALLO, B.; PALLOL, R. y VICENTE, F.: “Oferta de vivienda de alquiler en el Madrid del primer tercio del siglo XX”, en DEL ARCO, M.A.; ORTEGA, A. y MARTÍNEZ, M. (Eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, EUG, Granada, 2013, pp. 161-180; DE MIGUEL SALANOVA, S.: “Bajo los tejados de Madrid. Segregación residencial en el primer tercio del siglo XX”, *I Congreso Histórico Internacional As ciudades na história: População*, Vol. IV, Op. Cit., pp. 239-263.

negocio inmobiliario de la capital dispuso las distintas horquillas de precios del suelo urbanizable existente en las diferentes barriadas que componían cada zona del Ensanche. Unos precios claramente divergentes que siguieron influyendo durante el primer tercio del siglo XX, como no podía ser de otra forma, tanto en la evolución de los distintos modelos constructivos realizados por los pequeños propietarios, rentistas, contratistas y promotores inmobiliarios, como en la composición socioeconómica de las familias que acudieron a ellas en busca de una residencia acorde a sus posibilidades. Una dinámica que esculpió a fuego un paisaje urbanístico fragmentado en el que las diferencias exhibidas por barrios en cuanto a los alquileres medios (Figura 8.4), a la oferta detallada de residencias en el mercado de alquiler en función de sus precios, a la altura de sus inmuebles o al tamaño medio de las viviendas que albergaban, no eran más que el reflejo de una segregación residencial más minuciosa y compleja en la que se conjugaban otras variables no siempre tangibles y objetivas, que iban desde la calidad de los materiales de construcción y el acabado de los inmuebles, a la tipología de sus fachadas, su altura, compartimentación y distribución interna de sus viviendas, desde la proximidad de establecimientos peligrosos o molestos, la dotación de servicios como el transporte público y el alcantarillado, o la reputación adquirida por uno u otro barrio, ya fuera positiva o negativa, dentro del imaginario colectivo de la población madrileña.



Ilustración 8.5. Vista aérea del área meridional del barrio de Retiro, pudiéndose observar, entre otros, el Observatorio Astronómico, el Ministerio de Fomento y la Iglesia de Atocha. Fotos de Gaspar, 1928.

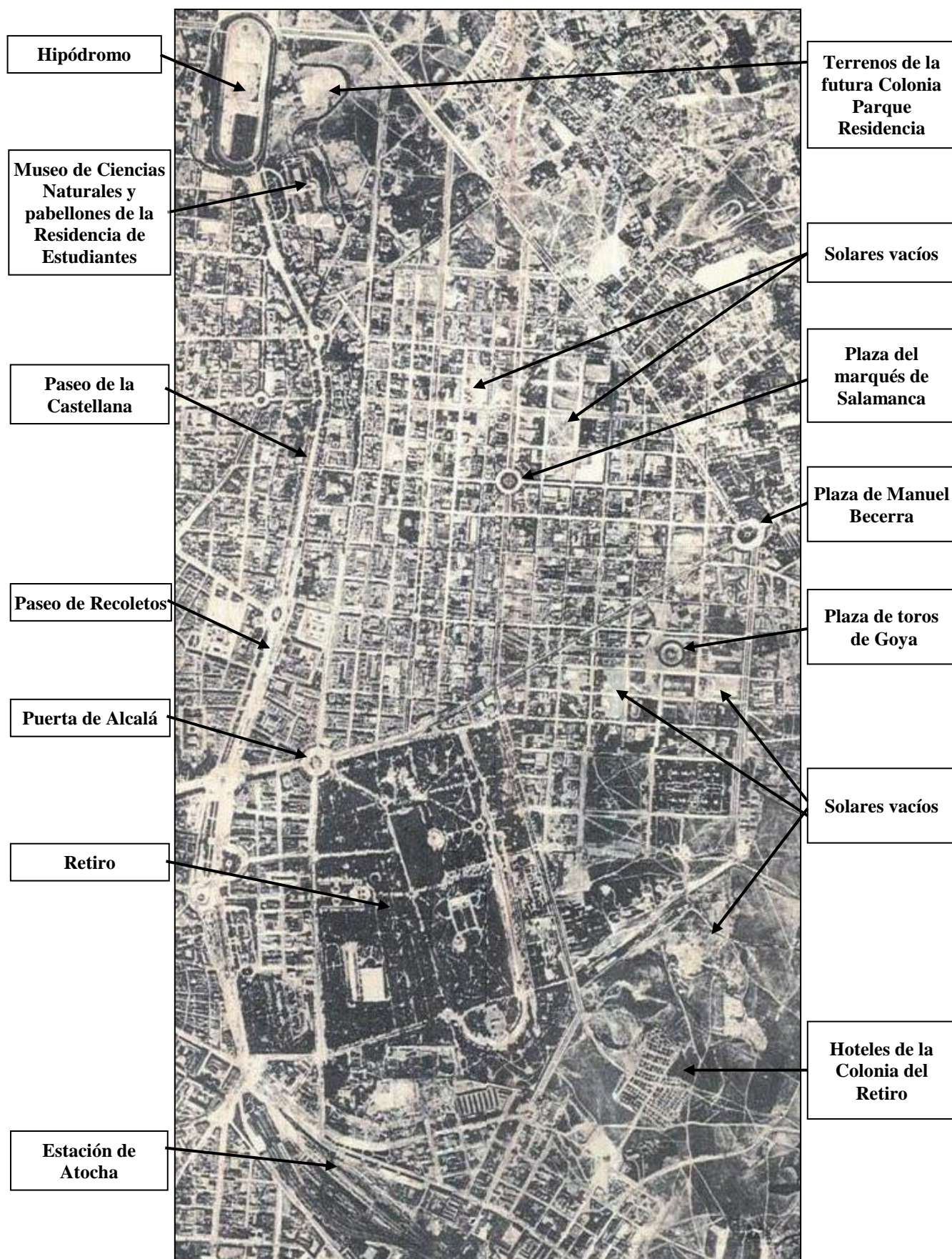


Ilustración 8.6. Detalle del Fotoplano de Madrid incluido en el trabajo municipal *Información sobre la ciudad*, año 1929. Escala 1:25.000.

Un contexto de progresiva segregación residencial del que no escaparon los barrios del Ensanche Este de la capital, tal y como se desprende de la evolución sufrida por sus principales indicadores urbanísticos y socioeconómicos entre 1905 y 1930. La evidente simbiosis existente entre la tipología de los inmuebles construidos en una u otra zona y el nivel socioeconómico de sus residentes todavía seguía siendo una realidad muy palpable en vísperas de la II República. Aunque este espacio urbano podía parecer urbanística, social y económicamente homogéneo a vista de pájaro, especialmente al ser comparado con las otras dos zonas del Ensanche, su análisis pormenorizado socava tal percepción al sacar a relucir la presencia de profundas *grietas* cuando se descendía al terreno y se cotejaban las enormes realidades divergentes que allí se daban: barrios aristocráticos como el de Biblioteca y Retiro con otros de extracción obrera como los de Gutenberg o Plaza de toros; calles de primer orden como las de Serrano o Velázquez y otras interiores como las de Puigcerdá o Tomás López; el todavía desangelado Paseo de Ronda (avenidas de Francisco Silvela y Doctor Esquerdo) frente a la majestuosidad del eje Prado-Recoletos-Castellana que lindaba con el casco antiguo; los palacetes unifamiliares de la calle Martínez de la Rosa y los modestos hotelitos de la Colonia del Retiro; unos suntuosos principales con balcones a la calle que convivían con asfixiantes sotabancos interiores presentes en el mismo inmueble en barrios como el de Conde de Aranda; el ático de un moderno edificio dotado de un ascensor hidráulico y la retirada buhardilla a la que se accedía a través de una oscura escalera tras subir varias alturas en los primeros inmuebles edificadas en el barrio de Salamanca; o novedosos edificios de más de siete plantas erigidos en las modernas ampliaciones de calles como Velázquez, Príncipe de Vergara o Lista en el barrio de Las Mercedes, frente a modestas casitas alargadas de planta baja que todavía poblaban el antiguo hinterland madrileño, hijas de un mundo rural en pleno retroceso, en las que se arremolinaban decenas de familias en viviendas de apenas dos o tres estancias, como las del Camino bajo de Vicálvaro, al sureste del Retiro, en el barrio de Gutenberg, o las que conformaban la calle Tomás López, en el barrio de Plaza de toros.

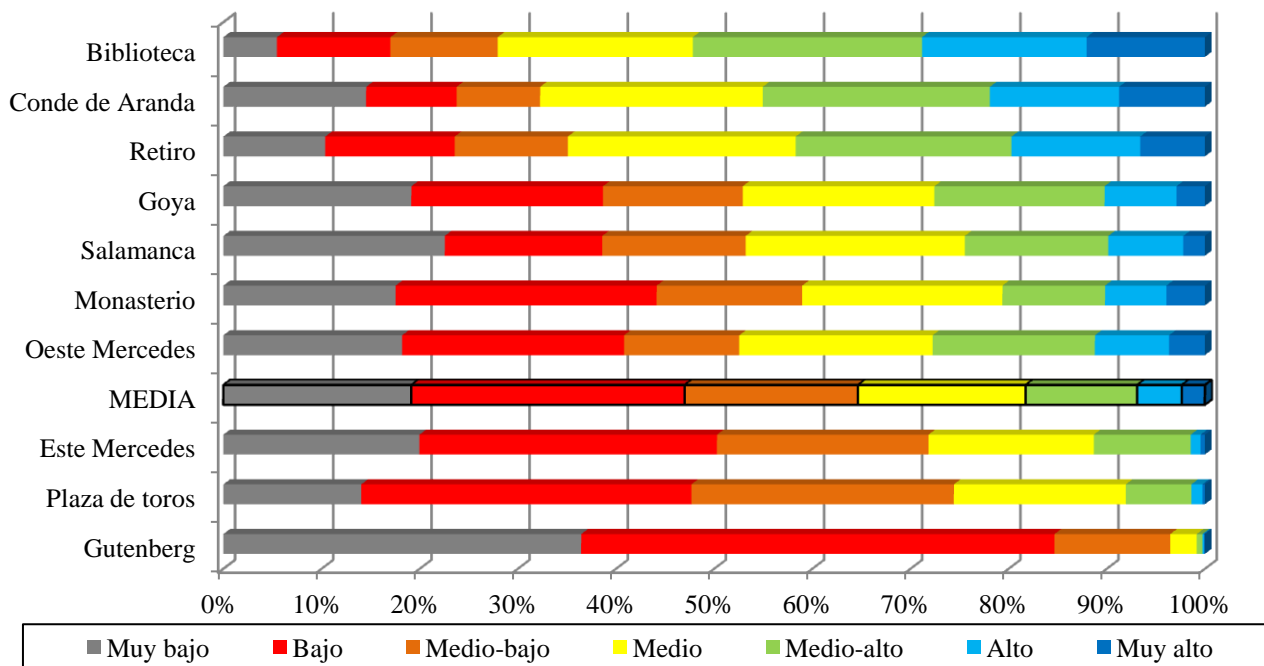
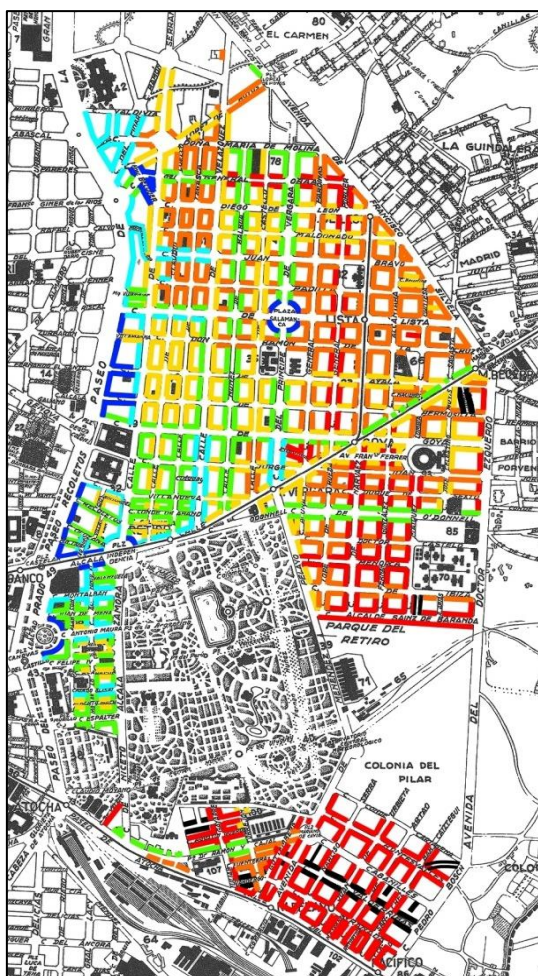


Figura 8.20. Distribución porcentual de las residencias habitadas existentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930 por barrios según su alquiler mensual. Cada color tiene su correlación con la tabla de alquileres en pesetas corrientes de dicho año, calculadas en función de las pesetas constantes de 1913, tal y como se indica en la Figura 8.4. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.



Leyenda	Ptas. corrientes (1930)	Ptas. constantes (1913)
Muy bajo	0 – 42,59	0 - 25
Bajo	42,59 – 85,18	25 - 50
Medio bajo	85,18 – 127,77	50 - 75
Medio	127,77 – 212,95	75 - 125
Medio alto	212,95 – 340,72	125 - 200
Alto	340,72 – 511,08	200 - 300
Muy alto	Más de 511,08	más de 300

Figura 8.21. Alquiler medio mensual de las calles del Ensanche Este de Madrid en 1930. Las calles más largas han sido divididas en tramos para analizar con mayor detalle la baratura de sus precios a medida que se distanciaban del casco antiguo. AVM, Estadística, padrón de 1930. Escala: 1:10.000.

Unas realidades complejas y dispares las que cohabitaban en el Ensanche Este en 1930, para cuyo pormenorizado discernimiento es necesario acudir al estudio combinado de indicadores urbanísticos más concretos que el estudio de la evolución del alquiler medio residencial satisfecho en cada barrio (Figuras 8.4 y 8.7). Por ello, se ha indagado en la catalogación de las viviendas en función de su precio por barrios (Figura 8.4); se han obtenido los precios medios de las viviendas por calles para discernir la relevancia que sobre el valor del suelo poseía la jerarquización viaria trazada por Castro (Figura 8.21); se ha calculado la altura media de los inmuebles construidos y su distribución barrial (Figura 8.20), así como la compartimentación interna de éstos en viviendas (Figura 8.22); y por último, se ha estimado el tamaño medio de éstas en función del número de estancias que poseían según su ubicación en el plano del Ensanche Este (Figura 8.27), subrayando a su vez la pervivencia de la segregación horizontal dentro de cada inmueble al registrar grandes contrastes entre las viviendas interiores y exteriores (el alquiler medio mensual de las primeras en el Ensanche Este era de 65 ptas. mientras el de las segundas ascendía a 135 ptas., más del doble⁶¹). Cada uno de estos indicadores proporciona luz sobre la comprensión del estadio en el que el fenómeno de la segregación residencial en el Ensanche Este de la ciudad se encontraba al finalizar el primer tercio del siglo XX. Pero una visión combinada de todos ellos,

⁶¹ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

aliñada con ejemplos gráficos extraídos de las licencias de construcción expedidas durante los años veinte para esta zona de la capital, constituye un salto cualitativo sustancial para lograr el objetivo de caracterizar con detalle las implicaciones urbanísticas de dicho proceso.

En primer lugar, la composición de la oferta de viviendas del Ensanche Este en función de su alquiler y su peculiar distribución, nos hacen discernir cómo la disyuntiva centro-periferia, que también afectaba a las otras dos zonas del Ensanche, seguía siendo a la altura de 1930 el factor cardinal de la ramificación urbanística de este espacio urbano (Figura 8.20). Así, la proporción de viviendas con alquileres bajos (aquellas que no superaban las 85 ptas. mensuales) oscilaba entre el 85% del barrio de Gutenberg y el 44% de Monasterio en los barrios periféricos, mientras que en los barrios adyacentes al casco antiguo este abanico iba del 24% de Retiro y Conde de Aranda al 17% de Biblioteca. Es decir, que el contraste existente entre los valores extremos de ambos sectores alcanzaba el 80%. Una diferenciación que resultaba aún más tajante al analizar el segmento opuesto, aquel que reunía a las viviendas más caras, cuyo coste superaba las 340 ptas. mensuales (200 ptas. constantes de 1913), y en el que el contraste era aún más pronunciado: mientras la proporción de viviendas caras superaba el 20% de la oferta residencial de los barrios de Biblioteca, Conde de Aranda y Retiro, ésta no superaba en ningún caso el 3% de las viviendas existentes en la franja exterior de los barrios de Gutenberg, Plaza de toros y Las Mercedes. En este sentido, el valor resultante en el barrio de Gutenberg era de un raquítrico 0,25%, cifra que ni siquiera significaba el 1% del valor obtenido en el barrio de Biblioteca, que era del 29%. Unas cifras que demuestran que, a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, la fractura urbanística que separaba a la franja más opulenta del Ensanche Este de la ciudad, encarnada por los barrios de Retiro, Biblioteca y Conde de Aranda, de los más baratos y peor acondicionados, constituidos por el de Gutenberg principalmente, y en un escalón inferior por los de Plaza de toros y el margen oriental del de Las Mercedes, se había dilatado aún más (Figuras 4.33 y 8.20).

Principales características urbanísticas de los barrios del Ensanche Este de Madrid en 1930								
	Biblioteca y Conde Aranda	Retiro	Goya y Salamanca	Oeste Mercedes	Monasterio	Este Mercedes	Plaza toros	Gutenberg
Viviendas	3.432	2.452	4.500	2.395	2.764	8.242	7.005	4.092
Edificios	282	167	305	208	228	485	360	260
Viviendas por inmueble	12,17	14,68	14,75	11,51	12,12	16,99	19,46	15,74
Habitantes por vivienda	5,32	5,22	4,52	4,78	4,72	4,25	4,13	4,38
Estancias por vivienda	8,45	7,17	6,46	6,29	6,09	5,10	4,82	4,10
Habitantes por estancia	0,63	0,73	0,70	0,76	0,78	0,83	0,86	1,07

Figura 8.22. Para la realización de este cuadro, sólo se han contabilizado los edificios y viviendas que poseían una función residencial. Y para los cálculos obtenidos del número de estancias sólo se han contabilizado aquellas fichas en las que se rellenó dicha casilla (el 67% del total). Además, se indica en las instrucciones de la hoja de empadronamiento que no se debían contabilizar como estancias “*el lavadero, cocina, despensa, retrete, cuarto de baño, pasillos ni habitaciones destinadas a almacén, oficina, tienda o taller*”. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Pero la evolución de este indicador urbanístico también muestra cómo el avance de la urbanización hacia el este influyó en el aumento de la oferta residencial de

viviendas de alquileres medios-bajos en el Ensanche Este en detrimento de las más baratas, un fenómeno acorde al acaecido en el conjunto de la ciudad (Figura 8.5). Esta reducción fue fruto de dos factores concatenados: en primer lugar, el aumento de la presión migratoria generó un sólido incremento especulativo sobre los terrenos ocupados por edificios modestos de planta baja supervivientes de la época en que estas tierras tenían un uso eminentemente periurbano, incentivando su derribo y sustitución por inmuebles de varias alturas; y en segundo lugar, la apreciación sufrida por el suelo periférico del Ensanche Este situado a ambos lados de la calle de Alcalá en estas décadas (Figura 8.7), puso en bandeja de plata la oportunidad a promotores, rentistas y contratistas de esta zona a obtener mayores plusvalías mediante la transferencia de dicha revalorización a los alquileres de las viviendas, lo que incrementó artificialmente su valor aunque no significara mejora real alguna de sus características urbanísticas.

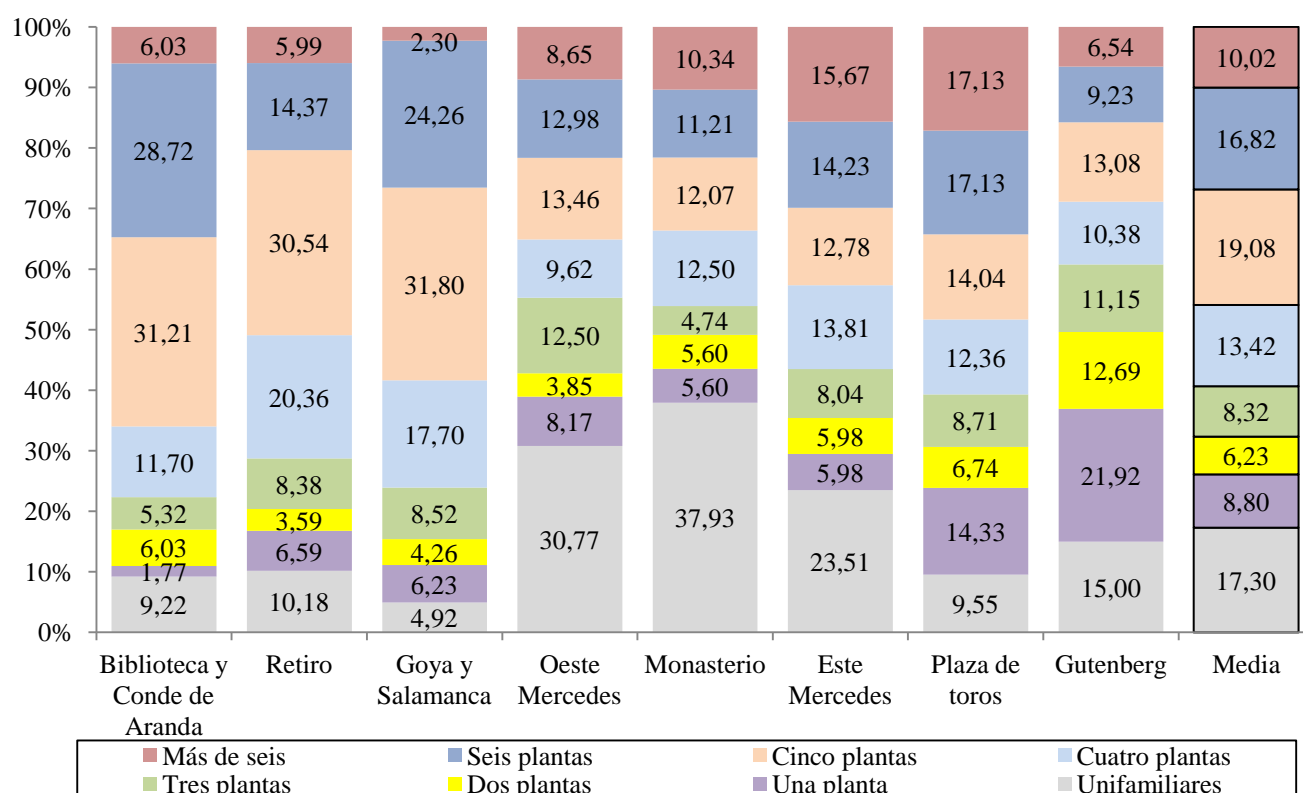


Figura 8.23. Distribución de los inmuebles existentes en los distintos barrios del Ensanche Este en 1930 a tenor del número de plantas habitadas (no del nº de pisos en fachada, que solía ser menor al ocultar los sótanos, bajos y, en ocasiones, entresuelos). Los edificios y viviendas en los que sólo residía una familia, independientemente de las alturas de las que dispusiera la vivienda, se han etiquetado como unifamiliares. No obstante, para discernir con mayor profusión las principales características urbanísticas de cada barrio consultar las Figuras 8.20 a 8.22, 8.27 y 8.28. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Evidentemente, las oscilaciones al alza acaecidas en el valor del metro cuadrado de las distintas manzanas del Ensanche Este durante el primer tercio del siglo XX, unido al tipo de demanda residencial específica existente en unos u otros barrios, siguieron condicionando la tipología de las inversiones inmobiliarias realizadas por propietarios y promotores, en especial el número de alturas proyectadas y la compartimentación interior de cada una de ellas (Figuras 8.22 y 8.23). Siguiendo esta línea argumentativa, era lógico que los solares más caros, situados en los barrios más cercanos al eje Prado-Recoletos-Castellana, presentaran un aprovechamiento del suelo en altura mucho más intensivo que en las zonas periféricas del Ensanche Este, donde los precios del suelo eran muy inferiores y la necesidad de obtener una renta anual más elevada para sufragar

la inversión mediante una potente edificación en altura, era menor. De este modo, mientras que los edificios de las barriadas que circundaban la plaza de la Independencia, verdadero eje nodal de la franja occidental del Ensanche Este, superaban en más de la mitad de los casos las cuatro alturas, esta proporción se reducía en un tercio a medida que nos separábamos del mencionado eje hacia el Extrarradio, tal y como ocurría en los barrios de Gutenberg, Plaza de toros, Monasterio y Las Mercedes (Figura 8.23).



Ilustraciones 8.7 y 8.8. A la izquierda, postal de la calle Serrano en 1930. Museo de Historia de Madrid. Inv. 1991/1/1179. A la derecha, calle de Velázquez esquina con Goya, orientada hacia la calle Alcalá, también en 1930.

Así, los barrios que albergaban un mayor número de viviendas de alquileres elevados eran los de Biblioteca, Retiro, Conde de Aranda, Salamanca y Goya. Éstos conformaban, con la salvedad de los palacios y hoteles unifamiliares ubicados a la vera del eje Recoletos-Castellana, un espacio urbanístico relativamente homogéneo y de similar composición urbanística a la que presentaba a principios de siglo (Figura 4.29), caracterizada por la preponderancia de los inmuebles de más de cuatro alturas divididos en viviendas holgadas de entre siete y diez estancias de media (Figura 8.27), que prácticamente copaban todo su suelo urbanizable (Ilustraciones 8.7 y 8.8), fruto del elevado precio del suelo allí reinante. Una zona engalanada que seguía cumpliendo a la perfección en 1930 la función que le había sido encomendada desde sus orígenes: ser el lugar privilegiado de residencia para las capas más acomodadas de la urbe, un lugar predilecto para propietarios, rentistas, banqueros y grandes industriales (Figuras 5.77 y 8.13). Una zona, especialmente la ubicada al noreste de la Puerta de Alcalá, de *“traza amplia y rumbosa, lineal, de remotas perspectivas y de edificaciones suntuosas”*, y que era descrito a principios de los años veinte como el *“barrio aristocrático por excelencia en el que Madrid condensa sus aspiraciones de gran ciudad, moderna y de una aspiración internacional cosmopolita”*⁶².

No obstante, paradójicamente, estas barriadas, las más caras con gran diferencia del Ensanche Este, no fueron las que experimentaron en mayor proporción la proliferación de modernas viviendas de siete y ocho alturas, puesto que fue ocupado por los barrios más alejados del casco antiguo, a pesar de que la presión de los precios del suelo recaía con más fuerza en los primeros que en los segundos. Este fenómeno, en principio contrario a la lógica dictada por la especulación urbanística, que rezaba que a

⁶² “Paseos Por Madrid: el silencioso y aristocrático barrio de Salamanca”, en *La Voz*, 29 de agosto de 1922.

mayor coste del suelo mayor aprovechamiento en altura del mismo, venía derivado de los diferentes estados de urbanización en los que se encontraban unas zonas y otras. En las barriadas del Ensanche Este más céntricas, la mayor parte del suelo ya había sido edificado durante las primeras décadas de la Restauración canovista con inmuebles que no superaban los cuatro pisos de altura. Viviendas que aunque fueran reformadas y adecuadas a las nuevas comodidades (Figura 8.18), raramente fueron ampliadas con nuevos pisos por sus propietarios durante las primeras décadas del siglo XX⁶³, y aún en el caso en que lo fueron, no podían superar las siete plantas de los inmuebles modernos dada la imposibilidad de que sus estructuras soportasen mucho más peso de para el que fueron diseñadas. Por otro lado, la obra nueva tampoco mejoró dicha proporción de inmuebles elevados en estos barrios, ya que en los pocos solares vacíos existentes, el desembolso inicial necesario en calles como Serrano, Villanueva o Alcalá para la adquisición del terreno y su posterior edificación era prohibitivo. Este factor, unido a la general estrechez de los solares por culpa de la elevada compartimentación existente, la reducida anchura de sus calles y la menor altura media de los inmuebles circundantes, entorpecía sobremanera las nuevas edificaciones de estas características en este espacio urbano.

Ingeniero de la MZA					
Empleado Escuela Sup. Magisterio	Militar	Empleado	Cocinero en Castellana nº 62	Empleado Consejo de Estado	Desalquilado
Sus labores	Militar	Actor	Sus labores	Pensionista	Periodista ABC
Ingeniero electricista	Propietaria	Pensionista	Modista	Sus labores	Pensionista
Propietario y decano de armas de S. M.	Rey de Armas de S.M.	Empleado de Correos	Empleado de Correos	Oficinas de la Hidráulica La Aldehuela	Sus labores
Ingeniero de asfaltos	Médico en el Instituto del Cáncer	Empleado de Norte	Pensionista	Oficina particular	Sirviente en hotel de la marquesa de Argüelles
Empleado particular	Desalquilado	Sus labores	Comerciante	Sastre con tienda	Costurera con tienda
Portería	Sus labores	Taller de flores	Desalquilado	Comerciante	

Figura 8.24. Distribución interior de las viviendas, alquiler y ocupación de los inquilinos del inmueble de nueva construcción en el nº 41 de la calle Claudio Coello. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Un ejemplo de dicha dificultad lo encontramos en el proyecto de construcción y reforma presentado por Urbano José Peña Chávarri en 1925 y que afectaba al solar e inmueble que correspondía con el nº 41 de la calle Claudio Coello. Urbano, ingeniero, consejero del Banco de España y sobrino del vasco Romualdo Chávarri, vivía junto a su esposa, Polonia Chávarri también sobrina del anterior, en el lujoso principal de 23 de estancias del inmueble del nº 21 de la calle Lagasca, del que también era propietario. Gracias a la fortuna heredada de los negocios indianos de su tío, la familia Chávarri poseía varios inmuebles y solares en esta zona del Ensanche Este madrileño durante el primer tercio del siglo XX y conocía bien sus entresijos urbanísticos⁶⁴. Por ello, y teniendo los medios económicos necesarios para ello, Urbano Peña Chávarri, que

⁶³ De hecho, de las 159 solicitudes de obras menores realizadas al consistorio entre 1926 y 1928 por los propietarios de la 2ª zona de Ensanche, sólo 17 señalaron expresamente que el motivo era la ampliación vertical del inmueble. AVM, Secretaría, Obras menores, legajos 25-266 y 25- 267.

⁶⁴ En 1918 la familia Chávarri poseía cinco casas, que suponían un total de 3.362 metros cuadrados edificados. En MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Op. Cit., pág. 116.

pagaba una contribución territorial anual de 175.000 ptas., de las más altas de las registradas en esta zona de Ensanche, mientras que su esposa Polonia satisfacía 50.000 ptas.⁶⁵, la familia optó por invertir en la modernización del solar mencionado para incrementar sus rentas futuras. Un terreno que se hallaba edificado en la parte que daba a la calle Claudio Coello, pero no su interior. Así, su plan estaba dividido en dos partes diferenciadas, por un lado edificar en el interior del solar un nuevo inmueble al que se accedería por el portal del edificio ya existente, y por otro, reformar y ampliar en altura éste, para adaptarlo a los servicios más modernos. Para ello, Urbano presentó en 1925 los planos de reforma del ya edificado y el de construcción del inmueble anejo. Sin embargo, tras un año durante el cual el consistorio no dio su visto bueno a la reforma del inmueble debido a que la remodelación expuesta era tan profunda excedía la licencia de obra menor, Urbano optó por cortar por lo sano y derruir el inmueble existente para edificar de nueva planta los dos edificios, que contarían con seis alturas más un ático en el edificio cuya fachada daba a la calle (Figura 8.25).

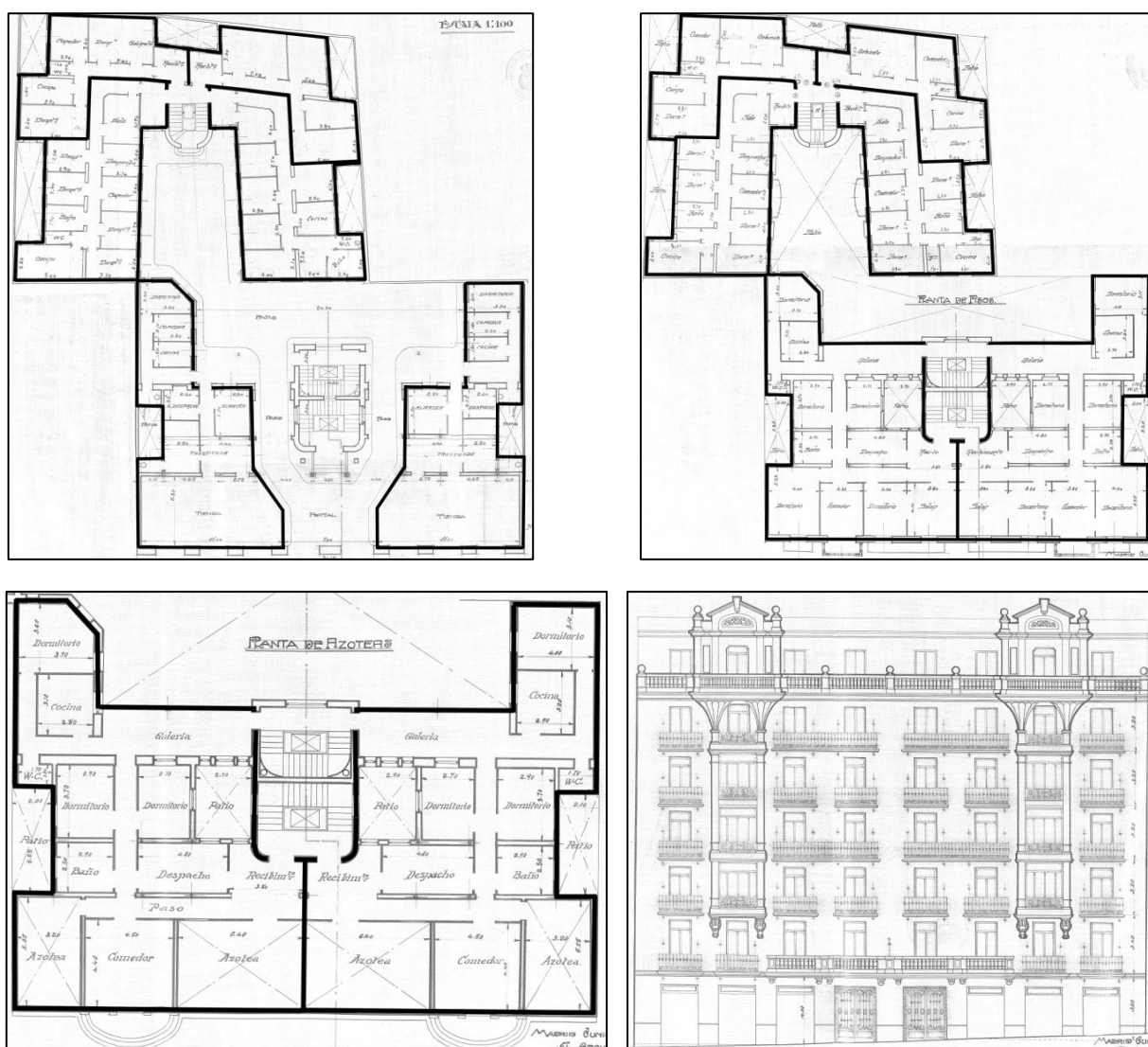


Figura 8.25. De izquierda a derecha, planos de la planta baja, pisos, azotea y fachada del inmueble del nº 41 (en la actualidad es el nº 43) de la calle Claudio Coello, edificado por Urbano Peña Chávarri entre 1925 y 1928. Escala 1:100. AVM, Secretaría, signatura 25-260-11.

⁶⁵ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Estos inmuebles adosados que ocuparían el nº 41 de la calle Claudio Coello, gracias a la particularidad del solar y a la compartimentación y distribución interior de las viviendas, nos sirven de ejemplo de la amplitud de características residenciales que eran ofertadas en el Ensanche Este de la capital. Así, como se observa en los planos de la vivienda y en los alquileres demandados por cada una, en el mismo inmueble existía una marcada segregación horizontal y vertical de origen, derivada de la situación exterior o interior de cada vivienda, del número de estancias y su distribución, del piso en el que se ubicaban, sin contar con que las viviendas exteriores disfrutaban de ascensor y escalera de servicio independiente, mientras que las del interior no. De este modo, en este inmueble quedaba patente la fuerte segregación horizontal existente entre las viviendas de un mismo piso, como ocurría por ejemplo en el caso de los principales (Figura 8.24). En este piso, las diferencias en el alquiler mensual alcanzaban las 360 ptas., entre el principal exterior de once estancias alquilado por el ingeniero inglés Charles Clayton Ray, que trabajaba para la Compañía Nacional de Asfaltos a razón de un sueldo anual de 33.000 ptas., y su esposa Sophie, por el que pagaban un alquiler mensual de 450 ptas., mientras que en el principal del fondo, de sólo cuatro estancias y una ventilación a través de sendos patios interiores, vivían hacinados por 90 ptas. mensuales Epifanio, sirviente externo en el hotel del nº 69 de la calle Serrano de la marquesa de Argüelles, su esposa Elisa, sus dos hijas menores de dos años y el hermano de Epifanio, que se ganaba la vida como jornalero aunque estaba cesante cuando rellenaron su hoja de empadronamiento⁶⁶.

Tal y como hemos visto en la licencia anterior, a la altura de 1930 en la zona más urbanizada del Ensanche Este de Madrid la segregación residencial horizontal dentro de los inmuebles empezó a doblegar a la vertical como consecuencia de factores de distinto calado. Por un lado, aunque la creciente apreciación del metro cuadrado edificable y la adopción de nuevos materiales en la construcción como el hierro facilitaron el incremento generalizado de la altura de los edificios de nueva planta, ello no supuso el reforzamiento de la secular segregación residencial vertical gracias a la generalización del uso del ascensor en estos inmuebles, derivada de la obligatoriedad impuesta por el artículo 647 de las ordenanzas municipales de la Villa de que fueran instalados en aquellos que superaran los 14 metros de altura. Esta maquinaria fue artífice de la lenta sustitución arquitectónica de los seculares sotabancos y buhardillas que buscaban aprovechar la mayor superficie edificada posible, por los espaciosos y novedosos áticos y azoteas que coronaban algunos de los más modernos inmuebles, amén de la completa transformación de la compartimentación interna de las viviendas según su altura imperante hasta entonces⁶⁷. Por otro lado, señalados los motivos por los que la segregación vertical aminoró su presencia en las nuevas viviendas del Ensanche Este, es menester indicar también los factores que motivaron la pervivencia de la segregación residencial en profundidad en buena parte de éstos. La mala praxis constructiva llevada a cabo en estas décadas fue la causante de dicho fenómeno, fruto de la conjunción de un espacio urbano altamente valorado, unas manzanas de gran tamaño (no olvidemos que fueron ideadas por Castro para que sólo fueran edificadas en un 50%), y el pleno control de dicho mercado inmobiliario por unos pocos grandes propietarios, que tendieron a dividir, parcelar y vender dichas manzanas en solares de

⁶⁶ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

⁶⁷ Esta transformación se dejó notar en las licencias de construcción de los años diez y veinte, cuando se empezó a generalizar el uso de una distribución interior de las viviendas única para todos los pisos, cuando hasta entonces se habían presentado planos específicos de cada planta, ya que tenían una compartimentación y distribución diferente atendiendo a la distinta extracción social de las familias a las que iban destinadas como consecuencia de la incomodidad de tener que subir más o menos escaleras.

fachadas muy estrechas y de gran profundidad para incrementar sus rentas. El resultado fue la generalización de edificios de fachadas inferiores a 20 metros y con una superficie muy alargada hacia el interior de la manzana, reduciendo fuertemente la luminosidad y ventilación de las viviendas allí dispuestas, recibidas de modo indirecto a través de unos patios interiores que, según las ordenanzas, debían significar al menos el 15% del terreno edificado.

Ático (3.900) Ingeniero Telefónica	Ático (4.200) Ingeniero de minas
5° (no indica)	5° (4.500) Ingeniero gráfico
4° (4.500) Rentista	4° (4.500) Comerciante
3° (4.800) Gerente Philips	3° (4.980) Propietario
2° (4.980) Rentista	2° (5.000) Propietario
1° Secretario Holanda	1° (Vacío)
Entresuelo (4.250) Rentista	Entresuelo (4.250) Sus negocios
Tienda Venta de coches	Tienda

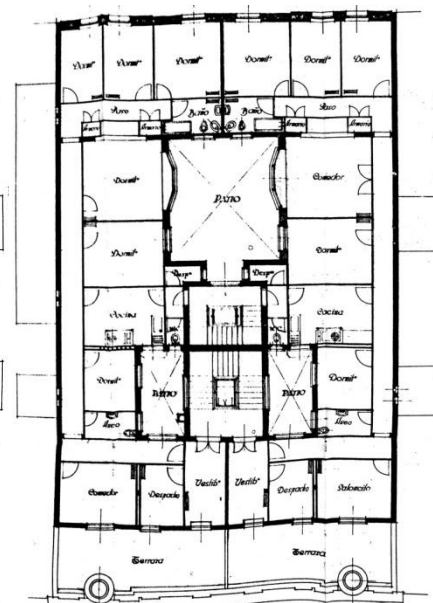
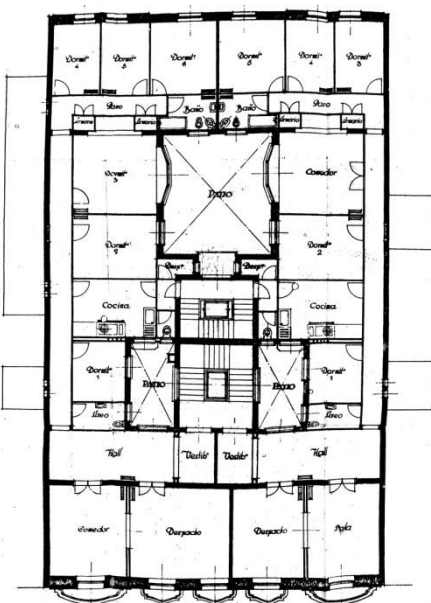
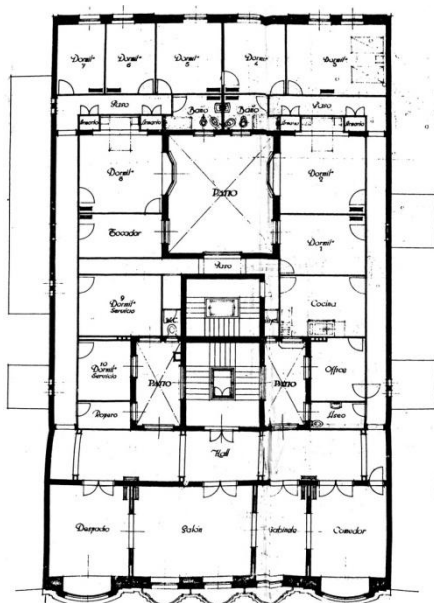
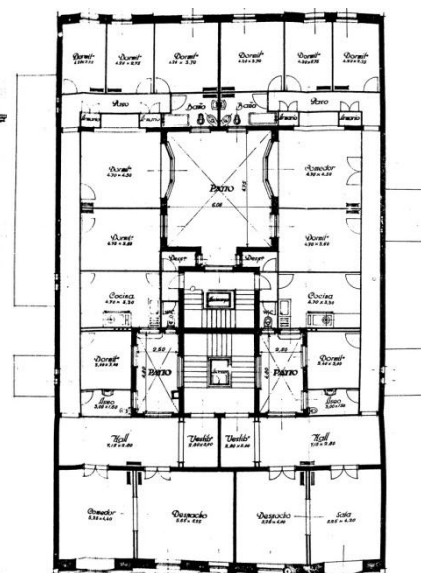
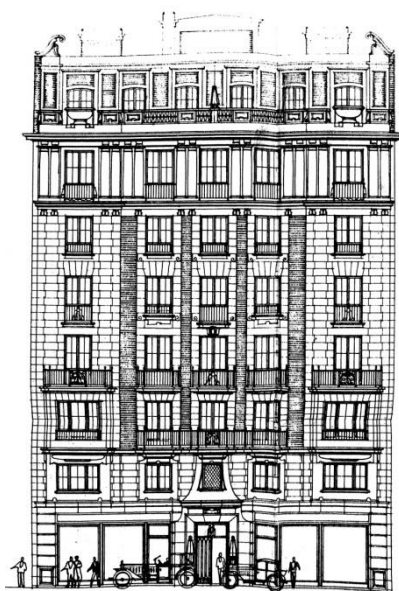


Figura 8.26. De izquierda a derecha: distribución interna señalando el alquiler anual y la profesión del cabeza de familia de los vecinos del nº 18 de la calle Velázquez; diseño de la fachada del inmueble; plano del piso entresuelo; plano del primer piso; plano de los demás pisos; plano de los áticos. Escala 1:100. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930 y Secretaría, signatura 25-263-5.

Sin embargo, si la anchura del solar y la pericia del arquitecto lo permitían, los propietarios pudieron transformar la compartimentación del inmueble a erigir, eliminando o reduciendo la diferenciación entre las viviendas exteriores e interiores y buscando alquileres homogéneos para el conjunto de residencias de sus inmuebles. Así actuó el arquitecto Secundino Zuazo cuando diseñó y construyó entre 1926 y 1927 el

inmueble que ocuparía el nº 18 de la calle Velázquez a través de su sociedad compartida con el riojano Saturnino Ulargui (Figura 8.26). El bilbaíno, al disponer de un solar de 650 m² de superficie pero sólo 19,64 metros de fachada en una calle de primer orden, ubicado en uno de los barrios más acaudalados de la capital, optó por realizar una distribución interna del inmueble lo más homogénea posible, sin apenas distinción entre alturas ni viviendas exteriores o interiores, a sabiendas de que la demanda resultante de unas residencias de tal calidad e inmejorable ubicación sería enorme. Y así fue, ya que los alquileres que se satisfacían en 1930 oscilaban entre las cuatro y cinco mil ptas. anuales por vivienda (cifras elevadas de 350 a 400 ptas. mensuales), a los que sólo podían hacer frente grandes propietarios y rentistas como José María Millet o Luis Ariño, comerciantes como Ricardo Zapater, diplomáticos extranjeros como Alejandro London, que era primer secretario de la embajada holandesa, gerentes y directivos de grandes empresas como Walter Wolthers, que lo era de Philips, o profesionales liberales españoles y extranjeros altamente cualificados como el canario José Cabrera, el filipino Federico Luchsinger Centeo, o el estadounidense Nilson Gaurvein, ingenieros de minas en Duro Felguera y en la Sociedad Española de Gráficos Refinados los dos primeros, e ingeniero de Telefónica el tercero respectivamente⁶⁸.

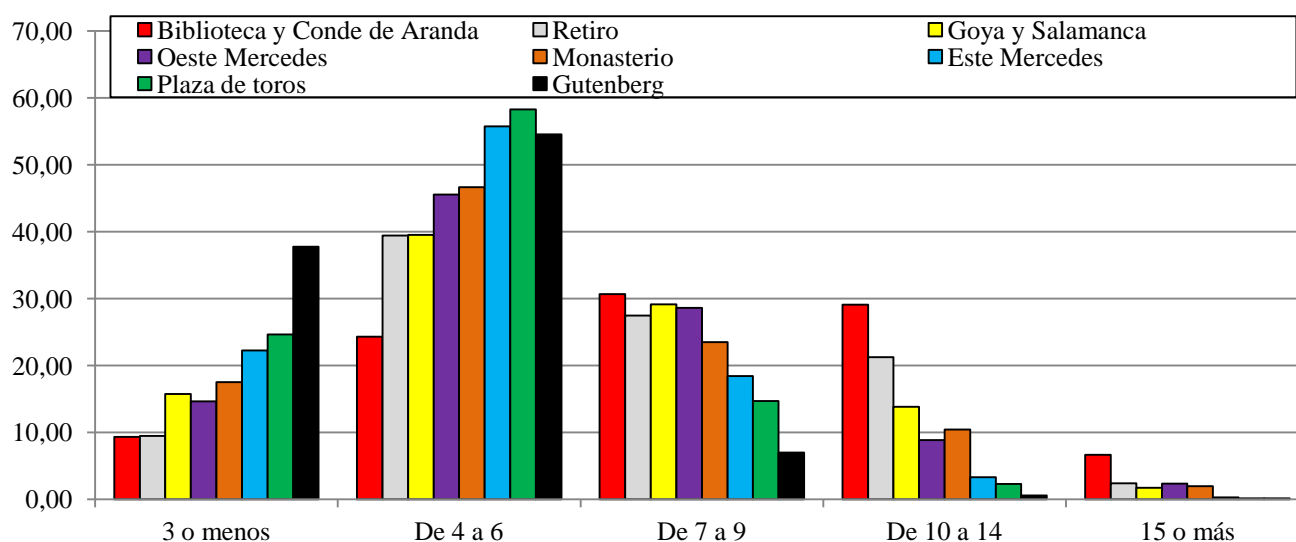


Figura 8.27. Distribución de las viviendas del Ensanche Este por barrios en función de su número de estancias en 1930. Sólo se han contabilizado los domicilios destinados a uso residencial. Elaboración propia. AVM, Estadística, padrón de 1930.

Pero a pesar de todo, los ecos de la segregación vertical todavía resonaban con fuerza en la franja occidental del Ensanche Este (como en el conjunto de la ciudad), ya que todavía eran legión los edificios de varias alturas que carecían de elevador. Y es que casos como los de Urbano Peña Chávarri, propietario con un capital líquido relevante y con predisposición suficiente para reformar o, movido por las circunstancias, derribar su inmueble para erigirlo de nueva planta, o Secundino Zuazo, que optó por la homogeneidad de todas sus viviendas, distaban de ser numerosos. En definitiva, los barrios de Retiro, Biblioteca, Conde de Aranda y Salamanca conformaban un espacio urbano bastante homogéneo que, a grandes trazos mantenía la misma composición urbanística que a principios de siglo (con la salvedad de una mayor colmatación y del incremento generalizado de la altura media de sus inmuebles), basada en un aprovechamiento residencial intenso del suelo pero adaptada a las acomodadas

⁶⁸ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

condiciones socioeconómicas demandadas por sus potenciales inquilinos, con viviendas holgadas de entre 7 a 10 estancias (Figura 8.27), dotadas en general de baño y W.C. propios, varios dormitorios, una cocina completamente equipada, salón, comedor y gabinete o despacho, con agua caliente, teléfono, luz eléctrica, calefacción central, portería y, en algunos casos, garajes y lavaderos privados.

	Biblioteca	Conde Aranda	Goya	Gutenberg	Las Mercedes	Monasterio	Plaza toros	Retiro	Salamanca
<i>Sotabanco</i>	1,9	1,4	2,4	1,5	2,4	2,0	2,6	2,1	1,0
<i>Más pisos</i>	0,4	0,6	0,4	1,1	1,3	1,8	1,1	0,9	0,5
<i>Cuarto</i>	6,5	12,3	6,0	5,1	5,9	8,9	5,7	6,1	15,3
<i>Tercero</i>	13,1	13,2	14,4	11,9	11,2	11,9	11,7	13,1	13,2
<i>Segundo</i>	16,2	13,0	15,4	16,2	15,4	12,7	15,1	15,3	14,2
<i>Primero</i>	12,9	11,9	13,8	13,8	14,2	12,3	15,0	14,9	10,8
<i>Principal</i>	14,2	12,2	14,6	15,2	15,3	13,2	15,0	15,5	14,0
<i>Entresuelo</i>	4,7	3,5	8,0	7,5	9,2	7,2	10,4	5,6	3,7
<i>Bajo</i>	8,4	8,5	6,6	16,3	10,5	10,9	10,2	10,8	8,2
<i>Hotel</i>	1,8	0,4	0,5	0,3	2,1	4,8	0,9	1,0	0,5
<i>Tienda</i>	8,4	10,0	9,4	5,7	5,1	4,7	6,3	3,8	10,3
<i>Portería</i>	8,8	7,2	5,8	3,4	4,4	5,9	4,0	6,2	6,8
<i>Cochera</i>	1,7	3,3	1,6	0,6	0,7	1,45	0,5	2,0	0,8
<i>Sótano</i>	1,1	2,4	1,1	1,3	2,2	2,3	1,4	2,5	0,7

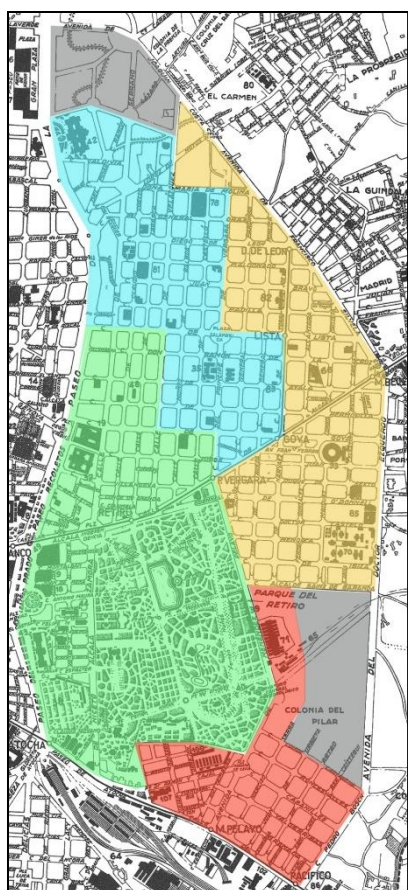
Figura 8.28. Distribución de las viviendas existentes en los barrios del Ensanche Este de Madrid en 1930 según su altura. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

A diferencia del espacio urbano anterior, ya consolidado en los años interseculares, los barrios periféricos del Ensanche Este sí sufrieron cambios urbanísticos notorios en su seno durante las primeras décadas del siglo XX. Unos cambios que aún estaban en proceso y que distaban de estar consolidados. Los principales indicadores socioeconómicos de estas zonas obtenidos en 1930 registraron esta indefinición urbanística, fruto de la ambigüedad en la que estas barriadas se hallaban inmersas. Y es que durante el primer tercio del siglo XX estas barriadas tuvieron que conjugar, por un lado, la herencia urbanística recibida tras décadas de estancamiento y consolidación como un espacio periurbano de la capital, y por otro, el creciente protagonismo obtenido a ojos de promotores inmobiliarios y constructores madrileños tras la Gran Guerra y que desembocó en su fuerte apreciación y rápido incremento de su desarrollo urbanístico. Un rol fronterizo que esta zona llevaba asumiendo desde finales de la centuria anterior, cuando los primeros edificios modernos empezaron a abrirse paso tímidamente más allá de la barriada levantada por el marqués de Salamanca⁶⁹. Un papel ante el que el mercado inmobiliario madrileño, tras haber dejado *en barbecho* esta enorme franja del Ensanche Este durante décadas mientras el Extrarradio engrosaba exponencialmente su número de habitantes y edificios, empezó a decantarse finalmente en los años veinte, ejerciendo de acicate para su plena asimilación socioeconómica, demográfica y urbanística en la capital.

En este sentido, se podrían diferenciar en 1930 cuatro grandes zonas que poseían unas características urbanísticas específicas en el resto del Ensanche Este (Figura 8.29): en primer lugar, las calles de los barrios de Monasterio y Las Mercedes limítrofes al

⁶⁹ El análisis aquí realizado respecto a la diferenciación residencial y socioeconómica existente durante el primer tercio del siglo XX en esta zona del Ensanche Este madrileño debe parte de sus resultados al trabajo de: MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Op. Cit., pp. 184-216.

espacio urbano anterior, que absorbieron la mayor parte de la construcción de nueva planta del Ensanche Este de la capital en los años veinte; en segundo lugar, la franja exterior lindante al Paseo de Ronda y el Extrarradio de los mismos barrios mencionados, donde los modestos inmuebles de baja altura erigidos décadas atrás empezaban a lidiar con los primeros edificios modernos que se construían en esta zona; en tercer lugar, en una posición geográfica y social extemporánea al resto del Ensanche Este, percibida así ya desde los albores del proyecto de Castro, se situaba el modesto y fabril barrio de Gutenberg, que daba cobijo a centenares de familias encabezadas por trabajadores manuales y empleados de baja cualificación, que tenían mucho más en común con sus vecinos del contiguo Ensanche Sur que con el resto de la zona oriental; y en cuarto y último lugar, dos áreas donde la edificación en 1930 era prácticamente anodina, los altos del Hipódromo en el noroeste del Ensanche Este, y los terraplenes que desde la estación de Arganda caían hacia el arroyo Abroñigal, franjas destinadas a parques urbanizados que sólo saldrían de la inopia urbanística en la que se encontraban a comienzos de la década de los veinte mediante sendos proyectos de casas baratas.



Leyenda	Breve descripción del desigual desarrollo edificatorio existente en el Ensanche Este de Madrid
	Zonas sin urbanizar hasta la llegada de proyectos edificatorios vinculados a la ley de casas baratas.
	Zona de modestos inmuebles habitada por familias de trabajadores manuales y empleados de baja cualificación ligados a la actividad industrial.
	Zona de gran crecimiento edificatorio entre 1905 y 1930 habitada por una creciente clase media acomodada.
	Franja de transición entre el Ensanche y el Extrarradio habitada por una heterogénea clase media, comerciantes y artesanos cualificados.
	Espacio urbano ya colmatado en 1930, y habitado por la aristocracia, la alta burguesía y profesionales muy cualificados.

Figura 8.29. Evolución urbanística de los distintos y desiguales espacios urbanos que componían el Ensanche Este de Madrid durante el primer tercio del siglo XX.

Respecto a las manzanas que componían la franja más occidental del barrio de Las Mercedes y el margen meridional del de Monasterio, esta franja fue la que experimentó el mayor desarrollo urbanístico de todo el Ensanche Este durante el primer tercio del siglo XX. La creciente presión migratoria ejercida sobre la ciudad, las modificaciones impositivas realizadas para gravar la retención de suelo y su consecuente revalorización, así como la instauración de la legislación de casas baratas, fueron factores que fomentaron la inversión inmobiliaria madrileña. Ésta era una franja

que, ligeramente más alejada del centro urbano que los barrios de Salamanca, Biblioteca o Conde de Aranda, sin embargo disfrutaba en 1930 de unos servicios públicos similares y de un parque residencial mucho más joven, compuesto por una mayoría de inmuebles edificadas en el siglo XX dotados de origen del más moderno acondicionamiento, sin necesidad de realizar costosas reformas como ocurría en los otrora lujosos inmuebles levantados por el marqués de Salamanca y otros propietarios durante el Sexenio y los primeros compases de la Restauración borbónica.



Ilustraciones 8.9 y 8.10. A la izquierda, hoteles y palacios de los duques de Seo de Urgel y marqueses de Santa María de Silvela y Donadío, en las calles de Diego de León, Velázquez y Lagasca. Entre 1915 y 1920. Museo de Historia de Madrid, Inv. 24795; a la derecha, calle de Príncipe de Vergara en 1929.

A este contexto vigente se llegó gracias a la creciente inversión inmobiliaria realizada en los solares de esta franja, tendencia que hizo que la transición urbanística entre las áreas más integradas en la capital y las más periféricas del Ensanche Este dejara de ser tan tajante como a principios de siglo. La ola constructiva del período de entreguerras avanzó con altibajos, lenta pero inexorablemente, espoleando las *incursiones* edificatorias hacia el norte y el este siguiendo las continuaciones de calles de primer orden como Alcalá, Velázquez, Castellana, Pinar, Príncipe de Vergara, Maldonado o Ayala, y originando nuevos puntos nodales como la plaza del marqués de Salamanca. Pero tan relevante fue el hecho de que se incrementase su parque residencial como el modo en el que lo hizo. El proceso de dilatación del núcleo central de la ciudad hacia el noreste hizo que el valor del suelo adquiriera una curva ascendente y prolongada a medida que las calles de Pinar, Salas y Hermanos Bécquer en el barrio de Monasterio, y la franja occidental delimitada por las calles de Velázquez y Príncipe de Vergara en el de Las Mercedes, fueron percibidas cada vez con mayor fuerza como áreas residenciales de preferencia a ojos de las crecientes clases medias acomodadas madrileñas surgidas al fragor de la modernización económica de la capital durante los años de entreguerras. En este sentido, tanto propietarios como promotores inmobiliarios detectaron las posibilidades de negocio que se abrían tras la conjunción de ambos factores y actuaron en consecuencia, aplicando una tipología urbanística que acrecentara sus beneficios. Así, la estrategia residencial enarbolada se caracterizó por la edificación de inmuebles de elevada altura (Ilustración 8.10), dotados de modernos servicios e instalaciones como ascensor, teléfono, calefacción central y electricidad, cuyo interior fue compartimentado en viviendas holgadas compuestas de una media de seis estancias de media, y por las que se reclamaban un alquiler medio bastante elevado y homogéneo ya que las diferencias internas entre unas y otras en función de la altura o su distribución eran reducidas (Figuras 8.22, 8.23 y 8.27).

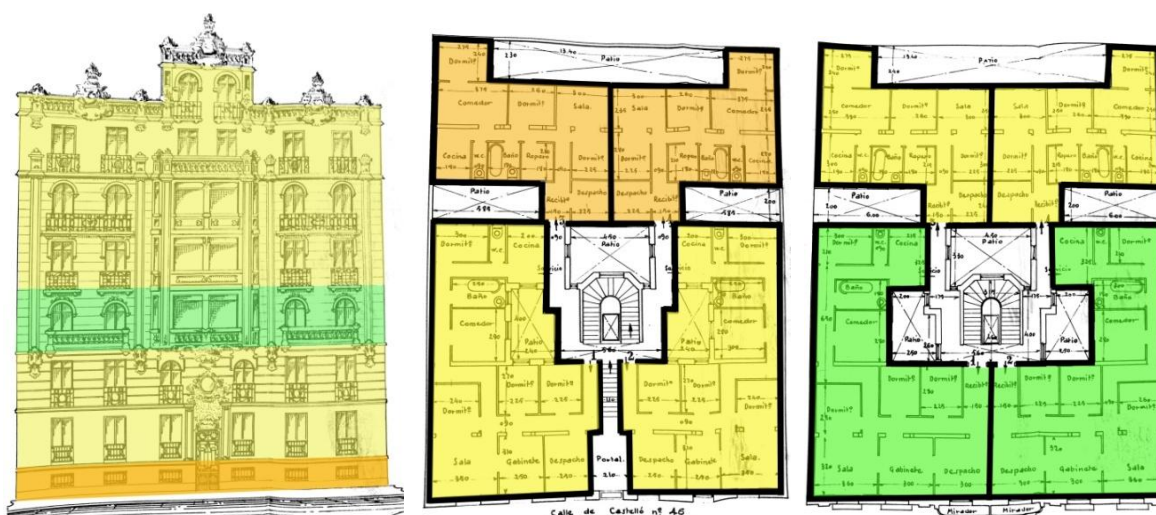


Figura 8.30. Fachada y planos del entresuelo y los pisos del nº 46 (en la actualidad el nº 48) de la calle Castelló. Escala 1:100. AVM, Secretaría, signatura 25-260-14. Se han señalado los alquileres medios por piso y vivienda siguiendo la escala de las Figuras 8.4 y 8.21.

Ejemplos de esta sintomática tendencia fueron, por un lado, el proyecto de construcción que presentó en 1927 la constructora madrileña TAFF por medio de su director gerente José M^a Calafat, para levantar una casa de siete plantas en el nº 46 (actual nº 48) de la calle Castelló, y por otro, la licencia de obras iniciada en 1924 por el empresario Vicente Patuel, para erigir en el nº 52 de la calle Ayala (actual nº 62), esquina con Castelló, otro inmueble de siete alturas. En relación al primero (Figura 8.30), su arquitecto Faustino García Vera siguió los preceptos señalados por la sociedad TAFF en la solicitud de licencia de construcción, al incluir *“luz eléctrica, timbres de llamada, teléfono en la portería, agua, etc., en una palabra, todo lo necesario para satisfacer las necesidades de los inquilinos y que sea propio de la casa proyectada”*, además de las dependencias de la portería y un lavadero en su planta baja⁷⁰. Era obvio que el objetivo de la constructora era levantar un edificio que albergara una oferta residencial de calidad elevada en el solar de 500 m² del que era propietaria, y para ello usó su superficie de un modo intensivo (sólo dejó un 15% destinado a patios) pero acorde a las necesidades demandadas por las clases medias acomodadas. Para ello, se ajustó su división interior a cuatro viviendas por planta, dos exteriores, amplias (de 115 m²) y compuestas de cuatro dormitorios (uno más pequeño e interior destinado al servicio doméstico), sala, gabinete, un despacho con mirador, comedor, recibidor, baño cocina y aseo, y dos interiores algo más modestos (de 72 m²), con iluminación y ventilación accesible sólo a través de un patio interior y otro posterior, pero que aún así disponían de tres dormitorios, despacho, sala, comedor, ropero, baño, aseo, cocina y recibidor. La distancia de la fachada y la profundidad del solar obligaron a instaurar esta dual repartición interior, pero si bien se podía haber procedido a una división en más viviendas, no se hizo para preservar la buena disposición con que podían ser recibidas unas más amplias entre la clase media acomodada. La composición del vecindario allí residente en 1930, denota que dicho objetivo se cumplió a la perfección ya que entre los inquilinos había varios ingenieros y militares de alta graduación, un abogado, el director de una empresa extranjera de demolición y un constructor argentino, los cuales pagaban un alquiler medio elevado que ascendía a 175 ptas. mensuales⁷¹.

⁷⁰ AVM, Secretaría, signatura 25-260-14.

⁷¹ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.



Figura 8.31. Fachada y planos del principal, los restantes pisos y el ático del nº 52 (en la actualidad nº 62) de la calle Ayala. Escala 1:100. AVM, Secretaría, signatura 25-260-4. La base sobre la que se asientan los planos interiores corresponde a la fachada de la calle Castelló, siendo la fachada principal, la de Ayala, su margen izquierdo. Se han señalado los alquileres medios por piso y vivienda siguiendo la escala de las Figuras 8.4 y 8.21.

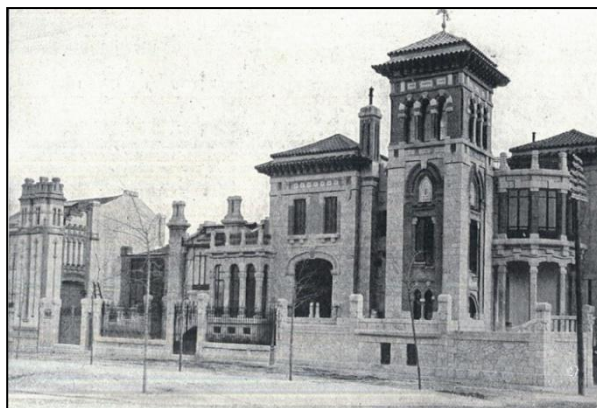
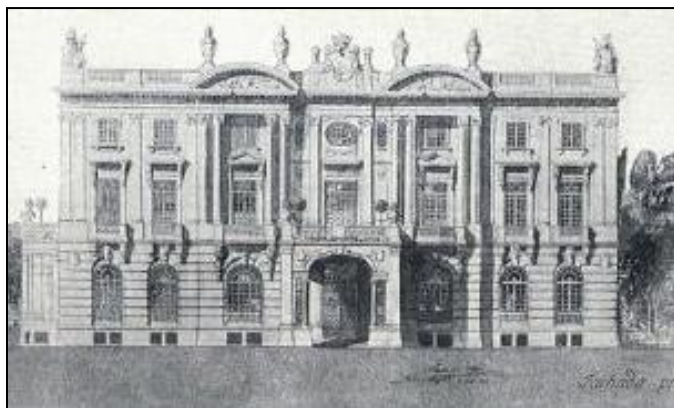
En esta misma línea actuó el empresario Vicente Patuel en el solar de 327 m² que poseía en la esquina entre las calles Castelló y Ayala, cuya fachada principal daba hacia la manzana ocupada por el colegio Nuestra Señora del Pilar. Presentada la pertinente solicitud de obra en abril de 1924, Vicente abogó a causa de la doble fachada y la pequeña profundidad de su solar (inferior a 14 metros), por edificar un inmueble de siete alturas de alta calidad equipado con ascensor, calefacción, luz eléctrica y teléfono en la portería, y compuesto por una planta baja para tiendas, cinco pisos y la planta de áticos, con tan sólo dos viviendas exteriores que superaban con holgura los 120 m² por altura⁷². Con tal composición, no les faltaron *pretendientes* a estas viviendas de entre siete y diez amplias estancias, dispuestos a pagar entre las 250 (en el caso de las residencias que daban a una sola fachada) y las 300 ptas. mensuales (para aquellas que disfrutaban de un amplio mirador y vistas a las dos calles) a la altura de 1930. Entre los distinguidos vecinos que habitaban el inmueble en dicho año había una nutrida colonia de alemanes, formada por el comerciante e ingeniero alemán Bernardo Cohn, y el apoderado y el gerente de la Compañía Metalúrgica de Mazarrón, Hans Müller y Ricardo Bove Zimmerman, además de la propietaria Isabel Careaga Echevarría o el industrial Fernando García Ibáñez, todos ellos con una o dos doncellas internas. Como consecuencia de esta inversión, que Vicente Patuel rápidamente vendió nada más terminar la obra y a la espera de obtener la licencia de alquiler al también propietario José Manuel Mazario Gorgolas, el inmueble generaba una renta anual de 30.000 ptas⁷³.

La expansión de esta dinámica constructiva en la que no tenían cabida ni la intensiva división interna causante de minúsculas viviendas interiores ni los sotabancos situados en el último piso de inmuebles carentes de ascensor, aupó el precio medio del alquiler de la franja occidental del barrio de Las Mercedes, que en 1930 ascendía a 173 ptas. mensuales, hacia registros ligeramente superiores a barrios como los de Salamanca (163 ptas.), Monasterio (158 ptas.) o Goya (170 ptas.), situados a menor distancia del casco antiguo, y muy por encima del existente en su margen oriental, situado en 113 ptas. al mes, valor muy inferior al de barrios como Biblioteca, Retiro o Goya, similar al

⁷² AVM, Secretaría, signatura 25-260-4.

⁷³ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

de Plaza de toros (115 ptas.), y superior a los registrados en varios del casco antiguo como Calatrava o Aguas (37 y 56 ptas.), Gutenberg en el Ensanche Este (67 ptas.), Sandoval o Trafalgar en el Ensanche Norte (97 y 81 ptas.) o en cualquiera de los que componían el Ensanche Sur⁷⁴.



Ilustraciones 8.11 y 8.12. A la izquierda, fachada principal del palacio de Amboage, edificado entre 1914 y 1917 en la manzana delimitada por las calles Lagasca, Padilla, Velázquez y Juan Bravo; a la derecha, palacete de Miguel Blay, entre las calles del Pinar y María de Molina, construido entre 1912 y 1914.

Pero el negocio inmobiliario en esta franja de transición no se redujo únicamente a la edificación de inmuebles de varias alturas que albergaban a un nutrido número de viviendas familiares. El poder de atracción de sus amplias y bien acondicionadas calles, colindantes con un espacio burgués ya colmatado y que habría que esperar a su plena remodelación ya en las décadas sesenta y setenta, y de su alta disponibilidad de solares de gran tamaño, hicieron que durante los años de entreguerras, numerosas familias aristocráticas y burguesas optaran por ubicar aquí su residencia, siguiendo aquella *conquista del este* iniciada en el último cuarto del siglo anterior (Figura 8.32). Un fenómeno que se caracterizó por la edificación de lujosos hoteles y palacios modernos en calles de primer orden todavía poco urbanizadas como Diego de León, Velázquez o María de Molina. El caso más paradigmático y excepcional fue el enorme palacio ajardinado que construyó Fernando Plá Peñalver, segundo marqués de Amboage, en la manzana comprendida entre las calles de Velázquez, Lagasca, Padilla y Juan Bravo y actual embajada de Italia, el cual poseía garaje, portería y jardín particular, y en el que habitaba el marqués junto a sus cinco hijos, su yerno y un servicio doméstico de 25 sirvientes, dos cocheros, un portero y un jardinero particulares (Ilustración 8.11)⁷⁵. En un peldaño más abajo podríamos encontrar los hoteles que ocupaban los nº 16, 18 y 20 de la calle Diego de León, entre las de Lagasca y Velázquez, ya en el barrio de Monasterio, edificados por la sociedad Construcciones Grau Santamaría y que contaban con garaje, sótano y tres pisos, y comprados por los duques de Seo de Urgel, los marqueses de Santa María de Silvela y los de Donadío, todos ellos con vínculos familiares entre sí (Ilustración 8.9).

⁷⁴ CARBALLO, B.; PALLOL, R. y VICENTE, F.: “Oferta de vivienda de alquiler en el Madrid del primer tercio del siglo XX”, en DEL ARCO, M.A.; ORTEGA, A. y MARTÍNEZ, M. (Eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Op. Cit., pp. 161-180; DE MIGUEL SALANOVA, S.: “Bajo los tejados de Madrid. Segregación residencial en el primer tercio del siglo XX”, *I Congreso Histórico Internacional As ciudades na história...*, Op. Cit., pp. 239-263; PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte)*, Op. Cit.; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.

⁷⁵ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

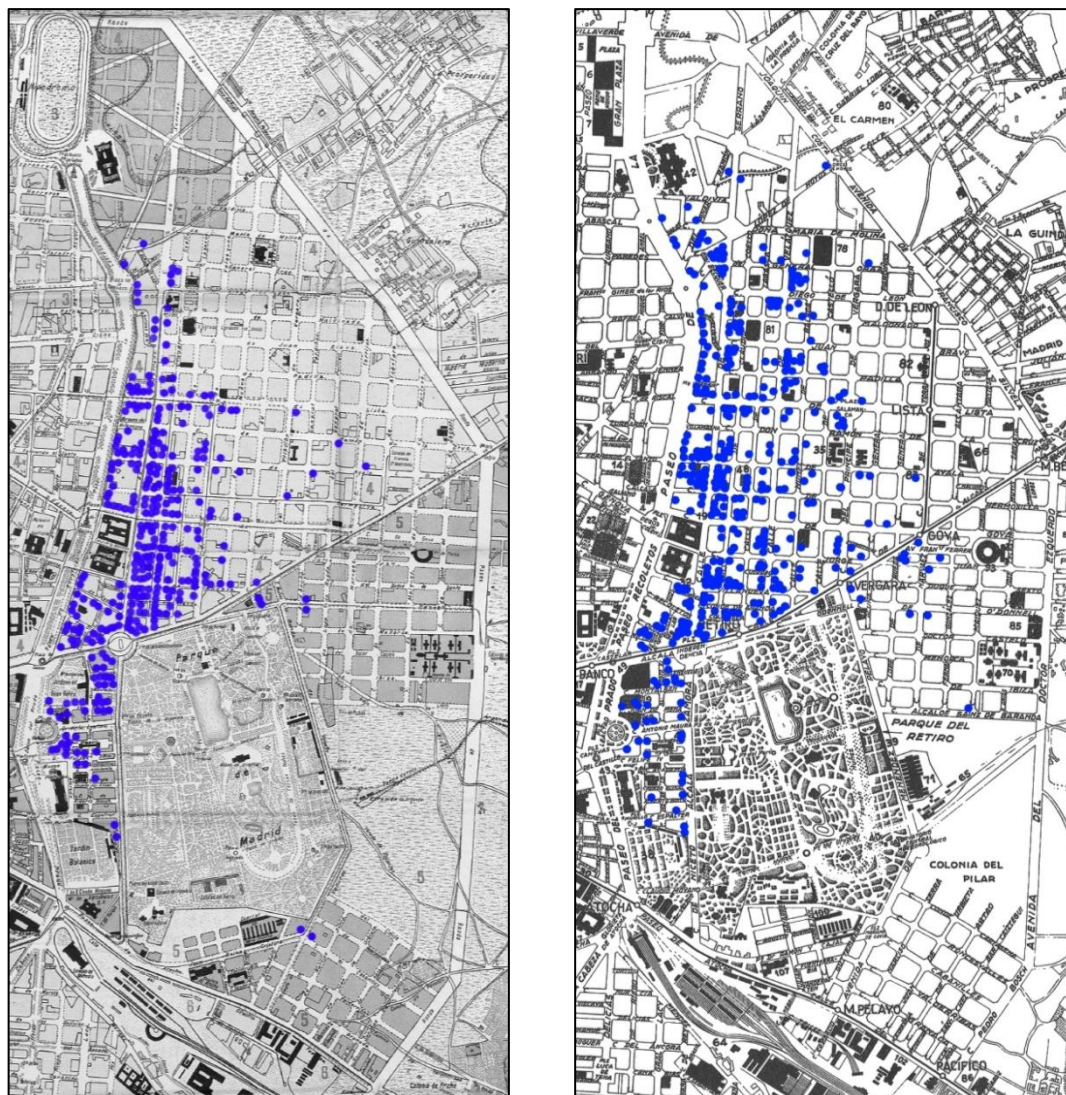
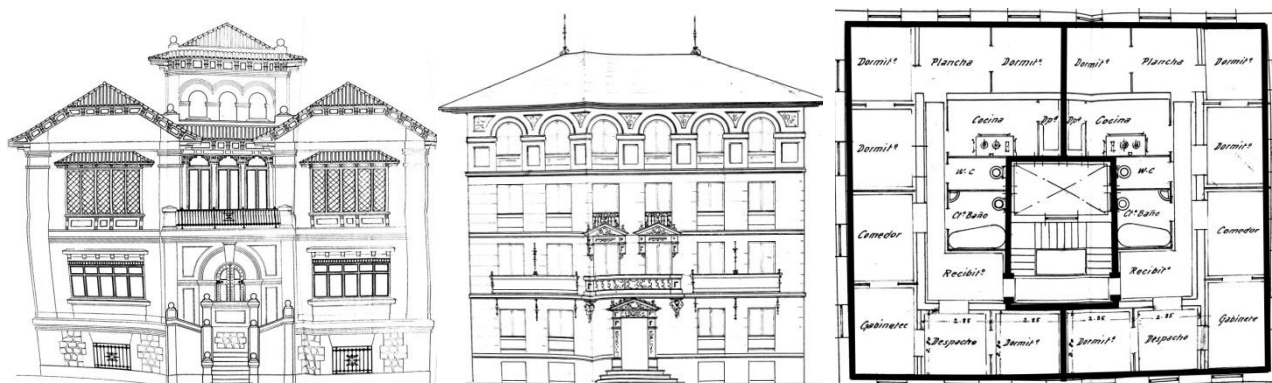


Figura 8.32. Distribución residencial de la aristocracia residente en el Ensanche Este de Madrid en los años 1905 (izquierda) y 1930 (derecha). AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1905 y 1930 y los volúmenes de 1905 y 1931 de *La sociedad de Madrid. Libro de los salones para 1905. Único diario mundano de España*. Disponibles en la Biblioteca Digital de la Comunidad de Madrid.

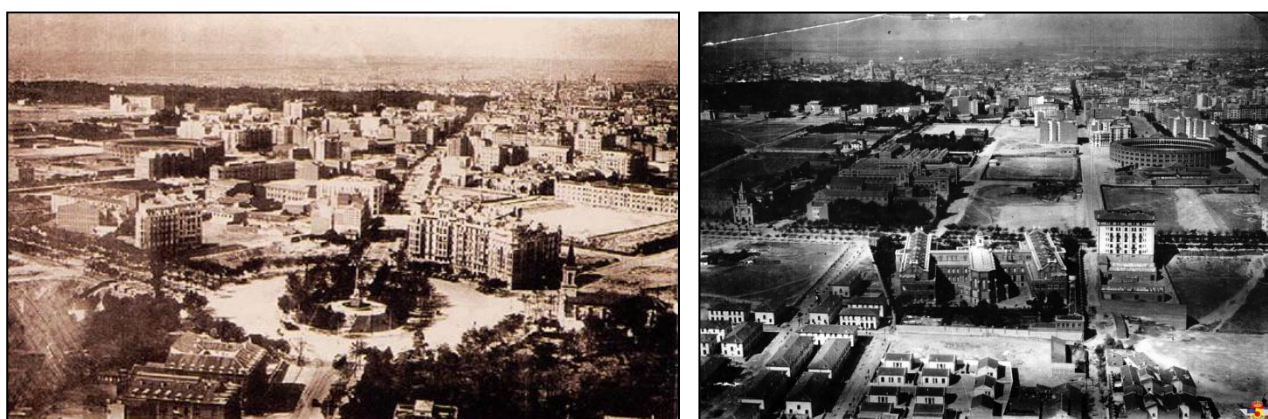
Unas manzanas más al norte y en paralelo al Paseo de la Castellana, se forjó otra pequeña área residencial de gran valor compuesta por modestos palacetes y hoteles que se erigieron en los años diez y veinte en torno a la calle del Pinar, apacible vía a la que se mudaron varias familias aristócratas y profesionales de alta graduación. Entre otros, allí erigió su hotel-estudio el escultor catalán Miquel Blay, situado en dicha calle esquina María de Molina, y realizado entre 1912 y 1914 bajo el diseño del arquitecto Modesto López Otero e influido por el estilo del coetáneo Hospital de Jornaleros de Maudes, que se levantó en la calle Raimundo Fernández Villaverde (Ilustración 8.12). También optó por mudarse a esta reconocida calle el madrileño Eduardo Alvear Colina, inspector del cuerpo de técnicos de inspección de seguros y ahorros del Ministerio de Trabajo (fue nombrado jefe de dicho cuerpo en octubre de 1930), quien erigió un hotelito de tres plantas (sótano, principal y primer piso) y garaje en el que residir junto a su esposa e hijos y dar cobijo al servicio doméstico interno (Figura 8.33)⁷⁶.

⁷⁶ AVM, Secretaría, signatura 25-262-16.



Figuras 8.33 y 8.34. A la izquierda, fachada del hotel construido por Leandro Alvear en la calle del Pinar. 1924. AVM, Secretaría, signatura 25-262-16; en el medio y derecha, fachada y plano de pisos del nº 31 de la calle María de Molina, esquina a Castelló. Escala 1:100. AVM, Secretaría, signatura 25-262-3.

No obstante, entre los edificios de viviendas y los palacetes hubo varios propietarios que intentaron llevar a cabo una tercera vía que aunase los beneficios de los edificios de viviendas con la comodidad de las casas individuales no adosadas. Uno de ellos fue Francisco Iglesias, quien pidió una licencia de obra en 1926 para erigir una moderna “*casa-hotel*” en la calle María de Molina esquina con Castelló (Figura 8.34) de cinco plantas, que disfrutaba de fachada en sus cuatro costados y un garaje para coches. Además de estas comodidades, cada planta estaba dividida en sólo dos espaciosas viviendas independientes por altura, que disponían de tres dormitorios, baño, cocina, comedor, despacho, gabinete y un cuarto de plancha, un aseo y un pequeño dormitorio para alojar al servicio doméstico interno. Unas viviendas que pronto se convirtieron en una buena opción residencial para profesionales, militares y comerciantes de alto nivel adquisitivo, los cuales podían permitirse una cuota de alquiler mensual de 250 ptas. a cambio de disfrutar de una vivienda mejor equipada que algunos de los principales existentes en los vetustos inmuebles de los barrios de Salamanca o Conde de Aranda⁷⁷.



Ilustraciones 8.13 y 8.14. A la izquierda, vista de la plaza de Manuel Becerra y de la calle Alcalá, 1926. A la derecha, vista del barrio de Plaza de toros desde el oeste, 1925.

Por su parte, el arco exterior del Ensanche Este, delimitado por las calles de Príncipe de Vergara y Menéndez Pelayo al oeste, y siendo su limes exterior el tramo del Paseo de Ronda comprendido entre la glorieta de López de Hoyos al norte y la línea ferroviaria que unía Madrid con Arganda al sur, conformaba una extensa área urbana

⁷⁷ AVM, Secretaría, signatura 25-262-3 y AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

que todavía distaba de estar plenamente urbanizada en 1930 como consecuencia de su relativa lejanía del casco antiguo. El carácter aún desangelado de varias de sus calles ya explanadas, la permanencia en ella de distintos establecimientos higiénico-sanitarios, y la escabrosa orografía presente en algunas zonas, hizo que se perpetuara en ambas barriadas una oferta residencial barata compuesta por viviendas sencillas de no más de seis estancias ubicadas en inmuebles que generalmente no superaban las cuatro alturas (Figuras 8.4 y 8.20 a 8.23). Un contexto inmobiliario que consolidó a esta zona, junto a los barrios colindantes de Prosperidad y Guindalera, como uno de los lugares residenciales preferidos de las familias de trabajadores manuales y empleados de origen inmigrante de los que acogía el Ensanche Este madrileño, ya fuera durante sus primeros pasos en la capital o una vez asentados en ella (Figuras 5.68, 5.72 y 5.73). En vísperas de la II República, todavía era común encontrarse en esta zona solares vacíos, calles sin desmontar, un paseo de Ronda en el que las fachadas de sus inmuebles no siempre bosquejaban una línea continua en el horizonte, campos de fútbol que aprovechaban manzanas sin urbanizar, e instituciones benéficas y religiosas de vieja y nueva construcción, tales como el Hospital de San Juan de Dios, donde trabajaban 45 religiosas y había 336 enfermos asilados, una sucursal de la Inclusa ubicada en el Asilo de San José, donde residían 112 ancianos internados, 45 religiosas, 116 nodrizas y cerca de un millar de niños incluseros, o la Casa de Salud y Escuela de Matronas Santa Cristina en la que trabajaban 46 personas entre matronas, religiosas, enfermeras y sirvientas (Ilustraciones 8.3 a 8.6)⁷⁸.



Pasaje de Indalecio	
Nº viviendas	33
Nº habitantes	158
Estancias por vivienda	2,76
Habitantes por vivienda	4,78
Alquiler medio mensual (ptas.)	19,17
Familias jornaleras	66 %
Cabezas de familia inmigrantes	71 %

Ilustración 8.15 y Figura 8.35. Vista y principales características del Pasaje de Indalecio, calle situada en el barrio de Plaza de toros. Fotografía publicada en *La Voz*, el 6 de enero de 1928. Datos extraídos del AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Así, en una fecha tan tardía como 1916 el espacio situado al este de la intersección entre las calles de Torrijos y Lista estaba dominado por “*solares que ocupaban manzanas enteras*” y que convivían con “*modestas edificaciones de dos plantas, conventos y establos de ganado vacuno*”⁷⁹. Un paisaje urbano que se había caracterizado hasta entonces por su elevada discontinuidad edilicia y la carencia de servicios municipales básicos, factores que hundían sus precios del suelo. Una tónica que también era predominante al sur de la calle de Alcalá, donde era “*lamentable que los alrededores de la plaza de toros estuvieran en absoluto intransitables, y que calles que aparecían tan pulcramente trazadas en el plano general hecho hace catorce años,*

⁷⁸ La información detallada sobre las personas que residían y trabajaban en estas instituciones proceden de las fichas de empadronamiento de 1930. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

⁷⁹ RUIZ-CASTILLO BASALA, J.: *El apasionante mundo del libro. Memorias de un editor*, Agrupación Nacional del Comercio del Libro, Barcelona, 1972, pág. 83. Citado en MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca, Op. Cit.*, pág. 196.

como son los finales de Jorge Juan, Duque de Sesto, O'Donnell, Menorca y otras fuese lodazales por donde no se podía dar un paseo”⁸⁰. Una franja que había sido desatendida por los poderes públicos consistoriales desde finales del siglo XIX, y en el que pronto se erigieron edificios de poca altura, escasa superficie y baja calidad, que conformaron estrechas calles como las de Tomás López, Pasaje de Indalecio, Lombia o Luis Villa, en las que se hacían jóvenes familias de pocos hijos, parejas y viudas con su prole de origen inmigrante encabezadas por jornaleros y trabajadores manuales poco cualificados cuyos jornales, cuando los obtenían, no les permitía aspirar a otro lugar de residencia (Ilustración 8.15 y Figura 8.35).

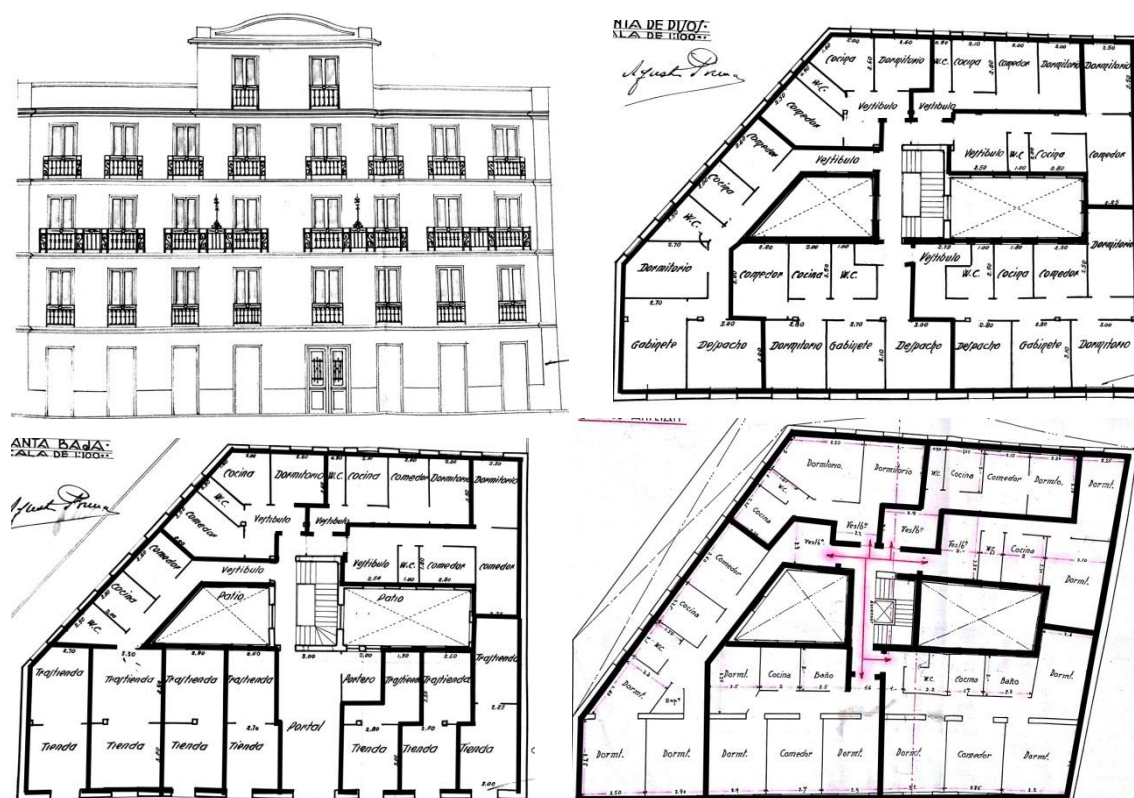


Figura 8.36. Fachada y planos (de izquierda a derecha: planta baja, pisos interiores y los dos pisos añadidos posteriormente) de los pisos interiores del inmueble del nº 55 de la calle Diego de León presentados por Agustín Pruna entre 1926 y 1928. Escala 1:100. AVM, Secretaría, signatura 25-260-20.

Sin embargo, el auge constructivo que afectó a la ciudad a lo largo de la década de 1920 tras el parón registrado durante la Gran Guerra, unido al auge de la inmigración hacia la capital y la modernización de las actividades económicas afincadas en la capital española, incentivaron el comienzo de la urbanización de este espacio urbano mediante la edificación de modernos inmuebles de más de cinco plantas de altura cuyos propietarios se fijaron como meta atraer a una creciente clase media madrileña compuesta de empleados públicos y privados, militares, comerciantes y trabajadores cualificados (Ilustraciones 8.13 y 8.14). La presión migratoria y el crecimiento natural de la población madrileña, su modernización económica, el auge del transporte urbano y el bajo precio de una zona tan poco densamente poblada, lograron que a lo largo del último quinquenio previo a la caída del reinado de Alfonso XIII, las manzanas de esta franja exterior del Ensanche Este absorbieron la mayor parte de las licencias de construcción expedidas por el consistorio en este espacio urbano, siendo el herald de

⁸⁰ *La Voz*, 6 de enero de 1928.

su incipiente urbanización (Figura 8.19). De este modo, los nuevos inmuebles surgidos a ambos lado de la calle Alcalá empezaron a romper la estética general de esta franja urbana, fraguando un horizonte de transición fruto de la clara metamorfosis urbanística en la que se hallaba inmersa: solares, explanadas y usos del suelo de bajo rendimiento (como campos de fútbol, colegios privados y conventos que llegaba a ocupar manzanas enteras), haciendo vecindad tanto con los viejos y modestos inmuebles erigidos en los años de entreguerras, como con los modernos edificios de varias plantas que empezaban a salpimentar al fin esta zona. Un contexto novedoso para esta franja urbana y que era el resultado de la dilatación física de la capital, fenómeno visto en los años sesenta y setenta del siglo XIX con los primeros inmuebles del marqués de Salamanca y callejuelas como las de Llivia o Tostado (Figura 4.1 e Ilustración 4.4), y repetido en los albores de la centuria siguiente en los alrededores de la Plaza de toros de Goya o en torno a la calle Príncipe de Vergara y sus afluentes (Figuras 4.19 y 4.24).

3º Militar en la DGS	3º Sus labores	3º Desalquilado	3º Desalquilado	3º Sereno en Velázquez	
2º Músico	2º Desalquilado	2º Sus labores	2º Desalquilado	2º Practicante	2º Desalquilado
1º Ingeniero en Redes Eléctricas	1º Desalquilado	1º Desalquilado	1º Desalquilado	1º Industrial	1º Jornalero
Principal Empleado Correos	Principal Desalquilado	Principal Militar	Principal Sus labores	Principal Empleado Almacenes Simeón	Principal Sus labores
Entresuelo Fotógrafo	Entresuelo Desalquilado	Entresuelo Sus labores	Entresuelo No indica	Entresuelo Chofer Castellana 51	
Lechería	Ultramarinos	Tienda Desalq.	Tienda Desalq.	Tienda Desalq.	Portería
				Bajo Su sexo	Bajo No indica
					Bajo Pensionista

Figura 8.37. Distribución interior de las viviendas, alquiler y ocupación de los inquilinos del edificio nº 55 de la calle Diego de León en 1930 (Figura 8.36). AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Esta incursión protagonizada por promotores y propietarios que dieron el paso de edificar en estos solares tomó como ruta predilecta las ampliaciones de las calles de primer orden o las mejor urbanizadas, tales como Diego de León y Torrijos en el margen nororiental de Las Mercedes, la calle de Alcalá y la plaza de Manuel Becerra en su área central, y las de Menéndez Pelayo y Duque de Sesto en el barrio de Plaza de toros, al sur. Uno de ellos fue Agustín Pruna, residente en el nº 12 de la calle Canillas, en el barrio de Prosperidad, y que decidió edificar en 1926 en el solar de su propiedad que poseía el nº 55 de la calle Diego de León⁸¹. Un proyecto inicial que modificó en dos ocasiones para adecuar el uso del inmueble a la creciente revalorización de los terrenos situados en esta zona. En primera instancia, presentó una solicitud para erigir una modesta vivienda unifamiliar de planta baja con jardín, acorde a un aprovechamiento del suelo característico del espacio urbano periférico. Sin embargo, fuera como fuese, Agustín cambió pronto de opinión y sin solución de continuidad, aunque ya había obtenido la ratificación municipal a dicha vivienda, presentó un nuevo proyecto de edificación de un inmueble de cuatro alturas y ático con varios cajones para tiendas a nivel de calle. El objetivo del cambio era evidente: multiplicar las rentas obtenidas por dicho solar mediante la edificación de un inmueble acorde a la nueva condición de dicha calle como futuro barrio residencial de las modestas clases medias. Un inmueble de altura media que no necesitaba de ascensor, y cuyo interior fue compartimentado en viviendas exteriores e interiores, de cinco o seis estancias las primeras y tres o cuatro las segundas, destinadas a familias de ingresos modestos (Figura 8.37). Sin embargo, no contento con este cambio estructural, Agustín volvió a añadir una nueva rectificación

⁸¹ AVM, Secretaría, signatura 25-260-20.

cuando ya su inmueble estaba en avanzado estado de construcción, eliminando los áticos proyectados y ampliando en dos plantas más el futuro edificio, dando cabida finalmente a un total de 35 viviendas con alquileres que rondaban las 125 ptas. mensuales en el caso de los pisos exteriores, y las 60 ptas. en el caso de las interiores (Figura 8.36).

Lógicamente, era muy arriesgado aventurarse en este espacio urbano para erigir inmuebles que no fueran “*casas de vecindad de tipo de alquiler reducido*”, tal y como señalaba el propietario Andrés Méndez Alcaraz en su solicitud de edificación presentada en 1927 (Figura 8.38). Andrés optó por darle un uso aún más intensivo a su solar del nº 22 de la calle Alcántara que el propietario anterior, Agustín Pruna. Por ello, presentó el proyecto de un inmueble de siete alturas con cuatro viviendas en cada piso, dos exteriores y dos interiores, que constarían de tres dormitorios, cocina, sala, comedor y baño los primeros, y con un dormitorio menos y estancias más pequeñas los segundos, los cuales recibirían luz y ventilación de cuatro pequeños patios interiores, patios que debieron ser reformados para lograr la licencia de construcción ya que ni siquiera ocupaban el 15% de la superficie edificada, el mínimo exigible señalado por las ordenanzas municipales⁸².



Figura 8.38. Fachada y planos de las plantas baja, de los pisos y de la azotea del nº 22 de la calle Alcántara. Escala 1:100. AVM, Secretaría, signatura 25-260-5.

Andrés Méndez o Agustín Pruna no fueron los únicos propietarios que optaron por erigir inmuebles de gran altura estrechos, profundos y altamente compartimentados en sus solares, ya que éste era el modo más efectivo de combinar la máxima rentabilidad de la superficie a edificar con las características socioeconómicas de las familias que copaban la demanda residencial en esta zona. Así, en el período de entreguerras se sucedieron reiterativamente las propuestas de edificación de inmuebles en esta zona de similares características a las anteriores (o incluso con un uso del suelo aún más intensivo), albergando residencias de escaso tamaño y pocas estancias, con un gran protagonismo de las viviendas interiores y con la utilización creciente de las dobles crujías hasta el final del solar para expandir el número de viviendas interiores por planta. Hablamos de edificios como una casa corredor de cinco plantas erigida en 1915 en la calle General Díez Porlier, compuesta de dos cuerpos diferenciados, uno externo,

⁸² AVM, Secretaría, signatura 25-260-5.

dividido en cuatro viviendas de apenas 60 m² por planta, y otro interno, compartimentado en seis viviendas por planta de sólo 37 m², calle en la que quince años después, en 1930, se erigiría otro edificio de cinco dobles crujías, con la consiguiente división en modestas viviendas interiores que ello proporcionaba⁸³. Una perversa estrategia residencial que no sólo fue implementada por propietarios individuales, ya que la sociedad cooperativa de casas baratas La Propiedad Colectiva hizo lo propio en siete parcelas que poseía en la calle General Díez Porlier, en el tramo entre Ayala y D. Ramón de la Cruz. La sociedad urbanizó estas alargadas y estrechas parcelas (12 metros de fachada y 28 de fondo en algunos casos, y 8 frente a 28 en otros) mediante la construcción de siete casas de seis plantas más el ático, cuyos pisos estaban compartimentados a razón de dos viviendas exteriores y dos interiores, las cuales constaban de entre dos y cuatro dormitorios, cocina, retrete, aseo y comedor⁸⁴. Pero esta sociedad no fue la única que se benefició de la legislación de casas baratas para urbanizar en esta franja del Ensanche Este.



Ilustración 8.16. Paseo de Ronda o calle Francisco Silvela en los años 30. En primera línea se aprecian los hoteles edificadas por la Real Institución Cooperativa para Funcionarios del Estado, Provincia y Municipio a finales de la década de 1920.

La manzana delimitada por las calles de Alcántara, Juan Bravo, Padilla y el todavía desangelado Paseo de Ronda (incluyendo las dos calles interiores de Agustina de Aragón y Martí), fue elegida por la Real Institución Cooperativa para Funcionarios del Estado, Provincia y Municipio, fundada en 1927, para establecer allí una de las escasas promociones de Casas Baratas que tuvieron cabida en el Ensanche Este de la capital. El relativo bajo valor de estos terrenos respecto al resto del barrio de Las Mercedes, y la potencial demanda residencial de empleados, militares y modestos profesionales liberales hacia una zona poco urbanizada pero dotada de buenos servicios públicos, fueron los factores que atrajeron a dicha institución a esta manzana, la cual recibió del Gobierno varios millones de pesetas en créditos para construir sobrios y elegantes hoteles destinados a su compra a plazos por parte de los empleados públicos y militares que eran socios de dicha institución⁸⁵. El proyecto constaba de dos partes. Por un lado, se construyeron 49 hoteles de tres tipologías diferentes, (*“los del primer tipo son de estilo español, con un pequeño torreón, constan de siete habitaciones, más todos los demás servicios, incluso cuarto de baño y calefacción; los del segundo tipo son*

⁸³ MÁZ HERNÁNDEZ, R.: “Tipos de vivienda en el Ensanche nordeste de Madrid”, en *Estudios geográficos*, 39:152 (1978: agosto), pp. 307-346.

⁸⁴ BARREIRO, P.: *Casas baratas: la vivienda social en Madrid (1900-1939)*, Op. Cit., pág. 402.

⁸⁵ *Ibíd.*, pp. 266-288.

*también de dos plantas, aunque más pequeños; y los terceros van en grupos de dos*⁸⁶), similares a los proyectos presentados de forma coetánea tanto en otras colonias como en los inmuebles erigidos por el Patronato de Casas Militares en la ciudad⁸⁷. El precio de alquiler de estos hotelitos, incluidos los intereses y la amortización (calculada sobre 20, 25 o 30 años), oscilaba entre las 200, 250 y 300 ptas. mensuales, cifras que eran inasumibles para las clases madrileñas populares, y que marcaban tajantemente hacia quién iba dirigida esta promoción. Y por otro, se edificó un pequeño grupo de seis casas colectivas de siete plantas cada una, que constaban de vestíbulo, despacho, comedor, cocina, baño, aseo y seis dormitorios⁸⁸. Una iniciativa que fue coetánea a la expansión de otros proyectos de casas baratas y cooperativas tanto en las otras zonas del Ensanche como en el Extrarradio (colonias como las de Iturbe, Pañuelo, Prensa, Los Pinares o Manzanares⁸⁹), y que fue muy aplaudida por las autoridades públicas, que la respaldaron en su inauguración con la presencia tanto del Rey como del jefe del Gobierno y varios ministros. Una propuesta inmobiliaria que también llamó la atención fuera de nuestras fronteras, tal y como demostró la visita recibida por parte de una comisión de urbanistas estadounidenses para analizar su “*construcción, distribución y ornamentación*”⁹⁰.

De vuelta a los propietarios individuales de solares de estos barrios de Plaza de toros y Mercedes (que eran la gran mayoría), es menester indicar que no todos podían hacer frente a los costes iniciales requeridos para erigir un inmueble de más de cuatro alturas, independientemente de que éste fuera de mayor o menor calidad y estuviera más o menos compartimentado su interior. No era cuestión de si las rentas cubrirían la inversión en un plazo prolongado o corto, sino que los propietarios más modestos no podían reunir en ningún caso el dinero necesario para iniciar dicha obra. Por ello, no fue extraño que entre aquellos que optaron por vivir de las rentas de sus modestos solares, en vez de venderlos a terceros, edificaran casas de menor altura, de dos o tres plantas, en las que además de ubicar su propia residencia, incluyeran más viviendas destinadas a dar cobijo a familias de baja clase media. Uno de ellos fue Francisco Corral Gómez, quien siendo residente en una modesta vivienda del nº 105 de la calle General Pardiñas (su alquiler medio en 1930 era de 43 ptas. mensuales), decidió edificar en 1926 su propia vivienda en el solar del nº 26 de la calle Alcántara, la cual estaba conformada por una planta baja, un principal y un ático destinados a familias acomodadas de clase media, para la cual obtuvo la licencia de alquiler en septiembre de 1927⁹¹. No obstante, en poco tiempo Francisco amplió tanto la altura de la vivienda en un piso como su tipología interna, dividiendo el segundo y tercer piso en dos viviendas, una de ocho estancias y la otra de cuatro, tal y como muestra el padrón madrileño de 1930. De este modo, Francisco adecuó su oferta residencial a la demanda existente en una calle de segundo orden de la franja más oriental del barrio de Las Mercedes, la cual era sensible por un lado a las comodidades que ofrecían los pisos principal y primero a un precio menor que en los inmuebles más cercanos al casco antiguo (viviendas de ocho estancias, con sala, comedor, cocina, salón, gabinete baño, y balcón por las que se requerían 100 ptas. mensuales de alquiler), y por otro a la influencia de la segregación vertical

⁸⁶ *Revista católica de cuestiones sociales*, enero de 1928, pp. 63-64.

⁸⁷ RAVENTÓS VIÑAS, M^a T.: “El Patronato de Casas Militares: proyectos realizados en Madrid durante el período 1928-1959”, en *Revista Universitaria de historia Militar*, nº 3, 2013, pp. 161-202.

⁸⁸ De los cabezas de familia que habían accedido a uno de estos hoteles en 1930, eran empleados públicos (ya fueran de Correos, de telégrafos, inspectores de policía, etc.) el 45%, militares el 14% y profesionales liberales el 9%. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

⁸⁹ BARREIRO, P.: *Casas baratas: la vivienda social en Madrid (1900-1939)*, *Op. Cit.*

⁹⁰ *ABC*, 15 de julio de 1928.

⁹¹ AVM, Secretaría, signatura 25-260-6.

presente en un inmueble que carecía de ascensor. Estos fenómenos ayudaron a reducir ostensiblemente la superficie de las viviendas ubicadas en los pisos segundo y tercero (de sólo cuatro estancias y por las que el propietario pedía en 1930 una media de 40 ptas. mensuales)⁹². Como resultado, Francisco, que vivía junto a su esposa María Gil, dos hijas y dos nietos en el principal de la casa y utilizaba la planta baja como tienda, ganaba algo más de 3.000 ptas. anuales de renta, obtenidos de los alquileres sufragados por unos inquilinos de modesta extracción social, como Juan Aguirre, teniente del 2º regimiento de ferrocarriles y residente junto a su pareja en el primer piso (100 ptas. de alquiler mensual), Antelina Orive, sirvienta externa residente en el 2º izquierda (38 ptas.), el jornalero Roberto Nieto, que vivía junto a su esposa y un hijo recién nacido en el 2º derecha (no indicó la cuantía del alquiler), Mercedes de Salamanca, empleada en la Compañía Arrendataria de Tabacos y que vivía sola en un tercero (60 ptas.), y Antonio Gómez, pintor, que residía con su esposa y un sobrino en la misma planta (25 ptas.)⁹³.

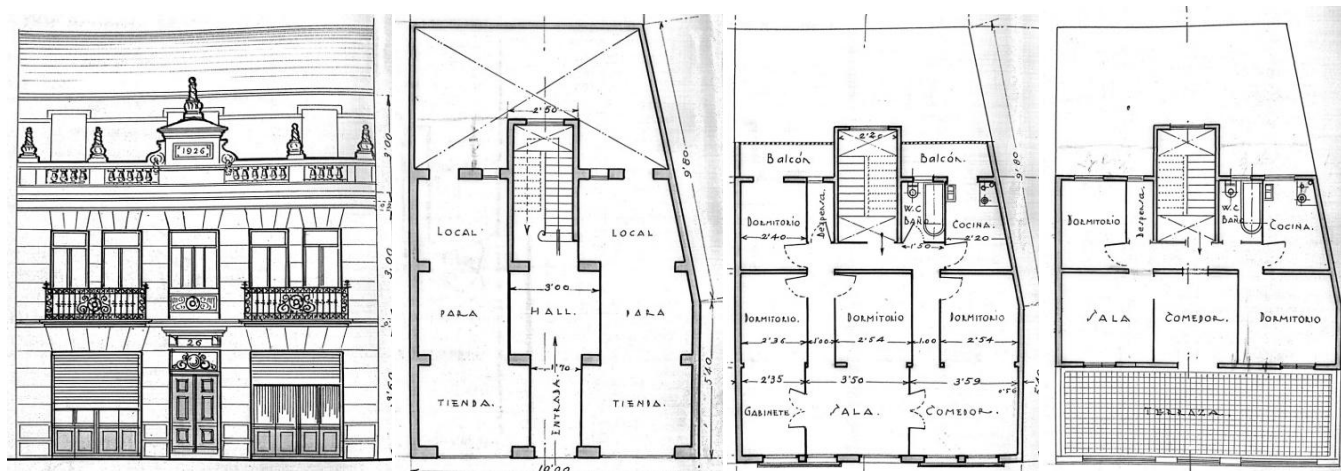


Figura 8.39. Fachada y planos de las plantas baja, principal y ático del nº 26 de la calle Alcántara. Escala 1:100. AVM, Secretaría, 25-260-6. 1926-1927.

No obstante, la estrategia residencial asumida por la mayoría de los propietarios de solares ubicados en esta franja exterior del Ensanche Este, caracterizada por la utilización de una tipología residencial ideada para atraer la demanda habitacional de familias de modesta clase media, tanto a través de modernos inmuebles de gran altura que evidenciaban una flagrante segregación horizontal interior, como con edificios de pocas plantas que reproducían la secular segregación vertical, no tuvo continuidad en las vías de primer orden mejor valoradas. En ellas se produjo durante las décadas interseculares, definidas por la lenta decantación urbanística desde el casco antiguo hacia el Extrarradio, una clara sustitución y toma de posiciones por parte de propietarios y promotores inmobiliarios adinerados. Así, mientras que los dueños más acaudalados de los solares situados en nudos de comunicación de relevancia creciente como las calles de Alcalá, O'Donnell y Menéndez Pelayo o la Plaza de Manuel Becerra (Ilustraciones 8.13, 8.17 y 8.18), ejercieron un férreo control y reserva del suelo hasta que la apreciación de éste hizo vislumbrar jugosos beneficios, aquellos que no lo eran sucumbieron rápidamente a la presión inversora vendiendo sus terrenos o edificios más antiguos a propietarios y sociedades con capacidad suficiente para urbanizarlos con la elevada calidad que la demanda residencial de las clases medias acomodadas requerían.

⁹² El número de estancias y el precio del alquiler proceden de: AVM, Estadística, padrón de 1930.

⁹³ AVM, Estadística, padrón de 1930.



Ilustraciones 8.17 y 8.18. A la izquierda, avenida de Plaza de toros, entre 1922 y 1933; a la derecha, avenida de Menéndez Pelayo, con solares en construcción. *La Voz*, 16 de septiembre de 1927.

El resultado de este proceso de maduración del negocio inmobiliario de estas vías de mayor tráfico fue la constante aparición en ellas, ya en los años veinte, de diversas edificaciones de gran altura realizadas con materiales de elevada calidad, dotadas de todos los adelantes técnicos, y compartimentadas de forma generosa en residencias de numerosas estancias que apenas albergaban segregación horizontal o vertical entre sí, con el objeto de garantizar rentas íntegras sustanciales gracias a unos alquileres medios cuantiosos. Este tipo de tipología residencial se fue abriendo paso por los números más altos de la calle de Alcalá, vía nodal de comunicación y tránsito que separaba los barrios de Mercedes y Plaza de toros y comunicaba el casco antiguo con el Extrarradio atravesando todo el Ensanche Este. Uno de ellos fue el inmueble que Luis Olasagasti Medina, como gerente de la Sociedad Guipuzcoana de Construcciones, solicitó edificar en el nº 108 de la calle Alcalá con vuelta al nº 93 de la calle Goya en abril de 1926⁹⁴.

Desde el principio fue evidente que el objetivo de los promotores era erigir un inmueble de gran calidad en una de las calles que más apreciación estaba sufriendo en estos años. Por ello, el proyecto constaba de ocho alturas, con “*sótano, planta baja, seis plantas de pisos y una de áticos, sustituyéndose el sótano por un semisótano habitable en la parte posterior*” que daba a la calle Goya, un ascensor eléctrico de la casa Boeticher, dos calderas de agua caliente para calefacción, luz eléctrica y timbres en todas las viviendas. Además de que la presencia del ascensor erradicaba la segregación vertical, la especial ubicación del solar, con una doble fachada exterior, también eliminó la posibilidad de distribuir las viviendas en interiores y exteriores, homogeneizando éstas e imponiendo un alquiler mensual similar de entre 150 y 200 ptas. El resultado de dicha inversión no se dejó esperar, y así, tres años más tarde de su construcción, el inmueble estaba ocupado casi en su totalidad en 1930 (sólo había vacíos un cuarto y un ático) por industriales, rentistas, militares, un abogado, un diplomático, un escritor, un pintor de historia, numerosos empleados públicos y varios representantes comerciales, todos ellos representantes de una creciente clase media acomodada que se nutría de la modernización económica que estaba experimentando la capital española tras la 1ª Guerra Mundial (Figura 8.40)⁹⁵.

⁹⁴ AVM, Secretaría, signatura 25-260-3. En la licencia de construcción figura el solar nº 108 de la calle Alcalá, indicando que correspondería con el nº 100 de ésta, si bien según el padrón de la ciudad de 1930, esta casa, que todavía existe en la actualidad, finalmente obtuvo el nº 106.

⁹⁵ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

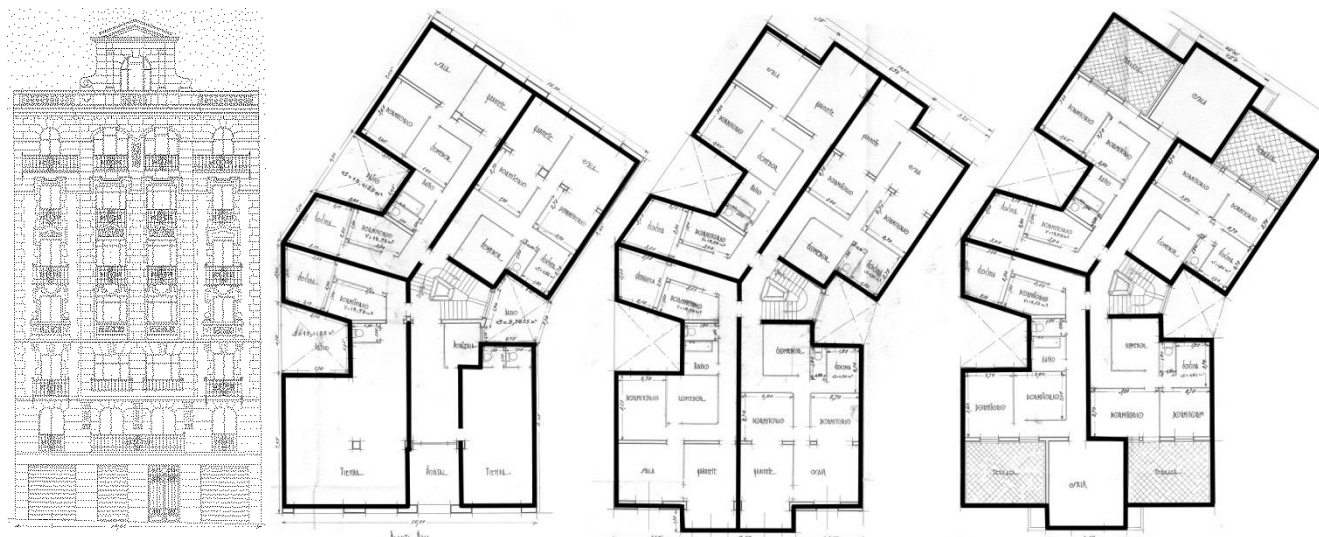


Figura 8.40. Fachada y planos de las plantas baja, principal y ático presentados por Luis Olasagasti Medina en el nº 108 de la calle Alcalá (luego 106). Escala 1:100. AVM, Secretaría, 25-260-3. 1926-1928.

Una calle de Alcalá que iniciaba su andadura en el Ensanche Este desde el eje Cibeles-Plaza de la Independencia, la puerta de entrada histórica a la Corte desde su margen oriental, y que desembocaba en la Plaza de Manuel Becerra, anodina urbanísticamente hablando hasta los años veinte, cuando empezó a ganar lentamente cierto peso dentro del trazado viario de la ciudad, como bisagra entre la moderna capital y las pujantes barriadas del Extrarradio de Prosperidad o Guindalera. A lo largo del primer tercio del siglo XX, los solares de los números más alejados del centro de la calle Alcalá fueron urbanizándose de un modo cansino hasta el estallido de la guerra del 1914, momento a partir del cual su ritmo se incrementó considerablemente, incentivado por la reactivación de la terciarización de la economía de la ciudad y el mayor auge inmigratorio. Esta aceleración constructiva produjo una fortísima revalorización de dicha calle cuya onda expansiva alcanzó a la plaza de Manuel Becerra, donde los propietarios de dichos solares invirtieron al fin en su urbanización ante las favorables perspectivas que se abrieron ante sus ojos.

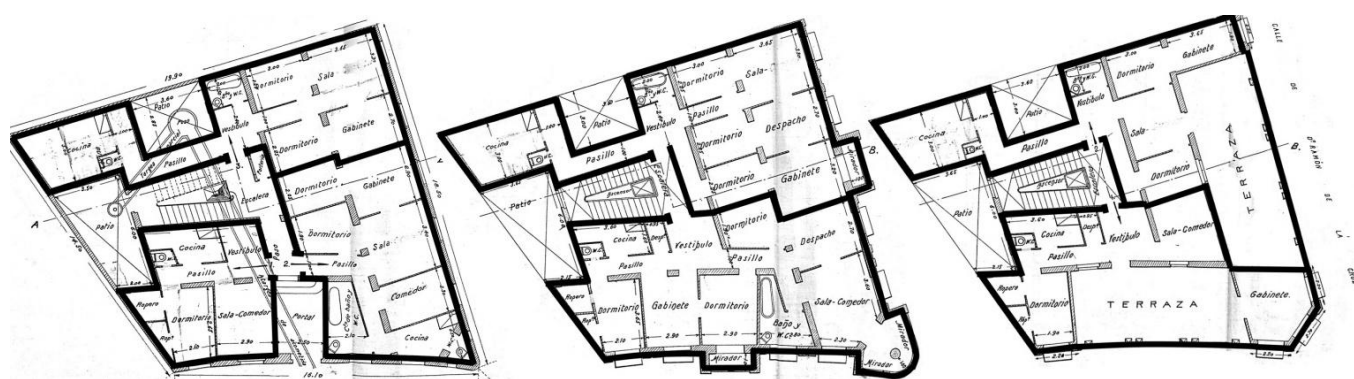


Figura 8.41. Planos de las plantas baja, pisos del 1º al 6º y sotabanco del inmueble nº 5 de la Plaza de Manuel Becerra (actual nº 4) presentados en 1919. Escala 1:100. AVM, Secretaría, 25-260-22.

Entre éstos destacaron Raimundo González y Miguel Marín quienes, representados por Máximo Macía, residente en la calle Francos Rodríguez, presentaron en 1919 dos solicitudes de edificación de sendos solares contiguos, uno ubicado en la intersección formada por la propia plaza de Manuel Becerra y la calle Don Ramón de la

Cruz (Figura 8.41) con fachada a ambas vías, y el otro situado ya en la segunda calle mencionada⁹⁶ (Figura 8.42). Ambos proyectos, íntimamente relacionados dadas su misma pertenencia y contigüidad, se movieron bajo parámetros similares a los ya descritos en el caso del inmueble de la calle Alcalá erigido por la Sociedad Guipuzcoana de Construcciones. Es decir, inmuebles de gran altura para aprovechar al máximo un suelo cada vez más apreciado, con pisos homogéneos carentes de segregación vertical u horizontal a consecuencia del carácter atenuador del ascensor y de una compartimentación en la que se premiaba el carácter exterior de todas las viviendas. Éstas se caracterizaban por tener una doble fachada a la calle con miradores en el caso de la primera casa, y por distribuir las estancias destinadas al servicio doméstico, como la cocina, un pequeño baño, el dormitorio y la despensa en la zona que daba al patio interior, reservando el frontal de la vivienda a los dormitorios, sala, gabinete y despacho utilizados por los inquilinos de la residencia. Si estas distribuciones ya indicaban una clara preferencia por atraer a familias de un nivel económico acomodado, la decisión de dotar a estos inmuebles de luz eléctrica, gas, teléfono en la portería, y lavaderos y secaderos en sus respectivos sótanos no dejó resquicio a la duda.

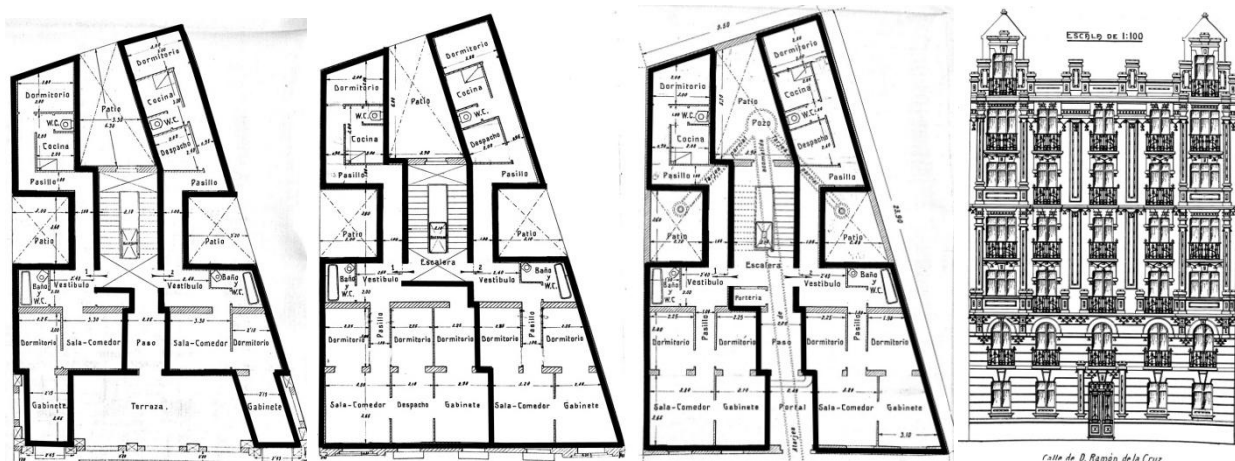


Figura 8.42. Planos de las plantas baja, pisos del 1º al 5º y sotabanco del inmueble nº 80 de la calle Don Ramón de la Cruz (actual 102) presentados en 1919. Escala 1:100. AVM, Secretaría, 25-260-23.

El resultado de esta tipología residencial fue la adscripción de las homogéneas viviendas resultantes de la compartimentación mencionada en ambos inmuebles dentro de la creciente oferta habitacional de alquiler medio que empezó a albergar esta zona durante los años veinte. Así, el coste medio mensual de vivir en una de las residencias del inmueble con doble fachada a la Plaza de Manuel Becerra y a la calle Don Ramón de la Cruz era de 171 ptas. en 1930, cifra que se reducía a 133 ptas. en la casa que sólo tenía fachada a la segunda vía. Cuantías que eran superiores a la media de las calles secundarias de alrededor (Figura 8.21), y que reflejaban el carácter acomodado de sus inquilinos, que iban desde el vicecónsul de la embajada de Francia Roberto Lecq, el médico doctor Santiago Torres Alonso, el general de brigada honorario como Carlos Mendoza Cerrada, el ingeniero de la MZA como Carlos Álvarez Antón, el empleado altamente cualificado Felipe Lerdo de Tejada, que trabajaba para CAMPSA, hasta Antonio Lago Valverde o Ángeles Anís Martín, empleados en el consistorio y el catastro respectivamente⁹⁷. Todos ellos eran representantes de una heterogénea y creciente clase media acomodada que empezaba a tomar las mejores posiciones de la

⁹⁶ AVM, Secretaría, signatura 25-260-22 y AVM, Secretaría, signatura 25-260-23 respectivamente.

⁹⁷ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

nueva oferta residencial surgida en las manzanas colindantes al consolidado espacio urbano burgués existente *grosso modo* al oeste de la calle Príncipe de Vergara.

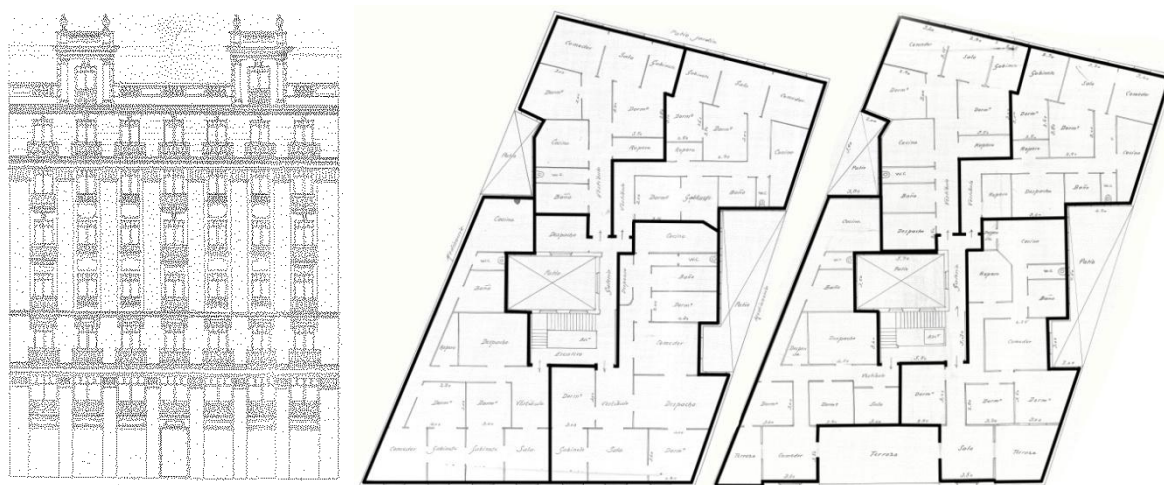


Figura 8.43. Planos de la fachada, de las plantas de pisos del entresuelo al 4º y del ático del inmueble nº 15 de la Avenida Menéndez Pelayo presentados en 1926. Escala 1:100. AVM, Secretaría, 25-260-7.

Ático , 200 ptas. Desalquilado	Ático , 167 ptas. Abogado	Ático , 150 ptas. Sus labores	Ático , 150 ptas. Empleado municipal
Cuarto , 229 ptas. Catedrático Universidad	Cuarto , no entregó el padrón	Cuarto , no entregó el padrón	Cuarto , 150 ptas. Rentista
Tercero , 225 ptas. Dibujante	Tercero , 208 ptas. Ingeniero CAMPSA	Tercero , 200 ptas. Comandante Escuela Tiro	Tercero , 157 ptas. Militar retirado
Segundo , 225 ptas. Empleado Hidroeléctrica	Segundo , 208 ptas. Jefe negociado Hacienda	Segundo , no entregó el padrón	Segundo , 150 ptas. Jubilado Banco España
Primero , no entregó el padrón	Primero , 208 ptas. Médico en Mterio. Gob.	Primero , no entregó el padrón	Primero , 150 ptas. Comerciante
Principal , 233 ptas. Torero	Principal , 225 ptas. Artista	Principal , no entregó el padrón	Principal , 150 ptas. Comerciante
Entresuelo , 110 ptas. Desalquilado	Entresuelo , 108 ptas. Magistrado	Entresuelo , Desalquilado	Entresuelo , 55 ptas. Jornalero
Bajo , 50, ptas. Oficial ascensorista	Bajo , 45, ptas. Pintor	Bajo , 50, ptas. Chofer	Bajo , no entregó el padrón
Tienda , 250 ptas.	Mercería , 250 ptas.	Tienda de vinos , 167 ptas.	Portería

Figura 8.44. Distribución interior de las viviendas del nº 15 de la Avenida Menéndez Pelayo indicando el alquiler y ocupación de sus inquilinos. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Y si el tramo de la calle Alcalá entre las escuelas Aguirre y la Plaza de Manuel Becerra fue la cuña principal de este proceso hacia el margen derecho del Ensanche Este, hacia el sur este papel recayó en vías de primer orden como las de O'Donnell o la avenida de Menéndez Pelayo. En esta última fue donde Julio Nieto Galindo, general de brigada residente en el nº 3 de la cercana calle Menorca, un pequeño hotelito de dos plantas con sendas viviendas por altura que él mismo había construido⁹⁸, optó por erigir entre 1926 y 1928 una casa de nueva planta acorde a los modernos parámetros ya indicados (Figura 8.43). Con este proyecto, Julio Nieto, testigo de primera mano del auge inmobiliario que parecía estar gestándose en la franja noroccidental del barrio de Plaza de toros, quiso adelantarse a los usos todavía poco intensivos del suelo vigentes en esta zona, como el frontón del Retiro y el consultorio médico de José Verdes-Montenegro y Páramo (en los nº 13 y 19 de la avenida Menéndez Pelayo) u hotelitos de tres o cuatro alturas como los edificados coetáneamente por Luis Allende o Vicente

⁹⁸ AVM, Secretaría, signatura 25-261-21.

Fernández Espada en el nº 29 de la misma avenida y el nº 7 de la calle Duque de Sesto respectivamente (Figura 8.45).

Para ello, presentó los planos de un inmueble de ocho plantas con tres patios interiores compartimentado en cuatro viviendas por altura ligeramente asimétricas, dos exteriores que daban a la fachada principal del inmueble y que estaban compuestos de entre siete y nueve estancias holgadas (dos o tres dormitorios, sala, gabinete, comedor, despacho, baño), y dos interiores con vistas al jardín del hotel colindante y que disponían de entre cinco y siete estancias más reducidas. El resultado de su inversión fue erigir un edificio de 35 viviendas cuyo alquiler medio demandado era de 166 ptas. mensuales y en el que la renta anual total a percibir a pleno rendimiento, rondaba las 67.000 ptas., consecuencia de ofrecer residencias apetecibles en un lugar de moderado auge a inquilinos acomodados como magistrados, ingenieros, empleados públicos y privados cualificados, y militares de media y alta graduación (Figura 8.44).

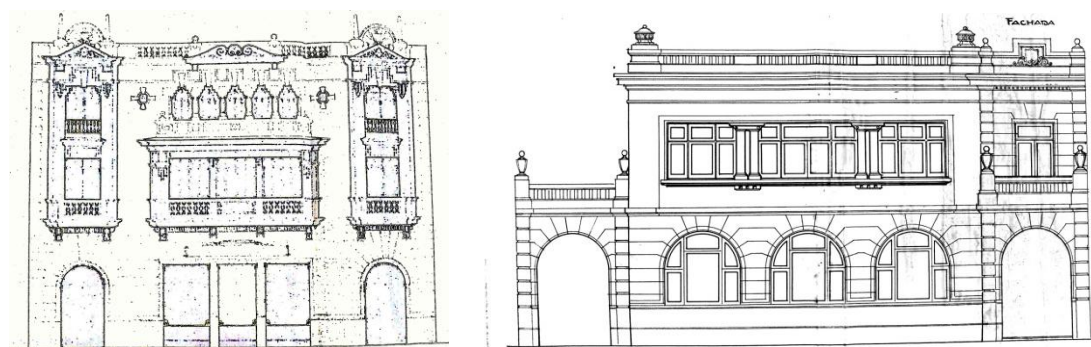


Figura 8.45. A la izquierda, fachada del nº 29 de la Avenida Menéndez Pelayo; a la derecha fachada del nº 7 de la calle Duque de Sesto. Escala 1:100. AVM, Secretaría, signaturas 25-260-8 y 25-260-21.

Sin embargo, la asunción de esta estrategia inmobiliaria por parte de propietarios individuales, basada en la construcción de inmuebles de alta escala caracterizados por una reducida segregación vertical y horizontal en calles de primer orden, compartimentados en viviendas holgadas y relativamente homogéneas dotadas de servicios modernos y destinadas a clases medias acomodadas, estaba supeditada tanto por el tamaño y forma del solar como por la naturaleza de la demanda residencial preexistente en cada manzana. Pero si este contexto era evidente a principios de los años treinta en las largas vías de primer orden del Ensanche Este que comenzaban en las barriadas ya consolidadas de alta ascendencia social colindantes al eje Prado-Recoletos-Castellana y que se adentraban en la franja exterior de este espacio urbano, menos urbanizado y selecto, del mismo modo ocurría en su margen meridional. De hecho, no hace falta abandonar la avenida de Menéndez Pelayo en la que nos encontrábamos para comprobarlo, ya que a medida que esta vía avanzaba hacia el sur adentrándose en el barrio obrero de Gutenberg, los propietarios de solares de esta zona presentaban unos proyectos de edificación en los que se aclimataban a las condiciones socioeconómicas más modestas existentes en esta franja suroriental del Ensanche Este madrileño.

Bajo estas premisas se movió Guillermo García, vecino de Vallecas, para edificar en 1927 en el solar de su propiedad que ocupaba el nº 45 (en la actualidad este inmueble ocupa el nº 55) de dicha avenida⁹⁹. Ubicado al sur de la calle Alcalde de Sainz de Baranda, este solar de 344 m² de forma rectangular con sólo once metros de fachada y una profundidad de treinta, con tres patios interiores y carente de inmuebles cercanos

⁹⁹ AVM, Secretaría, signatura 25-260-9.

más allá del hospital del Niño Jesús y la estación de Arganda, fue el elegido por Guillermo para erigir en él un inmueble de uso intensivo del suelo, ya que contaría con una planta de sótanos, una planta baja a la altura de la rasante, seis pisos y un sotabanco. Bien dotado de servicios como ascensor, luz eléctrica, calefacción, baños, agua y teléfono en la portería, el inmueble fue compartimentado sin embargo diferenciando claramente entre las viviendas exteriores y las interiores (dos y tres por planta respectivamente). Las primeras daban a la fachada principal del inmueble, tenían apertura a dos patios interiores y su superficie giraba en torno a los 65 m² distribuidos en tres dormitorios, cocina, sala, cocina, baño y lavabo, dos pasillos y el recibidor, mientras que las viviendas interiores sólo recibían ventilación e iluminación indirecta a través del patio central y otros dos pequeños posteriores, y su superficie era muy inferior, en torno a los 40 m², al reducirse sus estancias a tres dormitorios, la cocina, un aseo y la sala o recibidor. Ciertamente es que Guillermo debía amoldarse irremediabilmente a las medidas de su solar, pero también que podía haber optado por dividir la parte posterior de su inmueble en sólo dos viviendas de similar tamaño que las exteriores. Sin embargo, en el negocio inmobiliario y del alquiler residencial, se debía ser sensible a las posibilidades económicas de los posibles inquilinos, de ahí que Guillermo optase por una división interior que ampliaba la oferta residencial de viviendas de alquileres modestos. Una división final de 46 residencias más la portería, cuyo alquiler medio mensual era de 75 ptas. y por el que su propietario obtenía de forma anual una renta superior a las 40.000 ptas., fruto de la adaptabilidad del inmueble para acoger a inquilinos de ingresos modestos pero estables, tanto a trabajadores que atesoraban una cierta cualificación laboral como empleados de empresas como AEG o de la Cámara de Comercio, comisionistas, practicantes o modestos industriales, como a mecánicos, chóferes, cocineros o empleados de oficinas particulares¹⁰⁰.

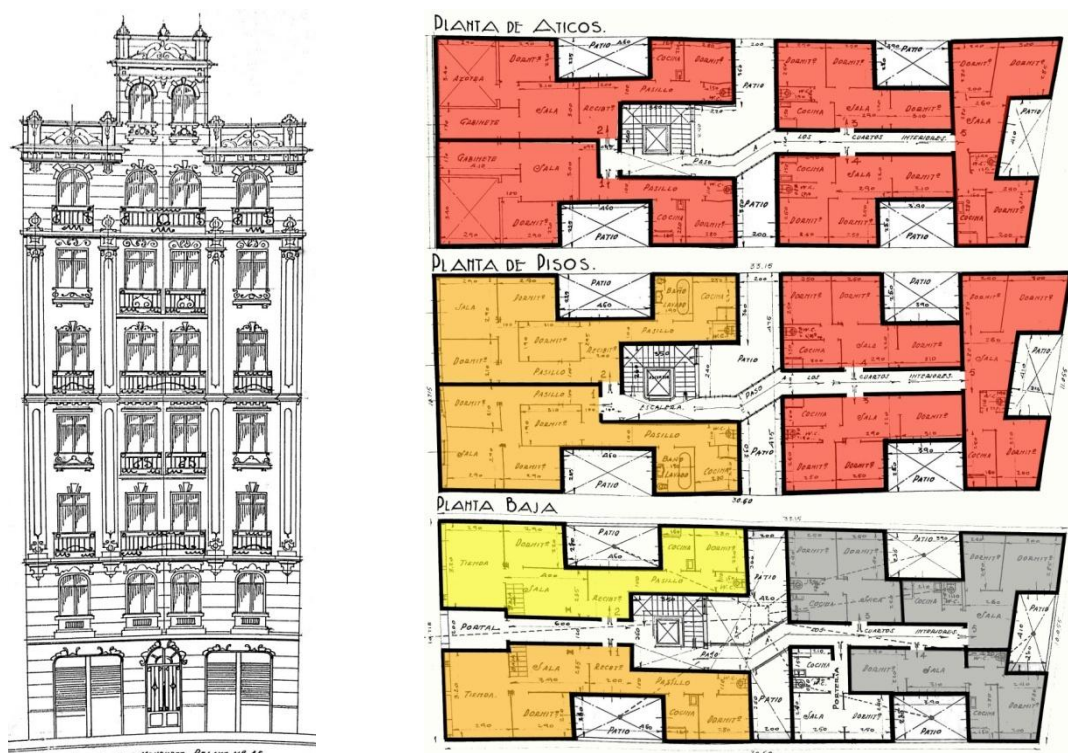


Figura 8.46. Fachada y planos de las plantas baja, pisos y áticos del edificio nº 45 de la Avenida Menéndez Pelayo, en el barrio de Gutenberg. Escala 1:100. AVM, Secretaría, signatura 25-260-9.

¹⁰⁰ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Un nivel modesto el de sus habitantes, alejados de los grandes industriales, las familias burguesas y los altos cargos de la administración o el Ejército que dominaban en las barriadas de Conde de Aranda o Biblioteca, pero que no obstante, aún así se hallaba en la cúspide de la pirámide socioeconómica del barrio de Gutenberg ya que, este espacio era sin duda, el más degradado del Ensanche Este a la altura de 1930. Y es que en el margen suroriental de la ciudad, allí, marginado del bullicio del casco antiguo, con una orografía marcada por fuertes desniveles, y donde la influencia del desarrollo de la actividad industrial surgida en torno al polo ferroviario de Atocha era perenne, a ojos de los propios coetáneos, “*se extendía, en la prolongación de lo que en otro tiempo fueron los famosos olivares de Atocha, y hoy magnífico paseo de María Cristina, una barriada de aspecto paupérrimo, donde entre vertederos y depósitos de inmundicias, se mezclan míseras viviendas, y otras de mediano pasar, hasta la hondonada de Roncesvalles, junto a la que existe un verdadero aduar de callejones inmundos, sin luz, ni higiene, ni otras aguas que no sean las pestilentes que corren hacia los montones de basura, procedentes de las vaquerías de los alrededores*”¹⁰¹. Una franja situada al norte de las primeras líneas de fachada de la calle del Pacífico que hubo de esperar hasta principios de los años treinta para que sus calles fuesen totalmente explanadas, pavimentadas y adoquinadas, y que surgieran de manera constante inmuebles provistos de suministro de agua potable sin interrupciones.

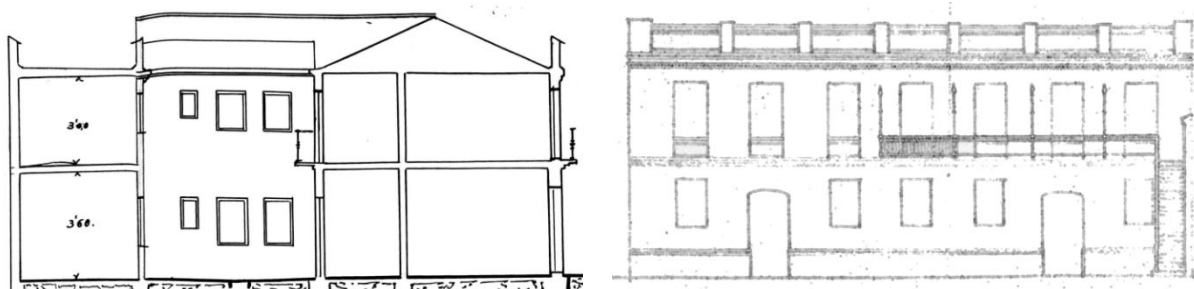


Figura 8.47. A la izquierda, plano transversal del nº 25 de la calle Caridad, con las estancias añadidas a la izquierda; a la derecha fachada de la casa construida en el nº 55 de la calle Granada destinada a cuartos y residencia. AVM, Secretaría, signaturas 25-263-15 y 25-263-30.

Como demuestra tal descripción, el paisaje residencial del barrio de Gutenberg apenas se había modificado del descrito a comienzos de siglo, el cual seguía dominado en primer lugar por el *decorado* formado por las sobrias viviendas de cuatro alturas de la calle Pacífico y el Paseo de María Cristina, destinadas a trabajadores manuales cualificados, modestos comerciantes y empleados de baja especialización intelectual. Tras esta fachada, seguían dominando los edificios de baja altura que se habían erigido desde comienzos de la Restauración (la mitad de los inmuebles del barrio de Gutenberg no poseía más de dos plantas), que albergaban viviendas de alquileres muy bajos y de pequeño tamaño, de entre dos a cuatro estancias por residencia, habitadas de forma mayoritaria por familias encabezadas por trabajadores manuales (Figuras 8.20 a 8.23). El tiempo parecía haberse detenido en este lado de la ciudad, incapaz de atraer nuevas inversiones para urbanizar las largas lomas que quedaban tras las primeras líneas de edificios que discurrían paralelos a la calle del Pacífico. Pocos inmuebles nuevos se levantaron durante el primer tercio del siglo XX, reduciéndose la actividad constructora de esta zona a meras adiciones de nuevas estancias en las casas bajas ya existentes, a la edificación de inmuebles más cercanos al uso periurbano que al residencial, que debiera

¹⁰¹ “Problemas urbanos de Madrid. Entre el barrio de La Regalada y las turbias aguas del Pacífico”, en *La Voz*, 26 de noviembre de 1929.

ser cardinal en un barrio plenamente integrado de una ciudad como Madrid, inmersa como estaba en el mayor incremento demográfico de su historia hasta la fecha (Figuras 5.1 a 5.3), y a la modesta actividad de sociedades y cooperativas de casas baratas y económicas. Ejemplo de ello fue, en primer lugar, la obra de reforma presentada en 1927 por José Asens en el nº 25 de la calle Caridad, por la cual se cerraba la parte inferior de la fachada posterior de esta vivienda de dos plantas, que estaba al descubierto, y se añadían en la planta superior un WC, una cocina y un comedor¹⁰². En segundo lugar se puede citar el proyecto de una casa de dos plantas iniciado en 1923 por Ramón Solé en el solar nº 55 de la calle Granada, compuesto por una planta baja que haría las veces de cuadra, y una superior que serviría de residencia para los presumibles inquilinos interesados (Figura 8.47)¹⁰³. Y en tercer lugar, habría que mencionar las tres casas colectivas de cuatro plantas y un ático cada una, erigidas en 1931 diseñadas por el arquitecto Luis de Sala para la Unión de Funcionarios Civiles en la manzana delimitada por las calles Sánchez Barcaiztegui, Pacífico, Granada y Caridad. Éstas albergaban 64 viviendas que constaban de vestíbulo, comedor, cuarto de baño y retrete, cocina, terraza y de 3 a 5 habitaciones, las cuales podían ser amortizadas por las familias compradoras a razón de 70 ptas. mensuales durante 30 años¹⁰⁴.

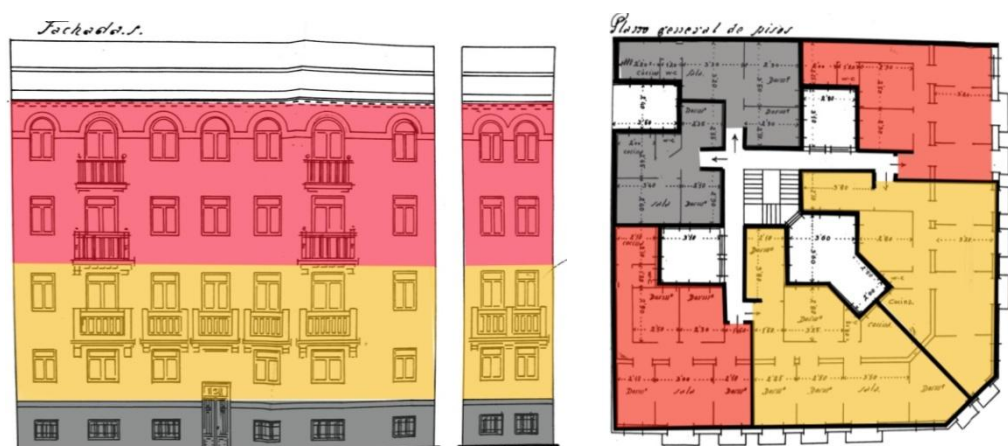


Figura 8.48. Fachada y plano de pisos del nº 20 de la calle Abtao, esquina a la calle Valderribas (en la actualidad este inmueble mantiene la misma numeración). Escala 1:100. Los colores indican el alquiler medio por planta y vivienda según la escala de la Figura 8.21. AVM, Secretaría, signatura 25-263-7.

No obstante, durante los años veinte también hubo pequeños propietarios que construyeron en sus solares edificios residenciales de varias plantas, aunque más como excepción que confirma la regla que como síntoma de un fenómeno creciente que sólo llegaría tras la Guerra Civil. Uno de ellos fue Eduardo Calvo, residente en la calle de Toledo nº 138, quien en 1926 decidió urbanizar el solar que poseía en el nº 20 de la calle Abtao, y que constaba de doble fachada a una calle Valderribas que estaba prácticamente sin urbanizar¹⁰⁵. Así, dueño de un modesto solar de 433 m² situado en un barrio de bajo nivel adquisitivo como el de Gutenberg, Eduardo apostó por edificar un inmueble de cinco plantas sin rebasar la altura máxima a partir de la cual era obligatoria la introducción del ascensor, servicio que encarecería la obra y los alquileres demandados en un espacio urbano donde el factor que más primaba a la hora de elegir residencia era su coste, y no su comodidad. Siguiendo esta misma tónica, la

¹⁰² AVM, Secretaría, signatura 25-263-15.

¹⁰³ AVM, Secretaría, signatura 25-263-30.

¹⁰⁴ BARREIRO, P.: *Casas baratas: la vivienda social en Madrid (1900-1939)*, Op. Cit., pp. 292 y 411.

¹⁰⁵ AVM, Secretaría, signatura 26-263-7.

compartimentación interior ideada también fue muy densa, con seis viviendas por planta (en total 30 viviendas), una división en la que se priorizó a las dos viviendas exteriores que compartían el chaflán (de 79 m²), dotadas de siete estancias (cinco dormitorios, sala, cocina y un pequeño aseo), frente a las dos viviendas esquineras, que tenían salida a una fachada y un patio interior, un dormitorio menos y estancias más pequeñas (de 64 m²), y sobre todo, en relación a las dos pequeñas residencias interiores de tan sólo cuatro estancias (de 45 y 36 m²) cuya iluminación y ventilación provenían únicamente de dos minúsculos patios interiores. Estas marcadas diferencias, visibles tanto horizontal como verticalmente en los alquileres de las distintas residencias que componían este inmueble (Figura 8.48), respondían a una estrategia inversora acorde a las posibilidades socioeconómicas de la demanda residencial radicada en este espacio urbano. Una estrategia que aseguró al propietario Eduardo Calvo, el cual se reservó para sí uno de los principales exteriores con chaflán, una renta anual cercana a las 20.000 ptas., es decir, una media de 55 ptas. al mes por vivienda según los datos del padrón de Madrid realizado en 1930¹⁰⁶. De este modo, las familias de funcionarios, empleados privados estables y de trabajadores manuales altamente especializados pudieron ocupar estos pisos exteriores por alquileres mensuales de entre 85 y 100 ptas., teniendo como vecinos en las viviendas interiores más pequeñas a familias y parejas de jornaleros, braceros, mecánicos, carpinteros y sastres que carecían de cierta estabilidad laboral.

Por último, y dejando atrás las primeras manzanas de un barrio como el de Gutenberg, tan estático urbanísticamente hablando durante las primeras décadas de la nueva centuria, todavía había dos vastas áreas del Ensanche Este que a la altura de 1930 apenas estaban habitadas pero que se hallaban a las puertas de su radical transformación urbanística: por un lado, los terrenos del barrio de Gutenberg situados en la vaguada que iba desde el Cerro de la Batería hasta el río Abroñigal, al noreste de los talleres y fábrica de energía eléctrica del Metropolitano de las calles de Cavanilles y Valderribas, y por otro, los denominados altos del hipódromo, en el barrio de Monasterio, situados en paralelo al Paseo de la Castellana. Estas dos zonas periféricas del Ensanche Este fueron representadas con sintomáticos vacíos tanto en el plano parcelario de la capital de 1929 como en el suministrado por *Guías Rápido* un año después¹⁰⁷. Unos silencios que también se dejaron notar en el padrón municipal de 1930, donde no hubo vecino alguno registrado, y que sin embargo ocultaban cómo se estaba fraguando una profunda modificación del *statu quo* urbanístico vigente desde el inicio del Ensanche en aquellas zonas. Desde 1860, estos alejados terrenos habían sido marginados de la evolución urbanística del Ensanche Este, consecuencia lógica de su lejanía del casco antiguo, de la inexistencia de infraestructuras ni trazado viario y, especialmente, por la función de zona de recreo y bosque que Castro les había acuñado en su proyecto y que se cernía sobre las cabezas de sus propietarios como una losa (Figuras 1.16 y 1.17).

Sólo la modificación de estos factores hizo variar este mencionado aislamiento urbanístico, hecho que ocurrió en los años diez y veinte cuando, por un lado, el incremento demográfico de la ciudad generó un avance urbanístico consecuente, acercando la frontera real de la ciudad a estas dos zonas del Ensanche Este mencionadas, y por otro, tras la inoculación en Madrid, previo paso por Barcelona, de las ideas de *ciudad jardín* defendidas por Howard, fraguando el concepto de parque

¹⁰⁶ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

¹⁰⁷ Plano parcelario de Madrid incluido en la *Información sobre la ciudad* de 1929, hojas 78 y 88, escala 1:2.000; y plano de Madrid publicado por *Guías Rápido*, 1935. Escala: 1:10.000. Gerencia Municipal de Urbanismo de Madrid.

urbanizado¹⁰⁸. Un concepto que sería trasladado a las tres zonas del Ensanche y que respondió a la necesidad de fijar un plano viario sobre estas zonas verdes del Ensanche ante las primeras iniciativas de construcción privadas a las que hizo mención Emilio de Alba en su proyecto de urbanización de los altos del hipódromo¹⁰⁹. Con este cambio en la función socioeconómica de ambos espacios, no tardaron en llegar sociedades y cooperativas inmobiliarias que, al calor de las ayudas económicas derivadas de las leyes de casas baratas y económicas adoptadas en los años veinte¹¹⁰.



Ilustraciones 8.19 y 8.20. A la izquierda, vista aérea de la Colonia Parque-Residencia, con el Hipódromo ya desmantelado, en 1933; a la derecha, detalle de los edificios de la Colonia Parque-Residencia. 1931.

Así, en los inicios de los años treinta el incipiente desarrollo de la urbanización de los dos parques urbanizados existentes en el Ensanche Este, la denominada Colonia o Parque Residencia, al norte, y la Colonia del Retiro (o La Regalada), en el sureste ya era una realidad. La primera de estas zonas, la franja septentrional del Ensanche Este madrileño, ubicada en el barrio de Monasterio, fue objeto de una innovadora urbanización diseñada por los arquitectos Luis Blanco Soler y Rafael Bergamín para la Cooperativa de Casas Económicas Residencia creada por Gregorio Iturbe (Ilustraciones 8.19 y 8.20). Situada en una zona que venía siendo señalada por las autoridades municipales desde 1898 como un “*barrio de lujo y recreo más que comercial o industrial*”¹¹¹, el proyecto realizado ya durante la II República, entre 1931 y 1934, fue ideado para servir de residencia a los grupos profesionales más cualificados (y acaudalados) de la ciudad, ya fueran ingenieros, arquitectos, abogados, escritores, doctores, catedráticos, políticos o artistas. En total fueron edificadas un total de 69 viviendas unifamiliares de dos o tres fachadas, aisladas y ajardinadas, que constaban de tres plantas, distribuidas como sigue: un semisótano donde se concentraban las estancias dedicadas al mantenimiento y manutención de la casa y sus inquilinos, con cocina, despensa, carbonera, trastero, lavadero, cuarto de plancha y el dormitorio y su aseo para el servicio doméstico; en la planta baja se hallaba el recibidor, el comedor, un aseo, el despacho del cabeza de familia y un office; y en la planta primera se situaban los dormitorios de la casa, que oscilaban entre cuatro y cinco según el modelo analizado, además del cuarto de baño¹¹².

¹⁰⁸ SAMBRICIO, C.: *Madrid, vivienda y urbanismo. 1900-1960*, Op. Cit., pp. 101-182.

¹⁰⁹ AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Proyecto de urbanización de la zona de Ensanche de esta Villa y Corte limitado por las calles de María de Molina, Paseo de ronda, Paseo de Circunvalación del Hipódromo (lado derecho) y Paseo de la Castellana*, Imprenta Municipal, Madrid, 1917.

¹¹⁰ BRANDIS, D.: *El paisaje residencial en Madrid*, Op. Cit., pp. 151-157 y 168-172.

¹¹¹ MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Op. Cit., pp. 49-51.

¹¹² BARREIRO, P.: *Casas baratas: la vivienda social en Madrid (1900-1939)*, Op. Cit., pp. 335-350.

Eran viviendas de gran ornato y comodidad pero que rompían con la estética y funcionalidad reinante, con un esquema arquitectónico racionalista y una función residencial similar a la de los pequeños núcleos urbanos ingleses situados a las afueras de las grandes ciudades donde las familias más acaudaladas se retiraban en busca de amplitud y discreción. Esta promoción resultó ser un rotundo éxito ya que todos los hoteles fueron vendidos antes de que su edificación concluyese, atrayendo a personalidades tan relevantes como Julio Bravo, Julián Besteiro, el doctor Tello, Miguel Durán, Fernando García Mercadal, Luis Zulueta, Eduardo Torroja o los propios diseñadores de la colonia Soler y Bergamín. Un espaldarazo a la inversión de Iturbe, que se encargaría de repetir al otro lado del Paseo de Ronda con la Colonia del Viso. Se erigía así la Colonia Parque Residencia, rodeada en los años treinta por el ya demolido hipódromo al oeste (donde se construirían los Nuevos Ministerios), el Museo de Ciencias Naturales y las Residencias de Estudiantes y Señoritas al sur, y un Paseo de Ronda escasamente edificado al noreste. A pesar de la sensación de aislamiento inicial, la Colonia contaba con el atractivo de estar emplazada a la orilla de la futura puerta de expansión de la capital española, un factor que no pasó desapercibido para sus compradores, que debían satisfacer un pago de 70.000 ptas., con posibilidad de capitalizarse en treinta años.



Ilustraciones 8.21 y 8.22. Arriba, vista general de la Colonia del Retiro; abajo, distintas perspectivas de las calles de la Colonia en las que se pueden vislumbrar los hotelitos. 1932.

En cuanto al segundo parque urbanizado emplazado en el Ensanche Este madrileño, situado en la parte posterior del barrio de Gutenberg, éste se extendía por una de las zonas que menos apetencia inversora generaba entre los distintos actores que conformaban el mercado inmobiliario madrileño. La férrea mediatización que la pujante función industrial ejerció sobre la oferta residencial de esta barriada queda demostrada tanto por la nimia apreciación sufrida por su suelo entre 1905 y 1930 (una de las

menores de todo el Ensanche), como por el ritmo cansino y el cariz que tomó su oferta residencial en estas décadas, copada estrechamente por viviendas cuyo alquiler mensual se situaba entre los más bajos de la ciudad (Figuras 8.4 y 8.7). Únicamente el proyecto de edificación de la Colonia del Retiro presentado por los Previsores de la Construcción en colaboración con la compañía de seguros La Mundial, aprobado en 1920, trajo nuevos bríos a este espacio urbano. Así, las obras se realizaron entre 1925 y 1932, y se caracterizaron por la edificación de 203 hoteles cuya tipología obedecía a siete modelos distintos basados en la arquitectura regional española (Ilustración 8.22). Un proyecto que ofrecía modestas viviendas unifamiliares de dos plantas que constaban de tres o cuatro dormitorios, comedor, cocina, despacho, cuarto de baño, ropero, sótano, aseo y recibidor, para que fueran compradas a plazos por familias encabezadas por trabajadores manuales, objetivo que se tornaba irreal ya que con su capacidad adquisitiva era imposible que pudieran sufragar los pagos requeridos. Así, fueron empleados cualificados, comerciantes y profesionales liberales los que terminaron accediendo a la compra de unos hotelitos de características impensables en el interior de la capital, mediante el pago mensual de entre 75 y 95 ptas. durante treinta años¹¹³.

Sin embargo, el día a día de sus inquilinos estuvo mediatizado durante sus primeros años por la carencia de servicios públicos básicos. Uno de ellos fue el transporte público, servicio sensible ante la incomunicación y aislamiento en la que estaba sumida la Colonia en sus comienzos (Ilustración 8.21), y que fue suplido en un primer momento por la promotora de la colonia y sus vecinos a partir de la constitución de una cooperativa destinada a la gestión de un servicio de autobús particular para sus residentes. Esta línea partía de la Colonia, que ellos denominaban “*barrio de Menéndez Pelayo*”, y transcurría hasta la calle Desengaño, detrás del moderno edificio de los Almacenes Madrid-París sito en la Gran Vía. Una línea que el director-gerente de la promotora, Narciso Ullastres Coste, intentó hacer estable mediante la concesión de un “permiso de situación y tránsito” en julio de 1933, solicitud que fue modificada por las autoridades municipales alegando problemas de tráfico, señalando que la línea debería terminar en la calle O'Donnell, esquina a la de Menéndez Pelayo. Una decisión que, a ojos de los vecinos de la colonia, no eliminaba la sensación de aislamiento que sufría este emplazamiento en relación al conjunto de la capital, un servicio al que consideraban tenían derecho, ya que ellos no disfrutaban la oferta de metro y tranvía que sí poseían los residentes en barriadas como Cuatro Caminos o Prosperidad. Por ello, entre julio y noviembre de 1933, unas 170 familias allí residentes, “*pertenecientes a la sufrida clase media española, que a fuerza de sacrificios, ha conseguido realizar el ideal de tener su casita propia*”, firmaron una reclamación para que dicha línea de autobuses llegase hasta el centro de la ciudad, ya que “*sin medios de comunicación, nuestra vida será imposible*”. Sin embargo, y tras varias disputas con el consistorio, este proceso se solucionó optando por una vía intermedia: la autorización de dicha línea particular de autobuses con origen y destino en la plaza de la Independencia, medida con la que se pretendía paliar el aislamiento de esta colonia pero sin densificar todavía más el tráfico rodado del casco histórico madrileño¹¹⁴.

¹¹³ BARREIRO, P.: *Casas baratas: la vivienda social en Madrid (1900-1939)*, Op. Cit.

¹¹⁴ AVM, Secretaría, signatura 29-59-38. Desde aquí quiero expresar mi agradecimiento a Nuria Rodríguez Martín, por informarme de la existencia de dicho expediente.

8.3. Las implicaciones socioeconómicas de la segregación residencial existente en el Ensanche Este de Madrid.

La heterogénea evolución urbanística acaecida a lo largo del primer tercio del siglo XX, no fue más que la continuación de la imparable apropiación social de los espacios mejor valorados del Ensanche Este madrileño por parte de los grupos sociales más adinerados de la capital. Dicho fenómeno, cuyo origen se remonta a la propia ratificación del proyecto de Castro con la compra de terrenos en esta zona durante los años cincuenta del siglo XIX, fue cada vez más perceptible a medida que el desarrollo urbanístico de esta zona se fue consolidando. Esta imparable apropiación del espacio llevó a la consolidación de una urbe segregada residencialmente en los albores de la centuria siguiente, en la cual los barrios más cercanos al casco antiguo del Ensanche Este empezaban a ocupar una posición privilegiada como lugar de residencia de las familias más influyentes y acaudaladas de la capital, dejando en un plano relativamente marginal a las barriadas más periféricas (Figuras 4.8 y 4.21). A grandes rasgos, este proceso siguió su curso y aumentó su intensidad a lo largo de las tres primeras décadas de la nueva centuria, tal y como demostraron tanto el devenir urbanístico de las distintas zonas del Ensanche Este madrileño (Figura 8.29), como el fortalecimiento de la desigual distribución residencial de los distintos grupos socioeconómicos que residían en él (Figura 8.49).

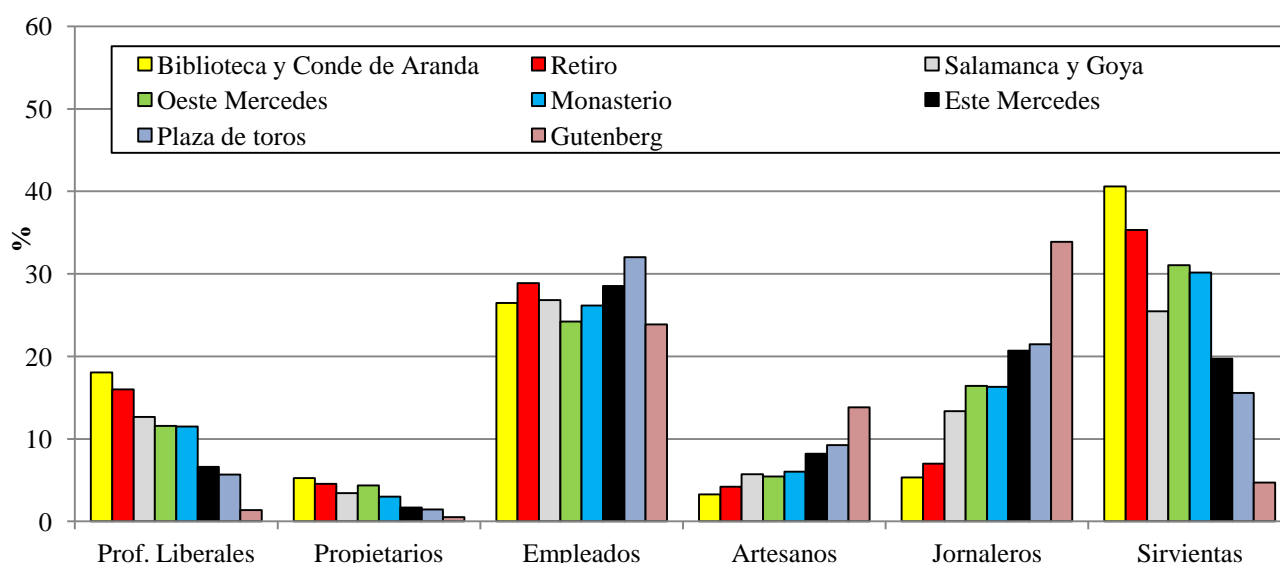
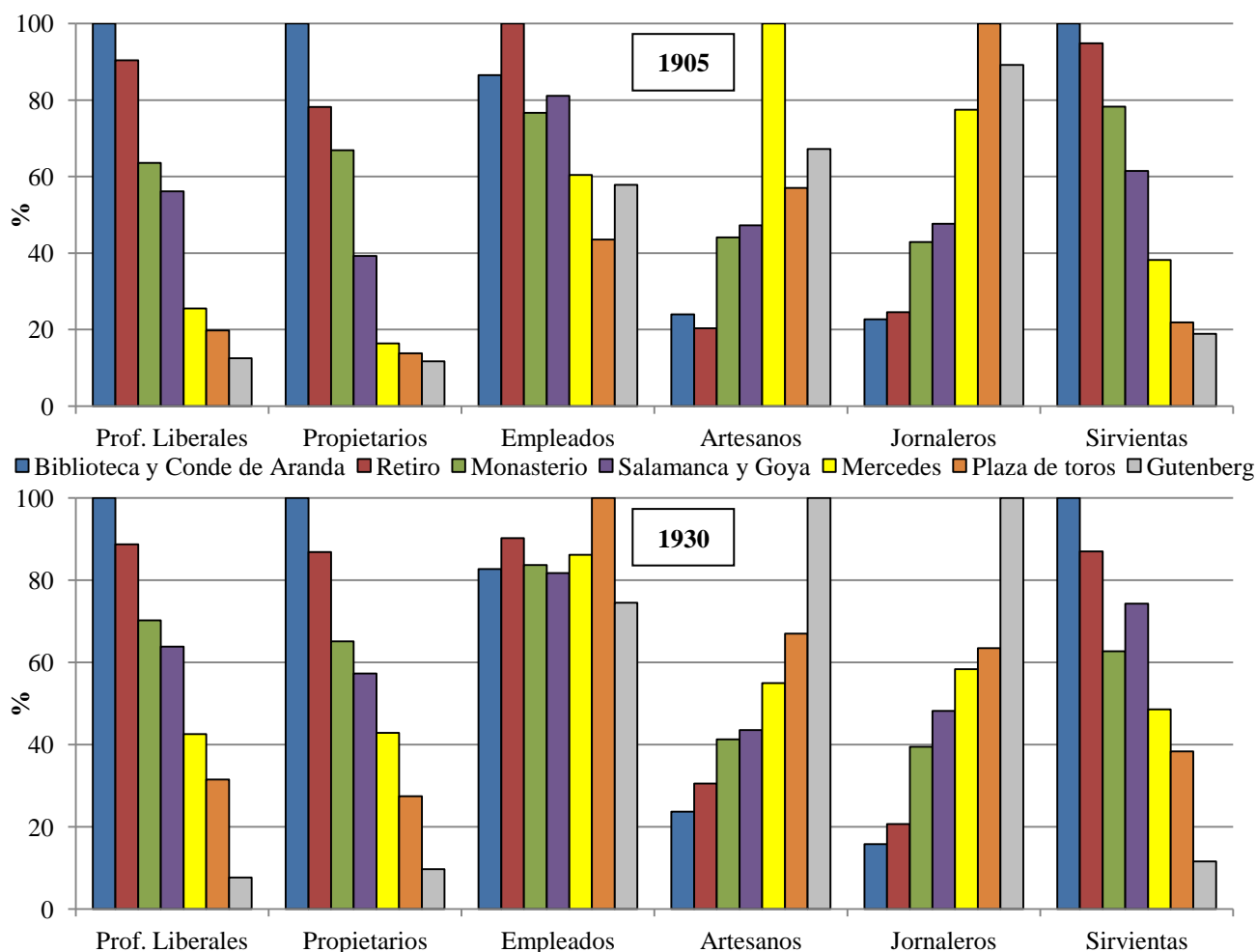


Figura 8.49. Distribución por barrios de las principales categorías socioprofesionales del Ensanche Este en 1930. Hombres mayores de 14 años, salvo en el caso del servicio doméstico femenino. AVM, Estadística, padrón de 1930.

El análisis de los inmuebles de nueva planta erigidos en los distintos barrios del Ensanche Este realizado en las páginas anteriores, pone de relieve la ausencia de cambios de calado en la tipología urbanística de los barrios que componían este espacio urbano, fenómeno que estaba imbricadamente ligado a la dispersión residencial de los distintos grupos que conformaban el espectro socioprofesional del Ensanche Este madrileño. Una carencia de modificaciones que significó no sólo el afianzamiento de la flagrante segregación residencial existente en 1905 (Figura 4.49), sino también una mayor profundización de ésta. A la altura de 1930, la concentración residencial en barrios como Retiro, Biblioteca o Conde de Aranda de los grupos socioeconómicos más pudientes del Ensanche Este, compuestos por profesionales liberales, propietarios,

empleados de gran cualificación, militares de alta graduación y el servicio doméstico femenino empleado por ellos, seguía siendo muy superior a los barrios periféricos de Gutenberg, Plaza de toros y la franja oriental del de Las Mercedes. La brecha porcentual existente entre los dos extremos, es decir, entre los barrios que más concentración residencial de familias acomodadas poseían y los que menos, no sólo se mantuvo entre 1905 y 1930, sino que llegó a incrementarse ligeramente. Así, por ejemplo, mientras que a principios de siglo sólo el 1,75% de los hombres residentes en el barrio de Gutenberg declararon ser profesionales liberales, en 1930 esa cifra había seguido menguando hasta un nimio 1,37%. Este proceso, unido a la tendencia contraria recogida en el caso de los barrios de Biblioteca y Conde de Aranda, donde pasaron del 14 al 18%, hizo que la relación de profesionales liberales residentes en el barrio del sureste de Madrid pasase de representar un escueto 12,6% del porcentaje de los barrios que mayor concentración presentaban en 1905 a sólo el 7,6% en 1930 (Figuras 8.50 y 8.51). Una distribución residencial cuyos rasgos principales también se repitieron entre los propietarios y el servicio doméstico femenino ligado a ellos.



Figuras 8.50 y 8.51. Evolución de la desigual concentración residencial en el Ensanche Este por barrios y profesiones en 1905 y 1930. A partir de la proporción recogida en cada barrio de los distintos grupos socioprofesionales (por ejemplo, que los propietarios significaran en 1930 el 5,25% de los hombres de los barrios de Biblioteca y Conde de Aranda, el 4,56% en Retiro, etc.) y tomando como escala el mayor porcentaje obtenido (en este caso 5,25% es el 100%), se ha efectuado la comparación entre la proporción obtenida en los demás barrios para comprobar la evolución de la segregación residencial (el 4,56% de Retiro suponía el 87% de la proporción existente en Biblioteca y Conde de Aranda, y así sucesivamente). Hombres mayores de 14 años salvo en el caso de las sirvientas. AVM, Estadística, padrones de Madrid de 1905 y 1930.

Un fenómeno que se asentaba sobre el hecho de que las viviendas ubicadas en los inmuebles de estos barrios, cuyo mercado inmobiliario alcanzó su plena colmatación en los años veinte al edificarse los últimos solares que aún permanecían vacíos, seguían siendo las piezas más cotizadas de todo el Ensanche Este (Figura 8.4). A pesar de que sus edificios eran los más antiguos de la ampliación oriental de la ciudad (realizados entre los años setenta y noventa del siglo XIX) y de que necesitaban ser reformados para adaptarse a las nuevas comodidades y adelantos técnicos, su envidiable ubicación dentro de la capital siguió siendo un factor primordial de atracción residencial. Además, la firme apuesta realizada por sus primeros propietarios, y seguida desde entonces por los que les siguieron, para ofrecer viviendas holgadas y de calidad en edificios de varias alturas fraguaron una oferta residencial de calidad casi inigualable en el Madrid de la época. De este modo, era totalmente lógico que las viviendas más espaciales y mejor ubicadas de todo el Ensanche Este (Figura 8.22), que poseían cuartos reservados para las tareas diarias, el descanso y aseo del servicio doméstico interno, y constaban de amplios miradores con vistas a unas calles que eran engalanadas por la Comisión de Ensanche (no olvidemos la estanqueidad de los presupuestos de cada zona) con coquetos bulevares, frondosos árboles y adoquines de gran resistencia, siguiesen estando habitadas en mayor proporción por familias de rentistas, burgueses y grandes comerciantes, así como por aquellas que estaban encabezadas por altos cargos de la administración pública, gerentes y directivos de grandes sociedades privadas, militares de elevada graduación, profesionales liberales de contrastada cualificación laboral y empleados especializados. Así había sido durante los primeros cuarenta años del Ensanche, entre 1860 y 1905, y de igual modo siguió siéndolo hasta la II República.

Dentro de esta misma dinámica de atomización y desigualdad residencial se mantuvo el barrio de Gutenberg durante estas décadas, pero situado en el polo opuesto. Su vinculación a la actividad económica industrial que irradiaba la estación de Atocha y las fábricas, naves y talleres que proliferaron en el Ensanche Sur, y su carácter excéntrico respecto al casco antiguo, maniataron las posibilidades urbanísticas de sus calles. Su cercanía a un polo laboral de tal magnitud y su condición de vía de entrada menor a la ciudad, hicieron que las inversiones inmobiliarias de los dueños de solares de esta barriada mantuvieran un perfil bajo, caracterizado por una lenta edificación destinada a cubrir la única demanda residencial ampliamente garantizada: aquella que pudiera ser sufragada por los escuetos presupuestos familiares de los trabajadores manuales y empleados modestos que, vinculados al ferrocarril o a sus industrias indirectas, deseaban residir en esta zona, cerca de su lugar de trabajo. Por todo ello, el barrio de Gutenberg se consolidó entre 1905 y 1930 aún más como un espacio urbano eminentemente obrero que aglutinaba, con una gran diferencia respecto a los restantes barrios del Ensanche Este, la mayor proporción de trabajadores manuales en su seno, tanto artesanos como jornaleros. Éstos componían casi la mitad de los hombres en edad de trabajar residentes en el barrio (el 14% eran artesanos y el 34% jornaleros), y su comparación en relación a la proporción obtenida en otros barrios era abismal, ya que arrojaba una diferencia porcentual mínima de 40 puntos básicos en el caso del barrio de Plaza de toros, que era el que le precedía en concentración residencial de este tipo de trabajadores. Es decir, por cada diez trabajadores manuales residentes en el barrio de Gutenberg había seis en los de Plaza de toros y Las Mercedes, sólo cuatro en los barrios de Salamanca y Goya, y menos de dos en los de Retiro, Conde de Aranda y Biblioteca. Un descenso escalonado que iba a la inversa de la línea marcada por propietarios y profesionales liberales, aunque con una pendiente ligeramente menos pronunciada, cuya causa estribaba en aquellas familias artesanas y jornaleras a las que los avariciosos propietarios de los barrios más caros *tendieron la mano* durante los años interseculares

mediante el uso intensivo del suelo a través de una compartimentación interior marcada por la estridente segregación tanto en profundidad como en altura para maximizar las rentas. Esta estrategia hizo que aunque débil, hubiera una oferta estable de sótanos, sotabancos y cuartos interiores relativamente baratos dirigidos a modestas familias de empleados, artesanos e incluso jornaleros en inmuebles de alquileres medios muy superiores (Figuras 8.24 y 8.25). Esta realidad explica cómo, en el caso de las familias jornaleras madrileñas, con una red asistencial y de información en la capital más tupida que el recién llegado que les permitía acceder a esos pequeños cuartos situados en lujosos barrios, si bien tenían en el barrio de Salamanca una representación inferior a la media que en el de Gutenberg (un 16% frente al 33%), sin embargo era muy superior a la obtenida en Biblioteca o Conde de Aranda, donde no llegaba al 5% (Figura 8.52).

FAMILIAS INMIGRANTES (< 1 AÑO DE ESTANCIA EN MADRID)						
BARRIOS	Profesionales liberales	Propietarios	Artesanos	Comerciantes e industriales	Empleados	Jornaleros
Biblioteca	18,92	24,32	0	2,70	10,81	5,41
Conde de Aranda	17,95	23,08	5,13	5,13	28,21	2,56
Goya	20,21	17,02	3,19	5,32	27,66	4,26
Gutenberg	1,01	1,01	13,57	4,02	33,67	30,15
Las Mercedes	12,77	10,17	3,55	5,20	28,84	12,53
Monasterio	10,47	9,30	0	4,65	37,21	10,47
Plaza de toros	9,84	8,20	5,57	2,62	31,15	17,05
Retiro	21,05	14,47	0	9,21	31,58	0
Salamanca	14,63	14,63	7,32	2,44	29,27	2,44
MEDIA	11,54	9,92	5,15	4,46	30,23	14,00

FAMILIAS INMIGRANTES (> 5 AÑOS DE ESTANCIA EN MADRID)						
BARRIOS	Profesionales liberales	Propietarios	Artesanos	Comerciantes e industriales	Empleados	Jornaleros
Biblioteca	19,83	6,42	1,96	5,87	44,13	3,91
Conde de Aranda	21,79	8,01	3,17	9,12	36,13	5,77
Goya	14,65	4,84	5,26	11,66	34,14	13,80
Gutenberg	1,14	1,14	15,25	5,60	26,93	35,52
Las Mercedes	8,39	2,34	7,42	8,88	35,05	22,21
Monasterio	13,70	3,19	5,45	7,98	31,65	20,21
Plaza de toros	5,89	1,10	7,97	8,66	38,97	24,54
Retiro	21,16	5,63	4,87	5,33	40,94	6,54
Salamanca	13,66	4,55	6,26	11,01	29,79	17,08
MEDIA	10,27	3,05	7,53	8,31	34,89	20,57

FAMILIAS MADRILEÑAS						
BARRIOS	Profesionales liberales	Propietarios	Artesanos	Comerciantes e industriales	Empleados	Jornaleros
Biblioteca	25,31	12,35	3,70	11,73	30,86	3,09
Conde de Aranda	32,76	9,31	6,90	7,24	26,21	4,48
Goya	17,66	4,84	8,83	7,69	34,76	12,25
Gutenberg	1,33	0	19,47	4,20	33,85	33,19
Las Mercedes	10,76	3,12	11,62	4,84	37,91	19,89
Monasterio	21,59	6,53	8,24	4,55	32,39	12,50
Plaza de toros	7,04	1,58	14,20	4,73	43,93	18,69
Retiro	26,02	10,04	5,95	5,20	34,57	6,32
Salamanca	25,83	5,83	8,33	7,08	24,58	15,83
MEDIA	14,40	4,29	11,27	5,54	35,88	17,03

Figura 8.52. Distribución barrial de las familias residentes en el Ensanche Este en 1930 según la ocupación profesional, el lugar de origen y el tiempo de estancia en la ciudad del cabeza de familia. Datos porcentuales. Se han señalado sobre fondo gris la mayor concentración residencial de cada categoría socioprofesional y sobre fondo rojo la más baja. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Una vez puesta la primera piedra del camino que condujo a la segregación residencial del Ensanche Este, a la consecución de dos polos tan alejados socioeconómica y urbanística entre sí, su evolución posterior simuló el efecto de una bola de nieve. Establecidas las líneas de puntos sobre el papel en forma de usos del suelo, ubicación en el conjunto de la ciudad, precios del suelo y tipología de la demanda residencial, los propietarios y promotores inmobiliarios corrían menos riesgo siguiéndolas que desviándose de ellas. Una dinámica que fiscalizaba las características socioeconómicas de sus residentes y cuyos efectos permanecían plenamente vigentes a la altura de 1930 (Figura 8.52). La distribución vecinal de las familias residentes en el Ensanche Este en función de la profesión del cabeza de familia, demuestra cómo, independientemente de que éstas fueran de origen inmigrante o madrileño, y en el caso de las primeras, que fueran recién llegadas o ya llevaran al menos cinco años residiendo en la ciudad, se amoldaban como un guante a la mano a este esquema segregado. Así, mientras que en proporción el barrio de Gutenberg era la opción más atractiva para las familias encabezadas por todo tipo de trabajadores manuales, en cambio se tornó en una barriada cada vez más invisible a ojos de familias de propietarios y profesionales liberales, que en cambio optaban de forma indeleble por los barrios de Retiro, Biblioteca y Conde de Aranda, aquellos que conformaban el espacio mejor consolidado de todo el Ensanche Este madrileño.

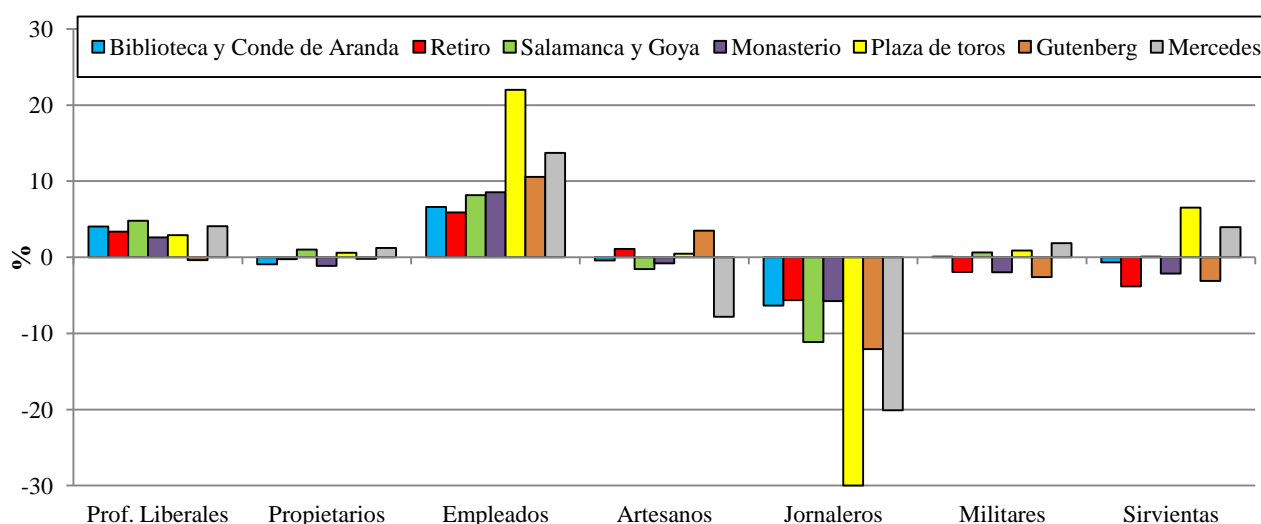


Figura 8.53. Diferencia porcentual en la distribución de los principales grupos socioprofesionales residentes en el Ensanche Este de Madrid por barrios entre 1905 y 1930. Es decir, si en 1905 Hombres mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

No obstante, la claridad con que el carácter socioprofesional y urbanístico de estos dos espacios urbanos se diferenciaban entre sí, no debe ocultar la irreversible mutación que se produjo en los barrios entonces periféricos de Las Mercedes y Plaza de toros a lo largo de estas primeras décadas del siglo XX. La creciente presión demográfica que estaba soportando la ciudad, y la profunda modernización económica que su tejido industrial y servicios sufrían, favorecieron el desarrollo urbanístico de unos barrios que hasta comienzos de siglo habían permanecido aletargados. Las señales de su creciente asimilación al casco urbano fueron numerosas. La aceleración del ritmo constructivo en sus calles y el cambio en la de los propietarios en los edificios de nueva planta, caracterizados por un uso intensivo en altura de un suelo en creciente revalorización, favorecieron una renovada demanda residencial hacia estas zonas y su consecuente apreciación (Figuras 8.7 y 8.19). Una demanda que, en términos tanto absolutos como relativos, fue protagonizada por una amalgama heterogénea de familias

inmigrantes y madrileñas, tanto por las recién llegadas (Figura 5.68) como por las ya asentadas en la capital (Figuras 5.69 y 5.70), tanto por las encabezadas por trabajadores manuales cualificados o no, como por empleados, profesionales liberales y, en menor proporción, por rentistas y propietarios (Figuras 5.72 a 5.75, 5.76 y 5.77).

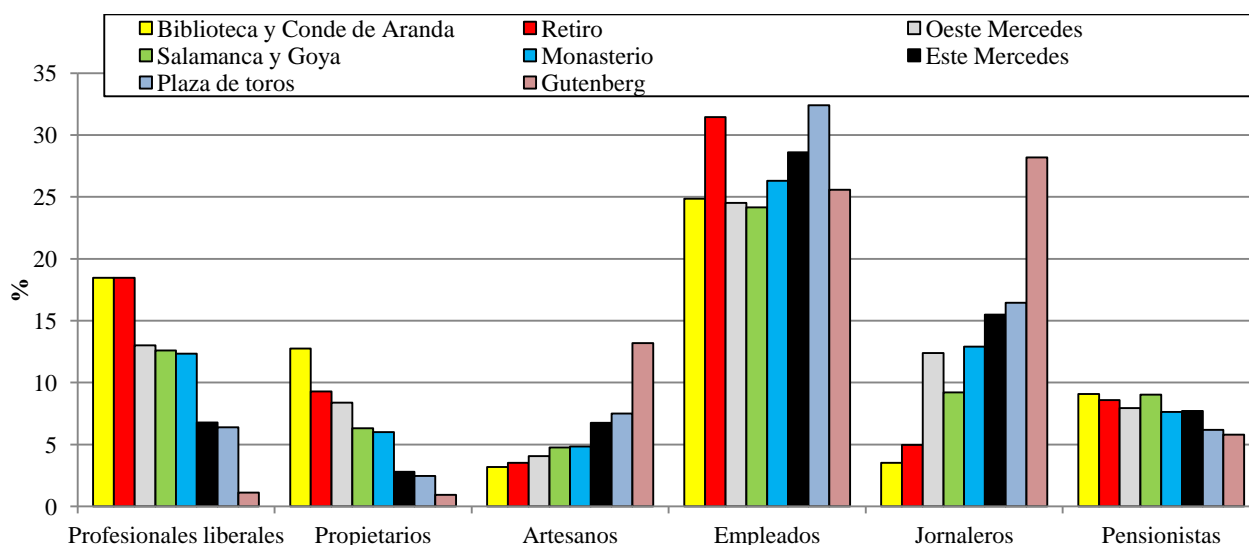
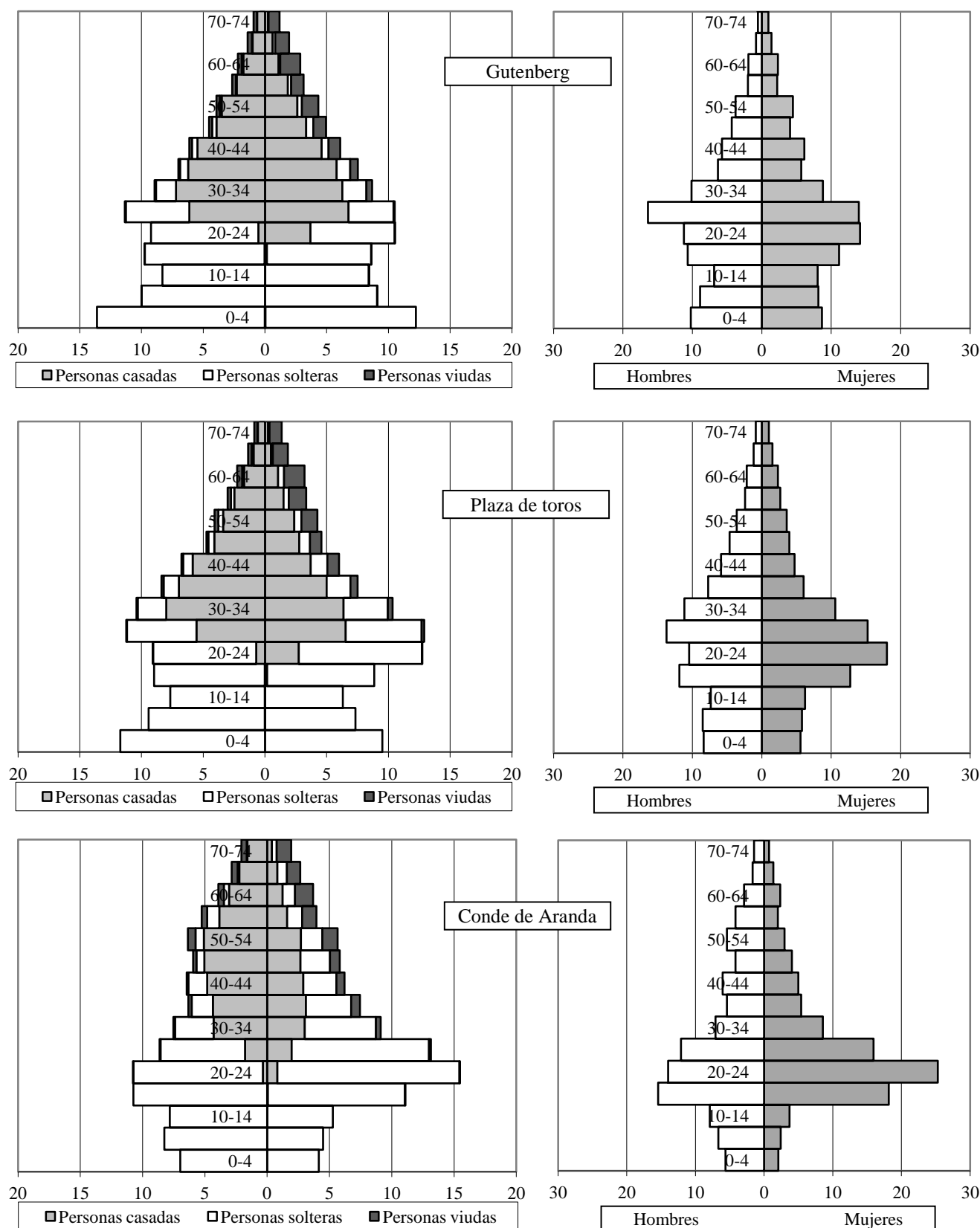


Figura 8.54. Distribución de las familias residentes en los distintos barrios del Ensanche Este en 1930 en función de la profesión del cabeza de familia. Hombres y mujeres mayores de 14 años. AVM, Estadística, padrón de 1930.

Al igual que ocurría en el plano urbanístico, la evolución de la estructura socioprofesional de estos barrios denotaba el proceso de transición que vivían estas zonas desde la función residencial periférica y secundaria que poseían a comienzos de siglo, hasta una posición residencial aventajada en el Ensanche Este de la ciudad en vísperas de la II República. Si en 1905 los barrios de Las Mercedes y Plaza de toros poseían características muy similares al de Gutenberg, como la semejanza en sus alquileres medios (Figura 4.21), la gran concentración de trabajadores manuales que presentaban y la escasez de familias acomodadas de propietarios, profesionales liberales y empleados de alta cualificación de elevados sueldos anuales que residían en su seno, en 1930 esos factores comunes daban muestras de haberse agrietado (Figuras 8.49 a 8.51). A lo largo de estos años, la modernización y burocratización de las actividades terciarias madrileñas, que facilitó la sustitución de centenares de trabajos esporádicos por otros estables, fue coetánea al incremento de la presión migratoria hacia Madrid, cuya confluencia potenció la consolidación de una clase media todavía modesta pero alejada de la precariedad y la inestabilidad que habían predominado en la ciudad durante las décadas interseculares. El fuerte auge de las familias de empleados fue la principal consecuencia de ambos factores, una expansión que fue generalizada en los barrios de Plaza de toros y Las Mercedes especialmente, por encima del incremento general detectado en el conjunto del Ensanche Este. Un movimiento pendular, de ser zonas residenciales modestas a empezar a acoger a familias de un nivel adquisitivo mayor, que también trajo aparejado un marcado incremento del servicio doméstico interno contratado por las familias residentes en estos barrios entre ambas fechas (Figuras 8.53 y 8.54). Así, mientras que en 1905 el 7,1 y el 13,7% de los hogares de los barrios de Plaza de toros y Mercedes respectivamente disfrutaban de, al menos, una persona como criada interna en la casa, en 1930 esa proporción se había incrementado poderosamente hasta el 20,2 y el 24,7% respectivamente, acercándose a la media del Ensanche Este, que se situaba en el 28% en dicha fecha.

Del mismo modo pero a la inversa, las familias jornaleras que habían copado la capital desde comienzos de la Restauración, empezaron a aminorar su presencia en ella durante el primer tercio de siglo por dos motivos principales. En primer lugar, porque fueron el segmento más beneficiado de la expansión y modernización del mercado laboral madrileño vinculado a su industrialización y burocratización de sus actividades de administración, gestión y comercio. Gracias a estos fenómenos, muchos jornaleros (o sus hijos) lograron ascender laboralmente en estos años al abandonar el precario trabajo a jornal por empleos poco o nada cualificados pero estables y pagados anualmente (Figuras 6.12 y 6.13), eliminando así el factor más acuciante del mundo jornalero: la inestabilidad. Y en segundo lugar, porque la inflación iniciada durante la Gran Guerra y que tanto incrementó el precio del suelo del Interior y el Ensanche, expulsó a muchas familias jornaleras de limitados ingresos hacia el Extrarradio y los municipios colindantes madrileños en busca de alquileres más baratos. De este modo, perdieron visibilidad en el mercado laboral madrileño debido al efecto estadístico de residir fuera de sus fronteras administrativas, aunque de facto dependieran de él (Figuras 5.72 y 5.73). Dos elementos que, de nuevo, afectaron en mayor medida a los dos barrios ya mencionados, los de Plaza de toros y Mercedes (más a su franja occidental que a la oriental), ya que su paso a la primera línea de la expansión demográfica y urbanística de la capital debido al incremento de la inversión y la promoción inmobiliaria de calidad media y alta, atrajo a esas familias de empleados con presupuestos estables que aspiraban a vivir decentemente en la capital española, y además, transformó su oferta residencial al aminorar el número de viviendas baratas disponibles como consecuencia de ese cambio cualitativo en la tipología edificatoria y del proceso inflacionista de los alquileres a medida que la ciudad se dilataba.

No obstante, la profunda transformación socioeconómica que afectó a los barrios de Las Mercedes y Plaza de toros durante la expansión de la capital a lo largo del primer tercio de siglo, no se circunscribió únicamente a las diferencias existentes en el precio del suelo y la estructura socioprofesional de cada barrio. Ésta también gestó en ellos una profunda mutación demográfica derivada del enconamiento de la marcada segregación residencial existente entre los distintos grupos socioprofesionales (Figuras 8.55 a 8.60). Así, a medida que estos barrios se revalorizaron y aumentaron su superficie edificada con inmuebles y viviendas de mayor calidad que las preexistentes, atrayendo a centenares de nuevas familias de mayor nivel adquisitivo, las características demográficas de sus inquilinos también comenzaron a verse modificadas, situándose en un punto híbrido entre las estructuras demográficas de los barrios más caros y más baratos. A comienzos de siglo, estas barriadas presentaban una pirámide de población muy joven, con una base muy amplia de población infantil, que se reducía en la cohorte de edad comprendida entre los 20 y los 24 años, seguida de una posterior dilatación en ambos sexos de la población de mediana edad (de entre 25 y 40 años), la mayoría de ella de origen inmigrante, y que llegaba a la capital en pareja (o con uno o dos hijos pequeños a lo sumo) en busca de un comienzo provechoso que les permitiera, entre otras expectativas, formar una familia (Figura 4.43). Sin embargo, esta composición demográfica, típica de los barrios más populares de Madrid, a la altura de 1930 sólo era discernible dentro del Ensanche Este madrileño en el barrio de Gutenberg (Figura 8.55). En él, seguían sobresaliendo jóvenes parejas y familias con altas tasas de natalidad (y mortalidad infantil) encabezadas por trabajadores manuales y empleados poco cualificados que vivían en residencias baratas en un barrio que todavía tenía un cariz periférico. Un fenómeno que se fortalecía año tras año por el proceso de decantación protagonizado por una inmigración de similares características, de entre 20 y 35 años que, solos o en pareja, llegaban a la capital con la esperanza de medrar (Figura 8.56).



Figuras 8.55 a 8.60. De izquierda a derecha y de arriba hacia abajo. En la columna de la izquierda se encuentran las pirámides de población de los barrios de Gutenberg, Plaza de toros y Conde de Aranda (expresadas en porcentaje para su mejor comparación) por estado civil y sexo en 1930. En la columna derecha se sitúan las pirámides demográficas de la población inmigrante llegada en los cinco últimos años y residente en dichos barrios. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Un modelo demográfico que entró en retroceso a lo largo de estas décadas en los barrios de Plaza de toros y Mercedes, a medida que su centralidad comenzó a ser, al fin, una realidad. El cambio en su perfil urbanístico y socioeconómico ya enunciado, entre cuyas consecuencias incluyó el incremento porcentual de las familias de profesionales liberales, propietarios y empleados cualificados en detrimento de las de jornaleros, moldeó su estructura demográfica (Figura 8.57). En primer lugar, su base se redujo de forma significativa dada la diferencia existente entre el ciclo vital de las familias más acaudaladas, en ascenso, respecto a las encabezadas por jornaleros, artesanos y empleados de baja cualificación, que emigraban hacia el Extrarradio. El contraste estribaba en la menor natalidad registrada entre las familias económicamente mejor asentadas, como las de propietarios, profesionales liberales y empleados de elevada cualificación, en relación a las artesanas y jornaleras. Un fenómeno que indirectamente podía ser corroborado por las bajas tasas de natalidad registradas en barrios caros como Biblioteca o Retiro respecto a otros más baratos como Gutenberg o Plaza de toros¹¹⁵, una realidad que era harto conocida por contemporáneos como Luis Lasbennes, quien en su estudio demográfico de la ciudad en 1913 concluía, en este sentido, que “*la pobreza es más fecunda*”¹¹⁶. Además, la mayor disponibilidad de las familias madrileñas más acomodadas para alargar la estancia en el hogar materno de sus hijos mientras éstos ampliaban sus estudios, ascendían en el escalafón laboral, o contraían matrimonio, hacía que las edades medias de la pirámide laboral se vieran engrosadas. Una elección vital que era un privilegio lejos del alcance de las posibilidades económicas de las familias trabajadoras, cuyos hijos se emancipaban más rápidamente en su camino por adentrarse con éxito en el mercado laboral de la ciudad (Figura 8.61).

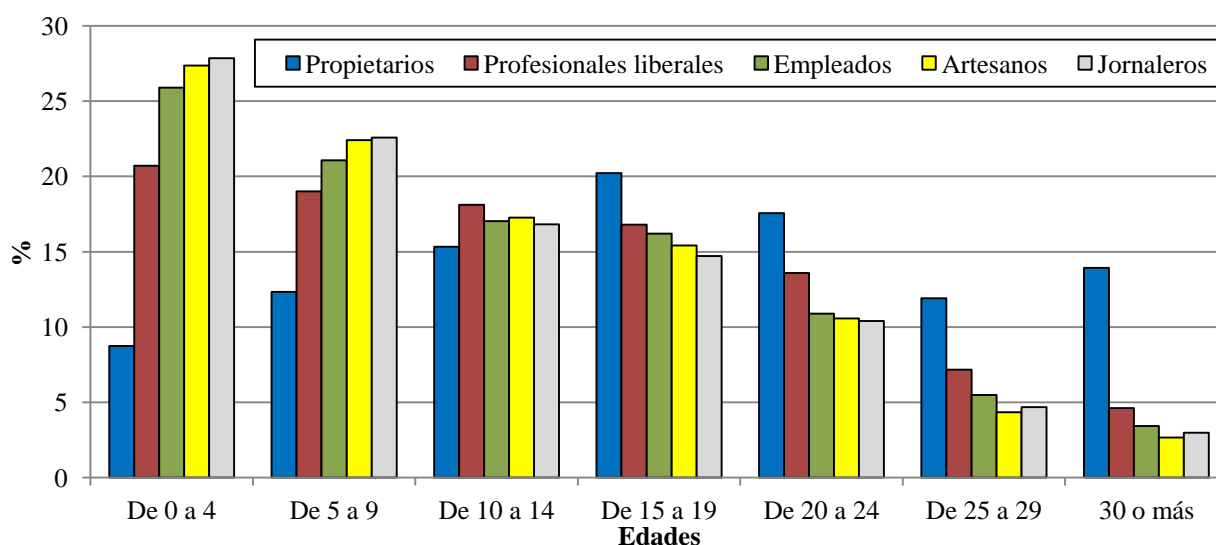


Figura 8.61. Distribución porcentual de los hijos residentes en los hogares del Ensanche Este en función de su edad y de la profesión del cabeza de familia. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

¹¹⁵ Las tasas de natalidad y mortalidad registradas a lo largo del primer tercio del siglo XX en los barrios del Ensanche Este de Madrid demuestran cómo en los barrios donde residían mayoritariamente familias acaudaladas de propietarios, rentistas, burgueses, profesionales liberales y empleados de alta cualificación, como Retiro, Biblioteca, Conde de de Aranda o Monasterio, se registraban las tasas de natalidad y mortalidad más bajas, al contrario de lo que acaeció en los barrios modestos habitados por jornaleros, artesanos y empleados sin cualificación. Para conocer la evolución de dichas tasas por barrios a lo largo del primer tercio del siglo XX consultar los resultados de la IDE Histórica de Madrid, puesta en marcha por el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC y la Dirección General de Estadística del Ayuntamiento de Madrid en: <http://www.idehistoricamadrid.org/>.

¹¹⁶ LASBENNES, L.: *Estadística demográfica*, Resumen anual, 1913, pág. 92.

Por todo lo anterior, a medida que las familias acomodadas empezaron a asentarse en estos barrios en detrimento de las familias jornaleras, ya fuera mediante la mudanza desde otros barrios de la ciudad o a través de la inmigración directa, su población infantil decreció porcentualmente. Un hecho que contrastaba con el constante incremento de su población de edad intermedia, de entre 14 y 40 años, derivado de la interacción de dos factores bien diferenciados. Por un lado, la segregación de las familias acomodadas hacia estos barrios también auspició en ellos un repunte de la demanda laboral vinculada al servicio doméstico, lo cual se tradujo en un aumento de la inmigración femenina de entre 15 y 30 años, protagonizada en su mayoría por jóvenes solteras, de reciente llegada a la capital y oriundas del hinterland madrileño, lo cual recargó estas cohortes de edad (Figura 8.58). Una acentuación que, no obstante, todavía quedaba lejos de los umbrales detectados en cualquiera de los barrios que conformaban el espacio urbano más consolidado del Ensanche Este madrileño en 1930, ya fuera Retiro, Biblioteca o Conde de Aranda, donde el índice de feminidad de su población, vinculada a la preponderancia del servicio doméstico, adquiriría un dominio desmesurado (Figuras 8.59 y 8.60), tanto que determinaba de un modo sustancial la composición demográfica de todo este espacio urbano (Figuras 5.26 a 5.28). Así, entre la población en edad laboral de dichos barrios (los mayores de 14 años), las mujeres suponían las dos terceras partes del total (entre el 64 y el 66%), de las que entre el 35 y el 40% eran sirvientas, criadas, cocineras, lavanderas o limpiadoras. En cambio, en los barrios de Las Mercedes y Plaza de toros las mujeres suponían entre el 59 y el 57% de la población adulta, mientras que en Gutenberg se acercaba a la paridad con sólo el 52%, barrios donde el servicio doméstico sólo empleaba al 20, 16 y 5% respectivamente del total de mujeres que formaban su mercado laboral (Figura 8.49).

Tipo de familia	Biblioteca	Conde de Aranda	Goya	Gutenberg	Mercedes	Monasterio	Plaza de toros	Retiro	Salamanca
<i>Familia nuclear</i>	55,47	57,79	58,78	66,34	62,19	63,22	63,23	63,07	56,73
<i>Complejas</i>	32,00	28,53	26,77	27,00	26,96	25,59	25,43	28,41	28,82
<i>Hogares sin núcleo</i>	7,72	10,16	10,05	3,81	6,60	7,29	7,40	5,95	10,07
<i>Con realquilados</i>	4,81	3,52	4,40	2,86	4,25	3,90	3,94	2,57	4,38

Figura 8.62. Estructura familiar de los distintos barrios del Ensanche Este en 1930. La clasificación familiar utilizada es la de la Figura 2.29. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

El otro factor que influyó en la dilatación de los grupos de edad intermedios de los barrios más caros provino de la desahogada posición socioeconómica de las familias encabezadas por grandes industriales, aristócratas, profesionales liberales y empleados altamente especializados que los habitaban. Su mayor capacidad adquisitiva permitió que sus miembros pudieran convertirse en correas de transmisión de información y contactos para sus parientes y paisanos inmigrantes respecto a las posibilidades laborales y formativas que presentaba la capital española. Partiendo de esa posición, muchas de estas familias proporcionaron asistencia, cobijo y manutención coyuntural, estacional o temporal a sobrinos, primos, amistades y paisanos en edad de trabajar en sus hogares hasta que encontraran un medio de vida en la capital o aprovecharan las oportunidades formativas de la capital. Un apoyo familiar que, en el caso de los hogares más adinerados, distó en muchas ocasiones de ser un apoyo coyuntural, ya que formaba parte de la compleja estrategia de parentesco cuyo objetivo fundamental era la consecución de la reproducción socioeconómica del prestigio familiar.

Tipo de familia	Prof. liberales	Propietarios	Artesanos	Empleados	Jornaleros	Pensionistas
<i>Familia nuclear</i>	68,91	59,73	66,06	67,20	71,28	52,58
<i>Complejas</i>	18,61	16,28	23,93	23,88	22,30	21,90
<i>Hogares sin núcleo</i>	10,23	22,10	5,27	6,29	2,63	20,27
<i>Con realquilados</i>	2,25	1,89	4,74	2,64	3,78	5,25

Figura 8.63. Estructura familiar según la profesión de los cabezas de familia residentes en el Ensanche Este de Madrid en 1930. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Además de todo lo anterior, la segregación residencial también influyó en la composición de la franja superior de las pirámides demográficas de cada barrio del Ensanche Este madrileño, especialmente en los de mayor precio. La consolidación como espacios urbanos de gran calidad residencial de los barrios más occidentales, fomentó la creciente concentración en ellos de personas de elevada edad (Figura 8.59). En primer lugar, porque las familias de propietarios, rentistas, pensionistas y profesionales liberales con recursos, podían sufragar sus residencias allí donde las infraestructuras y los servicios sanitarios estaban más consolidados, en barrios que presentaban tasas de mortalidad infantil y de enfermedades infecciosas muy bajas, presentando así una esperanza de vida mayor que en los barrios más hacinados del Interior o los más alejados del Ensanche y el Extrarradio (Figuras 5.10)¹¹⁷. Pero además, los barrios mejor acondicionados también ejercieron una fuerte atracción residencial sobre aquellas cohortes de edad más avanzada de la ciudad compuestas por una población no activa que, sin embargo, disponía de sólidos recursos económicos. Así, gracias a las rentas, beneficios y pensiones vitalicias obtenidas de herencias familiares, títulos de bolsa, negocios o industrias a su nombre, o mediante la retribución ganada por su trabajo o el de su cónyuge en el caso de funcionarios y militares, muchas de estas personas decidieron mudarse a las mejores zonas de la capital y pagar un elevado alquiler mensual por una vivienda acomodada en la que residir durante su última etapa vital junto a su pareja o con la familia de sus hijos, o solos o en compañía de algún pariente cercano en su viudedad o vejez. Un fenómeno, que era fácilmente verificable al comprobar tanto la distribución residencial por barrios de estos propietarios, rentistas, pensionistas y jubilados mayores de 60 años, las variaciones detectadas en la tipología familiar de cada barriada, o la dilatación de sus respectivas pirámides demográficas (Figuras 8.54, 59, 8.62 y 8.63).

El paisaje residencial y la jerarquización del espacio urbano generados por la evolución inmobiliaria del Ensanche Este durante más de medio siglo, moldearon el perfil socioeconómico de los habitantes de sus diferentes barriadas, su composición demográfica, la tipología constructiva de su oferta residencial y la horquilla de alquileres demandados por sus propietarios. Pero la mediatización ejercida por este proceso de segregación residencial que con tanta fuerza afectó a la capital española desde comienzos de la Restauración no se quedó ahí, ya que también condicionó el origen migratorio de sus residentes, característica íntimamente relacionada con las diferentes posibilidades de integración laboral y habitacional que ofrecían unos y otros barrios. En 1930 lejos quedaba ya la época del desarrollo inicial del Ensanche madrileño, cuando la procedencia de los inquilinos de cada una de sus tres zonas

¹¹⁷ GÓMEZ REDONDO, R.: “El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970”, *Reis*, nº32, *Op. Cit.*; SANZ GIMENO, A.: *La mortalidad de la infancia en Madrid*, *Op. Cit.*; PORRAS GALLO, M^a I.: “Un acercamiento a la situación higiénico-sanitaria de los distritos de Madrid en el tránsito del siglo XIX al XX”, *Asclepio*, Vol. LIV, nº 1, *Op. Cit.*; REVUELTA EUGERCIO, B.: *Los usos de la inclusa de Madrid, mortalidad y retorno a principios del siglo XX (1890-1935)*, *Op. Cit.*

mostraba una manifiesta vinculación con los lugares de origen de las carreteras que las atravesaban hasta llegar al casco antiguo de la capital, con cierta tendencia de la inmigración cantábrica en el Ensanche Norte, de la manchega en la zona Sur, y del arco oriental peninsular en la zona Este (Figura 2.38). Sin grandes aspavientos ni cambios repentinos, la transformación de la oferta residencial de las distintas zonas de Ensanche a medida que la ciudad creció en población y extensión, erradicó de raíz buena parte de la función de auspicio y primera residencia que estas barriadas habían ofrecido a los inmigrantes recién llegados durante los primeros compases de la puesta en marcha del proyecto de ampliación de la ciudad¹¹⁸. A lo largo del primer tercio del siglo XX, la profundización del proceso de segregación residencial madrileño, asentado sobre la desigual revalorización de los alquileres de sus barrios y la creciente separación física entre los lugares de residencia de los distintos grupos de población en función de su nivel socioeconómico, se convirtió en el principal factor explicativo de la creciente diferenciación espacial existente en cuanto al tipo de procedencia de los habitantes de uno u otro barrio del Ensanche Este madrileño. Sus líneas de mayor diferenciación recaían, por un lado, en la influencia cuantitativa de un segmento laboral muy específico que compartía unas características migratorias concretas, como era el servicio doméstico, y por otro, en la recalcada brecha existente entre la procedencia y el lugar de origen rural/urbano de las familias inmigrantes, el modo de integración laboral en el mercado de trabajo madrileño y el barrio de residencia.

Lugar de origen	Biblioteca		Conde de Aranda		Goya		Gutenberg		Mercedes		Monasterio		Plaza de toros		Retiro		Salamanca	
	I	II	I	II	I	II	I	II	I	II	I	II	I	II	I	II	I	II
Otro	0,6	0,5	1,0	0,2	0,0	0,2	0,7	0,2	0,3	0,2	1,0	0,34	0,4	0,4	1,2	0,4	0,6	0,9
Extranjero	3,1	11,0	2,3	9,0	1,2	10,9	0,0	2,1	2,1	7,5	3,3	9,20	1,6	6,3	2,6	11,9	1,8	7,9
Rural	79,0	43,4	79,8	44,3	82,1	48,5	79,7	58,2	80,5	49,5	79,7	48,40	82,7	52,0	79,3	43,0	81,6	50,9
Urbano	17,3	45,2	16,8	46,5	16,8	40,3	19,6	39,5	17,2	42,7	16,0	42,06	15,3	41,4	16,9	44,7	16,1	40,3

Figura 8.64. Lugar de origen de la población inmigrante residente en los barrios del Ensanche Este de Madrid en 1930. Datos porcentuales. Leyenda: **I.** Servicio doméstico; **II.** Resto de la población. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

En relación al servicio doméstico, ésta era una actividad económica muy específica y que ocupaba a una gran cantidad de trabajadores que compartían un perfil similar: eran mayoritariamente muchachas jóvenes y solteras de origen inmigrante, especialmente del mundo rural que conformaba el hinterland madrileño (Figuras 5.23, 5.24, y de 7.45 a 7.47). Dentro de este enorme subconjunto laboral, la desigualdad inherente entre unos barrios y otros en relación a la especialización de las tareas demandadas o la remuneración obtenida, apenas era perceptible en el caso de las características demográficas y migratorias de los sirvientes contratados en uno u otro barrio del Ensanche Este madrileño. Sin embargo, dado que era una ocupación ejercida ampliamente de modo interno, es decir, que sus trabajadores residían en el mismo inmueble en el que estaban ocupados y que su presencia difería notablemente de unas

¹¹⁸ CARBALLO, B., PALLOL, R. y VICENTE, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008, pp. 319-320. Un fenómeno, el de la integración residencial en los lugares de llegada de la población inmigrante a la ciudad que no fue específicamente madrileño, ya que su existencia se ha documentado en otras urbes europeas y americanas en esta época. TATJER, M.: “La inmigración en Barcelona en 1930: los andaluces en la Barceloneta”, *Estudios Geográficos*, Op. Cit., pp. 119-143; MOYÁ, J.C.: *Cousins and strangers: Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, Op. Cit.

barriadas a otras (Figura 7.48 a 7.51 y 8.9), ésta distorsionaba en gran medida no sólo la pirámide demográfica de los barrios más caros del Ensanche Este donde eran mayoría (Figuras 8.59 y 8.60), sino también la procedencia y el origen urbano o rural de la población inmigrante residente en ellos, sepultando bajo la estadística unos elementos de segregación residencial de relevancia cualitativa. Así, desgranar del conjunto el fenómeno migratorio generado por la ingente demanda de servicio doméstico derivada de las familias residentes en los barrios más acaudalados del Ensanche Este de la ciudad, permite examinar con mayor concreción los elementos migratorios definidores del resto de sus inquilinos.

Lugar de origen	Biblioteca		Conde de Aranda		Goya		Gutenberg		Mercedes		Monasterio		Plaza de toros		Retiro		Salamanca	
	I	II	I	II	I	II	I	II	I	II	I	II	I	II	I	II	I	II
<i>Prov. Madrid</i>	7,5	5,2	9,1	6,1	9,0	7,1	9,8	13,2	8,3	6,8	8,3	6,9	9,2	7,9	6,3	5,6	8,5	5,9
<i>Prov. Limitrofes</i>	31,2	12,1	27,5	13,2	33,3	15,7	36,6	22,7	31,5	17,2	26,6	16,3	34,1	18,0	29,4	14,5	29,2	15,8
<i>Resto provincias</i>	57,6	71,3	60,1	71,5	56,5	66,1	52,9	61,8	57,9	68,2	60,9	67,3	54,7	67,5	60,6	67,7	59,9	69,5
<i>Extranjero</i>	3,1	11,0	2,3	9,0	1,2	10,9	0,0	2,1	2,1	7,5	3,3	9,2	1,6	6,3	2,6	11,9	1,8	7,9
<i>Desconocido</i>	0,6	0,4	1,0	0,2	0,0	0,2	0,7	0,1	0,3	0,2	1,0	0,3	0,4	0,3	1,2	0,3	0,6	0,9

Figura 8.65. Procedencia de la población residente en los barrios del Ensanche Este de Madrid en 1930. Datos porcentuales. Leyenda: **I.** Servicio doméstico; **II.** Resto de la población. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

En primer lugar, destaca la mayor presencia residencial de la inmigración de origen urbano, cuyos integrantes solían poseer una formación y experiencia laboral más acorde a las exigencias del mercado de trabajo madrileño (una ventaja cualitativa que les hacía lograr generalmente una mejor integración profesional en la capital), en aquellos barrios que poseían un vecindario cuyo poder adquisitivo sobresalía del resto, tales como los de Biblioteca, Retiro o Conde de Aranda (Figura 8.64). Espacios acomodados donde las uniones matrimoniales entre dos inmigrantes de origen urbano alcanzaban su mayor proporción de todo el Ensanche Este, superior al 40% del total (Figura 8.66). Además, otro rasgo definitorio de la procedencia y distribución de esta población inmigrante de origen urbano era que excedía el ámbito interior o regional dominante en Madrid para situarse en una escala de atracción nacional (Figura 8.65). En este sentido, las familias procedentes de las capitales regionales económicamente más dinámicas del país, como Barcelona, Bilbao, La Coruña, Zaragoza, Sevilla o Cádiz, se hallaban sobrerrepresentadas en los mismos barrios ya mencionados respecto al conjunto de la ciudad, y además suponían más del 80% del total de la inmigración provincial (Figura 5.40). Ésta era una clara muestra del poder de atracción residencial que los barrios más occidentales del Ensanche Este madrileño ejercían sobre las capas altas y medias del país, un elemento que ya fue apuntado décadas atrás¹¹⁹.

Un fenómeno similar ocurría con la población nacida en el extranjero residente en este espacio urbano, la cual, formada por sirvientas cualificadas llegadas a la ciudad de la mano de sus empleadores, jóvenes profesionales enviados por empresas multinacionales para abrir o expandir el negocio en el mercado español, y familias enteras que abrían sus propios negocios en Madrid, siempre presentaban un nivel adquisitivo superior a la media en sus respectivos segmentos laborales (Figura 5.46).

¹¹⁹ MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca*, Op. Cit., pág. 215.

Así, con capacidad económica para poder elegir entre un rango mayor de áreas residenciales, la mayoría también optó preferentemente por ubicar su hogar dentro de los límites administrativos de los barrios occidentales del Ensanche Este, situados entre los más caros y apreciados de la capital.

Origen de ambos cónyuges	Biblioteca	Conde de Aranda	Goya	Gutenberg	Mercedes	Monasterio	Plaza de toros	Retiro	Salamanca
Urbano	40,0	43,5	37,2	30,0	35,2	38,3	34,0	35,2	36,9
Rural	22,9	20,3	24,1	36,4	26,2	27,1	28,9	22,7	26,6
Extranjero	3,9	2,0	3,3	0,7	2,8	3,7	2,9	5,7	2,3
Mixto	33,2	34,2	35,3	32,9	35,7	30,8	34,2	36,4	34,2

Figura 8.66. Lugar de origen de los cónyuges de las familias que residían en cada uno de los barrios del Ensanche Este de Madrid. Datos porcentuales. AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

El amplio abanico residencial que el acomodado nivel adquisitivo de propietarios, grandes industriales, financieros, profesionales liberales y altos cargos de la administración y el ejército, en su mayoría inmigrantes de origen urbano naturales de provincias alejadas del hinterland madrileño, les confería, facilitó su agrupación en unos barrios determinados, pero dejó a otros yermos de su presencia. Circunstancia ésta que se tradujo en una revalorización del suelo menor y, por tanto, un incremento de los alquileres residenciales más pausados, lo que garantizó la pervivencia en ellos de familias de bajo nivel adquisitivo, aquéllas que *no podían decidir libremente* dónde vivir. Un heterogéneo grupo social que estaba protagonizado por familias de jornaleros, trabajadores manuales cualificados, dependientes de comercio y empleados de baja especialización, personas que, en su mayoría, también se caracterizaban por ser de origen inmigrante aunque, en contraposición a los segmentos que ocupaban los escalafones medio y superior de la imaginaria pirámide socioeconómica madrileña, entre ellos la presencia de los naturales de las áreas rurales del hinterland madrileño era mayor, y por ello, carecían de la experiencia y cualificación laboral necesaria para acceder a los puestos de mayor especialización de los que constaba el mercado de trabajo de la capital. Más allá de los barrios *bajos* del casco antiguo y de los *negros* del Ensanche Sur, de los distintos núcleos y colonias del Extrarradio y de los municipios colindantes a la capital, las zonas madrileñas donde estos grupos migratorios se concentraron en mayor medida, dentro del Ensanche Este también tuvieron cierta presencia en el barrio de Gutenberg y en la franja exterior de los de Plaza de toros y Las Mercedes. Una realidad que, asentada sobre la desigual distribución residencial de los distintos grupos socioprofesionales de cada barrio madrileño (Figuras 8.10 a 8.12), y la marcada distinción existente en el precio medio de sus alquileres (Figura 8.4), también dejó su huella en las características migratorias de los habitantes de cada barrio. Así, en el barrio obrero de Gutenberg, cerca del 60% de su vecindario de origen inmigrante no ocupado en el servicio doméstico procedía del mundo rural (Figura 8.64), una ascendencia que era compartida por ambos cónyuges en el 40% de los matrimonios allí residentes (Figura 8.66). Una población forastera que, además, presentaba una aportación de la inmigración de corta distancia, la procedente de la propia provincia o de sus limítrofes, muy superior al resto, ya que suponía algo más de la tercera parte de la población inmigrante, una cifra que en el caso de los barrios más acomodados del Ensanche Este apenas superaba el 20% (Figura 8.65).

En definitiva, la reestructuración urbanística de Madrid iniciada con la puesta en marcha del proyecto de Ensanche de Castro y su rápido crecimiento demográfico, tuvo como una de sus principales consecuencias la aparición y consolidación de una férrea segregación socioeconómica de su espacio urbano. En el estratégico despliegue residencial realizado por los distintos grupos sociales de la ciudad sobre el mudo horizonte del Ensanche, intervinieron factores como la orografía, los usos previos del suelo, la distancia a las antiguas cercas mandadas levantar por Felipe IV y a las vías de comunicación que salían de ellas, la especulación del suelo en los instantes previos y directamente posteriores a la ratificación del proyecto de Castro, la existencia de establecimientos peligrosos, insalubres o desagradables, la legislación y el sistema de financiación creado *ad hoc* para el Ensanche, o la tipología residencial y la estructura socioprofesional de los primeras viviendas y moradores que se apostaron en él. La confluencia de estos elementos tan dispares, mediatizó en gran medida la evolución urbanística de la ciudad durante las siguientes décadas e incentivó la eclosión de dicha segregación residencial del espacio (cuyos ecos todavía resuenan con fuerza en la actualidad), de la que surgieron, tal y como hemos visto, áreas homogéneas con tipologías sociales, económicas, urbanísticas, residenciales, demográficas y migratorias muy diferenciadas entre sí.

La mezclanza de dichas causas que influyeron tanto en la apreciación del precio del suelo como en la toma de decisiones de propietarios, promotores inmobiliarios, constructores, y miles de familias residentes y recién llegadas a la capital que buscaban nuevas residencias, forjó un nuevo atlas socioeconómico madrileño. Un atlas que fue tomando forma a medida que se propagaron y ahondaron las diferencias espaciales en la cuantía de los alquileres, en la distribución de los distintos grupos socioprofesionales, en la tipología residencial de los inmuebles o en función del disfrute o carencia de infraestructuras, servicios y transporte básicos. Una tendencia que se vio potenciada por el imaginario colectivo de sus residentes, que fue fraguando un mapa mental de la ciudad si cabe más segregado, basado en simplistas y reduccionistas representaciones de las complejas realidades presentes en unos u otros barrios. Percepciones que tenían su base en las consabidas desigualdades espaciales señaladas, pero que estaban aderezadas y magnificadas en muchas ocasiones por elementos más etéreos, como las visiones estereotipadas y subjetivas del espacio y sus habitantes que la prensa expandió mediante el tratamiento sensacionalista e hiperbólico de imágenes, sucesos y discursos periodísticos que, aunque reales, no reflejaban toda la realidad. Un proceso similar se reprodujo en todas las metrópolis occidentales, desde Chicago y Nueva York a Londres, París, Berlín o Barcelona, núcleos neurálgicos donde los vertiginosos cambios generados por la industrialización, el capitalismo, la burocratización o el advenimiento de la sociedad de masas formularon nuevas realidades y concepciones vitales urbanas¹²⁰.

¹²⁰ DENNIS, R.: *Cities in Modernity. Representations and productions of metropolitan space (1840-1930)*, Cambridge University Press, Cambridge & New York, 2008; KALIFA, D.: *Les bas-fonds. Histoire d'un imaginaire*, Seuil, Paris, 2013; WALKOWITZ, J.: *City of Dreadful Delight: Narratives of sexual danger in Late-Victorian London*, The University of Chicago Press, Chicago, 1992; EALHAM, C.: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto (1898-1937)*, Alianza Editorial, Madrid, 2005; LEES, A. y HOLLEN LEES, L.: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, *Op. Cit.*; LEES, A.: "Broad views of the urban past in Europe and its extensions", *Urban History*, nº 34 (2007), pp. 347-352; ATKINSON, D. y COSGROVE, D.: "Urban Rhetoric and Embodied Identities: City, Nation, and Empire at the Vittorio Emanuele II Monument in Rome, 1870-1945", *Annals of the Association of American Geographers*, nº 88, 1998, pp. 28-49; SCHORSKE, C. E.: *Viena fin-de-siècle: política y cultura*, *Op. Cit.*; NEAD, L.: *Victorian Babylon: People, Streets and Images in Nineteenth-century London*, *Op. Cit.*

De este modo, símbolos, hábitos, costumbres, idearios, formas de vestir, y hasta determinados acentos lingüísticos y lugares de procedencia fueron acuñados como iconos identitarios de unas u otras barriadas, representaciones muy manidas y en parte preconcebidas que acabaron calando en el imaginario colectivo de la población madrileña. A medida que la piel de toro madrileña se dilató con la lenta urbanización del Ensanche y su espontáneo desbordamiento hacia el Extrarradio, la capital adquirió una escala superior, dejando de ser conocida, habitada y abarcable en su totalidad por sus habitantes. Aparecieron nuevas barriadas y calles a distancias cada vez más alejadas, en zonas periféricas por las que los vecinos afincados en el casco antiguo rara vez pasaban, germinando entre ellos el deseo y la preocupación por descubrir, según *La Voz*, ese “*Madrid que el otro Madrid, el céntrico y bien urbanizado, desconoce*”. Y a lomos de esta tendencia recurrente en todos los grandes núcleos urbanos occidentales, la prensa se irguió como su documentalista, aspirando a mostrar desde sus páginas este proceso, aunque éste fue presentado de forma morbosa y sensacionalista para atraer a los lectores y maximizar las ventas, configurando así ese mapa mental de la ciudad que tanto coadyuvó a que aquellos aspectos que se denigraban o resaltaban en una u otra barriada, se cronificaran.

Como consecuencia del fenómeno anterior, la zona meridional del Ensanche madrileño se convirtió en el espacio urbano peor parado, ya que fue tildado por la prensa de la época como los *modernos barrios bajos* de la capital, donde distintos novelistas y periodistas reeditaron las figuras *dickesianas* desde finales del siglo XIX¹²¹. Unos barrios cuyos máximos iconos pasaron a ser contrabandistas vinculados al ferrocarril, delincuentes, golfos, marginados y familias hundidas en la miseria, barrios desde donde se transmitía la imagen de que la mendicidad, la bebida, el juego y la violencia pululaban por doquier e impregnaban el carácter de estos barrios¹²². Por el contrario, ante los reportajes publicados a toda página y con fotografías incluidas en periódicos como *Nuevo Mundo*, *La Época*, *El Herald de Madrid* o *El Sol* relativos al Ensanche Sur, en los que se recalcan cómo el reportero descendía más allá de la *civilización*, los barrios del Ensanche Este de la capital ocuparon el envés de la moneda. A diferencia de las barriadas de Las Injurias o Cambronerías, los nombres de Biblioteca, Retiro, Salamanca o Conde de Aranda apenas necesitaban presentación, los cuales solían ser flanqueados por etiquetas como *aristocráticos*, *elegantes* o *lujosos* cada vez que eran citados en la prensa. Sus modernos edificios de viviendas y sus suntuosos palacetes y hoteles eran descritos con profusión por dentro y por fuera en publicaciones como *La construcción moderna* o *Blanco y Negro*. Además, sus calles y bulevares también eran loados en seriales como *Paseos por Madrid* y *El Madrid que Madrid no*

¹²¹ LECUONA, L.: “La novela de los bajos fondos: Baroja y Dickens”, *Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología*, nº 4, 1991, pp. 53-67; VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid*, Op. Cit.; “Barrios negros, barrios pintorescos. Realidad e imaginario social del submundo madrileño (1860-1930)”, *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº 12, 2014.

¹²² No hay que olvidar que Baroja denominó como “*suburbio de vida africana*” a este espacio urbano en *La busca*, basándose en un paisaje residencial conformado por chabolas autoconstruidas y que fueron objeto de diversos estudios: BERNALDO DE QUIRÓS, C. y LLANAS AGUILANIEDO, J.M.: *La mala vida en Madrid. Estudio psico-sociológico con dibujos y fotografías del natural*, Editor Rodríguez Sierra, Madrid, 1901; VARGAS, J.: *Madrid ante el cólera*, El Liberal, Madrid, 1885; CHICOTE, C.: *La vivienda insalubre en Madrid*, Op. Cit. Una definición simbólica que sería repetida el 21 de febrero de 1923, cuando un concejal madrileño adjetivó a esta zona como un “*aduar marroquí*”. Actas de la sesión extraordinaria de 21 de febrero de 1923 del Ayuntamiento de Madrid para someter a debate el proyecto de presupuestos del ejercicio 1923-1924. AVM, Secretaria, signatura 22-349-7.

conoce en *La Voz*¹²³, o la *Guía de Madrid* publicada por entregas en *La Libertad* por Pedro de Répide¹²⁴, elegidos a su vez como iconos de la ciudad en postales turísticas (Ilustración 8.7), mientras sus afamados residentes eran debidamente recogidos y citados junto a sus títulos, profesiones y cargos institucionales en publicaciones anuales como la *Guía Oficial de España*, *La sociedad de Madrid*, o la *Guía-directorio de Madrid y su provincia*.

Evidentemente, la base sobre la que se asentaba esa imagen de barrios adinerados de la que disfrutaba la mayor parte del Ensanche Este, era muy real. Los palacetes, los amplios y ajardinados bulevares, la concentración nobiliaria o la fuerte presencia del servicio doméstico en sus calles daban un toque de manifiesta distinción social a este espacio urbano. Además, el elevado precio medio del suelo y de los alquileres, así como el mayor número de estancias de sus viviendas, o la mejor dotación de servicios existentes, lo corroboraban. Sin embargo, detrás de tanto *brillo* también había algo de *suciedad*, si bien apenas tuvo una mínima repercusión mediática a la hora de forjar sus símbolos y representaciones. Nos referimos a la ausencia de alusiones periodísticas a las centenares de humildes familias de jornaleros, artesanos o dependientes de comercio que vivían a la altura de 1930 en barrios como el de Salamanca o Goya (Figura 8.49). Muchas de ellas residían en sotabancos y buhardillas minúsculas de dos y tres estancias sin ventilación en inmuebles excesivamente compartimentados y segregados internamente en altura o en profundidad, realidades de las que pocas palabras se escribieron durante el primer tercio del siglo XX (Figuras 8.27 y 8.28). También se daban en sus entrañas casos de pobreza y necesidad, que en el imaginario colectivo de la ciudad parecía una realidad acotada a otros barrios. Casos como el de la viuda de 70 años Marian López Martínez, natural de un pueblo alavés y residente en un sótano de dos estancias del nº 3 de la calle Hermosilla junto a dos hijos por el que pagaba al mes 27 ptas., que dejó constancia de su miseria en la hoja de empadronamiento municipal al declarar que estaba “*pasando hambre*”; o el de Eloy Casares y María De la Fuente, matrimonio natural de Castrillo de Villavega, Palencia, y que llevaba menos de un año residiendo en la ciudad, a la que llegaron con sus seis hijos pequeños, y que sobrevivían en un cuarto piso del nº 29 de la calle General Oraá, en el barrio de Las Mercedes, cuyo alquiler ascendía a 35 ptas. mensuales, sufragadas a costa de “*las limosnas*” que la familia recibía¹²⁵.

Además, aunque en estas barriadas escaseaban las reyertas y los delitos de violencia física que en ocasiones se producían en otras latitudes de la capital y que con tanto sensacionalismo eran tratados por los periódicos, en este espacio urbano era más común que se produjeran robos, pequeños hurtos y estafas contra la propiedad, delitos que, no obstante, tampoco empañaron su inmaculada fama. Y es que la riqueza aposentada en sus calles, atraía no sólo a moradores de similar nivel económico, sino también a *tanguistas* y *golfos* que bien intentaban robar un automóvil, *tironear* el bolso de alguna despreocupada joven o *darle el cambiao* y sustraer el dinero y sus pertenencias del interior, desvalijar alguna vivienda, solar o establecimiento comercial de madrugada, o timar a algunos de sus residentes. Podríamos citar, entre otros ejemplos, el robo de un automóvil que Ángel Armech y Ruperta Álvarez realizaron en el nº 80 de la calle Torrijos la tarde del 23 de enero de 1930, propiedad de Francisco

¹²³ En *La Voz*, entre 1922 y 1926, el primero, y entre 1927 y 1928 el segundo.

¹²⁴ En *La Libertad*, entre 1921 y 1925. Estos trabajos realizados por el que fuera primer representante del Cuerpo de Cronistas de la Villa de Madrid, creado en 1923, fueron reunidos y publicados en un único libro llamado *Las calles de Madrid*.

¹²⁵ AVM, Estadística, padrón de Madrid de 1930.

Pérez Somacerreda, quien se hallaba en esa dirección visitando a un amigo; el hurto por medio del *tirón* del bolso de Carmen Paredes Morenza por parte de Mariano Marquesa Aponte “sobre las 22:15 de la noche del 25 de febrero de 1930 en la calle de D. Ramón de la Cruz esquina a la de Castelló”, frustrado por los serenos de vigilancia Benigno Agudín y Manuel González, quienes detuvieron al ladrón tras escuchar los gritos de ayuda de la víctima; peor suerte tuvo Marcelina Díaz García, soltera de 29 años, que sufrió la sustracción “de 250 ptas. en billetes del Banco de España en el Paseo de Recoletos por el procedimiento del cambiazo” sin percatarse de ello; en otras ocasiones, los malhechores optaban por observar con antelación a sus víctimas y buscar el momento oportuno para dar sus golpes, tal y como intentó realizar, aunque sin éxito, José Toledo Castillo, leonés de 24 años que, “fingiendo ser dependiente de la sastrería Ripio-Madrid se presentó en el domicilio de don Manuel Peironcelly sito en la calle de Serrano nº 30 de esta capital pidiendo que le entregaran un traje de la mencionada sastrería por tener necesidad de arreglarlo”, a lo que accedió una criada de la casa cayendo en el engaño; en sus calles también actuaron *maleantes* como Alejandro Izaguirre, alias *el Filiche*, y Francisco Poveda, *el Ebanista*, quienes poseían un largo historial de delincuencia con 18 y 31 arrestos gubernativos a sus espaldas, los cuales volvieron a ser apresados en abril de 1930 tras verse sorprendidos con las manos en la masa en su intento de saquear la frutería y tinte del nº 79 de la calle Hermosilla perteneciente a Fructuoso Hompanera y Felisa Arranz (Ilustración 8.24)¹²⁶.



Ilustración 8.23. Fotografías tomadas por la policía a los detenidos por intento de robo en la frutería y tinte del nº 34 de la calle Lagasca el día 22 de abril de 1930, alias *el Filiche* y *el Ebanista*. AGA, Sección de Justicia, distrito de Buenavista, Signatura: (7) 1.01 41/10.

La claudicación de la delimitación perimetral de la ciudad preindustrial europea a lo largo del siglo XIX, representada en el caso madrileño por la ratificación del proyecto de Ensanche de Castro, significó el inicio del fenómeno de la segregación

¹²⁶ AGA, Sección de Justicia, distrito de Buenavista, Signatura: (7) 1.01 41/10.

residencial de sus habitantes. En el caso de la capital española, desde sus inicios la configuración de las líneas maestras de su evolución urbanística estuvo influida por el reparto de unas cartas que, como vimos, en gran parte estaban ya marcadas de antemano. La ubicación de los nuevos terrenos incorporados a la urbe en relación al casco antiguo y a sus accesos, su orografía, sus usos previos suelo y el carácter de las primeras construcciones emprendidas en ellos, delimitaron con fuerza el futuro de las nuevas fronteras socioespaciales del Madrid contemporáneo.

En este nuevo tablero de juego, los barrios del Ensanche Este más cercanos al eje Prado-Recoletos jugaron a caballo ganador desde el comienzo, descollando rápidamente del resto al concentrar en su seno a las clases sociales más acomodadas de la capital. Su evolución se mantuvo en esta línea durante el primer tercio de la centuria siguiente, época en la que se ahondaron aún más dichas diferencias al simular el efecto de una bola de nieve, engordando a cada año. Desigualdades que fueron desde la enorme diversidad de tipologías constructivas utilizadas en los nuevos inmuebles edificadas, a la brecha existente entre los distintos precios del suelo y el alquiler de sus viviendas, pasando por la mayor o menor convivencia residencial de los distintos grupos socioeconómicos entre sí en una u otra barriada. Un contexto respaldado y avalado por numerosos datos verificables, que dio pábulo a su vez a la cimentación generalizada de una representación mental del espacio de la capital excesivamente sesgada, subjetiva y simplificada, que favoreció aún más su polarización socioespacial. Una de las consecuencias más relevantes de esta atomización del espacio urbano para sus habitantes, fue la imparable transformación de su interacción con el resto de sus conciudadanos en función de su adscripción socioeconómica. En su vida diaria, los habitantes de la ciudad pasaron de desempeñar experiencias vitales *cruzadas* a mediados del siglo XIX, con ámbitos en el que personas de dispar condición adquisitiva caminaban por los mismos barrios o compartían escalera en el edificio en el que residían (aunque unos disfrutaran del principal y otros se resignaran en sus oscuros sotabancos), a experimentar durante el primer tercio del siglo siguiente vidas *paralelas* o tangenciales, sin apenas interacción vecinal entre unos y otros.

Conclusiones

Durante los cerca de tres cuartos de siglo que mediaron entre 1860 y 1930, Madrid mudó plenamente de piel. En estas décadas se transformaron radicalmente sus horizontes socioeconómicos, geográficos, urbanísticos, demográficos, políticos y culturales. Un proceso que dejó huella tanto en el rostro de la ciudad como en la forma de vida de sus habitantes. Cualquier ciudadano que residiera en la capital española a mediados del siglo XIX, quedaría anonadado con lo que vería de hallarse en 1930. En primer lugar, prestaría atención a cómo habían cambiado sus calles, por las que ya apenas circulaban coches de caballos y calesas, sino tranvías eléctricos y automóviles cuyos conductores eran guiados por los llamativos colores de los *semáforos*. Luces que no serían las únicas en las que nuestro imaginario protagonista se fijaría. Los modernos escaparates de las fachadas de los nuevos *templos del consumo*, los grandes almacenes, así como los letreros publicitarios de los bares y cabarets que habían horadado el otrora monopolio de los cafés, también agradecían al neón la captación de su curiosidad. Como las carteleras de los cines, lugares de ocio moderno en el que se reproducían imagen y sonido en movimiento, a gran distancia del arte fotográfico de mediados del siglo anterior, cuando fotógrafos como Laurent tenía que tomar sus instantáneas a primera hora del día para evitar que salieran borrosas por el movimiento de la curiosa muchedumbre. Y ni qué decir tiene el asombro que en nuestro personaje causaría el encendido de las farolas públicas o de las bombillas en la intimidad del hogar. Y es que la electricidad y el motor de combustión, entre otros adelantos tecnológicos, habían transformado rápidamente el paisaje madrileño.

Pero esto era sólo la punta del iceberg. Este viandante, habituado al *poblachón manchego* de tiempos de Isabel II, ladearía la cabeza al ver salir a borbotones a decenas de personas de las marquesinas del *metropolitano*, y alzaría la vista hasta el infinito para quedarse acomplejado ante la colosal envergadura del *rascacielos* de Telefónica, el más alto de Europa en el momento de su inauguración. Inmueble situado en una *neoyorquina* avenida como la Gran Vía, que le sería tan irreconocible como la vasta silueta de barriadas que se erguían en el horizonte y que albergaban a más de un millón de sus conciudadanos. Un panorama que estaba muy alejado de la modesta urbe que él recordaba aprisionada en sus cercas. Además, nuestro viajero en el tiempo también habría reparado por un lado, en los humos que desprendían las industrias afincadas en el área meridional de la ciudad en torno a un moderno medio de transporte como el ferrocarril; y por otro, en la inusual por excesivamente numerosa, presencia de hombres trajeados que trabajaban no sólo en las numerosas dependencias y negociados públicos existentes en su época, sino también en las innumerables oficinas, despachos y agencias privadas pertenecientes a acomodados profesionales, gabinetes, sociedades nacionales o grandes empresas internacionales que se concentraban en sus calles, símbolos del asentamiento de la burocratización y el capitalismo avanzado en la urbe. Éstos serían sólo algunos de los aspectos más destacados que a simple vista denotarían la profunda transformación sufrida por Madrid desde su condición de Villa y Corte a metrópoli europea. Un tránsito realizado sobre las cenizas de una caduca ciudad preindustrial, que se reprodujo con similitudes y diferencias en el resto del mundo europeo, y que generó luces y sombras, sonrisas y lágrimas, vencedores y vencidos, favorecidos y damnificados, rechazos y anhelos.

Los pilares sobre los que asentaba aquella ciudad preindustrial quebraron a lo largo del segundo tercio del siglo XIX, momento en el que finalmente la urbe se resignó a huir de su pasado. Éste no fue un hecho repentino, sino la crónica de una muerte anunciada cuyos primeros síntomas se mostraron desde principios de la centuria. La Villa y Corte del país inició el Ochocientos habiendo alcanzado su techo demográfico histórico, situado en torno a los 200.000 habitantes. Una cifra, compuesta desde la época moderna por un núcleo estable de población y una amplia pero fluctuante corteza demográfica de origen inmigrante que vivía en ella de forma coyuntural, que fue incapaz de superar ya que las cíclicas crisis de subsistencias y los continuados embates de las enfermedades epidémicas, agravadas por la guerra napoleónica, actuaron como mortíferos *correctores* malthusianos. Una problemática que no fue abordada con decisión durante el primer tercio de siglo (salvo cosméticos derribos y aperturas de plazas para la descongestión de la urbe), ya que las preocupaciones de primer orden eran la bancarrota de la Hacienda Pública tras las independencias americanas y la cruda guerra civil que enfrentaba a absolutistas y liberales.

El cuestionamiento del modelo de ciudad preindustrial sobre el que se había asentado el Madrid de la época moderna, sólo llegó tras el triunfo del liberalismo y la edificación de un moderno Estado liberal que aspiraba a ser centralizado, coyuntura en la que el país se adentró en la época contemporánea. Un proyecto en el que Madrid volvía a situarse a la cabeza como *capital liberal*, título que podía compartir con otro que ya poseía, el de ser sede de la *Corte*. Soplaban nuevos vientos que prometían atraer a la ciudad ingentes inversiones, nuevos proyectos de reforma que adecuaban la ciudad a los nuevos tiempos, y la reactivación de sus anquilosadas actividades económicas. Los máximos exponentes de estas iniciativas llegaron a la capital en los años cincuenta, encarnados en la profunda remodelación de la Puerta del Sol, centro neurálgico de la urbe, en la llegada del ferrocarril a la estación de Atocha, o en la traída de las aguas del

Lozoya por medio del Canal de Isabel II. Sin embargo, los procesos de cambio que más rápidamente y que con mayor ahínco incidieron sobre las condiciones de vida de sus habitantes fueron la defensa liberal a ultranza del derecho a la propiedad libre y plena, y la puesta en marcha de los procesos de desamortización de bienes religiosos, civiles y comunales a escala nacional. Estas medidas contribuyeron más que ninguna otra a la transformación del mundo urbano español, y en particular de Madrid, donde tensaron el ya sofocante paisaje residencial de la ciudad. La supresión de los derechos de uso sobre las tierras comunales supuso la expulsión del campo de miles de familias campesinas y su huida hacia las grandes ciudades, donde esperaban encontrar más posibilidades laborales. En este pensamiento, Madrid ocupó un lugar predilecto, aumentando la ya de por sí excesiva demanda residencial a la que hacía frente. Además, el hacinamiento y la carestía de los alquileres también se vieron agravados por la Ley de Inquilinatos de 1842, penúltima iniciativa liberal de poner en bandeja de plata la consolidación de un suculento mercado inmobiliario en la ciudad, y por los resultados especuladores obtenidos en ella por la desamortización de Madoz.

En este contexto, el grueso de los residentes en la urbe en el ecuador del siglo XIX, lejos de haberse visto beneficiados por la capitalidad liberal, vieron mermadas sus condiciones de vida al reducirse su espacio habitacional, encarecerse sus alquileres, e incrementarse el peligro de sufrir algún episodio epidémico o crisis de subsistencias ante el desorbitado grado de hacinamiento de la ciudad. Todo ello agravado por el temor municipal a enfrentarse a lo desconocido, a ampliar el secular perímetro de la ciudad. Un miedo a ampliarlo que también incluía implícitamente el amparo de los turbios intereses especulativos e inmobiliarios que buena parte de los miembros del consistorio poseían en el casco antiguo. Unas autoridades municipales que afrontaron las primeras adversidades de la contemporaneidad recurriendo a medidas ya trasnochadas, como la expulsión de inmigrantes de la ciudad, la tipificación de la mendicidad como delito, o la contratación extraordinaria de parados a través de la dinamización de las obras públicas.

Ante esta situación, la población más necesitada, especialmente la de origen inmigrante, buscó una válvula de escape. Como el agua, que siempre encuentra salida, los menos afortunados buscaron la suya allende las cercas en los años cincuenta. Ésa fue la causa de que surgieran los primeros arrabales extramuros de Madrid, los de Chamberí al norte y Peñuelas al sur, que crecieron de forma espontánea lejos del control municipal. Un proceso de superación *de facto* de la ciudad enclaustrada, del que el futuro Ensanche Este, que albergaba quintas de recreo, modestos paradores, tabernas, caballerizas, una decena de casas de planta baja, tejares y vastas huertas, apenas participó. Sin embargo, cuando la creciente inmigración, las protestas ciudadanas, las expansiones aprobadas en otras capitales europeas, y la necesidad de dotar de espacio al ferrocarril y a las nuevas industrias convencieron al gobierno central para tomar cartas en el asunto e imponer su ampliación, las grandes fortunas afincadas en ella se apresuraron a posicionarse en los terrenos extramuros ante su hipotética expansión, ya fuera para ubicar allí su residencia o como negocio inmobiliario. Y qué mejor que invertir en aquellos terrenos huérfanos de edificaciones y de escaso relieve de las afueras de la Puerta de Alcalá, al lado de los suntuosos paseos del Prado y Recoletos.

El proyecto de Ensanche de Castro incluía un novedoso diseño urbanístico de Madrid, caracterizado por un trazado viario ortogonal compuesto de amplias y espaciosas manzanas que se superpondrían a las edificaciones preexistentes, adecuando el posible desarrollo socioeconómico de sus distintas zonas en función de su orografía, su ubicación respecto al casco antiguo y los usos previos dados. Pero paradójicamente,

la ansiada ampliación de la ciudad, ratificada en 1860, se saldó en sus inicios con una *tensa calma* constructiva, fruto de la fortísima especulación y el incremento exponencial de los precios del suelo, de la soterrada oposición municipal al proyecto estatal, de las duras quejas de los propietarios y vecinos residentes ante la imposición del nuevo trazado, y de las tan loables como estrictas normas urbanísticas que incluía el proyecto y que buscaban edificar un *nuevo Madrid* más saludable. Para azuzar la edificación y disipar las dudas, las autoridades públicas no tardaron en eliminar gran parte de estas medidas higienistas y, ya en el Sexenio, se derribaron al fin esas cercas que habían formado parte del paisaje madrileño desde 1625.

Los primeros años de desarrollo urbanístico de las distintas zonas del Ensanche marcaron su evolución posterior, siendo el preludio de la creciente atomización socioespacial que sacudió Madrid desde entonces. Los precios, usos del suelo y las edificaciones previas existentes en cada zona, el perfil socioeconómico de los barrios del casco antiguo con los que lindaban, el impacto del ferrocarril en el sur de la ciudad o la compleja orografía, configuraron avances desiguales para cada una de las nuevas barriadas del Ensanche. Un proceso que el aleroso sistema de financiación del que se dotó al Ensanche agravó aún más. Este modelo económico vinculó los recursos disponibles al ritmo y calidad de los nuevos inmuebles erigidos en cada zona, en vez de fijarse en función del número y las necesidades de sus habitantes. Una negligencia superada sólo por otra aún mayor: la estanqueidad de los presupuestos de cada zona, beneficiando así a los barrios más ricos que más recursos generaban, como aquellos del Ensanche Este que lindaban con el casco antiguo. Sus ingresos eran revertidos únicamente en ellos mismos, tal y como obligaba el sistema de financiación aprobado, desatendiendo en cambio a aquellas barriadas que más lo requerían. El cúmulo de despropósitos cometidos en torno a la ejecución del Ensanche de Madrid se completó con la abusiva salvaguarda del derecho privado sobre el bien común por parte de las autoridades públicas, que convirtió el desarrollo urbanístico de la ciudad en rehén de los grandes propietarios del Ensanche, que manejaron los *tempos* (y sus precios) en su propio provecho.

El elevado precio del suelo resultante determinó el rotundo fracaso de uno de los principales objetivos del Ensanche: la absorción del incremento demográfico de la ciudad mediante la edificación de nuevos alojamientos baratos e higiénicos. En 1900, la ciudad había duplicado su población respecto a 1850 gracias a la inmigración, pero el Ensanche distó de haberse colmatado. De igual modo que a mediados de siglo, los alejados terrenos del Extrarradio empezaron a ser utilizados como lugar de residencia por las familias más necesitadas dada la baratura de su suelo y la ausencia de cualquier control urbanístico municipal. Esta rápida y espontánea edificación acaparó el grueso de las licencias de construcción de la ciudad desde los albores del siglo, por encima de las otorgadas en el Interior y el Ensanche madrileño juntos. Pero el peaje a pagar como contrapartida fue el torticero trazado viario resultante y las estrechísimas condiciones insalubres de sus nuevas viviendas. Y sin embargo, ésta no fue la única derivación negativa de la peculiar evolución del Ensanche.

La apuesta burguesa por llevar a cabo la división socioespacial de la ampliación madrileña asentó las bases para la fundación de una nueva urbe segregada, con unas diferencias socioespaciales crecientes, plasmadas en las flagrantes desigualdades presentes en los precios medios de los barrios del Ensanche y en la distribución residencial de los grupos socioprofesionales que los habitaban. Los alquileres medios residenciales se fueron distanciando cada vez más hasta conformar a principios de siglo

grandes bolsas de pobreza en el extremo meridional del Ensanche Sur, la zona nororiental del Ensanche Norte y el arco periférico del Ensanche Este, y focos de elevada riqueza a ambos laterales del paseo de la Castellana.

Las enormes diferencias porcentuales existentes entre los alquileres medios de unas y otra zonas eran el reflejo de una de las dinámicas propias de la ciudad contemporánea: la creciente separación física entre el lugar de residencia de los grupos socioprofesionales más acomodados, como rentistas, profesionales y empleados de rango alto y medio, y el de los más modestos, como el conjunto de trabajadores manuales y los empleados de baja o nula cualificación laboral. El fin de la ciudad encorsetada gracias a la ratificación del Ensanche, incrementó las posibilidades de elección residencial de los primeros, que podían permitirse afrontar alquileres mucho más elevados, frente a los segundos, que fueron de manera generalizada orillados hacia los espacios urbanizables menos apetecibles. Un proceso de atomización socioespacial cuyas primeras aristas podían vislumbrarse ya en el propio Ensanche Este sólo dos décadas después, donde sus modernos, bien dotados y acomodados barrios de Biblioteca, Salamanca, Retiro o Conde de Aranda, cercanos al casco antiguo, tenían sus *alter ego* en las míseras y olvidadas edificaciones periurbanas situadas a las espaldas del Retiro, o en el margen septentrional del barrio eminentemente obrero de Delicias (futuro Gutenberg). Una división socioespacial y funcional del espacio madrileño que fue *in crescendo* año tras año, condicionando la evolución de su tipología urbanística y oferta residencial, así como la de su composición socioeconómica y demográfica.

No obstante, a pesar de que como consecuencia de las dificultades aludidas el Ensanche no logró dar cobijo a todo el aluvión migratorio que empezó a llegar a Madrid desde mediados del siglo XIX, su ratificación fue la que abrió la espita de la modernización de la ciudad. Una vez aprobado, quedaron desterradas al fin las pretéritas reacciones públicas contra la llegada de inmigrantes, los cuales empezaron a ser vistos como el capital humano indispensable para el crecimiento y la transformación de la capital. El auge de los movimientos migratorios interiores hacia Madrid durante la segunda mitad del siglo XIX, fruto de las transformaciones agrarias liberales, palió el estructural crecimiento natural negativo de la ciudad, asentado sobre una tristemente elevada mortalidad infantil y general que le hizo valedora del funesto seudónimo de *ciudad de la muerte*. Gracias a este aporte migratorio, su población se aupó por encima del medio millón de habitantes en 1900, y alcanzó una cifra de siete dígitos en 1930, impensable décadas antes, apoyado ya por fin en el crecimiento natural derivado de la transición demográfica experimentada por Madrid en el primer tercio del siglo XX.

En estas décadas, Madrid experimentó, aunque a un ritmo inferior a otras grandes urbes europeas, el que hasta la fecha fue el mayor crecimiento demográfico de su historia. Los cambios socioeconómicos que la revolución liberal generó tanto en el mundo rural como en Madrid, transformaron los tradicionales movimientos migratorios que siempre habían afectado a la ciudad. Aquella inmigración estacional que a lo largo de la época moderna llegaba a la Corte con el deseo de ganar dinero en ella y volver posteriormente a su lugar de origen, si bien todavía continuó existiendo (el caso del servicio doméstico femenino es el más obvio), fue ampliamente rebasada por una inmigración de nuevo cuño que se caracterizó por su clara vocación de permanencia. Ésta fue protagonizada por miles de familias e individuos que, viendo peligrar su sustento en el mundo rural, sintieron que la capital, inmersa en distintas obras y proyectos de modernización que demandaban una mano de obra abundante, era el lugar adecuado para empezar de nuevo. La creciente relevancia de la inmigración hacia la

capital fue descomunal y no tuvo parangón en el resto del mundo urbano español. En 1880, ninguna ciudad española contaba con una proporción de población inmigrante tan alta como Madrid, donde éstos suponían el 60%. Por su parte, a principios del siglo XX su área de atracción migratoria superaba con creces la del resto de núcleos urbanos españoles, siendo la única urbe donde más de la mitad de su población inmigrante provenía de fuera de su propia provincia. Era la muestra del poder seductor de una capital que se estaba convirtiendo en metrópoli europea y que, a la altura de 1930, se erigía como la principal urbe receptora de los movimientos migratorios procedentes de todas las provincias españolas salvo de la cuenca levantina, donde predominaba la influencia de Barcelona, la otra metrópoli en formación del país. Este poderoso motor de crecimiento fue el artífice de la expansión del Ensanche madrileño, convirtiéndolo en el lugar de residencia de más de 60.000 habitantes en 1880, de 132.000 en 1905, y de 327.000 en 1930. Como parte esencial de esta ampliación, el Ensanche Este también debió su naturaleza a dichos aportes migratorios, que elevaron su población de los anecdóticos 2.000 vecinos allí residentes en 1860, hasta los 120.000 en 1930, una cifra superior a la que ostentaban la gran mayoría de las capitales provinciales del país.

Los primeros protagonistas de estos movimientos migratorios fueron los miles de hombres y mujeres que llegaron a la ciudad en plena edad laboral desde los tradicionales graneros de población que habían nutrido Madrid durante la época moderna: sus provincias limítrofes y la cornisa cantábrica. Pero, a medida que la urbe interiorizó en primer lugar su papel de capital del Estado, y ya en el siglo XX, consolidó su nueva condición de metrópoli europea, su grado de atracción migratoria sobre el resto del país, inmerso también en una profunda transformación, fue aún mayor. De este modo, la procedencia de la población inmigrante fue cada vez más amplia y variada, desbordando sus tradicionales focos migratorios. Así, la ciudad madrileña pasó a convertirse en el destino predilecto de aquellos emigrantes gallegos, castellanos, extremeños y andaluces que optaron por ampliar sus horizontes vitales y soslayar los núcleos urbanos que tenían más cerca, pero que ofrecían unas salidas laborales más modestas. Una decisión trascendental, la de emigrar o no hacia Madrid, que nunca se tomó a la ligera, ya fueran la necesidad o el deseo de ascenso socioeconómico los que motivaran tal movimiento migratorio. En ella se ponderaron factores tan relevantes como la distancia a recorrer, la propia cualificación laboral atesorada por cada individuo, su experiencia y poder de aclimatación al mundo urbano y a los mecanismos de su mercado de trabajo, el nivel de desarrollo económico de su lugar de procedencia, la percepción de la demanda laboral que demandaba la capital, su deseo de efectuar una estancia permanente, prolongada o estacional en ella o, uno de los aspectos primordiales, la posibilidad de recibir en sus inicios apoyo y asistencia familiar, de parentesco o paisaje en uno u otro destino.

La influencia de todos estos elementos se manifestó en las divergentes características que mostraba la población inmigrante que llegaba a Madrid. Así, la inmigración de corta y media distancia procedente de las provincias castellanas, estuvo protagonizada mayoritariamente por inmigrantes de origen rural de escasa o nula cualificación laboral, quienes optaron por emigrar a la capital huyendo del estancamiento económico que afectaba al interior peninsular. Muchos de ellos eran jóvenes parejas que abandonaban su pueblo para dirigirse a la cercana capital a probar fortuna y, dado el caso, formar allí una familia. Sin embargo, su bajo nivel de alfabetización y la escasa cualificación laboral que atesoraban fuera de las duras labores agrícolas, redujeron sus posibilidades de integración en el mercado de trabajo de la ciudad a tareas manuales poco especializadas y a menudo intermitentes en la

construcción o en actividades sencillas relativas al comercio y los servicios tradicionales. Pero qué duda cabe que el contingente más numeroso de los que procedían de su hinterland lo conformaban muchachas solteras y jóvenes, para las que el coste de acceder al único segmento del mercado laboral al que podían incorporarse fácilmente y de forma temporal, el servicio doméstico, era mucho menor que el que tenían que sufragar las que tuvieran que recorrer una distancia mucho mayor, las cuales optaban por dirigirse preferentemente a sus núcleos urbanos más cercanos.

Por otra parte, los contingentes migratorios que recorrían mayores distancias para llegar a la capital estaban protagonizados por inmigrantes más cualificados, alfabetizados y acostumbrados a la vida urbana que los anteriores. Y es que afrontar un desplazamiento tan largo para acabar probablemente como jornalero o peón de obras a tanta distancia de su lugar de origen a causa de la falta de cualificación, no merecía la pena. Para viajar hasta Madrid y malvivir como jornalero de fortuna, era mejor serlo en la capital provincial o regional más cercana, donde las posibilidades y los costes asociados en el caso de recluir y volver al lugar de partida, eran menores. En cambio, Madrid se situaba en la cúspide del horizonte vital de escritores, profesores universitarios, empleados públicos de cierta especialización, comerciantes, militares de carrera y profesionales liberales especializados oriundos de ciudades intermedias como Salamanca, Oviedo o Cádiz. El salto vital de llegar a la capital tenía en ellos un impacto emocional menos traumático, ya que poder dar el salto a la capital del Estado representaba un ascenso socioeconómico sin paliativos.

No obstante, la dispar modernización económica e industrialización del país, ahondó las desigualdades económicas entre unas regiones y otras. Este fenómeno también impulsó el crecimiento de la inmigración de larga distancia hacia Madrid desde aquellas zonas que se hallaban sumidas en el estancamiento económico, tales como las provincias gallegas, parte de la cornisa cantábrica, el interior andaluz o Murcia. Obligados por un duro contexto de atraso que sacudía sus respectivos lugares de origen, partir hacia Madrid se convirtió tanto para las personas de origen urbano como rural allí residentes en una de las pocas salidas viables que les quedaba para sobrevivir, independientemente de que su cualificación laboral fuera o no adecuada para incorporarse al mercado de trabajo madrileño. La capitalidad favoreció la concentración en la urbe del mejor capital humano del país, formado en las mejores instituciones universitarias y profesionales de capitales regionales como Bilbao, Zaragoza, Barcelona o Sevilla. Un estatus político que, por otra parte, también ayudó a percibir la ciudad como uno de los lugares de destino predilectos para una buena parte de la población que huía de la miseria y el atraso económico de sus lugares de origen, sin importar la distancia que les separaba de Madrid. Así, la ley de Ravenstein que sentenciaba que la distancia recorrida por el inmigrante indicaba su grado de cualificación laboral, quedaba matizada en el caso madrileño en función del desarrollo económico de los lugares de origen de los recién llegados. Sólo en el caso de la inmigración extranjera, atraída por el pujante proceso de modernización de Madrid, se cumplió de forma generalizada dicha premisa. Una colonia forastera que era especialmente visible en su Ensanche Este, donde residía desde principios del siglo XX una nutrida representación de propietarios, banqueros, profesionales liberales, gestores y empleados altamente especializados llegados de las principales potencias europeas, de Estados Unidos, y de las colonias españolas perdidas en 1898, Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Madrid transformó su fisonomía, su composición demográfica y sus bases económicas gracias a la llegada continuada de decenas de miles de inmigrantes a la

ciudad. La capital del Estado se erigía como la urbe más poblada del país junto a Barcelona, pero sólo un tercio de sus residentes había nacido en sus calles y bautizado en sus parroquias. De hecho, los madrileños de nacimiento copaban la base de la pirámide demográfica de la capital porque eran mayoritariamente jóvenes que no habían cumplido la veintena y que descendían de familias y parejas recién llegadas o de los matrimonios que se formaron en ella en los que ambos cónyuges eran inmigrantes. Sin embargo, a pesar de la heterogénea masa de población inmigrante, la ciudad no adoleció de poseer una composición familiar desestructurada. En su mayoría, la población inmigrante que viajaba con la idea de asentarse definitivamente en la capital, venía acompañada de su pareja, hijos o algún otro pariente cercano. Así, sólo una tercera parte de los inmigrantes emprendió el viaje hacia Madrid de forma individual en la segunda mitad del siglo XIX. Una proporción compuesta en su mayoría por jóvenes de origen rural procedentes del hinterland castellano, que buscaban entrar a servir en los hogares acomodados de la capital en el caso de ellas, o encontrar trabajo como dependientes, mozos o aprendices en modestas tiendas y talleres artesanales en el de ellos, malviviendo en régimen de realquiler junto a familias necesitadas que acudían a dicha estrategia residencial para cuadrar su presupuesto. Una opción migratoria individual heredada de la época moderna, que se redujo a sólo una cuarta parte a medida que el Ensanche madrileño fue urbanizándose y mudando su perfil socioeconómico.

Arribar a la gran ciudad acompañado de algún familiar era mejor que hacerlo sólo, pero seguía siendo difícil encontrar un domicilio decente a un módico precio, no digamos integrarse laboralmente. Para reducir los tiempos y costes asociados a ambas vicisitudes, la población inmigrante que llegó a Madrid echó mano de las redes migratorias y de contacto tejidas en torno a la solidaridad familiar, los lazos de sangre, la amistad y el paisanaje, independientemente de que fueran de origen urbano o rural, llegaran tras recorrer una breve distancia o después de atravesar medio país, siendo adolescentes o encabezando una familia, en compañía o individualmente, fuesen hombres o mujeres, hubieran ido directamente hacia la capital o con paradas intermedias en núcleos urbanos de menor tamaño. Tan tupida era la malla creada por los persistentes trasvases de población hacia Madrid, que poseer algún familiar directo, un pariente lejano, un viejo amigo o el conocido de alguien al que pedir auspicio para reducir riesgos, costes y tiempo fue un recurso bastante común durante los primeros compases en la ciudad.

Las redes de parentesco en las que se ofrecía alojamiento eran las más comunes, vehiculadas generalmente por los lazos maternos, y dominadas por la coresidencia familiar de sobrinos varones en busca de empleo o estudios, como de madres, tías u otras parientes femeninas de edad avanzada que requerían cuidado. Pero la solidaridad de los lazos sangre no acababa tras el dintel de la puerta, ya que también fue recurrente la formación de *familias extendidas* en espacios vecinales reducidos: varias familias con lazos de parentesco entre sí que se agrupaban en hogares independientes pero muy cercanos unos de otros, con una estrecha relación social. Una estrategia residencial que fue puesta en marcha generalmente por trabajadores manuales de origen rural y baja cualificación laboral para así disponer a corta distancia del hogar de un colchón asistencial al que acudir en caso de necesidad.

Un comportamiento que se hizo extensible a distintos grupos de inmigrantes recién llegados procedentes de una misma región o comarca. El efecto llamada, las cadenas migratorias y la influencia de las redes cruzadas de información y contacto fueron los elementos cardinales que hicieron germinar estos *pueblos extendidos* en

Madrid. De este modo, grupos de lucenses, toledanos o jienenses recién llegados, por ejemplo, concentraron sus residencias en pequeñas manzanas o inmuebles donde intentaban recrear en la gran ciudad, en la medida de lo posible, las condiciones de vida y los hábitos de sociabilidad de sus respectivos lugares de origen. Unos lazos afectivos y de amistad en los que primaron la empatía del paisanaje, lo que les confería un poso sociocultural similar, y que hacía que un recién llegado a la ciudad pudiera ser acogido más fácilmente como realquilado por uno de sus paisanos. Pero compartir recuerdos de juventud, reconocer expresiones típicas de la tierra, tener amistades en común, celebrar las mismas festividades o preparar los mismos platos típicos no sirvió a los recién llegados sólo para aminorar la morriña de su tierra y obtener una estancia donde dormir a mejor precio. También tuvo una repercusión directa en otros ámbitos relevantes como en sus posibilidades de integración laboral. Así, a lo largo del último cuarto del siglo XIX, en pleno proceso expansivo de la capital y durante la mayor crisis de trabajo que aquejaba a la ciudad en siglos, uno de cada cinco dependientes de comercio, aprendices y sirvientes internos ocupados en los hogares del Ensanche Este, compartía la misma procedencia que su empleador. Era la muestra de que dicha coincidencia era una ventaja cualitativa que todavía era más efectiva en aquellos segmentos laborales donde la endogamia geográfica estaba asentada, como era el caso de los panaderos asturianos o los vaqueros pasiegos. Además, la pervivencia de una pequeña pero sólida relación vecinal, residencial y laboral entre paisanos en la gran ciudad, también repercutió a la hora de elegir cónyuge, manteniendo una testimonial pero constante endogamia matrimonial frente al claro predominio que los registros matrimoniales de la ciudad otorgaban a los enlaces mixtos entre inmigrantes de distinto origen o con madrileños.

Sin embargo, este conjunto de comportamientos que buscaban el beneficio mutuo entre parientes y paisanos a la hora de afrontar el salto a la gran ciudad, tuvieron generalmente una vida corta, en especial entre estos últimos. En el fondo, su mantenimiento buscaba establecer mecanismos de protección y preservación de una sociabilidad rural que pretendía ser traspasada a las calles de una capital española que se estaba convirtiendo en una metrópoli. Un deseo que a largo plazo estaba abocado al fracaso, ya que su éxito sólo se circunscribía a las primeras tentativas de inserción vital en la ciudad de aquellos inmigrantes procedentes de zonas rurales de gran tradición migratoria hacia Madrid y que carecían de cualificación laboral. De este modo, a lo largo del primer tercio del siglo XX, la presencia de las redes de paisanaje en el Ensanche Este acabó diluyéndose lentamente. El tiempo y la experiencia hacían posible la aclimatación a la sociedad y la economía madrileña de aquellos inmigrantes desorientados que se refugiaban en sus parientes y paisanos nada más llegar, logrando que se destetaran de la otrora necesidad de ampararse en acentos, costumbres y rostros reconocibles. Fue una consecuencia lógica de la propia ampliación de las fuentes migratorias de las que bebía el crecimiento demográfico madrileño, de la instauración de una compleja sociedad de masas, así como del mayor conocimiento del mercado residencial y laboral urbanos por parte de los inmigrantes dado el proceso de urbanización en el que se adentró el país con la nueva centuria. Un proceso que era más evidente en zonas como el Ensanche Este, que pasaron de ser un espacio urbano de reciente creación y lugar de destino de las primeras hornadas de inmigrantes, a alcanzar una posición cada vez más central dentro de la ciudad. Además, a medida que la segregación socioeconómica madrileña incrementó el precio de sus barrios, éstos cedieron el testigo a las barriadas del Extrarradio madrileño y sus municipios colindantes, nuevos espacios de destino para esa inmigración rural de baja cualificación cuyos componentes seguían siendo los usuarios habituales de esas redes migratorias.

Evidentemente, esta explosiva dilatación demográfica de la ciudad no tuvo como única consecuencia el fin de su corsé urbanístico. El auge de los movimientos migratorios interiores hacia la capital también trastocó el tejido económico de la ciudad, el cual se sumió en un largo y profundo proceso de transformación que se alargó hasta bien entrado el siglo XX, y que generó profundas repercusiones en el mercado laboral madrileño. Durante estas décadas, éste se vio completamente desbordado por culpa del hercúleo desfase que se forjó entre una oferta laboral madrileña que creció de un modo lineal bajo los auspicios de su capitalidad liberal, y una demanda que lo hizo de forma exponencial gracias a las crecientes corrientes migratorias de origen rural mencionadas. Y es que Madrid se vio en la titánica encrucijada de expandir sus actividades económicas al ritmo necesario para absorber en su mercado de trabajo a la creciente masa de habitantes que empezó a alojarse definitivamente en ella, reto que fue totalmente incapaz de superar.

La ciudad, alejada de las grandes rutas comerciales, sin las materias primas necesarias para participar de manera activa en la primera revolución industrial, y carente de un tejido empresarial emprendedor que invirtiera capital en actividades productivas en vez de vivir de las rentas generadas por la compra de Deuda o el alquiler inmobiliario, fío su desarrollo económico al auge del sector de la construcción, a la expansión de las administraciones e instituciones públicas, y al papel de centro distribuidor de recursos y servicios que le fue conferido en su condición de eje nodal de la red nacional de ferrocarril y telecomunicaciones. Sin embargo, estos segmentos fueron insuficientes para absorber a la totalidad de la demanda laboral que se agolpaba en la ciudad. Además, dado que la mayoría de la población recién llegada era de origen rural, poseían un nivel de instrucción ínfimo y, aunque duchos en las tareas agrícolas, carecían de cualquier cualificación laboral urbana, sus posibilidades de integración profesional en dichos ámbitos fueron casi inexistentes, ya que requerían trabajadores especializados con cierta formación intelectual.

Este difícil contexto socioeconómico, agravado durante el último cuarto de siglo, dio lugar a la pauperización de gran parte de las masas populares residentes en la capital, abocadas a una vida llena de incertidumbre. Un proceso de jornalización del mercado laboral madrileño que fue sinónimo de la precarización en la que una buena parte de éste cayó en estas décadas de evidente desajuste entre la oferta y la demanda de trabajo. Madrid, lejos de ser esa tierra de promisión que la inmigración rural esperaba, se convirtió en un oscuro pozo de difícil salida. De este modo, surgió en Madrid una nueva figura laboral que dominó su mercado de trabajo durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX: la del *jornalero urbano*. Su perfil era el de una persona en su mayoría inmigrante, de origen rural y llegado a Madrid en plena edad laboral, carente de cualificación y experiencia en el mercado laboral urbano, y que desconocía al levantarse cuál sería su jornal (si lo conseguía), dónde y con qué trabajo, generalmente de carácter físico, tendría que ganárselo. Un objetivo que no era nada fácil ya que los trabajos escaseaban dada la excesiva oferta de mano de obra que se arremolinaba en sus calles, los cuales solían ser esporádicos y coyunturales, e irremediamente muy mal pagados, con jornales diarios que a duras penas alcanzaban las dos pesetas y con el que prácticamente era imposible sacar adelante a una familia. Un proceso que no fue específico de la capital española, ya que en esencia dicho fenómeno se reprodujo de forma similar en muchas otras grandes urbes europeas y estadounidenses, como Londres o Chicago (donde la historiografía lo ha renombrado como *immiserisation*), donde la inmigración del campo a la ciudad fue de tal magnitud que sobrepasó con creces la capacidad de generar trabajo de éstas.

Los primeros en caer en las temidas fauces de la jornalerización fueron los inmigrantes rurales llegados a la capital en los años cincuenta y sesenta del siglo XIX, que ante la dificultad de acceder a un mercado de trabajo controlado por el decadente artesanado madrileño, empezaron a asentarse en los arrabales de la ciudad para trabajar en lo que se les ofreciera. Sin embargo, una vez aprobado el Ensanche y en plena *conquista* de la ciudad por parte de la inmigración rural, quedó de manifiesto plenamente la incapacidad de su tejido económico para incrementar la oferta de empleo a un ritmo mayor e instruir y reconvertir a esta mano de obra poco cualificada. La fuerte presión que esta miríada de inmigrantes rurales ejerció sobre la demanda de trabajo de la ciudad, no sólo hizo cada vez más difícil encontrar un trabajo estable, sino que hundió también los jornales percibidos por ellos, lo que incrementó el riesgo de pauperización socioeconómica de los residentes en la capital. Fue entonces cuando este específico contexto socioeconómico convirtió a la urbe en una eficiente *fábrica de jornaleros*, hasta afectar al 40% de la población activa masculina de la ciudad en 1905, una tendencia que fue menos acusada en el acomodado Ensanche Este, donde su proporción *sólo* era del 27%.

En el último cuarto del siglo XIX, la proletarización del mercado laboral madrileño alcanzó su mayor apogeo, ya que su incidencia se incrementó tanto entre madrileños como inmigrantes, ya fueran éstos de origen rural o urbano, llevaran asentados en la ciudad más de una década o acabaran de llegar, tanto entre jóvenes como adultos. Además, esta diaria *lucha por la vida* de la población jornalera dejó de ser un posible drama circunstancial para convertirse en un modo de subsistencia estructural con el que sus víctimas debieron lidiar *desde la cuna a la tumba*. Y es que las pasarelas laborales que podían hacer factible una movilidad socioeconómica ascendente habían adelgazado a la mínima expresión en el mercado laboral madrileño, a costa de acrecentar hasta límites insospechados los riesgos de descenso. De hecho, sólo uno de cada cuatro de los jornaleros residentes en el Ensanche Este logró salir de dicha espiral a lo largo de su vida. Un futuro nada halagüeño que, desgraciadamente, era heredado por sus hijos y familiares, de los cuales menos del 15% lograba dejar de ser jornalero, un destino de miseria y estrechez que ni la experiencia, la madurez o el matrimonio (el 85% de los cónyuges de familias jornaleras se casaban entre sí) eran capaces de soslayar.

La mayoría de estos jornaleros trabajaban de forma eventual allí donde eran requeridos, ayudando en una mudanza, descargando fardos en la estación de Atocha o cavando zanjas en alguna de las obras públicas de la ciudad. A lo largo de su vida, los jornaleros madrileños saltaron de un trabajo a otro continuamente, acaparando una elevada experiencia en multitud de ámbitos laborales, pero sin ser reconocidos como trabajadores especializados en ninguno. Entre los que declaraban algún lugar de trabajo, la mayoría lo hacía en el pujante sector de la construcción, ya fuera como peones de obra, braceros, ayudantes de albañil o carpintero, o trabajando de sol a sol en los tejares de ladrillos de las afueras de la ciudad. Un sector que resultó profusamente beneficiado de dicho incremento migratorio, ya que por un lado hizo posible el crecimiento sostenido en el tiempo de la edificación, y por otro utilizó de modo extensivo a esta gran masa de mano de obra no cualificada disponible a un precio muy barato. Los más afortunados lograron adentrarse en ocupaciones algo más estables y generalmente con un jornal más elevado, realizando tareas simples y mecánicas en las instalaciones ferroviarias de la estación de Atocha, en modestos talleres artesanales, o en instituciones y fábricas como la de la Casa de la Moneda, la de Tapices o la del Gas.

Este intrusismo profesional ejercido por la población jornalera en ámbitos laborales que tradicionalmente habían sido ocupados por trabajadores manuales cualificados, fue el factor culminante que terminó por hundir el preindustrial mundo de los oficios madrileños, cuya mano de obra se redujo en un tercio entre 1880 y 1905, especialmente entre los de origen madrileño. El artesanado de la ciudad sufrió un profundo proceso de corrosión laboral a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia de la conjugación de una serie de factores que dieron lugar a una *tormenta perfecta*, una crisis del oficio de múltiples aristas, con raíces en la extensión de la industrialización, el afianzamiento de un mercado nacional y la puesta en marcha de una división y organización del trabajo capitalista. La supresión de los gremios en 1834, significó el principio de la pérdida irreversible de autonomía y control sobre los ritmos de producción y el acceso a la cualificación laboral de la que había gozado el artesanado desde la edad media. Además, la lenta especialización acuñada en la elaboración de las nuevas manufacturas, la incipiente mecanización de dicho proceso productivo, y la creciente entrada de mano de obra poco cualificada pero barata para ocupar puestos secundarios, redujeron el valor de los otrora indispensables conocimientos, técnicas y experiencia adquiridas por aquellos maestros y oficiales que los habían heredado de las generaciones precedentes. Por último, la conformación de un mercado nacional más integrado gracias a la reducción de los costes de transporte mediante el ferrocarril, hicieron más competitivos en Madrid los productos que eran elaborados mediante el sistema productivo capitalista en otras partes del país. De este modo, se dilapidó una de las grandes ventajas que el artesanado madrileño había poseído hasta entonces: su ventajosa ubicación en el mayor centro de consumo del país.

La seguridad de la antigua *carrera* artesanal, en la que con esfuerzo, tiempo y constancia un joven lograba a lo largo de su vida entrar como aprendiz en un oficio, ascender a oficial y, finalmente, obtener la suficiente experiencia como para ser maestro de taller y establecerse por su cuenta, quedó cercenada en estas décadas. Las habilidades y experiencia adquiridas perdieron relevancia al no ser ya requeridas en la producción, por lo que el oficio se fue depreciando al mismo tiempo que el valor de su tiempo y labor. Esta corrosión de los oficios y la pérdida de su autonomía propiciaron la consolidación de un nuevo modelo de remuneración laboral en el que el cobro por la pieza terminada fue sustituido por la *asalarización* de gran parte del artesanado. Un modelo en el que la mano de obra cualificada sucumbió ante la masa jornalera, inexperta pero deseosa de trabajar al precio que fuera. Los grandes talleres, empresas e instituciones públicas, fábricas y obrajes de tamaño medio optaron por contratar a mano de obra jornalera, más barata y dócil, no sólo para labores sin cualificación sino también para puestos intermedios en donde la especialización y la mecanización redujeron considerablemente el grado de nivel técnico requerido para efectuarlo, sepultando así cientos de trabajos realizados hasta la fecha por oficiales y maestros sin taller. Aquellos que aguantaron el tipo, se dedicaban mayoritariamente a la construcción, el cuero, la metalurgia, la electricidad y, en menor medida, a las artes gráficas. Sin embargo, sus condiciones eran muy distintas. Mientras que en los dos primeros sectores destacó el uso extensivo de una mano de obra cualificada pero mal remunerada gracias al auge de la construcción y a la demanda estructural de vestimenta y calzado por parte de la población madrileña, en los restantes la cualificación sí estaba cotizada, dada la constante innovación técnica y la escasez de trabajadores experimentados existente dentro del capital humano madrileño para cubrir puestos como fundidores, electricistas, mecánicos o tipógrafos.

Las consecuencias socioeconómicas de esta degradación laboral se caracterizaron por una clara reducción de las diferencias salariales y de los alquileres sufragados entre ambos grupos. La delgada línea que los separaba se hizo cada vez más porosa en sentido descendente, ya que sólo la mitad de los trabajadores manuales cualificados residentes en el Ensanche Este aguantaron en dicho escalafón a lo largo de su vida. Además, el proceso de aprendizaje del oficio de padres a hijos tampoco evitó su jornalización en uno de cada cuatro casos, una precarización laboral que también fue extensible a las uniones conyugales, donde dos de cada tres artesanos contrajo matrimonio con personas de ascendencia jornalera.

Pero la complejidad económica madrileña también ofreció a sus residentes en la segunda mitad del siglo XIX otras posibilidades laborales asociadas al comercio y a los servicios. Sectores económicos donde persistían amplios segmentos con hondas raíces preindustriales, tales como el servicio doméstico, la carrera castrense, el comercio minorista de abastecimiento diario a la capital, u otros servicios personales. En ellos proliferaban ocupaciones como las de sirviente, criado, niñera, mozo y dependiente de comercio, camarero, repartidor, cochero o portero, espitas laborales a los que los trabajadores poco cualificados se afanaban en incorporarse, ya que aunque no percibieran un mejor sueldo o disfrutaran de mejores condiciones laborales que los jornaleros, su trabajo era estable. Ocupaciones que reducían la ansiedad de buscar trabajo diariamente y que solían incluir alojamiento y manutención, aunque en contraposición las diferencias entre estar contratado y ser un siervo apenas existían.

Las pervivencias de estas condiciones laborales de raíz preindustrial, tenían su más flagrante expresión en la limitada participación que las mujeres poseían en el mercado de trabajo formalizado de la ciudad. La división sexual del trabajo ejercida por la sociedad liberal, entendido únicamente éste como aquel que era remunerado y realizado fuera del hogar, y la expansión del discurso de la domesticidad y la teoría de las dos esferas, que limitaba el papel de la mujer al ámbito privado y el del hombre al público, domeñaron a las mujeres hasta reducir su participación laboral formal al servicio doméstico (especialmente el interno, que en el Ensanche Este daba trabajo al 50% de las mujeres en edad activa en 1905) y, en menor medida, a ocupaciones manuales cualificadas altamente feminizadas como las de cigarrera o costurera, que realizaban a destajo en el hogar o de forma separada en los primeros talleres y fábricas de la capital a cambio de un jornal que era la mitad del que recibían sus homólogos varones. Evidentemente, sus actividades laborales eran mucho mayores y más variadas, pero las limitaciones impuestas por los factores anteriores minaron claramente sus posibilidades de incorporarse a otros campos profesionales, circunstancia para lo que hubo que esperar, aunque fuera a un nivel todavía ínfimo, al primer tercio del siglo XX.

No obstante, a pesar de las dificultades socioeconómicas en las que se vio envuelta la capital durante el último cuarto de siglo, en este periodo también fueron percibidos aires de cambio de la modernización económica que los servicios madrileños desarrollarían en las primeras décadas del siglo XX y que dinamizarían su mercado laboral. El motor transformador fue sin lugar a dudas el Estado, que fortaleció el papel gestor de Madrid durante el proceso de gestación de la burocratización de la administración pública nacional. Una moderna organización compuesta de dependencias ministeriales, negociados, direcciones generales, organismos e instituciones públicas que debían cubrir las nuevas necesidades administrativas y de gestión del Estado en materia hacendística, judicial, educativa, financiera, estadística, militar o científica, entre otras. Un *edificio* en el que Madrid ocupaba el piso *principal*,

alojando sus principales estructuras rectoras y administrativas, imprescindibles para dirigir y coordinar las distintas economías de escala regionales que estaban surgiendo en el país. Madrid distaba de ser un núcleo industrial o comercial nacional a finales de la centuria, pero en cambio apuntaló su papel de centro redistribuidor de capitales, materias primas, productos manufacturados, información y poder. Este sistema de organización burocrática para gestionar y administrar ingentes recursos también empezó a ser asimilado durante el cambio de siglo por las primeras grandes empresas privadas presentes en la capital. Las pioneras en este sentido fueron las sociedades de mayor volumen y complejidad de negocio, vinculadas al ferrocarril y la banca. En estos años, sus actividades se consolidaron por todo el país, ampliando sus estructuras en forma de racimo y viéndose en la necesidad de modernizar sus engranajes administrativos, de gestión y control internos. La decisión adoptada fue empezar a imitar tanto al Estado como a las grandes corporaciones industriales estadounidenses, aplicando a su administración y gestión interna la división del trabajo y especialización industrial defendidos por Ford y Taylor por un lado, y las economías de escala de Marshall por otro.

Pero tan importante como la expansión de dicha oferta laboral fue el moderno perfil profesional del capital humano que fue requerido por estos servicios modernos. Tanto el Estado como las grandes corporaciones privadas exigieron trabajadores cada vez más cualificados y especializados, elegidos en función de unas capacidades intelectuales y conocimientos científico-técnicos que debían ser verificables de forma objetiva. El método de elección de los candidatos se asentó así sobre la meritocracia y la especialización. Unos trabajadores asalariados con honorarios, gratificaciones o sueldos previamente establecidos y generalmente anuales, que se integraban en una estructura férreamente jerarquizada en la que con esfuerzo podían ascender. Así, en el último cuarto de siglo, el mercado laboral madrileño experimentó el repunte de un cuerpo burocrático esencialmente público (salvo por las excepciones protagonizadas por las grandes corporaciones), encabezado por gestores técnicos profesionalmente cualificados, seguidos de profesionales liberales *cultos* (abogados, médicos, catedráticos) y *de mercado* (ingenieros civiles, industriales, eléctricos), y secundados por centenares de empleados públicos de cuello blanco profesionalizados.

Una creciente veta laboral bien remunerada cuya intensa demanda superó la oferta del mercado laboral madrileño. Por ello, estos segmentos se nutrieron de una inmigración cualificada de origen urbano, y compuesta por miembros de clases medias cuyas familias habían garantizado su acceso a los estudios superiores. Y es que en tiempos de sobresaturación del mercado laboral por su base, la formación era el factor diferencial que abría las puertas a su zona media y alta. Un elemento que era interiorizado por esas familias de empleados de cuello blanco y profesionales liberales, y que entendían que la reproducción social de su holgada posición sólo era posible mediante la inversión en la educación y formación de su prole, una decisión que estaba al alcance de su mano ya que ocupaban la cúspide salarial entre los trabajadores asalariados.

Las señales que apuntaban hacia el incipiente proceso modernizador de esa parte de los servicios madrileños, sólo fueron visibles a principios del siglo XX en zonas residenciales acomodadas, como su Ensanche Este. En sus barrios se percibió con antelación el incremento de técnicos, gestores, profesionales liberales y empleados de cuello blanco bien remunerados en el mercado laboral madrileño. La causa estribaba en que estos trabajadores asalariados especializados copaban los niveles intermedios y

superiores de la pirámide salarial madrileña, y por ello, al disponer de unos recursos tan superiores a los de artesanos, jornaleros o empleados en servicios preindustriales, pudieron sufragar los gastos derivados de ubicar su residencia en los barrios mejor adecentados de Madrid.

Así, aunque en los años interseculares la actividad económica de la ciudad ya albergaba pequeñas áreas de moderno desarrollo, éstas no tenían aún la fuerza suficiente para suscitar grandes mutaciones en un mercado laboral dislocado, incapaz de absorber las remesas de inmigrantes rurales que se aglomeraban en la capital y horadado por una atroz corrosión de los oficios. Sin embargo, todo cambió en las décadas de entreguerras, cuando definitivamente se quemaron todos los puentes con la estructura social, económica, cultural, política y residencial de la ciudad preindustrial. En estas décadas, Madrid se vio fuertemente sacudida, como el resto del mundo urbano español y europeo, por la condensación temporal de una serie de fenómenos globales, nacionales y locales concatenados de gran calado. La confluencia de la aplicación industrial de la electricidad y el motor de combustión entre otras innovaciones científicas y técnicas ligadas a la segunda revolución industrial, la división científica del trabajo y la mecanización y especialización de su producción, el cambio de escala de las fábricas y la consecuente necesidad de obtener capitales cada vez mayores, el desarrollo de modernas fórmulas empresariales de gestión y administración procedentes del capitalismo avanzado, la expansión del comercio internacional, la mejora de las condiciones de vida de sus habitantes, el auge de una sociedad de masas y el incremento del consumo interno, o la profundización en la burocratización de la gerencia pública y privada, complejizaron y dilataron hasta extremos insospechables las actividades económicas de una urbe que se estaba convirtiendo en una metrópoli europea.

Estos modernos factores competitivos, unidos a los que ya poseía la ciudad, como la relevancia del sector público, la presencia de las mayores sociedades financieras y ferroviarias del país, el control de la red nacional de transportes y telecomunicaciones, y las actividades comerciales y de servicios vinculadas al abastecimiento de su numerosa población, hicieron madurar en su seno una moderna *economía de aglomeración*, basada en la obtención de fuertes rendimientos crecientes en sus actividades productivas y de servicios a partir de la acumulación sucesiva de recursos en ella. De este modo, Madrid amplió y transformó profundamente sus bases económicas tras la 1ª Guerra Mundial, generando una profunda metamorfosis de su mercado laboral respecto a la dinámica precedente. En 1930, la capital española había remozado sus motores económicos hasta el punto de ofrecer multitud de variadas oportunidades laborales tanto a trabajadores cualificados como a los que no lo estaban, a los que utilizaban sus manos para trabajar o a los que ejercitaban su capacidad intelectual, a madrileños e inmigrantes.

En primer lugar, la energía eléctrica, el motor de combustión interna, el aumento de escala de la producción en cadena y su creciente mecanización, fueron elementos que lograron que la industrialización germinara en Madrid. Este hecho propició en el mundo del trabajo cualificado profundas transformaciones cualitativas, como el fin de la corrosión de los oficios, el auge de las fábricas y talleres de gran escala frente al hundimiento de los obrajes particulares y, sobre todo, la mutación de su composición interna. En estos años aparecieron nuevos oficios manuales vinculados a los modernos avances técnicos, como mecánicos, electricistas o maquinistas. Estos operarios, especialistas en novedosos segmentos como la metalurgia, la electricidad, la automoción o la mecánica, eran escasos y muy cotizados. Por ello, las grandes sociedades privadas

afincadas en Madrid, las únicas que podían permitirse la ingente inversión necesaria para desplegar estas economías de escala, no escatimaron gastos en su remuneración, e incluso empezaron a incluirlos de forma estable en sus plantillas. Así, los representantes de estos oficios copaban la escala salarial del trabajo manual cualificado en 1930 junto a aquellos que, como los linotipistas o tipógrafos, trabajaban en sectores donde la mecanización aún no había sustituido a la mano de obra con pericia y experiencia.

Los avances técnicos de la sociedad industrial supusieron el apogeo para algunos oficios y el declive para otros. La aparición de nuevas industrias complementarias en Madrid, además de crear oficios como electricistas, mecánicos o ajustadores, también significó la desaparición de otros de secular historia, como los mozos de cuerda, faroleros o cocheros de carruaje. También hubo sectores enteros como el textil, el cuero o la construcción, que se resistieron o fueron incapaces de modernizarse, lo que influyó en que sus trabajadores vivieran un contexto laboral muy diferente. La despiadada competencia nacional e internacional, con precios más baratos dada su mayor productividad, obligó a muchos zapateros, tapiceros y sastres a cerrar sus talleres particulares y trabajar para terceros, o bien a reducir su actividad al mero acabado, remate o remiendo de vestidos y calzado. Además, sufrieron la presión ejercida por la feminización de su mano de obra y el trabajo a domicilio de modistas y costureras que trabajaban duro a cambio de un sueldo mucho menor. Por su parte, el sector de la construcción siguió dando cobijo a centenares de albañiles, pintores y carpinteros, además de los miles de jornaleros que nutrían cada día fastuosas obras como la de la Gran Vía, modernas infraestructuras como el Metropolitano, sedes sociales de bancos y grandes empresas como Telefónica, o una edificación residencial que debía hacer frente a una población potencial de un millón de habitantes. Era un motor puntal de la economía madrileña debido al volumen de trabajo que generaba, pero a pesar de avances técnicos como el camión o la grúa, del uso de nuevos materiales como el hormigón y el cemento, o de la creación de grandes constructoras, este sector apenas modernizó su estructura laboral, asentada sobre el uso extensivo de una mano de obra a bajo precio y en el que las diferencias entre peones y maestros eran escasas.

No obstante, el cambio más relevante en el mercado de trabajo manual madrileño del primer tercio del siglo XX fue la reducción del peso de la jornalerización. La diversificación y complejización de la actividad económica madrileña hizo que la ciudad dejara de ser una *máquina de generar jornaleros*, y además logró una ligera mejora de las condiciones laborales de éstos. Si en las décadas pasadas la población inmigrante fue el combustible que alimentó la llama de la precarización, en los años de entreguerras la situación mutó. Los trabajadores menos cualificados empezaron a acceder a trabajos más variados y de mejores condiciones que los que les habían precedido décadas atrás, si bien no hay que olvidar que la construcción aún seguía absorbiendo al grueso de este grupo de trabajadores en su seno.

Las mejoras en la educación primaria nacional, la construcción de escuelas en la ciudad, y el auge de la inmigración de origen urbano, ayudaron a mejorar el nivel de instrucción de su población, lo que amplió sus horizontes laborales. Pero más crucial resultaron las transformaciones que las grandes empresas industriales y de servicios nacidas del capitalismo avanzado ejercieron sobre esta gran masa de trabajadores poco cualificados. Estas corporaciones pusieron en marcha modernas economías de escala en la capital, importaron las nuevas técnicas de organización y división del trabajo derivadas de la *taylorización* y el *fordismo*, e introdujeron el sistema burocrático de gestión y control empresarial propugnado por Chandler y Weber a sus vastas estructuras

administrativas. Estos elementos favorecieron la creciente expansión de una oferta laboral que requería poca cualificación pero que era constante, incrementando la estabilidad de una población jornalera que, como consecuencia, empezó a disfrutar de unas ganancias más estables. La división y especialización del trabajo en el proceso productivo industrial permitió el uso de jornaleros en tareas mecanizadas que no requerían grandes conocimientos técnicos, en faenas subalternas o en coyunturales picos de producción. Este proceso tuvo su correlato en los escalafones más bajos de la organización burocrática de la administración estatal y municipal y en las filiales de las sociedades nacionales y extranjeras de servicios afincadas en la capital, donde fueron usados como mano de obra barata para labores de limpieza, vigilancia o distribución.

Pero tan relevante fue el aumento de su estabilidad laboral como que, en no pocos casos, la experiencia adquirida al ocupar asiduamente estos puestos les sirvió para ampliar su relación contractual con las empresas y formar parte de sus plantillas como personal auxiliar, ya fuera en grandes complejos industriales privados o públicos como los de la MZA y la Casa de la Moneda, en talleres más modestos pero especializados como las platerías de Meneses y Espuñes, o en servicios públicos municipalizados como en los talleres del tranvía y el metro, todos ellos con presencia en el Ensanche Este madrileño. Así, ser jornalero en 1930 no sólo varió de significado respecto a 1900, sino que las posibilidades de ascender socialmente también se multiplicaron, ya fuera mediante la experiencia personal adquirida, por medio del matrimonio, o a través de padres a hijos, gracias a la diversificación y complejización de la actividad económica madrileña acaecida durante la época de entreguerras. Se había abierto una brecha al fin por la que algunos pudieron escapar de la precariedad que había dominado el mundo jornalero durante la segunda mitad del siglo XIX.

Estas transformaciones que afectaron al trabajo manual madrileño sólo afectaron tangencialmente a las mujeres que formaban parte de él. Las dificultades sociales, legislativas y culturales a las que éstas debían hacer frente para formarse y alcanzar una cierta cualificación en ámbitos ajenos a la esfera que la división sexual del trabajo les confería, redujeron sus posibilidades de integración en muchas de las nuevas ramas productivas que surgían en Madrid. Era una tarea hercúlea encontrar a mujeres que trabajaran más allá de las ocupaciones que socialmente se les había asignado, como las de costureras, sastras, cigarreras o lavanderas, estando olvidadas de oficios como electricistas, mecánicas o jornaleras vinculadas a la construcción. No obstante, la producción en cadena, la mecanización y la especialización del trabajo industrial abrieron pequeñas grietas por la que adentrarse tímidamente en los *nuevos tiempos*. Una participación que, con todo, no dejó de estar supeditada a una marcada discriminación salarial, competencial, e incluso física respecto a sus compañeros varones.

De este modo, Madrid ascendió tras la Gran Guerra varias posiciones en el papel industrial que desempeñaba a nivel nacional a raíz del auge de esta producción complementaria. Sin embargo, fueron la modernización y la expansión de los servicios acontecida en los años de entreguerras lo que le confirió su elemento distintivo a la actividad económica de la metrópoli. En estos años, Madrid se caracterizó como una moderna *ciudad de empleados*, cuyo peso superó al otrora dominante jornalero. Que el sector servicios fuera uno de sus principales motores económicos de la ciudad en 1930 no era una novedad, pero sí el cambio que se produjo en la cualificación y cometidos de los nuevos empleados, alejados del caduco perfil que durante siglos había proyectado el servicio doméstico, los empleados de la Corona, el Ejército y la pléyade de pequeños comerciantes de subsistencias que se asentaban en ella. Éstos todavía poseían un peso

cuantitativo relevante en la economía madrileña, más visible en su Ensanche Este, donde se concentraba gran parte del servicio doméstico y de los altos cargos militares residentes en Madrid. Pero estaban en claro retroceso. Las nuevas necesidades en la gestión y administración, en el tráfico y transporte de información, personas, bienes y capitales, en el abastecimiento de bienes y servicios a una incipiente sociedad de consumo, reclamadas por el Estado, las sociedades de crédito, las grandes corporaciones industriales o las filiales de empresas comerciales multinacionales, auspiciaron la profesionalización de los servicios modernos madrileños y la consecuente especialización de sus trabajadores. Procesos que dejaron de afectar únicamente a la burocracia estatal y a las pioneras corporaciones ferroviarias y financieras como a principios de siglo, haciéndose extensible a un pujante sector privado.

Las novedosas prácticas financieras y societarias argüidas por el capitalismo avanzado incrementaron la demanda de empleados de banca, contables, técnicos financieros, corredores de bolsa y agentes de seguros para captar nuevas inversiones. Capitales que eran consumidos en gran parte en una innovación productiva que requería de profesionales como ingenieros industriales, de caminos y montes, arquitectos o químicos. A su vez, el aumento de escala de las grandes corporaciones complejizó aún más su burocracia interna, ampliando el número de departamentos y oficinas en las que trabajaban empleados de todo tipo, interventores, economistas, abogados o gestores. Además, la creciente densificación de los intercambios comerciales nacionales e internacionales y el auge de las telecomunicaciones, incentivaron la aparición de más agentes y vendedores mercantiles, telefonistas, telegrafistas, empleados de ferrocarril o transportistas. Asimismo, los distintos niveles de la administración pública hubieron de afrontar renovadas demandas de modernización y ampliación de sus servicios, lo que significó una nueva dilatación y especialización de trabajadores de cuello blanco y profesionales públicos ligados a la gestión ministerial, la instrucción, la sanidad, el transporte de masas o la seguridad.

Esta mano de obra asalariada y altamente especializada se insertaba en los distintos departamentos estancos que componían las plantillas de las grandes empresas y sociedades privadas que se fueron concentrando en la capital en busca de los beneficios de la aglomeración. Unos empleados y profesionales liberales profesionalizados que formaban parte de un sistema burocrático de gestión muy jerarquizado, en el que estaba establecido de antemano las escalas salariales y la categoría laboral en la que encajaba cada trabajador, no en función de sus méritos sino de los conocimientos atesorados, la antigüedad y el modo de acceso a la empresa. Aunque también había espacio para una minoría que ejercía libremente o que trabajaba en modestos despachos donde ofrecían a las grandes empresas y al Estado servicios de asesoramiento, publicidad, contabilidad, transporte o apoyo logístico. Pero tanto en unos como otros, el trabajo intelectual primaba sobre el físico. No elaboraban o manipulaban bienes, sino que gestionaban sus procesos de producción, distribución y venta, manejaban ingentes volúmenes de información, símbolos, datos o personas, controlaban la eficacia del funcionamiento de esta burocracia interna, o aplicaban los conocimientos teóricos adquiridos en su formación a la realidad. Debían poseer un elevado nivel de formación, experiencia, buena presencia, guardar un comportamiento reservado en su vida personal, adecuarse al ritmo productivo señalado, y acostumbrarse al trato impersonal de ser una mera pieza en un engranaje mucho mayor. A cambio, estos profesionales y empleados disfrutaban de ocupaciones muy estables, con sueldos anuales muy superiores a los del trabajo manual, un futuro en el que el ascenso en el escalafón era factible, y ciertos beneficios derivados del paternalismo empresarial como la facilidad de acceso de familiares a la

empresa, la organización de eventos deportivos y de ocio, o la obtención de descuentos en la compra de determinados artículos.

El lento ascenso de las clases medias en la ciudad gracias a la profesionalización de los servicios, el ligero aumento de los niveles de vida de las capas populares, y el incremento demográfico madrileño, espoleó el surgimiento de la sociedad de consumo y de ocio en ella durante los años veinte. En torno a la Gran Vía y la Puerta del Sol especialmente, aparecieron los primeros grandes almacenes, originales formas de espectáculo como el cine o los *bars*, y nuevos recintos deportivos de masas como el fútbol o el frontón. Además, la reducción de costes y transporte, la producción en cadena y la ampliación de la demanda, modernizaron y ampliaron la oferta de bienes y servicios de los distintos establecimientos comerciales de la ciudad. De este modo, aparecieron los primeros escaparates luminosos, nuevas técnicas de venta y publicidad, un remozado calendario comercial, novedosos hábitos de consumo y de ocio, etc. Un proceso modernizador que abocó al ostracismo la figura de los horteras, mozos y dependientes de comercio internos. En su lugar, estos segmentos laborales abogaron por implementar una nueva mano de obra profesionalizada y especializada en actividades específicas, como los empleados de comercio, cajeros, publicistas, decoradores, viajantes, agentes de venta a plazos, camareros, acomodadores, actrices o deportistas.

En esta expansión y profesionalización de los servicios, las mujeres encontraron una mejor acogida laboral que en el ámbito industrial. Entre las nuevas oportunidades ocupacionales abiertas destacaron aquellas que, socioculturalmente, fueron entendidas como *aptas* para ser desempeñadas preferiblemente por ellas. De este modo, como se observa en el Ensanche Este de Madrid, creció con fuerza el número de secretarías, mecanógrafas, taquígrafas, cajeras y empleadas de comercio dedicadas a la atención al público durante los años veinte. También encontraron un terreno abonado para su integración laboral en las telecomunicaciones, donde desde principios de siglo fueron adentrándose con brío en los puestos de telefonistas y telegrafistas. Este fenómeno era la adecuación a los *nuevos tiempos* de la división sexual del trabajo heredada del siglo anterior, y que justificaba la elevada feminización de profesiones como maestras, enfermeras, porteras o sirvientas. Además de verse mediatizadas por su sexo y no por su valía para desempeñar una ocupación u otra, la discriminación laboral se extendió a las nuevas profesiones, en las que tuvieron que seguir soportando sueldos muy inferiores a los de sus compañeros varones y la supeditación en el escalafón a éstos. Pero a pesar de todo, la lenta absorción laboral de las mujeres en estos empleos remunerados, realizados a jornada completa fuera del hogar, significó en sí misma un gran avance socioeconómico para muchas de ellas, pues ganaron autonomía, respeto y presencia pública ante el resto de la sociedad madrileña.

Todas estas transformaciones socioeconómicas se desarrollaron en un ecosistema vivo en permanente evolución como lo era Madrid, compuesto de distintos espacios urbanos que a lo largo de estas décadas redefinieron su naturaleza y función. El Ensanche Este fue uno de los que sufrió una mayor transformación, al pasar de la *nada*, representada en las huertas y descampados extramuros de 1860, a la *opulencia* encarnada por unos barrios que se codeaban entre los más acomodados de la metrópoli en 1930. Durante este período, esta franja pasó de ser una de las primeras opciones residenciales de los inmigrantes recién llegados a Madrid, a una zona acomodada provista de las infraestructuras y servicios públicos más avanzados. A comienzos de la Restauración, el Ensanche Este era una de las primeras líneas fronterizas de una ciudad en expansión, un lugar donde buscar alojamiento, aunque fuera sólo para dar los

primeros pasos en ella. Así, la movilidad residencial anual de sus habitantes, la mayoría inmigrante, era altísima, llegando al 45%. Esta asiduidad con la que se mudaban, más elevada entre las familias encabezadas por jornaleros y mujeres enviudadas especialmente, se atenía al desarrollo todavía incipiente de esta zona del Ensanche, a la necesidad constante de adecuar unos ingresos inestables a los alquileres disponibles, y a la costumbre de que la residencia se fijara en función de la ocupación obtenida. De entre lo que recalaron aquí en sus inicios, la mayoría estaba de paso, siguiendo la inercia de su ocupación, de las redes migratorias que les acogían, o de los bajos alquileres que ofertaban los tejares de las afueras, pero siempre con la mira puesta en el casco antiguo, *el centro de todas las cosas*.

En 1905, los barrios más occidentales del Ensanche Este ya habían logrado colmatarse y adentrarse en los circuitos socioeconómicos del casco antiguo, y se expandían lánguidamente hacia el este. Éstos dejaron de ser una zona de paso para convertirse en una franja residencial estable y acomodada. En cambio, la especulación y los altos precios del suelo ralentizaron el desarrollo urbanístico de su arco periférico, siendo sobrepasados por el crecimiento espontáneo del Extrarradio. Por ello, la movilidad residencial de su vecindario mostró, dentro de un contexto común en el que el Interior perdía atracción, dos tendencias divergentes. Por un lado, las familias acomodadas de empleados, profesionales liberales y propietarios fueron más proclives a mantenerse en los barrios colmatados del Ensanche Este, mientras que por otro, los trabajadores manuales se alejaron de los barrios de esta zona limítrofes al casco antiguo en busca de alquileres más baratos, tanto en su perímetro como en las barriadas adyacentes del Extrarradio. Dos tendencias que durante el primer tercio del siglo XX se incrementaron aún más de la mano del avance urbanístico del Ensanche Este. Una movilidad residencial que, por otra parte, también se redujo drásticamente en aquellos años (a menos de un 10% anual), fruto de la conjunción de factores como la plena integración de esta zona en la ciudad, la galopante inflación y la congelación por ley de los contratos de alquiler más antiguos, la expansión del transporte público o el carácter acomodado de la mayoría de las familias allí residentes.

Un Ensanche Este que fio parte de su carácter y evolución posterior a las primeras edificaciones realizadas por el marqués de Salamanca en los años sesenta y setenta del siglo XIX destinadas a las clases medias y aristocráticas más acomodadas. Unos inmuebles espaciosos y lujosos que marcaron el tono socioeconómico de estos barrios, asociándolos en el imaginario colectivo de la ciudad con la imagen de riqueza y modernidad. Una etiqueta que no le era ajena a la realidad, aunque obviaba los centenares de familias jornaleras que habitaban en los sotabancos y buhardillas de tales edificios. Una etiqueta que nunca dejó de llevar consigo y que, imitado por los demás propietarios de estas zonas, se extendió desde los barrios de Salamanca y Conde de Aranda hacia los de Biblioteca, Retiro y parte de Monasterio y Las Mercedes. Así, esta franja se convirtió en una de las patas constitutivas del proceso de segregación socioeconómica de Madrid iniciado durante el último cuarto del siglo XIX. Un fenómeno que siguió incrementándose durante los años de entreguerras hasta conformar una metrópoli socioespacialmente muy fragmentada en vísperas de la II República, en la que las diferencias porcentuales entre los alquileres medios de unos barrios y otros eran cada vez mayores, corolario de la marcada concentración residencial de las clases medias y altas de la ciudad en unos espacios urbanos exclusivos cuyos elevados precios les aislaban del resto.

Madrid abrazó definitivamente los *tiempos modernos* a lo largo del primer tercio del siglo XX gracias a la consumación de la segunda revolución industrial y la mecanización, de la expansión del capitalismo avanzado, y el nacimiento de la sociedad de masas. Tras unas décadas convulsas y difíciles, en los años de entreguerras el grueso de la población madrileña vio cómo se consolidaban unos logros sociales hasta entonces impensables. En términos generales, el nivel de alfabetización y el acceso a la instrucción pública aumentaron, y empezaron a reducirse las tasas de mortalidad infantil y general. Además, la complejización y diversificación del mercado laboral madrileño logró absorber cada vez más trabajadores en ocupaciones mejor remuneradas y estables, ofreciendo además nuevos nichos de trabajo a las mujeres, reduciendo en su conjunto la afluencia jornalera que asfixió a la capital durante el último cuarto del siglo XIX y principios del siguiente. Como consecuencia, por primera vez en décadas, las posibilidades de medrar en Madrid se acrecentaron, dejando de ser una utopía para sus residentes el sueño de protagonizar un movimiento social ascendente en vida o, en su defecto, garantizarlo a su prole. La población empezó a disfrutar en las primeras décadas del siglo XX de unas mejores condiciones de vida, disfrutando de jornadas de trabajo menos extenuantes, del descanso dominical, de salarios más elevados, seguros de desempleo y una mayor oferta de ocio, en lo que jugó un papel determinante la creciente pujanza e influencia del asociacionismo obrero, particularmente en su vertiente socialista, a través de la expansión de la UGT y del PSOE.

Pero, paradójicamente, en estos años la desigualdad social generada por los grandes contrastes derivados de las profundas transformaciones sociales, económicas, políticas, culturales y urbanísticas de la *Modernidad*, también se hizo más lacerante. Porque la población madrileña no olvidaba que había logrado ciertas conquistas sociales y económicas, tras un período de boyante crecimiento económico durante la Gran Guerra, gracias a la fuerza con la que las reclamaron. La modernización de las reivindicaciones colectivas, vehiculadas por el movimiento obrero madrileño a través de la Casa del Pueblo y el PSOE, fue esencial para luchar contra una desconocida inflación. Unos discursos políticos y sociales que propugnaban la lucha de clases, esperanzados por el triunfo en Rusia de la revolución de 1917, y que en Madrid, como en tantas grandes urbes y metrópolis españolas y europeas, tenían un gran campo abonado para su cultivo en su desaforada segregación residencial. Cada vez fue más difícil que las capas acomodadas como propietarios, profesionales liberales o altos cargos de la administración, convivieran en el mismo barrio con familias de capas populares, y la tendencia claramente personalizada en el Ensanche Este de que los extremos sociales acabaran concentrándose en los mismos espacios urbanos fue cada vez mayor. Una segregación residencial que era vista como un fenómeno asumido y consecuente con el libre mercado, que se apoyaba en el trato discriminatorio dado por las autoridades a unas y otras zonas en función de la categoría socioeconómica de sus residentes, y que reforzó la consolidación de un imaginario colectivo excluyente y opuesto entre los agraciados y los perjudicados de esta desigualdad social imperante.

Las contraposiciones, avances, abandonos, rechazos, miedos y esperanzas generadas por una Modernidad de la que formó parte la población del Ensanche Este, a la larga conminó al conjunto de la sociedad madrileña y española a optar entre la siguiente disyuntiva: mantener con brío este proceso de modernización intentando limar sus marcadas contrariedades, o emprender una enmienda a su totalidad y apostar por un nuevo orden social que se apoyara en unos pilares totalmente opuestos. Pero ésa es otra historia.

Conclusion

During the almost three quarters of a century that passed between 1860 and 1930, Madrid changed visibly. Its socioeconomic, geographic, urban, demographic, political and cultural parameters underwent radical transformations across these decades; a process that left its mark both on the face of the city and on its inhabitants' way of life. Were they suddenly to find themselves in 1930, anybody living in the Spanish capital in the middle of the 19th century would have been stunned by what they saw. First of all, their attention would be drawn to how the streets had changed, no longer frequented by the horses and carts of the past, but rather electric trams and cars, whose drivers were guided by the flashy colours of traffic lights. Our imaginary subject would notice not only the lights, but also the modern window displays adorning new shopping temples and huge department stores. Neon signs would capture his curiosity on posters advertising the bars and cabarets which pierced the monopoly once dominated by cafés. The same could be said of cinema billboards, centres of modern leisure in which image and sound were reproduced in motion, a far cry from the photographic art of the previous century, when photographers such as Laurent had to take their pictures nice and early in the day so that they would not come out blurry on account of the crowd curiously bustling. Not to mention the amazement our subject would experience at the switching on of public lampposts or of light bulbs in the home. Without a doubt, electricity and motors had rapidly changed the landscape of Madrid.

Yet this is just the tip of the iceberg. This pedestrian, accustomed to the *poblachón manchego* [big town of La Mancha] at the time of Isabel II, would turn their head at the sight of dozens of people milling around the doorways of the city and would raise their eyes to the heavens as they stood in the shadow of the colossal magnitude of the Telefónica skyscraper, the tallest in Europe when it was inaugurated. A building situated in a New York style avenue such as Gran Vía would be as unrecognisable to our subject as the vast neighbourhoods that rose up on the horizon and were home to more than a million of their fellow citizens. This panorama was indeed a long way from the modest city he remembered, imprisoned within its own walls. Moreover, our time traveller would have been taken aback by the towers of smoke churned out by factories established towards the south of the city, surrounding that most modern of transportation methods; the railway. Also by the extraordinary excess of suited men gathering along the streets, employed not only in the many branches and public offices around at that time, but also in the countless offices, shops and private agencies belonging to well-to-do professionals, law firms, nationwide companies or large international corporations, symbols of the establishment of high level bureaucracy and capitalism in the city. Those would be just some of the most notable aspects highlighting at first glance the profound transformation undergone by Madrid from Villa y Corte [Town and Court] to European metropolis. A transition performed over the ashes of a preindustrial city, a process that took place in a similar manner across the rest of the European world, creating along the way light and shadow, smiles and tears, winners and losers, favoured and doomed, rejection and yearning.

The pillars upon which this preindustrial city was built were brought down towards the middle third of the 19th century, the moment in which the city finally resigned itself to escaping its past. This was no sudden occurrence, but rather the chronicle of a death foretold, the first signs of which began to appear at the beginning of the century. The Villa y Corte of the country started the 1800s having reached an historical demographic peak, at around 200,000 inhabitants. A figure built up since the modern age by a stable population core and an ample but fluctuating demographic crust of immigrants who acted as deadly Malthusian correctors, living in the city only short term, incapable of overcoming the cyclical crises of subsistence and continual onslaughts of epidemics aggravated by the Napoleonic war. A dilemma that was not addressed during the first third of the century (save purely cosmetic upheavals and openings of plazas to decongest the city), given that the most important preoccupations were the bankruptcy of the Hacienda Pública [Public Finances] following American independence and the crude civil war that pitted absolutists against liberals.

The questioning of the preindustrial city model upon which modern age Madrid was founded only arrived following the triumph of liberalism and the construction of a modern liberal State that aspired to be centralised, something which the country explored in further depth in the contemporary age. A project in which Madrid, once again, became the head as liberal capital, sharing this title with one it already possessed; that of being seat of the Court. New winds were blowing, promising to attract huge investments, new reform projects to adapt the city to modern times, and the reactivation of antiquated economic activities. The greatest examples of these initiatives can be seen in the capital in the fifties, embodied in the deep remodelling of the Puerta del Sol, at the heart of the city, in the arrival of Atocha railway station, or in the bringing of the waters of Lozoya via the Isabel II Canal. The two processes of change that happened most rapidly and with greatest influence over living conditions among its inhabitants, however, were the extreme liberalist defence of the right to freehold property

ownership, and the expropriation of religious, civil and communal properties on a national scale. These measures contributed more than any other to the transformation of the Spanish urban world, in particular Madrid, where they were stretching the already suffocating residential landscape of the city. The suppression of the right to use communal grounds led to the thousands of farming families being expelled from their land and their subsequent exodus towards the big cities, where they hoped to find more job opportunities. Madrid was a favoured destination for these families, increasing the already excessive demand for housing. Furthermore, overcrowding and shortage of rental properties were also worsened by the Ley de Inquilinatos [Law on Tenancy] of 1842, a liberal initiative responsible for putting the city's real estate market on a silver tray. Meanwhile, the expropriation of Madoz created a speculative economic atmosphere.

In this context, the majority of the city's residents leading up to and immediately following the 19th century, far from having benefitted from the creation of the liberal capital, witnessed a reduction in living space and a lack of accommodation, faced disproportionate overcrowding, and a higher risk of suffering from an epidemic or subsistence crisis. All this was made worse by the city's fear of the unknown when it came to expanding its centuries-old perimeter. This fear implicitly included the grey area of speculative interests and property which most of the town council's members owned in the city's old quarter. Some municipal authorities found themselves confronted by recurring adversities that they had already weathered previously. Amongst such adversities was the expulsion of immigrants from the city, the classification of begging as a crime, or the extraordinary contracting of the unemployed when public works were put into action.

Faced with this situation, the populations most in need, particularly those of immigrant origin, looked for an escape route. Like water, which always finds a way out, the least fortunate looked for theirs beyond the confines of the fifties. This was the root from which the first suburbs grew up outside the walls of Madrid, those of the Chamberi to the north and Peñuelas to the south, sprouting spontaneously far away from the watchful eye of the city. A process of de facto improvement of a city that had shut herself away, in which what was to become Ensanche Este [East Expansion Plan] took part. Here there were holiday homes, modest hotels, country pubs, stables and a dozen or so bungalows, tile works and vast orchards. Growing immigration, civil unrest, the go-ahead to expand other European cities and the necessity to provide space for the railway, alongside new industries, convinced central government to take matters into its own hands and impose expansion. The great fortunes that had settled in the city hastened to position themselves outside of its walls prior to its hypothetical expansion, whether to set up their homes or simply to invest in property. Where better to invest than in those fields bereft of buildings and of little importance on the outskirts of the Puerta de Alcalá [Alcalá Gate], next to the luxurious promenades of the Prado Museum and Recoletos?

The Ensanche de Castro [Castro Expansion Plan] included an original urban design for Madrid, characterised by a perpendicular road network comprised of broad and spacious blocks superimposed upon existing buildings. This model adjusted the possible socioeconomic development of its different zones according to their topography, location in relation to the old quarter and previous uses. Paradoxically, however, the much feared city expansion, ratified in 1860, started with a tense calm of building caused by strong speculative interest and the exponential increase in the price

of land. Other causes included the underlying municipal opposition to the state project, heavy complaints from landowners and neighbours to the imposition of the new design, and urban legislation, praiseworthy and strict in equal measure, which included the project aimed at building a new, healthier Madrid. To put pressure on construction and dissipate any doubts, public authorities did not hesitate to eliminate a large part of these hygienist measures and, during a six-year prime ministerial term of office, the walls that had formed part of Madrid's skyline since 1625 were finally torn down.

The first years of urban development within the different zones that made up the Expansion Plan marked its subsequent evolution, a prelude to the growing socio-spatial atomisation that would rock Madrid from that moment on. Property prices, land usage and existing buildings in each zone, the socio-economic profile of the neighbourhoods of the old quarter, which bordered the new district, the impact of the railway to the south and the city's complex topography, meant the pace and nature of the advances were unequal in each of the new zones. The process was yet further aggravated by its premeditated financial system. This economic model linked available resources to the pace and quality of each zone's new building works, instead of paying attention to the number and needs of their inhabitants. A negligence overcome only by an even greater one: the rigid segregation of each zone's budgets, which served to benefit richer neighbourhoods capable of generating more resources, such as those of the East Expansion Plan bordering the old quarter.

Income was reinvested solely in the areas in which it had been generated, as the approved financial system dictated, showing a complete disregard for areas that most needed the money. The list of inequalities that occurred during the execution of Madrid's Expansion Plan was topped off by an abusive enforcement of private law over the common good on the part of the public authorities, which led to the city's urban development becoming hostage to the great landowners of the Expansion Plan, who managed the tempos (and living costs) to their own advantage.

The resultant high land prices determined the emphatic failure of one of the Expansion Plan's principal goals: absorption of the demographic influx into the city through construction of new cheap and hygienic accommodation. Due to immigration, the city's population doubled between 1850 and 1900, but the Expansion Plan was far from complete. In the middle of the century, the remote lands of the Extrarradio [Outskirts] began to be lived in by those families most in need, given the low land prices and absence of any sort of municipal authority. This rapid and spontaneous construction was where most of city's building licenses had been issued to since the turn of the century, as well as some jointly issued to Madrid's Interior and Expansion Plan. But this led to an unjust design of the road network and the resounding unsanitary conditions of the new housing – a high price to pay. These were not, however, the only negative offshoots of the way in which the Expansion Plan evolved.

The investment of affluent landowners brought about socio-spatial division in Madrid's enlargement and laid foundations for a new segregated city, with growing socio-spatial differences visible in the flagrant inequalities of average house prices of different neighbourhoods within the Expansion Plan and in the residential distribution of the socio-professional groups living there. Average house prices crept further and further apart until, at the beginning of the century, great areas of poverty were to be found in the extreme south of the South Expansion Plan, the north west of the North

Expansion Plan and the peripheral semi-circle of the East Expansion Plan, whilst areas of extreme wealth could be found on both sides of the Castilian promenade.

Enormous disparities between average house prices from one zone to the next were a reflection of another phenomenon that the city was bearing witness to at the time: growing physical separation between the homes of the more well-off members of society, such as landlords, professionals and high to mid-level workers, compared to those with more modest professions, such as manual labourers and workers with few or no professional qualifications. The destruction of the city walls that followed the ratification of the Expansion Plan broadened the housing options available to the first group, who could allow themselves to take on much higher payments compared to the latter, who were, generally speaking, marginalised towards less appealing areas that had been earmarked for development. Thus began a process of socio-spatial separation, the first signs of which could be seen in the East Expansion Plan itself just two decades later. Its modern, well-supplied and rich neighbourhoods of Biblioteca, Salamanca, Retiro and Conde de Aranda, close to the old quarter, had their alter egos in the miserable and forgotten buildings around the city, situated behind Retiro Park or on the western edge of the eminently working class neighbourhood of Delicias (later to become Gutenberg). A socio-spatial and functional division of Madrid that grew year on year and shaped the evolution of its urban typology, its housing offer and its socio-economic and demographic composition.

Despite the fact that as a consequence of the aforementioned difficulties, the Expansion Plan could not offer refuge to the entire wave of migrants who began to arrive in Madrid from the middle of the 19th century, its ratification opened the sluice gate to modernisation. Once approved, gone were earlier public protestations against the arrival of immigrants, who came to be seen as indispensable human capital, critical to the city's growth and transformation. The influx of internal migration towards Madrid during the second half of the 19th century due to liberal land reform, eased the negative natural structural growth of the city, based on a lamentably high infant and general mortality rate which justified the city's terrible nickname; city of death. Thanks to this migratory contribution, the population rose to more than half a million inhabitants in 1900, and reached a seven digit figure in 1930, unimaginable a few decades earlier. This figure was also backed by natural growth as a result of the demographic transition that Madrid underwent during the first three decades of the 20th century.

In these decades, Madrid experienced, although at a slower pace than many other large European cities, what was at that time the greatest demographic growth in its history. The socio-economic changes generated by liberal revolution, both in rural areas and in Madrid, transformed the traditional migration patterns that had always affected the city. The seasonal migration that arrived in the Court throughout the modern age, hoping to earn money and return to their homeland, continued to exist (the case of females in the domestic service industry being the most obvious) but, it was thoroughly overtaken by a new wave of immigrants characterised by their intention to stay. The protagonists of this new immigration were the thousands of families and individuals who saw their survival in the rural world endangered and felt that the capital, submerged as it was in numerous modernisation works and projects, and thus in need of an abundant workforce, was the perfect place to start over again. The growing significance of immigration towards the capital was colossal and had no equal in the rest of urban Spain. In 1880, no other Spanish city had an immigrant population as proportionally high as that of Madrid, where immigrants made up 60% of the

population. At the beginning of the 20th century, the city's capacity for migratory attraction far outweighed the rest of Spain's urban centres, being the only city where more than half the immigrant population came from outside its own province. It was the seductive show of power of a capital city that was turning into a European metropolis. At its height in 1930, Madrid attracted immigrants originating from every Spanish province, except for the east coast, where the influence of Barcelona, the country's other metropolis in the making, dominated. This powerful motor of growth was the author of the development of Madrid's Expansion Plan, converting it into a place of residence for more than 60,000 inhabitants in 1880, 132,000 in 1905 and 327,000 in 1930. The East Expansion Plan owed its particular nature of growth to these aforementioned migratory patterns - it increased its population from an anecdotal 2,000 people living there in 1860 to 120,000 in 1930; a figure superior to those boasted by the vast majority of Spain's provincial capitals.

The main protagonists of these migratory movements were the thousands of men and women who arrived in the city at the height of the industrial age from the traditional population breadbaskets that had nourished Madrid during the modern age: its bordering areas and the Cantabrian coast. As Madrid embraced its role as State Capital, and, in the 20th century, consolidated its new condition as European metropolis, its ability to attract migrants compared to the rest of the country, which was also immersed in deep transformation, became even greater. So it was that the origin of the immigrant population was increasingly wide and varied, far surpassing traditional points of origin. The city of Madrid came to be the preferred destination of the Galician, Castilian, Extremaduran and Andalusian emigrants who chose to broaden their horizons and sidestep the urban centres that were closer to them, but which offered more modest job opportunities. It was a significant decision, that of moving to Madrid or not, and one which was never taken lightly, whether motivated by a necessity or a desire to climb the socio-economic ladder. Critical factors considered as part of the decision making process were those such as the distance to be travelled, the professional qualifications possessed by the individual, their work experience and their ability to acclimatise themselves to the urban world and to the workings of its labour market. Also to consider was the level of economic development of their place of origin, their perception of the capital's labour demand, their desire to make a permanent, prolonged or seasonal move to Madrid. One of the fundamental aspects was the possibility of receiving support or assistance from family, friends or compatriots upon arrival at one destination rather than another.

The influence of all of these elements manifested itself in the diverse characteristics of the immigrant population arriving in Madrid. Short and middle distance immigration coming from the Castilian provinces was carried out mainly by immigrants of rural origin with little or no professional qualifications, who opted for emigrating to the capital as a way of fleeing the economic standstill that affected the interior of the Iberian Peninsula. Many of them were young couples who abandoned their village to the nearby city to try their luck and, in some cases, make a family there. Their low literacy level and lack of professional qualification aside from hard agricultural labour, however, reduced their chances of integration into the city's labour market to unspecialised and often intermittent manual tasks in construction or in simple activities related to merchant and traditional services. There is little room for doubt, however, that the most numerous contingent of those from the hinterland was that of lone young girls, for whom the cost of accessing the only section of the labour market into which they could easily and temporarily incorporate themselves, domestic service,

was much lower than it would be for girls who had to travel a much greater distance, who instead opted for moving to their closest urban centres.

Migrant groups who travelled greater distances to get to the capital were mostly more qualified, literate and accustomed to urban life than the aforementioned groups. That is down to the fact that facing such a long trip to end up as a day labourer or workman so far from home due to lack of qualifications was simply not worth the trouble. Rather than travel to Madrid and scrape by as a day labourer, it was better to go to the nearest provincial or regional capital, where the opportunities and the associated costs of going back home were smaller. Madrid, however, found itself at the forefront of the dynamic crowd of writers, university professors, specialised public sector workers, tradesmen, military men and specialist professionals native to medium sized cities such as Salamanca, Oviedo or Cádiz. The dynamic process of arriving in the capital had a less traumatic emotional impact on them, seeing as taking the step towards the State Capital represented a socio-economic ascent with no downsides.

Nevertheless, the country's uneven economic modernisation and industrialisation deepened the economic inequalities between regions. This phenomenon also drove the growth of long distance immigration towards Madrid from those areas that found themselves stuck in a financial rut, such as the Galician provinces, part of the Cantabrian coast, inland Andalusia and Murcia. Forced by the harsh reality of having to leave their birthplaces behind, leaving for Madrid became one of the only viable options left for city and country dwellers to survive, independent of whether or not their professional qualifications were adequate to incorporate them into the Madrilenian labour market. The capital favoured this concentration of the country's best human capital, trained in the best universities and professional institutions that regional capitals such as Bilbao, Zaragoza, Barcelona or Seville had to offer. In addition, this was a political status that helped the city's image as one of the preferred destinations of a population fleeing misery and economic backwardness in their respective place of origin, disregarding the distance between them and Madrid. Ravenstein's Laws of Migration, which dictated that the distance travelled by the immigrant indicated their level of professional qualification, was true of Madrid's recent arrivals in terms of the economic development of their places of origin. Only in the case of foreign immigration, attracted by Madrid's thriving modernisation process, did said premise generally come to fruition. One foreign colony especially visible in the East Expansion Plan had lived there since the beginning of the 20th century. The colony consisted of a considerable collection of landlords, bankers, professional, managers and highly specialised workers from the major European powers, the United States and the Spanish colonies lost in 1898; Cuba, Puerto Rico and the Philippines.

Madrid changed its physiognomy, its demographic composition and its economic foundation thanks to the continual arrival of thousands of immigrants. The State Capital became, along with Barcelona, the most populated city in the country, yet only a third of its residents had been born in its streets and baptised in its churches. In fact, native Madrilenians formed the base of the capital's demographic pyramid because they were mostly young people under 20 who descended from families and couples who had recently arrived or from those marriages that took place in Madrid, but in which both spouses were immigrants. Despite the heterogeneous mass of the immigrant population, however, the city suffered unstructured family composition. For the most part, the immigrant population that travelled with the idea of settling in the capital permanently came accompanied by a partner, children or some other close relative. In

fact, during the second half of the 19th century, only a third of immigrants undertook the journey to Madrid alone. A proportion comprised for the most part of young people of rural origin from the Castilian hinterland. Girls hoped to work in domestic service for the capital's well-off households, whilst boys hoped to find work as shop assistants, waiters or apprentices in modest shops and artisanal workshops, scraping by in a system of subletting alongside families in need who resorted to this strategy as means of balancing the budget. An individual migratory choice inherited from the modern age, which meant that just a quarter of the population of the Expansion Plan was developing and changing their socio-economic profile.

Arriving at the big city accompanied by a family member or partner was better than doing it alone, but it was still difficult to find decent housing at an affordable price, nevermind integrate into the workforce. To reduce the time and costs associated with both difficulties, the immigrant population who arrived in Madrid sought the help of migrant networks and their own contacts united by a sense of solidarity, blood ties, friendship and compatriotism. These networks could be called upon independent of urban or rural origin, whether the person had travelled a short distance or across half the country, whether adolescent or the head of a family, accompanied or alone, male or female, or whether they had headed directly for Madrid or stopped off at smaller cities along the way. So dense was the mesh created by the tenacious transfers of population to Madrid, that to have a direct relation or a distant relative, an old friend or a friend of a friend who you could turn to for support to reduce risks, costs and time was a fairly common resource during the early days of immigration in the city.

Kinship networks in which accommodation was offered were the most common, generally mediated by maternal ties and dominated by the cohabitation of nephews in search of employment or studies, with mothers, aunts or other older female relatives who needed looking after. But the solidarity of blood ties did not end beyond the threshold of the family home, as the formation of extended families in small neighbourhoods was common: several families with kinship ties would group together in independent houses, but very close to each other, forming tight social relationships. A housing strategy generally implemented by manual labourers originating from rural areas and with a low level of professional qualification, so that they would have a cushion of help at hand, to which they might turn in times of need.

This behaviour extended to different groups of recently arrived immigrants from the same region or town. The call effect, migratory chains and the influence of interwoven networks of communication and contacts were the fundamental elements that sewed the seed of these extended villages in Madrid. Groups of recently arrived immigrants from Lugo, Toledo and Jaén, for example, concentrated their homes in small blocks or buildings where they tried to recreate within the big city, where possible, the conditions of life and social habits from their respective places of origin. Affectionate friendship bonds in which compatriotic empathy took precedence, giving them a similar socio-cultural background, and meaning that a new arrival to the city could more easily be taken in as a sub-letter by one of their compatriots. Sharing childhood memories, recognising typical expressions from the homeland, having friends in common, celebrating the same festivals or cooking the same regional dishes, did not only reduce homesickness amongst new arrivals and ensure a lower cost of accommodation, it also had a direct repercussion in other important areas, such as their ability to enter the job market. Throughout the final quarter of the 19th century, at the height of the city's expansion and during the biggest labour crisis suffered by the city in

centuries, one in five shop assistants, apprentices and servants employed in the homes of East Expansion Plan came from the same place as their employer. This was proof that this was a real advantage that was still more effective in those sectors of the job market where geographical endogamy was established, as was the case of the Asturian bakers or the cowboys for La Pasiguería in Cantabria. Furthermore, the survival of a small but solid neighbourhood, residential and work relationships amongst compatriots in the big city also had an effect when it came to choosing a spouse, maintaining a tokenistic but constant endogamy faced with the clear predominance of mixed unions between immigrants of different origins or immigrants with Madrilenians recorded by the city's civil marriage registers.

The pattern of behaviours that sought mutual benefit amongst relatives and compatriots when it came to making the move to the big city, however, was generally short lived, especially if the ties were purely compatriotic. In essence, their maintenance looked to establish mechanisms of protection and preservation of a rural society that had been relocated onto the streets of the Spanish capital, which was becoming a metropolis. A desire that was doomed to fail in the long term, being as its success was limited to the first attempts at insertion into the city of those immigrants from rural areas with a great tradition of migration to Madrid and who lacked professional qualifications. In this way, throughout the first thirty or so years of the 20th century, the presence of compatriotic networks in the East Expansion Plan slowly became diluted. With time and experience acclimatisation to Madrilenian society and its economy became possible for those disorientated immigrants who on their arrival had sought refuge with their relatives and compatriots. This weaned them off their initial need to hide away amongst familiar accents, customs and faces. It was a logical consequence of the increasing number of migratory springs from which Madrid's demographic growth drank and of the establishment of a complex mass society. It also came from greater knowledge on the part of immigrants of the housing and job markets, given the urbanisation process the country was going through at the turn of the new century. A process that was more evident in zones such as the East Expansion Plan, which came to be newly created urban spaces and destinations for the first batches of immigrants, aiming to position themselves in more and more central locations within the city. As Madrid's socio-economic segregation increased the cost of living in certain neighbourhoods, they passed the mantel to the city's Outskirts and bordering towns, which became the new destinations of this rural, poorly qualified wave of immigration whose members continued to make use of migratory networks.

Evidently, the end of the city's physical borders was not the only consequence of this explosive demographic expansion. The level of internal migration towards the capital also upset the city's economic fabric, which became submerged in a long and deep process of transformation that continued well into the 20th century and which had huge repercussions for Madrid's job market. During these decades, the job market was completely overflowing on account of the Herculean gap that appeared between Madrid's capacity to offer jobs, (which grew in linear fashion under the auspices of the liberal capital) and the exponential demand for jobs due to the aforementioned growing currents of rural migrants. Madrid found herself in a titanic bind; she had to expand her economic activities at the rhythm necessary to absorb the growing mass of inhabitants into the workforce - a challenge that the city was totally incapable of overcoming.

The city was far removed from the major trading routes, did not have the raw materials necessary to actively take part in the first industrial revolution and lacked the

entrepreneurial business spirit that would invest in productive activities instead of living off income generated by the sale of Debt or property rental. Instead, it entrusted its economic development to the building boom, expansion of public administration and institutions and its role as central distributor of resources and services (awarded to the city on account of its focal position on the national railway and telecommunications networks). These elements were not, however, sufficient to absorb the entire demand for jobs that was overwhelming the city. Moreover, given that the majority of the recently arrived population was from a rural background, they had extremely low educational levels and, although skilled farm labourers, they lacked urban professional qualifications. Their chances of integrating into the job market in such an environment were almost inexistent, as what was needed were skilled workers with some kind of academic education.

This difficult socio-economic context worsened in the last quarter of the century, paving the way for the impoverishment of a large part of the general public living in the capital that were consequently thrown into a life full of doubt. Madrid's job market began to see more and more day labourers, synonymous with the precarious situation into which many fell in these decades of clear imbalance between job offers and demand. Madrid, far from being the Promised Land that rural immigrants dreamed of, became a dark well with little hope of escape. So it was that a new work profile emerged in Madrid that would come to dominate the city's job market throughout the second half of the 19th century and the beginning of the 20th century: that of the urban day labourer. The profile was of a person, typically a rural immigrant, who had arrived in Madrid at a prime working age, lacking in qualifications and city work experience, who had no way of knowing when he woke up in the morning what the daily wage would be (if he managed to find any work), no idea where he would be working or what kind of tasks, (though generally of a physical nature), he would have to perform. Finding work was no easy task, as jobs were in short supply given the excessive availability of labour crowding the streets. The jobs that were available were usually sporadic and inevitably very poorly paid, with daily wages that barely reached two pesetas and were thus practically incompatible with the idea of raising a family. A process that was not specific to the Spanish capital, but was essentially repeating itself in similar fashion in many other big European and American cities, such as London or Chicago (where history has coined the term immiserisation), in which immigration from the countryside to the city was of such a scale that it far surpassed these cities' capacity to create more jobs.

The first to fall into the feared jaws of the day working system were those rural immigrants who arrived in the capital during the 1850s and '60s. Faced with the difficulty of entering a job market controlled by Madrid's fallen workforce, they began to settle in the city's slums and to do whatever work was offered to them. Once the Expansion Plan was approved at the peak of rural immigrants' conquest of the city, however, it became clear that the city was unable to create jobs and educate the uneducated workforce at an equal pace. The strong pressure that this myriad of rural immigrants exerted on the city's job demand not only made it harder and harder to find stable work, but also inundated the opportunities for day labour, which in turn increased the risk of socio-economic impoverishment for the capital's residents. It was then that this socio-economic context turned the city into an efficient producer of day labourers, comprising up to 40% of the male population in 1905. This tendency was less visible in the well-off East Expansion Plan, where the percentage reached only 27%.

Towards the final quarter of the 19th century, the proletarianisation of Madrid's job market was at its highest, its influence increasing both amongst Madrilenians and immigrants, whether from rural or urban backgrounds, having spent over a decade in the city or having just arrived, young people and adults alike. The daily fight for life of day labourers stopped being a possible personal tragedy and became a structural way of subsistence against which its victims must struggle from the cot to the grave. The pathways to work that might have the power to increase socio-economic mobility had become so narrow in Madrid's job market, at the cost of increasing to unexpected levels the risk of downfall. In fact, just one in every four of the East Expansion Plan's day labourers managed to climb out of this spiral during their lifetime. An unpromising future that, unfortunately, was inherited by their children and relatives, of whom less than 15% managed to stop being a day labourer, a destiny filled with misery and hardship that neither experience, maturity or marriage (85% of people from families of day labourers married someone from the same background) could eschew.

The majority of day labourers worked wherever they were needed, helping someone to move house, unloading packages at the Atocha railway station or digging trenches for one of the council's building projects. Throughout their lives, Madrilenian day labourers jumped continually from one job to the next, acquiring along the way a high level of experience across multiple sectors, but without ever being recognised as specialists in any of them. Amongst those who declared a place of work, the majority claimed to be part of the thriving construction industry, as workmen, labourers, assistant bricklayers, carpenters or to be working from sunrise to sunset in the brickworks on the outskirts of the city. Brickworks were an industry that turned out to be highly benefitted by the increase in immigration. On the one hand, these factories made it possible to reduce building time and on the other hand they made use of the cheap, unqualified labour available. The more fortunate managed to find more stable work and generally a higher daily wage, performing simple and mechanical tasks at Atocha railway station, in modest artisanal workshops or in institutions and factories such as the Royal Mint, the Royal Tapestry Factory or the gas plant.

This infiltration of day labourers into professional fields that had traditionally been occupied by qualified manual labourers was the decisive factor that caused the ruin of Madrid's preindustrial trading world, whose workforce reduced by a third between 1880 and 1905, especially amongst those of Madrilenian origin. The skilled workers of the city suffered a profound process of industrial corrosion throughout the second half of the 19th century as a consequence of the conjunction of a series of factors that made way for a perfect storm, a crisis faced by many artists. The crisis had its roots in industrialisation, the reinforcement of the national market and the putting into action of a capitalist division and organisation of work. The suppression of trade unions in 1834 meant the start of an irreversible loss of autonomy and control over production times and access to professional qualifications that skilled workers had enjoyed since the Middle Ages. Moreover, the once indispensable knowledge, techniques and experience acquired by master craftsman and apprentices who had inherited them from previous generations were no longer as valued due to a gradual specialisation in the manufacture of new items, the emergent mechanisation of the productive process, and the growing employment of the poorly qualified but cheap workforce in support roles. Finally, the creation of a more integrated national market thanks to the reduction of transport costs via the railway meant that products made in Madrid using the capitalist manufacturing system were more competitively priced than those made in other parts of the country. In this way, one of the great advantages that Madrid's skilled tradesmen had enjoyed until

then was squandered: its favourable location in the country's largest centre of consumption.

The old security of the artisanal career, in which, through hard work, time and perseverance, a young person could enter a trade as an apprentice, work their way up to becoming a tradesman and, finally, gain enough experience to become a workshop master and set up on their own, was cut off. The skills and experience acquired lost all relevance when they were no longer essential requirements to work in production. Trades depreciated in value, as did the value of time and labour. This corrosion of traditional crafts and loss of autonomy consolidated a new pay model in which the charge for the finished article was substituted for salaries amongst most tradesmen. This was a model in which the qualified workforce succumbed to the day labouring masses, inexperienced but determined to work, whatever the pay. The big workshops, companies, public institutions, medium-sized factories and timberyards opted for contracting day labourers, cheaper and more malleable, not only for jobs requiring no qualifications, but also intermediate positions. Specialisation and mechanisation had considerably reduced the level of technical knowledge required to carry out the roles, laying to rest hundreds of jobs that had previously been done by professionals and masters without workshops. Those who stood up to the test dedicated themselves mainly to construction, leather work, metallurgy, electricity and, in smaller measure, to graphic arts. Their working conditions, however, varied dramatically. The first two sectors extensively used qualified but poorly paid labour thanks to the building boom and the essential need for clothing and footwear by the Madrilenian population. In the remaining sectors, qualifications were sought after, given constant technical innovation and the lack of experienced workers within Madrid's workforce to take on positions as foundry workers, electricians, mechanics or typographers.

The socio-economic consequences of this industrial degradation were characterised by a clear reduction in salary differences and in houses prices between the two groups. The thin line that separated them became ever more porous in its decline. Only half of qualified manual workers living in the East Expansion Plan withstood this hierarchy their entire lives. The process of fathers passing on the knowledge of their trade to their sons could not, in one of four cases, avoid sons also becoming day labourers. This was a fact of working life that extended to marriages, as one in three artisans married people from a day labouring background.

But Madrid's economic complexity also offered its residents in the second half of the 19th century other job opportunities associated with trade and services. Economic sectors that had huge segments deeply rooted in preindustrial times, such as domestic service, the military, retail services responsible for supplying the city on a daily basis, or other personal services. Amongst the most prolific occupation were those as servant, maid, nanny, clerk and shop assistant, waiter, delivery person, driver or porter. Poorly qualified workers endeavoured to get these jobs as, although they would not enjoy higher wages or better working conditions than those of day labourers, at least the work was stable. These jobs reduced the daily stress of looking for work and that usually came with board and maintenance, although in comparison the differences between being a contract worker and being a servant barely existed.

The survival of preindustrial working conditions stood out particularly in the limited participation of women in the city's formal job market. Industrial gender divides were enforced by liberal society, which understood work to mean that which was

remunerated and performed outside the home. That, alongside the expansion of the discourse on domesticity and the two sphere theory, which limited the role of the woman to the private sphere and that of the man to the public sphere, repressed women to the point where their formal industrial participation was in domestic service (especially interior, which in the East Expansion Plan provided work for 50% of working aged women in 1905). To a lesser extent, women also held some highly feminised qualified manual positions such as cigar maker or seamstress, which they carried out piecework in the home or in the capital's workshops and factories for a daily wage that was half that received by their male counterparts. Evidently, their industrial activities were greater and more varied, but the limitations imposed by the aforementioned factors clearly undermined their chances of entering other professions. For this, women would have to wait until the first few decades of the 20th century, although even then it would still be on a tiny scale.

Nevertheless, despite the socio-economic difficulties in which the capital found itself embroiled during the last quarter of the century, in this period it was also possible to perceive the age of change brought about by the economic modernisation of Madrid's services that would take place during the first decades of the 20th century and would invigorate the job market. The vehicle of change was without a doubt the State, which strengthened Madrid's managerial role during the process of introducing new bureaucracy into the public administration. A modern organisation composed of ministerial dependencies, departments, general management, public bodies and institutions that would have to take over the new administrative and managerial requirements of the State in terms of property, law, education, finance, statistics, the military or science, among others. A building in which Madrid occupied the first floor, housing its key governing and administrative structures, vital for directing and coordinating the different economies on a regional scale that were springing up across the country. Madrid was far from being the industrial or commercial heart of the nation at the end of the century, but instead it underpinned its role of central distributor of capital, raw materials, manufactured products, information and power. This system of bureaucratic organisation for managing and administering innumerable resources also began to be assimilated during the change of the century by the first big private companies to arrive at the capital. Pioneers in this sense were companies with greater volume and complexity of business, linked to the railway and the bank. During these years, their activities were consolidated across the country, broadening its infrastructure in cluster form and realising the necessity of modernising administrative, managerial and internal monitoring systems. The decision made was to start to imitate both the State and large American industrial corporations by applying the division of labour and industrial specialisation advocated by Ford and Taylor on the one hand and Marshall's scale economies on the other.

As important as the expansion of the aforementioned industrial offering was the modern professional profile of the workforce, which was required by these modern services. Both the State and large private corporations demanded more and more qualifications and specialisms from their employees, chosen according to intellectual capacity and scientific-technical knowledge that ought to be objectively verifiable. The method of choosing candidates was established based on merit and specialisation. Some employees paid with professional fees, bonuses or previously agreed and generally annual salaries were integrated into a strict hierarchical structure up which one could progress through hard work. So, in the last quarter of the century, Madrid's job market experienced an appearance of an essentially public bureaucratic body (but for the

exception of large corporations), headed by professionally qualified technical consultants, followed by educated professionals (lawyers, doctors, university professors) and market professionals (civil, industrial and electrical engineers), and followed by hundreds of public white collar employees.

A growing well-paid streak of workers, the immense supply of which exceeded what the Madrilénian job market had to offer. These sectors nourished themselves using qualified immigrants from city backgrounds, comprising members of the middles classes whose families had enabled them to access further studies. The oversaturation of the labour market as a baseline, training was the factor that made the difference, opening the doors to middle and high class employment opportunities. White collar and professional families embraced this knowledge, understanding that ensuring the continuation of their generous social position was only possible through investment in the education and training of their offspring, a decision that was within their reach, given that they occupied the highest income band of wage-earners.

The signs that pointed towards the emerging process of modernisation of that part of Madrid's services were only visible at the beginning of the 20th century in well-off residential areas, such as the East Expansion Plan. In its neighbourhoods it was possible to predict an increase in well-paid technicians, managers, professionals and white collar employees entering Madrid's workforce. The cause was founded on the fact that these specialist wage-earners occupied the middle and top rungs of Madrid's salary ladder. For that reason, they had resources far superior to those of artisans, day labourers or people employed in preindustrial services – they could meet the costs of making their homes in the best houses Madrid had to offer.

Although in the years surrounding the turn of the century the city's economic activity already housed pockets of modern development, these did not have the strength sufficient to inspire great change in the distorted labour market, pierced by a terrible corrosion of professions and incapable of absorbing the hordes of rural immigrants who were crowding into the capital. Everything changed during the years between the wars, however, when the bridges of the social, economic, cultural, political and residential structure of preindustrial Madrid were burnt once and for all. At this time, Madrid was well and truly shaken up, like the rest of urban Spain and Europe, by the temporary concentration of a series of interlinked local, national and global phenomena of great importance. The confluence of the industrial application of electricity and the combustion engine, amongst other scientific and technical innovations linked to the second industrial revolution, the scientific division of work and the mechanisation and specialisation of production, along with a change in the size of factories and the subsequent necessity to achieve ever higher turnovers, the development of modern business management and administrative procedures born out of advance capitalism, the expansion of international trade, an increase in living conditions for its inhabitants, the peak of mass society and the increase in national consumerism, or the deepening of bureaucracy of public and private offices. All these factors increased to unimaginable extremes the complexity and extent of the economic activities of a city in the process of becoming a European metropolis.

These modern competitive factors joined with those that the city already possessed, such as the importance of the public sector, the presence of the best financial and railway companies in the country, the control of the national transport and telecommunications networks, the existence of businesses and services associated with

the need to supply its large population. Together, they allowed a modern metropolitan economy to blossom at the heart of Madrid, based on increasing the strong, growing performance of its manufacturing and service industries through the future accumulation of resources. Madrid grew and profoundly transformed its economic bases following the First World War, sparking a great metamorphosis of its workforce compared to what it had been like before the War. By 1930, the Spanish capital had rejuvenated its economic engines to the point where it was able to offer a multitude of different job opportunities, both to qualified and unqualified workers, to those who used their hands for work and those who used their intellect, to Madrilenians and immigrants.

Firstly, electricity, the internal combustion engine, the increase in the scale of production lines and its growing mechanisation were all elements that succeeded in sewing the seed of industrialisation in Madrid. This fact contributed to profound changes in the world of qualified work, such as the end of professional corrosion, the height of large scale factories and workshops in comparison to the disappearance of more specific trades, such as timber yards and, above all, the shifting of its internal composition. New manual jobs sprung up during these years, linked to modern advances in technology, such as mechanics, electricians and engineers. These workers, specialists in new sectors like metallurgy, electricity, automation and mechanics, were rare and much sought after. For that reason, the large private companies who had set up in Madrid, the only ones who could afford the enormous investment necessary to open up these economies of scale, did not skimp on their salaries and even began to employ these people as part of their full time staff. So it was that members of these professions benefitted from some of the highest salaries of qualified manual workers in 1930, alongside those working in sectors in which mechanisation still had not substituted the skilled and experienced human workforce, such as linotype operators and printers.

The technical advances of industrial society signified the rise of some professions and the decline of others. The appearance of new complementary industries in Madrid, as well as creating jobs such as electricians, mechanics or engineers, also meant the disappearance of other centuries-old jobs, such as rope men [men who stood in the street with a length of rope around their shoulders, ready for anyone who may need something lifting or moving], lamp-makers or carriage drivers. There were also entire sectors such as textiles, leather or building, which resisted modernisation or could not be modernised, affecting the professional context in which their workers found themselves. Ruthless national and international competition, with cheaper prices due to greater productivity, forced many shoemakers, upholsterers and tailors to close their specialist workshops and work for third parties, or simply reduce their service to just adding the final touches, finishing off or repairing clothes and footwear. What's more, they suffered the pressure of feminisation of the workforce and the at-home service offered by dressmakers and seamstresses, who worked hard for a much lower salary. The construction sector continued to shelter hundreds of builders, painters and carpenters, as well as thousands of day labourers who completed magnificent works on a daily basis, such as those of Gran Vía, modern infrastructure such as the Metro, branches of banks and large companies such as Telefónica. There was also residential construction to make way for a potential population of one million. The construction industry was a powerhouse of Madrid's economy thanks to the work it created. However, despite technical advances such as the lorry or the crane, the use of new materials such as concrete and cement, or the creation of large construction companies, this sector barely modernised the structure of its workforce, which was based on

extensive use of cheap manual labour, with very little difference between labourer and master.

Nevertheless, the most important change in the job market of manual labour in Madrid in the first third of the 20th century was the reduction in the use of day labourers. The diversification and increasing complexity of the city's economic activity meant that it ceased to be a day labourer generating machine and even managed to improve the working conditions of those day labourers that did still exist. If in previous decades the immigrant population had been the fuel that fed job insecurity, the period between the wars saw a change in the situation. Less qualified workers began to be given a greater variety of jobs and their working conditions were better than they had been a few decades previously. That said, it is worth remembering that the construction industry still continued to take in the majority of this group of workers.

Improvements in primary education on a nationwide scale, the building of schools in the city and the influx of immigration from an urban background all helped to improve the population's level of education, broadening their professional horizons. More crucial still were the changes that big industrial and service companies born out of advanced capitalism exercised on this great mass of poorly qualified workers. These corporations put into action the capital's modern economies of scale, importing new workflow systems derived from Taylorism and Fordism. They also introduced to their vast administrations the bureaucratic theories of scientific management advocated by Chandler and Weber. These factors favoured the growing expansion of a job offer that required little qualification but was constant, increasing the stability of the day labouring population who, as a consequence, began to enjoy more stable earnings. The division and specialisation of work within the industrial manufacturing process allowed the use of day labourers for mechanised tasks that did not require great technical knowledge, in entry-level jobs or small corners of manufacturing. This process had its corollary in the lowest levels of bureaucratic organisational hierarchy within State and municipal administration and in subsidiary companies of large national and foreign companies within the capital, where they were used as cheap labour for cleaning, security or distribution.

So important was the increase in job security that, in many cases, the experience acquired in regularly taking on these roles allowed day labourers to extend their contractual relationships with companies and become support staff. This happened both in large scale complex private businesses and in public institutions, such as MZA [a railway company] or the Royal Mint. It could also be seen in more modest but specialist workshops such as the Meneses and Espuñes silversmiths, and in public services such as tram and Metro workshops. All of these could be found in Madrid's East Expansion Plan. Being a day labourer in 1930 was not only a completely different matter to that of being a day labourer in 1900, but the possibility of climbing the social ladder had also been multiplied. This social ascendance may be down to the level of personal experience gained, through marriage or passed down from parents to children, thanks to the diversification and increasing complexity of Madrid's economic activities that had taken place in the period between the wars. Finally, a gap had been opened through which some might escape the insecurity that had dominated the world of day labourers throughout the second half of the 19th century.

The changes that affected Madrid's manual labour market only tangentially affected the women who formed part of it. The social, legislative and cultural

difficulties that they had to face to get training and achieve a certain qualification in fields alien to the sphere in which the gender divide had placed them reduced their chances of being able to enter the new manufacturing roles that were arising in Madrid. It was a Herculean task to find women capable of taking on roles outside of those that society had chosen for them, such as seamstresses, dressmakers, cigar makers or laundry women. They were all but excluded from professions such as electricians, mechanics or day labourers in the construction industry. The doors to production lines, mechanisation and specialist industrial work were, however, opened to them via small cracks through which they might timidly poke their heads in these modern times. A participation that, despite everything, continued to be dictated by a marked pay, responsibility and even physical discrimination compared to their male colleagues.

Madrid climbed several rungs up the ladder in its role as industrial centre of the country following the Great War due to an increase in other types of manufacturing. However, the modernisation and expansion of services happened in the years between the wars, which distinguished the city's economy from that of other cities. During these years, Madrid was characterised as a modern city of workers, whose weight far surpassed the previous predominance of day labourers. It was not news that the services industry was one of the city's key economic drivers in 1930. What was news, however, was the change this brought about in qualifications and responsibilities of the new workers – far from the old-fashioned profile of domestic assistants, government workers, army soldiers and the multitude of small business owners that for years had settled themselves in the city. These still bore significant weight in Madrid's economy, more visible in the East Expansion Plan, where most of the domestic service and high ranking military men were to be found. It was a clear step backwards. The new need for management and administration, for conveying and transporting information, people, goods and capital, for the supply of goods and services to a budding consumer society, reclaimed by the State, credit banks, large industrial corporations or subsidiaries of large multinational companies, supported the professionalization of Madrid's modern services and the consequent specialisation of its workers. Processes that no longer only affected state bureaucracy and pioneering railway and financial companies, as they had at the beginning of the century, making themselves applicable to the thriving private sector.

The innovative financial and societal practices introduced with advanced capitalism increased the demand for bank employees, accountants, finance experts, stock brokers and insurance brokers to make new investments. Capital that was consumed for the most part by manufacturing innovation, in need of professionals such as industrial, road and forest engineers, architects or chemists. At the same time, the increase in scale of large corporations made internal bureaucracy even more complex, increasing the number of departments and offices in which all sorts of people were working; inventors, economists, lawyers and managers. The amount of national and international trade and the boom in telecommunications encouraged more and more commercial agents and salesmen, telephone operators, telegraphists, railway workers or haulers. Additionally, the different levels of public administration had to tackle renewed demands for modernisation and broadening of their services, which meant new expansion and specialisation of white collar worker and public professionals associated with ministerial management, education, health care, mass transport or security.

This paid and highly specialised workforce inserted itself into the different departments that made up the staff of the big private companies that had begun to gather in the capital in search of the benefits of the urban agglomeration. Some workers and

professionals formed part of a very hierarchical bureaucratic system, in which pay scales were pre-determined and the category into which each worker fitted, not in terms of their merits, but in terms of the amount of knowledge they had amassed, their length of services and the way they had gone into the company. There was also room for a minority who exercised freely or who were working in modest offices where they offered guidance, publicity, accounting, transport or logistical support to large companies and the State. Whatever the role, intellectual jobs were given preference over physical jobs. They did not make or handle goods, but they managed production, distribution and sales processes, they worked with huge volumes of information, symbols, data or people, they controlled the efficiency of internal bureaucracy or they applied theoretical knowledge acquired in training to their reality. They needed a high level of training, experience, good personal presence and they needed to ensure reserved behaviour in their personal lives. They must also adapt themselves to the agreed production time and get used to the impersonal treatment they would receive as a cog in a much larger machine. In return, these professionals and workers enjoyed stable jobs with annual salaries far superior to those of manual labour, a future in which stepping up a rung of the ladder was viable, and certain benefits derived from corporate paternalism, such as ease of access of families to the business, organisation of sporting and leisure events, and earning discounts on buying certain items.

The slow rise of the city's middle classes due to professionalisation of services, the slight increase in quality of life of the proletariat, and the increase in Madrid's population, spurred on the rise in consumerism and leisure during the 20s. Huge department stores sprung up, particularly along Gran Vía and around Puerta del Sol, along with modern forms of entertainment, such as cinemas and bars, and new mass sporting precincts for football and frontón [racquetball]. Reduction in production costs and transport, the existence of production lines and an increase in demand, modernised and widened the offer of goods and services from the city's different commercial establishments. So it was that the first illuminated window displays appeared, along with new sales and marketing techniques, a rejuvenation of the commercial calendar, new consumer and leisure habits, etc. The modernising process snubbed tacky souvenirs and small shops. In their places, the labour sector advocated the implementation of a new professional workforce, specialist in specific activities. These might include shop workers, cashiers, publicists, decorators, travelling salespeople, waiters, ushers, actors and sportsmen.

As part of this expansion and professionalization of services, women found themselves more welcome than they had done in the industrial sector. Amongst new job opportunities open to them, the socio-culturally suitable ones were those that most stood out as preferring women. As seen in Madrid's East Expansion Plan, the number of female secretaries, typists, shorthand writers, cashiers and shop workers dedicated to customer service grew during the 20s. They also found themselves in luck when it came to getting jobs in telecommunications, where women had been energetically getting roles as telephonists and telegraphists from the beginning of the century onwards. This phenomenon marked the city's adaptation to the changing times in workplace gender division that had been inherited from the previous century, which justified the increasing feminisation of professions such as teachers, nurses, porters and servants. On top of seeing being held back by their gender and not by their ability to carry out one job or another, discrimination in the workplace extended to new professions, in which they had to keep putting up with salaries far inferior to those of their male colleagues, and the suspicious editing of salaries on the pay scale. In spite of it all, the slow

absorption of women to paid jobs, undertaken full time away from the home, signalled in and of itself a great socio-economic advancement for many of them, gaining autonomy, respect and public presence in the rest of Madrilenian society.

As a result of these socio-economic changes, Madrid developed into a living ecosystem in constant evolution, comprised of different urban spaces that redefined their character and function throughout these decades. The East Expansion Plan was one of those that suffered a major change, going from nothing but orchard and waste ground outside the city in 1860 to the opulence embodied by neighbourhoods where Madrid's most well-to-do rubbed shoulders with one another in 1930. During this period, this area went from being one of the top residential areas chosen by immigrants recently arrived in Madrid to an area integrated into the city, supplied with the most advanced infrastructure and services of the time. At the start of the Restoration, the East Expansion Plan was one of the first frontier lines of a city in expansion, a place to look for accommodation, even if it was only temporary. Annual housing mobility of the city's inhabitants, mostly immigrant, was extremely high, reaching 45%. The persistence with which they moved, greater among families led by day labourers and widowed women, owed itself to the still thriving development of this zone within the Expansion Plan. It was also down to the constant need to adapt unstable incomes to available housing prices, and the custom of having a house in a certain location depending on where you worked. From what we have discussed since the beginning, the majority were passing through, following the inertia of their occupation. Migratory networks took them in or they found low prices for a roof over their head in the Outskirts, but always with their gaze fixed firmly on the old quarter, the centre of all things.

In 1905, the most western neighbourhoods in the East Extension Plan had already managed to get their act together and start exploring the socio-economic circuit of the old quarter, gradually extending towards the east. These areas stopped being for merely passing through and became a stable, well-off residential area. Instead, speculation and high land prices slowed the urban development of Madrid's periphery, being surpassed by the spontaneous growth of the Outskirts. Housing mobility showed itself in the decreasing attention received by the Interior.

On the one hand, well-off families of wage earners, professionals and landlords were more capable of looking after themselves in the saturated East Expansion Plan, whilst on the other hand manual labourers stayed away from the neighbourhoods of this border area to the old quarter in search of cheaper house prices, both within its perimeters and in the adjacent areas of the Outskirts. Tendencies which, during the first third of the 20th century, were yet further increased by the urban advance of the East Expansion Plan. Residential mobility, on the one hand, also dramatically reduced in those years (less than 10% annually), caused by an assortment of factors such as full integration of this district into the city, rapidly rising inflation and the fact that the law had frozen old rental contracts. It was also down to expansion of public transport and the well-off position of most of the families living there.

An East Expansion Plan that owed at least some of its character and later evolution to the first buildings erected by the Marquis of Salamanca in the 1860s and 70s for the rich middle classes and aristocracy. Spacious, luxury buildings that indicated the socio-economic tone of these neighbourhoods, giving them an air of richness and modernity in the city's collective imagination. This description was not far from the

truth, although it excluded the hundreds of families of day labourers living in the attics of these buildings. The area never managed to shake of this grandiose description and, copied by other landlords in these zones, it stretched from the neighbourhoods of Salamanca and Conde de Aranda towards Biblioteca, Retiro and parts of Monasterio and Las Mercedes. This area thus became one of the legs upon which Madrid's socio-economic segregation, started during the final quarter of the 19th century, stood. This phenomenon only continued to heighten during the period between the wars, until what was left was a socio-spatially fragmented city in the advent of the Second Republic. This was a time that saw average price differences between different neighbourhoods grow exponentially, corollary of a marked concentration of the middle classes and upper classes in exclusive urban spaces whose high house prices isolated them from the rest of the population.

Madrid certainly embraced modern times in the first third of the 20th century, able to on account of the second industrial revolution, mechanisation and expansion of advance capitalism, as well as the birth of mass society. Following several difficult decades of upheaval, in the period between the wars the majority of Madrid's population saw the strengthening of social achievements unthinkable until that time. In general terms, literacy levels and access to education increased, and infant and general mortality rates began to go down. The city's labour market became more complex and diverse, taking on more and more workers in better paid and more stable jobs, as well as offering pockets of work to women. The large number of day labourers that had asphyxiated the capital towards the end of the 19th century and beginning of the 20th had also reduced. As a consequence, for the first time in decades, the opportunity to prosper in Madrid became a real possibility for its inhabitants, rather than the dream of a social movement that would rise up over its lifetime or at least guarantee a better future for its young. At the beginning of the 20th century, the population began to enjoy better quality of life, shorter working days, Sunday rest, higher pay, unemployment benefits and a better entertainment offering. All these factors played a determining role in the growing strength and influence of working class associations, particularly as they progressed towards socialism through the increasing popularity of the UGT [General Union of Workers] and the PSOE [Spanish Socialist Workers' Party].

Paradoxically, during these years the social inequality created by the huge contrasts derived from the great social, economic, political, cultural and urban transformation of Modernity, also became more cutting. Madrid's population had not forgotten the social and economic battles they had won following a buoyant period of economic growth during the Great War, due to the strength with which they had fought them. Modernisation of collective recognition, driven by Madrid's workers' movement via the Casa del Pueblo [House of the People] and the PSOE, was essential in fighting against unknown levels of inflation. Political and social discourses advocated the class war, inspired by the triumph of the Russia's 1917 revolution. Madrid, like many other Spanish and European cities, had fertile grounds for the cultivation of this class war in the form of immeasurable residential segregation. It became increasingly unlikely that the well-off layers of society that included landlords, professional and those with high positions within administration would share a neighbourhood with families from the working classes. The clearly personalised tendency in the East Expansion Plan for social extremes to end up gathering in the same urban spaces was ever greater. A residential segregation that was seen as a phenomenon caused by the advent of the free market, which supported itself through discriminatory treatment by the authorities to certain city zones according to the socio-economic category of its residents. This

reinforced an exclusive and opposed collective imagination between the favoured and the wronged of this prevailing social inequality.

The contrast, progression, neglect, failure, fear and hope created by a Modernity of which the population of the East Expansion Plan formed part. Eventually, Madrilénian and Spanish society were forced to choose between the following dilemmas: plough ahead with the process of modernisation, trying to smooth over their marked differences, or improve the overall situation and opt for a new social order that would support itself using completely opposing pillars. But that, as they say, is another story.

Bibliografía

Archivos, Bibliotecas e Instituciones consultadas

- Archivo de Villa de Madrid.
- Archivo General de la Administración.
- Archivo Histórico de Protocolos Notariales de Madrid.
- Archivo Municipal de Madrid.
- Archivo Regional de la Comunidad de Madrid.
- Biblioteca digital del Patrimonio Histórico del Ayuntamiento de Madrid.
- Biblioteca Nacional de Madrid.
- Cambridge University Library.
- Fondo Virtual del Archivo Histórico del Senado.
- Fundación Telefónica.
- Gerencia Municipal de Urbanismo de Madrid.
- Hemeroteca Municipal de Madrid.
- Instituto de Patrimonio Histórico Español.
- Museo de Historia de Madrid.
- Spanish library at University of Cambridge.
- IDE Histórica de Madrid. Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC y la Dirección General de Estadística del Ayuntamiento de Madrid.

Obras contemporáneas

- ABARCA, E.: *El problema de la circulación*. Madrid, Publicaciones de la Unión de Municipios Españoles, 1927.
- AGIUS, J.: *Madrid. Su población, natalidad y mortalidad*, 1886.
- *Almanaque Bailly-Bailliere. Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica*, 1921.
- ARTETA, A.: *Disertación sobre la muchedumbre de niños que mueren en la infancia, y modo de remediarla*, Zaragoza, I, 1801.

- ASOCIACIÓN DE PROPIETARIOS DE FINCAS URBANAS: *Reglamento de la Asociación de Propietarios de fincas urbanas de Madrid y su zona de Ensanche*, Imprenta de El Imparcial, Madrid, 1869.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID. *Extrarradio y extensión de Madrid*. 1929.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Datos obtenidos del empadronamiento general de habitantes de 1915*, Negociado de Estadística, Madrid, 1917.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Disposiciones oficiales acerca del Ensanche de las Poblaciones en general y del de Madrid en particular*, Madrid, 1877.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Ensanche de las poblaciones. Disposiciones oficiales de carácter general relativas al Ensanche de Madrid*, Imprenta Municipal, Madrid, 1917.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Escuelas de instrucción primaria que costea el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, su situación y presupuesto, y noticias estadísticas varias*, Litografía de los Asilos de San Bernardo, 1878.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Estadísticas Demográficas*, 1905-1928.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Gran Vía de Madrid 1901-2010*. Imprenta Artesanal del Ayuntamiento de Madrid, 2009.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Información sobre la Ciudad. Año 1929. Memoria*. Imprenta y litografía municipal, 1929.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Informe sobre la urbanización del Extrarradio*. Imprenta Municipal, 1923.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria resumen de los trabajos realizados por la Comisión de Ensanche del Excmo. Ayuntamiento de Madrid desde el 1 de abril de 1924 a 31 de diciembre de 1926*, Imprenta Municipal, Madrid, 1927.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Presupuestos de Gastos e ingresos para el año económico de 1891-1892, aprobados por la Junta Municipal*, Imprenta y litografía municipal, 1891.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Proyecto de urbanización de la zona de Ensanche de esta Villa y Corte limitado por las calles de María de Molina, Paseo de ronda, Paseo de Circunvalación del Hipódromo (lado derecho) y Paseo de la Castellana*, Imprenta Municipal, Madrid, 1917.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Proyecto para la prolongación del Paseo de la Castellana*. Imprenta Municipal de Madrid, 1917.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Proyecto para la urbanización del Extrarradio de dicha Villa. Ingeniero autor del proyecto: Don Pedro Núñez Granés*. Madrid, Imprenta Municipal de Madrid, 1910.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Registro de propietarios y propiedades, por D. Carlos Colubí, arquitecto municipal*. Copia del original de 1866, Delegación Especial de propiedades y derechos de la Villa, Madrid, septiembre de 1884.
- AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Vías públicas*, Imprenta municipal, 1916.
- BELMÁS, M.: *La crisis del trabajo y los obreros de Madrid*, Imprenta de José Perales y Martínez, Madrid, 1893.
- BERNALDO DE QUIRÓS, C. y LLANAS AGUILANIEDO, J.M: *La mala vida en Madrid. Estudio psico-sociológico con dibujos y fotografías del natural*, Editor Rodríguez Sierra, Madrid, 1901.
- CABALLERO, F.: *Noticias topográfico-estadísticas sobre la Admón. de Madrid*, 1840.

- CAPMANI MONTPALAU, A.: *Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid*. 1863.
- CASTILLO, S. (Ed.): *Comisión de Reformas Sociales. Información oral y escrita (1889-1893)*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.
- CERDÁ, I.: *Cuatro palabras más sobre las dos palabras que D. Pedro Pascual de Uhagón ha dirigido a los propietarios de los terrenos comprendidos en la zona de ensanche de Madrid*, Imprenta de d. Benigno Carranza, Madrid, 1861.
- CERDÁ, I.: *Teoría de la viabilidad urbana y reforma de la de Madrid*, 2 Vols. Madrid, 1861.
- CHICOTE, C.: *La vivienda insalubre en Madrid*, Imprenta Municipal, Madrid, 1914.
- CONSEJO DE INDUSTRIA: *Apuntes para el momento de la industria española en 1930*, 2 tomos, Madrid, 1932.
- CONSTRUCTORA BENÉFICA, *Memoria correspondiente al año 1877*. Imprenta de Fortanet, Madrid, 1878.
- DAGUILLON, J. G.: *Memoria presentada a su Majestad doña Isabel II, reina de las Españas, sobre diversos proyectos de creación de nuevos caminos, paseos, alamedas, calles, plazas y squares en Madrid y sus inmediaciones*. Bruselas, 1862.
- DE ALBO, M.: *Observaciones sobre mejoras e Madrid y proyecto de ensanche de la Puerta del Sol*, Imprenta de M. González, Madrid, 1857.
- DE BONA, F. J.: *Anuario administrativo y estadístico de la provincia de Madrid para el año 1868*, Madrid, 1868.
- DE BONA, F. J.: *Reglamento General de la Beneficencia Municipal de Madrid y particular de las Casas de Socorro* (aprobado por el Excmo. Ayto. el 7-VII-1875) 6ª tirada, Imprenta Municipal, Madrid, 1910.
- DE FORESTA, A.: *La Spagna. Da Irun a Malaga*, Zanichelli, 1879.
- DE LA HOZ MUÑOZ, J.: *Memoria de Circulación*. Ayuntamiento de Madrid. 1932.
- DE LOS TERREROS, L.: “Las casas de alquiler”, *La Construcción Moderna*, 15 de junio de 1907.
- DÍAZ Y PÉREZ, N.: *Memoria acerca de la Fábrica de Calzado de D. José Soldevilla y Castillo*, Establecimiento tipográfico del Eco del Siglo, Madrid, 1874.
- DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA: *Censo de la población de España en 31 de diciembre de 1920*, Vol. 5, Ministerio de Trabajo y Previsión, Madrid, 1928.
- *Disposiciones oficiales acerca del Ensanche de las Poblaciones en general y del de Madrid en particular*, Oficina Tipográfica de los Asilos de San Bernardino, Madrid, 1869.
- F. de A.P. y CARDERERA, M.: *La ciencia de la mujer al alcance de las niñas*, 1865.
- FELIPE MONLAU, P.: *¡Abajo las murallas! Memoria acerca de las ventajas que reportaría a Barcelona, y especialmente a su industria, de la demolición de las murallas que circuyen la ciudad*, Imprenta del Constitucional, Barcelona, 1841.
- FELIPE MONLAU, P.: *Madrid en la mano o el amigo del forastero en Madrid y sus cercanías*, Imprenta de Gaspar y Roig, Madrid, 1850.
- FERNÁNDEZ CUESTA, N.: *Instantáneas de higiene. Dedicadas a las madres que educan a sus hijos*, Toledo, 1899.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *El futuro Madrid*. 1868.

- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A.: *Guía de Madrid. Manual del madrileño y del forastero*, Madrid, 1876.
- FLORES, A.: *Ayer, hoy y mañana, o la fe, el vapor y la electricidad. Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899*, Imprenta del Establecimiento de Mellado, Madrid, 1863, 3 Vols.
- GILA y FIDALGO, F.: *Guía y plano de Segovia*, Diario de Avisos, Segovia, 1906.
- GONZÁLEZ E IRIBAS, A.: *Guía práctica de Madrid*, Ayuntamiento de Madrid, 1906. Biblioteca Regional de Madrid.
- *Guía comercial de Madrid y su provincia publicada con datos del Anuario del comercio de 1905*, Bailly-Baillière, Madrid.
- *Guía-directorio de Madrid y su provincia: comercio, industria, agricultura, ganadería, minería, profesiones y elemento oficial*, Bailly-Baillière y Riera Reunidos, Madrid, 1930.
- HAUSER, P.: *Madrid bajo un punto de vista médico social*, Madrid, 1902.
- HOYT, H.: *The Structure and Growth of Residential Neighbourhoods in American Cities*, Washington D.C., 1939.
- INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES: *Información acerca de la jornada de trabajo de la dependencia mercantil*, Madrid, 1912.
- JUNTA LOCAL DE REFORMAS SOCIALES: *Estadística del Trabajo. Anuario de 1923*, Imprenta municipal, Madrid, 1925.
- JUNTA LOCAL DE REFORMAS SOCIALES: *Estadística del trabajo. Anuario del año 1924*, Imprenta Municipal, Madrid, 1926.
- *La escuela moderna. Revista pedagógica y administrativa de primera enseñanza*. Abril de 1930.
- LARGO CABALLERO, F.: *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, México 1954.
- LASBENNES, L.: *Estadística demográfica*, Resumen anual, 1913.
- LASBENNES, L.: *Mortalidad de Madrid comparada con la de las demás capitales europeas*, Madrid, 1912.
- LÓPEZ SALLABERRY, J. y ANDRÉS OCTAVIO, F.: *Memoria del proyecto de saneamiento parcial denominado Reforma de la prolongación de la calle de Preciados y enlace de la plaza del Callao con la calle de Alcalá*, Imprenta Municipal de Madrid, 1904.
- MADOZ, P.: *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Tomo X, Madrid, 1848.
- MALTHUS, T. R.: *An Essay on the Principle of Population*, London, 1798.
- MARSHALL, A.: *Principles of Economics*, Macmillan, London, 1920.
- MATHET, M.: *Urbanización de Madrid. Mejoras en el Interior*, Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, Madrid, 1903.
- MELGOSA, M.: *Las subsistencias en Madrid*, 1912.
- MESONERO ROMANOS, R.: *El antiguo Madrid*, Tomo II, Madrid, 1861.
- MESONERO ROMANOS, R.: *Escenas matritenses*, Imprenta del Mercurio, Madrid, 1846.
- MESONERO ROMANOS, R.: *Manual de Madrid. Descripción de la Corte y de la Villa*, 1831; *Escenas y tipos matritenses*, 1851.

- MESONERO ROMANOS, R.: *Nuevo manual histórico-topográfico-estadístico, y descripción de Madrid*, 1854.
- MESONERO ROMANOS, R.: *Obras jocosas y satíricas de El Curioso Parlante*, 1881.
- MESONERO ROMANOS, R.: *Proyecto de mejoras generales de Madrid*, Espinosa y Cía, Madrid, 1846.
- MINISTERIO DE TRABAJO Y PREVISIÓN: *Boletín del Ministerio de Trabajo y Previsión Social*, nº III, suplemento de diciembre de 1933.
- MINISTERIO DE TRABAJO Y PREVISIÓN: *Estadística de salarios y jornadas de trabajo, referida al período 1914-1930*, Dir. Gral. de Trabajo, Madrid, 1931.
- PARK, R. E. y BURGESS, E.: *Introduction to Science of the Sociology*, Chicago, 1921.
- PARK, R. E.: *The Urban Community as a spatial pattern and moral order*, 1926.
- PASCUAL de SAN JUÁN, P.: *Flora o la educación de una niña*, Barcelona, 1880.
- PEÑASCO, H. y CAMBRONERO, C.: *Las calles de Madrid: Noticias, tradiciones y curiosidades*. Madrid, 1889.
- PERIER y GALLEGU, P.: *Tesoro de albañiles o guía teórico-práctica-legislativa de albañilería*, 1853.
- RAVENSTEIN, E. G.: "The laws of migration", en *Journal of the Royal Statistical Society*, Vol. 48, junio, 1885, Londres, pp. 167-227.
- RAVENSTEIN, E. G.: *Journal of the Royal Statistical Society*, Vol. 52, junio, 1889, Londres, pp. 241-301.
- RÉPIDE, P.: *Las calles de Madrid*, 1925.
- REVENGA, R.: *La muerte en Madrid*. Dirección General de Sanidad, Madrid, 1901.
- SALLABERRY, J. L.; ARANDA, P.; LORITE, J. y GARCIA CASCALES, J.: *Plan general de extensión de Madrid y su distribución en zonas. Ampliación y modificaciones a establecer en el proyecto para urbanización del Extrarradio*". Revista Arquitectura, Madrid, febrero, 1924.
- SÁNCHEZ RUBIO, E.: *Historia de la Beneficencia Municipal de Madrid y medios de mejorarla*, Ayuntamiento de Madrid, 1869.
- SILIÓ CORTÉS, C.: *Problemas del día*, V. Suárez, Madrid, 1900, pp. 190-207.
- SINUÉS, M^a P.: *El ángel del hogar: estudios morales acerca de la mujer*, Madrid, 1862.
- STUART MILL, J.: *Principios de economía política con algunas de sus aplicaciones a la filosofía social*, 1848.
- TAYLOR, F.: *The Principles of Scientific Management*. Harper&Brothers, New York & London, 1911.
- ÚBEDA y CORREAL, J.: *El presupuesto de una familia obrera*, Dir. Gral. de Sanidad, Madrid, 1902.
- ULECIA CARDONA, R.: *Informe acerca de la mortalidad infantil de Madrid: sus principales causas y medios de combatirla*, Impr. Municipal, Madrid, 1903.
- VARGAS, J.: *Madrid ante el cólera*, El Liberal, Madrid, 1885.
- VELASCO ZAZO, A.: *El progreso de Madrid. Estudio*. Madrid, 1930.
- WEBER, A. F.: *The growth of cities in the nineteenth century: a study in statistics*, MacMillan for the Columbia University, New York, 1899.

Fuentes literarias

- BAREA, A.: *La forja de un rebelde. La forja*. 1951.
- BARGA, C.: *Paseos por Madrid*. 1914-1935.
- BAROJA, P.: *La lucha por la vida*, Madrid, 1904-1905.
- BLASCO IBÁÑEZ, V.: *La horda*, 1905.
- CALVINO, I.: *Las ciudades invisibles*, 1972.
- CAMBA, J.: *La ciudad automática*, Madrid, 1932.
- CONNOLLY, C.: *British critic. The Unquiet Grave*, 1944.
- CORTÁZAR, J.: *Preámbulo a las Instrucciones para dar cuerda a un reloj*. 1962.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, J.: *La Venus mecánica*, 1929.
- DICKENS, C.: *Tales of Two Cities*, Chapman & Hall, London, 1859.
- DOS PASSOS, J.: *Manhattan Transfer*, 1904.
- GAUTIER, T.: *Voyage en Espagne*, 1840.
- GÓMEZ DE LA SERNA, R.: *Elucidario de Madrid*, Madrid, 1931.
- HEMINGWAY, E.: *Por quién doblan las campanas*. 1940.
- LARRA, M.: *Artículos de costumbres*, 1833.
- MARÍA GRANÉS, S.: *Café con leche*, 1880.
- MASEREEL, F.: *La cité*, 1929.
- MILLER, A.: *Echoes Down the Corridor: Collected Essays, 1944-2000*, Viking, New York, 2000.
- NÚÑEZ DE CASTRO, A.: *Libro histórico político, sólo Madrid es Corte, y el cortesano en Madrid*, 1658.
- PALACIO VALDÉS, A.: *La Espuma*, 1890.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Fortunata y Jacinta. Dos historias de casadas*, 1886-1887.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *La de Bringas*, 1884.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *La desheredada*, 1881.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Las novelas de Torquemada*, 1889-1894.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Lo prohibido*, 1884.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Marianela*, 1878.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Miau*, 1888.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Misericordia*, 1897.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Prim. Episodios nacionales*, 4ª Serie, Madrid, 1906.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Tormento*, 1884.
- ROUSSEAU, J. J., *Emilio o la educación*, 1762.
- URQUIJO, A.: *Cuando empuñamos las armas. La pequeña historia de una familia numerosa entre 1936 y 1942*, Moneda y Crédito, Madrid, 1973.
- YEVES, C.: *Economía doméstica y labores*, Madrid, 1889.

Publicaciones periódicas

- ABC.
- Alrededor del mundo.
- Anuarios de electricidad.
- Blanco y Negro.
- Crónica.
- Diario Oficial de Avisos de Madrid.
- El Clamor Público.
- El Dependiente Español.
- El Diario Español.
- El Eco del comercio.
- El Eco patronal.
- El Espectador.
- El Globo. Diario liberal ilustrado.
- El Herald de Madrid.
- El Imparcial.
- El Liberal.
- El Museo Universal.
- El Observador.
- El Progreso agrícola y pecuario.
- El Pueblo Vasco.
- El siglo futuro. Diario católico
- El Socialista.
- El Sol.
- Gaceta de Instrucción pública.
- La Acción.
- La América. Crónica hispano-americana.
- La Ciudad Lineal.
- La construcción moderna.
- La correspondencia de España.
- La Discusión.
- La Época.
- La Esfera.
- La España.
- La Esperanza.
- La Estampa

- La Gran Vía. Revista Semanal ilustrada.
- La Iberia. Diario liberal.
- La Ilustración Española y Americana.
- La Ilustración militar.
- La Lectura Dominical.
- La Libertad.
- La Revista de Obras Públicas.
- La revista militar. Periódico de arte, ciencia y literatura militar.
- La sociedad de Madrid. Libro de los salones para 1905. Único diario mundano de España.
- La Velocidad. Órgano de la Sociedad de Chauffeurs y aspirantes.
- La Voz. Diario independiente de la noche.
- Luz.
- Madrid Automóvil.
- Madrid moderno.
- Madrid turístico y monumental.
- Mundo Gráfico.
- Nuestro tiempo. Revista mensual ilustrada.
- Nuevo Mundo.
- Revista católica de cuestiones sociales.
- Revista de la Sociedad Central de Arquitectos.
- Revista de obras públicas.
- Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas.
- The New York Times.
- The Times.
- Vida marítima.

Bibliografía general

ACTIS, W., DE PRADA, M. A. y PEREDA, C.: *Mujer, inmigración y trabajo*, Madrid, Instituto de Migraciones y Servicios Sociales, 2001.

ADAMSON, J.: *The princely courts of Europe: Ritual, politics and culture under the Ancien Regime. 1500-1750*. Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1999.

AGUILAR, I.; NAVASCUÉS PALACIO, P., y HUMANES BUSTAMANTE, A.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*. Colegio Oficial de Arquitectos, Madrid, 1980.

ALAMINOS, E. y SALAS, E.: “Ocio y diversiones madrileños. Del reinado de Isabel II a la Segunda República”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunwerg Editores, 2001, Madrid, pp. 342-369.

- ALDERMAN, G. y HOLMES, C.: *Outsiders & Outcasts. Essays in honour of William J. Fishman*, Duckworth, Londres, 1993.
- ALONSO, L.E. y CASTILLO, S.: *Proletarios de cuello blanco: la Federación Española de Trabajadores del Crédito y las Finanzas (1930-1936)*, Madrid, UGT, 1994.
- ALVAR EZQUERRA, A. (Coord.): *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid, 1991.
- ÁLVAREZ GUTIÉRREZ, L.: "El conde de Rascón, un embajador del siglo XIX. De la milicia nacional a la diplomacia », en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 29, UCM, 2007, pp. 13-24.
- ÁLVAREZ JUNCO, J. y CABRERA CALVO-SOTELO, M. (coord.): *La mirada del historiador: un viaje por la obra de Santos Juliá*, Taurus, Madrid, 2011.
- ÁLVAREZ JUNCO, J. y PÉREZ LEDESMA, M.: "Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?", *Revista de Occidente*, nº 12, 1982, pp. 19-42.
- ÁLVAREZ MORA, A.: "El caso de dos estaciones desaparecidas: Arganda y Goya", en VV. AA.: *Las Estaciones Ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*. COAM, Madrid, 1980, pp. 227-250.
- ÁLVAREZ MORA, A.: "La necesaria componente espacial en la Historia urbana", en *Ayer*, nº 23, dirigido por Carlos Sambricio, Marcial Pons, Madrid, 1996, pp. 29-59.
- ÁLVAREZ, J. T.: *Restauración y prensa de masas: los engranajes de un sistema (1875-1883)*, Universidad de Navarra, 1981.
- ANDERSON, G. (ed.): *The white-blouse revolution. Female office workers since 1870*. Manchester University Press, Manchester and New York, 1988.
- ANDERSON, M.: "Mis-specification of servant occupation in the 1851 census: a problem revisited", *Local Population Studies*, 60, 1998, pp. 182-208.
- ANDERSON, M.: "Some insights into Two Competing Hypotheses", *Annales de Démographie Historique*, pp. 13-26, Paris, 1971.
- ANDERSON, M.: "What can the mid-Victorian Censuses tell us about variations in married women's employment?" *Local Population Studies*, 62, 1999, pp. 9-31.
- ANDRÉS DEL CAMPO, S.: "Asignatura, contenido editorial y empresa. La publicidad en los preludios de la Guerra Civil", en *Publifilia*, nº 6, 2002, pp. 19-36.
- ANGUITA CANTERO, R.: "Alinear, derribar y reedificar: los proyectos de alineación de calles y las reformas urbanas españolas del siglo XIX", en BEASCOECHEA GANGOITI, J. M^a, GONZÁLEZ PORTILLA, M. y NOVO LÓPEZ, P. A. (Eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, UPV, Bilbao, 2006, pp. 331-350.
- ANTOLÍN, F.: "Las empresas de servicios municipales", en MARTÍN ACEÑA, P. y COMÍN, F.: (eds.), *Historia de la empresa pública en España*, Espasa Calpe, Madrid, pp. 228-330.
- APARISI LAPORTA, L. M.: *Toponimia madrileña. Proceso evolutivo*. 2 Vols., Gerencia Municipal de Urbanismo, Madrid, 2001.
- ARACIL, R, FERRER, LL., RECAÑO, J. y SEEGURA, A.: "La inmigración en la Cataluña rural (1860-1940): estructura demográfica y componentes espaciales", en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, UPV, Bilbao, 1996, pp. 281-314.
- ARAQUE HONTANGAS, N.: *La educación secundaria femenina, 1900-1930*, Editorial Complutense, Madrid, 2010.
- ARBAIZA VILALLONGA, M.: "La construcción del empleo femenino en España (1800-1935), *Arenal*, vol. 9, nº 1, 2002, pp. 215-239.

ARBAIZA VILALLONGA, M.: “La construcción social del empleo femenino en la sociedad industrial vasca (1850-1935)”, *VII Congreso de la Asociación de Historia Económica*, Zaragoza, 2001.

ARBAIZA VILALLONGA, M.: “Orígenes culturales de la división sexual del trabajo en España (1800-1935)”, en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Universidad de Alicante, 2003, pp. 189-216.

ARBAIZA VILALLONGA, M.: “La “cuestión social” como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)”, *Historia Contemporánea*, 21, 2000, pp. 395-458.

ARBAIZA VILALLONGA, M.: “La transición de la actividad femenina en el País Vasco (1825-1935)”, en *Actas del VII Congreso de la Asociación de Historia Económica*, Sesión “Mujeres y hombres en los mercados de trabajo”, Zaragoza, 2001.

ARIES, P. y DUBY, G. (Dirs.): *Historia de la vida privada*, Taurus, Madrid, 1989.

ARIÈS, P.: *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Taurus, Madrid, 1988.

ARIZA MUÑOZ, C.: “Jardines de recreo en Madrid: los llamados Campos Elíseos”, *Goya, Revista de Arte*, nº 204, Fundación Lázaro Galiano, Madrid, 1988, pp. 343-351.

ARNÁIZ GORROÑO, Mª J.: “Un ejemplo de intervención en la ciudad decimonónica: la Puerta del Sol de Madrid”, en BONET CORREA, A (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, UCM, 1982, pp. 969-992.

ARRIBAS MACHO, J. Mª: “Antecedentes de la sociedad de consumo en España: de la Dictadura de Primo de Rivera a la II República”, en *Política y Sociedad*, nº 16, 1994, pp. 149-168.

ARROW, K.: “The Economic Implications of Learning by Doing”, *Review of Economic Studies*, 29, 1962, pp. 155-173.

ARROYO HUGHET, M.: “Estrategias empresariales y redes territoriales en dos ciudades españolas, Barcelona y Madrid (1832-1923)”, *Historia Contemporánea*, 24, UPV, 2002, pp. 137-160.

ARROYO ILERA, F.: “El sistema hidroeléctrico del Júcar y la electrificación madrileña”, en Simposio Internacional *Globalización, innovación y construcción de redes técnicas urbanas en América y Europa, 1890-1930*, UAB, 2012.

ARROYO MARTÍN, J. V.: *La banca en España durante el período de entreguerras, 1920-1935: (un modelo de modernización y crecimiento)*, BBVA, Bilbao, 2003.

ARTOLA BLANCO, M.: “El servicio doméstico de la sociedad aristocrática: Madrid 1900-1950”, ORTEGA LÓPEZ, T. Mª y DEL ARCO BLANCO, M. A. (ed.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación*, Actas del XI Congreso de la AHC, Granada, 2013.

ARTOLA BLANCO, M.: “La transformación del mercado de alquiler de fincas urbanas en España (1920-1960)”, en *Biblio 3W. Revista bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. XVII, nº 988, 2012.

ARTOLA BLANCO, M.: “Las ocupaciones de clase alta. Madrid, 1930-1950”, comunicación presentada al *X Congreso de la ADEH*, Albacete, 2013.

ARTOLA BLANCO, M.: “Los espacios residenciales de las élites. Madrid, 1900-1950”, Seminario de Investigación de Doctorado del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2012.

ARTOLA, M (Dir.): *Los ferrocarriles en España, 1844-1943*, 2 vols., Servicio de Estudios del Banco de España, Madrid, 1978.

- ATKINSON, D. y COSGROVE, D.: "Urban Rhetoric and Embodied Identities: City, Nation, and Empire at the Vittorio Emanuele II Monument in Rome, 1870-1945", *Annals of the Association of American Geographers*, nº 88, 1998, pp. 28-49.
- AUBANELL JUBANY, A.: "La competencia en la distribución de electricidad en Madrid (1890-1913)", en *Revista de Historia Industrial*, nº 2, 1992, pp. 143-172.
- AUBANELL JUBANY, A.: "La élite de la clase trabajadora. Las condiciones laborales de los trabajadores de las eléctricas madrileñas en el período de entreguerras", en *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, nº 119, (17), 2002.
- AUBERT, P. y DESVOIS, J-M.: "Libros y comunicación de masas", en SERRANO, C. y SALAÚN, S. (Dir.): *Los felices años veinte. España, crisis y modernidad*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 55-90.
- BÁEZ Y PÉREZ DE TUDELA, J. M^a: *Fútbol, cine y democracia. Ocio de masas en Madrid, 1923-1936*, Alianza, Madrid, 2012.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y CAYUELA, J.: *Hacer las Américas. Las elites coloniales españolas en el siglo XIX*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: "La transformación de la economía", en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1994, pp. 515-547.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, J.: "La desamortización y el mercado inmueble madrileño (1836-1868)" en AAVV: *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, UCM, vol. II, 1982, pp. 939-956.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, III Coloquios de historia madrileña CAM, Alfoz, 2 Vols., Madrid, 1989.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. I Coloquios de historia madrileña, 2 Vols., CAM, Alfoz, Madrid, 1986.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: "La reproducción patrimonial de la elite burguesa madrileña en la Restauración. El caso de Francisco de las Rivas y Ubieta, marqués de Mudela. 1834-1882", en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, III Coloquios de historia madrileña CAM, Alfoz, Vol. 1, Madrid, 1989, pp. 523-594.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: "Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización" en *Papeles de Economía. Economía de las Comunidades Autónomas: Madrid*, Papeles de Economía, nº 18, Madrid, 1999, pp. 18-30.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: "Madrid, de territorio fronterizo a región metropolitana", en FUSI AIZPURÚA, J. P.: *España. Autonomías*. Vol. 5, Espasa Calpe, Madrid, 1989, pp. 517-613.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: "Quietud y cambio en el Madrid de la Restauración" en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)* Alfoz-CAM-UCM, Vol. 1, Madrid, 1989, pp. 21-28.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: "El fraude alimentario en el Madrid del siglo XIX", *Estudios de Historia Social*, nº 15, 1980.
- BAHAMONDE MAGRO, A. y TORO MÉRIDA, J.: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*. Siglo XXI, Madrid, 1978.

BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Las comunicaciones en la construcción del Estado Contemporáneo en España. Correos, telégrafos y teléfonos*, Secretaría General de Comunicaciones, Madrid, 1993.

BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *Atlas histórico de las comunicaciones en España, 1700-1998*, Lunwerg-E.P.E. Correos y Telégrafos, Barcelona, 1998.

BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ LORENTE, G. y OTERO CARVAJAL, L. E.: “Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1800-2000”, Dossier en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 29, 2007, pp. 13-154.

BAHAMONDE MAGRO, A., MARTÍNEZ MARTÍN, J.A. y DEL REY REGUILLO, F.: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid. 1887-1987. Historia de una institución centenaria*, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, 1988.

BAHAMONDE MAGRO, A.: “Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)” en *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1986, pp. 325-375.

BAHAMONDE MAGRO, A.: “El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)” en *Estudios de Historia Social*, nº 15, Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, Madrid, 1980, pp. 143-175.

BAHAMONDE MAGRO, A.: “La Historia urbana” en *Ayer*, nº 10, Marcial Pons, Madrid, 1993.

BAHAMONDE MAGRO, A.: “Pascual Madoz y la modernización de la ciudad de Madrid: La Peninsular, empresa inmobiliaria, 1861-1883”, en GARCÍA DELGADO, J. L. (Coord.) *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. VIII Coloquios de Hª Contemporánea de España, Siglo XXI, Madrid, 1992, pp. 379-403.

BAHAMONDE MAGRO, A.: *El horizonte económico de la burguesía isabelina. Madrid, 1856-1866*. Madrid, UCM, 1981.

BAIROCH, P.: *Cities and economic development: from the dawn of history to the present*, Mansell, Londres, 1988.

BAKER, E.: *Madrid Cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*, Marcial Pons, Madrid, 2009.

BALCHIN, P. (ed.): *Housing policy in Europe*. London: Routledge, 1996.

BALDELLOU, M. Á.: *Tradición y cambio en la arquitectura de Guadalajara (1850-1936)*. Guadalajara, Colegio Oficial de Arquitectos, 1989.

BALL, M., y SUNDERLAND, D.: *An economic history of London, 1800-1914*, Routledge, Londres y Nueva York, 2001.

BALLARÍN DOMINGO, P.: “La escuela de niñas en el siglo XIX: la legitimación de la sociedad de esferas separadas”, en *Historia de la educación: revista interuniversitaria*, Universidad de Granada, nº 26, 2007, 143-168.

BALLARÍN DOMINGO, P.: *La educación de las mujeres en la España Contemporánea (siglos XIX-XX)*, Síntesis Educación, Madrid, 2001.

BALLESTEROS DONCEL, E. y MARTÍNEZ VARA, T.: “El empleo ferroviario como una construcción masculina. El caso de la compañía MZA, 1857-1936” en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Universidad de Alicante, 2003, pp. 335-355.

BALLESTEROS DONCEL, E. y MARTÍNEZ VARA, T.: “Evolución del empleo en el sector ferroviario español, 1893-1935”, en *Revista de Historia Económica*, XIX, 3, 2001, pp. 637-678.

- BALLESTEROS DONCEL, E.: “El coste de la vida en España (1800-1890). Diferencia entre el salario monetario y el presupuesto familiar”, en *IV Congreso de la ADEH: Pensamiento demográfico, coyuntura y microanálisis*, Vol. II, 1995, UPV, pp. 573-590.
- BALLESTEROS DONCEL, E.: “La concesión de anticipos sin interés a los empleados de la compañía MZA, (1857-1875): una forma de crédito singular”, en *Anuario jurídico y económico escurialense*, nº 32, 1999, pp. 1029-1046.
- BARREIRO PEREIRA, P.: *Casas baratas. La vivienda social en Madrid, 1900-1939*, COAM, Madrid, 1992.
- BASSOLS COMA, M.: “El derecho urbanístico de la Restauración a la II República (1876-1936): crisis de los Ensanches y las dificultades de alumbrar un nuevo modelo jurídico-urbanístico”, en *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, XXVIII, (107-108), Mterio. de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, Madrid, 1996, 53-90.
- BASSOLS COMA, M.: “Los inicios del derecho urbanístico en el período del liberalismo moderado y en el sexenio revolucionario (1846-1876): el Ensanche de la ciudad como modelo urbanístico y sistema jurídico” en *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, XXVIII, (107-108), Mterio. de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, Madrid, 1996, pp. 19-51.
- BASSOLS COMA, M.: *Génesis y evolución del derecho urbanístico español (1812-1956)*, Montecorvo, Madrid, 1973.
- BEASCOECHEA GANGOITI, J. M^a, GONZÁLEZ PORTILLA, M. y NOVO LÓPEZ, P. A. (Eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, UPV, Bilbao, 2006.
- BEASCOECHEA GANGOITI, J.M^a y ZARRAGA SANGRONIZ, K.: “Sociedad y espacio urbano en Getxo durante la década de 1920”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 145-165.
- BEASCOECHEA GANGOITI, J.M^a: *Propiedad, burguesía y territorio. La conformación urbana de Getxo en la Ría de Bilbao (1850-1900)*, UPV, Bilbao, 2007.
- BELL, W.: “A probability model for the measurement of ecological segregation”. *American Sociological Review*, vol. 32, 1954, pp. 357-364.
- BENHABID, S. y CORNELLA, D.: “Introducción. Más allá de la política de género” en su obra *Teoría Feminista y Teoría Crítica*, Alfons el Magnanim, Valencia, 1990
- BENSO CALVO, C.: “Exclusión, discriminación y resistencias. El acceso de la mujer al sistema educativo (1883-1930)”, en JATO IGLESIAS, E. e IGLESIAS DA CUNHA, L.: *Xénero e educación social*, Edicións Laiovento, Santiago de Compostela, 2003, pp. 57-78
- BENSON, J.: *The working class in Britain, 1850-1939*, I.B. Tauris, Londres, 2006.
- BERG, M.: “Women’s work and the Industrial Revolution”, *Refresh*, 12, 1991, pp. 1-4.
- BERGER, S. (ed.): *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1981.
- BERNAL, A.: “La llamada crisis finisecular, 1872-1919”, en TUÑÓN DE LARA, M. (Dir.): *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, I Coloquio de Segovia sobre Historia Contemporánea, Siglo XXI, Madrid, 1985.
- BERNET, C.: “The “Hobrecht Plan” (1862) and Berlin’s urban structure”, *Urban History*, 31, 3, Cambridge, 2004, pp. 400-419.
- BETRÁN PÉREZ, C.: *Industria y crecimiento económico en el primer tercio del siglo XX. España, 1913-1929*, Tesis doctoral inédita, Valencia, 1995.
- BETRÁN PÉREZ, M^a C.: “Difusión y localización industrial en España durante el primer tercio del siglo XX”, *Revista de Historia Económica*, nº 17, 1999, pp. 663-696.

- BONET CORREA, A. (coord.): *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, Universidad Complutense, 2 vols., Madrid, 1982.
- BONET CORREA, A. (Ed.): *Plan Castro*, COAM, Madrid, 1978.
- BONET CORREA, A.: *Los cafés históricos*, Cátedra, Madrid, 2012.
- BONFIELD, L., SMITH, R.M. y WRIGHTSON, K. (eds.): *The world we have gained. Histories of Population and Social Structure*, Oxford, New York, Basil Blackwell, 1986.
- BORDERÍAS MONDEJAR, C. (ed. lit.): *Género y políticas del trabajo en la España contemporánea (1836-1936)*, Icaria, Barcelona, 2007.
- BORDERÍAS MONDEJAR, C.: “La reconstrucción de la actividad femenina en Cataluña circa 1920”, en *Historia Contemporánea*, nº 44, UPV, 2012, pp. 17-47.
- BORDERÍAS, C. (ed.): *La historia de las mujeres: perspectivas actuales*, Icaria editorial, Barcelona, 2009.
- BORDERÍAS, C., PÉREZ-FUENTES, P. y SARASÚA, C.: “Gender inequalities in Family Consumption: Spain, 1850-1930”, en VV. AA.: *Gender inequalities, households and the production of well-being in Modern Europe*, Ashgate, 2010, pp. 179-196.
- BORDERÍAS, C., VILLAR, C. y FERRER, L.: “La formación del mercado de trabajo textil: inmigración, oficios y género”, en ORTEGA LÓPEZ, T. Mª y DEL ARCO BLANCO, M. A. (ed.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación*, Actas del XI Congreso de la AHC, Granada, 2013.
- BORDERÍAS, C.: “Emigración y trayectorias sociales femeninas”, *Historia Social*, nº 17, UNED, Valencia, 1993, pp. 75-94.
- BORDERÍAS, C.: “La reconstrucción de la tasa de actividad en la Cataluña industrial: nuevas evidencias sobre los determinantes del empleo femenino”, *XV Coloquio Internacional de la AEIHM “Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina”*, Bilbao, 2010.
- BORDERÍAS, C.: “La transición de la actividad femenina en el mercado de trabajo barcelonés (1856-1930). Teoría social y realidad histórica en el sistema estadístico moderno”, en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Universidad de Alicante, 2003, pp. 241-276.
- BORDERÍAS, C.: “Suponiendo que ese trabajo lo hace la mujer. Organización y valoración de los tiempos de trabajo en la Barcelona de mediados del XIX”, en CARRASCO, C. (Ed.): *Tiempos, trabajos y género*, 2001, UAB, pp. 103-131.
- BORDERÍAS, C.: *Entre líneas. Trabajo e identidad femenina en la España contemporánea. La Compañía Telefónica. 1924-1980*, Icaria, Barcelona, 1993.
- BORDERÍAS, C.; VILLAR, C. GONZÁLEZ-BAGARÍA, R.: “El trabajo femenino en la Cataluña industrial (1919-1930): una propuesta de reconstrucción”, *Revista de Demografía Histórica*, Vol. 29, nº 1, 2011, pp. 55-88.
- BORRÁS LLOP, J. Mª: “Antes de nacer sabíamos trabajar. Absentismo escolar y trabajo infantil en el Madrid rural del primer tercio del siglo XX”, *Historia Agraria: revista de agricultura e historia rural*, nº 20, 2000, pp. 169-194.
- BORRÁS LLOP, J. Mª: “El trabajo infantil en el mundo rural español, 1849-1936. Género, edades y ocupaciones”, en MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M.: *El nivel de vida en la España Rural*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2002, pp. 497-548.
- BORRÁS LLOP, J. Mª: “Las edades autorizadas del trabajo infantil: obreros, patronos y Estado (1855-1930)” ponencia presentada a las *XII Jornadas de Historia del Trabajo*, dedicadas al *Trabajo infantil y género*, Universidad de Barcelona, 3-4 de mayo de 2012.

- BORRÁS LLOP, J. M^a: “Una aproximación cuantitativa al trabajo infantil en la industria catalana (1900-1930)”, *XV Coloquio Internacional de la AEIHM “Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina”*, Bilbao, 2010
- BORRÁS LLOP, J. M^a: “Zagales, pinches, gamenes... Aproximación al trabajo infantil” en BORRÁS LLOP, J. M^a (Coord.): *Historia de la infancia en la España Contemporánea (1834-1936)*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, 1996.
- BORRELL CAIROL, M.: “El servicio domestico en Barcelona (1900-1940)”, *XV Coloquio Internacional de la AEIHM “Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina”*, Bilbao, 2010.
- BOTO ÁLVAREZ, A.: *La pervivencia de la potestad gubernativa de derribo*, Ediciones de la Universidad de Oviedo, Oviedo, 2006, pp. 20-25.
- BOTREL, J. F.: *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, 1993.
- BOURDIEU, J., POSTEL-VINAY, G., ROSENTAL, P.A., y SUWA-EISENMANN, A. : “Migrations et transmissions inter-générationnelles dans la France du XIXe et du début du XXe siècle”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 4, 2000, pp. 749-790.
- BOURDIEU, P.: *La distinción. Criterios y bases culturales del gusto*, Taurus, Barcelona, 1988.
- BOYER, G. y HATTON, T.: “Regional labour market integration in England and Wales, 1850-1913”, en GRANTHAM, G. y MACKINNON, M. (ed.): *Labour market evolution. The economic history of market integration, wage flexibility and the employment relation*, Routledge, Londres y Nueva York, 1994, pp. 84-106.
- BOYER, G.R. Y HATTON, T.J.: ‘Migration and labour market integration in late nineteenth century England and Wales’, *Economic History Review*, L, 4, 1997, pp. 697-734.
- BRANDIS, D.: *El paisaje residencial de Madrid*, Madrid, MOPU, 1983.
- BRAVO MORATA, F.: *Historia de Madrid. Vol. IV. De la Dictadura al Madrid de la República (1ª Parte)*, Ediciones Trigo, San Fernando de Henares, 2001.
- BRAVO, J.: *J. Walter Thompson: España de 1927 a 1936*. J. Walter Thompson, Madrid, 1978.
- BRIGGS, A. y BURKE, P.: *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*, Taurus, Madrid, 2002, pp. 125-212.
- BRUNET, M.: “Frontera cerdana e identidades nacionales en el siglo XIX”, en *Manuscrits*, n° 26, 2008, pp. 121-131.
- BURGUIÈRE, A.: *Historia de la familia*, 2 Vols., Alianza Editorial, Madrid, 1988.
- BURKE, P.: *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, y *¿Qué es la historia cultural?*, Paidós, Barcelona, 2006.
- CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, S.: “La Constructora Benéfica (1875-1904)”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX.*, Vol. 1., CAM, Alfoz, Madrid, 1986 pp. 135-158.
- CALDUCH, R.: *Dinámica de la Sociedad Internacional*, CEURA, Madrid, 1993.
- CAMPS i CURÁ, E.: “De ocupación, sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX (Sabadell, 1919-1920)”, en *IV Congreso de la ADEH: Pensamiento demográfico, coyuntura y microanálisis*, Vol. II, 1995, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 549-562.
- CAMPS i CURÁ, E.: “Las migraciones locales en España, siglos XVI-XIX”, en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XI, I, 1993, pp. 21-40.

CAMPS i CURÁ, E.: “Trabajo infantil y estrategias familiares durante los primeros estadios de la industrialización catalana (1850-1925): Esbozos a partir del estudio de un caso”, en *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 24, 2002, pp. 263-280.

CAMPS I CURÁ, E.: *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1995.

CAMPS i CURÁ, E.: “Urbanización y migraciones internas durante la transición al sistema fabril: el caso catalán”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, VII, 2, 1990, pp. 73-95.

CANDELA SOTO, P.: “El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX”, *Historia Social*, nº 45, 2003, pp. 139-159.

CANDELA SOTO, P.: “La mecanización toma el mando: la fabricación de materiales cerámicos para la construcción, Madrid 1890-1960”, en *Sociología del Trabajo*, nº 55, 2005, pp. 49-92.

CANDELA SOTO, P.: *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1887-1927)*, Tecnos, Madrid, 1997.

CANO PAVÓN, J. M^a: “La enseñanza de la Ingeniería Industrial en España entre 1850 y 1868. La Escuela Industrial de Sevilla”, en *Llull*, Zaragoza, vol. 19, 1996, pp. 27-49

CANO PAVÓN, J. M^a: “La Escuela especial (1855-1860) y de industria y náutica (1855-1860) de Gijón”, en *Llull*, Zaragoza, vol. 22, 1999, pp. 51-74.

CANO PAVÓN, J. M^a: “La Escuela Industrial de Comercio y de Náutica de Cádiz (1851-1863)”, en *Llull*, Zaragoza, vol. 23, 2000, pp. 5-36.

CANO PAVÓN, J. M^a: “La escuela Industrial de Valencia”, en *Llull*, Zaragoza, vol. 20. 1997, pp. 117-142.

CANOSA ZAMORA, E.: *La promoción inmobiliaria en la periferia noreste de Madrid*. Ministerio de Economía y Hacienda, UAM, Madrid, 1995.

CAPEL MARTÍNEZ, R.M^a (coord.): *Cien años trabajando por la igualdad*, Fundación Largo Caballero, Madrid, 2008.

CAPEL MARTÍNEZ, R.M^a: *El trabajo y la educación de la mujer en España. 1900-1930*. Ministerio de Cultura, Madrid, 1982.

CAPEL SÁEZ, H.: *Capitalismo y morfología urbana en España*, Los libros de la frontera, Barcelona, 1975.

CAPOTE, C.: “El barrio del Museo en Madrid”, *Estudios geográficos*, nº 37:144, agosto de 1976, CSIC, Madrid, pp. 319-350.

CARASA SOTO, P. (coord.): *Elites. Prosopografía contemporánea*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1995.

CARASA SOTO, P. (Dir.): *Elites castellanas de la Restauración*, 2 vols., Consejería de Educación y Cultura de Castilla y León, Valladolid, 2004.

CARASA SOTO, P.: “Pobreza y asistencia social en la España contemporánea. La Historia y los pobres: de las bienaventuranzas a la marginación” en *Historia social*, UNED, nº 13, 1992, Valencia, pp. 77-99.

CARASA SOTO, P.: *El poder local en Castilla: estudios sobre su ejercicio durante la Restauración (1874-1923)*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 2004.

CARBAJO ISLA, M. F.: “La inmigración a Madrid (1600-1850), *Reis*, nº 32, Madrid, 1985.

CARBAJO ISLA, M^a F.: *La población de la villa de Madrid: desde finales de siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1987.

CARBALLO BARRAL, B., PALLOL TRIGUEROS, R., SAN ANDRÉS CORRAL, J. y VICENTE ALBARRÁN, F.: “Madrid y su *hinterland*: redes sociales, capital humano y modernización urbana (1860-1905)”, en *Coloquio sobre la ciudad y la modernización en la España contemporánea*, Cádiz, 2009.

CARBALLO BARRAL, B., PALLOL TRIGUEROS, R., SAN ANDRÉS CORRAL, J., VICENTE ALBARRÁN, F. y GONZÁLEZ PALACIOS, D.: “Al calor del *moderno Madrid*. La capital y su *hinterland*, hacia la recomposición de la red urbana del interior (1860-1885)”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.) *Ayeres en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008.

CARBALLO BARRAL, B., VICENTE ALBARRÁN, F. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “La ciudad de las oportunidades. Inmigración, vida y trabajo en el Madrid de la Restauración”, en FUENTES NAVARRO, M^a C. (ed.) *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Universidad de Granada, 2010.

CARBALLO BARRAL, B.: “Aires de cambio en el mercado laboral madrileño. El Ensanche Este de Madrid a la altura de 1900”, en VV. AA.: *El trabajo y la memoria obrera. IX Jornadas de Castilla-La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Asociación de Amigos del Archivo Histórico de Guadalajara, Madrid, 2011, formato digital.

CARBALLO BARRAL, B.: “El despertar de una gran ciudad: Madrid”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 32, Madrid, 2010, pp. 131-152.

CARBALLO BARRAL, B.: “El nacimiento de un nuevo Madrid. El Ensanche Este (1860-1878). El distrito de Salamanca”, *Actas de la VII Jornadas de Castilla La Mancha sobre Investigación en Archivos*, Junta de Comunidades de Castilla La Mancha, ANABAD-Asociación de Amigos del AHPGU, Vol. 1, Toledo, 2007, pp. 193-212.

CARBALLO BARRAL, B.: “El papel de los profesionales liberales en el mercado laboral de Madrid (1900-1930)”, en IBARRA AGUIRREGABIRÍA, A. (Coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Universidad del País Vasco/Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, Vitoria-Gasteiz, 2012, (Libro CD).

CARBALLO BARRAL, B.: “El perfil profesional de la población madrileña entre 1860 y 1900” en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 69-93.

CARBALLO BARRAL, B.: “La participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño del primer tercio del siglo XX (1905-1930)”, IBARRA AGUIRREGABIRÍA, A. (Coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Universidad del País Vasco/Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, Vitoria-Gasteiz, 2012, (Libro CD).

CARBALLO BARRAL, B.: “Redes familiares en la inmigración hacia el Ensanche Este de Madrid (1860-1878)” en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 201-216.

CARBALLO BARRAL, B.: *Los orígenes del Moderno Madrid: El Ensanche Este (1860-1878)*, UCM, 2007, E-PrintsUCM: <http://eprints.ucm.es/6336/>

CARBALLO BARRAL, B.; PALLOL TRIGUEROS, R. y VICENTE ALBARRÁN, F.: “Madrid a las puertas de la modernidad”, en NICOLÁS MARTÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C.: *Ayeres en discusión (recurso electrónico)*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008.

CARBALLO BARRAL, B.; PALLOL TRIGUEROS, R. y VICENTE ALBARRÁN, F.: *El Ensanche de Madrid. Historia de una capital*. Editorial Complutense, Madrid, 2008.

CARBALLO BARRAL, B.; PALLOL TRIGUEROS, R. y VICENTE ALBARRÁN, F.: “Oferta de vivienda de alquiler en el Madrid del primer tercio del siglo XX”, en DEL ARCO, M.A.;

ORTEGA, A. y MARTÍNEZ, M. (Eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, EUG, Granada, 2013, pp. 161-180.

CARDESÍN DÍAZ, J.M^a y MIRÁS ARAUJO, J.: “A Spanish Perspective: 8 Thesis on a National Urban Historiography”, *IXth International Conference on Urban History*, Lyon, 2008.

CARLES CLEMENTE, J. y POLO, J. F.: *La prensa humanitaria en la España contemporánea (1870-1989)*, Fundamentos, Madrid, 2003, pp. 47-52.

CARMONA BADÍA, J.: “Galicia: minifundio persistente e industrialización limitada”, en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 13-45.

CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: “La gran empresa en España (1917-1974). Una primera aproximación”, *Revista de Historia Industrial*, nº 3, 1993.

CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: “La gran empresa en la España contemporánea: entre el mercado y el estado”, en COMÍN, F. y MARTÍN, P. (ed.): *La empresa en la historia de España*, Editorial Civitas, Madrid, 1996, pp. 73-92.

CARRERAS, A. y TAFUNELL, X.: *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2007.

CARRERAS, A.: «Depresión económica y cambio estructural durante el decenio bélico (1936-1945)», en GARCÍA DELGADO, José Luis (Ed.): *El primer franquismo. España durante la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Ariel, 1989.

CASAS, J. I. y SALLÉ, M^a A.: “Perspectivas laborales de la mujer en España”, en *Papers. Revista de Sociología*, nº 30, 1988, pp. 109-118.

CASTELLS ARTECHE, L. (ed.): *El rumor de lo cotidiano: estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, UPV, Bilbao, 1999.

CASTELLS ARTECHE, L.: “La Bella Easo: 1864-1936”, en ARTOLA, M.: *Historia de Donostia, San Sebastián*, Nerea, San Sebastián, 2000, pp. 283-386.

CASTELLS ARTECHE, L.: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Siglo XXI, Madrid, 1993.

CASTILLO, S. y FERNÁNDEZ, R. (coords.): *Campesinos, artesanos, trabajadores: actas del IV Congreso de Historia Social de España*, Milenio, Lleida, 2001.

CASTILLO, S. y MONTERO, F.: “El INP, 1908-1918. Entre el seguro voluntario y el obligatorio: la libertad subsidiada”, en CASTILLO, S. (Dir.): *Solidaridad, seguridad, bienestar: cien años de protección social en España*, Ministerio de Trabajo e Inmigración, Madrid, 2008, pp. 13-48.

CASTILLO, S. y OTERO CARVAJAL, L.E. (eds.): *Prensa obrera en Madrid 1855-1936*, II Coloquios de historia madrileña, Revista ALFOZ, C.I.D.U.R., Madrid, 1987.

CASTILLO, S.: “Los orígenes de la organización obrera en España: de la Federación de Tipógrafos a la Unión General de Trabajadores”, en *Estudios de historia social*, nº 26-27, 1983, pp. 19-255.

CASTILLO, S.: *Trabajadores, ciudadanía y reforma social en España: Juan José Morato (1864-1938)*, Siglo XXI, Madrid, 2005.

CASTRILLO ROMÓN, M^a: *Reformismo, vivienda y ciudad. Orígenes y desarrollo del debate en España (1850-1920)*, Universidad de Valladolid, 2001.

CASTRO BALAGUER, R.: “La banca francesa en la España del siglo XX”, *Estudios de Historia Económica*, nº 61, Banco de España, Madrid, 2012.

- CAYÓN GARCÍA, F.: *Un análisis del sector eléctrico en Madrid a través de las empresas Hidroeléctrica Española, Electra Madrid y Unión Eléctrica Madrileña (1907-1936)*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1997.
- CHACÓN JIMÉNEZ, F.: *Historia social de la familia en España*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-Diputación de Alicante, Alicante, 1990.
- CHANDLER, A. D. Jr.: "Organizational Capabilities and the Economic History of the Industrial Enterprise", en *Journal of Economic Perspectives*, Vol. 6, nº 3, Summer, 1992, p. 79-100.
- CHANDLER, A. D. Jr.: *The Visible Hand. The Managerial Revolution in American Business*, C.U.P., Cambridge, 1977.
- CHANDLER, A.D.: *Scale and scope. The dynamics of industrial capitalism*, The Belknap press of Harvard University Press, Cambridge, 1990.
- CHANDLER, A.D.; AMATORI, F.; HIKINO, T.: *Big business and the wealth of nations*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
- CHAYANOV: *La organización de la unidad económica campesina*, Nueva visión, Buenos Aires, 1985.
- CHECA GODOY, A.: *El ejercicio de la libertad: la prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.
- CHUMILLAS, ISABEL, R.: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*. Los libros de la Catarata, Madrid, 2002.
- CLARK, C.: *Las condiciones del progreso económico*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.
- CLARK, P. (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, 3 Vols., Cambridge University Press, Cambridge, 2000.
- COLLANTES, F. y PINILLA, V.: "La dinámica territorial de la población española: una exploración preliminar", *Documentos de trabajo nº 3*, CEDDAR, 2002.
- COLMENAR ORZAES, Mª C.: "Nodrizas y lactancia mercenaria en España durante el primer tercio del siglo XX", *Arenal*, Vol. 14, nº 2, 2007, pp. 335-359
- COMÍN, F. y MARTÍN ACEÑA, P. (ed.): *La empresa en la historia de España*, Editorial Civitas, Madrid, 1996.
- COMÍN, F. y MARTÍN ACEÑA, P.: *Los rasgos históricos de las empresas en España: un panorama* Fundación Empresa Pública, Madrid, 1996.
- COMÍN, F., HERNÁNDEZ, M. y LLOPIS, E. (eds.): *Historia económica de España, siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, 2002.
- COMÍN, F.: "El período de entreguerras", en COMÍN, F., HERNÁNDEZ, M. y LLOPIS, E. (eds.): *Historia económica de España, siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 285-330.
- COONTZ, S.: *The social origins of private life: a history of American families, 1600-1900*, Verso, New York, 1988.
- CORBÍN FERRER, J. L.: *El Ensanche noble de Valencia. Entre Colón y Gran Vía Marqués del Turia*. Federico Domenech, Valencia, 1996.
- COUDROY DE LILLE, L.: "Los ensanches españoles vistos desde fuera: aspectos ideológicos de su urbanismo" en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004, pp. 239-255.
- CRIBIER, F.: "Le logement d'une génération de parisiens à l'époque du Front Populaire", en MAGRI. S. y TOPALOV, C.: *Villes ouvrières, 1900-1950*, L'Harmattan, París, 1989.

CRONIN, J. E.: "Labor Insurgency and Class Formation: Comparative Perspectives on the Crisis of 1917-1920 in Europe", en CRONIN, J.E. y SIRIANI, C. (ed.): *Work, Community and Power. The Experience of Labor in Europe and America, 1900-1925*, Temple University Press, Filadelfia, 1983.

CRONIN, J. E.: *The Politics of State Expansion. War, State and Society in Twentieth-Century Britain*. Routledge, London & New York, 1991.

CROSSICK, G. y HAUPT, H.G. (eds.): *Shopkeepers and Master-Artisans in Nineteenth-Century Europe*, Methuen, London, 1984.

CROSSICK, G. y JAUMAIN, S.: *Cathedrals of Consumption. The European Department Store (1850-1939)*, Aldershot, Ashgate, 1999.

CRUZ, J.: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.

CUESTA BUSTILLO, J.: "Estado y Seguros Sociales en España. El Instituto Nacional de Previsión, 1919-1939", en CASTILLO, S. (Dir.): *Solidaridad, seguridad, bienestar: cien años de protección social en España*, Ministerio de Trabajo e Inmigración, Madrid, 2008, pp. 49-88.

DA ROCHA ARANDA, O.: *El modernismo en la arquitectura madrileña. Génesis y desarrollo de una opción ecléctica*, CSIC, Madrid, 2009.

DALE, T.: *Harrods: The Store and the Legend*, London, Pan Books, 1981.

DAUNTON, M. (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, Vol. III, Cambridge University Press, 2008.

DE LA CALLE VIAN, L.: *Cien años de tapiz español. La Real Fábrica de Tapices 1900-2000*. Fundación Universitaria Española, Madrid, 2009.

DE LA TORRE BRICEÑO, J. A.: *Breve historia del tren de Arganda*, Centro Cultural "Casa del Rey", Arganda del Rey, 1986.

DE LAFUENTE NÚÑEZ, R.: *Evolución histórica de Segovia, 1900-1936*. Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007.

DE MIGUEL SALANOVA, S. y RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: "Modernización comercial y nuevas formas de ocio y consumo en el Madrid del primer tercio del siglo XX", en IBARRA AGUIRREGABIRÍA, A. (Coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Universidad del País Vasco/Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, Vitoria-Gasteiz, 2012.

DE MIGUEL SALANOVA, S., DÍAZ SIMÓN, L. y PALLOL TRIGUEROS, R.: "Los servicios: un sector clave en la transformación del mercado laboral de la ciudad de Madrid a comienzos del siglo XX", en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2013, pp. 181-200.

DE MIGUEL SALANOVA, S.: "Bajo los tejados de Madrid. Segregación residencial en el primer tercio del siglo XX", *I Congresso Histórico Internacional As cidades na história: População*, Vol. IV, Câmara Municipal de Guimarães, 2013, pp. 239-263.

DE MIGUEL SALANOVA, S.: "Un Madrid que muere. Perfil socioeconómico de la Gran Vía antes de su construcción", en IBARRA AGUIRREGABIRÍA, A. (Coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Universidad del País Vasco/Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, Vitoria-Gasteiz, 2012, (Libro CD).

DE MIGUEL SALANOVA, S.: *Del casticismo al cosmopolitismo. El distrito Centro: 1905-1930*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010.

DE MIGUEL, A.: *La población de Madrid a lo largo del último siglo*, Asamblea de Madrid, Madrid, 1991. TERÁN, F.: *Madrid*. Colecciones Mapfre, Madrid, 1992.

- DE TERÁN, M.: "El desarrollo espacial de Madrid a partir de 1868", en *Estudios geográficos*, nº XXI, agosto-noviembre, 1961, pp. 599-615.
- DE VRIES, J.: "La ciudad en su contexto", *Manuscripts*, nº15, Barcelona, 1997, pp. 207-220.
- DEL AMO DEL AMO, M^a C.: *La familia y el trabajo femenino en España durante la segunda mitad del siglo XIX*, Tesis doctoral dirigida por Rosa María Capel Martínez, UCM, 2008.
- DEL AMO DEL AMO, M^a C.: *Mujer, familia y trabajo, Madrid 1850-1900*. Universidad de Málaga, 2009.
- DEL CORRAL, J.: "Tetuán de las Victorias. Nacimiento y desarrollo de una barriada madrileña", en *Villa de Madrid*, nº 54, Madrid, 1977.
- DEL MORAL RUIZ, C.: "Pasatiempos, diversiones y espectáculos en el Madrid de Galdós", en VV. AA.: *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*, Consejería de Cultura de la CAM, Madrid, 1988, pp. 109-122.
- DEL MORAL RUIZ, C.: *El Madrid de Baroja*, Sílex, Madrid, 2001.
- DEL MORAL RUIZ, J., PRO RUIZ, J. y SUÁREZ BILBAO, F.: *Estado y territorio en España. 1820-1930. La formación del paisaje nacional*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2007.
- DEL MORAL VARGAS, M.: "La reivindicación sigilosa: las telegrafistas sin plaza (1909-1914)", en HEREDIA, I. y ALDUNATE, O. (coord.): *I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la Asociación de Historia Contemporánea*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2008 (Edición en CD).
- DEL MORAL VARGAS, M.: "Análisis sociodemográfico de las militantes de la Agrupación Femenina Socialista de Madrid: una aproximación a través del Padrón Municipal (1906-1914)", en GÓMEZ-FERRER, G. y SÁNCHEZ, R. (eds.): *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras. Congreso Internacional*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2007.
- DEL MORAL VARGAS, M.: *Acción Colectiva Femenina en Madrid, 1909-1931*, Universidade de Santiago de Compostela, 2012.
- DEL POZO ANDRÉS, M^a M.: "Desde las escuelas para pobres hasta la ciudad educadora: la enseñanza primaria pública en Madrid (1850-1939) en PINTO CRESPO, V. (Dir.): *Madrid. Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunwerg Editores, 2001, Madrid, pp. 248-265.
- DEL REGUERO, V.: *Juan y Ventura Alvarado. La época que doró la manteca*, Piélagos del Moro, Villablino, 2009.
- DENNIS, R.: "Modern London", en *The Cambridge Urban History of Britain*, Vol. 3, Cambridge Histories Online, 2008, pp. 95-131.
- DENNIS, R.: *Cities in Modernity. Representations and productions of metropolitan space (1840-1930)*, Cambridge University Press, Cambridge & New York, 2008.
- DESVOIS, J.M. (Ed.): *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo*, Pilar, París, 2005.
- DI BIASIO, P.: "Redes sociales primarias e integración. El Lazio en Santa Fe: un grupo de inmigración tardía" en *IV Congreso de Historia de los Pueblos de la provincia de Santa Fe*, Esperanza, 2005.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, O.: "Los primeros años del Banco Urquijo (1918-1931)", comunicación presentada al *VIII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica*, Santiago de Compostela, 2005.
- DÍAZ SÁNCHEZ, P.: "Del taller de costura a la fábrica. El trabajo de las mujeres en la confección-textil madrileña", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 23, 1999, pp. 279-293.

DÍAZ SÁNCHEZ, P.: *El trabajo de las mujeres en el textil madrileño. Racionalización industrial y experiencias de género (1959-1986)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, Málaga, 2001.

DÍAZ SIMÓN, L.: “La participación de las mujeres en el mercado laboral madrileño, 1900-1930”, en ORTEGA LÓPEZ, T. M^a y DEL ARCO BLANCO, M. A. (ed.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación*, Actas del XI Congreso de la AHC, Granada, 2013.

DÍAZ SIMÓN, L.: “La utilización del sistema de clasificación HISCO para el estudio de la estructura ocupacional de Madrid, 1880-1930: posibilidades y problemas”, *X Congreso de la ADEH*, Albacete, 2013.

DÍAZ SIMÓN, L.: *El casco antiguo de Madrid a principios del siglo XX*, Trabajo fin de Máster, UCM, 2010

DIÉGUEZ PATAO, S.: *La generación del 25. Primera arquitectura moderna en Madrid*, Cátedra, Madrid, 1997.

DÍEZ CANO, S.: “Los estudios sobre el poder local: los planteamientos y tendencias de la investigación reciente”, *Hispania*, 201 (1999), pp. 25-45.

DÍEZ DE BALDEÓN GARCÍA, A.: “El nacimiento de un barrio burgués: Argüelles en el siglo XIX”, *Norba Arte*, nº 13, Univ. de Extremadura, Cáceres, 1993, pp. 231-268.

DÍEZ DE BALDEÓN, C.: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

DIMAND, R. y NYLAND, C.: *The Status of Women in Classical Economic Thought*, Edward Elgar, Cheltenham, 2003.

DOBSON, S.: *Authority and upheaval in Leipzig, 1910-1920*, Columbia University Press, Nueva York, 2000.

DOHERTY, J. C. *Short- distance migration in mid- victorian Lancashire: Blackburn and Bolton 1851-71*. PhD Thesis, University of Lancaster, 1985.

DOMÍNGUEZ MARTÍN, R.: *La riqueza de las regiones. Las desigualdades económicas regionales en España, 1700-2000*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.

DOPESO FERNÁNDEZ, R.: *Las economías de aglomeración marshallianas y el desarrollo emprendedor en España*, Trabajo de Investigación de Doctorad, UAB, Barcelona, 2009.

DOPICO, F. y REHER, D.S.: *El declive de la mortalidad en España, 1860-1930*, Asociación de Demografía Histórica, Huesca, 1998.

DRUMMOND, D. K.: *Crew: Railway Town, Company, and People, 1840-1914*, Scholar Press, Aldershot, 1995.

DUBERT, I.: “Agricultural work, social structure and labour markets of the rural domestic service in Galicia in the mid-eighteenth century”, en FAUVE-CHAMOUX, A. (ed.): *Domestic Service and the Formation of European Identity. Understanding the Globalization of Domestic Work, 16th-21st Centuries*, Bern, Peter Lang, 2004, pp. 113-126.

DUBERT, I.: “Domestic service and social modernization in urban Galicia, 1752-1920”, *Continuity and Change*, (1999), pp. 207-226.

DUBERT, I.: *Del campo a la ciudad. Migraciones, familia y espacio urbano en la historia de Galicia, 1708-1924*, Nigra, Vigo, 2001.

DUFFY, L.: *Le Grand Transit Moderne: Mobility, Modernity and French Naturalist Fiction*, Rodopi, Amsterdam-New York, 2005.

DUMUIS, S. (Ed.): *Le Printemps, cent ans de jeunesse*, Paris, 1965.

- DUNCAN, O.D. y DUNCAN, B.: "A methodological analysis of segregation indexes". *American Sociological Review*, vol. 41, 1955, pp. 210-217.
- DUNCAN, O.D. y DUNCAN, B.: "Residential distribution and occupational stratification". *American Journal of Sociology*, vol. 41, 1955, pp. 493-503.
- DURÁN, M^a A. (Ed.): "El trabajo invisible en las cuentas de la nación" en VILLOTA, P. (Dir.) *Las mujeres y la ciudadanía en el umbral del siglo XXI*, Ed. UCM, 1998, pp. 99-131.
- DURÁN, M^a A. (Ed.): *Mujer y sociedad en España, 1700-1975*, Instituto de la Mujer, 1986, Madrid.
- DYOS, H. J.: "The slums of Victorian London", *Victorian Studies*, nº 11, 1967, pp. 129-153.
- EALHAM, C.: *Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.
- EALHAM, C.: *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto (1898-1937)*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.
- EGUIZÁBAL MAZA, R.: *Historia de la publicidad*. Fragua, Madrid, 2011.
- EIRAS ROEL, A. y REY CASTELAO, O.: *Migraciones internas y médium-distance en la península ibérica, 1500-1900*, 1^a Conférence européenne de la Commission Internationale de démographie historique, 2 Vols., Santiago de Compostela, 1993.
- EIRAS ROEL, A.: *La emigración española a Ultramar, 1492-1914*, Tabapress, Asociación de Historia Moderna, Madrid, 1991.
- ELEB, M. y DEBARRE, A.: *L'invention de la habitation moderne. Paris 1880-1914*, Hazan y Archives d'Architecture Moderne, Paris, 1995.
- ELORZA, A. y RALLE, M.: *La formación del PSOE*, Crítica, Barcelona, 1989.
- ESPADAS BURGOS, M.: "El hambre de 1812 en Madrid" en *Hispania*, nº 110, Madrid, 1968, pp. 594-623.
- ESPADAS BURGOS, M.: "Evolución política de Madrid en el siglo XIX", en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.): *Historia de Madrid*, UCM, Madrid, 1994, pp. 441-478.
- ESPINA PÉREZ, P.: *Historia de la Inclusa de Madrid vista a través de los artículos y trabajos históricos (1400-2000)*, Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid, Madrid, 2007.
- ESPINA, A.: *Las tertulias de Madrid*. Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- ESPINOSA DE ROMERO, J. y GONZÁLEZ REGLERO, J. J. (coord.): *1851, La creación del Canal de Isabel II*, 2 Vols., Fundación del Canal Isabel II, Madrid, 2001.
- ESTEBAN DE VEGA, M. (Ed.): "Pobreza, beneficencia y política social", *Ayer*, Marcial Pons, nº 25, Madrid, 1997.
- ESTEBAN DE VEGA, M., GONZÁLEZ GÓMEZ, S. y REDERO SAN ROMÁN, M.: *Salamanca, 1900-1936. La transformación limitada de una ciudad*, Diputación de Salamanca, 1992.
- ESTEBAN DE VEGA, M.: "La asistencia liberal española: beneficencia pública y previsión particular" en *Historia Social*, Centro de la UNED, Instituto de H^a Social, nº 13, 1992, Valencia, pp. 123-138.
- EUGENIA, C. N.: "Educación", en CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coord.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. II, Fundación BBVA, 2006, Bilbao, pp. 77-154.
- EVANS, R.: *Death in Hamburg. Society and Politics in the Cholera Years, 1830-1910*, Clarendon Press, Oxford, 1987.
- FACIABÉN LACORTE, P.: "Los grandes almacenes en Barcelona", *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, nº 140 (2003).

FAUVE-CHAMOUX, A.: "Servants in Preindustrial Europe: Gender Differences". *Historical Social Research*, nº 23 (1-2), 1998, pp. 112-129.

FELDMAN, D.: "Migration", en *The Cambridge Urban History of Britain*, Vol. 3., Cambridge University Press, 2008, pp. 185-206.

FERNÁNDEZ CASANOVA, C.: *El trabajo en la ciudad. Diccionario de profesiones de las ciudades de Galicia, 1845-1924*. CSIC, Madrid, 2011.

FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, P.: *La sociedad mental*, Anthropos, Barcelona, 2004, pp. 160-166.

FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.): *Historia de Madrid*, UCM, Madrid, 1994.

FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: "El hambre en Madrid durante la ocupación francesa (1811-1812)" en MAZA ZORRILLA, E. y MARCOS DEL OLMO, M^a: *Estudios de historia: homenaje al profesor Jesús María Palomares*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2006, pp. 321-338.

FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: "La población madrileña entre 1876 y 1931. El cambio de modelo demográfico" en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.), *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, Madrid, Alfoz-CAM, 1989, Vol. 1, pp. 29-76.

FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: "Las crisis de subsistencias en el Madrid del siglo XIX", en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 2, Alfoz-Comunidad de Madrid-UCM, 1986, Madrid, pp. 191-228.

FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: "Los marcos de vida (1): el crecimiento de las ciudades", en *Los fundamentos de la España liberal (1834-1900)*, T. XXXIII de la *Historia de España Menéndez Pidal*, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 546-588.

FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: "Modelo demográfico y problemas sanitarios", *Revista Arbor*, Vol. 169, nº 666, junio 2001, pp. 323-342.

FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: "Niveles de vida del proletariado madrileño (1883-1903)", en *El reformismo social en España: la Comisión de Reformas Sociales*, Actas de los IV Coloquios de Historia. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1987, pp. 163-180.

FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II*, CSIC, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1971.

FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Epidemias y sociedad en Madrid*, Vicens Vives, Barcelona, 1985.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, J.: "Prehistoria del taylorismo en España. La difusión de la Organización Científica del Trabajo en el primer tercio del siglo", en CASTILLO, S. (coord.): *El trabajo a través de la historia: actas del II Congreso de la Asociación de Historia Social*. Córdoba, 1996, pp. 469-476.

FERNÁNDEZ POYATOS, M^a D.: "Las primeras agencias españolas de publicidad: 1912-1934", en *Questiones publicitarias: revista internacional de comunicación y publicidad*, nº 15, 2010, pp. 52-71.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P.: "Los soldados de la República Literaria y la edición heterodoxa en el siglo XIX", en DESVOIS, J.M. (Ed.): *Prensa, impresos, lectura en el mundo hispánico contemporáneo*, Pilar, París, 2005, pp. 126-136.

FERNÁNDEZ VARA, T.: "Salarios y Programas de Bienestar Industrial en la empresa ferroviaria MZA (1915-1935)", en *Investigaciones de Historia Económica*, nº4, 2006, pp. 108-138.

FERRER, L.: "Notas sobre la familia y el trabajo de la mujer en la Catalunya central (siglos XVIII-XX)", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, nº XII, 2/3, 1994, pp. 201-232.

- FIGUEROA TORRES Y ROMAMONES, A. (Conde de Romanones): *Salamanca. Conquistador de riqueza, gran señor*, Espasa-Calpe, Madrid, 1962, pp. 105-107.
- FITZGERALD, R.: *British labour Management and Industrial Welfare, 1846-1939*, Groom Helm, London, 1988.
- FLECHA GARCÍA, C.: “Los obstáculos a la entrada de las mujeres en el empleo cualificado: formación y profesionalización”, en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Universidad de Alicante, 2003, pp. 57-75.
- FLECHA GARCÍA, C.: *Las primeras universitarias en España (1872-1912)*, Narcea, Madrid, 1996.
- FLORENCIO PUNTAS, A. y LÓPEZ MARTÍNEZ, A. L.: “El papel de los jóvenes en las migraciones rurales estacionales en la península ibérica, siglos XVII-XIX”, *VIII Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Menorca (Mahón), 2007.
- FLORENCIO, A. y LÓPEZ, A. L.: “Las migraciones estacionales agrarias en Andalucía anteriores al siglo XX”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XVIII (1), 2000, pp. 71-100.
- FOLGUERA CRESPO, P.: *Vida cotidiana en Madrid. Primer tercio del siglo a través de las fuentes orales*, CAM, Madrid, 1987.
- FORCADELL, C. y SABIO ALCUTÉN, A. (Coord.): *Las escalas del pasado. IV Congreso de Historia Local de Aragón*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2005.
- FORNS GARCÍA, J.J.: “Madrid, centro inmigratorio”, en VV.AA. *Madrid, 1964: evolución demográfica, desarrollo urbanístico, economía y servicios*, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1964, pp. 169-182.
- FOURCAUT, A. (Dir.): *Banlieue rouge, 1920-1960. Années Thorez, années Gabin : archétype du populaire, banc d'essai des modernités*, Autrement, Mémoires, octobre 1992.
- FOURCAUT, A.: *La banlieue en morceaux. La crise des lotissements défectueux en France dans l'entre-deux-guerres*, Créaphis, Paris, 2000.
- FOX, S.: *The Mirror Makers: A History of American Advertising and Its Creators*. William Morrow, New York, 1984.
- FRANCO RUBIO, G.: *La incorporación de la mujer a la administración del estado, municipios y diputaciones. 1916-1936*. Mº de Cultura, Madrid, 1981.
- FRECHILLA, J.: “Seis episodios en la redacción del anteproyecto de Ensanche de Madrid” en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004, pp. 277-295.
- FRÍAS, C. y RUIZ CARNICER, M. A.: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2001.
- FUJITA, M., KRUGMAN, P. y VENABLES, A. J.: *The Spatial Economy: Cities, Regions and International Trade*. The MIT Press, Cambridge, 1999.
- GAILLARD, J.: *Paris, la ville (1852-1870)*, L'Harmattan, Paris, 1997.
- GALLARDO PÉREZ, R.: *La evolución histórica del distrito de Latina, 1860-1939*, UCM, Memoria de Máster dirigida por Luis Enrique Otero Carvajal, 2010.
- GALLARDO ROMERO, J. J. y OYÓN BAÑALES, J.L.: *El cinturón rojinegro: radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Carena, Barcelona, 2005.
- GÁLVEZ, L.: “Breadwinning Patterns and Family Exogenous Factors: Workers at the Tobacco Factory of Seville during the Industrialization Process, 1887-1945”, *International Review for Social History*, 42, Supplement 5, 1997, pp. 87-129.

GÁRATE OJANGUREN, M. M.: “El desarrollo del sistema bancario”, en GONZÁLEZ ENCISO, A. y MATÉS BARCO, J. M. (coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 349-378.

GARCÍA ABAD, R.: “El establecimiento de las redes migratorias: una propuesta metodológica para descubrirlas y medir su importancia en los procesos migratorios” *VI Congreso de la ADEH*, Castello Branco, 2001.

GARCÍA ABAD, R.: *Historias de emigración. Factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)*, UPV, Bilbao, 2005.

GARCÍA ABAD, R.; PAREJA ALONSO, A.; ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: “Modelos diferenciales de mercado laboral en las tres capitales vascas en 1930”, en ORTEGA LÓPEZ, T. M^a y DEL ARCO BLANCO, M. A. (ed.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación*, Actas XI Congreso de la AHC, Granada, 2013.

GARCÍA BALLESTEROS, A.: “Estado actual de los estudios de demografía en Madrid y la región castellano-manchega (1850-1983)”, en PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D. S.: *La demografía histórica en España*, El Arquero, Madrid, 1988.

GARCÍA DELGADO, J. L. (Coord.) *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. VIII Coloquios de H^a Contemporánea de España, Siglo XXI, Madrid, 1992.

GARCÍA DELGADO, J. L. y CARRERA TROYANO, M.: “Madrid, capital económica” en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Ed.) *H^a Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 209-237.

GARCÍA DELGADO, J. L.: “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española” en NADAL, J. y CARRERAS, A. (Dir.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Ariel, Barcelona, 1990, pp. 219-256.

GARCÍA DELGADO, J. L.: “Madrid en los decenios interseculares: la economía de una naciente capital moderna” en GARCÍA DELGADO, J. L. (Coord.) *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. VIII Coloquios de H^a Contemporánea de España, Siglo XXI, Madrid, 1992, pp. 405-414.

GARCÍA DELGADO, J. L.: “Modernización ante Europa: un apunte sobre el primer tercio del Novecientos español”, en ÁLVAREZ JUNCO, J. y CABRERA CALVO-SOTELO, M. (coord.): *La mirada del historiador: un viaje por la obra de Santos Juliá*, Taurus, Madrid, 2011, pp. 17-30.

GARCÍA DELGADO, J.L. (coord.): *Historia de la empresa mundial y de España*, Síntesis, Madrid, 1998.

GARCÍA DELGADO, J.L.: *La modernización económica en la España de Alfonso XIII*, Espasa Calpe, Madrid, 2002.

GARCÍA GALÁN, S.: “De las prácticas tradicionales a la supervisión médica en el ejercicio de la maternidad. Asturias, 1900-1931”, *Dynamis*, Vol. 31, nº 1, 2011, pp. 131-157.

GARCÍA GONZALEZ, F. (coord.): *La historia de la familia en la península Ibérica. Balance regional y perspectivas: Homenaje a Peter Laslett*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2008.

GARCÍA LÓPEZ, J.R.: “La empresa bancaria en España”, en LLORDÉN MIÑAMBRES, M. (coord.): *De empresas y empresarios en la España contemporánea*, Servicio de Publicaciones, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1995, pp. 77-100.

GARCÍA MADARIA, J. M.: *Estructura central del Estado, 1808-1931*, Instituto Nacional de Administración, Madrid, 1982.

- GARCÍA PÉREZ, M^a S.: “El padrón municipal de habitantes: origen, evolución y significado”, *En Hispania Nova. Revista de historia contemporánea*, nº 7, 2007, pp. 79-89.
- GARCÍA ROVIRA, A. M.: “Revolución liberal y fuerzas populares: el degüello de los frailes, Madrid, julio de 1834”, en *Ejército, pueblo y constitución. Homenaje al general R. del Riego*, Madrid, 1988.
- GARCÍA RUIPÉREZ, M.: “El empadronamiento municipal en España: evolución legislativa y tipología documental”, en *Documentia & Instrumenta*, nº 10, UCM, 2012, pp.45-86.
- GARCÍA RUIZ, J. L. y HERNÁNDEZ ANDREU, J. (coords.): *Lecturas de historia empresarial*, Madrid, Civitas, 1994.
- GARCÍA RUIZ, J. L. y MANERA ERBINA, C. (Dir.): *Historia empresarial de España. Enfoque en profundidad*, LID, Madrid, 2006.
- GARCÍA RUIZ, J. L. y TORTELLA CASARES, G.: “Trayectorias divergentes, paralelas y convergentes: la historia del Banco Hispano Americano y del Banco Central, 1901-1965” en GARCÍA RUIZ, J. L. y HERNÁNDEZ ANDREU, J. (coords.): *Lecturas de historia empresarial*, Madrid, Civitas, 1994, pp. 401-427.
- GARCÍA RUIZ, J. L.: “La empresa en Madrid: una realidad condicionada por la capitalidad”, en GARCÍA RUIZ, J. L. y MANERA ERBINA, C. (Dir.): *Historia empresarial de España. Enfoque en profundidad*, LID, Madrid, 2006, pp. 361-390.
- GARCÍA RUIZ, J. L.: “Noventa años de gran banca comercial: el Banco Hispano Americano, 1900-1991”, en *Revista de la historia de la economía y de la empresa*, nº 1, 2007, pp. 117-139.
- GARCÍA RUIZ, J.L.: “La industria de la automoción en Madrid: ¿hubo oportunidades perdidas?”, en *VIII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica*, Santiago de Compostela, 2005.
- GARCÍA RUIZ, J.L.: “La inflación en la España del siglo XX: teorías y hechos”, *Boletín Económico de ICE*, nº 2667, 16-22 de octubre de 2000, pp. 23-32.
- GARCÍA RUIZ, J.L.: *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industrial de automóvil en España*, Síntesis, Madrid, 2003.
- GARCÍA-ALIX, C.: *Madrid-Moscú. El cuento de nunca acabar*, T Ediciones, Madrid, 2003.
- GARCÍA-BELLIDO y GARCÍA DE DIEGO, J.: “Pascual Madoz e Ildefonso Cerdá, dos pioneros en la epifanía de la urbanística”, *Architecture, City and Environment*, Vol. 1, nº 1, 2006, pp. 4-28.
- GARCÍA-GUTIERREZ MOSTEIRO, J.: “Poder y arquitectura en el Madrid isabelino: Pascual y Colomer (1808-1870) y el origen de la ciudad de la burguesía”, en CABAÑAS BRAVO, M., LÓPEZ-YARTO ELIZALDE, A. y RINCÓN GARCÍA, W.: *Arte, poder y sociedad en la España de los siglos XV a XX*, CSIC, Madrid, 2008, pp. 355-368.
- GARRABOU, R. (coord.): *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1992.
- GARRARD, J. y PARROT, V.: “Craft, professional and middle-class identity: solicitors and gas engineers, c. 1850-1914”, en KIDD, A. y NICHOLLS, D.: *The making of the British middle class? Studies of regional and cultural diversity since the Eighteenth Century*, Sutton Publishing, Gloucestershire, 1998, pp. 148-168.
- GEA ORTIGAS, M^a I.: *Los viajes de agua de Madrid*, La Librería, Madrid, 1999.
- GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001.

GERMAN, L.: “Del Cereal al Metal. La trayectoria de la economía aragonesa” en GERMAN, L., LLOPIS, E., MALUQUER DE MOTES, J. y ZAPATA, S. (eds.): *Historia Económica Regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 331-356.

GERMÁN, L.: “La transformación de la ciudad de Zaragoza en el siglo XX (1900-1936”, en VV. AA.: *Historia de Aragón. Economía y sociedad*. Vol. II, Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 459-468.

GILBERT, D. y SOUTHALL, H.: “The urban labour market”, *The Cambridge Urban History of Britain*, Vol. 3, Cambridge Histories Online, 2008, pp. 593-628.

GILI RUIZ, R. y VELASCO MEDINA, F.: “Ayuntamiento y administración municipal”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunweg Editores, 2001, Madrid, pp. 300-308.

GILI RUIZ, R.: “El transporte y la articulación del espacio urbano”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunweg Editores, 2001, Madrid, pp. 248-265.

GIMENO VALLEDOR, P.: *El automóvil en España. Su historia y sus marcas*, RACE, Madrid, 1993.

GÓMEZ BRAVO, G.: “La movilidad sin industria. El crecimiento de Madrid y su provincia en la transición demográfica (1868-1939)” en GÓMEZ-FERRER, G. y SÁNCHEZ, R. (eds.): *Modernizar España. 1898-1914. Proyectos de reforma y apertura internacional en torno a la Conferencia de Algeciras. Congreso Internacional*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2007.

GÓMEZ DÍAZ, D. y CÉSPEDES LORENTE, J.: “Ausentes, transeúntes y nacidos en otra provincia, un sistema de flujos y stocks para evaluar la movilidad migratoria española, 1860-1930”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. UPV, Bilbao, 1996, pp. 31-86.

GÓMEZ MENDOZA, A.: “La industria de la construcción residencial. Madrid 1820-1935”, en *Moneda y Crédito*, nº 177, 1986, pp. 53-81.

GÓMEZ MENDOZA, A. y SAN ROMÁN, E.: “Transportes y comunicaciones”, capítulo 7 de CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coords.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. II, Fundación BBVA, 2006, Bilbao.

GÓMEZ MENDOZA, A.: “El viaje en el Madrid de Pérez Galdós” en VV. AA. *Madrid en Galdós, Galdós en Madrid*, CAM, Madrid, 1988, pp. 183-262.

GÓMEZ MENDOZA, A.: “Ferrocarril, abastecimientos y mercado nacional: Madrid, 1875-1931”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, (1876-1931)*, Vol. 1, CAM, 1989, pp. 351-375.

GÓMEZ PORRO, F.: *La conquista de Madrid: paletos, provincianos e inmigrantes*, Sílex, Madrid, 2000, pág. 79

GÓMEZ REDONDO, R.: “El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970”, *Reis*, nº32, Octubre-Diciembre, CIS, 1985, pp. 101-139.

GÓMEZ-FERRER MORANT, G. (coord.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Siglos XIX y XX*. Tomo III “Del siglo XIX a los umbrales del siglo XX”, Cátedra, Madrid, 2005.

GÓMEZ-FERRER MORANT, G.: “La vida privada” en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (coord.): *Los fundamentos de la España Liberal (1834-1900). La sociedad, la economía y las formas de vida. Historia de España de Menéndez Pidal*. Tomo XXXIII, Espasa Calpe, Madrid, 1997, pp. 637-657.

GÓMEZ-FERRER MORANT, G.: “Las limitaciones del liberalismo en España: El ángel del hogar”, en FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. y ORTEGA LÓPEZ, M. (Eds.) *Antiguo Régimen*

y *Liberalismo. Homenaje a M. Artola, Tomo III, Política y Cultura*, 1995, Alianza Editorial-UAM, Madrid, pp. 515-532.

GONZÁLEZ CALLEJA, E. *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*. Alianza, Madrid, 2005.

GONZÁLEZ CALVILLO, J.L.: “De la ciudad cortesana a la ciudad burguesa”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunweg Editores, 2001, Madrid, pp. 210-223.

GONZÁLEZ DE MOLINA, M., MARTÍNEZ MARTÍN, M., ORTEGA SANTOS, A., MARTÍNEZ LÓPEZ, D. y GÓMEZ OLIVER, M.: “Propiedad y explotación en la historia agraria de Andalucía. Una visión de conjunto”, en GONZÁLEZ MOLILNA, M. (Ed.): *La Historia de Andalucía a debate*, Anthropos, Barcelona, 2002, pp. 61-87.

GONZÁLEZ ENCISO, A. y MATÉS BARCO, J. M. (Coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 435-462.

GONZÁLEZ GÓMEZ, S. y REDERO SAN ROMÁN, M.: “Análisis metodológico de dos fuentes de historia social: los padrones municipales y las matrículas industriales”, en CASTILLO, S., (coord.), *La historia social en España*. Madrid, Siglo XXI, 2001, pp. 507-520.

GONZÁLEZ LÓPEZ, J.: *Madrid y su extrarradio: el distrito de Tetuán en el primer tercio del siglo XX*, Trabajo Fin de Máster, UCM, 2010.

GONZÁLEZ MORENO, M.; DEL RÍO GÓMEZ, C. y DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ, J. M.: “Los servicios: concepto, clasificación y problemas de medición”, *Ekonomiaz. Revista vasca de economía*, nº 13-14, 1989, pp. 10-19.

GONZÁLEZ PALACIOS, D.: “La estructura socioeconómica del casco urbano de Madrid a finales del siglo XIX. El caso del barrio de Corredera”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (coords.): *Ayer en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008.

GONZÁLEZ PALACIOS, D.: *El barrio de Corredera durante la segunda mitad del siglo XIX*, UCM, Memoria de Máster dirigida por Luis Enrique Otero Carvajal, 2008.

GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, Población y Ciudad)*, Fundación BBV, Bilbao, 1995.

GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *La consolidación de la metrópoli de la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2009.

GONZÁLEZ PORTILLA, M. (Dir.): *Los orígenes de una metrópoli industrial: la ría de Bilbao*, 2 Vols., Fundación BBVA, Bilbao, 2001.

GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K. (eds.): *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. UPV, Bilbao, 1996.

GONZÁLEZ PORTILLA, M., URRUTIKOECHEA, J. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Vivir en familia, organizar la sociedad. Familia y modelos familiares: las provincias vascas a las puertas de la modernización (1860)*, UPV-EHU, Bilbao, 2003.

GONZÁLEZ ROLDÁN, S.; GARCÍA DELGADO, J.L. y MUÑOZ, J.: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, 2 Vols., Confederación Española de Cajas d Ahorro, Madrid, 1973.

GONZÁLEZ YANCI, M^a P.: *Los accesos ferroviarios a Madrid. Su impacto en la geografía urbana*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1977.

GONZÁLEZ-CARVAJAL, L.: *Ideas y creencias del hombre actual*, Sal Terrae, Bilbao, 1991, pp. 142-145.

- GONZÁLEZ-VARAS, I.: *Los palacios de la Castellana. Historia, arquitectura y sociedad*, Turner, Madrid, 2010.
- GOODRUM, C. y DALRYMPLE, H.: *Advertising in America. The First 200 Years*. Harry N. Abrams, New York, 1990.
- GRANTHAM, G. y MACKINNON, M. (eds.): *Labour Market Evolution. The economic history of market integration, wage flexibility and the employment relation*. Routledge, London, 1994.
- GRAYSON, R.: "Who was master?" en KIDD, A. y NICHOLLS, D.: *The making of the British middle class? Studies of regional and cultural diversity since the Eighteenth Century*, Sutton Publishing, Gloucestershire, 1998, pp. 42-57.
- GREEN, D. R.: *From Artisans to Paupers: economic change and poverty in London, 1790-1870*, Scholar Press, Aldershot, 1995.
- GRIBAUDI, M.: *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au debut du XXe siècle*, Editions de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences, París, 1987.
- GUARDIA BASSOLS, M., OYÓN, J.L. y MONCLUS, F. J. (Dir.): *Atlas histórico de ciudades europeas. Península Ibérica*, CCCB/ Salvat Editores, Barcelona, 1994.
- GUILLÉN, M.: "Profesionales y burocracia. Desprofesionalización, proletarización y poder profesional en las organizaciones complejas", en *REIS*, nº 51, pp. 35-52.
- GUTIÉRREZ GARCÍA, M^a A. y MARTÍNEZ DE MADARIAGA, R.: "La especialización geográfica del centro de Madrid como área de servicios", en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, (1876-1931)*, Vol. 1, CAM, 1989, pp. -477.
- GUTIÉRREZ JUNQUERA, P.: *El crecimiento de los servicios. Causas repercusiones y políticas*, Alianza Economía, Madrid, 1993.
- GUTIÉRREZ, D.: *Tranvías de Madrid*, La Librería, Madrid, 2001.
- HAJNAL, J.: "Age at marriage and proportions marrying", *Population Studies*, 7, 2, pp. 111-136.
- HALL, T.: *Planning Europe's capital cities. Aspects of Nineteenth-Century Urban Development*, Taylor & Francis e-Library, London, 2005.
- HATTON, T. y WILLIAMSON, J.: *The Age of Mass Migration. Causes and Economic Impact*, Oxford University Press, Oxford & New York, 1998.
- HAUSER, P.: *Madrid bajo el punto de vista médico-social*, Ed. de C. Del MORAL, 2 Vols., Ed. Nacional, Madrid, 1979.
- HEREDIA, I. y ALDUNATE, O. (coord.): *I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la Asociación de Historia Contemporánea*, Pressas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2008.
- HERNÁNDEZ BARRAL, J. M.: *Grandes de España: distinción y cambio social, 1914-1931*, Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2012.
- HERNÁNDEZ BARRAL, J.M.: "Duques, marqueses y condes: un grupo social de otro tiempo a principios del siglo XX", en IBARRA AGUIRREGABIRÍA, A. (Coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Universidad del País Vasco/Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, Vitoria-Gasteiz, 2012, (Libro CD).
- HERNÁNDEZ DÍAZ, J. M^a (coord.): *Influencias francesas en la educación española e iberoamericana (1808-2008)*, Actas de las III conversaciones pedagógicas de Salamanca, Globalia Ediciones Anthema y José Luis Hernández Huerta, Villares de la Reina, 2008.
- HERNÁNDEZ MARCO, J.L.: "La oferta automovilística en España antes del SEAT-600: 1906-1957", en *Economía Industrial*, nº 307, 1996, pp. 131-148.

- HERNÁNDEZ MARCO, J.L.: “Los precios de los automóviles importados en la España de los años veinte”, *Revista de Historia Industrial*, nº 22, 2002, pp. 157-172.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E.: *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Akal, Madrid, 2004, pp. 437-555.
- HERRANZ LONCÁN, A.: “La reducción de los costes de transporte en España (1800-1936), en *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, 2005, pp. 183-206.
- HERRANZ LONCÁN, A.: *La dotación de infraestructuras en España, 1845-1935*, Banco de España, Madrid, Estudios de Historia Económica nº 45, 2004, pp. 44-57
- HESSEL, F.: *Promenades dans Berlin*, Grenoble, PUG, 1989.
- HIEBERT, D.: “The social geography of Toronto in 1931: a study of residential differentiation and social structure”, *Journal of Historical Geography*, 21, 1995, pp. 55-74.
- HILL, T.P.: “On goods on services”, *The Review of Income and Wealth*, nº 4, 1977.
- HIRSCHMAN, A.O.: *The strategy of Economic Development*, Yale University Press, New Haven, 1958.
- HOBBSBAWN, E. J.: “Zapateros políticos”, *Gente poco corriente*, Crítica, Barcelona, 1999, pp. 29-56.
- HOCHSTADT, S. L.: *Mobility and Modernity: Migration in Germany, 1820-1989*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1999.
- HOFFMANN, W.G.: “Acerca de la dinámica del proceso de industrialización en la economía mundial”, en *Económica*, nº 3-4, Vol. 1, enero-junio 1955, pp. 323-344.
- HORRELL, S. y HUMPHRIES, J.: “The Origins and Expansion of the Male Breadwinner System. The case of Nineteenth-Century Britain”, *International Review for Social History*, 42, Supplement 5, 1997, pp. 25-64.
- HOUP, S. y ROJO CAGIGAL, J.C.: “El desarrollo de la gran industria”, en GONZÁLEZ ENCISO, A. y BATÉS BARCO, J.M. (coord.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 521-545.
- HUERTAS, R.: “Vivir y morir en Madrid. La vivienda como factor determinante del estado de salud de la población madrileña (1874-1923)”, *Asclepio*, LIV, nº 2, 2002, pp. 253-276.
- INWOOD, S.: *City of cities. The birth of Modern London*, MacMillan, London, 2005
- JACKSON, J.: *Migration and urbanization in the Ruhr Valley, 1821-1914*, Atlantic Highlands, New Jersey Humanities Press, 1997.
- JACOBS, J.: *La Economía de las ciudades*, Península, Barcelona, 1971.
- JACQUEMET, G.: *Belleville au XIXe Siècle: du faubourg à la ville*. L'École des Hautes Études en Sciences Sociales et Jean-Touzot Libraire-Éditeur, Paris, 1984.
- JAMES, D.: *Advertising and the transformation of American Society, 1865-1920*. Greenwood Press, New York, 1990.
- JAMES, L.: *The Middle Class. A history*. Abacus, London, 2006.
- JENKINS, L.: “Utopianism and urban change in Perreymond's plans for the rebuilding of Paris”, en *Journal of Historical Geography*, 32, 2006, pp. 336-351.
- JOYCE, P.: *The Rule of Freedom. Liberalism and the modern city*. Verso, London-New York, 2003.
- JUEZ GONZALO, E. P.: “La jornada de trabajo en Ferrocarriles”, en *II Jornadas de Historia Económica de las relaciones laborales*, Universidad de Sevilla, 1999, pp. 137-142.

JUEZ GONZALO, E.P.: *El mundo social de los ferrocarriles españoles de 1857 a 1917*, Tesis doctor inédita, UCM, Madrid, 1992.

JULIÁ, S. (coord.): *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Pablo Iglesias, Madrid, 1986, pp. 9-33.

JULIÁ, S., RINGROSE, D. y SEGURA, C.: *Madrid, historia de una capital*. Alianza Editorial, Madrid, 1994.

JULIÁ, S.: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984.

KALIFA, D.: *Les bas-fonds. Histoire d'un imaginaire*, Seuil, Paris, 2013.

KAUFMANN, V.: "On transport history and contemporary and social theory", *The Journal of Transport History*, nº 2, 2007, pp. 302-306.

KEARNS, G.: "The Urban Penalty and the Population History of England" en BRÄNDSTRÖM, A. y TEDEBRAND, L.-G. (Ed.), *Society, Health and Population During the Demographic Transition*, Umea universitets tryckeri, Umea, 1988.

KENT, R.: "Tecnologías de servicio y desarrollo económico", *Perspectivas económicas*, nº 52, 1985.

KIM, S.: "Expansion of markets and the geographic distribution of economic activities: the trends in U.S regional manufacturing structure, 1860-1987", *Quarterly Journal of Economics*, 110, 1995, pp. 881-908.

KOCKA, J.: *Historia social y conciencia histórica*, Marcial Pons, Madrid, 2002.

KOCKA, J.: *White collar workers in America, 1890-1940: a social-political history in international perspective*, Beverly Hills / Sage Publications, London, 1980.

KRUGMAN, P.: "Increasing Returns and Economic Geography", *Journal of Political Economy*, Vol. 99, nº 31, 1991, pp. 183-499.

KUZNETS, S.: "Economic growth and income inequality", en *The American Economic Review*, Vol. 45, nº 1, marzo de 1955, pp. 1-28.

LACAVE, M.: "Stratégies d'expropriation et haussmannisation: l'exemple de Montpellier", *Annales ESC*, Vol. 35, nº 5, septiembre-octubre de 1980.

LAERMANS, R.: "Learning to Consume: Early Department Stores and the Shaping of the Modern Consumer Culture (1860-1914)", *Theory, Culture & Society*, 10, 1993, pp. 79-102.

LAÍN ENTRALGO, P. (coord.): *La edad de plata de la cultura española, 1898-1936*, Espasa Calpe, Madrid, 1993.

LANCASTER, W.: *The Department Store: A Social History*, Leicester University Press, London, 1995.

LARRINAGA, C.: "Variaciones regionales de la economía española del siglo XIX", en GONZÁLEZ ENCISO, A. y MATÉS BARCO, J. M. (Coords.): *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 435-462.

LASLETT, P.: *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.

LAVASTRE, P. y MÁS, R. (Coord.) *Propiedad urbana y crecimiento de la ciudad*, UAM y Casa de Velázquez, Madrid, 2005.

LE BOUTEILLEC, N. y CHARLES, L.: "Les économistes et "La cité des femmes": le débat théorique sur l'accès des femmes au marché du travail (1850-1914)" en *Economic Working Papers* 2007-6, University of Paris West-Nanterre la Defense, París, 2007.

- LE PLAY, F.: *Campesinos y pescadores del norte de España*, Clásicos Agrarios, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Edición, introducción y notas de J. Sierra Álvarez, Madrid, 1990.
- LECUONA, L.: “La novela de los bajos fondos: Baroja y Dickens”, *Cuaderno del Instituto Vasco de Criminología*, nº 4, 1991, pp. 53-67.
- LEES, A. y HOLLEN LEES, L.: *Cities and the making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.
- LEES, A.: “Broad views of the urban past in Europe and its extensions”, *Urban History*, nº 34 (2007), pp. 347-352.
- LEONTIDOU, L.: “Land allocation and social transformation in inter-war Athens: a study of peripheral urbanization”, *Urban History Yearbook*, 1985, pp. 54-73.
- LEONTIDOU, L.: *The Mediterranean City in transition*, University Press, Cambridge, 1990.
- LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010.
- LEVI, G.: “Sobre microhistoria” en BURKE, P. (comp.): *Formas de hacer historia*, Alianza Universidad, Madrid, 1996, pp. 119-143.
- LICHTENBERGER, E.: *Vienna, Bridge between cultures*, Belhaven Press, Londres, 1993.
- LLONCH CASANOVAS, M.: *Tejiendo en red: la industria del género de punto en Cataluña (1891-1936)*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2007.
- LÓPEZ BUSTOS, C.: *Los tranvías de Madrid*, Aldaba, Madrid, 1993.
- LÓPEZ DE LUCIO, R.: “Núñez Granés y la urbanización del Extrarradio en el primer tercio del siglo XX”, en VV. AA.: *Gestión urbanística europea 1920-1940*, Ayuntamiento de Madrid, 1986, pp. 73-87.
- LÓPEZ GÓMEZ, A.: *Los transportes urbanos de Madrid*, CSIC e Instituto “Juan Sebastián Elcano”, Madrid, 1983.
- LÓPEZ MORELL, M. A.: *La Casa Rothschild en España: (1812-1941)*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2005, pág. 245.
- LÓPEZ ONTIVEROS, A.: “La agrociedad andaluza: caracterización, estructura y problemática”, en *Revista de Estudios regionales*, nº 39, Málaga, 1994, pp. 59-91.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M.: *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos (1910-1936)*, Marcial Pons, Madrid, 2006.
- LÓPEZ-OCÓN, L.; PÉREZ-MONTES, C. M.ª (editores): *Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898). Tras la senda de un explorador*, CSIC, Madrid, 2000.
- LORA-TAMAYO VALLVÉ, M.: *Historia de la legislación urbanística*, Iustel, Portal Derecho, Madrid, 2007.
- LOZANO LOMAS, A.V. y LLORENTE MENCHÉN, M.B.: “Los pioneros de la Organización Científica del Trabajo en España: José Mallart (1897-1989)”, en CASTILLO, S. y FERNÁNDEZ, R. (coords.): *Campesinos, artesanos, trabajadores: actas del IV Congreso de Historia Social de España*, Milenio, Lleida, 2001, pp. 605-618.
- LUSA MONFORTE, G. “La creación de la Escuela Industrial Barcelonesa (1851)”, en *Quaderns d'Història de l'Enginyeria*, Escola Superior d'Enginyers Industrials de Barcelona, 1996, vol. I, pp. 1-52.
- LYNDON SHANLEY, M.: *Feminism, Marriage and the Law in Victorian England, 1850-1995*, Princeton University Press, New Jersey, 1993.

MAGALLÓN PÓRTOLES, C.: *Pioneras españolas en las Ciencias. Las mujeres del Instituto Nacional de Física y Química*, CSIC, Madrid, 1998.

MAGRI, S. y TOPALOV, C.: *Villes ouvrières, 1900-1950*, L'Harmattan, París, 1989.

MALUQUER DE MOTES, J.: "Cataluña, avanzada de la industrialización", en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 357-390.

MALUQUER DE MOTES, J.: "Consumo y precios", en CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (coords.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Fundación BBVA, Bilbao, 2005, especialmente pp. 1266-1271.

MALUQUER DE MOTES, J.: "Crisis y recuperación económica en la Restauración (1882-1912)", en COMÍN, F.; HERNÁNDEZ, Mauro y LLOPIS, Enrique (eds.): *Historia económica de España. Siglos X-XX*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 243-284.

MALUQUER DE MOTES, J.: "La paradisíaca estabilidad de la anteguerra. Elaboración de un índice de precios de consumo en España, 1830-1936", *Revista de Historia Económica*, nº 2, otoño 2006, Año XXIV, pp. 333-382.

MANCUSO, F.: "Origen del urbanismo y experiencia municipal europea, entre continuidad e innovación (1920-1940)", en VV. AA.: *Gestión urbanística europea 1920-1940*, Ayuntamiento de Madrid, 1986, pp. 73-87.

MANCUSO, F.: *Las experiencias del zoning*, Ediciones Gustavo Gili, Barcelona, 1980.

MANGIAGALLI, S.: "Barcelona 1854-1856: crónicas del Ensanche. Reflexiones de Antonio Brusi Ferrer", *Architecture, City and Environment*, Vol. 1, nº 1, 2006, pp. 29-45.

MARCHAND, B.: *Les enemies de Paris. La haine de la grande ville des Lumières a nos jours*, PUR, Rennes, 2009.

MARCHAND, B.: *Paris, histoire d'une ville: XIXe-XXe siècle*, Seuil, Paris, 1993.

MARCHAND, R.: *Advertising the American Dream. Making Way for Modernity, 1920-1940*. University of California Press, Berkeley, 1985.

MARCUS, S.: *Apartment stories. City and home in nineteenth-century Paris and London*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1999.

MARÍN ECED, T. y DEL POZO ANDRÉS, M^a M.: *Las mujeres en la construcción del mundo contemporáneo*, Diputación Provincial de Cuenca, 2003.

MARÍN MUÑOZ, M^a R.: "Trabajo femenino, política familiar y teorías económicas", *Boletín económico de ICE*, nº 2774, 2003, pp. 5-11.

MARTÍN SANZ, A.: "Movilidad y sociabilidad: asociacionismo migrante aragonés en Barcelona durante la Restauración, la II República y la Guerra Civil (1870-1940)", *III Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historia Contemporánea*, AHC, Zaragoza, 2011.

MARTÍNEZ ANDALUZ, J. A.: "Préstamo privado y elites en el Madrid isabelino (1856-1868)" en *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1, Alfoz-CAM-UCM, Madrid, 1986, pp. 491-504.

MARTÍNEZ DE PISÓN, E.: "La formación de los suburbios de Madrid en el paso del siglo XIX al XX". *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político*, nº 31, Salamanca, julio de 1964, p 251-257.

MARTÍNEZ LÓPEZ, D. y MARTÍNEZ MARTÍN, M.: "Mercado laboral, inmigración y movilidad social: Granada, 1921", ORTEGA LÓPEZ, T. M^a y DEL ARCO BLANCO, M. A. (ed.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación*, Actas del XI Congreso de la AHC, Granada, 2013.

MARTÍNEZ LÓPEZ, D. y MOYA GARCÍA, G.: "Trabajo y actividad en la configuración de la ciudad andaluza: Granada entre 1890 y 1930", en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital*

humano en el mundo urbano, Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930). UPV, Bilbao, 2011, pp. 127-144.

MARTÍNEZ MARTÍN, J. “La desamortización eclesiástica en la villa de Madrid durante el trienio constitucional” en *Desamortización y Hacienda Pública*. Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1986, vol. 2 pp. 357-376.

MARTÍNEZ MARTÍN, J.: *Editores, libreros y público en Madrid durante la II República*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 2000.

MARTÍNEZ MARTÍN, J.: *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1991.

MARTÍNEZ MARTÍN, J.A. (Dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Marcial Pons, Madrid, 2001.

MARTÍNEZ MARTÍN, J.A.: “Madrid, de Villa a Metrópoli. Las transformaciones del siglo XX”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 22, UCM, 2000, pp. 225-249.

MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, S.: “Economistas liberales y cuestión femenina. El singular discurso de la domesticidad de la Escuela Economista Española (1861-1909), Documentos de Trabajo de la AEHE, nº7, 2009.

MARTÍNEZ VARA, T.: “Los costes laborales en una empresa líder: la Compañía de los Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y a Alicante, 1913-1935”, *II Congreso de Historia Ferroviaria*, Aranjuez, 2001.

MARTÍNEZ VEGA, U.: *Trabajadores invisibles: precariedad, rotación y pobreza de la inmigración en España*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2004.

MARTÍNEZ YUSTE, F.: *Edimburgo, de la Royal Mile a la ciudad dispersa*, Tesina dirigida por Salvador Tarragó Cid, Universidad Politécnica de Cataluña, 2008. Disponible su consulta en: <http://hdl.handle.net/2099.1/5905>.

MARTÍNEZ, G. y SÁNCHEZ, E.: “Mujeres. En 1882 ingresaban en Telégrafos las primeras trabajadoras”, en *El Correo*, nº 49, 1993, pp. 32-33.

MARTÍNEZ, U.: *Mujer, trabajo y domicilio. Los orígenes de la discriminación*, Icaria, Barcelona, 1995.

MARTORELL LINARES, M.: *Historia de la peseta. La España contemporánea a través de su moneda*, Ed. Planeta, Barcelona, pág. 35.

MARTORI, J.C. y HOBERG, K.: “Indicadores cuantitativos de segregación residencial. El caso de la población inmigrante en Barcelona”, *Scripta Nova*, Vol. VIII, nº 169.

MÁS HERNÁNDEZ, R.: “El plano parcelario del sector nordeste del Ensanche de Madrid” en *Ciudad y Territorio*, nº 2, Instituto de Estudios de Administración Local, Madrid, 1978, pp. 25-48.

MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La actividad inmobiliaria del Marqués de Salamanca en Madrid (1862-1875)”, *Ciudad y Territorio*, nº 3, Instituto Estadístico de Admón. Local, Madrid, 1978, pp. 47-70.

MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La promoción inmobiliaria en los ensanches del siglo XIX”, en VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004, pp. 55-73.

MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La promoción inmobiliaria en los ensanches del siglo XX”, en *Ciudad y territorio. Estudios territoriales*, nº 119-120, 1999, pp. 55-74.

MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La promoción inmueble en España (1846-1995)”, *Ciudad y territorio. Estudios territoriales*, 1996, nº107-108, p. 241-269.

MÁS HERNÁNDEZ, R.: “La propiedad urbana en Madrid en la primera mitad del siglo XIX” en BAHAMONDE MAGRO, A., y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1, Alfoz-CAM-UCM, Madrid, 1986, pp. 23-87.

MÁS HERNÁNDEZ, R.: “Los orígenes de la propiedad inmobiliaria en el extrarradio norte de Madrid”, en *Ciudad y territorio: revista de ciencia urbana*, nº 1, 1979, pp. 77-86.

MÁS HERNÁNDEZ, R.: “Pacífico”, en *Madrid*, nº 24, Espasa Calpe, Madrid, 1979.

MÁS HERNÁNDEZ, R.: “Tipos de vivienda en el Ensanche Nordeste de Madrid”, *Estudios Geográficos*, nº 39 (152), CSIC, agosto de 1978, págs. 307-347.

MÁS HERNÁNDEZ, R.: *El barrio de Salamanca. Planteamiento y propiedad inmobiliaria en el Ensanche de Madrid*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.

MAZA ZORRILLA, E. y MARCOS DEL OLMO, M^a: *Estudios de historia: homenaje al profesor Jesús María Palomares*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2006.

MAZA ZORRILLA, E.: *Pobreza y Beneficencia en la España Contemporánea (1808-1936)*, Ariel, Barcelona, 1999.

McMANUS, R. y ETHINGTON, P.J.: “Suburbs in transition: new approaches to suburban history”, en *Urban History*, nº 34, 2007, pp. 317-337.

MELCON BELTRÁN, J.: *La formación del profesorado en España (1837-1914)*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1992

MELLER, H: *European cities, 1890-1930's. History, culture and the built environment*, John Wiley & Sons, Chichester, 2001.

MÉNDEZ PÉREZ, E.: *La Compañía metropolitano Alfonso XIII: una historia económica (1917-1977)*. UNED, Madrid, 2000.

MENDIOLA GONZALO, F.: *Inmigración, Familia y Empleo. Estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930)*, UPV, Bilbao, 2002.

MIGUEL BERNAL, A. y PAREJO, A.: “La economía andaluza: atraso y frágil vertebración”, en GERMÁN, L., LLOPIS, E., MALUQUER, J. y ZAPATA, S. (Eds.): *Historia Económica regional de España. Siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 299-330.

MIKELARENA PEÑA, F., “Las estructuras familiares en la España tradicional: geografía y análisis a partir del censo de 1860” en *Boletín de la ADEH*, X, nº 3, 1992, pp. 15-61.

MIKELARENA PEÑA, F.: “Estructura económica, evolución cuantitativa de la población y balances migratorios de las capitales de provincia españolas en el período 1860-1930. Un análisis comparativo”, en GONZÁLEZ PORTILLA, M. y ZÁRRAGA SANGRÓNIZ, K.: *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996, pp. 87-114.

MIKELARENA PEÑA, F.: “Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930: áreas de atracción, áreas de expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias”, *Cuadernos aragoneses de Economía*, Vol. 3, nº 2, 1993, pp. 213-240.

MILLÁN, J. y FRADERA, J.M^a: *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*, Biblioteca Nueva y Universitat de Valencia, Madrid y Valencia, 2000.

MILLS, C.W.: *White-collar. Las clases medias en Norteamérica*, Aguilar, Madrid, 1973.

MIRALLES, C. y OYÓN, J.L.: “De casa a la fábrica. Movilidad obrera y transporte en la Barcelona de entreguerras, 1914-1939”, en OYÓN, J.L. (Coord.): *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras, 1918-1936*, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 1998, pp. 159-201.

- MIRANDA ENCARNACIÓN, J.A.: *La industria del calzado en España, 1860-1959. La formación de una industria moderna y los efectos del intervencionismo estatal*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Alicante.
- MIRÁS ARAUJO, J.: “Rasgos básicos y transformaciones en el servicio doméstico en una ciudad periférica. A Coruña, 1900-1960”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, UCM, Vol. 27, 2005, pp. 197-221.
- MIRRI LARRUBIA, T.: “Migrantes en las jóvenes sociedades industriales: integración y diferenciación social”, en *Historia Social*, 26, 1996, pp. 79-96
- MITCHELL, B.: *International Historical Statistic. Europe, 1750-2005*, Palgrave MacMillan (6ª edición), Londres, 2007.
- MOHEDANO, J.: “Las fusiones de empresas en España (1890-1913). Una primera aproximación”, *Revista de Historia Industrial*, nº 14, 1998, pp. 189-220.
- MONTOLIÚ CAMPS, P.: *Madrid, Villa y Corte. Historia de una ciudad*. Sílex, Madrid, 1996.
- MONTOYA MELGAR, A.: *Derecho del Trabajo*. Tecnos, Madrid, 2002, pp. 62-68.
- MONTRONI, G.: “Aristocracy and professions”, en MALATESTA, M.: *Society and the professions in Italy, 1860-1914*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, pp. 255-275.
- MORA SITJÁ, N.: “Exploring changes in earnings inequality: Barcelona, 1856-1905”, 6th *European Historical Economics Conference*, Istanbul, 2005.
- MORA SITJÁ, N.: “La inmigración en Madrid a mediados del siglo XIX: una primera aproximación”, *VI Congreso de la ADEH*, Granada, 2004.
- MORA SITJÁ, N.: “Labour and Wages in Pre-Industrial Catalonia”, *Discussion Papers in Economic and Social History*, nº 45, Oxford, 2000.
- MORALES MOYA, A.: “La reforma social en su perspectiva europea” en PALACIO MORENA, J. I. (coord.): *La Reforma Social en España. En el centenario de Reformas Sociales*, CES, Madrid, 2004, pp. 7-24.
- MORATA MARCO, E.: “La imagen de la maternidad en la España de finales del siglo XIX y principios del XX”, *Arenal*, Vol. 10, nº 2, 2003, pp. 163-190.
- MORELL OCAÑA, L.: “Las reformas administrativas de Maura”, en VV. AA.: *Reformistas y reformas en la administración española*, Ministerio de Administraciones Públicas, Madrid, 2005, pp. 125-142.
- MORENO MARTÍNEZ, P.L. y NAVARRO GARCÍA, C. (coords.) *Perspectivas históricas de la educación de personas adultas*. Vol. 3, Nº1. Universidad de Salamanca, 2009.
- MOUTOUKIAS, Z.: “Narración y análisis en la observación de vínculos y dinámicas sociales: el concepto de red personal en la historia social y económica” en BJERG, Mª y OTERO, H.: *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Cemla-IEHS, Tandil, 1995, pp. 221-241.
- MOYA GARCÍA, G. y MARTÍNEZ LÓPEZ, D.: “Trabajo y actividad femenina en la ciudad de Granada entre 1890 y 1930”, *XV Coloquio Internacional de la AEIHM “Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina”*, Bilbao, 2010, pp. 127-144.
- MOYA GARCÍA, G.: “El servicio doméstico en la ciudad de Granada entre 1890 y 1930”, ORTEGA LÓPEZ, T. Mª y DEL ARCO BLANCO, M. A. (ed.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación*, Actas del XI Congreso de la AHC, Granada, 2013.
- MOYÁ, J.C.: *Cousins and strangers: Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1850-1930*, University of California Press, Los Ángeles-Berkeley-Londres, 1998.
- MÜLLER, D.K, RINGER, F. y SIMON, B. (edit.): *The rise of the modern educational system: structural change and social reproduction 1870-1920*. Cambridge University Press, 1989.

MUÑOZ LÓPEZ, M^a P.: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Marcial Pons-UAM, Madrid, 2001.

NADAL PIQUÉ, F.: “El atlas parcelario de Llivia (Cataluña) de 1849”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. X, nº 218 (57), 2006.

NADAL, J. (Dir.): *Atlas de la industrialización de España, 1750-2000*, Crítica, Barcelona, 2003.

NADAL, J. y CARRERAS, A. (coord.), *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX-XX)*, Ariel, Barcelona, 1990.

NADAL, J., SUDRIÁ, C., GÓMEZ MENDOZA, A. y SAN ROMÁN, E.: “Las industrias de la Segunda Revolución Industrial”, en NADAL, J. (Dir.): *Atlas de la industrialización de España, 1750-2000*, Crítica, Barcelona, 2003, pp.177-201.

NADAL, J.: “La transición del zapato manual al zapato ‘mecánico’ en España”, en NADAL, J. y CATALÁN, J. (eds.): *La cara oculta de la industrialización española. La modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Alianza Universidad, Madrid, 1994, pp. 321-340.

NADAL, J.: *La población española (siglos XVI al XX)*, Ariel, Barcelona, 1984.

NASH, M. (Ed.): *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1984.

NASH, M. y TELLO, R. (eds.): *Inmigración, género y espacios urbanos: los retos de la diversidad*, Bellaterra, Barcelona, 2005.

NASH, M.: “Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX”, en DUBY, G. y PERROT, M. (Dir.): *Historia de las Mujeres*, Vol. 4, Taurus, Madrid, 1993, pp. 515-532.

NASH, M.: *Mujer, familia y trabajo en España (1875-1936)*, Anthropos, Madrid, 1984.

NAVASCUÉS PALACIO, P. “Madrid, ciudad y arquitectura (1808-1898)” en FERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *Historia de Madrid*, UCM, Madrid, 1994, pp. 400-439.

NAVASCUÉS PALACIO, P.: “Proyectos del siglo XIX para la reforma urbana de la Puerta del Sol”, en *Villa de Madrid*, nº 25, 1962, pp. 64-81.

NAVASCUÉS, P.: *Un palacio romántico. Madrid, 1846-1858*. El Viso, Madrid, 1983.

NEAD, L.: *Victorian Babylon: People, Streets and Images in Nineteenth-century London*, Yale University Press, Yale, 2000.

NEGRI, A.: *Del obrero-masa al obrero-social*, Anagrama, Barcelona, 1980.

NIELFA CRISTÓBAL, G.: “A propósito de las migraciones en la historia”, *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 9, UCM, Madrid, 1988, pp. 217-227.

NIELFA CRISTÓBAL, G.: “Conflictos de intereses entre los comerciantes establecidos y la venta ambulante en Madrid (1900-1930)”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, nº 21, 1984, pp. 469-482.

NIELFA CRISTÓBAL, G.: “El comercio madrileño entre *La Fontana de Oro* y *Madrid-París*”, en VV. AA.: *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*, CAM, Madrid, 1988, pp. 123-138.

NIELFA CRISTÓBAL, G.: “El mundo asociativo de los dependientes de comercio: sociedades de carácter gremial en Madrid, 1887-1931”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 22, 1986, pp. 373-400.

NIELFA CRISTÓBAL, G.: “La distribución del comercio en Madrid en la primera década del siglo XX”, en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 4, UCM, Madrid, 1983, pp. 119-139.

- NIELFA CRISTÓBAL, G.: “La revolución liberal desde la perspectiva de género”, en GÓMEZ-FERRER, G. (Ed.): *Las relaciones de género*, Ayer, nº 17, Marcial Pons, Madrid, 1995, pp. 103-120
- NIELFA CRISTÓBAL, G.: “Las relaciones de género: imágenes y realidad social”, *Arbor*, nº 666, Tomo CLXIX, junio 2001, pp. 431-460.
- NIELFA CRISTÓBAL, G.: “Mujer y trabajo”, en *Cuadernos del Mundo Actual*, 35 (1993), pp. 5-31.
- NIELFA CRISTÓBAL, G.: “Trabajo, legislación y género en la España contemporánea: los orígenes de la legislación laboral”, en SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Universidad de Alicante, 2003, pp. 39-56.
- NIELFA CRISTÓBAL, G.: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1985.
- NIETO SÁNCHEZ, J. A.: *Artisanos y mercaderes: una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Fundamentos, Madrid, 2006.
- NÚÑEZ ORGAZ, A.: “Las modistillas de Madrid, tradición y realidad (1884-1920)”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración (1876-1931)*, CAM, Alfoz, Vol. 2, Madrid, 1989, pp.436-450.
- NÚÑEZ ROMERO-BALMAS, G.: “Servicios urbanos colectivos en España durante la segunda industrialización: entre la empresa privada y la gestión pública”, en COMÍN, E. y PÉREZ CASTROVIEJO, P. M.: *La empresa en la historia de España*, Civitas, 1996, pp. 399-422.
- NÚÑEZ, C.E.: *La fuente de la riqueza. Educación y desarrollo económico en la España Contemporánea*. Alianza Universidad, Madrid, 1992.
- NUÑO GÓMEZ, L.: *La incorporación de las mujeres al espacio público y la ruptura parcial de la división sexual del trabajo: el tratamiento de la conciliación de la vida familiar y laboral y sus consecuencias en la igualdad de género*. Tesis doctoral, UCM, Madrid, 2008.
- OLAGÜE DE ROS, G.: “La colaboración hispano-latinoamericana en los orígenes y desarrollo del movimiento documental europeo contemporáneo (1900-1920)”, en *Encontros Bibli*, Vol. 2, Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil, 2006, pp. 82-95.
- OLNEY, M. L.: *Buy now Pay Later: Advertising, Credit and Consumer Durables in the 1920s*. University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1991.
- ORDUÑA PRADA, M.: “Posada Herrera y el proyecto de ley de Ensanche de 1861”, en *Posada Herrera y los orígenes del derecho administrativo español*, I Seminario de Historia de la Administración, INAP, pp. 279-296.
- ORTÍ, A.: “Estratificación social y estructura del poder: viejas y nuevas clases medias en la reconstrucción de la hegemonía burguesa”, en VV. AA.: *Política y sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Vol. II, CIS/CESCO, Madrid, 1987, pp. 711-736.
- ORTÍ, A.: “Para una teoría de la sociedad de las clases medias funcionales de los 80”, *Documentación Social*, nº 88, 1992, pp. 209-234.
- OSSORIO y BERNARD, M.: *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, ed. facsímil de la publicada en 1904, Ayuntamiento de Madrid, Hemeroteca municipal, 2004, pp. 289-290.
- OTERO CARVAJAL, L. E. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “El Madrid moderno, capital de una España urbana en transformación, 1860-1931”, *Historia Contemporánea*, nº 39, UPV, 2009, pp. 541-588.

OTERO CARVAJAL, L. E., CARMONA PASCUAL, P. y GÓMEZ BRAVO, G.: *La ciudad oculta. Alcalá de Henares 1753-1868. El nacimiento de la ciudad burguesa*. Fundación Colegio del Rey, Alcalá de Henares, 2003.

OTERO CARVAJAL, L. E.: “La irrupción de la Modernidad en la España urbana, Madrid metrópoli europea, 1900-1931”, en DEL ARCO BLANCO, M.A.; ORTEGA SANTOS, A. y MARTÍNEZ MARTÍN, M. (eds.): *Ciudad y modernización en España y México*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2013, pp. 247-292.

OTERO CARVAJAL, L. E.: “Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939”, en VV. AA.: *España entre Repúblicas, 1868-1939. VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*. Guadalajara, Asociación de Amigos del AHPGU y Toledo, ANABAD, 2007, pp. 26-35

OTERO CARVAJAL, L. E.: “Las telecomunicaciones en la España contemporánea, 1855-2000”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 29, UCM, Madrid, 2007, pp. 119-152.

OTERO CARVAJAL, L., PALLOL, R., VICENTE, F., CARBALLO, B., DE MIGUEL, S. y DÍAZ, L.: “HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado”, ORTEGA LÓPEZ, T. Mª y DEL ARCO BLANCO, M. A. (ed.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación*, Actas del XI Congreso de la AHC, Granada, 2013.

OTERO CARVAJAL, L.E. (Dir.): *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Editorial Complutense, Madrid, 2006.

OTERO CARVAJAL, L.E. y LÓPEZ SÁNCHEZ, J. Mª: *La lucha por la modernidad. Las ciencias naturales y la Junta para Ampliación de Estudios*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 2012.

OTERO CARVAJAL, L.E.: “La reducción de escala y la narratividad histórica”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº extraordinario (2007), pp. 245-264.

OTERO CARVAJAL, L.E.: “Tradición y Modernidad en la España urbana de la Restauración”, en GÓMEZ FERRER, G. y SÁNCHEZ, R. (eds.): *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional, 1898-1914*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2007, pp. 79-118.

OYÓN BAÑALES, J. L.; GRIFUL, E. y MALDONADO, J.: *Barcelona 1930. Un atlas social*, UPC, Barcelona, 2001.

OYÓN, J. L. y MONCLÚS FRAGA, F. J.: “Transporte y crecimiento urbano en España, mediados s. XIX-finales s. XX”, *Ciudad y Territorio: estudios territoriales*, nº 107-108, 1996, pp. 217-240.

OYÓN, J. L. y SERRA PERMANYER, M.: “Historia urbana: el espacio no es inocente”, en *Historia Contemporánea*, nº 39, Servicio de Publicaciones de la UPV/EHU, pp. 387-402.

OYÓN, J. L.: “Transporte público y estructura urbana. (De mediados S.XIX a mediados S.XX): Gran Bretaña, España, Francia y Países germánicos”, *Revista de Ecología Política*, nº 17, 1999, pp. 17-35.

OYÓN, J.L.: ‘Spain’, en RODGER, R. (ed.) *European Urban History. Prospect and Retrospect*, Leicester University Press, London, 1993, pp. 36-59.

OYÓN, J.L.: “Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el espacio urbano, 1900-1950”, *Historia Contemporánea*, nº 24, UPV, 2002, pp. 11-58.

PALLOL TRIGUEROS, R., CARBALLO BARRAL, B. y VICENTE ALBARRÁN, F.: “Inmigración y mercado de trabajo en el Madrid de la segunda mitad del siglo XIX”, *Revista de Demografía Histórica*, XXVIII, I, 2010, segunda época, pp. 131-167.

- PALLOL TRIGUEROS, R.: “Chamberí, ¿un nuevo Madrid? El primer desarrollo del ensanche norte madrileño, 1860-1880”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 26, UCM, 2004, pp. 77-98.
- PALLOL TRIGUEROS, R.: “Las oposiciones a cátedras de Historia en la universidad nacionalcatólica”, en *Historia del presente*, Dossier “La Universidad nacionalcatólica”, Eneida, nº 20, 2102, pp. 37-50.
- PALLOL TRIGUEROS, R.: “Un hogar abierto: familias inmigrantes en el crecimiento de Madrid a través de un caso de estudio, Chamberí (1860-1905)” en LEVI, G. (ed. lit.): LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 231-244.
- PALLOL TRIGUEROS, R.: “Una ciudad de empleados: el nuevo perfil profesional de la población madrileña de 1930”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano, Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 193-218.
- PALLOL TRIGUEROS, R.: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis de la UCM, Servicio de Publicaciones, Madrid, 2011. <http://eprints.ucm.es/12844/1/T31468.pdf>.
- PALLOL TRIGUEROS, R.; VICENTE ALBARRÁN, F. y CARBALLO BARRAL, B.: “La historiografía del Madrid contemporáneo (1850-1936) en las últimas tres décadas”, en DELGADO, C.; SAZATORNIL, L. y RUEDA, G. (eds.): *Historiografía sobre tipos y características históricas, artísticas y geográficas de las ciudades y pueblos de España*, Ediciones TGD, Santander, 2009, pp. 235-244.
- PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011.
- PAREJA ALONSO, A.: “La actividad laboral y productiva de las mujeres bilbaínas en 1900. Una propuesta metodológica para su recuperación”, *Vasconia*, nº 35, 2006, pp. 201-219.
- PAREJA ALONSO, A.: “La importancia de la diferencia en una sociedad urbana, Bilbao 1825-1935”, *I Encuentro de Demografía Histórica de la Europa meridional*, Mahón, 2003.
- PAREJA ALONSO, A.: “Las mujeres y sus negocios en la gran ciudad contemporánea. Bilbao a principios del siglo XX”, *Historia Contemporánea*, nº 44, pp. 145-181
- PAREJA ALONSO, A.: “Un viaje en familia”, en PORTILLA, M. y ZÁRRAGA, K., *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. UPV, Bilbao, 1996, pp. 115-134.
- PARKER, K. W.: “Sign Consumption in the 19th-Century Department Store. An examination of Visual Merchandising in the Grand Emporiums (1846-1900)”, *Journal of Sociology*, Vol. 39, December, 2003, pp. 353-371.
- PAZOS, O.: *Madrid es una isla. El Estado contra la ciudadanía*, Los libros del lince, Madrid, 2013.
- PEIRÓ MARTÍN, I. y RÚJULA LÓPEZ, P.V.: (coords.): *La historia local en la España contemporánea. Reflexiones desde Aragón*. Dpto. Hª Moderna y Contemporánea, Barcelona, 1999.
- PÉLISSIER, J.P., RÉBAUDO, D., LEEUWEN, M. y MAAS, I.: “Migration and endogamy according to social class: France, 1803-1986”, *IRSH*, nº 50, Supplement, 2005, pp. 219-246.
- PÉREZ FUENTES, P. y PAREJA, A.: “La evolución de las tasas de actividad femenina en Vizcaya (1825-1935) a través de los padrones de población”, comunicación presentada en la sesión “Reconstrucción de la tasa de actividad femenina española, siglos XVIII al XX”, del X Congreso Internacional de la AEHE, Sevilla, 2011.

PÉREZ FUENTES, P.: “*Ganadores de pan*” y “*amas de casa*”: otra mirada sobre la industrialización vasca”, UPV, Bilbao, 2003.

PÉREZ FUENTES, P.: “El género, variable clave para la historia económica y social: balance de las investigaciones y retos para el futuro”, *Vasconia*, Vol. 35, 2006, pp. 527-538.

PÉREZ FUENTES, P.: “El trabajo de las mujeres en la España de los siglos XIX y XX. Consideraciones metodológicas”, *Arenal, Revista de Historia de las mujeres*, Vol. 2, 2, 1995, pp. 219-245.

PÉREZ GARZÓN, J.I. y ESPADAS BURGOS, M.: *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño: 1808-1874*, CSIC, Madrid, 1978.

PÉREZ LEDESMA, M. (coord.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.

PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D. S.: *La demografía histórica en España*, El Arquero, Madrid, 1988.

PÉREZ MOREDA, V.: “La población de la ciudad de Madrid, siglos XVIII al XX” en ALVAR EZQUERRA, A. (Coord.): *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid, 1991, pp. 185-213.

PÉREZ SERRANO, J.: *Cádiz, la ciudad desnuda. Cambio económico y modelo demográfico en la formación de la Andalucía contemporánea*, Universidad de Cádiz, Cádiz, 1992.

PÉREZ SERRANO, J.; ROMÁN ANTEQUERA, A. y MUÑOZ DE ARENILLAS VALDÉS, A.: “El cambio hacia la industria naval en el saco “interior” de la Bahía de Cádiz (1885-1935)”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 45-74.

PÉREZ SERRANO, J.; ROMÁN ANTEQUERA, A. y VILLATORO SÁNCHEZ, F.: “Transformaciones en el mercado laboral de una capital de provincia en el primer tercio del siglo XX: el caso de Cádiz”, en ORTEGA LÓPEZ, T. Mª y DEL ARCO BLANCO, M. A. (ed.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación*, Actas del XI Congreso de la AHC, Granada, 2013.

PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, P.: *Ganadores de pan y amas de casa. Otra mirada sobre la industrialización vasca*, UPV, Bilbao, 2004.

PÉREZ-FUENTES, P.: *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína, 1877-1913*, UPV-EHU, Bilbao, 1993.

PERLA, A.: “El Hotel Ritz de Madrid. Apuntes históricos y antecedentes: el Tívoli y el Real Establecimiento Tipográfico”, en *Espacio, tiempo y forma*, Serie VII, Historia del Arte, T. 22-23; 2009-2010, p. 236-273.

PERROT, M. (coord.): *De la Revolución francesa a la 1ª Guerra Mundial*, en ARIÈS, P. y DUBY, G.: *Historia de la vida privada*. Tomo IV, Taurus, Madrid, 2001, pág. 119 y siguientes.

PERROW, C.: “Una sociedad de organizaciones”, *REIS*, nº 59, 1992, pp. 19,55.

PICARD, L.: *Victorian London. The life of a city, 1840-1870*, Phoenix, London, 2006.

PINKNEY, D. H.: *Napoleon III and the Rebuilding of Paris*, University Press, Princeton, 1958.

PINOL, J. L. y WALTER, F.: *Historia de la Europa urbana. IV. La ciudad contemporánea hasta la 2ª Guerra Mundial*, PUV, Valencia, 2011.

PINOL, J. L.: *Histoire de l'Europe Urbaine. Vol. II, de l'Ancien Régime à nos jours*. Seuil, Paris, 2003.

PINOL, J. L.: *Les Mobilités de la grande ville, Lyon (fin XIXe-debut XXe siècle)*, Presses Fondation Nationale des sciences politiques, París, 1991.

- PINON, P.: *Atlas du Paris haussmannien. La ville en héritage du Second Empire á nos jours*. Parigrama, Paris, 2002.
- PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunweg Editores, 2001, Madrid.
- PIÑÓN, J. L.: “Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana”, en *Ayer*, nº 23, dirigido por Carlos Sambricio, Marcial Pons, Madrid, 1996, pp. 15-28.
- PITT-RIVERS, J.: *Antropología del honor o política de los sexos: La influencia del honor y el sexo en la vida de los pueblos mediterráneos*, Crítica, Barcelona, 1979.
- PONS PONS, J.: “Diversificación y Cartelización en el seguro español (1914-1935)”, *Revista de Historia Económica*, XXI, 3, pp. 567-592.
- PONS PONS, J.: “El seguro de accidentes de trabajo en España: de la obligación al negocio (1900-1940)”, *Investigaciones de Historia Económica*, nº 4, 2006, pp. 77-100.
- POOLEY, C. (Ed.): *Housing Strategies in Europe, 1880-1930*, Leicester University Press, 1992.
- POOLEY, C. G.: “Patterns on the ground: urban forms, residential structure and the social construction of space”, en *The Cambridge Urban History of Britain*, Vol. 3. (1840-1950), University of Cambridge, 2000, pp. 427-465.
- POOLEY, C. y TURNBULL, J.: *Migration and Mobility in Britain since the Eighteenth Century*, UCL Press, London, 1998.
- POPE, D.: *The making of modern advertising*, Basic Books, New York, 1983.
- PORRAS GALLO, Mª I.: “Un acercamiento a la situación higiénico-sanitaria de los distritos de Madrid en el tránsito del siglo XIX al XX”, *Asclepio*, Vol. LIV, nº 1, 2002, pp. 219-250.
- PORRAS GALLO, Mª I.: *Una ciudad en crisis: la epidemia de gripe de 1918-1919 en Madrid*. Tesis doctoral, UCM, Madrid, 1994.
- PORTER, M. E.: *The Competitive Advantage of Nations*. Macmillan, London, 1990.
- PORTILLO NAVARRO, Mª J.: “Desde la contribución de inmuebles cultivo y ganadería hasta el impuesto sobre bienes inmuebles. Evolución histórica, situación actual y perspectivas de futuro”, en *Instituto de Estudios Fiscales*, nº 14/10, 2001.
- PRIETO ROMERO, C.: “Los distritos de Madrid: proyecto de gestión desconcentrada”, en *Cuadernos de derecho local*, nº 13, 2007, p.p.47-67.
- PRITCHARD, R. M.: *Housing and the spatial structure of the city*, Cambridge University Press, 1976.
- PRO RUIZ, J.: “El estado y la administración pública en la ciudad (1833-1936)”, en PINTO CRESPO, V. (coord.): *Madrid, Atlas histórico de la ciudad, 1850-1939*, Fundación Caja de Madrid, Lunweg Editores, 2001, Madrid, pp. 270-299.
- PROCTOR, R.: “Constructing the retail monument: the Parisian department store and its property, 1855-1914”, *Urban History*, 33, 3, Cambridge University Press, 2006, pp. 393-410.
- PUELLES BENÍTEZ, M. (coord.): *Historia de la educación en España: de la Restauración a la II República*, Tomo III, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1982.
- PUELLES BENÍTEZ, M.: *Modernidad, republicanismo y democracia: una historia de la educación en España (1898-2008)*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2009.
- PUEYO, J.: “Interlocking directorates in Spanish banking in the twentieth century”, *Economics Working Papers*, nº 931, Universitat Pompeu Fabra, 2006.
- PUJOL, J.; GONZÁLEZ DE MOLINA, M.; FERNÁNDEZ PRIETO, L. y GARRABOU, R.: *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2001.

QUIRÓS, F.: “La construcción del centro urbano. Política y especulación en la reforma de la Puerta del Sol (1853-1862), en *Eria*, nº 4, pp. 81-91.

RAMELLA, F. en: “Por un uso fuerte del concepto de red en los estudios migratorios” en BJERG, Mª y OTERO, H.: *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, Cempla-IEHS, Tandil, 1995, pp. 9-21.

RAMIRO FARIÑAS, D. y SANZ GIMENO, A.: “Structural Changes in Childhood Mortality in Spain, 1860-1990” en *International Journal of Population Geography*, nº 6, 2000.

RAMIRO FARIÑAS, D.: “Algunos aspectos sobre la medición de la sobremortalidad urbana y el “urban penalty”: el ejemplo de Madrid, 1888-1930”, *X Congreso Internacional de la Asociación Española de Historia Económica*, Sevilla, 2011.

RAMM, T.: “El laissez-faire y la protección de los trabajadores por parte del Estado», en HEPPEL, B. (comp.): *La formación del Derecho del Trabajo en Europa*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1994.

RAMOS ALTAMIRA, I.: *Frontones madrileños: auge y caída de la pelota vasca en Madrid*, Editorial La Librería, Madrid, 2013.

RAPPAPORT, E. D.: ““The Halls of Temptation’: Gender, Politics, and the Construction of the Department Store in Late Victorian London”, *Journal of British Studies* vol. 35, nº 1 (January 1996), pp. 58-83.

RAPPAPORT, E. D.: *Shopping for Pleasure. Women in the Making of London’s West End*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2000.

RAVENTÓS VIÑAS, Mª T.: “El Patronato de Casas Militares: proyectos realizados en Madrid durante el período 1928-1959”, en *Revista Universitaria de historia Militar*, nº 3, 2013, pp. 161-202.

REHER, D. S. y CAMPS i CURA, E.: “Las economías familiares dentro de un contexto histórico comparado” en *REIS*, nº 55, Madrid, 1991, pp. 65-91.

REHER, D. S.: “Las dimensiones del mercado matrimonial en España durante la Restauración”, en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XII, 2/3, 1994, pp. 45-77.

REHER, D. S.: “Lazos perdurables en la Europa Occidental: una lección de contrastes perdurables”, en DURÁN, M.A. (ed.): *Estructura y cambio social. Homenaje a Salustiano del Campo*, CSIC, Madrid, 2001, pp. 313-346.

REHER, D. S.: “Mobility and Migration in Pre-Industrial Urban Areas. The case of Nineteenth-Century Cuenca”, en WOUDE, A. HAYAMI, A. y VRIES, J. (eds.): *Urbanization in History: A Process of Dynamic Interactions*. Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 165-185.

REHER, D. S.: “Urbanization and Demographic Behaviour in Spain, 1860-1930” en AD WOUDE, JAN DE VRIES y AKIRA HAYAMI: *Urbanization in History. A process of Dynamic Interactions*, Clarendon Press-Oxford, Nueva York, 1990, pp. 282-299.

REHER, D. S.: *La familia en España. Pasado y presente*. Madrid, Alianza, 1996.

REHER, D.: “In Search of the Urban Penalty. “Exploring Urban and Rural Mortality Patterns in Spain during the Demographic Transition” en *International Journal of Population Geography*, nº 7, 2001.

REHER, D.: *Familia, Población y Sociedad en la Provincia de Cuenca. 1700-1970*, CIS, Madrid, 1988.

REHER, D.S. y VALERO LOBO, A.: *Fuentes de información demográfica en España*. CIS, Madrid, 2005.

REHER, D.S.: “La investigación en demografía histórica: pasado, presente y futuro”, en *Boletín de la ADEH*, nº 18, II, Madrid, 2000, pp. 15-78.

- REVUELTA EUGERCIOS, B.: *Los usos de la inclusa de Madrid, mortalidad y retorno a principios del siglo XX (1890-1935)*, UCM, Madrid, 2011.
- REY REGUILLO, F.: *Propietarios y patronos. La política de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1992.
- RIBEILL, G.: *Le Personnel des Compagnies de Chemins de fer: matériaux pour une contribution a la sociologie historique de professions*, Développement et Aménagement, Paris, 1980.
- RICHARD, D.: "Modern London" en CLARK, P. (ed.): *The Cambridge Urban History of Britain*, Cambridge University Press, 2000, Vol. 2, pp. 95-131.
- RICHARD, D.: *Cities in modernity: representations and productions of metropolitan space 1840-1930*, Cambridge University Press, 2008.
- RICHARD, L. (Dir.): *Berlín 1919-1933: gigantismo, crisis social y vanguardia, la máxima encarnación de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1993.
- RICO GÓMEZ, M^a L.: "La enseñanza profesional femenina en España desde 1870 a 1930", FUENTES NAVARRO, M^a C. (ed.) *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Universidad de Granada, 2010.
- RINGROSE, D.: "Ciudad, país y revolución burguesa: Madrid, del siglo XVIII al siglo XIX", en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L.E. (Eds.) *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Vol. 1, Madrid, Alfoz-CAM-UCM, 1986, pp. 299-324.
- RINGROSE, D.: "Madrid, capital imperial (1561-1833)", en JULIÁ, S.; RINGROSE, D. y SEGURA, C.: *Madrid, historia de una capital*, Alianza Editorial, Madrid, 2008, pp. 121-234.
- RINGROSE, D.: *España, 1700-1900: el mito del fracaso*. Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- RINGROSE, D.: *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Alianza Universidad, Madrid, 1985.
- RIVERA BLANCO, A.: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*. Diputación Foral de Álava, Vitoria, 1992.
- RODRIGO ALHARILLA, M.: "Vínculos personales, relaciones horizontales y decisiones verticales en el Grupo Empresarial Comillas", *Actas del VIII Congreso de la Asociación Española de Historia Económica*, Santiago de Compostela, 2005.
- RODRÍGUEZ CHUMILLAS, I.: "La modernización del sistema inmobiliario madrileño: vías de cambio y novedades en la promoción urbana del siglo XIX", en BEASCOECHEA GANGOITI, J. M^a, GONZÁLEZ PORTILLA, M. y NOVO LÓPEZ, P. A. (Eds.): *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2006, pp. 507-528.
- RODRÍGUEZ CHUMILLAS, I.: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*. Los libros de la catarata, Madrid, 2002.
- RODRÍGUEZ LÁZARO, F. J.: *Las primeras autopistas españolas (1925/1936)*, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid, 2004.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: "Madrid en el primer tercio del siglo XX: una metrópoli europea en el corazón de España", en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. Bilbao, UPV, 2011, pp. 301-324.
- RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: "Representaciones del hogar y la familia en la publicidad comercial española del primer tercio del siglo XX", en BESTARD, J. (ed.) y PÉREZ GARCÍA, Manuel (comp.): *Familia, valores y representaciones*. Editum, Murcia, 2010, pp. 311-334.

RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: "SS. MM. El neumático y la gasolina: La extensión del parque automovilístico español en el primer tercio del siglo XX", en FUENTES NAVARRO, M^a C. (ed.) *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Universidad de Granada, 2010.

RODRÍGUEZ MARTÍN, N.: *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral inédita, UCM, 2013.
<http://eprints.ucm.es/23049/1/T34801.pdf>.

RODRÍGUEZ MORENO, J.: *El barrio de Lavapiés. La larga transición del modelo social y urbano madrileño*. UCM, Memoria de Máster dirigida por Luis Enrique Otero Carvajal, 2008.

RODRÍGUEZ VIGNOLI, J.: *Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es?, ¿cómo se mide?, ¿qué está pasando?, ¿importa?*, CELADE-FNUAP y CEPAL, Santiago de Chile, 2001.

RODRÍGUEZ, J.A. y GUILLÉN, M. F.: "Organizaciones y profesiones en la sociedad contemporánea", en *REIS*, nº 59, pp. 9-18.

ROLDÁN, S.; GARCÍA DELGADO, J.L. y MUÑOZ, J.: *La consolidación del capitalismo en España, 1914-1920*, 2 Vols., Confederación Española de Cajas de Ahorro, Madrid, 1973.

ROMANI, M. y AYMARD, M.: *La cour comme institution économique*, Ed. de la maison des sciences de l'homme, París, 1998.

ROMER, J.: "Increasing Returns and Long-Run Growth", en *Journal of Political Economy*, 94, 1986, pp. 1002-1037.

ROMERO ALOY, M^a J.: "La recepción del zoning por el ordenamiento urbanístico español", *Revista de Obras Públicas*, 159 (3528), 2012, pp. 23-34.

ROSES, J. y SÁNCHEZ-ALONSO, B.: "La integración de los mercados de trabajo en España, 1850-1930", *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, 2005, pp. 127-155.

ROSÉS, J.R.; MARTÍNEZ-GALARRAGA, J. y TIRADO, D.: "The upswing of regional income inequality in Spain (1860-1930)", *Explorations in Economic History*, nº 47, vol. 2, pp. 244-257.

RUBIO MONDÉJAR, J.A. y GARRUÉS IRURZUN, J.: "Estructura corporativa e interlocking directorates en las mayores empresas españolas, 1917-1970," *FEG Working Paper*, Series 01/12, Universidad de Granada, 2012.

RUEDA HERNANZ, G.: "Modelos de transformaciones urbanas y cambios sociales en las ciudades como consecuencia de la desamortización" en LAVASTRE, P. y MÁS, R. (Coords.) *Propiedad urbana y crecimiento de la ciudad*, UAM y Casa de Velázquez, Madrid, 2005, pp. 65-112.

RUEDA LAFFOND, J. C.: "El desarrollo de la ciudad y la política urbanística" en FERNÁNDEZ GARCÍA, A. (Dir.): *Historia de Madrid*, Ed. Complutense, Madrid, 1994, pp. 579-602.

RUEDA LAFFOND, J. C.: "Industrialización y empresas informativas en el Madrid del siglo XIX", *Historia y Comunicación Social*, 1999, nº 4, UCM, pp. 341-359.

RUEDA LAFFOND, J. C.: *Madrid 1900. Proyectos de reforma y debate sobre la ciudad*, Madrid, UCM, 2001.

RUEDA LAFFOND, J.C.: "El eje Prado-Recoletos-Castellana. Espacio social de prestigio de las elites urbanas y manifestación pública en el Madrid de inicios de siglo", en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo XXX, Madrid, 1991, pp. 553-576.

RUEDA LAFOND, J. C. y BARBERO OLLERO, S.: "Empresas financieras y publicidad comercial en el Madrid isabelino, 1861-1866", en *Sémata, Ciencias Sociales y Humanidades*, Vol. 12, Universidad de Santiago de Compostela, 2000, pp. 109-123.

- RUEDA LAFOND, J. C.: *La comunicación financiera en Madrid, 1856-1914. Ahorro, oferta informativa y comportamientos económicos en el Madrid del siglo XIX*, UCM, Madrid, 2003.
- RUIZ DE AZÚA, E.: “Madrid... atrae cohortes de hombres (Sobre los vascos en la capital en 1850)” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, UCM, (Número extraordinario), Madrid, 2007, pp. 273-280.
- RUIZ DE AZÚA, E.: *Los vascos en Madrid a mediados del siglo XIX*, Delegación en Corte, Dpto. de Publicaciones, Madrid, 1995.
- RUIZ PALOMEQUE, E.: “Historia de la localización industrial” en *Establecimientos tradicionales madrileños. El Ensanche: Salamanca y Retiro*, Cuaderno VI, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1986, pp. 27-58.
- RUIZ PALOMEQUE, E.: *La urbanización de la Gran Vía*, Ayuntamiento de Madrid, 1985.
- RUIZ PALOMEQUE, E.: *Ordenación y transformaciones urbanas del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1976.
- RUIZ-CASTILLO BASALA, J.: *El apasionante mundo del libro. Memorias de un editor*, Agrupación Nacional del Comercio del Libro, Barcelona, 1972.
- RULL SABATER, A.: “Los Bertrán de Lis en el Madrid post-fernandino”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo XXVII, nº 27, Madrid, 1989, pp. 217-232.
- RYSKAMP, G. R.: “Les archives de l’émigration européenne, 1802-1925”, *World Library and Information Congress, 70th IFLA General Conference and Council*, Buenos Aires, agosto 2004.
- SAAVEDRA, P. y VILLARES, R. (eds.): *Señores y campesinos en la península ibérica, siglos XVIII-XX*, Crítica, Barcelona, 1991, 2 Vols.
- SAMBRICIO, C. (ed.): “La historia urbana”, *Revista Ayer*, nº 23, 1996.
- SAMBRICIO, C.: “Ideología, política y especulación urbanas en Madrid en la primera mitad del siglo XIX. El caso de la Castellana”, en *Quintana*, nº 3, 2004, pp. 13-24.
- SAMBRICIO, C.: “La construcción de la ciudad liberal: Madrid, 1859 y las propuestas de nuevos barrios”, en *Anales de Historia del Arte*, Volumen Extraordinario, Madrid, 2008, pp. 489-503.
- SAMBRICIO, C.: “La política urbana de Primo de Rivera. Del Plan Regional a la política de Casas Baratas”, *Ciudad y Territorio*, nº 54, 1982, pp. 33-54.
- SAMBRICIO, C.: *Madrid, vivienda y urbanismo. 1900-1960*, Akal, Madrid, 2004.
- SAN ANDRÉS CORRAL, J.: “Estructuras domésticas y estrategias familiares en la Castilla urbana: en torno a la familia arriacense en el último tercio del siglo XIX”, en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 217-230.
- SAN ANDRÉS CORRAL, J.: “Las ciudades intermedias ante el reto de la modernidad: la sociedad de masas y el proceso de urbanización en la España del interior”, en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 101-126.
- SAN ANDRÉS CORRAL, J.: *Guadalajara, 1869-1884. El lento despertar de un prolongado letargo*, Trabajo Académico de Tercer Ciclo, UCM, Madrid, 2007.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, N. (comp.): *Espanoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, Alianza, Madrid, 1988.
- SÁNCHEZ ALONSO, B.: “Those who left and those who stayed behind: explaining emigration from regions of Spain, 1880-1914”, en *Journal of Economic History Review*, nº 60 (3), 2000, pp. 730-755.

SÁNCHEZ ALONSO, B.: *Las causas de la emigración española, 1880-1930*, Alianza Universidad, Madrid, 1995.

SÁNCHEZ DE JUAN, J. A.: “La “destrucción creadora”: el lenguaje de la reforma urbana en tres ciudades de la Europa mediterránea a finales del siglo XIX (Marsella, Nápoles y Barcelona)”, en *Scripta Nova Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, nº 63, 2000.

SÁNCHEZ GARCÍA, R. y MARTÍNEZ RUS, A.: *La lectura en la España Contemporánea*, Arco, Madrid, 2010.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, J.: “Estructura y desarrollo de las ciudades españolas”, en JOVER ZAMORA, J. Mª (ed.): *Historia de España*, Tomo XXXVII, “Los comienzos del siglo XX. La población, la economía, la sociedad (1898-1931)”, Espasa Calpe, Madrid, 1984, pp. 397-433.

SÁNCHEZ NIETO, J. A.: *Artisanos y mercaderes. Una historia social económica de Madrid (1450-1850)*, Editorial Fundamentos, Madrid, 2006.

SÁNCHEZ PÉREZ, F.: “Madrid, 1914-1923: los problemas de una capital en los inicios del siglo XX”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Vol. 30, nº 3, 1994, pp. 37-69.

SÁNCHEZ PÉREZ, F.: “Madrid, capital de la protesta: de agosto de 1917 a julio de 1936”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. Extra., UCM, 2007, pp. 301-312.

SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización colectiva. Madrid 1901-1923*, Madrid, Cinca, 2006.

SÁNCHEZ RON, J. M.: *Cinzel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*. Taurus, Madrid, 1999.

SÁNCHEZ SANZ, O.: *Diplomacia y política exterior. España, 1890-1914*, Tesis doctoral inédita, Madrid, 2004.

SANTOS, J. A.: *Madrid en la prosa de viaje. Siglo XIX*, Vol. 3, Comunidad de Madrid, Madrid, 1994.

SANZ GARCÍA, J. Mª: *Madrid, ¿Capital del capital español?: contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975.

SANZ GIMENO, A y RAMIRO FARIÑAS, D.: “La caída de la mortalidad en la infancia en la España interior, 1860-1960. Un análisis de las causas de muerte” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 24, 2002, pp. 151-188.

SANZ GIMENO, A.: *La mortalidad de la infancia en Madrid*, Dirección General de Salud Pública, CAM, Madrid, 1999.

SANZ MARCOTEGUI, A. (ed.): *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*, Universidad Pública de Navarra, 2004.

SANZ ROZALÉN, V. y PIQUERAS ARENAS, J. A. (Eds.): *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2005.

SARASÚA GARCÍA, C.: “El acceso de niños y niñas a los recursos educativos en la España rural del siglo XIX”, en MARTÍNEZ CARRIÓN, J. M. (coord.): *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2002, pp. 549-612.

SARASÚA, C. y GÁLVEZ, L. (Eds.): *¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*, Universidad de Alicante, 2003.

SARASÚA, C.: “¿Activos desde cuándo? La edad de acceso al trabajo de niñas y niños en la España de los siglos XVIII y XIX”, *XII Jornadas de Historia del Trabajo*, dedicadas al Trabajo infantil y género, Universidad de Barcelona, 3-4 de mayo de 2012.

- SARASÚA, C.: “El análisis histórico del trabajo agrario: cuestiones recientes”, *Historia Agraria*, 22, pp. 79-96.
- SARASÚA, C.: “El oficio más molesto, más duro: el trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX”, *Historia Social*, nº 45, 2005, pp. 53-78.
- SARASÚA, C.: “La desigualdad económica entre hombres y mujeres en perspectiva histórica», MARTÍN ECED, T. y POZO ANDRÉS, Mª (eds.): *Las mujeres en la construcción del mundo contemporáneo*, Diputación de Cuenca, 2002. pp. 89-95.
- SARASÚA, C.: “Las emigraciones temporales en una economía de minifundio: los montes de Pas, 1758-1888”, en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XII, 2/3, 1994, pp. 163-179.
- SARASÚA, C.: “The role of the State in shaping women’s and men’s entrance to the labour market. Spain, 18th and 19th centuries”, *Continuity and Change*, Vol. 12, nº 3, Cambridge University Press, 1997.
- SARASÚA, C.: “Trabajo y trabajadores en la España del siglo XIX”, en MATÉS BARCO, J. M. y GONZÁLEZ ENCISO, A. (coord.): *Historia Económica de España*, Ariel, Barcelona, 2007, pp. 413-434.
- SARASÚA, C.: “Understanding intra-family inequalities: The Montes de Pas, Spain, 1700-1900”, en *The History of the Family*, Vol. 3, Issue 2, Elsevier, 1998, pp. 173-197.
- SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*. Madrid, Siglo XXI, 1994.
- SAVAGE, M. (coord.): *Property, Bureaucracy and Culture: Middle Class Formation in Contemporary Britain*, Routledge, London, 1995.
- SAVAGE, M.: “Discipline, Surveillance and the ‘Career’: Employment on Great Western Railway 1833-1914”, en MCKINLAY, A., y STARKEY, K. (eds.): *Foucault, Management and Organization Theory: from Panopticon to Technologies of Self*, Sage, London, 2000, pp. 65-92.
- SAVAGE, M.: “Urban history and social class: two paradigms”, *Urban History*, Vol. 20, parte 1, abril-1993, pp. 61-77.
- SCHNEER, J.: *London, 1900. The imperial metropolis*. Yale University Press, Londres, 2001.
- SCHORSKE, C. E.: *La Viena de fin de siglo. Política y cultura*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2011.
- SCOTT, J. W. y TILLY, L. A.: “El trabajo de la mujer y la familia en Europa durante el siglo XIX”, en NASH, M. (Ed.): *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1984, pp. 54-59.
- SCOTT, J. W.: “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en DUBY, G. y PERROT, M. (Dir.): *Historia de las Mujeres*, Vol. 4, Taurus, Madrid, 1993, pp. 405-435.
- SEOANE, Mª C. y SÁIZ, Mª D.: *Historia del periodismo en España. El siglo XX: 1898-1936*, Alianza, Madrid, 1996.
- SERNA, J. y PONS, A.: “En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis”, en FRÍAS, C. y RUIZ CARNICER, M. A.: *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2001, pp. 35-56.
- SERNA, J. y PONS, A.: “La escritura y la vida. El notariado y el estudio de las redes personales burguesas en la época isabelina”, en BURDIEL, I. (ed.): *La política en el reinado de Isabel II*, Ayer, nº 29 monográfico, Marcial Pons, 1998, Madrid, pp. 109-138.
- SERNA, J. y PONS, A.: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera y su dominación en la Valencia de mediados del siglo XIX*, Diputación de Valencia, Valencia, 1992.

SERONDE-BABONAUX, A.: *Rome: croissance d'une capitale, de l'urbs à la ville*, Edisud, Aix en Provence, 1980.

SERRALLONGA i URQUIDI, J. y BONAMUSA GASPA, F. (coord.): *La sociedad urbana en la España contemporánea*, AHC, Barcelona, 1994.

SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: "Aproximaciones teóricas a los movimientos migratorios contemporáneos: un estado de la cuestión", *Historia agraria*, 21, agosto 2000, pp. 157-192.

SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: "Las migraciones interiores durante la modernización económica de España, 1860-1930", *Cuadernos económicos de ICE*, nº 70, Madrid, 2005, pp. 157-182.

SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: "Las migraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica", *Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural*, nº 2, 2002, pp. 227-248.

SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: "Permanent and temporary internal migrations in Spain, 1877-1936: determinants and labour market impact", UCD Centre for Economic Research Working Paper Series, WP02/21, University College Dublin, School of Economics, 2002.

SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: "Temporary Internal Migrations in Spain, 1860-1930", *Social Science History*, 2007, 31 (4), pp. 540-574.

SILVESTRE RODRÍGUEZ, J.: "Viajes de corta distancia: una visión espacial de las migraciones interiores en España, 1877-1930", *Revista de Historia Económica*, Año XIX, nº 2, 2001, pp. 247-283.

SILVESTRE, J., AYUDA, M^a I. y PINILLA, V.: "The Labor Market Integration of Migrants: Barcelona, 1930", *EHES Working Papers in Economic History*, nº 3, January 2011.

SIMÓ RUESCAS, J.: "La Cooperativa Electra Madrid y los inicios del monopolio compartido en la industria eléctrica madrileña (1905-1912)", en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L.E. (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración, (1876-1931)*, Vol. 1, CAM, 1989, pp. 419-427.

SIMÓN SEGURA, F.: "La desamortización de Mendizábal en Madrid" en *Información Comercial Española*, febrero, 1967, Ministerio de Economía y Hacienda, Madrid, pp. 69-79.

SIVULKA, J.: *Stronger than Dirt. A Cultural History of Advertising Personal Hygiene in America, 1875-1940*. Humanity Books, New York, 2001.

SMITH, A.: "La guerra de las continuas: cambio tecnológico y estrategias sindicales en la industria algodonera catalana (1889-1914)", *Sociología del Trabajo*, nº. 24, 1995, pp. 121-151.

SOLÁ PARERA, A.: "Copartícipes, usufructuarias y propietarias de negocios. Las mujeres como productoras de bienes y servicios en los negocios familiares. El caso de Barcelona", *XV Coloquio Internacional de la AEIHM "Mujeres e Historia: diálogos entre España y América Latina"*, Bilbao, 2010.

SOLÁ PARERA, A.: "Las mujeres y sus negocios en el medio urbano", en MORANT, I.: (Dir.), *Historia de las mujeres en España y América Latina*. Vol. III, Cátedra, Madrid, 2006, pp. 381-503.

SOLER, E.: "Parentesco de leche y movilidad social. La nodriza pasiega", *Familias, jerarquización movilidad social*, Universidad de Murcia, 2010, pp. 171-180.

SOMBART, W.: *El burgués*, Alianza, Madrid, 1993.

SOTO CARMONA, A.: "Cuantificación de la mano de obra femenina (1860-1930), en *La mujer en la Historia de España (siglos XVI-XX)*, Actas de las 2^{as} Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. 1984, Seminario de Estudios de la Mujer en la UAM, Madrid, pp. 279-298.

- SOTO CARMONA, A.: *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*, Anthropos, Barcelona, 1989.
- SOUTHALL, A.: *The City in Time and Space*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.
- SOUTO KOUSTRIN, S.: *Y Madrid ¿qué hace Madrid?: movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004.
- STEARNS, L.B. y LOGAN, J.R.: "Measuring trends in segregation: three dimensions, three measures", en *Urban affairs quarterly*, 1986, vol. 22, pp. 124-150.
- STEJMAN JONES, G.: *Outcast London. A study in the relationship between classes in Victorian society*, Oxford University Press, Oxford, 1991.
- STUDENY, C.: *L'Invention de la vitesse. XVIIIe XXe siècle*, Gallimard, París, 1995, pp. 216-217.
- SUÁREZ CORTINA (ed.): *La cultura de la Restauración*. Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1999.
- SUÁREZ PERALES, A.: "El Buen Retiro en el siglo XIX, proyectos arquitectónicos para su restauración" en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Tomo XXVII, CSIC, Madrid, 1989, pp. 135-147.
- SUTCLIFFE, A.: *The Autumn of Central Paris. The Defeat of Town Planning, 1850-1970*, Edward Arnold, London, 1970.
- TAFUNELL, X. y CARRERAS, A.: "El crecimiento económico en la Unión Europea, 1830-2000", *Cuadernos económicos del ICE*, nº 70, 2005, pp. 25-50.
- TAFUNELL, X.: "Empresa y Bolsa", en CARRERAS, A. y TAFUNELL, X. (Coord.): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*, Vol. II, Fundación BBVA, 2006, Bilbao, pp. 707-833.
- TATJER MIR, M.: "El trabajo de la mujer en Barcelona en la primera mitad del siglo XX: lavanderas y planchadoras", *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, VI, 119 (23), agosto 2002.
- TATJER MIR, M.: "La inmigración en Barcelona en 1930: los andaluces en la Barceloneta", *Estudios geográficos*, 159, 1980, pp. 119-143.
- TATJER MIR, M.: "La vivienda obrera en España de los siglos XIX y XX: De la promoción privada a la promoción pública (1853-1975)", *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. IX, núm. 194 (23), 2005.
- TEDDE DE LORCA, P. y AUBANELL, A.M.: "Hidroeléctrica Española, 1907-1936", en ANES, G.: *Un siglo de luz. Historia empresarial de Iberdrola*, Iberdrola Ediciones El Viso, Madrid, 2006, pp. 193-277.
- TEDDE DE LORCA, P.: "La banca" en VV. AA.: *Historia de España de Menéndez Pidal. Los fundamentos de la España liberal (1834-1900): La sociedad, la economía y las formas de vida*, Tomo XXXIII, Madrid, Espasa Calpe, 1997, pp. 353-390.
- TEDDE DE LORCA, P.: "Los primeros cincuenta años del Banco de España (1782-1931)", en MARTÍN ACEÑA, P. y TITOS MARTÍNEZ, M.: *El sistema financiero en España: una síntesis histórica*, Universidad de Granada, 1999, pp. 53-82.
- TERÁN, F.: "Notas para la historia del planeamiento de Madrid: de los orígenes a la Ley Especial de 1946", *Ciudad y territorio: revista de ciencia urbana*, nº 2-3, pp. 9-26.
- TERÁN, F.: *Madrid*. Madrid, Colecciones Mapfre, 1992.
- TERÁN, M.: "Vaqueros y cabañas en los Montes de Pas", *Estudios geográficos*, nº 23, 1947.

THERNSTORM, S.: *The other Bostonians: Poverty and progress in the American metropolis, 1880-1970*, Harvard University Press, Cambridge, 1973.

THOMAS, H.: *Madrid. Una antología para el viajero*. Ed. Grijalbo, Barcelona, 1988.

THOMPSON, E. P.: “Tiempo, disciplina de Trabajo y Capitalismo Industrial”, en *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona, 1984, pp. 239-293.

THOMPSON, F.: (ed.): *The Rise of suburbia*, Leicester University Press, Leicester, 1982.

THOMPSON, V.A.: *Comportement bureaucratique et organisation moderne*, Hommes et Techniques, París, 1966.

TIANA FERRER, A., OSSENBACH SAUTER, G. y SANZ FERNÁNDEZ, F. (coord.): *Historia de la educación (Edad contemporánea)*, UNED, Madrid, 2002.

TIANA FERRER, A.: *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, CIDE, 1992, Madrid.

TILLY, C. y SHORTER, E.: *Las huelgas en Francia, 1830-1968*, Ministerio de Trabajo, Madrid, 1985.

TIRADO, D. A., PALUZIE, E. y PONS, J.: “Economic integration and industrial location. The Case of Spain before WWI”, *Journal of Economic Geography*, nº 2, 2002, pp. 343-363,

TIRADO, D. A., PALUZIE, E. y PONS, J.: “The geographical concentration of industry across Spanish regions, 1856-1995”, *Review of Regional Research*, Vol. 24, nº 2, pp. 143-160.

TODARO, M.P.: *Internal migration in developing countries*, International Labour of Office, Genova, 1976.

TODD, E.: *La invención de Europa*, Tusquets, Barcelona, 1995.

TOMÉ FERNÁNDEZ, S.: “Los estudios de geografía urbana histórica en España. Balance y Estado de la cuestión”, en *Historia Contemporánea*, nº 24, 2002, pp. 83-98.

TORO MÉRIDA, J.: “El modelo demográfico madrileño” en *Historia 16*, nº 59, Madrid, 1981, pp. 43-51.

TORRENTE FORTUÑO, J. A.: *Salamanca, bolsista romántico*, Taurus, Madrid, 1969, pp. 206-207.

TORTELLA CASARES, G.: “La iniciativa empresarial, factor escaso en la España contemporánea”, en COMÍN, F. y MARTÍN, P. (ed.): COMÍN, F. y MARTÍN, P. (ed.): *La empresa en la historia de España*, Editorial Civitas, Madrid, 1996, pp. 49-60.

TORTELLA, G. y PALAFOX, J.: “Banca e industria en España, 1918-1936”, *Investigaciones Económicas*, nº 20, pp. 33-66.

TORTELLA, G.: *Los orígenes del capitalismo en España: banca, industria y ferrocarriles en el siglo XIX*, Tecnos, Madrid, 1995.

TORTELLA, T.: *A guide to sources of information on foreign investment in Spain, 1780-1914*, International Institute of Social History, Amsterdam, 2000.

TOVAR MARTÍN, V.: “El Pósito Real de la Villa” en *Establecimientos tradicionales madrileños. El Ensanche: Salamanca y Retiro*, Cuaderno VI, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1986, pp. 59-69.

TOVAR MARTÍN, V.: “Real Sitio del Buen Retiro, recinto de las Artes y de la Industria”, en *Establecimientos tradicionales madrileños. El Ensanche: Salamanca y Retiro*, Cuaderno VI, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1986, pp. 201-214.

TUÑÓN DE LARA, M.: *El movimiento obrero en la historia de España*, Taurus, Madrid, 1972.

- TUSELL GÓMEZ, J.: *La Segunda República en Madrid: elecciones y partidos políticos*, Tecnos, Madrid, 1970.
- TUSELL GÓMEZ, J.: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1969.
- UGARTE TELLERÍA, J.: “Pamplona, toda ella un castillo, y más que ciudad, ciudadela. Construcción de la imagen de una ciudad, 1876-1941” en SANZ MARCOTEGUI, A. (ed.): *Memoria histórica e identidad. En torno a Cataluña, Aragón y Navarra*, Universidad Pública de Navarra, 2004.
- UGARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.
- URÍA, J.: “La cultura popular en la Restauración. El declive de un mundo tradicional y desarrollo de una sociedad de masas”, en SUÁREZ CORTINA (ed.): *La cultura de la Restauración*. Sociedad Menéndez Pelayo, Santander, 1999, pp. 103-144.
- URIARTE, M.: “Esfera pública, esfera privada: la mujer en Éibar en el siglo XX”, *XIII Coloquio Internacional de la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 2006 (edición CD).
- URIOL SALCEDO, J. I.: *Historia de los caminos de España*, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid, 1992.
- URQUIJO GOITIA, J. R.: “Trabajo y sociedad” en *Historia 16*, nº 59, Madrid, 1981, pp. 51-57.
- URQUIJO GOITIA, J. R.: *La revolución de 1854 en Madrid*, Instituto de Historia Jerónimo Zurita, Madrid, 1984.
- UTRILLA, L. (coord.): *Historia de los aeropuertos de Madrid*, AENA, 2 Vols., Madrid, 2006.
- VALBUENA VÁZQUEZ, P.: *Historia de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de Madrid desde 1901 hasta 1972*, Proyecto Fin de Carrera, dirigido por Juan José Scala Estalella. E.T.S.I. Industriales (UPM), Madrid, 1996.
- VALDÉS DAL-RE, F.: “La legislación obrera industrial sobre las mujeres (1800-1931): entre la protección y la restricción”, en CAPEL MARTÍNEZ, R.Mª (coord.): *Cien años trabajando por la igualdad*, Fundación Largo Caballero, Madrid, 2008, pp. 87-116.
- VALENZUELA RUBIO, M.: “Los orígenes de los transportes urbanos y de cercanías en Madrid”, en *Estudios Geográficos*, Vol. 34, nº 130, 1973, pp. 95-132.
- VALLEJO FERNÁNDEZ, S.: “Las cigarrerías de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid” en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Coloquios de historia madrileña, Vol 2, CAM, Alfoz, Madrid, 1986, Vol. 2, pp. 136-161.
- VAN LEEUWEN, M. H.D., MAAS, I. y MILES, A.: *HISCO: Historical International Standard Classification of Occupations*, Leuven University Press, Leuven, 2002.
- VAN LEEUWEN, M. y MAAS, I.: “Endogamy and Social Class in History: An Overview”, *International Review of Social History*, nº 50, Supplement, 2005, pp. 1-23.
- VAN LEEUWEN, M.H.D.; MAAS, I. y MILES, A.: “Creating a Historical International Standard Classification of Occupations An Exercise in Multinational Interdisciplinary Cooperation”, en *Historical Methods: A Journal of Quantitative and Interdisciplinary History*, Vol. 37, 4, (2004), pp. 186-197.
- VARGA, S.: *Edinburgh New Town*. Tempus Publishing, Chalford, 2007.
- VÁZQUEZ RAMIL, R.: *Mujeres y educación en la España contemporánea. La Institución Libre de Enseñanza y la Residencia de Señoritas de Madrid*, Akal, Madrid, 2012.

VELARDE FUENTES, J.: “La economía española de 1914 a 1931”, en ANES, G. (Ed.): *Historia económica de España. Siglos XIX y XX*, Galaxia, Barcelona, 1999, pp. 469-525.

VELERT, S.; MENCHERO, C. y RUEDA LAFFOND, J.C.: “El centro urbano madrileño: indicadores de terciarización en el primer tercio del siglo XX” en VV.AA: *Fuentes y métodos de la historia local*, Instituto de Estudios Zamoranos “Florian de Ocampo”, Zamora, 1991, pp. 513-528.

VICENTE ALBARRÁN, F., CARBALLO BARRAL, B. y PALLOL TRIGUEROS, R.: “Entre palacetes y corralas. Procesos de segregación socioespacial en el nuevo Madrid (1860-1905)”, en NICOLÁS MARÍN, M^a E. y GONZÁLEZ MARTÍNEZ, C. (Coords.): *Ayeres en discusión: Temas claves de Historia contemporánea hoy*, Servicio de Publicaciones de la UAM, Murcia, 2008.

VICENTE ALBARRÁN, F., PALLOL TRIGUEROS, R. y CARBALLO BARRAL, B.: “Madrid en 1900, rostros en divergencia: segregación socioespacial y laboral a principios del siglo XX”, en FUENTES NAVARRO, M^a C. (ed.) *Actas del II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Universidad de Granada, 2010.

VICENTE ALBARRÁN, F.: “De parientes a vecinos: evolución de las redes de parentesco y la solidaridad familiar en un espacio urbano en transformación: el Ensanche Sur de Madrid (1860-1905)” en LEVI, G. (ed. lit.): *Familias, jerarquización movilidad social*, Universidad de Murcia, Murcia, 2010, pp. 246-259.

VICENTE ALBARRÁN, F.: “Los barrios de hierro en la gran capital: trabajadores del ferrocarril y espacio urbano en los padrones municipales de Madrid (1860-1905), en *El trabajo y la memoria obrera*, IX Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos, Guadalajara, 2009.

VICENTE ALBARRÁN, F.: “Los motores del crecimiento demográfico de Madrid (1860-1930). Flujos migratorios y procesos de segregación en los nuevos espacios urbanos” en PAREJA ALONSO, A. (ed.): *El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*. UPV, Bilbao, 2011, pp. 259-282.

VICENTE ALBARRÁN, F.: *Los barrios negros. El Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis doctoral inédita, UCM, Madrid, 2011. <http://eprints.ucm.es/13957/1/T33443.pdf>.

VIDAL DOMÍNGUEZ, M^a J.: “La consolidación de la propiedad urbana en el barrio del Retiro durante la Restauración (1875-1931)”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E.: *La sociedad madrileña durante la Restauración, (1876-1931)*, Vol. 1, Comunidad de Madrid, Madrid, 1989, pp. 215-230.

VIDAL GALACHE, B. y VIDAL GALACHE, F.: “El impacto de la Ley de Beneficencia de 1822 en Madrid” en *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia Contemporánea*, n^o 1, 1998, pp. 41-56.

VIDAL GALACHE, F. y VIDAL GALACHE, B.: *La Real Fábrica de Tapices en los documentos de su Archivo*, Madrid, Real Fábrica de tapices, 2000.

VIDAL GALACHE, F. y VIDAL GALACHE, B.: *La Real Fábrica de Tapices. Pasado y presente*, UNED, 2007.

VIDAL OLIVARES, J.: “Las compañías ferroviarias y la difusión de las modernas formas de gestión empresarial en España, 1850-1914”, en COMÍN, F. y MARTÍN, P. (ed.): *La empresa en la historia de España*, Editorial Civitas, Madrid, 1996, pp. 285-302.

VILANOVA RIBAS, M. y MORENO JULIÁ, X.: *Atlas de la evolución del analfabetismo en España de 1887 a 1981*, CIDE, Madrid, 1992.

- VILLA MÍNGUEZ, P.: “Precios alimentarios y nivel de vida en Madrid. 1851-1890”, en BAHAMONDE MAGRO, A. y OTERO CARVAJAL, L. E. (Eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*. I Coloquios de historia madrileña, Vol. 2, CAM, Alfoz, Madrid, 1986, pp. 267-288.
- VILLACORTA BAÑOS, F.: “Madrid, 1900. Sociabilidad, ocio y relaciones sociales”, en *Arbor*, CLXIX, 666, junio de 2001, pp. 461-493.
- VILLACORTA BAÑOS, F.: *Profesionales y burócratas: estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Siglo XXI, Madrid, 1989.
- VIÑAO, A.: “La alfabetización en España: un proceso cambiante de un mundo multiforme”, en MORENO MARTÍNEZ, P.L. y NAVARRO GARCÍA, C. (coord.) *Perspectivas históricas de la educación de personas adultas*. Vol. 3, Nº1. Universidad de Salamanca, 2009, pp. 5-19.
- VISACOVSKY, S.E. y GARGUIN, E. (comp.): *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*, Antropofagia, Buenos Aires, 2009.
- VORMS, C.: “La génesis de un mercado inmobiliario moderno en la periferia de Madrid (1860-1900)”, en BEASCOECHEA GANGOITI, J.M., NOVO LÓPEZ, P. y GONZÁLEZ PORTILLA, M.: *La ciudad contemporánea, espacio y sociedad*, UPV, Bilbao, 2006, pp. 529-546.
- VORMS, C.: “La urbanización marginal del Extrarradio de Madrid: una respuesta espontánea al problema de la vivienda. El caso de la Prosperidad (1860-1930)”, en *Scripta Nova, Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. 7, nº 146, 2003.
- VORMS, C.: “Propriété populaire et urbanisation spontanée : l’extrarradio madrilène (dernier tiers du XIXe siècle)”, en LAVASTRE, P. y MÁS, R. (Coords.) *Propiedad urbana y crecimiento de la ciudad*, UAM y Casa de Velázquez, Madrid, 2005, pp. 181-201.
- VORMS, C.: *Bâtisseurs de banlieue. Madrid: le quartier de la Prosperidad (1860-1936)*, Grâne, Créaphis Éditions, 2012.
- VRIES, J.: *La urbanización de Europa, 1500-1800*, Crítica, Barcelona, 1987.
- VV. AA.: *Cerdá y su influjo en los ensanches de poblaciones*, Ministerio de Fomento, Centro de Publicaciones, Madrid, 2004.
- VV. AA.: *Establecimientos comerciales madrileños. Cuaderno IV. A ambos lados de la Gran Vía*, Cámara de Comercio e Industria de Madrid, Madrid, 1984.
- VV. AA.: *Gender inequalities, households and the production of well-being in Modern Europe*, Ashgate, 2010.
- VV. AA.: *Handbook of Regional and Urban Economics*, Handbooks in Economics, Elsevier, 4 Vol., 1987-2004.
- VV. AA.: *Las estaciones ferroviarias de Madrid. Su arquitectura e incidencia en el desarrollo de la ciudad*, COAM, Madrid, 1980.
- VV. AA.: *Luz ámbar. Historia gráfica de 75 años al servicio de la ciudad*. Ediciones La Librería, Madrid, 1996.
- VV. AA.: *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*, Consejería de Cultura de la CAM, Madrid, 1988.
- VV. AA.: *Política y sociedad. Estudios en homenaje a Francisco Murillo Ferrol*, Vol. II, CIS/CESCO, Madrid, 1987.
- VV.AA.: *Guía de Arquitectura de Madrid*. 4 Vols., Fundación COAM, Madrid, 2003.
- VV.AA.: *Fuentes y métodos de la historia local*, Instituto de Estudios Zamoranos "Florian de Ocampo", Zamora, 1991.

WALKER LAIRD, P.: *Advertising Progress. American Business and the Rise of Consumer Marketing*. The John Hopkins University Press, Baltimore, 1998.

WALKOWITZ, J.: *City of Dreadful Delight: Narratives of sexual danger in Late-Victorian London*, The University of Chicago Press, Chicago, 1992.

WALL, R.: "Work, welfare and the family: an illustration of the adaptive family economy", en BONFIELD, L., SMITH, R.M. y WRIGHTSON, K. (eds.): *The world we have gained. Histories of Population and Social Structure*, Oxford, New York, Basil Blackwell, 1986, pp. 261-294.

WALTON, J.: "Current trends in nineteenth- and twentieth-century Spain urban history", *Urban History*, 30 (2), 2003, pp. 251-265.

WARD, D.: "Victorian cities: how modern?", *Journal of Historical Geography*, I, 2, 1975.

WEBER, A. F.: *The growth of cities in the nineteenth century, a study in statistics*, Cornell University Press, Nueva York, 1969.

WHITE, M. J.: "Segregation and diversity measures in population distribution". *Population Index*, vol. 52, 1986, p. 198-221.

WHITE, M. J.: "The measurement of spatial segregation". *American Journal of Sociology*, Vol. 88, nº 5, 1983, pp. 1008-1018.

WHITEHAND, J.W.R. y C.M.H., CARR: *Twentieth-century suburbs. A morphological approach*, Routledge, Londres, 2001.

WHITEHAND, J.W.R. y C.M.H., CARR: "Morphological periods, planning and reality: the case of England's inter-war suburbs", *Urban History*, 26, 2, 1999, pp. 230-248.

WHITEHAND, J.W.R. y CARR, C.M.H.: "The creators of England's inter-war suburbs", *Urban History*, 28, 2, 2001, pp. 218-234.

WILLIAMSON, J.: "The evolution of global labour markets since 1830: background evidence and hypotheses", *Explorations in Economic History*, Vol. 32, nº 2, 1992, pp. 141-196.

WRIGHT, E. O.: *Clases*. Siglo XXI, Madrid, 1994.

YOUNG, M. y WILLMOTT, P.: *Family and kinship in East London*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1957.

ZAPATA BLANCO, S.: *La producción agraria de Extremadura y Andalucía occidental, 1875-1935*", UCM, Madrid, 1986.

ZARETSKY, E.: *Familia y vida personal en la sociedad capitalista*. Anagrama, Barcelona, 1978.

ZOZAYA MONTES, M^a: "Mozos de oficio, empleados y dependientes del Casino de Madrid (1875-1910)", en CASTILLO, S. y FERNÁNDEZ, R. (coords.): *Campesinos, artesanos, trabajadores: actas del IV Congreso de Historia Social de España*, Milenio, Lleida, 2001, pp. 553-566.

ZUAZO, S. y JANSEN, H. (ed. por Lilia Maure Rubio): *Anteproyecto del trazado viario y urbanización de Madrid*, COAM, Madrid, 1986.

ZUBERO, L. G., BISECAS, J. A., FORCADELL, C. y FERNÁNDEZ, E.: *Industrialización y enseñanza técnica en Aragón, 1895-1995: cien años de escuela y profesión*. Colegio Oficial de Ingenieros Industriales de Aragón-Diputación Provincial de Zaragoza, 1996.